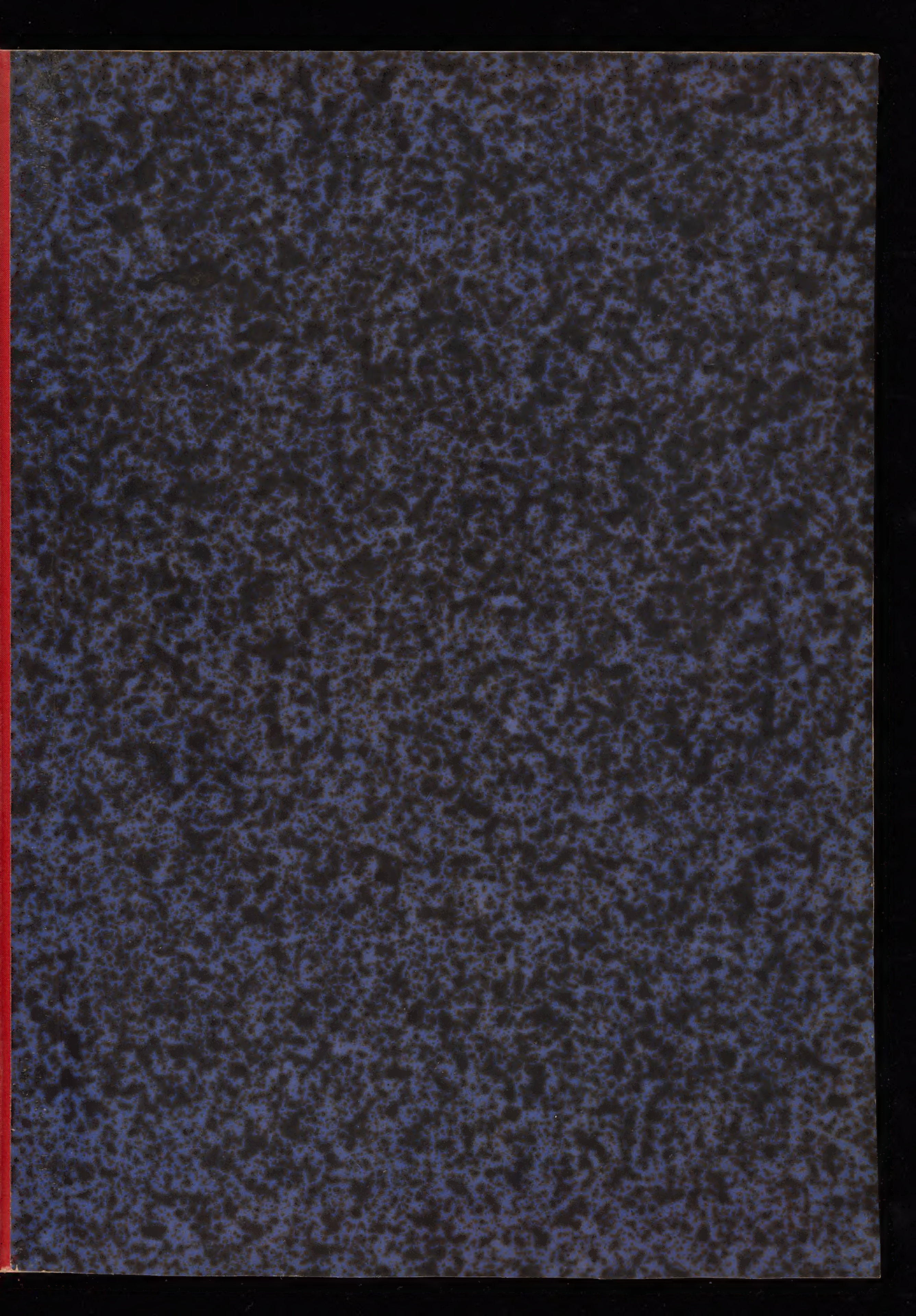
LA ILUSTRACION







LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XI.—AÑO 1892

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1892

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 4 DE ENERO DE 1892 — NÚM. 523

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTATUA DEL EMPERADOR AUGUSTO, existente en el Museo del Vaticano

SUMARIO

EL HISTORIADOR, ARTISTA Y POETA ALEMAN

FERNANDO GREGOROVIUS

Ya se acabó para siempre la animada correspondencia que mantenían el eminente catalanista don Antonio Rubió y Lluch y el ilustre historiador alemán Fernando Gregorovius respecto á los almogávares que tremolaron por espacio de más de setenta años en la Acrópolis ateniense la triunfadora enseña de las barras catalanas. El primer día del mes de mayo, el de la Virgen y de los Juegos Florales, murió en Munich el admirador de la conquista de Oriente por las armas catalanas, el que era á la vez alemán y romano, el sabio apacible, de fisonomía noble é ingeniosa, el historiador artista *Fernando Gregorovius*, cuya vida laboriosa y cuyas bellísimas é inspiradas obras han de ser una fuente de enseñanza y de bendición para nuestra época, demostrándonos que el trabajo espiritual en suelo extranjero, el estudio profundo de las costumbres, es un lazo de fraternidad uniendo á los pueblos.

¿Quién tiene mayor título á la gratitud de las naciones neolatinas que el insigne autor de *La historia de Roma en la Edad Media*, quien se sintió animado por aquel anhelo que llevaba á los cimbros y teutones al otro lado de los Alpes? El alemán *Gregorovius*, que bebió en la Fontana de Trev el entusiasmo por todo lo grande, lo bueno y lo bello, experimentaba el mismo encanto misterioso que ante las puertas de Roma sentía Atila, que había llegado para conquistarla, y que sentía Goethe al entrar en la Ciudad Eterna para hacerse conquistar por ella. Durante cuarenta años *Gregorovius* ha recorrido Italia, haciéndose el mediador espiritual entre Roma y Alemania, como los Winckelmann, Goethe, Guillermo de Humboldt, Niebuhr, Bunsen, Hillebrand y Reumont. A él le dedican sus endechas los tiernos ruiseñores, así de los bosques helenos como de las florestas latinas; por él está llorando el cantor alado de mayo en los jardines de Schiras, pues el sabio alemán rindió culto también al genio de Oriente, y sus admiradores viven en todas partes, allende los Alpes y allende el mar, así en Roma como en Atenas, en Córcega y Elba, en Caprea y Corfú, en Barcelona y Madrid. Dándonos á conocer los espíritus del pasado de aquella tierra á que peregrinaban los emperadores de Alemania, semejando su peregrinación las más de las veces un *Viacrucis*, amaba á Roma con el amor romántico de Virgilio y de José Carducci.

¿Qué ciudad convida á la reconstrucción de la vida pasada como Roma, consistiendo en el goce de aquel trabajo espiritual su mayor atractivo? El mismo *Gregorovius* que lo vió todo con los ojos del poeta y del artista, mientras Leopoldo de Ranke unía del modo más armonioso el método científico á la representación artística, dice que el plan de la grandiosa obra en que su fantasía despertaba á nueva vida la lucha gigante en la que la cultura antigua fué vencida por el cristianismo, levantándose la Roma de Constantino con sus basílicas al lado de la Roma de los Césares con sus soberbios edificios palatinos, sus termas y sus templos resplandecientes de belleza, brotó de la vista de la avasalladora naturaleza monumental de la ciudad que el flavo Tíber baña. En cada línea que escribió el alemán romanófilo siéntese su amor á Roma, á la ciudad que cual verdadero monumento y retrato del genio romano admiró desde su cuarto, situado en la *Via Gregoriana*, ofreciéndole éste el mismo panorama que se goza desde el monte Pincio, extendiéndose la vista hacia el Norte sobre la campaña y mirándose la cúpula de San Pedro y la Roma capitolina desde la ventana del historiador germano para encender su alma con generoso fuego de entusiasmo y darle nuevas fuerzas cuando la pluma cayese de sus manos.

Tanto era el cariño que profesaba á la ciudad de su predilección cuyo pasado hizo renacer ante nuestros absortos ojos, que quiso que en Roma fuese respetado más el derecho de los muertos que el de los vivos, y que no sólo se conservasen las ruinas, sino que el espíritu del siglo no turbase los pintorescos contornos de la Roma antigua. Si *Gregorovius*, usando las frases que Belisario dirigía á Totila exhortándole á que respetase los sagrados monumentos de la venerable ciudad del Tíber, no lograba que quedasen en pie tantos caseríos de la Roma antigua llenos de recuerdos históricos, logró en cambio que un acuarelista, Sr. Rossler-Franz, salvase del olvido muchos lugares interesantes, incorporándose sus pinturas á las colecciones de Roma. El amante de la poesía de las ruinas romanas merece un panegírico, así en las costas de Italia como en los risueños puertos de la renaciente Hélade y en las amenas playas catalanas.

El catalán ama al húngaro que ha salvado su lengua, el sonoro idioma de Petofy, y *Gregorovius* se inspiró también en el renacimiento húngaro escribiendo *Cantos de magyares*. El catalán ama á Polonia, pues el manto tutelar de una misma fe ampara á catalanes y polacos, y *Gregorovius*, teniendo los mismos entusiasmos, publicó *Canciones polacas*. El catalán ama á Italia, pues ¿qué catalán no leerá con sumo placer *Los recuerdos* y *Las Eridanias* de Balaguer? Y *Gregorovius* penetró, á pesar de la filosofía de Kœnigsberg y la teología protestante que habían sido el norte de su juventud, en las bellezas de la naturaleza meridional y de las obras del arte clásico, como si el Tíber hubiese mecido su cuna, y escribió con estilo mágico en sus *Años de peregrinación* las impresiones todas que le habían producido sus excursiones por Italia cuando ésta tenía aún no sé qué aliento primitivo que hoy día han extinguido ya las instituciones de nuestra época de hierro. Nos pinta de mano maestra, ora la pompa bizantina de Ravena, ora los montes de Tívoli inundados de rayos de sol, ora las ruinas incomparables de Taormina, y lo mismo que Balaguer se interesó por el renacimiento del pueblo italiano. Escribió el *Panteón de los Papas*, dándonos una idea exacta cuanto poética de los sepulcros papales que se encuentran en Roma y de las veinte tumbas que se hallan dispersadas por Italia, pudiendo llamarse aquellos sepulcros de tantos siglos la *Via Appia* de los Papas. Del conocimiento profundo que nuestro poeta tenía de la antigüedad, brotó la égloga titulada *Euforion*, poblándose la quinta del acaudalado Arrio Diómedes, que se halla en Pompeya, con figuras simpáticas; y como Balaguer escribió la tragedia *La muerte de Nerón*, *Gregorovius* reveló en el drama histórico *La muerte de Tiberio*, que salió en 1851, su arte de evocar las épocas pasadas con minuciosa propiedad. El que parece que tenía en su paleta los colores de Castelar, escribió también *La historia del emperador Adriano*. El catalán se interesa por el Oriente, que le recuerda el heroísmo maravilloso de los almogávares, no menos digno de admiración que las inmortales expediciones de las Cruzadas, y *Gregorovius* nos leyó su preciosa *Historia de Atenas en la Edad Media*, hablando con elocuencia suma á nuestro espíritu la cultura helénica, las creaciones de Fidias, y nos presentó en su *Atenas* un cuadro de Constantinopla y de Jerusalén en la primera mitad del siglo IV, cuando sucumbió el paganismo.

Nació *Fernando Gregorovius* el 19 de enero de 1821 en el castillo de Neidenburgo, perteneciente á la orden teutónica; visitó el gimnasio de Gumbinnen y cursó los estudios teológicos en Kœnigsberg, pero ya por los años de 1840 empezó á dedicarse á las letras. Peregrinó muchas veces por Italia, de que hizo su segunda patria. Y poseía como el que más la historia de los antiguos palacios de la Ciudad Eterna, la cual le era conocida hasta en sus rincones más remotos. Ni los artistas alemanes residentes en Roma ni los mismos romanos olvidarán al glorioso autor de *La historia de Roma en la Edad Media*. Esta obra monumental fué traducida al italiano á expensas del municipio romano, valiendo á *Gregorovius* el honroso título de *ciudadano romano*. Pero, como el último Abencerraje, estaba solitario en su propia patria. El que no necesitaba ninguna pluma que limpiase su memoria, empeñóse en limpiar la de Lucrecia Borgia. En Munich, esa ciudad tan apartada del lugar de su nacimiento como de su patria adoptiva, ha cerrado sus ojos para siempre. Hubiera merecido una sepultura en su idolatrada Roma cerca de la pirámide de Cestio, donde los cipreses, subiendo al cielo, entonan himnos á la inmortalidad, y donde duermen el sueño de la muerte el poeta inglés Shelley, el arquitecto alemán Godofredo Semper, el hijo de Goethe, el epigrafista Guillermo Henzen y el paisista Augusto Enrique Riedel. Pero mandó que sus restos mortales fuesen quemados en el cementerio de Gotha. Ya se han convertido en cenizas los despojos de *Gregorovius*, pero en sus obras arderán siempre las llamas de su entusiasmo artístico. Si mi amigo D. Luis Alfonso dice de otro amigo mío, Pedro Antonio de Alarcón, «Un número, que consta en el registro, es lo único que puede señalar el trozo de tierra, liso y escueto, como el de la fosa común, como la mínima parte de un campo abandonado y baldío, bajo del cual yacen los restos de quien grabó con vigoroso esfuerzo y huella imborrable su noble cuartel en el blasón literario de la madre patria... De la sepultura donde yacen hombres como Alarcón, no brota tan sólo el fuego fatuo del cementerio, sino el eterno fulgor del talento y de la gloria,» diré lo mismo de *Gregorovius*.

¡Qué coincidencia tan rara! En el último artículo que escribió Alarcón tratando del fin del mundo civilizado, ó sea de lo que pudiéramos llamar mes de Diciembre de la actual sociedad europea, pregunta si alguna nueva creencia podría sustituir en bastante tiempo al régimen moral cristiano. Y lo mismo hace *Gregorovius* en las *Poesías póstumas* que acaba de publicar su compañero en letras conde de Schack y que acreditan al autor de imitador feliz de Schiller y de historiador poeta. Entre las traducciones mencionaré las eróticas melodías toscanas, las melancólicas baladas corsas y las sentidas canciones populares sicilianas, teniendo mucha semejanza con la copla andaluza.

No ha perdido nuestro país el prestigioso nombre que le dió merecida fama en todos los órdenes de la grandeza de un pueblo. Los méritos de *Gregorovius* recibieron el aplauso de la opinión y el aplauso de los pueblos, y por muerte del sabio alemán el rey Umberto de Italia dió el pésame al príncipe regente Luis Leopoldo de Baviera por conducto del embajador italiano en Munich, mientras que hoy Alemania entera celebra el quincuagésimo aniversario de haber alcanzado la borla de doctor en la Universidad de Halle el después preceptor del emperador Federico III, *Ernesto Curtius*, quien hizo de la antigua Hélade, de Atenas y de la Acrópolis el centro de su actividad científica, y daba impulso á las excavaciones de Olimpia que tuvieron por brillante resultado el descubrimiento del magnífico Hermes, obra de Praxiteles. Alemania se ufana con justos títulos de hombres de aspiraciones tan ideales como el autor de *La historia de Grecia*, de la de *Atenas* y de la descripción del Peloponeso, y experimentamos íntimo regocijo en traer á las mientes esta frase de Curtius: «En tanto no me deje la juventud, no la dejaré yo.»

Juan Fastenrath

UN PERSONAJE DE ACTUALIDAD

LI HUNG CHANG, VIRREY DE CHINA

Ningún político ni hombre de Estado de nuestros días llama tanto la atención en Europa como el virrey de Petchili. Opínase generalmente que estamos á punto de ver algunos cambios en las relaciones de China con el mundo civilizado; y cualquiera que se produzca, por pequeño que sea, en la organización política ó social que prevaleció durante siglos en una cuarta parte de la raza humana, debe tener una influencia momentánea en la evolución de los pueblos. No debe extrañarse, por lo tanto, que el hombre á quien se considera como el personaje más poderoso del Imperio Chino sea objeto del mayor interés para las potencias occidentales. El éxito con que fueron reprimidos los gérmenes de rebelión en el Norte de aquel país, realzan más el prestigio del virrey, porque nos ha dado á conocer su política lentamente madurada, que consiste en avivar y desarrollar las dormidas fuerzas militares de China á fin de obtener fructuosos resultados en lo futuro. Desde el día en que Li Hung Chang se distinguió como oficial del ejército de Gordon, trabajó sin descanso para llegar á sus fines. Como dice muy bien J. Russell Young, ex ministro de los Estados Unidos en Pekín, Li Hung Chang ha conseguido abrir una nueva era para el Imperio; y una vez terminada la última lucha con Francia, en la cual el ejército chino dió pruebas de una disciplina que de él no se esperaba, el virrey, después de haber explicado á qué era esto debido, manifestó que estaba resuelto á conseguir

antes de su muerte que China, como otras naciones, pudiese hablar al enemigo que se presentase á sus puertas «con la mano en la empuñadura de la espada.» Aunque el virrey cuenta ya setenta años, su patriotismo es tan ardiente como lo fué en su juventud; su notable figura se ha doblegado poco bajo el peso de las fatigas oficiales; su inteligencia se conserva tan sutil como antes, y su buen tacto, su habilidad, su rectitud y elevado espíritu excitan la admiración hasta de sus enemigos. Ningún chino mereció jamás tanto respeto y confianza por parte de los ingleses; y también debe advertirse que ninguno los comprendió mejor en la justa medida de la fuerza y debilidad de su carácter nacional.

Desde la muerte del príncipe Kung, padre del último emperador, Li Hung Chang ha sido el más fuerte sostén del trono. Durante años su autoridad y prestigio influyeron más en las provincias que en la metrópoli, y tal vez la envidia que excitó por su habilidad en el mando y su acierto para tratar con los extranjeros fueron causa de que permaneciera ignorado durante la Regencia; pero en este intervalo ocupábase en convertir á Tientsin en uno de los más poderosos centros de la influencia política en el Imperio y organizar un ejército chino y una armada bajo su propia inspección, á fin de que en cualquiera crisis le fuera dado apresurar el desenlace. Los que conocen al virrey dicen que éste comienza á ser demasiado poderoso para la dinastía, y que su ambición no quedará satisfecha hasta que llegue á ocupar el Trono del Dragón. Algunos diplomáticos extranjeros tuvieron el poco tacto de inducirle á ser traidor; pero sus esfuerzos fueron inútiles. El general Gordon, que le conocía mejor que la mayoría de los hombres, declaró siempre que Li Hung Chang era leal á toda prueba; que su ambición quedaría satisfecha si lograba hacerse indispensable en el Consejo Interior del Estado, y que en aquellos días apenas le sería posible, ni á él ni á ningún otro usurpador, por mucho que viviera, establecer su autoridad en catorce provincias y transmitirla á su hijo. La verdad es que Li Hung Chang no hizo ninguna tentativa como usurpador en la única ocasión en que pudo alcanzar su objeto, es decir, cuando el último emperador Tungche murió misteriosamente, y la familia imperial se disputaba la sucesión. El cargo de virrey de la Provincia Metropolitana, con su residencia en Tientsin, fué siempre de gran importancia; pero hasta que Li Hung Chang llegó á ser uno de los grandes secretarios de Estado é individuo del Consejo Interior, ese cuerpo misterioso, que representa al Gobierno chino en todo el mundo, no consiguió que se le confiase la dirección principal de los negocios. Aun ahora es erróneo considerarle como dueño de la China; pues si bien de cada diez casos prevalecerán sus ideas en nueve, tropieza con muchas dificultades.

LI HUNG CHANG, VIRREY DE CHINA

Podríamos decir que la vida de Li Hung Chang se ha consagrado á disminuir los rozamientos entre el Gobierno de Pekín y las potencias firmantes del tratado. Por su prestigio personal y su habilidad en las negociaciones evitó una y otra vez las calamidades de la guerra para su país; y á él es á quien China debe todo lo mejor que hay en su moderno ejército y armada, sus tropas, sus buques blindados, sus astilleros, sus arsenales y fortalezas. También ha conseguido aumentar las rentas, mejorando en mucho el estado de la Hacienda, de modo que su patria pueda contar con una base más sólida en lo futuro. El Gobierno imperial se vió en la precisión de instarle, hasta en los días en que se supuso que había perdido el favor en Pekín, para que se encargara de las negociaciones con Francia sobre la matanza de Tientsin, y con Inglaterra respecto á la cuestión del asesinato de Macquary. Con su diplomacia recobró Kuldja de Rusia, é hizo estéril para los franceses la conquista del Tonquín.

Sin embargo, hay motivos para creer que aún ha



COSTUMBRES CHINAS. EL MERCADO DE SHANG-HAI

de pasar por muchas perturbaciones y verse en alguna situación más grave que las que se produjeron hasta aquí por meros motines, porque es difícil prever á qué puede conducir á ciertos hombres, fanáticos ó revolucionarios, el desprecio á las leyes y sus ataques contra el régimen establecido. Es indudable que la prolongada Regenc disminuye el prestigio personal del emperador niño que ahora ocupa el trono, y la presencia de los misioneros cristianos en China, por otra parte, aumenta las dificultades interiores, no pudiendo nadie prever cuál será el desenlace de semejante situación; pero si la habilidad en la diplomacia, en la política y en la organización militar bastan para resolver los arduos problemas que tiene en perspectiva el joven emperador Kwangsee, escolar estudioso, notable por su bondadoso corazón y nobles disposiciones, no cabe duda que Li Hung Chang, «el hombre del día» en China, sabrá conducir á puerto seguro la nave del Estado del Celeste Imperio. – X.

DEL CALLAO Á SANTANDER

(CUARENTA DÍAS DE VIAJE)

Zarpó el vapor *Ilo*, de la compañía inglesa del Pacífico: mis amigos se quedaban y yo emprendía viaje para la patria; volvía después de algunos años, pero volvía dejando allá un mundo de imperecederos recuerdos, de afecciones, de cariños que jamás se entibian cuando la gratitud los ha fomentado.

Traía en cambio una *planta* limeña, una flor de aquel jardín hermoso, un hijo del alma que debía ser lazo eterno entre la nieta de Pelayo y los hijos de los Incas.

Creí morir de dolor cuando los botes que llevaban á mis amigos á tierra desatracaron del costado del *Ilo*.

– ¡Adiós, Lima!, decía mi corazón empujando á los ojos lágrimas que salían á torrentes. ¿Será posible que jamás vuelva á respirar tu embriagador ambiente, ni á pasear tus calles, envuelta en la graciosa *manta* con que tus hijos cubren sus divinos cuerpecillos, ni á deleitarme contemplando tu cielo, ni á sentir el tibio calor de tu clima suave y dulce como el hablar de tus mujeres? ¡Tú, deliciosa perla del Rimac; tú, que á su patria devolviste una viajera agradecida, feliz, contenta y sólo apenada por dejarte, no reconocerías hoy á tu huésped de antaño!: la joven es casi una vieja, el semblante alegre se ha tornado triste y muéstrase abatido, la esposa vaga sola apoyada en el débil báculo con que la llenaste de maternal felicidad. Perdona, ¡oh sultana del Pacífico!, si al saludarte en la aurora de tu nueva etapa de grandeza, llegan mis lamentos íntimos á turbar las alegrías de tus rientes hijos.

Salían grandes bocanadas de humo negro y espeso por el ancho tubo de la chimenea; funcionaba la maquinilla levando anclas con su jaquecoso martilleo, y *medio* libre el *Ilo* de las cadenas que al mar le sujetaban, iba lentamente avanzando proa al Norte.

Yo seguía en la borda con mi pequeño en brazos, agitando el pañuelo y llorando desconsoladamente.

Los ayes lastimeros que desde el fondo del bote que la volvía á tierra lanzaba el aya de mi hijo, me partían el corazón; el niño entretanto decía adiós con sus manitas y llamaba con cariño á los que se alejaban.

– ¡No llores, mamá!, dijo besándome; nos vamos á España.

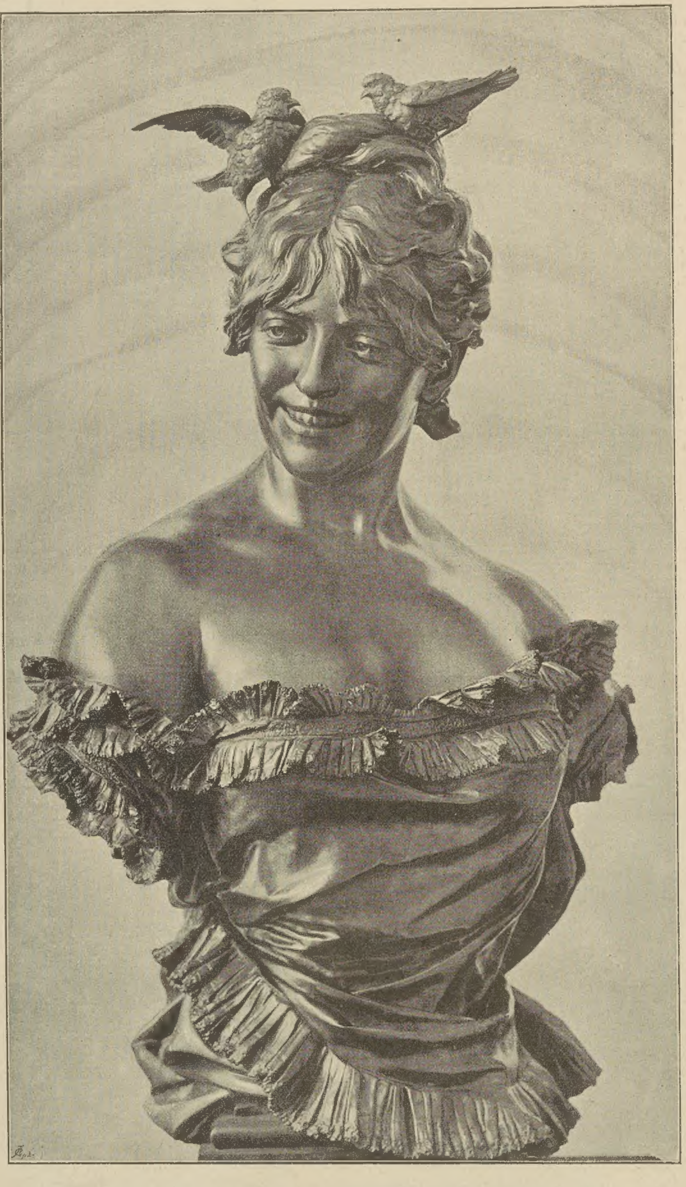
¡Qué diferencia! Hoy es él quien consuela mis penas diciéndome:

– ¡Calla, que volveremos á América!

El segundo de á bordo, amable joven peruano, á quien acababan de presentarme, se me acercó:

– ¡Vamos, señora, ya procuraremos hacerle agradable la travesía! Por de pronto le presento una compañera de viaje. La señorita Lanza: ella sabe ya quién es usted y me ha pedido que la presente.

Agradecí á la joven su deseo y me fué preciso secar mis lágrimas. A las dos horas de salir del Callao formábamos corrillo en la popa... Nadie diría que habían sido tan tristes las despedidas.



CABEZA Á PÁJAROS, busto en bronce de D. José Reynés, fundido en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

Una inteligente norteamericana que volvía del Perú, adonde había ido para asistir á la boda de una prima suya, formaba parte del pasaje: hablaba castellano, era muy amable y le gustaban los niños; teníamos que simpatizar por fuerza.

La señorita Lanza no escaseaba sus amabilidades conmigo, pero pecaba de ser un tanto orgullosa con los demás: sobre todo encontraba á la *mis* muy antipática.

– Viaja sola, decía; será cualquier cosa.

– ¡Oh, no!, respondía Colonna, el segundo del *Ilo;* es una joven distinguida.

– Y mucho, añadía yo; mis Geen tiene bondad y talento: viaja sola porque las costumbres de su país se lo permiten.

Pronto se recrudecieron las antipatías de Rosa Lanza; M. Bell, un francés, buen mozo, galante y muy entretenido compañero de viaje, solía charlar horas enteras con la yankeecita. Hablaban en el idioma del uno ó del otro indistintamente, y hablaban de literatura, de política, de costumbres, de ciencias, de todo menos de lo que Rosa se figuraba.

Esta era muy rica y huérfana de madre; su padre, un buen señor que la acompañaba, no la hubiera contrariado el capricho más extravagante por cuantos millones poseía; era un español que había hecho su fortuna en el pesado yunque del trabajo diario, y se retiraba de los negocios con mucho dinero, parte del cual pensaba gastar viajando con su hermosa hija.

Sea que más de una vez se encontrasen los ojos de M. Bell con los de Rosita, sea que reparó en las seducciones de la niña peruana ó sea que los millones del viejo Landa no le pareciesen despreciables, lo cierto y verdad fué que con grande y visible contento de Rosa hizo el francés un cuarto de conversión y dejó de discutir con la *mis* para hablar con ella; y como el onceno mandamiento dicen que es no estorbar á los enamorados, solíamos replegarnos los demás pasajeros para dejar las sillas de Rosa y Bell apartaditas de las nuestras y casi emparejadas.

Mis Geen, Colonna y yo éramos felices con este aislamiento.

Yo declaro que me gustaba mucho más la conversación de Mery que la de Rosita, y pronto nos hicimos tan inseparables que no podíamos estar la una sin la otra.

¡Y cómo nos divertíamos apoyadas en la borda viendo desembarcar los pasajeros que se quedaban en los puertos del Norte del Perú, metidos en barri-



LA FERIA DE SANTO TOMAS EN BARCELONA, cuadro de D. Leopoldo Roca [illegible]

les y descendidos por medio del pescante! En el Pacífico hay puertos que deshonran el nombre del grande Océano. ¿Pacíficas aquellas aguas inquietas que no permiten echar la escala, por lo cual se hace preciso descargar á las personas igualmente que si fueran fardos? Allí se puede asegurar que el nombre no hace la mar.

Nada más divertido que presenciar los accidentes de tales desembarcos.

Un bromista jugando dentro del barril, ó una señora miedosa dando chillidos y las más de las veces suspendida balanceándose, sin subir ni bajar, aguardando el momento en que los golpes de mar acerquen el lanchón para dejar caer la cuba, es cosa de hacer perecer de risa á los espectadores.

hijas se bastaban para guardar su honra como se basta y se sobra mis Geen!

Me pareció que Rosa torcía el gesto y calló.

– ¡Conque!..., dije después de una pequeña pausa, M. Bell...

– Es un amable *mozo* y creo que estoy enamorada.

– ¡Cuidadito!

– Cuando no está junto á mí, dudo; pero si me habla, si lo tengo al lado, me parece que lo adoro.

– Es necesario ser cauta, Rosita. ¿Sabe usted quién es ese hombre?

– Un ingeniero francés; sé lo que sabemos todos.

– Pero no ha dado á usted detalles de su vida.

aquel puerto fluvial, acariciado perezosamente por las mansas corrientes del Guayas!

A la mañana siguiente desembarqué para cumplir algunas visitas; fuí á ver al expatriado general Prado, que vivía en una preciosa quinta de los alrededores, y allí encontré al ex presidente del Perú, acompañado de su hermosa señora, Magdalena Ugarteche, lamentando los desastres de la patria, pero lamentándolos de corazón, á pesar de que otra cosa creyesen por entonces algunos de sus compatriotas

¡Qué grande me pareció la majestad caída! Un hombre valiente que abrazándonos y llorando nos decía: «Cuando en Europa hablen ustedes de los peruanos, digan que fuimos desgraciados, pero no









SEMÁFORO DE BAGUR. (De fotografía de D. Juan Camós.)

1. Vista exterior del observatorio y parte baja del asta de señales. – 2. Detalles de la fachada principal del semáforo. – 3. Vista general del cabo Bagur y su semáforo inaugurado oficialmente el 10 de diciembre de 1891. – 4. Vista general de la villa de Bagur

En todos los puertos nos recibían autoridades chilenas; la costa del Perú estaba ocupada por los invasores, y Rosa no quería salir de su camarote desde el momento que recalábamos: era patriota exaltada; odiaba á los enemigos de su patria, pero los odiaba furiosamente. Había dado sus joyas para la guerra cuando su padre, después de aportar sumas respetables, echara la llave á la caja, y decía que no había dado su sangre porque nadie la hubiera querido: era una espartana de veinte años.

Llegamos á Paita, último puerto del Perú; y como allí no habían llegado á dominar los chilenos, y la bahía, tranquila como un lago inmenso, convidaba á mirar el azul purísimo de aquel cielo sin nubes retratado en el movible espejo, compartió Rosa nuestras alegrías dando tregua á sus pláticas amorosas.

– Amiga mía, le dije, parece que el *gabacho* la ha flechado á usted.

– No diré que no: la verdad es que sólo me había propuesto quitárselo á esa marimacho...

– ¡Por Dios, Rosita, semejante calificativo tratándose de una señorita!...

– ¡Qué quiere usted!; yo no puedo respetar á una joven que viaja sola con esa soltura.

– Son costumbres de educación que debíamos imitar.

– ¿Pero dice usted eso?

– ¿Y por qué no? ¡Cuánto dieran algunos padres de los nuestros por tener la seguridad de que sus

– Sí, todos: viene de Bolivia, Perú y Chile, y va para Panamá; es ingeniero del Canal.

– Sin embargo, yo he tenido el cuadro que representa á los ingenieros del Canal y no recuerdo su fisonomía.

– Porque se van unos y vienen otros: eso no dice nada.

– Tiene usted razón.

Por entonces no hablamos más del asunto. Rosita con su inexperiencia daba algo que hablar á los pasajeros.

Mis Mery y yo la disculpábamos, y nos dolía que no todos pensasen como nosotras.

¡Con qué grandeza de alma decía la norte americana: «¡Pobre niña, tiene poco talento, no es suya la culpa!» Y eso que no se le ocultaban las miradas de reojo ni las antipatías de Rosa.

Llegamos á Guayaquil: la hermosura del río Guayas, sus orillas bordeadas de vegetación ecuatorial, lozana y exuberante, fueron motivo de entusiasmos grandísimos para mí; había también otro de contento que animaba el corazón, después de tantas luchas y de tantos sobresaltos.

Mi esposo, que á causa de la guerra había salido del Perú, como habían salido otros escritores, huyendo á salto de mata, sufriendo penalidades sin cuento y dejando tras de sí cuanto poseían, me aguardaba en Guayaquil, libre ya de ser aprisionado.

Anduvimos de noche. ¡Qué lindo aspecto el de

cobardes.» Era á mis ojos un hombre muy noble y muy generoso.

No pude deferir á las súplicas de que me quedase hasta el vapor siguiente; nuestros desastres financieros no nos permitían perder los quinientos duros que mi solo pasaje directo desde el Callao á Santander había costado. Fuimos por consiguiente á comprar el de mi esposo.

Nuevas súplicas de otras amables personas para detenernos; inútilmente. El joven y muy simpático alcalde de Guayaquil, Pepe Urbina, me ofrecía una fiesta fluvial curiosísima, una cacería de cocodrilos. ¡Qué tentación, cielo santo! Pero aquellos quinientos duros que la compañía de vapores no hubiera tenido en cuenta, pesaban más en la balanza que el deseo grandísimo de cazar caimanes.

¡Maldito dinero! Callé los motivos, pero insistí en continuar el viaje.

Sin accidentes, sin más que una fiesta literario-musical organizada la noche antes de llegar á Panamá, arribamos á este puerto en donde con pena grandísima íbamos á dejar el risueño *Ilo*, su tripulación y sobre todo al amable Colonna.

Me parecía que la separación de mis Geen era para el *segundo* más triste de lo que hubiera convenido á un joven; se lo pregunté y no quiso negármelo. Pero ella era rica y César Colonna no era pobre de dignidad: calló sus amorosas impresiones, y nos vió, al parecer impasible, desembarcar en el vaporcito

que debía conducirnos á tierra, prometiendo visitarnos antes de nuestra marcha.

En Panamá cae un chaparrón todas las mañanas durante cierta época del año; pero ¡qué chaparrón, Santo Cristo de Candás! ¡Si yo no he recibido más agua en mi vida sobre mi cabeza, y eso que he recibido mucha desde que me pusieron la del bautismo!

Llegamos á tierra después de una hora de desembarco, y no podíamos con la ropa ni menos dar un paso: los trajes ya no lo eran y los sombreros parecían tortillas; pero al entrar en el Gran Hotel lucía un sol demasiado espléndido para poder sufrirlo.

En Panamá no hay aduanas, ¡bendita tierra!; pero tardaron tanto tiempo los negros cargadores en conducir los equipajes, que dieron lugar á que la ropa se nos secase colgada en los hombros.

Debíamos aguardar la llegada á Colón de los vapores transatlánticos, y entretanto arriban, voy á permitirme un palito geográfico á una agencia de noticias, cuyo nombre callo por no perjudicarla en su buena fama.

Cuando hace poco tiempo ocurrió el incendio horroroso que destruyó medio pueblo de Colón, leí en un telegrama que de Panamá había salido un vapor con auxilios.

– ¡Caracoles!, dije. ¡Se inauguró el Canal sin mi presencia! ¡Y yo que me tenía prometido asistir á la inauguración!

No me cansaré de repetir que somos muy ignorantes por acá en las cosas de América; que la mayor parte de los que tratan del Nuevo Mundo lo hacen creyendo paparruchas; y si no, dígalo un folletín que á la sazón publica un diario español de gran circulación: está traducido del francés, y esto le salva; pero no dejará de habérselas con los periódicos de Buenos Aires, si es que éstos quieren refutar una tan grande sarta de fantásticas inexactitudes.



PAYÉS MALLORQUÍN, cuadro de D. Juan Bauzá. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

Cuatro días estuvimos en Panamá aguardando al *San Simón* de la Transatlántica francesa; allí nos separamos. El señor Lanza con su hija, así como la simpática mis, aguardaban el vapor de los Estados Unidos.

Llegó antes el nuestro; nos despedimos en la estación del ferrocarril; todos acudieron á decirnos adiós, incluso M. Bell, que me anunció su viaje á los Estados Unidos en compañía de la señorita Lanza: había pedido permiso á sus jefes, decía, para otra nueva excursión y se lo concedieron. Aquel viaje repentino me supo mal, pero no me atreví á participar mis dudas á Rosa. Hablé con mis Geen y le dije:

– Vele usted durante la travesía por esa inocente caprichosa. Su padre está ciego y es tan inocente como ella.

– Sí, contestó Mery; y M. Bell es un demonio fascinador.

¡Partió el tren! ¡Qué tren! De cuantos negocios se hacen en el mundo, ninguno como el que realiza la compañía de aquel ferrocarril: veinte duros oro americano (vale decir yankee) por billete y dos *centavos oro* también por cada libra que haya de exceso de peso en el equipaje, para dos horas de trayecto caluroso y lleno de estaciones. No había más que un coche salón, y allí nos metieron á todos los viajeros de primera y segunda; las protestas no valieron de nada: los empleados no eran la compañía. A medio camino subieron dos policías conduciendo presos, y también se zamparon en nuestro coche. ¡Claro, como que no había otro! Se colocaron en un rincón, es cierto, pero se colocaron: ¡había que tomar á risa la cosa!

Yo hacía poco alto en tales



LA TABERNA, cuadro de D. Luis Graner. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)



SAN FRANCISCO DE ASÍS CURANDO Á LOS LE



…PROSOS, bajo relieve de D. Agustín Querol

pequeñeces, preocupada como estaba en la contemplación del terreno.

Panamá me había gustado: había mucha animación, mucho movimiento en el Gran Hotel.

EVA CANEL

(Concluirá)

MISCELANEA

Bellas Artes.—Se ha constituído el Comité central de la Exposición internacional de Bellas Artes que, como en los anteriores, se celebrará en el presente año en Munich bajo el protectorado de S. A. el príncipe regente de Baviera y la presidencia de honor de S. A. el príncipe Luis. La fecha inaugural, que otros años era el 1.° de Julio, será en éste el 1.° de Junio: el plazo para anunciar la concurrencia al certamen terminará en 15 de Marzo y los envíos de obras deberán hacerse del 1 al 15 de Abril.

—En la Exposición que actualmente se está celebrando en Budapest figuran 550 obras de 269 artistas, 128 húngaros y 141 extranjeros. Entre los primeros descuellan en primer término Horovitz, Benczur, Basch, Skuteczky, Mednyansky, Bruck y Margitay, y entre los segundos Jiménez Aranda con su *Visita en la sala del hospital*, Moreno Carbonero, Villegas, Uhde, Tirle, Courtens, Friedrich, Bretón, Dagnan, Bouveret y Tito. Entre las esculturas llaman la atención las de Donath, Rona, Strobl y Bezeredi.

—Se han inaugurado en Zurich y en Berna respectivamente los monumentos dedicados al poeta Baumgartner, obra de Augusto Heer, de Basilea, y al «padre de la gimnasia» Niggeler, cuyo busto ha modelado el escultor parisiense Lanz.

—El Consejo municipal de Amsterdam ha votado la cantidad de 1.250.000 pesetas para la construcción de un nuevo Museo de pinturas, destinado á los cuadros modernos, en el que lleva empleadas 375.000 una familia de la propia ciudad amante de las Bellas Artes.

—El Museo de Luxemburgo acaba de enriquecerse con los importantes donativos siguientes: el cuadro de Bougereau *La jeunesse et l' amour*, ofrecido por Mad. Aclocque; un *Retrato del autor*, obra de Adolfo Lecleux, regalo de Mad. Nicolet, y el gran lienzo de Puvis de Chavannes, donado por el mismo y titulado *Ludus pro patria*.

—Recientemente se ha inaugurado en Viena el Museo Imperial de Historia del Arte que con razón puede denominarse panteón erigido en honor de los imperiales Mecenas austriacos, de los Habsburgo-Lorenas, decididos protectores de las artes bellas. Imposible encerrar en los límites de esta sección una descripción, por somera que fuese, de este monumento soberbio, que encierra incalculables tesoros y en cuyo decorado han intervenido los artistas que de mayor y más justa nombradía gozan en el mundo artístico. El vestíbulo y la escalera especialmente son un conjunto indescriptible de riquezas, pues además de los preciosos materiales en uno y otra empleados, en las paredes, techos y cúpula el cincel y los pinceles han trazado maravillosas creaciones. Entre las pinturas sobresale la de la bóveda, que es el celebrado lienzo de Munkaczy que figuró en el último Salón de París y que reprodujo LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en su número 478.

—En Zaragoza se ha expuesto al público el modelo de la estatua de Lanuza, obra acabada del escultor Sr. Vidal, que, al decir de las personas inteligentes que la han visto, interpreta de una manera admirable el pensamiento que informó el proyecto y reproduce en toda su grandeza la majestuosa figura del Justicia mayor de Aragón.

En la misma ciudad se ha terminado el modelo en yeso de la estatua del general Palafox que ha de fundirse en la fábrica nacional de cañones de Sevilla para ser colocada en el patio de la capitanía general de Aragón.

Teatros.—*Mar y cielo*, la hermosa tragedia del vate catalán D. Angel Gimerá, traducida al castellano por D. Enrique Gaspar, que hace poco ha valido á su autor uno de los triunfos más espontáneos y entusiastas que se han presenciado en la corte, ha sido estrenado últimamente en Valladolid y en Zaragoza con éxito extraordinario.

—El estreno en el teatro del Vaudeville de París del drama de Ibsen *Hedda Gabler*, traducido al francés por Prozor, ha dado lugar á grandes discusiones en la prensa, pues mientras unos críticos lo censuran por obscuro y sobradamente psicológico, otros lo ensalzan incondicionalmente. De todos modos aun los primeros convienen en que la obra contiene grandes bellezas, y la verdad es que el público le ha dispensado excelente acogida.

—*Maese Manole*, tragedia en cuatro actos de Carmen Sylva, ha alcanzado gran éxito en el teatro Nuevo de Leipzig: la reina de Rumanía, que como es bien sabido se oculta tras aquel seudónimo, está actualmente trabajando en otra obra del mismo género trágico, titulada *Miguel el valiente*.

—*El amigo Fritz* y *Cavalleria rusticana*, óperas del maestro Mascagni, se están representando actualmente con muy buen éxito en Nápoles y Faenza la primera y en Alejandría, Londres y Pérgamo la segunda.

—En la temporada de 1892 á 1893 se pondrá en escena en el teatro Real de Madrid la trilogía *Los Pirineos*, letra del excelentísimo Sr. D. Víctor Balaguer y música del maestro catalán Sr. Pedrell.

Necrología.—Han fallecido recientemente:

Monseñor Freppel, obispo de Angers, filósofo erudito, teólogo eminente, escritor profundo, ilustrado profesor de la Sorbona y elocuente orador que así conmovía cuando desde el púlpito explicaba las sublimes doctrinas del catolicismo, como avasallaba á sus oyentes cuando en el Palacio Borbón lanzaba sus tribunicios apóstrofes contra los perseguidores de la Iglesia.

El cardenal Payá, arzobispo de Toledo, prelado de gran talento y excepcionales virtudes que, aunque por otras cosas no fuese, merecería puesto eminente entre los príncipes de la Iglesia por el hermoso discurso pronunciado en el concilio del Vaticano en defensa del dogma de la Infalibilidad del Papa.

Emilio Bayard, el célebre pintor-dibujante francés, autor de innumerables obras, muchas de las cuales, como *Lance de honor*, *Desfile durante el sitio*, *Quien mucho abarca...*, *Después de Waterloo*, etc., han popularizado el grabado y el cromo: como dibujante adquirió grande y merecida reputación, habiendo colaborado en infinidad de publicaciones artísticas é ilustrado multitud de novelas, entre ellas, *Toda una juventud* y *Vizcondesa*, que ha insertado LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Bayard, que era caballero de la Legión de Honor desde 1870, ha muerto en el Cairo, víctima de una afección en el corazón, á la edad de 54 años.

Mme. Carolina Popp, directora del *Journal de Bruges*, por ella fundado en 1836, á la que se consideraba como decano de los periodistas belgas.

Varia.—El ingeniero francés M. Lepappe, autor de los ascensores de la torre Eiffel, ha inventado en unión de su colega M. Establie un coche automóvil cuyo gasto se calcula en un céntimo de peseta por persona y kilómetro recorrido. El modelo, capaz para cinco personas, va á emprender un viaje de París á Bayona (800 kilómetros); pero la aplicación verdadera del vehículo será para distancias de 16 á 20 kilómetros que podrá recorrer en una hora.

—El nuevo palacio de la embajada francesa en San Petersburgo ha sido construído y decorado con inusitado lujo: suntuosos tapices de los Gobelinos, cuadros y esculturas de incalculable valor y muebles lujosos cuanto artísticos adornan los hermosos salones del edificio, entre los cuales descuellan los de recepciones y de conciertos y el comedor. Los gastos de instalación se calculan en un millón de rublos (cuatro millones de pesetas).

—En la iglesia de San Juan de Letrán, en Roma, va á comenzarse en breve la construcción del mausoleo destinado á enterramiento del actual Papa León XIII, quien desea dirigir en persona los trabajos de su sepulcro. A este rasgo del Soberano Pontífice habíase anticipado el cardenal Lavigerie, el cual tiene hace tiempo construída en la catedral de Cartago la tumba en que habrán de ser encerrados sus restos mortales: en ella hay grabada la inscripción siguiente: «Aquí yace el que fué cardenal Lavigerie y que ahora es sólo polvo. ¡Rogad por él!»—«No falta en mi epitafio más que la fecha,» decía en cierta ocasión el prelado, quien, por un exceso de previsión, tiene reservada ya una cantidad para el obrero que en su día, ¡quiera Dios en bien de la civilización que sea lejano!, haya de esculpirla.

La siguiente anécdota pinta el carácter independiente del cardenal:

Instado por el Secretario perpetuo de la Academia de Inscripciones y Bellas letras para que presentase su candidatura en esta sección del Instituto de Francia, preguntóle monseñor Lavigerie si las tradicionales visitas á los académicos electores eran indispensables; y habiéndole aquél contestado afirmativamente, escribióle al día siguiente una carta en la que, entre otras cosas, le decía: «¿Qué se diría de mí si mientras los míos buscan sólo la *palma* del martirio, me vieran solicitar con empeño las *palmas* del Instituto?»

NUESTROS GRABADOS

Estatua del emperador Augusto existente en el Vaticano.—El arte antiguo y moderno tiene espléndida representación en los varios museos que forman parte del palacio en donde reside el romano Pontífice. En los valiosos ejemplares que hermosean aquellas galerías puede analizarse la historia de las artes bellas en los pueblos civilizados y hallar inspiración é irreprochables modelos los que al cultivo de la pintura ó de la estatuaria se dedican.

Muestra de las joyas allí encerradas es la estatua del emperador Augusto que reproducimos: de majestuoso continente, perfectamente correcta en sus líneas y proporciones, llenos de expresión el semblante y de naturalidad la actitud, realzada su ejecución por preciosos detalles como los de la coraza y el artístico plegado del manto, impónese desde la primera mirada su belleza y revela la maestría á que llegaron en la antigüedad romana los artistas cuyas obras, aun en sus más insignificantes fragmentos, son afanosamente codiciadas para servir de adorno en los principales museos y de estudio á los artistas más notables.

Costumbres chinas. El mercado de Shang-Hai.—Es ésta una de las más importantes poblaciones del Celeste Imperio, no sólo por el número de sus habitantes y por su considerable comercio, sino también por las muchas facilidades que para su establecimiento y residencia ofrece á los europeos. Su puerto está abierto al tráfico extranjero desde 1843, lo que ha permitido que se establecieran junto á la ciudad china concesiones francesas y anglo-americanas cuyo estado próspero y floreciente es buena prueba, de una parte, de la tolerancia de la población indígena, y de otra, de los abundantes recursos que en Shang-Hai ofrece el comercio.

Si por un detalle puede juzgarse del conjunto de una ciudad, cuanto decimos está confirmado por el grabado que representa el mercado de Shang-Hai, en donde, como se ve, reina la animación característica de una población activa y numerosa y reveladora de instintos y costumbres mercantiles.

Cabeza á pájaros, busto en bronce de D. José Reynés, fundido en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—Caprichosa representación de la mujer ligera supo hallar Reynés en el bonito busto que reproducimos. En su agraciado rostro, en su deliciosa sonrisa descúbrese ese algo especial de la mujer que no ha sido llamada para ser la verdadera compañera del hombre, en la que no puede hallar jamás consuelo ni lenitivo á sus amarguras y sí únicamente viviendo para el placer.

La escultura revela en Reynés profundo estudio y patentiza sus reconocidas aptitudes para el arte que cultiva con aprovechamiento.

La feria de Santo Tomás en Barcelona, cuadro de D. Leopoldo Roca (Exposición de Bellas Artes de Berlín).—En la Academia de Bellas Artes de Barcelona comenzó Leopoldo Roca sus estudios artísticos, que amplió después en la Nacional de París bajo la dirección del ilustre Gerome. Posteriormente y animado del deseo de conocer las obras de los grandes maestros trasladóse á la Ciudad Eterna, en donde pudo dar muestra de sus aptitudes para el cultivo del arte que emprendiera con verdadero entusiasmo. Varias obras, y algunas de ellas notables, produjo durante su permanencia en Roma, entre las que merece citarse el cuadro titulado *Jugadores*, premiado en la Exposición Internacional que se celebró en Roma en el año de 1883. Instalado nuevamente en Barcelona, su ciudad natal, ha continuado dando pruebas de su laboriosidad, ya desempeñando honrosos encargos de los más importantes establecimientos editoriales, ó bien produciendo preciosas acuarelas como la que figuró en la Exposición Universal de 1888, ó lienzos tan recomendables como el que reproducimos, premiado en la de Bellas Artes que acaba de celebrarse en la capital de Alemania.

A sus cualidades artísticas y condiciones especiales de carácter debe la consideración y simpatías de que goza, especialmente entre sus compañeros, que justamente le han elevado á la presidencia del Círculo Artístico de Barcelona, en cual honroso cargo procura Leopoldo Roca corresponder á la distinción que mereciera, cuidando con preferente interés, no sólo de la buena marcha de la Asociación, sino también de cuanto atañe á los intereses artísticos de sus colegas.

Semáforo de Bagur (fotografía de D. Juan Camós).—No escaso interés ofrece la villa de Bagur por los recuerdos que encierra y por su situación en la costa NE. de la península. Los restos de algunas torres que algunos suponen se levantaron para proteger á la población de las correrías de los merodeadores y piratas, recuerdan la importancia que tuvo la villa en época remota. Hoy consta de 2.000 habitantes entregados al cultivo de la vid, á la pesca y á la industria taponera, y se halla enlazada con Gerona, capital de la provincia, y con poblaciones tan importantes como Palafrugell, por medio de buenas carreteras.

El semáforo recientemente instalado en el cabo Bagur constituye una mejora importantísima ha tiempo reclamada. El edificio en que se halla instalado, construído de mampostería, levántase sobre una meseta del mismo cabo. Consta de planta baja que afecta la forma de T, en donde se hallan instaladas las oficinas telegráficas y las habitaciones de los empleados, y dos cuerpos contiguos destinados respectivamente á observatorio y á depósitos y almacenes.

Para el servicio base nombrado el personal competente, no dudando que la estación electro-semafórica del cabo Bagur está llamada á ser una de las más importantes, no sólo por su proximidad al golfo de León, sino también por ser el último punto de comunicación de la costa española de Levante.

Payés mallorquín, cuadro de D. Juan Bauzá (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—No es Bauzá un artista novel ni uno de esos jóvenes pintores que vemos emprender con seguro paso la difícil senda que con tanto empeño recorrieron los que consideramos campeones del arte español. Trátase de un distinguido pintor palmesano que en su laboriosa existencia, consagrada por completo al arte, ha producido obras que embellecen palacios y museos y alcanzado lauros y recompensas que sólo se obtienen cuando á especiales condiciones y aptitudes se adunan el estudio y la observación.

Discípulo de D. Federico Madrazo, dióse ya á conocer en la Exposición de 1871 por su bellísimo cuadro *Los mendigos*, que obtuvo una primera medalla, cabiendo igual premio al notable estudio que remitió á la de 1889. El paraninfo de nuestra Universidad literaria ostenta uno de sus lienzos más notables, cual es el que representa al cardenal Jiménez de Cisneros en el acto de recibir el último pliego de la Biblia políglota.

Un solo cuadro expuso en el último Concurso; pero á pesar de ser un estudio, obsérvase la maestría del pintor y la riqueza de su paleta, impregnada de ese clasicismo que tanto genio reportó para el arte patrio.

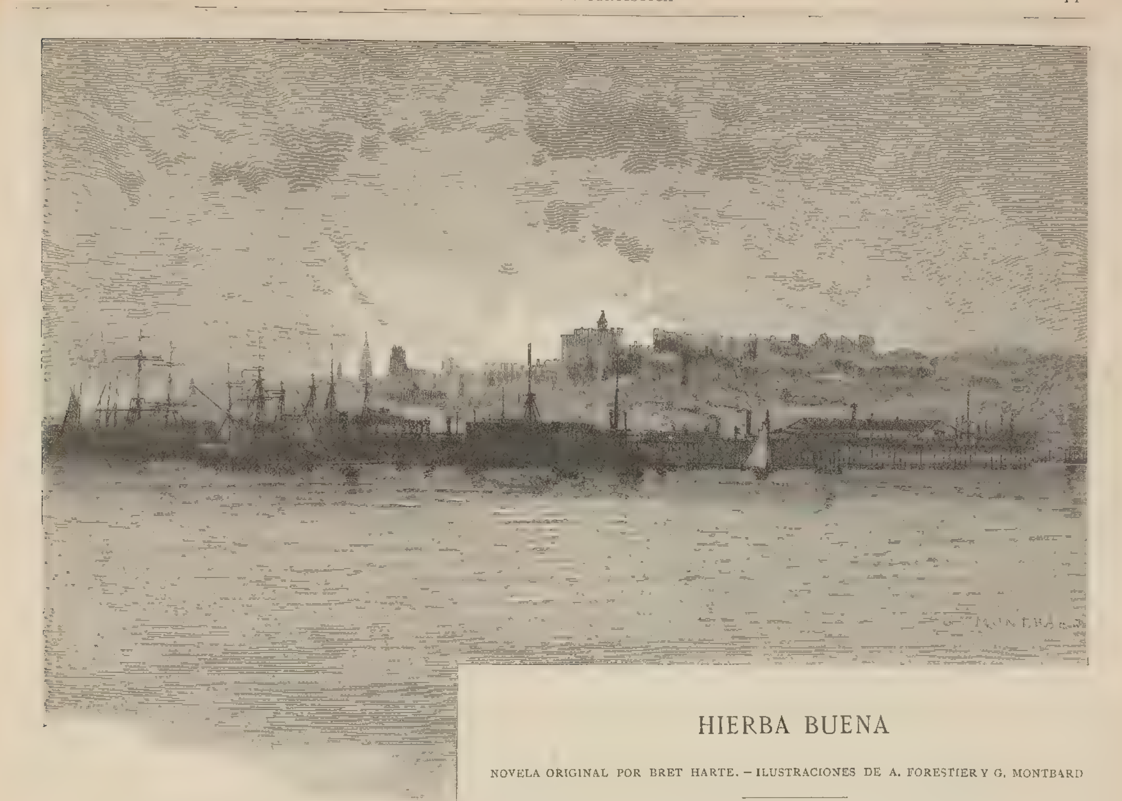
La taberna, cuadro de D. Luis Graner (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—Luis Graner es uno de los jóvenes pintores que cultiva el arte con verdadero entusiasmo, complaciéndose en vencer los escollos que en la ejecución pueden ofrecerle los contrastes de tonos, tipos y situaciones. De ahí que se observe en la mayoría de sus cuadros el resultado de prolijos estudios y se adivine en ellos la voluntad firme y decidida del artista que se propone fijar su reputación á costa de prolija labor y del paciente estudio del natural. Los efectos de luz, la reunión de diversos tipos, las escenas en donde el artista procura hallar representaciones gráficas de las pasiones que dominan al hombre de las últimas clases sociales, los abigarrados conjuntos en los que se halla unido lo delicado con lo grosero, lo vulgar con lo correcto, han servido á Graner, como acontece en su cuadro *La taberna*, de asunto para algunas composiciones que llevan marcado en sí el sello de un noble empeño y el de su recomendable laboriosidad.

San Francisco de Asís curando á los leprosos, bajo relieve de D. Agustín Querol.—Agustín Querol es un artista de temperamento y de extraordinaria genialidad. Apenas salido de las aulas se remontó de un vuelo á la altura de los maestros, y desde entonces no ha cesado de dar pruebas de las privilegiadas dotes que para el cultivo de la escultura posee. *La Tradición*, admirable grupo ejecutado con perfección y valentía poco comunes, premiado en la Exposición Nacional; *El vencido de hoy*, composición de amplísimo concepto, y otras notabilísimas obras, algunas de ellas reproducidas en esta ILUSTRACIÓN, pregonan las relevantes cualidades de este artista y sus repetidos y continuados triunfos.

El bajo relieve que representa á Francisco de Asís es su última producción. Todo en ella hállase perfectamente interpretado. La gran figura del apóstol de la Umbría descuella tal y como corresponde á aquel espíritu superior, que animado por el espíritu divino, elevó su voz entre el confuso fragor de las armas, predicando la humanidad y el amor.

Merece Querol caluroso y sincero aplauso y se lo enviamos desde nuestras columnas, ya que obras como las suyas honran á quien las lleva á cabo y á la nación que cuenta entre sus hijos á quien las produce.

Versalles.—Fuente de Diana.—Ninfas y Amores, bajo relieve por Legros.—La preciosa fototipia que publicamos reproduce una sección de la fuente llamada de Diana en los famosos jardines del no menos célebre palacio de Versalles. Al igual de todas las obras que embellecen aquel real sitio, es la fuente de Diana una obra verdaderamente artística. Los mejores escultores de la época ejecutaron en ella trabajos admirables, siendo uno de ellos el bajo relieve de Legros representando un grupo de ninfas y amores.



HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. - ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

PRÓLOGO

La estación de las lluvias había sido muy enojosa en San Francisco, sobre todo para los viajeros y emigrantes del Sur. Durante el día, acumulábanse las nubes y apenas un sol fugaz iluminaba á intervalos el horizonte; de noche, la lluvia caía á torrentes, y oíase de continuo el sordo rumor del agua que rebotaba en las sonoras planchas de cinc de los tejados de algunas casas. Las movedizas dunas de la ribera, batidas por frecuentes tempestades, parecían moles petrificadas;las frías brisas del Pacífico, soplando del Sudoeste, penetraban hasta en las bulliciosas viviendas de las calles del Comercio y de Kearney, y el camino bajo de las Misiones hallábase convertido en una laguna. A pesar del muelle, del puerto y de los fardos de mercancías allí aglomerados, las olas del mar lo invadían todo, depositando montones de cieno hasta muy cerca de la calle de Sonsone; y las verjas de madera de los paseos parecían puentes flotantes ó pequeños pontones En la calle de Montgomery y en la plaza había peligrosas profundidades desconocidas, y más de cuatro coches atascados en ellas necesitaron el eficaz auxilio de algunos transeuntes de buena voluntad para salir del atolladero en que se hallaban.

Cierto carruaje que había sufrido un percance de esta naturaleza detúvose delante del gran edificio público, de aspecto majestuoso, que todos conocían como Casa Ayuntamiento; de él se apeó una dama, cuyo rostro cubría tupido velo, y penetró rápidamente por la entrada principal. Algunos transeuntes volvieron la cabeza para mirarla, sorprendidos acaso de su hermosura, ó bien de lo raro que entonces era ver una dama, sobre todo de tan elegantes formas.

Mientras avanzaba por un largo corredor, en cuya extremidad veíase una escalera de hierro, varias personas se cruzaron apresuradamente con la desconocida, sin duda porque les urgía más que á ésta despachar sus asuntos; pero una de ellas detúvose de pronto al verla, con aire de asombro, como si de improviso evocase algún recuerdo, y la siguió. Sin embargo, al observar que se detenía ante una puerta adornada con una placa de cobre en que se leían las palabras «Despacho del Corregidor,» pasó por delante, y después de pasear á su alrededor una mirada, cual si buscase alguna otra persona para hacerla partícipe de su admiración, alejóse lentamente.

Un momento después, la dama penetró en una espaciosa antesala, dejó escapar un suspiro, como persona que se siente más tranquila, y al ver que allí no había nadie, llamó al portero, á quien dirigió alguna pregunta en voz muy baja, cual si la impusiera respeto aquel lugar. El humilde funcionario, sin contestar palabra, entró en otra habitación, cuya puerta tenía también su correspondiente placa con la palabra «Secretaría,» y un momento después volvió á salir acompañado de un joven de diez y siete ó diez y ocho años, en el que lo único que había llamado desde luego la atención era la singular brillantez de sus ojos. Después de fijar una rápida mirada en la dama, hizo un ademán para indicar que podía tomar asiento, no sin cierta exagerada gravedad, algo cómica en aquel adolescente, que al parecer quería darse la importancia de hombre formal, y tomando una tarjeta de manos de la visitante, volvió á entrar en su despacho. Allí no llamó á ningún otro compañero, como la dama podía esperar, sino que se dirigió á una puertecilla forrada de bayeta verde, con clavos dorados en los bordes, como la tapa de un ataúd, y cuya placa decía «Particular;» abrióla ligeramente y penetró en el despacho del corregidor.

El alto dignatario de San Francisco, hombre de unos cuarenta años, de aspecto militar y elevada estatura, estaba sentado en aquel momento, con la silla apoyada en la pared y puestos los pies en los travesaños de un sillón ocupado por otro hombre: los dos fumaban perezosamente.

El corregidor tomó la tarjeta de manos de su secretario y miróla al parecer con indiferencia.

– ¡Hola!, exclamó de pronto. ¿Qué significa esto?

Y alargó la tarjeta á su compañero, que después de leer en alta voz «Carolina Howard,» comenzó á silbar.

– ¿Dónde está?, preguntó el corregidor.

– En la antesala.

– ¿Viene alguien con ella?

– No, señor.

– ¿Has dicho que estaba ocupado?

– Sí, señor; mas según parece, había preguntado á Samuel, que la dijo quién se hallaba aquí, á lo cual contestó que no importaba nada, pues era su deseo ver también al coronel Pendleton.

Los dos hombres se miraron mutuamente con expresión interrogadora; pero el coronel, anticipándose á las funciones del corregidor, dijo con acento breve mientras se recostaba en su sillón:

– Conducidla aquí.

Un momento después abrióse la puerta y apareció la desconocida, que después de cerrar, levantóse el tupido velo, dejando ver unas facciones notablemente hermosas, aunque la dama pasaba de los treinta. Advertiremos de paso que aquel rostro era ya conocido de los dos hombres y de toda la ciudad.

– ¿Qué la trae á usted por aquí, Carolina?, preguntó el corregidor, ofreciendo una silla á la visitante, sin levantarse ni cambiar de actitud. Aquí estoy con mi amigo, el coronel Pendleton, y estas son las horas de oficina. ¿Qué podemos hacer en favor de usted?

Si se hubiera recibido á la dama con toda la formalidad oficial, ó con fría política, tal vez se habría cortado, aunque sus negros ojos, muy vivos y expresivos, revelaban audacia y energía; mas aquel recibimiento franco y cordial inspiróla confianza; cogió la silla familiarmente y sentóse al punto, tomando una graciosa postura.

– Gracias, Santiago... quiero decir, señor corregidor; y también á usted, Enrique. He venido á despachar un asunto, y necesito precisamente dos hombres que sirvan de tutores á mi hija.

– ¿A su... hija?, preguntaron á la vez el corregidor y su amigo.

– Sí, mi hija, repitió la dama con ligera sonrisa, á la cual siguió una mirada de recelo. Sin duda no saben ustedes nada de esto, añadió con un tono que al parecer tenía algo de agresivo y que también podía indicar cierto enojo; pero lo diré en pocas palabras. Es el caso que tengo una niña en el convento de Santa Clara, donde, como ya saben ustedes, no la he cuidado solamente á ella, sino tambien á otros, durante algún tiempo; mas ahora deseo arreglar todos los asuntos de la niña para el porvenir. Me propongo cederla todos mis bienes, cuyo valor ascenderá á unos setenta y cinco mil duros, poco más ó menos, pues Bab Snelling me indujo á tomar hace un año aquellas acciones de las aguas que ya sabe usted. Ahora necesito tutores formales ó curadores, ó llámese como se quiera, para que administren el dinero de esa niña.

– ¿Quién es su padre?, preguntó el corregidor.

– ¿Qué tiene que ver esto con el asunto?, preguntó la dama impetuosamente.

– Pues todo, porque el padre es su guardián natural.

– Pues suponga usted que no se le conoce, ó que ha muerto.

– Esto sería más conforme, repuso el corregidor con gravedad.

– Sí, muerto; esto será lo más creíble, añadió el coronel Pendleton.

Sucedióse un pausa, durante la cual los dos hombres parecieron reflexionar, y después el corregidor fijó en la dama una mirada penetrante.

– Carolina, dijo, ¿ha reñido usted con Bob Ridley?

– No; sabe demasiado para reñir conmigo, contestó la dama con sequedad.

– Y al dar este paso, ¿no la anima á usted más deseo que el que acaba de exponerme?

– Seguramente no; y paréceme que este motivo basta.

– Sí, replicó el corregidor, retirando al fin los pies de la silla de su compañero, y poniéndose en pie; mientras que el coronel hacía lo mismo; pero supongo que pensará usted más detenidamente sobre el asunto.

– No; necesito hacer esto *ahora*, aquí mismo, en esta oficina.

– Pero ¿sabe usted ya que la medida sería irrevocable?

– Así lo deseo precisamente, para que después no haya ningún entorpecimiento ni dificultades sobre mi resolución.

– Sin embargo, advierta usted que no se queda con nada, y que si lo cede todo á esa hija para consagrarse después á otro género de vida, es posible que...

– ¿Y quién le ha dicho á usted que tal sea mi intención?

El corregidor y el coronel miraron de nuevo con persistente fijeza á la dama.

– Escúchenme ustedes, pues veo que no me entienden, continuó Carolina. Desde el momento y hora en que ese documento esté firmado, nada tengo que ver ya con la niña. De mis manos pasa á las de ustedes, que se cuidarán de educarla y administrar sus bienes, y así llegará á ser rica, sin que necesite saber jamás quién soy yo ni dónde me hallo, pues tampoco lo sabe ahora. Sin duda me considera solamente como una amiga; no me ha visto más que una ó dos veces, y apenas me reconocerá ya. Digo esto porque el otro día pasé junto á ella en ocasión de hallarse paseando con las hermanas y los escolares, y no me conoció, aunque sí una de aquéllas. Ahora que recuerdo, también estaba usted allí, amigo Santiago, presidiendo las maniobras militares, y tal vez haya visto á la niña. Tiene ya nueve años, cabello abundante del mismo color del mío y hermosos ojos. En dicho día llevaba un collar de perlas verdaderas que le regalé hace tiempo; *las compré* yo misma en casa de Tucker y me costaron doscientos cincuenta duros. También llevaba un magnífico ramo de rositas blancas y lilas.

– ¡Ah! Sí; me parece haber visto á esa niña en la explanada, dijo el corregidor con gravedad. ¿Y esa es la hija de usted?

– Lo que deseo ahora, repuso la dama, sin contestar directamente á la pregunta de su interlocutor, es que usted y Enrique se cuiden de ella y de sus bienes como si yo no existiera; más aún, como si jamás *hubiera existido*. He venido á ver á ustedes porque les juzgo hombres muy formales, que atenderán mis razones. Quisiera que se encargase usted de ese capital, añadió dirigiéndose al corregidor, no como Santiago Hammersley, sino como primera autoridad municipal de San Francisco; y cuando cese usted en el cargo, el funcionario que le sustituya se encargará del cumplimiento de lo que se estipule; de modo que así estará segura la tutela. Supongo que siempre existirá la ciudad de San Francisco y que no le faltará nunca corregidor, al menos hasta que la niña llegue á ser mayor de edad. Por lo pronto ya tendrá en usted un padre, y bastante grandecito, á fe mía. Por supuesto que el nuevo corregidor no ha de saber el porqué de esto; debe limitarse á cumplir con lo prevenido sin hacer preguntas oficiosas. Bastará que se haga cargo del dinero y pague cuanto sea necesario á medida que se reclame.

El corregidor y su amigo cambiaron una mirada de aprobación.

– ¿Me ha buscado usted ya un sucesor, preguntó el coronel, para el caso de que alguno me haga desaparecer de la tierra antes de cumplirse diez años?

– Siendo usted presidente del Banco *El Dorado*, supongo que todos cuantos le sucedan en su empleo procederán como lo haría usted mismo. Se dará cuenta del asunto á los directores, así como Santiago lo hará ante el Consejo.

Los dos hombres se habían puesto en pie, y miraron á la dama silenciosamente, como si reflexionaran aún.

– Vamos, dijo al fin el corregidor, esto podrá hacerse, y estoy dispuesto á servir á usted. Creo que mi amigo el coronel será de la misma opinión.

– Estoy conforme, contestó Pendleton.

– Pero se necesitará otro hombre, añadió el corregidor.

– ¿Para qué?

– Porque ha de haber un tercer voto en caso de cualquiera dificultad.

La dama se inmutó.

– Yo pensaba, dijo con expresión de pesar, que el secreto quedaría entre ustedes dos.

– ¡Oh! Esto no importa; ya encontraremos alguno que nos sirva, ó bien podrá usted elegir á quien guste y decirnos su nombre.

– Pero el caso es que yo desearía concluir el asunto aquí y ahora mismo, repuso la dama con impaciencia.

Y permaneció un momento silenciosa, fruncido el entrecejo, hasta que al fin preguntó bruscamente:

– ¿Quién es ese jovencito que me condujo aquí? Yo diría que es persona digna de confianza.

– Ese joven es Pablo Hathaway, mi secretario; merece mi confianza, pero es demasiado joven. ¡Ah!... No me acuerdo bien de esto, pero me parece que no se exige ninguna edad legal, y por otra parte, ese muchacho no carece de talento.

– Y además tiene la juventud en su favor, añadió el coronel Pendleton. Se ha educado en San Francisco, observa buena conducta, y aceptará lo que se le proponga, como si fuese asunto oficial, sin necesidad de rogárselo.

– Pues llámenle ustedes, dijo la dama.

El joven secretario entró un momento después, con mucha compostura, y mirando á las personas con sus brillantes ojos, como si quisiera adivinar de qué se trataba.

El corregidor le explicó el caso brevemente, con la misma precisión que si fuera un asunto del servicio.

– La obligación de usted, amigo Hathaway, díjole el corregidor, será por ahora meramente nominal, y el asunto en un todo confidencial. El coronel y yo lo arreglaremos.

El joven Pablo pareció comprender bien al punto la cuestión de que se trataba, y saludando cortésmente iba á retirarse ya, cuando la dama le hizo una señal para que se detuviera.

– Más vale, dijo, que concluyamos esto de una vez. Señor corregidor, escriba usted algo, y así lo firmaremos todos ahora mismo.

Al decir esto, la dama fijó en Pablo una mirada, que tanto podía ser para examinar su persona, como para ver si sorprendería en él algún ademán que indicase mala voluntad; pero el joven correspondió á su mirada con otra de simpatía como si comprendiera los deseos de la dama.

Durante algunos minutos reinó profundo silencio, mientras el corregidor hacía correr la pluma sobre el papel. De repente se interrumpió para interrogar á la dama:

– ¿Cómo se llama la niña?

– No ha de llevar mi nombre, contestó Carolina brevemente; es una condición que entra en mi plan. Renuncio á esto como á lo demás, y será necesario tomar otro nuevo que no indique en nada el mío; alguno que expresase que la niña es hija de la ciudad; ya comprenderá usted.

– Supongo que no querría usted llamarla Santa Francisca, dijo el coronel.

– No me parece muy bien, repuso la dama con una gravedad que no permitía insistir.

– ¿Y Crisopolinia?, preguntó el corregidor en tono de broma.

– ¡Oh! Ese sería el *primer* nombre, y es necesario que tenga apellido.

– ¿Le ocurre á usted alguno, Pablo?, añadió el corregidor dirigiéndose al joven. Ya sé que usted es muy aficionado á la lectura, y además supongo que se acordará de los autores clásicos mejor que yo.

– ¿Qué le parece á usted, señor corregidor, preguntó el secretario gravemente, el nombre de Hierba Buena? Es el de la primera colonia que se estableció aquí, y fué aplicado por el padre Junípero Serra, sin duda porque en la localidad abundaba la planta que así se llama, planta que según dicen es un bálsamo para las heridas.

– ¿Para las heridas?, repitió la dama pronunciando las palabras lentamente.

– Y también para las llagas, repuso Pablo, ó por lo menos así lo aseguran.

– Supongo que no habla usted en broma, dijo Carolina con una ligera sonrisa que apenas entreabrió sus labios, y que siempre asomaba en éstos cuando dirigía la palabra al joven secretario.

– No, repuso el corregidor apresuradamente, pues yo también lo he oído decir con frecuencia. Y el nombre sería muy conveniente para la niña: *Hierba* sería el primero y *Buena* el segundo; de modo que podríamos llamarla señorita Buena cuando sea mayor.

– Me conformo con ello, pues á decir verdad, la niña es realmente buena.

Siguióse una pausa y otra vez se oyó correr sobre el papel la pluma del corregidor. El coronel Pendleton se abotonó la levita, atusóse el largo bigote, arregló un poco el cuello de su camisa y se dirigió á la ventana sin mirar á nadie.

Poco después el corregidor se levantó de su silla, y con cierta cortesía y gravedad que no se había notado en él antes, entregó su pluma á la dama, separó un poco el sillón para que pudiera sentarse más cómodamente é hizo una señal para que firmara. Carolina escribió su nombre con rápida mano, y después el coronel y el secretario pusieron también su rúbrica en el documento, habiéndose llamado antes al portero como testigo para que presenciara esta última parte del acto.

Entonces el corregidor volvióse hacia su secretario y díjole que estaba terminado su cometido.

El joven saludó con gravedad y retiróse, mientras que el corregidor, acercándose á la dama con el documento en la mano, díjole con cierta expresión solemne:

– Escúcheme usted, Carolina; aún tiene tiempo para retractarse y deshacer lo hecho; si lo quiere así, rasgaremos este escrito, y yo le prometo que de la presense entrevista y de todo cuanto nos ha dicho nada trascenderá fuera de estas paredes. Por nuestra parte, siempre estaremos dispuestos á declarar que lo que usted trataba de hacer era superior á sus fuerzas.

La dama se había levantado á medias de su silla; pero volviendo á su primera posición, miró con impaciencia á su interlocutor, que á su vez no separaba la vista de ella.

– ¿De qué habla usted ahora?, preguntó con cierta expresión de enojo.

– Quiero decir, Carolina, que acaba usted de dar á esa niña todo cuanto posee. ¿Qué le queda, pues, para el porvenir?

– ¿Le parece á usted que no estoy en mi juicio cabal y que no obro por mi propia voluntad?

Al decir esto, la dama estaba verdaderamente hermosa, y en realidad nadie hubiera podido suponer que le faltaba el juicio; su expresión resuelta y su actitud bastaban para alejar toda duda.

– Y advierta usted, Carolina, continuó el corregidor, que no es eso todo. ¿Ha reflexionado ya sobre la trascendencia de este acto y lo que significa? Esto es renunciar completamente, no sólo á toda reclamación, sino á cualquiera interés que la niña pudiera inspirarle: he aquí lo que ha firmado y lo que nosotros nos veremos en el deber de hacer cumplir. Desde este momento nos hallaremos entre usted y ella como entre ella y el mundo. ¿Se cree usted con fuerzas para verla crecer lejos de sí, perdiendo hasta el recuerdo de la bondad que con ella se ha tenido? ¿No sentirá usted nada cuando en la calle pase á su lado, tal vez sin conocerla, ó la vea alejarse de usted, siguiendo el consejo de alguna otra persona? ¿Está usted dispuesta á cerrar ojos y oídos á todo cuanto pueda ver y oir de la niña y al saber acaso que vive rica y feliz, esposa tal vez de algún hombre notable? ¿Se resigna usted á que no sepa nunca ni nadie tampoco que debe á usted su dicha, y á que nosotros nos veamos obligados á negarlo, si por casualidad la niña averiguase alguna cosa?

– Con todo eso me he conformado ya, y precisamente es lo que quiero, contestó la dama con energía, frotando maquinalmente sus dedos adornados de sortijas contra el respaldo de la silla.

– Y también debe usted pensar, añadió el coronel, que en caso de enfermedad ó de una angustiosa aflicción, le estará vedado prestarle consuelo alguno, mientras que una persona extraña ocupará su lugar. Si se hallase en peligro de muerte, tampoco le sería lícito recoger su último aliento; y así como habrá vivido sin conocer á usted, morirá sin saber nada de su existencia; y si acaso alguien se lo dijese, sólo serviría para acibarar sus últimos pensamientos en este mundo. Tal vez entonces la maldijera á usted.

Al oir esto, otra sonrisa vagó en los labios de la dama; sus dedos frotaron de nuevo con más impaciencia el respaldo de la silla, como si fuese un instrumento mudo y quisiera hacerle emitir algún sonido, y levantándose al fin, cogióla con energía y apoyóla contra la pared.

– Sí, dijo, ya he pensado todo eso, y persisto en mi resolución.

– Pues en tal caso, replicó el corregidor, enviaré á usted las copias del documento mañana y me haré cargo de los bienes.

– Tengo aquí la letra por su valor, dijo la señora Howard, colocando el documento sobre el pupitre; y con esto me parece que podremos darlo todo por terminado. ¡Adiós!

El corregidor tomó su sombrero, imitándole el coronel, y los dos precedieron á la dama, abriendo después la puerta con grave cortesía.

– ¿Adónde van ustedes?, preguntó Carolina, mirando alternativamente á los amigos.

– Acompañaremos á usted hasta su carruaje, señora, contestó el corregidor con ademán ceremonioso.

– ¿Y hemos de cruzar los tres por todo el edificio, llamando la atención de las personas que encontremos al paso? No es necesario que se molesten.

– Si usted nos lo permite, dijo el coronel, tendremos mucho gusto en ello.

Un ligero carmín tiñó las mejillas de la señora Howard, único cambio que se había notado en su fisonomía durante toda la entrevista.

– Repito, contestó, que no deben molestarse: á ustedes les importará poco que les vean; mas yo prefiero ir sola. ¡Adiós!

Y ofreciendo una mano al corregidor y la otra al coronel, que la estrecharon silenciosamente, salió del despacho, y un momento después su graciosa figura se perdía entre las sombras del largo corredor.

– Pablo, dijo el corregidor entrando en la habitación de su secretario, ¿conoce usted á esa señora ó sabe quién es?

– Sí, señor.

– Pues bien: olvide usted que ha venido aquí y que la ha visto. Se lo recomiendo muy particularmente.

I

El salón principal del Nuevo Hotel de la Puerta de Oro en San Francisco, que la prensa local consideraba como un edificio suntuoso, presentaba, no obstante, en el mes de agosto de 1860 un aspecto moderno de no muy buen gusto, y que sin duda debió llamar la atención de cuatro visitantes que acababan de entrar, admirados sin duda de tanto esplendor. Deteniéndose vacilantes ante unas butacas de brillante caoba, que al parecer no se habían utilizado aún, uno de aquellos hombres fué á sentarse en un sofá, otro se acomodó en una otomana y sus dos compañeros permanecieron en pie, contemplando el decorado del techo y haciendo algunas observaciones en voz baja. Al parecer eran personas de importancia, ó por lo menos de buena posición.

Pocos momentos habían esperado los cuatro visitantes, cuando se presentó un joven como de veinticinco años de edad, cuyo rasgo más notable consistía en la singular brillantez de sus ojos. Saludó con una sonrisa á los que permanecían de pie y al que ocupaba la otomana, y después dirigióse hacia el sofá, saludando al hombre que allí estaba, el cual se levantó al punto y ofreció la mano con benévola expresión.

– Muy bien, Pablo, dijo; no pensaba que se acordaría usted de mí, pues hace ya cuatro años que nos conocimos en Marysville, y ahora es usted todo un hombre.

A juzgar por la sonrisa del joven, nadie habría podido adivinar que en realidad no reconoció á su visitante al primer golpe de vista, aunque por un instinto que le era propio, figurósele que no era la primera vez que le veía. Sin embargo, lejos de rectificar el error de su visitante, contestóle sin vacilación alguna:

– No sé por qué había de olvidar á Tony Shear... ni tampoco á los muchachos de Marysville, añadió, saludando á los demás visitantes, que al parecer esperaban con impaciencia esta especial atención.

– Me alegro que así sea. Me acompañan estos amigos, que eran allí compañeros nuestros y á los cuales deseaba presentar á usted. Son el capitán Stidger, presidente de nuestro comité central, el señor Enrique Hoskins, de la casa Hoskins y Bloomer, y José Slate, redactor de la *Prensa Unida*, uno de los periodistas que más prometen aquí. Caballeros, añadió, dirigiéndose á sus acompañantes y elevando la voz como si fuera á pronunciar un importante discurso, inútil me parece decir que este caballero es mi apreciable amigo Pablo Hathaway, el senador más joven en la presente legislatura, y que se ha distinguido ya como tal. Supe que había usted salido anoche de Sacramento, añadió volviéndose al joven, y me propuse ser el primero en visitarle.

– Celebro mucho tener el honor de conocer á usted, caballero, dijo á su vez el capitán Stidger; ya sé cómo ha hecho su brillante carrrera, y he leído sus discursos en las sesiones. La exposición que hizo usted sobre los principios Jefersonianos y sus apreciaciones sobre los acuerdos del 98 son, en mi concepto, son... lo más notable que ha hecho usted. Si se dignase hacernos una visita, á su vez nos dispensará con ello el más alto honor.



Y alargó la tarjeta á su compañero, que después de leer en alta voz «Carolina Howard,» comenzó á silbar.

– El propietario de la *Prensa Unida*, dijo á su vez Mr. Slate, mientras buscaba en su bolsillo la cartera, me encarga que ofrezca á usted sus columnas para la inserción de los artículos ó cartas que tenga á bien publicar en beneficio de los suscriptores y de nuestro partido.

– Si alguna vez, dijo Hoskins, puedo servirle en algo, caballero Hathaway, en cuanto se refiere á mi profesión, tendré el mayor gusto en complacerle. Yo soy comerciante, y mi especialidad es la venta de víveres y comestibles al por mayor; pero también negocio en otras cosas. Ahora, por ejemplo, estoy encargado de la venta de un magnífico tronco de caballos, y si quiere usted ir á verlos, haremos una excursión hasta la Casa de la Roca para probarlos. Ya vendí otros al gobernador de Fiske, al senador Doolau y á un rico capitalista inglés que estuvo aquí el año pasado. Le aseguro á usted que los tres quedaron sumamente complacidos. Al mismo tiempo si desea usted ver la ciudad, yo soy el hombre que necesita.

Terminado su discurso, Hoskins dejó sobre la mesa una tarjeta de grandes dimensiones con las señas del establecimiento.

Sin la menor afectación, Hathaway correspondió á estas atenciones de sus visitantes, felicitándolos sinceramente, con lo cual se granjeó las simpatías de todos.

– En cuanto á lo de ver la ciudad, dijo al último que le había hablado, debo advertir á usted que he vivido aquí hace siete años.

– ¡Ah! Cuando las aguas llegaron á la calle de Montgomery.

– Sí, y cuando Santiago Hammersley era corregidor, añadió Pablo.

– Recuerdo que ya tenía usted una posición oficial, como secretario particular, antes de llegar á la edad de veinte años.

– ¡Oh! Desde entonces, dijo el capitán Stidger, la ciudad ha hecho rápidos progresos, y ahora...

Aquí se interrumpió para saludar á un grupo de señoras, jóvenes y elegantes, que acababan de entrar en el gran salón.

– Y ahora apenas la reconocería el que hubiese estado ausente algunos años. Por el pronto nos ocupamos en formar una gran metrópoli que se extenderá desde el Parque del Sud hasta la Punta Negra, y se trata de hacerla llegar á la Misión de los Dolores y al Presidio. Le aseguro á usted, Sr. Hathaway, que será digna de figurar junto á la Puerta de Oro que da entrada al inmenso Pacífico. Cuando se halle concluída la línea férrea que debe llevar este nombre, seremos el «término natural del gran Paso de las naciones.»

Pablo Hathaway no dió á entender que había oído decir la misma cosa ocho años antes; pero manifestó que reconocía positivamente los muchos adelantos que se habían llevado á cabo.

No distrajo su atención la semejanza que ofrecía el grupo de que formaba parte, en cuanto á la actitud, con el de las señoras que se hallaban en el otro extremo del salón. Las elegantes jóvenes se agrupaban alrededor de una de ellas, notable por su hermosura, que al parecer escuchaba con satisfacción los elogios de sus compañeras. Cualquiera hubiera dicho que entre el grupo masculino y el femenino mediaba alguna rivalidad, y que á medida que Pablo Hathaway era objeto de mayores atenciones por parte de sus visitantes, las damas que rodeaban á la bella joven mostrábanse más entusiastas en los agasajos que la hacían.

Al fin, otras personas reforzaron el grupo de los hombres, y entonces una de las damas algo morena, pero encantadora, dijo en voz bastante alta para que pudieran oirla:

– Vamos, amigas mías, supongo que no deseáis tomar parte en una discusión política, y por lo tanto vale más que volvamos al salón de señoras, á no ser que se haya reunido allí también algún comité.

Apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, Pablo Hathaway, volviéndose hacia sus amigos, díjoles también en voz bastante alta:

– No se me oculta que vuestro tiempo es precioso, porque todos tenéis asuntos que despachar, y de consiguiente no quisiera ocasionar perjuicio alguno; pero antes de despedirnos, caballeros, permítanme ofrecerles un ligero refresco en habitación reservada.

Así diciendo, encaminóse hacia la puerta.

Las damas, que también se disponían á salir, detuviéronse entonces, como preguntándose si deberían avanzar ó retroceder; mientras que la bella á quien tanto felicitaban miraba con curiosidad á Hathaway, sus ojos se encontraron, y entonces la joven, volviéndose hacia sus compañeras, díjoles con aparente indiferencia.

– No; podemos permanecer aquí, puesto que este es el salón público.

– He ahí, dijo el capitán Stidger, al pasar por delante del gracioso grupo, la flor y nata de las señoritas del convento de Santa Clara. Y cogiéndose del brazo de Hathaway, añadió: «No es ese el menor de los tesoros con que contamos, caballero, pues todas esas jóvenes son hijas de ricos colonos, y se han criado en California. Personas inteligentes en la materia han declarado que en cuanto á gracia, inteligencia y encantos, el territorio del Este no puede producir mujeres que igualen por su hermosura á las que aquí tenemos. Pero supongo que llegará usted á reconocer esto por sí mismo. En San Francisco se podría encontrar una novia digna del más joven senador de California.

– Temo que mi estancia aquí sea muy corta, y que se limite á despachar algún asunto, contestó Pablo, quien había notado ya que la joven dama á quien se dirigían tantos elogios era en efecto muy hermosa. Mi principal diligencia se reduce á visitar á un antiguo amigo, el coronel Pendleton.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CINCEL DE AIRE COMPRIMIDO

Entre los diferentes aparatos movidos por aire comprimido sistema Laun que explota la casa Bühler, de Berlín, figura el que reproducimos y que es de suma utilidad para los que se dedican á labrar piedras y metales. Consiste este instrumento en un tubo de acero en el cual se mueve de arriba abajo un pistón parecido al de una máquina de vapor, gracias á la presión rigurosamente calculada que en él ejerce, en su parte superior y en la inferior sucesivamente, el aire comprimido. El pistón lleva una varilla en la que se fija un cincel, una barrena ó cualquier otra pieza para trabajar la piedra, los metales ó la madera. La presión del aire que sirve para mover el instrumento se obtiene por medio de una máquina de compresión sencilla, movida por el vapor, que resulta innecesaria allí donde se dispone de una instalación del sistema Popp para producir y distribuir aire comprimido.

Lo más admirable del instrumento que nos ocupa es la inconcebible velocidad con que trabaja: el inventor dice que se producen 12.000 golpes por minuto, de modo que el pistón se mueve 24.000 veces en el espacio de 60 segundos, y aunque es difícil contarlas, es lo cierto que los ojos no pueden seguir el movimiento de arriba abajo que aquél verifica, pareciendo que la pieza no se mueve y notándose sólo que el trabajo se ejecuta por las astillas que del material se desprenden.

Para que se comprenda la importancia del instrumento, bastará decir que los golpes que con él se dan son de 100 á 150 veces más rápidos que los que la mano del hombre ejecuta. El artífice ó el obrero no tiene que hacer fuerza alguna y sí únicamente cuidar de que el cincel siga la dirección debida. El instrumento, como se comprenderá, vibra bastante, produciendo estas vibraciones al principio alguna molestia; pero los trabajadores aseguran que pronto se acostumbran á esa sensación que, por otra parte, no tiene ninguna mala consecuencia.

La velocidad del pistón se regula abriendo más ó menos la espita por donde entra el aire comprimido ó cerrando en parte con el dedo la abertura que da cabida á éste.

Prescindiendo del labrado de piedras, maderas y metales, tiene importancia este instrumento en la soldadura de las calderas de vapor, trabajo en el cual realiza una fueza superior á la de diez obreros. También sirve para arrancar en las minas carbón de piedra, pero en este caso se necesita un instrumento de dimensiones mucho mayores.

La sociedad Schleicher en comandita, de Berlín, que actualmente explota el negocio de los instrumentos de aire comprimido, no se limita ya al labrado de las piedras blandas, sino que ha emprendido el del granito y el de las ruedas de molino, para lo cual ha modificado la forma del cincel ó escoplo. Operando en estos materiales duros se patentiza otra ventaja del instrumento de aire comprimido, además de la rapidez extraordinariamente mayor, cual es la de que con él no se resiente la parte interior de la piedra, puesto que sólo destruye los cristales de la superficie, con lo cual se evita la eflorescencia del granito.

Nuestro grabado permite formarse una idea exacta del modo de manejar el cincel de aire comprimido sistema Laun.



Cincel de aire comprimido

***

FERROCARRIL AMERICANO PARA EL TRANSPORTE DE MADERAS EN LOS BOSQUES

En Europa el transporte de maderas en los bosques se verifica ó por el sistema primitivo de las veredas punto menos que inaccesibles, ó por medio de troncos, ó finalmente por ferrocarriles de doble riel que tienen el inconveniente de no amoldarse á las desigualdades del terreno. En los Alpes se utilizan los carriles de alambre del sistema Bleichert.

El problema del transporte de maderas en los bosques ha sido resuelto de muy distinta manera en Jersey City por Valley por medio de un ferrocarril de un solo riel que recuerda el de Lartigue. Dicho ferrocarril, como lo indica el grabado, se compone principalmente de materiales que se encuentran en los mismos bosques, lo que hace que sea muy económico: entran en su construcción troncos que se clavan en el suelo, vigas longitudinales apoyadas sobre ellos, y un riel encima de aquéllas, por el cual se deslizan unos carritos que por medio de cadenas sostienen las piezas que han de ser transportadas. A la cabeza del tren, arrastrado por animales, hay un vagoncito para el conductor y guardafreno.

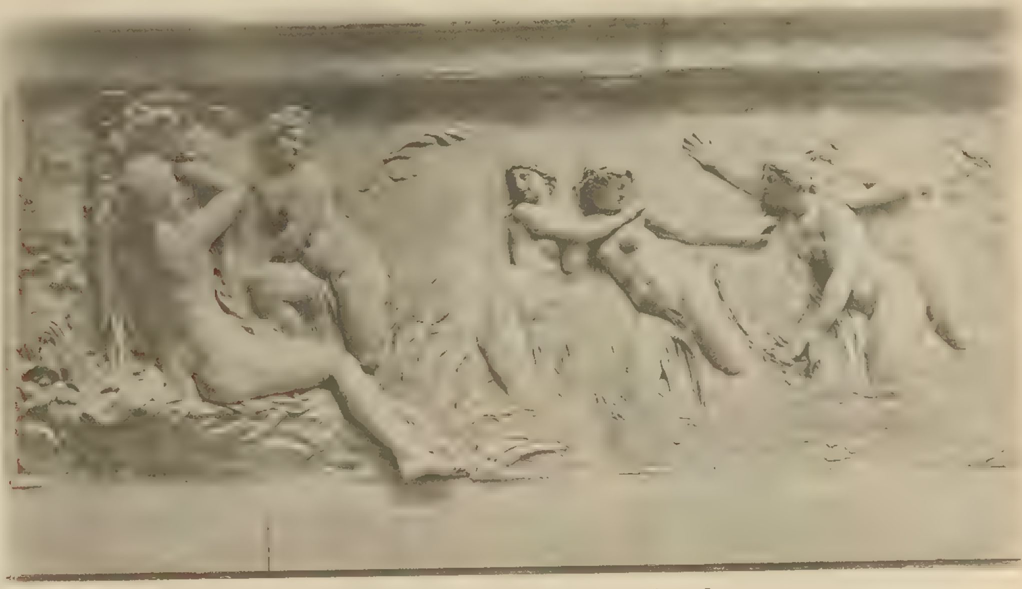
(Del *Prometheus*)



Ferrocarril americano para el transporte de maderas en los bosques



Arco llamado del *Ecce-homo*, ó de Pilatos, en Jerusalen (copia de una fotografía)



VERSALLES. — FUENTE DE DIANA. — NINFAS Y AMORES, bajo relieve por Legros

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 11 de enero de 1892 — Núm. 524



LA FUERZA AHOGANDO AL GENIO, grupo en mármol de C. Godebski

SUMARIO

SALÓN PARÉS

NOVENA EXPOSICIÓN

Á Barcelona cabe la gloria de haber iniciado el renacimiento artístico é industrial de España y la de haber constituído, gracias á la iniciativa particular, un centro productor que nos exime del vasallaje que durante largo tiempo hemos rendido á otros países más afortunados. Comenzóse por reemplazar la clásica simetría por la ponderación, la aplicación de la variedad en vez de la uniformidad, estudiándose los tonos y los matices para producir de sus gradaciones los cuadros corpóreos, las creaciones industriales que determinan la aplicación del sello artístico á todo, desde lo más nimio á lo más importante. De ahí el notable desarrollo que han adquirido las artes suntuarias. Parece como que nuestra ciudad haya tratado de asumir la representación de España, puesto que á la ya numerosa pléyade de pintores y escultores catalanes se agrega la de los artistas de las demás provincias que acuden al calor de este que pudiéramos llamar centro del Arte. A semejanza de otras ciudades del extranjero, cuenta Barcelona con un magnífico Salón, de vastas dimensiones y perfectamente dispuesto, debido á la inteligente iniciativa del Sr. Parés, en el que los artistas exponen sus obras, hallando seguro medio para darse á conocer y los aficionados ocasión en que poder adquirirlas.

Aparte de la exposición permanente de las obras que de continuo producen nuestros artistas, verifícase una Exposición anual, que á pesar de su carácter particular bien pudiéramos considerarla como exhibición artístico-regional, ya que es muy reciente el establecimiento de exposiciones bienales con las condiciones y carácter de un certamen.

Acaba de inaugurarse la novena Exposición. No ha sido quizás tan numerosa é importante como alguna de las anteriores, debido sin duda á que la mayoría de los artistas ha concurrido á las que casi simultáneamente se han celebrado en Berlín, París y Munich; mas no por esto es menos digna de estudio por las tendencias que revelan los empeños de algunos artistas y el mérito de las obras de otros. Ciento ochenta cuadros, entre grandes y chicos, y once esculturas figuran en ella.

Vuelve á observarse en esta Exposición la tendencia imitativa que pudo ya notarse en la general de Bellas Artes y el tenaz empeño en arraigar un género que malamente se califica de escuela catalana moderna. Y cuenta que no figuran en las que nos referimos las firmas de la mayor parte de sus campeones. En cambio, otros, cual acontece con Eliseo Meifrén, vienen á engrosar la falange, olvidando su abolengo y el género especial en que adquirieron notoriedad.

No debe sorprender la penosa impresión que produjeron en nuestro buen amigo y compañero Rafael Balsa de la Vega algunas de las obras expuestas en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona ni los juicios un tanto duros que en aquella ocasión emitió. Fijóse únicamente en lo que para el arte patrio significaba el contagio transpirenaico, que separa á nuestros artistas de la escuela española, que tantas glorias obtuvo en los pasados siglos y en la primera mitad de esta centuria, y fustigó sin piedad á los que consideró como apóstatas de nuestra tradición artística.

El grupo, ya que no escuela, pues carece de las condiciones de tal, formado por los *grises*, por esas *nebulosas* que en vano pretenden relegar al olvido y proscribir las castizas tonalidades y la genial concepción de Rosales, Fortuny, Simón Gómez y aun del mismo Sans, Rodes y Clavé, no puede ser nunca considerado como español, no puede concederse á los pintores que lo forman el honroso título de representantes de nuestro arte regional. Esa representación corresponde de derecho indiscutiblemente á los que se inspiran también en asuntos puramente españoles ó regionales y saben hallar en el cielo, en la naturaleza, en los tipos, en ese conjunto lleno de vida que reside en nuestra península esa gama admirable que no poseen los artistas de los demás países. Román Ribera, español por temperamento, no sabría representar tan admirablemente las estofas, las sedas y los tapices si en su paleta existieran únicamente tonos grises; ni Baldomero Galofre hubiera logrado singularizarse con sus tipos y costumbres nacionales á no disponer de tonalidades más vivas y más agradables que las que produce el betún, el ocre ó el negro; ni Fabrés hubiera podido crearse una reputación europea con sus admirables odaliscas y tipos marroquíes, ni por último José Masriera adquirir el justificado título de excelente paisista. Con tan limitados recursos ha de limitarse también la valía de la producción, en la que tampoco puede existir esa variedad que revela el genio del artista. La monotonía, la producción sistematizada cual si se produjera siempre en igual molde ó la imitación extranjera de concepto distinto son los resultados de estos que consideramos como pueriles empeños.

Que un grupo de nuestros artistas desvíase por completo del verdadero carácter de la pintura española es tan innegable, que creemos basta sólo establecer someras comparaciones; y que sus empeños han de resultar estériles, demuéstralo su carácter extranjerizado, que ni plástica ni psíquicamente tiene nada de común con el arte patrio ni con los conceptos del regionalismo. Si no conociéramos las aptitudes de algunos de ellos, llegaríamos á suponer que, al igual de lo que acontece con algunos de nuestros pensionados en Roma, tratan de ocultar con los grises, con las figuras acusadas en siluetas, defectos de ingenio, de habilidad ó dibujo, como aquéllos con el uso del betún y el ocre pretenden representar un mentido clasicismo, tras el que se oculta la vulgaridad.

Cada país, cada pueblo, tiene un carácter especial, propio, exclusivo, que procede de sus condiciones climatológicas, de su historia, de sus tradiciones, de sus costumbres, de todo cuanto marca su modo de ser. De ahí que las producciones sean tan varias como lo son las razas, los estados y los pueblos. Pretender, intentar, especialmente en arte, seguir corrientes que no son las propias, equivale á una apostasía. Abandonen, pues, esos artistas la tortuosa senda que han emprendido, y tengan presente que si Puvis de Chavannes, Millet, Bretón, etc., han logrado singularizarse en la nación vecina, sus éxitos no pueden ser acogidos como nuestros, ya que son distintas la patria y las corrientes que informan el arte en ambos países.

Y ya que nos hemos ocupado de la pequeña agrupación que pretende haber creado escuela, daremos preferencia á las obras que ha aportado al Salón Parés. Preciso es confesar que en ella tienen esta vez deficiente representación, tanto por el número como por la calidad. Juan Llimona, que tan sentidamente sabía interpretar los purísimos afectos que germinan en el hogar, en el santuario de la familia, va acentuando las notas tristes en igual proporción que crece su ascético misticismo, y aunque el lienzo que titula *Viuda* es altamente recomendable, el asunto y la tonalidad acusan la melancolía de su espíritu. Un pastor arrebujado en burdo capotón mirando el rebaño que pasta en su alrededor en una de las altas cimas de los Pirineos es el asunto que en boceto presenta Baixeras, quien á pesar de sus reconocidas cualidades artísticas no abandona el molde y parece complacerse en que se le suponga artista de las regiones del Norte. Ramón Casas, el portaestandarte de la nueva escuela, el más hábil de los pintores del grupo, aporta un *Patio* representado con la fidelidad que caracteriza sus producciones, pero con el sello extranjero, gráfico recuerdo de su estancia en París, en donde los colores de la paleta de Casas no brillaran iluminados por nuestro sol meridional. Algo semejante acontece con los lienzos de Bernadet, que también ha residido en la capital de la vecina república. Si compara sus cuadros de hoy con las excelentes copias de algunas obras de Goya, Velázquez, etc., que posee y ejecutó antes de salir de España, observará cuánto ha palidecido desde entonces su paleta.

Aunque Joaquín Vayreda no ha remitido esta vez desde Olot alguno de sus bellísimos paisajes, figuran en la Exposición varios lienzos notables de los artistas que buscan en aquel hermoso rincón de Cataluña el manantial de su inspiración. El discreto autor de la *Rendición de Gerona*, Laureano Barráu, ha presentado cuatro lienzos, entre los que descuella el que titula *Amor*, precioso grupo de bello realismo. Las dos figuras, tanto la del campesino como la de la doncella á quien requiere de amores, hállanse bien trazadas, sobria la tonalidad y de gran relieve. Hay que advertir que Barráu busca el aire libre y que sus figuras se destacan sin los recursos que otros emplean por medio de los contrastes violentos de tonos. Digna es asimismo de aplauso la cabeza de estudio. Las *Hervexadoras* de Pinós, artista tan laborioso como modesto, es un cuadro bien estudiado, que retrata el natural, en el que el pintor ha logrado determinar las distancias, el espacio y el ambiente. Bien, como todos los suyos, el paisaje de Galvey, y frescos y jugosos los de Armet y Marqués. Un tanto convencionales podrán ser los del navarro Larraga; pero aun así, revelan cualidades en el autor, que sabe reproducir la varia vegetación y los imponentes acantilados de la costa cantábrica. O-Neille nos da á conocer las bellas campiñas mallorquinas, y Tomás Sans la vertiente de una de nuestras montañas, en que parece se aspira el fuerte aroma del tomillo y la retama. García Rodríguez é Isidoro Marín muéstrannos los vivísimos tonos y los brillantes colores de la región andaluza por medio de preciosos apuntes de Sevilla y Granada, y Rafael Serret nos envía desde la ciudad de los Césares una pastora romana, que á la vez que revela ese algo tan pintoresco que distingue á la hermosa Italia nos da conocer los adelantos del joven pintor español. Modesto Urgell, si bien su *Quietud* recuerda otros lienzos á que debe su reputación artística, es como aquéllos obra de un maestro, que merece igual respeto que José Masriera, cuyas *Cercanías de Vichy* son una nota más á las que ha producido quien figura dignamente entre nuestros primeros paisistas.

Joaquín Pallarés acertado en la *Vuelta del mercado*; justo Soler de Casas en las *Ultimas lágrimas*, que desearíamos realmente que lo fueran y gozar alguna vez en sus alegrías, si es que las tiene; Cabrera, el autor de *Los huérfanos*, continúa por buen camino, y *El primer disgusto*, aunque no se asemeja al notabilísimo lienzo *En el coro*, que tanto llamó la atención en el último concurso, revela las aptitudes del artista murciano, aventajado discípulo del malogrado Plasencia. *Los bodegones*, de Checa, no desmerecen de los que admiramos en la Exposición de Bellas Artes, ni valen menos los *Borrachos*, de Graner, que los que remitió á la Exposición de Berlín. Elegante y bien trazada es la figura de la joven que presenta Tamburini, y tal vez sobradamente bella la *Americana*, de Francisco Masriera. Nueva fase presentan los cuadritos de Riquer, y la ofrecen también los dibujos en color de Llovera que, aunque algo convencionales, son dignos de la atención con que les distingue el público.

Román Ribera, el representante de la pintura de género, expone un *Ordenanza*, flamenco de buena ley, esto es, de Flandes, que vale tanto como los muebles y tapices de la cámara cuya puerta traspone. Obra notabilísima es el pequeño retrato, ó mejor dicho, cabeza, que presenta Fabrés. Es una maravilla de ejecución, que recuerda por su factura las obras de Van Beers, si bien las aventaja por su mayor seriedad.

Leopoldo Roca, que expone una bonita acuarela; Manuel Felíu una cabeza de estudio, Hernández Monjo una marina y Cusachs y González Simancas algunos tipos militares, completan el número de los pintores que han concurrido á esta Exposición, que si bien de carácter particular, despierta siempre interés entre los amantes de las bellas artes.

Réstanos mencionar algunas acuarelas y dibujos de Fortuny, que no dan la menor idea de la significación que en el arte español tiene el malogrado pintor reusense, ya que fueron ejecutados, seguramente, en su juventud.

Limitado es el número de esculturas, mereciendo citarse únicamente la excelente estatua de San Juan de Dios, obra de Agapito Vallmitjana; un intencionado busto de un precoz pensador, obra del joven escultor Sr. Berga, y algunas producciones de Atché y Carcassó.

Tal es someramente descrita la novena Exposición Parés. No descuella en ella una nota de verdadera importancia; es simplemente una nueva manifestación artística regular, acompasada, en la que, débil, continúa mostrándose la tendencia á lo transpirenaico, resultando inferior á las anteriores.

A. GARCÍA LLANSÓ

BISMARCK EN FRIEDRICHSRUHE

«La verdad es, dice Motley, el diplomático americano, en una carta escrita á su esposa desde Varzin (una de las residencias campestres de Bismarck), que peca de sencillo y de franco; tanto, que para convencerse de su importancia es preciso repetirse de continuo que aquél es el gran Bismarck, el más grande hombre de nuestro tiempo y una de las más notables figuras históricas que jamás han existido.» Estas palabras me llamaron mucho la atención cuando las leí por primera vez; las recordé á los pocos minutos de haber paseado en compañía del príncipe de Bismarck en sus tierras de Friedrichsruhe, y quedé profundamente convencido de su veracidad.



EL PRÍNCIPE BISMARCK (de una fotografía sacada en Friedrichsruhe en 1891)

Cerca de once años antes le había visto apearse de un coche del tren, con aspecto enfermizo, y andar apoyado en un bastón; el eminente político iba á Kissingen con el objeto de restablecer su salud. En mi última visita era ya otra cosa; le encontré fuerte y majestuoso, y aunque cano el cabello, conservaba la complexión de un joven campesino inglés.

Las elecciones de Gestemunde se habían efectuado el día antes y la prensa europea compadecía á Bismarck, creyéndole muy contrariado; mas á mí no me pareció reconocerlo así en el enérgico prusiano que en compañía de su hijo me condujo á las tierras de su castillo, evidentemente ansioso de mostrarme todas sus curiosidades rurales.

No tardamos en llegar á un prado, por el cual cruzaba un arroyo en el que vimos un cisne vigilando los movimientos de una gallinácea que comía con avidez. El príncipe me llamó la atención sobre esto, observando con cierta sonrisa que el cisne debía tener envidia.

– Vea usted, díjome Bismarck, cómo endereza su cuerpo; sin duda comprende que le observamos, y quiere ostentar sus formas para que formemos mejor concepto de él. Seguramente es una hembra. Los animales, como es sabido, tienen su lenguaje propio, y sólo el orgullo induce al hombre á creer que tiene el monopolio de la palabra.

El príncipe estaba de muy buen humor y parecía deseoso de enseñarme su plantación llena de toda especie de árboles de las diversas partes del mundo. Ha conseguido reunir una colección que cuenta multitud de especies, las cuales designa según la nomenclatura de Linneo, y fué para mí una revelación el hecho de que el hombre que había consagrado toda su vida á las luchas políticas tuviese la rara facultad de poder concentrar también su atención en el tranquilo estudio de la naturaleza.

De su conversación deduje que los árboles tienen para él más interés del que comúnmente inspiran las cosas inanimadas, y parece que se complace en observar su crecimiento y conservarlos en las mejores condiciones.

Atravesamos un lago, y al llegar á la orilla opuesta vi un tarjetón como los que se usan para tirar al blanco.

– Este es el único sitio, dijo Bismarck, en que puedo ejercitarme en el manejo de la pistola sin temor de causar daño alguno.

Al observar yo que la distancia me parecía demasiado considerable para tirar con semejante arma, pues no bajaría de cien metros, me contestó:

– ¡Oh! Las balas de mi revólver recorren ese espacio fácilmente, y aunque ya no sea joven conservo el pulso bastante firme, de modo que de vez en cuando mato alguna ardilla.

Poco después llegamos al castillo, construcción irregular que ha sufrido muchas alteraciones y que por todos lados está oculta entre los árboles.

Después de tomar un refrigerio, Bismarck me invitó á dar un paseo con él en coche; los demás convidados, conducidos por el conde Alberto, se proponían seguirnos al bosque; y al salir por la puerta del castillo, el príncipe fué saludado con una ruidosa aclamación y las palabras «¡Dios conserve larga vida á Su Alteza Serenísima el príncipe de Bismarck, unificador de Alemania!»

Debo advertir que todos los días se reune mucha gente para ver salir al *Canciller de hierro* de su castillo. Algunos llegan desde muy lejos; y en los días de fiesta particularmente, aquello parece punto de peregrinación.

Apenas pasa día sin que se reciban telegramas expresando el cariñoso afecto que se profesa á Bismarck; y cuando el tren se detiene en Friedrichsruhe, los viajeros se asoman á las ventanillas con la esperanza de ver, aunque sólo sea un momento, al gran político en su retiro.

El interior del castillo es tal vez la prueba más tangible de las consideraciones que Bismarck ha merecido y aún merece de sus compatriotas. Todas las habitaciones están llenas de regalos, y excepto los retratos, los bustos de mármol y otros adornos, puede decirse que el mobiliario de aquella morada se compone en su mayor parte de los presentes que han hecho á Bismarck industriales, corporaciones y sociedades.

Una vez llegados á la vista del bosque, el carruaje se desvía del camino y penetra entre los árboles, sin cuidarse nadie de si hay ó no sendero. El príncipe quiere que yo vea su abundante caza, y para esto avanzamos siguiendo la dirección favorable del viento. Por lo pronto no diviso más que algunos ciervos á lo lejos; mas á poco aparece un magnífico jabalí, y después toda una manada que pasa cerca de los caballos.

Al llegar á cierto punto del bosque, tan enmarañada es la espesura, que el cochero debe desmontar para buscar un sendero que nos permita volver al camino; y mientras lo hace, Bismarck me señala dos altos pinos que se elevan frente á nosotros.

– Ahí, me dice, entre esos árboles, donde penetran la luz del sol y el aire fresco, quisiera disfrutar de mi último reposo, porque la idea de ser encerrado en una caja me inspira terror.

Después de salir del bosque llegamos á las granjas, y el príncipe comenzó á explicarme su sistema

de cultivo. Habla muy bien el inglés, pero sorprendióme que conociese tan á fondo el tecnicismo usado en la agricultura. En la granja que visitamos Bismarck fué recibido con el mayor respeto por el colono y su familia y observé en la habitación la más escrupulosa limpieza. Los únicos adornos de la pared consistían en retratos iluminados del emperador, de Moltke y de Bismarck. El príncipe dirigió algunas palabras afectuosas á los colonos, y terminada nuestra breve visita emprendimos la marcha en dirección al castillo. Cuando llegamos acercábase la hora de comer, y los convidados, que siempre son numerosos, parecían esperar al príncipe. Tal vez esta hora sea la más agradable del día en Friedrichsruhe, y me parece que en ninguna reunión de familia podría reinar más franqueza y confianza ni menos convencionalismo que en la del príncipe.

La conversación del príncipe, bien esté paseando ó sentado á la mesa, es amenísima y curiosa por las ideas que emite. Por trivial que sea el asunto de que se trate, seguro es que en el lenguaje de Bismarck brillará alguno de esos rasgos de su inteligencia privilegiada que ha enriquecido el idioma alemán con una serie de palabras especiales, y añadiré que sus sentencias epigramáticas le han asegurado ya un lugar junto é Goethe, Schiller y Federico el Grande. Su poeta favorito es Shakespeare, y cita continuamente algunos pasajes de sus obras, aplicándolos con maravillosa oportunidad.

Poco antes de terminar la comida, Bismarck se volvió para dar algunos huesos á sus perros, que son sus constantes compañeros y uno de los cuales le fué regalado por el emperador.

Después de comer pasamos al salón, y el último convidado, sin que se reparase en su categoría, tuvo el honor de dar el brazo á la princesa de Bismarck. Según la costumbre alemana, los niños besan allí á sus padres antes de retirarse, y confieso que me conmovió ver al príncipe inclinándose para acariciar á sus hijos. Pocas familias habrá en que se refleje más en su vida íntima el afecto y la mutua simpatía.

Bismarck se hallaba sentado en su sillón cuando entró un criado con la numerosa colección de periódicos que recibe, y encendiendo su pipa, comenzó á examinarlos rápidamente. Acababan de efectuarse las elecciones de Gestemunde, y un diario francés, *L' Autorité*, publicaba un artículo titulado «El fin del Ogro.» Bismarck le leyó en alta voz, fumando su pipa, y lo grosero del artículo, lejos de enojarle, le divirtió mucho. Terminaba el escrito con la descripción personal del canciller, en la que se hablaba de su «boca cruel,» de sus «ojos perversos» y de sus «cejas sombrías;» y dejando el diario sobre la mesa, Bismarck exclamó:

—¡Es singular que se ensañen así con mis pobres cejas!

La música contribuyó por mucho á recrear á la reunión; la señora de Bismarck es apasionada por ella, y el príncipe, aunque no la conoce tan á fondo como su esposa, es bastante inteligente para apreciar las buenas composiciones, agradándole sobre todo las de Beethoven y las melodías características populares.

De este modo se pasó agradablemente la primera parte de la noche. A eso de las diez Bismarck se levantó y retiróse despidiéndose de todos; pero esta no fué la señal de haber terminado la velada; muy lejos de ello, poco después se sirvió un refresco, y aunque las damas se retiraron, los hombres permanecieron algún tiempo más en el salón, haciendo los honores el conde de Bismarck.

Se dice, y no sin fundamento, que los grandes hombres tienen invariablemente la facultad, hablando en sentido figurado, de magnetizar á los que llegan á ponerse en contacto con ellos, y creo que ninguno ha poseído en mayor grado que el príncipe de Bismarck semejante don. Yo salí de Friedrichsruhe bajo el encanto que ejerce la persona del príncipe, y no podía atribuirlo más que á la simple influencia de los que poseen la citada facultad.

Es curioso, porque arroja cierta luz sobre la naturaleza humana en general, el hecho bien reconocido de que algunos de los más violentos ataques de que Bismarck ha sido objeto en la efímera literatura de la presente época, se debieron á la circunstancia de haberse negado el príncipe á recibir á los que algunas veces buscaron el privilegio de trabar conocimiento personal con él, y cuyo amor propio debió resentirse mucho por esto. A Bismarck no le gusta la lisonja; es de carácter muy independiente, y algunas veces esto le indujo á cerrar la puerta á los que iban á buscar consejo del eminente político ó á satisfacer su curiosidad.

Desde que Bismarck se retiró de los negocios públicos, sus enemigos sostienen que está mejor dispuesto á recibir á personas de todas las condiciones; pero esto es un grave error popular. El príncipe tiene ahora más tiempo que antes para recibir visitas, pero sus costumbres no han cambiado en nada: en todo tiempo fué muy fácil ó muy difícil obtener de él una entrevista, y aun hoy día los hombres de más alta posición, como los más populares, le buscan á veces en vano. Quiere obrar á su libre albedrío; recibe ó se niega según las personas y según le parece: siempre lo hizo así, y hay pocos hombres públicos que hayan podido imitarle.



El palacio de Friedrichsruhe visto desde el parque (de una fotografía)

Algunos entusiastas han escrito á veces poemas encomiásticos haciendo toda clase de elogios de Bismarck, pero nunca alcanzó ninguno la menor señal de aprecio por su trabajo ó la palabra de agradecimiento que pudo desear; lo cual no debe extrañarse, dado el carácter algo rudo del príncipe, sin contar que, como ya he dicho antes, no le agradó jamás la lisonja de ninguno, quienquiera que fuese. Por otra parte, pocas personas han sido más accesibles que Bismarck á la influencia de la simpatía personal; pero algunos no han llegado á comprender la diferencia entre el político infatigable que, como tal, ha podido rivalizar con Maquiavelo, merced á su reconocido genio, y el hombre privado.

Longfellow ha dicho en alguna parte, cual si hubiese conocido á Bismarck, que la «sublimidad está siempre en la sencillez;» y esa sencillez, ese desprecio al servilismo convencional, juntamente con la urbanidad encantadora del caballero de la antigua escuela, es lo que á menudo ha expuesto á Bismarck á las torcidas interpretaciones de una época demasiado inclinada á juzgar todas las cosas por su propio criterio y sus fórmulas vacías.

El afán de hacer comparaciones ha inducido á muchos á poner en parangón el carácter de Bismarck y el de Moltke, siempre con desventaja para el primero, y difícil sería imaginar nada más ilógico que esto. Cuando Goethe observó que el pueblo se apresuraba á compararle con Schiller, escribió á este último diciéndole que el público haría mejor en dar gracias al cielo por haberle concedido tales hombres, absteniéndose de comparaciones inútiles.

¿Nos sería permitido señalar la diferencia de carácter en esas dos figuras titánicas de la historia alemana sin caer en la tentación de exaltar á una á expensas de la otra? Bismarck simboliza de una manera más completa el carácter nacional; tiene el temperamento del león, para el cual es la lucha una necesidad de la vida, como lo eran los medios para llevar á cabo su obra, y también el espíritu del romano — *gaudia certaminis* — reflejado en esos ojos que pocos pueden olvidar cuando los han visto una vez, aunque también son susceptibles de expresar la ternura.



Bismarck y su familia escuchando desde la terraza del palacio de Friedrichsruhe á una banda militar que toca en su obsequio (de una fotografía)

Diremos de paso que por ciertos rasgos de su carácter moral, por su energía y sus francos modales, el príncipe recuerda constantemente su afinidad con Martín Lutero, y es curioso ver la semejanza que con

éste tienen todos los retratos de los antecesores del gran canciller que adornan las paredes de Friedrichsruhe.

En resumen, diremos que la profunda veneración que Bismarck inspira, arraigada en la sangre más noble de Alemania, es el mayor título de gloria que pudiera apetecer, y en ella se refleja bajo su aspecto más brillante su carácter nacional.

WHITMAN,
autor de la obra «Imperial Germania.»



Despacho del príncipe Bismarck en Friedrichsruhe
La mesa de la izquierda es una de las en que se firmaron los preliminares de la paz, en Versalles, el 16 de febrero de 1871

DEL CALLAO A SANTANDER

(CUARENTA DÍAS DE VIAJE)

(Conclusión)

Los vendedores ambulantes nos visitaban continuamente ofreciéndonos sus mercancías preciosas y baratísimas como puerto franco. Unos venían á vendernos pájaros preciosos, otros loros charlatanes, otros monitos sabios: el hotel estaba convertido en un verdadero mercado.

¡Pero cómo me encantaba el trayecto que íbamos recorriendo! Bosques inmensos talados en algunos sitios con el objeto de alzar coquetones *chalets* que servían de albergue á los altos empleados del Canal; hamacas suspendidas de los arboles, en donde acostadas nos miraban pasar unas señoras, hijas ó compañeras de los ingenieros; mecedoras ocupadas por tres ó cuatro caballeros que rodeaban una mesa llena de botellas y copas de cerveza, y todo esto bajo un sol ardiente, en un terreno palúdico, de emanaciones mortíferas y traidoras, que de tan espléndidas galas se viste para atraer y engañar á los incautos.

En mi entusiasmo por el campo y por la naturaleza espléndida de los trópicos, juzgaba la estancia allí como el bien único de la vida. Mi admiración creciente, mi envidia de aquellas francesas acriolladas que parecían tan dichosas entre los bosques seculares del istmo, cedió al oir que un compañero de viaje me decía en tono burlón:

– Sí, señora, todo esto que usted conceptúa edénico lo es en realidad; para una mente soñadora no tiene precio vivir en esos *chalets*, mecerse en esas hamacas y sentarse en esas mecedoras; pero ¡qué gusto para usted ver asomar la cabeza de una serpiente entre los pliegues vaporosos de su albo ropaje!

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y ya pude contemplar las bellezas del istmo sin deseos de quedarme en él.

Llegamos á Colón: antes de salir de Panamá nos habían dicho que á bordo del *San Simón* se habían registrado casos de fiebre amarilla; íbamos *casi* asustados.

El tren nos dejó en el muelle, al costado del gran transatlántico que nos esperaba atracado. Los caballeros no quisieron embarcar hasta no ver al gerente de la compañía para exigirle la verdad sobre los rumores que corrían. Negó rotundamente; insistieron los pasajeros; pero el gerente siguió negando, y nos embarcamos.

¡Qué tristeza!

El *San Simón* es un buque grande, muy grande, cómodo y amplísimo en todas sus dependencias, pero sombrío; debe su nombre al célebre banquero judío Pereire, que era sansimoniano.

En los primeros momentos se me oprimió el corazón y rompí á llorar; no me cabía duda que el barco estaba infestado: la tripulación tenía á mis ojos cara de fiebre amarilla; mas no había remedio, y guardé los temores para mí solita.

Estaba obscureciendo, y esto contribuía á la lobreguez de los camarotes, que por otra parte eran magníficos y estaban con el *confort* apetecible.

Me acosté; no quise ver á nadie: todos sentíamos la nostalgia del *Ilo* y de la raza española seguramente.

Cuando á la mañana siguiente subí sobre cubierta ya recibí distintas impresiones: el cariñosísimo capitán M. Durand y toda la oficialidad estaban sanos, robustos y colorados. ¡Con qué ojos los habría mirado el día anterior! Indudablemente que había sido presa de una rápida extravasación de bilis. ¿Habría tenido ictericia sin darme cuenta?

Todos los pasajeros procedíamos del Pacífico; éramos conocidos y compañeros desde el Callao, pero el 23 (habíamos salido de Colón el 21 de julio del 81) tocaríamos en el primer puerto de nuestro itinerario, Sabanilla, y comenzaríamos á recoger otros.



Bismarck y sus perros daneses en Friedrichsruhe (de una fotografía)

Así fué con efecto.

El 25 llegamos á Curaçao; estábamos ya contentísimos en nuestro nuevo domicilio flotante y nos preparábamos á bajar á tierra; tampoco allí se conocían las tiránicas leyes aduaneras y pensábamos comprar muchas cosas, sobre todo beber Curaçao y hacer acopio de algunos frascos.

Debíamos atracar al muelle, pero nos detuvimos lejos: el aspecto de la población no podía ser más bello y atrayente.

– ¿Por qué nos paramos aquí? ¿Qué ocurre?

– Esperando la sanidad.

Llegó ésta; se acercó á nosotros su falúa, que se balanceaba atrozmente porque estaba la mar picadísima, y vimos que después de hablar á distancia con el médico de á bordo, cogían los papeles con tenazas.

– Mal signo, dijimos.

Fuése la sanidad; tardó cerca de dos horas en volver, tiempo que empleamos paseando sobre la máquina, y por fin volvió, pero para despacharnos con viento fresco.

Renegamos de la colonia holandesa; mas como estábamos harto contentos y agasajados en el *San Simón*, no pretendíamos averiguar el porqué no nos habían dado entrada.

Los días 26 y 27, que tocamos en Puerto Cabello y en la Guaira, hubo afluencia de pasajeros, sobre todo en este último, el más importante de la república de Venezuela.

El 29 llegamos á Fort de France (la Martinica) y allí sí que no era cosa de mirar patentes. La fiebre amarilla es enfermedad endémica y precisamente estábamos en la época de su apogeo. También aquí atracó el *San Simón*, y desde el propio instante comenzó para nosotros el espectáculo más entretenido y admirable del viaje; más que el desembarque en barriles; ¡ya lo creo!

Un enjambre de negros y negras, negras sobre todo, invadió el buque; sentaron sus reales sobre la cubierta y plantaron tiendas de baratijas indígenas, sombreros curiosos y cuanto cachivache bonito Dios crió. Algunas negras de buenas hechuras paseaban sin cesar la cubierta lanzando flechas con sus ojazos saltones, y por cierto que había cada retinta que quitaba el sentido. Visten las negras de las Antillas francesas una especie de falda de medio paso (corta por delante para descubrir el pie pequeño y bien calzado) unida al cuerpo, cuyo talle apenas baja del sobaco. Cubren la cabeza con un pañuelo de seda arrollado como las vizcaínas y lucen en lugar de pendientes unas descomunales argollas de oro, argollas que sujetan con finos cordones, porque casi todas las negras tienen desgarrada la parte pulposa de la oreja.

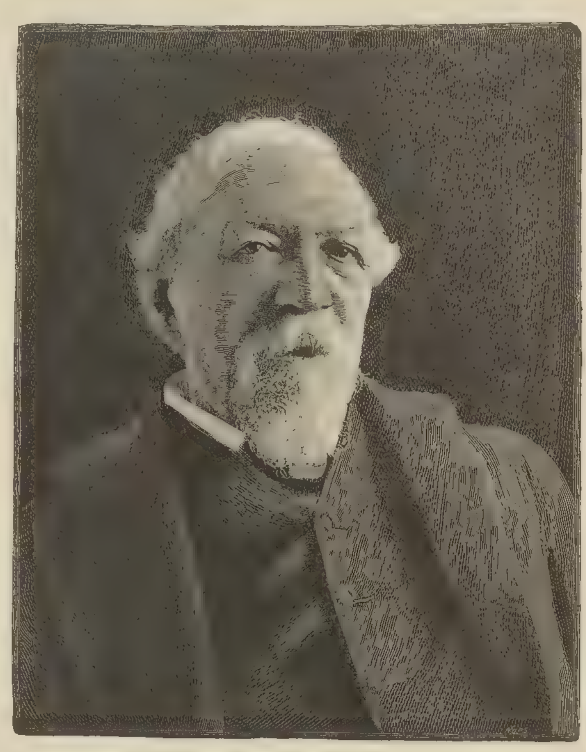
Un enjambre de negritos rodean los buques nadando y pidiendo monedas que los pasajeros les arrojan para verles zambullirse y pelearse debajo del agua.

Un escuadrón de lavanderas recorre los camarotes preguntando si hay ropa para lavar; todas van provistas de una chapa con su correspondiente número que dejan en prenda, para que el pasajero pueda quejarse á la compañía (que es la que autoriza este servicio) en el caso de que alguna lavandera deje de cumplir su compromiso; el vapor se detiene veinticuatro horas y en ese tiempo devuelven las lavanderas la ropa, bien lavada y primorosamente planchada. No se da el caso de que falte ninguna y todo el mundo queda satisfecho.

Los vapores de la Transatlántica francesa toman carbón y víveres en la Martinica; por cierto que la carga del primero constituye una novedad digna de mención especialísima.

Reúnense cientos de negros y de negras con sus correspondientes espuertas; entre la tabla que conduce á las carboneras del vapor y el montón de hulla de donde cargan hay una báscula, al lado de la cual se sienta un hombre con grandes capachos de calderilla; todos los que pasan al buque, mujeres en su mayoría, tienen por fuerza que hacerlo por encima de la báscula, comprobando por este medio si llevan ó no el peso que es de rigor para cobrar el *sueldo* (moneda francesa) que alarga el guardián y pagador á cada una que pisa la báscula. Esta operación es rapidísima, puesto que ni se detienen ni hacen otra cosa que extender la mano, coger la moneda y echarla en un bolsillo grande que les pende de la cintura, y seguir corriendo.

Dos músicos, tocando una especie de clarinete destemplado y pegando trompazos al duro parche de un bombazo atronador, tocan cada tres ó cuatro minutos; suspenden todos la faena y bailan una especie de danza macabra, animada con risas, gritos y chillidos de toda especie. Al cabo de otros tantos minutos cesa la música, torna á comenzar el acarreo de carbón, y así sucesivamente sin parar hasta las doce de la noche, que se da tregua á la carga; al amanecer vuelven á las mismas con el propio ahinco.



EL CÉLEBRE POETA INGLÉS ROBERTO BROWNING

El año 1881 ya se hacían de noche con luz eléctrica estas faenas en las Antillas francesas.

Por mucho que me recomendaban que no bajase á tierra, no fué posible contenerme: quería ver la iglesia, de la cual me habían dicho maravillas, y contemplar la estatua de la infeliz y buena criolla Josefina Tascher de la Pagerie, primera esposa de Napoleón el Grande y también primera emperatriz de los franceses.

La iglesia me encantó; más parecía un templo pagano que un templo católico; pero ¡qué severidad, con sus imágenes de mármol blanco, esculturas admirables que no podían menos de hacerme recordar con poca reverencia los santos pintarrajeados y vestidos de arlequines que veneran los indios y los aldeanos de mi tierra!

En un campo ó sabana hermosa y poética, sombreada por árboles corpulentos, álzase la estatua de Josefina: el escultor, copiando sus mejores retratos, presenta á la emperatriz con el sencillo traje que le era peculiar y con el peinado característico que lleva su nombre. En su rostro ha esculpido el artista la dulce resignación de la víctima inmolada á la razón de Estado, á la tiranía de la herencia y á la soberbia del hombre que, cometiendo la mayor de las iniquidades (repudiar á la esposa honrada), impulsado por el orgullo de perpetuar el imperio en sucesores directos, había de sufrir el condigno castigo, viéndose lejos de su esposa y de su hijo, de aquel enclenque *Rey de Roma*, que no llegó á ceñir la corona de su padre.

Contemplé á la mujer sin ventura, ensimismándome en mil reflexiones compasivas, y volví á bordo sin preocuparme lo más mínimo de la fiebre amarilla ni de las enfermedades.

Pocos días después de abandonar el último puerto americano, *Pointe á Pitre*, nos dijeron que había muerto un pobre pasajero de tercera clase. Una artista de ópera francesa, que venía en primera, nos contó llorando la historia del difunto. Era tenor y casado. Su esposa vivía como pensionista en un manicomio, cuya desgracia recargaba con mucho el presupuesto del desgraciado cantante; también tenía tres hijos en un colegio. Había marchado al Nuevo Mundo en busca de sueldo más crecido; y aquellos climas, ensañándose con la tuberculosis que ya se le iniciaba, habían acabado por destruir su delicado organismo. No tenía recursos más que para un pasaje de tercera. ¡Pobre hombre! ¡Tuvo por tumba grandiosa el Océano!

Una diablilla señorita que á bordo venía me contó con mucho misterio que en un camarote muy apartado había ella visto un enfermo que debía estar muy grave, y que suponía fuese su enfermedad la fiebre amarilla.

– Vamos allá, pero callandito, le dije.

La imprudencia era grandísima, pero fuimos.

Con efecto: aquel hombre debía estar expirando; le contemplamos á nuestro sabor; estaba solo y presentaba la faz cadavérica. No le conocíamos ni lo habíamos visto en ninguna parte. ¿Quién sería?

Nos apartamos de la puerta prometiendo callar para no infundir miedo. A mí no había dejado de llamarme la atención un ruidito que todas las noches á las altas horas sentía en el pasillo en donde estaba situado mi camarote; aquella noche puse mayor atención y me levanté con sigilo. La puerta estaba abierta á causa del calor, y no tenía más que levantar la cortina para enterarme: el ruido semejaba al de un pulverizador.

Cerca de mi puerta vi dos hombres puestos en cuclillas y haciendo algo que no pude distinguir: servíanse de una linterna sorda, cuya luz enfocaban al suelo.

Por entonces me quedé como estaba, pero á la mañana siguiente me levanté más temprano que de costumbre: miré y remiré en el sitio en que había visto á los misteriosos rondadores, y ya desesperaba cuando se me ocurrió levantar la alfombra y luego el hule que cubría el piso. ¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrar una chapita que á semejanza de una boca de riego muy pequeña debía servir indudablemente para fumigar el barco! Escudriñando después, encontré muchas como aquélla.

Ya no me cabía duda, las precauciones sanitarias se extremaban porque había motivo.

No por eso perdí el buen humor, hasta que un terrible golpe que pudo haber costado á mi hijo la vida, desequilibró un tanto mi excelente salud.

El 14 de julio, aniversario de la toma de la Bastilla, hubo fiesta mayor á bordo: banquete, baile, concierto; pero todo serio y formal, no como los improvisábamos diariamente, y el 17 llegábamos á Santander, llenos de gozo por volver á pisar la patria después de algunos años de ausencia.

Creíamos que fondear y desembarcar sería todo uno; pero las idas, venidas, encerronas con el médico y cuchicheos por todas partes nos ponían de humor perro.

Habíamos llegado sobre las diez de la mañana y eran las seis de la tarde y no sabíamos á qué atenernos. A bordo entraron dos carabineros, cumpliendo con las órdenes de su instituto, y en la imposibilidad de obtener de alguién contestación categórica, me acerqué á uno de ellos,



BROWNING EN SU LECHO DE MUERTE

—¿Sabe usted por qué no desembarcamos?, le dije.

—¡Ya lo creo! ¡Pues sí traen ustedes *la mar* de muertos en la patente!

La sorpresa que recibí no fué flojita, y sin embargo, tampoco me atemoricé; me parecía que la terrible enfermedad quedaba muy atrás.

Mis lectores querrán saber en qué quedaron los amores de la orgullosa y patriota Rosa Lanza con el ingeniero M. Bell.

Mis Mery Geen sostuvo conmigo correspondencia hasta hace tres años.

En su primera carta me decía que á bordo había sido una providencia para la honra de Rosita, comprometida por M. Bell, que con las mejores intenciones de matrimoniar sin dilación procuraba poner en evidencia á la joven.

En la segunda me daba parte del próximo matrimonio de los enamorados, diciéndome al propio tiempo que la niña mimada la buscaba en todos los momentos y se había humanizado completamente con ella después de los acontecimientos ocurridos á bordo entre Colón y Nueva-York Sobre esto no pude lograr que fuese más explícita.

Y en la tercera me anunciaba la catástrofe: se habían casado, pero al poco tiempo supiera Rosa Lanza que el titulado ingeniero M. Bell era un vividor de mala ley que había hecho el oficio de espía del Perú durante la guerra.

EVA CANEL

UN RECUERDO DEL POETA BROWNING

EN CONMEMORACIÓN AL SEGUNDO ANIVERSARIO DE SU MUERTE

«¿Para qué son vuestras palmas?

»Para cubrir con ellas los restos mortales del poeta.

»Un mes hace que murió, y el mundo fué tardío para concedérselas en vida; mas ahora se las tributa á manos llenas»

Así escribió, casi proféticamente, Browning en su *Visión de los poetas*. Las palmas tardaron en llegar, como sucede á menudo; pero no dejó de recibir algunas antes de morir, con motivo del éxito que alcanzó su última obra *Asolando*, y sus postreras



ENTIERRO DE BROWNING EN VENECIA



UN CONCIERTO, COPIA DEL CELEBRADO C



ADRO DE R. LOPEZ, GRABADO POR LONG

palabras fueron para expresar su satisfacción por aquel triunfo.

A los veintitrés años se distinguió por su poema *Paulina*, con su magnífica dedicatoria á Shelley, composición en alto grado interesante, que debía ser el tipo de sus futuras obras. También fué el poeta de *Paracelso*. Juan Forster pudo decir entonces que Browning sería un gran poeta, y éste confirmó con sus producciones el pronóstico, pero no sin largos días de lucha y de amargas decepciones.

Los restos mortales del eminente vate se hallan en la Abadía de Westminster, en el sitio llamado «Angulo de los poetas,» junto á las tumbas de Dan Chancer y del inolvidable Spencer.

El poeta visitó Italia en 1834, y allí recorrió varios lugares de que habla en su *Historia de Sordello*. De aquel viaje resultó su famosa composición titulada *Los pasos de Pippa*.

«Italia fué mi Universidad,» solía decir Browning; y allí se estableció en 1846, después de su apresurado enlace con Isabel Barret. Los recién casados marcharon á Florencia y eligieron para su morada «Casa Gnidi,» cerca del palacio Pitti, al Sud del Arno y á un cuarto de milla de este río. En la entrada de aquel palacio se ve una lápida de mármol, consagrada á la memoria de la señora Browning, que murió allí cincuenta años hace. En aquel edificio, dando frente á la iglesia de Santa Felicia, hay un largo balcón, famoso por los recuerdos que evoca, donde el poeta solía pasearse entre las plantas.

Florencia no es la única ciudad que tiene interés para los admiradores del poeta, por más que allí residiese: Roma se asocia también íntimamente á su obra, pues en esta ciudad escribió la mitad de *El anillo y el libro*.

En medio de las colinas, á unas veinticinco millas al Noroeste de Venecia, todas las piedras parecen hablar de Browning. Cerca de sesenta años han transcurrido desde que el poeta visitó la bella ciudad; pero ha cambiado poco, aunque algunas cosas hayan dejado de existir. A la izquierda, subiendo por la colina, hállase la casa de la señorita Bransom, á quien Browning dedicó su composición *Asolando*; y casi en frente, pocas varas más allá, se ve la calle abovedada donde tenía su alojamiento el poeta.

Hasta últimamente, el Gran canal de Venecia tenía cierta relación literaria con los ingleses, porque lord Byron vivió allí; y ahora se agrega otra, puesto que en el Palazzo Rezzonico murió Browning dos años hace. Allí exhaló el postrer aliento después de volver de Asolo, y desde allí se condujo su cadáver, provisionalmente al lugar del reposo. ¿Quién de los que han visto un funeral en Venecia podrá olvidar la triste escena? El sordo rumor de los remos á medida que la enlutada góndola avanzaba, la tranquila calma en la ciudad y el silencio profundo en las aguas, todo contribuía á comunicar un carácter más solemne al conjunto. El cadáver fué conducido á la isleta del cementerio, que se halla á medio camino de Murano, y fué depositado en San Miguel hasta el día de su traslación á la Abadía de Westminster. – X.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – La Academia de Berlín ha publicado el programa de la Exposición de Bellas Artes correspondiente al presente año, que se abrirá el 15 de mayo y se cerrará el 31 de julio. Según parece, la citada corporación se propone celebrar, además de la general, en la que no se admitirán más de tres obras de un mismo autor, grandes Exposiciones particulares de producciones de determinados maestros á quienes se invitará especialmente.

– El pintor francés Poilpot, asesorado por el célebre astrónomo Flammarión, está pintando en París un panorama que representará la comarca egipcia donde se alzan las pirámides, vista de noche y á la luz de la luna y las estrellas. La asociación de esas dos personalidades es garantía de que la obra será una maravilla desde los puntos de vista artístico y científico.

– Ha llamado poderosamente la atención en los círculos artísticos de Alemania el hecho de que la venta en subasta de ciento once cuadros de Vereschagin, efectuada en Nueva York, en donde habían sido expuestos con gran éxito y en donde ese pintor goza de grandes simpatías, sólo haya producido la suma relativamente pequeña de 342.255 pesetas. Para explicar este resultado, Vereschagin ha dirigido á los periódicos un comunicado diciendo que para vender sus obras no ha querido apelar á las estratagemas de que suelen valerse en París y en otros países los artistas á fin de engañar al público haciendo aparecer precios exagerados y resultados fabulosos.

– El eminente pianista Rubinstein proyecta dar una serie de conciertos en los Estados Unidos, y según parece le han sido ofrecidas 25.000 libras esterlinas (625.000 pesetas) por una excursión artística de tres meses.

– Varias logias alemanas, entre ellas las tres grandes logias prusianas y la *Apolo* de Leipzig, han solemnizado con fiestas musicales el centenario de la muerte de Mozart, que fué francmasón y perteneció á una logia en Viena. En conmemoración de aquella fecha se ha publicado en Berlín la colección de las trece composiciones que el gran maestro compuso para los masones.

– La viuda del pintor Meisonnier ha desmentido los rumores que algunos propalaron diciendo que era causa de que no se celebrase la Exposición proyectada de las obras de su difunto esposo, y afirma que no solamente la Exposición se celebrará, sino que, si sus hijos no se oponen á ello, se creará un Museo permanente de los cuadros del célebre pintor.

– Adelina Patti ha sido contratada para cantar en los Estados Unidos en treinta conciertos ú óperas: por cada uno de los primeros cobrará 4.000 duros y por cada ópera 5.000, abonándosele además los gastos de viaje para ella y su acompañamiento. Probablemente cantará también en Chicago durante la Exposición.

Teatros. – Próximamente se estrenará en el teatro Lessing, de Berlín, la celebrada obra del Sr. Echegaray *Un crítico incipiente*, traducida al alemán con el título de *Ein unberufener Kritiker*, que en nuestro sentir no expresa fielmente el pensamiento del aplaudido dramaturgo, por cuanto *unberufen* no es un incipiente (que empieza), sino sin vocación, intruso, que no ha sido llamado á ello, lo cual es muy distinto y aun todo lo contrario de lo que resulta de la comedia.

El gran galeoto, del propio autor, que ha alcanzado en Berlín la 400.ª representación y la 300.ª en Viena y Amsterdam, se pondrá en breve en escena en París, traducida al francés por Schuwman y Lemaire.

– El maestro Mascagni está dando muestras de infatigable actividad: apenas estrenada su segunda ópera *El amigo Frit*, nos anuncian los periódicos que tiene completamente terminada la tercera, titulada *Los Rantzau*, cuya primera representación tendrá probablemente lugar durante el próximo otoño en el teatro Pergola de Florencia.

– Es seguro que en la próxima temporada de Carnaval se cantará en la Scala de Milán la nueva ópera de Verdi *Falstaff*, cuyos intérpretes designados ya por el maestro serán: la Stahl, Maurel, Pinelli y Pini-Corsi. *Falstaff*, según parece, es una ópera esencialmente melódica y se separa por completo del género emprendido en el *Otello* para volver al antiguo que tan popular ha hecho el nombre de Verdi.

– En el teatro de la Gaité, de París, se está ensayando una obra de gran espectáculo, *Un viaje á América*, para cuya representación se han gastado los directores más de 40.000 duros. El decorado, según dicen, será soberbio y en extremo original y ofrecerá al público efectos enteramente nuevos y sorprendentes.

– La empresa del teatro de *Menus Plaisirs*, de París, está obteniendo grandes ingresos con las representaciones de la nueva revista de espectáculo *¡Que d'eau! ¡Que d'eau!* Figuran en el reparto más de 40 personas que en el curso de la pieza desempeñan hasta cuatro y cinco papeles distintos cada una.

—Se anuncia el estreno en el teatro de la Princesa, de Madrid, de un drama del Sr. Pérez Galdós, basado en su interesante novela *Realidad*. Es grande la expectación por conocer esa primera producción dramática del gran novelista.

– En el teatro Español, de Madrid, se estrenarán próximamente *La herencia*, de D. Luis Calvo y Revilla; *La puente y el vado*, del fecundo y aplaudido escritor D. Antonio Sánchez Pérez, y un nuevo drama que está terminando el Sr. Echegaray.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Enrique La Pommeraye, periodista notable y muy erudito, cuyos artículos de crítica se distinguieron por su benevolencia, escribió en *Le Bien Public*, *La France* y *París*, y desde 1878 desempeñaba la cátedra de Literatura dramática del Conservatorio.

Adeodato Malatesta, célebre pintor italiano que nació en Módena en 1806 é hizo sus estudios en Florencia, Venecia y Roma; fué presidente de la Academia de Bellas Artes y del Instituto de su ciudad natal. Sus pinturas al óleo, al fresco y al temple son numerosísimas, mereciendo citarse entre ellas *La impresión de las llagas de San Francisco*, *El inválido del grande ejército*, *Abraham arrojando de su casa á Agar*, *Cristo en la cruz*, *La cena de Emaús* y sobre todo *La derrota de Ezzelino de Romano*.

– El duque de Devonshire, uno de los más respetados miembros de la Cámara de los lores, liberal convencido y consecuente, aunque no tomó parte muy activa en la política palpitante, canciller de la Universidad de Cambridge y fundador del Laboratorio de física experimental de Cavendish. Poseía 840.000 acres de tierras en Devonshire, 12.600 en Lancashire, 20.000 en el Riding occidental, 11 000 en Suxex, 60.000 en Cork y varias fincas de menos importancia en Somerset, Lincoln y Tipperary: su renta anual no bajaba de cinco millones de pesetas. Sus colonos y arrendatarios le adoraban; y tan bien supo administrar sus posesiones de Irlanda, que Mr. Parnell dijo en cierta ocasión que si todos los que allí tenían propiedades hubiesen imitado al duque, no habría sido necesario fundar la Liga Agraria.

– Emilio Lavelaye, literato, economista y político belga, colaborador de las principales revistas europeas, autor de notables obras literarias, políticas, históricas y económicas, catedrático de Economía política de la Universidad de Lieja, diputado y miembro de las principales Academias de Europa.

Varia. – En las regatas celebradas en Shang-Hai entre embarcaciones tripuladas por marineros españoles, franceses y japoneses han obtenido nuestros compatriotas un completo triunfo. En una de ellas, la lancha *Velasco* entró en competencia con la del crucero francés *Villars* y otra del japonés *Yamato*, á la que se concedieron diez segundos de ventaja por llevar dos remeros menos. La española se adelantó á la francesa y alcanzó á los japoneses, los cuales enfurecidos se valieron de todas las malas artes para hacer que aquélla varara en los lodazales de la orilla y llegaron á levantar los remos para pegar á sus adversarios. A todo esto se presentó el vapor en donde iban los jueces de regatas, quienes obligaron á los japoneses á retirarse del concurso, y los españoles, que habían guardado una actitud noble, lograron alcanzar á los franceses, que aprovechando aquella riña habían tomado la delantera, y llegaron doce minutos antes que éstos á la meta.

Los remeros españoles son peninsulares, del Ferrol, é iban mandados por el patrón Adolfo Abelenda: la ovación que se les tributó fué ruidosa y entusiasta. El premio ganado lo cedieron los vencedores á favor de las víctimas de las inundaciones de España.

– Para conmemorar el cuarto centenario de la toma de Granada por los Reyes Católicos se han celebrado en aquella capital grandes fiestas, entre las cuales ha sobresalido una procesión cívico-religiosa que ha resultado grandiosa y despertado gran entusiasmo.

—Ha empezado en París la demolición de la famosa *casa romana* que fué del príncipe Napoleón. Su construcción fué ejecutada por M. Normand, hoy académico, pero los planos sufrieron variaciones indicadas por el príncipe, de lo que resultó una mezcla inexplicable de los estilos romano y griego, con ciertas tendencias orientales.

– La moda de enviar tarjetas de felicitación con motivo del año nuevo, que se ha hecho realmente engorrosa y que en algunas ciudades, como en París, ha llegado á producir verdaderos conflictos en el reparto del correo, está llamada á desaparecer en plazo no lejano. En los círculos aristocráticos y en algunos periódicos de gran importancia se ha iniciado ya una campaña para suprimir los envíos de esos pedazos de cartulina que nada significan, ó por lo menos para sustituirlos con tarjetas que tengan algo que revele la personalidad, los gustos, las profesiones de los que las envían, en una palabra, que sean *subjetivas*, ó que por sus condiciones artísticas merezcan ser guardadas, como se hace ya en Inglaterra, Italia y Suiza.

En el género de tarjetas-felicitaciones artísticas son dignas de citarse las que las principales administraciones de Correos del mundo se han enviado este año unas á otras. Citaremos entre ellas las de Lucerna (vista de la ciudad y del lago y en medallón aparte el edificio de Correos): Port-Said (felicitaciones en francés y en árabe): Habana (armas de España de color sonrosado en relieve sobre fondo blanco): Copenhague (coche conduciendo á los carteros á los barrios): Stokolmo (cartero de uniforme en un ángulo, país nevado por el que cruza un tren, sol de color anaranjado y sin resplandores): Amsterdam (escudo de los Países Bajos en un ángulo y en el centro un medallón con la casa de Correos): Ginebra (dos fototipias con la vista del lago Lemán, de noche; el puente del Monte Blanco, y el sepulcro de Rousseau): Londres (en el centro el retrato de H. C. Raikes, difunto *Postmaster*-director general de Correos; dos medallones con las vistas de la oficina de Correos y del Parlamento, de la sucursal de Correos, de la oficina telefónica de Londres á París, y al pie varias sacas de correspondencia); y Panamá (fotografía de la casa de Correos). Todas ellas están artísticamente ejecutadas.

Para acabar con la costumbre ridícula, tal como generalmente se practica, de enviar tarjetas, propone una ingeniosa cronista de una notable revista francesa que el día primero de año envíe cada cual á sus amigos y conocidos una tarjeta concebida en los siguientes términos: «Fulan de tal tiene el honor de participar á V. que rompe definitivamente con la anticuada costumbre de la tarjeta para felicitar con ocasión del nuevo año. Como V. ve, esto no le ha impedido pensar en V. El próximo año también pensará, pero sin decírselo.»

– Se está celebrando actualmente en Venecia una conferencia internacional de higiene que se ocupa de la reforma que los modernos adelantos exigen en el servicio sanitario de Egipto á fin de evitar que desde los territorios del mar Rojo pasen á Europa las enfermedades infecciosas, especialmente el cólera, en aquéllos tan frecuentes, lo cual se logrará mejorando las instituciones sanitarias de Egipto, creando una fiscalización que asegure el cumplimiento de las reglas de policía sanitaria, sobre todo en lo relativo á las peregrinaciones, y dando mayores atribuciones y facilitando recursos al Consejo sanitario de Alejandría.

NUESTROS GRABADOS

La Fuerza ahogando al Genio, grupo en mármol de C. Godebski. – En todos tiempos la fuerza brutal ha tratado de destruir las creaciones del genio, y así pudo decir un pensador alemán: «La aparición en el mundo de un verdadero genio se reconoce por un signo infalible, cual es la alianza que contra él forman todos los necios.» Esa lucha entre el que vale y el que materialmente puede, entre la encarnación de lo sublime y la personificación de la bajeza, está admirablemente representada en la preciosa escultura que reproducimos, composición valientemente concebida y clásicamente ejecutada, que más se admira cuanto más se contempla y en la que la belleza de líneas y proporciones alcanza un grado difícil si no imposible de superar.

Un concierto, cuadro de L. López. – Nuestro joven compatriota, residente en Roma, ha conquistado en poco tiempo y á pesar de sus años una envidiable fama, á la que ha contribuído en mucho el cuadro titulado *Un concierto*, cuya copia ofrecemos hoy á nuestros lectores y en el cual son de ver todas las cualidades que tanto interés prestan á la escuela española moderna. Obsérvanse en esta obra: arte en la distribución de las figuras, talento en la manera de presentarlas, finura en el dibujo, dominio del colorido y conocimiento de los recursos que permiten al verdadero artista fijar en el lienzo la luz y el aire.

Como detalle que hace más interesante el cuadro, diremos que la figura del violinista que acompaña á la infantil cantante es el retrato del eminente Sarasate.

Quietud, cuadro de D. Mariano Vayreda (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Quietud titúlase el cuadro que remitió Mariano Vayreda á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, y preciso es convenir que el artista logró representarla, ya que en el cuadro todo significa silencio, inmovilidad, descanso. El hueco del vacío sarcófago do el pastorcito reposa, los corderos que á sus pies dormitan, los derruídos claustros que sirven á modo de marco ó límite y hasta la hora, todo indica reposo y quietud.

Digno discípulo de su hermano D. Joaquín, figura este joven artista en el número de los que cultivan esa nueva escuela que cuenta con pintores tan discretos como lo son Rusiñol, Casas, Galvey y otros más. Al igual de todas las novísimas manifestaciones, tiene el nuevo género prosélitos é impugnadores; mas por nuestra parte, sin aplaudir á unos ni combatir á otros, nos limitamos á consignar que cuando se logra fijar en el lienzo los colores de la naturaleza con extraordinaria facilidad, conforme lo hacen Vayreda y los pintores cuyos nombres citamos, bien merecen éstos el título de artistas y la nueva escuela atenta consideración.



No; podemos permanecer aquí, puesto que este es el salón público (pág. 14)

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. — ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

Los que rodearon á Pablo, miráronse con la mayor curiosidad.

– ¡Oh! Enrique Pendleton, dijo Hoskins con aire incrédulo. ¿Le conoce usted?

– Será algún antiguo colono, interrumpió Shear como para dar una explicación. En otro tiempo el coronel era aquí hombre de importancia.

– Creo que ha sufrido muchas desgracias, repuso Pablo con gravedad; pero en el tiempo á que usted se refiere era presidente del Banco *El Dorado*.

– Y á propósito: parece que ese Banco no ha conseguido arreglar sus cuentas aún, dijo Hoskins. Supongo, caballero Hathaway, que no tendrá usted fondos comprometidos en ese establecimiento.

– No, contestó Pablo, sonriendo; yo era un muchacho en aquella época, y vivía con mi sueldo. Nada sé de los apuros de ese Banco; pero tengo la seguridad de que el coronel Pendleton fué siempre una persona digna.

– ¡Oh! No digo lo contrario, replicó el capitán Stidger con aire de convicción; pero el coronel no ha sabido vivir con el Estado ni adaptarse á su manera de ser. Pendleton pertenece á los antiguos tiempos, aquellos en que la simple palabra de un hombre conocido equivalía á dinero contante y sonante; y asegúrase que el Banco en cuestión no tenía ni un solo recibo para reclamar la mitad de lo que se le debía. En los años 1849 y 1850 aún se podía fiar, pero ahora no; y el buen coronel debe haberse convencido de ello.

– Pendleton se hallará seguramente dispuesto aun á reclamarlo todo con la punta de la espada, y esto le perjudica. Es el hombre que más ha hecho para mantener la costumbre de los duelos aquí, y al parecer no comprende que el espíritu de progreso y de civilización se opone á ello.

No hubiera sido fácil adivinar por la expresión de Pablo si se inclinaba en favor de las debilidades del coronel, ó si le parecía justa la crítica de sus visitantes; pero sin duda apreciaba bien una cosa y otra.

Muy pronto se dejó de hablar del coronel, pues acababan de servir el refresco, ó más bien la bebida, lo cual aumentó el buen humor de todos. Cuando se hubieron apurado las botellas, levantáronse los comensales para retirarse, y despidiéronse renovando sus ofertas y repitiendo sus elogios del joven senador en voz alta y hasta cuando bajaban la escalera; de modo que muy pronto se supo en todo el hotel de la Puerta de Oro que el Sr. Pablo Hathaway había llegado del Sacramento y acababa de ser objeto de una «ovación espontánea.»

Entretanto, el joven ex secretario se había sentado en una butaca junto á la ventana de su habitación, y evocaba recuerdos del pasado. No es difícil para el hombre olvidar á la edad de los diez y ocho á veinticinco años, y no solamente había obedecido Pablo á la intimación del corregidor dejando de pensar en los detalles de cierta transacción que presenció en el despacho de aquella primera autoridad, sino que al año siguiente, habiendo ido á probar fortuna en las montañas, autorizó formalmente al coronel Pendleton para representarle en la administración de los bienes de la señora Howard, en la cual no había intervenido, sin embargo, más que para firmar al fin de cada año. En su consecuencia, extrañábale en cierto modo haber recibido algunos días antes una carta del coronel Pendleton, en la que éste le rogaba que fuese á verle para hablar sobre el asunto.

Pablo recordaba, aunque vagamente, que habían pasado ya ocho años, y no ignoraba que en este tiempo habían ocurrido algunas novedades. La mayor de todas era la muerte del corregidor, cuyo cargo desempeñaba entonces una persona á quien él no conocía. El Banco *El Dorado*, á pesar de la buena opinión que del establecimiento tenía la señora Howard, habíase declarado en quiebra hacía largo tiempo, y aunque el coronel Pendleton sobrevivía, no era de creer que se necesitase ya ningún presidente que pudiera servir de curador para administrar la fortuna allí depositada por la señora Howard. En cuanto al mismo Pablo, soldado aventurero, aunque por lo regular con suerte, hacía poco que tenía una profesión, si tal nombre podía darse á sus funciones políticas; aun con fortuna, energía y ambición, nada era seguro, por más que todo fuese posible. Al parecer no quedaba más curador para la huérfana que el coronel, puesto que Pablo le había conferido su representación. La madre de la niña había desaparecido un año después de hacer el depósito, sin duda para evitar complicaciones por su presencia en el país, ó cuando menos así se presumió caritativamente.

Al reflexionar sobre estos hechos, Pablo no pudo menos de experimentar cierta inquietud, preguntándose para qué podría necesitarle el coronel. No había peligro de que se hubiese divulgado el secreto de la señora Howard, solamente conocido de él y de Pendleton, ni debía presumir que hubiese trascendido nada en la administración oficial de los funcionarios que habían sucedido al difunto corregidor. Pablo no recordaba que el tiempo de la tutela debía limitarse á diez años; pero la niña debía llegar pronto á la edad de entrar en posesión de sus propios bienes.

Si Pablo conservó algún tiempo recuerdo de la escena que presenció en el despacho del difunto corregidor, por haberle producido impresión la hermosura de la señora Howard, seguramente lo había olvidado ya todo con otras locas ilusiones de su primera juventud, á la cual se creía ahora muy superior.

Sin embargo, era preciso ver al coronel, y cuanto

antes mejor, pues convenía arreglar de una vez el enojoso asunto. La tarjeta que había recibido no tenía más que estas señas: «Hotel de San Carlos.»

Pablo recordó de pronto una antigua hostería de este nombre, situada cerca de la plaza. ¿Sería posible que semejante construcción hubiera sobrevivido á los cambios y mejoras de la ciudad? No era necesario franquear ninguna larga distancia para llegar allí, y además recordaba perfectamente las calles, en las que no vió más novedad que otras casas y otras caras. Cuando llegó á la plaza, que apenas se reconocía ya con las últimas mejoras, encontró la casa de la antigua hostería aún intacta, con sus galerías corridas y sus miradores, que presentaban un conjunto incongruente con el de otras construcciones modernas levantadas en la inmediación. Esto hizo recordar al joven que cuando era muchacho siempre le pareció aquella hostería una maravilla de distinción y opulencia, sobre todo cuando se celebraba algún baile público; pero ¡qué mísero y trivial le parecía ahora su conjunto, comparado con el de los demás edificios! ¡Qué ridículos eran aquellos balcones y galerías, primera ilusión de los colonos, cuando supusieron que su clima era tropical! La hostería se había agrandado para poner sala de billar y café, pero aún se veía allí el antiguo farol en que antes se leía «San Carlos,» aunque debajo de este título habíase agregado una línea que decía: «Habitaciones para alquilar por días ó por semanas» ¿Era posible que aquella estrecha escalera, desgastada y hasta carcomida en algunos sitios, le hubiera parecido en otro tiempo la de un palacio?

Al entrar, la criada le indicó una puerta en la extremidad del corredor, y llegando á ella dió discretamente un golpe; abrióse al punto, y Pablo vió ante sí á un negro ya entrado en años, que tenía en la mano un pedazo de piel de gamuza impregnado en grasa: una caja de pistolas que estaba sobre la mesa podía indicar cuál era la ocupación del criado, que se inclinó profundamente ante Hathaway.

– Maese Enrique está aquejado de su antigua enfermedad, señor, y en este instante se arregla un poco. Descanse el señor en el sofá y llevaré recado.

Cuando el negro desapareció en la habitación contigua, Pablo paseó una mirada á su alrededor. Los muebles, que en otro tiempo debieron ser ricos y elegantes, estaban completamente gastados por el uso: un estante con libros, entre los cuales se veían algunas obras de leyes (Pablo recordaba que el coronel había seguido algún tiempo la carrera de abogado), media docena de sillas de estilo francés, una carabina en un rincón, una espada en su funda, algunas estampas en la pared y dos ó tres cajas de hierro con un rótulo que decía «Banco *El Dorado*» eran los principales objetos que adornaban aquella mezquina sala, imagen de la pobreza. Sin embargo, todo estaba escrupulosamente limpio, y en una silla veíanse varias prendas de vestir muy bien cepilladas y dobladas, prueba irrecusable de los buenos servicios del criado.

Pero Pablo fijó de pronto su atención en una levita que sin duda se había arrojado apresuradamente allí, pues una manga estaba vuelta del revés y veíase en ella una aguja enhebrada aún. Al punto le ocurrió la idea de que al llegar él, el negro se ocupaba en remendar aquella prenda y no en limpiar las armas de su amo.

Un momento después volvió el negro.

– El señor, dijo, dispensará á maese Enrique, que está ahora en cama, y hágame el señor el favor de no decir cosas que enojen á maese Enrique, porque esto es malo para él.

El negro había dicho esto en voz baja, como para que no se le oyese, y con expresión suplicante.

Pablo sonrió, y el negro le condujo con ceremoniosa solemnidad á la alcoba de su amo, cuyo mobiliario corría parejas con el de la sala. En un catre de hierro vió al coronel Pendleton, que aún conservaba su marcado tipo militar; habíase puesto una bata de seda bastante raída, y la expresión de sus facciones revelaba el sufrimiento. Los ocho años transcurridos habían hecho estragos en aquel hombre: su cabello gris comenzaba á blanquear; el largo y espeso bigote, bien cuidado, parecía resistir más á la acción del tiempo; las profundas líneas que le corrían por el ángulo de la nariz eran claro indicio de graves enojos y disgustos pasados, y los ojos, brillantes por efecto de la fiebre, fijaron en Pablo una mirada penetrante.

– ¡Amigo Hathaway!, exclamó el coronel.

Al oir aquella voz, parecióle á Pablo que volvía á su primera juventud, que retrocedía al tiempo en que era secretario del difunto corregidor, y contempló absorto al hombre enérgico que en aquel momento yacía en el lecho del dolor. Había entrado en la alcoba con cierta impresión de superioridad y bajo la idea de que ya tenía la experiencia suficiente para dominar á los hombres; mas al ver al coronel y al oir su voz acostumbrada al mando, volvióse á creer pequeño, admirando en Pendleton una cualidad de que carecían sus nuevos amigos.



Cogió la silla familiarmente y sentóse al punto, tomando una graciosa postura (pág. 11)

– Hace ya ocho años que no lo veo á usted, amigo Hathaway, dijo el coronel; acérquese más para que pueda mirarle bien.

Pablo se aproximó al lecho con infantil obediencia; mientras que Pendleton, cogiéndole la mano, observábale atentamente.

– Le habría reconocido á usted, dijo, á pesar de su bigote y de su estatura. La última vez que le vi fué en el despacho de Santiago Hammersley. ¡Pobre amigo mío; él ha muerto, y á mí me falta poco para seguirle! ¿Se acuerda usted de la casa del corregidor?

– Sí, contestó Pablo, extrañando la pregunta.

– Era una quinta de estilo suizo, y recuerdo que se construyó bajo la dirección del pobre Santiago. La última vez que fué allí, la derribaban ya. ¿En qué diría usted que se ha convertido?

– Difícil es que yo lo imagine, repuso Pablo.

– Pues bien: sepa usted, repuso el coronel con gravedad, que ahora la han convertido en una especie de tienda para los misioneros, con su correspondiente gabinete de lectura. ¡He ahí los progresos y las mejoras!

El coronel hizo una pausa, y retirando lentamente su mano de la de Pablo, añadió con desdeñosa sonrisa:

– Usted es joven, y tal vez pertenezca á la moderna escuela. Ya he leído su discurso, y debo confesar que no pertenezco al partido de que usted forma parte; el mío murió hace diez años. De todos modos, le felicito sinceramente. ¡Jorge!, gritó después. ¡Mil diablos le confundan! ¿Adónde habrá ido ese muchacho?

El negro, así calificado de joven, aunque debía tener diez años más que su amo, abrió la puerta apresuradamente.

– Jorge, díjole el coronel, trae champaña para este caballero... *del meior*, por supuesto; y no me vengas con razones ni dificultades del nuevo patrón.

Pablo, que creyó reconocer en las facciones del negro una expresión de inquietud, sin duda porque temía que su amo se encolerizara, apresuróse á decir al coronel que no se molestase, porque no tenía costumbre de beber por la mañana.

– Es muy posible, repuso el coronel con cierta sequedad; lo creo así, pues ya sé que las nuevas ideas prohiben varias cosas; pero aquí está usted libre de sus constituyentes. Sin embargo, añadió con tono más benévolo, yo tengo esa costumbre, y en mí es muy antigua; tal vez deba suprimirla al fin, como todas las demás; pero aún existe, y me sorprende que Jorge, sabiéndolo ya, lo olvide tan fácilmente.

El negro se excusó bajo el pretexto de que le había distraído otra ocupación, y salió de la estancia diciendo que iba á buscar el champaña.

– Es un buen muchacho, murmuró el coronel, aunque ya comienza á contaminarse. Le traje aquí de Nashville hace unos diez años, y á los dos de hallarse en mi compañía, algunos trataron de probarle que ya no era esclavo, lo cual le dió mucho que pensar, mas yo le prometí que no lo sería á mi servicio. Fué necesario satisfacer sus deseos, enviando á buscar á su mujer y su hijo, que tenían mil ochocientos duros ahorrados; pero el diablo me lleve si ese dinero le hace feliz, pues debe ir diariamente dos horas por la mañana y tres por la tarde para servirlos como un criado, ó por lo menos hacerles compañía. Yo traté de inducirle á enviar á su familia á las minas, donde tal vez hubieran hecho fortuna, ó al Oregón, porque allí le habrían conferido quizás algún cargo importante; pero no quiso. Jorge se encarga de cobrar mi renta sobre una pequeña finca que me ha quedado, y paga mis cuentas. Si la nueva civilización le respetase dejándole como estaba, sería un buen muchacho.

Pablo no pudo menos de pensar que la renta del coronel estaba en contradicción con aquella levita que el negro remendaba al entrar él.

En aquel momento oyóse el choque de vasos; Jorge apareció en el umbral de la puerta é invitó á Pablo á tomar un vaso de champaña.

El joven se levantó para seguir al negro á la sala, y cuando estaba junto á la mesa no fué poco su asombro al ver una bandeja con dos vasos y media botella de ginebra, pero no champaña.

– Dispense el señor, dijo con expresión de inquietud; amo mío quiere mejor champaña para los caballeros; pero no hay en esta casa ni cerca de aquí tampoco. ¿Querría el señor decir á maese Enrique que le gusta más la ginebra, para que el amo no me riñera?

– Ciertamente, contestó Pablo sonriendo, y con tanta más razón cuanto que no acostumbro á beber nada tan temprano.

Y volviendo á la alcoba, cuya puerta había tenido el negro buen cuidado de cerrar á fin de que su amo no le oyera, acercóse al lecho del paciente.

– Espero que me dispense usted, dijo, por haberme tomado la libertad de rogar á Jorge que me cambiase el champaña por un poco de ginebra.

– Está muy bien, contestó con indiferencia. Supongo que la nueva civilización ha introducido también algún cambio respecto á las bebidas, y que el estómago de un caballero será muy pronto cosa del



Mientras que la bella á quien tanto felicitaban miraba con curiosidad á Hathaway, sus ojos se encontraron (pág. 14)

pasado. De todos modos, ya que estamos servidos, Jorge podrá irse á su casa, puesto que ha llegado la hora en que tiene costumbre de hacerlo.

– Jorge, añadió, pon sobre mi lecho la caja de hoja de lata que contiene los papeles, y retírate.

El negro hizo lo que se le mandaba, saludó humildemente y salió.

– Vamos, dijo Pablo, veo, señor coronel, que ese hombre es muy sumiso, á pesar del progreso que usted deplora tanto.

– Siempre fué un negro obediente, replicó el coronel, y aunque exagerado en su oficiosidad, prefiero esto á los alardes de los que ahora se titulan hombres del progreso. Lo más apreciable en la servidumbre de cualquiera especie es la espontaneidad y el afecto: si sabe usted que un hombre le odia y sin embargo le sirve por interés, podrá asegurarse desde luego que es un miserable y usted un tirano. Al decantado progreso de ustedes se debe que el servicio parezca degradante, porque enseña á los hombres á rehuirle. ¡Pardiez! Cuando llegué aquí, Santiago Hammersley y yo servimos más de una vez de cocineros á los de nuestro partido, y por eso no he creído rebajarme ni ser menos de lo que soy; pero basta de esto, y pasemos á otro asunto.

Al pronunciar estas palabras, el coronel se interrumpió, é incorporándose en el lecho, miró fijamente un momento á su interlocutor.

– Debo comunicar á usted algo que le interesa, caballero Hathaway, dijo lentamente. Hace tiempo que no ha debido usted molestarse en lo más mínimo por el asunto relativo á los bienes de la señora Howard; esto no le habrá privado del sueño ninguna noche, ni tampoco ha sido seguramente un obstáculo en su carrera Comprendo muy bien, añadió, al ver que el joven se disponía á contestar; adivino lo que iba á decir, y por lo tanto no es necesaria ninguna explicación de su parte. Me encargué con gusto de representar á usted, y de nada me quejo; mas hora es ya de que sepa lo que yo he hecho y lo que tal vez deba usted hacer en adelante. He aquí el caso: al día siguiente de firmarse en el despacho del difunto corregidor la escritura que usted sabe, el Banco de que yo era y aun soy presidente, recibió los setenta y cinco mil duros de la señora Howard. Dos años después, en el mismo día, la suma depositada habíase convertido en un capital de ciento cincuenta mil duros, gracias á felices operaciones, es decir, el doble de la cantidad impuesta; pero en el tercer año, el Banco suspendió sus pagos.

II

Pablo comprendió al punto la situación, así como las consecuencias que para él podía tener el hecho que se le anunciaba, y al pronto le pareció un contratiempo terrible. Comenzaba entonces su carrera, y juzgábase en cierto modo responsable de la fortuna perdida de la hija de una mujer que había desaparecido y á quien él no conocía.

Entonces se explicó muy bien por qué Pendleton deseaba verle, y durante un momento dudó injustamente de su buena fe, imaginándose que al coronel le *había convenido* representarle como curador. El carácter misterioso de aquella transacción, su descuido é indiferencia sobre el asunto, su excesiva confianza en Pendleton; todo, en fin, inducíale á creer que estaba seriamente comprometido. Parecíale ya oir recriminaciones contra él, y tal vez ser acusado de mala fe por sus amigos. Y al reflexionar sobre todo esto palideció visiblemente, fijando en su interlocutor una mirada atónita.

El coronel le observó con curiosidad un momento; sus facciones tomaron cierta expresión de amargura, y una desdeñosa sonrisa acentuó más las líneas de su boca.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA FOTOGRAFIA Y LOS COLORES

Uno de los problemas que más á prueba han puesto la sagacidad de los investigadores es la reproducción fotográfica de los colores de la naturaleza: algunos, como Cros, Ducos de Hauron, León Vidal y otros, han eludido la dificultad haciendo una selección de los rayos colorados, obteniendo negativos de un mismo objeto, cada uno de ellos con la impresión de un color, y tirando luego positivos peliculares monocromos convenientemente escogidos que, por superposición, han dado las tintas, si no siempre exactas, por lo menos muy parecidas á las del modelo. En 1848 Becquerel reprodujo por medios químicos todo el espectro solar, pero la prueba no toleraba la luz blanca y ningún procedimiento de fijación permitía conservar en plena luz los magníficos resultados obtenidos. Recientemente M. Lippmann, partiendo de concepciones teóricas ha resuelto nuevamente el problema, y sus espectros solares, intensamente colorados, soportan sin alteración la luz del sol. No insistiremos en este procedimiento por haberlo descrito detalladamente en el número 495 de La Ilustración Artística, y sólo haremos constar que M. Lippmann ha sido el primero en indicar que por las interferencias podía llegarse á la solución del problema.

Por un procedimiento derivado del mismo principio consiguió hace veinte años un grabador de Versalles, M. Baudran, descubrir en los positivos de plata sobre papel albuminado vestigios de los colores naturales; pero antes de describir el curioso experimento por él realizado, séanos permitido recordar brevemente las observaciones anteriormente hechas, que son el camino por donde se llega á este descubrimiento.

Está actualmente fuera de toda duda que los objetos no tienen un color propio, sino que éste reside esencialmente en la sensación subjetiva del modo vibratorio ó, por mejor decir, de la longitud de onda de la vibración del éter reflejada por tales objetos: á las mayores longitudes de onda corresponde la sensación del encarnado y á las más cortas la del morado. La reunión de todos los diferentes rayos de longitud de onda produce la luz blanca. Si, por otra parte, ésta se quiebra en una superficie ligeramente estriada, se descompone y la superficie parece reflejar todos los colores del arco iris en virtud de un fenómeno conocido en física con el nombre de *difracción*. El nácar, por ejemplo, visto normalmente presenta un color lechoso, al paso que mirado en determinada incidencia reviste sucesivamente los más vivos y variados matices; siendo sumamente fácil demostrar que estas coloraciones no pertenecen al nácar, sino que proceden de la disposición misma de las asperezas de la superficie, puesto que si por un procedimiento físico ó químico destruimos la capa superficial, aquellos bellos colores desaparecen. Por el contrario, si aplicamos sobre lacre negro en fusión un fragmento de nácar irisado y lo retiramos después de enfriado aquél, el lacre, gracias á su plasticidad, habrá tomado exactamente las estrías infinitamente finas de la superficie del nácar y ofrecerá á su vez las coloraciones más maravillosas. Esta observación, debida á Brewster, puede hacerse también, como éste lo ha probado, con todas las materias susceptibles de amoldarse exactamente al nácar, tales como el plomo, el rejalgar, el estaño, etc. Un inglés, John Barton, hizo por aquel mismo tiempo una aplicación asaz original de esa observación, estriando convenientemente las facetas de botones de acero y dotándoles de esta suerte de todos los matices del prisma. Estos dijes tuvieron gran éxito hace treinta años.

Ahora bien: esas coloraciones por difracción se perciben claramente en las imágenes obtenidas por medio del daguerrotipo: en efecto, si se las mira dándoles cierto ángulo de incidencia, se las ve revestirse de colores débiles sí, pero fáciles de distinguir. Parece ser que el depósito de plata metálica ó de mercurio ha debido formarse con una finura proporcional á la longitud de onda que ha producido su precipitación. Habiendo observado esto, M. Baudran quiso ver si en la fototipia con sales de plata sobre albúmina el depósito de metal obedecía á la misma ley, y para averiguarlo se sirvió de un aparato que es simplemente una modificación del megascopo del físico Charles.

Se coloca una fotografía á sales de plata en el foco de un objetivo doble para retrato y se la ilumina á á cada lado por dos espejos colocados en ángulo de 45° que reflejan en su superficie la luz del día: todo este aparato se instala en una abertura practicada en la pared de una cámara obscura y se dirige hacia el cielo para que reciba una luz muy pura (figura 1).

La imagen aumentada se refleja normalmente en una hoja de papel blanco, y si se la contempla atentamente, cuando los ojos se han reposado algo de la impresión de la luz solar, vense aparecer los colores, bien que muy pálidos y mezclados con luz blanca difundida; si se coloca el diafragma en el objetivo, la intensidad general del objeto disminuye, pero los colores, aunque muy pálidos todavía, aparecen más distintos, tomando entonces la proyección el aspecto de un cuadro al pastel visto á media luz. Para que aparezcan los colores es indispensable que la imagen esté muy bien modelada, aunque sin estar demasiado marcada, porque en este caso la acumulación de las partículas de plata impide que la difracción se produzca claramente. Las pruebas sulfuradas y amarillentas por la acción del tiempo y las esmaltadas ó producidas por los procedimientos al gelatino cloruro no dan buenos resultados: los colores que mejor se revelan son los que menos impresionan la placa negativa; por ejemplo, los encarnados, lo cual se explica perfectamente porque éstos, en los positi-

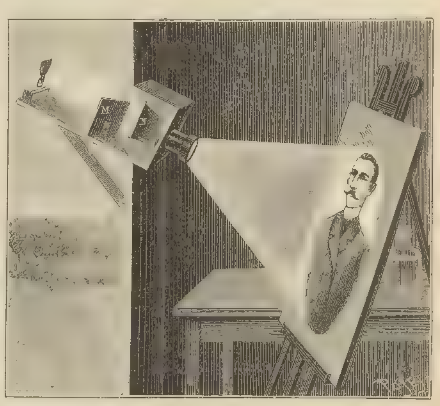


Fig. 1. – Experimento por medio del cua se hacen aparecer colores en la proyección de una prueba positiva

vos, se reproducen por medio de mayor cantidad de plata reducida.

Tal es el espíritu de las investigaciones de monsieur Baudran, el cual da á su trabajo el título significativo de *El color en la fotografía* y supone que la plata se deposita en la placa negativa en un estado molecular en relación con la longitud de onda del rayo luminoso que la ha impresionado, resultando de aquí una especie de red de mallas más ó menos espaciadas, cuya separación corresponde á esta misma longitud de onda y que entresacando los rayos colorados que constituyen la luz blanca producen en la fototipia un depósito de la misma naturaleza. Como en el negativo el metal desaparece debajo de la gelatina, es imposible descubrir su color; en cambio

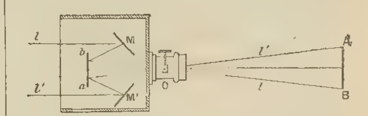


Fig. 2. – Esquema del experimento representado en la figura 1 para la visión de los colores. – *a b*. Fotografía. – A B. Imagen aumentada é invertida en una pantalla. – M M' Espejos reflectores. – O. Objetivo. – *l' l'* Dirección de los rayos.

en el positivo la plata reducida sólo está retenida por una delgada capa de albúmina, y puede, por ende, difraccionar la luz. Para comprobar el valor de esta teoría sería preciso realizar algunos experimentos contradictorios; pero de todos modos el experimento directo presenta claramente colores en la proyección del positivo.

M. Baudran ha expuesto este descubrimiento en una memoria dirigida á la Academia de Ciencias de París, uniendo á ella la indicación de un procedimiento especial para la reproducción de los clisés con los colores del modelo; pero como guarda todavía secreto su modo de operar, nos limitaremos á señalar el hecho esperando que M. Baudran divulgue su invento para hablar más detalladamente de él. Sea de éste lo que fuere, su primer descubrimiento, basta para demostrar que se trata de un observador y de un investigador de quien pueden, en el mismo orden de ideas, esperarse resultados inesperados hasta el presente.

H. Fourtier

(De *La Nature*)

Arco llamado del *Ecce-homo*, ó de Pilatos, en Jerusalén (copia de una fotografía)

LIBROS
ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

TINTA NEGRA, *por D. Joaquín Dicenta*. Dibujos de *T. Muñoz Lucena* y *Angel Pons*. — Bien conocido es en el mundo literario el nombre del Sr. Dicenta: sus obras dramáticas aplaudidas en los principales teatros y sus artículos publicados en gran número de diarios y revistas importantes le han conquistado merecida fama.

Castizos y elegantes en la forma, sus trabajos encierran siempre, aun los que tratan asuntos aparentemente frívolos, un fondo de enseñanza digno de serias meditaciones. El Sr. Dicenta fustiga sin piedad cuando expone con sentida y apasionada frase los que no vacilamos en calificar de crímenes sociales; se burla de las preocupaciones que una moral mal entendida mantiene arraigadas en las sociedades modernas; ensalza la virtud, cualesquiera que sean las formas que revista; se ríe de los necios, aunque su necedad se eleve sobre pedestales de oro ó de laureles mal adquiridos, y admira al genio, siquiera para rendirle tributo haya de ir á encontrarle en las más humildes situaciones.

No faltará quien tache al señor Dicenta de pesimista; pero su pesimismo, si es que (tal como propiamente debe entenderse) en él existe, no es subjetivo; nace de la realidad de las cosas: además, cuando estudia el lado malo de éstas no lo hace por el prurito de mover á la desesperación ni al escepticismo, no pinta el mal afirmando que éste es el imperio del mundo y pronunciando con voz fatídica el *nulla est redemptio*; no, el Sr. Dicenta estudia lo uno y pinta el otro dejando á la vez entrever el remedio para que el bien se imponga. Junto al prejuicio, la razón; junto á la desigualdad irritante, la justicia; junto al veneno, la triaca: he aquí la característica del Sr. Dicenta.

La colección de sus artículos, que con el título que encabeza éstas líneas ha publicado don Fernando Fe, en Madrid, vale la pena de ser leída por los que se precien de amantes de la buena literatura y merece figurar dignamente en la colección que con tanto éxito publica el citado editor y en la cual figuran hasta ahora las firmas de Cavia, Palacio, Taboada y Castro y Serrano.

Las preciosas ilustraciones de Muñoz Lucena y de Angel Pons aumentan los atractivos del libro, que se vende en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.



QUIETUD, cuadro de D. Mariano Vayreda. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

* * *

LA CONVENCIÓN INDEPENDIENTE, *por Athos*. — Tal es el título de la obra en que se narran con cierta claridad y extensión los hechos y acontecimientos que dieran lugar a la formación de un potente partido, cuyo norte había de ser, conforme lo ha realizado, la caída del que fué presidente de la República chilena, Balmaceda. Sensibles son las causas que engendraron la revolución, pero más lamentable es todavía que los pueblos se vean obligados á conquistar por medio de las armas la vindicación de sus libertades y derechos.

Nosotros, que tan unidos nos hallamos á nuestros hermanos de América, hacemos fervientes votos para que los esfuerzos del pueblo chileno sean fructíferos y que gobiernos experimentados proporcionen días de paz y de prácticas ventajas á la República de Chile.

* * *

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por Ad. Wurtz, traducido por D. Vicente Peset y Cervera*. — Se ha publicado el cuaderno 9.° de esta importantísima obra que edita en Valencia don Pascual Aguilar y á la que se suscribe al precio de una peseta el cuaderno en la librería de éste (calle de Caballeros, núm. 1); en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales del resto de España.

La obra constará de 14 á 16 cuadernos y merece figurar en la biblioteca de todos los hombres de ciencia, pues está reconocida como la primera en su clase y la traducción y adiciones del Sr. Peset y Cervera nada dejan que desear.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 18 de enero de 1892 — Núm. 525

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LAS DOS MADRES, cuadro de D. José María Marqués

(Exposición internacional de Bellas Artes de Berlín, 1891.)

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Todo cuanto tenga relación con el movimiento artístico, febril en estos últimos años del siglo XIX, será tema obligado que trataré en esta nueva sección que los editores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ofrecen á la par con las *Crónicas de Arte* á los numerosos suscriptores de tan importante semanario.

Cuanto las ciencias auxiliares del arte produzcan, que directa ó indirectamente interese á las manifestaciones plásticas y gráficas, así en su técnica como en su concepto, procuraré reflejarlo en estas columnas con aquella fidelidad á que está obligado un cronista, siquiera este cronista no alcance la talla que en el arte expositivo, en el retórico, en la ciencia crítica y en la erudición avaloran los trabajos que de esta índole llevan á cabo en nuestra patria Menéndez y Pelayo, Pí, Emilia Pardo Bazán, Cavia, Balart y algunos otros ingenios por todos acatados y aplaudidos.

***

Creo necesario ocuparme hoy, aun cuando sea de pasada, de dos interesantes cuestiones que preocupan por igual la atención de los sabios. Ambas apasionan de un modo vehemente las inteligencias más claras, y de entre las verdades y las mentiras que en pro y en contra emiten en el calor de la contienda los campeones de los bandos beligerantes, vese surgir la luz del punto medio, que comienza á iluminar lugares envueltos por las tinieblas hace siglos. La primera de las cuestiones, mejor dicho, el primero de los temas á resolver es puramente histórico-crítico y tiene por motivo la leyenda del martirologio de Colón; el segundo es psicológico, y como preocupó á otros sabios preocupa grandemente en Inglaterra á los sucesores de Gurney, los sabios psicólogos Podmoore, Alyers, Ruskins, etc.; en Francia á Richet, Barret, Carpentel; en Italia á Dal Pozzo, Lombroso, Gigli; en Rusia y los Estados Unidos á otros no menos sabios profesores, y en nuestra España á alguna parte de la nueva generación científica.

Dado el positivismo actual, es lógico este movimiento que tantos caracteres – en apariencia – tiene de idealista.

***

De todos es sabido el alcance que, para el conocimiento de una de las más interesantes páginas de nuestra historia, tienen las conferencias que se vienen celebrando en el Ateneo de Madrid con motivo del próximo Centenario del descubrimiento de América. Ilustres personajes en las ciencias, en las armas y en la política han puesto y siguen poniendo todo su empeño en dilucidar de modo claro y concreto si la leyenda colombina debe ser aceptada ó no como verídica en sus más importantes extremos. Quienes, defendiendo al célebre almirante, lanzan severas acusaciones sobre cuantos directa ó indirectamente tuvieron parte en los hechos que antes y después del descubrimiento del Nuevo Mundo proporcionaron á Colón los sinsabores y martirios físicos relatados, entre varios, por el hijo del gran marino y cosmógrafo genovés. Quienes, defendiendo á los Reyes Católicos, al comendador Bobadilla, á Pinzón, hacen ver cómo Colón mereció que se le tratara con el rigor que le trataron por sus pésimas condiciones de gobernante ambicioso y déspota. Los primeros aseguran con documentos á la vista que el protegido del P. Marchena fué víctima de la falsía de D. Fernando y de doña Isabel, de las ambiciones despertadas con su descubrimiento, del comendador Bobadilla; de las injusticias, en fin, con que lograron la conmiseración de la historia, tanto como por sus méritos, otros hombres célebres. Los segundos, también con documentos de los cronistas que hubieron de tomar parte en las primeras expediciones á la nueva tierra, afirman que solamente justicia se hizo trayendo preso al almirante, que murió rico y víctima de la enfermedad que tan rápidamente se propagó por el viejo mundo y que hoy es la causa de nuestra decadencia física.

Como se ve, los cargos de uno y otro lado son terribles; y lo más notable de esta contienda es que un marino y un artillero son los que con más dureza fustigan los relatos encomiásticos de la leyenda colombina. La figura de Colón está, desde el punto de vista de su retrato moral, en tela de juicio. El artista se encuentra al presente sin saber cómo caracterizar al gran aventurero. ¡Que no es dato de poca importancia para la realización plástica de una figura histórica ignorar los rasgos más salientes, así de la vida privada, como de la pública!

Pero resulta de esta contienda crítica que los cuadros y las esculturas históricas ó conmemorativas hasta ahora realizadas de la odisea colombina, así como los que en la actualidad están llevando á cabo varios artistas con destino á la venidera Exposición internacional de Bellas Artes que se celebrará en esta corte, quedan reducidos simplemente á mayor ó menor mérito plástico, perdiendo casi por entero la importancia que como cuadros históricos pretenderán sin duda sus autores que tengan. Figurémonos á Cristóbal Colón muriendo según el retrato de sus panegiristas; en el reverso de la medalla, figurémonos á Cristóbal Colón muriendo según los que le censuran. El lugar de la escena, la importancia de la indumentaria, la realización de la figura del navegante, todo varía de un modo radical. Claro está que el artista puede atenerse para dar forma y disponer la composición de su cuadro al relato que más directamente hiera su sentimiento ó más acorde esté con su temperamento. Pero si es verdad que el arte, desde el instante en que, como dice Hegel, pretende purificar, enseñar, contribuir al perfeccionamiento moral, etc., pierde su valor, se desvía del camino que le está señalado dentro del orden cósmico, es verdad también, y verdad irrefutable, que el cuadro histórico requiere el mayor grado de exactitud en la exposición del asunto, en la comprensión de los tipos, en la verosimilitud de la escena, en la fidelidad histórica, en fin, de personas y cosas, para lograr de esta manera el objeto que se propone el artista; esto es, trasladarnos por medio de la inspiración y del arte, guiados ambos por la verdad del relato del historiador, á la presencia de gentes y de hechos que fueron.

Al llegar á este punto recuerdo que nos esperan *Los fantasmas* – así se titula un folleto publicado en esta villa y debido á un adepto á la nueva escuela psicológica del porvenir – para que nos ocupemos de ellos, ahora precisamente que están siendo objeto de la atención de los sabios, para serlo pronto de los artistas.

Phantasms of the living fué el primer libro que á modo de bomba cayó en el campo del experimentalismo científico, produciendo en él distintos efectos, pero efecto grande al cabo. En este libro se procura demostrar, con la relación de casos prácticos, la comunicación inteligente entre sujetos que viven separados por largas distancias, la cual comunicación se efectúa por medio del pensamiento. Seguidamente otro libro vino á sostener las afirmaciones del primero respecto de la *proyeción de la voluntad humana;* su autor titula al libro *Un capítulo de Psicofisiología*, y sus definiciones de la telepatía encontraron eco en sabios como Lombroso y Richet.

No pienso inquirir las verdades y las mentiras científicas de estos nuevos y estupendos estudios; además de mi ignorancia casi absoluta respecto de las ciencias que á ellos concurren, mi objeto al hablar de tal asunto no es otro que el de fantasear algo también con motivo de los experimentos de comunicación á grandes distancias por medio tan sólo del pensamiento.

Supongamos que es exacta la explicación que el célebre psicólogo polaco Ochorowicz nos da respecto de la transmisión del pensamiento; que en efecto es «un acto dimámico, y como el movimiento no queda limitado á la superficie externa del cuerpo, que se propaga y transforma al atravesar medios iguales, análogos ó diferentes.» (1) Aceptado este supuesto, interroguemos: ¿Es ó no sugestivo el pensamiento escrito, el expresado por medio plástico, gráfico ó tónico? A responder afirmativamente parece como que se presta el estudio de las obras de arte realizadas en los grandes períodos de homogeneidad, en la forma y en el concepto, de los tiempos egipcios, griegos, romanos y medioevales. La fuerza sugestiva del pensamiento de Moisés al condenar toda manifestación de las artes plásticas, parece, á la luz de las investigaciones comenzadas por Gurney, que efectivamente hizo impotente al pueblo israelita para realizar la obra de aquel género. Puede objetárseme que el pueblo elegido de Dios fué casi nómada; pero el fenicio lo fué tanto ó más, y ya sabemos que Salomón hubo de recurrir al rey del pueblo comercial de la antigüedad, á Hiram, para que le enviase artífices y artistas que construyesen y decorasen el templo de Jerusalén.

Otro caso de sugestión colectiva lo demuestra el arte egipcio. No la forma, no la traza; pues sabido es que el concepto ortodoxo de las representaciones plásticas, de la escultura especialmente, estaba sujeto á un rigorismo teológico matemático; pero la expresión, lo psíquico, de que el artista no puede prescindir, la expresión moral, que decimos ahora, parécenos hoy que debiera significarse en la estatuaria egipcia, como se significa el carácter en el individuo, y sin embargo no es así. Todas las esculturas del pueblo de los Faraones están *sentidas* por un mismo artista, así las de la primera dinastía, como las que recuerdan á Ramsén el grande.

¿Será un caso efectivamente de sugestión ejercida por el genio poderoso del deificador de Osiris?

R. BALSA DE LA VEGA

(1) *Los fantasmas*, por el Dr. Otero Acebedo. – «De la sugestión mental.» – Ochorowicz.

ROMEO, JULIETA Y COMPAÑÍA

I

Paró el tren, abrí la portezuela y quise poner el pie en tierra; pero quedéme en la mitad del camino, preso entre los hercúleos brazos de mi amigo Pascual, que me estrechaba contra su corazón con tan apasionados transportes que me vi á dos dedos de la asfixia. Aflojó al fin aquel férreo lazo que amenazaba descoyuntarme, echóme un brazo por el cuello y arrastrándome hacia la puerta de la estación comenzó á llenarme de denuestos, que era una de sus especiales maneras de manifestar su cariño á una persona.

– ¿Conque no querías venir, granuja, pillo, tunante? Esperándote desde hace una semana, y haciéndote el remolón. ¡Si siempre he dicho que eras un egoistón de primera y que no mereces el afecto que se te tiene!...

– Te diré, Pascualillo, repuse, sabiendo de antiguo que no debía hacer caso de sus improperios. Tienes razón en decir que me he hecho esperar, pero no en suponer que ha sido por culpa mía. Precisamente los estudios que vengo á hacer aquí, y cuyo objeto ya conoces por mis cartas, son cosa que corre mucha prisa.

– ¡Pues, chico, no se ha conocido la urgencia!

– En mi venida, ¿verdad? ¡Qué quieres¡ Ha sido preciso esperar á que la sociedad celebrase una junta, y como esa junta se reunió anteayer...

– ¡Vamos! Resulta que te has puesto en camino al día siguiente de dejar en orden el negocio. Menos mal. Continúo teniéndote por una mala persona; pero por esta vez te perdono la vida.

Salimos, diciendo esto, de la estación, entregó Pascual mis maletas y el talón de mi equipaje á su criado, subimos á su coche, mandó arrear y siguió diciendo:

– Y mira que mi incomodidad era muy seria. ¡Como que si tardas en llegar un día más, ya no nos hubiéramos visto hasta dentro de tres meses lo menos!

– ¿Cómo?, contesté entre sorprendido y disgustado.

– Lo que oyes, chiquillo. Mañana en el primer tren sale tu amigo Pascual para Londres...

– ¿Y no vuelves?...

– En un trimestre.

– Pues me has...

– Fastidiado. Adivino lo que ibas á decirme, ¿no es verdad?

– ¿Y qué hago yo sin ti, en este pueblo donde no conozco á nadie, solo, aburrido y desesperado?

– En primer lugar, esos estudios de que vienes encargado y para los cuales mi compañía no te sirve de nada...

– No me refiero á eso.

– Ya, ya te entiendo. Pues de lo otro yo me en-



UN FUMADOR PRECOZ PILLUELO

Esculturas de D. José Berga y Boada, reproducción directa de fotografía

cargo. Antes de irme, y pagando como siempre tus ingratitudes con beneficios, te dejaré en situación de que pases el tiempo lo mejor posible, te rodearé de amigos... y de amigas, y hasta si quieres te buscaré novia.

– No vayas tan lejos.

– Como gustes. Pero lleva tú también cuidado. Mira que mis paisanas tienen mucho *aquel* y un gancho de primera para atrapar forasteros incautos.

Y Pascual, para dar más valor á su elogio y hacerme ver cuán de primera – frase que no se le caía de la boca – era el gancho de sus compatriotas, cerró el puño derecho é imprimió á su brazo un vigoroso movimiento de oscilación en sentido horizontal.

– Soy perro viejo...

– Pero ellas saben mucho y, sobre todo, tienen un palmito...

– ¿Uno entre todas?

– ¡Qué tonto y materialista eres! Ya verás esta noche.

– ¿Qué veré?

– Muchas mujeres de primera. Iremos á casa de Cano, te presentaré á la reunión y haz cuenta de



ADORADORES DE BACO, cuadro de D. Luis Graner. (Salón Parés.)

que has hecho conocimiento con lo más notable de la población.

– ¡Pero hombre! Acabado de llegar... con el polvo del camino...

– ¡Ta, ta, ta!... ¡Si pensarás que vienes á alguna residencia regia! Aquí no nos andamos con remilgos ni monadas. Además que ya estás anunciado, y todos conocen tu efigie, y las niñas sueñan ya en que eres un novio probable, y las mamás en que con tu título de ingeniero y tu caudalito eres una excelente proporción, y los pollos, animados por mis informes, en que eres un punto filipino y un barbián de primera, y...

– ¡Para la jaca, hombre, para la jaca!

– No, que aún no hemos llegado.

– Bien devuelta la enmienda. Quiero decir que no hagas tantas y tan estupendas suposiciones.

– ¡Pues si me quedaré corto probablemente! Conozco yo á los míos y á las mías mejor que las mamás que los dieron á luz. Y también te aseguro una cosa. Que en cuanto dejes de tener el atractivo de la novedad, ó te dediques á alguna muchacha en particular, puedes despedirte de las tres cuartas partes de los agasajos con que te abrumarán al principio.

– ¡Quiera Dios que eso suceda pronto!

– Te reconozco en esa exclamación.

– ¿Y qué tal es esto?

– No debía decirte la verdad, porque se trata de mi patria; pero ¡qué demonio!... No quiero engañarte. Bastante malo.

– ¿Qué diversiones hay?

– Ninguna. El Casino y las reuniones de Cano.

– Y quién es ese Sr. Cano?

– Un excelente sujeto, presidente de Sala que fué en esta Audiencia, que se jubiló y se ha quedado aquí con su esposa y su hija Amparo, por fortuna nuestra.

– ¿Y recibe algún día de la semana?

– ¿Cómo algún día? Todas las noches, hijo mío, se queda en casa, como D. Canuto Cachupín.

– ¿Y allí se reune?...

– La flor y nata de los caballeros romanos, como decía aquella historia que aprendíamos cuando chiquillos. ¿Te acuerdas?

– ¿Y á eso se reduce la distracción?

– A eso. ¡Ah! También puedes ir, yo no voy nunca y por eso no me acordaba, á la Universidad á jugar unas cuantas horas...

– ¡A la Universidad!

– Sí, hombre. Yo llamo la Universidad á la sala de juego del Casino y digo á los que juegan que van á cátedra. ¡Si vieras qué puntuales son!...

– Pues no me matriculo.

– Me alegro. ¡Ea! Ya entramos en mi ciudad natal. Ve admirando sus múltiples bellezas. Eso que ves á la derecha y que te parece una vivienda lacustre es el fielato de consumos. Esta casa por donde pasamos ahora, que tú creerás que es un depósito de granos, es la Diputación provincial. Aquella torre vieja con más grietas que años, es la de la iglesia de San Justo, patrón de la capital. Este casón amarillo es la Sucursal del Banco y aquel rojo que ves á lo lejos el Ayuntamiento. A los dos les salen los respectivos colores á la cara. Esta calle tan tortuosa y sucia es la calle Mayor. Esa tienda tan obscura del escaparate chiquito es el bazar donde se surten de novedades las elegantes de la poplación. Esto es el Casino... – ¡Adiós, Falito! Hasta luego. – Y esto...

– Sigue, hombre.

– ¡Qué he de seguir, si ya hemos llegado! Esto es mi casa, mejor dicho, la tuya.

Paró el carruaje y bajamos.

II

A las nueve y media de la noche entrábamos Pascual y yo en casa de los Sres. de Cano. Nos recibió con exquisita amabilidad el dueño de la casa, vejete alto, seco y erguido, en el que una leve inclinación de la cabeza hacia el lado izquierdo denunciaba los transportes y éxtasis – léase sueños – que en las vistas había echado mientras el fiscal y el abogado defensor se tiraban los textos legales á la cabeza. Presentóme á su señora, cuya cara no sé por qué se me antojó símbolo y representación palpable de la balanza de Astrea: de tal suerte se erguía en su centro recta y amenazadora la prominente nariz, como el fiel, y se divisaban á ambos lados, redondas y brillantes, como dos platillos invertidos, las sonrosadas mejillas. Conducido por tan exacta imagen de la justicia, trabé conocimiento con media docena de señoras que ya estaban en el salón, y con la hija de casa, Amparo, lindísima criatura que, según mi amigo Pascual, sólo tenía un defecto, el de estar tocando el piano á todas horas y no tener otro pío ni otra ambición que la de eclipsar las glorias de la Menter y de Rubinstein. Lo que decía Pascual con rabia: «Es una virtuosa en los dos sentidos de la palabra: el bueno y el malo.» Por cierto que á juzgar por algunos detalles que pesqué al vuelo aquella noche, mi amigo se sentía atraído por tanta virtud, y tal vez una de las razones de su odio al piano fuera la de considerarle como rival preferido y temible. Sin embargo, no puedo asegurar esto de un modo concluyente. Baste añadir que Amparo era una rubia capaz de trastornar el seso con sus picarescos ojos azules á todos los Pascuales y no Pascuales de la ciudad y sus contornos.

Momentos después que nosotros entraron otros tres personajes que ocasionaron gran tumulto y agitación en los ya reunidos. Eran dos señoras, madre é hija, y un caballero. Levantáronse todos, hubo gran sesión de besuqueo y saludos en el sexo femenino, y mucho regocijo en el recibimiento hecho por los concurrentes al varón.

– ¿Quiénes son éstos?, pregunté á Pascual.

– ¡Chico! El alma de la reunión. Nuestra *soprano assolutisima*, su mamá y su novio. Ya, ya la oirás dar gritos como si la desollaran... Ven y te presentaré. Para pasarlo aquí lo menos mal posible es preciso ser amigo de Falito, y para serlo de Falito es preciso serlo de su novia....

Nos dirigimos al grupo. ¡Qué equivocaciones tan lamentables sufre de vez en cuando la madre Natu-

PRESUNTO RETRATO DE CÉSAR BORGIA, atribuído á Rafael, procedente de la venta de las obras de la Galería Borghese, de R... y por el cual ha pagado el barón Alfonso Rothschild 600.000 pesetas



INTERIOR DEL «MONUMENTO» DE LONDRES ERIGIDO POCO DESPUÉS DEL GRAN INCENDIO DE 1666 COMO RECUERDO PERPETUO DE LA ESPANTOSA CATÁSTROFE QUE LLENÓ DE RUINAS LA CIUDAD PROTESTANTE

1. Escalera de 345 peldaños en el interior de la columna. – 2. Un tragaluz. – 3. La jaula en la cúpula de la columna. – 4. El descenso visto desde arriba

raleza! Lanzo esta exclamación porque evidentemente es la que se vendría á los labios de todo el que contemplase de cerca las fisonomías de Matilde, que así se llamaba la diva, y de Falito. Ella parecía un hombre vestido de mujer. Esa ondulante línea curva con que el Creador dibujó el perdido modelo de nuestra madre Eva, habíase transformado en Matilde en un anguloso zigzag en que la línea recta ofrecía muestras de todos los ángulos geométricos; desde el más agudo, cuyo vértice radicaba en la punzante barba, hasta el más obtuso, que era el que se dibujaba en el perfil de aquel seno, próximo á ser imagen del más perfecto plano perpendicular. Figuróseme al verme junto á ella que debajo de aquel cuerpo y de aquellas faldas no había carne, sino uno de esos armazones de madera de que están hechos los santos que visten de tela en las iglesias y de los cuales no se ve ni están talladas más que la cabeza y las extremidades. Y si consideramos su semblante, ¿dónde hallar alfanje más afilado que su nariz? ¿Dónde rendija de cepillo de ánimas más desgarrada que su boca? ¿Dónde entrada de hormiguero más chiquita que sus ojos, ni parches de redoblante más apergaminados que sus mejillas? Hasta terminaba de darla aspecto varonil el bozo más que ligero que sombreaba su labio superior, y que en la madre, de cuyo retrato os hago gracia porque era indescriptible, había llegado á la categoría de bigote y muy bigote, hermano del que siempre he supuesto que lucían las brujas del Macbeth. Y seguro estoy de que al llegar aquí preguntaréis: «¿Y cómo siendo Matilde tan fea tenía novio y tan extraordinarias simpatías como le demostraban los contertulios del Sr. Cano?» Pues por una razón que habéis debido adivinar. Semejante en esto á todas las feas de novela, Matilde tenía talento. Su conversación era gratísima; su amabilidad proverbial; sus habilidades innumerables. ¿Qué más? Ella misma decía, con suma gracia, que era mejor por dentro que por fuera.

Por lo que toca á su novio, á Rafael Mejía, como en realidad se llamaba, ó Falito, como le nombraban todos sus amigos, conocidos y desconocidos, era también un tipo original ¡Cuán aniñada y femenil sería su carita rubia, que cuando le vi aquella noche presumí que tendría veinticinco años, y después me enteré con asombro de que frisaba en los cuarenta y dos! Hacía versos lacrimosos que con voz apagada y trémula recitaba en las reuniones y en las veladas literarias que daba el Casino: siempre se trataba en ellos de alguna Fátima á quien daba muerte un morazo muy bruto en un arrebato de celos, ó de alguna castellana que exhalaba el último suspiro á la luz de la luna, junto á una ventana gótica, en la que se pasaba días y noches sin comer y sin dormir, esperando al trovador ausente: todo oriental ó medioeval. Era huérfano y había sido hijo único, y como sus padres le habían dejado con que vivir, sus ocupaciones se reducían, aparte de las poéticas, á ir al Casino mañana, tarde y noche y hablar con Matilde, con la cual tenía relaciones hacía la friolera de veinte años. Al principio de aquellos amores dieron en llamarle Malek-Adel; pero como eran de tan larga fecha y además había tan poca semejanza entre él y el héroe novelesco, cayó el apodo en desuso y quedóle para *in æternum* el cariñoso diminutivo de Falito, que le retrataba de cuerpo entero, porque pintaba en un solo trazo su insignificancia y su falta de formalidad. Por cierto que preguntándole yo cierto día, cuando tuve con él bastante confianza, por qué no se casaba, me contestó vacilante:

– ¡Hombre! Tiene usted razón, Ignacio. No hay ninguna que impida mi matrimonio con Matilde. Pero... es lo que yo digo: si me caso, ¿qué voy á hacer de seis á ocho de la tarde, que es cuando voy á hablar con ella?

Media hora después de nuestra entrada ya estaba la reunión en todo su auge. El dueño de la casa y otros tres cotorrones por el estilo tomaron posiciones en una mesa de tresillo; las mamás comenzaron á pesar las condiciones de sus respectivas domésticas, y después de detenido análisis, á vituperarlas con extraordinaria energía; Pascual, Falito y otros cuantos hicieron corro en un rincón, con visible disgusto del sexo bello, y yo me acerqué al grupo de niñas que rodeaba á Amparito, en el cual me llamó la atención una morenita de faz picaresca y graciosa y sonrisa excitante y provocativa, que después supe se llamaba Pilar Mesa y á la que todas designaban con el diminutivo de Pililla. Largo rato invertimos en decirnos las tonterías de rúbrica; esa conversación que parece escena escrita por algún dramaturgo memo y apuntada por algún consueta invisible. Ellas porfiando en que yo, habituado á la vida de la corte, me había de aburrir mucho en aquel poblachón; yo, asegurando que á su lado era imposible el hastío y que reuniones tan brillantes como aquella no se encontraban ni en el mismo París de Francia. A la postre, y cuando satisfechos de haber cumplido cada cual con nuestro deber, comenzaba el diálogo á encarrilarse por más floridos senderos, Falito se acercó á nosotros, con su carita de bebé, y dirigiéndose á Amparo, dijo:

– Me parece que ya es hora de que se deje usted oir y admirar de este caballero. ¡Vamos... cualquier cosita! Verá usted qué artista tenemos en este rincón de España, añadió volviéndose á mí.

Ofrecí mi brazo á Amparito y la conduje al piano. Matilde también se levantó y se sentó luego á la derecha de la concertista para volverle las hojas. Reuníme con Pascual, que me susurró al oído:

– Te van á obsequiar en grande esta noche.

El Gobierno de S. M.
en 23 de Julio último
concedió á V. E. como premio de sus relevantes servicios, durante la epidemia colérica de 1885 la gran cruz de Isabel la Católica.
Con tan señalado motivo los que suscribimos, individuos del
Círculo Liberal Conservador,
hemos asociado nuestras simpatías y las consignamos en este pergamino para que quede perpetuada la alta recompensa que le ha otorgado S. M.
Por esto le rogamos acepte este testimonio de nuestro afecto y alta consideración personal con la joya que lo contiene y que dedican al caballero, al amigo y al correligionario.

Barcelona 1.º Enero de 1891.

PERGAMINO DEDICADO AL EXCMO. SR. D. MANUEL PLANAS Y CASALS, obra de D. Alejandro Riquer

Aguanta el chaparrón como puedas, hijo mío. Apuesto á que ejecuta la *Tocata.*

– ¿Qué *Tocata*?

– La *Tocata* de Schumann. Una cosa que parece una madeja muy enredada y que cada vez se enreda más.

En efecto: por el salón circuló en seguida á modo de consigna murmurada en voz baja, con expresión entre anhelosa y asombrada, la siguiente frase: «¡Va á tocar la *Tocata*!... ¡Va á tocar la *Tocata*!...» Tras este santo y seña prodújose un silencio profundo, y en aquel momento, de la propia suerte que se desataron las cataratas del cielo cuando el diluvio, abriéronse las del piano de Amparito, obedientes á sus ágiles dedos, y comenzó el instrumento á sudar por todos sus poros notas y más notas. No sé cuánto duró aquel aluvión; paró al fin tan en seco como había empezado, y todos nos precipitamos á dar la enhorabuena á nuestra implacable atormentadora. Pero no había terminado el suplicio. Falito, que en todas las *soirées*, bailes, tertulias y veladas de la población oficiaba de maestro de ceremonias, volvió á sonreir y dijo:

– Vamos Matilde, ahora tú. Cántanos el *Hernani involami*...

Hubo trasiego de papeles en el atril del piano, y Pascual tornó á murmurar en mi oído:

– Nada, Ignacio. Noche completa. Lo mejor del repertorio.

Pero antes de que pudiera contestarle, ya Matilde, en pie y con voz estentórea, gritaba:

– *Sorta é la notte, é Silva non ritorna*...

Comprendí por vez primera la razón de que Silva no volviese, ni le pasara por las mientes tan disparatada idea. Si yo hubiera podido irme y escapar de los penetrantes chillidos de Matilde hiciéralo sin duda alguna. Por mi desdicha érame forzoso aguantar á pie firme aquella segunda tempestad y aun poner la misma cara risueña y complacida que si contemplase el arco iris. Como todo acaba en el mundo, acabóse el aria... mas ¡ay! entonces salió del coro de mamás una voz fatídica que exclamó:

– Ahora, que recite Falito.



MONTAÑÉS, dibujo original de D. Maximino Peña

– ¡Cara...coles!, dijo Pascual en voz baja. Pues lo que es á éste no lo aguanto. ¡Ahí te quedas, víctima!

Y dándome una palmada en el hombro desapareció del salón, dirigiéndose al lejano gabinete en que jugaban al tresillo.

También corrió por la reunión como un traque una segunda voz de alerta:

– ¡La *Leyenda!*... ¡La *Leyenda!*...

Falito se colocó en medio del salón; dió á su semblante una expresión compungida que le hacía más risible; irguió su cuello torciendo la cabeza hacia el lado izquierdo como si no quisiera ver alguna visión horrenda que por el derecho avanzara, y apartando con la diestra á la consabida visión, comenzó á decir con voz tenue:

¡Gazul! ¡Gazul! ¿Dó vas despavorido
Huyendo al suelo que te vió nacer?
¿Dó vas, dó vas como cervato herido...

Y así siguió durante veinte minutos. Nos quedamos sin saber dónde iba Gazul por más que Falito se lo preguntó en todos los tonos, agitando mucho la mano derecha con movimiento de oleaje y poniendo la izquierda bajo el opuesto sobaco como si por allí fuera á escapársele la vida. Aunque todos estábamos más fatigados que el protagonista de la *Leyenda* tras de su larga caminata, felicitamos al poeta, y aún me remuerde la conciencia de haberle dicho que su obra podía competir con las mejores de Zorrilla. Por allí apareció de nuevo, en cuanto se disipó la tempestad poética, Pascual, que abrazó al vate con temible efusión y le aseguró muy formalmente que se había ido de la estancia porque no podía oir su poesía sin conmoverse, y que la tal *Leyenda oriental* era de primera.

Creí terminados por aquella noche mis suplicios literario-musicales, pero aún tuve que sufrir á dos niñas más, la hija del juez de primera instancia y la



¡DAME UN POQUITO!, cuadro de Antonio Kozakiewicz (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich, 1891).



UN NIDO EN EL BOSQUE, cuadro de Souza Pinto, grabado por Baude



EN EL BOSQUE.—FRAGMENTO DE UN CUADRO DE A. DE RIQUER



SIN HIJA Y SIN MADRE, cuadro de Arturo Hacker

del rico propietario D. Ambrosio Viñas, que dejaron oir sus habilidades ejecutando la una un nocturno de lo más tenebroso del género, y la otra una romanza de Tosti más dulzona y empalagosa que un plato de miel.

Luis Cánovas

(Continuará)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Para ser entregado á la familia del que fué Alcalde de esta ciudad, D. Francisco de P. Ríus y Taulet, llegó de París hace pocos días un sencillo y artístico monumento que los Comisiarios é individuos del Jurado, extranjeros, de la Exposición Universal de 1888 acordaron dedicar á su memoria. Fórmanle tres cuerpos: un pedestal correctamente trazado, en cuyo frente se destaca una placa de metal con la dedicatoria y enumeración de las personas que han contribuído á costearle; una reducción de la preciosa fama de Chapu que decora el monumento del pintor Regnault en la Escuela de Bellas Artes de París, y el busto del Sr. Ríus y Taulet, de tamaño natural, obra del escultor francés Hiroux.

El conjunto constituirá una obra digna de la memoria de aquel á quien va dedicada y es una hermosa representación de la moderna escuela francesa de escultura y un recuerdo más imperecedero de nuestro primer Certamen Universal, cuyos beneficiosos resultados son cada día más evidentes.

– Se anuncia la venta en París de la Galería del conde Dudley que, entre otras maravillas, contiene una *Crucifixión de Jesús*, de Rafael.

– El Museo de Louvre ha adquirido una estatuita en bronce de *Dionisos* atribuída á Praxiteles, procedente de la colección de Phociades, gobernador de Creta.

Teatros.—En el teatro Lírico de Londres se ha estrenado una ópera cómica titulada *The mountebanks* (Los saltimbanquis), letra de W. S. Gilbert y música de Alfredo Cellier, el malogrado compositor fallecido en aquella ciudad pocos días antes de ponerse en escena su última obra. El libreto abunda en situaciones cómicas y la música en bellísimas melodías: la obra ha tenido excelente ejecución y el éxito ha sido extraordinario.

– En el Liceo de la capital inglesa se ha reproducido la obra *Enrique VIII*, que ha sido puesta en escena de un modo tan espléndido que ha llamado la atención, aun tratándose de aquel coliseo, donde la riqueza y propiedad de la *mise en scène* son proverbiales.

– En el teatro Real de Madrid se ha celebrado, con asistencia de la familia real, la función de gala organizada con motivo de la colocación en el vestíbulo del coliseo del busto del inolvidable Gayarre, obra del escultor Sr. Benlliure. Cantáronse actos de *Puritanos*, *Africana* y *Favorita*, óperas que tan maravillosamente cantara el malogrado tenor.

– En el teatro de Chateau d' Eau, de París, se ha representado un drama titulado *Les Marins du Jean Bart*, cuyo éxito se ha debido en buena parte al modo como ha sido puesto en escena y á lo que podríamos llamar carácter de actualidad por lo que tiene de rusófilo.

– En el teatro de la Opera de París se han inaugurado los *five ó clock*, ó sean las funciones de tarde, á precios excesivamente reducidos: la ópera elegida fué *La Favorita*, que el público acogió con entusiasmo.

– En Turín y en Milán respectivamente se han estrenado con gran éxito *La Walkiria* y *Tanhauser*, de Ricardo Wagner.

– En Barcelona:

Se han estrenado con buen éxito en el teatro de Novedades un drama catalán en tres actos del laureado poeta Sr. Riera y Bertrán, titulado *Lo promés*, y en el Eldorado la graciosa comedia en dos actos, de los aplaudidos escritores Sres. Ramos Carrión y Vital Aza, *El oso muerto*.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Mohamed Teufik, jedive de Egipto desde 8 de agosto de 1879 por renuncia de su padre Ismael. Durante su reinado se sublevó la guarnición del Cairo (1881), ocurrió el bombardeo de Alejandría (1882) y se inauguró la ocupación militar de Egipto por los ingleses, que subsiste todavía. Ha muerto en su palacio de Heluán á los cuarenta años de edad.

El doctor Alfredo Richet, gloria de la cirugía francesa, eminente clínico, autor de valiosas obras científicas, miembro de la Academia de Medicina y de la de Ciencias y comendador de la Legión de Honor, título que se le concedió por los servicios prestados en las ambulancias durante el sitio de París.

Antonio N. Bailly, arquitecto, presidente de la Sociedad de Artistas franceses, Inspector general de trabajos de arquitectura y director de importantes trabajos en las diócesis de Bourges, Valence y Digne, donde restauró con perfecto conocimiento de épocas y estilos hermosos templos legados al presente por los pasados siglos.

El cardenal Maning, uno de los más ilustres prelados de la Iglesia católica, el representante, por decirlo así, de ésta en Inglaterra, cuyas virtudes y sabiduría habíanle granjeado la admiración del pueblo inglés y á cuya intervención se debió la solución pacífica de una de las más imponentes huelgas recientemente ocurridas en el Reino Unido.





EL DUQUE DE CLARENCE Y AVONSDALE, primogénito del príncipe de Gales, fallecido el 14 del presente mes, y su prometida LA PRINCESA VICTORIA DE TECK

NUESTROS GRABADOS

Las dos madres, cuadro de D. José María Marqués. – Flota en este lienzo un ambiente de sentimiento que forzosamente ha de cautivar á cuantos lo miren. Y este sentimiento nace, no sólo del asunto, el amor maternal en dos manifestaciones de muy distinto orden, sino en la manera como lo ha tratado el pintor, buscando en su paleta las tintas más simpáticas, ejecutando con verdadero *amore* las dos figuras principales y prodigando en el conjunto y en los detalles esas delicadezas poéticas que le caracterizan y que revelan en nuestro paisano un corazón de verdadero artista. Esta obra de nuestro querido colaborador fué muy celebrada en la última Exposición internacional de Bellas Artes de Berlín.

Un fumador precoz. – Pilluelo, esculturas de D. José Berga y Boada.—Cada una de las nuevas obras de este joven escultor significa un progreso notable en el difícil arte de Praxiteles. La Escuela de Bellas Artes de Olot y sus dignos profesores pueden enorgullecerse al contar discípulos tan aventajados como el Sr. Berga.

Entre los bonitos estudios que hace un año publicamos y los dos bustos que figuran en este número existe una diferencia muy sensible. El *fumador precoz*, además de ser un verdadero estudio, está modelado con tanta sencillez como seguridad, revelando el aplomo del artista, el especial temperamento del escultor, que ejecuta ya, sin darse de ello cuenta, la idea que concibe, imprimiendo en el barro ese algo que reside en el cerebro y en el corazón.

Adoradores de Baco, cuadro de D. Luis Graner (Salón Parés). – En la exposición que de algunas de sus obras, producto de su excursión veraniega, realizó D. Luis Graner, figuraba un precioso cuadrito, repetición del asunto tratado siempre por él con feliz acierto, representando un grupo de bebedores. En cada uno de los nuevos cuadros que de este género produce, obsérvanse mayores finezas de color, mayor suma de cualidades, que el público sabe apreciar, puesto que distingue á Graner con su continuado favor. Y cuenta que el afortunado artista ha logrado interesar asimismo á los aficionados del extranjero. La Exposición de Berlín le ha proporcionado aplausos y prácticos resultados, que consideramos merecidos siempre para todos los que como Graner se distingan por su laboriosidad y entusiasmo por el arte.

Presunto retrato de César Borgia, atribuído á Rafael. – La venta de algunos cuadros de la Galería Borghese ha producido gran sensación en Roma y en toda Italia. Entre los vendidos figura el que reproducimos, que se *supone* ser el retrato de César Borgia y se *atribuye* al gran Rafael: como se ve, no pueden darse más hipótesis en menos asunto, y así del personaje retratado como del pintor que lo retrató han emitido varios críticos distintas opiniones, afirmando unos que es de Bronzino, otros de Rosso, éstos del Parmigianino y los de más allá de Jorge Pérez; conviniendo la mayoría, después de compulsar fechas, en que si el retrato es de César Borgia no pudo pintarlo Rafael, y si lo pintó Rafael no pudo ser el retrato de aquel personaje. En suma, que no se sabe nada á punto fijo respecto de este cuadro, por el cual el barón Rothschild ha pagado 600 000 pesetas, circunstancia esta última que ha contribuído no poco á que tanto se hablara del lienzo que, de todos modos, sea de quien fuere, merece ser colocado entre las obras buenas de la escuela italiana del siglo décimosexto.

Interior del «Monumento» de Londres, erigido en conmemoración del incendio que en 1666 destruyó la ciudad protestante. – Hay en Londres muchos monumentos; pero cuando se habla allí del *Monumento*, todo el mundo sabe que se trata del que se levantó poco después del incendio de 1666 para recuerdo de tan espantosa catástrofe, que algunos atribuyeron al partido papista, y así lo decía una inscripción hasta hace poco en aquél consignada. El Monumento, cuya construcción fué confiada á Cristóbal Wren, consiste en una columna hueca de estilo dórico toscano, coronada por un vaso de donde salen algunas llamas. El interior de la columna tiene una escalera de 345 peldaños, terminada en la jaula desde donde se goza de una vista magnífica: esta jaula fué colocada en la plataforma en vista de que algunos suicidas habían escogido aquel sitio para consumar sus funestos designios arrojándose desde tan gran altura.

El grabado que publicamos reproduce algunos detalles del interior del Monumento.

Pergamino dedicado al Excmo. Sr. D. Manuel Planas y Casals, obra de D. Alejandro Riquer. – En merecida recompensa á los señalados servicios que como presidente de la Diputación Provincial de Barcelona prestó durante el cólera de 1885 el Excmo. Sr. D. Manuel Planas y Casals, el Gobierno de S. M. concedió á tan ilustre patricio la gran cruz de Isabel la Católica, ofreciéndole sus amigos y admiradores un precioso pergamino ejecutado por el distinguido artista D. Alejandro Riquer, como recuerdo de la distinción otorgada, encerrado en la valiosa arquilla que reprodujimos en el núm. 516 de La Ilustración Artística.

Por nuestra parte, nos complacemos en dar á conocer hoy el referido pergamino como muestra de consideración á quien supo, desde el alto puesto que ocupaba, cumplir con sus cristianos deberes.

Montañés, dibujo original de D. Maximino Peña. – El tipo de montañés que reproducimos, obra del discreto pintor D. Maximino Peña, es un verdadero estudio que el artista ejecutó en una de sus excursiones por las provincias castellanas. La montera forrada de piel de conejo, el amplio capotón de paño burdo y el curtido rostro del montañés revelan al hombre que obtiene con su esfuerzo y penosa labor el producto que la tierra puede ofrecerle y al que por la situación del lugar en que vive ha de soportar la crudeza del clima y el rigor de los elementos.

El dibujo del Sr. Peña no es producto de la fantasía, es un acabado estudio del natural, que sirve para demostrar cuán provechosa es para él la enseñanza que recibiera del malogrado Plasencia.

¡Dame un poquito!, cuadro de Antonio Kozakiewicz. – De origen polaco, Kozakiewicz, después de frecuentar la Escuela de pintura de Cracovia, ingresó en la Academia de Viena, donde fué discípulo de Engerth, consiguiendo en poco tiempo, por sus rápidos progresos, hacer célebre su nombre. En 1873 se estableció en Munich y allí reside todavía. Los asuntos que con predilección trata en sus cuadros son los de costumbres populares de su patria, y en todos ellos se descubre observación profunda del natural y ejecución acabada.

Muestra de estas cualidades es la obra suya que reproducimos y que fué muy celebrada en la última Exposición internacional de Bellas Artes de Munich: lo que representa el cuadro no es necesario explicarlo, pues harto lo dicen el título, el lugar de la escena y la expresión de los cuatro niños, que son los principales elementos de ésta.

Un nido en el bosque, cuadro de Souza Pinto, grabado por Baude. – Este grupo de los dos hermanos tendidos en la hierba á la sombra de frondosos árboles, constituye un bellísimo idilio campestre: la hermana mayor velando el sueño de su hermanito que descansa confiado en los cuidados de su compañera es una figura por todo extremo simpática, y Souza Pinto imprimió en ella, como en todo el paisaje, el sentimiento y el dominio del arte, que constituyen la característica de este pintor.

Sin hija y sin madre, cuadro de Arturo Hacker. – ¡Conmovedora pintura! El abuelo y la nieta lloran la pérdida del ser que era objeto de sus más caras afecciones y en el cual convergían y se encontraban el amor del viejo y el cariño de la niña. La pobreza del hogar en que la escena se desarrolla contribuye á aumentar la triste impresión que producen esas dos figuras, en las cuales está impreso el sello del genio de un artista que siente como pocos y ejecuta con sin igual maestría las sentidas creaciones que su corazón le inspira.

El duque de Clarence y Avonsdale y su prometida la princesa Victoria de Teck. – La muerte del joven duque, primogénito del príncipe de Gales, ha llenado de luto á la familia y á la nación inglesas.

La interesante pareja cuyos retratos reproducimos era objeto de cariñosa veneración por parte del pueblo inglés, no sólo por las nobles cualidades que al duque y á la princesa adornaban, sino también por las circunstancias en que se había proyectado el matrimonio. La razón de Estado para nada había intervenido en este enlace, cosa rara tratándose del que un día había de ceñir la corona de aquel poderoso reino; el amor que desde niños se profesaban los dos primos había podido más que todas las consideraciones y conveniencias políticas, y esa unión constituía ahora una de las ilusiones más gratas de la reina Victoria y de los príncipes de Gales, ilusión de la que participaban todos sus súbditos, quienes hoy se asocian con sentidas manifestaciones de duelo al dolor que embarga á la real familia.

D. Robustiano Vera, notable jurisconsulto y escritor chileno. – Nuestros lectores recordarán el notable artículo que acerca de los sucesos ocurridos recientemente en Chile publicamos en el número 518 de La Ilustración Artística. Hoy nos complacemos en publicar el retrato de su autor, D. Robustiano Vera, y en la imposibilidad de encerrar en los límites de esta sección una biografía de tan notable personalidad, consignaremos algunos de los títulos que posee. Es miembro de la Academia de Legislación y Jurisprudencia, académico corresponsal de la Matritense del notariado, miembro de la Unión Internacional de Derecho penal de Prusia, de la Sociedad de Legislación comparada de París y de la de Medicina legal de Nueva York. Es uno de los jurisconsultos que con sus numerosas é importantes obras de Derecho más ha contribuído al adelanto de las ciencias legales en Chile, y desempeña desde hace veinticuatro años el cargo de Promotor fiscal de lo criminal en Santiago.

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. — ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

– Vamos, caballero, dijo al fin, como hombre que se esfuerza para desechar de sí un pensamiento desagradable, no se alarme usted tan pronto, y beba un poco de ginebra para recobrar el color, pues le veo palidecer por momentos. Fije usted sus miradas en esas paredes y en el mobiliario, y dígame si lo que hay aquí indica que yo tenga dinero. Por mi aspecto podrá comprender también que no soy una persona enriquecida á costa de los bienes de otro, y esto basta para que usted se tranquilice. Ese depósito, con todos sus intereses, sin que falte un cuarto, está *seguro*. Todo ese dinero se ha invertido en papel del Estado por mediación de un agente de Rothschild, y aquí tengo los recibos, firmados una semana antes de haber suspendido el Banco sus pagos; pero no hablemos más del asunto; pues no deseaba ver á usted para esto precisamente, sino para otra cosa

El color reapareció en las mejillas de Pablo, y lejos de dudar ya de la buena fe del coronel, avergonzóse de su injusta desconfianza, comprendiendo que tal vez aquel hombre se habría arruinado para salvar el depósito. Por única contestación balbució que él no había hecho pregunta alguna sobre la administración de los fondos, y que no fué nunca su ánimo desentenderse de la responsabilidad que le correspondiera.

– No importa, caballero, repuso el coronel con impaciencia; de todos modos, tenía usted derecho para hacerlo, y hasta era *un deber*, añadió con expresión irónica. En fin, el dinero está bastante asegurado; pero ha de saber usted, caballero Hathaway, y este es el punto más esencial ahora, que el secreto que se trataba de guardar corre peligro de ser descubierto.

El coronel se había esforzado para incorporarse, á fin de estar más cerca del joven, y de nuevo le miraba fijamente con expresión de inquietud; pero Pablo no contestó, cual si esperara que su interlocutor acabase de hablar.

– Yo creo, continuó el paciente, que hay espías, hombres dispuestos á publicar el día menos pensado que la niña de Santa Clara es hija de Carolina Howard.

En cualquier otro momento, Pablo habría puesto en duda el peligro de semejante contingencia; pero la marcada ansiedad del coronel y su tono dominante, que le inspiraba respeto, inquietáronle un poco.

– ¿Por qué cree usted eso?, preguntó.

– Precisamente es lo que quiero decir á usted, Hathaway, y confesarle al mismo tiempo que yo soy el único responsable de semejante contratiempo. Cuando el Banco comenzó á tener apuros y resolví salvar el depósito juntamente con mi propio capital, comprendí que podría comentarse mi proceder. Era cosa muy delicada manifestar preferencia alguna ó exclusión en tal momento, y para evitar injustas apreciaciones, reuní á los tres directores, que me parecieron personas de confianza, y les referí toda la historia sobre el sagrado depósito. En esto cometí un error, amigo mío, un grave error; no tuve en cuenta los progresos de la civilización y los cambios que ésta produce. Entre los hombres que yo elegí por confidentes hallábase un Judas; supe que había hablado después de moralidad y de religión, haciendo observaciones sobre si las rentas de un pecador ó pecadora deberían ser confiscadas. Dijo también que las faltas de los padres debían recaer sobre los hijos, y qué sé yo cuántas cosas más. Yo le pedí una satisfacción, y le obligué á callar.

Al decir esto, el coronel se interrumpió, hizo un esfuerzo para levantar la manta que le cubría, bajóse el calcetín del pie derecho y mostró á Pablo la cicatriz de una herida de bala.

– Me ha molestado mucho durante algunos meses, me dijo; pero mi adversario no hablará ya nunca más.

Siguióse una pausa, que Pablo no interrumpió, comprendiendo que su interlocutor no había terminado la historia.

– Yo creo, continuó el coronel, volviendo á dejarse caer sobre la almohada con la expresión del hombre que se siente más aliviado, que aquel Judas habló del asunto con otros; pero sin duda no han dicho nada sobre el particular, porque saben que estoy dispuesto á darles la misma lección que á su compañero. Sin embargo, no sé lo que harán después, y á mí no me es posible sostener la situación largo tiempo. Algún día, cualquiera de esos hombres, más práctico en el manejo de las armas, podría apuntarme con más acierto que el otro; lo cual, por lo que á mí hace, poco me importaría, dada la situación en que hoy me hallo.

El coronel hizo otra pausa, como para cobrar fuerzas, y después continuó con acento casi cariñoso.

– Pablo, usted es joven y mi difunto amigo el corregidor le apreciaba mucho. ¿Qué hemos de hacer en este caso? Yo me proponía cederle á usted mis armas, que son los argumentos más concluyentes, pues ya sé que es ó ha sido tirador; pero si dejara usted en el campo un hombre ó dos sin vida, se le preguntaría el porqué y habría empeño en informarse de los motivos del lance, mientras que haciéndolo yo, nadie pregunta, sabiendo muy bien que tengo por costumbre arreglar así las cuestiones. No quiero decir que cobraría mala fama despachando á uno ó dos de esos sabuesos; pero lo malo es que pertenecen al *partido* de usted, y esto no le ayudaría en su carrera.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una expresión de ironía que el joven no echó de ver.

– Tal vez, repuso Pablo, exagera usted las consecuencias en el caso de descubrirse el secreto. La joven es una heredera muy bien educada, y no sé á quién le importaría informarse sobre los antecedentes de su madre, que ha desaparecido y que legalmente ha muerto para la niña.

– En mis tiempos, caballero, nadie habría intervenido en ello, una vez conocidas las circunstancias; pero estamos en una época de progreso y de *alta moralidad*, y creo que hay muchos hombres y mujeres que quieren dar pruebas de virtud descubriendo los vicios de los demás. Ahora estamos en la reacción de la reforma. Los borrachos incorregibles son los que más gritan para que se observe una abstinencia completa. Le aseguro á usted, amigo mío, que no podría darse peor ocasión para descubrirse el secreto.

– Pero pronto debe cumplir la edad esa señorita.

– De aquí á dos meses.

– Y entonces, seguramente se casará.

– ¡Casarse!, repitió el coronel con acento irónico. ¿La aceptaría usted por esposa?

– Esta es otra cuestión, repuso el joven precipitadamente; eso va en gustos; mas no dejaré de creer que encontraría fácilmente marido tan bueno ó mejor que yo.

– Pues supóngase usted que halla uno *antes* de que el secreto se descubra. ¿Deberemos revelárselo?

– Ciertamente.

– ¿Y también á *ella*?

– Sí, contestó Pablo; pero no tan pronto.

– ¿Y le parece á usted que eso es cumplir con el compromiso contraído respecto de la señora Howard?, repuso el coronel, fijando en su interlocutor una mirada penetrante.

– Amigo Pendleton, replicó el joven con su acostumbrada sonrisa, han hecho ustedes con esa señora un convenio algo romántico, que por diversas circunstancias puede ser imposible de cumplir al pie de la letra, como ya comprenderá tal vez. Además, olvida usted que, según acaba de confesarme, ha faltado ya á su promesa, aunque á la verdad por motivos honrosos que en cierto modo le obligaban á ello. Ahora bien: yo no veo nada malo en decir al pretendiente leal de una heredera lo que ya dijo usted á su enemigo.

Siguióse á estas palabras un silencio profundo; el paciente dejó escapar un suspiro como de pesar, y movió una pierna para cambiar de posición.

– Diferimos de opinión, amigo Pablo, dijo al fin después de una pausa; pero pasemos ahora á otro asunto de que aún no le había hablado. Será necesario que uno de los dos vaya desde luego á Santa Clara para ver á la señorita Hierba Buena.

– ¡Santo cielo!, exclamó Pablo. ¿Es posible que de veras se la llame así?

– Ciertamente, caballero; usted propuso ese nombre y parece haberlo olvidado ya.

– Yo no hice más que indicarlo, replicó Pablo con expresión de pesar; pero no importa, prosiga usted.

– Como ya comprenderá, repuso el coronel, haciendo un movimiento de impaciencia, sin duda por efecto del dolor que le molestaba, yo no puedo ir y quisiera á toda costa que la viera usted antes de que resolvamos sobre sus asuntos; tengo aquí algunos papeles que conviene enseñar á esa señorita, y ayer escribí para usted una carta de presentación á la superiora del convento. ¿No ha visto usted nunca á la joven heredera?

– No, contestó Pablo; pero supongo que usted sí.

– Hará cerca de tres años que la visité.

La mirada de Pablo expresó el asombro.

– Creo, añadió el coronel, que á mí se me mira ya como una cosa del pasado, y por eso me ha parecido oportuno no comprometer á esa señorita con mi presencia á los ojos de la sociedad. El actual corregidor la ve sin duda cuando se celebran los exámenes, y creo que con este motivo hay allí algo como una recepción, con el correspondiente banquete, discursos, etc.

– Mi intención era, repuso Pablo, marchar á Sacramento mañana por la noche; pero si usted lo desea, iré á Santa Clara.



El hotel de San Carlos, en San Francisco de California

– Muchas gracias; eso será lo mejor.

Siguiéronse algunas palabras para explicar el contenido de los papeles, y el coronel puso después el paquete en manos de su visitante.

Pablo se levantó, y al hacerlo parecióle que la habitación tenía un aspecto más mísero que antes y que la figura del coronel indicaba más pobreza y melancolía.

– Se me resiste dejar á usted aquí solo, dijo Pablo, impulsado por una secreta simpatía. ¿Está usted seguro de que no necesitará á Jorge? ¿Puedo hacer algo yo antes de irme?

– ¡Oh! Ya estoy acostumbrado á la soledad, contestó el coronel apresuradamente; cuando me hallo fuera podría echar de menos alguna cosa, pero rara vez me sucede eso aquí.

Así diciendo, cogió maquinalmente la mano de Pablo, dirigiéndole una vaga mirada, y con una especie de tono protector añadió:

– Será preciso que busque usted el camino hasta la puerta, porque yo no puedo levantarme. Quisiera saber el resultado de la entrevista con la heredera, y espero que me lo comunique. Adiós.

La escalera y el pasadizo habíanle parecido á Pablo muy humildes al entrar; mas su aspecto le infundió tristeza al salir, y con lento paso llegó hasta la puerta de la calle. Allí vaciló un instante, y tuvo la idea de volver á la habitación del coronel con algún pretexto para excusar en cierto modo el abandono en que le dejaba. Había resuelto informarse sobre la situación de Pendleton y el estado de sus asuntos pecuniarios, pues no osaba ofrecerle personalmente su auxilio, y además su propósito era utilizarse de su influencia para favorecerle en cuanto le fuera posible.

Al fin salió á la calle, y detúvose de nuevo, como si por alejarse le remordiera la conciencia; pero de repente ocurrióle una idea que le consoló. En el ángulo que formaba la casa veíase una tiendecilla de barbero, y Pablo pensó que si se afeitaba y cortaba el cabello podría estar algún tiempo más cerca del solitario coronel y trazar entretanto la línea de conducta que convendría seguir. Sin vacilar ya, entró en la barbería, de pobre aspecto, pero muy limpia, y dejóse caer en uno de los sillones, sin notar siquiera que no había allí otro parroquiano, y que el único dependiente, colocado detrás de la puerta, se ocupaba en afilar una navaja. Pero de pronto oyó una voz que le pareció reconocer, y al fijar su mirada en el espejo vió tras sí al negro Jorge con los labios entreabiertos por una plácida sonrisa.

Más consolado con la idea de que el anciano servidor estaba allí cerca del coronel, y sin buscar por el pronto la explicación del hecho, Pablo fijó en Jorge una mirada interrogadora.

– ¿Y es así como acompañas á tu familia?, preguntó al fin al negro.

Por un instante, los gruesos labios de Jorge tomaron un color violáceo, y sus ojos expresaron viva inquietud, aunque su interlocutor no cesaba de sonreir mientras tanto.

– Confieso, señor, que las circunstancias no me son favorables; pero crea el señor que me hallo aquí ahora hasta la vuelta del amo, que me ha pedido por favor que ocupe su puesto.

– Me alegro que así sea, Jorge, repuso Pablo, porque esto me ofrece la ventaja de que me corte el cabello el fiel servidor del coronel Pendleton. ¡Vamos, ya puedes comenzar!

La expresión de inquietud del negro desvanecióse al punto, y con una sonrisa de satisfacción sacó un par de tijeras de una bolsa de tela muy raída y dió principio á su tarea.

– Quisiera saber, Jorge, dijo Pablo un momento despues, por qué no dedicas tus ratos de ocio con regularidad á este oficio; pues según veo, tienes la mano práctica y hábil y seguramente ganarías bastante.

A duras penas pudo el negro contener la risa al oir estas palabras, que á juzgar por su expresión halagaban mucho su amor propio.

– Maese Hathaway, dijo, es amigo de mi amo y caballero, y voy á decirle con franqueza lo que hace su servidor. Yo gano así algún cuarto para la familia sin que el amo lo sepa. ¡Ah! El señor coronel me mataría si algún día lo averiguase, pues no quiere que su negro tenga dos amos, porque yo soy muy necesario para maese Enrique.

– ¿Y te ocupas tú en cobrar la renta del coronel?

– Sí, señor.

– ¿Y es mucho?

– No, señor; no tanto como antes, porque la finca del coronel se halla en la parte antigua de la ciudad, donde todas las familias son pobres y pagan mal, y mi amo no quiere echar á los inquilinos que ocupan su casa por ser trabajadores en las minas y pobres. Por eso maese Enrique no está tan bien como antes; pero vamos pasando, y tenemos siempre un vaso de vino para los amigos. Cuando maese Hathaway vuelva á casa, yo le daré el mejor que haya.

– ¿Y tiene el coronel muchos amigos aquí?

– No, señor; los antiguos no viven ya, y el amo no quiere los nuevos; maese Enrique no gusta ya de la sociedad como antes, aunque es muy conocido en los clubs y sociedades de Sacramento. ¿Quiere el señor alguna cosa más?, añadió el negro, que había terminado ya su operación.

– No, contestó Pablo, ó por lo menos nada que tú puedas hacer aquí, añadió, levantándose de la silla. Eres buen barbero, Jorge, y repito que podrías ganar bastante con esta profesión; pero me parece que el coronel necesita ahora todos tus servicios, porque no está bueno y es indispensable que le atiendas.

Pablo reflexionó un momento, y sacando una onza de oro del bolsillo, púsola en manos del negro, que le miraba con asombro.

– Toma esto, le dijo, y guárdalo para ti; pero deja el trabajo durante cuatro ó cinco días, y bajo un pretexto ú otro arréglate para permanecer junto á tu amo. Ese dinero te compensará de lo que dejes de ganar aquí, y cuando el coronel esté mejor puedes volver á continuar tu trabajo. Pero ¿no temes que algún día te encuentre en esta tienda?

– ¡Maese Enrique en una barbería!, exclamó el negro sin poder reprimir una sonrisa. Dispénseme el señor que me ría, porque hace veinte años que ninguno afeita al coronel más que su servidor. Cuando maese Enrique vaya á una barbería, ya no podrá encontrarme á mí en ella.

– Me alegraré que así sea, contestó Pablo con expresión meditabunda.

Y deseoso de evitar las palabras de agradecimiento que Jorge parecía dispuesto á prodigar, añadió, sin dejarle tiempo para ello:

– Espero encontrarte junto al coronel cuando yo vuelva, es decir, dentro de uno ó dos días. Adiós.

Al cabo de dos horas llegó el dueño de la barbería, y entonces Jorge, después de rendirle cuentas, des-



... bajóse el calcetín del pie derecho y mostró á Pablo la cicatriz de una herida de bala (pág. 43)

contando lo que le correspondía por su servicio, manifestó que necesitaba estar ausente algunos días «para evacuar asuntos personales.»

El amo, deseoso de no perder tan hábil ayudante, trató de disuadirle, ofreciéndole más jornal; pero Jorge se mantuvo firme, y obtenida la licencia, se retiró.

Antes de entrar en la habitación del coronel, éste le reconoció por su modo de andar y llamóle al punto.

– Jorge, le dijo, cuando vuelva algún visitante no retires lo que se le haya servido. Si no lo quiere, déjalo en el aparador. ¡Cuidado con que suceda otra vez!

– Está bien, señor; pero como aquel vino era el más caro y el señor no lo toma...

– Sea caro ó no, esto no te importa á ti.

Siguióse una pausa.

– Jorge, volvió á decir el coronel, suavizando su tono, no mientas ahora para contestar á lo que voy á preguntarte, pues si lo haces te arrancaré la piel. ¿Te ha quedado algún dinero?

– Sí, señor; voy á buscarlo ahora mismo y traeré las cuentas.

– Espera, dijo el paciente; ahora estaba pensando que si la viuda Molloy no puede pagar, puesto que ha vendido cuanto tiene, y que si el estanquero está arruinado y hemos debido satisfacer el impuesto, la cuenta de la fonda y las medicinas, seguramente tocamos ya el fondo de la caja. Por ahora tengo cuanto necesito; pero cuando llegue á faltar, no quiero auxilios de nadie, y si llego á descubrir que pides dinero prestado...

– Sepa el señor que la viuda Molloy pagó esta misma tarde; traeré en seguida los libros y el dinero para que el señor los vea.

Dichas estas palabras, Jorge salió de la habitación, y pocos minutos después volvió á entrar.

Entonces vació sus bolsillos con temblorosa mano, poniendo el contenido en la mesa, incluso la suma entregada por Pablo y lo que él había ganado aquel día. Después, abriendo un cajón, sacó de él un pañuelo de algodón de cuadros, como los que las negras usan para el cuello, y en una de cuyas puntas hallábanse envueltas algunas monedas de plata y una bolsita de niño, y las mezcló con lo que le habían producido sus jornales en la barbería.

Eran los únicos fondos del coronel Enrique Pendleton, á cuyo aumento habían contribuído Jorge Wáshington Thomson, su mujer, conocida en el barrio con el nombre de tía Dinah, lavandera de oficio, y Escipión Thomson, limpiabotas, de 14 años de edad.

No era mucho; mas á juzgar por la mirada de asombro del buen negro, hubiérase creído que la cantidad le parecía considerable.



La expresión de inquietud del negro desvanecióse al punto... (pág. 44)

III

Aunque los rayos de un sol sin nubes producían un calor intenso en los caminos y senderos que conducían al convento de Santa Clara, y por más que el polvo blanco se hubiese convertido en una cosa impalpable, el viajero que inundado de sudor hubiese ido á buscar con ansia algún alivio á la sombra de algún roble, apenas habría podido resistir el viento del Noroeste que en las tardes del mes de agosto suele barrer los desfiladeros de la cordillera, penetrando á veces hasta en el valle pastoril de San José.

Por eso no era una anomalía que muchos transeuntes llevasen sombreros de paja y capotes, y que hasta en el jardín del Rosario, bien resguardado del viento, dos hermosas jóvenes, aunque vistiendo ligeros trajes de verano, se hubieran puesto sus abrigos para pasear por la ancha alameda, flanqueada de magníficos rosales, que se prolongaba formando ángulo recto con la galería de la casa.

No obstante lo avanzado de la estación, aquel jardín extenso presentaba un aspecto casi tropical, visto desde la orilla del camino. Los bancos de mullido césped, las glorietas flanqueadas de rosales, las enredaderas, las espesuras de verbena y de heliotropo y, elevándose sobre todo esto, los añosos olivos y los árboles frutales, constituían el más risueño conjunto. La antigua casa del Rosario, á la cual pertenecía este jardín, distinguíase además por su carácter pintoresco, formando singular contraste con las modernas quintas que se encontraban á lo largo del camino, todas ellas de mal gusto, con sus fachadas y puertas de colores charros.

En la citada casa, no obstante, habíanse hecho varias modificaciones, consistiendo una de ellas en abrir galerías exteriores para dar más luz al edificio, cuyos antiguos aunque sólidos muros ocultábanse bajo una espesura de jazmines y plantas trepadoras

– ¡Señorita Hierba!, gritó desde la galería una voz de hombre, algo seca.

La más alta de las dos jóvenes de que hemos hablado se ocultó rápidamente detrás de un hermoso rosal, llevando consigo á la otra, y con ademán imperioso aplicó un dedo á su linda boca, como para imponer silencio á su amiga. Esta última reprimió una carcajada y limitóse á observar silenciosamente á su compañera, que con el ceño fruncido permanecía inmóvil en su escondite.

La misma voz volvió á llamar, y á los pocos momentos oyéronse pasos como de una persona que se retirase de la galería, volviendo á reinar un silencio profundo.

– Vamos á ver, Hierba, dijo la joven más baja, á quien designaremos en adelante con el nombre de Matilde, ¿por qué no le has contestado?

– ¡Oh! ¡Porque le aborrezco!, contestó Hierba. Sin duda iba á molestarme con su estúpida conversación y su tono de autoridad. Como es mi guardián oficial, cree necesario conducirse de ese modo, cual si yo

fuese su hija adoptiva ó alguna huerfana ó una expósita. Ese hombre se pone en ridículo, porque solamente hace eso delante de extraños; y á mí me fatiga ya fingir tanto para disimular el enojo que me causa su presencia. Siempre cambian el tutor; ya he tenido siete, y todos poco más ó menos de la especie del que ahora está en funciones. ¡Oh! ¡Esto es insoportable!

– Pues yo pensaba, repuso Matilde, que tenías otros dos tutores sin carácter oficial.

– No, replicó Hierba, dejando escapar un suspiro; había otro, que era presidente de un Banco, y agradábame su persona, porque parecía todo un caballero; mas según parece, tenía fama de ser un terrible duelista, que por la menor cosa despachaba á un hombre al otro mundo. El Banco de que era director, según he oído, se declaró en quiebra; y cuando ese caballero deje de existir, ya no habrá para mí curador, pues el primero que tuve, que era alcalde de la ciudad, murió hace años.

– Pero me parece haber oído hablar de un tercero, dijo Matilde, de un desconocido que nunca se presenta.

– ¿Y quién te parece á ti que resulta ser ese? Te acuerdas por ventura de aquel botarate, de aquel á quien llamaban, si no me engaño, el «senador niño,» y que estaba en el salón de la Puerta de Oro, rodeado de sus idiotas visitantes, los más de ellos embaladores de fardos? Pues has de saber que ese jovencillo es el Sr. Pablo Hathaway, el *honorable* Hathaway, el mismo que tuvo á bien desentenderse de mí desde un principio.

– Yo creí, replicó Matilde, que ese joven se ocupaba también de la administración de tus bienes y que...

– Pues muy mal creído, interrumpió Hierba con tono de autoridad, y te repito que ese joven es un botarate. ¿Qué se puede esperar de un hombre á quien elogia la clase de gente que allí le rodeaba? Te confieso que de buena gana los hubiera mandado echar del salón á palos.

Y como si aún estuviese poseída de cólera, la joven cogió una rama del florido arbusto que la ocultaba en parte y arrancóla con violencia; este movimiento hizo caer sobre su cabeza una lluvia de hojas y sonrosados pétalos, que realzaron más el color negro de su cabello.

– ¡Oh, amiga mía!, dijo Matilde; no te muevas, voy á llamar á las otras para que vean qué hermosa estás así. Quisiera poder hacer tu retrato en este momento.

La joven estaba efectivamente encantadora con aquel improvisado adorno, que no solamente engalanaba su cabeza, sino también su falda de color claro, en la que se habían adherido algunos restos de flores.

Sin contestar á las palabras de su amiga, la joven hizo un movimiento, aunque tal vez no bastante rápido para privar á su compañera del placer de admirarla, y con voz breve le dijo:

– Vámonos de aquí, no sea que ese hombre vuelva otra vez á la galería para llamarme.

– Pero si tanto te disgusta, dijo Matilde, ¿por qué has consentido en cenar hoy en su compañía?

– Yo no consentí; quien consintió fué la madre superiora, muy deferente con ese hombre porque es el corregidor de San Francisco, que viene á visitar á tu tío Woods. Por otra parte, esperaba que me diese alguna noticia acerca de mis asuntos, y además esto me ofrecía una oportunidad de salir un poco del convento. En tu compañía puedo tolerar mejor una visita desagradable.

Matilde aceptó con una sonrisa aquella dudosa prueba de afecto, estrechando la mano de su amiga.

– Pero ¿no has sabido aún, preguntó, cuanto á ti se refiere?

– Absolutamente nada. Ese idiota no conoce más que la tradición de su oficina; sabe que el difunto corregidor se encargó misteriosamente de cuidar de mi persona en calidad de curador y de administrar mis bienes, habiéndose firmado una escritura de depósito por él y dos amigos suyos. También me ha dicho que probablemente el capitán de algún barco llegado á San Francisco largo tiempo ha, me dió el nombre que llevo por ser yo hija suya, y que si yo consentía en llamarme señorita Buena, él no tendría inconveniente en ello, y legalizaría debidamente mi nombre. ¿Qué significará todo este enredo sobre si me he de llamar de un modo ó de otro? Esto es para volverse loca. ¿No me ha legado un apellido mi familia?

– No te inquietes ahora por esto, pues sin duda no tardarás ya en saber á qué atenerte, y además es probable que no lleves mucho tiempo tu nombre singular, puesto que eres una rica heredera y llamas además la atención por tu hermosura. Por tal concepto mereces el apellido más noble de América y el hombre de mejores cualidades.

– Te agradecería, repuso la joven, que no volvieras á repetir tales palabras; el corregidor y todos me están diciendo continuamente esto; ya estoy cansada de oir siempre la misma canción. Cualquiera creería que era de todo punto necesario casarme para llegar á ser algo ó tener por lo menos apellido. Sobre todo te encargo que no vayas diciendo por ahí que llevo el nombre de un vegetal. *Hierba Buena* es el de una isla situada más allá de San Francisco.

– Pues yo no veo que en esto haya ninguna diferencia, amiga mía; pues si esa isla se llama así, es porque allí abunda la planta cuyo nombre llevas.

– Pues si no ves la diferencia, yo sí; pero ¿qué estás mirando con tanta atención?

Matilde, sin contestar, había cogido del brazo á su compañera y señalábale la casa.

– Hierba, murmuró, allí vienen el corregidor, mi tío y un caballero joven... Sin duda nos buscan... y á fe mía que el extranjero no es otro que el señor Hathaway, el *senador niño*, como tú le llamabas.

– ¿Pablo Hathaway? ¡No puede ser!

– Pues mira tú misma y te convencerás de ello.

Hierba fijó su atención un momento, y á cierta distancia vió efectivamente á los tres caballeros, que avanzaban poco á poco en dirección al sitio donde se habían ocultado las dos jóvenes.

– ¿Qué piensas hacer?, preguntó Matilde con inquietud. Es indudable que se dirigen hacia aquí. ¿Nos quedaremos donde estamos, ó será mejor huir corriendo para volver á la casa?

– No, dijo Hierba, con gran sorpresa de Matilde; nada de huir, porque parecería que damos mucha importancia á lo que ninguna tiene. Además, no sé yo para qué puede necesitar el Sr. Hathaway verme á mí. Salgamos de nuestro escondite, y así se creerá que los encontramos casualmente.

– Hágase como tú quieres, contestó Matilde, cada vez más sorprendida, pero aguarda un instante.

Y con esa rapidez y destreza que distingue á las mujeres, arregló los pliegues del vestido de su compañera, pasó una mano sobre su frente y cabello para retirar los pétalos que la cubrían, y fijó en este último una rosa con la solicitud de una madre que trata de engalanar á su hija. Después las dos bellas hipócritas compusieron su semblante, comunicándole cierta expresión de indiferencia, y salieron de su escondite con la mayor naturalidad.

Los tres caballeros, que se hallaban á pocos pasos, descubriéronse cortésmente ante aquella seductora aparición, y el corregidor se adelantó.

– Temía que no me oyera usted si la llamaba, señorita Hierba, dijo, y por eso nos hemos aventurado á venir á buscarla.

Y como las dos jóvenes se miraron con sorpresa, añadió:

– El Sr. Pablo Hathaway nos ha hecho el honor de venir con nosotros hasta aquí, en vista de que no estaba usted en el convento. Tal vez habrá olvidado usted que este caballero es uno de sus curadores.

– Sí, dijo Pablo, y por cierto tan inútil é indigno, que temo no se me cuente para nada. Me parece, señorita, añadió, que ya he tenido el gusto de ver á usted en el salón del hotel de la Puerta de Oro, y también temo haberla molestado cuando estaba con sus amigas.

Las dos jóvenes volvieron á mirarse con infantil sorpresa.

– ¡Ah!, dijo Hierba. ¿No te acuerdas, Matilde, del interés con que escuchábamos la conversación de unos caballeros que estaban allí cuando nosotras entramos? Yo soy quien temo, Sr. Hathaway, haber molestado á usted con nuestra charla. A mí me llamó la atención la elocuencia con que se expresaban aquellos señores.

– Sí, repuso Matilde; recuerdo perfectamente el rato feliz que con su interesante y amena conversación nos hacían pasar varios caballeros en el salón público del hotel; pero el señor no lo creía sin duda así, y tuvo la cortesía de llevárselos.

– Mucho temo, dijo Hathaway, fijando en su interlocutora una mirada penetrante como para adivinar si sus palabras eran sinceras, no venir suficientemente autorizado, pues mis credenciales son de un caballero casi tan desconocido como yo, del coronel Pendleton.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

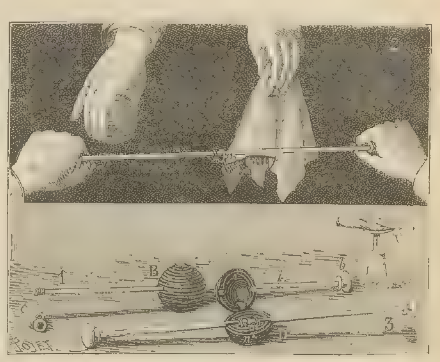
LA PRESTIDIGITACIÓN DESCUBIERTA

El aparato que nos servirá para nuestro experimento se compone de una varilla de hierro A (figura 1), uno de cuyos extremos termina en un botón *b* soldado y el opuesto en otro botón parecido *c* que puede atornillarse, y en la cual se ensarta una bola de madera maciza B agujereada en la dirección de su eje. Examinados separadamente estos tres objetos por los espectadores, el prestidigitador pide tres sortijas que envuelve en un pedacito de papel y coloca á la vista de todos sobre el pie de una copa puesta del revés, V.

Se ensarta la bola en la varilla y se fija en ésta el botón movible *c* y luego se hace que dos espectadores cojan aquélla por sus extremos (fig. 2) de modo que parezca imposible sacar la bola sin el consentimiento de ellos. Y sin embargo, el prestidigitador la retira después de haberla cubierto con un paño y en su lugar aparecen las tres sortijas ensartadas en la varilla. En cuanto al papel colocado en la copa, está completamente vacío.

Este prodigio se explica sencillamente, como todos los experimentos de física recreativa cuyo secreto se conoce, con sólo fijar la vista en nuestro grabado.

El prestidigitador, cuando pide las sortijas, oculta



La prestidigitación descubierta

en la mano izquierda una segunda bola D (fig. 3) aparentemente igual á la primera, pero hueca y que pueda abrirse apretando ligeramente el botón *n*, y al volverse de espaldas al público para dirigirse á su mesa desliza rápidamente las tres sortijas en tres muescas que para ello tiene en su interior la bola, y cierra ésta, que nuevamente queda oculta en la mano armada de la varita de las virtudes que, en tal circunstancia, como en otras muchas, explica que se tenga cerrada la mano.

Después de esta operación practicada en un instante, se separa otra vez la mano derecha llevando el pulgar apoyado en las puntas de los dedos índice y medio como si aún aguantaran las sortijas, de modo que en el papel no se mete nada, aunque parezca lo contrario, y se deposita la bola preparada en la mesa auxiliar (ó sea la que está oculta detrás de la que ve el público y en donde se preparan las *trampas* de algunos juegos) al tiempo que se deja la varita mágica sobre la mesa en donde están la varilla, el botón y la bola maciza.

Nada más fácil que cambiar esta última con la preparada que encierra las sortijas. Puesto el prestidigitador detrás de la mesa, arroja con la mano derecha al aire la bola maciza cuidando de seguirla con los ojos (pues los espectadores miran siempre en la misma dirección que el operador) y entretanto con la izquierda se coge la bola preparada: el prestidigitador al recibir la primera se baja un poco como si cediese al peso de ella y la deja en la mesa auxiliar, cogiendo al propio tiempo la segunda que tenía ya en su mano izquierda.

De modo que la bola D es la que se ensarta en la varilla, en la cual quedan por consiguiente ensartadas también las tres sortijas, hecho lo cual la mano izquierda, ocultada por el paño, abre la bola, la saca de la varilla, vuelve á cerrarla y la enseña á los espectadores, los cuales creen que es la misma que han visto antes.

MAGUS

(De *La Nature*)



Arco llamado del *Ecce-homo*, ó de Pilatos, en Jerusalén
(copia de una fotografía)

EL CICLON DE LA ENEIDA

M. Gremaud, médico mayor de la armada francesa, ha publicado recientemente un curioso folleto, en el que reproduce un trabajo suyo presentado en el último Congreso de las sociedades científicas de Francia. Conocida es la hermosa descripción de una tempestad con que empieza el libro primero de la *Eneida* y que ha sido siempre citada como un modelo de poesía. Sin embargo, algunos comentaristas habían encontrado en ella, según dice M. Gremaud, algunas inexactitudes y varias palabras incomprensibles. Estos comentaristas, empero, no eran meteorólogos, y así se lo ha hecho comprender el citado médico de la armada, quien después de compulsar con gran cuidado todos los documentos publicados en estos últimos años acerca de las tempestades giratorias y de comparar estas descripciones con el libro primero de la *Eneida*, ha encontrado el semicírculo peligroso, el semicírculo maniobrable, los vientos de arriba abajo, las columnas de agua que se alzan como un muro y que caen sobre los buques destruyéndolos, etc.

En suma, el autor de este folleto establece una analogía absoluta entre las descripciones de Virgilio y lo que la ciencia ha demostrado, de donde resulta que el poeta, además de tal, era uno de los grandes sabios de su tiempo.

Sin aceptar la responsabilidad de todas las explicaciones de M. Gremaud, de su trabajo se desprende, sin embargo, que Virgilio tenía nociones muy exactas de meteorología y que las expresaba en bellísimo lenguaje. Esta opinión es también la del vicealmirante Vignes, presidente de la Sociedad de Geografía de París, á cuyo examen ha sido sometido el folleto de M. Gremaud y que ha querido hacer notar que también á él le había sorprendido encontrar en Virgilio las reglas absolutas de los ciclones, que los marinos no han conocido hasta una época relativamente moderna.

PUENTE SOBRE EL BOSFORO

Los ingenieros Giano y Gourrier han solicitado de la Sublime Puerta permiso para construir un puente de hierro que una á Constantinopla con Scutari: este puente tendría una longitud de dos kilómetros y su altura sobre el nivel del agua sería de cuarenta metros, de suerte que no sería obstáculo á la navegación.



D. ROBUSTIANO VERA, notable jurisconsulto y escritor chileno

(Según fotografía remitida por D. José Mariscal.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor*. – Los cuadernos 48 y 49 de esta obra cuyo interés aumenta á medida que la publicación avanza, contienen, además del excelente texto correspondiente, cuatro hermosas fototipias que representan: la vista total del testero de la catedral de la Seo, una ventana ojival del Colegio de los RR. PP. Escolapios, una perspectiva del interior de la Seo y el techo del salón del trono del palacio de la Aljafería.

Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en Zaragoza en casa de los autores, Contamina, 25, tercero, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

VERSOS, COLECCIÓN COMPLETA, *por Antonio Zaragoza-Guadalajara* (Méjico) 1891. – En un elegante volumen ha reunido D. Antonio Zaragoza todas sus inspiradas poesías, todos sus cantos á la patria y á los ideales que enaltecen al hombre. De metro tan variado como fácil compónese ésta colección de poesías, dignas de ser conocidas por los verdaderos amantes de la literatura española porque hay en ellas, además de rica variedad, verdadero sentimiento poético.

***

FERROCARRILES CARBONÍFEROS DE CATALUÑA. – Tal es el título del folleto en que el distinguido ingeniero D. Celso Xaudaró reseña este nuevo resultado de sus inteligentes estudios y demuestra la necesidad de construir una red de líneas férreas que sirvan de punto de unión entre las cuencas carboníferas catalanas y los grandes centros industriales.

Para mayor inteligencia de los lectores acompaña al folleto un precioso mapa gráfico, en el que se marcan los ferrocarriles construídos, los en construcción, los carboníferos, el de Pallaresa y las cuencas carboníferas.

Aplauso merece el nuevo proyecto de este distinguido ingeniero, á quien debe ya Cataluña el trazado de algunas de sus líneas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 25 de enero de 1892 — Núm. 526

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL VESTIDO NUEVO, cuadro de A. Laussheimer

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Voracidad incansable del tiempo. – Muertos ilustres. – Monseñor Freppel. – Su patriotismo. – Obras literarias del obispo. – Su libro sobre Tertuliano. — Carácter de este orador inmortal. – Error de Freppel queriendo imitar á tal orador de combate y guerra en tiempos de concordia y paz. – Emilio Lavelaye. – Sus esfuerzos por el cambio y el comercio libres. – Sus obras. – Inconsecuencias socialistas de tan apreciable y digno escritor. – Locura de Maupassant. – Observaciones acerca de la literatura hoy en boga. – Enfermedad y muerte del soldán egipcio. – Agitaciones en Tánger. – Tristezas y recelos. – La noche de Reyes en el hogar. – Conclusión.

I

Entre los días últimos del año que ha fenecido y los días primeros del año que acaba de advenir, la muerte, como si quisiera traernos á la memoria el hambre voraz de los tiempos, quienes todo lo producen, pero también todo lo devoran, hase llevado varios ilustres hombres, difíciles de reemplazar en la próxima terminación de nuestro siglo. El obispo de Angers, Monseñor Freppel, célebre diputado muy amigo del Parlamento y de sus debates, ha muerto en medio de su gigantesca lucha, sin que le haya rendido un punto el cansancio en sus tareas, ni desanimado para ninguna empresa el malogro de sus principios. Monárquico, muy monárquico, pero patriota, muy patriota, de todo corazón francés, como buen alsaciano, supo encontrar en la sinceridad natural de sus afectos y en la rectitud indudable de sus propósitos el medio de servir á los ídolos de su política, sin deservir á la religión católica, por la cual tenía grande adoración, y menos á la patria nativa, cuyas desgracias habían aumentado el fervoroso afecto por ella en aquel su generoso y fuerte ánimo. Yo leí mucho á Freppel allá por mis lejanas mocedades, cuando profesé la Historia y la Ciencia del Cristianismo en sus orígenes y en sus primeros desarrollos ante numeroso público, sobre la sede altísima del Ateneo, ilustrada por Galiano y por Pacheco y por Donoso. Freppel escribía entonces de asuntos análogos á los que yo estudiaba, y había escogido como ejemplar y tipo de firmeza en los afectos y de vigor en las creencias al incomparable Tertuliano. Cuando la sociedad cristiana llega durante los primeros siglos á encontrarse por su crecimiento y progreso en disposición de combatir á la vieja sociedad idólatra, surge un héroe y un atleta de la iglesia, surge Tertuliano. Siempre sucede lo mismo: la sociedad, como la naturaleza, produce lo que necesita y destruye lo innecesario é inútil. La idea nueva necesita de la palabra para enardecer los ánimos, y nacen los grandes oradores. Entre los primeros y más excelsos del Cristianismo descuella Tertuliano. Militar, su férreo estilo tiene algo del corte de la espada; jurisconsulto, su pensamiento brota en ritmo semejante al ritmo de las antiguas leyes; africano, su período varonil, vigorosísimo, de una robustez primitiva, siquier obscuro y tortuoso, corre con la elocuencia y el desorden ditirámbico de Lucano; violento y extremo como su raza; caluroso hasta el incendio como la tierra patria; fuerte por vigorizado en una idea divina y más fuerte cuando se compara con los decaídos romanos; dialéctico implacable por su argumentación abrumadora y á veces por su finura en dirigir y clavar la flecha mortal en el corazón de los enemigos; su ironía, su desigualdad, su arrebato; el estridor de sus combates, en que á veces ruge como los leones y á veces maulla como los tigres del desierto; sus antítesis que todavía no han sido igualadas; sus sarcasmos juvenalescos propios de la romana sátira, juntos con la unción evangélica propia de los primeros cristianos, prestan á sus palabras algo del rumor tempestuoso que al pecho de gran muchedumbre suele, cuando se agita, escaparse, y algo también del rudo sonido que se levanta de un ejército armado en marcha; pues aquel hombre, Demóstenes de su tiempo, Demóstenes de su fe, aparece como un conquistador que lleva tras sí legiones de ideas cual ángeles venidos á extirpar el paganismo, y asalta, sin temblar por los dardos que cruzan á su lado, con su espada en los dientes, atemorizando á sus enemigos con las centellas que despiden sus ojos; asalta, decía, la vieja Roma; y entra en el Panteón á reirse de los dioses con burla digna de Luciano; y se dirige á los Césares y les anuncia que no doblará la rodilla en su presencia porque resulta engañosa la divinidad á ellos atribuída por sus siervos; y corre al Circo y maldice á los que respiran gozosos el hedor de la humana sangre; y cavando en los fundamentos de la ciudad cesárea, sobre la cual dirige miradas abrasadoras como las del feroz africano Aníbal, abre abajo un infierno lleno de fuego, adonde arroja los tiranos y sus cómplices; mientras á las víctimas de éstos, á los mártires, á los que han muerto por defender la idea del Dios único y la inviolabilidad del pensamiento religioso, les señala el cielo arriba, en que vagan los elegidos con sus palmas siempre verdes y sus coronas de estrellas siempre luminosas, entre raudales de increada luz y conciertos de divinas armonías. A la verdad merece Tertuliano las páginas por Freppel consagradas á su obra y á su vida en dos gruesos volúmenes. Pero si había razón para estudiarlo y conocerlo, no había razón para seguirlo en sus indignaciones como si los mártires en el Circo se hallaran y Diocleciano en el trono. La obra de los católicos hoy no puede ser ya obra de combate, sino de reconciliación y de armonía. Desde que las iglesias perdieron la participación en el poder civil, que les dieran los errores de la Edad Media, nadie halla un ideal superior al ideal cristiano en la vida, y con razón mayor ante los errores de una filosofía empeñada en arrancar al cielo su Dios y al hombre su libertad. Cuanto por separar la Iglesia de la fuerza material y de los gobiernos terrenales ha la revolución moderna hecho, resulta en favor de su ideal puro y de su autoridad religiosa. Por consiguiente no tenía razón alguna Monseñor Freppel queriendo resucitar en estos tiempos de paz un tipo de guerra. Y menos razón tuvo en querer unir contra la patente inclinación del sublime León XIII la causa del principio católico á la causa del principio monárquico, cuando la religión cristiana, bien al revés de las religiones asiáticas, todas amoldadas al medio ambiente, y como él pasajeras, no ha menester de una sociedad fundada en el privilegio y compuesta de castas para vivir; sálvale su ideal inagotable y su doctrina metafísica, por los cuales reina en todos los tiempos y llena todos los espacios, que ilumina con su lumbre celestial y aviva con su vivificante calor.

II

También ha muerto mi amigo Emilio Lavelaye. Publicista de mucha ciencia, si bien de poca originalidad, ha ilustrado el siglo corriente con estudios de primer orden, lo mismo sobre las cuestiones sociales que sobre las cuestiones diplomáticas. El Estado de Oriente, la constitución de los pueblos danubianos, las escuelas comunistas contemporáneas, los problemas relativos á la propiedad, el combate ardoroso entre los madgyares y los croatas, la cuestión del sufragio y de la enseñanza en Bélgica, los aspectos que ha tomado en los últimos tiempos la República francesa, desde las cuestiones italianas á las cuestiones escandinavas, con otros innumerables objetos, han debido á su diligencia en el estudio y á su facilidad en la expresión intensos y continuos esclarecimientos. Catedrático de ciencia económica en Lieja, no puede negarse la cooperación activa que ha prestado á la libertad en el cambio y en el comercio, siquier no perteneciese, como la mayor parte de los economistas contemporáneos, al puro individualismo tan acerbamente criticado ahora por la reacción económica. En efecto, Lavelaye, así entre los problemas relativos á la distribución y goce de la propiedad como ante los problemas relativos al concurso debido por los Estados al trabajador, claudicaba un poco de socialista y propendía constantemente á soluciones las cuales pugnaban por completo con su trabajo asiduo y precioso por la libertad entera del pensamiento y del cambio. No ha muerto, pero como si hubiera muerto, ha enloquecido, se ha muerto para el trabajo literario, un escritor de tanto mérito como el celebrado novelista y poeta Guy de Maupassant. Existe ahora una familia de filósofos, la cual, en vez de trazar tratados metafísicos, escribe novelas realistas. Esa familia proviene del altísimo Balzac, que la generara con sus admirables y admirados libros. ¡Cuál diferencia entre todos estos metafísicos, los cuales, en vez de presentar caracteres abstractos por las regiones del pensamiento, presentan caracteres prácticos y vivos en los escenarios de sus relatos con mucha más filosofía que amenidad, y aquel Dumas, tan divertido y tan ameno, excelso Lope de la novela, muy menospreciado por el pedantismo al uso, pero cada día más querido ahora de los que no hemos vuelto á recrearnos, como nos recreaba él, desde su nunca bastante llorada muerte, precedida por un injusto eclipse proveniente de la eterna ingratitud con que pagan las generaciones jóvenes á los viejos que las han ilustrado con sus obras ó que las han redimido con sus esfuerzos! Para leer á Dumas necesitábase únicamente saber de letra, como dicen los campesinos de quien sabe leer y escribir mejor ó peor. Para leer á Flaubert, á Goncourt, á Loti, á Bourget, á Zola necesítase un curso previo de arqueología, de política, de fisiología, de ciencias naturales, de patología y hasta de obstetricia. ¡Buenos tiempos estos en que sabios como Figuier hacen de la ciencia una novela, y novelistas como el pobre Maupassant hacen de la novela una ciencia! Hay en todo cuanto yo he leído del infeliz escritor una filosofía intuitiva que lo coloca entre los grandes observadores fisiológicos y psicológicos de nuestro tiempo. Lo que llamamos el carácter está presentado por aquella eximia pluma, no sólo en su índole moral íntima y propia, no sólo en las regiones del espíritu donde reina la libertad; en algo inferior, en el temperamento fisiológico, donde reinan tantas fatalidades orgánicas y mecánicas, que puestas como eslabones de cadena sobre las dos alas del alma, producen esta mezcla de bestia y ángel á la cual denominamos hombre. Maupassant, no solamente ha trazado sus libros, los ha vivido. Por el desgaste de su cuerpo en la vida y por el desgaste de su espíritu en la producción explico yo la enfermedad que lo ha herido y dementado, una enfermedad á la medula. ¡Cuán terrible caso! ¡Cómo desciende la noche sobre los infinitos espacios del pensamiento! ¡Cómo la parálisis detiene las vibraciones del divino Verbo! ¡Cómo se rompen los nervios á modo de cuerdas demasiado tirantes! ¡Cómo se trueca en delirio y fiebre la facultad por excelencia reguladora y directiva de la vida, nuestra razón! El así herido prefiere un abrazo de la muerte y un descenso al sepulcro. Leyendo una vez á Julio Lemaitre supe cómo gozaba Maupassant de un temperamento tan fuerte y de una salud tan florida, que parecía jornalero del campo y pescador del mar. El exceso de producción ha desequilibrado sus nervios y el fatal desequilibrio ha concluído por quitarle al desgraciado la razón. ¡Qué triste cosa nuestra pobre vida!

III

Ya que hablamos de muertes, consideremos un instante la de hombre tan excelso como el virrey de Egipto, acabado al golpe de la enfermedad epidémica reinante hoy en las cuatro partes del mundo, y que hace tan horrorosos estragos y trae á media humanidad en cama, herida por las inclemencias del tiempo y por los miasmas del aire. Parece imposible que la muerte de un siervo, del siervo de Inglaterra, conmueva tanto á los poderosos del mundo y con especialidad á los ingleses, aunque lo tenían en las ergástulas del Estado británico so los yerros forjados en las británicas fraguas. Pero así aparecen las razas ismaelitas en el mundo ahora. Organizadas por el Profeta para la guerra, mientras estuvieron en Europa frente al estado feudal, nacido en la guerra y para la guerra criado, ó en Asia y en Africa frente á tribus conquistadoras, crecieron mucho en poder y predominaron merced á este poder en el mundo. Pero, así que á un estado de perpetua guerra sucedió un estado de relativa paz, como no tenían papel que desempeñar ni destino que cumplir, se deshicieron en el medio superior como la sal en el agua. Y hoy ejercen protectorado, bien directo ó bien indirecto, los cristianos, los progresivos y flexibles cristianos, sobre todo los cristianos arios, en las ciudades y los imperios del Islam. Ceuta en poder de los españoles, Argel en poder de los franceses, Alejandría en poder de los britanos, Mongolía en poder de los rusos dicen bien claramente cómo han decaído y bajado los que tuvieron encerradas en sus harenes tantas nacio-



SEGANDO HIERBA, cuadro de D. Luis Graner. (Salón Parés.)

nes cultas. Este paso del jetife á otra vida plantea de nuevo ante nuestra presencia problema tan grave como la evacuación del Egipto por Inglaterra, que desean vivamente Rusia con Francia, y que, impulsado por estas dos potencias, pedirá otra vez el sultán de Constantinopla. Inglaterra en su pro, y para cohonestar la ocupación suya con algunos visos de fundamento, aduce la necesidad absoluta de que obras tan útiles al progreso humano y tan indispensables al bien universal como los pasos del canal de Suez, sito en tierras egipcias, queden custodiados por una potencia mercantil como ella, interesadísima en el movimiento de los productos y en la circulación de los cambios, no por una potencia de guerra y de conquista, como el Egipto, donde se juntan de consuno los horrores de total anarquía con las violencias de viejo y gastado despotismo. Lo cierto es que, á pesar de hallarse hasta los dientes armada Europa, no se columbra en sus horizontes nube ninguna capaz de amenazarnos con descargar los rayos de guerra sobre nosotros, y se condensan por ese lado de Africa, relampagueante, así en la tierra como en el cielo. Cuatro kabilas, encerradas en un cuadrado de chumberas y aloes, nutridas por dátiles de palmerales y leche de camellas, organizadas para la vida casi vegetal del oasis, pueden pegar fuego á la civilización europea con sólo descolgarse un día sobre Tánger, mandado por un bajá que las oprime, y tomar de su presión y de sus agravios algún cruento desquite. Así la camisa no le llega hoy á ningún partidario de la paz al cuerpo, en vista de la presencia en Marruecos del astuto cónsul que ha establecido el protectorado inglés sobre Zancíbar, en vista de los problemas que suscita de tanta dificultad y trascendencia el reparto de las tierras africanas, en vista del conflicto entre la corte de Fez y el gobierno de Francia sobre Touat, en vista de un artículo publicado por *El Standard*, periódico ministerial inglés, amenazando con apoderarse de Tánger, cosa grave, á la cual no podíamos nosotros en manera ninguna prestarnos, porque no podemos consentir sin enérgica protesta ningún atentado á la integridad intangible del Imperio de Marruecos y ninguna dilatación del dominio británico sobre las costas del gaditano estrecho. La cuestión de Tánger es para nuestra patria y su influencia una cuestión de vida ó muerte. Por esta razón deseamos con tal intensidad y viveza que se mantenga el *statu quo* en las costas marroquíes y no haya motivo alguno en Europa, en Africa, en América, en Asia, en Oceanía, de guerras y discordias. Nuestro continente necesita la paz; y así como ahora la cantan en estas fiestas de Navidad los ángeles del cielo entre los repiques de gloria que la ofrecen á los hombres de buena voluntad, como también ofrecen honra y culto al Dios de las alturas, nosotros debemos proferir y recalcar esta santísima palabra siempre que nos encontremos los defensores en el mundo de la libertad y del derecho.

IV

Pero dejemos estos embargos del corazón y convirtamos los ojos á las fiestas del mes corriente, mes primero de este joven año noventa y dos. La noche del 24 de junio, la noche del 24 de diciembre, las vísperas de San Juan y de Cristo, se completan con la víspera de Reyes. Todos los niños aguardan algún presente de los viejos y seculares monarcas; todos los ven pasar en sueños con sus turbantes áureos y blancos, la capa de armiño y púrpura en los hombros, los cálices de oro en las manos, caballeros sobre sus hacaneas relucientes, precedidos por las estrellas del cielo, dejando á sus espaldas como un surco de aromas y esencias en los espacios infinitos. Allá, por nuestras tierras, cuando nuestras almas de niños se abrían, flores de arbusto, á todas las abejas y á todas las mariposas; cuando creíamos y esperábamos, las campanas anchísimas de nuestras chimeneas campestres lloviánnos peladillas y anises, los cuales blanqueaban las negras piedras del hogar como con dulce nevasco de azúcares. Y no podíamos contentarnos con esta satisfacción inmensa del anochecer; necesitábamos otra satisfacción al día siguiente de madrugada. ¿Cuál emoción volverán á sentir nuestros corazones comparable con la traída por los reyes en la noche y encontrada en las ventanas de nuestro cuarto al despertarnos? Yo recuerdo una vez que me dejaron los reyes alba canastilla, toda llena de anises y ornada con multicolores lazos, canastilla



PAVERA, cuadro de D. Luis Graner. (Salón Parés.)

en cuyo tope temblaban florículas compuestas por hilos argénteos y pajaritos pintados por sederías de vistosos tornasoles y matices. Ninguna flor del campo hame desde aquel entonces absorbido en arrobamiento y ningún ave del cielo transpuéstome, ni con sus alas ni con sus gorjeos, como estas flores y estas aves de trapo, significando la religión de mis predecesores, la iglesia del hogar, la vida del corazón, porque venían de las manos de mi madre y crecieron á su amor y se iluminaron á sus ojos. He aquí la gran realidad viviente de todas estas religiosas tradiciones. Guirnaldas de ideas abrazan á los que fueron y á los que ahora son, á los que ahora son y á los que serán mañana. Tal es, tal, su indudable virtud. Pero dejémonos de murmuraciones por hoy. Hasta dentro de quince días.

Madrid, 12 de enero de 1892

CRONICA DE ARTE

Final de un incidente. – Una protesta. – Lo que no puede ser. – Lo que se pinta. – Lo que se dice.—Fluctuaciones.

Sabido es de los lectores de La Ilustración Artistica el incidente promovido por el escultor Sr. Moratilla, protestando contra el acuerdo del pleno de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, á propósito de la adjudicación de los esfinges destinados á decorar una de las fachadas del nuevo edificio de Biblioteca y Museos de esta corte, y que dicho pleno había adjudicado al escultor Sr. Suñol, saltando por el dictamen del Jurado, el cual, ateniéndose á la letra de la convocatoria, propusiera la ejecución de dichos esfinges á ambos artistas, ateniéndose para ello á una de las condiciones del concurso, que exige que cada esfinge ó estatua debe tener su boceto correspondiente.

El Consejo de Estado parece ser que propuso declarar desierto el concurso en la parte que á dichos esfinges se refiere, y que por lo tanto debía procederse á nueva convocatoria. Interrogado por mí el ministro de Fomento, éste tuvo la bondad de indicarme lo que se proponía hacer; esto es, adjudicar la ejecución de los mencionados esfinges á los dos litigantes, de acuerdo con la proposición del Jurado, compuesto en su mayoría por individuos de las secciones técnicas de la dicha Academia.

Dícese que el Sr. Suñol, en vista de la decisión del ministro, renuncia á ejecutar su esfinge: si esto es cierto, las obras decorativas de la nueva Biblioteca durarán tanto tiempo como las del edificio, es decir, un cuarto de siglo. Tendrá que convocar á nuevo concurso, y probablemente ni en yeso podrá colocarse completa para las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América la obra decorativa de las dos fachadas del asendereado palacio.

Con este serían ya tres los concursos convocados, y la pelota en el tejado; falta todavía el *frontón*, la obra magna.

***

Los artistas españoles residentes en Roma han elevado al ministerio de Fomento una protesta, cuyo espíritu hostil á la Academia de San Fernando ha causado honda sensación, puesto que vino á confirmar la campaña que la prensa y la opinión hace ya tiempo vienen haciendo en pro de los intereses del arte y de los artistas, no mirados por la citada corporación académica con el respeto que se merecen.

Firman dicha protesta Pradilla, Palmaroli, Valles, Villodas, los hermanos Benlliure y otros escultores y pintores de indiscutible autoridad en el arte; y ruegan al ministro de Fomento que, para alejar toda ocasión de parcialidad, los académicos no puedan tomar parte en ningún concurso público en el cual haya de dar dictamen aquel cuerpo consultivo, ó en el caso contrario, se nombre un Jurado libre, de personas competentes, en un todo ajenas á la Academia de San Fernando.

***



LA PASTORCITA, cuadro de D. Luis Graner. (Salón Parés.)

Los escultores premiados en el último concurso de obras para la Biblioteca ya habrán comenzado sus trabajos, puesto que hace días se les comunicó la orden. Pero ocurre que, dado el tiempo transcurrido entre dictámenes y aprobaciones, hase mermado el concedido para ejecutar los modelos en yeso á todo su tamaño y las estatuas definitivas en mármol. De aquí que algunos escultores afirmen cómo para las fiestas del centenario no podrán ser colocadas las estatuas en *rabaggione* y sí únicamente los modelos. Por otro lado, el deseo que indicó el Gobierno de inaugurar completamente decorado el edificio de la Biblioteca para el próximo mes de octubre, habrá de limitarse á los *medallones* en mármol; las estatuas... en yeso, puesto que todavía se acaba de convocar á nuevo concurso para las de *San Isidoro* y *Cervantes*, y el *frontón*... vacío. ¡Ahí es nada modelar en cuatro ó cinco meses una composición escultórica complicadísima y que debe medir veinte metros de longitud por cuatro de elevación en el vértice!



LA FAMILIA MENUDA, cuadro de D. Luis Graner (Salón Parés.)

***

Entre los principales pintores de la colonia española en Roma no está decidido, según mis noticias, la asistencia á nuestra Exposición internacional de Bellas Artes de esta corte. Sé que la mayoría se inclina á enviar sus trabajos á la de Munich; sin embargo, pudiera acontecer que Villegas concluyese su célebre cuadro *El triunfo de la Dogaresa* para nuestro certamen y que los Benlliure (José y Juan Antonio) como también algún otro celebrado pintor se decidieran por último á presentarse en el palacio de Bellas Artes de la Castellana.

Pero si estos artistas no se han decidido todavía por nuestra Exposición, la gente joven trabaja resueltamente con tal objeto. Garnelo, el autor del *Duelo interrumpido*, está empeñado en un asunto colombino. Representará su cuadro la llegada á la isla de *San Salvador* del navegante genovés. Escoge el artista para desarrollar la escena la hora en que el sol se acerca al ocaso, derramando una luz dorada ó casi roja sobre el paisaje y las figuras.

Alvarez Dumont, otro de los pensionados por la Academia, está pintando un gran lienzo (grande es también el de Garnelo), en el cual desarrollará uno de los episodios del combate de Trafalgar. Sabido es que los hermanos Alvarez Dumont se dedican con sin igual constancia á la pintura histórico-dramática casi contemporánea, escogiendo con preferencia asuntos entre los muchos que nuestra guerra de la Independencia ofrece al artista. Tiene á mi entender esta pintura histórica dos condiciones, una favorable y otra contraria, para su realización. La primera es la de la relativa proximidad de los acontecimientos, que permite el estudio concienzudo de la indumentaria, del lugar de la escena y de la verdad física de los tipos, etc.; y la segunda, que esa misma proximidad de los hechos es lo suficientemente pequeña para apreciar y personificar psíquica y aun plásticamente con cierta parcialidad, así los tipos de los enemigos, como la exactitud de los acontecimientos; resultando muchas veces héroes aquellos que no lo han sido, como parece que á última hora acontece al teniente Ruiz, cuya estatua se inauguró en esta corte no hace todavía ocho meses.

El autor de *La decapitación de San Pablo*, Sr. Simonet, está trabajando en un cuadro de asunto bíblico, *Cristo profetizando la ruina de Jerusalén*. El Sr. Simonet hizo un viaje á la Tierra Santa con el objeto de estudiar sobre el terreno tipos, trajes (sabido es que la indumentaria de los habitantes de las orillas del Tiberiades ha variado muy poco), ambiente, luz, etc. Con este material allí recogido se ha puesto á trabajar en su obra sobre seguro; y según me indican artistas que acaban de llegar de Roma, el pensionado de la Academia dará mucho que hablar con tal cuadro.

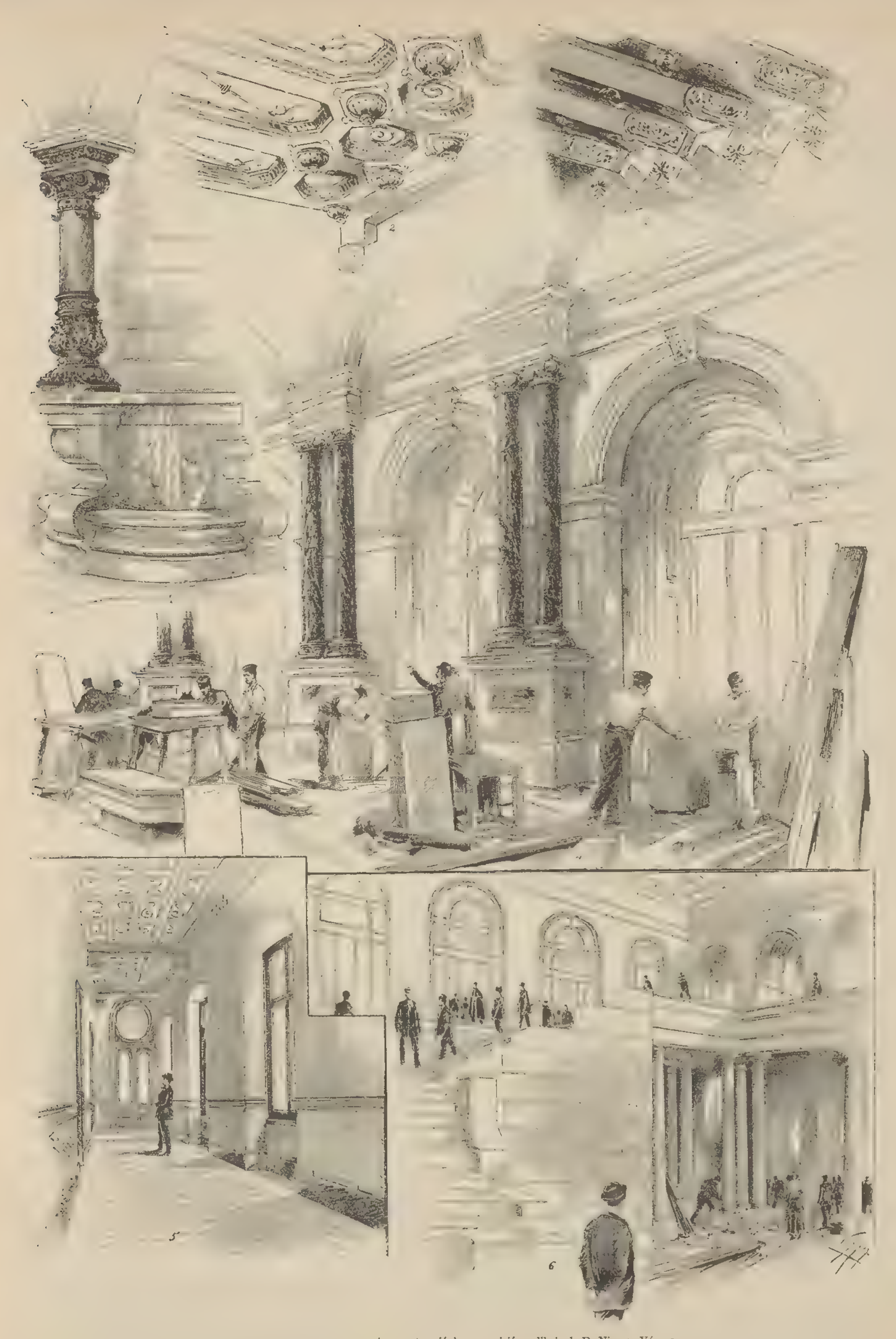
García Sampedro, uno de los discípulos predilectos del malogrado Plasencia, premiado en la última Exposición nacional de Bellas Artes por su cuadro *A la caída de la tarde*, tiene en mancha también un lienzo de grandes dimensiones.

Pintor de sólidas bases, su cuadro aparece ya bien dibujado y preciosamente compuesto, según puedo colegir por las descripciones y apuntes que de él he recibido. Sampedro, enamorado de la naturaleza, busca en una sencilla escena de la vida campesina motivo para realizar con el pincel lo que Fr. Luis de León nos canta cuando dice:

¡Qué descansada vida
La del que huye al mundanal ruido!

Juan Antonio Benlliure comulga al presente en el altar de la pintura ruralista (1). Según lo que

(1) Valga el galicismo.



PALACIO REAL DE BARCELONA (en construcción), composición y dibujo de D. Nicanor Vázquez

1 Salón central.—2. Techo de la cámara de S. M. la reina.—3. Techo del despacho de S. M. la reina.—4. Salón del trono.—5. Galería de servicio.—6. Vestíbulo y escalera de honor



¿QUIERES SER MI MODELO? (De fotografía directa de C. A. Krall, que obtuvo el primer premio en un concurso celebrado en Alemania.)

tengo por cierto, este artista tiene en estudio un cuadro que habrá de representar un grupo de labriegos refugiándose de una tempestad en el pórtico de una ermita. Y José Benlliure, exaltado por las místicas hegemonías de su imaginación soñadora y del arte cristiano de Asís, se engolfa en la pintura de enorme lienzo que representará al Santo de la pobreza rodeado de su cohorte de mártires.

***

¿Verdad que es digna de estudio esta fluctuación de ideas, de escuelas, de sentimientos que se observa en los artistas?

No puede negarse que estamos entrando en un período de realismo *idealista*. Parecerá paradógico, parecerá antagónico; todo lo que se quiera; pero aquellos que se asombren de esta afirmación tan extraña deben repasar con cuidado las obras de nuestros grandes clásicos y verán cómo amalgaban la realidad con el ensueño.

Del arte, como de la naturaleza, en la cual se inspiró, inspira é inspirará aquella entidad eternamente, puede decirse con el poeta:

Agostarse y florecer de nuevo

R. Balsa de la Vega

ROMEO, JULIETA Y COMPAÑIA

(Continuación)

Lo confieso con franqueza, aquí que no me oye nadie y que tengo la seguridad de que no se descubrirá mi secreto. En toda mi vida he sentido más de veras el peso de la buena educación que aquella noche. ¡Cuántas veces me pasó por la imaginación la idea de acercarme al piano, dar un trastazo á los papeles del atril, taparle la boca al posma de Falito y gritar yo: «¡Señores, esto es un asesinato con las circunstancias agravantes de nocturnidad y en cuadrilla! Reflexionen ustedes que he llegado á su amada patria á media tarde y que este chaparrón de notas me está volviendo loco. Comprendan de una vez que estas apreciables señoritas son unas calamidades preciosísimas, pero inaguantables, y que ese Falito de mis pecados es un mentecato de cuerpo entero, que debía irse donde se fué Gazul y no volver jamás. Mediten en que...»

Pero nada de esto dije. Por el contrario, al acercárseme la señora de Cano, con su enhiesta nariz, á cuya perpetua amenaza de perforación aún no me sentía acostumbrado, revestí mi faz de la más risueña expresión, agarré con ambas manos el incensario y ahumé, digo, llené de elogios á su hija, á Matilde, á la niña del juez, á la de Viñas, á la reunión, á la ciudad, á Falito, al perro y al gato de la casa, y por fin y remate de tan descarada sarta de mentiras, solté la sin hueso sobre su exquisito trato y su no igualada amabilidad, y su elegancia, y sus prendas personales, y hasta creo recordar ¡Dios me perdone! que se me fué la lengua y le solté dos ó tres piropos de marca mayor. También es cierto que mi inaudito cinismo me valió una afectuosa sonrisa que aumentó la convexidad de los platillos de la balanza é hizo destacarse más terrorífico al fiel, y que me gané con mi... diplomacia la amistad de aquel esfinge para toda la vida.

Durante aquel diálogo yo no había cesado de echar disimuladamente alguna que otra ojeada al grupo de niñas, tanto porque alejadas del piano volvían á recobrar sus naturales atractivos, cuanto porque ¿á qué negarlo? la morenita Pilar Mesa me había flechado, como suele decirse. Me pareció notar, aunque desconfié de mis observaciones, porque soy poco presuntuoso, que ella me correspondía con tal cual miradita furtiva. Era graciosa en sumo grado aquella criatura. Y á más la realzaba sobre manera á mis ojos el pensar que no pertenecía á la falange de verdugos que nos habían estado atormentando toda la noche. Deseando estaba poner término á mi obligada plática con Doña Gertrudis para acercarme de nuevo á Pilar, cuando aquélla pescó al vuelo una de mis miradas y exclamó:

—¡Ay! Pero le estoy á usted entreteniendo, y usted preferirá echar un parrafito con las niñas...

—¡Señora!...

—Venga usted conmigo. Vamos á ver si conseguimos que Pilar cante algo.

Me dió un vuelco la sangre.

—No es aficionada á hacerlo, porque como la pobre no ha tenido maestro, ni pretende competir con la de Viñas ni con Matilde, rehusa siempre que puede. Pero la convenceremos de que es preciso que se deje oir de usted.

Como res que llevan al matadero me acerqué al sitio donde momentos antes estaba deseando ir. Expusimos nuestra pretensión, y Pilar, poniéndose al punto en pie, repuso:

—Cantaré con sumo gusto. No quiero que me llame remolona este caballero. Pero ya verá usted, siguió, dirigiéndose á mí. Yo no sé hacer los gorgoritos como el arte manda, ni canto más que en español. En todas las reuniones hago de fin de fiesta. Tápese usted los oídos, que allá voy.

Y cogiéndose del brazo de Amparito se dirigió al piano, y yo, como por instinto, me fuí detrás y me coloqué al otro lado del instrumento, frente á ella.

—¿Sabe usted cantar?, me preguntó mirándome de hito en hito.



¡VALIENTES CRÍTICOS! (De fotografía directa de C. A. Krall, que obtuvo un primer premio en un concurso celebrado en Alemania.)

–No... no he aprendido...

–Quiero decir, así como yo... á lo pájaro...

–Tampoco. No tengo voz.

–Es lástima. Hubiéramos cantado un dúo. En fin, vaya sola. Toca el tango que más rabia te dé, Amparo.

El piano preludió una música que á trozos era rápida y agitada, á trozos lánguida y perezosa, pero siempre apasionada, y un momento después Pilar dejó oir su voz fresca, sin afeites ni aliños ni pretensiones, mas acariciadora y suave como la de los pájaros, con que ella misma se comparaba. Unas veces vibraba como si el deseo la prestara su anhelar y su vigor, otras apagábase como si el enervamiento de la dicha le robara fuerzas: ora sonaba alegre cual canción de fiesta, ora melancólica como tonada de duelo; y todos aquellos matices adivinábase que brotaban del alma misma de la ejecutante, cuyos sentimientos más íntimos traducía la garganta, sin que el arte la hubiera enseñado á mentir emociones ni á falsificar afectos, haciendo circular entre los concurrentes tal corriente de misterioso placer que, antes que se apagara en sus labios la última nota, todas las manos se habían unido en espontáneo aplauso y todas las lenguas pedían con insistencia otro tango.



UNA ESCUELA MODELO. (De fotografía directa de Marta Philip, que obtuvo el tercer premio en un concurso celebrado en Alemania.)

Pilar obedeció sonriendo. Y entonces, ya algo dominada la primera impresión que su deliciosa voz me produjo, fijéme en ella y noté–sí, esta vez no cabía duda–que, á través de sus ojos medio entornados, era á mí á quien miraba, y que las frases más cariñosas y tiernas parecía dedicármelas subrayándolas con leve alzamiento de cejas. Así que terminó me dirigí á ella y le dije:

–Como usted deben cantar los angelitos allá arriba... !

–¿Tangos y todo?

–¡Ya lo creo! ¡Y que le sabrán á Dios mejor que el *Gloria in excelsis!*

De allí á poco se disolvió el cotarro. Ofreciéronseme todos los pollastres que Pascual me había presentado; los Sres. de Cano me rogaron que prescindiera de etiquetas y que me considerase desde luego como añejo contertulio de la casa; Pilar me dedicó una última cariñosa mirada, y Falito, al separarse de nosotros en la puerta para acompañar á Matilde, me citó para el día siguiente en el Casino, asegurando á Pascual que él se encargaba de mí en su ausencia para que mi aburrimiento no fuera muy grande.

Y aquella misma madrugada se fué Pascual dejándome espléndidamente instalado, como amo y señor, en su propia casa, y dándome antes de partir los siguientes sabios consejos:

–Mira, Ignacio. Yo me voy y te quedas sin nadie que te asesore sobre las gentes que has conocido esta noche. Creo de mi deber decirte cuatro palabras. Intima sin temor con los Sres. de Cano, que son excelentes personas y buenos amigos. Amparito, fuera de su chifladura pianística, una perla. Matilde también es tratable, muy lista y muy leal, aunque algo chismosilla. Su mamá, de caballería. Si te metes mucho en la casa te darán algún sablazo. Falito un tonto muy útil, porque es muy bien visto en todas partes. Ve con él sin miedo, y cuando te fastidie díselo claro, que ni se ofenderá por eso ni te querrá menos. A la niña del juez no le hagas el amor, porque tiene relaciones con Ramón López, aquel pollo tan flaco que se ha pasado la noche en la antesala ahumando una boquilla que le acaban de traer de casa de Sommer. A la de Viñas tampoco, porque también está comprometida con Cetito Andújar, mi primo, ese de la corbata color rosa, que parece que lleva un salmonete en medio de la pechera.

–¿Y la de Mesa, tiene también novio?

–¿Pililla? De seguro, pero no sé quién estará en turno en este momento.

III

¡Cuán largo y monótono sería este capítulo si yo, dejándome llevar de los impulsos de mi loca pasión, contara aquí al pormenor y con la minuciosa exactitud de un antiguo cronista los lances y aventuras de mi vida durante los tres meses de ausencia de Pascual! Y no creáis que dejo de hacerlo por pereza. Escritos están por estas pecadoras manos esos grandes anales de un trimestre Mas, por una parte, tengo compasión de los píos ó rabiosos lectores que estén perdiendo el tiempo en leer mi verídica historia; por otra, deseo que el velo del misterio encubra eternamente los detalles de aquellas inefables horas de zozobras y dichas, de sobresaltos y venturas (párrafo imitado de las leyendas de Falito), y por último, temo que me acuséis de plagiario y me probéis que he traducido en mala prosa aquel libreto de Wagner en que Tristán é Isolda comienzan á arrullarse al alzarse el telón en el primer acto y ya no lo dejan hasta que á él se le acaba la cuerda y ella se queda hecha una tórtola viuda.



NIÑOS HÚNGAROS CANTANDO. (De fotografía directa de Bernardo Graul, que obtuvo el segundo premio en un concurso celebrado en Alemania.)

Pero como tampoco es justo que os deje á obscuras respecto á los sucesos del trimestre memorable, voy á limitarme á daros cuenta del argumento de cada uno de los capítulos de mi crónica inédita, al modo que los antiguos poetas épicos usaban al frente de los cantos de sus obras inmortales.

CAPITULO I.–Descríbese la segunda vista de Pililla é Ignacio. Ella va guiando una *charrette* en el paseo. Va graciosamente vestida con una falda lisa, un chaleco blanco, una camisa de hombre con motitas azules, primorosa corbata de batista blanca, una americanita de igual tela que la falda y un sombrero muy cuco. Descripción del paseo de la capital. Paralelo entre Pililla y Venus guiando su carro de conchas marinas. Venus apabullada. Ignacio comienza á comprender la verdad que encierran los transportes románticos de los Gazules de Falito.

CAPITULO II.–Maniobras diplomáticas. Ignacio adivina el importante papel de los confidentes en las tragedias clásicas. Lo adjudica *ipso facto* á Falito. Júbilo extraordinario de éste. Historia de la diosa contada en versos endecasílabos. Efectos de la narración, idénticos al que lograría el que vertiese petróleo sobre unas ascuas. Ignacio aventura con timidez la observación de que, según el Evangelio de San Pascual, Pilar es un planeta con innumerables satélites. Indignación, protesta y exégesis de Falito para demostrar que el tal texto es apócrifo. Frase memorable: «Yo me encargo de todo »

CAPITULO III.–Peripecia. A Pilar se le muere un tío con dinero, y hay que guardarle riguroso luto. Eclipse del astro en las reuniones de Cano. Soledad y tribulación del héroe. Proyectos criminales de perpetrar una poesía lírica. Salvación milagrosa. Mercurio trae una carta de Pascual y merced á ella recobra el sentido común. Conferencia con Matilde y Falito sobre los medios prácticos de salvar la dificultad de ponerse al habla. Himno á Cadmo, inventor de la escritura. Escribe una epístola. Estación de partida del correo: Ignacio. Estaciones de tránsito: Falito, Matilde. Estación de llegada: Pililla. ¿Contestará? Digresión sobre la duda con incursiones al campo de la historia y alusiones á Descartes y Voltaire.

CAPITULO IV.–Escena de la iglesia. La misa de siete. Rasgo de valor en Ignacio: madruga. Frialdad del templo y calentura amorosa. Llega Pilar y se arrodilla junto á un ídem. El héroe, para justificar cada vez más su calidad de tal, se coloca entre dos puertas á fin de verla mejor. Coro de catarros. Entre tos y tos... *oremus*. Angustia profunda. Pasan en visión espeluznante las tazas de flor de malvas, las pastillas de mil clases, la cama llena de mantas, las burras con sus crías y otros mil endriagos y fantasmas. El héroe no se acobarda y permanece con varonil entereza en su puesto. A la postre siente vivo escozor en la pituitaria. Reflexión interna: «Ya lo pesqué.»

CAPITULO V.–La respuesta. Ignacio, Matilde y Falito cantan el terceto de las cartas de la *Gran Duquesa*. Despiértase en el héroe asombrosa erudición y profundas aptitudes políglotas. Sus frases: «Eureka... Aleluia... Toda es júbilo hoy la gran Toledo...» Matilde y Falito le acompañan en sus apasionados transportes.



LA FIESTA DE LAS ROSAS EN ROMA A FIN



ES DEL SIGLO XVIII, CUADRO DE JULIO ROSATI

CAPITULO VI. – La primera cita. Canto á la noche con estrofas alusivas á la luna, al ruiseñor, á la alondra y demás viejos cachivaches poéticos. Lamentos de Musset y Shakespeare desde sus tumbas contra los ladrones literarios. Aparece Pililla en su ventana. Extasis. Doble personalidad de Mefistófeles: sus sucesivas encarnaciones en Falito y Matilde. Ambos, Galeoto y Celestina, celebran el triunfo de sus artes diabólicas.

CAPITULO VII. – ¡El amor de Pilar!... ¡Ah!... ¡Los coloquios en la reja!... ¡Oh!... ¡Los tangos á voces solas!... ¿Eh?... ¡Escena íntima y realista del caramelo saboreado *ensemble!*... ¡Chifladura irremediable!

CAPITULO VIII. – Epílogo. El Mefistófeles hermafrodita prosigue su insidioso plan. Proposición inesperada y horrenda. Ignacio oye con profundo terror el anuncio de su enlace en los labios de la tiple *assolutísima*. Angustia trágica. Telegrama de Pascual: «Llegaré mañana jueves.» El héroe se acuesta con dolor de cabeza.

LUIS CÁNOVAS

(Concluirá)

MISCELANEA

Bellas Artes. – El Comité de la Sociedad de Artistas franceses, llamado Comité de los 90, reunióse el 11 del corriente en el Palacio de la Industria para proceder á la elección de presidente, cargo vacante por la reciente muerte del arquitecto Bailly.

El pintor Bonnat resultó elegido por 43 votos contra 13 que obtuvo M. Daumet, 3 Bouguereau y 3 Garnier.

Fueron también elegidos vicepresidentes Paul Dubois y Daumet.

– Para conmemorar el centenario del natalicio de Rossini la asociación *Familia Artística*, de Milán, ha acordado dar el día 29 del próximo febrero una audición de la *Misa solemne* del inmortal maestro, tal como aparece escrita en la edición original, es decir, para solos, coro, armónium y piano.

– En la Galería de esculturas de Dresde ha descubierto el Dr. Furtwangler, de Berlín, la existencia de dos hermosas antiguas copias de una Atenea de Fidias que los antiguos alababan extraordinariamente y de cuya cabeza existía una reproducción en Bolonia.

– A la Exposición Universal de Chicago concurrirán, entre otros de nuestros artistas de la colonia española de Roma, Mariano Benlliure con su grandioso monumento á Gayarre, Villegas con sus celebrados cuadros *La muerte del torero* y *El triunfo de la Dogaresa*, Querol, Pradilla, Vallés, Tusquets y Alvarez con algunas de sus más notables creaciones.

– Dos nuevos Museos acaban de fundarse en Grecia, uno en Tanagra y otro en Livadia.

– En el ministerio de colonias de Portugal se han hallado cuatro magníficos tapices, que si bien no ostentan fecha ni firma, supónese pertenecen á los primeros años de la pasada centuria. Los asuntos representados son: el proceso de Marco Aurelio, su coronación, una de sus batallas, y por último su retrato y el de su esposa Faustina. Por disposición del Gobierno portugués han pasado á formar parte del Museo Nacional.

– El Papa ha ordenado la construcción de un gran convento ó colegio de benedictinos que se alzará en el monte Aventino: el terreno para ello adquirido ocupa un área de 50.000 metros cuadrados, de los cuales serán edificados 10.000. El proyecto de la obra es del benedictino P. Hildebrando y la ejecución del mismo correrá á cargo del arquitecto Vespignani. La suma destinada á esta construcción es de cuatro millones de pesetas y en su mayor parte ha sido recaudada por los benedictinos de todo el mundo, especialmente por los húngaros.

– En la asamblea últimamente celebrada por la Asociación de Artistas de Munich se ha dado cuenta del resultado de la última Exposición internacional de Bellas Artes: de los datos presentados resulta que la nación que más cuadros ha vendido en proporción al número de los enviados ha sido España, pues de 51 expuestos se vendieron 19, es decir, el 38 por 100, al paso que para los de Munich, que es la agrupación que le sigue, esta proporción no llega al 20 por 100. El producto de todas las ventas ha sido de 766.200 pesetas.

Por lo que pueda interesar á nuestros artistas copiamos á continuación los principales acuerdos que para las sucesivas Exposiciones se adoptaron. El certamen se inaugurará el 1.° de junio y en él sólo se admitirán de un mismo autor tres obras de igual género: la dirección residirá en el comité de la Asociación; el Jurado, en vez de 24 jurados y 16 suplentes, se compondrá de 40 de los primeros, de los cuales se considerarán suplentes los 16 que hayan obtenido menos votos; los presidentes y el secretario del Jurado no podrán ser elegidos entre los suplentes; el Jurado sólo intervendrá en la admisión, colocación y premio de las obras, correspondiendo al citado comité las invitaciones que se dirijan á los artistas, los cuales deberán enviar sus obras por conducto del mismo.

Teatros. – En breve se estrenarán en Madrid: en el teatro de la Princesa el drama de Sardou *Thermidor*; en la Zarzuela, una en tres actos, *La bala del rifle*, letra de D. Federico Jaques y música del maestro Chapí; y en Parish, *La Santa Cecilia*, zarzuela en tres actos, letra de los Sres. Granés y Navarro, música de Rubio y Taboada.

– *La familia Pontbiquet*, comedia en tres actos de Alejandro Bisson, estrenada en el teatro del Vaudeville, de París, ha obtenido un éxito satisfactorio, manteniendo en constante hilaridad al público, que es todo lo que puede exigirse en producciones de la índole de la misma.

– En el Gimnasio de París se ha estrenado la comedia en tres actos de MM. Blum y Touché *Le monde où l' on flirte*, en la que, como en tantas otras obras de su género, se fía el éxito más que á la acción á la *mise en scene*, convirtiendo en accesorio lo que debiera ser principal y viceversa. La obra ha llamado la atención por los trajes y las decoraciones; en cuanto al argumento y á su desarrollo no han despertado ningún interés.

– La ópera de Mascagni, *El amigo Fritz*, se representará en breve en el teatro Metropolitano de Nueva York, cantando la parte del protagonista el tenor Eduardo de Reszke.

– En el Teatro Romea de esta ciudad se ha estrenado con satisfactorio éxito un drama en catalán, en tres actos, titulado *Ateos y creyents*, original del aplaudido autor D. J. Bordas.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Alberto Wolf, alemán de origen, pero francés de corazón desde su juventud y naturalizado en Francia después de la guerra franco-prusiana; fué secretario de Dumas padre, tradujo al alemán varios dramas de Dumas hijo, comenzó su carrera periodística en *Le Fígaro* como colaborador hebdomadario,



ALBERTO WOLF, notable escritor y crítico francés (De una fotografía de Chabot, de París.)

escribió luego en *Le Charivari* y en *L' Evenement*, pero al fin volvió al *Fígaro*, en donde fué crítico artístico primero y á la muerte de Vitu, acaecida hace poco tiempo, crítico teatral. Sus críticas artísticas le conquistaron gran notoriedad, y como crítico de teatros su claro criterio le colocó entre los maestros del género.

El cardenal Sinconi, prefecto de la Congregación romana *De propaganda fidei*, que es una de las más importantes de la corte pontificia.

El almirante Peyron, una de las más importantes figuras de la marina francesa: fué ministro en 1883, en el gabinete Ferry, y durante su ministerio hiciéronse los principales esfuerzos en la lucha entablada en el Tonkín; el Senado para recompensar sus servicios nombróle Senador inamovible.

Ernesto Guillermo Brücke, eminente fisiólogo, profesor de Fisiología de la Universidad de Viena, miembro de la Academia de Ciencias de dicha ciudad, autor de importantes obras de anatomía y fisiología. Nació en Berlín en 1819.

Luis Alfonso, distinguido literato, director que había sido de *La Dinastía*, de Barcelona, y redactor de *La Epoca*, de Madrid: entre los libros que deja escritos merecen especial mención su estudio sobre *Murillo* y sus *Cuentos raros*; como crítico artístico gozaba de merecida reputación por su claro criterio y por la imparcialidad de sus juicios, que exponía siempre en elegante y castizo estilo.

M. Quatrefages, una de las más grandes figuras científicas de nuestro siglo, Doctor en Medicina y Ciencias, cultivó especialmente las ciencias naturales y desempeñó la cátedra de Zoología de las facultades de Ciencias de Tolosa y París y la de Antropología y Etnología del Museo de Historia natural. Era miembro del Instituto de Francia y de la Academia de Ciencias y escribió multitud de importantísimas obras científicas. Ha fallecido á la edad de ochenta y dos años.

Varia. – En los talleres del ferrocarril *Great Eastern*, de Stattford, se ha realizado un verdadero *tour de force* montando y pintando en diez horas una locomotora con seis ruedas acopladas para tren de mercancías con su ténder de tres pares de ruedas: las distintas é innumerables piezas de que estas máquinas se componen se fabrican cada una en taller especial, siendo luego enviadas al departamento de montaje. De la precisión con que se construyen es prueba el hecho de que damos cuenta, pues si fuese necesario retocarlas, hubiera sido imposible realizarlo. La máquina hizo en seguida su primer viaje de prueba y desde entonces no ha cesado de funcionar.

– El Consejo municipal de la ciudad de Thun (Suiza) ha deliberado hace algunos días sobre un asunto sumamente curioso: se trata de una cuenta de sastre que en 1501 dejó de satisfacer el emperador Maximiliano I y que ahora solicitan los herederos de aquél que les paguen los sucesores de éste, habiendo para ello pedido la intervención del Consejo.

– Edisson ha pedido 35.000 pies cuadrados para su instalación en la Exposición de Chicago, es decir, la séptima parte del área total del Palacio de la Electricidad, manifestando al jefe de esta sección que en esta exposición piensa ejecutar la hazaña de su vida. «Pido mucho espacio, díjole, es cierto; pero necesito hasta la última pulgada y presentaré la serie de invenciones eléctricas más interesante que se haya visto hasta el día.» Y sabido es cómo cumple Edisson sus promesas por aventuradas que parezcan.

NUESTROS GRABADOS

El vestido nuevo, cuadro de A. Laussheimer. – Se acerca la fiesta de la Virgen, patrona del convento, y una de las más nobles preocupaciones de las buenas monjas es la de que la imagen que en su altar mayor se venera aparezca á los ojos de los fieles vestida con toda la riqueza que á su excelsitud corresponde. Para ello es preciso hacer un traje nuevo, una vestidura de gala, pues todas las que en el ropero se conservan parecen poco cada vez que de una nueva solemnidad se trata, y una de las hermanas se encarga de esta tarea, que ejecuta con todo el amor, con toda la atención que merece cuanto con la Reina de los cielos se relaciona.

Tal es el asunto que reproduce la notable pintura de Laussheimer, y fuerza es confesar que su pincel ha sabido imprimir en la figura de la religiosa los rasgos característicos que expresan la situación especial de su ánimo, movido por los sentimientos antes indicados.

Segando hierba. – Pavera. – La pastorcita. – La familia menuda, cuadros de D. Luis Graner. – Si al cabo de laboriosos afanes ha logrado la literatura catalana reconquistar el honroso lugar que le correspondía entre las que constituyen la nacional, quizás no está lejano el día en que la modernísima escuela pictórica alcance análogos resultados.

Luis Graner, que forma parte de ese grupo de artistas que tanto honran á la catalana región, cultiva el arte con verdadero entusiasmo, complaciéndose en vencer los escollos que en la ejecución pueden ofrecerle los contrastes de tonos, tipos y situaciones. De ahí que se observe en la mayoría de sus cuadros el resultado de atentos estudios y que se adivine en ellos la voluntad firme y decidida del artista que se propone lograr su reputación á costa de prolija labor y del estudio del natural. Los efectos de luz, la reunión de diversos tipos, las escenas en donde el artista procura hallar representaciones gráficas de las pasiones que dominan al hombre de las últimas clases sociales, los abigarrados conjuntos en los que se hallan unidos lo delicado con lo grosero, lo vulgar con lo correcto, han servido á Graner de asunto para sus composiciones, que llevan marcado en sí el sello de un noble empeño y el de su recomendable laboriosidad.

Una nueva fase, un nuevo aspecto ofrecen los nueve lienzos que recientemente expuso en el Salón Parés. En ellos descúbrese al excelente paisista, tan hábil en los luminosos reflejos y en las francas tonalidades al aire libre, como antes demostró ser un colorista en los interiores y en las cabezas de estudio. Variados son los asuntos de los nueve cuadros y distintos los procedimientos. En todos ellos hay delicadeza de tonos, sobriedad en el color y extraordinaria fidelidad.

Prosiga Graner por tan segura senda, en la que ha de recoger ventajas y aplausos tan sinceros y espontáneos como el que desde luego le tributamos.

Palacio Real de Barcelona (en construcción), **composición y dibujo de D. Nicanor Vázquez.** – En el mismo lugar en donde Felipe V levantó la Ciudadela, testimonio de su dominación y del triunfo logrado sobre los catalanes, el Ayuntamiento de Barcelona, después de haber destruído la fortaleza, convirtiendo en jardines y parque lo que antes fueron baluartes, celebró la primera Exposición Universal que en España ha tenido lugar, surgiendo del recuerdo de la guerra la gran fiesta de la paz. Y cual si el noble pueblo catalán no creyera haber llenado por completo su gran empeño, reservó para residencia de los reyes el más vasto edificio de cuantos limitaban la gran plaza de armas.

Difícil empresa era la de transformar en palacio lo que antes fué cuartel, por más que la índole del edificio, su sólida construcción y la bondad de sus materiales ofrecieran ciertas ventajas; pero el arquitecto municipal, D. Pedro Falqués, ha sabido inteligentemente convertir en suntuosos salones y riquísimas cámaras lo que ayer fueron dormitorios de nuestros soldados, logrando además reunir las manifestaciones de la industria y de la producción nacional. Desde el delicado onix que cubre los pedestales del salón del trono, á las columnas de serpentina y los arrimaderos de mármol rojo que decoran el salón central, y el mármol blanco, gris ó negro que hábilmente combinado con el hierro, el bronce y la caoba, forman el techo de las reales cámaras, todos proceden de las canteras de varias regiones de la península y los trabajos han sido ejecutados por artífices catalanes. Nueve cámaras y salones están terminados; falta embellecer todavía mayor número y ejecutar por completo la reforma ó transformación exterior del edificio. Cuando esto suceda, creemos que será una de las más suntuosas residencias de nuestros monarcas y la más bella por su situación, ya que se alza en el centro del Parque, á la vez que una manifestación de la pujanza y desarrollo de nuestras artes é industrias.

De algunos detalles del edificio pueden formarse perfecta idea los lectores por la composición de nuestro inteligente colaborador Sr. Vázquez.

¿Quieres ser mi modelo? – ¡Valientes críticos! – Una escuela modelo. – Niños húngaros cantando (fotografías directas de C. A. Krall, Marta Philip y Bernardo Graul, premiadas en un concurso recientemente celebrado en Alemania). – Los progresos en el arte fotográfico realizados de algunos años acá son evidentes y débense en gran parte, no sólo al perfeccionamiento de las máquinas y de los ingredientes y materiales utilizados, sino á la afición general que se ha desarrollado hacia este medio de reproducción y que han fomentado y estimulado las iniciativas particulares y los públicos certámenes. Uno de éstos acaba de celebrar una acreditada revista alemana, á cuyo llamamiento han acudido aficionados de las más apartadas regiones del globo, enviando 1.177 fotografías. Entre las que han merecido premio, figuran las cuatro que publicamos y que fácilmente podrían tomarse por reproducciones de cuadros notables, tal es el sello artístico que á todas caracteriza. Este es indudablemente el verdadero progreso conseguido por los fotógrafos, así los de profesión, como los aficionados; antes limitábanse á reproducir lo que veían; hoy se dedican á estudiar lo que reproducen, y el esfuerzo por obtener algo realmente bello aguza su ingenio y despierta en su alma sentimientos de verdadero artista, produciendo esa labor resultados tan valiosos como los que se advierten en las cuatro fotografías antes indicadas.

La fiesta de las rosas en Roma á fines del siglo XVIII, cuadro de Julio Rosati. – La escena pasa en aquellos tiempos en que bajo los papas Gregorio XIV y Pío VI la Iglesia romana hacía ostentación de su magnificencia en la Ciudad Eterna: la nobleza y el pueblo se confundían en las brillantes ceremonias religiosas y el más acendrado fervor contribuía poderosamente á aumentar el efecto imponente de tales esplendores.

Desde cualquier punto de vista que se considere, el lienzo del celebrado pintor italiano Julio Rosati resulta una obra maestra: la ejecución de cada una de las figuras, su artística agrupación, la decoración del cuadro, los primorosos detalles á manos llenas prodigados, y sobre todo el ambiente religioso que flota en toda la composición, pero especialmente en el grupo de los celebrantes y de las jóvenes que aportan sus rosas al altar de María, son cualidades que revelan al artista de genio cuyo dominio de la técnica del arte le permite acometer y vencer las mayores dificultades.



Después, abriendo un cajón, sacó de él un pañuelo de algodón... (pág. 45)

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. – ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

El viento había comenzado á soplar con fuerza, y era más que fresco hasta en aquel retirado jardín; el corregidor tosió, su amigo el señor Woods hizo un movimiento de impaciencia, y hasta Pablo se interrumpió un instante.

– ¡El coronel Pendleton! ¡Oh!, exclamó Hierba, juntando las manos en tono de súplica, dígame usted todo cuanto sepa acerca de él.

Pablo miró á la joven con expresión de agradecimiento, seguro aquella vez de que su emoción no era fingida.

– ¡Ah, sí!, dijo el corregidor, recuerdo que ustedes dos eran curadores; pero me parece que el coronel se halla ahora en una situación crítica. No ha vuelto á reponerse nunca desde aquel disgusto por la cuestión del Banco.

– ¡Oh! Esto será asunto de una investigación legislativa, y seguramente se auxiliará al coronel, repuso Pablo con tono protector.

Y volviéndose hacia Hierba, continuó:

– Mucho siento verme obligado á decir á usted que la salud del coronel no es nada buena, y que esto le obliga á guardar cama. Traigo una carta de él y un mensaje para usted.

Y miró á la joven con cierta expresión que parecía decir claramente: «No podré dársela hasta que estemos solos.»

– ¿Y cree usted que se extenderá un acta..., comenzó á decir el corregidor.

– Lo que creo, caballero, contestó Pablo, es que yo y mis amigos hemos cansado ayer demasiado la paciencia de estas dos señoritas hablando de política y de leyes. Debo aprovechar el tren de San Francisco que sale á las seis de la tarde, y ya he perdido el tiempo por no haber encontrado antes á la señorita Hierba. Permítame usted, pues, señor corregidor, que hable con ella unos momentos, puesto que tengo pocas ocasiones de hacerlo, mientras que usted puede verla diariamente.

Así diciendo, Pablo se colocó junto á Hierba y Matilde, y comenzó á dar cuenta, con alguna exageración sin duda, del recibimiento que había merecido de la superiora y de las dudas de ésta acerca de la identidad de Pablo con la persona á que Pendleton se refería en su carta de introducción.

– Confieso que me inquietó, continuó Pablo, al decirme que yo no podía tener más de diez y ocho años cuando se me nombró curador, y que á esta edad le necesitaría yo mismo tanto como usted. Creo que solamente el temor de que se me probase una impostura indujo á la superiora á permitirme buscar á usted.

– ¿Pero por qué razón le nombraron á usted curador?, preguntó Matilde. ¿No se conocía á ninguna otra persona de más edad para confiarle semejante cargo?

– ¡Oh! Entonces nos hallábamos en los primeros tiempos de California, contestó Pablo con cierta expresión de gravedad, al ver que Hierba le miraba fijamente; y sin duda en aquella época parecía tener yo más inteligencia y edad de las que tenía realmente. En fin, recuerdo poco de todo esto; y tal vez se me eligió por casualidad.

– De todos modos, replicó Matilde, que parecía haberse encargado de dirigir la conversación, el hecho tuvo algo de romántico y poético. Me parece curioso que un joven de diez y ocho años, como quien dice un muchacho, fuera curador de una niña. ¡Dos niños teniendo que cuidar el uno del otro! Supongo que en aquel entonces no habría aquí mujeres.

– Sí que las había, dijo Hierba precipitadamente, mirando á Pablo con expresión interrogadora. Los últimos emigrantes que llegan aquí, siempre creen que antes de ellos no había nada en este país. En cuanto á lo de que nos cuidáramos uno de otro, añadió la joven con cierta expresión de coquetería, en la que se adivinaba un ligero tinte de amargura, me parece que el caballero Hathaway tuvo á bien separarse muy pronto de mí.

– Sí, señorita, repuso Pablo, pero fué para dejar á usted en mejores manos que las mías, y creo que lo habrá reconocido así ya, pues instintivamente ha dispensado sus simpatías al coronel Pendleton. Si le hubiera usted conocido mejor, ahora sabría que su inclinación era bien fundada. El principal defecto del coronel á los ojos de nuestros amigos consiste en que les recuerda sus faltas y cosas que quisieran olvidar... Pero ¡ah! permítame usted entregarle la carta, pues tal vez quiera leerla ahora, por si acaso debo dar alguna contestación. La señorita Matilde Woods y yo hablaremos entretanto.

Al pronunciar estas palabras, Pablo sacó de su cartera la misiva del coronel y entregósela á Hierba.

En aquel momento las dos jóvenes y su acompañante llegaban á la extremidad de una alameda, donde se veía un pintoresco pabellón casi del todo cubierto de enredaderas, tanto que más bien parecía un gigantesco ramo de flores. El corregidor y su amigo se habían quedado atrás y conversaban animadamente.

– Si lo permites, voy á decir algo á mi tío, dijo de pronto Matilde á su amiga, cambiando con ella una mirada de inteligencia; así podrás hablar mejor con el señor Hathaway sobre el asunto que te preocupa, y además como hace tanto tiempo que no te ha visto, sin duda tendréis mucho que hablar.

Pablo se sonrió al ver á la joven alejarse presurosa, y entretanto Hierba, penetrando en el pabellón, sentóse en un rústico banco y comenzó á leer la carta. Pablo, apoyándose en un lado del arco que formaba la entrada, miraba tan pronto á la joven como á Matilde, que acababa de reunirse con su tío.

Hathaway estaba algo excitado en aquel instante sin saber á punto fijo la causa de ello, aunque en cierto modo podía atribuirlo á la circunstancia de no haber encontrado á Hierba en el convento y verse



El jardín del Rosario

obligado á justificarse á los ojos de la superiora por lo que él consideraba como un servicio de su parte. También se decía que su persistencia en buscar á la joven era más bien un acto agresivo contra los adversarios del coronel, que no el empeño ó secreto deseo de ver á la señorita Hierba, por más que reconociera su hermosura.

La joven había leído rápidamente la carta, que contenía varias cifras y una especie de cuenta, y dejóla en el banco con cierta indiferencia.

– Supongo que todo está corriente, dijo á Pablo, y así podrá usted manifestárselo al coronel, quien me explica la razón de haber transferido mi dinero á manos de un agente de Rothschild después de retirarlo del Banco. No veo en qué puede interesarme eso *ahora*.

Pablo no dudó que aquella transferencia era la misma que había costado al coronel la pérdida de su fortuna así como la amistad de sus amigos, y en consecuencia no pudo menos de contestar con cierta acritud:

– Pues yo creo, señorita, que debería interesarle á usted. Ignoro lo que el coronel explica en esa carta; pero seguramente no habrá dicho toda la verdad, porque no es hombre que tenga la costumbre de alabarse. Lo cierto es que el Banco se hallaba en grandes apuros cuando se trató de efectuar esa transferencia, y para conseguirla el señor Pendleton sacrificó cuanto poseía, atrayéndose con esto alguna mala voluntad.

Pablo se detuvo, reconociendo que había ido demasiado lejos en su explicación y que perdía el dominio sobre sí, sorprendiéndole al mismo tiempo que la ignorancia de la joven, muy justificable, le hubiese irritado.

Pero Hierba no había hecho aprecio de las palabras de su interlocutor, ó sin duda no comprendió su alcance, pues contestó con cierta precisión que parecía estudiada:

– Sí, supongo que para el coronel habrá sido un grave disgusto dar lugar á que se sospechara de su buena fe y se creyera que trataba de apropiarse la fortuna que se le había confiado, abusando del secreto de que se hizo partícipe.

Pablo miró con expresión de asombro, preguntándose si aquello era ignorancia ó sospecha; pero Hierba, cambiando de tono con infantil volubilidad, no le dejó tiempo para reflexionar.

– El coronel me habla de usted en esa carta, dijo, fijando en su interlocutor una mirada de simpatía.

– Pues entonces, ya comprendo por qué no le ha interesado á usted la misiva, repuso Pablo, muy satisfecho de que cambiara así el giro de una conversación que le parecía peligrosa.

– Sí, añadió la joven, habla de usted en términos muy lisonjeros, tanto que el coronel me parece ser otro de sus admiradores. En el salón de la Puerta de Oro pude convencerme ayer de que tenía usted bastantes, y seguramente no podrá quejarse por falta de importancia; pero si he de hablar con franqueza, debo decirle que ayer experimenté algún resentimiento contra usted, aunque sin explicarme la causa.

– Y con mucha razón, replicó Pablo, porque sin duda estaba insufrible. Por mi parte, confieso que también á mí me picó un poco que fuera usted objeto de idolatría para aquellas jóvenes que la rodeaban, tributándole tantas lisonjas.

Por lo regular, cuando un hombre y una mujer jóvenes llegan á cierto punto en sus confidencias, comunicándose sus mutuas impresiones, lo natural es que se establezca un lazo de simpatía; pero Pablo no sintió ninguna emoción, y las palabras de Hierba no fueron las más propias para producirla.

– A pesar de todo, dijo, hay en esa carta una decepción para mí, y es que el coronel me dice que usted no sabe nada respecto á mi familia ni al secreto de mi existencia.

Esta vez Pablo estaba ya muy sobre sí, y sostuvo con calma la mirada interrogadora de la joven.

– ¿Cree usted, contestó, que el coronel lo sabe?

– Claro es que sí, repuso Hierba precipitadamente. De lo contrario, ¿cómo suponer que se haya sacrificado, como usted dice, sin motivo alguno? Acaso haya temido también las consecuencias, añadió la joven, recalcando estas palabras.

Pablo sintió renacer su irritación al oir semejante respuesta, aunque sin saber precisamente por qué, pero disimuló su impresión.

– Difiero de usted en este punto, y no creo semejante cosa; pues sé muy bien que el coronel Pendleton no ha temido nunca nada, ni es hombre que acostumbre á calcular sobre los resultados que pueden tener sus actos. Me parece que obraría lo mismo

con los más altos y los más bajos, con los más poderosos y los más débiles.

Y como Pablo observase que Hierba fijaba en él una mirada penetrante, como si quisiera sondear su corazón, añadió:

—Yo estoy persuadido de que el coronel ha obrado con la mejor voluntad, solamente porque lo hacía en favor de usted.

Al decir esto, sus palabras eran sinceras y hablaba con la simpática expresión y el ademán que á veces le hacían irresistible, sin duda porque le complacía mucho observar que Hierba se interesaba por el coronel Pendleton, mostrándose agradecida á sus servicios. Pablo pensó también que lo que él había tomado en la joven por ironía ó petulancia era tan sólo efecto de la amargura que le causaba no haber podido penetrar el secreto de su existencia; y por otra parte, sus palabras y su manera de expresarse revelaban nobleza de sentimientos.

En aquel momento de abstracción agradable, Hierba, pasando un brazo por la ventana del pabellón, arrancó de su tallo una rosa que estaba á su alcance, y con la cabeza inclinada á un lado, acaricióse una mejilla con la flor fijando en su acompañante una benévola mirada. En aquel momento la joven estaba verdaderamente hermosa.

—Pero seguramente tendrá usted alguna otra cosa en que pensar, señorita, dijo Pablo con acento de convicción. Dentro de pocos meses será usted mayor de edad, y al fin se verá libre de los estúpidos guardianes que tanto la molestan.

Hierba hizo un movimiento tan rápido, que la rosa que tenía en su mano cayó al suelo, y dando un paso hacia Pablo en ademán de súplica exclamó:

—¡Por Dios, caballero Hathaway, no prosiga usted, pues adivino sus palabras antes de que las pronuncie! Ahora iba usted á decirme que con mi riqueza y mis cualidades, con mi hermosura y mis relaciones ya no debo desear más; y también me diría usted seguramente que debe importarme poco un secreto por el cual nada ganaré ni perderé. Estoy oyendo lo mismo todos los días, y cuantas personas hablan conmigo me lo repiten continuamente. Vamos, creí que el joven senador sería más original que los otros.

. . y con ademán imperioso aplicó un dedo á su linda boca como para imponer silencio á su amiga (pág. 45)

—Me reconozco culpable de todas las debilidades de la humanidad, repuso Pablo con vehemencia, comenzando á creer que había sido injusto en sus apreciaciones respecto á la joven.

—Le perdono á usted, añadió Hierba, sólo porque se le ha olvidado decir que si no me agrada el nombre que llevo de Hierba Buena podría cambiarle fácilmente por otro.

—Pues yo creo que á usted le agrada, contestó Pablo, conmovido al oir pronunciar por primera vez aquel nombre con un acento que le pareció tener algo de musical y recordando que él era quien lo había propuesto. Entonces, impulsado por una irresistible simpatía, osó sentarse en el banco junto á la joven, olvidando la gravedad que correspondía á un senador.

—Pero ¿cree usted, preguntó la joven, que ese es mi verdadero nombre?

—Yo no sé... comenzó á decir Pablo, vacilante sobre lo que debía contestar.

—¿Cree usted, continuó Hierba, que puede haber habido alguno tan idiota que me diera el nombre de una planta, ó mejor dicho, de un vegetal?

—Es que..., balbució Pablo.

—¿No le parece que semejante nombre es ridículo é impropio para una persona, sea quien fuere? Por poco que reflexione, no podrá menos de reconocer que tengo mucha razón de quejarme.

Pablo tenía suficiente dominio sobre sí, y no le faltaba habilidad para contestar á su contrario en cualquier debate; pero estaba tan convencido de que las quejas de la joven eran fundadas, que no supo responder al pronto, y arrepintióse sinceramente de su ligereza al proponer, años antes, aquel nombre tan impropio.

—Confieso que tiene usted razón, dijo al fin; pero el hecho es que ese nombre fué el que se consignó en la escritura... es decir, lo supongo así, añadió, corrigiéndose precipitadamente.

—Bien hace usted en suponer, porque no podría probar lo que dice, pues la única copia que había de la escritura no se ha encontrado entre los papeles del difunto corregidor. Hierba Buena no es más que una parte de mi nombre, del cual se ha perdido sin duda la primera.

—¿Parte del nombre?, repitió Pablo con inquietud.

—Sí, repuso la joven; ese nombre es el de la isla que se halla más allá de la bahía, y no se refiere á la planta. Dicha isla era parte de la propiedad de mi familia, los Argüelles, según se puede ver en los registros, y yo me llamo Argüelles de la Hierba Buena.

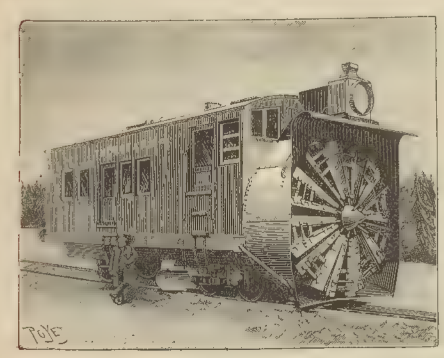
Imposible sería expresar el tímido, aunque triunfante acento de convicción con que la joven pronunció estas palabras. Un momento antes Pablo habría creído difícil conservar su gravedad al oir estas palabras; pero de pronto ocurrióle que tal vez Hierba sospechaba la verdad. Recordó de improviso que los Argüelles, antigua familia española, fueron los primeros poseedores de la isla de Hierba Buena, y que durante algún tiempo circuló el rumor de que uno de ellos había escapado de Monterrey con la mujer del capitán de un buque americano. La historia legendaria de los primeros días de California estaba llena de incidentes más notables aún, que en aquel tiempo apenas llamaban la atención. Tal vez, pensó Pablo, los amigos de los Argüelles se enorgullecerían al reconocer y recordar en la heredera americana una descendiente de sus compatriotas. Todas estas ideas cruzaron rápidas por su mente después del primer momento de sorpresa, y entonces preguntóse qué datos podía haber obtenido aquella niña de diez y siete años para dar semejante explicación.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS GRANDES QUITANIEVES ROTATORIAS EN AMÉRICA

Los ferrocarriles americanos han de cruzar á veces en las Montañas Roquizas por sitios donde la nieve,


Fig. 1. Vista en conjunto de la nueva quitanieve americana *Rotary*

amontonada en cantidades de que no podemos formarnos idea, cubre la vía en un espesor á veces de muchos metros, haciendo imposible toda circulación durante algunos meses si no se encuentra medio de separarla; y como aquellas regiones están desiertas, preciso es que el tren por sí solo pueda abrirse paso.

Las quitanieves comunes en Europa no sirven en aquellos parajes, pues la nieve cuando alcanza una altura algo apreciable se acumula en los lados y ejerce pronto una reacción superior al impulso de la máquina, la cual puede encontrarse imposibilitada de avanzar y aun de retroceder por haber caído aquélla nuevamente sobre la vía detrás del tren. Para salvar este inconveniente es necesario arrojar la nieve á cierta distancia, y de aquí el empleo de las quitanieves rotatorias que, movidas por una máquina de vapor especial, cortan la nieve con sus paletas giratorias y la lanzan lejos por la acción de la fuerza centrífuga.

La primera quitanieve rotatoria, que figuró en la Exposición de los ferrocarriles de Chicago de 1883, era un enorme tornillo de Arquímedes que podía limpiar capas de nieve de dos metros de altura arrojándola á 18 metros á cada lado de la vía. Este tipo ha sido abandonado, pues en la práctica no dió grandes resultados.

En marzo de 1890, la Compañía del *Pacific Sud* ensayó en las líneas de Sierra Nevada otro aparato de tornillo, denominado *Cyclone*, que tampoco resultó satisfactorio.

En vista del poco éxito de estos aparatos, que procedían por excavación, se acudió á los rotatorios de paletas giratorias que, como aquéllos, fueron ideados por Mr. Jull, de Orangeville (Canadá), especialista en esta clase de máquinas.

Las quitanieves rotatorias están muy extendidas en América, en cuyas principales líneas funcionan; uno de los primeros tipos de estas máquinas llevaba delante una rueda vertical portahojas, detrás de la que había dispuesto un ventilador de hoja, instalado en una caja circular con una abertura en la parte superior por donde salía la nieve.

Pasemos ahora á describir algo más detalladamente otra quitanieve de un tipo algo distinto, conocida con el nombre de *Rotary*, que parece haber dado resultados completamente satisfactorios en los ensayos ha poco verificados en las líneas Unión Pacífico y Sud Pacífico.

La figura 1 representa la vista en conjunto de este aparato y la figura 2 la sección del mecanismo: en ésta se ve también la rueda vertical portahojas de la máquina Jull, pero en ella las hojas van puestas sobre paletas en forma de embudos que á modo de radios arrancan del centro de la rueda. Estas paletas arrancan la nieve y la arrojan directamente al exterior por su propio movimiento de rotación, sin intervención de ventilador, para lo cual están formadas por planchas de palastro arrolladas en cucurucho que constituyen conos rectos, cuyo eje está inclinado sobre la vertical de un ángulo igual á la semiabertura. La generatriz posterior fijada en el disco giratorio presenta una inclinación doble y la anterior es casi vertical; cada embudo presenta á lo largo de esta última generatriz una hendidura de cierta anchura que puede ser cerrada por dos hojas cortadas en bisel y movibles con charnelas alrededor de los bordes de aquéllas. Las hojas vecinas de dos paletas sucesivas están conjugadas de dos en dos por barras de conexión, de modo que una de las dos hojas de una misma paleta se presente abierta con su filo dispuesto á cortar por efecto del movimiento de rotación, mientras la hoja opuesta está cerrada. Para aliviar las charnelas, las hojas descansan sobre unos apoyos que de esta suerte soportan el esfuerzo transmitido por la reacción de la masa de nieve.

Así se explica la manera como se efectúa el trabajo de estas paletas: cuando el disco se pone en movimiento, las hojas en bisel que se presentan por el lado del filo cortan la masa con un movimiento helizoidal y obligan á la nieve á penetrar por la hendidura abierta. Digamos de paso que la rueda de paletas va encerrada en una caja abierta por delante. De este modo la nieve se acumula en las paletas y es expulsada por la fuerza centrífuga cuando éstas llegan, en su movimiento de rotación, á la parte superior del disco; la abertura practicada en la jaula que encierra la rueda lleva un dispositivo que permite lanzar la nieve á uno ú otro lado de la vía. Merced á la forma inclinada de las paletas, los copos que no son expulsados caen en la vía sin perjudicar el funcionamiento de la máquina y evitando que aquéllas se obstruyan.

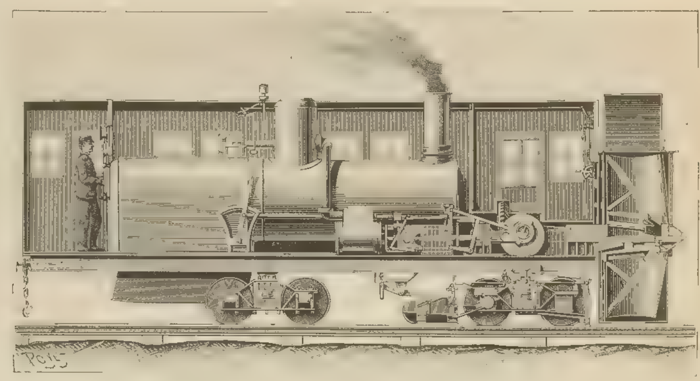
El maquinista va en un camarote que abarca el conjunto del mecanismo (fig. 2), vigila la vía y dispone de una palanca que le permite regular el sentido de rotación de la rueda y dirigir la nieve á un lado ó á otro de la vía, según las condiciones del terreno.

El impulso comunicado por la rotación del aparato es tal, que la nieve, lanzada á grande altura, va á caer á una distancia de 15 á 20 metros (fig. 3).

Esta máquina limpia la vía, pero no los rieles, y por esto lleva el complemento de un cortahielo y un raspador de nieve, colocados aquél delante de la primera rueda y éste inmediatamente después de la segunda y guiados por un pistón de vapor que el maquinista pone en movimiento desde su plataforma; unos muelles colocados en las barras de suspensión les permiten levantarse cuando encuentran un obstáculo rígido, pero conviene que el maquinista los levante por sí mismo cuando se acerca á una aguja ó á un cruce para evitar desperfectos en la vía.

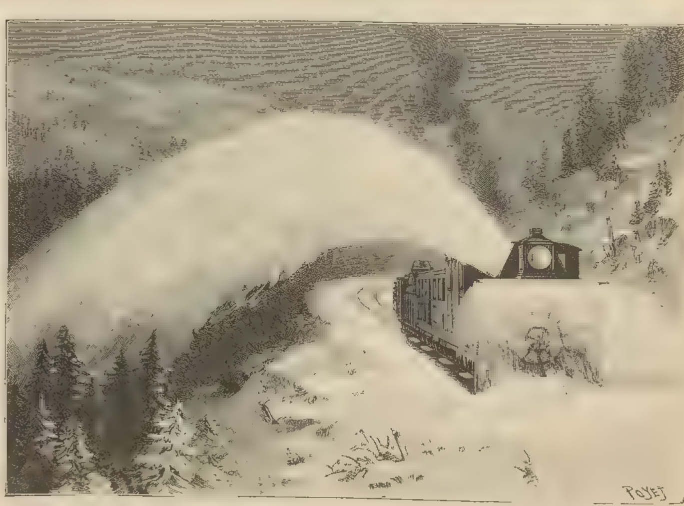
Como hemos dicho antes, la quitanieve *Rotary*, cuyas principales disposiciones hemos descrito, ha dado, según parece, resultados muy satisfactorios en las distintas pruebas que con ella se han verificado.

En abril de 1890 la Compañía Unión Pacífico ensayó la máquina en las inmediaciones del túnel del Alpino, entre Denver y San Elmo, en trayectos de vías en curva de muchos kilómetros de longitud, cubiertas de una capa de nieve de dos metros de espesor y tan compacta que en algunos puntos había en la superficie 10 centímetros de hielo. El aparato era empujado por dos y á veces por cuatro máquinas, pero la travesía pudo verificarse en condiciones satisfactorias y sin desperfectos.


Fig. 2. Mecanismo de la quitanieve *Rotary*

Estos resultados fueron confirmados por los que se obtuvo en el Sud Pacífico, en Sierra Nevada.

(De *La Nature*)


Fig. 3. La quitanieve *Rotary* funcionando. (De una fotografía instantánea.)

¡¡¡EL LIBRO DE LA FAMILIA!!!

LA
SAGRADA BIBLIA
TRADUCIDA DE LA VULGATA LATINA AL ESPAÑOL
POR
D. FÉLIX TORRES AMAT
DIGNIDAD DE SACRISTÁ DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BARCELONA, OBISPO DE ASTORGA, ETC., ETC., ETC.
revisada por el Rdo. Dr. D. José Ildefonso Gatell, cura párroco de la parroquia Mayor de Santa Ana de Barcelona

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

EDICIÓN POPULAR
á 10 céntimos la entrega

Ilustrada con más de MIL grabados intercalados en el texto, que reproducen fielmente los sitios á que se hace referencia en el sagrado texto, monumentos, antigüedades, plantas, animales, etc., sacado todo de fuentes auténticas, y aumentada esta colección con CUARENTA láminas sueltas, comprendiendo mapas, cromos y láminas en negro de indiscutible mérito.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

Nuestra *edición popular* de la SAGRADA BIBLIA forma tres tomos profusamente ilustrados.
El precio de cada entrega, de 16 columnas de texto, será el de
¡¡10 céntimos de peseta!!
repartiéndose GRATIS las referidas 40 láminas.
La obra se repartirá en cuadernos de á DOS REALES. Esta edición contiene el texto latino.


Arco llamado del *Ecce-homo*, ó de Pilatos, en Jerusalén
(copia de una fotografía)

Se vende también encuadernada con tapas de tela y dibujos alegóricos, lomo de piel, al precio de 40 pesetas, pagadas á plazos mensuales.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61. París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Diputación, 358, Barcelona

EL ESCULTOR CIEGO

MR. JUAN MARCHAND MUNDY

Existe en Tarrytown (Estados Unidos) un escultor ciego que acaba de terminar una admirable estatua de Wáshington Irving un tercio mayor del tamaño natural. Si exceptuamos al escultor francés Dantan, no se encontrará otro ejemplo de este género.

Juan Marchand Mundy, que así se llama el artista, nació cerca de Nuevo Brunswik en 13 de mayo de 1832, pero en edad muy temprana lleváronlo sus padres á Geneva (Nueva York). Desde muy niño mostró decidida afición y notables aptitudes para el arte, y á los veintidós años, sin tomar de nadie consejo, marchó á Nueva York resuelto á consagrarse á una profesión que había despertado sus ambiciones desde su más tierna infancia, y encontró ocupación en un taller de marmolista, donde se esculpían principalmente piezas ornamentales de arquitectura. Su habilidad en el manejo de los útiles de aquel oficio hízose patente desde luego, y á la segunda semana pudo ejecutar los más delicados trabajos que en aquel obrador se hacían.

Por aquel entonces Mr. Mundy no era ciego todavía, pero los síntomas de la enfermedad empezaban ya á manifestarse. En la primavera de 1854 entró en el estudio del escultor Enrique K. Brown, de Brooklin, con quien estuvo siete años; durante este período su vista fué debilitándose, haciendo temer la próxima ceguera, por lo que su familia y sus amigos le instaron á que abandonase la escultura, á lo que él se negó resueltamente.

El primer encargo de una obra en mármol se lo hizo la asociación *Alfa, Delta, Phi*, de Ginebra, confiándole la ejecución del busto de su presidente, el Dr. Hale. A poco se estableció en Rochester, donde permaneció veinte años; allí modeló algunas de sus mejores esculturas, *El segador*, *El peregrino* y *Colombia* y gran número de retratos.

En 1883 quedó completamente ciego del ojo izquierdo y una catarata obscureció la poca vista que le quedaba en el derecho, y á fines de 1885 se retiró al lado de una hermana suya que vivía en Tarrytown; pero poco amante de la inacción y sintiéndose impulsado por sus nobles aspiraciones, consagróse de nuevo al trabajo, aprovechando la coyuntura de haberse de modelar una estatua que completara el monumento dedicado por los veteranos del gran ejército á sus compañeros. Esta obra, que ejecutó valiéndose principalmente del tacto, fué inaugurada en 1890.



El escultor ciego norteamericano Mr. Juan Marchand Mundy modelando la estatua de Wáshington Irving

Entonces se consagró á la que él llama la última producción de su carrera artística, la estatua de Wáshington Irving, de quien siempre había sido admirador. Con su exquisito tacto y ayudándose con el recuerdo de los retratos que de aquél viera en otro tiempo, ha conseguido ejecutar una obra que ha sido alabada por los críticos más competentes y que se considera como la mejor estatua-retrato existente de Wáshington Irving.

Hablando con un periodista que fué á visitarle á su taller, decía recientemente: «He trabajado en esta estatua noche y día durante los últimos diez y ocho meses; y digo noche porque ésta es para mí lo mismo que el día. Cuando vengo aquí al anochecer, la única luz que me ilumina es la que de dentro de mí mismo sale. He vivido tanto tiempo con mi obra, conozco tan bien sus menores detalles, que cualquier defecto que haya en ella mejor lo notan los ojos de mí espíritu en la obscuridad más completa que cuando la luz diurna hiere mis pupilas con una sombra luminosa que distrae mi atención.

»¿Quiere usted saber cómo trabajo? Con medidas y con instrumentos toscos. Lo primero que modelé en esta estatua fué el busto y luego la silla en que la figura está sentada; después determiné á qué altura del suelo debía estar la cabeza, base de todos los ulteriores cálculos, lo cual realicé merced al conocimiento exacto de las proporciones del cuerpo humano sentado.

»Voy á explicar á usted cómo modelo una pieza suelta de mi estatua: siéntese usted y cruce las piernas de modo que los pliegues del pantalón caigan naturalmente. Después de haber pasado las manos por esos pliegues y cuando ya tengo idea de ellos, me dirijo á la estatua y palpo los que he ejecutado en el barro: si en éste hay algo equivocado, lo descubro en seguida, no escapándoseme la más pequeña diferencia, la más mínima desigualdad en la superficie.»

Después de haber así explicado cómo por el tacto de lo que le servía de modelo iba modelando el barro, terminó diciendo: «Convencido de que sería la última producción de mi carrera artística le he consagrado toda mi atención noche y día: siempre ha estado presente en mi pensamiento en mis horas de vigilia y se me ha aparecido en sueños. Ahora que está terminada, ha acabado también la obra de mi vida.»

No se sabe aún dónde ha de emplazarse la estatua, pues mientras unos quieren que sea en Nueva York, los habitantes de Tarrytown desean conservar esta obra de arte y colocarla en *Sunny-side*, residencia de Irving, ó en cualquier otro sitio público de la población.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

AÑO XI — BARCELONA 1.º DE FEBRERO DE 1892 — NÚM. 527

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ALBORES DE LA VIDA, dibujo original de Jorge Buchner

LOS FALSIFICADORES DE ANTAÑO

Que no es oro todo lo que reluce en las obras de los alquimistas, pronto se echa de ver leyendo aquellas peregrinas recetas, que por igual los muy notables y los poco nombrados daban á cada punto, y no para transmutar en oro todo linaje de piedras y metales, sino para imitarlo, y la habilidad de algunos creía llegar hasta hacer de modo que ni los mismos artífices que habían de trabajarlo conociesen el fraude.

Al lado de las más peregrinas invenciones, junto á aquellos procedimientos que reconocemos base de la metalurgia y primer esbozo del tratamiento racional de los minerales, mezcladas con teorías muy admisibles, que son á modo de preludio de las nuevas ideas, encuéntranse las más raras extravagancias erigidas en sistema científico, preconizados los más absurdos métodos y sostenidas con verdadera tenacidad las más extrañas ideas acerca de la conversión de los metales en oro. Y de la propia suerte, junto al alquimista sabio, que es el verdadero químico de aquellos tiempos, trabajador incansable, experimentador habilísimo, escrutador desinteresado de los arcanos de la Naturaleza, y cuyo esfuerzo inventa los métodos de lavar las arenas auríferas, la explotación del plomo y de la plata, el bronce, el latón y muchas otras utilísimas aleaciones metálicas, aparecen dos tipos curiosos. Ambos poseen cierta instrucción científica, son iniciados en los raros secretos del arte maravilloso, tienen entrada franca al cerrado palacio del rey, conforme decían de los investigadores de la piedra filosofal; pero uno explotando la ignorancia se finge brujo, nigromante y agorero, cura enfermedades, prepara filtros, traza horóscopos, vaticina sin ton ni son, predice catástrofes y con pompa inusitada anuncia, cercano el año mil de la era, las señales que han de preceder al fin del mundo; es el antropoide del charlatán moderno: es el otro más positivo y cauto; pretendiendo copiar é imitar la maravillosa obra de la Naturaleza, falsifica á diestro y siniestro, y si primero son hermosos vidrios que imitan piedras preciosas y oro bajo que en hojas se aplica sobre los metales y sobre la madera, serán más tarde groseras piedras toscamente coloridas y mezclas absurdas que sólo de oro tienen el nombre. No les van en zaga á los falsificadores de hogaño, aunque los de antaño fundaban su arte en doctrinas científicas antiquísimas, de cuyos principios se originaron aquellas artes de colorir vidrios y hacer lucir en la obscuridad el carbunclo, ó la no menos peregrina operación en cuya virtud la esmeralda adquiría la propiedad de ennegrecerse á la proximidad de los venenos denunciando su existencia.

La falsificación de las piedras preciosas no fué en realidad un fraude. Se pensaba que estos cuerpos habíanse producido en el seno de la tierra, concurriendo tal número de causas que las hacían indestructibles é inalterables. Si alguna de aquellas condiciones faltaba ó se modificaba, entonces la piedra preciosa no dejaba de producirse; pero siendo la labor menos fina, el producto era más tosco y podía de alguna manera alterarse La esmeralda hallábase enteramente comprendida en el caso: conocían la verdadera; pero llamaban esmeralda á los cuerpos naturales que se le parecían en el color y en la forma, y así fué para los alquimistas la malaquita ó carbonato de cobre la falsa esmeralda natural. No podían reproducir la verdadera y la imitaban haciendo la falsa esmeralda artificial, que era un vidrio con tan raro primor colorido que hasta no ha mucho creíanse verdaderas esmeraldas talladas los escasos ejemplares de esta substancia. Fué, pues, creencia muy admitida y verdad declarada que la propia Naturaleza falsificaba sus obras, y así no es de extrañar que los alquimistas poco escrupulosos, creyendo haber sorprendido esta especie de trampa ó fraude de las más bellas y peregrinas piedras, se metiesen á falsificadores, y no contentos fabricando y mal tallando vidrios, diesen en la flor de imitar y falsificar el oro, en todos tiempos tan codiciado y buscado. De suerte que para bastantes de aquellos que á sí mismos llamábanse aptos escrutadores del arte, la transmutación de los metales en oro no fué sueño, sino verdadera realidad, como ahora se saben convertir los productos obtenidos al destilar la hulla en muchas de las cosas que recrean el paladar más delicado, que no distingue en el queso Roquefort el éter caprílico con que se falsifica; cree regalarse con una compota de aromáticas peras y el aroma es de acetato de óxido de amilo; el éter butírico sirve para dar olor y sabor de piña al sorbete que no la contiene, y el vino viejo de Borgoña puede parecerlo siendo joven, gracias á éteres añadidos.

Las falsificaciones de antaño pueden dividirse en dos grupos: inconscientes y conscientes. Hubo gentes de buena fe, hombres de ciencia desinteresados que ó bien creyeron haber dado con el oro, ó bien pensaron que lograran sorprender una de aquellas trampas naturales – llamémoslas así – de la categoría de la originaria de la falsa esmeralda natural. Véase un ejemplo. Sabían que el oro fino y el mercurio se unen en una amalgama, de la que el calor elimina el mercurio, y de aquí dedujeron que sucediendo á todos los metales la misma cosa, cada uno tenía su mercurio particular, el cual mercurio teñido de amarillo con azufre debía dejar oro. Formada la amalgama de estaño, añadido el correspondiente azufre, más sublimado corrosivo y orina ó sal de ella extraída y calentado todo á buen fuego en vasija de vidrio, recogían después de frío el aparato una gruesa capa formada de brillantes y doradas escamas, á las cuales – decían – faltábales sólo para ser oro la consistencia de aquel metal y su absoluta inalterabilidad por el calor, y así llamaron á aquel sulfuro de estaño oro musivo y oro pimente al sulfuro de arsénico. Eran oros imperfectos, como lo fueron los auricalcos ó latones y muchos otros cuerpos. Para esta clase de alquimistas era lo esencial obtener oro sin oro, mediante puras metamorfosis ó transmutaciones; de suerte que no eran falsificadores en la verdadera acepción de la palabra, sino investigadores que no especulaban con sus errores, ni hacían daño alguno con sus teorías; antes al contrario, ellos fueron los verdaderos fundadores de la metalurgia y beneficio de los minerales. Así dice una de las más antiguas recetas de la clase en que me ocupo: «Toma cobre, arsénico (oro pimente), azufre y plomo, tritura la mezcla con aceite de rábano; se la tuesta sobre carbones hasta la desulfuración y se retira. Se toma de este cobre quemado una parte y tres partes de oro; se ponen en un crisol, se calienta y encontraréis el todo convertido en oro, con la ayuda de Dios.» Aquí se trata de una aleación de cobre y oro, obtenida de manera indirecta, y es el tipo de este género de transmutaciones que recibieron aplicaciones para el dorado de los metales y para las letras de oro, tan usadas en los manuscritos antiguos

Al lado de estas gentes de buena fe y quizás aprovechando sus métodos y enseñanzas, se cuentan los falsificadores de oficio, habilísimos, dotados de tan raro ingenio que á muchos objetos lograron dar magnífica apariencia de oro. Vamos á juzgar sus procedimientos examinando algunas de las recetas que hasta nosotros llegaron. Primeramente aparece un método calificado y reputado punto menos que de sublime, cuyo objeto era desdoblar el oro ó la plata, duplicando ó aumentando su peso. Inquiriendo de este fraude se dió con una teoría, ya desarrollada en Egipto, que admitía, de mala fe por supuesto y con ánimo de engañar incautos, que la plata y el oro, mediante ciertas operaciones, muy complicadas y sólo conocidas de los iniciados, podían como fermentar multiplicándose los metales, en virtud de la *diplosis*, que así llamaban á este trabajo. En el más antiguo documento referente á la Alquimia que hoy conocemos, el famoso papiro de Leyden, dado á conocer por el eximio Berthelot, se leen diversas recetas relativas á la masa inagotable ó perpetua, y algunas apuntaré aquí: «Se toma cobre afinado, 40 dracmas; asem, ocho dracmas; estaño en botón 40 dracmas: se funde primero el cobre y después de dos caldas el estaño y luego el asem. Cuando los dos se hayan reblandecido, volved á fundir muchas veces y enfriad con la amalgama de estaño. Después de haber aumentado el metal por tales procedimientos, limpiad con talco ó selenita.» Resultaba, es claro, un bronce blanco amalgamado, parecido á alguna suerte de metal de campanas; pero constituía la operación un método general de desdoblamiento de los metales, en cuya virtud se duplicaban. Esa aleación era la base de la materia inagotable, porque elegidas ocho dracmas separadas y fundidas cuatro veces con cuatro dracmas del mismo asem, enfriado todo y conservado, era la famosísima masa perpetua de los más antiguos alquimistas.» A las recetas dichas puede añadirse esta otra: «El asem perpetuo se prepara así: una estatera de asem pulimentado; añadid dos estateras de cobre afinado; fundid dos ó tres veces.» Se comprende que todos estos procedimientos consistían en añadir á una aleación alguno de los metales que en ella entraban, fundiendo el todo dos ó tres veces y enfriándolo con ciertas precauciones, que para cada uno se prescriben minuciosamente. La diplosis del oro reducíase á una de las más inocentes falsificaciones, puesto que á la continua se le añadía cobre, obteniéndose una aleación de baja ley. Así decían que para aumentar el peso del oro debía fundirse en los residuos del cadmio, asegurando que se haría más pesado y más duro. Otra receta pondré aquí por referirse á uno de los compuestos más célebres de la Alquimia; se trata del *agua divina*, cuya invención es de la manera siguiente: «Un puñado de cal y otro tanto de azufre en polvo fino; colocadlos en un vaso que contenga vinagre fuerte ú orina de niño impúber; calentad por debajo hasta que el líquido que sobrenade parezca como sangre, decantadlo con cuidado á fin de separarlo del depósito y empleadlo»

Estos fraudes eran de los más tolerables; pero hay otros en que los falsificadores daban por oro cuerpos que ni aun para colorirlos lo tenían, y con tal audacia se hacía la trampa que pretendían engañar á los mismos obreros que habían de trabajar el metal. No hablo de la escritura con letras doradas, ni de las artes del dorado de la plata y coloraciones ó tinturas superficiales de los metales, y paso por alto las curiosas recetas del pseudo Demócrito y sus famosas declaraciones acerca de las operaciones sublimes de la transmutación, porque no tienen aquí objeto; sólo citaré el método de fabricar oro amarillo, y es de esta manera: «Tomad claudianón (aleación de plomo y estaño que contenía cinc y cobre) y tratadla según es uso hasta que se vuelva amarilla. Tiñamos de amarillo, no digo con la piedra, sino con su porción útil. Teñiréis de amarillo con el alumbre descompuesto, con el azufre, el arsénico, el sandáraco ó la creta, ó conforme á vuestro ingenio. Si añadís plata tendréis oro; y si oro, coral de oro, porque la Naturaleza victoriosa domina á la Naturaleza.» Y sucedía una cosa muy curiosa con estos métodos y fraudes, y es: que en fuerza de repetirlos, primero haciendo oro de baja ley y después aleaciones metálicas, que ni por casualidad tenían oro, los mismos falsificadores creíanse en buen camino para resolver el problema de las transmutaciones y á las gentes sencillas lograban embaucarlas.

No de otro modo proceden hogaño los falsificadores; que, como se ve, el arte es antiguo, y aunque sujeto á quebrantos y duelos, fué siempre lucrativo. Del fraude provienen los métodos de descubrirlo y los reconocimientos á que el oro y las piedras preciosas y los alimentos se someten. Antaño era difícil en extremo descubrir la trampa y el engaño; mas ahora, si es dable fabricar pasteles con harina que no es harina, azúcar que no es azúcar y grasa que no es grasa, pronto se descubre en ellos la harina mineral y fósil, la sacarina y la vaselina, haciendo ya el fraude de todo punto imposible. De igual manera se comprueba la ley del oro, y aunque sin este metal se doran las molduras ordinarias, el descubrirlo es cosa de poca monta.

De cuanto va dicho resulta que el arte de falsificar es antiquísimo, y que desde sus comienzos fué patrimonio de gentes avisadas é ingeniosas que se valen de todo género de sutilezas para hacer pasar el engaño, y que al igual de los que ejercen oficio de tercería habían menester veedores y examinadores.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

NOTICIAS EXTRAORDINARIAS DE LA EUROPA ORIENTAL

TENTATIVA DE ASESINATO

CONTRA EL PRINCIPE FERNANDO DE BULGARIA

DESCUBRIMIENTO Y EJECUCIÓN DE LOS ASESINOS

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Filipópolis, 3 abril.

Debo anunciar un doloroso acontecimiento, del que fuí testigo ayer y que sin duda tendrá las más terribles consecuencias para la Europa oriental, si no para toda ella. El príncipe Fernando de Bulgaria había estado estos últimos días en las montañas de Rhodope cazando osos, y acompañábale el popular cónsul británico, cuya firma era necesaria en algunos documentos de que soy portador. Regresó anoche para conferenciar con M. Stambuloff y los demás ministros, que llegaban de Sofía en tren especial á fin de celebrar un importante Consejo en que se debía dar cuenta de ciertos informes recibidos por el presidente del Gabinete, referentes á los designios de los agentes moscovitas en Macedonia.

M. STAMBULOFF
presidente del Consejo de ministros de Bulgaria, nombrado regente después de la tentativa de asesinato del príncipe Fernando

Yo había permanecido algún tiempo sentado frente á la casa del consulado británico inmediato al palacio, y ya comenzaba á obscurecer cuando oí ruido y voces, apareciendo á poco un turco, sin duda alguno de los miles que sirven al príncipe, el cual gritaba á la gente: «¡Despejad, despejad!» Esto anunciaba la llegada de Su Alteza, y seguidamente se formó un pequeño grupo á la orilla del camino, según costumbre, para saludar al príncipe. De pronto me llamó la atención un montenegrino á quien yo había visto aquella misma tarde bebiendo con los porteros de varios consulados, de los cuales parecía ser conocido.

Al apearse el príncipe, volvióse hacia el lacayo para darle su capote, con cual movimiento se colocó casi de espaldas al grupo, y en el mismo instante el montenegrino pronunció en voz baja la palabra «gel,» que significa «vamos,» haciendo ademán como para separarse de la gente allí reunida. Pero á esta señal, pues indudablemente lo era, el supuesto turco se arrojó sobre Su Alteza, y antes de que nadie tuviera tiempo de mover pie ni mano para detenerle, viósele entre los pies de los caballos y después correr con la rapidez del viento. El príncipe había caído de bruces, y al levantarle del suelo observóse que le salía sangre de la boca y de la nariz, viéndose después que tenía clavado en el pecho un gran cuchillo de hoja triangular, como las bayonetas, que es el arma más común en los bazares. Todo esto ocurrió en un instante, y nadie dudó que el príncipe había recibido el golpe de muerte. Como anoche era sábado, y hubiera sido inútil telegrafiar, puesto que en tal día no se da curso á los telegramas, hoy puedo añadir que hay esperanzas, aunque muy ligeras, de salvar al príncipe, á quien se condujo á la primera habitación del palacio.

Media hora después llegaron los ministros con la excitación que era natural, y entre ellos vióse á M. Stambuloff, cuyo ceño fruncido parecía indicar que había adoptado alguna grave resolución. No se les permitió entrar en la estancia donde se hallaba el joven soberano, porque los médicos, llegados aun antes de que se les llamara, ocupábanse en contener la hemorragia de sangre que á cada momento amenazaba ser fatal. Por fortuna consiguieron reducirla y cesó poco á poco, aunque durante la noche el herido no dió apenas señales de vida, ni siquiera perceptibles para el sabio doctor Stekoulis, que se hallaba aquí casualmente.

Antes de la llegada de los ministros, el prefecto de la ciudad había llamado á las tropas para establecer un cordón alrededor de Filipópolis, con orden de no dejar salir á nadie bajo ningún pretexto. Entretanto, el presidente del Consejo, después de una breve conferencia con dos de sus colegas, expidió telegramas urgentes á todas las autoridades en veinte millas á la redonda para detener á cuantos infundiesen sospechas y á todos los extranjeros que pasaran por uno ú otro camino de los diversos distritos durante el día ó la noche: también se dió orden para suspender el servicio de trenes en ambas direcciones. Hecho esto, el Gabinete celebró una sesión que duró hasta las diez, llamándose á todos los testigos, incluso yo mismo, como espectador de la tentativa de asesinato. Apenas había dado principio el Consejo cuando se introdujo á un hombre que no me era desconocido, aunque se había desfigurado un poco, afeitándose la barba; sus ojos grises y cierto temblor de los párpados, que me habían llamado la atención la primera vez que le vi, permitiéronme reconocer al miserable asesino. Miró á todos descaradamente, pero al verme á mí bajó los ojos.

A media noche presintió que todo había concluído para él, y encerróse en el más tenaz silencio, después de haber dicho que era un pobre horticultor de Mastanli que había ido á buscar trabajo. Esto resultó ser verdad. Confesó también que conocía á un montenegrino, aunque sólo por haberle visto en un café; pero negó haber estado cerca del palacio durante la noche. Cuando se le preguntó por qué se había afeitado la barba, no quiso contestar.

A las cuatro de la madrugada se me despertó para ver á otro hombre detenido en el camino de Stanimaka, suponiéndose que buscaba refugio en uno de los monasterios que por allí hay. No pude identificarle; pero esta mañana me le presentaron otra vez en traje de montenegrino, y entonces, aunque se había cortado el bigote, no me costó mucho reconocer al hombre que pronunció la palabra «gel» un momento antes de la comisión del crimen.

Esta mañana, en conformidad con el acuerdo del Consejo de ministros, M. Stambuloff ha sido proclamado único regente durante la enfermedad del príncipe y hasta nueva orden. Su primer acto fué ordenar la movilización del principado y parte de la milicia ciudadana. Ha dado una proclama declarando que en este momento de peligro nacional ha consentido en aceptar la regencia y que se compromete á mantener el espíritu de la Constitución; decreta la ley marcial y llama á todos los buenos búlgaros que en algo aprecien la autonomía y bienestar de su país para que presten su cooperación al Gobierno ejecutivo por cuantos medios estén á su alcance. Su segunda medida fué ordenar que se reuniese el Consejo de guerra para juzgar á los acusados. Se me dispensó de mi declaración por haber ya suficientes pruebas, y á las cinco de esta tarde los dos miserables fueron ahorcados frente al café que frecuentaban en la calle que conduce á la estación del camino de hierro. El montenegrino se vanaglorió de su acto en el último instante, declarando que el cuchillo estaba envenenado. El supuesto turco hizo la señal de la cruz antes de morir.

Tengo motivos para creer que el Gabinete ha recibido las más graves noticias de Macedonia y que se enviarán tropas á la frontera desde luego, tal vez mañana mismo. La tentativa de asesinato parece ser

solamente parte de una vasta conspiración contra la seguridad de Bulgaria y la paz de los Balkanes.

No puedo ahora decir más, pero añadiré que los que atentan contra la seguridad de Bulgaria no la han encontrado desprevenida.

* * *

No es posible calcular la grave significación de esta tentativa de asesinato en Filipópolis, que á juzgar por los telegramas de nuestro corresponsal parece ser precursora de muy graves complicaciones en el Oriente. Sin embargo, como ya se comprenderá, aún no se puede apreciar su influencia en la política general de Europa; pero tenemos motivo para decir que la paz de esta última podría peligrar por el dramático incidente de que hemos dado cuenta. Durante largo tiempo nos hemos familiarizado con la idea de que la gran guerra, temida constantemente desde hace algunos años y que debe restablecer el equilibrio del continente, estallará sin duda en la región del Danubio más bien que en las orillas del Rhin; y el incidente de Filipópolis podría apresurar la catástrofe. La situación es en extremo peligrosa, y debe esperarse que las potencias harán los mayores esfuerzos para que no se presente lucha alguna durante lo que resta de siglo, aplazándose cuanto sea posible. Desde que el tratado de Berlín evitó las últimas serias perturbaciones en Europa, hemos tenido paz, y ésta es verdadera, pero hállase amenazada de continuo y exige serias meditaciones por parte de los hombres de Estado. Europa ha vivido como si dijéramos en campamentos armados, neutrales y vigilantes, y entretanto las naciones se han preparado para la guerra como si ya la tuviesen á sus puertas.

Repetimos con la más firme convicción, basada en el estudio de las cuestiones políticas de las naciones, que en el Danubio y no en el Rhin se encenderá la antorcha de la guerra. Al pesimista, ya que no al observador despreocupado, le parecerá sin duda que nos aproximamos cada vez más al conflicto general, y lo cierto es que nunca circularon con tanta insistencia los rumores de guerra. No ha pasado día sin que recibiéramos noticias alarmantes y perturbadoras respecto á la estabilidad de la paz europea. Una semana tras otra los especuladores judíos de las Bolsas de toda la cristiandad han perdido muchas horas de sueño, y lo que es peor, sus dividendos, por haber recibido telegramas sobre la secreta concentración de tropas en esta ó en aquella frontera ó respecto á serios motines en tal ó cual país. El tratado del Mar Negro perderá ahora forzosamente todas sus cláusulas referentes á los Dardanelos, y otra vez será violado quizás el de Berlín por la punta de la espada del czar. Los rumanos reciben un día al despertar la noticia de que los rusos comienzan á cercarlos por tres partes, y los lectores de diarios se horrorizan al reconocer el espíritu rapaz que algunos dignifican con el título de «principio de nacionalidad,» mientras que otros le denuncian como «despojo criminal de territorio» que amenaza turbar la paz en Atenas y Sofía, en San Petersburgo, Belgrado, Viena, París y hasta Roma. ¿Dónde está la sabiduría de los hombres de alta posición, como el emperador de Alemania y su nuevo canciller, que aseguran al mundo en sus discursos desde el trono y en los que se pronuncian después de los banquetes que la paz de Europa no estuvo jamás mejor consolidada que ahora y que el horizonte político no presenta la más ligera nube? ¿Cuál es la verdad de tales afirmaciones, cuando la espina de la Alsacia-Lorena está clavada aún en el corazón de los vengativos franceses que no perdonan; cuando Italia tiene todavía algún territorio «sin redimir;» cuando Dinamarca tiene aún graves quejas contra el despojador; cuando hasta los pacíficos suecos, animados del espíritu del Gran Gustavo, desean libertar á sus primitivos súbditos del tiránico dominio de los rusos; cuando los españoles se aprovecharían gustosos de toda complicación europea para hacerse dueños otra vez de Gibraltar; cuando los portugueses no vacilarían en expulsar á sus rivales británicos de Africa; cuando los cretenses están firmemente resueltos á sacudir el yugo de los turcos; cuando los ex ministros, cómo M. Tricoupis, recorren la península de los Balkanes predicando la federación de éstos contra los que abogan por las nacionalidades desunidas; cuando los servios juran secretamente arreglar antiguas diferencias con sus vencedores búlgaros; cuando éstos, con su primer ministro á la cabeza más bien que con el príncipe, han determinado declararse independientes del sultán y del czar; cuando Austria sigue fijando su mirada en dirección á Salónica, y sobre todo, cuando el Coloso del Norte ha jurado por el alma de su padre, muerto á manos de unos asesinos, que se mantendrá fiel á su política, conservando su autoridad y prestigio en la península de los Balkanes? Cuando se reflexiona sobre todas estas cosas y esas dormidas pasiones, y se toman en consideración los proyectos agresivos y de venganza, ¿cómo es posible que nadie, bien sea soberano ó súbdito, logre tranquilizar al mundo con falsas seguridades de una paz que más pronto ó más tarde ha de romperse?

La Triple Alianza no bastará ya para llevar el terror á las almas de todos los conspiradores secretos y retraerlos de sus designios, así como no bastarían tres árboles de la montaña, muy espaciados, para contener el curso de una serie de avalanchas separadas, que arrastran consigo pinos y robles en su irresistible carrera. Pero ¿habrá comenzado á moverse ya la avalancha que nosotros tememos? Confiamos que no, al menos por ahora; pero en el Oriente se manifiestan indicios de aspecto muy alarmante, y esperaremos con la mayor ansiedad la llegada de otros telegramas. La Triple Alianza no es una barrera que pueda contener el torrente de la guerra, sino más bien una fortaleza avanzada, que se halla en peligro de quedar cercada y hasta sumergida por las impetuosas aguas de la lucha europea. Aunque las partes contratantes en ese pacto de tres ángulos han convenido en poner mutuamente á su disposición su material de incendios, por decirlo así, en el caso de que amenazara un peligro de incendio exterior para sus respectivos domicilios, no estaría al alcance de esas potencias impedir una conflagración por un accidente cualquiera entre las raquíticas mansiones de tejado de paja de sus vecinos. Y es cosa bien sabida, tratándose de incendios, que éstos son el recurso más común empleado por los ladrones y anarquistas cuando se proponen saquear é introducir el desorden, no solamente en las personas y propiedades de las víctimas, sino también entre los espectadores de tales catástrofes.

Supongamos, por ejemplo, que á consecuencia de este alarmante hecho en Filipópolis se siguieran las hostilidades entre Rusia y Austria, siendo agresora la primera. En este caso, Alemania, en virtud de su tratado con la monarquía de Habsburgo, debería salir al campo casi inmediatamente; y en tal contingencia, ¿no hay grave peligro de que Francia, aprovechando la dorada oportunidad que hace tanto tiempo anhela, movilizara desde luego su ejército para enviar la mayor parte de él á las orillas del Rhin? ¿Y no es cierto que el resultado inmediato de semejante acto vengativo sería que Italia, fiel igualmente á su tratado con Alemania, atacaría cuanto antes por el flanco á la República?



La gran guerra de 1892. – Tentativa de asesinato contra el príncipe Fernando de Bulgaria

No está bien predecir males; pero al mismo tiempo, bueno es prever con claridad el porvenir en cuanto sea posible. Conocemos con bastante seguridad la verdadera naturaleza de los sentimientos con que miran á los búlgaros sus «libertadores,» así como no ignoramos el carácter de aquellos que afectan ser «amigos» del sultán, y que con el privilegio de la más íntima amistad se apropiaron repetidas veces porciones de sus dominios disgregados. No necesitamos recordar á nuestros lectores el resentimiento que aún se conserva en el pecho de los rumanos por la manera con que se «recompensaron» los servicios prestados en el reducto de Gravitza y en otras partes durante la guerra contra los turcos, y adviértase que ese resentimiento solamente es comparable con la ira de los rusos cuando reconocieron la insigne locura de su proceder al obligar á Rumania á que aceptara Dobrudja en cambio de Bessarabia, privándose así de un apeadero y de una base estratégica de operaciones al Sud del Danubio, en dirección al gran límite de sus ambiciones, el Cuerno de Oro. Tanto desea Rusia deshacer esta desgraciada negociación como sacudir las intolerables trabas que restringen su libertad de acción en el Mar Negro, cortando las salidas á sus buques de guerra. Rusia no espera más que una ocasión oportuna para conseguir esas dos cosas, lo que considera como su destino (¿no llega todo para el que puede esperar?); y entretanto prosigue su política antiinglesa en el Asia Central con seguro é irresistible paso, estrechando la distancia entre sus fronteras y las de la India, á fin de preparar el camino para poner en práctica su política, impidiendo que las fuerzas de Inglaterra puedan pesar en la balanza si surgiese alguna complicación en el Este de Europa. Los coroneles cosacos han hecho retroceder la bandera inglesa, y de este modo Rusia ha podido inundar nuestras llanuras en la India, enviando sus Calebs y Joshuas para espiar esa otra tierra prometida. Puede ser cierto, y por lo que se sabe del carácter del czar puede ser verdad, que Alejandro III tenga horror á la guerra, en la cual no quiere comprometer á su pueblo; y según nos aseguró el gran maestro de la guerra moderna, el difunto conde Moltke, parece que ha terminado ya el período de los conflictos dinásticos ó luchas resultantes de las pasiones personales y petulancia de los gobernantes, siguiéndose las guerras entre pueblos y naciones. Esto es verdad; pero precisamente aquí se halla el mayor de los peligros, pues un soberano, como lo atestigua el caso del padre del czar, puede ser demasiado débil para reprimir la corriente de la marea popular sin serle posible librarse de la guerra. También se concibe que al Gobierno francés no le sea dado resistir á los clamores de la Cámara para aprovechar la primera oportunidad que se le ofrezca para expulsar á los ingleses de Egipto, deseo que abrigan todos los buenos franceses. En la península de los Balkanes, donde no hay gobernantes, ni influencias bastante poderosas para reprimirlas, es donde las pasiones populares se desarrollan más libremente; y allí es donde fijamos por lo tanto con más ansiedad nuestras miradas para prever las consecuencias del trágico acontecimiento de Filipópolis, que ha producido ya en los países de los Balkanes mucha efervescencia y creciente alarma en toda Europa.

MOVILIZACIÓN DE LAS TROPAS TURCAS

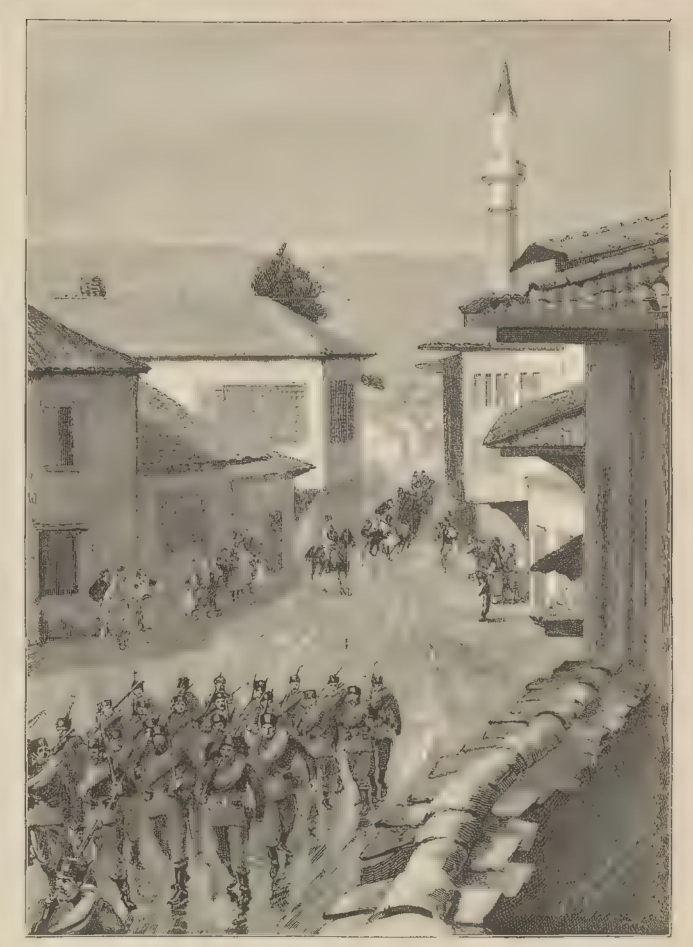
(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Filipópolis, 5 *abril*

El príncipe recobra más fuerza de la que podía esperarse; ha cesado del todo la hemorragia, toma algún alimento y duerme bien; pero aún no se ha permitido á los ministros verle. Hay mucho movimiento de tropas, si bien no se sabe por ahora á qué punto se les destina. M. Stambuloff vuelve á Sofía esta noche, y yo voy también. Ahora se sabe que el sábado se hizo una tentativa para que descarrilara el tren especial de los ministros; pero como la máquina iba muy despacio no se consiguió el objeto. Fatales hubieron podido ser las consecuencias si el Principado hubiera perdido al mismo tiempo el príncipe y el presidente del Consejo. Por fortuna nada han ganado con su tentativa los promovedores; mientras que el espíritu del país es ahora más levantado que nunca, más aún que cuando por intriga del rey Milano, que de ello sufrió las consecuencias, el príncipe Alejandro se vió obligado á abandonar el trono.

Sofía, 6 *abril*

Turquía ha llamado á las primeras fuerzas de los Redifs y envía dos divisiones á Macedonia, además de las tropas que ya están allí formando parte del tercer ejército, que tiene su cuartel general en Monastir. Las fuerzas recientemente organizadas irán por mar á Salónica. Bulgaria envía una división á Kostendil y Dragodan, é infunde muchas sospechas respecto á Servia el hecho de que las otras tropas se escalonaran en el triángulo formado por Slivnitza, Zaribrod y Trn. Por ahora no se retirará fuerza alguna de los distritos de Bourgas, Varna, Shumla, Rustchuck y Siseboli. Se sabe que hay muy buena inteligencia entre la Puerta y Bulgaria, y asegúrase que el segundo ejército, estacionado en Adrianópolis, ha recibido orden de marchar hacia el Este. Es indudable que nuevas tropas turcas marchan hacia Uskub; pero hay dificultad en obtener noticia alguna de allí, porque los alambres funcionan sólo para la diplomacia y la milicia.



La gran guerra de 1892. – Movilización del ejército búlgaro. – Tropas cruzando las calles de Filipópolis

(Carta de nuestro corresponsal particular.)

Sofía, 9 *abril*

En los últimos cuatro días han ocurrido muchas cosas, las cuales demuestran que los políticos de los Balkanes, aprovechando el tiempo, mientras en las cancillerías de Europa se susurraba la palabra «paz,» se preparaban cuidadosamente para la primavera, siendo ésta ahora la estación, como en el más memorable capítulo de la historia de David, en que los reyes van á combatir. Desde febrero, hasta Turquía ha llamado á sus reservas, que ascienden á 27.000 hombres, organizando otro ejército de 37.500, procedentes de los depósitos. Esto se ha hecho sin ruido y haciendo ver que otros tantos soldados volvían á sus casas, lo cual no es verdad. La mitad de la Landwehr, en número de 295.000 hombres, ha sido llamada también; pero tengo motivos para creer que esto sólo en parte es cierto. El cuarto ejército, que está en Erzeroum, cuenta ahora con dobles fuerzas; el tercero, en Monastir, es al presente mucho más numeroso que en noviembre; el segundo, en Adrianópolis, ha recibido un refuerzo de dos divisiones, y la gente habla misteriosamente de otra de guardias, que se halla en el bosque de Belgrado, de donde Constantinopla toma el agua que necesita, y que cubre la retirada de los dos fuertes situados en la desembocadura de Euxino, en el Bósforo. Basta consultar los mapas para reconocer la importancia que tiene esta posición. Servia, á quien las potencias impidieron efectuar sus maniobras de otoño en la frontera búlgara, no ha licenciado nunca sus divisiones, que se hallan estacionadas cerca de Negotin, en Ak Palanka, no lejos de Pirot, y en Karanowatz, al Norte de Novi Bazar.

Personas dignas de todo crédito dicen por aquí esta mañana que el bajá turco en Uskub ha mandado ahorcar á tres hombres á quienes se descubrió propalando la noticia de que «Rusia la Libertadora» llegará muy pronto, y que todos los buenos patriotas deben salir al campo para interceptar los destacamentos turcos en general y los convoyes en particular. Las relaciones entre Sofía y Constantinopla no dejan de ser excelentes, por más que no lo digan aquí los diarios. Como ahora sólo se permiten los telegramas cortos, envío esta carta para explicar mejor la situación.

SERVIA DECLARA LA GUERRA

LUCHA EN LA FRONTERA

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Sofía, 10 *abril*

El ministro servio entregó anoche una declaración de guerra, pidiendo sus pasaportes, que se le

entregaron al punto, poniéndose á su disposición una hora después un carruaje para dirigirse á la frontera. Antes de llegar á Zaribrad encontró el camino interceptado á causa de un combate entre la guardia búlgara de la frontera y una fuerza de caballería servia, que fué derrotada. A consecuencia de esto, las tropas búlgaras de Trn y Slivnitza han estado en el camino desde media noche, dirigiéndose hacia Pirot, punto que el príncipe Alejandro tomó al rey Milano á la punta de la bayoneta en 1885, y donde recibió por conducto del conde de Khevenhiller un mensaje en que se le decía que si daba un paso más encontraría á su frente las tropas austriacas.

Ultima hora, Zaribod

Esta tarde se ha empeñado una acción muy reñida en Sokojewo y Matoja, en la parte servia de la frontera, con una brigada búlgara que avanzaba desde Trn, la cual entró en acción sin descansar después de una marcha de treinta millas. Al cabo de una hora, los servios, que al parecer formaban una división, ó poco menos, retrocedieron en desorden, dejando el terreno cubierto de muertos y heridos; pero no se juzgó oportuno perseguirlos en su huída á causa de la falta de caballería, y también porque el movimiento podía ser simulado para atraernos á una posición preparada en Krupetz, á unas cuatro millas de Pirot. Probablemente no se hará gran cosa antes de que lleguen dos ó tres baterías y otra brigada, que no estarán aquí hasta mañana por la noche. De todos modos, hemos demostrado á los servios que no pueden obtener venganza por lo de 1885, aunque Rusia los apoye, sin que les cueste más caro de lo que piensan. La comunicación internacional por el camino de hierro está interrumpida, como era de esperar.

AUSTRIA OCUPA BELGRADO

SE DECLARA EL ARMISTICIO

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Sofía, 12 abril

En la mañana de ayer practicamos un reconocimiento desde Matoja, y como era de esperar, vimos que se había preparado una fuerte posición, protegiendo el camino á Pirot y al río Nischava. En su consecuencia se montaron tres baterías por la tarde, preparándonos para atacar á primera hora de la mañana. La brigada de Sofía, al mando del mayor Marinoff, debía practicar un movimiento de frente, mientras la de Trn iría por la izquierda hasta Radisewatz; pero al amanecer, cuando nos dirigíamos hacia las colinas, los servios enarbolaron la bandera de tregua, anunciándonos por un parlamentario que la noche anterior los austriacos habían cruzado el *Save* hasta Belgrado y el *Danubio* hasta Semendria, que domina el valle de Morava. Cortado así el camino á su capital, donde se había sorprendido al joven rey, los servios pedían una suspensión de hostilidades por cuarenta y ocho horas. Con muchas dudas convínose en un armisticio de seis, y mucho antes de expirar este plazo confirmóse la noticia en nuestra retaguardia; de modo que Bulgaria se veía privada por segunda vez, en el espacio de poco más de cinco años, de obtener una victoria, conservando el enlace de Nisch, que es el punto estratégico de toda esta región. En estas circunstancias no quedaba más remedio sino convenir en el armisticio de dos días, y por lo tanto volví en el tren vacío que condujo otra media brigaba á la frontera.

En la ciudad lloraban y reían: lo primero porque Servia evitaba otra vez el castigo de su injusta agresión, y lo segundo por el chasco que habían sufrido los servios no contando con los austriacos. Un corresponsal de Semlin habla entre otras cosas del asombro que produjo en los servios ver llegar en el tren de ayer tarde, en vez de *viajeros*, media brigada de infantería austriaca con media batería. Media hora después llegó á Belgrado otro tren, y el siguiente vino ocupado por otra media brigada. Los soldados encontraron muy pronto alojamiento por estar vacíos varios cuarteles, y los oficiales se fueron á los hoteles muy holgadamente, cual si estuvieran en una de sus ciudades. Austria ha notificado á Bulgaria, Servia, Turquía y las grandes potencias que en vista de la indigna é injusta agresión de Servia, ha ocupado Semendria y Belgrado «como medida de precaución.» Añade que conservará estos puntos hasta que Europa decida sobre su acción, ó sobre la que puedan exigir las circunstancias para el mantenimiento del *stato quo ante bellum* en la península de los Balkanes.

RUSIA AMENAZA Á RUMANIA

ALARMANTES PREPARATIVOS DE GUERRA

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Rustchuk, 18 abril

Esta mañana el rey de Rumania recibió la visita del ministro ruso, quien le dijo que podría ser necesario, á menos que Austria-Hungría se retire desde luego del suelo servio, obtener una garantía material de Bulgaria. El rey Carlos no admitió que esto le concerniese más que en su calidad de vecino; y entonces el diplomático ruso declaró que para la eficaz reducción de una parte de Bulgaria podría ser necesario utilizar el territorio rumano. El rey repuso que si se intentaba esto sin el consentimiento de aquel país se debería oponer resistencia, fuera cual fuese el resultado; y que si encontraba ante él una fuerza demasiado considerable, se retiraría al campamento fortificado de Bucharest, siendo de esperar que de este modo le sería posible á Rumania conservar el suyo hasta que encontrase aliados. El ministro ofreció las mayores seguridades de que el territorio rumano, no solamente quedaría intacto, sino que se aumentaría materialmente, Su Majestad contestó que Rusia no estaba en posición de ofrecer semejantes cosas y que por su parte no aspiraba á dicho aumento. A raíz de esta conferencia recibióse en Bucharest un mensaje privado en el cual se decía que se estaban expidiendo continuas órdenes para embarcar tropas y material en Odessa y Sebastopol en todos los vapores que se hallasen anclados en el puerto, fuese cual fuese su nacionalidad; que las protestas de los cónsules se habían elevado ya al ministro de Estado en San Petersburgo, y que todas las comunicaciones con el exterior estaban interrumpidas, tanto para los cónsules como para los comerciantes y particulares. También estaba paralizado el servicio de trenes de la frontera, y en los caminos, ríos y costas ejercíase la mayor vigilancia. Como el heliógrafo no se había usado nunca sino en una dirección, no se sospechó su existencia; pero esto no importa, puesto que ya ha llenado su objeto. Este



La gran guerra de 1892. – Guerra servio-búlgara. – Tropas cruzando por Pirot

mensaje no admite sino una interpretación, la de que, aun á trueque de violar la ley de las naciones, Rusia intenta, como alguna otra vez, dar el golpe antes de hacer la declaración de guerra. Es indudable, ya que los más de los buques que se hallan en Odessa y Sebastopol no podrían remontar el Danubio, que se trata de un golpe de mano contra Bulgaria ó Turquía. Yo marcho á Varna.

TENTATIVA DE INVASION EN CONSTANTINOPLA POR LAS TROPAS RUSAS

ÉSTAS SON RECHAZADAS EN BOURGAS

(Telegrama de nuestro corresponsal.)

Bourgas, 20 *abril*

El valor de los torpederos se ha simplificado en las últimas veinticuatro horas. Merced á la excelente inteligencia entre Bulgaria y Turquía, las noticias que ahora envío fueron transmitidas inmediatamente á Constantinopla, y el almirante Woods-Bajá recibió orden de enviar barcos de esa especie para que sirvieran de vigías. Por fortuna, Woods había fijado hace tiempo su atención en los pocos torpederos que Turquía posee á causa de no habérsele proporcionado dinero para la construcción de otros. En su consecuencia, salieron del Bósforo en la mañana del 21, quedando dos en la desembocadura del Euxino, y otros tres se estacionaron aquí, conviniéndose un sistema de señales con las autoridades de Bulgaria, mientras que tres más se dirigieron á Varna con el mismo objeto. Ayer por la mañana se diseminaron, confiándose el plan á Mustafá-Fezi-Bey, que con otros dos tenientes ha servido en la armada británica. Sin embargo, no tenían torpederos cargados ni tiempo para prepararlos. Al amanecer del día siguiente se recibió por telégrafo la noticia de que tres escuadrones, apoyados por dos acorazados rusos, se dirigían á Varna, Bourgas y la Falsa desembocadura del Bósforo. Creíase sin duda fácil desembarcar tropas en la bahía de Kilia y tomar los fuertes en la parte europea, posesionándose al mismo tiempo del bosque de Belgrado. Sin embargo, tropezóse con dos dificultades: la guardia imperial de Turquía, que constituye el tercer ejército, al mando de Reouf-Bajá, estaba muy próxima del punto elegido para el desembarco, y además había comenzado á soplar un viento tan fuerte, que habría sido muy peligroso, por no decir imposible, intentar la empresa. La escuadrilla, por lo tanto, sin contestar á varios tiros que se le dirigieron, hizo rumbo hacia el Este de la costa asiática del Estrecho; mas al ver que la resaca era peor aún hacia Kara Burme y que las alturas estaban coronadas de tropas, los rusos se retiraron.

La otra escuadrilla sufrió análoga contrariedad á la vista de Pera: la resaca hacía muy peligroso un desembarco, y después de naufragar un bote, otro fué destrozado por la bien dirigida bala de un cañón Krupp Los buques no podían proteger el movimiento con sus fuegos á causa del mar. Solamente uno de los tiros del enemigo causó algún daño Los moscovitas trabajaron mucho para salvar á varios de sus hombres que habían caído al mar, y recogieron algunos: por un individuo que llegó á tierra súpose que se daba por muy seguro que la tentativa tendría buen resultado. Los rusos se asombraron mucho al ver fuerzas búlgaras en posición y diseminadas por la costa en el espacio de varias millas. Como quiera que sea, la escuadrilla se retiró á eso de las diez de la mañana, tomando la dirección Norte, probablemente para ir á reforzar el ataque sobre Varna.

(Continuará)



D. DIEGO LÓPEZ DE HARO, fundador de Bilbao
Estatua en bronce de D. Mariano Benlliure erigida en aquella ciudad

ROMEO, JULIETA Y COMPAÑIA

(Conclusión)

IV

Ni descarriló el tren, ni chocó, ni llegó con retraso, ni le ocurrió, en fin, ningún percance de los que han llegado á ser el pan nuestro de cada día, y tres meses después de mi llegada á la insigne patria de mi amigo, repitióse la escena con cuyo relato encabecé esta historia, con la única diferencia de que yo fuí el que bajé á la estación á recibir al viajero y Pascual el que llegó tan alegre y satisfecho como de costumbre, y de que, aunque mi cariño igualaba al suyo, como mis fuerzas físicas no corrían parejas con mi afecto, no me fué posible pagarle aquel abrazo estrangulador con que me demostró su júbilo cuando pisé por vez primera su tierra natal.

En el trayecto de la estación á su casa bien debió comprender Pascual por mi taciturnidad y frecuentes distracciones que algo grave había acontecido en su ausencia; pero guardó su curiosidad para más tarde, quizá porque no creyó el momento oportuno, ó porque deseaba que partiese de mí la confidencia sin necesidad de que la provocasen sus preguntas. Por fin, después de cenar y á tiempo que encendía un rico habano, me miró con ojos inquisitoriales y me dijo:

– Mira, chico, yo estoy cansado del viaje y no pienso salir esta noche. Sin embargo, si tú tienes propósito de ir á casa de Cano ó al Casino, por mí no lo dejes.

– ¡Pues no lo he de dejar!, repuse entre efusivo y temeroso. Te haré compañía. Me contarás tus aventuras londinenses...

– Y tú á mí las que te hayan ocurrido en este rincón de España.

– No... á mí...

– A ti. En la cara te conozco que te han pasado cosas muy gordas.

Sonreí forzadamente y pensé en lo triste que era para mí que un amigo hubiese heredado la ciencia de Lavater.

– ¡Vamos, hombre, desembucha! Ya que eres tan zorro que sólo pidiéndotela por favor merezco tu confianza...

– ¡Oh! Eso... demasiado sabes..., interrumpí en son de protesta.

– Que eres un granuja de mala especie. Sí: me consta. Y lo difícil que se te hace esta noche confesarte conmigo, me induce á pensar que has hecho alguna barrabasada muy gorda, y por esa razón temes mi justa cólera. ¿Acierto?

Las últimas frases de Pascual despertaron en mí un pensamiento que parecía imposible no se me ocurriera antes. ¿Qué razón había para que yo experimentase tal temor de confiarle la historia de mis amores? ¿Qué fundamento para que me asaltaran aquellos acuciamientos y zozobras como si hubiera faltado, amando á Pililla, á alguna promesa hecha á mi amigo? Muchas veces se ha dicho que las palabras son como las cerezas, y yo añado que las ideas también, porque unas se enredan en otras. Las anteriores preguntas, formuladas en mi mente, trajéronme el recuerdo de aquel juicio desdeñoso con que Pascual pintó á Pililla la noche antes de su partida, y vi clara la causa de mi indecisión. Sí. Yo, alucinado por mi amor y por las continuas alabanzas que en loor de mi ídolo cantaban á dúo Falito y Matilde, había olvidado aquella pincelada de maestro con que Pascual trazara la fisonomía de mi novia, retratándomela como una coquetuela fácil y de larga historia amorosa; pero al verle de nuevo ante mí, instintivamente adiviné que, cuando conociese mi secreto, la desaprobación más terminante brotaría de sus labios y su lengua formularía el más despiadado anatema. Por lo mismo, era llegado el momento de saber quién tenía razón: si él dibujando á mi amada con el desesperante realismo de un Velázquez, ó la momificada pareja idealizándola con los celestes colores de un Murillo. Mi pasión abogaba por estos últimos; mi buen sentido me anunciaba que vencería el primero. «Sepamos á qué atenermos,» murmuré en mi interior; y firme en tal decision, respondí á la pregunta de Pascual:

– Sí. Aciertas en que tengo mucho que contarte, mas no en que sea ninguna barrabasada digna de vituperio. Si acaso, el víctima seré yo.

– ¿Tú?

– El mismo; porque entre unos y otros, y sobre todos Matilde y Falito, me van arrastrando camino de la Vicaría á marchas dobles.

– ¡Hola! ¿No te dije antes de marcharme que anduvieras con pies de plomo; que mis paisanas tenían mucho gancho, y que como te descuidases en lo más mínimo, alguna te pescaría? ¡Si leo yo en el porvenir con más seguridad que un augur romano! ¿Y quién es tu media naranja, cuyos pies beso?

– Pues... tú la conoces mucho...

– ¡Claro! ¡Como á todas las muchachas de mi pueblo! Pero ¿quién es?...



LOS ZAPATOS NUEVOS, cuadro de Héctor Tito



EN EL CORO, cuadro de D. José Gallegos

– Pilar Mesa, murmuré como el que confiesa un pecado.

No debió parecerle tal á mi confesor, ó concedióle, á lo más, la categoría de venial, porque en lugar de indignarse y fulminar sobre el atribulado penitente todos los rayos de la celeste cólera, prorrumpió en la más sonora y alegre de las carcajadas. Cuando se hubo serenado un poco, pero con el semblante rebosándole zumba y chacota, exclamó:

– ¿Conque eres el novio de Pililla? ¡Que sea enhorabuena! Choca, hijo, choca. ¿Quién había de decir que yo, abogado, y tú, ingeniero, habíamos de llegar á ser compañeros de cátedra? Pues serás el número no sé cuántos de la serie... ¡Qué digo el número! ¡Si quizá haya de recurrir, para denominarte, á esa *ene* socorrida con que vosotros los matemáticos designáis las cantidades desconocidas! *¡Tu quoque*, Bruto! Conste que esta última palabra te la digo en español...

– ¡Pero Pascual!...

– ¿Qué? ¡Te gusta la chica! Sí... es melosita... tiene sal y sandunga..

– Y sobre todo, que lo que tú dices de ella no... no...

– ¿No es verdad?

– No. Falito y Matilde me han asegurado que esa especie de que tú te haces eco es de todo punto falsa.

– ¿De modo que Matilde y Falito han sido los mediadores en este asunto de tu amor?

– Sí.

– Lo sospechaba.

– ¿Por qué?

– Pues por varias razones de las que te voy á poner al corriente. Mas antes, y para que te desengañes de cuán bien fundada está la fama de tu dulce amor, te voy á contar un sucedido. Hubo aquí hace años un coronel de caballería, andaluz, perfecto caballero y cuya conversación y ocurrencias tenían la gracia del mundo. Un barbián de primera. Pues señor, que una noche en el Casino, en el círculo en que estábamos él y yo se hablaba de Pilar, y varios antiguos novios suyos contábamos nuestras aventuras amorosas, en las que siempre salía su nombre á relucir. Al fin, tan larga resultó la lista de los que habían tenido relaciones con ella, que el coronel, interrumpiendo á uno, gritó: «¡Pero hombre, esa chica no es un pilar, sino una pililla de agua bendita en que too el mundo mete los deos!...» Y de ahí le nació el diminutivo con que todo bicho viviente la nombra, sin que ni ella ni sus amigas hayan llegado á percatarse del sentido simbólico que encierra. ¿Qué te parece? ¿Vas cayendo de tu burro?

– Pero ese Falito que jura...

– ¡Pero hombre de Dios!... ¿No te dije antes de separarnos que Falito era un memo, bueno sólo para ser tomado como caballero de compañía. Además...

– ¿Además qué?...

– Que has ido á tropezar en una de sus chifladuras más mortíferas é inaguantables. Le conocías como director de *soirées*, bailes, meriendas, cotillones y excursiones campestres. Le has visto ejercer de langosta poética, acribillándonos á romances, odas y leyendas. Pues admírale ahora en su forma más temible y devastadora: en la de casamentero infatigable. El y Matilde, hijo mío, se han propuesto coadyuvar con todas sus fuerzas al precepto del Génesis haciendo que todos sus amigos y amigas, conocidos y conocidas, se unan en santo yugo. A mí me han abandonado por imposible, pero no sin haberme propuesto lo menos siete ú ocho matrimonios. Y uno de ellos fué con esa misma Pililla que ahora quieren transformar en tu cónyuge.

– Me dejas asombrado...

– Pues no te digo más que la verdad. Por fortuna he llegado á tiempo. Créeme, Ignacillo. Estás en ridículo. Esa preciosa cantadora de tangos está borrada de la lista de las muchachas casaderas. Truena con ella, que nadie te acriminará más que Matilde y Falito. Ni aun á ella le hará gran impresión, porque tiene tal costumbre...

Tan seguro estaba yo de la amistad de Pascual y tan claro sonaba el acento de la verdad en sus palabras, que sin vacilar decidí seguir su consejo. Una semana más tarde, aprovechando un fútil pretexto, dejé vacante la plaza, no sin sufrir como castigo un chaparrón de denuestos por parte de Matilde y otro de lamentaciones por la de Falito. Quince días después ambos me predicaban que la muchacha á quien yo debía dirigirme era Amparito Cano, asegurándome que me miraba con buenos ojos, que les constaba que yo no le era indiferente y otras noticias por el estilo. Claro está que no hice caso. A más de que la furibunda pianista no me hacía la gracia que Pililla, recordaba mis sospechas sobre las pretensiones de Pascual, y esta consideración la hacía para mí inaccesible. Por último, mis estudios estaban dando fin y comencé á anunciar mi próxima partida, con lo cual el poeta y la soprano cesaron en su asedio.

V

Y quiso la suerte que pocos días antes de levantar yo el vuelo, anunciase su paso y detención por breves horas en la capital aquel coronel que Pascual me había pintado como hombre tan ameno y de trato tan agradable. Tuve, pues, el gusto de conocerle, y aun el de cenar en su compañía, á altas horas de la noche, la víspera de su partida, en el restaurant del Casino. Hablóse allí de sobremesa de todas las cuestiones interesantes ó baladíes, públicas ó secretas que agitaban los ánimos de la capital. Salieron á relucir todas las autoridades con su obligado cortejo de desaciertos, torpezas y trapacerías. Desfilaron todos los chismes corrientes entonces sobre los líos *non sanctos* de una porción de distinguidas señoras y otra de pudibundos caballeros. Analizamos las excelencias y defectos de todas las niñas de la población, aportando cada cual su rico caudal de conocimientos y observaciones. Y de pronto preguntó el coronel:



Reliquia de la armada española *Invencible*. Caja de caudales de uno de los buques, encontrada en Hull (Inglaterra.)

– ¡Hombre! ¿Y Falito y Matilde se casaron?

– Todavía no, respondimos en coro.

– ¿Y qué esperan, qué hacen?

– Dedicarse á casar á los demás.

– ¡Buen oficio!

– Se dice, insinuó Cetito Andújar, que cobran comisión y corretaje...

– ¿Por qué?

– Pues por eso. Por arreglar matrimonios.

– Entonces, dijo Pascual, han formado una sociedad regular colectiva...

– ¡Claro!, interrumpió el coronel. ¡La Sociedad Romeo, Julieta y Compañía!

LUIS CÁNOVAS

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – La Exposición anunciada de las obras de Meissonier que debía verificarse en la Escuela de Bellas Artes de París no se realizará por consecuencia de dificultades surgidas con los herederos.

En cambio, reemplazarán á esa exposición, en marzo próximo, las del paisajista Pelouse, muerto recientemente, y de Ribot, el pintor que puede llamarse español por su estilo.

Teatros. – En el teatro Real de Berlín se ha estrenado la comedia de Moliere *El enfermo imaginario*: esta obra clásica del teatro francés fué recibida con entusiasmo por el público, que se componía principalmente de literatos y del que formaban también parte el emperador y la emperatriz.

– El duque de Sajonia Coburgo Gotha tiene resuelto reunir durante las fiestas del próximo verano en el teatro de la Corte, de Coburgo, á los principales artistas líricos alemanes para que den una serie de representaciones de las obras maestras de Gluck y Wagner.

– En el teatro de la Opera Cómica, de París, se ha estrenado con mediano éxito la opera del maestro Mascagni *Cavalleria rusticana*. En cambio, en Liverpool ha obtenido un éxito verdaderamente extraordinario. Un dato curioso sobre esta ópera: se ha cantado ya en doscientos noventa teatros.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

D. Luis Dabán, teniente general de nuestro ejército: hizo las campañas de Africa, Santo Domingo y Cuba; combatió contra los carlistas, y mandando una brigada en el ejército del Centro, proclamó en los campos de Sagunto á D. Alfonso XII rey de España.

El archiduque Carlos Salvador, hermano de Fernando IV, duque que fué de Toscana y padre político de Doña Blanca, esposa de D. Alfonso de Borbón.

El padre Anderldey, general superior de los jesuítas, suizo de nacimiento: entró á formar parte del Consejo Superior de la Compañía en 1870 y en 1888 sucedió al padre Beckx en la dirección de la Orden.

Ch. L. Muller, pintor de historia, miembro del Instituto francés, nacido en 1815; sus cuadros más notables son *El llamamiento de los condenados*, inspirado en las escenas de la época del terror, y *La entrada de Jesucristo en Jerusalén*.

Montgomery Cunningam Meigs, uno de los más distinguidos generales de los Estados Unidos, cuartel maestre general de los ejércitos de los Estados del Norte durante la guerra separatista. Nació en 1815.

D. J. Watson, notable pintor inglés, miembro de la *Antigua Sociedad de acuarelistas* y honorario de la de Acuarelistas de Bélgica: era uno de los primeros artistas en el género llamado blanco y negro, fué colaborador de los principales periódicos ilustrados ingleses y gozaba justa fama de estimulador de los artistas jóvenes. Ha muerto á la edad de sesenta años.

Varia. – Se han encontrado en la Biblioteca de la Universidad de Dorpat 600 documentos inéditos muy preciosos para la historia del siglo XVII.

Entre esos documentos se hallan 60 cartas de Gustavo Adolfo y otras 140 de Oxenstiern, relativas al tratado de Westfalia.

– La Compañía Pullmann, de Nueva York, ha construído recientemente un vagón de ferrocarril en extremo original y seguramente el primero en su género. Se trata de una iglesia ambulante encargada por el obispo de Dakota y destinada á evangelizar las poblaciones de las aldeas establecidas cerca de la vía férrea que atraviesa aquel territorio. El interior del vehículo está dividido en dos compartimientos, uno para el servicio personal del obispo y otro para los fieles que, además de una veintena de sillas para éstos, contiene altar, púlpito, pila bautismal, organo, etc.

NUESTROS GRABADOS

Albores de la vida, dibujo de Jorge Buchner. – Efectivamente, luz y vida está rebosando el delicado y precioso dibujo de Buchner, y el embeleso que los encantos de la naturaleza han producido en la joven doncella cuya candidez compite con la inocencia del nene que tiene en sus brazos, es sin duda el mismo que han sentido y sentirán siempre los artistas que en formas diversas han trasladado al papel ó al lienzo las impresiones que el hermoso despertar de la naturaleza produce en su alma.

D. Diego López de Haro, fundador de Bilbao, estatua en bronce de D. Mariano Benlliure. – No hace mucho la invicta villa de Bilbao inauguró el monumento que corona la hermosa estatua del célebre escultor valenciano. Cuanto de ésta pudiéramos decir dícelo ella misma: la firmeza de las líneas, la naturalidad y arrogancia de la actitud, la expresión del semblante, la exactitud de la indumentaria y el sentimiento artístico que en los menores detalles se revela saltan sobradamente á la vista para que nos detengamos á insistir sobre las bellezas de esta obra que aumenta el largo catálogo de las maestras ejecutadas por nuestro joven y renombrado compatriota, de quien son también dos hermosos bajos relieves en bronce que representan á López de Haro entregando el fuero á los bilbaínos y el asalto á la plaza de Algeciras.

El monumento, cuya construcción se debe á un acuerdo del Ayuntamiento de Bilbao, consta de un pedestal de cinco metros de altura, sobre el que se eleva la estatua.

Los zapatos nuevos, cuadro de Héctor Tito. – Modernista de corazón, aunque sin exageraciones; cultivador de varios géneros, con preferencia de los de costumbres, y amante ante todo de la verdad, pero de la verdad bella, tal es el pintor veneciano, autor de *Los zapatos nuevos*. En este cuadro se advierten todas estas cualidades con más un conocimiento perfecto de la técnica del arte, y la gracia é ingenuidad con que el asunto está tratado son prueba clara de que su autor, más que del trascendentalismo que á tantos errores conduce, se preocupa de cautivar con asuntos sencillos, expuestos con naturalidad y ejecutados sin rebuscados efectos.

En el coro, cuadro de D. José Gallegos. – Entusiasta admirador del malogrado Fortuny, ha procurado el Sr Gallegos seguir las huellas de aquel célebre artista, distinguiéndose por sus producciones de marcado carácter español y por sus preciosos lienzos de asuntos orientales, en los que se manifiesta su fantasía verdaderamente meridional y esa brillantez y viveza de tonos que distingue á la escuela andaluza.

Domiciliado en Roma, forma parte de esa pléyade de artistas que en la Ciudad Eterna honran á España con sus obras que, como las del pintor andaluz, son estimadas por los aficionados de todos los países.

En este cuadro, que es una de sus más bellas composiciones, manifiéstanse, no sólo las cualidades artísticas del Sr. Gallegos, sino también el grato recuerdo que tributa á nuestra patria, ya que tanto en las figuras como en los pormenores de *En el coro* se hallan reproducidos tipos españoles y obras que admiramos en nuestros tiempos.

Reliquia de la armada española «Invencible.» – Hace poco más de nueve años que un incendio destruyó algunos edificios de la ciudad inglesa de Hull: removiendo los escombros encontróse en un subterráneo la caja de caudales que reproducimos y que se supone fué allí llevada por alguno de los barcos que contra la escuadra organizada por Felipe II envió Inglaterra. El hiero bruñido del fondo de la tapa representa dos sirenas: la caja es de hierro macizo y tiene veinticuatro pulgadas y media de largo, catorce y media de alto y quince de ancho.

HIERBA BUENA

NOVELA POR BRET HARTE. – ILUSTRACIONES DE FORESTIER Y MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

–¿Ha conseguido usted averiguar esto por sí misma?, preguntó después de una pausa.

–Sí, contestó Hierba; una de mis amigas del convento, Pepita Castro, me lo ha referido, pues conoce toda la historia de los Argüelles.

–¿Y por qué no ha dicho usted nada de esto al coronel Pendleton.

–Porque no habiéndome hablado él sobre el particular, he preferido yo también guardar el secreto hasta que se me declare mayor de edad.

Sí, pensó Pablo, hasta el día en que el coronel Pendleton y algún otro de los curadores no tengan derecho para decir nada. Evidentemente, Hierba se confiaba á él; pero fascinado por su audacia, preguntábase si debería regocijarse de ello ó llevarlo á mal. La joven no le dejó tiempo suficiente para reflexionar más.

–¿Qué le parece á usted todo esto?, preguntó.

–A mí modo de ver, repuso Pablo con ese acento de sinceridad que en él era tan simpático, la explicación es tan natural y obvia, que solamente me extraña que no se haya pensado en ella antes.

–No sé por qué, dijo la joven, sonriendo con dulzura, comienzo á creer que, en efecto, ignoraba usted lo que acabo de revelarle

Acosado así por Hierba, que evidentemente deseaba indagar si él conocía algún otro detalle, Pablo no supo qué responder al pronto; y sus vacilaciones eran propias de un hombre prudente; mas al fin, la simpatía que le inspiraba su interlocutora se antepuso á todo.

–Me acuerdo vagamente, dijo, frunciendo las cejas, de una señora alta y morena, que llevaba el rostro cubierto con un tupido velo, y por cierto que me llamó la atención el respeto, casi supersticioso, con que el corregidor Hammersley y su amigo el coronel la trataban, sobre todo al acompañarla hasta la puerta después de terminada la entrevista...

Pablo se interrumpió para mirar fijamente á la joven, que había palidecido y sin duda estaba poseída de una profunda emoción. Por un momento arrepintióse de haber evocado el recuerdo de su madre; pero en rigor, ¿qué mal había en ello?

–Usted habla de un secreto, añadió. Lo único que tengo presente es que el difunto corregidor me recomendó mucho olvidar cuanto había visto y oído. Poco imaginaba yo entonces hasta qué punto quedaría cumplido su deseo. Debe usted recordar, señorita, como ya lo hizo la superiora, que en aquel tiempo yo era muy joven, casi un niño; faltábame la experiencia de las cosas de la vida; y por otra parte, érame preciso hacer carrera. Yo era completamente desconocido y no tenía amigo alguno cuando abandoné San Francisco para ir á las minas, precisamente en la época en que usted entraba en el convento bajo el nombre que ahora lleva.

La joven se sonrió é hizo un movimiento como para acercarse á su interlocutor, impulsada acaso por un sentimiento de compañerismo ó de fraternidad, como el que experimentan á veces las jóvenes en sus relaciones de amistad con el sexo masculino; pero se contuvo y levantóse, sacudiendo su falda, sobre la cual había deshojado maquinalmente una linda flor.

–¿Conque tan pronto se va usted?, preguntó ¿Será acaso esta su primera y última visita como guardián mío?

–Nadie podría sentirlo tanto como yo, contestó Pablo, mirando á la joven con indefinible expresión.

–Yo creo, replicó Hierba con seductora coquetería no exenta de cierta gravedad, que usted ha perdido mucho tiempo, y tal vez yo también, pues en estos últimos años hubiéramos podido ser buenos amigos; pero en fin, ya pasó.

–Yo espero, replicó Pablo, sin sonreir esta vez, que la señorita Argüelles no recordará mi descuido con la señorita Hierba Buena.

–¡Ah! Tal vez sea una persona muy diferente.

–Confío en que no; lo sentiría mucho, replicó Pablo con expresión inquieta; pero ¿en qué había de cambiar?

–Solamente en que ya no estaría tal vez dispuesta á recibir ciertos cumplidos.

–¿Ni siquiera de su guardián?

–¡Oh! Ya no tendré ninguno.

Al decir esto, la joven volvió á sentarse, apoyó sobre una rodilla sus manos cruzadas, y mirando á su interlocutor fijamente añadió:

–Ahora ya ve usted lo que ha perdido.

–Sí, comprendo, repuso Pablo.

–No todo, continuó Hierba. Yo no tenía hermano alguno ni amigo; usted hubiera podido ser ambas cosas, guiándome á su antojo y atendiendo á mi educación, que no debía ser muy brillante con las maestras que ahora tengo. ¡Cuántas cosas he deseado saber que no pudieron enseñarme, y en cuántas ocasiones necesité consejo de alguna persona digna de mi confianza! El coronel Pendleton fué muy bondadoso para mí cuando vino á verme; siempre me trataba como una princesa, y su proceder fué lo que me hizo pensar que conocía á mi familia. Sin embargo, jamás osé dirigirle la menor pregunta sobre este particular, y á pesar de su caballeroso respeto, creo que nunca comprendió cuánto deseaba yo saberlo. En cuanto á los corregidores que sucesivamente se encargaron de mi tutela, puede usted juzgar por el Sr. Henderson. Extraño es que yo no me haya escapado ó hecho algún disparate. ¿No se arrepiente usted ahora un poco de su abandono?

Su voz, que cambiaba de entonación tan á menudo como sus ademanes, era en aquel momento cariñosa; pero como todas las personas de su sexo en semejantes ocasiones, Hierba estaba más atenta á lo que pasaba á su alrededor que á su compañero, pues sin darle tiempo para contestar añadió:

–¡Ah! Ya veo una diputación que viene en busca de usted, caballero Hathaway, y es forzoso dar por terminada la entrevista, pues no podría usted dar á uno lo que muchos reclaman

Pablo dirigió una mirada á la florida alameda y vió que la tal diputación se componía del corregidor, el señor Woods, una mujer delgada, de aspecto delicado, que evidentemente era su esposa, y Matilde. Esta última se arregló de modo que pudiera llegar al pabellón la primera; aquí cambió una señal de inteligencia con su amiga y díjole apresuradamente en voz baja:

–No importa que ahora os interrumpamos, pues te advierto que habrá ocasión para que hables más con el joven senador. Mi tía ha prometido enviar una esquela á la madre superiora para que dispense tu ausencia, y ahora procurará persuadir al Sr. Hathaway para que se quede aquí hasta mañana. ¡Ah! Ya vienen, y por ahora no puedo decirte más.

Verdaderamente, la señora Woods, mujer de excelente educación, llevaba muy á mal que una persona tan distinguida como el joven senador no hiciera uso de su casa más que para celebrar una entrevista con la heredera, sin aceptar su hospitalidad. A sus instancias para que Pablo se quedara unió las suyas el señor Woods, acentuándolas con más energía, y lo mismo hizo el corregidor, quien dijo que las señoras considerarían tal vez como un desaire aquella visita tan corta.

–Después de comer, caballero Hathaway, concluyó la señora Woods, tal vez vengan algunos de nuestros vecinos, que se alegrarán sin duda de tener una ocasión de estrechar á usted la mano; pero esta reunión será franca y cordial, sin la menor etiqueta.

Pablo miró á su alrededor con la esperanza de ver á Hierba: en realidad no había motivo alguno para no aceptar; ni siquiera se le había ocurrido que pudieran hacerle semejante invitación; pero si se quedaba, le habría complacido que Hierba supiese que lo hacía principalmente en su obsequio. Sin embargo, la heredera, entretenida con Matilde, no se fijaba al parecer en la conversación ni en lo que se



La isla Hierba Buena

hacía á su alrededor. Pablo aceptó, no obstante, aunque con alguna vacilación, y penetrado de que daba singular importancia á un hecho muy trivial en sí.

La necesidad en que se vió de ofrecer el brazo á la señora Woods para recorrer más detenidamente el extenso jardín, distrájole momentáneamente de las reflexiones que le había sugerido su entrevista con la heredera. Durante el paseo la señora Woods refirió á Pablo minuciosamente algunos detalles que éste ignoraba. Había conocido á Hierba á causa de la amistad contraída entre esta última y Matilde en el colegio; y en cuanto lo permitían las reglas del convento, siempre había tenido la mayor satisfacción en ofrecerle su hospitalidad. En su concepto era una hermosa joven, de noble carácter, y debía lamentarse que no hubiera conocido nunca el cuidado de una madre y que la rutina de un colegio hubiese usurpado la dulce influencia del hogar doméstico. Creía también que el continuo cambio de tutores había dejado á la joven prácticamente sin ningún amigo que la aconsejara y en quien pudiese depositar su confianza, como no fuera con el coronel Pendleton. No dudaba que éste podía ser un buen amigo y compañero para los hombres; pero dada su reputación y sus costumbres, no era la persona más propia para una señorita. El señor Woods no habría permitido nunca á Matilde invitar á Hierba á que visitase su casa si el coronel Pendleton hubiese debido acompañarla. La heredera, por supuesto, no podía elegir el guardián más conveniente, pero el señor Woods tenía el derecho de aceptar ó no para su sobrina la compañía de Hierba. Por más que Pablo, añadió la dama, fuese íntimo amigo del coronel, debía admitir que, después de haber dado éste un ruidoso escándalo, batiéndose por una mujer vulgar y defendiéndola ante una reunión de caballeros, debía relegársele exclusivamente á cierta clase de sociedad. Era una lástima, como la señora Woods y su esposo lo habían reconocido más de una vez, que el señor Hathaway no se hubiese constituído en guardián único de la heredera, como amigo y consejero y hasta como hermano.

– Creo también, continuó la señora Woods, que Hierba se ha preocupado tontamente sobre el ridículo misterio de su parentesco, como si éste debiera influir en una joven que posee la cuarta parte de un millón y tal herencia no demostrara de la manera más concluyente que era algo en la sociedad.

– Ciertamente, señora, contestó Pablo; soy del mismo parecer.

– Sin contar que todo se hará público cuando Hierba llegue á su mayoría. Supongo que usted sabe si aún vive alguno de sus parientes...

– Aseguro á usted que no, interrumpió Pablo.

– Espero que me dispense, repuso la señora Woods con una sonrisa; olvidaba que se trata de un secreto y debe serlo hasta que llegue la hora de revelarle. ¡Ah! Ya hemos llegado á la casa, y ahora recuerdo que las niñas han ido á ver á nuestra vecina. Tal vez deseará usted estar un rato solo antes de vestirse para comer; supongo que ya le han traído la maleta del hotel y que la encontrará en su cuarto. Sin duda le fatiga ver tanta gente... Hasta luego.

Pablo aceptó con gusto aquella excusa, porque deseaba, efectivamente, estar solo; y dando gracias á la dama, siguió al criado que debía conducirle á su habitación. Hallábase ésta en el piso principal, y aunque no muy grande, estaba amueblada con lujo. Pablo se dejó caer en un cómodo sillón que vió junto á la ventana, en cuyo marco una planta de jazmín, extendiéndose de un lado á otro, llenaba la estancia de embriagador perfume, tan sutil y penetrante, que el joven senador, poseído del irresistible deseo de entregarse á sus meditaciones sin que nada perturbase sus sentidos, levantóse, cerró la ventana y volvió á sentarse.

¿Qué hacía allí, y qué significaba todo aquello? Había ido para llenar un deber del pasado y complacer á un antiguo amigo; á esto se reducía su misión, y ya estaba cumplida; pero incidentalmente acababa de saber una cosa que podía ser importante para el coronel, y su deber era comunicársela. Si el hecho necesitaba confirmación, no la encontraría seguramente permaneciendo allí. Por otra parte, el coronel Pendleton se inquietaba en vano ante la posibilidad de que se descubriese el parentesco de Hierba y sobre lo que esto podría influir en la suerte de la joven; mientras que ésta había imaginado una explicación satisfactoria proponiendo una solución que evitaría enojos y apreciaciones gratuitas en lo sucesivo. Lo mejor sería dar cuenta al coronel de los detalles de su entrevista para que él juzgase, y averiguar si la joven sabía ya toda la verdad ó había sido engañada. Hecho esto, volvería á Sacramento para ocuparse de sus propios asuntos. No perdía gran cosa con la dilación que le ocasionaba la señora Woods; pero podía haberlo despachado todo hacía una hora.

Pablo se levantó, abrió de nuevo la ventana, y otra vez el penetrante perfume del jazmín se difundió por el aposento, pero mezclado ahora con el más suave de la rosa, que producía el efecto de un dulce estimulante aromático. En los alrededores del jardín proyectábanse las sombras de invisibles álamos; un rayo de sol penetraba á través del follaje de los árboles y reflejóse un instante en un grupo de nardos, haciendo resaltar los blancos cálices de las flores y el vivo color verde del césped; después iluminó una diminuta fuente, haciendo brillar sus aguas, y de pronto obscurecióse como si algo hubiese interceptado la luz. En el mismo instante Pablo dejó de ver la fuente, y ya trataba de explicarse aquel fenómeno, cuando divisó dos vestidos de mujer, uno blanco y otro amarillo, que ondulaban ligeramente. Eran los de Hierba y Matilde; las dos jóvenes volvían á casa; mas Pablo no quiso interrumpir sus reflexiones para observarlas, pensando sin duda que después vería á la heredera y que entretanto podría trazar su línea de conducta.

Pero Pablo no había tenido en cuenta la voz de su pupila, si tal podía llamarse, que siempre musical y de suave entonación resonó en aquel momento á sus oídos más dulce que nunca y más alegre al parecer que antes. Decididamente Hierba era muy feliz ó tenía poca reflexión; veíala correr con su amiga como una niña juguetona; las dos jóvenes se aproximaban rápidamente á la casa; después oyó sus ligeros pasos, y parecióle que Hierba y Matilde trataban de ahogar una carcajada.

Seguramente Hierba era una niña, y en tal caso habíala juzgado muy mal. ¿Sería pura imaginación de una joven romántica lo que él consideraba hasta entonces como cálculo reflexivo y que no era sino un sueño de colegiala? En vez de razonar con ella, de hacerla comprender bien su situación y de procurar interesarla en otras cosas más formales, había contribuído á mantener sus ilusiones; tratábala como si hubiese heredado el carácter mundano de su madre, y como si el conocimiento del mal hubiese penetrado ya en su joven corazón. La consideraba hasta entonces como hija de una aventurera y no como una pupila que apelase á su caballerosidad, movida por su propia ignorancia ó acaso por un sentimiento de vanidad infantil. Estaba juzgando una cuestión del más delicado y conmovedor interés con el egoísmo propio del hombre común y con la perversidad que caracteriza á los humanos. Y al reflexionar esto, la sangre se agolpó á sus mejillas, avergonzado de sí mismo, y alejóse de la ventana cual si hasta en ella viese una censura para él.

Pero ¿debería contentarse con desvanecer las ilusiones de Hierba, sin ir más lejos y sin decirle toda la verdad? ¿No sería mejor ganar desde luégo su confianza, puesto que, según recordaba ahora con amargura, Hierba se había quejado de no tener nadie á quién confiarse, y después de revelar la historia de su madre, prometer que guardaría religiosamente el secreto, ayudándola en su plan? Esto no alteraría el estado de cosas sino en cuanto á Hierba se refiriera; entre los dos podrían acordar lo que fuese más conveniente hacer, y él le prestaría su apoyo en cuanto estuviera á su alcance; pero... ¿cómo y en qué forma podría revelarle el secreto? Prescindiendo de la delicada y difícil perífrasis con la cual debería explicar á una inocente colegiala el baldón que había recaído sobre la madre, ¿qué derecho tenía él para decir todo lo que pensaba? ¿Lo haría como tutor que nunca la aconsejó ni protegió? ¿Como amigo de hacía una hora? ¿Quién estaría autorizado para entrar de lleno en las explicaciones necesarias? ¿Un amante, en cuyos labios parecería esto tan sólo un llamamiento tácito á su gratitud ó á sus temores y á quien ninguna joven pundonorosa podría aceptar después? No. ¿Un esposo? ¡Sí! Al llegar á este punto de sus reflexiones, Pablo se estremeció, recordando lo que el coronel le había dicho. ¡Cielos! ¿Habría tenido Pendleton aquella idea? Y sin embargo, no veía otra solución.

Un golpecito á la puerta interrumpió las reflexiones de Pablo. Era la señora Woods, quien le dijo que acababan de traer su maleta, y que había enviado una esquela á la superiora diciéndole que, en vista del poco tiempo que el Sr. Hathaway podía consagrar á su pupila, había juzgado oportuno conservarla á su lado hasta después de comer, y á fin de que pudieran aprovechar el tiempo, añadió que había dispuesto colocar en la mesa al tutor y á la pupila uno al lado del otro.

Pablo dió las gracias con una sonrisa, pensando que así tendría suficiente tiempo para explicarse de una vez con la heredera, aunque temía que, atendido su carácter algo altivo, podría resentir su orgullo.

De todos modos, el joven senador comenzó á vestirse lentamente, con singular dejadez, que creyó producida por el embriagador perfume de las flores que penetraba en la estancia en alas de la fresca brisa del jardín. La imagen de Hierba no se apartaba de su pensamiento; parecíale verla aún en el pabellón acariciándose una mejilla con las rosas; y cuando se miró al espejo, no fué su rostro el que creyó ver, sino el de la joven. Después estremecióse, creyendo oir sus ligeros pasos: era ilusión de sus sentidos; mas al fijar su mirada en la mesa tocador, llamóle la atención un vaso que contenía un nardo, en cuyo tallo habían introducido una tarjeta que contenía las siguientes palabras, escritas con lápiz: «De Hierba.» Aquella flor era sin duda para colocarla en el ojal de la levita, y seguramente la habría puesto allí algún criado mientras él estaba asomado á la ventana.

Cuando Pablo bajó, encontró ya reunidas seis ú ocho personas: la señora Woods había convidado á varios de sus vecinos, entre los cuales hallábanse el juez Backer y su esposa; D. César Briones, mejicano, habitante en el inmediato Rancho de los Pájaros, y su hermana doña Ana. Matilde y Hierba no habían llegado aún. D. César, joven de airoso aspecto, parecía notar la ausencia de las jóvenes, pues tenía la mirada constantemente fija en la puerta, mientras que Pablo conversaba con doña Ana, mujer vivaracha y muy coqueta al parecer, á juzgar por sus modales y su manera de expresarse.

Matilde entró de pronto, casi corriendo, y un momento después apareció en el umbral la graciosa figura de Hierba, que Pablo al pronto reconoció apenas.

Es presunción general del hombre creer que siempre se hace superior al efecto que pueden producir los adornos femeniles, y que tanto le agrada una mujer hermosa con el traje más rico como con el más sencillo; pero ninguno de los hombres que allí estaban dejaría de pensar seguramente que Hierba, tal como iba vestida entonces, estaba mucho más seductora que antes y que su nuevo traje realzaba más su belleza. Su vestido de granadina obscuro, adornado con azabaches, hacía resaltar mejor sus graciosas formas y aparecer más alta; no se había engalanado con ricas joyas, y solamente llevaba un collar de perlas, tan ceñido al cuello, que éstas parecían engarzadas en el cutis. Pablo ignoraba que aquel collar era regalo de la madre á la hija á quien había abandonado tan misteriosamente, y durante un momento parecióle que el traje de Hierba era más propio de una persona que viste luto. Algunas flores blancas prendidas sobre el pecho, compañeras de la que él llevaba en el ojal, completaban el adorno de Hierba.

Las miradas de los dos jóvenes se cruzaron durante un momento; la de Pablo expresaba el asombro, y la de Hierba la candidez; pero en el mismo instante generalizóse la conversación; mientras que don César ofrecía sus cumplidos á la heredera.

– Paréceme, dijo Pablo á doña Ana, que el hermano de usted es admirador de mi pupila.

– Así lo creo. ¿No le sucede á usted lo mismo?

– ¡Oh!, repuso Pablo sonriendo, yo soy hasta cierto punto su tutor, y en mí todo se reduce á egoísmo.

– ¡Ah!, replicó doña Ana, pues en tal caso ejercerá usted sin duda influencia en esa encantadora joven, y para sus adentros pensó en la conveniencia de decírselo á su hermano para que estuviese alerta.

La precaución parecía necesaria, pues poco después, á una señal de la señora Woods, Pablo ofreció el brazo á Hierba. El joven mejicano fijó entonces una mirada de envidia, casi de cólera, en el que tal vez consideraba como rival.

– Doy gracias á usted, dijo Pablo á la joven, mirando las flores con que iba enlaganada, por haberme permitido usar sus colores, y creo merecerlo, pues si por usted no fuera, ya estaría en camino de San Francisco. ¿Tendré oportunidad de hablar con usted algunos momentos después de la comida?, añadió en voz más baja.

– ¿Por qué no ahora?, repuso Hierba. Creo que para eso le han señalado asiento junto á mí.

– Mas no para tratar de nuestros propios asuntos, es decir, de lo que yo llamaría asuntos de *familia*, contestó Pablo, mirando á la joven con bondad, si bien creo que D. César se alegraría mucho de saber que no se trataba de otra cosa.

– ¿Y cree usted que su hermana participaría de tal satisfacción?, replicó Hierba. Debo advertirle, Sr. Hathaway, que está usted justificando las dudas de la reverenda superiora acerca de sus respetables pretensiones. Todos nos observan en este momento.

Pablo paseó maquinalmente su mirada alrededor de la mesa, y pudo cerciorarse de que, en efecto, estaba llamando la atención de los demás.

Bien fuera por oculta simpatía, ó por esa tendencia humana á admirar todo cuanto es simétrico, ó á dos jóvenes que se aman inocentemente, la verdad es que todos fijaban su atención en Hierba y Pablo; pero este último halló muy pronto medio de distraerla, gracias á su facilidad en la palabra. Entonces pudo reconocer también que no solamente la joven había recibido una esmerada educación, sino que poseía conocimientos muy superiores á los que se adquieren por la rutina de un colegio. Trataba todos los asuntos con el mayor despejo, y emitía acertadas opiniones con una facilidad que muchos hombres habrían envidiado. Como por un convenio tácito, que tenía el encanto de la mutua confianza, el joven senador y Hierba parecían esforzarse más en distraer á los convidados con su conversación que en hablar para sí; y cuando Pablo decía alguna cosa á doña Ana, escuchaba al parecer con gusto á Hierba, que hablaba en español con D. César. Sin embargo, muy pronto se inquietó al notar que el asunto de su diálogo versaba sobre las antiguas familias españolas y la primera ocupación del país por las mismas. Era muy posible que la heredera manifestase sobre este punto una ignorancia perjudicial para ella después, ó bien que hiciera evocar algún recuerdo genealógico susceptible de dar al traste con sus ilusiones ó deshacer de un soplo sus castillos en el aire. ¿Se propondría acaso tan sólo tomar informes? De todos modos, admiraba la habilidad con que Hierba, sin manifestar deseos de averiguar cosa alguna, lograba que don César fuese sumamente comunicativo. Sin embargo, estaba como sobre espinas, pues imaginábase ya ser cómplice en la impostura de Hierba. De pronto echó de ver que doña Ana le miraba fijamente, y ya iba á dirigirle la palabra para evitar torcidas interpretaciones, cuando se oyó la voz del juez Backer, que llamaba á Hierba desde el otro lado de la mesa. Por uno de los incidentes peculiares de la conversación general, una pregunta, insignificante al parecer, llamó la atención de todos.

—Estábamos admirando el collar de usted, señorita, dijo el juez Backer.

Las miradas de los comensales se fijaron al punto, como era natural, en la hermosa joven.

Hierba se llevó la mano al cuello, sonriendo dulcemente.

—Usted se chancea, caballero, contestó. Bien sé que este collar es ridículamente pequeño; pero debo advertirle que se compró cuando yo era niña, y que lo uso porque fué regalo de mi madre.

Pablo se estremeció; era la primera vez que oía á la joven hablar de su madre, y durante un momento se le representó la imagen de esta última, recordando el día en que la vió ocho años antes.

—Ya te dije que no podía ser de otro modo, dijo la señora de Backer á su esposo.

Todos fijaron una mirada interrogadora en la dama, que al punto añadió para explicar el sentido de sus palabras:



Hierba, penetrando en el pabellón, sentóse en un rústico banco y comenzó á leer la carta (pág. 59)

—Pedro cree haber visto ese collar en otro tiempo, y como todos los hombres, es muy obstinado cuando se empeña en alguna cosa.

—Dispense usted, señorita, dijo el juez con dulzura; pero si no tiene en ello inconveniente, le rogaría que me permitiese ver ese collar.

—Con mucho gusto, repuso Hierba sonriendo, mientras retiraba el adorno de su cuello. Sin duda le parecerá á usted antiguo.

—Precisamente es lo que yo quisiera, repuso el juez, fijando en su esposa una mirada triunfante. Hace ya ocho años que vi este collar en la joyería de Tucker, y quise comprarle para mi niña; pero como el precio era muy subido, vacilé, y cuando al fin resolví obtenerle, ya le habían vendido á otro parroquiano. Sí, añadió, mirando el collar por última vez; estoy seguro de que es el mismo y recuerdo muy bien que era el único en su clase. ¡Qué cosa tan extraña!

Todos los presentes lo juzgaron así también, aunque sin dar importancia á un hecho que les parecía demasiado trivial; pero D. César quiso decir algo más.

—No tengo el gusto de conocer á la hija de usted, Sr. Backer, dijo Pablo; pero si no lo lleva á mal, emitiré mi opinión, y es que esta joya, en el cuello de la señorita Hierba, no ha perdido su valor y realza mucho su belleza.

—La verdad es, amigo Backer, dijo Woods, que usted pecó de calmoso, dando lugar con sus vacilaciones á que otro comprase la joya. No se ha de pensar tanto cuando se desea una cosa.

—¿Y no supo usted nunca quién había sido su afortunado rival, señor Backer?, preguntó doña Ana, mirando al mismo tiempo á Pablo, que estaba muy pálido.

—No, contestó el juez; pero...

De pronto se interrumpió, como si vacilase sobre lo que iba á decir, y con forzada sonrisa añadió al fin:

—No; mis recuerdos se han confundido, pues me refiero á una fecha algo lejana. No conocí al comprador, ó por lo menos no le tengo ahora presente; pero sí me acuerdo muy bien del collar, y puedo asegurar que es este mismo.

Así diciendo, el juez devolvió la joya á Hierba, inclinándose cortésmente.

Durante este diálogo, Pablo no había osado mirar á la joven temiendo verla confusa por la atención que en ella fijaban todos; mas cuando al fin se atrevió á ello, y al observar la tranquila expresión de sus ojos, que fijaban en él una mirada de reproche, como censurando su singular frialdad, sintióse poseído de una viva inquietud. Y en cinco minutos tomó una determinación irrevocable: persuadido de que sus actuales relaciones con Hierba no podían continuar así, resolvió decírselo todo ó no volver á verla más. No había término medio: la heredera se hallaba en una posición muy falsa, que podía llegar á serlo más, bien por su ignorancia, ó por sus infundadas pretensiones; y en cuanto á él, aunque bastante autorizado en cierto modo para protegerla y salir á su defensa, juzgaba conveniente estarlo más aún.

Hierba, con ese instinto peculiar de las mujeres, había atribuído el silencio de Pablo á un sentimiento de celos por las atenciones que había tenido con D. César, y más de una vez había fijado su mirada en el joven senador, sonriendo dulcemente como para tranquilizarle.

Pablo agradeció sin duda esta deferencia, é inclinándose ligeramente hacia la heredera, díjole en voz baja:

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS INSTITUCIONES SANITARIAS DE PARÍS

LOS ASILOS NOCTURNOS

Entre los servicios públicos de París concernientes á la higiene y asistencia públicas, los hay de instalación reciente que ofrecen manifiesto interés desde el punto de vista sanitario y científico; tales son los asilos nocturnos, las estaciones de desinfección y las de ambulancias.

Ocioso nos parece encarecer la necesidad de los asilos nocturnos en toda ciudad populosa, y la administración pública debe cuidar de ejercer con toda la amplitud debida el derecho que en este punto le corresponde, aunque adoptando las necesarias precauciones para evitar abusos, procurando que la caridad que en esta forma se ejerce sea pasajera, es decir, que permita á un desgraciado, si está sano, salir de un apuro momentáneo.

Tres refugios municipales existen actualmente en París, dos para hombres y uno para mujeres, y hay otros en proyecto. El de mujeres está exclusivamente destinado á las que carecen de trabajo: la estancia máxima es de tres meses, durante los cuales se les da alojamiento, manutención y vestido y se les lava la ropa, pero deben ocuparse en los trabajos de costura, lavado, etc, pudiendo salir por turno para ver si encuentran ocupación.

Los dos asilos para hombres son únicamente para la noche, y los que á ellos se acogen sólo pueden estar allí tres noches consecutivas, no pudiendo volver hasta transcurridos dos meses. Durante todo el día se despachan tarjetas de admisión. Cada uno de estos asilos contiene doscientas camas, pero en realidad da albergue, por término medio, á 240 infelices: se compone de la oficina de recepción, salas de limpieza, refectorios, dormitorios y otras salas anexas. La fig. 1 representa la disposición general de uno de estos establecimientos. El refugiado, después de atravesar el patio 1, espera en la habitación 2 y pasa luego al corredor que se extiende á lo largo de la oficina de recepción 3, donde da su nombre, domicilio, profesión y demás datos para justificar su identidad, hecho lo cual, por el corredor 4 llega á la sala de limpieza 7, donde se desnuda (fig. 2), se jabona todo el cuerpo con jabón fenicado ó crecilado y se coloca en un aparato de abluciones de agua caliente. Después de estas operaciones, que los empleados del asilo vigilan cuidadosamente, se pone una camisa, un pantalón y una chaqueta que le facilita el establecimiento, en tanto que sus ropas, que ha de volver á vestirse á la mañana siguiente, son llevadas á la estación de desinfección. Seguidamente se encamina por el corredor 6, y al pasar por delante de la cocina 5 recibe la cena que va á comer en el refectorio 8, en mesas dispuestas como indica la fig. 3; la ración consiste en un litro de sopa de pan y legumbres y la de la mañana en un pedazo de pan de 350 gramos, y la bebida en agua ligeramente adicionada con genciana ó regaliz. Después de comer pasa á uno de los dormitorios 9 (fig. 1), ocupando una de las camas que en hileras de 25 están dispuestas en grandes salas, calentadas en invierno y aireadas en verano. La cama es de hierro y tiene sommier, colchón, almohada, sábanas y manta, todo en perfecto estado de limpieza; el sommier está formado por un cuadro metálico en el que hay tendida una gran cuerda arrollada varias veces de modo que forme un entrelazado en losange, sistema de excelente elasticidad, de fácil limpieza y sumamente barato.

Los departamentos de los guardianes 12, la habitación del director 11, los retretes 10 y los almacenes completan el asilo, en el cual reinan una limpieza absoluta y una dirección minuciosa y en donde todo tiende al logro del objeto para que tales establecimientos se fundaron, á saber: la más amplia asistencia posible á los desheredados de la fortuna.

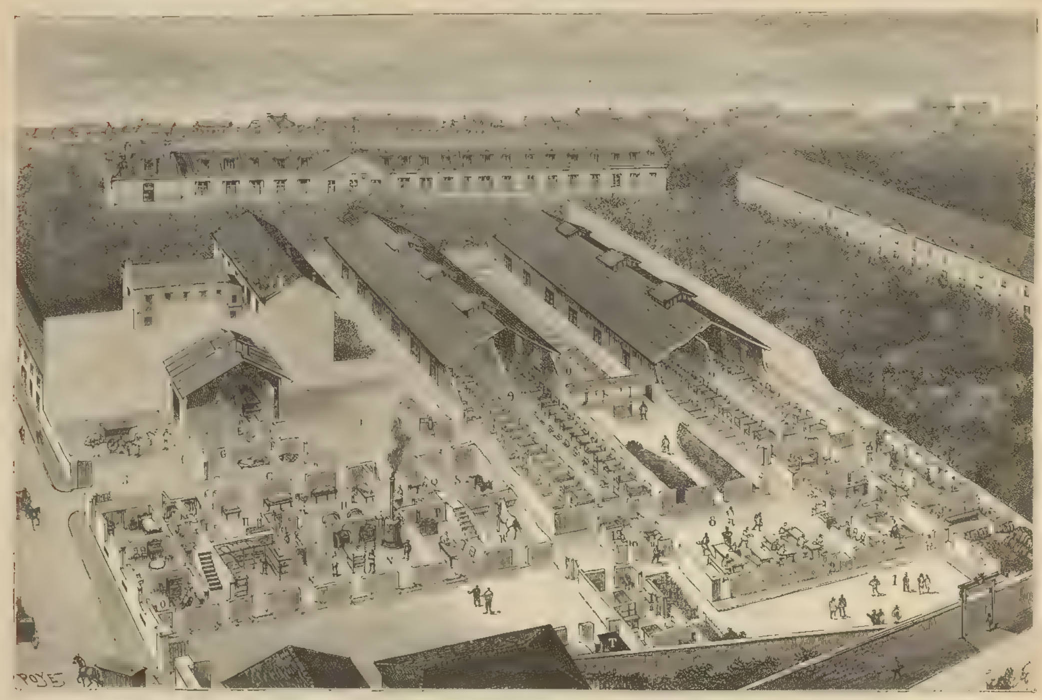


Fig. 1. Vista general del asilo nocturno municipal del muelle de Valmy y estación de desinfección de la calle de Recoletos, en París.

El asilo del muelle de Valmy, que es el que acabamos de describir, desde el año 1887 á 1892 ha albergado á 125.752 individuos; el de la calle del Chateau-des-Rentiers, en tres años á 50.369, y el de la calle de Bucherie, hoy desaparecido á consecuencia de la apertura de la calle Monge, en tres años y medio á 45.680, ó sea un total de 221.801, cifra que representa 665.403 noches pasadas en estos asilos desde su fundación. Además en 1890 fueron admitidas en los asilos provisionales 181.437 personas.

Recorriendo la lista de profesiones de los asilados, sorprende encontrar en ellas, además de los jornaleros, que constituyen la mayoría, multitud de nombres de personas que han tenido una posición rela-



Fig. 2. Sala de limpieza del refugio nocturno municipal del muelle de Valmy

tivamente desahogada, y de otras, en gran número, que han ejercido profesiones liberales más ó menos lucrativas. La población que frecuenta estos establecimientos es generalmente obrera; los criminales y los vagabundos suelen huir de ellos: la inmensa mayoría de acogidos son realmente gente necesitada y muchos no permanecen allí ni siquiera las tres noches á que tienen derecho, y pueden, gracias á este socorro, recobrar la fuerza necesaria para obtener trabajo ó recoger recursos con que volver á su país. En el año 1890 hubo en el asilo del muelle de Valmy 1.163 repatriaciones.

Una de las particularidades que llaman la atención al que visita estos asilos es el gran número de cartas que cubren las vitrinas de la oficina de admisión en espera de su destinatario, que no ha titubeado en dar aquella dirección como si se tratara de una fonda. Las personas á quienes estas cartas van destinadas son generalmente desgraciados que llevan ya uno ó dos días de permanencia en el establecimiento y se hacen dirigir á éste las respuestas á sus solicitudes en demanda de trabajo, ó que han abandonado ya el asilo: rara vez se trata de individuos que anticipadamente han previsto el día determinado en que utilizarán la hospitalidad de los asilos.



Fig. 3. Refectorio del asilo nocturno municipal.

DR. A. J. MARTIN

(De *La Nature*)

CRECIMIENTO EXTRAORDINARIO

DE LA

CRIN Y COLA DE UN CABALLO

En el número 372 publicamos el retrato de un individuo cuya barba medía una longitud de dos metros treinta y dos centímetros, viéndose por esta razón obligado á arrollársela al cuello para poder andar. ¡Lástima que el tal sujeto no sea dueño del caballo que hoy reproducimos! ¡Qué efecto produciría aquel hombre barbudo montando este animal! Este caballo, de bellísima figura, es un caballo padre francés, un percherón, de color de avellana, cuenta actualmente ocho años y ha sido criado en el Connecticut, Estados Unidos. La crin y la cola, del mismo color, tienen cinco y cuatro metros de longitud respectivamente. Cuando el animal está de pie y con las crines tendidas ofrece un aspecto imponente que excita la admiración de los inteligentes; y cuando sale á paseo ó permanece en la cuadra, su propietario, que le cuida con gran solicitud, le peina las crines y la cola dividiéndolas en trenzas que se encierran en sacos con el doble objeto de sostener aquéllas recogidas y evitar que se ensucien.



Crecimiento extraordinario de la crin y cola de un caballo percherón criado en Connecticut, Estados Unidos (De una fotografía.)

El sistema de limpieza adoptado por el propietario consiste en lavar las crines y la cola con agua fría pura, sin ningún tónico, y luego secarlas muy cuidadosamente con un paño antes de tejerlas.

En los dos últimos años las crines y la cola han crecido 66 centímetros.

Este fenómeno tiene un precedente, pues, según parece, existe en el Museo de Dresde un caballo disecado que perteneció al elector de Sajonia, Augusto II el Fuerte, más tarde rey de Polonia, y cuyas crin y cola miden respectivamente cuatro y dos metros de longitud.

Dícese que servía de montura al Elector en los días de ceremonia, y entonces su crin y su cola eran sostenidas por algunos pajes.

El que comunica esta noticia al periódico de donde nosotros la tomamos añade: «¡Coincidencia singular! Por lo que yo creo recordar, ya que mis recuerdos datan de larga fecha (de 1847, época en que estuve en Dresde) y por ende no puedo afirmarlo con seguridad, el color del caballo de Augusto II es el mismo que el del percherón americano: era isabelino, algo obscuro y las crines poco claras, blanco-amarillentas.»

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 8 DE FEBRERO DE 1892 — NÚM. 528

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el primer tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos» profusamente ilustrada



LA ORACIÓN cuadro de Félix Ehrlich

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Hace bastantes años se publicó el último trabajo de Proudhon *Del principio del arte y de su función social*. En dicho libro el célebre escritor socialista parte de un supuesto que Zola, al combatirle en su estudio sobre Proudhon y Courbet (1), califica de «definición del *arte* hábilmente trazada y más hábilmente explotada.» Tal definición es la siguiente: «Una representación idealista de la Naturaleza y de nosotros mismos, que se endereza al perfeccionamiento de nuestra especie.» A este modo de definir, el autor de *Germinal* contesta que «Una obra de arte es un pedazo de la creación visto á través de un temperamento.»

Más adelante Zola transcribe en su estudio citado otro párrafo del libro socialista, para mí el más interesante de toda la obra como concepto estético del gran pensador. «Diez mil ciudadanos que han aprendido el dibujo forman una potencia de colectividad artística, una fuerza de ideas, una energía de ideal muy superior á la de un individuo.» Revuélvese Zola contra teoría tan estupenda y exclama: «Confieso á ustedes que ya no sé lo que se pretende de un artista, y que prefiero mil veces coser zapatos.» Por último, y para no citar más á propósito del objeto que me propongo tratar en este artículo, ahí va la nota saliente del libro póstumo de Proudhon. «El arte en nada puede contribuir directamente á nuestro progreso, la tendencia es á prescindir de él.»

Recuerdo ahora que entre mis apuntes y notas para una obrilla de crítica que tengo en preparación, hay un artículo publicado hace tiempo en el periódico *Las Regiones*, donde se sostiene esta teoría de la desaparición del arte por considerársele innecesario, dando como buena y efectiva la muerte de las filosofías místicas y de las religiones todas. Al punto mismo que concluí de leer este trabajo de doctrinarismo socialista, vínoseme á la memoria otro estudio de la misma índole, publicado con alguna antelación en una revista alemana, la cual traducía y comentaba, también con arreglo á las ideas de Proudhon, cierta diatriba más que mediana contra la burguesía, que vió la luz en un semanario de Londres. Tal diatriba tenía por objeto hacer ver lo ridículo del drama representado con la ayuda artística y estética de la música, amén de su inutilidad para el desenvolvimiento del progreso y perfeccionamiento de la especie.

Tales eran y tales son aún hoy las doctrinas que el socialismo tiene como buenas respecto del *arte*; pero como las evoluciones del mundo intelectual no están sujetas á la casuística de ninguna escuela política, social ó religiosa determinada, y como esas evoluciones son las oleadas de sangre que sacudieron siempre el cuerpo vivo de las sociedades todas, impulsándolas hacia adelante, aun en aquellos períodos que la historia nos muestra como de retroceso, y como el *arte* significa en estas evoluciones lo que la luz solar que inunda de colores y matices la Naturaleza, Mr. Volders, uno de los más autorizados jefes del partido obrero belga, recordando seguramente, y si no recordando, presintiendo lo dicho por su casi compatriota Grotius, ha dejado dormir en las hojas del libro las ideas por Proudhon allí vertidas, y haciendo un llamamiento á músicos, literatos, pintores, etc., pretende que arraigue en el club *La maison du peuple* de Bruselas una nueva sección, *Sección de arte*.

El objeto de Mr. Volders es iniciar al proletariado en el movimiento estético contemporáneo y formarle una educación artística por medio de exposiciones, audiciones y lecturas. — ¿Para qué es necesario al obrero el arte? — pregunta un *M. Island* desde cierto periódico anarquista francés. Pudiera contestarle la población obrera que asiste á las clases de dibujo, cerámica, etc., de las *Escuelas de artes y oficios* de Europa; pudiera contestarle el práctico pueblo inglés ó el norteamericano, que ponen todo su empeño en buscar fórmulas nuevas á las manifestaciones del arte que más hondamente conmueven nuestro corazón y nuestra carne; pudiera Mr. Volders contestar con Grotius: «No es bastante que un pueblo tenga lo necesario para su conservación y vida, es menester que ésta le sea agradable.»

«Es una mentira el arte, un engaño, un artificio para sostener las pompas de la realeza, las exigencias teocráticas, las falsedades de la religión.» Así se explica el articulista de *Las Regiones* y así se explica M. Island. Mas he aquí que ahora comienzan á



Estudio, de D. Román Ribera

caer en la cuenta de que el *arte* tuvo y tiene por principalísimo objeto «hablar al corazón de la humanidad por todas las facultades que en ella aman, por sus esperanzas y por sus recuerdos;» que para realizar este fin, así busca el artista motivo en la religión como en la historia, en el hombre urbano como en el rural, en el vicio como en la virtud.

Seguramente que el autor del citado artículo de *Las Regiones*, al reirse y comentar la falsedad que se advierte en un drama lírico, donde la muerte, el odio, el amor, sentimientos, pasiones, crímenes y heroísmos, en fin, allí representados, emocionan al espectador con cuádruple fuerza estética — la de la literatura, la de la música, la del arte escénico del actor cantante, la de la pintura decorativa — olvidó (casi estoy seguro de esto), olvidó que pertenecía á alguno de los coros en Cataluña restaurados por el genio de Clavé. A buen seguro que más de una vez el adepto de las doctrinas proudhonianas á quien me refiero habrá cantado aquella letrilla del insigne Ruiz Aguilera:

Cataluña tiene un hijo,
Tiene un hijo menestral.
Tric trac
Tric trac.

Ahí está el arte poética, ayudada del arte de la música, dramatizando toda una clase social dedicada al rudo trabajo á que la industria moderna le somete. Verdad ó mentira el arte, los obreros belgas presienten la necesidad de la vida del sentimiento, la necesidad de darle al corazón y al espíritu lo que solamente el *arte* puede darles. El buen sentido popular hizo una frase que destruye por completo el positivismo de la afirmativa aquella: «la tendencia hoy es á prescindir de él» (del *arte*); la frase es esta: «No solamente de pan vive el hombre.»

* * *

Al presente la fotografía de los colores absorbe la atención de gran número de sabios, y se está dilucidando en la Academia de Ciencias de París si, en efecto, Mr. Baudran ha dado en el *quid* físico químico, hasta ahora obstáculo insuperable, y logrado fijar en la *positiva* todo color que se ponga al alcance de la lente fotográfica.

Mucho ha descendido aquel entusiasmo causado por las primeras máquinas fotográficas instantáneas, como va descendiendo también hasta quedar reducido á límites bastante estrechos aquel otro cúmulo de ilusiones artístico-mecánicas que se forjaran las gentes á la vista de las *revelaciones* que la fotografía nos hizo hace media docena de años. Quienes dieron por terminada la misión del dibujante; quienes profetizaron, parodiando á Hugo, «esto matará á aquello,» refiriéndose al *realismo* que á las artes plásticas aportaban los adelantos del arte fotográfico; quienes llegaron á estampar en letras de molde: «próximo el día que la reproducción fotográfica de los colores será un hecho, los pintores tendrán que resignarse á dejar el campo libre á la máquina que, con precisión matemática, así copiará la línea como el colorido.»

¡Dios es grande! Todos esos Mahomas de una ley nueva, de una iglesia novísima, se irán convenciendo poco á poco de que ni la fotografía dibuja bien, ni la fotografía nos enseña nada nuevo, ni la fotografía puede crear, misión principalísima del artista, ni la fotografía puede competir en el retrato con el trazado por el pincel ó el lápiz, ni la fotografía sirve más que para lo que realmente debe servir, esto es, para reproducir mecánicamente, con los errores consiguientes de proporción y distancia producidos por la lente.

Hace cerca de dos años decía yo, tomándolo de Stevens, á propósito de un cuadro de *género* muy discutido, cuadro que tenía todos los desaciertos de la escuela servilista, émula de la fotografía en lo de interpretar de un modo frío y matemático, no la especie, sí el individuo: «*Il faut formuler esthetiquement et non imiter servilement*,» y recordaba á este propósito dos retratos existentes en el Museo del Prado: el de *Un escultor*, debido al pincel de Velázquez, y el de *Un cardenal*, obra de Rafael. No quiero mentar los de Moro, Van-Dyk, etc. Refiriéndome al retrato hecho por el de Urbino, indicaba en el artículo á que me refiero: «Estudien los servilistas y devotos de la fotografía este retrato, y verán cómo aquella testa correctísimamente dibujada, si de una verdad que supera á la fotografía, porque la retina del pintor cuyo gusto se educa estéticamente sabe proporcionar y corregir los errores de la visión, sin quitarles carácter á las incorrecciones de la fisonomía del retratado, tiene al propio tiempo impresos en los ojos, en los delgadísimos labios, en los pómulos ligeramente angulosos, en el acentuado arqueamiento de las cejas, caracterizada la fisonomía psíquica del individuo, no quedando lugar á duda alguna acerca del temple moral del retratado.»

El retratista al trasladar al lienzo la imagen del modelo analiza é interpreta, según su temperamento — y en este caso pienso con Zola, — el doble tipo físico y psíquico de aquél; la máquina fotográfica no hace más que reproducir instantáneamente las facciones del individuo, siempre, en esos momentos, preocupado en aparecer lo más *correcto* posible ante la inerte pupila de la cámara obscura.

He aquí, pues, algunas de las mentiras que hay que descontar del capítulo de verdades que avaloran el arte de la fotografía.

R. Balsa de la Vega

(1) *Mis odios*.



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

(CONTINUACIÓN)

DESEMBARCO DE LOS RUSOS EN VARNA

LA ESCUADRA INGLESA EN LOS DARDANELOS

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Bourgas, 20 abril (10 noche)

Los rusos efectuaron un desembarco en Varna, y según parte del corresponsal que tengo allí, fueron derrotados, ocasionándoseles bastantes pérdidas, excepto en un punto. Desgraciadamente, á juzgar por las noticias oficiales, los moscovitas intentaron un desembarco por el Norte de la ciudad, donde el cabo Kaliakra protege los botes contra los vientos que llegan del Este. Casi dos batallones sentaron pie en tierra, y mientras uno se atrincheraba en las alturas de Kavarna y Baltschyk, detrás de la ciudad, otro se abrió paso hacia la ciudad, situada en el lado Norte del puerto, que no está resguardado, aunque sí protegido por antiguas obras defensivas de los turcos, reforzadas últimamente frente al mar. Hay una ciudadela, que fué muy oportunamente ocupada para impedir al enemigo penetrar hasta las obras exteriores; pero aunque los rusos no tengan considerables fuerzas en tierra, el caso es que ya se hallan aquí, y temo que las tropas rechazadas lleguen á los caminos de Varna á tiempo de conseguir el desembarco por la mañana, á menos que el mayor Savoff despliegue un valor extraordinario.

Bourgas (11-30 noche)

Según esperaba, la escuadra rusa llegó á Varna á tiempo para desembarcar dos batallones con algunas piezas; de modo que el mayor Savoff no pudo desalojarlos bajo el pesado y continuo fuego de los buques, mucho más eficaz á causa de la calma del mar. Si los rusos trabajan bien detrás del cabo hasta la mañana, no será fácil rechazarlos, pues excepto las guarniciones de Shumla y Rustchuk, no hay ninguna otra entre ellos y el valle del Danubio; pero están en el peor lado de los Balkanes, y por eso sus operaciones no podrán ser muy eficaces.

Bourgas, 21 abril

Los rusos han efectuado su desembarco. Bulgaria tiene tantas tropas en las fronteras occidental y del Sur, que nada puede hacer á menos que las potencias consientan en que tropas turcas penetren en el principado, como evidentemente pueden hacerlo con arreglo al tratado de Berlín, si es que aún está en vigor. La gente se ríe cuando digo que la escuadra inglesa estará aquí dentro de pocos días. Se acuerdan de 1877.

CHANAK KALESSI EN LOS DARDANELOS

22 abril

La división de Oriente de la escuadra inglesa del Mediterráneo pasó por aquí á las diez y cuarto de esta mañana, en virtud de un firmán del sultán. No debe penetrar en el Mar Negro hasta nuevas órdenes.

Erzeroum, 22 abril

El sábado los rusos cruzaron la frontera de Armenia por Olti, Karakilissa, Arautsh y Zewen, sin encontrar resistencia. Aquí reina la mayor consternación, y muchos habitantes huyen hacia el Oeste; pero Zeki-Bajá ha declarado que podrá defender la ciudad de Zewin durante seis meses. Tal vez no le sea posible conservarla más de uno. Los rusos han llegado ya á Hassán Kalch, distante de aquí quince millas.

MOVIMIENTO DE LOS RUSOS EN LA FRONTERA AUSTRIACA. – MOVILIZACION DE LOS CUERPOS DE EJÉRCITO ALEMANES.

EFERVESCENCIA DELANTE DEL PALACIO IMPERIAL

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Berlín, 22 abril (8-50 noche)

Desde los inolvidables días de julio de 1870 no se había observado aquí nunca tanta excitación como la que se ha producido por la noticia, ahora indudable al parecer, de que Rusia, en vista de la respuesta evasiva, ó según dicen varios telegramas, de la negativa terminante á su demanda exigiendo que los austriacos evacuasen inmediatamente Belgrado, comienza ya á poner en movimiento numerosos cuerpos de tropas hacia la frontera Sud-occidental; y hasta se susurra que una división de caballería se ha presentado ya en el camino de Varsovia-Cracovia,



La gran guerra de 1892. – La escuadrilla de torpederos del almirante turco Woods-Bajá cruzando el Bósforo

en un punto llamado Xiaswielki. Estamos á la verdad en una situación grave, tan alarmante como repentina. El paseo *Unter den Linden*, convertido en una perfecta Babel por la gritería de los vendedores de hojas sueltas con las últimas noticias, se llena rápidamente de numerosos grupos que acuden aquí para enterarse de los últimos partes. Delante del ministerio de Estado hay una compacta muchedumbre que pide á gritos que se le comunique la verdad de lo que haya.

De esto depende la paz ó la guerra para Alemania. Si Rusia se permite la menor agresión contra Austria, Alemania debe desenvainar al punto el acero para correr en auxilio de su aliada. Conviene no incurrir en error en cuanto á los términos del tratado austro-alemán de 1879, publicado hace uno ó dos años, porque con frecuencia se interpretó mal: en virtud del mismo, no surge un *casus fœderis* para Alemania en cualesquiera circunstancias de una guerra entre Rusia y Austria, sino únicamente en la eventualidad de que la primera sea agresora; y las apariencias inducen á creer que Rusia trata formalmente de tomar la ofensiva. Todos se preguntan si lo hará al fin, y la excitación del pueblo corre parejas con su incertidumbre. Ahora se sabe que hay una activa correspondencia por telégrafo entre esta ciudad y Viena; pero las autoridades se han encerrado en la mayor reserva, y solamente aconsejan á la multitud que tenga calma, con la esperanza de un arreglo.

(9 noche)

Acabo de volver del palacio imperial, donde la muchedumbre, no pudiendo satisfacer su curiosidad, se había diseminado para buscar noticias en otra parte; pero solamente supo que el emperador conferenciaba secretamente con su canciller, general conde Von Caprivi, y su jefe de estado mayor, conde Von Schlieffen. Se observó que cuando estos personajes salieron, terminada la entrevista con el monarca, parecían muy graves y preocupados, tanto que no hicieron ningún aprecio de los gritos que saludaban su aparición. Esto contribuyó á que la inquietud se acrecentara, y muy pronto fué en aumento por haber circulado el rumor (muy infundado, según supe después) de que el emperador había enviado á llamar por telégrafo al rey de Sajonia, príncipe Alberto de Prusia, al príncipe regente de Brunswick, ambos mariscales de Campo, y al conde Waldersee, jefe del 9.° cuerpo de ejército en Schleswig-Holstein. Se recordará que el emperador, al separarse la última vez de este distinguido oficial, designóle públicamente como general en jefe de todo el ejército en caso de guerra.

(10 noche)

Después de enviar mi último parte, lo cual fué en extremo difícil, á causa de la multitud de corresponsales de todas las naciones que luchan desesperadamente para entrar ó salir de la oficina de telégrafos, tuve la suerte de encontrar al barón Von Marschell, el amable y distinguido secretario de Estado, quien me dió cuenta de una breve conversación sobre el asunto del momento. Díjome que por desgracia era muy verdad que los rusos concentraban rápidamente sus fuerzas hacia la frontera austro-alemana, y que una partida de cosacos, procedente de Tarnagrad, había avanzado hacia la parte austriaca de la frontera, en dirección á Jaroslar, importante punto de confluencia de la línea férrea en Galitzia. El barón había recibido esta noticia del príncipe Reuss, embajador alemán en Viena, quien añadió que las cosas se ponían cada vez peor. «Pero esto, observé yo, es una invasión por parte de Rusia, y supone la guerra. ¿No lo cree usted así?» El barón hizo un triste ademán de asentimiento, y después de estrecharme la mano, diciéndome que fuera á verle á la mañana siguiente, despidióse para ir en busca del conde Syechenyi, en la embajada austriaca. Al volver á la oficina de telégrafos, donde escribo esto, encontré á la entrada de la embajada rusa al conde Schouraloff, quien tuvo la amabilidad de contestar á mi saludo y detenerme, diciéndome que acababa de visitar al conde Caprivi para asegurarle de parte del emperador que todos aquellos preparativos belicosos en la Polonia occidental no suponían amenaza alguna para Alemania, de la que Rusia no tenía ningún motivo de queja; pero que mientras Austria amenazase perturbar el equilibrio en la península de los Balkanes, para satisfacer sus propias miras egoístas, Rusia se recriminaría á sí propia si permaneciera con las manos cruzadas, sin poner á salvo sus más vitales intereses por cuantos medios se hallan á su alcance. Y que así como Pitt había creado un nuevo mundo para restablecer el equilibrio del antiguo, del mismo modo Rusia se vería ahora en la precisión de reponerle en una parte de la Europa continental, dando con esto al futuro perturbador del citado equilibrio bastante que hacer para fijar su atención en otro. «Estas no son, por supuesto, dijo el conde, las mismas palabras que he dirigido al canciller; pero expresan el sentido exacto de mi comunicación.»



La gran guerra de 1892. – Berlín. La multitud delante del palacio imperial aclamando al emperador

(12 noche)

En Berlín, cuyo millón y medio de almas está en las calles, hay en este momento mucha efervescencia á causa de haberse propalado el rumor, que me confirmó después un oficial de estado mayor, según el cual se habían dirigido á siete cuerpos de ejército las palabras «krieg, mobil» (guerra, movilización), que tanto electrizaron á las multitudes en 1870. Al saberse esta noticia, la muchedumbre que estaba delante del palacio prorrumpió en ruidosas aclamaciones y algunos entonaron cantos patrióticos. Calmado el primer entusiasmo, el emperador salió al balcón del castillo, dando el brazo á la emperatriz, que llevaba de la mano á su hijo, el príncipe heredero, á quien se había despertado, obligándole á dejar el lecho para producir más sensación en la multitud.

ENTREVISTA ENTRE EL GENERAL CAPRIVI Y EL EMBAJADOR FRANCÉS

DISPOSICIÓN DE LAS TROPAS ALEMANAS

Berlín, 23 abril

La efervescencia de los últimos días se ha calmado ahora, sustituyéndola esa firme resolución que constituye el carácter distintivo de la raza germánica; y aunque se sabe que desde que se dió la orden para movilizar siete cuerpos de ejército, Mr. Herbette, el embajador francés, ha celebrado repetidas conferencias con el general Caprivi, la nación se abstiene de sospechas respecto á la política probable de un vecino de Occidente, y consagra toda su atención al desarrollo que toman los acontecimientos en la frontera oriental.

Ciertos telegramas oficiales que se me ha permitido leer no dejan apenas dudas sobre el hecho de que los rusos aparentan concentrar tropas en dirección á Cracovia, mientras que la verdadera línea de su avance estratégico se halla hacia el lado de Lemberg, donde una línea férrea conduce á Budapest á través de los Carpatos. Aquí se arguye que si los rusos tuvieran que intervenir solamente con Austria, su línea de avance más probable sería por Cracovia y sus fortalezas, que tratarían de franquear para caer después sobre Viena por el camino que se considera más fácil para ellos, es decir, el que conduce al valle del Danubio, cruzando la Silesia austriaca, y el espacio que hay entre las montañas de Bohemia y los Carpatos. Sin embargo, con un ejército alemán concentrado en Silesia y que amenazara su flanco derecho, las ventajas de este camino se anularían en parte; y sin duda por eso los rusos parecen haber elegido para la invasión el camino más lejano de la base de ataque alemana, es decir, Lemberg y Stzyj.

Entretanto, la movilización de los siete cuerpos de ejército alemanes de que hablé en uno de mis telegramas anteriores sigue su curso rápidamente; los hombres de la reserva llegan presurosos y entusiasmados para alistarse bajo sus banderas; y como los trenes del camino de hierro trabajan día y noche, todo el tráfico público está suspendido, pero las tropas ocuparán pronto las diversas posiciones á que están destinadas. El cuerpo de ejército real de Sajonia, que es el 12.°, será enviado á reforzar á los austriacos, lo cual parece una acertada medida, cuando se recuerda cómo los sajones se batieron con los austriacos en Konigratz, mientras que el Feld Mariscal príncipe Jorge, hermano del rey de Sajonia, ha recibido del emperador la orden de encargarse del mando de lo que ha de llamarse ejército de Silesia, compuesto del 5.° y 6.° cuerpos, que ahora se concentran entre Breslau y Neisse, punto de partida del príncipe heredero de Prusia cuando marchó á Bohemia en 1866. Breslau, que es ahora una ciudad abierta, se está circunvalando rápidamente con una serie de obras defensivas. Por otra parte, un segundo ejército, compuesto del 3.° y 4.° cuerpos, que se llamará del Vístula, al mando del mismo rey de Sajonia, se concentra activamente alrededor de Thorn, esa Metz del Este, mientras que un tercer ejército, formado por el 1.° y 17.° cuerpos, y que se titulará del Báltico, se pondrá bajo las órdenes del conde Waldersee, á fin de ocupar cuanto antes la línea flanqueada por las fortalezas de Konigsberg y Lotzen. El objeto es sin duda una invasión de las provincias del Báltico y la consiguiente desviación de las fuerzas rusas para distraerlas de su objetivo del Sur. En cuanto á los ejércitos de Silesia y del Vístula, basta mirar el mapa

para reconocer á primera vista que forman las extremidades de la base de un triángulo, cuyo vértice es Varsovia, y que un oportuno avance por el camino ó por la vía férrea, pues de ambos se pude disponer, permitirían efectuar la reunión (el principio de Moltke, que consiste en marchar separados para luchar después en combinación, principio que con tan brillante éxito se aplicó en Sadowa) para presentar la batalla decisiva á los rusos en algún punto cerca de Varsovia.

No me extenderé más aquí en detalles sobre los incidentes y campañas que deben presumirse. Baste decir que los alemanes se prometen tener al general Gourko, jefe de las fuerzas rusas en Polonia, tan ocupado como tendrán los austriacos al general Dragomiroff, comandante en Kieff y jefe director de las operaciones contra Galitzia.

MARCHA DE LAS TROPAS AL ESTE

VIGILANCIA EN EL VÍSTULA

Berlín, 24 abril

Oigo decir que el cuerpo de guardias será también movilizado como precaución militar. A ésta ha de seguir una orden análoga para todo el resto del ejército alemán, si Francia toma una actitud amenazadora, de lo cual hay ciertos indicios.

Entretanto, los ejércitos del Este se dirigen hacia la frontera en buen orden, pero rápidamente. Durante todo el día se han visto cruzar por Berlín trenes muy cargados que conducen tropas del 4.° cuerpo; uno de ellos se ha dirigido hacia Thorn, y esta tarde hubo ruidosos vítores en la estación central, donde se veían muchos barriles de cerveza y víveres, obsequio de los ciudadanos á los *tapfere krieger* que van á medir sus fuerzas con los moscovitas. Los coches del tren estaban completamente llenos: cuando aquél se puso en marcha, la multitud prorrumpió en aclamaciones, mezcladas con vivas á Bismarck, á los que contestaron con entusiasmo aquellos robustos y pesados infantes, destinados á vigilar en el Vístula.

BANQUETE EN EL PALACIO

VIOLENTO DISCURSO DEL EMPERADOR

Berlín, 25 abril

El emperador ha dado esta noche un gran banquete militar en el salón blanco del palacio antes de marchar á Thorn, ese tremendo baluarte sobre el Vístula, ante la frontera rusa, donde ahora se concentran rápidamente las tropas alemanas. En este banquete se me favoreció con un asiento en la galería, desde donde he presenciado tantas pompas y galas de esa corte. Antes de servirse los postres, el soberano, que vestía el uniforme de los guardias de Corps, se levantó, y en medio de un silencio tan profundo que se hubiera podido oir la caída de un cabello, dirigió á sus convidados con voz resuelta el siguiente enérgico discurso:

«*Meine Herren* (Señores): Dios ha querido que Alemania volviese á desenvainar el acero en defensa de su aliada, y todos debemos inclinarnos ante una voluntad superior. La lealtad alemana fué siempre una de las virtudes dominantes de nuestra raza, y si ahora dejásemos de cumplir con nuestros compromisos, mereceríamos justamente ser objeto de burla á los ojos de las naciones. Recordando las últimas palabras que me dirigió mi querido abuelo, recomendándome que conservara siempre la amistad de Rusia, no puedo menos de pensar con inquietud en los acontecimientos que para nosotros se preparan en el porvenir; pero nadie podrá decir que el gobierno alemán dejó nunca de ser fiel, ni que á su ejército le faltó el valor.

»Señores, de ese valor hemos dado pruebas en mil gloriosas batallas, y sobre todo en las heroicas acciones que nos permitieron llegar á ser una gran nación unida, nación en que la integridad de todos peligraría gravemente si sufriéramos un desastre. Es preciso, señores, evitarle á toda costa, y para esto respondemos ahora al solemne llamamiento de las obligaciones del tratado, auxiliando con algunas de nuestras heroicas tropas al valeroso ejército de mi augusto amigo y aliado el emperador Francisco José. No debe dudarse que este compañerismo en las armas tendrá por principal resultado hacer olvidar nuestros pasados conflictos y diferencias, para que vuelvan á quedar unidos por lazos de cariño fraternal los dos pueblos más grandes de la poderosa é invencible raza alemana.

»Señores, Dios está sobre nosotros, y no podemos prever lo futuro. En los últimos pocos años, la ciencia de la guerra ha sufrido una completa revolución, y estamos á punto de resolver problemas militares de que no se habían ocupado antes nuestros predecesores. En mi calidad de supremo jefe de los ejércitos alemanes, me propongo inspeccionar todas las fuerzas que ahora se concentran y permanecer al frente de ellas, á menos que, Dios no lo permita, el curso de los acontecimientos me llame á otra parte (sensación)

»Pero señores, no es necesario deciros que los deberes de un jefe difieren ahora mucho de lo que eran á principios del siglo, sin hablar del tiempo de mi invencible é inmortal antecesor Federico el Grande, que inspiraba ánimos á sus tropas sólo con su presencia, dirigiéndolas durante la batalla. En la actualidad, todo lo que el moderno general en jefe debe hacer es conducir sus fuerzas al combate, y después dejarlas al mando de sus subordinados: esta era en el arte de la guerra fué inaugurada por el gran soldado científico, que por desgracia hemos perdido, y que ha escrito su nombre inmortal con indelebles caracteres de oro en las tablas de la historia de su país.

»Obligado por la naturaleza y necesidades de la guerra, tal como ahora se practica, á limitarse á la táctica, como César, Federico, Napoleón ó Wéllington, el moderno general en jefe se debe restringir á la estrategia, confiando á sus coroneles y capitanes la misión de batir al enemigo en detalle; y como la batalla moderna debe extenderse por necesidad en una vasta línea de frente, se ha de resolver por cien combates separados, en los que hasta los menores oficiales son jefes independientes. Por eso, señores, para todos vosotros hay una gloriosa perspectiva de cumplir con los deberes que el país os impone, alcanzando las distinciones que vuestro valor pueda merecer. No dudo que todos vosotros seréis fieles á las más nobles tradiciones, y que nuestro valeroso ejército, con la ayuda de Dios, dará otra vez una señalada prueba de su valor.

»Señores, este momento es solemne; y no como si estuviésemos en una fiesta, sino más bien bajo la influencia de las preocupaciones que deben dominar á todos, os ruego que apuréis vuestros vasos á la salud de mi agusto aliado, Su Majestad Francisco José, emperador de Austria-Hungría. ¡Hurra, hurra, hurra!»

El emperador saldrá mañana para la frontera, y se me ha permitido, como una gracia especial, agregarme al estado mayor.

MARCHA DEL EMPERADOR AL ESTE

Berlín, 26 abril

Hace mucho tiempo que no se había visto en la Avenida de los Tilos tan inmensa multitud como la de hoy cuando el emperador, que vestía el uniforme de los coraceros de Silesia, salió del palacio para dirigirse á la estación central á fin de tomar el tren de Thorn. El soberano iba acompañado de la emperatriz, que parecía estar muy triste, así como su augusto esposo algo grave. Como el día era magnífico, habían salido á la calle miles de almas para ver al emperador antes de marchar á su primera campaña, y fué muy difícil que el medio escuadrón de guardias de Corps que escoltaba el coche imperial pudiese avanzar á través de la compacta muchedumbre. Hasta los tejados de las casas estaban llenos de gente. En cierto punto del camino, frente al café Bauer, el carruaje del emperador hubo de detenerse, y en el mismo instante un caballero americano aprovechó la ocasión para arrojar una corona de laurel en el coche del monarca, quien la recogió al punto y lanzóla de nuevo á su adulador, diciendo con una sonrisa: «Espere usted un poco, amigo mío, que aún no la he ganado.» Al oirse esta contestación estalló una tempestad de aplausos de los que observaban aquel curioso incidente, que fué motivo para vitorear al emperador. Llegada la comitiva á la estación, encontró



La gran guerra de 1892. – Los caballeros de Malta en las ambulancias

allí reunido al estado mayor, con la oficialidad y los ministros, rodeados de personas de todas las clases, que habían acudido allí para ver partir al emperador. Después de haber conversado algunos minutos con el conde Caprivi, el monarca se volvió hacia la emperatriz, abrazóla cariñosamente y pasó en seguida á su coche salón. A los pocos momentos el tren se puso en marcha, conduciendo al primer emperador alemán que desenvainaba su acero contra el czar de todas las Rusias.

UN CORRESPONSAL DE LA GUERRA Y LOS HÚSARES DE ZIETEN

EL VIVAC EN THORN

(Carta de nuestro corresponsal particular.)

Thorn, 27 *abril*

Siguiendo el camino que el emperador tomó, llegué aquí esta mañana, gracias á la cortesía del barón Von Tauchnitz, hijo del célebre editor de Leipzig, que tuvo la fina atención de cederme un sitio en el tren que conduce el regimiento de artillería de Magdeburgo, que está á sus órdenes. Mientras cruzaba el puente desde la estación del camino de hierro para reclamar el alojamiento que se me había señalado, me llamó la atención un rumor de voces que se oía debajo: era un piquete de húsares de Zieten que daban de beber á sus caballos en el Vístula, cuya corriente es aquí muy ancha y majestuosa. Mientras los cuadrúpedos bebían, sus jinetes estaban muy entretenidos y reíanse á carcajadas al observar los esfuerzos de lo que me pareció ser un enorme perro de Terranova. Sin embargo, un momento después reconocí una forma humana que parecía pugnar por acercarse á la orilla, y entonces vi con asombro que lo que yo tomaba por un perro era Salomón Hirsch, el bien conocido corresponsal del *Berliner Tageblatt*, que con el traje descompuesto y el cabello chorreando agua asemejábase desde lejos más bien á un individuo de la raza canina que á un hombre. Parece que el infeliz, llenando sus funciones con más celo que discreción, habíase malquistado la voluntad del ejército, publicando en un papel los más minuciosos detalles respecto á la concentración y posición de las tropas alemanas hacia la frontera rusa. Los húsares de Zieten, más resentidos que los demás y conociendo muy bien al corresponsal, resolvieron mantearle, y arrojáronle después en el Vístula, donde le dejaron para que saliera de allí si podía. No he querido omitir este incidente joco-serio que me impresionó mucho, porque servirá para explicar la falta de minuciosos detalles en mis telegramas, en los cuales no hablaré más que de las posiciones y movimientos de las tropas alemanas, concretándome á los informes generales. A decir verdad, sería digno de sufrir la suerte de mi infeliz colega si abusara de la hospitalidad que tan generosamente se me ha concedido, revelando planes que no se han puesto en ejecución.

Por otra parte, solamente se me ha prometido el uso del telégrafo de campaña y otros, mediante la condición de que mis telegramas no comprenderán más que cierto número de palabras, por lo cual deben ser muy breves.

El emperador, acompañado del rey de Sajonia y varios jefes de alta graduación, acaba de volver, después de haber inspeccionado el círculo de los fuertes exteriores, dentro de los cuales se hallan las tropas. Desde las alturas de esta poderosa ciudad fortificada no se puede ver en todo el espacio que la vista alcanza más que una interminable serie de tiendas de campaña y vivaques. Nunca se había concedido al soldado alemán ni un pedazo de lona para preservarse de la intemperie: en Francia, país donde los pueblos son numerosos y donde hay otros medios para acantonarse, ciertamente no necesita tiendas; pero no sucede lo mismo en Rusia, con su riguroso clima, sus extensos terrenos sin cultivo y sus espacios inhabitados. Sin duda ante la perspectiva de una campaña en semejante país, el estado mayor, con esa notable previsión que siempre le distinguió, juzgó oportuno equipar á todo el ejército con las mejores tiendas de campaña, á prueba de agua, de viento y fuego, teniéndose muy en cuenta que una simple chispa de un vivac bastaría para producir una espantosa conflagración.

No pasaré en silencio un curioso incidente ocurrido cuando el emperador pasaba por delante de la estatua de Copérnico, que, como es sabido, nació en Thorn. Después de mirar un instante el monumento de aquel inmortal astrónomo, el monarca se volvió hacia los que le rodeaban y díjoles: «Señores, ved al hombre que primero abrió los ojos al mundo sobre la verdadera naturaleza del sistema solar, y yo creo que con ayuda de Dios también nos será dado señalar á Rusia su debido lugar en el sistema de las naciones.»

PLAN DE CAMPAÑA DE AUSTRIA

DETALLES DE LOS PREPARATIVOS

(Por telégrafo.)

Thorn, 24 *abril*

El emperador, que sigue desplegando mucha actividad y energía, ha obsequiado con un banquete esta noche en las destartaladas habitaciones del antiguo y lóbrego palacio al barón Beck, jefe del estado mayor austriaco, quien durante la movilización de las tropas, efectuada por una simple orden de Viena, llegó apresuradamente aquí para concertarse con su colega alemán, el conde Von Schlieffen, sucesor de Moltke. Por conducto digno de confianza he sabido que las comunicaciones del barón Von Beck se reducen en substancia á lo siguiente:

Se había descubierto, y no debía dudarse de la certeza de la noticia, que el principal objeto de la invasión rusa era Lemberg, en cuya dirección el general Dragomiroff concentraba numerosas tropas, tomadas del 4.°, 8.°, 9.°, 10.°, 11.° y 12.° cuerpos de ejército, que tienen á retaguardia otras fuerzas. Estas avanzaban tan apresuradamente como lo permitía el defectuoso sistema de líneas férreas del país. Austria, por su parte, había resuelto combinar sus fuerzas defensivas en tres ejércitos: uno de 300.000 hombres al Este de Galitzia, sobre el Dniester; otro de 150 000 sobre el Save, apoyándose en Przemysl, ese tremendo baluarte de la la Galitzia central; y un tercero de 120.000 cerca de Cracovia, formidable plaza de armas sobre el Vístula superior. En estas fuerzas no se comprenden ocho divisiones de caballería que deben escalonarse á lo largo de la frontera de Galitzia, en los puntos que puedan ofrecer más peligro por las incursiones de los rusos. Tales eran entretanto las relativas disposiciones á cada lado de la frontera austro-rusa; mientras que por otra parte el general Gourko, el héroe de los Balkanes, concentraba en Varsovia cuatro cuerpos de ejército y otras tropas con el doble objeto de tener á los alemanes en jaque y operar hacia Cracovia sobre el flanco izquierdo de los austriacos. Además de esto, el segundo cuerpo de ejército ruso del Wilna y el tercero del Riga parecían operar en el Dniemen inferior con objeto de no perder de vista á Konigsberg. El barón Beck confiaba que los alemanes darían pronto cuenta de aquellas tropas moscovitas en las provincias del Báltico, así como en la Polonia occidental.

Como en prueba de lo mucho que había satisfecho el bien entendido plan de campaña del barón Beck, el emperador confirió la condecoración del Aguila Roja al distinguido jefe del estado mayor austriaco, confiándole al mismo tiempo una misiva autógrafa para su augusto señor en Viena.

(Por telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Thorn (sin fecha)

Por conducto de mi corresponsal del ejército del Báltico en Konigsberg he sabido que su movilización se ha completado ya, y que el conde Waldersee está ardiendo en deseos de atravesar la frontera para arrancar una hoja de la corona de laurel del general Gourko.

El cuerpo de ejército de Pomerania ha recibido orden de impedir todo desembarco de los rusos en la orilla del Báltico, y el 9.° cuerpo ha quedado en Schleswig-Holstein para el doble objeto de frustrar toda tentativa en este puerto y no perder de vista á Dinamarca, cuyo corazón está en favor de los moscovitas y no ha olvidado todavía los reductos de Duppel.

Por otra parte, trabájase activamente en las fortificaciones de Breslau; mientras que el ejército de Silesia, al mando del príncipe Jorge de Sajonia, se escalona á lo largo de la línea férrea, paralela á la frontera rusa, entre Kreuzburgo y Tarnewitz, dispuesto para emprender una marcha de frente por la frontera, ó practicar un movimiento de flanco para prestar apoyo en dirección á Cracovia, según lo exija el caso.

Estamos bien enterados respecto á la concentración de las tropas austriacas; pero como los alambres del telégrafo ruso han dejado de hablar al mundo exterior y no se permite á los viajeros entrar en Rusia ni salir, estamos todavía á obscuras en cuanto se refiere á su reunión de tropas y á sus movimientos. Sin embargo, mañana, si es posible, haremos un esfuerzo para rasgar un poco el velo que encubre ese misterio.

PRIMER ENCUENTRO DE LAS TROPAS RUSAS Y ALEMANAS

ESCARAMUZA EN ALEXANDROVO

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Thorn, 30 *abril*

Acabo de regresar con dos escuadrones de los húsares de Zieten, que habían ido á practicar un reconocimiento á través de la frontera rusa y llegaron á la vista de Alexandrovo (aquí fué donde se celebró la entrevista entre el anciano emperador alemán y el último czar Alejandro II, en septiembre de 1879, poco antes de firmarse el tratado de alianza austro-alemán). Es curiosa coincidencia que la primera sangre, en la presente campaña, se haya vertido á la vista del punto en que el anciano emperador Guillermo, muy contra el parecer del canciller Bismarck, conjuró al czar á desistir de sus operaciones de guerra, asegurándole que por su parte estaba resuelto á mantener la paz.

Cuando estuvimos á cosa de una milla de Alexandrovo, un cañón perteneciente á un cuerpo de cosacos rompió el fuego contra nosotros: el proyectil, que estalló á nuestro frente, mató dos caballos é hirió gravemente á un hombre. Sabiendo ya las disposiciones del enemigo, volvimos grupas, llevando como fruto de nuestro reconocimiento la noticia de que Alexandrovo estaba ocupado por tropas de todas armas. Cuatro compañías de cosacos nos persiguieron; pero llevábamos mucha ventaja, y un cañón de nuestra batería de montaña les disparó algunas balas como recuerdo de nuestra visita.

(Continuará)

MOHAMED TEUFIK (1)

El jedive de Egipto ha muerto.

Con él desaparece el soberano de un Estado, pero no el árbitro de un poder, ni el factor de una política, ni siquiera el monarca de un reino. Sólo se ha desvanecido un fantasma que flotaba en los palacios del Oriente africano, mejor como recuerdo que como símbolo de la autoridad real por el ilustre Mohamed Alí establecida en Egipto hace ochenta y siete años.

He conocido personalmente á Teufik y en varias ocasiones me he honrado con su trato. Unas veces le he visto ejerciendo de soberano, en medio del círculo de diplomáticos de su corte, teniendo para todos una sonrisa amable y una palabra de afecto. Otras veces he departido con él largo rato en su hermoso palacio de las cercanías de Ramleh, sentados en ancho diván de la espléndida sala cuyo mejor decorado era aún la vista al mar de Alejandría y á las ruinas del palacio de Cleopatra. Siempre cortés y atento conmigo, habiéndome complacido en cuanto hube de pedirle por razón de mi oficio, el buen recuerdo de Teufik-Bajá me impone el primer deber de dedicar cuatro líneas cariñosas á su memoria, antes de señalar las grandes deficiencias de su efímero reinado.

Era el monarca más llano, más sencillo y más civilizado de cuantos he tenido ocasión de conocer en el curso de mis peregrinaciones orientales. Bajo, regordete, algo pesado en el andar, con toda la barba, pero sin raparse la cabeza como suelen hacerlo los musulmanes, vivía con una sencillez verdaderamente espartana. Era firme creyente en las doctrinas del Islam, aunque no aprovechó la facilidad que éstas conceden al hombre para disfrutar las caricias legales de muchas mujeres, y nunca quiso organizar el harén, contentándose con la sola y única esposa que tenía. Poco fastuoso, prefería irse á disfrutar la compañía de su mujer en las habitaciones de ésta, á vivir en las ostentosas salas del palacio de Abdín. Apenas verificaba recepciones, fuera de las estrictamente oficiales, es decir, una vez al año por el *Curbán Bairam*, ó sea la Pascua musulmana. Festejaba poco á los europeos ilustres que visitaban su país, y cuando no podía prescindir de sentar alguno de ellos á su mesa, lo hacía acompañándose sólo con media docena más de personas. Ordinariamente comía con su mujer, y aun es fama en el Cairo que era gran partidario del arroz blanco, conocido por los árabes bajo el nombre de *pilaf*.

Es decir, sencillo, sobrio, amable, complaciente: tal era Teufik. Si tales condiciones en un soberano bastaran para hacer la felicidad de sus pueblos, el de Egipto hubiera podido ofrecerse como modelo á los del continente europeo.

Por desgracia la situación del antiguo imperio de

(1) Véase además la descripción de los grabados.

los Faraones y Ptolomeos exigía otros hombres y distintos caracteres. Mala estrella presidía los destinos de aquel país cuando Mohamed Teufik fué llamado á dirigirlos, y su inexperta mano no pudo guiar el timón de la débil nave batida por recios temporales. Tan sólo le fué dable realizar un verdadero milagro de la política moderna, ó sea perder su país y conservar su corona. Desde el año 1882 el jedive era un rey destronado que seguía viviendo en sus palacios y cobrando la lista civil.

En los cuarenta años de vida que tenía Teufik cuando ha bajado al sepulcro, pudo asistir á la rápida decadencia del pueblo egipcio, un instante levantado después de las guerras napoleónicas por la voluntad de hierro del fundador de la dinastía jedivial, Mohamed Alí. Sus dos sucesores Abbas-Bajá y Saíd-Bajá, inficionados por los principios turcos, se creyeron déspotas absolutos del país que no cuidaron de engrandecer y civilizar. En cambio Ismail-Bajá, padre de Teufik, subido al trono en 1863, se dejó imbuir con demasiada facilidad por las ideas europeas y quiso hacer del Egipto un remedo de Francia y de su corte una parodia de las Tullerías. Con ello inició y llevó á efecto la total ruina de su patria.



ABBAS-BAJÁ, el nuevo jedive de Egipto

LA PRINCESA EMINEH HANEM, viuda de Teufik Bajá

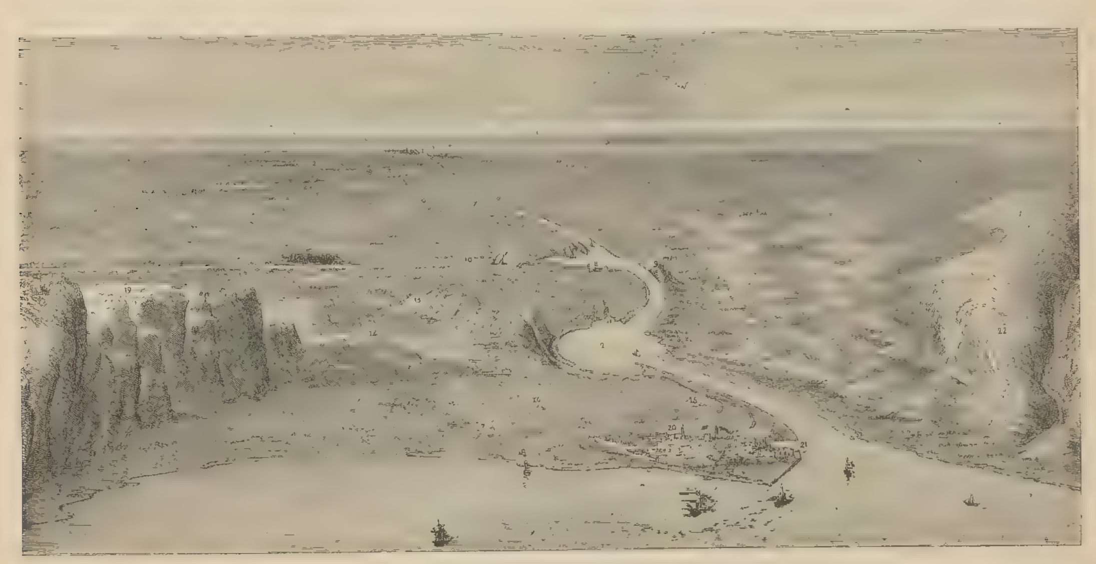
Porque ni la elevación pudo ser más rápida, ni la caída más profunda. El Egipto se reveló á Europa en el año 1870, con motivo de la apertura del famoso istmo de Suez. A las aguas de Puerto Saíd acudieron las escuadras de guerra de todos los países del mundo, los soberanos de algunas naciones, los diplomáticos de todas las cortes, los comisionados de todos los centros científicos. El jedive Ismail, embriagado por la gloria, creyó que aquel oropel ofrecido ante su vista era la realidad de una nueva riqueza revelada al país, riqueza fácil de convertir en oro porque bastaba pronunciar la palabra *empréstito* para hallar dinero en abundancia. Perdió el sentido de la prudencia aquel monarca que ya lo tenía poco desarrollado, y con los años llegó el día en que no pudieron exigirse al pueblo mayores tributos, ni fué posible satisfacer á los acreedores extranjeros y pagar el cupón á los tenedores de la deuda.

Vino el inevitable desastre, que empezó con la intervención de la hacienda egipcia por un delegado inglés, Mr. Rivers Wilson. Se embargaron todos los bienes de la corona, constituyéndolos en administraciones extranjeras, cuyos productos iban casi íntegramente á las cajas de los banqueros judíos de París y Londres. Se secuestraron además las contribuciones de cinco provincias, las más ricas del reino, para afectarlas al pago de la deuda exterior. Y finalmente, ya que se dejaba al Egipto sin rentas, se quisieron reducir sus gastos suprimiendo de una plumada la mitad de su ejército y poniendo en la calle á más de cuatrocientos oficiales que tenían su carrera por único porvenir y á los cuales se debían veintisiete mensualidades de su paga.

Esta última disposición colmó la medida de las que el pueblo egipcio sobrellevaba con paciente resignación. En febrero de 1879 estalló el primer motín en el Cairo, y mientras las muchedumbres se desataban en denuestos contra el gobierno, los cuatrocientos oficiales destituídos iban al ministerio de Hacienda y atacaban y herían malamente al presidente del Consejo Nubar-Bajá y al ministro inglés Wilson. El jedive Ismail en persona se presentó para contener las turbas, pero ni su voz fué escuchada ni su autoridad reconocida; por el contrario, poco faltó para que el motín popular se volviera contra el soberano.

En aquel día y por las calles de la ciudad cairota nació el *partido nacional*, de gran empuje y de fecundas iniciativas en sus primeros días, puesto que logró derribar al ministerio mixto y constituir otro presidido por Teufik. Allí aparece por vez primera en la historia egipcia el monarca cuya pérdida motiva estas líneas, joven de veintisiete años, sin experiencia ni educación política alguna, llamado sin embargo á dirigir los consejos de su padre.

Nada hizo. Verdad es que su nombre encubría á la persona del ministro Riaz, árabe astuto y alma verdadera de aquel gabinete; pero ni éste ni Teufik supieron hallar una solución á los conflictos pendientes, ni menos satisfacer las aspiraciones del partido que les había dado el poder. Un mes y medio después de haberlos nombrado, el jedive Ismail aceptaba la dimisión de sus consejeros, destituía á los delegados extranjeros que figuraban en su gobierno y trataba de formar con Cherif-Bajá otro consejo que mejor respondiera á las exigencias del partido nacional. Pero era ya tarde para intentar con éxito esta



VISTA PANORÁMICA DEL CANAL DE SUEZ

1. Puerto Saíd: cuenca y entrada del canal en el Mediterráneo. - 2. Lago Menzaleh. - 3. Kantaro el Krasné. - 4. Ruinas de Pelusa. - 5. Katieh. - 6. Canal de Necos, antiguo canal. - 7. Entrada de el Guisr. - 8. Lago y ciudad de Timsah. - 9. Scheick Ennedech (tumba). - 10. Canal de agua dulce, derivado del Nilo, abierto en Ouadeé Tonmillat (antigua tierra de Gessen). - 11. Desembocadura del antiguo canal. - 12. Lagos amargos, antiguo golfo del mar Rojo. - 13. Canteras de Gebel Ceneffé. - 14. Camino de Suez al Cairo. - 15. Primer campamento de Mr. Lesseps. - 16. Pozos de Suez. - 17. Depósitos de aguas pluviales. - 18. Depósito de las aguas del Nilo. - 19. Montes Attaka. - 20. Suez. - 21. Rada de Suez y entrada del canal en el mar Rojo. - 22. Montes Tieh, al Sudeste hacia el monte Sinaí.



El d[illegible] Te[illegible] Bajá, [illegible] Egipto

PALACIOS DEL JEDIVE DE EGIPTO

1. Ras-el-Tin, Alejandría – 2. La ciudadela en el Cairo. – 3. Palacio en Ismailia



AL TRAVES DEL CANAL DE SUEZ

1. Panorama de Puerto Said. – 2. Calle del Comercio en Puerto Said. – 3. Familia de fellahs. – 4. Mujeres de Puerto Said. – 5. Curva de Chalouf en el canal
6. Mujer de Puerto Said. – 7. Haciendo la *toilette*. – 8. Entrada del canal en la dársena número seis

política: á las desconfianzas levantadas en el país contra el soberano, se unieron los recelos de los gabinetes extranjeros que creían en peligro el pago de la deuda, é impotente para resistir la presión ejercida por unos y por otros, Ismail se vió forzosamente obligado á abdicar la corona á favor de su hijo Mohamed Teufik.

Los sucesos que entonces se desarrollaron en Egipto fueron agravándose de día en día, y desde luego demostraron que Teufik no era hombre para dominarlos. Sin alientos para concebir un plan de gobierno, sin energía para resistir una imposición extraña, sin voluntad fija que le trazara una línea de conducta determinada, el nuevo monarca fué vacilando del partido nacional al de los extranjeros, sin pensar que tal sistema le aislaba del país y reducía sus partidarios al número de empleados que dependían de su nómina.

El malestar y la agitación fueron aumentando, hasta que en el año de 1881 se sublevó la guarnición del Cairo y obligó al monarca á firmar una verdadera capitulación con Arabi Bey, que de coronel de infantería ascendió rápidamente á general, bajá, ministro de la guerra y jefe del partido nacional. El único acto de energía realizado por Teufik consistió en resistir hasta la temeridad esta imposición de su pueblo, no franca y lealmente, atacándola en el gobierno ó batiéndola por las calles, sino á la sombra de secretas negociaciones que entabló con las cancillerías de Londres y París para solicitar una intervención armada en su patria.

Quizás en aquel momento hubiera sido un bien para el Egipto la desaparición de Teufik. Nadie tenía á su lado, si exceptuamos el armenio Nubar, á Cherif y Riaz. En cambio, del otro lado, todo el ejército, los ulemas, la masa popular, simpatizaban por la causa del partido nacional, y tal fué el movimiento en sus orígenes, que cuantos seguían desinteresadamente la marcha de los sucesos llagaron á creer que iba á declararse la guerra santa, y que el amor á la patria y el fanatismo religioso obrarían milagros en aquel pueblo, si aletargado, no incapaz de grandes energías.

Además no puede ocultarse que la personalidad de Arabi era altamente simpática. Como representante del sentimiento nacional de un pueblo cuya independencia estaba amenazada, su popularidad era inmensa, imponiéndose además por sus condiciones personales, adecuadas al desempeño del papel de caudillo á que aspiraba. Era de alta estatura, aspecto imponente, tipo amarillo como los árabes de su raza, mirada firme y fisonomía revelando carácter y tenacidad. En los discursos que alguna vez dirigió á las tropas era elocuente, procurando inculcar la resistencia, no por fanatismo ni por odio de raza, sino por dignidad nacional, por amor á la patria.

En cambio los trabajos de zapa de Teufik produjeron sus naturales resultados, puesto que en mayo de 1882 se presentaron en el puerto de Alejandría dos numerosas flotas de Francia y de Inglaterra. Sea que su vista excitara el odio popular, ó que en el interior de la ciudad ocurriera algún conflicto, el caso fué que el día 11 de junio siguiente estallaron serios alborotos, terminados por una coalición entre árabes y europeos. Declaróse el estado de guerra con tal motivo, y se dió pretexto para la intervención militar extranjera, porque el jedive corrió á refugiarse en su palacio de Ramleh al amparo de la escuadra anglo-francesa, y desde allí destituyó á Arabi, mientras Inglaterra pactaba con Francia la manera de que ambas naciones ocuparan el Egipto. Como no hubo acuerdo entre los dos gobiernos, el británico decidió obrar por su cuenta, y á primeros de julio despachó con rumbo á Alejandría otra escuadra al mando del almirante Seymour. Por su parte, Arabi marchó con todas las tropas del Cairo á defender la ciudad amenazada, pero la insubordinación ganó sus filas sin que el jefe supiera contenerla: sacó un ejército de la capital, y entró en Alejandría con una horda de militares sublevados.

Los acontecimientos que entonces se desarrollaron en la escena política egipcia, harto conocidos son de todo el mundo para que nos ocupemos en su reseña. Los ingleses bombardearon á Alejandría, destruyendo sus fuertes y desalojando de la población á la patulea de Arabi; los beduínos del vecino desierto y de los arenales de Abukir cayeron como una avalancha en la ciudad abandonada, saqueando sus almacenes é incendiando los edificios de sus más hermosos barrios; las tropas insurrectas fueron á atrincherarse en el imaginario campo de batalla de Tell-el-Kebir, en donde se declararon vencidas más por el león de San Jorge de las libras esterlinas inglesas que por los tres mil soldados de lord Wolseley, y finalmente en aquella hora se inauguró la ocupación militar del Egipto por Inglaterra, que no ha terminado aún ni probablemente acabará durante muchos años, á pesar de las platónicas protestas del gobierno de Francia, puerilmente interesado ahora en evitar lo que antes no supo prever.

En tanto el jedive Teufik ha visto deslizarse en plácida tranquilidad los días de su reinado. Verdad es que las turbas sublevadas del Darfur llevaron los límites de su Estado á las fronteras de la isla Elefantina, arrebatándole las ricas provincias del Sudán y el Kordofán; pero allá en la región granítica de Philœ, á la sombra de los suntuosos templos y de las columnas lotiformes de la isla consagrada á Isis, un ejército británico le aseguraba la paz en el Egipto propio. Teufik no tuvo para qué preocuparse más de su país; nada le importaron los proyectos italianos en el mar Rojo, la reducción cada día mayor de los territorios de su reino, la perdida influencia en los asuntos del canal de Suez, la creciente miseria del *fellah* en los campos egipcios. Sus consejeros ingleses nunca han dejado de garantizarle la posesión pacífica del poder y el cobro íntegro de sus emolumentos de soberano.

Así ha podido vivir Teufik, los inviernos en el delicioso palacio de Abdín, rodeado de jardines cubiertos de flores; en verano á orillas del mar en su real residencia de Ramleh; y Guizeh con sus parques y sus cazas, y Gezireh con hermosas huertas, y Heluán con sus baños, le ayudaron á distraer los ratos de ocio que pudo tener aquella inteligencia poco dispuesta al estudio de los males de su reino. Le ha sorprendido la muerte en Heluán, pequeño sitio de recreo edificado en la orilla del desierto á la ribera derecha del Nilo y á pocos kilómetros del Cairo, en donde el jedive Ismail había construído uno de sus innumerables palacios junto á un manantial sulfuroso que brota de las vecinas montañas de Tura.

Descanse en paz Teufik. Su cadáver ha sido ya trasladado al suntuoso mausoleo que los miembros de la familia de Mohamed Alí ocupan en la famosa ciudadela de Saladino. Allí, en la primera noche del encierro, bajo la lóbrega cripta, los ángeles Munkar y Nikir fueron á interrogarle sobre sus pensamientos y acciones en esta vida. Allí esperará, como fiel creyente, la resurrección en el seno de Alah y la dicha eterna en el cielo el día que todos los mahometanos sean llamados al gran juicio de Dios.

¿Qué responderá Teufik en este juicio final? Cuando el angel Asrafil aparezca con su trompeta en los espacios y por dos veces llame á los muertos y á los vivos, el infortunado monarca egipcio verá escribir todos sus actos en los libros de los ángeles, y ante el supremo juez deberá defenderse de los cargos que indudablemente le hará por no haber sabido procurar la felicidad á sus súbditos.

Que el Dios clemente y misericordioso, el único y el grande, tenga piedad de Teufik, y permita á su alma el libre paso por el puente de un cabello que sólo cruzan las almas buenas para llegar á Alah.

Eduardo Toda

NUESTROS GRABADOS

La oración, cuadro de Félix Ehrlich. – El sentimiento religioso que tantas maravillas hiciera brotar del pincel de los grandes maestros de todos los tiempos pasados, sigue inspirando á algunos artistas que buscan en la expresión de los grandes afectos algo que en medio de las pequeñeces de un realismo tan mal entendido por muchos, recuerde que también puede el corazón ser elemento importantísimo en las manifestaciones del arte, aun sin remontarse á las ficciones de un idealismo exagerado.

El pintor alemán Ehrlich nos da buena prueba de ello en *La oración*, bellísimo cuadro en el cual flota una poesía y vibra una sentida nota que llegan al alma y avaloran las excelencias técnicas de la obra.

* * *

Estudio, de D. Román Ribera. – Cuando de un verdadero artista se trata, su genio se descubre en el cuadro más sencillo, en el estudio más insignificante. Tal acontece con el Sr. Ribera: véase el dibujo que reproducimos y dígase si no se revela el maestro en esos cuatro trazos, producto de una difícil facilidad, merced á la que en pocas líneas enérgicamente acusadas ha sabido presentarnos una figura arrancada de la vida real, que parece sorprendida por un aparato fotográfico.

* * *

Retratos de Teufik-Bajá, Abbas-Bajá y de la princesa Emineh Hanem – Vistas del canal de Suez y de Puerto Saíd — Por el interesante artículo de nuestro distinguido amigo y colaborador D. Eduardo Toda habrán podido nuestros lectores formarse perfecta idea de la personalidad del ex jedive de Egipto Teufik-Bajá, fallecido el día 7 del pasado enero. Nada hemos de añadir á él y sí sólo decir con referencia á los retratos que publicamos de su viuda y de su heredero que la primera es nieta de Abbas-Bajá, tío de Teufik, tercer virrey de Egipto á partir de Mahomed-Alí, fundador de la dinastía, y que el segundo nació en 14 de julio de 1874 y ha sido educado en parte por profesores ingleses, en Egipto, y en parte en Viena, en cuyo Colegio Teresiano se encontraba cuando la muerte de su padre le ha puesto en posesión del trono de Egipto.

Mucho debiéramos extendernos si hubiésemos de describir, aunque fuese someramente, las alternativas por que ha pasado desde los más remotos tiempos hasta nuestros días el proyecto definitivamente realizado del canal de Suez; de aquí que nos limitemos á consignar simplemente algunos datos que juzgamos de interés acerca de esa obra colosal que inmortalizará al insigne Lesseps. Ya los Faraones de la décimanovena dinastía abrieron un canal que puso en comunicación entre el Mediterráneo y el mar Rojo y que más tarde cegaron el barro del Nilo y las arenas de los mares. Los Ptolomeos primero, los romanos después, los islamitas más tarde soñaron con la reconstrucción del canal y aun hicieron trabajos que permitieron, en distintos períodos, utilizarlo temporalmente; pero cuando se estudió seriamente el proyecto fué durante la expedición de Napoleón I á Egipto, si bien los sabios que á tal tarea se consagraron, capitaneados por Lepere, después de no pocos trabajos renunciaron á su propósito ante el peligro que significaba en la unión de los dos mares el desnivel de 10 metros que se supuso existía entre el mar Rojo y el Mediterráneo, desnivel que se decía había de ser causa del desbordamiento del primero y consiguiente inundación del litoral del segundo de estos mares.

Sin embargo, la idea de separar el Asia del Africa por un nuevo Bósforo no debía ya ser abandonada y aun llegó á constituir el dogma de una religión nueva desde que los sansimonianos la incluyeron en su apostolado, propagándola en sus periódicos y llevándola á Oriente cuando se vieron obligados á salir de Francia. Desaparecido el sansimonianismo, subsistió aquel pensamiento, y los adeptos de la secta, convertidos en industriales poderosos, siguieron siendo defensores entusiastas de la apertura del istmo, y tanto pudo su propaganda en la opinión pública, que fué preciso proceder á nuevas nivelaciones que demostraran si Lepere anduvo equivocado en la suya, como sostenían numerosos sabios, entre ellos Laplace y Fourier.

En 1847 constituyóse una sociedad de estudios europea, y bajo la dirección de los ingenieros Linan, Talabot y Bourdaloue nivelóse de una manera definitiva el suelo del istmo, desde Suez á Pelusa, y esta nivelación, de la que resultaba escaso desnivel entre las aguas de ambos mares, fué comprobada en 1853, 1855 y 1856.

Por fin después de varias alternativas comenzaron en 1854 las obras del proyecto definitivo, y en 1869 escuadras de todas las naciones se congregaron en Puerto Saíd, y sirviende de escolta de honor al entonces jedive Ismail-Bajá asistieron á la inauguración del canal. Mide éste 164 kilómetros de longitud, de 60 á 100 metros de ancho en la superficie del agua y de 22 en el fondo y 8 de profundidad. El cubo de tierra y piedra extraídas representa una masa de 83 millones de metros, amén de los dragados anuales que no bajan de 600.000. La empresa costó 472 millones de pesetas, sin contar con los auxilios que facilitó el jedive en servicios, cesiones de terrenos, construcción de faros, dragados, anticipos de cantidades sin interés, obreros sujetos á corbea, etc., etc., representando otros 100 millones; pero todos estos dispendios, todos esos sacrificios y trabajos han sido recompensados moralmente por el hecho de haber llevado á cabo una obra que muchos creían quimérica y materialmente por los cuantiosos rendimientos de la navegación.

La gloria de esta grandiosa empresa corresponde por entero al eminente Fernando Lesseps, quien, libre de los temores y vacilaciones de sus colegas, dotado de una fe robusta y de una voluntad firme, animoso en medio de las dificultades financieras, de los desfallecimientos de los amigos y de la guerra sorda de los adversarios, pudo al fin ver realizada la obra magna que, como hemos dicho, ha de inmortalizar su nombre.

A la entrada del canal y en la playa arenosa que separa al Mediterráneo del lago Menzaleh, hállase situada Puerto Saíd, ciudad nueva como Ismailia, cuya construcción en una costa árida, azotada por las olas y á 40 kilómetros del más inmediato manantial de agua dulce, apartada de todo terreno cultivado, de toda arboleda, es un triunfo de la industria moderna. Las casas de la ciudad europea, construídas de madera, de ladrillos y de hierro, son en su mayoría almacenes de mercancías y productos diversos, tan ricos y bien construídos como los mejores de Europa. La ciudad árabe está emplazada á unos centenares de metros al Oeste de aquélla que acabará por englobarla en su incesante engrandecimiento. La rada exterior está protegida por dos escolleras de 2.500 y 1.900 metros de longitud que limitan un antepuerto de unos dos kilómetros cuadrados, en el que pueden anclar y maniobrar los buques de mayor tonelaje.

Puerto Saíd, aunque edificada en territorio egipcio, es por sus habitantes, por su comercio y por sus costumbres, una ciudad europea y hasta pudiera decirse francesa: el idioma francés es el que allí domina, y en las escuelas, así las de los padres capuchinos como en las de sus rivales los francmasones, no se habla otra.

En cuanto á la ciudad árabe, su población como se comprenderá, tiene los caracteres físicos de esa raza mestiza que produjo el cruzamiento de los invasores islamitas con los coptos, fellahs y demás pueblos indígenas de Egipto; por lo que hace á los caracteres morales, son árabes en toda pureza, pues sabido es que éstos impusieron, bien que no sin luchas y esfuerzos, su idioma, su religión y sus costumbres á la mayor parte de los descendientes de los primeros pobladores del país de los Faraones.

* * *

Por aquí debe estar, fotografía directa de Hugo L. Steichel. – Lo que dijimos hace poco de unas fotografías premiadas en un certamen celebrado en Alemania, puede aplicarse á la que hoy reproducimos: las dos figuras, el jardín que les sirve de fondo y aun el asunto mismo tienen verdadero carácter artístico, resultando una composición que fácilmente pudiera confundirse con un cuadro.

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE.—ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

—Siendo esta la última visita que debe hacer á usted su tutor americano, paréceme que no se le debe robar un solo momento para tomar informes sobre los parientes de usted.

Apenas pronunciadas estas palabras, Pablo se estremeció al notar la expresión de alegría que animó los ojos de la joven.

—Sin duda olvida usted, repuso Hierba, que si es la *última* visita, también es la *primera.*

—Pues por lo mismo, replicó el joven senador entre grave y risueño, debo rogar á usted que no prodigue demasiado sus atenciones, que me atrevería á reclamar, dado el corto tiempo que debo permanecer aquí.

Con esto acabó por el pronto el diálogo de los dos jóvenes.

Cuando las señoras se hubieron levantado de la mesa, Pablo se sintió más tranquilo, pero solo un momento, pues el juez Backer acercó á él su silla, retiró el cigarro de su boca y dijo al joven:

—Amigo Hathaway, me he librado, no sé cómo, de cometer una imprudencia, diciendo á Hierba alguna cosa que tal vez hubiera sido inconveniente.

Pablo miró á su interlocutor con fría curiosidad.

—Sí, continuó el juez, seguramente hubiera sido inoportuno. ¿Sabe usted quién fué mi rival en la compra del collar?

—No, contestó Pablo con indiferencia.

—Pues sepa usted que fué Carolina Howard: ella compró el collar delante de mí, ofreciendo más subido precio.

Pablo no perdió la serenidad: gracias á la circunstancia de que Hierba no estaba presente y de que D. César, que había oído la conversación, se adelantaba sonriendo maliciosamente, su agitación se convirtió en una fría y desdeñosa cólera.

—Y supongo, repuso con la mayor calma, que según sucede casi siempre con ciertas mujeres, el collar volvería muy pronto, por conducto del prestamista sobre alhajas, á poder del joyero. Esto es lo más común.

—Sí, por supuesto, replicó el juez Backer alegremente; eso sucedería en último resultado; pero ¿no recuerda usted qué poco faltó para que se me escapara el secreto?, añadió sonriendo.

—En efecto, se ha librado usted de inferir un insulto, al parecer gratuitamente, dijo Pablo con gravedad.

Y fijando la mirada de sus ojos brillantes de cólera, no en su interlocutor, sino en D. César, que estaba delante, añadió:

—Me parece que iba usted á decir algo. ¿Se puede saber qué?

—Pues... que... esa Carolina Howard... Sí, creo haber oído hablar de ella. Y en cuanto á la señorita Hierba... ¡ah! es compatriota mía... ó por lo menos así lo creo... Sí, la reclamaremos.

—Hay personas, repuso Pablo con marcada ironía y tono provocativo, que tienen por costumbre hacer reclamaciones solamente cuando convienen á sus propias miras, sin fundarse en un principio de justicia.

El joven senador conocía muy bien el valor de sus palabras, y esperaba que se considerasen como una injuria. Veinticuatro horas antes habíase sonreído al oir á Pendleton decirle que convenía ante todo evitar un duelo, porque produciría escándalo, dando lugar á que se descubriese algo sobre lo que se quería guardar secreto; y ahora provocaba á un hombre, tan sólo por una sospecha, sin acordarse del consejo de su amigo. La idea de que procediendo así le sería posible desvanecer con seguridad las ilusiones de Hierba, indújole tal vez á buscar un duelo con su interlocutor.

Pero D. César, aparentando no comprender el sentido de sus palabras, no recogió el guante, y además el Sr. Woods intervino al punto, como si temiese una cuestión enojosa.

—D. César quiere decir, observó, que esa señorita tiene la idea de que es de origen español, ó por lo menos así lo dice Matilde; pero siendo usted uno de sus tutores, supongo que conocerá los hechos mejor que nosotros.

—Creo, replicó Pablo con frialdad, que lo mejor sería no mezclar aquí el nombre de la señorita Hierba, pues mi observación ha sido general, aunque estoy dispuesto á sostenerla si alguien se diera por aludido.

—Habla usted como un diplomático, amigo Hathaway, dijo el juez Backer con aparente entusiasmo, esperando sin duda atenuar así el mal efecto que habían producido sus palabras. Me parece muy bien contestado, caballeros, porque los hechos no deben publicarse hasta que llegue el momento oportuno, y aplaudo la discreción del Sr. Hathaway.

Sin embargo, cuando salieron de la habitación para reunirse con las señoras, el corregidor, quedándose atrás con el señor Woods, díjole en voz baja:

—Fácil es reconocer la influencia del coronel Pendleton en nuestro joven amigo, y en mi concepto convendría indicarle que no es oportuna su presencia aquí, como no lo fué tampoco la del coronel.

Pablo era demasiado buen observador para no fijarse en aquel diálogo; pero importábale poco lo que de él pudieran decir: tenía confianza en sí mismo, y se alegraba de haber hecho algo, aunque no fuese más que probar á D. César que no podía abusar impunemente de la debilidad ó de la ignorancia de su protegida.

A decir verdad, aún no estaba decidido sobre la línea de conducta que debía seguir; pero lo resolvería más tarde. Por lo pronto, no había ocasión favorable para hablar con Hierba á solas, pues en aquel momento conversaba con Matilde y la señora Woods, y ya iban llegando las personas invitadas á la reunión improvisada en su obsequio. Como estaba muy excitado por su diálogo anterior con el juez y don César, habló sobre política para distraerse, y muy pronto rodeóle un grupo de admiradores, á quienes sedujo con su elocuencia y la facilidad en el decir. Aquella escena le recordaba de un modo singular la que se produjo en el hotel de la Puerta de Oro cuando fueron á verle varios amigos con motivo de su reciente llegada; y al pensar esto, sus ojos buscaron á Hierba, temiendo ver en sus labios la misma irónica sonrisa que los entreabrió en aquella ocasión. Sus miradas se encontraron, y con gran sorpresa suya observó que esta vez la joven le miraba con expresión de simpatía, si bien muy pronto dirigió la vista á otra parte. ¿Qué le importaban ahora su enojoso diálogo con D. César ni los aplausos de sus amigos? *Ella* parecía orgullosa de él y esto le bastaba.

Hierba y Matilde aparentaban escuchar con mucha atención en aquel momento al juez Backer, que hablaba de las privaciones y fatigas que había sufrido en California en los primeros tiempos de la colonización; la heredera no hacía aprecio de D. Cesar, que estaba en el grupo, y solamente de vez en cuando dirigía algunas palabras á su hermana. Una ó dos veces Pablo intentó atraer á Hierba hasta cerca de la ventana del jardín; pero como la joven no abandonaba el brazo de Matilde, pensó que si solicitaba de ella una entrevista de breves momentos debería hablarla delante de su amiga. Sin embargo, abrigaba la esperanza de hallar ocasión oportuna para persuadirla. ¿De qué? Lo ignoraba.

Cuando se hubo retirado el último visitante, Pablo salió á la galería para fumar, rogando al Sr. Woods y á su esposa que no se molestasen para hacerle compañía. Matilde y Hierba acababan de retirarse al gabinete de esta última; pero como no se habían despedido, esperaba que volvieran. En su consecuencia, permaneció media hora más donde estaba, y después, viendo en la prolongada ausencia de la joven una negativa respecto á la conferencia que de ella solicitara para determinar su línea de conducta, dió un paso para salir de la galería. Pero como en el mismo instante mirase al jardín por última vez, llamóle la atención un objeto blanco, algo como un chal, sin duda olvidado allí; y no le extrañó poco observar, un momento después, que había cambiado de sitio. Antes parecía hallarse cerca del pabellón y ahora estaba indudablemente más lejos.

¿Sería posible que las dos jóvenes, ó *ella* sola, hubieran ido á esperarle allí? Profiriendo una exclamación de enojo por su torpeza, salió de la galería y dirigióse al pabellón; mas apenas hubo dado diez ó doce pasos, el objeto blanco desapareció, y cuando llegó al sitio en que antes lo viera no encontró nada. Decididamente, no sería Hierba la que estaba allí, pues sin duda le habría esperado, á no ser que se tratase de una broma; y creyendo más bien esto último, Pablo volvió á la casa y penetró en la sala por la galería. De pronto oyó como el roce de un vestido en la sombra; y al mirar á su alrededor vió á Hierba, no con el traje de antes, sino con una bata blanca que realzaba más aún sus encantos. Estaba sentada en un canapé con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

—Estoy esperando á Matilde, dijo, sonriendo con dulzura.

La luz melancólica del astro de la noche iluminaba á la joven en aquel momento, y á Pablo le pareció notar cierta palidez en su rostro.

—Matilde, continuó Hierba, ha ido á ver á una de las criadas que está enferma. Creíamos encontrarle á usted en la galería y de pronto vímosle salir y correr por el jardín como un loco.

—Sí, repuso Pablo, que comenzaba á perder su serenidad; me llamó la atención un objeto blanco en el jardín y pensé que se paseaba usted.

—¡Yo en el jardín á estas horas y sola! ¿En qué piensa usted, Sr. Hathaway? ¿Es posible que no conozca aún las reglas de un convento, ó que haya formado tan pobre idea de la educación de su pupila?

Aunque la joven sonreía, Pablo creyó notar que su voz era tan trémula como la de él.

—Deseaba hablar á solas con usted, dijo algo bruscamente, y hasta pensaba rogarle que me hiciese el favor de dar una vuelta conmigo por el jardín.

—¿Y por qué no hablar aquí?, replicó la joven, cambiando de posición y señalando el extremo del canapé, como si invitara á Pablo á sentarse. Aún no es muy tarde, y Matilde volverá dentro de pocos minutos.

Hierba estaba en la sombra, pero el brillo de sus hermosos ojos parecía iluminar su semblante. Pablo se sentó sin decir palabra, pues en aquel momento hallábase tan impresionado, que no supo qué decir; ya no era el orador elocuente de antes; más bien parecía un escolar torpe, y lo único que se le ocurrió fué exclamar:

—¡Hierba!

—Me agrada, dijo la joven, oirle pronunciar ese nombre. Cualquiera creería que usted es quien me le dió, y hasta me parece que voy á sentir cambiarle por otro.

Estas palabras abrían la puerta á Pablo para iniciar la explicación que tanto deseaba, y aprovechó al punto la oportunidad.

—Precisamente, dijo, de esto me proponía hablarle. ¿Le parece que ese nombre no significa ni puede significar nada para usted? ¿No despierta por ventura en su memoria recuerdo alguno ni nada que tenga interés en saber? Le ruego que me hable con toda franqueza.

La joven miró á su interlocutor con aire sorprendido.

—Creo haberle dicho á usted ya, replicó, que ese nombre es absurdo y parece haber sido aplicado intencionadamente para ocultar otro; mas ¿por qué desea saber lo que acaba de preguntarme?

—Para ayudar á usted, repuso Pablo apresuradamente, para hacer cuanto me sea posible en su favor, si realmente cree y quiere creer que tiene otro nombre. Deseaba suplicar á usted que confiara en mí y me manifestase todo cuanto le hayan dicho sobre el particular, todo lo que sabe ó cree saber acerca de su parentesco con los Argüelles, ó con quien sea. Una vez conocido esto, me consagraré especialmente á probar lo que usted quiera ó le convenga. Bien ve que le hablo con toda franqueza, y solamente deseo que me corresponda con la misma y me manifieste sus dudas, á fin de que pueda aconsejarla, así como también desvanecer sus temores, para infundirle valor.

—¿Y es eso todo cuanto tenía usted que decirme?, preguntó la joven tranquilamente.

—No, Hierba, repuso Pablo con apasionado acento, cogiendo una de sus manos sin que la joven opusiese resistencia, aunque mostrándose indiferente, no es todo; pero es todo cuanto debo decir, cuanto tengo derecho para decir y cuanto usted puede escuchar por *ahora*. Permítame abrigar la esperanza de que no está lejos el día en que me será dado decírselo *todo*, y en que comprenderá que este silencio ha sido el más duro sacrificio impuesto al hombre que ahora le habla.

—Esas palabras son dignas de un diplomático á quien espera brillante porvenir, replicó Hierba, retirando su mano, á la vez que miraba alternativamente á su interlocutor y hacia la puerta; y cuando haya arreglado mis asuntos, cuando tenga casa y nombre, podremos continuar esta interesante conversación. Hasta entonces, supongamos que no ha pasado nada entre nosotros, ó por lo menos ninguna cosa que pueda perjudicar á cualquiera de los dos. Lo mismo decía algunas veces mi cuarto tutor oficial, también abogado como usted, cuando se per día en conjeturas sobre el asunto referente á mi familia.

—¡Pero, Hierba!..., comenzó á decir Pablo con ansiedad.

La joven levantó lentamente la mano, como para imponer silencio á Hathaway.

—Por aquí, amiga mía, dijo, cambiando de tono, por aquí; estábamos esperándote.

Hierba acababa de ver á Matilde, que se acercaba rápidamente, y que con delicada discreción detúvose en el umbral de la puerta.

—Ya hemos concluído de hablar, añadió, dirigiéndose á Matilde, y el Sr. Hathaway se ha interesado tanto en que yo no tenga verdadero nombre, que me ha prometido todos cuantos le parecen buenos y convenientes, excepto el suyo. ¿No es verdad, caballero Hathaway?

Así diciendo, Hierba se levantó, cogióse del brazo de Matilde y permaneció un momento inmóvil mirando á Pablo.

—Buenas noches, dijo al fin. ¿No te parece, Matilde, que es muy extraño para mí tener una entrevista á semejante hora de la noche? Y advierte, amiga mía, que el Sr. Hathaway me proponía pasear por el jardín.

Y saludando graciosamente, Hierba dió las buenas noches por segunda vez y alejóse con su compañera.

A las ocho de la mañana siguiente, Pablo estaba en la galería, de pie junto á su maleta.

—¿Cómo se explica esta repentina determinación, amigo Hathaway?, preguntó el Sr. Woods, que llegaba presuroso. ¿No podría usted esperar el tren de la tarde? Las niñas bajarán pronto, y aún le quedará tiempo para almorzar con sosiego.

—Tengo mucho que hacer en San Francisco antes de mi regreso, contestó Pablo con acento breve, mucho más de lo que yo imaginaba. Por lo tanto ruego á usted que me excuse con su esposa y las señoritas.

—Supongo, repuso Woods, con expresión inquieta, que no habrán mediado más palabras entre don César y usted.

—No, contestó Pablo con tranquilizadora sonrisa, puedo asegurar á usted que no hemos hablado nada.

—Le pregunto esto porque sé que tiene usted el genio muy vivo, casi tanto como el coronel Pendletón. El bueno de Backer se arrepiente mucho de las palabras que pronunció ayer, y teme que alguien las haya creído intencionadas. Yo le he dicho que cometió una torpeza, y creo que su esposa le reprendió también. ¡Ja, ja! El pobre Backer se acuerda de aquellos antiguos tiempos en que todo el mundo hablaba de esas cosas y en que esa Carolina Howard era verdaderamente una mujer notable. Me han dicho que marchó á los Estados Unidos hace algunos años.

—Es posible, repuso Pablo con indiferencia.

Pocos momentos después, un coche se detuvo á la puerta de la casa, y entonces Pablo estrechó afectuosamente la mano del Sr. Woods, y díjole al poner el pie en el estribo:

—A propósito, amigo mío, ¿tiene usted por aquí algún fantasma?

—La casa es tan antigua, que bien podría haber alguno; pero no creo en tales cosas. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Juraría haber visto anoche algo blanco que se movía junto al pabellón, y al acercarme no encontré nada. El fantasma, si tal era, había desaparecido.

—Supongo que será alguno de los criados de don César, entre los cuales cuéntase un indio que suele andar por aquí á todas horas, según me han asegurado; pero ya pondré remedio á ello. ¡Vamos, puesto que es inevitable la separación, con gran pesar mío, adiós, caballero Hathaway; buen viaje!

El Sr. Woods estrechó por última vez la mano de Pablo, cerrando la portezuela del coche, y éste se alejó rápidamente.

IV

Dos meses después, Antonio Shear, secretario particular del honorable Pablo Hathaway, entró en el despacho de éste, en Sacramento, y entrególe una carta.

—Acabo de llegar de San Francisco, dijo; pero el Sr. Slate me encargó entregar á usted esto cuanto antes, previniéndole que, si le bastaba, convendría devolvérselo desde luego.

Pablo rasgó el sobre y sacó de él una prueba de imprenta, la cual leyó rápidamente. He aquí lo que decía:

«A los que conocen la crónica de los primeros tiempos de California, les interesará sin duda saber que la tutela de que se encargó hace ocho años, de una manera algo excéntrica, el corregidor de San Francisco en unión de otros dos ciudadanos, cesó ayer, por haber llegado á su mayor edad una linda señorita, alumna en el convento de Santa Clara.

»Excepto los primitivos tutores, pocas personas conocían el hecho de que la tutela se ha ejercido sucesivamente por cuantos desempeñaron el cargo de corregidor durante dicho período, y hasta hace poco se pudo considerar como un misterio. El caso parece tener algo de novelesco, y nos recuerda los deberes patriarcales de los antiguos alcaldes, así como la sencillez de los primitivos tiempos de esta ciudad. Parece que en el período de trastorno y desorden que siguió á la ocupación americana, la viuda del primogénito de una de las más antiguas familias de California confió los bienes y la custodia de su hija á la misma ciudad de San Francisco, representada por el corregidor, encargado de la tutoría con dos amigos suyos. Al cabo de un año, la madre, muy quebrantada de salud, murió; y de la lealtad y prudencia con que esos caballeros desempeñaron su cometido se puede juzgar por el hecho de que los bienes que se les confiaron, no solamente estaban bien asegurados, sino que hoy día han tenido un considerable aumento. Gracias á la buena administración, la citada señorita, que ayer llegó á su mayor edad, no es tan sólo una de las más ricas herederas del país, sino que ha recibido la más esmerada educación. Ahora no es ya un secreto que la favorecida joven lleva el nombre de María de la Concepción de Argüelles de la Hierba Buena, nombre tomado de una propiedad de sus antecesores en la isla que ahora pertenece al Gobierno federal. También es curioso que la interesada haya preferido conservar su extraño nombre y sea conocida siempre entre sus amigos como la «señorita Hierba Buena.» Añadiremos de paso que nuestro más joven senador, el honorable Pablo Hathaway, en otro tiempo secretario particular del difunto corregidor Hammersley, ha sido uno de los tutores, aunque sin carácter oficial, habiendo correspondido principalmente este cargo al coronel Enrique Pendleton.»

Apenas hubo concluído Pablo de leer, cogió un lápiz y borró las últimas seis líneas; pero en vez de poner la prueba sobre la mesa ó devolvérsela á su secretario, permaneció silencioso, con el papel en la mano y como sumido en profunda meditación.

Bien fuese porque se cansara de esperar ó porque creyera reconocer en su joven jefe alguna inquietud, el secretario procuró llamarle la atención, distrayéndole de sus reflexiones.

—Supongo, dijo, que no ha recibido usted ninguna mala noticia, ni que se tratará de algún otro ataque contra la proposición presentada para auxiliar al coronel Pendleton, que por cierto fué muy atrevida.

Al oir estas palabras, Pablo volvió en sí al punto, como si despestara de un sueño.

—No, contestó; es todo lo contrario. Escriba usted al Sr. Slate dándole las gracias, y dígale que me parece muy bien el artículo, excepto las líneas tachadas por mí. ¿Fué usted á ver al coronel Pend leton?

—Sí, señor; estaba en Santa Clara, y no había vuelto aún, ó por lo menos así me lo dijo su negro. Y á propósito, ¿sabe usted que desde que los asuntos del coronel se arreglan un poco, el buen Jorge se da una importancia verdaderamente intolerable? ¡Pues no se atrevió á decirme que le complacería patrocinarle á usted, porque el coronel le aseguraba que era usted un joven de porvenir!

Pablo sonrió al oir estas palabras, y como volviese á quedar pensativo, el secretario llamó de nuevo su atención sacando del bolsillo varios papeles, al parecer de asuntos oficiales.

—He traído los informes, dijo.

—¿Qué informes?, preguntó Pablo distraídamente.

El secretario le miró con asombro.

—Los del jefe de policía de San Francisco, contestó, que tanto deseaba usted. ¿Es posible que se le haya olvidado?

—¡Ah! Sí: gracias. Déjelos sobre el pupitre, y ya los revisaré más tarde. Ahora puede usted retirarse, y si alguien pregunta por mí, conteste que estoy muy ocupado.

El secretario desapareció, y entonces Pablo, recostándose en un sillón, comenzó á reflexionar. Al fin había llevado á cabo la obra que se propuso dos meses antes; el artículo que acababa de leer, y que se publicaría en el diario oficial de San Francisco muy pronto, era el fruto de una persistente investigación de averiguaciones, diligencias é informes obtenidos, y se aceptaría sin duda en lo sucesivo como un hecho auténtico, que si no bastante autorizado, por lo menos no sería fácil de refutar. Llegado á San Francisco, apresuróse á visitar al coronel Peñdleton para proponerle su plan; pero con no poco asombro y pesar suyo, el coronel opuso objeciones, diciendo que era injusto á todas luces atribuir á determinadas personas hechos que no podían justificarse y suponer en favor de Hierba un parentesco de todo punto falso. Pablo replicó que en aquella cuestión el padre era un mito, y refirió el incidente ocurrido con motivo de las indiscretas palabras de Backer, por las cuales debía temerse que el secreto se revelara en el momento menos pensado. Añadió que si Hierba insistía en el plan que adoptaba para explicar su parentesco, tanto él como Pendleton debían aceptarlo, ó verse en la precisión de hacer pública la verdad de los hechos. Esto acabó de convencer al coronel, quien comprendía, por otra parte, que el verdadero peligro estaba en la incertidumbre y el misterio, que podían ser causa de investigaciones. Pablo aceptaba con gusto la responsabilidad, y obtuvo el asentimiento pasivo del coronel. La única revelación que temía era la que la madre pudiese hacer; pero Pendleton estaba casi seguro de que había abandonado del todo á Hierba y de que jamás volvería, puesto que se había desterrado por su propia voluntad. En todo caso, si cambiaba de modo de pensar, él sería el primero en saberlo. Con esto terminó la conferencia.

Mientras así se ocupaba de Hierba, Pablo no había olvidado poner en ejecución otro plan que se propuso ya desde su primera visita al coronel: reducíase á conseguir que el poder legislativo aprobase una proposición en que se pedía que el Banco de la Puerta de Oro devolviera á Pendleton una parte de su fortuna particular, injustamente retenida hasta entonces.

Tal era el círculo en que giraban las reflexiones de Pablo; pero en medio de ellas no podía alejar de su mente la imagen de la heredera. Parecíale que aún estaba viéndola en la casa del Rosario; recordaba con deleite aquella breve conferencia á la luz de luna y la dulce sonrisa de Hierba en algunos momentos, cuando le miraba con expresión de simpatía. Desde aquella noche en que se despidió de él, mostrando cierto inexplicable desvío, no había vuelto á visitarla; y llegado el día en que debía declarársela mayor de edad, delegó sus funciones en Pendleton, induciéndole á ir con el corregidor á Santa Clara para presidir la ceremonia. Por el pronto no era necesario que la joven supiese cuánto había hecho él para averiguar su verdadero nombre y el apellido de su familia.

Dejando escapar un suspiro, Pablo dió al fin principio á su tarea; tomó el fajo de papeles que Shear le había entregado antes y comenzó á examinarlos: eran también una prueba de sus persistentes y secretas investigaciones. Como presidente del comité legislativo, y encargado de revisar varias leyes, en vigor entonces, relativas á cierta reforma social, habíale sido fácil examinar documentos, pedir datos y consultar autoridades ó testigos. Por este medio le fué dado averiguar que la mujer llamada Carolina Howard, conocida también con los nombres de Beverby y Durfrec, había sido inscrita en el padrón municipal hacía largo tiempo; pero en ninguna parte se encontraban indicaciones sobre su hija: Pablo leía con creciente curiosidad y como hombre práctico todos aquellos informes, tomando notas de vez en cuando para su uso, cuando de pronto detúvose como sorprendido y se estremeció. En un parte escrito por cierto agente sobre el escándalo ocurrido en una casa de juego sorprendida por la autoridad, decíase que un individuo había buscado refugio en la habitación de «Carolina Howard,» á quien representó ante el magistrado, para prestar la correspondiente declaración, un amigo suyo llamado Juan Argüelles.

(Continuará)



SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS INSTITUCIONES SANITARIAS DE PARÍS (1)

ESTACIONES DE DESINFECCIÓN

Instalados los asilos nocturnos, la administración municipal con el objeto de desinfectar los vestidos de los asilados procedió á instalar las correspondientes estaciones de desinfección anejas á aquéllos y al mismo tiempo abiertas al público.



Fig. 1. Descarga y desinfección de los coches destinados al transporte de objetos contaminados á las estaciones municipales de desinfección

La más notable es sin duda la situada en la calle de Recoletos, 6 bis, aneja al asilo del muelle de Valmy de que nos ocupamos en nuestro anterior artículo, y por la fig. 1 que en él publicamos podrán formarse nuestros lectores idea de la instalación y funcionamiento de estos establecimientos edificados con tanta sencillez como habilidad por M. Bouvard.

Este plano general indica claramente el conjunto de la instalación dividida en dos partes distintas y separadas por una pared continua: á la izquierda, el departamento de llegada de los objetos que se han de desinfectar; á la derecha, el de los objetos desinfectados, y al lado, con fachada á la calle de Recoletos, un pabellón especial para la administración con acceso especial á cada uno de los dos referidos departamentos.

Cuando los coches que se guardan en A (fig. 1 del número 527) llegan de la casa adonde han sido enviados, penetran en el patio B, y después de haber llamado uno de los desinfectadores en la puerta exterior, entran en el pórtico de descarga C; los objetos se depositan en el almacén H y los vehículos pasan al patio D, en donde se les desinfecta. Los caballos, desenganchados y desinfectados, son conducidos á la cuadra S y los coches á la cochera A. Entre ésta y el pórtico de descarga hay en E y G, además del almacén, roperos, lavabos y retretes para los empleados que están encargados del servicio de los coches, y en el primer piso se encuentran iguales accesorios para el personal que cuida de la desinfección de los vehículos y además comedor y habitación para el cochero.

Los objetos contaminados se reciben en la sala H, y si es necesario se les somete, sobre todo á la ropa blanca, á una enjuagadura en un pilón especial: luego se les introduce en una de las estufas de vapor comprimido que se ven empotradas en la pared medianera. Una vez desinfectados los objetos, se les saca por las puertas situadas en N y se les deposita en los enrejados que hay á lo largo de las paredes. Un incinerador para los objetos de valor escaso y varios pulverizadores completan el material de desinfección. Una instalación I, J, K, de roperos, lavabos y aparatos de limpieza está destinada al personal que maneja los objetos infectados, cuando ha de salir del edificio por un corredor especial que da á la calle. Además, entre la parte en donde se depositan los objetos contaminados y aquella en donde se les coloca después de su desinfección no hay otra comunicación que la que establece un pasaje M, dividido en tres compartimientos, con un lavabo en el centro y cuyas puertas no pueden abrirse todas á la vez. El encargado de la vigilancia general tiene su despacho en O y su habitación en L.

La salida de los objetos desinfectados se verifica por medio de coches que se guardan en T y de caballos cuya cuadra está en R: la operación de carga se hace por una de las puertas de la sala N. El personal de esta parte del establecimiento tiene su comedor en P.

Los objetos de los asilos nocturnos que se desinfectan cada noche son recibidos en U, en el patio D, en un cedazo especial, y después de haber permanecido en la estufa ó sido lavados con algún antiséptico son devueltos al asilo por V.

Esta descripción basta para formarse idea de la separación cuidadosamente establecida entre las dos partes de la estación de desinfección adonde van á parar respectivamente los objetos contaminados y los desinfectados. Las únicas comunicaciones posibles son por las estufas y por los corredores á cedazo, en los cuales no se puede penetrar sin previo aviso y sin haberse lavado antisépticamente y quitado los trajes especiales obligatorios para permanecer en los lugares contaminados.

Los procedimientos de desinfección usados en este establecimiento son la estufa de vapor comprimido y las pulverizaciones con una solución de sublimado (bicloruro de mercurio) al 1 por 100, adicionada con ácido tártrico á 5 gramos por litro y con algunas gotas de tintura alcohólica de carmín de añil.

La desinfección por medio del vapor comprimido constituye el procedimiento más eficaz, rápido y práctico para destruir todos los micro-organismos patógenos y todos los gérmenes de las enfermedades transmisibles contenidos en los tejidos, telas, trajes, objetos de uso, colchones, etc. Los aparatos usados son los de la casa Geneste y Herscher, que son los que actualmente emplean el Estado y gran número de poblaciones y administraciones públicas francesas y extranjeras: después de quince minutos de permanencia en la estufa y de quince de secadura la desinfección es completa.

En cuanto á los pulverizadores, que también son de aquella casa, proyectan en microscópicas gotitas, á modo de niebla, el líquido antiséptico sobre todos los objetos que no pueden ir á la estufa, como cueros, pieles, etc., y tienen además por objeto practicar á domicilio la desinfección de los locales y de su contenido, paredes, suelo, techo, muebles, etc. Con la solución antes indicada practícase rápidamente este sistema de desinfección sin deteriorar en lo más mínimo los objetos preciosos por poco cuidado que se ponga al verificarla. Este procedimiento debe sustituir á la desinfección por el gas ácido sulfúrico, que es difícil, incompleta, ilusoria tal como generalmente se hace, y tan larga que llega á ser más perjudicial que útil desde el punto de vista de la generalización de la desinfección.

Las estaciones de desinfección de la ciudad de París son gratuitas para el público, que puede llevar á ellas los objetos contaminados ó avisar para que vayan á recogerlos á domicilio, en cual caso es indispensable al propio tiempo la desinfección de éste.

Las diversas operaciones que hay que practicar para la desinfección en caso de enfermedad contagiosa son las siguientes; y aunque parezcan muchas, á poco que atentamente se examinen se verá que son muy sencillas y pueden llevarse á cabo con suma rapidez.

Al salir el coche, los desinfectadores deben asegurarse de que contiene el siguiente material: 1.°, la bomba con pulverizador y varios frascos que contienen el líquido desinfectante, de los que ellos solos son responsables; 2.°, un frasco de permanganato de potasa con un litro de solución á 80 centigramos por 1.000; 3.°, un saco con los trajes de trabajo, es decir, para cada empleado un casquete, una blusa ajustada al cuello y á los puños y un pantalón, todas estas prendas de tela, y unos zapatos; 4.°, varios sacos cerrados por cualquier medio, excepto por cordones de cuero, en los que se meten los colchones, almohadas, edredones y demás objetos; 5.°, trapos para secar; 6.°, dos grandes esponjas, un cepillo de mano y un cepillo montado; 7.°, un saco de instrumentos, y 8.°, una escalera articulada con cojinetes de caucho.

Al llegar al domicilio los desinfectadores deben transportar su material al piso que se ha de desinfectar y vestirse con su traje de trabajo antes de penetrar en él. Con la solución de permanganato de potasa y el cepillo lavarán las ropas manchadas de sangre y pondrán en los sacos los objetos que han de ir á la estufa (colchones, cortinas, vestidos, etc.); y después de haber vertido en la bomba el contenido de uno de los frascos, acabando de llenarla con agua, pulverizarán (fig. 2) las paredes, techo, suelo, cortinajes, muebles y especialmente las camas, el interior de las mesitas de noche, etc., sin descuidar el menor detalle, y frotarán con trapos ligeramente embebidos en la solución desinfectante los espejos, cuadros, objetos de arte... En suma, las operaciones que se llevan á cabo son tan minuciosas que no hay miedo de que quede ningún germen de infección: una vez terminadas, los desinfectadores se quitan el traje y lo meten en un saco especial para llevarlo á la estufa, luego bajan los sacos que contienen los objetos contaminados y lo cargan todo en el coche. Llegado éste á la estación, todos los objetos y el material pasan inmediatamente á la estufa, y los primeros, una vez desinfectados, son conducidos al domicilio de su procedencia en el coche especialmente destinado á este servicio. En cuanto al vehículo que los condujo, se le desinfecta del modo que indica la figura 1.

Todos los detalles de este programa tienen su importancia y el servicio municipal de París que los ejecuta con gran escrupulosidad es el único que puede en aquella capital inspirar confianza á los particulares. La desinfección debe practicarse con todas las precauciones enumeradas, pues de lo contrario es inútil y puede ser peligrosa.

Esas estaciones son cada vez más estimadas y utilizadas por el público, y el número de sus operaciones aumenta de día en día, verificándose actualmente unas veinticinco diarias.

Otras análogas se han establecido en distintas poblaciones de Francia, algunas de las cuales han hecho de ellas una fuente no despreciable de ingresos practicando la desinfección gratuitamente para las clases menesterosas y mediante cierto estipendio para las acomodadas.

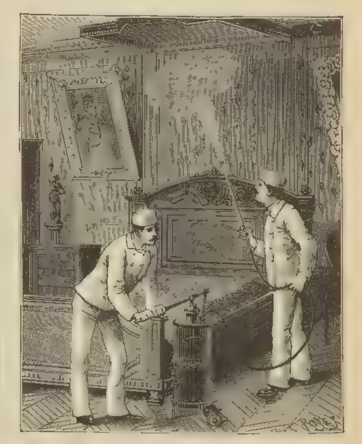


Fig. 2. Desinfección á domicilio

Dr. A. J. Martin

(De *La Nature*)

(1) Véase el número anterior.



Arco llamado del *Ecce-homo*, ó de Pilatos, en Jerusalén (copia de una fotografía)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores.

QUERIDA, *por Edmundo de Goncourt.* – Formando parte de su colección de libros escogidos ha publicado *La España Moderna* esa interesante novela del eminente escritor francés, en la que se describen con la maestría que á su autor caracteriza las costumbres del París elegante del segundo imperio. El libro, que forma un elegante y bonito tomo de unas 500 páginas, véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

***

NOVELAS Y CAPRICHOS, *almanaque de «La España Moderna» para 1892.* – Con decir que tiene primorosos artículos en prosa y verso de firmas tan acreditadas como las del Doctor Thebussem, Manuel del Palacio, Octavio Picón, Campoamor, Emilia Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena y otros escritores de igual nombradía, queda hecho el elogio de este libro, que lleva además 200 bonitas ilustraciones y se vende al precio de 3 pesetas en las principales librerías.

***

ALMERÍA ARTÍSTICA, *ilustraciones y texto por A. Fernández Navarro.* – Con este título ha empezado á publicarse una serie de monografías relativas á los monumentos más notables de aquella ciudad: la primera que ha visto la luz se ocupa de la Alcazaba y va acompañada de bonitas ilustraciones fotograbadas por Laporta. Véndese al precio de una peseta en Almería, librería de D. Fernando S. Estrella, y en Madrid en la de D. Fernando Fe.

***

UN VIOLONCELISTA, *por D. Eduardo Bertrány Rubio.* – Páginas de la antibiografía de un pobrete titula su autor esta narración, en la que en estilo ameno y castizo se relatan interesantes episodios de la vida de un músico. La primera edición de esta obra se publicó hace algún tiempo en *La Enciclopedia Musical*, y la segunda forma un elegante tomo, que se vende en las principales librerías al precio de 2 pesetas.

***

SOFÍA, *novela cubana por D. Martín Morua Delgado.* – *Sofía* es el título de una interesante novela de costumbres cubanas, la primera de las que han de figurar en la serie de *Cosas de mi tierra* que ha empezado á publicar el distinguido escritor don Martín Morua Delgado. La obra es una bella exposición de cuadros sociales copiados del natural, recomendándose por su estilo y por el estudio psicológico que ha hecho el autor de cuanto le rodea. Forma un bonito volumen en 8.° de 288 páginas, y véndese al precio de un peso en casa del autor, Obispo, 80, Habana, ó en la librería de la *Propaganda Literaria.*



POR AQUÍ DEBE ESTAR, fotografía directa de Hugo L. Steichel, de Jersey (Estados Unidos.)

***

FABRICACIÓN DE QUESOS Y MANTECAS, *por D. Buenaventura Aragó.* – Esta obra es indudablemente la más completa que en su género existe, y en ella se trata con gran conocimiento de cuanto se relaciona con la producción de la leche, establecimiento de lecherías, elaboración de toda clase de quesos y mantecas, crianza de vacas, etc. Forma un tomo de 366 páginas con 104 grabados, se vende en Madrid á 7,50 pesetas y se remite á provincias enviando 8,50 pesetas á la librería de Hijos de Cuesta, Carretas, 9, Madrid.

***

HUESCA. APUNTES PARA SU HISTORIA, *por D. G. Gota Hernández.* – Contiene este folleto una breve reseña de los periódicos publicados en Huesca y algunas notas referentes á la sublevación republicana organizada en Cincovillas (Zaragoza) en 1848. Se vende al precio de una peseta en Huesca, librería Oscense (Coso bajo, 7); Zaragoza, librería de Cecilio Gasca (Plaza de la Seo), y en Madrid, librería de Fernando Fe (Carrera de San Jerónimo, 2).

***

ALARCÓN, *por doña Emilia Pardo Bazán.* – ZORRILLA, *por D. Isidoro Fernández Flores.* – Tan amenas é interesantes como todas las de la Colección de personajes ilustres que publica la casa Sáenz de Jubera hermanos, de Madrid, son las biografías del insigne novelista y del más genial de nuestros poetas, y no podía ser otra cosa tratándose de biógrafos como la autora de *Los Pazos de Ulloa* y del eminente crítico conocido con el seudónimo de Fernanflor, cuyo ameno estilo literario resalta en todas sus producciones.

Véndese á una peseta cada una en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 15 de febrero de 1892 — Núm. 529



EN EL BAILE DE MÁSCARAS, dibujo de A. Robaudi

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el primer tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos,» profusamente ilustrada. El suscriptor á cuyas manos no llegase deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Muerte del duque de Clarence en Inglaterra. – Su novia. – Tristezas del alma. – El nuevo soldán egipcio. – Estado de Portugal. – Su nuevo ministro de Hacienda Oliveira Martins, como pensador y como político. – Pero basta de política. – Festividades religiosas del mes corriente. – La Candelaria. – Culto universal á la luz. – Reflexiones. – Conclusión.

I

Una bien triste nota debe comenzar estas líneas: el trágico suceso, catástrofe inesperada, en el palacio de los príncipes de Gales ¡ay! sobrevenida, la muerte del duque de Clarence, primogénito de los herederos del trono de Inglaterra y nieto predilectísimo de la reina Victoria. La muerte no perderá jamás el carácter igualitario que la distingue. Todo se iguala en su silencio, todo en su obscuridad, todo en su frío, todo en su olvido. A muchos que la piden y la desean con anhelo é impaciencia, no los oye la implacable, y á otros que se creen inmortales en su juventud y en su felicidad, les clava el aguijón oculto entre la florida corona de sus ilusiones y de sus esperanzas. Parece que las inquietudes consiguientes á la pobreza, que las hambres y las angustias del desvalido, que la horrible miseria debían acabar muy pronto con sus víctimas; y mientras en las cloacas sociales, donde se amontonan tantos miasmas devastadores, la vida perdura mucho, se acaba pronto en las alturas, como en el enrarecido aire allá por las capas superiores de nuestra terrestre atmósfera sobreviene la irremediable asfixia. Juventud, riqueza, honor, posición vertiginosa por lo alta, homenajes del mundo, segura confianza en heredar una corona que lleva engarzadas las Indias en su amplio círculo y de ver desde un trono eminentísimo doscientos millones de hombres sujetos por los lazos de las leyes; todo esto reunía el malogrado á los veintisiete años, todo lo que llamamos en el habla corriente dichas y venturas. Pero lo más interesante de todo en él, aquello que ciñe de sublime belleza la temprana muerte suya, es el haberle sobrecogido el fin prematuro en pleno amor y en próxima boda, de los cuales únicamente había requerido su corazón las dulces y divinas satisfacciones del amor. La cama imperial convertida en tumba fría, el epitalamio de la boda en salmo funeral, el gorjeo de las caricias en estertores, el velo de la novia en lutos de una virginal viudez, la verbena y el azahar en ramas de sauces y en corona de cipreses, tal trágico aspecto dan á este suceso, que lo creeríais un auto sacramental representado por el amor y por la muerte. Muchos siglos han pasado desde que las poéticas antiguas declaraban indigno del estro verdaderamente trágico todo aquel dolor que no fuera el dolor de las gentes y de las familias coronadas. Así, rey Edipo, semidiós Prometeo, hijas de dioses Elena é Ifigenia, hijos de reyes Eteocles y Polinice. Pues algo análogo acaece con esta muerte; porque hiere á los reyes la ven todos más: que está muy alta. El pueblo de Londres viste luto, los espectáculos públicos están suspensos, las banderas nacionales toman colocadas á media asta el aire de sudarios, la campana mayor de San Pablo tañe por un excepcional difunto, y todos los súbditos de la reina Victoria mezclan sus lágrimas con las que vierte la infeliz mujer condenada por su longevidad á sentir el más acerbo de todos los dolores, el de sobrevivir y heredar á los que debieran sobrevivirla y heredarla. No obstante los muchos nietos que la reina Victoria cuenta esparcidos por el mundo, en Alemania, en Grecia, en otras partes, amaba sobre todos al que primero le trajo una esperanza tan halagueña para los jefes de dinastía como aquélla de perpetuar su regia estirpe. Mas aún apenas y adolora más la joven princesa, toda ternura y virtud, que ha encontrado, cuando se probaba su velo de novia y corona de azahar al espejo, como la Julieta de Shakespeare, el nido nupcial trocado en panteón de muerte y el tálamo de amor en frío sepulcro. *Sunt lacrimæ rerum.*

II

Hablando de Inglaterra, no daremos un salto muy grande si hablamos también de Egipto, parte casi de su imperio. El nuevo jedive, que debe nominal y honorariamente representar en las orillas del Nilo una sombra como la triste autoridad política del sultán y servir á un poder tan efectivo y verdadero como el poder de Inglaterra, partióse á su imaginario trono, en cuanto lo reclamó con apremio la potencia protectora y le dió formulario pasaporte la Sublime Puerta. Joven, muy joven, educado en cultura tan alta como la cultura del centro de nuestra Europa, verdadero petimetre parisiense, Abbas encontrará los pobres fellahs, que pertenecen á una especie de mundo inferior, tan dignos de lástima, como encontraba y veía Pedro el Grande, tan ducho en cultura occidental, á los mujichs que Dios le diera por vasallos. El desequilibrio intelectual entre un soberano absoluto y un pueblo siervo trae consigo una grandísima y triste agravación de las enfermedades amigas arriba y abajo. ¡Ay de aquellos que ni se adelantan á ser libres ni se resignan á ser esclavos! Y sugiérenos esta observación tristísima, no solamente la crisis que vemos en Egipto, la crisis que vemos en Portugal. Se fué aquel ministerio de conciliación, donde aparecían sumadas todas las fuerzas monárquicas que se juzgaban capaces de salvar el Estado presente, y vino un ministerio colindante con la República por lo avanzado. Ferreira, su presidente, se ha desasido siempre de la organización oficial revestida por los partidos militantes, y ha representado aquella tendencia muy válida en la Europa contemporánea, que propende á convertir la monarquía en el áncora y seguro necesarios á los nuevos principios. Bastante demócrata para dejar de volver al seno de la libertad, muy disminuída en los últimos tiempos y ahora muy cercana de nuevo á tomar su justo nivel, y bastante monárquico para no arriesgarse á tristes aventuras constituyentes que lo desorganizarían todo sin ocurrir á la satisfacción de necesidad ninguna, este hombre de bien, hombre al mismo tiempo de verdadero entendimiento, abrirá sin restricciones el suelo patrio á los emigrados y restablecerá en su integridad esencial y en su totalidad intangible todos los cercenados derechos. Pero esto no resulta lo indispensable de cuanto hay que hacer allí, porque se hace todo esto por sí ello con la fuerza propia de todo progresivo pensamiento. Lo que resulta indeclinable hoy es la rápida solución del problema económico, más complicado que todos los problemas políticos, en los cuales hemos ido poco á poco procediendo de suerte que nos encontramos ya en la suprema ecuación entre los derechos del hombre y los derechos de la sociedad. A escuchar este agudo grito de la conciencia pública y á satisfacer esta incontrastable aspiración del espíritu popular ha venido desde su apartada biblioteca el hombre conspicuo y eximio á quien acaba de confiar Portugal su cartera de Hacienda, Oliveira Martins. No tiene inteligencia superior á la suya hoy nuestra península. Escritor muy estilista y filósofo muy profundo, ha elevado monumentos á la común tierra y á la común historia, es decir, al tiempo y al espacio donde se han movido nuestros dos pueblos, que constituyen un título de gloria para él y un motivo de gratitud á él en todos los iberos de los dos Estados peninsulares. Pero tiene como sombras en el cuadro espléndido de su luminosa inteligencia una nota pesimista, un sabor de socialismo, una convicción tan profunda é íntima del carácter poético y fantástico de toda propensión al desarme y á la paz perpetua, que creo cosa dificultosísima para él conducir á término y sacar á flote un gran presupuesto bajo la obsesión hipnótica de tantos espíritus maléficos. Como yo creo en Dios y no he aceptado el positivismo á la moda, enderezo á Dios mi pensamiento y le pido prospere al gran pensador, lleno de honradez, y salve al pueblo lusitano, quien no encontrará ningún otro mejor á quien librar su Hacienda.

III

Pero todo esto huele á política que trasciende. Hablemos de ciencia, de letras, de filosofía, de arte, de todo aquello que atañe á nuestras revistas. La festividad por excelencia del mes corriente, la celebrada el 2 de febrero, es la Purificación de María, ó sea la Candelaria, que trae aparejada en el culto y liturgia nuestros un reparto de velas indicando la devoción de todos los pueblos arios al resplandor de su día y al éter de su luz. Desde los tiempos más apartados, cuando en la pagoda india se inicia la religión de nuestras razas arianas, brilla sobre las aras el fuego que todo lo esclarece y que, á la manera de Dios, en quien se juntan muerte y vida, todo lo devora y lo depura. Ningún elemento en la creación significa tanto la pureza y sirve tanto á las purificaciones como la llama. Cuando queréis aligerar el sordo é inerte metal, descomponer su fortísima cohesión, volatilizarlo, hacerlo aeriforme, lo arrojáis á un horno candente, de muy altos é intensos enrojecimientos. Pues bien: las culpas nuestras, los errores nuestros, las humanas impurezas, purifícanse de suyo en las llamas, por lo cual explicamos el cirio, el candelabro, el incienso, el fuego sacratísimo, el ardiente lampadario, las luces místicas brillando al pie de todos los dioses. Nuestra fiesta de la Purificación se denomina también fiesta de la Candelaria, y se denomina fiesta de la Candelaria porque las mujeres muy especialmente llevan este día ofrendas al templo, y en cambio reciben albas candelillas. Y así como las verdes velas del tenebrario sirven á conjurar las tempestades, sirven estas candelas en los partos. El hábito de repartir velas y luminarias por febrero data de muy lejos, pues ya lo tuvieron sus habitantes en la Roma primitiva. Muy pobladas las antiguas riberas del Tíber por lobos asoladores, erigieron templos á un dios campestre que persiguiese las manadas múltiples de animales tan dañinos y preservase á los inocentes rebaños de su voracidad. Unas fiestas celebraba el paganismo romano por febrero en su honor, y durante tales fiestas repartíanse antorchas, cual se reparten candelas hoy en la Candelaria nuestra. Cierto que de todo cuanto nos parece original hay antiguas y seculares tradiciones en el mundo. Celebramos nosotros el solsticio de invierno con cenas y comidas abundantes, mientras el mundo antiguo también solía celebrarlo de igual suerte con una festividad llamada saturnal, por lo que damos el nombre de saturnales á todos los excesos en comer y beber. Dondequiera que convertimos los ojos vemos patente señal de las devociones consagradas por los fieles arios al resplandor de la madre luz. Todos los inspirados profetas hebreos nos dicen á una en cánticos armoniosos y corales que los cielos narran la gloria de Dios. Todas las voces, desde aquellas que despiden las aves hasta las que despiden los espíritus, entonan á las alboradas y á los amaneceres un himno. Al Oriente atribuimos así la cuna del sol como la cuna del pensamiento. El bracmán indio, el judío levita, el sacerdote latino, el cura católico se vuelven todos á Oriente, pues nuestras iglesias colocan su altar, por regla general, hacia la parte del cielo por donde viene la vivificadora luz. Esa colocación de las fuentes bautismales á la izquierda siempre de nuestras iglesias, los rayos de oro y las constelaciones de pedrería que circundan nuestras custodias, la hostia de harina pura colocada entre cristales resplandecientes, el tabernáculo aromado de incienso, el blanco lino extendido sobre la tabla del altar, la grande lámpara pendiente de los cruceros y encendida con tanto cuidado, las seis velas, tres á la derecha, tres á la izquierda, en representación de los escasos planetas conocidos en el antiguo sabeísmo, indican bien claramente por qué usamos las albas candelas en la Purificación de María, luna de nuestro cielo espiritual, que nos recoge dulcísima en el seno suyo la claridad, sobrado viva para nuestros ojos, del resplandor divino, enviándonoslo mitigado y poético á fin de que podamos recibirlo en lo más hondo y esencial de nuestro ser, sin recelo alguno de que nos ciegue y nos abrase. Comprended ahora toda la razón suficiente que preside á festividad tal como la Candelaria.



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

(CONTINUACIÓN)

EXCITACIÓN BELICOSA EN PARÍS

(Por telegrama de nuestro corresponsal particular Mr. D. Christie Murray)

París, 20 abril

París se halla esta noche en un estado de indecible fermentación. Durante algunos días el público había seguido con el mayor interés los rápidos acontecimientos de la frontera ruso-alemana, y las noticias de la primera escaramuza en Alexandrovo, publicadas en *Le Soir* de esta tarde, han producido gran entusiasmo. Diariamente se han celebrado largas conferencias entre los ministros, y la prensa, sin excepción apenas, insta al gobierno á declarar inmediatamente la guerra. Muchos alemanes de posición elevada han salido precipitadamente de París, precaución que en rigor ha parecido muy juiciosa. Cuando las noticias fueron conocidas hoy, interrumpiéronse los trabajos en general, y á las tres de la tarde las calles comenzaron á llenarse de gente, manifestándose en los numerosos grupos mucha excitación. A eso de las cuatro la multitud excedía de cincuenta mil almas; pocos eran los individuos que no tuviesen algún diario en la mano, y como leían en alta voz, alrededor de cada lector formábase compacto grupo. Un vendedor que se dirigía al kiosco con un paquete de diarios para la venta, se vió de pronto cercado por la muchedumbre, que le despojó de su peso antes que se diera cuenta de lo que le pasaba. Tal era el afán por adquirir noticias y por ser el primero en comunicarlas, que los diarios se rompieron entre las manos, sin que aprovecharan á nadie. Muy pronto se oyeron los gritos de *¡Viva Rusia! ¡Abajo Prusia!* Esta fué la primera señal, y poco después en todo el bulevar se produjo un vocerío atronador. Los ómnibus, los coches y toda clase de vehículos debieron detenerse en su carrera, y en un momento viéronse centenares de oradores que pronunciaban enérgicos y apasionados discursos.

Al acento inglés que siempre dió á conocer mi nacionalidad cuando hablo el francés, debo hoy que no se me haya atropellado, tomándoseme por uno de los alemanes aquí residentes. Seguro estoy de que los pocos que han quedado en París habrán recibido hoy un susto al conocer las disposiciones del pueblo. Hasta que hube gritado *¡Viva Francia y abajo Prusia!* no me dejaron en paz. Dícese que un alemán ha sido atropellado por la multitud cerca de la estación del Norte. El director de la ópera por poco paga con la vida los entusiasmos artísticos que ha demostrado por Wagner.

ESCENA EXTRAORDINARIA EN LA PLAZA DE LA CONCORDIA

La más ruidosa manifestación tuvo lugar en la plaza de la Concordia, donde una inmensa multitud comenzó á bailar alrededor de la estatua de Estrasburgo, en la cual se ve estampada, como todos saben, á manera de amenaza, la siguiente inscripción: «L. D. P. (Liga de patriotas). ¿Quién vive? Francia. 1870-18...» Cuando el estrépito ocasionado por la multitud parecía llegar á su colmo, fué dominado por otro mayor aún, debido á la llegada de un grupo de veinte ó treinta hombres que llevaban una larga escalera, entre cuyos travesaños habían introducido la cabeza algunos de los portadores. En el centro de la misma iba sentado un obrero pintor que vestía blusa azul y gritaba á cada momento *¡Noventa y dos!* En la mano derecha llevaba un bote lleno de pintura roja, con la cual embadurnó las caras de algunos de sus compañeros, y en la izquierda varios pinceles. La multitud comprendió al punto el objeto de su presencia y la causa que le inducía á gritar á cada momento *¡Noventa y dos!*, por lo cual se le abrió paso.

De este modo el grupo de hombres pudo avanzar; la escalera fué alzada, con el pintor encima, á la altura conveniente; el obrero se arrodilló para comenzar su trabajo, y á pesar del vocerío y del tumulto, siguióse profundo silencio. El pintor, con pulso más firme del que se podía esperar en aquel instante de entusiasmo, trazó con yeso las cifras 9 y 2, tan grandes como se lo permitía el espacio de que podía disponer. La multitud observaba todos sus movimientos con el mayor interés, y pudo ver cómo, después de terminado el dibujo, el artista cubrió de pintura roja el contorno de las cifras. Entonces resonó una salva de aplausos; pero éstos redoblaron cuando un hombre, subiendo hasta la estatua, acercóse á ésta y despojóla de su fúnebre velo, emblema de luto que hasta aquí la había desfigurado.

Después ocurrió un incidente que tal vez no fuera posible más que en París; y seguramente no habría alcanzado jamás semejante ovación el artista que en él figuró. En aquel oportuno momento vióse llegar el coche de M. de Reszke, que en compañía de una elegante dama iba á comer á casa de un amigo suyo. Un estrepitoso aplauso saludó al gran cantante, la multitud rodeó su carruaje, diez ó doce brazos sacaron fuera al artista y mil voces entonaron la *Marsellesa*. La compañera de Reszke tuvo al principio miedo al ver aquel mar de cabezas; pero pronto comprendió la intención y lo que significaba el momento, y despojándose de la manteleta con que encubría sus hombros, arrojósela al artista. Este último la cogió, y á riesgo de caer sobre la muchedumbre trepó hasta la estatua y puso sobre su espalda la manteleta. Después, cuando se consiguió restablecer el silencio, lo cual no costó poco, invitóse al artista á cantar la *Marsellesa*, y aunque al principio la emoción no le permitió entonar bien, continuó y terminó el himno de una manera admirable que entusiasmó á la multitud.

No creo exagerar al decir que el auditorio se componía de más de cien mil oyentes, y que el coro que formaron fué lo más estupendo que se puede haber oído jamás. Cuando el artista bajó de la estatua varios centenares de personas escoltaron su carruaje.

DISCURSO DEL PRESIDENTE

¡A BERLÍN!

(Ultima hora)

La multitud comenzaba á disminuir, cuando circuló la noticia de que los ministros se habían reunido en el Elíseo. Con gran dificultad crucé la plaza al saber esto, y pronto me vi arrastrado por una corriente humana que se dirigía al mismo punto. La multitud se hacía más compacta á cada momento, y hubiérase dicho que todo París afluía hacia el Elíseo. Durante algún tiempo hubo poco ruido; pero de vez en cuando oíanse gritos de impaciencia. Pude oir entonces las observaciones y conjeturas de muchos que se preguntaban qué partido adoptaría Inglaterra en aquella crisis. A las siete la multitud se cansaba al parecer de esperar; el edificio estaba obscuro interiormente, y creíase ya que la noticia de la reunión de los ministros era falsa, cuando de pronto vióse luz en tres ó cuatro ventanas, junto á una de las cuales se proyectó una sombra. Muchos gritaron al punto: «¡Es Ribot!» Y en efecto, á los pocos minutos abrióse la ventana central y apareció la figura del ministro de Negocios extranjeros, lo cual fué la señal para que estallase una tempestad de aclamaciones, oyéndose sobre todo pronunciar el nombre del presidente de la República. Todos gritaban: «¡Carnot, Carnot!» El ministro se inclinó y retiróse, y un momento después se presentó el presidente. Desde donde yo estaba apenas me era posible distinguir sus facciones, pero le vi muy erguido y extender el brazo en ademán como para imponer silencio. Transcurrieron algunos minutos antes de que pudiera ser obedecido; pero cuando al fin se le permitió hablar, su voz resonó clara y firme en medio del silencio. Su discurso fué muy breve y redújose á lo siguiente: «¡Ciudadanos! Alemania ha declarado la guerra á una aliada de Francia. Aquellos á quienes habéis designado como guardianes del honor nacional han discutido ya sobre la grave noticia que ha despertado hoy á todo París, y es mi deber manifestaros que no hay disentimiento sobre este punto. ¡Francia cumplirá sus compromisos!» M. Carnot fué interrumpido por unánimes aplausos, que hicieron imposible todo discurso por espacio de cinco minutos; y cuando al fin se restableció un poco el silencio, M. Carnot añadió: «Francia hablará esta noche, exigiendo que se retire la declaración de guerra contra su aliada, y además pedirá que se le devuelvan las provincias que le fueron tomadas veinte años hace.»

Repitiéronse las aclamaciones y aplausos con más fuerza que antes; el presidente se retiró, y una copiosa lluvia que había amenazado toda la mañana despejó la calle muy pronto. Apenas hace una hora que ha ocurrido este importante acontecimiento del día, y ya la ciudad está silenciosa como una tumba. Después de tanto gritar no debe extrañarse que muchos se hallen roncos; la excitación del pueblo es indecible.



La gran guerra de 1892. – Escena grandiosa en la plaza de la Concordia, de París. – La multitud quitando los emblemas de luto que cubren la estatua de Estrasburgo



La gran guerra de 1892. – La batalla naval de Dantzig.—Un yate inglés salvando á los tripulantes de un torpedero ruso echado á pique

La casa de M. Ferry ha estado custodiada por alguna fuerza, y solamente la buena inteligencia que existe entre las tropas y el pueblo la ha librado de un ataque.

En el momento de escribir estas líneas, la gente vuelve á invadir los bulevares. Se presume, por supuesto, cuál será la contestación de Alemania; mas espérase con ansiedad.

DECLARACIÓN DE GUERRA POR FRANCIA

DRAMÁTICA RECEPCIÓN DE LAS NOTICIAS POR EL EMPERADOR ALEMÁN

(Por telegrama de nuestro corresponsal particular Mr. Charles Lowe.)

Thorn, 1.° de mayo

El emperador había dado órdenes para celebrar esta mañana una revista de todas las tropas acantonadas en las cercanías en número de 60.000 hombres, debiendo verificarse la parada en un terreno análogo al del Campo de Marte en París, á la orilla derecha del Vístula. S. M. y su estado mayor se situaron en una eminencia que domina la llanura, y apenas los compactos batallones del tercer cuerpo, con sus bayonetas iluminadas por el sol, hubieron comenzado á pasar, cuando su marcha fué interrumpida por un dramático incidente.

Yo me hallaba cerca del brillante séquito del emperador, hablando con un médico, amigo mío, cuando de pronto vimos á un ayudante dirigirse hacia el soberano y entregarle un mensaje, pareciéndonos por el color del sobre que era un telegrama. El emperador lo abrió, pasó rápidamente la vista por el contenido, y después dirigió la mirada sobre los que tenía más próximos, como para observar la impresión producida en su ánimo por la noticia que en su concepto debía haberse adivinado ya. «¡Es precisamente lo que esperábamos!, exclamó: es un telegrama del general Von Caprivi. Francia nos ha declarado la guerra.»

Hubo un momento de pausa, y todos se miraron unos á otros como para estudiar el efecto que producía esta terrible noticia. Después se fijó la atención en el emperador, que había palidecido un poco, aunque se mostraba tan tranquilo y resuelto como antes.

«Señores, dijo al fin, he aquí un grave momento para todos nosotros; pero la noticia ni nos intimida ni nos sorprende. No obstante, debo retirarme ahora, porque el peligro para la madre patria es mucho mayor en la frontera occidental que en la oriental, y allí donde el riesgo es más grave debemos estar nosotros.

»Señores, mi querido hermano y amigo el rey de Sajonia, ese intrépido soldado á quien tanto aprecio, ocupará mi lugar de general en jefe de nuestros ejércitos aquí, y estoy seguro de que alcanzará honores y victorias para nuestras armas. Un enemigo solo es ya bastante, y cuanto antes ayudemos á nuestros aliados contra su invasor, antes podremos concentrar todas nuestras fuerzas para combatir al enemigo hereditario que de la manera más inicua vuelve á declararnos la guerra.

»Señores, no se ha de perder el tiempo en vanas palabras cuando tanto urge la acción, y por lo mismo solamente invocaré la protección de Dios para nuestras armas aquí, mientras yo corro al punto en que más peligra la patria. ¡Ojalá que cada cual cumpla con su deber durante el crítito período de graves tribulaciones que nos espera!»

Así diciendo el emperador clavó espuelas á su caballo, y seguido solamente del séquito de costumbre dirigióse hacia Thorn, saludado á su paso por entusiastas aclamaciones.

Al cerrar mi correspondencia recibo noticias de un encuentro naval en el Báltico entre nuestra flota y varios buques rusos; pero esto necesita confirmación posterior.

LA FLOTA ALEMANA EN EL BÁLTICO

Hemos recibido la siguiente carta, de fecha 30 de abril, del vicealmirante Felipe Colomb, que fué testigo de las operaciones navales en el Báltico.

«Me hallaba en Kiel con mi yate cuando tuvimos noticia del atentado cometido contra el príncipe Fernando; los siguientes telegramas produjeron la mayor excitación, particularmente en la armada. Simultáneamente llegó á nuestro conocimiento que Rusia había cruzado la frontera austriaca, y que varios cruceros alemanes acababan de hacerse al mar, mientras se reunía una flota en el puerto. Podía temerse un ataque de la escuadra rusa si la alemana no permanecía en su puesto para atender á la defensa común.

»A mí me pareció lo más conveniente ponerme fuera del alcance de los rusos, en el caso de que llegaran. Los capitanes de varios buques alemanes, encargados de la defensa de las costas, alegaban que no podían ir al Báltico por carecer de carbón suficiente, y hubo mucha discusión sobre los que deberían marchar ó quedarse. Como todos los días llegaban más buques, comencé á creer que lo más probable sería que los alemanes no permaneciesen quietos, dejando á los rusos asolar sus costas. Después, como llegase una flotilla compuesta de nueve ó diez buques blindados, comprendí que los ejércitos alemanes se preparaban para atacar á Rusia por Konigsberg.

»A los pocos días vi que ocho ó diez se hacían á la vela, y resolví seguirlos, sin perderlos de vista en el espacio de dos millas.

»En la tarde del día siguiente de nuestra salida pasamos cerca de la isla de Ragen, y entonces me convencí de que gobernábamos hacia Libau, que dista unas cuatrocientas ó quinientas millas de Kiel. No encontramos por el pronto ni un solo buque enemigo; pero al amanecer del tercer día observé que de las chimeneas de los buques alemanes salía mucho humo. Estábamos ya más allá de Dantzig, y habiendo encontrado dos cruceros, la flota alemana se detuvo para ponerse al habla con aquellos buques, cada uno de los cuales envió un oficial para dar cuenta de las últimas noticias al jefe de la escuadra.

»Dos horas después prosiguió la marcha, repitiéndose mucho las señales con luces eléctricas, lo cual hizo presumir á todos que ocurría algo. En la mañana del cuarto día, antes de que amaneciese, hallábame sobre cubierta mirando en todas direcciones; apenas rayó la aurora, vi espesas columnas de humo hacia el Norte, y poco después distinguí uno ó dos mástiles. Los dos cruceros alemanes hicieron varias señales, y á poco toda la flota se formó en línea, dirigiéndose hacia el Oeste. Decididamente se había avistado otra flota, mas yo ignoraba si era ó no la rusa. Los dos cruceros habían apresurado la marcha; pero como se hicieron señales á uno de ellos, viró en redondo, y poco después gobernaba hacia el Sud. Por su maniobra hubo de pasar cerca de mí, y entonces atrevíme á preguntar si estaba á la vista la flota rusa. «Sí, me contestó una voz; vamos á batirnos.»

»Yo pensé, sin embargo, que la escuadra alemana se propondría solamente observar á la rusa; pero después ocurrióme que los moscovitas no podrían hacer nada, á menos de batir bien antes en el mar á los alemanes.»

ENCUENTRO FUERA DE DANTZIG

DESTRUCCIÓN DE UN TORPEDERO RUSO

«Deseaba yo saber si habría algún encuentro, y en su consecuencia goberné hacia el NE. con intención de observar á la flota rusa si era posible. En el mismo instante vi un pequeño barco ruso que avanzaba con toda la rapidez posible, como para ir á observar la flota enemiga; dos cruceros alemanes hicieron rumbo al punto hacia el Este á fin de cortarle el paso; pero el ruso, sin hacer aprecio de ello, prosiguió su rápida marcha, y claramente se reconocía su ventaja sobre los contrarios. De repente le vi hacer fuego contra sus perseguidores, que contestaron en el acto; y muy pronto los tres quedaron rodeados de una espesa nube de humo. Mi maquinista me dijo un momento después que el barco ruso estaba perdido; y en efecto, á los pocos instantes, cuando se desvaneció el humo, vi que sobre su pabellón ondeaba el de Alemania.

»Habíame acercado lo suficiente para reconocer que la flota rusa era bastante más numerosa que la de los alemanes, y noté que en ella había muchos barcos pequeños, sin duda torpederos, por lo cual juzgué prudente volver hacia el Sud para ponerme más cerca de la flota alemana; los rusos seguían una dirección paralela á la posición de sus enemigos, y por lo pronto no pude observar más á causa de haber cerrado la noche.

»A eso de las once, hallándome sobre cubierta entregado al sueño, me desperté un gran estrépito; era el estampido de los cañones, y vi que toda la flota alemana hacía un fuego espantoso. Yo supuse que algún torpedero ruso había atacado, pero no me fué posible observar lo que sucedía. A los diez minutos disminuyó el ruido, y los cañones cesaron en sus disparos, pero observé con inquietud que se dirigía hacia mí una especie de barco pequeño ó bote; no tardó en acercarse más de lo que yo hubiera querido, y entonces distinguí en él como una bola de humo blanco: era un torpedero que evidentemente trataba de pedirme auxilio. A los pocos momentos, no quedándome ya la menor duda, se preparó el bote y yo mismo recogí en el agua un hombre, mientras que mis tripulantes ayudaban á dos marineros rusos; el individuo que yo había salvado era un oficial y tenía una herida en la espalda, mas no se le pudo interrogar porque yo no tenía á bordo nadie que hablase ruso. El herido fué depositado en la cubierta del yate, y mi señora, arrodillándose junto á él, apresuróse á practicar la primera cura, pero fué inútil porque la herida era mortal, tanto que al poco tiempo murió y ya no se pudo hacer otra cosa que arrojar su cadáver al agua. Los dos marineros, que estaban ilesos, pasaron al día siguiente á bordo de un buque inglés.

»Deseaba con ansia averiguar qué había sucedido, y á la mañana siguiente traté de enterarme; pero observé que los buques de guerra ocupaban la misma posición y en igual número, si bien uno de ellos parecía haber sufrido grandes averías.

»Poco después vi un buque que me pareció un yate del emperador de Alemania; llegaba por la parte del Sud, y apenas estuvo bastante cerca hizo una larga señal. Casi en el mismo instante se dirigieron hacia él todos los buques alemanes, y después de haber pasado un bote al buque almirante, toda la flota se puso en movimiento otra vez con rumbo hacia Kiel. No pude observar más porque debía ir á Colberg para echar mi carta en el correo y pedir noticias.

»P. S – He sabido en Colberg que el yate del emperador trajo noticias sobre la declaración de guerra hecha por Francia, y órdenes para que toda la flota alemana regresase á Jahde con la mayor celeridad posible á fin de evitar que la cercasen las escuadras rusa y francesa. Los alemanes dicen que echaron á pique varios torpederos rusos; pero según supe después, no naufragó más que el *Oldemburgo*, el mismo que yo vi. Asegúrase que los rusos se han diseminado por toda la costa alemana del Báltico y espérase algún desembarco »

EL PLAN DE CAMPAÑA ALEMÁN

LINEA DE INVASIÓN PROYECTADA Á TRAVÉS DE BÉLGICA

Londres, 3 mayo

La declaración de guerra por Francia era el resultado inevitable de la acción de Alemania respecto á Rusia. A decir verdad, los acontecimientos han seguido una marcha tan violenta como trágica desde el día en que el príncipe Fernando estuvo á punto de morir por efecto de las intrigas rusas. Alemania no podía dudar de la conducta que Francia observaría, pues por la experiencia de 1870 debió comprender muy bien cuál sería el desenlace de los hechos ocurridos en París. Teniendo poderosos enemigos á cada lado, Alemania no puede ser arrogante, y ante la expectativa de una doble lucha no ha de confiar en que le sea posible llevar á los campos de batalla fuerzas superiores, como en las guerras de 1866 y 1870-71. Sus probabilidades de triunfo, como los jefes militares saben muy bien, están para ella en la rapidez de acción, en el súbito ataque allí donde menos se espera y en los bien combinados planes para dividir las fuerzas del enemigo.

Atacar cualquier punto de la frontera oriental de los franceses, erizada de fortalezas, como lo está ahora, desde Verdún á Belfort, supone una tardanza inevitable, aunque los trabajos con la pesada artillería de sitio tuvieran buen resultado. Sin duda Alemania podrá rechazar toda ofensiva que intente Francia desde la base de la frontera oriental fortificada; pero no hacer más que esto sería limitarse puramente á la defensiva, que parece repugnar á sus jefes militares. Por lo tanto, su única línea de ataque, á menos de obtener por la vía diplomática derecho para cruzar con sus ejércitos por territorio neutral, sería la frontera oriental de Francia, pasando sobre la serie de fortalezas que se elevan amenazadoras detrás de aquella línea fronteriza.

Si Alemania intentase otra invasión en Francia, evidentemente el camino que más le convendría sería el de Bélgica, evitando así la línea de las fortalezas francesas y acortando el camino á través del territorio hostil para llegar á París. Ahora bien: la neutralidad de Bélgica está garantizada por las grandes potencias, pero las últimas noticias nos han demostrado ya cuán falaz es esa garantía. Se cree, según nuestro corresponsal de Berlín, que Alemania ha conseguido hacer un secreto convenio con Bélgica, en virtud del cual los ejércitos alemanes podrán cruzar por aquel Estado y hasta utilizarse de las vías férreas. Las ventajas de este arreglo compensarían para Alemania la superioridad numérica que las fuerzas francesas tienen sobre las que ella podrá presentar en el campo.

El plan de campaña alemán, según lo explica nuestro corresponsal de Berlín, sería el siguiente: siete de los cuerpos de ejército han de permanecer en la frontera rusa á las órdenes del rey de Sajonia, y para



Vista de la colocación de las pinturas del Salón del Louvre en 1785. Copia de un grabado de la época

hacer frente á los franceses quedarán trece, con un número proporcionado de regimientos de caballería. El primer cuerpo de ejército, al mando del príncipe Alberto de Prusia, debe avanzar á través de Bélgica por Verviers, Lieja, Namur y Charleroi, cruzando la frontera Norte de Francia, entre Maubeuge y Rocroy, por Hirson. Las fortalezas de la frontera francesa del Norte, al Este de Maubeuge, tienen poca importancia. Los distritos de las Ardenas y de Eifel ofrecen bastante protección para la línea de comunicaciones hasta la frontera; mas por desgracia entre Aix y Lieja no se puede utilizar más que una línea férrea.

El primer ejército debe componerse de seis cuerpos, y entre los jefes que han de mandarlos hay hombres como los generales Meerscheidt, Hullessem, Von der Burg, Von Versen, Albedyll y Von Loe, que se distinguieron en la última guerra. El mismo emperador, jefe supremo de todas las fuerzas alemanas en ambos campos de operaciones, acompañará este ejército después de haber dejado en la frontera oriental al general Von Schlieffen, jefe de estado mayor, y á varios príncipes alemanes.

El segundo ejército, compuesto de tres cuerpos, debe avanzar desde Trevisa por el Luxemburgo mediante consentimiento del gran duque, y siguiendo la línea férrea hasta Arlón, se acercará á la frontera francesa entre las fortalezas de Montmedy y Sedán. En este punto, mientras protege las comunicaciones del ejército principal, procurará llamar la atención de los franceses, que tal vez se hallen detrás de la línea Norte de los fuertes, impidiendo así que vayan á engrosar las fuerzas opuestas al primer ejército de los alemanes en Namur y Charleroi. En la ejecución de esta ardua empresa, el segundo ejército tropezará con las dificultades que la naturaleza presenta en la parte oriental de las Ardenas, y ha de proteger su línea de comunicación que corre peligrosamente cerca de la frontera. Para este difícil y delicado movimiento se destinará una considerable fuerza de caballería al mando del teniente general Von Kleist.

Si por detrás de la línea de sus fuertes fronterizos orientales los franceses tomaran la ofensiva, los estratégicos alemanes, según nuestro corresponsal, reconocerían francamente la imposibilidad, á causa de la división de las fuerzas alemanas en Bélgica, de impedirles que invadan la Alsacia y la Lorena en dirección á la orilla izquierda del alto Rhin, donde las fortalezas alemanas los detendrían. Sin embargo, si trataran de avanzar no hallarían muchos obstáculos. En la línea de fuertes fronterizos los ingenieros franceses han dejado con toda intención, entre Toul y Epinal, un extenso boquete sin defensa, de considerable anchura; este intervalo es como una especie de trampa, y por lo mismo se ha de vigilar su salida al territorio francés. Frente á él, en la meseta que hay detrás del Meurthe, entre Luneville y Saint-Die, se situarán avanzadas y un fuerte cordón de caballería, mientras que más allá tomará posición el tercer cuerpo de ejército al mando de Leopoldo, príncipe regente de Baviera. Si en este punto se vieran los alemanes amenazados por fuerzas muy superiores, el ejército tendría una retirada á través de los Vosgos centrales. Apenas se haya completado la movilización del ejército activo, se procederá á la de la Landwehr con toda la actividad posible, sin exceptuarse un solo hombre, pues ha de estar dispuesta para reforzar los ejércitos donde sea necesario. El segundo ejército quedará en Alemania para proteger la costa Norte.

PLAN DE CAMPAÑA DE LOS FRANCESES

Mientras Alemania ha hecho todos estos preparativos, Francia no ha estado ociosa. Según los últimos telegramas de París, el primer plan de campaña propuesto por el estado mayor francés ha sufrido algunas modificaciones, por haber llegado á ser evidente que un numeroso ejército alemán se concentra en la frontera oriental de Bélgica, sin duda con el objeto de penetrar por el Norte de Francia. El general Saussier, á quien se ha conferido el cargo de general en jefe de todos los ejércitos franceses, y el general Mitchel, jefe de estado mayor, han debido concertarse para adoptar nuevas disposiciones. Siete cuerpos muy numerosos han de constituir el ejército que se concentrará dentro y fuera de lo que se llama el triángulo de La Fere-Soissons Laon, encargándose del mando el mismo general Saussier. Otro ejército, á las órdenes del general Carre de Bellemar, se correrá por la línea del Mosa hacia el Nordeste, y siete cuerpos han de constituir las fuerzas de campo y guarniciones de la frontera oriental, dividiéndose en dos ejércitos mandados respectivamente por el general Gallifet y el duque de Auerstadt. Tres cuerpos deben vigilar la frontera italiana desde Albertville hasta Mentone, y de su mando se encargará el general Thomasin. La movilización comenzó más tarde que la alemana; pero en cambio no se ha perdido tiempo, y la rapidez con que progresa ha sorprendido á los que dudaban de la regeneración de la Francia militar.

(Continuará)

FOTOGRAFÍAS SEUDO-ESPIRITISTAS (1)

Nada más lejos de mi ánimo que negar la realidad de las fotografías medianímicas. Los trabajos realizados en este sentido por el eminente físico inglés Mr. Crookes, los no menos notables del consejero del czar Mr. Aksakof y los del ingeniero francés M. Mac Nab son pruebas demasiado concluyentes de la existencia del fenómeno en cuestión – admitido, aunque no explicado, por muchos hombres de ciencia – y que demuestra cómo, en ocasiones, del cuerpo de determinados individuos con organización especial, se exterioriza una fuerza, ó una materia, que, vaporosa en los primeros momentos, llega en la continuación del fenómeno á adquirir la apariencia de la carne, dando el aspecto de ser vivo al fantasma así formado.

Estos fantasmas tienen relación íntima con otros que se aparecen, no experimentalmente, por regla general, sino en casos dados de desgracias, y que son como el aviso de unas á otras personas formado por la comunión psíquica que nace del afecto que hay entre ellas y que toma forma material objetiva: son las *alucinaciones telepáticas* de Gurney, Podmore y Mijers, llamadas *espontáneas;* porque hay otros producidos *voluntariamente*, en los cuales el *alma*, el *doble*, el *cuerpo astral*, el *espíritu* de un individuo, por la voluntad inteligente de éste, se exterioriza y proyecta á distancias más ó menos grandes, revistiendo la aparición todo el carácter físico, moral é intelectual de la persona cuya imagen es.

Así operan los sabios de la India, *Mahatmas*, *Joguis*, *Faquires*, etc., que han aprendido á dominar su naturaleza y las fuerzas que hay en el organismo humano; así operan algunas personas en Occidente, después de determinados estudios, y así han operado algunos santos, entre ellos San Antonio de Padua.

Los fantasmas estudiados por Crookes, Aksakof y otros pertenecen á los llamados *espiritistas*, esto es, obtenidos por la influencia de un *médium* – inconsciente en la mayoría de los casos respecto al fenómeno que se está verificando, por el estado anormal en que cae, de letargía, ó de *transe*, como dicen los ingleses, indicando con esta palabra que la vida del médium se debilita hasta casi desaparecer, para dar origen á un fantasma formado al lado suyo – y han sido fotografiados á la luz eléctrica ó del magnesio al mismo tiempo que la imagen de la

(1) Véase el grabado de la página 112.



LA EXPOSICIÓN EN LA «ROYAL ACADEMY» DE LONDRES, EN 1787, copia de un grabado del mismo año



UN DIA ALEGRE, cuadro de D. Antonio Fabrés

persona que los engendra: en otras ocasiones, se han hecho fotografías en la obscuridad absoluta, ya porque el fantasma es luminoso por sí mismo, ó porque existen rayos luminosos y químicos, cuya acción no es perceptible para el ojo humano, pero sí sensible para las placas fotográficas con que se experimenta, y que confirman los originales estudios del barón de Reichembach sobre el *Od* y la luz *Odica*.

***

En una reunión en que me hallaba, fueron exhibidas por un caballero varias fotografías espiritistas.

Alguno de los concurrentes, lleno de entusiasmo y admiración por lo que veía, afirmó que aquello era lo más extraordinario que podía darse, y que desafiaba á quien pudiese, no superarlo, ni siquiera imitarlo. Acepté desde luego el reto y prometí obtener fotografías más sorprendentes...

Y como yo creo que al profesar una doctrina, cualquiera que sea, es deber de todo hombre sensato no dejarse arrastrar por la simpatía que le inspire cuanto con ella se relacione, sancionando sus principios, y sí examinarlo con detenimiento y serenidad, para apartar lo nocivo, que aunque halaga por el momento, mata con la burla y el ridículo, he querido, sin que esto sea negar el fenómeno en las fotografías presentadas en la reunión, mostrar de qué manera pueden hacerse muy semejantes á las espiritistas, sin que intervengan en su obtención fuerzas desconocidas; basta un fotógrafo artista, que en el caso presente lo ha sido el Sr. Laurent, al cual envío el testimonio de mi gratitud.

Las fotografías que vi en la reunión aludida ofrecen de notable sobre cuantas hasta ahora conozco las particularidades de haber sido conseguidas á la luz del día, estando la médium en perfecto estado normal y prestándose complacientes buen número de espiritistas á ser retratados con ella, sin exigencias de ninguna clase por parte de los mismos.

Confieso que si hubiera verdad, que muy bien pudiera ser, en estos detalles y estuvieran científicamente atestiguados, mi admiración no tendría límites y proclamaría como uno de los más sorprendentes el suceso, que dejaría muy atrás á las experiencias hechas con luz eléctrica ó de magnesio por Crookes y á las fotografías *trascendentales*, en la obscuridad, de Aksakof; pero la falta de rigor científico y los detalles indicados me hicieron dudar del fenómeno – sin que niegue, repito, su posibilidad – y me decidieron á simular las fotografías medianímicas, dándoles carácter más original; porque si hubiera hecho aparecer con mi imagen la de un fantasma cualquiera, podría objetárseme que los dos habíamos sido retratados al mismo tiempo, valiéndome yo de un *compadre;* mientras que apareciendo al lado de mi cuerpo mi propio *espíritu*, el hecho cambia y la fotografía reviste un aspecto nuevo: *telepático*, si se me permite emplear aquí este neologismo.

El procedimiento instructivo y curioso que he seguido ha sido empleado ya en 1873 por el fotógrafo francés Bouguet, el cual lo explotó haciendo que mediante la modesta suma de veinte francos apareciese con el retrato de una persona el de otra, muerta, que él evocaba; y consiste en impresionar dos veces una misma placa.

Sabido es que el tiempo de *exposición* influye sobre la claridad de la negativa: si se deja el cristal mucho tiempo la imagen es obscura ó se pasa, mientras que si poco resulta débil.

Si la placa es seca puede guardarse con una sola impresión durante meses en la obscuridad, y servir para recibir otra impresión que ha de ser *revelada* con la primera. Bouguet hacía algo semejante: cuando una persona le pedía que apareciese con su retrato la imagen del pariente ó amigo muerto, procuraba con habilidad enterarse de algunas circunstancias del difunto, y conforme á ellas impresionaba la placa, que era húmeda y que podía tener preparada, con uno de los muchos maniquíes de que disponía, y después en este mismo cristal fotografiaba al demandante, el cual con un poco de buena voluntad y mucha fe veía en aquellos contornos desdibujados cuanto deseaba ver.

Yo imité el procedimiento retratándome primero ataviado con sábanas y procurando que la imagen no estuviese enfocada; y después vestido con mi traje ordinario, dando á esta segunda imagen mayor exposición que á la primera, con el doble objeto de que ésta saliera *velada* y apenas perceptible y aquélla claramente detallada.

Es conveniente que el *fondo* de la galería en donde se opere sea negro para evitar que las placas se velen; y si la persona que aparece en la fotografía ha de estar sentada, conveniente es también enfocar antes la silla y marcar el sitio que ha de ocupar en la segunda exposición.

Omito ciertos detalles referentes á la duración de las exposiciones y colocación de las personas, porque dependen de la sensibilidad de las placas, de la cantidad de luz y de la posición que hayan de tener las figuras, pormenores todos al alcance de cualquier aficionado.

Hay además de éste, otro procedimiento para imitar las fotografías medianímicas, y que consiste en impresionar sucesivamente papel sensible con dos *clichés*, uno de los cuales tenga la imagen del fantasma y el otro la del individuo, y cuidando que la impresión del primero sea sumamente débil, al contrario de la del segundo, para que después del *virage* aquélla quede reducida á especie de silueta de contornos vagos é indefinidos, y ésta perfectamente entonada...

***

Art. 548. – Incurrirá en las penas del artículo anterior:

1.° El que defraudare á otros... atribuyéndose poder, influencia ó cualidades supuestas...

M. Otero Acevedo

MISCELANEA

Bellas Artes: – La delegación de la Sociedad nacional de Bellas Artes de París, que celebra sus exposiciones en el Campo de Marte, ha elegido el siguiente comité: Puvis de Chavannes, presidente; Carlos Durán, Dalou y Bracquemond, presidentes de las secciones de pintura, escultura y grabado; Juan Beraud y Billotte, secretarios, y Guillermo Dubufe, tesorero. El salón se inaugurará el día 7 del próximo mayo.

– La Galería nacional de Londres ha adquirido por 70.oco pesetas trece cuadros de maestros holandeses, figurando entre ellos obras de Fabritius, Monverman, Decker, Ruisdael, Wit y otros: dichos lienzos proceden de la colección Habich, que acaba de venderse en Kassel.

– En Altenburgo se proyecta la erección de un monumento dedicado á los eminentes naturalistas Brehm (padre é hijo) y al profesor Schlegel.

– El gobierno egipcio, á solicitud de la ciudad de Alejandría, propónese crear allí un Museo cuyo núcleo será una parte de las inmensas riquezas que en arqueología greco-romana posee el Museo de Gizeh.

– La notable publicación artística de Berlín *Moderne Kunst* (Arte moderno) dedica en su último número un largo suelto al intencionado artículo de Mariano de Cavia que hace algún tiempo publicó *El Liberal*, de Madrid, sobre el incendio del Museo del Prado, y después de consagrar grandes elogios al autor del trabajo, no sólo por el sello de realidad que en la descripción de la supuesta catástrofe supo imprimir, sino también por la laudable intención que le movió á escribirlo, une sus excitaciones para que en lo humanamente posible se evite la desaparición de un museo que hace de Madrid una capital europea y en el cual Velázquez, Murillo, Rafael, Ticiano, Rubens, Rembrandt y Van Dyck tienen una representación como no se encuentra igual en ninguna otra pinacoteca.

Teatros. – El teatro de Vaudeville, de París, ha conmemorado el centenario de su fundación con una función variada, compuesta de *M. et Mme. Galochard*, un acto de *La Dama de las Camelias*, otro de *Fedora* y otro de *La familia de Pont-Biquet*, obras estrenadas en ese coliseo en 1836, 1852, 1882 y 1892 respectivamente.

– En el teatro Haymarket, de Londres, ha obtenido un éxito extraordinario en el desempeño de *Hámlet* el actor Mr. Tree, á quien algunos críticos califican de el más clásico de cuantos hasta ahora han representado el papel de protagonista de la hermosa tragedia de Shakespeare.

– En el teatro de la Corte, de Brunswik, se ha representado recientemente la *Electra* de Sófocles, obra con la que se ha inaugurado una serie de representaciones á precios económicos, cuyo objeto es presentar en la escena por medio de producciones de todos los tiempos la verdadera historia del desenvolvimiento del arte dramático.

– *Madrid.* En el teatro de la Princesa ha obtenido excelente éxito el tan discutido drama de Sardou *Thermidor*, habiendo alcanzado grandes aplausos la Sra. Tubau y el Sr. Vico, que ha hecho del papel de Labussiere una verdadera creación.

– La sociedad de Conciertos que dirige el maestro Mancinelli está celebrando, con el mismo éxito extraordinario de siempre, la serie de conciertos de la presente temporada en el teatro del Príncipe Alfonso. En el vastísimo repertorio de esa sociedad figuran los principales fragmentos de las óperas de Wagner, por los que siente el público predilección decidida, siendo indudablemente éstas las piezas que más entusiasmo despiertan.

– En el teatro Español se ha estrenado con buen éxito una comedia del aplaudido autor Sr. Sánchez Pérez, titulada *La puente y el vado*.

– *Barcelona.* Se han estrenado con buen éxito: en Romea la comedia *De tevas á mevas*, de D. Conrado Roure, y se han reproducido en el Tívoli *El país de la olla*, de D. José Coll y Britapaja, que ha obtenido grandes aplausos, y en el Liceo el baile de gran espectáculo *Excelsior*, bien recibido por el público á pesar de que las decoraciones son indignas del teatro y forman perjudicial contraste con el lujo desplegado en los demás accesorios de la obra.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

D. Manuel García Barzanallana, marqués de Barzanallana, ex ministro de Hacienda, ex presidente del Senado, senador por derecho propio y actualmente presidente del Consejo de Estado: era una de las más importantes figuras del partido conservador.

Juan Conch Adams, ilustre astrónomo inglés y director del observatorio de Cambridge: gozaba de gran fama en el mundo científico por la parte principalísima que tuvo en el descubrimiento del planeta Neptuno, cuya posición determinó por medio de cálculos matemáticos antes de que el telescopio revelara su existencia en el firmamento.

Ernesto Brucke, eminente fisiólogo austriaco, catedrático de la Universidad de Viena, autor de importantes obras científicas.

Adelaida Tessero, célebre artista dramática italiana: sentía como pocas el arte, recitaba con verdadera pasión y se identificaba tan por completo con los personajes que representaba, que más que efecto del estudio parecían sus creaciones espontáneamente nacidas de su inspiración.

Julio Rosen, notable autor dramático austriaco, cuyas obras, que se representan con aplauso en todos los teatros de Alemania, están coleccionadas en 14 volúmenes.

El conde Emilio de Nieuwerkerke, intendente de Bellas Artes durante el segundo imperio, decano de la Academia, senador y gran oficial de la Legión de Honor. Como escultor deja, entre otras obras notables, una estatua ecuestre de *Guillermo el Taciturno*, existente en La Haya, y estatuas de *Renato Descartes*, *Napoleón I* y *Napoleón III*.

El gran duque Constantino Nicolaiewitch, hijo segundo del emperador Nicolás, teniente general que fué en Polonia en 1862, almirante, jefe supremo de la escuadra y del departamento de marina: tuvo á sus órdenes la escuadra del Báltico durante la guerra de Crimea y á él se debe el progreso de la marina rusa.

Henriquel Dupont, célebre dibujante grabador francés, miembro de la Academia de Bellas Artes y comendador de la Legión de Honor: deja innumerables joyas artísticas, entre las que merecen ser especialmente mencionadas las reproducciones de la mayoría de retratos de Ingres y de los cuadros de Delacroix, Scheffer, Lehmann, etc.

Varia. – Los alumnos de la Academia de Bellas Artes de Berlín han celebrado su acostumbrada fiesta de invierno el día 15 de enero con un «baile de trajes en el año 2000.» En el decorado de la sala estaban representados los colosales inventos que se supone han de realizarse durante el siglo que viene, y adosadas á las columnas había varias estatuas de los grandes inventores del siglo XX: el del cañón de dinamita electroneumático, el del ferrocarril á la luna, el descubridor del bacilo del genio. El vasto local estaba además adornado con caprichosas obras de arte de famosos escultores.

Comenzó la fiesta con un prólogo escénico, en el que después de combatirse las ideas realistas de nuestros tiempos se anunciaba la restauración de la fantasía y el triunfo del ideal en el año 2000. Bailóse luego una gavota del siglo XVIII, un vals del XIX y una danza del XX, en la que los caballeros llevaban en la mano una palma como símbolo de la paz.

No hay que decir, tratándose de artistas, que los disfraces caprichosos abundaban en esta curiosa fiesta, durante la cual, al dar las doce, se repartió á los concurrentes un periódico con la fecha de 15 de enero de 2000, titulado «Revista de media noche,» con texto é ilustraciones tan ingeniosos como originales.

– El comité de la Exposición Universal de Chicago ha acordado que la sección de restaurants y cafés se establezca dentro del lago Michigán, debiendo los edificios construirse á 1.000 pies de distancia de la orilla: la instalación total tendrá 400 pies de longitud por 180 de ancho, y se comunicará con la tierra firme por medio de un puente de 80 pies de anchura y de varias lanchas y góndolas. En iguales condiciones será instalado el gran casino, que se compondrá de nueve pabellones aislados y uno central, unidos entre sí por medio de puentes. El propósito del comité es que esta sección sea una reproducción en pequeño de Venecia.

NUESTROS GRABADOS

En el baile de máscaras, dibujo de A. Robaudi. – ¿Necesita descripción este dibujo? En nuestro concepto no: los que han visto un baile de máscaras en un gran teatro, harto recordarán escenas análogas á las que el artista reproduce, copiando las que vió desarrollarse en el vestíbulo de la Gran Opera de París; y los que no han asistido á ninguno de estos espectáculos podrán formarse exacta idea de una de sus fases sólo con mirar esta obra de Robaudi, que denota no poco espíritu de observación, un dominio absoluto del lápiz y perfecto conocimiento de los recursos del arte.

Vista exacta de la colocación de los cuadros en el Salón del Louvre en 1785. – La Exposición en la «Royal Academy» de Londres en 1787. Copias de grabados de la época. – A muchas consideraciones se presta la contemplación de estos grabados, de los que, como de otros análogos, se han sacado provechosas enseñanzas para la historia de la pintura. Basta fijar la atención en los cuadros que adornan las paredes del Salón del Louvre en 1785 y de la *Royal Academy* en 1787 para comprender la transformación radical que las tendencias artísticas han sufrido en el transcurso de un siglo: la pintura histórica y la figura dominan casi en absoluto en ellos, al paso que en los lienzos modernos la pintura de género y los paisajes están en inmensa mayoría. ¿Cuál de estas tendencias llena mejor los fines del arte? No somos nosotros los llamados á contestar, ni esta sección es para ello la más á propósito, esa pregunta que envuelve una de las cuestiones más debatidas entre artistas y críticos.

Un día alegre, cuadro de D. Antonio Fabrés. – Un día espléndido, una hermosa pradera por entre cuya hierba asoman los pintados pétalos de mil florecillas y tres mujeres dotadas de esa belleza y gracia *sui géneris* que son privilegio exclusivo de la andaluza tierra, empuñando dos de ellas la armoniosa guitarra y la pandereta bulliciosa, y á las cuales no tardarán en juntarse los esperados compañeros, son elemento bastante para justificar el título de *Día alegre* que el Sr. Fabrés ha dado á su cuadro, obra digna del pincel que tantos primores ha realizado y en cuya alabanza nada diremos porque tendríamos que repetir una vez más los justos elogios que en tantas ocasiones hemos prodigado á nuestro distinguido colaborador.



Y no pudo menos de sonreir al ver á Jorge limpiar una silla y ofrecérsela, mientras apoyaba la mano graciosamente en el respaldo de otra (pág. 108)

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. – ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

La fecha del escrito coincidía con la del documento que el corregidor Hammersley había extendido ocho años antes al recibir el depósito: esto no probaba nada en rigor; pero ¿tendría el nombre alguna significación, ó era tan sólo una singular coincidencia que acusaba más inexorablemente la fragilidad de la mujer? Pablo volvió á repasar con avidez todos aquellos informes, pero en ningún otro se citaba aquel nombre.

El joven senador dejó los papeles á un lado y cogió de nuevo la prueba de imprenta. ¿Habría hombre alguno, excepto él y Pendleton, que pudiese refutar lo que en ella se decía? Que las relaciones de Carolina Howard con el llamado Argüelles habían sido muy pasajeras y apenas conocidas, parecía cosa evidente, puesto que el coronel ignoraba el hecho; mas era preciso asegurarse de ello lo más pronto posible. Tal vez él habría adquirido algún informe de Hierba, siendo posible que ésta confiara más en una persona respetable por su edad que en un joven. Pablo guardó la prueba en su bolsillo, dirigióse hacia la puerta de la habitación contigua y abrióla.

– No será necesario que escriba usted á Slate, dijo, pues yo mismo le veré, porque debo ir á San Francisco esta noche.

– ¿Y no se ha de copiar nada de los informes?

– Por ahora no, contestó Pablo.

Y volviendo á su mesa, guardó los papeles en su cajón y cerróle con llave.

A la mañana siguiente hallábase en San Francisco, y entraba de nuevo en el hotel de la Puerta de Oro. Habíanle dicho que aquella majestuosa construcción iba á quedar eclipsada muy pronto por otro edificio que se levantaba á pocos pasos de allí, y bien fuese porque estaba poseído de esta idea ó porque hubieron cambiado mucho sus impresiones, parecióle que el hotel tan favorecido antes no conservaba ya su frescura ni su brillo. Cuando hubo dado orden para que le sirvieran el almuerzo dirigióse al salón principal, por fortuna desierto en aquella temprana hora: allí era donde había visto á Hierba por primera vez y donde sus miradas se cruzaron con instintiva simpatía, según la joven lo recordó y confesó más tarde; allí fué donde le llamó tanto la atención aquel aire de superioridad con que escuchaba las lisonjas de sus amigos.

Una hora después, Pablo se dirigía al alojamiento del coronel, esperando ver que el vetusto edificio de San Carlos había sufrido alguna notable transformación, gracias al espíritu de progreso y al afán de introducir mejoras que en todas partes se notaba; pero la antigua casa se mantenía en el mismo estado, sin el menor cambio. Tal vez el dueño, persuadido de que la reparación era ya inútil, esperaba que las paredes se derrumbasen por sí solas para levantar una casa nueva.

Pablo franqueó, y esta vez casi con temor, la desvencijada escalera, cuyos peldaños crujían bajo los pies, y al dirigirse hacia la habitación del coronel vió ya al criado Jorge en el umbral de la puerta.

El buen negro ostentaba un vistoso traje, nuevo al parecer, compuesto de levita y pantalón de paño azul, chaleco blanco y una enorme corbata del mismo color, por la cual se hubiera creído que el buen hombre padecía alguna inflamación glandular. A Pablo le pareció que sus modales eran más exagera-

dos, cual si quisiese hacerlos armonizar con su ropa, y no pudo menos de sonreirse al ver á Jorge limpiar una silla y ofrecérsela, mientras apoyaba la mano graciosamente en el respaldo de otra.

– Maese Hathaway, nos encontramos aquí, dijo el negro, porque el señor no halla ahora mejor habitación; esta es pequeña y sucia, y no estamos muy contentos en ella.

Pablo pensó que la barbería contigua y ciertas reminiscencias habían influído grandemente en el ánimo del negro para que no le agradase ya aquella vecindad.

– Es decir, Jorge, repuso, que ya no te parece necesario ni conveniente tener tan cerca la barbería

El negro comprendió la indirecta, y mordióse los labios.

– ¡Ah, señor! Soy débil como muchos hombres, y antes serví al barbero porque era amigo; pero ya no estoy en la tienda, y le ruego que no diga nada al amo.

– Ni á él ni á nadie, replicó Pablo con una sonrisa; puedes vivir tranquilo. Lejos de ello, complá ceme mucho que estés exclusivamente al servicio del coronel, sin necesitar ningún trabajo fuera de aquí.

– ¡Oh! Gracias; y ahora me daré por satisfecho si usted me permite ofrecerle un vaso de excelente vino de Glencoe. Mi amo estará aquí pronto y se enfadará si no toma usted nada.

Así diciendo, Jorge abrió una alacena muy bien provista al parecer: era la primera señal que á los ojos de Pablo revelaba el cambio de fortuna del coronel, ó por lo menos el mejor estado de sus negocios; y en su deseo de hacer olvidar al buen criado la indirecta que antes le había humillado, invitóle á beber con él.

Jorge apuró un vaso sin hacerse de rogar, y entonces comenzó á ser más comunicativo que antes.

– El señor, dijo, ha ido á Santa Clara á ver á su pupila, una señorita muy guapa, que ha acabado su educación y tiene muchos millones. El señor corregidor vino á buscar á mi amo y los dos hablaron mucho de la señorita; creo que se trata de celebrar una fiesta.

– Bien podría ser, dijo Pablo con ademán pensativo.

Por lo que acababa de manifestarle el negro, era evidente que el coronel y el corregidor habían tenido una conferencia, de la cual Jorge pudo haber oído alguna cosa. Tal vez fuera ya tarde para llevar á cabo su meditado plan y no le quedara ninguna alternativa...

No pudo continuar sus reflexiones, pues de pronto abrióse la puerta y vió entrar á Pendleton.

El coronel vestía levita azul, abotonada hasta el pecho, que realzaba su elevada estatura y marcial continente; por la abertura de la solapa veíase una fina pechera de batista, y una flor blanca adornaba el ojal. Un pantalón de gamuza, unas botas de fino cuero y un sombrero blanco de copa alta, con una ancha gasa negra, recuerdo perpetuo de su madre, que había muerto hacía muchos años, completaban el nuevo traje del coronel. No iba á la moda, pero la apostura de Pendleton, la varonil expresión de sus facciones, su nariz aguileña y su largo y espeso bigote cano comunicábanle un carácter distinguido que habría alejado toda idea de crítica. Hasta su bastón de puño de oro tenía algo de elegancia y parecía un complemento del conjunto.

Entregando á Jorge un capote militar, que llevaba graciosamente en el brazo, y después su bastón, el coronel estrechó afectuosamente la mano de Pablo, pero siempre con su antigua expresión de superioridad.

– Me alegro ver á usted, amigo mío, dijo, y agrádame que Jorge le haya servido mejor que la última vez. Si hubiera sabido que iba á venir habría vuelto antes para que almorzáramos juntos; pero sus amigos de la casa del Rosario... creo que se llama así... en mi tiempo era propiedad del coronel Briones, quien le dió el nombre del «Cañón del Diablo;» los amigos de usted, repito, me entretuvieron con sus molestos cumplidos. En cuanto al dueño... veamos si recuerdo cómo se llama... ¡Ah! Ya caigo, es el señor Woods. Si la memoria no me es infiel, en otra época acostumbraba á vender ron á los marineros en el Muelle Nuevo y recibía géneros en cambio. Pero... tal vez confundo á este Woods con el juez Backer... En fin, era uno de los dos, y no recuerdo bien cuál. Ambos quisieron que yo lo tuviera presente, por si acaso se me había olvidado.

A Pablo le llamó la atención la indiferencia y el despego con que el coronel hablaba, al parecer intencionalmente.

– ¿Ya ha cumplido usted su misión?, preguntó.

– Sí, ya se ha efectuado con el corregidor la transferencia formal de la propiedad á la señorita Argüelles.

– ¿A la señorita Argüelles?

– Sí, á doña María Concepción de Argüelles de la Hierba Buena, hablando con precisión, repuso el coronel lentamente. Jorge, añadió, dirigiéndose á su criado, lleva este condenado sombrero á quien me le ha vendido, y dile de mi parte que quiero que me ponga una gasa negra de *caballero*, y no una cinta de criatura. Tal vez á él le agrade más ésta; pero yo no he de regir mis gustos por los suyos. Ve pronto.

– ¿Debo entender, dijo Pablo á Pendleton, apenas se hubo cerrado la puerta y estuvieron solos, que se ha conformado usted con esa historia?

El coronel se levantó, cogió la botella, llenóse una copa de ginebra, y repuso, antes de acercársela á los labios:

– Amigo Pablo, entendámonos claramente de una vez. Como caballero, me he impuesto siempre por máxima no cuestionar nunca sobre la edad, el nombre ó la familia de cualquiera señora que yo conozca. La señorita Hierba fué declarada mayor de edad ayer, y ya no es mi pupila; mas no por eso deja de tener derecho á todas mis consideraciones; y si se le antoja tomar todos los nombres del calendario, no veo razón para oponerme á ello.

Esta contestación era propia del carácter de Pendleton, y Pablo pensó que él habría dicho poco más ó menos lo mismo, porque tenía por principio la franqueza y era muy independiente en sus opiniones; pero imaginó, con cierta inquietud, que habría mediado algo para que el coronel hablase de este modo.

– ¿Quiere usted decir, replicó, fijando en su interlocutor una mirada penetrante, que no ha oído decir nada más de la señorita Hierba ni en pro ni en contra de su historia? ¿He de creer que todavía no sabe usted si esta joven se engaña á sí misma ó si la han engañado otros?

– Después de lo que acabo de manifestar á usted, señor Hathaway, dijo el coronel con cierto tono que apenas disimulaba un principio de cólera, no me quedaría más que un medio de contestar á preguntas de esa naturaleza, si se tratara de cualquiera otra persona que no fuese usted.

Esta extravagancia, relacionada con las anteriores dudas de Pendleton, causó tanta extrañeza á Pablo, que no pudo menos de sonreir.

Al observar esto el coronel, sus mejillas se enrojecieron, como si le hubieran sorprendido en alguna falta ó se le subiera la sangre á la cabeza; dejó la capa sobre el velador y cruzóse de brazos.

– Caballero Hathaway, dijo con acento vibrante y expresión altiva, hace poco me prestó usted un servicio que me impone el agradecimiento; acepté el favor porque no vi en él sino un arranque de generosidad juvenil que no podía ofenderme, y porque además se trataba de un acto de justicia propio para satisfacer las elevadas aspiraciones de una persona como usted. Acepté también, caballero, sin oponer dificultad alguna, porque yo no había pedido nada, y esto me pareció un ofrecimiento espontáneo de su joven corazón; pero si, presumiendo demasiado de esa bondad, me he permitido hablar libremente sobre otros asuntos de una manera que solamente provocan su risa, debo rogarle que me dispense. Si acepté un favor, no puedo ya renunciar á él ni devolverlo, y debo resignarme con las consecuencias y hasta rogar á usted que se conforme con ellas.

Pablo creyó notar cierta analogía entre la actitud del negro Jorge poco antes y la de su amo en aquel momento; hubiérase dicho que los dos, como por acuerdo tácito, le echaban en cara su ligereza.

– Yo soy quien debe rogar á usted que me dispense, querido coronel, dijo vivamente; y advierta que no me río de sus deducciones, sino de la singular coincidencia con una cosa que he descubierto.

– ¿Y qué es, si se puede saber?

– En el informe de un jefe de policía, fechado en 1850, he leído que Carolina Howard había sido amiga ó conocida de un hombre llamado Argüelles.

El coronel se inmutó al oir esto y miró á Pablo fijamente con expresión de sorpresa.

– ¿Y cree usted, dijo al fin, que eso sea motivo de risa, caballero?

– Tal vez no; pero tampoco pienso, si me permite decirlo así, querido coronel, que haya usted tratado este asunto muy seriamente. Cuando le visité hace dos meses, rechazaba opiniones á las que ahora no parece dar la menor importancia; y sin embargo, usted quiere hacerme creer que no ha ocurrido nada y que no le han dado más informes de los que antes tenía. Por lo que acaba de manifestarme, debo juzgar que es así, y que no conoce los hechos ahora mejor que entonces; pero me es imposible creer que no haya influído alguna cosa en su opinión respecto á lo que ya sabe.

Al decir esto, Pablo se acercó al coronel y apoyó la mano sobre su brazo.

– Ruego á usted, por amor á la persona cuyos intereses defiende tanto, añadió, que me hable con franqueza. ¿En qué sentido puede afectarlos el descubrimiento que acabo de hacer? Seguramente no estará usted preocupado hasta el punto de no considerar que eso puede ser peligroso por lo mismo que parece corroborante.

El coronel tosió, levantóse, cogió su bastón, comenzó á pasear de un lado á otro de la estancia, y dejándose caer al fin en una butaca, se retorció el bigote con mano nerviosa.

– Caballero Hathaway, dijo, seré franco con usted. De ese condenado asunto no sé nada, absolutamente nada más de lo que he dicho anteriormente. Su descubrimiento puede ser una coincidencia, y nada más; pero confesaré que en mí ha influído por mucho una encantadora criatura, la joven más sencilla y cándida que puede haber entre los seres de esta tierra; una mujer que yo me enorgullecería de reclamar como hija, y que siempre sería superior á cualquier hombre que pretendiera ser su esposo; una señorita tan perfecta por sus encantos como por su esmerada educación, y que sin duda no tiene igual en nuestro planeta. Bien sé, caballero, que usted no opina como yo; y no se me ocultan sus preocupaciones de puritano y sus ideas religiosas, y sobre todo las hipócritas doctrinas farisaicas del partido á que usted pertenece. Y entienda bien que no es mi ánimo ofenderle en lo más mínimo; pero me duele que sea usted ciego á las perfecciones de esa joven. La pobre niña lo ha entendido así; pero en su candidez y pureza, no sospecha la causa. «Hay algo singularmente antagónico, me decía anoche confidencialmente, refiriéndose á usted, en nuestras naturalezas, y diríase que entre nosotros se eleva una barrera que nos impide entendernos. No se me ocultan, añadió, las buenas cualidades y el talento del Sr. Hathaway, y por lo tanto es muy posible que la culpa sea mía.» Bien ve usted, amigo Pablo, que hace justicia á sus intenciones y reconoce sus méritos.

– Entonces, usted cree que ignora de todo punto quién es su verdadera madre, ¿no es así?

– Lo ignora como si fuese una criatura recién nacida, contestó el coronel con énfasis. La nieve de las sierras no está más pura del contacto con el cieno de los pantanos que esa joven del secreto relativo á su madre y á su pasado; y hasta la sospecha de que no se creyese así sería un agravio para esa joven. Mire usted sus ojos, serenos y límpidos como el azul del cielo; observe la expresión tranquila de sus encantadoras facciones, sus modales y su manera de conducirse; contémplela lo mismo cuando viste con sencillez que cuando se engalana, y dígame después si no parece en todo una princesa. ¡Como Dios está en los cielos, yo juraría que lo es! Y si alguno de los Argüelles vive aún, podría arrodillarse ante esa joven y darle gracias porque lleva su nombre. Si alguien se cruzara en su paso y le dirigiese una palabra que pudiera ofenderla en lo más mínimo, ¡vive Dios que le reduciría á polvo, para reunirle con el de sus antecesores, ó perdería mi nombre!

Con su marcial continente, sus ojos brillantes de entusiasmo, la cabeza erguida y empuñando el bastón, el coronel era en aquel momento una figura verdaderamente notable, digna de admiración.

Pablo pudo comprender muy bien que Hierba había ejercido realmente su influencia para producir aquella transformación en el coronel, y no se le ocultaba tampoco que los elogios prodigados por éste no tenían nada de exagerados.

– De modo, dijo, que esa coincidencia no despertará sospecha alguna respecto á la madre. ¿Debo entenderlo así?

– Puede usted estar tranquilo sobre este punto, contestó el coronel, aunque con un tono que no parecía de profunda convicción. Nadie sino usted se fijará seguramente en ese informe de la policía, y por otra parte, el conocimiento de la madre con el llamado Argüelles fué muy pasajero, pues de lo contrario, algo se habría sabido.

– ¿Y cree usted que la elección de nombre por parte de la joven ha sido puramente accidental?

– Un capricho de niña y nada más, ó más bien una inspiración.

– ¿Y no teme usted, continuó Pablo, que la declaración de alguna persona que conozca los hechos pasados, ó de algún enemigo, pueda revelar una usurpación de nombre?

– ¡Pardiez! No sería imposible; mas no creo que Hierba pueda tener enemigo alguno. De todos modos, yo me informaré, y si lo hubiese, déjelo usted de mi cuenta.

El coronel parecía tan confiado, en su arrogancia, que Pablo no halló nada que decir. Levantóse algo pálido, pero con la sonrisa en los labios, y ofrecióle su mano.

– Me parece, repuso, que por ahora no tenemos más que hablar. Cuando vea usted á la señorita Hierba, como sin duda la verá, hágame el favor de manifestarle que por mi parte no hay mala inteligencia, y que á no ser por lo que usted me ha dicho, no pensaría que pudiese haberla de parte suya.

– Ya comprenderá usted, dijo el coronel, que hay ciertos instintos y presentimientos que no se explican, pero que hemos de aceptar tales como son. De todos modos, transmitiré con gusto el mensaje á la señorita Hierba; y ahora, si no quiere usted tomar nada más... ¡adiós!

Dos semanas después Pablo encontró entre su correspondencia de la mañana una carta en cuyo sobre reconoció la letra del coronel; abrióla ansioso, y leyó rápidamente lo que sigue:

«Apreciable amigo: Como debo embarcarme para Europa mañana mismo, acompañando á la señorita Argüelles y á la señora de Woods en su viaje á Inglaterra y al continente, me apresuro á poner en su conocimiento que de mis averiguaciones no resulta nada que pueda confirmar los temores manifestados por usted en nuestra última entrevista. Las relaciones de amistad que la señorita Hierba ha tenido con españoles se limitan á varias amigas de colegio, á D. César y doña Ana Briones, personas muy apreciables, que también nos acompañan á Europa. Mi ex pupila dice que entre usted y ese caballero medió alguna diferencia sobre asunto de política hace tres meses, cuando usted visitó la casa del Rosario, y que tal vez esto le haya inducido á suponer la existencia de alguna mala voluntad. La señorita Argüelles me encarga darle en su nombre las más afectuosas expresiones, deseándole prosperidad en su carrera pública, y dice que, aun en medio de las distracciones del viaje, se interesará mucho en seguir sus progresos.

»De usted afectísimo

»*Enrique Pendleton.*»

V

El día 3 de agosto de 1863, Pablo Hathaway, después de apearse del coche ómnibus que le conducía y mientras descargaban su equipaje, fué recibido por el fastuoso conserje del Strudle Bad Hof. Mucho temía que, hallándose en un país donde tanto predominan los uniformes, se le obligara á presentarse en algún cuartel ó en las oficinas de policía para tomar informes de su persona; pero tranquilizóse al ver que el vehículo penetraba en el patio del suntuoso hotel, y que el conserje le saludaba de nuevo sin hacer ninguna advertencia, aunque con una gravedad que parecía indicar que la llegada al Bad Hof no era asunto de poca importancia.

La correspondencia de Pablo no había llegado aún, y para esperarla se dirigió al gabinete de lectura; dos huéspedes leían y escribían atentamente; otros dos conversaban en voz baja, y tres ó cuatro discutían con la mayor animación á un extremo de la sala. Pablo revisó con aire distraído dos ó tres diarios y otros tantos periódicos ilustrados, y después salió del hotel para dar una vuelta antes de comer. Había estado tres meses antes en el mismo punto, y quería comparar sus impresiones de entonces con las que experimentaba en su segunda visita al Bad Hof. A los pocos pasos encontró, con indecible satisfacción, á un oficial de ejército en cuya compañía viajara en otro tiempo, hombre muy instruído y á quien apreciaba mucho como tal. Los dos se estrecharon la mano afectuosamente, felicitándose de aquel encuentro casual, y después de pasear largo rato, hablando de diversos asuntos, encamináronse al hotel.

Poco antes de llegar, llamáronle la atención á Pablo dos ó tres niños que seguían á una extraña figura, evidentemente conocida ya de ellos, que excitaba su hilaridad. Parecía ser un lacayo negro, y vestía una curiosa librea verde con botones de plata y bordados amarillos; pero lo más singular era el aire de dignidad con que llevaba su vistoso traje. Su manera de andar, agitando la caña de bambú que empuñaba con la diestra, era muy característica y evocó en Pablo un vago recuerdo; dominado por la curiosidad, apretó el paso para mirar las facciones del lacayo; pero éste se perdió de vista entre un grupo de gente, y solamente pudo notar que tenía el cabello muy rizado, blanco ó empolvado.

El compañero de Pablo no pudo menos de sonreirse al observar la curiosidad de éste.

– Ese lacayo, dijo, pertenece sin duda á la servidumbre de alguna *Alteza* oriental; por más que le choque el tipo, aseguro á usted que aún verá cosas más raras aquí.

Después de comer, Pablo se dirigió al pequeño teatro de la localidad, pues según rezaban los vistosos carteles de color que había leído, una compañía iba á representar la *Cabaña de Tom*, y varios detalles pictóricos de aquéllos prometían algo interesante y conmovedor. El teatro estaba casi lleno de espectadores, abundando en particular los viajeros ingleses y alemanes; pero no encontró por el pronto ninguno de sus compatriotas, ni tampoco tuvo tiempo para buscarlos por el teatro, pues la función comenzó, no sólo puntualmente, sino antes de la hora indicada en los carteles, cosa bien rara por cierto. La tal compañía alemana parecía componerse más bien de cómicos de la legua que de verdaderos artistas, á juzgar por la ejecución, que fué detestable; los personajes, mal caracterizados y ridículamente vestidos, excitaban la risa y no el interés, por su grotescas figuras, y Pablo hubo de taparse más de una vez la boca con el pañuelo para no soltar la carcajada. Cansado al fin del espectáculo y sin esperarse para ver la apoteosis, salió de su palco en medio del silencio de la sala, ganó el corredor y bajó rápidamente la escalera.

Al pasar por delante de una puerta adornada con una plancha de cobre en que se leía la palabra «Dirección,» detúvose al ver que se agrupaban allí varias personas, y en el mismo instante oyó exclamaciones como de un hombre que estuviese indignado. Parecióle reconocer el acento de un compatriota y hasta una voz familiar, y no tardó en cerciorarse de que era la del mismo coronel Pendleton, á quien no había visto hacía tres años.

– Dígale usted, gritaba el coronel, dirigiéndose á un intérprete invisible, que jamás he visto caricatura tan infamante y ridícula de un pueblo libre. Dígale que yo, Enrique Pendleton, de Kentucky del Sur, antiguo propietario de esclavos, sostengo que lo que se representa es un tejido de falsedades, indigno de ponerse en escena ante un público civilizado y distinguido y sobre todo cristiano. Dígale usted que se le engaña y que estoy dispuesto á darle satisfacción de mis frases; y si necesita pruebas ¡vive Dios! adviértale que usted mismo ha sido esclavo, y pregunte si observa en su persona el aspecto mísero y repugnante del actor que ha presentado en la escena y si aquel dueño de esclavos á quien llaman Saint Clair se parece á mí.

Al oir este violento y singular discurso, Pablo entró precipitadamente en el despacho, y allí vió, en efecto, al coronel Pendleton vestido de rigurosa etiqueta, erguido, soberbio en su indignación y con la cabeza echada hacia atrás en ademán de reto. Entre él y el asombrado director también vió á Jorge; ya no podía dudar: lo que él había tomado poco antes por una peluca rizada ó empolvada, era el pelo lanoso del negro, y éste era también quien llevaba la extraña librea que tanto le llamara la atención.

Pero su asombro creció de punto aún más cuando el viejo criado comenzó á traducir al alemán de una manera incoherente, aunque al parecer bastante persuasiva, las protestas de su señor. ¿Dónde, cuándo y por qué instinto se habría Jorge asimilado y hecho suyas las extrañas locuciones de la lengua teutónica? Pablo no podía explicárselo; pero cada vez más sorprendido, observó que aparentemente todos le entendían y mostrábanse impresionados por sus palabras.

En su preocupación, ni el coronel ni Jorge habían notado la entrada de Pablo; mas al volverse el negro hacia los que le rodeaban, haciendo una profunda cortesía, su mirada se fijó en él. Sus ojos expresaron al punto indecible satisfacción y sorpresa, y el joven pudo comprender desde luego, no solamente que le reconocía, sino que apreciaba ya la importancia de cierto elevado cargo obtenido recientemente por el amigo de su señor. Jorge llamó al punto la atención de su amo, señalándole á Pablo Hathaway, subgobernador de las Californias de Oro, y apenas le vió el coronel, precipitóse para estrecharle la mano con la mayor efusión. Entonces Pablo, interviniendo diplomáticamente, dijo al director que su compañía era sin duda admirable, pero que su apreciable amigo el coronel se habría excitado tal vez por las exageraciones de la representación dramática; y con esto dióse por terminado el incidente, cambiándose por una parte y otra las excusas y frases más cordiales.

No obstante, al salir del teatro juntos, Pablo no pudo menos de observar que, si bien el coronel se había mostrado espontáneamente afectuoso al verle, ahora parecía inquieto y reservado. Juzgó inoportuno darse por entendido, y se limitó á dirigir á Pendleton algunas preguntas generales, acabando por invitarle á cenar con él.

– En cualquier otro tiempo, dijo el coronel después de vacilar un momento, habría insistido para que usted, como extranjero, aceptara mi convite; pero desde la ausencia de... de mis demás compañeros, he dejado las habitaciones que ocupaba en Bad Hof para alojarme en otras más pequeñas con Jorge. La señora Woods y la señorita Argüelles han aceptado una invitación para pasar algunos días en la quinta del barón y de la baronesa von Schilprecht, que se halla á dos horas de aquí.

El coronel recalcó sus palabras al pronunciar aquel título, mirando fijamente á Pablo; pero éste no manifestó la menor sorpresa al oir el nuevo nombre de Hierba ni el título de las personas que la habían invitado.

– Supongo, añadió el coronel, que ya sabrá usted que mi ex pupila es muy admirada. Ha sido reconocida como la mujer más hermosa de Strudle Bad.

– Lo creo muy bien, contestó Pablo con la mayor naturalidad.

– Y ahora ocupa la posición á que tiene derecho, caballero.

– Me alegro que sea así, repuso Pablo sin fijarse al parecer en el tono de orgullo de su interlocutor; y tanto más, cuanto que los alemanes, según creo, dan mucha importancia á la posición social y á la estirpe.

– Es muy verdad, dijo el coronel con énfasis y no sin cierta expresión irónica: son muy mirados en esto; pero según se me ha dicho, el rey puede, en ciertos casos, si lo juzga oportuno, ennoblecer á una persona, y hasta atribuirle ascendientes, sí, *ascendientes.*

Pablo fijó una rápida mirada en su interlocutor.

– Sí, caballero, continuó el coronel: por ejemplo, en el caso de una señorita de rango inferior ó de humilde cuna. Al casarla con un título, el rey puede ennoblecer á los padres, aunque hayan muerto ó se ignore dónde están.

– Mucho temo, replicó Pablo, que eso sea una exageración de la rara costumbre de otorgar tierras ó dominios que llevan títulos hereditarios.

– De todos modos, es un hecho, dijo el coronel, y Jorge lo sabe muy bien, pues aprende muchas cosas de los demás criados. Le ha sido suficiente un año para hablar el idioma; mientras que yo no entiendo ni una palabra.

– Debo felicitarle por su facilidad para aprender, contestó Pablo mirando al negro.

El anciano criado sonrió con cierto aire de petulancia.

– Yo no conozco, señor, dijo, la precisión gramatical, y cometo algún idiotismo; pero me explico bien, y mi amo sabe que un príncipe me dijo que me entendía y que...

– ¡Bueno! Basta ya Jorge, interrumpió el coronel algo bruscamente aunque con acento paternal. Ahora corre al hotel de este caballero y avisa que pongan cubierto para dos, porque cenaré con mi amigo Hathaway. Mi criado dice la verdad, añadió volviéndose hacia Pablo; se ha hecho el hombre más popular de aquí y va á todas las partes donde yo no puedo presentarme. Los príncipes y princesas se detienen en la calle para hablar con él, y el otro día el Gran Duque me pidió permiso para llevarle en un coche á las carreras. ¡Pardiez! Le aseguro que hacía gran papel.

– Y veo que está en carácter, observó Pablo, al menos por el traje.

– Ha sido un capricho suyo; y ¡vive Dios! tiene razón, pues aquí no se puede hacer nada sin uniforme. Según se dice por ahí, ha sabido vestirse con mucha propiedad.

Siguióse una pausa de breves momentos, persistiendo el coronel en una reserva que parecía indicar desconfianza. Pablo no sabía á qué atribuirlo, y al fin se le ocurrió que tal vez Pendleton estaría afectado de alguna perturbación mental. La variedad de cuestiones que trató en la conversación que sostenían, la forma enérgica y repentina de exponerlas y la vaguedad que advirtió en la mirada del coronel motivaron las sospechas de Pablo. No era su intención dirigirle preguntas sobre lo que había ocurrido en los tres últimos años, sin duda porque su experiencia le decía que muy pronto habría confidencias por parte de su interlocutor. En su consecuencia habló solamente de sí mismo; manifestó al coronel que siéndole necesario el cambio de aires y descansar de sus tareas había resuelto viajar, y que por consejo de un médico alemán proponíase pasar tres ó cuatro semanas en Strudle Bad antes de volver á su país.

A pesar de la aparente indiferencia del coronel, éste miraba de vez en cuando furtivamente á Pablo, quien le preguntó al fin si pensaba volver pronto á California.

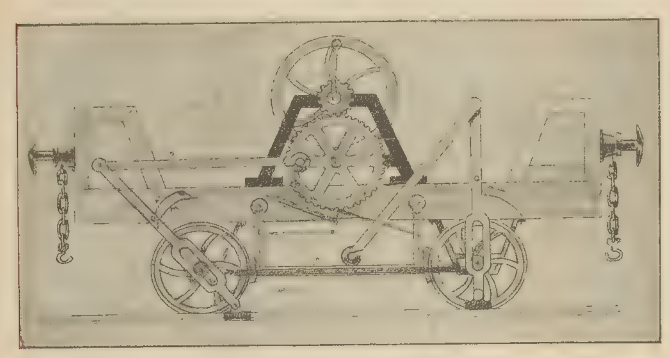
(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

NUEVO CABRESTANTE MÓVIL

SISTEMA YNCLÁN Y DOCAL

Este torno ó cabrestante sirve perfectamente para elevar ó atraer grandes pesos, estando convenientemente dispuesto, de tal manera que si un cabrestante se colocase fijo en el extremo de un trozo de vía férrea, y á bastante distancia en dicha vía tuviéramos un vagón con su carga y quisiéramos moverlo ó trasladarlo hasta el pie del cabrestante, bastará poner una cadena cogiendo por un extremo un gancho del vagón y colocando el otro extremo en el árbol del cabrestante, y que uno ó dos hombres giren el manubrio del aparato para conseguir el objeto deseado.



Nuevo cabrestante móvil sistema Ynclán y Docal

El inconveniente de colocar dichas máquinas fijas en las vías férreas, el de sustituir también el que parejas de bueyes transporten vagones lentamente y á veces con poca seguridad y acierto, fué motivo suficiente para idear el nuevo motor locomóvil de ruedas y palancas que, apoyándose en el suelo, tiene así punto fijo para hacer la tracción.

Una sencilla plataforma montada en cuatro ruedas para poder marchar por la vía y sobre aquélla varias ruedas dentadas y algunas palancas constituyen todo el aparato que tratamos de describir. (Véase el grabado.)

Dos hombres que se colocan en los estribos laterales hacen mover por medio de los manubrios colocados en el eje del volante á cuatro ruedas de engranaje, dos en cada lado, de diferente diámetro: las mayores llevan palancas unidas por pasadores á uno de sus radios, los otros dos extremos de las palancas van abisagrados á otras palancas, que son las que alternativamente se fijan en el suelo por sus extremos, los cuales llevan unas zapatas abisagradas para poder hacer mejor el punto de apoyo.

Estas palancas, que por su movimiento vienen á semejarse con las patas traseras de los bueyes y demás cuadrúpedos, hacen su empuje sobre el suelo y el eje posterior de las ruedas de la plataforma.

Puesto en marcha el aparato, al hacer el recorrido la mitad del arco de la rueda mayor de engrane, la rueda pequeña ó del volante habrá hecho dos revoluciones, la potencia habrá recorrido seis veces el diámetro del volante y la plataforma es transportada con su cabrestante sobre el riel á 0'25 metros.

En este momento la palanca ó pata de apoyo se encuentra vertical y un poco levantada por medio de un sencillo aparato y en disposición de volver á fijarse nuevamente en tierra.

Para variar de marcha, esto es, para caminar en sentido contrario, se desmontan las palancas de la rueda de engrane y se enganchan las otras palancas que en la figura se ven apoyándose en el estribo y en un pasador que las mantiene en posición de no tropezar en el suelo.

El volante lleva un freno para ser detenido en su marcha y las ruedas de la plataforma el suyo correspondiente.

MANIOBRA DE VAGONES

CAMBIO DE VÍA POR MEDIO DE PLACAS GIRATORIAS

Para hacer la operación de pasar de una vía á otra uno ó más carruajes, ya descargados ó cargados, se emplean varios obreros y parejas de bueyes: para conseguir este objeto con los cabrestantes móviles, es necesario para trabajar con más facilidad y prontitud operar con dos; éstos por su poco peso, una vez levantadas las palancas que hacen de pie, son fácilmente transportados por los dos operarios que después han de manejar los manubrios.

Uno de los cabrestantes se coloca en la vía adonde se han de transportar los vagones, y el otro en la vía en donde éstos se hallan, teniendo en medio la placa giratoria: á este cabrestante se le hace marchar hasta encontrarse con los vagones, se enganchan por medio de una cadena que queda floja para que antes de tirar el cabrestante haya tenido tiempo el volante de haber hecho algunas revoluciones; para esto los operarios subidos sobre la plataforma impelen los manubrios: es de advertir que antes han soltado las palancas que se apoyan en tierra.

Se llega á la placa giratoria, donde se para al vagón por medio del mismo cabrestante, se desengancha y se vuelve á enganchar en el otro cabrestante, el cual marchando un poco hacia atrás hace girar á la placa, colocando el vagón en la dirección de la vía á que ha de marchar; en esto el personal hace mover el cabrestante hacia adelante, llevando así al vagón al punto de su destino; en este momento el cabrestante vuelve atrás á ocupar su puesto, y el personal pasa á la primera máquina, la cual trae otro vagón á la placa giratoria, etc.

CAMBIO DE VÍA POR MEDIO DE AGUJAS

En este caso un solo cabrestante colocado, ya delante ó detrás de los vagones, según convenga y en la forma que las *locomotoras* llevan los vagones á las agujas donde son impelidos á la vía necesaria.

LLEVAR CARRUAJES AL EXTREMO DE UNA VÍA

Cuando se encuentran bastantes vagones sobre una línea y se desea retirarlos al final de la misma, el cabrestante viene á colocarse detrás del último vagón para hacer marchar á éstos por delante; si fuesen muchos los vagones para la fuerza de un cabrestante, el otro aparato puede colocarse en la vía paralela y con una cadena bastante larga se enganchan los primeros vagones, y cuando el tiro es algo oblicuo y marcha el aparato por otra vía los vagones así enganchados son conducidos por la suya á su destino, á imitación de lo que hoy hacen en este caso las parejas de bueyes al colocar un vagón próximo á otro, pues tienen que marchar fuera de la vía y tirando oblicuamente.

Cuando la velocidad en el arrastre no es de precisión, como sucede en los grandes almacenes y talleres, y con poco personal se desea transportar grandes pesos sobre rieles, es necesario recurrir al nuevo cabrestante.

Omitimos en gracia á la brevedad una porción de detalles que estamos dispuestos á facilitar á cuantos lo soliciten.

EULOGIO YNCLÁN. – ANGEL DOCAL

Burgos, 1891.

FÍSICA SIN APARATOS

EXPERIMENTOS CON LAS POMPAS DE JABÓN

El aire contenido en una pompa de jabón está sometido á una presión que, dicho sea de paso, es proporcional á la curvatura de aquélla, es decir, inversamente proporcional á su radio cuando la pompa es esférica. Esta presión ha sido medida con frecuencia, pero su determinación exacta exige algunos aparatos y cierta habilidad. En cambio es sumamente fácil demostrar su existencia y aun hacerla visible: basta para ello producir una pompa en un pequeño embudo de ancho tubo y luego dirigir la corriente de aire que sale del orificio sobre la llama de una bujía que se inclina y aun puede llegar á extinguirse cuando la pompa, antes de replegarse por completo en el embudo, ejerce el máximo de presión. El grabado que reproducimos explica cómo se verifica el experimento.

Vamos ahora á describir otro, como el anterior debido á Mr. C. V. Boys, individuo de la Sociedad Real de Londres.

Los fenómenos de difusión de los gases al través de las membranas, rara vez son demostrados en los cursos elementales, y sin embargo su demostración puede hacerse muy fácilmente.

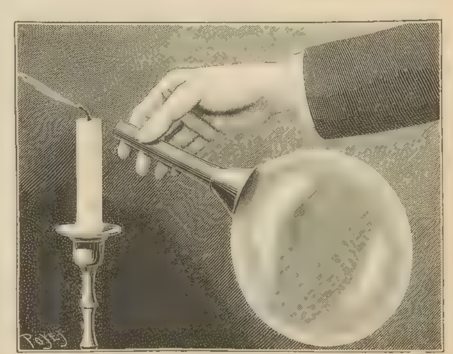
Echese en una campana de cristal cuya abertura esté dirigida hacia arriba algunas gotas de éter que se volatilizan llenando aquélla de un denso vapor: la existencia de éste puede desde luego ser evidenciada sólo con dejar descender en la campana una burbuja de jabón que se para y flota al llegar á cierto nivel. Luego, después de haber roto la primera burbuja se hincha otra que se sumerge en el vapor, y al retirarla, al cabo de medio minuto, se observa que ha perdido su forma graciosa y que pende lánguidamente debajo del embudo. Si entonces se acerca una bujía al cuello de éste, se ve aparecer una llama de algunos centímetros de largo que arde mientras está alimentada por la mezcla de aire y de éter de que la pompa está llena. Cuando se prepara este experimento es preciso tapar en seguida la botella de éter después de haber echado en la campana la cantidad de líquido necesaria para producir el efecto que se quiere obtener: la bujía debe estar colocada á un nivel superior al borde de la campana; pues de no tomar estas precauciones se correría riesgo de una explosión que podría constituir un peligro.

***

APLICACIÓN DE LA ELECTRICIDAD Á LA CERÁMICA

Sabido es que sólo con grandes dispendios podía la cerámica moderna obtener los tonos vivos de cobre característico de las antiguas vasijas chinas. La electricidad, sin embargo, ha descubierto, si no el secreto perdido, por lo menos un nuevo procedimiento para conseguir fácilmente y con poco coste el mismo resultado.

Para ello se pintan las vasijas antes de cocerlas y se las pone en una estufa de vapor donde se verifica la oxidación que presta á la porcelana el tono ardiente que se desea: luego se deposita sobre la ornamentación por medio de la galvanización una capa de plata, después de lo cual el objeto es sometido á la temperatura necesaria para adquirir la dureza, el brillo y la intensidad resultante de la combinación de colores. El cincelador y el grabador terminan la obra, resultando así el efecto que se busca.



Experimento de una bujía apagada con una pompa de jabón

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Diputación, 358, Barcelona

¡¡¡EL LIBRO DE LA FAMILIA!!!

LA
SAGRADA BIBLIA

TRADUCIDA DE LA VULGATA LATINA AL ESPAÑOL
POR
D. FÉLIX TORRES AMAT
DIGNIDAD DE SACRISTA DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BARCELONA, OBISPO DE ASTORGA, ETC., ETC., ETC.

revisada por el Rdo. Dr. D. José Ildefonso Gatell, cura párroco de la parroquia Mayor de Santa Ana de Barcelona

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

EDICIÓN POPULAR
á 10 céntimos la entrega

Ilustrada con más de MIL grabados intercalados en el texto, que reproducen fielmente los sitios á que se hace referencia en el sagrado texto, monumentos, antigüedades, plantas, animales, etc., sacado todo de fuentes auténticas, y aumentada esta colección con CUARENTA láminas sueltas, comprendiendo mapas, cromos y láminas en negro de indiscutible mérito.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

Nuestra *edición popular* de la SAGRADA BIBLIA forma tres tomos profusamente ilustrados.

El precio de cada entrega, de 16 columnas de texto, será el de

¡¡10 céntimos de peseta!!

repartiéndose GRATIS las referidas 40 láminas.

La obra se repartirá en cuadernos de á DOS REALES. Esta edición contiene el texto latino.

Arco llamado del *Ecce-homo*, ó de Pilatos, en Jerusalén (copia de una fotografía)

Se vende también encuadernada con tapas de tela y dibujos alegóricos, lomo de piel, al precio de 40 pesetas, pagadas á plazos mensuales.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes,** para facilitar **la digestion** y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de Sn-Vito, insomnios, convulsiones y tos** de los niños durante la denticion; en una palabra, **todas las afecciones nerviosas.**

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

LICOR del Dr LAVILLE — GOTA REUMATISMOS

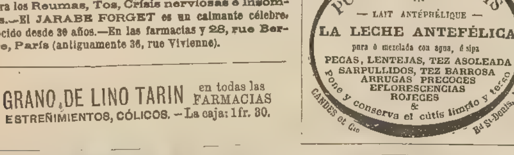
Específico probado de la **GOTA** y **REUMATISMOS,** calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
VENTA POR MENOR.—EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al **Tónico** mas energico.
VINO AROUD CON QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA: son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por escelencia.** De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones* del *Estomago* y los *intestinos*.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD



Curación segura DE la *COREA*, del *HISTERICO* de las CONVULSIONES, del NERVOSISMO, de la Agitacion nerviosa de las Mugeres en el momento de la Menstruacion y de la EPILEPSIA
CON LAS
GRAJEAS GELINEAU
En todas las Farmacias
J. MOUSNIER y Cie, en Sceaux, cerca de Paris

PILULES DE BLANCARD A L'IODURE FERREUX INALTERABLES
SIROP D'IODURE DE FER INALTÉRABLE BLANCARD

Participando de las propiedades del *Iodo* y del *Hierro*, estas Píldoras se emplean especialmente contra las **Escrófulas**, la **Tisis** y la **Debilidad de temperamento,** asi como en todos los casos (**Pálidos colores, Amenorrea, &a**), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.

Blancard Farmacéutico, en Paris, *Rue Bonaparte, 40*

N. B. El ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las *verdaderas Píldoras de Blancard*, exigir nuestro **sello de plata reactiva,** nuestra firma puesta al pié de una etiqueta **verde** y el Sello de garantía de la **Unión de los Fabricantes** para la represión de la falsificación.

SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL Dr CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS 1867 - LYON 1872 - VIENA 1873 - PHILADELPHIA 1876 - PARIS 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS — GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT
VINO - - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,** de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos,** etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

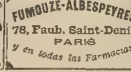
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las PILDORAS del Dr DEHAUT DE PARIS *no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias

El *JARABE DE BRIANT* recomendado desde su principio, por los profesores **Laënnec, Thénard, Guersant,** etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL,** con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

PAPEL — CIGARROS
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bin BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.



JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA. – El conocido industrial de esta ciudad D. Ceferino Gorchs, fundador de los primeros tipos de letra bastarda española destinados á la imprenta, ha empezado la publicación de una nueva y lujosa edición de la imperecedera obra de Cervantes.

Constará de 60 cuadernos al precio de una peseta cada uno.

Suscríbese en el almacén de D. Ceferino Gorchs, calle de Cortes, 192, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

***

LAS VELADAS DE MEDAN. – Seis interesantes novelas contiene este libro, que es el tomo IX de la *Colección de libros escogidos* con tanto éxito publicada en Madrid por la España Moderna, y con decir que van firmadas por Zola, Maupassant, Huysmans, Ceard, Hennique y Alexis queda hecho el elogio de la obra, en la cual el espíritu de emulación hizo sobrepujarse á sí mismos á esos notables y renombrados escritores.

El volumen se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

***

HABITACIONES PARA OBREROS, *por el Dr. D. Enrique Robledo Negrini.* – Con muy buen acuerdo ha publicado el señor Robledo la interesante Memoria leída en la sección de Ciencias exactas del Ateneo Barcelonés al inaugurar las tareas académicas de 1890 á 1891. En este trabajo se estudia con abundante y sólida doctrina y gran acopio de datos el estado actual de las habitaciones para obreros, la necesidad de reformarlas y los medios conducentes á este objeto, resultando de todo ello un folleto de interesante lectura, ya se examine desde el punto de vista de la higiene pública, bien se atienda á uno de los problemas sociales que más preocupan la atención general en los tiempos presentes.

***

ALMANAQUE PERPETUO, INSTANTÁNEO Y CALCULISTA MERCANTIL DE BOLSILLO. – D. Jorge Normán, de Málaga, ha venido á facilitar una porción de cálculos de suyo difíciles con su bien entendido Almanaque, que como tal es esencialmente práctico y alcanza hasta el año 2000, y como calculista mercantil tiene verdadero interés nacional, regional é internacional. Véndese al precio de una peseta en casa del editor Sr. Normán (Puerta del Mar, Málaga), y en Madrid y Barcelona en la librería de D. Fernando Fe (Carrera de San Jerónimo, 2) y de D. Francisco Puig (Plaza Nueva, 5) respectivamente.

***

EL AHORCADO, *por el conde León Tolstoy.* – Esta es la última producción del famoso novelista ruso que acaba de publicar en Madrid La España Moderna. Tratándose del autor de *La Sonata de Kreutzer* es ocioso hacer elogios de esta novela interesante en grado sumo, en la que se desenvuelve con la maestría que á Tolstoy caracteriza la trágica historia de un hombre que se ahorca por no sobrevivir á su deshonra. La edición española nada deja que desear, figurando esta obra dignamente en la *Colección de libros escogidos.* Véndese en las principales librerías al precio de tres pesetas.

***

A SAN JUAN DE LA CRUZ, *poesía de doña Carolina Valencia.* – La Real Academia Española premió en público certamen y ha publicado á sus expensas esta hermosa composición poética de la distinguida poetisa Sra. Valencia que, además del fallo de aquella docta corporación, tiene en su abono la inspiración, el sentimiento religioso, la elevación de ideas y los bellísimos pensamientos expresados en bien rimados y armoniosos versos.

***

EL LICENCIADO TORRALBA, *por D. Ramón de Campoamor.* – D. Pascual Aguilar, de Valencia, ha publicado en su *Biblioteca Selecta* este hermoso poema, en cuyo elogio nada hemos de decir porque harto conocida es la valía de esta obra que, como todas las suyas, lleva impreso el genio del autor de tantas maravillas poéticas. Véndese al precio de dos reales en las principales librerías y en Barcelona en la D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por Ad. Wurtz, traducida y adicionada por D. Vicente Peset y Cervera.* – Se ha publicado el cuaderno 10 de esta importante obra que edita en Valencia (Caballeros, 1) D. Pascual Aguilar. Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en casa del editor y en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.



FOTOGRAFÍAS SEUDO-ESPIRITISTAS
El Dr. Otero dormido y su *espíritu* indicándole el mal de que morirá. (Véase el artículo.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 22 de febrero de 1892 — Núm. 530

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



D. ALVARO DE BAZÁN, estatua en bronce de D. Mariano Benlliure,
que corona el monumento erigido en la plaza de la Villa, Madrid.

ADVERTENCIA

Con el número anterior hemos repartido á nuestros suscriptores el primer tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos,» profusamente ilustrada. El suscriptor á cuyas manos no haya llegado deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor.

SUMARIO

CRONICA DE ARTE

Las pinturas del *Hotel de Ville* de París. – El concurso de proyectos para un frontón destinado al nuevo edificio de la Biblioteca de esta corte. – La próxima Exposición internacional de Bellas Artes de Madrid.

Está terminándose el decorado pictórico del *Hotel de Ville*, de la capital de la república vecina, comenzado hace largos años. Veintidós pintores, muchos de fama universal, tomaron parte en aquel trabajo; algunas de las pinturas que cubren ó cubrirán los salones llamados de *las Artes*, de *las Letras*, de *las Ciencias* y de *las Fiestas* han sido reproducidas por los principales periódicos ilustrados de Europa y expuestas en los *Salones* de 1891 y 1890.

Divídese la decorativa de este edificio en *alegórica* tal y como se ha venido entendiendo hasta el presente este género, y en *representativa;* aparte algún *cuadro*, como *La bóveda de acero*, de carácter episódico, de Juan Pablo Laurens, que ocupa un lugar en la sala comedor; y en la obra de este palacio se observa cómo la pintura *alegórica* va sufriendo transformación grande en lo que, según el vario concepto de clásicos – *realistas* y *servilistas*, – debe ser.

La tendencia dominante de la época actual, en todo orden de cosas, es, á pesar del positivismo, ó quizá por ese propio positivismo – hablo del científico, – buscar, así en el mundo de la filosofía, desde la más idealista hasta la más racionalista, como en el de las ciencias psico-físicas, como en las sociológicas, como en las históricas, bien soluciones concluyentes y prácticas, bien nuevas ideas y fórmulas que ofrecer, así á las necesidades del espíritu, cada día más cultivado y por ende más necesitado de conceptos sublimes, como á las de la materia humana, cada hora también más apremiada por la necesidad de una reconstitución á propósito para coadyuvar á la obra de la inteligencia.

De este movimiento complejo participa el arte. Cuando el antropomorfismo venció al telurismo, la representación del hombre produjo en Grecia y reflejó en Roma un arte en el que la serenidad y majestad de la figura humana estaban en consonancia con la importancia conquistada por la idea vencedora. Al revés aconteció en los siglos medios. El cristianismo imperó, absorbiendo toda manifestación intelectiva. Desde las condenaciones lanzadas de acuerdo con las leyes mosaicas contra las artes plásticas por el concilio de Ilíberi, hasta las prohibiciones de la misma índole, impuestas por el gran San Bernardo á los arquitectos y alarifes que construían los templos de la Orden á la cual pertenecía, produjeron á su vez otro arte, donde para ser aceptado el artista hubo de prescindir completamente del sentimiento que pudiera tener de la belleza de la forma; y atento tan sólo á reflejar el carácter de la época, su índole puramente dogmática, su espíritu, aquí en España especialmente, mezcla singular de místicas exaltaciones y de rudo y cáustico naturalismo, produjo esa imaginería é iconíctica que hoy estudiamos con más empeño que las crónicas de los tiempos aquellos en los cuales fueron ejecutadas tales obras.

Por eso, dentro del individualismo que hoy domina ó tiende á dominar en la producción artística, se observa, sin embargo, la tendencia positivista de los tiempos actuales, y la *alegoría* deja de ser, en gran parte, objeto de metafísicas lucubraciones, para adoptar formas é ideas completamente claras y precisas. Así, por ejemplo, en la sala de *las Fiestas* del *Hotel de Ville*, las *provincias de Francia* están representadas por tipos como el que personifica la *Normandía*, una robusta paisana admirable de verdad y de carácter. Y aun considerando las dificultades casi insuperables que se oponeu á dar cabida en la pintura de *fondo* á este realismo, no por eso el espíritu científico del arte de hoy ha dejado por imposible su influencia en el género. El *Mundo estelar* y el *Arco iris*, representados por dos mujeres desnudas, de formas de un realismo clásico, contrastan con la que en el centro del techo de que hablo simboliza el



ESTUDIO, de J. F. Engel

Fuego, que todo lo purifica al propio tiempo que ilumina las tinieblas que lo rodean. El positivismo de esta pintura reside (aparte de la plástica) precisamente en la ninfa ó deidad representativa del fuego, la cual parece lanzada en medio de un torbellino donde todo es sombra. El escorzo, la violencia del movimiento, la atrevida traza, la fuerza de expresión, bien pudieran considerarse asimismo como esfuerzo hecho por el artista á favor del realismo moderno, y, es preciso no olvidarlo, ese realismo se llamó *arte decadente* en los tiempos en que esculpió el grupo Laocoonte y sus hijos.

***

Cuando los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA lean estas líneas, ya se habrá adjudicado definitivamente la ejecución del frontón de la nueva Biblioteca. Y digo definitivamente porque la votación del *pleno* de la Academia, adoleciendo como adolece de algunas incorrecciones de monta, dará lugar á nueva sesión, donde la protesta anunciada y no consentida por la presidencia de aquel cuerpo consultivo se llevará á efecto ahora.

La historia de esta tormenta artístico-académica es bastante curiosa y edificante. Figúrense mis lectores que antes de exponerse al público los proyectos ó bocetos para el citado frontón ó tímpano, remitidos á la Academia por los escultores Sres. Magallón, Trilles y Querol, corrió como válido el rumor de que se declararía desierto el concurso. La prensa lo acogió en sus columnas y logró que dichos proyectos fuesen expuestos. Reunido el Jurado acuerda, no solamente *haber lugar á la adjudicación* del premio, sino también adjudicárselo al presentado por Querol.

Indudablemente, la obra del autor de *La Tradición*, sin que alcance las lindes de lo sublime, está á una altura tan grande respecto de las de los señores Magallón y Trilles, que no hay lugar á discusión alguna; pues si cierto crítico pudo decir lo contrario, discúlpale su buen deseo y su desconocimiento – casi general en España – de lo que es y se entiende por *clasicismo* y *modernismo* en escultura; no tuvo por lo tanto el Jurado que calentarse mucho la cabeza para resolver en justicia, como efectivamente lo hizo. Pero – y aquí está lo gordo – á los académicos no individuos del tribunal calificador, especialmente á los que son escultores, les pareció muy mal lo decidido, y no pudiendo anular lo hecho, pusieron en juego todos los ardides electorales para derrotar en el *pleno* la propuesta de sus colegas de Academia. Contaron por los dedos los votos, y viendo que no reunían mayoría apelaron á un académico, enfermo hace años y completamente inutilizado intelectual y físicamente, llevándole en un coche á la sesión y subiéndole en brazos hasta el salón destinado á actos. Así y todo, el Sr. Querol obtenía once votos contra diez; en momento tan crítico el presidente accidental emite su sufragio y lo suma con los de la minoría. «¡Empate!, exclaman todos. – ¡Quia!, dice sonriendo el presidente; tengo otro más, el de calidad...» Y vota segunda vez. Las protestas de los derrotados por medio tan extraño, fueron unánimes. Uno de los académicos pide que conste en el acta la censura que merecía á los once votantes sostenedores del criterio del Jurado el incorrecto proceder de la presidencia; pero ésta levantó la sesión, diciendo que no había lugar á tal extremo. Ante resolución tan inopinada se ha tomado el acuerdo de no aprobar el acta y formular voto particular, elevándolo al ministro de Fomento juntamente con el dictamen del presidente de la Academia, dictamen ¡caso estupendo! que censura rudamente el proyecto que apoyó.

Según mis noticias, el ministro de Fomento seguirá el mismo criterio que en la cuestión de los esfinges, resolviendo de conformidad con lo propuesto por el Jurado, si á su juicio no encuentra motivo suficiente para anular la votación.

El origen de todo lo acontecido creen verlo algunos en la pretensión de adjudicarse á sí mismos los académicos escultores la obra disputada; apoyándose para esto los que tal dicen, en que uno de dichos académicos tenía (y tiene) hecho el proyecto, presumiendo que se declarase desierto el concurso y que el gobierno, en vista de la premura del tiempo, encargase á la Academia de la ejecución del susodicho frontón. ¡Vaya usted á adivinar lo que haya de cierto en estas imaginaciones!

Una noticia para los escultores. Por renuncia del Sr. Suñol, se abre nuevo concurso para ejecutar en mármol el esfinge que se había adjudicado á aquel artista.

***

Que se sepa por ahora no hay probabilidades de que asistan, como dijeron algunos periódicos de esta villa, los grandes artistas ingleses, franceses y alemanes á nuestra Exposición internacional de Bellas Artes. La propaganda que debiera haberse llevado á cabo para recabar la asistencia de los pintores y escultores de otras naciones, apenas si pasó de simple acto de cortesía, invitando fríamente á algunos y contados artistas; así es que, á juzgar por las impresiones recibidas acerca del particular en los círculos y centros oficiales y de arte, dicha Exposición tendrá el carácter de nacional exclusivamente, á no ser que á última hora se decidan á favorecernos con sus obras algunos de tantos desconocidos como existen en todos los países donde el arte tiene culto.

En esta corte se trabaja algo con destino á la Exposición. La gran mayoría de las obras vendrán de provincias y del extranjero. Las colonias artísticas españolas de París y Roma, aun cuando dividirán sus envíos entre Munich y Madrid, prometen, sin embargo, enviar telas y estatuas de importancia, y de algunas de las primeras ya hice mención en estas crónicas.

De aquí sé que Jiménez Aranda está pintando un cuadro que representará un autor llamado á la escena. De Málaga remitirá Moreno Carbonero una tela de dos metros próximamente, en la cual lucirá su brillante paleta el autor de la *Conversión del duque de Gandía*, estereotipando algunos de los personajes del *Gil Blas*.

R. BALSA DE LA VEGA

Febrero, 1892



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

(CONTINUACIÓN)

OPINIÓN PÚBLICA EN INGLATERRA

DEBATE EN LA CÁMARA

Londres, 3 mayo.

Mientras Francia y Alemania, así armadas y fortificadas, se vigilan mutuamente á través del Rhin, en Inglaterra hay cierta incertidumbre, mucha más de la que se ha experimentado nunca desde las guerras napoleónicas. En los últimos días la excitación ha sido extraordinaria, y la perspectiva, ahora inminente, de que se viole la neutralidad de Bélgica produce gran inquietud. El pueblo, la prensa y los políticos de Inglaterra están alarmados, y el *meeting* que se celebró ayer en Londres viene á probar que el gobierno se verá obligado, ante la opinión pública, á valerse de todos los esfuerzos posibles para evitar que la «pequeña Bélgica» viole esa neutralidad de cuyo mantenimiento se cree responsable la Gran Bretaña. La prensa de oposición aboga celosamente por el honor de Inglaterra; los diarios favorables al gobierno no dejan de hacer representaciones al Gabinete respecto al incierto porvenir de Amberes si Bélgica vuelve á ser otra vez el *reñidero* de Europa, y una amenaza constante para Bretaña en el caso de que esa gran fortaleza pase á otras manos. La Cámara manifiesta igualmente mucha agitación, y no se pasa día sin que llluevan las interpelaciones. La inexplicable tranquilidad de los ministros ha desaparecido al fin ante la insistencia de la oposición. El martes, cuando ya no se pudo dudar de que Alemania había movilizado sus tropas contra la frontera oriental de Bélgica y se supo con certeza que el ejército concentrado allí atravesaría aquel Estado, Sir William Harcourt llamó la atención de toda la Cámara al levantarse de su asiento para pedir al presidente que señalase el día en que se pudiera discutir «sobre las grandes cuestiones internacionales y eventualidades relacionadas con la inminente violación de la neutralidad de Bélgica, así como también determinase cuál sería la actitud del ministerio en tal conflicto.» «Fijemos el día de mañana, si le place,» contestó el presidente sin levantarse. La respuesta excitó la hilaridad de muchos, así liberales como conservadores.

Los diarios de oposición han censurado la manera de contestar del presidente Mr. Balfour, calificándola de insolente é insultante; mientras que elogian á Sir William Harcourt; pero sin hacer apreciaciones, nos limitaremos á decir que el incidente de la Cámara demuestra por lo menos que el gobierno no es indiferente á este asunto.

En la siguiente sesión de la Cámara, Sir William Harcourt se mostró algo agresivo, y cuando hubo terminado su discurso, el presidente le contestó como sigue:

«El gobierno de S. M. recibió confidencialmente noticia hace un año de que Alemania y Bélgica habían celebrado un convenio secreto, en virtud del cual, dado el caso de una guerra entre Alemania y Francia, Bélgica permitiría á la primera de estas potencias el paso de sus tropas por su territorio, utilizando también sus líneas férreas. Sin duda es cuestionable que Bélgica tenga derecho de permitir la violación de su neutralidad, garantizada por las grandes potencias; pero la cuestión es abstracta por las circunstancias. ¿Quién ha de intervenir para impedírselo? Seguramente no será Alemania, que ha hecho un contrato para tener el derecho de violación, ni tampoco Francia que violó impunemente la neutralidad de Bélgica en 1870, y que, en su afán de combatir con los alemanes, si está ya preparada, traspasará la frontera francesa con seguridad, cometiendo una segunda violación, si se puede dar al acto este nombre, cuando la neutralidad ha muerto ya virtualmente por el mismo proceder de Bélgica. En la Europa oriental hay demasiado que hacer ahora para cuidarse de proteger la neutralidad belga. ¿Cree el honorable baronet que Inglaterra debe arreglar esa cuestión por sí sola, é *inter alia* obligar á Bélgica contra su voluntad á cooperar con nosotros para restablecer la neutralidad de que ella misma se ha despojado? Tendríamos que hacer frente solos, hostiles á Bélgica, en una tentativa para hacer buena la garantía que ofrecimos juntamente con otras potencias; y con franqueza diré que este no es un gobierno quijotesco; pero cuando se nos dió á conocer confidencialmente ese convenio, creímos conveniente adoptar desde luego medidas para el interés y protección de la Gran Bretaña. Estas medidas podrán hacer sombra en algunas partes; mas no podemos evitarlo. Nosotros reclamamos y obtuvimos de Bélgica el derecho de ocupar la gran fortaleza de Amberes, poniendo en ella guarnición de nuestras tropas, con derecho á conservarla durante la solución de los acontecimientos eventuales, que ahora parecen próximos en el continente de Europa. Reconocimos la imposibilidad de tener en Amberes un vecino, posiblemente hostil, tan cerca de nuestra puerta, y en su consecuencia, nos pareció conveniente tener el derecho de estar en medio del camino en el caso de una perturbación. Durante la última semana hemos hecho tranquila y rápidamente algunos preparativos necesarios; y ahora tengo el gusto de anunciar á la Cámara que una división completa de infantería y artillería, compuesta de 15.000 hombres, se embarcará en nuestros puertos pasado mañana para desembarcar en Amberes al día siguiente. Esta división, á la que dará convoy la escuadra del canal, va completamente equipada de cuanto pueda necesitar. El jefe de estas fuerzas es un soldado cuyo nombre y fama conocemos todos: es el distinguido Sir Evelyn Wood. Los belgas nos facilitarán artillería para la fortaleza, municiones y cuanto se requiera para las operaciones defensivas, á que espero no será necesario apelar.»

El discurso del presidente fué aplaudido con toda sinceridad; Sir William Harcourt se dió por satisfecho, y con esto terminó el debate.

Anoche se dijo que el gobierno había obtenido autorización para alistar 20.000 hombres, llamando al servicio activo á un considerable número de batallones, los cuales deberán estar preparados para marchar sin pérdida de tiempo al punto que se les destine.

BATALLA DE ALEXANDROVO

DERROTA DE LOS RUSOS

(Por telegrama de nuestro corresponsal particular Mr. Charles Lowe.)

Alexandrovo (Polonia rusa), 2 mayo

Como resultado del reconocimiento que practicó un escuadrón de húsares de Zieten, del que hablé en uno de mis telegramas anteriores, se acordó en este cuartel general, con aprobación del emperador, efectuar otro antes de volver el soberano á Berlín para ir á reunirse con el ejército. Esta vez se resolvió llevar más fuerza para ver si sería posible desalojar á los rusos de Alexandrovo y posesionarnos de aquella importante posición en la frontera. El principio que aún sirve de guía á los alemanes en la guerra es la máxima de que la mejor defensiva es una ofensiva enérgica. En su consecuencia, hoy se formó un pequeño ejército, compuesto de una división de infantería al mando del teniente general Von Schnabeltitz, una brigada de caballería, en la que iban comprendidos los húsares de Zieten con el 3.° de uhlanos y seis baterías de seis piezas cada una. Estas fuerzas salieron hoy al amanecer, y marchando rápidamente, cruzaron muy pronto el riachuelo que forma la frontera, donde las avanzadas rusas fueron rechazadas después de algunos tiros de nuestra vanguardia. Por un moscovita herido, que sus compañeros no tuvieron tiempo de recoger, súpose que en Alexandrovo no había tanta fuerza como la que se supuso en el primer reconocimiento practicado. Hallábanse allí solamente una brigada de infantería, con siete cañones, algunos cosacos y dos escuadrones de caballería. En su consecuencia, viendo nuestra superioridad numérica, resolvimos avanzar, y gracias á una marcha forzada se llegó á la eminencia que hay en un lado de Alexandrovo antes de que el enemigo pudiera sospechar nuestra intención. Sin embargo, no se consiguió el objeto que se perseguía sin una porfiada lucha, particularmente entre nuestros escuadrones de húsares y los cosacos del Don, que se condujeron valerosamente.

Cuando Von Rummelsburg, jefe de los húsares, llegó al terreno inmediato á la eminencia de que antes hablé, vió á los cosacos que se dirigían á ella por el lado opuesto, y al punto los atacó intrépidamente, cayendo de sus sillas algunos soldados rusos antes del choque, pues los nuestros iban armados de la lanza-carabina, invento de un ingenioso industrial de Potsdam. De este modo algunos de los valerosos cosacos sucumbieron antes de ponerse al

alcance de la terrible lanza alemana, que sin duda llegará á tener gran importancia en la presente campaña.

Rechazados los cosacos hasta la línea de su infantería, cuyos movimientos eran muy confusos é inciertos, nuestra artillería pudo ganar la cima de la eminencia, y las piezas, montadas con toda rapidez, hicieron un nutrido fuego contra los rusos, lanzando sobre ellos un torrente de proyectiles destructores que alcanzaban á la estación del camino de hierro de Alexandrovo, detrás de la cual se había refugiado la infantería enemiga. Sus cañones hicieron un vivo fuego contra nuestras baterías, pero apenas nos causaron daño, porque los artilleros prusianos, muy cuidadosos en elegir su posición, aun en medio del tumulto del combate, solamente dejaban ver las bocas de sus cañones. La división estaba detrás dispuesta al combate y esperando sólo á que se apagaran los fuegos del enemigo.

No hubo que esperar mucho tiempo, porque el duelo entre la artillería no había durado apenas una hora cuando los cañones rusos se retiraron, salvo los que estaban desmontados ya. Entonces nuestros impacientes batallones, saliendo de su línea de batalla, avanzaron en ala con el mayor orden, precedidos de la artillería. La infantería rusa trató de abandonar sus posiciones detrás de la estación del camino de hierro, desplegándose en línea para cerrarnos el paso; pero nuestros cañones causaron grandes destrozos en el enemigo, que sufrió mayores pérdidas á causa de nuestro magnífico armamento. Por primera vez acaso en la historia militar de Rusia, los soldados del czar volvieron la espalda, huyendo en confusión ante fuerzas superiores.

Los muertos y heridos que dejaron detrás eran una prueba del tenaz valor con que se habían batido, mientras que las pérdidas por nuestra parte no dejaban de ser de consideración, contándose entre los muertos el coronel Von Degenzieher y otros varios oficiales.

Pero esta dolorosa pérdida y la de otros valerosos soldados quedó en parte compensada por la toma de Alexandrovo, donde entramos, ó más bien nos precipitamos, con banderas desplegadas y á tambor batiente. El botín tenía mucho valor para nosotros, consistiendo en material de la línea férrea, mucho más apreciable para nosotros que el de guerra.

No se explica cómo los rusos dejaron de concentrar, precisamente en el momento de comenzarse la guerra, fuerzas más formidables alrededor de un punto estratégico tan importante como Alexandrovo. Esto es cosa que no comprenden ni aun los mismos que han hecho un estudio sistemático del carácter ruso; pero de todos modos, la cuestión es que *ellos* estaban allí y ahora estamos nosotros, gracias á la increíble negligencia de nuestros enemigos, á su mal servicio de avanzadas y á nuestra audacia en los movimientos y el ataque.

Mi correo marcha con este parte á Thorn y confía poder transmitirlo por telégrafo.

La gran guerra de 1892. – En la Cámara de los Comunes. Interpelación de Sir Guillermo Harcourt

OCUPACIÓN DE ALEXANDROVO POR LOS ALEMANES

Alexandrovo, 3 *mayo*

Aún no han pasado veinticuatro horas desde que las fuerzas alemanas ocuparon este punto, y ya se está levantando por la parte de Varsovia la más formidable línea de obras defensivas, gracias á la infatigable actividad del batallón de ingenieros que llegó ayer una hora después de nuestro triunfo, el primero de la presente campaña. Aquí se cree que los rusos tratarán de poner en movimiento sus tropas á fin de emprender un contraataque para reparar en lo posible el desastroso error cometido, error que nos ha permitido apoderarnos de una línea férrea, base de operaciones de incalculable valor. En el botín que cayó en nuestras manos contábanse ciento veintitrés vagones de diferentes especies y nueve locomotoras, que con el material del ejército del Vístula nos asegura los medios de transporte para llegar en nuestra invasión hasta el corazón de Rusia.

Cierto es que la línea férrea desde aquí á Varsovia no tiene más que una vía; pero al contrario de las demás que tiene Rusia á la orilla derecha del Vístula, es bastante espaciosa, lo cual nos ofrece una inmensa ventaja. Gracias á esto, el ejército del Báltico, al mando del conde Waldersee, podrá ejecutar mejor sus movimientos de avance por Rusia si se resuelve á traspasar la frontera. El ejército de Silesia, al mando del príncipe de Sajonia, por otra parte, podrá tener las mismas facilidades de transporte que nosotros si consigue, siguiendo nuestro ejemplo, sentar un pie en la línea de Varsovia y Viena, y esperamos con ansiedad noticias sobre estos movimientos.

TOMA DE CZENSTOCHAU POR EL PRINCIPE JORGE DE SAJONIA

EL PRÍNCIPE ALEJANDRO DE BATTENBERG PRISIONERO

Alexandrovo, 4 *mayo*

Las tropas están muy regocijadas porque muy poco después de enviar mi telegrama anunciando la marcha del emperador al Rhin en medio del entusiasmo y aclamaciones del pueblo, recibióse aquí un parte anunciando que el príncipe Jorge de Sajonia, después de unas marchas forzadas y de vencer grandes dificultades, consiguió sorprender á los rusos en Czenstochau, en la línea férrea de Varsovia-Viena, apoderándose de este importante punto á pesar de la desesperada resistencia de sus defensores, los cuales, por increíble que esto parezca, reducíanse á una brigada de infantería y dos escuadrones. Sin embargo, las pérdidas de los alemanes han sido aquí muy sensibles, sobre todo para el regimiento de infantería de Silesia, el cual quedó en cuadro, en sus desesperados esfuerzos para desalojar al enemigo de una arboleda donde se encontró una batería. Esto prueba que los soldados alemanes siguen animados del mejor espíritu.

Los dos encuentros que hasta ahora hemos tenido con los rusos se pueden considerar como el Worth y Spichern de la presente guerra; y ahora falta saber si podremos mejorar estos primeros triunfos, debidos en gran parte, como dije antes, á la rapidez de nuestros movimientos y á la audacia del ataque, así como también á la falta de actividad y poca energía de los rusos. Esto no se explica sino por el hecho de que ellos, imaginando tal vez que los alemanes, no atreviéndose á invadir la Polonia, se limitarían á concentrar fuerzas en Silesia para sus aliados austriacos, efectuaban su movilización más hacia el Este, en dirección á Dragomiroff, línea de avance hostil sobre Lemberg, y á los Pasos de los Carpatos en Stryj.

La cuestión ahora se reduce á saber cómo Gourko, general en jefe de las fuerzas rusas, que aún se hallan en Varsovia, aunque el grueso de su ejército debe estar ya frente á él, podrá salir de la situación que tan repentinamente para él se ha producido. Todo el mundo se lo pregunta, y no es posible que pase mucho tiempo sin que se manifiesten sus intenciones.

Entretanto, los telegramas de Galitzia, donde los austriacos han concentrado el grueso de sus fuerzas, no son tan halagüeños como podía esperarse, pues indican menos iniciativa y prontitud de acción por su parte, así como también una divergencia de opiniones entre los jefes del ejército sobre si deben permanecer á la defensiva, ú observar una política audaz de invasión, como nosotros.

El conde Von Schlieffen, hombre tan cortés como hábil jefe de estado mayor, me ha dicho que las noticias recibidas del cuartel general alemán de esta tarde hablan de un tremendo conflicto entre cinco divisiones de caballería, tres de los rusos y dos de los austriacos, cerca de Brod, en la frontera de Volhynia. Parece que en este encuentro resultó, como era de esperar, atendida la diferencia del número, la completa derrota de la caballería austro-húngara. Dícese que esta última estaba cubriendo los movimientos del tercer cuerpo austriaco, que tenía orden de avanzar hacia Dubno; los rusos cayeron de improviso sobre una parte destacada de la infantería austriaca, sin cuidarse de las descargas sin humo con la carabina de repetición Mannlicher, y causaron estragos entre los pesados infantes de Steiermark, cogiendo prisionero á todo un batallón, incluso, según se dice, el coronel del regimiento 27.°, que no es otro sino el conde Hartenau, ó mejor dicho, el príncipe Alejandro de Battenberg, ex príncipe de Bulgaria.

(Ultima hora)

Los últimos partes confirman la noticia de haber sido hecho prisionero por los rusos el príncipe Alejandro, noticia que ha producido en el cuartel general de Dragomiroff tanto júbilo como la que produjo entre los alemanes la rendición del emperador francés en Sedán.

El ex príncipe de Bulgaria será enviado á San Petersburgo, donde ya se le preparan habitaciones en el Katherinenhoff, y entretanto se le ha permitido conservar su espada á fin de que su inexorable primo, el czar, pueda tener la satisfacción de recibirla



La gran guerra de 1892. - Los húsares alemanes, armados con la nueva lanza-rifle, cargando contra los cosacos

de las propias manos del humillado cautivo. La escena tendrá más interés que todos los románticos incidentes que han señalado ya la aventurada carrera del príncipe.

ATAQUE NOCTURNO POR LOS RUSOS. – COMBATE Á LA LUZ ELÉCTRICA

DERROTA DEL GENERAL GOURKO–RETIRADA SOBRE VARSOVIA

Alexandrovo, 5 mayo (5 de la mañana)

El ejército alemán del Vístula ha hecho sufrir á los rusos una derrota semejante á la de Plewna, y ahora se retiran sobre Varsovia. Tal ha sido el resultado de la sangrienta batalla nocturna de que acabo de ser testigo ocular. Los rusos fueron los primeros en comenzar sus ataques por la noche, á fin de evitar las sensibles pérdidas que les ocasiona el fuego de la nueva carabina. Anoche á las siete el tercero y cuarto cuerpos de ejército alemanes habían completado su concentración, y después de extender las líneas de atrincheramiento comenzadas á raíz de la toma de Alexandrovo, vivaqueaban en ambos lados de la línea férrea, ocupando sus tiendas unas dos millas en cada uno de aquéllos. Varios reconocimientos practicados por nosotros durante el día hacían sospechar que los rusos concentraban fuerzas considerables en un punto llamado Waganick y que recibían nuevos contingentes de la orilla derecha del Vístula por medio de un puente de barcas que se había echado en Dabrowniki; pero á causa de las densas masas de caballería que se hallaban al frente para ocultar sus movimientos, nuestros exploradores no pudieron enterarse bien de lo que se hacía. Sin embargo, un detalle, obtenido de un cosaco prisionero, tuvo gran interés para nosotros, pues por él supimos que las fuerzas rusas que estaban frente á nosotros se componían sobre todo del 5.° y 6.° cuerpos con parte del 4.°, á las órdenes del general Gourko, el héroe de los Balkanes. Seguros de la exactitud de este informe, se resolvió atacar á Gourko antes que completara sus preparativos, y con este fin marchar desde luego á buscarle al rayar el día, como lo había hecho el príncipe Federico Carlos con Benedek en Sadowa.

Yo había pasado la noche con un amigo mío, el capitán Jagdkonig, del regimiento de infantería de Brandenburgo, y ya salía con él para girar una visita de inspección entre las avanzadas, cuando un uhlano llegó al galope con la noticia de que se notaban señales de una agitación misteriosa enfrente, oyéndose en el silencio de la noche el sordo rodar de carros ó cureñas. No tardaron en llegar los otros mensajeros con semejantes noticias; y no debiendo ya dudarse de que el enemigo se movía, apagáronse los fuegos de los vivaques y se llamó á todos á las armas. Gracias á la excelente disciplina del ejército, las huestes del Vístula estuvieron muy pronto en pie y preparadas para el combate.

La noche era muy tenebrosa, pues la luna se había ocultado detrás de espesas nubes, y parecía que habíamos renunciado á toda lucha por el pronto; mas de repente, á través de la densa obscuridad brilló como un relámpago que iluminó como la luz del sol y cuyo resplandor deslumbraba. «¡La luz eléctrica!,» gritaron todos después de un momento de pausa; mientras que cada cual procuraba desviar sus ojos de los brillantes rayos de luz que irradiaban de la lámpara inventada por la ciencia moderna para facilitar la obra destructora, como si el sol rehusase iluminar más tiempo la carnicería humana. Durante algunos momentos, aquella bola de luz que á todos deslumbraba vagó en el horizonte, como incierta sobre el punto en que debía fijar su foco, unas veces acercándose á nosotros y otras alejándose. Poco después, otras dos luminarias semejantes eleváronse desde alturas situadas á iguales distancias frente á nosotros, y entonces pudimos ver los compactos batallones enemigos franqueando las alturas pendientes. La luz eléctrica tiene la desventaja de que, si bien permite reconocer la posición del enemigo, también descubre al mismo tiempo la del amigo. Así sucedió en aquel caso; pero nuestros artilleros estaban alerta, y cuando el foco de luz, en su movimiento oscilante, iluminó á las tropas rusas que avanzaban hacia nosotros, los cañones alemanes tronaron, á la vez que se hizo un nutrido fuego de fusilería. Sin embargo, un momento después, un torrente de luz nos inundó con su deslumbradora refulgencia, y entonces las baterías rusas, situadas en varias eminencias, hicieron un fuego terrorífico y espantoso, aunque sus proyectiles, disparados desde un punto demasiado lejano, silbaron sobre nuestras cabezas sin causarnos daño alguno. Pero no sucedió lo mismo con el fuego de fusilería de nuestros enemigos, que intermitente al principio y muy continuado después, produjo terribles efectos en las filas alemanas, por lo cual se dió orden á toda la infantería de tenderse en el suelo.

Entre nosotros y la infantería enemiga el terreno presentaba una depresión algo más profunda que la que separa á Mont Saint-Jean de la Belle Alliance, y para nuestros enemigos tenía mucho valor por el hecho de que sus baterías, situadas á retaguardia en alturas, podían hacer fuego por encima de su infantería, mientras que ésta avanzaba contra nuestra posición.

Los rusos se adelantaban con la serenidad é impávido valor que les distingue, y al resplandor de la luz eléctrica vimos sus compactos batallones desplegándose en línea de batalla. Esto me hizo recordar el denuedo con que, sin la luz eléctrica, se precipitaron en otro tiempo por las resbaladizas pendientes de Inkerman.

Sobre el estampido de los cañones por ambas partes predominó el estruendo de la fusilería: en aquel momento habíase alejado la luz eléctrica, y no podíamos ver bien la respectiva posición del enemigo y la nuestra; pero cuando se acercó de nuevo, reconocimos un orden de batalla en que el mando era imposible y en que cada capitán debía hacer las veces de general. Llegó un momento en que los manipuladores de las luces eléctricas no pudieron iluminar nuestras líneas sin que nosotros viésemos también las suyas como á la luz del día; y entonces fué cuando nuestros soldados, aprovechando la oportunidad, produjeron terribles efectos con su nueva carabina.

Sin embargo, esto no pudo durar mucho tiempo, porque los cuatro soles de media noche que difundían su brillante luz desaparecieron de nuestro firmamento tan completamente como si hubieran sido antorchas sumergidas de pronto en un estanque de tinta, y su desaparición fué seguida de un breve período de penoso silencio que se extendió á todo el campo de batalla.

Ninguno de nosotros dudó de que aquello era obra del enemigo, el cual se proponía sin duda avanzar más hacia las líneas alemanas sin exponerse tanto á su fuego. De pronto todos experimentamos una vaga inquietud al oir cierto ruido metálico, y muy pronto reconocimos en qué consistía. Los rusos estaban calando sus bayonetas para atacar nuestra posición, y un momento después resonó la voz de mando *¡Aufpflanzen!* (¡calar bayonetas!), que fué repetida en nuestras filas.

Apenas se hubo restablecido el silencio, las luces eléctricas brillaron de nuevo sobre nuestras posiciones, convirtiendo la obscuridad en claro día, y entonces vimos á los rusos avanzando contra nosotros á manera de ondas irregulares, cada vez mayores, sin hacer aprecio del fuego de nuestras baterías, convertidas en volcanes, ni tampoco de la fusilería de nuestros infantes, que protegidos por sus parapetos hacían estragos en las filas del enemigo. No era posible que los rusos conservasen su orden de batalla bajo tales circunstancias, y ya comenzaba á producirse la confusión; pero los soldados del czar seguían estrechando la distancia entre ellos y nuestras trincheras, hasta que pareció llegado el momento en que caerían sobre nosotros para continuar el combate al arma blanca. Un momento después resonó un ruidoso grito entre los batallones rusos, y éstos se precipitaron sobre nosotros á bayoneta calada.

Pero cuando sólo estaban á veinte pasos detuviéronse en su marcha, como si les cerrara el paso una barrera invisible, mientras que las balas de nuestras carabinas de repetición llovían sobre ellos como el granizo, ocasionándoles terribles pérdidas. Aquella barrera se reducía á unos gruesos alambres doblados varias veces y sujetos fuertemente por delante de nuestras líneas atrincheradas, como medio defensivo contra la contingencia de semejante ataque. Esta era una de las innovaciones introducidas en el sistema de guerra de los alemanes, innovación que había sido recomendada al emperador algún tiempo antes.

Los rusos lanzaron un grito de rabia al verse detenidos así en su carrera, y aunque al fin destruyeron el obstáculo, el primer impulso de su carga disminuyó, debilitando su valor aquella mortandad. Lo peor para ellos fué que antes de que recobrasen su ímpetu, los alemanes, abandonando sus atrincheramientos, los atacaron á bayoneta calada.

Siguiéronse algunos momentos de lucha cuerpo á cuerpo, pero no tuve tiempo más que para observar que las valerosas, por no decir indomables tropas de Gourko, comenzaban á vacilar y á ceder ante el ímpetu de nuestros soldados. Entonces desaparecieron de nuevo las luces eléctricas, y el negro velo de la noche ocultó el sangriento drama.

En tales circunstancias érales imposible á los alemanes la persecución; pero volviendo á formar sus filas inmediatamente continuóse haciendo fuego contra el enemigo en retirada, hasta que al fin se dió la orden para que cesase.

Cuando amaneció pudieron verse los resultados de aquella batalla nocturna con todos sus horrores. Lo menos diez mil rusos, entre muertos y heridos, yacían enfrente de nuestras líneas, y una tercera parte de alemanes habían caído en nuestras trincheras ó cerca de ellas. Esta ha sido la primera verdadera batalla de la presente campaña, y en ella se han demostrado los destructores efectos de la nueva carabina de repetición.

(Continuará)

LA FLOR DEL REMORDIMIENTO

I

Bajo los altos árboles de Fontainebleau, junto á una de las sendas más ocultas y más sombrías del magnífico bosque, no lejos de la antigua carretera de París á Antibes, descansaba entre los helechos el joven pintor parisiense Roberto Parc un día de otoño de esos en que comienzan á caer las primeras hojas secas.

En aquellas inmensas bóvedas de follaje reinaba un profundo y religioso silencio. Rara vez allí los pájaros cantan, y Roberto buscaba entre aquel silencio y aquella soledad inspiraciones distintas de las que en París había recogido. No iba, sin embargo, como Teodoro Rousseau, á engolfarse de lleno en el seno de la naturaleza. Roberto Parc no cultivaba la escuela de Barbizón; era más *modernista*, pertenecía á la *joven escuela*. Pero, de vez en cuando, el nuevo arte, en el que había conseguido no pocos triunfos, le cansaba, y corría á refugiarse algunas horas en aquellos parajes misteriosos por donde aún parece que vagan las sombras de Rousseau y de Millet. Preciábase de artista del fin del siglo, aunque sin haber cedido al contagio de esa decadencia invasora que, bajo diversos nombres y falsas apariencias de modernismo, hace tantos estragos entre los pintores de nuestro tiempo.

Pedía sus secretos el joven artista parisiense á los troncos colosales, al claroscuro que envolvía el ramaje espeso, á la hierba reluciente que cubría la tierra y á las delicadas hojas de los arbustos que se destacaban bordando encajes primorosos sobre el fondo negro del bosque, cuando una forma humana graciosa y esbelta apareció en la senda misma junto á la cual descansaba Roberto.

Era una muchacha de quince años apenas. Avanzaba con paso ligero, sin creer ser vista por nadie, llevando un haz de leña bajo uno de sus brazos. Hubiérase dicho al verla aparecer que un rayo de primavera había de pronto brillado á través de aquel paisaje de otoño.

El artista, inmóvil, la veía avanzar. Cuando ya estuvo á pocos pasos de él, sintió la muchacha un estremecimiento, sorprendida por la inesperada presencia de un hombre en aquel sitio; mas el pintor apresuróse á tranquilizarla, exclamando:

–¡No tengas miedo! Voy á hacer tu retrato al instante. ¡Quieta! ¡Así! No te muevas...

La muchacha sonriendo, una vez que salió de su sorpresa, mientras Roberto cogía su paleta y sus pinceles, fué á dejar el haz de leña en el suelo; pero el artista, volviéndose hacia ella rápidamente, le dijo:

–¡No! ¡Así, sin moverte! ¡Verás qué retrato tan bonito sale!

–¿Será para mí?, se atrevió á preguntar la muchacha, ya tranquila y risueña, en tanto que el pintor parisiense copiaba, absorto en su obra, la gallarda figura de su modelo.

–Este no, á ti te haré otro, contestó el artista sin suspender un instante el trabajo. Este es para que París entero lo vea.

–¡Oh, París!, suspiró la joven.

–¿No has ido á París nunca?, siguió Roberto interrogándola maquinalmente.

–¡Jamás!, contestó la muchacha con marcada tristeza. ¿Es que las parisienses son guapas?

–No tanto como tú... ¿Cómo te llamas?

–Teresa.

–¡Vamos! Tú quisieras venirte á París, ¿no es verdad, Teresa?, continuó el artista, fijándose más en lo que hacía que en lo que hablaba.

–¡Ya lo creo! Pero eso es difícil, exclamó la muchacha, dando á sus grandes y azules ojos una expresión más viva.

–¿Difícil? ¡Pues París no está lejos! ¿Quisieras venirte conmigo?, murmuró Roberto, sin darse cuenta exacta de lo que decía, distraído por su trabajo.

–Eso no es posible, respondió Teresa con timi-

dez, sin perder ni un momento la postura en que seguía colocada.

– ¿Y por qué no es posible?

– Porque yo soy pobre aldeana y vos sois un caballero... Además, van á casarme al llegar el verano...

– ¿Con quién?

– No sé todavía.

– Explícame eso. ¿Vas á casarte y no sabes con quién?

– No sé si con Juan, con Luis, ó con Pedro... Mi tía me dice: «Ya tienes quince años y es preciso que el año que viene te cases; si Juan se casa con Luisa y Marta con Pedro, tendrás que casarte con Luis... Si es Luis quien se casa con Marta y Pedro con Luisa, tendrás que casarte con Juan... Luisa y Marta tienen dote; tú no lo tienes; el que se quede sin Marta y sin Luisa será tu marido.»

Roberto entonces dejó de pintar y la miró atentamente, no con ojos de artista, sino con ojos de enamorado.

Cuando después de una breve pausa volvió á pintar de nuevo, observó que la luz del día iba extinguiéndose. La noche en los bosques llega insensiblemente. Había que suspender el trabajo.

Teresa, dejando en el suelo su carga, se sentó en una piedra y reposó unos cuantos segundos para continuar su camino.

– ¿De dónde eres?, le preguntó Roberto, dirigiendo la vista á la luminosa figura cuyos bellos contornos en medio del lienzo se destacaban.

– De Barbizón. ¡Si vierais qué triste es Barbizón en invierno!

Roberto miró á Teresa y quedó encantado viendo la línea de su airoso cuerpo, apenas disimulada por su ligero y pobre vestido, contemplando sus serenos ojos, su boca bien dibujada y risueña y sus finos cabellos rubios anudados descuidadamente sobre la nuca.

Le asaltó la idea de coger aquella flor silvestre y trasplantarla á París para tenerla en su compañía... Pero Roberto no era sólo artista del fin del siglo, sino también hombre de su época, y dióse prisa á alejar de su mente una idea tan extraña. Teresa era una aldeana, sin instrucción, sin trato social, sin ideales; al hacerla suya y llevarla consigo á París, ¿no se echaría encima una cadena?

Como ya la noche llegaba, Teresa cogió de nuevo el haz de leña, despidióse del pintor y reanudó su marcha. A los pocos pasos, antes de ir á perderse entre los troncos de los árboles, volvió la cabeza y gritó riéndose:

– ¡Que no olvidéis mi retrato!

– ¡Vuelve por aquí mañana!, respondió el artista.

– ¡Volveré!, contestó Teresa.

Aún duraba el eco vibrante de su voz cuando ya su encantadora figura se había desvanecido.

II

Al día siguiente, el pintor esperó en vano. Al ver que pasaban las horas y que la joven no acudía, Roberto aprovechó el tiempo trabajando en el retrato, como si el modelo estuviera delante, merced á un esfuerzo de imaginación muy general en los artistas. Empezaba á soplar aquella tarde la fresca brisa otoñal, que gemía débilmente entre las ramas, y varias veces creyó Roberto sentir los pasos de Teresa... Pero el crepúsculo vino sin que la joven llegase.

Al regresar á Fontainebleau dominábale á Roberto una preocupación indefinible y la imagen de la muchacha de Barbizón se le aparecía entre las vagas sombras crepusculares, riendo y gritándole desde lejos: *¡Que no olvidéis mi retrato!*

Aquella noche no durmió y preguntóse continuamente por qué Teresa no habría ido al bosque.

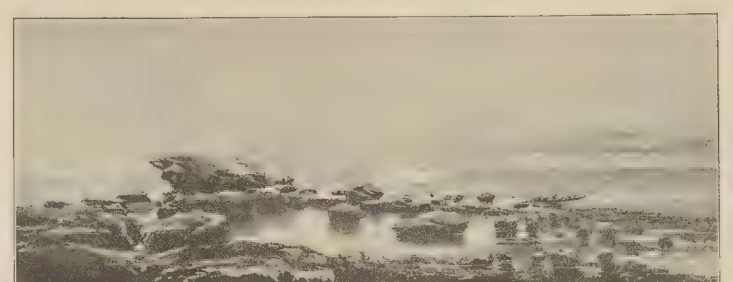
Concibió el propósito de salir para Barbizón en cuanto amaneciera.

Brilló el día y con la clara luz de la mañana calmóse la inquietud de su espíritu que fué causa de su insomnio. Echó una mirada hacia el bosque y otra hacia el ferrocarril. ¿Iría á París ó á Barbizón?... Oyóse el silbido de una locomotora, y después de vacilar un momento Roberto se dijo:

– ¡Acabaré el retrato en París! ¡Me acuerdo bien del modelo!

III
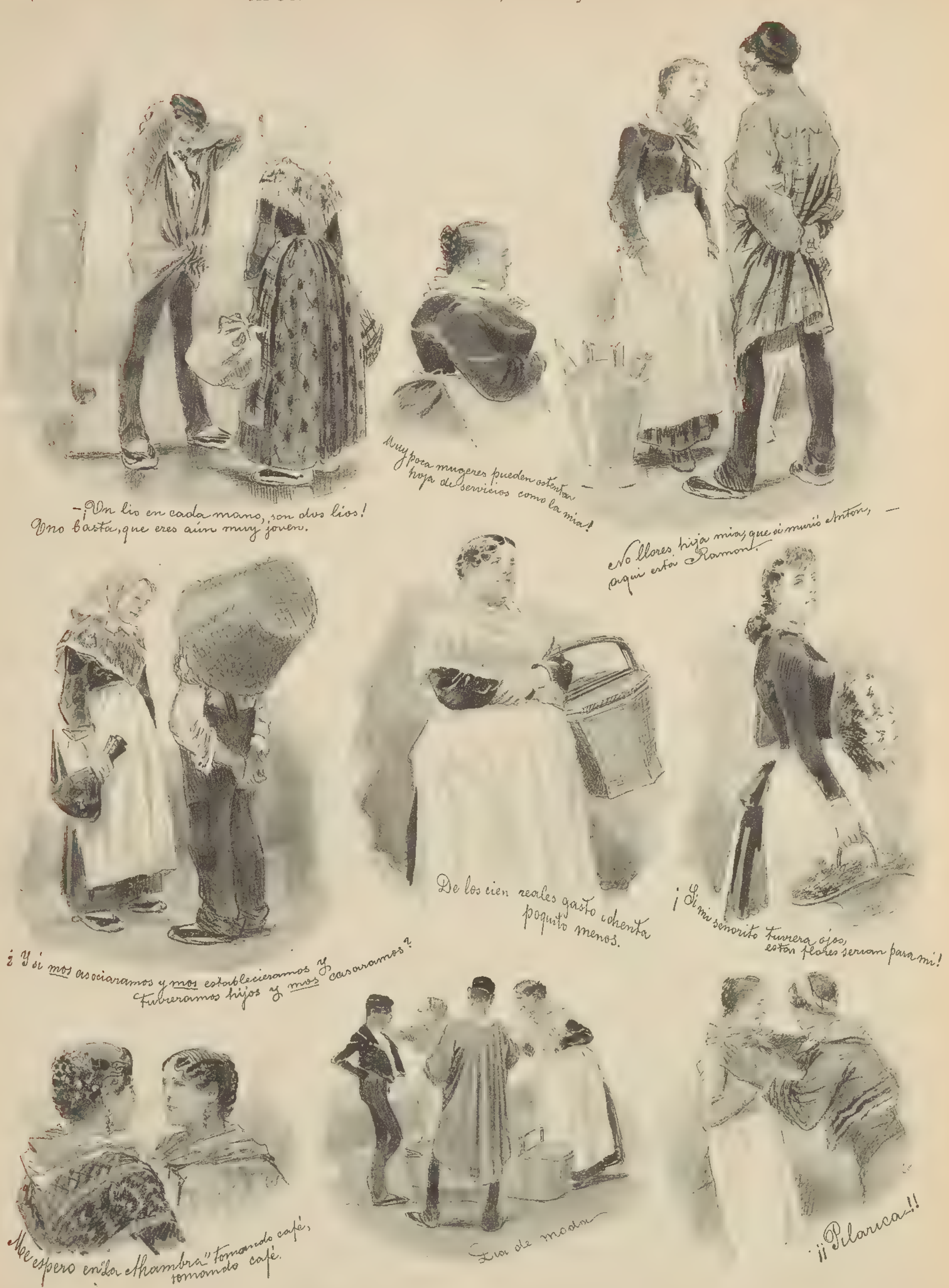
En la soledad de su estudio, cuya amplia galería de cristales domina el bulevar de Clichy, terminó en pocos días el retrato. Todos convenían en que era una de las obras más inspiradas de Roberto Parc. Elogiábase ante todo su naturalidad. La pureza de aquellas pupilas azules, la adorable sonrisa de aquellos labios purpurinos y el descuido con que en leves



BAJAMAR EN ROTA, cuadro de D. José Lafita. (Premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín)



SIESTA, cuadro de D. Félix Mestres. (Salón Parés.)



¡POBRES CHICAS LAS QUE TIENEN QUE SERVIR



¡POBRES AMAS LAS QUE OS TIENEN QUE SUFRIR!

ondas caían algunos rizos de la rubia cabellera, acariciando las blancas sienes de la muchacha, formaban un conjunto artístico de primer orden.

Ofreciéronsele al artista crecidas sumas por los más ricos aficionados á quienes enseñó su obra. Mas el pintor había renunciado á venderla, había resuelto decididamente que aquel retrato no saliese de su estudio.

De tal manera fué encariñándose con él, que cada vez que un desengaño de amor vertía en su corazón la amargura, iba á consolarse viendo el retrato de Teresa y creyendo aspirar el aroma que del inmenso bosque se exhala bajo la bóveda colosal de espeso ramaje, cerca del viejo camino de París á Antibes.

IV

Pasados los tristes é innumerables días de lluvia del invierno parisiense, lució la primavera. Los primeros rayos del sol daban al retrato de la joven una animación y una vida extraordinarias. Cierta mañana de abril, en que soplaba entre las hojas nacientes una tibia y dulce brisa, mensajera del buen tiempo, Roberto comprendió al cabo que amaba á Teresa y dispuso su viaje para Barbizón, lamentando los meses que había perdido en estériles dudas. Iban á casar á la joven en llegando el verano; pero él se adelantaría al tosco y rudo campesino á quien iban á entregarla.

Salió para Fontainebleau; sin detenerse atravesó el bosque, y al bajar á la aldea de Barbizón, cuando ya se veían las primeras casas en el fondo de la ancha avenida, preguntó por Teresa á un leñador que trabajaba al borde del camino.

– ¡Oh!, contestó el buen hombre. ¡Hace ya mucho tiempo que no está en Barbizón!

– ¿Pues adónde ha ido?

– Creo que á Thomery.

Roberto se volvió atrás sin entrar en la aldea y emprendió el camino de Thomery. El leñador miróle con profunda extrañeza antes de ponerse de nuevo al trabajo.

– ¿Se habrá casado ya?, interrogábase el viajero con angustia, caminando de prisa hacia Thomery.

Al llegar al pueblo preguntó por Teresa á una anciana.

– ¡Ay! ¡Yo la he tenido en mi casa á la joven de Barbizón!, contestó con voz doliente la viejecita. ¡Pobre muchacha! Un hacendado de Moret la encontró en el bosque y abusó de ella. Luego la dejó abandonada. Yo la recogí y la tuve conmigo hasta que de dolor cayó enferma y se la llevaron al hospital de Melún.

Salió Robertó para Melún, febril, agitado. La desgracia de que Teresa fué víctima aumentó el amor que sentía en su pecho.

En el hospital de Melún le dijeron al preguntar por la joven:

– ¿Veis allí, á la sombra de aquellos cipreses una cruz entre la hierba? ¡Allí está enterrada Teresa, la joven de Barbizón!

Roberto corrió á la tumba y en vano por allí buscó flores con que adornar la cruz que entre la hierba se levantaba. Sólo al pie de un ciprés encontró una florecilla medio salvaje, rara, sombría y triste. Como no había otra, la cogió y la puso en la cruz, sobre la tumba de su amada.

Desde entonces, al pie del retrato de Teresa se ve pintada una florecilla silvestre, de azuladas hojas y de débil tallo, y cuando se le pregunta al pintor:

– ¿Qué flor es esa?

Él os contesta conmovido:

– ¡Es la flor del remordimiento!

ERNESTO GARCIA LADEVESE

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Varios pintores trabajan actualmente en un panorama colosal que figurará en la Exposición Universal de Chicago. El lienzo, que representará una vista de los Alpes berneses, tendrá 17 metros de altura por 115 de ancho y su coste se calcula que pasará de 1.500.000 pesetas.

– El conocido empresario de Londres Sir A. Harris ha contratado en Alemania una excelente compañía de ópera que en el próximo verano actuará en la capital inglesa poniendo en escena *Fidelio*, de Beethoven, *Tristán é Isolda y El anillo de los Niebelungos*, de Wagner, que se cantarán por primera vez en Inglaterra en alemán.

– El editor inglés J. Stahl se propone publicar una colección de fotografías que reproduzcan en tamaño natural los objetos ó fragmentos de éstos existentes en el *South Kensington Museum* de Londres. De las 2.000 hojas que comprenderá aquélla, están ejecutadas ya 1.500: la primera serie está exclusivamente dedicada á motivos de ornamentación plana, como tejidos, bordados, encajes, tapices, losetas, etc.

– En Viena se está celebrando una brillante Exposición de tapices, en la que han cooperado la corte, la aristocracia, los aficionados y los industriales: constitúyenla 200 ejemplares antiguos y 300 modernos que forman un resumen histórico completo de esa interesante industria. Hay entre ellos un tapiz regalado por Pedro el Grande á Carlos VI, que es una maravilla, un verdadero cuadro tejido con seda, oro y plata en Prusia en el siglo XV, que mide 6'91 metros de alto por 3'21 de ancho. Esta exposición obedece al deseo de que renazca una industia antes floreciente, y á ello tiende también la escuela existente en Viena para estudiar los modelos antiguos.

– El escultor dinamarqués Hasselriss ha terminado en Roma el modelo de un monumento que le ha encargado el rey de Dinamarca para conmemorar sus bodas de oro, que celebrará en mayo del presente año, y en el cual está representada toda la real familia. Sobre un basamento de granito álzase la figura simbólica de Dinamarca, rodeada de tres leones, que ostentan los escudos de Inglaterra, Rusia y Grecia. Alrededor del basamento hay más de 50 medallones de bronce con los retratos en relieve del emperador y de la emperatriz de Rusia, del príncipe y de la princesa de Gales, del rey y de la reina de Grecia, del duque y de la duquesa de Cumberland y de todos los descendientes de estas cuatro familias. En el monumento se verán además las tres coronas de Rusia, Inglaterra y Grecia.

– El ayuntamiento de Lyón ha votado 20.000 pesetas para la erección de un monumento á Pedro Dupont, cancionero de aquella ciudad, habiéndose además recogido por suscripción pública 15.000.

– La octava exposición de la Unión Artística de Tolosa se inaugurará el 15 del próximo marzo.

– El comité central de la próxima Exposición internacional de Bellas Artes de Munich se compone de los pintores Baur, Defregger, Gross, Holmberg, Kaulbach, Klonze, Moller, Nonnenbruch, Papperitz, Simm, Sticler y Tobler; de los escultores Ruemann y Zumbusch, del arquitecto Schmidt y del secretario de la Asociación el consejero real Adolfo Paulus. Como delegados han sido designados: del gobierno, el consejero Wehner, y de la Real Academia de Artes plásticas, los pintores Dietz y Gysis, el escultor Eberle y el grabador Raab.

– Existe en Francia una sociedad de artistas y literatos verdaderamente regional y descentralizadora: titúlase *Sociedad artística y literaria del Oeste*, comprende cuatro provincias, Bretagne, Anjou, Maine y Poitou, y su objeto es «agrupar en un solo haz á todos los que en el Oeste pueden contribuir á la gloria de su país desarrollando ó protegiendo las artes, las ciencias y las letras.» Su fundador, M. Olivier Merson, el reputado crítico, ha sido obsequiado recientemente en París con una fiesta de carácter íntimo por los miembros de esa asociación y con un magnífico álbum donde figuran trabajos de los más reputados maestros.

– A primeros de abril se inaugurará en Berlín una Exposición de obras de arte de la época de Federico el Grande. Este certamen, organizado por la Sociedad histórico-artística, comprenderá los siguientes grupos: porcelanas, muebles, bronces, tapices, cuadros, miniaturas y otros objetos de arte.

– Para el monumento nacional que se trata de erigir en honor de Bismarck se han recaudado ya más de 1.200.000 pesetas.

– La policía de Cherburgo ha descubierto á un cierto dorador llamado Tesson que desde hacía mucho tiempo se venía dedicando á falsificar cuadros de Millet: los lienzos falsificados habíalos vendido á las personas pudientes del país y algunos fueron enviados á Inglaterra.

– El gobierno turco ha votado la cantidad de 70.000 pesetas para la restauración de los santuarios de los patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y José en la población de Haiii.

Teatros. – En el teatro Libre de París se han estrenado dos comedias en tres actos, tituladas: *Blanchette* y *L' envers d' une sainte*: la primera es una censura contra los padres que dan á sus hijos una educación superior á la que su clase exige, y la segunda, pobre de acción, es un estudio psicológico con verdadero interés dramático, de la vida moral de los varios personajes que en la obra figuran. Ambas han tenido buen éxito.

– En el teatro de la Comedia Francesa ha alcanzado un éxito extraordinario un drama histórico en cinco actos y siete cuadros de Juan Richepin, *Par le glaive*, escrito en hermosos versos y de argumento en extremo interesante.

– En el teatro Lessing de Berlín se ha estrenado con el título *Der unerbittliche* (El inexorable) la comedia de D. José Echegaray *Un crítico incipiente*: el éxito obtenido ha sido lisonjero.

– El renombrado artista de la Comedia Francesa Coquelín se encuentra actualmente en Milán, desde donde pasará á Venecia, Trieste, Gratz, Viena, Praga, etc. En marzo dará sus representaciones en Constantinopla y en Rusia, y durante el mes de mayo en Inglaterra.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Monchir-ed-Doulé, ministro de Justicia y de Comercio en Persia, gran visir, esposo de la hija mayor de Schah y muy amigo de Francia.

Federico Hiddemann, célebre pintor de género de la escuela de Dusseldorf: comenzó su carrera artística dedicándose á la pintura histórica, que abandonó por la de costumbres populares, en la que obtuvo grandes éxitos.

La princesa Luisa de Baviera, viuda del duque Maximiliano, madre del emperador de Austria, de la ex reina María de Nápoles y del archiduque Carlos Teodoro.

Carlos Haddon Spurgeon, famoso predicador inglés de la secta de los baptistas, sumamente caritativo y dotado de excepcional elocuencia: la mayor parte de sus hermosos sermones han sido coleccionados y constituyen un verdadero monumento de literatura sagrada.

El general francés Schmitz, que hizo las campañas de Africa, Crimea, Italia y China y fué jefe del estado mayor del general Trochu durante el sitio de París; era gran cruz de la Legión de Honor y contaba cuarenta y siete años de servicios.

Alexandro Rhisos Rhangavis, conocido en el mundo literario con el seudónimo de Rangabé, ex ministro de Relaciones exteriores de Grecia, embajador de Grecia en Wáshington, Berlín y París y notable publicista.

Emilia Flygare-Carlén, novelista sueca cuyas interesantes narraciones gozan de gran fama, no sólo en su patria, sino en el extranjero.

Morel Mackenzie, célebre médico inglés que asistió en sus últimos tiempos al emperador Federico de Alemania.

El P. Schynse, misionero alemán que desde 1882 formaba parte de la Sociedad de Misiones del Africa ecuatorial; prestó primeramente servicios en las casas misioneras de Argel, Lila y Bruselas hasta que en 1885 marchó al Congo, no cesando desde entonces en su propaganda evangélica entre aquellos pueblos salvajes, donde más de una vez corrió peligro su vida.

Varia. – En el gran concurso internacional de tiro de palomos verificado en Monte-Carlo ha resultado vencedor el conde Trauttmansdorff, austriaco, quien ha ganado además del objeto de arte, que consistía en un magnífico servicio de plata para te, un premio en metálico de 18.340 pesetas. Los otros tres campeones que compartieron con él el premio en dinero fueron el barón de Pret, belga, y MM. Drevon y Verdaveine, franceses.

– Un industrial de los Estados Unidos se propone hacer ejecutar durante la Exposición de Chicago, varias piezas con 400 pianos á la vez: una sola pianista tocará en uno de los instrumentos unidos entre sí por una corriente eléctrica merced á la cual todos producirán simultáneamente los mismos sonidos.

NUESTROS GRABADOS

D. Alvaro de Bazán, estatua de D. Mariano Benlliure. – Como todas las obras producidas por nuestro renombrado compatriota, la estatua del primer marqués de Santa Cruz, que ha poco se inauguró en la plaza de la Villa, de Madrid, es una escultura por todo extremo notable, así por la digna y severa actitud con que representa la noble figura del héroe de las Terceras, como por los primorosos detalles de ejecución que en la armadura del conquistador del Peñón de la Gomera se descubren, cualidades todas ellas que justifican los unánimes y entusiastas elogios que críticos é inteligentes prodigaron al celebrado escultor que, joven todavía, ha llegado á ser una de las personalidades más salientes de nuestro mundo artístico.

Estudio de J. F. Engel. – El nombre de este pintor alemán no es desconocido para los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que, entre otros, recordarán sin duda sus cuadros *El regreso de la abuelita* y *Día de fiesta*. De menos vuelo que éstos, aunque en su género de no menor valía, es el estudio que hoy publicamos, en el cual se advierten desde luego todas las condiciones que, hasta en la labor más sencilla, acreditan al verdadero arartista.

Bajamar en Rota, cuadro de D. José Lafita (premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín). – Al igual de Cusachs, Navarro y otros más, José Lafita es uno de tantos distinguidos oficiales de nuestro ejército, que ha logrado singularizarse cultivando con entusiasmo la pintura. Lafita, aunque militar, no se ha dedicado especialmente á la representación de asuntos ó tipos que recuerden su profesión, ya que ha buscado en la naturaleza, en el mar, el tema constante de sus estudios, logrando merecido renombre de entendido marinista. Las varias Exposiciones nacionales y extranjeras á que ha concurrido y las recompensas que han alcanzado sus lienzos demuestran su competencia y las cualidades que posee para el género que cultiva. El bonito cuadro que publicamos, premiado en la última Exposición de Berlín, que representa la bajamar en Rota, es no sólo un interesante estudio, sino también una nota agradable y simpática, impregnada de esa poesía especial que se observa en los puertos andaluces.

Siesta, cuadro de D. Félix Mestres (Salón Parés). – Desde que Mestres expuso su primera obra hace pocos años, periódicamente ha ido dando muestras de sus adelantos y labriosidad por medio de interesantes estudios y nuevas producciones. El bonito lienzo que acaba de exponer en el Salón Parés y que reproducimos revela un progreso, pues en él ha podido el joven pintor Sr. Mestres vencer dificultades y sostener armónicamente, sin desentonación, la variedad de matices y el contraste de luz que ofrece la del sol á través de los árboles y la que se refleja sobre la dormida niña á través de la tela del quitasol que la cobija.

El lienzo figura en una de las colecciones particulares de Barcelona.

Dibujos del natural, por D. José Llovera. – Aunque tomados de los modelos que nuestra ciudad ofrece en las primeras horas de la mañana en los alrededores de nuestro principal mercado, los ejemplares reproducidos por nuestro querido colaborador Sr. Llovera no serán seguramente nuevos ni aun para aquellos de nuestros lectores que no conozcan *de visu* lo que son las domésticas barcelonesas. Débese esto á que la especie presenta en todas partes los mismos caracteres, usos y costumbres; pero débese también y muy principalmente á la maestría con que el artista ha sabido sintetizar en unas cuantas figuras los rasgos más salientes de toda la clase, merced á un espíritu de observación y de asimilación que ha hecho del Sr. Llovera uno de nuestros dibujantes y pintores más estimados. Su composición, además de ser copia fiel de la realidad, rebosa esa gracia y esa intención á que tan bien se presta el asunto y lleva el sello de elegancia, que es la característica del autor y del que no puede desprenderse ni aun tratándose de tipos esencialmente democráticos.

Leon Bonnat, presidente de la Sociedad de Artistas franceses. – Discípulo de D. Federico Madrazo y de León Cogniet, obtuvo Bonnat en 1857 un segundo premio en el concurso de Roma, viajó luego por Oriente y ganó medallas en los Salones de 1861, 1867 y 1869, en este último la de honor; fué condecorado con la Legión de Honor en 1867 y promovido á oficial en 1874. Hace poco ha sido elegido presidente de la Sociedad de Artistas franceses, uno de los honores más codiciados entre los que en Francia se dedican á las Bellas Artes. Entre sus principales obras merecen citarse *Adán y Eva hallando á Abel muerto*, que figura en el Museo de Lila; *Peregrinos á los pies de la estatua de San Pedro*, existente en la iglesia de San Pedro de Roma; *La Asunción*, destinada á la iglesia de San Andres, de Bayona; *Mujer fellah y su hijo*; *Una calle de Jerusalén*; *Cristo*, que ocupa lugar preferente en una sala del Tribunal de lo criminal; un magnífico retrato de *M. Thiers*, y la *Juventud de Sansón*, que tan admirado fué en el último Salón de París y que oportunamente reprodujimos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE.—ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

—Permaneceré aquí, contestó Pendleton, no sin vacilar al pronto, ó más bien, no saldré de Europa hasta que la señorita Argüelles se halle... establecida..., quiero decir, añadió, corrigiéndose al punto, hasta que haya completado su educación extranjera y se familiarice con los usos y costumbres. Debo advertir á usted, amigo Hathaway, que me he constituído en cierto modo guardián de mi ex pupila. Yo ya soy viejo para alternar con los jóvenes pretendientes; pero entre los hombres de edad puedo pasar inadvertido. De todos modos, velo sobre la señorita Argüelles, y me considero responsable de ella, aunque, como es natural, tiene otros amigos y conocimientos más propios para su edad y sus inclinaciones.

—Supongo que no echará de menos la residencia del Rosario y que estará satisfecha de su protector, replicó Pablo con acento de convicción.

—Sí, amigo mío, presumo que sí, repuso el coronel con lentitud; pero algunas veces he pensado que sería mucho mejor que se cuidase de ella una señora de cierta edad é instruída. Creo que es la costumbre aquí. Matilde Woods es tan joven como Hierba; doña Ana es más entrada en años; pero el diablo me lleve si no tiene la cabeza tan ligera como una niña traviesa. Quiero decir que carece de la suficiente formalidad, y que no la considero capaz de sacrificarse por nadie.

—¿De manera, preguntó Pablo, que doña Ana viaja con ustedes?

—Sí, ella y su hermano D. César; he consentido en ello porque me parece conveniente que se vea á la señorita Argüelles bien acompañada. En cuanto á mí, ¿querrá usted creer que muchos me han tomado por dictador de alguna de las turbulentas Repúblicas de la América del Sur, creyendo que soy dueño de uno ó dos millones de negros como Jorge?

Aunque el coronel se mostró más comunicativo durante la cena, no hizo la menor alusión referente al parentesco de su ex pupila, ni confidencia alguna, por lo cual Pablo presumió que la situación seguía siendo la misma que tres años antes. Pendleton habló de la popularidad de la señorita Argüelles como rica heredera y mujer encantadora, que era objeto de las más delicadas atenciones. No dudaba que había rechazado los más ventajosos partidos, por más que no le dijese una sola palabra sobre el particular, y reconocía su derecho de elegir lo que más le conviniera. Aunque mujer sensible, disgustábanle las lisonjas ó la adulación; no se le ocultaba lo que valía; y cuando encontrara el hombre que satisficiera su ambición y comprendiese su carácter, se casaría; pero no antes.

—Yo ignoro, continuó el coronel después de dar estos detalles, cuál será su ambición; solamente sé que el año pasado, cuando fuimos á visitar los lagos de Italia, cierto príncipe... no creo necesario citar nombres, cierto príncipe, repito, no solamente se mostró muy atento con la señorita Argüelles, sino que me dirigió preguntas muy significativas. Aquella fué la primera y única vez que hablé con mi ex pupila sobre semejante asunto; y sabiendo que no le era indiferente el príncipe, persona muy recomendable por cierto, preguntéle por qué no escuchaba sus proposiciones. «Mi pretendiente, dijo la señorita Argüelles sonriendo, no puede casarse sin renunciar á sus derechos de sucesión sobre una casa reinante, y yo no debo consentir en tal cosa.» Tales fueron sus palabras, amigo Pablo, y solamente puedo añadir que el príncipe marchó á los pocos días y no volvimos á verle. Debo advertirle también que mi ex pupila está perfectamente enterada de todo cuanto se refiere á las casas reales y á la nobleza; sabe cuáles son los privilegios de los duques, condes y marqueses; podría indicar el valor de sus dominios y á cuánto ascienden sus deudas, y conoce muy bien sus derechos. En el Rhin encontramos un joven lord inglés, cuyas niñadas y franco carácter parecieron complacer á la señorita Argüelles, é hiciéronse muy amigos; pero el joven noble quería que yo indujese á mi ex pupila á ir á visitar á la madre del pretendiente, en Inglaterra, á fin de que la viesen. La señorita Argüelles no quiso que la pasaran en revista, y contestó al lord que á él era á quien correspondería ir á ver á *su* madre, si...

—¿Eso dijo?, interrumpió Pablo, mirando fijamente á Pendleton.

—Si la tuviera, caballero, si la tuviera, añadió el coronel apresuradamente, pues ya se sabe en general que la señorita Argüelles es huérfana.

Siguióse un instante de silencio: el coronel, apoyándose en el respaldo de su silla, se retorció el bigote; mientras que Pablo, mirando á otra parte, parecía absorto en sus reflexiones. Un momento después Pendleton tosió, retiró á un lado su vaso y miró á Pablo con expresión grave.

—Amigo Hathaway, dijo al fin, quisiera pedirle á usted un favor.

Era tan singular el cambio de tono en la voz, que Pablo miró sorprendido á su interlocutor, y hasta temió que hubiera sufrido repentinamente alguna perturbación moral ó física, lo cual podía explicarse por su avanzada edad.

—Mucho me complacería poder servir á usted en algo, amigo mío, contestó apresuradamente.

—Durante el tiempo que usted permanezca aquí, prosiguió el coronel, apenas es posible que no encuentre á la señorita Argüelles, y acaso suceda esto con frecuencia. Sería muy extraño que no fuese así, y seguramente daría qué decir. Prométame usted, bajo su palabra de caballero, que no hará la menor alusión á su pasado, ni hablará del asunto que usted sabe.

Pablo miró fijamente al coronel.

—Puede usted estar seguro, replicó, de que no tenía intención de hacerlo, pues creía que ese asunto estaba ya arreglado por usted de modo que no pudiera producirse dificultad alguna. ¿Debo entender que Hierba ha manifestado alguna inquietud sobre el particular? Por lo que me ha dicho usted respecto de sus planes y ambición, no puedo suponer que sospeche nada sobre los hechos verdaderos.

—Ciertamente que no, se apresuró á contestar el coronel; pero de todos modos, usted me ha dado ya su palabra.

—Le prometo, repuso Pablo después de una pausa, que no me referiré en lo más mínimo á esa cuestión, y que si Hierba me hiciera alguna pregunta de nuevo sobre el particular, lo cual es casi imposible, nada revelaré sin el consentimiento de usted.

—Muchas gracias, contestó Pendleton, sin mostrar aparentemente sincera satisfacción. Mi ex pupila llegará mañana.

—Creo que usted me dijo que estaría ausente algunos días.

—Sí, pero vuelve para despedirse de doña Ana, que también debe llegar con D. César, á fin de marchar después á París

Pablo pensó de repente que la última vez que vió á Hierba fué en compañía del mejicano, lo cual no era una coincidencia agradable; mas no echó de ver que esto le producía mal efecto hasta que observó que el coronel le miraba.

—Supongo, dijo Pendleton, que nada le importa á usted el hermano.

Pablo estuvo á punto de confesar sus primeras sospechas sobre D. César; mas el temor de suscitar de nuevo la cuestión que el coronel parecía interesado en eludir le impuso silencio.

—No recuerdo, dijo, si he tenido alguna razón para mirar con malos ojos á D. César; pero lo sabré cuando vuelva á verle.

Con esto se dió al parecer por terminado el diálogo.

Pocos momentos después, el coronel llamó á Jorge, que estaba sin duda en alguna habitación lejana, y levantóse para despedirse.

—La señorita Argüelles, con su doncella y su criado, dijo, ocuparán sus antiguas habitaciones. Jorge ha dado ya las instrucciones necesarias, y yo permaneceré donde estoy; pero, como es natural, vendré aquí todos los días. ¡Buenas noches!

VI

A la mañana siguiente Pablo no pudo menos de observar que los dependientes del hotel le hablaban con un respeto exagerado. Preguntaban si *Su Excelencia* deseaba almorzar solo en su habitación; y el obsequioso mayordomo pareció extrañar que accediese á tomar el café con los demás en el salón público, adonde le precedió, dándole el título de *milord*.

Suponiendo que Jorge y Pendleton tendrían algo que ver con esta extravagancia, propúsose informarse cuando volviera á verlos; y por más que apenas se atreviera á confesárselo, la inesperada perspectiva de ver otra vez á Hierba preocupaba del todo su pensamiento. Desde su salida de California había alimentado la vaga esperanza de encontrar á la hermosa joven en algún punto de Europa; mas no podía imaginar que fuese tan pronto y de una manera tan sencilla.

Acababa de volver de su paseo de la mañana, y entregábase á sus reflexiones, arrellanado perezosamente en un sofá, cuando oyó un golpecito en la puerta; un momento después abrióla el criado, y adelantóse llevando una bandeja de plata con una tarjeta.

Pablo la cogió, estremeciéndose ligeramente, no porque acabase de leer el nombre de «María Concepción de Argüelles de la Hierba Buena,» sino porque en aquel momento recordaba el carácter de letra de la joven, que en la tarjeta había escrito con lápiz estas palabras: «Solicita el favor de una entrevista con Su Excelencia el subgobernador de las Californias.»

Pablo fijó en el criado una mirada interrogadora.

—La señorita espera en su salón, dijo el camarero; si Su Excelencia se digna pasar, tendré el honor de indicarle el camino. Está muy cerca.

Pablo siguió á su guía con cierto asombro; la puerta de la habitación más próxima estaba abierta, y permitía ver una sala lujosamente amueblada; una mujer encantadora que al parecer escribía, levantóse al punto y se adelantó con la sonrisa en los labios y la mano tendida: era Hierba.

Con su traje de viajera, su gracioso sombrero de color gris y su manto, la joven parecía tan hermosa como la última vez que la vió; y no obstante, Pablo experimentó cierta amargura al observar la familiaridad y donaire con que vestía, según la última moda parisiense, como si nunca hubiese usado el traje de su país. Por un momento recordó la sencillez encantadora con que la joven vestía cuando la vió en la casa del Rosario; pero esta idea se desvaneció al punto apenas Hierba pronunció una palabra.

—Confiese usted, dijo, que he sido muy atrevida, suponiendo que se hubiera tratado de otra persona, de una verdadera Excelencia, ó Dios sabe quién. Y lo peor es que, en medio de su ostentación, podía usted haber olvidado fácilmente á una de sus más humildes, aunque más fieles súbditas.

Al decir esto, la joven hizo una burlona reverencia, que aun en su encantadora exageración reveló á Pablo que ya habría hecho anteriormente otras más formales.

—Pero ¿qué significa todo esto?, preguntó, sintiendo desvanecer sus dudas y pareciéndole que no habían podido mediar tres años de separación desde la última vez que vió á Hierba. Anoche me acosté como humilde ciudadano y esta mañana se me considera como un gran personaje. ¿Me han nombrado por ventura Comendador de alguna Orden, ó estoy soñando? ¿Me será permitido rogar á usted que me dé la explicación, si es que puede?

—¿Quiere usted decir que no ha leído aún el *Anzeiger*?, preguntó la joven, tomando un diario alemán que estaba sobre la mesa y señalando un párrafo.

Pablo leyó rápidamente, y en una lista de los viajeros que acababan de llegar vió que se había comprendido su nombre: «Su Excelencia Pablo Hathaway, subgobernador de las Californias.» Entonces se aclararon de repente sus dudas.

—Esta es obra de Jorge, dijo, á quien vi anoche con el coronel.

—¿Conque ya han hablado ustedes?, preguntó con una ligera alteración en el tono, que no pasó inadvertida para Pablo.

— Sí, contestó, le encontré en el teatro anoche.

Y ya iba á referir la escena que presenció, pero contúvose sin saber por qué; y un momento después pudo alegrarse de ello.

— Entonces todo se explica, dijo la joven, encogiéndose de hombros con infinita gracia. Ya tuve que reconvenir á Jorge una vez por haber hablado de mí hace tres meses; y el coronel, que parece completamente sometido á su criado hasta para hablar, no le ha reprendido nunca sobre este punto.

— Jorge podrá exagerar, en concepto de usted, al elogiarla ante sus amigos, pero seguramente bien se justifica cuanto él pueda decir.

Hierba, que comenzaba á quitarse el sombrero, detúvose un instante para mirar á Pablo con aire pensativo.

— ¿Le ha dicho á usted el coronel muchas cosas de mí?, preguntó.

— Muchas, y hasta creo que no hemos hablado de otra cosa. Por él he sabido los triunfos de usted, sus campañas y sus conquistas; pero sin duda no me lo ha dicho todo, y ardo en deseos de saber más.

La joven había dejado su sombrero sobre la mesa y volvió á sentarse.

— Quisiera, dijo, pedir á usted un favor.

— Concedido desde luego.

— Muy bien: este favor se reduce á que no me hable más de semejante asunto; figúrese que acabo de llegar de California, ó más bien, imagínese que no ha sabido nada de mí y que me encuentra por la primera vez. Sin duda se apresuraría usted á complacer á cualquiera señorita que le pidiera semejante merced, y de consiguiente, debo esperar que accederá á lo que solicito Segura estoy de que no ha pensado una sola vez en mí desde la última que nos vimos... No, permítame concluir, añadió, al ver que Pablo iba á interrumpirla. ¿Por qué, pues, me ha de hablar de lo que no parecía interesarle entonces? Prométame no evocar recuerdos, y yo, en cambio, no solamente no le molestaré con mis reminiscencias, sino que procuraré que no lo hagan los demás. Hábleme usted de sí mismo y de su porvenir, de todo menos de mi persona, y yo olvidaré á los príncipes y barones que tanto entusiasman al coronel, para consagrarme solamente á usted mientras permanezca aquí. ¿Le conviene esto á Su Excelencia?

Con las rodillas cruzadas, apoyando la mano en ellas é inclinando su silla hacia adelante, en la misma actitud en que Pablo la vió en la casa del Rosario, esperaba la contestación.

— Perfectamente, contestó Hathaway.

— ¿Cuánto tiempo estará usted aquí?

— Unas tres semanas; creo que es el tiempo necerio para mi restablecimiento.

— ¿Está usted verdaderamente enfermo, repuso Hierba con acento tranquilo, ó es que se lo imagina?

— Viene á ser lo mismo; pero mi curación podría abreviarse, añadió, fijando una mirada brillante en su interlocutora.

Hierba no separaba sus ojos de Pablo, y los dos se miraron silenciosamente durante breves momentos.

— Es decir, dijo la joven al fin, que está usted mejor de lo que pensaba. Muy á menudo sucede así. En fin, añadió, cambiando de tono, ya estamos convenidos. Puede usted hacer el uso que guste de esta sala y entrar y salir cuando le convenga. ¡Ah! Todavía podríamos hacer hoy alguna cosa. ¿Qué le parece un paseo por el bosque á caballo esta misma tarde? Matilde no ha llegado aún; pero esto no impide que usted me acompañe, por más que llamemos la atención.

— Pero, replicó Pablo, tengo entendido que usted espera visitas; D. César... quiero decir, doña Ana y su hermano deben venir á despedirse.

Hierba miró á Pablo con expresión de curiosidad, pero sin manifestar la menor emoción.

— El coronel Pendleton, repuso con acento tranquilo, debió añadir que se hospedarían aquí esta noche; y como es de presumir, nosotros volveremos antes de la hora de comer; pero nada tiene usted que ver con esto, y bastará que venga á las tres. Yo me cuidaré de los caballos, pues con frecuencia alquilo alguno para pasear, y todos conocen aquí ya mis aficiones y costumbres. La excursión será deliciosa; hablaremos mucho, y le enseñaré unas ruinas que he visitado.

Así diciendo, ofreció su mano con infantil sonrisa; Pablo se inclinó, estrechándola afectuosamente, y despidióse.

Cuando estuvo en su habitación, solamente pensó en evitar á toda costa otra entrevista con el coronel hasta después de su paseo con Hierba. Cumpliría su palabra de no hacer la menor alusión respecto á la familia de la joven ó á su pasado, asunto de que, en su concepto, era ya inútil tratar; mas esperaba, gracias á su conocimiento de los hechos, hallar medio para averiguar cuáles eran las ideas de la joven, ó granjearse su confianza durante el paseo. Aceptaría de todos modos sus condiciones, y si se había trazado últimamente algún plan, lo descubriría. En el caso de que Hierba se interesara por él de algún modo, no era posible que persistiera más tiempo en su amistad ficticia, y en una palabra, juzgaba ya indispensable aclarar la situación.

Ausentándose del hotel, evitó fácilmente la visita de Pendleton hasta la hora señalada, y llegado el momento, acudió presuroso á la cita. Hierba se había vestido muy sencillamente, como si comprendiera que esto sería más del gusto de Pablo y más propio para no llamar la atención; pero aquella sencillez realzaba más aún su belleza. Pablo agradeció la atención, y aunque, como la mayor parte de los admiradores artísticos del bello sexo, no considerase que la mujer á caballo fuese un espectáculo armonioso, no pudo menos de enmudecer ante los encantos de la linda amazona.

Los dos jóvenes eran diestros en la equitación, porque habían aprendido en buena escuela; los caballos, reconociéndolo sin duda así con su peculiar instinto, obedecían dócilmente á la mano, y la conversación, comenzada muy pronto, prosiguió sin la menor interrupción. Pablo, recordando la anterior indicación de su compañera, habló solamente de sí propio, de su posición y de sus esperanzas; dijo que su salud le había obligado últimamente á renunciar por algún tiempo á la política y á las ocupaciones; que gracias á su buena suerte en ciertos asuntos, era socio de un Banco muy acreditado, y que por el pronto veía colmadas todas sus esperanzas. Hierba escuchó algún tiempo con el mayor interés y atención, pero al fin quedó pensativa.

— ¡Quisiera ser hombre!, dijo de repente, después de una pausa.

Pablo miró á la joven con la mayor atención, cual si quisiera leer en el fondo de su pensamiento, y por primera vez creyó notar en el timbre de su voz un acento apasionado, que contrastaba singularmente con la expresión serena de su fisonomía.

— Como no fuera para dominar mejor su caballo, dijo, no sé para qué desearía usted ser hombre; y si he de hablar con franqueza, no creo del todo lo que dice.

— ¿Por qué?

— Porque ninguna mujer quisiera ser hombre, á menos de estar convencida de que no puede distinguirse entre su sexo.

— ¿Y quién le dice á usted que yo no lo esté?, repuso Hierba, deteniendo su caballo y mirando á su interlocutor fijamente.

Pablo pensó tal vez que la joven estaba á punto de hacerle alguna confesión; pero Hierba pareció adivinarlo, y desvaneció al punto su ilusión, dejando escapar una carcajada.

— Vamos, repuso, no hable usted de esas cosas. La observación que acaba de hacer tiene más bien el carácter de un cumplido, y por tal lo tomo. Sigamos ocupándonos de usted. ¿Cómo es que, haciendo uso de su influencia política, no ha pensado en solicitar algún cargo diplomático?

— No es cosa que me agrade; ciertas funciones sociales son para mí absurdas, y yo no quisiera de ningún modo ser objeto de envidia y de rencor para algunos republicanos ricos, como varios amigos de usted, que buscan elevadas posiciones en las cortes extranjeras.

— No es muy halagüeño para mí ese discurso, pero sin duda yo tengo la culpa de haberlo provocado... No, no me dé usted excusas, pues prefiero con mucho esa franqueza á los más rebuscados cumplidos. De todos modos, creo que usted es bastante diplomático.

— Una vez me hizo usted el honor de creerlo así, cuando era simplemente el hombre más torpe, por no decir un necio, replicó Pablo con acento de amargura.

Hierba guardó silencio un instante, ocupada al parecer en arreglar la brida de su caballo.

— ¿Cree usted que fué torpe?, preguntó con dulce acento.

Pablo se acercó más á su compañera.

— ¡Qué diferencia hay entre la vegetación de aquí y la que tenemos allá!, continuó la joven sin levantar los ojos y señalando la hierba que crecía á orillas del camino. No hablo de la cultivada, pues supongo que se necesitan siglos para obtener los prados que he visto en Inglaterra; pero aun aquí las simples hierbas parecen estrujarse, cual si hubiera demasiadas, como sucede con la población; y este bosque, que siempre fué salvaje y que antes era un parque de caza, tiene un aspecto que yo compararía con el de una persona cansada de la existencia y de una vida monótona. Yo creo que allí la naturaleza influye en nosotros; mientras que aquí el hombre es quien influye en ella.

— A mí me parece que una buena parte de la naturaleza viene de América para ese objeto, dijo Pablo distraídamente.

— Y yo creo que está usted faltando á su promesa y que disparata un poco, replicó Hierba con marcada acrimonia.

Sin embargo, por alguna oculta razón, dulcificóse después el tono en el diálogo, y los dos jóvenes prosiguieron su camino en la mejor armonía. Cuando Pablo volvió á mirar á su compañera, creyó leer en sus ojos una expresión de reproche á la vez que de simpatía, y observó también que sus mejillas se habían teñido de un ligero carmín.

— ¡Ah!, exclamó de pronto Hierba, señalando con su látigo un grupo de colinas, algo lejanas aún, que se divisaban á través de un claro del bosque, ¿ve usted aquella cosa blanca, que parece un espacio cubierto de nieve en la falda de la última colina?

— Sí.

— Pues bien: aquello es la quinta que yo he visitado muy á menudo.

— ¿Tanto le agradaba? ¿Ha sido usted feliz allí?, preguntó Pablo, mirando á la joven con expresión de inquietud.

— Sí; y ya que no me hace preguntas indiscretas, le diré que en esa quinta vive una señora de edad, la mujer más amable y bondadosa que he conocido. Siempre me trató con la mayor benevolencia, y no teniendo hija alguna, creo que me consideraba á mí como tal. Comprendo hasta qué punto se podría querer á una mujer así, y lo útil que sería su sociedad para una joven. Usted se ríe, Sr. Hathaway, pero es porque ignora cuántas ventajas reportaría á una niña tener semejante madre.

Pablo se sonreía, pero era solamente para ocultar su inquietud al ver que Hierba iba á entrar en la cuestión de que le estaba vedado tratar.

— En cierto modo, acabo de hacer una confesión, continuó la joven, y ahora, si el coronel le habla otra vez de mis conquistas de condes y duques, ya sabrá usted que mi afecto está concentrado en la madre de un barón. Debo añadir que en mi opinión no dejará de ser grato para una dama poder ostentar un título nobiliario; mas yo no hago gran aprecio de estas cosas. ¡Qué lástima que sea usted huérfano, como yo, caballero Hathaway! No sé por qué imagino que su madre debió ser una señora muy cumplida, y seguramente le transmitió á usted mucho de su buen tacto y talento; pero mejor habría sido que se lo hubiese legado en moneda corriente, pues así podría compartirla conmigo.

Estas palabras de la joven, dichas en tono de broma y con la sonrisa en los labios, podían significar mucho, y enardecido Pablo, acercóse más á su compañera; pero ésta picó espuelas á su caballo y adelantóse un gran trecho.

— Aún nos falta ver las ruinas, dijo, cuando Pablo estuvo otra vez á su lado; será preciso seguir por la derecha; pero si quiere usted examinarlas bien, no hay más remedio que apearse al llegar á la pendiente y andar un poco. No sé que haya historia ó leyenda alguna sobre esas ruinas, pues he buscado en la *Guía* y nada dice; pero usted puede inventar lo que quiera.

Un momento después desmontaban junto á un ligero declive, al pie del cual veíase un antiguo camino de herradura, entonces cubierto de maleza; ataron las bridas de los caballos á un arbusto, y cogidos de la mano, como dos niños, franquearon la pendiente.

Algunos escalones de piedra desgastados por la acción del tiempo, parte de un arco derruído, los restos de una bóveda y un lienzo de pared con una brecha: he aquí todo lo que constituía aquellas ruinas... No todo, pues junto al muro derrumbado había un precipicio profundo, en cuyo fondo yacían en mal revuelta confusión restos de torrecillas, de paredes y de un baluarte.

— Seguramente, dijo Pablo, acercándose al lienzo de pared y mirando el fondo del abismo, estas ruinas no se deben á la acción del tiempo; yo diría que son obra de la pólvora.

— La verdad es que no tienen mucho de poético, repuso Hierba: vistas de cerca estas ruinas causan dolorosa impresión en el ánimo y le llenan de una tristeza indefinible acompañada de mortificante curiosidad por conocer su origen; yo las había visto siempre desde el camino, y ahora siento no haberme acercado nunca. De todos modos, á mí me parece que aquí habrá ocurrido alguna catástrofe, ó por lo menos algo digno de contarse. ¿No lo cree usted así?

(Continuará)



Algunas flores blancas prendidas sobre el pecho, compañeras de la que él llevaba en el ojal, completaban el adorno de Hierba (pág. 76)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS INSTITUCIONES SANITARIAS DE PARÍS (1)

ESTACIONES DE AMBULANCIAS

Las instituciones sanitarias de la ciudad de París, que hemos descrito en nuestros anteriores artículos, tienen por complemento dos estaciones de ambulancias, situadas en las calles de Stael, 6 y de Chaligny, 21 y destinadas á permitir la conducción de enfermos de su domicilio al hospital, especialmente en el caso de enfermedades transmisibles. Ya la Prefectura de policía había organizado y posee aún unos coches bastante incómodos para este servicio, y sabido es que una sociedad particular dispone también de vehículos para igual objeto. Los establecimientos sobre los cuales llamamos la atención dependen, como los asilos nocturnos y las estaciones de desinfección, de la dirección de los negocios municipales de la Prefectura del Sena, y ofrecen garantías y ventajas incomparablemente superiores á los otros citados.



Fig. 1. Coche de las nuevas estaciones de ambulancias de París para la conducción de los enfermos
1. Vista del coche en conjunto. – 2. Vista del interior del coche. Detalle de las parihuelas en forma de cama. 3. Parihuelas en forma de sillón



Fig. 2. Parihuelas para la conducción de enfermos en los coches especiales de la ciudad de París (Prefectura del Sena). En la parte superior, parihuelas plegadas en forma de sillón; en la inferior, las mismas parihuelas tendidas en forma de cama.

La estación de la calle de Stael está exclusivamente destinada á este servicio; la de la calle de Chaligny comprende además una estación de desinfección: ambas cuentan con un edificio separado para oficinas y habitaciones del jefe de la estación y de los enfermeros, y con cuadras y cocheras, con viviendas para los hombres del servicio, dispuestas de tal modo que la desinfección de los coches pueda verificarse en un patio y en una cochera especiales. Los coches entran por una puerta y salen por otra.

Los coches de estos establecimientos están destinados al transporte de todos los enfermos, sea al hospital, sea á su domicilio, sea á cualquier otro sitio previamente designado; unos, en número de cinco en cada estación, sirven para las enfermedades transmisibles (difteria, sarampión, escarlatina, viruela y fiebre tifoidea); otro se utiliza para las enfermedades no infecciosas. Todos son de cuatro ruedas y van tirados por un caballo (fig. 1). Los ángulos interiores están redondeados, las paredes son de palastro pintado y barnizado y las celosías de las portezuelas se deslizan sobre correderas horizontales. Dentro del coche hay un asiento de metal flexible para la enfermera y las parihuelas para al enfermo: un llamador de caucho pone en comunicación á aquélla con el cochero. El vehículo no contiene nada para el transporte de los vestidos y ropa de cama del enfermo, pues este servicio incumbe á la estación de desinfección; en invierno, la calefacción se hace por medio de caloríferos de agua hirviendo.

Cada coche puede transportar un enfermo adulto ó dos niños atacados de la misma afección transmisible. La portezuela la cierra el cochero, que se guarda la llave; pero puede abrirse desde el interior, de modo que no hay peligro de que ningún extraño la abra por equivocación.

Para la conducción de enfermos era preciso disponer de unas parihuelas fácilmente desinfectables que pudieran recibir al enfermo desde su propio lecho y dejarlo en el del hospital sin necesidad de transbordo; pero en la práctica no sucede así generalmente; las parihuelas de uso ordinario no pueden subir á los pisos, por lo que el enfermo debe ser conducido muchas veces en silla ó en parihuelas diferentes á la calle ó al hospital. Además, si se trata de una enfermedad infecciosa, la silla ó las parihuelas pueden convertirse en objetos de transmisión.

Estas dificultades han sido vencidas por el aparato siguiente, construído por M. Herbet según las indicaciones de un jurado especial encargado del examen y elección de los coches. Las parihuelas usadas en las estaciones de ambulancia (fig. 2) son articuladas de modo que el enfermo puede permanecer sentado ó tendido, sin necesidad de molestarse, bajando las escaleras en silla-parihuela y permaneciendo en cama-parihuela dentro del coche. La cabeza del enfermo descansa en un almohadón de crin animal que puede pasar indefinidamente á la estufa. Una vez descendido el enfermo, se colocan las parihuelas sobre ruedas, con lo cual se facilita la introducción ó extracción por medio de los rieles dispuestos en el interior del coche.

Estas parihuelas son de palastro pintado y barnizado; el tablero, de metal, está agujereado por el sacabocados á fin de que el aparato pese menos. Para los niños se utilizan unas parihuelas en forma de carretilla (fig. 3). Claramente se comprenderá que estos aparatos son los de más fácil desinfección.

He aquí cómo se efectúan los transportes:

Cada estación comprende un jefe, dos enfermeras, dos cocheros y un mozo de cuadra. Las enfermeras, que tienen su correspondiente título de tales, se ponen para las conducciones una blusa de algodón crudo, muy ajustada al cuello y á las muñecas, que les llega hasta los pies y se abrocha en toda su longitud, y cubren su cabeza con una capellina de algodón que ajusta perfectamente su cabellera y cae sobre el cuello.

El traje de servicio de los cocheros consiste en blusa y pantalones de algodón, que llevan sobre las prendas de su traje ordinario, y en una gorra de tela encerada que puede lavarse fácilmente con una solución desinfectante. La demanda de un coche puede hacerla el público de palabra, por carta, por telégrafo ó por teléfono: apenas recibido el aviso, el jefe de la estación por medio de timbres eléctricos previene al cochero y á la enfermera, indicándoles, según el número de llamadas, el vehículo que se ha de enganchar; siendo de advertir que los coches están siempre dispuestos para ponerse en marcha y que hay constantemente un caballo con los arreos puestos. En la oficina existe una lista que indica el hospital adonde deberá ser conducido el enfermo, según la naturaleza de su mal. A los tres minutos de recibido el aviso ya está en movimiento el coche, que bajo ningún pretexto puede detenerse en el camino.

Llegado el vehículo al domicilio indicado, la enfermera sólo se encarga del transporte mediante un certificado del médico que demuestre el carácter contagioso de la enfermedad. El coche, después de dejar al enfermo en el hospital, vuelve á la estación, entrando en el patio de la desinfección, que se verifica por medio del pulverizador de que hemos hablado en el segundo artículo. Los trajes del cochero y de la enfermera son llevados á la estufa. El vehículo con las parihuelas vuelve á la cuadra, y la enfermera, antes de penetrar en su habitación, pasa á un tocador, en donde se lava con desinfectantes (sublimado al 1 por 100 ó agua fenicada al 2 por 100), cuidando de cepillarse muy bien las manos y las uñas.

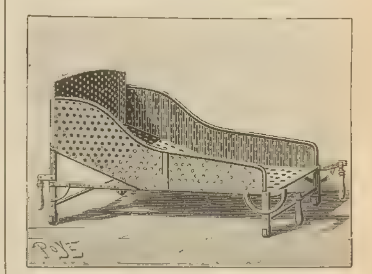


Fig. 3. Parihuelas destinadas á la conducción de niños enfermos en los coches especiales de la ciudad de París.

Estos servicios, como era de esperar, son cada día mejor apreciados. En 1889 las estaciones de ambulancias de París transportaron 66 enfermos, entre ellos 48 contagiosos; en los once primeros meses de 1891 los enfermos transportados fueron 6,902, siendo de ellos contagiosos 1.103.

Como se ve por los artículos que hemos publicado, pocas ciudades presentan hoy medios tan ingeniosos y tan prácticos para la profilaxia de las enfermedades transmisibles como los que posee París, y de desear sería que el ejemplo fuese imitado en todas partes; que al fin y al cabo la salud y la vida son los principales elementos de prosperidad de los pueblos.

DR. A. J. MARTIN

(De *La Nature*)

(1) Véanse los números 527 y 528.

EL FAMOSO CALCULADOR M. INAUDI

M. Darboux ha presentado recientemente en la Academia de Ciencias de París á ese joven, cuyo retrato publicamos y que es un verdadero prodigio en materia de cálculos numéricos, los cuales realiza mentalmente y con una rapidez increíble por complicados que sean. He aquí algunos de los problemas que se le plantearon. Vuelto de espaldas á la pizarra M. Inaudi, M. Darboux escribió en ésta las dos cifras siguientes que enunció en alta voz:

4.123.547.238.445.523.831
1.248.126.138.234.128.910

y preguntó al calculador cuál era la diferencia entre ambas. M. Inaudi invitó á los concurrentes á que hablaran entre sí y con él ínterin que sin mirar á la pizarra efectuaría la operación. Así lo hacen, y mientras conversan, le preguntan fechas de acontecimientos antiguos y le hacen decir qué día de la semana era el 8 de agosto de 1840, cuando de repente M. Inaudi declara que la cifra pedida por M. Darboux es

2.875.421.100.211.394 921

Interrogado luego acerca de cuál era el número cuyo cubo sumado á su cuadrado da la cifra 3.600, contesta inmediatamente que el 15. M. Poincaré le planteó el siguiente problema: «Elevado al cuadrado el número 4.801, restando del resultado 1 y dividiendo la diferencia por 6, ¿cuál será la raíz cuadrada del número resultante?» Después de haber declarado que la operación sería algo larga, es decir, tres ó cuatro minutos, M. Inaudi explica por qué método ha realizado la sustracción



M. INAUDI, famoso calculador

antes referida, y sin mirar á la pizarra repite las formidables cifras y la resta ó diferencia entre las mismas; de pronto exclama: «Ya he dado con la solución del problema; el número pedido por M. Poincaré es 1.960,» como así es en efecto. Finalmente, M. Darboux propone la multiplicación de 452 por 538: Inaudi la hace instantáneamente, y hecha la prueba por 9 resulta la cifra 243.176 indicada por el calculador.

Inaudi fué en su infancia pastor en Turena. La prodigiosa facilidad con que verifica los más arduos cálculos y resuelve los más difíciles problemas es, por decirlo así, una cualidad innata en él; vínole casi inconscientemente, según él mismo declara, cuando poniéndose la mano en su frente dice: «Aquí está, pero las soluciones se me presentan sin saber cómo.»

Los procedimientos que para calcular emplea son completamente suyos y en realidad sumamente complicados; mediante ellos obtiene sus soluciones milagrosas con mucha más seguridad y mucho más lógicamente que por medio de los procedimientos lógicos y simplificados de la escuela que son de uso corriente.

Inaudi, que había causado la admiración de todo París cuando en 1881 le presentó por vez primera en aquella capital el doctor Broca en las sesiones que tuvieron lugar en la Sociedad de Antropología y en la sala de conferencias del bulevar de los Capuchinos, cuenta actualmente veinticuatro años.

Sus facultades se han desarrollado aún más desde entonces, habiendo alcanzado toda su plenitud.

Desde hace poco se ha dado á conocer como matemático de primer orden y, según hemos dicho, resuelve las ecuaciones de una, dos y tres incógnitas sin tener la menor noción de álgebra.

La Academia ha nombrado para estudiar este verdadero fenómeno una comisión, compuesta de MM. Darboux, Poincaré, Tisserand y Charcot.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores.

LOS ABONOS, *por Aniceto Llorente.* – El señor Llorente, doctor graduado en Ciencias naturales y catedrático de Agricultura del Instituto de Burgos, dice en el prólogo de su obra: «La aplicación de la ciencia á la agricultura, el perfeccionamiento de los métodos de cultivo y el *empleo racional de los abonos* para llegar á obtener grandes rendimientos, es el único medio de sostener esta competencia (la de los países vírgenes) que lleva camino de arruinar por completo nuestra decadente agricultura.» En nuestro sentir, el libro por él publicado responde perfectamente al logro de tan importante objetivo, y es indudable que de su lectura han de sacar muy útiles enseñanzas nuestros agricultores, que mejor que nosotros pueden conocer la importancia de las materias con tanta competencia tratadas por el Sr. Llorente. Véndese el libro al precio de cinco pesetas en la imprenta de Sucesor de Arnáiz, plaza de Prim, 17, Burgos.

***

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* — Los cuadernos 50 y 51 de esta importante obra contienen, además del correspondiente texto de interesante lectura, cuatro fototipias que representan: una puerta de la casa Zaporta, un detalle del techo de la sala de Santa Isabel del palacio de la Aljafería, un ángulo de un techo del propio palacio y los retratos de los autores y además un fotograbado en el que se reproduce un detalle de la puerta de entrada del salón del trono del palacio mencionado.

Suscríbese á esta obra, al precio de una peseta el cuaderno en casa de los autores, Contamina, 25, 3.°, Zaragoza, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

LA TORRE NUEVA DE ZARAGOZA, *por Anselmo y Pedro Gascón de Gotor.* — Una nueva lanza en favor de este importante monumento acaban de romper esos dos animosos é ilustrados jóvenes, que tantas pruebas de amor y de entusiasmo tienen dadas á su ciudad nativa, con la publicación de un folleto en que se relatan los principales hechos y polémicas que ha originado y origina aún la cuestión del derribo de la torre nueva, contra la cual protestan con toda energía en nombre de la historia y del arte los Sres. Gascón de Gotor.

Véndese al precio de 1'50 pesetas.



LEÓN BONNAT, célebre pintor francés,
recientemente elegido presidente de la Sociedad de artistas franceses

***

HISTORIETAS, *por Angel Pons.* – El nombre del célebre caricaturista español es demasiado conocido para que sea necesario tributar elogios al libro en que ha coleccionado algunos de esos chispeantes dibujos publicados en los principales periódicos humorísticos añadiéndoles varios completamente nuevos. En él aparecen en toda su plenitud las cualidades de gracia é intención al concebir y de facilidad y espontaneidad al ejecutar, que han hecho del lápiz de Pons elemento indispensable para uno de los géneros de ilustración más difíciles, en el que pocos en nuestra patria aventajan al autor de *Historietas.* Este tomo, que no vacilamos en recomendar á los que quieran pasar más de un buen rato, ha sido editado por D. Fernando Fe, de Madrid, y se vende al precio de 3'50 pesetas en las principales librerías.

***

ADVERTENCIA

Siendo muchas las personas que nos envían artículos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad material de contestar á todas, debemos hacer presente:

1.° Que sólo contestaremos á aquellas cuyos trabajos sean aceptados.

2.° Que no devolvemos los originales recibidos, aunque no los insertemos.

3.° Que sólo pagaremos los artículos directamente solicitados por nosotros.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 29 de febrero de 1892 — Núm. 531

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



BAILE DE CORTE, cuadro de D. Manuel Domínguez

Propiedad del Sr. Marqués de Pinar del Río

UNA NUEVA ¿CIENCIA?

(LA GRAFOLOGIA)

No hace muchos días que recibí de París un librito, con cubierta rosa, que se titula así (traduzco, pues el título está en francés, como el libro todo): «La grafología simplificada; arte de conocer el carácter de las personas por su letra; teoría y práctica.» ¡Tate!, pensé yo: aquí debe de andar la manita pulcra de mi amiga Sara Oquendo. Deletreé el nombre del autor, *Arsène Aruss*... ¡Ciertos son los toros! Reconozco el seudónimo de la distinguida colaboradora del *Fígaro* y del *Temps*... Y aunque sé que *Arsène Aruss* no tiene edad de chochear ni mucho menos, exclamo: «Lo que es ella no, pero París me temo que va chocheando de veras.»

¿Qué es la grafología, en efecto? Un síntoma senil, á la vez que pueril (los niños y los viejos se parecen).

Anda París ahora muy entregado á la superstición; y esto de la grafología, aunque disfrazado de observación científica, me huele á quiromancia. Explicaré de qué se trata, y el lector juzgará. Y en prueba de imparcialidad absoluta, comenzaré por repetir los argumentos que en favor de la supuesta ciencia aduce su expositora. «Todo ademán es un delator, dice *Arsène;* todo ademán denuncia algo, toda mímica humana revela una personalidad, y ya que la ciencia antropológica ahonda cada vez más en el estudio del hombre, la grafología la servirá de auxiliar poderoso. Porque el carácter de letra no es, como piensan algunos, una serie de trazos inertes y convencionales. ¿Quién creerá que la mano, órgano tan diestro, que traduce el espíritu (lo mismo que los ojos, la boca y las orejas), instrumento apto para todo oficio, todo arte, no imprima á su ejercicio más frecuente – el de escribir – la expresión íntima del alma que la rige? ¿Por qué, á despecho de sus irracionales detractores, no ha de contarse la grafología en el número de las ciencias exactas?»

Porque... porque lo primero que necesita una ciencia exacta es exactitud, y en la grafología no la veo. *Arsène* dice bien: «El carácter de letra encierra revelaciones íntimas;» sólo que esto es aplicable á otras manifestaciones humanas que no pueden reducirse tampoco á cuerpo de ciencia. Balzac, tan profundo observador, tan sutil analizador, extraía un mundo de revelaciones de la forma del traje, del modo de andar, de la figura, del mobiliario... El carácter se revela en los más mínimos detalles: todo habla: no son sólo indiscretos los ademanes, sino que lo es el calzado, el peinado, las paredes de una casa, la cama en que dormimos y el mantel que cubre nuestra mesa... Poseo un librito, comprado en baratillo, publicado en 1832 en Barcelona, y traducido del francés, que luce el inconmensurable título siguiente: «Arte de ponerse la corbata de mil y una maneras, ó distintos modos de llevar el pañuelo en el cuello, demostrado y enseñado en 18 lecciones: precedido de la historia de la corbata desde su origen hasta el día, y varias consideraciones sobre el uso de los *corbatines* y de la *corbata negra* y de *color:* obra indispensable á toda clase de personas.» Lo primero que encuentro en este original tratadillo es el siguiente párrafo: «La corbata no sólo es un preservativo útil contra los resfriados, torticolis, fluxiones, dolor de muelas y otras gracietas por este estilo, sino que es además una parte esencial y precisa del vestido, *cuyas variadas formas dan á conocer al que la lleva.* La corbata del sabio en nada se parece á la de un pedante; y estoy cierto que el autor de *La pata de cabra* no hace el nudo de la suya como el autor de *Los mártires.* Compárense las corbatas de un historiador y un novelista, y se hallará una notable diferencia entre el estilo romántico y el clásico. Si, como dijo Buffon, el estilo hace el hombre, nosotros á nuestra vez podremos decir que la corbata es el hombre mismo, es el termómetro que gradúa su gusto por la elegancia y educación. Siendo infinita la variedad de los talentos y de los caracteres, las corbatas deben ser igualmente muy variadas.» Ya ven ustedes cómo las pretensiones científico-filosófico-reveladoras son más viejas que la grafología; aun cuando yo me inclino á creer que el autor del librito era un zumbón de más de la marca, mientras los grafólogos anuncian con toda seriedad su Evangelio.

Ya son numerosos los adeptos, pues *Arsène* no es precursor, ni Mesías, sino un apóstol encargado de



Monumento erigido á la memoria de Breidel y Coninck, en Brujas. Obra del escultor P. de Vigne

vulgarizar y poner al alcance de todas las fortunas lo que antes era patrimonio de unos cuantos iniciados solamente. En el ensayo de bibliografía grafológica que aparece al final del tomo, contamos nada menos que treinta y una obras, entre tratados y opúsculos: lo cual hace erizar los cabellos, porque si de la grafología se ha escrito tanto, ¡qué no se habrá escrito de otras materias, y qué vale lo que podemos leer al lado de lo que nos moriremos sin siquiera haber oído nombrar!

Del susodicho índice bibliográfico resulta que el inventor de la ciencia grafológica es un abate, como dicen en Francia, ó un cura como acá decimos, de apellido Michon. Sin embargo, la vulgarizadora de la grafología no concede todo el mérito de la invención al cura, y únicamente le reconoce el de «haber reunido los dispersos elementos científicos, detallándolos, comparándolos, clasificándolos, para formar cuerpo de doctrina, que cada día se concretará más, abriendo á la antropología campo vastísimo.» Sólo que así los tratados del cura Michon como los restantes publicados hasta el día por Crépieux Jamin, Alejandro Dubois, etc., son obras latas, buenas sólo para los ya iniciados, y de las cuales el profano nada ó casi nada sacará en limpio: además parece que están escritas en una jerga especial, y á cada paso saltan frases y términos de este jaez: «palabras gladioladas... barras harponíferas... mayúsculas porriformes... rúbrica aracnoidea...» A expresar con claridad lo que tan obscuro dejaran los precedentes grafólogos se endereza el libro de la señorita *Arsène*, la cual es una creyente; tiene robustísima fe, no diré ciega, ilustrada. En su opinión, la grafología nos descubre el carácter humano sin velos, en su desnudez: la letra, más aún que la fisonomía, habla, y puede servirnos de arma defensiva; y en nuestra época de problemas, degeneraciones y cobardías al menudeo, la grafología sabrá preservarnos de mil riesgos, ya que no de todos. – Tampoco en esta apreciación histórica me encuentro conforme con mi amiga. Esta época me parece á mí que es lo mismo, sobre poco más ó menos, que las anteriores, en cuanto á moralidad del carácter humano. Hasta sostendría que es mejor; en fin, transíjase el pleito declarando que es igual. – De todas suertes, antes y ahora no negaré que conviene algún escudo contra las picardías de nuestros semejantes. Ya hace tiempo que se formuló aquel célebre aforismo: *homo homini lupus.* Todo cordero indefenso será comido. ¿Lo podrá remediar la grafología, siquiera en mínima parte?

Si yo creyese que eran tan claras y evidentes las delaciones de la letra, no diría que no. ¡Ahí sería un grano de anís sorprender, en dos fragmentos de cartas, el alma de una persona, descubriendo si peca de vanidosa, de extravagante, de vulgar, de cándida, de impresionable; si está loca, si padece melancolía, si profesa el pesimismo, si da en disimulada, en astuta, en desconfiada; si hay que contarla entre los *imaginativos puros* ó entre los *imaginativos reflexivos;* si profesa el idealismo, si enriquecerá la lista de los inventores ó de los innovadores; si es innoble y lasciva, ó solamente galanteadora y sensual; por último, si puede llegar hasta el asesinato! ¿Qué más? Hasta la golosina y el *respeto á las amistades contraídas en la infancia* se conocen con la letra... y yo recuerdo involuntariamente la conocida anécdota del famoso bailarín que juraba á Fernando VII poderse expresar todo con las piruetas: «Pues signifícame bailando, contestó el rey, que tienes que esperar á un primo tuyo que llega por la diligencia de Ocaña, y que te es imposible por encontrarte con dolor de muelas rabioso.»

Cierto que en el libro de *Arsène*, á cada indicación moral acompañan curiosos ejemplos, buscados con sumo ingenio y habilidad. Sin embargo, como el análisis lo echa todo á perder, hasta en esos mismos ejemplos hallo motivos para mostrarme reservada, casi escéptica. En efecto: los ejemplos se toman generalmente de la letra de personas muy conocidas, y cuyo carácter (ó la leyenda de ese carácter) es ya del dominio público. Figurémonos que en España se publicase un tratado grafológico y debajo de unos renglones de Sagasta ó de Cánovas apareciese el juicio que todos tienen formado de esos hombres políticos... Sin necesidad de recurrir á la grafología, pensaríamos en el gañán que decía al pilluelo: «Si adivinas cuántas tortas llevo en el canasto, te doy todas cinco.»

Ved las letras literarias que aparecen como ejemplo en el manual de grafología. Ahí tenéis la firma y rúbrica de Barbey d' Aurevilly, presentada como ejemplo de refinamiento y afectación; las de Arsène Houssaye y Gyp, de vanidad y deseo de sorprender y aparentar; la de Julieta Lamber, ó sea madama Adam, de habilidad y mundología; la de Chateaubriand (son unos garrapatos), de idealismo, y otro tanto la de Francisco Coppée; la de Bismarck, de dureza y espíritu autoritario; la de Zola, de sinceridad; del sentido estético la de José María de Heredia, de ambición la de Julio Vallés, de intrepidez la de Pablo Déroulède, y de crítica la de Renán, y de ferocidad la de Marat, y de sensualidad las de Casanova y Mirabeau. Pues para ponerles á cada uno de estos su rotulito, maldita la falta que nos hacía la firma. Adivinaciones *à posteriori* no me persuaden. – Hablaba yo cierto día con un amigo muy sensato, y se trataba de filosofía de la historia, de esos libros en que, al referir sucesos pasados, se añaden reflexiones muy doctas, verbigracia: «Dada la corrupción del imperio romano, tenían que venir los bárbaros á su hora; y dado el carácter de tal ó cual emperador, tenía que sucederle esto, y lo otro, y lo de más allá...» «Quisiera – declaró mi interlocutor – que estos historiadores filosóficos predijesen con certeza, no lo *ya ocurrido*, sino lo que *tiene que ocurrir* dentro de un año, ó de medio, ó de quince días. Dada nuestra corrupción, y dado todo lo que gusten, y conociendo mejor, naturalmente, nuestra época que las pasadas, averigüen cuánto durará Cánovas en el poder, y el cáriz que presentará hasta enero de 93 la cuestión social.»

No se enoje la grafóloga por estas apreciaciones, que ni van contra el encanto é interés de su librito, ni menos contra la autora, señorita de tanto valer intelectual como moral, á quien muy de veras estimo y quiero. En resolución, es gran fortuna para los que escribimos que todo sea conjetural y problemático en la ciencia grafológica. Si fuese evidente y clara como el agua, habría que condenar al fuego las obras de Iturzaeta y Torío, y volver á la escritura jeroglífica. ¡Cualquiera entrega en dos renglones la llave del alma! Y cuenta que los escritores estamos habituados á entregarla, pero... en páginas impresas.

Emilia Pardo Bazán



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

EL EJÉRCITO ALEMÁN RECHAZADO

(Por telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Alexandrovo, 5 mayo (7 tarde)

Nuestra primera gran victoria sobre los rusos ha perdido algo de su importancia por las noticias que acabamos de recibir, según las cuales el ejército de Silesia, que había comenzado á explorar los alrededores de Czenstochau antes de proseguir avanzando más, ha sufrido un descalabro algo serio de manos del gran duque Vladimiro, que mandaba los 14.° y 15.° cuerpos de ejército rusos. Estas fuerzas atacaron al príncipe Jorge de Sajonia antes de que terminara su concentración, obligándole á retroceder.

Sin embargo, al tener conocimiento de la derrota de Gourko y de su retirada sobre Varsovia, el gran duque Vladimiro, imitando al victorioso Wéllington en Quatre-Bras, cuando quiso reunirse con Blucher, derrotado por los franceses en Ligny, resolvió renunciar á los inmediatos frutos de su victoria y retirarse á un punto que le permitiera incorporarse á las fuerzas de Gourko y presentar en combinación con éste la batalla á los alemanes. El lugar del combate será probablemente Skierniwiece, punto de confluencia de las líneas férreas desde Alexandrovo y Czenstochau á Varsovia, famoso en la historia moderna por haberse encontrado allí los tres emperadores y sus cancilleres hace algunos años.

Skierniwiece será, pues, probablemente el Waterloo de la campaña ruso prusiana; pero dista mucho más de Alexandrovo y Czenstochau que Quatre-Bras y Ligny del Monte San Juan, y por lo tanto debe pasar algún tiempo antes de que me sea posible dar cuenta del Waterloo de la presente guerra.

EXCITACIÓN EN BRUSELAS

(Por telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Bruselas, 5 mayo

En Bruselas se observa hoy la mayor efervescencia; á la ansiedad ha seguido la cólera, y el aspecto de la población no presagia nada de bueno. La noticia de la próxima ocupación de Amberes por un cuerpo de ejército inglés ha sido recibida aquí con poca satisfacción. El mero hecho de que las negociaciones fuesen secretas y de que el anuncio de tan importante acuerdo no se hiciera público hasta después del último debate de la Cámara de los Comunes, ha producido muy mal efecto. Cuando la noticia llegó ayer á Bruselas, notóse desde luego la mayor agitación, la cual fué en aumento á medida que avanzaba la noche, tanto que, como por convenio tácito, nadie quiso entregarse al reposo; los clubs y cafés permanecieron abiertos hasta por la mañana, y en las principales calles no tenían término las discusiones, muy acaloradas algunas de ellas. Una gran parte de la población, en la cual figuraban personas de la clase más elevada, mostrábase indignada contra el gobierno del rey. «No es extraño, decían algunos, que se haya guardado secreto sobre la medida, pues de otro modo no hubiéramos permitido tan infame tráfico.» Los antiguos argumentos que se alegaban en 1859 y en los cinco ó seis años siguientes fueron recordados en todos los grupos, y citábase de continuo el nombre de Adelson Castian. «¡Bien nos lo dijo Castian, exclamaban algunos; preveía lo que iba á suceder y nosotros fuimos unos tontos en no escucharle!» Hay que decir que M. Adelson Castian, á quien se considera ahora como héroe y patriota, era un eminente abogado y ex diputado y que desde un principio se opuso tenazmente al proyecto de fortificar Amberes. Desde el día en que, en 1859, se nombró una comisión de veintisiete oficiales para discutir el asunto, hasta aquel en que se completaron las inmensas obras, hace unos seis años, M. Castian combatió con todas sus fuerzas el proyecto: habló, escribió, organizó comités y púsose al frente de varias diputaciones para protestar contra el plan. Como principal argumento demostraba que desde el punto de vista militar el proyecto suponía en principio el abandono del país y una vergonzosa fuga del ejército hacia los pantanos del Escalda, donde seguramente nadie iría á molestarle, dejándole allí para que las fiebres acabaran con él. Fortificar Amberes, dijo más tarde, era anular la neutralidad; demostró que aquella ciudad, con sus cuarenta kilómetros de obras defensivas, su ciudadela y sus doce fuertes destacados, parecía invitar continuamente á la invasión; que estaba á mano para el primero que llegase, y que constituía una de las primeras posiciones militares y comerciales del mundo, solamente para el beneficio de Inglaterra, que codiciaba Amberes hacía más de un siglo.

Hoy día, el buen pueblo de Bruselas, y temo que de toda Bélgica, recuerda estas palabras y participa de la opinión de Castian. Esta es la causa de las iras y de las cóleras que se han despertado al recibirse noticia de la próxima ocupación.

Bruselas, 7 mayo (10 mañana)

Acabo de oir que el cuerpo de ejército inglés al mando de Sir Evelyn Wood acaba de llegar á Amberes, y que el desembarco se efectúa rápidamente. Hasta que los transportes, con su escolta de cruceros y torpederos, aparecieron en el río, el pueblo no creyó al parecer que viniesen. Los oradores de los clubs dijeron en alta voz que el viento de la opinión pública bastaría para ahuyentar á los buques ingleses de las orillas del Escalda; pero el absurdo de semejante especie se demuestra por el hecho de que los buenos ciudadanos de Amberes han recibido á los invasores, si no con entusiasmo, al menos agradablemente. Los telegramas de los clubs hacen amargos comentarios sobre el hecho de que, en vez de manifestar resentimiento hacia los ingleses, los habitantes se apresuraran á comerciar con ellos, vendiéndoles sus refrescos y víveres á porfía.

Ahora se convierte en funesta certidumbre el temor que siempre abrigábamos de que Francia intentase invadir Bélgica; de modo que tenemos en perspectiva otro Waterloo. ¿Por qué han retardado las tropas alemanas sus movimientos? Se ha repetido una y otra vez por los estratégicos que el plan más obvio de Alemania sería concentrar su cuerpo de ejército del Norte en la frontera belga de Francia, porque así tendría la ventaja de servirse de las dos líneas férreas que desde Colonia y Aquisgrán se dirigen al Luxemburgo, Thionville y Virton, una por Trevisa y la otra por Verviers, pudiéndose obtener por ella más importantes resultados aún si se combinara con el movimiento la posesión de la línea del Mosa. Entonces, haciendo desembarcar una parte de sus fuerzas en el Entre-Sambre-y-Mosa por Chimay, los alemanes podían atacar de flanco las fuerzas francesas ocupadas en impedir que el cuerpo de ejército del Norte forzara el paso del Mosa entre Dun y Mezieres. Siempre se consideró cierto que en vez de violar el territorio suizo para atacar á Francia, Alemania enviaría un cuerpo de ejército á Bélgica inmediatamente después de la declaración de guerra. Suponíase que el primer cuerpo de ejército alemán se concentraría en Aquisgrán á los once días de la movilización y que se establecería sobre el Mosa y el Sambre, al Sur de Namur, en la noche del décimoquinto día, es decir, veinticuatro horas después de haberse desplegado el segundo cuerpo de ejército delante de la posición de Othain.

Esta era indudablemente la intención de Alemania, pues en la frontera oriental se concentra un numeroso ejército; pero es muy probable que Francia prevea el movimiento y llegue á Namur antes que su enemigo. La extraordinaria rapidez de su movilización se debe sin duda en gran parte al perfeccionamiento de su sistema de vías férreas en la frontera belga. Ha establecido entre Dunquerque y Mezieres nada menos que siete líneas, de las cuales cuatro son de doble vía y pueden ponerlo en comunicación directa é inmediata con Bélgica Estas líneas están enlazadas y cruzadas por una transversal que sigue toda la longitud de la frontera hasta llegar á Longwy. Además, Francia tiene en esa frontera cuatro grandes campamentos atrincherados capaces de servir al ejército como punto central de su base de operaciones con muy buen apoyo. Esos campamentos son Dunquerque (con sus anexos Berges y Gravelines), Lila, Valenciennes (centro de un sistema defensivo que comprende Condé, Buchain y Le Quesnoy) y Maubeuge. Para asegurar la retirada de su ejército en caso de un descalabro, ha formado una primera línea defensiva, que comprende Valenciennes, Maubeuge, Landrecies, Hirson y Mezieres; para la segunda tiene la ciudad de Reims, rodeada de los fuertes que dominan los valles del Aisne y del Marne, con el triángulo formado por La Fére, Laón

y Soissons, que defiende el valle del Oise y, con el apoyo de Peronne, el valle del Somme.

Así estimulada por la rapidez de la movilización, rapidez que ciertamente no previó nunca Alemania, y que sin duda ha sido inesperada para sus oficiales, Francia ha resuelto atacar á su enemigo por Bélgica. Los siete obstáculos naturales que encontrará á su paso no son en sí formidables: debe cruzar el Mosa, el bajo Rhin, la selva de Teutoburgo, el Weser, el Hartz y el Elba. Cierto que el bosque de Teutoburgo detuvo á las legiones de Varo; pero hoy día le cruzan grandes caminos y dos líneas férreas que corren desde Hamm á Hanover y Magdeburgo. También atraviesa el Hartz buenos caminos, y está circuído por dos líneas férreas que se prolongan hasta Berlín, una de las cuales es la que pone á la capital alemana en comunicación con Coblentza y Metz. De este modo, su avance sería con seguridad más rápido que por entre el Mosa y el Rhin; y si además consigue sentar el pie en Bélgica antes que el ejército alemán, hallará mejores caminos y acantonamientos y muchos más recursos de toda especie que en Lorena, Oldenburgo y el Palatinado.

Parece que con este objeto, según se nos ha dicho, el 1.° y 2.° cuerpos de ejército francés se concentran en Maubeuge; el 3.° y 10.° en Hirson, y el 4.° y 9.° en Givet, esperándose que todas estas fuerzas estarán reunidas en la inmediación de Namur dentro de cuatro días, es decir, cinco antes de lo que creían posible las autoridades militares.

Todo el interés de ese país se concentra, por lo tanto, en Namur, y por eso marcho hacia este punto

Namur, 8 *mayo*

Aquí reina mucha animación. Los habitantes y las tropas están poseídos de generoso entusiasmo por la causa francesa, rápido cambio de sentimientos que se puede atribuir hasta cierto punto al episodio de Amberes. Circulan los más extravagantes rumores: háblase abiertamente de la cooperación de Bélgica con las fuerzas alemanas, sin hacer aprecio de las consecuencias de ello, que tan graves serían; proclámase en alta voz que Chartreuse y la antigua ciudadela de Lieja están resueltas á oponerse al avance de los alemanes; y el populacho de Namur declara su intención de retener la «llave de Bélgica,» si necesario fuese, hasta que los aliados franceses puedan apoyarles ¡Pobre Namur! Su posición estratégica podría permitirle considerarse como una de las llaves de Bélgica; pero hemos de convenir en que hoy no es más que una fortaleza insuficiente. La ciudadela se ha conservado, asentada como un águila en las rocas, en el ángulo formado por el Sambre y el Mosa; pero así como otras muchas, no podría resistir el fuego de los cañones modernos. Doy estos detalles por lo que puedan servir y para que se conozca el espíritu del populacho.

Al escribir este telegrama recibo noticia de que las tropas francesas han cruzado la frontera por Maubeuge y Valenciennes, y dícese que las escasas guarniciones de Mons y Philippeville, después de hacer una entusiasta recepción á sus visitantes, han ofrecido valerosamente todos sus servicios al general Saussier.

ENCUENTRO DE LAS CUATRO FLOTAS

EL DUQUE DE EDIMBURGO, JEFE DE LA ESCUADRA INGLESA

El almirante Colomb, que ha tenido la suerte de poder observar las notables operaciones navales en el mar del Norte, nos ha favorecido con otra carta, cuyo contenido es el siguiente:

«No sabiendo qué sucedería ni lo que era más conveniente hacer, permanecí en Colberg, punto en el que no era probable que los rusos hicieran nada en el sentido de un bloqueo, y en el cual me era fácil obtener noticias de lo que pasara. Aquí fué donde oí hablar de la violación del territorio belga por Francia, y vi en ello un ejemplo de la osadía de Alemania y de la violencia de su enemiga. No me sorprendió por lo tanto que se hubiera procedido tan pronto á la ocupación de Amberes: estaba seguro de que íbamos á limitarnos á la defensa de Bélgica, y parecía también evidente que no podíamos abandonar el Báltico en las manos de franceses y rusos, porque esto sería casi sacrificar á Alemania. Había visto á la escuadra de esta potencia indecisa de atacar por sí sola á la flota rusa, y estaba seguro de que Alemania no podría hacer frente en el mar á sus dos enemigas, por lo cual se vería obligada á encerrar en sus puertos sus principales escuadras, como lo hizo en 1870, aunque hoy es mucho más poderosa que entonces. Había un pequeño crucero en Colberg, y confiaba refugiarse en aguas de poco fondo apenas apareciese un buque ruso de mayor fuerza; su capitán me dijo que creía que el gobierno alemán pensaba como yo respecto al ataque de la flota rusa; pero que lo que les alarmaba principalmente era el considerable número de pequeños buques armados de cañones de mucho calibre, lo cual parecía indicar el proyecto de algún combate en aguas rusas.

»Me parece muy natural el nombramiento del duque de Edimburgo para el mando en jefe de la escuadra del mar del Norte, pues siempre oí hablar de su reputación como táctico y los oficiales de la armada le reconocen como tal.

»Los oficiales alemanes sospechaban que Francia emprendería un ataque contra las costas del Báltico como el que se propuso en 1870; y los diarios hacían luz sobre esto insistiendo en que sería difícil para Francia obtener transportes, siendo como eran Cherburgo y Brest sus puertos más próximos, además de que Inglaterra intervendría para impedir un desembarco si se llegase á tratar de esto. Sin embargo, los alemanes se preocupan más de los preparativos en tierra, y por eso concentraban tropas en Colberg y en otras partes. Según oí decir el año último, el grueso de la flota francesa ha estado largo tiempo en Tolón, y por eso no me extrañó que un diario inglés dijese que solamente cinco buques de guerra habían salido de Brest para el mar del Norte, si bien les acompañaban bastantes cruceros. Si fuese realmente así, resultaría que, en el caso de haber conseguido Alemania enviar más buques al mismo tiempo, éstos debían encontrarse entre las flotas rusa y francesa en disposición de atacar á cualquiera de ellas antes de ser auxiliada por la otra. No sé si la escuadra alemana lo intentará así ó si, por el contrario, permanecerá en Wilhelmshavn para rechazar todo ataque á favor de sus obras defensivas en tierra.

»Para ver si averiguaba algo resolví trasladarme á Kiel con la esperanza de llegar de día; pero á causa de no haberme favorecido el viento, ya obscurecía cuando llegué á la vista del puerto. Como no sabía bien dónde estaba, parecióme conveniente por lo pronto no avanzar más. Yo llevaba á los lados del buque las luces de costumbre, y supongo que fueron vistas, pues aún no habíamos estado diez minutos en aquellas aguas, cuando otro buque sin luces de ninguna especie salió de la obscuridad y una voz me habló en lengua desconocida, expresándose luego en francés en vista de que yo no contestaba. Apenas hablé, acercóse á nosotros un bote con un oficial ruso, quien me dijo muy cortésmente que no había buques de guerra alemanes en Kiel; que una escuadra de cruceros rusos bloqueaba la plaza, y que por lo tanto debería retirarme. No había más remedio que obedecer, y me dirigí hacia el Sund.

»Cerca del Jahde encontramos una fuerte escuadra combinada de franceses y rusos; contábanse siete grandes buques de los primeros y seis de los segundos, siendo por lo tanto evidente que los alemanes no habían tratado de impedir la reunión de unos y otros. Había también muchos barcos pequeños, principalmente franceses, y casi toda la flota estaba anclada.

»Me acerqué á un buque almirante; pero pronto nos abordó un bote. El oficial nos advirtió que se bloqueaba el Jahde, y que si bien podíamos permanecer con las flotas mientras prometiésemos no traspasar la línea marcada, seríamos capturados ó echados á pique apenas intentásemos romper el bloqueo. Como yo no tenía más intención que la de enterarme de lo que pasaba, prometí obedecer, y á poco supimos que los buques rusos se habían reunido con los franceses horas antes de llegar yo, sin que nadie supiera lo que se trataba de hacer. El oficial nos dijo que se esperaban transportes y tropas diariamente, pero que ignoraba cuándo llegarían.

»Poco después de haber obscurecido, apagáronse las luces de la flota combinada, encendidas poco antes, y los buques desaparecieron sin que supiéramos qué dirección seguían.

»Al amanecer del día siguiente causóme la mayor sorpresa ver, no solamente á nuestros amigos, los rusos y franceses, sino también una considerable escuadra por la parte del Oeste.

»En la flota franco rusa hubo seguramente alguna vacilación, y pronto me expliqué la causa de ella al distinguir el pabellón blanco inglés en una flota que aparecía por el Oeste. Nuestros buques avanzaban lentamente, y pude ver muy bien que iban formados en tres grupos; conté hasta quince, todos muy grandes, y noté que iban en tres líneas, con el buque almirante á la cabeza. No tardé en reconocer el *Alexandra*; á su derecha el *Camperdown*, con las insignias del vicealmirante Seymour, y á la izquierda el *Anson*. Cerca de los buques grandes había algunos pequeños, y á la derecha de éstos otros siete de alto bordo.

»Apenas habíamos observado todo esto, cuando vimos salir de entre la niebla que ocultaba la desembocadura del Jahde la escuadra alemana, compuesta de diez buques.

»Esto produjo en nosotros la mayor excitación: parecióme que iba á presenciar el más grande combate naval que se había visto en el mundo, y al notar que la escuadra franco-rusa separaba sus buques mayores de los pequeños, situando éstos en una larga línea frente al Oeste, Norte y Sud, creí seguro que iban á precipitarse en confusión contra la escuadra inglesa.»

RETIRADA DE LOS CRUCEROS FRANCESES

EL «ELAINE» ES ECHADO Á PIQUE

«Pero como no había oído hablar de ninguna declaración de guerra por Inglaterra y parecía una cosa inconcebible que los franceses y rusos, que no contaban más que unos catorce grandes buques en línea, se precipitaran contra veintidós acorazados ingleses, á los que podían agregarse diez alemanes, tal vez en dos horas, pensé que se trataba de otra cosa. Las tres escuadras se hallaban á unas tres millas de mi yate y yo estaba en el centro. No pude menos de pensar que los alemanes habían obrado con mucha prudencia al mantener su flota allí más bien que en Kiel: la naturaleza les preservaba de un ataque en Wilhelmshavn, mucho mejor que el arte en Kiel, y en el punto que ocupaban entonces se hallaban seguros detrás de sus arrecifes y dispuestos á caer sobre sus enemigos si fuese necesario.

»De repente vi cinco pequeños cruceros franceses, que sin duda habían estado vigilando el puerto toda la noche; y cuando me preguntaba qué se propondrían hacer, observé que varios buques alemanes se ponían en movimiento como para perseguirlos. Esto me hizo temer que habría alguna escaramuza, y en su consecuencia hice avanzar mi yate con toda la rapidez posible en dirección al *Alexandra;* pero de este modo me vi entre dos fuegos, entre los cruceros franceses, que disparaban sus cañones, y los buques alemanes, que hacían lo propio. Un proyectil de estos últimos atravesó mi cubierta, ocasionando en mi yate tal avería, que en un momento comenzamos á hundirnos. No había tiempo que perder; se bajó el bote acto continuo, y dí orden para que todos mis tripulantes abandonaran el barco, que se sumergía por la proa. Afortunadamente, ya estábamos fuera de la línea de fuego, el cual comenzaba á disminuir á causa de estar los franceses cerca de su propia escuadra.

»Todo esto sucedió en menos tiempo del que se necesita para contarlo, y apenas pude explicarme lo ocurrido; solamente vi que mi pobre *Elaine* comenzaba á desaparecer en las aguas y que estábamos todos aglomerados en el bote. Entonces observé dos cosas: primeramente, que un gran crucero inglés con bandera de paz gobernaba hacia la escuadra franco-rusa; y después, que otro buque se dirigía hacia mi bote. Pocos momentos después nos hallábamos sanos y salvos á bordo del *Blonde*, cuyo comandante nos recibió con las mayores atenciones, diciéndome que se le había ordenado que nos recogiera para conducirnos á bordo del crucero que llevaba la bandera de paz.»

ACEPTACIÓN DE LAS PROPOSICIONES DEL ALMIRANTE INGLÉS POR LOS JEFES DE LAS ESCUADRAS RUSA Y FRANCESA.

«El cambio fué tan repentino como inesperado, pues de pronto me encontré á bordo del *Alexandra* y á presencia del duque, quien me dijo cortésmente que se cuidaría de que no me faltase nada hasta que le fuera posible enviarnos á nuestro destino. No pude menos de admirar su tranquilidad en aquel momento, que yo consideraba verdaderamente crítico por la responsabilidad que pesaba sobre el jefe de la escuadra inglesa. Y admiré tanto más aquel aplomo, cuanto que era de temer una colisión; pero según supe después por varios oficiales, confiábase en evitarla.

»La cuestión era que no se había decretado formalmente aún la guerra con Francia. El duque iba á *invitar* á los franceses á retirarse con sus fuerzas, en cual caso no habría ataque, y los rusos podrían retirarse á Cronstadt sin que se les molestara, pero si dentro de tres horas la escuadra rusa no se había separado de la francesa y ésta no se conformaba con la condición impuesta, las flotas inglesa y alemana unidas harían aceptar por fuerza esta condición. El secretario del duque, Mr. Richard, me enseñó la copia del mensaje, que era enérgico, pero sumamente conciliatorio, pues se rogaba á M. Planché, el almirante francés, y á M. Shastakou, jefe de la escuadra rusa, que reflexionaran que ante fuerzas tan



La gran guerra de 1892 - Las tropas inglesas en la *Place Verte* de Amberes (pág. 131)



La gran guerra de 1892 — El yate *[illegible]* es echado á pique (pág. 132)

enormemente superiores, su honor quedaba á salvo, y que un sentimiento humanitario aconsejaba evitar la inútil efusión de sangre que sería consecuencia de su negativa.

»Todos los buques estaban preparados para la acción, y observé que la flota alemana se ponía en movimiento en dirección á nosotros. Los oficiales parecían más excitados que el almirante; pero ninguno creía probable la resistencia.

»Según las últimas noticias, recibidas por un vapor, el embarque de las tropas en Cherburgo se había interrumpido, y esto inducía á creer en una solución pacífica, pues era evidente que bastaba que la flota inglesa detuviera los transportes para que terminasen los manejos franco-rusos.

»Un telegrama de París decía que el almirante francés Premesnil se había hecho á la vela con orden de volver á Brest si los ingleses estaban en observación del Jahde con fuerzas superiores.

»No obstante, todos los anteojos se fijaban con insistencia en la *Immortalité*, que estaba á unas diez millas de distancia, detenido cerca del buque insignia francés, que debía izar el pabellón holandés en el caso de no aceptarse las condiciones.

»Transcurrieron al menos dos horas sin que se viera señal ninguna. Confieso que mi agitación era intensa, y contrastaba con la tranquilidad de los oficiales que veía á mi alrededor. De repente una voz gritó: «¡Los rusos se mueven!»

»Yo no podía distinguir á los rusos de los franceses; pero dijéronme que los primeros estaban en el ala izquierda y los otros á la derecha. Los oficiales dejaron de mirar con sus anteojos, con expresión de hombres contrariados en sus esperanzas, y parecióme notar en el duque un ademán de impaciencia al ver que no se izaba el pabellón holandés. Las condiciones quedaban aceptadas, y los rusos se hacían á la vela en dirección al golfo de Finlandia.

»Poco más tengo que añadir: la flota francesa pasó por delante de nosotros, gobernando hacia el Oeste. El duque destacó doce de sus buques de guerra al mando de Sir Seymour con siete ú ocho cruceros para seguir á los rusos hasta sus propias aguas, mientras que él iba en observación de los franceses con el resto de la flota. Yo pasé á bordo del *Támesis*.

»No pensaba yo seguramente que la presencia de la escuadra británica hubiera bastado para evitar el conflicto naval; y por otra parte, comprendía que hubiera sido una locura en los almirantes francés y ruso no proceder como lo hicieron.»

PREPARATIVOS PARA EL DESEMBARCO DE LAS TROPAS INGLESAS EN TREBIZONDA

LAS OBRAS DE DEFENSA DE ERZEROUM. – LOS TURCOS, COMO LOS INGLESES, SIEMPRE DESCUIDADOS SEGÚN SU COSTUMBRE.

(De nuestro corresponsal particular.)

Karakurghan, 29 *abril*

Según las últimas noticias, todo induce á creer que pronto habrá una batalla importante. Hacer un análisis de los rumores que llegan hasta mí continuamente, contradictorios como son, con sus adiciones y omisiones y rodeados del extravagante interés local con que se revisten las más triviales circunstancias, sería de todo punto imposible; y sin duda muchos de mis lectores estarán mejor informados que yo respecto al curso de los acontecimientos.

Cuando salí de Trebizonda, hace cinco días, notábase una ansiedad febril y un sentimiento de entusiasmo en muchos, pero también escepticismo en no pocos, sin duda por sus anteriores experiencias. Decíase que los ingleses llegaban con tres cuerpos de ejército; que se dirigían á Trebizonda, á Samsoum y Shumla para ayudar á sus aliados turcos é italianos, y que la división oriental de la flota del Mediterráneo había penetrado ya en el Mar Negro, con no poca sorpresa y tal vez disgusto de los comandantes turcos de los Dardanelos y de los Kavaks y de los generales rusos y franceses. En Trebizonda y en los pueblos inmediatos se suponían muy probables estos rumores por el hecho de que hacía una semana que los agentes ingleses compraban mulas, carneros y ganado. Los naturales no se han aprovechado tanto como podían de la generosidad de los compradores, porque dos ó tres traficantes armenios, sabiendo que los ingleses pagan bien, habíanse anticipado á ir en busca de los agentes para hacer su negocio. Esto no es más que un detalle de poca importancia al lado de lo que se dice acerca de nuestra intervención: que la acción de Inglaterra ha sido tardía, según costumbre; que sus transportes llegan vacíos al punto de su destino; que las tropas no llevan suficientes municiones ó van mal equipadas; que las disposiciones para el desembarco no se cumplen según lo mandado, y que de este modo la intervención podría anularse en sus efectos por haberse realizado bastante tarde. «Los ingleses, decía el buen pueblo de Trebizonda, mientras esperaba el cuerpo de ejército cuya venida se había anunciado, son buenos, pero indiferentes y nunca llegan á tiempo. Tienen más dinero que los rusos y hay entre ellos menos corrupción, pero también son más estúpidos.» Tal es el criticismo independiente de los aliados.

Me hubiera complacido presenciar el desembarco de las tropas inglesas; pero después de esperar inútilmente muchos días en la triste Trebizonda, no me fué posible detenerme más. Acababan de recibirse noticias de que una considerable fuerza de rusos avanzaba desde Kars por el Oeste hacia Erzeroum; y aunque hay allí ó en las cercanías 50.000 hombres de tropas turcas, ningún preparativo se había hecho al parecer para oponer resistencia al enemigo, excepto en Keupru Kuy, á nueve horas de Erzeroum. Debe recordarse que en Erzeroum se entra por tres poternas, llamadas respectivamente puertas de Stambul, de Ardahan y de Kars; los caminos á que conducen son los de Ardahan, Kars, Van, Erzinghan y Trebizonda. Por el Sud de Erzeroum, á muy corta distancia de las murallas, una montaña desciende en rápida pendiente hacia la ciudad, á la cual domina; mientras que un camino directo se dirige desde Van á Moush y de aquella ciudad á la montaña, desde la que dos canales se prolongan hasta Erzeroum. Si un enemigo tomara posesión de la eminencia (por lo que yo sé, no hay nada hasta ahora que lo impida, ó si acaso muy poco), le sería dado cortar estos canales de modo que no llegasen las aguas á su destino. Cierto que intramuros hay algunos pozos, pero su contenido sería insuficiente para satisfacer las necesidades de la población, y esto sin contar con las tropas acuarteladas dentro y fuera.

Es propio de la apatía turca el hecho de no haberse hecho nada, ó cuando menos tan poca cosa, para asegurar ese poderoso baluarte del Asia Menor. Entiéndase que hablo por lo que he oído decir á los mismos oficiales turcos, pues yo no he podido ver nada por mis propios ojos; pero hasta ahora no he tenido motivo alguno para dudar de sus informes.

Parece que de vez en cuando, desde 1878, se hicieron proposiciones para fortificar ciertos puntos naturales; pero que, confiándose siempre en la protección de la Providencia (esto es muy turco y casi inglés), se aplazaron siempre los proyectos, hasta que al fin han llegado las circunstancias presentes, y ya es demasiado tarde para ponerlos en ejecución. Así, por ejemplo, en el camino de Van, á unas cinco millas de Erzeroum, hay una admirable posición, conocida con el nombre de desfiladero de Palandukain; esta posición fué protegida hasta cierto punto en 1876, construyéndose un fuerte capaz de oponer vigorosa resistencia, y después se erigió otro en Gereguzek, á diez y ocho millas de Erzeroum, en el camino de Ardahan. Otra posición, la de Deve Boinou Bogaz, á cinco millas de Erzeroum, en el camino de Kars, era considerada entonces como buen punto para levantar un fuerte, y más allá construyéronse obras defensivas en el desfiladero de Loghana, á veinticuatro horas de Erzeroum, en el mismo camino de Kars. Sin duda hay también importantes posiciones sobre el camino de Bayazid, como por ejemplo en Deli Baba, angosta garganta que se abre á través de altas montañas, inexpugnables según los turcos; en Taher Gedi, á cinco horas más allá, y en Kara Kilissa, punto á corta distancia del cual hay un camino llano que conduce á Bayazid.

Desde la última guerra, sin embargo, parece que poco ó nada se ha hecho para fortificar ó siquiera conservar esas posiciones en conveniente estado defensivo. Ultimamente hase hablado mucho en Constantinopla de grandes armamentos en dicha frontera, asegurándose que se han enviado cañones Krupp para sustituir los de bronce, fabricados en Tophané, con los cuales estaban armados los fuertes de Erzeroum en la última guerra. Ignoro si dicho material habrá llegado á su destino; pero los habitantes de esta localidad le hubieran visto pasar si así fuese, y hasta ahora nada saben de este asunto. Debe esperarse una repetición de la famosa historia de un millón de liras gastadas para fortificar á Erzeroum en la última guerra.

Nó salí de Trebizonda solo, sino que me aproveché de la marcha de un convoy de mulas cargadas de municiones para Erzeroum, y también iban entre los viajeros cinco ó seis doctores ingleses que han ofrecido sus servicios á la Puerta para cuidar de los heridos en los campos de batalla.

El activo tráfico que hay ahora en esta reducida localidad, punto de confluencia de los caminos de Trebizonda y Erzinghan á Erzeroum, y que por regla general suele ser nulo en la presente estación, indica claramente que se preparan grandes acontecimientos. Durante todo el día ha pasado por aquí mucha gente, soldados turcos, rezagados ó desertores, enfermos ó heridos, bashi bozouks, los más de ellos bandoleros, que llevan en sus personas un verdadero arsenal; grupos de soldados de los que tomaron parte en la última guerra, armados de carabinas Winchester; circasianos montados en escuálidos caballos, y zaibekes de aspecto feroz. He observado que muchos de esos llevan grandes levitones rusos, y esto parece indicar que ha ocurrido alguna escaramuza ó se ha practicado algún reconocimiento de malas consecuencias para los moscovitas.

LOS RUSOS SON RECHAZADOS. – ESKI ZAGRA

LAS TRISTES REALIDADES DE LA GUERRA

Cerca de Keupru Keui, 2 *mayo*

Me aprovecho de una oportunidad para enviar un mensaje urgente por conducto de un oficial turco que marcha á Erzeroum, portador de varios partes. Poco después de escrita mi última carta, pude encontrar un escuálido caballo y llegar hasta Erzeroum, donde reinaba la mayor confusión. Acababa de saberse que una numerosa fuerza rusa avanzaba por el camino de Kars, y habíase llamado á todos los hombres útiles para salir al encuentro del enemigo.

Era muy natural que los rusos aprovecharan la primera oportunidad de caer sobre la fortaleza turca, que con razón esperaban encontrar desprevenida, pero Ghazi Mouchtar Bajá, el héroe del 77, que había llegado á Erzeroum pocos días antes, estaba resuelto á no permitir á su enemigo tradicional obtener una fácil victoria.

Como ya he dicho, todos los regimientos útiles fueron reunidos á fin de resistir el ataque y enviados inmediatamente á Keupru Keui. No tengo aún detalles, pues sólo permanecí una hora en Erzeroum, y tampoco he podido hablar con ninguna autoridad; mas de las noticias que he recogido resulta que los turcos, poco inferiores en número á sus adversarios, tenían la enorme ventaja de hallarse ocupando posiciones por tradición inexpugnables, en las que las armas turcas han alcanzado al parecer una señalada victoria.

A poco de salir de Erzeroum, comencé á observar evidentes señales de que se había librado ó se estaba librando alguna gran batalla: lo primero que encontré fueron unos veinte soldados de infantería, rendidos de fatiga y todos más ó menos gravemente heridos. Díles una bota de agua, que aceptaron gustosos, y ofrecíles una botella de aguardiente, que no quisieron. Preguntéles qué había ocurrido y me contestaron que se acababa de librar una gran batalla; un mocetón de ojos brillantes, herido en la mejilla por un casco de bomba y que se había vendado la cara con un pañuelo, exclamó: «¡Ha sido una nueva Eski Zagra! Los moscovitas han sido rechazados con grandes pérdidas y perseguidos sin descanso por los bashi bozonks, que han dado muerte á todos los enemigos á quienes alcanzaban, estuvieran ó no heridos.» El que esto me decía procuró hacerme comprender mejor con horribles ademanes la manera con que habían sido tratados los rusos heridos. Pronto me cansé de oir cosas tan horribles, y proseguí mi marcha: no tardé en reconocer la verdad de cuanto me había dicho el implacable muslim. En todo el camino, las horribles evidencias de una espantosa carnicería se repetían á cada instante, y se ofrecían á mis ojos todos los horrores de una encarnizada lucha que me dieron clara idea de la sangrienta matanza que acababa de ocurrir. A medida que avanzaba, se me revelaban más claramente la barbarie y maligna crueldad de los turcos. El número de muertos de éstos disminuía, al paso que el de los rusos aumentaba, y cuando llegué al punto de mi destino, aún me repugnaba el horrendo espectáculo que había presenciado. Mientras hablaba con el caballero á quien debo el envío de este parte urgente, vi llegar un pobre caballo que avanzaba penosamente por la orilla del río; cuando estuvo cerca, observé que sólo tenía tres piernas. Saqué mi revólver para poner término á sus padecimientos; mas al ver que el cuadrúpedo parecía indiferente, renuncié á inmolarle. «No extrañe usted eso, me dijo Salem Bey; hace dos horas, en el momento de cargar con mi escuadrón, una bomba reventó delante de la primera fila, y se llevó el belfo de una de las monturas, que á pesar de ello permaneció en la fila hasta que cayó muerto por una bala rusa.» Dicho esto, Salem Bey se levantó para ir á buscar su caballo, y habiéndole preguntado dónde estaba su ejército, contestóme: «*Bilemem* (lo ignoro); Inshallah (ha vuelto á Kars).

(*Continuará*)

EL HISTORIADOR ALEMAN

JUAN JANSSEN

Y OTROS MUERTOS ILUSTRES

¿Por qué no alcanzan la edad de Matusalem los sabios, los buenos, los hombres de mucho fuste, como el insigne autor de *Granada*, que en edad tan avanzada como la que ya cuenta conserva toda la lozanía de su deslumbrador estilo, todo el prolijo encanto musical de sus maravillosas rimas y todo el fuego de su inspiración, inaugurando el año de 1892 con un inimitable cantar á la ciudad de las procesiones y de las campanas, de los toreros y de los frailes, la «Venus del Guadalquivir que huele á rosas y azahar y es toda española de los pies á la cabeza,» la reina de Andalucía que por boca del inspirado hispalense D. José Lamarque de Novoa contestaba á las admirables quintillas del trovador castellano?

Apenas encontrábase *nel mezzo del camino*, cuando murió el escritor mimado del público, el crítico de arte inteligente y discreto y á ratos novelista *D. Luis Alfonso*, que unió su nombre al de Murillo y fué el amigo de todos los artistas españoles, el noble adversario de los que alardeando de modernistas respiran el medio ambiente del naturalismo, el favorito de Víctor Hugo y de Castro y Serrano, el que hizo saborear á los lectores de *La Epoca* las últimas humoradas del autor de las *Doloras* y de *Los pequeños poemas*, el biógrafo de Echegaray, el heraldo de las glorias catalanas en Madrid, el penegirista de Verdaguer y de Guimerá, el enamorado de *Mar y cielo* encendiendo el entusiasmo por aquella tragedia en su paisano Enrique Gaspar que, absorto por la historia peregrina de los amores del pirata moro y de la cristiana, se olvidaba de la hora de comer. La tragedia de D. Angel Guimerá fué primero un valioso regalo que Luis Alfonso hizo á su amigo Enrique Gaspar en Olorón, y después una delicia para el público de Madrid y Zaragoza. Alfonso recorrió el mundo, hasta el que descubrió Cristóbal Colón y hasta la patria del conde León Tolstoy, escribiendo sobre la Exposición de Filadelfia y sobre Rusia, y reunía en su vivienda, como si fuese un gran Mecenas, muchísimos tesoros artísticos. ¡Qué pena tan grande habrá experimentado al darles el postrer adiós y al dejar sin terminarlos tantos proyectos literarios que bullían en su mente! Como testimonio perenne de su amor al arte y á Barcelona nos queda la obra monumental *Los meses*, que se publicó en la ciudad condal por iniciativa del simpático Alfonso, á quien el eminente literato barcelonés J. Mañé y Flaquer erigió un hermoso monumento en el prólogo de dicha obra, diciendo acerca del que rivalizó con Federico Balart, Isidoro Fernández Flórez y Jacinto O. Picón en el cultivo de la crítica é imprimió á cuanto brotaba de su pluma un sello de sólido razonamiento: «Alfonso es insinuante como un valenciano, terco como un aragonés y perseverante como un catalán.»

Por el escritor caballero, por el literato aristocrático y cortesano llora con los españoles la hija de una malograda poetisa alemana, una joven y hermosa austriaca que conoció al hijo del Turia en la poética ciudad de las lagunas y que si hubiese accedido á sus vehementes deseos de sentarse con él en una góndola, hubiera vuelto de aquel paseo como su novia.

Dios no quiso: ella salió para las orillas del Danubio y él regresó á Barcelona, de donde le escribía esta dulce palabra alemana que usan los enamorados: *Vergissmeinnicht* (no me olvides).

Triste cosa es considerar cómo se va acortando la existencia humana. El crítico de eruditísima doctrina y de elegantísimo estilo ha muerto en lo mejor de la vida. «Ya que están en flor hiélanse los árboles, á punto de desenhornar quiébranse los vidrios, en seguimiento de la víctima mueren los capitanes, al tiempo de echar la clave caen los edificios y á la vista del puerto perecen los pilotos.» Esta profunda verdad que anuncian las palabras de un español ilustre, la aplicó *La Epoca* á la muerte de su redactor, que falleció el 18 de enero, antes de haber terminado su *Historia de las Bellas Artes* y publicado una colección de artículos titulados *El arte al final del siglo*, y esta verdad se ha cumplido también por la pérdida del ídolo de los circulos católicos de Alemania, el historiador *Juan Janssen*, que había de bajar al sepulcro antes de dar feliz remate á su importantísima obra de esmerada forma, titulada *Historia del pueblo alemán desde el final de la Edad media*, que descubriendo puntos de vista nuevos y sorprendentes, escribió sin fatigarse en el transcurso de un período ya muy largo y de trabajo continuo.

Jamás habían existido, ni en la antigüedad ni en el mundo moderno, historiadores verdaderamente objetivos que no hayan obedecido á tendencia alguna. Hasta los cronistas más sencillos que se limitan á referir los hechos en vez de vivificar con la magia del relato las páginas de la inerte crónica, no están libres de subjetividad. Eso significa esta frase de Goethe: «Lo que llamáis el espíritu de los tiempos no es sino el espíritu de los mismos señores en que los tiempos se reflejan.»

Janssen se colocó en el punto de vista católico. Es el Fernán Caballero de la Historia, ardiendo en su alma feliz la lámpara bendita de la fe. Por eso vió las cosas por aspectos distintos que los que dicen: «Tenemos en Alemania una religión ideal que bajo la dirección de nuestros grandes pensadores y poetas se ha desarrollado desde Leibnitz y Lessing, Goethe y Schiller; tenemos desde la guerra de los Treinta años una religión natural que no se satisface de las dos Iglesias reconocidas por el Estado, ni se encierra en alguna de las confesiones conocidas, pero es considerada por los que la profesan como la esencia del cristianismo de Jesucristo.» Los alemanes amamantados con las doctrinas de la Reforma censuran y rebajan á *Janssen*, disintiendo de sus opiniones. Ellos dicen: «Nadie conocerá á Lutero con el criterio de Janssen, así como nadie conocerá á Homero siguiendo á Aristarco, ni á Cervantes con la angostura de miras de Clemencín. No hay obra humana ni vida de hombre que no esté plagada de defectos y faltas. Ni una sola piedra de las que componen la catedral de Burgos carece de algo feo, ni un solo día hay en la historia del más ilustre de los nacidos sin algo reprensible.»

Janssen perteneció por su nacimiento, su educación y su índole á la fe católica, y de su corazón alegre, de su contemplación serena brotó una convicción firmísima que no tenía ningún parentesco, pues lo que en su *Historia del pueblo alemán*, alarde pasmoso de saber y de actividad, y en todos sus trabajos le acompañaba y le impulsaba, era el anhelo de unidad y de libertad de la patria alemana, la resurrección



UNA PARISIENSE, cuadro de D. Santiago Rusiñol. (De fotografía de D. J. Martí.)

SALÓN PARÉS



1. JALOUSIE. – 2 RETRATO DE M..., cuadros de D. Ramón Casas. – 3. DANS LA GALLETE. – 4. RECUERDO DE MONTMARTRE. – 5. NUBES DE VERANO. – 6. RECUERDO DE HIX, cuadros de D. Santiago Rusiñol. – 7. JARRÓN DECORATIVO. – 8. LOS DOS AMIGOS, esculturas de D. Enrique Clarassó



PARA DOS PERDICES... UNO, cuadro de D. Salvador Viniegra

de su grandeza después de siglos de miseria profunda y de sin par vergüenza. Como historiador le distinguieron, no sólo la escrupulosidad, que constituyó una parte de su esencia; la claridad de lenguaje y la honradez, que iba acompañada de un ingenio sagacísimo y de una imaginación lozana, sino la contemplación brillante de la cultura del pueblo alemán. Jamás podrá omitirse el nombre de *Janssen*, verdadero nombre de legión.

¡Cuán lúcida, caracterísla y llena de verdad es su descripción de los ramos todos de la vida de Alemania al final de la Edad media, cuando el arte de la imprenta, según dijo un contemporáneo de Gutenberg, «dió á la libertad del hombre un puñal agudo, una espada cortante de dos filos, tan apta para lo bueno como para lo malo, para la lucha en pro de la verdad como en pro de pecados y errores,» y cuando se levantaba aquel reformador eclesiástico, aquel estadista filósofo, aquel gigante espiritual que se llamaba Cusano, el cardenal alemán natural de Cues (pueblo próximo á Tréveris), que según dijo el abad Juan Tritemio á fines del siglo XV, «apareció en Alemania cual ángel de luz y de paz en medio de sombras y de confusión!»

Janssen hace justicia al hijo de Schlettstadt, Jacobo Wimpheling; al humanista Rodolfo Agricola, el pedagogo de Alemania; á Alejandro Hegio, el mayor preceptor alemán del siglo XV, á las mujeres notables de Alemania, á los Juan Penchlin y Juan Tritemio, al jurisconsulto Ulrico Zasio, al teólogo y predicador Geiler de Kaisersberg, al protector de las artes el emperador Maximiliano, y habla de la arquitectura cristiano-germánica que tenía su influencia sobre España, siendo Palma de Mallorca una ciudad gótica por excelencia, donde después de la conquista de la isla por los españoles se habrá establecido una colonia entera de canteros alemanes. Basándose en los escritos de Goerres y de Augusto Reichensperger, escribió *Janssen* sobre el arte alemán. Dedica sentidas palabras á la poesía popular en que latía el corazón del pueblo alemán con todo su júbilo, su humor y su melancolía y con su amor á la naturaleza, y ensalza el canto eclesiástico que floreció en Alemania ya en el siglo IX y que asombró á San Bernardo al predicar la cruzada. Se ocupó de los misterios, de las poesías de Juan de Vintler, de Sebastián Brant, de las crónicas, entre las cuales se distinguió la de Colonia, que publicó un anónimo en 1499 en el dialecto del bajo Rhin en honor de la ciudad venerable y santa que fué para Alemania, como dijo el cronista, lo que fué París para Francia, Londres para Inglaterra y Roma para Italia, siendo

Coellen eyn kroin
boven allen steden schoin.

(Colonia una corona hermosa descollando sobre todas las ciudades.)

Janssen es el encomiador de la prosa alemana del siglo XV, pero dice respecto á Lutero «que su innato arte lingüístico tenía un desarrollo extraordinario por su lectura de los prosistas del siglo XV, en cuyas manos la lengua alemana parece ufanarse de sí misma, y por su trato del pueblo. Lutero era un maestro poderosísimo de la lengua alemana. Su dicción es concisa y vigorosa, animada y característica; sus metáforas son todas tan sencillas como expresivas y candentes como el fuego. Bebía en las fuentes del habla popular y tenía pocos iguales en su elocuencia popular. Cuando se sentía inspirado por el espíritu del pasado católico, sus palabras eran verdaderamente elevadas. En sus obras docentes y edificativas manifiesta más de una vez una profundidad de la contemplación religiosa, que recuerda los días del misticismo alemán. ¡Qué bellas son las frases que usa en su librito publicado en 1520 con el título de *La libertad del cristiano*, sobre la felicidad del alma que está unida á Jesucristo cual novia á su novio por el anillo nupcial de la fe!»

Respecto á los cantos evangélicos cita *Janssen* estas palabras sacadas de *La poesía alemana*, por Wolfgang Menzel: «Al riquísimo idealismo que rebosaba la poesía católica en España bajo los auspicios de Calderón, le opone la Iglesia nueva la pobreza severa y dura de un realismo que recuerda más el Antiguo que el Nuevo Testamento.»

En 1876 y 1879 salieron los dos primeros tomos de la *Historia*, de *Janssen*, y éste prefirió continuarla y ser ardoroso polemista á ser cardenal de la iglesia romana.

El, cuyas obras suscitaban discusiones tantas, vió la luz en la ciudad de Xanten, que la leyenda llama ciudad natal de Siegfried, mientras en otra ciudad rhiniana, en Wormo, que guarda asimismo el recuerdo de aquel héroe legendario, se ha celebrado la memoria de Lutero, contra el cual esgrimió la espada el católico *Janssen* en su *Historia*. ¡Cosa extraña! El que con el escudo de la fe descendió á la sangrienta liga era el hombre más pacífico, y el historiador protestante Juan Federico Bohmer era uno de sus mejores amigos. Nuestro historiador, que al escribir su *Historia* se acordaba que era sacerdote y tanto ruido metió, fué un verdadero patriota alemán; por eso lloraba la miseria en que precipitaron á la desventurada patria los estragos de la guerra de los Treinta años. Ya cuando niño prorrumpió en lágrimas al describir en la escuela la decadencia del florecimiento helénico después de la segunda guerra peloponesíaca. Un sentimiento semejante le animaba cuando describía un período nefasto de nuestra historia que abortó charcos de sangre, y cuando le arrancó anatemas el espectáculo de decadencia de Alemania.

Nació *Juan Janssen* el 10 de abril de 1829. Después de haber empezado á hacerse aprendiz de calderero, llamó la atención de un maestro y entró en la escuela de Xanten, continuando sus estudios en Recklinghausen, Munster y Lovaina. En 1853 publicó en Bonn su primer opúsculo, titulado *El abad Wibaldo de Stablo y Corvey*. Desde 1856 á 1881 desempeñó en Francfort el cargo de profesor de Historia en el gimnasio de la ciudad del Mein. En 1861 dió á la estampa su obra patriótica titulada *Las aspiraciones de Francia para alcanzar el Rhin y su política enemiga de Alemania*. Aunque de salud delicada desde 1856, pudo escribir los seis tomos de su *Historia* que levantaban la polvareda mayor que tal vez hemos visto en Alemania, y la *Vida del poeta conde Federico Leopoldo de Stolberg*, que salió en 1877: le mantenía firme su gran corazón hasta que en la Nochebuena de 1891 cuando se esperaba el tomo VII de su *Historia*, exhaló su último suspiro, acompañándole en los postreros momentos de su vida su amigo el padre jesuíta Alejandro Baumgartner, el traductor de un canto de *La Atlántida*.

Ya se ha apaciguado el estrépito y algazara que movieron las obras de *Janssen*, su *Historia* y los dos folletos *A mis críticos*, en los que el más discutido de los historiadores alemanes, movido de espíritu polémico, contestó á sus adversarios protestantes.

Más afortunado que *Janssen* ha sido el restaurador de la catedral de León, mi amigo el arquitecto poeta D. Demetrio de los Ríos y Serrano, que el día 27 de enero de 1892 murió á los 64 años de edad, después de haberse dedicado á restituir á su primitiva pureza la joya de la Edad media, la catedral de que dice el célebre dístico latino:

Sint licet Hispanis ditissima pulchraque templa,
Hoc tamen egregiis omnibus arte prius

Cuando hace unos cuatro años visitaba á mi ilustre amigo en León, escribí en su álbum una frase cariñosa comparándole con el arquitecto de la catedral de Colonia. ¿Quién podría expresar mi sorpresa? Con estas humildes palabras mías que había leído á su paso por León, acaba de presentarse en mi casa de Colonia un arquitecto alemán, Sr. Junghandel, autor de la obra *La arquitectura de España*. Al saber por mí la nueva de que había muerto en León el sabio arquitecto andaluz, unió sus lágrimas con las mías. Pero ¿por qué estamos llorando? Desde aquel edificio que el monje Lobera llamaba en su obra *Grandezas de León*, impresa á fines del siglo XVI, *pulido, sutil, hermoso y apacible, tanto que parece lo acepillaron*, se ha remontado el padre de la tierna poetisa Blanca de los Ríos á las bóvedas del cielo.

La muerte es la segadora más infatigable. Ayer sus nobles víctimas fueron Juan Janssen, Demetrio de los Ríos y Luis Alfonso; hoy murió mi maestro primario, el venerable *Enrique Kühne*, de cuya alma de fuego brotaban incesantemente centellas de luz, y cuyo constante anhelo era el bien de la juventud. Escribió lindísimos cuentos en el dialecto de su pueblo natal, Mülheim, la de Ruhr, y dedicó versos á la memoria de la reina Luisa de Prusia. Al derramar una lágrima por la pérdida de mi querido maestro, lloro también por mi infancia bendita, y por aquellos cuyo recuerdo vale para mí un Perú, mis padres idolatrados.

JUAN FASTENRATH

NUESTROS GRABADOS

Baile de Corte, cuadro de D. Manuel Domínguez, propiedad del Sr. Marqués de Pinar del Río. – Reposada y sólida es la pintura de Domínguez: ejecuta con calma y concibe con claridad, sin dejarse arrastrar por el entusiasmo ó la exaltación. De ahí que en sus obras no se observen deficiencias hijas del desfallecimiento ó del cansancio, ni que en ellas se noten resultados de fatigosa producción. Al examinarlas adivínase al maestro, y tal título mereciera á falta de los que ya posee quien ha logrado solo y unido á Ferrán pintar el famoso tríptico, publicado también en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, representando la Porciúncula, en San Francisco el Grande de la coronada villa.

D. Manuel Domínguez es uno de los artistas con cuyas obras se envanece España, ya que por su genialidad, potente y vigorosa, marca, unido á otros pintores también ilustres, una gloriosa etapa en la pintura española contemporánea.

***

Monumento erigido á la memoria de Breidel y Coninck, en Brujas. Obra del escultor P. de Vigne. – En este monumento están representadas las figuras de dos ilustres patriotas flamencos que brillaron en la historia medioeval de Bélgica. M. de Vigne, célebre escultor belga, ha sabido imprimir en sus actitudes, en sus rostros, en sus menores detalles esa vida y esa energía características de la escultura moderna, que no se satisface con reproducir la belleza plástica, sino que ahondando más en el arte anima la materia haciéndole expresar las cualidades psíquicas de los personajes que reproduce.

***

Obras de D. Santiago Rusiñol, D. Ramón Casas y D. Enrique Clarassó (Salón Parés). – El movimiento operado por algunos artistas de valía en el extranjero y las composiciones naturalistas premiadas en varios certámenes han sido causa para que aquí se formara un grupo de entusiastas prosélitos de esta que pudiéramos titular nueva escuela. A ella pertenecen Santiago Rusiñol y Ramón Casas, que aun sin haber logrado todavía cuanto cabe esperar de sus cualidades y aptitudes, gozan de merecida y justa reputación, conquistada primero por sus festivas genialidades y después por sus inteligentes estudios, siempre fielmente reproducidos del natural. Cada nueva exposición de sus obras revela un adelanto, mayor fidelidad en la interpretación y mejor gusto en la elección de asuntos. Entre los setenta y tantos cuadros, grandes y chicos, que figuraron en su última exposición, nótase, en uno y otro pintor, la misma mudanza que apuntamos.

Rusiñol y Casas, ó más bien dicho, sus obras, son brillantes manifestaciones de la escuela *verista*, que si bien no es la que cuenta con mayor número de fieles prosélitos, preciso es confesar que cuando se sabe estudiar y sentir la naturaleza, como Casas y Rusiñol la observan y admiran; cuando como ellos se fijan en el lienzo, sin esfuerzo, los colores de la paleta para reproducir brillantes tonos, frescura y vida, y se truecan en sentidos y poéticos asuntos triviales y fríos, debe admirarse la escuela que, en su realidad, alcanza belleza y atractivos.

Si estos dos artistas están unidos por los lazos que determina la escuela que ambos cultivan y la fraternal amistad que se profesan, participa de estos vínculos otro artista de talento, el escultor Enrique Clarassó, que en cierto modo los complementa, ya que así como al recordar á Rusiñol no es posible hacerlo sin unir á él la personalidad de Casas, no puede pensarse en su íntimo compañerismo sin formar una trilogía artística agregando á Clarassó, que persiguiendo en la escultura los mismos ideales que aquéllos en la pintura, modela alentado por un sentimiento delicado y produce esas obras juguetonas, finas, elegantes, en que se halla impresa la nota picaresca con la corrección del artista.

Para terminar citaremos una frase, que por haberla pronunnunciado una actriz eminente, Eleonora Duse, al examinar las obras reunidas de estos tres artistas en una de sus anteriores exposiciones, tiene valor por el concepto que revela:

«Mayor mérito es obtener bellezas de asuntos triviales por medio de finuras de color y exactitud de tonos, que producirla por la reunión misma de los que guarda la naturaleza.»

***

Para dos perdices... uno, cuadro de D. Salvador Viniegra. – Bien se echa de ver en su semblante satisfecho que no ha sido el protagonista de este cuadro de los que menos se han divertido en el baile que se dispone á abandonar; y las dos elegantes mascaritas que de bracero lleva demuestran que su satisfacción es justificada. En cambio el pobre japonés le mira con envidia y con su ademán parece echarle en cara su egoísmo y recordarle que el refrán dice: «para dos perdices, dos.» Mas harto se comprende que el afortunado no está dispuesto á compartir con nadie su buena suerte y que á la indicación del otro contesta con el propio refrán modificado «para dos perdices... uno.»

El autor de este cuadro, D. Salvador Viniegra, es uno de los pintores españoles que en menos tiempo han conquistado mayor nombradía. De él hemos hablado varias veces, y alguna con todo el detenimiento que se merece, en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA: prescindiremos, pues, de nuevos elogios que no podrían ser sino repetición de los muy justos y entusiastas que en otras ocasiones le hemos dedicado, y nos limitaremos á felicitar al autor de *La bendición de los campos*, por ese bellísimo lienzo, en el que se patentizan las excepcionales dotes de un artista de verdadero genio, manifestadas ya en tantas otras obras admiradas por propios y extraños y con empeño solicitadas por los más ilustres coleccionadores.

***

Instituto de 2.ª enseñanza y Escuela de Bellas Artes de la Coruña, fundada por D. Eusebio da Guarda. – A la liberalidad de D. Eusebio da Guarda debe la Coruña varias fundaciones y grandes beneficios, figurando entre ellos la fundación de un magnífico edificio destinado á Instituto de 2.ª enseñanza y Escuela de Bellas Artes, dotado con cuantos elementos exigen los modernos adelantos. La ciudad gallega ha sabido corresponder á los beneficios recibidos del que figura en el número de sus hijos más ilustres, erigiéndole una estatua de bronce, modelada por el escultor académico D. Elías Martín, frente al edificio del Instituto.

En uno de los números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, correspondiente al año último, reprodujimos por medio del grabado la referida estatua, dando entonces mayores detalles acerca de las envidiables dotes que adornan al Sr. da Guarda y á la importancia y valía de sus donaciones.

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE.—ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

—La leyenda de estas ruinas, dijo Pablo, fijando una tierna mirada en los hermosos ojos de la joven y en el contorno ovalado de sus mejillas sonrosadas, tan próximas á las suyas en aquel momento, es por demás sencilla, aunque interesante. Escuche usted: cierto paje se enamoró de una hermosa doncella, cuyos hechizos fascinaban á cuantos los veían; amábala sinceramente, pero nunca se atrevió á pronunciar una sola sílaba que revelase su pasión. Desde lejanas tierras habíala seguido, adorándola siempre en silencio y acariciando, en su loca fantasía, las más doradas ilusiones. Cierto día, la encantadora beldad, que había adivinado el amor del paje, encontróle en un bosque y le condujo, á un castillo ó que tal parecía; le invitó á penetrar en el recinto, y ofreció mostrarle la realización de sus sueños. Pero ¡ah! cuando iba á traspasar el umbral de la gran puerta, la fortaleza se desplomó sobre el abismo profundo que le servía de foso, convirtiéndose en un montón de escombros, triste imagen de las esperanzas perdidas del enamorado paje.

Hierba se desvió un poco de su compañero, aunque sin dejar de apoyarse en la pared ruinosa, y fijó en él una mirada penetrante, cual si quisiera escudriñar el fondo de su corazón; mientras que Pablo estrechaba entre sus dos manos la de la joven, sin que ésta pareciese advertirlo.

—No es esa la historia, murmuró Hierba con débil acento; la verdadera se titula «Cuento de la pavera de Strudle Bad y del pavipollo travieso.» Erase una pavera de la llanura que conducía sus aves tranquilamente al mercado, cuando una de ellas, más atrevida... ¡Caballero Hathaway!... ¡Cómo se atreve!... ¡Por Dios, déjeme usted!

Pablo acababa de enlazar con su brazo el talle de la joven, y estrechando una de sus manos, rozó con los labios el suave cabello de Hierba, que por un supremo esfuerzo consiguió desasirse al fin.

—¡Basta!, exclamó con expresión grave; no era necesario ilustrar la leyenda, ni yo podía imaginar que, abusando de mi inocente confianza, hubiese usted osado...

—¡Pero, Hierba! ¿No ha comprendido aún que la adoro con pasión?

La joven estaba muy pálida, como si toda la sangre de sus venas hubiese refluído al corazón; desvióse más de Pablo, y con el látigo comenzó á sacudir el polvo adherido en su falda, manteniéndose en un obstinado silencio, como abismada en sus tristes reflexiones.

—Vamos, dijo al fin, vámonos de aquí.

—No, hasta que me haya escuchado.

—¡Pues bien: le creo á usted!

—¿Me cree usted?, repitió Pablo con expresión de ansiedad, tratando de coger otra vez la mano de la joven.

—Sí, contestó Hierba, dando un paso atrás; de lo contrario, no estaría aquí ahora. ¡Vamos, esto debe bastarle; y si quiere usted que siga creyendo, no me hable más de esto por ahora! Ya es tiempo de ir á buscar nuestros caballos.

Pablo fijó en la joven una mirada en que parecía revelarse toda la pasión que su alma sentía. Hierba estaba pálida, pero serena; siguióla silencioso, y al llegar á la pendiente ofreció su mano á la joven, que la aceptó sin manifestar emoción alguna. Hubiérase dicho que el recuerdo de la escena que acababa de tener lugar quedaba sepultado para siempre en el abismo que poco á poco perdían de vista.

Al poner el pie en la mano de su acompañante para saltar á la silla, la mirada de Hierba se cruzó con la de Pablo, pero límpida y serena, como si nada hubiera pasado.

Durante unos momentos los dos avanzaron silenciosos; Pablo parecía absorto en sus reflexiones, y su expresión melancólica no era ciertamente la del hombre que debe creer correspondido su amor.

Resentida la joven de aquella actitud, y por más que conociese la causa de ella, no dirigió á Pablo la palabra durante algún tiempo, y cuando al fin habló, no fué sino para reconvenirle.

—¿Le parece á usted propio de un caballero galante que acompaña á una señora por primera vez, dijo, mostrarse tan taciturno, sin hablar una palabra, como si hubiésemos reñido? No creo que sea esto un aliciente para nuestras futuras excursiones. ¿Conservará usted esa expresión de tristeza hasta llegar al hotel, para que todo el mundo comprenda allí lo que siente en su interior y se permita hacer tal vez interpretaciones desfavorables para mí? Por lo menos, confío que no se presentará de este modo á los ojos de Matilde, pues mi amiga podría recordar que esta ha sido la *segunda* vez que hablamos á solas.

Había algo tan dulce y razonable en esta reconvención, que por más que las palabras de la joven no prometiesen nada para lo futuro y que Hierba las hubiese pronunciado con una sonrisa burlona, Pablo hizo un esfuerzo para recobrar su buen humor y consiguiólo al parecer.

Cuando al fin llegaron al patio del gran hotel, algo agitados por el galope de sus caballos, pero rebosando los dos juventud y con el rostro animado, Pablo comprendió que era objeto de envidia para todos los que allí estaban, y que muy pronto se hablaría de él en Strudle Bad por el mero hecho de haber acompañado á la hermosa americana, según la llamaban. Esto debía halagar su amor propio, y en aquel momento, solamente le desagradó ver dos personas que le miraban con más atención que las demás y que muy pronto desaparecieron, pero á las cuales volvió á encontrar pocos instantes después en el salón de Hierba.

Eran D. César y su hermana, que se apresuraron á felicitarle con los cumplidos de costumbre. Sin embargo, creyó notar en doña Ana cierto tono protector, y ésta le dirigió algunas palabras por las cuales podía creer que se le consideraba como un amante arrepentido. No sabiendo qué contestar y pareciéndole que hacía un papel ridículo á los ojos de Hierba, buscaba un pretexto para retirarse, cuando de pronto fijó su atención en un magnífico canastillo de flores que estaba sobre la mesa. En su centro veíase una pequeña tarjeta con el nombre sobrepuesto de una corona de barón. Hierba la había desviado del sitio donde se hallaba con marcada indiferencia, y por esto extrañó más los exagerados elogios que doña Ana hacía de las flores, invitándole á él particularmente á examinar el regalo y ensalzando el buen gusto del donador.

Todo esto parecía tan incongruente con los sentimientos de Pablo, y sobre todo con su recuerdo de la escena del bosque, que no pudiendo soportar su situación en aquel instante, se excusó de comer con los demás, alegando que tenía una cita con un oficial alemán, á quien había encontrado casualmente. Hierba no insistió para que se quedase, y hasta parecióle que le había complacido. El coronel Pendleton iba á llegar sin duda de un momento á otro, y Pablo no se hallaba en disposición de hacerle compañía. Estaba convencido de que los consejos del coronel no eran los más convenientes para su pupila y comenzaba á pensar que sus intereses eran antagónicos en cierto modo. No quería ser desleal con su antiguo amigo, pero pensaba que éste no le había hablado con franqueza después de su última visita á la casa del Rosario. ¿Había sucedido lo mismo con *ella?*

Pablo tuvo la suerte de encontrar á su amigo el oficial, y después de comer juntos en una de las mejores fondas, fueron al *Kursaal*, donde saboreando el moka trabaron animada conversación.

—A propósito, dijo el oficial, he sabido que usted es uno de los pretendientes de la hermosa americana, y según se dice, de los más afortunados.

Pablo, creyendo al pronto que su amigo se refería á la hermana de D. César, no supo qué contestar al pronto, y fijó en su interlocutor una mirada interrogadora.

—¡Vamos!, dijo el oficial, con maliciosa sonrisa, soy más viejo que usted, y no puedo extrañarme que se enamore; mas á pesar de mis años, á fe mía que no hubiera podido acompañar á tan hermosa dama sin declararme su esclavo.

Muy á pesar suyo, Pablo se sonrojó como si le hubieran sorprendido en alguna falta.

—¡Ah!, exclamó, ahora comprendo que habla usted de la señorita Argüelles. Es persona á quien conocí hace largo tiempo en mi país, en California.

—¡De veras! No lo sabía, y por lo tanto pido á usted mil perdones si en algo le han resentido mis palabras.

—Nada de eso. ¿Ha oído usted hablar por ventura de la familia de ese nombre?, añadió Pablo, haciendo un desesperado esfuerzo para aparentar tranquilidad de espíritu.

—No; pero puedo asegurarle que el apellido Argüelles no es, en mi concepto, americano, y por lo tanto no acierto á explicarme por qué se ha dado á esa señorita el calificativo con que la distinguen, tanto más, cuanto que, según he oído decir, no parece méjicana en lo más mínimo.

Por un momento, Pablo pensó en lo desgraciada que había sido la elección de Hierba al tomar un nombre extranjero, que ahora parecía el más propio para suscitar comentarios y críticas que hubieran podido evitarse. No le era posible dar explicación alguna al oficial sin engañarle; esto repugnaba á su carácter, y sentía no haber cortado desde un principio la conversación sobre Hierba.

Por fortuna, su compañero no interpretó bien la causa de su confusión, y con amistosa franqueza esforzóse para halagarle.

—La hermosa compatriota de usted, dijo, es ahora objeto de curiosidad porque un estúpido barón se muestra muy asiduo en hacerle la corte, lo cual basta y sobra, amigo mío, para que esos animales murmuren, pues no comprenden lo que es la libertad de una hija de América, y creen tal vez que una heredera no tiene su dinero más que para pagar las trampas de un conde ó marqués, y que lo hará gustosa con tal de obtener un título nobiliario. Me agrada hablar con usted de esto, porque supongo está enterado del asunto, y cuando me digan alguna cosa sobre el particular, sabré qué responder. Mi palabra tiene aquí algún valor, y nadie pondrá en duda lo que yo diga. Sin embargo, para esto quisiera que me informase usted sobre quién es la hermosa dama, quiénes sus padres y sus parientes. Ya sé que sus principales amigos aquí se reducen á un coronel muy entrado en años, que siempre va con su criado negro, y unos colonos americanos, ó que tales parecen; pero esto no hace al caso. Dígame qué familia es la de esa señorita.

Con su aspecto bondadoso y su expresión de curiosidad, el oficial obligó en cierto modo á Pablo á darle detalles sobre el parentesco de Hierba, tal como ésta lo había forjado, apoyada por el coronel Pendleton; pero se extendió más particularmente sobre el misterio con que se hizo la escritura de depósito para asegurar los bienes de la heredera, creyendo desviar así la atención de su amigo del asunto del parentesco. El oficial, sin embargo, no entendía nada de tutores y curadores y pensó que se trataba de alguna institución.

—No estoy versado en asuntos de esta especie, dijo; pero seguramente el representante de Méjico en Berlín conocerá la familia Argüelles; de modo que sobre este punto no puede haber cuestión.

Pablo se sintió muy aliviado cuando llegó la hora de despedirse del oficial, y al fin se vió libre en la calle aspirando el aire fresco de la noche, lo cual bastó para hacerle olvidar aquella desagradable entrevista. Entonces, solamente pensó en su paseo con Hierba. Habíale dicho al fin que la amaba; ella lo sabía, y por más que le hubiese prohibido hablarle de su pasión, no le había rechazado.

Penetrada tal vez del misterio que rodeaba su nacimiento, resistíase á depositar en nadie formalmente su cariño, ó bien el convencimiento de que no podía legitimar su origen inducíale á rechazar su amor. Por lo demás, estaba seguro de que el corazón de Hierba se conservaba virgen; y hasta atrevióse á creer que siempre había inspirado verdadera simpatía á la joven heredera. Correspondíale, de consiguiente, remover todos los obstáculos, y aconsejarle que volviese con él á América después de aceptarle por esposo, el mejor guardián de su buen nombre y de su secreto.

Los dulces acordes de un piano, en el que una

experta mano tocaba un precioso vals alemán, hirieron de pronto su oído, recordándole el momento en que había enlazado con su brazo el talle de Hierba; y enardecido por este pensamiento, prometióse no vacilar más en su resolución.

¡No; conquistaría el amor de la hermosa heredera á todo trance, fueran cuales fuesen las consecuencias! En otro tiempo no le inspiraba más que simpatía, pero ésta se había convertido paulatinamente en otro sentimiento más poderoso, y ahora dominábale una verdadera pasión, y no se explicaba cómo pudo mostrarse antes tan indiferente á los encantos de Hierba. Sin duda había servido de juguete al coronel desde un principio, y arrepentíase sinceramente de haberle prometido no hablar á su pupila sobre su parentesco. ¡Sí; Hierba tenía motivos para dudar que él fuese capaz de hacerle feliz, puesto que después de encontrarla rodeada de necios adoradores, que con sus importunos obsequios daban pábulo á la maledicencia, habíase limitado á declarar su amor como un niño, sin ofrecer resueltamente su protección y su mano!

Fortuna fué para el coronel no encontrar aquella noche á su joven amigo cuando éste entró en su alojamiento.

Era ya muy tarde, pero aún se veía en la sala de Hierba mucha luz, cuyo resplandor llegaba hasta la ventana de Pablo, comprendida en el balcón corrido de aquella habitación; y de vez en cuando oíase murmullo de voces. Sin embargo, la hora le pareció demasiado intempestiva para aprovecharse de la invitación que antes se le hiciera, y por otra parte, el estado de su ánimo no se lo permitía. Hallábase poseído de una excitación nerviosa que alejaba el sueño de sus párpados, y sin encender la bujía, abrió la ventana que, como ya se ha dicho, correspondía al balcón corrido, sacó una silla y colocóse detrás de la cortina, entregándose allí á sus reflexiones, mientras contemplaba el estrellado firmamento.

Reinaba un silencio profundo; la luz de la luna iluminaba la plaza, produciendo fantásticos efectos de clarobscuro; de vez en cuando percibíanse claramente algunos sonidos, como por ejemplo, el rumor de pasos apresurados, el choque de un sable de caballería contra el empedrado de la calle, ó el lejano silbido de alguna locomotora. En medio de esta calma, Pablo oyó abrir la puerta del salón y rumor de voces, lo cual le indicó que los visitantes de Hierba se retiraban; pudo distinguir el acento de doña Ana, las palabras del coronel, las rápidas frases de Matilde, la voz de falsete de D. César y la más melodiosa de Hierba; después oyó el rumor de pasos que se alejan, y todo volvió á quedar de nuevo en silencio.

Y tan profunda era la calma, que las notas rítmicas del piano que antes le llamaran la atención llegaron hasta su oído tan distintamente que hubiera podido seguir el compás. Esto le hizo pensar en la casa del Rosario y en aquella ventana abierta por donde penetraba el embriagador perfume de los jazmines, y recordó también la dulce voz de Hierba al entrar en la galería. ¿Por qué consintió entonces en que aquella hermosa flor llevase su fragancia á otra parte? ¿Por qué?...

Pablo se interrumpió en sus reflexiones; acababa de oir que las puertas vidrieras del balcón inmediato rechinaban sobre sus goznes, y después percibió un ligero paso en aquél. Su corazón latió apresuradamente; desde el sitio en que se hallaba, vuelto de espaldas al tabique divisorio del salón, nada podía ver, y sin embargo, no se atrevía á moverse, pues con ese instinto peculiar de los amantes adivinó la presencia del ser adorado, y hasta creyó percibir las perfumadas emanaciones de su cabello y de su traje.

¡Era *ella*, que sin duda, como él, se entregaba á la contemplación del estrellado cielo ó á sus reflexiones; tal vez pensaría!...

Pablo se estremeció de pronto; en el salón de la mujer á quien tanto amaba había resonado en aquel instante una voz de hombre que hablaba con acento de cólera.

—¿Conque al fin ha sabido usted arreglar las cosas para librarse de mí, para echarme como un perro que ya estorba, sin decirme una palabra, ni dar las gracias, ni dejarme siquiera una esperanza? ¡Ah! Mi hermana y yo hemos servido á usted mientras nos necesitaba; mas ahora somos sin duda inútiles, y podemos retirarnos; cuando el zapato es viejo, lo mejor es arrojarle para quitar estorbos! Pero como usted ve, ya estoy aquí otra vez... y hablaré y se me escuchará.

«¡La voz de D. César!,... pensó Pablo. ¡Está solo con ella!»

—¡Deténgase usted, caballero, exclamó la voz de Hierba; deténgase donde está! ¿Con qué derecho se atreve á volver aquí?

—¡Cierre usted el balcón! Debo decirle cosas que sin duda no le conviene que nadie pueda oir.

—Prefiero permanecer donde estoy, puesto que acaba de entrar aquí como un ladrón.

—¡Yo ladrón!, exclamó el mejicano elevando la voz, como si ya no temiese que le oyeran y acercándose sin duda más á Hierba. ¡Yo ladrón! ¿Cree usted realmente que puede serlo D. César Briones? Yo no lo soy. Quien podría merecer semejante calificativo es ese espadachín, ese fanfarrón á quien llaman coronel Pendleton; y también ese presuntuoso Hathaway, y hasta la hermosa heredera de las Californias, la señorita *Argüelles*. ¡Esos son los ladrones! ¡Sí, porque han robado un nombre, el nombre de Argüelles!

Pablo se puso en pie.

—¡Muy bien! Ahora parece que se asombra usted, y la veo palidecer, y diríase que quisiera reducirme á polvo con su iracunda mirada; pero no crea que me he dejado engañar en estos tres últimos años. Sin duda imagina que no comprendí sus manejos en la casa del Rosario, desde que aquella necia señorita de Castro le comunicó la idea que después se propuso explotar. ¿Quién facilitó á usted los datos que necesitaba? Yo fuí, porque conozco perfectamente la genealogía de los Argüelles; y sin embargo, no se me ocultaba que era imposible que usted fuese hija de esa familia, como lo es también que llegue á ser esposa de ese solícito barón, á quien quisiera engañar como á los demás. ¡Ah, seguramente haría usted una gran conquista!

¿Por qué no contestaba Hierba? ¿Qué hacía? Si hubiese pronunciado una sola palabra de protesta, una sola frase que revelara su enojo, Pablo habría corrido á su lado. Seguramente no estaría paralizada por el miedo, pues hallándose abierto el balcón, érale fácil llegar hasta la extremidad, donde encontraría la ventana de Pablo.

—¿Y por qué hice esto?, continuó la voz. ¡Porque la amaba, señorita, y usted lo sabía muy bien! ¡Ah! Inútil es que vuelva la cabeza á otro lado, aparentando no entenderme, como lo ha hecho usted hace un momento. Ahora quisiera separarse de mí como si yo fuera un simple conocido; pero antes no sucedía esto. No; usted es quien me ha traído aquí, gracias á esos ojos que sonreían en los míos, y usted quien influyó con el coronel para que la acompañase con mi hermana. ¡Qué debilidad la mía! Sí, bien puede usted sonreirse; con su coronel bravucón y su encopetado gobernador cree haberme comprometido y estar á salvo de todo; pero se ha equivocado de medio á medio. ¡Sin duda pensaba usted que no osaría hablar claro á la favorita de un barón y que no tengo pruebas! ¡Cómo se ha engañado esta vez!

—Y aunque pueda usted aducirlas, ¿qué me importa á mí?, repuso Hierba inesperadamente con acento tranquilo, en el cual no se revelaba la menor excitación ni cólera. Supóngase que llegara á probar que yo no pertenezco á la familia de Argüelles; aun así, deberemos averiguar después si no sería un baldón estar emparentado con los de su raza.

—¡Ah, ahora se atreve á retarme! ¡Diantre, pues no me faltaba más! Ya que me desafía, escúcheme con atención, porque aún no lo sabe todo. Cuando usted creyó que yo le ayudaba á reunir datos para apoyar su derecho al apellido de Argüelles, ocupábame también en averiguar *quién era usted realmente*. ¡Ah! No fué tan difícil como usted lo esperaba, porque no todos éramos bestias y estúpidos en los primeros tiempos. Ese matón alquilado, ese respetable tutor, ese espadachín que lleva el título de coronel, fué quien primeramente dejó traslucir algo del secreto, por haber dado una estocada á su adversario en un duelo, después de un espantoso escándalo. Una pobre mujer que había estado á mi servicio, y que entró después como criada en el convento, cuando usted era una niña, reconoció á la dama que la llevó allí y que iba á verla como simple amiga. Oyó decir á la superiora que aquella dama era su madre, y cierto día vió un collar que ésta dejó para usted. ¡Ah, ya veo que comienza á prestarme más atención! Por entonces no pude relacionar estos hechos, ni tampoco reconocer en usted á la niña de que se trataba; pero usted misma dió la prueba con el collar que llevaba el día en que se la invitó á comer en la casa del Rosario. Este collar era regalo de su madre, y usted misma lo dijo así. Aquella misma noche encargué á mi antigua criada que procurase averiguar si la joya en cuestión era la misma; la mujer espió á usted desde el jardín cuando se la ponía; y más tarde, al ver que la dejaba sobre la mesa cuando cambió de traje, pudo examinarla mejor. Entonces me aseguró que era la misma que en el convento dejó la madre de usted. ¿Y quién era esa mujer? ¿Quién era la madre de la señorita Argüelles de la Hierba Buena? ¿Quién esa *noble* antecesora que?...

—Dispénseme usted, dijo una voz detrás de don César; tal vez no eche de ver que está levantando el grito en el salón de una señora, y que por más que se exprese en un lenguaje desconocido aquí, comienza á molestar á cuantos se hospedan en el hotel.

Era Pablo, tranquilo, pálido y de pie delante del balcón, iluminado en aquel momento por la luz de la luna.

Y como Hierba retrocediera rápidamente hasta el centro de la estancia, D. César se adelantó con expresión de cólera y recelo para cerrar las puertas vidrieras; mas en el momento en que alargaba la mano para cruzar la aldaba, sintióse cogido como por una mano de hierro y á pesar suyo arrastrado hasta el balcón.

Y antes de que pudiera proferir un grito, Pablo le sujetó el cuello con un brazo, sin dejarle apenas respirar, y por un supremo esfuerzo hízole entrar á través de la ventana abierta, cayendo con él dentro de su propia habitación.

En el mismo instante, oyó con indecible placer que el balcón de la sala de Hierba se cerraba, y poniéndose en pie, miró al mejicano con expresión tranquila y triunfante.

—Mucho siento, díjole, sacudiendo fríamente el polvo de su ropa, haberme visto obligado á cambiar el lugar de la escena de una manera tan brusca; pero advierto á usted que aquí puede hablar con más libertad, y que cualquiera altercado entre nosotros no dará origen á tantos comentarios.

—¡Asesino!, gritó D. César, sofocado por la cólera y poniéndose á su vez en pie.

—Mil gracias. Desahóguese usted aquí tanto como quiera; y á decir verdad, hasta me complacería que hablase más alto. Los huéspedes comienzan á despertarse sin duda, pues oigo ruido de una puerta que se abre y rumor de pasos en el corredor, y ahora podremos simplificar la cuestión.

El mejicano comprendió al parecer el sentido de estas palabras.

—¿Usted cree, contestó con maligna sonrisa y esforzándose para imitar la frialdad de Pablo, que con esto se salvará su protegida? Por lo pronto sí, mientras se halle en el hotel y durante esta noche; ¡pero nadie impedirá el uso de mi lengua mañana, y podré hablar á todo el mundo, caballero!

—Muy bien, repuso Pablo, mirando á D. César con expresión irónica; yo no tengo nada que ver con esto, pues ante todo debemos hablar los dos en otro sitio. Ciertamente que las probabilidades son iguales, y lo mismo podrá usted matarme á mí que yo á usted; pero en fin, esta cuestión se ventilará mañana.

El mejicano dirigió una rápida mirada á la puerta y á la ventana. Pablo pasó disimuladamente de un bolsillo á otro la llave que guardaba, y colocóse delante de la ventana.

—¡Conque esto es una trama para asesinarme!, gritó el mejicano. ¡Cuidado, caballero, porque aquí no está usted en su país, en esa tierra de bandidos que llaman California!

—Si cree usted que de asesinarle se trata, puede gritar cuanto guste. Vendrá gente, nos encontrarán riñendo, y no conseguirá usted más que precipitar las cosas, recibiendo públicamente el insulto que le obligará á batirse.

—Estoy dispuesto, caballero, repuso el mejicano con aire decidido, aunque mirando furtivamente á su alrededor; mas por lo pronto, abra usted la puerta.

—Dispénseme usted; saldremos de esta habitación juntos dentro de una hora para ir á la estación. El tren expreso nos conducirá en tres horas á la frontera, y allí será fácil encontrar padrinos.

—Pero... ¿y mis asuntos aquí... mi hermana?... Necesito verla antes.

—Puede usted escribirle, diciendo que un asunto importante le ha obligado á marchar precipitadamente; ahí tiene usted papel y plumas. Dejaremos la esquela al portero para que la entregue *por la mañana*. Por lo demás, podrá decir á su señora hermana todo cuanto guste; esto no me importa, pero sí que no lea el escrito hasta que nos hallemos fuera.

—¿Es decir, que soy su prisionero?

—No, nada más que un visitante, D. César; una persona cuya conversación me interesa tanto, que no he podido menos de insistir para que la prolongase. Puede usted pasar el tiempo agradablemente, acabando de referirme la historia que debí interrumpir hace un momento. ¿Conoce usted á la madre de la señorita Hierba?

—Esto es asunto mío.

—Quiere decir que no sabe usted quién es; de lo contrario, habría citado su nombre; y como solamente esa señora podría decirnos que la señorita Hierba no lleva el apellido de Argüelles, ha sido usted muy imprudente.

(Continuará)



Estaba sentada en un canapé con las manos cruzadas detrás de la cabeza (pág. 91)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ARMANDO DE QUATREFAGES

La ciencia ha experimentado una dolorosa pérdida con la muerte, acaecida recientemente, de Armando de Quatrefages. El nombre de este célebre naturalista, cuyas investigaciones habrán contribuído á tantos progresos, ha brillado durante casi todo el presente siglo.

ARMANDO DE QUATREFAGES, eminente naturalista francés
Nació en Valleraugue (Gard) en 10 de febrero de 1810; falleció en París en 12 de enero del presente año. (De una fotografía.)

M. de Quatrefages nació en Berthezene, cerca de Valleraugue (Gard), en 10 de febrero de 1810: la muerte le ha arrebatado casi repentinamente á sus trabajos en 12 de enero del presente año, en el Museo de Historia natural de París, donde habitaba. Los años no habían amortiguado la actividad del ilustre sabio que, quince días antes de morir, aún tomaba parte con gran vigor y energía en una sesión de la Academia de Ciencias.

Considerando lo mucho que este hombre ha hecho por la ciencia, hay que reconocer que pocas carreras se presentan tan brillantes como la suya. Entusiasta del trabajo y apasionado por la observación de la naturaleza, preparóse desde su juventud para los más sólidos estudios. A la edad de veinte años, casi al salir del colegio, Quatrefages, que se había dirigido á Estrasburgo para consagrarse á la Medicina, fué recibido doctor en Ciencias matemáticas; dos años después se doctoraba en Medicina y era nombrado preparador de Química en la Facultad de Estrasburgo, y en 1840 recibía el diploma de doctor en Ciencias naturales. Había, pues, en el espíritu de esa inteligencia privilegiada el germen de tres sabios: el matemático, el médico y el naturalista. El médico prevaleció al principio, pues el joven doctor ejerció en Tolosa la Medicina durante diez años, sin dejar por esto de consagrarse seriamente al estudio de las ciencias naturales.

A fines de 1838, Quatrefages, que había llamado la atención, así por sus méritos personales como por sus memorias publicadas en revistas científicas, fué nombrado catedrático de Zoología en la Facultad de Tolosa; pero no tardó en establecerse en París, que tanto atractivo tenía para el joven naturalista y en donde encontró en Milne Edwards un protector benévolo y un verdadero amigo.

A partir de entonces dióse á conocer Quatrefages como zoólogo; emprendió viajes de exploración científica, recorrió las costas del Mediodía de Francia y de Sicilia y del Norte de España y descubrió especies y tipos nuevos que describió en publicaciones que adquirieron y tienen aún gran celebridad.

Después de la Zoología, la Embriogenia y la Teratología debieron muy luego grandes progresos al naturalista cuyo nombre no tardó en ponerse á la altura del de los grandes sabios de su época.

En 1850 Quatrefages fué nombrado profesor de Historia natural en el Liceo Napoleón, y en 1852 la Academia de Ciencias le abrió sus puertas después de la muerte de Savigny, á quien sustituyó. Finalmente, en agosto de 1855 pasó á la cátedra de Antropología en el Museo de Historia natural de París, desde la cual, en el transcurso de los años, debía contribuir tan poderosamente á los progresos de la ciencia á cuya enseñanza iba á consagrarse, que bien puede considerársele como fundador de la misma. La Antropología, que se relaciona con los más trascendentales problemas y que debe interesar á cuantos de la historia de la humanidad se preocupan, ha tenido su más ilustre maestro en el creador de la cátedra del Museo y de las colecciones de ella dependientes.

M. de Quatrefages á su extraordinario talento y á su enérgica convicción unía una gran elocuencia. Ha formado gran número de discípulos, escrito muchas y variadas memorias y publicado una serie de artículos en revistas y otras publicaciones científicas; á él debemos los bellísimos *Recuerdos de un naturalista* y la notable *Historia de las razas humanas*, amén de una multitud de trabajos que es imposible enumerar; debiendo, empero, mencionar especialmente su curiosa obra *La raza prusiana*, en la que el etnógrafo demuestra que la nación prusiana no es alemana, sino que ha recibido de Alemania únicamente el idioma. Por sus costumbres, por sus ideas y por su carácter la raza prusiana se ha conservado distinta de la alemana, lo cual hace que sea lícito considerar á Alemania como vasalla de Prusia. El alemán, según el autor de ese libro, ha sido siempre dominado; actualmente lo es por la raza prusiana.

M. de Quatrefages casó con una alsaciana, que fué su digna compañera durante una parte de su existencia. Ningún corazón francés se sentía más dolorido que el suyo al recuerdo de las provincias perdidas, pues consideraba la Alsacia como una segunda patria. En los dos sitios de París, el valeroso patriota permaneció en el Museo, dispuesto á todo para defender sus queridas colecciones. Los desastres de Francia le causaron dolor hondísimo; su herida jamás se cicatrizó por completo, y era tan profunda que á pesar de los recuerdos que á la Alsacia le unían no quiso volver á visitar ese territorio.

La extensión de sus investigaciones en todos los dominios de la ciencia había valido á M. de Quatrefages los mayores honores: era miembro de la Academia de Ciencias, de la Sociedad nacional de Agricultura de Francia, de la Sociedad real de Londres, de la Sociedad imperial de Naturalistas de Moscou y comendador de la Legión de Honor.

Los múltiples trabajos del célebre naturalista no le impidieron nunca consagrar, en cualquier tiempo y en cualesquiera circunstancias, todos sus esfuerzos y todas sus facultades al bien de la ciencia. Era presidente de la Sociedad de geografía y concedía capital importancia á los progresos de la exploración del globo y á los nuevos conocimientos y enseñanzas que de ella obtiene la civilización. Dirigía las sociedades científicas, tomaba parte en las Exposiciones universales y en los congresos científicos, y se le veía en todas partes donde pudiera estimular al estudio y ayudar con su solicitud y sus consejos á la juventud laboriosa.

M. de Quatrefages habrá sido una de las más hermosas figuras de nuestro tiempo: era de carácter digno y noble, afable y benévolo, distinguido y cortés. Como dijo M. Milne-Edwards el día de su entierro, «había heredado de sus padres la rectitud y la lealtad, un gran desinterés y una sencillez de costumbres que cada día abunda menos.» Cuantos le conocían apreciaban en todo su valor la elevación de sus ideas, la indulgencia de sus juicios y la bondad que á todos seducía. Durante su carrera hubo de sostener luchas científicas con algunos de los grandes hombres de nuestro siglo, como Agassiz y Darwin; pero sus mismos adversarios sentían por él la estimación que sus convicciones merecían: el gran filósofo inglés decía que prefería la crítica de Quatrefages á la alabanza de muchos otros. ¡Hermoso elogio en boca de un Darwin! El profesor de Antropología del Museo había, en efecto, defendido siempre la teoría de la unidad de la especie humana; era un espiritualista que basaba sus opiniones sobre las razones más elevadas.

M. de Quatrefages sentía el mayor respeto por la verdad. En cierta reunión celebrada en honor suyo hacíase la apología de su obra: «De estos elogios, contestó el sabio naturalista, hay uno que acepto sin restricción porque tengo el convencimiento de que lo he merecido, tal es el haber siempre amado con pasión la verdad y haberla constantemente buscado por la vía científica, es decir, guiándome solamente por la experiencia y la observación.»

Para terminar, recordaremos esa bellísima frase del sabio, que era á la vez pensador y filósofo: «La ciencia debe ensanchar las inteligencias y aproximar los espíritus y los corazones.» Fiel á esta noble divisa, M. de Quatrefages estuvo dispuesto á sacrificarlo todo siempre que se trataba de defender lo que él creía bueno y verdadero.

GASTÓN TISSANDIER

***

FÍSICA RECREATIVA

EL BLANCO HUMANO

Conocido es el ejercicio de los cuchillos que con tanta destreza ejecutan los titiriteros japoneses. Muchos han querido imitarlo; pero como la habilidad de aquéllos no está al alcance de todo el mundo, M. Voisin inventó el siguiente artificio para uso de los prestidigitadores.



Ejercicio japonés de los cuchillos, ejecutado por medio de un aparato de prestidigitación.
2. Detalle del mecanismo que hace salir el cuchillo

La tabla que para él se emplea es una pieza de

ebanistería que contiene un complicado mecanismo: en ella, el sitio que ha de ocupar la persona que sirva de blanco está cuidadosamente señalado, y los cuchillos que, uno tras otro, se han de clavar alrededor del mismo están contenidos en la tabla que, á primera vista y mirada desde corta distancia, no parece estar preparada. Cada cuchillo tiene la punta fijada en un eje y está gobernado por un resorte oculto en la tabla por una especie de ventana de doble postigo perfectamente ajustado que, en el momento que se quiere, se abre, deja salir el cuchillo y se cierra inmediatamente. El número 2 de nuestro grabado representa la ventana en el momento de abrirse para dejar caer el cuchillo que aparecerá clavado en el empeine. En cada ventana, los ángulos que se encuentran están escotados por abajo ó por arriba, según que el cuchillo haya de caer ó levantarse, para dejar sitio á la hoja cuando los postigos están cerrados; antes de salir el cuchillo, aquella escotadura se disimula con cera del color de la tabla. En el grabado (n.° 2) la escotadura está en la parte inferior. Como es natural, estos cuchillos están colocados en la tabla de manera que al salir no tropiecen con el cuerpo del paciente: cada uno de ellos con su puerta forma un aparato distinto, puesto en acción por un vástago que va á parar al borde de la tabla en el sitio mismo en que el paciente, puestos los brazos en cruz, coloca los dedos, los cuales apoyándose en los vástagos como en las teclas de un piano, hacen salir sucesivamente los cuchillos. El ruido del resorte y la aparición brusca del cuchillo combinada con el movimiento del que lo arroja producen una ilusión completa. Los cuchillos pueden ser fácilmente separados del eje que les retiene cuando después de la operación el que ha arrojado las armas finge arrancarlos de la madera en que se han clavado.

A fin de que desaparezcan los cuchillos arrojados, la tabla se coloca á un lado de la escena cerca de los bastidores, pudiendo la operación ejecutarse de dos modos: ó bien arrojando el tirador el cuchillo en los bastidores que tiene detrás, mientras balancea el brazo como para darle impulso y avanza el cuerpo, con lo cual el público no nota lo desaparición; ó bien (y este procedimiento es mejor, pues con el primero el espectador no ve pasar por la escena la hoja del cuchillo) lanzando realmente el cuchillo, pero haciéndolo pasar por el lado de la tabla de modo que vaya á caer entre los bastidores, donde el ruido de la caída está amortiguado por una gruesa alfombra. El paciente es quien, en ambos casos, debe apretar el resorte en el momento preciso para que el ruido que produce pueda ser confundido por los espectadores con el de un cuchillo que se clava.

Este ejercicio bien ejecutado es de gran efecto, y á menudo ha engañado á los espectadores más perspicaces, con tanta más facilidad cuanto que muchos de aquéllos habían visto á los verdaderos creadores operar en medio de un circo donde era imposible disimular el cuchillo, puesto que los ojos de los espectadores podían seguirlo en el trayecto desde la mano del tirador hasta la tabla donde se clavaba.

EL PRESTIDIGITADOR ALBER

(De *La Nature*)



INSTITUTO DE 2.ª ENSEÑANZA Y ESCUELA DE BELLAS ARTES DE LA CORUÑA, fundado por D. Eusebio da Guarda

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 7 de marzo de 1892 — Núm. 532

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Busto modelado en cera, atribuído á Rafael Sanzio (Museo Wicar, en Lille.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El estreno de *Thermidor*. - Las condiciones de Sardou. - Embargo del ánimo de éste por todo cuanto embarga el ánimo de París. - Imposibilidad completa de aplicar la República del 92 en la centuria última á la República del 92 en la centuria corriente. - Observaciones críticas sobre la obra. - Su desempeño en Madrid. - *El Obstáculo*, de Daudet, traducido para la escena del Príncipe. - Casos patológicos más propios de la clínica que de la dramática. - El *Werther*, de Goethe, en música. - El *Otello* y el *Guillermo*. - Las obras inmortales siempre jóvenes. - Conclusión.

I

Mucho movimiento artístico y literario en los días últimos; por consecuencia mucho trabajo y mucha dificultad en historiarlo dentro del estrecho límite concedido por la costumbre á una revista. Comencemos por el estreno de *Thermidor*, al cual asistió la gente llamada en las antífrasis vulgares, por escasa en número, todo Madrid; comencemos por ahí, pues hase iniciado con esta literaria festividad la última quincena. En pocas partes hay autores de carácter tan universal como en Francia, y en pocas partes hay autores que huelan tanto al terruño. Víctor Hugo, por la fuerza en el pensar parecía un germano, y un español por las hipérboles grandiosas, por las comparaciones atrevidas, por las sublimidades continuas. Pero Sardou, el padre de *Thermidor*, trasciende á las aceras del boulevard parisiense, desde que se levanta el telón para dar paso á sus piezas y dicen los actores suyos las primeras frases. Así ha marrado cuando ha querido escribir dramas históricos, para los cuales no le hiciera Dios, como *Patria* ó como *Theodora*. En *Thermidor* tenéis lo señoreado del medio ambiente, constitutivo de la escena, como en *Rabagás*. Es por tanto un drama escrito para nutrir pasiones francesas. Cuando algo muy embargante domina el espíritu de París, también domina el teatro de Sardou. Las leyes del divorcio hace poco tiempo; las casas nuevas en tiempo del imperio; la fortuna inverosímil del partido gambetista, de que no quería darse cuenta ni hacerse cargo el malhumorado autor; los combates á sangre y fuego entre los demócratas rojos y los demócratas azules; estos y otros acaecimientos sociales de trascendencia, como dominaron á París largo tiempo, dominaron también á Sardou con soberano dominio, y le movieron á ponerlos en su grande campo de acción, en el teatro. Escogido con suma oportunidad *Thermidor*, puesto que allí acabaron los republicanos dogmatizantes y combatientes del Terror para que les reemplazaran los republicanos vividores y prosaicos del Directorio. Bajo este aspecto las analogías existen, y la correlación entre un período y otro no puede negarse. Pero conviene abstenerse de dar un paso adelante, porque la disparidad entre ambas situaciones comienza desde luego y, como las líneas paralelas, no podrán encontrarse jamás ni en el infinito. Querer explicar la República del noventa y dos en esta centuria por la República del noventa y dos de la centuria última, equivale á querer explicar el París de ahora por los antiguos terrenos plutónicos y glaciarios de las edades prehistóricas. En Thermidor concluyó la epoca terrorista y respiraron todos los franceses; pero concluyó porque la República también llevaba la parte mejor en sus combates con los reyes y no necesitaba esfuerzos, quizás indispensables cuando maltrataban á Francia enemigos conjurados por doquier para perderla, sin pensar que su perdición hubiera sido también la perdición de nuestra Europa, despojada por las reacciones monárquicas de todos sus derechos. Cae Sardou en el mismo error de Taine al fundar un juicio de la revolución sobre los excesos del período torrorista; error semejante al padecido por todos aquellos que sólo ven los horrores de la conquista en el descubrimiento y civilización de América, ó que juzgan del Catolicismo por las dragonadas de Luis XIV y por las expulsiones de Felipe III y por la noche de San Barlomé y por el tribunal de la Inquisición. Cuando una fase cualquiera del humano espíritu y una cualquier crisis de la historia universal resultan favorables á la obra entera del humano progreso, nadie repara en los dolores y en los holocaustos y en las inmolaciones que costara, pareciéndose las sociedades á las madres en que, pasado el parto, donde han corrido el tristísimo albur de una muerte súbita y violenta, quieren más al fruto de sus entrañas, por motivo y razón de los mismos padecimientos que les ha costado. Convencido en su interior de tal justa observación Sardou, pretende salvarla por distingos, fáciles en los análisis de la historia, dificilísimos en la síntesis del arte. Aunque separa la cizaña del trigo y los malos republicanos de los buenos, resulta la revolución presentada por su lado pésimo en las calceteras del cadalso, en las monjas cantando sus salmos por el camino á la guillotina, en el recuento de las víctimas designadas al voraz terror, en la embriaguez de sangre que se sube á la cabeza de una muchedumbre dementada, en el paso de tanta víctima entre soeces dicharachos, más repugnantes que los filos de la cuchilla y que la sombra del verdugo. Así lo interesante del drama no pasa en la escena, pasa tras la escena; el protagonista no se halla en el actor de la Comedia francesa representado por Vico, se halla en el invisible Robespierre, que todo lo determina y lo mueve á su antojo siniestro; y lo que pica nuestra curiosidad é interesa nuestro ánimo allí es la tragedia última de aquella serie de actos trágicos que constituyen el poema épico de la Convención francesa. Fabiana, la monja echada del convento por la revolución y perseguida por las calceteras, no conmueve, no, en el primer acto, por no haber hecho cosa ninguna, y cae demasiado pronto en el segundo acto á los pies de su amador para de nuevo arrepentirse á los tres minutos, así que oye la salmodia de sus hermanas en religión al cadalso conducidas por el Terror. La escena en que su novio y el cómico que lo protege, cuando ya está en prisión Fabiana para ser conducida en la carreta horrible al suplicio, quieren sustituir á ésta otra víctima, resulta por sus dimensiones demasiado larga y por su contexto y asunto demasiado inhumana. El acto último, ó sea la muerte de Fabiana, mezcla lo bufo con lo trágico al punto de anularse uno á otro. Está visto: lo que promovió tanto interés por *Thermidor* en París fué su intención política; y lo que nos da la clave del buen éxito suyo aquí en Madrid es el admirable conjunto y el magistral desempeño. No puede un drama tener director que iguale á Palencia, maestro consumado en el difícil arte de poner una obra en el teatro, como no se hallará primera actriz hoy en Europa que iguale á María Tubau, en la plenitud completa de su genio y en el cenit de su gloria.

II

Thermidor merecía ser traducido. Pero ¿lo merecen las obras por tanto traductor inexperto á roso y belloso trasladadas al teatro nuestro en una incomprensible jerga? Pregúntolo con motivo del drama de Daudet estrenado en la Comedia, *El obstáculo*, drama con puntas y ribetes de filosófico y trascendente. La tesis del atavismo lo genera como pudiese generar una disertación médica. Este problema de la herencia toma la grandeza del destino humano cuando lo tratan Sófocles en el *Edipo* y Shakespeare en el *Hámlet*. Pero al verlo tratado en Daudet, parece pésima lección de un practicante de la Salpetriere, incapacitado para digerir la ciencia profesada por mi amigo el eminente Charcot. Vamos dando en la flor de recoger por los tristes hospitales cualquier caso patológico para convertirlo en filosófica novela y llevarlo luego al teatro. Así la novela no sirve para cumplir su destino y ejercer su ministerio de recrearnos; y el teatro carece de su principal característica, de acción. En el drama de Daudet, el hijo de un loco se cree destinado por herencia ó atavismo á loco también, bajo lo cual, ni puede vivir él ni menos asociar á su vida, por tan adverso caso amenazada, la predilecta de su corazón. Pero cierto día, la madre del joven, menos pudorosa que la última gata del tejado, revélale al aprensivo cómo lo tuvo de contrabando, según decimos familiarmente ahora, ó de ganancia, según decían las crónicas antiguas con mayor pulcritud; y por ende, como no fuera su padre verdadero el padre legítimo, como lo fuera otro muy robusto, así debe curarse del mal hereditario cual de Calainos y sus coplas, viviendo feliz con su deshonor y su temperamento, con su mala madre y su buena voluntad. Dicho esto, no hay cosa ninguna que añadir ni palabra que pronunciar. Abstendrémonos de silbar por un respeto natural á nosotros mismos; pero nos iremos del teatro y juramos no volver á semejante comedia.

III

Lo primero, á que deben mirar todas las artes verdaderas y todos los géneros literarios, es á que la materia por ellos empleada en sus obras concuerde con la naturaleza y con la finalidad de todas estas. Escoger para una obra música el furor de Atila es como encerrar en los bajos relieves un ejército con infantería, caballería, guardia civil, carabineros y sus respectivos pertrechos. Argumento músico: la *Sonámbula*. Materia escultórica: la Venus de Milo y las canéforas de Atenas. Digo esto á propósito de haber puesto Massenet en música el *Werther*, de Goethe. ¿Habéis leído esta inmortal novela en cartas del poeta por excelencia germánico? Nada tan psicológico en el fondo y en la forma tan deleitoso. La vida casera y diaria y vulgar se transforma en una metafísica del corazón humano, tanto más clara cuanto menos nos aparece por ninguna parte á primera vista. Werther, agregado diplomático, se prenda de Carlota, prometida de un amigo suyo; Carlota corresponde; pero sentimientos de honor invencibles y compromisos de familia incontrastables impiden la satisfacción legítima de tal amor. Penetrado de tamaña imposibilidad, se pega un tiro Werther. No conozco análisis más profundo del desarrollo gradual de una pasión tan intensa como la pasión amorosa en la literatura moderna. No conozco arte superior para sacudir los objetos más vulgares y extraerles así miel de poesía como aroma de ideas. Cada carta revela un fenómeno de los cielos del alma. En asunto por tal manera ordinario como que rebane Carlota pan recién traído del horno para la merendilla de sus hermanitos ó que Werther estrene un frac verde para el baile de la Embajada, enciérrase bastante más filosofía del corazón que en muchos doctorales tratados. ¡Cuál diferencia entre tanta verdad y el énfasis oratorio de la *Nueva Eloísa*, por ejemplo! El *Werther*, el *Hermán* y *Dorotea*, la primera parte del *Fausto*, parécenme las tres obras capitalísimas del escritor, á quien adoran como Júpiter de la poesía germánica todos sus conciudadanos. Pero no se presta, no, esta pasión interior, profunda, escondida, en modo alguno á la exterioridad gráfica y al relieve armónico de la música. Tengo la seguridad completa de que Massenet se ha estrellado al anotar toda esa psicología, como Ambrosio Thomas al poner en música las altas y sublimes dudas de *Hámlet*, propias del monólogo trágico en que las ha colocado el primer genio poético de Inglaterra. Pues ahora mismo pasa que, siendo Venecia tan melodiosa como pictórica, porque los iris del color se tornan allí sartas de notas y la correspondencia entre los matices de la luz y los pentagramas de la música por todas partes aparece, la pasión de *Otelo*, cantada por tan excelsos compositores como los Verdis y los Rossinis, disuena en terribles disonancias y degenera en feroces gritos dentro de aquellas melodías celestes. Al salir de *Otelo*, caigo en que sus dos grandes intérpretes líricos en las tablas, Tamberlik y Tamagno, me han conmovido más con sus gestos y sus movimientos y sus resuellos y sus sollozos que los dos compositores geniales. Bien al revés, pero muy al revés, *Guillermo Tell*, ópera donde cantan desde las tablas del escenario hasta las bambalinas del techo. La patria, la religión, el amor, la libertad: he ahí los eternos manantiales de toda música. Por eso Rossini saca voces melodiosas del alto monte donde los pinos vibran, del celeste lago en que los arroyos desaguan, del coro de aves que vuela por los cielos, del entusiasmo que anima y enciende todos los corazones por la libertad y por la patria, siendo su obra una sinfonía pastoril de voces y un coral enorme de pueblos que compiten á una con lo mejor compuesto por el genio alemán en coros y música de cuerda sin perder sus caracteres melódicos. ¿Queréis creer que todavía dura, tras las repeticiones continuas del inmortal *Guillermo* y las victorias indudables del combatido *Tanhauser*, la disputa sobre los géneros alemán é italiano en ópera? ¿Queréis creer que aún quedan entre los críticos de música muchos empeñados en archivar la *Sonámbula* por envejecida, la *Sonámbula*, eternamente joven, porque lo inmortal no envejece, como no envejecerán la Venus de Médicis, la Galatea de Rafael y de Teócrito, la Monc Lisa de Vinci, la Concepción de Murillo, la Julietta de Shakespeare, la Beatriz del Dante, la Justina de Calderón? Ya el cielo de la vida es demasiado estrecho y en él demasiado raras las constelaciones de bellas ideas, para que vayamos á imponernos un modelo artístico literario cualquiera en boga, sin reflexión alguna, y por el instinto simio de la imitación lo adoptemos, como nos vestimos necesariamente, para diferenciarnos de los demás, en casa de un sastre á la moda, que nos ajusta por su caprichoso arbitrio al último figurín.

Madrid, 28 de febrero de 1892



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

BATALLA DE SKIERNIWIECE. - DERROTA DE LOS RUSOS Y SU RETIRADA SOBRE VARSOVIA

LUCHA EN LA FRONTERA DE GALITZIA

(De nuestro corresponsal particular.)

Skierniwiece, 18 mayo

¡Singular sarcasmo el de los acontecimientos! En el mes de septiembre de 1884 este fué el punto en que tuvo lugar la amistosa reunión de los emperadores de Rusia, Alemania y Austria, á quienes acompañaban sus respectivos cancilleres Bismarck, Kalnoky y Giers, y ahora el castillo donde se celebró tan ostentosamente su conferencia, donde cambiaron sus promesas de paz, se halla convertido en un montón de ruinas humeantes. ¿Quién podrá decir, después de esto, que hay estabilidad en las cosas humanas ni que es dado prever el porvenir?

Las fuerzas rusas reunidas, compuestas del 5.° y 6.° cuerpos al mando del general Gourko y del 14.° y 15.° á las órdenes del gran duque Vladimiro, han sufrido hoy una completa derrota de manos de los ejércitos alemanes combinados del Vístula y de Silesia, dirigidos por el rey de Sajonia, y se retiran ahora sobre Varsovia. Según pronostiqué en mi último telegrama, éste ha sido el Waterloo de la parte rusoalemana de la campaña; la victoria de los alemanes ha sido brillante, gracias á los extraños efectos que la pólvora sin humo ha causado en la táctica de un enemigo que se bate mejor en masa que en detalle, no menos que al error de los rusos de provocar la guerra antes de estar completamente armados con las nuevas carabinas: las fábricas de Francia habían recibido orden de construir medio millón de éstas, pero hasta el verano de 1894 no las tendrá en su poder el ejército del czar.

En mi último parte recordé cómo el gran duque Vladimiro, á pesar de su victoria sobre el ejército alemán de Silesia en Czenstochau, había renunciado á aprovecharse de ella, teniendo en cuenta la derrota de Gourko en Alexandrovo, prefiriendo retirarse hacia Varsovia á fin de reunirse con su compañero de armas, derrotado por el rey de Sajonia.

Bastará ojear un mapa para ver que el punto de reunión en que debían encontrarse Gourko y el gran duque Vladimiro no podía ser sino Skierniwiece, donde convergen las líneas férreas desde Alexandrovo y Czenstochau, y parece que, aunque la línea de retirada del gran duque hacia el punto de reunión era la más larga de las dos, el grueso de sus fuerzas llegó primero á dicho sitio sin duda por la circunstancia de tener una doble vía férrea, mientras que Gourko ha debido avanzar como mejor ha podido por un solo camino.

El ejército alemán del Vístula, al que yo me había propuesto acompañar para ser testigo de la guerra, no tardó en reconcentrarse después de la batalla de Alexandrovo para ir en persecución de las fuerzas diseminadas de Gourko; pero se perdió un tiempo precioso en reparar puentes que los enemigos habían volado en su retirada, y aunque al fin se pudo aprovechar bastante la línea férrea para los transportes, la primera parte de la avanzada de los alemanes sobre Varsovia fué simplemente una marcha ordinaria.

En Vlokavek, punto á que llegó la vanguardia á los cinco días después de la batalla de Alexandrovo, aunque la distancia no es más que de unas treinta millas, nos molestó mucho y hasta ocasionó alguna pérdida el fuego de flanco de una batería rusa, colocada en segura posición á la orilla derecha del Vístula, y que por extraño que parezca no estaba apoyada por ningún cuerpo de infantería. El rey de Sajonia, que á pesar de sus sesenta y cuatro inviernos se halla tan vigoroso y alerta como cuando mandaba en el Mosa, resolvió imitar, aunque en mucho menor escala, el paso del Douro por Wéllington, y en su consecuencia, el tercer batallón del regimiento de Magdeburgo, al mando del mayor Von Wusterhausen, atravesó el río en la barcaza; el Vístula es aquí ancho y profundo, y gracias á la obscuridad de la noche pudo emprenderse silenciosamente la marcha; haciendo un rodeo para sorprender por retaguardia á la batería rusa. Los alemanes rompieron el fuego contra ella, con gran asombro de los moscovitas, que se preparaban ya á disparar sus cañones contra las columnas de vanguardia. Los rusos no pudieron oponer resistencia, y todos los que servían las piezas quedaron prisioneros. Por este hecho de armas el mayor obtuvo el grado de coronel y fué condecorado con la cruz de Hierro.

Este fué el principal incidente durante nuestra marcha, aunque podría llenar páginas enteras si hubiese de referir todas nuestras vicisitudes, sobre todo por las molestias que nos causaban las numerosas partidas de cosacos y dragones, que haciendo las veces de guerrillas, no perdían ocasión de hostigarnos, aunque á veces se les ahuyentaba como si fueran nubes de mosquitos.

Entretanto el telégrafo nos había tenido al corriente del movimiento de avance del ejército de Silesia por el otro lado del triángulo del que Skierniwiece es el vértice; y como era natural, hicieron un esfuerzo para reunirnos oportunamente con aquellas fuerzas á fin de impedir á los rusos atacar á nuestros dos ejércitos por separado, derrotándolos en detalle.

Cuando nuestro estado mayor hubo llegado á Lowitz, que solamente dista unas catorce millas de Skierniwiece, y apenas se alojó en el castillo que llaman de Arcadia, perteneciente á la familia Radziwill, llegó apresuradamente un oficial de húsares de Possen, que había atravesado con no poco peligro todo el país desde Lipce para entregar un parte del príncipe Jorge de Sajonia, anunciando que las fuerzas rusas combinadas, á las órdenes de Gourko y del gran duque Vladimiro, acababan de ocupar una fuerte posición defensiva detrás del torrente de Lupta (que desagua en el Bzura, un afluente del Vístula), con su ala izquierda apoyada en el pueblo de Stryzboga, la derecha en el caserío de Dromiloff y el centro en Skierniwiece. La mitad izquierda de su línea, defendida por las tropas del hermano mayor del czar, estaba formada por el mismo Lupta, mientras que la mitad derecha separábase de aquella corriente formando un ángulo de veinticinco grados. El príncipe Jorge de Sajonia invitó, en vista de ello, á su real hermano á atacar al general Gourko al día siguiente con toda la energía posible, mientras él asaltaría simultáneamente la posición del gran duque Vladimiro; proposición que el rey Alberto aceptó después de una breve consulta.

En su consecuencia, dos horas antes de amanecer, todas las tropas se ponían en movimiento hacia las diversas posiciones que se les habían designado. El tercer cuerpo (Brandenburgo) con la 8.ª división quedaron como reserva, y dos divisiones de caballería recibieron orden de vigilar nuestra izquierda mientras se desplegaba la infantería. Entre nosotros y el enemigo el terreno era bastante ondulado, y frente á Skierniwiece formaba una ligera pendiente, en cuya parte superior extendíase el inmenso parque del castillo que sirvió de punto de reunión á los tres emperadores. Este era el centro de la posición rusa, y la batalla comenzó con el fuego de artillería en esa dirección.

Durante unas dos horas la lucha se redujo al duelo de la artillería de largo alcance, y aunque la de los rusos estaba situada más ventajosamente, érale difícil dirigir bien sus tiros y reconocer la exacta posición de nuestros cañones. Por otra parte, después de haber sido rechazadas las avanzadas rusas, un batallón del tercer cuerpo, que había conseguido situarse en una hondonada más allá de nuestras baterías y á unos tres mil metros de los rusos, rompió un fuego mortífero contra ellas. Con ayuda de los anteojos veíamos caer los artilleros detrás de sus piezas, lo cual nos hizo reconocer cuán exacta era la observación del emperador alemán al decir que los cañones no podrían ser de gran utilidad en el campo mientras su alcance no fuera mayor que el de las carabinas modernas.

Para aprovechar mejor el efecto producido por aquel fuego combinado de artillería y fusilería se dispuso que una numerosa fuerza de infantería avanzara contra el centro del enemigo en son de ataque; y muy pronto se observó que este movimiento simulado inducía al enemigo á concentrar mayores fuerzas en los bosques de Skierniwiece.

Mientras se efectuaba esta concentración ocurrió un incidente que nos asombró un poco al principio: fué la repentina salida del bosque de fuerzas que nos parecieron varios escuadrones de caballería que avanzaban directamente hacia nuestras líneas y llegaron hasta la hondonada ocupada por el batallón de que hablé antes, que tantas pérdidas había ocasionado á la artillería rusa. En su consecuencia, mientras se

cargaban nuestros cañones con metralla dióse orden á los húsares de Stendal, situados en una depresión del terreno, de que se prepararan para rechazar á los atrevidos jinetes; mas no fué necesario, pues cuando estuvieron ya cerca lo que tomábamos por caballos rusos, vimos que era una manada de magníficos ciervos, ahuyentados de su verde retiro en el bosque de Skierniwiece por el infernal estrépito del fuego.

Entretanto habíase conseguido nuestro verdadero objeto, que era atacar el flanco derecho de los rusos; pero apenas podría esperarse, ni de mí ni de ningún otro testigo ocular, que detallara los incidentes y el curso general de una batalla que se extendió en una línea de más de seis millas. Aun tratándose de combates como el de Koniggratz y Sedán, sería dado hacer una bonita descripción general por razón del humo de la pólvora que indica las posiciones de amigos y enemigos y las alternativas de la lucha; mas ahora que la ciencia ha despojado á la guerra de uno de sus más pintorescos efectos, la moderna batalla durante el día es un espectáculo muy confuso. Se oye el estampido del cañón y el estruendo de la fusilería; pero no se ve el relampagueo de las armas.

Naturalmente, esto debe ejercer un efecto desmoralizador en todos los soldados; y cuando Blücher dijo en Ligni: «A mis hombres les gusta ver al enemigo,» no hizo más que expresar el rasgo característico de los soldados de la mayoría de las naciones. Sin embargo, por lo que pude observar, la infantería alemana no se desconcertó tanto como la rusa por estos invisibles terrores de la guerra moderna: los moscovitas son verdaderos diablos cuando se baten en masa, pero pierden su moral y su resistencia cuando cada hombre debe confiar en su propia inteligencia, su iniciativa y su valor individual. A decir verdad, creímos observar señales de pánico entre los soldados del czar; y en una ocasión por lo menos vi distintamente á un oficial sacar su revólver para amenazar á sus soldados, los cuales preferían huir que caer ante un enemigo á quien no veían ni tocaban.

A pesar de esta influencia desmoralizadora en las filas de los rusos, defendían éstos su terreno con singular tenacidad, y la batalla duraba ya varias horas sin que pudiéramos realizar nuestro objeto, que era flanquear su derecha y arrollarle, como quería hacerlo por el flanco izquierdo el príncipe Jorge de Sajonia.

A eso de mediodía, la victoria comenzó á declararse en nuestro favor. El día era brillante, claro y cálido, y aunque el campo de batalla frente á la posición del rey Alberto estaba completamente libre del humo de la pólvora, vimos de pronto que en el horizonte, detrás de los rusos, comenzaba á elevarse una espesa columna de polvo amarillento que se aproximaba cada vez más hacia nosotros como una inmensa nube de vapor. Observé que el rey cambiaba miradas de inteligencia con algunos de sus oficiales, pero no comprendí al pronto lo que esto significaba, hasta que al fin divisé en lontananza unos reflejos singulares: eran producidos por los rayos del sol que iluminaban los sables, cascos y lanzas de nuestra caballería.

En efecto, treinta y dos escuadrones, siguiendo la orilla derecha del Bzura, habían vadeado la corriente más arriba de su confluencia con el Ravka, y cruzando éste por Bolimoff, halláronse á retaguardia de la derecha de los rusos, sobre los cuales avanzaron como impetuoso torrente. Yo había presenciado operaciones de este género en las maniobras de otoño practicadas en Alemania, mas no creía que pudieran aventurarse en la guerra lo mismo que en la paz. El rey Alberto, no obstante, jamás se habría atrevido á esto si no hubiese visto antes que los rusos acumulaban su caballería en su flanco izquierdo, por ser el más expuesto, dejando solamente una brigada de dragones para reforzar el derecho. No juzgaron posible que los alemanes, sin ser vistos por los batidores cosacos, pudieran llegar con treinta y dos escuadrones hasta su retaguardia; pero así sucedió precisamente, y los batallones rusos fueron en parte destrozados.

Advertido demasiado tarde de la presencia de aquella avalancha de caballería, el enemigo, sin embargo, hizo frente, y no pocos jinetes alemanes mordieron el polvo; mas esto no bastó para contener á los demás, que lanza en ristre atacaron con irresistible ímpetu. Después de atravesar entre las diseminadas filas de la infantería de Gourko, los escuadrones avanzaron á la carrera en dirección á nuestras líneas, entre las cuales pasaron, saludados por ruidosas aclamaciones, para formarse de nuevo, aunque no sin haber sufrido considerables pérdidas. No obstante éstas, la desmoralización de la infantería rusa era completa y el camino para coronar la victoria quedaba abierto.

Al mismo tiempo era evidente por ciertas señales en la extrema derecha que nuestro ejército del Vístula había conseguido practicar un movimiento análogo en la parte del campo donde estaba el grueso de la caballería rusa, que con la mayor intrepidez, pero inútilmente, quiso oponerse al avance de los alemanes A las dos de la tarde, nuestra línea de batalla tenía una forma circular que se iba estrechando sobre el enemigo.

A poco, dióse orden de emprender un avance general, y la artillería, después de arrojar un torrente de bombas contra la posición rusa, disminuyó paulatinamente su fuego á fin de que la infantería continuase la obra destructora. Para esto hubo de sufrir considerables pérdidas, pues filas enteras fueron barridas por el fuego del enemigo al flanquear sus atrincheramientos; pero el valor teutónico y la disciplina vencieron al fin, y las trincheras quedaron llenas de cadáveres rusos. La aldea de Skierniwiece estaba ardiendo, y ya no podía servir de refugio á sus defensores; el mismo castillo, con todos sus recuerdos de los tres emperadores, hallábase reducido á un montón de ruinas humeantes; las baterías rusas enmudecían, y en el bosque no era posible ya la defensa á causa de hallarse cercado por tres partes; de modo que no quedaba más recurso que tomar la posición á bayoneta calada. De los batallones que se retiraron de sus líneas, solamente uno se detuvo cerca de la estación del camino de hierro para hacer frente al enemigo, y allí hubo una desesperada lucha cuerpo á cuerpo, que recordó la matanza de Bazeilles; pero tambien aquí pudo más la obstinación alemana. La posición de Gourko y de sus intrépidos moscovitas, elegida por él mismo, quedó muy pronto en nuestro poder.

A las tres de la tarde los rusos se habían pronunciado en completa retirada sobre Varsovia, y todos sus formidables fuertes quedaban á nuestra disposición, con sus almacenes y ventajas estratégicas. Sería imposible calcular ahora nuestras pérdidas y las del enemigo; pero tanto en rusos cuanto en alemanes la carnicería ha sido espantosa, mucho mayor de lo que se debía esperar, atendido el número de tropas que tomaron parte en la lucha. Sin embargo, siempre es un consuelo reflexionar que los adelantos y mejoras en el servicio de la ambulancia alemana han correspondido á los progresos que se han hecho en el arte moderno de la guerra para matar gente. Todos los heridos, así rusos como alemanes, han disfrutado del perfeccionamiento del servicio.

La conferencia de nuestros victoriosos jefes, el rey de Sajonia y su hermano el príncipe Jorge, después de la batalla, ha sido muy afectuosa y conmovedora, recordando la histórica escena en Koniggratz, cuyas principales figuras fueron el rey Guillermo y su heroico hijo *Unser Fritz.*

GRAN BATALLA EN LA FRONTERA DE GALITZIA

(Sin fecha)

Antes de enviar este parte recibo noticias de una batalla decisiva, librada en la frontera de Galitzia entre las fuerzas rusas que hay por allí y un ejército austriaco, compuesto de 250.000 hombres. Parece que éstos consiguieron rechazar completamente á Dragomiroff, el cual se retira hacia Lablin, sobre la línea de Varsovia. Si el rumor se confirmara, es probable que dicho jefe se retirase también hacia Varsovia para reunirse con Gourko y con el gran duque Vladimiro, en cual caso sería muy posible, por no decir seguro, que en la presente guerra tendríamos algo parecido á Gravelotte y Metz.

ITALIA MOBILIZA SU EJÉRCITO Y EMPRENDE LA CAMPAÑA CONTRA FRANCIA. – ESCENA EN ROMA AL HACERSE LA DECLARACIÓN DE GUERRA POR FRANCIA.

«ITALIA CUMPLIRÁ CON EL TRATADO»

(Carta de nuestro corresponsal particular.)

Monte Carlo, 30 mayo

«Por el telégrafo conocerá usted ya los detalles diversos del desarrollo de la parte franco-italiana de la presente guerra europea; pero habiéndome sido posible, gracias á una serie de felices circunstancias, seguir los principales incidentes del movimiento italiano hasta ahora, tal vez recibiría usted con gusto, por vía de suplemento á lo que ya tiene publicado, una breve reseña de mis observaciones.

»Por casualidad me hallaba en Roma cuando se recibió el telegrama anunciando que Francia había desenvainado el acero contra Alemania, y tuve primeramente conocimiento del hecho por una tumultuosa muchedumbre que pasó por delante de mi ventana del hotel de Londres, en la plaza de España, gritando ruidosamente: «¡Viva Alemania y la Triple Alianza!»

»Esta multitud llegaba del Pincio, donde la magnífica charanga de *Carabinieri*, sin rival en Europa, había deleitado al público con su agradable música y donde el *Popolo Romano* había repartido una hoja extraordinaria para anunciar la noticia, no del todo inesperada, de que Francia, aprovechando los apuros de Alemania en su frontera oriental, había lanzado el grito de venganza para caer sobre el Rhin. Cierto individuo se había encaramado en un poste para leer el telegrama á la multitud, que ansiosa de noticias, y cual movida por el mismo impulso, prorrumpió en aclamaciones, vitoreando al rey Humberto y al emperador alemán, mientras que la música amenizaba con sus dulces acordes aquella ruidosa manifestación tocando el himno *Wacht am Rhein.*

»Después la multitud, dirigiéndose hacia el Quirinal, pasó como una avalancha por delante de la Trinidad del Monte, cruzó luego por la Vía Sixtina, donde me agregué á ella, y detúvose después ante la casa en uno de cuyos pisos, un modesto tercero, habita «il signor Crispi.» Al oir los clamores de la multitud el ex primer ministro, que tanto había abogado para que Italia tomase parte en la triple alianza, salió al balcón para saludar al público; pero rehusando en aquella ocasión pronunciar un discurso, limitóse á mover la mano señalando el Quirinal, adonde se dirigió al punto la muchedumbre con tumultuoso apresuramiento.

»Después de franquear la escalinata que conduce al Quirinal, vimos ocupada ya por la gente llegada de otros puntos de la ciudad la gran explanada que hay delante del palacio. Algunos manifestantes se habían encaramado en los pedestales de las estatuas de Fidias, bien conocidas de todos los que han visitado la Ciudad Eterna, mientras que una parte de aquella multitud, compuesta de los señores de sotana y tonsura, hallábase en la otra orilla del río. Sin duda acudían para enterarse de la marcha de los acontecimientos que tan trascendentales consecuencias podían tener para ellos y para sus aspiraciones. Después de observar los semblantes pálidos y la expresión meditabunda de aquellos ministros de la religión, no pude menos de fijar mis miradas en las altas ventanas del Vaticano, donde tal vez el aprisionado sucesor de San Pedro trataba de averiguar, con ayuda de un anteojo, la significación de todo aquel movimiento popular frente al palacio del real heredero de toda su gloria mundana. Quizás se interesase en aquella agitación, pensando que los acontecimientos que se iban á resolver en el crisol de la guerra podrían devolverle alguno de los hilos de su poder temporal.

»Pero estas reflexiones mías fueron interrumpidas muy pronto por otra aclamación de la multitud que acababa de formarse en dos líneas para abrir paso, como las aguas del Mar Rojo á la vista de Moisés y de su gente, á fin de que pudiera salir del palacio el marqués de Rudini. Acompañábanle dos de sus secretarios, que habían asistido al Consejo presidido por el rey, y los tres se dirigían al ministerio de Estado. Los vivas menudearon al aparecer aquel dignatario, que si bien había sustituído al signor Crispi, en cambio observaba su popular política extranjera, y apenas se pudo evitar que la multitud le condujera en andas hasta su residencia oficial.

»No bien se hubo agolpado de nuevo la multitud alrededor del ministerio, cuando debió abrir calle otra vez para dejar paso al carruaje del embajador alemán, conde Solms, que llegaba desde su palacio, llamando la atención por su grave aspecto. Sin embargo, veinte minutos después, cuando salió del ministerio, habíase desvanecido de su rostro la expresión meditabunda, y devolvió los saludos á la multitud con una sonrisa de satisfacción.

»La multitud, que en un momento hizo sus deducciones, comenzó á gritar, pidiendo que saliese el marqués de Rudini; y accediendo al fin ante la ruidosa insistencia del populacho romano, el marqués salió al balcón del ministerio, impuso silencio con una señal y pronunció el siguiente breve discurso:»

«Señores, estamos en un momento grave y sublime á la vez; pero como ahora conviene la acción más que las palabras, mis observaciones deben ser breves. Francia, como ya sabéis, ha levantado el acero contra Alemania, é Italia debe ser fiel á su leal aliada (ruidosas aclamaciones).

»Italia contrajo por el tratado ciertas obligaciones que ahora debe llenar: así lo hará, cual cumple á su honor (frenéticos aplausos).

»Ya está echada la suerte, y á todo riesgo es preciso cumplir nuestras promesas, porque nuestra existencia nacional no sería nada sin el honor de la nación *(¡evviva evviva!)*.

»Esta es la primera vez que Italia, como nación

unida, ha sido llamada para dar á conocer lo que vale, y con ayuda de Dios justificará las esperanzas que en ella se han depositado.

»Réstame sólo añadir que se han expedido ya órdenes para la inmediata movilización de nuestro valeroso ejército, para el cual pedirá protección con sus fervientes oraciones todo verdadero italiano, y todos somos verdaderos italianos, desde las llanuras de Sicilia inundadas de sol, hasta los nevados picos de los Alpes (ruidosos aplausos).

»*Italia fará da sé. ¡Evviva il ré Humberto, Evviva l'imperatore di Germania, Evviva la triple Allianza!*»

»Este discurso del marqués fué acogido con entusiastas aclamaciones. El ministro debía pronunciar en la Cámara un discurso análogo, aunque más estudiado; pero no necesito ocuparme de él, pues para muestra basta lo dicho; y esta escena antes de comenzar la lucha por parte de Italia dará idea suficiente del estado de los ánimos.»

CONSEJO DE GUERRA

«El segundo incidente á que debo referirme ocurrió en el ministerio de la Guerra, uno de los más grandes edificios de Roma (diríase que en todos los países del continente la arquitectura militar trata de empequeñecer á la religiosa), donde el rey Humberto presidió un Consejo, compuesto de sus magnates del ejército y la armada, incluso los generales que mandan todas las fuerzas de la monarquía, y los almirantes de la escuadra, á quienes se había mandado llamar por telégrafo para darles instrucciones respecto á la acción que se debía seguir contra Francia. Cierto que el general Staff había trazado ya un plan de campaña para la eventualidad de semejante guerra, pero la situación, tal como se presentaba, ofrecía elementos de duda y dificultades no previstos, y de consiguiente era necesario deliberar sobre la manera de distribuir el ejército italiano, atendidas las circunstancias

»La primera cuestión se reducía á resolver cuántos cuerpos de ejército se enviarían contra Francia, debiéndose tener en cuenta cuántos se necesitarían para guardar las costas de Italia é impedir un desembarco de los franceses. También se debía tomar en consideración el hecho, según observó el rey, de que no se podía esperar que Inglaterra, al menos por el pronto, prestara á la Triple Alianza más que su apoyo moral. Si la Gran Bretaña se uniese formalmente á dicha alianza, poniendo su flota á disposición de Italia, con lo cual ésta se hallaría segura contra todo peligro de agresión francesa por el mar, todo el ejército italiano quedaría libre de operar en tierra; pero atendido el estado de cosas, Italia debía estar prevenida para el caso de un desembarco de los franceses en su extensa costa. Francia había enviado ya trece cuerpos de ejército hacia el Rhin; los otros siete estaban de guarnición en los departamentos del Sud y orientales, y aunque no hubiesen recibido orden de marcha, en el momento menos pensado podrían ir algunos á Marsella y Tolón y á las pocas horas estar en camino de la costa italiana.

»Las opiniones del Consejo de Guerra estuvieron muy divididas respecto á lo que debía hacerse, llevando la voz en nombre de las dos opuestas tendencias los generales Pianell y Bariola; pero al fin, atendiendo á una proposición del general Cosenz, jefe de estado mayor, apoyada por el rey, se acordó que los cuerpos de ejército 1.°, 2.°, 3.° y 4.° atacaran á Francia por el flanco, quedando el 6.° y 7.° como reserva y los demás preparados para dirigirse adonde fuese conveniente, según las eventualidades de la guerra, sobre todo si Francia sufría reveses en el Rhin y se veía obligada á dejar sin guarniciones sus departamentos del Sur.

»En cuanto á la línea de ataque, es decir, aquella por donde los italianos tratarían de entrar en Francia... (en este punto el que me ha dado estas noticias me ruega que guarde silencio y tenga un poco de paciencia). Solamente añadiré que terminadas las deliberaciones del Consejo, el marqués de Rudini envió á todos los diarios de la tarde el texto del tratado de alianza germano-italiano, cuyas condiciones son iguales á las del austro-alemán, publicadas hace algunos años por el príncipe de Bismarck: estipúlase por ellas la mutua garantía de la integridad territorial, y se previene que en el caso de ser atacada Alemania ó Italia por Francia, las dos potencias deben atender á la defensa común.»

RUTA SEGUIDA POR LOS ITALIANOS AL TRAVÉS DE LA RIVIERA

»Desde Roma me dirigí á Spezzia, donde un amigo se había ofrecido á llevarme en su yate, y allí encontré una formidable escuadra de acorazados, compuesta del *Italia, Andrea Doria, Francesco Morosini, Re Humberto, Rugiero di Lauria, Affondatore*, y otros varios de segunda clase, que se disponían á hacerse al mar. ¿Cuál era el objetivo de aquella flota? En este punto las autoridades navales permanecían mudas como la tumba; pero á los pocos días debía aclararse el misterio.

»Nos dirigimos á Monte Carlo y el yate ancló en la linda bahía de Mónaco, donde encontramos la guardia del príncipe, consistente en unos sesenta y cinco carabineros, los cuales estaban muy excitados, previendo que las circunstancias les obligarían tal vez á dejar su actitud de neutralidad armada para tomar parte en las hostilidades, de las que Riviera podría ser muy pronto el sangriento teatro. Sin embargo, esto no parecía inquietar á los visitantes, hombres y mujeres de todas las naciones, judíos y gentiles, elamitas y asirios, que á pesar del movimiento de tropas, batallones franceses que llegaban y salían, continuaban frecuentando las mesas del casino para entregarse á su pasión favorita con afán digno del filósofo de Siracusa. *Noli turbare circulos meos*, dirían los adoradores de la ruleta.

»Tal vez no todo el mundo conozca el hecho de que durante los últimos pocos años los franceses han construído una formidable línea de fuertes á lo largo de la Riviera desde Marsella á Mentona, y que todos los picos y cumbres que dominan el mar y el camino de la orilla están ocupados por una de esas obras defensivas de piedra, tan terribles por su solidez como por los cañones de largo alcance de que están armadas. A decir verdad, son como la muda respuesta á la Triple Alianza, y se levantaron desde la conclusión del Pacto para cerrar el camino á los italianos en el caso de que éstos, cumpliendo sus compromisos con los alemanes, trataran de flanquear á Francia, eligiendo para su línea de ataque la orilla del mar más bien que el camino montañoso.

»Si el ejército italiano prefería el camino de la Riviera para ir á Francia, á pesar de sus peligros, era porque prescindiendo de las dificultades naturales de las vías de los Alpes, casi mayores ahora que en tiempo de Aníbal y de César, no quería exponerse, tal era su lealtad, á ser acusado de haber infringido la neutralidad de Suiza ó de Savoya. En su consecuencia, los italianos resolvieron forzar el paso del camino de la Riviera, tanto más, cuanto que su flota podría cubrir la marcha hasta cierto punto, y aun desembarcar tropas en lugares dados, por lo menos



La gran guerra de 1892. – Desembarco de las tropas inglesas en Trebizonda

hasta que las demás divisiones de la escuadra francesa, ocupada ahora en el Báltico y en otras partes, no estuvieron libres de marchar al Mediterráneo.

Los italianos habían resuelto también enviar otro cuerpo de ejército más pequeño, compuesto del 1.° y 3.°, á través de los Alpes, por el camino del Mont-Cenis, á fin de sorprender si era posible el flanco del ejército francés, compuesto de cuatro cuerpos, es decir, todos los de que se podía disponer, pues con las demás fuerzas debían repararse las pérdidas que se sufrieran en el Rhin.

BATALLA DE COSTEBELLE

GUERRA DE MONTAÑA

No necesito describir á usted detalladamente los incidentes de la primera lucha entre los dos ejércitos, francés é italiano, porque seguramente tiene ya conocimiento de ellos, sobre todo de la colisión en Ventimiglia y la más seria cerca de Mentona. Sin duda habrá oído hablar de los incidentes que constituyen el preludio del drama, la magnífica pero inútil defensa del batallón 24.° de cazadores franceses, desde Villafranca, contra el irresistible ataque de los *bersaglieri*, del cuarto cuerpo italiano. El brillante encuentro de los lanceros italianos con los dragones franceses; las hazañas de los tiradores italianos y los obstinados duelos de artillería entre los acorazados italianos y las baterías que coronan las cumbres de las montañas, con todos los demás episodios que constituyen este cuadro fascinador de la sangrienta lucha.

. . . .

La batalla de Hyeres, ó más bien de Costebelle, punto donde la reina Victoria pasó últimamente algunas tranquilas semanas, aunque dió por resultado la retirada de los franceses á Tolón, no es decisiva en la campaña, porque es punto menos que imposible que los italianos se posesionen de esta formidable é importante plaza, ni aun con el auxilio de su flota, antes de recibir refuerzos de su país, lo cual no deben esperar por ahora, y entretanto la escuadra de Brest podrá librarse de sus entorpecimientos en otros puntos para marchar después al Mediterráneo.

Sin duda la situación se simplificará si el general Ricotti, con sus dos cuerpos de ejército, consigue desembarcar desde los Alpes por el lado del Mont-Cenis y bajar, si no encuentra allí oposición, al valle del Ródano á fin de cooperar con las fuerzas de la Riviera; pero en el entretanto podría haberse decidido en el Vístula y el Rhin el éxito de toda la guerra, en cual caso los italianos habrán conseguido su principal objeto, que era distraer y acosar á las fuerzas de Francia, haciendo una diversión por su flanco y retaguardia para facilitar su derrota por los alemanes.

De todos modos, las victorias alcanzadas por los italianos demuestran que tienen excelente material con buenos oficiales y soldados, material en nada inferior al de Francia; y cuando después de la batalla de Costebelle, el emperador alemán telegrafió al rey Humberto, diciéndole «que sus tropas habían hecho cosas de que el mismo ejército prusiano se habría enorgullecido, y á las cuales éste no sobrepujó ni aun en Rossbach y Sedán,» todo el mundo debe haber comprendido que el soberano de Alemania, en sus frases de cumplido, no hacía más que usar el lenguaje de la verdad.

(Continuará)

FLORES DE CHILE, grupo fotográfico de los Sres. Díaz, Spencer y Compañía, fotógrafos de Santiago, remitido por el Sr. Mariscal, corrresponsal de *La Joya literaria* en aquella ciudad

EL CARNAVAL ROMANO

ANTES Y AHORA

Entre las fiestas suntuosas de la Roma pontificia, hay que contar el Carnaval, residuo de extravagantes y escandalosos cultos paganos, justificado por prácticas de nuestra religión. Los usos populares se perpetúan, rara vez desaparecen completamente; cuando más, se transforman, y las autoridades obligadas á deducir leyes de costumbres arraigadas no pueden herir de frente hábitos inveterados, mucho menos si son de aquellos que solazan y divierten á todas las clases.

He aquí por qué los pontífices admitieron la perpetuación de fiestas paganas, que en todo tiempo fueron causa de escándalo, excusándolas como preliminares de días de penitencia y ayuno: restos mal disfrazados de ritos con que se festejaba á Baco y Ceres, la iglesia, aunque con ciertas prevenciones, tuvo que admitirlos, y resultaron días en que no se piensa, días de manifiesta locura, que creyó perfectamente real un buen turco, que según testimonio de Gislenio Busbech, embajador de Fernando I ante Solimán II, volviendo á Constantinopla después de haber pasado el carnaval en una ciudad católica, afirmó muy serio que los cristianos enloquecían durante algunos días del año, mas que en virtud de cierta ceniza con que les ungían la frente en las iglesias, recuperaban la razón.

Es lo cierto que, exceptuando Venecia, en ninguna parte fué tan famoso el carnaval como en Roma, cosa que se explica por la misma causa que lo hizo mantener entre las fiestas cristianas: aquí donde la cuaresma era más severa, donde cesaban por completo todas las fiestas, donde la penitencia era más austera, la preparación tenía que ser más exagerada, las diversiones más alegres; en una palabra, la locura más violenta. Son dignas de leerse las descripciones de aquellas fiestas, pues dan exacta idea de la corrupción de los tiempos, al par que del lujo y alegría que dieron lugar á que de todas partes afluyera gente á Roma para presenciar el carnaval.

Duraba ocho días; el sábado, víspera de la dominica de sexagésima, sonaba la *Patarina*, la gran campana del Capitolio, que como trofeo de guerra fué conducida á Roma desde Viterbo, cuando la campaña contra los herejes que le dieron nombre; la misma campana que tañía en las grandes ocasiones, que doblaba lastimeramente á la muerte del pontífice y prevenía la oración por los que iban á ser ajusticiados. Era la señal de alegría que ansiaban todos, era el momento en que comenzaban los festejos. Hombres, mujeres y niños salían enmascarados, principiando las bromas tan de gusto del pueblo romano, que si alguna vez por ser de buen carácter provocaban la risa, no pocas terminaban en desórdenes sangrientos, que algún pontífice tuvo que reprimir con mano fuerte, dictando medidas durísimas é imponiendo penas exorbitantes, que más de una vez dejaron de estar en la justa proporción que debían guardar con el delito. Las máscaras, en el sentido que tiene la palabra hablándose de días semejantes, era lo de menos; lo que daba más realce al carnaval romano eran las comitivas y cabalgatas, las carreras de hombres y animales que se verificaron en distintas calles y plazas, según el gusto de los pontífices.

Desde los tiempos de Martín V tuvieron fama las



UN PASO MÁS, cuadro de Ernesto Croci

fiestas celebradas en el *Testacho* y en la plaza *Navona:* el primero es un montículo situado entre el Aventino, la muralla de puerta Ostiense y el Tíber; la segunda debe su nombre al *Circo Agonale*, construído en tiempos de Domiciano y cuyas ruinas han ido desapareciendo poco á poco para dejar una de las más hermosas plazas de la Ciudad Eterna. En ambos lugares hacían sus evoluciones suntuosas mascaradas que se organizaban en el Capitolio y recorrían las principales calles, representando cada año cosas diferentes: unas veces ingeniosísimas alegorías; otras, escenas mitológicas; no pocas, sucesos históricos. Compatibles con ellas eran otras burlas y festejos, en que muchas veces se manifestaron los feroces instintos del populacho: durante el carnaval de 1372, reinando Gregorio XI, que entonces se hallaba en Aviñón, las carreras del Testacho consistieron en precipitada huída de toros, uncidos á carros, llevando dentro cerdos amarrados y algunas varas de paño rojo sujetas á mástiles convenientemente dispuestos. Aguijoneados los toros, partieron desaforados desde la cima de la colina, llegando al valle, donde los aguardaba la multitud: triste premio recibieron aquellos animales; recibidos con lanzas, picas y cuchillos, fué la revuelta tan grande por apoderarse de sus despojos, que los heridos se contaron á centenares.

Para poner remedio á este y otros muchos desmanes, los pontífices dictaron bando sobre bando, pero siempre respetaron las tradiciones, recordando cuán aficionado fué en todo tiempo el pueblo romano á divertirse. En 1425 Martín V dictó su bula *Circunspecta sedis apostolicæ*, cuyo objeto fué reglamentar las corridas de toros, y posteriormente para cada uno de los números en que se dividía el programa del famoso carnaval romano, hubo una disposición legal, lo cual prueba el considerable desarrollo que tuvieron dichas fiestas desde tiempos remotos. Sin embargo, el fasto y brillantez que les dieron reputación universal puede decirse datan del pontificado de Pablo II (Pedro Barbo), veneciano que no podía olvidar en ninguna parte, en ningún estado, el esplendor con que se hacían todas las fiestas en la bella é interesante ciudad de las lagunas. Elevado al solio pontificio en 1464, mostró en todos sus actos la grandeza propia de su carácter: aquel pontífice fué lujoso en todo, lo mismo en las ceremonias sagradas que en lás profanas; gozaba en ello, y quien dió la púrpura teatral á los cardenales, no podía en modo alguno descuidar el carnaval. Antes los festejos se habían celebrado en lugares apartados de la ciudad, como los ya indicados. Pablo II fué el primero que hizo bajar el rumor de la clamorosa fiesta al centro, realizando obras convenientes para que lucieran más y mejor. Habitando casi constantemente el palacio de San Marco, llamado hoy de Venecia, que según cuentan tiene en sus macizos muros muchas de las piedras que desgraciadamente faltan en el histórico Coloseo, quiso que las carreras, tanto de personas como de animales, se celebraran en el *Corso*, á lo que debió su nombre la dilatada calle que arrancando de la plaza del Popolo termina en la de Venecia. Cuentan que desde el balcón presenció los juegos acompañado de su corte, y que con gran contentamiento de todos arrojó al pueblo puñados de monedas y celebró opíparos banquetes en que continuaron las bromas. Aquel pontífice conocía sobradamente la índole del pueblo que gobernaba; sin olvidar que descendía del que por tanto tiempo se había contentado con *Panem et Circenses*, dióle una y otra cosa, estableció mataderos y abrió repletos graneros al par que aumentaba las fiestas y espectáculos.

El pueblo, que rara vez se mantiene en los justos límites, abusó pronto: las bromas más pesadas se extendieron á la clase sacerdotal, de lo que hay un curioso ejemplo en los diálogos del *Cortigiano* de Baltasar Castiglione; usaron para disfrazarse los trajes de cardenales, obispos y religiosos, y nuestros lectores podrán calcular las burlas sarcásticas á que daba lugar esta costumbre, tanto más, cuanto que se esperaban aquellos momentos para sacar partido de sucesos acaecidos durante el año, poniendo en ridículo á personas que muchas veces, es cierto, lo tenían bien merecido. Siendo necesario reprimir tales escándalos, los papas dictaron medidas conducentes á ello, y los castigos impuestos no fueron leves: los sorprendidos con disfraces de cardenales, obispos ó prelados debían pagar cincuenta escudos de oro, perder el traje, coche y caballos si los llevaban, y sufrir además otras penas corporales, comenzando por la de azotes, que habían de aplicarse en seguida en el lugar del arresto, sin preguntar ni averiguar quién fuera; todo lo cual, como se comprende fácilmente, aumentaba el regocijo, pues no era para menos presenciar la ejecución sumarísima de pena corporal impuesta á un cardenal ó á un obispo, aunque fueran fingidos. Durante el pontificado de Julio III renacieron nuevamente las licencias, pues se autorizaron de nuevo las mascaradas, sin excepción y sin determinar penas á los contraventores de los bandos anteriores. Pero esto, que era lo bueno para el pueblo, duró poco: á partir de 1555 se repiten otra vez los bandos rigurosos, que luego se van extremando de año en año; se prohibió entrar disfrazados en las iglesias, tirar huevos llenos de agua ú otra materia pútrida; en 1556 se veda á los enmascarados acompañarse de religiosos y llevar armas, y la penalidad por estas faltas, que bien mirado no llegan á delitos, llegó á ser tan exagerada, que podía incurrirse hasta en pena de la vida, todo según el arbitrio de monseñor gobernador. Aún hay más: en un bando de 1586 se dispone sea ahorcado quien durante las carreras diese lugar á cualquier desgracia, y si por caso él mismo fuera víctima de su imprudencia y resultara muerto, se ahorcaba el cadáver.

Mas el pueblo seguía divirtiéndose, y ni las penas mencionadas, que se aplicaban con máximo rigor, ni el saludable aviso que quisieron dar las autoridades romanas, ordenando que en los días de carnaval se ejecutaran algunos criminales, bastaron para poner coto á tantos desmanes. Fanático por sus fiestas tradicionales, enloquecía en ellas y le halagaba ver que también la nobleza tomaba parte haciendo mascaradas suntuosas, no pocas de las que fueron pagadas por embajadores extranjeros, entre los que se distinguió nuestro conde de Oñate en 1647. La costumbre de que carros, mascaradas y cabalgatas partieran del Capitolio, acredita cómo venía manteniéndose el recuerdo de los antiguos tiempos; pues del Capitolio partía también en los tiempos clásicos la procesión que se dirigía al Circo los días de juegos; las carreras del Circo Máximo se perpetuaron en Italia: fué un ejercicio corporal, cultivado constantemente por estos amantes de la forma. Correr el palio, porque *palio* se llamaba la pieza de tela que constituía el premio, fué costumbre conservada en todas las regiones italianas; con este espectáculo celebraban acontecimientos notables, fechas en que los pueblos se habían ilustrado por hechos de armas, victorias, proezas de todo género. Dante, ponderando cómo corría Brunetto Lattini para incorporarse al grupo de los que sufrían pena por su mismo pecado, dice:

Poi si rivolse, e parve di coloro
che corrono a Verona il drappo verde
per la campagna; e parve di costoro
Quegli che vince e non colui che perde

Lo mismo que en Verona ocurría en otras ciuda-



MERCADO EN TRIESTE, cuadro de Ernesto Croci



SAN JUAN DE DIOS, escultura de D. Agapito Vallmitjana. (Salón Parés.)



REBAÑO, cuadro de D. Rafael Senet. (Salón Parés)

dades de Italia, pero tal vez en ninguna como en Roma, donde las carreras fueron muchas y variadas, reservándose siempre para los días de carnaval. Desde 1467 el lugar destinado para ellas fué el Corso; primero desde la mitad, donde se hallaba el arco de Domiciano, hasta la plaza de Venecia: después, cuando para embellecer la calle se derribó por orden de Inocencio VIII el arco citado, partieron los corredores desde la plaza del Popolo, y así la distancia puede calcularse igual á la de la pista del Circo Máximo. En éste, durante los tiempos antiguos, corrieron carros, caballos y hábiles gimnastas, por los cuales se interesaba el pueblo; más tarde, cuando la degradación llegó al extremo, un capricho imperial hizo que corrieran también mujeres, lo que no dejaría de dar lugar á curiosas peripecias. En el Corso romano hubo carreras de caballos, búfalos y asnos, unas interesantes, otras risibles; después, como dice un diarista, hubo carreras de animales bípedos y disputaron palio judíos, jóvenes y viejos, constituyendo cada grupo la de un día; por último, llegó la abyección también, y hubo carreras de jorobados, que dieron tristísimo espectáculo, corriendo desnudos por la Vía Julia, en el carnaval de 1633, como registran los *Avisos* de dicho año en los siguientes términos: «*Domenica in strada Giulia, a spese di particolari, con licenza de superiori, fu corso un palio di gobbi ignudi molto ragguardevoli per la varietá delle loro gobbesche schiene, che per esser cosa nuova in questa citta vi concorse molto popolo e nobiltá in carrosa, in modo che appena capeva in quella contrada, oltre che tutte le finestre delle case e palazzi erano piene di persone.*

Pero ninguna de estas carreras entusiasmaba tanto al populacho como las de judíos, pobres gentes que fueron siempre hazmerreir y sufredolor de quienes, inspirándose en los sentimientos religiosos de que blasonaban, debían haberlos tratado caritativamente. Nunca fué así por desgracia, y lo que ni los sentimientos humanitarios ni las leyes pudieron hacer, lo hizo la sátira, vengándolos cruelmente, sobre todo de aquellos que más duras imputaciones les hacían; el popular poeta Joaquín Belli, que tan hermosos sonetos dejó en dialecto romanesco, los defendió indirectamente en uno de ellos, tan notable, que merece ser conocido:

In questo io penzo come pensi tu:
Yo l' oddio li ggiudii peggio di te;
Per che nun zo' cattolichi e perché
Mésseno in crosce er Redentor Gesú
Ma ripescanno poi dar tetto in giú
Drento la legge vecchia de Mosé,
Disce er Giudio che cquarche cosa sc' é
Pe' scusá le su' dodici tribbú
Infatti (disce lui), Cristo partí
Da casa sua e sse ne venne cqua
Co' l' idea de quer zanto venerdí.
Duncue (seguita á ddí' Bbaruccabbá)
Subito che llui venne pe' mmorí,
Quarchiduno l' aveva d' ammazzá.

A. Fernández Merino

(Continuará)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Actualmente se están celebrando en París dos exposiciones: la del *Círculo de la Unión Artística* y la de la *Sociedad de acuarelistas franceses*. En la primera merecen especial mención dos bustos en mármol de Mercié, los del cardenal Lavigerie y del general Faidherbe, de Crauk, los de Carlés, unas estatuitas de Puech y Marqueste, los marfiles de Moreau-Vauthier, un barro cocido de Gerome, los retratos de Bonnat, Carlos Durán, Schommer, Benjamín Constant, Courtois, Dagnan Bouveret, Cormon y Machard, una figura decorativa de Morot, dos cuadros militares de Detaille y notables pinturas de Bouguereau, Vayson, Francais, Watelin, Bompard, Billotte, etc. En la segunda, la mejor de cuantas hasta ahora ha celebrado la *Sociedad de acuarelistas*, figura en primer término una de las más admirables obras de Meissonier, el cuadro titulado *Mil ochocientos siete*, pintura llena de vida y de movimiento en su conjunto y dechado de primores en sus detalles; hay además notables acuarelas de Harpignies, Francois, Adán, Toudouze, Boilvin, Rochegrosse, Clairin, Gilbert, Gros, Moreau, Tenré, Worms, Zuber, Bethune, la baronesa de Rothschild, Lemaire, Detaille, Claude (Max y Jorge), Bernard y otros.

– La Exposición de Blanco y Negro que se prepara actualmente en París revestirá este año excepcional importancia, á juzgar por el gran número de expositores que en ella tomarán parte y que se han inscrito ya en las oficinas de la dirección. Aumentarán este año el interés del certamen los dos nuevos grupos comprendidos en el programa, á saber: bocetos y proyectos de escultura y grabado retrospectivo. El inmenso local del palacio de Artes liberales del Campo de Marte y el espíritu expansivo y amplio que preside en la organización de las exposiciones de Blanco y Negro aseguran una instalación á propósito para todas las obras expuestas y permiten la agrupación conveniente de aquellas que constituyan conjunto.

– Luis Carraud, súbdito francés domiciliado en Florencia, ha dejado por testamento al Municipio de esa ciudad sus colecciones de objetos artísticos de las artes medioeval y Renacimiento: contienen marfiles, bronces, esmaltes, armas, mayólicas, cristales, piedras, grabados, escultura de talla, cobres, hierros, pinturas, miniaturas, mármoles, medallas, monedas, tapices, bordados y telas. Dominan en estas colecciones por su importancia los bronces, telas y esmaltes, en su mayoría del arte francés.

– Para el monumento nacional que ha de erigirse en Turín al ex rey de España D. Amadeo se han presentado en concurso 30 bocetos de 28 artistas: la suma destinada á la construcción del monumento es de 250.000 pesetas.

– Se ha abierto en París la Exposición de *l' Espatant*, en la que figuran obras de Bonnat, Bouguereau, Cormon, Flameng, Gerome, Detaille, Dagnan-Bouveret, Brouillet, Vibert, Clairin, Bompard, Fichel, Morot, Stevens, Doucet, etc., etc.

Teatros. – En el teatro de Folies Dromatiques, de París, se ha estrenado *La cocarde tricolore*, opereta cómica del maestro Planquette: el argumento, tomado de un antiguo *vaudeville*, ha sido arreglado por M. Ordonneau y abunda en situaciones cómicas propias del género; la música es en extremo agradable como todo lo del autor de *Las campanas de Carrión*. El éxito ha sido completo.

– Las representaciones wagnerianas en Baireuth comenzarán este año en 21 de julio y terminarán en 21 de agosto, cantándose durante este período ocho veces *Parsifal* y cuatro cada una *Tristán é Isolda*, *Tanhauser* y *Los maestros cantores de Nuremberg*.

– Con éxito extraordinario se ha estrenado en el *Petit Theatre* de París una comedia de magia, titulada *Un rêve au pays du bleu*; la pintura, la poesía y la música, de Horacio Callias, Depré y F. de la Tombelle respectivamente, rivalizan en gracia y brillantez en esta composición artística, poética y armoniosa que recrea por igual la vista y el oído de los espectadores.

– El estreno de la nueva ópera de Massenet, *Werther*, en el teatro imperial de la Opera de Viena, ha revestido las proporciones de un verdadero acontecimiento: el entusiasmo del público fué tan grande, que no contento con aplaudir á la terminación de los actos, aplaudió frecuentemente en el curso de éstos, hecho inusitado en aquel coliseo, donde la etiqueta por un lado y por otro el carácter un tanto frío del pueblo austríaco han hecho inveterada costumbre no interrumpir nunca la representación con un aplauso, por mucho que la obra represente entusiasme. Este es el mejor elogio que puede hacerse de la última partitura del autor del *Cid* y de la *Herodiada*.

– *En Madrid:* La reproducción de *Cavalleria Rusticana* en el teatro Real ha sido un nuevo éxito para la bellísima partitura del maestro Mascagni, habiendo obtenido grandes aplausos la Sra. Tetrazzini y el Sr. De Lucia, encargados de los papeles de Santuzza y Turiddu respectivamente.

– En el teatro Español se ha estrenado con buen éxito la comedia en tres actos de D. Jacobo Sales *La corriente*, cuyo argumento sencillo envuelve una intencionada sátira política.

– *En Barcelona:* En el teatro de Novedades se ha estrenado un drama en cinco actos de D. José Pin y Soler, titulado *La Sirena*: el éxito ha sido bueno, aunque los dos últimos actos resultan un tanto inferiores á los tres primeros. Las decoraciones, pintadas ex profeso para esta obra, son magníficas como todas las que produce el pincel de D. Francisco Soler y Rovirosa.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

El conde De Launay, embajador de Italia en Alemania; comenzó su carrera diplomática como encargado del rey de Cerdeña en Lisboa, y desde la unidad italiana fué siempre hombre de confianza de la actual dinastía.

Alejandro Bottero, caricato italiano de la antigua escuela, dotado de voz potente y extensa: cantó en los principales teatros de Europa y América.

D. Francisco de P. Campá, catedrático de la facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona y eminente tocólogo.

Monseñor Roccali, secretario del Papa y uno de sus más íntimos consejeros.

Jaime Augusto Grant, famoso viajero inglés que hizo con Speke en 1860 el gran viaje en busca de las fuentes del Nilo; en el estado mayor de lord Napier tomó parte en la expedición inglesa á Abisinia.

Guillermo Junker, uno de los más famosos exploradores del Africa central: hizo largos viajes por el Sudán, por los territorios de los altos afluentes del Nilo, especialmente por los países de los niam-niam y de los monbutus, y desde 1883 á 1886 acompañó en sus expediciones á Emín Bajá y á Casati.

Sir Provo Wallis, almirante de la marina inglesa: ha sido testigo presencial de todas las glorias de ésta en lo que va de siglo, puesto que nació en 1791 y á los nueve años ya estaba embarcado en el buque *Cleopatra*.

M. Johan Sverdrup, ex presidente del Consejo de Ministros de Noruega: á sus esfuerzos se debió en gran parte la implantación del gobierno parlamentario en aquel país, fué jefe de la oposición liberal y presidente del Storthing (Cámara) por espacio de más de veinte años.

El cardenal Mermillod, famoso orador sagrado, obispo de Lausanne y de Ginebra, fué expulsado de Suiza por decreto del Consejo federal en 1873, y volvió á su obispado en 1883, gracias á las negociaciones entabladas por León XIII, que le tenía en grande estima.

D. José de Velarde, inspiradísimo poeta andaluz, entre cuyas principales composiciones merecen citarse *Fernando de Laredo*, *El capitán García*, *La venganza* y sobre todo el poema *Fray Juan*.

D. Eusebio Terrero, teniente general del ejército español, militar de gran ilustración y claro talento; hizo las campañas de Africa y del Norte, fué jefe del cuarto militar y primer ayudante de D. Alfonso XII, capitán general de Castilla la Nueva y gobernador general de Filipinas.

D. Ramón de Sentmenat y de Despujol, marqués de Sentmenat y de Ciutadilla, grande de España, gentilhombre de Cámara de S. M. con ejercicio, presidente de la Academia de Bellas Artes de Barcelona y del Instituto Agrícola catalán de San Isidro: á raíz de la restauración fué nombrado Alcalde de esta ciudad, cargo en el que demostró relevantes condiciones.

Varia. – Un electricista polonés, Narkiewicz-Jodko, ha dado á conocer recientemente en Viena una nueva aplicación de la electricidad, muy interesante para las señoras: el baño eléctrico, que comunica frescura y juventud á la piel. Para ello basta acumular cierta cantidad de electricidad atmosférica en el agua del baño ó de la palangana (si la ablución es parcial) y lavándose con ella se obtiene el color sonrosado de una joven de quince abriles, sea cual fuere la edad de la que emplea el procedimiento. Este es higiénico, pues excita la circulación de la sangre y tonifica el organismo: el único inconveniente es que sus efectos sólo duran algunas horas.

Así lo refiere un periódico alemán, añadiendo que Narkiewicz ha presentado testimonios de varias encopetadas damas de París y de San Petersburgo, certificando por propia experiencia ser verdad cuanto afirma. Como lo hemos leído lo referimos.

NUESTROS GRABADOS

Busto modelado en cera atribuído á Rafael Sanzio (Museo Wicar, en Lille). – Además de pintor eximio fué Rafael famoso arquitecto y á lo que parece escultor notable: de lo primero son prueba el palacio de su nombre y la *Villa del Papa*, en Roma; los palacios Deg'Uguccioni y Pandolfini en Florencia, y otras magníficas fábricas arquitectónicas: en punto á escultura atribúyensele, entre otras obras, la estatua de *Jonás*, que ocupa uno de los nichos de una capilla de Santa María del Popolo; *El niño y el delfín*, precioso grupo en mármol existente en la galería Down-Hill, en Irlanda, y el bellísimo busto modelado en cera que reproducimos y que en verdad lleva impreso en sus menores detalles la corrección y la delicadeza que han inmortalizado al gran artista de Urbino.

Flores de Chile, grupo fotográfico de los Sres. Díaz, Spencer y Compañía, de Santiago de Chile. – La fotografía de Díaz Spencer y Compañía es la predilecta del bello sexo de la capital chilena, como lo prueban los numerosos grupos artísticos de bellezas que constantemente salen de sus talleres y algunos de los cuales han sido reproducidos en importantes ilustraciones extranjeras. Uno de los más bellos y originales es sin disputa el que publicamos y que nos ha sido remitido por el Sr. Mariscal, corresponsal de *La Joya literaria*: en él están representadas las principales bellezas de Santiago en traje de iglesia y de boda, es decir, con el típico manto y la característica mantilla blanca.

Un paso más... Mercado en Trieste, cuadros de Ernesto Croci. – Dos bellas producciones del distinguido pintor Ernesto Croci reproducimos en este número, del mismo género que las que ya conocen nuestros lectores. Croci complácese en dar á conocer los tipos y costumbres de su país, rindiendo, en cierto modo, un recuerdo á Trieste, su ciudad natal. El *Mercado* es un lienzo recomendable que revela estudio y facilidad en la combinación de tonos, y *Un paso más...* es una composición agradable y sentida, en la que el artista conviértese en poeta, representando una escena en la que se adivina la respectiva situación de los dos jóvenes, que anhelando aproximarse y confundir sus afecciones, detiénense en el umbral de una puerta por el mutuo respeto.

En los cuadros de costumbres da Croci fehacientes muestras de sus aptitudes artísticas, justificando el merecido renombre de que goza entre los pintores austriacos.

San Juan de Dios, escultura de D. Agapito Vallmitjana (Salón Parés). – La historia artística de este distinguido escultor es, al igual de la de su hermano D. Venancio, una continuada serie de triunfos. Su nombre, digno de respeto en el mundo del arte, lleva consigo el concepto de la maestría, del gusto y del sentimiento. Nacido también al calor del renacimiento patrio, ha sido uno de sus más laboriosos é inteligentes campeones, debiendo á su ingenio, á sus no comunes cualidades y á su propio esfuerzo la envidiable fama que ha logrado alcanzar. La mayoría de los que hoy se titulan sus compañeros fueron ayer sus discípulos, siendo de notar que todos reconocen en Agapito Vallmitjana la superioridad indiscutible, á la que le dan derecho los largos años de penosa labor y el testimonio fehaciente del mérito de sus obras, algunas de las cuales sirven de preciado adorno en aristocráticos salones ó de complemento al embellecimiento de nuestra ciudad.

La sentida y bien modelada estatua que reproducimos es una de sus últimas obras; en ella nótase desde luego la genialidad del escultor, la maestría y el sentimiento del arte. Es una feliz representación del apóstol de los desgraciados, de Juan de Dios, á cuyo ejemplo y buena memoria debe la humanidad una de las más grandes y bellas instituciones.

Rebaño, cuadro de D. Rafael Senet (Salón Parés). – Bello es el lienzo que recientemente ha expuesto en la Galería Parés este joven y ya conocido pintor que, al igual de sus paisanos Parladé y García Ramos, continúa las tradiciones de la escuela sevillana, dando muestra de inteligente colorista en los distintos géneros que cultiva. Desde su permanencia en Roma se han avalorado las aptitudes que para el cultivo del arte posee Senet, debiendo á Italia, adonde le condujo su afán de estudiar los grandes maestros, su desenvolvimiento artístico.

Réstanos consignar que las obras de Rafael Senet han sido premiadas en varias Exposiciones y que algunas de ellas figuran en varias colecciones de Nueva York, Berlín, Londres y Barcelona.

Sevilla puede envanecerse en contar á Senet en el número de sus distinguidos artistas, con mayor motivo cuando éste, á pesar de residir en extranjero suelo, dedica á su patria constantes recuerdos, trasladando al lienzo, embellecidos con los tonos de su brillante paleta, los tipos sevillanos, su purísimo cielo y su fresca y espléndida vegetación.

Bacanal, cuadro de D. José Arpa. – En otra ocasión nos hemos ocupado de las obras de este aprovechado artista. En esta nos complacemos en felicitarle por el triunfo obtenido en la Exposición de Berlín por el lienzo titulado *Interior de mi estudio*, por cuyo motivo nos limitaremos á consignar que, á pesar de su constante labor, no decaen sus cualidades artísticas, ya que cada nueva obra significa un progreso, revela un adelanto.

Una bacanal es una de las mejores composiciones de José Arpa, que evoca el recuerdo de las costumbres de la corrompida sociedad romana. El lienzo ha sido adquirido por un acaudalado argentino.

Actualmente hállase ocupado Arpa en terminar los techos que decoran el Casino Mercantil de Sevilla, su ciudad natal.



Entregábase á sus reflexiones arrellanado perezosamente en un sofá (pág 123

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE.—ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

—¡Bah! Yo no soy abogado como usted, y no entiendo de sutilezas.

—Ya lo veo; pues á no ser así, sabría usted que, sin más pruebas de las que tiene, podría ser procesado como calumniador.

—¡Ah! ¿Y por qué no entabla demanda judicial la señorita Hierba?

—Porque sin duda espera que alguien le *suprima* á usted.

—Como el caballero Hathaway, por ejemplo.

—Tal vez.

—¿Y si no lo consigue usted? En tal caso, no cerrará mi boca, sino la suya propia; y si lo consigue, ayudará usted á la dama á contraer matrimonio con el barón, que es peligroso rival. Veo que no es usted muy entendido en achaques de amor, caballero Hathaway.

—¿Me permitirá usted recordarle, repuso Pablo, que aún no ha escrito á su hermana, y que tal vez deberá hacerlo detenidamente?

El mejicano se levantó bruscamente, y dirigiendo una mirada furibunda á su interlocutor, arrastró una silla hasta cerca de la mesa; mientras que Pablo dejaba en ella pluma, papel y tinta.

—No vaya usted de prisa, dijo, cruzándose de brazos y dirigiéndose hacia la ventana; extiéndase cuanto quiera, como si yo no estuviese aquí.

El mejicano comenzó á escribir furiosamente al principio, después más despacio, y al fin se detuvo.

—Le advierto á usted, caballero, dijo, que voy á revelarlo todo.

—Como usted guste, contestó Pablo.

—Y diré que si yo desaparezco, usted es mi asesino... ¿comprende usted bien?... mi *asesino*.

—Poco me importan los epítetos con que usted me califique. Por lo pronto, lo mejor será que concluya su carta.

D. César volvió á coger la pluma con maligna sonrisa; pero de repente llamaron á la puerta.

El mejicano saltó de su silla, cogiendo al punto sus papeles, y adelantóse como para abrir; pero Pablo se puso delante.

—¿Quién es?, preguntó.

—Pendleton.

Al oir la voz del coronel, D. César retrocedió un paso; mientras que Pablo abría la puerta, dejando entrar á su antiguo amigo, y ya iba á cerrar de nuevo, cuando Pendleton le indicó con un ademán de súplica que no lo hiciera.

—No es necesario, amigo Hathaway, dijo con tranquilo acento. Todo lo sé; pero deseo hablar á solas con el señor Briones fuera de aquí.

—Dispénseme usted, coronel, repuso Pablo con firmeza; mi cuestión con este caballero se ha de ventilar antes, pues entre nosotros han mediado palabras que exigen una satisfacción, y con este motivo vamos á tomar el tren para ir á la frontera. Si usted quiere acompañarnos, le dejaré todo el tiempo que quiera para que hable con el señor y se entienda con él sobre el asunto de que se trate, con tal que no se refiera á la cuestión que media conmigo.

—Mi asunto, contestó el coronel, es puramente personal, y nada tiene que ver con la cuestión que se haya suscitado entre usted y D. César; pero es forzoso ventilarle ahora mismo, apenas salgamos de aquí.

Al pronunciar estas palabras, el coronel estaba pálido, y al expresarse con acento enérgico, su voz era algo temblorosa, como por efecto de la edad, cosa que Pablo había creído notar ya en su anterior entrevista con Pendleton. El mejicano debió observarlo también, y ya fuese porque veía en esto un indicio de su debilidad, ó porque tenía suficiente confianza en sí mismo, recobró al parecer toda su audacia.

—Oiré primero, dijo, lo que el coronel Pendleton tenga que decirme; pero estaré después á la disposición de usted, caballero Hathaway.

Pablo observó á los dos hombres silenciosamente y con expresión de asombro, pues el mejicano era quien fijaba en Pendleton una mirada provocativa; mientras que este último, atusándose el bigote con sus blancos y enflaquecidos dedos, esforzábase para evitarla. Entonces Pablo abrió la puerta é hizo ademán de salir.

—Dentro de cinco minutos, dijo lentamente, recalcando sus palabras, saldré de esta casa para ir á la estación, y esperaré allí la llegada del tren. Si ese caballero no se reune conmigo, comprenderé mejor lo que todo esto significa y adoptaré las medidas que tenga por conveniente.

—Y yo le digo, caballero Hathaway, replicó don César, acercándose al umbral de la puerta con aire arrogante, que usted hará lo que yo quiera... y hasta suplicará.

—¡Cuidado con esa lengua, caballero!, gritó el coronel, poniendo la mano sobre el hombro de su interlocutor, ó ¡vive Dios!...

Pendleton se interrumpió, como si la cólera le so focase, impidiéndole hablar.

– Señores, añadió después de una pausa, todo esto es infantil. Hágame el favor de salir de aquí, D. César, que ya le sigo; y usted, amigo Hathaway, permítame decirle, como persona de más edad, cansada de presenciar cuestiones en el terreno del honor, que siento mucho que un joven legislador, un funcionario público descienda á exigir á otro hombre lo que muchos llaman, en su locura, una satisfacción. Yo le suplico que desista por lo pronto de su demanda respecto al Sr. Briones.

Así diciendo, salió con mesurado paso de la habitación; mientras Pablo le miraba atónito, pareciéndole que soñaba. ¿Era aquel hombre el coronel Pendleton, el terrible duelista acostumbrado á batirse por la más leve cuestión? ¿Estaría acobardado por su edad, ó procedía así para ocultar algún secreto propósito? Su repentina llegada inducía á creer que Hierba le había enviado después de referirle la escena ocurrida con el mejicano. ¿Intentaría acaso estrangular al hombre en alguna lejana habitación ó en la obscuridad del corredor?

Pablo se dirigió rápidamente al salón; desde allí pudo oir aún los pasos de los dos hombres, que un segundo después bajaban la escalera; la voz del portero, que daba las buenas noches, y el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse. ¡Ya estaban en la calle!

Fueran donde quisieran, y cualquiera que fuese su objeto, Pablo pensó que él debía ir al punto á la estación, puesto que lo había advertido así. En su consecuencia, puso algunas frioleras en su maleta y dispúsose á seguirlos; bajó rápidamente, y llegado al portal, dijo al portero que un asunto urgente le obligaba á marchar en el tren de las tres de la madrugada, pero que conservara su habitación hasta la vuelta. Después, recordando la carta de D. César, preguntó si alguno de los dos caballeros que acababan de salir, que eran sus amigos, había dejado una misiva ó mensaje.

– No, Excelencia, contestó el portero, esos señores hablaban al parecer con tono descompuesto y no me han dicho una palabra.

Tal vez esto recordó á Pablo, al cruzar la plaza, que no había tomado disposición alguna para el caso de que aquel lance tuviese para él un resultado fatal. Sin embargo, *ella* sabría ya lo ocurrido y su proceder; y pensó que Hierba se interesaba por él, en el mero hecho de haber enviado á Pendleton. Por otra parte, comprendió que se hallaba en cierta posición ridícula: en aquel momento se daba el caso absurdo de que su enemigo conferenciara confidencialmente con el coronel, á quien tenía por aliado y por cuyos intereses estaba á punto de arriesgar la vida.

Y al cruzar por las solitarias calles convencíase más y más de que iba á una cita á la cual no acudiría su contrario.

Llegó á la estación unos diez minutos antes de avistarse el tren; dos ó tres viajeros, muy tapados con sus abrigos, paseábanse ya por el andén, pero no vió á D. César ni tampoco al coronel Pendleton. Pablo recorrió las salas de espera, y hasta el restaurant, que estaba casi á obscuras, sin encontrar tampoco á nadie; y entonces, después de haber dicho al inspector que su marcha dependía de la llegada de uno ó dos amigos, cuyas señas dió para evitar equivocaciones, comenzó á pasearse, triste y meditabundo, por delante del despacho de billetes.

Así transcurrieron cinco minutos, sin que el número de pasajeros aumentase; pero á los diez, oyóse á lo lejos el silbido de la locomotora. El inspector preguntó á Pablo si habían llegado sus compañeros; después vióse brillar en la obscuridad como un globo de fuego; la prolongada línea de coches, semejante á una enorme serpiente, avanzó con vertiginosa rapidez y se detuvo luego; una voz gutural dió dos ó tres órdenes generales; oyóse el ruido de las portezuelas al abrirse y cerrarse; los conductores saltaron á los estribos; de la chimenea de la máquina salió una espesa columna de humo, y el tren prosiguió su majestuosa marcha.

D. César no comparecía; pero como era posible que hubiera ocurrido algún accidente ó contratiempo ó que el coronel llegase para dar una satisfacción, Pablo quiso aguardarse quince minutos más, y continuó su solitario paseo, mientras el jefe de estación volvía á su casilla.

Al cabo de cinco minutos se oyó otro silbido.

– ¡Ah!, exclamó Pablo dirigiéndose al jefe, ¿hay otro tren?

– No, contestó el funcionario, es el expreso para Basilea, que va por la otra línea y se detiene en la estación del Norte, distante media milla de aquí. No recoge pasajeros en este punto, pero lo verá usted pasar dentro de pocos instantes.

En efecto, de improviso vióse salir el tren de la obscuridad; resonó un prolongado silbido, oyóse el sordo estrépito de las ruedas, y la línea de coches pasó por delante de la estación; mas en el momento de cruzar, Pablo observó que en la ventanilla de uno de ellos se agitaba algo blanco, como una cortina suelta que, desprendiéndose al fin, flotó en el aire, como luchando contra su corriente, y cayó por último con suave lentitud en tierra.

El jefe, que lo había visto también, corrió á la línea para recoger el objeto, y después dirigióse á Pablo, fijando en él una benévola mirada.

– Es un pañuelo de señora, dijo, y sin duda le hacían á usted una señal, puesto que en el andén no hay otro viajero, ó tal vez pertenezca á sus amigos, que por error habrán tomado otro tren. Es una torpeza, pero está en lo posible.

Pablo, un poco pálido, pero disimulando su inquietud, contestó que tal vez fuese así; pero que antes de telegrafiar quería informarse.

Dicho esto, alejóse rápidamente, y llegó al hotel casi sin aliento, tanto que su precipitación no le dejó entregarse á sus reflexiones.

Al penetrar en el patio observó que había mucho movimiento, y que acababa de llegar un coche vacío.

– ¡Ah!, exclamó el portero, si hubiera comprendido á Su Excelencia mejor, le hubiera evitado tanta molestia. Sin duda debía marchar con la familia Argüelles, que había encargado también un coche para el mismo viaje urgente y que salió poco después de Su Excelencia.

Pablo subió presuroso á su habitación; las dos ventanas estaban abiertas, y á la débil luz de la luna llamóle la atención un objeto blanco prendido con un alfiler en su almohada.

Con nerviosa mano volvió á encender su bujía, y entonces vió que aquello era una carta, escrita de puño y letra de Hierba. Al abrirla cayó á sus pies la mitad de una flor; era un pensamiento de la planta que adornaba su balcón. Recogióle, y después de oprimirlo junto á sus labios, leyó con húmedos ojos lo siguiente:

«Ya debe usted saber ahora por qué le he hablado como lo hice, y por qué la mitad de la preciosa flor que en mi carta he dejado es el único recuerdo que quiero conservar de mis esperanzas perdidas. Nuestras relaciones no eran posibles, no por causa de usted, que puede estar orgulloso de sí y que es un hombre tan apreciable como sincero, sino porque la humillación de que soy víctima me impone el doloroso deber de no escucharle. No me juzgo digna de su atención. Gracias por todo lo que ha hecho en mi favor, por todo lo que se prometía hacer, amigo mío, y no me crea ingrata solamente porque no merezco sus bondades. Procure usted perdonarme; pero no me olvide, aunque haya de aborrecerme. Si lo supiera usted todo, tal vez amaría un poco aún á la pobre niña á quien dió el único nombre que de usted podía recibir.

»Hierba Buena.»

VII

Corría el otoño, y en la ciudad de Nueva York, un domingo por la mañana, la brisa barría las hojas desprendidas de los árboles plantados á lo largo de una línea de casas de cinco pisos, de monótono aspecto por su prosaica regularidad, que formaban el lado de una de las principales avenidas.

El pastor de la Tercera Iglesia Presbiteriana, cuyas torrecillas se elevaban en la extremidad de la calle, franqueó los diez ó doce escalones de una de dichas casas y tiró de la campanilla.

Un momento después abrióse la puerta, y el santo varón fué conducido á una elegante sala, con lujoso mobiliario, donde, sombrero en mano, esperó, al parecer con impaciencia, la llegada de la persona á quien deseaba ver, que era una de sus feligresas.

A los cinco minutos abrióse la puerta del salón, y dió paso á una dama de elevada estatura, de cabello blanco y vestida de negro; sus facciones tenían una singular expresión resuelta, y debían haber sido hermosas en otro tiempo; su busto erguido, así como su andar, no revelaban el peso de los años.

– Siento mucho, hermana Argalls, dijo el pastor, interrumpir sus meditaciones de la mañana, y ciertamente no lo haría si no fuese para cumplir con un deber de cristiano. La hermana Robbins no puede girar hoy su acostumbrada visita al hospital, y he pensado que si se la dispensaba á usted de la clase de religión, podría muy bien suplir á dicha hermana. Ya sé, amiga mía, que semejante servicio no es de su agrado, y que el lenguaje de ciertas personas ofende á su oído; pero no debe olvidar que en nuestras agradables relaciones religiosas siempre lo he tenido presente. A decir verdad, algunas veces he sentido que su difunto esposo no la hubiera familiarizado con las costumbres del mundo; pero en fin, todos tenemos nuestras debilidades, y cuando no es una cosa, es otra. Como hasta en los corazones cristianos penetra á veces la envidia y hay falta de caridad, yo quisiera que aprovechara usted la ocasión para dar ejemplo. Algunos creen, apreciable hermana Argalls, que la rica viuda que tan buen uso hace de los bienes que recibió de la Providencia no quiere molestarse en el cumplimiento de los deberes que la caridad impone, y ahora les demostraremos que son injustos.

– Estoy dispuesta á complacerle, contestó la dama con cierta sequedad; pero supongo que los pacientes á quien se ha de visitar no son personas de malos antecedentes.

– De ningún modo. Tal vez haya algunos; pero los más son desgraciados que dependen de la caridad pública ó de algunos amigos que quieren favorecerlos.

– Muy bien.

– Ya comprenderá usted, apreciable hermana Argalls, que si alguno rechaza los consuelos cristianos, usted misma juzgará si debe tener paciencia ó reprender con severidad.

– Ya comprendo.

– Varios de esos pacientes, añadió el pastor, pueden necesitar en realidad una amonestación severa, y yo temo que la hermana Robbins fuese demasiado débil.

Dicho esto, el buen pastor se despidió de su feligresa y salió de la casa restregándose las manos con aire satisfecho.

A las tres de la tarde, la señora Argalls, llevando pendiente del brazo una bolsita de seda adornada con azabaches, se presentó en la puerta del hospital de San Juan, y entregando su credencial, anunció que iba á sustituir á la hermana Robbins. Los empleados la recibieron con el mayor respeto, y dieron varias instrucciones á los dependientes, permitiéndose después algunos comentarios.

– Me parece, dijo uno de ellos á su compañero, que esa dama no tendrá el genio muy sufrido para los convalecientes.

– ¡Quién sabe! Lo que puedo asegurar es que da mucho dinero á los pobres; y según dicen, parece que es muy rica. Veremos cómo se las compone con ese viejo gruñón del número 3, que siempre está renegando.

La señora Argalls, sin embargo, no merecía aparentemente la menor crítica, pues á pesar de su aire altivo y de su aspecto severo, comenzó á visitar los enfermos uno por uno, dirigiendo á varios de ellos las frases más apropiadas y haciéndoles preguntas que revelaban hasta qué punto comprendía sus necesidades. Tampoco demostró la menor debilidad y repugnancia de que el pastor creyó susceptible á su feligresa. Los enfermos la escuchaban con marcado interés, ó con la satisfacción que produce un tónico que alivia, aunque sea amargo al principio.

De este modo, la hermana Argalls no tuvo dificultad alguna hasta que hubo llegado al último lecho de la sala.

Hallábase ocupado por un hombre de mísero aspecto, de largo bigote blanco y facciones que parecían enflaquecidas por la fiebre.

Al oir la voz de la hermana Argalls, el enfermo dió media vuelta en su lecho, incorporóse, apoyándose en su brazo, y miróla fijamente.

– ¡Cielos, Carolina Howard!, exclamó en voz baja.

A pesar de su altivez, la hermana Argalls se estremeció, y dirigiendo á su alrededor una rápida mirada, acercóse más al enfermo.

– ¡Pendleton!, murmuró á su vez. ¡En nombre de Dios! ¿Qué hace usted aquí?

– Morirme, ó por lo menos supongo que así sucederá más ó menos pronto, contestó el coronel con sarcástica sonrisa. Creo que aquí no se hace otra cosa.

– Pero... ¿quién le ha traído á usted aquí?, preguntó la hermana, bajando más aún la voz y mirando rápidamente á todas partes, como si temiera ser oída. ¿Qué le ha obligado á usted á venir aquí?

– *¡Usted*, contestó el coronel dejándose caer desfallecido sobre la almohada, usted y su hija!

– No comprendo, repuso la hermana, fijando en el enfermo una mirada severa; usted sabe muy bien que yo *no* tengo hija alguna; que he cumplido la palabra que dí hace diez años, y que he estado tan muerta para ella como ella para mí.

– Lo que yo sé, replicó el coronel, es que he dado en estos últimos tres meses hasta el último cuarto de mi fortuna para mantener cerrada la boca de un bribón, el cual sabe que usted es la madre de Hierba y amenazaba revelarlo á todo el mundo. Lo que yo sé es que me estoy muriendo aquí de resultas de una herida que me infirieron cuando reduje al silencio

para siempre á otro sabueso que trató de ladrar á los dos años de haber desaparecido Carolina Howard. Lo que yo sé es que entre usted y ella he dejado á mi pobre negro morir de pesar, porque no podía permitirle sufrir conmigo; y lo que sé, en fin, es que aquí soy un pobre enfermo á quien se dispensa la caridad pública. Todo esto sé, Carolina, y al decirle que no lo siento, he cumplido la palabra que dí. Y ¡vive Dios!, la hija de usted vale la pena de hacer semejante sacrificio, pues no puede haber en el mundo criatura más hermosa ni de más puros sentimientos.

–¡Y ella, una mujer rica, si no ha malgastado la fortuna que yo le dejé, consiente en que permanezca usted aquí!, exclamó la hermana con acento de enojo.

–No lo sabe.

–Pues *debía* saberlo. ¿Han reñido ustedes?, añadió, mirando fijamente al coronel.

–Desconfía de mí, porque sospecha en parte el secreto, y yo no he tenido valor para decírselo todo.

–¡Todo! ¿Pues qué sabe ella ni tampoco ese hombre á quien usted ha dado su fortuna para cerrarle la boca? ¿Qué le han dicho?, preguntó la hermana Argalls rápidamente.

–Solamente sabe que no tiene derecho á llevar el nombre que ha tomado.

–¿Que no tiene derecho á llevar el nombre de Hierba Buena? ¿Pues no se consignó en la escritura?

–No es ese; la joven creyó que era una equivocación y tomó el nombre de Argüelles.

–¡Cómo!, exclamó la hermana Argalls, cogiendo con movimiento nervioso un brazo del paciente, pálida y con los labios descoloridos. ¿Qué nombre ha dicho usted?

–¡Argüelles! Alguna amiga del convento la sugirió este nombre, y un tunante la indujo á tomarlo. Pero... ¿qué le pasa á usted, Carolina?

La hermana Argalls había soltado el brazo del coronel, y haciendo al parecer un esfuerzo, acababa de ponerse en pie. Con cierto aire de dignidad, como si el carácter espiritual de su visita excluyese toda intrusión mundana, ajustó el biombo que había alrededor del lecho, como para evitar alguna mirada indiscreta, y volvió á sentarse, murmurando con el acento cariñoso de otro tiempo, cual si se sintiera aliviada del peso de los diez años transcurridos:

–Enrique, ¿está usted burlándose de mí?

–¡No comprendo!, replicó el coronel con expresión de asombro.

–¿Quiere usted decir que no lo sabe y que no se lo dijo usted mismo?, preguntó la hermana Argalls con acento breve.

–¿Qué había de decirle?, repitió el coronel con impaciencia.

–Que Argüelles *era* su padre.

–¡Su padre!, exclamó el coronel, esforzándose para incorporarse otra vez en el lecho.

Pero la hermana le sujetó con fuerza, obligándole á permanecer tranquilo.

–¡José Argüelles su padre! ¡Gran Dios! ¿Está usted segura de lo que dice?

La hermana Argalls contaba maquinalmente las cuentas de azabache de su bolsita, como absorta en sus pensamientos, y al fin murmuró:

–¡Sí!

El coronel la miraba estupefacto y silencioso.

–Tal vez, dijo al fin, habrá sido un instinto de la niña ó un diabólico capricho de D. César; pero sea verdad ó no, Hierba no tiene derecho á ese nombre.

–Pues yo le digo á usted que *lo tiene*.

Al decir esto, la hermana se puso en pie y cruzóse de brazos, en tal actitud, que cuantos la hubieran visto desde lejos habrían creído que exhortaba religiosamente al enfermo.

–Sabrá usted, dijo con voz lenta y recalcando sus palabras, que yo encontré á José Argüelles por segunda vez en Nueva Orleans ocho años hace. Aún era rico, pero su salud se había quebrantado mucho por su disipación y su vida desarreglada. Yo estaba cansada ya de mi soledad; propúsome casarse conmigo para legitimar nuestra niña, y fué preciso decirle lo que había hecho con ella, advirtiéndole que nada se podía alterar hasta que fuese mayor de edad. Argüelles consintió en ello, y nos casamos; pero murió al cabo de un año, dejándome todos los documentos y autorización necesaria para reclamar la niña cuando lo juzgase oportuno.

–¿Y usted?..., interrumpió el coronel con ansiedad.

–*Yo no lo creo conveniente*... Escuche usted, añadió, teniendo ya la niña un nombre legítimo y una fortuna é ignorando mi existencia, no veía necesidad de resucitar el pasado y verme obligada en cierto modo á dar explicaciones que me serían dolorosas, y en su consecuencia resolví vivir en adelante solitaria y como viuda. En la pequeña ciudad de Nueva Inglaterra, donde me detuve, las personas con quienes trabé relaciones de amistad dieron en reducir mi apellido, y me llamaban la señora Argalls, y lo dejé así porque me pareció bien. Después vine á Nueva York y me puse al servicio de la Iglesia; de modo que ahora soy la hermana Argalls.

–Pero ¿puede usted tener inconveniente alguno en que Hierba sepa que vive y en dejarla llevar el nombre de su padre?, preguntó el coronel con expresión inquieta.

La hermana miró un instante al enfermo, sin contestar y con los labios oprimidos.

–Sí, murmuró después de una pausa, lo tendría, porque he dado al olvido mi pasado con todas sus consecuencias, y no quiero evocar recuerdo alguno.

–Pero si supiera usted, replicó el coronel, que Hierba es tan orgullosa como usted misma, y que la incertidumbre acerca de su apellido y parentesco, aunque no haya sabido nunca toda la verdad, la impiden tomar el nombre de un hombre á quien ama y que la solicita por esposa, ¿qué haría usted?

–¿Un hombre á quien ama?

–Sí, uno de los firmantes de la escritura, el joven Hathaway.

–¿Pablo Hathaway?... ¡Pero si él lo sabe!

–Sí, pero *ella* ignora el hecho, y Pablo ha sabido guardar el secreto fielmente, aun después de recibir la negativa de Hierba.

La hermana Argalls permaneció silenciosa un momento.

–¡Pues bien, dijo al fin, así sea! Consiento en ello.

–¿Y le escribirá usted?, preguntó el coronel con ansiedad.

–No, pero usted puede hacerlo, y yo le facilitaré todas las pruebas y documentos necesarios para legitimar su nombre.

–¡Ah, gracias!

Y ofreció su mano con tal expresión de agradecimiento infantil, que la de la hermana Argalls tembló en la suya y de sus ojos se desprendió una lágrima.

–Pronto volveré á verle á usted, dijo.

–Aquí estaré, contestó el enfermo con expresión de amargura.

–Creo que no, replicó la hermana.

Y al decir esto, una triste sonrisa entreabrió por primera vez sus labios.

Al salir de la sala, la hermana Argalls fué á ver al médico de la casa.

–¿Cuánto tiempo cree usted que necesita el paciente del número 3, preguntó, para trasladarle con seguridad á una casa particular?

–¿Es muy lejos?

–Aquí tiene usted las señas, contestó la hermana, entregando su tarjeta.

–¡Ah! Tal vez dentro de una semana.

–¿No podría ser antes?

–Tal vez sí, á menos de que se sigan complicaciones, pues el paciente está muy quebrantado, aunque es muy nervioso y tiene mucha fuerza de voluntad.

–Así lo creo, y por lo mismo convendrá vigilarle y atenderle con solicitud. Cuando se le pueda trasladar, enviaré mi propio carruaje y mi médico para que éste se encargue de la conducción. Mientras, quisiera que no le faltase nada, tanto más, cuanto que molesta poco. Ahora no me ha pedido más que papel, plumas y tinta ¡Adiós!

VIII

Cuando el carruaje de la señora Argalls rodaba por la Quinta Avenida, cruzóse con otro, cargado de equipajes, que se dirigía sin duda á un hotel. El distraído viajero que ocupaba el interior era Pablo Hathaway, que había vuelto de Europa aquella misma mañana.

Al entrar en el hotel, Pablo pidió el registro de viajeros y comenzó á hojearle con la misma paciencia que había demostrado durante las seis últimas semanas en esta ocupación preliminar á su llegada á los principales hoteles europeos, aunque siempre sin esperanza de encontrar lo que buscaba.

Había perdido todo vestigio de Hierba, del coronel Pendleton, de Matilde y de D. César desde el día de su marcha. Hubiérase dicho que todos se habían separado en Basilea, desapareciendo por los cuatro puntos cardinales.

Después de pasar algunos días en Londres para arreglar cierto asunto, resolvió ir á Nueva York y detenerse allí algunos días antes de ir á San Francisco.

Los diarios habían comprendido ya su nombre en la lista de los pasajeros llegados en la mañana de aquel día, y tal vez *ella* lo viera, aunque durante el viaje habíale acosado el presentimiento de que Hierba se hallaba todavía en Europa, retirada en alguna obscura capital de provincia con el viejo coronel, ó bien que habría entrado en un convento, si no se había unido, en su desesperación, con algún noble arruinado.

Por esta mezquina duda, su viaje de recreo parecíale á veces un cruel abandono, mientras que en otros momentos persuadíase de que los amigos californianos de Matilde podrían darle algún indicio sobre el paradero de su amada, y esta idea le inspiraba el más vivo deseo de apresurar su viaje á San Francisco.

Después de la escena ocurrida en el Bad Hoff, no era de presumir que Hierba hubiese tolerado ni un instante la compañía de D. César; pero Pablo no tenía confianza en la actitud del coronel respecto al mejicano. En cuanto á Hierba, aunque su carta no debía infundirle la menor esperanza para el porvenir, consolábale la confesión que de sus sentimientos hizo en ella antes de marchar.

Dos días transcurrieron, durante los cuales Pablo recorrió inútilmente la ciudad de Nueva York. Dentro de otros dos saldría el vapor de Panamá; pero no quiso tomar desde luego su pasaje, porque aún vacilaba. Visitó las oficinas de las diversas empresas de vapores europeos, examinando las listas de los viajeros que llegaban, pero sin encontrar lo que apetecía. Hubo un momento en que perdió del todo la esperanza al pensar que después de la revelación de Briones era muy posible que Hierba hubiese dejado el nombre de Argüelles para tomar otro, y hasta podía suceder que se hallase en Nueva York sin que él lo supiera

En la mañana del tercer día encontró entre sus cartas una que llevaba el sello de una conocida posesión de los arrabales, perteneciente á un rico propietario de las inmediaciones del río Hudson: era de Matilde Woods, la cual le decía que su padre había tenido conocimiento de su llegada por los diarios y le rogaba fuese á comer y pasar la noche en la Casa de la Roca, si aún le interesaba algo la suerte de sus antiguos amigos.

«Por supuesto, decía Matilde en una posdata, si esto le molesta á usted, no le esperaremos.»

Al leer esta misiva, los ojos de Pablo se animaron, y sin saber por qué, parecíale que su corazón se aliviaba. Acto continuo telegrafió, diciendo que aceptaba, y aquella misma tarde, á la hora de ponerse el sol, apeóse del tren en una pequeña estación solitaria inmediata al bosque, tan singularmente rústica y pintoresca, con sus paredes cubiertas de enredaderas de Virginia, que más bien parecía propia de una decoración teatral.

El faetón del Sr. Woods esperaba ya la llegada del viajero; pero Pablo entregó su maleta al cochero, y después de preguntar por dónde se iba á la casa y si estaba muy lejos, dijo que prefería ir á pie.

Pablo se hallaba poseído en aquel momento de una excitación inexplicable; presentía, sin saber por qué, alguna novedad, y no sabía si desearla ó temerla, aunque reconociendo que era inevitable.

El recuerdo de Hierba no se apartaba de su memoria y parecíale que aquella visita á la familia de Woods había de decidir de su suerte en lo futuro.

Sin embargo, pronto se distrajo de esta idea para admirar la majestad del paisaje, aspirando el aire fresco de octubre.

Era una magnífica y brillante puesta del sol, que se armonizaba con el opulento bosque, cuya rica y exuberante vegetación deleitaba la vista. El horizonte enrojecido comenzaba á presentar dorados tintes, y hubiérase dicho que los últimos rayos del astro del día, reflejándose en un promontorio cubierto de lustroso zumaque amarillento, le comunicaban este color. Visto á través de un claro del bosque, el sol parecía á veces rodeado de una aureola de oro, y tan luminoso era el brillo de las hojas, que casi deslumbraba la vista Pablo podía contemplar al mismo tiempo la majestuosa corriente, que parecía bañar las tierras de la opuesta orilla, iluminadas en aquel instante también por los últimos resplandores del astro del día.

Un obscuro sendero cruzaba el camino en dirección á la casa, que en parte se divisaba hacía algunos momentos semejante á una delicada viñeta circuída de arces y plátanos que flotara sobre la líquida superficie del río. Pablo vaciló al ver que la senda se ramificaba en dos, no sabiendo cuál debería tomar, cuando de pronto oyó unos pasos ligeros sobre las hojas caídas; detúvose de repente, y vió salir de entre la espesura una mujer encantadora, que hubiera podido tomar por una hada del bosque.

¡Era Hierba!

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA NIÑA «ELÉCTRICA» Y LAS LEYES DEL EQUILIBRIO

«La electricidad es un agente misterioso; luego todo lo que es misterioso es eléctrico.» Tal es la lógica de las masas, dice con razón M. Nelson W. Perry en un artículo donde expone los procedimientos, bastante primitivos, empleados en una exhibición, hecha recientemente en Londres y en París, de una niña *magnética* ó *eléctrica* que posee, al decir del que la presenta, una fuerza sobrenatural inexplicable y desconocida, cuando se trata simplemente de aplicaciones de principios elementales de las leyes de la mecánica en lo referente al equilibrio.

Esta lógica de las masas ha dado ya origen á las correas eléctricas, á los cepillos eléctricos para el pelo y para los dientes, al trípol eléctrico y hasta á las encuadernaciones eléctricas: á esta lógica responde la del sabio casi en la misma forma: «Todas las vacas tienen cola – dice M. Perry; – pero no todos los animales que tienen cola son vacas.» La conclusión de ello es que la llamada niña eléctrica no tiene de tal más que el nombre, y si los ejercicios que realiza producen admiración en una determinada parte del público, débese á que éste no está, á cierta distancia, en condiciones de observar los artificios de que aquélla se sirve en cada experimento y de encontrar la explicación natural de los mismos en las leyes conocidas de la mecánica.

En el presente artículo nos proponemos indicar



Fig. 1. Ejercicios de la niña eléctrica

alguno de estos artificios y explicar varios de estos experimentos, utilizando para ello los datos facilitados por M. Nelson Perry y los que deducimos de nuestras personales observaciones.

Los ejercicios del género de los que nos ocupan comenzaron en 1883: diólos á conocer Lulu Hurst, de Georgia, y merecieron los elogios del profesor Simón Newcomb en la *Science* de 6 de febrero de 1885. El éxito de tales ejercicios, en aquel entonces inexplicables, fué prodigioso, y Lulu Hurst no tardó en encontrar numerosas imitadoras, siendo las más recientes – y según creemos las primeras que se dieron á conocer en Europa – miss Abbot, de Londres, y miss Abbet, de París, las cuales ejecutan los mismos experimentos, considerablemente variados y perfeccionados, que Lulu Hurst, la iniciadora de este espectáculo: todos ellos tienden á un mismo objetivo, cual es hacer creer en la existencia de una fuerza sobrenatural é incomprensible, magnética ó eléctrica, poniendo en lucha ó en oposición, en condiciones *aparentemente* iguales ó equivalentes, á hombres robustos y aun atletas con una niña endeble y delicada que triunfa de ellos en todos sus ejercicios.

Consiste uno de éstos en hacer que dos ó más hombres sostengan horizontalmente un palo ó un taco de billar con los brazos levantados encima de la cabeza, como lo indica la figura 1: así colocados, la niña, empujando simplemente el palo con una sola mano, hace retroceder á dichos hombres que, en equilibrio instable y merced á la acción oblicua de la presión ejercida, se ven obligados á retirarse á fin de no caer de espaldas.

Este experimento es sobrado elemental é infantil para que sea necesario insistir en él. Para dar mayor verosimilitud y unidad de tamaño á los personajes, el dibujante de nuestro grabado ha supuesto á la niña eléctrica montada en un estrado para este primer ejercicio: cuando la *artista* es una joven de regular estatura, el estrado es innecesario porque aquélla puede fácilmente llegar con la mano al bastón, sólo con levantar el brazo y ponerse de puntillas.

He aquí un segundo experimento más complexo y á primera vista de menos fácil explicación.

Dos hombres (fig. 2) cogen un bastón sólido, de 1'20 metros de longitud aproximadamente y lo sostienen con fuerza en una posición vertical: la niña aplica entonces su mano *abierta* sobre el extremo inferior del palo, en la posición que el grabado indica, é invita á aquéllos á que hagan deslizar verticalmente el palo en su mano, cosa que, á pesar de grandes esfuerzos, no logran realizar.

La explicación que M. Nelson Perry da de este experimento es la siguiente: los dos sujetos se colocan paralelamente el uno al otro y de lado, y la niña, enfrente de ellos, coloca sobre el palo la palma de su mano vuelta hacia ella y procurando ponerla lo más lejos posible de las de los dos individuos para formarse una especie de brazo de palanca, conseguido lo cual comienza á deslizar su mano á lo largo del palo, ligeramente en un principio y luego con presión creciente, como si quisiese acomodarla mejor y asegurarse el contacto entre la misma y el palo, gracias á lo que desvía éste de su perpendicular. Entonces invita á los dos hombres á que lo mantengan en posición vertical, lo que verifican en condiciones muy desventajosas, dadas las diferencias de longitud de los brazos de la palanca. El esfuerzo ejercido por la niña es muy débil, porque de una parte tiene en su ventaja el brazo de palanca y de otra la acción sobre su brazo es una simple tracción; cuando siente que la presión es bastante fuerte, suplica á los que con ella verifican el experimento que hagan un esfuerzo vertical tan grande como puedan para hacer descender el palo, y al hacerlo así creen ejercer una fuerza *vertical* considerable, cuando en realidad sus esfuerzos son verticales y tienden á mantener el palo en la posición vertical para reaccionar contra la presión ejercida en la parte inferior del mismo. Hay evidentemente una componente vertical que tiende á hacer descender el palo, pero la presión lateral produce entre la mano y éste un roce suficiente para soportar esta fuerza vertical sin dificultad. M. Perry ha practicado el experimento colocándose en una báscula y representando el papel de la niña con dos hombres robustos por adversarios: todos los esfuerzos hechos por éstos para hacer deslizar el palo en la mano abierta han resultado inútiles, y el exceso de peso debido á la fuerza vertical ha sido siempre inferior á 12 kilogramos, á pesar de los esfuerzos sinceros y poderosos de dos hombres que, sin saberlo, los ejercían en una dirección *horizontal*.

En el experimento representado en la figura 3, muy parecido al de la figura 1, los dos individuos han de aguantar el palo rígido é inmóvil, pero basta la menor presión en el extremo de éste para hacer cambiar de sitio el cuerpo y el brazo del sujeto: esta presión se ejerce al principio ligeramente, aumentando gradualmente los esfuerzos, y cuando la fuerza ejercida horizontalmente ha alcanzado su máximo y los hombres ejercen sus esfuerzos en una dirección contraria para resistir á aquéllos, la niña repentinamente y *sin avisar* interrumpe esta fuerza y la ejerce *en sentido inverso*. No preparadas para este cambio, las víctimas pierden el equilibrio y se encuentran á la merced de la niña, tanto más fácilmente cuanto más vigorosos son sus esfuerzos. Este experimento obtiene mejor resultado con tres hombres que con dos ó con uno solo.

En el experimento de la figura 4, en el que se trata de levantar fácilmente y sin esfuerzo á un hombre de buen peso, el artificio no es menos sencillo. De cien personas sometidas á este experimento, noventa y nueve, sabiendo que el experimentador trata de levantarlos y hacerlos caer hacia adelante, se cogen al asiento ó á los brazos del sillón, y al esforzarse por resistir apoyan todo el peso de su cuerpo en los pies, y si no lo hacen desde luego, hácenlo cuando comprenden los esfuerzos hechos por la niña para levantarlos, con lo cual inconscientemente la ayudan. El experimetador no tiene, pues, necesidad de ejercer más que un empuje horizontal, sin levantar la silla para nada, y este empuje se imprime fácilmente tomando las rodillas por puntos de apoyo de los codos. En cuanto se produce un movimiento, por pequeño que sea, se ha conseguido lo más difícil, pues basta que el experimentador cese en su esfuerzo para que la silla caiga de nuevo ó reciba un movimiento lateral de uno á otro lado: en estos casos queda destruído el equilibrio, y con muy poca habilidad y sin emplear gran energía se logra, antes de que el equilibrio se restablezca, hacer mover al sujeto en todas direcciones. El experimento no es más difícil aun cuando se coloquen dos ó tres hombres sentados el uno en las rodillas del otro, como representa la figura 4, pues



Fig. 2. Ejercicios de la niña eléctrica

en este último caso el tercero hace las veces de verdadero contrapeso al primero y el sistema se parece mucho á un aparato de equilibrio instable cuyo centro de gravedad es muy elevado y por ende tanto más fácil de mover.

Todos estos experimentos exigen cierta habilidad y práctica, pero no ofrecen dificultad alguna y no merecen los artículos ditirámbicos que han conquistado una reputación europea á la niña *eléctrica* ó *magnética*.

Dr. Z.

* * *

COLORACIÓN ARTIFICIAL DE LAS FLORES

En París están actualmente de moda las flores, sobre todo los claveles, de un color verde especial que se obtiene artificialmente por los medios que vamos á indicar. Pero antes recordaremos que puede darse á las violetas un color blanco exponiéndolas á los vapores del azufre: el ácido sulfuroso formado por la combustión de éste, descolora las violetas, las rosas, las vincas pervincas y la mayoría de las flores de colores vivos. En 1875 M. Filhol dió á conocer un método para la coloración verde de las flores, bastando para ello sumergirlas en una solución de éter sulfúrico adicionada con la décima parte de su volumen de amoníaco.

Las flores, así tratadas, sin embargo, se marchita-



Fig. 3. Ejercicios de la niña eléctrica

ban en seguida, lo que no sucede con los actuales claveles verdes, que se coloran por el tallo haciendo ascender por la capilaridad en los vasos los colores de anilina solubles en el agua. Se echa en ésta un poco de verde de anilina conocido en el comercio

con el nombre de *verde malaquita*, se sumergen en el baño de la tintura así formada los tallos de los claveles, cuidando de hacer en ellos algunas incisiones que facilitan la penetración del líquido, y al cabo de doce horas los pétalos blancos de la flor toman un tinte verdusco y á las cuarenta y ocho horas la flor es completamente verde. Esta coloración es mucho más rápida con las lilas blancas, que toman aquel color en el espacio de una noche.

Este procedimiento, muy interesante desde el punto de vista científico, ha sido descubierto casualmente: una florista que confeccionaba flores artificiales tenía sobre la chimenea un ramo de claveles blancos naturales, y distraídamente echó en el agua en donde se bañaban un poco del color verde de anilina, que le servía en su fabricación para teñir las corolas. Al día siguiente observó con sorpresa que los pétalos de los claveles naturales ostentaban algunas manchitas verdes.

M. C. Girard ha explicado el modo de obtener los claveles verdes, y hoy se coloran también por el mismo procedimiento las lilas y los narcisos, y pueden obtenerse flores azules y rosas de bellísimo aspecto: en este sentido he verificado curiosos experimentos.


Fig. 4. Ejercicios de la niña eléctrica.

Un tallo de lila blanca sumergido por espacio de doce horas en una disolución acuosa de eosina toma un hermoso matiz rosa pálido, y lo mismo sucede con los jacintos y los narcisos. Con una solución acuosa de azul de metilena he conseguido lilas azules. Cuando la flor está teñida se la retira de su baño de tintura, se lava su tallo y se la conserva en agua. El verde malaquita es el color de anilina que da mejores resultados y tiñe las flores blancas y las de color: así los junquillos amarillos se vuelven amarillo-verduscos, y las anémonas violetas, azules.

Quizás inyectando estas tinturas en las mismas plantas se colorarían las flores antes de arrancarlas. De todos modos, este asunto se presta á interesantes investigaciones.

GASTON TISSANDIER

(De *La Nature*)



BACANAL, cuadro de D. José Arpa

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 14 de marzo de 1892 — Núm. 533

Regalo á los señores suscritores de la Biblioteca Universal Ilustrada



DE VUELTA DEL TORNEO, cuadro de D. Antonio Fabrés

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Dificultades que ofrece en las actuales circunstancias conocer el extremo á que llegará el arte en su altruismo. – Desviación que de su objeto sufre el arte por la diversidad de tendencias entre los artistas. – Influencia que las ideas propias de cada época deben ejercer en el arte. – El sentimiento y los positivismos. – Imposición del *argumento* de una obra de arte desatendiendo la forma y el color. – El cuadro *Cristo vence* analizado desde distintos puntos de vista. – El sentimiento y el sujetivismo. – Síntesis histórico-artística de los grandes místicos de la edad de oro de nuestra literatura. – Lucha actual entre las verdades y las preocupaciones. – Objeciones hechas al proyecto del Sr. Querol para el frontón de la nueva Biblioteca. – Proudhon, las ideas socialistas y el arte. – Refutación á las objeciones antedichas.

Filosofemos.

Es verdaderamente difícil presumir, por lo menos en estos días de angustiosa incertidumbre, de incertidumbre total, que pesa sobre nosotros, hijos de la segunda mitad del siglo XIX, como entredicho fulminado por seculares fórmulas sociales, cuyos asientos se conmueven al embate creciente de otras novísimas que pretende imponer á la sociedad entera, á todos sus organismos, á todas sus fuerzas, así del orden moral como del material, esa inmensa colectividad que aunó para combatir por su redención la doctrina socialista; es difícil, digo, presumir siquiera hasta qué extremo llegará el *arte* en su altruismo, bien en favor de las tradiciones, bien abogando por las nuevas fórmulas.

Porque el arte sufre en estos días una desviación notable de su cauce natural. Hemos quedado idealistas, naturalistas y realistas en que el objeto del arte es *manifestar la verdad bajo formas sensibles*, y hemos asimismo corroborado todos cuantos hicimos la anterior afirmación que el arte, metido á pedagogo, á moralista ó cosa que lo valga, pierde la condición esencial suya, esto es, la de emocionarnos con la belleza, la de hablarnos al sentimiento; pero sucede que, con todo lo dicho y con haber quedado conformes los bandos beligerantes en cosa de tanto bulto, una gran parte de los artistas latinos especialmente piensa que es menester acudir á la lucha de las ideas sociales y tomar parte activa en ella, cambiando la emoción estética por las exaltaciones de la casuística de las doctrinas en litigio.

No sustraerse á la influencia de las ideas que avasallan una época imprimiéndole carácter y fisonomía propias, lo considero como perfectamente lógico, porque es inevitable esa influencia viviendo en la esfera de las ideas. Pero el artista debe deslindar dos campos que confunde en uno, y esos dos campos son el del sentimiento, donde la belleza se produce, y el de los positivismos, donde crecen ideas que, como dice Zola, un peón de albañil puede hallar y desenvolver.

He aquí la verdad y la mentira reunidas. El artista hoy, en lugar de emocionarnos con la forma y el color, y secundariamente con el motivo por él elegido y sentido, siempre dentro de lo absoluto, pretende imponerse por medio del argumento, con una intransigencia doctrinal, con una teoría, dejando á un lado el *arte*. *Cristo vence* parece estar á la altura de la más furibunda de las catilinarias de *El siglo futuro;* y sin embargo, mirado ese cuadro con entera frialdad de juicio, ateniéndonos únicamente á lo que es y debe ser el arte, á su única é insustituíble condición, la estética, es un cuadro el que cito, melancólico, fríamente religioso, tan apagado de tonos, como de energía y de fuerza lógica la idea generadora que lo produjo. Enardecerá seguramente al católico que no transija con hechos consumados por la fuerza de las ideas y de las circunstancias: le tendrá sin cuidado al que no sea católico: hará sonreir al católico que piense lo contrario del intransigente. ¿Por qué este efecto, este vario efecto anodino? Sencillísima la explicación; porque el *arte* no argumenta, no tiene lógica, no puede sujetarse á la casuística de una idea política, religiosa ó social, de una escuela, de una creencia. Para el arte no hay justicia, ni moral, ni derechos, ni religión, ni ateísmo, ni razón siquiera. El filósofo tiene derecho indiscutible á darnos lecciones; pero el artista, el artista que maneja el pincel ó el escoplo, ese tiene el deber de producir en nosotros la emoción.

¿No está la emoción en la idea generadora de *Cristo vence?* No: la emoción estética no está ahí; la emoción estética, la que conmueve por igual al ateo que al creyente, al sabio que al ignorante, reside en aquel anciano solo, abandonado, casi pobre ó pobre por completo, y en la faz de aquel sacerdote que le consuela en sus tristezas y en su enfermedad: está en la verdad plástica, interpretada según el temperamento del pintor, y con adolecer ésta de anemia en la traza y en el colorido, el anatema que el artista pensó lanzar sobre un hecho político, desaparece por efecto de su misma insignificancia y vaguedad, sepultada por la sonrisa de indiferencia de la mayoría de las gentes, que la ve tan pequeña. Para anatematizar, para predicar, para convencer están la palabra y la pluma. Una sola frase, dice un escritor insigne por mí citado varias veces en estas crónicas; una sola frase tiene más fuerza positiva en la marcha de las ideas, en la conciencia humana, que todos los cuadros dogmáticos reunidos pintados desde que existe la pintura: *El que esté sin pecado, tire la primera piedra;* he aquí una de esas frases.

Pero es menester dogmatizar, filosofar, echar mano de la filosofía crítica para combatir con éxito en el campo de la inteligencia; y esto precisamente, esto no puede, no debe hacerlo el artista, por cuanto su misión, diametralmente contraria, es la de hablar al sentimiento, que no razona, que no discurre, que está en el polo opuesto de lo positivo, de las conveniencias sociales, de lo lógico. Un ejemplo entre los centenares de ellos que nos presenta la historia del arte voy á oponer á la tendencia del actual, que yo sintetizo en el cuadro citado *Cristo vence*, por ser éste más conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que otro cualquiera de la misma índole. Los celos impulsando el brazo musculoso del negro general veneciano que ahoga á Desdémona; *Dánae* desnuda, que experimenta el sensual goce que Júpiter, convertido en lluvia de oro, le proporciona. He ahí dos cuadros que nos conmueven estéticamente. El primero por el contraste que resulta entre la plástica de los personajes, de sus tipos, de sus caracteres, según los ha comprendido y sentido el pintor: el segundo... por lo mismo precisamente. Hable al corazón, á la carne, y el arte será tan grande como lo infinito; si es subjetivo, morirá envuelto, arrollado por las ideas, por las conveniencias, por las teorías, por las evoluciones científicas y sociales. Lo psíquico es irreductible á lo físico, ha dicho Delbeuf, citado oportunamente por la señora Pardo Bazán.

Dentro de la misma filosofía, hoy existe cantidad enorme de arte. No hace muchos días escribía Renán: «No disputemos la forma y cantidad de la religión: limitémonos á no negarla: mirémosla, contémosla en la categoría de lo desconocido, en la posibilidad del ensueño.» Realmente, no otra cosa hicieron los grandes místicos de la edad de oro de nuestra literatura, ni los grandes artistas de los siglos XIII y XIV. Dieron expansión á un sentimiento que al concretarlo, al analizarlo más tarde el naturalismo de los eximios pintores de las escuelas españolas, perdió en idealidad lo que ganó en afectivismo pasional. Dejó de ser espiritual para ser dramático, para ser humano; pero no descendieron aquellos artistas á la categoría de moralistas, de dómines. Nos mostraron los sufrimientos del corazón, del cuerpo; nos hablaron á las entrañas, al sentimiento, en lengua que la humanidad entera comprende y aprecia en todo su valor, de cosas que no puede negar. He ahí el límite hasta donde puede y debe llegar el arte. En las pasiones, en los afectos, cabe el idealismo, con la varia interpretación de éste según el temperamento individual. El amor, el odio, la tristeza, la abnegación tienen un fondo insondable de altruismo, de inconsciencia. Los caracteres psicológicos con los cuales se muestran al exterior son de los que el artista echa mano para indicarnos plásticamente – de un modo superior á la vulgar inteligencia – cuánto de grande de inanalizable tienen esos sentimientos, el sentimiento todo. Por eso el arte es grande, insustituíble en la esfera donde gira el concepto de lo absoluto; y porque debe ser y es en efecto absoluto, ejerce sobre la humanidad influencia sin límites.

* * *

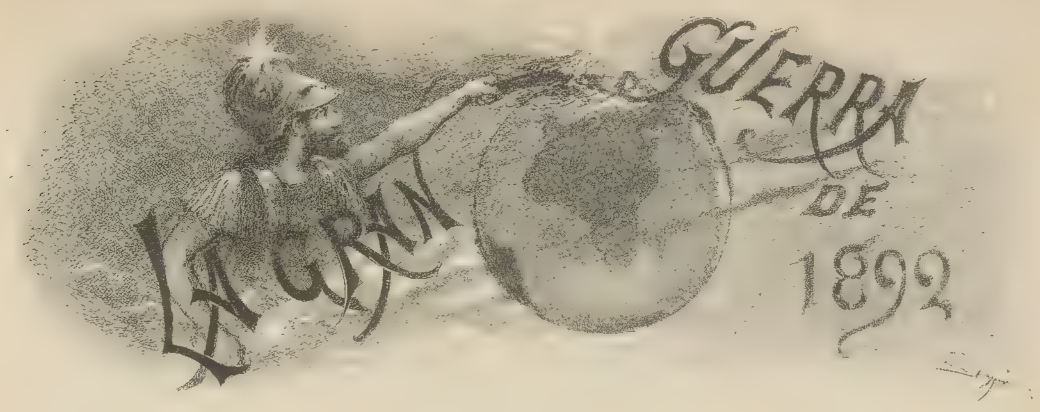
Pero no es únicamente en el terreno de la casuística de las ideas sociales donde las verdades luchan á brazo partido con las mentiras y las preocupaciones. En el campo mismo del arte propiamente dicho, hoy más que nunca se acentúan los ataques. Los escolasticismos, albergados, amparados, defendidos con desesperado empeño por personalidades y corporaciones artísticas, ponen en grave aprieto el libre albedrío de que debe gozar aquella abstracta entidad. Aquí en España especialmente, esa lucha reviste todos los caracteres de una guerra sin cuartel. Entiéndase que, tanto al poner como ejemplo el cuadro *Cristo vence*, como al hablar ahora de la Academia de San Fernando, no está en mi ánimo el deseo de atacar y hacer crítica, sí el de exponer hechos, teorías y deducir consecuencias. Y apuntada esta salvedad, prosigo.

Sabido es cuán grande la emoción con que se espera en los círculos artísticos de esta corte el fallo que el ministro de Fomento dará en breve al litigio del frontón para la nueva Biblioteca. La prensa se ha dividido, defendiendo con energía, bien lo acordado por una parte de la Academia de Bellas Artes, bien lo dispuesto por el Jurado que la misma corporación nombró para juzgar los proyectos presentados á su examen. Dejando á un lado la nulidad de la votación del pleno, nulidad que he visto confirmada con la lectura de las actas que aquel cuerpo consultivo remitió al ministerio, lo principal aquí es la doctrina emitida respecto del arte por los que contienden en este pleito. Una de las principales objeciones hechas al proyecto del señor Querol por la parte de la Academia que cree ser mayoría y por algún periódico de esta villa, es la de ser *modernista*. Pasemos por lo galo de la palabra, palabra vaga en demasía además; pero suponiendo que con ella quiere demostrarse que el artista citado no sigue con gran respeto la senda que trazaron al arte escultórico los griegos del tiempo de Pericles, entiendo y conmigo muchos inteligentes como también el señor Linares Rivas, que á no tener aquel proyecto otro óbice de mayor cuantía, éste no honra la perspicacia é inteligencia de nuestro primer cuerpo consultivo y directivo del arte en España.

La Academia cae en el mismo error, *error grosero* que dice el autor de *la obra*, en que cae el insigne pensador socialista Proudhon cuando pretende anular la iniciativa, el temperamento individual del artista, para someterle al colectivismo; es decir, el alado Pegaso tirando de una carreta, como apuntaría mi ilustre amiga la ya citada autora del *Viaje de novios.* Supongamos que encontrásemos – que buscando la encontraríamos seguramente – la *Venus de Milo*, de carne y hueso, con sus amplias caderas, con su severa rigidez, con las mismas proporciones anatómicas que la divina creación del genio griego, y supuesto el encuentro, vistámosla con las prendas de la indumentaria femenina del día, ¡sería cosa de preferir una criada de casa grande! Desnúdese una belleza *fin de siglo*, una de esas bellezas de talle largo y flexible, redondos hombros, de manos finas y largas, de contornos ondulados hasta perderse en vibraciones infinitas de la línea curva, y comparémosla con cualquiera de esas otras sublimes desnudeces de los artistas de la Grecia pagana; la diferencia sería enorme, la emoción estética sería inmensa también, pero inmensa asimismo la diferencia hoy de intensidad y de valor real, positivo, de esa emoción. El ambiente artístico del griego era uno que en nada se parece al nuestro. Aristófanes nos cuenta cómo iban los jóvenes completamente desnudos al Circo, á los juegos pírricos, cayéndoles la nieve: cómo luchaban aquellos hijos de Marathón y de las Termópilas, aquellos adoradores de Venus y de Baco. Aristófanes hoy admiraría las pieles que nos abrigan, la caldeada atmósfera de nuestros salones, la belleza en fin que la cultura moderna ha creado, ha moldeado.

Y cuando la naturaleza tal metamorfosis sufrió, ¿es racional, es justo, es defendible el óbice opuesto por la Academia á la obra artística que se produce bajo la influencia directa de esa metamorfosis, siendo el arte, mejor dicho, debiendo ser el arte en su forma expresión de la verdad?

R. BALSA DE LA VEGA



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

(CONTINUACIÓN)

DESEMBARCO EN TREBISONDA

LORD SALISBURY.—DEBATE EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES

Londres, 14 *mayo*

Hasta el 7 de mayo no se publicó en Londres la carta de nuestro corresponsal anunciando la llegada de las tropas inglesas á Trebisonda; en el entretanto, el día 3, el siguiente del debate en la Cámara de los Comunes, se expidió la proclama llamando las reservas de todo el reino. Al parecer se habían recibido poco antes noticias secretas previniendo que convenía prepararse. El 6 de mayo, Mr. Balfour anunció que el 10 pediría á la Cámara que votase un crédito de diez millones y la autorización para llamar las milicias; mas al recibir los informes de nuestro corresponsal, los jefes liberales celebraron una conferencia, en la cual se decidió que, como sería inconveniente celebrar debate alguno en la Cámara de los Comunes antes de discutir sobre el crédito, Lord Kimberley pediría explicaciones á Lord Salisbury en la noche del 9, anunciándole de antemano este acuerdo. En la noche del 9, la Cámara de los Lores estaba atestada de bote en bote; asistían todos los príncipes, y en las galerías había muchas personas distinguidas. En medio del más profundo silencio, Lord Kimberley se levantó, y en breves frases dijo que esperaba que Lord Salisbury podría contradecir categóricamente el ridículo rumor llegado hasta Inglaterra por conducto de un corresponsal, quien aseguraba que el 29 de abril habían desembarcado ó iban á desembarcar tropas inglesas en Trebisonda, como avanzada de una expedición. Añadió que la Cámara estaba dispuesta á sostener al ministerio en cuantas medidas pudiera juzgar convenientes para el honor y los intereses de Inglaterra, y que en este punto nadie podía ser más celoso que los nobles Lores con quienes tenía el honor de asociarse; pero que un desembarco en Trebisonda implicaba algo que no estaba conforme con el honor y los intereses del país. Era imposible, en su concepto, que sus señorías no supusieran que el noble marqués, cabeza del Gobierno, se considerase ligado por el ridículo convenio de Chipre, juzgando de su deber desenvainar el acero de Inglaterra en defensa de Turquía porque Rusia había cruzado la frontera asiática de aquel país. Por reducido que fuera el partido liberal, creía interpretar el pensamiento de Inglaterra al declarar al noble marqués que esta nación no debía esgrimir nunca la espada en defensa del corrompido gobierno de Turquía. Autorizado por militares de alta posición, podía asegurar al noble marqués que si proyectaba una campaña en las regiones montañosas del Asia Menor, campaña que solamente conduciría, aun en el caso de ser victoriosa, á un largo y enojoso sitio de la fortaleza rusa de Kars, eso atraería sobre el país muchas dificultades, cuyas consecuencias no era posible imaginar en cuanto á su importancia y duración. Y esto se haría precisamente cuando en medio de la conflagración universal requeríanse todas las fuerzas del país para hacer frente á las complicaciones que surgirían con seguridad en Europa y Asia.

Este discurso produjo cierta excitación más bien que aplausos cuando el orador volvió á sentarse; pero muy pronto reinó el más profundo silencio al levantarse Lord Salisbury para contestar.

«Señores, dijo, no necesito las seguridades del noble conde para estar seguro de que la Cámara se halla dispuesta á prestar su apoyo al gobierno de S. M. en cuantas medidas puedan ser necesarias para poner á salvo el honor y los intereses de Inglaterra. No puedo discutir con la misma libertad que el noble conde, en su cualidad de Par independiente, el carácter del Gobierno de nuestro aliado el sultán de Turquía, ni la presente posición del convenio de Chipre; mas por fortuna para la explicación que me place poder dar á los nobles Lores, no es necesario que yo me refiera á esto. Nunca nos hemos manifestado dispuestos á sostener al Gobierno del sultán contra sus súbditos cristianos en el caso de producirse esta contingencia; pero hay una cosa que en mi opinión conviene que Europa comprenda, y con la cual están conformes esta Cámara y todo el país, y es que no deseamos ver á los Estados independientes de los Balkanes sometidos al yugo de Rusia, ni tampoco es de desear que el pueblo del Asia Menor pase del dominio de Turquía al del czar. No es mi ánimo decir todo cuanto pudiera sobre el asunto en este momento. La guerra entre nosotros y Rusia no se ha declarado; pero nuestras relaciones son tan delicadas ahora, que á no ser por evitar una mala inteligencia, hubiera rogado al noble Lord que aplazara su pregunta. Abrigamos la esperanza de que la lucha entre nosotros y esa potencia podrá evitarse por la sabiduría y por las disposiciones del czar, que son notoriamente pacíficas; mas repito que la situación es delicada, pues Rusia ha comenzado un ataque por mar contra Bulgaria. A fin de no decir cosa alguna que pudiese agravar las dificultades en el momento actual, me abstengo de referirme á las circunstancias que precedieron á esa invasión. De todos modos, nos ha sido imposible permitir que Bulgaria sea aniquilada cuando el apoyo de nuestra flota tendría para ella la mayor importancia. Al tener noticia de la invasión rusa, expidiéronse desde luego órdenes á Sir George Tryon para que procediese con arreglo á las instrucciones de nuestro embajador en Constantinopla; y con el consentimiento del sultán, la flota penetró en el Mar Negro cinco días después de haber efectuado los rusos su desembarco en Bulgaria. Entonces se anunció al czar que no podíamos permitir que enviase más refuerzos á Varna, y ayer supimos que la escuadra rusa, cediendo á la fuerza superior de la nuestra, se retiró al puerto de Sebastopol. Los rusos han avanzado por el interior, dejando una fuerza para cubrir el sitio de Varna, donde hay unos cinco mil búlgaros. Como Turquía convino en prestar su apoyo á éstos á instancia nuestra, era imposible que nosotros la dejáramos sin apoyo cuando la agresión tuvo lugar. No se trata de una cuestión política sobre los futuros destinos del Asia Menor como entre Turquía y la población armenia; es simplemente asunto de prestar apoyo á un apreciable aliado durante la guerra actual. No podemos desechar el auxilio de miles de valerosos soldados dispuestos á sostener nuestra justa reclamación para que se permita á los Balkanes proseguir tranquilamente ese ordenado desarrollo que ha excitado el asombro y la admiración de Europa.

»En cuanto á los peligros que desde el punto de vista militar teme el noble Lord, creo que sería en alto grado inconveniente en un tiempo en que es muy posible la guerra discutir nuestros proyectos militares, para que se enteren aquellos contra quienes nos será tal vez preciso luchar. Creo que bastará decir que hemos confiado la dirección de todas las operaciones á un individuo de esta Cámara que nos inspira la mayor confianza y cuyo nombre será para el país una garantía de que no faltará nada en el servicio militar, si por desgracia hubiese guerra, y de que no se perdonará esfuerzo alguno para el mejor éxito de las armas inglesas. El valeroso vizconde, actual general en jefe en Irlanda, á quien me alegro ver en su sitio esta noche, estará dispuesto sin duda á aceptar la responsabilidad de los peligros que inquietan al noble Lord; pero supongo que preferirá discutir sus planes después de la guerra más bien que antes. El noble vizconde ha satisfecho por lo menos al gobierno de S. M. al demostrar que está bien penetrado de la situación y que aceptará toda la responsabilidad de cuanto haga. Si no tenéis confianza en nosotros, depositadla en quien os la inspire; pero no exijáis que debilitemos en este momento las fuerzas de Inglaterra por la divergencia de pareceres ó consejos ó por dudas respecto á la aptitud de aquellos á quienes se confía la dirección de las operaciones. De todos modos, si estallase la guerra, la firme actitud de todo el país, su patriótica resolución y la suspensión temporal de toda crítica producirán un efecto decisivo para lo futuro.»

Cuando Lord Salisbury volvió á sentarse, muchos quisieron imponer silencio al pronto; pero en todos los ángulos de la Cámara resonó una entusiasta aclamación, que contrastaba con la impasible actitud que generalmente observa aquella augusta asamblea.

Cuando se hubo calmado un poco la excitación, Lord Rosebery se levantó para expresar en pocas y elocuentes frases su conformidad con la política general de Lord Salisbury; pero añadió que esperaba que no se emprendería una peligrosa y difícil campaña en el Asia Menor. De todos modos, tenía la mayor confianza en la prudencia y genio militar del Lord vizconde y se abstenía de toda crítica.

El efecto producido en el país por el debate sostenido en la Cámara de los Lores indujo á los jefes

liberales á dejar pasar sin la menor protesta la proposición de Mr. Balfour sobre petición de un crédito. Solamente Mr. Labouchere quiso combatirla, secundado por Sir Lawson; pero el crédito se votó al fin por una mayoría de 412 votos contra 17. No molestaremos á nuestros loctores con los detalles de la discusión.

MOVILIZACION DEL PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO

LLAMAMIENTO DE LAS RESERVAS

Entretanto proseguía la movilización de la parte del primer cuerpo de ejército que no había marchado á Amberes con Sir Evelin Wood; y ahora es necesario explicar lo que se hizo y dejó de hacerse con los regimientos que fueron á dicho punto. Las tropas que estaban en Aldershot fueron reforzadas hasta el número de 12.000 hombres, y á éstos se agregaron para los efectos de la expedición tres batallones de guardias, dos regimientos de caballería y dos baterías de campaña procedentes de Woolwich.



La gran guerra de 1892. – Reservistas armados con la carabina-almacén ó de repetición

Ya se comprenderá, sin embargo, que en el verdadero sentido de la frase estos regimientos no podían ser «movilizados,» pòrque *no hay en este momento ningún batallón en todo el reino, excepto los de guardias, que estén en disposición de prestar el servicio activo.* Los batallones están llenos de reclutas que, cuando se ordena la movilización, deben ser sustituídos primeramente con hombres de la *reserva*, y esto no puede hacerse sin una proclama. Para un movimiento como el que Mr. Balfour indicó en la Cámara de los Comunes no hay más tropas disponibles que los guardias; pero cuando se preguntó á las autoridades militares cuándo sería posible efectuar la movilización, contestaron que ocupar una fortaleza como Amberes es cosa muy diferente de una campaña en el campo, y que no perjudicaría á los soldados jóvenes ir á Bélgica, donde estarían bien alojados. Después, cuando se ordenase la movilización, sería fácil enviar á dicho punto las fuerzas de la reserva para que ocuparan su puesto en las filas. Indicóse además que esta medida sería ventajosa, pues suponiendo que fuese necesario que las tropas de Sir Wood emprendiesen la campaña en otra parte, sería mejor reemplazarlas en Amberes, formando allí un depósito de reclutas, que con algunos regimientos de milicia voluntaria constituirían una guarnición suficiente. Apenas se hizo probable la expedición al Sur, Lord Wolseley indicó que sería de todo punto necesario poner por obra dicho plan; y en su consecuencia, á medida que llegaban las reservas para los batallones de Amberes, fueron embarcadas con dirección á dicha ciudad, de modo que todas llegaron hacia el día 9 de este mes. Tenemos entendido que Sir Thomas Baker ha marchado también á Amberes para encargarse del mando de aquella guarnición apenas se puedan formar los depósitos. De este modo, todas las fuerzas del general Wood están ya dispuestas para salir á campaña donde sea necesario. En cuanto á las facilidades para el embarque, abastecimiento de víveres, etc., no se hubiera podido exigir mejor servicio. Por grandes que sean los recursos mercantiles de Inglaterra y por patriótica que aparezca la actividad de todas las compañías para poner sus buques á disposición del Gobierno, hase calculado ya que no podrían salir por de pronto de nuestros puertos más de 35.000 hombres, ó sea la fuerza de un cuerpo de ejército. Para su transporte con furgones, caballos, víveres y municiones, se necesitarán ciento treinta y cinco grandes vapores.

El 8 de mayo, el duque de Connaught, que debe mandar el primer cuerpo de ejército, marchó con el estado mayor y el segundo batallón de la guardia escocesa, habiéndose embarcado en su antiguo buque el *Oriente.* A las doce de la mañana de dicho día 8, este buque se hizo á la vela en Woolwich, en medio de una inmensa multitud, cinco días antes de haberse expedido la orden llamando á las reservas.

Además de la brigada de guardias que marchó con el general Wood á Amberes, habíase formado otra para marchar con el duque de Connaught.

Según el método normal adoptado para nuestra movilización, apenas el primer cuerpo de ejército se ha puesto en marcha en dirección á los puertos de embarque, deben marchar á las estaciones los regimientos del segundo, que entonces se moviliza para ir á embarcarse después en los mismos puertos. Ahora se ha alterado este orden por la circunstancia de que las tropas del general Wood, que forman una división y media del primer cuerpo de ejército, estaban preparadas muy anticipadamente para el movimiento, por haberse previsto ya hace un año que podría necesitárselas en cualquier momento.

En cuanto se refiere al equipo de las fuerzas del general Wood, nada faltó, pues ya estaba todo el material en Aldershot. Las tropas se embarcaron con todo su contingente, faltando solamente los soldados de la reserva, que al fin llegaron, excepto muy pocos individuos. Debe tenerse presente que entre aquellos que no han estado en servicio activo hace años, muchos no conocen el armamento moderno ni han visto nunca la nueva *carabina-almacén*, sin contar que han perdido los hábitos de disciplina, y seguramente les costará un poco recobrarlos, así como también corregirse de los defectos contraídos.

Dejaremos para la semana próxima los informes que nos dan sobre la milicia y el estado del segundo cuerpo de ejército, la mitad del cual formará ahora el primero, al mando del duque de Connaught, y la otra el segundo, á las ordenes del general Wood.

RUSIA DECLARA LA GUERRA Á INGLATERRA

SIR GEORGE TRYON ABANDONA EL MAR NEGRO

Londres, 21 *mayo.*

Los acontecimientos se han precipitado desde la semana última. El 16 de mayo, Rusia al saber que habíamos enviado tropas al Este, nos declaró la guerra, y la excitación contra nosotros en Francia ha llegado á su punto culminante. No hay duda de que no se hubiera permitido á nuestra gran flota de convoyes salir de Inglaterra si en el momento de su marcha se hubiese podido presumir que Francia iba á declararnos también la guerra, pues desde Argelia y los puertos del Sur amenaza de tal modo nuestro movimiento en el Mediterráneo, que esta oportunidad era de por sí suficiente, así como un incentivo para proceder de la manera que lo ha hecho. Durante largo tiempo, no obstante, parecía que el ministerio no quería aumentar el número de enemigos que Francia tiene ya; pero debía temerse que el sentimiento público prevaleciera, y experimentábase ansiedad respecto á la expedición, que podía ser atacada; mientras que, por otra parte, sabíase que Sir George Tryon estaba muy ocupado en el Mar Negro.

El día 18, sin embargo, un mensaje telegráfico nos anunció que Sir George Tryon había retirado su flota de aquel punto, inmediatamente después de la retirada de la escuadra rusa á Sebastopol; que el buque almirante acababa de llegar á Malta; que el duque de Connaught en el *Oriente* había arribado á Chipre después de una rápida travesía, y que todos los transportes salidos de Inglaterra habían llegado á Malta ó pasado de allí. Sabido es que la mayor parte de las tropas del primer cuerpo de ejército debían reunirse por ahora en Chipre, donde se han hecho desde hace largo tiempo preparativos para recibirlas. Al principio se produjo alarma en algunas partes por temor de que las tropas padecieran, como les había sucedido en el tiempo de la primera ocupación de Chipre; pero á juzgar por las noticias recibidas de la isla, parece que se han introducido mejoras en sus condiciones sanitarias, gracias á la ocupación británica. La causa principal de la mala salud de las tropas la primera vez fué la falta de alojamientos convenientes, que ahora se tenían preparados muy de antemano. Bajo la dirección de los ingenieros se han construído grandes edificios con muy sólidos techos; y en los hasta ahora terminados se pueden albergar 30.000 hombres, y si no bastasen para las fuerzas que lleguen, las restantes desembarcarían en Egipto. Es evidente que no se enviará ninguna expedición al Mar Negro hasta después del gran combate naval, que seguramente seguirá á la declaración de la guerra de los franceses, combate que decidirá á cuál pabellón corresponderá la supremacía en el Mediterráneo.

Entretanto las tropas de Sir Evelin Wood que salieron de Amberes el 13 y 14 de mayo, llegaron á Gibraltar y Cádiz, siendo recibidas amistosamente por nuestros actuales aliados los españoles.

Se ha retardado la salida de Inglaterra de la segunda mitad del segundo cuerpo de ejército. Los buques están preparados, pero evidentemente sería inoportuno acumular más tropas en la prolongada línea hasta el Este antes de que se haya resuelto la supremacía de la alianza en el Mediterráneo. El destacamento de tropas que desembarcó en Trebisonda se ha visto obligado á retirarse, á fin de no verse expuesto al ataque de una fuerza muy superior apenas el mando en el Mar Negro hubiera pasado á manos de los rusos. Parece que el destacamento no se compuso nunca de más de medio batallón y algunos zapadores.

DECLARACIÓN DE GUERRA EN LONDRES

MOVIMIENTO EN LA LÍNEA FÉRREA CANADÁ-PACÍFICO

En Londres se ha observado una agitación no vista desde 1854, y por lo tanto desconocida para la mayoría de la actual generación. El 18 de mayo, el macero real, acompañado de todos los funcionarios de la Cité, declaró la guerra contra Rusia desde la escalinata del edificio de la Bolsa.

Es evidente que debemos esperar dentro de poco alguna agresión de Rusia en el Afghanistán; pero esa potencia se ha empeñado ya en tal número de campañas contra Alemania, Austria, Bulgaria y Turquía, que no parece probable que con sus recursos, debilitados por los efectos de la gran miseria, pueda emplear también muchas fuerzas en el Afghanistán.

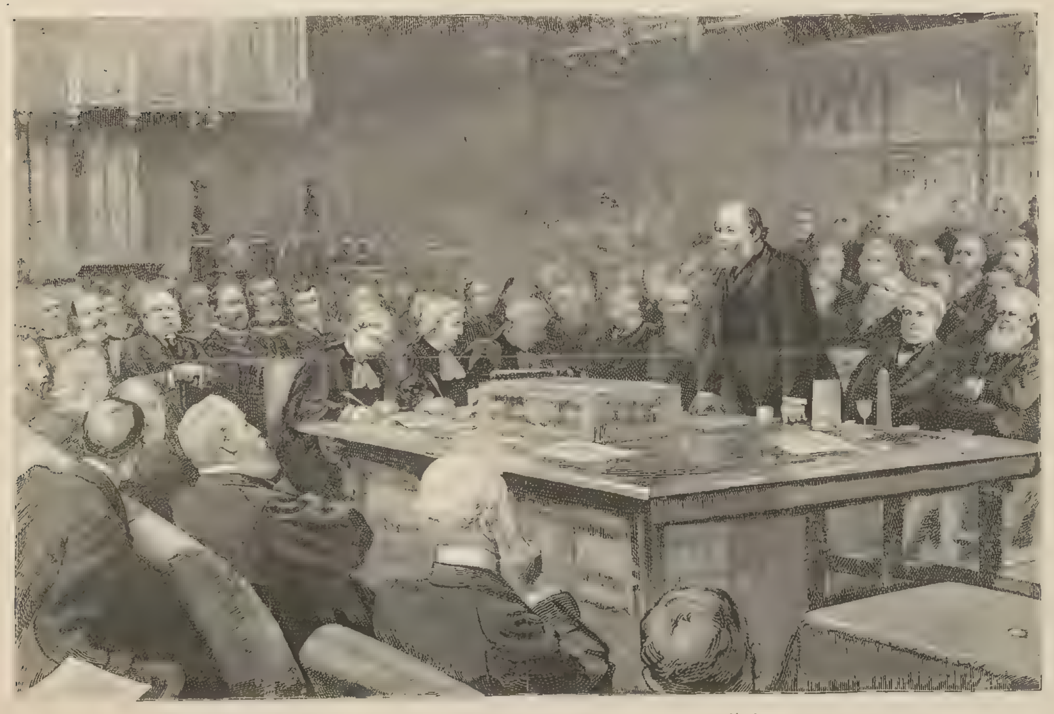
Por nuestra parte, sin embargo, no debemos esperar en la India una gran campaña agresiva contra Rusia, porque se necesitarían considerables refuerzos de tropas y oficiales, y no podemos disponer de muchos. Tenemos entendido, no obstante, que se ha hecho un arreglo con la compañía del camino de hierro del Canadá-Pacífico para enviar inmediatamente por esta línea á la India unos doscientos oficiales retirados que han ofrecido sus servicios, y que teniendo mucha experiencia serán sumamente útiles para el mando. Uno de nuestros mejores artistas se ha brindado á acompañar á esta expedición, y gracias á éste podremos dar en nuestro próximo número una serie de ilustraciones gráficas de la nueva línea, que por no ser utilizable ya el canal de Suez á causa de los peligros que ofrece, demostrarán la importancia que aquélla tiene para la salvación del Imperio. Tenemos entendido que también por la línea del Pacífico se envió á la India, hace un mes poco más ó menos, un número enorme de carabinas del nuevo modelo con quinientos millones de cartuchos de pólvora sin humo para dichas armas. Fué imposible obtenerlos de las fábricas del Gobierno hasta el día antes de haberse declarado la guerra, que hacían pruebas aún con dicha pólvora. La compañía encargada de su fabricación se comprometió á facilitar mil millones de cartuchos, y solamente ha entregado la mitad para la expedición al Oriente.

MOVILIZACIÓN DEL SEGUNDO CUERPO

Entretanto no debe lamentarse que nos hayamos visto obligados á retardar la salida de Inglaterra de la segunda mitad del segundo cuerpo de ejército, pues como la estación propia para enviar tropas á la India tocaba á su término, casi todas las que debían ir marcharon antes de que pareciera inminente el peligro de la guerra. Las fuerzas de la reserva con que aquí se podía contar apenas han sido suficientes para constituir medio cuerpo de ejército; pero muchos voluntarios prácticos han ofrecido sus servicios, alis-



La gran guerra de 1892. – Movilización del ejército inglés. Tropas saliendo por la puerta de los doques de Porstmouth.



La gran guerra de 1892. - Lord Salisbury ocupándose en la Cámara de los Lores de la cuestión de guerra y paz.

tándose bajo la condición de prestarlos dos años si no termina antes la guerra. En cuanto á las fuerzas de artillería, son muy deficientes, y el armamento deplorable por lo regular. Tanto es así, que no se han podido constituir las baterías necesarias para los dos cuerpos de ejército con las municiones indispensables ni tampoco los trenes de campaña requeridos. Esta es una de las consecuencias de las variaciones que continuamente se hacen sin orden ni concierto. Sin embargo, espérase que pronto quedará arreglado este asunto, evitándose para lo futuro la repetición del caso en que nos hallamos.

ORGANIZACION DE LA MILICIA

La organización de esta fuerza tiene graves defectos en nuestro sistema, defectos que aparecen bastante marcados en la inglesa y en la escocesa, y toman un carácter en extremo deplorable en la irlandesa. Muchos de los batallones irlandeses se hallan ahora en las inmediaciones de Aldershot, en un campamento especial, y algunos cuentan con muy buenos soldados; pero todos se resienten de una organización defectuosa. Según nuestro corresponsal, hay individuos que han pertenecido á la vez á cinco cuerpos distintos, y esto se debe en parte á la práctica de no haber llamado siempre simultánenmente á los batallones de la milicia para su instrucción é inspección, pasándose las revistas como era debido para evitar ciertos abusos. Ahora que se han vuelto á reunir los batallones, se tocan las consecuencias de semejante descuido; pero ya es demasiado tarde para poner remedio antes de la guerra.

El cuartel general de la milicia se halla ahora en el edificio del colegio de estado mayor. Las tiendas de las batallones ocupan aún considerable espacio en las cercanías, y en Aldershot se forman ahora apresuradamente las brigadas que han de completar las fuerzas que deben salir á campaña. Los almacenes de víveres para el segundo cuerpo de ejército no estuvieron dispuestos tan pronto como para el primero; pero en Aldershot hay ya muchos vagones que esperan el momento de marchar, y gracias á la dilación ocurrida y á la actividad en las compras, todo estará corriente cuando las fuerzas deban ponerse en movimiento.

De todas las partes del mundo recibimos noticias sobre el enorme material de todas especies que se enviará á Levante apenas se pueda remitir con seguridad. La compra de mulas y caballos sobre todo se hace en gran escala, porque sin esto no se podrían equipar bien las tropas.

LLAMAMIENTO Á LOS VOLUNTARIOS

Apenas se tuvo conocimiento en este país de la excitación que había en Francia, emitiéronse dos opiniones sobre lo que convenía hacer. Al principio, algunos insistían en que se llamara á las tropas de todas las expediciones lejanas; pero al poco tiempo se reconoció que era demasiado tarde para adoptar esta medida. Una gran parte de nuestras fuerzas hallábase ya en el Levante, adonde habían sido enviadas con asentimiento de todo el país, pues de cualquier modo que se las empleara, según los rumores que habían circulado, reconocíase que su principal objeto era resistir á Rusia en su tentativa de aniquilar la Bulgaria.

Algunas palabras de Mr. Balfour en la Cámara, anunciando su propósito de llamar á los voluntarios, y un brillante discurso de Mr. Chamberlain en contestación al de Sir Randolph fueron suficientes para dar á conocer el sentimiento popular, y con aprobación de todos, el 17 de mayo, víspera de la declaración de guerra contra Rusia, se acordó el llamamiento de los voluntarios.

Si es de lamentar la condición de la milicia por su mala organización, más sensible es aún el estado en que se hallan los voluntarios. Muchos de ellos, obligados por la necesidad, viéronse en la precisión de retirarse de las filas, siendo sustituídos por hombres que más tarde fueron llamados para llenar diferentes plazas en los regimientos; estos cambios han influído perniciosamente en el espíritu de esos soldados, y entre los voluntarios de hoy hay muchos que lo son por puro capricho, porque se creen buenos tiradores y desean obtener como tales algún premio, porque les agrada lucirse cuando hay alguna revista y porque encuentran en eso un cambio en su vida sedentaria. Sin embargo, ahora que la nación se ha levantado, cuando todos comprenden que se trata de salir á la defensa de Inglaterra, cuando los escoceses y hasta los irlandeses se muestran dispuestos á prestar sus servicios en tan noble misión, la generalidad de los voluntarios dicen que «lo que otros hombres puedan hacer, ellos también lo harán.»

A pesar de todo, se han adoptado las más eficaces medidas para organizar el mayor número de fuerzas, y la suscripción abierta por el Lord Corregidor de Londres ha contribuído mucho á que los cuerpos metropolitanos estén ya dispuestos á salir á campaña. El Gobierno, por otra parte, garantiza el pago de los gastos de la movilización, y esto es cuanto se requiere por el pronto, pues aunque hay mucho desorden y desbarajuste en cuanto se refiere al ramo de guerra, el celo de los unos y la buena voluntad de los otros contribuirán á remediar el mal, ó al menos así debe esperarse, puesto que todos manifiestan vivos deseos de servir á su país.

(Continuará)

EL CARNAVAL ROMANO

ANTES Y AHORA

(Continuación)

Importaba poco que de vez en cuando se elevara una voz en defensa de los perseguidos hijos de Israel: el carnaval romano fué siempre terrible para ellos: en la Edad media la multitud invadía el Gheto, saqueaba las casas, robaba cuanto hallaba á mano, matando á quienes lo defendían, y las autoridades, si no reían ostensiblemente de tanta barbarie, la aplaudían en silencio y la animaban con la impunidad en que dejaban aquellos criminales actos. Los infelices hebreos debían servir de cabalgadura á los jóvenes del pueblo bajo, que representaban ridículos torneos, y á los oficiales de la milicia, que tomaban parte en los juegos del Testacho. De aquel grave daño y de esta inhumana servidumbre se vieron libres gracias al pago de una suma de 531 escudos, rescate mencionado ya en un diploma de Roberto I de Nápoles, que en 11 de marzo de 1334 recuerda al nuevo senador de Roma la obligación de cobrarlos. Quedábales una triste obligación, cual era la de preceder en gran número la cabalgata de los magistrados de la ciudad, que salía el lunes de carnaval, en cual acto eran escarnecidos y ultrajados; mas de ella pudieron eximirse también, mediante el pago de 300 escudos, suma determinada en el breve de Clemente IX, fecha 28 de enero de 1688. La suma, pues que debían entregar y que se dedicaba totalmente á los festejos, ascendía á 1.100 florines, á los cuales las autoridades eclesiásticas aumentaron 30 más, en 1580, como recuerdo de los treinta dineros que Judas había recibido por su infame traición.

Tan injustos tributos estuvieron vigentes hasta 1847; un *motu proprio* del alma noble y generosa de Pío IX los abolió, haciendo cesar también *el homenaje* que los judíos debían prestar al senador de Roma el primer día de carnaval y las carreras en que tomaban parte. Grandemente debió sentirlo el pueblo, que durante toda ella los apaleaba, arrojándoles además piedras y cuanto cogía á mano ó llevaba preparado. Sólo el inveterado odio de secta, injustificable á la luz del progreso moderno, podía excusar tan grandes tropelías: según las descripciones coetáneas, la carrera de judíos debía ser de lo más repugnante que puede imaginarse: figúrense nuestros lectores una calle larga, más de dos kilómetros, no muy ancha; al extremo de ella varios desgraciados medio desnudos, sujetos como bestias, esperando la señal para partir. No bien sonaba, corrían atropelladamente y á buen seguro que lo menos importante para los infelices sería el premio que ellos mismos habían pagado por fuerza; lo interesante para ellos era llegar pronto á la meta; uno cogería el palio, mas todos se veían libres del inicuo martirio sufrido. Tras ellos iban gentes desalmadas, sin corazón y sin conciencia, arreándolos como si fueran animales rehacios; de una parte y otra de la calle, de todos los balcones, llovían diversidad de proyectiles, agua, materias pútridas y todo cuanto podía ofenderles. El pueblo romano se acreditaba allí como legítimo descendiente del que en el Circo y en el Coloseo presenciaba gustoso matanzas de cristianos: habían cambiado los tiempos y las cosas; cambiaron también las víctimas, pero las hubo siempre, con gran delectación de todos. El mismo poeta popular de quien hemos hablado, describiendo aquellas carreras que tanto divertían, acaba uno de sus sonetos diciendo:

Pé ffalli curre, er popolo romano
Te sporverava intanto er giustacore
Tutti co' un nerbo o una bbatteca in mano
E sta curza, abbellita da sto pisto
L' inventó un papa, in memoria e in onore
Della fraggellazión de Ggesucristo.

Divertidísimas también, siempre peligrosas, menos crueles, conservadas por más tiempo y cuya prohibición ha sido el golpe de gracia dado al carnaval romano, fueron *le Corze dei Barberi*: llamaron así á los caballos traídos de las costas bereberes, que corrían en pelo por el Corso el último día de carnaval. Interceptada la entrada de la calle por una cuerda, dejábase caer al sonar la señal, y aquellos animales, cuyos dueños tenían buen cuidado de ponerles aguijones disimulados que los impulsasen desesperadamente, partían como balas despedidas por cañones rayados. El espectáculo, que para cada cual tenía la duración de un relámpago, resultaba interesantísimo. La calle, que es un poco más ancha en el principio, dejaba campo para que los cinco ó seis caballos que corrían marcharan de frente; pero á medida que avanzaban, no hallando espacio, saltaban los unos sobre los otros, se atropellaban y no pocas veces hubo que lamentar grandes desgracias, causa de que al fin fueran suprimidas en 1874.

Antes que el *sport* fuera reglamentada diversión señoril, los nobles romanos tenían á gala que sus caballos tomaran parte en estas carreras, y durante más de un siglo, desde mediados del XVII hasta bien entrado ya el XVIII, entre los triunfadores se hallan los nombres más ilustres de la aristocracia: después comenzaron á retirarse, dejando el campo libre á gentes desconocidas, en quienes se había despertado la misma afición y que ponían tanto empeño en conseguir el triunfo, que todos los medios los encontraron buenos, no faltando quien recurriera á sortilegios y hechicerías. Por las malas artes empleadas, que sin duda no le sirvieron para nada, fué condenado á galeras *un fornaro il quale acciò che un suo cavallo barbero vincesse il pallio nel correre lo scongiurava o spiritaba, gli dava l' incenso et incantava gli altri acciò non passasero il suo.*

Las bulliciosas carreras con sus episodios, ya cómicos, ya tristes, eran, como hemos dicho, uno de los grandes atractivos del carnaval romano; puede añadirse más: eran la diversión en que tomando parte todos, ninguno dejaba de ser juez y así la dicha era completa. El pueblo tiene gustos particulares que lo caracterizan; ama la bulla, la algazara; todo lo que distrae al espíritu sin cultura del salvaje ó del niño: por esto en las demás fiestas carnavalescas de aquí gozaba sólo á medias; las mascaradas no podían entusiasmarle sino bajo el concepto de que halagaban la vista por su lujo y magnificencia y en cuanto podían seducirlo por lo vistoso de los trajes y lo costoso de los arreos. Era menester que en algunas concurrieran condiciones particulares para que hallara gusto completo; condiciones que reunían, por ejemplo, el carro con música pagado por el conde Oñate y el carro que podemos llamar coreográfico que costeó el condestable Colonna, tras los cuales iba encantada la multitud, para oir las serenatas que se dieron á las damas romanas desde el primero, ó asistir á las danzas que apuestas bailarinas ejecutaban en el segundo.

Cuando gracias al particular carácter de Pablo II pudieron los romanos permitirse licencias vedadas antes, salieron mascaradas alegóricas, compuestas casi siempre por el patriciado; se vieron circular por las calles comitivas representando misterios del paganismo, fiestas de Baco, en que las ménades, siéndolo ciertamente, tenían que ir más veladas, pero nada más, y hubo triunfos alegóricos y recuerdos de pasados tiempos; pero todas ellas eran procesiones y comitivas que distraían á la multitud por un momento, que sólo podían interesar á las personas cultas que en vista de ellas hacían alardes de conocimientos clásicos.

Lo que verdaderamente entusiasmaba á todos por igual, era el Corso, antonomasia del carnaval en Roma, por ser el punto á que afluían todos, unos para ver, otros para ser vistos. En aquellos días, el concurso de gentes era enorme: dos filas de carruajes limitaban el álveo de la calle, quedando para los de á pie las aceras y el centro; todos á porfía lanzábanse flores, confites, cintas y frutas, promoviéndose risas y burlas, según el mayor ó menor acierto de los tiros. Los balcones, lujosamente engalanados, rebosaban de damas hermosísimas, que rivalizaban con los de abajo devolviendo flores y dulces, nunca con ánimo de ofender, sino como libertad cariñosa autorizada en aquellos días que tantos y tantos aguardaban con afán, para poder hacer manifestaciones de simpatía ó probar afectos que en otra época del año hubieran sido impertinencias. Debía presentar un golpe de vista encantador aquella calle que aún sirve de paseo elegante; cuando pasaba un personaje notable aumentaba el mareo, y todos á porfía arrojaban á su carroza lo que estaba permitido, obligándole á tomar parte en la fiesta, cosa de la que ninguno se desdeñaba.

Las libertades de los individuos pertenecientes á la corte pontificia fueron más de una vez justo motivo de escándalo, y no podía ser menos. Por grande

que fuera la despreocupación, nadie veía con buenos ojos que los cardenales se disfrazaran también y salieran rodeados de su servidumbre á tomar parte en el general bullicio, donde ciertamente no quedaba bien parada ni la dignidad altísima de que se hallaban investidos ni el sagrado carácter que tanto debían dar á respetar. Y no se crea que hay exageración en lo que decimos ó que son fábulas inventadas por protestantes, librepensadores ó descreídos, animados por malas pasiones; son hechos reales atestiguados por diarios y correspondencias de la época, que los refieren con la mayor naturalidad del mundo. En una carta de 16 de febrero de 1512, escrita por Estacio Gadio á la duquesa de Mantua, madre de Federico Gonzaga, de quien fué secretario y á quien acompañó en Roma mientras el joven príncipe fué rehén de Julio II, leemos: «*Grandissimo numero di mascare fu visto heri, multe femmine erano stravestite. Il card. Ragona, Cornaro, Senna et alcuni altri di compagnia si vestirno le piu ricche veste che havessino questi ongari, con capelli, penacchi, cinture, semitare, stivaletti et speroni di essi, ricchi di argento et di oro, sopra cavalli turchi de li pti. ongari, guarniti ricchisimamente; che veramente comparevano benissimo, maxime Ragona che si facea cognoscere tra li altri per la sua disinvoltura a cavallo et in quel habito come fa in tutti li habiti.*» Luis de Camposampiero, que también acompañaba al mismo príncipe, escribía en otra ocasión: «*Eri si fece la festa in Agone. El Cardle. di Santo Severino era in maschara in suso un caval morelo con fornimenti di veluto á la tedescha cremisini come un para di calce de scarlato e uno zupone de raso negro á la tedescha, e sopra ad armacolo uno manteleto de raso cremesino curto fino á mezo el culo con alcune litere scrite sul peto con maschara con barba e capigliatura nera... L' altro cardinale notato fu il nostro Narbona, era in suso uno rocio leardo qual saltaba duedita da terra con calci la piu parte da vacha: non solo a Cardli. vene in fastidio ma ai muri di quella piaccia: mai cesó di far trar sto cavallo se non tanto quanto el beveva e stropió molte persone e butó á terra; vo so dir che 'l fece un fato d' arme assai vituperoso per lui.*» En 1645 Teodoro Armidenio, abogado de la Dataria, escribía: «*Il Corso di Lunedi fu molto scarso di maschare, et altri segni d' allegrezza: non fu veduto pe il passegio* COME ERA SOLITO *Cardinale alcuno, salvo il cardinale Giov. Carlo de Medici in carroza chiusa, e per un poco il card. Panfilio.* De modo que lo general era que algunos príncipes de la Iglesia tomaran parte en el carnaval y fueran al Corso en coche abierto. Los párrafos copiados prueban únicamente corrupción, hija del tiempo y en ciertas personas; no pueden utilizarse como armas demoledoras contra una institución que subsiste porque debe subsistir. Necesidades políticas que las hacen excusables, cuya responsabilidad no alcanza á uno solo, fueron causa de ciertas elecciones poco afortunadas, es cierto, pero nada más: de aquí algunos actos censurables que no deben maravillar, pues ni el cardenal Federico Sanseverino de Nápoles, á quien Julio II tuvo que despojar de la púrpura, ni el cardenal de Aragón, hijo natural de Fernando I de Nápoles, más apto para la milicia que para la iglesia, ni el veneciano Cornaro, que no pudo olvidar jamás las bulliciosas diversiones de su juventud, ni Alfonso Petrucci, cardenal de Siena, en quien León X tuvo que hacer riguroso escarmiento, pueden obscurecer la santa reputación é ínclita fama de tantos y tantos varones ilustres como han honrado el capelo.



El nuevo vapor *Ophir* de la Línea Oriente inglesa. – Escritorio

Poco á poco se fué generalizando el gusto por las mascaradas; cada clase probó en ellas sus sentimientos é inclinaciones: el patriciado y la gente culta, ya lo hemos dicho, lucieron sus riquezas los unos, su erudición los otros, en alegóricas comitivas; el pueblo, que no podía ni entenderlas ni costearlas, se divirtió organizando otras á su modo é hizo sátiras, en que como siempre se manifestó tal cual es. Los infelices judíos, que fueron hazmerreir en las carreras que tanto contentaban, dieron también asunto para mascaradas, en que extremaron la crueldad, no reteniéndoles temor de duras represiones que les habían hecho escarmentar de pasadas libertades que se tomaron antes, poniendo en berlina á otras personas. A dichas comitivas las llamaron *Judiadas*, y fué tan grande el escarnio, que al fin las autoridades tuvieron que intervenir: importó poco ver una ridícula comitiva compuesta de cien trasteverinos disfrazados de hebreos, montados en burros, capitaneados por otro cubierto con traje de rabino, caballero á la inversa en un flaco rocín, cuya cola manejaba á guisa de riendas, llevando en la mano derecha el libro de la ley. Estos juegos pasaban inadvertidos para la superioridad, tanto más, cuanto que sus autores resultaban víctimas muchas veces: queriendo manifestar el público su odio al que fué pueblo escogido de Dios, emprendíala con los fingidos judíos, como si lo fueran realmente, y más de uno volvió á su casa lamentando lo caro de ciertas diversiones. Otra *judiada*, de peor carácter, dió lugar á quejas justificadas que no hubo más remedio que atender; titulá-



El nuevo vapor *Ophir* de la Línea Oriente inglesa. – Comedor



UNA PROCESIÓN EN VENECIA, COPIA ..



... cuadro de D. José Gallegos, grabado por Bong

ronla *Cassaccia*, y consistía en un carro de grandes dimensiones, en que gente del pueblo enmascarada iba representando y poniendo en ridículo las ceremonias que hacen los hebreos para sepultar sus muertos.

A. FERNÁNDEZ MORENO

(Concluirá)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Se ha publicado el Reglamento de la Exposición nacional de Artes decorativas ó sea de Arte aplicado á la industria, que bajo la iniciativa, patronato y dirección del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona se celebrará en esta ciudad. Las obras deberán ser de autores españoles y pertenecer á uno de los siguientes grupos: 1.° Proyectos en general; 2.° Realización plástica; 3.° Aplicación industrial y venir comprendidas en alguna de las 14 secciones que determina el artículo 4.° del Reglamento. El plazo de admisión de las obras comenzará cuarenta días antes de la fecha de la apertura de la Exposición y terminará veinte días antes de la inauguración, y los expositores al enviarlas presentarán una nota consignando la sección en que van comprendidas, sus dimensiones, precio y demás condiciones que deseen hacer resaltar, como su intervención en la obra, procedencia de la misma, nombres de los que en ella hayan cooperado, y sus nombres, apellidos, naturaleza y domicilio: las obras deberán dirigirse á la Secretaría de la Exposición, y cinco días después de finido el plazo de admisión se manifestará cuáles han sido las admitidas, debiendo ser retiradas las demás dentro de los cuatro días siguientes.

El Jurado de admisión, clasificación y colocación será designado por la Comisión organizadora y se compondrá de 28 personas. El otorgamiento de recompensas correrá á cargo de un Jurado, cuya mayoría será elegida por sufragio directo por los expositores, y que se dividirá en tres grupos, cada uno de los cuales formulará su dictamen de propuesta, que deberá ser aprobado por el Jurado en pleno. Consistirán los premios en medallas de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase con sus correspondientes diplomas, que también podrán concederse á los que sin ser expositores se hayan distinguido en la ejecución de las obras premiadas, para quienes podrá también proponerse una recompensa pecuniaria proporcional á su intervención en las mismas. El Excmo. Ayuntamiento tendrá el derecho de prelación para adquirir al precio señalado en el catálogo cualquiera de las obras ó proyectos expuestos.

Se celebrarán además 11 concursos: 4 con premios de 200 pesetas para los autores de la mejor serie de dibujos (á lo menos tres) para estampados de algodón, de la mejor serie de objetos de cacharrería artística, del mejor dibujo para un plato ó jarro en mayólica y de la mejor serie de dibujos (tres por lo menos) para la decoración de baldosas, losas ó azulejos; 5 con premios de 300 pesetas para los autores del mejor dibujo de encajes de carácter suntuoso, del mejor cristal grabado, del mejor proyecto para obra de platería de carácter suntuario, del mejor mobiliario en madera blanca para comedor, de carácter lo más económico posible, y del mejor aparato en metal para alumbrado doméstico; y 2 de 400 pesetas para los autores del mejor remate de verja ó candelero en hierro forjado y de la mejor serie de dibujos de un mobiliario para comedor de carácter suntuoso.

Las condiciones para estos concursos son: las obras podrán presentarse anónimas ó con el nombre del autor; el Jurado general fallará respecto del mérito de las obras enviadas; los dibujos ú obras premiadas quedarán de propiedad de sus autores; los autores de obras ó proyectos premiados recibirán, además del premio en metálico, una medalla de 1.ª, 2.ª ó 3.ª clase según que obtengan el premio por unanimidad, por dos terceras partes de votos ó por mayoría.

Tales son las principales disposiciones del Reglamento de esta Exposición, que se abrirá el día 24 de septiembre y se cerrará el 26 de diciembre del presente año, y cuya importancia no hemos de encarecer porque está en el ánimo de cuantos se interesan por el progreso del arte y de la industria españoles; siendo de esperar que todos acudirán al llamamiento que nuestro Exmo. Ayuntamiento hace y contribuirán al mejor éxito de tan levantado proyecto.

—El día 20 de abril se inaugurará en París una Exposición internacional de fotografía y artes afines, que estará abierta hasta últimos de septiembre.

—Dícese que de Chicago han hecho proposiciones á don Francisco Vidal y Careta, catedrático de la Universidad de la Habana y autor de la música de la ópera titulada *Cristóbal Colón* para que ésta se estrene en aquella ciudad cuando se inaugure la próxima Exposición universal Colombiana.

—En Londres se ha constituído una Asociación Beethoveniana que se propone reproducir por medio de la fotografía los manuscritos y partituras del gran maestro.

—El escultor Boucher, premiado con medalla de honor en el último Salón de París, ha recibido el encargo de modelar la estatua de Renaudot, fundador del primer periódico francés la *Gaceta de Francia*. El Comité encargado de la erección del monumento propónese pedir al Municipio autorización para levantarlo en una de las plazas públicas de la capital.

—Han empezado ya los trabajos para la Exposición Universal de Música que debe celebrarse durante el presente año en Viena. La sala de espectáculos tendrá dos pisos de palcos, y el mecanismo de la escena llamará poderosamente la atención. La primera representación se verificará del 1.° al 15 de mayo. La Exposición de autógrafos y retratos de artistas contendrá unos 3.600 de los primeros y 1.200 de los segundos.

—Durante los años de 1888 y 1889 las Reales Colecciones de Artes y Ciencias de Dresde recaudaron en concepto de ingresos propios 224.536 pesetas y 1.165.441 como subvención del Estado, formando un total de 1.389 977 pesetas. De esta cantidad se invirtieron en adquisiciones 194.876 figurando entre otras partidas: 40.000 para el Museo de pinturas; 25.250 para el gabinete de grabados; 66.250 para la Biblioteca, y otras menos importantes para las secciones de porcelanas, antigüedades, reproducciones, monetario, etnografía, zoología, mineralogía, etc. Entre los cuadros adquiridos los hay de Lenbach, Gabriel Max, Munkacsi, Friese, Kroner, Normann, Ducker, Darnaut, Kowalski, Teddersen, Bracht, Grutzner, Schenker, Fellmann, Bautzer, Schonherr y Drebber.

—La dirección del Real Museo de industrias artísticas de Dresde proyecta celebrar en la próxima primavera una Exposición de trabajos artísticos antiguos ejecutados en marfil y hueso.

—Se ha inaugurado en Copenhague una Exposición de Bellas Artes anónima: contiene 140 cuadros sin firma alguna, de modo que hay que juzgarlos, no por el nombre del autor, sino por el valor real de la obra: este sistema ofrece grandes ventajas para los jóvenes que no se atreven á competir en los certámenes con artistas de gran nombradía y puede ser un buen medio para educar el gusto del público, acostumbrado á extasiarse ante los nombres célebres y á fijar poco su atención en los desconocidos.

—El Jurado encargado de dar dictamen acerca de los bocetos presentados para el monumento que ha de erigirse en Turín á la memoria del ex rey de España D. Amadeo, ha resuelto abrir nuevo concurso entre los autores de los seis mejores proyectos, que son Ximenes, Marazzani, Romanelli, Bistolfi, Calandra y Tadolini, á cada uno de los cuales ha concedido por de pronto una indemnización de 1.000 pesetas.

—En Bourton-l'Archambault (Francia) se han descubierto los restos de un templo romano, habiendo encontrado hermosos mosaicos formando figuras geométricas en blanco y negro, fragmentos de columnas y de urnas y medallas del Alto Imperio.

—El maestro Mascagni ha terminado la música de una nueva ópera en un acto, titulada *Tanettó*, cuyo libreto está tomado de *Le Passant*, de Toppen.

—En Oxford se está representando en griego la obra de Aristófanes *Las ranas*, para la que ha compuesto una música especial el Dr. Huberto Parry: esta música, en su mayor parte seria, contiene sin embargo algunos trozos que armonizan admirablemente con el carácter satírico de la comedia. Así, por ejemplo, en el coro en que las ranas se alaban de haber inspirado amor á las musas, á Pan y á Apolo, el Dr. Parry ha introducido la frase de Siebel *Le parlate d'amor* del *Faust;* en la barcarola que se oye mientras Caronte cruza con su barca el Hades, despuntan motivos del vals infernal de *Roberto il diavolo;* cuando el coro se burla del viejo Arquidemos porque se las echa de demagogo entre los muertos, la orquesta ejecuta la marcha de Boulanger, y en la escena de la disputa de los poetas apunta una frase de la sinfonía coral y la *Nobil (dama* de los *Hugonotes*.

La representación de esta obra ha tenido un gran éxito.

—Mr. Henry Tate ha ofrecido al Estado inglés una colección de cuadros evaluada en 1.750.000 pesetas y 2.000.000 en efectivo para construir una Galería de arte británico, en donde se instalen, además de su donativo, otras obras de artistas ingleses que en lo sucesivo se adquieran.

Mr. Tate construyó hace poco de su cuenta en Liverpool un hospital homeopático que le costó 600.000 pesetas, donó 125.000 á la Enfermería real de la propia ciudad, á la que regaló también una biblioteca de 400.000 pesetas para su Colegio universitario. En suma, Mr. Henry Tate lleva gastadas en estas y otras fundaciones y donaciones algunos millones de pesetas.

—El Parlamento badense ha votado la suma de 312.500 pesetas para la conservacion de las ruinas del castillo de Heidelberg y la de 125.000 para la restauración de la catedral de Freiburg.

—Se ha inaugurado solemnemente en el Museo de Etnografía de Berlín el busto en mármol que el escultor Buchting ha modelado del célebre viajero Nachtigal, cuyas notables colecciones se guardan en aquél.

—En Praga está expuesto actualmente el último cuadro de Gabriel Max, titulado *La profetisa de Prevorst:* representa á la sonámbula Federica Hauffe en el momento en que cae aletargada después de hacer sus maravillosas revelaciones sobre los llamados círculos solares y vitales, y según dicen los periódicos es un portento de colorido.

Teatros.—En el teatro de la Opera de Viena se ha estrenado un baile titulado *Das Glockenspiel* (El carillón), de C. de Rodaz y E. van Dyck, música de Massenet, que tuvo del público excelente acogida.

—El director del nuevo teatro Lírico de París, M. Detroyat, se propone poner en escena el *Fausto*, de Heine, arreglado por Armando Silvestre y puesto en música por Rousseau, Pierné, Marty, Hue y Vidal, cada uno de los cuales compondrá la de un acto de la obra.

—El teatro de la Opera de Lyón pondrá en breve en escena el *Tanhauser*, ópera no representada en Francia desde que con éxito desgraciado se estrenó en París.

—En Ginebra se ha estrenado con aplauso la ópera de Lacombe, *Winkelried*.

—En Monte Carlo se ha estrenado con lisonjero éxito una ópera de Desjoyaux, discípulo de Massenet, titulada *Gyptis*: la acción se desarrolla en Riviera, 600 años antes de Jesucristo; la música es en extremo agradable.

Madrid: En el teatro Español se ha estrenado un drama en tres actos de D. Luis Calvo y Revilla, titulado *La herencia*: aunque el argumento no es muy nuevo, la obra ha sido bien recibida por estar escrita en hermosos versos y esmaltada de bellísimos pensamientos.

Barcelona: En el teatro Romea ha conseguido excelente éxito una tragedia catalana en tres actos, titutada *Hydro-Mel*, original de D. Ernesto Soler de las Casas, hijo del inspirado y fecundo autor dramático D. Federico Soler. La acción se desenvuelve en los tiempos prehistóricos, en la antigua Ausa, hoy comarca de Vich, y es en extremo interesante: la obra, perfectamente versificada, abunda en situaciones de verdadero carácter dramático.

—En el teatro Principal se ha estrenado con el mismo éxito extraordinario que obtuvo en Madrid y en cuantos teatros se ha puesto en escena la zarzuela de los Sres. Ramos Carrión y Vital Aza, música del maestro Chapí, *El rey que rabió*. El libro está hermosamente versificado, abunda en situaciones cómicas y es una sucesión no interrumpida de chistes de la mejor ley: de la música, el mejor elogio que podemos hacer es decir que es digna del maestro con razón reputado como uno de nuestros primeros músicos contemporáneos; alegre en algunos números sin caer en trivial, seria en otros sin pecar de extemporánea afectación, es en todos muy inspirada.

Necrología. Han fallecido recientemente:

Antonio Bernreiter, de Munich, pintor de historia, célebre sobre todo por sus composiciones para pinturas sobre cristales.

Enrique Dayle, director de la Galería nacional de Irlanda.

Esteban Aragó, director del Museo de Louvre, ex archivero de la Escuela de Bellas Artes, entusiasta defensor de los principios liberales y alcalde de París durante el gobierno de la defensa nacional.

Mr. Henry Walter Bates, eminente naturalista inglés, exploró las regiones del Amazonas, escribió «El naturalista en el río Amazonas,» obra que le conquistó gran fama y le valió calurosos elogios de Darwin, y fué durante veinte años secretario de la Royal Geographical Society, de Londres.

Sir Roberto Sandeman, jefe de la Comisión inglesa en Beluquistán: se portó con gran valor en la lucha contra los indios y asistió al sitio y toma de Lucknow; también hizo la guerra en el Afghanistán (1878-1880).

T. E. Wenman, célebre actor inglés, excelente intérprete de las principales obras de Shakespeare.

Alfredo Maury, profesor del Colegio de Francia, autor de interesantes estudios sobre la arqueología, tradiciones y leyendas y sobre la topografía de la antigua Galia.

Guillermo Muller, sabio historiador alemán, profesor del Gimnasio de Tubingen, autor de una *Historia política contemporánea*, y de las biografías del emperador Guillermo, Moltke y Bismarck.

Cristina Sundberg, notable pintora sueca.

Emilio Broglio, político italiano, historiador, ministro de Instrucción pública en 1867, en el gabinete Menabrea, autor de una *Historia de Federico el Grande* y de unas notables cartas á Cavour.

Varia.—El ministerio de Marina de los Estados Unidos enviará á la Exposición universal de Chicago un modelo de tamaño natural de un acorazado que en vez de flotar en el agua estará sostenido por estacas puestas en el lago Michigán: á fin de evitar un gasto considerable y para el objeto de la exposición inútil, la coraza y otras piezas del buque serán de madera imitando el acero. El barco, de 104 metros de eslora, será una copia exacta del *Indiana* y llevará la correspondiente tripulación, la cual montará guardias, hará maniobras de artillería y todos los ejercicios, de suerte que los visitantes podrán formarse cabal idea de la vida á bordo de un buque de guerra.

NUESTROS GRABADOS

De vuelta del torneo, cuadro de D. Antonio Fabrés.—Como todas las que salen del pincel del célebre pintor catalán, es ésta una de las obras que pueden llamarse acabadas: nada falta en ella. Bien concebida y delicadamente ejecutada, la elegante figura del escudero destaca sobre el paisaje, hermoso en su sencillez no alterada por ninguno de esos efectos tan tentadores que ofrece la naturaleza, y cuya inteligente evitación, cuando podrían perjudicar el efecto principal del lienzo, constituye una de las mejores condiciones que revelan al verdadero artista. Fabrés es un maestro en toda la extensión de la palabra y cada nueva obra suya confirma la justicia de la general reputación que, joven todavía, ha logrado alcanzar.

Escritorio y comedor del nuevo buque «Ophir» de la Línea Oriente inglesa.—Los progresos de la construcción naval son evidentes: hoy las grandes compañías no se contentan con poseer ciudades flotantes, sino que hacen navegar suntuosos palacios donde hallan cumplida satisfacción las exigencias del gusto más refinado: la grandiosidad y el lujo se unen en hermoso consorcio en los trasatlánticos modernos. Las Compañías inglesas son, sin duda alguna, de las que más comodidades ofrecen á los pasajeros, y la nueva Línea Oriente con su *Ophir* parece realizar el bello ideal á que en tal asunto puede aspirarse. Todo en este buque es magnífico y elegante, y buena prueba de ello son los dos departamentos que nuestros grabados reproducen. El comedor particularmente está adornado con sin igual riqueza, y sus hermosas pinturas y esculturas representan las industrias y demás fuentes de producción de las colonias australianas inglesas y de su metrópoli.

Una procesión en Venecia, cuadro de D. José Gallegos.—La ciudad de las lagunas ha sido siempre inagotable fuente de inspiración para los artistas: todo el que de veras siente el arte quédase extático contemplando las infinitas bellezas que allí se encierran y que no se circunscriben á los monumentos y edificios, sino que aparecen también, y quizá con mayor intensidad, en las costumbres de aquel pueblo, restos de la magnificencia de una época en que con razón se llamó á Venecia señora de los mares y emporio de riquezas.

Nuestro compatriota el Sr. Gallegos, de quien hablamos no hace muchos números con el elogio que se merece, ha trasladado al lienzo una de esas fiestas en que nuestra religión luce sus esplendores y que en aquella ciudad del Adriático tiene un carácter típico lleno de poéticos encantos.

Acertado en la elección de tema, no lo ha estado menos el ilustre pintor español en su ejecución, dechado de perfecciones, sea cual fuere el punto de vista desde el cual se la considere, así por la grandiosidad del conjunto como por las maravillas de detalle, por la verdad de la escena tratada y por la profunda observación que revela en todas sus partes este bellísimo cuadro.

Capitanía del puerto de Barcelona, cuadro de D. Modesto Texidó (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890).—Hijo y discípulo Modesto Texidó de quien ha logrado ostentar un nombre respetado en el mundo del arte, continúa este artista las tradiciones de su familia. Laborioso y entusiasta por el arte, que con provecho cultiva, es, quizás, demasiado exigente consigo mismo, ya que demuestra especial empeño en vencer dificultades y no exhibe ó enajena sus obras hasta que, si no complacido de su labor, hállase satisfecha su severidad artística.

Joven todavía, ha sabido ya distinguirse, tanto en la pintura del paisaje como en la de la figura, y cuenta en su carrera algunos triunfos logrados en los certámenes y exposiciones.

El cuadro que reproducimos, adquirido por S. A. la infanta Isabel, es un lienzo de mérito, que justamente llamó la atención de los inteligentes en la última Exposición nacional de Bellas Artes.



Jorge, lleva este condenado sombrero á quien me lo ha vendido (pág. 108)

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. — ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONCLUSIÓN)

La joven corrió hacia él presurosa, con los ojos brillantes y los labios entreabiertos por una sonrisa; algunas hojas prendidas en su vestido recordáronle los pétalos de las flores que la joven deshojó en otro tiempo en el jardín del Rosario.

– Cuando vi que no iba usted en el faetón, dijo, supuse que había preferido venir á pie, y tomé por un atajo para salir á su encuentro, porque deseaba decirle algo antes de que viera usted á los demás. Pensé que no le importaría...

La joven se interrumpió, como si vacilase en lo que iba á decir.

¿Qué significaba aquella nueva cortedad que inducía á la joven á inclinar la cabeza y á retirar la mano que con espontáneo impulso le ofreciera al verle?

¿Y qué hacía Pablo? ¿Dónde estaba la pasión que hasta entonces embargara su alma noche y día? ¿Por qué sus labios febriles no pronunciaban la menor palabra ni hacían ninguna de las muchas preguntas tan naturales en aquel momento? ¿Dónde estaba aquel afán de recorrerlo todo para encontrar á la mujer amada?

¡Pablo delante de la joven permanecía frío, silencioso y trémulo!

Hierba retrocedió un paso, levantó de pronto cabeza, con los ojos húmedos, y tranquila y serena, al parecer, ocultó su pequeña mano en el bolsillo de su jersey.

– Sólo deseaba, dijo sacando una carta del bolsillo, que leyera usted esto.

Estas sencillas palabras desvanecieron el encanto, ó más bien la frialdad que hasta entonces había hecho enmudecer á los dos actores de aquella escena.

Pablo cogió ansiosamente la mano que tenía la carta, y quiso atraerla á sí; pero Hierba la desvió gravemente, aunque con suavidad.

– ¡Lea usted la carta primero!, dijo.

– ¡No, hablemos de usted antes!, exclamó Pablo con acento apasionado. ¿Por qué ha huído de mí, y por qué la encuentro en este sitio, por pura casualidad, sin haber recibido la menor indicación para que pudiera hallarla? ¿Con quién está usted aquí? ¿Es usted libre y todavía dueña de su voluntad para aceptarme? ¡Hable usted, adorada Hierba, y no me haga padecer más tiempo! Desde aquella noche no he dejado de pensar ni un momento en nuestra última entrevista; la he buscado á usted por todas partes, y no he tenido ni una sola hora de tranquilidad ni de sosiego. Lo que deseo saber ante es todo si la Hierba de ahora es la misma que me escribiera...

– ¡Lea usted esa carta!

– Ninguna me importa sino la que usted me escribió; sé de memoria su contenido, Hierba; la preciosa misiva no se ha separado nunca de mí, y en prueba de lo que digo, voy á enseñársela.

Uniendo el hecho al dicho, Pablo iba á sacar su cartera, pero la joven detuvo con la mano su brazo en ademán de súplica.

– Ruego á usted, Pablo, repitió, que lea ante todo esa carta.

Había tanta delicadeza y gracia en aquel ademán y contrastaba tan singularmente con la expresión severa que en otras ocasiones observara en la joven, que Pablo tomó al fin la misiva y abrióla: era del coronel Pendleton.

Muy concisamente y sin ningún preámbulo, sin dar á conocer la autoridad en cuyo nombre hablaba ni referirse en lo más mínimo á su entrevista con la señora Argalls, el coronel manifestaba á Hierba que tenía los documentos y testimonios necesarios para probar que era hija del difunto José Argüelles y que por lo tanto estaba legalmente autorizada para usar su nombre.

Acompañaba una copia de las instrucciones dadas por el difunto á su esposa, reconociendo á Hierba

Buena, la pupila del convento de Santa Clara, como hija legítima, y dejando á elección de la madre comunicárselo ó no.

Pablo miró á Hierba, que le observaba silenciosamente, con expresión inquieta y casi sin respirar; pero su fisonomía no sufrió el menor cambio.

– ¿Cree usted, preguntó al fin con acento de amargura, que esto pueda importarme? ¿Y me habla solamente de esto, cuando yo no quiero pensar más que en la preciosa carta que tantas esperanzas me infundió y que me ha inducido á recorrer medio mundo en busca de usted?

– Pablo, murmuró la joven, mirando á su interlocutor con asombro, ¿quiere usted decir que esto no le importa?

– Sí, pero ante todo debo suplicarla que me perdone mi reciente indiferencia; soy un torpe, un egoísta, pues he olvidado que la carta de Pendleton era algo para usted.

– Pablo, continuó la joven con voz temblorosa por efecto de la emoción y la alegría, ¿habla usted sinceramente al decir que nada le importa eso?

– Nada absolutamente.

Hierba era sin duda feliz en aquel momento, pues al oir estas palabras, su semblante se transfiguró, y estaba más encantadora que nunca; un vivo carmín coloreaba sus mejillas, y sus ojos brillaban de contento.

– ¿Y no le importa tampoco, preguntó no sin vacilar un momento, que yo pueda ofrecerle un nombre en cambio del que me da?

Pablo se estremeció.

– Adorada Hierba, exclamó, ¿no se burla usted de mí?

– No.

– ¿Será usted mi esposa?

– ¿No adivina mi contestación? ¿Quién podría merecer mejor mi cariño?

Y como la joven sonriese con inefable dulzura al pronunciar estas palabras, Pablo, no pudiendo contenerse ya, estrechóla en sus brazos y estampó un beso en la rosada mejilla de su amada, sin que ésta opusiese resistencia. ¿Qué podía temer del hombre á quien muy pronto debía dar la mano de esposa?

Un momento después, los dos, cogidos de la mano, dirigíanse á la quinta de la familia Woods.

IX

Después de su *tercera* entrevista con Hierba, ¿sabía ya Pablo por qué la joven no le había comprendido en la casa del Rosario? ¿No consideraba que su conducta fué en un principio egoísta, más propia del hombre que calcula que no del que ama? ¿Cómo pudo creer á la joven capaz de forjar la historia de los Argüelles? ¿No debió presumir que este nombre era tal vez uno de los recuerdos de su infancia? ¿Era de extrañar que una hija tuviese algún instinto de su padre? Y sabiendo Pablo todo esto, ¿no había sido su proceder poco generoso al guardar el más profundo secreto, sin revelar la menor cosa á la mujer que amaba?

Estas y otras preguntas y reconvenciones dirigió Hierba á su acompañante en el camino; pero con tal ternura y tan cariñosamente, que Pablo las escuchó con gusto.

Detallando lo que había ocurrido desde su última separación, Hierba añadió que D. César, según diversos informes, no conocía á su madre, ni había hablado nunca de ella hasta que ocurrió la desagradable escena en Strudle-Bad, de cuyo punto desapareció el mejicano la misma noche, después de una entrevista con el coronel. Hierba opinaba que éste había comprado su silencio; pero si lo hizo, fué con su propio peculio. Algunas veces llegó á pensar que D. César y Pendleton se entendían, y por esto llegó á desconfiar de su tutor. Después de su salida de Strudle-Bad, la joven rehusó hacer uso del nombre de Argüelles, y al embarcarse para Nueva York y por indicación de Matilde tomó el de señorita God, publicado en la lista de viajeros.

Era posible, en su concepto, que el coronel hubiese obtenido del mejicano los informes que acababa de recibir con la carta. Hierba y la familia Woods se habían separado de Pendleton en Londres porque se singularizaba demasiado con sus extravagancias. Matilde había dicho que el coronel empezaba á ser muy mezquino y avaro, sin duda por efecto de la edad, y que en todos los hoteles reñía por las cuentas. Se le habían dado las señas de la Sra. Woods, en Nueva York, y por lo tanto ya sabía dónde se encontraban.

Hierba y Pablo estaban ya á pocos pasos de la quinta, cuando vieron á Matilde que corría hacia ellos muy sorprendida al parecer de verlos juntos. El Sr. Woods y su esposa esperaban junto á la puerta, y hubiérase dicho que extrañaban también ver á Hierba en compañía del viajero, como si esto fuese contrario á sus rígidos principios; pero recibieron cordialmente á Pablo, aunque con cierto aire misterioso, que se notaba hasta en los criados.

Durante la comida, que se sirvió un poco después, el Sr. Woods habló de los cambios ocurridos en California y en algunos de sus antiguos compañeros que habían hecho fortuna.

– Hace poco, dijo Pablo, como para completar su reseña, supe que el amigo de usted, el coronel Pendleton, había gastado mucho dinero en Europa, y también me han asegurado que después se vió en la precisión de tomar pasaje sobre cubierta para volver á América. Cualquiera diría que es jugador, lo cual no debe extrañar á nadie, tratándose de un californiano.

Al ver que Pablo escuchaba silencioso, con expresión grave y meditabunda, la Sra. Woods dijo que siempre había dudado de los principios morales del coronel. Añadió que éste, á pesar de su edad, debía conservar, sin duda, su afición á la vida libre y las mismas opiniones sociales que manifestaba en su juventud; y que en cuanto á ella, se alegraba mucho de que no hubiese regresado de Europa con las niñas, por más que la presencia de D. César y de su hermana durante el viaje podía servir de correctivo.

Como Pablo se mostró más sombrío durante esta severa crítica, Hierba, que había observado atentamente con cariñosa simpatía, aprovechó el primer momento después de levantarse de la mesa para interrogarle con expresión angustiosa.

– ¿Cree usted, preguntó, que el coronel sea verdaderamente pobre?

– Solamente Dios lo sabe; pero tiemblo al pensar hasta qué punto le habrá sangrado aquel bribón.

– ¡Y todo por mí! Pablo, usted me dijo una vez que no tocaría mi dinero para nada. ¿No podríamos dárselo á Pendleton?

Pablo no se atrevía á contestar á esta pregunta directamente; y antes de que pudiera hacerlo, Matilde se acercó muy á propósito para dar otro giro á la conversación.

A la mañana siguiente, cuando Pablo y el señor Woods estaban en la biblioteca, Hierba entró presurosa, con expresión afligida y un telegrama en la mano.

– ¡Oh! Pablo..., quiero decir, Sr. Hathaway, *¡es verdad!*

Pablo cogió al punto el telegrama; no estaba firmado, y solamente contenía una línea que decía: «El coronel Pendleton se halla gravemente enfermo en el hospital de San Juan.»

– Debo ir inmediatamente, dijo Pablo levantándose.

– ¡Oh!, exclamó Hierba, yo quisiera ir también. Jamás me perdonaría si... ¡Ah! Veo que el telegrama *está dirigido á mí*. ¿Qué pensaría el coronel si yo no fuera.

Pablo vaciló.

– Tal vez la Sra. Woods, dijo al fin, permitirá á Matilde venir con nosotros.

– Sí, yo se lo suplico, añadió Hierba; concédame este favor.

La señora consintió; y media hora después, los tres se hallaban en el tren. Dejaron á Matilde en el hotel donde antes se habían alojado, para evitar la presencia de una persona extraña en su visita al coronel, y Pablo se dirigió al hospital rápidamente con Hierba. El médico de la casa los recibió con profundas muestras de respeto, después de preguntar á quién iban á ver, y díjoles que el paciente estaba un poco mejor aquella mañana, pero muy débil. Añadió que en aquel momento le visitaba la hermana de una sociedad religiosa, señora que se interesaba mucho por el enfermo, tanto que había querido que se le condujese á su misma casa, á lo cual se negó el paciente al principio, no pudiendo aceptar ya á causa de su estado.

– Pero advierta usted, dijo Hierba, que yo he recibido este telegrama, y que sin duda se habrá enviado por indicación suya.

El médico era mortal, y no pudo resistir á la súplica de una mujer tan encantadora como la que le hablaba. Contestó que iba á ver si el enfermo podría resistir otra entrevista, y que entretanto tal vez saldría la señora.

Mientras se alejaba, acercóse un enfermero, deseoso sin duda de trabar conversación, y dijo que el paciente era un hombre muy notable; que hablaba mucho de California y de los antiguos tiempos, y que su conversación interesaba. ¡Ah!, exclamó de pronto, si el médico no se opone, creo que podrán ustedes entrar, pues veo que la señora hermana sale... es esa que cruza ahora la sala.

En efecto, una señora se adelantaba lentamente, erguida, con aspecto severo, y notable por su aire de distinción. Pablo se estremeció, y poseído de espanto vió á Hierba correr al encuentro de la dama, como obedeciendo á un impulso irresistible, y preguntarla con ansiedad si el enfermo estaba mejor y si podría recibir.

La mujer se detuvo un instante, acercó á su pecho el devocionario y la bolsita de seda que llevaba pendiente del brazo, y palideció, procurando ocultar una lagrima furtiva que se escapaba de sus ojos; mas no hubo otra alteración en sus facciones, y contestó á Pablo más bien que á la joven con cierta sequedad:

– El paciente podrá ver al caballero Hathaway y á la señorita Hierba.

Así diciendo, alejóse lentamente; mas al llegar á la puerta, bajó el velo de su sombrero, con el mismo ademán que Pablo observó doce años antes, y de nuevo las lágrimas asomaron á sus ojos.

– ¡Esa mujer me espanta!, exclamó Hierba, volviéndose hacia su acompañante. ¡Oh! Pablo, no sé por qué esto me parece mal pronóstico. ¡Diríase que esa señora acaba de salir de la tumba!

– No hablemos más de eso, contestó Pablo, pálido como un difunto. ¡Ahora vienen!

El médico de la casa se acercaba con un ayudante, y su aspecto parecía más grave.

– Pueden ustedes entrar, dijo; pero debo advertirles que el paciente delira con frecuencia; y si han de hablar de algún asunto importante de familia, sería mejor que aprovecharan el tiempo y sobre todo los intervalos de lucidez. Si ustedes son antiguos amigos, tal vez los reconocerá, aunque en este momento está desvariando y habla mucho de los antiguos tiempos.

El coronel ocupaba el último lecho, como se ha dicho; pero rodeándole con biombos, habíase formado una especie de cuartito independiente para el enfermo.

Pendleton estaba tan cambiado, que apenas se le hubiera conocido, á no ser por el delicado perfil de su nariz aguileña y su largo bigote blanco. Con no poca sorpresa de sus visitantes, abrió los ojos de pronto, y sonrió como si reconociese á los que le miraban, indicándoles con sus enflaquecidos dedos que se acercaran. No obstante, Pablo creyó notar en él un resto de su antigua reserva, y aunque estrechaba la mano de la joven, que se había arrodillado junto á su lecho, miraba á su acompañante con tanta gravedad como si fuera un extraño.

– Me alegro de ver á usted, caballero, dijo con voz temblorosa, aunque bastante inteligible, porque ahora ya estará... satisfecho de que la señorita puede usar legítimamente el nombre... de Argüelles... y sus padres, caballero, son conocidos...

– Pero amigo mío, interrumpió Pablo, este es asunto que nunca me importó. Le ruego á usted que crea...

– ¡No, nunca le dió importancia, querido coronel!, dijo Hierba sollozando; todo fué culpa mía. Pablo no pensaba más que en mí, y usted le acusa sin razón.

– Yo pienso de otro modo, repuso Pendleton con irónica sonrisa. Me acuerdo muy bien, caballero, de una... de una... entrevista que tuvimos en San Carlos... y en la cual me dijo...

El coronel se interrumpió durante un momento, y murmuró después, cambiando de tono, pero con voz más débil:

– ¡Jorge!

Pablo y Hierba se miraron con expresión de angustia.

– ¡Jorge, repitió el enfermo, trae algo de beber para el caballero Hathaway... de lo mejor... ¿me entiendes?... ¡Buen negro!, amigo Pablo, murmuró después. ¡Buen muchacho! ¡Pues no quería morirse de hambre, él que abandonó á su familia para permanecer aquí conmigo! Le llevé á California á la edad de cuarenta y nueve años... ¡Aquellos eran los buenos tiempos! ¡Oh qué tiempos!

Al pronunciar estas palabras apoyó la cabeza en la almohada, y pareció que una tenue película, semejante al párpado interno del águila cuando mira al sol, cubría lentamente sus ojos.

– Eran los tiempos, continuó, en que la palabra de un hombre era oro y en que el cañón de una pistola cortaba todas las cuestiones... Era el tiempo ¡ah! en que las promesas tenían un carácter sagrado y en que ni hombre ni mujer faltaba á sus compromisos.

Esta fué la última exclamación del enfermo, que no debía hablar más.

Los que estaban á su lado esperaron inútilmente otra palabra; muy pronto comprendieron que el coronel Enrique Pendleton había dejado de existir.

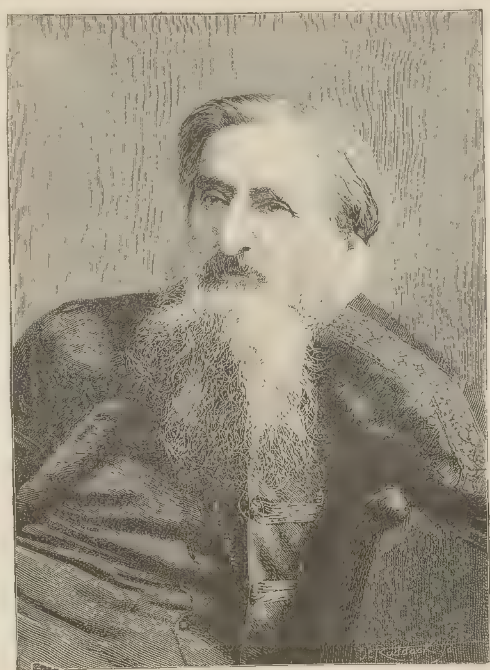
Traducido por E. L. Verneuil.

EL GENERAL BOOTH

El general Guillermo Booth, fundador de una religión nueva y caudillo del *Ejército de salvación*, nació en Nottingham, fué educado en la escuela metodista y sintió desde su niñez verdadero entusiasmo religioso, que se acrecentó extraordinariamente cuando todavía en la adolescencia escuchó la elocuente palabra del célebre predicador americano James Canyhey. Convaleciente á poco de una grave enfermedad que puso en peligro su vida, Booth concibió el pensamiento de fundar una nueva religión, persuadido de que el anglicanismo, tan formalista y empapado en ideas individualistas, no podía ejercer profunda y saludable influencia en las masas. Poco tiempo después se trasladó á Londres y dió comienzo á sus predicaciones, teniendo al principio que luchar con grandes obstáculos y vencer dificultades que á otros habrían parecido insuperables. Con los escasos recursos de que disponía alquiló algunos locales en donde congregó á gentes pobres, á las que habló, no de cuestiones abstractas, sino de males reales y de verdaderas necesidades, y contrariamente á lo que sostiene el concepto fundamental del positivismo, sostuvo que la experiencia ha demostrado que los criminales, los borrachos y las mujeres perdidas pueden convertirse en hombres honrados y sobrios y en mujeres castas. Mr. Booth, hombre dotado de gran inteligencia y de extraordinario espíritu práctico, ha trabajado en este sentido con toda la fe y la audacia del apóstol convencido, y el programa del *Ejército de salvación* puede condensarse en los siguientes objetivos: reavivar el sentimiento religioso, convertir á los perversos, salvar del pecado á los débiles y resolver la cuestión social.

Mr. Booth ha dado tantas pruebas de rara energía, que hay que hablar de él, no como de un fanático vulgar, sino como de un genio digno de consideración y estudio: un hombre que cuenta con centenares de miles de creyentes y que gasta al año muchos millones que le han sido donados voluntariamente no puede ser considerado como adocenado iluso.

Hace veinte años Mr. Booth apenas reunía á su alrededor unos pocos fieles; hoy cuenta con grandes masas y ejerce poderoso ascendiente en los barrios populares de Londres. El número de adeptos del *Ejército de salvación* aumenta de día en día y el general ha encontrado valiosos cooperadores y enérgicos defensores aun fuera del círculo de sus creyentes. Ya no limita Mr. Booth su acción á Inglaterra, sino que cuenta 385 oficiales en Francia y Suiza, 26 en Bélgica, 155 en Holanda, 75 en Alemania, 373 en Suecia, 142 en Noruega, 103 en Dinamarca, 21 en Finlandia, 1.135 en los Estados Unidos, 1.195 en el Canadá, 991 en Australia, 193 en Nueva Zelanda, 426 en la India y en Ceylán y 167 en Africa; de modo que el número total de oficiales asalariados, contando con los de Inglaterra, excede de 10.000.



EL GENERAL GUILLERMO BOOTH, jefe del Ejército de salvación. (De una fotografía.)

Los locales y tierras que posee el *Ejército de salvación* valen treinta millones de pesetas; los alquileres que paga exceden de cinco millones y los gastos postales y telegráficos han sido en el año 1891 de 100.000 pesetas. Cuenta además con numerosos periódicos, entre ellos *The War Cry* (El grito de guerra), órgano oficial del Ejército, *All the Word* (Todo el mundo), *The Young soldier* (El joven soldado), *The Deliverer* (El libertador), etc., etc., y publica numerosos libros, mereciendo especial mención el último dado á la estampa por el general, que se titula *In darkest England ana way out* (En la tenebrosa Inglaterra y manera de salir de ella) y ha promovido infinidad de polémicas.

El general Booth vive hace treinta años entre las clases desheredadas, y conoce por ende perfectamente todos sus defectos y todas sus virtudes, así como sus miserias, de las que ha sido testigo ocular y que con crudeza de patólogo describe en la primera parte de la citada obra. Para reparar tantos males no quiere de los fieles promesas y palabras vanas, que son, como ingeniosamente dice, cheques contra el cielo, sino cheques contra el Banco de Inglaterra que le permitan aliviar las miserias reales: «Yo soy – dice – un hombre práctico que se ocupa de las necesidades presentes, sin ideas preconcebidas y sin prejuicios.» Por esto se burla de los individualistas y de los socialistas, pues unos y otros se preocupan demasiado del porvenir y muy poco del presente.

El general Booth es un tipo raro de reformador: no dice «transformemos la propiedad individual en colectiva,» ni tampoco «hagamos socialismo de Estado,» sino sencillamente: «dadme dinero y resolveré la cuestión social.» Tiene gran fe en la cooperación que se propone desarrollar; quiere ampliar y transformar las instituciones de la beneficencia pública y fundar colonias agrícolas adonde enviar á todos los pobres que se mueren de hambre en Londres y en las grandes ciudades inglesas, pero no como ahora se hace, sin criterio fijo, sino de tal manera que los que á aquéllas vayan puedan crear sociedades cooperativas ó familias patriarcales.

Tal es á grandes rasgos trazada la obra del general Booth, á quien la historia del pensamiento religioso en Inglaterra consagrará un lugar más importante de lo que algunos observadores suponen, pues aun en medio de ciertas extravagancias que su apostolado encierra, surgen en esta personalidad cualidades muy excepcionales. – X



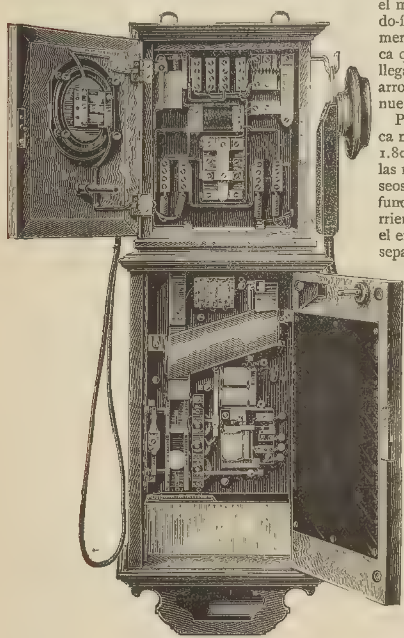
CAPITANIA DEL PUERTO DE BARCELONA, cuadro de D. Modesto Texidó. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890.)

SECCIÓN CIENTÍFICA

TELÉFONO AUTOMÁTICO

La casa Mix y Genst, de Berlín, ha obtenido patente de invención para unas estaciones telefónicas automáticas constituídas por unos aparatos que descansan en los siguientes principios.

Al introducir en el aparato una moneda determi-



Teléfono automático visto interiormente

nada, ábrese la comunicación, pudiendo el que desea hacer uso del teléfono llamar á la estación central; pero como aquel con quien se quiere hablar puede no estar en su casa ó estar hablando con otro, ó puede también la comunicación con el mismo hallarse interrumpida, el aparato únicamente se retiene la moneda cuando la central sabe que la comunicación está expedita; de modo que si no se llega á hacer uso de él, devuelve la moneda al que la depositó con sólo apretar éste el botón blanco que hay al lado de la rendija por donde aquélla es introducida; si no se la devuelve, es señal de que la comunicación está expedita. Al terminar la conversación, que puede durar cinco minutos, la comunicación queda automáticamente interrumpida.

Este aparato es de un mecanismo complicado cuya descripción creemos innecesaria: nuestros grabados lo reproducen visto exterior é interiormente. Su utilidad es innegable, pues son muchas las personas que en un momento dado necesitan del teléfono y que no pueden proporcionarse el lujo de un abono.

***

ALGO DE GEOLOGIA

¿Cuántos siglos han transcurrido desde aquel período hullero en que la superficie de la tierra aparecía cubierta de frondosas y exuberantes selvas? ¿Cuántos centenares de miles de años fueron necesarios para que la vida terrestre salida de los más rudimentarios organismos unicelulares alcanzara el alto grado de desarrollo que la época hullera significa? Preguntas son éstas á las cuales no podrá darse nunca contestación satisfactoria, á pesar de que todos los tratados de geología las reproducen incesantemente.

Más fácil nos será dar con una respuesta á la pregunta de cuánto tiempo hubo de transcurrir antes de que fuera posible en la tierra la vida orgánica, porque en ella sólo se trata de cálculos físicos que pueden aplicarse con muy aproximada exactitud con ayuda de factores perfectamente conocidos, tales como el volumen de la tierra, la magnitud de la pérdida de calórico que esta masa experimenta por irradiación en la atmósfera, etc., etc.

No es nuestro ánimo someter á nuestros lectores á la aridez de uno de estos cálculos: bastará á ellos y á nosotros saber que también en este punto es cuestión de un sinnúmero de millares de años, en el que siglo más siglo menos no ha de hacer al caso. En cambio, parécenos interesante exponer los términos de uno de estos ejemplos calculísticos, ó en otras palabras, explicar lo que ha ocurrido en el globo desde el momento en que empezó á pasar del estado líquido-ígneo al estado sólido, hasta aquel en que el primero de los innumerables gérmenes de vida orgánica que procedentes de los demás cuerpos celestes llegaban incesantemente á la tierra consiguió desarrollarse y ser de esta suerte el generador de todo nuestro mundo vital.

Podemos decir que en el momento de donde arranca nuestro estudio la temperatura de la tierra era de 1.800 grados, temperatura en la que la mayoría de las materias terrestres toman un estado líquido ó gaseoso. En cuanto á las que á tal temperatura no se funden, podemos considerarlas disueltas en la corriente de fusión de las demás. Entonces comienza el endurecimiento: de la mezcla fundida empiezan á separarse las primeras substancias sólidas: por vez primera el impulso formador de la materia entra en el disfrute de sus derechos y aparece el primer cristal. El esfuerzo que en el período de cristalización desarrollan todos los cuerpos para separarse de todo lo que á ellos es ajeno, da por resultado una diferenciación de las materias: mientras todo se mantuvo en estado líquido, todas las substancias permanecieron unidas en confusa mezcla; ahora por la fuerza de cristalización verifícanse las primeras separaciones químicas.

Aún hoy podemos ver en las rocas primitivas qué clase de cristales se separó entonces de la tierra en fusión: allí donde simultáneamente se separaron varias substancias, éstas permanecen confundidas, es cierto; pero los distintos cristales de las substancias puras se encuentran unos al lado de ó entre otros y aparecen visibles á nuestros ojos en la forma de muchas rocas primitivas.

De esta manera la tierra fué cubriéndose poco á poco de una corteza dura, debajo de la cual la materia fundida continuaba moviéndose de un lado á otro, abriéndose aquí y allí paso al través de aquélla é inundándola de nuevo con corrientes que rápidamente se solidificaban. Las glebas de aquella corteza endurecida y desgarrada fueron amontonándose unas sobre otras, como acontece hoy con los témpanos de hielo que en los ríos se forman; en la costra todavía delgada se marcaron pliegues y sinuosidades; surgieron las cordilleras y los valles, y el globo terrestre, que en su estado líquido era una superficie lisa, tomó la forma rugosa y variada que actualmente tiene.

Esto no obstante, la tierra era un yermo porque le faltaba agua: nuestros actuales Océanos fueron aún durante mucho tiempo parte integrante de nuestra atmósfera que en forma de espesas nubes envolvía aquel núcleo incandescente: cierto que los vapores de agua se condensaban bajo el influjo de la irradiación del calórico, pero los aguaceros que desde las nubes caían sobre la tierra evaporábanse en seguida apenas tocaban en la superficie de aquella masa ígnea. La circulación del agua realizábase con mucha mayor rapidez que en la actualidad; cada gota de lluvia al convertirse de nuevo en vapor llevaba á la atmósfera una parte del calórico de la tierra y la depositaba en ella para luego volver á condensarse en gota y á caer. De modo que ya entonces, como ahora, la envoltura gaseosa de la tierra era un abrigo del calórico para la misma, con la diferencia de que el agua desempeñaba más activamente su papel de portadora del calor del globo al espacio nunca saturado, eternamente frío y lleno de éter.

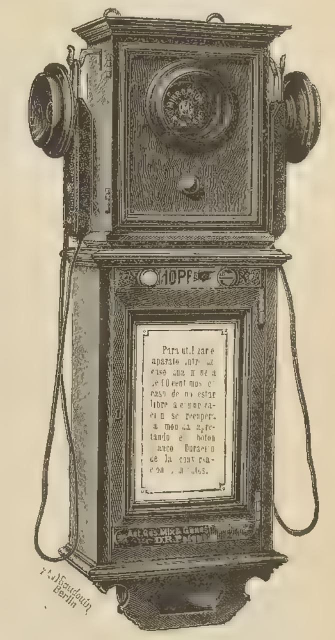
Más tarde llegó un momento en que la corteza sólida fué bastante fría para evitar que el fuego interior evaporara instantáneamente el agua que sobre ella se depositaba, y las simas más profundas de la superficie terrestre se llenaron de lagos hirvientes que paulatinamente se convirtieron en océanos, á los cuales afluía en cálidas corrientes, obedeciendo á la ley de la gravedad, el agua que caía en los puntos más elevados del planeta. Entonces inicióse un nuevo fenómeno que fué la preparación para el nacimiento de la vida: el agua penetró en las hendiduras de la corteza cristalina de la tierra, y contadísimas fueron las rocas primitivas que resistieron su acción disolvente y disgregadora. Merced á esta acción sin cesar renovada, fraccionáronse esas rocas en elementos solubles que fueron llevados á los océanos, y en elementos insolubles que en forma de limo y empujados por las aguas se depositaron en distintos puntos, comenzando con ello á aparecer las rocas sedimentarias en virtud de un proceso que actualmente continúa: en aquella materia de finísimas moléculas que entonces se formó y á la que damos el nombre de tierra, pudieron por vez primera los seres vitales absorber los elementos minerales que tan indispensables son para su exitencia.

Con la actividad incesante del agua nació, pues, el segundo factor que junto con el agua misma constituye una condición esencial de la vida orgánica, la partícula de tierra vegetal. El agua, en tanto, proseguía sin descanso su trabajo hasta que finalmente, gracias á su evaporación y condensación continuas, la temperatura de la superficie terrestre descendió tan considerablemente que los gérmenes de las primeras células no hallaron ya obstáculo alguno á su desenvolvimiento, lo cual debió acontecer cuando esa temperatura llegó á ser menor de 50 grados, por lo menos en algunos lagos. Entre los 1.800 y los 50 grados está comprendido el período de la historia de la tierra que á grandes rasgos acabamos de examinar, y no sería difícil, tomando en consideración el volumen del globo, calcular el tiempo que se necesitó para que ese cambio de temperatura de la superficie terrestre se consumara.

Es muy digno de notarse – más digno que ningún otro fenómeno – como signo de la regularidad de la creación, el hecho de que los organismos inferiores poseen el mayor intervalo de temperatura de la vitalidad, pudiendo desarrollarse en temperaturas tan elevadas que para los seres superiores serían mortales y resistiendo perfectamente sus gérmenes las temperaturas más bajas. Así, por ejemplo, el *Bacillus butylicus* resiste la temperatura del agua en ebullición, y ciertos gérmenes de hongos soportan, según ha observado E. Schuhmacher, por largo tiempo la acción de una mezcla frigorífica de éter y ácido carbónico sólido. ¿No cabe deducir de esto que precisamente estos seres están predestinados á llevar la vida desde los mundos más fríos, moribundos, á los mundos que nacen y cuya temperatura es aún demasiado ardiente para las superiores criaturas?

El fin inmediato de la naturaleza es la creación de la vida; pero cuando ha llevado á cabo esta obra maestra, ella misma se reduce los límites de la generación circunscribiéndolos al momento más favorable, y en su eterna aspiración á lo supremo dirige sus esfuerzos á conseguir la perfección.

(De la revista alemana *Prometheus*.)



Teléfono automático visto exteriormente

EL ALUMBRADO ELÉCTRICO POR CORRIENTES ALTERNATIVAS RÁPIDAS Y DE ALTO POTENCIAL

Hace algunos años un joven electricista, M. Tesla, cuyo nombre es hoy bien conocido, llegó á construir, después de varias investigaciones para descubrir un sistema de alumbrado eléctrico económico, unos aparatos especiales, consistentes en una máquina de corrientes alternativas de gran frecuencia y en carretes de inducción de una fabricación especial. Esta máquina, de una velocidad de 3 000 vueltas por minuto, produce unas 20.000 alternancias.

Con estos aparatos acaba de realizar M. Tesla en la *Societé internationale des electriciens* sorprendentes experimentos. Lo primero que ha admirado á los espectadores ha sido ver que una corriente de muchos millares de volts en su origen vuélvese inofensiva después de haber pasado por los carretes del transformador y que pueden cogerse con las manos las dos bolas de latón adonde van á parar los hilos que unen los polos de la máquina, sin experimentar más sensación que la de un ligero pinchazo. Y sin embargo, de entre estos polos puede brotar una descarga luminosa de cinco formas distintas, según la frecuencia de las alternancias. Con una corriente débil de rápidas alternancias, fórmase un arco como un hilo luminoso, cuyo espesor aumenta al acrecentar la corriente primaria, y aumentando el número de alternancias se obtiene una descarga radiada con gran producción de ozono.

Poniendo en comunicación los polos del carrete con un tubo de aire rarificado, los extremos de éste se ponen fosforescentes y el centro permanece relativamente obscuro, pero se ilumina cuando el operador aproxima las manos al mismo. Tomando por base este fenómeno, M. Tesla ha realizado lo que él llama *alumbrado ideal*, que consiste en formar en el local que ha de alumbrarse un estado eléctrico tal, que puedan emplazarse en él aparatos alumbradores sin comunicación con la fuente de electricidad, como si se tratara de una bujía ó de una lámpara. Para ello, M. Tesla suspende en una habitación dos planchas metálicas de determinadas dimensiones, cada una de las cuales está en comunicación con una de las bornas del carrete de inducción: si se pasea entonces entre las dos planchas un tubo de aire rarificado, éste se ilumina, sea cual fuere su posición.

Partiendo de este mismo fenómeno, ha inventado M. Edisson un telégrafo sin alambres, cuyo privilegio de invención ha conseguido recientemente.

Inútil nos parece extendernos en consideraciones acerca de las variadas é interesantes aplicaciones á que se prestan los descubrimientos antes mencionados.



Arco llamado del *Ecce-homo*, ó de Pilatos, en Jerusalén (copia de una fotografía)



DOCTOR D. LUIS CORDERO

Presidente electo de la República del Ecuador

El nuevo presidente de la República del Ecuador, que empezará á ejercer sus funciones en el mes de junio próximo, nació en Cuenca en abril de 1838 y allí hizo sus estudios hasta obtener el grado de doctor en Jurisprudencia.

Terminada su carrera, dedicóse al comercio, y sus conciudadanos, en vista de sus aptitudes y talento por demás notables, confiáronle su representación en el Cuerpo legislativo. En 1876 fué jefe político de su cantón natal, y en 1883, después de la revolución que derribó la dictadura del general Veintemilla, formó parte del Gobierno provisional que entonces se organizó y fué uno de los cinco ciudadanos á quienes se encomendó el ejercicio del Poder ejecutivo.

Más tarde concurrió al Senado de la República, Cámara que presidió en varias ocasiones.

Hace poco, cuando por el fallecimiento del general Salazar fué aclamado para la presidencia de la República, acababa de ser elegido senador por dos provincias para el próximo Congreso.

En las Cámaras ha dado muestras el doctor Cordero de notables facultades como orador parlamentario, y su elevación de miras, su pureza de propósitos y su independencia de carácter hanse manifestado elocuentemente en la escasa participación que ha tomado en la política militante de su país. Como abogado ha podido demostrar en el foro sus vastos y profundos conocimientos en las ciencias jurídicas y políticas y evidenciado su intachable honradez. También la literatura americana le cuenta entre sus predilectos cultivadores, gozando D. Luis Cordero merecida fama de uno de los más inspirados poetas ecuaterianos.

La elección del Sr. Cordero para la presidencia de la República del Ecuador representa la continuación de la sabia política y de la prudente administración del anterior Gobierno y el triunfo del elemento progresista obtenido en lucha leal y verdaderamente republicana.



DOCTOR D. LUIS CORDERO, presidente de la República del Ecuador

Ruda ha sido la campaña que allí ha tenido que empeñarse desde hace algún tiempo para llegar á este resultado y al estado de tranquilidad y bienestar de que actualmente disfruta aquella República americana; y no podía menos de serlo tratándose como se trataba de derribar un régimen que tenía ya hondas raíces.

El elemento vencido no quería resignarse á su caída sin intentar un último esfuerzo y reunió últimamente todas sus fuerzas para la lucha electoral y aun logró atraer á su campo á algunos de sus más importantes adversarios. Su tentativa, sin embargo, ha sido inútil: el puesto que ha ocupado el modesto patricio don Antonio Flores lo ocupará en breve D. Luis Cordero, ciudadano que ha tenido ya ocasión de dar pruebas inequívocas de su capacidad como hombre de gobierno, de su respeto á la ley y de su amor á la República, cualidades que unidas al conocimiento de los hombres y de las cosas de su país, á un carácter conciliador y benévolo y á un espíritu recto en el más amplio sentido de la palabra, dan derecho á esperar una administración fecunda en bienes, cual seguramente se merece la República ecuateriana.

El voto nacional ha señalado elocuentemente el derrotero que el nuevo presidente ha de seguir en la difícil tarea que le ha sido encomendada: los antecedentes del doctor Cordero han sido para el pueblo la prenda más segura de la consecuencia con los principios que inspirarán en lo futuro la política de su elegido, digno por todos conceptos de la confianza de sus conciudadanos. Bajo su dirección logrará sin duda la República del Ecuador, además de consolidar sus libres instituciones, continuar la obra de su prosperidad y coronarla en no lejano porvenir con los más hermosos éxitos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 21 de marzo de 1892 — Núm. 534

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Centenario del nacimiento de Rossini en Europa. – Genio del maestro. – Unidad maravillosa de su revolución musical. – Variedad riquísima de sus obras. – Recuerdos de Rossini. – Una visita de antaño á su casa. – Diálogos rosinianos. – El grande libro sobre las capitales europeas. – Su editor y sus autores. – Algunas reflexiones acerca de la descripción del pueblo de Madrid. – Conclusión.

I

Europa entera en estos días ha celebrado el centenario de Rossini, venido al mundo el año noventa y dos de la pasada centuria. Y ha tenido razón Europa en celebrarlo. Puede asegurarse que con Byron y con Goethe y con Schiller y con Víctor Hugo y con Quintana y con Zorrilla, Rossini es una de las cariátides sobre cuyas frentes descansa la gloria de nuestro siglo. No es Rossini de los músicos que sólo tienen una nota, ora alegre, ora plañidera, no: es un genio universal. El ha hecho reir ó llorar á su arbitrio á toda Europa. El la ha elevado hasta lo sublime en la plegaria del *Moisés*, ó la ha bajado hasta lo grotesco en *La Italiana en Argel*. El ha recorrido todas las escalas del arte. Si le pedís instrumentación, acordaos de la sinfonía de la *Semíramis;* si melodías, acordaos de la serenata del *Barbero* ó de la canción del sauce de *Desdémona;* si armonías inconcebibles, acordaos de aquel *Guillermo Tell*, donde el protagonista es el coro, como en Suiza es el pueblo. Y no sólo tiene todos los caracteres de la música, sino que tiene todos los géneros. Cuando queráis reir, sentir los estremecimientos de una grande alegría, respirar en los aires esa especie de gas sardónico que provoca á la hilaridad, oíd la canción de *Papatache*, ó el aria de *Fígaro* acompañada por la guitarra; cuando queráis



LA ESTRELLA DE BELÉN, copia del notable cuadro de Mariana Stokes

llorar, estremeceros como si escucharais la voz de Hámlet ó el gemido de Prometeo, oid aquel final del *Otelo*, aquella mezcla de cantos melancólicos y tiernos, escapados al pecho de la mártir veneciana, y aquellos gritos salvajes, escapados al pecho del africano; si queréis sentir el ardor guerrero, el fuego del combate, el deseo de sacrificaros por estas dos grandes ideas que se llaman la libertad y la patria, oid el terceto de *Guillermo Tell;* y cuando, disgustados del mundo, en estos instantes de invocación á la muerte que hay en toda vida, queráis convertir los ojos á la eternidad, entonad la plegaria del *Moisés*, y sentiréis los hemistiquios de la Biblia, la voz del pueblo escogido, los ecos de las olas del Mar Rojo mezclados con los ecos de las cumbres del Sinaí y la palabra de Dios tronando tan sublime como una tempestad infinita sobre todo el universo. Parece que el hada de la armonía es madre de Rossini. Y nadie diría sino que lo parió cuando Dios templaba el órgano inmenso de las esferas, que tiene por registros las estrellas. Suelen echarle en cara algunos críticos que pone á sus obras columnas salomónicas, arabescos, adornos gongorinos, exceso de follaje. Pero es preciso no olvidar que Rossini representa una revolución en la música y que toda revolución tiene, hasta en la esfera del arte, sus excesos. La música antigua era demasiado sencilla y precisaba darle variedad. Pero cuando Rossini quiere ser sencillo es tan sencillo como Bellini; cuando quiere ser natural, es tan natural como Weber. Ha puesto en música uno de los tercetos del *Dante*, y aquella música alcanza un grado verdaderamente sublime. Un hombre que ha innovado en arte tal como la música y ha conmovido á varias generaciones y ha apasionado todo un siglo, es uno de esos hombres que levantan su frente iluminada sobre el vulgo de los mortales. Cuando tan pocos grandes hombres quedan sobre la hoy estéril Europa, nada más natural que el deseo de apretar la mano á uno de ellos, á uno de los más extraordinarios. Así lo visité yo por el año sesenta y siete. Todavía tengo á la vista el relato de tal suceso que transcribo. La casa del maestro no podía estar para mí cerrada. Reinaba en ella gran modestia. Unos atribuían esto á la naturalidad propia del genio, á sus costumbres sencillas. Otros lo atribuían á codicia de Madama Rossini. Había quien á él mismo le trataba de avaro. Cuentan los chuscos parisienses que en la guerra italiana, como le pidieran patrióticos dones en aras de la independencia nacional, regaló Rossini dos jamelgos. Dicen que una noche estaban varios de sus amigos en sus tertulias ó reuniones. Los asistentes eran muchos en número, y el calor insufrible en su intensidad. Gustavo Doré respiraba fuertemente como un caballo cansado. «¿Qué tienes?, le dijo el maestro. – Mucho calor, le contestó el dibujante. – Pues asómate á la ventana. – Además, tengo mucha sed, añadió Doré. – Pues mira, le dijo Rossini, en el cuarto bajo hay un café.»

II

Cuando yo vi á Rossini, el maestro estaba en gabinete de sencillo aspecto. A su izquierda entraba la luz por un ventanón; á su derecha había una cama cubierta de damasco anaranjado; á sus espaldas un piano muy viejo, de donde habrán salido esas notas que han arrebatado al mundo; delante de su sillón, en el que siempre se mantenía sentado, pues le flaqueaban algo las piernas, una mesa redonda llena de libros. En las manos tenía un papel de música donde iba escribiendo puntitos que significaban la instrumentación de su misa, y á los pies multitud de empolvadas botellas que acababa de enviarle, llenas de ron poco músico, según lo enemigo que suele ser de las gargantas, cierta dama de allende el Atlántico. Rossini ¡ah! no creía que el genio debe estar siempre en las tablas, iluminado por las candilejas y realzado por las decoraciones. No creía Rossini que un grande hombre debe estar frío, rígido, tieso, inmóvil, bien plantado, como su estatua. Rossini creía que en la vida vulgar el genio debe ser vulgar como los demás hombres. Cierta mañana, entraba en su alcoba un cardenal admirador suyo, tan impaciente por darle la enhorabuena en uno de sus innumerables triunfos, que ni siquiera le dejó levantarse y vestirse. «Salud, dijo, al genio extraordinario, al hombre que más sirve para expresar las melodías.» Rossini, sin dejarle acabar su frase, le contestó: «No lo ceáis, monseñor, sirvo más para modelo de escultura.» Y tiró la sábana.

III

Admirable Rossini de naturalidad. Me pareció la frente ancha y abultada como urna de la cual fluyera bullicioso raudal; los ojos vivos, chispeantes, pequeños; los labios, contraídos por una inteligente y burlona sonrisa; la cabeza, á pesar de hallarse oculta bajo la peluca, modelada para la idealidad y para la benevolencia. Me acompañaba una distinguida señora portuguesa, de gran talento y de grande amistad hacia Rossini. «¡Qué rico Oporto me habéis enviado!, le dijo, después de cambiar todos los cumplidos de ordenanza. – Poco puede valer mi vino si se compara con el que recibís de los reyes. – En verdad, me ha enviado vuestro rey una caja de botellas y una composición de música suya; pero es mejor vuestro vino que el del rey mismo. – Os presentaré, maestro, le dijo la señora, una sobrina que es dama de honor de la reina Pía, á la cual acompaña en la Exposición. Mi sobrina es la joven más hermosa de Portugal. – Magnífico: la enamoraré. – Me felicito, maestro, díjele yo, de verle siempre joven. – He tenido una horrible pesadumbre á ese respecto. El otro día dijo un diario que había cumplido yo setenta y nueve años. Sólo tengo setenta y seis, y sobran. Me dió tres años más de los que tengo. Si me los hubiera dado de menos, le mando en acción de gracias una tarjeta. – ¿Qué le importa el tiempo á quien posee la inmortalidad? – ¡La inmortalidad! Es una palabra que nunca he comprendido. Yo doy todas las inmortalidades por un pavo trufado. – Me parece advertir en la sonrisa que usted mismo no cree cuanto va diciendo. Además, nos pasa á todos que no estimamos aquello que poseemos. ¿Qué mucho si usted no estima la inmortalidad? – Dejé de escribir muy joven, y desde entonces, como todos me han visto retirado, todos me han tenido por viejo. – Ya hace años que pasó usted por España, para la cual compuso usted el *Stabat Mater*. – Lo compuse á ruegos del Comisario de Cruzada Varela. Sus ruegos eran tanto más atendibles cuanto que provenían de un moribundo. Mandéle el *Stabat Mater* con la condición de cantarlo solamente en su capilla y de no publicarlo nunca. – ¿Por qué? – Porque Pergolesso compuso uno que es la belleza completa, la perfección absoluta, y no quería yo que se me creyese capaz de caer en la demencia de competir con Pergolesso. Luego los testamentarios lo publicaron. Yo no quería ni oirlo. – ¡Qué bella música la música popular española! ¿No es verdad? – No conozco nada que le aventaje en el mundo, me dijo Rossini. Ustedes son los músicos de la serenata, y la serenata es la poesía vaga y el amor añadidos á la música. Las canciones andaluzas son de una melodía dulcísima y de una letra por lo general tan bella como la melodía.» Y Rossini, que tenía conmigo toda esta conversación en francés, recitó con puro acento español la siguiente canción nuestra:

Suspiros que de mí salgan
y otros que de ti vendrán,
si en el camino se encuentran
¡qué de cosas se dirán!

– ¡Admirable! ¡Admirable!, grité profundamente conmovido. Atended, maestro: Hace dos años me encontraba yo por el mes de agosto en la Alhambra de Granada. Eran las doce de la noche. Las luces del Albaicín se apagaban, y la campana de la Vela enviaba sus misteriosos y agudos sonidos desde el pardo torreón á la dormida vega. La luna era tan clara que, á sus reflejos, brillaba el Darro como si la vía láctea hubiera dejado caer una de sus cintas de luz sobre la tierra, y se dibujaban los contornos de los pinos del Monte Sacro, y hasta se veía el blanco cenador del Generalife, levantando sus orientales ajimeces sobre los bosques de mirto y laurel, á los pies de Sierra Nevada. Todo parecía dormido. Sólo se oía la vibración de algún grillo, esa especie de violín de los campos. En medio de aquel silencio sonó una voz de mujer, tan dulce y tan melancólica, que parecía salir de las torres bermejas y expresar la desesperación de alguna cautiva cristiana, presa en el harén de un moro á quien despedía con estos tristes acentos:

Por ti me olvidé de Dios,
por ti la gloria perdí,
y ahora me voy á quedar
sin Dios, sin gloria y sin ti.

– ¡Bellísimo, bellísimo!, dijo el maestro. Yo he saboreado mucho la música española. García, el padre de la Malibrán, mi amigo del alma, cogía la guitarra, y rasgueaba sus cuerdas con tal arte y calor, que parecía tocar en las cuerdas de mi corazón. No sirve el piano para acompañar canciones andaluzas. A su lado, apoyando una mano sobre la silla donde estaba sentado su padre, se ponía de pie la Milibrán y lanzaba á un mismo tiempo, con aquella clarísima pronunciación y aquella voz divina, canciones de tan melancólico tinte y de tan melodiosa cadencia, que creíamos ver, ó una mujer de la Biblia entonando cánticos religiosos á orillas de los torrentes de Palestina, ó una gitana árabe llamando á su amado ó meciendo á su niño en la soledad del desierto. – Es verdad, yo he comparado siempre la melodía de las canciones españolas con el grito del simoun al estrellarse en la arena ó con el eco de las olas al morir en las sonoras playas. – De este culto, dijo Rossini, que yo tengo por la música española y de la amistad de García hay algunos recuerdos en el *Barbero*.»

IV

Pero no acabáramos nunca, si debiéramos decir cuanto recordamos de Rossini. A otra cosa iremos. La casa de Hachett publica un gran volumen ilustrado sobre las capitales europeas. A cada escritor de su predilección ha encargado su correspondiente capital. Yo, cediendo á sus instancias, he tenido que describir Madrid. Pero ha menudeado los artículos de tal manera y restringido las dimensiones del volumen, que todos hemos debido sacrificar una parte del trabajo nuestro á sus exigencias, sin exceptuar la reina de Rumanía, encargada de pintar la capital de su monarquía. Yo he sacrificado la historia de Madrid. Y en Madrid lo capital es su historia. Por leyes naturales de nuestro entendimiento subimos desde las consecuencias á sus premisas en los principios y desde los resultados y los efectos á los orígenes en las cosas. Interésanos por todo extremo averiguar las causas de lo creado y el antecedente de lo sucedido, por aquella tendencia incontrastable de nuestra razón hacia la unidad suprema y hacia las generalizaciones que levantan lo condicional y lo condicionado, dentro de leyes universales, hasta lo incondicional y lo absoluto. Imposible, pues, hablar de Madrid sin decir algo de sus comienzos, é imposible decir algo de sus comienzos sin encontrar en ellos los caracteres comunes á todas las fases varias de nuestra vida central en la península. Por un sentimiento de orgullo, congénito á la naturaleza humana, como las familias quieren proceder de muy lejanos y nobles abuelos, quieren los pueblos proceder también de muy antiguos y acreditados progenitores. Y cual el semita pretende con Abraham entroncar y el griego de los dioses orientales provenir y el romano de los héroes frigios y de los dioses griegos, todas las ciudades cristianas, con especialidad en la época del Renacimiento, buscaban los manantiales de la propia sangre allá en los pueblos más remotos de Asia. Como las tradiciones romanas imputaron el origen ó generación de las gentes latinas al pío Eneas, los cronistas é historiadores madrileños no encontraron persona mejor á quien atribuir la paternidad augusta de su pueblo que el mismísimo Nabucodonosor en persona. Podrían descender los romanos de Troya; pero con seguridad no descendieron los madrileños de Babilonia. En el itinerario de Antonino y en los fragmentos de mosaico encontrados por los alrededores del primitivo territorio madrileño sobran indicios para creer á Madrid población romana un tiempo, y en las crónicas árabes pruebas de que siguió la suerte del resto de la península y yació más de tres siglos bajo la dominación sarracena. Su reconquista se debió al reconquistador de Toledo, y sus instituciones municipales se fundaron en la suprema necesidad de verdadera y activa defensa que sentían todos los castellanos recién manumitidos y especialmente los castellanos de las llanuras y de las planicies. Dos años antes asedió Alfonso VI á Madrid que á Toledo; y cuando la redimiera juntó en sus senos con tal amplio espíritu de tolerancia los fieles de las religiones existentes entonces por circunstancias históricas de nadie ignoradas, que los moros madrileños, llamados, como cuantos habitaban las poblaciones cristianas, mudéjares, tenían sus particulares procuradores y sus aljamas particulares, como los judíos sus respectivas sinagogas y sus necesarios representantes. Las nuevas invasiones á la reconquista consiguientes y del suelo africano venidas en alas de cien guerras á nosotros, atribularon mucho nuestro Madrid, pero contribuyeron también á prosperarlo en libertades y en derechos. Para expedir y azuzar los madrileños contra las tribus almoravides y almohades, arremolinadas en tropel junto á sus muros, no encontraba otro medio Alfonso VII que arrojarles al proceloso camino de los combates heroicos el cebo de las libertades y exenciones democráticas. Así fueron los pobladores cristianos de Madrid á pelear en las Navas de Tolosa so el pendón de Alonso VIII y á pelear en los sitios de Córdoba y Sevilla so el pendón de Fernando III. Así las cartas en 1083 expedidas por Alfonso VI, ampliadas por Alfonso VII, recibieron mayor amplitud todavía de Fernando III y se fijaron en tiempo de Alfonso X, hasta que, al mediar el siglo XIV, se constituyó por una ordenanza del undécimo Alfonso el necesario Ayuntamiento. Lo mismo las disposiciones del Rey Sabio que las disposiciones de su biznieto el Rey Noble llevaban en germen dos obras como el Fuero Real, en que puso las bases aquél de la unidad política castellana, y como el Or-

denamiento de Alcalá, en que pudo ya poner éste los esbozos y borradores de una legislación civil uniforme. Pero el monarca más aficionado á Madrid fué D. Pedro el Cruel, tan encarecido por la poesía y por la leyenda. Su nombre va unido al esplendor de un monasterio como Santo Domingo el Real, de Madrid. Su efigie, muy bien hecha en mármol, y la tumba que le abriera el fratricidio de Trastamara, en Santo Domingo el Real campearon durante largos siglos. Y el teatro español, y el gran dramático Tirso de Molina, cuyo *Burlador de Sevilla* inspiró á Moliere y á Mozart y á Byron, pusieron en escena la persona de D. Pedro por las calles de Madrid, por donde le precedía y le guiaba el inextinguible deseo de combatir y de gozar en múltiples lances de amor desordenado y en continuos empeños de cruentísimos combates á mano armada. Y á pesar de haber preferido á Madrid tanto D. Pedro, prefirióle también su asesino y hermano D. Enrique II, el fundador de la dinastía de los Trastamaras, concluída en los malogrados hijos del Rey Católico. Así los favores y las gracias reales llovieron durante la Edad media toda entera sobre Madrid. Y entre tales favores ninguno tan extraño como el otorgado por Juan I, sucesor é hijo del regicida Trastamara, concediendo á la clerecía de Madrid un privilegio bien escandaloso, cuyo texto guardan cual oro en paño nuestras oficinas eclesiásticas, el privilegio de reconocer como naturales y legítimos, con derecho de recibir legados y herencias, á los hijos sacrílegos habidos en amores con mujeres doncellas, como si fuesen habidos en legal y santo matrimonio. Pero además de tan extraño hecho, encuéntranse dos en este reinado de Juan I y en el subsiguiente de su hijo y sucesor el pobre y afligido rey D. Enrique III que bien merecen de la historia una particular mención. Parece imposible, dado el aislamiento propio de la Edad media, que hubiera en Castilla quien se interesara por monarcas tan extraños á nosotros como los reyes de Armenia y quien expidiera embajadores castellanos á países tan remotos como la casi fabulosa Mongolia. Pues bien: habiendo á Juan I de Castilla pedídole auxilio León V, rey de las tierras donde se alza el Monte Ararat, en cuyas cimas el arca de Noé se detuvo, según la Biblia, no vaciló un punto aquél en acorrerle con todo su poder, enviando al vencedor y carcelero de tan excelsa víctima, enviando al soldán de Babilonia, emisarios con toda clase de regalos para su libertad, y así que la consiguió, como viniese á España muy obligado y agradecido, cedióle con generosidad inverosímil en pleno dominio regio el pueblo de Madrid, quien, por tal cesión, hubo de prestarle con todo género de solemnidades al rey armenio la pleitesía de su vasallaje. Y así como Juan I cediera el dominio de Madrid á un rey de Armenia por puro sentimiento caballeresco, el tercer Enrique de Castilla envió desde Madrid á Clavijo en busca del gran tamorlán de Tartaria, tenido en Occidente por una especie de dios asiático, que habitaba en palacios de oro, cuyas paredes resplandecían á una embutidas en rubíes y esmeraldas. Nadie, pues, podrá maravillarse de que Madrid en el reinado literario de D. Juan II y en el regocijadísimo y voluptuoso de D. Enrique IV viera sus palacios llenos de trovadores, sus calles de fiestas, sus campos de torneos, sus iglesias de alta elocuencia religiosa, sus laboratorios de alquimistas, sus torres de astrólogos, sus días todos de juegos donde se remedaban las costumbres granadinas y aparecían los jinetes, caballeros sobre trotones árabes, alardeando de diestros en armas damasquinas y vestidos con orientales arreos entre el movimiento de una vida sobrexcitada por todos los placeres. Pero concluyamos hoy, otro día continuaremos.

Madrid, 12 de marzo de 1892

LA GRAN GUERRA DE 1892

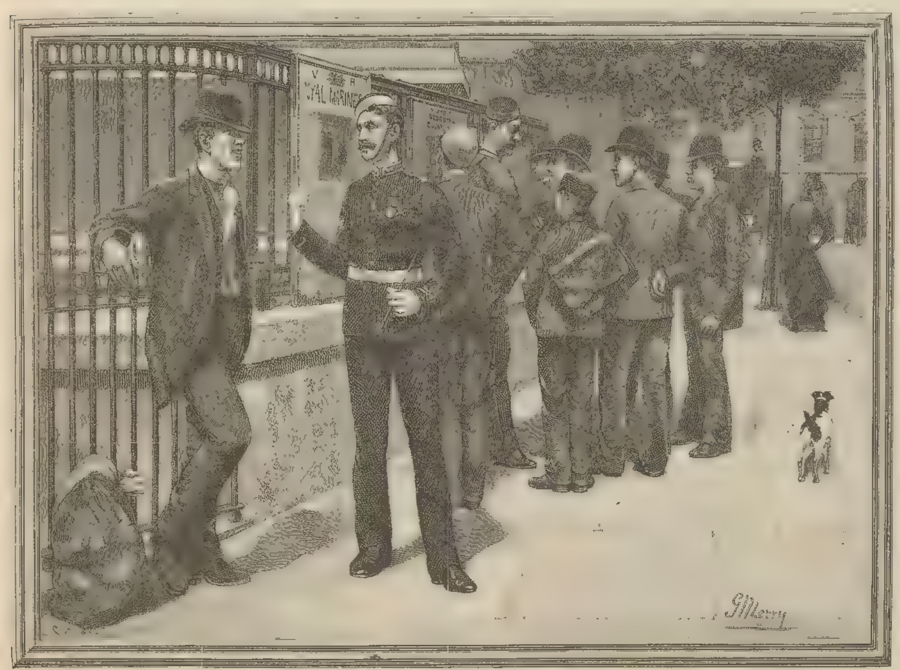
(CONTINUACIÓN)

ESTADO DE LOS ASUNTOS

Londres, 28 *mayo*

Seguramente hemos sido muy afortunados en la expedición de nuestros transportes, y esto demuestra lo que se puede hacer en condiciones favorables de tiempo, buen combustible y escogido material. Tenemos entendido que el almirantazgo había demostrado al Gobierno la importancia de atender con urgencia á estos puntos, por si acaso se hiciera necesario combatir un día ú otro contra los elementos en una zona peligrosa. Después de la declaración de guerra por Francia, apenas quedó el tiempo justo para que la mayoría de los transportes se trasladara en salvo á Levante, pues la flota francesa no perdió tiempo para ponerse en movimiento apenas hecha aquella declaración. El telegrama que se envió en la misma mañana en que debía librarse el combate naval más grande de los tiempos modernos explica bien la marcha de los acontecimientos que, durante algún tiempo aún, harán del Mediterráneo una vía segura para nosotros. No necesitamos hacer observaciones sobre la gran importancia de este suceso: en el présente caso no se reduce solamente á que nuestra bandera conserve la supremacía en el mar, sino que basta para calmar las inquietudes del público respecto á la suerte de nuestra expedición oriental en el caso de que Sir Jorge Tryon no alcance un triunfo completo. Asegurado el Mediterráneo será cosa muy fácil recobrar la posesión del Mar Negro.

Cualesquiera que puedan ser los últimos propósitos de los italianos respecto á una expedición á Argelia, no creemos perjudicar el servicio público al revelar que los preparativos que últimamente se hicieron con ese supuesto objeto eran sólo un ardid de guerra. Para alcanzar el fin que con tan buen éxito han obtenido, atrayendo á la flota francesa á los altos mares, era necesario que estos hechos no fueran conocidos más que de Sir Jorge Tryon. Pero el Gobierno italiano, como el nuestro, reconoce la importancia que tendrá concentrar sus fuerzas en un mismo punto y al mismo tiempo, en cuanto esto sea posible. Los italianos tendrán bastante que hacer para combatir contra Francia por mar y tierra; y en cuanto á nosotros, todos nuestros esfuerzos tenderán ahora hacia Oriente.



La gran guerra de 1892. – Reclutamiento en la iglesia de San Martín, de Londres

PREPARATIVOS DE LA FLOTA DEL MEDITERRÁNEO

LA FLOTA ALIADA EN EL PUERTO DE MAHÓN

(De un oficial de la escuadra de Sir Jorge Tryon.)

Comenzaré el relato de nuestro gran triunfo recordando á nuestros lectores que cuando los franceses violaron la frontera belga y nosotros movilizamos nuestra flota, Sir Jorge Tryon tenía á su mando diez buques de guerra, y se suponía que los franceses podían disponer casi de doble número, ó sea unos diez y ocho, equipados en Tolón.

Nuestro almirante supo al parecer muy pronto que si el Gobierno inglés debía depender por mucho de la alianza de Italia y Austria para conservar el mando en el Mediterráneo, en el Norte se necesitaría

una considerable fuerza naval á fin de contrarrestar los designios de Rusia y Francia contra la costa alemana. Sir Jorge Tryon había manifestado que no deseaba grandes refuerzos, pues no creía que los franceses, en último caso, hicieran entrar en acción sus antiguos buques, como el *Colbert*, el *Suffren* y hasta el *Richelieu*. Los italianos, por otra parte, podrían completar, sin duda, el equipo de ocho de sus mejores buques; mientras que al Austria le sería posible proporcionar cuatro ó cinco, los cuales, si bien inferiores, no dejarían de producir su efecto. Según resultó después, Tryon no recibió más refuerzo que el de dos buques, el *Ajax* y el *Bendow;* y se escalonarán. El comandante en jefe conducirá la primera, y los capitanes de las siguientes no penetrarán en la flota enemiga hasta que los buques de la retaguardia de la columna anterior hayan pasado. Después de esto, los buques que no queden inútiles se formarán de nuevo en igual orden para renovar el ataque. Opinábase en general que estas instrucciones eran muy suficientes, y ya no faltaba más que la declaración de guerra y el ataque de una escuadra francesa con fuerzas superiores.

Nos sorprendió mucho recibir de Inglaterra la noticia de que se habían puesto en marcha tropas para practicar operaciones en el Mar Negro, lo cual se consideraba muy arriesgado, cuando Francia podía declarar la guerra de un momento á otro; pero se creyó que el ministerio había recibido alguna seguridad del gobierno francés. De todos modos, lo cierto es que comenzaron á llegar transportes á Malta continuamente, y una vez allí recibieron orden de trasladarse á Chipre, donde se hacían preparativos para recibir á las tropas. El *Oriente*, con el duque de Connaught á bordo, no llegó, pues habiendo visto la señal, se dirigió á Chipre.



La gran guerra de 1892. - Declaración de guerra contra Rusia en Londres

por lo tanto, suponiendo que los ocho italianos entraran en acción y que los franceses reunieran los diez y ocho con que contaban, la escuadra del almirante inglés solamente tendría dos buques más que la del almirante Rieunier. Sin duda Sir Jorge estaba inquieto sobre este punto, y lo propio le sucedía á su compañero Markham, segundo jefe de la flota; pero en caso de lucha, todos tenían la seguridad de que si no se alcanzaba la victoria no sería por falta de ánimo y buena dirección.

Al retirarse la escuadra del Mar Negro, todos nos reunimos en Malta, donde se trabajaba día y noche en la construcción de obras defensivas exteriores y en ejercitar las baterías. Celebrábanse continuas y largas conferencias entre los almirantes y los capitanes de los buques de guerra, y no era un secreto que se discutía sobre las formas de ataque y defensa de la escuadra en el mar. Era cosa admitida que si se trababa lucha abierta contra los franceses, seríamos numéricamente inferiores, y la cuestión se reducía á resolver cómo se obraría desde este punto de vista. Muchos sostuvieron que lo mejor sería atacar resueltamente al enemigo todos á la vez en cuanto se diera la señal, y dejar á cada buque batirse contra otro de los contrarios; pero esta proposición fué desechada; y al fin, después de prolongados debates, dióse una orden del día con las instrucciones que en general debían observarse.

En todo caso, decía la orden, la escuadra se acercará al enemigo en dos ó tres columnas, con la velocidad de diez nudos por hora; y sea cual fuere la forma en que el enemigo se aproxime, si es que lo hace, se tratará de atravesar su línea por diversos puntos, empleándose los cañones ó torpedos indistintamente, según las circunstancias; y á fin de evitar que un amigo sufra algún daño, las columnas

Simultáneamente se recibieron noticias de la alianza española y órdenes para marchar á Spezzia á fin de reunirse con la escuadra italiana. Cuando nuestros buques salieron del puerto, toda la población ocupaba los fuertes y las murallas y resonaron entusiastas aclamaciones. Llegados á dicho punto, encontramos seis buques preparados y la orden de vigilar á Tolón, pero sin emprender nada contra los franceses, á no ser que éstos intentasen atacar á Italia por mar. Al mismo tiempo tuvimos noticia del maravilloso triunfo del duque de Edimburgo en el mar del Norte, sin efusión de sangre; pero todos se congratulaban de que nuestras fuerzas del Mediterráneo no fuesen bastante poderosas para imponer aquí la misma obediencia. Entre los italianos reinaba mucho entusiasmo, así en mar como en tierra, y visitaban de continuo nuestros buques mientras estuvimos en Spezzia.

Pronto se supo que el almirante inglés había elegido el puerto de Mahón como centro de operaciones de su escuadra, enviando solamente algunos cruceros para vigilar el de Tolón. Teníamos catorce de estos buques entre grandes y pequeños.

Por razones que no comprendí al principio, solamente nos acompañaron al puerto de Mahón cuatro de los seis buques italianos preparados, á saber: el *Andrea Doria*, el *Francisco Morosini*, el *Re Umberto* y el *Rugiero di Lauria*. Sin duda se hizo así porque eran los más nuevos, mientras que los otros no reunían las condiciones necesarias para entrar en combate.

Merced á una rápida travesía, llegamos pronto al puerto de Mahón, donde vimos otros dos cruceros, el *Apolo* y el *Safo*. Poco después se recibió la declaración de guerra; pero esto no nos importaba gran cosa, pues en ningún caso podía ser la escuadra francesa suficiente para impedir que nos hiciéramos á la mar, tanto más, cuanto que nuestra flota estaba intacta. En Menorca ocupábamos la mejor posición para emprender un ataque sobre Argel, y cualquiera tentativa de la flota de Tolón para rechazar nuestras fuerzas nos permitiría un contraataque.

El almirante inglés situó cinco de los cruceros más grandes en la línea de Tolón, disponiendo que otros dos les prestaran su apoyo, á fin de vigilar la escuadra de aquel punto, y tres buques más fueron destinados á cruzar las aguas de Menorca, debiendo cambiar señales cada veinticuatro horas.

Pronto supimos que siete buques habían salido de Spezzia con varios transportes, y entonces se pensó que si Francia tenía alguna probabilidad de alcanzar su objeto, solamente le conseguiría cayendo de improviso sobre aquella débil flotilla. Los almirantes parecían seguros de que así sucedería, y reinaba cierta ansiedad con este motivo.

COMBATE DE CERDEÑA

DESTRUCCIÓN DEL «ALMIRANTE BAUDIN»

Al amanecer del cuarto día resonó y propagóse por todos los buques el grito: «¡El enemigo se acerca!» Poco después se hizo la señal de aparejar, comenzóse á oir el crujido de las cadenas y de los cables y no tardamos en estar formados en dos líneas. El parte que se acababa de recibir decía que los franceses habían salido de Tolón doce horas antes, gobernando hacia el SE., pero que no había sido posible contar el número de sus buques á causa de la obscuridad. Hízose rumbo en dirección Este; pero el enemigo podía pasar por los estrechos de Bonifacio, y en este caso no le encontraríamos. Mientras se discutía este punto, sobrevino una densa niebla; y como hasta que se desvaneciese ésta era inútil acelerar la marcha, avanzamos lentamente. Nuestros buques estaban bien preparados para la acción y nos hallábamos dispues-



La gran guerra de 1892. – BATALLA DE CERDEÑA. – El gran acorazado francés *Almirante Baudin* es echado á pique

tos á romper el fuego en un minuto; mas como era natural, deseábase que el tiempo aclarase antes de aparecer el enemigo. A las ocho de la mañana desapareció la niebla, y á las nueve divisamos hasta veintiún vapores al Sud de nuestra posición. Se dió orden de acelerar la marcha, y poco á poco pudimos contar diez y seis buques de guerra franceses, precedidos de cinco cruceros. Las chimeneas despedían mucho humo, mas era imposible reconocer con qué velocidad navegaban.

Sin embargo, no debía ser mucha, pues evidentemente ganábamos una marcada ventaja. Distaríamos apenas dos millas del enemigo cuando éste comenzó á romper el fuego, y á la verdad no eran sus tiros muy certeros, lo cual nos extrañó sobre manera. Al cabo de una hora muy pocos eran los buques que habían sufrido alguna avería.

Formábamos dos líneas, y no se contestaba al fuego de los franceses, sin que nadie pudiera explicarse por qué nuestro jefe, hallándonos á 3.000 varas de distancia, no nos ponía en línea para romper el fuego á nuestra vez. Mientras nos perdíamos en conjeturas, vimos de improviso que la escuadra francesa, formando dos alas, avanzaba rápidamente contra nosotros.

Pero no tardamos en reconocer la sabia táctica de nuestros almirantes, que se habían propuesto dejar al enemigo acercarse á fin de romper un fuego irresistible sin gastar proyectiles en balde. Entretanto, los cañones franceses no dejaban de tronar, rodeándoles de tal modo el humo, que era evidente que desperdiciaban sus municiones.

Mi buque estaba cerca del centro de la línea del puerto, y vi que del *Trafalgar* se elevaba una espesa columna de humo, seguida del estampido de los cañones, lo cual me indicó que había descargado una andanada. En menos de medio minuto, el *Colling wood* hizo lo mismo; el *Nilo* imitó el ejemplo, y luego vi que los tres buques viraban de bordo para volver hacia el puerto; entonces comprendí la maniobra, que consistía en sustituirse unos á otros para hacer fuego sucesivamente.

Sin embargo, tan espeso era el humo y tal el estrépito de los cañones, que al principio no pude darme cuenta de cosa alguna ni oir apenas las voces de mando. Parecióme, no obstante, que el enemigo no contestaba con mucha viveza á nuestras andanadas

Pero no era aquel momento el más oportuno para hacer conjeturas, pues entre la humareda oíanse silbar á menudo proyectiles, que iban á chocar contra el palo de algún buque ó destrozaban un bote. Cerca de mí cayeron dos hombres que habían subido á las vergas para hacer señales. Sin embargo, el fuego de los franceses disminuía mucho, y se dió orden para que cesará el nuestro hasta que se viese dónde estaban aquéllos.

Cuando se aclaró la atmósfera, observóse que los más de los buques franceses debían de haberse detenido, pues nosotros ocupábamos nuestras antiguas posiciones, y que reinaba entre ellos algún desorden.

De una densa nube de humo salió de improviso el buque almirante *Formidable*, que gobernaba hacia el NO.; y á poco el *Trafalgar*, después de haber hecho señal para que la división prosiguiera su curso, marchó en seguimiento del otro buque á toda máquina. Los dos empeñaron la acción, y como poco después estaban rodeados de humo, solamente podíamos reconocer sus posiciones á intervalos. El fuego no duró más de diez minutos ó un cuarto de hora, y apenas se hubo despejado la atmósfera vióse que el *Formidable* había arriado el pabellón.

He aquí lo que acababa de ocurrir: el *Formidable* había sufrido graves averías por los efectos de un torpedo, y trataba de retirarse de la acción cuando le vimos. Al acercarse el *Trafalgar*, hízole fuego, defendiéndose valerosamente, pero el agua se introducía rápidamente por la bodega, y reconociéndolo así el almirante Markham, pasó con su buque por delante de la popa del *Formidable* é intimóle la rendición en interés de la humanidad, amenazando con echarle á pique si se resistía. Era la suerte de la guerra, y no hubo más remedio que someterse.

Algunos de nuestros buques habían sufrido grandes averías; el *Bendow* estaba casi á punto de hundirse, y el *Edimburgo* había sufrido los efectos de un torpedo por la proa; pero todos los buques se hallaban formados como antes y así avanzamos hacia los franceses. El incidente más dramático ocurrió en nuestra segunda línea: uno de nuestros buques, el *Polifemo*, había recibido orden de mantenerse fuera de acción, haciendo rumbo á Inglaterra apenas tuviese oportunidad, y su capitán, Mr. Brooke, corriéndose á estribor de la línea del enemigo, en medio del humo, cayó sobre el buque francés más próximo, que contestaba á nuestro fuego. El choque fué terrible, y apenas tuvo el *Polifemo* tiempo suficiente para retirarse; mientras que el buque francés *Almirante Baudin* se hundía rápidamente.

RETIRADA DE LA FLOTA FRANCESA

No parecía que los demás buques enemigos hubieran sufrido tanto como los nuestros, debiéndose esto sin duda á la circunstancia de que el fuego de los franceses había sido, al acercarnos nosotros, más vivo de lo que se esperaba. En cambio, cuando pasamos por delante del enemigo, nuestros cañones más ligeros hicieron destrozos entre los hombres que servían sus piezas. Por otra parte, la maniobra ordenada por el almirante inglés fué inesperada por los franceses y paralizó la acción de sus primeros buques.

La pérdida del *Almirante Baudin* y la de hombres, que fué considerable entre muertos y heridos, había desmoralizado en parte á las tripulaciones; de modo que tres ó cuatro buques se retiraron desde luego de la línea de combate, y hubo por el pronto alguna confusión.

El almirante inglés, entretanto, mantuvo á su flota en dos alas para resistir el ataque de los franceses en caso de que le repitieran; pero se vió que gobernaban al NE., como para seguir el rumbo de Tolón. No fué posible perseguir al enemigo, porque tan pronto se quedaba rezagado un buque como otro, y la obscuridad permitió al adversario ensanchar mucho las distancias que nos separaban.

Tal fué el combate naval que los franceses arriesgaron con la esperanza de caer sobre la escuadrilla anglo-italiana, evitando así toda tentativa contra Argelia. También hubo gran peligro para nosotros, porque éramos numéricamente inferiores; pero gracias á las acertadas maniobras de nuestros almirantes no tuvimos tantas pérdidas como era de temer. Cierto que nos inutilizaron dos buques, pero nosotros apresamos uno y nuestra artillería ligera causó numerosas bajas en el enemigo.

P. S. – Acabo de saber que la verdadera causa de la retirada de la flota francesa se debió á la llegada de un crucero que anunció la aproximación de la escuadra de Argel, que el almirante inglés ya esperaba, aunque aún no tenía conocimiento de ella. También nosotros recibimos noticias de Inglaterra, anunciando que la flota alemana se había reunido con la de Sir Seymour en el golfo de Finlandia. Se ha renunciado á toda idea de un ataque contra Argel, y el almirante Markham marchará á Levante con diez buques de guerra y seis cruceros para dar convoy á las tropas que deben ir al Mar Negro. Después habrá de vigilar á la escuadra rusa en Sebastopol, á fin de evitar todo entorpecimiento á la expedición.

(Continuará)

EL CARNAVAL ROMANO

ANTES Y AHORA

(Conclusión)

Estos eran ya signos de manifiesta decadencia que acentuándose de día en día, auguraban la total desaparición de una fiesta que no tenía razón de ser; los abusos del pueblo retraían cada vez más á las clases elevadas; por otra parte era innecesaria la permisión de que la gente pudiera disfrazarse en ciertos días, cuando todo el año resultaba carnaval. Hay, sin embargo, una razón que explica por qué en Roma ha durado más; siendo uno de los atractivos de esta ciudad, que con razón puede llamarse gran hospedería, todos á porfía procuraron conservarlo para distraer y entretener á los muchos forasteros que venían, con el solo objeto de presenciar las fiestas. Por esto durante la segunda mitad del siglo pasado y en el primer tercio del corriente siguieron todavía las mascaradas, mas poco á poco iban perdiendo el carácter espontáneo que habían tenido en un principio y dejando traslucir por mil signos que eran elementos arbitrados por afán de lucro. En 1748 los pensionados de la Academia de Bellas Artes de Francia hicieron una bellísima, que representaba el viaje del sultán á la Meca, y posteriormente círculos y sociedades idearon otras, siempre ingeniosas, pero sin lograr entusiasmo.

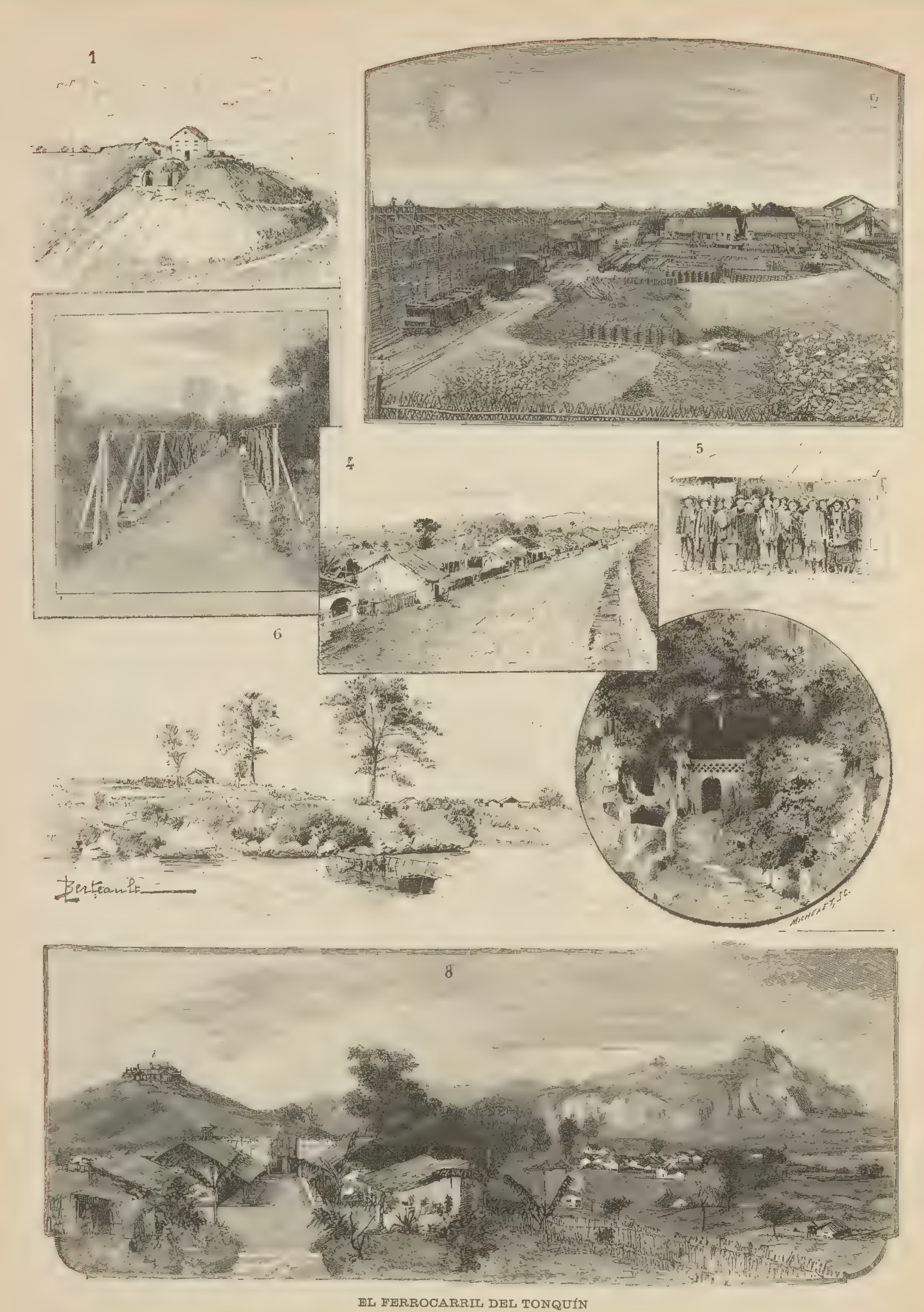
Cuanto hemos dicho se refiere al carnaval público, á las fiestas que se hacían al aire libre, en calles y plazas; mas en Roma había también un carnaval privado: en aquellos días se verificaban grandes fiestas domésticas, bailes y banquetes y representaciones de comedias, que han dejado justa fama, pero que no pocas veces dieron lugar también á desórdenes y crímenes que hicieron necesarias severas prohibiciones: batalladores como sus ascendientes, casi nunca pasaba baile sin riña ú homicidio. En 1635 fué muerto en uno de ellos el caballero Claudio de Maremont, pariente del embajador de Francia, por lo que dieron tormento y desterraron después al genovés Stefano Negrone, supuesto autor del delito, siendo azotada públicamente la dueña de la casa en que tuvo lugar la fiesta; en un banquete se produjo grandísima algazara porque el príncipe Constantino de Polonia se presentó en él acompañando á una amiga íntima suya, de tal clase, que constituía afrenta para las señoras allí reunidas. Ridolfino Venuti de Siena, dando cuenta á un amigo suyo de las fiestas carnavalescas de 1749, habla de varios desórdenes ocurridos en banquetes por si alguno tuvo puesta ó quitada la careta, de señoras despedidas de la salas por su conducta descompuesta, de doncellas que huyeron con sus amantes y de casadas que abandonaron á sus maridos, cosas que parece reservaban hasta los días de carnaval, sin duda porque la bulla y algazara multiplicaba las ocasiones, dando pábulo á la crónica escandalosa para todo el año.

Los cronistas de cuyas correspondencias y diarios hemos citado párrafos que prueban el carácter suntuoso de las fiestas carnavalescas de Roma, hablan también de bailes celebrados en los palacios apostólicos: en la descripción que uno de ellos mandó á la marquesa de Mantua, Isabel de Gonzaga, dándole cuenta de los festejos verificados con ocasión del matrimonio de su hija Leonor con F. M. de la Rovere, sobrino del pontífice Julio II, dice que la fiesta de aquella noche (13 de febrero de 1510) había resultado espléndida y cómo llamó la atención «*il ballare del cardinale Narbona, alla francese.*» En otra carta dirigida á la misma ilustre dama, se lee: «*Questa sera hanno ballato et gli era quatro cardinale che ballavano, come altri nobili vecchi et vescovi. Qui si sta in feste et in balli; ogni giorno si corre palii et il papa vol vedere ogni cosa.*» En vista de todo esto, no es aventurado afirmar que todos contribuían por igual á los festejos: las clases elevadas animaban á las inferiores, y aquellos días eran de continuas diversiones y pasatiempo, lo mismo para la corte y la aristocracia que para el pueblo.

Podríamos hacer larga enumeración de célebres representaciones dramáticas, hechas durante los días de carnaval; pero siendo ya demasiado larga nuestra relación, nos limitaremos á dar cuenta de una, famosa por todos conceptos; por el lugar en que se verificó, por el autor de la obra puesta en escena, por los artistas que hicieron las decoraciones y por el público que la honró con su presencia, gracias á los que resultó completo el cuadro de tal modo, que sería difícil conseguir uno semejante. Todos saben que el papa León X fué tan amante y tan decidido protector de las letras y las artes, que lo absorbieran más de lo que convenía para los negocios eclesiásticos de entonces. En aquella época no existía en Roma ningún sitio á propósito para las representaciones teatrales; interrumpida por algún tiempo la tradición dramática que habían mantenido los *Misterios*, Pomponio Leto y Verardi fueron los primeros que en Roma comenzaron á vivificar el teatro: el primero modernizó algunas comedias de autores clásicos, haciéndolas representar por estudiantes, el segundo hizo un drama alegórico para solemnizar la toma de Granada, pero ambos vieron sus obras representadas acá y allá, en la plaza de los Apóstoles, en el patio de la Cancillería, en el castillo de Sant' Angelo y siempre sobre tablados improvisados con malas cortinas y pocos trajes. El Vaticano fué el primer palacio en que puede decirse hubo un teatro serio y formal, debido á la munificencia del pontífice que siempre supo conservar vivas las gloriosas tradiciones de su familia, coadyuvado por el ingenio de Bramante que lo alzó entre el Belvedere y el apartamiento de los Borgias. Allí cada año tenían lugar representaciones dramáticas, hechas con gran lujo y exquisito cuidado; en 1518 se había representado la *Calandra del cardenal Bibbiena*, el 8 de marzo de 1519, lunes de carnaval, tuvieron lugar fiestas más completas que han dejado mayor fama; Baltasar Peruzzi había pintado el telón, haciendo campear la ridícula figura de fra Mariano Fetti, bufón ó juglar de la corte pontificia, que aparecía jugando con diablos y duendes, y para que no quedara ninguna duda declarábalo la inscripción «*Questi sono li capricci de fra Mariano.*» Rafael había pintado las decoraciones, y nuestros lectores podrán juzgar cómo serían, lamentando, como nosotros, que se hayan perdido aquellos ensayos notabilísimos de la escenografía primitiva, que tanto podrían servir para trazar la historia de este arte, tan adelantado hoy. A tal teatro, tal público: allí estaban aquella noche las personas más notables de la sociedad romana, que han dejado para la posteridad glorioso nombre: se hallaban presentes Cecilia Orsini, casada hacía poco



EL CARNAVAL DE NIZA.- LA BATALLA DE FLORES EN EL PASEO DE LOS INGLESES, dibujo de P. Comba



EL FERROCARRIL DEL TONQUÍN

1. El fuerte Briere de l' Isle. – 2. Phu-Lang Thuong, cabeza de la línea. – 3. Puente sobre el Song-Hoa. – 4. Vista de Lang-Song. – 5 Una estación de los mon. – 6. El Song-Ki-Kung en el sitio en que fueron arrojados los cañones y las cajas de caudales en la retirada á Lang Song. – 7. Las grutas de Ky-Lua. – 8. Estación telegráfica y panorama de Dong-Dang

(De fotografías de M. J. Ferra.)



EL FERROCARRIL DEL TONQUÍN

1. Guardaagujas anamita.—2. Vista de Dong-Dang.—3. Vestigios de las antiguas demarcaciones de la trontera anamita.—4. Murallas y puerta de Tam Quan y camino de Lang-Song á Long-Tcheu.—5. Campo de Long-Tcheu.—6. El Song Ki-Kung en Ban Trich.—7. Panorama de Long Tcheu. (De fotografías de M. J. Ferra.)

con Alberto Pío, que la acompañaba; Isabel Gonzaga, Victoria Colonna, Juana de Aragón, la princesa Marienne, Lucrecia Médici, María Bibbiena y muchas más: entre los hombres descollaban Miguel Angel, más que á nada, atento á la marquesa de Pescara, que lo tiene cautivado; Rafael, á quien incesantemente se vuelve la bella María Bibbiena, queriéndolo cautivar; los cardenales Cibo, Raugoni, Salviati, Cesarini, Bembo y Monte; los embajadores de España, Portugal, Ferrara y Boloña; monseñor Comaro, Luis Canossa, el obispo de Bayeux, Loufranco Spinala y Lippomano; el opulento banquero Agustín Chigi, en cuya *villa* pintó el sublime Urbinate el rapto de Galatea; Julio Romano, Pierin del Vaga, Penni y muchos más artistas y literatos que estaban en auge allí donde valían más los méritos del ingenio que la fortuna y las geneologías. A tal público, tal comedia; y aquella noche tocó el turno á *I Suppositi*, de Ariosto, joya del teatro italiano, tal vez un poco libre, pero bella siempre.

La parte más divertida del espectáculo, no fué ciertamente la comedia con que tanto habían reído; el programa anunciaba como fin de fiesta una *moresca*, especie de sainete con baile y pantomima; ninguno sabía cuál había de ser, el pontífice les reservaba una sorpresa. La noche antes se había representado la comedia de un pobre fraile; cuál fuera la obra no lo sabemos, es cierto sólo que no gustó, que el público salió aburrido; y el pontífice, disgustado, sin duda para escarmiento de malos autores y para resarcir á los concurrentes del mal rato que les había hecho pasar, dispuso que fuera protagonista en la *moresca* el desgraciado fraile que, descuidando su breviario, no supo aprovechar las buenas lecciones de Terencio y Plauto, que tanto sirvieron á Bibbiena, Ariosto y otros. Y lo fué en modo triste: más expresivos que los términos que podríamos emplear, nos parecen los del embajador de Ferrara, Alfonso Paolucci, que dando cuenta del caso á su señor le decía: «*Il papa in cambio di Moresca fece balciar questo bon frate sopra una coltra, et dete una gran panciata sopra il tabulato della sena. Dipoi li fece tagliar tute le strenghe intorno, et tirar le calcie a li calcagni, et il bon frate ne morsicó di quelli palafranieri tre o quatro de mala sorte et fu necessitato tandem a montar a cavallo, et con le mane li furono date tante sculaciate, che siccomo me referto, li sono bisognate molte ventose, et su la schena et su le chiape, et stassi in lecto et non bene.*»

Si los riesgos de las representaciones desgraciadas fueran hoy los mismos, nuestros autores no se aventurarían: el ejemplo del buen fraile, como lo llama el embajador de Ferrara, les haría ser cautos, porque príncipes como León X no habían de faltar.

El carnaval terminaba con el fuego *dei Moccoletti*; el miércoles por la noche, al sonar el *Avemaría*, un cañonazo anunciaba que había concluído; toda bulla y algazara debía cesar, se acercaba el primer día de cuaresma, época de recogimiento y devoción para la que todos habían hecho méritos, dado que en aquel tiempo ninguno dejaba de divertirse. Sonada la señal todos encendían una vela pequeña y corrían apresuradamente de acá para allá, procurando uno apagar la del otro, hasta que un nuevo aviso de la boca de bronce advertía que la multitud debía dejar libre el Corso, que cada cual debía retirarse á su casa. Aventuraron algunos que el Moccoletto se encendía para acompañar el entierro del carnaval que había muerto; mas esto es una pura fantasía, inventada sin duda para disfrazar una costumbre pagana, que como todas, pasó al carnaval cristiano. Sería curiosa la historia de todas las transformaciones por que ha pasado; ella nos llevaría seguramente á ceremonias paganas, y en esta del Mocoletto hay que ver una reminiscencia de las prácticas con que se honraba y daba culto á Baco Nictolio. Los gentiles que lo adoraban corrían presurosos por la noche al templo, cada mujer se convertía en bacante, todos los hombres en faunos, y debía ser verdaderamente fantástico el espectáculo de aquella multitud, alegre por el vino, que se consumía en abundancia, agitando locamente las antorchas, procurando apagárselas mutuamente quién sabe con qué intención y para qué objeto.

. . . .

Así era el carnaval de entonces, que alcanzó tan justo nombre y que provocaba grandísima afluencia de gentes á la Ciudad Eterna. ¡Cómo han cambiado las cosas! ¡Qué desengaño tan grande sufren los extranjeros que llegan, creídos que, como en otro tiempo, las fiestas se suceden á las fiestas y que son muchas las mascaradas vistosas y los juegos y los bailes! Cansados de la eterna mascarada que es nuestra vida en la sociedad presente, cuando llegan los días tan aguardados antes para disfrazarse, todos permanecerían tranquilos, pero el comercio no puede descuidar ninguno de los elementos que le reportan ganancia: de aquí el movimiento inusitado de sociedades, juntas y comités, que se organizan para activar el carnaval; de aquí los elegantes y aun artísticos pasquines que tapizan los muros en mil partes, anunciando fiestas magníficas, bailes, mascaradas, que llegado el momento quedan reducidos á muy poca cosa.

Ya no hay carreras: el alma noble, grande y generosa de Pío IX prohibió que se hicieran de hebreos, y estos infelices pudieron quedar tranquilos, mucho más desde que el gobierno italiano, implantando en los antiguos Estados pontificios la legislación común del reino, los hizo considerar como á los demás ciudadanos: las de caballos fueron suprimidas en 1874, para evitar las muchas desgracias que ocurrían todos los años: las flores y confites han encarecido, y los días señalados para arrojarlos no se ven más que macillos formados con tronchos recubiertos con alguna que otra florecilla del campo y bolitas de yeso, que cayendo sobre los transeuntes ciegan al deshacerse y manchan el traje. Dividida la aristocracia en dos bandos, unos arruinados, otros no enriquecidos aún, los bailes particulares son escasísimos y, como en los públicos, la entrada al más caro cuesta dos pesetas y media, la aglomeración de gentes es tan grande que no se puede dar un paso en ellos, y revueltas todas las clases, cada cual manifiesta sus instintos, domados ó no por la educación, de donde resulta que no pocas veces las cañas se vuelven lanzas.

Las mascaradas son desfiles de teatro que se ven todo el año y que por tanto no llaman la atención; de modo que el antiguo carnaval murió, uno moderno no se ha inventado todavía y Roma, que ha ganado mucho desde un punto de vista, ha perdido la justa reputación de sus fiestas.

A. FERNÁNDEZ MERINO

NUESTROS GRABADOS

La estrella de Belén, cuadro de Mariana Stokes. – Un tiempo hubo en que los asuntos religiosos eran tratados por los artistas con tan extremado misticismo, que en tales cuadros el elemento humano entraba, por decirlo así, en la menor cantidad posible: hoy, por el contrario, pocos son los pintores que al trasladar al lienzo algunas figuras ó escenas de nuestra religión saben desprenderse de toda influencia terrena y abstraerse hasta el punto de que sus creaciones resulten verdaderas idealidades. El espíritu de las distintas épocas, el influjo de las tendencias artísticas en cada una de ellas dominantes y otra porción de concausas, psíquicas unas, técnicas otras, han traído este cambio radical en la pintura religiosa. Sin entrar en discusiones acerca de cuál de esas dos escuelas merece preferencia, diremos únicamente que dentro del procedimiento moderno no han dejado de producirse valiosas joyas artísticas, pudiendo incluirse en el número de ellas el cuadro de Mariana Stokes, cuyas dos figuras se nos presentan habilísimamente trazadas y con intensidad sentidas, y son, como concepción, un dechado de delicadas bellezas y, como ejecución, modelo de sobriedad y de naturalismo de buena ley.

***

El carnaval de Niza. La batalla de flores en el Paseo de los Ingleses, dibujo de P. Comba. – En el número 214 de *El Salón de la Moda*, correspondiente al 7 de los corrientes, habrán leído nuestros suscriptores la interesante revista consagrada al carnaval de Niza, en la cual se describe, entre otras, la fiesta llamada batalla de flores, la más hermosa sin duda de cuantas se celebran en aquella aristocrática población, donde durante el invierno se congregan las familias más ilustres de Francia y del extranjero. Lo que en aquella revista se dice hace ociosa ahora la descripción del grabado que publicamos y que permite formarse una idea de esa fiesta, en la cual la colonia de forasteros residentes en Niza despliega notable ingenio en el adorno de los carruajes y derrocha verdaderas fortunas en la compra de flores que sirven de proyectiles en tan singular combate.

***

El ferrocarril del Tonquín. – Este ferrocarril, uno de cuyos trayectos se ha inaugurado recientemente, pone en comunicación á Phu-Lang-Thuong con la frontera franco china. El trozo actualmente en explotación tiene una extensión de 16 kilómetros y va de Phu-Lang-Thuong á Kep: desde este punto á Bac-Le la vía está en construcción y el resto es todavía objeto de los estudios preparatorios. Esta línea, cuya longitud total será de 116 kilómetros, tiene gran importancia desde el punto de vista mercantil, pues su cabeza se comunica rápida y fácilmente con Hai-Phong, el primer puerto de mar del Tonquín, y su otro extremo está situado en la orilla izquierda del Song-Ki-Kung, tributario del río Cantón, que es la llave del comercio con China. El ferrocarril cruza por una multitud de paisajes pintorescos: Phu-Lang Thuong, cabeza de línea y puerto fluvial interior, llegará á ser el gran depósito de mercancías de la parte montañosa del Tonquín; el torrente del Song-Hoa, sobre el cual se construirá un puente á 20 metros sobre el nivel del agua y que hoy se atraviesa por medio de un puente provisional del sistema Eiffel; Thanh-Moi, llave de los grandes caminos que conducen á Lang Song, situada en pleno territorio Tho, población aborígena amiga de Francia, que habita en grutas y cuya preocupación constante es ocultarse para evitar que le tomen rehenes; el fuerte Briere de l'Isle, construído en la cumbre de una colina y destinado á vigilar y prevenir cualquiera incursión de los chinos en territorio francés, y finalmente Lang-Song, residencia de una comandancia militar regional y de un gobierno de provincia indígena. El Song-Ki-Kung, sobre cuya orilla izquierda está emplazada Lang-Song, sigue hasta Ban-Trich y Long-Tcheu, donde forma con el Cao-Bang el famoso río del Oeste que atraviesa la China meridional para precipitarse en el mar en Cantón Desde Lang-Song, el camino se prolonga por Dong-Dang y Ky-Lua: Dong-Dang, aldea de 300 habitantes, situada á tres kilómetros de la puerta y murallas de Nam-Quan, en plena frontera, es el centro de un primer mercado importante; Ky-Lua es una población célebre en los fastos de la conquista francesa para llegar á la cual es preciso atravesar el Song-Ki-Kung en el sitio mismo en que durante la retirada del general Negvier fueron arrojados los cañones y las cajas de caudales. En Ky-Lua son notables las admirables grutas consagradas al culto budista y convertidas en templos. A 72 kilómetros de Dong-Dang se encuentra That-Que, gran depósito comercial del Norte, y más allá, fuera ya del protectorado francés, Long-Tcheu, ciudad importante, de 25 ó 30.000 almas, considerable centro militar, mercado de primer orden y población industrial. Tales son los principales sitios que recorrerá el ferrocarril tonquinés ó que sentirán la beneficiosa influencia de este camino de hierro destinado á completar la obra civilizadora de los franceses en el delta del Tonquín.

***

D. Francisco Vidal y Careta y D. Francisco de Francisco y Díaz, autores de la música y de la letra respectivamente de la ópera «Cristóbal Colón» – Hace poco tiempo publicaron algunos periódicos la noticia de que dos compatriotas nuestros peninsulares, residentes en la Habana, habían compuesto una ópera titulada *Cristóbal Colón*. Esta noticia, recibida en un principio como una de tantas, fué adquiriendo rápidamente mayores proporciones y el hecho á que se refería ha acabado por constituir un verdadero acontecimiento artístico á juzgar por lo que acerca de él han escrito los más reputados é imparciales críticos de la prensa habanera.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, fiel á sus propósitos de consagrar su atención á cuanto significa un progreso ó una nueva y valiosa conquista en el terreno de las Bellas Artes, se complace en publicar los retratos de los autores de la ópera y algunos datos biográficos de los mismos y en dar algunos detalles acerca de su obra.

D. Francisco Vidal y Careta, autor de la música, nació en Barcelona en 1861 y desde la edad de cinco años dedicóse al estudio del piano, recibiendo lecciones sucesivamente de su padre, del maestro Querol, de Sabater, de Rachel y por último del eminente pianista y compositor D. Juan Bautista Pujol, en uno de cuyos concursos, el de 1877, obtuvo el primer premio. Al par de la música estudiaba el Sr. Vidal la carrera de medicina, que terminó en 1880, trasladándose entonces á Madrid, en donde en cinco años obtuvo el grado de doctor en medicina y de licenciado y doctor en Ciencias naturales. En 1885 ganó por oposición la cátedra de Paleontología estratigráfica de la Universidad de la Habana, que desde entonces viene desempeñando sin desatender por esto sus aficiones musicales, como lo prueban las numerosas piezas y bocetos de opera que tiene compuestos y sobre todo la partitura de *Cristóbal Colón* que de un salto le coloca en el número de compositores celebrados de alto vuelo.

D. Francisco de Francisco y Díaz, autor de la letra, nació en Ocaña (Toledo) en 1862, trasladándose á los pocos años á la Habana, adonde había sido destinado su padre, bizarro oficial de nuestro ejército. El joven de Francisco ingresó en la Academia Militar de aquella ciudad, saliendo de ella después de los cursos reglamentarios con el empleo de teniente de caballería. Siguió luego la carrera de derecho, obteniendo brillantes notas y numerosos premios y los títulos de licenciado y doctor, y no contento con ello licencióse y doctoróse en la facultad de Ciencias, sección de Naturales y alcanzó los títulos de perito y profesor mercantil y de perito químico. Ha publicado en importantes revistas notables trabajos y es autor de dos dramas y de varios estudios sobre asuntos históricos, militares, jurídicos y científicos. Ha sido catedrático supernumerario de Ciencias de la Universidad de la Habana, catedrático numerario de la Escuela de Artes y Oficios y juez municipal, y actualmente es fiscal en aquella Audiencia: la enumeración de otros no menos importantes títulos y cargos honoríficos que posee y desempeña nos llevaría demasiado lejos.

El argumento de la ópera *Cristóbal Colón*, cuyo libreto actualmente se está imprimiendo en castellano, italiano é inglés, es grandioso y se desenvuelve dentro de la verdad histórica, aparte de algún episodio que las exigencias de una obra teatral hace indispensable: abunda en situaciones dramáticas de gran efecto y se presta á grande y rico aparato escénico.

La música, según unánimemente reconocen todos los periódicos de la Habana, tiene originalidad é inspiración y demuestra conocimento de la técnica y de los recursos musicales. Entre los números que contiene cítanse como más sobresalientes una conmovedora *Avemaría*, un grandioso concertante, un hermoso brindis, una sentida aria, una delicada serenata y una originalísima danza de las flores. Para terminar este ligero análisis copiaremos las siguientes líneas que firmadas por el distinguido crítico *El conde Fabián* publicó *La Lucha*, uno de los periódicos de mayor circulación y respetabilidad de la capital de la isla de Cuba: «Obsérvase que el autor sigue la escuela italiana y que, inconscientemente tal vez, le inspira Verdi. Hay en *Cristóbal Colón*, empero, originalidad, una fuerza propia, vigor, riqueza melódica y lo que llamaría Clement ciencia del timbre.»

Y téngase en cuenta que cuantos hasta ahora han emitido sus juicios han tenido que partir solamente de la impresión producida por una audición al piano, lo cual permite suponer que la partitura del Sr. Vidal resultará todavía más perfecta cuando haya sido instrumentada.

Desde nuestras columnas felicitamos con entusiasmo á nuestros compatriotas y hacemos votos fervientes por que al celebrarse en Chicago el cuarto centenario del descubrimiento de América sea una de las solemnidades de aquella fiesta internacional el estreno de una opera en la que el genio de dos jóvenes españoles ha vertido su inspiración y su entusiasmo para conmemorar el hecho más grande de la historia de su patria y el de más trascendental importancia para la historia del mundo entero.

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

LIBRO PRIMERO

I

Al llegar á la estación de Attigne, el coronel Francœur se apeó de un coche de primera causando en los empleados no poca admiración su elevada estatura, su ancho pecho y su aspecto de gigante bonachón, con su traje de paisano y adornado el ojal de la levita con la roseta encarnada. Tenía cabeza de lorenés, grande y angulosa, ojos azules con gruesos párpados, enorme mostacho rubio y tal expresión de ruda autoridad, que desmentía por otra parte cierto no sé qué de sencillo y bueno.

Saltando de uno de los coches de tercera, acudió al momento un diablo de ordenanza flacucho y zanquilargo, que vestía librea azul.

– Juan, díjole el coronel, ¡no nos esperan! Culpa mía es por haberme olvidado de poner el telegrama que ahora encuentro en el bolsillo del pardesú.

Allí estaba, en efecto, desde la víspera sin que el coronel se explicase cómo se había quedado allí cuando creía haberlo llevado él mismo á la oficina del telégrafo.

Y como el ordenanza permaneciera inmóvil, con la mano en la visera de la gorra, añadió:

– Arréglate como quieras; yo voy á pie.

– ¡Muy bien, mi coronel!

El jefe de la estación, que había oído el diálogo, descubrióse y preguntó respetuosamente:

– ¿Al castillo de Luzerme?

Y sin esperar contestación, añadió:

– Voy á enviar inmediatamente el equipaje que los mozos de la estación se encargarán de conducir.

Después, como para que se viese que sabía con quién estaba hablando, dijo:

– Todos estos últimos días le han esperado á usted, señor conde.

Un ruidoso aullido le desconcertó; un perro enorme, de pelaje leonado y blancos colmillos, saltando fuera de la perrera, precipitábase hacia el coronel, ladrando alegremente.

– ¡Aquí, Tigiale!, gritó el coronel; y acercándose á la puerta de salida, preguntó cuál era el camino más corto. El jefe de la estación apresuróse á indicárselo, extendiendo el brazo y dando minuciosas explicaciones.

En aquel momento, un viajero que había estado escuchando, mientras se dirigía lentamente hacia su tílburi inglés, que un *groom* custodiaba, volvió la cabeza y dijo, descubriéndose respetuoso:

– ¡Mil perdones! Si yo osase..... Soy Jugaud, vecino y compañero de caza del señor vizconde de Francœur, y como precisamente esta tarde tendré el gusto de comer en el castillo, si me fuera permitido ofrecer á usted un sitio en mi coche.....

Joven, moreno, de cabello corto y recio, ojos encarnados y prominente mandíbula. Jugaud tenía cierta expresión de suficiencia y un aire algo tonto cuando sonreía.

– Gracias, caballero, contestó el coronel, mirando de pies á cabeza al desconocido y á su pequeño la cayo, y fijando después la vista en el minúsculo vehículo y en las maletas que en él acumulaban; temo molestar á usted, y por otra parte, no me disgustará andar un poco.

Y después de dirigir algunas palabras corteses al joven y al empleado, saludóles y se internó, precedido por su perro que á más y mejor corría por el atajo á cuyos lados crecían hermosos rosales silvestres.

La campiña extendíase desierta ante sus ojos, sin un soplo de aire, y sumida en ese silencio singular que causa extrañeza á los que llegan á ella acostumbrados al ruido de las ciudades. Los repliegues del terreno, parduscos y amarillentos, formaban diminutos vallecitos; el sol de las cuatro de la tarde difundía sus rayos cálidos de color cobrizo, y los árboles de los bosques destacábanse en lontananza, mientras que los campos floridos, los altos montones de paja, los caminos flanqueados de manzanos y el ruido del agua que en multitud de sitios corría atestiguaban la fertilidad de aquel territorio de las Ardenas. El grito de la codorniz resonaba entre los matorrales, el cielo de agosto tenía un color azul puro y en varios sitios agrupábanse algunas nubes blancas, al paso que otras muy pequeñas se elevaban hacia Poniente franjeadas de una línea de oro.

El coronel Francœur, hombre de alma cándida, se penetró, si no de la belleza, por lo menos de la dulzura de aquel paisaje, creyendo reconocer su Lorena, á la cual profesaba un cariño infantil porque había nacido en ella y un culto de soldado por haberla mutilado el enemigo.

De su padre, muerto hacía largo tiempo y que fué uno de los grandes propietarios de los alrededores de Toul, había heredado un religioso respeto hacia el terruño, y todo cuanto éste producía de bueno y nutritivo para hombres y animales le enternecía vivamente. También recordaba sus alegrías de muchacho, cuando le dejaban libre en el huerto y en el inmenso jardín donde se embriagaba de aire y de luz, y cuando se escapaba para ir, á la cabeza de los galopines del pueblo, á coger nueces ó á darse de mojicones con los chicos más crecidos de la vecina aldea. Al pensar en todo esto, conmovíale aún más la naturaleza, y en las grandes maniobras prohibía severamente á sus coraceros el merodeo de fruta y el menor destrozo en los campos.



La campiña extendíase desierta ante sus ojos

Aquella campiña desconocida, á través de la cual avanzaba á buen paso, producíale un inmenso bienestar, comunicándole alegría y vigor; aspiraba á plenos pulmones el aire sano y perfumado de miel, del que se exhalaba una frescura de hierba; cogía algún tallo verde en los arbustos, le mordiscaba, y saboreaba el gusto amargo de la savia. El guarda de campo le saludó al paso; después vió una anciana doblegada bajo el peso de un costal de patatas, y se alegró de estos encuentros. Entonces recordó caras olvidadas de los arrendatarios y campesinos del tiempo de su padre, y sintió impresiones que le parecieron nuevas después de veinticinco años de servicio militar.

Su insólita libertad, los tres meses de licencia que á instancias de su hermano había consentido en pedir, le llenaban de alegría, y él, tan prendado y celoso de su regimiento, pensó sin pesar que durante aquellos tres meses no tendría que concurrir á la revista de la mañana y que el teniente coronel le reemplazaría en su cargo. Por primera vez el rostro de sus oficiales, el cuartel, las revistas, los numerosos detalles de su mando, las calles y los habitantes de Verdún, donde estaba de guarnición, fueron para él cosas indiferentes, y no pensó más que en el placer de ver de nuevo á su hermano y trabar más amplio conocimiento con su cuñada.

Apenas los había abrazado algunos meses antes á su regreso de la Martinica, al cabo de una ausencia de ocho años. El género de vida, por otra parte, y la diferencia de edad habían mantenido siempre lejos uno de otro á los dos hermanos, que no por eso dejaban de profesarse entrañable cariño. Y he aquí por qué, después de tan larga separación era para ellos una alegría imprevista reunirse aquel año en casa de los Fabvier, suegros de Marcos, ricos criollos que, proponiéndose vivir en Francia, habían comprado el castillo de Luzerme, á tres horas de Givet, para pasar allí los veranos.

El coronel llegaba á un camino que cruzaba por entre campos de remolacha; el lindero de un fresco bosque proyectaba un margen de sombra, y sobre un riachuelo en cuyas orillas ondulaban como serpientes hierbas acuáticas, arqueábase un puentecillo alquitranado. Muy pronto vió destacarse el campanario de una iglesia y tejados parduscos; un sendero se prolongaba por debajo de algunos sauces, y era un atajo que conducía á la finca de los Fabvier. Tigiale, jadeante y con la lengua fuera, iba detrás de su amo. El señor de Francœur, que le profesaba mucho cariño, acarícióle con bondad, y contento porque se acercaba al castillo sonrió, pensando en aquel telegrama olvidado en su bolsillo, que le permitía presentarse sin ser esperado y sorprender á aquella gente.

Sin embargo, un pensamiento más serio se mezclaba con su satisfacción: era ese recuerdo reflexivo del pasado que la edad madura evoca con frecuencia; ese vago pesar por la juventud pasada y el tiempo que fué, y también el sentimiento de cuanto ha habido de incompleto, inoportuno y estéril para los suyos ó para sí propio hasta en las existencias menos dignas de compasión.

En el sendero resonó de pronto una campanilla

como las que llevan las vacas, y un momento después apareció un monaguillo, con la cruz alta, precedido de un anciano sacerdote, que con la estola al cuello y el santo copón en la diestra, apresuraba el paso para llevar el Viático á un moribundo. Saludó, cerrando los ojos, al Sr. de Francœur, que estaba inclinado y descubierto; el monaguillo se volvió para admirar el perro, y los dos desaparecieron después entre los sauces.

Este encuentro causó cierta melancolía en el corazón del coronel, que se sintió invadido por profunda tristeza, recordando á su madre: ésta, que había muerto el año anterior, vivía con él, gobernaba su casa y al desaparecer había dejado un gran vacío. No se consolaba de aquella pérdida, primeramente por culto filial, y después porque le hacía sentir cruelmente el peso de su soledad desamparada y de su fría vida de solterón. Este pesar, que no le abandonaba hacía más de quince meses, recrudeciósele entonces y se tradujo por una ligera tos seca, muy significativa en el coronel en los casos de apuro ó de emoción y bien conocida de sus oficiales.

Mas por un esfuerzo de virilidad desechó estos recuerdos irguiendo su busto de verdadero militar, y su corazón y su afecto refluyeron naturalmente hacia aquellos á quienes iba á ver de nuevo.

Se los representó en el pasado, en la gracia de su juventud, tales como eran al contraer matrimonio: su cuñada, oriunda de la Martinica, viuda joven, de rostro pálido y admirables ojos negros, y su hermano Marcos, con su grave y discreta elegancia de agregado de embajada. Aquella visión, que había conservado durante su ausencia, subsistía en él, por más que Marcos hubiese renunciado á la diplomacia hacía largo tiempo y á pesar de la evidente transformación que ocho años de matrimonio y la vida de molicie en las colonias debían haber operado en ellos. – ¡Ocho años ya! ¡Cómo avanzaba el tiempo!

Cierto temor de envejecer le hizo fijar la atención en sí mismo: su fuerza le tranquilizó; no estaba nunca enfermo; la agilidad de sus movimientos armonizaba con su contextura de atleta; no engordaba; sus formas se mantenían en la debida proporción, gracias al ejercicio diario, y conservaba esa segunda juventud de los hombres que no han abusado de la primera. Su fuerza, de que tan orgulloso estaba y que le había conquistado no poca fama en el ejército, no había disminuído en nada, manteníase entera como una reserva para el porvenir.

A su izquierda aparecieron de pronto las paredes de un parque, que en vez de fragmentos de vidrio ostentaban en lo alto una capa de musgo amarillento, sembrada de campanillas azules. A las paredes sucedió una empalizada, cuyas puntas ocultábanse bajo una bóveda de capuchinas y de guisantes de olor y detrás de la cual se extendía un pequeño prado oval, cubierto de fino césped inglés, entre cuatro ángulos formados por otros tantos macizos de acacias blancas y de ébanos amarillos, que sombreado por obscuros tejos servía de cuadro al enarenado camino que al castillo conducía. En medio de un grupo de tilos alzábase el edificio de ladrillos rojos, esbelto, con tejado de pizarra y cuatro torrecillas laterales, reflejándose en un estanque, que más pequeñas y confusas é invertidas reproducía sus formas entre las verdes sombras de las copas de los árboles. El conjunto tenía cierto aire lujoso y de buen gusto; ofrecía un aspecto de felicidad.

Una verja de puntiagudos barrotes estaba entreabierta; por ella penetró el coronel.

II

El Sr. de Francœur se sintió como en su propia casa, dominado desde el primer momento por la simpatía que á menudo inspiran los objetos.

Por todas partes le rodeaban rosas en completa florescencia; rosas de color de rosa, encarnadas, de color granate y amarillas, que esparcían un aroma embriagador y á cuyo lado crecían heliotropos que exhalaban su penetrante perfume. Aspirábase allí esa esencia que flota en el tocador y que de la mujer se desprende, esa impresión suave, tal vez demasiado voluptuosa, ese incienso ligeramente sensual de bienvenida que al Sr. de Francœur le pareció en extremo dulce: tanto le enternecía la emoción al sentirse cerca de los suyos.

Miraba á su alrededor, esperando que se le apareciese alguien, su hermano ó su cuñada, al revolver de un sendero, y de antemano se imaginaba su regocijo. Tal vez se levantaría la cortinilla de alguna ventana; unos ojos amigos le reconocerían y correrían á su encuentro. Cuanto más avanzaba mezclábase más con su esperanza esa vaga inquietud que precede al momento en que se ha de volver á ver á seres queridos y en la que hay á la vez impaciencia y duda, cual si se temiese alguna decepción, como por ejemplo, hallar ausentes ó enfermos á aquellos cuya presencia se desea. Esta idea le contristó, no porque el Sr. de Francœur fuese impresionable y nervioso, sino porque dentro de aquel cuerpo vigoroso se encerraba un corazón todo bondad y ternura.

Por esto en medio del silencio y del vacío de aquella extensa propiedad comenzó á sentirse fuera de su centro, al pensar que no le esperaban, y un poco de esa timidez que á veces experimentan los más audaces le hizo acortar el paso y seguir un sendero lateral, porque las ventanas de la casa con sus ojos de cristal le molestaban.

El aire puro difundía á lo lejos esos sonidos que indican el movimiento y la vida: percibíase el rumor producido por una arrastradera al nivelar la arena de un sendero y el ruido de las ruedas de un coche que entraba en la cuadra, y de repente, detrás de una espesura hacia la cual saltaba Tigiale, apareció un vestido blanco y se oyó un grito de temor. El coronel se precipitó hacia aquel sitio, y al verle, una hermosa joven de elevada estatura, á quien la irrupción del perro había sobrecogido, dejó caer en su sobresalto un enorme manojo de rosas que acababa de cortar y tenía en sus brazos. Las flores se diseminaron á los pies de la joven que, confusa y ruborizada, con la boca entreabierta y una expresión de espanto en sus ojos, asemejábase á la diosa del Pudor sorprendida de improviso.

El Sr. de Francœur balbució algunas excusas, que la joven en su turbación apenas oía, é inclinándose presuroso comenzó á recoger las rosas esparcidas por el suelo.

– ¡Caballero, dijo la joven, no se moleste usted!

La que esto decía llevaba unos zapatitos de cuero amarillo con hebillas muy finas, y el coronel lo observó involuntariamente. La joven se había inclinado para ayudarle, y los dos, un poco demasiado próximos, se pinchaban repetidamente las manos con las espinas, pronunciando palabras sin ilación y cometiendo esas leves torpezas, no sin encanto, que se observan en ligeros incidentes más ó menos ridículos de la vida.

– Dispense usted, caballero, y gracias, dijo la joven, incorporándose.

Y con una sonrisa de excusa, un poco desmentida por el vivo movimiento de párpados y las palpitaciones de su seno, añadió:

– ¡Qué tonta he sido en atemorizarme por este buen perro!

Al decir esto, contemplaba á Tigiale con la simpatía, algo recelosa, que inspiraban sus ojos rojizos, su corpulencia y sus colmillos de lobo; mas el «buen perro,» poco seguro á su vez, observaba con suma atención los ademanes de su amo, cuyo rostro distaba mucho de expresar bondad; y cuando le vió sacar del bolsillo un pequeño látigo de cuero blando, comenzó á temblar de pies á cabeza.

– ¡Oh, caballero, no le castigue!, exclamó la joven.

– Por consideración á usted, señorita, no le doy su merecido, repuso con gravedad el coronel.

Y poniendo el látigo en la boca del perro, le ordenó que lo depositara á los pies de la joven, lo cual hizo Tigiale con el cuerpo tan agachado, que su vientre tocaba al suelo.

– ¡Pobre animal!, exclamó aquélla. ¡No, ya se ve que no es malo! Sin duda quería retozar un poco, ¿no es verdad, hermoso perro?, añadió. ¿Cómo te llaman?

Y prodigábale caricias, mientras que el can lamía humildemente la punta de sus zapatitos amarillos. Gracias á Tigiale, los dos actores de esta escena imprevista recobraban su aplomo, con la curiosidad de conocerse; así es que el coronel contestó á la pregunta de su interlocutora, diciendo:

– Mi perro, señorita, se llama Tigiale, y yo soy el conde de Francœur.

La joven le dirigió una rápida mirada de asombro y de alegría, exclamando:

– ¡Oh, qué contentos van á estar!

Y el coronel, complacido también de la juventud y de la vida luminosa que su interlocutora difundía y curioso por saber su nombre, aunque sin atreverse á preguntarle, repuso:

– ¿Cómo siguen?

– ¡Oh, muy bien, caballero! Precisamente Lilia acaba de entrar con sus padres; he oído el coche en que han venido.

– ¿Y mi hermano?

– Le encontrará usted en el terrado con la baronesa de Brettes, la señora de Jumiege y mi tía.

– ¿Su tía? ¿Tengo, pues, el honor de hablar con la señorita de Kerjuzan?

– Sí, caballero, contestó la joven ruborizándose un poco.

Aquellas señoras que él no conocía eran primas de Lilia, que habían regresado de la Martinica con los Fabvier é iban á pasar el verano en el castillo. El coronel no ignoraba esto, pero lo había olvidado y aún le quedaba una duda.

– ¿No tiene usted una hermana muy joven, señorita?, preguntó:

– No, caballero, contestó la interpelada, mirándole con curiosidad. ¿Por qué?

– Mi hermano me escribió... Yo creía... ¿Quién es, pues, esa señorita Ivelina que no cuenta todavía diez y seis años?

– Yo soy, caballero...

Y al decir esto, sus mejillas tomaron el color de las rosas que tenía en las manos. Su pudor virginal se turbaba siempre ante la admiración involuntaria y lisonjera que se manifestaba al verla ya mujer, desarrollada como á los veinte años, gracias á su origen criollo, bajo aquel sol de las colonias que hace brotar flores de gran tamaño y madura precozmente los frutos.

– ¡Oh! Dispense usted señorita, dijo el coronel con expresión de profundo respeto.

Ahora se explicaba la belleza de su color pálido, admirando la negra trenza de su cabello; y su aspecto vaporoso de virgen, con el vestido flotante, parecíale, en su libre ingenuidad, lleno de sencillez y de nobleza. Sorprendíale sobre todo por lo natural, por la expresión de candidez que raras veces había observado en las jóvenes de la alta sociedad y por sus ojos transparentes como los de un niño. El ramo de flores que tenía en los brazos exhalaba un perfume suave y penetrante; hubiérase dicho que Ivelina se llevaba consigo todo el jardín.

– ¡Qué rosas tan magníficas lleva usted!, exclamó el coronel con una admiración que no por referirse á las flores dejaba de comprender á la joven.

– ¡Le agradan tanto á la señora de Francœur!, contestó la señorita de Kerjuzan con cierta reserva.

– Pero se ha pinchado usted, añadió el coronel, fijando su atención en un punto de sangre, como una cabeza de alfiler, que veía en su mano.

– ¡Oh! No es nada, contestó la joven en voz muy baja.

Y como llegasen, dirigiéndose al castillo, á una plataforma de grava donde había varios invernaderos en cuyos cristales se reflejaban los rayos del sol poniente, atravesando entre grandes cajones con naranjos, la joven inclinó ligeramente la cabeza diciendo:

– Allí, al final de esta avenida encontrará usted el terrado, caballero.

– Mil gracias, señorita, contestó el coronel, saludándola respetuosamente mientras se alejaba.

Este breve encuentro dejó en el Sr. de Francœur el encanto de la sorpresa, y aún creía percibir en el aire una estela odorífera. La gracia de aquel bello rostro le pareció un feliz presagio de su llegada, y buscaba con los ojos á su hermano para abrazarle. ¿Quién de ellos vería primero al otro?

III

No fué por cierto Marcos, que estaba de espalda, jugando al volante con dos señoras colocadas frente á él y enviándose mutuamente unas como blancas avecillas que parecían revolotear entre los jugadores. El Sr. de Francœur fué visto muy pronto; Marcos se volvió, y levantando los brazos alegremente, corrió hacia él. Hubo una ligera vacilación, hija de la cortedad de abrazarse delante de testigos; pero venció el cariño y se abrazaron estrechamente.

– ¡Qué grata sorpresa!, exclamó Marcos. ¿Por qué no has avisado?

Y sin esperar explicación, añadió:

– Permíteme que ante todo te presente á estas señoras.

El coronel se inclinó, y las damas sonrieron. La baronesa de Brettes, pequeña y rubia, con la nariz remangada y ojos de un color azul muy pálido, tenía cierta expresión burlona y atrevida. La señora de Jumiege, ni linda ni joven, pero de formas muy agraciadas, vestía con elegancia.

– He interrumpido vuestra partida, dijo el coronel, mostrando cierto sentimiento de cortesía.

En efecto, parecíale haberlos molestado; pero ninguno manifestaba enojo y todos seguían sonriendo. Sin embargo, su llegada había roto el frágil lazo que une á los seres en sociedad, y aunque Marcos parecía estar muy contento, su alegría no se traducía en expresivas demostraciones de afecto.

– ¿Has visto á Lilia y á mis suegros?, preguntó.

– A nadie, pues acabo de llegar, repuso el coronel.

Y siguió la mirada de Marcos que se dirigía instintivamente á la baronesa de Brettes, la cual se había acercado á una mesa, donde se veía una bandeja, vino de Jerez y hielo.

– ¿Quiere usted beber, conde?, preguntó la dama familiarmente.

El coronel dió las gracias.

– Entonces nos vamos á interrumpir la partida de billar que con aquellos caballeros está jugando su esposo de usted, dijo sonriendo la baronesa á la señora de Jumiege, en compañía de la cual desapareció.

Marcos las vió alejarse, y después volvióse hacia su hermano; su fisonomía había cambiado completamente; en aquel momento era el verdadero Marcos, sin la obsequiosa sonrisa mundana del hombre delante de la mujer, el Marcos franco y libre, con su risueña ligereza y su gracia cariñosa.

– ¡Ven, dijo á su hermano, ven pronto!

Y apresuró el paso, sin fijar la atención, al parecer, en dos señoras ancianas que salían de uno de los invernaderos bastante lejano.

– Es la señora de Kerjuzan, dijo Marcos; ya tendrás tiempo de verla á la hora de comer.

– ¿Y la otra?

– Nadie de particular; es la acompañante de la baronesa.

Y añadió seguidamente:

– ¡Ah, mi buen Roberto, qué contento estoy! ¡Qué bien has hecho en llegar así! Lilia se alegrará mucho, y no menos las niñas, pues no hacen más que hablar de su tío el coronel. ¡Cómo vamos á divertirnos! Ya era hora de que nos viéramos. Ahora está la familia completa.

– No toda, repuso el coronel.

Esta alusión á la muerte de su madre impresionó á Marcos; los dos hermanos se estrecharon la mano con efusión y así cogidos echaron á andar con paso lento hacia la casa.

– ¡Querido hermano!, dijo Marcos á media voz.

Después de franquear una escalera revestida de hiedra, penetraron por una puertecita, cruzaron la sala de armas, llena de panoplias y de floretes, y después una habitación donde en armarios de cristales veíanse equipos y escopetas. Sus miradas se encontraron, prometiéndose simultánea y silenciosamente buenos asaltos de armas y cacerías. Luego se introdujeron en un corredor y desasiéronse las manos delante de una puerta, en la que Marcos llamó.

Una linda doncella apareció al punto; y habiéndole preguntado si se podía entrar, contestó:

– La señora está vistiéndose.

Marcos hizo un gesto de contrariedad, y después de contestar: «¡Oh, si es así...!» con una sonrisa que indicaba que habría para mucho tiempo, añadió:

– Ven, Roberto; voy á enseñarte tu habitación.

– Pero ¿y los señores de Fabvier?, dijo el coronel.

Marcos consultó su reloj.

– Ahora los molestaríamos, contestó, pues tienen costumbres especiales que no les gusta ver alteradas.

El Sr. de Francœur se volvió; Tigiale, en el que ya no pensaba, había desaparecido, y Marcos interrogó á un criado que pasaba, y por él supo que el perro estaba abajo, con el ordenanza del señor conde, que acababa de llegar con el equipaje. Dióse orden de subir éste, y mientras Juan desempaquetaba, con manos expertas que para todo servían, la ropa blanca, la de vestir y unas grandes cajas, los dos hermanos pasaron á un salón que Marcos había convertido en taller de pintura.

A lo largo de las paredes pendían algunos cuadros; en un rincón veíanse cartones de estudio; en su caballete un lienzo bosquejado; en un diván reposaba un traje japonés, rico y usado, que servía sin duda de modelo, y un maniquí levantaba al aire sus brazos rígidos de esqueleto de madera.

– ¡Oh! Veo que pintas mucho, dijo ingenuamente el coronel, que nada entendía de artes y á quien aquella aptitud, tan desarrollada en Marcos, inspiraba cierto respeto.

– No hago más que pintarrajear, repuso el hermano con modestia. Ahí tienes en las paredes algunas vistas de San Pedro.

Y señalando la figura de una mujer casi desnuda, cuyo bosquejo sobresalía en el caballete, preguntó al coronel, después de colocarla de modo que recibiese mejor luz, qué le parecía.

Entonces el señor de Francœur se encogió de hombros, buscando un elogio.

– Es una modelo que hice venir de París.

– ¡Ah!, exclamó el coronel admirado. ¿Un modelo... vivo?

Marcos miró á su hermano con expresión de contento, estrechándole en sus brazos cariñosamente.

– Sin duda, contestó. ¡Mira, ahí la tienes otra vez!

Y enseñábale varios estudios que representaban la misma mujer, pequeña y desnuda, inclinando su perfil, sus hombros y todo su cuerpo en actitudes un tanto libertinas.

– ¡Oh! ¡oh!, exclamó el Sr. de Francœur. ¿Y qué dice tu mujer á esto?

– ¿Qué quieres que diga?, contestó Marcos, dirigiéndose al fondo del taller en busca de otro lienzo.

– ¿Conoces tú esta figura?, preguntó á su hermano enseñándosela.

El coronel pensó que era el retrato de su cuñada ó de los niños, y sonrióse al pronto; pero guiñó los ojos, un poco desconcertado al reconocer en el bosquejo á la baronesa de Brettes.

– ¡Ah!, exclamó. ¿Es... esa señora?...

– Sí, contestó Marcos con cierto aire de complacencia; es una mujer encantadora. ¡Cuando tú la conozcas!... Vive en el castillo de Jozeu, á media hora de aquí: su esposo, que es senador, viaja por Austria, y la ha dejado con una tía enferma, á la cual piensa heredar. A no ser por nosotros, se aburriría mucho. ¡Lástima es que á su edad tenga un marido viejo, avaro y gruñón! La baronesa es tan fina é inteligente, que de seguro te agradará.

El coronel no contestó; todo esto le sorprendía.

– ¿Recibes muchas visitas?, preguntó.

– No; hoy no vienen á comer más que la baronesa, los Jumiege, el juez de paz y un primo de la baronesa de Brettes, el Sr. Jugaud que, entre paréntesis, no me acaba de entrar.

El Sr. de Francœur se acordó del sujeto que le había ofrecido un asiento en su coche.

– Por lo demás, eres libre de hacer lo que quieras, continuó Marcos; aquí no hay cumplidos; si no tienes ganas de ponerte la levita, no te la pongas.

(Continuará)



Al verle, una hermosa joven de elevada estatura dejó caer un enorme manojo de rosas (pág. 188)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL LENGUAJE DE LOS MONOS

El lenguaje articulado es reconocido como la única facultad característica del hombre, como la línea de demarcación entre éste y los animales; pero esta



Fig. 1. – Mono examinando el fonógrafo que reproduce los sonidos tomados de otro mono
(De fotografía instantánea de M. Ottomar Ansschutz.)

línea ¿significa un abismo entre uno y otros? ¿Existen, por el contrario, esbozos de lenguaje articulado que llenando este vacío conducen insensiblemente desde el lenguaje de los animales al idioma de Demóstenes?

Lenguaje en el sentido general es un conjunto de gestos, vocales ó no, ejecutados por un animal bajo la influencia de ciertas ideas y capaces de hacer nacer otras iguales en un segundo animal: tal el de los conejos al golpear con las patas el suelo de su madriguera para expresar é infundir en sus compañeros las ideas de miedo y de fuga; tal el de las hormigas al transmitirse sus pensamientos por medio del movimiento de las patas y de las antenas. Pero estos y otros análogos lenguajes no permiten expresar muchas ideas.

Muchos animales, sin embargo, dominados por una emoción intensa, emiten sonidos vocales, y este acto se convierte en algunos en costumbre, sobre todo en los que viven en sociedad, como el buey, el carnero, etc, y estos sonidos no son sino gestos suplementarios que necesitan cierto grado de excitación ó de actividad cerebral, razón por lo cual el perro salvaje no ladra. El gesto vocal, como los demás, es el resultado de una acción muscular consecutiva de un estímulo intelectual, y se presenta en el mono siempre que éste experimenta alguna emoción viva

Por otra parte, la serie de gestos que simultánea ó sucesivamente ejecuta un animal está íntimamente ligada con la conformación de los músculos y nervios, desde los de la cara á los que dependen de los aparatos respiratorio y vocal, y como esta conformación es idéntica ó muy parecida en el hombre y en el mono, de aquí que la serie de gestos sea en éstos idéntica ó muy parecida también. La observación así lo demuestra: un chimpancé á quien se hace cosquillas en el sobaco, suelta una carcajada característica y emite sonidos alegres; el cebú y el babuino ofrecen el mismo juego de fisonomía que el hombre en iguales circunstancias. Y como las contracciones de la cara preceden y producen ciertas contracciones de los músculos fonéticos, la misma emoción que se traduce por gestos idénticos debe manifestarse asimismo por idénticos sonidos.

Ahora bien: si un animal tiene para cada idea un gesto vocal capaz de hacer nacer en un semejante suyo la idea que lo origina, posee un verdadero lenguaje vocal muy comparable con el del hombre, del que sólo difiere por un grado de evolución menos avanzado, y los que han observado á los animales saben que el grito de muchas aves varía según sus emociones y necesidades. Los monos han sido objeto de múltiples observaciones que un naturalista americano, Garner, ha completado de un modo ingenioso y nuevo que abre anchos horizontes para el porvenir, valiéndose á este efecto del fonógrafo. Este instrumento colocado en la jaula de un mono registraba los distintos sonidos por éste emitidos: puesto luego en la de otro cuadrumano, éste pareció muy sorprendido, observando el aparato y demostrando sin ningún género de duda que reconociendo la voz de uno de sus camaradas, admirábale en extremo no verlo. La fig. 1. reproduce la extrañeza de un mono capuchino delante del fonógrafo.

Garner pasó además muchas horas estudiando los sonidos fijados en el fonógrafo, algunos de los cuales consiguió imitar. Entonces delante de algunos amigos anunció cuál palabra del lenguaje de los monos iba á pronunciar y cuál era su significado, según sus anteriores observaciones, é introduciéndose en la jaula de un capuchino reprodujo el sonido que, á su entender, significaba *leche*. «Mi primer esfuerzo – dice – hizo volver la cabeza al animal, que fijó en mí su mirada: repetí tres ó cuatro veces la palabra y me respondió distintamente con la misma de que me había servido; luego cogió una cazuela en la que le daban de beber, y al repetir yo la palabra colocó aquel utensilio junto á los barrotes y dejó oir el mismo sonido. Entonces el guardián llevó leche que el mono bebió con avidez, y cuando la hubo concluído tendió la cacerola vacía y repitió tres ó cuatro veces la palabra que pronunciaba siempre que quería leche. Después pronuncié ante mis amigos, pero sin que la oyera el mono, otra palabra que me parecía que significaba *comer*, y alargando un plátano al animal éste repitió el mismo sonido. Varios experimentos repetidos me demostraron que se servía de la misma palabra para manzana, pan, etc., de donde deduje que significaba *alimento*, *hambre*, *comer*.

Las figuras 2 y 3 representan monos que comen y beben.

Garner conoce ocho ó nueve sonidos que considera como otras tantas palabras del lenguaje de los monos, palabras articuladas puesto que las reproduce por medio de la escritura en sílabas compuestas de vocales y consonantes. Si no fuese prematuro tomar al pie de la letra los curiosos experimentos de Mr. Garner, podríamos decir que los monos tienen un lenguaje articulado. El mismo hecho de emitir sonidos articulados no parece tan capital como pudieran creer los que juzgan que sólo el hombre posee tal lenguaje. Hay hombres que apenas tienen lenguaje articulado, como por ejemplo los bosquimanos, y en cambio hay animales que lo poseen, como el mirlo, el estornino y sobre todo el loro, lo cual demuestra que no carecen del material necesario para la articulación.

Se dirá que el número de palabras articuladas de los monos es escaso, pero téngase en cuenta que los salvajes no poseen muchas y aun los pueblos civilizados no cuentan con tantas como algunos imaginan.

Las investigaciones de Mr. Garner necesitan, de todos modos, ser repetidas, cuidando de saber á qué familia de monos se referirán las observaciones; pues si los experimentos de Mr. Garner inducen á creer que en algunas de aquéllas existen rudimentos de un lenguaje articulado, es muy útil también que la observación anatómica marche paralelamente con estas experimentaciones fisiológicas. Sabido es que las investigaciones de Broca han determinado de un modo irrefutable el punto del cerebro donde reside la facultad tan eminentemente humana del lenguaje articulado, que es la tercera circunvolución frontal, especialmente la del lado derecho. Es, pues, conveniente saber si al esbozo de la función corresponde un esbozo *visible* del órgano, y decimos *visible* porque es indudable que debe existir; pero pudiera muy bien ser que cuando la observación por medio del fonógrafo permite comprobar la existencia del esbozo de la función, la observación anatómica fuese todavía impotente para comprobar el esbozo del órgano.

Broca admite la existencia de una tercera circunvolución frontal en los monos, aun en los inferiores; en cambio M. Hervé sostiene que esta tercera circunvolución, la del lenguaje articulado, no existe en los monos de las dos últimas series y sólo se encuentra en los antropoides, adquiriendo su completo desarrollo en el hombre. Los antropoides comprenden el gorila, que reproduce la fig. 4, el chimpancé, el orangután y el jibón: ahora bien; entre los monos que han servido de *profesores* á Garnet sólo figuran dos chimpancés. Mr. Garner, comprendiendo que para que sus investigaciones fuesen fructuosas era preciso que se refirieran á los grandes monos antropoides provistos del órgano del lenguaje articulado, ó sea la tercera circunvolución, llamada de Broca, se propone completar muy pronto sus estudios trasladándose al



Fig. 2. – Mono comiendo



Fig. 3. – Mono bebiendo

(De fotografías instantáneas de M. Ottomar Ansschutz.)

país de los gorilas, y á este efecto ha hecho construir, según dice un periódico americano, una jaula de de alambres de acero de algo más de dos metros cuadrados, clavada en el suelo por medio de tres cadenas de hierro para que los gorilas, cuya extraordinaria fuerza es bien conocida, no puedan llevársela; la distancia entre los barrotes será bastante pequeña para no dejar paso al brazo de aquellos monos. Mr. Garner permanecerá sentado dentro de esta jaula, á gran distancia de sus compañeros de viaje, con quienes se comunicará por medio de un teléfono y un timbre eléctrico: llevará un fonógrafo para retener los sonidos proferidos por los monos y un aparato fotográfico.

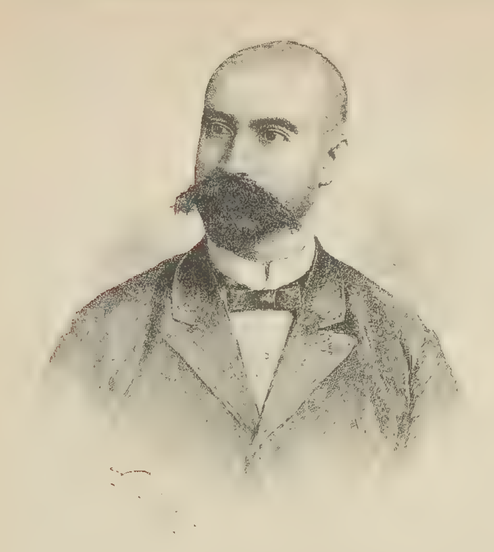
Este proyecto de trasladarse á Africa para estudiar el lenguaje de los gorilas puede parecer extraño, pero ¿no hubieran, acaso, extrañado los pastores caldeos que un astrónomo se trasladase á los antípodas para observar el paso de Venus?



Fig. 4. – Actitud de gorilas jóvenes. (De fotografía instantánea de M. Ottmar Ansschutz.)

Aunque en todo esto pueda haber alguna exageración, y aunque todavía puedan ofrecerse algunas dudas sobre las conclusiones de Mr. Garner, preciso es confesar que, aun no siendo absolutamente exactas, nos ponen seguramente en camino de la verdad. Por esta senda hay que proseguir las investigaciones que no dejarán de dar el resultado apetecido. El empleo del fonógrafo para estudiar el lenguaje de los animales es un método nuevo é ingenioso que, al modo que el microscopio nos inicia en la embriología del hombre y establece una relación entre éste y los demás animales, nos permitirá analizar los gestos vocales de los mismos y constituir la embriología de nuestro lenguaje humano.

(De *La Nature*)



DON FRANCISCO VIDAL Y CARETA. (De una fotografía.)



DON FRANCISCO DE FRANCISCO Y DÍAZ. (De una fotografía.)

Autores de la música y de la letra respectivamente de la ópera en cinco actos *Cristóbal Colón*

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 28 de marzo de 1892 — Núm. 535



EL SALVADOR, escultura de D Agustín Querol

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

El baile del Círculo de Bellas Artes. – Las panderetas. – El nuevo concurso para la estatua de *San Isidoro* y *Cervantes.* – Final de un litigio. – Principio del fin de una corporación artística.

Llena, rebosando disfraces y fraques, estaba la sala del regio coliseo la noche del baile de máscaras del Círculo de Bellas Artes. Los ingresos debieron de ser cuantiosos. Calculo que á las dos de la madrugada habría en el teatro más de tres mil quinientas personas; y si tenemos en cuenta que para la prensa madrileña apenas se habrán dispuesto de ciento cuarenta á ciento sesenta billetes, por este lado el reclamo y el bombo tampoco le ha salido muy caro á la sociedad, y por lo tanto, el ingreso no debió sufrir merma de cuantía. Por mi parte puedo afirmar que algunos críticos de arte y periodistas de los principales diarios de esta corte se quedaron por *fas* ó por *nefas* en la calle, y los que asistieron al baile pagaron 15 pesetas.

El gran atractivo de esta fiesta era la rifa de ochocientas ó novecientas panderetas, pintadas por los socios del Círculo las más, y las menos con autógrafos de Cavia, Vital Aza, Ramos Carrión, Manuel del Palacio, Estremera, Miguel de los Santos Alvarez, Blanco Asenjo, Fernández Bremón, Avilés, etc., etc. Todo el mundo se forjó la ilusión de adquirir una de aquellas chucherías avaloradas por el pincel y la pluma, y en efecto, todo el mundo se quedó sin panderetas (salvo unas docenas de personas, entre las que se contaban varios mercaderes de obras de arte), pues á la media hora de comenzada la rifa se agotaron.

Aparte de este atractivo y de la enorme concurrencia de mujeres hermosas, algunas de las cuales llevaban elegantes disfraces, nada de particular hubo que merezca describirse.

***

Hállanse expuestos al público, en los salones de la Academia de San Fernando, los bocetos presentados por escultores españoles para las estatuas de *San Isidoro* (sedente) y *Cervantes*, que habrán de ser emplazadas en las fachadas del nuevo edificio destinado á Biblioteca y Museos de esta corte.

Veintiséis bocetos ó modelos son los expuestos, dándose la coincidencia de que, tanto para una estatua como para la otra, es igual el número de proyectos; es decir, á *trece* por estatua.

Puede afirmarse que no se revela en ninguna de estas veintiséis obras la genialidad de un artista. De mi larga visita y detenido examen saqué la impresión siguiente: «Falta de dominio del dibujo en todos los escultores allí representados; gran desconocimiento de los personajes que pretenden caracterizar, así psíquica como físicamente; desprecio absoluto de la indumentaria.»

Hay excepciones, sin embargo, en lo que al dibujo y á la indumentaria se refiere. Tasso es de los escultores que con más seriedad, con más dominio de la forma y con más respeto á la indumentaria se presenta; Atché también modificó su manera de pensar respecto de este particular, y su boceto se acerca á la verdad histórica; Alcoverro lo mismo. Esto por lo que atañe á la estatua de San Isidoro. De la de Cervantes puede decirse que el traje de la época de Felipe III es el único conocido al dedillo por nuestros artistas, y que por lo tanto no tendrá necesidad el Jurado de corregir anacronismos: de dibujo, de buen gusto, eso ya es otra cosa.

Diré algo de *San Isidoro* y de los bocetos mejores para su estatua.

Sabido es de los lectores de La Ilustración Artística la importancia que en la historia de la cultura de los siglos de la España goda tuvo el célebre arzobispo de Sevilla. Además de considerársele como historiador notable, y especialmente su *Crónica de los godos, suevos y vándalos* como modelo del género, donde su asombrosa inteligencia se muestra esplendorosa es en el libro *Las Etimologías*, compendio de todo el saber humano de aquellos tiempos. Añadiendo á esto la obra filológica sobre el *valor de las palabras* y la legislación canónico-civil de los Concilios por él presididos, vendremos á formarnos una idea de la actividad y de la suma de trabajo y estudio llevados á efecto en los 64 años de la vida del célebre santo sabio, amigo y consultor del gran Gregorio.

Más que á la edad, que como apreciarán mis lectores no era muy avanzada, rindióse la enérgica naturaleza del prelado sevillano á la múltiple tarea y á la abstinencia. El mismo Isidoro, aun cuando incidentalmente, se retrata al decir que la vida del dedicado á los cuidados del entendimiento vase concentrando poco á poco en los ojos, enfriando los nervios, consumiendo la carne y encaneciendo barba y cabello.

He aquí en pocas líneas el retrato físico y moral del sucesor de San Leandro. ¿Acertaron á interpretarlo los escultores que concurren á este certamen? Tengo por cierto que la noble franqueza de los señores Atché, Tasso, Vallmitjana Abarca, Clarassó, etc., no les permitirá decir que sí. A la estatua del Sr. Tasso fáltale carácter físico y verdad histórica. La razón es muy clara. Considerábase entre los godos la decapilación como deshonra, y el Sr. Tasso nos envía un prelado godo barbilampiño. El tipo godo era de facciones enérgicamente pronunciadas, y el Sr. Tasso hizo un afeminado, casi un romano de la decadencia. El carácter por el cual ocupará la estatua del arzobispo un lugar en la decoración de la Biblioteca corresponde al sabio, y el Sr. Tasso hizo más bien un santo. Lo mismo le acontece al boceto del señor Atché. Aquella cabeza llena de dulzura, de unción; aquella mirada de extático, nos habla en lenguaje del cielo, pero no revela al sabio enérgico, al investigador tesonudo. Y no digamos nada del modelo del Sr. Vallmitjana Abarca: es el de un santo obispo que así puede representar á San Venancio, como á otro santo mitrado, menos á San Isidoro.

Vengamos á la indumentaria y al dibujo. Salvo la mitra y el tamaño del *pallium*, los bocetos de los dos primeros escultores están bien en lo que á este particular atañe; no así el del Sr. Vallmitjana Abarca, quien considera el *pallium* como *broderie* superpuesta y busca en el siglo XIII una mitra para un prelado que muere en el primer tercio de la séptima centuria; cuanto al dibujo, el del modelo del Sr. Tasso es muy discreto y sencillo de líneas; el del Sr. Atché, descuidadísimo, tanto, que debajo de la balumba de pliegues en que se halla envuelto no se ve cuerpo humano; el del Sr. Abarca, falto de proporciones, la cabeza muy grande, los hombros estrechos y de las rodillas abajo apenas hay una cabeza de distancia.

Para mí el único modelo estudiado á conciencia es el del artista tarraconense Sr. Alcoverro. Bien dibujado, bien puesta la figura, sencillamente hecha, tan sólo le falta para ser una obra maestra ese algo, esa *quisicosa* que se llama genio, inspiración. La del Sr. Alcoverro es la estatua del que suple la falta de esa condición sublime con el estudio y la labor constantes. Y me apresuro á advertir que ha logrado el escultor de quien hablo un triunfo al acercarse como se acerca á la verdad del tipo histórico; pero se resiente de mezquino. ¡Lástima grande que aquella testa primorosa, que aquellas manos tan bien apuntadas, que aquel conjunto tan armónico no haya sido la obra de un escultor más franco, más enérgico!

Cervantes sigue siendo tan desgraciado después de muerto como cuando andaba por este valle de lágrimas. Todos los modelos para su estatua tienen dos defectos graves, el de estar mal dibujados y el de no representar al autor del *Quijote.* Y estos dos defectos en verdad que no son para perdonados fácilmente. Verdad es que casi todos los artistas expositores son gente nueva.

Pero debo descontar de la cuenta de las deficientes las de los Sres. Serveto, Gonzalez de la Pola y Vancells. El modelo del primero está bien movido en general, quizá un poco movido demás, pero sin que llegue á la exageración. De proporciones y de línea, muy acertado: únicamente el brazo derecho, cuya postura resulta rebuscada y sin encaje el codo. El del Sr. González de la Pola es un trasunto del héroe manchego, más bien que del escritor insigne. Algo largo, discreto de trazo y sencillamente puesto. Lo mejor de este modelo es la cabeza, verdadero retrato de Cervantes. El boceto del Sr. Vancells, discreto de dibujo el torso; muy corto de piernas, y con poco carácter la testa. El afán del artista de acumular cachivaches á los pies de la estatua, hace que se distraiga la atención de la figura y que no sea lo serio que debiera el conjunto de la obra.

***

El ministro de Fomento acaba de fallar el pleito pendiente, con motivo de la adjudicación del frontón para la nueva Biblioteca, entre una parte de la prensa y del público, y la mayoría de la Academia de San Fernando.

Permítanme mis lectores que me dé la enhorabuena. Tuve el honor de exponer desde la prensa, primero que nadie, las razones que creí justas en defensa de los fueros del arte, atropellados, quizás inconscientemente, por una parte de la Academia de San Fernando, y me cupo la honra de que fuesen atendidos mis escritos, promoviendo los principales artistas españoles residentes en Roma una protesta que dió lugar á la real orden publicada hace días, en la cual se dispone: «que no puedan ser jurados los individuos de la citada corporación académica en ningún concurso público en el que tome parte cualquiera de dichos individuos, sea de número ó correspondiente.»

Pocos días después tuve ocasión de emitir parecer, también desde el periódico, respecto de la magna cuestión del *frontón*, invitando á la Academia, en la persona de su presidente accidental, á que expusiera las razones en que se apoyaban, tanto aquel cuerpo como dicho señor presidente, para rechazar el único boceto viable. También esta vez la resolución adoptada por el Sr. ministro de Fomento vino á dar como buenas mis razones, al revocar como revoca lo acordado por el cuerpo consultivo, y al adjucar como adjudica la obra del *frontón* al señor Querol.

Dícese que todavía la Academia llevará este acuerdo del ministro al Consejo de Estado. Dudo mucho de que á tal extremo se recurra, pues tengo por cierto que, dadas las razones en que el Sr. Linares Rivas funda su resolución, el fiscal no admitirá el recurso. Por otro lado, con este motivo se han puesto de relieve defectos del reglamento interior de la Academia, los cuales en varias *Cartas académicas* por mí dirigidas al Sr. Linares Rivas, hube de señalar hace un mes con objeto de que los tuviera en cuenta para reformar dicho reglamento y evitar así contiendas como esta de que hablo; y en efecto, tengo entendido como muy en breve se procederá á la revisión del articulado, modificando atribuciones que ya no concuerdan con el espíritu del arte moderno.

Nunca guió mi pluma la animosidad contra determinada corporación ó individuo. Lejos de mi carácter esas contiendas donde se ventilan cuestiones de interés particular, procuré y procuro, en la medida de mis fuerzas, atacar la rutina, defender el arte, manifiéstese en la forma que quiera, y señalar con el dedo el mal. En esta ocasión he creído deber mío romper una lanza contra el autoritarismo secular, que se imponía ó pretendía imponerse en nombre de un saber considerado como indiscutible, y la he roto. La he roto porque creo, cada día más fundadamente, que en materias artísticas ya no rigen ni pueden regir códigos estéticos, especialmente aquellos que, forjados hace siglos y siglos, llegaron hasta nosotros con tantas reformas y mutilaciones, que han perdido por completo su carácter y por ende su virtualidad.

En la conciencia de todo el mundo está que las Academias de Bellas Artes, únicamente como centros de enseñanza pueden existir, no como cuerpos directivos, puesto que de la varia forma y de la varia idea surge el admirable conjunto del arte, elaborándose de tantos modos y bajo tantos influjos, que sería pretensión extraña poderlos aquilatar todos y sujetarlos á un molde.

Estamos en el principio del fin de instituciones ayer jóvenes y necesarias á la república, hoy caducas y nocivas.

R. Balsa de la Vega

Marzo, 1892



UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

COMBATE DE CABALLERÍA CERCA DE LIGNY
DERROTA DE LOS FRANCESES

(De nuestro corresponsal particular.)

Namur, 5 *mayo*

Esta noche recibo un parte anunciándome que los alemanes con su artillería ligera de sitio han bombardeado desde Metz los fuertes avanzados de Verdun en las primeras horas de la mañana del 3. Como no estaban montados aún los cañones de las baterías anexas de las obras defensivas de los franceses, cada fuerte se vió rodeado muy pronto de un círculo de fuego, al que no pudo contestar directamente; de modo que todos ellos están ahora convertidos en un montón informe de ruinas. Los cañones se hallan desmontados ó sepultados bajo la tierra que han levantado las bombas al reventar, pero todavía no se ha hecho ninguna tentativa de asalto.

También se dice que la caballería alemana ha tratado de emprender una correría en dirección al Luxemburgo, pero sin grandes resultados. Dos escuadrones lograron deslizarse alrededor de las obras defensivas de Verdun, y volvieron anoche á territorio alemán por cerca de Mars la Tour, destruyendo á su paso líneas férreas y alambres del telégrafo.

Namur, 9 *mayo*

Hoy se ha librado un reñido combate de caballería en las inmediaciones de Ligny y Saint-Amand, nombres tan conocidos en la campaña de Waterloo, habiendo los franceses llevado decididamente la peor parte.

Antes de comenzar mi relato debo añadir que la censura es aquí muy severa y que no se permite hacer mención del número de cuerpos ó regimientos ni de los nombres de sus jefes, datos que tienen gran valor para un enemigo, pues le permiten tergiversar los informes, siendo como es siempre posible interceptar los alambres entre esta población y Bruselas.

Ayer tarde pude obtener asiento en un tren que marchaba á Gembloux, adonde había llegado una división de nuestra caballería alemana en las primeras horas del día. Por casualidad encontré un amigo del regimiento de húsares, quien me dijo que otros tres oficiales y él habían recibido orden de practicar un reconocimiento en la mañana del día siguiente y que podía ofrecerme un asiento en su carruaje. La idea de presenciar un combate de caballería me halagó, pedí informes, y mi amigo me dijo que él y sus compañeros, todos consumados jinetes, tenían caballos amaestrados para las carreras que la guerra había interrumpido, pero que su coronel les había dicho que podían utilizar sus cuadrúpedos de una manera más provechosa, prestándole á él sus servicios, que les proporcionarían tal vez ocasión de distinguirse más que bajo sus banderas. Al efecto, apenas ocurriese la colisión que esperaba, debían tener preparados sus caballos, deslizarse entre los exploradores del enemigo en la confusión de la escaramuza y avanzar cuanto fuese posible por el Sud y Oeste para practicar un reconocimiento.

Inútil parece decir que acepté la oferta. A las dos de la madrugada iba ya con mis amigos por el camino de Ligny, donde estaban las avanzadas.

Los últimos partes recibidos anunciaron que la caballería del enemigo, una división por lo menos, se hallaba entre Fleurus y Charleroi. La vanguardia de nuestra división, compuesta de la brigada de húsares, se puso en movimiento una hora antes de amanecer, siguiendo la línea del camino real. Nosotros nos quedamos atrás para esperar la llegada del grueso de las fuerzas, y luego nos dirigimos hacia Saint-Amand. Pronto llegó el cuerpo principal, y casi al mismo tiempo vimos que los húsares retrocedían á través de la línea férrea y supimos que avanzaba ya la caballería francesa.

El jefe de la división se adelantó para reconocer el terreno de enfrente, dejando orden para que las fuerzas se prepararan al ataque, formándose en una depresión del terreno que había á retaguardia, casualmente la misma en que el general Blucher había situado la reserva de la derecha antes de la batalla de Ligny en 1815.

La mañana era magnífica y el sol comenzaba á salir cuando vimos tres baterías de la artillería montada de los franceses cruzar la línea férrea y extenderse en la llanura. Nuestras baterías estaban preparadas también, y como los franceses ya nos habían visto, entraron en acción de frente. Los dos primeros disparos se hicieron poco menos que simultáneamente por cada parte, y el duelo comenzó. Como frente á nosotros había una hondonada y el sol se reflejaba en los ojos del enemigo, tuvimos gran ventaja, y al cabo de cinco minutos uno de los cañones franceses quedó desmontado. Entretanto, los húsares daban la vuelta para tomar posiciones como segunda y tercera línea de las dos brigadas.

La caballería francesa cruzaba en aquel instante el camino de hierro en línea de columnas de escuadrón, y se formó inmediatamente, en tanto que nuestro comandante daba la señal de avanzar. Cuando nuestros caballos cruzaban la meseta donde los cañones funcionaban, los franceses, viendo que no estábamos del todo en línea, supusieron sin duda que intentábamos atacar su izquierda, por lo cual preparáronse para recibirnos.

Al llegar á la hondonada, nuestra caballería se formó otra vez en línea, cruzó un pequeño barranco sin el menor desorden, y después, hecha una silenciosa señal, avanzó á galope en columna cerrada. Este movimiento le permitió acercarse al flanco y retaguardia del ala izquierda francesa; mas un momento después vimos la reserva del enemigo, oculta hasta entonces por los árboles á lo largo del sendero que se extiende desde Perwin á Bry, moverse en dirección al flanco de nuestra primera línea. La situación era muy crítica, y cierta inquietud se apoderó de nosotros; pero un momento después oímos la llamada del regimiento que estaba á la cabeza y la orden «línea de frente,» de lo cual dedujimos que estaba conjurado el peligro.

Simultáneamente también, la retaguardia de la columna, formando igualmente en línea, avanzó para emprender el ataque.

Los franceses se hallaban en situación muy difícil para recibirnos; el movimiento hecho para contrarrestar el ataque que de nosotros esperaban había alterado su orden, y desde el instante en que se dejaron ver, nuestra artillería produjo en ellos grandes destrozos. Entre el polvo y el humo de las bombas que reventaban vimos miembros y cuerpos volar por el aire, y en el ala derecha y la segunda línea del enemigo reinaba ya la mayor confusión antes de ser atacada por la izquierda. Esta ala se había librado de nuestras bombas, porque el fuego sobre ella era un peligro para nuestras tropas; pero habiendo visto el que la amenazaba, dos escuadrones trataron de evitarlo. Sin embargo, ya era demasiado tarde; un momento después, las cornetas dieron la señal de «carga,» y nuestra caballería se precipitó hacia adelante. Oímos el estruendo del choque, viendo caballos que retrocedían ó caían, y después una nube de polvo nos impidió observar lo que pasaba. Los franceses no se dieron con esto por vencidos; rehiciéronse los restos del ala derecha y de la segunda línea, reunidos por los oficiales, y lanzáronse de nuevo en la refriega. De vez en cuando veíamos grupos de nuestros coraceros y de uhlanos salir de la nube de polvo, dar la vuelta y volver al mismo sitio, y durante un momento la lucha se mantuvo estacionaria, pues en aquel punto los franceses eran numéricamente superiores. Después volvimos á oir en la hondonada el toque de carga, y por espacio de un segundo ó dos vióse la izquierda de nuestra tercera línea precipitarse á su vez para tomar parte en el combate. Este último ataque fué el que decidió la jornada, porque nuestras fuerzas, cayendo sobre el flanco de baterías enemigas, lo arrollaron todo á su paso; y cuando se desvaneció la nube de polvo, vimos abandonados ocho cañones del enemigo alrededor de los cuales se agrupaban los húsares.

Solamente vi en parte lo que sucedió en el ala derecha, porque los árboles me impidieron observar el conjunto; de manera que debo fiarme del testimonio de los demás.

El regimiento que había formado el frente era uno de los más pesados del ejército, y enorgullecíase de ser el que se mantenía más unido al dar las cargas. Mejor fué para él en aquella ocasión observar esta táctica, pues el enemigo que debía combatir era muy poderoso. El choque fué directo; los franceses aflojaron sus líneas en el último instante, y los coraceros cruzaron entre ellas, conservando su formación casi intacta. Después, dando la vuelta, atacaron á los escuadrones franceses, obligándoles á retroceder hacia la hondonada, donde la segunda línea de húsares, sabiendo lo que ocurría en el frente, había tomado posición y cargó á su vez.

Poco á poco las fuerzas comenzaron á desordenarse, y los alemanes se formaron de nuevo en escuadrones cerrados, mientras que los franceses se dirigían á los bosques de Lambusart.

Las pérdidas parecen haber sido insignificantes, porque los soldados no se pudieron alcanzar unos á otros por el choque de los caballos entre sí, no habiendo producido mucho efecto las lanzas porque las filas eran demasiado compactas. Nuestra artillería ha hecho grandes destrozos entre los franceses; y gracias á la destreza de nuestro jefe, que supo tener al enemigo entre él y los cañones, nos hemos librado casi

del todo de su fuego. También fué una gran ventaja para nosotros tener el sol á la espalda, lo cual no permitió á los artilleros franceses, por diestros y valerosos que sean, ocasionarnos grandes pérdidas.

Nadie puede acusar á los franceses de no ser bravos; pero acabamos de tener un ejemplo de que esto no basta para la eficacia de la caballería. Los alemanes han alcanzado la victoria por su perfecta precisión en los movimientos y por no haber incurrido en ninguna torpeza. En cuanto al jefe francés, no debía ser muy práctico, y si se hubiera mantenido más tiempo en columnas de escuadrones le habría sido dado tal vez alcanzar mejor éxito.

Mientras escribo estas líneas, un oficial de estado mayor ha tenido la bondad de venir á decirme que esta noche se emprenderá otra marcha, y me parece que dentro de muy poco tiempo podré anunciar alguna novedad: no me atrevo á decir más por ahora.

Mis amigos de esta mañana han vuelto sanos y salvos después de haber recorrido sesenta millas. Me dicen que los franceses tenían esta mañana treinta y seis escuadrones contra nuestros veinticuatro, mas no puedo publicar más informes.

Vouziers, 12 de mayo, á las doce de la noche

Al fin ha caído el telón después de terminado el primer acto de esta gran tragedia nacional; el primer problema estratégico se ha resuelto ya, y otra vez quedo libre para escribir.

Véase en resumen lo que ha sucedido.

Todas las tropas útiles de Metz (nuestro tercer cuerpo de ejército) salieron para las operaciones de que hablé en mi telegrama del 5, dirigiéndose á las inmediaciones de Luxemburgo.

Los cinco cuerpos del primer ejército se concentraron en Namur y distritos del Norte, detrás de la frontera septentrional de Mezieres y Sedán; mientras que el cuarto cuerpo se formó entre ellos, siguiendo otros tres á retaguardia.

Estos movimientos se completaron el día 9, y al amanecer del 10 las primeras tropas de los tres ejércitos cruzaron la frontera.

Dos cuerpos franceses, distribuídos para la defensa del Mosa, fueron sorprendidos por el tercer ejército mientras trataban de concentrarse, viéndose obligados á retroceder en el mayor desorden.

El segundo ejército no encontró oposición y su caballería pudo llegar á Buzancy.

Las divisiones de caballería avanzadas del primer ejército empeñaron un reñido combate con la caballería francesa en la meseta situada entre el Mosa y el Aisne, obligándola á retirarse hacia Laón, de modo que nuestra vanguardia pudo cruzar el primero de dichos ríos, entre Mezieres y Sedán, habiendo vivaqueado las primeras tropas en la línea de Rancourt Omont-Poix. La jornada fué fatigosa; pero el tiempo estaba frío, y las tropas recorrieron bien sus veinticinco millas.

No he podido presenciar ninguna de las colisiones de este día; mas por lo que me han dicho, la victoria de los nuestros se debió á las mismas razones que la de Saint-Amand-Bry.

En cambio pude presenciar el combate del día siguiente, y envío los detalles, que escribí aquella misma noche.

ENCUENTRO EN VAUX CHAMPAÑA

Dricourt, 11 mayo

Alcancé el grueso de las fuerzas de nuestra división de caballería cerca de Tourteron, pueblo que dista siete millas del Aisne, y supe que era seguro un encuentro á la mañana siguiente, pues habíase recibido un parte anunciando que considerables fuerzas francesas estaban en el valle del Aisne, hacia Vouziers; y desde una colina inmediata pudimos ver las hogueras de un vivac, mientras que por el Sud oíamos el ruido de los trenes que pasaban de continuo á breves intervalos por la línea de Reims-Amonthois.

A las tres se recibieron órdenes del cuartel general, y á las cuatro y media nos poníamos en movimiento. Yo seguí al estado mayor porque se me había dado permiso para ello.

Nuestra misión era bien conocida, tenía por objeto tomar las alturas que se hallaban más allá del Aisne para que nuestra infantería cubriese el paso de la corriente.

En el camino recibióse noticia de que un numeroso cuerpo de tropas francesas avanzaba para salirnos al encuentro por el mismo camino, é hízose evidente que se trataría de rivalizar en rapidez para ver quién llegaba antes á las las llanuras de Vaux Champaña. Cierto que nuestra caballería estaría allí á tiempo, pues nuestros exploradores habían pasado ya de aquel punto; pero la cuestión estaba en tener allí fuerza suficiente para oponerse al avance del enemigo.

Se aceleró la marcha, y al fin pudimos llegar á nuestro destino á las siete y cuarto La situación era muy semejante á la que vi durante las maniobras francesas el año último cerca de Lesmont.

Debo decir dos palabras acerca de las condiciones del terreno: las llanuras de Vaux forman como una T dominada por una larga cordillera; nosotros estábamos en la línea transversal, mirando al Sud, limitándose nuestro campo de visión á un espacio de 1.500 á 3.000 varas; dos vallas se extendían al Este y al Oeste desde el punto central, siendo las pendientes ligeramente accidentadas. Si hubiésemos llegado diez minutos más tarde, la infantería hubiera ocupado los huecos fuera de la línea visual de nuestras baterías, y en pocos minutos habríamos sido derrotados. Sólo teníamos tres baterías, y yo ignoraba dónde se hallaban las demás y no me atreví á preguntarlo. Por el Norte una densa niebla cubría el río, y el valle estaba silencioso. Los minutos parecían horas; mas al fin se oyó el familiar sonido de las cureñas y carros de la artillería, y poco después vimos los cascos de los artilleros. Entonces supe que, confiando en los informes de la caballería, trataba de practicar la misma maniobra en que los franceses fracasaron el año anterior. Los que llegaban no podían ver sino nuestros cuerpos de artillería, y situando los cañones en las alturas era seguro que la infantería no podría apoderarse de ellos. Sin embargo, el enemigo se acercaba, pues á intervalos se oían tiros aislados, y no tardamos en ver algunos batidores que retrocedían.

Los cañones fueron convenientemente emplazados y de pronto se dió la orden de cargar. Yo me coloqué en el frente y pude ver las primeras líneas de toda una división francesa que se desplegaba para la acción. El blanco no podía ser mejor, y un momento después diez y ocho baterías por lo menos lanzaron sus proyectiles sobre aquella masa indefensa. En una colina se empeñó la más sangrienta lucha que yo recuerdo haber visto.

Los franceses intentaron contestar al fuego; pero á los pocos instantes, el humo y el polvo levantado por nuestras bombas les rodearon completamente, impidiéndoles dirigir bien sus proyectiles, mientras nuestros artilleros menudeaban las bombas explosivas, que ocasionaban grandes destrozos en el enemigo, á juzgar por los gritos de los heridos, que llegaban hasta nosotros. Aquella escena de horror me angustiaba, y miré á otra parte. Entonces vi que toda nuestra división de caballería trataba de aprovecharse de los efectos obtenidos por la artillería: formada en columnas de regimientos hábilmente flanqueados por infantería, movíase perpendicularmente á la prolongación de la línea del enemigo. Durante un momento desaparecieron á mis ojos, y cuando volví á verlos avanzaban en sentido oblicuo á través del frente de los franceses, presentando seis líneas sucesivas que debían vencer toda resistencia. Las dos primeras aumentaron la distancia que las separaba, y cuando estuvieron á quinientas varas del enemigo se mandó avanzar al galope. También los franceses quisieron flanquear, pero el fuego de metralla de dos baterías los contuvo y un momento después fueron atacados por la caballería. En el primer momento la primera línea vaciló por las descargas cerradas de los franceses, que nos causaron numerosas bajas; pero siguió la segunda y después la tercera y cuarta, preparándose la quinta y sexta para flanquear Entonces se produjo una espantosa confusión, los franceses hacían fuego como locos en todas direcciones; pero como el grueso de sus fuerzas se dirigía hacia la colina, inutilizaron el fuego de sus cañones, que hasta entonces contestaban á los nuestros y ahora podían hacer daño á los mismos franceses: nuestros lanceros, aprovechándose de la confusión, consiguieron inutilizar alguna de las piezas del enemigo. El fuego había comenzado á las ocho de la mañana, y veinte minutos después de la primera carga de caballería toda una división de infantería francesa quedó destrozada. Sin embargo, nuestra posición no dejaba de ser crítica, porque no podíamos conservar el terreno conquistado, pues se acercaban refuerzos de los franceses y oíamos ya tronar sus cañones contra la caballería, que pronto comenzó á retroceder en desorden.

Mucho hubiéramos dado entonces por tener á nuestra disposición una brigada de bersaglieri ó de infantería ligera como la del enemigo, pero nuestras primeras compañías estaban todavía á unas dos millas de distancia. Me encaminé á una altura y busqué el sitio más conveniente para observar bien lo que iba á suceder.

A unas dos millas, por el Sudoeste, vi una brigada francesa con seis baterías, formada ya para el ataque; los cañones entraron en acción por el Este, y casi al mismo tiempo tomaron posición las baterías prusianas; pero los franceses se habían anticipado, y llamaron la atención de los alemanes para que su infantería pudiera bajar por la pendiente. Atendidas las condiciones del terreno, era indudable ahora que las dos infanterías iban á encontrarse á doscientos pasos de distancia, y probablemente la victoria se declararía en favor de la que fuese la primera en atacar. Alemanes y franceses se aproximaban con la mayor rapidez, los primeros en líneas de columna y los segundos en compactas filas. De improviso y casi simultáneamente la línea de los franceses se tendió en el suelo, mientras que los prusianos se detenían, permaneciendo inmóviles un momento. Después el enemigo, observando sin duda que no podía ver bien, púsose en pie, y entonces resonaron nutridas descargas y la muerte se cebó en la línea de los franceses, que cayeron en gran número; pero lo mismo les sucedió á los prusianos. La lucha se prolongó porque los refuerzos franceses estaban más á mano, pero su fuego no era igual. Por espacio de cinco minutos la refriega fué muy sangrienta y el estruendo de la fusilería atronaba los oídos; muy pronto, empero, oí el redoble del tambor y pude ver que la segunda línea de los prusianos avanzaba. Cuando estuvo bastante cerca, el fuego cesó en parte, y con sus oficiales á la cabeza precipitóse con gran ímpetu; pero los franceses no cedieron, porque sus reservas estaban muy próximas formando columnas; de modo que el combate se generalizó en toda la línea. No hubo ataque á la bayoneta; alemanes y franceses detuviéronse á los treinta pasos, y otra vez se rompió el fuego con mucho vigor, sufriendo grandes destrozos los franceses, más que los prusianos, porque una sola bala de éstos, disparada por la nueva carabina, bastaba para atravesar diez ó doce hombres. Los batallones franceses comenzaron á retroceder hacia la retaguardia, moviéndose con creciente celeridad colina abajo, y en aquel momento dos escuadrones de la caballería alemana se precipitaron contra el enemigo de un flanco á otro.

Tal vez no hicieron mucho daño, si bien diseminaron la infantería; pero los cañones franceses situados en la colina más lejana obligaron á los prusianos á retroceder á su vez.

Entonces comenzó de nuevo el duelo de la artillería, pero fué de corta duración. Los franceses se proponían sin duda solamente poner término al combate, pues apenas estuvo la infantería á salvo el fuego cesó y se retiraron los cañones.

Los alemanes no se hallaban en estado de perseguir al enemigo, pues era preciso esperar la llegada de las demás fuerzas y reunir al mismo tiempo la caballería.

Eran las once y media, y hacia el Este del terreno alto que domina el Aisne, hacia Vouziers, veíamos brillar una larga línea de cañones, mientras que en la llanura se movían obscuras masas de tropa que apenas se distinguían.

A eso de las cuatro se dió á nuestros escuadrones la orden de avanzar, y á las seis vivaqueamos cerca de un punto llamado Dricourt, desde donde escribo estas líneas. He sabido que los exploradores alemanes vieron desde lejos todo un cuerpo de ejército francés, que se dirigía sobre nuestro flanco esta mañana desde Saint-Remy; pero á eso de las diez, habiendo sabido sin duda el resultado de la acción de Vaux, marchó hacia el Sud, y ahora debe estar á nuestro frente. Parece que el cuerpo francés que hemos batido hoy llegó con una división desplegada para la acción en la izquierda y con una brigada en la derecha. Entre estas fuerzas iba la artillería con la reserva. No sabemos dónde estaba la caballería que debiera acompañarlas.

Otro cuerpo francés fué derrotado cerca de Vouziers, de modo que ya hemos batido á dos y espérase vencer también mañana al que tenemos á nuestro frente, porque nuestras avanzadas están en contacto á lo largo de toda línea. Ignoro cuántos se encontrarán aún, pero nos hemos adelantado dos días á la proyectada movilización del enemigo, y estos últimos combates deben haber contrariado sus combinaciones.

Ha sido una buena idea permitir á las bandas de música de los regimientos tocar esta noche, y no recuerdo haber experimentado nunca tan profunda emoción como la que me produjo el último gran himno, cantado con grande entusiasmo por todos nuestros hombres.

(Continuará)



VISITA FRUSTRADA cuadro de F. Kraus

¿NOS CASAREMOS?

DISCUSIÓN TRASCENDENTAL DE SOBREMESA

Celebraban en un gabinete particular del restaurant de Fornos el triunfo de un escultor de 24 años, recién elegido para ir á completar sus estudios en la Academia de Bellas Artes de Roma.

Habían comido moderadamente y bebido sin exceso, porque los cuatro comensales, aunque jóvenes y aficionados á la buena mesa, no eran elegantes disipados, ni mucho menos. Estaba uno de ellos casado con una muchacha honrada y discreta: los demás, solteros. La conversación, bien sostenida, había girado sobre cien diferentes motivos; pero siempre venía á parar al arte como estribillo, porque todos eran artistas: dos pintores, el escultor laureado y un arquitecto. Era éste el casado: sus amigos le llamaban *Vitruvio* por lo clásico de sus proyectos, en que se retrataba lo ordenado y metódico de su modo de ser.

En las tazas humeaba el café; las copas de licor, medio vacías, mezclaban sus tenues y delicados vapores con el confortante aroma del Moka; la atmósfera, cargada con el humo de los cigarros, ponía roja la llama de las bujías, ya casi consumidas en los candelabros. El reloj de pared acababa de dar las once.

–¡Qué escándalo, señores, exclamó el arquitecto, ya cerca de media noche y yo todavía fuera de mi casa!

–¡Pobre *Vitruvio*, qué solfa te va á cantar tu mujer!, observó dando un sorbo en su taza el más animado de los dos pintores.

–Mi mujer, querido Eduardo, es tolerante, y sabe además que yo no abuso; pero pienso que está solita esperándome y alimentando el fuego de la chimenea de mi estudio, porque aún tengo que trabajar un par de horas esta noche antes de acostarme, y no es justo...

–¿Quién piensa en trabajar á estas horas y después de comer?, interrumpió el otro pintor. Eres muy pacato, como buen casado.

–Seré lo que queráis, pero me va muy bien así. Desde que acepté el santo yugo, no me han dado nunca las doce fuera de mi hogar. Y ¡cómo cunde el tiempo con el buen método de vida!

–Pues yo, replicó Eduardo, amo el desorden en todo. La más bella naturaleza es caprichosa y desordenada.

–Argumento de paisajista, observó sonriendo el escultor.

–Este *Fidias*, repuso Eduardo, dirigiéndose al laureado, me parece también de los aficionados á la regla y á la simetría. Haces bien, amado anfitrión; mañana saldrás para Roma á tomar posesión de tu plaza de pensionado, ganada en buena lid, que aquí celebramos con este banquete de despedida; y dentro de pocos años volverás á Madrid casado con una romanaza frescota, dormilona, metódica y redonda como un pandero. Tú te habrás puesto también gordo y pastoso, y vendrás á unir tu voz con la de nuestro *Vitruvio* para predicarnos sobre las excelencias del matrimonio. ¿No es verdad, hermano *Apeles*?, concluyó el paisajista, interpelando al otro pintor que permanecía silencioso.

–Sin reglas y sin ordenadas proporciones, contestó pausadamente Ricardo, que era el interpelado, dejando caer con el dedo meñique la ceniza del puro en el platillo de su taza, ni se hubiera erigido el Partenón, ni hubiera podido Fidias adaptar á sus frisos sus inimitables creaciones. La silvestre y desordenada naturaleza que acabas de contemplar y de estudiar en los bosques y montañas de Cantabria, te ha impresionado con exceso. Yo, pintor de historia, idólatra de la proporcionada belleza humana en la forma y en la esencia, declaro solemnemente que considero el matrimonio como complemento de la belleza moral del hombre y de la mujer, y que no me espanta la unión conyugal. Si Anselmo se casa en Roma...

–¡Alto ahí! No me comprometo á tanto, exclamó el escultor interrumpiéndole. Tampoco á mí me asusta el santo yugo; pero aplazo la resolución para algunos años, y entonces veré si me conviene que mi mujer sea gorda ó flaca, linfática ó nerviosa, blanca ó morena.

–Iba á decir, prosiguió Ricardo, que si Anselmo se casa no hará ningún disparate.

–¡Bravo!, exclamó el arquitecto. Ya veo yo casado á mi juicioso *Apeles*.

–También yo aplazo mi resolución, como *Fidias*, dijo éste, guiñando el ojo al escultor.

Atisbó Eduardo la risita de inteligencia que se cambiaban ambos y gritó alborozado:

–¡Ah, hipócritas, os habéis vendido! No los creas, Guillermo: ¡tan incasable es el uno como el otro!

Y mudando de expresión repentinamente, como si le hubiera asaltado algún pensamiento serio, añadió con entonación grave y serena:

–Sin embargo, valdría la pena discutir formalmente si le conviene ó no al artista ser casado. Yo, el más tronera de todos, pero también el más sincero y franco, os propongo este tema para que sobre él emitáis vuestras ideas, prometiendo desde luego que si Guillermo ó alguno de vosotros me convence, doy resuelto mi blanca mano á la primera duquesa con treinta mil duros de renta que la suerte me depare.

–O á la primera cursi que te lance miradas insinuantes en la Castellana ó en la acera de Calatravas, añadió riendo el escultor.

–Lo mismo da sepultarse en marmóreo panteón ó en el hoyo de los pobres, replicó el paisajista. ¿Qué decís de mi tesis?

–Acepto la discusión, dijo, resueltamente Guillermo.

–Yo también, contestó Ricardo.

–Yo me reservo el papel de juez y pronunciaré el fallo, dijo Anselmo desviando su taza vacía y preparándose á escuchar atentamente á los oradores.

–Pues pido la palabra, prorrumpió Eduardo, y que *Vitruvio* renuncie por esta noche á la dulce compañía de su mujercita junto á la chimenea de su estudio. Tengo observado (así empezó su discurso) que la mujer propia sirve generalmente de estorbo más que otra cosa al artista, sobre todo al pintor; y esto tiene una explicación muy natural. Si yo, por ejemplo, me casara, lo que Dios no permita, tendría que llevar á mi pobre mujer á todas las excursiones que me veo precisado á hacer como paisajista para estudiar la naturaleza, más intratable y zahareña á veces que las feroces palurdas con quienes tiene uno que habérselas con harta frecuencia. Hay que andar en muchas ocasiones, ya en malas cabalgaduras, ya á pie, por sierras fragosas y enmarañados bosques; en otras, por abrasadores arenales ó cenagosos pantanos. Hay que madrugar mucho, que afrontar chubascos y nevadas y que resignarse muy á menudo á no tener qué comer ni dónde dormir; y dicho se está que un ser delicado y sensible como la mujer no puede hacer vida tan penosa y desastrada. De modo que si me llevo á mi mujer conmigo, me expongo á perderla de una tisis ó de un tabardillo; y si la dejo en casa, arriesgo que algún zángano me la corteje y me la robe. Si la llevo en mi compañía, el cuidado de ella me quita la tranquilidad para entregarme á mis estudios; y si de ella me separo, nos ponemos ambos en el borde del precipicio, ella de la perdición, yo de la deshonra, de los celos, de la desesperación, quizás del crimen. Por otra parte, si la condeno á vida errante como mujer de soldado ó de titiritero, ¿cómo me la pararán á los pocos meses de semejante tráfago la fatiga y las privaciones? Estoy ya viendo á mi infeliz mujer negra y flacucha, llena de polvo y de desgarrones, con el sombrerillo apabullado, siguiéndome como un perro por las agrias montañas de Aragón ó de Navarra, jadeante y sin aliento, para lograr el platónico placer de verme á mí feliz y alborozado pintando en lo alto de un picacho los tornasoles que produce el sol poniente en la nevada cordillera. No, no: por bueno y sensible, cuando no por otras mil razones, renuncio á casarme, y creo firmemente que la santa coyunda matrimonial no es para ningún pintor errante.

Mientras así hablaba Eduardo, escuchábale atentamente el pintor de historia con el codo apoyado en la mesa y la frente sobre la palma de la mano, y así que hubo terminado, se expresó á su vez de esta manera:

–En verdad, amigos míos, que este calavera, por lo que á él concierne, ha puesto el dedo en la llaga. Lo que dice del paisajista casado no tiene vuelta de hoja; pero ¿podrá afirmarse otro tanto de nosotros los que todo el año trabajamos en nuestros estudios? Entiendo que no, y de mí sé decir que si cuando hago mis bocetos y pinto mis cuadros tuviera siempre á mi lado una mujer querida, hermosa, inteligente y sensible con quien pudiera consultar la expresión que doy á mis ideas y á mis íntimos sentimientos; en suma, si me fuera dado probar el valor de mis concepciones artísticas en la piedra de toque de un alma delicada en quien reside la intuición de lo esencialmente bello y de lo moralmente bueno, lejos de ser para mí un estorbo esa mujer, sería el auxiliar más útil y poderoso de mis tareas. Esto sólo en la mujer propia se encuentra; que la mujer prestada ó vendida al vil interés, sólo para lisonjearnos y perjudicarnos viene distraídamente y en ocasiones intempestivas á buscar su semblanza en nuestras obras.

–Pero es perjudicial la mujer propia en otro sentido, interrumpió vivamente Eduardo; porque la prestada ó vendida de quien hablas, ni te crucifica con sus celos, como aquélla, si te entusiasmas demasiado retratando damas distinguidas y *modelos* graciosos, ni te arruina con las diarias exigencias de la familia que en ella has creado.

–Nada de eso, querido mío; la mujer propia que yo te pinto, ni es celosa ni gastadora; antes por el contrario, es prudente, económica y ordenada.

–Pues citaré ejemplos históricos de felicidad conyugal muy á propósito para estimular á los pintores, repuso Eduardo con su genial viveza. Dejo á un lado conjeturas acerca de la cizaña que meterá en su casa y de las domésticas desazones de que no puede menos de ser causante el indiscreto pintor de historia que prostituye á su mujer y se sirve de ella en pelota para representar diosas ó ninfas, como hacía Rubens y como lo hizo también algún pintor moderno cuyo nombre callo, que en una Exposición pública nos puso de manifiesto casi todo lo reservado de su amada cónyuge transformada en Susana en el momento de salir del baño. Voy á la verdadera historia. El pintor florentino Andrés del Sarto idolatraba á su mujer Lucrecia Fede. La reputación que alcanzó con sus frescos le valió ser solicitado por el rey Francisco I, augusto Mecenas de aquel tiempo, para que contribuyese con sus pinceles al ornato de sus palacios en París, Fontainebleau y otros puntos. Gozaba el eminente artista en la corte de Francia todos los halagos de la más lisonjera fortuna, cuando una carta de su caprichosa é imprudente mujer, á quien nada negaba él, dió al traste con sus sueños de felicidad, porque le exigía que regresase á Florencia renunciando al brillante porvenir con que le brindaba el afecto que el rey le había cobrado. Y lo más duro fué que al invadir á Florencia la famosa peste del año 1529, de la cual se contagió el pobre pintor, su mujer le abandonó cobardemente, y el grande artista murió víctima de la terrible enfermedad y de aquel amargo desengaño. Otro ejemplo: Ribera, el *Españoleto*, vivía en Nápoles casado con una mujer vanidosa y exigente: cuando se vió rico y agasajado con distinciones, académico romano, caballero del hábito de Cristo y padre de dos hijas que eran el encanto de los que frecuentaban su trato, impulsado por ella se llenó de orgullo, alquiló una soberbia habitación con honores de palacio, decoró espléndidamente sus salones, tomó gran número de sirvientes, puso carroza para sí y para su mujer, la cual tenía además de sus lacayos escudero de brazo para tomar el estribo ó apearse, y él por su parte pagaba crecido salario á un *alfiere* para que le diese la paleta y los pinceles y se los recogiese después de haber trabajado solamente tres horas por la mañana y dos por la tarde Es decir, que Ribera perdió la chabeta por causa de su orgullosa mujer; y no fué esto lo peor, sino que perdió también la honra, porque con la necesidad de celebrar grandes saraos para divertir á los demás, dió margen á que el bastardo don Juan de Austria, que gobernaba á Nápoles durante el tumulto suscitado por Massaniello, se enamorase de su hija la bella María Rosa y se la robara. No hubieran sido tan desgraciados Ribera y Andrés del Sarto permaneciendo solteros.

–¡Muy bien!, exclamaron á un tiempo el pintor de historia y el escultor.

–Creo que ha llegado mi turno, dijo Guillermo; y como soy matemático y tengo prisa de llegar á mi casa para poner término al aburrimiento de mi mujercita, seré breve. Eduardo exagera las penalidades de la vida del paisajista: yo conocí hace años al célebre Parcerisa, con quien una linda muchacha de Barcelona, delicada, sensible, discreta y bien educada, con todas las cualidades en fin que requiere Ricardo en la mujer propia, se casó guiada del generoso propósito de ser su fiel compañera y como si dijéramos su ayudante en la noble empresa de coleccionar los *Recuerdos y Bellezas* de la romántica España, y me consta que aquella santa pareja recorrió tranquilamente muchas provincias de la península sin las amarguras que Eduardo supone inevitables en las peregrinaciones artísticas. Pero lo más particular del caso, y lo que para mí es evidente prueba de que la Providencia protege á los artistas casados, si viven honradamente y no son tontos, está en que, al revés de lo que suele hacer el común de los hombres, los cuales sólo se casan cuando cuentan con medios para sostener las cargas del matrimonio, Parcerisa se casó siendo pobre para hacerse rico, y casi lo logró. Aparte de esto, y viniendo al principal argumento de Eduardo sobre los inconvenientes de dejar sola á la mujer propia mientras está uno ocupado en sus trabajos, yo os pruebo de una manera concluyente su escasa fuerza con sólo recordaros que el peligro de la soledad y del aburrimiento y la consiguiente necesidad de las distracciones no existe en el santuario de la casada discreta y virtuosa, y mucho menos cuando al pie del grupo que forman unidos el hombre y la



LA VISITA DE PÉSAME, cuadro de D. Luis Alvarez

mujer crecen tiernos seres que estrechamente los enlazan, en cuya educación encuentra la buena madre su más dulce pasatiempo y sus más puros deleites, y que son como los ángeles defensores del bendecido hogar. Y ¿qué os diré de la generosa asistencia que encuentra el artista en su mujer, si en vez de ser vanidosa y liviana, como las de los ejemplos históricos que acaba de presentarnos Eduardo, es celosa guardadora de su hacienda, de su honra y de su fama? En contra de esos ejemplos os citaré otro que, dada la natural exaltación del amor de la mujer, creo podría servir de regla para todos los casos análogos. En mi ciudad natal, la imperial Toledo, allá á fines del siglo XIV, el fastuoso y egregio arzobispo D. Pedro Tenorio encargó á su arquitecto, el célebre Rodrigo Alfonso, que reconstruyera el inmenso arco central del puente de San Martín que había hecho destruir el bastardo D. Enrique durante su guerra fratricida contra el rey D. Pedro de Castilla. El buen arquitecto empleó toda su ciencia y esmero en el desempeño de aquel difícil encargo, porque medía dicho arco, por el cual pasa todo el río Tajo, 140 pies de diámetro y 95 de altura; pero sospechó que había cometido un yerro en la construcción, yerro que le preocupó dolorosamente, temiendo ver inutilizados sus cálculos, sus afanes y los caudales empleados en ella. Con la obsesión de esta tenaz idea, soñó una



EL SEÑOR FEUDAL, cuadro de D. Luis Alvarez. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890.)



¡DAMELA!, cuadro de Hermán Vogler



CARRERAS DE CARROS EN ROMA, relieve de D. Mariano Benlliure

noche que al quitar las cimbras al arco se venía abajo la ingente mole con fragor espantoso: despertó sobresaltado, y confiando á su mujer su desgracia, ésta, con sagacidad admirable, acudió al remedio, no del fracaso que amenazaba á la obra, sino del descrédito y ruina á que estaba expuesto su marido: calló, como si la pesadumbre de éste la hubiera anonadado; y yéndose á la noche siguiente con una criada de toda su confianza y con todo sigilo al paraje donde estribaba la cimbra del arco recién construído, pegó fuego al maderamen para que la ruina se atribuyese á casual siniestro. El arzobispo creyó fortuito el incendio, y mandó que se volviese á hacer la obra á su costa. Terminada ésta, la mujer entró en escrúpulos y se presentó al prelado descubriéndole su fechoría; pero D. Pedro Tenorio, admirado del aliento generoso y varonil de aquella mujer, tan celosa del buen nombre de su marido, y magnánimo en todo, lejos de repetir contra el arquitecto el nuevo gasto, celebró y premió aquel ingenioso atrevimiento. ¿Os parece ahora si son estorbo para los artistas sus mujeres?

– Hay casos excepcionales, exclamó Eduardo.

– En la buena elección de la mujer está el secreto de estas excepciones, contestó Ricardo

– Yo, sin embargo de todo lo alegado, dijo el escultor, me abstengo de fallar.

– Pues quédese cada cual con su opinión; como sucede siempre que sobre algo se disputa, añadió el arquitecto. Y vámonos ya, que van á dar las doce.

– ¡Las doce! ¡Hora de los crímenes!, exclamó el paisajista.

Y tomando cada uno su gabán y su sombrero, salieron los cuatro amigos alegremente á darse las buenas noches en la desierta acera de la calle de Alcalá.

PEDRO DE MADRAZO

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El Museo Británico de Londres poseerá en breve una preciosa joya que se adquirirá por suscripción particular, auxiliada con una subvención del gobierno: se trata de la magnífica copa que Jacobo I de Inglaterra regaló al condestable Velasco al terminarse las negociaciones del primer tratado de paz que se firmó con España después del desastre de la Gran Armada. Esta copa, que es de oro con bellísimos esmaltes, la vendió hace nueve años en París un español al barón Jerónimo Pichón, de quien la adquirieron por 200.000 pesetas los Sres. Wertheimer, sus actuales poseedores. Mr. Drury Fornum, que la vió en poder de éstos, concibió la idea de adquirirla para Inglaterra, abriendo al efecto una suscripción para regalarla al Museo Británico. Los Sres. Wertheimer, en vista de tan levantado propósito, han consentido en ceder aquella joya por el mismo precio que les había costado. Mr. Fornum encabezó la suscripción con 12.500 pesetas y el difunto M. Sansón Wertheimer ofreció otro tanto. Igual cantidad han donado otros cinco suscriptores, de modo que unida á estas sumas la de 50.000 pesetas ofrecida por el gobierno, faltan sólo 72.500 para completar el precio fijado, siendo muy probable que á estas horas se halle ya éste cubierto.

La copa, en verdad, vale lo que por ella ofrecen, pues además de su valor histórico es, según dicen, una verdadera maravilla de orfebrería.

– La Sociedad federal suiza de Bellas Artes prepara una exposición ambulante que se instalará sucesivamente en las principales ciudades helvéticas.

– La Exposición de las obras del paisajista Pelouse, organizada en la Escuela de Bellas Artes de París, constituye una de las novedades más interesantes que en la actualidad llaman la atención del público de artistas y aficionados de aquella gran capital. La presentación, puede decirse completa, de la obra del malogrado artista, digno continuador de la brillante escuela de los Rousseau, Daubigny, Courbet, Corot, etc., ha sido una sanción honrosa y general de la envidiable notoriedad alcanzada por Pelouse.

Además de ésta, se están celebrando actualmente en París la Exposición de las obras de Mme. Peyrol-Bonheur, hermana de Rosa Bonheur, recientemente fallecida, y la de acuarelas, dibujos, aguas fuertes y pasteles del Círculo Artístico y Literario, una y otra en extremo interesantes.

– La dirección del Real Gabinete de grabados en cobre de Stuttgart ha organizado una exposición de las obras de Alberto Durero, en donde se admiran gran número de hermosas cuanto raras obras del gran artista nurembergués.

– La Sociedad de artistas franceses (Salón de los Campos Elíseos) ha resuelto admitir en lo sucesivo en el Salón obras de industrias artísticas, conforme al deseo expresado por el ministro M. Bourgeois en la distribución de premios del año último, habiéndose ya nombrado la comisión encargada de escoger, de entre las que se envíen con ese objeto, las que considere dignas de ser expuestas.

– La *Famiglia Artística*, de Milán, celebrará desde el 10 al 31 del próximo mayo una exposición de abanicos artísticos.

– La nueva ópera de Mascagni *Los Rantzau* se pondrá en escena en Florencia durante el mes de noviembre de este año, y será interpretada, según dicen, por la Tetrazzini, el tenor De Lucia, el barítono Battistini y el caricato Pini Corsi.

– El municipio de Hamburgo ha votado la suma de 625.000 pesetas para adornar los nichos de la casa consistorial con estatuas de bronce que representarán á algunos emperadores alemanes, príncipes y condes de Holstein y burgomaestres hamburgueses que han contribuído á la prosperidad de aquella capital.

– Los escultores parisienses Falgiere y Merie han terminado la estatua de Alfredo de Musset. El poeta está sentado y con los ojos fijos en un libro; delante de él se ve en pie una musa deshojando rosas.

En el Acrópolis de Selinunte se han descubierto tres notables metopas con relieves en muy buen estado de conservación, una de las cuales representa el rapto de Europa y contiene algunos vestigios de pintura. A juicio del director del Museo nacional de Palermo, esas tres metopas merecen ser consideradas entre las más importantes obras arcaicas de la plástica griega, y serán por ende un complemento muy valioso de la magnífica colección de metopas que tanta fama ha dado al Museo palermitano.

Teatros. – Eleonora Duse, que procedente de Rusia se dirige á España, ha dado dos representaciones en Viena: acogida al principio con indiferencia, pronto logró, sin embargo, entusiasmar al público. La prensa vienesa la ha colmado de elogios; la *Deutsche Zeitung* dice: «Comprendemos el culto que los italianos sienten por la Duse,» y la *Wiener Tageblatt:* «La Duse es una de aquellas artistas que forman época, pues ha llegado al pináculo del arte dramático.»

A propósito de la Duse, un periódico italiano inserta la partida de bautismo de esta eminente artista, de la que resulta que nació en Vigevano el día 3 de octubre de 1858.

– En el teatro de Aplicación de París se ha estrenado con buen éxito un drama en cinco actos, titulado *Daria*, cuyo argumento está tomado de una interesante nóvela de M. Pont-Jest.

– En Roma ha obtenido gran éxito una ópera de Humberto Giordano, joven compositor napolitano, titulada *Mala Vita*, cuyo argumento está tomado de una comedia de igual título de Giacomo y Cognetti, escritores napolitanos también, que ha sido muy aplaudida en varios teatros de Italia.

– En Milán, la compañía de Virginia Marini ha puesto en escena el drama de Ibsen *Los aparecidos*, que el público ha recibido con aplauso y que interpretaron admirablemente la citada actriz y el primer actor Sr. Zacconi.

Madrid: El estreno de *Realidad*, primera producción dramática del insigne novelista Sr. Pérez Galdós, ha sido un verdadero acontecimiento. Sin embargo, la opinión unánime de los críticos y del público conviene en que la inmensa ovación tributada al autor de *Episodios Nacionales*, *Gloria*, *La familia de León Roch*, *Doña Perfecta* y tantas otras joyas literarias, fué más bien una manifestación de cariño y entusiasmo hacia el novelista á quien hasta ahora no habían podido prodigarse esas muestras de admiración que se traducen por ruidosos aplausos, que un reconocimiento de la bondad del drama, el cual por la índole especial de su argumento y del desarrollo de su acción pierde en el teatro mucho de lo excepcionalmente bueno que contiene la novela de donde el asunto está tomado.

—La ópera *Edgar*, del maestro Puccini, ha obtenido en el teatro Real un éxito no más que mediano. Fueron, sin embargo, ruidosamente aplaudidos algunos números de la partitura del joven compositor italiano, especialmente la sinfonía y un dúo, que son sin duda las piezas culminantes de la obra y que hacen esperar nuevos y mejores frutos del talento indiscutible de su autor.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Carlos James Lewis, paisajista inglés cuyos cuadros eran muy celebrados todos los años en las exposiciones de la «Royal Academy» y del «Royal Institute.»

La princesa Dorinka, ex reina de Montenegro, de cuyo trono fué excluída en 1860 por haber muerto á su esposo el rey Dascilo I, sin sucesión masculina: ha fallecido en Venecia casi en la miseria.

Francisco Paolo Pérez, senador italiano, literato notable, periodista valiente, uno de los primeros que en Sicilia propagaron la idea de la unidad de Italia: fué ministro de Obras públicas con Depretis (1877) y de Instrucción pública con Cairoli (1879).

El vicealmirante francés Jurien de la Graviere, marino de brillante carrera, miembro de la Academia de Ciencias, de la que fué presidente, y de la Academia Francesa: colaboró en la *Revue des Deux Mondes* y entre otras obras notables escribió *Recuerdos de un almirante*, *La Marina de otros tiempos*, *La Marina de hoy*, *Corsarios berberiscos*, etc.

El teniente general de nuestro ejército D. Agustín Burgos, diferentes veces director de varias armas y senador desde 1881: hizo las campañas de Africa y Santo Domingo y fué ayudante del rey D. Amadeo I.

Eduardo Augusto Freeman, eminente historiador inglés entre cuyas obras figura en primer lugar su famosa *Historia de Europa ajustada á la geografía política*.

Eusebio Asquerino, periodista español de gran valía, aplaudido autor dramático y ex diputado á cortes: por sus ideas liberales fué muy perseguido por los moderados, que dos veces le condenaron á muerte por sus valientes campañas periodísticas.

Varia. – En Amberes se está tallando actualmente un diamante que será el segundo en tamaño de los que hasta ahora se conocen: en bruto pesa 474 karats, mide 7 centímetros de largo y 4'75 de ancho, y una vez tallado pesará más de 200 karats. La mayor de sus facetas tendrá 2 centímetros de longitud y 2 de anchura y el tamaño de la piedra será el de un huevo grande de paloma; de lo que costará pulimentarlo puede formarse idea sabiendo que el tallado del *Koh-i-noor*, que posee la corona de Inglaterra y que sólo pesa 102 y medio karats, costó 200.000 pesetas. Todavía no ha podido fijarse el precio que podrá tener este excepcional brillante.

– Un editor de Turín ha descubierto un manuscrito desconocido del Tasso: en él se habla de un viaje que el poeta hizo á Egipto y Palestina y del que nadie tenía hasta ahora noticia. Este manuscrito, que contiene además algunos sonetos, se publicará el día 25 de abril, aniversario de la muerte del autor de la *Jerusalén libertada*.

—Durante la reciente estancia de Rubinstein en Viena, una joven pianista suplicóle se dignase oirla en el piano: accedió á ello el maestro, que la escuchó con interés, y la concertista, halagada por la actitud benévola que había observado en él durante la audición, presentóle al final un abanico rogándole que en él escribiera algo. Rubistein, tomando la pluma, escribió: «Tocar *con* el piano, no es lo mismo que tocar *el* piano.»

He aquí una lección que podrían aprovechar más de cuatro aficionadas y aficionados que se complacen en destrozar los oídos de los que tienen la desgracia de caer en sus garras.

NUESTROS GRABADOS

El Salvador, escultura de D. Agustín Querol. – Cultivador de distintos géneros dentro del arte escultórico, en todos ellos sobresale el justamente renombrado artista tortosino: cada una de sus obras lleva impreso el sello del genio y hace sentir de una manera intensa la impresión que por su especial índole está llamada á producir. ¿A qué recordar, entre otras, en confirmación de nuestro aserto, las muchas que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido? *El Salvador* bastaría por sí sola para probar que nuestros elogios no son exagerados: esa majestuosa figura que con los brazos en alto y los ojos fijos en el cielo parece pedir para la tierra la misericordia del Altísimo; ese rostro de serena belleza, fiel reflejo de la idea que del Divino Redentor tenemos formada los que admiramos sus sublimes doctrinas, y ese mismo sencillo ropaje, al través de cuyos pliegues adivinamos las carnes que habían de maltratar despiadados verdugos, son otras tantas bellezas que no pueden menos de excitar la admiración de cuantos sientan verdadero amor al arte.

Visita frustrada, cuadro de F. Kraus. — El asunto y la composición de este cuadro no pueden ser más sencillos, y sin embargo al contemplarlo se siente la grata impresión que producen las obras ejecutadas concienzudamente, aun cuando no sorprendan por la grandiosidad del concepto que las inspirara. Y es que el arte, cuando se ejerce con el talento que bien acreditado tiene el notable pintor alemán F. Kraus, posee recursos infinitos que permiten hacer interesantes los motivos más frívolos, ora por la espontaneidad de la idea que los genera, ora por la corrección con que aparecen ejecutados, ora por la naturalidad con que están combinados los escasos pero perfectamente entendidos elementos de que se componen, como sucede con el cuadro *Visita frustrada*, en donde la sobriedad del argumento – si así podemos llamarlo – viene sobradamente compensada por la abundancia de bellezas técnicas que en sus menores detalles se descubren.

La visita de pésame. — El señor feudal, cuadros de D. Luis Alvarez. — Muy joven, casi un niño, comenzó D. Luis Alvarez sus estudios en la escuela especial de pintura de Madrid, trasladándose á Roma al cabo de algunos años en compañía de Palmaroli y del malogrado Rosales. En la Ciudad Eterna ha sido uno de los pintores españoles que más han contribuído por su laboriosidad é inteligencia á sostener el buen nombre artístico de España. Allí es donde ha producido obras tan notables como *El sueño de Calpurnia*, premiado en la Exposición nacional de 1862, y *El señor feudal* y *La silla de Felipe II*, que obtuvo también una primera medalla en el Concurso de 1890.

El señor feudal es un bonito cuadro que evoca el recuerdo de las costumbres del siglo XVI. Un poderoso magnate, conducido en silla de manos por dos robustos lacayos y seguido de igual número de amigos, detiene la marcha en medio de un bosque para requerir á una pobre muchacha, que entre temerosa é inquieta, puesto que presiente un peligro para su honra, déjase coger la mano por aquel caballero que, olvidando los timbres de su honra y sus deberes, dedícase á seducir villanas en vez de empuñar la lanza. El vistoso paisaje, la respectiva actitud y expresión de los personajes y la brillante y agradable interpretación de los tonos y matices de los trajes constituyen un conjunto verdaderamente armónico, que revela desde luego las cualidades que posee Alvarez como artista y buen colorista.

¡Dámela!, cuadro de H. Vogler. – La carta con tanta impaciencia esperada ha llegado por fin; pero aquella á cuyas manos ha ido á parar complácese en prolongar el martirio de la amiga á quien va dirigida. Compréndese, empero, que la lucha entablada no será de larga duración y que la detentadora de la epístola acabará por rendirse á las súplicas de la encantadora joven que, juntando las manos y dirigiendo á su compañera una de esas miradas que nadie resiste, exclama con acento cariñoso: «¡Dámela!»

El autor del cuadro que tan sentida escena reproduce, ha acumulado en él todas las bellezas que pueden hacer simpático un lienzo: delicadeza del asunto, disposición sencilla y artística del mismo y ejecución acabada en sus menores detalles. El elegante grupo formado por esas dos jóvenes, de dos tipos bien distintos, pero igualmente hermosas, y la bien entendida decoración de flores y hojas, á la vez marco y fondo bellísimos donde aquellas figuras destacan, constituyen una página poética llena de atractivos y hábilmente interpretada por el célebre pintor alemán H. Vogler.

Carreras de carros, relieve de D. Mariano Benlliure. – Es el relieve indudablemente uno de los géneros más difíciles en la escultura, pues disponiendo de poco más espacio que la pintura y el dibujo para la diferenciación de términos, carece de los recursos que para conseguirla ofrecen á aquéllos el color y la sombra. Además por su cualidad de decorativo exige ciertas condiciones técnicas en cuya realización es facil que fracasen los que no posean verdadero talento artístico. Benlliure es más que artista de talento, es escultor de genio, y con ello dicho se está que las dificultades apuntadas dejan de serlo para él: bien lo demuestran *La familia real de España*, que hemos publicado hace poco, y *Carreras de carros*, hermoso relieve que hoy reproducimos y en el cual campean una valentía, una soltura y una corrección que difícilmente pueden ser superadas y que hacen de esta obra un nuevo triunfo para el autor de *Don Diego López de Haro*, *Don Alvaro de Bazán* y tantas otras joyas de nuestra estatuaria contemporánea.

Cansada del baile, cuadro de D. Maximino Peña (Exposición de Bellas Artes de Berlín). – Maximino Peña es otro de los artistas españoles á quienes el Jurado calificador de la Exposición internacional de Bellas Artes celebrada en Berlín últimamente ha distinguido con una recompensa. Y preciso es confesar que, aparte del mérito de la obra expuesta, que fué adquirida, por cierto, por uno de los acaudalados *amateurs* de la capital de Alemania, las cualidades que posee este distinguido pintor, uno de los más aventajados discípulos del malogrado Plasencia, justifican su triunfo. No es Maximino un artista novel; aunque joven, ha logrado darse á conocer por su laboriosidad y por sus recomendables condiciones. Cultiva la pintura con sincero entusiasmo, y en todas sus producciones, además de su genialidad, distínguese desde luego el resultado de la enseñanza que recibiera de su insigne maestro.

Reciba el Sr. Peña nuestra afectuosa felicitación y nuestros votos por que se vean siempre recompensados sus loables esfuerzos.



HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. — ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONTINUACIÓN)

Parecíale al coronel que no se decían precisamente lo que hubieran debido decirse; pero la expresión de su hermano era para él como una garantía de sincero afecto.

– Aún no he visto á mis sobrinas, dijo con dulzura.

– ¡Ya las verás, ya las verás!, contestó Marcos, tarareando una canción y moviéndose con cierta agitación ligeramente nerviosa como si hubiera bebido champaña.

– ¡Estoy contento!, dijo, castañeteando los dedos.

Y como para evitar un equívoco, añadió:

– Contento de verte, mi querido Roberto.

– ¿De veras, amigo mío?

Los dos se miraron cara á cara, sonriendo, á la escasa luz de la estancia. El primogénito tenía esos labios expresivos de los que reprimen su efusión; pero de repente exclamó:

– ¡Cuánto me alegro de verte feliz!

En su voz varonil y profunda había cierta cosa, cierta entonación que parecía revelar que á él, célibe y solo, le faltaba aquella dicha. ¿Pensaría Marcos en esto ó en otra cosa? Una sombra melancólica se extendió por el taller durante aquel silencio, y los dos hermanos experimentaron el triste encanto de todo lo que el corazón adivina y calla.

– ¡Vamos á comer!, dijo por fin Marcos, dejando escapar un suspiro.

IV

El ordenanza había arreglado ya la ropa blanca y los trajes de su amo, poniendo sobre la cama la camisa de pechera bordada, la levita, el pantalón, las medias de seda y en el suelo los escarpines charolados. En el gabinete tocador, que era muy claro, la luz iluminaba los anchos cubos y los jarros de porcelana.

– ¿Está todo corriente? ¿No te falta nada?, dijo Marcos, paseando la mirada á su alrededor. ¡Pues hasta luego!

Las habitaciones de los dos hermanos se comunicaban, y estaban separadas solamente por otras dos, una de las cuales servía de despacho y la otra de pequeño salón, ambas con salida al corredor.

El coronel dió á Juan sus instrucciones respecto á Tigiale; varios detalles domésticos le hicieron pensar en Verdun, donde había dejado á su ayuda de cámara Francisco, con orden de cerrar la casa y reunirse con él, llevándole dos de sus mejores caballos: *Poitou*, el de guerra, y *Coralia*, yegua de lujo.

El Sr. de Francœur despidió al ordenanza para vestirse solo, como así lo hizo con el orden y la prontitud de costumbre. Después paseó un poco por la estancia, leyó los títulos de dos ó tres novelas colocadas allí para él, aunque no leía nunca, y al fin abrió la ventana para respirar el aire fresco de la tarde.

Una luz pálida, crepuscular, permitía distinguir los objetos, las grandes masas de follaje, la arena de los senderos del jardín, los reflejos vidriosos de los invernaderos, y más allá el terrado con balaustres, que parecía sumergirse en el espacio, y el horizonte que iba á perderse en fugaz perspectiva; campos y bosques que ostentaban á lo lejos un tinte azulado y la vaga línea de árboles que se alzaban á orillas del río, que brilló de pronto como una serpiente de acero, al reflejarse en sus aguas los rayos de la luna. El astro de la noche mostraba su blanco disco y poco á poco las sombras se destacaron en el suelo, los rincones obscuros tomaron un aspecto misterioso, las avenidas aparecieron como enarenadas de plata y el paisaje, bañado por una suave claridad, revistió singular esplendor; todo quedó inmóvil, silencioso, encantado.

Para el Sr. de Francœur fué éste un instante de olvido sin pensamiento, uno de esos estados fluidos en que se pierde la conciencia de sí mismo para confundirse con los objetos. ¿Dónde estaba? ¿Allí ó en otra parte? ¿Perdido en el rayo de luna que se reflejaba en las aguas, ó extraviado en los lóbregos tallares que tanto miedo infunden á los niños? ¿Se hallaría acaso en otro lugar, más lejos, en alguna noche análoga de otro tiempo en que la misma luz azulada y clara despertaba en él sensaciones igualmente vagas y perturbadoras? Lo ignoraba y sentía el vacío en la cabeza y en el corazón; pero ante aquel espectáculo encantador infiltrábase en todo su ser un sentimiento de dulzura. Contemplaba con cariño aquella decoración fantástica por el placer de vivir allí algunas semanas junto á seres amados, y hasta parecíale que le era ya conocido, que lo había visto en otra parte, soñado tal vez, y que hallaba en aquel momento la impresión perdida, por una de esas reminiscencias vagas y singulares que nadie puede explicar.

Un ligero golpe en la puerta del saloncito interrumpió, aunque no instantáneamente, su meditación, y cogiendo una lámpara, alrededor de la cual revoloteaban varias mariposas nocturnas, abrió la puerta y dejó escapar una exclamación.

– ¡Cómo, sois vosotras, hijas mías! ¡Qué buenas sois!

En el umbral de la puerta estaban sus sobrinas, dos niñas adorables, una de seis años y otra de cuatro; habían ido solas y permanecían cogidas de la mano. Para ver mejor á su tío, que era de elevada estatura, echaban la cabeza hacia atrás, levantando sus grandes ojos de mirada tímida, con una sonrisa placentera.

– ¡Entrad, moninas!, dijo el coronel.

Y dejando presuroso la lámpara, levantólas en sus brazos á gran altura del suelo, besando al paso sus mejillas, suaves como la piel del albérchigo.

– ¡Qué lindas sois y cómo habéis crecido desde hace seis meses!, exclamó el coronel. ¿Me reconoces, querida Juanita?

Rubia como el oro, de cutis blanco y sonrosado y ojos azules de tonos cambiantes, la niña movió afirmativamente y con ademán grave la cabeza.

– ¿Y tú, Pepita?, preguntó el Sr. de Francœur á la hermana.

Por toda contestación, la más pequeña rodeó con los brazos el cuello de su tío: era una niña delicada y frágil, de piel mate y cabello castaño, con la languidez criolla de su madre.

– ¡Hijas mías!, murmuraba el coronel muy conmovido.

Aquellas criaturas frescas y lozanas, con los suaves contornos de sus graciosos cuerpos, comunicábanle una sensación de inefable dulzura.

– ¿Es mamá quien os envía?

– No, contestó la mayor, nadie nos envía; venimos por nuestra voluntad.

– Por nuestra voluntad, repitió Pepita.

Juana queriendo dar una explicación, añadió:

– Griffith había ido á buscar agua caliente, la puerta estaba entornada y nos escapamos.

– ¡Nos escapamos!, repitió el eco infantil.

– ¡Pues yo tengo algo que enseñaros!, repuso el coronel, poniendo á las niñas en el suelo y dirigiéndose á su cuarto, de donde sacó las cajas adornadas con lazos de color de rosa.

– Esto es para las niñas juiciosas, añadió.

La graciosa y picaresca sonrisa de Juana le sedujo. ¡Qué sonrisa tan femenil ya!

– ¡Yo soy muy juiciosa!, dijo Pepita.

– ¡Y yo sé leer!, añadió Juana con dignidad.

Las niñas tenían una expresión tan cómica, que el coronel no pudo menos de sonreir, murmurando:

– ¡Es encantador!

Pero una vez abiertas las cajas, ya fué otra cosa. ¡Qué sorpresa! El coronel sonreía al ver aquel éxtasis, aquellos ojos brillantes, aquella confusión de naturalezas vírgenes que se abrían á la felicidad. ¡Ah, qué muñecas! ¡Reinas, hadas, hermosas niñas vestidas de seda, con cabello de oro y preciosos pendientes; muñecas que llevaban, como las señoras, enaguas con encajes, medias de seda y zapatitos; caritas preciosas que sonreían, y ojos que se cerraban como para dormirse cuando se colocaba el cuerpo en posición horizontal! ¡Eran demasiado hermosas; las niñas no osaban tocarlas!

– ¡Soy un egoísta, pensó el coronel, en querer disfrutar yo solo de su regocijo!

Pero el Sr. de Francœur no había podido reprimirse, y al ver á sus sobrinas no le fué posible retardar la entrega de sus regalos y aun hubo de hacer un esfuerzo para no darlo todo aquella misma noche.

– ¡Mañana tendréis más sorpresas!

Ni una ni otra dieron las gracias, porque es palabra que las niñas repiten cuando se les apunta, pero acercáronse espontáneamente para abrazar á su tío y prodigarle los más sonoros besos.

Un leve rumor les hizo levantar la cabeza: desde la puerta entornada, Marcos contemplaba la escena sonriendo; su ayuda de cámara, que derramaba á su alrededor el irisado chorro de un vaporizador, eclipsóse discretamente.

– ¡Ah!, exclamó Marcos, haciendo con la mano un ademán cómico de amenaza. ¡Tío Roberto, te van á reñir!

Al decir esto se adelantó, luciendo su elegante traje y exhalando grato perfume, con ese lustre que el tocador comunica á las personas de refinado gusto.

—¡No lo dudes!, añadió pasando su mano por los cabellos de Juana, que mecía cariñosamente á su muñeca.

Y levantando después la cara de la más pequeña, que era su preferida, añadió:

—¿Sabes, Roberto, que se te parece?

—¡Oh!, exclamó el tío en son de protesta.

—¡En todo, continuó Marcos! No veo en ella nada de su madre ni mío; y en cambio tiene tu frente, tu cabeza grande y tu mirada.

—¿No se parece á nuestro padre?, preguntó el coronel, que era el vivo retrato del difunto; mientras que Marcos, delgado y enjuto, recordaba á su madre.

Sin contestar á esto, y reflexionando en todo cuanto la herencia tiene de misterioso, Marcos contemplaba á su hermano, examinándole de pies á cabeza.

—¡Eres verdaderamente admirable!, dijo. ¡Yo tengo diez años menos que tú y parezco más viejo!

Y era verdad, una ligera y precoz arruga á los treinta y seis años, le estriaba el ángulo de los ojos y el de la boca, y además la barba, que entonces se dejaba crecer, le comunicaba un aspecto de falsa gravedad.

—¡Mira, dijo, señalando sus sienes cubiertas de cabellos algo grises; mientras que tú!...

Y admiraba la espaciosa y tersa frente de su hermano, algo desnuda en la parte superior por el uso del casco y en la que terminaban sus cabellos rubios y rígidos cortados al rape.

—¡Tú eres siempre joven!, dijo Marcos, suspirando con cierta expresión de cómico pesar.

El Sr. de Francœur le dió un golpecito en el hombro, acompañado de una de esas sonrisas que, prestándose á la broma, conviértense muy pronto en una expresión digna y risueña.

—¡Mira, papá, mira!, exclamó la pequeña tirando del faldón de la levita á su padre al ver que éste no le hacía caso.

—Sí, hija mía, dijo al fin, es demasiado hermosa, y cogiendo la muñeca revolvióla en todos sentidos, inclinando la cabeza y levantando los brazos, y alzando el vestido examinó los encajes de la ropa interior.

—¡Qué cosas tan bonitas hacen ahora! ¿Te acuerdas, Roberto, de las muñecas de antes, con su cuerpo rojo de color de cangrejo? Hoy las adornan con todo el lujo moderno; son de piel fina, están perfumadas; diríase que salen de casa de Worth, y más bien son muñecas para personas mayores, verdaderas mujeres en pequeño.

—Yo creo, repuso el coronel con buen sentido, que los niños se muestran indiferentes á eso. Acuérdate de aquel horrible soldado de madera que tenías á los siete años, al que pusiste por nombre «Carabucinel» y de quien hiciste tu confidente y amigo. Jamás pudieron sustituirlo con ventaja tus más hermosos polichinelas.

—¿Aún te acuerdas de eso?, repuso Marcos con sorpresa. Pues yo no. ¿Y dices que yo llamaba al soldado Ca-ra-bu-ci-nel?, preguntó recalcando ligeramente las sílabas para hacer reir á Juana, que le miraba con asombro.

—¡Ya lo has olvidado, ingrato!, repuso el Sr. de Francœur, que conservaba con cariño todos los recuerdos de su propia infancia.

En aquel momento se oyó el primer toque de la campana anunciando la hora de comer.

—Señoritas, dijo Marcos á las niñas haciendo un saludo, tengo el honor... Alguien rasca la puerta... Sin duda es Griffith que os reclama.

En efecto, se presentó el aya, mujer de rostro pálido con el tipo propio de la inglesa.

—¡Un beso, papá!, dijo Juana.

Marcos la besó ligeramente, más bien como hermano que como padre formal.

—¿Y yo?, exclamó Pepita.

Marcos no hizo más que rozar su cabello, pero el coronel besó á las dos niñas muchas veces con tierno cariño, y después salió con su hermano. Al atravesar un saloncito, Marcos se arregló la corbata al pasar por delante de un espejo, tomando su habitual aspecto de amabilidad mundana, un aspecto que no era el suyo propio, y que el Sr. de Francœur no le conocía en otro tiempo. Marcos desapareció detrás de un cortinaje, diciendo:

—¡Pasa, mi coronel!

V

Los Fabvier, dos ancianos de buen porte y cabello blanco, se pusieron en pie al entrar el coronel. Al cabo de su larga vida habían acabado por amoldarse perfectamente el uno al otro, y se asemejaban en todo lo indefinible de la actitud y de la voz. El mismo aire de dignidad serena reflejábase de la mujer al marido, y ambos tenían ese aspecto respetable que comunica la vejez aceptada con resignación. Sin embargo, aficionados á la sociedad, sacrificábanse algo por ésta; los dos vestían austera, pero irreprochablemente, y por temor de que se les tuviera en menos disimulaban cuanto era posible, ella su pronunciada miopía, y él su semisordera, disimulo que habían convenido en aceptar todas las personas que les rodeaban y que les prestaba encantador atractivo cuando en los momentos críticos acudía el uno en auxilio del otro.

El Sr. de Francœur besó la mano de la anciana y dió un vigoroso apretón de manos al marido.

—¡Bien venido sea usted!, díjole éste; largo tiempo hace que deseábamos verle.

El Sr. de Fabvier estimaba en mucho los títulos y la fortuna, pequeña flaqueza que le había inducido á consentir inmediatamente en el casamiento de su hija y que le hacía guardar á su yerno las mayores consideraciones.

—Acabo de abrazar á Juana y á Pepita, dijo el coronel á la señora de Fabvier. ¡Qué niñas tan adorables!

La abuela sonrió sin contestar. En este punto afectaba una anulación completa de su personalidad, absteniéndose de intervenir en la vida íntima de su hija y en la educación de las niñas, primeramente por experiencia, y después por ese legítimo egoísmo que inspira á los ancianos el deseo de la tranquilidad ante todo.

En aquel momento levantóse el portier y apareció Lilia.

Era notablemente hermosa; llevaba un vestido muy vistoso de crespón de la China y en sus brazos y cuello desnudos brillaban algunas alhajas El señor de Francœur se adelantó afectuosamente, pero la sedosa falda al parecer le intimidó.

—¡Vamos!, exclamó Lilia, presentando sus mejillas frescas y perfumadas, te lo permito, mi buen Roberto.

Después miró á su esposo, cuyo silencio y equívoca sonrisa parecían desaprobar burlonamente su traje, tal vez demasiado elegante. ¿Era esta manifestación reflejo de lo que realmente sentía? El coronel apenas acertaba á reconocer á su cuñada; notaba en ella algo que la cambiaba; tal vez su peinado, quizás el escote. También parecía más pálida vista á plena luz. Sin duda Lilia sospechó vagamente lo que el coronel sentía, al notar su cortedad y el tímido enternecimiento con que la contemplaba, pues añadió á manera de excusa:

—Qué lástima que no podamos estar completamente á tu disposición el día de tu llegada. Espero que nos dispensarás: si hubiéramos podido prever que vendrías, no habríamos invitado á nadie.

Lilia dijo esto como si aquella comida la hubiese contrariado personalmente.

El coronel hizo uno de esos ademanes que desvanecen todo temor, y hasta excusóse de haber llegado sin dar aviso; pero después guardó silencio, como si no supiera qué decir. Por la incierta sonrisa de Lilia y por la mirada de sus grandes ojos negros adivinaba en ella una preocupación. Parecíale observar una contradicción entre su traje demasiado provocativo y la inquietud nerviosa que su rostro revelaba. ¿Experimentaría quizás uno de esos pesares interiores que se disimulan por pudor ó por convenio mundano?

Lilia acababa de dirigir á su esposo otra mirada particular; pero él apartó la vista, acentuando más su sonrisa impertinente.

—¿A quién quieres conquistar con ese vestido, Lilia?, preguntó.

—A ti solamente, amigo mío, contestó la joven en el mismo tono de broma, en que se revelaba el amor propio ofendido.

Los Fabvier, que, cuando convenía, sabían utilizar sus ligeros achaques, aparentaron no haber visto ni oído nada.

Lo que parecía sobrentenderse y no se explicaba en aquella breve escena extrañó al Sr. de Francœur, quien creyó que se trataba de uno de esos piques tan frecuentes en los matrimonios enamorados; parecíale, sin embargo, que no era el vestido de Lilia la causa de aquel vago malestar, y algo que notaba en su cuñada y que no podía explicarse le desconcertaba y sorprendía, y eso que siempre se mostró muy indulgente con la coquetería criolla de Lilia, en gracia á lo bondadosa que era y al profundo cariño que sentía por su esposo.

En aquel momento entró la baronesa de Brettes: ésta y Lilia cambiaron una sonrisa y al propio tiempo una de esas miradas felinas con que dos mujeres hermosas se examinan en un segundo de pies á cabeza y, por decirlo así, se desnudan mutuamente con el pensamiento.

—¡Está usted encantadora!, dijo la baronesa.

Su vestido alto, intencionadamente sencillo, favorecíala más que á Lilia el suyo, y también tenía sobre ésta la baronesa la superioridad de su aire desenvuelto, animado y burlón. Marcos la felicitó á media voz, discretamente; y su actitud de sumisión lisonjera admiró al Sr. de Francœur. Al mirar de nuevo á Lilia, notó en ella una expresión de despecho que le conmovió, y entonces asaltáronle dudas y sospechas, recordando ligeros incidentes, como las palabras de Marcos sobre aquel bosquejo del retrato de la baronesa.. ¿Sería posible que su hermano estuviese enamorado de otra mujer y Lilia celosa? Esta idea le turbó en extremo. Nada entendía de las extravagancias del corazón, y habíase representado siempre el matrimonio como una dicha completa por la mutua y fácil fidelidad.

Pero de pronto entraron otras personas que distrajeron su atención. Entre ellas iba la señora de Jumiege, ostentando un seno perfectamente modelado, un seno que la prestaba mucha seducción á pesar de su rostro y del ligero descrédito que parecía arrojar sobre ella la vulgaridad de su esposo. Era éste, en efecto, un hombrón de ademanes torpes, un antiguo teniente de gendarmería transformado, merced á una herencia, en rico propietario. Detrás de él iba el señor Semone, juez de paz y arqueólogo distinguido: estos dos caballeros vestían levita. Un momento después presentóse el Sr. Jugaud, con traje de etiqueta y exhalando un perfume penetrante, demasiado fuerte, de clavel blanco, cosa siempre chocante en un hombre y que despierta la idea de que éste procura disimular alguna falta.

Bien porque aquella figura le fuese conocida ya, ó porque le atrajera con una especie de curiosidad antipática, el Sr. de Francœur, después de aceptar del joven uno de esos apretones de mano en que las dos epidermis se tocan sin placer alguno, siguió con la vista al primo de la baronesa de Brettes, y vióle acercarse á ésta con una sonrisa forzada, casi de desconfianza, que elevaba el ángulo de su boca de la manera que observamos en los individuos de la raza canina. La baronesa le acogió con su gracia irónica. Un no sé qué de intraducible, que se notaba en ambos en aquel instante y parecía establecer entre ellos cierta afinidad, á pesar de su desemejanza, produjo en el Sr. de Francœur una marcada impresión de disgusto, tanto que sin saber por qué les tomó ojeriza. El coronel se volvió al oir el roce del vestido de otra mujer que entraba. Era la señorita de Kerjuzan, cuya lozana juventud se realzaba más junto á la decadencia de su acompañante, su tía, mujer de elevada estatura y de cabello gris, en cuya figura se notaban desgraciados contrastes: buenos ojos, pero sin brillo ya; nariz demasiado grande, y ninguna barba. Aquel rostro revelaba entusiasmo y nobleza; pero tenía algo de ridículo. Al ver á la señora Aurora de Kerjuzan asaltaba involuntariamente el recuerdo de D. Quijote.

Sin embargo, por la misteriosa ley de simpatías, al coronel le produjo al punto una impresión favorable. Cierto que el nombre de Kerjuzan era célebre en la marina, y por esto le interesaba; pero la secreta satisfacción de ver otra vez á la joven contribuía por mucho, sin que él lo echase de ver, á que se mostrara tan amable y respetuoso con la solterona.

La señorita Ivelina había contestado al saludo del coronel como si no le conociese; notábase en toda su persona una gracia llena de reserva y sencillez; mas no por eso era menos hermosa, y el brillo de su juventud parecía comunicar más luz al salón. Había dirigido á Lilia, su madrina, una mirada afectuosa, de discreta interrogación, y las dos se sonrieron.

A poco cesó el ligero rumor de la conversación, abriéronse las dos hojas de la puerta y una voz anunció que la mesa estaba servida.

VI

El Sr. de Francœur sentía gran apetito, y comió como hombre que tiene buen estómago. Los platos suculentos y los vinos de buena marca le predispusieron á la indulgencia, y á mitad de la comida hubo de reconocer que la baronesa, sentada frente á él, no carecía de gracia. Veía que Marcos, colocado junto á esta dama, la colmaba de obsequios, mas pensó que no lo haría con segunda intención; y de tal modo basta un poco de bienestar físico para cambiar el curso de las ideas, que sus sospechas de antes se debilitaron. La señora de Fabvier, á quien tenía á su derecha, cuidaba de que nada le faltase, y la de Jumiege, su vecina, se mostraba sumamente amable. Es cuestión de no escasa importancia la de los vecinos de mesa, de suerte que el coronel encontrándola resuelta muy á su gusto pudo dar libre curso á su bondad natural. El Sr. de Jugaud le desagradó menos al lado de Lilia, cuya voz y forzada hilaridad

se hacían oir tal vez demasiado; así le parecía á él, pero de cuando en cuando la benévola sonrisa que Marcos le dirigía tranquilizábale del todo. El señor de Francœur se dejó seducir cándidamente por el dulce y engañoso prestigio de una comida, por esa ilusión de las bocas que sonríen, por el cambio convenido de palabras corteses, por el aspecto alegre del mantel adamascado, por los cristales de relucientes facetas y por la vajilla de plata en que se reflejaba el oro fluido de las lámparas. El coronel se sentía á gusto: una de estas sensaciones, de sencilla materialidad, dominando á todas las demás y más dulce que ellas, le arrobaba con un perfume y un brillo supremos; producíala la embriagadora belleza de un canastillo de rosas colocado delante de él, en cuyas flores reconocía las que cortara la señorita de Kerjuzan y que él le ayudó á recoger del suelo cuando Tigiale...

Su mirada se dirigió á la joven, y encontróse con la de ésta, que no reflejó la simpatía que expresaban los ojos del coronel; más bien parecía extraviaba ó distraída. Esta ligera decepción le produjo el efecto de un pinchazo de aguja; pero ¿por qué? El canastillo de rosas le consoló; exhalaba un delicioso perfume, y evocó al punto en su mente la escena del jardín, así como el recuerdo de otra Ivelina, más libre y más natural, vestida sencillamente y en la cual pensaba con un sentimiento de tierna paternidad.

Después, por uno de esos contrastes que surgen como por encanto, vióse transportado á Verdun, á su gran casa, cuya atmósfera fría respiró, y cierto malestar despertó en él presentimientos de aburrimiento y soledad. Apenas llegado, figurábase haber regresado ya por haber terminado su licencia, y toda su vida militar le produjo una viva alucinación, en la que el recuerdo de sus relaciones cotidianas mezclábase con la sensación del trote de *Coralia*, que había montado la víspera, pareciéndole reconocer aún por la mano la boca demasiado fina del cuadrúpedo, que tiraba del bocado.

Advirtió que le hablaban, y contestó maquinalmente; pero vuelto á la realidad de una manera demasiado brusca, no recobró al punto su aplomo. Durante algunos segundos mostróse extraño á todos aquellos seres vivientes que le rodeaban, extraño al conjunto luminoso que tenía ante sus ojos, extraño hasta á los suyos y á aquella Ivelina que sus ojos buscaban naturalmente y cuya juventud le inspiró esta vez, por comparación, una ligera melancolía. Muy pronto las conversaciones, el perfume demasiado penetrante de las rosas, que le mareaba, el brillo de las luces, tal vez un poco de fiebre del viaje y la fatiga ocasionada por nuevas impresiones produjéronle una especie de embriaguez lánguida que le enervaba, comunicándole la sensación de algo muy suave, como de un bálsamo que le aliviase algún dolor; pero todo esto era vago y no se lo acababa de explicar.

VII

El Sr. de Francœur había seguido maquinalmente á los convidados al salón de fumar, aunque á él no le agradaba el tabaco; antes al contrario, el humo azulado de los cigarros le molestaba aumentando su jaqueca Parecíale que iban á chocar contra su cabeza las bolas de marfil que oía rodar sobre el tapete verde en la sala contigua. A través de la puerta entornada veía al Sr. Fabvier inclinándose sobre la mesa de billar para tirar una carambola y también divisaba el perfil rígido del Sr. de Jumiege y el cráneo calvo del juez de paz.

Con evidente intención de hacérsele agradable, el Sr. Jugaud acababa de ofrecerle cigarrillos rusos y *kumel;* pero el coronel no los aceptó.

—¡Vaya una cabeza!, dijo Jugaud en voz baja, guiñando un ojo para señalar al antiguo teniente de gendarmería y aplicándole un epíteto significativo.

El Sr. de Francœur le miró de pies á cabeza con asombro.



Los esposos Fabvier

—¡Sí!, añadió Jugaud; su mujer...

Y comenzó á referir una historia. La señora de Jumiege, dijo, no era hermosa ni joven; mas su físico no era despreciable, y á los ojos de ciertos inteligentes que se atienen al traje, había que convenir en que vestía muy bien. Jugaud dió detalles sobre su ropa blanca y habló de los refinamientos del lujo íntimo. Su rostro se había animado y su sonrisa tenía algo de insultante.

No ignoraba el coronel hasta qué punto son groseras las ocurrencias de hombres que acaban de levantarse de la mesa, pero le extrañó lo que oía; y como el Sr. Jugaud insistiese, citando nombres, le cortó la palabra.

—Dispense usted que le diga, caballero, interrumpió, que en nada me conciernen esos detalles.

Y le volvió la espalda poco después. Para disimular, el Sr. Jugaud miró al trasluz su copa de licor y apuróla de un trago.

Marcos había desaparecido, y el coronel, creyendo entrar de nuevo en el salón, empujó una puerta; pero encontróse en una habitación obscura que daba á una galería con cristales: á través del mirador abierto penetraban frescas ráfagas de aire y el perfume del jardín. ¡Siempre el de aquellas rosas!

A pesar suyo, el coronel recordaba algo de las palabras del Sr. Jugaud, porque daban cuerpo á esa vaga sensualidad que flota alrededor de los seres, hasta de los menos brutales, bajo la desenvoltura de las buenas maneras y la hipocresía de las frases mundanas. Quieras que no, sentía despertar el instinto sensual que le representaba, por indiferente que le fuese la dama, á la de Jumiege desnudándose para entregarse al sueño ó al amor. Al mismo tiempo se explicó por qué la baronesa de Brettes le había desagradado tanto al principio y un poco menos después: era que su desenvoltura chocó primero con el hombre casto, y desarmó luego al hombre simplemente hombre. También comprendió lo que le había desconcertado al ver entrar á Lilia: fué su vestido demasiado elegante, su cuello desnudo, aquel aspecto de belleza demasiado libre, todo cuanto recordaba en ella á la mujer y no á la madre de familia.

Entonces, por contraste tal vez, la suave é indefinible voluptuosidad que el aire de la noche y el grato perfume de las rosas llevaron hasta él como una caricia, hizo surgir en una visión pura de flor virgen los ojos, la sonrisa y el vestido flotante de Ivelina de Kerjuzan. Aunque tanta lozanía y hermosura le turbó, la joven se conservó casta en su pensamiento; mas el coronel experimentó una emoción dulce y sintióse conmovido por un tierno desfallecimiento. Fué una sensación repentina, como si un viento de embriaguez hubiera soplado sobre su corazón. Tan extraña impresión le infundió miedo, y se dijo:

—Pero ¿qué es lo que pasa por mí?

Y sintió latir su corazón apresuradamente, con la fuerza del redoble de un tambor en son de ataque al comenzar la batalla. El Sr. de Francœur cerró los ojos ante el rayo de luz que le deslumbraba; pero rehusando creer, esperar ni aun comprender, prefirió atribuir la emoción de aquel segundo á la dicha de hallarse allí, á la frescura del obscuro jardín embalsamado; y solamente repitió, demasiado feliz para no seguir siendo en lo futuro soñador:

—¡Qué hermoso tiempo, qué hermoso tiempo!...

El Sr. de Francœur era un hombre casto y entendía poco de cuestiones de amor, cuyas dulces emociones no había conocido en su vida, casi por entero consagrada á la carrera con tanto entusiasmo abrazada.

VIII

Casi en el mismo instante oyó ligeros pasos en el saloncito, y vió surgir dos sombras, que se proyectaban en los cristales del mirador, semejantes á figuras fantasmagóricas, pero con bastante precisión, y en ellas reconoció, ó más bien adivinó, á su hermano y á la baronesa de Brettes.

Iba á toser para advertirles su presencia; pero sus sospechas renacían, y paralizaron su probidad; ahora temía solamente que le vieran, y esperaba con inquietud un acto misterioso é irreparable.

—Clara, dijo Marcos en voz baja.

Y enlazó con su brazo la cintura de la joven, que echándose hacia atrás, apoyó las manos en sus hombros como para separarle ó tratar de distinguir sus ojos en la sombra. Marcos la estrechó más aún, atrájola del todo hacia sí, y confundiéronse ambos en un solo ser; inclinado sobre la cabeza que se echaba hacia atrás, Marcos aplicó su boca sobre la de la baronesa y estampó en ella un ávido y ardiente beso.

Un brusco movimiento los apartó uno de otro como se apartan los criminales al oir el más leve rumor; y mientras la joven se alejaba presurosa, Marcos tosió ligeramente. El Sr. de Francœur había permanecido inmóvil, confundido; aquella visión de la falta proyectada ó consumada le infundía una compasión sin cólera, produciéndole un dolor sin queja que le trastornaba. Su hermano iba á pasar, á salir; y sin poder contener un ademán, atrájole hacia sí y buscó su mano.

Siguióse una breve resistencia, la angustia palpitante de un hombre sorprendido, atemorizado.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA RED DE FERROCARRILES DEL ESTADO DE SUMATRA

La *Revue générale des chemins de fer* ha publicado recientemente un curioso estudio de M. Post, célebre ingeniero holandés, acerca de la nueva red de ferrocarriles del Estado en la isla de Sumatra.

Esta red, no terminada todavía y cuya longitud alcanzará 177 kilómetros, efectúa transportes importantes de mercancías porque sirve para la exportación de los productos indígenas, como el café y el arroz, y para el transporte de las hullas extraídas de las minas próximas al lago Singkarah, cuya riqueza de mineral estima M. de Greve en 370 millones de metros cúbicos, y permitirá más adelante la importación de los petróleos en el interior de la isla. Lo que da interés particular á estas líneas, desde el punto de vista del ingeniero de ferrocarriles, son las secciones de gran pendiente provistas de cremalleras por donde circulan los trenes ordinarios en las mismas condiciones que en las secciones de línea de simple adherencia. Esta es, según creemos, la primera vez que se han intercalado líneas de cremallera en una red de tanta importancia; por esto hemos creído interesante dar algunos detalles sobre este particular, tomándolos de la nota de M. Post y adicionándolos con ciertos datos comunicados por M. de Riggenbach.

El trazado del ferrocarril es el siguiente: arranca de Lunto, á una altura de 270 metros; remonta el valle por medio de pendientes de 17 milímetros por metro como máximo y de curvas de 150 metros de radio como mínimo, hasta llegar á un túnel de 826 metros de longitud; penetra luego en el valle del Lassi, por donde asciende en pendientes de 20 milímetros hasta la cima secundaria de Solok, á 416 metros de altura, y sigue la orilla del lago con pendientes medias de 8 milímetros, evitando en lo posible los conos de deyección procedentes de la erosión de las rocas que en gran número se encuentran en la llanura. Desde Batu-Tabal hasta Padang-Pandjang el terreno presentaba una pendiente muy acentuada que habría obligado á dar un desarrollo excesivo á una línea de simple adherencia, por lo cual, después de un estudio minucioso, se resolvió aceptar una rampa de 50 milímetros dotándola de una cremallera.

Preciso es observar, por lo demás, que esta solución que ha permitido disminuir en proporción muy notable los gastos del primitivo proyecto, no constituía ninguna nueva dificultad para la explotación, pues las locomotoras mixtas empleadas pueden arrastrar en esa rampa de 50 milímetros con cremallera la misma carga que en la de 13 milímetros admitida para la vía lisa. Ya se comprende, sin embargo, que la velocidad de marcha de los órganos disminuye en proporción inversa de los esfuerzos así desarrollados.

En Padang-Pandjang, punto situado á 773 metros de altura, hay un ramal que se dirige á Fuerte de Kock, centro militar, que es el lugar principal de guarnición de las tropas holandesas que ocupan aquel territorio. El trazado se eleva á una altura de 1.154 metros sobre el nivel del mar para franquear en Kotabarú la garganta que separa al temido volcán de Merapi, Moro-Api ó Fuego destructor, del de Singalang, y desciende desde allí al fuerte situado á una altura de 920 metros. Esta sección tiene pendientes de 80 milímetros por metro y es casi toda ella de cremallera.

Hasta Padang-Pandjang la vía sigue por la alta meseta populosa y salubre de Menang-Kabreo, que viene á ser el *sanatorium* de los oficiales y funcionarios convalecientes. M. Post hace notar que esos países, en extremo ricos, tienen una población tan densa como la de los países europeos más poblados. Padang-Pandjang, que es residencia de los funcionarios y capital de la provincia de las Cuatro Kotas, ocupa el borde de esta meseta.



Fig. 1. – Ferrocarril del Estado de Sumatra. Nuevo viaducto sobre el río Anei

Al salir de esa ciudad, el ferrocarril desciende la vertiente por una pendiente abrupta que llega hasta Kaiun-Tanam y se dirige luego al puerto de Padang, en el Océano, que es uno de los más activos mercados de Sumatra. La sección de Padang-Pandjang á Kaiun-Tanam es casi toda de cremallera con pendientes de 70 milímetros por metro: en vía lisa la pendiente alcanza 23 milímetros.

Más allá de Kaiun-Tanam la línea continúa, por el contrario, en vía lisa y la rampa queda limitada á 6 milímetros por metro yendo hacia Padang, pero alcanza 8 y 12 en sentido inverso. Al llegar á Padang la línea se bifurca, dirigiéndose un ramal á Pulu-Ayer y otro á Puerto Emma, que es el término de la vía. Estos dos puntos deben ser considerados más bien como dependencias de Padang, villa que, fuera del barrio central, presenta el aspecto de un gran parque con sus casas aisladas, rodeadas de jardines y diseminadas en una superficie considerable.

La preparación del terreno donde debía asentarse la vía exigió la construcción de importantes terraplenes, acerca de los cuales sólo mencionaremos la curiosa aplicación que en ellos se hizo de la propiedad que posee el agua corriente de arrastrar la tierra y depositarla en el punto en donde la velocidad de aquélla disminuye.

«El agua es conducida, dice M. Post, por canalizos á veces de muchos kilómetros de longitud: los obreros cavan la tierra y el agua la lleva á largas distancias, gracias á las fuertes pendientes. En el punto en donde se quiere levantar el terraplén constrúyense estacadas de bambúes que dejando pasar el agua y el limo retienen las tierras sólidas, el casquijo y la arena. Estos terraplenes ofrecen la mayor solidez, y durante la ejecución de los trabajos puede transitarse por ellos á pie y á caballo. La pérdida de materiales es de 25 á 30 por 100.»

Existen además en esta línea una porción de obras de fábrica, especialmente conductos de agua, acueductos de palastro ó sifones de hierro fundido, cuya instalación ha sido necesaria para no perturbar el sistema de riego de los arrozales que el ferrocarril atraviesa.

Entre los puentes metálicos hay el viaducto (fig. 1) que cruza sobre el río Anei en el punto de su confluencia con el Puti, entre Padang-Pandjang y Kaiun-Tanam. Este viaducto, situado en uno de los paisajes más pintorescos, presenta bonito aspecto, según puede verse en el grabado: forma una rampa de 68 milímetros y está provisto de cremallera, la cual, para no pesar demasiado sobre el puente, está amarrada á los pilares extremos, que de este modo reciben el esfuerzo lateral transmitido por la reacción de la rueda dentada de la locomotora, mientras que el puente sólo soporta el peso vertical. Para resistir á este esfuerzo longitudinal, los montantes están dispuestos perpendicularmente á la vía y presentan, por consiguiente, una inclinación respecto de la vertical.

Por lo que toca á la estructura superior, haremos mención especial de las traviesas metálicas, cuyo uso se impone en los países cálidos, donde la madera se descompone muy rápidamente. Estas traviesas son de perfil variable, calculado según el esfuerzo teórico soportado á cada punto. Este tipo muy conocido y justamente apreciado débese á M. Post y ha sido aplicado distintas veces en Europa y ensayado en Francia en algunas secciones de los ferrocarriles del Estado.

La fig. 2 representa los dos tipos de traviesas empleados: las de la vía ordinaria se estrechan en el centro (n.° 1); las de las secciones de cremallera son, por el contrario, enteramente rectas y llevan en el centro dos agujeros para fijar los rieles dentados (n.° 2). Las traviesas pesan 39 kilogramos cada una y el metro de vía ordinaria 105.

La cremallera Riggenbach está formada, como es sabido, por una especie de escala metálica, y sus escalones van remachados sobre dos montantes verticales en forma de U fijados en las traviesas. A la entrada de las secciones en cremallera, ésta presenta una parte móvil, chaflanada, asentada sobre un muelle que debe ceder gradualmente bajo la acción de la rueda dentada motriz de la locomotora á fin de facilitar el engranaje.

La tracción se verifica por medio de dos tipos de locomotoras, uno con máquinas ténders de simple adherencia con dos ejes acoplados, que sólo pueden funcionar en las secciones lisas y cuyo peso total en servicio es de 26 toneladas; y otro con máquinas mixtas de un peso total de 26 toneladas, que pueden funcionar en las secciones lisas y en las de cremallera.

La máquina lleva tres clases de frenos y va enganchada á la cola del tren, empujándolo para subir y conteniéndolo al bajar. Los vagones son del tipo americano y los de mercancías pueden llevar 20 toneladas de carbón cada uno.

Los trabajos de construcción han sido realizados en gran parte por chinos y por presidiarios deportados, de quienes se obtiene una labor regular y satisfactoria á fuerza de vigilancia y de tacto.

La sección de Pulu-Ayer á Padang-Pandjang está abierta á la explotación desde 1.° de julio de 1891 y hoy la línea llegará ya á la estación de Fuerte de Kock.

Los resultados de la explotación son muy satisfactorios, dado el poco tiempo que hace que la línea presta servicio, y los mismos indígenas no han manifestado la vacilación que se temía en recurrir al transporte por medio de los vagones de fuego, como ellos les llaman.

Un horario decorativo policromo, en donde la Compañía ha hecho poner inscripciones en holandés, malayo, javanés y chino, señala la hora de llegada y de salida de los trenes, la altura sobre el nivel del mar y la temperatura de las principales estaciones de convalecencia, y contiene además bellísimos paisajes que reproducen algunos encantadores sitios del país por donde cruza el camino de hierro y varios de los productos que en aquel territorio se obtienen, así como las principales obras de fábrica de la línea.

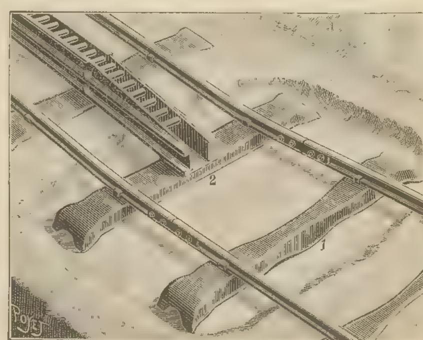


Fig. 2. – Traviesas empleadas en el ferrocarril de cremallera de Sumatra

(De *La Nature.*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

A dos vientos. Críticas y semblanzas, *por D. Ramón D. Perés.* – Estudio crítico de algunas de las principales figuras de las literaturas catalana y castellana. – I. López, editor. Véndese en las principales librerías.

* * *

El Santo patrono, *por D. José Mª Matheu.* – Novela de costumbres políticas contemporáneas, de acción interesante y personajes bien concebidos y dibujados, escrita en elegante estilo. – Editada por «La España editorial.» – Véndese al precio de 3'50 pesetas en las principales librerías.

* * *

Doña Berta Cuervo. Superchería. *Por D. Leopoldo Alas.* – Bellísimas narraciones que, como todo cuanto sale de la pluma de *Clarín*, se leen no sólo con gusto sino con verdadera avidez. – Madrid. Fernando Fe, editor. Véndese al precio de 3 pesetas en las principales librerías.

Zaragoza artística monumental é histórica, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Se han publicado los cuadernos 52 á 55 de esta importante obra, que contienen interesante texto y ocho excelentes fototipias. – Suscríbese al precio de 2 pesetas el cuaderno en casa de los autores, Contamina, 25, 3.°, Zaragoza.

* * *

Anuario estadístico de la República Oriental del Uruguay, de 1890. – Completísima colección de interesantes datos sobre aquel Estado de la América del Sur, publicada por la Dirección de Estadística general.

* * *

O problema medico legal no proceso Urbino de Freitas. – Notable compilación que de los documentos médico-legales que se adujeron en este famoso proceso ha hecho la acreditada revista científica *Coimbra Médica.*

* * *

El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. – Se han publicado los cuadernos 2 al 6 de la notable edición ilustrada y en letra bastarda española de D. Ceferino Gorchs. – Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en casa del editor (Cortes, 192, Barcelona) y en las principales librerías.

* * *

Verdades y ficciones, *por Juan Teión y Rodríguez de la Granda.* Ilustraciones de *Gartner, Blanco Coris* y *Fernández Alvarado.* – Colección de bellísimas poesías que justifican la fama que ha logrado conquistarse el distinguido poeta malagueño. El tomo, elegantemente ilustrado, véndese en las principales librerías al precio de 2 pesetas en España y 3 en Ultramar.

* * *

El príncipe Nekhli, *por el conde León Tolstoi.* – Renata Mauperiu, *por E. y J. Goncourt.* – El Dandismo y Jorge Brummel, *por J. Barbey d' Aurevilly.* – Libros á cual más interesante, cuyo mejor elogio queda hecho con decir que son dignos de la universal nombradía de que gozan sus respectivos autores en el mundo literario. Forman estas obras parte de la notable colección de libros escogidos que publica en Madrid *La España Moderna* y se venden al precio de 3 pesetas cada uno en las principales librerías.



CANSADA DEL BAILE, cuadro de D. Maximino Peña. (Exposición de Bellas Artes de Berlín.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

AÑO XI — BARCELONA 4 DE ABRIL DE 1892 — NÚM. 536

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



COLOQUIO AMOROSO, cuadro de D. Laureano Barrau. (Exposición Parés.)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

Cuanto más estudiamos al emperador de Alemania menos advertimos el pensamiento capital á que responde su política y los rasgos que caracterizan su persona. Después de haber conmovido á todos los liberales y á todos los pensadores germánicos, presentando una ley de instrucción pública reaccionaria, se arrepiente de súbito y vira en redondo, hasta producir con sus sacudidas una peligrosa crisis ministerial. Apenas toca una cuestión cualquiera, cuando la pone ya en lo absurdo, á dos dedos del abismo. Aqueja una grande agitación al mundo, la increíble agitación socialista, y le toca por su ministerio á él prevenirla y aminorarla; pues la encona con su convocatoria de un verdadero concilio, en Berlín congregado para definir el dogma de tal escuela, como si este previo paso de la convocatoria para una definición dogmática no arguyese directo asentimiento á lo definible, cuando sólo es condenable. Pero después que ha enconado el socialismo con semejante martingala, propia para exacerbar los apetitos y no satisfacer ninguno, ahora nos amenaza con un ataque á las libertades humanas, dentro de las que viven todos los principios, dadas las facultades constitutivas de nuestro ser, encarnadas en las leyes y en las instituciones por el progresivo espíritu de la civilización moderna. Erraba el emperador convocando solemne junta internacional por una utopia evidentísima, y yerra más el emperador ahora combatiendo al monstruo desde fuera de la libertad, lo cual equivale á combatir aquí en el planeta cualquier plaga desde fuera del aire. No tenían derecho los socialistas á las leyes excesivas, dadas con el fin de procurar cajas y retiros á sus fieles, que debían ellos procurarse por su previsión y por su ahorro bajo su responsabilidad, y dió el emperador esas leyes perturbadoras del capital y del trabajo; ahora tienen derecho á la expresión libre de sus ideas y asociación de sus individuos, y el emperador, después de concederles todo aquello que nunca les debió haber concedido, ahora les niega todo aquello que nunca les debió haber negado. Calificará el diletantismo al uso de vulgaridad aquellos apotegmas de que la libertad descompone lo muerto y aviva lo vivo; pero de tales vulgaridades vivimos y por tales vulgaridades se han sacrificado los mártires del derecho moderno en toda la redondez de nuestro planeta. La concesión de lo ilícito y la defensa de lo lícito hechas por el emperador, prueban cómo desatina y desvaría en las inaccesibles alturas de su trono. Salida la suya verdaderamente análoga con las leyes dadas contra los chulos confundiendo la moral y el derecho; análoga con los sermones casi pontificales dichos en alta mar cual un misionero jesuíta ó un explorador puritano; análoga con la orden del día expedida para que dance la gente militar en los bailes y se regocije; análoga con la despedida incomprensible del férreo canciller, cuya inteligencia incomparable hizo la Germania y su maravillosa unidad; análoga con las comedias y con las óperas sugeridas á poetas y músicos de cámara, creyendo por ellas justificarse ante la posteridad y ante la historia de sus ingratitudes imperiales; análoga con el dicho murmurado en las orejas de sus tropas últimamente, recordándoles cosa tan inoportuna como que tienen la obligación de disparar en filas los hijos al pecho de sus padres si el general se lo dice; análoga con tanto desvarío y desatino como á diario produce una fertilidad tal de invención, que llega en término postrero á verdadera extravagancia. El asomo de retroceso en materia socialista se halla combinado con una deliberada retrogradación en materia científica, sujeta por el emperador á las varias confesiones cristianas, como si la ciencia no tuviera derecho á cumplir su finalidad propia sin ajenas intervenciones é ingerencias de poderes y elementos extraños al ser y á la vida suyos. Pero después de haber hecho tal cosa retrógrada, parece destinado en esta fase de la historia moderna el emperador á pegar al mundo entero germánico su propio desarreglo nervioso. Y como parece á esto destinado, las agitaciones allí se suceden unas á otras en tropel extremo sin tregua ni descanso. A la suscitada entre los socialistas por las amenazas de mengua en su derecho, á la suscitada entre los institutos de pública enseñanza por la intervención de los cleros varios en sus doctrinas, á la suscitada entre todos los políticos por los amagos de una retrogradación en la cual únicamente se divisan enormes daños, únese la suscitada entre los militares del Imperio por su desatentado empeño de llevar la unidad en el mando y la conformidad en el organismo allende lo permitido por las costumbres germánicas, inclinadas naturalmente al principio por excelencia de una constante y general variedad. Con motivo de semejantes pretensiones cesáreas y para vencerlas ó por lo menos contrastarlas, Baviera, sosteniendo los restos de su autonomía secular, ha tomado medidas encaminadas á obtener una verdadera diferencia entre los dos ejércitos, el suyo y el prusiano, mientras por un informe del príncipe heredero ha protestado Sajonia contra los abusos inverosímiles á que la vida militar alemana llega por regla general en todo, pero con especialidad en las relaciones entre los jefes y los soldados, en las cuales relaciones aquéllos tratan á éstos como solían los patricios antiguos romanos tratar á sus infelicísimos siervos. Cuando uno lee documentos así, regocíjase mucho de vivir en pueblos libres, aunque carezcan del esplendor y del poder alemán, obscurecidos por estas espesas sombras: el socialismo, el cesarismo, el pretorianismo. Dejemos los germanos, pues tienen bastante sarna que rascar, y á otros pueblos.

II

Los más próximos á Prusia son los austriacos y los moscovitas: gente numerosa, pero á la cual no podemos llamar pueblo, porque les falta en lo interno el alma una y en lo externo la unidad orgánica. ¿Recordáis esas especies inferiores, en las cuales con facilidad asombrosa de un solo individuo pueden extraerse otros varios á él idénticos? Llaman los naturalistas contemporáneos á esta especie de organismo la segmentación. Y recuerdo yo con frecuencia cómo allá, en los largos estíos levantinos, cuando nos bañábamos de muchachos, en remansillo muy oculto entre cañaverales y adelfas, al que le decían en la comarca, por su claridad de cristal veneciano y por su color de azul turquesa, «mira cielo,» si cogíamos en el puño tales insectos acuáticos, al calor de la mano se dividían en tres ó cuatro y tomaban diversas direcciones en rápido movimiento. Pues así pasa con los moscovitas y con los austriacos. Son pueblos, pero pueblos por segmentación. Hay con Austria los bohemios, los galitzios, los transylvanos, los dálmatas, los ilirios, los tiroleses, los magyares, los alemanes, los trentinos, que forman bajo un solio imperial familias enemigas enfrascadas en eternos y cruentísimos combates; cual hay con Rusia los escandinavos, los daneses, los polacos, los armenios, los mongoles, los turcos, los turcomanes, que forman familias incapaces de someterse á la unidad imperial y de convivir so la sombra de un solo Estado como á ello no los compela é impulse con su látigo la feroz autocracia moscovita. No se abre, por tanto, un diario de Austria sin ver en él complicados litigios entre sus mal avenidos pueblos; como no se abre un diario moscovita sin leer en él nuevos ensanches, ó sean conquistas nuevas de la vieja Mongolia. En vano el hábil Taafe propugna con empeño por meter bajo el anillo de la corona imperial de Carlos V á todas las razas que constituyen el imperio, es decir, la unidad exterior, pero sin haber constituído la interior unidad que anima las nacionalidades. Cada día las diferencias entre todos estos pueblos se agravan más y se ahondan. El diputado cheque Vasaty ha dirigido graves cargos al Austria diciendo como no debe temer cosa ninguna de Rusia, que le ayudó el 48 á salvarse; mientras lo debe temer todo de Prusia, que la expulsó del hogar alemán y se quedó con Alsacia y con Lorena después de haber atado el imperio hapsburgo á la cola de su caballo en Sadowa. El diputado Gregr, con mayor acerbidad todavía, le ha dicho al Austria cómo su región, Bohemia, lleva ciento cuarenta y ocho millones de florines al tesoro imperial, de los cuales únicamente le devuelve por su administración sesenta, quedándose con todos los demás tan por extremo cuantiosos, exclusivamente para su propio provecho. «Si, añadió, cuando Bohemia, por el impulso de Hungría y otras naciones arrastrada y del temor universal á las amenazas de los turcos aquejadísima en la mitad primera del siglo XVI dió su cetro áureo al español Carlos V, presintiera esto, no entrara con tanta facilidad en aquel Estado enorme, ni perdiera su irreparable independencia.» Con tales ideas, dichas y divulgadas á cada paso entre los pueblos confederados con el Austria por boca de sus primeros oradores, no deben maravillarnos las muchas tendencias de separación latentes en sus senos y determinativas de un extraordinario movimiento político que daña mucho á todos los devotos de la unidad imperial. En Rusia no se notan estas tendencias, porque Rusia se halla en ese período colectivista de confusa indeterminación, á cuyos senos intentan los comunistas contemporáneos retornarnos en sus mentidas teorías de progreso, cual si pudiese haber adelanto ninguno fuera de la libertad. Y así como en Austria existe un eslavismo separatista, existe un panslavismo absorbente y colectivista en Rusia. El representante quizás último del occidentalismo ha muerto en estos días, olvidado hace mucho tiempo de todos, cuando cuatro lustros atrás todos le consultaban. Hablo del príncipe Constantino. Conócense por occidentales en Rusia, como indica el nombre, todos los partidarios de las instituciones en los pueblos del ocaso predominantes, todos los partidarios de las instituciones liberales y parlamentarias. Hijo segundo el gran duque muerto de un déspota como Nicolás I, tan parecido á nuestro rey del Escorial en sus grandezas siniestras y sombrías, disonaba de su padre augusto por las ideas, como quiere la tradición que disonara el príncipe D. Carlos de D. Felipe II. Bien es verdad que también disonaba el heredero, Alejandro II, el gran libertador de los siervos, quien hubiera completado esta reforma con el régimen constitucional, á no habérselo impedido el carácter muy rebelde por un lado de la nobleza histórica y por otro lado la supersticiosa fidelidad del mujich ó campesino ruso á su grande y secular autocracia. Pero en las tendencias liberales de Alejandro II predominaba una especie de humanitarismo religioso, muy semejante á las místicas vaguedades y á las ideas utópicas del theurgo Alejandro I, fundador de la Santa Alianza puesta bajo el patrocinio de la Santísima Trinidad, mientras predominaba en Alejandro II un liberalismo y un parlamentarismo á la sajona, como en cualquier lord inglés ó en cualquier doctrinario de Francia. Dicen las gentes que hubiese andado mucho camino, á no interceptarlo primero la exageración de los nihilistas y después la muerte violenta de su hermano Alejandro II. Tras este gravísimo hecho y aquel trascendente fenómeno sobrevino un emperador muy reaccionario, como Alejandro III, pero también muy práctico, y por práctico, separado de toda tendencia liberal, que cree incompatible con la naturaleza y la historia de los moscovitas, así como tenacísimo en seguir los adelantos territoriales por el espacio único donde pueden hoy emprenderse, por el espacio de Oriente.

III

Hablemos de otros asuntos más propios del carácter literario de nuestras Murmuraciones; hablemos de las fiestas religiosas en marzo, que vienen á ser San José y la Anunciación, aquélla el diez y nueve y ésta el veinticinco. Ana y Joaquín habían provisto á la tranquilidad completa de María, prometiéndola desde su niñez á un artesano de muy buenas condiciones y de una santidad natural. Con este motivo parece bien un estudio de las costumbres y de las leyes nupciales en tiempo de los vírgenes y santísimos esposos María y José. Por tres fases pasaban las bodas en los días y en los pueblos de aquella edad y de aquel país. Primero se prometían los novios, después se desposaban, por último se casaban. La promesa indicó solamente allí la mutua propensión de los novios. Festejar le llaman á esto en unas provincias españolas, festear en otras; arrullos de verdaderos enamorados, entrevistas gozosas, llenas todas á una de ilusiones y esperanzas. Las jóvenes prometidas de cualquier aldea ó pueblo daban al viento su cabellera en ciertos días del año; vestíanse de blanco, y danzando por las viñas en flor, cantaban severos epitalamios, cuyos acentos conjuraban á sus novios para que atendiesen ellos, no tanto á la belleza y á la gracia femeniles como á los informes recibidos de sus familias, pues la gracia y la hermosura se van y la virtud queda; como que sólo recibirá perpetuas alabanzas la mujer temerosa de Dios. Los desposorios venían luego. Acto de la mayor importancia, siquier no fuese la posesión definitiva ni el matrimonio acabado. Como antes los novios tan sólo cambiaran promesas, en este minuto se daban mutua palabra de matrimonio. Entre los desposorios y la boda pasaban doce meses; pero la palabra unía en tales términos á los desposados, que si la novia faltaba por cualquier motivo, lapidábanla como á las adúlteras. Un largo procedimiento civil precedía en aquel tiempo al definitivo arreglo. Los tratos y contratos duraban mucho. El matrimonio era una compra de la mujer por el hombre. Los hermanos del novio rega-

teaban como en cualquier simple mercadeo el precio á dar por la novia y el número de los regalos. El padre concluía por fijar la tasa de tal venta, pedida por su futuro yerno. Este se hallaba en el caso de admitir ó rehusar. Una vez admitida pagaba ó en dineros, ó en especies, ó en servicios. Yerno recuerda la Biblia que se vendió por esclavo del suegro. Verificábanse los desposorios reuniéndose las dos familias con testigos extraños y mandando el desposado, bien á la desposada, bien á su padre, si la desposada no había salido de la menor edad, anillos de oro, joyas de precio, palabras y promesas de honor, lo cual, en tales términos y con tantos vínculos estrechos lo unía y ligaba con su prometida, que se consideraban ya como casados; pues la muerte solamente podía romper é invalidar aquel trato, prólogo de una boda remitida para un año más tarde, á fin de que tuviese la novia tiempo de reunir su ajuar y de coser sus galas. Durante aquel año, posterior á la promesa y anterior al matrimonio, las leyes hebreas cuidaban del desposado con tal solicitud, que no podían alcanzarlo de ningún modo las levas para el ejército, y se le prohibía terminantemente pasar por ningún cementerio ni asistir á ningún entierro, á fin de que su corazón sólo se abriese al más puro y más intenso y más exaltado regocijo. La edad para contraer matrimonio era, el mínimum se entiende, de doce años en la novia, de diez y ocho en el novio. La boda se concluía siempre al crepúsculo vespertino, cuando acababa el sol de transponer los cielos y sólo se veían arreboles comparables al rubor encendido en las mejillas de una virgen. Los parientes, siquier fuesen lejanos, acudían casa de la novia para conducirla en procesión al hogar, donde la esperaba el novio. Como á los entierros iban plañideras encargadas de producir endechas y elegías, á las bodas iban comadres regocijadísimas encargadas de producir epitalamios. Las doncellas, vestidas de blanco, con coronas de mirtos adornadas, llevando en las manos lampadarios alimentados por aceites y resinas, rodeaban á la muchacha objeto de tal fiesta, que lucía una diadema en sus sienes y brillaba por sus arreos y por sus adornos entre todas y sobre todas, acompañadas de orquestas, á cuyas cadencias bailaban parejas de ambos sexos en danzas concertadísimas y alegres, muy semejantes á las usadas hoy en todos los pueblos españoles, donde han dejado recuerdos vivos las razas semíticas. Tras esta procesión había una cena, donde parecía cosa de rúbrica regocijarse hasta la demencia, pero sin caer en la embriaguez. Los viejos no estaban exentos del universal regocijo, y á veces en sus alegrías y transportes superaban á los jóvenes. Como todas estas disposiciones se hallaban á una en la tradición rabínica, en los libros de las leyes, en la Biblia y en el Talmud, todas estas disposiciones debieron observarse por natural razón en familias de suyo tan escrupulosas y observantes como la familia de María. Mas debemos fijar el pensamiento sobre esta particularidad, muy digna de meditarse; es á saber: que no tenía carácter ninguno religioso entonces el matrimonio judío. Al templo no se acude para cosa ninguna. El sacerdote no aparece. Hay allí un contrato civil más que una ceremonia litúrgica. La bendición proviene del padre, no del sacerdote. La escritura y el notario sustituyen á lo que podríamos llamar por la presencia de personas consagradas el sacramento. Moisés no había prescrito nada respecto á la intervención sacerdotal en este acto de unirse públicamente los cónyuges; y Esdras, al refundir los sacros libros, había repetido el silencio de Moisés. Todo cuanto se hacía estaba consagrado en las tradiciones rabínicas, pero no gozaba de ninguna otra especial autoridad. Los profetas y demás escritores, á quienes debemos asenso, nos hablan del matrimonio judío en términos que vienen á corroborar todas las afirmaciones nuestras. San Mateo, en su apólogo de las vírgenes fatuas y de las vírgenes prudentes, háblanos del acompañamiento usual en las bodas y de las lámparas encendidas por las muchachas doncellas en el acompañamiento y procesión de los esposos. Isaías, para encarecer cuánto ama en su corazón á Jehová, dice: «Por gran manera se gozará mi espíritu en su Dios, porque me vistió con vestiduras de salud, me abrigó con la capa de su justicia, y como á novio me atavió, y como á novia compuesta, con sus joyas.» Salomón habla en los términos siguientes: «¿Quién es aquesta que sube del desierto como columnita de humo zahumada de mirra y de incienso y de otros cien aromas? El rey Salomón se talló un tálamo nupcial en madera del Líbano, con columnas de plata, fondo de oro, cielo de grana, recamado con labores epitalámicas por las doncellas de Jerusalén.» Y Jeremías dice: «¿Olvídase la doncella de su atavío y la desposada de sus sartales? Pues el pueblo mío hase olvidado de mí por días que no tienen número.» Y Ezequiel compara Jerusalén, la ciudad santa, con una novia y le dice: «Y te lavé con agua; y la lavé tu sangre de encima; y te ungí con aceite; y te vestí de bordado; y te abrigué con pieles de tejón; y te adorné con linos y sedas; y comiste flor de harina de trigo, y mieles, y aceite; y fuiste por extremo hermoseada de mí hasta reinar.» Y el célebre libro de Ruth confirma todo cuanto hemos dicho cuando refiere cómo Boor la tomó por esposa con sólo darle algunas prendas en señal de compra y traer como testigos de su contrato á dos ancianos de Israel. No se procedía de otra suerte allá en la centuria primera del Cristianismo, y como no se procedía de otra suerte, con tales y tan viejas ceremonias y usos debieron casarse María y José. Pero esta revista va prolongándose mucho y conviene poner aquí su punto final. Hasta otra quincena.

Madrid, 28 de marzo de 1892

LA GRAN GUERRA DE 1892

UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

BATALLA DE MACHAULT

GRAN VICTORIA DE LOS ALEMANES

(De nuestro corresponsal particular.)

Dricourt, 11 *mayo*

Los artilleros habían emprendido la marcha mucho antes de amanecer, y yo fuí con ellos. Comenzaba á rayar el día cuando llegamos á la cumbre de la colina que marca nuestro frente, y aún podíamos ver señales de los fuegos del vivac, que ardían en una línea casi paralela, á dos ó tres mil metros delante de nosotros.

Nuestra posición mira al NNO. por SSE.; de modo que tendremos otra vez el sol á la espalda; algunos de nuestros cañones se hallan atrincherados, y observo que los intervalos entre ellos son más anchos que de costumbre, sin duda para precaverse mejor de los efectos de las bombas.

Todo cuanto sé de nuestra posición estratégica es que tenemos un cuerpo de ejército en cada flanco, y dos situados á respetable distancia uno de otro.

. . . .

Vouziers, 12 *mayo*

He debido interrumpir mi último telegrama carta á causa del repentino desarrollo de los acontecimientos: acababa de escribir la última línea del mismo, cuando el primer cañón ha hecho fuego, diez minutos antes de amanecer, y por espacio de una hora la artillería ha tronado estrepitosamente. Los franceses hacen buena puntería, pero el sol les da en la cara impidiéndoles ver bien.

He tenido tiempo y suficiente luz para examinarlo todo á mi alrededor: nuestras tropas estaban bien á cubierto á unas dos mil varas á retaguardia, formadas y esperando. Del enemigo no podía ver sino los cañones, y cuando el sol estuvo á bastante altura fué fácil distinguir la línea de un atrincheramiento junto á una pendiente.

Cerca de la línea exterior de la zona donde los cascos de las bombas que reventaban habían comenzado á ser peligrosos, dióse la señal de avanzar al galope, y las diez y ocho baterías se precipitaron hacia adelante en magnífica formación. Nuestros cañones redoblaron su fuego, cubriendo de humo el frente del enemigo, y después cesó algunos instantes para permitir el paso de otras fuerzas; mas apenas estas últimas ocuparon su posición, los cañones siguieron tronando, hasta que se vió que el enemigo se disponía á estrechar las distancias. El movimiento practicado por los nuestros les colocó á mil varas de la infantería avanzada de los franceses, de los cuales vimos caer muchos.

Al cabo de quince minutos ó menos pudo reconocerse el efecto de nuestras diez y ocho baterías: para los artilleros franceses la destrucción era segura si persistían en mantenerse en la misma posición, y así se comprende que les viéramos muy pronto abandonar el terreno: todo el fuego de nuestras sesenta baterías se dirigió contra la infantería francesa, que se vió en el más grave apuro. Para salir de la hondonada que había ocupado érale necesario franquear una pendiente, lo cual equivalía á comenzar la acción con una retirada; y por otra parte, si no se prestaba apoyo á la infantería ésta sería aniquilada. No quedaba más remedio que enviar tropas por la pendiente abajo para reforzar aquélla, y muy pronto las vimos en marcha. Entonces comenzó una repetición de la matanza de ayer.

Si hubiéramos sabido con seguridad lo que pasaba fuera de nuestra vista, nos habríamos dado por contentos con dejar al enemigo desangrarse en sus vanos esfuerzos; pero solamente podíamos sospechar que haría avanzar apresuradamente sus fuerzas de todas armas, y nosotros debíamos destruir lo más pronto posible cuanto se nos pusiese por delante.

Nuestra infantería avanzaba ahora rápidamente; el primer regimiento tenía dos batallones en primera línea y uno para apoyarlos.

Las filas bajaron por la pendiente á la distancia de quinientos pasos unas de otras, y cuando la primera llegó á los puntos avanzados, la última se precipitó hacia adelante para ganar la hondonada y protegerse un poco en la base de la pendiente. Nuestros artilleros dirigieron entonces su fuego durante algunos momentos contra la trinchera del enemigo, disparando balas explosivas, y poco después las fuerzas que estaban en la depresión del terreno, lanzáronse denodadamente para dar un ataque á la bayoneta. Entonces llegó el turno á los franceses, que vieron al punto una oportunidad de alcanzar alguna ventaja. Nuestro rápido avance impidió á los artilleros servirse de sus cañones, y los franceses, no teniendo que luchar ya más que contra la infantería, atacaron vigorosamente.

La refriega fué encarnizada por ambas partes, y el fuego espantoso, cruzándose sobre nuestras cabezas una granizada de proyectiles; pero nuestras reservas se adelantaban ya, y las de los franceses que bajaban de la colina recibieron muchas balas que iban demasiado altas. Cinco minutos después, franceses y alemanes comenzaron á moverse con lentitud colina arriba, hasta que nuestra infantería llegó á la cumbre de ésta: entonces nuestra artillería montada, seguida de la caballería, marchó al galope para prestarle apoyo.

Durante algunos momentos no cambió en nada la posición, y el espectáculo que ofrecía el conjunto era por demás curioso.

El fuego debía haber sido en extremo inseguro por ambas partes, pues según los resultados prácticos que conocemos, treinta segundos habrían sido suficientes para el mutuo exterminio de aquellas fuerzas, y sin embargo, aunque cayeron algunos hombres, el resultado definitivo de las bajas fué relativamente pequeño.

Esto duró unos tres minutos, según me pareció, pues era imposible darse cuenta de la marcha del tiempo; pero de pronto, entre el estruendo de la fusilería oí el redoble de los tambores, y las tropas de refuerzo llegaron en buen orden para prestar auxilio. La vista de sus compactas filas produjo el mejor efecto, los franceses cedieron y nuestra línea de ataque avanzó al punto, pero solamente en el espacio de trescientas varas, pues otra vez los refuerzos del enemigo contuvieron el movimiento, y entonces la artillería francesa rompió el fuego contra nuestras filas, demostrándonos demasiado bien lo que es descender por una colina bajo la metralla del enemigo.

Sin embargo, nuestros artilleros llegaron muy pronto; mas antes de que pudieran tomar su posición sufrimos terribles pérdidas.

La línea de ataque de los franceses retrocedía ahora hacia la retaguardia, y su último refuerzo, una división intacta aún, hallábase á la distancia de unas quinientas varas, cuando vi pasar junto á mí dos oficiales de caballería, que observaron la posición de una ojeada y se retiraron después al galope.

Imaginé lo que iba á suceder, presumiendo que sería el golpe de muerte para el enemigo si no se perdía tiempo y se evitaba que la infantería francesa de refresco se uniera con la línea de ataque. Esta última no se hallaba más que á unas trescientas varas de las tropas que debían apoyarla, cuando vi que nuestro primer escuadrón pasaba galopando para bajar de la colina en columna; después se formó en línea y avanzó contra el flanco de los franceses, que

retrocedieron un poco para recibirle; pero abandonando el terreno en el último instante, corrieron hacia los refuerzos, y así fugitivos como perseguidores cayeron en medio de aquellas tropas. Siguió el segundo escuadrón, y después el tercero y el cuarto, llegando á ser la confusión indescriptible, pues por el mismo camino llegaron muchos más; mientras que por parte de los franceses acudió una división de caballería que avanzaba á través de la línea de cañones.

No teníamos mucho tiempo para prepararnos: el primer regimiento de la división que había llegado tomó parte en la carga contra la infantería, y esto fué suficiente, pues el enemigo comenzó á retroceder en masa, mientras que nuestros escuadrones formaban en línea para esperar á sus compañeros.

Apenas hubo acabado de formarse la primera división, avanzó contra el enemigo, que no se hallaba ahora á más de ochocientas varas de distancia; por ambas partes sufríase mucho á causa del fuego de la artillería y faltaba espacio para maniobrar. En su consecuencia dióse la orden de cargar al galope, y el choque tuvo lugar á lo largo de todo el frente. La refriega fué terrible y muy sangrienta; pero ya venía en nuestro auxilio otra brigada, y este refuerzo decidió la cuestión, pues entonces avanzóse resueltamente hacia los cañones enemigos. A los pocos momentos una multitud de más de seis mil jinetes huía en todas direcciones confusamente, atropellando por todo cuanto se ponía delante.

La batalla terminó con esto; se había atravesado la línea francesa, y las últimas reservas estaban diseminadas, mientras que nosotros teníamos todavía escuadrones é infantería que no habían tomado parte en el combate.



La gran guerra de 1892. – Toma de Vladivostock. Goorkhas protegiendo la artillería

RESULTADOS DE LA LUCHA

Es demasiado pronto para pronosticar cuál será el efecto de esta victoria en el curso futuro de la guerra; pero tal vez sea decisivo y sus resultados muy favorables, porque hemos introducido una cuña entre los ejércitos franceses, y estamos con cinco cuerpos de ejército en cada lado de ella, con otros tres en medio para apoyarse mutuamente. Será preciso que los franceses marchen contra nosotros por caminos laterales, en cuyo caso siempre podremos tratar de concentrarnos en la dirección Sud; y de todos modos, nuestra fuerza es moralmente doble por efecto de la victoria. Los franceses se han batido con gran valor; mas por segunda vez su imperfecta táctica los ha perdido, y hay que reconocer que en este punto son inferiores á sus adversarios. Su caballería es intrépida, pero no puede competir con la alemana en cuanto á la manera de maniobrar, y he aquí por qué fué derrotada, dando lugar esto á que la infantería cometiese torpezas que ningún valor humano podía remediar. No creo que los alemanes hayan sufrido considerables pérdidas, lo cual se debe sin duda á la oportunidad con que llegaron los refuerzos, táctica que no había sido nunca tan perfecta desde los días de Napoleón. No puedo formar lista de las pérdidas; pero en el último momento he sabido que nuestra caballería perdió ayer el veinte por ciento de su fuerza.

LA TOMA DE VLADIVOSTOCK

DETALLES DEL COMBATE

Un corresponsal de Hong-Kong nos telegrafía con fecha 18 de julio lo siguiente:

Todos se ocupan en discutir sobre lo que haremos con la Siberia oriental ahora que está en nuestro poder. La toma de Vladivostock fué tan repentina y al parecer tan fácil que se diría que el almirante Sir Frederick Richards y el general Barker quisieron disminuir la gloria á que se han hecho acreedores por su triunfo.

Sabido es que el primer batallón del regimiento Leinster, juntamente con otro del de Goorkhas, el 21 de tiradores de Bombay y dos baterías marcharon á Hong-Kong desde la India á principio de la guerra, agregándoseles allí mil hombres escogidos de Australia, que debían ponerse á las órdenes del almirante y del general en Hong-Kong.

El *Leander* y el *Mercurio* fueron enviados inmediatamente al Norte para practicar un reconocimiento; mientras que el resto de la escuadra permanecía en aquel punto, entendiéndose que se destacarían cruceros de las estaciones de la India oriental y de Australia para guardar Singapoore y los Estrechos.

Excepto dos buques que permanecieron en las aguas neutrales del Japón, sabíase que toda la escuadra rusa se había retirado á Vladivostock; y por varios telegramas supo el almirante que cuatro buques de la estación del Pacífico habían recibido orden de ir á Yokohama para ponerse á su disposición.

Muy difícil fué embarcar el armamento y los víveres necesarios en los vapores, á causa del intenso calor, pero no hubo tantos enfermos como se temía, sin duda porque las tropas pudieron estar muy holgadas á bordo. En menos de cinco semanas todos los preparativos quedaron terminados, y mientras el *Archer* y el *Swift* se quedaban á guardar Hong-Kong, por si acaso se presentaba algún crucero ruso, los trece buques restantes de la escuadra, al mando del almirante, que iba á bordo del *Imperioso*, se hicieron á la vela con rumbo á Vladivostock, llevando el armamento y víveres necesarios.

El puerto de este nombre es uno de los más hermosos que se conocen, hállase situado de Este á Oeste, y tiene unas dos millas de longitud en esta dirección, y media, poco más ó menos, de Norte á Sud; su profundidad es considerable, muy propia para anclar. La ciudad está en el ángulo noroeste del puerto, y éste se halla dominado en todas partes por alturas. La entrada inmediata en el puerto es un paso de milla y media de longitud por tres cuartos de anchura, y desemboca en el Oeste del puerto interior; está formada por una península de tres millas de longitud ó acaso más. La entrada en Vladivostock está protegida completamente por la gran isla de Kazakavitch, de cinco ó seis millas, y contiene el espacioso puerto de Novik-Bay. El canal que hay entre esta isla y la principal se estrecha gradualmente, pero tiene muchos sitios propios para anclar,



La gran guerra de 1892 – Nuestro corresponsal durante la batalla de Vaux Champagne



La gran guerra de 1892. – Batalla de Machault: la caballería alemana cargando contra los franceses

sobre todo al Oeste, en la entrada que se forma entre la península de Shkota y la isla.

Sabido era que en los últimos años los rusos habían levantado baterías y abierto minas para guardar las inmediaciones de su puerto; y si no se pudiera emprender un ataque más que por mar, ningún punto estaría mejor defendido; pero según se reconoce ahora, todos son difíciles de defender cuando se atacan debidamente.

La flota necesitó diez días para trasladarse á Novik-Bay, y cerca de la isla de Korsakor agregáronsele cuatro buques más, procedentes del Pacífico. Poco después llegaron el *Leander* y el *Mercurio* para anunciar que una escasa guarnición, tal vez de ciento cincuenta hombres, custodiaba las dos baterías que protegían la entrada de Novik-Bay, pero que no se habían visto otras en la isla. Estos dos buques fueron perseguidos por otros dos que salieron de Vladivostock; pero cumpliendo con las órdenes que tenían, el *Leander* y el *Mercurio* rehusaron la acción, alejándose fácilmente.

Toda la flota permaneció fuera de la entrada de la bahía, mientras que quinientos hombres desembarcaron al Sud de la entrada, habiendo recibido orden de apoderarse de la batería del Sur con ayuda del fuego del *Leander* y del *Mercurio*, debiendo después dirigirse contra los cañones de la del Norte, también con el auxilio de dichos buques.

Esto fué fácil empresa: los rusos, sorprendidos por retaguardia y atacados de frente, huyeron al bosque antes de que todas nuestras tropas llegaran, mientras los que servían la batería del Norte, al ver lo que pasaba, hicieron uno ó dos disparos, clavaron sus ligeros cañones y retiráronse. Los cables subterráneos de las minas fueron descubiertos y cortados, y cuatro horas después toda la escuadra estaba cómodamente anclada en Novik Bay. Los dos días siguientes se emplearon en los últimos preparativos de ataque. El jefe de la escuadra pasó con el general á bordo del *Alacrity* y recorrió la orilla del Oeste de la península de Shkota, atrayéndose los disparos de una pequeña batería situada en la extremidad Sud y de dos cañones que se hallaban á espaldas de la ciudad.

El tercer día se desplegó mucha actividad: los más de los botes de la escuadra estaban junto á los vapores, y en ellos se embarcaron más de tres mil soldados y las piezas de artillería. A los pocos minutos cinco ó seis buques de guerra hicieron fuego contra la pequeña batería situada en la extremidad del cabo Tokarofsky, que contestó muy débilmente, enarbolando á poco bandera blanca. Aquella batería constaba solamente de tres cañones pequeños, con veinte hombres; de modo que la resistencia habría sido inútil. El plan de ataque estaba muy bien combinado, y el desembarco se efectuó á lo largo de la orilla Oeste de la península de Shkota. A pesar de lo escabroso del terreno, los hombres arrastraron las piezas sin que se les opusiese resistencia, no siendo esto posible tampoco bajo el fuego de los buques.

Hay un pequeño valle á cierta distancia de la península, situado al Nordeste, que termina en el puerto por la extremidad Norte: suponíase que se encontraría allí resistencia; pero no se trataba de atravesar por él, sino mantenerse cerca de la orilla hasta que se pudiera flanquear la ciudad.

Después de comer, la vanguardia se puso en movimiento; mas apenas estuvo cerca de dicho valle, sufrió un nutrido fuego de fusilería y de cañón de un numeroso destacamento atrincherado allí. El general no se intimidó por esto; había enviado ya algunas piezas de artillería de montaña á la cumbre de la colina, á su derecha, y desde este punto rompióse un mortífero fuego contra los rusos, que no resistieron ni diez minutos. Nuestra artillería dominaba el puerto desde la altura, mientras que los buques se formaron en una larga línea para proteger á la columna que avanzaba.

Entonces el enemigo descubrió varias baterías, que cruzaron su fuego con el de la escuadra: los rusos, impávidos junto á sus cañones, demostraron mucho valor, causando grandes averías en algunos de nuestros buques; pero ninguna de las baterías contaba con obras defensivas suficientes; y cuando los artilleros vieron que la cabeza de nuestra columna avanzaba por la orilla, abandonaron sus cañones, retirándose hacia el Norte.

Temiendo nosotros que se hiciera alguna tentativa contra la posición que teníamos en la colina, enviamos un destacamento de los Goorkhas para reforzarla, y fué curioso espectáculo el que ofrecieron aquellos hombres corriendo á porfía para cumplir la orden.

Poco después el almirante recibió aviso de que los buques podrían hacer fuego contra el ejército ruso, dirigiendo sus tiros á la estación de señales; algunos de los buques estaban bien situados para esto, y cumpliendo con la orden del jefe, comenzaron á bombardear aquella estación hasta que al fin los rusos se vieron precisados á abandonarla.

A esto siguió el desembarco de más fuerzas detrás de la ciudad, y apenas se hubo dado la orden de avanzar, los rusos retrocedieron, pidiendo una tregua para tratar de las condiciones de la rendición.

Nuestras pérdidas eran escasas: un oficial del regimiento de Bombay y 42 hombres muertos, cinco oficiales y 142 individuos de tropa heridos. Las de los rusos fueron mucho mayores, pues contaban 67 muertos y 205 heridos. La habilidad con que se condujo el ataque, flanqueando las obras defensivas de los rusos, y el nutrido fuego de los buques de guerra, contribuyeron principalmente á tan admirable resultado.

(Continuará)

LAS ANTIGUAS FIGURAS DE BARRO

Antes, sólo se prestaba atención á las grandes estatuas, á los mármoles ó bronces preciosos del arte antiguo; ahora también son objeto de curiosidad en las salas de los museos las figuras de barro. Estas figuras, que descubren lo que fué el arte menudo, el arte *barato*, por decirlo así, de la antigüedad, han despertado simpatías: muchas personas se han aficionado á ellas; las figuras griegas son buscadas y se pagan crecidas sumas por poseerlas; la industria alemana las ha imitado primorosamente; casi no hay mediano conocedor ó aficionado que no sepa lo que es una figura de Tanagra.

Pero aunque las figuras griegas sean las preferidas por el atractivo que ofrecen desde el punto de vista del arte, en los museos se ven figuras egipcias, figuras caldeo asirias, figuras fenicias, figuras griegas, figuras romanas, y cada una de estas series tiene su especial interés arqueológico que importa dar á conocer hoy que esos objetos antiguos están *de moda* entre las personas de buen gusto.

Llama la atención que figuras tan frágiles hayan llegado hasta nuestros días en tal abundancia que llenan salas enteras de los museos. La explicación es sencilla: la mayor parte de esas figuras se han descubierto en las tumbas, como casi todos los objetos del mobiliario de los antiguos. Por temor de extendernos demasiado no apuntamos algunas ideas referentes á la predilección que los antiguos debieron dar al barro como materia apropiada para lo que podemos llamar mobiliario fúnebre, quizás porque en ello influyera la tradición de que el hombre había sido hecho de barro. Nos contentaremos con dar algunas indicaciones acerca de la significación que en su tiempo tuvieron tan diversas clases de figuras, prescindiendo por hoy de cuanto se refiere á sus caracteres artísticos y á su fabricación, pues de no hacerlo así traspasaríamos los límites de un artículo.

I

Los egiptólogos llaman *figuras funerarias* á las imágenes de las momias. Hay algunas de piedra, algunas de madera; pero las de barro se cuentan por millares. Alguien ha dudado que fuese barro su materia, y no ha faltado quien afirme que es bizcocho de porcelana ó loza. Ofrecen un esmalte ó barniz, en algunas muy vivo y reluciente, en otras opaco y de color verde, azul, amarillo ó rosa. Hay algunas de un barro bastante ordinario que están pintadas.

Representan á las momias amortajadas, es decir, envueltas ó fajadas según la costumbre egipcia, de tal modo que la mortaja sólo acusa las formas generales del cuerpo humano; llevan el tocado de tela denominado *claf*, cuyas ínfulas caen sobre el pecho; ostentan por lo general la larga perilla trenzada que se llama *barba osiriana;* tienen los brazos cruzados sobre el pecho, llevan en las manos instrumentos de labranza (una hoz ó un escardillo) y al hombro un cestito de los usados para guardar el grano. La significación de esos utensilios nos la da el capítulo CX del *Libro de los muertos* ó *Ritual funerario* de los egipcios, donde se nos representaba al difunto trabajando, sembrando y recolectando en los campos celestes.

Es muy frecuente que sobre el cuerpo de estas figuras esté trazada por medio de molde (grabada, en las de piedra) ó pintada una leyenda en caracteres jeroglíficos, la cual no es otra cosa que el capítulo VI del expresado *Libro de los muertos,* en el que se designa á las figuras con el nombre *uoshbiti* ó *shbiti*, que en lengua egipcia quiere decir *sustentantes* ó *respondientes*. Este nombre nos explica la significación que en las creencias egipcias tenían las figuras funerarias: ellas eran quienes debían responder por el difunto cuantas veces fuera llamado á juicio por el dios Osiris, y ellas sustentaban, guardaban, una parte del alma humana que quedaba en la tumba. Porque es de saber que los egipcios suponían al alma compuesta de dos elementos, uno la inteligencia *(Khu)* y otra el espíritu *(Ba)*; éste, una vez desligada el alma del cuerpo por la muerte, iba á las regiones de ultratumba para presentarse al juicio, y aquélla quedaba en la tumba y por consecuencia había menester de una imagen del difunto que la contuviera, pues el cuerpo, aun momificado, podía deshacerse ó ser profanado y sus miembros esparcidos.

Tan extraño concepto del alma fué la razón de ser de aquellas estatuas, retratos fieles de los difuntos, llamadas los *dobles*, que se han hallado en las tumbas del antiguo imperio ó imperio menfita, y que más tarde fueron sustituídas por las figuras funerarias.

A la misma creencia se refiere la fórmula *Iluminación del Osiris tal* (es de advertir que todo muerto recibía el nombre de *Osiris*, que quiere decir hombre bueno), que suele leerse en las figuras, ú otra fórmula equivalente. Pero donde más claramente resalta la significación de las figuras religiosas es en los conjuros dirigidos á ellas mismas para que acudiesen en ayuda del difunto. Véase un ejemplo: «¡Oh respondiente de Ahmos!, si Ahmos es llamado para trabajar en el infierno, grita: ¡Heme aquí!» Cree Masperó que esta idea se desenvolvió hasta el punto de convertirse en una oración bastante larga, que es el capítulo VI del *Libro de los muertos* y que se ve grabada con mucha frecuencia en las figuras. Véase un ejemplo de la oración: «¡Oh respondiente!, si se llama, si se nombra al nomarca Phtahmos, para que haga el trabajo que ha de hacer en el otro mundo - él que ha combatido al enemigo - como un hombre que debe servidumbre, para sembrar los campos, para llenar las canales, para transportar los granos del Este al Oeste: *¡Soy yo, heme aquí!*, exclamad vosotros, y puede ser llamado á toda hora en el curso de cada día »

Los parientes, deudos y amigos de cada persona acostumbraban á depositar por vía de sufragio *figuras* funerarias en las tumbas; y para que dichas figuras cumplieran mejor su cometido, las depositaban en gran número, á veces por millares, con las momias, fuera del sarcófago y apoyadas en éste, repartidas por el suelo, etc., etc. Solían ponerlas dentro de cajitas pintadas en forma de ataúd, de tumba, de naos ó de pilón. Como queda indicado, en sus comienzos las figuras fueron una degeneración de las estatuas del *doble*. Las figuras más antiguas corresponden á tiempos anteriores á la dinastía XVIII y son de madera, granito, caliza ó alabastro. Bajo la dinastía XVIII comenzaron á aparecer las figuras de barro cocido esmaltadas de azul, que preponderaron, llegando á ser casi únicas en la dinastía XXVI. En las últimas épocas, su identificación con las formas de la momia llegó á ser completa.

No siempre se fabricaban las figuras funerarias para una persona determinada. Los vendedores las tenían preparadas, con el nombre del difunto en blanco para escribirlo cuando las vendían; por esta razón algunas figuras llevan escrito el nombre con tinta. Los egiptólogos han recogido de la *figuras funerarias* numerosos nombres propios, muchos de personajes históricos, y títulos de diversos cargos públicos.

II

En los arruinados monumentos de la Caldea y de la Asiria se han encontrado figuras de barro que estaban intencionalmente escondidas bajo los pavimentos, en los cimientos y en el grueso de los muros, ocupando unos senos ó huecos practicados al efecto. Los arqueólogos han podido averiguar que esas figuras hacían allí oficio de talismanes para conjurar las malas influencias de los poderes infernales.

Además, en Asiria persistió la costumbre de colocar en las sepulturas figuras de barro, si bien éstas no eran como en Egipto unas imágenes de los difuntos, sino de divinidades que debían conjurar la hostilidad de los poderes subterráneos.

Las figuras caldeas y asirias estaban modeladas en barro, que rara vez está cubierto de esmalte azul á imitación de las egipcias.

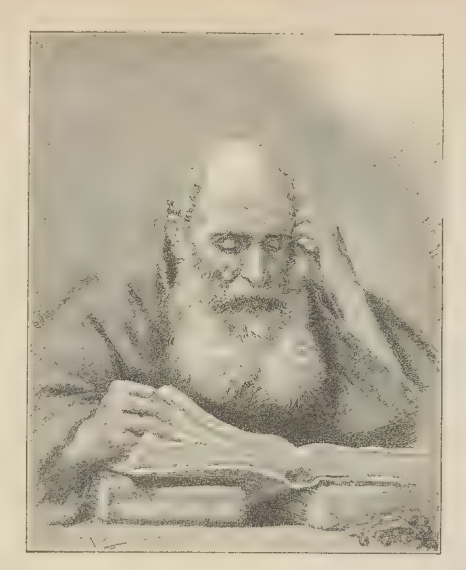
Los fenicios, gente tan dada á imitar los productos egipcios y caldeo-asirios, para importarlos, fabricaron figuras de barro en gran abundancia. Estas figuras, de las cuales posee el museo de Louvre una colección numerosísima, se han descubierto casi todas en antiguas necrópolis, lo cual prueba su destino funerario.

Tampoco estas figuras representan á los difuntos, pues esta particularidad sólo correspondió al Egipto, donde como hemos visto hubieron de exigirlo así las creencias religiosas. Las figuras fenicias como las caldeo-asirias representan casi siempre divinidades,

Entre éstas, las más repetidas son la Astarté ó Venus fenicia, cuyo culto tuvo en Chipre tan conocida preponderancia, y los Cabiros, de figura contrahecha.

Aunque el pensamiento que presidiera á la colocación de las figuras de barro no fuera exactamente el mismo en Egipto y en Oriente, puede conjeturarse que el origen de esta costumbre fuera egipcio. Esa misma virtud talismánica que tenía en Oriente, no diremos el barro, pero sí las figuras de barro, la encontramos ya en Egipto. La mayor parte de los numerosísimos amuletos egipcios que se conocen son de barro ó pasta cerámica esmaltada, como ya se ha dicho; y estos amuletos fueron imitados por los fenicios, gente que tenía de supersticiosa tanto como de descreída, á lo cual debió contribuir mucho su condición de traficantes y de navegantes. En casi todas las comarcas en que ellos mantuvieron comercio, se han hallado de esos amuletos que son imitaciones ó falsificaciones fenicias de los amuletos egipcios.

En toda la antigüedad, desde los tiempos protohistóricos dominó á los mortales la idea de no dejar solos en las tumbas los restos humanos; los antiguos tuvieron siempre horror invencible á la soledad de la tumba; por eso procuraron que el lugar de la sepultura fuera una cámara semejante á la habitación de los vivos; por eso rodearon al cadáver de los muebles ó utensilios que usara, de los vasos en que á título de ofrenda á los dioses le dejaban manjares diversos, y por eso, en fin, como si todo esto no bastara, prodigaban dentro y fuera del sarcófago amuletos é imágenes sagradas que sirvieran de compañía y que dispensaran poderosa protección.



EL ANACORETA, estudio de D. Román Navarro

III

Los griegos siguieron en este punto las mismas ideas y las mismas costumbres que los orientales. En las antiguas necrópolis de la isla de Rodas se ha observado el hecho constante de que en cada tumba hay unos ídolos funerarios, imágenes de divinidades, guardianes y compañeros de los muertos. Los helenos, como los demás pueblos antiguos, creían en la inmortalidad del alma; las opiniones contrarias de algunos filósofos no tuvieron fuerza para desvanecer ó amortiguar esa creencia. Creían que la vida no cesaba bruscamente con la muerte, sino que continuaba en la tumba, de un modo obscuro, ignorado, pero con todas las necesidades, con todos los placeres, con todos los deseos propios de la humanidad. Por virtud de una creencia de época posterior los vivos se figuraron á todas las almas de los muertos reunidas en una región subterránea, más vasta que la tumba, en el Hades, donde la vida venía á ser una repetición de la existencia terrena. Estas son las razones de por qué los griegos, en un tiempo, depositaron en las tumbas vino, bollos, leche, etc., y en ciertos aniversarios celebraban banquetes fúnebres á los que venía invisiblemente á tomar parte la sombra del muerto; por qué enterraban con éste sus armas, sus instrumentos de gimnasia, sus espejos, agujas y botecillos de perfumes, lo necesario y lo superfluo de la vida juntamente; por qué enterraban también sus caballos y sus perros, y en los tiempos primitivos se inmolaba á los esclavos que le sirvieran y á una hermosa cautiva para que endulzaran su soledad.

Pero esta costumbre bárbara, este rito cruento, dulcificadas las costumbres con la cultura, vino á sustituirse con un remedo, consistente en depositar en la tumba, en vez de las víctimas, meros simulacros, es decir, figuras de barro.

Es antiguo ya en la humanidad eso de conservar los ritos como tradición y practicarlos por medio de fórmulas ó remedos. No debe, pues, extrañar que los griegos y á su imitación los romanos se fiaran en la credulidad ó benevolencia de los difuntos y de los dioses, al sustituir los seres vivos con sus imágenes; y por si algún escrupuloso de entonces tuviera reparo, la mitología misma le ofrecía ejemplos patentes de esos fraudes entre los dioses, como aquel de Gea, mencionado por Hesiodo en la Teogonía, cuya diosa hacía tragar á Kronos piedras envueltas en mantillas, haciéndole creer que eran sus propios hijos.

Soldi da idea cabal de cómo se colocaban las figuras en el interior de las cámaras sepulcrales griegas. Dice que se hallan tres figuras por lo común dentro de cada tumba: una á la izquierda de la cabeza del difunto y otra á la altura de sus manos. Fuera se encuentran frecuentemente hasta veinte estatuillas semejantes, colocadas en rededor del sepulcro y encima de la tapa; estando estas figuras descoloridas á causa de la humedad, al contrario de las colocadas en el interior, las cuales conservan los colores brillantes, frescos y con toda su delicadeza.

En Tanagra, ese centro privilegiado de la fabricación de figuras de barro, éstas estaban en las tumbas colocadas sin orden: sin duda fueron arrojadas al azar en los huecos que quedaban entre las paredes de la fosa y el cadáver; muchas se habían roto al caer y otras debieron ser rotas de intento para que no excitaran la codicia de algún profanador. Por esta razón son muy contadas las figuras de Tanagra que se hallan enteras; tanto, que el estarlo suele ser mala



REGIMIENTO DE CAZADORES EN MARCHA, dibujo de D. Román Navarro



Pedestal del proyecto para un monumento á la rendición de Granada y al descubrimiento de América, esculpido por D. Antonio Susillo

CARA DEL PEDESTAL QUE REPRESENTA LA RENDICIÓN DE GRANADA



Pedestal del proyecto para un monumento á la rendición de Granada y al descubrimiento de América, esculpido por D. Antonio Susillo

CARA DEL PEDESTAL QUE REPRESENTA EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

recomendación de su autenticidad, pues diremos de paso que estas figuras se falsifican.

Los arqueólogos traen una controversia acerca de las figuras griegas de barro; hay dos opiniones representadas por dos sabios competentes. Heuzey entiende que todas las figuras representan divinidades, personajes de las leyendas homéricas. Rayet conviene con Heuzey en que las figuras halladas en sepulturas correspondientes al período arcaico son siempre divinidades, pero cree que después sólo fueron tipos de género. Rayet aduce como prueba un fenómeno significativo observado en Tanagra, y es: que hay un paréntesis, por decirlo así, desde el siglo IV hasta uno ó dos siglos después, en el cual casi desaparece la costumbre de depositar figuras en las tumbas; y este hecho le explica diciendo que las figuras de divinidades responden á la fe profunda del tiempo de las guerras Médicas, y las figuras que representan tipos de género responden al escepticismo de la época alejandrina, á las costumbres ligeras del siglo de los lacedemonios. Sin embargo, la opinión de Heuzey tiene mucha fuerza.

No sólo como agasajo fúnebre emplearon los antiguos las figuritas de barro con carácter de ofrenda; también las consagraron á los dioses. Las doncellas griegas acostumbraban la víspera de su casamiento consagrar sus juguetes á Venus ó á Diana; y que entre esos juguetes hacían gran papel las figuras de barro, lo comprueba un epigrama de la Antología griega, el cual dice: «Timaretes antes de su casamiento consagra á Artemisa Lymneta su tambor, su globo querido y la redecilla que encerraba sus cabellos. Ella, virgen, consagra asimismo á la diosa virgen sus muñecas, vírgenes también, y los trajes de sus muñecas. ¡Oh, hija de Latona, extiende tu mano sobre la joven Timaretes, y que esta piadosa niña sea piadosamente protegida por ti!» Y adviértase un detalle curioso: las niñas griegas vestían las muñecas de barro con piernas y brazos movibles, ni más ni menos que las niñas del día visten y adornan las muñecas de cartón ó madera. Entre las desposadas romanas existió también la costumbre de ofrecer á los dioses las muñecas *(pupae)* y los demás juguetes compañeros de su infancia. Además, no ya como ofrenda, sino como exvoto, se emplearon también muchísimo en la antigüedad las figuras de barro.

Hay algunas figuras que demuestran el empleo que tuvieran: son muñecas que tuvieron brazos y piernas movibles, pues subsisten en el tronco los agujeros que sirvieron para suspender aquellos miembros. El arqueólogo alemán Becker ha demostrado que fué muy común fabricar los juguetes de barro, porque así podían estar al alcance de todas las fortunas.

Según Otto Luders, las figuritas de barro sirvieron en su origen para embellecer las habitaciones. De aquí se deduce que había objetos de barro de juego y de adorno, muy propios por tanto para regalo. Se sabe efectivamente que en Roma era costumbre tradicional el hacerse las familias mutuos regalos en dos épocas del año, empleándose para tal objeto figuritas de barro. Eran esas dos épocas la fiesta de primero de año ó *Strenae*, que se supone originaria del reinado de Tacio, y las denominadas *Sigillaritia*, nombre tomado de la costumbre misma á que nos referimos (como el de *sigilares* los modeladores romanos de *terras-cottas)*, fiestas que se efectuaban en el período consagrado á las Saturnales.

José Ramón Mélida

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El día 12 de marzo último se inauguró en Munich un monumento que en honor del ejército se ha erigido en el arco central de la llamada Galería de los generales que se alza al final de la hermosa calle de Luis, orgullo de la capital bávara. Este monumento, con el cual ha querido el príncipe regente Leopoldo conmemorar, no sólo las glorias de 1870-1871 sino la lealtad y bravura en todo tiempo demostradas por los ejércitos de Baviera, se compone de un zócalo de granito rojo y de un grupo de bronce de nueve metros de altura que representa á un guerrero de la antigüedad tremolando con una mano la bandera de la victoria y protegiendo con su escudo á una matrona á cuyos pies está tendido un león, y que ha sido modelado por el célebre escultor Fernando Miller.

– A imitación de lo que sucedió con el Salón de París, los artistas de Dusseldorf, que hasta ahora habían acudido juntos á la Exposición de marzo, se han separado este año organizando dos exposiciones que se inauguraron el día 6 del mes próximo pasado. Hase dicho que esta separación significaba el antagonismo entre las escuelas pictóricas antigua y moderna de aquella ciudad; pero lo que realmente separa á estos dos certámenes es lo siguiente: en el que se celebra en la Galería de Bellas Artes ha presidido un criterio más amplio en la admisión de obras, al paso que en el otro, instalado en el Salón de Schulte, se ha procedido en este punto con extremado rigor, razón por la cual resulta mucho más notable.

– El famoso pintor Meissonier, que era riquísimo, dejó á su muerte, además del hermoso palacio del Boulevard de Malesherbes y de la quinta de Poissy, un considerable número de obras de arte, cuadros, estudios y croquis que representan una verdadera fortuna, estimada en el inventario en 1.200.000 francos, contándose entre ellos el famoso cuadro *Attente* legado al Museo del Louvre, el *Grabador al agua fuerte* y la *Madonna del bacio*. A setecientos ascienden los óleos y acuarelas que constituyen su herencia, en la que se cuentan también tres figuras de cera que sirvieron al ilustre artista para algunos de sus más celebrados cuadros.

Entre la viuda de Meissonier y sus dos hijos surgieron desavenencias respecto del cumplimiento de las disposiciones testamentarias: pretendía la primera que, á excepción de algunos cuadros y objetos que deben tener destino especial, se vendieran los restantes para que su producto fuese distribuído según las prácticas legales, al paso que los hijos querían que se hicieran lotes equivalentes á las partes interesadas y se repartieran por sorteo. Los tribunales de París han desestimado las pretensiones de la viuda y dado, por consiguiente, la razon á los hijos.

– En los días 5, 6 y 7 de junio se celebrará en Colonia una gran fiesta musical, en la que se podrá estudiar el desenvolvimiento musical durante el presente siglo: en el primer día, consagrado á Alemania, se ejecutarán la obertura *Curyanthen* de Weber, el *Salmo* 114 de Mendelshon, la *Sinfonía en re bemol* de Schumann, el *Canto de la Victoria* de Brahms, la escena final del *Crepúsculo de los dioses* de Wagner y la *Novena sinfonía* de Beethoven; en el segundo, dedicado á Italia y á Francia, la obertura *Anacreonte* de *Cherubini*, el *Requiem* de Verdi y la sinfonía *Romeo* de Berlioz. El programa del tercero y último día será sumamente variado, figurando en él la *Obertura concierto* de Hiller, *Bella Elena* de Max Bruch, *Muerte y Glorificación* de Ricardo Strauss, la obertura *Leonor* de Beethoven, la *Marcha imperial* de Wagner y otras composiciones de Rubinstein, Lalo, Liszt y Raff. Entre los solistas contratados para estos conciertos está el eminente Sarasate.

– Los artistas alemanes se preparan con gran entusiasmo á concurrir á la Exposición de Chicago; sólo en Nuremberg se han suscrito 85 para constituir una instalación colectiva nuremberguesa.

– El célebre pintor húngaro Miguel Munkacsy se ocupa actualmente en trazar los estudios y croquis de un cuadro de grandes dimensiones (14 metros de largo por 8 de alto) destinado á adornar el salón de sesiones del nuevo edificio que en Budapest se está construyendo para el Parlamento húngaro y que será indudablemente la obra más monumental y más importante desde el punto de vista artístico de la capital magiar. El asunto del cuadro es la *toma de posesión de Hungría por el grán Arpad* (á fines del siglo VIII de nuestra era). Munkacsy, á quien este asunto entusiasmó desde luego, permaneció una larga temporada en Budapest, estudiando en el Museo nacional armas y trajes, y con croquis de unas y otros y de tipos y paisajes magiares regresó á París, en donde reside, viéndose obligado á tomar un taller especial, pues dadas las dimensiones del cuadro resultaba insuficiente el que posee en la avenida de Villiers, que es una de las maravillas dignas de ser visitadas en la capital francesa. Las paredes de su nuevo estudio están cubiertas de dibujos y bocetos de figuras, detalles de paisajes, etc., que han de servirle para su obra, todo del tamaño que en ésta habrá de tener. A juzgar por estos elementos que tiene acumulados y algunos de los cuales son ya verdaderas joyas artísticas, el cuadro será digno de la fama universal que ha conquistado el autor de *Cristo ante Pilatos* y del lienzo para el techo del Museo Real de Historia de las Bellas Artes, de Viena.

Teatros. – En el teatro de la Corte, de Dresde, se ha estrenado con gran éxito una ópera en tres actos del compositor Draeseke, hijo de aquella ciudad, titulada *Herrat*.

– En Lille se ha estrenado con mucho aplauso una ópera de una joven compositora, Mlle. Folville, titulada *Atala*.

– En el teatro de Menus Plaisirs se ha estrenado una opereta de Boucheron, música de Audran, titulada *Articles de París:* el libreto es interesante, pero resulta algo sentimental y tiene en el fondo más condiciones de zarzuela seria, y aun de comedia, que de opereta bufa; la música es deliciosa, digna del autor de *La Mascota* y de *Miss Helyett*.

– En el teatro de la Corte, de Munich, se ha estrenado una ópera de Guillermo Kienzl, titulada *Heilmar el Loco*, que ha sido recibida con gran aplauso y cuya música demuestra en su autor un profundo estudio y un gran conocimiento de las obras y procedimiento de Wagner.

– En el teatro de la Residencia, de Munich, ha obtenido un éxito completo *Un crítico incipiente*, de D. José Echegaray, de cuyo reciente estreno en Berlín dimos cuenta oportunamente.

– *El amigo Fritz*, del maestro Mascagni, se ha cantado hace pocos días en Francfort y en Berlín: en la primera de estas dos ciudades fué entusiastamente aplaudida; en cambio en la segunda, aunque recibida con aplauso, no logró producir entusiasmo, exceptuando, empero, el intermedio de orquesta que precede al tercer acto, que hubo de ser repetido.

– Una nueva opereta de Millocker, *El hombre afortunado*, se ha estrenado con excelente éxito en Munich.

– En el teatro de Rossini, de Venecia, se ha estrenado la ópera *Yole*, primera obra del joven compositor Albano Seismit Doda, hijo del ex ministro de Hacienda italiano: el público la acogió con gran aplauso.

Necrología.—Han fallecido recientemente:

El gran duque Luis IV de Hesse: distinguióse en las guerras de 1866 y 1870, y ocupó el trono hessense en 13 de junio de 1877. Era un bravo soldado en toda la extensión de la palabra, pero en tiempo de paz gustábanle poco las cosas de la milicia y prefería dedicar su atención á las ciencias y á las artes y sobre todo al embellecimiento de su capital, Darmstadt, que supo convertir en una de las más bellas residencias de Alemania.

Benno Adam, célebre pintor alemán de animales, hijo del gran pintor de batallas Alberto.

G. H. Barth, escultor maguntino, autor del monumento erigido en Francfort á Gutenberg.

Don Serafín Martínez del Rincón, catedrático y director de la Escuela Central de Artes y Oficios de Madrid, á la que pasó después de desempeñar durante muchos años una cátedra en la de Cádiz.

Mr. Arturo Goring Thomas, célebre compositor inglés, discípulo del maestro francés M. Durand y de la Real Academia de Música de Londres, autor de las óperas *Esmeralda* y *Nadesha*, estrenadas con gran éxito en 1883 y 1885.

Fernando Barbedienne, fundador de la gran casa de bronces artísticos de París que lleva su nombre y que ha reproducido las mejores joyas de la estatuaria antigua y moderna.

Carlos Credé, famoso tocólogo alemán, autor del procedimiento de expresión para los alumbramientos, de otro para evitar las enfermedades de los ojos de los recién nacidos que tan fácilmente pueden ser causa de ceguera, y de varias importantes obras de medicina, entre ellas *Archivos de Ginecología* y el *Manual de las comadronas*.

Guillermo Smith, arzobispo católico romano y metropolitano de Edimburgo y eminente orientalista.

Félix Szynalewski, notable pintor polaco, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Cracovia.

Varia. — He aquí algunas cifras curiosas relativas á las Exposición de Chicago. Los cristales necesarios para las claraboyas llenarán 120 vagones, representando una superficie total de 12 hectáreas; en el Palacio de Manufacturas entrarán 5.307.003 kilos de hierro, necesitándose sólo para el techo 2.000 vagones de planchas, ó sea una longitud de 912 kilómetros, y cinco vagones de clavos para clavarlas. El agua necesaria para la Exposición se obtendrá por medio de dos máquinas eléctricas que proporcionarán 242.268.160 litros diarios; el alumbrado constará de 127.000 lámparas eléctricas, 7.000 de arco, de 2.000 bujías de intensidad y las otras 120.000 de incandescencia de una intensidad de 16 bujías cada una, instalación que exigirá 22.000 caballos de fuerza motriz.

Los gastos probables de la Exposición se calculan en pesetas 463.259.325; los diversos recursos de que dispone darán una suma de 593.807.050.

NUESTROS GRABADOS

Coloquio amoroso, cuadro de D. Laureano Barráu (Exposición Parés). — Cuatro lienzos presentó el Sr. Barráu en la última exposición Parés, la novena de las que anualmente se verifican en aquel Salón tan conocido de los artistas y de los barceloneses, que premian con su visita frecuente los esfuerzos y los beneficiosos resultados obtenidos en favor del arte por la iniciativa particular Dignas de aplauso son las cuatro producciones de este joven artista, pero entre ellas descuella la que reproducimos. El *Coloquio amoroso* resulta una composición simpática por la naturalísima expresión que embarga á los dos jóvenes que se comunican sus primeras impresiones, por su atinada colocación y por los pormenores que la completan. Resulta en él Barráu adepto de la novísima escuela y por lo tanto sugestionado por las corrientes transpirenaicas que informan las producciones de un grupo de nuestros artistas, á los que atinadamente calificó de *neo-místicos* nuestro buen amigo y colaborador Rafael Balsa de la Vega; pero aun así, justo es confesar que si por este lienzo no es posible adivinar al autor del *Sitio de Gerona*, en cambio obsérvanse cualidades tan recomendables en el joven pintor, que merece cumplidos plácemes. Firmeza y concienzudo estudio, armoniosa tonalidad y ese algo vago que revela el sentimiento y denuncia el alma del artista descúbrese en la última producción de Laureano Barráu.

El anacoreta.—Regimiento de cazadores en marcha. Dibujos de D. Ramón Navarro. – Aunque los asuntos militares son los predilectos del Sr. Navarro, su labor artística acredita que también en otros de muy distinta índole imprime el sello de su talento, demostrando con ello que si sus aficiones le atraen hacia un género determinado, sus aptitudes, cultivadas con un estudio concienzudo y una observación profunda, le ponen en condiciones de abordar otros muy diferentes. *El anacoreta* es la antítesis, por decirlo así, de las figuras y escenas de la vida militar; y sin embargo, sus bellezas no desmerecen de las que hemos siempre admirado en los dibujos del propio autor y de las que avaloran el otro dibujo, *Regimiento de cazadores en marcha*, que en este mismo número publicamos, y aun en cierto modo las aventajan, porque en aquella figura sobriamente trazada, desprovista de efectos, sin ninguno de esos elementos que impresionando todos á la vez pueden distraer la atención del que los mira, aparecen con mayor realce la nota sentida y la intachable corrección de líneas y se revela el talento artístico del que no necesita grandes recursos para producir una obra de indiscutible valía.

Pedestal del proyecto para un monumento á la rendición de Granada y al descubrimiento de América, modelado por D. Antonio Susillo. – Entre los varios proyectos que se presentaron en el concurso recientemente celebrado para la erección en Granada de un monumento conmemorativo de aquellos dos grandes hechos de nuestra historia, llamó con justicia la atención el del escultor sevillano D. Antonio Susillo, y aun no faltaron críticos notables que le consideraran digno del premio que la Academia no tuvo á bien concederle, premiándole en cambio el que envió para el sepulcro de Colón en la Habana. Basta examinar las dos caras del pedestal que reproducimos para comprender que público y críticos no andaban descaminados al calificar de notabilísima esta obra: la originalidad de la idea que preside, la bondad del modelado, la acertada agrupación de las figuras, más difícil de lo que á primera vista parece tratándose de un género como éste, la vida que anima esos grupos en conjunto y en cada uno de sus personajes y la riqueza de detalles de gran valor histórico y artístico con mano pródiga y con inspiración grande en ella derramados, hacen de esta obra una creación digna de la justa nombradía del autor de *La primera contienda*, *El beso de Judas*, *El lazarillo de Tormes* (premiadas en varias Exposiciones), *Escotógenes vencido*, *Aquelarre*, *Risas y lágrimas*, *El sueño de una novicia* y de tantas otras no menos inspiradas y aplaudidas.

Las comadres de mi barrio, cuadro de D. Luis Graner (Salón Parés). – El creciente éxito que obtienen, tanto en España como en el extranjero, los estudios de tipos que produce el discreto pintor Sr. Graner, oblíganle, sin duda, á dedicar á este género gran parte de su ingenio y de su labor. Y parece como que en el artista existe un decidido empeño en demostrar que su facilidad en hallar variantes con tan limitados recursos, se halla en armonía con el constante favor que le dispensa el público y los aficionados. Sorprendente es en verdad que sólo por efecto de concienzudos estudios y por los resultados obtenidos por los contrastes que ofrecen tipos siempre rudos y vulgares, pero varios de tonos, logra obtener el artista esas verdaderas composiciones, que son á modo de fotografías coloreadas de la plebe abyecta, de los adoradores de Baco, de sátiros vulgares ó de vetustas y licenciadas sílfides, cual las *Comadres de mi barrio*, que con gusto reproducimos.

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONTINUACIÓN)

–¡Chist!, dijo el coronel, soy yo.

–¡Ah!... exclamó Marcos.

Hubo un momento de silencio, durante el cual cada uno leía, como en libro abierto, en el corazón del otro, comprendiendo que era necesario hablar.

Aquel mudo apretón de manos, la diestra del conde estrechando la de Marcos en una comunión de alma, ¿no era más elocuente que todo? El coronel todo lo había visto y le compadecía; Marcos le comprendió la delicadeza de aquella censura, y en su vergüenza ¡cosa extraña! complacíale como si fuese dulce para él.

–¡Dispénsame!, dijo al fin como un niño.

–¡Tu esposa!... repuso el señor de Francœur con profunda emoción.

Marcos hizo un ademán vago, incompleto.

–¿Será un capricho?, se atrevió el coronel á preguntar. Supongo que no hay nada serio...

–¡Es una locura!, balbució Marcos inclinando la cabeza.

Y levantándola después, añadió:

–¡Pero la amo!

–¿Entonces es tu amante?, repuso el coronel con acento severo.

–¡No; te lo juro!...

–¡Sin embargo!...

El Sr. de Francœur pensaba en el beso, en aquel beso de embriaguez carnal, dado en la sombra. Reinó de nuevo un silencio em barazoso y lleno de vacilaciones, hasta que el coronel dijo:

–¡Haces mal!

Marcos le cogió la mano como para pedirle perdón.

–Lilia no sabe,... comenzó á decir.

El Sr. de Francœur se encogió de hombros, con ademán de duda.

–¿Qué piensas hacer?, preguntó después.

–Nada; yo no sé...

Sin concluir la frase, inclinó la cabeza, dominado por el ardiente deseo de la posesión.

–¿Qué esperas, pues, de?...

Al Sr. de Francœur le repugnaba nombrar á la baronesa.

–¿Y tú me lo preguntas?, repuso Marcos con equívoca sonrisa.

El coronel comprendió, y las palabras de su hermano le resintieron.

–¡Ah!, exclamó con expresión irónica.

Los dos presintieron que era inminente un rompimiento, una separación.

–¡No me comprendes!, murmuró Marcos con expresión de desconsuelo.

–¡Harto me lo temo!

Ambos se encerraron en un silencio tenaz, reconcentrado; comenzaba á producirse una corriente de secreta acritud. El Sr. de Francœur fué el primero en hablar.

–¿Por qué has de perder así tu dicha?, preguntó.

–¿Me crees acaso feliz?, repuso Marcos.

–¿Por ventura no lo eres?

–¡No, tal como tú lo entiendes!

Y al observar el asombro de su hermano, escéptico primeramente y como aterrado después, añadió:

–No me juzgues; ya te lo explicaré.

Mas al decir esto, remordióle su mentira, pues nada le impedía ser buen esposo, como no fueran su ligereza natural y su amor al placer.

La puerta del saloncito se abrió de pronto, y la luz de una lámpara, levantada en alto por un brazo, permitió ver al Sr. Jugaud, con expresión recelosa, y detrás de éste una mujer de edad algo avanzada.

... y estampó en ella un ávido y ardiente beso (pág. 205)

–Ya me lo figuraba, dijo Jugaud. ¡Caballeros, en el salón preguntan por ustedes! Mucho siento interrumpir la grata conversación de los dos hermanos, pero es preciso complacer á las señoras.

IX

Otro centro, otro ambiente: en el salón se admiraba una cómoda elegancia. La señora de Jumiege sentada al piano; bajo sus dedos, los sonidos velados y plañideros de un nocturno de Chopín prolongaban sus ondas moribundas, que parecían confundirse con las vibraciones de las lámparas y con los suaves perfumes de las señoras.

La baronesa de Brettes, completamente tranquila, hablaba con Lilia de modas, y al verlas hubiérase creído que eran las mejores amigas del mundo. El coronel no se atrevió á fijar la vista en ellas.

Sus ojos miraron la fisonomía, nueva para él, de la mujer de edad, cuyo aspecto indicaba una categoría inferior: era la dama de compañía de la baronesa, y distinguíase por su aire respetable y su expresión de falsedad y por su sonrisa espiritual y rastrera. En aquel momento preparaba los naipes sobre una mesa de juego para entretener á la señora Fabvier: no había comido con los demás porque hubieran sido trece. Llamábase señora Lemartre, palabra que escribía dividiéndola en dos. El coronel se enteraba de estos detalles á medida que los citaba el Sr. Jugaud, cuya mandíbula de dogo parecía morder.

–Aquí donde usted la ve, decía, es una espía que el Sr. Brettes ha dejado para vigilar á mi prima. Cuando él se halla aquí, le sirve de lectora y de secretario; y mientras viaja, envíale breves informes; pero Clara es muy lista y sabe granjearse la voluntad de las personas y...

Jugaud se interrumpió, temiendo haber dicho demasiado; pero fué lo bastante para confirmar la primera impresión del Sr. de Francœur, de que algo sospechoso existía entre la baronesa y el Sr. de Jugaud. Hasta el nombre de Clara le repugnó en la boca de aquel hombre, después de haberle oído pronunciar á su hermano.

Muy alegre al parecer, Marcos dirigía en aquel momento á la señora de Jumiege algunas frases que provocaban su hilaridad; y el franco carácter del Sr. de Francœur, mortificado por aquella hipocresía amable, impuesta por las conveniencias, sintió una opresión, una especie de aislamiento, más pesado aún que su coraza de guerra, y su mirada se refugió en las señoritas de Kerjuzan, cuyo aire distinguido le atraía, y se acercó á ellas.

Su conversación fué sencilla y espontánea como entre personas á quienes la simpatía atrae, y el coronel no experimentó aquellas vacilaciones que había sentido hasta entonces, entrando por el contrario de lleno, como en terreno fácil, en la intimidad de aquellas damas, y entregándose sin reflexión al placer de hablar con la vieja solterona y de cambiar algunas frases con Ivelina: la pureza de corazón de estas señoritas le parecía seductora, y sus palabras tenían un encanto infantil, como de personas que no conocen el mundo.

Sin embargo, lo que decían, no tenía nada de particular: hablábase de la Martinica, del *dolce far-*

niente criollo, que la anciana tía echaba de menos; de los criados, de que habían tenido que separarse, y hasta de los animales, que con el tiempo habían acabado por ocupar un lugar en la casa.

– A la esposa del gobernador, decía Ivelina, le regalamos nuestro Nistiti; quería traérmelo á Europa, pero me aseguraron que moriría de languidez, y he preferido que viviese feliz allí.

El tono y la expresión de bondad con que la joven dijo esto conmovió al coronel, que aunque aborrecía á los monos, pensó que nadie se pone en ridículo por hablar de aquello que inspira cariño. Bien mirado, ¿por ventura no le agradaban á él los perros?

La tía hablaba de sus dos hermanos, el padre y el tío de Ivelina, ambos oficiales de la armada, muertos gloriosamente, el primero al estallar la insurrección canaca, y el segundo en el Tonkín, explicando como á un mismo tiempo se casaron con dos hermanas de Fuerte de Francia, que fallecieron jóvenes, dejando una de ellas una hija, Ivelina, y la otra un hijo llamado Ivón. Con aquel nombre parecido é impuesto por el mutuo afecto de los padres, los dos niños crecieron juntos, como Pablo y Virginia. Lilia había sido su madrina y la tía Aurora había educado á Ivelina, y los Fabvier, sus primos, á Ivón. Este último estudiaba para marino, carrera predilecta de todos los Kerjuzan, y había de llegar dentro de un mes de Saboya, donde á la sazón se encontraba en casa de una hermana del Sr. Fabvier, descansando de sus estudios.

Estos detalles fueron para el Sr. de Francœur más bien interesantes que agradables. A menudo sucede así; apenas se conoce á una persona, y ya se envidian sus amistades y se siente inquietud por sus preferencias. Sin embargo, los diez y seis años del pequeño Kerjuzan le tranquilizaron.

El coronel examinaba á hurtadillas el rostro de la joven, en el que no se manifestó el menor embarazo al oir hablar de su hermano de niñez, y maravillóle su expresión de verdadero candor. Pero le acosó una duda: su precocidad de mujer, ¿era precocidad en el corazón y el desarrollo moral? Tenía el encanto de una flor grande y hermosa; pero tal vez se redujese todo en ella á color y perfume. Mas ¿qué importaba esto? El coronel desconfiaba mucho de las mujeres inteligentes é instruídas, y pensaba que una niña sabe siempre lo bastante para el hombre más sutil. A no dudarlo, Ivelina había entrado en la nubilidad y esta palabra le inspiraba profundo respeto: la mujer le parecía un ser delicado y frágil, cuyos achaques le inspiraban compasión, y compadecíala por los sufrimientos que la maternidad impone.

Una voz interrumpió su conversación, la de la baronesa de Brettes, que le preguntó:

– ¿Puedo contar con usted para algunas expediciones á caballo, señor conde?

El coronel hubo de inclinarse y responder; pero resentíale aquel tono deliberadamente familiar y sobre todo mortificábale que se dispusiera así de su persona, como si la baronesa tuviese derecho de mandar en aquel salón, cuando él sabía...

Desde aquel momento no acertó ya á reanudar la conversación con la señorita de Kerjuzan en el punto en que la dejara, pues se había roto el hilo conductor; y como por otra parte había llegado la hora de servirse el te, pudo admirar el paso ondulante de Ivelina, á quien estaba encomendado este servicio; sus manos admirablemente blancas, en las cuales resaltaban las venas azules, y sus dedos finos y por dentro sonrosados. La joven le ofreció una taza de te, y él, que llamaba á aquella bebida tisana, aceptó por el placer de tener alguna cosa de Ivelina, y se abrasó los labios al sorber en la diminuta taza de porcelana de China. Cuando la señorita de Kerjuzan se hubo servido, el coronel se mostró muy solícito en retirar de sus manos la taza, y esta niñería le complació mucho; pero de repente paralizóle un acceso de timidez invencible, el temor de que se observase su obsequiosidad y se adivinara la turbación de sus pensamientos: todo el mundo, incluso Ivelina, le juzgarían ridículo, pues por sus años y su posición era un hombre serio, y lo que era peor, de edad madura. Su fuerza y su salud, sin embargo, protestaban, pero en voz baja.

A su alrededor, todas las conversaciones languidecían, como sucede siempre al fin de una velada: todo el mundo hablaba ya de marcharse. Los Jumiege, después de permanecer ocho días en el castillo, se disponían á regresar á Vouziers, debiendo conducirles á la estación de Attigne el coche de la casa; habíase anunciado ya la llegada del carruaje de la baronesa de Brettes que había de volverla á Jozeu, y también del tílburi inglés del Sr. Jugaud, que habitaba en la villa de Savre, á una hora de distancia.

La baronesa, que fué la primera en levantarse, tendió su mano algo varonilmente para estrechar las de los Sres. de Fabvier; todo el mundo se despidió al mismo tiempo que ella; y después que las señoras se hubieron puesto sus sombreros y los hombres sus sobretodos, huéspedes y convidados bajaron al vestíbulo. Los faroles de los coches difundían en la obscuridad claridades amarillentas; y la blanca grupa de un caballo parecía una mancha en el fondo negro de los árboles. El juez de paz saludó, emprendiendo la marcha á pie hacia el pueblo de La Riviere, escoltado por un mozo que llevaba un farol.

Marcos acababa de tomar su sombrero y sus guantes.

– ¡Supongo que no tratará usted de acompañarme!, dijo la baronesa con fingido asombro.

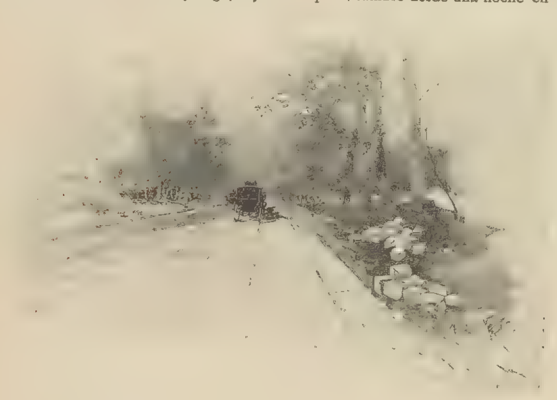
– Permítame usted que no falte á la costumbre.

– ¿Qué necesidad hay? ¡Quédese usted! Seguramente deseará hablar cuanto antes con su hermano.

– Sin duda me censuraría si la dejase á usted volver sola, repuso Marcos galantemente.

Al decir esto se guardó muy bien de mirar á su hermano, y su sonrisa y su expresión resuelta revelaron una voluntad á la vez reprimida y tenaz.

Por lo demás, Marcos había adoptado esta costumbre desde una noche en que la señora de Lemartre al verse sola en el coche había tenido miedo de los vagabundos que suelen recorrer los caminos, miedo bien injustificado por cierto en aquel país, donde los tales sujetos eran punto menos que desconocidos. Como Jozeu distaba apenas media hora, Marcos regresaba después tranquilamente á la luz de la luna.



Una vez fuera de la avenida, los coches tomaron distintas direcciones

– ¡Buenas noches, conde, y dispense, dijo la baronesa de Brettes; ya ve usted que no es culpa mía!

En su voz se revelaba cierta indefinible expresión irónica, hija tal vez de su ligero triunfo, como si hubiese temido de antemano, sin motivo, la llegada y la perspicacia del hermano mayor. La baronesa besó á Lilia, como cosa muy natural, y todos subieron á sus respectivos coches. Una doncella de los Jumiege, que se había retardado, subió al pescante, con la cara hinchada á causa de una fluxión y cubierta en parte con un pañuelo. Las portezuelas de los coches crujieron, cortando las palabras de despedida; los Fabvier, el Sr. de Francœur y Lilia vieron fustigar á los caballos y alejarse los faroles, cuya luz iluminaba al paso las espesuras sombrías, de las cuales exhalábase un perfume de rosas y heliotropos. Una vez fuera de la avenida, los coches tomaron distintas direcciones y muy pronto se perdieron de vista.

Los Fabvier habían entrado en el castillo, y Lilia y su cuñado se encontraron solos. Un pensamiento común, que no se comunicaron, les hizo permanecer silenciosos algunos segundos, con los ojos fijos y el oído atento en la dirección seguida por un coche que conocían demasiado bien, y cuyo rumor se extinguía. Lilia se estremeció y los dos entraron en la casa.

Entonces el coronel recordó un detalle en que no se había fijado mucho durante la confusión de la marcha: el tono de irritación sorda y violenta con que el Sr. de Jugaud reprendió á su lacayo y fustigó á su poney. La presencia de Marcos junto á la baronesa no parecía extraña á tan brutal acceso de mal humor, y el coronel sintió no haber podido ver el rostro del Sr. Jugaud en aquel momento.

X

En el salón, los Fabvier y la señorita Aurora de Kerjuzan revelaban en su actitud la fatiga natural en aquella hora avanzada. Llegada la hora de retirarse á sus respectivas habitaciones, Ivelina iluminó con una última sonrisa el salón vacío y besó á Lilia con ternura, compadeciendo su secreto pesar sin conocerle; y en la mirada que cruzó después con el señor de Francœur, éste creyó leer una expresión de confianza en él, una esperanza amistosa, como si la joven no dudara de que su presencia sería un consuelo para Lilia. Después, ligera y vaporosa, desapareció precedida de su tía, y el coronel quedó solo, algo inquieto, frente á su cuñada, cuyo vistoso traje volvió á parecerle escotado en demasía.

Lilia lo comprendió sin duda, pues se cubrió graciosamente con un chal que en un sillón tenía: los dos vacilaban; aunque se profesaban mucho cariño, sólo se conocían superficialmente, pues habían vivido siempre lejos uno de otro y únicamente se habían visto en cortas visitas hechas con grandes intervalos, pero un instintivo afecto los atraía, y el Sr. de Francœur, aunque temiera una explicación, no se creía con derecho para sustraerse á ella.

– También tú debes estar cansado, querido Roberto, dijo Lilia.

El coronel hizo un signo negativo y volvió á sentarse, imitando el ejemplo que ella le daba. Mirábale Lilia con singular persistencia y conmovedora timidez: sus hermosos ojos negros se velaron, su rostro tomó una expresión infantil de desesperación y las lágrimas se deslizaron al fin lentamente por sus mejillas.

El Sr. de Francœur no supo encontrar una palabra de consuelo para Lilia; estaba como petrificado ante su profundo y sincero dolor, y ya no le parecía tan extravagante aquel traje que por su misma mala estrella movía á compasión. Lilia parecía una joven endomingada que llora porque se han desconocido sus buenas intenciones y á quien se ha ocasionado un disgusto inmerecidamente.

– ¡Querida amiga!, balbució el coronel enternecido. ¡Querida hermana! ¡No te aflijas!... ¿Por qué?...

Lilia seguía llorando con pesar cada vez más intenso y el rostro oculto entre las manos.

– Es preciso no..., comenzó á decir el coronel.

Habíase levantado de su silla indeciso, con los brazos pendientes, fluctuando entre su impotencia y el vehemente deseo de consolar á su cuñada.

– ¡Dispénsame, murmuró Lilia; no puedo remediarlo!...

Y redobló su llanto, mezclado con sollozos y angustiosas quejas.

El Sr. de Francœur se mordió el bigote, movió los párpados, y bajo su aire varonil revelábase una emoción profunda: todo lo había previsto, confidencias, acusaciones, quejas; pero no aquellas lágrimas, contra las cuales no tenía defensa.

– ¿Qué debo pensar?, dijo. Me contrista tu dolor... y si conociese la causa que lo motiva, tal vez podría...

Siguióse un prolongado silencio, acompañado de mudas lágrimas; Lilia, desfallecida y con la cabeza inclinada, estremecíase á intervalos convulsivamente.

– Confía en mí como en tu mejor amigo, murmuró el Sr. de Francœur. ¿Cómo es posible que te afijas de esa manera?

– ¡Soy muy desgraciada!, contestó Lilia con acento angustioso.

– ¡Desgraciada! ¡Tú, tan buena y tan querida de todo el mundo!

La joven hizo repetidas veces con la cabeza una señal negativa, que expresaba su desesperación; y á cada movimiento en la onda de sus cabellos brillaban los rayos de una estrella de diamantes.

El coronel aparentó ignorancia, y repuso con tono paternal:

– ¿Cómo que no? ¿Es posible que no te ame todo el mundo?

– ¡No!, contestó Lilia, dejando escapar un gemido. ¡Mi esposo no me ama ya! ¡Ama á otra!

– Pero ¿es posible que tal creas? ¿Quién es la otra? ¡Vaya unas suposiciones!

– ¡No son suposiciones; estoy segura!


Lilia desfallecida y con la cabeza inclinada estremecíase á intervalos convulsivamente (pág. 220)

– ¿Qué pruebas tienes?

– Ninguna, y muchas. ¿Acaso no bastan su aire, su manera de ser y toda su persona? Para *esa* mujer son las gracias y las sonrisas; la sigue como su sombra, mientras que á mí me desdeña y todo cuanto hago le desagrada. ¿No observaste cuando yo entré en el salón?... Me ha tomado ojeriza él, antes tan bueno y tan cariñoso. *¡Ella* es quien así me lo ha cambiado!

– No sé de quién hablas, replicó el coronel dulcemente, con un embarazo tanto más real cuanto más franqueza quería aparentar.

Lilia apartó las manos del rostro para levantarse el cabello sobre su frente y fijó en su cuñado una mirada á través de sus lágrimas. En aquel momento, su fisonomía descompuesta parecía casi fea, como la de los niños muy hermosos cuando lloran.

– Eres mal observador, dijo Lilia con amarga sonrisa, pues las asiduidades de mi esposo con la baronesa son harto visibles.

– ¡Cómo! ¿Le condenas, por eso, por simples atenciones y galanterías de salón, por una ligera coquetería tal vez?

El coronel excitaba de esta suerte á Lilia, porque deseaba averiguar hasta qué punto serían fundadas sus sospechas.

Lilia le miró casi despavorida, y con la viveza de un corazón puro le dijo:

– ¿Acaso esto no es bastante? ¿Qué otra cosa peor podría hacer? ¿No está la infidelidad en el corazón? Si yo coquetease con un hombre, aunque fuese inocentemente, ¿no sería culpable por ventura?

– ¡Sí, sí, hace mal', contestó el coronel algo más tranquilo al ver que su cuñada ignoraba lo que él temía que supiese.

Y después de una pausa añadió:

– Pero es bueno y cariñoso, como tú misma reconoces, y por lo tanto ¿cómo dudar de él? Su ligereza no es más que aparente, y debes recordar la prueba de afecto que te dió en otro tiempo: para casarse contigo habría pasado por todo.

Esta alusión á la resistencia que opuso al matrimonio de Marcos la señora de Francœur recordó á Lilia su dicha pasada. Viuda muy joven entonces, volvía al mundo después de dos años de soledad que habían mitigado el primer dolor intenso que en su vida sufriera: vió á Marcos, hermoso, distinguido y noble, y cuando éste le declaró su amor sintióse conmovida. Desde entonces habían transcurrido ocho años de agradable vida íntima, con la alegría que les proporcionaban sus hermosos niños, sanos y robustos.

Algunas nubes empañaban, sin embargo, aquella felicidad. Muchas veces Lilia tuvo celos, y hasta en ciertos días le ocurrió la idea de que Marcos podía haberle sido infiel, ó serlo en lo sucesivo; pero quiso mantenerse voluntariamente en la ignorancia, prefiriendo creer en él, tal vez con el pensamiento propio de muchas mujeres, de que las breves infidelidades de los esposos, cuando no comprometen más que sus sentidos, y no su vida ni su afecto, tienen poca importancia si la esposa no las conoce. Sin embargo, cuando llegó á ser más mujer y madre, Lilia se formó una idea más elevada y digna del matrimonio. La costumbre, que enfría la ternura del hombre, había fortificado por el contrario la suya, por todo cuanto la vida cotidiana tiene de común en lo bueno, lo sencillo y lo verdadero: quehaceres domésticos, responsabilidad conyugal y educación de los niños. He aquí por qué el temor de una infidelidad formal de Marcos la martirizaba ahora, previendo peligros irremediables para ella, que iba á cumplir pronto los treinta años. Muy hermosa aún, no lo sería siempre; mientras que él se conservaría joven largo tiempo. Por esta razón, deseando agradar á su esposo, tal vez sin saber conseguirlo siempre, su tocador la ocupaba mucho tiempo; y de aquí esas minuciosidades refinadas en el traje y el adorno, que se imponía como un culto para seguir siendo seductora y amada; de aquí esos vestidos algo excéntricos de estilo criollo, el uso de afeites sutiles y todos los recursos del arte, ya que no del gusto femenino. Y todo esto resultaba tiempo perdido; demasiado lo comprendía Lilia, pues hacía ya tres meses que Marcos cortejaba á la baronesa. ¿En qué era superior á ella aquella muñeca de porcelana, con sus ojos de esmalte pálido y su boca de expresión insolente?

El Sr. de Francœur abogaba lo mejor posible por la causa de su hermano; pero Lilia le oía confusamente, pues con la mirada fija evocaba el recuerdo de aquella felicidad, de aquel amor de otro tiempo que su cuñado acababa de invocar. Y al reflexionar que aquellas dichosas horas de juventud, lejos de volver, se alejarían cada día más, Lilia inclinó la frente sobre su pañuelo y comenzó á llorar de nuevo.

Sin embargo, sus lágrimas eran menos amargas y disminuían la tensión de sus nervios. En aquel ser, todo instinto, corazón y bondad, aquella crisis era saludable.

El coronel, que había cogido una mano de su cuñada, estrechábala amistosamente con tímida expresión.

– Enjuga tus lágrimas, querida Lilia, dijo; es preciso conservarse hermosa. A los hombres no les agrada ver llorar; y sin embargo, si Marcos te hubiese visto así, seguramente se hubiera enternecido. Pero vale más que te vea tranquila y risueña como siempre. Le sermonearemos y verás cómo su corazón vuelve á ser tuyo; que al fin y al cabo no se ha desviado tanto de ti. ¡Valor, mi buena hermana; es necesario tenerle siempre en esta vida!

Lilia se enjugó los ojos con su diminuto pañuelo, ya del todo húmedo.

– Es mi esposo y mi señor, dijo después de una pausa, con voz débil y sin cólera; puede obrar como quiera, y hasta hacerme desgraciada; no por eso dejaré de amarle.

– ¡Hermosas palabras!, repuso cándidamente el Sr. de Francœur.

Así siguieron hablando bastante tiempo; y Lilia, con la volubilidad de su carácter, fué tranquilizándose poco á poco, aunque conservando cierta impresión de dolor, cierta tristeza que le sentaba á maravilla. De pronto el sonido del reloj al dar la hora hizo volver la cabeza á Lilia.

– ¡Dios mío, exclamó, cuán tarde te vas á acostar por culpa mía! ¿Me dispensarás mi enojoso recibimiento? ¡Olvida la mala impresión que has recibido á tu llegada!

El coronel aseguró que se daba por muy contento con la confianza que le había manifestado, lo cual no le impedía pensar que no esperaba, en efecto, encontrarse con aquella disensión doméstica.

Y como se levantase, al ver que se prolongaba la ausencia de Marcos, de la cual se abstenían de hablar él y su cuñada, por más que la tuvieran en el corazón y en los labios, Lilia le dijo:

– Te acompañaré; yo no me acuesto nunca sin besar á mis hijos.

Así diciendo, salió del salón seguida del coronel, y al llegar delante de la puerta de la habitación de los niños, abrióla sin ruido, después de hacer una seña á su cuñado para que esperara; pero un momento después le llamó, y el Sr. de Francœur entró de puntillas. El aposento se comunicaba por una puerta oculta tras el biombo con la habitación del aya inglesa, que se presentó al punto con una Biblia en la mano. En sus lechos que parecían de muñeca, Juana y Pepita, tapadas con la colcha, que las cubría hasta el cuello, dormían con el dulce sueño de los ángeles. Lilia levantó un poco la almohada en que descansaba Pepita, y el coronel pudo observar cuánto se parecía aquella niña á su madre. La reserva que les imponían el tranquilo sueño de aquellas inocentes criaturas y la presencia de una extraña tradújose para su cuñada y para él en una penetrante mirada y en una sonrisa de emoción contenida. Inclinándose sobre las pequeñas camas, Lilia dió un prolongado beso á Pepita y otro á Juana; y como observase que el coronel ardía en deseos de hacer otro tanto, hízole seña para que se acercase. El Sr. de Francœur con su espeso bigote debió de hacer cosquillas á sus sobrinas, pues cada vez que se acercó á ellas sus pequeñas cabezas cambiaron de postura en la almohada.

– ¡Esa es la felicidad!, murmuró el coronel en voz baja y muy conmovido, pensando que muchos que la tenían no la aprovechaban, mientras que él hubiera sido dichoso con ella.

Lilia no contestó, estaba pensativa y se limitó á mover la cabeza.

Al salir, insistió en acompañar á su cuñado hasta la puerta de su habitación, entró en ella para encender los candelabros de la chimenea, y ofreciéndole después su mano, dirigió una mirada hacia el cuarto silencioso de Marcos. ¿Le esperaría hasta que volviese? Su aire misterioso de impaciencia, su boca entreabierta, sus espesas cejas que se movían acompasadamente y las palpitaciones de su seno comunicábanle en aquel instante un encanto seductor: al señor de Francœur parecióle más hermosa que la baronesa, y pensó que los hombres son á menudo muy necios.

Lilia se volvió, y fijando en su cuñado una mirada distraída, como si su corazón estuviera en otra parte, le dió las buenas noches.

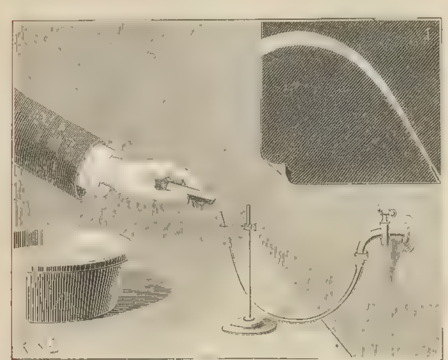
Al retirarse con paso algo incierto, su elegante vestido produjo un ligero roce que parecía un quejido, y el coronel al oirlo sintióse invadido de tristeza.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EXPERIMENTOS DE CAPILARIDAD

Los fenómenos capilares, hasta hace poco considerados de inteligencia difícil y escasa importancia, empiezan á llamar la atención del público aficionado á los problemas físicos, por la acción varia de estas fuerzas misteriosas, por su participación en la mayoría de los fenómenos naturales y por las deducciones que de ellos se derivan. Muchos son los experimentos que en materia de capilaridad se han hecho, pero la verdadera dirección experimental de las investigaciones modernas débese á M. Plateau, cuyos hermosos trabajos, completados por M. van der Mensbrugghe, forman hoy en día un conjunto compacto y ordenado, que han enriquecido sir Guillermo Thomson, lord Rayleigh y sobre todo Mr. C. V. Boys. Las conferencias de este último en la *Royal Institution* han sido coleccionadas en un volumen y merecen ser conocidas; de ellas extractaremos algunos experimentos que ofrecen particular interés.



Figs. 1 y 2. – Chorro de agua compuesto de gotitas sueltas (fig. 1) reunidas en grandes gotas por medio de la electricidad (fig. 2)

Empezaremos por uno que, sin exigir gran preparación, es de éxito seguro. Sujetemos al extremo de un tubo de caucho otro de cristal terminado en un orificio de 1 ó 2 milímetros de diámetro, y poniendo al primero en comunicación con un conducto de agua abramos la espita de manera que por ella salga un chorro ascendente de un metro aproximadamente de altura (fig. 1). Entonces ocurre un fenómeno muy conocido: á una pequeña distancia del orificio el chorro se descompone en gotas de diversos tamaños que se diseminan en un ancho espacio y que al caer sobre un papel producen un sonido sordo y continuo. Si en tal ocasión aproximamos al chorro un bastón de cera electrizado, el aspecto cambia inmediatamente, formando el chorro gruesas gotas que siguen la misma dirección (fig. 2) y producen al caer sobre el papel el ruido de la lluvia torrencial. Análogo efecto se logra apoyando un bastón de madera por un lado en el tubo de cristal y por otro en la caja armónica de un diapasón puesto en vibración (1): de este modo pueden obtenerse varios chorros de gotas gruesas.

La explicación de estos fenómenos no es difícil; y aunque es preciso tomar la teoría de algo lejos, al exponerla encontraremos otros experimentos no menos curiosos que servirán á nuestros lectores de descanso en un razonamiento necesariamente largo.

Sabido es que el aire contenido en una pompa de jabón está sometido á una presión que depende de la curvatura de ésta, como puede demostrarse fácilmente: si se sopla en los dos extremos libres de un tubo en H dos pompas esféricas de distinto tamaño, la menor se vacía en la mayor. Intercalando espitas en los brazos de la H las pompas pueden ser contenidas dentro de cierto tamaño, luego cogidas delante del orificio de los tubos por medio de dos anillos de igual diámetro y estiradas levantando el tubo: de este modo se obtienen pompas que toman la forma de un tonel y después de un cilindro. La fig. 3 (núms. 1 y 2) indica el modo de efectuar el experimento: la pompa de la izquierda está ya hueca, al paso que la de la derecha, más gruesa al principio, está aún bombada y acabaría por ahuecarse alargándose. Si entonces se abren las espitas, de modo que las pompas se pongan en comunicación por el tubo, una de ellas arroja generalmente aire en la otra, y en este caso se observa lo siguiente: si las pompas son de diámetro y longitud iguales, pero una abultada y otra estrecha, la primera envía aire á la segunda, si su longitud es inferior á la mitad de su circunferencia en el punto de contacto con el tubo, sucediendo lo contrario si su longitud excede de la mitad de su circunferencia: la fig. 3 (núms. 1 y 2, en los que las flechas indican la dirección del aire) explica este fenómeno.

Ahora bien: una pompa cilíndrica aislada y cerrada en sus extremos y cuya longitud exceda de la mitad de la circunferencia, aunque menor que ésta, puede ser considerada como el conjunto de dos pompas de la primera especie puestas punta con punta: si la longitud excede de la circunferencia, las dos pompas cilíndricas figuradas son de la segunda especie. Si, pues, por una causa cualquiera, el cilindro experimenta una deformación estrechándose en un extremo y ensanchándose en otro, el equilibrio se restablecerá en la primera pompa y se romperá por completo en la segunda que, al cabo de un momento, se separará en dos pompas desiguales (fig. 3, núm 3).

Lo mismo sucede en una vena líquida que salga de un orificio circular: en una parte de su recorrido puede ser considerada como la reunión de cilindros colocados punta con punta y en los cuales la menor deformación tenderá á acentuarse por el efecto de la membrana superficial del agua que obra sobre el líquido interior como la membrana de agua de jabón comprime el aire que contiene. Las menores irregularidades del chorro aumentan con extensa rapidez: lord Rayleigh, por ejemplo, ha demostrado que si en una vena de agua de un milímetro de diámetro se practica una depresión, ésta aumenta mil veces en una cuadragésima parte de un segundo. El tubo mejor sujetado experimenta siempre pequeñas trepidaciones que se comunican á la vena y por sí mismas se acentúan.

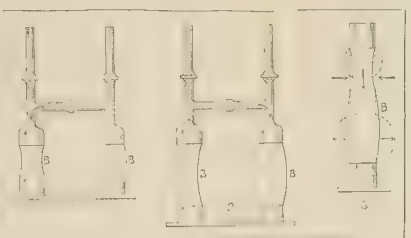


Fig. 3. – Experimento de las pompas de jabón. – 1 y 2. Pompas de jabón que se vacían unas en otras. 3. Pompa cilíndrica instable (B, B, B, B, B representan las pompas de jabón).

Fig. 4. Reflexión de dos chorros líquidos que se encuentran en ángulo agudo

En circunstancias ordinarias, las señales que el chorro recibe en su origen son muy irregulares y determinan la ruptura en un gran número de cilindros desiguales que se encogen formando gotas: en el momento en que una de éstas va á separarse, queda retenida por el cuello que la une á la siguiente, todavía en estado de formación; cada una de ellas tira por su parte y la velocidad de cada gota es una resultante de estas diversas acciones. Es, pues, evidente que las gotas salen en la misma dirección, pero con velocidades diferentes, tomando desde su origen trayectorias diversas y chocando entre sí oblicuamente. Ahora bien: en circunstancias ordinarias dos gotas de agua que se ponen en contacto no se juntan, sino que rebotan una sobre otra: difícil de demostrar esto en gotas de agua, pero nada más fácil que ejecutar el experimento, bien con pompas de jabón, bien con chorros de agua, como lo ha hecho por vez primera lord Rayleigh.

Se hace chocar dos chorros dirigidos en ángulo agudo (fig. 4), uno de ellos colorado con anilina; al tocarse rebotan sin que ninguna huella de color pase del uno al otro, demostrándose con ello que no ha habido en realidad contacto; pero si se produce un campo eléctrico aproximando un bastón de cera electrizado á algunos metros del aparato, en el instante se juntan los dos chorros. Igual fenómeno se produce con las gotas de agua que chocan y se juntan cuando están electrizadas, sin duda porque los polos contrarios se encuentran de frente y la atracción eléctrica basta para obligar á las gotas á ponerse en contacto. Mr. Boys ha repetido este experimento con dos pompas de jabón que, suspendidas á dos anillos metálicos y aplicadas una contra otra, no se reunen hasta que se las somete á una acción eléctrica, constituyendo un electroscopio de extremada sensibilidad.

El resto del primer experimento se comprende por sí solo: las gotas que al chocar en direcciones poco diferentes rebotan esparramándose, se reunen, por el contrario, y siguen un camino intermedio.

El experimento del diapasón es también de explicación fácil: desde el momento en que se comunica al orificio una vibración regular, las depresiones se suceden en el chorro á intervalos iguales, las gotas del mismo tamaño siguen la misma dirección con igual velocidad y la causa de su dispersión ha desaparecido.

Puede suceder también que el diapasón comunique al orificio una vibración, compuesta, por ejemplo, de dos sacudidas desigualmente espaciadas; entonces el chorro se rompe en dos series de gotas, alternativamente grandes y pequeñas, y se producen entre los dos sistemas las acciones que se manifiestan de un modo irregular entre las gotas de un chorro cualquiera. El resultado de ello es que las dos series no tardan en separarse, rebotando las gotas de dos en dos en el mismo sitio y formándose dos rosarios que por un instante parecen ser dos líneas continuas como si el tubo tuviera dos orificios.

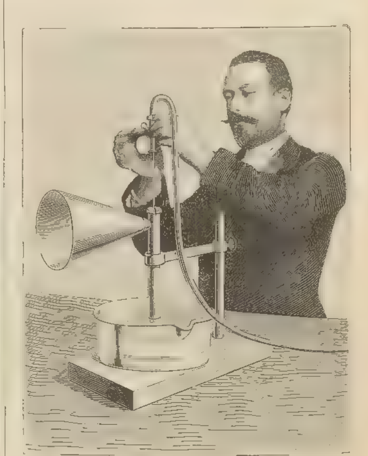


Fig. 5. Micrófono hidráulico de Mr. Chichester Bell.

Del mismo modo que se pueden ver las gotas separadas, se las puede también mostrar á varias personas á la vez proyectando el chorro sobre una pan-

(1) A falta de diapasón puede tenderse una cuerda de tripa entre el tubo y el apoyo fijo y hacerla vibrar por medio de un arco.

talla é interrumpiéndolo regularmente por medio de un disco con varios agujeros cuya velocidad se regula de modo que el paso de un agujero á otro sea exactamente igual á la duración de la semioscilación del diapasón, lo cual se consigue soplando en el disco y modificando su velocidad hasta que produzca el mismo ruido que el diapasón. Este experimento, que puede ejecutarse de muchas maneras, requiere los recursos de un laboratorio; pero vamos á explicar otro de fácil ejecución y de gran efecto.

En el extremo de un tubo de caucho se ajusta un tubo de cristal terminado en un orificio de un tercio de milímetro aproximadamente, practicado, con preferencia, en paredes delgadas (1). Puesto en comunicación el tubo de caucho con el conducto de agua ó con un recipiente colocado á cuatro ó cinco metros sobre el orificio, se produce un chorro que debe ser absolutamente limpio y no contener burbuja alguna. Este chorro se dirige sobre una membrana de caucho tendida al extremo de un tubo de un centímetro de diámetro, de manera que la vena líquida quede cortada por la membrana un poco antes del sitio en que aquélla se resuelve en gotas. Cada sacudida comunicada al orificio precipita la formación de éstas, que se forman más atrás de lo ordinario: si entonces se aplica un reloj de áncora al tubo de donde sale el hilo de agua, el chorro, en un principio continuo en el sitio de la membrana, se encuentra cortado en él en el momento de producirse las sacudidas (fig. 5). De este modo se obtiene un servomotor de singular potencia que produce una ampliación formidable del sonido; y si el experimento está dispuesto de una manera conveniente, el tic tac, reforzado por el chorro y por la membrana, produce un ruido que cualquiera tomaría por el de un martillo golpeando contra un yunque. Este curioso experimento del micrófono hidráulico es debido á Mr. Chichester Bell, primo de mister Graham Bell, el ilustre inventor del teléfono, y preciso es convenir en que además de interesante por más de un concepto, tiene la cualidad de una sencillez maravillosa.

Nos hemos alejado de nuestro punto de partida, y bueno será que lo recordemos en pocas palabras antes de terminar este artículo.

Todos los efectos de que en el presente trabajo nos hemos ocupado, todos los aparatos cuya descripción acabamos de hacer descansan en una razonada aplicación de una fuerza que nos parece insignificante, ó sea la tensión superficial del agua, cuyo valor es solamente de siete á ocho miligramos por milímetro corriente de la superficie.

C. E. Guillaume
Doctor en Ciencias

(De *La Nature.*)

(1) Para conseguir un orificio apropiado á este experimento, se toma un tubo de cristal de cuatro á seis milímetros de diámetro y se ablanda uno de sus extremos en la lámpara, dando vueltas entre los dedos al tubo mantenido verticalmente, y en el momento en que el tubo va á cerrarse, se sopla con fuerza por el extremo frío, de modo que se obtenga una dilatación en el extremo opuesto.



LAS COMADRES DE MI BARRIO, cuadro de D. Luis Graner. (Salón Parés.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 11 de abril de 1892 — Núm. 537



CRISTO escultura de D. Rafael Atché

ADVERTENCIA

Con el presente número acompañamos el prospecto de la nueva edición de las obras ilustradas por Gustavo Doré que publicamos por haberse agotado la primera. Los que deseen mayores detalles pueden dirigirse á esta casa editorial ó á nuestros corresponsales.

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Comienzo confesando la dificultad que me ofrece para sintetizarlo el rápido cambio de rumbo del arte. Hace escasamente un año caminábamos hacia los trópicos. Nos acostamos con las pupilas deslumbradas todavía por la fuerza lumínica del sol tropical, que rielaba en el Océano, matizaba de púrpura y oro las nubes, arrancaba vigorosas tonalidades á la exuberante vegetación de la costa, mostraba á la simple inspección ocular, sin velo alguno, así la gallarda silueta del plutoniano islote como la darwiniana forma del habitante, la espiritual figura de la dama mundana como la sucia y torpe del que vive á su costa, la verdad y la mentira; haciéndonos amar la mentira, por ser ésta más fácil y seductora que la primera. Nos acostamos conservando todavía en la retina la imagen de un arte cuya fórmula, emanada de ideas de un positivismo racional, concluyó por encerrarse en el mezquino círculo del determinismo científico, que abarcaba la forma y la idea generadora. Los escasos fulgores de un idealismo incongruente, pero idealismo al fin, no eran bastante para modificar aquella imagen, y nuestro cerebro seguía en sueños, analizando una á una las etapas de la ruta seguida; cuando, al despertar, en lugar de las crudezas del sol de los trópicos, de toda la cohorte de distingos y ergotismos por la casuística impuestos al arte, vimos cómo esta entidad variara de rumbo marchando en línea recta hacia latitudes boreales, en busca de ensueños de lirismos, de melancólicas remembranzas, de formas menos angulosas, de claroboscuro más vago y dulce, de otra atmósfera en fin, donde la forma, la luz y el color concurrieran á velar el lazo de unión de la realidad con el idealismo, del sentimiento con la verdad.

El nuevo rumbo, sin embargo, está trazado hace siglos. He aquí el grave, el capital obstáculo con que tropezará el arte en su marcha. El arte místico de hoy no es aquel de Fiessole de Cimabüe, de Fra-Angelico, del Giotto. Los *trecentiste* y los *quatrocentiste* imitados, como parece que lo son, por los neófitos de la nueva iglesia, resultarán grotesca é infantil caricatura. Ni aun realizada la metamorfosis social del soñador Tolstoi; aun suponiendo un hecho la castración intelectual preconizada por el autor de la *Sonata de Kreutzer* y sus nuevos secuaces; aun suponiendo que el arte haya de ser únicamente moldeado en la turquesa de la doctrina cristiana, el misticismo de los pintores de los siglos XIII, XIV y XV es un absurdo hoy.

Es indudable el hecho de que á la naturaleza vuelve los ojos la generación presente, buscando en ella la salud del cuerpo y las expansiones tranquilas del sentimiento. Está fuera de toda discusión que las determinantes físico-químicas, que rigen los movimientos de la materia, no son aplicables rigurosamente – ni á cien leguas – á las evoluciones psicológicas y á sus fenómenos; y pruébalo bien á las claras la rápida decadencia del servilismo plástico, rama degenerada de aquella estética naturalista que asentó la escuela de la cual Zola es el sumo sacerdote. Por lo tanto, el arte, volviendo por los fueros de la belleza, del sentimiento, de la libertad de la fantasía, que encarcelara la férrea mano del positivismo de la ciencia moderna, rompió en parte el círculo de acero que le había forjado un error de confusión, un error causado por el momentáneo predominio científico, y sin desdeñar las enseñanzas de aquellas ciencias que tiendan á auxiliarle en el conocimiento de lo bello, marcha al presente por rumbo distinto del seguido en estos últimos años.

Es indudable todo esto; pero no lo es menos que el misticismo cristiano, en la forma y en el fondo, no tiene, ni puede tener en nuestros días, la interpretación estética y por ende plástica de aquellos siglos del Santo de Asís, de Lulio, ni siquiera de Santa Teresa. La multiplicidad de ideas y de problemas que agitan y preocupan á la sociedad actual, la vigorosa marcha de las ciencias histórica y crítica, los recientes trabajos cristológicos, nos presentan desde un punto de vista muy distinto del ortodoxo la doctrina del Mártir del monte de las calaveras. Y si el arte, así como todo aquello que á casuísmo se parezca, lo rechaza por ser incompatible con su naturaleza absoluta, así también se apoya, para mejor cumplir su misión de emocionarnos con la belleza, en las verdades incontrovertibles de las ciencias que le auxilian y en las indicaciones, mejor dicho, presentimientos, que siempre marcharon á la descubierta de las grandes ideas, las cuales generalmente son iniciadas – hablo desde el punto de vista de la filosofía del arte – por ese algo llamado, de manera en demasía vaga, inspiración.



MADONA, dibujo de Carlos Froschl

No á otra cosa se debe el brusco cambio de los ideales del arte. Presintieron Morelli, Robert-Fleury, el desconcertado Puvis de Chavannes, Munkasy y algún otro pintor alemán é inglés el rápido ocaso de la pintura servilista, doblemente servilista por el concepto y por la forma, y pintaron asuntos místico-cristianos; pero los pintaron de acuerdo con sus ideas y con sus temperamentos, saturados del ambiente que respiramos, bien distinto del que nutría las inteligencias y hacía latir los corazones de los Mantegna y Chirlandajo. Que así como no concebiríamos en los últimos días del siglo XIX un Pedro el Ermitaño, ó un Abad como el de Claraval, levantando un ejército que fuese á arrancar á Jerusalén del ya tan menguado poder del islamita, ni siquiera aquel hecho á que se refiere el Abad Aimón en su carta á los monjes de Intberga, carta que relata cómo poderosos magnates se uncían á los carros en donde transportaban piedras, cal y maderas para un edificio religioso, así tampoco puede concebirse la producción de las artes plásticas desde el punto de vista que lo vieron los artistas de aquellos siglos. Fáltanos la fe, arrancada de cuajo de nuestras almas por el frío acero del estilete de la moderna crítica.

Esto por lo que á la idea cristiana se refiere. Por lo que atañe á la forma, es preciso confesar que la resurrección de la aprendida por los citados pintores de los siglos XIII, XIV y aun de principios de XV está más distanciada todavía de nuestros ideales estéticos. No en vano acaeció la gran revolución del Renacimiento. Ni es frase vana tampoco la de que el arte aparece como la manifestación más pura de la verdad. El cuerpo humano, si hemos de creer lo que los mismos filósofos cristianos nos dicen, es la obra más perfecta de Dios. En la naturaleza buscaron los hombres los elementos todos para realizar la obra plástica, la tónica, la literaria. Cuando alcanzó el escultor ó el pintor á reproducir el color y la forma con la exactitud suficiente para que produjese su obra la emoción de la realidad, ahondó más, y no se detuvo hasta encontrar la síntesis de esa misma realidad; ya logrado este deseo, dentro siempre del ambiente de cultura de las distintas épocas, hubo de presentir otra belleza, la psíquica. ¡El mundo del espíritu! Las pasiones, las virtudes, las alegrías, el dolor, fueron á avalorar, animándolos, dándoles todavía más apariencia de verosimilitud, las creaciones del cincel, de la paleta, de la pluma. No consideró el artista bastante todo esto. Necesitaba más amplia esfera en que moverse para herir las fibras más hondas del sentimiento, y fué al bosque, á la aldea, á la montaña, á la costa rugiente, á la orilla del lago, en busca de nuevas emociones, de nuevos ideales, de nuevos misterios que descubrir, en busca de un escenario digno por sí solo de elevar nuestro espíritu á las altas regiones donde reside la belleza absoluta.

Dentro de esta constante evolución hacia la verdad – aspiración eterna del hombre – se operaron fenómenos perfectamente naturales; uno de ellos fué de falso espejismo, producido por el carácter positivo de la ciencia del día. Pero ya se inició por presentimiento la desviación del arte del camino que aquélla le trazara. Para este objeto viene el misticismo á luchar con la inmensa mayoría de los artistas que, bien siguiendo la falsa ruta, bien desorientados, no comprende todavía el valor de la nueva tendencia. Pero, como en todas las reacciones, los que las operan no saben más sino que es necesario oponerse á la corriente devastadora, ignorando de qué materiales y de qué forma ha de ser el dique. Y el misticismo imitado es valla construída con materiales hoy de escasa solidez.

La nueva tendencia mística, expresión la más aguda del actual idealismo, tiene dos caracteres, ó mejor dicho, está dividida en dos ramas completamente distintas. Y á su vez una de estas ramas se subdivide en otras dos: una de carácter puramente ortodoxo en el concepto y atávica en la forma, y otra histórico-crítica en lo que atañe á lo primero y *modernista* por lo que á la plástica corresponde.

El otro misticismo es el producido por la tendencia del arte pictórico y escultórico á buscar en la naturaleza lo que la ciencia y lo convencional de la sociedad moderna no le prestan: formas concretas, grandiosas y sencillas. Del barroquismo con todas sus bellezas y múltiples detalles; de la futileza elegante, industrial, que tanto artista deslumbrado copió y estudió; del terciopelo y el cosmético, al *bibelot* y á la flor contrahecha, el arte pasa ahora, sin transición alguna, á interpretar de nuevo la naturaleza, no buscando allí tan sólo la forma en demasía disfrazada por la moda, sí que á recabar para la obra ese vago – no por vago menos sensible – espiritual misterio, que emana de la naturaleza toda y sobre ella flota, como flotaba, según la Escritura, el espíritu de Dios sobre las aguas.

Y vendrá también el simbolismo místico á terciar en esta contienda de los ideales artísticos. Ya lo anuncia incidentalmente cierto perspicaz escritor francés, al ocuparse de la metamorfosis operada en la música y en la literatura teatral por Wagner. Y el simbolismo significará el supremo esfuerzo hecho por el arte moderno tratando de amalgamar lo ideal y lo real, en tal forma, que no se eche de ver el predominio del uno sobre el otro. Vendrá sí, y preparémonos para la más curiosa de las evoluciones estéticas y la más importante y terrible de las reacciones; pues á juzgar por el número de artistas que en Francia y naciones del Norte se pasan con armas y bagajes al nuevo campo y por la animosidad despertada contra el servilismo, las exageraciones, lo ilógico del neofitismo de los místicos que ahora lanzan el grito de guerra, nos llevará por algún tiempo á un caos tremendo que no dejará de ser hasta que no se encuentre la nueva fórmula, que á mi entender está en el artista mismo.

R. BALSA DE LA VEGA

1.° de abril de 1892

LA GRAN GUERRA DE 1892

UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

ACONTECIMIENTOS EN EL ESTE

LA GUARNICIÓN DE VARNA SITIADA

Londres, 11 junio

El curso de los acontecimientos en el Mar Negro desde que nuestra flota le abandonó, ha sido el siguiente. Parece que apenas la escuadra rusa se vió obligada á retirarse al puerto, las autoridades moscovitas adoptaron seguidamente varias medidas para llamar á las tropas reunidas con el objeto de reforzar las que habían desembarcado ya en Bulgaria. No pudiendo pasar por el mar, eran ya inútiles para ese fin, y esperábase que, enviándolas desde luego á reunirse con los ejércitos opuestos al Austria, se podría librar con buen éxito una batalla contra esta potencia, lo cual permitiría á los rusos cooperar con el ejército que estaba ya en Bulgaria, pasar después á través de Rumania por tierra, y por lo menos prestar apoyo á la fuerza que se hallaba en Bulgaria. Tal vez sería posible en este caso conseguir el fin tan apetecido por el czar, es decir, organizar una expedición bastante numerosa para derrotar por completo al ejército búlgaro. En Rusia se experimentaba mucha ansiedad respecto á la suerte de aquellas tropas, enviadas algo imprudentemente para formar parte de la expedición marítima sin haber adoptado antes medidas para contrarrestar la rápida acción de la flota inglesa.

Pasó algún tiempo antes de que la escuadra rusa, que se había retirado á Sebastopol, tuviera conocimiento de que la flota inglesa no se hallaba ya en el Mar Negro, pues Sir George Tryon creyó oportuno dejar algunos cruceros, mientras fuese posible encubrir el movimiento. Cuando al fin desaparecieron éstos también, se temió que su retirada fuese un ardid para atraer á la escuadra rusa fuera de Sebastopol y destrozarla en el mar. Sentimos decir que por los telegramas dirigidos á los diarios ingleses llegaron á conocimiento del gobierno ruso las noticias de que Trebisonda había sido evacuada, y de que la escuadra inglesa se dirigía al Mediterráneo; pero hasta que Sir George Tryon hubo llegado á Malta, el gobierno del czar no estuvo completamente seguro de que el Mar Negro se hallaba libre. Entonces, después de una vacilación sobre lo que más convendría hacer, resolvióse establecer comunicaciones con el ejército ruso en Bulgaria, interrumpidas hacía algún tiempo.

Como este ejército había mantenido, aunque no sin dificultad, su comunicación telegráfica con el mar, esa operación pudo realizarse poco después de haber los cruceros llegado á la costa, en las inmediaciones de Varna. Entonces se supo que la fuerza búlgara en este punto se sostenía aún, y que el ejército ruso, reducido á unos treinta y cinco mil hombres, á causa de las fuerzas que fué necesario destinar para conservar las comunicaciones, así como por efecto de las enfermedades, no había podido hacer gran cosa. Al principio avanzó tierra adentro hasta Tirnovo, donde estuvo en un campamento atrincherado, esperando noticias. Creíase que la fuerza austriaca en Servia estaba demasiado reducida para poder avanzar y que las tropas búlgaras tenían demasiado que hacer en Macedonia. Si la fuerza desembarcada hubiera practicado un movimiento como el que se tenía proyectado, se habría podido intentar un avance sobre Sofía. Sin embargo, el general Karanoff no creía tener suficientes tropas para esto, y como su única esperanza consistía en tener el camino abierto á través de la Rumania, se dirigió al Norte, enviando antes mensajeros para comunicarse por tierra con Rusia. No obstante, vió que era imposible efectuar el paso del Danubio, hasta el momento de recibir por telegrama la feliz noticia anunciándole que á consecuencia de la marcha de la escuadra inglesa era igualmente fácil hacerle volver por mar con seguridad ó enviarle refuerzos. Como podía esperarse que sería posible alcanzar aún algun triunfo notable si se desembarcaban ahora fuerzas en Bulgaria, el crucero fué despachado con proposiciones en este sentido; mas entretanto habíase malgastado mucho tiempo. La mayor parte de las tropas rusas se habían internado por tierra desde la orilla del mar, y aunque volvieron á embarcarse, apenas se hizo nada más que preparar la salida en Odessa, Sebastopol y otros puertos, cuando de pronto, la noticia de la última victoria de los alemanes hizo temer que el Mar Negro no sería ya un lugar seguro para los buques de la escuadra rusa. En los diez días siguientes hiciéronse los mayores esfuerzos para apresurar el embarque de las tropas, pero al cabo de este tiempo los rusos recibieron noticia de que había ya aparecido en aquel mar un gran número de cruceros ingleses.

LLEGADA DE LAS TROPAS INGLESAS AL MAR DE MÁRMARA

LORD WOLSELEY EN CONSTANTINOPLA

Las noticias sobre el envío de refuerzos á la escuadra del Mediterráneo, anunciadas por nuestro corresponsal marítimo hace dos semanas, habían llegado por desgracia á conocimiento del gobierno ruso, y



La gran guerra de 1892. – El sultán, Lord Wolseley y Sir Clare Ford contemplan el paso de la escuadra inglesa al través del Bósforo desde la escalinata del palacio de Dolma Baghtchi

esta vez también por mediación de algunos corresponsales ingleses, quienes recibieron sus informes telegráficamente por la vía de Nueva York, y desde aquí por un camino no muy bien conocido aún de algunos agentes rusos, lo cual no impidió que varios de ellos comunicaran con la mayor rapidez la noticia á su Gobierno. En su consecuencia, dióse por seguro que los cruceros serían seguidos muy pronto por todos los buques de que el almirante Trepson pudiera disponer. Cuando se presentaron los que formaban la primera línea del almirante Markham, la flota rusa, temiendo ser sorprendida mientras se ocupaba en ayudar el transporte de tropas y víveres á Varna, retiróse una vez más, una parte á Odessa y otra á Sebastopol. Nuestros propios cruceros ocuparon inmediatamente el litoral de Bulgaria cerca de Varna, y tuvieron la suerte de apresar uno de los transportes que trataba de huir. Hemos obtenido estos detalles de los prisioneros del transporte. Según han dicho, los refuerzos desembarcados en esta ocasión no pasaban de 15.000 ó 20.000 hombres, á causa de las dilaciones sufridas, y casi todos han ido á reforzar al general Karanoff, quien se halla, ó por lo menos así se cree, entre el Danubio y Tirnova, donde espera reunirse con los refuerzos. En Sofía hay mucha alarma. Las tropas búlgaras están aún muy comprometidas en la campaña de Macedonia, y aunque se han llamado tantas como era posible para la defensa de la capital, temíase que, estando el mar abierto para los rusos, éstos podrían penetrar en considerable número en aquélla. Aunque este peligro ha pasado ya, si el general Karanoff tiene otra vez bajo su mando una fuerza efectiva de 60.000 hombres, ó poco menos, se cree que pueda intentar un atrevido golpe de mano contra la capital. Cuando la noticia sobre el último combate naval llegó á España, las tropas del general Wood, que estaban preparadas para salir de Cádiz y Gibraltar dos horas después de recibirse la noticia, marcharon en seguida al Este. En el mismo día recibióse el parte en Alejandría y Chipre; en el primero de estos puntos el embarque fué rapido, habiéndose reforzado antes la guarnición con un considerable número de tropas. Todo el ejército de ocupación se destinará temporalmente á la expedición del Este. Sir Francis Grenfell ha manifestado su confianza de que le será posible, mientras dure la guerra, asegurar el Egipto, con tal de que, si el Mahdí intentara algún movimiento formal, le presten apoyo algunas tropas indígenas de la India. Ya se ha previsto esto. En veinticuatro horas, 10.000 hombres se hallaban dispuestos para hacerse á la vela en Alejandría. En Chipre se ha procedido con más lentitud. Como el viento no fué favorable durante algunos días, el embarque se difirió, y cuando al fin dió principio, tropezóse con no pocas dificultades. Todos se quejan en la isla porque nada se ha hecho para ensanchar más el antiguo magnífico puerto de Tamagusta durante nuestra ocupación; pero esto no impide que los primeros transportes se hallaran dispuestos para hacerse á la vela en un día ó dos. Como era necesario esperar la llegada de la flota del almirante Markham, ó por lo menos de los cruceros antes de salir del mar de Mármara, los buques iban haciéndose á la vela á medida que estaban dispuestos, debiéndose reunir todos después de franquear los Dardanelos. Las primeras tropas que llegaron al mar de Mármara fueron las de Alejandría, á las que siguieron inmediatamente unos 5.000 hombres procedentes de Malta, allí detenidos cuando la alarma debida á la declaración de guerra de los franceses paralizó la expedición. La guarnición de aquel punto, así como la de Gibraltar, se ha reducido á escasas fuerzas, y se completará con los regimientos de milicia que más patrióticamente han ofrecido sus servicios en las guarniciones del Mediterráneo. Una parte de las tropas de Chipre siguió muy pronto; mas apenas hubieron penetrado en el mar de Mármara, presentáronse los buques de guerra del almirante Markham. Los cruceros que se enviaron para proteger el movimiento habían entrado ya en el Mar Negro, siguiéndoles los de la flota del citado almirante.

Las fuerzas del general Wood, procedentes de Gibraltar y de Cádiz, llegaron antes de haberse presentado todas las tropas de Chipre. El 4 de junio, la flotilla de transportes, que conducía las tropas del general Wood, comenzó á entrar en el Mar Negro. En el momento de escribir estas líneas oímos decir que esos buques, con todas las fuerzas, excepto el medio cuerpo de ejército detenido primeramente en Inglaterra, no se ven ya desde tierra y que siguen su rumbo hacia el Este. Apenas se supo que los siete buques de guerra y cruceros del Báltico estaban ya en camino de aquel país, las fuerzas restantes de dicho cuerpo se embarcaron en diversos puertos, y toda la escuadra con las tropas llegó á Gibraltar unas cuarenta y ocho horas después de haberse hecho á la vela el general Wood. En su consecuencia, han entrado ya en el mar de Mármara y sin duda seguirán al resto de la flota. Hace algún tiempo que Lord Wolseley está en Constantinopla, en donde se hallaba en comunicación telegráfica con los diferentes cuerpos de tropa y con Inglaterra, y podía mejor obtener noticias de todas partes y mantenerse en correspondencia con nuestro embajador y la Puerta. Desde Dolma Baghtchi pudo contemplar el magnífico espectáculo que ofrecía nuestra escuadra conduciendo las tropas hacia el Mar Negro. El almirante Markham se embarcó en el yate del embajador después de una larga conferencia con Lord Wolseley, y siguió á su propia flota; pero según hemos sabido, antes de que las primeras fuerzas del destacamento llegado de Inglaterra comenzaran á pasar por los Dardanelos, el yate volvió para recoger á Lord Wolseley, quien se embarcó á su vez, dejando órdenes selladas para las fuerzas que debían llegar de un momento á otro. Lord Wolseley habla mucho de las ventajas de una campaña en el Asia Menor, y del hecho de haber sido ocupada Trebisonda otra vez por un destacamento avanzado. Mukhtar Bajá, que ha recibido un considerable refuerzo, mantiene su posición muy bien; y fuera de esto, no sabemos por ahora cosa alguna de las condiciones de la futura campaña. Sin duda dentro de una semana se hará nueva luz sobre el asunto de la guerra.

OPINIÓN PÚBLICA EN AUSTRALIA

PROPOSICIÓN PARA APODERARSE DE NUEVA CALEDONIA

(De nuestro corresponsal particular D. Murray)

Melbourne, 2 junio

Los diarios *Age* y *Argus* de hoy publican los resultados de varias conferencias, y le remito por telégrafo un extracto de lo que dicen para satisfacer la curiosidad de los australianos. Lord Hopetour y Lord Jersey están de acuerdo en declarar que la actitud de la colonia y su proceder merecen la aprobación completa del gobierno inglés, pero ambos rehusan prestar su apoyo á la acción combinada de los gobiernos de Victoria y de Nueva Gales del Sud. Mr. Windeyer, de Sydney, y Mr. Way, de Adelaida, opinan igualmente que estando en guerra abierta Inglaterra y Francia, la flota australiana se puede emplear legítimamente en operaciones contra el enemigo, sin autorización del gobierno inglés. Sir Thomas Mac Ilwraith se entusiasma ante la perspectiva de ver la realización de sus sueños dorados, y él, más que ningún otro político de las colonias, se interesó siempre en la conservación de la influencia puramente británica en el hemisferio Sur, tanto más, cuanto que ve en el presente conflicto europeo cierta promesa de que la ineptitud de Lord Derby y sus sucesores acabará por ser inofensiva. El hecho de que Inglaterra luche en unión con Alemania, facilitará, según Sir Thomas, un cambio amistoso, por medio del que la porción norte-oriental de la Nueva Guinea podrá quedar bajo el dominio de la corona británica. Insiste con alguna vehemencia en el indudable hecho de que si las autoridades inglesas no hubieran opuesto obstáculos á su propia política, las aguas del Norte de estos mares serían del imperio de la Gran Bretaña, y persiste en la conveniencia de aprovechar el presente momento para enmendar las torpezas del pasado. Aprueba calurosamente la acción combinada de Nueva Gales del Sud y de Victoria, declarando que su proposición para apoderarse de Nueva Caledonia no es solamente sabia y patriótica, sino que apenas podría evitarse en las presentes circunstancias. En Nueva Gales del Sud, Sir Henry Parkes y el honorable Mr. Dibbs renuncian por una vez á todas las diferencias de partido, y el venerable jefe de la oposición apoya la acción del gobierno con tanto entusiasmo como si hubiese partido de su propia iniciativa. Aquí, en Melbourne, fuera de los gobernadores, cuya posición oficial les condena á la neutralidad, no hay el menor disentimiento sobre la cuestión que se agita. Nueva Caledonia ha sido largo tiempo un aguijón respecto á Australia; dista solamente setecientas millas de la costa de Queensland, y la colonia del Norte así como su vecina se han cansado hace largo tiempo de sufrir las correrías de criminales franceses escapados, de la peor especie. En Inglaterra no se tiene idea del resentimiento que abrigan los más leales australianos por la dejadez é indiferencia con que el gobierno británico permaneció ocioso mientras que los franceses organizaban una colonia ó establecimiento penal tan cerca de nuestras orillas. Australia se queja, y con razón, de que se la haya considerado desde el principio como depósito en donde se puede echar la hez de la sociedad inglesa. Era ya más que bastante verse obligados á recibir la escoria de aquella nación; pero cuando las fugas desde Nueva Caledonia comenzaron á ser tan numerosas que molestaron á todos, la indignación pública se despertó naturalmente. Cualquiera que sea la opinión que de nosotros tengan los ingleses, no pueden negar que los australianos son un pueblo paciente y resignado; hemos hecho algunas demostraciones oportunas, pero nada más. Si hubiéramos sido más fuertes de lo que somos, hace ya mucho tiempo que habríamos convertido en *casus belli* la presencia del gobierno francés en Nueva Caledonia. La madre patria se muestra tan indiferente á nuestras aspiraciones y necesidades, que nunca se toma la molestia de reconocer la gravedad de la causa especial de nuestras quejas. Al menos se recuerdan trescientos casos de fuga desde Nueva Caledonia á las orillas de Australia. En cuanto á los desterrados, es diferente, y nos alegramos de recibirlos. Se ofreció hospitalidad y acogióse benévolamente al distinguido artista M. Henri, desterrado de Francia por sus opiniones políticas, que ahora ocupa una posición única en el arte australiano. Seguramente no hay en todo este continente una sola persona que hubiera puesto obstáculo á la fuga de M. Henri Rechefort, pues no son los hombres de esta especie los que aquí se rechazan, sino los criminales franceses que ahora pueblan la Nueva Caledonia. El mal, el verdadero mal no está precisamente en el hecho de que el gobierno francés haya permitido desfilar cerca de nosotros sus deportados, sino en que haya resuelto, al parecer de una manera definitiva, perpetuar su raza. ¿Cuántos serán los que sepan en Inglaterra el vergonzoso hecho de que el gobierno francés, después de acumular sus hombres más perdidos en Nueva Caledonia, les haya enviado deliberadamente mujeres condenadas á galeras, para que los hombres puedan casarse y engendrar otros seres semejantes á ellos? La gravedad de la cuestión de bigamia, autorizada por el gobierno francés, desaparece ante la de otras consideraciones; entre las mujeres enviadas había parricidas, otras convictas de asesinato, y todas manchadas con los crímenes de que la naturaleza humana es capaz: una de las novias había dado muerte á su padre y á su madre, y otra había tenido por conveniente arrojar su niño al agua durante el viaje. Los hombres del futuro establecimiento francés eran, por supuesto, dignos de sus compañeras; y natural es preguntar qué puede esperarse de una raza así formada. Es innegable que en Hobart Town y en Botany Bay se dió admisión en su tiempo con la mejor voluntad á mucha gente de mal vivir, pero nadie entró sin permiso; y un examen de los hechos demostrará que un 50 por 100 cuando menos de los llamados criminales fueron deportados, no por haber cometido delito alguno, sino por mal entendidos entusiasmos de patriotismo ó por calaveradas.

Dejando esto á un lado, nadie pretenderá que la población australiana, de tres millones y medio de almas, ha sufrido el contagio, por más que haya entre nosotros una clase muy peligrosa; pero Inglaterra debía comprender que nuestra situación comienza á ser intolerable.

Los anglo-sajones son en todas partes un pueblo muy paciente y algo estúpido, y la misma Australia es hasta cierto punto digna de censura por su actitud pasiva en esta cuestión, pues son numerosos los habitantes que no se preocupan de ello. El ciudadano de Australia á quien han perjudicado las correrías de los presidiarios franceses se interesa en el asunto, pero es uno entre mil y no se puede remediar el mal.

La distancia entre Nueva Caledonia y Australia, como ya he dicho, es de unas setecientas millas; la que media entre las islas Sandwich y los Estados Unidos es de dos mil, poco más ó menos; y sin embargo, estas islas se hallan directamente bajo el dominio americano, y aquella nación ha considerado siempre que la presencia del extranjero allí debería tomarse por una amenaza. Así como ahuyentó á Francia de Méjico, lo haría igualmente ahora con un intruso extraño en los mares del Sur. Fácil es concebir que Inglaterra hubiera debido obrar con igual prudencia.

Anoche se decidió por comunicación telegráfica entre las autoridades de Victoria y Nueva Gales del Sud que las dos colonias se unan para invitar á Queensland, la Australia occidental, la Australia del Sud y Tasmania á prestar su autoridad para que se envíe inmediatamente la flota australiana á Numea. Se ha dado conocimiento del hecho al gobierno inglés, pero sin pedirle permiso alguno. No es probable que Inglaterra intervenga en lo que hagamos en tal momento y sobre semejante cuestión; pero aunque lo hiciera, el asunto interesa tan vitalmente al porvenir de Australia, que nos veríamos obligados á proceder por nuestra propia cuenta.



MURCIA. – LOS PASOS DE LA IGLESIA DE JESÚS

(1. La oración en el huerto. – 2. La Dolorosa. – 3. San Juan. – 4. La Cena. (Obras de Salcillo.)

LOS PROPÓSITOS DE LORD CARLOS SCOTT

6 junio

Circula el rumor de que el almirante Lord Carlos Scott se ha opuesto á que se envíe la flota hasta que lleguen instrucciones de Inglaterra; pero aunque esta noticia sea recibida con enojo por el pueblo, no merece crédito al parecer en los centros donde se pueden adquirir naturalmente los más exactos informes. Sin embargo, la noticia ha servido para animar mucho á la ciudad, y la mera indicación de que el gobierno podría oponerse á la voluntad popular ha bastado para excitar á todos, evidenciándose con esto que los hombres de las colonias están resueltos á proceder á su manera. Considerables grupos recorren la calle de Collins y la de Bourke, censurando en alta voz la conducta del almirante y aplaudiendo á los jefes locales de la opinión pública. Fué una circunstancia fortuita que los varios cuerpos de cadetes de Melbourne hubieran dispuesto salir también esta tarde á recorrer las calles; mas el hecho ha prestado calor á la cuestión que se agita. Algunos diarios de la tarde confirman lo que se susurraba respecto al almirante, y la excitación sube de punto. Alégase que la escuadrilla al mando de Lord Carlos Scott solamente está encargada de atender á la defensa, y no puede ocuparse legítimamente en operaciones ofensivas sin la sanción directa de las autoridades militares de Inglaterra. Tal vez el almirante esté en su derecho; pero la circunstancia de que los ingleses y franceses hayan comenzado ya la lucha se considera aquí suficiente, entre los hombres más moderados, para salirse de lo ordinario, creyéndose que Australia está en el deber de ocupar al punto su puesto en la acción. Entretanto, según dicen los telegramas de Sydney, la escuadra que ahora se encuentra en el puerto está haciendo todos los preparativos necesarios para entrar en servicio activo, y es muy probable que no tarde en ponerse en movimiento.

INSTRUCCIONES DEL ALMIRANTAZGO

SALIDA DE LA EXPEDICIÓN

(A media noche)

Después de todo, no habrá dilación alguna. Un telegrama recibido del Almirantazgo contiene instrucciones, según las cuales la escuadra entrará desde luego en acción. El gobernador ha dispuesto que se prepare un tren especial para Sydney; irá acompañado de tres ó cuatro individuos del ministerio, y he conseguido que se me admita en él. El tren sale dentro de una hora.

7 Junio

A las cuatro de la tarde cruzamos el magnífico puerto, dirigiéndonos hacia el buque almirante. Como hemos atravesado muy de prisa las calles de la ciudad sólo hemos tenido tiempo para ver que las principales están muy animadas, aunque toda la población las abandona para ir á presenciar la marcha de la flota. El gran puerto está atestado de toda clase de embarcaciones y se han empavesado los barcos mercantes. Hace un tiempo delicioso y el muelle presenta un golpe de vista magnífico, tal como no se había observado hace mucho tiempo. El espíritu de la población está evidentemente en favor de la empresa que todos deseaban. Los cuatro buques de la flota australiana se hallan á la vista de una inmensa multitud, y de ellos se ven salir ya nubes de humo. Al levantar la cabeza, mientras escribo rápidamente estas líneas, observo que el gran buque almirante ha comenzado á moverse; acaba de disparar un cañonazo, y los ecos parecen repetirse en las inmediatas alturas; un cañón del fuerte responde al saludo del almirante, y después se oyen ruidosas aclamaciones; á un buque sigue otro, y el fuerte contesta á todos los saludos. Antes de que podamos llegar al buque almirante, todos los demás están en marcha, avanzando lentamente hacia alta mar. En algunos yates y lanchas se ha entonado el himno «Dios salve á la reina.» Las aclamaciones que se han oído cerca del palacio del gobernador se debilitan á medida que nos alejamos de él y al fin se extinguen. La brisa es demasiado fresca en el mar, y he aquí por qué los más entusiastas desean ya volver á tierra. El espectáculo ha terminado; la escuadra comienza á perderse de vista, y Australia está preparada á descargar el primer golpe en favor de la raza británica en los mares del hemisferio Sur.

(Continuará)

OBERAMMERGAU

«En un rincón de Alemania existe aún en el día el último y preciosísimo resto de la indestructible naturaleza religiosa del arte dramático: una función melodramática, que más que función es un culto, una prueba viva del vigor del pueblo, un tesoro de la Edad media: el espectáculo solitario y ahora único en su género (al menos en nuestro país), el pío espectáculo de las famosas representaciones de *La Pasión*, ofrecido por un pueblecito de la Baviera Alta, por los moradores de Oberammergau.

»De todas las partes de Europa acude la gente á estas funciones peregrinas y extraordinarias. Príncipes, caballeros y damas elegantes, disgustados ya de ver las mil artes refinadas de los teatros de la corte; clérigos, artistas, ciudadanos inteligentes, y la turba, ó por mejor decir, la procesión de humildes aldeanos, cristianos y aun judíos, llegan al teatro popular de Oberammergau, los unos andando en romería, animados por su entusiasmo religioso, los otros porque es de moda ó estimulados por mera curiosidad, dudando todavía de encontrar una cosa digna de su atención. Pero, en resumen, todos confiesan con unanimidad que han visto una maravilla, un espectáculo que purifica el alma, un ejemplo de grandísima enseñanza, el mayor drama del mundo, el gran drama de *La Pasión*, ejecutado de un modo sorprente por sencillos campesinos, inspirados por la fe, que antes de aparecer en escena se confiesan y comulgan para representar *La Pasión* con todo el fuego sagrado, y que sienten el papel que ejecutan en lo íntimo de su corazón, semejantes á la gran actriz española doña Clara Camacho, á quien tanto conmovió el suyo en un drama religioso, que se despidió del teatro para consagrarse á una vida santa lejos del mundo.

»Eres feliz, ¡oh pueblo de Oberammergau!; tu vida no tiene la monotonía de las aldeas; tras las mil emociones del estudio, gozas la satisfaccción, la gloria, el santo regocijo de que sea un juego para tus niños la representación de *La Pasión de Nuestro Señor*. Otras poblaciones se han hecho famosas por batallas ó grandes calamidades: tú te has formado un nombre insigne por tu afición á las artes; la décima parte de tus mil y cien habitantes cultiva el arte del inmortal Montañés; las obras de sus manos son imágenes de santos esculpidas en madera, ¡tus hijos esculpen lo que representan, y representan lo que esculpen! ¡Dichoso el que ha sido premiado por toda la comunidad con el papel del Hombre Divino de los dolores! ¡Dichosa mil veces la mujer que estrena el personaje de la Madre de Dios!

»¡El papel de la Virgen equivale á la rosa de oro!

»El exterior del templo de *La Pasión* en nada difiere de las tiendas de gimnastas, construídas groseramente de madera, que se ven en las ferias; pero el interior sorprende por su inmenso espacio, que es suficiente para 6.000 personas, y por la naturaleza pintoresca y risueña, las verdes praderas, las selvas lozanas de abetos y las altas montañas, que contemplan curiosas la escena del teatro abierto, el cual se asemeja así al teatro trágico de Pompeya ó á la plaza de toros de Sevilla.

»La mayor parte del público está expuesto á los rayos del sol, que refleja sobre las calles de Jerusalén, las cuales se presentan incesantemente á la vista de los espectadores. La casa de Pilatos se halla á la izquierda del espectador, y la de Anás á la derecha. Ambas tienen un balcón en su primer piso; pero ni en éstas ni en las demás de la Ciudad Santa se nota nada de oriental; su estilo es el alemán del siglo XVII: sólo el gran telón del teatro recuerda á Jerusalén con la fisonomía del Oriente. Sobre el telón se levanta un gran frontispicio, en que Tobías Flunger, el Cristo de 1850, y el Pilatos en las funciones de 1860, 1870 y 1871, pintó con mano maestra la fe, el amor y la esperanza.

»Con la misma animación con que el pueblo judío alborozado corría en otro tiempo á presenciar la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, así se apiña y se atropella para asistir á la representación de *La Pasión del Señor*. Todas las clases, todas las edades están representadas en el inmenso cortejo, en que figura la tercera parte de todos los habitantes de Oberammergau.

»Es cosa de verdadera magia el ver al Señor. Puede ser que algunos de los asistentes no hallen cumplido su ideal, pero también habrá quien modifique ese ideal según la aparición sobrehumana que se presenta á su vista. La mayor parte del público prorrumpe en lágrimas. En este Jesús no vemos ya al Sr. José Mair, escultor de Oberammergau, que antes representaba á Cristo en vil materia, en madera, y hoy le representa en lo más precioso, en figura humana, que es la efigie de Dios. No vemos ya un obscuro aldeano y miramos con amor y ternura al Amor eterno, miramos al Verbo vivo, á quien tributamos culto; miramos la luz de nuestra vida y la luz de nuestra infancia cuando en Nochebuena jugábamos ante un Nacimiento adornado de flores y fresco césped.

»Los artistas que tanto se esmeraban, los aldeanos que ejercen el arte de Maiquez en obsequio de Dios, no fueron saludados con salvas de aplausos: la sagrada representación infundía respeto, y en nuestro oído sólo vibró la voz del Cristo.

»¿Quién, embargado de veneración y de amor, se hubiera atrevido á llamar al palco escénico á los hijos de Jesús, á los hijos de María?

»Pero con una lágrima muda en los ojos nos despedimos de estos actores campesinos, que son puros vasos de los santos arcanos de la religión; nos despedimos de ti, José Mair, cuyo pecho inflamó Jesús, el Sol eterno de la inmensa esfera; de ti, Francisca Flanger, doncella sencilla, virgen modesta, en que con encanto contemplamos la azucena blanca y fresca; de ti, Josefa Lang, que con ternura representas á la amante pecadora que regó con sus lágrimas y secó con sus doradas trenzas las divinas plantas del Señor.

»De ardiente efusión henchida el alma, nos despedimos de Oberammergau, de *ese pedazo de España en Alemania*, rogando á Dios que tan escogido rincón continúe siendo un Belén de religiosa poesía, una cuna de la fe, un palacio de la verdad, un rincón de los creyentes, un templo de la religión del Gólgota, un santuario de la Pasión, una lumbrera del mundo, una puerta del cielo. ¡Quiera Dios que los oberammergauenses conserven sus costumbres sencillas, en que se encierra el secreto de su valía, y que las representaciones de *La Pasión*, celebrada cada decenio en la Baviera Alta, se semejen siempre á un raudal ansiado, á una viva cristalina fuente de dulces aguas, hija de las montañas, que algún tiempo intermitiendo su curso, brota de nuevo para refrescar á los cansados peregrinos en el seco arenal de la vida!»

Así escribía yo en 1871 de las bellísimas representaciones de *La Pasión* en Oberammergau, que son dignas de absorber la admiración desde el Ammer al Llobregat, al Manzanares y al Betis florido. Y tienen para mí gran mérito; el mérito del recuerdo, porque atraen á la memoria la época de la juventud, y porque es sabido aquello de que «siempre tiempos pasados fueron mejores.»

En 1880 un distinguido escritor español, Conde de Coello, hizo la excursión al tradicional pueblo inmediato á Munich, y tributó homenajes á los piadosos actores de Oberammergau escribiendo en la *Ilustración española y americana* correspondiente al 15 de septiembre de 1890: «Todos, ancianos como niños, que antes de empezar la representación anunciada en la madrugada por salvas, van á orar en el templo, actúan con tal gravedad y convicción, inspirados de la idea de su papel, hasta el extremo de hacerlos verdaderamente artistas.»

Otro español, un joven de Murcia, José María Servet, que recorrió la Alemania con objeto de escribir un libro sobre sus impresiones, visitó en el verano de 1890 el pueblo de *Ammergau* (así abreviaba el nombre para no hacerlo tan inarmónico), y en el artículo que publicó en *El Diario de Murcia* del 11 de octubre, dijo acerca del Cristo de aquel año, el celebradísimo José Mair, á quien un compatriota mío, el Sr. Wyl, acaba de dedicar un libro entero y de quien la señora de Hillern hizo aún más, el héroe de una novela: «Su aspecto modesto, sus maneras sencillas y la expresión dulce y serena de su fisonomía no dejan duda de que representará perfectamente su importante papel, á cuyos resultados han de contribuir los rasgos hebraicos pronunciados de su fisonomía, su tez morena y cabellera y barba según el tipo consagrado.»

Como alemán-español tenía yo un culto férvido por Oberammergau, no pudiendo resistir al deseo de presenciar en 1890 otra vez el drama de *La Pasión*, á que el Padre Daisenberger (muerto en 1883) había consagrado la fuerza toda de su existencia. Tuve suerte: encontré hospedaje en las Casas Consistoriales: en la misma casa donde vive el alcalde del pueblo Sr. Juan Lang, que es á la vez burgomaestre, director de escena, organizador del espectáculo y el Caifás del drama de *La Pasión*, mientras que su hermosa hija Rosa representa el personaje de la Santísima Virgen. Me aposentó el maestro de dibujo Luis Lang, que demuestra sus dotes excepcionales en dirigir los cuadros plásticos. El párroco del pueblo de *La Pasión* me dijo: «Cada cual que ha encontrado hospedaje tiene derecho á un billete de entrada.» Mi huésped me proporcionó el mío por conducto del Sr. Mair. «¿Dónde vive el que desempeña el papel de Jesús?,» pregunté en la calle. Me mostraron una casa bastante espaciosa frente á la cervecería de Bachfranzel. Vi una de las hijas del representante de Cristo, que figura en el coro de las sacras representaciones. «Mi padre está en la cervecería,» me dijo la que era, no sólo un ángel de *La Pasión*, sino un ángel del pueblo. Luego reconocí al Sr. Mair mirando su hermosísima cabeza y los cabellos de tipo consa-

grado. Estos han perdido ya su primitivo color moreno. Teniendo ya 47 años, sobrepuja con mucho la edad del Salvador; pero todo en él es noble, sencillo y armonioso. A su lado estaba sentado fuera de la cervecería y saboreando la bebida predilecta de los bávaros, la del rey Gambrino, un anciano que se acerca á los 70 años. Tiene una cabeza hermosa, que parece arrancada de un cuadro del Tiziano. Es San Pedro representado en madera por el escultor Jacobo Hett. Tomé asiento entre los actores que desempeñan los papeles de Cristo y de su discípulo más enérgico. Cerca de ellos encontrábase un judío de Viena, que se proclamaba anti-semita, y á quien Mair llamaba barón X. «Vengo de Barcelona, decía yo á los dos artistas campesinos, de la ciudad que conserva todavía el drama de *La Pasión*, que generalmente se representa en la Pascua, y hace 19 años he aplaudido á ustedes con mis lágrimas. ¿Estuvieron aquí también viajeros españoles? - No lo sé, contestó Mair, pero hoy está aquí un escritor español, á quien tuve la satisfacción de proporcionar un billete, el mejor del teatro.» Siendo yo aquel escritor, brindé agradecido con mi augusto patrono por la gloria de Oberammergau. «¡Viva España!, contestó él. A principios de septiembre próximo vendrá la reina Isabel, acompañada de su hija la princesa doña Paz y del príncipe Luis Fernando, para asistir á nuestras representaciones.» Pasé dulces horas con el simpático artista encargado del papel de Cristo, quien me ofreció su casa y me regaló su retrato.

Pero él tenía que despedirse pronto, porque al día siguiente había de representar una vez más el papel más sublime del mundo, que aquel año representó cuarenta veces.



LA PIEDAD, escultura de D. Rafael Atché

Antes de ver á Jesús había ya visto por casualidad la dócil mula que le llevaba á Jerusalén. La vi en mi expedición en el camino de Partenkirchen á Oberammergau, tratándola los que la conducían con el mayor respeto. Tenía que reemplazar á la que se había negado á llevar al Salvador. Y tanto es el respeto que las representaciones de *La Pasión* infunden á los ingleses, que éstos rogaron fuesen remitidas las dos mulas á Inglaterra después de terminadas las representaciones.

Al día siguiente asistí al drama de *La Pasión*. Como en 1871, era Mair un Cristo inmejorable, caracterizando fiel y dignamente los rasgos y las sublimes actitudes del Redentor. Pero mientras Mair parecía un ideal cumplido, y Rosa Lang estaba hermosísima en muchos momentos de *La Pasión*, y Tomás Rendl trabajaba admirablemente desempeñando el papel de Pilatos, el drama había perdido el encanto del sacro voto, el encanto místico, el perfume religioso. En vez del sencillo frontispicio de 1871 representando la fe, el amor y la esperanza, se ven figuras de Moisés, Josué, Isaías y Jeremías, copias de las figuras de Miguel Angel en la Capilla Sixtina. Numerosas decoraciones bellísimas acompañan los cuadros plásticos del Antiguo y las escenas del Nuevo Testamento. Ya se ve el aparato de un teatro Real donde antes se gozaba una función de campesinos, cuando la mayor parte de los espectadores se componía de aldeanos.

El Sr. Wyl llama á las máquinas debidas al señor Lautenschlager, el maquinista del teatro Real de Munich, la tumba de *La Pasión*, contrastando aquel aparato propio de un teatro de la corte con la sencillez y el candor de los actores, con la representación que exhala el perfume genuino de una flor de los Alpes. Pero á pesar de tantos extranjeros que de todas las partes del orbe acuden á las sacras representaciones, los habitantes de Oberammergau son los de siempre, devotos, amables y sencillos, vasos purísimos para la esencia divina. En Oberammergau resuena el saludo piadoso *Gruss Gots* (¡Que te salude Dios!) de los labios frescos de los niños y de la anciana que en brazos cansados arrulla á su tierno nieto. A la hermosa naturaleza de su valle tranquilo, cuya guardia constituyen el Kofel y el Laber cubiertos de pinos, ha de corresponder siempre el corazón piadoso de los escultores y actores de Oberammergau.

¡Qué escena tan conmovedora habrá sido la en que éstos á fines de septiembre se despidieron de sus papeles y de su maestro queridísimo José Mair! Por última vez habrá sido éste en 1890 el Cristo incomparable del drama de *La Pasión*.

JUAN FASTENRATH

LA CRUZ

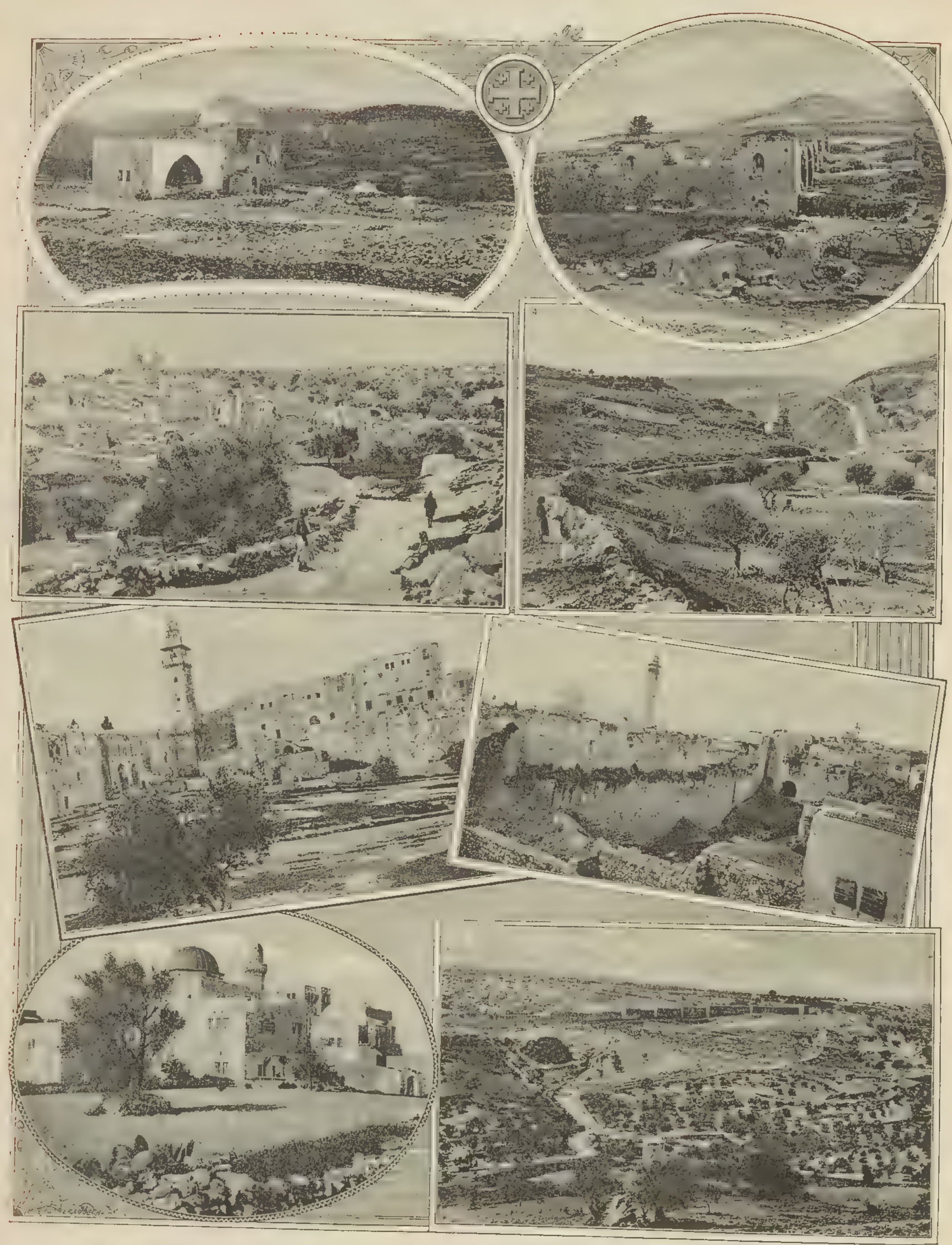
Dos líneas que se cruzan formando ángulos, constituyen forma facilísima, generadora de infinitos motivos ornamentales, apta como símbolo, á propósito para innumerables representaciones, que se observan en el arte y en la gráfica de muchos pueblos de la antigüedad. Esto ni quiere ni puede decir que la cruz, como la entendemos los cristianos, haya sido objeto de culto desde el remoto tiempo en que aparece figurada sobre variadísimos monumentos. Hubo, sin embargo, quien seducido por fugaces apariencias ó aguijoneado por deseos, más bien intencionados que prácticos, creyó lo contrario, y no pocos autores se afanaron buscando pruebas que dieran cuerpo á una idea insubsistente: las consideraciones aplicables á los atributos gentílicos son diversas de las que exige el símbolo cristiano; los puntos de vista para examinar ambas cuestiones, muy diferentes.

La facilidad de la forma dió lugar á común empleo, que por múltiples razones dificultan generalizar las explicaciones: en la escritura jeroglífica del antiguo Egipto, un signo en forma de cruz latina representaba la M; otro, semejante á la cruz griega, simplificación de un nexo complicado, equivalía á la articulación HORI, que se traduce por la preposición *en*. Nadie vió cruces en estos signos, pues son sencillas representaciones gráficas, fáciles de formar, explicadas ya satisfactoriamente; mas algunas divinidades gentílicas ostentan atributos de igual forma, que varios han llamado cruces y considerado como objeto de veneración, concepto extendido también á otro jeroglífico empleado frecuentemente en inscripciones del pueblo de las pirámides. La identidad de nombres para objetos que entre sí no tienen nada de común, ha inducido en error, harto fácil de evitar.

Dichos atributos y jeroglíficos no son cruces, ni deben llamarse así; son el *Tau*, nombre de la T en hebreo y en griego, signo mágico de que se abusó mucho en la antigüedad. Amuleto semejante á una de las formas iconográficas del símbolo de nuestra Redención, exitó la curiosidad de arqueólogos y anticuarios y cada cual aventuró su idea para explicarlo: unos, sin duda porque se hallaba entre los atributos de Astarté, la Venus licenciosa de siros y sidonios, supusieron que era un falo; otros, viendo que se hallaba en manos de divinidades egipcias, afirmaron que era la llave del Nilo; pero tales suposiciones, que nunca pasaron de conjeturas, fueron desechadas al observar que, como en las medallas de Sidón, figuraba en los simulacros de divinidades de otros pueblos que no tenían nada que ver con la generación, por lo cual no era posible admitir un símbolo fálico, y cuando Wilkison hizo observar que no podía ser la llave del río sagrado de la tierra faraónica un atributo que faltaba al dios Nilo, el Nute-Fen de los indígenas.

Con este procedimiento negativo se han desvanecido errores, pero desgraciadamente no se ha llegado á una verdad incontrovertible que pueda abarcar todas las representaciones congéneres. Unicamente al jeroglífico llamado *cruz con asa* se ha dado explicación plausible, que hoy admiten todos: equivale ó representa la *vida que viene*, conclusión á que se ha llegado por muchas indicaciones, entre las que es importantísima la traducción egipcia del título *aionobios*, de Ptolomeo Epifanes, que figura en la inscripción de Roseta.

Admitiendo la generalización del emblema para el mismo principio, hallaríamos pruebas en las escultu-



1. La tumba de Raquel en el camino de Belén. – 2. Vista de las ruinas de San Juan de Samaria. – 3. Vista de Betania tomada desde el camino de Jericó
4. Jerusalén: el valle de Josafat. – 5. Parte de la fortaleza de Antonia,
llamada también casa de Pilatos. – 6. Jerusalén: puerta de Bethsaida. – 7. Jerusalén: tumba de David. – 8. Jerusalén vista desde el monte Olivete



1. Vista de Nazareth por su parte oriental. – 2. Jerusalén: el monte de los Olivos, el huerto de Getsemaní y la tumba de la Virgen. – 3. Cumbre del monte de la Tentación
4. Monte de los Olivos. – 5. Jerusalén: la Vía Dolorosa. – 6. El río Jordán, cerca de Jericó
7. Vista del mar de Galilea. – 8. Vista general de Jerusalén tomada desde la azotea del convento latino

ras de Persépolis, donde se ve decorando trajes sacerdotales, en las manos del dios fenicio Marnas, que en el templo de Gaza representaba el sol, germen de toda vida según ellos; pero faltan elementos para explicar por qué se halla en medallas de Atenas, Siracusa y Corinto, no se ha podido saber qué uso tenían las que Sehlieman encontró en las tumbas de Micenas, ni qué quieren decir las trazadas en las urnas, vasos y demás enseres domésticos, desenterrados en las necrópolis de Villanova, en los *terramares* de la Emilia, que habitó en remota época un pueblo anterior á los etruscos y del que se ignora hasta el nombre.

El signo venerado de la cruz no llamó la atención de los arqueólogos sólo en el viejo continente, que tantos misterios entraña todavía; allá en las ignotas regiones americanas, que audaz genovés sacó á la luz de la civilización, vieron nuestros navegantes y cronistas cruces que por mucho tiempo dieron que hacer, de las que se habla poco ya, aun debiendo ser objeto de constantes estudios, pues la última palabra, la buena, la decisiva, no se ha dicho todavía. La estela de Palenque, Nínive del Nuevo Mundo, cuyas colosales ruinas son reparo de fieras, cuyos jeroglíficos no han encontrando aún el Champollión ú Oppert que vulgarice las ideas que atesoran, presenta claro ejemplo de lo dicho: aquella cruz coronada por aves de rara especie, á cuyos lados campean extrañas figuras, ha sido escollo contra el cual se ha estrellado la sagacidad de sabios, que para muchos misterios tuvieron el sésamo que de par en par les abrió la puerta. De conjetura en conjetura, sabemos que implica una representación mítica; mas dado el orden de ciertos y determinados estudios, es lo menos que podía saberse. Cuenta Herrera en su *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y tierra firme del mar Océano*, que en la isla de Cozumel, vecina á la isla de Yucatán, que exploró nuestro Grijalva, hallaron un templo en forma de torre, á cuyo pie existía una construcción más pequeña, abrigo de una cruz calcárea como de tres varas de alta: para los indígenas, según atestigua también Gomara, aquello era un simulacro del dios de la lluvia. En las ruinas de Copán vió Diego García Palacio una cruz de piedra, á la que faltaba un brazo, y Clavijero habla de muchas representaciones congéneres vistas por él en diversos puntos de Méjico. Garcilaso de la Vega, en sus *Comentarios*, habla de una cruz conservada en Cuzco, capital del imperio de los Incas; mas no dice en qué concepto era tenida por los indígenas, ni dónde fué hallada, ni qué cosa pudo representar.

La existencia de estas cruces llevó á muchos al mantenimiento de una de las ideas más peregrinas que se pueden ocurrir: en aquellas representaciones que permanecen en misterio, que tal vez no abandonarán jamás, vieron el símbolo cristiano y afirmaron que poco después de la muerte de Nuestro Redentor, Santo Tomás había evangelizado las gentes de aquellas remotas comarcas. Estos también, como Colón en un principio, creyeron que Indias y América era la misma cosa; entendieron que la tradición según la cual el desconfiado apóstol predicó la santa doctrina hasta la isla de Taprobana, podía referirse á las regiones descubiertas gracias á la munificencia de nuestra reina Católica: el error no podía ser más de bulto y prosperó lo poco que debía y nadie se acuerda ya de tan extravagante idea para explicar el signo de que hablamos.

Las investigaciones posteriores no han dado resultados más seguros, pero han puesto sobre una pista que tal vez lleve á la identificación mítica de aquella raza, grandísimo adelanto que sería jalón para probar la unidad de la misma. Sabiendo que en Yucatán el dios de la lluvia fecundante estaba representado por una cruz de madera, se ha podido explicar por qué Chachihuitlicue, diosa de la lluvia entre los aztecas, cuyas fiestas celebraban en los primeros días de la primavera, ostentaba en la mano un atributo en forma de cruz; por qué Quetzalcoatl, dios de los vientos, esgrimía masa de la misma forma; por qué los Muicas de Colombia, en sus sacrificios á la diosa de las aguas, tendían sobre la tersa superficie de los lagos cuerdas formando cruces, en cuyo punto de intersección arrojaban las valiosísimas ofrendas que le dedicaban. Forma fácil de construir, como hemos dicho en un principio, ha generado tantos signos, que resulta imposible descifrarlos todos, y de la misma manera que para las que se hallan en Europa de la época precristiana se ha dado una interpretación satisfactoria, conseguida gracias á progresos que parecen milagros, es necesario entender que las que encontraron nuestros navegantes al desembarcar en el nuevo continente, representaban una idealización de fuerzas naturales. Discutir las opiniones aventuradas para aseverar esto, ó las contrarias, es tarea impropia de este lugar; aunque no lo fuera, nuestros conocimientos no llegan ni pueden llegar á los de Bintan, Müller y tantos otros que escribieron mucho, sin llegar á nada positivo.

La cruz entre nosotros recibe culto por el sagrado recuerdo que evoca, por la idea altísima que representa, y desde este punto de vista no hay que confundir el símbolo cristiano con ningún atributo gentílico: su precedente, histórico puramente, no se halla en ninguna concepción religiosa, sino en prácticas del derecho criminal de los antiguos pueblos. Género de muerte á que eran condenados los criminales convictos de delitos atroces, no falta en ningún código anterior á nuestra era y siguió figurando en la penalidad romana hasta Constantino. Los antiguos persas abusaban de ella, según testimonios de autores sagrados y profanos: el padre de la historia, como por antonomasia llaman á Herodoto, cuenta que Oretes, gobernador de Sardes, en nombre de Ciro, crucificó á Policrates; el escriba Esdras, en el libro bíblico, escrito después de la cautividad babilónica, refiere cómo Darío habiendo hecho buscar el decreto de Ciro, que autorizaba la continuación del templo, ordenó la prosecución de los trabajos, después de hallarlo en Ecbatana, y para quienes por cualquier concepto crearan obstáculos, dictó penas severísimas, entre ellas la crucifixión, formulada en el versículo 11 del capítulo VI. Persa era el rey Asuero, á quien cautivó la sin par belleza hebrea, que antes de reinar se llamaba Mirto, que después de ceñir la corona tomó el nombre de Estrella, defensora de su pueblo, perseguido por el soberbio Amán, á quien crucificaron en el mismo patíbulo de cincuenta codos de alto hecho levantar para el piadoso Mardoqueo. Egipcios y cartagineses contaban también la crucifixión entre sus penas y los romanos según Paulo, título XXII, la aplicaban: *Auctores seditionis et tumultus vel concitatores populi pro qualitate dignitatis aut in crucem tolluntur aut bestiis obiiciuntur aut in insulam deportantur.* Mas los judíos, instigadores de la muerte de nuestro Redentor, cuya sentencia arrancaron al cobarde Pilatos, ¿tenían en su derecho criminal la pena de cruz?

Mucho se ha debatido la cuestión, sin llegar á un acuerdo: sostienen unos autores la afirmativa; otros aseguran que la crucifixión no se aplicó en Judea antes de la dominación romana. Nosotros, inclinados á los primeros, entendemos que en la imposibilidad de probarlo de una manera absoluta, hay que tomar un término medio y creer que mucho antes del año sexto los hebreos crucificaban ya, y que por tanto nuestro Redentor no fué condenado sólo según la ley del Imperio, sino con arreglo á lo que escribas y fariseos entendían que tenía merecido por el delito que le imputaban. El *Deuteronomio*, que según la feliz expresión de San Atanasio, es codicilo de la Ley, dice (22. XXI): «Cuando un hombre haya cometido crimen que deba ser castigado con la muerte, lo suspendan al patíbulo.» En los *Números* (XXV, 4), el Señor ordena á Moisés sean colgados ante el sol cuantos adoraron en Fogor al ídolo Baal. Ambos textos dicen sólo *colgar*, sin especificar de qué modo; mas como no puede ser estrangulando, pues todos saben cómo se ejecutaba esta pena entre los judíos, hay que suponer sería clavando ó amarrando al criminal en un poste, cuya forma no sería en un principio la de cruz, por cuanto ésta representa un refinamiento de crueldad; pero como uno de los fines propuestos era el escarmiento, claramente indicado en la frase *ante el sol*, esto es, á la vista de todos, hay que admitir una fijación que los mantuviera extendidos, que les hiciera permanecer sujetos al madero y no á merced del movimiento que una cuerda imprime al cuerpo que sujeta en el vacío.

Hay textos más claros aún: el libro de Josué (VIII, 29), hablando de la campaña contra Hai, refiere que el rey fué hecho prisionero, *prehenderunt viventem;* y después de contar cómo fué tomada la ciudad y saqueada, incendiada y pasados á cuchillo sus habitantes, dice: *Regem quoque ejus suspendit in patibulo usque ad vesperam et solis occasum. Præcepitque Josue, et deposuerunt cadaver ejus de cruce*, etc. La circunstancia de que el rey de Hai fué cogido vivo y en este estado sujeto al patíbulo, es palpable ejemplo de que el reo no era suspendido después de muerto y prueba que se trata de una crucifixión: por si esto no bastara, la frase *de cruce*, con que en la *Vulgata* está traducida la de los Setenta *epi xulon*, sobre un leño, sobre un madero, aclara la cuestión y nos confirma más y más en nuestro aserto. Otro texto para robustecer la prueba se halla en el segundo libro de los Reyes (XXI, 8-9.): para calmar la cólera del Señor, David, cediendo á exigencias de los Gabaonitas, les entregó Armoni y Mifibosed, hijos de Resfa, concubina de Saul, y los cinco hijos de Merob y Hadriel, nietos del mismo rey, que cometiendo perjurio los atacó y destrozó: ellos en venganza los crucificaron. — *Et dedit eos in manus Gabaonitarum; qui crucifixerunt eos in monte coram Domino*, etc., dice claramente la *Vulgata*.

A. FERNÁNDEZ MORENO

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Cristo.-La Piedad, esculturas de D. Rafael Atché (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—Varias veces nos hemos ocupado de este distinguido artista, tributándole los justos elogios que merece por sus relevantes cualidades, por cuyo motivo nos limitaremos á hacer notar una circunstancia que concurre en Atché, no común á la mayoría de los que, como él, cultivan las bellas artes. Esta es que su genialidad y su entusiasmo no decrecen ni se apagan. Como escultor joven, modela inspirándose en las corrientes modernas, produciendo obras verdaderamente notables, tanto por el concepto como por su genial ejecución, que siempre valiente y sobria, revela las aptitudes del artista.

El *Cristo* y *La Piedad*, aunque son dos obras de carácter religioso, llevan en sí marcado el concepto y tendencias de la moderna escuela. La resignada y doliente representación de Jesús, grande en su realismo, ofrece inteligente contraste con la violenta desesperación del *mal ladrón*, tan celebrado como discutido en una de las últimas exposiciones nacionales. Sin separarse Atché, en las dos obras que reproducimos, del sentimiento religioso que en ellas debe distinguirse, ha logrado producir dos esculturas completamente modernas, exentas del convencionalismo vulgar de la imaginería.

Madona, dibujo de Carlos Froschl.—En distintas ocasiones nos hemos ocupado con el merecido elogio de este notable pintor alemán. El dibujo que hoy reproducimos y que es copia del pastel que Froschl envió á una de las últimas Exposiciones internacionales de Munich, pertenece al género de aquellas obras que acreditan á un artista: su composición delicada y el sentimiento que todo él respira nos recuerdan las Vírgenes de los grandes místicos de los siglos XVI y XVII, al paso que el vigor, la espontaneidad y la sobriedad de líneas y sombras demuestran un dominio absoluto de la técnica del realismo de nuestros días.

Pasos existentes en la iglesia de Jesús de Murcia. Obras del escultor Salcillo.—La escultura española del Renacimiento puede considerarse circunscrita á la talla de imágenes y de ornamentos decorativos, y de su importancia, carácter nacional y valor artístico son prueba el interesante Museo de Valladolid y nombres como Cano, Montañés y otros. Uno de los postreros rasgos de este arte genuinamente español es la obra del escultor Salcillo, cuyos *Pasos* revelan la potencia de un artista que supo sobreponerse á las convenciones y amaneramientos propios de su época, realizando obras que admiran á los indoctos y aplauden con entusiasmo los artistas. La impresión que produce Salcillo con sus *Pasos* é imágenes, como la que producen Cano con su celebérrimo San Francisco y tantos otros con las Dolorosas, Nazarenos, Crucifijos, etc., es tanto más significativa cuanto que el procedimiento es opuesto á la severidad del arte verdadero, ninguna de cuyas escuelas ha autorizado el realismo excesivo de imitar con el color la verdad externa de la forma. Esto no obstante, las obras de nuestros escultores se imponen por las sólidas cualidades que demuestran en su inspiración y sentimiento religioso.

Vistas de los Santos Lugares (de fotografía).—No vamos á describir los lugares que nuestros grabados reproducen, pues sobre que cuanto decir pudiéramos lo hemos escrito en otras ocasiones, tal descripción nos obligaría á salirnos de los límites á esta sección trazados. Además, ¿quién no tiene noticia, si es que no los conoce, de los sitios en que se desenvolvió la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor? ¿Quién no se siente hacia ellos atraído por esa misteriosa fuerza que el hecho más culminante de la historia de la humanidad comunica á aquel pedazo de tierra del continente asiático? El historiador los admira como cuna de una religión que tan inmensa influencia había de ejercer en la vida de los pueblos; el filósofo sigue en ellos los primeros pasos de una filosofía que había de cambiar la faz del mundo; el sociólogo descubre en aquel suelo la semilla de la más pura doctrina democrática; el poeta siéntese á su vista conmovido y su sentimiento se desborda, ora en tiernos cantos al recuerdo del amor divino, ora en desgarradoras estrofas de los divinos martirios y amarguras; el artista encuentra allí motivos inagotables en los que el arte de todos los tiempos se ha inspirado para realizar maravillosas creaciones; y el creyente, fortalecido por la fe, arróbase ante aquellos Santos Lugares que fueron teatro de los más grandes misterios y de los más sublimes sacrificios, y siéntese pequeño para adorar al Hijo de Dios hecho hombre y que como hombre quiso vivir, padecer y morir para redimir al género humano y mostrarle con sus hermosas enseñanzas el camino que ha de conducirle á la gloria de su Eterno Padre.

El Doctor Raimundo Andueza Palacio, presidente de los Estados Unidos de Venezuela.—Dotado de privilegiada inteligencia é imbuído desde temprana edad en las ideas de libertad y de progreso, el Dr. Andueza Palacio comenzó desde muy joven su carrera política con brillantes éxitos en el foro y en la prensa, que más tarde lograron mayor relieve en la Cámara popular y en el Senado, donde se conquistó fama de uno de los mejores oradores parlamentarios de su patria. Las excelentes dotes de administrador de que dió prueba en el gobierno del general Alcántara hicieron que se proclamara candidato á la presidencia de la República en 1879; mas combatida su candidatura por el elemento oficial, demostró su gran patriotismo ausentándose de su país para evitarle los horrores de una guerra civil que, á haberlo él querido, no habría dejado de estallar. Después de un largo viaje por Europa fué ministro con el presidente Rojas Paúl y contribuyó á la transformación política en virtud de la cual Venezuela reivindicó sus derechos de nación soberana. En 1890 fué nombrado miembro del Consejo Federal, que le designó por unanimidad para el cargo de primer magistrado de la República, en cuyo dempeño ha tenido ocasión de hacer ver su talento y su amor á la patria.

Sabio, honrado, generoso y benévolo, el Dr. Andueza goza de las mayores consideraciones que le tributan propios y extraños como justo homenaje á sus relevantes méritos.

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONTINUACIÓN)

VI

Al entrar en su cuarto, el coronel se detuvo sobrecogido. En medio de la obscuridad, Marcos, sentado en un sillón, esperábale inmóvil, con los ojos muy abiertos y la mirada fija.

– ¿Cómo, exclamó, ya estás de vuelta?

Y como no se le contestara en el acto, experimentó ese malestar inexplicable que sentimos ante el misterio del ser, cuando uno de nuestros semejantes se desvía un poco de lo acostumbrado y nos inquieta por la menor cosa extraña é insólita.

– Acabo de entrar, contestó al fin Marcos con una entonación indiferente que no indicaba nada; pero después añadió:

– Era Lilia, ¿no es verdad?

El Sr. de Francœur hizo una señal afirmativa, y Marcos estiróse como para desperezarse.

– ¡Qué hermosa noche de luna!, exclamó. Se ve como si fuera de día; el camino se prolonga como una línea blanca; el rocío brilla como cristal, y la brisa es suave. ¡Ah! ¿Por qué no se podría?...

Marcos no terminó la frase, pensando sin duda en lo incompleto de la vida, en la estrechez de los lazos sociales, en todo cuanto reprime ú opone una barrera al deseo libre, al instinto egoísta que por los goces siente el hombre. Sus ojos conservaban cierta dulzura y un resto del placer que le había producido acompañar á la baronesa de Brettes, sentado frente á ella en el coche, rozándose las rodillas, mientras la señora de Lemartre miraba discretamente por la portezuela.

– Sin duda te escandalizo, mi buen Roberto, dijo Marcos con afectuosa ironía.

Y encogiéndose después ligeramente de hombros, con cierta expresión de fastidio, cambió de tono.

– ¿Y habéis hablado mucho Lilia y tú?, preguntó. Seguramente habrá abusado de tu presencia, ¿eh? No habrán faltado quejas y recriminaciones. ¿Habéis murmurado mucho de mí?

– Nada de eso, replicó el coronel con gravedad; ha llorado.

Marcos se levantó con expresión de mal humor.

– Pues ¿por qué exigir lo imposible?, exclamó. La sociedad está mal organizada... No hay maridos fieles. ¿Conoces tú alguno? ¿Has visto alguno?

La mirada fría y un poco austera de su hermano le reprimió, y cambió de asunto.

– Pues bien: sí, dijo, me aflige que ella se apesadumbre, ó más bien, lo confieso, me irrita. Soy injusto, convengo en ello; mas ¿no es absurdo su proceder? Ya no somos esposos jóvenes, por lo menos ella, añadió con inconsciente crueldad. Le profeso un verdadero cariño, jamás la sacrificaré á una pasión, jamás enajenaré mi vida ni mis derechos de padre de familia, porque sé bien lo que le debo; pero á decir verdad, ¿en qué la he faltado? (Marcos se exaltaba como suele suceder cuando con argucias se defiende una mala causa.) ¿He de ser ridículo? ¿No puedo amar y vivir como todo el mundo? ¿Supones tú, aunque ella no lo sepa, que siempre le fuí fiel, y que no he tenido aventuras amorosas, distracciones de momento? Mientras yo evite el escándalo, ¿á quién le importa esto? Me dirás que es feo, brutal y todo cuanto quieras; pero no impedirás que en el hombre haya sentimentalismo y sensualidad, sobre todo en el hombre refinado de nuestra clase, el hombre del lujo, el ocioso bien alimentado, el caballo padre, que diría Tolstoi. Pero tú no lees y no te enteras de estas cosas. En fin, confiesa en que eso es dar una importancia muy necia á un placer del todo natural, importancia que no se explica sino por las antiguas preocupaciones religiosas que aún se conservan.

– Si tu mujer razonase como tú.. repuso el Sr. de Francœur sin poder reprimirse, y comparando mentalmente las simples lágrimas de Lilia con las bellas frases que acababa de oir.

– ¡Oh! Mi mujer..., repuso Marcos.

Y no se dignó contestar á tan pobre argumento, pues la cuestión conyugal ha sido en todo tiempo resuelta en provecho del varón, condenándose á la mujer severamente.

– ¡Al cabo de ocho años de matrimonio, añadió Marcos, nada de extraño tiene no estar enamorado ya de la misma mujer!

– ¡Pero se puede ser bueno para ella y no hacerla sufrir!, replicó el hermano mayor, ofendido en su rectitud. ¿Tienes la excusa de una pasión arrebatadora? ¿Estás dispuesto á romper con todo por esa mujer á quien amas, según dices? Supongo que no. Me ha parecido, después de comer (no me atrevo á decir infiel, aunque lo pensaba en la galería, después de aquel beso) que estabas quejoso de ella, y has insinuado que no eras feliz. ¿Tienes algo que echarle en cara?



Lilia levantó un poco la almohada en que descansaba Pepita (pág. 221)

Marcos pensó en todas las atenciones de su mujer, en su abnegación celosa y en su cariño siempre igual, y quedó algo confuso.

– ¡Pues bien: no!, contestó con acento de franqueza; de nada me quejo sino de su falta de tolerancia, de que coarta mi libertad, y... digámoslo claramente, de que me estorba. ¿A qué la conducirá esto? ¡Yo no cambiaré, porque entiendo que soy el amo!

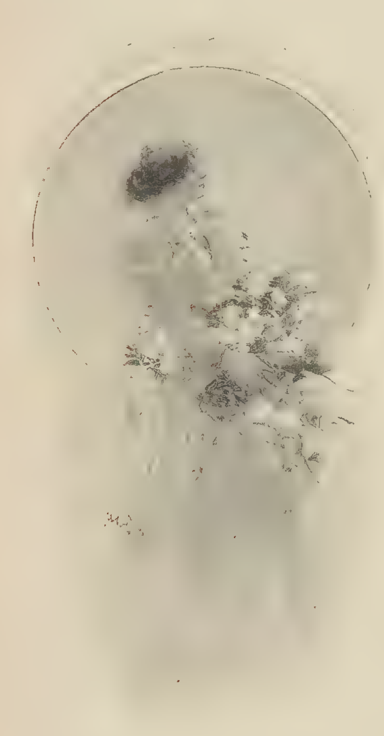
– ¡Oh! El amo, sin duda; pero ¿por qué impones tu tiranía? ¿Por qué tratas de engañar á tu mujer á

sus propios ojos? ¡Si has de faltar, por lo menos que no lo sepa ella! Compensa con tu compasión y tus atenciones la ofensa que le infieres. Te digo que ha llorado... ¿No te importa nada eso? En este intante se halla sola y desconsolada, pensando en ti, que eres el único á quien puede amar.

Su acento de sincera probidad conmovió á Marcos, que reconoció entonces cuán indigna era la defensa que de sí mismo hacía.

– Pero si tú amaras á otra, se atrevió á decir, ¿qué harías?

– Trataría de renunciar á ella, contestó el Sr. de Francœur valerosamente, ó cuando menos, procuraría no irritar en vano los celos de mi esposa; pero en tu lugar, tendría algunos escrúpulos. Diríase que á ti te parece eso muy sencillo; mas ¿no sentiste algún remordimiento después de lo que pasó en el mirador? ¿No te avergonzaste delante de mí, que no soy más que tu amigo y no tu juez? Si yo me encontrara en tu lugar, iría ahora mismo á buscar á Lilia, que no duerme, seguro estoy de ello, pero que sin duda llora; desvanecería sus sospechas, aunque para ello fuese necesario mentir, y adormecería su pesar con buenas palabras. No guardaría todos mis besos para otra mujer; y cuando hubiera reconquistado su confianza sería en lo futuro más juicioso... ó más prudente.



Ivelina de Kerjuzan

Jamás había hablado tanto de una vez el Sr. de Francœur; Marcos le contemplaba, admirando aquel calor que partía del alma.

– ¿Lo has pensado bien?, continuó diciendo. Yo, que no leo á Tolstoi, he conservado en mi memoria esto que leí en un moralista: «el amor no muy puro se muestra algo cobarde.» ¿Estás seguro de no hacer pagar á Lilia, por ligeras malignidades, su cariño que te estorba, las mudas quejas de su tristeza y hasta las ligeras atenciones con que trata de agradarte aún y retenerte?

– ¡Ah!, exclamó Marcos, picado en lo más vivo, ¿eso crees?... Ignoraba, hermano mío, que fueras tan fuerte en psicología.

– ¡Oh, amigo mío!, repuso el coronel con una ingenuidad bastante noble, la vida es más sencilla de lo que se cree. No me tengo por un talento; eres más sabio que yo, y por eso te diré tan sólo que escuches la voz de tu conciencia.

Esta réplica fué una estocada á fondo, pronunciada con acento varonil, en el que parecía vibrar todo un pasado honroso. La indignación, largo tiempo contenida, luchaba en su interior contra la piedad; y costábale reconocer á Marcos como inferior, pues en todo tiempo y con ingenua modestia había creído en la superioridad moral é intelectual de su hermano. Aún creía en ella en aquel momento, y por eso le hacía daño semejante decadencia.

Marcos había vuelto á sentarse, pasándose por la frente su blanca mano con un movimiento maquinal. Entonces el coronel, como para dar más fuerza á sus palabras, apoyó en su hombro su ancha mano, curtida y muy pesada, y le dijo:

– ¡Vamos, un buen impulso. ¡Ve á buscarla, y haz que te perdone, lo cual será fácil, porque nada ha visto! ¡Te ama tanto! ¿Qué pide, por ventura? Ser crédula, nada más.

Marcos tenía aún la frente apoyada en su mano y no se le veían los ojos; cuando los levantó estaban turbados.

– Me desprecias un poco, dijo á su hermano en voz baja, ¿no es verdad?

El coronel trató de reirse y encogióse de hombros.

– Creo que eres un niño grande, contestó. ¡Vamos, ve á buscarla!

Marcos vacilaba, sin moverse.

– ¿Tú lo quieres?, preguntó.

– Te lo ruego.

Siguióse otra pausa, durante la cual se agitó en el alma de Marcos todo cuanto el amor propio tiene de vacilante y embarazoso; pero al fin se puso en pie con ligereza; la expresión de su rostro había cambiado.

– ¡Pues bien, dijo, allá voy!

Y añadió, como si se le olvidara alguna cosa:

– ¡Déjame que te abrace!

XII

Ya despuntaba el alba, y el Sr. de Francœur no había podido aún conciliar el sueño.

Su lecho, demasiado blando y ancho, comunicábale la sensación que se experimenta en un barco; y todos los recuerdos de los inesperados sucesos ocurridos la noche antes precisábanse para él en imágenes materiales, tangibles é intensas, como acontece cuando se siente uno agitado por la fiebre. Al mismo tiempo, cierta somnolencia las envolvía en una atmósfera confusa en que todo se mezclaba por momentos: su viaje en ferrocarril, el Viático que encontró en el campo y el rostro de su madre difunta. Veía saltar á Tigiale, aspiraba el perfume del jardín, y entonces se le aparecía la imagen de Ivelina dormida, en su encantadora gracia virginal. Todos se hallaban entregados al sueño en aquella hora: los ancianos Fabvier, las criadas, Juana y Pepita, y sus padres, reconciliados sin duda.

El coronel hubiera querido dormirse bajo aquella buena impresión, y á su vez trató de no pensar, de olvidar. Una especie de sopor le embargaba; imágenes flotantes, incoherentes, cruzaban por delante de su retina como relámpagos fugaces, larvas de pesadilla, bosquejos de ensueño; una sacudida nerviosa en los muslos produjole la ilusión de un brusco movimiento de su yegua *Coralia;* después, un dulce calor adormeció su cerebro, en el que solamente persistió una sensación de perfume... ¡Las rosas de Ivelina!...

Y su respiración hízose entonces muy tranquila é igual.

LIBRO SEGUNDO

I

El Sr. de Francœur era feliz.

Despierto desde muy temprano, corrió las cortinas y abrió los postigos de su ventana: todo tenía más frescura en aquella hora, el cielo y los bosques, los prados que exhalaban al sol sus últimos vapores violáceos y el río con su plateada superficie; un brillo de juventud vivificaba todas las cosas; respirábase bien y el ánimo y el cuerpo se sentían fuertes.

¿Había llegado la víspera ó cuándo? ¿Hacía meses ó años? Tan familiar le era ya aquel paisaje y tanta intimidad respiraba la espaciosa habitación, que podía dudarlo. A no ser por los partes recibidos el día antes de Verdún con los informes del teniente coronel, hubiera podido creer que vivía en todo tiempo en aquel tranquilo retiro, amado de todos, festejado por todos, templando sus fuerzas con el aire puro de los campos y rodeado de la ternura de los suyos. Sin embargo, habían transcurrido ya tres semanas.

Con su traje de suave franela, entreabierta la camisa rusa sobre el blanco torso, abrió la puerta sin hacer ruido y dirigióse á la sala de baños. Aunque Marcos le había ofrecido los servicios de Miguel, su ayuda de cámara, muy entendido en las operaciones de masaje, y aunque podía también valerse de Francisco, su ordenanza, para aplicarle las duchas, prefería, por pudor viril, colocarse solo bajo el aparato, bastándole dar vuelta á la llave para recibir el chorro ó la violenta lluvia. Agradábale aquella repentina sensación de frío, aquel goce atávico del veterano de los bosques, que siente estremecerse su ruda piel bajo las cataratas del cielo.

Cálida y buena le pareció, después de secarse con el esponjoso y suave paño, la ruda fricción con el duro guante, cuyos pelos al frotar la piel activan la sangre roja de las arterias y los latidos del corazón. Esto era, como decía el coronel sonriendo, someter la máquina á la presión, y aquella reacción saludable le estimulaba al punto á desplegar sus músculos y andar de prisa y largo tiempo.

Apenas se acabó de vestir, salió de su habitación. Como todas aquellas mañanas eran para él iguales, olvidábasele el día de la semana en que estaba, y según sucede á las personas metódicas, al reanudar la costumbre del paseo experimentaba una serie de impresiones constantes; la luz, la frescura y el vigor de la savia de la tierra traducíanse en él en alegre expansión, y entonces parecíale ser otro hombre. Sus pies tocaban al suelo con una fuerza elástica; sus pulmones se inflaban, y una dilatación extraordinaria de todo su ser, tal como se siente á los veinte años, persuadíale de que le bastaba querer para saltar por prados y bosques, trepar á las colinas y franquear el espacio como el ogro con las botas de siete leguas.

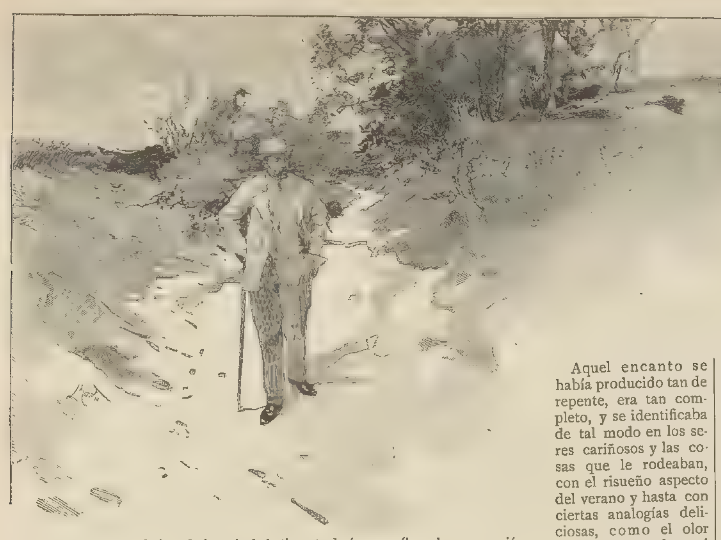
También aquella mañana comparó su vida de cada día con el buen tiempo presente. Verdún y su solitaria casa aparecían en su memoria lejos, muy lejos, y desechando las preocupaciones del oficio, el amor propio de la ambición, las ocupaciones administrativas, se olvidaba también de las comidas oficiales, que despachaba pronto y sin gusto; de las largas horas que pasaba en su casa, leyendo libros de historia ó de ténica militar, y de aquellas noches que transcurrían sin más distracción que una partida de wisth en casa de una anciana familia de magistrados, protestantes rígidos. ¡Qué monótona le parecía aquella existencia, siempre igual, lenta y triste, comparada con los agradables días, tan variados y llenos de nuevas sensaciones, de que entonces disfrutaba! ¡El Sr. de Francœur era feliz!

Echando fuera el pecho y con las mejillas teñidas de un vivo color sonrosado, el coronel aceleró su marcha maquinalmente: su corazón rebosaba de benevolencia para todo y para todos, porque pagaba el bien que le hacían, y jamás se había visto tan amado. Los Fabvier le colmaban de atenciones. Lilia era para él una tierna hermana, y Marcos, desde la borrascosa noche de su llegada, tratábale con un afecto más deferente, con ese respeto que se manifiesta á los que son fuertes y justos. La reconciliación de los esposos era obra suya. ¿Duraría? ¿Por qué no? Marcos parecía nuevamente consagrado por entero á su esposa, y ésta olvidaba, por lo menos al parecer, todas sus faltas. Las cosas, pues, marchaban bien.

Si hubiese reflexionado más, tal vez no se habría tranquilizado tanto. ¿Sabía siquiera si Marcos renunciaba de hecho á su amor ó amorío? No le había interrogado por delicadeza, interpretando en el sentido más favorable el silencio que desde entonces guardaba; pero ¿qué se oponía á que Marcos, reconciliándose con su esposa, continuara, aunque adoptando mayores precauciones, sus relaciones con la baronesa? ¿No tenía aquel beso en la sombra la gravedad de un pacto que comprometía el porvenir? Pero la confianza predominaba en el coronel por dos causas; primeramente porque, siendo sencillo como un niño, creía en el bien más que en el mal; y en segundo lugar, y sobre todo, porque un nuevo estado de su alma, imperioso y egoísta, distraía su atención y cautivábale completamente.

Desde su entrada en el jardín florido, donde se le apareció la hermosa Ivelina rodeada de rosas, estaba enamorado. En su candidez, sentíase deliciosamente invadido por una dulce embriaguez, en la cual se mezclaba la ternura por la extremada juventud de la virgen y el respeto á su pureza. Este sentimiento le había dominado desde la primera noche como una repentina fiebre de languidez; pero no sabía qué nombre dar á este mal exquisito, porque estaba enamorado sin darse de ello cuenta.

Semejante á esas mujeres honradas que han recorrido el camino de su existencia sin sucumbir porque no se les ha presentado la tentación, el Sr. de Francœur no había encontrado el amor, pues no podía dar este nombre á los vagos placeres de guarnición y á las distracciones caras y fugaces á que se entregaba cuando iba á París con licencia. El miedo de



La luz, la frescura y el vigor de la savia de la tierra traducíanse en él en alegre expansión

enajenar su libertad, una timidez instintiva, la duda de que le fuese dado hacer feliz á una mujer, el temor á una elección desgraciada y sobre todo la falta de verdadero afecto habíanle alejado siempre del matrimonio. También habían contribuído á ello las circunstancias, el hecho de haber pasado su juventud de oficial en Africa y luego en el Senegal, pues hasta que hubo llegado á una edad algo madura no se había resuelto, cediendo á las súplicas de su madre, á volver á Francia para vivir con ella.

El amor, tan tardíamente sentido, debía producir en el coronel un sentimiento enérgico al par que dulce, porque era una alegría inesperada. Si hubiera razonado sobre el estado de su alma, seguramente habría sentido inquietud, su conciencia escrupulosa habríase alarmado ante aquella pasión tardía que no era sino un camino sin salida.

Pero el coronel, inconsciente, abandonábase á la dicha de amar, tanto más, cuanto que la saboreaba sin segunda intención, sin pensar en su edad ni tampoco en el porvenir: sólo el momento presente é Ivelina llenaban su corazón.

Todas las mañanas, en aquella hora deliciosa, in vocábala con una persistencia mental que no se hubiera supuesto nunca en aquel hombre bien equilibrado; durante su paseo, más pronto ó más tarde, según el curso de su meditación, pero inevitablemente, reproducíase en su espíritu la visión inmaterial: dos grandes ojos y una sonrisa.

En un principio no fué más que esto, una expresión espiritual, tan vaga, que no hubiera podido decir cuál era el color de aquellos ojos ni la forma de los labios que sonreían; después, insensiblemente, la visión se destacaba con más claridad y convertíase en mujer. Ivelina estaba radiante; llevaba el mismo vestido con que la vió en el jardín, los mismos zapatitos de cuero amarillo con lazos, y un gran sombrero de paja, que había visto llevar después. ¡Entonces era la joven una realidad viviente! Todas las mañanas la encontraba en el lindero del bosque ó cerca del sendero de los sauces; y si no llevaba consigo á Tigiale, era para no atemorizar á la joven, ó más bien para que no le distrajera de su contemplación. Ivelina iba á su lado, y cruzábanse entre los dos frases que él creía oir distintamente, por más que, como las que se escuchan en sueños, fuesen vagas é inarticuladas. La joven le acompañaba hasta la cerca del parque; aquí se desvanecía su aire sutil, volviendo á ser solamente aquella sonrisa y aquellos ojos que se representaban en su ensueño. Entonces volvía al castillo deslumbrado por el sol.

Pero aquella mañana no surgió entre los sauces ni á la sombra del bosque. Tal vez el Sr. de Francœur había meditado en demasía anticipadamente, dándose mejor cuenta de sí mismo, ó desconfiando mucho de la aparición inminente, en vez de entregarse á esa contemplación sin ideas, en medio de la cual surgía Ivelina como un rayo de sol entre la bruma del alba. Mas ¿qué importaba que no consiguiese crear la ilusión de su presencia, puesto que Ivelina estaba toda en él?

Aquel encanto se había producido tan de repente, era tan completo, y se identificaba de tal modo en los seres cariñosos y las cosas que le rodeaban, con el risueño aspecto del verano y hasta con ciertas analogías deliciosas, como el olor del heno cortado y el brillo mágico de las rosas, que el Sr. de Francœur no había despertado aún de su ilusión para volver á una realidad alarmante, como si nada fuera más natural que amar á los cuarenta y ocho años á una virgen, á una niña.

Y no se preguntaba siquiera adónde le conduciría aquella profunda é ingenua posesión de su ser. Mecíase tal vez en esa ilusión única, muy vaga, pero frecuente á toda edad, de que nunca es tarde en la vida para comenzar una nueva existencia, ver horizontes desconocidos cuando menos se esperan y hallar la dicha que no se encontró hasta entonces. Sin duda era por demás infantil todo esto; pero el coronel se asemejaba á esos marinos que han envejecido sobre el agua sin amar.

En aquel momento resonaron, de tres en tres, los débiles tañidos de la campana de la iglesia de Luzerme, que tocaba el *ángelus*; desde muy lejos contestó la de Savre, y poco después la de Jozeu. Muy melancólico y lánguido era el sonido de las campanas, que apenas se oían como cascabeles perdidos en el espacio. El Sr. de Francœur reconoció aquel canto de alondra celestial que en la hermosa mañana del domingo hablaba á su olvidada fe de niño, y detúvose para escuchar mejor. Los sonidos eran tan débiles y ligeros, que evocaban en él una idea de blancura, de pureza suprema, de alma virgen; aquellas voces angélicas perturbaron su corazón, pero tan dulcemente que no supo si algo reía ó lloraba en su interior.

II

De regreso al castillo, el coronel se dirigió hacia un pabellón nuevo, donde visitaba todas las mañanas á sus amigos, los caballos.

Varios se agitaban delante de las puertas, el cochero arrojaba al vuelo cubos de agua sobre el *break*, una de cuyas ruedas, suspendida en el aire, giraba rápidamente lanzando perlas líquidas, á la manera que un sol de fuegos artificiales despide brillantes chispas. Por las ventanas abiertas del guadarnés, donde brillaban los arneses y el níquel de las guarniciones, exhalábase un fuerte olor de barniz. El coronel penetró en la cuadra, casi obscura; dos palafreneros, con gorra escocesa, distribuían el forraje; contestó á su saludo, y después su mirada se fijó en las grupas de los caballos normandos de tiro de los Fabvier, en el alazán de Marcos y en una yegua inglesa para señora, deteniéndose después delante de *Poitou* y de *Coralia*, que ocupaban sus respectivos cajones de encina.

Acarició la grupa de su caballo de guerra, examinó el pienso, y complacióle ver con qué apetito trituraba la cebada el poderoso cuadrúpedo. Después se acercó á *Coralia*, que habiéndole reconocido apenas entró, agitábase bajo el cepillo que el ordenanza pasaba sobre sus lustrosas ancas.

–¡Bien, bien!, exclamó el coronel, acercándose al pesebre.

La yegua blanca volvió hacia él sus negros ojos, muy dulces, y su belfo sonrosado, estremeciéndose bajo la mano que le prodigaba caricias.

–¡Bien, bien!, repitió el Sr. de Francœur.

Y golpeando suavemente el cuello de la yegua, introducía la mano en su espesa crin y halagaba al cuadrúpedo como si fuese una mujer. Preguntó por su salud; mandó dar á *Coralia* agua de salvado, y salió después de dar otro golpecito con su mano abierta en el lomo de *Poitou*. El coronel apreciaba á sus caballos hasta el punto de no haber querido separarse de ellos ni confiarlos á nadie durante su ausencia. *Coralia* era su favorita, á pesar de sus travesuras; pero consideraba á *Poitou* como una especie de hermano mayor de raza inferior, y tal vez mejor que el hombre, porque era valeroso é infatigable, sin tener defectos.

En aquel momento oyóse un aullido: Tigiale, que acechaba á su amo detrás de la puerta, acaba de saltar sobre él, con la cola enroscada, el cuarto posterior ondulante, los ojos encendidos y danzando como un salvaje. El Sr. de Francœur sonrió: aquel era otro animal que él quería á su manera. Miguel se adelantaba con esa expresión respetuosa del ayuda de cámara acostumbrado á reprimir su mirada y su sonrisa, si bien un reflejo de ella indicaba – cosa que no menospreciaba el Sr. de Francœur – la simpatía á todo hombre permitida, aunque sea del lacayo al amo.

– El señor vizconde, dijo, trabaja en su taller, y ruega al señor conde que se sirva subir para almorzar con él, si es que esto no le causa molestia.

III

Por lo regular, el Sr. de Francœur se desayunaba con Marcos en la habitación de éste, no pudiendo su robusto estómago mantenerse sin alimento hasta la hora de almorzar, que no sonaba antes de las doce y media.

–¡Ven, puesto que te lo permiten!, dijo á Tigiale, que vacilaba en seguirle desde que le habían relegado á la cuadra. Era un castigo, porque se había portado mal con los gatos de la señora Fabvier, que tenía toda una familia de ellos en su aposento; la presencia del moloso había ocasionado entre ellos la perturbación y el caos, y desde entonces no se le admitía en las habitaciones de la casa; pero el taller era un terreno neutral.

Al llegar el Sr. de Francœur empujó vivamente la puerta, pero retrocedió con más presteza aún: acababa de ver, á la clara luz del sol, una mujer completamente desnuda, la modelo que Marcos copiaba tranquilamente de pie delante de un gran lienzo.

–¡Entra, entra!, exclamó al ver á su hermano; ya he concluído.

El Sr. de Francœur se adelantó con cierta cortedad, sin mirar aquel cuerpo muy blanco, que se mantenía inmóvil en una posición de ninfa de los bosques. Ni la cabeza ni la mirada de la estatua viviente se habían movido; el modelo conservaba su sonrisa, como si su desnudez no le perteneciese; pero recobró todo su pudor á una señal de Marcos indicando que levantaba la sesión; y por pronto que desapareciese detrás de un biombo, hubo tiempo para verla sonrojarse, convirtiéndose al punto su indiferencia de modelo en vergüenza de mujer sorprendida por un extraño. Sin verla, oíase cómo se vestía presurosa; y mientras estuvo allí, el Sr. de Francœur no dijo nada; entreteníase en examinar la pintura, de suave dibujo y de carnes un poco demasiado sonrosadas, aunque de un conjunto bastante delicado y armónico.

–¿No te encierras?, se atrevió á preguntar á su hermano cuando el modelo hubo salido.

Marcos, á quien la confusión de su hermano divertía, y que se había complacido en prolongarla un poco, contestó:

– Creía haber dado vuelta á la llave. ¿Será cosa de que ahora tengan miedo de algo los coroneles de coraceros?

– Advierte que yo no soy pintor, limitóse á decir el Sr. de Francœur.

Y pensaba que lo que es una necesidad para la gente del oficio no lo era forzosamente para un aficionado como Marcos; mas por otra parte, así trabajaba, y entretanto no pensaría en la baronesa, lo cual era siempre una ventaja.

– Este trabajo es el que enviaré á la exposición, dijo Marcos; hace ya quince días que me ocupo de él afanosamente con la grata esperanza de que merecerá alguna distinción.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA TORRE COLOSAL DE LA EXPOSICION DE CHICAGO

Según dice la revista científica *Engineering*, los organizadores de la Exposición Universal con que se ha de conmemorar en Chicago el cuarto centenario



Torre de la Exposición Universal de Chicago: proyecto de G. S. Morison

del descubrimiento de América, han resuelto definitivamente la construcción de una torre colosal que se alzará en el recinto donde ha de celebrarse aquel gran certamen.

Los trabajos para su erección han comenzado ya y los realiza una sociedad particular según el proyecto de G. S. Morison, de cuya grandiosidad puede formarse concepto por el grabado que publicamos.

La torre es, como era de esperar, muy parecida en su conjunto á la torre Eiffel que tanto llamó la atención en París durante la Exposición Universal de 1889 y que aún continúa llamando la de cuantos visitan la capital de la República francesa; pero será más alta que ésta, pues su elevación total alcanzará la enorme cifra de 341 metros, y los que la visiten disfrutarán de un golpe de vista incomparablemente mejor que la que gozaban los visitantes de aquélla, dadas las condiciones del territorio en donde se levantará la torre.

Dejando aparte la altura, habrá otra diferencia notable entre ambas torres, debida al distinto sistema que el suelo arenoso y blando de Chicago ha obligado á adoptar para las fundaciones de los pilares. La resistencia del suelo de arena contra una presión lateral es muy pequeña, y de aquí que los montantes, aislados y muy separados en la torre Eiffel, hayan tenido que ser reemplazados por otros cuya dirección se aproxime más á la vertical.

La primera y la segunda plataforma se alzan á 61 y á 122 metros del suelo respectivamente, la tercera á 274.

La torre terminará en un faro rematado en un asta de bandera.

La torre propiamente dicha tendrá en su interior una segunda construcción que únicamente servirá de vía de apoyo para los ocho ascensores, en cada uno de los cuales podrán ir 50 personas.

El peso total de la torre se calcula en 11.000 toneladas, de modo que cada uno de los ocho pilares de fundamento sólo habrá de sostener 1.375.

La estructura interior será la misma que la de la torre Eiffel, y en las dos primeras plataformas habrá los correspondientes restaurants, cafés, etc. La torre de cristales que corona el monumento tendrá dos pisos, cada uno de ellos con un espacio para los que quieran gozar de la vista que desde allí se disfrutará. En las instalaciones establecidas en este último piso no tendrá entrada el público: estas instalaciones consistirán en una plataforma con rieles por donde circularán los reflectores eléctricos, en un observatorio meteorológico y en un faro.

El extremo del asta de bandera que rematará la torre se levantará á 341'60 metros sobre los cimientos.

Los ascensores podrán conducir 7.000 personas por hora.

***

LA CIENCIA PRÁCTICA

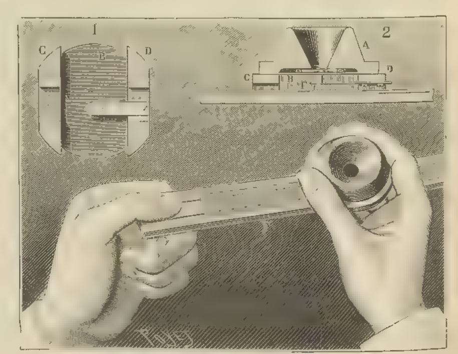
UN FONÓGRAFO DE AFICIONADO

En distintas ocasiones hemos proporcionado á los aficionados los medios de construir por sí mismos una porción de pequeños aparatos interesantes ó curiosos, pero hasta ahora no habíamos podido explicarle la manera de confeccionarse fácilmente un fonógrafo.

Hoy podemos llenar este vacío gracias á la revista *América científica*, de donde tomamos la siguiente descripción:

El fonógrafo de aficionado se compone de dos partes esenciales: una embocadura y una regla que recibe la impresión fonográfica. La embocadura A (fig. 2) lleva en su parte inferior una delgada plancha de palastro ó de hoja de lata cortada en forma de disco y fijada con cemento ó goma laca. En la cara inferior de la embocadura hay montadas dos guías por donde pasa una regla de madera F: estas guías están acanaladas en su centro para dejar paso á la plancha E fija en una de ellas por medio de dos pequeños tornillos. Gracias á la forma redondeada (poco visible en nuestro grabado) de la escotadura practicada en D puede ejercerse, apretando más ó menos uno ú otro tornillo, una presión variable de la plancha E sobre el diafragma vibrante, teniendo empero cuidado de interponer un pedacito de caucho entre la plancha y el disco para dar mayor elasticidad á la presión ejercida.

Una punta de alfiler, afilada como una aguja, va soldada á la plancha E: el centro del alfiler mira al centro del diafragma; pero las guías de la regla están dispuestas de manera que el centro del disco no coincida con el de la regla, de suerte que cambiando ésta de posición con relación á las guías, la aguja describa cuatro surcos distintos, dos en cada cara. Por medio de una gubia ordinaria de carpintero se practican cuatro ranuras en la dirección de las cuatro líneas trazadas por la punta cuando se mueve la embocadura en sentido longitudinal sobre la regla.



La ciencia práctica. – Un fonógrafo de aficionado

Las caras de ésta tienen una capa de cera de abeja para que se adhieran, y sobre ellas se aplican por presión y roce las hojas de estaño destinadas á recibir la impresión fonográfica y que de antemano han sido cortadas en tiras un poco más anchas que la distancia de las dos líneas trazadas por la punta que se desliza á lo largo de la regla. Así pegado el papel de estaño sobre la regla, se introduce ésta en las ranuras y se gradúa el trozo de punta que ha de sobresalir por medio de los dos tornillos á fin de que la aguja sólo imprima una ligera huella sobre la hoja. Entonces se hace deslizar la regla con un movimiento tan uniforme como sea posible al mismo tiempo que se habla en la embocadura. De este modo se obtiene una inscripción fonográfica que se reproduce haciendo deslizar por segunda vez la regla en el mismo sentido y con igual velocidad.

Es evidente que variando las velocidades del movimiento de la embocadura durante el período de inscripción y de reproducción puede modificarse la intensidad de las palabras pronunciadas, transformar una voz de tenor en una de bajo y realizar de este modo las mil y una fantasías á que se presta el fonógrafo más perfeccionado. La intensidad de los sonidos reproducidos puede aumentarse colocando en la embocadura un embudo de papel.

Los dibujos que reproducimos son suficientes para permitir á los aficionados algo hábiles construir este pequeño aparato ingenioso, que podrá prestar servicios útiles para la enseñanza elemental de la acústica. La escala del instrumento es proporcionada á las dimensiones que tienen las manos en el grabado que reproducimos.

***

NOTICIAS VARIAS

Temperaturas altas. – M. Lechatelier, de la Academia de Ciencias de París, ha intentado recientemente un nuevo ensayo para determinar la temperatura del sol. Sabido es que los cálculos hasta el presente verificados dan resultados muy diferentes comprendidos entre 1.500 y 5 millones de grados, siendo estas diferencias debidas á la elección de la hipótesis adoptada para la ley de la irradiación del calórico: podíase escoger, en efecto, entre la ley de Newton, la de Dulong y la de Rossetti. La primera ha sido determinada según experimentos que abrazan un pequeño intervalo térmico; la segunda, según un intervalo calorífico de 150 grados, y la tercera según un intervalo de 300. M. Lechatelier ha realizado sus experimentos en una extensión de 1.100 grados comprendida entre las temperaturas de 700 y 1.800, y de la curva que puede representar gráficamente los resultados deduce que la temperatura del sol debe ser de unos 7.600 grados, con la salvedad de que quizás sea algo más elevada la de la atmósfera.

El propio M. Lechatelier, que es inventor de nuevos procedimientos pirométricos en extremo sensibles, los ha aplicado á medir la temperatura de algunos hornos industriales, habiendo encontrado para ella cifras muy diferentes de las comúnmente admitidas.

He aquí algunos de los nuevos puntos de fusión determinados por M. Lechatelier: del azufre 118 grados, del oro 1.045, del paladio 1.500, del platino 1.775 y del acero dulce 1.520. Según el mismo autor, la temperatura de los hornos de vidrio es de 1.045, de ladrillos 1.100 y de porcelana dura 1.370. La temperatura más alta de cuantas se han observado es la de los filamentos de las lámparas de incandescencia, que es de 1.800 grado y puede llegar hasta 2.100.

Velocidad comparada de los trenes. – De una obra recientemente publicada tomamos los siguientes datos relativos á la velocidad de los trenes expresos de distintas naciones: Inglaterra, media 74 á 85 kilómetros por hora, máxima 125; Francia, 65 á 80 y 120; Bélgica, 78 y 100; Holanda 72 y 90; Alemania 65 y 85; Italia 78 y 80; Austria y Rusia 60 y 66, y América 67 y 126 y aun más.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

MEMORIAS DE DOS JÓVENES RECIÉN CASADAS, *por Balzac.* — Edición económica de la preciosa novela del gran escritor francés, cuyas obras ni envejecen ni pierden sus atractivos con el transcurso del tiempo. — Pascual Aguilar, Valencia. — Precio una peseta.

***

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por el doctor Wurtz,* traducción de *D. Vicente Peset y Cervera.* — Se han publicado los cuadernos 11 y 12 de esta importante obra que con tanto éxito publica en Valencia D. Pascual Aguilar. Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en la librería del editor (Caballeros, 1) y en las principales de España.

***

EL CENTENARIO Y LA ESTATUA DE D. ALVARO DE BAZÁN, *por D. Ramiro Blanco.* — Interesante memoria en la que su autor, el secretario de la Comisión permanente del centenario, da cuenta de todo lo llevado á cabo por ésta para honrar dignamente á aquel insigne caudillo.

***

GUÍA DE ESPAÑA Y PORTUGAL, *por D. Eduardo Toda.* — El autor de este libro, cuya importancia no necesita encarecimiento, se revela en él no sólo como conocedor experto del arte de viajar sino como observador profundo, artista de corazón y literato de buena cepa, merced á lo cual desaparece de la *Guía* la parte rutinaria para abrir paso al sentimiento artístico, que aun dentro de los límites de una obra de este género puede manifestarse en las descripciones de las joyas que nuestra península contiene y en multitud de detalles que adquieren notable relieve cuando de ellos se apodera un escritor como el Sr. Toda. El libro, elegantemente encuadernado, lleva multitud de mapas, planos y anuncios, ha sido editado en esta por D. Enrique López y se vende en las principales librerías al precio de 10 pesetas.

***

LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID. 1780. Texto de *D. Augusto Comas y Blanco,* fototipias de *J. Laurent y Compañía.* — Publicación en extremo notabilísima, donde se contiene una serie de interesantes estudios de los principales artistas contemporáneos españoles, debidos á la elegante pluma del reputado crítico Sr. Comas y Blanco. Las fototipias, en número de ochenta y dos, son todas bellísimas reproducciones de los principales cuadros y esculturas que figuraron en la Exposición de 1890 y son dignas de la fama de la casa Laurent y Compañía. La obra forma un voluminoso tomo en folio mayor, elegantemente impreso en excelente papel por los Sucesores de Rivadeneyra y se vende al precio de 50 pesetas.

***



EL DOCTOR RAIMUNDO ANDUEZA PALACIO,
presidente de los Estados Unidos de Venezuela

PRÓLOGO É INTRODUCCIÓN AL NOVÍSIMO VALBUENA, *por D. José Pujal y Serra.* COMPLETÍSIMO DICCIONARIO LATINO-ESPAÑOL-ETIMOLÓGICO, *por don A. Agustín Rocagomera.* — Estudio interesantísimo de la lengua y literatura del Lacio, en el que se tratan con profundo conocimiento todas las cuestiones de origen, etimología, ortografía y pronunciación del idioma latino: el Diccionario etimológico es verdaderamente notable. Véndense el prólogo é introducción junto con el Diccionario formando un tomo de 900 páginas en la casa editorial Viuda é hijos de Esteban Pujal (Platería, 66, Barcelona) y en las principales librerías al precio de 6,50 pesetas.

***

PRIMERA SERIE DE VIAJES ENOLÓGICOS, *por don Ezequiel Cernuda.* — Hoy que tanto preocupa la cuestión de los vinos, merece ser leído este folleto, en donde se estudia la producción de ellos en Tokay, Medoc, Madera, Borgoña, la de la cerveza de Estrasburgo y la del celebrado licor conocido con el nombre de Chartreuse. Este estudio contiene datos muy interesantes. Véndese en las principales librerías.

***

WATERLOO POLÍTICO. EXAMEN CRÍTICO DE LAS PRINCIPALES TEORÍAS SOBRE QUE DESCANSA EL EDIFICIO POLÍTICO MODERNO, *por D. Ignacio Díaz Caneja,* director de *El Boletín Mercantil,* de Puerto Rico. — Obra de gran importancia, en la que con gran erudición y elevado criterio se estudian los principales problemas políticos y sociales de nuestros tiempos. Los pedidos á las oficinas de *El Boletín Mercantil* (Fortaleza, 24 y 26, Puerto Rico).

***

¡SIGA LA FIESTA!, *por Luis Taboada.* — Es de los libros que no necesitan recomendaciones: la mejor que podría hacerse de él, está á la vista de todos; es el nombre de su autor, niño con razón mimado del público, que nunca podrá pagarle, por muchos ejemplares de sus obras que le compre, los ratos deliciosos que le proporciona con sus artículos inimitables. Los dibujos, de A. Pons, rivalizan en gracia con el texto. — Fernando Fe, Madrid, editor. — Precio 3,50 pesetas. Véndese en las principales librerías.

***

MANUAL DEL PINTOR AL LAVADO Y Á LA AGUADA, traducción de *D. Enrique Jiménez y Granada.* — Obra de suma utilidad para los pintores y aficionados á la pintura. — Pascual Aguilar, Valencia, editor. — Precio 1'25 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 18 de abril de 1892 — Núm. 538

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EXPENDEDOR DE NARANJAS EN SEVILLA, cuadro de D. José García Ramos

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

Pocos literatos, muy pocos, del fuste por todos reconocido en el eximio Pérez Galdós. Profundamente observador, ve hondo y ve lejos, por lo mismo que reconcentra mucho la mirada en los objetos presentes á su atención. Yo comparo la síntesis con el telescopio, que convierte la vista de suyo á lo infinitamente grande; y comparo con el microscopio la operación contraria, ó sea el análisis, que convierte la vista de suyo á lo infinitamente pequeño. Hay talentos de telescopio, cual el talento de Víctor Hugo; y hay talentos de microspio, cual el talento de Balzac. El primero ve mejor los cielos y las ideas; el segundo ve mejor las cosas y los hechos; el primero trae luz y acerca lo infinito á la vida contingente, mientras el segundo sorprende la vida en sus más recónditos misterios y conoce hasta el átomo imperceptible, que huye á la vista y aun á la misma observación. Pérez Galdós ha tomado el telescopio para mirar en los horizontes infinitos del tiempo las glorias nacionales, y el microscopio para mirar en las costumbres corrientes y continuas los microbios de la vida usual y diaria. En todo ha brillado como astro de primera magnitud y con todo ha conseguido un renombre ilustre. Muy periodista, muy crítico, muy filósofo, muy poeta, su calidad culminante ha sido siempre la calidad excelsa de novelador conspicuo. En este género de literatura sobresale su vocación interior y sobre tal ministerio y objeto se basa el fundamento de su vida. Y, por lo mismo, parecía poco idóneo para brillar en el arte dramático, necesitado de facultades y aptitudes muy opuestas á las facultades y á las aptitudes del narrador, que observa é historia sus observaciones, para sorprender más el móvil determinante de cada acción que las acciones mismas, objeto casi exclusivo estas últimas del autor dramático. No hay en la historia novelista que haya sido dramaturgo, ni dramaturgo que haya sido novelista. El mayor de nuestros ingenios, el inmortal Cervantes, ha compuesto las primeras novelas y las últimas tragedias de nuestro rico acervo literario. Tirso no vale por sus Cigarrales, no, lo que vale por sus comedias. La rapidez exigida por el teatro, siempre sujeto á las exigencias del tiempo y del espacio, riñe con las lentitudes propias de la novela, que dispone de cuanto espacio y tiempo quiere. No es mucho, pues, que los amigos de Galdós temieran un fracaso en la escena de literato tan feliz y prepararan la primera representación de su ensayo reciente con mucho tiempo, demostrando así un grandísimo acierto. La obra, muy reflexiva de suyo y muy bien dispuesta, no obstante aparecer como novela dialogada y en acción, vale por el caudal y copia de observaciones é ideas que la enriquecen, así como por la filosofía viva que hay allí puesta en rápida é interesante acción, dentro de argumento que se anuda con sumo arte y se desenreda con lógica y naturalidad, dados los factores entrados en la trama y los motivos determinantes de sus actos, y los caracteres que desarrollan en su acción, y las pasiones y los intereses que pugnan en el conflicto. Cumplida enhorabuena debemos dar á Pérez Galdós, amigo nuestro muy querido y muy antiguo, cuya gloria nos interesa por ser su nombre ornamento y gloria y lustre de nuestro tiempo.

II

La primavera comienza con recepciones académicas, aunque deban parecerse más á septiembre y octubre las Academias que á mayo y abril. Aquí acabamos de recibir á Barbieri en la Española, mientras recibían los franceses á Loti en el Instituto. ¿Quién deja de conocer á Barbieri en España? ¿Quién deja de admirarle? Su música repite los ecos de las armonías esparcidas en el aire nacional. Su musa resucita la voz de aquellas manolas fijadas por Goya en sus cuadros y de aquellos chisperos movidos por D. Ramón de la Cruz en sus sainetes. Barbieri se nos aparece como el más genuino repetidor de la melodía española difusa en las cordilleras de Ronda, en las costas de Málaga, en las orillas del Ebro y del Guadalquivir, en los campos de Vasconia y de Galicia. No hay acento más dulce y melodioso en aire ninguno cual el acento que dejan como una estela de notas armoniosísimas las cuerdas de nuestra guitarra helena. De aquí, del viejo lirismo, consubstancial á nuestro genio y á nuestra complexión, dimana que no brillemos en el arte lírico dramático cual brillamos en el arte lírico popular. Quien compone una serenata, parecida en su origen anónimo al romancero, una serenata de cadencias dulces y de melodías melancólicas, desahogo del alma individual evaporada en una cadencia semejante á una lágrima no puede componer las enmarañadas y complicadísimas armonías de un drama lírico. Así tenemos bien pocas óperas de repertorio, mientras tenemos innumerables melodías de mérito. Aquí nuestro gran músico al par que nuestro gran épico es el pueblo. Sus zorcicos en el Norte, sus coros en Levante, sus alboradas en Oeste, sus jotas en el Centro, sus serenatas en el Mediodía componen acaso el conjunto melódico más bello que haya la humanidad nunca escuchado en el mundo. Y aquí la gloria de Barbieri: escanciar en esas melodías sus dramas líricos, á la manera que los antiguos trágicos helenos escanciaban en los versos homéricos las inspiraciones de sus tragedias. Así explico su gran favor en el pueblo, favor que ha debido consagrar el Instituto literario, donde tienen su propia natural sede todas nuestras ilustraciones.

III

Pedro Loti acaba de ingresar en la Academia Francesa, como revelador en Francia de la mujer exótica. Marino desde la niñez, ha dado al globo la vuelta; y en estos viajes ha querido fijar antes que todo los caracteres femeninos encontrados por casualidad. Y como en Oriente los tipos y arquetipos duran tal número de siglos, leyendo las relaciones actuales de Loti creéis asistir á los primeros tiempos de la historia y á los primeros albores de todas las edades. Las letanías que nosotros decimos á la Virgen, dícenla los indios á la mujer. Ella suma el misterioso número siete, que preside, como reunión de arquetipos, á las creaciones universales. Ella sustenta en sus pechos todos los seres. Así, en la India, cuando llega la hora del sacrificio, y arde sobre las aras el fuego sacro, y se amontonan las ofrendas, y el coro canta, y la poesía mitológica vuela entre nubes de aromas exhaladas por humaredas misteriosas, y los instrumentos místicos despiden armonías mientras los fieles alzan sus plegarias á las alturas y hunden las frentes en el polvo, mandan los sacerdotes que pasen primero, ante todos, á la prestación del homenaje las madres, ungidas y santificadas por una misteriosa predilección de la Naturaleza. No así en China, no. Al constituir el Imperio la familia, constituyóla sobre bases imperiales; y como en estas bases no podía entrar de manera ninguna la igualdad, quedó la mujer sujeta de suyo al hombre, cual quedó el hombre sujeto de suyo al Emperador. Los proverbios chinos declaraban que así como la hembra del ave suele volar con su macho, la hembra del hombre debe vivir inseparablemente con su marido. No le queda en esta dura ley al sexo débil ningún recurso, ni las instituciones ni las magistraturas lo defienden. El esposo puede proceder como quiera con su esposa. Y si procede mal, ésta debe dirigirse al cielo, invocar á los espíritus, refugiarse allá en sus capillas y en sus santuarios, hacer ofrendas, colocar exvotos, recurrir á sacrificios y librarlo todo en manos de la diosa Misericordia, porque las leyes no tienen fórmulas en su favor ni la sociedad entrañas para ella desde la hora en que la entrega por casamiento á merced y arbitrio del marido. En los símbolos chinos, la mujer está representada por una teja y por un ladrillo, á causa de que á un ladrillo todo el mundo lo pisa y de que una teja se halla expuesta por completo á las injurias de los elementos. Si el hombre piensa, la esposa debe ser afirmación de su pensamiento; si cree, áncora de su fe; si habla, eco de su palabra; si anda, sombra de su cuerpo; si reza, repetición de sus oraciones, y hasta si muere, muerta, porque no existiendo aquellas hogueras en las cuales solían las viudas indias desaparecer abrasadas, existen otros muchos medios de seguir hasta más allá del sepulcro y en los senos de la eternidad á su marido, emperador y dios en las costumbres chinas. Todos sabemos que sus tradiciones sociales impiden á las chinas el salir de casa y el comunicarse frecuentemente, no sólo con la sociedad exterior, sino con el mundo exterior también. Por todo cuanto nosotros tenemos de orientales, guardamos frases y modos de decir cual este que sigue: «La mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa.» Así los chinos, para cumplir mejor la supersticiosa creencia de que la mujer no puede á sí guardarse y necesita estar guardada por grande vigilancia, la cual oponga obstáculos materiales á su libertad, mutilan sus pies hasta reducirlas á triste inmovilidad, aunque sirvan oficios necesitados de movimiento. Digan lo que quieran los apologistas que hoy el pueblo chino encuentra en todas las literaturas europeas, aquejadas por extravagantes retrogradaciones á lo pasado, si bien es cierto que la mujer toma parte muy activa en los oficios familiares hasta el punto de no emprenderse trabajos manuales sin su concurso ni celebrarse ceremonias religiosas sin su coparticipación, la inferioridad respecto del hombre por tal manera se patentiza, que vive y muere la infeliz en perpetua tutela, no asentándose á la mesa nunca jamás en los días solemnes y en las fiestas mayores, no mostrándose al huésped y al extraño, encerrada, como un instrumento de trabajo en los almacenes ó como un ave canora en las jaulas, en aquella parte del hogar que le pertenece, la más apartada y recóndita, más bien cárcel que verdadero santuario. Y no solamente habla Loti de la mujer india, de la mujer china, de la mujer islandesa, como grande viajador y marino; habla de la mujer americana, de la mujer polinésica, de la mujer árabe y marroquí, de la mujer japonesa, del tipo de todas las mujeres encontradas ó entrevistas en los abordos y en los desembarques naturales tras sus largas navegaciones, medios seguros para él de obtener y allegar estéticas impresiones, muy difíciles en el escritor pegado á las aceras de París como á su arrecife la ostra y muy ajenas á la secular liturgia del gusto parisiense, castigado y correctísimo, en pugna constante y abierta con todas las originalidades exóticas, por él consideradas como bárbaros asuntos, dignos de la Historia Natural, ó cuando más, de las ciencias etnológicas, pero indignos de las humanas letras. Estas fotografías femeniles, tomadas al vuelo y al minuto por Loti, le han valido un renombre de galanteador y mujeriego, muy útil en la buena sociedad y en el gran mundo para granjearle favor y crédito, pero tan dañosa en el ánimo de algunos empingorotados académicos, que le han hecho correr el riesgo de quedarse sin plaza, en castigo á esta especie de poligamia, pues no le consideraban resignado y conforme á decir cuanto dice de las innumerables mujeres transcritas á sus libros sin haberlas conocido más que por las orejas y por los ojos. Loti se plañe de que á él, casado y con hijos, le crean los murmuradores un polígamo por haber querido estudiar el lado femenil de nuestra especie, y compongan maliciosamente con sus tipos y prototipos innúmeros un harén cosmopolita como no lo tuvo jamás igual ningún gran señor en el Bósforo. Pero dejando esto aparte, que no vale la pena, y que sólo recuerdo por dar idea de las malicias parisienses, lo cierto es que Pedro Loti, á la manera de Saint-Víctor y de Gauthier y de Peletan, escritores plásticos y coloristas, únicamente ve la exterioridad en sus tipos y únicamente los juzga por los colores y por las líneas, adorador ferviente y fanático de la forma. Quizás á esto, á su amor hacia el deslumbrante brillo, el vistoso lustre, las transparentes lacas, las diafanidades multicolores de los pintados vidrios, la flora de oro incrustada en las porcelanas de China, los vistosísimos jarrones japoneses, los pájaros de plata semi-acuáticos que van entre arrozales de seda en los bordados asiáticos picoteando peces de unas escamas parecidas á pedrería, débese que lo inconsciente, como se llama hoy á lo providencial, según el pedantismo germanófilo al uso, haya puesto en el combate literario, precedente á su triunfo académico y á su ingreso en el sacro colegio de la francesa literatura, por un lado á él, estético de todo lo deslumbrador, y frente á él por otro lado al estético de todo lo feo; alma de mariposa el uno, que discurre y vuela sobre todos los cármenes floridos; el otro, siniestra y grande alma de buzo que se anega sin repugnancia en la cloaca de todos los vicios sociales; el uno ingenio agradable, Loti; genio extraviado el otro, Zola. Yo creo las dos obras muy dispares y los dos talentos muy heterogéneos; creo que no han combatido con verdad los dos sistemas opuestos, el idealismo y el realismo; han combatido la tendencia pesimista de cierta escuela contemporánea, que cree curar el mal exagerándolo y poniendo al descubierto sus llagas repugnantes y asquerosas para que no vayan á él ni las moscas, con la tendencia completamente plástica de otra escuela china, cuyas obras, á modo de porcelanas, esplenden por sus colores á los ojos y luego al tacto por su indiferencia os comunican una repulsiva frialdad. He concluído.

Madrid, 10 de Abril de 1892.



UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

AVANCE DE LOS ALEMANES

SE RENUEVA LA LUCHA. – DERROTA DEL EJÉRCITO FRANCÉS

(De nuestro corresponsal particular en el ejército alemán)

Suippes, 19 *mayo*

Toda la semana se ha pasado sin practicar movimiento alguno. Nuestra caballería y la mayor parte del ejército se albergan en los cuarteles franceses del campamento de Chalons, horriblemente sucio, pero mejor que el vivac en medio de la lluvia. Las patrullas recorren diariamente el Sur de Chalons-sur-Marne, y por el Este llegan hasta Bar le-Duc.

Rheims está de hecho cercado, porque nuestros exploradores destrozan las líneas férreas que desde París conducen á esta ciudad apenas las repara el enemigo, mientras que por el Oeste nuestros destacamentos están en contacto con el ejército francés en el Norte. Así hemos sabido que diariamente se envían tropas por la línea férrea hacia el Sud, lo cual corrobora la noticia de que van á intentar de nuevo un golpe como el de Bourbaki en 1870. En estas circunstancias es casi lo mejor que pueden hacer.

A nuestra retaguardia, las divisiones de reserva trabajan día y noche para completar las comunicaciones por una línea férrea con la de Namur-Luxemburgo; y como todo se había previsto hace años en sus más minuciosos detalles, no hay apenas entorpecimientos que inquieten á los ingenieros. Indudablemente será de corta duración nuestra permanencia aquí, pues los caminos están preparados y ayer recibimos las municiones para nuestra reserva. Espérase que la línea á través de Mezieres Givet quedará abierta dentro de un día ó dos, y entonces nuestro tren de sitio podrá tomar las obras defensivas de Rheims por un vivo fuego. Esta dilación, inútil me parece decirlo, contraría mucho á nuestros hotspurs, y he oído á muchos jóvenes subalternos que el anciano Moltke los habría conducido de una manera muy distinta. Sin embargo, yo creo que se podría demostrar por sus propias obras que no habría hecho tal cosa. Según él decía, el arte de la guerra no era sino la aplicación práctica de los principios propios para alcanzar un objeto dado, como por ejemplo la sumisión del enemigo á nuestra voluntad.

En 1870, con una vasta superioridad numérica, sin hablar de las fortificaciones del enemigo ni de sus aliados, el principio de exterminio por una serie de batallas fué la mejor política que se podía adoptar. Ahora, luchando contra fuerzas iguales, apoyadas por fortalezas que no dejan de tener su valor y habiéndose obtenido la primera victoria, que ha redoblado el valor en nuestras tropas, lo mejor que podemos hacer es aguardar al enemigo en una posición central, en vez de ir á estrellarnos contra las plazas fuertes, y dejar que él tome la ofensiva para salir después á su encuentro. Una vez reconocidos por nues-



La gran guerra de 1892. – Escenas en las calles de Rheims. Las tropas alemanas atacando á las turbas francesas que saqueaban la ciudad

tras avanzadas de caballería sus planes de ataque, no debemos esperar á que caigan sobre nosotros.

Fué acertado por parte del enemigo inducir á Rusia á descargar el primer golpe; pero esta ofensiva nos condujo á esgrimir antes el acero contra Francia. Por ahora podemos esperar la decisión de Rusia con relativa seguridad.

Las tropas no permanecen ociosas entretanto Después de un día de reposo y de haberse procedido á la reorganización de los regimientos, incompletos á causa de las pérdidas, que sólo ascienden á un 10 por 100 en el cuerpo de operaciones, volvían á trabajar de nuevo con la mayor tranquilidad, sin pensar siquiera en la proximidad de una batalla.

(A las 11 de la mañana)

Se acaban de recibir noticias de nuestra victoria de Alexandrovo, por lo cual quedarán libres al menos dos cuerpos de ejército para venir á prestar su apoyo en este teatro decisivo de la guerra.

Suippes, 25 *mayo (á las 10 de la noche)*

Saldremos mañana, á las cinco de la madrugada, en dirección á Bar-le-Duc, es decir, por el Sudeste.

Altura Le Maurupt, 27 *mayo (á las 10 de la noche)*

Otra victoria más decisiva para los alemanes. La censura no me permite decir más.

Campamento de Chalons, 31 *mayo (10 mañana)*

Otra victoria, y ahora puedo decirle lo que ha ocurrido, siguiendo el orden de los acontecimientos. Según había supuesto, los franceses intentaron otra vez el movimiento de Bourbaki, poco más ó menos con los mismos resultados. Por lo que hemos podido saber, tres cuerpos de ejército se trasladaron desde la línea de las fortalezas del Norte por París-Lyón, y todo su ejército del Este marchó á nuestro encuentro, apoyando su derecha en la línea de sus obras defensivas del Sur.

Nuestro segundo cuerpo de ejército avanzaba por ambas orillas del Aisne: teóricamente este movimiento era sin duda poco acertado, pero no se podía hacer otra cosa. Las tropas del tercer cuerpo pasaron por el Mosa para formar en su izquierda; y nosotros destacamos tres cuerpos para reforzar la derecha, dejando dos cuerpos de campaña y algunas divisiones de reserva (creo que seis) para tener en jaque al ejército enemigo del Norte, y retirarse lentamente en el caso de que se vieran atacadas con peligro.

Nuestro cuerpo de ejército se reunió el 26, á las cuatro de la mañana, alrededor de Suippes. Se había reconocido detenidamente el país, y guiados por oficiales del estado mayor topográfico, todos los combatientes avanzaron según el antiguo y excelente método napoleónico á campo travieso, marchando solamente por las carreteras los trenes y el cuerpo de artillería. La lluvia había cesado y el viaje fué bastante bueno. Nuestros hombres estaban animados del mejor espíritu y parecían recordar la marcha sobre Sedán; pero salió el sol, y á eso de las cinco de la mañana, cuando habíamos recorrido ya unas veinte millas, comenzaron á manifestarse algunas señales de cansancio. Sin embargo, pronto se percibió el ruido de los cañones enfrente y las tropas se reanimaron.

A eso de las seis y media recibimos la orden de hacer alto para vivaquear, y afortunadamente estábamos cerca de algunos estanques y de un arroyo. Nuestra caballería había tenido esta vez una ligera escaramuza con el enemigo; pero después de rechazar algunas patrullas, se acercó á la infantería francesa, desplegada evidentemente para la acción, pero sin atreverse á intentar nada. A decir verdad, no había razón para ello, pues podían verlo todo perfectamente desde algunas alturas vecinas, y con esto cumplían su deber. De este modo supimos dónde estaba el enemigo, sin que él conociese nuestra posición, y esta era nuestra ventaja.

La lucha comenzó con una correría por las alturas: no teníamos ninguna ventaja particular, y hubo desde luego escaramuzas á lo largo de toda la línea; una gran parte de nuestra artillería no podía funcionar y lo mismo sucedió con la del otro lado. Los alemanes, gracias á la superior disciplina de sus soldados, pudieron sostener la lucha en la línea. Merced á la buena táctica y á la actividad del estado mayor, cuando se necesitaban tropas de refresco llegaban al punto. Por el otro lado, el enemigo, no conociendo bien la manera de batirse la infantería, avanzaba al ataque en una serie de extensas líneas, siguiéndose una á otra con demasiada rapidez, de modo que gastaban su fuerza antes de llegar á la línea de batalla, y entonces el estado mayor no enviaba el apoyo necesario con la debida oportunidad. Pronto fué evidente que estaban sufriendo más pérdidas que nosotros.

Así, de hora en hora, nuestro ataque era cada vez más vivo, y observadas nuestras fuerzas desde cierta distancia, presentaban un curioso espectáculo: dos largas líneas ondulantes, sobre las cuales se cernía una especie de ligera bruma azulada, parecían moverse cada cual á impulsos de una fuerza elástica, y cuando el equilibrio se perturbaba en un punto, una línea retrocedía y otra avanzaba, hasta que el fuego de flanco la obligaba á detenerse un momento.

Por la tarde llegamos á la orilla del camino alto que domina el valle por donde cruza el canal de Rhin-Marne, y entonces pudimos explicarnos la causa de las perturbaciones observadas en el equilibrio de las dos líneas. Los franceses se ocupaban mucho de sus flancos y demasiado poco de su centro; de modo que allí donde dos batallones ó compañías se tocaban, los hombres agrupados ofrecían mejor blanco. Además de esto, el fuego desde el centro aflojaba, y en el momento en que la presión del enemigo cedía, los alemanes se precipitaban hacia adelante para llenar los huecos. Muy pronto, por otra parte, los franceses trataron de enviar sus reservas en columna, pues los soldados no querían ya avanzar en ala, y entonces fué cuando el fuego de carabina hizo estragos. El momento oportuno para descargar el último golpe se acercaba: nuestra artillería, avanzando á cubierto de las colinas, destrozaba la del enemigo en la llanura, pero también debió cuidarse de salvar sus reservas. De improviso vi á un ayudante de campo separarse del general en jefe, que estaba muy cerca, y entonces busqué un terreno quebrado para librarme de la tempestad que preveía.

Veinte minutos después vi avanzar al menos ocho escuadrones al galope; sus batidores gritaban á la infantería que se tendiese en tierra, y los más lo hicieron así; después la caballería, detenida un momento, cayó sobre el enemigo, que sólo distaba unas doscientas varas, pasó sobre él, y prosiguiendo su carrera fué á unirse con las reservas. Nuestra infantería, formando columnas, se precipitó con bayoneta calada en persecución del enemigo, y entonces tuvimos el último cuadro del segundo Waterloo. El canal y el arroyo nos impidieron avanzar; pero destacáronse varias compañías para asegurar el paso, que hubiera sido muy enojoso si las tropas que estaban á nuestra izquierda no se hubiesen apoderado ya de todos los pasos de Revigny.

Acercábase la noche, y la lucha se dió aquí por concluída. Volví á la retaguardia, y allí me dieron de comer, recibiéndome con toda clase de atenciones los oficiales del tercer cuerpo, que acababa de llegar sin haber entrado en acción.

A eso de las cinco de la mañana siguiente, las tropas estaban aún sobre las armas; mas por la noche recibióse noticia de que el ejército francés del Norte avanzaba, y comenzamos á retroceder por el mismo camino recorrido antes. Cuando marchábamos túvose también conocimiento de la victoria de los ingleses en el Mediterráneo y de ciertos rumores sobre perturbación comunista en París. También me dijeron que se habían destacado dos cuerpos del segundo ejército en las cercanías de Sainte Menchould, y que dos más, procedentes de la frontera rusa, llegaban á Pont-á-Mausson. Estas fuerzas, con las cuatro divisiones bávaras de reserva, preparábanse para atacar al ejército francés del Oeste por su flanco derecho. Por la noche llegamos á la línea del gran camino de Chalons-sur-Marne Sainte Menchould, y á eso de las cuatro de la tarde caímos sobre el flanco de un cuerpo francés que avanzaba desde Epernay hacia el campamento de Chalons. Parte de las fuerzas de Sainte Menchould, marchando por Suippes, se hallaban á nuestra derecha, y juntamente rechazamos á los franceses con algún desorden hasta el terreno montañoso inmediato á Moronvilliers, cortando la línea de Rheims.

El cuerpo que dejamos para vigilar esta última plaza había retrocedido batiéndose el día anterior, y ocupaba el camino de Suippes por Somme puis-Attigny, es decir, hacia el Norte y el Sud.

Al rayar el día avanzamos de nuevo, y muy pronto comenzó una refriega que, dado el terreno montañoso y cubierto de bosque en que nos hallábamos, debía ser mortífera para nosotros. Como antes, el combate se decidió por la persistencia de nuestras tropas, que sufrieron considerables pérdidas, y por la superioridad del estado mayor. En cuanto á combinación táctica, hubo poca ó ninguna en gran escala. La artillería divisionaria y la caballería sufrieron mucho para apoyar á la infantería.

Llegamos al punto culminante de la meseta al cabo de cinco horas de combates sucesivos, en los cuales perdíamos mucha gente; el cansancio y desfallecimiento de nuestras tropas eran tales, que centenares de hombres caían y levantábanse para dar algunos pasos más. A los franceses debió sucederles lo propio, pues encontramos muchos rezagados. A decir verdad, en las últimas horas de la tarde la lucha fué tenaz, y el enemigo se batió con un denuedo que no había mostrado hasta ahora, sin duda porque el terreno, siendo en otras ocasiones favorable para nuestra caballería, no les permitió maniobrar tan bien.

Esta vez los matorrales y las espesuras favorecieron al enemigo para rehacerse cuando le era necesario, y muchos son los casos en que los oficiales superiores de los franceses, siguiendo el ejemplo del mariscal Ney en la retirada de Rusia, defendieron el terreno palmo á palmo.

La batalla se terminó por un golpe decisivo, á seis millas al Norte, en terreno donde nuestras tres armas pudieron maniobrar á una; y á eso de las seis de la tarde la resistencia á nuestro frente cedió al fin. Con esto terminaba la lucha, y las tropas quedaron reposando sobre sus armas, demasiado rendidas para dar un paso más.

Durante la noche, sin embargo, una división de caballería perteneciente al segundo cuerpo de ejército que se había agregado á nuestra retaguardia durante la acción, batió los vivaques de los franceses, cayendo primero sobre la artillería y alguna caballería y diseminando sus monturas, que huyeron en toda la extensión de la línea. Este último golpe convirtió la retirada de los franceses en una derrota. Aquello fué algo parecido á la maniobra de York en Laon, en 1814, pero más completa.

Nuestro cuerpo de ejército estaba demasiado rendido para perseguir á los franceses; pero el que teníamos á la derecha, que había quedado fuera de la línea por nuestro movimiento convergente del día anterior, marchó en seguimiento del enemigo, antes de amanecer, en dirección á Rethel.

AVANCE DEL SEGUNDO Y TERCER EJÉRCITOS SOBRE PARÍS

BOMBARDEO DE RHEIMS

Warmeriville, 6 *junio*

La situación general es la siguiente: en el ala oriental los alemanes hicieron unos 30.000 prisioneros, rechazando los restos del ejército del Este hasta Epinal y Belfort.

Dejando tres cuerpos y las divisiones de la reserva bávara para vigilar dichos puntos, el resto del segundo y tercer ejércitos avanzaron por el valle del Marne sobre París, debiendo llegar hoy su vanguardia á Epernay. Las tropas del ala occidental hicieron retroceder al enemigo por el Norte hasta Laon y la frontera de Bélgica, haciendo 20.000 prisioneros; pero se sabe que 60.000 cuando menos han marchado á París por la línea férrea.

Rheims está cercado; nuestro cuerpo de ejército, que perdió un 25 por 100 en la última acción, se ha quedado de reserva alrededor del pueblo donde escribo la presente. Parte del tren de sitio llegó aquí hoy, y se espera el resto dentro de poco.

SAQUEO EN RHEIMS

Rheims, 14 *junio*

El tren de sitio ha llegado completo en la noche del 10; el 11 se puso en batería, y al día siguiente se rompió el fuego contra los tres fuertes, Brimont, Fresnes y Berru. Lo mismo sucedió aquí que delante de Verdun; á las pocas horas, nuestro fuego convergente desde las posiciones cubiertas destrozó los fuertes, y los cañones del enemigo quedaron sepultados en los restos de sus propios parapetos, excepto algunas piezas que, situadas indirectamente, continuaron haciendo fuego, aunque sin causar daño alguno. Esta circunstancia y la ventaja de la pólvora sin humo se combinaron para favorecer el ataque.

Al amanecer del 12 avanzamos para asaltar una de las posiciones intermedias, y no contra los mismos fuertes, porque éstos, más que otra cosa eran montones de cieno, tan saturados estaban por el óxido carbónico debido á la explosión de nuestras bombas; de modo que ni amigos ni enemigos podían servirse de ellos.

La lucha no dió lugar á incidentes de especial interés; pero en ella se observó hasta qué punto se habían desmoralizado los franceses y cuán devastador era nuestro fuego. Las colinas en que se elevan Berru y Brimont se hallaban en nuestro poder á mediodía y Fresnes quedó cercado poco después. Solamente pudimos hostigar al enemigo que se retiraba con nuestro fuego, pues Rheims estaba protegido aún por

atrincheramientos levantados apresuradamente, que apenas podíamos distinguir bien porque el sol comenzaba á declinar.

Durante la noche se dispuso en batería el tren ligero de sitio en las alturas que se habían tomado, y poco después nuestras avanzadas anunciaron que se oía fuego y tumulto en la ciudad. Pronto se confirmó la noticia, pues á la mañana siguiente, apenas nuestros cañones comenzaron á funcionar, enarbolóse la bandera blanca en la torre de la catedral, y á eso de las diez avanzamos como mediadores, puesto que una turba armada había ocasionado un conflicto durante la noche; después de matar al jefe de la guarnición, comenzaron á saquear á los habitantes, y no habiendo ya disciplina, el segundo comandante cedió á las instancias de aquéllos, consintiendo en rendirse Se despejaron las calles sin mucha dificultad, porque los revolucionarios huían como liebres, y el buen pueblo de Rheims, recordando la ejemplar conducta de las tropas en 1870, nos recibió como amigos más bien que como enemigos.

MARCHA SOBRE LA CAPITAL

LA REVOLUCIÓN EN PARÍS - SE DECLARA EL ARMISTICIO

Meaux, 21 junio

Después de un día de reposo marchamos hacia Dormans, y desde aquí, por el valle del Marne, seguimos avanzando á través de un país que presenta un paisaje delicioso.

A cada paso recibimos noticias de la perturbación anarquista en París, y creo que el desenlace no se hará esperar mucho, dependiendo todo del tiempo que nuestros ingenieros y las tropas necesiten para restablecer las comunicaciones. No he visto ningún desperfecto que exija más de tres días para repararlo.

Claye, 27 junio

Esta mañana, al amanecer, después de un bombardeo preliminar de veinticuatro horas, se asaltó la posición entre los fuertes de Vanjours y Chelles. El efecto del bombardeo fué lo que había sido delante de Rheims, y dejamos los fuertes intactos. Las guarniciones se habían refugiado en la parte baja, y al principio rehusaron salir; mas al verse completamente cercadas y hallándose en gran peligro por las bombas que reventaban á cada momento, al fin salieron y entregaron las armas, convencidas de que era imposible toda resistencia. La línea entre los dos fuertes se había fortificado con todos los recursos del arte; pero todo fué inútil ante el fuego de los alemanes.

Esta línea dependía de los fuertes para la defensa del flanco, y cuando se apagó el fuego de aquéllos, siguióse la lucha de frente, en la que la inmensa superioridad de nuestra artillería produjo su acostumbrado efecto. Al principio hubo algo que se le asemejaba mucho á una escaramuza. Protegidos por el fuego de nuestros cañones de grueso calibre, mantenido todo el tiempo que fué posible, nuestros guerrilleros trepaban por los obstáculos, disparando contra todo francés que asomaba la cabeza; de modo que los que iban detrás tenían tiempo de cortar los alambres, etc. En algunas partes las obras defensivas no permitían proceder con tanta facilidad; pero éstas perdían su valor cuando se atacaban los flancos, y nuestras tropas dieron principio al asalto. Nos apoderamos de la posición casi á la primera embestida; después siguiéronse largas horas de lucha en el bosque; pero al cerrar la noche, nuestras avanzadas eran dueñas de la línea, Dugny, Le Bourget, Raincy y Neuilly. Muchos de los oficiales habían estado allí antes. Ahora estamos en buena línea para bombardear la ciudad.

Mientras escribo estas líneas comienza á circular el rumor de que han estallado grandes incendios en París, pero me atrevo á asegurar que no pueden ser debidos á nuestras bombas.

Claye, 28 junio

Ha cesado todo el fuego en las avanzadas. Confírmase la noticia de haber llegado un parlamentario con bandera blanca, y considérase como seguro un armisticio.

(Más tarde)

Ahora sabemos positivamente que ha estallado una insurrección en la ciudad; el gobierno ha sido depuesto, y asegúrase que las turbas han asesinado á varios de sus individuos. Seguimos avanzando en dirección á la línea de los antiguos fuertes, que sin duda serán entregados para dejar libres á las guarniciones á fin de que vayan á combatir á la *Commune* y desde ellos tendremos la ciudad á merced nuestra.

(Continuará)



La gran guerra de 1892. – La caballería alemana atacando de noche los vivaques franceses

LAS AFICIONADAS A LA PINTURA

No ha mucho, lector mío, traté de fijar mi atención sobre los aficionados á la pintura y la manera como cumplen lo que ellos creen una verdadera misión. Hoy, siguiendo mi tarea, voy á esbozar para tu solaz algunos tipos, de aficionados también, siquier más inofensivos que aquéllos y dignos de toda clase de miramientos por pertenecer al sexo débil, tan digno de consideración aun en medio de sus extravíos.

Ni por un momento entra en mi ánimo zaherir ni poner en evidencia á la inmensa pléyade de jóvenes que, como mero pasatiempo, dedican algunos momentos robados á otras tareas de índole puramente femenina á aprender algunos rudimentos de dibujo, á copiar alguna estampa con primor digno de un japonés ó á pintarrajear algunas florecillas más ó menos fantásticas. No: esto, á más de ser una crueldad, sería una injusticia de tomo y lomo, pues semejantes distracciones no pasan generalmente los umbrales del hogar doméstico, y nacen, viven y mueren en el medio ambiente que alimenta el cariño de la familia, para mí siempre respetable.

Mi objetivo es otro, y bien lo indica el título de este artículo, pues con decir *aficionadas á la pintura* queda sentado que sólo voy á ocuparme de quien con más ó menos fundamento pretende sentar plaza en las huestes artísticas, ya que no como capitán

benemérito, al menos como soldado distinguido; á quien si la fortuna ayuda no le está cerrado el camino para llegar á los más altos grados de la milicia del Arte bello.

Algunas aunque muy pocas aficionadas, en efecto, alcanzan la realización de su ambicioso ideal; pero en cambio, ¡cuántas no pasan jamás de los primeros peldaños de la empinada y larguísima escala que conduce á la inmortalidad!

Examinemos, pues, algunos tipos de aficionadas á la pintura, que nos darán pie para hacer algunas observaciones pertinentes al objetivo que me he impuesto al emprender este artículo con el fin más didáctico que recreativo.

En primera fila entre las aficionadas merece figurar la pintora *pschut*, y empleo este vocablo bárbaro porque por sí solo indica ya quién es la seudo artista. Nacida en familia aristocrática y acaudalada que le proporcionara medios suficientes para vivir sin preocuparse de las prosaicas tareas en que emplean su tiempo la mayoría de sus congéneres, la aficionada que me ocupa suele desarrollarse en una atmósfera saturada por el incienso con que pródigamente la desvanecen sus allegados y admiradores, mucho más numerosos, si, como acontece alguna vez, la madre Naturaleza dotó á la referida de un rostro seductor ó una gentil presencia. Desde la edad juvenil, la música, el canto, la equitación y la literatura ocuparon sus ocios; pero no bastando todas estas distracciones á su insaciable afán de brillar y distinguirse, quiso la suerte que en un viaje al extranjero topase con un maestro que, ora por interesadas miras, ora porque de buena fe creyera tener ante sí una verdadera artista, la inició en los rudimentos de la pintura que ella se asimiló con la paciencia y docilidad que caracterizan los trabajos femeninos. Un poco de dibujo aprendido por el método Cassagne; algunas cabezas sobadas, lamidas y duras, copiadas de Julien; cuatro estudios de color corregidos y retocados por el maestro, y una copia grandemente repintada por el mismo, dieron pretexto casi siempre á nuestra heroína para ostentar orgullosa el título de discípula de Monsieur X y Z y alas para volar por cuenta propia por el voluminoso cielo del Arte.

Después de decorar lujosamente una soberbia estancia, mezcla de *boudoir* y de estudio, la aficionada de alto bordo comienza á lucir sus habilidades en el género que llama su atención, eligiendo con preferencia los retratos, para los que sirven de modelo con profunda delectación los parientes y los amigos y hasta el bull-dog y el angola de la casa. El parecido en este caso es lo de menos, y por otra parte no cuesta tampoco gran cosa el conseguirlo, merced á los aparatos de proyección y ampliación de fotografías; lo esencial es, como dicen los admiradores, la gracia y el brío con que está ejecutada la obra. ¡Qué talento tan inmenso! ¡Qué *chic* tan delicado! ¡Qué inspiración! ¡Qué manos! Y á más de esto, exclama alguno en un arranque de sinceridad: «¡Qué cocinero tan superior el que dispone los *five o' clocks* que se saborean en el estudio las tardes de recepción!»

Por lo general, la dueña de aquel santuario del Arte, como le llama un revistero elegante, contenta con el aplauso del círculo que la rodea, no aspira á las ovaciones públicas; y temerosa, aun cuando no lo confiese, de la suerte que sus cuadritos podrían correr en una Exposición, se limita á embadurnar lienzos para su uso particular, y á lo más envía sus producciones alguna vez á las tómbolas y *kermeses* benéficas, en las que el manto de la caridad lo tapa todo, con tal que esté bien presentado, de lo cual ya se encarga un comerciante de molduras alemanas.



FAUSTO Y MARGARITA, cuadro de D. Germán Hernández Amores

Rara vez la aficionada que he tratado de esbozar se dedica al paisaje; la figura es su fuerte; la tarea de copiar la Naturaleza es en cambio patrimonio de otra clase de *diletanti* que podemos denominar *aficionada modesta*.

Sin pretensiones de subir tan alto como la otra, y mirando con santo horror el estudio del cuerpo humano, comienza su tarea por la copia de esos fementidos cromos alemanes baratos que inundan á Europa de algunos años á esta parte. El profesor, que tampoco suele ser una notabilidad, cifra todo su empeño en que la copia resulte tan exacta que parezca salida de la misma fábrica que el original. ¡Qué gran gloria poder decir la interesada al enseñar alguna de sus obras: «No confundan ustedes; ésta es la que yo he pintado!»

Con tales elementos, el día que la paisajista se cansa de copiar todo cuanto el maestro arroja á su voracidad y se decide á componer algo por cuenta propia, lo que menos piensa es en acudir á la madre Natura, fuente inagotable de belleza. En vez de andar triscando por montes y valles recurre á sus carteras de cromos y á las colecciones litográficas de paisajes; y árbol de aquí, peñasco de allá, casita de acullá, etc., compone un país que por su disposición rivaliza con los primeros que los *trecentistas* idearon para fondo de sus obras, y en cuanto á color y sentimiento del natural corre parejas con los que el célebre Jerónimo Boch inventó para las disparatadas tablas de asuntos fantásticos que pueden estudiarse en los Museos.

Decía cierto profesor de gran fama entre el bello sexo de una capital de provincia, que el paisaje para las señoritas «es cuestión de hacerse con *una manera*, porque ¡cómo han de ir ellas al campo á pasar las mil y una incomodidades que la cosa trae consigo, cuando con una fotografía y un cromo se tiene todo lo que puede necesitarse, el dibujo y el colorido!» No opinaba así el gran paisajista valenciano Juste (desgraciadamente perdido para el Arte en el apogeo de su talento) en ocasión en que una aficionada, tras de lamentarse de que las marinas que em badurnaba no tenían *sabor del natural*, le pedía la fórma para pintar las movedizas aguas del Mediterráneo, á lo que respondió el laureado artista: «Todo consiste, señora, en que la piel de su cuello adquiera el color del cuero de Córdoba á puro darle el sol en la playa haciendo estudios.» Esta contestación encierra pintorescamente enunciado todo un sistema de ense-

ñanza, que es la antítesis y la protesta más enérgica de los procedimientos que vienen empleándose, sobre todo en cuanto á la instrucción artística de la mujer se refiere.

Existe otro tipo, en nuestro país no muy abundante, que es la *aficionada de profesión*. Emparentadas con algún artista, la mayor parte de ellas han aspirado desde su niñez el olor de los colores y los barnices, desarrollando sus aptitudes con el trato continuo de las gentes de la profesión.

Los azares de la fortuna suelen colocarlas á lo mejor en la dura necesidad de ganar el sustento; y poco afectas á las labores de su sexo, acuden á los pinceles como tabla de salvación. No atreviéndose, sin embargo, á abordar el grande Arte, en el que no basta la voluntad para vencer, se contentan con la modesta posición de copistas. Unas reproducen las obras clásicas de Rafael, otras se entusiasman con las fastuosas composiciones de Rubens, y la mayoría se decide por Murillo, el eximio pintor sevillano, cuyos cuadros religiosos, tranquilos y dulces tienen gran salida, no sólo entre las personas piadosas, sino también entre los visitantes de nuestros Museos.

Hay que reconocer que la mayoría de estas copistas ejercen su afición con escrupulosidad, y que sus obras, como desprovistas de las impaciencias y arranques del genio varonil, son, en concepto de simples reproducciones, muy superiores á otras debidas á maestros insignes, poco aptos para la copia servil y minuciosa de los cuadros antiguos.

Algunas de estas aficionadas de profesión no se contentan siempre con su modesto papel, y después de un período más ó menos largo de trato con los artistas que frecuentan los Museos, se deciden á perfeccionar sus conocimientos, y he aquí cómo surge una nueva variedad del tipo.



FRANCISCO TAMAGNO, primer tenor del Gran Teatro del Liceo, de Barcelona, durante la presente temporada

Vedla marchar camino del Museo del Prado ó la Academia de Bellas Artes con la caja en una mano y la sombrilla en la otra, erguido el busto, alta la cabeza, cubierta con artístico sombrero y lanzando una mirada entre desdeñosa y burlona á las demás mujeres de diversas condiciones que se cruzan en su camino y que á su vez la contemplan con una sonrisa sarcástica, diciéndose unas á otras: «Ahí va una pintora,» mientras ella impasible prosigue su camino entornando los ojos para apreciar mejor un efecto de luz ó deteniendo el paso para contemplar un instante el pintoresco grupo que forman unos mendigos, tras de lo cual abre coquetamente su sombrilla y cruza ligera y airosa la abrasada planicie que separa la Carrera de San Jerónimo de las escalinatas del Museo de Pinturas.

En cuanto á sus obras, no hay para qué ocuparnos de ellas: mientras no traspasan el nivel de estudios, bocetos, tanteos y ensayos nada significan fuera del círculo de la familia y los amigos, y sólo burlas y sonrisas malévolas logran de los inteligentes, que las califican de «cosas de mujeres.» Si por ventura logran traspasar la línea que encierra las obras anodinas, para colocarse por su propio mérito entre las producciones artísticas dignas de este nombre, entonces la aficionada de profesión deja de serlo *ipso facto*, colocándose por derecho propio entre los artistas verdaderos, con los cuales nada tiene ya que ver mi artículo.

No sería difícil encontrar algunos tipos más de aficionadas femeninas que describir si mi objeto fuera sólo



EL HAMBRE EN RUSIA.—DISTRIBUCIÓN DE SOPA EN EL CONVENTO DE ALEJANDRO NEVSKI EN SAN PETERSBURGO



DESPUÉS DE LA BATALLA (episodio de la guerra ruso-turca de 1877-1878), celebrado cuadro de Wereschagin



RECUERDOS DE MI NIÑEZ, cuadro de Adalberto de Kossak

dibujar figuras del natural; pero para ello tendría que internarme á mi pesar en el terreno de lo grotesco, y no entra tal idea en mis propósitos.

Con lo dicho basta para deducir la consecuencia de que el atraso que en materias artísticas se nota en el bello sexo de nuestro país, se debe, no á que la mujer, como pretende algún autor, carezca de facultades para el cultivo del Arte, sino á que siendo éste difícil para todos, lo es más para el elemento femenino, que si por la organización y preocupaciones sociales encuentra dificultad suma para hacer estudios verdaderamente serios, en cambio atrae sobre sus obras el desdén más injusto ó la adulación más exagerada, hijos de una conmiseración inexplicable, merced á lo que la infeliz pintora no puede aquilatar jamás el verdadero mérito de sus obras, obcecándose en errores que oye celebrar á cada paso.

Antiguas tradiciones vedan á la mujer española el estudio de la figura en los modelos vivos, que tiene que sustituir con láminas, vaciados, fotografías, etc., que jamás podrán reemplazar al natural, sin el que no conozco artista digno de tal nombre que haya llegado á dibujar nada serio ni concienzudo. Copiando el plano y el yeso se podrá llegar á hacer un bonito dibujo para un álbum, un abanico ó una tarjeta de felicitación; pero *plantar* figuras en una composición, modelando los cuerpos y dando expresión á la fisonomía, haciendo en una palabra un verdadero cuadro, eso no puede ni podrá nunca lograrse así, y sólo el que no conozca el Arte técnicamente podrá negarlo.

Una cosa semejante he afirmado anteriormente con respecto al paisaje: por tanto, el remedio es bien sencillo, y ya lo indicó también Miguel Angel al contestar á cierto artista que se quejaba de no poder ir á estudiar á Roma: «En todas partes hay hombres y campiñas, y eso basta.»

Ahora bien; sentados estos principios, ¿deberá la mujer despojarse de rancios escrúpulos, y atenta sólo al objetivo artístico olvidar los recelos del pudor, estudiando la figura humana hasta conocerla con la minuciosidad con que lo hacen los artistas del sexo fuerte?

Ardua es la cuestión para ser resuelta *simpliciter* y de plano, por los muchos puntos de vista que ofrece; pero aun á riesgo de pasar por audaz, me atreveré, refiriéndome sólo al aspecto técnico, á indicar que si la mujer no se propone en el estudio del Arte más que un mero pasatiempo le basta y sobra con lo que hasta aquí se ha venido haciendo y que no hay razón para que salga de la casta atmósfera del hogar doméstico; pero que si sus propósitos son más atrevidos, si quiere ser una verdadera artista, entonces deberá hacer todo, todo cuanto sea necesario para lograr sus fines; que no de otra suerte procedieron las que han logrado dejar un recuerdo ilustre en la historia del Arte, y los nombres de infinidad de pintoras españolas, famosas en los anales patrios, prueban hasta la evidencia que el Supremo Hacedor no ha negado á las mujeres de nuestra nación el genio que hizo célebres en extrañas tierras á Artemisa, Gentileschi, Mad. Lebrun, H. Broun, Rosa Bonheur, Mad. Lacroix y otras tantas de imperecedera memoria.

A. Danvila Jaldero
C. de la R. A. de San Fernando

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Acerca de la Exposición internacional de Música y Teatro que próximamente ha de celebrarse en Viena, encontramos las siguientes interesantes noticias: la Sociedad Filarmónica de Budapest dará algunos conciertos en la segunda quincena de mayo; Rubinstein y Saint Saens han prometido dirigir un concierto cada uno, y el Comité imperial alemán tiene preparáda una serie de espectáculos para dar á conocer la historia de las bandas de música militares desde 1700, para lo cual se han constituído varias comisiones encargadas de recoger estampas, notas antiguas, libros y toda clase de datos curiosos que puedan servir al mejor desarrollo del original proyecto.

El teatro ocupará una superficie de 2.000 metros cuadrados, y podrá contener 1.600 personas y reunirá todas las condiciones de seguridad y comodidad apetecibles, que harán de él un teatro modelo. Las representaciones internacionales, que constituirán una verdadera historia teatral, comenzarán por las de la compañía Burgtheater, de Viena, á las que seguirán las del teatro Popular Alemán, de Viena; las del teatro Alemán, dirigida por L'Arronge; las de los teatros Tomás y Adolfo Ernesto y una expresamente organizada por Manuel Reicher para representar obras realistas, de Berlín; las del teatro Francés, de París, y otra de la que formará parte Mlle. Rejane; las de Leonor Duse y otras muchas. El comité polaco se propone dar dos representaciones dramáticas y dos de ópera con la Sembrich, los hermanos Resské y Mierzwinski; el gobierno croata dará tres representaciones de obras croatas por artistas de su teatro regional; bajo la dirección de Schubert, director de la Opera bohemia, se ejecutarán obras de Smetana y Dworak y quizás la ópera *Eugenio Onegín*, de Tschaikowsky. No faltarán tampoco representaciones en dialectos. El teatro de Varsovia pondrá en escena un grandioso baile.

Se preparan también representaciones históricas de operetas y pantomimas y se proyecta una representación japonesa.

El Palacio de conciertos será capaz para 2 000 personas y en él se darán conciertos de música clásica y popular de todas las naciones, algunos de ellos monstruos con 400 cantores y 200 músicos, que se inaugurarán con uno consagrado al canto cristiano. El número de estos conciertos será de 57, de ellos 45 populares y 7 históricos en el gran Palacio y 5 históricos en otro salón de música instalado en la Rotonda.

Barcelona, por su parte, concurrirá también á la Exposición, pues el Excmo. Ayuntamiento ha votado la cantidad de 5 000 pesetas para subvenir á los gastos que origine la concurrencia de expositores al certamen. Gracias á las activas gestiones del Sr. Sampere y Miquel, nuestra ciudad estará representada por el envío de interesantes curiosidades referentes al teatro y espectáculos públicos, que remitirán el maestro Sr. Pedrell, los pintores escenógrafos Sres. Soler y Rovirosa, Chía, Pascó, Carreras, Vilumara, Urgellés y otros y los artistas Sres. Labarta y Pellicer. También se enviarán escogidas colecciones de figurines y retratos de artistas de nuestros mejores fotógrafos.

Teatros. – En el Palais Royal, de París, se ha estrenado una comedia en tres actos, *Los maridos de la divorciada:* el pensamiento de los autores de esta obra, MM. Hipólito Raymond y Julio de Gastyne, no es otro que presentar las ridículas y desagradables situaciones á que está expuesto el segundo marido de una divorciada cuyo primer marido vive todavía. Como se comprenderá, dado lo gastado del tema, la comedia adolece de poca originalidad.

– El teatro de la Opera de Berlín, que conmemoró hace poco el centenario de la muerte de Mozart con la representación de todas las óperas del gran maestro, está disponiendo la de todas las de Meyerbeer y Wagner.

En el propio teatro se estrenará en breve la ópera *Boabdil*, de Moszkowski.

– En el teatro de la Corte, de Munich, se ha estrenado una ópera en un acto titulada *Gringoire*; la letra, del escritor vienés Víctor León, está tomada de la comedia del mismo nombre de Teodoro de Banville; la música, de Ignacio Brull, abunda en bellas melodías con tendencia al estilo popular sin caer en lo trivial. El éxito ha sido completo.

– Otra ópera en un acto, *Juan el Perezoso*, se ha representado por vez primera con gran aplauso en el teatro de la Corte, de Karlsruhe: el autor de la música, Alejandro Ritter, ha dado con ella pruebas de gran inspiración, realzada por una instrumentación eminentemente wagneriana.

Madrid: Dos producciones de D. José Echegaray se han estrenado en Madrid: en el teatro Español un drama titulado *El hijo de D. Juan*, y en el de la Comedia, la comedia *Sic vos non vobis ó La última limosna*. El primero está tomado de la obra de Ibsen, generalmente conocida con el nombre de *Los aparecidos*, y el tema en que se inspira es el de la fatalidad de la herencia; la segunda es en su argumento y en su acción de sencillez extremada, casi rayana en inocencia, es decir, todo lo contrario de lo que suelen ser las obras del autor de *O locura ó santidad*. Aunque uno y otra contienen algunas bellezas, especialmente de estilo, y aunque fueron recibidos con aplauso, el éxito fué inferior al que ha obtenido la casi totalidad de las creaciones del gran dramaturgo.

Barcelona: El Gran Teatro del Liceo ha comenzado la temporada de primavera con la ópera de Verdi *Otello*, en la que han obtenido muchos aplausos la señora Tetrazzini y los señores Tamagno y Blanchart. – En el teatro de Novedades se ha estrenado un melodrama en tres actos y ocho cuadros, de D. M. Martínez Barrionuevo, titulado *Caín*. El autor, que goza de merecida reputación como novelista, ha probado con esta obra, que es su primera producción dramática y cuyo argumento se basa en el de su novela *Juanela*, poseer envidiables condiciones para la literatura del teatro. *Caín* es una obra notable en su género: tiene interés, abunda en situaciones de gran efecto dramático y está muy bien escrita. El éxito fué grande y franco, participando de él el Sr. Soler y Rovirosa por la preciosa decoración final, cuyas bellezas exceden á toda ponderación.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Aloys Fellmann, pintor de género, suizo: hizo sus estudios en Alemania y á los diez y ocho años pintó su primer cuadro de grandes dimensiones *Los últimos honores del entierro en el cantón de Lucerna*, que le colocó entre los artistas de primera fila en la escuela de Dusseldorf: su principal obra es *Una profesión religiosa*, que publicó esta Ilustración en su número 461 y que fué adquirida para la Galería de Dresde.

Guillermo Leopolski, famoso pintor polaco de la escuela de sus compatriotas Matejki y Grabowski.

Félix Brzoswski, notable paisajista ruso.

Armando de Fleury, catedrático de Terapéutica de la facultad de Medicina de Burdeos, autor de muchas obras de medicina.

Constantino de Alvensleben, general prusiano que durante la guerra de 1870-1871 mandó el tercer cuerpo de ejército que tan brillante participación tuvo en aquella campaña.

Guillermo, conde de Brandenburgo, general de caballería alemán, que mandó la primera división de caballería de la Guardia y fué luego comandante general del cuerpo de este nombre.

Aníbal de Gasparis, astrónomo italiano, director del Observatorio de Capodimonte y senador: á él se deben importantes descubrimientos astronómicos, entre ellos el de nueve planetas, y deja escritas muchas é importantes memorias sobre astronomía y análisis.

D. José Teixidó, notable paisajista y retratista catalán, de quien puede decirse que fué uno de los más distinguidos campeones del renacimiento artístico en Cataluña.

NUESTROS GRABADOS

Expendedor de naranjas en Sevilla, cuadro de D. José García Ramos. – Otra vez nos complacemos en reproducir obras del distinguido pintor sevillano D. José García Ramos, que, como las primeras que copiamos, son dignas de llamar la atención de los inteligentes. El cuadro que hoy publicamos, que figura en una de las más notables galerías particulares de Londres, revela las excelentes cualidades y la especial aptitud que para el arte posee este pintor, á quien lo porvenir reserva, como justa recompensa á su aplicación y laboriosidad, gloria y provecho.

Bella es la composición y de carácter genuinamente andaluz. En ella, aparte de la seguridad y delicadeza de los trazos, obsérvase la brillantez siempre agradable que ofrece aquel rincón de la patria española, que á los encantos de la naturaleza, pródiga, bella y fecunda, une el atractivo de sus leyendas, el recuerdo de su grandeza y las tradiciones de sus alcázares. García Ramos, saturado de ese ambiente especial, que constituye el encanto de su país, arranca de su paleta esas combinaciones de color que sólo puede concebir quien, como él, cultiva el arte con entusiasmo y conoce y siente el lugar en donde halla asuntos que trasladar al lienzo.

Fausto y Margarita, cuadro de D. Germán Hernández Amores. – No es Germán Hernández Amores un artista novel. Su reputación artística ha tiempo se halla cimentada, considerándosele como un verdadero maestro en el arte pictórico.

Difícil sería enumerar las obras que ha producido, aun aquellas que han sido objeto de recompensa en los concursos y exposiciones, tal es su número y tal la laboriosidad de este artista, tan distinguido y respetable. *La madre de los Gracos*, *El cántaro roto*, *La inocencia perdida*, *La desesperación de Judas*, etc., son los títulos de otras tantas producciones que aún con gusto recuerdan los aficionados y guardan con interés sus poseedores.

Fausto y Margarita, propiedad del Sr. marqués de Portugalete, es uno de los lienzos en que Hernández Amores ha sabido dar muestras de sus envidiables cualidades artísticas.

Francisco Tamagno. – Desde que debutó en el teatro Bellini, de Palermo, la carrera de este eminente tenor ha sido una serie no interrumpida de triunfos: en el Fenice de Venecia, en la Scala de Milán, en el Liceo de Barcelona, en el Real de Madrid, en el Constanzi de Roma, en el de San Carlos de Lisboa, en Montevideo, en Buenos Aires, en Río Janeiro, en todas partes la aparición de Tamagno ha sido saludada con entusiasmo. Su voz potente no tiene hoy en día rival en el mundo del arte y la mejor consagración de su valía se la dió Verdi cuando en 1887 lo eligió para estrenar el papel de protagonista de la ópera *Otello*, ópera que tanto dió que hablar antes de su estreno y que en pocos años ha dado la vuelta á los principales teatros del mundo.

Hoy Tamagno vuelve á encontrarse entre nosotros, y el público barcelonés, que siempre le trató como á cantante predilecto, añade un nuevo lauro á los muchos que este tenor se ha conquistado cantando la que hoy es su ópera favorita, cuyas bellezas adquieren mayor realce vertidas por quien, como él, pudo estudiarlas y admirarlas bajo la dirección del mismo autor que con inagotable inspiración las vertiera en la sublime creación del poeta inglés.

El hambre en Rusia. Distribución de sopa en el convento de Alejandro Nevsky, en San Petersburgo. – Conocidos son los horrores causados en Rusia por el hambre durante el pasado invierno: la caridad allí como en todas partes ha tratado de aliviar tanta miseria, contándose entre las principales instituciones que en auxilio del menesteroso han acudido los conventos, sobre todo el de Alejandro Nevsky, uno de los más importantes de la capital, donde diariamente se ha repartido la sopa á centenares de pobres. Nuestro grabado representa el refertorio del monasterio en el acto de la distribución, durante la cual un sacerdote ortodoxo leé algunos pasajes de sus libros sagrados, dando con ello alimento al alma, que algunas veces se halla tanto ó más necesitada de él que el mismo cuerpo.

Después de la batalla. Episodio de la guerra ruso-turca, celebrado cuadro de Wereschagin. – Los turcos han rechazado el ataque que los rusos intentaran contra el reducto de Telich, y dueños del campo han asesinado sin piedad á los heridos y mutilado á los muertos que allí dejara el enemigo, apoderándose de sus ropas y efectos. Un soldado turco se ha vestido en tanto con el uniforme de un oficial ruso y sus compañeros le saludan con irónicas muestras de respeto conforme á su alto rango corresponde. Tal es el asunto del cuadro del famoso artista ruso, cuya fama como pintor de batallas especialmente ha llegado á ser universal. Wereschagin se ha mostrado en este género esencialmente realista: sus batallas no pueden confundirse con otras que más que reproducción de combates parecen serlo de revistas militares; hay en ellas todos los horrores de la realidad y el modo de presentarlos justifica el dicho del emperador Alejandro cuando en presencia de varios de sus cuadros tomados de la guerra de 1877 exclamó: «Este hombre es un revolucionario »

Recuerdos de mi niñez, cuadro de Adalberto de Kossak. – El autor de este cuadro es reputado como uno de los primeros pintores polacos, y la obra que de él reproducimos justifica plenamente la fama de que goza. ¡Qué escena tan dramática, cuánta pasión respira toda ella! Aquella carga de cosacos atropellando á gentes indefensas, cuyo único delito consiste en ser hijos de una nación que se revuelve contra la tiranía de la dominación extranjera cuyo yugo quiere sacudir, está llena de vida y de movimiento. Los tiempos de aquellas revoluciones durante las cuales fueron poco menos que asesinados á mansalva los héroes de Polonia han pasado felizmente; pero sus horrores aparecen con toda la fuerza de la realidad en el cuadro de Kossak, obra magistral, así por la idea en que se inspira como por la maravillosa ejecución con que el pensamiento ha sido trasladado al lienzo.

Esperando al cura, escultura de D. Tomás Cardona (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – El nombre de Tomás Cardona viene á engrosar la lista de los artistas tortosinos, algunos de los cuales, como Agustín Querol, tanto significan ya para el arte patrio. Menos afortunado Cardona que su paisano el pintor Marqués, no ha podido levantar el vuelo; mas á pesar de ello, ha sabido hallar medios y ocasión, aun en los estrechos límites de la localidad, para dar á conocer sus aptitudes, ya remitiendo obras discretamente modeladas y concebidas á las exposiciones y concursos, ó bien inclinando á sus paisanos al estudio del arte y despertando en ellos afición á las producciones artísticas.

Esperando al cura es una bonita escultura que figuró en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona; y si bien en ella no se observan tal vez, dada la nimiedad del asunto, esos rasgos verdaderamente geniales que distinguen las obras de nuestros primeros escultores, preciso es convenir que está discretamente ejecutada y que revela las recomendables cualidades que posee su autor.

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONTINUACIÓN)

En aquel instante oyóse un discreto golpe en la puerta; Miguel llevaba el almuerzo y depositóle sobre un velador: te con leche para Marcos, huevos y jamón para el coronel. El criado dejó también el correo en un lado de la bandeja. Tigiale, excitado el apetito, bostezaba al sol, dejando ver entre dos colmillos de marfil su lengua sonrosada como la lonja de jamón que su amo acababa de ponerse en el plato, y de la que recibió la parte grasa bajo la forma de una cinta blanca, que tragó al momento.

– He aquí una carta de Jumiege, dijo Marcos; se dispone á inaugurar la estación de caza en las tierras de los Devarenne; nos veremos allí.

Mr. Devarenne, del que se hablaba á menudo, industrial millonario, poseía un bosque, estanques é inmensos cotos. Había sido recibido con su esposa y su hija en Luzerme, donde permanecieron quince días antes de la llegada del Sr. de Francœur.

Marcos volvió á doblar la carta, y añadió con indiferencia, como si lo que iba á decir tuviera alguna relación con sus anteriores palabras:

– Será preciso que vaya á preguntar cómo sigue la señora de Cyou.

Era la tía de quien debía heredar el barón de Brettes, y al lado de la cual había dejado á su mujer por economía y precaución, pues considerábase como principal legatario de aquella señora, anciana ya y valetudinaria. Esta hacía algunos días que se encontraba muy mal; pero el barón había visto en su enfermedad tantas alternativas, que no creyó necesario apresurar por esto su regreso, limitándose á enterarse de su estado por los telegramas que de él le daban cuenta. Como era natural, no le había sido posible á la baronesa ausentarse de Jozeu, y Marcos, que no pudo dispensarse de ir á preguntar dos veces por la enferma, no vió á Clara sino algunos instantes en visita y delante de testigos.

El Sr. Jugaud llevaba los partes sobre la salud de la enferma, haciendo de mensajero entre los dos castillos; pero en los tres últimos días no se le volvió á ver, porque una luxación le obligaba á permanecer en su casa.

– Deberías acompañarme, dijo Marcos al coronel; pasearíamos un poco á caballo.

– ¿Se puede entrar?, preguntó una voz detrás de la puerta.

IV

Era Lilia, con peinador de seda de color de rosa, el cabello retorcido tal como lo arreglara al saltar del lecho, y radiante como la mañana del más hermoso día.

– ¡Buenos días!, dijo.

Y ofreciendo la mano á su cuñado, inclinóse después sobre su esposo, y le besó en la frente, tan contenta y rejuvenecida, con su vestido claro y flotante, que se la hubiera tomado por otra mujer. Marcos la atrajo hacia sí, pasando un brazo por su cintura; y el Sr. de Francœur sonreía dichoso al verlos, porque era una verdadera reconciliación, uno de esos nuevos cariños que nacen en la secreta intimidad de la vida conyugal, en que las mujeres tendrían tanto poder si supiesen explotar la fuerza de la costumbre y ese remozamiento que la mujer experimenta, como una flor que se abre, al comprender que es amada.

– Creo, dijo Lilia, que mi padre quiere hablarte, pues ha recibido una carta de su abogado.

Al oir que se tuteaban, lo cual no hacían sino cuando estaban solos, el Sr. de Francœur se conmovió; y con esa ligera cortedad que infunde á todo testigo célibe la intimidad de dos enamorados, envidiábalos de todo corazón.

– ¿Se trata de entablar algún pleito?, preguntó Marcos.

Mediaban ciertas diferencias sobre cuestión de terreno con un vecino enredador; y Marcos, encargado de este asunto de su suegro, era el que se entendía directamente con los abogados y demás curiales.

– En efecto, dijo Lilia, paréceme que se trata de pleitear; pero mi padre te lo explicará.

– Está bien. ¿Quieres te?

– Un poco en tu taza.

Y Lilia puso en ésta cuatro terrones de azúcar, lo cual hizo reir á los dos hermanos. Era golosa como una gatita, tanto como coqueta, pero no sin encanto.

– ¿Hay que ir á misa mayor?, preguntó Marcos levantándose.

– ¡Vaya! No faltaba más.

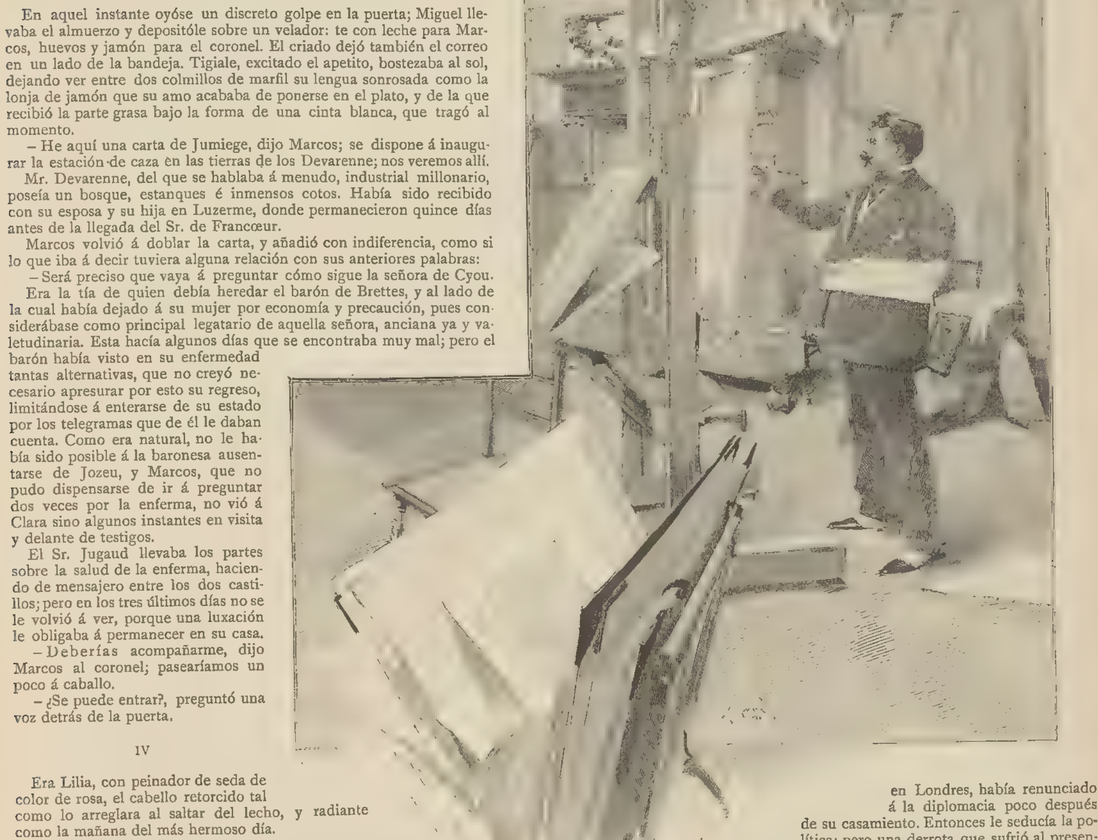
– Pues bien: no te entretengas mucho, repuso Marcos pensando que necesitaba horas enteras para vestirse y arreglarse.

– ¡Sed juiciosos y no toquéis á los colores!, añadió al salir.

Lilia había bebido ya su jarabe de te; y fijando una mirada en el retrato que estaba en el caballete, hizo una mueca.

– ¿No es verdad que Marcos tiene mucho talento?, preguntó á su cuñado. En un principio no me agradaban mucho esos modelos: los hombres, pase; pero en cuanto á las mujeres... Yo estaba siempre aquí, con mi labor y, no sé cómo decirlo; mas me repugnaba un poco esa carne pintada. ¡Pero en fin, bueno es que Marcos se ocupe en algo!

El Sr. de Francœur, que miraba á Lilia, se encogió de hombros: había lamentado, sin comprenderla, la ociosidad un poco enojosa de Marcos desde que á consecuencia de una cuestión con su embajador en Londres, había renunciado á la diplomacia poco después de su casamiento. Entonces le seducía la política; pero una derrota que sufrió al presentarse candidato á diputado indújole á renunciar por completo á toda carrera. Entonces, sin ambición ya, fué á vivir perezosamente en la Martinica, en las grandes posesiones de los Fabvier, donde pasaba el tiempo pescando, cazando, montando á caballo ó distrayéndose con la música, pues también se aficionó á ésta antes de consagrarse á la pintura.



Marcos pintaba tranquilamente

Lilia daba vueltas en el taller con inquieta curiosidad, revolvía los lienzos, entreabría los cartones; y el coronel, cómplice involuntario de ello, la juzgaba un poco indiscreta.

– ¡Quisiera saber!... dijo Lilia, mordiéndose los labios.

Pero de repente brillaron sus ojos, como si hubieran descubierto alguna cosa, y Lilia, levantando en alto un lienzo, enseñósele desde lejos al coronel, que al acercarse reconoció el bosquejo del retrato de la baronesa de Brettes.

– Vamos, con franqueza, ¿te parece hermosa?, preguntó Lilia con una indignación que habría resultado cómica á no ser tan sincera. ¡Ah, los hombres! Si yo no quisiera tanto á Marcos, le restregaría las narices con este feo retrato. ¡Perversa mujer!

Así diciendo, Lilia volvió á poner el cuadro apresuradamente en su sitio, detrás de los otros, temerosa de que la riñesen; mientras el coronel sonreía paternalmente, al observar su expresión, á la vez atrevida y confusa.

– Voy á comunicarte en confianza una cosa, continuó Lilia, aunque no debería confesarla, y es que aunque la anciana tía enfermase más, yo no lo sentiría gran cosa, porque entonces el barón regresaría y

vigilaría á su esposa. Mientras esta mujer permanezca en el país, no me creeré segura.

—Sin embargo, añadió más razonablemente, Marcos tiene razón. Conviene ir hoy á Jozeu; pero yo también le acompañaré á fin de estar más segura. Ivelina y yo iremos en el tílburi y vosotros á caballo, como te decía hace un rato Marcos.

—¡Hola!, exclamó el coronel con asombro, ¿cómo sabes eso?

Lilia se sonrojó, y algo confusa comenzó á reir.

—¡No se lo digas á nadie!, contestó. ¡Escuchaba detrás de la puerta!

—¡Oh!...

Lilia movió los brazos en ademán de excusa. ¡Sí, era muy feo; lo sabía! El coronel, aunque un poco admirado, porque en él era profundo el sentimiento de la dignidad, no manifestó enfado contra Lilia, y hasta le pareció ésta encantadora cuando, al recoger su peinador con gracioso ademán, se eclipsó ligera, diciéndole alegremente:

—¡Hasta ahora; voy á hermosearme para ir á la casa de Dios!

V

«Y por cierto que si Dios no está contento, es que es difícil de contentar,» pensaba M. de Francœur dos horas después en la pequeña iglesia de Luzerme, donde ocupaba entre Fabvier y Marcos un puesto en la primera fila de los hombres: no solamente estaba Lilia hermosa, sino que Ivelina, junto á ella, ofrecía un delicioso contraste.

Al lado de las blancas figuras de su tía y de la señora de Fabvier sobre todo, Ivelina tenía el esplendor de la aurora, y el coronel no veía á nadie más que á ella y no pensaba ni sentía sino por ella. ¡Sensación extraña!: estaba como un hombre que durante su sueño se cree arrebatado sobre el agua; una ola levantaba su corazón, y parecíale ser juguete de sus ilusiones. Nada existía de aquel espejismo que le rodeaba y que iba á desvanecerse al despertar. Después, la conciencia de su identidad y la realidad de las cosas producíanle un asombro misterioso.

«¡Sí, pensaba, soy yo, estoy vivo; y también ella existe, la veo, podría tocarla y asegurarme de su presencia si quisiera!»

Aquello le turbaba como un misterio; renunciaba entonces á discurrir; estaba poseído de contento, y comprendía que la joven era la causa de su regocijo. Ivelina lo era todo en todas partes: su modestia prestaba encanto á aquella iglesia pobre y humilde; los vidrios, toscamente pintados, impregnábanse de su candor; un poco de su nobleza innata reflejábase en la dignidad augusta del servicio divino, y el anciano sacerdote agradó más al Sr. de Francœur porque oficiaba para *ella*. Ivelina rezaba con expresión de candor; al coronel le pareció exquisita la gracia con que cogía su devocionario, y cuando se arrodillaba, dejando ver en la nuca sus mechones de cabello rebelde, sentíase conmovido. Su persona tenía algo de indecible é inspiraba un dulce respeto: asemejábase á la Virgen madre, casta en su maternidad divina.

En aquella adoración del coronel no se mezclaba ninguna impureza de pensamiento. Conocía las miserias y las crudezas del amor militar y los horrores del hospital, pero rozábanle sin mancharle. No consideraba por esto como un ángel á Ivelina; pero soñábala virgen, esposa y madre, igualmente pura en estas tres encarnaciones, porque profesaba respeto á las leyes de la naturaleza, y no podía creer que nada de lo que existe por una voluntad superior y desconocida puede ser bajo ó solamente impuro. Por otra parte, todo se fundía en él en la admiración de la belleza, y agradecía que la joven fuese hermosa, porque confirmaba con esto mismo que era buena y justa, no pudiendo mentir tanta pureza de alma.

Por eso parecíanle igualmente bien las sonoras voces de los chantres, las genuflexiones de dos monaguillos, los ritos sagrados é ingenuos y la bendición del pan. No comió su parte del dorado panecillo, y reservóla para Juanita, que también estaba allí en su reclinatorio, afectando una expresión grave y formal. Al acercarse con su limosnero una señorita del pueblo, cuyos guantes de hilo cubrían mal sus manos coloradas, depositó en el fondo sin ruido una moneda de oro, y la joven aldeana se turbó tanto, que se le olvidó hacer la reverencia en acción de gracias. ¡Sí, todo era bueno y hermoso, y parecíale una dulzura vivir en tan brillante domingo!

Ni aun el recuerdo de su madre difunta bastó para nublar su felicidad, y solamente le enterneció, porque recordaba las grandes misas de la catedral, á la cual acompañaba á la anciana condesa, vistiendo el uniforme de gala. El recuerdo de la señora de Francœur le fué dulce, benévolo y propicio, y no temió ofrecerse abiertamente al amor de los seres y á la simpatía de las cosas Las campesinas, con sus talles rectos y su aspecto primitivo, dejaron un instante de parecerle extrañas; los aldeanos, curtidos y velludos, inspiráronle interés, y no juzgó feas las cofias blancas y los vestidos negros ni tampoco las blusas azules con bordados de hilo. Disfrutó del sermón del cura, y oyó con gusto las simples frases que ensalzaban el rudo trabajo, el cariño de los esposos; y cuando el sacerdote concluyó diciendo: *Amaos los unos á los otros*, el Sr. de Francœur contestó para sí: *¡Amen!*

VI

Terminada la misa, comenzaron á salir en medio de los saludos, bajo las miradas de los campesinos agrupados. Ivelina, que iba delante del coronel, tomó agua bendita de la pila de mármol, y como le viese al volver la cabeza, humedeció también sus dedos. El Sr. de Francœur se inclinó, haciendo al mismo tiempo que ella la señal de la cruz.



Ivelina le sonreía

Aquel pacto frágil, como los que crean todo cambio de impresiones ó toda comunión de ideas, los aproximó. Ivelina le sonreía; y bajo la influencia del baño de sol que los inundaba, la joven se sonrojó, y un rayo de luz, atravesando la copa de paja de su sombrero adornado de flores, fué á posarse sobre sus lindos ojos.

—¡Qué día tan hermoso!, exclamó Ivelina.

Los gorriones cruzaban el camino saltando; en los tejados parduscos de las casas del pueblo verdeaba el aterciopelado musgo; el rastrojo viejo se cubría de tallos verdes y de finas gramíneas; encontrábanse niños rubios y mofletudos con cabezas de ángeles rústicos; algunos ancianos, sentados á las puertas de sus casas, miraban con ojos vagos la luz del día, y varios mozos vestidos de negro entraban en la taberna empujándose. Una mujer sacaba agua de un pozo.

—¡Sí, contestó el coronel, hermosísimo!

Y el sonido de su voz le extrañó, como cuando se echa de ver que se acaba de hablar alto en un sueño.

La timidez que experimentaba siempre cerca de Ivelina le hizo torpe; pues en su delicadeza, algo tosca, no supo de qué hablarle, temiendo turbarse y turbarla á ella si revelaba involuntariamente cuáles eran sus pensamientos. Lejos de Ivelina, por el contrario, sentía más familiaridad, y vivía más tranquilo con su recuerdo; de cerca, la joven le imponía gravedad por su reserva. Por eso Ivelina, comprendiendo con ese seguro instinto de la mujer cierta cortedad en él, participaba también de ella, aunque sin la menor inquietud, porque sabía que era bueno y delicado, y sentía además hacia él una verdadera simpatía.

—No veo á los Sres. de Fabvier, dijo el coronel.

—Han ido á visitar á los pobres, contestó Ivelina; esa es su costumbre.

Habían salido ya del pueblo y andaban entre los campos; Lilia y la señora de Kerjuzan detrás, Marcos delante con Juanita, y ellos dos uno junto á otro, poseídos de ese sentimiento de soledad y de vacío que comunican el espacio inmenso y los lejanos bosques. El río serpenteaba como una culebra verde en medio de la pradera, y hacía tanto calor, que el alma experimentaba cierta languidez.

—¿No andamos demasiado aprisa?, preguntó el coronel.

Ivelina hizo una señal negativa, añadiendo después:

—¡Qué feliz es Juana con su padre!

Y miraba á la niña saltar y á Marcos jugar con ella.

—¡Es tan joven como su hija!, murmuró. ¡Esa Juanita es deliciosa! ¿Cómo no había de adorarla?

—Todos los niños son encantadores, repuso Ivelina. Teníamos en el Cercado de los Mangues (era su propiedad de la Martinica) muchos niños de todos colores, blancos, mulatos y negros, y no sé cuáles eran más graciosos.

—Los chicos son más alborotadores que las niñas, dijo el coronel, siguiendo su idea.

—¡Oh!, repuso Ivelina, un muchacho es mucho más vivo, y me parece que una madre debe amar más á un niño que á una niña.

—¡Ah! ¿Por qué?

—Pues... no sé.

Y al reflexionar sobre sus palabras, Ivelina se sonrojó y cambió de conversación. Oíase reir detrás á Lilia y á la señora de Kerjuzan.

—¡Qué alegre está mi madrina!, dijo la joven. Ha recobrado ya todo su buen aspecto.

—Pero no estaba enferma, al menos que yo sepa...

—No, pero sí un poco triste antes de llegar usted.

—¿De veras?, preguntó el coronel.

Y vió á Ivelina sonrojarse de nuevo, porque hablaba con mucho candor y sin reflexionar. Esta franca ingenuidad, seguida de arranques de pudor, le pareció deliciosa.

—Me parece haber oído decir á su señora tía cuando íbamos á misa que el primo de usted, Ivón, estaba á punto de llegar.

—Sí, del sábado en quince días, según creo.

—Tienen ustedes el mismo nombre, y por lo tanto son ustedes dos veces primos hermanos. ¿Se parece ese joven á usted?

—¡Oh, no! Ivón es pequeño, rubio y nada tiene de criollo. Mi tío (tal era el nombre que acostumbraba dar al Sr. de Fabvier) tenía costumbre de llamarle el pequeño Bretón.

—Creo que quiere ser marino, como su padre y su tío. Es una noble carrera, pero se vive solitario y lejos de todo. La esposa de un marino debe sufrir mucho.

Ivelina fijó en el coronel su mirada pura.

—Sí, contestó, por el peligro.

—Y por la ausencia, señorita.

—Queda siempre el consuelo de pensar el uno en el otro, contestó la joven con dulzura y algo pensativa.

—Entonces no tendría usted repugnancia en casarse con un marino. ¿No es así?

—No lo sé, me parece que no, replicó Ivelina. Si me dieran á elegir, creo que también me agradaría ser esposa de un militar, porque no es necesario separarse. ¡Oh, la caballería; por ejemplo, los coraceros de usted, son magníficos! Asistí en París á la revista del 14 de julio, y el espectáculo era soberbio.

El coronel se irguió con marcada satisfacción. ¡Qué bien había dicho Ivelina estas palabras, y qué poco le importaba ahora el pequeño Kerjuzan!

«¡Los coraceros de usted son magníficos!» había dicho Ivelina.

¡Y el coronel, excelente hombre, se cuadró, tomando el más airoso aspecto marcial!

Marcos, sonriendo desde lejos, como si hubiera podido adivinar lo que se decían, los esperó; y ellos no lo tomaron á mal, sobre todo el Sr. de Francœur. Por dulce que fuera aquel coloquio, la interrupción le permitía concentrar su pensamiento en Ivelina, y entregarse al encanto de oirla hablar y reir con Marcos. No envidiaba sin embargo la amable familiaridad que entre ambos existía, porque él no se hubiera atrevido á dirigir la palabra á Ivelina en aquel tono. Además, la imposibilidad de hablarle de amor obligábale á limitarse á una meditación apasionada, á un silencioso éxtasis en el fondo del corazón.

No eran gran cosa, sin embargo, aquellas pocas palabras que se habían cruzado entre los dos; pero á su juicio eran mucho y bastante, porque se repercutían á lo infinito en su memoria, evocando la actitud, el ademán, la expresión y hasta el timbre de la voz de Ivelina; todo cuanto hacía de ella un ser aislado, absoluto, supremo. En las tres últimas semanas no había experimentado tan inefables alegrías, y su imaginación por sí sola daba asunto suficiente para aquel poema de amor tan lleno de frescura, tan dulce y tan tardíamente empezado.

Pero al observar una ligera sonrisa de la joven, asaltóle una inquietud. Marcos miraba á las mujeres muy de frente, de cierta manera que le desagradó entonces; y también trataba con mucha franqueza á Ivelina, tal vez demasiada. Un vago sentimiento de celos hirió en el Sr. de Francœur una fibra tenue; ¡pero Marcos parecía tan buen muchacho y ella era tan pura! ¿Qué iba á pensar?... Aquella fugitiva impresión, sin embargo, fué para él muy desagradable.

– Tío, le dijo Juana, vamos á coger azulejos para Ivelina... ¿Quieres?

– ¡Con mucho gusto, chiquilla!, contestó el coronel.

Y comenzó á coger algunas de aquellas flores, doblando su robusto cuerpo para complacer á la picaresca niña, que le gritaba: «¡Aquí, allá! ¡Oh, qué bonita!» Al verle franquear las zanjas del camino, inclinándose hasta tocar las amapolas, Juana batía palmas.

– Tío, le dijo, tú que eres tan grande, ¿sabes á quién te pareces? ¡Pues al gigante del cuento de mi abuela, que no ha de hacer más que bajarse para oir crecer la hierba!

– ¡Y es verdad, contestó el Sr. de Francœur con expresión grave, la oigo!

La niña se admiró; su padre se reía y en el rostro de Ivelina reflejábase dulce contento. El coronel pensaba: «¡Sí, la hierba germina, vigorosa y lozana.» Y oíala muy bien, porque creía en su corazón!

VII

La familia acababa de levantarse de la mesa. El calor era sofocante, bochornoso.

– En tu casa se come demasiado bien, dijo el señor de Francœur á Marcos.

Muy sobrio en el regimiento, el coronel no conocía ese apetito que se despierta al aire libre, ni estaba acostumbrado á las comidas copiosas y al calor de los vinos.

– ¿Y qué?, exclamó Marcos, que tenía los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y la expresión muy alegre.

– Que siento gran pesadez, repuso el coronel.

– ¡Pues no será por falta de ejercicio, porque haces bastante! ¡Sacudámonos un poco! Ven á la sala de armas y tiraremos un rato antes de montar á caballo.

– ¿Con este calor?, preguntó el coronel.

Y maquinalmente siguió á Marcos, que le decía:

– Será necesario que me des algunas lecciones, porque debo andar muy torpe en los lances de esgrima.

Marcos se despojó de la chaqueta y del chaleco y fué á descolgar de la pared caretas y floretes con botón, cuya hoja dobló sobre el entarimado.

– ¿Sin petos?, preguntó el coronel. No me agrada mucho.

– ¿Qué quieres que suceda?

El coronel se ponía el guante, mientras su hermano ensanchaba la curvatura de su careta, demasiado estrecha.

– ¿Estás ya?

Alineáronse, saludaron con el florete alto y se pusieron en guardia, Marcos algo perezosamente, y el coronel con el aplomo y firmeza de un cabo de escuadra. Después de cruzar los aceros, el coronel tiró una estocada que su hermano no supo parar oportunamente, y Marcos sintió apoyarse en su pecho el botón del florete contrario.

– ¡Tocado!, exclamó retrocediendo vivamente.

Hubo un momento de vacilación, los floretes se evitaban para buscarse luego desconfiados, en contactos nerviosos, ligeros y astutos: de pronto Marcos se tiró á fondo; pero un quite seco desvió su arma, y un segundo golpe, en respuesta, le alcanzó debajo de la tetilla.

– ¡Tocado!, volvió á gritar con cierto enojo esta vez, hijo de ese ingenuo amor propio que los hombres tienen en casi todo lo que hacen.

Detrás de los dos hermanos, Lilia y la señora de Kerjuzan, que habían entrado silenciosamente, los miraban con esa inquieta curiosidad que á las mujeres infunden los juegos rudos de los hombres. Marcos no las veía; mas el señor de Francœur, por deferencia á Lilia, aflojó un poco, y dejóse tocar una ó dos veces. Marcos, excitado, avivó el ataque, mientras el coronel se limitaba á defenderse parando; pero Ivelina acababa de presentarse, risueña como de costumbre: la vió coger el brazo de Lilia cariñosamente y formar con ella un grupo encantador. Esto distrajo su atención, y recibió uno tras otro varios botonazos.

– ¡Ah, ah, parece que me desquito!, exclamó Marcos.

Esto picó un poco el amor propio del Sr. de Francœur, y hasta le resintió, pues todos los hombres son así, hasta los mejores, y sin guardar ya tantas consideraciones á su hermano, procuró devolver golpe por golpe para demostrar delante de *ella* su superioridad; pero Marcos, muy alerta ya y un poco traidor, defendíase lo mejor posible, sin mirar si la estocada era rigurosamente correcta con tal que diese en el pecho de su hermano, y evitaba ó negaba el botonazo que recibía. Esta mala fe irritó al Sr. de Francœur; por otra parte, la presencia de Ivelina, el almuerzo y ese calor que se comunica á la sangre del hombre cuando tiene un arma en la mano, excitáronle más. Los hierros crujieron secos y duros, y cierta ruda viveza produjo la ilusión de un duelo peligroso. Siguióse un ataque y defensa bastante ceñidos y empeñados, y al fin se oyó un ruido estridente, un florete roto vibró, y la punta fué á saltar hasta el vestido de Ivelina; mientras que el otro trozo, en manos del coronel, hería á Marcos en el costado, atravesándole la camisa.

– ¡Bien tocado esta vez!, exclamó, quitándose al punto la careta.

Y mirando á su hermano, sonrióse con esa ligera ironía del vencido; pero el coronel, que renegaba de haber tirado sin los petos, repuso con cierto enojo:

– ¡Hubiera podido matarle!... y te está saliendo sangre...

Las mujeres se inmutaron; Lilia se precipitó ansiosa, y vió, en efecto, algunas gotas rojas debajo de la camisa de su esposo.

– ¡Oh, Dios mío!... balbució.

– ¡Vamos, no es nada!, dijo Marcos, algo molestado.

El florete había inferido un rasguño bastante largo, en el que se veía sangre. El coronel, furioso y contristado á la vez, seguía murmurando y excusándose, mientras Marcos, alrededor del cual se agrupaban todos, gritaba que le dejaran en paz. Sin embargo, para complacer á Lilia, la siguió á su habitación, donde curó el rasguño con tafetán inglés.

– ¡Culpa mía es!, repetía Marcos. Roberto rehusaba, y yo le obligué. ¿Dónde está ese buen Roberto? ¡Tenía una expresión tan desconsolada!

– ¡Pero qué imprudencia!, repuso Lilia. ¡Ah! ¡Qué hombres estos!

Así diciendo, apoyó con sus dedos cariñosamente el pedazo de tafetán sobre la herida; mientras que Marcos la contemplaba, sonriendo, al observar su expresión de inquietud.

– ¡Qué niña eres!

Entonces Lilia, con un movimiento rápido y amoroso, besó la parte dañada diciendo:

– ¡Cúrate, herida!

VIII

El Sr. Francœur al salir de la sala de armas, se fué á su habitación, corrió las cortinas y dejóse caer en su lecho. Agitábanse en él ideas extraordinarias, y tenía vergüenza de sí mismo. ¡Qué mezquino era haberse animado así en aquel combate fraternal, empeñarse en tocar á Marcos y en triunfar delante de Ivelina! ¿Por qué habría experimentado aquel sentimiento delante de ella? La sola presencia de la joven había bastado para que con el acero en la mano se sintiera dispuesto á disputársela á todos, al mismo Marcos, si le hubiera tenido por rival.

Entonces reconoció la dolorosa verdad.

¡La amaba! ¡Sí, la palabra que no osaba pronunciar gritaba en su interior al fin! La amaba con un deseo exclusivo, una ternura celosa de sus pensamientos, de sus miradas y con el brutal orgullo de complacerla. Amábala no como poeta, sino como hombre vulgar, con todas las debilidades y las pequeñeces de los humanos. ¡No era ya aquel hermoso sueño ilusorio, aquella tierna quimera en que vivía hacía tres semanas cuando cerraba los ojos; nada había ya vago en su alma, nada de engañosas puerilidades! La quería para sí, toda para él solo.

Entonces el porvenir se desarrolló ante sus ojos, alarmante y vago. Amaba á Ivelina; pero ¿cómo obtenerla? Honradamente; casándose con ella.

¡Unirse él con Ivelina! ¿Le sería dado alcanzar esta felicidad? El coronel recapacitó. Por su parte llevaría en este enlace la madurez de su razón, la experiencia de su vida, las ternuras concentradas en su alma, algo muy bueno y apasionado en que el amor se mezclaría con el cariño del amigo y del padre; pero esto sería demasiado hermoso. ¿Cómo esperarlo?

– ¡Qué locura! ¡Olvidaba su edad, y atrevíase á pensar en Ivelina, una niña aún... sí, una niña! Habíala sorprendido jugando con Juana; tenía en sus brazos una muñeca y hablábale como si fuese una persona. La joven sonrió y ruborizóse al verle; y si ella se prestaba á tales juegos, ¿no sería porque su alma, demasiado cándida, no se había formado aún? Pero el coronel se contestaba: «Es mujer; en su sencillez manifiesta instintos innatos de coquetería, de pudor, y se turba fácilmente ante los hombres. ¿No es su mayor encanto que siendo una niña grande pueda ser á la vez madre? ¡Cuán encantadora estaría meciendo á sus hijos como si fuesen muñecos!»



Los floretes se evitaban para buscarse luego

Pero él era viejo, ó por lo menos lo sería pronto. El coronel se reveló contra esta idea. ¿En qué se veía la decadencia? ¿En las arrugas, en el cabello blanco, en la debilidad del alma y del cuerpo?

El Sr. de Francœur saltó del lecho y descorrió las cortinas para que entrase el sol de lleno en la habitación; después, con los codos apoyados en la chimenea, examinóse ante el espejo. ¡Aquel color congestionado!... ¿no era por ventura lo mejor que tenía en aquel momento? La plenitud de sangre, ¿no revelaba su fuerza? ¿Y su cabello? Ni uno solo gris. ¿Y sus dientes? Sólidos y blancos como los de *Poitou*. La nuca, algo curtida por el sol, conservábase lisa, como su espaciosa frente, que revelaba un carácter franco. ¡Y su fuerza!... Extendió el brazo, cogió y elevó el reloj de la chimenea, aunque era un pesado grupo de bronce, y volvió á dejarle en su sitio, admirándose de que se hubiese parado. Además de esto, respiraba poderosamente, embriagado por la savia ascendente del amor que le invadía como un vino.

«¡Soy joven, repetía, soy joven!»

Y con un entusiasmo de gigante, sonreía silencioso, rebosando satisfacción. Para apagar aquel fuego que le abrasaba, vació todo un jarro en una de las grandes palanganas y sumergió en ella toda la cabeza con una alegría casi salvaje.

Serenado con esto, enjugóse, se ajustó la ropa cuidadosamente, y humedecióse las sienes con agua de de Colonia. Una angustia le acosaba ahora. Y como la inmersión de su cabeza en el agua fría había tranquilizado la excitación nerviosa que tanto entusiasmo le produjera poco tiempo antes, cambiando la fogosidad de sus pasiones en apacible serenidad, dióse á pensar seriamente, discurriendo sobre la trascendencia que encerraba el cambio de estado después de sus años, máxime buscando para compañera una verdadera niña, y agregaba á estas reflexiones las dificultades y los obstáculos que opondrían las familias interesadas.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

FERROCARRILES

EXPERIMENTO DE GRAN VELOCIDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS

Si hay un país en donde la extrema rapidez de los trenes esté plenamente justificada por la longitud de las etapas que se han de recorrer para activar las relaciones de las grandes ciudades entre sí, ese país es los Estados Unidos de América. Es evidente que la población no está allí distribuída en pequeños grupos habitados con densidad comparable á la de nuestros municipios, y que, por el contrario, está repartida en grandes centros muy densos separados por considerables intervalos poco habitados.

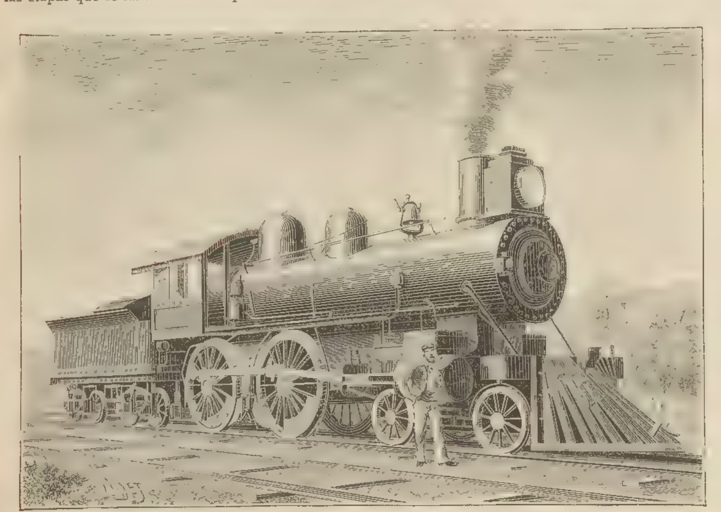


Fig. 1. – Nueva locomotora americana á gran velocidad

Hasta el presente el examen de los horarios de los trenes rápidos de las principales redes de aquel país ha demostrado que las velocidades no son superiores á las de los grandes expresos europeos, sobre todo los de la Gran Bretaña; pero esto se explica teniendo en cuenta que en general las condiciones de asentamiento de la vía y de solidez de las obras de fábrica son muy inferiores á las que reunen los ferrocarriles de Europa. Desde hace sólo pocos años, algunas compañías ferroviarias de los Estados Unidos se han dedicado á mejorar lo que constituye la base fundamental de un servicio de trenes, es decir la solidez del asentamiento de la vía: podemos citar entre otras la gran Compañía del ferrocarril de Pensylvania y la del *New-York Central and Hudson River*.

El concurso de velocidades verificado en Inglaterra en 1888 excitó la envidia ó la emulación de los norteamericanos, y ha dado lugar á los esfuerzos de la *New-York Central and Hudson River*, realizados en forma muy americana, es decir, lanzando un tren de velocidad excepcional que ha recorrido en siete horas, 19 minutos y 45 segundos la enorme distancia de 702 kilómetros y 428 metros, lo que corresponde á una velocidad comercial de 95'8 kilómetros por hora. Preciso es confesar que los ingleses han quedado vencidos, pues con esta velocidad habrían recorrido los 637 kilómetros de Londres á Edimburgo en 398 minutos, siendo así que el tiempo mínimo empleado en recorrer este trayecto fué, en el citado concurso, de 447.

Veamos de qué medios se han valido los americanos para lograr esta velocidad que califican de *sin igual*.

La línea de la red del Hudson-River, en la que la compañía deseaba acelerar su servicio, es la que une las ciudades de Nueva York y Búffalo, cerca del desagüe del lago Erié y no lejos de las cascadas del Niágara.

La vía remonta hasta Albany el valle del Hudson, cuya dirección general es de Sur á Norte, y luego el de uno de sus afluentes al Oeste, que deja para atravesar la cumbre que separa las cuencas del Hudson y del San Lorenzo un poco antes de llegar á Siracusa. Sigue después, torciéndose hacia el Sur, la orilla del lago Ontario y termina en Búffalo. El perfil de esta vía es muy á propósito para un servicio de trenes rápidos, gracias á la falta de declives pronunciados.

Las locomotoras construídas para este servicio (figura 1) no difieren en su aspecto exterior de las demás máquinas empleadas en los Estados Unidos, y únicamente son mucho mayores en ellas las dimensiones de los órganos motores y de la caldera.

Tienen estas máquinas dos pares de ruedas motrices apareadas hacia la parte posterior, cuyo peso adherente es de 36.320 kilogramos y un *boggie* en la parte delantera sobre dos pares de ruedas de pequeño diámetro, que pesan en conjunto 18.160 kilogramos; de suerte que el peso total de esta poderosa máquina es por sí solo de 54.480 kilogramos: añádase el ténder, que contiene unos 16 000 litros de agua y 6 toneladas de carbón, y tendremos un peso total de 90.800 kilogramos.

Añadiremos como detalle interesante que si esta máquina ha podido producir el trabajo que de ella se ha exigido, débese esto á que las condiciones de asentamiento de las vías han permitido dar á la caldera una capacidad que es imposible obtener en otros países, á menos de emplear el procedimiento del ingeniero M. Flaman para las calderas de la Compañía del Este francés. En efecto, así como en la mayoría de los países el diámetro del cuerpo cilíndrico de la caldera no puede pasar de 1'270 metros porque debe montarse entre las ruedas motrices á causa de la poca distancia de que se dispone desde los rieles hasta la parte inferior de ciertas obras de fábrica, en América podía colocarse el eje del cuerpo de caldera notablemente más arriba del extremo del diámetro vertical de las ruedas motrices y darle un diámetro de 1'473, igual al que las compañías francesas emplean en las potentes máquinas para mercancías, cuyas ruedas tienen apenas 1'30 de diámetro.

El ensayo que tanta sensación produjo en los Estados Unidos tuvo lugar á fines del año pasado: en el tren iban las altas autoridades de la compañía, uno de los vicepresidentes Mr. Webb, el director general Mr. Teodoro Woorhees y también los jefes superiores de los servicios de explotación y del material y tracción.

Componíase el tren de tres grandes vagones de los llamados *palace-car*, de 40, 35 y 42 toneladas respectivamente, ó sea un total de 117 toneladas. La figura 2 reproduce el orden de marcha del tren.

Cada uno de estos vagones, del mismo perfil, está montado sobre dos *boggies* articulados, merced á lo cual el conjunto adquiere gran flexibilidad en el paso de las curvas.

Su forma misma es sumamente ventajosa para ofrecer la menor resistencia posible al viento; además para los doce pares de ruedas de este tren vemos que sólo hay dos intervalos entre los coches, siendo así que un tren de otro país presentaría nueve para el mismo tonelaje. Estos intervalos aumentan considerablemente la resistencia del viento por el efecto de paletas que producen.

Salido de Nueva York á las 7 y 30 minutos y 15 segundos, el tren recorrió la primera etapa, de Nueva York á Albany (229.956 metros) en 2 horas, 19 minutos y 45 segundos, ó sea con una velocidad media de 98'7 kilómetros por hora, siendo 114 la máxima (durante 25 kilómetros) y 80 la mínima. Después de una detención de 3 minutos y 28 segundos para cambiar de máquina, salió de Albany y recorrió la segunda etapa, hasta Siracusa (238 kilómetros), en 2 horas, 26 minutos y 15 segundos con velocidad media de 97'6 kilómetros por hora. En Siracusa volvió á cambiar de máquina, operación en la que empleó 2 minutos y 30 segundos, y en 1 hora, 7 minutos y 49 segundos recorrió la etapa de Siracusa á Fairport (112 kilómetros): en este último punto detúvose 7 minutos y 50 segundos para que se enfriara un pezón de un eje que se había calentado. La última etapa de Fairport á East Búffalo (121 kilómetros) fué recorrida en 1 hora, 11 minutos y 55 segundos.

En suma, la línea de 702.428 metros había sido recorrida en 7 horas, 19 minutos y 45 segundos, y deduciendo las paradas, en 7 horas, 5 minutos y 44 segundos, ó sea una velocidad media general de 98'9 kilómetros por hora.

Cierto que no hay ejemplo de trayectos tan largos recorridos con igual velocidad, y que los americanos han sido los primeros en hacer tal ensayo; pero una cosa es verificar un experimento y otra muy distinta establecer un servicio regular conformándose con los resultados excepcionales de esta prueba. Hay, en efecto, un elemento cuya acción adquiere completa



Fig. 2. – Tren de ensayo americano que recorrió 702 kilómetros y 428 metros en 7 horas y 17 minutos

preponderancia á medida que aumenta la velocidad, cual es el estado de la atmósfera, bastando un poco de viento en las épocas en que los trenes van atestados de viajeros para que el servicio á gran velocidad pierda algo de su exacta puntualidad, en cual caso las perturbaciones de las grandes líneas repercuten naturalmente en todos los ramales con los que están éstas en correspondencia. Así lo han comprendido los ingleses cuando han tenido que sacar deducciones de sus pruebas de 1888, pues en vez de llevar la marcha de sus rápidos á Escocia hasta los límites en aquéllas obtenidos, han tomado un término medio entre el horario anterior y el que resultaba de sus últimos experimentos.

Para lograr un servicio rápido no bastan solamente las locomotoras, sino que hay que tener principalmente en cuenta el material móvil y las condiciones de la vía, que ha de estar sólidamente asentada y perfectamente conservada. Las vías europeas, por regla general, dejan bastante que desear, y en cuanto al material los trenes están casi siempre formados con vagones de todas clases, sin ninguna homogeneidad en su forma exterior ni en la distribución del peso, y no tienen por consiguiente en las curvas una flexibilidad uniformemente repartida en todos sus elementos. El ideal de un tren de marcha rápida es evidentemente aquel al cual se aproxima el tren de prueba americano, es decir, una cadena de vehículos de igual forma, longitud y peso que se inscriba con facilidad en una curva y presente en ella la imagen de un polígono regular. Esa inscripción se logra merced á la adopción de un tipo de vagones cuya caja, muy larga, se apoya en sus extremos al eje de dos juegos de cuatro ruedas. Este material presenta menos resistencia á la tracción que el material ordinario de ajuste rígido, y además, como el mismo número de asientos está repartido en un número mucho más reducido de vehículos, hay menos intervalos entre los vagones y por ende menos espacios por donde pueda sentirse la acción del viento.

(De *La Nature*)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

GALERÍA DE ARCOBRICENSES ILUSTRES, *por D. Miguel Mancheño y Olivares.* – Colección de biografías de los hijos ilustres de Arcos de la Frontera; está muy bien escrita, contiene datos curiosísimos y va precedida de una carta misiva del *Doctor Thebussem.* Véndese al precio de 5 pesetas en la librería del *Arcobricense* (Corredera, 50, Arcos de la Frontera) y en las principales librerías de España.

***

LA MUERTE, *por el conde Tolstoi.* – Notable, como todas las de este escritor ruso, es la última obra publicada por *La España Moderna* que comprende cuatro narraciones, en cada una de las cuales brillan el poderoso ingenio y la profundidad de pensamiento del conde Tolstoi. – Precio 3 pesetas en las principales librerías.

***

MI INFANCIA Y MI JUVENTUD, *por Ernesto Renán.* – El ilustre escritor francés relata en este libro los principales episodios de los primeros años de su vida: al interés que al asunto presta la personalidad del gran pensador únese el encanto de un estilo elegante, sencillo, digno de la pluma del autor de *La vida de Jesús.* Cada una de sus páginas es la revelación de un secreto, una confesión. – Forma parte de la «Colección de libros escogidos» que con tanto éxito publica *La España Moderna,* y se vende al precio de 3 pesetas en las principales librerías.

***

LA CUESTIÓN SOCIAL Y LAS MANIFESTACIONES OBRERAS, *por D. Justo Fornovi.* – Como su título indica, este libro no puede ser más de actualidad y en él se trata con gran conocimiento del asunto de los medios de gobierno y se estudian con imparcial criterio el modo de ser y las necesidades de las clases que constituyen el cuerpo social. Es un verdadero ensayo de un plan de reformas para obtener el mejoramiento real y positivo de la clase obrera. – Véndese á 2'50 pesetas en las principales librerías.



ESPERANDO AL CURA, escultura de D. Tomás Cardona. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

***

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, *por D. León Bonel y Sánchez.* – El digno magistrado de esta Audiencia, autor de la importante obra *Código Civil comentado y concordado,* de que á su tiempo dimos cuenta en esta sección, ha comenzado la publicación de una revista que será el complemento de aquélla. Se dividirá en cuatro secciones (doctrinal, legal, jurisprudencia, cuestionarios y fueros) y en ella colaborarán los primeros jurisconsultos españoles. Los precios de suscripción por 12 entregas son: Barcelona, 9 pesetas; Provincias, 10; Ultramar 15, y el de cada entrega suelta uno. – Suscríbese en la Redacción y Administración de la Revista (Fontanella, 44, pral.)

***

JACK, *por Alfonso Daudet.* – Esta novela de costumbres contemporáneas es una de las más interesantes del notable escritor francés, y sin duda la más sentida. Forma parte de la «Colección de libros escogidos» de *La España Moderna,* y los dos tomos que la constituyen se venden al precio de 3 pesetas cada uno en las principales librerías.

***

NUEVAS TABLAS DE REDUCCIÓN DE PESAS Y MEDIDAS MÉTRICAS, *por D. Simón Aguilar y Claramunt.* – Su solo título indica cuán indispensable es esta obrita en un país como el nuestro donde cada provincia, cada región y aun cada localidad tienen sus pesas y medidas especiales, que á pesar de todas las disposiciones gubernativas no ha logrado hacer desaparecer el sistema métrico decimal. Todos los cálculos y reducciones están hechos por un procedimiento claro que hace facilísima su comprensión. – Editado por D. Pascual Aguilar (Caballeros, 1, Valencia), véndese al precio de 0'75 pesetas en casa del editor y en las principales librerías.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 25 de Abril de 1892 — Núm. 539

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores LA ÚLTIMA SONRISA,
bellísima novela original de D. Luis Mariano de Larra con primorosas ilustraciones de D. Alfredo Perea



CAFÉ AL AIRE LIBRE EN VENECIA; cuadro de D. Manuel Domínguez

Propiedad del Sr. Marqués de Pinar del Río

CRÓNICA DE ARTE

Todavía las estatuas de *San Isidoro* y *Cervantes* – Las medallas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento de América. – Pelouse y sus cuadros. – La pintura y las mujeres. – El techo de la sala llamada de Isabel II del Museo del Prado.

En los momentos en que escribo esta crónica, todavía es una incógnita, no solamente la adjudicación de la ejecución de las estatuas de San Isidoro y Cervantes destinadas á decorar el edificio de la nueva Biblioteca, sino el nombre de algunos individuos que han de componer el Jurado calificador.

De los siete artistas y críticos nombrados por el ministro de Fomento para este objeto, dos renunciaron. El motivo de las renuncias, oficialmente es el mal estado de salud de ambos señores; el verdadero, la marejada que gran parte de los académicos levantaron por considerarse humillados en su autoridad, como tales académicos, por la real orden que los prohibe dar dictamen en aquellos concursos, á los cuales concurren individuos de número ó correspondientes de la de San Fernando.

No debe agradecer el Sr. Atché á esos señores la campaña que en favor de su boceto están haciendo. Tómanle – y créame á mí que como artista de gran mérito le estimo y me duele el carácter que, á pretexto de defenderle, toma esta cuestión que debiera ser artística y no personal – por cabeza de turco, para en vista del veredicto que se proponen obtener del Jurado libre, lanzar después acusaciones de incompetencia sobre dicho Jurado, haciendo ver que premió lo que no debía, y patente así la improcedencia de la resolución del ministro.

Por mi parte, no tengo rebozo en afirmar que considerándose aludidos en este asunto algunos críticos de un modo directo, por la intervención que han tenido en cuanto viene aconteciendo á este propósito, procurarán por cuantos medios estén á su alcance que triunfe la justicia y por consiguiente el *arte*. Claro está que á la Academia, como al Orozco del drama de Galdós, le cuesta muchísimo trabajo y le es muy dolorosa la extirpación de ciertas ideas y afectos hondamente arraigados en su organismo; pero ante los intereses y el honor del arte español, es necesaria esa amputación, y se hará. Después de todo, no es esto más grave que la merma sufrida por los monarcas en su autoridad omnímoda desde que se implantó el sistema representativo, ni de mayor importancia tampoco que la desaparición legal de los mayorazgos; y si ambas entidades sociales sufrieron por imposición de lógicas evoluciones de las ideas y de la constitución de la vida moderna reformas de tal cuantía, no veo la razón para que no sufran también las reformas que imponen á su vez las ideas, cada instante más depuradas, del gusto estético y de la justicia, esas Academias, un día precisas á la vida del arte, hoy, si no perniciosas, por lo menos casi innecesarias.

De todo esto, lo que fuere sonará, antes quizá de que los lectores de La Ilustración Artistica hayan leído estas líneas.

***

La medalla conmemorativa del cuarto centenario del descubrimiento de América, aprobada por la Academia de San Fernando, es causa estos días de sendos disgustos.

Y en verdad que estaba profetizado lo que sucede. La crítica condenó unánimemente casi todos los modelos presentados á concurso, exceptuando el que mereció el accésit, el de un artista catalán – siento ignorar su nombre – y los de dos extranjeros. En vano fué recordar al Jurado académico nombrado para emitir dictamen la importancia que revestía dicho concurso, teniendo en cuenta que la moneda, como la medalla, son los únicos monumentos perdurables por los cuales viénese en conocimiento de la cultura de los pueblos que las acuñaron. En vano fué advertirles que íbamos á eternizar una vergüenza artística si se concedía el premio á un proyecto que por lo menos no reuniese la condición de alto pensamiento ó de exquisito dibujo y clara exposición de lo que se pretende conmemorar. La Academia de San Fernando hizo caso omiso de estas advertencias, y premió uno de los proyectos que menos condiciones tenía, ya considerado simplemente como medalla, bien como interpretación del asunto histórico. El resultado de la incompetencia del tribunal examinador se ha puesto estos días de relieve. La casa de la Moneda reputa, según tengo entendido, el proyecto premiado como boceto casi imposible de ser fundido. Por otro lado, dicho boceto carece de *anverso* y *reverso*, puesto que ambas caras representan episodios sin importancia alguna de la odisea de Colón; cuando, según la letra de la convocatoria para el concurso, exigía que se ciñera el artista á conmemorar el *centenario* únicamente.

Todo esto, además de los defectos de dibujo que amenguan el valor que pueda tener el modelo en litigio, no es nada para lo que á última hora vino á resultar del examen que la Junta del centenario hizo de la obra. Resulta, pues, que el artista no tuvo en cuenta la Historia, y dió plaza entre los tripulantes que Colón llevó en su primer viaje á varios frailes. ¡Aquí del apuro más grave! Además de no reunir las precisas condiciones exigidas, de no tener carácter de medalla y de ser muy mediana la parte plástica, aparece el modelo laureado falsificando los hechos.

No sé cómo se habrá resuelto el conflicto, sí tan sólo que uno de los individuos de la Junta del centenario, y por más señas académico, tomó á su cargo la defensa de la obra y de la Academia que tan mal parada queda, no solamente como directora del buen gusto y del arte, sino también como competente en ciencias históricas.

***

Pelouse, el célebre paisajista francés cuya obra recuerda por su sinceridad la del inglés Constable, comenzó á pintar los primeros estudios (no cuadros) á los veintiseite años, abandonando la carrera del comercio, en la cual había realizado ya algún dinero. Se redujo voluntariamente á pobreza tan extrema, que según nos cuentan los biógrafos del insigne pintor, tenía que hacerse él mismo la ropa, los sombreros y los zapatos. Sin embargo, Pelouse hubo de preferir á la pintura acomodaticia de comercio, al gusto parisiense, seguir luchando tesonudamente hasta lograr imponerse en el mundo artístico con sus paisajes, hijos legítimos de la naturaleza y de su temperamento. El país bretón fué su escuela. La rudeza, la melancolía, el ambiente húmedo de aquella región, las delicadezas de las tintas propias de los países donde abundan los bosques, los torrentes y los valles estrechos tuvieron en Pelouse un intérprete tan sincero como amante. Comprendió desde luego todo el valor, toda la poesía, todo el arte que encerraban aquellas montañas, y no quiso tentar la interpretación de otra naturaleza distinta, no sentida por él.

Y tengo para mí que de haber imitado á la mayor parte de sus colegas, quienes así pintan el sol como la lluvia, un país meridional como uno del Norte, no hubiera logrado alcanzar el renombre que alcanzó. El temperamento del artista (hablo del *artista*, cada día más escaso, – pues hoy hacer cuadros se toma generalmente á título de beneficio) no puede asimilarse sin forzar ese temperamento, ni géneros distintos, ni menos condiciones plásticas. Un pintor andaluz, acostumbrado á pintar las calientes tonalidades de su tierra, á trazar las monótonas líneas del ancho paisaje de su región, á vivir entre la lumbre solar y el calor que el jerez ó el manzanilla llevan al cerebro y al estómago, no se resolverá jamás á desterrar de la paleta colores que ama, que le alegran, que él tiene como difundidores de vida, que *calientan*, si he de hacer uso de una palabra técnica, la obra en general. No puede adivinar que en las medias tintas ligeramente plateadas, grisáceas, azuladas ó carminosas que envuelven un paisaje del Norte, adonde los rayos del sol llegan atenuados por la constante neblina que flota en la húmeda atmósfera, mitigada su reverberación por las masas de árboles y de montañas eternamente verdes, por la estructura del país; no puede, repito, adivinar que existan tonos brillantes y calientes, ni que puedan hacerse prodigios de paleta, ni que se entren esos paisajes por los ojos del sentimiento tan fácilmente como los de su tierra.

Pelouse comprendió que el artista debe expresar de un modo sincero lo que siente, lo que ama, lo que comprende, si su obra ha de emocionar al espectador. Así lo hizo y produjo sus celebrados cuadros *Le matin sous bois*, *La Vallée de Cernay*, *Le Banc de rochers á Concamean* y tantos otros lienzos llenos de intensa ternura melancólica y de verdad.

***

A lo que parece, las mujeres van ganando terreno en el cultivo de las Bellas Artes, especialmente en el de la pintura.

El número de pintoras admitidas en el Salón oficial que se abrirá en el próximo mes de mayo en París, es lo suficientemente grande para que la crítica francesa empiece á dedicar atención preferente al arte producido por el sexo bello.

Pocas artistas de mérito relevante registra la historia de las Bellas Artes; pero al presente prodúcese un fenómeno, que entiendo como perfectamente lógico, desde el momento en que el estudio del arte pueden realizarlo las mujeres en idénticas condiciones que el hombre: ese fenómeno es el de contar entre los buenos pintores de la presente época los hermanos Bonheur, Mlle. Abbema, Mme. Buchet, Mme. Valette, Mme. Henriette Rouner, Mme. Stokes y varias otras pintoras húngaras é inglesas. En España no rebasan de lo vulgar las que se dedican al arte pictórico; pero debo exceptuar las señoritas Menassade, La Riva y Bañuelos, quienes manejan con delicado gusto la paleta, habiendo alcanzado varios premios en los certámenes generales de Bellas Artes.

El gobierno francés adquirió recientemente tres hermosos lienzos debidos á tres pintoras, verdaderas especialidades en el arte que cultivan. Estos cuadros, que figurarán muy pronto en las salas del Louvre, son de distintos géneros. Uno de ellos representa exclusivamente una sola flor, *crisantemos;* otro es un paisaje con figuras, y se titula *En la hierba*, y el tercero es un estudio de *gatos*, de rara maestría y verdad.

Por cierto que los hermosos lienzos y estudios de la figura humana, realizados por artistas del vuelo de las citadas Stokes, Abbema, etc., pudieran y debieran ser tenidos muy en cuenta por cuantos sociólogos hoy discuten el alcance de las facultades intelectivas de la mujer, amén del análisis que les ofrece la conducta observada por sociedades como la inglesa, austro-húngara, alemana é italiana (no miento la francesa por no meterme en discusiones), á las cuales no se les ha ocurrido hasta el presente poner traba alguna, en nombre de la moral, á cuantas señoritas, lápiz ó pincel en mano, estudian el desnudo frente al modelo vivo.

***

El arquitecto Sr. Mélida ha sido encargado por el director del Museo de pinturas del Prado de decorar pictóricamente el techo de la sala oval, conocida por *Sala de Isabel II*. A dicha sala, tan pronto estén terminadas las obras de reforma en ella comenzadas hace algunos años, se llevarán los cuadros más selectos de los grandes maestros.

Cuando pueda examinarse dicha sala emitiré juicio. Hoy me limito á dar esta noticia que á tantos comentarios se presta, y que tengo como cierto que no habré de ser yo quien más suaves los haga.

Decididamente hay empeño por parte de ciertas gentes en meterse en cuantos charcos encuentran al paso.

R. Balsa de la Vega



UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

CAMPAÑA DE LOS INGLESES EN BULGARIA

DERROTA DECISIVA DE LOS RUSOS

Al fin tenemos grandes noticias que comunicar sobre el ejército inglés, pues se ha reñido y ganado una gran batalla. Más aún: todo el ejército ruso de Bulgaria, cogido como en una ratonera, se ha visto obligado á rendir las armas después de dos días de empeñada lucha. Vemos, por lo tanto, que el ejército inglés, después de todo, no ha ido al Asia Menor, sino á Bulgaria. Todos los rumores y aparentes demostraciones que indujeron á creer que se proyectaba una gran campaña en el Asia Menor tenían por objeto solamente distraer la atención de los verdaderos fines que la expedición se proponía. Los que están familiarizados con la política de Lord Wolseley alegan ahora que sospechaban el plan, tan sólo por el hecho de que había hablado mucho de las ventajas de una campaña en el Asia Menor. Es notorio, según ellos dicen, que ese jefe está en la firme creencia de que cuando el público supone tal ó cual plan en un ejército, el enemigo acaba por creerlo también. Por su táctica logró imponerse al célebre Arabi durante la campaña del 82, ocultándole el gran movimiento de la expedición inglesa de Alejandría á Ismailia. Lord Wolseley consiguió engañar á Arabi, haciendo circular noticias de que había sido llamado por el capitán Glover durante la campaña de los ashantis; mientras lo que hacía en realidad era embarcar sus tropas para sorprender las ciudades de la costa, en las cuales se abastecía el enemigo. Si hemos de juzgar por los comentarios de nuestros contemporáneos respecto á las noticias que hasta aquí se han dado de la guerra, preciso es decir que han sido muy discretos y leales ó que se han engañado por completo. Sin embargo, harto evidente parecía que el mejor uso que se podía hacer del ejército inglés en este momento era destinarle á despejar la Bulgaria de las fuerzas agresivas de los rusos, lo cual, por las circunstancias particulares del caso, no pudo intentar antes. Atendido que se favorecía primero á Bulgaria y en segundo lugar á Turquía, y que el hecho de haber ofrecido ésta su apoyo era la causa de que nosotros interviniéramos en la lucha, se llenaba un importante objeto político, independientemente de las ventajas del movimiento, empleando nuestras fuerzas desde luego para apoyar á los valerosos búlgaros. Aunque hubiera sido conveniente, desde el punto de vista político, permitir al ejército turco penetrar en Bulgaria y avanzar sobre Tirnova y Shumla, los obstáculos materiales que se oponían en el camino eran de mucha consideración. Por otra parte, en veinticuatro horas los vapores podían conducir á nuestras tropas al lugar donde los rusos habían desembarcado primero; y era casi seguro que apenas su jefe observara que nuestros buques habían cortado de nuevo sus comunicaciones con el mar, renunciaría á su proyecto de avanzar sobre Sofía á fin de asegurar su retirada por la Dobrucha. Desde Kavarna podríamos fácilmente emprender un movimiento que, según debía creerse, los rumanos tratarían de retardar por todos los medios posibles. Parece que Lord Wolseley estaba en comunicación directa con los generales búlgaros durante su permanencia en Constantinopla, y que todos los movimientos se concertaron entonces; mientras que los rumanos, seguros del apoyo inglés por mar y tierra, estaban dispuestos á entorpecer las maniobras de los rusos si hacían alguna tentativa, por el Norte ó por el Sud, para forzar el paso de la Dobrucha.

Sin entrar en más detalles, bastará decir que la prolongada permanencia de Lord Wolseley en Constantinopla tenía por objeto recibir las más recientes noticias de Bulgaria en cuanto á la posición exacta y movimientos del ejército ruso. Desde el punto más próximo de la costa á que llegaba la comunicación telegráfica, desde Constantinopla, ligeros botes correos debían llevar los mensajes cifrados á la flota ó á Kavarna, desde donde se llevarían las noticias á medida que el ejército se internaba. La segunda línea de comunicación se estableció por Kustenjch y Buckarest; y de este modo el general tuvo la gran ventaja de conocer con más exactitud que de ordinario cuáles eran los movimientos de su enemigo, hasta cierto punto muy limitados. Varios destacamentos de considerable fuerza habían sido destinados á vigilar Shumla y Varna; y por las noticias que llegaron á Lord Wolseley, era evidente que los rusos, después de levantar su campamento en Tirnova, marchaban por Shumla, bien con la intención de llamar á su destacamento de Varna para avanzar desde aquel punto directamente sobre la Dobrucha, ó ya para dirigirse á Varna.

De todos modos, el inmediato desembarque en Kavarna se podría efectuar al parecer sin oposición formal por parte de las fuerzas rusas, y era en extremo probable que éstas se moviesen para atacarnos en aquella posición. En tal caso, si conseguíamos mantener nuestro terreno, tal vez las fuerzas de que disponíamos serían suficientes para habérnoslas con los rusos, sin contar con que dentro de cuarenta y ocho horas los búlgaros, que se habían comprometido á seguir de cerca la retaguardia enemiga, podrían llegar á tiempo é impedir á los rusos mantenerse en su posición.

Apenas los buques hubieron perdido de vista la tierra, toda la flota cambió de rumbo, dirigiéndose por NNO., y á eso de las doce del día siguiente al en que la flota salió del Bósforo, la mayor parte de ella se hallaba en la bahía que se extiende desde el cabo Kaliakra hacia Varna.

El desembarco había comenzado ya antes de la llegada de nuestro corresponsal; pero tuvo la suerte de poder reunirse con los húsares del coronel French, que habían saltado á tierra poco después de saberse que no se opondría desde luego resistencia al desembarco de las tropas. El regimiento avanzó en la dirección Sud, apoyado por un cuerpo de infantería al mando del coronel Hutton, el segundo día después de la llegada de las fuerzas, y tan pronto como fué posible se le enviaron algunos cañones y una escolta de caballería á las órdenes del coronel Marshall. Esta última fuerza debía practicar un reconocimiento minucioso para averiguar cuál era el estado de cosas en Varna, coger algunos prisioneros, si era posible, y aprovechándose del descontento de los habitantes de dicha población, adquirir noticias sobre el enemigo.

BOMBARDEO DE VARNA

GUERRA POR LOS AIRES

La descripción que nuestro corresponsal hace de esta marcha es muy interesante y gráfica; pero debemos abreviarla para dar cuenta de otros acontecimientos de más importancia. Baste decir que se averiguó que los rusos tenían ya su cuartel cerca de Shumla sin haber recibido la menor noticia sobre el desembarco del ejército inglés. El enemigo avanzaba sobre Varna, y la fuerza de este punto había recibido evidentemente órdenes para inducir á la ciudad á rendirse. Al llegar la caballería á las colinas que se elevan á la vista de la ciudad divisaron un globo que se cernía sobre ella, lo cual les inquietó al principio, temiéndose que sus movimientos pudieran ser vigilados y descubierta la posición. Muy poco después, no obstante, pudieron reconocer que el globo estaba allí con muy distinto objeto, ofreciéndose á su vista un espectáculo á la vez aterrador é imponente. Una mole negra se desprendía del globo, y al llegar al nivel de los edificios más altos estalló de repente, produciendo un vivo resplandor que iluminó los alminares y pináculos de la antigua ciudad turca; á su paso hacía grandes destrozos en las casas, reduciéndolo todo á ruinas. Evidentemente era una bomba de dinamita, de grandes proporciones, que se había dejado caer intencionalmente desde el globo.

El objeto no podía ser otro más que aterrorizar á los habitantes por una cruel é inicua destrucción de la propiedad. Si el proyectil hubiese caído sobre un almacén militar habría producido mayor impresión en el ánimo de los defensores; pero no sucediendo así, no dió el resultado que se apetecía. Esto indicó á los ingleses más bien una tentativa desesperada de los rusos que un esfuerzo formal en la guerra. Como quiera que sea, dióse principio á un furioso cañoneo desde todas las obras defensivas situadas cerca de la ciudad, y no terminó hasta que algunos de nuestros buques, que se comunicaban con la guarnición, se acercaron á tiro de las obras, arrojando tal número de bombas sobre la artillería del campo ruso, á pesar de la considerable distancia que de ella los separaba, que los cañones rusos cesaron el fuego y se retiraron.

Dejamos á nuestro corresponsal la palabra para describir la siguiente escena: «No sucedió así con el globo, y con gran admiración nuestra observamos que cambiaba deliberadamente de dirección, gobernando contra el viento, que no pasaba de ser una ligera brisa. Al llegar á la posición que sin duda buscaba, sobre los almacenes de Varna, vimos caer del globo otra bomba, que apenas llegó á los edificios estalló, produciendo como una conflagración general de toda aquella parte de la ciudad, acompañada de toda clase de espantosas detonaciones y explosiones, lo cual demostró que se había conseguido el efecto deseado.

»El coronel Marshall, que estaba á mi lado en aquel momento, exclamó al punto:

—»¡Ah! Ya sé lo que es eso. Poco antes de salir de Inglaterra, recuerdo haber oído decir á un ingero llamado Delmard, que los franceses tenían un globo de guerra susceptible de ser gobernado en todas direcciones, hasta contra un viento ligero; y tam-

bién un sistema de bomba particular con cubierta de acero, rellena de oxígeno líquido y varias substancias explosivas, la cual se podía dejar caer desde el globo. Esperaban grandes resultados de este invento, y evidentemente habían enviado muestras de él á los rusos, como un especial favor.

»El sol se había puesto hacía largo tiempo en dirección de Shumla; la luna y las estrellas brillaban en el cielo, y al fijar la vista en el terreno ondulado que nos separaba de la ciudad, el resplandor de las llamas que en ella se elevaban iluminó los buques, ofreciendo un espectáculo imponente.

»No dudábamos que las fuerzas situadas alrededor de Varna se ocuparían tan sólo en hacer un esfuerzo para aprovecharse de la destrucción que habían ocasionado. Desastrosa era para los habitantes, mas al parecer no suficiente para obligarlos á rendirse.

con él. Añadíase que se necesitaría la mayor parte de los cosacos y el resto de la caballería rusa para vigilar el resto de la fuerza búlgara, que si bien inferior á la de los rusos, y lejos aún, podía esperarse que la siguiera en su retirada. En su consecuencia sería necesario que la caballería, bastante numerosa, agregada á las demás tropas de Varna, protegiese el flanco derecho, vigilando el avance del grueso de las fuerzas cuando llegaran. Sin molestar á nuestros lectores con el minucioso informe que el despacho contenía, me limitaré á decir que el ejército ruso, marchando en dos columnas por caminos diferentes, á cierta distancia una de otra, necesitaba por lo menos cuatro días para llegar á la altura de Kosludji con su ala izquierda. Más tarde recibimos todos estos informes.

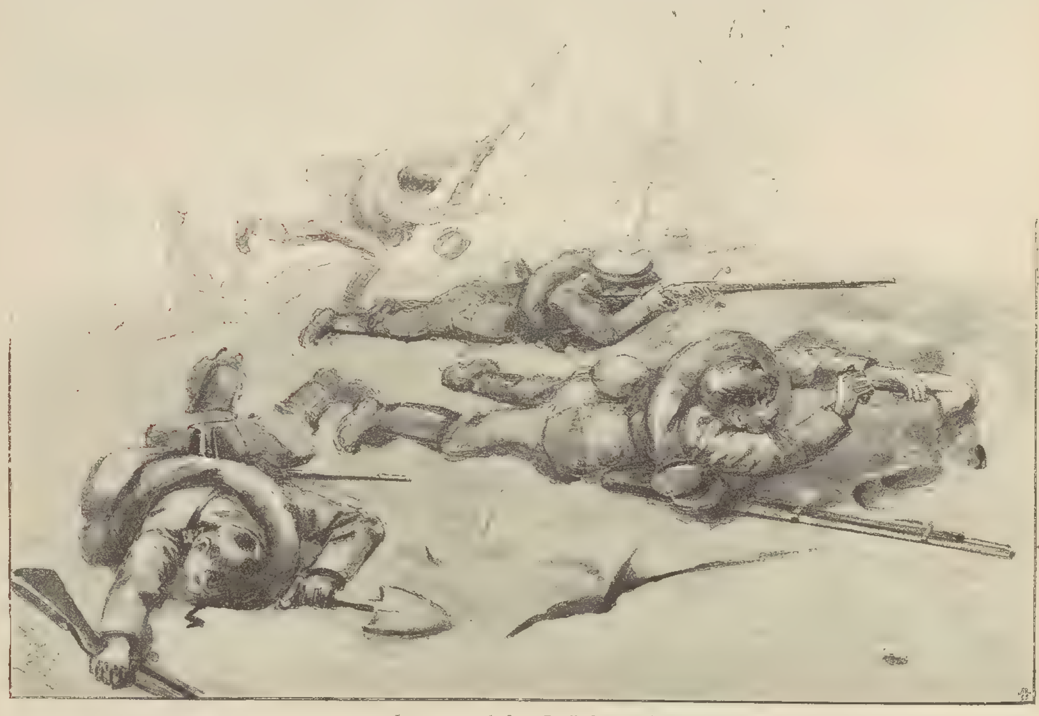
»Por lo pronto vi á Lord Wolseley leyendo cuidadosamente la traducción de los partes á medida que se los daban.

»El almirante Markham había leído con Lord Wolseley; cuando éste hubo concluído volvióse hacia su compañero, y los dos discutieron brevemente sobre algo que no pude comprender; pero muy pronto tuve motivos para creer que se refería al transporte de víveres y municiones que debía efectuarse al día siguiente. De todos modos, ninguno de nosotros dudó, poco después, de que se habían cambiado los planes. Acto continuo expidiéronse órdenes para que aquella misma tarde emprendiesen la marcha las tres brigadas que habían desembarcado primero; y como por fortuna permanecían en las inmediaciones de Baltjik, hallábanse más próximas á Varna. La caballería y la infantería llegaron desde luego, y extendiéronse de modo que pudieran cortar toda comunicación entre el grueso del ejército ruso y Varna.

»Afortunadamente, las cercanías del país se componen de una serie de eminencias montañosas y onduladas, susceptibles de ocultar considerables cuerpos de tropas.

»Para ser breve, diciendo de una vez lo que ahora sabemos todos, daré á conocer la idea que inspiró á Lord Wolseley la lectura de los partes interceptados. Era evidente, en vista de los informes adquiridos por los búlgaros, así como por los de otra procedencia, que los rusos ignoraban todavía que un cuerpo de tropas inglesas hubiese desembarcado en aquel territorio; y si él conseguía sorprender el campamento de Varna inmediatamente, tendría gran probabilidad de caer sobre las columnas rusas durante su marcha, aniquilando una de ellas antes que la otra pudiese llegar en su auxilio, tanto más, cuanto que el enemigo contaba con la caballería de Varna para proteger su movimiento. Esta era mejor oportunidad que aquella que se había esperado cuando se trató de tomar una posición que obligara á los rusos á emprender el ataque. El proyecto era que las tres brigadas de infantería marchasen aquella noche á fin de situarse de modo que pudieran atacar el campamento ruso de Varna al amanecer del día siguiente.

»Lord Charles Beresford, según lo convenido, debía desembarcar por la tarde con fuerzas de tropa y marina, sin hacer esfuerzo alguno para ocultarse, y ponerse después de acuerdo con el oficial que mandaba en Varna para que toda la guarnición hiciera una salida, á fin de llamar la atención de los rusos hacia la ciudad. Después de comparados cuidadosamente los relojes, fijóse la hora de las tres de la madrugada para emprender el ataque simultáneo. Las tres brigadas tenían orden de atacar respectivamente la derecha, la izquierda y centro de la posición rusa.



La gran guerra de 1892. – Batalla de Kosludji

»La caballería, viendo que no era observada, mantuvo su posición para el día siguiente, enviando exploradores en todas direcciones.

»Esto era en la tarde del tercer día después del desembarque. Otro regimiento de caballería, con algunos cañones, había llegado ya para apoyarlos; y á primera hora de la mañana siguiente reunióse con nosotros Lord Wolseley, seguido de varios oficiales de su estado mayor. A eso de las seis de la tarde vi avanzar por la llanura dos campesinos búlgaros que, disputando vivamente, avanzaban hacia nuestra posición, escoltados por un húsar, el cual trataba en vano de hacerse entender. Poco después llegaron; uno de ellos llevaba una carta en la mano, y gracias al intérprete de Lord Wolseley, muy pronto supimos de qué se trataba. Un oficial ruso, extraviado al parecer, había caído en manos de los campesinos, que le asesinaron en la localidad de que los dos hombres procedían. Uno de los húsares observó que llevaban ciertos objetos del oficial, así como también un saco de cartas, y siendo hombre muy discreto é inteligente, trató de hacerles comprender que debían conducirlos á presencia del coronel French. El otro campesino llevaba una especie de cartera militar, y al abrirse ésta encontráronse varias cartas, dirigidas desde el cuartel general ruso al comandante de las fuerzas situadas frente á Varna. Se le decía que las tropas inglesas, que según noticias habían penetrado en el Mar Negro, debían estar ahora en camino de Trebisonda; y que el general ruso se proponía marchar directamente á la Dobrucha, por lo cual se le indicaba el punto en que debía reunirse

»Una numerosa fuerza de artillería permaneció á dos millas de Varna, poco más ó menos, ocupando una posición favorable, á fin de apoyar á nuestras tropas en la eventualidad de un desastre; pero tratábase tan sólo de un ataque de infantería, y se ordenó que ningún cañón hiciera fuego, á menos que algunas de nuestras tropas hubieran de emprender la retirada. La única misión de la caballería reducíase á cerrar el paso á los fugitivos, impidiendo que llegara á conocimiento del general ruso nada de lo que había pasado.

»Tenemos motivos para creer que algunos habitantes habían suministrado á Lord Wolseley los más exactos informes respecto á las condiciones del terreno en la inmediación del campamento ruso, y que esto le infundió mucha confianza para combinar los detalles del ataque. El general Wood se encargó de dirigir todo el ataque, y muchas ventajas resultaron del sistema de marchas nocturnas, practicado ya antes bajo sus órdenes en Aldershot.

»No podemos decir, por lo tanto, que la lucha sometió á nuestras tropas á una ruda prueba, pues el ejército inglés sorprendió á los rusos, cual si hubiese caído de las nubes, antes que echaran de ver su llegada. El enemigo no había hecho ningún preparativo formal para resistir un ataque por la parte del Norte, puesto que no había motivos para presumir la llegada de tropas por este lado; de modo que la sor-

presa á la mañana siguiente fué completa. No quiero decir con esto que se cogiera á los rusos durmiendo, sino que las tropas inglesas, bien organizadas y dispuestas para el ataque, cayeron sobre el enemigo antes de que éste tuviera tiempo de prepararse para una resistencia organizada.

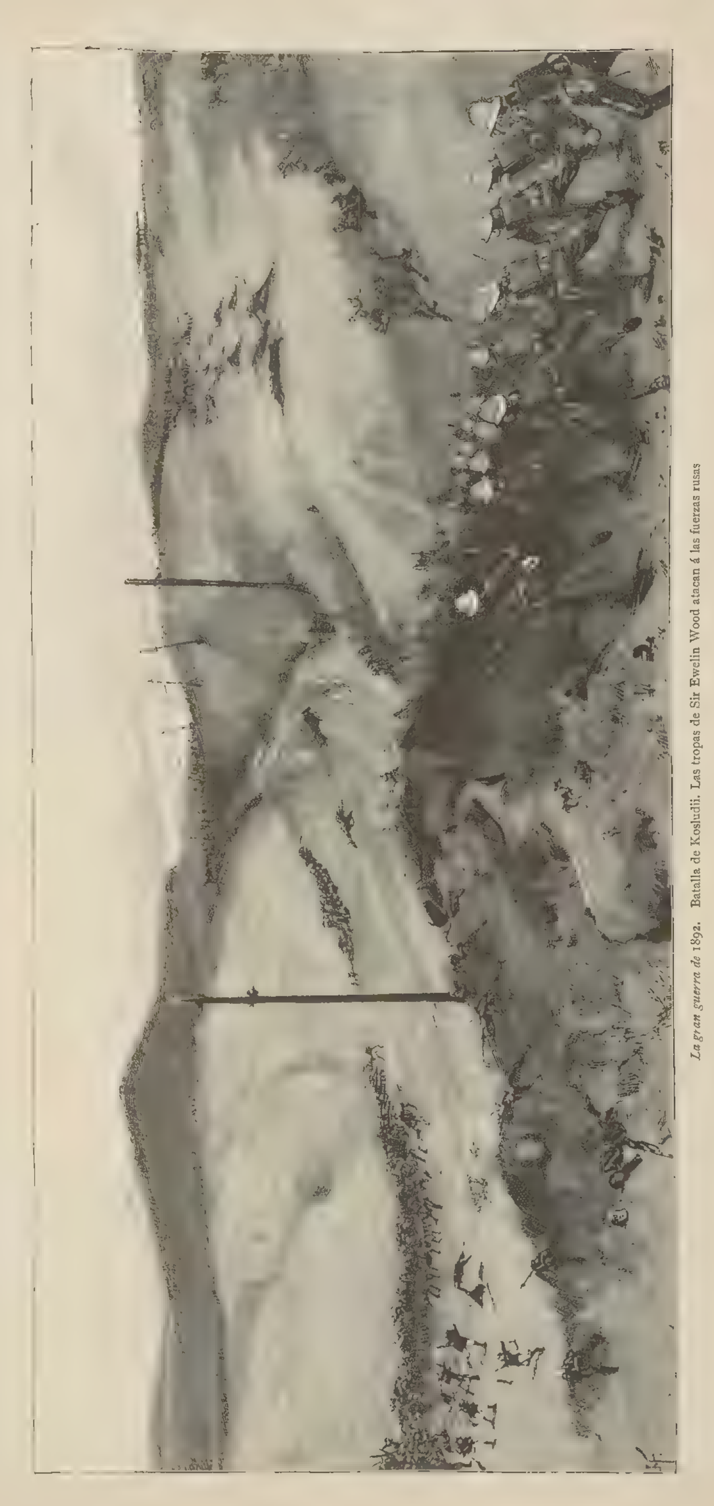
»Solamente en un punto, donde un activo general ruso había tenido la prudencia de reforzar con varios obstáculos el frente de su posición, se tuvo algún tiempo en jaque á la brigaba de la derecha; y aunque esto ocasionó algunas pérdidas, el efecto general del ataque en todos los lados de la posición rusa y los numerosos puntos por donde fueron asaltadas las obras defensivas impidieron á las tropas que habían resistido el ataque de la brigada de la derecha sostenerse más tiempo. Los rusos, aunque batiéndose valerosamente, manifestaron poca iniciativa para obrar de por sí en un caso en que no podían llegar hasta ellos órdenes superiores.»

DERROTA DEL EJÉRCITO RUSO

EL SOCORRO DE VARNA

«Por la tarde, todas las obras defensivas estaban en nuestro poder, y como la caballería cortó la retirada á cuantos trataban de huir, ocupando la infantería los puntos que aquélla no podía guardar, teníamos motivos para creer que nadie podía haber escapado para dar cuenta de lo ocurrido. Las pérdidas no fueron muy considerables por ninguna de ambas partes, pues la posición rusa fué atacada desde un principio por fuerzas tan superiores en número y sorprendida tan de improviso, que cerca de diez mil hombres entregaron las armas. A los prisioneros se les embarcó al día siguiente para Constantinopla, quedando en nuestro poder un considerable botín, compuesto de caballos, mulas y furgones. Para asegurar más el éxito, Lord Wolseley había dispuesto que una cuarta parte de las fuerzas del general Wood avanzaran hasta la posición ocupada por las baterías. Entretanto, en la misma mañana en que se libró el combate, todas las demás tropas habían ido á situarse en las tierras altas que dominan los dos caminos que conducen desde Kosludji y Varna á Bazardjik.

»Era evidente, suponiendo que la marcha de los rusos se hubiese efectuado conforme á lo prevenido en el parte que se interceptó, que durante cierto tiempo sus dos columnas habrían estado separadas, no tan sólo por una distancia de diez millas, sino también por un espacio de terreno muy escabroso. Además de esto, como los caminos convergían hacia Bazardjik, un cuerpo de tropas inglesas que ocupase las tierras altas habría tenido sus dos porciones mucho más próximas entre sí que las de los rusos que avanzaban. Habiéndose tenido la suerte de coger los papeles del general ruso que mandaba en Varna, súpose que el día anterior había recibido un duplicado del parte que se interceptó. Al parecer, tenía preparada la respuesta, pero no la había enviado aún: indicábanse en ella los movimientos que pensaba practicar para reunirse con el grueso de las fuerzas. Como se había averiguado que Kosludji, aunque no se hallase aún en poder de los rusos, estaba en comunicación con su cuartel general, se resolvió reparar el telégrafo, cortado por los campesinos solamente entre Kosludji y Varna. Apenas se hubo hecho esto, envióse un parte, cifrado en ruso, al general en jefe, diciendo: «El 10.° de su caballería marchará para proteger el flanco derecho y avance del ejército sobre Bazardjik. La infantería y artillería se reunirán con la retaguardia de la columna después de haber pasado la de la derecha.» Las fuerzas inglesas se distribuyeron después del modo siguiente: del cuerpo de ejército del duque de Connaught, la división de la derecha ocupó el terreno alto cruzado por el camino que conduce desde Kosludji hacia Bazardjik, más allá de aquel punto. La segunda división ocupó también la eminencia que hay sobre el camino de Varna-Bazardjik, y la artillería de todo el ejército se concentró en el terreno alto, de modo que pudiera dirigir su fuego sobre las columnas que desembocaran por los caminos. Todas las fuerzas del general Wood se hallaban en posición entre Varna y las alturas, dispuestas para atacar la columna de la derecha apenas se hubiese desarrollado lo bastante en su marcha. Habíanse utilizado los uniformes de varios prisioneros rusos para poner falsos centinelas, á fin de hacer creer desde lejos al enemigo que el campamento de Varna y las inmediaciones se hallaban aún en poder de los rusos. El terreno en que se supuso que se daría la batalla fué de antemano cuidadosamente reconocido. En la mañana del 14 de junio, la columna derecha de los rusos, que debiendo efectuar una marcha más larga se puso en movimiento antes, había llegado al punto en que el camino tuerce bruscamente al Norte en dirección á Bazardjik. Un des-



La gran guerra de 1892. Batalla de Kosludji. Las tropas de Sir Ewelin Wood atacan á las fuerzas rusas

tacamento de cosacos que había sido enviado para ponerse en comunicación con la caballería de Varna, á la cual se suponía situada en el camino, volvió muy pronto para anunciar que había visto interceptado el paso, al cruzar las montañas, por varios troncos de árboles y estacadas; mas suponiendo que esto sería obra de algunos insurgentes búlgaros, el general dispuso que avanzase un batallón de infantería con dos cañones y que la columna prosiguiera su marcha. Poco tiempo después, algunos cosacos que se habían adelantado hacia el camino de Varna, acercándose á varios centinelas que tomaron por compañeros, quedaron prisioneros, sin que se permitiera á ninguno volver; de modo que no se produjo la alarma por este lado. Sin embargo, cuando el batallón de infantería se acercó á la estacada, sufrió el fuego de enemigos invisibles, y muchos rusos cayeron. Entonces se dispuso que una brigada avanzase para despejar el terreno; mas apenas estuvo á tiro de las colinas, también se le recibió con una descarga.»

(Aquí se interrumpe el parte del corresponsal; sin duda se recibirá á tiempo lo restante para publicarlo la semana próxima.)

(Continuará)

LA CRUZ (1)

(Conclusión)

Podrían citarse muchos más textos para probar que si la muerte en cruz era pena no consignada en la primitiva legislación hebrea, los judíos la aplicaron no pocas veces, antes que los romanos dominaran aquel pueblo, cuyo ideal fué el religioso, cuyas concepciones en este terreno fueron de tanto arraigo, de influencia tan poderosa, que dejándoles esperanzas para el porvenir, dieron, con el admirable pasado que constituye la Biblia, base para una religión nueva, tesoro de sana doctrina y de inefables consuelos. No tuvieron necesidad, como sostuvieron algunos, fundándose en una cuestión filológica fácil de explicar, de que los señores del mundo le enseñaran la crucifixión: el horrible tormento estaba en sus costumbres, nada humanitarias en la apreciación y en el castigo de los delitos.

Entre éstos, los mayores tenían que ser los derivados del carácter particular que los individualiza en la historia, esto es, del fanatismo con que sin duda contaron las profecías, fanatismo de que fué víctima el Justo. El hijo del verdadero Dios, hecho hombre para salvarnos, murió en el afrentoso patíbulo reservado para sediciosos y ladrones, suplicio que inspiraba horror, tanto por el doloroso fin que aguardaba al desgraciado, cuanto por los preliminares, y con otras tantas penas infamantes. Amenazar con él constituía una ofensa, y tal concepto se había formado que generalmente se llamaba el suplicio por excelencia. El jurisconsulto Paulo clasificando penas decía: *Summi suplicii tria genera Crucem, Cremationem, Decollationem.* «Supremo» lo llama Ulpiano: *Si liberi sint, ad bestias dari; si servi, supremo supplicio affici*; y ya el gran orador romano lo calificaba de *crudelissimum teterrimumque*, como Nonnio lo había llamado «malditísimo» y «pena extrema» Apuleyo y Arnobio.

La forma de la cruz cambió con el tiempo y según las circunstancias: discutiendo los autores cómo fué aquella en que murió nuestro Redentor, afirmaron algunos que había sido cruz *commisa*, ósea en forma de T, y citaban en apoyo de esta opinión el texto de una carta de San Paulino á Severo, que dice: *Christus non multitudine nec virtute legionum, sed jan tunc in sacramento Crucis, cujus figura per litteram graecam Tau numero trecentorum exprimitur.* Otros alegaban las autoridades de Tertuliano, San Jerónimo y San Isidoro; mas fijándose bien, ninguno de estos escritores declaraban terminante y palmariamente lo que se pretendía. Las palabras del ilustre obispo de Nola significan, á nuestro modo de ver, que durante algún tiempo la cruz, por razones que veremos luego, se representaba con una *Tau* griega; el vehemente apologista de Cartago, al decir en su «Voc. gent.:» *Ipsa enim littera graecorum Tau, nostra T, specie crucis;* nuestro santo hispalénse definiendo la *Tau*, una clase de cruz; San Jerónimo al afirmar *Antiquis hebraeorum litteris, quibus usque hodie samaritae utuntur, extrema Tau crucis habet similitudinem*, nos parece no han determinado qué forma tenía la cruz en que murió el Redentor de nuestro linaje; dijeron sólo que la *Tau* se asemejaba á una especie de cruz, que se empleó ciertamente como instrumento de suplicio, pruebas de lo cual se hallan en el célebre grafito encontrado en la escuela palatina de los césares, en algunos de los relicarios con que San Gregorio obsequió á Teodolinda, conservados en Monza y en otros monumentos.

Fijándose bien, se comprende que la cruz *commisa* no podía ser usual y corriente, ni la más adecuada por efecto de su construcción, por la poca estabilidad de los brazos, que apoyados en el extremo superior del árbol vertical, no podían estar seguros, sino mediante refuerzos que las hubieran hecho costosas y de difícil manejo: atentos á este inconveniente, que los ejecutores de tan despiadada justicia debían apreciar mejor que nadie, es de presumir, como sostuvieron otros muchos escritores, que la cruz más empleada debía ser la *immisa*, que desde luego aceptó sin reserva la iconografía cristiana. De construcción más sencilla y racional, resultaba sólida desde luego, y en apoyo de que así fué la del Salvador del mundo, hay textos que no dejan lugar á la menor duda. San Pablo en su Carta á los de Efeso (III, 18) lo determina claramente, testimonio al que se refiere San Agustín en algunas de sus Cartas y en sus Comentarios al salmo 103; San Juan Damasceno lo dice también claramente: *Sicut quatuor extrema crucis per medium centrum vinciuntur et junguntur;* San Irineo, en el cap. 24 de su Libro II contra los herejes, es bien claro también diciendo: *Habitus, fines, et summitates habet quinque; duas in longitudine, duas in latitudine, unam in medio.*



EL ÁNGEL DE LAS OFRENDAS, escultura de Doña Asís de Picabia
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

Mas ¿cómo es que la cruz, tal como la veneramos hoy, tarda en aparecer en los monumentos cristianos de los primeros siglos y no se halla en ninguno de los tiempos apostólicos? ¿Por qué los primeros fieles recurrieron al símbolo para representar lo que adoraban? La historia da explícitas contestaciones á estas preguntas, y los hechos acaecidos entonces son buena prueba de la oportuna prudencia de quienes sintiéndose inspirados, debían temer más que al martirio en que perecían gustosos, la calumnia con que se pretendía empañar la santidad de la doctrina; más que las persecuciones materiales en que pagaban con sus cuerpos, las falsas imputaciones con que se procuraba atacar la pureza de los principios. El punto de partida de la religión cristiana era negación absoluta del eterno sueño hebraico; por esto los judíos la persiguieron con encarnizamiento, y cegados por furioso fanatismo hicieron morir al fundador sagrado, manifestándose contentísimos cuando corrían la misma suerte quienes cautivados por santas máximas seguían sus huellas venerandas. Los gentiles de aquella época, indiferentes y corrompidos, daban poca importancia al principio religioso; la religión romana de entonces era ridículo pandemonium en que se habían fundido los más extraños cultos, y ciertamente que sin el carácter de exclusivismo que debe tener nuestra religión por ser depositaria de la verdad absoluta, sin el ataque directo y constante que era para la corrupción de principios que autorizaban los demás cultos, el cristiano hubiera sido compatible con todos ellos. Las causas señaladas lo impedían: de cuantos crímenes puede ser capaz la maldad humana eran acusados los cristianos por los hebreos; los paganos, crédulos de conveniencia, prestaban oído tanto más gustosos cuanto que haciéndolos morir se veían libres de intolerantes censores que con eficaz constancia anatematizaban sus costumbres, y esta causa de odio disimulábanla hipócritamente, manifestando deseos de defender una religión que había resistido el severo ataque de los filósofos y se desmoronaba con los latigazos satíricos de Luciano.

Unos y otros, judíos y gentiles, perseguían á los cristianos fraguando en su contra viles calumnias; aquéllos por implacable rencor, éstos porque confundiéndolos llegaban al fin que se proponían. Tertuliano y Minucio Félix tuvieron que elevar sus autorizadas voces en defensa de los cristianos mal comprendidos, no por ignorancia, sino por mala fe, y ambos autores exponen cuáles eran las principales imputaciones que les hacían. Según hemos dicho, los más tenaces enemigos eran los del pueblo escogido, y en su odio implacable se sabe ciertamente que mandaron emisarios á todos los puntos del imperio con objeto de que sus calumnias tomaran cuerpo, hecho atestiguado por San Justino, Atenágoras, Arnobio, San Clemente de Alejandría y muchos más. Los paganos no se descuidaban; sobre lo que particularmente inventaban en contra de los discípulos del Divino Maestro, confundíanlos con los hebreos, á quienes detestaban: á partir del famoso Tácito, los historiadores romanos los hicieron blanco de sus acusaciones, señalándolos como autores de crímenes imaginarios y cuando no bastaron las ofrendas hechas á Vulcano, Ceres y Proserpina, la mente infame de Nerón no tuvo inconveniente en acusarlos del horroroso incendio con que devastó á Roma para satisfacer un capricho que le inspiró su locura artística.

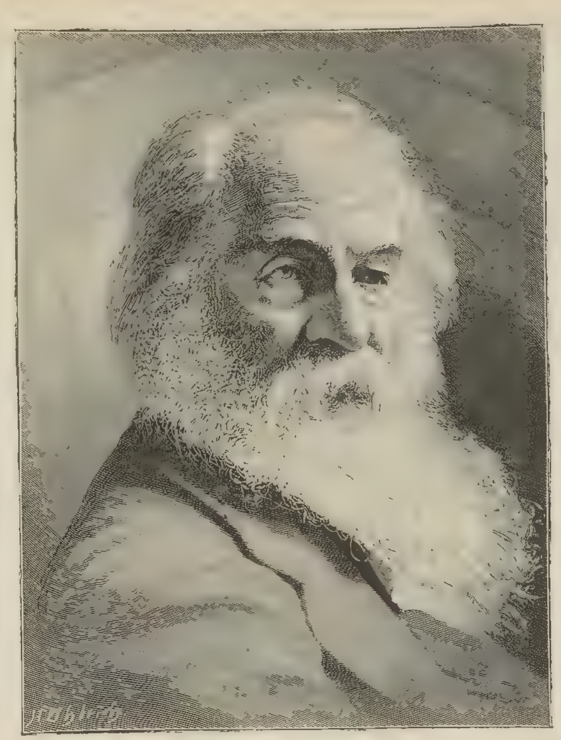
Idólatras, incestuosos, avaros, soberbios, criminales de lesa majestad, eran acusaciones leves, comparadas con otras de que los hacían víctimas; el respeto con que eran tratados los sacerdotes dió motivo para asquerosas suposiciones; el secreto que la necesidad les imponía para la celebración de sus ritos, causa de que les atribuyeran la perversidad de Atreo, cuyo nefando crimen horrorizó al sol mismo, que se ocultó por no verlo, según la tradición mitológica; la cariñosa idea que presidió á la institución de las agapes, mal interpretada de intento, dió ocasión á que se tejieran cuentos de repugnante inmoralidad, suponiendo que en ellas, cuando el vino montaba al cerebro y se apagan las luces, cada cristiano podía convertirse en un Edipo, sin que la Epicaste con quien rodaba por el cieno se ahorcara después movida por el arrepentimiento, sin que él se viera perseguido por las furias infernales. Y como si todo esto fuera poco, acusábanlos también de adorar una cabeza de asno,

(1) Véase el número 537.

fábula á que, según declara Tertuliano, dió origen la perversidad de un judío, que habiendo fabricado informe ídolo con aquella semejanza, escribió encima: *Deus christianorum*, y á los que esto no bastaba añadían que su Dios era *un crucificado*.

Sabido que el tormento de la cruz se imponía únicamente á los autores de delitos atroces, la acusación mencionada era de grandísimo alcance, y durante mucho tiempo impuso á los mismos cristianos, que se resistieron á presentar la imagen de Nuestro Señor en esta forma como objeto de veneración, apelando á símbolos diversos, tomados unas veces del Antiguo Testamento, otras de instrumentos aptos para la seguridad y salvación, no pocas de profesiones que tenían puntos de contacto con la misión del Salvador y aun algunas de las antiguas mitológicas, pues no podría explicarse de otra manera el Orfeo pintado en las catacumbas cristianas. Mas si públicamente no podían hacer ostentación del verdadero, noble y elevado sentimiento que les inspiraba la cruz, adorábanla en sus misterios y la veneraban por la altísima representación que tuvo desde el principio: de aquí otra torcida interpretación, pues los enemigos del cristianismo, sin buscar el trascendental motivo que tenían, supusieron que adoraban un ídolo al que habían dado aquella forma: Cecilio el pagano, que sirve de interlocutor á Minucio Félix, en su *Octavio* lo manifiesta así claramente: *Et qui hominem, summo suplicio pro facinore punitum, et crucis ligna feralia, eorum caerimonias fabulantur, congruentia perditis sceleratisque tribuit altaria, ut id colant quod merentur.* Adoran lo que merecen, decían los paganos, sin comprender que la cruz era sólo un símbolo, una representación del instrumento en que fuimos salvados, una alegoría del sacrificio más grande que se había llevado á cabo. Por esto y no por sentimiento idólatra fué adorada desde el principio, aun desde mucho antes que Santa Elena hallara la verdadera, y tanto respeto ha inspirado siempre, que hasta los mismos emperadores iconoclastas, aquellos que con exagerado furor perseguían el culto de las imágenes, la respetaron, haciéndola brillar en sus monedas, y siempre fué para el cristiano árbol santísimo de salvación, al que se abraza con fe en los lances extremos de la vida.

A. Fernández Merino



EL EMINENTE POETA NORTE-AMERICANO WALT WHITMANN, fallecido el 26 de marzo último (De una fotografía de Sarony, Nueva York.)

LOS AMIGOS

«Entre todos los enemigos, el más peligroso es un amigo,» ha dicho Alfonso Karr.

Apreciabilísimo lector, supongo que tú también has tenido amigos. Voy más allá; supongo que alguna vez habrás reñido con un amigo, convenciéndote de que era tu tirano.

Ninguna de las personas á quienes más hayas ofendido, los individuos que te profesen mayor antipatía, nunca serán tan enemigos tuyos ni te causarán tanto daño como un amigo desde el momento en que deje de serlo.

Porque tú, creyendo duradero el afecto que con él te unía, te has mostrado ante él como eres, sin artificio ni disimulo: él conoce tus defectos y tus debilidades, como sabe cuántas levitas tienes y qué cigarros te agradan más.

No tienes secretos para él; le has contado tus flaquezas, todas tus aventuras; no le ocultaste tus vicios; y cuando has reñido con él todo quedó á merced de su despecho. Su empeño ha de ser desacreditarte: olvidará la confianza con que le honraste y contará á todos hasta lo más íntimo de cuanto tuyo sepa, enterando á tus anteriores enemigos de todos los hechos de tu vida; por su revelación llegarán á ser públicas tus deudas y conocido el nombre de las heroínas de tus aventuras amorosas.

Esto es después de haber reñido.

Pero veamos al amigo en clase de tal.

El amigo nunca te pregunta cómo estás de dinero para tomar café ó cenar á tu cuenta: como te acompaña siempre al teatro y á los conciertos, las butacas de ambos siempre están juntas en el local y en tu bolsillo.

Se pone tu levita, fuma tus cigarros, te pide ó te toma prestado el gabán, y en caso de apuro empeña tu reloj como se encuentre sin dinero. Tus corbatas siempre le parecen de muy buen gusto, y con frecuencia cambia por los tuyos sus gemelos de á real pareja.

La puerta de tu habitación nunca puede estar cerrada para tu amigo. Te acuestas fatigado de trabajar; pero á él se le ocurre venir temprano á buscarte, y con aquello de *yo soy de casa*, entra dando portazos, taconeando, y abre las maderas de la ventana, y grita hasta que te despabila. Si es que no se le ocurre tirar de las mantas ó rociarte con agua fresca.

Y mientras tú te desperezas, te levantas y te arreglas, el amigo abre los cajones para curiosear, lee las cartas que tengas sobre la mesa, fuma un cigarro (de los tuyos, por supuesto) en tu boquilla: á lo mejor prueba tus guantes, que le son chicos, y por último, sin mirar que aún estás lavándote, abre el balcón, se asoma y se pone á hacer señas á la vecina de enfrente, que es una señora casada, y tira la colilla al primer transeunte que se le ocurre. Y cuando se marcha, se lleva el último libro que has recibido, que no leíste todavía, y que en tu vida vuelves á ver.



LA TARDE, cuadro de D. Manuel García Rodríguez. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890.)



UN CLUB ANARQUISTA, CUA...



...Juan Beraud, grabado por Baude

Si acaso salís juntos, te impone la dirección que habéis de llevar en el paseo; te obliga á que pasees con él por la calle de su novia – que es una distracción muy *distraída* – y después te dice: «Acompáñame á casa.»

Si entras en un bazar y se te ocurre comprar algo, no ha de ser á tu gusto, sino al del amigo, y él también comprará algo que incluirá el comerciante en tu cuenta. La que tengas en el café irá aumentando insensiblemente, porque en ella anotará el mozo el gasto de tu amigo.

Líbrete Dios de tener dos petacas, dos pipas ó dos bastones, porque tu amigo se posesionará de uno de esos efectos.

No vayas con él al baile, porque te pondrás en grave compromiso, provocará una contienda, tú mediarás para poner paces, y amén de que te tocarán, aunque no te correspondan, unos cuántos mojicones, tendrás que ver con la policía. Y el amigo, si acaso, huirá el bulto.

De cuantas tonterías cometa separado de ti, te corresponderá el cincuenta por ciento, porque todos dicen que eres tan bueno como él, y los que no presenciaron el lance darán por hecho que tú le acompañabas cuando ocurrió el percance.

Si una noche le esperan para darle una paliza, cuenta que será en ocasión que tú le acompañes, para que así te toque parte de los garrotazos. También es seguro que irás en su compañía cuando al guien le avergüence por una deuda, y como él se hará el desentendido, no faltará quien crea que la cosa va contigo.

Te apostrofará porque no le enseñas las cartas de la novia, y él, en cambio, te la acompañará cuando te estorbe, y cometerá cualquiera indiscreción.

Si vende ó empeña cualquiera prenda ó alhaja suya, en su casa dirá que fué para sacarte de algún apuro; si trasnocha, es porque estuvo contigo.

Al tratar de alguna tontería que tú hiciste por culpa de él, dirá que te aconsejó lo contrario; y si hiciste alguna cosa buena, por consejo de él ha sido.

Estos y otros servicios presta el amigo, amén de la frecuente pregunta: «¿Cómo estás de cuartos?»

* * *

La amistad ha sido una gran cosa: Cástor y Pólux, Pilades y Orestes lo atestiguan. No negaré que hoy existe ese hermoso sentimiento.

Pero ¿no es verdad, lector estimado, que hay *amigos* que hacen renegar de la amistad?

Aureliano J. Pereira

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El Ayuntamiento de esta ciudad ha decidido, con muy buen acuerdo, organizar para la Exposición nacional de Industrias Artísticas que se inaugurará en septiembre una sección internacional de reproducciones de las Industrias Artísticas desde la antigüedad hasta 1815. Según las bases publicadas, la sección se instalará en los mismos locales que la Exposición, aunque de una manera independiente; serán admitidas las reproducciones que presenten los artistas nacionales y extranjeros con estas condiciones: 1.ª, no se admitirá más que un ejemplar de cada reproducción ó dos si uno no fuese más que un vaciado; 2.ª, en cada reproducción deberá indicarse el paradero del original; 3.ª, si la reproducción es un vaciado se indicará con toda exactitud las partes fielmente imitadas ó reproducidas y las que no lo sean. El Jurado de admisión, clasificación y colocación será el mismo que el de la Exposición de Industrias Artísticas; el encargado de ver y juzgar los objetos se compondrá de los individuos de la Comisión organizadora que formen parte del Jurado de la Exposición de Industrias Artísticas y los elegidos por los expositores de esta sección en el número y proporciones que aquella Comisión designará en su día. Las recompensas en medallas y adquisiciones se adjudicarán conforme á lo prevenido en las bases de la Exposición. Las obras que con destino á esta sección se envíen deberán entregarse en la secretaría de la Exposición (Paseo de Pujades) antes del 1.º de septiembre.

—Se ha inaugurado la octava Exposición de la Sociedad de Pastelistas franceses, y aunque en ella se nota la ausencia, voluntaria en unos, por causa de muerte en otros casos, de algunas renombradas firmas, ofrecen no escaso interés las obras de Thevenot, Machard, Besnard (la *Petite famille* de este último es una pintura atrevida, original, bellísima), Tissot, Moreau, Blanche, Duez, La Touche, Lhermitte, Eliot, Magnan, Puvis de Chavannes y otros muchos.

– La gran sala del Tribunal de casación inaugurada recientemente en París es un conjunto maravilloso de detalles artísticos, entre los que sobresalen un crucifijo, de Henner y los adornos del techo, que ofrece gran semejanza con el del palacio de los Dogos, de Venecia, y en cuyo centro osténtase rodeado de caprichosas y ricas molduras el magnífico lienzo *La glorificación de la Ley*, que valió á su autor, M. Baudry, la medalla de honor en el Salón de 1881.

– Con motivo del monumento á Radetzky, que uno de estos días se descubrirá en Viena, se ha inaugurado en el Museo Austriaco una exposición exclusivamente dedicada á aquel general: figuran en ella 1.200 objetos, en su mayoría cuadros y esculturas, que representan uno de los más brillantes períodos de la historia militar de Austria. Entre los cuadros hay 60 retratos de Radetzky.

Teatros. – Bélgica continúa dispensando especial protección á los compositores franceses: *Herodiada, Sigurd Salambó, Jocelyn* y *Pedro de Zalamea* fueron estrenadas en Bruselas y en Amberes, y ahora el teatro Real de Lieja acaba de poner en escena *Sardanápalo*, de Alfonso Duvernoy, algunos de cuyos fragmentos fueron ejecutados con gran aplauso en los conciertos Lamoureux, en 1882. El libreto de *Sardanápalo*, de M. Berton, está tomado de la tragedia de Byron; la música está escrita según la fórmula tradicional de la ópera y su autor se ha preocupado poco de las modernas tendencias: entre la principales piezas descuellan un himno á Baco y un canto guerrero para barítono, dos dúos de amor, una poética aria de tiple y los bailables del primero y del tercer acto. La *mise en scéne*, irreprochable. El éxito de la ópera ha sido completo.

– El nuevo drama de Tennyson *The Foresters*, de cuyo estreno en Londres han hablado todos los periódicos por las extrañas circunstancias en que se verificó – dados el compromiso del autor de estrenarlo en Nueva York y el deseo de conservar la propiedad del mismo, para lo cual era preciso estrenarlo en Londres,—se ha puesto por primera vez en escena en el teatro Daly de aquella capital norte-americana con extraordinario éxito.

– La primera representación de la ópera de Bruneau *El ensueño*, verificada en el teatro de la Ciudad, de Hamburgo, ha sido recibida con gran aplauso.

– En el nuevo teatro Alemán, de Praga, se ha estrenado con excelente éxito una ópera en tres actos, de Maximiliano José Beer, titulada *Federico con la bolsa vacía*. El libreto, de Víctor León, tiene por argumento la fuga de Federico IV y está escrito en armoniosos versos; la música es sencilla y en extremo melodiosa.

– En el teatro de la Scala, de Milán, se ha verificado un concierto monstruo en conmemoración del natalicio de Rossini. Tomaron parte en él 450 cantantes, entre ellos como solistas las señoras Bonaplata y Darclée, y 150 profesores de orquesta; las piezas ejecutadas fueron: la primera sinfonía que escribió Rossini (la de la ópera *La cambiale di matrimonio)* y la última (la de *Guillermo Tell*), el *Stabat Mater* y la plegaria de *Moisés*, esta última dirigida por el mestro Verdi, que fué objeto de una ovación entusiasta.

– En el Eden-Theatre, de París, se ha estrenado un baile de gran espectáculo en tres actos y cinco cuadros, titulado *Roknedin*, de Michel Carré y Fourcade Prunet, música de Alberto Renaud: el argumento está tomado de la historia de los sectarios de Hassan-ben-Sabba-Homaire, el Viejo de la montaña, conocido también con el nombre de jefe de los hachischinos, y por corrupción de los asesinos. La *mise en scéne* es magnífica y la música muy agradable y de un corte oriental originalísimo.

– En el teatro de la Rose Croix, de París, se ha estrenado una producción de M. Josephin Peladan en extremo original, que su autor titula wagneria caldea. *El hijo de las estrellas*, que tal es el título de la obra, es propiamente una pastoral caldea, cuya acción se desarrolla allá por el año 3000 antes de Jesucristo, de argumento principalmente místico y abundante en bellezas literarias. Hay en ella trozos notabilísimos en los que, en excelente estilo, se expresan ideas elevadas y nuevas sobre nuestras aspiraciones hacia el ideal, sobre la voluntad, las bellas artes, la felicidad de las sociedades y el amor.

Madrid: Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Lara *Las recomendaciones*, sainete del aplaudido escritor D. Tomás Luceño; en el teatro Eslava *La salamanquina*, letra de los señores Perrín y Palacios, música del maestro Marqués, y en el teatro de Novedades una revista de los Sres. Navarro y Gonzalvo y Granés, música del Sr. Valverde (hijo), titulada *El señor Juan de las Viñas ó Los presupuestos de Villa Anémica.*

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Sir Guillermo Bowman, famoso oftalmólogo inglés, profesor del Royal Londón Ophthalmic Hospital y últimamente director del King's College Hospital.

Mr. John Murray, célebre editor inglés á quien sus compatriotas denominaban «John Murray el Tercero» por ser el tercero de la familia que ha hecho famoso su nombre en el negocio editorial, especialmente con sus *Guías* y con la *Quaterly Rewiew.*

José de Riquet, príncipe de Chimay y de Caraman, ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica.

Alfredo Tedey, pintor, uno de los últimos representantes de la escuela inglesa de pintores miniaturistas.

Luis Juin, contraalmirante de la marina francesa, comendador de la Legión de Honor y oficial de Instrucción Pública.

El Excmo. Sr. D. Joaquín Jovellar, capitán general de los ejércitos españoles, presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina y senador por derecho propio: hizo las dos campañas carlistas, la de Africa y la de Cuba; fué capitán general de Cuba y de Filipinas, ministro de la Guerra y presidente del Consejo de ministros. Entre otras muchas condecoraciones poseía la gran Cruz de San Fernando. Renunció el Toisón de Oro y el título de duque que le fueron ofrecidos.

Isaac Pesaro Maurogonato, senador italiano, gran financiero, eminente político y elocuente orador que defendió siempre las ideas democráticas.

Dr. David Hayes Agnew, uno de los más famosos médicos americanos, catedrático de Cirugía operatoria.

Fedor Grigorjewitch Ssolnzef, profesor de Pintura histórica en San Petersburgo y uno de los más viejos artistas rusos, pues contaba 91 años.

Filiberto Wex, paisajista de Munich, cuyos cuadros, reproducciones de paisajes del Mosa y del valle de Loisach, han llamado mucho la atención en Alemania.

Carlos Federico Deiker, uno de los mejores pintores alemanes de animales y escenas de caza, y con su muerte ha perdido uno de sus principales representantes la escuela de Dusseldorf.

Ernesto Pasqué, literato alemán; se dedicó primero á la música, arte para el cual tenía felices disposiciones, habiendo cantado con aplauso en los principales teatros alemanes. Hace veinte años se retiró de la escena, dedicándose exclusivamente á la literatura; conquistóse gran fama como novelista.

Varia.—En Genova se están activando los preparativos para la Exposición italo-americana que se ha organizado en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América y que comprenderá productos agrícolas, industriales y artísticos. Las dos secciones que más han de llamar la atención serán la náutica y la arqueológica: la primera comprenderá todos los modelos de buques desde la epoca del descubrimiento hasta nuestros días, y á ella prestará valioso concurso el ministerio de Marina italiano; en la segunda figurarán recuerdos auténticos americanos, españoles, genoveses y venecianos de aquel gran acontecimiento.

NUESTROS GRABADOS

Café al aire libre en Venecia, cuadro de don Manuel Domínguez. – Aunque de distinto género que *La muerte de Séneca* ó las pinturas murales que decoran la iglesia de San Francisco el Grande, de la coronada villa, ésta es, como todas las obras del maestro, noble por su casta de color, correcta en el dibujo y tan reposada y segura como elegante en su factura. Lo mismo cuando se inspira en un hecho dramático que cuando representa á personajes bíblicos ó bien un sencillo cuadro de costumbres ó de género, revélase siempre la personalidad artística del pintor que ha logrado figurar en primera línea entre los primeros artistas españoles. La labor de Domínguez es igual y constante; de ahí que en sus cuadros no se observen deficiencias y que su reputación sea tan sólida como lo son todas sus producciones.

El ángel de las ofrendas, escultura de Doña Asís de Picabia (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – La mujer española, que tanto ha logrado distinguirse en nuestros tiempos en el cultivo de las ciencias y la literatura, ya que en ellas cuenta con tan dignas representantes como Emilia Pardo Bazán, Dolores de Acuña, Martina Castells y otras más, ha logrado también singularizarse en las Bellas Artes, y los nombres de Antonia Bañuelos, Fernanda Francés y Adela Ginés y Ortiz figuran en el número de los más discretos pintores españoles, conforme lo atestiguan las recompensas obtenidas en varias Exposiciones, así nacionales como extranjeras.

Como verdadera excepción, no por su mayor notoriedad, sino por la especialidad á que se dedica, merece citarse la joven é inteligente escultora señorita Asís de Picabia, que á pesar de los graves inconvenientes que para una mujer ofrece el estudio de la escultura, cultívala con entusiasmo y notable aprovechamiento. Aparte de algunas obras recomendables que conocemos, modeladas con elegancia y corrección, merecen citarse varios bajos relieves alegóricos, un bonito busto de Santa Cecilia, una estatua de Ofelia, que obtuvo merecida recompensa en la última Exposición de París, y la alegórica escultura que reproducimos, premiada también en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.

Prosiga la discreta escultora por tan segura senda, en la que hallará seguramente digna recompensa á su entusiasmo y laboriosidad.

El eminente poeta norte-americano Walt Whitmann. – A la edad de 72 años falleció en mayo último en Camden el gran poeta democrático de los Estados Unidos: de familia humilde, hubo de dedicarse á los trece años al oficio de cajista, sin por ello dejar sus estudios que había comenzado en la escuela de Brooklin. A los veinte publicó una revista semanal y colaboró en varios periódicos, al par que preparaba materiales para la obra *Leaves of Grass*, que le ha hecho famoso; pasó luego al Canadá, á Méjico y á Nueva Orleans, donde escribió para el periódico *The Crescent*, y á poco regresó á Brooklin, tomando allí el oficio de carpintero y abandonando por algún tiempo sus tareas literarias, que reanudó en 1854. Al año siguiente dió á luz su citada obra, en un principio poco apreciada y aun combatida por los críticos, pero al fin estimada en toda su gran valía por la crítica y por el público. Herido durante la guerra civil su hermano Jorge, pasó Walt al hospital de campaña á cuidarle, contrayendo una enfermedad de la que nunca curó radicalmente. Terminada la guerra desempeñó algunos destinos en la administración, pero el mal estado de su salud le obligó á retirarse á Camden, donde ha permanecido hasta el fin de su vida, sin dejar de añadir de vez en cuando alguna nueva obra á las ya publicadas. Era tan ferviente admirador de Tennyson, que en cierta ocasión preguntó á un amigo que regresaba de la Gran Bretaña: «¿Has visto á Tennyson?» y habiéndole aquél contestado negativamente, le dijo: «Pues entonces, todavía no conoces Inglaterra.»

La tarde, cuadro de D. Manuel García Rodríguez (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890). – Es García Rodríguez otro de los jóvenes pintores digno representante de la moderna escuela sevillana. Discípulo de D. José de la Vega y de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, dióse pronto á conocer como inteligente paisajista, sirviéndole de estímulo el premio alcanzado en la Exposición de 1887 y la circunstancia de haber adquirido los príncipes de Baviera su bellísimo cuadro *Las orillas del Guadalquivir*. Posteriormente cupo igual recompensa en el siguiente concurso nacional á otro de sus lienzos, mereciendo otra distinción en la Exposición Universal de Barcelona el titulado *¡Sevilla!* El que reproducimos, *La tarde*, distinguido asimismo con una medalla de segunda clase en la última Exposición nacional, es un hermoso paisaje estudiado en las cencanías de Alcalá de Guadaira.

Un club anarquista, cuadro de Juan Beraud. —El cuadro del celebrado pintor francés de verdadera actualidad, está tomado del natural, es decir, de una reunión que los anarquistas celebraron hace algún tiempo en la sala Graffard de la capital francesa. Ocioso sería señalar las innumerables bellezas de este lienzo, pues á la vista saltan á la primera ojeada. Cada uno de los individuos de la mesa, los oradores, los oyentes, los periodistas, todo ello envuelto en esa atmósfera densa é irrespirable que forman el calor de las luces y el humo de las pipas; aquella mezcla de ciudadanos y ciudadanas, cuyos gritos y aplausos casi se oyen, tanta es la naturalidad de sus actitudes, y cuyos entusiasmo y miserable aspecto contrastan con la impasibilidad un tanto irónica y con el traje confortable de los burgueses que allí representan á la prensa, constituyen un conjunto lleno de verdad y de vida que justifica la admiración que esta obra de Beraud produjo cuando fué expuesta en uno de los Salones de París.

Aldabón de la puerta de los Leones en la Catedral de Toledo.—La puerta de los Leones, así llamada por los que existen sobre una de sus seis columnas de mármol blanco que sostiene el enverjado, es sin duda alguna una de las más lindas obras que embellecen la catedral de Toledo. Construyóse en 1460, bajo los planos y dirección de Anequin Egas, ejecutando toda su preciosa ornamentación el imaginero Juan Alemán, así como otros entalladores de merecida fama. Consiste en un arco de estilo gótico puro, cuyos costados, fondos y archivoltas hállanse cuajados de delicados adornos y resaltos, sobresaliendo varias estatuas de cuerpo entero cubiertas por graciosos doseletes.

Las puertas, cuyas planchas de bronce están exornadas con follajes y mascarones, son obra, al igual que sus aldabones, de los maestros Francisco de Villalpando y Ruiz Díaz del Corral.

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONTINUACIÓN)

¡Casarse!... él lo haría; pero ¿sería admitido como pretendiente? ¿Y si ella no le amaba?... Tal vez le creyese brutal por haber herido á su hermano. Por otra parte, ¿consentiría en aquel matrimonio la señora de Kerjuzan? ¿Le aprobarían los Fabvier? ¿Qué pensa-



Los dos hermanos tomaron el camino de Jozeu

rían Marcos y Lilia? Tal vez ésta se interesara por él, porque era buena; y prefería confiarse á ella más bien que á Marcos, porque entre hombres, aunque sea entre hermanos, hay cierta prevención contra estas confidencias; pero tratándose de su cuñada... ¿Y por qué no le hablaría sobre esto en el acto? Con esa prontitud increíble en que se precipitan á menudo estas decisiones, díjose para sí:

«Ahora mismo. ¿Por qué no? Cuando menos, la sondearé.»

Si Lilia hubiese sido más seria, le hubiera dado miedo confiarle su secreto; pero atendida su inconsciencia de mujer joven demasiado mimada, creía presentir en ella una especie de complacencia, suficiente para absolverle, así como de complicidad para servirle.

Sin embargo, en aquel instante recordó el rasguño de Marcos, que Lilia se ocupaba en curar, y parecióle que el momento no sería oportuno. ¡Con tal que la joven no le guardase rencor! En el coronel persistía la vergüenza de haberse animado contra su hermano, y reprendíase, exagerándolas, su violencia y brutalidad, esos malos instintos que él no sospechaba antes. Entonces experimentó cierta dejadez, sobrecogióle una tristeza profunda, y su felicidad de amar se convirtió en ansiosos temores. Recostado de nuevo en su lecho, con la cabeza entre las manos, dejó correr el tiempo, la vida.

– ¿Qué ocurre?, preguntó una voz. ¿Estás enfermo, Roberto?

El coronel volvió la cabeza; era Marcos en traje de montar.

– Tengo jaqueca, contestó tristemente el Sr. de Francœur.

Y poniendo una mano sobre el pecho de su hermano, en la parte que el hierro tocó, pero sin apoyarla, preguntóle cariñosamente con acento conmovido:

– ¿No te duele ya? ¿Estás enfadado conmigo?

Marcos le abrazó con efusión.

– ¡Estás loco, Roberto!

Y añadió:

– ¡Vamos! Vente conmigo, porque las señoras no nos acompañan. Tienen una visita y les han anunciado ya otras. Lilia está furiosa...

IX

Los dos hermanos tomaron el camino de Jozeu, el Sr. de Francœur montado en su *Coralia* y Marcos en su alazán *Febo;* sus caballos iban al paso á causa del calor. El río, que se deslizaba á lo lejos entre las hierbas, inspiraba ideas de frescura y convidaba á bañarse.

– Mañana me baño, dijo Marcos.

Los Fabvier poseían á orillas del Aulnette un pequeño pabellón, al que iba toda la familia para bañarse; pero un ligero constipado de Lilia había impedido comenzar aquel año las abluciones.

Hasta llegar á Jozeu no hablaron más los dos hermanos, porque el Sr. de Francœur iba absorto en sus pensamientos y Marcos en los suyos, que seguramente hubieran sorprendido é inquietado á su hermano si le hubiese sido posible adivinarlos. ¡Extraño hombre era aquel Marcos! Lleno de honor mundano, y falto de sentido moral; sin malignidad, pero voluble como una mujer y egoísta en los placeres; algo traidor también, á la manera de *Coralia*, que acababa de hacer un brusco movimiento, y en fin, muy capaz de practicar al mismo tiempo el bien y el mal, sin dejar por eso de ser sincero, como en todos los hombres impresionables y nerviosos; pero su sinceridad era instantánea y cambiaba en un minuto.

No había engañado á su hermano al jurarle, después de la escena ocurrida en el saloncito, que no existían entre él y la baronesa de Brettes relaciones íntimas; no, todavía no podía llamarla suya, por más que esto se debiera, no á su voluntad, sino á las circunstancias. Marcos había sido sincero al reconciliarse con su esposa, más bien por compasión que por remordimiento, y acaso tal vez por prudencia, para desvanecer mejor sus sospechas; mas no había renunciado por eso á la baronesa, y esperaba que á favor de precauciones y astucias, la casualidad los arrojaría en brazos uno de otro. ¿La amaba, pues? Sí y no; pero sí la deseaba. Ciertos hombres alimentan pasiones que se desvanecen como el humo de la paja, que viven de esperanzas y mueren una vez éstas realizadas.

Estaba seguro de las buenas disposiciones de la baronesa; aunque no hubiese tenido de ello otras pruebas, lo había adivinado desde luego por ciertos indicios. Su aspecto vaporoso y su expresión impertinente debían ocultar un temperamento algo locuaz y sensual; bastaba ver sus extraños ojos, de brillo un poco vago y cierto color sonrosado que se corría desde sus hombros al cuello, como el pudor de los malos pensamientos, para adivinar en la baronesa una Eva perdida.

Marcos tuvo esta revelación extraña cuando apenas conocía á la joven, cuando sólo habían mediado entre ellos esas ligeras atenciones que la cortesía impone.

Cierto día, invitado á una comida de confianza en Jozeu, estaba sentado junto á la baronesa, cuando de pronto tocó involuntariamente su pie, y observó que no se retiraba; entonces, para evitar que sucediera, apartó el suyo, pero el de la joven le persiguió ligero y travieso. De este modo se inició, á los ojos mismos de Lilia, la inteligencia entre ambos; pues ¿qué hombre, pensaba Marcos, podría resistir á tales insinuaciones? Aun sin ser vanidoso, aun siendo austero y viejo, ¿quién en tales condiciones no sacrificaría á la locura de un instante el amor puro y leal de la esposa?

Marcos repasaba todo esto en su memoria con cierta voluptuosidad, pensando aprovechar la ocasión, bien se presentara al día siguiente ó al cabo de seis meses. Estaba como turbado por una opresión ardiente, sin duda por el efecto de aquel día de verano tan abrasador, que amenazaba tempestad, y acaso también, como lo había dicho su hermano, por la excitación que producen los manjares suculentos y esa ociosidad demasiado rica en sangre y fuerza, que Tolstoi considera como una causa de perdición. Por otra parte, ciertos días demasiado hermosos exhalan un no sé qué de infinito que inspira el deseo de amar hasta morir y que impulsa al cerebro y á los músculos á persistir en una idea fija. Tal vez sea la conciencia bastante vaga que se tiene del espejismo de las apariencias y de la ilusión producida por las escenas mágicas en que se desenvuelve nuestra vida; una imperiosa necesidad nos induce á buscar la confirmación de la verdad de nuestra existencia y á disfrutar de ella con frenesí antes que la muerte concluya con todo.

Marcos oprimía nerviosamente su alazán entre los muslos, satisfecho al reconocer su soltura y ligereza, y sonreía con una expresión algo cruel, revelándose en sus ojos la sensualidad. Pensaba que, en suma, nada se había perdido en las tres últimas semanas; con tal de que el Sr. de Brettes no regresase, la enfermedad de la tía más bien favorecía sus propósitos, adormeciendo las sospechas de Lilia, puesto que gracias á ella tenían él y la baronesa menos ocasión de verse en presencia de la mujer celosa.

Indudablemente se arriesgaba á disgustar mucho á su esposa si descubría el enredo, y esta idea era la más propia para contristarle, aunque no para detenerle; pero si no llegase á saber nada, ¿dónde estaba el mal? Engañarla, no sería muy culpable – esto tiene poca importancia para muchos hombres; – ¡pero si llegase á saberlo!... ¡Bah! Ya se arreglaría para que lo ignorara; y también sería bueno desconfiar de los ojos y de la rectitud de su hermano, que en caso necesario se opondría á su capricho y no toleraría que nadie, ni siquiera su esposo, hiciese llorar á Lilia aunque para ello fuese necesario disputar y aun romper del todo con Marcos.

Mas al mirar de reojo las vigorosas formas del coronel y su rostro de expresión pensadora y benévola, juzgó que le costaría poco vencerle en el terreno de la astucia.

Llegaban á una avenida de álamos, en cuya extremidad elevábase un castillo.

– Mira, Roberto, dijo Marcos, eso es Jozeu.

X

Cuando se hubieron apeado, un criado de edad avanzada introdujo á los Sres. de Francœur en el salón. Una religiosa que rezaba el rosario se eclipsó discretamente, y un momento después presentóse la señora de Lemartre. En su casa no tenía el aire tan servil, y con mucha sencillez dió detalles sobre la noche que acababa de pasar la señora de Cyou; habíase producido una ligera mejoría; pero desgraciadamente, el médico de París que la cuidaba se había visto en la precisión de marchar á toda prisa, llamado por telegrama, y no se encontraba al de Attigne, M. Corbes, que aquella mañana había tenido que ausentarse. Y sin embargo, era de todo punto necesario que viniese.

La baronesa de Brettes se presentó, con peinador de color de malva, con el cabello echado hacia atrás, los ojos algo enrojecidos y aspecto enervado; al ver á los dos hombres, mordióse los labios, sin duda para disimular la contrariedad que le causaba la presencia del coronel.

– ¡Qué amabilidad la de usted!, dijo, dirigiéndose principalmente al Sr. de Francœur; y dejándose caer en una butaca, mientras la señora de Lemartre se alejaba del salón:

– ¡Uf, que calor!, exclamó.

Y añadió, mirando á Marcos:

– ¡Mi esposo regresa... y por cierto que me alegro mucho de ello, dijo hipócritamente, porque estoy rendida!

Por fortuna, el Sr. de Francœur miraba á la baronesa, y no vió la fisonomía de su hermano, que hablaba un lenguaje mudo, revelando por su expresión cuánto le desconcertaba aquella noticia; pero Marcos disimuló bastante bien, al preguntar con esa amabilidad propia de la gente de mundo:

– ¿Y cuándo llega?

– No ha fijado la fecha, contestó la baronesa; se limita á dar aviso de su vuelta.

Y con ademán que expresaba su contrariedad, golpeaba la palma de su mano con el nudo del cordón de su peinador.

—Yo creí que la salud de su señora tía... dijo Marcos; el parte de hoy indica que la enferma está mejor.

—¡Ahora me hace usted pensar!, repuso la baronesa. Debo expedir otro parte... ¡Y ese médico que no viene! Hay que enviar un mensajero á Attigne, y no tenemos de quién echar mano; el cochero está enfermo, y mi tía ha enviado al ayuda de cámara á casa del padre Lureau, que vive con los Boves, á dos horas de aquí. Todo está revuelto en esta casa.

—Pero si no se trata más que de ir á Attigne, esto se reduce á tres cuartos de hora de galope, y voy volando. Mi hermano se quedará aquí para hacerle á usted compañía.

Pero el Sr. de Francœur, atemorizado ante la idea de permanecer tan largo tiempo solo con la baronesa, á la cual no habría sabido qué decir, y dominado por esa necesidad de movimiento que los hombres absortos en el amor experimentan, exclamó con acento semiplacentero:

—Ruego á usted, señora, que disponga de mí, y le aseguró que sé desempeñar las comisiones tan bien como mi hermano.

—Supongo que no es el temor de quedarse á solas conmigo lo que le induce á ofrecerme sus servicios, dijo la baronesa maliciosamente.

Y su semblante pareció iluminarse, mientras un tinte sonrosado coloreaba su cuello y sus ojos adquirían un brillo que sólo Marcos observó y supo interpretar. ¡Tenían tantas cosas que decirse!

—Pues bien, replicó la baronesa, acepto el ofrecimiento; y para abusar de usted completamente, le rogaré que deje en la oficina del telégrafo el parte que voy á poner.

El Sr. de Francœur se inclinó, muy satisfecho de que se le hubiera cogido por la palabra, sin que le inquietase dejar á los dos juntos, pues la tristeza de las circunstancias alejaba de él toda sospecha. Además, ¿no regresaría muy pronto el marido?

La baronesa acercó á sí un pequeño pupitre de laca con incrustaciones de plata, y escribió algunas palabras.

—Recuerde usted, dijo al Sr. de Francœur, que su compromiso es grave, y que debe volver con M. Corbes vivo ó muerto...

—¡Comprendido, señora!, contestó el coronel saludando.

La baronesa quiso verle marchar desde la ventana, que era la del piso bajo. El azul del cielo tomaba poco á poco un color gris; la campiña estaba ardiente como un horno.

—¡Qué hermoso animal!, exclamó la baronesa al ver á *Coralia*.

Lisonjeado el coronel con estas palabras, acarició su yegua, cogió la crin y saltó á la silla. Después, sin pensar en mal alguno, fijó su franca mirada en las dos personas de quienes acababa de despedirse; Marcos estaba detrás de la baronesa, y ambos son reían con expresión algo indecisa. El Sr. de Francœur agitó el sombrero y puso su caballo al galope.

—¡Trota, trota!, dijo Marcos con una intención algo burlona.

La baronesa, después de cerrar tranquilamente la ventana, se volvió hacia él.

Los dos se contemplaron sin hablarse; la mirada de la baronesa fascinaba á Marcos, su sonrisa era febril, y parecía que la angustia contenía la voz en su garganta.

—¡Clara!..., murmuró.

—¡Chist!..., hizo la baronesa, aplicándose un dedo á la boca y tirando después de la campanilla.

El criado viejo se presentó.

—No estoy en casa para nadie, le dijo.

La puerta volvió á cerrarse.

—¿Conque vuelve?, preguntó Marcos con acento de enojo.

—¿Mi esposo?, repuso la baronesa con un tono de indecible desdén. ¿Sabe nadie nunca lo que hará ó dejará de hacer?

Y añadió después de una pausa:

—¡Vamos á mi habitación! La señora Lemartre ronda por aquí.

Marcos se había acercado á la baronesa, que le miraba de una manera extraña, sonriendo; de pronto parecióle que desfallecía, é hizo ademán de levantarse para sostenerla; mas apenas tuvo tiempo para retirarse al ver que la puerta se abría sin ruido. Era la religiosa, que volvía con su rosario en la mano para acabar su rezo; pero al ver ocupada la habitación, vaciló.

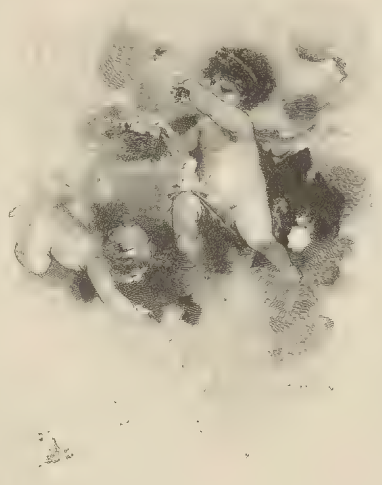
—Entre usted, hermana, entre usted como si estuviera en su casa, dijo la baronesa.

Y volviéndose hacia Marcos añadió:

—¿Viene usted?...

XI

Dos horas por lo menos habían transcurrido cuando regresó el Sr. de Francœur; oíase á lo lejos el fragor del trueno, que anunciaba la tempestad, y el calor era sofocante. El coronel no vió á la baronesa de



Brettes; pero sí á Marcos, que bajaba por la escalinata, pidiendo su caballo.

Poco después, los dos hermanos se reunieron.

—¡El médico llega ya!, dijo el coronel. Su coche no corre tanto como *Coralia*. He pasado por tres pueblos antes de encontrarle casualmente en el camino de Savre.

Marcos se volvió hacia el palafrenero, que tenía de la brida á *Febo*.

—Anuncie usted, le dijo, que el médico llegará de un momento á otro.

Después miró á su hermano, que se enjugaba el sudor, y sonrió un poco pérfidamente.

—¡Pobre hermano mío!, dijo, si hubiera podido sospechar que ibas á correr tanto, te habría acompañado en vez de aburrirme aquí solo.

—Pero ¿y la baronesa?, preguntó ingenuamente el coronel.

—Apenas la he visto, contestó Marcos volviendo la cabeza, por temor de que su mentira le hiciese sonreir; la llamaron para cuidar de la enferma, y después vinieron á decirme de su parte que la fatiga y un poco de fiebre la obligaban á retirarse á su cuarto para descansar.

En aquel momento, el anciano criado salió del castillo y dirigióse al Sr. de Francœur.

—La señora baronesa, dijo, da las más expresivas gracias al señor conde por su atención, suplicándole se sirva dispensarle que no se presente á causa de la fuerte jaqueca que la obliga á permanecer en su habitación. Al mismo tiempo ruega á los caballeros que no se vayan sin aceptar un refresco.

—Lo cierto es, dijo Marcos, que debes estar muerto de sed.

—¿Quiere el señor conde champaña ó cerveza de Munich?

—Tráigame un vaso de agua, contestó el coronel.

Marcos hizo señal de que no quería nada. En aquel momento tenía lánguidos los ojos, y todo su ser revelaba una alegría febril que ocultaba mal; pero el Sr. de Francœur, que seguía enjugándose el sudor, no pensaba en examinarle, y se limitó á decir:

—¡Qué coloradas tienes las orejas!

Marcos se las tocó vivamente.

—¡Ah!, exclamó, ¡hace tanto calor!

Servido el vaso de agua, tan fresca que el cristal se había empañado, el coronel le vació de un trago, mientras Marcos le contemplaba con cierto aire de conmiseración al considerar lo poco que había sacado de aquel paseo que á él tan pingües beneficios le había reportado.

—Si yo hubiera tenido la seguridad de encontrarte en el camino, dijo cuando hubieron montado, te habría salido al encuentro. ¡Lástima haber perdido tan buen paseo!

Diciendo esto observó un cabello dorado en la manga de su americana: quitólo sonriendo; y sacudiéndose como si su alazán le hubiese dejado algún pelo en la ropa, exclamó:

—*Febo* cambia el pelo. Tu pobre *Coralia* se conoce que tiene calor.

La voz de Marcos tenía algo de irónico, pero el Sr. de Francœur no observó nada. En la embriaguez de su carrera habíase complacido en acariciar locamente su sueño. Veíase amado de Ivelina y unido á ella en matrimonio.

XII

Transcurrieron para el coronel algunos días de éxtasis, en un delirio despierto; sentíase envuelto en espejismos, escenas cambiantes y luminosas de felicidades; parecíale todo fácil, y salvaba los obstáculos. Cualquier día haría su petición formal, sin consultar á nadie, ni confiar de antemano su secreto á Lilia, porque decididamente esto le desagradaba, pues por más esfuerzos que hacía era de carácter vergonzoso como un niño. ¡No; haría su petición á boca de jarro, y entonces sabría á qué atenerse!

Y por un curioso fenómeno, todo cuanto hubiera debido conducirle á la reflexión, á esperar, ó á sondear por lo menos el terreno, concertábase por el contrario para impulsarle á un desenlace brusco, y en todo caso, irreparable. Su amor tardío desplegaba toda la precipitación juvenil de los sentimientos de que el hombre no se da bien cuenta y que en vano trataría de reprimir. Le sucedía lo que al adolescente que enamorado de su prima, quisiera casarse con ella al punto, y lo cree todo perdido si se le pide un año de reflexión. Al Sr. de Francœur no se le ocultaba cuánto tenía de inconsiderado su apresuramiento y las vacilaciones y graves dudas que su situación y su edad le imponían ante la extremada juventud de Ivelina, pero ahogaba los escrúpulos en el ingenuo egoísmo de su pasión. Los que habitan en las ciudades, acostumbrados al trabajo en habitaciones cerradas, se sienten como sobrecogidos por el sol cuando van á pasar las vacaciones en el campo; el aire penetrante los abrasa, y los prados que se acaban de segar comunícanles la fiebre del heno. La lozana juventud de Ivelina transportaba de embriaguez al Sr. de Francœur; si él hubiese tenido menos edad, sin duda habría mostrado menos impaciencia, estando más seguro del porvenir; mas ahora se presentaba ante él la felicidad que tanto había tardado en conocer, y ahora quería, con la puerilidad de un niño, obtenerla cuanto antes, cual si temiese que se le escapara.

Por fortuna, todo esto pasaba tan sólo en su imaginación, sin que se revelase nada exteriormente. En sueños, consigo mismo, érale muy fácil saltar por encima de las dificultades, vencer las resistencias, corriendo siempre en línea recta y á paso de carga; pero entre esto y pasar á vías de hecho mediaba mucha distancia, y el temor le hacía cobarde. Solamente á la idea de pronunciar las fatídicas palabras de las cuales dependía su nueva vida, un ligero sudor humedecía su frente, y al imaginarse la expresión con que le escucharían la tía Kerjuzan y los Fabvier, su lengua, que no podría articular dos palabras, secábase en su boca.

Entonces sobrecogíale un terror: no podía esperar que Ivelina le amase con un cariño que se asemejara ni siquiera un poco al suyo; lo importante era que no le desagradase su persona del todo y que consintiese en dejarse amar. Sí: bastaba que no le rechazara; que se abandonase confiadamente, y él la haría tan feliz, tan feliz...

XIII

Al día siguiente, la familia fué á bañarse en el Aulnette: el sitio era delicioso; una pequeña caleta entre dos angostas orillas; sauces que humedecían su cabellera en las verdes aguas, tan rápidas, que por el estremecimiento continuo de las altas hierbas hubiérase creído ver una serpiente que se desliza; grupos de árboles que encerraban reducidos espacios para los caballeros y un pabellón para desnudarse las damas. La linda doncella de Lilia y una joven negra llamada Dulce, que estaba al servicio de las señoras de Kerjuzan, esperaban á cierta distancia con los peinadores.

El Sr. Francœur fué el primero que estuvo preparado; apartó el follaje y salió de la arboleda con su elástico de color azul marino, bajo el cual se marcaba su vigorosa musculatura; sus pies desnudos aplanábanse sobre la hierba. Poseída de admiración, la linda doncella blanca tocó con el codo á la negra, que volvió la cabeza á otro lado bufando grotescamente.

Los Fabvier, tranquilos y graves, como en el teatro, y protegiéndose cada cual con una sombrilla verde, miraban al coronel con amistosa sonrisa, encogiendo la cabeza cual si tuvieran frío.

– El agua no estará caliente, dijeron.

– Voy á verlo, contestó el coronel, á quien molestaba ya verse desnudo al aire libre y delante de aquellas personas vestidas. Y aunque las convenciones sociales autorizaban como cosa muy sencilla que Ivelina se presentara de un momento á otro en traje de baño, él, que hasta entonces no había osado representarse la belleza de su cuerpo, se intimidó de antemano y se sumergió en el agua hasta el cuello.

– ¿Está fría?, le preguntó Marcos, saliendo á su vez del tallar, ataviado con un *jersey* de tejido muy fino.

– Está bien, contestó el coronel.

Marcos se zambulló en el río.

– ¡Brrr!..., exclamó, ¡hermosa agua clara! Escucha, Roberto, remontando hasta el álamo se hace pie. Donde yo estoy hay tres metros de agua y bastantes hoyos. ¡Cuidado!

El coronel no le oyó apenas, porque la puerta del pabellón acababa de abrirse: era Lilia, y detrás de ella vió á la señora de Kerjuzan; la primera vestía un traje de franela blanca con blusa de color verde mar, y la segunda ese feísimo vestido de lana negra, galoneado de blanco, que cae á manera de falda hasta la rodilla sobre un pantalón de hombre; un gorro de hule encerado ocultaba en parte su frente. La señora de Kerjuzan avanzaba á saltitos, haciendo unos ademanes de temor algo ridículos. Su vejez parecía proyectar una sombra sobre Lilia, que á la clara luz del sol parecía más ajada, menos joven que vestida. Entró en el agua valerosamente, y la tía con cierto aire digno, que se hacía más cómico por su desmesurada nariz, semejante á la de D. Quijote. Cogióse á una estaca, y ya no se movió de allí, limitándose á humedecer la parte inferior de su cuerpo con un movimiento regular.

En el umbral del pabellón apareció de repente Ivelina, dando la mano á Juana. Vestía un traje azul, y sus brazos y piernas desnudas parecían de alabastro; avanzaba con airoso paso; sus labios entreabiertos permitían ver dos líneas de perlas, y sus armoniosas formas ondulaban acompasadamente.

Lilia alargó los brazos á su hija, é Ivelina entró sola en el agua; un estremecimiento recorrió la superficie de su cuerpo, y el Sr. de Francœur, que se adelantaba, al verla así, semejante á una flor en aquel cristal fluido, sintió una impresión de adorable frescura.

– ¿Quiere usted que la enseñe á nadar, señorita?, preguntó. ¡No tenga miedo!

Ivelina, aunque ya sabía un poco, aceptó el ofrecimiento. El coronel la sostuvo por la cintura, y la joven se tendió sobre el agua á manera de ondina, mientras el Sr. de Francœur, atento y arrobado, decía:

– ¡No tan de prisa! ¡Así; bien, muy bien!

Ivelina respiraba con alguna fuerza; una ligera inquietud comunicaba singular encanto á sus ojos cuyo color vió entonces por primera vez el coronel: eran de color de avellana con reflejos luminosos.

– Descanse usted un poco, dijo á la joven.

Ivelina se dejó coger por el brazo é hizo pie. El agua le llegaba hasta los hombros; cerca del cuello tenía un lunar en su blanco cutis, una diminuta señal negra, que las ondas acariciaban con su ligero contacto: el coronel hubiera querido tener los mil labios del agua para besárselo.

Los dos se miraban inmóviles, cerca del álamo grande, solos en un repliegue del Aulnette, al abrigo de añosos sauces; y el silencio era tal, que hubieran podido creer que se hallaban en un rincón extraviado del mundo. Vueltos así al estado natural, no eran ya seres sometidos á las leyes sociales, sino un hombre y una virgen, con el instinto libre, olvidando un instante su posición y su personalidad, cándidos y primitivos como Adán y Eva en los primeros días de la creación. El Sr. de Francœur, por lo menos, lo pensaba así, y hubiera querido que durara siempre aquel minuto de olvido entre ellos; pero la señora de Kerjuzan gritaba ya.

– ¡Ivelina! ¡Ivelina!

Entonces el coronel la condujo nadando, sosteniéndola por la barba, y era tan ligera que apenas la sentía. Esto le pareció un símbolo de matrimonio, de vida fácil y deliciosa, en que él la guiaría suavemente sin trabajo.

Después de salir del baño y de vestirse, comenzó el refrigerio sobre la hierba, sirviéndose copitas de Jerez y exquisitos bizcochos. El Sr. de Francœur se preguntaba entonces si no le parecía Ivelina tan bella como antes, con su traje claro y su cabello húmedo flotando libre sobre los hombros. La presencia de Ivelina y la agradable reacción y buen apetito que después de su prolongado baño sintiera el coronel, le hacían parecer más joven.



Ivelina entró sola en el agua

XIV

Pasaban los días, y el coronel continuaba soñando. Algunas veces despertábase diciendo: «¡Será menester que hable!» Pero siempre se sentía temeroso en el momento preciso. Al fin vino el día señalado para la llegada del pequeño Kerjuzan, y entonces aplazó para más tarde tomar un partido, pues nada le urgía. Por otra parte, pronto debía inaugurarse la estación de la caza, é iría con Marcos á la posesión de los Devarenne. ¿No habría tiempo de pensar, cuando volviese, en el gran paso que meditaba? Esta tregua le permitiría reflexionar; y no era de temer que Ivelina escapara durante su ausencia.

Entregado á estas reflexiones pasó la tarde, hasta el momento en que el *break*, volviendo de la estación, condujo delante de la escalinata á un joven que lanzándose con ligereza, avanzó ó más bien corrió al encuentro de los Fabvier, á quienes abrazó filialmente. Después besó con mucha gracia la mano á Lilia y saludó al Sr. Francœur.

– ¿Has tenido buen viaje, Ivón?, le preguntó Lilia.

– Excelente, madrina; gracias.

De aspecto airoso, el joven tenía la cabeza bien caracterizada, frente espaciosa de hombre pensador, pequeñas patillas cortas de aspirante de marina, ojos azules de fría expresión, de celta, y en toda su persona algo de reflexivo y resuelto.

Ivelina acudió presurosa, y el joven cambió de expresión sólo con verla; un impulso juvenil los precipitó uno en brazos de otro; y en su franco beso, una fuerza instintiva de ternura pasó como una llama.

– ¿Sigues bien, Ivelina, preguntó el joven.

– ¿Y tú, Ivón?

Su sonrisa y su manera de hablar tuteándose contrariaron al Sr. de Francœur, pues hallábase en ese punto en que el amor tiene celos de todo lo que no es él, y presentía antiguas y profundas afinidades entre aquellos dos seres educados casi juntos. «¡Pablo y Virginia!» había dicho la tía de Kerjuzan. En todo caso, Virginia era mujer y Pablo no pasaba de ser un niño, á pesar de su aspecto de hombrecito. El coronel se prometió hacérselo comprender así. Por eso tomó su aire de importancia, un poco serio, aunque benévolo.

El joven echó de ver quizás, de una manera vaga é inconsciente, que no era simpático al Sr. de Francœur, pues se mostró reservado y rigurosamente cortés con él, al paso que con los demás, incluso con Marcos, manifestábase expansivo.

Ivón miraba particularmente á su prima.

– ¡Qué buenas partidas de campo vamos á hacer!, le dijo. ¿Os bañáis, verdad? Te enseñaré á nadar.

– Ya sé, contestó Ivelina; el Sr. de Francœur ha tenido la bondad de darme lecciones.

– ¡Ah!, exclamó Ivón, fijando su mirada en el coronel.

– ¿Pero sabe usted nadar?, preguntóle éste.

– Sí, señor, contestó Ivón.

Y ambos en la manera de mirarse comprendieron que no simpatizaban.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL SILBATO EN LOS PUEBLOS PRIMITIVOS

A dar crédito á lo que afirma M. Lajard, y no hay motivo para desconfiar de la sagacidad de sus observaciones, el lenguaje silbado de los habitantes de las islas Canarias no es en cierto modo otra cosa que el español modulado con los labios más bien que con la lengua; pero en los fenómenos naturales todo está en evolución, y no hay costumbre, por insignificante que parezca, que no vaya á parar, cuando siguiendo gradualmenre el hilo de la tradición nos remontamos á lejanos tiempos, á un fenómeno del mismo orden, pero general, importante, que es la verdadera fuente de aquélla.

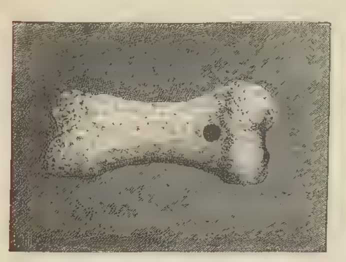


Fig. 1.—Silbato hecho de una falange de rengífero (según Montillet)

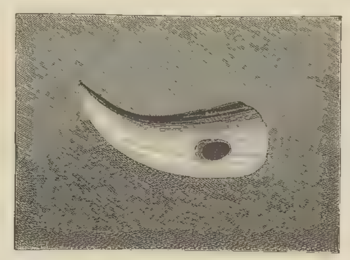


Fig. 2.– Silbato vaciado en un colmillo de jabalí prehistórico

Antes de hablar el español y aun el guancho silbando, los aborígenes de Canarias han silbado indudablemente sin apuntar palabra alguna: no es, pues, el silbido el que se ha sobrepuesto á la palabra, sino la palabra la que se ha sobrepuesto al silbido, cuyo auxilio ha solicitado y al que poco á poco ha ido suplantando.

Ahora bien: es curioso notar que al paso que los últimos guanches contemporáneos han conservado al silbido una importancia fonética bastante singular, los hombres de Cro Mañón, que son considerados como los padres de aquéllos y que constituían el núcleo principal de una raza de la que los canarios no son más que un resto, ó para ser más exactos, los *magdalenios*, antepasados de los cro-mañones, son precisamente los que más instrumentos para silbar nos han dejado.

En Bruniquel, estación magdalenia de Tarn y Garona, se han encontrado falanges de rengífero con un agujero para silbar: la fig. 1 reproduce una de ellas. Este instrumento se ha propagado hasta la época de los dólmenes, como lo prueba el colmillo de jabalí encontrado en el dolmen del Enebro de Meyrueis (fig. 2). El arte de silbar representaba, pues, un gran papel entre los habitantes del Vezere y del Suroeste de Francia, hermanos mayores de los guanches, tanto que aquellos hombres habían inventado una porción de instrumentos para silbar mejor. En efecto, nadie sostendrá que la invención del instrumento demuestre que eran inhábiles para silbar sin él, con los labios solos, pues esto equivaldría á decir que la invención del instrumento de sílice de que los chelcanos se sirvieron para dar puñetazos es una prueba de que eran incapaces de darlos con sus propios puños. Era un perfeccionamiento, nada más; hoy diríamos que los unos pegaban *con máquina*, como han acabado por silbar con máquina los expertos silbadores de la Magdalena.

Observamos, de pasada, que el órgano que el hombre tomaba de los animales para silbar era precisamente un dedo, como si la costumbre de silbar con sus dedos propios le hubiese hecho atribuir cierta virtud silbadora á estos miembros, cosa por cierto que armoniza perfectamente con el primitivo animismo.

Los habitantes del Vezere ¿eran los únicos que silbaban? En verdad que sería esto cosa sorprendente. Por otra parte, en el estudio de las sociedades humanas no se encuentra ningún fenómeno aislado: la piedra ha sido labrada sucesivamente de la misma manera por todos los hombres en todos los países, porque el hombre ha sentido en todas partes las mismas necesidades y ha contado con iguales medios para satisfacerlas. El hecho de silbar con la lengua y con los labios es tan sencillo, tan superiormente fácil al hecho de hablar, que cabe la duda de si el silbido ha sido el predecesor de la palabra.

Puede creerse, en efecto, que la humanidad en los primeros tiempos del lenguaje articulado hablaba poco, por la razón de que los hombres, en estado de reposo, no tenían muchas cosas que decirse: cuando dos hombres se encontraban, el gesto de las manos y de la fisonomía debían ser suficientes para entenderse, y esos ademanes que hoy en día acompañan á la palabra como simples complementos, eran sin duda entonces el lenguaje principal: la palabra no hacía, en cierto modo, más que subrayarlos y en algunos casos reforzarlos. Los pueblos primitivos que aun en la actualidad existen gesticulan mucho, y entre nosotros mismos el gesto parece perder su importancia á medida que el lenguaje se convierte en verdadera elocuencia y que la inteligencia se eleva. En un artículo publicado en la *Revue scientifique* vemos confirmada esta opinión sobre la prioridad del gesto: M. Mazel se expresa en él en los siguientes términos: «El niño ni por etimología habla, pero aun antes de disponer de sus órganos fonéticos sabe expresar sus ideas; durante muchos meses, su gesto, es decir, su brazo derecho, hablará con toda la petulante elocuencia de esta edad; más adelante, cuando aparecerá la articulación fonética imperfecta, seguirá valiéndose, aún más si cabe, del gesto para extender su superficie de expresión y por espacio de muchos años el gesto prevalecerá sobre la voz, perdiendo indudablemente su importancia á medida que se perfeccionará la fonación, pero siendo siempre el compañero obligado y á veces exuberante de la palabra.»

El hombre tenía necesidad de hacerse oir por sus semejantes, sobre todo á distancia, bien para pedir auxilio en la caza ó en la guerra, bien para advertir las peripecias de una y otra lucha, del mismo modo que nuestros cazadores y soldados tocan el cuerno de caza ó la corneta de guerra. A esta necesidad respondía el silbido mejor aún que la palabra ó el grito.

Es digno de notarse además que actualmente en todas partes se llama á los perros silbando, cosa que no sucede con los demás animales, y sabido es que el perro es de todos los animales el que de más antiguo se sometió al estado de domesticidad. Pues bien: ¿no cabe, por ventura, preguntarse si los comienzos de su domesticación coincidieron con una época en que el silbido era un lenguaje generalizado? ¿No es muy posible que el progreso de los idiomas hubiera poco á poco hecho renunciar al silbido, que ya no se aplicaría por tradición más que al perro, testigo en los primeros tiempos de su domesticación del mayor período de extensión de este lenguaje y acostumbrado entonces, como los hombres á quienes acompañaba, al lenguaje silbado de la caza y de la guerra?

Aun hoy en día cuando al caer la tarde escuchamos en las encrucijadas de nuestras ciudades el silbido agudo de algún pilluelo que se sirve para ello de sus dedos, ó cuando oímos la señal con que se llaman entre sí los ladrones, valiéndose de silbatos especiales (fig. 3, números 4 y 5, copiados de la colección de M. Félix Flandinette, preparador en el laboratorio de la Escuela de Antropología), quizás debamos reconocer en ellos el llamamiento de nuestros antepasados de las selvas vírgenes. ¿No es, acaso, en las capas sociales inferiores en donde hemos de ir á buscar hoy los vestigios de las antiguas costumbres de la humanidad? El caló pintoresco de los barrios bajos, el de las cárceles, los apodos que los ladrones se dan mutuamente recuerdan en sus imágenes el vocabulario de los pueblos todavía primitivos, del mismo modo que el tatuaje de los criminales y de las mujeres perdidas es el último vestigio del tatuaje de nuestros salvajes antepasados.

(De *La Nature*)

***

NOTICIAS VARIAS

LA INDUSTRIA DEL PETRÓLEO EN LOS ESTADOS UNIDOS DE TREINTA AÑOS Á ESTA PARTE. – Las memorias que acaba de publicar la oficina del censo contienen cifras muy curiosas y típicas acerca del desarrollo de la industria petrolífera en la América del Norte, desde 1859, año en que el petróleo figuró por primera vez en las estadísticas comerciales de la confederación. Entonces los *campos de aceite* de Pensylvania y de Nueva York producían solamente 2.000 barriles de 42 galones (unos 190 litros) cada uno; al año siguiente la producción ascendió á medio millón de barriles; en 1861 pasaba de 2 millones; en 1870 llegaba á más de 5.250.000, y en 1874 excedía de 11 millones. Finalmente, en 1880 extraíanse 26.286.123 barriles y en 1889 (último año de que se tiene una estadística completa) se extrajeron 34.820.306 barriles, ó sean unos 6.300 millones de litros, cantidad que se explica teniendo en cuenta el gran consumo que se hace del aceite mineral. De esta última cantidad 21.486.403 barriles proceden de los campos de Pensylvania y de Nueva York, y 12.471 965 de los campos del Ohío que, de cinco años á esta parte, han visto aumentar su producción en la grande proporción de 1 á 22.

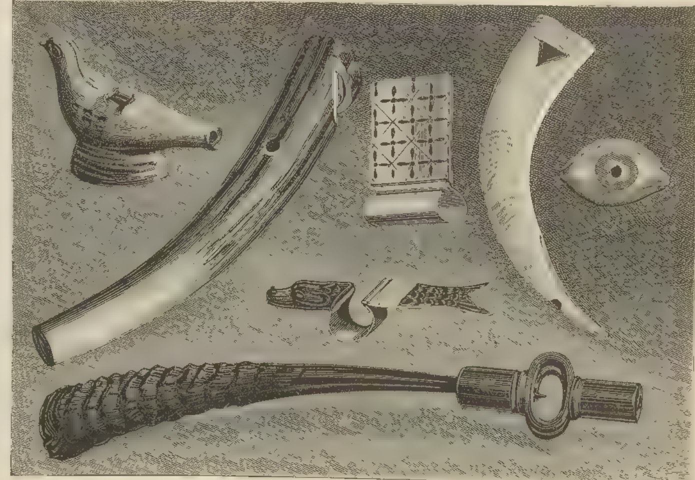


Fig. 3.– Silbatos de la colección de M. F. Flandinette. – 1. Silbato galo-romano. – 2. Silbato de pastor del Var. – 3. Silbato de Corte (Córcega). – 4 y 5. Silbatos de ladrones. – 6. Silbato pahuíno. – 7. Silbato fabricado con un hueso de fruta.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

ESTUDIOS LITERARIOS, *por Emilio Zola.* —La moral y la literatura, la literatura y la república, la literatura y la gimnasia, el teatro clásico, el dinero y la literatura, Proudhon y Courbet: tal es el índice de las materias contenidas en este libro, que forma parte de la «Colección de libros escogidos» de *La España Moderna.* De tan interesantes asuntos y del talento excepcional del escritor que los trata resulta, como no podía menos, una obra verdaderamente notable.—Véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

* * *

PABLO FURQUES, APUNTES BIOGRÁFICOS, *por Eugenio Sedano y González.*—Interesante biografía del escritor y librero sevillano D. Pablo Iñiguez de Galiano.

* * *

EN EL CÁUCASO, *por León Tolstoi.*—Esta obra es la descripción de una campaña pintada con el encanto de quien como Tolstoi ha sido militar y ha combatido mucho. La preocupación de los soldados al ver el primer muerto, el miedo al principio y la obcecación después están retratados de mano maestra. Constituye el tomo 15 de la «Colección de libros escogidos» de *La España Moderna,* y se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

* * *

EL VELADO PROFETA DE KORASÁN, *por Miguel Sánchez Pesquera.*—Primera leyenda del poema *Lalla Roock,* de Tomás Moore: contiene tres cantos en endecasílabos libres, dignos del inspirado poeta Sr. Sánchez Pesquera. El libro, editado por J. González Font (Fortaleza, 27, Puerto Rico), lleva bonitas ilustraciones de Cuchy. Los pedidos deben dirigirse al editor ó á la librería de D. Victoriano Suárez (Preciados, 48, Madrid).

* * *

GERMINIA LACERTEUX, *por E.. y J. de Concourt.*—La «Colección de libros escogidos» que publica *La España Moderna* se ha aumentado con esta preciosa novela, una de las más notables de cuantas ha producido el naturalismo, quizás la más importante de todas. Precede á la edición española un juicio firmado por Zola, en el que el gran autor de los Rougon-Macquart ensalza la obra como se merece. Véndese al precio de 3 pesetas en las principales librerías.

* * *

MISS ROVEL, *por Víctor Cherbuliez.*—Es esta una de las novelas que más han leído las más distinguidas mujeres francesas: con sus amores y episodios de viajes, constituye un libro en alto grado interesante y original, y desde el punto de vista literario la obra resulta digna del renombrado académico de cuya pluma ha salido esa joya que se llama *El conde Kostia.*—Editado por *La España Moderna, Miss Rovel* forma parte de la «Colección de libros escogidos» y se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

* * *

LA REFORMA DE LA ORTOGRAFÍA CASTELLANA, *por J. Jimeno Agius.*—Interesante folleto publicado en Valparaíso por D. Francisco Enríquez, en el que se coleccionan los artículos del distinguido escritor Sr. Jimeno Agius que se insertaron no hace mucho en la *Revista Contemporánea,* y en los cuales con sólidos argumentos se defienden varias reformas importantes de la ortografía castellana referentes especialmente al uso de las letras *b, v, c, k, q, z, g, j, h, r* y *rr.* Ha sido editado en la imprenta de la Patria, calle del Almendro, n.° 16, Valparaíso.

* * *

EL CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, *por D. Jesús Pando y Valle.* —La justa nombradía conquistada por el señor Pando y Valle como abogado, poeta, periodista, orador y político es la mejor recomendación de este libro, en el que se contienen interesantísimos datos y se hacen atinadísimas observaciones acerca del centenario del hecho más grande que registran los anales de la historia de la humanidad, datos y observaciones que pocos pueden aducir y hacer mejor que el secretario de la cuarta sección del Centenario. Precede al libro una hermosa carta-prólogo del Excmo. Sr. Don Alejandro Pidal y Mon, y á manera de apéndices lo completan varios originales de los señores Cánovas, Sagasta, Riva Palacio, Moret, Holguín, Romero Robledo, Calcaño, Navarro Reverter, Balbín de Unquera, Gobantes y otros.—El libro ha sido elegantemente impreso por D. Ricardo Rojas, en Madrid.



ALDABÓN DE LA PUERTA DE LOS LEONES EN LA CATEDRAL DE TOLEDO

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

# La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 2 DE MAYO DE 1892 — NÚM. 540

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores LA ÚLTIMA SONRISA, bellísima novela original de D. Luis Mariano de Larra con primorosas ilustraciones de D. Alfredo Perea

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros favorecedores, que estando ya muy adelantada la impresión del tomo II de la obra NERON, original de D. Emilio Castelar, pensamos poderlo repartir á continuación de la ULTIMA SONRISA y en la semana que le corresponda, según el plan de esta Biblioteca

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

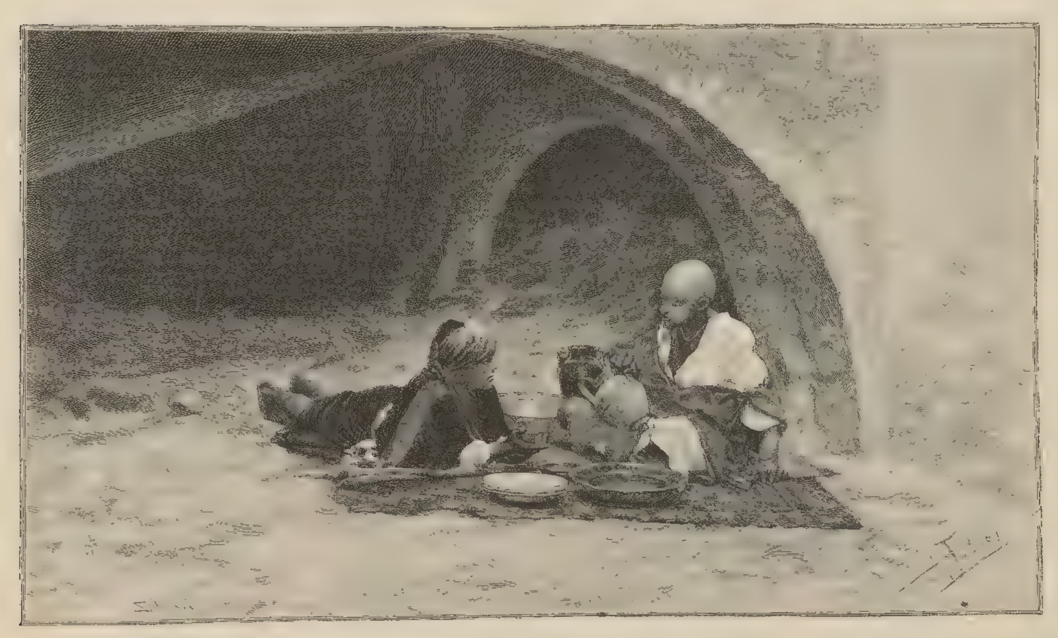
POR DON EMILIO CASTELAR

El Oriente. – Asia y Africa. – Cuestiones africanas recientes. – El viejo Egipto y su nuevo soldán. – Investidura del virreinato de éste por la Sublime Puerta. – Cesión de la península del Sinaí á Egipto por Turquía. – Descripción de tal península. – Su influencia en el mundo. – La montaña y el desierto. – El desierto y los israelitas. – Los israelitas y Moisés. – Consideraciones históricas sobre lo pasado. – Consideraciones políticas sobre lo presente. – Conclusión.

I

Las cuestiones más conspicuas hoy son las cuestiones relativas al Oriente, muy maltrecho por las múltiples maniobras europeas. Nos envanecemos de nuestra civilización, y en realidad no hay sino dos continentes cultos en el planeta, Europa y América. En los otros dos, en el Africa y en el Asia, únicamente quedan, ó imperios impotentes é imbéciles de puro viejos, ó tribus primitivas y salvajes, aún pegadas al seno de la Naturaleza. Por su inferioridad piden todas estas regiones tutela; y para la imposición de tal tutela indispensable, los Estados europeos, no solamente tienen que apremiarse y dispendiar mucho dinero, tienen que dividirse, unas veces al cebo y otras veces al reparto de los más ó menos fantaseados lucros. Asia se alza todavía sobre cierta relativa estabilidad; pero el estado interior de Africa parece tan movible como las arenas que cubren á guisa de sudario sus desiertos, y tan obscuro como los lagos llenos de misterios y como las selvas impenetrables y sin día. Los ricos heredamientos de aquellos lusitanos, verdaderos y antiguos exploradores del suelo negro; las regencias de Argel y Túnez, puestas por la conquista y por la diplomacia bajo el yugo de los

BELLAS ARTES



CACHARRERO ÁRABE, copia del cuadro de D. Antonio Fabrés

Reproducción de una fotografía grabada por Sadurní

franceses; la doble tutela, por turcos y británicos extendida en la prestigiosa desembocadura del Nilo, cada día más fecunda y más codiciada por todas las gentes; los propósitos de un reino colonial en los reyes belgas; la existencia de territorios españoles, no solamente al fresco y deleitoso Norte como Ceuta, bajo el Ecuador como Fernando Póo y Annobón; esos nuevos dominios de Alemania en la región austral y esos viajes científicos de Stanley y Emín, trocados en grandes competencias entre naciones é imperios; la inmensa dominación británica extendiéndose desde aquel antiguo Cabo de los Tormentos descubierto en los días mismos de las grandes invenciones americanas, del siglo XV hasta la hierática región de los Faraones; el antiguo litigio entre Dahomey circuído por sus legiones antropófagas y la República francesa, empeñada en competir con Inglaterra sobre el continente negro, muy disputado por las competencias europeas; el señoreo de Massouah, territorio casi abisinio, por los italianos; el feudo levantado á los conjuros de un peregrino de la ciencia en la Nubia y puesto casi á merced y arbitrio de los soldanes egipcios hace poco destronados por los mahedíes que improvisan y abortan aquellos caldeados arenales; tantas y tan múltiples incidencias, en que la historia del género humano se renueva, dicen bien claramente como el Africa se aparece aún cual sus esfinges, con los pies enredados en las raíces de los organismos interiores y entalladas en su frente las líneas de los jeroglíficos antiguos.

II

No hay país alguno en esas misteriosas y hieráticas regiones parecido, por el interés que despierta y por la importancia que goza en sí mismo, al viejo Egipto. Por estas razones, añadidas á su intrínseca importancia geográfica, no lo hay tan deseado por los pueblos verdaderamente mercantiles. Así los emperadores de Asiria como los Estados de Grecia y Roma no se creyeron dueños de sí mismos hasta que dominaron las orillas del río hierático y recibieron las inspiraciones irradiadas por los astros de aquel cielo y las ideas contenidas en los misterios de aquellos jeroglíficos. Ni Grecia en su expansión pudo dejar de poner allí sus custodios, los Ptolomeos, ni Roma los delegados de sus primeros Césares. El día que Cleopatra se suicidó por no ir con cadenas de oro atada en el carro de su vencedor Augusto, aquel día cedió á Europa y á los europeos Asia una supremacía que aún hoy perdura. El virrey, protegido unas veces por Francia y otras veces por Inglaterra, indica en esta minoridad perpetua el estado inferior de las tribus orientales y semíticas respecto de los Estados y gobiernos europeos. Así el firmán de la Sublime Puerta, decreto puramente nominal, expedido por un sultán honorario y sancionado por los ingleses, gente muy experta, que se ríe de fórmulas asiáticas con tal que le dejen provechos seguros y ciertos; ese firmán de muestra cómo se ha quebrantado el poder de Turquía en todas las regiones orientales. El gran señor le manda el cetro al viso rey; pero tal cetro no puede llegar á las manos del investido sin los pases y las sanciones del Imperio inglés. ¿Dónde se daría un ejemplo más instructivo de la servidumbre forzosa en que yacen las tribus egipcias y el mismo sultán de Constantinopla? Para mayor ignominia le pusieron *Inri*, ó sea, para mayor ignominia, como en el firmán hubiese ciertas indecisiones, como se reservase respecto de la colonia eritrea italiana nunca reconocida por Constantinopla y se permitiese algunas alteraciones respecto de la península del Sinaí, los ingleses han tenido al investidor de la dignidad soldanesca en ardientes brasas y al gran señor de Turquía en verdadero entredicho y al soldán privado de su honorario poder y de su aparatosa fantástica investidura oficial, hasta que todos han pasado por cuanto ellos creyeran encaminado al fin y logro de definitivo imperio sobre aquella considerable porción del antiguo califato turco, tan maltrecho ya, que acaba de caer en una disolución definitiva é irremediable.

III

¡La península del Sinaí! ¡Cuántos y cuán religiosos recuerdos! A la ribera oriental del Mediterráneo; bañada por la especie de lago conocido con el nombre de Mar Rojo; árida y pedregosa y seca, pareciéndose á huesos del globo sin carne de tierra vegetal y sin sangre de agua fecundadora, con dos golfos, á Levante uno, y otro á Poniente, no cayó so los conquistadores tantas veces como Siria y Palestina por su propia irremediable pobreza. Diríase, al ver cualquiera de sus montañas, y especialmente aquel alto Sinaí, tan adorado en la historia de los cultos religiosos, que no son tales terrenos de piedra, sino de viejos metales. Alguna que otra humilde acacia y algún que otro enano palmeral y alguna que otra zarza no sirven á cubrir la desnudez del desolado terreno. Y sin embargo, bajo los esplendores de aquel cielo, siempre azul; entre los éteres que atraviesan un aire, diáfano siempre; sobre la metálica reverberación de piedras, donde los rayos del ardentísimo sol rebotan ¡ah! las moles de greda veteada por listas de pórfido y granito; con sus feldespatos semejantes á corales rosáceos, con sus cuarzos que brillan como estriados diamantes, con sus micas del negror de los azabaches toman todos los aspectos de unas diademas formadas por monturas de rica y multicolor pedrería, despidiendo chispas semejantes á innumerables aerolitos bañados en todos los matices del iris. Los eruditos no concuerdan acerca del punto concreto donde recibió las tablas de las leyes divinas Moisés, ni aun acerca de cuál montaña entre todas las del estrecho territorio merece la denominación de Sinaí. Pero, sea cualquiera, todos aquellos montes merecen la veneración por igual que les consagra el humano linaje. ¡Oh! Ellos han ejercido sobre las almas religiosas poderoso influjo. En sus cavernas se han refugiado los penitentes y solitarios. Sobre sus pedruscos han ofrecido los santones semitas, así los recentales mejores de su ganado, como las espigas más gordas de sus haces, en culto al Eterno. Los ojos de Moisés y los ojos de Mahoma se han fijado en aquellas pirámides, que, levantadas desde una tierra uniforme á un cielo monótono, representaban la unidad misteriosa de Dios. Así los reveladores hebreos, los profetas semitas, los solitarios y penitentes cristianos, los gnósticos egipcios y sirios han comido la hierba desmedrada de sus junturas y bebido en el hueco de las manos el parco manantial de sus fuentes para contemplar en perpetua contemplación aquellas moles por cuyas estrías baja un torrente de ideas divinas y sube un vapor de humanas oraciones.

VI

Como quiera que las montañas muy atractivas se alzan sobre aquellos arenales del desierto, á manera que las islas se alzan sobre las aguas del mar, en la montaña encontraba Moisés vasta soledad para sus meditaciones, como en las meditaciones ardiente y luminosa inspiración para su obra. Este gran político, fundador de una democracia y de una república, entre tantos imperios como abrumaban con su peso el Asia y el Africa sólo admitía, según sus grandes sentimientos de igualdad, una excepción, la de sus personales comunicaciones con el Eterno allá en la cumbre de las montañas, tenidas por aquellos pueblos como escalas para subir á lo infinito, como columnas para sostener el cielo, como santuarios para departir con Dios. Así Moisés no dejaba que ni el mismo Aarón, su hermano y su pontífice, ascendiese con él á las alturas del monte y con él hablase á Dios. Así, en la hora de ascender para tomar, ya las tablas de la ley mosaica, ya el Decálogo donde se hallaban los preceptos morales y religiosos, Moisés designaba un límite al paso del pueblo y no le permitía subir allende lo designado, que separaba, digámoslo así, las regiones reales y naturales donde vivía su gente de aquellas otras altísimas y sobrenaturales donde vivía su idea. En el Horeb vió Moisés arder sin consumirse la zarza milagrosa que renovaba la idea del Dios único, alcanzada por la religiosidad suma de Abraham y obscurecida por el terrible cautiverio de Egipto; en el Sinaí, más tarde, cuando ya el éxodo se había verificado y el cantar de triunfo dicho por María en coro con todas las mujeres de Israel había por los espacios inmensos repercutido, Moisés ascendió á las cumbres, y entre los estremecimientos del terremoto, los estampidos del trueno, los centelleos del relámpago, las chispas del rayo, promulgó la religión monoteísta y uniforme, tan de suyo concordante con las desolaciones del desierto y con las ideas del semita. Sí, uno de los días mayores de la historia resultará siempre aquel creador divino, en cuyas horas el alma humana concibió, entre deliquios y éxtasis, por intuiciones milagrosas, á los sacudimientos del suelo que parecía estremecerse por recibir tal depósito y á las tempestades del empíreo que parecía descargarse como de un peso, por confiarlo á la tierra, el principio sublime de un Dios espiritual, eterno, próvido, principio generador de la libertad humana é indispensable á su íntimo peculiar desarrollo. Por eso, tanto como la montaña donde se alzara el Partenón, tanto como la montaña donde surgiera el tribunado, tanto como la montaña del Calvario, donde se inmolara por nosotros el Redentor, brilla esta montaña del Sinaí, fluyendo las dos ideas capitales de la historia universal, sí, la idea de la libertad y la idea de Dios. Ese ha sido el gran ministerio de Moisés en la tierra: fundar el gobierno directo de Dios, por medio de una legislación fija y de una república democrática, sobre la libertad del hombre, tal como podía concebirse y aplicarse allá entre gentes tan primitivas, en Estado tan joven y en siglos tan distantes. El dios espíritu y la libertad humana: he ahí los dos polos entre los cuales deberá girar la civilización universal. Toda grande obra social tropieza, no solamente con las dificultades que sus enemigos le oponen, sino con aquellas, mayores aún, que le oponen los mismos á quienes favorece y sirve. Para su comercio con el pueblo y para sus coloquios con el cielo, necesitaba mucho Moisés aislarse allá en la cumbre de las montañas, pues tras esos grandes retiros y apartamientos y soledades continuas, descendía como si el soplo de Dios le hubiese oreado la faz y encendídole una especie de llama divina en la frente. Una vez decidió pasarse cuarenta días con cuarenta noches en aquellas altas cumbres, donde su espíritu erigía con facilidad un templo ideal á Dios, recibiendo de Dios, en cambio, aquellas secretas é íntimas confianzas reservadas á un tan superior espíritu como el suyo, siempre sublimado hacia lo ideal y en relación estrecha siempre con lo infinito. Larga en verdad tal ausencia, pues poco apto el pueblo para dirigirse á sí mismo, había menester de su guía, único entre todos capaz de columbrar los horizontes donde se guarda lo futuro. Y aun teniendo á su caudillo, muchas veces desmayaba y decaía en términos de rodar á los abismos de la reacción idolátrica y volver de nuevo á las supersticiones egipcias. Como quiera que hubiese pasado muchas hambres, dolídose de abrasadora sed, puesto mil veces enfrente la propia miseria de los días aquellos con la grande abundancia de los días pasados, al cerrarse todas las cicatrices por medio de un olvido eficaz, Israel soñaba con Egipto y hasta muchas veces anteponía los Faraones á sus profetas. La tierra de Gessén brillaba con todos sus encantos á los ojos de aquel pueblo desagradecido que iba sobreponiendo á los intereses y á los elementos intelectuales el bienestar material. Así recordaba los estanques poblados de peces y aves acuáticas; los prados en que las vacas se anegaban dentro del heno como ebrias por la exhalación de sus aromas; los áureos montones de trigo elevados sobre las eras al cielo; aquellas embarcaciones que traían en sus vientres á las vecinas costas copia de varios productos; aquellos sicomoros gigantescos donde quizá las aves del diluvio se posaran después de haber visto el iris; aquellas palmas resonantes que al beso de las brisas cantaban y producían sobre un suelo fresco grata sombra; todos los bienes perdidos y trocados por un desierto desolador, por unas peñas áridas, por unas fuentes amargas, por un maná insípido, sobre todo, comparado á las rebosantes marmitas egipcias donde se cocían tan ricos alimentos, con una peregrinación fatigosa é incesante, á cuyo término sólo podían hallar una tierra quizás menos grata y menos próvida todavía que los espacios por donde iban gimiendo, con los ojos vueltos hacia atrás y con toda esperanza perdida y acabada en sus destrozados corazones. Repetíase un estado moral muy semejante de suyo á ese estado moral moderno en que tantas veces caen las muchedumbres deslumbradas y seducidas por la utopía, cuando no encuentran en su libertad y en su emancipación todos aquellos bienes con que habían soñado en el período primaveral de vívidas y engañosas ilusiones, á las que no responde ni responderá jamás ninguna realidad en el mundo. Y lo primero que hacían estos israelitas, heridos por el desengaño, era convertir el recuerdo y el pensamiento hacia los pasados tiempos y hacia los pueblos opresores y enemigos, pidiendo una vuelta pronta en cambio de prestarles un culto como el antiguo, impuesto á sus corazones desengañados ahora por las amarguras de toda realidad y por las tristes asperezas del desierto. Tal es el sitio; tal es la península del Sinaí, que acaba de poner oficialmente la Sublime Puerta bajo el poder de Hamil, su honorario y nominal vasallo, que lo es efectivo y verdadero de la Gran Bretaña. El califato turco bizantino se parece mucho al viejo imperio carlovingio, cuando, por debilidad en los herederos de Carlomagno y por tristezas y encrespamientos de aquellos difíciles tiempos, instituyó bajo su antigua unidad disciplinaria el caos feudal. Gobiernan los bajaes á su antojo, y se constituyen á su gusto en jefes de tribus más ó menos muslímicas y en dueños de regiones más ó menos sumisas bajo una dependencia irrisoria del gran Señor de Constantinopla, que domina por la ciudad en que manda, y no por el vasallaje que le prestan. Si ha querido mostrar su vieja soberanía cediendo el Sinaí al virrey, poco podrá éste agradecerle tan ilusoria cesión. Lo que Hamil desea es verse libre de la tutela británica. ¿Y cuándo sucederá esto? Unicamente Dios lo sabe á ciencia cierta.

Madrid, 21 de abril de 1892



UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

LA BATALLA DE KOSLUDJI

DERROTA DEL EJÉRCITO RUSO

El parte de nuestro corresponsal, de fecha 18 de junio, publicado la semana última, quedó interrumpido en el punto en que describía cómo la columna de los rusos avanzaba hacia la emboscada tan hábilmente dispuesta por Lord Wolseley. En su siguiente telegrama ha continuado la narración de este modo:

«Hasta entonces, ni la artillería ni las tropas del general Wood, cuya posición era completamente desconocida, habían hecho un solo disparo. La columna enemiga detúvose en medio de la mayor confusión.

»El jefe que mandaba la brigada rusa, ignorando lo que encontraría á su paso, vacilaba en ordenar un ataque sin que la artillería preparase antes el terreno, y en su consecuencia pidió que se le enviase alguna. Seis baterías se destacaron poco después de la columna, y tomando el camino al galope, comenzaron á disparar contra las alturas.

»Como los artilleros no tenían blanco alguno, produjeron muy poco efecto y ninguno de los cañones situados en las colinas les contestó, y entretanto en la columna que iba por el camino reinaba la mayor confusión. Sin embargo, formóse una nueva brigada con parte de sus fuerzas y se mandó avanzar por la derecha, mientras que una tercera se puso en movimiento para apoyar á las otras dos. Cuando la de la derecha en líneas sucesivas hacia las alturas no tardó en estar á tiro de la posición en que se ocultaba á favor del terreno la división avanzada del general Wood. Entonces, apenas había cesado el rumor de la artillería rusa, los cañones ingleses tronaron á su vez, siguiéndose una descarga de fusilería en toda la división.

»Aturdida por este inesperado golpe, la brigada se desordenó, y el general Wood, aprovechando aquel movimiento, mandó que toda la división avanzara, no para atacar por medio de escaramuzas, lo cual no era necesario en aquellas circunstancias, sino por compañías tan compactas como fuera posible.

»La brigada rusa, aunque cogida de flanco y por retaguardia, trató un momento de presentar frente en esta nueva dirección; pero al hacerlo así, los cañones situados en las alturas rompieron un fuego muy vivo, batiendo las filas de los rusos en todos sentidos. Bajo aquella granizada de balas y atacada de flanco por dondequiera que se volvía, la brigada retrocedió, siguiéndola de cerca la primera división del general Wood.

»La brigada rusa de la izquierda quiso hacer frente para proteger la retirada de los que huían; pero entorpecidos sus movimientos por los fugitivos, sufriendo el fuego de las alturas y acosada por la división, abandonó el terreno también, produciendo la mayor confusión en la artillería.

»Todas las tropas que habían desembocado por la carretera eran ahora poco menos que una multitud desordenada, incapaz de obrar con eficacia, y que sufría considerables pérdidas por el fuego cruzado de las fuerzas del general Wood y el vivo cañoneo de la artillería situada en las alturas.

»El resto de la brigada, sin tener espacio para desplegarse y agobiada por los fugitivos, hubo de retroceder hasta el camino. En aquel momento, á una señal de Lord Wolseley, convenida de antemano, Sir Baker Russell, que con la mayor parte de la caballería se hallaba situado cerca de Varna, á la izquierda de las tropas del general Wood, dió una carga sobre las desordenadas filas que ahora representaban el ala derecha del ejército ruso, haciendo un considerable número de prisioneros, que fueron enviados muy pronto á Varna para ser embarcados. Entretanto el ala izquierda del ejército ruso avanzaba por el otro camino hacia Bazardjik; pero antes de que se acercara á las colinas llegó á conocimiento del general la noticia del desastre que había sufrido el ala derecha.

Aunque su primera intención había sido flanquear el ala derecha de los ingleses, á fin de atenuar el ataque contra la suya del mismo lado, el rápido progreso del desastre le obligó á cambiar de plan, y con sus fuerzas intactas tomó posición para cubrir la retirada de los restos de las fuerzas derrotadas. Sólo una división inglesa, además de la caballería, había tomado parte en la lucha seriamente, por lo cual las pérdidas eran de poca consideración. La pólvora sin humo había favorecido bastante en la acción á los ingleses.

»La derrota de los rusos era prácticamente un hecho consumado. Lord Wolseley estaba en comunicación con el general búlgaro, que con una fuerza de cuarenta ó cincuenta mil hombres había seguido de cerca á los rusos, y no podía esperarse que éstos, con sus fuerzas tan mermadas, se abrieran paso á través del ejército contrario, así como tampoco les era posible volverse contra los búlgaros sin que los dos ejércitos aliados cayeran á la vez sobre él.

»Para evitar una matanza inútil, el general ruso se avino á deponer las armas cuarenta y ocho horas después; y apenas el ejército ruso hubo entregado sus cañones, no hallándose ya en posición de tomar la ofensiva, los ingleses volvieron á la costa; pero según los últimos informes, gran parte de las fuerzas se habían embarcado ya, sin que se supiera adónde iban.

El almirante Markham y Lord Wolseley con su estado mayor han vuelto á Constantinopla, sin duda para ponerse en comunicación con su gobierno, el embajador, el sultán y otras personas. Haciendo justicia á nuestros valerosos enemigos, preciso es confesar que á la pericia de nuestro general y á la fuerza superior que teníamos en el mar se debió en gran parte el éxito.

»Desde el momento en que nuestra flota cortó las comunicaciones al enemigo, el general ruso se halló en una posición que rara vez se da en nuestro tiempo, cual es la de estar completamente privado de los medios de saber lo que su enemigo hace; al paso que nuestro general podía obtener informes más exactos de lo que es común en la guerra sobre todos lo movimientos de su contrario. Ninguna otra potencia europea hubiera podido llegar tan á tiempo para aniquilar con tal seguridad aquella fuerza rusa, susceptible de aumentarse indefinidamente mientras Rusia fuera dueña del mar. Entretanto, no se pueden hacer más que suposiciones respecto á lo que ahora intentará nuestro ejército.»

ENTUSIASMO EN EL CAIRO

MARCHA DE LAS TROPAS INGLESAS

(De nuestro corresponsal particular.)

Cairo, 8 *mayo*.

En los dos últimos días, todo el pueblo de esta ciudad ha vivido en un estado de excitación con la que apenas es comparable la de los días que siguieron al memorable 15 de septiembre de 1882, cuando, al llegar ante la puerta de la ciudadela Sir Drury Lowe con su caballería procedente de Tel-el-Kebir, comenzó la pacífica ocupación del Cairo por los ingleses. No había entonces allí europeos, y hasta los egipcios de la clase alta habían huído á distintas partes del país, ó hallábanse ocultos en sus espaciosas casas, que tenían cerradas para amigos y enemigos. Las demostraciones del sentimiento popular no se hacían sino por los naturales de la clase inferior, que después de temblar una semana, en previsión de los horrores que iban á presenciar, según se les dijo, en manos de los ingleses, rebosaban de contento al ver que el reinado del terror, bajo Arabi y Tulba, había terminado al fin. Sin embargo, necesitaban tiempo para reconocer si era el auxilio extranjero lo que les alegraba, ó bien la noticia de que Arabi había huído y se hallaría pronto en una prisión. Mientras tanto comenzó á discurrir por las calles una multitud de árabes errantes, *fellahs*, mercaderes, empleados y burreros, que se dirigían hacia el arrabal europeo, gritando: «¡Los ingleses han venido!»

Esto sucedió diez años hace, y durante ese tiempo los soldados ingleses y los naturales del Cairo llegaron á conocerse y apreciarse tan bien, que cuando circuló el rumor, en la noche del domingo, de que se habían dado órdenes para el inmediato embarque de las tropas de la guarnición inglesa, la noticia produjo tanta tristeza como inquietud en la ciudad.

Poco después invadió el barrio europeo una multitud ansiosa, compuesta no solamente de árabes, sino de todas las diversas nacionalidades que constituyen la población del Cairo. La muchedumbre llenó muy pronto las anchas calles que hay alrededor de los jardines de Esbekeeyeh, triste y silenciosa, y numerosos grupos fueron á situarse frente al Hotel Shepheard y el Club de Recreo.

Era ya cerca de media noche cuando la noticia se confirmó. La banda de música del regimiento de Alejandría había dejado de tocar en los jardines algunas horas antes, y casi todos los soldados ingleses se hallaban ya de vuelta en sus cuarteles; pero aún quedaban fuera algunos que tenían licencia hasta las doce y que comenzaban á retirarse atravesando entre la multitud. Muy pronto se vieron detenidos por ésta, que aprovechaba aquella ocasión para manifestarles su cordialidad y el sentimiento que le causaba su marcha. De estas demostraciones yo mismo fuí testigo: hallábame con otros ingleses y varias señoras en el balcón del Hotel Shepheard, observando los grupos, cuando de pronto resonó á cierta distancia, mas allá del consulado británico, un estrepitoso rumor de voces extrañas, entre las cuales se reconocía el grito gutural de los árabes, el *viva* de los italianos,

el *huzzah* de los griegos y otras aclamaciones que no comprendí, pero que á todos nos hicieron volver la cabeza en la dirección de donde provenía el ruido. La multitud que se hallaba ante el balcón comenzó á gritar también, y retrocediendo después á un lado y otro, abrió paso á la más extraordinaria procesión que en mi vida he visto.

Avanzaban en primer término unos quince ó veinte naturales, que saltando como locos, proferían á cada momento, según su costumbre, las palabras *Shmarlek*, *Gemerleek*, con las cuales se mezclaron después los gritos de *¡Inglis, inglis*, vivan los *inglis!*, gritos que al punto fueron repetidos por la multitud. Detrás de ellos iba un negro muy alto, casi desnudo (tanto puede el entusiasmo en estos fanáticos), que levantaba su brazo derecho (sacrificio á la amistad) atravesado por un largo cuchillo del cual goteaba la sangre hasta el suelo. En último término seguía un coche, alrededor del cual una multitud muy frenética gritaba y gesticulaba como poseída de locura; en el pescante del vehículo, que no llevaba cochero, veíase un tocador de mandolina y un arpista, que rascaban sus instrumentos sin que se pudiese oir una sola nota. En los asientos del carruaje se hallaban los personajes objeto de la demostración, dos soldados ingleses, uno de los cuales, aunque conservando su buen humor, pugnaba inútilmente contra una docena de manos que le retenían en su asiento, impidiéndole saltar á tierra, por más que gritaba que debía hallarse ya en el cuartel y no tenía tiempo para *tontear*. Nadie hacía caso de sus protestas, y su compañero, que había cedido al parecer á las razones de un griego, el cual le presentaba un frasco de algún licor pernicioso, no le ayudaba, manteniéndose en una actitud pasiva, sin aprobar ni condenar aquel proceder.

Aquel remedo de carnaval pasó lentamente; los gritos se debilitaron con la distancia, y extinguiéronse al fin; pero la multitud, silenciosa de nuevo, permaneció con la vista fija en las ventanas del hotel. Cuando yo me retiraba del balcón, un hombre que miraba desde la calle gritó: «*Ah Hawaga*; Teufik Bajá se ha ido. ¡Alá le ayude! Ahora se van los ingleses; malos días vendrán.»

Durante la noche del domingo y todo el día de ayer la multitud ha llenado las calles, y aunque se aseguró que los soldados ingleses, llamados repentinamente, serían sustituídos por sus hermanos de armas indios, esto no satisfizo al público, ni desvaneció la mala impresión producida por la marcha de los ingleses. Los naturales alegaban que por más que los soldados sirviesen á la reina de Inglaterra, no eran como los ingleses que ellos habían conocido, los cuales «vestían de amarillo, llevaban toallas en los sombreros, pagaban bien el alquiler de los burros, hacían muchas compras en los bazares y tomaban por turquesas pedacitos de vidrio azul.»

Con muy pocas excepciones, todas las tropas inglesas quedaron ayer en los cuarteles, no precisamente por tener que ocuparse de sus preparativos de marcha, pues desde que se reforzó la guarnición los jefes estuvieron siempre dispuestos á cumplir las órdenes en dos horas, sino para evitar la repetición, probablemente en mayor escala, de las demostraciones hechas en la noche del domingo. Los naturales, por lo tanto, debieron permanecer ante las puertas de los cuarteles, observando cómo los soldados ingleses hacían afanosamente los preparativos de su marcha.

Gracias á la energía y previsión del comandante en jefe, que tuvo buen cuidado de situar tropas á lo largo del canal, desde Suez á Puerto Said, para evitar cualquier accidente, los barcos de transporte no han sufrido ningún retraso. Cada vapor, de los ocho destinados á este servicio, desembarcaba al llegar á Suez las tropas que conducía desde Bombay, pasando después al canal para recibir los regimientos ingleses de Alejandría. Las brigadas indias están acampadas ahora aquí, esperando órdenes para dirigirse á sus diversas estaciones.

Las tropas inglesas han recibido orden de salir hoy á mediodía: dos regimientos sudaneses y uno egipcio formaron á la entrada de la estación del camino de hierro como guardia de honor. El joven jedive, acompañado de su hermano Mehemet Ali-Bey, y seguido de Zulficar Bajá, con muchos altos dignatarios de la corte, acudió también para despedirse de los ingleses; el jedive mandó situar su carruaje para ver mejor las tropas, y al pasar cada regimiento, saludaba, diciendo en inglés: «¡Adiós, señores!» Para acomodar las tropas en los trenes necesitábase algún tiempo, y muchos soldados debieron permanecer en la plaza antes de ocupar sus asientos. El jedive, que estaba muy grave y que solamente había hablado algunas palabras con Sir Evelyn Baring y otros caballeros ingleses, se disponía á retirarse, cuando de pronto una voz gritó: «¡Tres vivas por Abbas Bajá!» Ignoro quién fué el entusiasta, y no me importa saberlo; pero el hecho es que, á pesar de la disciplina, de la etiqueta y hasta de la conveniencia, las tropas que esperaban repitieron el grito junto al regio carruaje, contestando otro desde el interior de la estación.

El jedive, profundamente impresionado al parecer, se alejó rápidamente en su coche. La despedida del pueblo al pasar las tropas por las calles fué por demás patética y cariñosa; un impulso espontáneo había inducido á todos los habitantes del Cairo á ir á despedirse de los ingleses, y el paso de los regimientos fué señalado por numerosos incidentes que demostraban el afecto profesado á las tropas y el sentimiento que producía su marcha. Como ejemplo del entusiasmo de los naturales me permitiré citar aquí un caso. Uno de los regimientos acuartelados en la ciudadela contaba en su seno un soldado, especie de gigante muy turbulento, conocido con el nombre de Macdonald, que se había granjeado muchas simpatías, distinguiéndose siempre por su valor y marcialidad; pero que fué castigado dos veces por los excesos cometidos á consecuencia de la embriaguez, pues en tal estado cometía toda clase de violencias. Macdonald llegó á ser por esto el terror de muchos mercaderes ambulantes, sobre todo de los que venden vasijas de barro y otros objetos frágiles en la plaza de Rumeyleh, pues en el momento menos pensado llegaba el gigante, destrozaba y hacía rodar por tierra su mercancía, y mostrábase dispuesto á batirse contra toda la multitud. Su principal víctima fué un vendedor de adornos de cristal, á quien varias veces rompió cuanto tenía á la venta, desafiando después á la policía. Ahora bien: al pasar Macdonald el día de la marcha por una de las calles en la primera fila de su regimiento, el vendedor, que estaba allí, le gritó: «¡Ya, Donal, ya Donal, rompe alguna cosa para darme suerte!» El soldado no hizo aprecio, y el buen mercader quedó entristecido.

Cuando el último tren hubo salido de la estación, la multitud se retiró silenciosa y triste. Yo permanecí algún tiempo más en la ciudad, y puedo decir que el sentimiento era sincero. Un indígena con quien hablé sobre esto me aseguró que los naturales repetían á cada momento:

«Los ingleses se han ido; el Effendina se marchará pronto, malos días vendrán.»

Alejandría, 9 mayo

He llegado hasta aquí para ver si encuentro medios de enviarle la presente. Un oficial del buque *Amphion*, que ha llegado aquí con partes de Chipre, me ha prometido llevarla á Malta y remitirla desde aquí por el conducto más seguro.

Todos los regimientos embarcados hoy y cinco barcos de transporte han marchado ya, dejando aquí órdenes selladas. Creemos que van á tomar parte en un movimiento contra Argel, á menos que se dirijan al Mar Negro. Probablemente sabrán ustedes su destino antes que nosotros.

(Continuará)

EL ARTE MODERNO EN ROMA

La unidad de Italia ha destruído Roma. No creáis paradoja esta afirmación; es verdad harto triste que se evidencia al viajero cuantas veces vuelve á la capital del mundo después de haberse ausentado de ella por algún tiempo. La fiebre del engrandecimiento material se apoderó de aquellos habitantes, y en los actuales momentos está en el paroxismo del delirio: en la Ciudad Eterna no queda una calle por la cual se pueda transitar libremente: los andamiajes pegados á las casas y los lodazales en los arroyos denuncian por todas partes nuevas construcciones que surgen en los solares de antiguos edificios.

Esta manía, que igualmente puede llamarse *destructora* ó *constructora*, acaba con la Roma del pasado. A su impulso se van esas calles estrechas, sombrías, insuficientes si se quiere para las necesidades de la nueva vida cortesana, y vienen las vías anchas, incómodas en un país donde llueve mucho y hace mucho calor, de irregular trazado porque en todas partes tropiezan con edificios que no pueden ser destruídos. Con las primeras desaparece lo típico, lo pintoresco, lo característico de un pueblo que en recuerdos cimienta las grandezas de su historia; caen casas y palacios, ciertamente acreedores á mayor respeto; deshácense templos y monasterios, cuyas piedras conservará unidas la fuerza de la antigua fe. «Italia, se dijo, es una gran nación, y por lo tanto es preciso que Roma sea una gran capital.» Por desgracia confundióse el orden de los términos, y Roma apenas llega á ser una capital grande.

Porque únicamente Dios puede saber lo que esa transformación cuesta y la forma en que se hace. No hay medios ni recursos ni inteligencia para llevarla á cabo, y resulta que los edificios nuevos están hipotecados en los Bancos, que los contratistas elevan los pisos tomando dinero sobre el primero para construir el segundo, que los obreros trabajan sin remuneración suficiente, y que cada día se anuncia una quiebra, ocurre una crisis ó estalla un conflicto. Verdad es que en último resultado todos estos accidentes podrán interesar al político ó al economista; al viajero le tienen sin cuidado.

Mas ¿y el arte? ¿Creéis acaso que esa transformación de Roma siente la influencia de los antiguos monumentos, aún en pie en las grandes ruinas? ¿Imagináis por ventura que los arquitectos romanos han tenido el talento de copiar ó asimilarse algo de lo que ven todos los días? Esto habría sido tener sentido común, el más raro de los sentidos. Los nuevos edificios son inmensos palomares, sin gusto ni solidez; parecen cuarteles, y con frecuencia se hunde alguno para sepultar en sus ruinas media docena de obreros ó de vecinos. Y no se invoque en su abono la estricta economía de su fábrica; algunos cuestan caros, muy caros, y son los peores. Dígalo, si no, aquel desgraciado caserón de los hermanos Bocconi, construído en pleno Corso, con sus puertas de cochera elevadas hasta el tercer piso y sus ventanas semejantes á un mal friso de tejado: es el edificio más pretencioso, más barnizado y más rematadamente malo que se concibió en nuestra época.

El arte se fué de la ciudad romana, siendo inútil buscarlo fuera de las ruinas clásicas y de los edificios del Renacimiento. Véase, si no, lo ocurrido hace muy poco tiempo. Italia, que tributa á sus desgracias la conmemoración reservada por otros pueblos para sus triunfos, quiso erigir un monumento á las víctimas de Dogali, y para ello levantó en la plaza de Termini un obelisco egipcio desenterrado en recientes excavaciones; es decir, creyó aplacar los manes de los quinientos infelices muertos en traidora lid en las arenas africanas, dedicando á su memoria una columna de granito arrancada al lecho del Nilo, con largas inscripciones jeroglíficas en las cuales un ilustre monarca de los Ramésidas explica su divina genealogía ó en sentida endecha canta un himno al Sol, protector de su país. El «Cristo con un par de pistolas,» señalado por el refrán español como tipo de la inoportunidad, halló su superior en Roma.

Las diversas manifestaciones del genio artístico van ligadas por estrecha cadena á la vida de los pueblos, y aparecen juntas y confundidas cual si fueran notas de una misma melodía, cuerdas del arpa que arpegia la belleza, esta madre universal de los grandes sentimientos. Cuando en una nación ó en una gran ciudad renace el arte, el progreso se extiende á todas sus ramas, á la pintura y á la música, á la escultura y á la arquitectura, que siguen la misma vía, se auxilian y avanzan á la par. Pero también, por efecto quizás de esta ley de solidaridad, cuando el arte aparece en decadencia, entonces la ruina es completa, las nulidades son absolutas, ningún destello del genio ilumina los obscuros horizontes de la vida. Por esto hemos de afirmar que hoy no existe arte romano.

Basta contemplar para convencerse de ello las exposiciones periódicas que se celebran en Roma, llenas de malas pinturas y peores esculturas, cuya venta no facilitan los desmesurados bombos de los periódicos; véase, y esto se halla siempre al alcance de cuantos visitan á Roma, véase el número de tiendas que exhiben obras de arte y las realizan en pública almoneda. No puede imaginarse nada más pobre, monótono y pesado que esas galerías abiertas en cien tiendas del Babuino, plaza de España y Vía Condotti, atestadas de acuarelas y telas sin color, sin dibujo y sin asunto: obras que reproducen hasta la saciedad el vulgar tipo del campesino romano entregado á toda suerte de ocupaciones, desde la de tocar la flauta hasta la de pacer rebaños ó dar de comer á la gallinas. Si cambia el personaje del cuadro, de seguro lo sustituye uno de esos moros de carnaval vestidos con sábanas y toallas. Los cuadros de género, los paisajes, las marinas, no se intentan siquiera, ó se convierten en nubes de caramelo y aguas que parecen cultivos de microbios. Las mismas reproducciones de cuadros antiguos son tan malas como las obras originales.

Es grande el marasmo en el comercio de objetos de arte, y los romanos, acostumbrados á mejores tiempos, que pasaron, se resienten de él y apenas llegan á colocar sus obras. ¿Pero quién ha de comprarlas si el gusto se educa todos los días, y hasta el vulgar y prosaico ricacho de California que



visita á Roma se resiste á llevar adefesios á su casa? Y cuéntese que para alucinar á los compradores se apela á toda clase de expedientes: á la recomendación, al anuncio, al reclamo, hasta se abren almacenes donde en grandes carteles se avisan las ventas de las obras *por cuenta y á precio de artistas.* Mal negocio deben hacer estos sacerdotes del arte metidos á mercaderes.

Al escribir la frase *no existe arte romano*, no quiero significar que no se haga buen arte en Roma. Forma legión el número de artistas que en ella viven, de gran mérito algunos, de porvenir bastantes, apreciables todos. Pero casi todos son extranjeros, y mi amor patrio se envanece añadiendo que los españoles están en mayoría. No hago aquí crítica comparativa, ni quiero halagar vanidades citando nombres propios: baste decir que nuestros pintores y escultores domiciliados en la Ciudad Eterna emprenden con fe la carrera del arte y muchos llegan al final de su camino viendo sus obras solicitadas, aplaudidas y buscadas sin necesidad de anuncios ni de exposiciones.

Pero preguntad á nuestros compatriotas cuántos romanos visitan sus talleres, cuántas obras de su ingenio han quedado en Roma, y os contestarán en sentido negativo. Los aristócratas viejos están arruinados ó no tienen gusto; los jóvenes en general prefieren correr caballos á la inglesa ó pasear en lujoso tren por el Corso con sus amigas del día Y los capitalistas nuevos apenas pagan papel pintado para sus habitaciones y toleran vaciados de yeso en los pórticos de sus palacios.

Sin embargo, ¡qué gran escuela de arte sigue aún siendo la Ciudad Eterna! Los testimonios de sus civilizaciones antiguas, las obras de sus más afamados ingenios, las construcciones mejores que se elevaron en el brillante período del Renacimiento, todo se encuentra reunido en el lugar consagrado por la religión y por la naturaleza, donde lo mismo puede el alma elevarse á las sublimes regiones del ideal divino, que abrirse á la vida y á la luz en campos hermosos por sus líneas y sus colores, y en ruinas imponentes por sus recuerdos y su grandeza. Allí la fantasía encuentra inagotables fuentes de inspiración y ricos tesoros de belleza; allí el artista ve ensancharse nuevos horizontes ante sus ojos, y alcanza más fácilmente la región serena del genio. Bástale que estudie, que trabaje, que no se deje contaminar al contacto de la nueva ciudad, mercante y viciada.

Así comprendiéndolo varios gobiernos europeos han creado en la capital de Italia Academias donde estudian numerosos pensionados. Francia tiene la suya en la villa de Médicis, construída en 1540 por Lippi y luego destinada á residencia del cardenal Alejandro de Médicis y de los duques de Toscana. España desde el año 1873 posee la Academia de San Pedro en Montorio.

Bellísima es la situación de la escuela española en la vertiente del Gianicolo, á la orilla derecha del Tíber. Desde su cumbre se desarrolla el extenso panorama de Roma, limitado en lejano horizonte por la cordillera de los Apeninos, con la gran cúpula de San Pedro á la izquierda, el castillo de San Angelo al lado, y las masas de edificios de la ciudad, entre los que sobresalen el palacio Farnesio, San Andrés del Valle, el Quirinal, Santa María, el Coliseo y San Juan de Letrán, hasta perderse á la derecha en los cañaverales del río, que se desliza bajo los puentes de Sixto, Garibaldi y del camino de hierro. Y no mueve solamente á los viajeros el atractivo del paisaje para subir á aquel lugar; las tradiciones cristianas lo han hecho célebre afirmando que en la amarillenta colina, llamada Monte de Oro por el color de sus arenas, fué martirizado San Pedro, el primero de los apóstoles. En conmemoración de este suceso, desde los tiempos de Constantino erigióse allí una capilla, que más tarde debía verse engrandecida por la piedad de los monarcas castellanos.

Al lado de la capilla se levantó un monasterio de frailes franciscanos. Estos supieron granjearse las simpatías de los Reyes Católicos, y con ello lograron buena fortuna, ya que en 1500 el real tesoro español sufragaba los gastos de las construcciones en la actualidad existentes, es decir, la nueva iglesia tan rica de adornos como de sepulcros y el convento ahora convertido en Academia.

Entremos un instante en el templo: á ello parece invitarnos como tributo rendido á la patria ausente el magnífico escudo nacional tallado en piedra que ostenta la fachada. Este escudo se repite cien veces dentro de la iglesia; está esculpido en todas las claves de los arcos, encima de los altares, junto á los ricos mausoleos. Las pinturas murales son preciosas, aunque por desgracia han sufrido mucho los efectos del tiempo y de la humedad. En el primer altar de la izquierda vese el *Bautismo de Jesucristo*, por Daniel Volterra, el famoso *Pintabragas*, como fué llamado en Italia cuando vistió las figuras del *Juicio final* de Miguel Angel. Enfrente hay el *Martirio de los azotes*, pintado por Sebastián del Piombo. Es muy marcada en esta iglesia la influencia del Renacimiento; las estatuas de los altares y de las sepulturas fueron inspiradas por las obras de Bernini, y las pinturas son obra de discípulos de Miguel Angel y del Perugino. En el altar mayor, que nada notable ofrece ahora, figuró durante muchos años el último gran cuadro que Rafael pintara por encargo del cardenal Julio de Médicis y que los franceses se llevaron de Roma en 1697: es la *Transfiguración de Cristo*, devuelto á Italia en 1815 y depositado ahora en el museo del Vaticano.

En el patio situado á la derecha de la iglesia álza-



TIPO ARAGONÉS, dibujo al carbón de D. Baldomero Galofre

se un precioso templete redondo, verdadera joya de la arquitectura. Fué construído por Bramante, el gran rival de Miguel Angel, y no tiene más objeto que resguardar el hoyo del suelo donde por vez primera dícese fué alzada la cruz en Roma. El agujero allí está, abierto y redondo cual debieron hacerlo para izar el lábaro cristiano, y el buen fraile que lo enseña obsequia á los curiosos con un poco de arena que saca con un bastón hueco en el extremo. Las propinas por ello obtenidas recompensan el trabajo de reponer la tierra para que no acabe el agujero en pozo artesiano, con lo cual el monje realiza un buen negocio, al paso que, Dios ayudando, aquella arena esparcida por el mundo puede convertir muchos incrédulos.

Una lápida de mármol empotrada en el muro de ese patio atestigua el reconocimiento de la comunidad hacia los soberanos españoles, consignando que una misa en los oficios divinos y una oración en las preces de vísperas serán ofrecidas diariamente á su memoria. Pero guardan mejor estos reconocimientos las piedras que los hombres, y hoy para nada recuerda el convento franciscano montoriense á los difuntos reyes de la patria.

Pásase por el patio para entrar en la Academia, augusto templo del arte español, levantado en tierra extraña, que si nos rinde pocos provechos en cambio nos cuesta mucho dinero. No quiero ocuparme de su organización defectuosa y deficiente, ni lavar en público la ropa sucia de la casa; pero sí he de decir cuatro palabras sobre el carácter de la institución, á mi juicio muy mal interpretado.

Allí hay en primer término pensionados de música. No sé á qué van esos jóvenes á Roma, ni qué pueden aprender en la cumbre del Gianicolo, como no sea poner en solfa el dialecto romanesco que se habla en el Trastévere. En Italia hay una sola escuela de arte musical, y ésta se halla en Milán.

También hay en la Academia pensionados de arquitectura. ¿Para qué? No se ha considerado si Roma es la ciudad más á propósito para estudiar arquitectura, allí donde todos los monumentos antiguos son ruinas deshechas y todos los edificios del Renacimiento han sido reproducidos con sus planos de construcción. Podíanse enviar esos alumnos á Grecia, que tuvo arte propio, ó á Egipto, que conserva en pie sus más importantes templos antiguos; pero no lo hemos acordado así, y resulta que nuestros pensionados de arquitectura vuelven de Roma para no hallar trabajo en España, porque encuentran que sus compañeros que no tuvieron pensión en Italia saben más que ellos.



DOS FILARMÓNICOS, cuadro de K. Hartmann

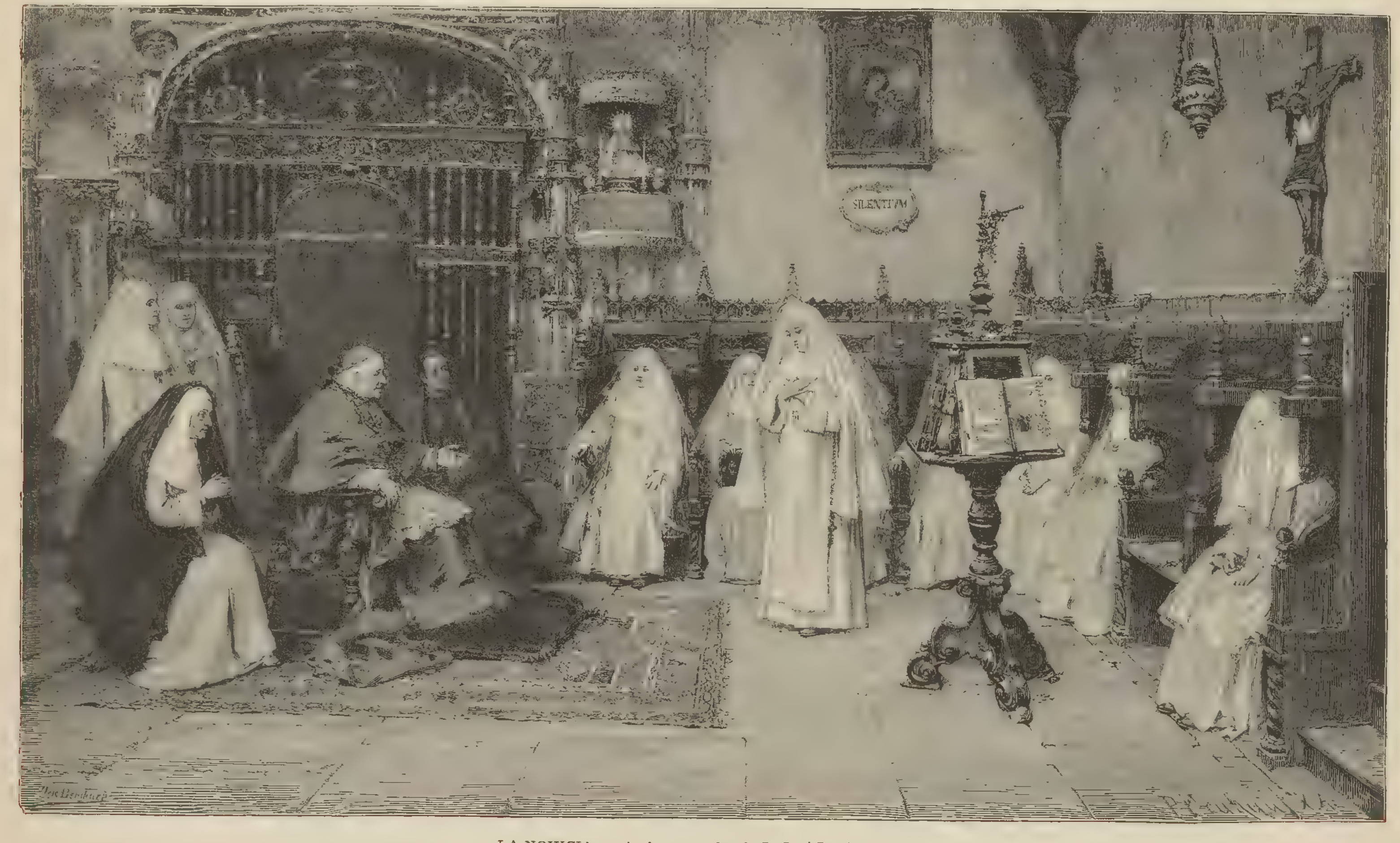
Otra plaza curiosa en la plantilla de la Academia es la de grabador en hueco, mantenida cuando en Roma nadie ejerce este arte, y el gobierno italiano envía pensionados á Alemania para estudiar los procedimientos nuevos de grabado mecánico.

Quedan los pintores y escultores, únicos que deberían existir en la Academia si ésta fuese mantenida ó reorganizada; mas no nos alienta la idea de que de treinta ó cuarenta alumnos que han pasado por San Pedro sólo tres ó cuatro se han dado á conocer en el mundo artístico; los demás, nulidades eran al llegar á Roma y nulidades siguen siendo después de haber recibido cuatro años de educación oficial.

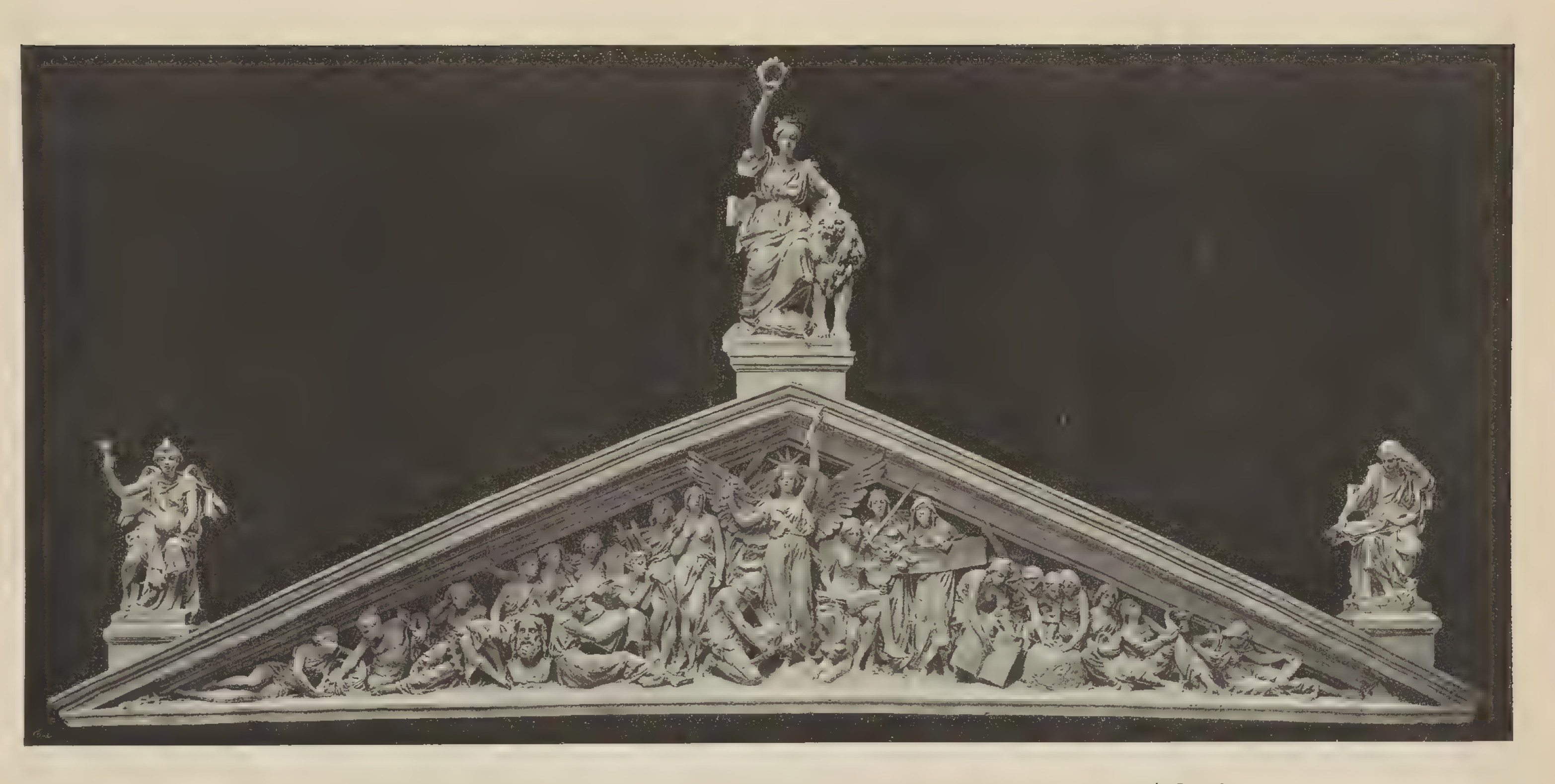
Y sin embargo, no son responsables estos jóvenes de su falta de éxito. En mi concepto, la causa de que no obtengan buenos resultados se halla en la Academia misma. Su atmósfera no es sana, ni en lo físico ni en lo moral, y como el claustro, seca la fantasía en vez de avivarla. Yo suprimiría de buen grado esa escuela y dejaría á los pensionados españoles en libertad de vivir en Roma á su gusto, según ocurre con los enviados por otras naciones y por muchas diputaciones y ayuntamientos de nuestra patria. Ganarán ellos en primer término, economizará el Tesoro buenas sumas suprimiendo gastos inútiles de dirección y antretenimiento, evitaremos escenas poco gratas, y cuando no tengamos centro oficial mejorará nuestro arte en Roma, porque la planta-artista crece y prospera al aire, á la luz y á la libertad, pero no vegeta en destartaladas celdas de ex conventos.



LA OCASIÓN HACE EL LADRÓN, cuadro de C. Cei



LA NOVICIA, copia de un cuadro de D. José Benlliure y Gil



FRONTÓN DEL PALACIO DESTINADO Á BIBLIOTECAS Y MUSEOS NACIONALES, proyecto de D. Agustín Querol

Premiado en el concurso abierto por Real decreto de julio de 1891

No he de terminar sin decir dos palabras referentes al mejor auxiliar que tiene el artista, al *modelo* para la ejecución de figuras humanas en cuadros y en esculturas.

Es ocioso manifestar que los *modelos* de profesión abundan en Roma: son tan numerosos como los artistas. Es frecuente el caso de ver á una pobre mujer, á un campesino ó á un niño llamar á la puerta de los talleres preguntando si sirven para algo. Punto de reunión de estos modelos es la ancha gradería que de la plaza de España sube á Trinidad del Monte, en cuyos descansos se les ve á todas horas del día con sus pintorescos trajes del Agro romano.

La inmensa mayoría de los *modelos* procede de tres pequeños pueblos situados en los Montes Sabinos, que son Antícoli, Sarracinesco y Subiaco: sus vecinos parecen haberse hecho una especialidad en la profesión, y en general viejos y jóvenes viven de ella, pues tienen buenas formas y son dóciles para adaptarse á todos los caprichos del artista. También hay *modelos* romanos, especialmente entre las lindas muchachas del Trastévere y las *montishanas* ó vecinas del Campo de Flores.

Las *modelas*, llamémoslas así, tienen en Roma fama de ligeras, que á mi juicio no han usurpado. Se comprende que sean así. En su mayoría cuentan pocos años, son agraciadas y amables; los pintores son también jóvenes, y el atractivo de la forma, unido al aislamiento del taller, convierten con sobrada frecuencia á la *modela* en cortesana. Pero entonces acaba la *modela*, cansada pronto de su oficio, que sustituye por otro más cómodo y lucrativo. La carrera de muchísimas *modelas* italianas puede trazarse en cuatro líneas: llegan á Roma vestidas de campesinas y se las ve corriendo las calles desnudo el pie y el seno al aire; al año siguiente se las encuentra en coche por el Corso, luciendo ricos trajes; algún tiempo después, ó vuelven desengañadas á sus nativas aldeas ó recurren á sus antiguos conocidos en súplica de una limosna ó acaban en el hospital. Es una comedia en tres actos cuyo desenlace rara vez falla.

Sin embargo, el roce del taller y el trato con los artistas imprimen cierta nobleza de carácter al alma de la *modela*: si en los juicios de Dios las pecadoras pueden salvarse, ella se salvará primero que muchas otras. Porque rara vez las *modelas* pervierten lo íntimo de su corazón, ni al librar el cuerpo vician el sentimiento. Pecan por casualidad, y siguen la corriente porque les resulta agradable el pecado Basta verlas altas, erguidas, con sus negros ojos destellando luz del fondo de la cenicienta órbita, alegre el rostro, dulce la sonrisa, esbelto el talle, airoso el andar, tendiendo la mano á todos y á todos tuteando en fraternal conversación. Son desinteresadas, simpáticas y aceptan con gusto su papel de amigas de ocho días; verdad es que no resistirían muchos más, dada la ligera facilidad de su carácter. A pesar de ello y en honor de la verdad, confieso haber conocido algunas que se casaron y han resultado admirables madres de familia.

Alguna vez han ocurrido entre ellas tragedias de triste desenlace. Vivo está aún en Roma el recuerdo de una *modela* que fué bella hasta lo ideal: se llamaba Marietta, y la apellidaron la *Mónaca* por el pélido matiz de su delicado rostro y el brillo extraordinario de sus ojos de iluminada. Parecía una Virgen de Rafael perdida en la tierra, ó una Santa del coro del Señor olvidada por la muerte en este mundo. Un día oyó de un pintor español frases que halagaron su oído, y dióse entera, con alma y vida, á nuestro compatriota; pero su idilio duró poco, porque el carácter de éste tenía mucha dureza, y ni siquiera cuidó de atenuar el golpe fatal de la separación que por ser casado en España era inevitable. Cuando él regresó á la patria, Marietta dobló la frente á su negro destino, pidió la muerte al cielo, y el cielo fué clemente no desoyendo tan piadoso ruego; en una tarde de otoño se abrieron las puertas del hospital para dar paso al carro que conducía el cadáver de la *Mónaca*, solo, sin el acompañamiento de una lágrima, de un amigo ni de una flor. Cuatro artistas concurrentes á la Véneta comentaron el fin de la desgraciada joven: el español estaba muy preocupado con su fama para acordarse de su víctima. En otro mundo mejor, donde se hallan ambos reunidos, Dios ha debido juzgar cuál de sus almas fué la más inocente y buena.

Otra tragedia rápida, momentánea, ocurrió un día en el Círculo Artístico. En este centro de reunión de todos los pintores que viven en Roma, hay cátedras ó academias para hacer en común estudios del natural. Una noche tomaron á una joven, Adelina, como modelo desnudo; poro ésta resistió á presentarse así delante de tantos artistas. Alguien de su familia, su madrastra sin duda, le arrancó á girones la ropa del cuerpo, empujándola sobre la tarima,

EN BAS MEUDON (CERCANÍAS DE PARÍS), cuadro de F. Heilbouth

¿Qué emoción dominó en tal instante aquella débil alma? Irguióse Adelina como presa de histérico ataque, inclinó la cabeza hacia atrás y cayó de espaldas sobre el duro tablado. Al acercarse los pintores para socorrerla, sólo pudieron ver que estaba muerta. La verguenza, como un rayo, le había partido el corazón.

Entre los hombres despunta principalmente la nota cómica. Era conocidísimo *Faggiolo*, montañés sabino que jamás abandonó el traje especial de su país, copiado por todos los artistas. Su conversación era distraída durante media hora, cuando con la mayor formalidad decía llamarse Marco y por lo tanto ser descendiente de un emperador, no sabía si Marco Aurelio ó Marco Tulio Cicerón. El infeliz fué asesinado hace un año al salir de noche de una taberna. Tan famoso como éste era Francesco, un napolitano que dividía sus ocupaciones entre servir como modelo de los estudios y cargar bultos de los ferrocarriles, y para dar á conocer su doble capacidad usaba en la gorra una placa de cobre con la siguiente inscripción en grandes letras negras:

Mozo de cuerda y modelo de bellas artes.

¡Es digna de conservarse en un museo!

EDUARDO TODA

NUESTROS GRABADOS

Cacharrero árabe, cuadro de D. Antonio Fabrés.—En repetidas ocasiones nos hemos ocupado con elogio del eximio artista Sr. Fabrés, celebrando todas y cada una de sus obras, puesto que en ellas se revela esa genialidad que tanto le enaltece y á la que debe seguramente la fama merecida de que goza. La solidez en el dibujo, acierto en la composición, colorido brillante y simpático, son cualidades distintivas de sus producciones. *El cacharrero árabe* es un precioso cuadro de caballete, en el que aparte del estudio que revela, descuellan los primores de ejecución que tan perfectamente interpreta Fabrés.

Tipo aragonés, dibujo al carbón de D. Baldomero Galofre. – Baldomero Galofre, entusiasta por el arte y amante devoto de su patria, dedica sus conocimientos pictóricos y la brillantez de su paleta á reunir los innumerables apuntes que ha recogido en sus viajes y la impresión de sus recuerdos para producir cuadros de nuestras costumbres nacionales. Galofre consagra muchas horas á tan laudable tema. Trabajador infatigable, hállasele delante del caballete ó del pupitre desde el amanecer hasta que anochece.

A esta valiosa colección pertenece el dibujo que damos á conocer á nuestros lectores, escogido al azar entre los millares de obras que la constituyen, verdadero monumento artístico que á sí mismo se erige el distinguido pintor reusense.

Dos filarmónicos, cuadro de C. Hartmann.—De este artista alemán puede decirse que es el pintor de los niños, con la particularidad de que para sus cuadros escoge, no esas lindas criaturas de rubias cabelleras y caras sonrosadas, vestidas con el gusto más irreprochable, que revela los cuidados de cariñosos padres, sino aquellas que por pertenecer á la clase desheredada parecen poco menos que abandonadas al acaso y en cuyos rostros y trajes no aparece la menor huella de pulcritud ni elegancia *Los fumadores*, *El primer cigarro* que en anteriores números hemos reproducido son prueba de lo que decimos y de que Hartmann siente el arte y no necesita atavíos lujosos para producir un verdadero efecto estético.

La ocasión hace el ladrón, cuadro de C. Cei. – Para que la inspiración exista es necesario que se desprenda ó derive de un algo que revista las mismas condiciones que el fuego que nos anima, de la índole del soplo divino que en nuestro interior existe, intangible, grande y esencialmente bello.

No debe, pues, sorprendernos que para el célebre pintor alemán hayan servido de fuente de su inspiración las travesuras de unos cuantos rapaces, quienes aprovechan un descuido para invadir el cercado ajeno.

Aunque bajo la influencia de un cielo plomizo y en un país en donde la naturaleza no se reviste con los risueños encantos que en el nuestro se presenta, el artista ha sabido armonizar perfectamente las movidas y juguetonas figuras de los muchachos, con los tonos de la vegetación y los pormenores que les rodean.

La novicia, cuadro de D. José Benlliure y Gil – Es D José otro de los miembros de la familia Benlliure que más han contribuído á ilustrar su apellido y que más han elevado el concepto del arte pictórico español. Dotado de excepcionales cualidades y aptitudes dióse á conocer, cuando apenas contaba doce años, por su notable composición representando al *Cardenal Adriano recibiendo á los jefes de las Germanías*, que fué premiada en la Exposición valenciana de 1872. Posteriormente y en vista de sus nuevos progresos recibió hermosos encargos, entre ellos los que le confió el rey D. Amadeo.

Difícil sería enumerar las obras que desde aquella época ha producido, pues aparte de ser numerosas, representa cada una de ellas un triunfo, bastando recordar *Una orgía*, *Escena de gitanos*, *Acólitos*, *Cuento de brujas*, etc., etc. A este número corresponde el precioso lienzo *La novicia*, en el que el Sr. Benlliure, supo dar muestra inequívoca de su buen gusto, de sus profundos conocimientos artístico arqueológicos y de sus dotes de buen colorista y dibujante.

Frontón del Palacio destinado á Biblioteca y Museos nacionales, proyecto de D. Agustín Querol, premiado en el concurso abierto por Real decreto de julio de 1891. – Cada una de las obras que produce el distinguido escultor tortosino revela un progreso, manifiesta un adelanto. Desde la presentación de su primera escultura, bautizada con el título *La Tradición*, hasta el notabilísimo bajo relieve que ha de embellecer la portada del suntuoso edificio destinado á conservar los tesoros de nuestras letras patrias, los lauros alcanzados por Querol son tantos cual el número de sus producciones.

El frontón que reproducimos, valiente y sobrio en la ejecución, subyuga desde luego por la amplitud de la concepción y por el modo genial como está modelado.

Merece el Sr. Querol un caluroso y sincero aplauso, y se lo enviamos desde nuestras columnas, puesto que obras de tal índole honran á quien las lleva á cabo y á la nación que cuenta entre sus hijos á quien las produce.

En Bas Meudon (cercanías de París), cuadro de F. Heilbouth. *Bas Meudon* es un pueblecillo inmediato á París, adonde van los habitantes de la gran metropoli en busca de aire y esparcimiento. El malogrado pintor Fernando Heilbouth, fallecido el último año en París, inspiróse en las bellezas que la naturaleza ha reunido en Meudon para pintar el bonito cuadro que reproducimos.

Domingo Morelli, célebre pintor italiano. – Nació en Nápoles en 1826, teniendo que luchar desde su infancia con grandes dificultades para el estudio de la pintura. A los catorce años de edad ingresó en la Escuela de Bellas Artes de Nápoles, obteniendo en 1845 el primer premio por un cuadro que significaba una verdadera innovación. En todas sus obras se revela el genio poderoso del artista pensador y observador profundo, que reviste sus concepciones de una forma tan hermosa como original. El gobierno italiano, después de haberle distinguido con la cruz del Mérito civil, nombróle senador en 1886.

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. — ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONTINUACIÓN)

XV

Una tarde, á eso de las tres, el Sr. de Francœur acababa de escribir algunas cartas en su habitación; dejó la pluma y permaneció inmóvil, con los codos apoyados en los brazos del sillón y las manos cruzadas debajo de la barba. Miraba frente á sí, pero sin ver, y estaba poseído de melancolía, esa fatiga del alma que comunica una sensación continua, esa especie de extenuación que nace de la misma embriaguez amorosa. Sin causa precisa, estaba triste.

¿Por qué? ¿Sería la presencia importuna del joven Kerjuzan hacía algunos días? ¡Zumbido de mosquito alrededor de un hombre feliz! Pero ¿en qué podía perturbarle aquel niño? Ningún motivo de queja le daba, como no fuera por la circunstancia de encontrarle siempre entre Ivelina y él, haciendo con su juventud más evidente su madurez. El coronel reflexionó. Sí, tal vez esto era lo que le inquietaba; sí, era la juventud de Ivón, que en las relaciones psíquicas de los habitantes del castillo entre sí hacía las veces de un agente químico que descompone un grupo de elementos, obligándolos á que se atraigan según nuevas leyes. Antes de la llegada del adolescente nada separaba al coronel de Ivelina, y podía se olvidar la diferencia de sus edades; pero no ahora, porque el joven era demasiado vivaz y ligero, para que el Sr. de Franc ur no pareciese junto á él torpe y pesado.

Se representó á Ivón é Ivelina jugando al volante, persiguiéndose como niños para cogerse, y suspiró al pensar que aquellas cosas habían pasado ya tiempo hacía para él. Temía el ridículo, y sin querer confesárselo, tuvo celos del adolescente, no solamente por su juventud, sino porque quería tanto á su prima.

Y harto evidente era esto último: su ternura, que le rebosaba por todos los poros, se advertía en el fuego de sus miradas, en la dulzura de su sonrisa, en la viveza de sus ademanes cuando se trataba de servir á la virgen y en sus delicadas atenciones. ¿Y ella? ¡Qué cariñoso era su mirar, y cómo se explayaba franca y alegre con él! Veíase que le amaba como hermano... pero ¿le amaría también de otro modo?

El coronel lo temió así, dejando escapar un suspiro. ¡Se presta el amor á tantas formas en esa edad juvenil y lozana! Y por primera vez, desde su llegada á Luzerme, el Sr. de Franc ur experimentó hastío y juzgóse algo viejo.

XVI

Un ligero ruido en la habitación de su hermano le distrajo de su meditación. Marcos salía ahora diariamente bajo el pretexto de hacer estudios al aire libre. Habiendo despedido á su modelo, descuidaba su cuadro de la mujer desnuda, y no parecía por el castillo sino á las horas de comer. Sin embargo, siempre pulcro y emperifollado, con las manos muy finas y blancas, apenas se asemejaba á esos paisajistas que el coronel había visto, curtidos por el sol, vistiendo una blusa de lienzo y dirigiéndose, con sus trebejos al hombro, hacia el sitio donde se proponían trabajar. ¿Iba realmente Marcos á dibujar al campo? A no ser por la absorción egoísta de sentimientos que le cerraba los ojos, el Sr de Francœur hubiera dudado tal vez Jozeu estaba muy cerca; la señora de Cyou había mejorado, y ya no se trataba del inmediato regreso del Sr. de Brettes. El Sr. Jugaud, molestado por su luxación, salía poco, y Marcos afectaba cierta singular expresión de disimulo y sus ademanes eran febriles.

El coronel supuso que su hermano había vuelto aquel día más pronto que de costumbre, y como estaba aburrido, pasó á la habitación de Marcos, entrando en ella sin llamar. Lilia, que revolvía en el aposento, estremecióse y se volvió vivamente muy sonrojada.

—¡Ah, qué susto me has dado!, exclamó. Buscaba una cosa...

Lilia tenía el aspecto de la persona á quien se sorprende en flagrante delito de curiosidad.

—Me retiro, dijo el coronel.

—¡No, no!, repuso Lilia algo turbada; ya he concluído.

—Creí haber oído á Marcos, y por eso entré.

—¡Oh! ¡Marcos no está nunca aquí! Ya sabes que él...

Lilia se mordió los labios, fijando en el coronel una mirada indecisa, que revelaba una esperanza en medio de sus dudas.

—¿Dónde nos ha dicho que trabajaba, cuando almorzábamos?, preguntó. ¿No dijo que en el bosquecillo, cerca del estanque de los olmos blancos?

—Creo que sí.

—¿Quieres que vayamos á sorprenderle? Nos llevaremos á los niños.

—Con mucho gusto, contestó el coronel sin la menor desconfianza.

Y bajando al jardín, encontraron en el terrado á Ivelina, que trabajaba muy seria junto á su tía. Tigiale, que se había encariñado con ella, estaba echado á sus pies mirándola, é Ivón, á cierta distancia, contemplaba á la joven silenciosamente.

—¿Queréis venir?, les preguntó Lilia

Aceptaron sin vacilar, y la tía Aurora dió su permiso.

Griffith, el aya inglesa, se presentó muy pronto, llevando á Pepita de la mano. Juana, que corría delante, se precipitó hacia el Sr. de Francœur.

—¿Nos llevaremos al perro?, gritó ¿No es verdad, tiíto?

—Si tú lo quieres, que venga.

Juana era la única que no tenía miedo de Tigiale; así es que, rodeando el cuello del perro con sus brazos, se dejó lamer el rostro de una sola lengüetada, lo cual escandalizó á Griffith.

—¡Oh, qué sucia, *shocking!*, exclamó.

Reunidos todos, emprendieron la marcha: Lilia, junto á su cuñado, hablaba poco y parecía preocupada; mientras que el coronel, al ver á Ivón é Ivelina juntos andar delante, sentía renacer todo su descontento, opinando que se les dejaba demasiado libres y solos. En sus perspicaces y nacientes celos, molestábale que aquel afecto de Ivón se sustituyese al suyo ante sus propios ojos, mientras que á él le hacían enmudecer las conveniencias y su probidad. Sin embargo, acababa de saber que el joven permanecería poco tiempo en el castillo, pues antiguos amigos del padre de Ivón le esperaban en Bretaña. Con ingenua impaciencia sorprendióle reconocer que deseaba aquella marcha; no obstante, cuando reflexionaba bien, sentía deseos de encogerse de hombros. Ivón era un niño: ¿en qué, pues, podía molestarle? Y sin embargo, así era, pues desde su llegada, el Sr. de Francœur mostrábase más reservado para con la joven y evitaba hablarle familiarmente. Tal vez estaba un poco enojado con Ivelina sin darse cuenta de ello; pero lo que más temía era que Ivón adivinara sus sentimientos, cosa que le hubiera molestado extraordinariamente, aunque no podía explicarse por qué. ¿No sería, pues, tan natural y sencillo como él se lo imaginaba su amor hacia Ivelina?

Marcos no estaba en el bosquecillo ni cerca del estanque.

Lilia regresó de la excursión algo nerviosa, hablando en voz muy alta y riendo de cuando en cuando con risa forzada. A fuerza de oirla, el Sr. de Francœur hubo de volver en sí y mostróse inquieto.

—Marcos habrá ido á trabajar á otra parte, dijo.

Y aunque no abrigada sospechas respecto de su hermano, empezó á comprender que su cuñada las tenía.

Lilia esperó febrilmente la vuelta de su esposo, y cuando éste entró en el salón, donde aún no se habían encendido las lámparas, preguntóle delante de su hermano con fingida expresión alegre:

—¿Has trabajado mucho?

—Sí, contestó Marcos.

—¿Dónde?

—Junto al estanque; no me he separado de allí en todo el día.

—¡Ah! ¿Y en qué punto?

—Junto á la encina muerta, como siempre.

Lilia sonrió de una manera extraña, pues las niñas y ella misma se habían sentado precisamente en aquel sitio.

—¡Es muy raro!, dijo; hemos pasado por allí y no te hemos visto.

Marcos mintió con aplomo, recordando que en aquel momento... Inventó otro embuste, que Lilia fingió creer, clavando en él una mirada singular con las pupilas muy dilatadas y una sonrisa forzada que le hubiera inquietado si la hubiese visto á plena luz. En aquel momento entraba un criado con las lámparas encendidas y Lilia mudó de conversación.

XVII

Al día siguiente comenzaba la estación de caza, y el Sr. de Francœur y Marcos debían tomar el tren de Attigne para ir á Sognes, donde les esperaba el Sr. Devarenne

Aquella ausencia no agradaba en lo más mínimo al coronel, pues su decidida pasión por la caza se había calmado, y disgustábale alejarse en aquel momento de Ivelina. Un malestar que no se explicaba comunicaba cierta flojedad á sus músculos. No sabía qué pensar tampoco de la actitud de Marcos y de su esposa, y como prefería las situaciones despejadas, inquietábale no saber á ciencia cierta qué era lo que sospechaba Lilia y si sus sospechas eran ó no fundadas. Al mismo tiempo, su reserva y una especie de timidez para sondear el alma de otro impedíanle interrogar á su cuñada y menos aún á su hermano, contra quien abrigaba un secreto resentimiento; pues á su modo de ver, á él era á quien correspondía tratarle como amigo, confiándole espontáneamente sus secretos si los tenía.

En su consecuencia, experimentaba una doble inquietud; en primer lugar, por el proceder sospechoso de Marcos, y en segundo, por los sentimientos que en él había despertado Ivelina, estado complejo que le desorientaba y en el que á la fatiga del espíritu agregábase el sopor del ensueño: su amor le alucinaba á la manera del *hatchis* de los orientales. Por otra parte, el haber interrumpido su sistema de vida higiénico y metódico alteraba la normalidad de su estado físico, y por más que tratase de reconocerse no veía en sí el mismo hombre. Después de la repentina embriaguez de los primeros días, sentía esa indolencia que se produce después de un día de fiesta; no estaba seguro de que su amor no fuese un ensueño; el contacto entre él y la realidad se había interrumpido hasta cierto punto; sentíase presa de extraña vaguedad, é ignoraba si debía parecerle dulce ó penosa aquella lánguida inquietud, semejante á la que se produce cuando se está amagado de una enfermedad.

He aquí por qué, desde por la mañana paseaba de un lado á otro con el espíritu intranquilo, pensando en Marcos, ausente siempre; en Lilia, reservada y muda; en los Fabvier, casi invisibles, que con seguro tacto preservábanse de tribulaciones inminentes y que por prudencia y amor al reposo manteníanse aislados, cerrando ojos y oídos.

Hubiera querido ver de nuevo á Ivelina á solas, lo cual no le había sido posible hacía algunos días. Tal vez á pesar de su delicadeza hubiera tratado de hablarle, de averiguar por lo menos muy discretamente cómo acogería la idea de ser amada y si consentiría en que él pidiese su mano. Parecíale ahora que hubiera debido comenzar por aquí aun á trueque de romper con las conveniencias sociales; pero su situación particular y su mayor edad ¿no excusaban por ventura aquel paso, que él daría con la mayor reserva y prudencia á fin de alarmar lo menos posible á la joven?

Después de almorzar había visto á Ivelina dirigirse sola al jardín, hacia los grandes rosales, donde por primera vez se le apareció radiante de belleza, y regocijábase de que el inseparable Ivón no fuese con ella. Con ligeros pasos y la mirada recelosa del hombre que no quiere ser visto, introdújose por una pequeña avenida á fin de salir de frente al encuentro de la joven y cruzarse con ella como por casualidad.

Su corazón latía como el de un enamorado de veinte años; presentía algo decisivo y sentía la necesidad de poner de una vez término á aquella situación ambigua. Trataba de distinguir entre los grupos de árboles el vestido claro, que no podía ver sin per-

turbarse; y por temor de que se oyeran sus pasos sobre la grava, anduvo por el césped.

Iba ya á llegar á una pequeña cabaña de jardinero, cuando oyó el rumor de dos voces; y en el instante, temoroso de ser sorprendido, y por un rápido é inexplicable movimiento, como si cometiese alguna mala acción, refugióse detrás de aquella cabaña, que era de tablas, con ventanillos ocultos bajo el espeso follaje de unas matas de capuchinas. Desde allí, sin ser visto, divisó á Ivelina é Ivón que se adelantaban; su despecho fué muy vivo al verlos juntos, pero aún fué más ansiosa su curiosidad, pues Ivón tenía el rostro muy animado y la aparente emoción de Ivelina no era menos significativa. Acercábanse poco á poco, y se detuvieron precisamente delante de la cabaña, junto á un banco de piedra.

– Te digo que *le* gustas, repetía Ivón; lo sé, lo adivino, y no puedo tolerarlo

– Pero ¿por qué quieres que le guste?, preguntó Ivelina ruborizándose.

– ¿Cómo por qué?, replicó Ivón. Pues sencillamente porque eres joven y hermosa, y porque no es posible que nadie te vea sin amarte.

– Pero ¿qué pretendes significar con eso?, repuso la joven. El Sr. de Francœur es bueno y obsequioso para todo el mundo.

– Lo es particularmente para ti, y esto me hace sufrir.

Ivelina se volvió hacia el joven.

– ¿Y por qué has de sufrir? A mí me es indiferente.

Esta palabra, pronunciada con cruel ingenuidad, fué una puñalada para el Sr. de Francœur, que se mordió los labios hasta hacerse sangre. No veía el rostro de Ivelina, y el hecho de que estuviese vuelta de espaldas le angustió tanto como las palabras que había oído. Ivón seguía hablando.

– Supón, dijo, que trate de casarse contigo...

– ¿El Sr. de Francœur?... ¡Qué locura!, balbució la joven.

– ¡Oh! Sí, una gran locura; pero supón que así sea. ¿Consentirías tú en ello?

– ¿Y me preguntas esto?, repuso Ivelina con voz débil y confusa.

– ¿Consentirías?, repitió Ivón con dureza.

La joven hizo una señal negativa repetidas veces.

El Sr. de Francœur se sentía ahogarse, pero menos por causa del amor propio resentido que por el afecto desdeñado. No experimentó el menor sentimiento de rencor contra Ivelina; pero en aquel instante odió á Ivón con toda su alma.

Los dos jóvenes proseguían su diálogo: el adolescente, medio arrodillado en el banco delante de Ivelina, que estaba de pie, habíale cogido las manos, y con los ojos ardientes y encendido el rostro, le decía:

– ¡Qué quieres! No puedo soportar la idea de que otros te amen ni te miren siquiera, pues nadie te adorará como yo. ¿No somos novios desde la infancia? ¿No me prometiste ser mi esposa?

La joven procuraba desasirse de las manos de Ivón.

– No me hables así, dijo; haces mal en decir esto.

– ¿Por qué? Te repito que te amo, y no he podido decírtelo hasta ahora porque nunca hemos estado solos y siempre nos espía ese hombrón.

¡Ese hombrón! Al oir esto el Sr. de Francœur, su rostro tomó el color de la púrpura al comprender que la acusación era merecida. ¿No los estaba por ventura espiando?

Ivón continuó:

– ¡Dime que no me aborreces!

– ¡Qué loco eres, Ivón! ¡Vámonos ya!

– Dímelo, Ivelina, te lo suplico.

– ¡Pues bien: sí, te amo!

Y en seguida añadió como augustiada:

– ¡Estate quieto; déjame, Ivón, déjame.

La joven, sonrojada, esforzábase para desviar el rostro de los labios que buscaban sus mejillas, y un momento después huyó jadeante lejos de los grandes rosales; mientras Ivón la perseguía, murmurando en voz baja y suplicante detrás de su encantadora figura:

– ¡Ivelina, Ivelina!

XVIII

El Sr. de Francœur no salió desde luego de su escondite, pues parecíale que su semblante revelaría sus impresiones. La adivinación celosa del adolescente le confundía; él creía que nadie conocía su amor, y un niño le descubría. ¡Ivelina no le amaba! ¡Para ella era un ser indiferente!, según sus propias palabras. ¡No quería casarse con él! Por mucho que esto resintiera su orgullo viril, martirizábale más aún ver sus esperanzas defraudadas. Estaba consternado.

Al salir de la cabaña anduvo de prisa, apresurándose á huir del jardín, de los rosales floridos, cuyo aroma irónico parecía exhalarse para otros más bien que para él. Salió al campo, iluminado por el sol; parecíale que se ahogaba, y llevaba la cabeza descubierta; toda la sangre le refluía al cerebro, y sufría como si le comprimieran las sienes.

«¡Loco, loco!,» pensaba con amargura. ¿Cómo pudo engañarse hasta el punto de creer que agradaría á su edad, que una niña radiante de hermosura consentiría en darle la mano de esposa á su primera demanda? ¿Cómo no había comprendido que la juventud busca y quiere siempre la juventud? ¿Tenía él por ventura aquellos ojos de Ivón, aquellos labios, aquella tez fresca y aquella soltura que revelaban los encantos y las agilidades á la vez de animal y de niño? ¿Qué era él sino un hombrón, como lo había dicho cruelmente el joven Kerjuzan, ó cuando más un hombrón bien conservado? ¿Qué importaba la juventud de su corazón? ¿No era acaso viejo de ingenio? ¿Sabía reir y bromear como los jóvenes? ¡Ah! ¡Cómo echó de menos entonces la juventud perdida! Porque bien lo reconocía: Ivón no simbolizaba otra cosa que la juventud. Tal vez no era á él á quien en realidad amaba Ivelina; en lo imprevisto de los acontecimientos, en lo incierto de la vida, quizás no se uniera con aquel novio de la infancia, sino con un hombre joven y fuerte, y no tampoco de edad madura ni cargado con el peso de cincuenta años, como él.

En aquel momento, el Sr. de Francœur sufría horriblemente; su pasión se desprendió de los crueles lazos del amor propio, olvidó su vanidad herida, y ya no pensó más que en el desvanecimiento de su ensueño.

«¡Pero yo la amo, se repetía; sí, la amo!»

Y renunciar al objeto de su cariño sin lucha le pareció cobarde.

«¿Por qué no combatir?, se decía. Sin duda ella no puede amarme así, por instinto; yo soy quien debe tratar de agradarle; tengo lengua, pues debo hablar. Cierto que nos separa una gran diferencia de edad, pero matrimonios más desproporcionados se han visto. ¡En fin, no soy viejo todavía!»

Y toda su fuerza física se sublevaba en él con un sentimiento de orgullo. Andaba en medio de los campos, con los ojos deslumbrados por la luz, sin sentir el sol ardiente que abrasaba su cabeza descubierta, exaltado por una embriaguez de dolor.

«¡No, pensaba, yo no puedo renunciar á ella! ¿Qué me importa ese chiquillo? ¿Qué es ese Ivón para Ivelina, sin posición y demasiado joven para casarse hasta dentro de algunos años? No es posible que ella le ame profundamente, porque su corazón perturbado no sabe todavía lo que propiamente siente. ¡Ah! Si yo supiese cómo conmoverla! ¡Si ella pudiese leer en mi interior, adivinar cuánta ternura constante y viril pondría á sus pies! Yo colmaría todos sus deseos. ¡Con qué placer la embellecería y engalanaría! Las diversiones son necesarias para su juventud, y no le faltaría ninguna. ¡Su cara sería la más hermosa de la ciudad, é Ivelina sería admirada como una reina!

»No soy más que un pobre hombre, decíase el Sr. de Francœur con una modestia conmovedora; pero lo poco que soy, lo poco que valgo, mi nombre, mi posición, todo esto serviría para realzar su belleza. ¿No tendría ella cierto orgullo en mandar y ser en todo la primera? ¿No sería para ella un placer gastar con sus pequeñas manos en limosnas, en objetos de lujo y en trajes la fortuna que yo no empleo?»

Y en su delicadeza, el coronel olvidaba voluntariamente que las señoras de Kerjuzan disfrutaban de una fortuna menos que regular, y que por lo tanto ofrecería á Ivelina un buen «casamiento.» No pensaba que este argumento pudiera conmoverla, y reservábale para sí como una promesa de generosidades.

De pronto se detuvo, interrumpiendo sus reflexiones: el Aulnette corría á sus pies, cerca del pabellón de los Fabvier, al que había llegado en su desordenada carrera por casualidad; y allí el recuerdo del fresco y casto baño le oprimió el corazón, produciéndole una augustia dulce y cruel á la vez. Volvió á ver á Ivelina medio desnuda con su traje azul, con sus brazos y piernas de alabastro, con su acompasado paso; y después, en el agua, su belleza virginal, sus ligeros estremecimientos. Parecíale verla aún entre las ondas del río.

Entonces, como si su cabeza y sus ojos le abrasasen, enrojecido el rostro, bañado por el sudor de la fiebre, llegó hasta la orilla, inclinóse sobre el agua, introdujo las manos hasta la muñeca y bañóse la frente. Aquel agua pura y helada le recordaba la virgen; bebió en el hueco de la mano, y aquella frescura le hizo sentir la dulce impresión de un beso. ¡Pero aquel calor de la frente que no se calmaba! El coronel se inundó entonces el rostro y la cabeza, como un caballo que se sacude, y cuanto más fría era el agua, más le abrasaba, como si en la insolación que acababa de atacar su cerebro fueran llamas líquidas lo que vertía sobre su cabeza.

El coronel se detuvo; estaba como deslumbrado; parecíale que los objetos vacilaban ante sus ojos; todo lo vió rojizo, y se le figuró que su corazón daba vueltas como la rueda de un molino...

XIX

Apenas entró en el castillo, Ivelina é Ivón, que acechaban su regreso, miráronle con sorpresa al notar que tenía los ojos inyectados de sangre y el rostro encendido. El coronel fijó á la vez en ellos una mirada turbada; había vuelto maquinalmente, sin idea ninguna, sin sufrimiento, aquejado tan sólo por aquel espantoso calor en las sienes y ese martilleo característico de la neuralgia. Por eso comprendió mal lo que Ivón le decía y lo que Ivelina le confirmó: Lilia estaba indispuesta, retirada en su habitación, y esperábale para hablar con él.

– Pues voy allá, contestó con voz torpe y confusa.

Un momento después llamó á la puerta de Lilia, que le abrió al punto. Las cortinas estaban corridas, el lecho descompuesto, como si se hubiera echado, y en la habitación reinaba esa obscuridad que se busca y se produce para ocultar en ella un malestar ó una pena. Lilia, muy pálida, tenía las facciones contraídas, y hallábase tan absorta, que no observó lo que en el coronel había de insólito.

– ¿Sabes dónde está Marcos?, preguntó con cierta expresión algo extraviada y acento penetrante.

– ¡Yo no!

– Pues ahora está con *ella*, y no la deja. ¡Lo sé todo... mira!

Así diciendo, enseñóle una esquela abierta y arrugada, que el coronel al pronto no tomó.

– ¿En casa de quién?, balbució.

– ¡En casa de esa horrible mujer!

– ¡Oh!, exclamó el coronel con asombro.

– ¡Lee, lee!

El Sr. de Francœur tomó el papel azul, estriado de patas de mosca, que no pudo leer, pareciéndole que las letras bailaban ante sus ojos.

– Le da una cita, dijo Lilia. ¿No es bastante claro? ¿No me engañaba bastante bien? ¡Sus besos!..., añadió con expresión de disgusto... ¡Ah, qué cobarde!

El Sr. de Francœur hizo un esfuerzo supremo para coordinar sus ideas: Marcos, la baronesa.

– ¿Pero cómo sabes?..., comenzó á preguntar.

– ¿Y ese billete? Le encontré en su cartera hace poco, rebuscando en su taller, porque desconfiaba. ¡Ah! ¡Todo ha concluído! ¡No quiero verle más! ¡Qué se vaya con ella en buen hora y que no vuelva! ¡Desgraciado!

– ¡Voy á buscarle!, dijo resueltamente el coronel.

A pesar de la perturbación de su cerebro, comprendía que Lilia, en su dolor, decía precisamente lo contrario de lo que pensaba, y que era necesario á toda costa que Marcos volviese en seguida. Cuanto más se prolongase su presencia en casa de la baronesa, mayor sería el agravio que infería á su esposa.

– ¡Eso es: vé, vé!, dijo con desesperado acento y estrujando con temblorosos dedos el pañuelo, que se llevó convulsivamente á la boca.

– Permíteme que llame á tu madre, pues no es conveniente que permanezcas aquí sola.

– ¿Mamá? ¡Oh! ¡Dios mío, pobre mamá, es inútil!... Pero sí, llámala.

El coronel se irguió militarmente, saliendo presuroso. En el salón encontró á la señora de Fabvier, y rogóle que pasara á la habitación de su hija.

Entonces el Sr. de Fabvier, á quien no había visto, levantóse de un gran sofá; y los dos ancianos le observaron, recelosos y alarmados por su singular expresión. Después, miráronse uno á otro silenciosamente, y hubiérase dicho que vacilaban, adivinando lo que sucedía.

Al fin el Sr. de Fabvier se decidió, y dijo á su esposa, dejando escapar un suspiro:

– Vé, amiga mía, vé á su cuarto.

XX

El Sr. de Francœur se dirigió á Jozeu sin detenerse, con paso rápido y rígido, como el de un sonámbulo.

– ¿Está mi hermano?, preguntó imperiosamente al anciano ayuda de cámara.

– La señora baronesa y el señor vizconde están en el jardín. Si el señor conde quiere tomarse la molestia de seguirme...

– Es inútil; no quiero importunar á la señora de Brettes. Diga usted á mi hermano que le espero.

Un momento después presentóse Marcos, con la cabeza descubierta y su paleta en la mano; estaba concluyendo en una glorieta el retrato de la señora de Brettes.

–¿Qué hay?, preguntó.

–¡Tu mujer lo sabe todo, ven!

–¿Qué es lo que sabe?

Y Marcos tomó el aspecto hostil de un culpable.

–¡Ven!, repitió el coronel con dureza.

–¡Soy libre!, repuso Marcos.

El Sr. de Francœur, atendido el estado de excitación en que se hallaba, no era muy responsable de sus actos, y la paciencia comenzaba á faltarle.

–¡Vamos pronto!, repitió.

Y las manos le hormigueaban en su deseo de cogerle por el cuello y arrastrarle brutalmente. Marcos, pálido, comprendió al ver que la sangre coloreaba el rostro de su hermano, é inclinándose al punto, contestó:

–¡Está bien, te acompañaré!

Y alejóse rápidamente. La señora de Brettes, inquieta por el recado recibido, acudía al encuentro de Marcos, el cual le dirigió algunas palabras confusas, y desapareció detrás de la glorieta, donde dejó con movimiento febril sus pinceles y su caballete. Después, tomando su sombrero, que estaba sobre una silla, reunióse con su hermano en el mismo momento en que la baronesa se acercaba á él.

–¿Qué hay?, preguntó la dama con expresión de falsa seguridad.

–La señora de Francœur está indispuesta, y reclama á su esposo, contestó el coronel.

–¡Ah!... exclamó la señora de Brettes, cambiando de color bajo la franca mirada que el coronel la dirigía con expresión de desprecio.

–¡Váyase usted en seguida!, balbució, volviéndose hacia Marcos.

Y permaneció inmóvil, viendo cómo los dos se alejaban rápidamente, sin pronunciar palabra.

Marcos rebosaba de cólera.

–Pero en fin, dijo con sequedad, cuando hubieron recorrido una distancia de unos cien metros, ¿qué pasa?

–Una carta de la baronesa, que tu mujer ha encontrado...

–¡Ah! ¡Conque me espía!

–¡Diantre, bien sabes engañarla!

–¿Es ella quién te envía?

–No, Marcos, he venido por mi propia voluntad, y á nadie has de culpar más que á mí. Tu esposa es muy digna de compasión.

Marcos bajó la cabeza.

–¡Vamos, murmuró con voz sorda, no se puede ser feliz!

El Sr. de Francœur no contestó; aquella palabra egoísta abría de nuevo su propia herida. ¡Ay, no, no se podía ser feliz!

Ya no hablaron más. La verja del jardín se abrió ante ellos; Marcos tenía una expresión maligna, y al mismo tiempo parecía estar aturdido. Cuando llegaron al pie de la escalinata oyeron que una niña lloraba.

–Es Juana, dijo el coronel.

–No, esa es la voz de Pepita, repuso el padre.

–Se habrá caído, dijo el tío.

Entonces, durante aquel momento que se detuvieron para escuchar los ayes de la niña, la tormenta se calmó súbitamente en sus corazones; ya no sintieron tanta hostilidad el uno contra el otro; un sentimiento de padecimiento común los suavizó; y el coronel, pensando en la madre ante todo, dijo á Marcos de improviso:

–¡Vamos, vé á buscar á tu mujer, y sé bueno para ella!

XXI

Cuando el Sr. de Francœur se hubo asegurado de que el llanto de Pepita no era por causa grave, volvió á su habitación, desabotonóse febrilmente el cuello y se arrancó la corbata que le ahogaba.

La fuerza que hasta entonces le había permitido conservar su rigidez faltóle de repente; parecióle ver llamas ante sus ojos, y aquejábale un fuerte dolor de cabeza, como si le introdujeran clavos en el cráneo. Figurósele que Ivón le descargaba martillazos y que Ivelina le daba los clavos sonriendo; iba vestida de color de rosa y exhalaba tal perfume de esta flor, que su aroma producía un desfallecimiento al aspirarle. Al Sr. de Francœur le faltó el aire, y pensó que Marcos, para vengarse de haberle hecho volver á su casa, había cerrado todas las ventanas á fin de que se ahogara. ¡Con la mirada fija y sin expresión parecía un loco!...

El coronel se levantó, alargó los brazos hacia la ventana, y quiso abrirla; pero la congestión cerebral pudo más que su voluntad, y le hizo caer pesadamente en un sillón, como un gigante vencido.

–Te digo que *le* gustas, repetía Ivón (pág. 284)

LIBRO III

I

... Estaba echado en su lecho. La luz de la lámpara, que apenas disipaba la obscuridad de la habitación, iluminaba su rostro enrojecido é hinchado. Marcos tenía en la mano aquella lámpara, y á su lado hallábase el médico, Mr. Corbes, á quien se había llamado á toda prisa y que se encogía de hombros.

Los ojos del Sr. de Francœur estaban desmesuradamente abiertos; su mirar era vago, y murmuraba con agitación:

«Ivelina, no, es preciso que no...»

Siguióse un silencio, y después añadió:

«Está mal hecho; yo los escuchaba.»

–¡El delirio!, dijo en voz baja el médico.

Y volviendo á coger bajo las sábanas la mano del coronel, le tomó el puso.

–En estos temperamentos robustos, añadió, la fiebre es siempre muy intensa.

Y el médico, hombre pequeño, de aspecto bonachón, miraba con una especie de tímida admiración al enfermo, cuyo cuerpo parecía enorme debajo de las sábanas. Después tomando su sombrero, dirigióse á la puerta é hizo una seña á Marcos para que le siguiese al corredor. Cuando el marido de Lilia volvió á entrar, su rostro tenía cierta expresión de inquietud: era de temer una erisipela. No sabiendo nada de la insolación que había atacado al coronel cuando con la cabeza desnuda recorrió el campo, cometiendo después la locura de inundarse con agua helada á orillas del Aulnette, no podía explicarse aquel súbito acceso de fiebre.

Tres horas antes, al comenzarse la comida, que debía parecer más triste por la ausencia de Lilia, había enviado á Miguel á la habitación de su hermano, y al oir la noticia alarmante que le comunicó el ayuda de cámara, subió presurosa y encontró á su hermano respirando con dificultad en su sillón.

¡Si Lilia hubiera estado allí para prestar auxilio! Pero encerrada en su dolor, después de una escena borrascosa en que mediaron crueles explicaciones, y seriamente indispuesta, habíase acostado, aquejada de una crisis nerviosa. Entre aquellos dos paroxismos, Marcos, atemorizado y arrepintiéndose de su proceder, no sabía qué hacerse. El estado de su esposa le afligía sobre todo, y acosábanle remordimientos; pero el de su hermano le alarmaba más, á causa de lo violento y repentino y por lo inexplicable que era.

«¡Ivelina, las rosas!...» seguía repitiendo el Sr. de Francœur con voz sorda.

Y Marcos, sentado á la cabecera del lecho, en la sombra, preguntábase:

«¿Por qué no sueña más que en Ivelina?»

El enfermo se agitó en aquel momento.

«¡Vamos, ven!,» decía.

Marcos comprendió que soñaba en la breve y dramática escena ocurrida en casa de la baronesa.

«¡Pobre Lilia!,» añadió el enfermo.

Marcos experimentó un verdadero malestar, cierta confusión, al ver cómo se reproducía en un cerebro incoherente el recuerdo del mal que había hecho á Lilia.

Y dejó escapar un suspiro, al que siguió un silencio agitado, interrumpido tan sólo por el roce de las sábanas, el rechinar del lecho, el movimiento de la ropa blanca, silencio doloroso de una pesadilla que palpita.

II

El Sr. de Francœur iba de mal en peor. Una tumultuosa legión de imágenes se le llevaba con la rapidez del relámpago. En aquella carrera vertiginosa experimentaba una sensación de angustia, como si se ahogase; respiraba con dificultad y sentíase morir á cada instante. La alucinación, tomando entonces la forma de su padecimiento, transportóle á un período de veinte años atrás, á un pasado que las llamas del incendio iluminaban: fuegos del vivac, molinos ardiendo... ¡la guerra! Era Sedán, el calvario de Illy, su regimiento, el primero de cazadores de Africa, á punto de cargar. Subteniente en aquel entonces, veíase empuñando el sable; su tío d' Arbrissel, jefe de escuadrón, hombre de expresión resuelta, con su largo mostacho, sus admirables ojos azules, su rostro cruzado de cicatrices, estaba montado en su gran caballo negro, y hacíale seña para que se acercara y le decía:

«Voy á confiarte alguna cosa. ¡Guárdame eso; ya me lo darás si vuelvo!»

Y le puso en las manos su reloj y su cartera.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

BUQUE BALLENA PARA PASAJEROS

Puede decirse que casi no pasa año sin que se anuncie el propósito de los americanos de disputar á los europeos el monopolio del servicio marítimo, transporte de viajeros y mercancías, entre el viejo y el nuevo mundo; lanzada á los vientos de la publicidad esta noticia, se echa á volar en seguida la especie de que se va á construir una flota de vapores que en punto á velocidad y comodidades de toda clase dejarán tamañitos á los mejores barcos europeos, y para completar el cuadro, los periódicos publican grabados que representan esos futuros prodigios marítimos.



Buque-ballena para pasajeros

Hasta ahora, sin embargo, no se ha pasado de los grabados, y por lo tanto no hay que fiar demasiado en que algún día puedan surcar los mares las embarcaciones como la que reproducimos tomándola del *Scientific American* y á la que sólo á título de curiosidad vamos á dedicar algunas líneas.

Esta embarcación nos recuerda los vapores en forma de ballena que para el transporte de granos se han construído recientemente en los Estados Unidos, y uno de los cuales ha hecho, hace poco, sin contratiempo un viaje á Liverpool. Pero entre una y otros hay la diferencia del tamaño y del colosal aditamento en donde están las cámaras para los pasajeros de primera y de segunda clase. Esta parte del buque está situada á tanta altura sobre el cuerpo de la embarcación que se halla fuera del alcance de las olas, y descansa sobre cinco pilares centrales de 3'60 metros de diámetro y sobre otros 21 pilares más delgados puestos al borde y á lo largo del cuerpo del barco; estos pilares están unidos entre sí y reforzados por barras transversales. Las dimensiones de este vapor son 151 metros de eslora en la línea de flotación y 21'60 de manga; su desplazamiento es de 14.000 toneladas, y el centro de gravedad está á 2'78 metros debajo de la línea de flotación. La velocidad que *se trata* de comunicarle es de 24 nudos por hora, para la cual se necesitarán tres máquinas de triple expansión con una fuerza total de 19.500 caballos. El buque *llevará*, pues, tres hélices.

Haremos gracia á nuestros lectores de la descripción de los departamentos destinados á pasajeros de primera y segunda clase, y sólo diremos que la comunicación entre ellos y la parte inferior del buque se *establecerá* por medio de ascensores eléctricos, y que los infelices pasajeros de tercera clase *tendrán* su cámara en el cuerpo del buque herméticamente cerrado. No es de creer que haya muchos dispuestos á permanecer cinco ó seis días en tan obscura cárcel.

¿Será una realidad este proyecto? Mucho puede esperarse de los norte americanos; pero es muy posible que antes de llevarlo á la práctica se descubran algunos inconvenientes insuperables, entre ellos el de la acción del viento de costado sobre el elevado cuerpo destinado á pasajeros, que sin duda no han calculado bien los iniciadores del pensamiento.

* * *

TRANSMISIÓN TELEGRÁFICA DE FOTOGRAFIAS

La transmisión telegráfica de las imágenes es un problema cuya solución se persigue inútilmente hace muchos años. Todos los proyectos fantásticos que brotan de cuando en cuando en el cerebro de los *inventores* de oficio y que motivan la noticia periodística de «Por fin se ha resuelto el problema...» han contribuído muy poco á tal solución.

La verdad es que esta cuestión de la transmisión telegráfica de las imágenes no es de las que más pueden interesar, pues aunque tal invento se realizara su aplicación sería bastante limitada. Esto no obstante, merecen alguna atención los esfuerzos que en tal sentido se hagan. Los dibujos lineales y la escritura han sido con éxito y por varios procedimientos transmitidos telegráficamente y la invención del pantelégrafo Casseli es relativamente antigua; otra cosa muy distinta acontece con las imágenes propiamente dichas, cuya transmisión no se ha podido lograr hasta ahora por más que algunos *clarividentes* han inventado para ello centenares de procedimientos cuya infalibilidad la práctica se ha encargado de desmentir.

Un progreso en este sentido significa el procedimiento nuevo y bastante sencillo de N. S. Amstutz, de Cleveland: la teoría del mismo es fácilmente inteligible, aunque llevada á vías de hecho puede presentar algunas dificultades.

Sirve de punto de partida un negativo fotográfico que se transporta á una placa de gelatina cromada. Sabido es que esta gelatina cromada á la luz es insoluble en agua caliente, de suerte que después de una prolongada exposición á la luz se forma en la placa gelatinosa una imagen invisible cuyas partes obscuras están formadas por capas más ó menos gruesas de gelatina insoluble. Si entonces se adhiere la hoja de gelatina, por la parte impresionada, sobre una plancha cualquiera y se la rocía con agua caliente, ésta disuelve la parte soluble de la gelatina y deja sólo un *foto relieve* cuyas prominencias representan las sombras de la imagen. El relieve así obtenido se adhiere á un cilindro algo parecido al receptor de un fonógrafo, en cuyo eje hay un pequeño tornillo que al atornillarse en una tuerca hace que un pequeño punzón, que ligeramente roza la superficie del cilindro, se mueva trazando sobre ésta finísimas líneas espirales. Merced á este movimiento el punzón se levanta y se baja, paralelamente con los radios del cilindro, según las prominencias y los huecos del relieve, con lo cual se modifica la resistencia en un círculo de corriente en proporción á las oscilaciones del punzón.

La corriente se dirige á la estación receptora, en donde hay una instalación análoga: en ésta el cilindro está cubierto de una capa de cera, en la que un buril traza surcos más ó menos profundos según la momentánea intensidad de la corriente. Los dos cilindros, el de la estación transmisora y el de la receptora, se mueven al mismo tiempo y con igual rapidez.

De este modo aparece en la capa de cera del cilindro receptor un relieve parecido al del cilindro transmisor. Desprendida y aplanada la capa de cera, se vacía en yeso, y la matriz así obtenida se moldea en metal de caracteres de imprenta, lográndose de este modo un relieve por medio de surcos que son más anchos y profundos en los puntos claros que en las sombras. Pasando luego este molde á la estereotipia se consigue un clisé de imprenta. Todas estas manipulaciones pueden hacerse en media hora, cuando se trata de clisés pequeños.

Lo que por este procedimiento ha conseguido el autor no es gran cosa, según puede verse por los grabados que reproducimos, pero basta de todos modos para demostrar la posibilidad de la transmisión telegráfica de un fotograma: que por este medio pueden obtenerse mejores resultados es indudable, especialmente si en vez de la manera algo tosca de trazar el relieve en surcos se apela á otro sistema mejor.





Transmision telegráfica de fotografías

1. Reproducción del retrato del inventor. – 2 y 3. Reproducción de una fotografía que representa una bailarina

De los tres grabados que reproducimos, el primero es el retrato (?) del inventor.

(Del *Prometheus*)

OBRAS ILUSTRADAS POR GUSTAVO DORÉ

ESPLÉNDIDAS EDICIONES EN TAMAÑO GRAN FOLIO AL PRECIO VERDADERAMENTE FABULOSO DE **MEDIO REAL** LA ENTREGA

LA SAGRADA BIBLIA traducida de la Vulgata latina al español por **D. Félix Torres Amat**, dignidad de sacrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, obispo de Astorga, etc., etc., y corregida por el Rdo. padre **D. Ramón Boldú**

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

LA DIVINA COMEDIA, POR DANTE ALIGHIERI EL PARAISO PERDIDO, POR JOHN MILTON

La traducción y anotación de tan importantes obras se debe al reputado académico **D. Cayetano Rosell**, conteniendo además un prólogo biográfico-crítico escrito por **D. Juan Eugenio Hartzenbusch**

HISTORIA DE LAS CRUZADAS, por **M. Michaud** — FABULAS DE LAFONTAINE, traducidas por **D. Teodoro Llorente**

Agotada la edición de las expresadas obras, hemos emprendido una nueva tirada de las mismas, bajo las siguientes condiciones de suscripción:

Ante todo hemos de hacer presente á nuestros favorecedores que la nueva edición de las obras que anunciamos es tan completa como lo fué la precedente de cada una, así en texto como en ilustraciones.

Cada entrega se compondrá de cuatro páginas gran folio, tipos nuevos y elegantes, papel glaseado y esmeradísima impresión; ó bien lo constituirá una gran lámina alegórica al texto, impresa en papel doble marquilla con la perfección y limpieza propias de nuestros talleres, verificándose los repartos de las entregas sin interrupción

Las páginas del texto bíblico serán ilustradas con las celebradas viñetas de *Giacomelli*, por cuyo motivo su tamaño será un centímetro más alto que el de las restantes obras de la colección.

El precio de cada entrega será de **MEDIO REAL**.

Se suscribe en casa de nuestros corresponsales, ó bien dirigiéndose á esta administración, establecida en la calle de Aragón, 309 y 311 (Ensanche).

Toda reclamación, sea de la índole que fuere, por parte de los señores suscriptores y corresponsales, deberá hacerse directamente á esta casa editorial, que tiene su domicilio en Barcelona.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

CUENTOS DEL VIVAC. BOCETOS MILITARES, *por D. Federico Urrecha*. Dibujos de *Angel Pons*.—Como su título lo indica, esta obra es una colección de narraciones de la vida militar en tiempo de campaña: las hay de todos los géneros, desde la regocijada, en que se ve retratado fielmente el buen humor que no abandona á nuestro sufrido soldado, aun en las ocasiones en que peligra su vida, hasta la patética, que reproduce los actos de valor heroico tan frecuentes entre nuestras valientes tropas. Todas están trazadas de mano maestra, y no podía ser otra cosa estando copiadas del natural por escritor tan reputado como D. Federico Urrecha, cuyas crónicas se leen con tanto gusto en las columnas de *Los lunes de El Imparcial*, y que como cronista presenció buena parte de la última campaña carlista del Norte. Las ilustraciones, profusamente distribuídas en el libro, son nueva prueba de lo que vale Angel Pons, para quien no hay especialidades, puesto que con la misma habilidad traza las graciosas caricaturas de sus *Historias*, como las sentidas viñetas de *Hojas de tinta* y de *Dos historias vulgares*.—Elegantemente editado por D. Manuel Fernández y Lasanta, de Madrid, véndese el libro en las principales librerías á 3'50 pesetas.

***

DIE PYRENAEN. TRILOGIE, *por D. Juan Fastenrath*.—La hermosa obra del insigne vate D. Víctor Balaguer, no ha mucho publicada con el título de *Los Pirineos*, acaba de ser traducida al alemán por el eminente literato, nuestro distinguido colaborador, don Juan Fastenrath. Imposible es hacer un trabajo más acabado que esta traducción, como modestamente la llama su autor: las bellezas del original no pierden un ápice de su valor poético vertidas por el Sr. Fastenrath al idioma de Schiller, Goethe y Heine, más dulce y más sabroso de lo que creen los que lo critican sin haberse tomado la pena de estudiarlo siquiera superficialmente, habiendo el traductor seguido en la versión alemana los mismos metros en que está escrita la obra en catalán. La obra del Sr. Fastenrath no es la obra de un traductor, sino la de un verdadero poeta que, al par que vierte á otro idioma, siente lo que otro gran poeta ha escrito y se identifica con su inspiración y con sus sentimientos. Con este trabajo se hace una vez más acreedor á nuestra gratitud el que tantos derechos á ella tiene adquiridos por sus nobles y afortunados esfuerzos para dar á conocer en Alemania las más preciadas joyas de la literatura española contemporánea.



DOMINGO MORELLI, célebre pintor italiano

***

BREVES APUNTES PARA EL ESTUDIO DEL ARTE DRAMÁTICO, *por D. Juan Risso*.—El inteligente director y profesor de la clase de declamación del Conservatorio barcelonés de S. M. la Reina D.ª Isabel II ha publicado con el título indicado un interesante folleto, en el cual, en lenguaje claro y excelente criterio, se exponen las principales nociones del arte dramático. Es una obra de gran utilidad para cuantos al teatro se dediquen y que leerán con gusto aun los simplemente aficionados. Véndese al precio de una peseta en la conserjería del Conservatorio.

***

LA EVANGELINA, *por Alfonso Daudet*.—Un libro en que, como en *Evangelina*, se estudian los vicios y las grandezas de la sociedad judía, que amenaza hacerse dueña del mundo por sus riquezas y especulaciones asombrosas, ha de ser forzosamente un libro interesante. ¿Qué será cuando lo escribe el incomparable autor de *Tartarin*, de *Numa Rumestán* y de tantas otras obras maestras? La traducción española, que forma parte de la «Colección de libros escogidos,» se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61. París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Diputación, 358, Barcelona

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 9 de mayo de 1892 — Núm. 541



D. DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA, estatua en mármol de D. Venancio Vallmitjana

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Hace pocos años fueron Corot y Millet, hace pocos días Pelouse, al presente Rafet, los artistas á quienes la crítica parisiense, dispensó y dispensa los honores póstumos, reservados á las grandes celebridades. La prensa se deshizo en elogios cuando los paisajes de Corot se expusieron; elevó la nota encomiástica al exhibirse la obra del retirado de Barbizón - la Thebaida del Arte, como llaman enfáticamente nuestros vecinos á este lugar cuajado de hoteles, - siguió redoblando los aplausos á Pelouse, y en estos momentos empuña la legendaria trompeta para dar sendos puntos de atención á fin de que no pase inadvertido el nombre de Rafet.

Verdad y mentira en todo esto. Corot como Pelouse no necesitaban seguramente que sus compatriotas rebasaran los límites del elogio, entrándose por los trigos del reclamo. Ambos paisajistas tendrán un lugar evidenciado en la historia del arte moderno. Fueron personalísimos, pintaron obedeciendo únicamente á sus inclinaciones, á su sentimiento, á su amor por la Naturaleza. Si tuvieron antecesores en los cuales brilló esplendorosa la sinceridad, ellos también pintaron sinceramente, y Pelouse alcanza al idealismo místico pintando el paisaje. Algunos de sus cuadros, más que por la traza, más que por el motivo, valen por el sentimiento de delicada sensibilidad con que está visto y observado el conjunto armónico del paisaje; siéntese frente á su lienzo *Valle de Cernay* la impresión que causaría la contemplación del valle mismo en la hora precisa por el pintor escogida para realizar su obra y visto á través de un temperamento y de una organización estética sublimes.

Son, pues, Corot y Polouse dos artistas en los cuales la personalidad se manifiesta vigorosamente y llena de un originalismo innegable. No así Millet, pese á todos cuantos miran en el contristado autor de *El angelus* y de *Mujer haciendo manteca* uno de los iniciadores de la pintura de costumbres rurales. El valor de la obra de Millet está en relación directa de la escasa influencia ejercida por ella en el desarrollo de la pintura moderna. Cuando Robert-Fleury y demás artistas franceses é ingleses pintaban tipos y escenas de la vida en los campos, el entusiasmo despertado por la nueva escuela, mejor dicho, por el nuevo género, dió lugar á que los tenedores de cuadros de Millet iniciasen una campaña puramente comercial, de la cual fué principalísimo agente el célebre Wolf. Este crítico, cuyo talento innegable le ponía siempre á disposición de cuanto pudiera tener visos de éxito, conocedor de París y del carácter parisiense, hubo de empeñarse en la tarea de llamar la atención de los *amateurs* y del mundo artístico sobre la obra del solitario y obscuro artista, recabando para él lo que Planche, Gauthier ni Baudelaire habían pensado en recabar, esto es, el título de iniciador de la escuela *ruraliste*.

En trabajo próximo á ver la luz pública pruebo cómo es pura fantasía, reclamo tal afirmación del muerto Wolf. En un extremo estuvo en lo cierto el colaborador de *Le Figaro*, adjudicando á Millet, si no de un modo claro y terminante, por lo menos de soslayo, el calificativo de místico. He aquí por lo que brilla, aun cuando pálidamente, la obra del citado pintor. Las amarguras pasadas cuando empeñado en la pintura histórica y bíblica, en cuya pintura fracasó siempre; después la forzosa retirada á Barbizón, adonde fué á esconder su pobreza; el recuerdo de los triunfos de Constable y otros, alcanzados en ruda batalla, y por último, el íntimo trato con la Naturaleza, determinaron en Millet el exquisitismo de sentimiento que resplandece en todos sus cuadros. Tan dulcemente melancólica es la característica de su obra, que parece de mano femenina. Algodonoso el dibujo, seco de color, tan sólo por la condición apun tada más arriba pudo el crítico alemán salir airoso de la empresa que se había propuesto, de elevar á la categoría de genio á quien no fuera más que un bucólico sentimental.

Y sabemos todos cómo lograron su objeto los marchantes de los cuadros de Millet, tan admirablemente secundados por Wolf. *El angelus* fué vendido en la enorme suma de dos millones de francos: cifra no alcanzada por Breton, ni por Lepage, artistas mucho más personales y más completos que el compañero del socialista Courbet. Hoy se hizo la reacción. En recientes ventas verificadas en Nueva York y París, la pintura de Millet descendió hasta ponerse al nivel de los precios fijados á las obras de las medianías.

Al presente, con el mismo procedimiento del reclamo, se pretende elevar á genio al difunto Rafet, y por lo tanto á geniales sus lienzos, que ascienden á más de doscientos cincuenta.

Dice un crítico inglés (quien desde las columnas de *The Times* puso de oro y azul á varios grandes artistas españoles recientemente laureados en Alemania) que la producción artística, si ha de ajustarse á las exigencias de la cultura moderna y responder á las necesidades del espíritu, más que hermoso entretenimiento y satisfacción del que pinta, esculpe ó escribe, es martirio, batalla ruda y sin tregua, sostenida á costa del sistema nervioso; indicando así la imposibilidad de producir número grande de obras que merezcan ser tenidas en cuenta. De las cuatro quintas partes de las de Rafet puede afirmarse lo que con tan clara y precisa frase dice el aludido crítico. Rafet pintó mucho, y su pintura se resiente de un modo grande de dos defectos capitalísimos: de *manera* y de falta de observación y sentimiento del natural. Admírante sus paisanos por la facilidad del toque, por el manejo del pincel. No pueden admirarle por otra cosa. No todos los elegidos llegan, y el artista del cual me ocupo en estas líneas no llegó. ¿Por qué? Sus mismos admiradores nos dan la clave: por razones financieras.

Al llegar á este punto, viéneseme á los de la pluma el deseo de hacer una afirmación. Hoy, ningún genio, si alcanza la plenitud del desarrollo de sus facultades, se muere de hambre. Pudo suceder esto, como nos lo demuestra la historia, en otros tiempos. Hoy, repito, Alma-Tadema, Knaus, Meissonier, Fortuny, Zola, Sardou, Daudet, Jorge Elliot, Galdós y veinte más prueban lo contrario. Y no se me arguya con que tal ó cual pintor, escultor, poeta, novelista, hombre de ciencia, apenas si tiene lo suficiente para su sustento. En mi viaje por América supe como á ilustre personalidad, española precisamente, una sola velada en un teatro de Méjico le había valido *mil onzas* en oro. Nuestro Fernández y González, de feliz memoria, ganó durante algunos años capital suficiente para que le produjese una renta del doble de la cesantía de un ministro. Todos sabemos cómo murieron él y su esposa. Por lo tanto, el registro sentimental á que recurre la prensa parisiense con el objeto de elevar una estatua (nada menos) á su Rafet, es recurso gastado del todo ya. ¿Valió Rafet? Contesten por mí los artistas. Apuesto doble contra sencillo á que la cuarta parte de los españoles no oyeron jamás el nombre de aquel pintor; en cambio se saben de memoria los de muchas medianías que en Francia, Italia, Inglaterra y Alemania cultivan el arte.

Es verdad que el tiempo, muy mal agradador de Segismundos, se encargará de poner en su verdadero lugar á todos estos grandes hombres, que el mercantilismo hoy trata de ensalzar con gran perjuicio de las ideas y seriedad artísticas. Puede argüírseme que es momentánea la preponderancia ó influencia de esas personalidades de tal modo sacadas á la pública admiración; pero no por eso dejan de ser deplorables los efectos causados en una parte no pequeña del gusto. En España atestiguan bastantes pintores, imitando á Millet y Courbet, cuán fácilmente se ofuscan las inteligencias con el resplandor de las bengalas que iluminan, siquiera dure aquél lo que la luz del relámpago, esas figuras.

***

A verdades y mentiras, revueltas unas con otras, dichas y sostenidas en nuestros centros artísticos, dió lugar la celebérrima cuestión del frontón para la nueva Biblioteca (1). Nunca se debatió con tanto calor, en esta tierra clásica de la indiferencia, ningún problema de arte. Pláceme consignarlo, pues de las discusiones sostenidas, bien en el seno de la Academia de Bellas Artes, ya en el Círculo de Bellas Artes, ya en cafés, teatros y estudios, ya desde las columnas de los principales periódicos de la corte, hemos deducido algunas consecuencias dignas de tenerse muy en cuenta para el conocimiento de ideas y personas, consideradas estas últimas como guardadoras del alto sentido artístico-nacional.

Se discutió (y todavía se discute) un punto esencial: la definición de la palabra *modernismo*, que además de ser exótica no dice nada; palabra esgrimida como argumento por la Academia de San Fernando para combatir aquella parte de la crítica que defendía el proyecto del escultor Querol. Pero lo más estupendo del caso es, que cuantos atacaban las doctrinales ranciedades académicas lo hacían (y hacen) en nombre del *modernismo*.

Cierto que algunos de los contendientes aceptaron la palabreja gala momentáneamente, mientras la otra Academia, la de la Lengua, no se tome el trabajo (Valbuena me lo perdone) de buscarnos una castiza que signifique ó indique algo concreto; pero mientras los inmortales de la calle de Valverde no nos saquen del atolladero, lo de *modernismo*...

¡Cuántas herejías se estampan por causa del vocablo en cuestión! Quien achaca al *modernismo* todas las aberraciones y exaltaciones del arte naturalista; quien le tilda de anárquico y demoledor de las doctrinas de Fidias y Alcamenes; quien mira en la palabrilla una bomba socialista ó anarquista, arrojada al campo de las doctrinas que rumian pacientemente inteligencias pasmadas; quien cree adivinar tras de las diez letras todo un tratado de novísima estética; quien, subiéndose al trípode, como la Sibila de Cumas, dice al orbe entero (sin descontar ni un solo cafre) que *modernismo* es sinónimo de estupidez, ó cuando más, algo que significa oposición al arte que inspiró á Virgilio la *Eneida*.

Yo tengo para mí cómo ninguno de cuantos se ocuparon de definir lo que *modernismo* pueda significar está en lo cierto. Creo que con la tal voz se pretende una síntesis de cuanto en el campo de las ideas estéticas, de los estudios históricos y de la filosofía, en aquella parte que atañe al arte, ha podido rectificar la inteligencia humana en estos últimos años, ciñéndose á la observación de hechos y de evoluciones. Pretender, pues, darle un significado de demagogia ó de iniciación de teorías estupendas y novadoras, fuera de ciertos inconmovibles principios, es tanto como probar un absoluto desconocimiento de lo que el arte es, fué y será.

Cierto que algunos infelices, poseídos del demonio de la vanidad, se creen tan aptos para ponerle las peras á cuarto á la Academia de la Historia, como para tratar de crítica artística, y lanzan con toda la prosopopeya de que son capaces los rayos de su importante y autorizada cólera sobre míseros que, como yo, así se ríen de sus disquisiciones artísticas, como de sus anatemas respecto de la manía celta.

Y aquí concluye este artículo, el celta

R. BALSA DE LA VEGA

1.° de Mayo de 1892.

(1) Véase el grabado publicado en la pág. 281 del número anterior.

LA GRAN GUERRA DE 1892

UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

INTRIGA DE LOS FRANCESES EN EGIPTO

LEVANTAMIENTO DE LOS MAHADISTAS

(De nuestro corresponsal particular)

Cairo, 13 *mayo*

La situación anómala de las complicadas colonias europeas en Egipto, producida desde que se han roto las hostilidades, no tiene tal vez paralelo en la historia, y el carácter irregular de nuestras comunicaciones con Europa no tiende, por otra parte, á disminuir la tirantez de la situación en este país. Desde que se cortaron los cables, lo cual se hizo, según creo, algún tiempo antes de que Francia declarase la guerra á Inglaterra, no hemos podido adquirir más noticias que los informes precipitados é incompletos que llegaban á manos de Sir Evelin Baring por conducto de los comandantes de los buques de la escuadra que debían tocar en Alejandría algunas veces. Durante doce días no se recibió correo de Inglaterra, y los diarios italianos aquí llegados no daban apenas noticia más reciente que la del próximo envío de un cuerpo de ejército italiano á Bocche di Cattaro. He pasado algún tiempo en mis viajes entre el Cairo, Alejandría y Puerto Saíd, con la esperanza de recoger noticias, pero sin conseguir obtenerlas. Por espacio de tres semanas no hemos tenido tráfico con Europa, y aunque el golfo de Suez se halla atestado de buques de diversas nacionalidades, sus capitanes que no están por arriesgarse ahora en el Mediterráneo, saben menos aún que nosotros sobre lo que se hace allende el canal. Aunque no tenemos noticias del exterior, nuestras propias perturbaciones nos dan bastante que hacer. La población europea del Cairo se compone principalmente de alemanes, italianos, griegos, ingleses y franceses, agregándose á las filas de estos últimos los coptos, armenios, levantinos y otros partidarios de su causa, por lo cual su número excede al de todas las demás nacionalidades, debiendo notarse que, con muy pocas excepciones, esos agregados no son representantes muy apreciables de la nación francesa. Conservar la paz y el orden entre esos pueblos tan excitables, cuyos compatriotas se están acuchillando ahora mutuamente en su país, no es fácil tarea, y á pesar de las precauciones adoptadas, á veces no basta la diplomacia para conservar la tranquilidad, por más que preste su apoyo la gendarmería del general Baker Bajá. Al circular el primer rumor de guerra, Sir Evelin Baring y sus colegas, apreciando justamente los peligros de la situación, formaron con algunos ciudadanos principales un Comité internacional de Paz, conviniendo en adoptar varias disposiciones para conservar la tranquilidad. La primera de ellas (y los siguientes acontecimientos demostraron su necesidad) consistió en prohibir generalmente, así á los árabes como á los europeos, el uso de armas de toda especie (incluso bastones ó paraguas) en las calles del Cairo ó de Alejandría. En 1882, durante el tiempo que transcurrió desde el levantamiento de los árabes (11 junio) hasta el bombardeo (11 julio), una prohibición análoga fué muy útil en Alejandría; mas ahora, á pesar de haberse puesto en vigor rigurosamente, han ocurrido ya varios conflictos sangrientos entre franceses é italianos. Me es forzoso decir que el nuevo cónsul general francés no ha prestado su auxilio al Comité de Paz, y que más bien ha tratado de inutilizar sus medidas, frustrando sus planes. Un diario francés muy bien escrito, *La Dernière Nouvelle*, que se publica desde el principio de la guerra, y el cual da diariamente maravillosos informes sobre las derrotas sufridas por alemanes, ingleses é italianos, se confecciona entre las cuatro paredes de la legación francesa, pues fuera de esta última no hay aquí franceses capaces de hacer un diario tan bien escrito ni que tanto deba á la imaginación de sus editores, sobre todo respecto á las noticias. La verdad es que si nosotros sabemos poco sobre los asuntos de Europa, los demás se hallan en el mismo caso. No obstante, la arrogancia y agresiva actitud de la colonia francesa y del cónsul general, los artículos de *La Dernière Nouvelle*, los alardes de una turba de franceses turbulentos, que por la noche cantan delante del hotel Shepheard y de la Legación Británica «Mambrú se va del Cairo y ya no volverá,» con otras versiones de antiguas coplas, adaptadas á la situación del momento, y el hecho de haberse roto algunas cabezas de ingleses é italianos en obscuras calles y ruidosas tabernas, son todos incidentes de poca importancia y muy triviales en comparación con los rumores de serios conflictos, que nos llegan de la frontera meridional. Las noticias que se reciben de las avanzadas del Nilo son graves.

El califa Abdullah Faishi y el emir Osmán Khalid Zogal, que manda en Dongola, han mantenido largo tiempo comunicación con el Cairo; y á decir verdad, desde que Francia nos declaró la guerra, ó más bien, desde hace años, se ha sabido en círculos bien informados que los principales hombres de la colonia francesa han estado en continua correspondencia, aunque no regular, gracias á la vigilancia del general Greefell, con los oficiales del califa. Así, pues, no hay duda que éste ha tenido conocimiento de la retirada de las tropas inglesas de Egipto y de su reemplazo por los regimientos indios. Probablemente le han asegurado también que, gracias al conflicto general en Europa, Egipto no puede esperar en ningún caso más refuerzos de Inglaterra, y por otra parte tiene muy pobre idea respecto al valor de los indios como soldados. Sabe que las únicas operaciones en que estas tropas tomaron parte fueron las de Suakim (batallas de Mac Neil Zareba y de Hasheen); y Osmán Digma dijo al Mahdi en los partes que le escribió en 1885 que aquellos encuentros habían sido otras tantas victorias para los ansares. En su consecuencia el califa considera, no sin razón, que el momento es oportuno para hacer una incursión en



La gran guerra de 1892 – Ataque de los sudaneses á una partida de exploradores

Egipto con numerosas fuerzas, y con este objeto hace preparativos en gran escala. El coronel Wodehouse, que está en Wady Halfa, anuncia la existencia en Gimnis de un nuevo campamento mahdista, formado el mes último, y que ahora cuenta con seis mil ó siete mil tokuls, y por la parte del Oeste se organiza otro más pequeño en Dal. Los árabes practican reconocimientos hasta Sarras y el fuerte de Khor Moussa, contra el cual hacen fuego por la noche. Saheh Bey, jefe de la tribu de Ababdeh, cuyo deber es vigilar el desierto oriental entre Korosco y las cisternas de Murat, ha enviado á decir que la semana última, habiendo recibido noticia de que se hacían preparativos para emprender un movimiento en Abu Hammid, ocupó Murat con una partida de doscientos cincuenta hombres. Fué atacado en la noche del 19 de mayo por una fuerza de caballería y hombres montados en camellos, y después de un reñido combate, en el que perdió cincuenta y siete hombres, hubo de abandonar la posición al enemigo, retirándose á Bab-el Korosko. Dice que las cisternas de Murat no darán agua para quinientos hombres más de tres días, y que por lo tanto teme que el enemigo avance sobre Ongat y Haimur. Una escasa partida de kababishes, resto de aquella poderosa tribu que, si bien estuvo algún tiempo con el enemigo, se conserva todavía leal, ha llegado á Halfa desde Dongola, donde, según dicen, se hacen grandes preparativos para avanzar. Reducidos destacamentos de jehadiches y numerosos cuerpos de ansares llegan á Dongola desde Ondurman, y se reunen muchas provisiones, asegurándose que tres barcas cargadas de víveres naufragaron el mes pasado cerca de las rocas de Barkhal. Algunos pusieron en duda la noticia, pero es cierta, é indica la temprana crecida del Nilo, pues en la presente estación, por regla general, toda la extensión de 140 millas de río, que media desde Abú Hammid á Barkhal, se reduce á un verdadero laberinto de pasos pedregosos, infranqueables hasta para los más pequeños botes. La citada tribu viajó por la orilla del Oeste, y dijo que el camino desde Dongola á Dal se parecía á los que conducen á una feria. El Sirdar marcha esta noche y me permite acompañarle. El coronel Kitchener manifiesta entera confianza de que sus tropas son suficientes para batir cuantas fuerzas pueda oponerle el enemigo; pero algunos abrigan cierta inquietud, particularmente por el hecho de que las tropas que se hallan en Halfa y Korosco han sufrido mucho por efecto de la influenza. A causa de esto se ha convenido en que el regimiento 17.° de infantería de Bengala y el 29.° de beloeches se pongan á las órdenes del citado jefe, cooperando fuerzas egipcias si necesario fuese. Hace cuatro días que estas tropas marcharon á Assiout por el camino de hierro, y ya han salido de este último punto, habiéndose encargado Mr. Cook de su transporte en falúas de fondo plano, impulsadas por máquinas de vapor de cuatro caballos de fuerza. Probablemente enviaré mi próxima carta desde Wady Halfa.

REÑIDA BATALLA CERCA DE WADY HALFA

DETALLES DE LA LUCHA

Wady Halfa, 10 junio

El regimiento 17.° de Bengala llegó aquí anoche en cuatro falúas de vapor; no ha ocurrido accidente alguno durante su viaje de seis días, y acaba de acampar en la orilla Oeste de Halfa. Los beloeches, uno de cuyos barcos embarrancó cerca de Derr, sufriendo por esta causa un retraso, no llegarán probablemente hasta mañana. No sabemos con certeza cuál será el plan de ataque de los árabes. El estado del río entre Sarras y Semneh ha impedido hacer uso de la pinaza armada para practicar reconocimientos, y alguna fuerza egipcia montada en camellos ha avanzado por la orilla Oeste hasta muy pocas millas de Dal; su jefe no ha podido averiguar gran cosa sobre los movimientos del enemigo. Parece probable, sin embargo, que el emir atacará por la orilla del Oeste; pero no hay suficiente indicación respecto al punto por donde trata de efectuarlo, que sin duda debe hallarse entre Sarras y Korosko.

El jeque Mustafá Gibrau, que ocupa con ciento cincuenta hombres el oasis de Selima en el desierto occidental, á unas sesenta millas de Dal por el interior, participa que, exceptuando una partida de cincuenta hombres, ó poco menos, llegados á Selima á principios de la semana última, al parecer en busca de sal, no ha sido molestado por nadie. En la orilla oriental se hizo una tentativa, tres días hace, para practicar un reconocimiento en el Batn el-Hagar, que flanquea el río entre Sarras y las cisternas de Ambigol, formando una barrera casi infranqueable para las tropas; pero la empresa fracasó por completo. Fortuna fué que no quedase aniquilada toda la partida, pues detrás de las rocas se ocultaba una multitud de árabes, que se lanzaron al ataque por todos lados. Felizmente, dejáronse ver demasiado pronto, y el capitan Beech pudo retirarse en buen orden, aunque con pérdida de cuatro hombres. Esperamos averiguar dentro de pocos días cuál es el plan de los emires.

Wady Halfa, 15 junio (á las 6 de la mañana)

Ayer se libró un combate decisivo cerca de este punto; la lucha se prolongó por espacio de cinco horas, siendo á veces desesperada y dudoso el resultado; pero al fin se volvió á rechazar hasta el desierto la invasión. Los árabes intentaban una sorpresa; pero su plan se frustró por uno de esos simples incidentes que á veces dan al traste con los mejor combinados cálculos de los jefes.

Sin hacer mención de Asuán y Korosko, nuestras fuerzas en Wady Halfa y los alrededores, incluso la ambulancia, asistentes, etc., ascendía á unos 6.500 hombres entre oficiales y soldados, sin contar las tripulaciones de las cañoneras ni el regimiento indio, que aún estaba en marcha por el Nilo.

Anteayer á primera hora, el capitán Beech, seguido de alguna fuerza montada en camellos, avanzó por la orilla del Oeste hasta hallarse á 200 varas de Dal, sin encontrar al enemigo. Según manifestó después, los defensores de este punto le habían abandonado, sin duda para trasladarse á la orilla oriental, y solamente le ocupaban algunos miles de mujeres y unos pocos hombres, que huyeron presurosos al acercarse nuestras fuerzas. En la misma tarde, el coronel que mandaba en Korosco envió un telegrama anunciando que el enemigo había atacado á las fuerzas irregulares situadas en Bab-el-Koros, en cuyo auxilio iba ya el quinto batallón de infantería egipcia.

Con esta noticia coincidió la aparición de considerables fuerzas árabes en las colinas situadas al Este de Halfa. Un reducido destacamento de caballería, al mando del teniente Abd-el-Azrak, practicaba un reconocimiento al pie de las colinas, cuando de pronto divisó en la altura dos hombres montados en camellos, y al mismo tiempo resonó un tiro. Esto podía ser un accidente, pero se consideró como una señal, pues acto continuo vióse salir de entre las rocas, por todas partes, una considerable multitud de árabes que profiriendo desaforados gritos rompieron un vivo fuego contra los egipcios, mientras que unos ciento de sus compañeros corrían por un tortuoso sendero en dirección á la llanura. El teniente Abd-el-Azrak, á quien mataron el caballo á la primera descarga, hiriendo á su asistente, retrocedió para volver á Halfa, sin que se le persiguiera. En este punto se sospechaba ya lo que había pasado por haberse oído el rumor de las descargas.

El Sirdar adoptó acto continuo medidas para rechazar el inminente ataque, comunicándose la noticia por teléfono á Deberra. El séptimo batallón de caballería egipcia marchó á Dabrosa para reforzar la escasa fuerza que había allí; se avisó á Sarras para que se tuviesen prontas dos máquinas de vapor, disponiéndose que el batallón 11.° sudanés se preparase para marchar en caso necesario. Al mismo tiempo se envió una máquina piloto, con medio escuadrón de caballería para examinar la línea. El enemigo no estaba al parecer dispuesto ya, y aunque hubiera tenido entonces una considerable ventaja sobre nosotros, retardó el ataque.

Durante toda la noche oímos tocar los *noggaras* (tambores de guerra) en el vivac árabe, y el aire era tan sereno, y tan pura la atmósfera, que hasta nosotros llegaba el rumor de las voces de los fikis, entonando sus oraciones.

Al rayar la aurora, el Sirdar practicó un reconocimiento con caballería, y halló la base de la primera serie de colinas, frente á Halfa, ocupada por el enemigo en la extensión de más de una milla, pero formado con irregularidad; detrás en las alturas, ondeaban las *rayas* (banderas), cuyo número calculamos en cerca de ciento, aunque, según vimos después, no había más que ochenta jinetes. Esto indicaba que teníamos entre nosotros una fuerza de cerca de 10.000 jehadiches (tropa regular) y probablemente unos 5.000 ansares.

Según nos dijo un desertor, una de aquellas *rayas* era la bandera verde de Ali-Wad-el-Helu, y otra que estaba próxima, la del emir de los emires, el mismo Abd-el-Maula-el-Taashi. En una altura inmediata á esta bandera, el enemigo había montado un cañón de cobre.

Bien despejada la orilla del Oeste, donde en el espacio de algunas millas no se veía señal de ninguna fuerza árabe, el regimiento de Bengala cruzó el río al amanecer en un bote de los indígenas, y media hora después llegó de Sarras el 11.° de sudaneses. Con estas fuerzas á su disposición, cuyo número sería de 4.000 hombres, el Sirdar resolvió provocar el ataque del enemigo.

Las colinas se hallan situadas á unas cuatro millas al Este de Halfa, y en cierta extensión se prolongan en línea paralela con la orilla del río; pero en el espacio de dos, desde las pendientes, el terreno es irregular, muy quebrado, y está todo él lleno de hoyos profundos y hondonadas, siendo por lo tanto muy favorable para la táctica favorita del enemigo, pero de todo punto impropio para las operaciones de las tropas. Desde la posición que acababa de tomar delante del terreno quebrado, el Sirdar dispuso que avanzasen dos cañones de la batería montada, que rompieron el fuego contra el enemigo á las seis y media de la mañana, y esto produjo el efecto deseado. Los árabes, después de haber tratado de replegarse con su cañón, cuyos disparos, á causa de la torpeza de los que le manejaban, eran inofensivos, formáronse en dos columnas, precedidas de una fila de guerrilleros, y avanzaron rápidamente. Entonces se retiraron nuestros cañones unos mil metros, y la fuerza montada, después de hacer dos descargas á cuatrocientas varas de los árabes, retiróse lentamente hacia la artillería. Esta maniobra se repitió dos veces con muy buen éxito; el bien dirigido fuego de los cañones ocasionaba destrozos en el enemigo, mientras que el de fusilería irritó á los árabes hasta el punto de hacerles perder la prudencia. Sus tiradores, apostados en las primeras pendientes de las colinas y esparcidos en el terreno quebrado, nos hicieron menos daño que al enemigo mismo; pero sus jefes no se fijaron al parecer en esta circunstancia.

Cuando la artillería montada hubo llegado á un punto que se halla á unos dos mil metros del fuerte en Halfa, el Sirdar mandó salir la primera brigada de infantería, compuesta del regimiento indio y del 12.° de sudaneses, juntamente con dos baterías de tres cañones cada una.

Después se mandó á la fuerza montada hacer un rodeo á fin de impedir que una parte del enemigo eludiese la batalla, avanzando sobre Deberra; mientras que la segunda brigada, compuesta del 11.° de sudaneses y del 7.° de infantería egipcia, recibió orden de adelantarse desde Dabrosa con objeto de impedir todo movimiento hacia el río en aquella dirección. Los cañones del fuerte Halfa prestaron buen servicio para apoyar á la primera brigada; pero desgraciadamente, la altura de las orillas del río inutilizaba las cañoneras hasta que el enemigo alcanzase la corriente.

Los árabes se batían por el agua: el largo rodeo que dieron por Batn-el-Hagar les sometió sin duda á una dura prueba, pues aunque seguramente habrían encontrado algunos manantiales en las colinas, no debieron ser suficientes para tan considerable fuerza. Cuando vieron la disposición de las tropas del Sirdar, no vacilaron un momento: una fuerza de 6.000 hombres, poco más ó menos, entre los cuales se contaban unos 2.000 tiradores, yendo los demás armados de lanzas ó espadas, precipitáronse contra la primera brigada, que al punto se formó en cuadro, con los cañones á unas doscientas varas á la izquierda de su retaguardia. Los árabes hicieron tres tentativas para romper el cuadro, pero no tenían ninguna protección en la llanura descubierta, y aunque en la segunda carga consiguieron atravesar un momento la línea en fuerza del número, medio batallón del 9.° de sudaneses, que estaba de reserva, pudo llenar el boquete, rechazando vigorosamente al enemigo. Este primer descalabro les aconsejó la prudencia; pero sin darse por vencidos, retiráronse inmediatamente á terreno bastante quebrado, desde donde hicieron durante algún tiempo un fuego incesante contra nuestras filas, á pesar de los esfuerzos que se ejecutaban para desalojarlos. Fué preciso cazar materialmente á los árabes desde un punto á otro, y temo que por esta causa sufriesen muchas pérdidas nuestras tropas, porque todas las ventajas eran del enemigo. Al fin, al cabo de tres horas de lucha desesperada, los árabes fueron á tomar posición detrás de la primera línea de colinas, y la brigada hizo contra ellos un fuego continuo; mientras que la artillería ametralló su posición con mucho efecto, según se vió después. Entretanto, un segundo cuerpo de árabes en dos columnas había avanzado hasta la orilla del río por el Norte de Dabrosa, alcanzando un punto que en el espacio de dos millas está lleno de palmeras y plantíos. Mientras que una parte de esta fuerza se dirigía al ataque contra la segunda brigada, que había avanzado rápidamente para salir al encuentro, la otra columna ganó una plantación, amparada en la cual hizo un nutrido fuego contra la segunda brigada y el pueblo de Dabrosa. Sin embargo, esta ventaja fué fugaz, pues la cañonera *Abu Klea* pudo apuntar su cañón convenientemente é hizo estragos en el ene-



SALÓN PARÍS. - 1. LA DIVINA PASTORA, cuadro de D. Alejandro de Riquer. - 2. DESCANSO, cuadro de D. José M. Tamburini. - 3. EL ORDENANZA, cuadro de D. Román Ribera
4. PESCADERA, cuadro de D. Rafael Senet

migo. Por otra parte el coronel Wodehouse, jefe de la segunda brigada, destacó un regimiento para que dirigiera su fuego contra la plantación de Sud á Norte, lo cual bastó para que los miles de árabes que allí estaban huyesen apresuradamente á través de la llanura. La caballería se encargó de ahuyentarlos.

Era la una de la tarde y aún no podía decirse que habíamos ganado la jornada. Toda la llanura estaba sembrada de árabes muertos y heridos. Cuando las fuerzas del Sirdar ocuparon la primera línea de colinas, cogiéronse treinta estandartes de otros tantos emires que sin duda habrían perecido. Por la tarde llegaron desertores árabes para entregarse, y por ellos se supo que las fuerzas enemigas iban mandadas por el mismo Abd-el-Maula, y por el emir Ali-Wac el-Helu, el emir Kalid Zogal (comandante de Dongala), y Wad Zubehr Bahama, hijo de Zubehr, que había escapado por la frontera el año anterior. Aún se ven esparcidos por la llanura muchos pertrechos de guerra y nada menos que veintinueve *noggaras*.

(Continuará)

SECCIÓN AMERICANA

BARRO, PLATA Y UNA FIESTA SERRANA

RECUERDOS DEL PERÚ

¿Quién no ha oído mentar alguna vez el famoso Cerro de Pasco, que como el Cerro de Potosí y los lavaderos de California ha tenido su época de esplendor?

A diferencia de California y de Potosí, que exprimieron el uno sus argentíferas entrañas y la otra su aurífero seno, el Cerro de Pasco sigue siendo la ubre repleta de rico jugo, ordeñado con tino, sin ansias desmedidas y sin que sus explotadores ambicionen otra cosa que el huevo diario puesto por la gallina fabulosa.

El Cerro de Pasco es un poblachón asentado á una altura de cinco mil metros sobre el nivel del mar, en donde la falta de adelantos materiales se suple con la cultura de una sociedad hospitalaria y bondadosa.

Es allí el clima crudo en demasía y ni por casualidad se ve una hierbecita en los campos, eternamente cubiertos de verdes terrones que alfombran las llanuras, terrones que los indios denominan *champa* y que les sirven después de arrancados y secos, ya para combustibles, ya para formar con ellos las miserables chozas que les albergan.

La población cerreña es heterogénea, predominando después del indio el elemento europeo, que acude siempre adonde el metal le llama con halagadoras promesas.

No todos sin embargo hacen fortuna.

Los medios empleados en el Pasco para la extracción de la plata son complejos y rudimentarios, pero los únicos que, según los inteligentes, pueden dar resultados satisfactorios.

Por esta causa queda reducida la importancia de Pasco á relativamente pequeña escala minera, si se tiene en cuenta la cantidad de barras de plata que se podían exportar variando ó perfeccionando el sistema hoy empleado y llevando á cabo los ferrocarriles transandinos, proyectados antes que el Perú quedase exhausto por la funesta contienda con su vecina la república chilena.

El sistema de fundición no ha dado resultados positivos á los mineros del Cerro de Pasco, pues siendo los minerales de mejor ley aquellos que más parecen tierra mezclada con piedrecillas que desprendimientos de una roca piritífera, se ha hecho imposible hasta el día otro sistema de *beneficio* que no sea el de la amalgamación.

Los hombres que vacían el estómago inmenso de las minas son todos indios; seres infelices que pasan la mayor parte de su existencia metidos en las profundidades de la tierra, sin salir á la superficie más que para percibir el jornal que gastan en compañía de la mujer amada, embriagándose con sus ardientes caricias y con el alcohol, que abrasa las paredes de sus estómagos.

El indio minero es el más ilota de cuantos hombres de su raza viven y se desarrollan en el suelo de los Incas.

En lucha constante con la obscuridad de los antros mortíferos en donde trabaja, pasa la existencia amarrado al yugo de su tiránico destino y condenado á proporcionar á los demás hombres el codiciado metal, eje de las pasiones y rueda catalina de la civilización y del progreso.

Las minas están bajo las casas de la población, y ya se ha dado el caso de venir al suelo un edificio por haber llegado á socavar sus cimientos los moradores de aquellas cavernas cuyas bocas infunden pavura al que por vez primera las contempla.

Las haciendas en donde el mineral se trabaja están situadas á dos ó más leguas de las minas, pues siendo el agua la fuerza motriz y entrando este líquido como materia indispensable para la extracción de la plata, precisa la abundancia de él como precisan los depósitos de líquido pluvial, consistentes en grandes lagunas que se llenan durante los seis meses de nieves y lluvias torrenciales para abastecer el trabajo en los otros seis meses de hielos y de fríos secos.

El minero acarrea el mineral con espuertas hasta la boca-mina: los llamados *chanquires* lo chanquean como nuestros peones camineros trituran los morrillos para hacer el guijo con que rellenan los baches de las carreteras, y después las grandes recuas de llamas (vehículos irreemplazables en las sierras de Bolivia y Perú) lo transportan en pequeños sacos á las haciendas de donde ha de salir la plata pura.

Vamos á dar una idea sucinta del modo empleado en el Cerro de Pasco para convertir la tierra y los pedruscos en codiciado metal de la mejor ley.

De cuantos experimentos se han hecho allí para beneficiar el mineral, ninguno ha dado resultado sino el tan añejo de la amalgamación, como antes he dicho: veamos, pues, cómo se practica ésta y por qué medios tan primitivos se llega á obtener lo que en mayor grado y con más facilidad se obtiene en otras regiones argentíferas.

Las haciendas pertenecientes á mineros acaudalados suelen tener «verticales» ó turbinas, que mueven á la vez unas cuantas piedras moledoras; pero los que no cuentan con recursos materiales para implantar maquinarias, se conforman con algunos *ingenios*, que así llaman al conjunto de muela, rodezno y cárcavo (*cárcamo* allá, por corruptela seguramente).

La rueda de granito, de bastante más espesor que las usadas en los molinos harineros, pero igual á éstas en un todo, está verticalmente sujeta al rodezno y á su alrededor gira, recorriendo el cárcavo con movimiento regular y acompasado, obediente á las leyes hidráulicas, empleadas como fuerza motriz.

De alimentar el cárcavo con mineral para que la muela no gire en balde se encarga un muchachuelo indio llamado el *chuchi*, y al lado de cada *ingenio* se ve tendida á la larga aquella pequeña máquina humana, complemento indispensable del rodezno y de la muela.

El agua baja al cárcavo por un arroyuelo artificial, y por otro más estrecho corre el mineral, convertido ya en líquido amarillo después de la trituración de la rueda.

Este segundo arroyo conduce las *aguas sucias* á un circo, cuyo suelo acondicionado para recibirla retiénelas entretanto no se reune la suficiente cantidad para comenzar las faenas de extracción.

Consisten las tales faenas en echar en el circo gran cantidad de sal ordinaria y negruzca, sal que producen en abundancia las inagotables salinas de San Blas, situadas entre la falda de la cordillera andina y la histórica laguna de Junin.

¡Bendita tierra que de todo tiene y todo lo produce con exceso!

Desde el momento que el *barro* está en disposición de ser mezclado con la sal, comienzan su trabajo los *repasires*, caballitos diminutos y vivísimos que por espacio de tres ó cuatro horas diarias *repasan* el circo durante algunos días en salvaje tropel y fustigados por el látigo de un indio que á guisa de director ecuestre maneja la fusta, subido en un *pouf* berroqueño levantado en medio del redondel.

Una vez que la sal hubo sazonado el *barro* vacían en el circo unos cuantos frascos de azogue de Almadén, que hasta allí va el rico producto de las minas que nuestro Gobierno explota, y de nuevo los *repasires* comienzan su tarea amalgamadora hasta que el mayordomo de la hacienda, jefe de trabajos y *beneficios*, da por suficientemente amalgamados los ingredientes.

Comienza seguidamente la limpieza del circo por medio de una suave corriente de agua que arrastra el barro por otro cauce más ancho que los anteriores, y este cauce, embaldosado y revestido en su mayor parte con pieles de carnero vueltas del revés, forma de trecho en trecho pequeños poros en donde la *pella* (plata y azogue) se posa, mientras las aguas turbias siguen su curso hasta perderse en un cercano riachuelo.

La pella se recoge con gran cuidado y los indios la conducen á una especie de tolva semejante á los antiguos coladores de café: fíltrase el mercurio por los poros de la manga y la plata queda en la tolva, de donde al sacarla se la modela de manera caseiforme, metiéndola después en el horno para que el fuego evapore los residuos mercuriales.

Al siguiente día salen del horno los quesos de plata pura, que pasan luego á la fundición para convertirse en las barras que todos conocemos siquiera sea de nombre y de las cuales desearía algunas docenas para mis lectores.

***

Celebrábase una gran fiesta para bautizar la «vertical» de la hacienda «Paria,» propiedad de mis bondadosos huéspedes los ricos mineros D. Andrés Lloveras y D. Miguel Gallo.

Había sido yo nombrada madrina del nuevo vástago industrial, en compañía de un distinguidísimo caballero de la población, el doctor D. Andrés Trujillo. Más de trescientas invitaciones hicieron circular los espléndidos anfitriones, y á las once de la mañana del día 22 de diciembre de 1880 salía la primera cabalgata, compuesta de veintitantas personas de ambos sexos, animadísimas y rebosando contento.

Dos leguas dista «Paria» de la población, dos leguas que aquel día nos parecieron cortísimas y que jamás habían sido recorridas con mayor alegría ni alboroto.

Llegamos de los primeros, y hasta las dos de la tarde aguardamos á los rezagados, que en distintos y animados grupos iban acudiendo y dando á la gran llanura verdosa que rodea la hacienda el aspecto más pintoresco que criatura alguna puede figurarse sin haberlo presenciado.

Señoras y señoritas con su elegante traje de montar, amazonas en briosos corceles y cubriendo sus cabezas con anchos y finísimos *guayaquiles* (jipijapas); caballeros arrogantemente ataviados con el traje de campo, compuesto de alta bota, *poncho* de vicuña y sombrero alón; caballos arrogantes, monturas valiosas, adornadas de plata las de hombre y bordadas con plata y oro sobre terciopelo de vivísimos colores las de señora; vida, luz, armonía, expansión, felicidad sin límites, entusiasmo acrecentado por los gritos de mil indios que participaban del contento general... todo, todo representa en el mundo de los recuerdos una vida entera, condensada en horas por mi mal harto fugaces.

Hacerse cargo, recoger frases, contestar galanterías sublimadas por la gracia y la finura de aquellos países, contener la imaginación ni estarse quietos... imposible: más allá de aquel hormiguero seductor no había nada, nada: allí estaba el cielo y allí se acababa la tierra.

La cerveza arroyaba ya y no había dado principio el *loonche* ni la ceremonia.

Comenzó ésta á las dos de la tarde, revistiéndose un sacerdote catalán, el reverendo padre Castañé; y el esbelto edificio bajo cuyo techo crujió funcionando la «vertical,» recibió las sacramentales palabras del bautismo con el primer nombre de pila de su madrina: la «vertical» *Agar* quedó bendecida á golpe de hisopazo, que no los escaseó por cierto el reverendo Castañé.

Los vítores, el entusiasmo y las felicitaciones fueron momentáneamente suspendidas para dar principio al abundantísimo *loonche*. Pavos, jamones, cochinillos, corderos asados, pollos, conservas de las mejores fábricas europeas; burdeos y champagne de las marcas más acreditadas y caras; cerveza inglesa, jerez, oporto; discursos floridos, votos por la prosperidad de los espléndidos mineros que nos obsequiaban, todo, todo se sucedió en medio de la franca alegría que reinaba en aquellos parajes tan solitarios ordinariamente.

Para dar á la fiesta el carácter de grandeza que tenía, para acumular en la apartada región en donde nos hallábamos tantas comodidades y tanto *confort*, se había hecho preciso larga preparación, mucho entusiasmo, muchísimos cientos de *soles* (duros) y *saber hacer*.

Todo sobraba á los dueños de «Paria,» y así salió ello.

Han pasado diez años: pasarán otras dos décadas, y los supervivientes recordarán aquel día, único en los fastos de la población minera. Como que se gastó más dinero en el bautizo de mi ahijada la «vertical» *Agar* del que se necesita para bautizar media docena de príncipes.

¡Y qué confusión de gentes! Ingleses, italianos, franceses, alemanes, peruanos, españoles y jankees: todos hablando y chapurrando el idioma de Castilla, todos brindando por la prosperidad del Perú y de España unidos, todos amigos, todos hermanos.

Quisieron que hablase la madrina. ¡Qué sarcasmo! ¡Hablar yo, y sintiendo tanto!

No hubo remedio y hablé: ¿Pero qué dije? ¡Ya recuerdo! Hablé de los indios: pedí para ellos protección, mucha protección y mucho cariño. Supliqué á los hombres importantes que allí se reunían, ex diputados unos y muy influyentes todos en la política, que no abandonasen aquella raza inteligente y noble, en la cual se conservaba el distintivo de la generosidad y de las bondades de Atahualpa: imploré civilización para ellos: «escuelas, muchas escuelas,» dije; y al concluir mi breve peroración, supe que los indios habían dejado sus fiestas para agolparse á escucharme. Un *cholo* sirviente corriera la voz de que la madrina hablaba de ellos, y les traducía al *quichua* mis frases, que unos á otros se iban repitiendo.

Salí del improvisado comedor para dirigirme en compañía de una amiga querida al balconcillo de la «vertical,» desde donde queríamos arrojar á los indios gran cantidad de monedas que los anfitriones habían vaciado en nuestros *ropones* de montar, y me rodearon todos: los unos me besaban la falda; otros apenas me tocaban con la punta de sus dedos, que llevaban luego á los labios.

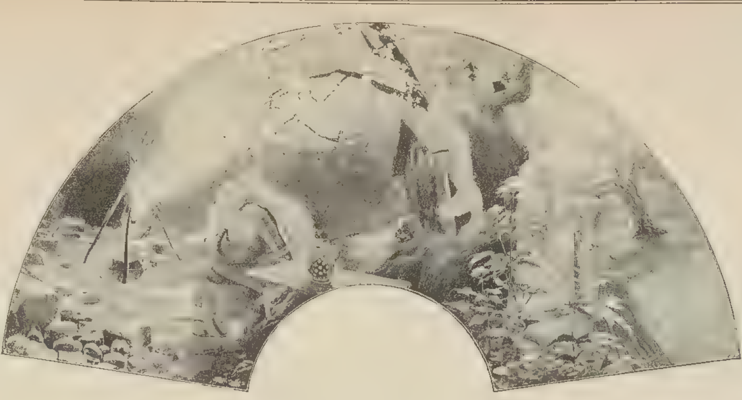
Hablaban, hablaban mucho, hablaban con expresión cariñosa, pero yo no los entendía. Mi gentil compañera, la que en esta y en otras situaciones me sirvió de intérprete durante mi estancia en la sierra del Perú, iba traduciéndome las frases de amor que me prodigaban.

– Niñita, hija del *taita*, Dios, decían, no te olvidaremos nunca, angelito, amor nuestro...

Las que más se apuraban y desgañitaban eran las mujeres, que exceden á los hombres con mucho en expresivas dulzuras.

Subimos mi amiga Virginia Ortiz de Villate y yo á la «vertical» y comenzamos á sembrar reales de níquel: se acabaron con esto las melosidades y las frases cariñosas.

Dió entonces principio la entretenida y furiosa rebatiña: revolcábanse en pelotones informes, rodando unos, á puñetazo limpio otros; y chillando todos como diablos sueltos, se disputaban el dinero que á manos llenas les arrojábamos.



UNA TELA DE ABANICO, por Pablo Schulze Naumburg

Después de pasar un día que necesariamente debía formar época entre los felices invitados, emprendimos el regreso, unos primero y otros después, formando pelotones que se extendían diseminándose en las dos leguas de ancha carretera que nos separaba de la población. En aquellos momentos comenzó á caer sobre nosotros una tan espesa nevada, que se hacía preciso sacudir *ponchos*, *ropones* y sombreros cada poco tiempo, por no poder resistir el peso de la nieve.

Cualquiera pensará que salimos escapados á galope tendido, y que rabiábamos por vernos en casa acariciados por la chimenea.

¡Que si quieres!

Los caballeros se habían provisto cada cual de una botella que guardaron en los bolsillos de las monturas, para seguir las costumbres de la sierra cuando se va en alegre cabalgata.

Yo no estaba todavía al tanto de semejantes usos.

Como á un cuarto de legua de la hacienda hizo alto un caballero, gritando: *Caipin cruz* (una crucecita): los jinetes refrenaron sus caballos y la más linda señorita cantó una copla de *yaraví* indio, triste y quejumbrosa, como un suspiro de enamorado sin esperanza.

Una vez la hubo cantado, rodó la botella del que primero se había detenido, y después de apurarla emprendimos de nuevo la marcha. La nieve caía tan espesa que apenas podíamos vernos á dos pasos de distancia; los caballos piafaban con impaciencia por emprender veloz carrera y sacudían la cabeza creyendo espantar con las orejas los copos blancos que les molestaban. Pero nosotros ni teníamos ganas de galopar, ni podíamos á causa del miedo á la *veta*.

La *veta* es allí lo que la *puna* en Chile y el *soroche* en el alto Perú; es el ahogo que por la rarefacción del aire de las alturas ataca tanto á los animales como á las personas.

Si á un caballo se le obligase á subir cuestas corriendo, puede tenerse la seguridad de que caería *envetado*. Aquel día murieron rápidamente de *veta* dos hermosos brutos, uno de ellos de mucho valor.

Así es que el miedo á *envetarnos* por un lado y las pocas ganas que teníamos de llegar á casa por otro, hacían que menudeasen los *caipin cruz* con gran contento de la carabana.

Mas como todo llega, llegó nuestro pelotón á la entrada del pueblo: allí las palabras sacramentales fueron otras. *Fatan cruz* (la gran cruz), dijo una voz más robusta que las anteriores, y con la *gran cruz*, equivalente á decir la última, resultó la parada más larga porque cada señorita cantó su copla y fué necesario libar de todas las botellas que aún conservaban líquido.

Habíamos salido casi de noche de «Paria:» júzguese por consiguiente qué hora sería.

Nadie había pensado en la dificultad de entrar en la población, toda vez que por aquella parte se hacía preciso pasar los desmontes horrorosos de las minas y las bocas de éstas menudeaban presentando un aspecto imponente en pleno sol, cuanto más á ta-



LA FAVORITA, copia directa de un dibujo de D. Antonio Fabrés



CAFÉ ÁRABE REPRESENTADO DURANTE EL ULTIMO CARNAVAL POR LOS AR

Reproducción fototípica de una pintura



RTISTAS ESPAÑOLES EN EL «CÍRCULO ARTÍSTICO INTERNACIONAL» DE ROMA

a á la aguada de D. Mariano Barbasán

les horas y con el camino completamente cegado por la nieve.

El Sr. Lloveras, que á fuer de más formal y de papá grave de la patrulla que le venía recomendada, no cesaba en el cuidado de su revoltoso escuadrón, se impuso á nosotros para obligarnos á detenernos antes de entrar en el peligrosísimo sendero que no veíamos porque todo nos parecía llano, gracias á la blancura del suelo.

Mi caballo, un hermoso tordillo padre, que yo montaba aquel día por vez primera después de once meses que no se le ensillaba, era la pesadilla de mis compañeros; creían verme en el suelo cada cinco minutos: para montar había sido necesario rodearlo de camaradas y aprovechar un descuido; para desmontar, aislarlo y descender de un salto. Podía ser una temeridad servirse de un caballo semisalvaje en aquel día; pero habían picado mi amor propio de amazona española, y yo creía que por patriotismo estaba en el deber de dejarme estrellar.

¡Oh juventud! ¡Benditos sean tus alocados arranques!

La preocupación de mis compañeros fuí yo por consiguiente: mi tordillo, que no había dejado de tascar el freno bailando y pegando brincos, no quería avenirse á entrar en vereda dado el caso que ésta se encontrase y que un guía practicón y conocedor del terreno, palmo por palmo, nos condujese con felicidad.

En aquella hondonada infernal, donde tantas veces habíamos contemplado las negras cavernas plutónicas, parecíanos distinguir el desconsolador *lasciate ogni speranza.*

Pero yo me resistí: no quise apearme ni menos cambiar de cabalgadura: jamás me hubiera perdonado semejante cobardía hípica.

¡Si me parecía que la honra de España pendía del gancho de mi montura!

Después de oir distintos pareceres ofrecióse á guiarnos un valiente capitán de ejército montado, á pesar de no ser el más á propósito para el desempeño porque no conocía el camino: un indio minero nos hubiera venido de perlas. El capitán insistió arrogantemente y tomó la delantera.

Le seguimos en fila, silenciosos, tiritando de frío y de miedo, respirando apenas y reconcentrando la vida en las manos de nuestras respectivas *bestias,* como allí se dice.

De repente un grito sonó en la cabecera de la cabalgata, luego otro y otro fueron recorriendo ésta: el capitán acababa de rodar revuelto con su caballo. Hicimos alto, gritando las señoras y queriendo apearse los caballeros.

–¡Adelante!, adelante!, gritó el capitán desde el fondo de un barranco: estoy bien; sigan ustedes; ya voy.

Nos parecía mentira que pudiese salir, pero nos tranquilizamos oyéndole hablar con tanta entereza y asegurarnos que no estaba herido.

Salimos del precipicio, ni sé cómo ni por dónde: llegamos á casa, y antes de echar pie á tierra ordenó el Sr. Lloveras que fuesen indios con faroles encendidos para guiar á los jinetes que venían detrás y á sacar al capitán de donde por milagro había quedado con vida; pero éste que, como su rocinante oficial, estaba ileso, presentósenos en el momento, sorprendiéndonos agradablemente.

Tanta era la nieve que llevábamos encima, que al bajarme del caballo me fué preciso dejar el *ropón,* el *poncho* y el sombrero en la puerta de la calle: tan espesa y húmeda capa blanca nos envolvía.

Digno y extraordinario remate de aquel día, excepcional en la historia de una viajera.

EVA CANEL

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El eminente pianista y compositor Rubinstein ha terminado una nueva ópera en ocho cuadros, titulada *Moisés,* que por su mucha duración habrá de representarse en dos noches.

– En la Exposición anual de la Asociación de artistas de Viena, recientemente inaugurada, figuran 1.200 obras: entre las de pintores extranjeros sobresalen las de Andrés y Osvaldo Achenbach, Kaulbach, Lenbach, Defregger, Rober, Fernando Keller, Gabriel Max, Otón Friedrich, Haug, Hocker, Dagnan, Reid, Boldini, Tissot y otros. De los pintores vieneses merecen especial mención Payer, Pochwalski, Froschl, Pausinger, L'Allemand, Schindler y Rodolfo Alt. En la sección de esculturas se admiran trabajos de Brenek (Viena), Myslbek (Praga), Lanú (París), Hildebrand (Florencia), Schott (Berlín), etc., etc.

– Juan Strauss está componiendo la música de una nueva opereta, letra de Hugo Wittmann y Julio Bauer, que se titula *La princesa Ninetta.*

– En el palacio de las Artes liberales del Campo de Marte, de París, se está celebrando la quinta exposición de *blanco y negro:* el catálogo contiene más de 3.300 obras, entre las cuales hay algunos pasteles, acuarelas y pinturas. Sobresalen en ella unos excelentes croquis de Renouard, fantasías humorísticas de Guillaume, acuarelas de Allongé, pasteles de Iwill, dibujos á la pluma de Guillon, composiciones de Le Mains para el *Salvador* de Pedro Mael, las de Chalou para una edición de Rabelais, estudios de Burnana y Deyrolle, croquis de Garat, flores de las señoritas Gerderes, Bernamont, y Chavagnat, acuareles de Mme. Mornard y otras diversas de Vanorey, Pescador Saldana, Rossert, Blayn, Nozal, Vaysou, Detaille y otros.

– En Atenas se ha descubierto un artístico mosaico en forma de paralelogramo de 8 metros de largo por 5'10 de alto; en el centro hay un cuadrado de cerca de 3 metros de lado y dentro de él un medallón con una hermosa cabeza de Medusa alada y rodeada de serpientes, tan admirablemente ejecutada que á cierta distancia parece una pintura. Probablemente será colocado en el Museo Nacional.

Teatros. – En el teatro Nuevo, de París, se ha estrenado una fantasía en cinco actos y quince cuadros de Cátulo Mendes y Jorge Courteline, titulada *Las alegres comadres de París;* es una sátira de las costumbres parisienses en forma de revista.

– La ópera *Hertha,* de Francisco Curti, ha sido muy bien acogida por el público en Riga, en cuyo teatro de la Ciudad se ha estrenado.

– En el teatro de la Corte, de Dresde, ha alcanzado un éxito ruidosísimo una ópera de Félix Draseke, titulada *Herrat,* cuya música, sin amoldarse á las antiguas formas, tampoco se ajusta estrictamente á las teorías wagnerianas; es más bien orquestral, es decir, sinfónica, que vocal; pero tan grandiosamente concebida, tan apasionada, que produce impresión profunda.

Barcelona.—Una nueva producción del fecundo dramaturgo catalán D. Federico Soler se ha estrenado en el teatro Romea: titúlase *Barba Roja,* y su argumento, tomado de la vida del célebre pirata de este nombre, abunda en situaciones altamente dramáticas y de gran efecto, que el autor ha presentado con perfecto conocimiento de la escena y revestidas de una forma hermosa sobre toda su ponderación. El éxito ha sido bueno. – En el teatro de Novedades se ha estrenado un drama de D. Pompeyo Gener y D. Luis Ruiz Contreras, titulado *Los senyors de paper,* de corte francés en sus dos primeros actos y todo él inspirado en un exceso de pesimismo que contribuyó á que la obra no obtuviera un éxito tan franco como era de esperar de sus autores. En cambio lo ha alcanzado entusiasta el sainete del pupolar escritor D. Emilio Vilanova, *Las bodas de 'n Cirilo,* cuadro lleno de gracia, abundante en chistes espontáneos y originales, que mantienen constantemente la hilaridad del público: es ésta sin duda alguna una de las mejores obras en su género, y trae á la memoria aquellos tiempos de feliz recordación para nuestra literatura regional, en que el teatro catalán era algo más que teatro *en* catalán.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Carlos Pablo Gaspari, profesor de Teología en la Universidad de Cristianía, erudito exégeta é historiador de la Iglesia.

Enrique Natter, célebre escultor austriaco, autor de los monumentos de Zuinglio (Zurich), Haydn (Viena), Gualtero de Vogelweide (Bozen) y otros.

Rhind, notable escultor escocés, autor de muchas estatuas de escoceses célebres y de multitud de esculturas para edificios públicos.

D. Enrique Mélida, distinguido pintor español, y hermano del no menos notable arquitecto, pintor y arqueólogo D. Arturo; ha fallecido en París, en cuya capital residía hace años.

Ernesto Krausse, célebre actor alemán, desde 1870 miembro de la Comedia Real de Berlín y presidente de la Asociación de Actores alemanes.

José Salvatore, conde Pianell, teniente general del ejército italiano y senador; se distinguió mucho en las guerras de la independencia de su país.

Alfredo Tedey, uno de los más distinguidos é inteligentes representantes de la escuela inglesa de pintores miniaturistas.

Pablo Enrique de Kock, literato é hijo del fecundo y popular novelista francés Paul de Kock.

NUESTROS GRABADOS

D. Diego Velázquez de Silva, estatua en mármol de D. Venancio Vallmitjana.—Varias veces nos hemos ocupado de las obras de este distinguido artista, tributándole los justos elogios que merece por sus relevantes cualidades, por cuyo motivo nos limitaremos á hacer notar una circunstancia que concurre en Vallmitjana, no común á la mayoría de los que, como él, cultivan las bellas artes. Esta es que su entusiasmo y sus aptitudes no se mitigan ni apagan. A pesar de ser ya el decano de nuestros escultores y de haber sido el maestro de esos jóvenes artistas, que ya han sabido conquistarse merecido renombre, Vallmitjana modela inspirándose en las corrientes modernas, y cual si formara parte de la nueva generación, cual si él con la savia de su inteligencia no hubiera contribuído á crearla, produce desde la escultura clásica y correcta, á la escultura fina y elegante, propia para embellecer el retrete de la dama aristocrática. Prueba de ello es la estatua del gran maestro del arte pictórico español, Velázquez, que reproducimos, destinada á formar parte de una de las más notables colecciones de la capital de la vecina nación, en que á la finura y delicadeza de líneas se agrega la corrección, de manera que en su sencillez descúbrese la hábil mano del maestro.

Salón Parés.—La Divina Pastora, cuadro de D. Alejandro de Riquer. – Descanso, cuadro de D. José M.ª Tamburini. – El ordenanza, cuadro de D. Román Ribera. – Pescadera, cuadro de don Rafael Senet. – En la última Exposición efectuada en el Salón Parés, la novena entre las anuales que regularmente vienen celebrándose, figuraron los cuatro lienzos que reproducimos, debidos al pincel de igual número de distinguidos pintores que representan un carácter especial, distintivo, sin semblanza ni parecido. Román Ribera, correcto siempre, representa la moderna pintura de género, inspirada en las corrientes y conceptos de hoy, y su *Ordenanza* es una galana muestra de á cuánto llega su fantasía y su buen gusto; el lienzo de Riquer es una inspirada y modernísima composición, en la que apartándose del rutinarismo ilógico de la imaginería, ha logrado dar á la realista representación de la *Pastora* la aureola de la Divinidad, cierto misticismo que arroba y conmueve, tal como los artistas cristianos pueden concebirlo; la bonita y elegante figura que presentó Tamburini es, como todas las suyas, delicada y primorosa, simpática de líneas y de tonos, y la *Pescadera,* de Rafael Senet, aunque hallada en las playas napolitanas, muy digna de hollar tupidas alfombras y ostentar ricos brocados.

Una tela de abanico, por Pablo Schulze Naumburg. – Entre nuestros grabados hemos de llamar particularmente la atención sobre el abanico de Pablo Schulze, discípulo de Fernando Keller. Representa un decrépito ermitaño, sorprendido por la inesperada aparición de la primavera, á cuyos encantos se agrega para el santo varón la visión de una sílfide de fascinadora belleza. ¡Cuál sería el aturdimiento del piadoso cenobita, que no advierte que está rebosando el calderillo en que se cuece su frugal colación! La delicadeza del pensamiento y el donaire en la ejecución revelan el talento de que ya había dado muestra el autor en la exposición de abanicos de Karhruh.

La favorita, copia directa de un dibujo de D. Antonio Fabrés. – Aunque Fabrés cultiva todos los géneros con notable acierto y discreción, sus condiciones de excelente colorista hallan vasto campo para manifestarse en los cuadros inspirados en asuntos orientales. Los delicados tipos de la mujer árabe ó los atezados rostros del marroquí y tunecino, los vivos y abigarrados colores de los trajes, los afiligranados aljamíes y elegantes arcos de las construcciones, los ricos tapices, valiosos muebles y armas suntuosas ofrecen al artista variadísimas entonaciones y repetidas ocasiones en que vencer dificultades, que el espíritu emprendedor y entusiasta de Fabrés vence con verdadera fruición, como si fuera el atleta de otras edades, ya que como aquél vese obligado á luchar para salir victorioso de sus empresas.

Los artistas españoles en Roma. – Café árabe representado durante el último Carnaval por los artistas españoles en el «Círculo Artístico Internacional» de Roma. Reproducción fototípica de una aguada de D. Mariano Barbasán. – Vivo está el recuerdo en Roma de la fiesta artística que durante los días del último Carnaval organizaron en el «Círculo Internacional» los artistas españoles residentes en la Ciudad Eterna. Por eso y por tratarse de un hecho en que tomaron parte activa nuestros compatriotas, damos cabida en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA á la preciosa aguada representando el café árabe improvisado en uno de los salones del Círculo, que debemos á la galantería del ya distinguido pintor Sr. Barbasán, pensionado por la Diputación Provincial de Zaragoza, transcribiendo algunos párrafos del interesante artículo que nos remitió el galano escritor D. A. Fernández Merino, en la imposibilidad de publicarlo íntegro por la limitación del espacio de que podemos disponer.

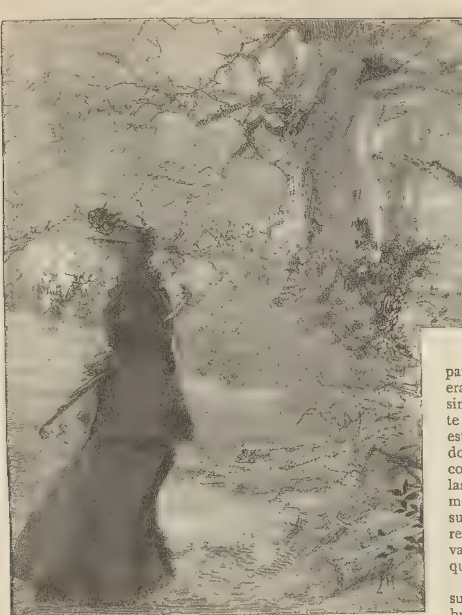
«Este año han tenido la genial idea de convertirlo en café árabe, y el resultado ha correspondido á los esfuerzos que realizaron nuestros compatriotas. No hace mucho que Benlliure hizo un viaje por las costas de Túnez y Marruecos; estudió allí, como hace en todas partes, y trajo bellísimos apuntes, muchos de los cuales van resultando cuadros que hoy se admiran en su estudio. Uno de ellos es el café que los españoles han presentado este año admirablemente. Los tipos existían, y en el fondo del salón alzaron un tablado, alrededor del cual, contra el muro, corría ancha grada, asiento de músicos y odaliscas que ocupaban el frente; á un lado se veía al dueño del original establecimiento representado por Echena, moro perfecto, aunque de San Sebastián, dispuesto á poner orden entre sus fogosos parroquianos, que acurrucados en el suelo formaban artísticos grupos, jugando quien al ajedrez, quien á las cartas; enfrente algunos moros menos viciosos se contentaban con admirar las bellas odaliscas contratadas, animándolas con gritos guturales cada vez que el cansancio aminorara el lascivo movimiento de su baile. Y estas odaliscas eran el sevillano Rico, y Vivó, de Valencia: el primero sacrificó á la propiedad de su papel el negro bigote; el segundo fué más heroico, hizo desaparecer la barba que sombreaba su rostro; vistiéronse tan bien, se pintaron de tal manera que muchos dudaron de su sexo, aunque ninguno hizo apuesta que obligara á la comprobación de la verdad: el baile de ambos fué perfecto; nuestras danzas populares han conservado tan perfectamente el carácter de las del pueblo que durante siete siglos fué dueño de nuestra patria, que acentuando un jaleo ó marcando un poco más las seguidillas resultan danzas moras. Barbasán hizo de su guitarra un instrumento árabe de gran carácter, March se construyó un atabal perfecto, y era de ver la gravedad con que Blas Benlliure, moro desarrapado, sonaba los timbales y el entusiasmo con que su primo Emilio los acompañaba á todos, sonando flauta moruna de su invención.

»Poveda, que vestido de cristiano resulta todo el año un bereber disfrazado, jugaba al ajedrez con un moro cuya fortuna le permitía buen traje, y Salinas lo llevaba con la gravedad de quien no le importa perder, pues siempre le queda; á completar el grupo contribuían dos ó tres curiosos que discutían las jugadas en tanto apuraban sendas tazas de café, que muchos del público creerían era Moca legítimo, pero que en confianza podemos decir era Jerez auténtico. En el ángulo opuesto, otro grupo, no menos pintoresco, se entretenía jugando; encomendaban la fortuna á mugrientos naipes, Puertos, el inimitable Sancho de la *Cervara,* Muñoz y Simonet, y tenían alrededor como curiosos á Juliana Puig, Carbonell y Rodríguez Rubí, que cultiva el arte para no desmentir que es nieto de su ilustre abuelo D. Tomás, é hijo de quien cuidó con singular esmero las gloriosas tradiciones de su familia.

»Fácil es comprender el admirable cuadro hecho por nuestros compatriotas; cuadro vivo en que no faltó un detalle y que fué la admiración de todos los concurrentes al magnífico baile.»

Los prohombres de mi pueblo, cuadro de don Luis Graner. – Si bien es cierto que Graner ha dado ya fehacientes muestras de sus aptitudes artísticas por medio de variadas producciones, no lo es menos que en sus cabezas de estudio es donde se manifiestan con mayor brillantez sus adelantos y progresos. Tratados con verdadero cariño y con notable exactitud, logra Graner trasladar al lienzo tipos diversos, vulgares y reales, escogidos al azar entre los labriegos y menesterosos, arrancados del atrio del templo ó del fondo de la taberna. A la rica gama que existe en su paleta agrégase la facilidad de la asimilación, logrando por ende dar movimiento y animación en los trazos, expresión en los semblantes y vida en los ojos, que unas veces se entornan y apagan en soporífero sueño ó se encandilan y retozan excitados por el alcohol.

Luis Graner ha logrado en un breve período de tiempo, gracias á sus relevantes cualidades y laboriosidad, lo que otros no alcanzan sino á costa de muchos años, esto es, fama y provecho, que deseamos se acreciente, pues con justicia merece tal galardón este distinguido pintor.



Lilia había ido á cortar flores (pág. 301)

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONCLUSIÓN)

– ¿Por qué?

– ¡Nada... un presentimiento! ¡Dame la mano, y adiós!

Los dos se miraron en silencio, oyendo el estampido de los cañones, que tronaban desde las primeras horas de la mañana. Negras bombas cruzaban los aires con siniestro silbido é iban á estallar en los campos á cien metros de distancia. Entonces el subteniente sintió conmoverse su corazón al recordar toda la bondad y delicadeza con que le había tratado su tío tan loco y calavera, desde su ingreso en el regimiento, haciendo por él más que un padre. Y he aquí que ahora se despedían, y que d'Arbrissel tenía la muerte en los ojos, pero adivinábase por su expresión que vendería cara su vida, pues sus labios se entreabrían con esa sonrisa terrible de los grandes duelos, esa sonrisa diabólica que sus compañeros conocían muy bien.

«¡Adiós, amigo mío!, repitió d'Arbrissel,» dejando escapar un suspiro.

Diéronse órdenes; las cornetas tocaron para el ataque; Roberto de Francœur volvió á ocupar su puesto, y oyóse la voz del coronel.

– ¡Prepararse para la carga!

Y casi seguidamente:

– ¡Sable en mano! ¡Al galope, marchen!...

Y aquella sensación de rápido movimiento, que arrastraba á los hombres en vertiginoso remolino, mezclábase en el enfermo con el frenesí de la carrera, el toque ronco de las cornetas y la aparición de compactas masas negras, estriadas de líneas que brillaban á intervalos como relámpagos: era la infantería prusiana, con sus sombrías bayonetas, que se acercaba.

En aquel momento, el coronel, con voz bronca y terrible, como la bocina de Rolando, gritaba á sus soldados:

– ¡Cargad, cargad!

Después, semejante á una inmensa ola, vióse al batallón prusiano oscilar; rostros barbudos, bayonetas cruzadas; los caballos locos, encabritándose, penetrando allí dentro, aplastando á los hombres, y los sables hiriendo á diestro y siniestro, segando en plena carne. En aquel frenético furor vió á d'Arbrissel caer á los pies del abanderado después de acuchillarle, y luego todo desapareció en un aturdimiento; parecióle recibir un golpe en el brazo... era una bala que se lo fracturaba, y le sintió caer inerte, con el sable pendiente de su muñeca muerta. El terreno estaba sembrado de cadáveres y heridos; el batallón prusiano disperso; las cornetas tocaban para reunir de nuevo las fuerzas; y sin saber cómo, en el tormento de aquella especie de pesadilla, su caballo, saltando sobre los cadáveres, llegó al trote hasta la cima del calvario de Illy con los pocos que aún quedaban del escuadrón diezmado.

Allí un dolor le oprimió el corazón; su tío quedaba muerto allá abajo sobre la tierra enrojecida! Quiso volver para cargar de nuevo; pero todo bailaba á su alrededor; aquejábanle agudos dolores en el brazo; palidecía, su sangre se derramaba sobre la silla y el costado del caballo; trató de apearse, y por el esfuerzo cayó en tierra desvanecido.

Después la ambulancia, el hospital, Sedán. Una hermana de la caridad se inclinaba sobre él; era Ivelina, con su toca blanca, y esto le pareció muy natural; Ivelina pálida, y muy triste por aquel desastre, curaba su brazo inerte, del que se acababa de extraer la bala; pero traían otros heridos, entre ellos un oficial prusiano muy joven, con su lente en el ojo y guantes blancos. Colocáronle en un lecho inmediato al suyo, y le reconoció: era Ivón, con su expresión fría y aspecto grave.

¡Ivelina se dirigía hácia él, inclinábase sobre la cabecera de su lecho; y él los veía besarse, sin que pudiese, paralizado y mudo, hacer un ademán, exhalar una queja!...

III

Transcurrió una semana; habíase logrado dominar la erisipela, pero la fiebre seguía su curso.

El Sr. de Francœur no se daba cuenta en su estado más que de los días y las noches; pero no le parecían reales; reconocíalos como por un cerebro que no fuera el suyo, pues con frecuencia no echaba de ver su identidad. Imaginábase que su mal duraba ya algunos días, pero faltábale la noción de las horas. Ciertamente creía haber visto inclinada sobre él tan pronto la cabeza de Marcos como la de Lilia y también la del médico; mas no estaba seguro de ello. Su ordenanza y su criado Francisco se relevaban para servirle; pero cuando los reconocía, imaginábase estar en Verdun, en su casa. Solamente Ivelina subsistía en sus confusos insomnios y en sus febriles ensueños; ella era el centro de singulares peripecias, en que las realidades pasadas mezclábanse con las ficciones más inverosímiles, pero sin extrañarle nunca, porque se iban sucediendo según la lógica falaz del sueño y de la pesadilla. Poco á poco aflojá base la presión que sentía en sus sienes, y entre sus alucinaciones parecía como si de vez en cuando cruzasen como un relámpago algunas nociones lúcidas. Una vez en que por casualidad se quedó solo, se levantó, y obedeciendo á ese inveterado instinto que nos hace buscar la luz, quiso mirar por la ventana: todo estaba iluminado por la claridad de la tarde, por los dorados rayos del sol poniente; pero aquel paisaje conocido le pareció extraño, pálido y remoto, como si le volviese á ver en otra existencia, al cabo de miles de años.

Su ordenanza entraba entonces, y decíale respetuosamente:

– Mi coronel debe acostarse; mi coronel empeorará.

Oía estas palabras como á través de un gran espacio y la voz llegaba hasta él sorda y apagada; pero obedecía con la docilidad de un niño. Después, apenas se recogía la colcha debajo de su barba, parecíale que el rosetón del techo se ponía á dar vueltas y que él se hundía, cayendo desde una altura formidable. La semilocura le atacaba de nuevo; aparecíasele Ivelina, y él repetía su nombre, siempre en el delirio.

IV

El sol había penetrado en la habitación; el Sr. de Francœur fijaba en el papel de las paredes esa mirada incierta del que procura reanudar sus recuerdos. Un suave roce de seda le hizo volver la cabeza con movimiento rápido, y sonrió ligeramente al reconocer á Lilia.

También ésta sonrió; estaba muy pálida; la mirada de sus negros ojos era lánguida; con su vestido obscuro, muy ajustado, tenía un aspecto frío, no ya esa alegre libertad de otras veces, y esto extrañaba al enfermo, pareciéndole ver otra Lilia, pero envejecida. Mas sus ideas eran muy vagas aún; y como si tratase de recordar una lengua olvidada, articuló penosamente:

– ¿Por qué? ¿Qué me ha sucedido? ¿He estado enfermo?

Afectuosamente, y con un poco de esa libertad maternal que todas las mujeres tienen, Lilia aplicó su mano fresca sobre la frente del enfermo.

– No te inquietes, mi buen Roberto, dijo; ahora estás mucho mejor.

– Pero ¿qué he tenido?

– ¡Chist! No debes hablar aún; déjate cuidar.

El Sr. de Francœur miró á Lilia detenidamente, tratando de comprender y de recordar; pero no lo consiguió. Quedaba un vacío en su memoria, y hasta su pasado le parecía confuso, un pasado sin vida, como separado de él y cuyas vibraciones no sentía ya repercutir en su conciencia. No se recobraba; era como la reliquia inútil de un naufragio; había perdido su alma.

– ¿Quieres beber?, preguntóle Lilia.

– Sí, contestó el enfermo.

No le había abandonado aquella impresión de una sed ardiente, insaciable. Lilia acercó á sus labios una taza de caldo ligero; el enfermo bebió y dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada.

– ¡Gracias!

– Procura dormir más, le aconsejó Lilia.

El Sr. Francœur sonrió; aunque débil, disfrutaba en su padecimiento de un reposo tranquilo y seguro. Poco á poco se adormeció, cuando la tarde tocaba á su fin.

V

Desde entonces, la mejoría se acentuó, el sueño se fué regularizando; el enfermo estaba despierto durante el día y pudo tomar un poco de alimento; pero recobraba las fuerzas muy poco á poco, conservando la terrible curvatura del golpe de maza que le había derribado. La memoria no se despertaba mucho, y sin embargo, asaltábale ya una inquietud, el temor de haber hablado durante su delirio. Después observó que Marcos y Lilia no estaban nunca juntos á su lado, y vagamente presintió algo malo al ver tristes á los dos.

Una mañana, sin que él supiera cómo, acudió casi todo á su memoria: su amor á Ivelina sin esperanza, el adulterio de Marcos; y estos recuerdos causábanle el mayor asombro, como si fueran cosas inauditas, tan sorprendentes que casi dudaba de ellas, en el suave calor del lecho y en el goce de las ligeras alegrías sensuales que le proporcionaban las comidas, los breves ratos de sueño y las sonrisas de Marcos y de Lilia. Hasta la presencia del médico le era agradable. Y aplazaba hasta el otro día pensar seriamente en aquellos dolores extraños y aquellos pesares profundos de los otros y de sí mismo.

VI

– ¿He dicho muchas locuras?, preguntó á Lilia.

Era el octavo día de su enfermedad; sentíase más fuerte y animoso, más fresco y aliviado después de haberse mudado de ropa y aseado un tanto.

– Un poco de delirio, contestó Lilia.

Al coronel le pareció que su cuñada le miraba con más atención.

– Pero ¿qué he dicho en ese delirio?

Lilia parecía vacilar.

– Hablabas de nosotros y de Ivelina, contestó.

El enfermo tenía junto á sí á Lilia; cogió su mano y miróla fijamente.

– ¡Ah!, exclamó. ¿Qué he dicho de Ivelina?

Lilia se turbó casi y apartó la vista.

– No sé, repuso; palabras confusas...

Pero el enfermo, estrechando con más fuerza la mano que había tomado y sonrojándose, replicó en tono de tristeza y confusión:

– ¿Qué habrás pensado de mí, Lilia?

– ¡Yo... nada, como era efecto del delirio!...

– ¡Sí, pero de un delirio á medias, Lilia!

Y el coronel, con la cabeza inclinada sobre la mano de su cuñada y sintiendo que su corazón necesitaba desahogarse, en la emoción irresistible de que estaban poseídos los dos, le dijo:

– Lilia, ¿no te parece una locura á mi edad?

Lilia contemplaba incierta y confusa al enfermo.

– ¿Conque la amabas, Roberto?, preguntó al fin.

– ¡Como un loco!

Siguióse un instante de silencio; el Sr. de Francœur apoyaba la frente con más fuerza en la mano de Lilia, que ésta no retiraba.

– Soy muy ridículo, dijo. ¿No es verdad?

– ¿Por qué?... repuso Lilia. Pero ¿qué ha pasado? La fiebre que te dió de pronto no era natural.

– Me había apesadumbrado, murmuró el Sr. de Francœur.

– ¿Por qué?

– Porque... á mi edad es muy triste despertar de los ensueños.

– Pero, Roberto, ese ensueño no tenía en rigor nada de irrealizable.

– Lilia, no me digas nada; eres buena y quieres consolarme; pero mi corazón está muy incierto aún. Puesto que has adivinado lo que me pasa, no necesito suplicarte que guardes el secreto.

Y añadió vacilante:

– ¿Ha sospechado *ella* algo?

Lilia no contestó al punto, como si temiera entristecer á su cuñado, pero al fin repuso:

– No, nada, según creo.

– ¿Y Marcos... sabe?...

El coronel observó la sonrisa dolorosa de Lilia, que retiró su mano.

– No sé; nos hablamos poco, contestó con amargura.

– Es verdad, replicó el enfermo; ya sé que tienes también disgustos, querida hermana.

Lilia bajó la frente, muy conmovida, y ya no se dijeron nada aquella noche.

VII

Pero hablaron al día siguiente; y el señor de Francœur se mostró más explícito. Lilia le escuchaba con mucha bondad, y se sorprendió menos de lo que él temía, á no no ser que disimulase por delicadeza. No dijo nada, sin embargo, sobre la conversación de Ivelina é Ivón, sorprendida por él, y solamente se refirió á las dudas que le inspiraban el cariño y el parentesco de los dos jóvenes. Añadió que esto le había hecho pensar á tiempo, recordándole aquella doble juventud amorosa su edad y la locura de semejante pasión.

Lilia contestó, con muy buen sentido:

– Has dicho bien, son muy jóvenes. Ivelina no se conoce, y á su edad se ama sin amar. Estoy segura de que no abriga ningún sentimiento formal respeto á su primo, y en cuanto á Ivón, no es más que un chiquillo. ¿Te habría de preocupar eso?

– No me preocuparía si no fuese tan viejo, replicó el coronel.

– ¡Tú viejo!

– Lilia, añadió el Sr. de Francœur, meneando la cabeza, si yo te dijese: bien considerado todo, mi afecto á Ivelina, nuestra respectiva situación y edad, ¿me aconsejarías ese casamiento? ¡Contéstame!

Lilia vaciló.

– Ya lo ves, dijo el coronel con melancólica expresión.

E hizo un esfuerzo para sonreir.

– Eso habrá sido mi veranillo de San Martín, añadió con valerosa calma el Sr. de Francœur, una insolación tardía que me arrebató el juicio; pero ya le recobro.

Y sin embargo, en su interior no se resignaba.

VIII

La lucha era violenta en el interior de Francœur. No se trataba más que de esperar; y si Ivelina era demasiado joven aún, nada le impedía dejar que pasara algún tiempo. Pero ¡qué ironía! ¿No envejecería él entretanto? Por otra parte, aunque el coronel no se lo confesara, su breve enfermedad le había producido profunda y dolorosa impresión: aquel brusco desfallecimiento en plena salud le humillaba; era la primera advertencia de que no podía contar con su seguridad de hombre fuerte; y su amor propio se resentía ante la idea de que se hubiese sabido que estaba enfermo en cama. Parecíale que Ivelina debía estimarle menos, y esto era para él una depreciación. Pensaba ya en achaques posibles, en la vejez que se acercaba, en una decadencia próxima. Solo en su habitación, veíalo todo negro al hacer estas reflexiones. Y por escrúpulos, timidez, temor de sí mismo y del porvenir, sentía disminuir sus violentos deseos, y sus proyectos de felicidad desvanecíanse en la bruma.

Una tarde, al verle tranquilo en apariencia, Lilia no le ocultó que las señoras de Kerjuzan iban á marchar. Temiendo ser molestas, y desconcertadas en aquella casa, tan triste ya, anticipaban su partida y se proponían regresar á París dentro de tres días.

¿Y el joven Ivón?

Había marchado ya á Bretaña, donde le esperaban unos antiguos amigos de su padre.

De este modo, muy pronto ya no estaría allí Ivelina. ¡Cosa extraña!; esto le alivió, porque temía encontrarse de nuevo frente á ella.

Y sin embargo, la noticia le entristeció.

IX

Por simpatía, experimentó entonces la necesidad de interesarse en favor de los otros más bien que en el suyo, y confundir su pesar con la profunda pena de Marcos y de Lilia, pues no dudaba que eran desgraciados. Hubiera querido restablecer entre ellos la buena armonía; pero ¿cómo hacerlo, siendo el ultraje tan reciente aún?

Y sin embargo, si Lilia le conmovía por su aspecto grave y su tristeza, no podía menos de compadecer á Marcos, adivinando que estaba arrepentido. Reconocíase esto por no sé qué timidez, qué vergüenza disimulada en aquel hombre de carácter alegre y ligero, que ahora entraba furtivamente en la habitación de su hermano y permanecía solo algunos instantes, bien por temor de molestarle ó de que Lilia se presentara. Como por un convenio tácito, jamás se encontraban los dos á la cabecera del lecho del Sr. de Francœur, y Marcos tenía cierta manera de volver la cabeza, confuso bajo la mirada de su hermano, cual si temiese leer en ella una censura.

El mismo coronel no estaba á su gusto, y preguntábase qué habría pensado su hermano de aquel de lirio en que pronunciaba constantemente el nombre de Ivelina. Hubiera querido confiarse á Marcos; pero no osaba; una especie de pudor le retenía.

Y aunque los dos reconociesen la necesidad de una explicación, retardaban el momento.

X

El Sr. de Francœur, que se había adormecido, despertó de repente al sentir alguna cosa fresca en su rostro: eran las pulseras de la niña más pequeña, que se había encaramado sobre una silla junto á la cama; Juana, que estaba al lado de ella, miraba á su tío con mucha gravedad. Las dos habían ido solas á llamar á la puerta, y el criado Francisco las dejó entrar sonriendo.

El coronel besó aquella manecita.

– ¡Hola, Juana! ¿No me conoces?, preguntó el Sr. de Francœur.

– Sí, tío. ¿Has estado enfermo?

– Un poco. ¿Por qué no venías á verme?

– Mamá no quería; nos dijo siempre que te molestaríamos.

– ¿Y hoy?

– Hoy ha consentido, porque Griffith está ocupada; ahora acaban de preparar el equipaje de la tía Aurora y de Ivelina, que van á marchar.

«Es verdad, pensó el señor de Francœur; debía ser hoy.»

Y trataba de analizarse; preguntábase lo que sentía realmente, y su corazón no le contestaba. ¿Habría cambiado hasta el punto de no amar ya á Ivelina? Sí, la amaba; pero de otro modo, con una ternura menos violenta, en la que su deseo se debilitaba. Dábase cuenta al fin de las dificultades de semejante unión, y casi no la deseaba ya. El hombre de edad madura recobraba su dominio sobre sí mismo; el celibato se consolidaba en él de nuevo con su tristeza, pero también con su seguridad. Ivelina le parecía ya lejana, un sueño delicioso, sueño perfumado y fresco, del que despertaba al fin con un sentimiento dulce y vago.

¡Qué dicha la de no haberle descubierto su secreto! ¡Cuán inútilmente la habría turbado! Su delicadeza se regocijó de ello, así como su orgullo, pensando que no había arriesgado un paso en falso dirigiéndose á la tía y á los Fabvier. En este sentido, la presencia de Ivón y la escena de la cabaña habían sido felices para él. En cuanto á Marcos y á Lilia, sabía que eran cariñosos y que se podía contar con su indulgencia; de modo que, cuando más, le compadecerían por haber amado y sufrido inútilmente. Este pensamiento le consolaba.

Entretanto, el silencio que exigía la meditación á que se entregó intimidó á Juana, que aburrida muy pronto dijo al fin:

– ¡Adiós, buen tío!

Y Pepita, bajando de su silla, la imitó.

– ¿Te vas ya?, preguntó el Sr. de Francœur.

– ¡Oh!, volveré, contestó Juana con cierto tono de importancia: voy á despedirme de Ivelina.

Una vez fuera las niñas, el Sr. de Francœur se consideró muy solo y aislado.

El ruido de un coche le indujo á levantarse y á mirar por la ventana: era el break que debía conducir á las señoras de Kerjuzan á la estación.

El coronel se vistió para verlas pasar, y como aún estaba débil, hizo rodar un sillón hasta la ventana.

Al pensar en el tiempo pasado, sobrecogióle una melancolía meditabunda, recordó el día en que una inesperada y feliz casualidad le puso frente á Ivelina en medio de las rosas; reflexionó cómo en los días siguientes se enseñoreó aquella joven de su corazón y su pensamiento, y acudían á su memoria los más ínfimos detalles que la concernían, un sonido de su voz, un ademán furtivo, el brillo de una mirada. Trataba de recordar cómo había experimentado aquel amor y cómo pudo forjarse la ilusión de una felicidad posible; mas no podía explicarse la repentina lasitud de aquel afecto mismo, y que al cabo de quince días de enfermedad volvía en sí tan cambiado. ¿Se renovaría en él con más violencia aquella pasión al recobrar las fuerzas y la salud? No, porque en todo caso ya no recobraría su hercúlea robustez. Para él había sonado ya una especie de toque de difuntos, precursor de su decadencia. Aunque á fuerza de cuidado pudiese conservarse sano otros diez años, ¿qué podía importarle esto, si era forzoso envejecer? Y entonces, si se hubiera casado con Ivelina, ó si aún pensara tan sólo en ello, ¡qué remordimiento sería el suyo! ¡Ver á su lado una joven que apenas había llegado al desarrollo de la mujer, y estar separado de ella por un abismo, por la inmensa distancia entre los sentimientos y las ideas que no se corresponden ya, sino que, al contrario, divergen! A pesar suyo, Marcos y Lilia le ofrecían un ejemplo para comparar: invirtiendo la situación, imaginábase ser ya esposo viejo, engañado por su mujer. ¡Oh! Y no por esto sería depravada; suponía que aquello debía suceder naturalmente, por la fuerza de las cosas. Algún día presentaríase un hombre joven, bello y predestinado, el amante posible, y los dos se amarían. Durante largo tiempo, por no faltar al honor, su esposa se defendería; pero alguna circunstancia fatal, como en las novelas, los arrojaría en brazos uno de otro, consumándose entonces el adulterio. ¿Y qué haría él entonces? ¡Ah, seguramente la mataría!

El Sr. de Francœur sonrió amargamente al hacer semejantes suposiciones y al ver cuán distinta era la realidad. De todo lo que le había encantado y de lo que pudo contristarle, Ivelina, causa inconsciente, no había sospechado nunca nada. Iba á desaparecer tan tranquila, tan pura como el primer día, y le olvidaría como si no hubiese existido jamás.

Abajo, los caballos piafaban, sujetos por la mano del cochero. Los Fabvier se presentaron á poco; siguióles la tía de Aurora, y después acudió Ivelina. Llevaba un gran mantón de viaje y cubierta la cabeza con un sombrerito negro; no podía ver su rostro, porque le ocultaba un velo de tul, pero el cuello y la nuca presentaban una línea blanca muy suave. Por mucha que fuese su resignación, experimentó un dolor agudo al renunciar á tan encantadora joven.

Era llegado el momento de la despedida. Marcos é Ivelina cambiaban dos francos besos aplicados en las mejillas, y después la joven abrazó á los niños. Seguida de los Fabvier y de Lilia, Ivelina subió al break, y entonces parecióle al coronel que miraba hacia su ventana; esto le produjo á modo de un extraño pudor y dejó caer la cortina, contemplando á través del festón de la muselina, por última vez, el lindo rostro de la joven.

Los caballos partieron; el coronel siguió con la vista durante algunos minutos la figura de Ivelina y su velo flotante; y después todo desapareció en la extremidad de la avenida. Entonces sintió oprimírsele el corazón, y sus ojos se humedecieron; pero á este impulso doloroso, experimentó así como una sensación de dulzura, como una alegría por su de-

sistimiento, por haber obrado juiciosamente, y ese alivio que sigue á todo pesar desarraigado bruscamente.

Permanecía en su sillón inmóvil, con la vista fija en el jardín vacío y que en adelante sería una soledad para él.

La puerta se abrió suavemente y apareció Marcos; Juana le acompañaba en cumplimiento de su promesa.

Las miradas de los dos hermanos se encontraron; espontáneamente el Sr. de Francœur, adivinando que se le comprendía y compadecía, alargó su mano á Marcos, que se la estrechó con fuerza largo tiempo sin pronunciar una palabra.

Aquel apretón de manos los reconoció; la frialdad del rompimiento, ocasionada por el adulterio de Marcos, se desvaneció; en aquel minuto, dulce y silencioso, amáronse con tierna y recíproca compasión.

La niña, con su mirada inocente, contemplábalos sin comprender nada.

–Ve á jugar, Juana, díjole su padre con dulzura.

XI

Una vez solos, el Sr. de Francœur sonrió, mirando á su hermano de una manera muy expresiva.

–Querido Roberto, dijo Marcos, dentro de pocos días estarás curado.

Como si el coronel comprendiera que el tono afectuoso de aquella voz encerraba un doble sentido, contestó:

–Ya lo estoy... casi. A ti es á quien quisiera ver otra vez feliz.

Marcos se encogió de hombros, con expresión de duda, mostrando al mismo tiempo ese aire de joven frívolo por el cual se hacía perdonar tantas cosas, porque no tenía malignidad.

–¿Qué motivo hay para que no sea así?, preguntó el coronel. Eso no depende más que de ti.

–¡Oh!, repuso Marcos, bajando la vista, lo que de mí depende ya está hecho. No he vuelto á ver á la baronesa de Brettes; no sé lo que ha sido de ella é ignoro si habrá vuelto á París.

Su acento era sincero, en medio de su confusión, y avergonzábale un poco confesarse.

El coronel lo sabía muy bien: la baronesa había anunciado á su esposo su regreso, pues nada la retenía ya en Jozeu, donde la señora de Cyou parecía restablecerse por completo. Dejando con ella á la señora de Lemartre, había marchado acompañada de Jugaud.

–¿No es verdad que la echas de menos?, preguntó el coronel á su hermano en voz baja, mirándole fijamente.

–No, contestó Marcos. Y con una brutalidad inconsciente, añadió: ¡Eso ha pasado ya!

Sin embargo, sentía profundamente herido su amor propio, resentido á causa de la preeminencia adquirida por el Sr. Jugaud, quien tal vez le sustituía; pero anteponíase á esto su desdén, ese desprecio tan ingenuamente injusto é ingrato que todo hombre siente por la mujer que se entregó sin resistencia, ó más bien, se ofreció. Una vez satisfecho su deseo, juzgábala muy inferior.

–Pero tú la has amado, se atrevió á decir el señor de Francœur. A no ser así, ¿hubieras comprometido tu felicidad y la paz conyugal?

Marcos se encogió de hombros con expresión de desconsuelo.

–¡Ah! Ya lo sé, exclamó, he obrado como un egoísta, sin pensar más que en mi placer.

Y añadió á media voz:

–No todo el mundo tiene tu delicadeza.

El Sr. de Francœur se sonrojó, aparentando no comprender.

–Lilia me parece muy triste, dijo.

Marcos suspiró.

–¿Y cómo han tomado la cosa tus suegros?

Marcos sonrió con expresión compasiva y cariñosa.

–¡Oh, pobres viejos míos!, repuso, han dado pruebas de una indulgencia que yo no merecía seguramente. En los primeros momentos, Lilia, muy exasperada, hablaba de escándalo, de divorcio; y ellos son los que la han calmado. No sé qué admirar más, si su experiencia resignada de la vida, ó su sencilla y discreta bondad, que yo nunca pensé fuera tanta.

El Sr. de Francœur, muy conmovido, miraba sus manos enflaquecidas por la enfermedad, y dando leves palmadas en el brazo del sillón repuso:

–Sólo te falta una cosa ahora, y es preciso que la hagas: reconquistar á tu mujer. ¿Habéis tenido ya una franca explicación?

–Sí; la cólera de los primeros días ha pasado, pero queda el pesar.

–¡Pobre Lilia!, exclamó el coronel.

Y al levantar la cabeza, vió que Marcos tenía los ojos llenos de lágrimas.



Ivelina subió al break, y entonces parecióle al coronel que miraba hacia su ventana (pág. 300)

XII

El señor de Francœur había dejado el lecho, y todos los días bajaba al jardín.

Era á principios de octubre, y las hojas de los árboles comenzaban á tomar un color amarillento; las tardes eran melancólicas al declinar; siguiéronse días lluviosos, durante los cuales soplaban algunas veces tibias brisas, y de la tierra exhalábase cierto olor de humedad. El Sr. de Francœur sentía ahora la languidez de las cosas más que antes.

Sus penas tenían para él cierto encanto y ternura como cuando uno se lamenta de sí mismo; meditaba en su decadencia, en su próxima vejez; y por eso la presencia de Juana y Pepita inspirábanle dulces sentimientos: vislumbraba ya su futuro género de vida, después de tomar su retiro, viviendo en compañía de Marcos y de Lilia y halagado por las caricias de sus niñas.

Pero entretanto, pensaba en el día en que saldría del castillo para volver á incorporarse con su regimiento, y mentalmente entraba en Verdun y en la gran casa fría. La disciplina militar le preocupaba de nuevo; y confesábase con un suspiro que vería el término de su licencia sin sentirlo. Todos los detalles de su vida olvidada acosábanle de nuevo, y al ver pasar delante de sí á *Poiton* y *Coralia*, conducidos de la brida por el ordenanza, representábase el campo de maniobras, las revistas y aquellas mañanas en que iba al trote al cuartel á la hora de la orden.

En aquellos recuerdos no se mezclaba el de Ivelina; habíase desvanecido como una sombra.

Pero algunas veces, por el contrario, la imagen de la joven reaparecía de repente por confusas sugestiones: evocábala algún perfume, cualquiera expresión femenina en el rostro de Lilia, ó bien el aroma del jardín en que la encontró. Representábasela con su ligero vestido, y entonces procuraba apartarla de sí moviendo los hombros, como hombre que sacude una pena; mas á pesar suyo, volvía durante su reposo, y tenía ensueños de felicidad ó voluptuosos, que se desvanecían con la aurora, dejándole meditabundo.

Sin embargo, no echaba de menos más que su hermosa juventud ya pasada, y todos los días resignábase virilmente un poco más.

XIII

Eran las cinco de la tarde: el Sr. de Francœur, los Fabvier, Juana y Pepita estaban en el terrado, en un rincón en que los rayos oblicuos del sol, reflejándose en los vidrios de los invernaderos, conservaban todavía un poco de calor.

Pepita hacía muy paciente pastelillos con la arena húmeda; Juana acababa de formar unos collares con esas florecitas sonrosadas que se enfilan unas sobre otras, y muy contenta, púsolas sobre la cabeza de Tigiale, que dormía á los pies de su amo.

–¡Tío, exclamó, mira qué bien le está!

El coronel sonrió y también los Fabvier; la señora hacía una labor de ganchito, con esa práctica que suple á la cortedad de la vista, y el marido permanecía ocioso con las manos cruzadas, blancas y demacradas.

Siguióse un profundo silencio, volviendo cada cual á sus preocupaciones. Lilia había ido á cortar flores en el centro del jardín, donde Marcos acababa de reunirse con ella bruscamente, cual si hubiese adoptado de pronto un partido. No volvían, y esto infundió esperanza á los Fabvier y al coronel, por más que no se hubieron dicho la menor cosa ni cambiado una mirada; pero se comprendían. Y si se esperaban era porque conocían la bondad de Lilia; mas al reflexionar sobre su dolor y la injusticia del ultraje que había sufrido, casi dudaban que perdonase. La vista de los niños les consolaba y tranquilizábales: aquellos inocentes no debían pagar las culpas de los otros.

El sol descendía al ocaso y con él parecía difundirse la calma, flotante en átomos luminosos sobre la tierra. Aquel día de otoño, hermoso entre los últimos, hacía pensar en otro tiempo menos agradable, en los próximos días tristes, en los fríos del invierno. Y saboreando aquel esplendor declinante del día, no era posible adormecer la conciencia, inquieta de lo que tenía de efímero é ilusorio. Despertaba en el corazón de los Fabvier, y por una analogía de circunstancias también en el del Sr. Francœur, una dulce calma mezclada de sentimiento doloroso por la vida que pasó, por las penas que se olvidan, y por la muerte que se acerca con lento paso.

–¡Veo el vestido de mamá!, exclamó de repente Juana.

Una mancha de color gris detrás de las espesuras, bastante lejos, iba y venía con cierta gracia; al fin se acercó, y vióse á Marcos y á Lilia volver muy despacio, pero aún medio ocultos por algunos arbolillos.

Las miradas de la señora de Fabvier y del coronel se encontraron, expresando la esperanza; el Sr. de Fabvier, con la vista fija en los campos dorados por los reflejos del sol y en los lejanos bosques que el orbe rojizo del astro del día alcanzaba ya, permanecía inmóvil y meditabundo, como si no hubiese oído nada. El calor se retiraba de la tierra á medida que el sol desaparecía, absorbiendo la última vida y la suprema belleza; después no se vería ya nada, y por eso cierto malestar y una impaciencia inexplicable hacían desear al Sr. de Franc ur que Lilia y Marcos se presentasen antes que la sombra lo invadiese todo.

–¡Ya están ahí!, dijo la señora de Fabvier.

Su marido volvió la cabeza; Pepita dejó de hacer sus pasteles de tierra y Juana sus collares de flores, y el señor de Franc ur se levantó instintivamente: Marcos y Lilia avanzaban, hablando en voz baja; ella cogida de su brazo, dulce y resignada, y él enternecido y sincero. Lilia había llorado, pero sonrió al ver á los suyos y abrazó á su madre.

Las niñas se habían arrojado en brazos de Marcos; y aquel tierno silencio, durante el cual los demás se abrazaban, fué grato para el corazón de los ancianos y del señor de Franc ur, que inclinándose sobre Tigiale para ocultar su emoción, acaricióle cariñosamente.

–¡Hermosa puesta de sol!, dijo al fin Marcos con voz conmovida.

Todo el mundo miró: el globo de fuego desaparecía ya en sus tres cuartas partes del horizonte; Lilia le siguió con la mirada largo tiempo, con la expresión



de la mujer que después de las traiciones del corazón comprende que el amor se va y que llega el otoño de la vida. También el Sr. de Francœur estaba triste, pero tranquilo ante aquel hermoso sol poniente, y el silencio de los Fabvier rebosaba de elocuencia.

Solamente las niñas, con un reflejo de luz en sus hermosos ojos vagos, sonreían sin comprender.

El astro se extinguió.

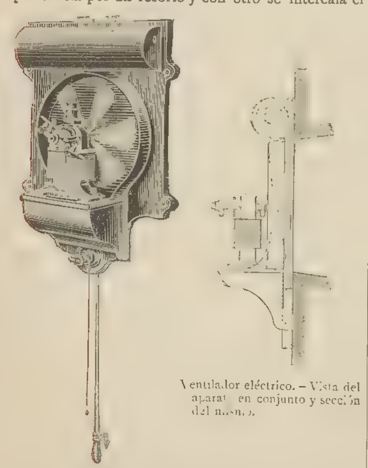
–¡Ya se fué!, exclamó Pepita, ya se fué el sol. ¿Adónde ha ido, mamá?

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

VENTILADOR ELÉCTRICO

La Sociedad general de Electricidad de Berlín ha enriquecido el arsenal de sus aparatos con el ingenioso ventilador, representado en los siguientes grabados, y con el cual se allanan las dificultades mecánicas que ofrece la instalación de la ventilación artificial. Se puede aplicar dondequiera que haya comunicaciones eléctricas y se intercala en el lugar de una lámpara de incandescencia. El ventilador consta de un pequeño electromotor que hace girar un molinete colocado delante de una abertura del muro. Esta abertura está de ordinario cerrada por una portezuela que se arrolla en la parte superior. Cuando se quiere establecer la ventilación se levanta la portezuela por un resorte y con otro se intercala el



Ventilador eléctrico. – Vista del aparato en conjunto y sección del mismo.

electromotor. Inmediatamente se pone en movimiento el molinete y expulsa el aire viciado de la habitación. La velocidad se puede regular por medio de una lámpara de incandescencia. El entretenimiento es muy económico.

***

EL MARFIL EN ÁFRICA

Si se consultan los relatos de los exploradores que han recorrido el centro del Africa, pronto se echa de ver que los artículos de comercio interior figuran en muy reducido número, por lo menos los que se refieren al de exportación, y se advierte además que, aparte el polvo de oro en ciertas regiones, las partidas de esclavos, á veces el caucho y el karite, lo que constituye el principal objeto de cambio para las caravanas es el marfil. Verdad es que tiene la preciosa ventaja de que en reducido volumen presenta gran valor, siendo además muy fácil asegurar su transporte por medio de esclavos; combinación excelente, por cuanto una de las dos mercancías sirve para acarrear la otra.

Puede decirse que los negros del centro de Africa casi no viven sino de y por el elefante; cuando uno de los cazadores de la tribu ha podido matar uno de esos paquidermos con armas tan primitivas como la flecha y la azagaya, la aldea está de fiesta y de jolgorio; descuartízase al animal, la carne se distribuye entre los habitantes del lugar y se ponen aparte los colmillos hasta que acierte á pasar por allí uno de los traficantes árabes que recorren el continente negro para formar los elementos de una caravana.

Mucho tiempo hace que se usa el marfil, pareciendo verosímil que los fenicios fueron los que lo introdujeron en Grecia. De allí pasó á Italia y los romanos lo usaron siempre. Esta materia ha sido en todas épocas muy apreciada, lo mismo en la Edad media que en el Renacimiento, período durante el cual muchos artistas de gran mérito se dedicaban á la escultura en marfil.

Hoy esta substancia se emplea, no solamente como objeto de lujo, sino también como materia excelente para la construcción de gran número de instrumentos de precisión. Así es que el pedido de marfil para los diferentes mercados aumenta diariamente, á la vez que disminuye el número de elefantes, y que el precio de tan útil artículo crece en proporción extraordinaria. No es, pues, extraño que el Estado del Congo realice ganancias bastante crecidas en su comercio especial de marfil.

El elevado precio de los colmillos de elefante fué causa de que, cuando el explorador Stanley emprendió su expedición en busca de Emin-Bajá, quiso reunir á su regreso una importante caravana portadora de dichos colmillos; y nadie tampoco ignora que el mismo Emin, al volver á Africa en 1890, reunió en su reciente viaje al Victoria Nyanza una cantidad enorme de marfil y formó un convoy de mozos que llevó á la costa este cargamento, el cual pesaba 7.805 libras y representaba un valor de 125.000 pesetas.

No se saca marfil exclusivamente del Africa, pues hay cuatro distintas clases de esta materia. La primera es el marfil *de Guinea* ó *del Gabón*, que es el mismo que el de Angola; con el tiempo se pone ligeramente blanco, y es un poco verdoso, por lo cual se le llama *marfil verde*. Conócese además el marfil llamado *del Cabo*, algo amarillento mate. Luego el marfil *de la India* ó *de Siam*, sumamente escaso y muy blanco, pero blanco sonrosado. La última clase es el marfil *fósil de Siberia*, procedente de los mamuts fósiles helados que se encuentran en aquel país, y por consiguiente muy raro.

Estas son más bien designaciones ó calificativos comerciales; pero la verdad es que el mejor marfil es el de Africa, mucho mejor que el común de la India, y que los colmillos de elefante de la costa occidental del continente negro son más bonitos, menos macizos y más transparentes que los de la oriental. Afírmase también que los inteligentes pueden decir fácilmente, á la simple vista de un colmillo, en qué parte de Africa vivía el animal á quien perteneció, si en la occidental ó en la oriental, al Norte ó al Sur del Ecuador. El marfil de la parte septentrional de la región en que habita el elefante es más tosco y tiene menos valor; cuanto más elevada y seca es una comarca, menos fino es el marfil; la finura y la transparencia aumentan con el calor y la humedad.

A consecuencia de la caza constante que se da al elefante, se mata á estos animales cuando son todavía jóvenes, y hoy no se encuentran ya colmillos tan hermosos como en otro tiempo. Antes, el peso medio de un buen colmillo variaba entre 50 y 75 kilogramos, y en los relatos de viaje se habla con frecuencia de colmillos que pesaban hasta 150 kilogramos. Sin remontarnos á épocas muy lejanas, podemos citar una casa americana que vendió un colmillo de 400 kilogramos, de nueve pies y medio ingleses y de ocho pulgadas de diámetro: en el Catálogo de la Exposición de 1851 se menciona una *barra* de marfil de tres metros de largo.

En la actualidad un colmillo que pese 35 kilogramos se considera como una pieza magnífica, y según dice M. Westendarp, que ha debido examinar un millón de colmillos en diez y seis años, no ha visto jamás uno que pesara más de 94 kilogramos.

Los colmillos procedentes de Angola pesan unos 35 kilogramos, los del Cabo y de Natal de 50 á 55, los de Coart Castle y de Lagos no pasan de 60. El precio oscila entre 1.400 y 1.700 pesetas los 100 kilogramos, pero con fuertes variaciones, puesto que en 1890 se ha vendido un colmillo de primera calidad á 1.637 pesetas los 100 kilos.

Calcúlase que de 1879 á 1883 la exportación media anual de marfil africano ha sido de 848 toneladas, 564 de la occidental, con un valor de 18 á 22 millones.

El principal mercado de marfil es Liverpool. Según una estadística que data ya de algunos años, llegan á la Gran Bretaña 650 toneladas de marfil, sólo los fabricantes de cuchillos de Sheffield consumen 200. También hay en Amberes un mercado de cierta importancia, al que llega un centenar de toneladas anuales.

La cifra de la exportación del marfil africano supone que se matan anualmente por lo menos 65.000 elefantes, así es que van despoblándose de ellos los bosques de aquel continente. Como consecuencia de esto, se hace ya marfil artificial de varias clases: ora es marfil vegetal ó simiente de tagua del Perú, ora madera inyectada de cloruro de cal, huesos de carnero que se maceran con retales de pieles blancas, pasta de papel en gelatina, celuloide, caucho, etc. Con este objeto se utilizan también tubérculos de patatas; en fin, hoy se pretende hacer marfil tratando la *leche* con ciertos reactivos.

En estas imitaciones se ha llegado á tal perfección que burla las precauciones de los más inteligentes. De todos modos, dado el precio que alcanza el marfil, sería muy conveniente establecer granjas de cría de elefantes, cosa práctica desde todos los puntos de vista. Sabido es que en la India se conserva y aún se cría en domesticidad gran número de elefantes; tenemos además el ejemplo de los cotos de avestruces, aves de las que se sacan plumas excelentes. Pues del mismo modo, los elefantes cautivos podrían proporcionar marfil, de calidad inferior sin duda, pero en gran cantidad.

***

ESQUILADORA DE AIRE COMPRIMIDO



Esquiladora australiana de aire comprimido

El esquileo mecánico de los carneros tiene gran interés industrial, sobre todo en Australia; no es por tanto de extrañar que los aparatos propios para esta operación hayan dado lugar á muchos estudios y á no pocos trabajos. De aquí que hayan aparecido sucesivamente varias clases de esquiladoras movidas por correas, cuerdas, engranajes, etc.

El aparato que vamos á describir constituye un notable perfeccionamiento de los antiguos sistemas: funciona por medio del aire comprimido. El modo

de producir y de regularizar la presión del aire que pone en acción las esquiladoras no ofrece ningún interés especial, por lo cual nos limitaremos á descri bir la esquiladora en sí, representada en los grabados de esta página y la anterior.

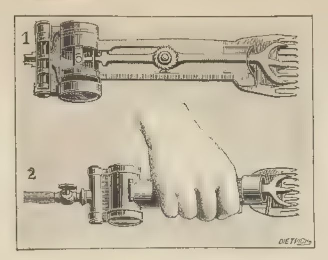
Este aparato, que figuraba en la última Exposición de Agricultura organizada en Doncaster por la Sociedad real de Agricultura de Londres, lo expuso la *Australian Shearer Company* de Sydney, y ha sido inventado por Michael Ford.

Compónese la esquiladora de un motor de aire comprimido que, por medio de una válvula que actúa como una caja de distribución de vapor, recibe un movimiento alternativo. Este doble émbolo hace funcionar una palanca cuya extremidad opuesta lleva el cuchillo de tres dientes, animado así de un rápido movimiento de ida y vuelta.

El modo de funcionar este aparato es muy parecido al de las maquinillas de cortar el cabello de que hoy se hace tan frecuente uso en muchas peluquerías.

Gracias al empleo del aire comprimido como fuerza motriz, el movimiento del aparato se efectúa con suma rapidez, y el esquilador no tiene que hacer otra cosa sino pasarlo sobre el cuerpo del animal, operación fácil á causa de la flexibilidad de los tubos que llevan el aire comprimido.

Las ventajas de esta herramienta son: menor peligro para el animal que con las tijeras comunes, poco



Detalles de la esquiladora. – 1. Vista interior
2. Aspecto exterior

ó ningún aprendizaje, producción de mayor cantidad de lana de mejor calidad con menos desperdicios, lana más larga y que por lo mismo adquiere mayor precio. Por último, cuando el carnero ha sido esquilado la primera vez con esta máquina, el vellón que le sale da una lana de longitud muy igual en todas las partes del animal.

No nos incumbe hacer aquí la crítica de un sistema puesto ya á prueba y que sigue funcionando diariamente, pero séanos permitido hacer algunas reflexiones sugeridas por la aplicación que acabamos de presentar á nuestros lectores.

En el caso particular, el aire comprimido resuelve bien el problema planteado y difícilmente se concebirá una disposición más sencilla; parécenos, sin embargo, que en el estado actual de nuestros conocimientos, daríamos la preferencia á las esquiladoras movidas por la electricidad por las razones siguientes.

En primer lugar, los motores eléctricos de escasa potencia dan mejor rendimiento que los de aire comprimido y son por lo menos tan sencillos como éstos; en segundo lugar, y esta es la ventaja más importante, con el sistema eléctrico se podría también alumbrar el taller de esquileo durante las operaciones, sin canalización especial, lo que no puede hacerse con el aire comprimido; en tercer lugar, los hilos eléctricos no requieren para su instalación y dirección el lujo de precauciones indicadas en el primer grabado para evitar dobleces ó curvaturas en los tubos de aire; por último, si, como es probable, el taller está instalado en una gran ciudad, con las esquiladoras eléctricas se podría tomar la corriente de una distribución de energía eléctrica, en vez de instalar un material completo de motores y compresores.

Por todas estas razones, no desesperamos de ver figurar algún día las esquiladoras entre las innumerables aplicaciones á que tan fácilmente se presta la electricidad.

(De *La Nature*)



LOS PROHOMBRES DE MI PUEBLO, cuadro de D. Luis Graner

Los que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartín, 61, París ó bien á los Sres. Montaner y Simón, editores, calle de Aragón, 309 y 311, Barcelona

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 16 DE MAYO DE 1892 — NÚM. 542

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

En el próximo número empezaremos á publicar, en la sección de novela ilustrada, la preciosa novela EL FONDO DE UN CORAZÓN, de Marco de Chandplaix, ilustraciones de Emilio Bayard



CORTESÍA, dibujo de H. Vogel

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

En otro tiempo aguardábamos el mes de mayo como un rejuvenecimiento de la naturaleza y como una esperanza del corazón y como un renuevo así de savia en las vegetales fibras como en las venas humanas de sangre caliente, al beso de las tibias auras, y al rayo del sol espléndido, y al eco de los arroyos parleros concertados con el pío de los nidos repletos, entre los primaverales efluvios de vida nueva que suben, como los vapores de un regocijante licor, hasta las alturas del alma. Flores de mayo, aleluyas de regocijo, serenatas de novios, florecimiento de arbustos, aromas de rosas, arpegios de ruiseñor traíannos esperanzas de inmortalidad con sólo mostrarnos que dentro de este universo, donde todo se rehace y renueva, tanto en el tiempo eterno como en el espacio infinito, no puede morir de manera ninguna el alma humana, cuya esencia lo esclarece con etéreas irradiaciones de sus luminosas ideas. A mis ojos el mes de mayo se presenta de suyo así con las espigas en las verdes cañas de trigo; las amapolas encarnadas junto á los amarillos jaramagos; el manzano cubierto de guirnaldas rosáceas cual el albaricoquero de frutas prontas á su madurez; por los naranjales azahar á guisa de perfumadísimo nevasco; so las palmas polen, de vida henchido; las fresas, como corales, entre las hojillas aterciopeladas; las luciérnagas al borde de los arroyuelos y las mariposas sobre los ramilletes de las florestas; el seto de granados y de nopales en flor alrededor de las viñas con sus festones de pámpanos recién venidos; en los altares la Virgen Madre rodeada de ramos, y entre los festejos litúrgicos la feliz Ascensión de nuestro Señor á los cielos incensado por todos los aromas juntos, y la bendición de los campos cumplida entre letanías de amor y esperanza por cruces compuestas de olientes y fresquísimas rosas. ¿Quién había de decirnos que tal mes pudiera trocarse nunca en mes de angustia y que debiéramos con recelo aguardarlo, escuchando en vez de las escalas del gorjeo universal, esos estallidos secos de la dinamita que hielan de terror á las poblaciones de mentadas? Pues tal fenómeno producen los alientos dados por escuelas de sofistas y gobiernos de césares á una tan dañosa neurosis como la que alimentan los trabajadores pidiendo al gobierno y á las leyes designaciones oficiales de las horas de trabajo, después que sacrificios innúmeros ha consumado la humanidad para que pudiesen disponer los infelices de su tiempo y de sus brazos por virtud de sus derechos individuales en el seno de una sociedad compuesta y sostenida por las misteriosas afinidades generadas en el sacrosanto principio de la humana libertad. Así yo creo de mi deber decirle al pueblo trabajador de todas las maneras y todos los días, cuán equivocado anda, si libra sus progresos posibles á ideas tan reaccionarias como las contenidas en los sistemas comunistas, que se reducen á rehacer un imperio asiático, en cuya cumbre relampaguee un César Pontífice y á cuyos pies vegete una tribu comunista. Los escritores liberales tienen la obligación de recordar al elemento social de abajo cómo yerra en sus utopias, á la manera que le dijeran en tiempos de tiranía sin rebozo al elemento social de arriba cómo pecaba contra la humanidad y contra Dios con sus protervos privilegios. Y los gobiernos tan culpados de la triste agitación socialista imperante se hallan en el caso de recordar á los jornaleros hasta dónde pueden llegar las facultades propias del Estado en pro suyo, y no exacerbarlos ni enardecerlos con aparatosas juntas de reformas sociales inútiles y proyectos de leyes baldíos, cuando no dañosos y contraproducentes. Yo cumplo con toda fidelidad el deber que me atañe; yo le digo á las clases de abajo cómo no pueden esperar de arriba nada más que los respetos debidos al derecho; pues el socialismo, tan aupado ahora, contradice por completo la naturaleza humana y hiere todos los intereses públicos en general, pero con particular especialidad los intereses populares.

II

El socialismo tendrá podrida siempre la raíz, porque prescinde completamente de la naturaleza humana, y radica en su falsificación manifiesta ó en su desconocimiento. Las armonías en los fines colectivos jamás podrían concertarse de ningún modo sin la diferencia y diversidad patente de aptitudes. Y la diversidad de aptitudes trae consigo la diferente intensidad en el trabajo, y la diferente intensidad en el trabajo trae consigo la diferencia y la diversidad en los premios. Indudablemente no habría ciencia, si no pudiera recoger y sistematizar los elementos universales de las ideas y de las cosas; como no habría justicia, si no pudiera recoger y sistematizar los principios fundamentales del derecho. Pero así como las ciencias anatómicas no podrían existir ni dar leyes generales si quisieran apreciar lo que hay de diverso en los esqueletos, unos pequeños y otros grandes, éstos más sólidos que aquéllos, varios y con muchas excepciones, pero todos idénticos en lo fundamental; ¡oh! la justicia no podría existir si en vez de fundarse sobre lo que hay de común en el derecho, buscara lo que hay de diverso en las inclinaciones y en las aptitudes. Identidad de recompensas, identidad de pagos, identidad de premios, ¡qué locura! Si no estamos acordes ni siquiera en lo que sea recompensa y premio, ¿cómo lo estaríamos en sus precios y en la distribución de estos precios? Para unos está el premio en la gloria, para otros en el dinero. Hay quien, muy rico, recoge las colillas, y quien, muy pobre, os apedrea con la mayor facilidad á onzas de oro. El imprevisor no puede allegar la tranquilidad en el discurso de su vida y las economías en el número de sus intereses á que llega un previsor y ahorrativo. Se dan gentes capaces de convertir, como el rey Midas, las piedras en oro, y gentes capaces de tener á su lado el río Pactolo y no verlo ni oirlo. Luego excuso traer á las mientes cómo se diferencian los buenos de los viciosos, el económico de quien dispendia en juegos y borracheras todos sus intereses. El socialismo suprime la humana responsabilidad, y atribuye á la pésima organización de las sociedades humanas desgracias en parte fatales ó desgracias en parte voluntarias y conscientes, hechuras legítimas del propio particular albedrío. Si una sociedad tiene la obligación de remediar la diferencia de fortuna, también tendrá obligación de remediar la diferencia entre un gimnasta y un tullido; entre un pintor y un ciego, entre un forzudo y un enteco, entre un sordo y un músico, entre un orador y un tartamudo. La voluntad toma tal parte activa en labrar la propia fortuna, que, si tuviéramos una estadística, veríamos cómo la principal parte de los banqueros europeos han comenzado por pobres, y cómo una gran parte de los pobres hanse precipitado en el abismo de la miseria desde los altos montes donde campean las aristocracias y las grandezas y las clases depositarias en otro tiempo de la riqueza y de la potencia social. Mientras no hagáis la naturaleza humana completamente de nuevo, no introduciréis las ideas socialistas, ni en las instituciones ni en las costumbres. Decidme: ¿qué le dejáis á la naturaleza humana, cuál premio, si le suprimís el capital? ¿Quién trabajará, si no puede ganar; ni ganará, si no puede ahorrar; ni ahorrará, si no puede capitalizar; ni capitalizará, si no puede disponer de tamaño capital á su antojo? Quitar el capital para prosperar el trabajo en la economía general, equivale á quitar el Océano para prosperar la humedad en el suelo y la lluvia en lo alto. Será el capital todo lo malo que se os antoje, como será el Océano todo lo amargo y todo lo acerbo que os diga vuestro gusto. Pero si quitarais el mar, ya no habría recipiente que guardara las aguas destiladas del planeta, ni laboratorio que produjese las lluvias del cielo; como si quitarais el capital, no tendría dónde ir ni de qué mantenerse tampoco el vivificante trabajo.

III

La idea de propiedad es una idea connatural á nuestra especie. No queremos en realidad sino aquello que nos apropiamos con plenitud. Decimos mi Dios, mi amor, mi madre, mi patria, mi religión, dando así á los afectos más altos y más tiernos la forma y la organización de propiedad. Si le quitáis á ésta los caracteres de propia, procedéis con ella cual procedían nuestros honrados abuelos con los bienes mostrencos. Si no tenéis el placer moral de transmitirla después de vuestra muerte á vuestros hijos, ¿para qué trabajar en tiempo tan limitado como la vida humana y con tan cortas necesidades como las necesidades individuales? El animal trabaja para sí, mas el hombre trabaja para sus generaciones y para lo porvenir. Casualmente una de las mayores pruebas de su inmortalidad se cifra, la mayor acaso, en el afán con que apercibe tiempos en los cuales no vivirá; con que anticipa goces entre cuyo saboreo y su persona se levantan el sepulcro y la muerte; con que ama generaciones que acaso no se acuerden de su nombre; con que se sobrevive á sí mismo y prepara para lo suyo, para lo que ha granjeado y recibido, en la herencia, una relativa eternidad. El testamento significa la comunicación de unas generaciones con otras. El dios Término, el seto de la propiedad individual, la piedra del campo, servirán eternamente de base á la piedra del hogar, á la losa del sepulcro, á las aras del altar, á la existencia del Estado. Y lo que digo de la propiedad, dígolo de la concurrencia. Será todo lo mala que quiera el socialismo; asemejaráse á las leyes físicas en lo fatal; tendrá puntos de contacto con la guerra en lo asoladora; nos confundirá con las especies inferiores, quienes batallan entre sí en círculos concéntricos de odio y exterminio; hará de nosotros el hambriento lobo que se come á las ovejas, ó el tigre que despedaza las jirafas, ó el milano que coge palpitante la paloma blanca inocentísima y se la engulle voraz cuando no ha hecho mal á nadie; pero así como no podéis evitar las batallas vitales, ni que unos seres vivan de la destrucción de otros seres; como no podéis evitar que vuestro nacimiento haya costado lágrimas y dolores al ser más querido, á la madre; que los males, de nuestra contingencia propios, adoloren el cuerpo, y los desengaños el alma; como no podéis evitar que la muerte con su eterno silencio y su frialdad eterna corone y remate por medio de un enigma indecible y de un abismo insondable vuestra vida, no podéis evitar que donde no hay competencia, no haya producto; que donde no hay emulación vivaz, no haya ni arte ni ciencia; que donde no hay dolor, ni pena, ni fatiga, no haya trabajo creador; lo cual se os ha demostrado paladinamente con aquellos esenios y ebionistas que no han dejado una huella de su paso por el desierto; con aquellos hermanos de Moravia que se han petrificado cual especies fósiles en su organismo antihumano; con aquellos gobiernos conventuales de los jesuítas y del doctor Francia, que han llevado la barbarie, la ignorancia, la esclavitud á territorios edénicos, cual ese Paraguay, cuyo atraso manchó las constelaciones brillantes de las Repúblicas americanas, en demostración de que hasta la tierra más vívida y más bella se afea y se corrompe y se inficiona de ponzoñas múltiples, y da la esclavitud y la barbarie, si no la fecunda un trabajo, fecundo á su vez por las porfías y por las luchas que trae consigo la humana libertad.

IV

Pero nunca los utopistas podrán entregarse y rendirse á estas consideraciones, cuya verdad tocarán en su experiencia, sin verla con el propio entendimiento. Por algunos años tendremos numerosas manifestaciones, mientras el tiempo no las desconcierte, como desconcertó ayer la solidaridad de intereses y la uniformidad de salarios imaginados por la grande asociación internacional de trabajadores. Sí: al ver los jornaleros su ineficacia, se acabarán las manifestaciones anuales. Disminuirán al influjo de la libertad, como disminuyó el número de los cartistas, que tanto miedo metían en Inglaterra medio siglo hace, al influjo de las reformas electorales. Por eso el socialismo decrece á medida que crece la libertad. No tiene poder alguno en América é Inglaterra. Donde más asusta es allí donde menos habla, en Rusia. Tras Rusia viene Alemania. Como la sombra del manzanillo tropical produce la muerte, produce la utopia el imperio cesarista. En Suiza, donde la libertad y el sufragio universal aseguran la paz y el progreso pacífico indispensables á los ciudadanos, el socialismo está representado por extranjeros; mientras en Bélgica va creciendo por la carencia del sufragio universal y por el arraigo de las supersticiones reaccionarias. Entre nosotros apenas pasa de comarcas, como la campiña jerezana, donde no alcanza la fuerza y el número que antaño, y en todas partes dimana de los armamentos excesivos y de los tributos gravosos que arrancan el pan de la boca de los pobres y extirpan la producción en sus raíces. Relaciones mercantiles amplias, desarme universal inmediato, rebaja en los consumos gradual, aplicaciones de la libre actividad y del derecho de asociación á prosperar las coparticipaciones del salario en los provechos y á la cooperación voluntaria por todos al trabajo de cada uno, prosperarían la suerte del pueblo más que teorías tan descabelladas como el colectivismo y procesiones tan baldías como las del primero de mayo. ¡Dios lo quiera!

Madrid, 6 de mayo de 1892

LA GRAN GUERRA DE 1892

UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

SE SALVA PARÍS

DERROTA Y RETIRADA DE LOS ALEMANES

(De un corresponsal de París.)

París, 28 *junio*

La situación parece inexplicable, el enemigo está á las puertas; las avanzadas han debido retirarse, y dícese que dos fuertes acaban de rendirse. Durante todo el día se ha visto entrar en París una larga procesión de vehículos, cargados de todos los efectos de mobiliario imaginables y seguidos de una multitud de ciudadanos desconsolados, que llegaban por todos los puentes útiles. El Bosque de Boulogne es un inmenso campamento, y cada árbol de los bulevares sirve de refugio á una de las familias que llegan. Se ha murmurado mucho sobre la intervención del Gobierno respecto á los generales, y asegúrase que la diversidad de consejos y el hecho de haberse negado aquél á dar carta blanca al general Saussier en sus operaciones es lo que ha conducido á las derrotas sufridas en Bélgica. Según costumbre, una considerable multitud se ha reunido esta mañana ante las Tullerías, pidiendo á gritos la deposición del presidente, y anúnciase que dos empleados del Gobierno han sido maltratados; pero la demostración, debida sin duda á los *provocadores alemanes*, se ha interrumpido muy pronto cuando dos escuadrones de la guardia republicana han avanzado al trote por el bulevar.

La ejecución de los siete jefes anarquistas, que se efectuó tres días hace, parece haber producido el más saludable efecto. He tenido una entrevista con el secretario particular de Mr. Freycinet, y al parecer no le ha inquietado el estampido del cañón alemán más allá del río. Al oir mis observaciones sobre la gravedad de la situación, me contestó con una sonrisa que, si bien Nueva York y Filadelfia estuvieron ocupadas una vez por el enemigo, no por eso dejó de ser un hecho consumado la revolución americana Cuando estábamos hablando pasó el carruaje del presidente á toda prisa, y pude ver bien al ciudadano que desempeña el envidiable cargo de primer magistrado de la República. No revelaba su rostro señales de inquietud, y hasta creo que la sonrisa que entreabría sus labios electrizó á la multitud, pues jamás había oído tan atronadores aplausos como los que le saludaron al pasar.

La misma expresión de confianza se nota en todos los ministros que he encontrado hoy. Solamente el porvenir podrá decirnos si hay algo que justifique esta actitud; mas por el pronto debo convenir en que, á pesar de la derrota de Machault, del rápido avance de los alemanes sobre la capital y de la ocupación de Rheims, el espíritu de la nación francesa no está nada abatido. Mis amigos militares aseguran que en Machault fueron batidos por fuerzas muy superiores en número. Dicen también que el movimiento en Bélgica se efectuó tan sólo con objeto de hacer una demostración, y que el jefe se excedió en sus atribuciones al librar una verdadera batalla contra un enemigo cuyas fuerzas eran mucho más considerables. En cuanto á la toma de Rheims, guardan obstinado silencio, y la noticia de haber sido destrozadas dos divisiones cerca de Bar-le Duc se acoge con sonrisa de incredulidad. Aunque admitiendo que muchos heridos se hallan en poder de los alemanes, uno de los ayudantes del general Saussier observó que esto no sería dificultad para hacer una corta visita al Rhin, y añadió: *¡Veremos lo que veremos!*

Junio, 29 *(á las seis de la mañana)*

Ahora vamos viendo que la sonrisa del presidente de la República tenía su razón de ser. París se ha salvado tan dramáticamente como Andrómeda, siendo el general Negrier el Perseo. A eso de las dos de la madrugada de una tranquila noche de verano se ha interrumpido de pronto el silencio; dominando el ruido de los carros y furgones que pasaban por los bulevares, percibíanse sonidos inequívocos, algo como el sordo rumor de la batalla, y el horizonte oriental parecía iluminado por las luces del Norte. Los brillantes focos de las lámparas eléctricas de los fuertes fulguraban á través de la obscuridad, y más allá oíase de continuo el ronco estruendo de la fusilería. Montado en un buen caballo, corrí á la puerta de



...1892.—La caballería francesa cargando contra la infantería prusiana

Saint-Mandé, mas no pude pasar de allí, pues con mucho acierto habíase dado la orden de mantener el camino despejado para el caso de que las tropas debieran emprender la retirada, y por otra parte los carros de municiones y las ambulancias interceptaban el paso á los curiosos. El alto parapeto del antiguo recinto estaba ocupado por ansiosa muchedumbre, que trataba de penetrar la obscuridad con sus miradas, inmóvil y silenciosa. De vez en cuando, el estrépito de la batalla parecía acercarse más; tal vez se debiese esta circunstancia á un cambio en la dirección del viento; pero las exclamaciones mal reprimidas de la multitud y sus impulsos contenidos demostraban claramente su excitación. Después se guíase una breve calma, y á poco renovábase el estruendo, pero más lejos que antes, cada vez más lejos, hasta que al fin parecíónos distinguir sonidos de clarines y de redoble de tambores, que la brisa llevaba hasta nosotros, acompañados de un clamoreo inmenso, muy semejante á un largo grito de triunfo. ¿Quién había vencido? No lo sabíamos á punto fijo; pero la multitud que allí estaba respiró más libremente, como si no dudara de ello. Al amanecer vimos llegar al galope, en dirección á la puerta de Saint-Mandé, un oficial de estado mayor, que llegaba del campo de batalla, y entonces supimos que la guarnición de París había derrotado completamente al enemigo, confiado en demasía, y que las pruebas del año anterior en operaciones ofensivas durante la noche alrededor de la capital, habían dado todos sus frutos. Mientras escribo estas líneas llegan las ambulancias una tras otra, y seguidas de largas columnas de prisioneros alemanes, sucios, con los pies llagados y ennegrecidos por la pólvora, lo cual indica hasta qué punto ha sido empeñada la lucha y completa la victoria.

(Ultima hora.)

He tenido oportunidad de hablar con algunos de los prisioneros alemanes: uno de ellos, persona á quien he conocido en Wáshington y Boston, dice que las tropas estaban extenuadas por el excesivo trabajo de los días anteriores, y creyendo que los franceses estaban acobardados, quedaron sorprendidos por el repentino ataque del general Negrier. Censura la imprudencia de los jefes en su empeño de avanzar sobre París, teniendo aún considerables ejércitos en el campo que flanqueaban sus comunicaciones. Parece que antes del ataque se había recibido noticia de que acababan de sufrir un gran desastre los tres cuerpos de ejército cerca de Bar-le-Duc, y esto fué la cabeza de Medusa que paralizó el vigor de resistencia de los alemanes. Todos los prisioneros repiten: «¡Oh! Si estuviese aquí Von Moltke, aunque no fuera más que una hora!» Otro oficial, un bávaro, estaba muy sorprendido por la noticia publicada en los diarios ingleses sobre grandes victorias de los alemanes en el Este: dice que los movimientos de los franceses no eran sino reconocimientos con bastantes fuerzas, que dos veces avanzaron demasiado y que los alemanes sufrieron considerables pérdidas. Se ha exagerado mucho el número de prisioneros que hicieron los alemanes; los más son heridos graves y causa de molestia para sus aprehensores. El oficial bávaro no parece profesar cariño al emperador. Se burla de su «misión divina,» y dice que él y sus compatriotas están cansados del predominio de Prusia.

(A las cuatro de la tarde.)

Los alemanes se han declarado en completa retirada: las fuerzas que anoche amenazaban la capital por el Oeste han sufrido una gran derrota, gracias á la pericia del general Negrier, y París vuelve á ser lo que era. Un individuo del Gobierno me dice que el general Saussier, obrando por consejo de Miribel, había resuelto desde un principio dejar al enemigo que se lanzase al ataque, seguro de que, creyendo los alemanes que las tradiciones de 1870 se repetirían también esta vez, caerían sobre París, con esperanza de acabar la guerra de un solo golpe. El emperador parece haber esperado mucho de las discusiones interiores de Francia; «pero, dice el ministro, cuando los aristócratas condescendieron, aviniéndose á ser republicanos, Francia volvió á ser una nación. En 1870 teníamos federales y confederados, imperialistas y radicales; mas hoy, las diferencias políticas significan tan poco como en América.»

Avance del general Galliffet á la vista del enemigo

(De un corresponsal americano que va con el ejército francés.)

Chaumont, 29 junio (á las diez de la noche)

Al fin se levantó la retención impuesta á toda la correspondencia desde el 30 de mayo, y los corresponsales pueden enviar libremente sus telegramas sin restricción en cuanto al asunto ó al número. Desde el 25 de mayo hasta diez días hace, el magnífico ejército del general Galliffet ha permanecido quieto en su campamento fortificado de Langres, Epinal y Belfort, y hasta nuestra caballería no ha tenido más ocupación que practicar algunos reconocimientos por el Norte, el Este y el Oeste. Los alemanes, aunque según se dice cuentan con fuerzas considerables en las inmediaciones de Bar-le-Duc, no han intentado nada.

Sorprende ver con qué paciencia los soldados franceses sufren esta inactividad pasajera; pero todos tienen la mayor confianza en el héroe de Sedán, jefe de mucha inteligencia. Sin embargo, los franceses son por naturaleza inquietos, y la disciplina pasó por una ruda prueba cuando trascendió el rumor de que los alemanes avanzaban sobre París. No obstante, el general Galliffet, gracias á sus acertadas órdenes del día, manifestando el error de los alemanes al avanzar sin haber asegurado antes sus comunicaciones y á la oportunidad en aumentar las fortificaciones de la capital, no apeló en vano á la inteligencia militar del ejército.

Como quiera que sea, el vehemente y unánime deseo de las tropas de llegar pronto á las manos con sus detestados enemigos fué casi irresistible el día 20 de junio, y con dificultad hubiera podido el general retardar el movimiento para otro día.

Mucho antes de amanecer el día 20 la marcha comenzó, y por espacio de una semana se vieron avanzar por los magníficos caminos que se prolongan á través del fértil país al Oeste del Mosela las largas columnas, cuyos hombres todos mostrábanse impacientes en su afán de comenzar la batalla. Gracias á la buena marcha de la infantería francesa de hoy día y á la experiencia del estado mayor, el movimiento de 200.000 hombres con más de 700 piezas de artillería es juego de niños. Las marchas son fatigosas y el polvo muy molesto; pero obsérvase el más completo orden y regularidad. Las ambulancias están vacías; y á pesar de su molesto equipo, los tiradores y la infantería ligera, con sus capotes azules y su pantalón rojo, avanzan alegremente, riendo y cantando, sin temor á lo que puede sucederles. Saludábase con aclamaciones al general cuando, activo como el más joven de los subalternos, á pesar de sus sesenta y dos años, pasaba lentamente, montado en su magnífico caballo, por delante de los regimientos.

En la mañana de ayer los destacamentos de caballería llegaron presurosos para anunciar que á la distancia de veinte millas, marchando de frente, los prusianos avanzaban también; y aquella misma noche tuvimos el primer presagio de la tempestad, pues llegaron dos ó tres ambulancias llenas de heridos y media docena de uhlanos prisioneros. Esto bastó para que cesaran los cánticos y las risas; reinó el silencio en las columnas, y á la loca excitación de antes sucedió una expresión grave y resuelta. Los vivaques estuvieron tranquilos aquella noche; los soldados se reunieron en pequeños grupos alrededor de las hogueras, y muchos se ocupaban en limpiar sus carabinas.

Anoche, cuando estaba en mi humilde alojamiento con dos oficiales de estado mayor, en casa del cura de Maison d' Or, recibí un aviso del comandante del batallón de cazadores, que hacía tres días avanzaba con sus fuerzas, diciéndome que podría ir á reunirme con él al día siguiente. No era probable, según me dijeron mis amigos, que los dos ejércitos se encontraran tan pronto, y por lo tanto, tendría tiempo suficiente para llegar.

En su consecuencia, antes del amanecer hallábame yo en un pueblecillo, consistente en media docena de granjas, con graneros y jardines, la iglesia y la taberna. Allí estaba también uno de esos batallones de preferencia del ejército, el de cazadores de á pie, los cuales se jactan de que ninguna caballería podría dejarlos atrás ni hacer nada sin ellos.

El pueblecillo está cerca de un valle, de tres millas de anchura, que se corre de Este á Oeste, con una larga cordillera al Sud y otra al Norte; hay viñedos y patatares, pero sin cercas ni paredes y separados por simples linderas.

Desde la torre de la iglesia, donde hallé á modo de un observatorio bastante alto, con una estrecha ventana, podía ver, á través de la bruma, varios escuadrones de caballería que avanzaban de frente, y detrás del pueblo tres regimientos de dragones, desmontados y junto á sus caballos. Por la parte del Norte oíase á largos intervalos algún tiro, y no tardaron en llegar rápidamente varios mensajeros. Una cosa me llamó mucho la atención, y fué que, á pesar de hallarme yo en medio del pueblo, apenas se veía un cazador, y pasé algún tiempo antes de que descubriese en los huertos varios uniformes azules y á veces un kepis en las ventanas de las granjas.

Encuentro de caballería

Cuando los rayos del sol difundieron más claridad, vi que las pendientes de una loma opuesta, situada á cosa de una milla, se llenaban de grupos de jinetes, los cuales avanzaban al parecer rechazando á nuestros exploradores. Hasta los escuadrones aislados comenzaban á retroceder, y entonces divisé, en la salida de un bosque, una compacta multitud de hombres y caballos y el brillo de varios cañones. La explosión de las primeras bombas hizo entrar nuestra caballería en acción. Dos baterías sepáranse al punto de la retaguardia, y desde un montecillo que hay á la izquierda del pueblo, nuestros cañones contestan muy pronto á la provocación del enemigo. Entonces resuena el clarín, los dragones montan, y precipítanse al galope hacia un repliegue del terreno, que les permite preservarse mejor. El movimiento no ha pasado inadvertido á los exploradores alemanes, que vuelven presurosos á la colina, y á los pocos momentos divísase en el horizonte del Norte una obscura masa de caballería. Los rayos del sol se reflejan en las lanzas; el clarín vuelve á resonar, y nuestros mil ochocientos dragones emprenden su movimiento para ir al encuentro del enemigo. Los regimientos de la retaguardia toman posición á cada flanco, y todos los sables brillan al aire. Los húsares se retiran rápidamente á la izquierda de los cañones, y el campo queda libre para el choque de las opuestas masas. El espectáculo me excita; los rayos del sol se reflejan en los cascos de los franceses, y la obscura masa azul que se ve á una milla de distancia sigue avanzando como la rompiente de un mar tempestuoso. Las lanzas se inclinan todas á la vez; la prolongada línea cambia de dirección; veo á los oficiales volviéndose en sus sillas, al frente de sus escuadrones, señalando al enemigo con sus espadas; dentro de pocos segundos debe producirse el choque; pero de repente observo con espanto á la vez que enojo que los franceses acortan el paso, y antes de que pueda preguntarme la razón, la caballería vuelve grupas y precipítase hasta más allá del pueblo como para ponerse en cobro. Por derecha é izquierda precipítanse escuadrones con frenético ímpetu hacia la mal empedrada calle, y entre el ruido que producen los cascos de los caballos de los escuadrones que huyen resuena el grito de triunfo del enemigo. Con las lanzas bajas, éste ha emprendido la persecución, y aunque la caída de una docena de jinetes interrumpe un momento la simetría, restablécese el orden, mientras que nuestros cañones se alejan siempre con toda la rapidez posible.

Supongo que los franceses están perdidos, á juzgar por la celeridad que llevan sus perseguidores, ansiosos sin duda de botín: una espesa nube de polvo se levanta delante de ellos, pero puedo ver las rubias cabezas de muchos de aquellos hombres, que ríen y gritan para celebrar su triunfo. De repente, el jefe, que así como Scarlett en Balaclava, se había adelantado mucho á sus tropas, se inclina hacia atrás en sus estribos, detiene el caballo en su carrera y levanta los brazos; mientras que el corneta, que se disponía á tocar, no tiene tiempo de acercar la mano á su boca, quedando los dos envueltos en un espantoso fuego de fusilería. Entonces me acordé de los cazadores que había visto en la huerta; los alemanes no podían sospechar su presencia allí, y la sorpresa fué tan completa como espantoso el desastre. Miles y miles de proyectiles penetran fácilmente en las compactas filas que tan orgullosamente avanzan, celebrando su victoria, y alrededor del pueblo sobreviene una escena indescriptible. La matanza es tremenda, y á los pocos momentos los escuadrones que habían pasado tan brillantes y orgullosos retroceden en el mayor desorden, perseguidos de una parte por los dragones y de otra por los húsares. El valle se cubre á derecha é izquierda de una inmensa multitud de jinetes que huyen ó persiguen; mientras que las baterías alemanas de la colina disparan una bomba tras otra, sin distinguir al amigo del enemigo.

Poco tiempo tengo para reflexionar sobre la emboscada que tan hábilmente se ha tendido á los alemanes, porque mi amigo el comandante me envía á llamar, y no puedo hacer más que montar al punto en mi rocinante, al que dejan atrás muy pronto los cazadores que se retiran del pueblo. Los dragones vuelven también, y al mirar al través del valle, tan tranquilo una hora antes, veo los ensangrentados restos de la lucha. Tal fué la primera fase de la batalla del 29 de junio.

Gran victoria de los franceses

No tarda en levantarse el telón para que presenciemos el segundo acto del drama, y por nuestra parte ya están preparados los actores. Desde la cima de la loma á que acabamos de llegar se descubre un pai-



EL EMINENTE COMPOSITOR CARLOS GOUNOD
copia del retrato pintado por Carlos Durán, grabado por C. Baude

saje magnífico: verdes prados que se extienden hacia el río, cuya corriente se desliza entre arbolados por delante de las blancas casas de la ciudad; á trechos bosquecillos de altos álamos, más allá varios viñedos, y el blanco camino, con sus dos líneas de árboles, convertidos ahora en postes telegráficos, que corre en línea recta hacia el puente. A cada lado, formando cuadros en que predominan los colores azul y carmesí, viéndose brillar las bayonetas y cascos, hay un inmenso ejército, y aún siguen llegando largas columnas y cañones que se preparan para la batalla. Sobre la colina que oculta en parte este numeroso ejército á la vista del enemigo que avanza, hay tres baterías que truenan de continuo y hacia las cuales disparan los prusianos sus granadas. Se oye el silbido de la metralla y de los proyectiles, y á nuestro frente observo que los guerrilleros ocupan las pendientes, ocultos entre las viñas y arrodillados. Los cazadores están esparcidos á lo largo de la cima, y no veo en ella más fuerza; pero no puedo creer que el general Galliffet esté dormido. Sobre la ciudad se eleva un gran globo que se mueve graciosamente á impulsos de la brisa, y ahora recuerdo que el general se proponía observar así al enemigo. Si realmente está allí, sin duda verá las obscuras filas de guerrilleros que avanzan lentamente á través de la llanura. Debe saber también que hay al menos seis baterías en acción contra nosotros, y que varios hombres se hallan heridos en medio de las viñas.

Sin embargo, aún no se hace ninguna señal; dos oficiales de estado mayor permanecen junto á los tres álamos de la colina, y una de nuestras baterías retrocede, dejando un cañón atrás; la caballería ha comenzado á moverse más lejos, pero la infantería permanece en su puesto. El enemigo ha hecho alto á 1.200 varas de distancia; avanza su ala desplegada por el valle, y por el movimiento de las carabinas, más aún que por el estruendo de la fusilería, compréndese que hace un nutrido fuego. Llega una batería, y después otra; se ven varios caballos heridos; y después, como obedeciendo á una señal, las líneas alemanas avanzan, dirigiéndose el grueso de las fuerzas hacia nuestra izquierda, donde está el bosque; por la derecha distinguimos otras columnas, que al parecer se adelantan á paso de carga.

Dentro de diez minutos, ó acaso cinco, si los cazadores retroceden, el enemigo ocupará el valle, la ciudad y los puentes, siendo estos últimos lo más importante; pero muy pronto me tranquilizo sobre este punto: la tierra parece retemblar; largas líneas de cañones se precipitan al galope de los caballos por la suave pendiente, levantando nubes de polvo; mientras que las columnas de infantería se acercan á su vez, viéndose otras que van á reforzar la retaguardia. Los confiados alemanes, que se hallan á poco más de mil pasos de distancia, ven de pronto aparecer ante ellos, en el sitio que antes creían desierto, doscientos cañones que rompen el fuego casi simultáneamente.

Un momento después, el estrépido producido por la metralla y las bombas es atronador, y la infantería, colocada entre los grupos de cañones, barre la llanura con su nutrido fuego. La caballería se ha retirado detrás de la colina, y en los viñedos ya no queda nadie, mas por el aire se ven volar las hojas que las balas cortan á cada instante.

Los prusianos se detienen ante aquel ataque, y después retroceden; varias de sus columnas se desordenan bajo el fuego de metralla, desplegándose después en apresurada confusión, y todo esto sin que el más ligero humo de pólvora enturbie la brillantez del sol. En vano se envían nuevas filas de prusianos al frente y la caballería trata de avanzar, pues los numerosos hombres que caen obstruyen el paso. Inténtase reforzar la retaguardia, y los oficiales se esfuerzan para reanimar á sus soldados; pero de pronto desaparecen y ya no se les vuelve á ver. El fuego de los franceses comienza á ser más regular, y hace estragos en el enemigo. De repente veo un grupo que se dirige á la colina; es el general con su estado mayor; está demasiado lejos para oirle, mas observo que Galliffet señala el frente, y que la infantería emprende un movimiento de avance. El enemigo debe tener mucho valor moral, pues á pesar de hallarse diezmado, espera á pie quieto y con arrogante actitud á la infantería que avanza en son de ataque. Detrás van los brillantes coraceros de Francia, para los cuales llega el momento de tomar la más viva parte en la acción. «¡Acordaos de Reichshoffen!,» grita un sargento herido. Y al oir esta voz, la poderosa masa de caballería se lanza al trote á través de la llanura con el ímpetu de una avalancha. Los escuadrones alemanes, ó lo que de ellos queda, adelántanse valerosamente al encuentro de sus antagonistas, para ver si es posible salvar su infantería; pero ya es tarde. A los pocos momentos, los alemanes se diseminan por la llanura en el mayor desorden; los grupos de soldados que se reunen alrededor de sus oficiales son arrollados por los escuadrones; miles de hombres tratan de ganar las alturas; y en el centro, los coraceros arrollan cuanto encuentran á su paso en aquella frenética carga, mientras que en los flancos la artillería hace un fuego terrible que destroza al enemigo.



UNA FIESTA EN EL CAMPO, cuadro de D. José García Ramos

Antes que la caballería francesa volviera para formarse otra vez, encontró nuevas fuerzas de infantería alemana que acudían en auxilio de sus compañeros; pero el ímpetu de la victoria era demasiado poderoso para resistirle, y las tropas de refresco participaron del desastre. Mucho antes de mediodía, el general Galliffet había ocupado el terreno donde se hallaban las avanzadas alemanas al amanecer.

A la caída de la tarde, ambos ejércitos se dieron una tregua como de común acuerdo; hubiérase dicho que algún juez de campo invisible había arrojado su bastón en medio de los combatientes. Los últimos rayos de sol se reflejaron en las columnas francesas en su nueva posición, viéndose el valle ocupado por la infantería.

Eran ya las dos de la madrugada cuando vi al general Galliffet, que había estado solo, observando al enemigo con expresión impaciente y á quien yo encontré ya más tranquilo. De repente pidió el caballo á su ordenanza, y en el mismo instante vi que la infantería alemana se ponía en movimiento. Nuestra línea de infantería se halla á varios centenares de varas detrás de la colina, ocupada en preparar la cena, sin temer las bombas que á intervalos caen á cierta distancia. Los prusianos avanzan, pero es evidente que su ataque no se dirige contra el centro; marchan hacia la izquierda, donde el general Jamont, jefe del quinto cuerpo de ejército, vigila atentamente. De improviso vemos elevarse por aquel punto densas nubes de polvo; los cañones comienzan á tronar, y el estruendo de la fusilería es más fuerte ahora que antes. Por el valle vemos ya cómo se mueven nuestras tropas desde el centro á la izquierda para ganar el punto de contacto. Estaba á punto de montar para seguir yo la misma dirección, cuando un ayudante de campo del general Galliffet me dice que si quiero ir con él me proporcionará un buen observatorio; y señalándome el valle, díceme con acento de convicción: «¡Allí se presenciará la última agonía de Prusia!»

La suspensión del fuego que se sigue tiene algo de imponente, después las descargas cerradas se suceden una tras otra, dominándolas el estampido de los cañones, y desde aquí veo el lugar donde arrecia la pelea; espesas nubes de polvo rojizo, cerniéndose sobre el campo de la lucha, impiden ver la espantosa matanza; pero todos saben que allí se decide ahora de la suerte de una nación. En vano me empeño en imitar la imperturbabilidad del general, nuestra «lanza de hierro,» como le llaman los soldados. Llegan dos mensajeros, pero son despachados, sin que se mueva un músculo en el semblante impasible del jefe; poco después viene un tercero á galope tendido, cubierto de polvo, bañado en sudor. ¡Al fin! El general se empina sobre los estribos, y llévase la mano al kepis, adornado de hojas de oro, como lo haría ante un superior; es un saludo; pero ¿á quién? ¿A Francia ó á la Fortuna?

El estado mayor se pone en movimiento; oficiales y ordenanzas bajan á galope por la colina, y las columnas que parecen dormitar abajo se agitan. Oigo las roncas voces de mando, y veo ondear á impulsos de la brisa las banderas de color con sus franjas de oro. El enemigo, que está enfrente, avanza al ataque, y ahora nuestros cañones entran en acción á lo largo de la cumbre de la colina; pero la infantería no se detiene detrás de ellos, sino que se lanza por las pendientes, mientras que las bombas rasgan el aire sobre sus cabezas: los tiradores, formando pequeños grupos, detiénense á intervalos para hacer sus mor-

tíferas descargas. «¡Qué intrépidos enemigos!, grita un cirujano que está junto á mí al abrigo de un árbol. ¡Qué lucha de héroes!» Así era, y nunca olvidaré la última carga del general Galliffet. Sesenta mil hombres, una fila tras otra, fueron lanzados contra el centro alemán, y no pude menos de entregarme á las más tristes reflexiones al ver cuán valerosamente se batían los enemigos, dejándose matar al fin. Avanzaban como en una parada, con toda la rigidez que les caracteriza, y hasta vi á varios oficiales detenerse para corregir la alineación de los soldados.

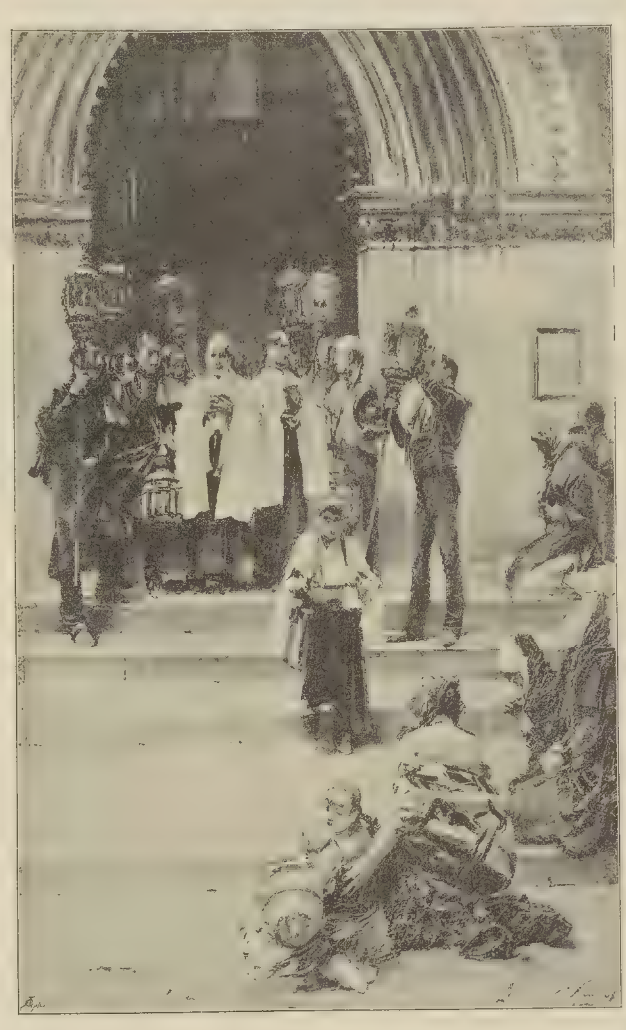
Inútil parece decir que aquellos blancos vivientes eran perforados por los proyectiles á cada momento, y su serenidad me pareció una locura pedantesca. A retaguardia avanzaban también las filas de soldados al son de los tambores con ese paso que tan ridículo parece á todos los norteamericanos que visitan Berlín. Los veteranos de la guerra separatista se hubieran reído mucho al verlos, aunque admirando también la intrepidez de aquellos teutones.

A cerca de cuatrocientas varas unos de otros, franceses y alemanes se detienen; en aquella descubierta no hay donde protegerse, y nuestro fuego es cada vez más nutrido. De repente oigo resonar detrás de mí los clarines y el redoble de tambores: es la reserva del general Galliffet, que llega para decidir el resultado del combate.

Poco después los alemanes, aunque batiéndose en el valle obstinadamente, comienzan á retroceder, y cuando el sol se acercaba á su ocaso, iluminando con sus últimos rayos rojizos las huestes enemigas y reflejándose en las águilas de oro de las banderas tricolores, el ejército francés avanzaba triunfante. Una aclamación inmensa, atronadora resonó en los aires; el estruendo de la batalla se alejaba cada vez más, los redobles del tambor y los sonidos del clarín se amortiguaban con la distancia, y los soldados de la República, arrollándolo todo á su paso, trataban de borrar el baldón que sobre ellos pesaba desde 1870. El resultado no podía ser ya dudoso. Con todo el valor hereditario de su raza, los oficiales alemanes caían en sus puestos antes que ceder un palmo de terreno; mas los coraceros, á cuya cabeza iba el mismo general, despejaron muy pronto todo el campo de batalla.

Nuestra victoria era completa; la derrota de los alemanes se hace patente al verlos retroceder abandonando el valle; y mientras escribo estas líneas con la celeridad que es de suponer, la caballería persigue aún al enemigo.

(Continuará)



EL VIÁTICO, cuadro de D. José García Ramos

TEATRO NACIONAL

Periódicamente surge en las columnas de algún diario, siempre de Madrid, por supuesto, el problema cien veces discutido de *El Teatro nacional*. Julio Burell, uno de nuestros más inteligentes periodistas, escritor de no común cultura, poeta de gran imaginación y de sentimiento exquisito y á quien la política, ¡mal pecado!, arrebató hace algunos años á las letras con el señuelo de un acta de diputado por no sé dónde, ha resucitado el tema en un precioso artículo publicado no ha mucho en *El Día*.

El asunto no envejece; tratado por quien posee la pluma de Burell, es claro que parece, por el contrario, enteramente nuevo, y como nadie puede negar que es interesante, creo no incurrir en flagrante delito de impertinencia diciendo lo que sobre él opino; que no ha de ser todo hablar de anarquistas y problemas sociales, fuera de que algo de problema social hay también en esto del teatro; y obreros son los que viven á la sombra, no muy bienhechora, por cierto, de bastidores y bambalinas y *trastos* de todas especies.

Siempre que me hablan, y me hablan muy á menudo, de *la creación* de un teatro nacional, pregunto: ¿para qué y cómo ha de crearse lo que ya existe? ¡Teatro español! Pues si lo tenemos más vigoroso y más rozagante que nunca. ¿Faltan edificios en que se rinda culto al arte escénico? No, en verdad; acaso hay en España tantos teatros como plazas de toros; tal vez más teatros que plazas. ¿Escasean los cómicos? Jamás hemos tenido tantos. ¿Carecemos de autores? Están apareciendo á centenares todos los días. ¡Ah! ¿que esos comediantes son malos, que los autores de ahora no valen? De eso habría algo que decir. Muy pocas veces, en muy contados casos han dejado de parecer malos autor y cómico á sus contemporáneos. Sin ir más lejos, de D. Manuel Tamayo, el autor insigne de *Locura de amor*, de *La bola de nieve*, de *Un drama nuevo;* de ese eminente literato á quien todos suelen llamar hoy (porque ya no escribe para el teatro) nuestro primer dramaturgo, dijeron horrores los críticos de su tiempo, y á las colecciones de los periódicos de entonces me remito; de Julián Romea, de ese coloso de la escena española, cuyo recuerdo conservan con cariño respetuoso cuantos le vieron y le admiraron, se habló en la prensa peor que se haya podido hablar del más inepto de nuestros cómicos de cuarta fila. Naturalmente, si pretendemos que en cada autor nuevo haya un Schiller y en cada racionista un Isidoro Maiquez, no ha de ser fácil que nos den gusto; pero si no pedimos la luna, habremos de reconocer que hay teatro español, que no está decadente, ni lleva trazas de morir por ahora, antes bien disfruta de muy buena salud: ¡Dios se la conserve!... Sí, porque si muriera, todos los esfuerzos del Estado no serían suficientes para lograr que resucitase.

Pero los que abogan por el *Teatro nacional* (léase *Teatro madrileño)* no niegan que tengamos elementos valiosos; pero deploran que esos elementos no se unan, anden *desperdigados* por ahí, cada uno por donde puede, en vez de formar un conjunto, que como resultante de tales componentes, sería admirable.

Y aquí asoma la insana tendencia á la centralización, que si es funesta en política, en el arte es absurda, y sobre absurda, desastrosa. Si esa centralización artística, si ese monopolio del teatro ha de llevarse á cabo oficialmente por la protección del Estado, no necesito decir que voto en contra; temo al Estado cuando hace cualquier cosa que no le compete, porque siempre la hace muy mal y resulta muy cara. La religión por el Estado no es tal religión y cuesta un sentido, ó los cinco sentidos y más que hubiese: el Estado empresario gasta mucho y no aprovecha nada; el arte del Estado sería un arte deplorabilísimo: arte republicano en las repúblicas, arte monárquico en las monarquías, conservador con Cánovas, demócrata con Castelar... Nada; en eso no hay que pensar siquiera. El arte dramático no ha menester ni quiere protección oficial; vive de sus rentas y tiene en sí mismo toda la protección que necesita.

Descartada por improcedente, por injusta y además por peligrosa la ingerencia del Estado en estos asuntos teatrales, y admitido que cuando se habla de *creación del Teatro nacional*, quiere decirse, lisa y llanamente, reunir en un solo teatro los actores de verdadero mérito que andan ahora diseminados por muchos, y partiendo de que ese resultado habría de ser debido á la iniciativa particular, veamos: primero, si la cosa es realizable; segundo, si caso de serlo, resultaría beneficiosa ó perjudicial para el teatro.

No es preciso esforzarse mucho para demostrar que esa unión es irrealizable. No hay, no puede haber empresa que sufrague los gastos de una compañía dramática en la cual figurasen nuestros primeros actores. Lo de las incompatibilidades entre unos y otros actores, entre estas y aquellas actrices, por celos, por envidia, todo eso es, como el vulgo dice, música; sólo música. La dificultad está en el dinero. Y no significa esto que los comediantes sean exigentes; no, el exigente aquí es el público. Pasaron aquellos tiempos del oropel y las lentejuelas y el talco. Hoy la actriz ha de vestirse de verdad; si hace de duquesa, como duquesa; como reina, si representa una reina. Obras hay para cuya representación necesita la primera actriz gastar una fortuna en trajes. Trajes que no sirven de una temporada para otra, porque las modas varían con frecuencia. Si no tanto como las actrices, también necesitan los actores pagar cuentas muy respetables al sastre, al zapatero, al sombrerero, etc., etc.; y no es mucho que, para vivir, necesiten



TALLER Y SALONCILLO DEL ESCULTOR D. JOSÉ CAMPENY



OBRAS ESCULTÓRICAS DE D. JOSÉ CAMPENY

Incroyable moderna. – Baccilus virgula. – Coquetería. – La muerte precipitando la juventud. – Fascinación. – Un desertor. – El vals. – Un postulante

Pan y toros. – Amor de carnaval

sueldos crecidos. Esto sin contar con que el actor que gana, siempre que desea trabajar, ciento ó ciento cincuenta pesetas diarias, no podrá convencerse de que es deber suyo renunciar á ese sueldo solamente porque tuviésemos un teatro nacional, porque á nadie puede exigirse que lleve hasta ese punto su amor al arte.

Y no se crea que todo quedaría resuelto con que el empresario elevase el precio de las localidades y que el público las pagaría; no, el público no pagará tal. El público de Madrid paga veinticinco pesetas por asistir al teatro Real, donde suelen darle una ópera mal cantada; pero no paga más de cinco (salvo en días de estreno solemne, ó de beneficio organizado por damas de la aristocracia) por un teatro nacional en que le den una comedia bien hecha. El teatro de *notabilidades*, por consiguiente, no podría ser costeado por una empresa particular. ¿Se le costea por medio de subvenciones oficiales? Volvemos á la ingerencia del Estado: *¡vade retro!*

El pensamiento es por completo y en absoluto irrealizable, aquí donde hay señoras de gran fuste que ni por casualidad asisten á teatro alguno en que no se cante ópera italiana; aquí donde ocurre lo que no ha mucho ocurrió con algunas señoras de la *alta sociedad madrileña*, que asistiendo, indudablemente por compromiso, á no sé qué función de beneficencia que se daba en el teatro de la Princesa, no sabían por dónde habían de dirigirse para entrar en su palco... ¡Ni una sola vez habían entrado en el teatro donde han actuado actores como Mario (que lo estrenó), el malogrado Rafael Calvo, Vico, María Tubau...!

Admito, no obstante, que á pesar de todo, el pensamiento de llevar todos los buenos actores á un teatro se realizase, ¿habría ganado algo con eso nuestro teatro...? ¡Qué había de ganar! No, señor; habría perdido mucho.

Por de pronto, es claro que los entusiastas de esa formación son partidarios de que los *próceres* actores trabajasen en Madrid; como si no fuesen tan buenos y tan inteligentes como el de Madrid, ó más que el de Madrid, los públicos de Barcelona, de Valencia, de Málaga, de Zaragoza, de Cádiz, de la Coruña, etc., etc.

¿No era evidentísima injusticia privar á esos públicos del gusto de admirar y de aplaudir á nuestros principales artistas? ¿No era verdaderamete insano condenarles á no ver más que cómicos de tercera ó de cuarta fila?

Y aun el público de Madrid, suponiendo que éste fuese el privilegiado, ¿vería juntos en muchas funciones á los actores principales? Sería preciso entonces idear esos moldes por que muchos suspiran, en los cuales todos los papeles tuviesen importancia grande. Y no digo que entonces podrían estrenarse muy pocas obras, porque no me conteste alguno con aquello de que más vale poco y bueno que mucho y malo; si bien podría yo replicar á eso con esta pregunta: ¿Y está usted seguro de que entonces las pocas obras estrenadas serían las buenas?

A. SÁNCHEZ PÉREZ

MISCELANEA

Bellas Artes.—Bajo la dirección de los pintores Pilghein, Poetzelberger, Habermann, Uhde, Keller, Kuhl y otros famosos artistas se ha constituído en Munich una nueva asociación artística, llamada de los *Secesionistas*, alrededor de la cual se han agrupado una porción de notables artistas jóvenes: con ello se han hecho públicas las disidencias desde hace tiempo existentes entre los artistas de la capital de Baviera, basadas en las tendencias artísticas y en la manera de proceder en las célebres exposiciones que anualmente se celebran en aquella ciudad.

—Se ha inaugurado en Berlín la exposición de obras de arte del tiempo de Federico el Grande, organizada por la Sociedad histórico-artística. Compuesto de los ejemplares más selectos sacados de los palacios reales y de otros que hoy son propiedad de particulares, este certamen da perfecta idea del estado de las bellas artes de aquella época. Llaman en primer término la atención los famosos retratos de Presne, y las mejores muestras del estilo barroco aparecen en los muebles con incrustaciones de bronce, en las porcelanas, cajas, labores de plata, pinturas de abanicos, tapices, etc.

—El Instituto Artístico de Francfort en el Mein, ha adquirido por 57.500 pesetas el cuadro de Luis Knaus *Vida bohemia*.

—Los célebres pintores alemanes Federico Uhde, Alberto Keller y Francisco Stuck están dando la última mano á grandes cuadros de asunto religioso, tratados á la moderna: el primero termina una *Anunciación á los pastores*, el segundo una figura de santo crucificado y rodeado de ángeles y el tercero una *Crucifixión* y una *Pietá*.

—El maestro Mascagni, terminada ya su ópera *Los Rantzau*, está componiendo la música para otra en un acto, que se titulará *Ratcliffe* y cuyo argumento está tomado de la poesía de Heine del mismo nombre.

—El compositor ruso Tschaikowski está trabajando actualmente en una ópera que llevará por título *La hija del rey Renato*.

Teatros.—En el teatro Antiguo de Leipzig se ha estrenado con gran aplauso una nueva opereta del maestro Millocker, letra de Witmann y Bauer, titulada *El hijo del verano*.

—En el teatro Real de Opera, de Berlín, se ha puesto por vez primera en escena la ópera de Mauricio Morzkowski, *Boabdil*. La pieza culminante de la obra es el baile del segundo acto, así por su hermosa música como por su aparato, que parece de un cuento de *Las mil y una noches*. La música de toda la ópera más bien que original es brillante y está perfectamente instrumentada, observándose en ella las tendencias de la ópera histórica, tal como la cultivaron Spontini y Meyerbeer.

—En el teatro de la Ciudad, de Hamburgo, se ha estrenado con gran aplauso el drama romántico musical de L. Mancinelli *Isora de Provenza*: el libreto de Zanardini, inspirado en *La leyenda de los siglos*, de Víctor Hugo, contiene escenas altamente dramáticas y poéticas; pero es muy superior á él la música, que, escrita según las tendencias de la llamada música del porvenir, demuestra en su autor un talento é inspiración de primer orden, recordando en su esencia las obras de Verdi y de Meyerbeer y por su instrumentación las de Wagner.

—*El amigo Fritz*, de Mascagni, ha alcanzado excelente éxito en el teatro Weimar.

—Con gran aplauso se ha estrenado en el teatro Argentina, de Roma, la ópera en cuatro actos del maestro holandés, residente en Nápoles, van Vesterbout, titulada *Cymbelina*, cuyo argumento está tomado del drama de Shakespeare del mismo nombre.

—*Mazeppa* es el título de una ópera de Mme. Grandval, estrenada con muy buen éxito en el Gran Teatro de Burdeos; el conjunto de la partitura resulta de corte distinguido y elegante, y si no se nota en ella el sello de una personalidad saliente, encuéntrase, en cambio, algo que recuerda el género de *Faust* y *Romeo y Julieta*, de Gounod, y ciertas reminiscencias de Massenet. Merecen citarse como principales piezas la obertura descriptiva y pintoresca, un entreacto sinfónico, el episodio de las jóvenes ukrainianas y los bailables del tercer acto.

—En el teatro de la Corte, de Darsmstadt, se ha estrenado con buen éxito la ópera de Tchaikowski, *Eugenio Onegin*: el libreto está tomado del poema del mismo nombre de Puzchkin; la música, sin ser eminentemente dramática, es inspirada, siendo los mejores números aquellos en que predomina el elemento nacional.

—En el teatro Thomas, de Berlín, ha alcanzado gran éxito una comedia en cuatro actos, de Guillermo Schumann, titulada *El baño nuevo*, que abunda en situaciones cómicas de la mejor ley.

—La comedia de cinco actos *Vasantasena*, que se atribuye al rey indio Sudraka y que los más eminentes conocedores de la literatura sánscrita consideran como la obra culminante de la poesía india, ha sido vertida al alemán en verso libre por Emilio Pohl y representada con gran aplauso en el teatro de la Corte, de Munich.

París: En el Palacio Royal ha conseguido gran éxito una comedia en tres actos, *Monsieur chassé!*, de M. Jorge Feydeau, abundante en escenas cómicas, algunas de ellas caricaturescas, que no dejan un momento de provocar la risa del público. En el Ambigu Comique se ha estrenado con aplauso un drama en cinco actos, de Estanislao Rzewuski, *Justicier*, de argumento muy interesante y bien desarrollado. En los Bouffes Parisiens se ha puesto en escena una fantasía lírica en tres actos y cinco cuadros, titulada *Eros*, primera partitura importante de M. Pablo Vidal cuya música inspirada y hábilmente instrumentada no tiene otro defecto que ser de un estilo demasiado elevado, teniendo en cuenta el carácter ligero del libreto, que es el de una alegre opereta cómica.

Necrología.—Han fallecido recientemente:

Federica Guillerma Alejandrina, gran duquesa de Mecklenburgo Schwerin, hermana de Guillermo I de Prusia.

Federico de Bodenstedt, uno de los primeros escritores y poetas alemanes, periodista distinguido, ex profesor de la Universidad de Munich, ex-intendente del teatro de la Corte de Meiningen y actualmente director de la *Revista diaria*, de Berlín.

Miss Amelia B. Edwards, notable novelista y egiptóloga inglesa.

Enrique Duveyrier, célebre explorador francés, ex presidente de La Sociedad de geografía de París: á los veinte años comenzó sus interesantes viajes por Argelia, donde fué el primer europeo que llegó á El Golea; exploró el Sahara tunecino, y á él se debe el tratado que abrió al comercio francés el Sudán central. Era oficial de la Legión de Honor.

Mr. Lumb Stocks, célebre grabador inglés, miembro de la Real Academia de Londres, y asiduo colaborador de la notable revista ilustrada *Art Journal*.

Mr. Yates Carrington, notable pintor inglés, dedicado especialmente á la reproducción de animales.

Eduardo Lalo, célebre compositor francés, autor de notables composiciones instrumentales universalmente conocidas y aplaudidas, entre las que sobresalen la ópera *El rey de Is* y el baile *Namouna*; era oficial de la Legión de Honor.

El conde de Larencez, general francés, jefe del cuerpo expedicionario de México: figuró también en las campañas de Africa y de Crimea y en la guerra de 1870-1871, durante la cual mandó la 3.ª división del 4.° cuerpo y tomó parte en las operaciones de los alrededores de Metz; era gran oficial de la Legión de Honor.

NUESTROS GRABADOS

Cortesía, dibujo de H. Vogel.—Como uno de los primeros dibujantes franceses contemporáneos es reputado Vogel, y las revistas más afamadas disputanse las obras que de su lápiz salen y algunas de las cuales hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El que hoy reproducimos justifica nuevamente la valía del artista que en pocos y vigorosos trazos nos ofrece una elegante escena en el que hoy se llama París viejo y que debía considerarse como muy moderno allá por el último tercio del décimosexto siglo, época en que, á juzgar por los trajes, se desarrolla el asunto de *Cortesía*.

El eminente compositor Carlos Gounod, retrato por Carlos Durán, grabado por Baude.—Los que en el Salón del Campo de Marte, de París, del año próximo pasado admiraron el bellísimo lienzo del célebre Carlos Durán, que con verdad sorprendente y con una vida que sólo el verdadero genio sabe producir con los colores de la paleta representaba las nobles facciones del inspirado autor de *Fausto, Mireille, Romeo y Julieta* y tantas otras obras maestras, tienen ocasión de extasiarse en el Salón de los Campos Elíseos, recientemente inaugurado, con una preciosa copia de aquel retrato, debida al inimitable buril de Baude, el grabador universalmente conocido y celebrado. No hemos de detenernos en ponderar las excelencias de este grabado, uno de los mejores entre tantos producidos por el célebre artista francés: harto verán nuestros lectores que es punto menos que imposible hallar en la combinación del blanco y del negro mayor expresión, parecido ni más riqueza de detalles que permitan formarse tan cabal idea, así de la fisonomía física y moral del retratado, como de las bellezas innumerables del cuadro en que tan admirablemente fué aquélla reproducida.

Una fiesta en el campo.—El Viático, cuadros de D. José García Ramos.—Es D. José García Ramos tan buen dibujante como entendido colorista. Pocos como él han sabido reproducir en el lienzo, con tantos atractivos como fidelidad, los cuadros, tipos y costumbres de su país, de esa bella Andalucía, en donde todo vive, brilla y se anima. El atrevido contrabandista, jinete en la arrogante jaca cordobesa; la mujer de cuerpo esbelto y ojos negros, envuelta en el clásico mantón; el chulo, el tañedor de guitarra, el *cantaor* y el jaleador; la hija del Albaicín y de Triana, el torero, el picador, la cigarrera, el chalán; todo, en fin, lo que constituye la vida y el modo de ser de aquel privilegiado país, son los elementos que utiliza el artista para sus cuadros de género, que aplauden todos cuantos sienten entusiasmo por el arte patrio.

En la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona expuso una preciosa colección de dibujos, que sirvieron para ilustrar la última obra de D. Benito Más y Prat, suficientes para crear su reputación artística, si no se hallase ya cimentada por otras producciones, algunas de ellas ya conocidas por los lectores de esta revista.

El escultor D. José Campeny.—La escultura, realista por necesidad, está rodeada de limitaciones, ya que al contrario de lo que acontece á su hermana la pintura, hállase sujeta á la hornacina ó al pedestal. Reproduce, pero no imita. Esto no obstante, elévase á las regiones puras del verdadero arte, si á ellas la conduce el esfuerzo y la genialidad de un gran artista, tanto si sus representaciones persiguen la idealidad de la forma ó el realismo que nos rodea. Sin embargo, las producciones inspiradas en los errores arcaicos, en las fantasías del barroquismo ó en las absolutas exigencias del realismo, están muy distantes de los justos conceptos del arte, puesto que si bien es cierto que la escultura tiene por norte la representación de la forma, en ella debe existir ese algo especial que la anime y que sólo el arte puede producir.

En el movimiento de evolución artística que se ha operado hace algunos años en España, la escultura ha tomado también activa parte, si bien no ha sido tan amplia como la realizada por la pintura. Aseméjase á ésta por la vacilación, por las encontradas corrientes que la combaten; pero aun así, ha logrado mayores conquistas que la pintura, si se tiene en cuenta que la escultura no contaba con precedentes tan gloriosos en nuestra patria, cual lo son las obras pictóricas de los grandes maestros de las pasadas centurias. Y tal es así, que apenas consérvase el recuerdo de alguno de los escultores que florecieron en la primera mitad de este siglo, en tanto que hoy podemos citar los nombres de un número ya considerable de artistas que honran á España con sus obras.

Barcelona, que ha logrado constituir un centro artístico, formado por la reunión de artistas que cultivan todas las ramas del arte, ha conseguido distinguirse por la valía y el número de los escultores que en ella han podido hallar enseñanzas y estímulo. En sus talleres reprodúcese la actividad ya proverbial de la región catalana, puesto que á la vez que el artista concibe y modela la obra en el barro ó en la cera, otros la ejecutan en el mármol ó la piedra, ya para figurar en monumentos públicos, para embellecer suntuosos salones ó bien para perpetuar el recuerdo de seres queridos.

José Campeny pertenece al grupo de jóvenes escultores que forma la vanguardia del renacimiento escultórico catalán. Cuando los hermanos Sres. Vallmitjana, verdaderos iniciadores y maestros, apenas habían podido educar á algunos discípulos, ingresó Campeny en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, impregnándose su espíritu del entusiasmo que entonces inspiraba el gran arte. A esta circunstancia se debe, sin duda, la ejecución de su primera obra *Prometeo*, dedicada al Ateneo de Igualada, su pueblo natal; *Pro patria*, y el *Populus*, premiado en el Salón de París de 1884. El período de su pensionado en la capital de la vecina república, influyó poderosamente en el joven artista, ya que sin abandonar por completo los ideales que persiguiera en los comienzos de su carrera, los conceptos y corrientes del modernismo inclináronle á otro género de escultura, bella, pero realista en el fondo, puesto que las galanuras de la forma sólo sirven para avalorar la obra reproducida. El precioso grupo de *El salta cabrillas*, justamente premiado en la Exposición Nacional de 1884, *Un desertor*, así como el *Postulante*, son tipos y cuadros copiados del natural con la mayor fidelidad. Otras veces Campeny abandona el modelo que le ofrece el chicuelo que vocea periódicos ó la provocativa chula, y entregado por completo á su fantasía, critica ciertamente las controversias científicas de los microbiólogos, con su grupo alegórico *Baccilus virgula*, ó remontándose á más elevadas regiones crea obras tan discretamente ejecutadas y concebidas cual lo es *Fascinación*.

Campeny no ha llegado todavía á la meta, no figura aún su nombre unido al de aquellos á quienes se considera ya como maestros; pero dadas sus cualidades artísticas, su constante labor y pasmosa facilidad para dar inmediata forma á cuanto concibe, nos hace esperar que llegará á ser digno descendiente del célebre Campeny y uno de los más discretos é inteligentes campeones del renacimiento escultórico español.

Agar, cuadro de Teodoro Schmuz-Baudin.—Sara, creyéndose estéril, dió á su esclava Agar por compañera á su esposo Abraham, quien tuvo de ella á Ismael; pero habiendo luego dado á luz ella misma á Isaac, arrojó á su sierva y al hijo de ésta al desierto, donde llegó á faltarles el agua: en peligro había llegado á verse su vida, cuando se les apareció un ángel que les indicó una fuente en la que apagaron su sed, pudiendo después proseguir su camino. En esta narración bíblica hanse inspirado multitud de artistas antiguos y modernos, figurando entre estos últimos el pintor alemán Schmuz-Baudin, cuyo cuadro mereció con justicia ser muy alabado cuando se expuso en una de los últimos certámenes que anualmente se celebran en Munich.



El ómnibus se detuvo delante del hotel de la «Encina Verde»

AMOR TARDÍO

«¡Cosa singular! El paisaje me parece más árido y triste que veinticinco años atrás; las colinas no son tan altas, los árboles están más claros, y el valle es menos verde!»

Recostado en la imperial del coche, Santiago Fanvel repetía estas palabras á cada poste kilométrico, mientras que el ómnibus del camino de hiero recorría el trayecto desde la estación de Casas Blancas á Saint Clementin.

Santiago era célibe, hombre de cuarenta y ocho años, bien conservado á pesar de su edad, alto, robusto, con barba en que apuntaban ya algunas canas, cabello rubio todavía, color claro y ojos azules de cándida expresión.

En otro tiempo había pasado en Saint Clementin uno de los más felices períodos de su juventud, uno de aquellos que se conservan en la memoria matizados con los frescos colores de la aurora y que brillan con singular fulgor á través de la triste monotonía de los años siguientes.

La corriente de la vida le había conducido después muy lejos: obligado á ganar el pan cotidiano y á ganarlo con el sudor de su frente, la lucha por la vida le absorbió hasta el punto de no dejarle tiempo para pensar en el matrimonio; y en lo más recio de la batalla, su único consuelo reducíase algunas veces á pensar en el dichoso tiempo pasado en Saint Clementin. Entonces parecíale ver el pueblecito, con sus calles cubiertas de hierba, los floridos verjeles llenos de jazmines y de magnolias, las parras, los castaños, las aguas del río dormitando bajo los nenúfares, y decía para sí: «Será preciso que vaya á ver todo eso cuando haya ganado lo suficiente para entregarme al reposo.»

Llegada al fin la hora del descanso, Santiago Fanvel se había retirado de los negocios «después de hacer su fortuna,» como dicen los comerciantes; su primer pensamiento fué entonces para aquel pueblo del Poitou, del que tanto se había acordado, y resolvió consagrar sus primeros días de libertad á un viaje á aquel país. He aquí por qué en una calurosa tarde del mes de julio le encontramos en el camino de Saint-Clementin, viajando en la banqueta de la imperial á fin de no perder ningún detalle del paisaje. Y balanceándose á impulso de las sacudidas del pesado vehículo, recordaba dulcemente las cosas de su juventud: el modesto hotel de la *Encina Verde*, don de se hospedaba, y en el cual penetrábase por la puerta trebolada, practicada en una torrecilla con tejadillo en forma de apagaluces, y la ventana del piso bajo, adornada con tiestos de reseda y geranios, detrás de los cuales trabajaba Marcelina, hija de la dueña del hotel. ¡Muy linda era aquella joven, que apenas contaba entonces diez y ocho años!... A las horas de comer, al pasar Santiago por delante de la ventana baja, veía siempre entre los geranios á la morena muchacha de brillantes ojos, y su corazón latía apresuradamente, porque estaba prendado de la belleza de la joven, hasta el punto de pensar en ella día y noche. Algunas veces, después de comer, deteníase para hablarla en el corredor; la conversación era pueril y versaba sobre asuntos insignificantes; pero las más triviales palabras tenían tal expresión de ternura al pronunciarlas el joven, que hubiera sido difícil engañarse sobre el sentimiento que las dictaba. Santiago era en extremo tímido, pero Marcelina muy perspicaz, y sin duda adivinaba lo que él no se atrevía á decir. Con sus sonrisas y su manera de mirar perturbaba de tal modo al joven, que á pesar de aquel mudo estímulo, Santiago no osó nunca declarar su amor. Sus mayores audacias se redujeron á ofrecer á Marcelina grandes ramos de flores silvestres, que cogía durante sus paseos por los campos y que la joven colocaba en un vaso de porcelana, junto á su mesita de costura. Esto duró toda una primavera y todo un verano; después, llegado el invierno, Santiago debió marchar á París; el torbellino de la vida, atareada y penosa, disipó sus amoríos, y ya no oyó hablar más de Marcelina...

¿Qué habría sido de ella? ¿Volvería á verla? Y dado que así fuese, ¿en qué situación?

Sin duda casada, madre de familia y ocupándose en los quehaceres de su casa y en el cuidado de sus hijos.

Mientras que Santiago se hacía estas preguntas, el ómnibus corría por un rápido declive que doblaba bruscamente la esquina de la calle Mayor: el aspecto de Saint-Clementin no había cambiado apenas; las fachadas de las casas conservaban su color gris, el empedrado de las calles sus matas de hierba y las criadas hilaban como siempre en el umbral de las puertas; pero á Santiago le pareció la pequeña ciudad singularmente triste y como dormida bajo el implacable sol que la abrasaba. ¿Sería él quien había cambiado?

Después de oir tanto tiempo el tumulto de las calles de París, el silencio de las casas, con los postigos cerrados, producíale el efecto de una ciudad abandonada, y el aspecto melancólico de aquellos barrios soñolientos le oprimía el corazón.

El ómnibus se detuvo delante del hotel de la *Encina Verde*, cuya muestra, festoneada de hojas de vid, balanceábase aún sobre la puerta. Al oir los chasquidos del látigo del conductor acudió presurosa una criada, ostentando en la cabeza la alta cofia usada por las mujeres del país. Santiago era el único viajero que se apeaba en el hotel, y mientras descargaban su equipaje interrogó á la sirvienta.

– ¿Cómo sigue la señora Gacougnolle?

– ¡Ah, caballero, hace diez años que murió!

– ¿Y su marido?

– Muy achacoso, caballero, tanto que no puede ya levantarse de su sillón... Su hija es la que se halla ahora al frente del hotel.

– ¡Ah!

Santiago no osó preguntar si aquella hija se había casado, y después de una pausa rogó á la sirvienta que le diese habitación.

– Voy á conducirle yo misma, dijo la mujer, porque en este instante mi ama está con su padre.

Santiago, precedido de la sirvienta, subió por la escalera de caracol, é instalóse en una habitación blanqueada con cal, que no le pareció nada cómoda, después se bañó la cara en agua fresca y salió para recorrer la ciudad y sus alrededores.

Volvió á ver la plaza y el mercado con sus columnas de madera y su tejadillo de color pardusco; mas le pareció desmantelado, así como las casas y las míseras tiendas, y la iglesia románica, que en otro tiempo le producía el efecto de un edificio grandioso, era entonces á sus ojos una construcción vetusta y mezquina. Para disipar la impresión melancólica que le producían estas decepciones, Santiago salió al campo y fué andando por la orilla del Charenta. El puente construído sobre el río unía, como en otro tiempo, el extremo de la calle Mayor con el arrabal de *Fonts de Treilles*; algunos nogales, que crecían en la orilla, proyectaban su sombra sobre las aguas tranquilas y negras, y más allá el camino estrechábase entre altos arbustos que le separaban de la pradera, y en los cuales se habían arrollado clemátidas silvestres. Santiago quiso volver á verlo todo: las alquerías casi ocultas bajo las higueras, los castaños y el molino, construído en medio de un islote lleno de grandes árboles, donde había pasado horas deliciosas, aspirando el perfume de la hierbabuena y del lirio del valle, mientras que el *tic tac* de la rueda llegaba alegremente á sus oídos á través de los álamos de plateado follaje.

Pero aun en esto hubo para él una decepción, pues las aguas habían corroído y estrechado la pradera, las parras estaban hundidas y los árboles del islote cortados; de modo que sólo el molino presentaba á la luz del sol su rueda inmóvil y sus tejadillos ruinosos.

Santiago volvió al anochecer á Saint Clementin, con el corazón contristado y oprimido y cansado de andar. Sentóse á la mesa del comedor del hotel, donde las moscas zumbaban contra los vidrios, y esperó melancólicamente á que le sirvieran la comida.



Salió al campo y fué andando por la orilla del Charenta (pág. 315)

Al fin se abrió la puerta y entró una mujer de unos cuarenta años, con la sopera. Santiago, que leía un diario, miró distraídamente á la recién llegada: de estatura regular, conservaba aún cierta esbeltez, á pesar de un principio de gordura; tenía el cabello castaño, y, en cuanto se podía juzgar por la escasa luz de la habitación, obscura ya, facciones bastante agraciadas, aunque un poco demasiado llenas. Santiago pensó que la recién venida era alguna parienta que sustituía á la dueña del hotel, y mientras desdoblaba su servilleta, preguntó:

– ¿Cómo sigue el Sr. Gacougnolle?

– Ni mejor ni peor, caballero; siempre está muy débil.

– ¿Le hace compañía su hija?

– Dispense usted, su hija... soy yo.

Santiago hizo tan brusco movimiento al oir estas palabras, que poco faltó para para que se le escapara la cuchara de la mano.

– ¡Cómo!, exclamó ¿Es usted la señorita Marcelina?

Santiago no podía recobrarse de su asombro. ¿Era posible que aquella mujer, un poco rechoncha ya, de facciones ligeramente abultadas y de encantos maduros, fuese la graciosa y redentora Marcelina de otro tiempo?... Iba á decir que no la habría conocido; pero se contuvo por delicadeza.

La buena mujer parecía extrañada de la exclamación de su huésped, y examinábale más atentamente mientras se llevaba la sopera. Pocos minutos después presentóse de nuevo con una lámpara, un tintero y el libro registro.

– ¿Tendría usted la bondad, caballero, dijo, de inscribir su nombre aquí?... Debe saber que es una formalidad de la cual no podemos dispensarnos.

El huésped tomó el registro, mojó la pluma en el tintero y escribió: «Santiago Fanvel.»

– ¿No le recuerda á usted nada este nombre?, preguntó, entregando el registro abierto á la dueña.

– ¡No recuerdo!, contestó Marcelina después de haber leído.... Sin embargo, espere usted... Sí, creo que en otro tiempo hubo aquí un huésped de ese nombre.

– Era yo.

– ¡Usted, caballero!... Dispense que no le haya conocido al pronto... Lo que me ha engañado es que entonces era un joven imberbe... ¡Ahora lo recuerdo bien!... Usted es quien me regalaba aquellos bonitos ramos... ¡Ah! ¡Cuánto tiempo hace y cómo se cambia!...

A Santiago le humilló un poco que no se le hubiera conocido al primer golpe de vista; y como en la sala había ya bastante luz, pudo examinar más minuciosamente á Marcelina mientras le servía la comida. Poco á poco fué hallando en aquel semblante, coloreado por la madurez, la benévola sonrisa de los labios rojos y la dulce languidez de los ojos negros de la Marcelina de otro tiempo.

– Sí, repuso, exhalando un suspiro, muchas cosas han pasado desde la época en que me hospedaba en esta casa... Veinticinco años son una buena parte de la vida... ¿No es verdad, señora?... ¿Y cómo se llama usted ahora?

– Sigo llamándome Marcelina, contestó la dueña con sonrisa algo forzada, pues no he llegado á casarme...

Después de haber servido los postres, Marcelina saludó á Fanvel y retiróse.

Santiago subió mal humorado á su habitación; una vez en ella, acercó la bujía al espejo empañado que adornaba la chimenea y miróse atentamente: entonces pudo ver sus cabellos más claros, su barba gris, las patas de gallo que las arrugas habían marcado en el ángulo de sus ojos, y á su vez conoció que había envejecido. Después, haciendo una justa apreciación de la realidad por este testimonio, confesóse que, comparativamente, Marcelina se había conservado mejor que él.

Acostóse pensando en ella y en los juveniles años en que la conoció; despertóse muy temprano, abrió la ventana y se acostó de nuevo. En la cornisa del tejado oíanse los trinos de las golondrinas; la campana de la iglesia tocaba al alba, y á lo lejos resonaba el rumor producido por las palas de las lavanderas.

Santiago no había escuchado desde la edad de veintitrés años todos estos ruidos familiares, y por un momento acarició la ilusión de que volvía el tiempo pasado. Vistióse y salió. El cielo estaba sereno y sin nubes, y un sol brillante plateaba las aguas negras del Charenta; sobre la corriente, apenas sensible, los nenúfares extendían sus redondas hojas escamosas, sembradas de grandes rosas blancas, y de las pendientes herbáceas exhalábase el perfume de la hierbabuena. Al doblar un recodo del camino, el encanto fué completo; parecióle á Santiago, pues tan fielmente se reproducían las sensaciones de otra época, que el tiempo no había seguido su curso, y que aún conservaba su juventud; insensiblemente familiarizábase de nuevo con el país, con las casas y con los habitantes, y esto rejuvenecía todas las cosas á su alrededor.

Transcurrieron así varios días, y ya no pensaba en marcharse de Saint-Clementin; había vuelto á ser huésped en la *Encina Verde*, conversaba á menudo después de comer en la habitación adornada con macetas de geranios, paseábase largo tiempo por el campo, y traía grandes ramos, que su patrona colocaba en los vasos de porcelana de la sala.

Una tarde, su conversación con Marcelina se prolongó más que de costumbre; la noche se acercaba poco á poco; la luz de la luna, iluminando el tejado de la iglesia, deslizábase oblicuamente por la plaza desierta, comunicaba un viso azulado á los geranios y un color más suave al rostro de Marcelina, que tenía los codos apoyados en la ventana. El resto de su cuerpo permanecía en la sombra, solamente su perfil se marcaba con precisión, y el reflejo de la luna parecía realzar el brillo de sus ojos. En aquel momento hablaba alegremente, y como había conservado su voz fresca, Santiago acarició aquella noche más que nunca la ilusión del pasado.

– ¿Por qué no se ha casado usted, señorita?, preguntó de repente.

– ¿Por qué?, repuso Marcelina, suspirando. Es muy sencillo... Porque he sido muy difícil en mi elección. Los que me solicitaban no eran de mi gusto, mientras que los que yo hubiera aceptado no se cuidaban de mí... Los años han transcurrido, me he quedado para vestir imágenes, y ahora soy una solterona.

– Si yo no me casé, repuso Santiago, es porque jamás tuve tiempo para pensar en el matrimonio,... pero no me faltaban deseos... y hasta cuando vivía en Saint-Clementin... Escúcheme, Marcelina, voy á confesarle una cosa... En aquel tiempo estaba muy enamorado de usted, sin que usted lo sospechase ..

Marcelina sonrió y sus ojos brillaron.

– En esto se engaña, replicó, yo lo eché de ver muy pronto, y puesto que estamos en el terreno de las confidencias, le diré que me complacía observarlo,... pero como usted no abría la boca y yo no podía



Entró una mujer con la sopera

ser la primera en hablarle... Además, era usted tan joven, que yo tomé la cosa por una niñada.

Al oir esto, parecióle á Santiago que su corazón se dilataba y que le invadía de nuevo la pasión; habíase acercado á Marcelina, y en el silencio de la obscura estancia oíase su respiración más corta y fatigosa.

– Y hoy, murmuró, cogiendo las manos de Marcelina, si yo la dijese á usted que la amo como en otro tiempo, ¿creería también que es una niñada?

– ¡Hoy... hoy!, balbució Marcelina con marcada turbación; no se chancee usted, Sr. Santiago; hoy somos ya demasiado viejos.

– Ne me chanceo, mi corazón se conserva libre, y no me creo demasiado viejo para hacerla feliz, si acepta mi mano y mi reducida fortuna.

Aturdida y confusa, sin tener ni aun fuerza para retirar las manos que Santiago estrechaba, Marcelina no contestó al pronto; pero á la luz de la luna veíase cómo su redondo seno se dilataba y comprimía, hasta que al fin exhaló un profundo suspiro y movió la cabeza.

– No, dijo, no es posible... Mi padre está enfermo, me necesita, y yo no puedo seguir á usted á París. Por otra parte, si usted consintiera en vivir aquí, muy pronto se arrepentiría, y tal vez me cobrara al fin mala voluntad por haberle cogido la palabra demasiado pronto...

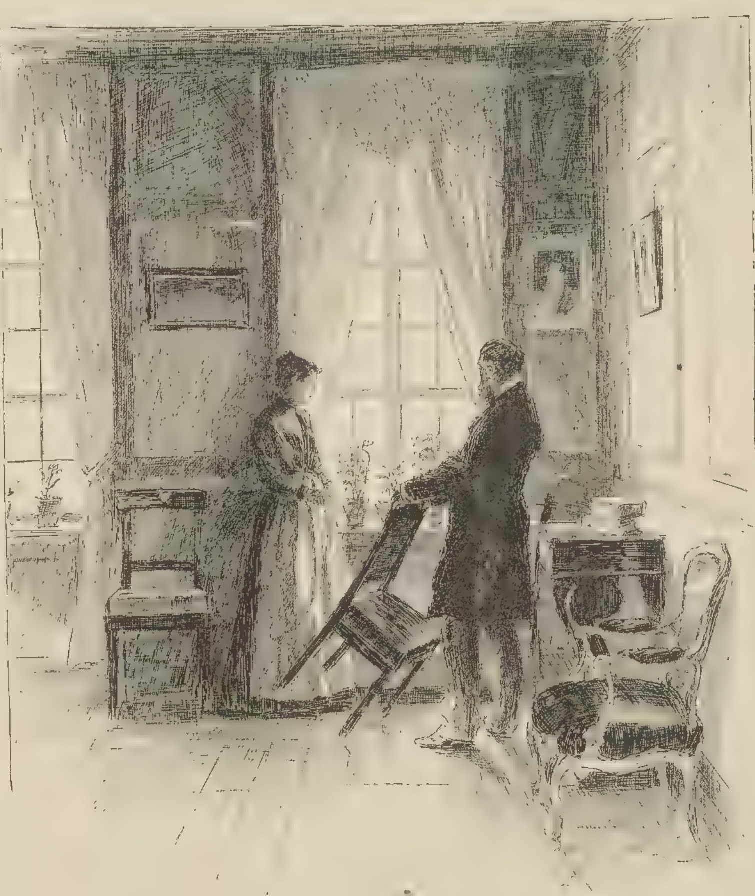
Así diciendo, Marcelina estrechó afectuosamente las manos de Santiago, añadiendo:

– Se lo repito; somos demasiado viejos para pensar en el amor... ¡Gracias, y adiós, Sr. Santiago!... Será preciso que se vaya usted mañana, porque si permaneciera aquí habría habladurías... ¡Adiós!

Santiago marchó al día siguiente, y mientras que el ómnibus rodaba sobre el empedrado desigual de la calle Mayor, Marcelina, oculta detrás de sus geranios, enjugaba una lágrima al oir el sordo rumor de las ruedas, que la parecía el último eco de su lejana y prosaica juventud.

Ciertas vides vuelven á florecer algunas veces cuando las uvas de los tallos inferiores comienzan á ennegrecerse; la flor exhala todavía penetrante perfume, pero nada más; su polen no es bastante fecundo, y el racimo tardío no llega nunca á su estado de madurez. Lo mismo sucede con los amores que nacen demasiado tarde, y he aquí por qué Santiago Fanvel se ha conservado soltero.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL



Una tarde, su conversación con Marcelina se prolongó más que de costumbre (pág. 316)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA CALEFACCIÓN ELÉCTRICA

¿Hasta qué punto es racional y aun económico recurrir á la energía eléctrica como procedimiento de calefacción?

Cuestión es ésta que nos parece interesante examinar en vista del creciente desarrollo de las distribuciones de energía eléctrica y de las salidas que actualmente se buscan para la utilización de la misma durante el día.

Ante todo, es evidente que desde el punto de vista económico sería absurdo querer utilizar la energía eléctrica como agente *general* de calefacción de una habitación, por ejemplo, porque aun poniendo dicha energía al precio módico de 50 céntimos el kilowat hora (en Francia cuesta de 70 céntimos á 1,75 pesetas) resultaría un precio mucho más elevado que el de la combustión directa con el carbón de cok. Pero el elevado precio que indicamos nos es prohibitivo en todos los casos, teniendo en cuenta las cualidades especiales del modo de producción de este calor. En efecto, el calor producido por la corriente puede regularse á voluntad como cantidad y como temperatura alcanzada con la mayor facilidad; prodúcese instantánea y voluntariamente en el seno mismo del recinto ó del medio que ha de calentarse por la simple maniobra de un interruptor, sin desprender humo, olor, vapor ni polvo.

Estas propiedades preciosas del calor producido por la energía eléctrica han sido útilmente aplicadas en una porción de circunstancias. Así, por ejemplo, en América durante el último invierno muchos tranvías eléctricos han sido calentados por medio de una corriente eléctrica tomada de la canalización general que mueve el vehículo. También en una población americana se ha fundado un taller de planchado de ropa blanca, cuyas planchas se calientan de una manera continua por la corriente proporcionada por una fábrica central, la cual corriente llega á las planchas por medio de conductores muy finos, merced á lo cual conservan aquéllas durante el trabajo la misma temperatura y se asegura de este modo una labor más homogénea y más continua.

En Europa mismo existen aplicaciones de energía eléctrica á la calefacción doméstica y á la cocina actualmente instalada por Mr. Compton en el Crystal Palace de Londres. En ésta, la corriente que eleva el fondo del utensilio á la temperatura necesaria para la operación culinaria que se ha de practicar, atraviesa un hilo de cobre en zigzag introducido en el esmalte de que forma el fondo del referido utensilio, siendo fácil regular la corriente por medio de un reostato y mantener el fondo del aparato de cocción á la temperatura deseada.

La cuestión de la aplicación de la energía eléctrica á los usos domésticos está en la actualidad suficientemente madurada para que el profesor Ayrton, miembro de la *Société Royale*, haya dado hace poco en la *Institution Royale* una conferencia sobre la distribución de la energía eléctrica.

M. Ayrton ha hecho varios experimentos para determinar el consumo de energía correspondiente á un determinado número de operaciones culinarias y ha encontrado que con menos de 7 watshora una sartén eléctrica alcanzaba la temperatura necesaria para freir la manteca y que la misma cantidad de energía bastaba para la perfecta cocción de una tortilla en 90 segundos. El precio de la cocción de la tortilla por este procedimiento, no menos eléctrico que expeditivo, resultaría, aun en París, donde la energía eléctrica cuesta muy cara, inferior á dos céntimos, precio módico que se explica por el hecho de que si el calor producido por el carbón cuesta, en cantidades iguales, menos que el producido por la energía eléctrica, en cambio sólo se utiliza una pequeña parte de calor en cada una de las operaciones verificadas, de modo que la mejor utilización compensa el mayor precio. Esto mismo se ha observado, aunque en proporciones más pequeñas, en los fogones de gas, que promueve otras objeciones concernientes á la combustión del gas y á los productos de esta combustión. De lo dicho resulta que no hay que desechar sistemáticamente la calefacción eléctrica en todos los casos, sino que, por el contrario, conviene escoger desde luego las aplicaciones posibles é inmediatas.

No se pasarán seguramente muchos años sin que en todas las habitaciones de una casa cómodamente dispuesta encontremos instaladas tomas de corriente para los mil y un pequeños servicios que podrá prestar la corriente eléctrica: en los dormitorios, la electricidad calentará la cama en invierno y ventilará el cuarto en verano; en el tocador calentará el agua y los hierros de rizar; en la cocina moverá la máquina para limpiar cuchillos, molerá el café, batirá los huevos, cocerá los manjares; en las escaleras impulsará los ascensores, y finalmente se utilizará para infinidad de servicios domésticos con mayor prontitud, facilidad y limpieza que hasta hoy se viene ejecutando.

La calefacción eléctrica no es, pues, otra cosa que una de las mil formas de energía eléctrica doméstica de que disfrutaremos, á no dudarlo, antes de que termine el presente siglo.

E. H.

MONOS Y GATOS

Difícil es negar la inteligencia de los animales, la verdadera facultad de inducción que muchas especies de ellos poseen y que no es posible confundir con las facultades instintivas. El gato y el mono nos ofrecen de ello curiosos ejemplos, advertidos por testigos dignos de entero crédito, y algunos vamos á exponer tomándolos de la excelente obra de M. Romanes *La inteligencia de los animales.*

Las especies salvajes de la raza felina son de naturaleza insociable, feroz y rapaz: ni el león, malamente denominado el rey de la creación, ni el tigre son valientes, y á menos de ser heridos, sólo por sorpresa atacan. El gato participa de estas cualidades, pues es cobarde y poco sociable, y más apego tiene á la casa que á las personas: por su corpulencia y por su estructura anatómica se parece al gato montés, del que, sin embargo, se diferencia por su carácter, puesto que en la serie zoológica no hay animal más refractario á la domesticación que el último citado.

Uno de los rasgos notables del gato es su crueldad para con cualquier presa que caiga en su poder. ¿Quién no ha visto alguno jugando con un ratón y gozar, con satisfacción visible, con el terror y los sufrimientos de su víctima? Y ello no obstante, ¿tiene el hombre derecho de admirarse de tan crueles sentimientos? ¿tan difícil es hallar algunos ejemplos tristísimos de otros análogos en su propia historia? A los gritos de los cristianos despedazados por las fieras, lanzábanse los romanos á la arena del circo para regocijarse con los suplicios de hombres á ellos iguales; conocidos son los odiosos tormentos que los mejicanos infligen á sus víctimas y las torturas que los indios hacen sufrir á los prisioneros que caen en sus manos. Y en nuestros países mismos las multitudes que se agolpan alrededor de un patíbulo y los que frenéticamente aplauden la muerte de los caballos y de los toros en la plaza, son pruebas de que no es la crueldad patrimonio exclusivo de los animales.

Pero si el gato es falso y cruel, en cambio desde el punto de vista intelectual posee dotes en extremo notables. Romanes dice haber visto varias veces á un gato abrir una puerta que separaba su vivienda de la cuadra: observábale desde una ventana sin que le viera el gato, el cual indolentemente se dirigía á la puerta, agarrábase de un salto con una mano al pomo de la misma, apretaba con la otra el muelle y con las patas traseras imprimía á la puerta la sacudida necesaria para que se abriera (fig. 1, núm. 1). ¿No hubiera obrado de igual manera un hombre? Couch *(Manifestaciones del instinto)* afirma haber conocido un gato que, por un procedimiento casi análogo, encontraba la manera de abrir un armario en donde la dueña de la casa encerraba la leche, y en una memoria recientemente leída en la Sociedad Linneana de Londres, M. Otto refiere el caso siguiente: un gato había sido encerrado en un cuarto sin otra salida que una ventana con bisagras cerrada por medio de un travesero con eje: el animal saltaba sobre el alféizar de la ventana, se estiraba hasta alcanzar el travesero, al que hacía tomar la posición vertical, y luego apoyándose sobre aquélla abríala merced á esta presión. Este hecho se repitió varias veces delante de los espectadores llamados á presenciarlo, y siempre el gato consiguió recobrar rápidamente la libertad.

Cuando un gato no puede abrir por sí mismo una puerta, apela á otras estratagemas. Un secretario de la embajada francesa en Inglaterra paseábase en cierta ocasión por las calles de Londres, cuando de pronto un gato fué á rozar suavemente su pierna: al principio no hizo caso de esto; pero habiendo el animal repetido el juego, no pudo menos de fijar en él su atención. El gato al ver que le miraba volvióse, y con la expresión de sus ojos pareció suplicarle que le siguiera, como así lo hizo el paseante sorprendido por tan extraña aventura. A los pocos pasos detúvose el animal delante de una casa, subió rápidamente los pocos escalones que la separaban de la acera, y sin dejar de mirar si su acompañante le seguía saltó hacia la campanilla como indicando su deseo (fig 1, número 2): M. X. llamó y refirió lo sucedido al criado que salió á abrirle y que le contestó sencillamente: «Es nuestro gato que tiene la costumbre de salir á dar un paseo, y cuando quiere volver suele llamar la atención de los caballeros que encuentra al paso hasta dar con uno que consiente en seguirle.»



Fig. 1. Inteligencia de los gatos.—1. Gato abriendo una cerradura.—2. Gato llamando la atención de los transeuntes para que llamen á la puerta de su casa.—3. Gato atrayendo á los pájaros por medio de migas de pan

Hay actos en que el razonamiento es aún más evidente. Una gata sin leche llevaba á sus pequeñuelos pedazos de pan para suplir el alimento que les falta ba. M. J. Stevens, juez de Nuevo Brunswick, paseábase un día de invierno por su jardín, cuyo suelo estaba cubierto de nieve: un pitirrojo fué á posarse sobre un arbusto á un metro de altura, y un gato que por allí rondaba acercóse furtivamente hasta llegar á una pequeña distancia del pájaro; pero la nieve ofrecía demasiado poca consistencia para que pudiera dar un brinco y apoderarse de la codiciada presa, por lo cual el animal, sin intentar una prueba cuya inutilidad comprendía, procuró hacer que el pitirrojo volase á un sitio más propicio para sus planes. El pájaro, sin embargo, aterido de frío, no parecía muy dispuesto á darle gusto, y en tanto era curioso ver las maniobras del gato, sus esfuerzos para espantar al avecilla: al cabo de un rato, ésta fué á posarse más lejos, con gran contentamiento de su perseguidor, que acechaba sus menores movimientos y que se apresuró á seguirla, ocultándose detrás de cada arbusto con habilidad extraordinaria, hasta que al fin, habiendo encontrado un punto á propósito lanzóse de un salto sobre el pájaro, y aunque su intento resultó vano, ¿cómo negar la inteligencia con que había preparado el éxito de su plan?

Esta inteligencia aparece no menos claramente en el acto del gato escarbando la nieve que cubría algunas migas de pan y colocándose luego en acecho para coger á los pájaros que fuesen á comerlas (fig 1, número 3). Rasgos de estos abundan; y si dispusiéramos de espacio, la dificultad consistiría en escoger en medio de tanta abundancia de ejemplos.

Si es imposible admitir que el mono pueda contarse en el número de nuestros antepasados y menos aún en el de nuestros primos, preciso es en cambio reconocer que por su conformación anatómica y fisiológica se aproxima al hombre y que, á pesar de la inmensa distancia que nos separa, es, desde el punto de vista fisiológico, el mamífero más parecido á nosotros. Es muy susceptible de educación y cuando está domesticado desempeña ventajosamente importantes papeles en escenas curiosas como la que reproducimos, tomándola de una fotografía (fig. 2), y que en su tiempo produjo gran efecto y excitó mucho la hilaridad de cuantos la presenciaban. Pero en libertad es como conviene estudiar á los monos para apreciar mejor sus facultades naturales.

La idea de la muerte no parece ser extraña á esos animales, por lo menos á algunas especies de ellos. Un cazador mató un día una hembra y se la llevó á su tienda, y al poco rato vióse rodeado de unos cuarenta miembros de la tribu que aullaban y gesticulaban, y á los cuales pudo ahuyentar encarándolés su fusil, cuyo mortífero efecto parecían comprender perfectamente. Un mono viejo, evidentemente el jefe de la banda, no huyó, sin embargo, con los otros, sino que avanzó hacia la tienda, y viendo que sus furores eran inútiles echóse á gemir y á llorar de un modo tan lastimero que el cazador movido á compasión le entregó la víctima. El mono cogió prontamente el cadáver en brazos y lo llevó adonde estaban sus com



Fig. 2. Los monos sabios en la mesa. (De una fotografía instantánea.)

pañeros que, al parecer, le esperaban ansiosos, y juntos désaparecieron todos en el bosque, sin que los testigos presenciales pudieran ver en qué paraba esta escena que no dejó de conmoverles.

Aunque el mono no parece poner afecto, como el perro, en aquellos que le prodigan sus cuidados, no carece, sin embargo, de cualidades afectivas y muchas veces se les ve compadecerse de sus camaradas heridos ó enfermos. El dueño de una plantación tenía en su jardín un gran número de jibones que vivían en los árboles y que cada mañana acudían á recibir los frutos que les distribuía: un día un macho joven se dislocó una mano, y los demás desde entonces cuidábanle con gran solicitud, distinguiéndose entre ellos una vieja macaca que se apresuraba á llevarle los primeros plátanos que le daban. Este hecho se repitió todos los días hasta que el mono curó y pudo volver á la vida ordinaria. También encontramos en los monos facultades de un orden superior, como la observación y la reflexión, por ejemplo. Rengger refiere que la primera vez que dió huevos á los monos del Paraguay los rompieron, perdiendo de este modo una gran parte de su contenido, pero pronto aprendieron á partir la cáscara y á mondarlos como cualquier persona pudiera hacerlo. Otra vez puso en un cucurucho de papel entre varios terrones de azúcar una avispa que al emprender su vuelo picó al mono que había abierto el cucurucho: desde aquel día ningún mono se dejó engañar, y antes de deshacer el paquete lo aproximaba á su oreja y lo sacudía fuertemente para asegurarse de que no contenía aquel dañino insecto.

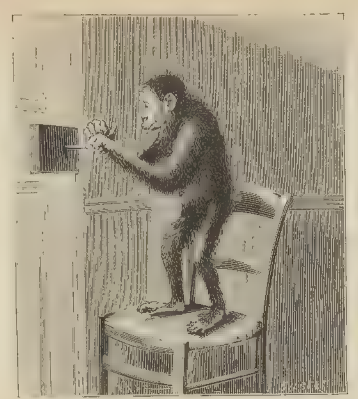


Fig. 3. Mono subido á una silla para alcanzar el picaporte de una puerta

Los monos saben, en caso de necesidad, servirse de medios mecánicos para conseguir sus fines: rompen con guijarros las conchas de los crustáceos para regalarse con su contenido, y aun hay quien asegura que introducen una piedra entre las conchas de las ostras entreabiertas para evitarse el tener que romperlas. Se cita también un mono que para impedir que se cerrara la puerta de su jaula colocaba una manta que le habían dado para abrigarse de manera que evitase un inconveniente que no le dejaba correr á su antojo. El orangután de Cuvier tenía la costumbre de arrastrar una silla de un extremo á otro de la habitación para alcanzar el picaporte que quería abrir (fig. 3).

En resumen: entre los monos, como entre los gatos, encontramos actos preparados por un verdadero razonamiento y realizados con perfecto conocimiento del fin que se proponen lograr. El lector decidirá si se trata de actos puramente instintivos ó si, por el contrario, conviene más atribuirlos á facultades que hasta ahora todo el mundo estaba sobradamente dispuesto á considerar como exclusivamente humanas.

Mis DE NADAILLAC

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

Conferencias culinarias, *por Angel Muro.* – El distinguido escritor D. Angel Muro, que con tanto y tan justo éxito ha sabido unir en amigable consorcio el fogón y la literatura, haciendo una cocina literaria sabrosísima y una literatura coquinaria de deleitosa lectura, y sustituyendo las antiguas macarrónicas recetas con fórmulas nuevas, originales, elegantes, que se leen con tanto gusto como se saborean los exquisitos platos en ellas explicados, ha querido dejarnos un recuerdo de su viaje por Cataluña y de su estancia en nuestra capital, publicando aquí el tomo XXV, primero del tercer año, de sus por todos celebradas *Conferencias culinarias.* Once fórmulas contiene el librito, según reza el índice; pero por incidencia se explican en el texto una porción más. Hay sobre todo en él una disertación acerca del asado, que vale casi por el resto del libro. El nuevo tomo de *Conferencias culinarias,* va precedido de una ingeniosa carta en catalán, dirigida á D. Angel Muro por el conocido escritor señor Roca y Roca, en la que éste ensalza los platos más sabrosos de la cocina regional de Cataluña y excita al *Mestre Coch y home de lletras* á que consagre su atención á los mismos explicando *urbi et orbi* cómo se confeccionan. El Sr. Muro, recogiendo en parte la excitación, dedica su último tomo de *Conferencias* á nuestra ciudad y á nuestras gentes, para las que tiene entusiastas frases de elogio: de esperar es que en breve veremos descritos por su elegante pluma los guisos que tan merecida fama han valido á las buenas cocineras de nuestra tierra. El librito vale, es decir, cuesta, porque valer vale mucho más, una peseta y se vende en todas las librerías.

Los que quieran pasar un buen rato de lectura deben comprarlo; los que quieran comer bien, que pongan en práctica sus preceptos.

***

Manual de Ginecología operatoria, *por el Dr. F. Vidal Solares.* – La fama justamente alcanzada por el Sr. Vidal Solares nos releva de entrar en el examen de esta obra, en la cual se estudian todas las enfermedades que con los órganos sexuales de la mujer se relacionan; se explican minuciosamente las operaciones quirúrgicas que para su curación deben de practicarse, según los últimos adelantos de la ciencia, y se completa tan importante trabajo con sabios preceptos sobre la medicación intrauterina. Multitud de grabados ilustran la obra, de cuya bondad son segura garantía los vastos conocimientos que merced al estudio y á la práctica en los hospitales de París y en su numerosa clientela ha adquirido el reputado médico Sr. Vidal Solares.



AGAR, cuadro de Teodoro Schmuz Baudin

***

Vestizione (Ricordo di un'amica), *versi di Ovidio Bardo.* – Un poemita lleno de inspiración y sentimiento, escrito en armoniosos versos del conocido poeta italiano Ovidio Bardo.

***

El sitio de Gerona en 1653, *por D. Emilio Grahit y Papell.* – Interesante folleto en que, tomando los datos de documentos inéditos, se describe el memorable sitio que en tiempo de Felipe IV sostuvieron los gerundenses entre las tropas francesas que ansiaban agregar á su reino la región catalana y que hubieron de desistir de su empeño, valientemente rechazados por los heroicos esfuerzos de la inmortal ciudad, acaudillados por el marqués de la Sierra, el barón de Sabuch y D. Antonio de Zúñiga. Su autor ha añadido con ella una obra importante al largo catálogo de las que lleva publicadas y que le han valido el título de socio correspondiente de la Real Academia de la Historia. – Véndese al precio de 75 céntimos de peseta en Gerona en las librerías de D. Paciano Torres y de D. José Franquet y Serra.

***

La tórtola herida, *por M. Hernández Villaescusa.* – Bien á las claras se ve, leyendo la novela del Sr. Hernández Villaescusa, que éste ha estudiado á fondo y con provecho las obras de uno de los más ilustres novelistas españoles, del escritor regionalista por excelencia, del narrador de costumbres populares de aquella región del Norte de nuestra península que bañan las aguas del Cantábrico. Este es el mejor elogio que podemos hacer del libro que nos ocupa, pues imitar con acierto lo bueno es bastante más difícil que inventar un género malo ó siquiera mediano. En *Tórtola herida* hay todos los elementos indispensables para una buena novela: la acción es interesante y sencilla y se desarrolla naturalmente hasta llegar á un desenlace lógico y sentido; los tipos están perfectamente retratados; el lenguaje castizo se realza con diálogos de un sabor popular que deleita, y la más intachable moral campea en la forma y en el fondo. – El libro, que forma un elegante tomo de más de 250 páginas, véndese en las principales librerías al precio de 1,50 pesetas.



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 23 de mayo de 1892 — Núm. 543



LA ELECTRICIDAD estatua policromada de Roberto Zeiler

SUMARIO

CRONICA DE ARTE

La cuestión del día. — Las noticias de los *Salones* de París. — Estatuas presentadas en la nueva Biblioteca. — Monumentos conmemorativos del descubrimiento de América y de la rendición de Granada.

No es pequeña la polvareda que levantó la prensa por causa de la traslación de la fuente de *Cibeles*. Lo más grave de esta cuestión consiste precisamente en que nadie se entiende. Quienes ponen de hoja de perejil al alcalde y al ayuntamiento, acusándoles de iconoclastas, ó poco menos, por el atrevido propósito de poner las manos pecadoras en la famosa obra ideada por el célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez; quienes creen que está bien hecho lo de trasladar tan preciosa muestra del arte dieciocheno al centro de la gran plaza que formarán los paseos del Prado y Recoletos y la calle de Alcalá; quienes aplauden á la Academia de San Fernando porque protesta contra las reformas y traslación proyectadas; quienes afirman que aquel alto cuerpo se mete en la camisa consabida; en resumen, aquí no se entiende nadie.

Y todo esto ¿por qué? La cosa merece, para explicarse bien, un parrafillo.

El municipio tenía aprobado hace tiempo el proyecto de hacer una gran plaza en el lugar dicho más arriba, y como consecuencia de tal acuerdo, la de tirar una rasante que elevase más el suelo de la plaza y el del Salón del Prado, evitando así los estancamientos de las aguas llovedizas que por efecto de los desniveles producidos por las edificaciones de Recoletos y del Banco de España, amén de los arrastres de tierras realizados á favor de las lluvias torrenciales, hacían el tránsito imposible por aquella parte del Madrid nuevo, ó por lo menos del Madrid presentable. Al ponerse en práctica el acuerdo del ayuntamiento, y trazada la elipse exterior de la gran plaza, se procedió á la nivelación del suelo, así de ésta como del Salón del Prado, resultando que hubo de elevarse el del paseo unos treinta y pico de centímetros, y el de la plaza bastante más por algunos lados y bastante menos por otro; resultando que si la fuente de Cibeles antes estaba más baja del nivel del suelo, ahora necesariamente tenía que aparecer como metida en un pozo. Esto en cuenta, se procedió al desmonte de la citada fuente para trasladarla, bien al centro de la plaza, como aparece en el proyecto, bien para volverla á montar en el mismo lugar que actualmente ocupa. He aquí el motivo de la gran marejada.

Realmente el alcalde debió limitarse á dar cumplimiento á los acuerdos del ayuntamiento, haciendo caso omiso de las opiniones de cuantos más ó menos autorizadamente protestaban y protestan contra las obras que se están llevando á cabo. Cuando el señor Bosch me indicó que pensaba dirigirse á la Academia de Bellas Artes, para que este cuerpo decidiese si la Cibeles había de colocarse en un lugar ó en otro, no pude menos de hacerle observar que dicho cuerpo, no teniendo más carácter que el de consultivo, aun dentro de esto mismo, solamente puede emitir opinión acerca del mérito y del valor artístico de una obra, pero de ningún modo puede fallar en asuntos de ornato público. ¡Cuál no sería mi asombro cuando leí en varios periódicos que dicha Academia alevará al Gobierno una protesta contra la traslación de la asendereada fuente y contra las reformas en realización, pretextando que se destruía el primitivo plan de D. Ventura Rodríguez y que la Cibeles no es monumento central!

No había de quedarme tan sólo con la boca abierta, ante la extemporánea é incongruente salida de tono de la Academia: era necesario que el asombro se convirtiese en estupor, y de tal cambio se encargó *El Correo* con un comunicado y un artículo firmados por una X, incógnita que creo haber descubierto ya y que tiene todas las trazas de un candidato á académico. La X aludida afirmaba que el ayuntamiento faltaría á las leyes, atreviéndose á llevar á cabo el sacrilegio, el *fuenticidio* y las reformas, sin consultar previamente á la corporación de inmortales. Allá me fuí en busca de las leyes esas, y no pude dar con ellas. ¡Cómo había de dar con ellas si no existen! Las leyes á que se refería el solícito defensor de las prerrogativas académicas son los *Estatutos* de la de Bellas Artes, los cuales estatutos solamente á título de consejo autorizan á la Academia para ilustrar á los gobiernos, corporaciones administrativas, etc., en lo que se refiera al *mérito* de obras de arte. ¡Divertidos estarían los alcaldes y todos los municipios de España si para emprender obras de reforma, ensanche, etcétera, tuviesen la obligación de pedir el *visto bueno* á esos señores de la calle de Alcalá!

Aquí lo más grave es, que se está engañando (de buena fe, por supuesto) al buen pueblo de Madrid, haciéndole creer que la fuente de Cibeles es una maravilla. Y cuenta que no son personas incompetentes algunas de cuantas creen á pie juntillas, obra de superior mérito aquélla, puesto que el notable escritor y crítico de arte, mi buen amigo Jacinto O. Picón, aseguraba ayer desde las columnas de *El Correo* (en esto coincidía con lo dicho por X), que la fuente de Cibeles era una de las más bellas de Europa.

No, no es exacto eso ni mucho menos. No quiero recordar las varias que en París honran el cincel de Carpeaux y de otros escultores de su talla, ni las que en Roma, como por ejemplo la de *Trevi* y veinte más de su fuste, son verdaderos monumentos de arte, ni la misma de las *Cuatro estaciones* que se alza en el Salón del Prado, todas superiores en tercio y quinto á la Cibeles. Como motivo decorativo, estoy conforme en que le den la importancia que quieran sus admiradores; como obra de arte, es casi tan mala como la fuente de Neptuno.

Precisamente debiera tenerse en cuenta la época en la cual se trazó y esculpió la Cibeles, para no caer en la rutinaria admiración del vulgo, que mira en aquella matrona desproporcionada y que ostenta una corona de castilletes, la representación mitológica y clásica de la *Tierra*. El insigne *Jovino* como el eximio D. Ventura Rodríguez no pudieron eximirse de pagar un tributo al gusto depravado del arte de entonces, que apellidándose clásico, era, según Caneda, de una falsedad y de una ampulosidad lamentables. El insigne arquitecto, que con tanta sobriedad, que con tan limpio criterio y alto sentido estético combinaba las líneas geométricas, al entrarse por los campos de la figura, de la interpretación concreta de una idea á la cual concurrían las sutilezas del concepto del arte pagano, así en lo que atañe á la forma humana, como á la filosofía del simbolismo por este medio realizado, dió de bruces en los defectos que el citado Caneda apunta, defectos inherentes á una educación estética mixtificada y dislocada por un medio ambiente exhausto de la amplitud de conocimientos y tolerancias, necesarios para respetar cosas, doctrinas y escuelas.

Aquella deidad, sentada en una bañadera de asiento, no ofrece estabilidad aparente, y en cambio pone de relieve la ignorancia en que estaba el célebre arquitecto á propósito de la historia del mueble y del traje de los tiempos clásicos. Aquella plataforma cuadrada sobre la cual está colocado el sillón, es un remedo de las carrozas de percalina que se arman en diez ó doce horas para que el gremio de impresores ó cualquiera otro figure en esos festejos públicos, puestos á la orden del día desde los tiempos del de Anjou. Fíjense bien los defensores de la monumental fuente, y verán cómo aparece cubierta dicha plataforma por un volante ó guarnición de tela. Los leones que tiran de la carroza, colocados con horrible simetría, moviendo las cabezas hacia el lado contrario del brazo que levantan, faltos de proporciones y de la energía con que el genio ó el artista de raza sabe caracterizar estos animales, nos dicen á gritos que aun cuando se convirtieran por milagro en leones de carne y hueso, no podrían moverse, sin que á los dos pasos no hubiera necesidad de recoger del suelo á la madre Cibeles, despedida de su bañadera por el rodar de las cuatro ruedas de una carroza triunfal.

En resumen; ni aquello es un carro griego ni romano; ni eran éstos de cuatro ruedas; ni aquélla es una silla de los tiempos mitológicos ni de ningunos otros; ni los leones son leones; ni la deidad Cibeles llevó jamás corona de castillos, ni sería tan desproporcionada, caso de que hubiese tomado alguna vez forma femenina; ni, por último, tiene carácter del neoclásico de los días de D. Ventura Rodríguez, ni es rococó, ni nada; es un motivo decorativo, sin que pueda ser calificado de bueno.

***

A juzgar por la crítica transpirenaica, los dos *Salones* de París, si bien acusan una decadencia en el arte en general, señalan sin embargo una nueva ruta, iniciándose quizás algo...

Lo que se inicia en París, es simplemente un extragamiento del gusto. El arte francés atraviesa un período de anemia, de cansancio. La tendencia á buscar originalidades dentro del ambiente falso de la artificial vida cosmopolita (artificial en todo orden de ideas), se acusa en gran número de obras exhibidas en los dos *Salones* actualmente abiertos. Mientras Escocia, Irlanda, Inglaterra, Suecia y Noruega y algunos otros pueblos del Norte, que nacen en estos últimos años á la vida del arte, pueblos sin abolengo artístico apenas, producen obras repletas de gran sinceridad, inspirándose en la Naturaleza y no apartando la mirada de aquellas obras producidas por los grandes maestros de todos tiempos, el arte francés decae visiblemente por el empeño de acudir á la extravagancia, bien forzando la nota cómica, bien exagerando aquella que en efecto tiene un valor reconocido dentro de las nuevas tendencias.

Pero yo creo que más que á todo esto, obedece á una causa la decadencia de la escuela transpirenaica; esta causa es la carencia de ideales, el afeminamiento moral y físico del francés. Véase, si no, cómo la única preocupación constante del pueblo franco, la revancha, es la que mejores obras de arte inspira. Fuera de esta obsesión, para que un Pelouse alcanzara la talla que alcanzó, fué necesario que viviese ajeno por completo á otra vida que la que le ofrecía el campo.

***

Las escultores Sres. Nogués, Carbonel, Fuxá, Alcoverro y Moratilla entregaron ya los modelos definitivos de las estatuas de Nebrija, Vives, Lope de Vega y Berruguete y el de uno de los esfinges. Dichos modelos, aprobados ya por la Academia de San Fernando, quedarán en los puestos que han de ocupar las estatuas en mármol, hasta que pasen las fiestas del centenario. Para entonces deberá estar terminada (en yeso) toda la decorativa de la nueva Biblioteca.

***

El Sr. Susillo tiene muy adelantado el monumento que ha de erigirse en la Habana en conmemoración del descubrimiento de América. Según el parecer de personas competentes que han visitado recientemente el estudio del notable escultor sevillano, entre los bajos relieves que figurarán en el monumento sobresale el que representa á Cristóbal Colón discutiendo con los sabios de la Universidad de Salamanca.

El Sr. Benlliure trabaja también activamente en la terminación del monumento que se ha de elevar en Granada, destinado á perpetuar el hecho de la conquista de esa ciudad por los Reyes Católicos.

R. Balsa de la Vega



Patio de una posada mexicana

DE NUEVA YORK A CALIFORNIA

AL TRAVÉS DE MÉXICO EN 1849 (1)

Ir á California en busca del metal precioso de sus minas, era el afán, el sueño dorado de todos, á fines del año 1848. La fiebre del oro estaba en su apogeo; muchos ansiaban emprender desde luego el penoso viaje, con la esperanza de enriquecerse pronto, mas carecían de recursos para ello; mientras que otros, teniendo á su disposición los medios necesarios, no podían abandonar familias, hogares y asuntos para arriesgarse en tal empresa. Sin embargo, algunos de estos últimos hicieron contratos particulares con los que no poseían recursos y deseaban probar fortuna, estipulando la repartición del oro recogido cuando el expedicionario volviera. Si aquellos aventureros hubieran obrado lealmente con sus socios capitalistas, repartiendo con ellos todo cuanto obtuvieron, no hay duda que estos últimos habrían quedado altamente satisfechos. Mas no fué así. A decir verdad, si el que iba á California hubiese podido compartir también con el socio que se quedaba tranquilo en su casa una mitad de las fatigas, de los peligros, de las enfermedades, del hambre y de la miseria que debía sufrir en el largo viaje, seguramente hubiera repartido el oro también.

Sin embargo, estos convenios indujeron á muchos hombres enérgicos, de aquellos que no temen nada, á organizar peregrinaciones para ir á buscar el oro, y entre otros, formóse una compañía, compuesta de doscientos aventureros de Nueva York, que es la misma de que voy á ocuparme. El plan era ir á Veracruz (México), y después por tierra á la costa del Pacífico, en San Blas ó Mazatlán. Una parte se embarcó en San Blas, otra en Mazatlán, y la tercera hizo todo el viaje por tierra desde Veracruz.

(1) No estando dispuestos los grabados que habían de ilustrar el artículo *La gran guerra de* 1892 correspondiente á la presente semana, hemos tenido que suspender la publicación del mismo, que insertaremos en el próximo número.

Esta última, compuesta en su mayoría de jóvenes, se organizó bajo el título de «Asociación Manhatlán-California» y contaba unos doscientos individuos. Todos estábamos ansiosos de aventuras y ávidos de extraer de las minas el oro necesario para enriquecernos. Llevábamos sombrero de anchas alas, botas altas de goma ó de cuero, mantas, camisetas de franela, recipientes de hoja de lata para lavar el oro, fiambreras, piquetas, palas y azadones, algunos libros, instrumentos de música, etc.; pero la mayor parte de estos efectos quedaron diseminados en los caminos de México ó en los chaparrales, y no pocos se vendieron á los indígenas por algunas míseras monedas. Más aprecio se hizo de las carabinas, revólvers, pistolas y cuchillos, fieles compañeros, de los cuales tuvimos buen cuidado de no separarnos nunca. Habíamos fletado la barca *Mara*, capitán Parks, de unas doscientas toneladas, y como nos habíamos propuesto proceder con la mayor economía, nos arreglamos de modo que el viaje hasta Veracruz no costase más de veinte duros á cada individuo. El último día de enero de 1849 nos embarcamos, equipados todos al estilo de California: botas y guantes de piel, manta cruzada sobre el pecho, á lo militar, carabina al hombro y los utensilios de cocina en la mano.

Poco después de habernos hecho á la mar, el viento sopló con sin igual violencia, y durante toda la noche, nuestra embarcación sufrió el embate de las olas como si hubiera sido una cáscara de nuez. Muchos de los nuestros, que experimentaban el mareo por primera vez, quejábanse amargamente, y hubieran dado cuanto tenían por hallarse en sus casas.

A la mañana siguiente no pude menos de compadecer á los que, presas de un indecible malestar, hallábanse tendidos sobre cubierta, sin tener remedio alguno para librarse del mareo. Para mayor desgracia, no teníamos quien preparase nuestra comida; pero al fin dos individuos se ofrecieron á cocinar hasta que llegásemos á Veracruz, y gracias á esto no nos faltó una comida diaria hasta el 24 del siguiente mes de febrero, fecha en que terminó aquel penoso viaje.

Llegamos á la costa de México cuando el sol descendía entre nubes de oro sobre los picos de la montaña, flanqueados por densas y obscuras masas, entre las cuales destacábase bajo el cielo azul la cima del Orizaba coronada de nieve. Dos aves de plumaje blanco llegaron de tierra, distante aún, y moviendo graciosamente las alas volaron alrededor de nuestros mástiles, volviendo después hacia tierra: eran lo que allí llaman «aves pilotos del marinero de los trópicos.» En la mañana de un domingo anclamos cerca de San Juan de Ulloa, que se distingue por su bonita torre antigua, y enfrente de nosotros elevábase la ciudad de Veracruz.

Los carabineros nos abordaron muy pronto con su bote, y poco después obtuvimos el permiso para desembarcar, sin duda porque al oficial no le agradaba nuestra compañía. Se pasó aquel domingo, recorriendo la antigua ciudad, bombardeada dos años antes por la artillería del general Scott: los muros y edificios, construídos con roca de coral, hallábanse en el mismo estado en que él los dejó; acá y allá veíanse esparcidos en las calles fragmentos de bombas y de proyectiles, y á lo largo de la playa yacían abandonados numerosos botes inútiles; también vi muchos furgones, cajas de artillería y hasta sillas de montar destrozadas.



Catedral y puerto de Veracruz

Como Veracruz se halla en un espacio arenoso, rodeado de cactos y lagartos y extensos chaparrales, enviamos mensajeros á las haciendas inmediatas para anunciar que los *yankees* necesitaban caballos, mulas y burros; y fué forzoso pasar la noche en la ciudad, reputada de poco sana, donde nos alojamos en una posada muy grande, cuyo patio estaba lleno de chalanes y caballos. Echamos nuestras mantas sobre unos tablones, en el segundo piso, perturbando la tranquilidad de legiones de moscas, que en venganza nos acosaron furiosamente; y en cuanto á mí, apenas pude conciliar el sueño en toda la noche, á causa del estrépito que producían las doscientas mulas hambrientas que había en el patio. Solamente podría hallar el paralelo de esta noche pasada en México en una página del *Inferno* del Dante.

En la mañana del lunes presentáronse los chalanes mexicanos, precedidos de una legión de caballos y mulas, entre los cuales contábanse cojos y ciegos, y algunos tan resabiados, que para nosotros habría sido muy difícil montarlos. Sus dueños, no obstante, habían sabido ocultar sus defectos con maravilloso arte; de modo que en la mayor parte de los casos el engaño no se descubría hasta que los vendedores estaban camino de sus ranchos. Los compradores ansiosos pagaban de veinticinco á cuarenta duros por cuadrúpedos que sus dueños habrían dado por menos de la cuarta parte de este precio para deshacerse de semejantes jamelgos, buenos tan sólo para arrojar al jinete de la silla, pero que se mostraban muy dóciles bajo la mano del chalán.

Una vez visados nuestros pasaportes y montado cada hombre en su jaco, en la noche del lunes llegamos, Dios sabe cómo, á lo que debía ser nuestro campamento en Santafé, grupo de cabañas, situado á diez millas de Veracruz, donde nos entregamos al reposo en el duro suelo, sin más colchón que nuestras mantas. En el barco habíamos resuelto organizarnos en cuatro divisiones, cada cual con su capitán, eligiéndose un general en jefe; pero como éste no se presentó á la hora en que debíamos marchar, me encargué yo del mando de la expedición.

En la mañana del 28 de febrero emprendimos la marcha, que por cierto fué una de las más enojosas. El trabajo de preparar el alimento, de cargar y descargar los equipajes y de arreglarlo todo cuando nos acampábamos ocasionábame infinitas molestias. Muy pronto me fué necesario organizar una retaguardia para recoger á los rezagados, y con frecuencia la columna debió de hacer alto si se perdía de vista alguno de los nuestros, pues de lo contrario habría sido víctima de los vigilantes bandoleros que nos seguían. En todo el camino, y mientras cruzábamos por México, vi numerosas cruces de madera que indicaban la perpetración de un crimen. En la primera jornada pasamos por un sitio llamado en el país «Cueva del asesino» Antes de recoger las tiendas por la mañana modifiqué nuestra organización, y adoptando una rígida disciplina militar, después de aligerar el peso que cada individuo llevaba, pude acelerar el viaje; de modo que recorríamos veinte leguas mexicanas cuando no íbamos por terreno montañoso. Al abandonar la costa, el camino y el clima mejoraron, y llegado el primer sábado, acampamos para pasar el domingo en los arrabales de la magnífica ciudad de Jalapa, rica en frutos y flores, y de la cual dice el proverbio mexicano: «Ver Jalapa y morir.»

Jalapa está asentada en la falda del monte Macuiltepec y sus casas escalonadas presentan un hermoso aspecto panorámico, aumentando los encantos de su pintoresca posición la presencia del Cofre de Perote con sus quebradas vertientes cubiertas de una exuberante vegetación, los bosques de liquidámbar y jinicuiles que la cercan por el Sur y por el Sudeste, los amenos jardines de su recinto, los hermosos paseos de sus alrededores y los bellísimos lugares de recreo que por doquier se divisan.



Un caballo modelo

Antes de proseguir la marcha cambiamos muchos cuadrúpedos por otros mejores, herrando á los que lo necesitaban, con lo cual conseguí que reinara mejor espíritu y más animación en mi gente.

En la plaza de Jalapa se manifestó por primera vez la hostilidad contra los *yankees;* la multitud nos rodeó gritando, y hasta hizo una tentativa para obligarnos á desmontar; pero gracias á nuestro proceder enérgico salimos del paso sin tener que lamentar el menor disgusto. Una noche, hallándonos á cierta distancia de Jalapa, nuestra entrada en un pueblo produjo mucha excitación; hubo una alarma general y se mandó tocar las campanas, mientras que varios mensajeros corrieron á las haciendas inmediatas. Muy pronto llegaron numerosos hombres armados de escopetas; mas á pesar de todo, permanecimos en nuestra hacienda, que tenía paredes muy altas y sólidas puertas, y al día siguiente pudimos salir sin que nadie nos molestara.



Herrando un mulo

Por lo regular levantábamos el campamento á las tres de la madrugada, encendiendo las hogueras; tomábamos un refrigerio, y emprendíamos la marcha, que solía ser de veinte millas, haciendo alto después para comer.

Durante la noche poníamos siempre centinelas, atando las mulas y caballos convenientemente, pues debíamos guardarnos mucho de los bandoleros. Nos hallábamos entonces en una parte del país cubierta de matorrales bajos, entre los que veíamos con frecuencia correr los conejos, los pavos salvajes y otros animales. Como no había ciudades cerca, muchos de los nuestros fueron á cazar; en el camino encontraron unas mujeres mexicanas, las cuales les dijeron, señalando un barranco, que por allí venían los ladrones, y al oir esto, mis compañeros volvieron á reunirse con nosotros, á fin de atender á la defensa común.

Poco después, efectivamente, dejáronse ver los bandoleros; pero sin darles tiempo para que se prepararan, corrimos para presentarles el combate, que rehusaron prudentemente, reconociendo sin duda que estábamos dispuestos á rechazar la fuerza con la fuerza.

En Puente Nacional vimos los huesos insepultos que habían quedado en aquel campo de batalla, y contemplamos con admiración las elevadas fortificaciones que protegían la entrada de las alturas casi perpendiculares por donde los dragones desmontados del coronel Harney se abrieron paso entre la maleza y los matorrales, sufriendo el fuego de las baterías mexicanas. Temíamos vernos en la precisión de abrirnos paso á viva fuerza por aquel puente; pero nadie nos molestó.

En las alturas de Cerro Gordo acampamos para comer: en el campo central de la batalla, donde Santana se batió con más denuedo, encendimos nuestras hogueras; sacamos agua de un estanque, cubierto de vegetación, para hacer el café, y bebímosle á la sombra de los mismos árboles bajo los cuales se habían cobijado tantos heridos antes de morir, satisfechos de poder apagar su sed antes de abandonar este mundo. Alrededor de nosotros veíamos los huesos diseminados insepultos de los que sucumbieron en la lucha, y entre el ramaje de algunos matorrales y de los árboles, muchos cráneos que parecían mirarnos, puestos allí sin duda por algún mal intencionado para infundir pavor á los viajeros. En todo aquel terreno, los restos de armas y municiones atestiguaban la espantosa lucha que allí se sostuvo entre los ejércitos de México y Estados Unidos.

Muy pronto nos internamos en las montañas de Ríofrío, y en la cumbre nos sorprendió una terrible lucha de los elementos: truenos, relámpagos, lluvia, granizo, nieve, intenso frío y un espantoso huracán; de modo que el agua nos caló hasta los huesos, mientras que nuestros pobres cuadrúpedos, acostumbrados á las cálidas llanuras, temblaban de frío á la vez que de terror, deslumbrados por el fulgor de los relámpagos; por su aspecto y manera de conducirse parecía que nos pidiesen protección. Era la tarde del sábado, y se nos ofreció generosa hospitalidad en la hacienda de Buena Vista, cerca de la cumbre de la montaña, punto que se hizo histórico después como lugar de refugio del desgraciado emperador Maximiliano.

Encontramos toda la cima de la montaña infesta-

da de guerrillas; no estábamos lejos de la ciudad de México, y en aquellos parajes las cuadrillas de bandoleros asaltaban á los viajeros montados y á las diligencias, asesinando con frecuencia á las personas después de saquearlas. Por esto se justificó mi precaución de hacerme fuerte en la hacienda, poniendo centinelas para vigilar cuidadosamente los alrededores; pero habiendo sabido que eran mucho más numerosos que nosotros los que podían atacarnos, abandoné la hacienda para emprender con mi gente una rápida marcha en dirección á México, que no tardamos en avistar, sin haber ocurrido ningún percance. Sin embargo, aún no había cesado del todo el peligro de las guerrillas, y era necesario bajar de las alturas de la montaña. Frente á nosotros veíamos los montes de Popocatapelt y de Iztaccihuatl, y á nuestros pies extendíase el gran valle y la ciudad de México. La montaña de Iztaccihuatl ó Iztaccihuatepetl es una de las más hermosas de la gran sierra que por el Este limita el valle de México. Su extensa cumbre eternamente cubierta de nieve representa por la disposición de sus rocas el cuerpo de una mujer tendida, lo cual ha dado origen al nombre de la montaña (derivado de *iztac*, blanca, y *cihuatl*, mujer) y sus vertientes están surcadas de profundos barrancos, en las que se admiran enormes rocas de pórfido y basalto entre la espléndida vegetación que cubre así estas quiebras como la falda del monte. Al bajar de la montaña vimos tres guerrillas cuyos individuos se descolgaban hasta el camino por medio de cuerdas que se pasaban bajo los sobacos.

A mediodía hicimos alto para comer, y mientras hacíamos nuestros preparativos acercóse á nosotros un piquete de lanceros mexicanos muy bien equipados, con el indispensable lazo de cuero en sus caballos, que eran de inmejorable estampa. Con su vistoso uniforme, sus caras de grave expresión, su cabello negro, espeso mostacho y mirada resuelta, aquellos lanceros eran muy propios para infundir pavor á los ladrones y bandoleros á quienes debían perseguir. Su sistema de ataque consiste en arrojar el lazo sobre la víctima; con sus bien amaestrados caballos consiguen derribarla de la silla muy pronto, y entonces arrástranla por tierra, ó la matan á lanzadas. Invitado por ellos, me alejé á considerable distancia para ver hasta qué punto llegaba su destreza en el manejo del lazo, y confieso que á pesar de mi agilidad no pude librarme de ser cogido.



Lancero mexicano

Después de atravesar el valle de México, muy pintoresco por las innumerables plantas con que se fabrica la bebida nacional llamada *pulque*, penetramos en la antigua ciudad de Motezuma, poco tiempo antes conquistada y evacuada por el ejército de los Estados Unidos. Fuimos alojados en una cómoda hacienda, y vimos numerosas fondas, donde se expenden refrescos y el característico *pulque*, que es la cerveza de México.

Al día siguiente se manifestó la antipatía á los americanos en la plaza pública, cerca de la gran catedral, con motivo del paso de una procesión religiosa. Todas las personas que había en la calle arrodilábanse reverentes y se descubrían, haciendo la señal de la cruz. Mis aventureros, sin seguir el ejemplo, limitábanse á contemplar la escena con curiosidad; mas al ver esto la gente del pueblo, obligáronles á doblar la rodilla, haciendo rodar sus sombreros por tierra, lo cual bastó para que se reuniese una considerable multitud. Mis compañeros opusieron resistencia, y á no haber sido por una pronta intervención de varias personas, es muy posible que nuestro viaje hubiera terminado en los calabozos de una cárcel. Hubiera sido peligroso permanecer más tiempo en la ciudad, y en su consecuencia emprendimos la marcha hacia el Pacífico.



Un duelo á la mexicana

Mal avenidos con mi propósito de suspender la marcha los días de fiesta á fin de buscar caballos y descansar un poco, treinta individuos de nuestra partida tuvieron por conveniente separarse de nosotros. Tenían prisa por llegar á California, antes que se extrajera «todo el oro,» y consideraban que detenerse los domingos era perder el tiempo. En su consecuencia despidiéronse de nosotros y marcharon con toda la rapidez posible.

Después de un largo día de marcha llegamos á Celaya, ciudad amurallada, de unos seis mil habitantes. Fundada en 1570 por orden del virrey Don Martín Enríquez de Almanza, Celaya, cuyo nombre deriva del vascuence *Zalaya*, tierra llana, por haber sido oriundos de Vizcaya la mayoría de sus fundadores, hállase emplazada en una hermosa llanura á poco menos de una legua del río de la Laja, y en sus cercanías existen grandes bosques de huizales, mezquites, fresnos y álamos del Perú, y extensos campos de trigo, maíz y chile sumamente productivos. Dentro de la ciudad admírase en primer término el templo del Carmen, obra del insigne arquitecto D. Francisco Eduardo de Tresguerras, que fué terminada en 1798 y que es sin duda la más hermosa y mejor proporcionada de todas las iglesias de la república mexicana.

La población de Celaya se mostró marcadamente hostil á nosotros, y habiéndome enviado el alcalde aviso para que me presentara inmediatamente, ordenóme que no intentara salir de la ciudad antes de amanecer, disponiendo además que la mitad de mi gente pasara á un pueblo situado á unas diez millas.

Añadió que enviaría un mensajero para nuestra seguridad, pues de lo contrario seríamos atacados. A esto contesté que no haría tal cosa; que no pedíamos protección, y que en caso de hostigarnos, cada cual haría lo posible para defenderse. Entonces el alcalde mandó al dueño de la hacienda (que era una verdadera fortaleza, como todas las demás) que nos retuviera prisioneros hasta la mañana; pero á las tres de la madrugada obligamos al propietario á dejarnos el paso libre, y saliendo triunfalmente, continuamos la marcha.

En la noche del sábado siguiente llegamos á una ciudad situada cerca de Guadalajara; por su centro corría un riachuelo y abundaban los naranjos y granados. Durante la semana habíamos recorrido trescientas millas, la mayor parte por terreno montañoso, y esto era más que suficiente para que hombres y caballos estuvieran extenuados de fatiga y ansiosos de entregarse al descanso.

En la mañana del domingo, mientras saboreaba una taza de café en la fonda, oí la detonación de una carabina cerca de la casa, y poco después llegó un mensajero apresuradamente para decirme que el joven W..., de Nueva Jersey, acababa de suicidarse disparándose un tiro. Muy pronto nos vimos rodeados de una considerable multitud, que se proponía imponernos un castigo por lo que consideraba un crimen; pero se le hizo ver nuestra inculpabilidad y redújose todo á un tumulto. Con algunas tablas se improvisó un ataúd, y á eso de la media noche, en medio de la obscuridad, dimos sepultura á nuestro compañero en un lugar retirado, clavando sobre su tumba una tosca cruz de madera para evitar la profanación.



Vendedor de pulque

Al rayar el día salimos de aquel lugar como hombres que escapan, y con tristeza entramos poco después, á eso de las once y media del día, en la gran ciudad de Guadalajara, una de las más importantes poblaciones de la república, que disputa á Puebla por su hermosura el segundo lugar de las capitales del país. Sus bellísimos paseos y sus hermosos edificios públicos justifican la fama que de antiguo goza, mereciendo especial mención entre estos últimos la catedral, fundada por el segundo obispo de la diócesis D. Pedro Ayala, quien puso la primera piedra en 22 de octubre de 1561. Este templo, cuya consagración tuvo lugar á los 57 años, día por día, de comenzadas las obras, es decir, en 22 de octubre de 1618, es bello y majestuoso en su interior, donde se admiran sus tres grandiosas naves que descansan sobre treinta esbeltas columnas, y aunque su exterior no corresponde á las bellezas que dentro se ofrecen, no deja de presentar algunos detalles arquitectónicos notables.

Acababa de llegar á Guadalajara poco antes que nosotros un regimiento de tropa á fin de castigar á varios indios rebeldes; y la presencia de los soldados, coincidiendo con nuestra entrada (éramos ciento cincuenta hombres, todos con sus camisetas rojas), alarmó de tal manera al pueblo, que muchos comenzaron á gritar «¡Revolución, revolución!» Para mayor tumulto, varios individuos de tropa descargaron sus armas en las calles, las mujeres gritaron, cerráronse las tiendas, y entretanto nosotros atrancamos las puertas de nuestro alojamiento, temiendo que aquel fuera el fin de nuestro malhadado viaje á California, cuando nos hallábamos aún á más de cien millas de la costa. A pesar del peligro, todos estábamos dispuestos á vender caras nuestras vidas; mas gracias á la intervención de no sé quién, no fuimos atacados, y poco después de media noche pudimos salir de la ciudad sin que nadie nos molestase.

Continuamos nuestro viaje tranquilamente, haciendo diversos comentarios sobre el grave incidente ocurrido en la ciudad de Guadalajara.

Al fin llegamos á Tepic, ciudad comercial que trafica con el puerto de San Blas, y allí no encontramos ya enemistades, pues gracias á las relaciones é intereses del comercio se respeta generalmente á los americanos. Cuando entramos en San Blas nuestra salud era excelente, y no habíamos perdido más que un hombre, el suicida de que hablé antes.

Por casualidad hallábase anclado allí el bergantín *Cayuga*, de doscientas toneladas, capitán Savage, que admitía pasajeros para conducirlos á San Francisco, y con el cual hicimos un contrato análogo al que se estipuló antes con el capitán Parks, cuidándonos esta vez también nosotros de nuestros víveres. Estos últimos se reducían á galleta dura como la piedra, gran parte de la cual estaría ya seguramente llena de gusanos; vaca en salazón, que aquí se vende por varas, tan resecada, que más bien parecía cuero; una regular cantidad de café y azúcar. En la cubierta, detrás del palo de trinquete, se despejó un espacio para nosotros, y allí debíamos permanecer á la intemperie, recibiendo el agua y el sol sin un toldo siquiera para guarecernos. El capitán Savage había admitido á bordo varios pasajeros, á cuya disposición puso los camarotes, y como pagaban un precio fabuloso, comprometióse á darles provisiones frescas, para lo cual se embarcaron varias cabras. No había mesas á bordo, y para comer y beber era preciso permanecer en pie ó sentarse en la cubierta.

A los ochenta y cuatro días de nuestra salida de Nueva York nos hicimos á la vela para San Francisco, olvidando las fatigas pasadas, y sin temor á los peligros, porque estaba próximo el término del viaje. Poco les importaba á mis compañeros que la galleta estuviese tan dura que pudiera romperse algún diente en el esfuerzo para masticarla, ni tampoco que fuese preciso bajar las tiras de vaca en salazón hasta el agua y tenerla allí cuarenta y ocho horas antes de que pudiese ser guisada; por mi parte, me atrevo á decir que á ningún tiburón le habría tentado semejante alimento. Nuestro capitán, experto navegante en aquellas latitudes, ansioso de verse libre de nosotros lo más pronto posible, resolvió enderezar el rumbo hacia el Sudoeste para llegar á la bahía de San Francisco sin pérdida de tiempo. Nos alegramos mucho de que se hiciese así, porque el agua comenzaba á escasear, siendo preciso beber la del fondo de las tinas, de color rojizo y muy desagradable. Sin embargo, ninguno se quejaba, porque ya creía ver brillar el oro amarillo de las minas de California.

Al cabo de treinta días de viaje en el *Cayuga* penetramos por la Puerta de Oro en 14 de mayo de 1849, pudiendo lisonjearnos de que éramos el primer cuerpo organizado que llegaba al puerto por mar y tierra, aunque vimos anclados lo menos cien buques en aquellas aguas.

El tiempo empleado en nuestro viaje fué:

	Días.
Desde Nueva York en la barca *Mara* hasta Veracruz.	24
Desde Veracruz hasta que embarcamos en el *Cayuga*.	60
Viaje por el Pacífico hasta San Francisco.	30
Total.	114

Los treinta individuos que se habían separado de nosotros en México llegaron á San Blas dos semanas después, continuando su viaje por tierra hasta Mazatlán, donde encontraron por casualidad una goleta que los condujo á un punto situado doscientas millas más allá; pero como no llevaban más provisiones que arroz, y les faltó pronto el agua, padecieron mucho por el hambre y la sed. Al cabo de seis meses llegaron á San Diego, y desde aquí dirigiéronse hacia San Francisco, agotados casi sus recursos y faltos de salud. A veces hubieron de atravesar vastos desiertos, donde no había agua ni caza, y en no pocas ocasiones debieron alimentarse de sapos y lagartos, y hasta de las serpientes de cascabel que podían matar y cuya carne cocían. Seguramente les sostuvo más que todo la esperanza de adquirir una fortuna en las minas de oro; pero lo mismo que otros muchos, ¡cuántos debían volver desengañados y darse por satisfechos de haber salvado la vida!

(De la revista neoyorquina *The Century.*)

¡MISTERIO!

I

Ser popular en un pueblo de escaso vecindario, en donde todo el mundo lo es, pues todos sus habitantes se conocen, es el colmo de la popularidad, y este colmo cabíale en suerte al tío *Pechuga el Tomatero* y familia. Llamábase el buen hombre Manuel García, como el matador de toros sevillano. Lo de *Pechuga* era apodo, por andar siempre despechugado de camisa, y lo de *Tomatero* aludía á uno de sus oficios, pues tenía dos. Era el tío *Pechuga* natural de Perales de Tajuña, pueblo á siete leguas de Madrid, situado en la antigua carretera de Cuenca; tan situado, que la calle principal del pueblo bordeaba el camino, y supongo que seguirá lo mismo, aunque con el tiempo transcurrido bien pudieran haber variado las cosas. La dicha calle sólo lo es por mitad, pues no tiene más que una hilera de casas á un lado, y enfrente, en vez de fachadas una veguita, lo cual la da un aspecto alegre y pintoresco. La casa en que habitaba el tío *Pechuga* era de su propiedad y estaba situada en un extremo de la calle, casi ya junto al campo y casi frontera á un tomatar algo más grande que un pañuelo de hierbas, que el buen hombre cultivaba en la vega. Con más razón debieran haber apodado á éste el *Melonero*, pues poseía también un melonar grandecito, situado en una vertiente de un monte que se eleva al otro lado de la vega. Pero así son en los pueblos: ponen motes con la menor justificación posible. La familia del *Tomatero* se componía de los tres personajes siguientes:

Tío *Pechuga el Tomatero*, hombre de cincuenta años de edad, ágil y vigoroso todavía.

La tía Petronila ó *Pretonila* (á gusto de quien la nombraba) *la Tomatera*, mujer del antedicho, y mujer de cuarenta y ocho años, tan llena de carnes, que se movía con dificultad.

Feliciana *la Tomatera*, hija única de los susodichos, joven de diez y siete años de edad, morenita agraciada, de mejillas coloradas como los tomates de su padre, de ojos pardos, pero grandes y vivos, y de talle de avispa, como dicen los franceses.

Sabido es que en los pueblos el mote ó apodo alcanza á todos los individuos de una familia, y por esto en la del tío *Pechuga* todos eran *Tomateros*.

Cuando llegaban las respectivas épocas, el tío *Pechuga* cargaba sus tomates ó sus melones en un borriquillo que alquilaba á un vecino suyo leñador, y generalmente iba á venderlos á Arganda, pueblo distante tres leguas de Perales y en el que hay mucho *señorío*, especialmente en el ramo de cosecheros de vino. Como los tomates eran *tempraneros* y los melones de buena calidad, vendíanse bien y caros; pero aun así, el honrado cultivador sólo sacaba un producto líquido de veinticinco ó treinta duros cada año, y como una familia, aunque no sea sibarita, no puede derrochar con tan poco dinero, la del tío *Pechuga* vivió durante algunos años entre quebrantos y duelos.

Pero algún tiempo después de haber *salido de la maestra*, ó sea después de haber terminado su educación en la escuela gratuita de niñas, Felicianita, el pimpollo de la casa, todo varió en la del tío *Pechuga*, y allá por los años de á 185..., en que comienza mi relato, el bienestar habíase entrado de rondón por las puertas de la familia de los *Tomateros*.

¿A qué se debía esto?

Pues se debía á la habilidad de Feliciana. No bien comenzó á piñonear (en buen sentido), comenzó á hacer prodigios de imaginación y de aguja en clase de costurera de ropa blanca. La señora del médico del pueblo recibía *La Moda elegante*, de Madrid, y la muchacha, que era curiosa y avispada y leía de corrido, la leía todos los números y la explicaba los figurines. Se me olvidaba decir que el médico y los *Tomateros* eran vecinos. Estas lecturas desarrollaron el gusto de Feliciana, que hizo explosión en el momento oportuno, con motivo de haberla encargado la farmacéutica, que también vivía en la misma calle, la confección de la camisa de novia de una sobrina suya. ¡Válgame Dios, qué maravillas hizo la costurera en la confección de la tal prenda! ¡Qué cifra bordada en la pechera con las iniciales entrelazadas de los novios! ¡Qué lazos de cinta de seda de varios colores, qué vainicas de novedad en las costuras, qué corte de faldón trasero, qué...! En fin, que la camisa corrió de mano en mano por todo el pueblo, causando la general admiración.

¡Figúrense ustedes cómo estaría el novio!

II

Desde entonces se consolidó la reputación de Feliciana como costurera en ropa blanca: aquello había sido una vocación, una inspiración ó cosa así; pues la maestra de niñas del pueblo poco ó nada habíala enseñado. Las cinco ó seis elegantes de la localidad se disputaban las labores de la costurera, siendo la más encarnizada el ama del cura párroco, que sentía el verdadero lujo, el lujo de la ropa interior. Y no sólo la muchacha tenía encargos en el pueblo, sino que también de los de las cercanías, como son Morata, Belmonte de Tajo, Colmenar de Oreja y Villarejo de Salbanés. Exigíasela, como á los grandes artistas, que pusiera su nombre en las prendas que confeccionaba, y por consejo del farmacéutico de Perales, que por casualidad sabía latín, ponía ella: «Feliciana García *me fecit*,» como en las navajas de Albacete. Con tanto encargo como llovía sobre ella y aunque no era carera, se ganaba diez ó doce reales diarios, y unido esto á los melones y tomates de su padre y en pueblo tan barato, constituían un bienestar en la familia de los *Tomateros*. ¿No hubiera sido más decente trocar este calificativo por el de *familia de la bordadora*? Pero en los pueblos son así, tozudos é ilógicos.

Lo cierto es que Feliciana era un prodigio de actividad. No sólo hacía labor, sino que llevaba el peso de la casa. Su padre sólo se ocupaba de sus tomates y melones; su madre, la tía Petronila, por causa de su obesidad sólo podía hacer tres menesteres domésticos, á saber: guisar malamente, teniendo los utensilios á su alcance; echar de comer á las gallinas, el gallo inclusive, y hacer calceta; de suerte que la muchacha tenía que ocuparse de todo lo demás. Sus padres pensaron en tomar *un cuarterón de criada*, ó sea una criadita de pocos años y por lo tanto barata; pero aquélla se opuso á la idea, sin duda teniendo á gala trabajar y hacerlo todo ella. Se levantaba, no al rayar la aurora, pero sí al salir el sol, limpiaba toda la casa, alzaba las camas para que se oreasen, aseábase ella poniéndose que daba gloria el verla, iba á la compra diaria, y de vuelta á su casa se sentaba á hacer labor hasta que su madre la llamaba para la comida del mediodía. Y luego vuelta á coser, hasta que muy caída la tarde, hacía las camas, volvía á regar los tiestos de su ventana, preparaba la cena para que á su debido tiempo la diera la última mano su madre, y salíase á la puerta de la calle á esparcirse, ó bien hacía correrías á las casas de los vecinos más próximos ó de parroquianos que encargábanla labores.

Y todo lo hacía sin esfuerzo, sin cansancio, con la difícil facilidad de los grandes trabajadores.

Con tan buenas cualidades y con un palmito que no había más que ver, ocioso será decir que no faltaban varios mozos jóvenes y viejos que la hacían cucamonas. En los pueblos se llama *mozo viejo* á todo soltero que pasa de los treinta años. Feliciana no se fijaba en ninguno, sin duda porque no la había llegado su hora, y si pensaba por casualidad en alguien, era en *Juanele el Tonto*, el más insignificante de todos.

Juanele no se llamaba así, sino Juan, y quizá sólo era tonto porque se lo llamaban. Era huérfano de padre y madre. Su padre, que fué recolector de esparto y que tuvo otros oficios menudos, había muerto hacía cuatro años. Desde pequeño demostró *Juanele* gran inclinación á las cosas místicas, y cuando niño fué acólito de la iglesia del pueblo, hasta que le echaron por ser ya adolescente. Desde entonces y después que murió su padre se buscó la vida como pudo. Recogía esparto ó aceituna, mataba langosta, servía

de guarda interino de viñas y melonares y en resolución dedicábase á cuantos oficios le permitía su poco robusta complexión. Su abandono y orfandad y tal vez su misticismo hacíanle ser triste, huraño y retraído, y á esto debía el apodo de *Tonto*.

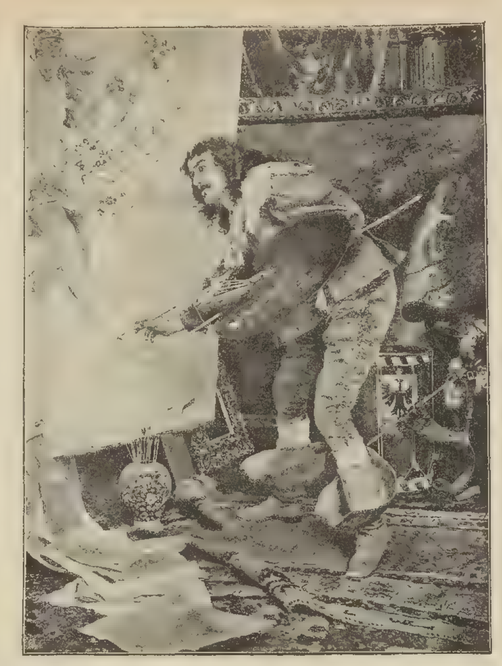
Tenía una cualidad: aunque su físico no era muy fuerte, éranlo sus piernas, y á veces se le empleaba como *propio* ó mensajero para llevar encargos á los pueblos limítrofes.

En la época en que Feliciana pensaba en él algunas veces, era *Juanele* un joven de veinte años de edad. Coronaba su cabeza un monte de enmarañados cabellos, pero finos y rubios como el oro. Sus facciones eran suaves y graciosas, y hubiéranlo sido más todavía á no obscurecer la acción del aire y del sol su nativa blancura. Como la mujer

la menos lista
tiene en su corazón algo de artista,

Feliciana notaba todo esto, y reconstruyendo á *Juanele* bien peinado y lavado y sin el traje harapiento que le cubría, hallábale un muchacho guapo y de figura más fina que los demás del pueblo.

Pero la hija del tío *Pechuga* no pensaba á veces en *Juanele* sólo por su linda cara, sino porque le veía frecuentemente, aunque casi siempre de lejos. Si no estaba ocupado en el campo ó en algún pueblo cercano, el muchacho pasaba dos ó tres veces por la calle Mayor, y cuando llegaba frente á la casa de los *Tomateros*, miraba de soslayo con sus ojos azules y expresivos; lo cual no se escapaba á la penetración de la costurerita. Es más, en cierta ocasión habíale prestado un servicio importante. Una mañana estando ella lavando ropa en el Tajuña, ó se desvaneció ó se resbaló por la tabla en que lavaba: lo cierto es que cayó al río de cabeza, y hubiéralo pasado mal, porque el Tajuña, aunque estrecho es hondo, sin la intervención de *Juanele*, que acudió en su auxilio. Fuera de esta ocasión, nunca, ni antes ni después, habíale dirigido la palabra. Quizá este platonicismo era un nuevo motivo para que la muchacha pensase algunas veces en *Juanele el Tonto*; pues las mujeres son así. Era indudable que éste sentía algo ó mucho por la atractiva costurera; pero de seguro la idea de que no podía ser correspondido por ella, unida á su excesiva timidez, eran causas de que sólo se limitase á mirarla con ojos de carnero moribundo. Su amor no le distraía de sus devociones; frecuentaba la iglesia cuantas veces podía, y en los dos amores de su alma parecía sobreponerse el amor de Dios, como lo probaba el siguiente rasgo de su carácter. Todos los días festivos veía entrar á Feliciana en la iglesia á la hora de la misa mayor, entrábase tras de ella; pero una vez en el templo, se colocaba en sitio desde donde no pudiese verla, y allí arrodillado oía la misa con el mayor fervor.


EL PINTOR DE FLORA, cuadro de F. Vinea

III

La casa de la familia de los *Tomateros* era bastante reducida. Tenía en la planta baja un portal ó recibimiento. A la izquierda estaba la cocina, á la derecha había una salita con dos alcobas pequeñas, en una de las que dormían el tío *Pechuga* y su cara mitad. En el fondo del portal veíase un patio entoldado de una parra de uvas moscateles, y más allá un corral que servía de harén á un gallo y ocho ó diez gallinas. Del recibimiento arrancaba una escalera *volada* que conducía al segundo y último piso de la casa. Componíase éste de una meseta: al lado izquierdo había una pieza con ventana á la calle, y un dormi-


HUÍDA DE NAPOLEÓN DESPUÉS DE LA BATALLA DE WATERLOO, cuadro de Andrés Gow



EN EL HARÉN, CUADR



...RO DE D. JOSÉ GALLEGOS

torio, que constituían la habitación de Feliciana, y al lado derecho un *sobrado* ó granero, en donde el tío *Pechuga* colocaba los melones y tomates destinados á la venta.

F. MORENO GODINO

(Continuará)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — Se ha inaugurado en Viena la Exposición internacional de Música y Teatros, con asistencia del emperador, de los archiduques, del cuerpo diplomático, de los ministros y de gran número de dignatarios é individuos del Parlamento. Próximamente publicaremos reproducciones de algunos de los principales edificios de esta exposición, y en cuanto á las interesantes fiestas que durante ella se celebren, de ellas pondremos al corriente en esta sección á nuestros lectores.

— En Viena se ha incendiado el notable panorama de Pilghein, que representaba *Jerusalén y la crucifixión de Cristo.*

— En San Petersburgo se ha inaugurado una interesante Exposición, organizada por la Sra. Schabelski, que en su museo ha logrado reunir 5.000 ejemplares sumamente importantes para la historia de la civilización rusa, consistentes en prendas de vestir, utensilios domésticos, adornos, muestras de encajes, y bordados rusos y notables reproducciones de dibujos y pinturas de gran valía tomados de los principales archivos.

— En Ravena se proyecta la erección de un mausoleo dedicado á Dante, proponiéndose los iniciadores del pensamiento que á su realización contribuyan todos los países civilizados, rindiendo así un tributo al genio del gran poeta florentino que fué verdaderamente universal. S. S. el Papa León XIII ha ofrecido al comité 10.000 pesetas y facilitar además un gran retrato que se considera como la verdadera imagen del autor de *La Divina Comedia.*

— La Galería Nacional escocesa ha adquirido, en la subasta de las obras de arte que forman parte de la herencia de Wertheim, un cuadro de Rembrandt, *Retrato de una joven* (probablemente Enriqueta Stoffels), por el precio de 5.500 guineas (unas 140.000 pesetas), cantidad que para dicha adquisición ha puesto á la disposición del museo el miembro del Parlamento Mr. Mac Even.

— El compositor italiano Arrigo Boito ha sido nombrado por el gobierno de su país inspector general de la enseñanza técnica en los conservatorios y liceos de música del reino.

— En Estocolmo se fundará, bajo la dirección del cantante Elmbland, un teatro escandinavo de Ricardo Wagner.

— Actualmente se celebran en Londres tres exposiciones de bellas artes: la de la Real Academia, la de la Nueva Galería y la de la de la Asociación Real de Acuarelistas. En todas ellas figuran hermosas obras de los grandes maestros ingleses, cuyo análisis no nos es dado hacer, porque por ligero que fuese excedería con mucho de los límites que para esta sección tenemos trazados.

Lo propio debemos decir de las dos exposiciones que se han inaugurado recientemente en París, el Salón de los Campos Elíseos y el del Campo de Marte, cuyas principales obras publicaremos en este periódico.

— La Asociación de Acuarelistas alemanes de Munich ha celebrado una exposición en que el escaso número de obras está sobradamente compensado por la bondad de las mismas, entre las cuales sobresalen muy especialmente los magistrales paisajes y marinas holandesas de Bartel, las hermosas notas de color de Herrmann, los cuadros de género de Kampf, los maravillosos efectos de luz de Skarbina y los encantadores estudios de Fritz.

— El director de la exposición que se celebró en Dusseldorf en 1880 madura con gran empeño un proyecto que, según parece, no tardará en llevarse á cabo. Trátase de la construcción de un gran palacio destinado á exposiciones de bellas artes, donde puedan celebrarse éstas con carácter de internacionales, estableciéndose en tal caso un turno entre dicha ciudad, Munich y Berlín. El edificio serviría, en los dos años en que tales certámenes no se verificaran, para exposiciones de otro género; por ejemplo, de flores. Espérase poder inaugurar la primera exposición internacional de bellas artes, al par que una de industrias artísticas, en 1894.

— En Roma está llamando actualmente la atención una estatua de Apolo reconstruída con varios fragmentos hallados en el Tíber: la cabeza está conservada, en cambio falta el brazo izquierdo; y el conjunto de la figura, que algunos atribuyen á Fidias, ofrece no pocas bellezas, á pesar de los efectos del agua que en ella se notan.

— En el departamento del Nievre (Francia) se ha encontrado, en unas excavaciones, una figura de Venus rodeada de amorcillos; uno de éstos sostiene una cajita; otro ofrece á la diosa con una mano un vaso con ungüentos y con otra un palomo; un tercero, Eros, lleva un arco, y el último presenta á Venus un espejo. M. Blanchat, que ha descrito este grupo en la *Academie des inscriptions*, lo compara con otros que representan también el tocado de Venus y sostiene que artísticamente es mucho más importante que cuantos hasta ahora se conocían.

— Actualmente se están celebrando en Turín dos exposiciones de Bellas Artes que comprenden obras de artistas italianos, y especialmente piamonteses, que han florecido en estos últimos cincuenta años. Hay en la parte retrospectiva hermosos lienzos de Gastaldi, Azeglio, Gonin, Gamba, Pastoris, Bonatto Minella, Balduino, Carlino, etc. En punto á arte moderno figuran 316 expositores, de ellos 25 del bello sexo: entre los principales cuadros merecen especial mención los de Cosola, Moretti, Carpanetto, Reycend, Merlo, Busolino, Viani, Beri, Gilardi, Arbarello, Buscaglione, Bellani, Ricci, Bignami, Faldi, Delleani, Dall'Oca Bianca, Segantini, Cavalleri, Esposito, Caprile, Buono y otros muchos.

Durante las exposiciones se celebrará el sexto Congreso artístico nacional, en el que se discutirán cuestiones de gran oportunidad é importancia para el arte.

— En Viena se ha inaugurado recientemente un monumento dedicado al general Radetzky, el célebre vencedor en la batalla de Custozza que puso fin á la memorable campaña de Italia de 1848 y 1849. El monumento representa al general á caballo y con el brazo extendido como dando una orden de combate: los hermosos relieves del zócalo simbolizan Radetzky como padre del soldado y como caudillo: en la cara principal está el águila austriaca con una bellísima inscripción de Grillparzer; en la posterior se lee: «Juan José, conde Radetzky, Mariscal del Imperio. Nació en 2 de noviembre de 1766. Murió en 5 de enero de 1858.» El monumento es obra del famoso escultor Zambusch y viene á aumentar el largo catálogo de hermosas creaciones de este artista.

— Varios artistas, socios del Gimnasio Catalán, que bajo la iniciativa y dirección de D. Pedro Romeu ha logrado constituir un centro completo de *sport*, han organizado una interesante exposición en el gran salón de armas de aquel gran establecimiento. En él figuran un retrato y un estudio de un caballo, obra del excelente pintor de D. Ramón Casas; dos grandes lienzos del Sr. Utrillo, cinco recomendables acuarelas de D. José Moragas, así como otros cuadros de los Sres. Escuder, Casas de V., Anglada, etc., etc., y una inmensa colección de fotografías del Sr. Montejo. El salón hállase elegantemente adornado con tapices, plantas y trofeos formados por elementos del *sport*, tales como armas, bicicletas, patines, etc., etc., y las demás dependencias, incluso el gran salón, la pista, etc., con grupos de banderas, tapices, plantas y flores.

Galantemente invitados, concurrimos á la fiesta que se celebró en la noche del 16 del actual, con motivo del barnizaje, guardando grato recuerdo de la velada por la consideración que recibimos, tanto del director Sr. Romeu, como de todos los señores socios.

Teatros. — En el Palacio de Cristal de Londres se ha estrenado una ópera en cinco actos, letra y música del compositor inglés Jorge Fox, titulada *Nydia*: el argumento está tomado de la novela de Bulwer Lytton *El último día de Pompeya*, y tiene por lo tanto gran parecido con el de la ópera *Jone*; la música, escrita en estilo de gran ópera, demuestra la influencia que en su autor han ejercido las obras de Gounod y de Verdi, sobresaliendo en ella un dúo y varios bailables. En conjunto, sin embargo, *Nydia* resulta inferior á *Roberto Macaire* y *Los hermanos Corsican*, del mismo compositor.

— En el teatro Folies Dramatiques, de París, se ha estrenado con buen éxito una opereta en cuatro actos, titulada *Los veintiocho días de Clarita*, letra de H. Raymont y A. Mars y música de Víctor Roger. Los libretistas han dado con un argumento ingenioso, desarrollándolo en escenas de verdadera vis cómica; el compositor ha escrito una partitura inspirada, alegre muy apropiada á las situaciones del libreto.

— El duque Ernesto de Sajonia Coburgo Gotha ha querido solemnizar sus bodas de oro poniendo en escena en el teatro de la Ciudad, de Leipzig, una ópera suya, titulada *Casilda*. El periódico alemán de donde tomamos la noticia dice que la obra ha sido muy bien presentada y perfectamente ejecutada; en cuanto á la música ni siquiera habla de ella, lo cual indica que debe valer muy poco.

— En el teatro Thomas, de Berlín, se ha estrenado con excelente éxito una opereta titulada *Los uhlanos*, letra de Wittmann y música de Weinberger.

Madrid: En el teatro Español se ha estrenado con gran éxito un drama de D. Jacobo Sales y D. Félix González Llanas, titulado *El día memorable*: el argumento está tomado en el fondo de la obra de Sardou *Patrie*, aunque muy variado en cuanto á la época, personajes y tendencias de la obra se refiere, hasta el punto de que una producción en que salen muy malparados los españoles que con el duque de Alba guerrearon y gobernaron en Flandes, se ha convertido en un drama patriótico de nuestra guerra de la Independencia, de acción interesante y conmovedora, con situaciones de efecto decisivo en algunos actos. — El drama de D. Federico Urrecha, que con el título de *Tormento* se ha estrenado en el teatro de la Princesa, ha obtenido también buen éxito, pues aunque algo convencional en su desenvolvimiento, demuestra en algunos trozos gran inspiración en su autor, que en las escenas culminantes ha sabido llegar al alma, como vulgarmente se dice.

Barcelona: Ha comenzado con buen pie la compañía que dirige el simpático actor D. Julián Romea, y de la que forman parte las aplaudidas actrices señoras Górriz y Romero. En breve empezarán á funcionar las compañías de D. Emilio Mario en Novedades, y de la Sra. Tubau en el teatro Lírico.

— El éxito obtenido por la ópera del maestro Bretón *Garín*, estrenada en el teatro del Liceo, ha sido inmenso, tan inmenso como merecido. Imposible en esta sección hacer un detenido examen de la última obra del autor de *Los amantes de Teruel*, que revela un gran progreso sobre ésta: sólo diremos que abundan en la misma las melodías espontáneas, inspiradísimas, aunque completamente apartadas de la antigua escuela melódica por excelencia, la italiana; pero lo más notable de la ópera es indudablemente la instrumentación, en la que se admiran todas las maravillas, todos los prodigios de la escuela moderna. Entre las piezas sobresalientes mencionaremos: un coro de mujeres, una balada de soprano y un dúo de soprano y contralto, en el primer acto; la invocación para tenor, el aria de barítono y el gran concertante, del segundo; el aria de contralto, el dúo de soprano y tenor y la tempestad, del tercero; y el coro de introducción, la *rondalla*, la *sardana*, el himno de bajo, el racconto de tenor y el terceto final acompañado de un coro religioso, del cuarto y último. En suma, *Garín* es ópera que puede calificarse de primer orden, y el triunfo del maestro español Sr. Bretón ha sido tan grande, como pocos se han presenciado en nuestro primer coliseo lírico.

En el teatro de Novedades se ha estrenado una nueva producción del fecundo poeta D. Angel Guimerá: una tragedia en tres actos, titulada *L' ánima morta*. Siendo de quien es, inútil nos parece decir que la obra, basada en un argumento interesante, contiene bellezas sin cuento, á manos llenas prodigadas por el inspirado autor de *Mar y cel*, *Judith de Welp* y tantas obras maestras de la literatura catalana, bellezas no sólo expresadas en pensamientos grandes, profundos, dignos de los primeros trágicos que en el mundo han brillado, sino también revestidos de una forma poética de primera fuerza. El éxito de *L' ánima morta* ha sido entusiasta y ha venido á añadir una nueva y valiosísima hoja á la corona de laureles que ciñe la frente del que figura entre nuestros primeros poetas regionalistas.

Necrología. — Han fallecido recientemente:

Juan Zuliani, pintor italiano, autor de notables cuadros de género, algunos de los cuales, *Richelieu y los cómicos*, *Estudios venecianos* y *Un matrimonio diplomático*, fueron reproducidos en los célebres álbums de Goupil.

Lord Bramwell, el más antiguo y uno de los más sabios consejeros de la Cámara de los Lores, magistrado recto y conocedor como pocos de la legislación inglesa y distinguido economista.

Ernesto Giraud, notable músico francés aunque de origen norteamericano, secretario del Conservatorio de París, autor de varias operetas, entre ellas *Sylvia*, *El Kobol*, *Piccolino* y *Aventura galante*, representadas en la Opera Cómica; de un delicioso baile *Gretna Green*, que se representó en la Opera, y varias piezas de concierto, entre ellas el famoso *Carnaval*.

Alfredo Grevin, el eminente dibujante francés, cuyos dibujos, en su mayoría caricaturescos, tanto llamaron la atención en el *Charivari*, el *Journal Amusant* y el *Petit Journal pour rire*, de los que era colaborador asiduo. Distinguióse también como dibujante de figurines para teatro, y su nombre unido al famoso museo de figuras de cera de París evocará siempre el recuerdo de un arte delicado y modernista.

Augusto Guillermo Hofmann, profesor de química de la Universidad de Berlín, miembro de la Real Academia de Ciencias, fundador de la Sociedad química alemana, uno de los primeros químicos modernos cuyos descubrimientos sobre el amoníaco, la anilina y la fuchsina tanto han contribuído al progreso de las industrias tintóreas.

Eduardo Augusto Regel, miembro del Consejo imperial ruso, director del Jardín Botánico de San Petersburgo, botánico notable y autor de interesantes obras sobre el cultivo de jardines y árboles frutales.

Guillermo Rust, célebre organista alemán, profesor del Conservatorio de Leipzig, distinguido compositor, especialmente de música religiosa.

NUESTROS GRABADOS

La Electricidad, estatua policromada de Roberto Zeiler. — La estatuaria alegórica ha ofrecido siempre grandes dificultades á los artistas, porque siendo abstracta la idea por la misma representada, preséntanse tantas maneras de expresarla cuantos son los modos individuales de imaginarla ó de sentirla. Algunas estatuas alegóricas hay, sin embargo, en las que la aplicación de elementos, accesorios desde el punto de vista artístico, pero perfectamente representativos de la idea que se trata de materializar, facilitan la tarea del escultor; mas en tal caso se corre el riesgo de que lo que se concibió como manifestación del arte puro, resulte producto de carácter marcadamente industrial. Emplear aquellos elementos y evitar este escollo es obra reservada al artista de veras que, como el escultor alemán, en la figura que reproducimos ha sabido armonizar la belleza artística con la expresión exacta é inconfundible.

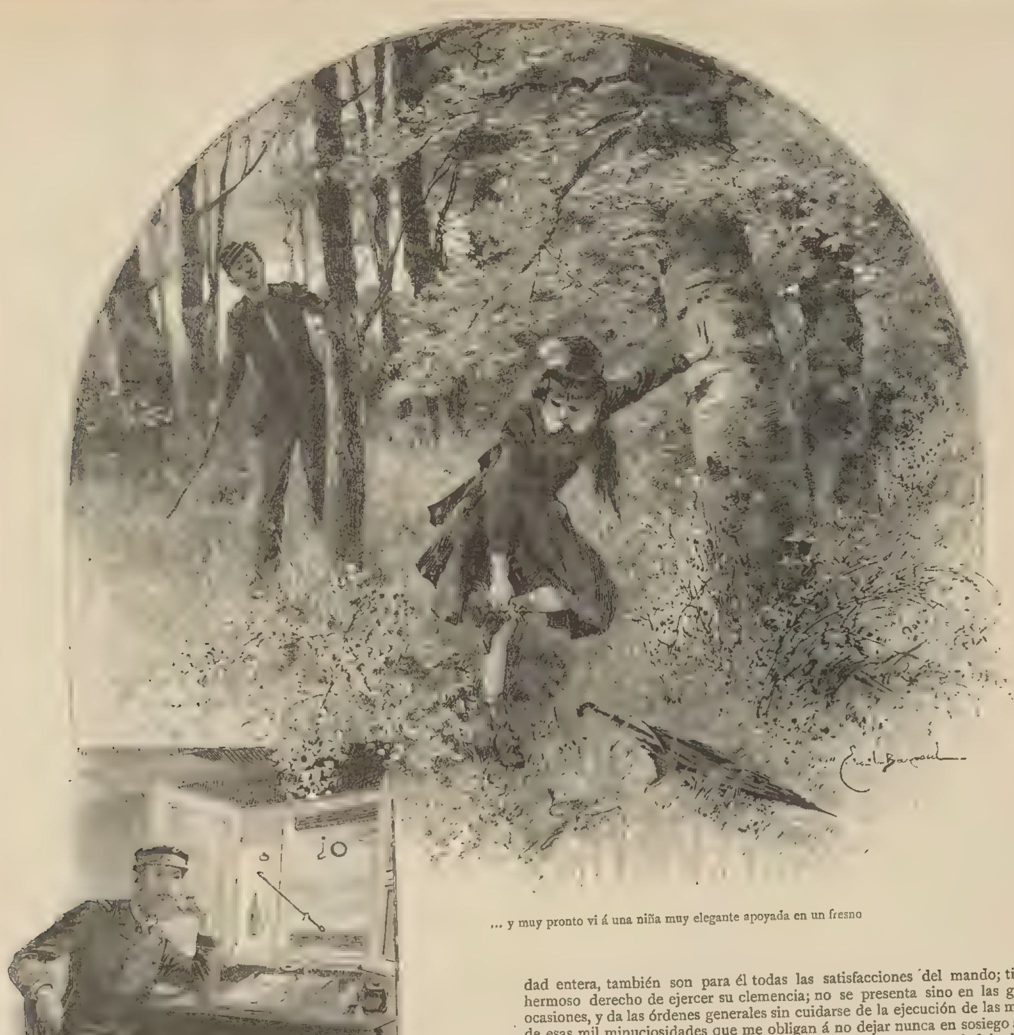
El pintor de Flora, cuadro de F. Vinea. — La firma del notable pintor cuyo cuadro hoy reproducimos no es desconocida para los antiguos suscriptores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que hace algunos años pudieron admirar en nuestras páginas algunos de sus hermosos lienzos, tales como *La Visita á los abuelos*, *C' intendiamo*, *El capitán Molena* y otros, en todos los cuales, como en el que hoy publicamos, resplandecen relevantes cualidades de composición, dibujo y color, realzadas por una delicadeza y una elegancia merecedoras del mayor encomio.

Huída de Napoleón después de Waterloo, cuadro de Andrés Gow. — La derrota de Waterloo es uno de los episodios históricos que ofrecen más interesante asunto al artista; el vencedor en cien campañas al perder aquella batalla hubo de sentir hundirse bajo sus plantas el edificio de aquel imperio á costa de tanta sangre y merced á tantas victorias fundado. El célebre pintor inglés Mr. Gow ha huído de los moldes generalmente adoptados por los que tal desastre han pintado; no se advierten en su cuadro los horrores de tamaña catástrofe; la huída del emperador, aparentemente, es una retirada ordenada; pero hay tal fuerza dramática en el conjunto del grupo, revelan tanta desesperación aquellas figuras de los vencidos, dibújase tanto sufrimiento moral en el semblante y en la actitud del emperador, que sin necesidad de más elementos, y aun los que no conozcan el asunto, no podrían menos de adivinar que se trata de un suceso decisivo en la vida de un grande hombre y de capital trascendencia para la historia de un gran pueblo.

En el harén, cuadro de D. José Gallegos. — Al hablar recientemente de los cuadros *En el coro* y *Una procesión en Venecia*, que publicamos en nuestros números 527 y 533, tributamos á este notable pintor español los elogios que á su talento artístico son debidos: entonces señalamos la tendencia del Sr. Gallegos á seguir las huellas del malogrado Fortuny, tendencia que le había hecho encariñarse con los asuntos orientales, por los que tanta predilección sentía el nunca bastante llorado pintor reusense. *En el harén* es la mejor demostración de la exactitud de nuestras palabras de entonces, pues á poco que se mire con atención ese lienzo, se descubrirán en él bellezas de dibujo y composición que no hubiera desdeñado el gran maestro, para quien el asunto por Gallegos tratado hubiera tenido todos los encantos que en las escenas de la vida de Oriente había encontrado y admirado siempre. El cuadro de que nos ocupamos tiene, además de las excelencias señaladas, que nuestro grabado permite apreciar debidamente, otra que es imposible de reproducir: el colorido brillante, armónico, justo, con que el artista ha sabido presentar los hermosos tipos de las figuras, los tonos vivos de las telas y los característicos adornos arquitectónicos que con una porción de elegantes detalles completan la belleza del conjunto.

La eminente actriz Eleonora Duse. — Cuando los amantes del verdadero arte de esta ciudad deleitábanse anticipadamente con la anunciada venida de la Duse, hemos leído con profunda pena en algunos diarios una noticia que quiera Dios sea desmentida ó cuando menos atenuada: la de que la artista sin par abandona la escena en que tantos triunfos ha alcanzado y se retira á Venecia para atender á su salud gravemente quebrantada.

En dos distintas ocasiones se ha ocupado ya LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de Eleonora Duse, y por tanto no hemos de volver ahora á repetir lo que entonces se consignó en nuestras columnas. Sólo diremos que su última campaña ha sido indudablemente la más gloriosa, no por el número de sus triunfos, sino por el carácter del público que se los ha otorgado. La capital de Austria, en donde últimamente ha representado, es tenida, con razón, por una de las que más difícilmente demuestran su admiración á los artistas dramáticos extranjeros. Pues bien: la Duse ha obtenido allí una serie de ovaciones como no se recuerdan otras análogas en aquellos teatros, y el entusiasmo que el público ha despertado ha sido muy superior al que lograron despertar Rossi, Salvini y la misma Sara Bernhardt, con todo y ser éstos los que más aplausos consiguieron en Viena.



... y muy pronto vi á una niña muy elegante apoyada en un fresno

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

Agosto, 25, 1881.—«Galatea,» en el mar.

La *Galatea*, corbeta de vela y vapor, al mando del capitán de fragata Duplessis, sale hoy del puerto de Tolón con rumbo á Túnez; pero no permanecerá allí largo tiempo, pues debe encargarse de una misión en lejano país. Ignoro dónde; tal vez sea al Océano Indico, donde no se ha resuelto aún la cuestión malgache, ó bien á las Nuevas Hébridas, ó al Polo Norte... á menos que no sea al del Sud. Las órdenes se cambian tan á menudo, que los marinos no saben nunca adónde van; pero no importa; el comandante es un hombre leal y bueno, á quien conozco hace largo tiempo, y los demás oficiales me parecen alegres y agradables compañeros, á la par que personas de buen tacto. Estoy seguro de que con tal gente no serán muy penosas mis duras funciones de segundo comandante. Si sobre nuestro jefe pesan todos los graves cuidados de la responsabilidad entera, también son para él todas las satisfacciones del mando; tiene el hermoso derecho de ejercer su clemencia; no se presenta sino en las grandes ocasiones, y da las órdenes generales sin cuidarse de la ejecución de las mismas, de esas mil minuciosidades que me obligan á no dejar nunca en sosiego á nuestra gente. Un segundo comandante representa el orden, la gravedad, la disciplina inflexible, y en una palabra, virtudes ejemplares. Procuraré que no se hagan antipáticas á mis subordinados.

El buque es de elegante aspecto, grande y bien conservado. Hasta su nombre me agrada... *Galatea;* es la materia que se anima, y ya me parece que ese conjunto de madera y de hierro ha tomado un alma desde que yo me ocupo en adornarle. En la tripulación hay buenos elementos, verdaderos marinos que han navegado ya, hombres animosos, de carácter infantil, dispuestos á entusiasmarse; y si es verdad que se necesita el entusiasmo en todas las cosas, nuestra carrera es la que le requiere sobre todas, porque sin él no se hace nada.

Hasta mi camarote, que vosotros, parisienses, no querríais seguramente para gabinete tocador, me parece sumamente cómodo; tiene un escritorio separado de la cámara y dos ventanas abiertas, por donde se ven los grandes horizontes del mar.

En este estrecho recinto debo pasar dos años, codeándome diariamente con los demás. Lo esencial es encontrarse bien allí donde uno está. En cuanto á mí, atendidas las funciones que desempeño, apenas me será permitido salir del buque, de modo que los países que visitaremos no tendrán más importancia para mí que la que tiene un marco para un cuadro. Vayamos á cualquier parte con tal que cambiemos á menudo de localidad. Creo que la campaña no me desagradará, gracias al entusiasmo y á la filosofía con que la emprendo. Ya desaparece Farón; Tolón se desvanece también. ¡Adiós, Farón!... ¡Y Sicie, y las montañas de Sainte Baume, y el Esterel!... ¡Hasta la vista, Francia!

***

Cada vez que he comenzado una nueva campaña he abierto un gran cuaderno como éste, inscribiendo en la primera página el nombre del buque donde acababa de embarcarme y la fecha de mi salida de Francia, y he tenido intención de anotar todas las noches mis impresiones de viaje; pero generalmente me he quedado con la intención ó poco menos, y al cabo de dos años he vuelto con un cuaderno indudablemente más virgen que todos los países que he recorrido

¿Qué países no han sido visitados? ¿Qué ha quedado sin describir? Y después de todo, ¿cuál es el lugar que vale la pena de ausentarse largo tiempo y el trabajo que costaría describirlo?

Con frecuencia, hallándome en París, me vi apurado para contestar cuando me decían: «Usted que ha viajado tanto, ¿qué sitio le ha parecido más hermoso?» Yo quería ser imparcial; reflexionaba, buscaba, y según la impresión del momento respondía unas veces: Río, otras Taiti, otras el Japón; mas al expresarme así no hablaba con sinceridad.

Recuerdo haber oído á uno de mis amigos sostener que Puerto Said era la ciudad más hermosa del mundo, y acto continuo hizo la descripción más pintoresca, más seductora y sobre todo más entusiasta de ese pobre desierto arenoso, que es realmente el lugar más feo que he conocido. La verdad es que llegaba de allí, que había vivido en aquel punto seis meses, que era joven y que allí se había enamorado.

Mi amigo era franco.

Seguramente no hay más que un país, por feo y lejano que parezca á todos los ojos, que sea verdaderamente seductor y que invite á visitarle cuanto antes á pesar de todos los peligros: es aquel en que se ama y se es amado.

Pues entonces, ¿por qué se le abandonó?

¿Por qué Virginia hubo de separarse de Pablo?

Ya lo sabemos. Porque la gente más esclava es la más civilizada No nos pertenecemos. Desde nuestro nacimiento, siguiendo el rumbo en que se nos lanzó, nos convertimos en esclavos de una secta á la cual obedecemos más servilmente que un jesuíta á su general. Regula nuestras costumbres y maneras, nuestros actos, nuestros sentimientos mismos y apodérase del corazón y del cerebro. En medio de los demás adeptos estamos como entre una confusa multitud, oprimidos por delante, empujados por detrás; y de este modo es preciso avanzar. Si uno se resiste ó quiere huir, como lo hicieron las madres de Pablo y de Virginia, una palabra tiránica nos hace volver y nos retiene. ¡Es preciso! ¡La costumbre, la consideración, el porvenir, el deber mismo, al que se aplican tantos sentidos contrarios!

Y el hombre se somete, lacera su corazón, rompe con sus afectos más queridos, quema lo que adora, aléjase, va y viene, pasa y muere al fin. Se ha sufrido.

En cuanto á mí, cierto día penetré en ese país donde se ama, y donde tal vez hubiera podido amar siempre; pero fuí expulsado de allí, por culpa mía sin duda, más bien que por las circunstancias. Después no pude encontrar en ninguna parte un lugar análogo, lo cual explica mejor que todas las razones el motivo de haber quedado mis cuadernos vírgenes, porque no volví á sentir esas impresiones tan dulces y tumultuosas que llenan el corazón, que le hacen desbordarse, y se transmiten á una blanca hoja de papel, muda confidente que consuela y no hace nunca traición...

Era en Francia, en Versailles, hace largo tiempo,... tanto, que me parece un sueño; y si mis cuadernos están casi en blanco, entre ellos hay otro más pequeño, ¡pero tan lleno!...

¡Pobre cuaderno de los veinticinco años! ¡Queridos garabatos que yo creía borrados para siempre, y que la carta de mi hermana, recibida ayer, ha hecho revivir á mis ojos con toda su frescura! Vuestra lectura me ha hecho daño, á la vez que bien; porque un corazón que vibra, aunque dolorosamente, vale más que un corazón seco, y yo casi había llegado á creer que el mío no latiría más al evocar tan puros recuerdos, después de haberlos profanado con tantas borrascosas aventuras de amor. Sí: el aislamiento, la tristeza; he aquí lo que convierte en amarga alegría el fastidio de escribir, y he aquí por qué he venido maquinalmente á sentarme ante esta mesita de mi camarote, tan vacía y al propio tiempo tan llena. He vuelto á leer esa carta de Juana, mi hermana, en la que con tantas precauciones me anuncia que el matrimonio de Magdalena está definitivamente acordado... Después he reflexionado largamente y me he interrogado queriendo saber si experimentaba una alegría ó un pesar. ¡Qué desorden en mis ideas! ¡Ay de mí, cuántos remordimientos, cuánto amor todavía! Al cabo de tantos años, ¿me crees tan ridículo, hermana mía, que hayas juzgado necesario anunciarme esa noticia con tantas precauciones? Los celos, sobre todo, creo que sí; creo que son los celos bestiales al pensar que otro... ¡Ay!... Será una mezcla de despecho, de amor propio resentido, todo un caos, en el que he resuelto poner orden.

Hace tres meses ya, desde que estoy en medio de mis compañeros más jóvenes, que he descubierto una cosa. ¡He envejecido! Mi pobre abuela se reiría seguramente mucho si me oyese decir esto; ella, que llamaba joven á toda mujer que no hubiese cumplido los setenta años; y yo mismo me sonrío al escribirlo. Pero todo se mide por la comparación, y más de una vez comprendí que daba una nota falsa en medio de las ruidosas alegrías y de los irreflexivos arrebatos de mis jóvenes amigos. Todas sus simpatías son para mí, y pienso conservarlas siempre mientras sea reservado con ellos. Seguramente no les daré á conocer jamás las dolorosas convulsiones del corazón de un segundo comandante, pues la primera cosa que nos enseña la vida en común es que cada cual debe guardar para sí sus propias tristezas.

Mis compañeros tendrán toda mi indulgencia para las suyas, todas mis sonrisas para sus regocijos; pero ¿quién es el que no tiene sus momentos de hastío y de melancolía? ¡Pues bien: tú, diario mío, serás el amigo de los días tristes; yo vendré para hablar contigo en las horas de inquietud, te lo explicaré todo, buscaremos juntos, y será necesario que encontremos el microbio! Entonces, si es peligroso le aplastaremos entre las hojas, ó nos reiremos si es inofensivo. . . .

. . . .

* * *

Para comenzar, y puesto que el pasado está muerto, desarrollémosle ante nosotros, y á fin de conocerle mejor, introduzcamos en él nuestro escalpelo, como el médico que busca las causas de un mal. Las páginas escritas á los veinticinco años están llenas de pasión; servirán solamente de testigos, recordándome los detalles, aumentados entonces y que hoy reduzco á sus verdaderas dimensiones. Para que una historia sea imparcial es preciso haberla vivido y no vivirla ya; y por otra parte, no me faltan ratos de ocio, puesto que permanecemos anclados en esta rada, esperando á que se renueven las hostilidades, lo cual no sucederá seguramente. El bombardeo de Sfax ha sido una lección suficiente; la revuelta queda sofocada para siempre, y nuestras funciones se asemejan bastante á la melancólica guardia del bombero que permanece junto á un fuego apagado. Dè esperar es que no nos olviden demasiado tiempo.

Entretanto ¿qué hacer durante la noche después de los ejercicios y trabajos á bordo, cuando en el umbral de la alcoba se dejan los cuidados de la profesión? La tierra está lejos, y es una molestia desembarcar; mis compañeros van y vienen y alguna vez los acompaño. Las estrechas callejuelas de Túnez; las salas ahumadas, donde á la luz de las antorchas bailan las judías lascivamente, luciendo sus trajes de lentejuelas; los ruidosos cafés-conciertos, donde las italianas apuran sus vasos de cerveza, prodigando sus sonrisas, no tienen ya para mí grandes misterios ni atractivos. Permaneceré á bordo, como esta noche, y escribiré para distraerme, mientras otros juegan, dibujan, pescan ó cazan. Como el presente es monótono, viviré en el pasado, poblando mi soledad de seres que conozco, siempre queridos, y tal vez realizaré así el deseo del sabio: «conocerse á sí mismo.»

* * *

Septiembre, 1881. – *La Goleta*

Mis primeros recuerdos que se refieren á Magdalena se remontan al año 1868; entonces contaba yo diez y seis años y ella iba á cumplir nueve. Nuestras dos casas estaban próximas, pero Magdalena era demasiado niña para que un colegial tan crecido como yo se dignase fijar sus miradas en ella. Sin embargo, esa niña fué la que decidió mi vocación de marino, pues si no la hubiese encontrado cierto jueves en los bosques de Trianón, sola y llorando, en vez de hallarme hoy en Túnez á bordo de un buque, sin duda estaría sentado en un sillón de cuero en el tranquilo estudio de escribano en que mi padre terminó su vida. Todo se enlaza, todo se encadena; nuestros menores actos, una palabra, un ademán, pueden influir en nuestro destino y hasta en el de las personas que no conocemos. Así, por ejemplo, yo no hubiera conocido tal vez á Magdalena jamás si aquel día no hubiese sabido perfectamente mis lecciones, pues mi padre, que no transigió nunca en este punto, me habría ordenado con un tono de esos que no admiten réplica que las estudiara de nuevo.

Mi padre era un hombre excelente, leal, honrado y bueno, á quien no conocí bien hasta que ya era demasiado tarde; pero tal vez á causa de su profesión tenía una manera fría y seca de hablar, con ciertos arrebatos que me aterraban, á la vez que cierta expresión algo triste que me infundía respeto. Mientras fuí niño, temblé ante él; una vez hombre, jamás se me ocurrió resistirle, ni aun contradecirle. Mi madre, por el contrario, dulce y tímida, se apoderó muy pronto de mi voluntad por muy distintos efectos: en las menores discusiones contestaba con lágrimas y resignadas quejas, á veces mordaces y más ofensivas que las injurias; y aunque no tuviese energía para la lucha abierta, por lo regular alcanzaba la victoria. Mi querida madre decía con tal expresión «Haz lo que quieras» y suspiraba tan hondamente, que se acababa por acceder á su deseo.

– Yo te ruego, decíale mi padre, á quien dolía mostrarse cruel, porque era muy afectuoso, yo te ruego que enjugues tus lágrimas para que hablemos y nos entendamos... Pero ella, que no se calmaba con esto, estrechábame en sus brazos, cuando era niño, y por toda contestación murmuraba con voz triste:

– Tú, Pedro mío, no me harás verter lágrimas más tarde.

¡Oh! Seguramente que no; así lo prometía yo siempre, porque había visto correr demasiadas, sin poder explicarme si eran ó no legítimas.

Pero aquel jueves todo el mundo estaba contento en nuestra modesta casa de la calle de la Parroquia. ¿Era efecto del tiempo? Acabábamos de salir del invierno, de la lluvia y del frío, y abril brillaba con toda su lozanía primaveral. Hacía cinco días que veíamos un sol magnífico; los árboles tenían ya todas sus hojas, esas hojitas amarillentas, verdes y graciosas; los prados se esmaltaban con hermosas flores; las golondrinas cruzaban los aires con la rapidez de un cohete, y oíase el canto de las avecillas alrededor del estanque de Neptuno, que yo veía desde mi ventana abierta. Aunque mi alma no era muy dada á la poesía, sentíame feliz con vivir, tal vez porque experimentaba los efectos de esas causas; pero más bien porque era jueves, porque no había ido al Liceo y porque había concluído mi trabajo, y mi padre, después de haberle examinado, me daba una palmada en el hombro y me decía amistosamente:

– Está bien, hijo mío, muy bien. Son las cuatro, hace buen tiempo y podrás pasear un poco.

– Y sobre todo no vuelvas tarde, añadía mi madre, no vayas á resfriarte, ni nos des motivo alguno de queja...

Mientras así hablaba mi madre, ya estaba yo bajando las escaleras á escape: tenía prisa por llegar á la Plaza de Armas, donde esperaba ver á los coraceros haciendo el ejercicio. Mis aficiones eran todavía las de un niño; por esto gustábanme siempre los soldados, y sobre todo los coraceros por su casco y su caballo.

¡Y pensar que estaba condenado á ser escribano, á vestir de negro, con corbata blanca, y tal vez á usar anteojos!

Mis paseos por delante del cuartel eran tan frecuentes que había llegado á conocer á la mayor parte de los subalternos, á algunos oficiales, y sobre todo al apuesto coronel, muy aristocrático, con su sonrisa altanera, su caballo gris y su monóculo.

¡Pobre coronel, pobres coraceros, amigos de mi infancia, vosotros en quienes tantas veces soñé! ¿Quién me hubiera dicho entonces que dos años más tarde, tan hermosos, tan bravos, tan llenos de esperanza y vida, iríais á dejaros matar heroicamente en la frontera, y que seríamos vencidos á pesar de tanta abnegación?

Mi padre debía haberse equivocado al decir que eran las cuatro, pues en aquella época del año el ejercicio duraba hasta las cinco, y ya no había ni un soldado en la Plaza de Armas. El ayudante de servicio estaba solo en la puerta del cuartel, y delante paseábase el centinela lentamente.

– Dispense usted, mi ayudante, dije, llevando militarmente la mano á mi kepis. ¿No hay ejercicio hoy?

El ayudante, un mocetón rubio con bigote de cosaco, sonrió al ver mi aspecto marcial y contestóme:

– No, amiguito mío; hoy hay paseo militar.

– ¿Con música?

– Sí, con música... No tardarán en volver, añadió, sacando su reloj, y pasarán por el camino de ronda y la Avenida de San Antonio.

– ¿Tiene usted la bondad de decirme á qué hora han de venir?

– A las cinco.

– ¿Y ahora son...?

– Las cuatro y cuarto escasamente.

– Bien; tengo tiempo de alcanzarlos. Muchas gracias.

Y saludando tan militarmente como la primera vez, me dirigí hacia la verja del castillo. Mi plan estaba ya trazado: cruzando por el parque, y siguiendo después la Avenida de Noisy, llegaría más pronto al camino de ronda que si pasara por la Avenida de San Antonio, y vería durante más tiempo y más pronto á mis magníficos coraceros. Forzosamente había de encontrarlos, y de todos modos, su música me indicaría por dónde iban. Por precaución, sin embargo, andaba de prisa á través de las pequeñas veredas, cuyos zigzags me eran bien conocidos, y llegué muy pronto al caminal, el primer mar que yo he visto en mi vida. Una vez allí, internándome por la Avenida de Noisy, no tardé en hallarme en el gran Trianón; y sintiéndome algo cansado, me detuve.

Pero ya estaba en el centro de la posición, y como no oía ningún ruido á mi derecha, comprendí que el regimiento no había pasado todavía.

¿Ningún ruido? Digo mal; percibí un rumor, pero muy ligero, como el producido por quejas, llanto y sollozos de niño... A mi alrededor no había nadie; delante extendíase una valla de ojiacantos, cuyos botones blancos y sonrosados comenzaban á entreabrirse: de allí, del otro lado de la valla, procedía el ruido... ¿Qué podría ser? Avanzando resueltamente, salté por la espesura con peligro de rasgar mi pantalón de uniforme casi nuevo, y como viese ante mí una zanja, la franqueé victoriosamente de un salto... Entonces el rumor se hizo más marcado; oí realmente sollozos, como los de un niño que ha llorado largo tiempo; guiado por ellos, me adelanté poco á poco en medio de los árboles, algo conmovido, y muy pronto vi á una niña muy elegante, apoyada en un fresno. Sin duda era una de las concurrentes habituales á las alamedas del Mediodía, donde se juegan todos los jueves las desenfrenadas partidas de volante. Muy afanosa, con la cabeza baja y la pierna doblada sobre una rodilla, la niña limpiaba con puñados de hierba sus pequeños botitos, cuyo lustre desaparecía completamente bajo una espesa capa de cieno; sus medias negras, su falda y hasta su cinturón de seda presentaban grandes manchas amarillentas frescas aún. Al pie del árbol estaban los guantes, un pañuelo y una sombrilla, manchada también hasta el puño.

La niña levantó la cabeza: sus ojos estaban llenos de lágrimas, y por momentos un sollozo se elevaba desde su pecho, haciendo mover su cabeza inteligente, sobre la cual tenía echada hacia atrás una pequeña toca de plumas...

Apenas me vió, dejó sus hierbas y dirigióse corriendo hacia mí, sonriendo y casi consolada.

¡Pobre Magdalena! Inundado de lágrimas vi por primera tu rostro, en un día de primavera, como una flor bañada por el rocío; pero en aquella ocasión por lo menos, pude enjugar tu llanto. Recuerdo que tu estado me produjo vivo deseo de soltar la risa, y á duras penas la contuve; mas al verte tan afligida, dije con aire compasivo:

– ¿Qué le ha sucedido á usted, señorita? Supongo que al menos no se habrá hecho daño.

Entonces, enjugando sus últimas lágrimas y más animosa ante su inesperado protector, la pobre niña me dijo que se llamaba Magdalena, Magdalena de Nessey; que vivía con sus padres en la calle de los Depósitos, á la esquina de la Parroquia, y que allí era adonde había que llevarla cuanto antes. Aquel día, como hacía muy buen tiempo, había salido con miss Betsy, su institutriz, para ir á ver los coches, las grandes carrozas doradas, los trenes... Después, miss Betsy encontró algunos compatriotas, y entonces Magdalena, que no se divertía mucho en aquella compañía, habiendo visto una puertecita que conducía á un parque grande, muy grande, en el que nunca había estado, entró en él. Más triste que el de Versailles, pero más agreste y hermoso, estaba lleno de veredas que se cruzaban en todos sentidos... como el de Nueva Orleans, ciudad en donde había nacido su madre... Allí se extravió... mas al principio no tuvo miedo, porque siempre esperaba encontrar á alguien, y además pensaba que miss Betsy iría en su busca... Pero no... no vió á nadie, y entonces avanzó en línea recta, dirigióse después por la izquierda, retrocedió, y al fin aturdióse un poco al ver que el sol declinaba en el horizonte... Por último, llegada ante aquella zanja, y viendo en medio de los árboles más claros el canal que tan bien conocía, quiso saltar y... ¡cataplum!... resbalóse un pie y fué á parar al cieno, dándose por muy contenta aún de que le fuera posible volver á subir, gracias á la sombrilla... ¡Pero en qué estado, Dios mío!

¿Y qué hacer ahora? Si al menos pudiese encontrar á miss Betsy... ¿Y qué diría mamá, y sobre todo papá?

Magdalena había comenzado á sollozar de nuevo.

– No llore usted, le dije con tono de autoridad, lisonjeado por haber encontrado alguien á quien otorgar mi protección. No hay que desconsolarse por tan poca cosa. Ahora encontraremos á miss Betsy; el paseo de coches está á dos pasos.

– Pero ¿y si miss Betsy ya no está?... Supongo que me llevará usted á casa de mis padres.

– Ciertamente que no la dejaré aquí. Vamos.

– Espere usted, dijo la niña con gravedad, espere á que me arregle un poco. ¡Ya ve como estoy!

Cerca de allí corría un arroyo, y en sus aguas se lavó Magdalena las manos; después se arregló el cinturón que yo había limpiado cuidadosamente con mi pañuelo, ahuecó su falda, ajustó su toquilla, echó atrás su largo cabello, enjugó sus ojos por última vez y miróme sonriendo.

Las niñas maravillan en todas partes; pero sobre todo en París. Con frecuencia, en los Campos Elíseos ó en las Tullerías, me entretuve en escuchar sus graves conversaciones, en observarlas cuando jugaban y en examinar su gracioso aspecto de mujercitas. A decir verdad, de los ocho á los nueve años son ya mujeres, pequeñas mujeres, como dice Alfonso Karr, á quienes sólo falta crecer.

– Vamos, ¿viene usted?, pregunté con cierto enojo, aunque no mucho, por no haber podido ver á los coraceros, cuya música se oía á lo lejos. ¿Viene usted? Es preciso despachar pronto, porque el Museo se cierra á las cinco.

Miss Betsy no estaba en el Museo, como creíamos, y en su consecuencia, encaminándome por la Avenida de Trianón, me dirigí en línea recta hacia la calle de los Depósitos.

En el camino, mi compañera, muy confiada y con ese aplomo que el trato de la sociedad comunica aun á las niñas, me refirió que tenía tres hermanas, dos menores que ella, una mayor y además un hermano; que su padre era antiguo oficial de marina; que tenía una habitación muy grande, llena de objetos procedentes del país de los salvajes; que todo aquello era muy curioso, y que me lo enseñaría.

– Debe ser muy divertido viajar así, observé yo.

– ¡Oh, sí, mucho!, dijo Magdalena, á pesar de los peligros, y además muy ¡honroso!

Era de ver la expresión de gravedad con que la niña pronunció la palabra «honroso.»

Magdalena añadió que si hubiese sido hombre hubiera querido ser marino, y después preguntóme si yo tenía hermanos ó hermanas y qué carrera pensaba seguir.

Contesté que no tenía sino una hermana, apenas un año más joven que yo, y que adoptaría la profesión de escribano ó notario, tal vez notario, si no costaba muy caro.

– ¡De veras, exclamó Magdalena, escribano ó notario! ¿Y qué es eso?

Expliqué como pude lo que aquello significaba, y entonces la niña, mirándome un momento silenciosa, repuso:

– ¡Qué lástima!

Y no sé por qué esta palabra, pronunciada por aquella niña, me causó pena al oirla.

– ¡No, no, añadió al punto Magdalena, como hablando consigo misma; marino, marino! ¡Nada hay más hermoso!

Ya no dijo nada más; al doblar el ángulo de la calle, divisamos de repente la casa de sus padres, y Magdalena quedó pensativa. ¿Qué dirían?

Por lo menos, si miss Betsy no hubiese vuelto aún...

Llegados al umbral de la puerta, Magdalena cogió con sus manitas las mías y me dijo:

– Entre usted. ¿No quiere entrar conmigo?



Dispense usted, mi ayudante, dije llevando militarmente la mano á mi kepis. ¿No hay ejercicio hoy? (pág. 332)

Yo vacilé; comenzaba á ser tarde, la noche se acercaba ya, y también mi madre podía estar inquieta.

– Entre usted, entre usted, decía Magdalena, repitiendo siempre la misma palabra con su persistencia de niña obstinada.

Y había tal expresión de súplica en su mirada, tanta emoción en sus pequeñas manos temblorosas, que llamé resueltamente á la verja.

Un criado abrió al punto.

– ¿Está mi papá arriba en su habitación?, preguntó Magdalena.

– No, señorita, está en el salón con la señora condesa.

– ¿Y miss Betsy?

– Ha vuelto ya, muy desconsolada, y después ha salido otra vez, diciendo que iba á buscar á la señorita. La señora condesa se alegrará mucho de verla ya aquí.

– Venga usted, venga usted, me dijo Magdalena, siempre un poco inmutada, pero muy contenta al pensar que iba á tranquilizar á su madre.

Subiendo entonces por la escalera, detrás de la niña, llegué á una larga galería, donde espesas alfombras ahogaban el rumor de los pasos, y oímos hablar en una habitación contigua.

– Pero tranquilízate, amiga mía, decía una voz; Magdalena no es tan pequeña y tiene energía; no le falta lengua para hablar, y seguramente sabrá arreglarse para que la acompañen hasta aquí.

– Calle usted, me dijo Magdalena á media voz; es papá, que habla con mamá... Esperemos.

Y abriendo después suavemente la puerta, asomó la cabeza, diciendo:

– ¡Cucú!... ¡Aquí está Magdalena!

Y corriendo con ligereza, saltó sobre las rodillas de su madre, rodeóla el cuello con los brazos y comenzó á besarla, impidiéndola casi respirar.

– ¡Ah, loca, aturdida, decía la madre, cuánto pesar nos has causado! ¡Eres una mala niña!

– ¡Mamá, mamá, balbucía Magdalena con lágrimas en los ojos, si supieras qué contenta estoy! ¡Vamos, no me riñas... ni tampoco á Betsy, porque no tiene ella la culpa!...

– Pero ¿de dónde vienes así, llena de lodo?, preguntó el padre.

– Es cierto, papá... abrázame... Ha sido con los coches... y después... en la zanja... Pedro, el Sr. Pedro te lo contará todo... él es quien me ha salvado... Está ahí...

– ¡Cómo salvado! ¿Quién es el Sr. Pedro?

– ¡Ese joven!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

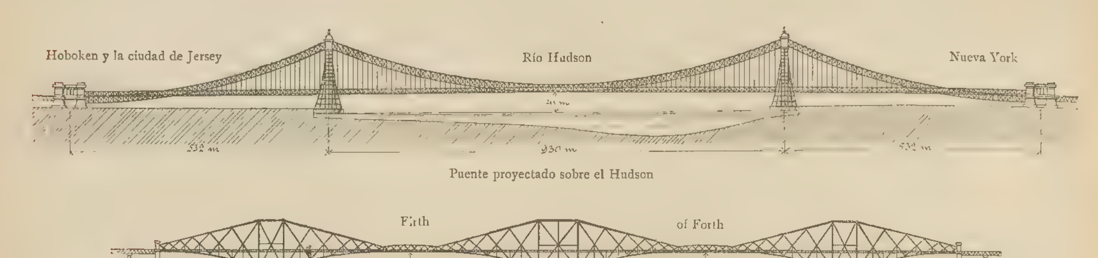
PUENTES MODERNOS

Dado el considerable aumento que en todos los países civilizados han tenido las redes de ferrocarriles y otras vías de comunicación, ha sido preciso vencer dificultades antes consideradas insuperables, y la moderna construcción de puentes, que de poco tiempo á esta parte ha producido obras verdaderamente colosales, es buena prueba de que la fabricación de puentes de hierro no retrocede ante las empresas más atrevidas.

La concesión otorgada por el gobierno de los Estados Unidos, después de grandes discusiones, al ingeniero G. Lindenthal para construir un puente sobre el río Hudson que pondrá en comunicación directa la ciudad de Nueva York con Hoboken y Jersey, proyecto que reproduce la fig. 1 y cuya magnitud puede apreciarse comparando con otros puentes que las demás figuras representan, aseguran la realización de la obra más grande que en este género se ha podido llevar á cabo hasta nuestros días. Este puente colgante, cuyos cuatro cables sostenedores tendrán 1'20 metros de diámetro y correrán sobre torres-pilares de acero de 157 metros de altura, servirá para unir la ciudad de Nueva York con las líneas férreas que van á parar al arrabal occidental de dicha ciudad: además tendrá caminos para peatones. El período de construcción está calculado en cinco años y medio y el capital necesario para llevarlo á cabo se estima en 80 millones de pesetas, cantidad que, según parece, está ya reunida, de modo que el atrevido constructor podrá empezar en breve la construcción de su obra gigantesca.

Relaciónase con ésta una circunstancia accidental interesante: en 1874 constituyóse para llevar á cabo la comunicación por tierra firme entre las dos citadas ciudades la Sociedad del Túnel del Hudson, la cual después de sostener varios pleitos con los interesados pudo terminar felizmente en 1883 los 52 primeros metros del túnel que había de medir unos 2.000; debiéndose el hecho de haberse construído tan poco á la inundación que en 1880 invadió la obra, causando, además de los desperfectos materiales, la muerte de veinte trabajadores. Desde entonces, la construcción no ha adelantado gran cosa, de suerte que en la actualidad todavía no está terminada la mitad de la obra. En vista de este fracaso, el antes citado ingeniero austriaco concibió su proyecto para atravesar el mencionado río; siendo creencia general que el puente, construído muy cerca del sitio en que se ha abierto el túnel, quedará terminado mucho tiempo antes que éste.

De los demás puentes que reproducimos por vía de comparación, sigue en longitud al proyectado sobre el Hudson el del Firth of Forth (fig. 2), que se inauguró en la primavera de 1890 junto á Edimburgo (Escocia) y que es el mayor de todos los actualmente existentes. Este puente, construído por los ingenieros Juan Fowler y Benjamín Baker, lo está según el sistema de modillones, es decir, con brazos terminados por pilares á modo de cartelas y unidos en el centro por pequeños montantes independientes, y por él pasan dos vías férreas: fué comenzado en 1883 y terminado sin accidentes, habiendo costado 75 millones de pesetas. Las poderosas máquinas empleadas en su construcción, el empleo en gran escala del acero para todas las partes de la obra y la aplicación de otros elementos que han abierto nuevos horizontes para esta clase de construcciones, aseguran al puente del Forth, á pesar del que ahora se proyecta sobre el Hudson, un interés permanente que no es bastante á debilitar la censura que contra su autor, no sin razón, se ha dirigido por haber prescindido demasiado de la parte estética.



Puente proyectado sobre el Hudson

Puente del Forth

El tercer lugar entre los puentes colosales lo ocupa el construído sobre el río del Este, entre Nueva York y Broocklyn (fig. 3), no lejos del que se proyecta sobre el Hudson: proyectado y ejecutado por Roblin, era considerado antes de existir el del Forth como el mayor del mundo. Este puente, que pone en comunicación los dos lugares citados facilitando el tránsito de vehículos y peatones, es colgante, y sus dos cables apoyados en el mismo plano vertical no están unidos entre sí por enrejado alguno: su construcción resultó muy cara á causa de la poca experiencia que de tales obras se tenía cuando se llevó á cabo.



Puente sobre el río del Este

Llegamos ya al más pequeño entre los colosales, que también está todavía en proyecto. El prodigioso incremento del comercio marítimo de la antigua ciudad hanseática de Hamburgo exige el ensanche progresivo de la población, ofreciendo para ello las mejores ventajas, por lo menos para un barrio industrial, la orilla del Elba que enfrente de la ciudad se extiende y en la cual ya actualmente hay unos arrabales de bastante importancia. El deseo de poner en comunicación ambas orillas que se siente desde hace mucho tiempo ha llegado á hacerse apremiante, y habiéndose desechado la idea de un túnel que tiene una porción de inconvenientes, se pensó en la construcción de un puente alto sin pilares á fin de que no fuera obstáculo para la navegación. El proyecto del autor de este artículo, que reproduce la fig. 4, está basado, como el del Forth, en el sistema de modillones, pues en Alemania los peritos en la materia tienen cierta prevención, no desprovista de fundamento, contra los puentes colgantes: la vía férrea que atravesaría el puente estaría empedrada, conforme á las necesidades del tráfico, y por ella circularían ferrocarriles funiculares ó movidos por la electricidad; el tiempo de construcción sería de cuatro años y el coste de la misma vendría á ser de 25 millones de pesetas, pues en esta obra no habría grandes dificultades de fundación ni de ejecución.



Puente proyectado sobre el Elba

Después de estos cuatro primeros representantes de la construcción de puentes, y teniendo en cuenta que se ha desistido del que se pensaba construir sobre el canal de la Mancha por el mismo sistema que el del Forth, vienen otros muchos cuyas proporciones van disminuyendo gradualmente y algunos de los cuales no dejan de ser obras de gran importancia. La construcción de puentes de tan extraordinaria luz se ha podido llevar á cabo gracias al empleo del acero; naturalmente los primeros fueron los puentes colgantes, pues la fabricación de los alambres delgados de que se componen los cables era mucho menos difícil. Más tarde se consiguió fabricar con perfecta regularidad y seguridad barras que permitieron la ejecución de puentes como el del Forth. El hecho de que los americanos prefieran para el del Hudson el sistema de los puentes colgantes, hoy casi absolutamente desechados, puede atribuirse á una particularidad nacional.

En resumen: si dirigimos una mirada retrospectiva, veremos que los puentes de piedra romanos alcanzaron hasta 25 metros de luz, los modernos hasta 50 y los antiguos de hierro 150: desde esta cifra á la que vemos en los puentes modernos preciso es confesar que el salto ha sido prodigioso, constituyendo una de las más maravillosas conquistas de la ingeniería moderna.

(De la revista alemana *Prometheus.*)

LA LANA MINERAL

Muchos son los que á menudo hablan de la lana mineral, pero este producto es nuevo y pocos conocen su origen, la manera como se produce y las pruebas relativas á su calidad. Sobre esta materia vamos á publicar algunos datos que tomamos de *Railroad and Eugineering Journal.*

La lana mineral ó la lana de escorias se obtiene por la división de las fibras de éstas, al salir del alto horno, por medio de un chorro de vapor de alta presión, fibras que tienen el aspecto del algodón ó de la lana. Sabido es que las escorias contienen impurezas de diversas clases, especialmente compuestos sulfurosos que, en ciertos casos, pueden producir resultados funestos, razón por la cual las escorias artificiales han sido algunas veces sustituídas por minerales fusibles que se funden en hornos especiales y que se tratan igualmente por el vapor. A estos productos así obtenidos es á lo que debiera darse el nombre de lana mineral, reservando el de lana de escorias para la que se obtiene de las escorias de los altos hornos.



El empleo de estas materias, aunque reciente, se ha propagado con gran rapidez; los ferrocarriles de los Estados Unidos hacen actualmente frecuentes pedidos de ellas por cantidades de 10.000 kilogramos cada vez, y aun en algunas ocasiones por cantidades dobles que ésta, siendo hoy una verdadera industria.

La aplicación de esta materia en los ferrocarriles

se limita casi exclusivamente á rellenar con ella los dobles techos de los coches para viajeros, con el objeto de amortiguar el ruido y las vibraciones, y las dobles paredes de los vagones de refrigeración: los ensayos verificados para evitar el enfriamiento de las calderas y de los tubos de vapor no han tenido buen éxito, pues la experiencia ha demostrado que cuando se produce un escape que da salida al agua ó al vapor, el agua en contacto con los compuestos sulfurosos contenidos en la lana mineral los descompone, formándose entonces el ácido sulfúrico y resultando de ello grave daño para el metal de la caldera y de los tubos. De aquí que se haya desistido de emplear esta materia como aisladora de los recipientes que contienen vapor; nos referimos simplemente á la lana de escorias, porque la *New-York Steam Company* sigue utilizando con buen éxito las lanas minerales exentas de azufre.

Cuando se examina atentamente, apelando al microscopio en caso necesario, la lana mineral, compruébase que encierra una porción más ó menos considerable de pequeños glóbulos de escorias que no han adoptado la forma fibrosa, elevándose, á veces, la proporción de los mismos á 30, 40 y aun en algunos casos al 60 por 100 del peso total. Si se tiene en cuenta que el que compra esta materia al peso para rellenar un espacio sufre un detrimento á causa de la presencia de estos glóbulos que ningún valor tienen para él y que él paga lo mismo que las fibras, y se considera además que la lana mineral es objeto de transacciones diarias, se comprenderá que era necesario encontrar un modo de probar esta materia que permitiese obtener el empleo más económico de la misma. El problema no era de fácil solución. La materia se adquiere al peso para aplicarla al volumen; preciso es, pues, obtener el peso de un volumen dado en condiciones idénticas y sin que la materia experimente una compresión que falsearía la comparación. Para ello se ha utilizado el siguiente aparato.

Consiste en un recipiente cilíndrico de 25 á 30 centímetros de diámetro por 8 ó 10 de altura, cerrado en su parte superior por una membrana de caucho muy delgada, perfectamente ajustada á las paredes del cilindro y sobre la cual se coloca un pequeño disco de cristal. La pared cilíndrica del recipiente tiene una tubería á la que se ajusta un tubo de caucho y uno vertical de cristal graduado que forma nivel: el de caucho va á parar á un tubo de cristal de mayor diámetro, movible en sentido vertical y dividido en partes que representan centímetros cúbicos y otras fracciones si es preciso. Llénase de agua el recipiente y los tubos, cuidando de que el aire quede completamente expulsado del primero, hecho lo cual y fijado el disco de cristal en el recipiente por medio de pinzas, se eleva el tubo movible hasta que el agua suba en el tubo de nivel á una altura de terminada de una vez para siempre, 60 centímetros, por ejemplo. En esta posición, el disco sufre cierta presión de abajo arriba, motivada por el agua: se baja luego el tubo movible de modo que la presión desaparezca; se quita el disco de cristal, y entre él y el caucho se introduce un puñado de lana cuidadosamente pesado, diseminándola un poco para que no forme masa; se hace descansar sobre ella el disco, y se sube el tubo movible de manera que la presión del agua sobre el diafragma comprima ligeramente la lana mineral entre él y el disco. El espacio ocupado por la materia se traduce en un aumento de altura del agua en el tubo-nivel, el cual indica el volumen de la materia, y como este volumen es medido con una presión constante, puede considerarse el problema como resuelto, puesto que se tiene un término de comparación entre las diversas fracciones de igual peso de lana mineral.

Este aparato es muy sencillo y exacto y puede emplearse para toda clase de materias cuyo peso, en su volumen dado, se quiera determinar.

La lana mineral ha sido preconizada para embalar y conservar huevos. Llámasela en Inglaterra *glass-wool* y se hace de ella extraordinario uso.

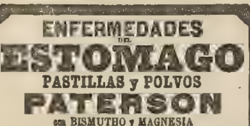
(De *La Nature*)











LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, *por don León Bonel y Sánchez.* — Se ha repartido la entrega segunda de esta importante publicación que con la colaboración de los más distinguidos jurisconsultos españoles escribe y dirige el magistrado de esta Audiencia Sr. Bonel. Comprende cuatro secciones: doctrinal, legal, jurisprudencia, cuestionarios y fueros. Cada entrega consta de 80 páginas. La suscripción á esta notable revista, indispensable á cuantos al foro se dedican, se hace por 12 entregas y cuesta 9 pesetas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar. Puntos de suscripción: Fontanella, 44, principal, primera, y en las principales librerías.

***

ME SUICIDO, *por D. José Bravo.* — Monólogo en verso, estrenado con extraordinario éxito en los salones de la Juventud Santoñesa, de Santander, la noche del 8 de diciembre de 1891. Segunda edición. Precio una peseta.

***

NADA ENTRE DOS PLATOS, *por D. Enrique Gaspar.* — Este tomo, que formando parte de la Biblioteca selecta acaba de publicar en Valencia D. Pascual Aguilar, contiene una porción de bellísimos artículos debidos á la pluma del insigne literato Sr. Gaspar. Como todo lo que produce el aplaudido autor de *El estómago, La levita, La resurrección de Lázaro,* y tantas otras joyas de nuestro teatro contemporáneo, estos artículos están escritos con una soltura, una elegancia y sobre todo con una gracia punto menos que inimitables: casi todos ellos son cuentos, narraciones entretenidas y de carácter ligero; pero hay algunos, como *Mi cuarto á espadas* y *El verso y la prosa,* que tienen no poca miga y expresan opiniones muy bien fundadas y muy dignas de tenerse en cuenta sobre cuestiones interesantes de lenguaje y literatura. Véndese *Nada entre dos platos* en las principales librerías al precio de dos reales.

***

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* — Se han publicado los cuadernos 57, 58, 59 y 60 de esta obra por más de un concepto interesante. Contienen además del notable texto correspondiente ocho bellísimas fotografías que representan: el coro de la Catedral del Pilar, unas columnas del palacio del Justicia de Aragón, una tabla del siglo XV, varios canetes y ménsulas ojivales, la portada de alabastro de la iglesia de Santa Engracia, un relieve de mármol representando la Asunción de la Virgen, obra de D. Carlos Salas, el frontis principal del templo de Nuestra Señora del Pilar y una vista general de este santo templo metropolitano. — Precio de cada cuaderno, una peseta.


LA EMINENTE ACTRIZ ELEONORA DUSE

***

DON QUIJOTE DE LA MANCHA. — Se han repartido los cuadernos 7 á 12 de la edición que de esta obra publica en esta ciudad D. Ceferino Gorchs.

***

ENSAYOS Y REVISTAS (1888 á 1892) *por don Leopoldo Alas.* — Cada libro nuevo que se publica del ilustre catedrático de la Universidad de Oviedo es una nueva muestra de lo que sabe y vale quien tantas y tan bellísimas obras de tan distinto género tiene dadas á la estampa. Tachan muchos á *Clarín* de severo, lo cual en vez de censura bien puede resultar elogio tratándose de alta crítica como la que él escribe; cuélganle algunos el sambenito de parcialidad, en ciertos casos agresiva, y tal acusación quizás se debe más á despecho que á convicción; pero nadie puede negarle eminentes cualidades de hablista notable y de concienzudo crítico, puestas de manifiesto unas en su estilo correcto, elegante y atildado y otras en la profundidad de sus conceptos, en la seguridad de sus juicios y en la vastísima erudición que en sus escritos se observa. El Sr. Alas podrá equivocarse á veces, que de humanos es errar; pero fuerza es reconocer que pone de su parte todos los medios y se vale de todos los elementos para juzgar con acierto. Su último libro es elocuente prueba de ello: la colección de artículos que contiene sobre distintas materias literarias, interesantes todas, son de aquellos en los cuales se admiran muchas bellezas y se aprenden no pocas cosas buenas y útiles. *Ensayos y revistas,* editado en Madrid por don Manuel Fernández Lasanta, véndese en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 30 de mayo de 1892 — Núm. 544

SALÓN DE PARIS (1892)



RETRATO DE ERNESTO RENÁN, por León Bonnat

LA GRAN GUERRA DE 1892

ARTÍCULO FINAL

LA SITUACIÓN GENERAL

LIBERACIÓN DE POLONIA

Londres

Desde que se libraron las grandes batallas que terminaron con la retirada de las fuerzas rusas, han ocurrido acontecimientos de la mayor importancia; pero los meros detalles que un día tras otro se recibieron no tenían suficiente interés para ocuparse particularmente de ellos. El ejército ruso que estaba en campaña, incapaz de oponer resistencia después de sus considerables pérdidas á las fuerzas muy superiores de sus enemigos, adoptó su tradicional política, retirándose al interior del país, después de haber dejado guarnición en Varsovia é Ivangorod. Alemania ha emprendido el sitio de la primera de dichas ciudades, y Austria el de la segunda. La caballería alemana y la austriaca, que ahora han demostrado su absoluta superioridad sobre los cosacos, siguieron á los rusos en su retirada, avanzando lo bastante para separar sus fuerzas al Sud de la gran región pantanosa que desde las fortalezas del Norte se extiende por detrás de la gran fortaleza de Brest Litewsk. Un ejército alemán ha puesto sitio á Litewsk. La línea que pone en comunicación dicha fortaleza á través del pantano ha sido completamente destruída en una inmensa distancia. Entretanto los dos gobiernos, que dominan ahora por completo en el país abierto, han dado un paso político que no podrá menos de ser acogido con satisfacción por el mundo civilizado. Han publicado una proclama, declarando su intención de erigir á Polonia en estado libre, para preservarle de las agresiones de Rusia, comprometiéndose á no concluir la paz sin garantizar su independencia. No se han fijado aún los límites exactos del reino restaurado; mas al parecer trátase de incluir en él la Lituania, extendiéndole hasta la línea de la región pantanosa. Se ha tomado ya una importante fortaleza. Los alemanes, aprovechándose de las ventajas que los ríos y los caminos de hierro les ofrecen, han transportado la pesada artillería de sitio, con la que bombardearon las obras defensivas de Novo Giorgiewsk. El efecto de las bombas en algunos puntos de las fortificaciones que no se habían preparado bien para resistir ha sido verdaderamente asombroso. Los proyectiles empleados, de nuevo sistema, son terribles instrumentos de destrucción, y asegúrase que han barrido del todo las sólidas defensas de la plaza. La guarnición no podía hacer nada, y después de una valerosa, pero inútil resistencia, no tuvo más remedio que rendirse.

Parece que es cuestión de tiempo, y no muy largo, aplicar el mismo procedimiento á Varsovia. A decir verdad, la confianza de los alemanes en este punto ha puesto término á lo que amenazaba ser una espantosa tragedia. Al confiar al general Hashkoff el mando en Varsovia, el general Gourko dispuso que toda la población civil saliera de la ciudad. Esta medida se adoptó, no precisamente por las notorias simpatías que á los habitantes inspiran los invasores, sino porque en Varsovia hay tan inmenso número de soldados inútiles, y acudieron allí tantos fugitivos cuando primeramente fué atacada, que se temía que llegasen á faltar los víveres, por haberse hecho antes considerables remesas de ellos al ejército que estaba en campaña. Fué una gran tentación para los alemanes repetir el método del sitio de Metz en 1870, haciendo recaer en los rusos la responsabilidad por haber permitido que los habitantes expulsados pereciesen de hambre.

Por fortuna prevalecieron otras consideraciones: el rápido éxito conseguido en Giorgiewsk, el perfecto conocimiento que los alemanes tenían de la naturaleza de las defensas que debían atacar, y la gran importancia de granjearse la buena voluntad de los cosacos, atrayéndolos á su causa, eran otros tantos motivos que indujeron á los alemanes á recibir á los fugitivos.

No solamente se recibió á los míseros habitantes, sino que se les atendió cuidadosamente, enviándoseles desde luego á diversos puntos desviados del teatro de la guerra, y entretanto alistábase y se equipaba á numerosos polacos. Muchos de ellos, tanto oficiales como soldados, que servían forzosamente en el ejército ruso y que se rindieron ó lograron escapar, así como otros procedentes de los ejércitos austriaco y prusiano, han formado un admirable núcleo para el alistamiento; de modo que cuando el enemigo esté preparado para intentar un movimiento de avance contra sus victoriosos adversarios, éstos contarán con un elemento más, de considerable importancia. Un numeroso contingente de oficiales y soldados polacos se sacó del ejército ruso que se rindió en Bulgaria. Rusia ha observado siempre la política de enviar sus oficiales tan lejos de sus casas como era posible, y he aquí por qué se contaban tantos de aquéllos en el ejército que había ido á Bulgaria. Todos han entrado alegremente en su nuevo servicio al saber que se trata del restablecimiento de su antiguo reino.

Entretanto, parece que Rusia no ve por ahora medio de tomar la ofensiva contra las potencias aliadas, y comprende que éstas no tratan de penetrar en el interior del país. Antes de que el enemigo pueda avanzar de nuevo, debe abastecerse de provisiones y transportes en considerable número, y esto es tarea muy difícil, dado el empobrecimiento de Rusia. Sin embargo, para no tener á sus tropas ociosas, y sin duda con el objeto de alcanzar algún triunfo en cualquiera parte antes de pedir la paz, que cada día se hace más inevitable para ella, ha reforzado considerablemente su ejército del Asia Menor, que hasta ahora ha estado inactivo á causa de las imperiosas necesidades á que era necesario atender en otras partes. Moukhtar Bajá ha estado retrocediendo lenta y cautelosamente á medida que aumentaban ante él las fuerzas enemigas. Los oficiales ingleses que están en su ejército hacen grandes elogios de su eficiencia, y niegan, indignados, que la soldadesca turca haya cometido crueldades, si bien confiesan que los kurdos y los bashi-bazouks son unos bestias á quienes difícilmente se mantiene en orden. Estos hombres son tan cobardes como brutales, y el ejército quisiera verse libre de ellos.

Sobre los movimientos del ejército inglés se guarda profundo silencio, habiéndose interceptado las cartas de los corresponsales desde que la escuadra se hizo á la vela, después de la batalla de Kosludji.

Hemos oído decir, sin embargo, que algunos cruceros habían marchado hacia Odessa, y últimamente se produjo alguna alarma en Kertch, porque se temía una expedición combinada contra este punto, pero no hemos oído hablar de ningún desembarco. Esto no puede durar mucho, y sin duda muy pronto recibiremos noticias. Sabemos que numerosos buques y varios transportes cargados de víveres y municiones han pasado por Constantinopla con pliegos sellados, que no deben abrirse hasta que se haya perdido de vista la tierra. Los ministros se han encerrado en la mayor reserva, y apélase al patriotismo de ambas Cámaras para que no susciten cuestiones inconvenientes, mientras la opinión pública se halle tan excitada.

En Francia la situación sigue siendo casi la misma en que nuestro corresponsal la dejó. Los ejércitos alemanes han proseguido su retirada desde los últimos desastres que sufrieron, y se encuentran en los Vosgos entre las fortalezas de Metz y Estrasburgo. Los franceses acumulan al parecer sus fuerzas principalmente en las inmediaciones de Belfort, aunque un considerable ejército se acerca á Metz, ocupada por otro no menos numeroso. Entre los franceses hay mucho entusiasmo y excitación, pero desconfían de la alianza rusa, opinando en general que esta potencia no ha demostrado ser una aliada tan poderosa como se pensaba. En París se manifiestan simpatías hacia Polonia, y dícese que proteger á ésta era la antigua política de Francia. Algunos han llegado hasta indicar que si los alemanes entregaran la Alsacia-Lorena, no se les opondrían dificultades para combatir el barbarismo ruso. No cabe duda, por otra parte, que el pueblo alemán comienza á estar cansado de una guerra que amenaza prolongarse indefinidamente en cada frontera; mientras que su emperador, á pesar de los triunfos alcanzados sobre los rusos en acciones en que no intervino él, ha perdido un poco las ilusiones en cuanto á la absoluta infalibilidad de su propio genio militar.

Las noticias sobre los triunfos de los franceses han tenido en jaque á las fuerzas italianas, pues temen que el considerable ejército de que aquéllos disponen les ataque á su vez.

En el continente, pues, parece haber una suspensión pasajera, pero se activan preparativos para el porvenir.

TOMA DE SIERRA LEONA POR LOS FRANCESES

A la carta que publicamos de nuestro corresponsal que acompañó á las tropas á la India, deben preceder algunas palabras de explicación sobre las circunstancias que indujeron al gobierno á enviar un considerable número de oficiales y algunas tropas por la vía canadense del Pacífico. El camino de Calcuta exige más tiempo para la marcha de las tropas que el que se emplea por el Cabo, y desde un principio se había convenido en tomar esta dirección, reconociéndose que en tiempo de guerra no se podía contar como muy segura la vía Suez. Por desgracia, después de habernos declarado la guerra los franceses, las comunicaciones con Sierra Leona quedaron en cierto modo cortadas, y transcurrió algún tiempo antes de que supiéramos lo que había sucedido. Después resultó que, antes de la declaración de guerra, el gobernador francés del Senegal, advertido de la fecha en que aquélla se haría, recibió orden de enviar una poderosa expedición desde Gorea con todo el sigilo posible. Esta expedición, aprovechándose de la concentración de las escuadras inglesas en el Báltico y en el Mediterráneo, debía salir de dicho punto con órdenes cerradas, en las cuales se prevenía al jefe de la escuadra que marchase sobre Sierra Leona y atacase este punto en el mismo día en que se publicase en Europa la declaración de guerra.

Debe advertirse que se adoptaron todas las medidas posibles para no llamar la atención sobre los preparativos que se hacían en el Senegal, y que gracias á las facilidades que proporciona el vapor para esta clase de operaciones, á medida que iban llegando los buques, uno tras otro, equipábanse y volvían á marchar aisladamente, con orden de reunirse en determinado día en medio del Océano. De este modo, sin llamar la atención y sin dificultad, la gran escuadra se reunió y dirigióse sin pérdida de tiempo hacia Sierra Leona.

Este punto había tenido siempre escasa guarnición, á causa de lo insalubre de la localidad; en previsión de una guerra, pensábase reforzarla; pero habíase aplazado esta medida. El movimiento del enemigo fué una sorpresa completa, y á pesar de la indignación de los diarios ingleses y de la carta que el gobernador de Sierra Leona dirigió al comandante francés, la plaza pasó á manos del enemigo. El hecho era grave, pues hallándose Sierra Leona en poder de los franceses, nuestro camino por la vía del Cabo, para ir á la India, quedaba seriamente interceptado.

La escuadra francesa en el puerto de Sierra Leona amenazaba toda la línea entre San Vicente y la Ascensión, privándonos de la estación fortificada donde está el depósito de carbón, indispensable para el abastecimiento de los vapores á lo largo de aquella vía. Aunque era indudable que Sierra Leona quedaría en poder de la potencia que últimamente dominase en el mar, no podíamos organizar por el pronto ninguna expedición para recobrarla. El Gobierno resolvió, por lo tanto, elegir la vía canadense del Pacífico para establecer comunicación con la India y el Este, vía que también era el camino más corto para ir á Hong-Kong.

SITIO DE HERAT

En la India no se habían desarrollado los acontecimientos muy de prisa, y los que entendían en la cuestión estaban seguros de que, por rápida que fuese la aproximación de los rusos á la India, las dos potencias estaban lejos aún de llegar á una colisión en una sola campaña. La primera indicación de la intriga rusa fué el anuncio de que en el Afghanistán reinaba la más completa anarquía. Los rusos habían tenido demasiado que hacer en otras partes para dirigirse á dicho punto franqueando las montañas; pero recibieron orden de avanzar sobre Herat, y hace ya algún tiempo que han puesto sitio á esta plaza. Gracias á los esfuerzos de dos oficiales ingleses que allí había, la defensa ha sido más enérgica, y parece que los rusos no han adelantado mucho. Se ha reunido en Quetta un cuerpo de observación, y todo el ejército indio está dispuesto para avanzar á la primera orden; mas hubiera sido una imprudencia penetrar en el Afghanistán, donde las tribus se batían entre sí, no habiéndose presentado aún ningún gobernante en favor del cual se pudiese hacer algo. De todos modos, nuestra posición en la India durante el primer año de la guerra es de pura expectativa; pero hemos asegurado á Rusia que bajo ningún concepto concluiremos la paz mientras ocupe un palmo de terreno en el territorio de los afghanes.

ENVÍO DE TROPAS Á LA INDIA POR LA VÍA CANADENSE DEL PACÍFICO

(De nuestro corresponsal particular.)

Quebec, 1.° *junio*

En el magnífico vapor *Teutonic* hemos encontrado las más refinadas comodidades, y nos ha desembarcado aquí en menos de seis días después de nuestra salida de Inglaterra. Todos cuantos conocen los inconvenientes y dilaciones con que se ha tropezado hasta ahora en todo viaje al Canadá están contestes en que es una desgracia que no haya vapores de la clase del *Teutonic* en disposición de completar el círculo de nuestras comunicaciones alrededor del mundo. Al desembarcar he visto los preparativos que la empresa de los caminos de hierro había hecho para nosotros, y seguro es que tanto oficiales como soldados quedarán muy satisfechos de las comodidades de que van á disfrutar. Si los pasajeros que salen de Inglaterra pudieran hacer el viaje á través del hermoso paisaje del San Lorenzo hasta esta bonita ciudad y aprovecharse después de la magnífica línea férrea, no hay duda que todos cuantos van á la China, á Australia, á Nueva Zelanda y aun á la India preferirían este camino á la vía de Nueva York ó cualquiera otra. Expreso los deseos de todos al decir que el gobierno no debía perder tiempo en organizar un servicio de vapores, debidamente subvencionado, desde Inglaterra á Quebec. Nosotros encontramos los trenes alineados frente al vapor; de modo que al desembarcar los oficiales no tuvieron que hacer más que subir á los coches, mientras los equipajes eran trasladados rápidamente á los furgones. Nos hemos librado en esta expedición de recorrer un enojoso trayecto de trescientas millas por la línea férrea intercolonial.

Vancouver, 5 *junio*

Hemos terminado nuestro viaje á través del continente, y todos han quedado tan satisfechos de la línea férrea como del vapor. Le remito á usted varios croquis para que forme idea de las comodidades de que hemos disfrutado y de algunas de las escenas en el tren. Lo que más me ha interesado de cuanto he visto y oído decir en las diversas estaciones, es el asombroso desarrollo que se advierte en este país.

Los antiguos colonos del Ontario tratan de trasladarse más al Oeste. Por rica que sea la comarca en que se hallan, quieren vender con la mayor ventaja posible las granjas que fundaron para ir á restablecerse en las nuevas y fértiles tierras que hay al Noroeste. Se oye hablar de hombres que con sus propias manos, teniendo tres caballos y maquinaria perfeccionada, pero nada más, han sembrado trigos en un centenar de acres la primavera pasada. Asegúrase que dentro de pocos años esta región podrá suministrar á Inglaterra una cantidad de cereales tan considerable como la mayor que recibe de los Estados Unidos. En compañía del gobernador hice con otras varias personas una expedición á la Colombia Británica, poco después de inaugurarse la vía férrea, y quedamos asombrados al contemplar el aspecto del país. Los campos de trigo y las cómodas casitas se suceden en todo el espacio que la vista alcanza á lo largo de la inmensa pradera; varios trenes cargados de trigo de la cosecha del año pasado viajan aún en dirección á Quebec, pero más notables eran los que se dirigían hacia el Oeste, atestados de colonos, traficantes y otras muchas personas que se ocupan del rápido desarrollo comercial del país.

Lo que más me admiró después fueron las grandes mejoras que se han efectuado en toda la línea. Los puentes de acero han sustituído á las pasajeras construcciones de madera, y se ve á los operarios trabajar activamente; de modo que las facilidades para el tráfico aumentan de una manera que maravilla, notándose mayor progreso, como ya se comprenderá, en los puntos donde más incremento ha tomado el tráfico. El considerable espacio que se extiende entre Ottawa y Puerto Arturo es el que presenta un aspecto más próspero. Vamos á embarcarnos en el grandioso vapor «Emperatriz de China;» el gobierno se proponía utilizar dos que había detenidos en Victoria para que estuviéramos más cómodos; pero la empresa de navegación hizo un arreglo en el «Emperatriz de China,» y pudimos embarcarnos todos juntos.

Calcuta, 29 *junio*.

Nos hicimos á la vela en la noche del 5, y acabamos de llegar después de un feliz viaje. El único sentimiento del capitán, del que no participó ninguno de nosotros, fué el no haber tenido oportunidad de hacernos ver, dada la estación del año, cuán bien resistía su buque los temporales y los tifones, como se había demostrado el año anterior. Desde el punto de vista del marinero, esto podía ser muy apetecible; pero á nosotros nos satisfizo mucho más una travesía de junio con el mar en calma y la brisa ligera, aunque algo fresca de vez en cuando. La mala está á punto de salir, y sabrá usted mucho más que yo sobre lo que sucede aquí. Oigo decir que el sitio de Herat adelanta muy poco, porque los rusos luchan con grandes dificultades para llevar artillería á propósito.

FRANCIA Y ALEMANIA

Diciembre, 31, 1892

La gran guerra ha terminado, habiéndose firmado ya los preliminares de la paz, y por lo tanto réstanos solamente apuntar los acontecimientos que en diversas partes del mundo dieron lugar á la lucha. En primer lugar, durante la calma en el conflicto del continente, transcurrieron muchas semanas casi en completo silencio en el centro de Europa, suspendiendo del todo, ó poco menos, las relaciones comerciales. El gobierno alemán, reconociendo la imposibilidad de impedir la propagación de las noticias mientras los telégrafos funcionasen, había paralizado las comunicaciones de Europa, interceptando todos los telegramas á lo largo de la ancha línea desde el Vístula al Rhin y algo más allá. Nadie sabía lo que pasaba, hasta que de pronto las tropas francesas, avanzando por la Alsacia-Lorena, supieron que los ejércitos alemanes que se hallaban al frente habían doblado casi sus fuerzas.

Advertido de esto el ejército italiano, comenzó á demostrar formidable y redoblada actividad. La escuadra inglesa, del todo superior en el mar desde su última victoria, reforzó vigorosamente el bloqueo de los puertos franceses; el gobierno belga mantuvo una severa línea de observación á lo largo de toda su frontera, y España ejerció análoga vigilancia. Francia, aislada de este modo, sufriendo mucho á causa de las enormes perturbaciones ocasionadas por la guerra y viendo que sus generales no estaban en disposición de proseguir los triunfos alcanzados un momento por sus armas, comenzaba á mostrarse inquieta y descontenta. Los políticos que dirigían los asuntos públicos, temerosos de que surgiera de la guerra algún soldado de fortuna que se proclamara como su soberano, lejos de combatir la opinión popular, según la cual era muy problemático obtener nuevas victorias, apoyóla, por el contrario, secretamente en todos sentidos.



La gran guerra de 1892. – Nuestra nueva ruta á la India: un coche-cama en el ferrocarril Canadá Pacífico

Varias noticias sobre las considerables fuerzas con que los alemanes habían ocupado el Reichsland fueron acompañadas de varias indicaciones de carácter grave, por las que se aseguraba que Rusia había hecho traición á Francia, y que no se hubieran podido acumular tantas fuerzas alemanas contra esta nación si aquella potencia hubiese obrado con vigor en la opuesta frontera. Se dijo también que el momento no era oportuno para que Francia empeñase por sí sola una lucha contra Europa; que las consecuencias de cualquier desastre podrían ser fatales para ella y que sería mejor contentarse con los triunfos conseguidos, por los cuales había recobrado su honor las armas francesas. Estrasburgo, Metz y las otras fortalezas que se hallaban detrás podían ser, según se indicaba, peligrosos obstáculos para el avance del ejército francés; y como los generales abundaban en esta opinión, Francia se avino á firmar la paz, si se podía obtener en condiciones razonables.

En Alemania se deseaba también vivamente la paz. El gran aumento de fuerzas contra Francia no se había conseguido sin trasladar á través de Europa la mayor parte del ejército empleado contra Rusia. Por el pronto, este movimiento no ofreció dificultades, pues el ejército moscovita no se hallaba en disposición de oponerse; mientras que las fuerzas austriacas, con el apoyo de los polacos últimamente alistados, de los rumanos y búlgaros, á quienes tenían por aliados desde que terminaron las perturbaciones de Macedonia, eran más que suficientes para reprimir cualquiera intentona de los rusos. Sin embargo, á Alemania no se le ocultaba que tenía todas sus fuerzas ocupadas contra Francia, y que pocas habían quedado para resistir cualquier ataque de los rusos, lo cual era suficiente para que predominase una continua ansiedad en el ánimo de todos. Por otra parte, si se conseguía la paz ahora, era muy probable que Rusia, gravemente extenuada, no podría alterar en mucho tiempo la tranquilidad de Europa.

INGLATERRA Y RUSIA

En el Asia Menor habían ocurrido acontecimientos de importancia: los preparativos en Trebisonda y en sus inmediaciones no fueron tan imaginarios como nos indujo á suponer la marcha del ejército inglés sobre Bulgaria. Parece que desde el principio de la guerra, un considerable número de trabajadores, dirigidos por oficiales de ingenieros ingleses, se habían ocupado en mejorar las comunicaciones entre las cercanías de Erzeroum y Trebisonda. Bajo la protección del ejército de Moukhtar Bajá, estos preparativos prosiguieron desde Erzeroum aun durante el período en que el Mar Negro fué abandonado por la escuadra inglesa. Cuando el ejército inglés terminó su breve campaña en Bulgaria, todas estas mejoras estaban tan adelantadas, que hasta se había construído una pequeña línea férrea, muy útil para el transporte y acumulación de provisiones. El desembarco del ejército inglés, á pesar de todas estas facilidades, no fué una operación muy rápida; y de consiguiente, apenas vencido el ejército ruso, las tropas inglesas que se hallaban más cerca de la costa y las llegadas últimamente de Inglaterra fueron enviadas desde luego directamente á Trebisonda, siguiendo después las otras.

Para el desembarco en este punto necesitáronse unos quince días. Entretanto, el movimiento en tierra proseguía rápidamente, gracias á las disposiciones que se habían tomado antes. El ejército inglés avanzó hacia Erzeroum para tomar una posición en que le era fácil concentrarse, después de medio día de marcha en un punto adonde el ejército turco podía llegar sin dificultad. Al avanzar los rusos ahuyentaron á varios exploradores, que fueron á incorporarse con el ejército turco.

Los rusos cometieron un error, análogo al del año 77. En aquel caso, Moukhtar había retrocedido expresamente para facilitar las operaciones de la vanguardia contra el enemigo; pero ahora practicó el mismo movimiento para que el ejército inglés pudiese operar mejor. Era perdonable que los rusos no conocieran la existencia del ejército inglés en aquel punto, pues todos los movimientos de éste se habían ejecutado con todo el secreto posible y con la mayor rapidez. El ejército ruso emprendió un atrevido movimiento hacia los turcos, empleando considerable parte de sus fuerzas. Los jefes turco é inglés habían acordado dejar avanzar á los rusos para cercarlos después.

De todos estos movimientos se pudo dar oportuna noticia, gracias al globo tomado á los rusos en Varna. De este modo Lord Wolseley pudo señalar el momento en que el ejército inglés debía atacar con todas sus fuerzas el flanco y la retaguardia del ala derecha del ejército ruso, que completamente sorprendido y viendo enemigos por todos lados, pues los turcos avanzaban simultáneamente, se desordenó muy pronto. Los fugitivos se refugiaron hacia el centro; pero éste fué asaltado á su vez de flanco por los ingleses y de frente por el ala izquierda de los turcos. La lucha fué muy breve, y los dos ejércitos aliados ocuparon triunfalmente el campo de batalla.

El gobierno inglés, inquieto por las protestas que se habían elevado contra una campaña en el Asia Menor ó en el Cáucaso, había dado orden á Lord Wolseley para que no permaneciese en tierra más de un mes, á menos de exigir lo contrario sus operaciones; y como la completa derrota del ejército ruso dejó á Moukhtar Bajá dueño del campo, por lo menos hasta Kars, siendo muy improbable que después de semejante descalabro los rusos pudieran organizar por el pronto otro ejército, el general turco se dió por muy contento con seguir la guerra por sí solo. En su consecuencia, las tropas inglesas se acuartelaron cómodamente, limitándose á esperar las instrucciones que debían llegar pronto. Como se había conseguido el objeto que indujo á Inglaterra á tomar parte en la lucha, cual era librar á Bulgaria y combatir á los rusos en el Asia Menor, se resolvió llamar al ejército. Considerábase que una fuerza de 70.000 hombres, fácil de reunir, podía ser un elemento importante para ayudar al ejército belga á ejercer sobre Francia la presión que fuese necesaria á fin de conseguir que se aceptasen satisfactorias condiciones de paz.

Este último golpe recibido en el Asia Menor y la precaria situación del país, ya exhausto de fuerzas, indujeron al czar á dirigir las primeras proposiciones de paz; y pronto se vió que Rusia estaba prácticamente aislada, mientras que á Francia no le seducía ya la alianza. La primera de estas potencias había intentado demasiadas cosas al principio, y tuvo la desgracia de fracasar en todas. Los gobiernos austriaco y alemán estaban demasiado comprometidos con los polacos, y tenían tal interés en preservarse de la agresión rusa, que no podían menos de insistir en proclamar á Polonia como estado libre; y aunque Rusia rechazó al principio esta condición, negándose á ello mientras pudo, la unanimidad con que los aliados insistieron y la secreta simpatía que Polonia inspiraba á una gran parte del pueblo francés obligaron al moscovita á ceder al fin.

SERVICIOS DE INGLATERRA

Inglaterra insistió como preliminar á toda discusión sobre proposiciones de paz en que los rusos evacuaran completamente todo el territorio del Afghanistán, retirándose á la frontera antes señalada. Los servicios que Inglaterra había prestado á la alianza eran bastante considerables. El primitivo objeto de Rusia era atacar á Bulgaria; y gracias á la facilidad con que la escuadra inglesa cortó las comunicaciones del ejército ruso desembarcado allí, los ingleses hicieron lo que ningún otro ejército hubiera conseguido con tanta facilidad, es decir, prestar el auxilio necesario al ejército búlgaro, muy ocupado hasta entonces por las perturbaciones de Macedonia. La facilidad de dirigir sus golpes á derecha é izquierda, gracias á su dominio en los mares, permitió á Inglaterra conseguir otro triunfo en el Asia Menor, con ayuda del ejército turco; mas prescindiendo del enorme valor que para la alianza central tenía el dominio de los ingleses en el mar, no fueron estos los más importantes servicios que prestaron directamente para vigorizar las fuerzas de las potencias continentales. Antes de la primera victoria naval de los ingleses, el ejército italiano no habría podido avanzar contra Francia, pues á no ser por la escuadra de aquéllos, toda la línea de costas habría estado á merced, no solamente de la flota francesa, sino también de una fuerza expedicionaria. Después, en el momento crítico en que Alemania enviaba á la frontera cuantos hombres útiles podía para detener al ejército victorioso de los franceses, precisamente el hecho de que todo el ejército italiano estaba en disposición de marchar contra el enemigo fué lo que más contribuyó al aumento de fuerzas reunidas para oponer resistencia á Francia. Además, poco á poco llegó á saberse que, sin sospecharlo siquiera entonces, la escuadra inglesa del Báltico había dispensado otro servicio muy importante para Alemania así en tierra como en el mar. Según se vió, el empeño de Francia y de las escuadras rusas al esforzarse para ahuyentar del Báltico todos los buques de guerra alemanes, tenía un doble fin. En primer lugar, si se hubiera conseguido el objeto, la flota rusa debía cooperar con el ejército para dirigirse sobre Kovno y atacar las plazas fuertes alemanas del Báltico, Memel, Konigsberg y Dantzig; mas no era esto todo. Había considerables fuerzas rusas disponibles al principio de la guerra, y para las cuales no fué posible obtener transportes y provisiones hacia la frontera alemana; habíanse reunido á lo largo de los puertos rusos del Báltico y debían ser llevadas á Dinamarca. El ejército danés se hallaba concentrado á lo largo de la frontera del reino, habiendo declarado Dinamarca que se mantendría neutral en la lucha; mas apenas las fuerzas de los rusos hubieran desembarcado y acercádose á la frontera, el ejército dinamarqués se habría reunido con ellas. En momento oportuno, Francia y Rusia habían hecho simultáneamente una declaración, consignando que en vista de los daños y perjuicios que Alemania había inferido á Dinamarca, estaban dispuestas á obtener una reparación. Una expedición francesa debía trasladarse desde el Oeste al Este para marchar después con toda la rapidez posible á fin de reforzar el ejército ruso-danés, y de este modo se habrían reunido considerables fuerzas en las fronteras de Dinamarca, completamente á retaguardia de la línea general de las obras defensivas alemanas. Desde tal posición, hasta podían avanzar sobre Berlín cuando las fuerzas alemanas se hallasen ocupadas lejos de la capital. Entonces sería fácil, si no apoderarse de ésta, por lo menos destruir los telégrafos y líneas férreas, cortando las comunicaciones. Todos estos peligros se habían evitado por la acción de la escuadra inglesa.

Bajo estas circunstancias, nada de extraño tenía que el gobierno inglés insistiera en que, como preliminar á toda discusión sobre negociaciones de paz, no debía quedar ni un solo soldado ruso en territorio del Afghanistán. La retirada del ejército ruso no fué menos ignominiosa por estar de acuerdo con la proclama de Inglaterra al principio de la guerra, ni tampoco dejó de producir profunda impresión en el ánimo de los naturales.

EFECTOS GENERALES DE LA GUERRA

A fin de explicar nuestras negociaciones con Francia, es necesario decir dos palabras acerca del resultado de la expedición australiana contra Nueva Caledonia. Los franceses, sabiendo bien que la expedición había sido sancionada tardíamente por Inglaterra y avisados también por los ruidosos preparativos que precedieron á la marcha, habían organizado una poderosa flota, reunida con lo que se pudo recoger en los Océanos Indico y Pacífico. El punto de reunión señalado estaba en las inmediaciones de Nueva Caledonia; y las fuerzas de dicha flota eran tan superiores á las australianas, que á fin de evitar una destrucción completa, los expedicionarios debieron retirarse ignominiosamente. En las negociaciones con Francia fué un punto importante para el gobierno inglés, respecto á Caledonia, obtener seguridades satisfactorias en favor de los colonos de Australia; y á decir verdad, la devolución de Sierra Leona y el arreglo definitivo de la cuestión de Terranova era lo que debíamos pedir, una vez zanjada la de los colonos. Entre Alemania y Francia era evidente que no habría cambio material de fronteras; Alemania no estaba en disposición de ceder nada del territorio del imperio, y Francia no se hallaba en disposición de exigirlo. Las cosas, pues, siguieron poco más ó menos como estaban, con la diferencia de que Francia, no debiendo ya contar con el apoyo de la empobrecida Rusia, no podía ser hostil en muchos años. Se adoptaron las medidas necesarias para efectuar un desarme parcial por ambas partes; pero las dificultades para un arreglo general eran tan considerables, que no se podía estipular nada formal en el tratado.

Alemania se ha ocupado ya en reforzar todos sus puntos débiles; mientras que en Inglaterra los últimos triunfos alcanzados contribuirán á que se permita al ejército dormir sobre sus laureles, á pesar de las protestas que se elevaron contra el gobierno al fin de la guerra, censurando la mala organización de las fuerzas del país. Las medidas adoptadas han impedido á las potencias centrales aliarse con nosotros para asegurar la paz en Asia y Europa; y no sabemos hasta qué punto se justificará que no hayamos hecho más para asegurar la paz del mundo. Por lo pronto, Inglaterra ha sido afortunada una vez más, atendidas las circunstancias en que tomó parte en la guerra, pues á pesar de las dificultades con que tropezó, pudo poner en campaña un ejército respetable.

¡MISTERIO!

(Conclusión)

El cuarto de la costurerita brillaba, no por su elegancia, mas sí por su aseo, y eso que durante las horas de labor veíanse por todas partes piezas de tela y retazos de cortaduras esparcidos por todas partes. En la alcoba había una camita muy limpia, un cuadro representando á la Virgen del Carmen y



La gran guerra de 1892. – Soldados ingleses haciendo varias compras á los indios durante el viaje por el ferrocarril Canadá-Pacífico



La gran guerra de 1892. – Nuestra nueva ruta á la India: la cocina del tren en el ferrocarril Canadá-Pacífico

una estampa de Santa Feliciana, colgados de la pared. En el rincón veíase un cofre grandecito, que trascendía á membrillo, y junto á la cabecera de la cama una pililla de agua bendita pendiente de la pared, que estaba enjalbegada de yeso muy blanco. Un pedazo de estera fina para poner los pies y la sillita baja completaban el mobiliario del dormitorio. En la pieza exterior había cuatro ó cinco sillas de paja, un sofá antiguo con colchoncillos, una mesa para hacer labor y otra más grande para cortar. De un lienzo de pared pendía un espejo, de que se servía la joven para hacer su tocado, y en la pared frontera había clavado un encerado de hule negro con un esconce saliente de madera para colocar pedazos de yeso para escribir. Feliciana, que sabía leer y escribir aunque despacio y las cuatro reglas de cuentas, hacía las suyas en este encerado y apuntaba en él los encargos y labores que recibía.

El cuarto, como ya he dicho, tenía una ventana sin reja que daba á la calle, ó sea camino real de Cuenca, y la muchacha mientras hacía labor veía pasar la diligencia diaria de aquella ciudad, arrieros, trajinantes, ganados trashumantes, y también, como tenía enfrente la vega, veía á veces trabajar á su padre en el tomatar y á veces á *Juanele el Tonto* sentado en algún picacho de los cerros fronterizos.

Han sido precisas estas explicaciones, y ahora vamos al caso de lo que sucedió.

Una mañana la lista costurera se levantó cantando, según tenía por costumbre, lo cual probaba que era joven y feliz, y en camisa y enaguas abrió la ventana y regó los dos tiestos que en ella había, que eran uno de albahaca y otro de claveles. Hecho esto, se puso al espejo para desenredarse el pelo antes de lavarse. Mientras se entregaba á esta ocupación vió una cosa que sorprendióla algún tanto, pues vió que en el encerado en que escribía sus apuntaciones, y que por estar enfrente se retrataba en el espejo, había escrita alguna cosa. Se aproximó: en el encerado estaba escrito su nombre, *Feliciana*, en letra clara, aunque bastante mala y desigual. Este nombre escrito aumentó su sorpresa, pues ella recordaba perfectamente que la tarde anterior, como todas, había limpiado el encerado, y como nadie había entrado en su casa y mucho menos en su cuarto, y como sus padres no sabían leer ni escribir, no se explicaba quién pudiera haber escrito aquel nombre. Caviló en esto mientras se vestía y entregaba á sus ocupaciones matinales, hasta que cansada de querer descifrar el enigma, concluyó por suponer que ella, en un momento de distracción, que no recordaba, había escrito su nombre en el encerado. Durante el día, distraída en sus tareas, no volvió á pensar en esto, hasta que volvió á recordarlo cuando poco antes de anochecer arregló su cuarto, recogiendo retazos de tela del suelo, preparando agua para regar los tiestos á la mañana siguiente y limpiando, según costumbre, el encerado. Aquella noche limpióle aún con más cuidado, y estuvo sobre sí, para no escribir nada en él por distracción.

A la mañana siguiente despertóse á la misma hora de siempre, y cuando disipadas las nubes del sueño saltó de la cama, sin saber por qué miró ante todo al encerado, quedándose inmóvil de estupor.

En el encerado estaba escrito el mismo nombre del día anterior: *Feliciana*.

La muchacha dejóse caer en el sofá y se quedó pensativa. Aquello era para preocupar á cualquiera. Tenía la evidencia de que había dejado limpio el encerado y de que ella no había escrito nada. ¿Quién, pues, podía ser el autor de lo escrito? ¿Por dónde había entrado para escribirlo? La ventana que daba á la calle ó camino no tenía reja; pero estaba muy alta, y aunque por causa del excesivo calor (era á mediados de julio) ella dejaba entornados los cristales y postigos, sujetaba éstos por dentro con la falleba, por lo cual era imposible entrar y sobre todo salir sin dejar abierta la ventana. En el cuarto había otra que daba á la meseta de la escalera, cuyo cristal quedaba también abierto; pero era muy pequeña y además estaba cruzada por dos barras de hierro: por allí no podían entrar ni los gatos. Ella para dormir se encerraba con llave y cerrojo: en aquellas dos noches no había tenido el descuido de no hacerlo. ¿Por dónde, pues, se podía entrar en su cuarto? Llevada de sus recelosas cavilosidades, y en paños menores como estaba, salió á reconocer la pieza contigua que servía de sobrado ó granero, y se cercioró de que por allí tampoco era posible entrar, puesto que sólo tenía dos ventanas altas, muy pequeñas y cruzadas también por dos hierros. Aquello era incomprensible.

Volvió á sentarse, y sin acordarse de regar los tiestos, lo cual era su primera ocupación, comenzó á desenredarse el pelo lentamente y pensando en aquel extraño enigma.

La tía Petronila, que madrugaba más que ella, no oyéndola cantar y bullir, la creyó dormida y subió á despertarla.

– Madre, preguntó Feliciana, anteayer ó ayer ¿ha entrado alguien en mi cuarto?

– ¿Quién ha de entrar?, contestó la tía Petronila algo sorprendida; ya sabes que aquí, no estando tú, no sube nadie de fuera. Pero ¿por qué me lo preguntas?

La muchacha estuvo por hablar á su madre del incidente que la preocupaba; pero no lo hizo, hasta ver si aquél se repetía en la noche siguiente; así pues, limitóse á decir:

– Por nada.

– Ya sabes, prosiguió diciendo su madre, que yo tengo mucho cuidado de que nadie suba, por causa de las prendas de labor. Además en estos dos días ha dado la casualidad de que no ha venido nadie. Las vecinas con quienes he hablado no han pasado de la puerta de la calle... ¡Ah! Se me olvidaba: ayer vino *Juanele el Tonto* á por tres docenas de tomates para el ama del señor cura.

– ¿Vino *Juanele*?

– Sí; pero como es consiguiente, esperó en el portal á que yo bajara los tomates del granero.

Feliciana, por una concatenación natural de ideas, asoció la que la preocupaba al recuerdo de aquel muchacho que tanta atención le prestaba.. ¿Sería él quien se introducía en su cuarto y escribía en el encerado? ¿Pero cómo?

Y vuelta á cavilar sin resultado.

Y cavilando y preocupada pasó todo el día, sin cantar como tenía de costumbre, tanto que la tía Petronila le preguntó:

– ¿Estás mala?

– No, madre; me duele un poco la cabeza.

Esperó con impaciencia y sobresalto la hora de acostarse. Después de cenar subió á su cuarto, y después de registrar minuciosamente el granero y cerrar con llave la puerta, se encerró en su habitación. Miró debajo de la cama y detrás del sofá, cerró cuanto se podía las dos ventanas y la puerta, cercióróse de que

¡ABANDONADA!, cuadro de Julio Wengel

el encerado estaba limpio, y se acostó pensando en que hacía dos días que no había visto á *Juanele el Tonto*.

Había determinado no dormir en toda la noche, y estar con oído atento; pero á los diez y siete años y después de haber trabajado todo el día, no se pueden cumplir tales propósitos.

Se durmió.

IV

A la mañana siguiente, no bien se despertó, abrió la ventana y vió su nombre escrito en el encerado. Miró azorada hacia todas partes para ver si notaba variación en algún mueble ú objeto: todo estaba tal como lo había dejado la noche anterior. Vistióse apresuradamente, bajó al primer piso, llamó á sus padres, y les contó lo que sucedía. La tía Petronila, que era muy impresionable, no obstante su obesidad, quedóse muda de sorpresa, y poco menos el *Tomatero*. Sin embargo, éste acertó á decir:

– Pero, muchacha, ¿estás segura de lo que nos cuentas?

Feliciana hizo subir á sus padres á su cuarto, y les enseñó el nombre escrito en el encerado. La *Tomatera* cruzó las manos en señal de sorpresa, el tío *Pechuga* se quedó embobado mirando al encerado y recordando si había en la casa algún agujero por donde pudiera introducirse alguien. Decidióse en consejo de familia que desde aquella noche Feliciana dormiría en el piso bajo en la alcoba contigua á la de sus padres, y en efecto comenzaron á hacer la mudanza para la nueva instalación. Casi terminada ésta, recordó la costurerita que se había olvidado de hacer una prueba, cual era la de esconder los yesos de escribir que había en el esconce saliente del encerado; mas luego reflexionó que la prueba era fútil, puesto que lo importante era, no lo escrito, sino quién se introducía en su cuarto para escribirlo.

A las diez de la mañana, estando Feliciana en su cuarto haciendo labor, no sin algún recelo, no obstante la hora, vió pasar por frente á su ventana á *Juanele*, que llevaba un papel en la mano y que la miró de soslayo según costumbre. Notó que el muchacho estaba más peinado y limpio que habitualmente, y cuando hubo pasado, ella, impulsada por un movimiento inconsciente, bajó al piso bajo y se asomó á la puerta de la calle. Desde allí vió á *Juanele* arrimarse á la fachada de una casa y escribir en el papel que llevaba, y parecióle que mientras escribía, la miraba.

¿Sería aquello una alusión á lo escrito en el encerado?

Al anochecer recogió sus labores, dejó todo en orden en su cuarto del piso principal, limpió el encerado, cerró la puerta con llave, y bajó al primer piso. Durmió mal en su nueva alcoba, tan estrecha, en que apenas podía rebullirse, y extremadamente calurosa, puesto que sólo tenía un ventanucho alto junto al techo.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo al levantarse, fué subir á su cuarto y mirar al encerado.

El encerado estaba limpio.

¡Cosas del espíritu humano, y especialmente del de las mujeres! ¿Creerán ustedes que después de tantos sustos y cavilaciones, Feliciana casi sintió no ver escrito su nombre en el encerado? Sintió que se desvaneciese quizá aquel misterio, que la inquietaba, pero que la entretenía, lo cual no es de extrañar. ¿Quién, con menos motivo, no se ha preocupado por cosas más baladíes?; por ejemplo: se nos cae una moneda al suelo en sitio escueto y se pierde, y la buscamos con afán, no por su valor, sino por descubrir en dónde se ha escondido. Además aquel nombre escrito en el encerado tenía cierto sabor amoroso.

Transcurrió una semana sin ninguna novedad. Feliciana, bien porque se hallase incómoda en su nuevo dormitorio, ó porque diera por terminado el misterio, ó porque tal vez deseara que se renovase, subióse de nuevo á dormir al piso principal. Excusado es advertir que la primera noche de su instalación en su antiguo cuarto, lo cerró todo á piedra y lodo, como suele decirse, y que esperó la mañana siguiente con cierta ansiedad No bien fué de día se despertó sobresaltada por su inquietud, y lo primero que vió fué su nombre escrito en el encerado.

LA EMINENTE TIPLE SRA. EMA TETRAZZINI EN EL PAPEL DE WITILDA DE LA ÓPERA «GARÍN,» DEL MAESTRO BRETÓN

(De fotografía directa de los Sres. A. y E. F. dit Napoleón)

Se renovaba el misterio.

¿Qué pensar, y sobre todo qué hacer?

No hizo nada. Parecíale inútil y pueril andar variando de dormitorio Es más, y esto yo no puedo explicarlo: ocultó á sus padres la reincidencia del escrito. Pensaba mucho y pensaba en *Juanele el Tonto*, que seguía pasando por su casa y atisbándola en cuantos sitios podía; pero no volvió á hablar á nadie del misterio que seguía operándose en su cuarto. Cuando se encerraba en éste para acostarse, no obstante su minucioso registro, se hallaba sobresaltada, y parecíale que la estaban mirando ojos invisibles. Se desnudaba en un rincón con mil precauciones, y asustábala el más leve rumor. A la tercera noche hizo la prueba de ocultar los yesos de escribir en el encerado, y á la mañana siguiente sintió el doble asombro de ver su nombre escrito, y uno de aquellos en el bastión donde los colocaba. Dentro de aquel misterio había otro más inexplicable: si alguien se introducía en su cuarto, ¿cómo se limitaba á escribir, y no incurría en mayores excesos? ¿A qué conducía aquella manifestación? Y pensando en esto fijábase cada vez más en *Juanele el Tonto*, cuyas rarezas eran notorias en el pueblo.

Desde que se inició el misterio, Feliciana no se sentía bien. Palidecieron los colores de sus mejillas, estaba floja y desmadejada, y no acertaba ya á combinar lazos, colores y adornos en sus labores. Sus padres, que notaban esta mutación, le preguntaron la causa, y ella les confesó que seguía el misterio.

Una tarde, después de dormir una buena siesta, ocurriósele al tío *Pechuga* una idea para averiguar la causa que motivaba la inquietud de su hija. No dijo nada á nadie, indudablemente á fin de no espantar la caza; dejó que Feliciana y su mujer se acostaran, y cuando ésta estuvo dormida, subió al piso principal, sin hacer ruido, provisto de un candil, un garrote, un puñado de cigarros de papel y una caja de fósforos sordos. Se cercioró de que la puerta del cuarto de su hija estaba cerrada por dentro, miró al interior por la ventanilla, que, como ya sabemos, daba á la meseta, y no sintiendo ruido, se sentó en un taburete que allí había, metióse el garrote entre las piernas, apagó el candil y esperó fumando y pensando en sus labores de campo. Cuando iba á encender el quinto cigarro, se detuvo porque creyó oir un ligero ruido hacia el cuarto de su hija. Empuñó el garrote, y encendido el candil, introdujo éste, no sin algún trabajo, por entre los hierros en cruz de la ventanilla, que no tenía madera y cuyo cristal estaba abierto, y vió á Feliciana andar por la habitación, en camisa, descalza y con un objeto en la mano. Llamó con el garrote á la puerta del cuarto, abrióse ésta después de algunos golpes, y padre é hija, estupefactos, encontráronse frente á frente.

El objeto que Feliciana tenía en la mano era un yeso de escribir en el encerado.

Como los paseos nocturnos de la muchacha debían proceder de enfermedad, el tío *Pechuga* fué muy de mañanita á ver al médico titular del pueblo y le expuso todo lo sucedido, preguntándole como final:

– ¿Qué será esto, Sr. D. Roque?

– Pues nada, una cosa muy clara: que su hija de usted debe ser sonámbula.

V

– ¡Sonámbula! ¡Feliciana *la Tomatera* es sonámbula!

– ¿Y qué es eso de sonámbula?

– Pues una enfermedad, un castigo de los dejados de la mano de Dios.

– ¡Pero si Feliciana es una paloma sin hiel!

– ¡Quién sabe! *Velay* que sus padres ó sus abuelos ó sus tatarabuelos *haigan* cometido algún pecado gordo.

– ¿Y qué les pasa á esos sonámbulos?

– Pues que no duermen más que á medias, y cuando duermen escupen á Dios y á los santos, y bailan creyendo que bailan con el demonio.

– ¡Ave María Purísima!

He aquí lo que se pensaba en Perales respecto á la pobre costurera, y lo que se piensa de los sonámbulos en todos los pueblos.

Cuando Feliciana iba á misa (pues ya sólo salía con este objeto), todas las gentes quedábansela mirando con estupefacción repulsiva ó lastimosa. *Juanele el Tonto* evitaba su presencia, y veíasele en la iglesia con más frecuencia que anteriormente dándose golpes de pecho. Era probable que aquel cabeza de chorlito, en su misticismo ignorante, pedía á Dios perdón por haber puesto los ojos en una endemoniada.

A principios de verano el médico opinó que era conveniente que Feliciana fuese á Panticosa. Pero ¿cómo, con qué recursos, si la pobre muchacha cose poco y mal y ha perdido el *chic* en sus labores?

Sin embargo, ha estado en Panticosa merced á la caridad de las cinco ó seis elegantes del pueblo que antes la encargaban trabajo. La reunieron algunos duros y el tío *Pechuga* la llevó á aquel refugio de enfermos.

Ha regresado bastante mejorada; pero el médico opina que no volverá el año que viene.

F. MORENO GODINO.

D. TOMAS BRETÓN

Cual acontece á casi todos los que muestran á la humanidad desconocidos derroteros, iluminados por la antorcha del genio, ha debido Bretón luchar valientemente contra la adversidad y el encono de sus émulos, antes de alcanzar el justo premio de sus afanes. Discutido con apasionamiento, ha debido el artista ahogar las amarguras de su corazón para seguir con perseverancia el camino que le trazaron de antemano sus laudables aspiraciones y sus aptitudes para el divino arte, sufriendo sereno y sin el troquel de la protección y el amparo los ataques de enconada crítica. Desde su entrada como primer violín en



RETRATO DEL MAESTRO D. TOMÁS BRETÓN, AUTOR DE LA ÓPERA «GARÍN» CON TAN EXTRAORDINARIO ÉXITO ESTRENADA EN EL TEATRO DEL LICEO DE BARCELONA EN LA NOCHE DEL 14 DE ESTE MES.
ESCENA DEL HIMNO A MONTSERRAT DEL 4.º ACTO DE «GARÍN», decoración del Sr. Vilumara. Dibujo de D. Nicanor Vazquez



PRIMAVERA, cuadro de P. Salinas

la orquesta del Teatro de Variedades, de Madrid, en 1865, hasta febrero de 1889, en que logró ver representada su primera ópera de verdadero empuje, *Los amantes de Teruel*, media un caudal de trabajo, de laboriosidad y supremos esfuerzos, que por sí solos, y á falta de otro mérito, bastarían para hacerse acreedor al respeto y á la consideración de sus compatriotas, si su nombre no constituyese ya una gloria nacional y una hermosa realidad para el arte patrio.

Triste privilegio es el que el destino reserva á los hombres eminentes, puesto que no logran ascender al templo de la gloria sino á costa de las heridas que en sus carnes producen los zarzales que orillan el camino, y no llegan sus labios á saborear las mieles del aplauso sin antes haber gustado la hiel que babean el émulo y el envidioso.

A Madrid cabe la gloria de haber acogido cariñosamente, traducida en embelesadoras armonías, la sentida leyenda de *Los amantes de Teruel*, y á Barcelona la de haber sellado con su entusiasmo sincero, con el aplauso de un pueblo culto é inteligente, quizás el más filarmónico de España, *Garín*, la última ópera de Bretón.

Hoy en España y quizás en el mundo, es conocido ya el nombre del autor de *Garín*; pero no todos, ni aun sus mismos compatriotas, conocen las páginas de la historia de Bretón, por cuyo motivo no creemos ocioso consignar algunos apuntes que, aunque á modo de retazos, tienen verdadero interés.

En Salamanca nació, en 1850, D. Tomás Bretón Hernández, debiendo al cariño y abnegación de su buena madre la educación musical que recibiera en sus primeros años. Huérfano de padre, debió la viuda enajenar sus escasos bienes para que Bretón pudiera instruirse y ejercitarse en el manejo del violín, instrumento por él escogido. Los sacrificios y privaciones impuestos tuvieron satisfactoria compensación, ya que el futuro maestro aplicóse y estudió con tal ahinco y aprovechamiento, que á pesar de su corta edad, entró á formar parte de la orquesta del teatro de Salamanca. En 1865 trasladóse á Madrid, en unión de su madre, ingresando como primer violín del teatro de Variedades, sin que pudiera gozar por mucho tiempo las ventajas de su nueva posición, ya que la epidemia colérica, al determinar la clausura del coliseo, destruyó de momento su bienestar y las halagadoras esperanzas que concibiera. La necesidad de procurar medios con que subvenir á las necesidades de su familia durante aquel período calamitoso, obligóle á aceptar una plaza en el café del Vapor, retribuída modestamente, ingresando después en la orquesta del teatro de Jovellanos, en donde empezó á darse á conocer como compositor, y con posterioridad en la Sociedad de Conciertos. Aceptó, más tarde, la dirección de la orquesta del Circo de Price, cargo que desempeñó durante diez años, dedicándose al propio tiempo al estudio, y realizando verdaderos prodigios de fuerza de voluntad y economía. Por espacio de algunos años continuó dirigiendo orquestas, y hallándose al frente de la del teatro de la plaza del Rey, escribió la primera zarzuela, cuyo éxito alentóle para producir otras destinadas á teatros de menor importancia, hasta que cansado, sin duda, de una existencia que aunque activa y laboriosa, no le ofrecía el lisonjero porvenir que soñara, dedicóse á componer una obra de mayor empuje y mayores alientos, escribiendo la ópera *Guzmán el Bueno*, sobre el libreto de D. Antonio Arnao, que fué representada con extraordinario aplauso en el Apolo, de Madrid, y en el Liceo, de nuestra ciudad, no sin haber pasado angustias sin cuento y graves contratiempos. Escribió después *El campanero de Begoña*, y en 1880 fué contratado como tercer director de la orquesta del teatro Real. La Academia de San Fernando concedióle al poco tiempo una pensión para la de Roma, viajando por espacio de tres años por Francia, Italia y Alemania. Un *Oratorio*, *El apocalipsis* y *Los Amantes de Teruel*, fueron el resultado de sus viajes.

Su última ópera, *Garín*, ha venido á poner el sello á su fama, conquistándole el título de compositor eminentísimo. El triunfo conseguido por Bretón en Barcelona no es, como quizás quieran suponer algunos pocos espíritus mezquinos, simple muestra de cariño y gratitud hacia el autor que ha dado á nuestra ciudad las primicias de su partitura, escrita sobre un asunto altamente simpático á todo catalán; no, es la explosión del entusiasmo que en nuestro público, justamente renombrado por su amor al divino arte y por la inteligencia é imparcialidad con que sabe juzgar las obras musicales, ha despertado la creación de un verdadero genio: el corazón, el sentimiento, puede preparar un éxito; pero sólo la cabeza, la razón, otorga un triunfo como el conseguido por el ilustre maestro salmantino.

No hemos de hacer de *Garín* una crítica que á esta hora han hecho ya todos los periódicos de Barcelona y los más importantes de la corte, y que, como ha dicho muy bien uno de nuestros más reputados músicos, ha formulado con su incondicional aplauso y por modo elocuente el inmenso público que todas las noches ha llenado el teatro del Liceo; tampoco señalaremos las bellezas de la obra, pues de hacerlo así casi tendríamos que reproducir el índice de todas las piezas de que la misma se compone. LA ILUSTRACIÓN ARTISTICA al consagrar un recuerdo á D. Tomás Bretón y á su última ópera – recuerdo que hace extensivo á la señora Tetrazzini, digna intérprete de la hermosa *particella* de Witilda – se propone únicamente, dentro de la medida de sus fuerzas, unir su voz al potente coro de justas alabanzas entonado en loor del sabio cuanto modesto maestro, haciendo al par fervientes votos por que prosiga valientemente la senda emprendida, hoy sembrada de flores, y pueda aportar nuevas joyas al arte español.

LL. Y A.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Actualmente están llamando extraordinariamente la atención en el salón artístico «Amsler-Ruthardt,» de Berlín, dos cuadros de nuestro paisano, el celebrado pintor D Baldomero Galofre, que representan dos hermosas vistas de las costas italianas.

– En Bruselas se ha inaugurado el Salón del Círculo Artístico, la asociación de artistas más importante de la capital belga: el número de obras expuestas es de 245.

– En el teatro de la Exposición internacional recientemente inaugurada en Viena han comenzado las representaciones de la compañía del teatro Alemán, de Berlín, con las de *Stella* y *Los cómplices*, de Goethe, que lograron poco éxito. En cambio lo consiguió entusiasta la obra de Wolzogen *Hijos de Su Excelencia*, que se representó el segundo día. En el primer concierto que se dió en el gran salón de música tomaron parte las tres principales sociedades musicales de Viena, «Los filarmónicos,» «La Asociación de Canto» y «La Unión de cantores vieneses,» ejecutándose entre otras piezas la obertura de *La flauta mágica*, de Mozart, y la novena Sinfonía de Beethoven, que produjeron gran efecto. En un concierto de tarde gustó mucho la pieza que con el título *Por mar y por tierra* ha dedicado á la Exposición el célebre compositor Millocker y que contiene cantos populares de casi todos los países del globo.

– Una aguada de Adolfo Menzel recientemente terminada, en la cual se admiran así la intensidad de la característica de las figuras y accesorios como la frescura del genio que la concibiera y la seguridad de la mano que la ejecutara, ha sido adquirido en 30.000 pesetas por el banquero de Berlín Julio Rosenheim. El lienzo, que se titula *Un viaje á través de la hermosa naturaleza*, representa el interior de un vagón de segunda clase de un ferrocarril, la mayor parte de cuyos pasajeros *admiran* las bellezas del paisaje... sumidos en profundo sueño.

– El Instituto Stadel, de Francfort, ha adquirido recientemente, entre otros: un cuadro de Knaus que representa unos gitanos, por 50.000 pesetas: un cuadro antiguo, un retrato de Moltke y otro de Guillermo I, de Lenbach; un paisaje de Wenglein, dos retratos del pintor francés Nattier (muerto en 1776), una *Escena del Concilio Vaticano*, de Riefstahl; *Jesucristo partiendo el pan*, de Udhe; una estatua de José E. Roos (1631 á 1685), y una colección de dibujos y aguas fuertes de Stauffer-Bern.

Teatros. En el Vaudeville Theatre de Londres se ha estrenado con gran éxito un drama titulado *Karin*: es la primera obra de un escritor sueco, Alfhild Agrell, y en ella se revela no sólo un nuevo autor dramático de grandes facultades, sino también una nueva escuela dramática de gran potencia de Suecia. *Karin* es, según dicen los periódicos ingleses, del mismo género que las obras de Ibsen, pero por el interés del argumento, por el desarrollo de la acción y por la fuerza dramática de las situaciones, se reputa superior á las más celebradas producciones del gran dramaturgo noruego.

– El Covent-Garden de Londres ha inaugurado brillantemente la temporada de ópera del presente año con la representación de *Filemón y Baucis* y *Cavalleria rusticana*. La deliciosa partitura de Gounod fué dirigida por el maestro Jehin y la de Mascagni – acogida esta vez en la capital inglesa con más entusiasmo que cuando en ella se estrenó – por el maestro Mancinelli.

– En la Gran Opera, de París, se ha verificado la primera representación de la ópera en cinco actos y siete cuadros *Salambó*, cuyo estreno hace dos años en el teatro de la Moneda de Bruselas tuvo las proporciones de verdadero acontecimiento artístico. El libreto, de Camilo de Locle, está tomado de la interesante novela del mismo nombre de Gustavo Flaubert y abunda en situaciones que se prestan admirablemente al genio y á la inspiración de un compositor; la música, de Ernesto Reyer, autor de la celebrada ópera *Sigurd*, es bellísima y, en sentir de muchos críticos, superior á la de ésta. Sobresalen en la partitura la orgía de los mercenarios y la salida de Salambó en el primer acto; una escena religiosa, dos dúos, el anatema de Salambó y el final, en el segundo; la imprecación de Amílcar y un aria de Salambó, en el tercero; un dúo de amor, la tempestad y la maldición de Matho, en el cuarto; y la marcha, el cortejo imperial y la escena final en el quinto. La *mise en scene* es espléndida, y entre las decoraciones, bellísimas todas, merecen especial mención el templo de Tanit, una terraza desde donde se distingue en el horizonte la capital cartaginesa, los jardines de Amílcar y sobre todo el Forum de Cartago, que es de un efecto maravilloso.

– En el Odeón de París se ha estrenado con buen éxito una comedia en tres actos y en verso de M. Jacques Normand, titulada *Antiguos amigos*: la acción, que se desarrolla en la época de Luis XV, es interesante, mezclándose en ella las escenas cómicas á las sentimentales, aunque con predominio de éstas. La obra está bien versificada.

– En el teatro Kroll, de Berlín, se ha estrenado la ópera *Los Macabeos*, de Rubinstein, dirigida por el mismo autor, á quien el público tributó una ovación entusiasta.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Fernando Poise, notable músico y compositor francés, uno de los discípulos favoritos de Adam, autor de *Bonsoir Voisin*, *Les Charmeurs*, *Les Absents*, *Don Pedre*, *Le Jardinier galant*, *Le Corricolo*, *Les deux billets*, y otras muy celebradas operetas.

Juana Essler, actriz francesa, famosa en su tiempo, que produjo gran entusiasmo representando, entre otras, *Les beaux messieurs de Bois Doré*, *La bouquetiere des innocents*, *La dame aux camelias* y *Le roman d' un jeune homme pauvre*.

El general Gresser, intendente de policía de San Petersburgo, bravo militar, muy severo para consigo mismo y para los demás, que supo desempeñar admirablemente el difícil cargo que le confiara el tsar de velar por la seguridad de la familia imperial.

Claudio Popelin, pintor francés, poeta, grabador y arqueólogo, autor de cuadros celebrados en los Salones de 1852 á 1862, de preciosos esmaltes, de varias obras sobre el arte del esmalte, de excelentes grabados y de una colección de sonetos.

Hipólito Klenze, reputado pintor, presidente de la Asociación de artistas de Munich.

Carlos Dittmar, geógrafo y geólogo alemán, autor de la notable obra *Viajes y residencia en Kamtschatka*.

Sofía Hasenclever, inspirada poetisa alemana, traductora de las obras de Dante y de los sonetos de Miguel Angel.

Cristiano Teodoro Her, notable paisajista muniqués.

Luis Vidal, escultor francés, famoso sobre todo por sus esculturas de animales: hacía muchos años que estaba ciego, lo cual no le impedía seguir cultivando el arte escultórico.

Juan Herrig, célebre dramaturgo alemán, cultivador de asuntos históricos y patrióticos: entre sus mejores obras sobresalen la tragedia *Conradino* y el drama *Nerón*: por sus esfuerzos para abrir nuevos caminos al drama alemán, su nombre ocupará un puesto de honor en la historia del arte de su patria.

Wilibaldo Wex, pintor alemán cuyos paisajes han sido muy celebrados por la delicadeza y verdad con que en ellos aparecen tratados los más bellos elementos de la naturaleza.

D. Manuel Silvela, eminente político, orador y literato, ex diputado á Cortes y actualmente senador: fué ministro de Estado en el gabinete presidido por el general Prim, durante la regencia del duque de la Torre (1869) y en el primer ministerio de la Restauración, siendo uno de los políticos á quien tenía en más estima D. Alfonso XII: en la segunda etapa conservadora fué embajador de España en París.

El duque de Fernán-Núñez, jefe de una de las principales familias de la nobleza española, senador desde 1871 y ex embajador de España en París, cargo en el que dió muestras de gran habilidad diplomática cuando el viaje que hizo D. Alfonso XII á la capital francesa, de regreso de Alemania: pertenecía al partido fusionista, y poseía, entre otras condecoraciones, el Toisón de oro y la gran cruz de Carlos III.

D. José Pascual Bonanza, general de división: se portó bizarramente en Cataluña y en el Norte durante la última guerra carlista y en la campaña de Cuba; fué segundo cabo de Puerto Rico y estaba condecorado con la gran cruz de San Hermenegildo y la roja del Mérito militar.

NUESTROS GRABADOS

Retrato de Ernesto Renán, por León Bonnat. – Todas las críticas que de las obras expuestas en el Salón de los Campos Elíseos del presente año se han publicado, están conformes con el fallo del público que ha visitado aquel certamen artístico y que ha proclamado como superior á todas las demás obras presentadas la de Bonnat, que publicamos reproduciendo el magnífico grabado de Baude. Y es tanto más de admirar el éxito de este lienzo, cuanto que no hay en él ninguno de esos brillantes elementos accesorios que cautivan y sorprenden, siquiera sea artificiosamente, al espectador: en el retrato de M. Renán el genio de su autor se manifiesta en la vida que refleja el simpático rostro del eminente sabio francés, en la naturalidad de su actitud y en el portentoso arte con que en él están tratados el dibujo en sus menores detalles y el colorido en todos sus matices, cualidades éstas llevadas á tan alto grado de perfección que justifican la unanimidad con que esa obra ha sido calificada de una de las más notables que la pintura moderna ha producido.

Abandonada, cuadro de Julio Wengel. – Hay tal expresión, tanta fuerza de sentimiento en la figura principal de este cuadro, que ella por sí sola dice más de cuanto pudiéramos consignar nosotros para explicar el asunto en que el pintor se ha inspirado. En aquella cara y sobre todo en aquellos ojos que se alzan hacia el Crucificado, se lee la falta cometida, la expiación, el arrepentimiento, la desesperación y la fe cristiana de la infeliz mujer seducida y abandonada. Creaciones como ésta son de las que dan verdadera fama y constituyen un justo título de gloria.

Primavera, cuadro de P. Salinas. – La característica de este notable pintor español es la poesía que sabe imprimir en todas sus obras, así en las de género, cuando reproduce costumbres de nuestra tierra, como en los paisajes, para los cuales se inspira dondequiera que ostenta sus galas la naturaleza. En la *Primavera* que reproducimos, admíranse cualidades que siempre, á pesar de las veleidades de la moda, denotarán al verdadero artista; es decir, un culto á la verdad, pero á la verdad estética, y cierto ambiente de idealismo indispensable para que la obra de arte sea y haga sentir algo más que la prueba fotográfica.

Aka, negra oriunda del pueblo enano descubierto por Stanley en el Africa central. – Las más antiguas descripciones del *Continente tenebroso* hablan ya de un pueblo enano en él existente, pero Stanley fué propiamente el primero que logró encontrarlo y adquirir acerca de él numerosos datos auténticos é interesantes. A él pertenece la negra Aka que actualmente se exhibe en Berlín y que cuenta 51 años y mide 80 centímetros de estatura. Su historia está llena de peripecias; robada por los massais, confiáronle éstos el cargo de descubridora de brujas, cargo muy importante, pues sabido es que en aquel pueblo toda enfermedad y toda calamidad pública son atribuídas á maleficios de hechiceras que apenas descubiertas son ejecutadas. Al cabo de algunos años, logró fugarse pasando á poder de unos negociantes en fieras que la llevaron á Liverpool, de donde pasó al Panopticum de la capital de Prusia, centro en donde se exhiben junto á las más preciadas producciones del arte los más extravagantes fenómenos de la naturaleza.



Casi hombres, casi oficiales acuartelados en nuestro buque escuchábamos frenéticos aquellas desastrosas noticias

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Y saltando de la falda de su madre, Magdalena volvió corriendo á la galería, donde yo había permanecido inmóvil, en medio de las estatuas blancas, bronceadas y rojizas y de los grandes jarrones de China que ostentaban plantas raras, algo aturdido ante aquel lujo que yo no conocía y deseoso de irme cuanto antes.

Cogiéndome de la mano, Magdalena me condujo al salón, donde, bajo la luz de una elegante araña, los Sres. de Nessey fijaron una mirada interrogadora en el colegial torpe y tímido, como yo era.

– Siéntese usted, me dijo el Sr. de Nessey al verme confuso; siéntese usted, amigo mío, y sírvase decirnos lo que sepa, ya que esa tontuela no quiere hablar.

– Acérquese usted al fuego, añadió la condesa con dulzura, retirando su sillón; ha hecho muy buen día; pero la noche se anuncia algo fresca.

– Pues bien, dije yo, es muy sencillo; he aquí lo que pasó ..

Y apelando á todo mi valor, referí la aventura de Magdalena, esforzándome por atenuar la falta que había cometido al abandonar á miss Betsy... ¡Era tan fácil extraviarse en Trianón, sobre todo á causa de los árboles, cuyo ramaje impedía ver!... Bastaban algunos pocos pasos... La señorita Magdalena no debía haberse alejado mucho, pues cuando yo la encontré estaba cerca del paseo de los coches. Era verdaderamente extraordinario que miss Betsy no la hubiese hallado y...

El Sr. de Nessey, compadecido de mi confusión, interrumpióme muy pronto, sonriendo.

– Vamos, vamos, dijo, es usted un elocuente defensor, y más tarde será un hombre galante; entretanto, considérolo como buen compañero, y bien está lo que bien acaba... Magdalena, añadió, miss Buggy, prométenos ahora no ser tan diablillo en lo futuro, y da un beso á tu salvador.

Magdalena, ó miss Buggy, como la llamaba su padre, consolada del todo y ya tranquila, corrió hacia mí, rodeóme el cuello con los brazos, dióme en voz baja gracias «por haber desviado la tempestad que la amenazaba,» y estampó un ruidoso beso en mi mejilla.

Permanecí bastante tiempo en casa de los Sres. de Nessey, y Magdalena quería que me quedase á comer; pero objeté que mi familia me esperaba, y sus padres, naturalmente, le dijeron que no debía insistir.

Después me preguntaron quién era yo y qué carrera había elegido.

¡Otra vez la carrera!

Declaré cuáles eran mis proyectos, ó más bien los de mi familia, quejándome de que no se me hubiera consultado, lo cual era verdad; pero sonrojándome también, cosa muy mal hecha; y por fin, á las seis y media volví á mi casa, donde me apresuré á referir mi aventura, extasiándome al hablar de la riqueza de los Sres. de Nessey, de su cortesía y su amabilidad. No me cansaba de ensalzarlos.

Mi padre me calmó muy pronto, tocándome en la frente y murmurando con voz contristada:

– Demasiada imaginación, hijo mío, demasiada imaginación; más tarde no serás feliz si no cambias.

Y aludiendo á mis descripciones entusiastas, mi madre añadió simplemente:

– Es preciso no fiarse de las apariencias.

***

Septiembre, 1881. – *La Goleta*

Me he extendido en este pueril incidente de mi infancia porque debía ejercer una influencia decisiva en mi existencia, y por otra parte, me ha complacido exhumar estos frescos recuerdos de un día de primavera, representarme Versailles, su parque y sus bosques, donde tanto he corrido; el palacio de Nessey, que ya no existe, y sobre todo Magdalena, mi primera revelación de la mujer... Es un error creer que se ha de olvidar algo de todos los sentimientos que han hecho latir nuestro corazón, aunque fuera dolorosamente. Nuestros más puros goces provienen del pasado, que nos pertenece por completo y que amamos por los recuerdos que le embellecen.



Y estampó un ruidoso beso en mi mejilla

Dos ó tres días después de mi visita forzosa á los Sres. de Nessey, el conde se presentó en nuestra casa de la calle de la Parroquia, con gran asombro de mi padre: iba á dar gracias á la familia por lo que yo había hecho. Hombre de mundo, mostróse muy obsequioso, y supo encontrar una palabra agradable para cada uno de nosotros: para mi madre; para mi hermana, cuya belleza elogió, y para mi padre, á quien dijo que no ignoraba que ejercía la profesión de escribano, tan difícil y... tan penosa, con una caridad poco compatible de ordinario con sus funciones. En cuanto á mí, á quien había hecho hablar tanto en su casa, juzgábame muy inteligente, y me pronosticaba un gran porvenir en el caso de que siguiese la carrera de las armas.

Mi madre, un poco resentida del tono con que el Sr. de Nessey había hablado de la profesión de mi padre, contestó con mucha dignidad que no éramos ricos, precisamente porque su esposo, y estaba muy orgullosa de ello, ejercía su cargo con la más escrupulosa honradez, según lo había dicho el Sr. de Nessey. Respecto á mí, dijo que tenía demasiada imaginación y que estaría expuesto á contraer deudas ó á ser desgraciado en la monótona existencia de guarnición.

– En eso estamos de acuerdo, repuso el Sr. de Nessey; pero podía ser marino, como lo fuí yo y como lo es mi hijo, carrera más brillante que la de soldado. El marino nunca tiene los apuros pecuniarios de que usted habla, y vive siempre con lo que posee. Si algunas veces hace en los puertos gastos exagerados – ¡pardiez, esto es propio de la juventud! – llega pronto la hora de marchar y esto le salva. A bordo no se necesita cosa alguna; y hasta se citan oficiales que, después de alcanzar altos grados, han realizado pequeñas fortunas, aunque no yo, que siempre fuí un derrochador.

Ya sabía esto mi padre, pues la reputación del Sr. de Nessey estaba bien establecida en Versailles, aunque hiciera poco tiempo que residía allí.

– En fin, añadió, cada cual dirige sus hijos á su manera; pero el de usted no parece propio para la ruda profesión de escribano, de notario ó de abogado, á la cual le destinan; pero si algún día cambiasen de parecer, como yo tengo muchos amigos en la marina y antiguos compañeros de armas, pueden contar con mi recomendación.

El Sr. de Nessey concluyó rogándome que no olvidase el camino de su casa, puesto que ya le conocía. Su hijo Luis llegaría en septiembre, después de terminado el primer año de prácticas, y se alegraría mucho de tener un compañero como yo.

Esta visita desagradó á mi padre, y más aún á mi madre; lisonjeábales haberla recibido, porque por tradición respetaban el ascendiente de la nobleza; pero resentíales no haber sido invitados á ir al palacio de Nessey, por más que aun en el caso de serlo no hubieran osado presentarse en él.

El Sr. de Nessey había hablado de mí, solamente de mí: se trataba, pues, de un muchacho, y sobre todo de un muchacho de mi edad, y esto no tenía importancia alguna; en cuanto á mi padre, á un pobre escribano, ya era otra cosa, y de fijo el conde tenía á menos entrar en relaciones con persona de tan humilde estofa. Y sin embargo, los Larache eran hijos de una antigua familia que contó entre sus antecesores individuos del Parlamento y que siempre mereció el aprecio de todos. Cierto que algunos reveses de fortuna habían obligado á mi abuelo á cambiar su despacho de notario por uno de escribano, con el cual continuó mi padre; pero en todo caso, lo mismo en una profesión que en otra, los Larache, por su honradez, valían tanto como los Nessey.

Por lo que hace á mi madre y á mi hermana, por más que esta última no hubiese cumplido aún diez y seis años, no se habrían encontrado fuera de su centro en un salón; pero el Sr. de Nessey había tenido buen cuidado de no invitarlas á ir á palacio.

– ¡Qué quieres!, dijo mi madre, tu presencia hubiera podido hacerle la competencia á su hija mayor, á la cual piensan ya casar, que no es muy guapa y que no llevará un cuarto de dote, pues en esa casa no hay fortuna, á pesar de las apariencias, sin contar con que el padre es gastador y jugador, y que á pesar de su nobleza, se dió por muy contento con que el emperador se dignara conferirle un destino.

– Y además, observó mi padre, ¿por qué no acompañó la señora de Nessey á su esposo en esta visita? Asegúrase, sin embargo, que es una bella persona, generosa y caritativa, de carácter dulce y bondadoso; mas no para nosotros, que somos demasiado pequeños para esa familia.

– Pedro, dijo mi madre, mirándome fijamente, no vuelvas á ese palacio. No vuelvas, no, hijo mío.

– ¡Oh!, exclamó mi padre, devolveré su visita al Sr. de Nessey, y asunto concluído.

La visita fué, en efecto, puntualmente devuelta á los ocho días, y á esto se limitaron las relaciones de nuestras familias; mas por breves que fuesen, dieron por imprevisto resultado que no se me destinase á la profesión de escribano. Mi padre había reflexionado y me había interrogado; había comprendido que mi carácter inquieto necesitaba movimiento, que tenía demasiada imaginación para llegar á ser un empleado feliz, y en vista de mi repugnancia invencible, pensó un instante en dejarme seguir mi vocación, que me atraía hacia Saint-Cyr.

Con este motivo hubo por la noche acalorada discusión entre mis padres; mi madre se oponía con insistencia, no abiertamente, sino con su falsa resignación, esa energía de los débiles que triunfa por su tenacidad, ese «haz lo que tú quieras,» plañidero y doloroso, repetido sin cesar, que os persigue como una eterna queja.

Al cabo de un mes de hablar sobre el asunto, cierta noche mi madre hizo una concesión, declarando que en último caso preferiría verme entrar en la marina, atendiendo á lo que el Sr. de Nessey había dicho. En rigor era una brillante carrera, muy apreciada y que me proporcionaría tal vez más tarde un matrimonio ventajoso. En el fondo, y sin explicarse por qué, á mi madre no le habría disgustado verme en la misma situación que al señorito Luis, vizconde de Nessey. En conclusión, mi padre me preguntó si me agradaría aquella carrera.

Confesé que ignoraba lo que era la marina; pero que aun siendo desconocida para mí, la prefería á un despacho de escribano; y entonces, sin más discusión, acordóse hacer desde luego las gestiones necesarias para que se me admitiera cuanto antes en la Escuela naval.

Así se forman las más de las vocaciones.

***

25 *y* 26 *de septiembre*. – *Rada de la Goleta.*

...Sin embargo, pocos días después de la visita del Sr. de Nessey, mientras se discutía aún sobre si yo debería ser escribano ó coracero, volví á ver á Magdalena en la calle, y al punto corrió hacia mí como si fuera un antiguo amigo. Cada dos días, cuando me dirigía al Liceo á las dos de la tarde, podía verla con miss Betsy, que la acompañaba siempre. Recorríamos el camino juntos, informábame sobre su salud, sus estudios y sus recreos, y como á todas las niñas, seducíala que se ocupasen de ella.

Pero donde la veía más tiempo era en la Explanada, donde iba á jugar al crocket, antes de comer, en los largos días del estío. Apenas llegaba yo entregábame una maza y me invitaba á tomar parte en el juego: si estábamos en bandos opuestos, eran de ver las consideraciones con que me trataba, fingiendo ser torpe para dejarme ganar. Las demás niñas se indignaban diciendo que «aquello no era permitido, y que en el juego no había amistades.»

Yo mismo me avergonzaba de que aquella chicuela me protegiese, y con frecuencia rehusaba jugar. Entonces, cediendo su puesto á Luisa ó á la pequeña Berta, Magdalena permanecía á mi lado, interesándose en el juego, ó iba á sentarse conmigo en un banco. En tales ocasiones nuestra conversación versaba sobre las muñecas; pero á veces hablábamos también de cosas serias, de trajes, de estudios, del piano, de la sociedad, del matrimonio, sí, hasta del matrimonio.



Apenas llegaba yo, entregábame una maza y me invitaba á tomar parte en el juego

De todo se trataba; y yo, que ya en el Liceo solía echármelas, como todos mis compañeros, de tener opiniones propias sobre todo, escuchaba á la niña con benévola compasión, aunque con frecuencia me sorprendían los pensamientos profundos é ingenuos que me dejaba entrever.

También hablábamos de la marina, y Magdalena pudo decirme muchas cosas sobre el particular. Su padre no había alcanzado el retiro hasta el año anterior, apenas fué nombrado capitán de navío. Entonces fué á vivir en Versailles, donde el emperador le dió un destino. Antes residía en Tolón, cerca del mar, y allí Magdalena había vivido como se vive en los puertos, siempre entre oficiales de marina. ¡Ah! Conocía muy bien todos sus grados y también los de los marineros y sus especialidades; los gavieros, los timoneros, los calafates, los artilleros... ¡Pues y los buques! ¡Qué hermosos eran, siempre brillantes por todas partes! No era posible formarse idea de ellos sin haberlos visto. Magdalena había hecho en un buque de guerra la travesía de Tolón á Villafranche sin que la inspirase temor el mar. Tanto le gustaba la vida de mar, que de buena gana hubiera vuelto á su antigua residencia: Versailles no tenía para ella ningún aliciente.

El día en que le dije que me proponía entrar en la Escuela naval, y que si estudiaba con provecho marcharía á Brest al año siguiente, Magdalena se regocijó mucho; pero después comenzó de pronto á llorar, y Luisa, su hermana mayor, que nos escuchaba, y que era poco más ó menos de mi edad, principió á reir á carcajadas.

– ¡Será niña!, exclamó.

– ¡Pues bien, sí!, repuso atrevidamente Magdalena, en medio de su llanto: búrlate tanto cuanto quieras, pero yo le quiero mucho, mucho...

Nada hay tan comunicativo como la simpatía: yo amaba también mucho, mucho á mi pequeña Magdalena, y hubiera querido tener una hermana como ella; pero aquel amor de niña humillaba mi orgullo de mancebo, y uní neciamente mis carcajadas á las de Luisa. Sin embargo, Magdalena, que con su precoz perspicacia comprendía sin duda lo forzado de mi risa, no me conservó por ello ningún rencor.

A pesar de esta intimidad, creo que jamás hubiera franqueado el umbral del palacio de Nessey si Luis no hubiese llegado á fines de agosto; pero naturalmente, por Magdalena conocí á su hermano; es más, procuré trabar conocimiento con él porque toda mi atención se fijaba entonces en la marina. Pronto llegamos á ser muy buenos amigos, y durante el mes de vacaciones que pasó en Versailles en 1868, mes que también fué de descanso para mí, casi siempre íbamos juntos y juntos permanecíamos, ya en su casa, ya en la mía. De Magdalena poco caso hice en toda aquella temporada.

Luis marchó para completar su segundo año de estudios; llegó 1869, y de este año no tengo más recuerdo que el de un trabajo asiduo y arduo para conseguir que se me admitiera en esa Escuela naval que había llegado á ser objeto de todos mis deseos.

Un año lleva consigo grandes cambios en la edad en que nos encontrábamos; yo me había vuelto más formal; Magdalena se preparaba para su primera comunión, y apenas la veía; pero cada vez que la encontraba, ella sería también, pero siempre dulce y cariñosa, experimentaba una alegría que alejaba de mi espíritu un momento mis graves preocupaciones del porvenir, preocupaciones que aumentaron al llegar agosto, ese terrible mes de agosto que sobreviene bruscamente con su cortejo de examinadores de cabeza calva, de palabra breve y de mirada nunca satisfecha. Después vino un largo mes de espera antes de que fuera posible conocer el resultado del concurso de toda la Francia. Luis, que entonces era ya aspirante de segunda clase, calmaba mis temores, asegurándome que sería admitido, y para distraerme de mi impaciencia, conducíame á veces á París, que yo apenas conocía. De carácter benévolo y de buen corazón, portábase como hermano mayor, con una delicadeza y un pudor de sentimientos, que más tarde admiré cuando comprendí la necia vanidad de ostentar vicios que no tenemos que se apodera de nosotros al salir de la infancia, apenas nos vemos lanzados en la existencia con entera libertad. Pero nuestras escapatorias aunque tranquilas desagradaban á mis padres, que por ellas me reprendieron varias veces, y hasta censuraron mi amistad con Luis, único de su familia, sin embargo, que había conseguido granjearse su simpatía.

A pesar de todo, decíanme, hacía mal en reunirme con aquel joven, que solamente podía imbuirme ideas de lujo y vanidad, á causa de su nacimiento, de sus preocupaciones y del mal ejemplo de su padre... Habíanme rogado que no fuera á casa de nuestros vecinos, y yo nunca hice aprecio de sus observaciones, dejándome deslumbrar por el lujo que allí veía. Puesto que aquella familia, me decían, había hecho comprender que no éramos de la misma sociedad (por fortuna), yo hubiera debido tener suficiente orgullo para no aprovecharme de sus invitaciones... El Sr. de Nessey acabaría mal; necesitaba dinero de continuo, lo cual era muy peligroso dado el cargo que ejercía, y su palacio estaba sobrecargado de hipotecas... La señora de Nessey, excelente mujer, como mis propios padres reconocían, tenía la indolencia de las criollas, y era incapaz de velar por los intereses de su casa, y en fin, la señorita Luisa, la hija mayor, era una coqueta educada á la americana y todo Versailles comenzaba ya á hablar de ella. Apenas tenía diez y siete años, de modo que la niña prometía. En aquella casa no había orden, ni moral ni material. Tales eran las observaciones de mis padres.

Estos repetidos ataques me resentían, porque iban dirigidos contra personas á quienes yo amaba y porque mis padres las juzgaban sin conocerlas suficientemente; pero no cambiaron mis sentimientos, porque conocía que aquéllos eran injustos.

A poco que se reflexionara, era preciso convenir en que la familia Nessey merecía todo género de consideraciones y respetos.

¿Era posible, á decir verdad, encontrar joven más bueno que Luis? ¡Y la señora de Nessey, aquella mujer de noble corazón y de talento, tan distinguida y cuya sola sonrisa era una caricia! No tenía más defecto, según lo reconocí después, que ser demasiado sentimental; y por el trato con ella se desarrolló mi sensibilidad mucho más de lo que yo hubiera querido. Sentimental, sí, pero no frívola, ni aun coqueta; muy por el contrario, sus impulsos novelescos debían preservarla de las trivialidades de una caída, y á pesar de su hermosura, jamás la maledicencia pudo atacar su reputación. Lo que la agradaba sobre todo era proteger los amores de los demás, los amores honrados, por supuesto, y jamás se consideraba tan feliz como cuando podía contribuir á la celebración de un matrimonio.

Su esposo, que se había casado con ella por amor en Nueva Orleans, habíala abandonado primero por el juego, y más tarde por numerosas queridas; pero ella, siempre bondadosa en extremo, no dejó de amarle como el primer día, y tal vez se consolaba de sus perdidas ilusiones tratando de creer obstinadamente en las de los demás...

***

Rada de la Goleta, 26 *septiembre* 1881.

... Luis, sin embargo, acabó por conquistarse casi las simpatías de mis padres; le conocían, veíanle á menudo y comprendieron que tenía un carácter leal y benévolo.

Por la noche, á veces después de comer, iba á pasar largas horas en nuestra compañía; entonces hablaba del mar, pintaba la vida del marino y esforzábase para tranquilizar á mi madre sobre mi futura existencia; otras veces cantaba con mi hermana. Distinguíase por su carácter tan sencillo, que por él podría perdonársele ser hijo de tal padre. Pero á pesar de todo, los míos sentían hacia Luis cierto resentimiento inconsciente por la parte de amistad que me pedía y que parecía arrebatar al grupo unido que nuestra familia formaba. Esa inquietud, ese temor que deben sentir algunos cuando comprenden que su hijo se halla próximo á escapárseles para ser del mundo, era la que más que ninguna otra preocupaba á mis padres. Hasta entonces yo les había pertenecido completamente, y desde el día en que una niña puso su mano en la mía la separación comenzaba. Después una palabra echada á volar por el Sr. de Nessey había germinado sin saber cómo, y yo había abandonado la carrera á que se me destinaba.

El hijo se apoderaba ahora de mi afecto, hasta que otros más vivos é intensos viniesen á reemplazar el suyo y el amor acabase por arrebatarme á todos ellos...

Algunas veces Luis venía á buscarme y conducíame al palacio, sin que nadie osara oponerse á ello; sin embargo, yo no asistía nunca más que á las reuniones íntimas, de las cuales estaba excluída toda etiqueta y que eran sin duda las más agradables. Para que se viese bien el carácter familiar de aquellas veladas, la señora de Nessey y su hija Luisa recibían con una labor en la mano; los niños jugaban en una habitación contigua y á veces llegaban hasta donde nosotros estábamos. Se hablaba, se reía, dábanse noticias, se iba y venía por todo el palacio, ó se pasaba al jardín en verano. Muy pronto formábanse grupos según las edades y las inclinaciones; se organizaban partidas de *whist* ó de otros juegos de salón y descifrábanse charadas. Otras veces se cantaba ó se recitaban versos, y siempre nos divertíamos.

Naturalmente, en mi calidad de joven ya de cierta edad y de futuro oficial, me quedaba con las personas mayores, sin ocuparme apenas de Magdalena sino en el momento en que me presentaba su frente para que la besase cuando se retiraba. La última vez que la vi, antes de marcharme para continuar mis estudios, preguntéle con la sonrisa de un hombre que habla á una criatura:

– ¿Me quieres siempre, Magdalena?

– ¡Oh, sí, mucho!

Y después añadió en voz baja con singular gravedad:

– ¡Y es un gran pecado!

– ¿Se lo dirás á tu confesor?, pregunté, sin dejar de reir.

– Preciso será.

¡Pobre Magdalena! Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, y aquella noche la abracé con tanta ternura, como á mis padres al día siguiente, al subir á uno de los coches del tren de Bretaña, que debía conducirme hacia el mar...

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

UTILIZACIÓN DE LA FUERZA HIDRÁULICA DE LAS CATARATAS DEL NIÁGARA

La vastísima fuerza hidráulica de las cataratas del Niágara se comprende á primera vista, y su utilización ha formado por largo tiempo, á los ojos del ingeniero, uno de los problemas de mayor interés, y á los del observador inteligente un ancho y fértil campo de especulación.

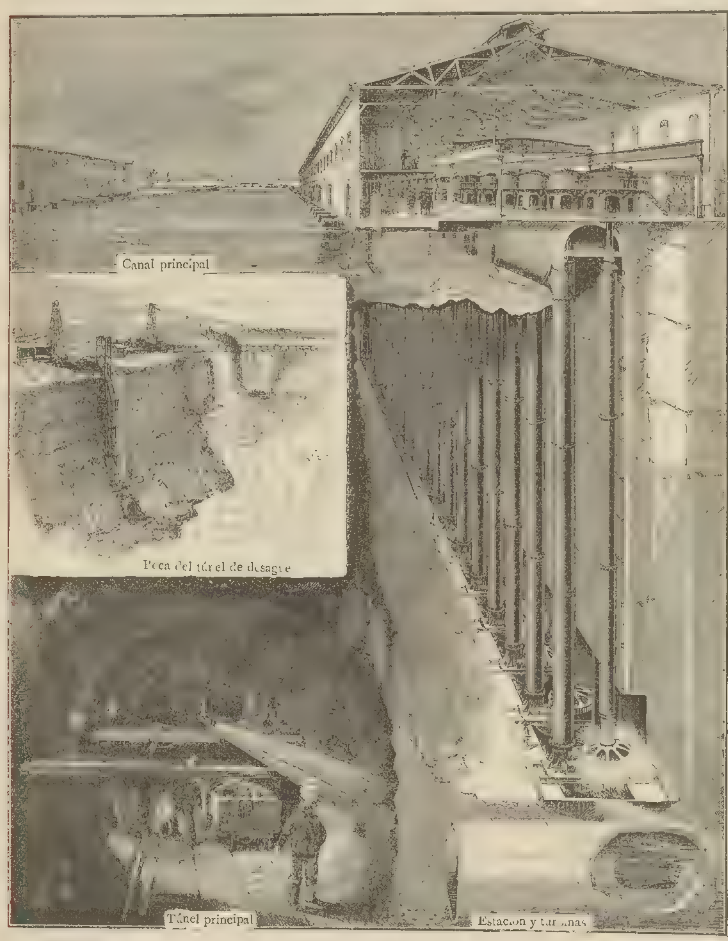
El cálculo de la fuerza total de la catarata se cree que representa algunos millones de caballos. Si bien es verdad que ya en 1725 se construyó el primer molino movido por agua de las cataratas, no se había intentado, sin embargo, hasta nuestros días aprovechar de una manera adecuada una porción considerable de fuerza tan gigantesca.

Es claro que para ello han sido necesarios grandes desembolsos iniciales para excavar los convenientes canales de alimentación, utilización y desagüe, sobre todo si se quería que este último fuera al más bajo nivel posible. Algo se hizo ya en 1873, época en que se excavó el presente canal hidráulico, y se llegaron á conseguir hasta 6.000 caballos de fuerza, que se emplearon en mover la maquinaria de unos doce establecimientos, molinos de harina en su mayor parte.

La compañía *Niágara Falls Power*, cuyos trabajos actuales forman el asunto de nuestro grabado, está haciendo el primer esfuerzo digno de consideración para aprovechar en grande escala una porción de la fuerza motriz de la catarata: encargóse de la concesión de la *Cataract Construction Company*, y está organizada en combinación con ésta.

La compañía autorizó la venta de acciones hasta por valor de 10.000.000 de pesos, y se propone aprovechar 100.000 caballos de fuerza.

Lo que más llama la atención en la obra es el gran túnel de 7.250 pies de longitud que debe formar el canal de desagüe. Arranca del río, á flor de agua, en la parte inferior de la catarata, y pasa por debajo de la población del Niágara á una profundidad de 200 pies bajo la superficie del suelo. La extremidad superior del túnel corre bajo la gran extensión de tierra que la compañía compró sobre la ribera del río, arriba de la población.



Utilización de la fuerza hidráulica de las cataratas del Niágara

La compañía ha adquirido más de 1.400 acres, los cuales ha marcado y dividido en lotes propios para sitios de fábricas y ha cruzado su superficie por los necesarios canales que deben proveer de agua del río á varios pozos de turbinas, todos los cuales se comunicarán por medio de túneles laterales con el principal desagüe. La forma seccional del túnel es como de una herradura: tiene 19 pies de ancho por 21 de alto, medido dentro de la obra de ladrillo, con el cual está recubierto en toda su extensión. El corte transversal mide 386 pies por toda la longitud del túnel, y su área de excavación, inclusa la necesaria para el maderamen y el forro de ladrillo, mide 522 pies cuadrados.

La base del túnel en la boca de descarga sobre la orilla del río queda 205 pies más baja que la compuerta de entrada del canal, arriba de la catarata.

Tres pozos de mina se abrieron para la construcción del túnel. Uno en el *portal*, en donde la ribera queda á 214 pies sobre el nivel del agua: se le conoce con el nombre de pozo No, 1, llega hasta arriba de la ribera por medio de un sistema de andamios al aire libre y tiene 93 pies de profundidad.

El pozo No, 2, dista del portal 2.650 pies y tiene 206 de profundidad. El pozo No, 3, es de las mismas dimensiones de corte del anterior, tiene 193 pies de profundidad y dista del portal 5.200.

El trabajo de la perforación de la roca en el túnel, que por toda su longitud tiene la altura de 26 pies, se ha hecho en tres escalones. El de arriba es de 9 pies de altura, contando del techo del túnel; el segundo de 8.

La excavación del escalón del fondo que se levanta 9 pies de la superficie del zampeado, no se comenzó hasta que el trabajo de los otros dos escalones se vió casi concluído. En la obra de la excavación se emplean tres compresores de aire de 18 × 20 pulgadas, que hacen funcionar 25 taladros *Little Giant*.

Todos los edificios de fábricas estarán situados á más de una milla de las cascadas, de manera que no quitarán nada de los atractivos que buscan los que visitan el Niágara.

El canal principal de alimentación está dividido en dos secciones. La inferior tiene 200 pies de ancho, se extiende apartándose de la ribera hasta 1.200 pies: allí toma una dirección paralela al río arriba por cerca de 5.000 pies; aquí se une con la sección superior, que tiene 500 pies de ancho y comunica la anterior con el río.

Hasta ahora se ha trabajado solamente en la primera sección; pero cuando ambas estén concluídas se las separará por esclusas, á fin de poderse desecar del modo ordinario para facilitar sus reparaciones.

En la sección de abajo del canal principal se pretenden localizar aquellas industrias que deberán marchar sin interrupción, las cuales tomarán el agua de fuera de las esclusas, segregando así esta porción del resto del sistema. En esta porción y en la parte más cercana al río debe colocarse una extensa fábrica de papel y de pulpa de madera, de la compañía *Soo*, que está en arreglos para usar 6 000 caballos de fuerza y ha contratado la apertura de un pozo de 16 por 50 pies para colocar sus ruedas y un desagüe de 600 pies que pondrá en comunicación el pozo con el túnel general. Hacia atrás, siempre sobre la sección inferior, se construirán dos estaciones de generación de fuerza, una de las cuales representamos en nuestro grabado.

Por lo demás, los terrenos adyacentes á una y otra orilla del canal en más de milla y media de extensión, están divididos en lotes para construir fábricas, bodegas y las habitaciones necesarias al personal que en ellas se empleare.

La turbina más efectiva que deba adoptarse; el más ventajoso sistema que para montarla deba seguirse, y los medios mejores de que, para transmitir la fuerza generada, deba valerse, tales han sido los puntos sobre que la empresa se ha esforzado en hacer las más minuciosas investigaciones. Todavía quedan en cada uno de ellos algunos detalles por resolver definitivamente.

Se ha determinado prácticamente, sin embargo, que, para alivio de las muñerosas en que descansan los ejes ó árboles de las turbinas, golpee el agua á éstas no por encima sino de abajo arriba. Con respecto á dichos árboles se ha decidido que, atendidas sus grandes dimensiones, se hagan huecos y de mayor diámetro que de ordinario, sostenidos en la parte superior por cojinetes de empuje para evitar todo movimiento vertical.

Mr. Edward D. Adams, presidente de la *Construction Company*, y Mr. Coleman Sellers hicieron una excursión por Europa con el objeto de examinar los diferentes sistemas empleados en el extranjero para la transmisión de la fuerza, y consiguieron la patente de Sir William Thomson y otros. Ofrecieron además varios premios para proyectos y presupuestos relacionados con la generación de la fuerza por medio de turbinas y otros motores hidráulicos, como también en lo tocante á la transmisión de la fuerza á las fábricas que en los terrenos de la compañía se construyeran y á las que fuera de él se situaran á mayor distancia. Como resultado de la oferta se recibieron bien estudiados trabajos para transmitir la energía, ya por medio del aire comprimido, ya por la electricidad.

Las dos casas que recibieron los primeros premios hicieron dos proyectos completos y de carácter semejante para la utilización hidráulica de 125.000 caballos de fuerza y su distribución por medio de la electricidad, tanto á Búfalo como á Cataract City, nombre que se ha dado á la población naciente en los terrenos de la compañía. Los puntos comunes á ambos proyectos son:

La adopción de la turbina de Girard ó de impulso, de admisión completa y de alas traseras que permitan el empleo de tubos de succión, de manera que no haya lugar á desperdicio de fuerza del agua al descargarse de las ruedas; y la fuerza de 2.500 caballos como unidad uniforme y como tamaño máximo de cada turbina, aconsejado prácticamente por la prudencia, y más á propósito para las necesarias combi-

naciones en el desarrollo de la velocidad de rotación que á los dinamos conviene.

Con respecto á la distribución de la electricidad, ambas adoptan el método de corriente continua y de potencial constante; puesto que tal sistema, según lo enseña la experiencia, reune las condiciones de seguridad, facilidad y sencillez, necesita menor número de aparatos y permite la consecución de mayor eficacia. Se ha preferido el del potencial constante al de corriente constante, puesto que en este último la intensidad de la corriente sería demasiado elevada para un solo circuito, y aplicada á varios no dejaría de acarrear sus complicaciones.

Con respecto al máximo potencial de un solo dinamo, uno de los proyectos se inclina al de 1.250 caballos de fuerza, y el otro á 2.500.

La empresa no se ha decidido á adoptar ninguno de los proyectos mencionados, sino como por vía de ensayo.

Cierta porción de la fuerza motriz se venderá á compañías que dispongan de sus propias ruedas y que conduzcan sus desagües al túnel general. Sin embargo, el proyecto de la estación central se circunscribe á la generación y distribución de unos 5.000 caballos de fuerza, por medio del aire comprimido y por la electricidad, producidos por la adición de motores de 2.500 caballos cada uno, en dirección la más conveniente y ventajosa y á la designada por los manufactureros interesados.

Hoy espera la compañía hacer su primer contrato para suministrar fuerza motriz á distancia de las cataratas, con la ciudad de Búfalo, que ha solicitado 3.000 caballos de fuerza para su alumbrado.

El costo actual de un caballo de vapor en dicha localidad es de 35 pesos anuales, y la empresa les ofrece suministrarles fuerza motriz, según la siguiente tarifa:

Por 5.000 caballos de fuerza á 10 pesos anuales por caballo; por 4.500, 10'50; por 4.000, 11; y en proporción 300 caballos 21 por caballo al año. Esta fuerza se proveerá por días de 24 horas. Según los resultados más brillantes, obtenidos en los últimos esfuerzos para la transmisión de la fuerza por medio de la electricidad á distancia considerable, sólo un veinticinco por ciento de ella se perdió en su transmisión por un alambre de 108 millas de longitud. Este grado de éxito se consiguió en la Exposición de Francfort. Y si de la misma manera se puede transmitir la fuerza motriz á distancia de cien millas de la catarata del Niágara, ¿quién dirá que en no lejano tiempo sea también posible transportar del mismo modo fuerza motriz hasta Nueva York, con objeto de utilizarla á mucho menor precio que lo que hoy vale el vapor?

Se cree que la compañía podrá suministrar fuerza en el próximo octubre para aquellas empresas que por sí tomen agua de los canales de alimentación y la descarguen sobre el túnel. Su primer contrato en ese sentido es para entonces.

(De *Scientific American.*)

PENSAMIENTOS

Se puede asegurar que se quedan con la mitad de su fortuna los que al perder hasta su último real, pierden también el orgullo.

***

De hacer las cosas bien á hacerlas mal, hay un kilómetro de diferencia en sus resultados; en su ejecución, un milímetro solamente.

***

Son muchos los hombres que en este mundo mueren de fatiga porque considerándose con derecho á sentarse en sillón, no quieren descansar en taburete.

***

Las ruedas del carro del progreso son pisones, que aunque lentamente, van derribando las fronteras.

***

Los que se creen sabios, están á tal distancia de la verdadera sabiduría que bien puede decirse que se dan la mano con los ignorantes.

***

El escándalo es el barniz del vicio; el barniz de la virtud es la modestia.

***

Ningún hombre de juicio sano deja de temblar ante el peligro.

Llamamos cobardes á los que manifiestan el temor, y valientes á los que saben temblar por dentro.

***

De la misma manera que Dios ha dotado á los insectos de ciertos movimientos irregulares para que puedan defenderse de los demás animales de mayor fuerza, ha concedido á la mujer una inteligencia especial, también, *irregular*, para que pueda defenderse de los hombres.

***

El corazón es una entraña que cuando *ejerce* aniquila á las demás: es una entraña que no tiene entrañas.

***

Cada hombre es un libro; cada mujer una biblioteca.



AKA, negra oriunda del pueblo enano descubierto por Stanley en el Africa central (de una fotografía)

Procura tener dinero, aunque sólo te sirva para que vivas ignorando las mil y mil miserias de la humanidad, conocidas solamente en el territorio de los pobres.

***

La mayor parte de los hombres pasan la mitad de su vida estropeando la salud y la otra mitad haciendo ensayos para remendarla.

***

Los que no tienen familia se consuelan diciendo que viven así más tranquilos. También gozan de mayor tranquilidad los buques sumergidos en el fondo del mar que los que andan por la superficie.

***

Cuando era yo muchacho no podía explicarme por qué razón concede Dios tanto talento á algunos hombres y tan poco á la generalidad.

Y es, por lo visto, que Dios manda á los hombres extraordinarios para impulsar la marcha del progreso, que utilizamos todos por igual.

Con la misma velocidad trasladan los trenes á los hombres de cerebro macizo que á los de cerebro aguado.

Con igual rapidez traslada el telégrafo los discursos de Castelar que las *últimas horas* de los asesinos condenados á muerte.

Los pararrayos con igual celo amparan á los sibaritas magnates que habitan palacios, que á los pobres enfermos que albergan en los hospitales.

***

Un real que te falte para completar diez mil duros que debas satisfacer, te impedirá aparentar que posees otros diez mil duros.

***

Cuando carecemos de lo indispensable sufrimos por lo menos el doble de lo que después disfrutamos cuando *por fin* podemos adquirir lo que antes anhelábamos.

***

En los rigores del invierno molesta mucho más el frío en las alcobas sin puertas vidrieras que en las que las tienen abiertas de par en par.

***

El genio es romántico, el talento es positivista: el primero sueña, vuela, crea, etc., etc., etc.; el talento razona, calcula y medra.

ALBERTO LLANAS.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 6 de junio de 1892 — Núm. 545

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Tres festividades. – Estreno de *Salambó* en la Grande Opera. – Obsequios tributados al arqueólogo cristiano Rossi en las Catacumbas. – Conmemoración del Tasso en San Onofre. – Títulos del sabio en San Calixto y su iglesia honrado. – Recuerdos del poeta mártir que cantó la Jerusalén libertada. – Arqueología épica. – Conclusión.

I

Tres festividades artísticas ha presenciado Europa en las últimas corrientes semanas. Ha sido una el estreno de *Salambó* en París; ha sido el oficio de difuntos rezado en las catacumbas de San Calixto á su explorador el famoso Rossi, otra; la tercera el certamen literario consagrado al Tasso, el cuitadísimo poeta que desde la iglesia de San Onofre contemplaba en las horas de sus duelos el campo de Roma, sembrado por tantas ruinas, y el horizonte de Roma, henchido por tantas ideas. Critíquenme como les plazca los adoradores de la música moderna: yo desconfío de las óperas nuevas, como no sean hechura de viejos y acreditadísimos compositores. Muéveme á este afecto de natural desconfianza una larga y dolorosa experiencia. Durante mis residencias en París he asistido á estrenos de obras, las cuales debían recorrer el mundo, según sus admiradores, como en otro tiempo *Norma*, *Barbero*, *Lucía*, *Rigoletto*, *Hugonotes* y tantas otras cual tenemos todos así en el corazón como en la memoria y tarareamos en las horas de ocio y de recreo, pero que no han pasado de la explanada que ante la Grande Opera se extiende. ¿Quién sabe algo de un *Tributo de Zamora* debido á compositor tan famoso como Gounod? ¿Quién ha oído, fuera de los asistentes y abonados al teatro de la Opera, tantas y tantas produc-



DE SOBREMESA, cuadro de Pío Joris

ciones apenas brotadas cuando ya consumidas por el cruel olvido? Entre las bellas artes no hay ninguna que pueda falsificarse tanto por el artificio de cierta competencia técnica como la música, cuyas consonancias halagan mucho al oído, aunque lleguen poco al corazón. Bastan ciertas reglas más ó menos convencionales y cierta maestría en el contrapunto, con algo de imitación al maestro en boga, para escribir óperas aplaudidas en la noche de su estreno y olvidadas al siguiente mes, como las flores tempranas de prematura primavera. El predominio de la orquesta y sus sabios acordes sobre la melodía inspirada, facilita de tal modo la composición ahora, que nacen y mueren, así en Alemania como en Italia, las óperas con una facilidad increíble. Témome algo así de *Salambó*, libreto bien interesante, sacado de una magistral obra de arqueólogo, bordada sobre un tema como Cartago por el estilista Flaubert, y nada propia para inspirar á un músico. Aunque los críticos cuentan, y no acaban, del favor alcanzado por la obra, témome se hiele pronto en flor, quedando el texto de la partitura en el archivo de la Opera como el ave disecada en un museo.

II

Los obsequios consagrados á Rossi me recuerdan mis paseos romanos. Ibamos á las Catacumbas, é íbamos entre montones de ruinas. La desolación del paisaje no era, sin embargo, tan grande como la tristeza del alma. Desterrados, errantes, sin patria, nuestro pensamiento y nuestro corazón tenían también, guardaban también ruinas como aquel inmenso y volcánico suelo de las grandes desolaciones. Todo recordaba la muerte. Hubiéramos creído hallarnos en esferas, más que terrestres, infernales, si la naturaleza con el rocío matinal que descendiera de los aires, con la verde hierba que se levantaba entre las junturas de las piedras, con las flores primaverales que coronaban la hierba, con las mariposas que se mecían sobre las flores, con las hojas tiernas recién brotadas de las yemas, con los nidos cincelados ya entre el follaje, no hubiera querido recordarnos en tibia mañana de abril la perennidad de la vida y la eterna alegría de sus espléndidos festines. ¡Oh naturaleza! Inmóvil en medio del movimiento, una en medio de la variedad; empapada en el éter que la penetra por todos sus poros, y que forma como su atmósfera, como su espíritu; bajo la sucesión continua de seres orgánicos que cambian y se transforman, permanente é inmodificable; sujeta á la muerte, y eterna; sujeta al límite, é infinita; difundida en la inmensidad del espacio, y concretada en seres orgánicos; desde los astros que irradian su luz por las esferas, á las flores que empapan con sus aromas los aires; desde los gases impalpables que se desvanecen, á las sólidas cordilleras que mezclan con sus ventisqueros, donde la nieve blanquea, sus volcanes, donde reluce el fuego central; desde la nebulosa que lleva en germen orbes infinitos, á los grandes y gigantescos mundos, ya cansados de bogar por los espacios; desde el grano de arena que la onda remueve, á las últimas estrellas de la Vía Láctea, cuyo resplandor tarda siglos y siglos en llegar hasta nosotros, pobres desterrados adheridos á este pequeño planeta; en todo ese círculo, cuyo centro se halla, como dice la sabiduría moderna, en todas partes, y cuya circunferencia en ninguna, ¡ah!, no sucede el aniquilamiento total ni de una sola molécula; no existe, no, la nada, sombra de nuestro pensamiento, aprensión de nuestra poquedad, fantasma de nuestros sentidos, idea sin realidad, que las tristes limitaciones de nuestra lógica y la incurable imperfección de nuestro lenguaje nos ha obligado á poner en el eterno océano de la vida. Es verdad que algunos astros se han apagado en nuestro sistema solar, como faunas y floras enteras han desaparecido en nuestra corteza terrestre; pero ni se ha extinguido el calor de la vida universal ni ha cesado el crecimiento y el progreso de más perfectos organismos. Entremos, pues, en estas cavernas de ruinas, con el pensamiento puesto en la idea de lo infinito y el corazón puesto en la esperanza de la inmortalidad.

III

La más visitada de las catacumbas es la catacumba de San Sebastián, y la más digna de estudio detenido es la catacumba de San Calixto. A unas cuatro millas hacia el Oriente de Roma, entre la vía Apia y la vía Ardeatina, bajo montones de escombros donde se encuentran toda clase de restos despedazados, junto á bosquecillos de cipreses que aumentan la tristeza y la solemnidad del paisaje, enciérrase la más vasta y la más bella de las necrópolis cristianas, refugio de los perseguidos, vivero de los mártires, descanso de los muertos, templo de los vivos, asamblea de aquellos audaces innovadores, que traían una nueva luz á la historia y un nuevo ideal á la vida. Yo aconsejo á todos cuantos me leyeren que no vayan á contemplar estos sitios, sagrados por tantos conceptos, sin llevarse los libros, y sobre todo los planos, del célebre arqueólogo católico Rossi, últimamente honrado en solemnes conmemoraciones por la corte pontificia. Así como el explorador de los bosques de América, de la tierra del porvenir, penetra, de su cortante hacha armado, en aquellas selvas inexploradas, y derriba los árboles, y ahuyenta los reptiles, y arranca las enredaderas, y crea viviendas ó habitación á la familia, espacio al trabajo; este arqueólogo, explorador de un mundo subterráneo, se sumerge en las sombras, en el asilo de las aves nocturnas, bajo vacilantes bóvedas, entre laberintos de grutas, expuesto á ser aplastado por un desplome de las frágiles paredes, á perderse para siempre en cualquier recodo de aquellas ciudades de tumbas, en aquel infierno de palpables tinieblas, confundiendo su esqueleto con los muertos que ha intentado arrancar al silencio de triste é ingratísimo olvido. ¡Cuántas veces la esponjosa toba llovía su menuda lluvia de arena sobre la frente de aquel hombre! ¡Cuántas veces un alud de piedras, de ladrillos, rodaba hasta sus plantas y lo envolvía en espesas nubes de polvo, que embargaban toda respiración á sus fatigados pulmones! ¡Cuántas veces perdía el derrotero en aquel inmenso laberinto, el norte en aquel océano de tinieblas, y se imaginaba haber perdido también toda salida, y haber topado con segura muerte por sed, por hambre! Pero á la incierta luz de mortecina lámpara, minero audaz del espíritu humano, buzo de los abismos del tiempo, leía la inscripción trazada quince siglos antes por uno de aquellos sectarios que acababan de recoger en el Circo Máximo los despojos humanos y confiarlos á la tierra, entre oraciones, cuyos ecos aún se oyen allí; entre lágrimas, cuyos vapores todavía no se han desvanecido en aquella atmósfera bendita. ¡A Rossi gloria!

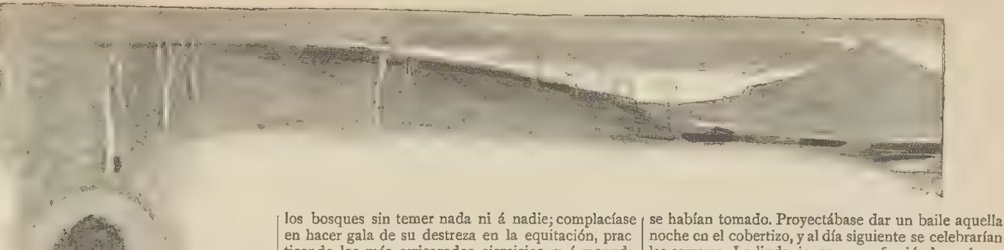


EL NIÑO Y EL PERRO, dibujo de L. L. Boilly

IV

También debemos un homenaje al poeta evocado por los romanos estos días en San Onofre. Tasso canta un hecho, la toma de Jerusalén, que conmovió á Europa en el siglo XI y en el siglo XII, pero completamente ajeno á su tiempo, y mucho más á los tiempos posteriores. ¡Guárdeme Dios de ignorar ó desconocer toda la belleza contenida en el gran movimiento religioso que levanta nuestras razas occidentales, aisladas por el feudalismo, y las junta y las arroja sobre el Oriente! Al convertir hacia las cruzadas los ojos, veis, entre arreboles de poesía, los pobres ermitaños que, con severo sermón en los labios y el tosco crucifijo en las manos, suscitan la guerra santa y divierten el ánimo de las luchas feudales para llevarlo á otras empresas más altas; las públicas invocaciones á Dios, que suben á los siervos desde el terruño y bajan á los señores desde el castillo; las hileras de mondados huesos que se extienden de Europa al Asia, fecundando el suelo y la conciencia; la antigua Constantinopla, aparecida en medio de nosotros con sus resplandores y sus recuerdos; el Egipto y sus misterios, resucitados á la voz y al rumor de aquellas legiones sinnúmero, movidas por una idea y realizando la contraria, movidas por la idea teocrática y abriendo su iniciación á la democracia; las deliciosas orillas del Orontes y del Cidno, sembradas de penitentes, á un tiempo en oración y en armas; los jardines de Dafne, impregnados de paganismo y cantados por los poetas de la naturaleza, junto á las abrasadas arenas del desierto, reveladoras de la unidad divina á los sacerdotes del espíritu; las flotas de Venecia y de Pisa y de Génova trayendo sus vientres henchidos por los productos del comercio, y sus velas hinchadas por la brisa de la libertad; Antioquía, con sus altos muros y sus quinientas torres; Damasco, embriagada con los aromas de sus floridos bosques; los cedros del Líbano, bendecidos por el Profeta, que sirvieron á Tiro para sus naves, á Salomón para su templo, á Alejandro para el lecho donde debía juntar los dioses de Grecia con las ideas de Oriente; la Palestina, la tierra de los patriarcas, con más ansia buscada por los nuevos cruzados que por los antiguos israelitas, y libertando, como á los unos del cautiverio de los Faraones egipcios, á los otros del cautiverio de los caballeros feudales; el torrente Cedrón, donde corrieron las lágrimas de David, y el monte Olivete, donde manaron los sudores de Cristo, y el Calvario, donde se consumó el sacrificio de la Redención, y el Sepulcro, donde estuvo entre los átomos de la tierra el que ahora está entre los ángeles del cielo; la toma de Jerusalén, cuyas mezquitas se empaparon tanto en sangre que llegaba hasta la cincha de nuestros caballos; las elegías de los árabes, á quienes sólo quedaba, si vivos, el lomo de sus camellos para huir, y si muertos, el estómago de los buitres para enterrarse; la figura mística de Godofredo de Bouillón, el rey-virgen que no puede ceñirse una corona de oro allí donde Cristo llevara una corona de espinas; la figura poética de Tancredo, en el cual se personifica el genio de la caballería; las órdenes militares, con sus cruces rojas sobre sus túnicas blancas, y las órdenes monásticas, que suscitan por un momento la antigua facundia moral de la Tierra Santa: grandiosa epopeya donde verdaderamente el espíritu moderno sufre una de sus más bellas metamorfosis y la humanidad una de sus más admirables transfiguraciones. Pero el Tasso canta este hecho con el espíritu de la Edad media. Compañero de los cruzados, su poesía hubiera sido maravillosa entre los espejismos del desierto y los dolores de la guerra. Después de tres ó cuatro siglos que las cruzadas se han interrumpido, y San Luis ha muerto, y Carlos de Anjou ha despojado, á guisa de pirata, los últimos cristianos dispersos, y la orden de los templarios se ha disuelto por las maquinaciones de los reyes, y la rápida victoria de Federico II se ha malogrado por la invasión de los tártaros, y las huestes de Juan de Brienne han retrocedido á las inundaciones del Nilo, y los que iban resueltos á reconquistar Jerusalén se han contentado sólo con establecer un imperio latino en Constantinopla, y los mismos pueblos cristianos han reclamado que los libertaran de los cruzados por temor á las depredaciones, y Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León sólo han sabido luchar entre sí más que luchar con sus comunes enemigos, y Federico Barbarroja ha muerto en las fatales aguas del Cidno, y Conrado III ha vuelto casi solo, y Luis VII casi deshonrado de la segunda cruzada, y Saladino, después de derrotar á los francos en Tiberíades, ha reconquistado á Jerusalén y destruído la obra de Godofredo, entregando la ciudad á los árabes; francamente, después de todo esto, la epopeya del Tasso es una pura epopeya erudita, académica, arqueológica, cual esos poemas latinos consagrados en los albores del Renacimiento, por Petrarca, á Escipión y al Africa.

Madrid, 25 de mayo de 1892



LA TRAGEDIA DE DUGANDINE

por la señora Campbell. – Ilustraciones de W. Hatherell

Dugandine parecía estar rodeada de una nube de tristeza cuando la divisamos por primera vez desde el camino. Asentada sobre una de las estribaciones inferiores del Pico de Dugán, sus casas se agrupan sobre un cerro cubierto en parte de matorrales y bosque, con profundos desfiladeros que se elevan hasta la cumbre de la montaña, la cual forma un pintoresco fondo de la estación principal. En la tarde del día en que comienza nuestra historia había estallado una tormenta por el Oeste de Dugandine, y el precipicio que franqueaba la montaña tenía un aspecto amenazador; en su fondo, algunos álamos blancos, con sus grandes ramas desnudas, semejantes á descomunales brazos de esqueleto, parecían fantásticos centinelas encargados de guardar aquel sitio; mientras que los sombríos desfiladeros llenos de maleza, las rocas diseminadas, los árboles semejantes á fantasmas y un cielo tempestuoso, de color plomizo, contribuían á formar un conjunto lúgubre y extraño, que no podía menos de producir honda impresión en quien los contemplara.

Guillermo y yo íbamos á ver las carreras de caballos de Ubi, pues aquel año había tocado en suerte á Dugandine el celebrarlas, y todos se alegraban de ello, porque el Sr. Boulton tenía fama de ser el hombre más liberal de Australia, y Dugandine podía considerarse como la más importante y cómoda de las haciendas del Ubi. Era una gran construcción de madera con extensas galerías, llenas de las más variadas y preciosas flores, y sombreadas por enredaderas del jazmín del Cabo; allí había un jardín, que en suave pendiente deslizábase hasta el lago, cuyas orillas esmaltaban lilas blancas y azules, flotando á veces en la serena superficie líquida; puertas blancas con su marco de verdura; una pequeña avenida bordeada de naranjos en flor, que perfumaban el aire, pues corría el mes de septiembre, es decir, la más deliciosa primavera de Australia; y en fin, un reducido pueblo formado por construcciones exteriores, cabañas, casitas y cómodas barracas para alojar á cuantos llegasen de las demás haciendas. Más allá veíase una especie de campamento, con vistosas tiendas de campaña pertenecientes á los hombres más acomodados de la localidad, y además había un inmenso cobertizo que podía servir de salón de baile.

Apenas conocía yo á la señorita de la casa donde íbamos á hospedarnos, pues habíala visto solamente una vez en Sidney, donde residía antes; pero de todas nuestras vecinas, cuando fuimos á vivir á Womberah, ella fué la única que me interesó, y esto por varias razones. En primer lugar era muy linda, una de esas bellezas especiales de que nos ofrecen á menudo ejemplo las jóvenes de Australia; complexión suave como el interior de una concha, ojos garzos muy límpidos, cabello castaño con matiz rojizo, facciones delicadas, dulce sonrisa y movimientos de infinita gracia. Además de esto, Ester, así se llamaba, era heredera única del Sr. Boulton, rico propietario, hombre de importancia, como individuo de la Asamblea legislativa y jefe del partido afecto al Gobierno, ó de la oposición, según que el poder se ejerciera por unos ú otros.

La primera juventud de Ester, á juzgar por lo que se nos refirió, había tenido algo de novelesco. Hábil amazona, acostumbraba á recorrer continuamente los bosques sin temer nada ni á nadie; complacíase en hacer gala de su destreza en la equitación, practicando los más arriesgados ejercicios, y á menudo franqueaba los desfiladeros, por lo regular en compañía de Juanita Harkness, hija de un colono rico, y de su hermano Jim. En una de aquellas expediciones, Juanita, arrojada del caballo, quedó muerta, y tan dolorosa fué la impresión producida en Ester por esta desgracia, que tuvo una enfermedad nerviosa, y fué preciso enviarla á Sidney para pasar dos ó tres años con una tía suya.

Todo esto nos refirieron cuando llegamos á Womberah y asimismo nos dijeron que el Sr. Boulton era hombre rudo, completamente entregado á la política y á las especulaciones comerciales, por lo que se ocupaba poco de su hija, quien después de la muerte de su padre fué confiada á la esposa del superintendente.

Había bastante gente en las espaciosas galerías de la casa y en la avenida de naranjos; colonos, ancianos y jóvenes, señoritas, muchas de ellas con traje de amazona ó de campesina y las más vestidas á la última moda, reconociéndose por esto que eran de la ciudad. Entre estas últimas hallábase la señorita Boulton, apoyada contra una columna de la galería y deshaciendo maquinalmente entre sus manos una ramita de verbena, mientras hablaba con un joven de aspecto aristocrático, en quien reconocí al capitán Fenwick, ayudante de campo del gobernador militar.

Apenas me vió Ester, corrió hacia mí y recibióme con la más afectuosa cordialidad Sus gracias de niña constituían en ella el mayor encanto, y aunque se distraía con frecuencia, á veces decía cosas inesperadas y eran chistosas sus ocurrencias.

Ester me condujo á mi habitación, que estaba en un edificio contiguo á la casa grande é independiente de ella, en medio de un naranjal.

– Supongo, me dijo, que no le importará á usted estar separada de las demás; nosotras seremos las únicas habitantes de esta cabaña. Mi padre tenía aquí antes su oficina; y como supuse que la casa se llenaría de gente, apenas llegué parecióme que lo más acertado sería fijar aquí mi domicilio, porque me agrada la soledad y el perfume de los naranjos en flor.

Ester me habló después de las disposiciones que se habían tomado. Proyectábase dar un baile aquella noche en el cobertizo, y al día siguiente se celebrarían las carreras. La linda joven me ofreció después su ayuda para desempaquetar mis efectos, hízome varias preguntas intempestivas, y hablóme de sus propios asuntos con la misma franqueza que hubiera podido tener con una amiga de muchos años.

¿Conocía yo el distrito bien? ¿Tomaría parte en las carreras el Sr. Oliver, mi esposo, con su propio caballo? Había oído decir que Jim Harkness estaba en el Norte, traficando en ganado, y que tenía su residencia entre Womberah y Dugandine. ¿Sabía yo si Jim pensaba asistir á las carreras?

Contesté á esto último, diciendo que no me era posible satisfacer su curiosidad, porque lo ignoraba; y entonces Ester continuó hablándome con singular volubilidad de sus asuntos. Díjome que había estado largo tiempo ausente de Dugandine; que estaba muy enterada de todos los cambios ocurridos, y que ahora debería permanecer donde estaba porque su tía se hallaba en Inglaterra. Refiriéndose á su primera juventud, preguntóme si no me parecía cosa extraña que se la hubiese dejado correr por los bosques hasta cerca de los diez y ocho años, sin darle apenas educación, y á esto contesté que en rigor no tenía nada de particular.

–¡Oh!, repuso Ester; no sabe usted cuánto me consuelan sus palabras, pues veo que no me tomará por una salvaje.

Su más dorado sueño se reducía á ir á Inglaterra. Habíase esforzado para curarse de su desmedida afición al bosque y á la equitación, y ya no le agradaba aquél, ni tampoco montaba, al menos como antes; odiaba las montañas, y solamente con verlas se entristecía. Cifraba su mayor dicha en ir á Europa ó á América y no volver jamás á Australia. Como no tenía amigas, deseaba que yo lo fuese suya, y suplicábame que dispensase su franqueza, porque era muy ingenua y yo le inspiraba profunda simpatía. Había tenido el pensamiento de que yo llegaría á mezclarme en alguno de los asuntos de su vida, y siempre pensó que las personas que escriben historias han de ser más agradables que las de carácter prosaico. En cuanto á ella era muy romántica, aunque por más de



Hábil amazona, acostumbraba á recorrer continuamente los bosques...

una razón tenía motivo para odiar todo lo novelesco. Prosiguió hablando un rato sobre sus cosas y dejóme verdaderamente encantada por su manera en el decir y su infinita gracia.

–Supongo, dijo al fin, que no se enojará usted porque le haya hablado de todas mis cosas; usted tiene más edad que yo, y puede ser una buena amiga para mí, ya que no tengo madre.

Al oir esto, estrechéla entre mis brazos, y tal vez con más efusión de la debida roguéle que confiara en mí, si esto podía servirle de consuelo, y que no dudase de mi lealtad y discreción.

Una cortina divisoria, de tejido azul, separaba la habitación de Ester de la mía, aunque en rigor las dos no formaban más que una, larga y estrecha. La joven me dijo que todas las señoras se alojaban en la casa grande y los caballeros en el campamento, y que por falta de espacio habíales sido forzoso dividir su habitación de aquella manera.

Por lo demás, el aposento estaba adornado con gusto; la ventana tenía vistas á la avenida de naranjos y á la caleta, y desde allí divisábase también el campamento, cuyos fuegos brillaban al través de los árboles.

Ester fué á buscarme cuando la gran campana de la estación anunció la hora de comer; y por un pasadizo cubierto condújome á un edificio de madera más grande que, según me dijo, era un nuevo almacén, el cual se destinaría á comedor durante la semana de las carreras.

En la galería habíanse reunido unas cien personas, y otras se hallaban en el paseo; vi señoras y caballeros vestidos de etiqueta, así como también algunos colonos, á quienes no parecía importar mucho que se fijara la atención en su tosco traje.

Allí no había al parecer orden de precedencia, pues apenas hubo resonado la campana, el capitán Fenwick dió el brazo á Ester y yo acepté el del Sr. Boulton.

Mi nueva amiga llevaba un magnífico ramo de flores silvestres, y la oí dar gracias al capitán; este último debió pedirle sin duda una flor, pues la joven le dió la mejor de su ramo, que el capitán colocó al punto en el ojal de su levita. Fácil era ver que estaba enamorado de la joven.

A decir verdad, cuando vi á Ester sentada en la extremidad de la mesa, sonriendo y hablando con unos y otros, parecióme la encarnación de la juventud y de la dicha; pero á veces sus facciones tomaban una expresión extraña, y noté que á intervalos dirigía inquietas miradas, como de temor, hacia la ventana, cual si se imaginase que algún fantasma vagaba por el jardín á la luz de la luna.

La tempestad había cesado del todo, y el Pico de Dugán se destacaba majestuoso y soberbio bajo el cielo azul; Aldebarán y Orión brillaban sobre él cual joyas magníficas. El camino que conducía al cobertizo estaba iluminado con farolillos de color, y en la cumbre del cerro habíase encendido una inmensa hoguera, cuyo resplandor se reflejaba en la hacienda y en las aguas del lago. Los negros, reunidos alrededor de la misma, medio desnudos y gesticulando como acostumbran, entonaban un salvaje canto de guerra para acompañarse en la danza; en el campamento había también hogueras, y á intervalos veíanse pasar obscuras formas; el eco de las canciones de los colonos confundíase con el de los gritos de los negros y el sordo rumor producido por las aguas, y todo esto constituía un espectáculo pintoresco y poético á la vez.

Cuando comenzó el baile en el cobertizo, preferí huir del calor y de la excesiva luz, y trasladéme á una tosca galería que daba al cobertizo, desde la cual podía ver á los bailarines en el interior y observar el paisaje por fuera.

Hacía poco tiempo que estaba allí cuando noté la presencia de otra persona que al parecer vigilaba; era un hombre, oculto detrás de una enredadera de pasionarias, y por su aspecto me pareció un colono; aunque joven y bien parecido, tenía algo de vulgar y ordinario. Llevaba sombrero de castor con ala enroscada y adornado de musgo amarillo, según la costumbre del país; y como se acercase más á la luz, observé que tenía el rostro moreno y agraciado; pero su expresión revelaba el resentimiento ó la cólera, y sus miradas fijábanse con insistencia en el salón de baile. La expresión maligna de aquel hombre me inquietó, y como no parecía caballero, deduje al punto que estaba enojado por no haber recibido invitación alguna.

El movimiento que hice y la exclamación que dejé escapar debieron llamar su atención, y al verme, acercóse á mí.

–Dispénseme usted, señora, dijo sonriendo con cierto desdén; no hacía más que mirar el baile y ver cómo se divierten los que son superiores á mí. ¿Podría usted decirme quién es el caballero que baila con la señorita Boulton?

–Es el capitán Fenwick, contesté, ayudante de campo del gobernador militar, y que ha venido de Sidney con licencia.

–¡Ah!, exclamó el desconocido con forzada sonrisa. Yo conocí á la señorita Boulton antes de que fuera á Sidney, y me interesaba saber esto.



Sus miradas fijábanse con insistencia en el salón de baile

Siguióse una pausa, y mi interlocutor añadió:

–¿Tendría usted inconveniente en transmitir á la señorita Ester un mensaje de parte mía? No quisiera molestarla en este momento, porque es muy nerviosa y se disgustaría. Yo conozco las señales del cielo;... ahora está sereno; pero á las dos de la madrugada tendremos borrasca... Tenga usted la bondad de manifestar á Ester que Jim Harkness lo ha dicho así.

Al pronunciar estas palabras, descubrióse cortésmente y desapareció sin esperar respuesta.

Las palabras y modales de aquel hombre me dieron alguna siniestra significación; pero en aquel momento, y como para confirmar lo que dijo, un relámpago iluminó el horizonte, y á los pocos segundos oyóse el lejano fragor del trueno. Sin embargo, la tempestad debía estar lejos aún.

No volví á ver á Jim Harkness y pronto me cansé de observar los movimientos calidoscópicos dentro del cobertizo; la música, por otra parte, aunque pudiera inspirar á los bailarines, componíase tan sólo de tres flautas y un cornetín de Waratah, y no era la más propia para calmar una fuerte jaqueca como la que me aquejaba en aquel momento por efecto del calor sufrido en mi viaje desde Womberah. Guillermo llegó á poco y preguntóme si me agradaría ir á dar una vuelta para ver las iluminaciones, pues también él estaba cansado del baile y de las luces.

Accedí con gusto, y fuimos á pasear entre los faroles chinescos, dirigiéndonos por el sendero que conducía al lago. A un lado y á otro veíanse diminutas mesetas y hondonadas donde crecían algunos gomeros aislados y altas hierbas.

El brillo de la luna y de las hogueras producía una media luz que se reflejaba en las tranquilas aguas del lago, y el golpe de vista era delicioso.

Cuando volvíamos después al cobertizo, pasamos por delante de un reducido cementerio, situado al pie del cerro y al que prestaba sombra un enorme gomero. De pronto se me ocurrió levantar el pestillo de la puerta de hierro, y vimos en primera línea dos pequeñas tumbas con piedras blancas, donde reposaban las hermanitas de Ester. Rogué á Guillermo, atraído entonces por algunos gritos de los negros que estaban arriba, que me dejara sola cinco minutos.

A mí se me había muerto un niño, y la vista de aquellas tumbas despertó en mi alma un pesar que ahora no es ya más que un recuerdo sagrado. Ignoro cuánto tiempo estuve allí, sin que nadie me viera y apoyada contra el tronco del gomero, cuyas ramas me ocultaban en parte; pero de pronto oí pasos sobre la hierba seca, y sospeché que Ester estaba al otro lado del árbol á pocos pasos de mí. Hablaba en alta voz, y así la agitación de ésta como las palabras y el rumor de pasos en la hierba persuadiéronme de que no estaba sola, por lo cual no quise dejarme ver, pensando que mi presencia sería enojosa en aquel instante. Supuse que se alejarían de allí pronto, y confiaba en que Ester no sentiría que yo conociera su secreto.

–¿Está usted seguro de que me ama?, decía la joven. ¿Está usted completamente seguro?

–¿Cómo no he de estarlo?, contestó la voz del capitán Fenwick. Hace ya tiempo que la adoro con locura; pero temía decírselo, pues no pensaba usted más que en los bosques, y mostrábase siempre muy esquiva en mi presencia. ¿Sería tal vez porque yo no la inspiraba á usted la menor simpatía?

–No, seguramente no era por eso, y tal vez algún día, añadió con acento de tristeza, sabrá usted lo que significaba...

Al decir esto interrumpióse, dejando escapar un ligero grito, y aunque no podía ver, parecióme que el capitán acababa de rodear con su brazo la cintura de la joven como para sostenerla.

–Ya nada importa, añadió con extraño acento; todo es indiferente.

El capitán murmuró algunas palabras, de amor sin duda, y besó la frente de Ester: luego nada se oyó; hubiérase dicho que en aquel instante no existía para aquellos dos seres el mundo exterior, con sus locuras y sus tristezas y sus sórdidos intereses, y yo pensé en los contrastes de la vida, en el pesar producido por la muerte y en la alegría que causa un nacimiento.

–¡Oh! No debí venir á este sitio, dijo Ester con voz que revelaba el terror, y me parece muy mal pronóstico que me hable usted de su amor junto á esas tumbas. ¡Casi me espanta, y no sé por qué se me figura que le haré desgraciado!

–Adorada Ester, repuso el capitán, en esta entrevista he sido más feliz que lo fuí nunca. No hay pronóstico triste para aquellos que de veras se aman, y no me explico ese temblor, ese espanto. ¡Supersticiosa niña! Volvamos al cobertizo y aún llegaremos á tiempo para bailar el vals.

La joven consintió, y los dos se alejaron rápidamente.

Como estaba cansada, me retiré á mi aposento antes de que terminara el baile, y aún no había pensado en acostarme, cuando oí la voz de Ester cerca de mí.

–¿Se puede entrar?, preguntó.

Contesté afirmativamente, y al punto corrióse la cortina divisoria y apareció la joven.

–Ya supuse que no estaría usted dormida todavía, porque con el ruido que hacen por ahí fuera no es posible cerrar los ojos. Creo que los negros han bebido un poco más de lo regular. ¿Sería demasiada franqueza rogar á usted que me desabrochara el vestido?

Hice lo que deseaba, y en seguida se fué á su cuarto; pero volvió muy pronto, con bata blanca y el cabello suelto. Jamás había visto una mujer tan encantadora.



1. MAÑANA DE OTOÑO, cuadro de D. José M.ª Marqués. – 2. DESCANSO, cuadro de D. José M.ª Tamburini. – 3. RECUERDOS DE LO QUE FUÉ, cuadro de D. Juan Guzmán
4. RECUERDOS DE GRANADA, cuadro de D. Isidoro Marín. – 5. EL PRIMER DISGUSTO, cuadro de D. Fernando Cabrera
6. BORRACHO, cuadro de D. Luis Graner. 7. RECUERDO DE SEVILLA. – 8. LA FIESTA DE LAS PALMAS EN SEVILLA, cuadros de D. Tomás Muñoz Lucena

Ester fué á sentarse al pie de mi cama y pasaron dos ó tres minutos sin que me hablase, pero unía y separaba sus manos alternativamente con un movimiento nervioso. Tan pronto palidecía como se sonrojaba, y á veces echaba la cabeza hacia atrás como si la molestara el cabello y sonreía para sí; sus ojos brillaban como luceros y una suave agitación estremecía todo su cuerpo.

Harto conocía yo la causa de esta agitación, pero además observé en la joven la misma mirada de temor que había observado antes y que tan singularmente se mezclaba con una expresión de infinita ternura. Sin embargo, ya tenía yo la clave del enigma, y esperaba que la joven me hablase.

– No me tenga usted por tonta, señora Oliver;... no puedo descansar porque soy á la vez sumamente dichosa y desgraciada. Siento deseos de hablar ó de hacer algo para no entregarme á mis reflexiones, y no me atrevo á acostarme porque seguramente mi imaginación volaría demasiado. Permítame usted permanecer aquí un rato.

– Tanto como usted quiera, contesté, porque yo tampoco tengo sueño. Estoy segura de que esta noche le ha sucedido á usted algo que le causa alegría más bien que tristeza.

– Sí, algo ha sucedido, contestó, estremeciéndose ligeramente. Dígame usted, señora Oliver, si sabe lo que es amar con el alma y el corazón, y cerciorarse de que la persona á quien se consagra el más tierno cariño corresponde de igual manera. Si á usted le ha sucedido esto, comprenderá lo que me pasa esta noche.

Al oir esto, no vacilé en confesar á la joven que había asistido invisible á su entrevista con el capitán en el cementerio; después la besé como á una hija, y díjele que lo comprendía todo; su soledad, sus sentimientos, sus dudas y su alegría; y añadí que en todo esto simpatizaba con ella.

La pobre joven me estrechó entre sus brazos.

– ¡Oh!, exclamó, usted no sabe... no puede saber... ¡Si mi madre viviera, si la tuviera á mi lado! ¡Qué sola estoy, Dios mío!

Al decir esto prorrumpió en sollozos, y parecióme que estaba sobrexcitada en extremo; procuré consolarla, diciéndole que, siendo correspondida en su amor, nada tenía ya que temer, y no le faltaría quien la protegiese.

– Sí, el capitán me ama, dijo Ester, tranquilizándose de pronto; no lo he sabido hasta esta noche, y ha pasado mucho tiempo sin que nos comprendiéramos, pero en la reciente entrevista nuestros corazones han hablado. Y esto no obstante, yo no pensaba amarle; me resistía tenazmente á ello, y cuando comencé á creer que solamente se fijaba en mí, luché para evitar su encuentro. Hace algún tiempo, sin embargo, todo ha sido inútil, y ya no he tratado de oponer obstáculo á mi afecto. La suerte está echada para mí, y debo aceptarla sea la que fuere. He pensado que aún puedo disfrutar algunos pocos días de felicidad, aunque deba comprarlos á costa de mi vida.

– Hija mía, repuse, algo perpleja al oir estas palabras, no creo que aquí pueda haber ninguna cuestión de vida ó muerte. ¿Por qué ha de luchar usted contra lo que es natural y justo?

– ¡Oh! Usted no sabe..., exclamó Ester. ¡Si me atreviera á decírselo!... Y sin embargo, no estaría en su mano ayudarme en nada... ¡A nadie le sería posible hacerlo!

– Creo que puede usted confiar en mí, repuse.

– Ya lo sé; lo comprendí así á las primeras palabras que hablamos, pero inútil fuera explicárselo ahora... Me propongo ser feliz estos tres días, resulte de ello lo que quiera... Estoy en mi derecho, y usted misma lo reconocerá así.

Al decir esto, la joven se levantó y comenzó á dar vueltas por la habitación como una fiera en su jaula.

– Me parece que le revelaré á usted el secreto, dijo después de una pausa, pero no ahora todavía. Hace poco leí en un libro que en la Conserjería los prisioneros bailaban por la noche y se hacían el amor, aunque no ignoraban que el día menos pensado su nombre figuraría en la lista de las víctimas de la revolución y que alguna mañana el ejecutor se presentaría para conducirlos á la guillotina. Yo me encuentro en el mismo caso, y hasta que llegue mi verdugo quiero estar alegre... y seré feliz también.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, oyóse otra vez el fragor del trueno lejano; Ester se estremeció, deteniéndose de pronto, y yo recordé al punto la advertencia de Jim Harkness.

– Ester, dije, la tempestad es lo que en parte contribuye á sobrexcitar á usted, porque el trueno afecta sin duda su sistema nervioso; pero lo más extraño es que me han encargado advirtiese á usted que habría tormenta á eso de las dos de la madrugada.

Ester palideció al oir esto, y en la expresión de sus facciones reveló el más profundo terror.

– ¡Que habría tempestad á las dos de la madrugada!, murmuró. ¿Y la encargaron á usted que me lo advirtiese? ¿Quién se lo dijo?

– Un hombre que estaba fuera del cobertizo, con la vista fija en usted mientras bailaba; es el mismo de quien me ha hablado usted esta tarde, Jim Harkness.

– ¡Ah!, exclamó Ester.

Jamás he visto en rostro humano un cambio tan extraño y repentino como el que entonces se produjo en el de la joven; la luz y la vida desaparecieron de él; las facciones quedaron del todo rígidas y los ojos desmesuradamente abiertos é inmóviles.

En el mismo instante dieron tres golpes rápidos y secos en la ventana de la habitación interior, acompañados de un silbido particular; mas hubiérase dicho que la joven no oía nada, pues permaneció inmóvil como una estatua de piedra. La señal, pues tal parecía, se repitió, y yo me alarmé, porque todo estaba silencioso; solamente de vez en cuando llegaba hasta nosotras, desde el campamento, el rumor de cantares y ruidosas carcajadas.

– Ester, dije, voy á llamar. ¿No oye usted? Me parece que alguno trata de entrar...

Y ya me dirigía á la puerta, cuando la joven, volviendo en sí de pronto, me detuvo.

– ¡Silencio!, exclamó; no haga usted ruido ni despierte á nadie. He aquí la confirmación de mi pronóstico. El ejecutor ha llegado y... debo salir á su encuentro.

Y cogiéndome del brazo, acercóme á la cortina divisoria.

– Es necesario que me acompañe usted... No tema nada, pues nadie le hará daño. Deseo que permanezca junto á mí para oirlo todo, pero no pronuncie una sola palabra ni tampoco intervenga en la cuestión... á menos que...

Ester se interrumpió, dejando así ancho campo á mis suposiciones. Su aposento, así como el mío, era estrecho y largo, y en una extremidad del mismo había la ventana, cuyos postigos estaban entornados en aquel instante. En la mesa tocador ardía una luz; Ester la apagó, y acercándose después á la ventana, abrióla de par en par. Al pie de ella, se veía un grupo de naranjos; y por cierto que mientras viva asociaré el penetrante perfume de sus flores con aquella misteriosa entrevista á media noche. La ventana daba sobre un obscuro rincón del jardín, y formando ángulo recto con ella elevábase un rústico pabellón, en el cual se destacaba la figura de un hombre. A la luz de la luna, que penetraba á través del follaje de los árboles, reconocí al mismo con quien había hablado antes, á Jim Harkness.

Ester oprimía mi mano, pero su acento no fué tembloroso cuando habló.

– Puede usted entrar, Jim, dijo, y manifestarme cuanto guste; mas le advierto que no estoy sola;... me acompaña la señora Oliver.

El hombre penetró en la habitación, adelantó dos pasos y detúvose de pronto, contemplando á Ester.

Aunque la luz del astro de la noche no era muy clara, pude reconocer por la movilidad del rostro de Jim que éste se hallaba bajo el imperio de las más encontradas emociones, la ternura, la ansiedad, el frenesí y los celos. Su aspecto era muy varonil; tenía cabello castaño y ensortijado, facciones regulares, algo toscas, bigote espeso, dentadura muy blanca y una expresión resuelta: sus grandes ojos parecían despedir fuego mientras miraba á Ester.

– Me alegro, dijo al fin, que reconozca usted mi derecho de estar aquí.

– No reconozco que tenga ninguno sobre mí, Jim, replicó Ester, por lo menos hasta que yo haya cumplido veintiún años, y para esto faltan aún tres días.

CABEZA DE ESTUDIO, de Adolfo Menzel

Jim se adelantó un paso más hacia la joven, levantando las manos con ademán de impaciencia, y después detúvose de nuevo.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE MÚSICA Y TEATROS, DE VIENA.—EL TEATRO CHINO

—¡Dios mío!, exclamó; parece que toma usted las cosas con mucha frialdad...

—¿Lo cree usted?, repuso Ester. Pues voy á decirle la causa. Es porque estoy desesperada..., porque comprendo que, sean cuales fueren las consecuencias, esta entrevista será el fin de cuanto pudiera haber entre nosotros.

—¡El fin!, repitió Harkness. ¿Le parece á usted así?... Pues yo creo más probable que será el principio. Sin duda me toma por hombre de muy buena pasta, imaginando que voy á quedarme aquí fuera como un perro, para verla bailar con ese odioso caballerito de Sidney, mientras escucha embelesada sus palabras de amor, en tanto que á mí se me considera como un paria,... como un patán que apenas tiene derecho para sostenerla el estribo;... á mí, que la he tenido en los brazos, que soy su dueño y que daría mi vida por usted...

Jim se interrumpió, dejóse caer en una silla, junto á la mesa en que Ester había dejado su ramo de flores y ocultó el rostro entre las manos.

Ester, conmovida sin duda, dejó escapar un hondo suspiro, soltó mi mano y dió un paso hacia Harkness.

—Lo siento mucho, Jim, le dijo, pues en cierto modo, comprendo que es muy duro para usted...

—¿Qué es lo que siente usted?, preguntó Jim, levantándose bruscamente. ¿Podrá causarle pena hacer de mí el hombre más feliz de este mundo, si así le place?... Una sola palabra, Ester, y lo olvidaré todo... He recorrido centenares de millas para llegar á este sitio, solamente porque me dijeron que usted asistiría á las carreras; pensé que sería mi única probabilidad de hablarle, y héme aquí; pero he sufrido mil tormentos mientras la veía bailar, oyendo su dulce voz... ¿No merece Jim una recompensa? ¿No me dirá usted que se alegra de verme?

Al oir estas palabras, Ester retrocedió vivamente.

—No, Jim, contestó; lo siento por usted; pero yo no puedo decir eso, ni tampoco me es posible recompensarle. Todo concluyó entre nosotros cuando reconocí la deplorable imprudencia que había cometido.

—¡De modo que me rechaza!, exclamó Jim, irguiéndose con altanería. ¡Vamos, Ester, que se retire esa señora, y ventilaremos la cuestión entre los dos!

Ester retrocedió más aún, fijando en mí una mirada de angustia. En aquel instante era tan iracunda la expresión de Jim y tan amenazador su aspecto, que temiendo que la joven cediera, me interpuse.

—Señor Harkness, dije, no me separaré ahora de Ester, y no creo decoroso que permanezca usted aquí... Usted es quien debe retirarse.

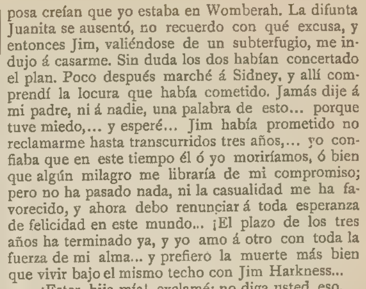
—Está bien, replicó Jim; así lo haré.

Y volviéndose hacia la joven añadió:

—Advierto á usted, Ester, que sería peligroso apurarme la paciencia... Estoy loco de amor, y los celos me perturban... Le repito que soy peligroso;... y bueno es que entienda usted, así como su amiga, que pienso ser el amo.

Y por un rápido movimiento cogió del brazo á la joven; pero ésta, dando un grito, consiguió desasirse.

—¡No me toque usted!, exclamó con voz ahogada, pues le odiaría más de lo que ya le odio.



La vehemencia con que Ester dijo estas palabras, produjo sin duda honda impresión en Jim, pues cuando contestó revelábase en su acento más bien la angustia que la cólera.

—¡Es decir, repuso, que he venido para oir de sus labios que me odia! ¡Y para esto he cumplido mi promesa de no exigir nada de usted hasta que cumpliera los veintiún años!... ¡Y así es como recompensa mi honrado proceder, mi rectitud!

—¡Su rectitud!, repitió Ester. ¡Qué sarcasmo! ¿Es por ventura honroso abusar de la ignorancia de una niña, aprovechándose del abandono en que se halla para hablarle de amor? ¿Es propio de un caballero utilizarse de las ideas románticas de una joven, y valerse del engaño para inducirla á consentir en un casamiento secreto?

¡Casamiento!... Al oir esta palabra no pude reprimir una exclamación de asombro, la cual tuvo por eco otra, más sorda, más ahogada, el gemido angustioso de un hombre, que mi amiga no oyó sin duda en aquel momento de sobrexcitación y de cólera.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE MÚSICA Y TEATROS, DE VIENA.—EDIFICIO PARA CONCIERTOS

Y mientras Ester hablaba, parecióme percibir rumor de pasos en el jardín; miré á la ventana, y á la luz de la luna vi al capitán Fenwick, que saliendo de la sombra de los naranjos penetró en la habitación y detúvose de pronto como asombrado.

—Ester..., comencé á decir; pero la joven levantó una mano como para imponerme silencio.

—Sí, dijo; ya lo sabe usted; ahora no puede haber secreto;... hace tres años que me casé con *él*.

Otra vez se oyó el mismo gemido de antes; pero Ester, como si no lo oyera, siguió hablando precipitadamente.

—Sí, quiero que lo sepa usted todo, señora Oliver. Yo acostumbraba á pasear á caballo todos los días con Jim y su hermana, que murió más tarde á consecuencia de una caída; y cierto día me condujeron á Waratah, cuando el superintendente y su esposa creían que yo estaba en Womberah. La difunta Juanita se ausentó, no recuerdo con qué excusa, y entonces Jim, valiéndose de un subterfugio, me indujo á casarme. Sin duda los dos habían concertado el plan. Poco después marché á Sidney, y allí comprendí la locura que había cometido. Jamás dije á mi padre, ni á nadie, una palabra de esto... porque tuve miedo,... y esperé... Jim había prometido no reclamarme hasta transcurridos tres años,... yo confiaba que en este tiempo él ó yo moriríamos, ó bien que algún milagro me libraría de mi compromiso; pero no ha pasado nada, ni la casualidad me ha favorecido, y ahora debo renunciar á toda esperanza de felicidad en este mundo... ¡El plazo de los tres años ha terminado ya, y yo amo á otro con toda la fuerza de mi alma... y prefiero la muerte más bien que vivir bajo el mismo techo con Jim Harkness...

—¡Ester, hija mía!, exclamé; no diga usted eso.

El capitán estaba detrás de la joven, y ésta se cogió á él con expresión desesperada.

—¡Oh!, exclamó; ¿cómo ha sabido usted?... ¿Por qué ha venido?

—Estaba en el jardín, sabía que éste era el aposento de usted, oí un grito y he venido para ver si ocurría algo.

Después, volviéndose hacia Jim, añadió con acento de reconcentrada cólera:

—¡Infame! Si necesitaba usted decir algo á esta señorita, debía elegir otra ocasión y otro sitio más propio que éste. Pienso que puede ser dudosa la legitimidad de ese matrimonio, conseguido por un engaño del que Ester es la víctima, y en este asunto deberán entender el padre y los tribunales.

Al contemplar al capitán, con su marcial aspecto, su arrogante actitud y su aire distinguido, y al oir su voz, ahogada por la cólera, pero tan diferente en sus modulaciones de la de Harkness, no pude menos de participar de la repulsión de Ester hacia semejante marido, sintiendo, como ella, que algún incidente no la hubiese librado de tal hombre.

Aquella dramática situación no me infundió mucha inquietud, ni temí que tuviese graves consecuencias, aunque por el pronto pensé que Jim se precipitaría sobre su rival; tal era la expresión de odio y de furor que se pintó en su fisonomía.

El capitán Fenwick, con los ojos brillantes de indignación, parecía dominar con su mirada al otro, del mismo modo que la del loquero impone al demente; pero de pronto, la fisonomía de Harkness tomó tal expresión de terrible calma, que temí algo funesto, aunque por el pronto fué un alivio para los actores de aquella escena.

—Soy su esposo, dijo con reposado acento, y desafío á todos los tribunales de Australia á que nieguen mi derecho; le tengo para conducir á mi esposa á mi propia casa; también para ordenarle á usted que salga al punto del aposento de mi mujer, de quien sólo podría ser amante...

—Sí, pero no tiene usted derecho para injuriarnos á ella y á mí... ¡Cuidado con lo que dice!...

Ester se interpuso, y desviándose del brazo con que rodeaba su cuerpo el capitán, cogió una mano de ésta, que besó con apasionamiento, y exclamó, brillantes los ojos de indignación:

—Sí, es mi amante, mi leal amante, y le doy ahora



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE MÚSICA Y TEATROS, DE VIENA.—EL TEATRO



LA FIESTA DE LAS FLORES EN LA ANTIGU



ROMA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE G. MUZZIOLI

la mayor prueba de mi confianza y de mi inalterable amor: también nosotros hemos tenido nuestro momento de felicidad que vale por mi vida entera; pero ahora he de renunciar á ella, y esta habrá sido nuestra última entrevista, después de la cual nos separaremos para siempre.

–No, Ester, no nos separaremos para siempre, dijo el capitán; veamos primero si los tribunales reconocen la legalidad de ese matrimonio, que tal vez resulte nulo. La ley del amor es muy poderosa, y en nombre de ella me declaro desde ahora defensor de usted.

Jim no decía nada; mas parecióme que se esforzaba para contenerse, y me atemorizó su aspecto, pues figuréme estar viendo una fiera rabiosa en el momento de ir á caer sobre su presa. Había algo terrible y nada natural en su profundo silencio y en su inmovilidad; tenía la cabeza inclinada; sus ojos brillaban singularmente bajo las espesas cejas; y con la mano apoyada en la cadera, oprimía los cordones de su cinturón de cuero con un movimiento nervioso, como para reprimir su furor. En todo esto pensé más tarde, pues en aquel instante no podía darme bien cuenta de mis impresiones, porque toda mi atención se fijaba en Ester y en la mirada de éxtasis que dirigía al hombre á quien amaba.

–Mañana mismo, dijo la joven, volviéndose hacia el capitán, nos despediremos para siempre; ahora sabe usted ya toda la verdad, y creo que esto basta para que se aleje de mí, y si de veras me ama, no trate de volver á verme. Dispénseme usted por haberle ocasionado esta pena, y consuélese recordando que usted es el único hombre á quien amaré en mi vida; pero seguramente no tardará en olvidarme, porque encontrará mujeres que valgan más que yo. Por lo que hace á Jim, no hemos de vituperarle tanto; cierto que me indujo á consentir en lo que era una verdadera locura, abusando de mi ignorancia; pero ni él ni Juanita conocían mis ideas románticas, ni sabían tampoco á qué extremos podía conducirme mi carácter. Lo que no puedo perdonar á Jim es que combinase el plan secretamente y me engañara diciéndome que perdería mi buen nombre y mi reputación si no me casaba con él.

Y volviéndose á Jim, añadió:

–Todo cuanto ha hecho usted ha sido inútil. Podrá usted decir lo que guste á mi padre, á los jueces y á los abogados; podrá arrastrarme hasta su casa si en ello se empeña; pero me arrancaré la existencia antes que vivir con usted como su esposa bajo el mismo techo... Lo he dicho ya, y ahora lo juro delante de usted, de la señora Oliver y del hombre á quien amo con todo mi corazón y el único á quien podía pertenecer.

Apenas había pronunciado Ester las últimas palabras, vi brillar algo en el aire, algo en que se reflejó la luz de la luna con la rapidez del relámpago: era el cuchillo de Jim. Yo no sé lo que entonces pasó, y aún me estremezco al recordar vagamente aquélla horrible escena: vi brillar el arma, oí el grito de la joven al caer, y la voz del capitán Fenwick, que exclamaba con acento de angustia: «¡Dios mío, la ha matado!»

Jim Harkness, inmóvil en el mismo sitio, profirió una espantosa carcajada.

–¡Sí, dijo con una calma terrible, le he atravesado el corazón! Tenía intención de matarla, y ya está hecho... Era mi mujer, y usted quería arrebatármela... ¡Ah! Llévesela ahora si así le place; y si quiere guardarla hasta que los gusanos vengan á buscar su presa, yo no me opondré á ello. Ester ha muerto y yo he sido su verdugo. ¡Llame usted á su padre y á todos cuantos usted quiera; me entregaré sin resistencia, repitiendo siempre ante mis jueces que mi intención era matar á Ester!

. . . .

Tal fué la tragedia de Dugandine, y bastó para que aquel año no se celebrasen las carreras de caballos en Ubi.

Ester se halla enterrada en el pequeño cementerio, y al pie de su tumba, sobre la cual se eleva una cruz de mármol blanco, planté un arbusto que al año siguiente estaba cubierto de flores, de las cuales envié una al hombre que tanto la amó en vida.

En cuanto al capitán Fenwick, presentó su dimisión y marchó á Inglaterra para olvidar aquel sangriento drama.

Jim Harkness no fué citado ante el tribunal, ni se le siguió causa por su delito, ni tampoco se hizo pública la historia de su casamiento secreto; pero á los dos días de haberse cometido el crimen, Jim murió en un paroxismo de locura, y siempre se supuso que Ester Boulton había sido víctima de un demente, irresponsable según las leyes.

TRADUCIDO POR E. L. V.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.–La Asociación Artística de Barmen ha adquirido por 15.000 pesetas el cuadro de Carlos Becker *Don Juan de Austria en presencia de Carlos V.* El cuadro del propio artista *Herederos alegres* ha sido adquirido por el emperador de Alemania.

–M. Alfredo Bruneau, autor de la música de *Le Réve* hace poco estrenada en París, está terminando la de una ópera titulada *L' Attacque du Moulin*, como aquélla basada también en una novela de Zola.

–En el mes de septiembre se inaugurará en Vannes, patria de Lesage, un monumento erigido á la memoria del autor de *Gil Blas*: la obra del escultor Emerand de la Rochette representa el busto del célebre escritor puesto en un pedestal, en el que una campesina deposita una rama de laurel y algunas flores silvestres.

–En el concurso celebrado en Alemania para el monumento que ha de erigirse en honor del emperador Federico en el campo de batalla de Worth, se han concedido tres premios de 5 000 pesetas á los proyectos de Maximiliano Baumbach, Maison y Hidding, habiendo sido confiada al primero la ejecución definitiva de la obra.

–La colección de antigüedades de los museos de Berlín se ha enriquecido con un busto de mármol perfectamente conservado que se considera como obra del arte ático del siglo v y que se cree ser el retrato de Anacreonte.

–El célebre compositor Francisco Suppé está escribiendo en Viena la música de una nueva opereta titulada *Telémaco*.

—Con motivo de las fiestas del centenario del descubrimiento de América se estrenarán en Génova cuatro óperas cuyo protagonista en todas ellas será Cristóbal Colón: una de ellas ha sido escrita por el barón Franchetti, autor de *Israel*, y se pondrá en escena en el Carlo Felice.

Varia.—En el palacio de Queen's Gate, de Londres, se han dado tres curiosas representaciones de hermosos cuadros al vivo, á beneficio de la Escuela real de Labores de aguja: los cuadros, primorosamente dirigidos por la condesa de Cottenham y Mistress Tyssen Amherst, eran de asuntos históricos relacionados con las materias objeto de enseñanza en la citada escuela, habiendo llamado especialmente la atención los que representaban: á la reina Matilde y á las damas de su corte bordando tapices de Bayeux; la entrevista entre la reina Carolina y Juana Deans, en la que aquélla entregó á ésta un costurero con un billete de 50 libras esterlinas, y la aparición de un ángel á Santa Elena mientras ésta estaba bordando. Los trajes eran riquísimos y apropiados á las distintas épocas (egipcia, griega, bizantina, normanda, medioeval, de los Tudor y del rey Jorge), habiendo terminado la función con un cuadro alegórico en que la diosa Industria apareció rodeada de personajes simbolizando todos los materiales que entran en las labores de aguja, seda, lana, algodón, lino é hilos de plata y oro.

–Con motivo de la inauguración de una feria para conmemorar el centenario de la fundación de la Escuela de huérfanas de francmasones de Escocia é Irlanda, organizóse en los salones de la Sociedad Real de Dublín una fiesta en extremo original: un *whist* musical con naipes vivientes. Las principales cartas de la baraja estaban representadas por ilustres damas y caballeros de la sociedad escocesa, y las menos importantes por las educandas de la citada escuela: las primeras lucían ricos y caprichosos trajes, y las segundas, como les está prohibido quitarse el uniforme, llevaban sobre éste grandes cartones figurando las cartas respectivas, y todas juntas ejecutaron, al compás de una música compuesta *ad hoc*, varias elegantes figuras que simbolizaban todas las jugadas del *whist*. La diversión resultó sumamente entretenida y muy original, y de seguro que la idea en ella desarrollada no será echada en saco roto por algún director de escena, que la utilizará para alguna de esas piezas de gran espectáculo tan en boga en los principales teatros.

–En Alemania se está terminando un tren de lujo para el emperador, en cuya construcción se trabaja hace tres años y que costará 3.750.000 pesetas. Compónese de doce coches que comunican entre sí por corredores, entre ellos un salón-biblioteca tapizado con Gobelinos procedentes de Charlotenburg, un comedor cuyos muebles y paredes son de roble, un salón tapizado de raso blanco, dos vagones para los niños, un salón de recepción con grupos y estatuas de mármol, un lujoso fumadero, tres dormitorios con tocador y cuarto de baño, una hermosa cocina y varios compartimientos para el séquito y la servidumbre.

–En Londres se ha inaugurado en el Earls Court una Exposición internacional de Horticultura y Floricultura, en la que pueden apreciarse los progresos de estas dos ramas de la actividad humana desde los tiempos más remotos hasta nuestros días: en la sección retrospectiva se admiran bellas reproducciones de los jardines de Egipto, con su avenida de esfinges terminada por un templo faraónico; de Roma, con sus nichos llenos de estatuas clásicas y sus cuadros de verdura tales como los describe Plinio; de Grecia, de los campos de te de la India y de Ceilán, y de los jardines chinos, japoneses é ingleses de pasadas épocas. En la sección moderna hay hermosas muestras de jardines holandeses, belgas, italianos, franceses y alemanes.

NUESTROS GRABADOS

De sobremesa, cuadro de Pío Joris.– Este pintor italiano es uno de los que con más acierto han logrado reproducir en el lienzo los tipos y las costumbres de las clases media y baja de su patria, y de los que con más gracia saben tratar los asuntos que unos y otras le inspiran. Dígalo en prueba de ello, el encantador grupo de estas romanas que aprovechando el día de fiesta se han vestido con sus mejores galas y en alegre comitiva han ido á comer en una de esas *villas* encantadoras que se encuentran en las cercanías de la Ciudad Eterna. La expresión de todos los rostros y las actitudes del lector y de las oyentes están trazadas de mano maestra, realzando las bellezas de las figuras las paredes cubiertas de estatuas y la frondosa alameda que les sirven de fondo.

El niño y el perro, dibujo de Luis Boilly.– Fué éste uno de los pintores franceses más famosos á fines del siglo pasado y principios del presente: dedicóse principalmente á los cuadros de género y á los retratos, distinguiéndose la mayoría de sus obras por su frescura y espontaneidad, cualidades que pueden observarse en el dibujo suyo que reproducimos. En sus últimos años dedicóse á la litografía, dando pruebas en este arte de prodigiosa fecundidad, y alcanzando con sus bellísimas producciones en este género una popularidad extraordinaria.

1.–Mañana de otoño, cuadro de D. José María Marqués.–2. Descanso, cuadro de D. José María Tamburini.–3. Recuerdos de lo que fué, cuadro de D. Juan Guzmán.–4. Recuerdos de Granada, cuadro de D. Isidoro Marín.–5. El primer disgusto, cuadro de D. Fernando Cabrera.–6. Borracho, cuadro de D. Luis Graner–7. Recuerdo de Sevilla.–8. La fiesta de las palmas en Sevilla, cuadros de Tomás Muñoz Lucena.– Si los artistas españoles contemporáneos han logrado seguir las huellas de sus predecesores, cábele á Barcelona la gloria de reunir periódicamente sus obras en un Salón fundado por la iniciativa particular. Allí, en la Galería Parés, puede estudiarse el movimiento artístico español, puesto que en cada una de las exposiciones anuales que en ella se verifican, figuran obras de la mayor parte de nuestros artistas. Prueba de ello son los ocho lienzos que reproducimos, debidos á igual número de pintores de distintas provincias. En cada uno de ellos hállase fotografiado el carácter de su autor, el género que cultivan y las cualidades que poseen.

La mañana de otoño, de D. José María Marqués, es un bonito estudio del natural, fresco y jugoso, avalorado con cierta vaguedad que presta al paisaje poético encanto, circunstancia que se observa en la mayoría de sus composiciones, cual si el pintor rindiera culto á la idealidad. Y téngase en cuenta que Marqués no cultiva solamente el paisaje, ya que en la pintura de género ha producido algunas obras de mérito en las que se demuestra por completo el sentimiento artístico que rebosa en su alma.

El *Descanso*, de D. José María Tamburini, denuncia esa conjunción admirable que es causa del encanto que inspiran todas las obras de este pintor, esto es, pintor por la forma, poeta por el sentimiento. Tamburini es uno de los artistas que más honran á Cataluña, distinguiéndose como buen colorista, y aunque, quizás, extrema un tanto la belleza en su afán de dar á la forma mayores atractivos, recomiéndase siempre por la seguridad de los trazos y la exactitud de los tonos.

Recuerdo de lo que fué es una bella composición, genuinamente española, perfectamente estudiada y que revela en su autor, el genial pintor andaluz Juan Guzmán, la posesión de cualidades estimables, avaloradas por un espíritu observador. El músico callejero es tal vez el retrato de uno de esos tipos populares.

Varios cuadros de caballete, todos ellos apuntes y recuerdos de Granada, expuso el joven pintor granadino Isidoro Marín, cuyo nombre constituye una esperanza para el arte patrio, tan necesitado hoy, á pesar de la abundancia de producción, de continuadores de la buena escuela. En todos los cuadros notábase esa brillantez de tonos y matices que constituyen la tierra andaluza, en donde el sol brilla con más fuerza y todo vive y se anima.

El primer disgusto se titula el cuadro que remitió desde Alcoy el laureado autor de *Los huérfanos*, el distinguido discípulo del malogrado Plasencia, Fernando Cabrera. Sencillo es el asunto escogido por el joven pintor, pero aun así ha sabido imprimirle cierto sentimiento que cautiva.

Luis Graner presenta otro tipo de borracho, tan recomendable como lo son los variadísimos estudios de tipos que de continuo nos ofrece, á los que debe la ejecutoria que el público le ha concedido de inteligente y laborioso artista. Sorprende su portentosa labor, con mayor motivo cuando todas sus obras son trasunto fiel de la realidad y sin que el amaneramiento destruya sus cualidades de excelente y vigoroso colorista.

Recuerdo de Sevilla, *La fiesta de las palmas* y varios estudios emitió Tomás Muñoz Lucena, el muy discreto autor del cuadro titulado *Las lavanderas*, que tanto interés despertó en la última Exposición Nacional de Bellas Artes. El Sr. Muñoz Lucena no es un artista novel, y aparte del lienzo á que nos referimos, ha producido otras obras de mérito, á las que debe su bien cimentada reputación artística. Es un pintor de alientos, que cultiva el arte con fervoroso entusiasmo.

Cabeza de estudio dibujo de Adolfo Menzel–Entre los primeros pintores contemporáneos alemanes figura el artista cuyo es el dibujo que reproducimos: contemplando éste puede formarse concepto aproximado de las excelentes cualidades que adornan á Menzel; aquellos rasgos vigorosos, espontáneos, seguros; aquel claroscuro perfectamente entendido, aquella sobriedad que en toda la obra se advierte, revelan una potencia de creación privilegiada y una ejecución de primera fuerza que adquieren mayor relieve en las obras de más empuje del propio autor.

Exposición universal de Música y Teatros, de Viena. – El teatro chino.–El teatro.– Edificio para conciertos.–El departamento principal de esta Exposición está instalado en el edificio central de la rotonda que se construyó para la Exposición de 1873; las galerías laterales son la del Este para el drama y la del Oeste para la música. El teatro es un hermoso edificio de estilo Renacimiento capaz para 1.500 espectadores y construído según los planos de los arquitectos Fellner y Helmer, los arquitectos teatrales por excelencia de Viena: en él se representarán óperas, dramas, comedias, etc. El edificio para conciertos, donde caben 2 200 oyentes, 150 músicos y 300 coristas, ha sido edificado según los planos y dibujos de Marmorek, arquitecto director de la Exposición: también son de éste los planos y dibujos del teatro chino, en donde se darán representaciones de sombras chinescas, pantomimas y fantoches.

La fiesta de las flores en la antigua Roma, cuadro de G. Muzzioli. – Representa este cuadro una de las más interesantes fiestas religiosas de la Roma pagana, la consagrada á Flora, la diosa de las flores, de los jardines y de la primavera. Celebrábase cuando los campos estaban en flor, y los licenciosos romanos entregábanse durante ella á los más desenfrenados excesos.

Una imaginación brillante y un talento artístico como los de Muzzioli no podían menos de sacar gran partido de asunto tan pintoresco, y la verdad es que el cuadro *La fiesta de las flores* es bajo todos conceptos digno del pincel que produjera entre otras obras bellísimas *Los funerales del Británico*, *¡Al fin!*, *En acecho*, que ya conocen los antiguos suscriptores de esta ILUSTRACIÓN.

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Rada de la Goleta, 27 *septiembre* 1881.

Durante largo tiempo no debía volver á ver á Magdalena, y apenas hubiera pensado en ella á no ser por los terribles acontecimientos de que Versailles y París fueron teatro.

¡Oh, qué crueles fueron aquellos años de 1870 y 71! ¡Qué recuerdos tan indelebles han dejado en mi espíritu! ¡Qué sentimientos de odio han infiltrado en mi corazón!

Casi hombres, casi oficiales, acuartelados en nuestro buque, en la rada de Brest, escuchábamos frenéticos aquellas desastrosas noticias que se sucedían rápidas como los rayos en una tempestad de los trópicos. Forbach, Sedán, el emperador prisionero, todo un ejército cautivo, los prusianos que se acercaban cada vez más...



Llega un día en que el hijo se marcha...

Comprendiendo nuestra inutilidad y conocedores de todos aquellos desastres, vertíamos lágrimas de cólera y de impotencia, consolados pasajeramente por las hazañas de nuestros almirantes y oficiales, enviados al teatro de la guerra. ¡Cuántos elogios se hacían de ellos! ¡Qué ejemplos de disciplina y de valor nos daban! En medio de nuestra desesperación, estábamos orgullosos de formar parte de aquel cuerpo escogido. También nosotros queríamos marchar; lo habíamos solicitado; teníamos diez y ocho años; cada cual sabía manejar el fusil y el cañón, y nuestros brazos no habrían sido inútiles. Se vaciló... Muy pronto fué demasiado tarde... El círculo fatal se había estrechado ya; París estaba cercado...

Mis padres habíanse refugiado en la capital, y anunciáronme que la familia de Nessey había hecho lo mismo; el conde, volviendo al servicio activo, hallábase en un fuerte de Montrouge sin perder el valor; en París se esperaba siempre...

Después no recibí ya noticias de aquellos á quienes amaba y que se hallaban expuestos á los horrores del hambre y del bombardeo... Y todos los días, todos los días aumentaba el número de los desastres...

* * *

Rada de Túnez, 28 *y* 29 *septiembre* 1881.

No puedo recordar ese pasado doloroso sin experimentar mortales angustias. Ayer la pluma temblaba ya de tal modo entre mis dedos, que debí dejarla; mi corazón latía con demasiada fuerza, y mi pensamiento volaba, mostrándome á la vez todas las fases de aquel largo sitio de cuatro meses y medio y la heroica locura que París cometía, locura que yo bendigo, porque más tarde me permitió, hallándonos con nuestros buques en el extranjero, hablar aún de los desastres de Francia sin bajar mucho la cabeza... Y sin embargo, no se ha hecho todo lo posible...

Hoy vuelvo á mi tarea, y aunque escribo para mí solo, abreviaré, porque no necesito repetirme esta lección de patriotismo y de odio que el enemigo se ha encargado de grabar en mi memoria. Esta impresión no se borrará nunca, y las teas que los soldados incendiarios pasearon por Saint-Cloud, Montretout y Meudon, en pleno armisticio, inflamarán siempre mis recuerdos...

A fines de 1871, después de los horrores de la *Commune*, encontrábame disfrutando de una licencia en Versailles, y en casa de mis padres, á quienes amaba y apreciaba más después de haberme separado de ellos, porque la edad y la razón me habían iluminado. Observé cuánta ternura y cariño había en mi padre bajo su rudeza; pero comprendí que había luchado toda su vida contra la escasez, esa horrible necesidad que ahoga todos los entusiasmos, y no se me ocultó que después de las pérdidas de la guerra la lucha era más desesperada que nunca. Demasiado sensible para la profesión que desempeñaba, harto veía las miserias á su alrededor en aquel momento, pero las necesidades de la vida le impelían; era preciso seguir adelante, y para disimular la piedad de su corazón, conservaba siempre en su rostro esa máscara glacial que le veíamos en casa y que tanto me aterraba cuando era niño.

En casa de los Nessey, á quienes no hice más que las dos visitas de rigor, la de llegada y la de despedida, encontré grandes cambios.

Francia se hallaba aún bajo la impresión producida por los recientes acontecimientos de la *Commune*; todo el mundo estaba inquieto, la sociedad dislocada y el comercio interrumpido; pero si aquellas rudas sacudidas trastornaban el país, también habían hecho vibrar las almas, despertando algunos corazones dormidos. El Sr. de Nessey, estimulado por la lucha, había conseguido desechar su pasión por el juego y las mujeres. Ahora pensaba en su familia y consagrábase enteramente á su hacienda, que exigía la mayor atención, pues había reflexionado con inquietud que si la República le destituía del cargo que le había conferido el emperador, ya no tendría medios de subsistencia suficientes. En su consecuencia vendió el palacio y el coche, reformando la casa por completo. Miss Betsy fué despedida, encargándose Luisa de reemplazarla para cuidarse de sus hermanitas Berta y María, y la señora de Nessey se puso en campaña á fin de casar cuanto antes á su hija mayor. Como el Sr. de Nessey estaba condecorado, Magdalena fué enviada al colegio de la Legión de Honor, y ya se comprenderá que no pensara en ella hasta el día en que volví á verla, mucho, mucho tiempo después. La vida del marino me absorbía del todo con su brillo, sus caricias, sus variaciones, sus deberes y todo ese misterioso desconocido que desarrolla ante nosotros durante nuestros jóvenes años. Visité China, el Japón, Oceanía y América; vi costumbres y sociedades diferentes de las nuestras; corrí peligros; tuve aventuras de todas especies, y conocí la embriaguez y los disgustos del amor. En medio de estas agitaciones, cuando mi pensamiento reconcentrado me representaba Versailles, tan lejos, tan lejos, todas mis miradas eran para la modesta casa donde había nacido, y parecíame ver, como por un anteojo á mi padre y á mi hermana, siempre tristes, pero resignados, felices á pesar de todo, aunque ignorantes de esas borrascas que agitan los corazones, más terribles á veces que las borrascas del cielo.

Y como por la ausencia los juzgaba siempre mejor, amábalos más, recordando todas las atenciones y solicitud que me dispensaban y las angustias que debían experimentar ahora por hallarme tan lejos de ellos y tan expuesto...

En el intervalo de una á otra campaña iba á ver á mi familia.

Es preciso haber disfrutado de las alegrías del regreso para comprenderlas y apreciar el encanto penetrante de todas esas cosas inertes y triviales á que os mostrabais en otro tiempo indiferentes: el jardín, su verja, un poste, un tiesto de flores roto, un mueble viejo, mil objetos familiares en los cuales se fijan miradas de cariño como si os diesen la bienvenida y á los que se abrazaría de buena gana. ¡Oh!, aquel primer día pasado en su casa, las repetidas preguntas, hasta el mismo silencio, los ojos húmedos, la mirada que se dirige hacia atrás por todo el camino que se acaba de recorrer! Después llega la noche; enciéndense las lámparas; sobre el blanco mantel se sirve la comida, en cuya preparación se ha esmerado la madre, pues recuerda los gustos del niño, y éste encuentra cuanto le agrada. ¿El niño? Siempre lo es para ella, á pesar de su espesa barba y de los dos galones que brillan en la manga de su levita, y lo será siempre. «¡Come, hijo mío, come!,» dícele, como si no hubiese comido nunca allá en lejanas tierras, en el país de los salvajes, del sol abrasador y de las fiebres.

Y después, aquella voluptuosidad del lecho de familia, aquel lecho puro, con sábanas perfumadas: parece que se duerme mejor que en otra parte y que los sueños son más dulces...

¿Por qué es preciso – ¡oh triste y doloroso sentimiento, sobre todo para la madre! – por qué es preciso que el niño haya crecido, que tenga otros gustos, que haya adquirido otras costumbres, que sienta encenderse en su pecho pasiones y que le domine la sed ardiente de libertad, esa libertad que se ha conocido y que se aprecia mejor, como todas las cosas, apenas se pierde? ¿Por qué el aburrimiento nos ha de invadir más pronto ó más tarde?... ¡Ay! Sí, el aburrimiento. Por más que nos resistimos á creerlo y que no nos atrevemos á confesarlo, el aburrimiento es lo que más pesa sobre el cerebro demasiado lleno. Esa vida indolente, inactiva, después de las grandes agitaciones; esa tranquila morada, donde no penetran los ruidos exteriores; esa calma profunda que no caldean los rayos del amor, produce el efecto de un hermoso lago circuído de escarpadas montañas. Desde lejos tenía atractivo el paisaje fresco y tranquilo; de cerca, parece que su soledad pesa en el alma, su silencio os hiela y vuestra propia voz os espanta. Allí no se podría vivir solo; querríamos quedarnos allí y tratamos de luchar, pero después los sentidos se embotan, y el sueño y el pensamiento, franqueando las montañas, nos muestran la vida que se agita más allá; oímos voces frescas que nos llaman, vemos manos que nos reclaman y sonrisas que nos invitan. En el cuerpo que reposa demasiado, la sangre hierve con más fuerza, y como la savia en las ramas, nos empuja lejos del tronco... Llega un día en que el hijo se marcha, por mucho que la separación le duela y á pesar de las lágrimas que ve correr á su alrededor, y se lanza en el bullicio de la vida del que solamente habría podido alejarle una mujer joven que en el curso de su existencia le impresionara vivamente.

Rada de Túnez, octubre 1881

Sólo una de mis permanencias en Versailles me pareció muy breve, aunque fué más larga que las otras, pues duró ocho meses, desde agosto de 1876 hasta abril de 1877, ocho meses que transcurrieron como un sueño feliz. Francia había arrojado su manto de luto para trabajar con más ardimiento; con esto recobró la alegría, la fortuna y la esperanza, y ya París osaba elevar la voz para invitar á los pueblos á su próxima Exposición. Mi padre estaba satisfecho, porque algunas especulaciones felices habían aliviado su posición; los negocios marchaban mejor, y aunque estuviese lejos de hacer fortuna, entreveía el porvenir bajo colores menos sombríos que en otro tiempo; pero como es nuestro destino no llegar á ser nunca completamente felices, aún quedada un punto negro: ¿Conseguiría ganar una dote suficiente para casar bien á Juana?

¡Ay de mí! A fines de 1876, aquella dote malhadada no era muy cuantiosa, á pesar de todas las economías de mi madre, y á Juana le faltaba poco para cumplir sus veinticuatro años.

En la misma noche del día de mi llegada, y como se hablase aún de aquella idea de matrimonio, mi padre me anunció, no sin secreta envidia, que la señorita Luisa de Nessey, menos hermosa y menos mujer de su casa que Juana, había conseguido encontrar esposo, un apuesto capitán de artillería, condecorado y muy rico, según se aseguraba.

Pero la condesa de Nessey había trabajado mucho para conseguir este objeto, añadió mi madre, y en cuanto á la señorita Luisa, todo Versailles sabía hasta qué punto se había comprometido. Hacía dos años que se trataba de aquel matrimonio, y en este tiempo se vió muchas veces solos á Luisa y al capitán, que por la noche, en verano, dábanse citas en el parque. Cierto que la condesa presenciaba á veces aquellas entrevistas; pero ¡cómo sabía cerrar los ojos... ó alejarse oportunamente!... El capitán, sin embargo, había tratado de eludir el compromiso, huyendo á Bretaña para reunirse con su familia, bajo pretexto de ir á buscar sus papeles; y como no parecía dispuesto á volver, habían ido á buscarle para traerle. ¡Entonces se casaron al fin! ¡Pero qué intrigante era la condesa de Nessey! ¡Diantre, había nacido en Nueva Orleáns! Era una criolla con puntos de norteamericana, y con esto estaba dicho todo.

Calmé á mi madre sonriendo, y diciéndole que exageraba, que sus ideas pecaban de anticuadas, que la señorita Luisa, á quien yo conocía perfectamente, tenía relevantes cualidades, así de corazón como de talento. ¿Había sido coqueta? ¿Qué joven no lo era? Si le había agradado coquetear, debíase esto á su educación americana y á las exigencias de la moda; pero todo ello pasaba con el matrimonio, y las americanas, según se decía, eran muy buenas esposas.

– Es posible, repuso mi madre; pero si yo fuera hombre no me fiaría de tal coqueteo. De todos modos, deseo que no te dejes coger como el capitán por esas graciosas monadas. Magdalena, que ha salido ya del colegio de la Legión de Honor, es realmente muy hermosa;... pero no tiene un cuarto... Seguramente se aprovechará del ejemplo de su hermana... y con ayuda de su madre...

– Sobre este punto puedes tranquilizarte, madre mía, contesté, muy satisfecho del inesperado giro que había tomado la conversación. La señorita Magdalena, á quien no reconocería sin duda, no es para mí, pues yo tampoco tengo dinero y además no soy noble. Supongo que sus padres abrigan más altas pretensiones. A tus ojos de madre, naturalmente valgo mucho; pero en realidad, y á los suyos, mi valor es muy modesto.

Mi padre me aseguró que me engañaba; que había encontrado al Sr. de Nessey últimamente en la calle, y que este antiguo oficial, muy entendido en marina, me pronosticaba un hermoso porvenir. A los veinticuatro años se me acababa de proponer para el grado de teniente de navío, después de un combate feliz en Nueva Caledonia, y era seguro que algún día llegaría á almirante. Por otra parte, los casamientos comenzaban á ser muy difíciles, y un padre no podía esperar mucho tiempo á colocar á sus hijas; de modo que no sería de extrañar que mi presencia en Versailles despertase alguna idea de matrimonio.

– Eres demasiado modesto, dijo Juana, y además, para los Nessey basta que seas oficial de marina: esto solo es un título de nobleza.

– Es preciso que vayas á verlos, añadió mi padre; tu amistad con Luis lo exige, y el señor de Nessey merece mucho más mi aprecio desde la guerra; pero es preciso que andes con cuidado. A pesar de toda tu modestia, no eres un partido desventajoso hoy por hoy, y tu posición no te permite contraer enlace con una joven sin fortuna, mucho menos cuando esta joven se ha educado en el lujo á pesar de su pobreza. Ya verías cuán desgraciado serías después, ó mejor dicho, cuán desgraciados seríais los dos.... No digo esto por los Nessey, pues Magdalena es muy joven y tú también, hablo por todas las que se hallan en la situación de esa señorita.

– Para el matrimonio se necesita dinero, añadió mi madre, mucho dinero.

– Ahí tienes á Juana, dijo mi padre, que aún no se ha casado á pesar de su belleza y de sus brillantes cualidades.

– ¡Oh! No hablemos de mí, repuso mi hermana, á quien varias decepciones habían desanimado; me quedaré con ustedes y no por esto me consideraré digna de lástima.

– Al contrario, hablemos, replicó mi padre profundamente afectado por la resignación de Juana; no pensemos más que en ti ¿No se presentará un hombre bastante perspicaz para comprender que tus cualidades valen una fortuna?

Mi madre, intimidada por las voces de mi padre, intervino á su vez.

– No te arrebates, dijo. ¿Qué le hemos de hacer? Todos los hombres son iguales; todos van á caza de una dote.

Hablemos de otra cosa, dijo Juana, con la vista fija en su bordado, conociendo como conocía aquellas penosas discusiones por haberlas oído muchas veces. Os ruego que no hablemos de mí, porque estoy muy contenta tal como me encuentro. Pensemos en Pedro, que seguramente se casará con una hermosa joven, buena sobre todo...

– Y rica, añadió mi madre.

Juana y yo no pudimos menos de sonreir ante aquella apreciación tan diferente, según se tratase de mi hermana ó de mí.

– No hay que desesperar, repliqué. Juana es joven aún; y en cuanto á mí, tenemos tiempo de reflexionar, pues no es ciertamente el matrimonio lo que me preocupa. ¿No tengo acaso ya una esposa, el mar, como los Dux de Venecia? Los marinos no debieran tener otra. ¡Si supierais cómo cautiva!

Y aprovechándome de esta alusión describí escenas marítimas para cambiar la conversación, que me disgustaba por todos conceptos, porque en primer lugar desagradaba á mi pobre Juana, y en segundo porque ¡eso de hablar sólo de dinero y siempre de dinero!... Aunque por desgracia comenzaba yo á comprender cuán necesario es el dinero, me repugnaba, y había llegado á ser odioso para mí pronunciar esa palabra, comprendiendo que la escasez había sido la causa de todas las miserias y desuniones de nuestra familia. Hablé extensamente de mis viajes, de mis triunfos, y mis padres, orgullosos de mí, me escuchaban enternecidos. Como vivían lejos de la sociedad, yo era el mundo para ellos; mi juventud y mi alegría iluminaban su antigua sala, y su ingenuo asombro me complacía; comprendía que eran felices, y yo lo era también.

***

Rada de Túnez, 3 octubre 1881

Ayer me convidó á comer el comandante Duchamel, después fuimos á sentarnos en la toldilla del buque, y hablamos largo tiempo fumando un cigarro tras otro. Hacía un tiempo magnífico; el mar parecía de aceite, como dicen los marselleses, y reflejaba en su tranquila superficie todas las estrellas del cielo. No había luna, pero la atmósfera era serena, y el faro de la entrada iluminaba con sus resplandores el claro horizonte. Alrededor de nosotros reinaba un silencio profundo; á lo lejos veíase Túnez con las pálidas claridades de los reverberos modernos; más cerca, Cartago, abandonada y sombría, como si estuviera de luto, y en una altura que detrás de ella se alza, la tumba de San Luis, cuya blancura tenía cierto aspecto de apoteosis.

Hablamos un poco de todo, como suele acontecer entre hombres, y el comandante me preguntó de pronto en qué entretenía el tiempo por la noche cuando no iba á tierra. Entre dos bocanadas de humo, le contesté que escribía mis memorias; al oir esto, me miró para ver si hablaba en serio, y después los dos nos reímos. El comandante me dijo que mucho debía aburrirme cuando me ocupaba en tal cosa.

¡Oh! Sí me aburría, y lo confesé francamente: aquella ciudad de la Goleta, tan sucia y falta de distracciones; la distancia considerable, el punto en que habíamos anclado, el mal tiempo frecuente, aquella enervante espera de acontecimientos que no llegaban nunca, y en fin, Francia tan lejos, puesto que no podíamos ir á ella.. Preferiría una verdadera campaña en China, en el Atlántico ó en cualquiera otra parte.

El comandante me dijo entonces que tuviera un poco de paciencia, que mis deseos se realizarían muy pronto, y que dentro de quince á veinte días, ó cuando más un mes, marcharíamos al Océano Indico. ¡El Océano Indico, es decir, la India, Madagascar, Borbón, el Africa Oriental, países misteriosos y extrañamente variados! ¡Qué fortuna para mí, que aún no los conocía! La noticia me colmó de regocijo.

Esperando el día de ir á esos parajes, continúo mis memorias, puesto que existen; pues ahora que he comenzado, tengo curiosidad por conocer el efecto que me producirá verme retratado en ese papel con mis sentimientos y mi corazón tales como son en realidad.

En este punto de mi relato me servirá el cuaderno que escribí á los veinticinco años, y transcribo exactamente lo que leo en las primeras páginas:

Jueves. – Hace diez días que estoy en casa. Luis de Nessey se halla ausente, y lo siento mucho. Para distraerme cojo uno de mis diarios... Es divertido volver á leer más tarde lo que uno ha escrito, y además ¡cuántas cosas habría olvidado entre todas las que he visto, si no hubiese tenido la costumbre de escribir algunas líneas todas las noches! Aquí reina la calma, la calma chicha, y supongo que mi diario no será largo.

Ayer pasé un buen día en París con Dumas, un compañero á quien encontré en el café de Helder. Por la noche fuimos al teatro de los Bufos, donde trabamos conocimiento con dos jóvenes encantadoras, sobre todo una de ellas, hermosa rubia y muy alegre. También lo era la morena, mas prefiero las rubias. Después del teatro fuimos al bosque, por puro capricho, y después cenamos. Todo esto me divertía mucho; pero ¡diantre, qué gasto! A pesar de mis ahorros de campaña, no podré ofrecerme á menudo semejantes fiestas; pero ¡bah! yo preguntaría á los oficiales de guarnición en Versailles si ellos se divierten de balde. Hoy me duele mucho la cabeza; diríase que tengo el cerebro vacío, y no hago más que escribir disparates... ¡Extraña idea ha sido la de escribir un diario! Mañana es viernes, día del santo de la señora de Nessey, y será preciso visitarla. A decir verdad, no ha tenido poca suerte Luisa en hallar marido. Yo quisiera que Juana le encontrase también. ¡Pobre Juana, á pesar de mi aspecto de indiferencia la amo más de lo que ella cree!...

Viernes. – He vuelto á ver á Magdalena, mi amiguita de Trianón, miss Buggy, el diablillo. ¡Qué cambio! No he osado preguntarle, como en otro tiempo, «Magdalena, ¿sigue usted queriéndome?» ¡Oh! Nada de eso.

Al principio me he mostrado algo turbado, y supongo que habré parecido ridículo.

Magdalena fué quien me recibió; es ya una joven bien formada, de menos que mediana estatura, su rostro presenta un óvalo perfecto, ni corto ni largo en demasía y de una blancura mate, contribuyendo á la gracia de su expresión un hoyuelo en cada mejilla; los ojos, negros y brillantes, parecen aterciopelados y hacen resaltar más la blancura del cutis; en las venas, á flor de la piel, una sangre rica que la menor emoción derrama por el rostro comunicándole sonrosados matices. En el movimiento de la cabeza, en el arco de las cejas bien pobladas y en el aspecto general nótase cierto aire altivo y resuelto, única cosa que recuerda á la miss Buggy niña, y cuando anda, un resto de los saltitos á que tan aficionadas son las niñas comunícale una gracia infantil. En rigor, Magdalena no deja de ser una niña, pues apenas hace algunos días que cumplió los diez y siete años. Sin embargo, hay en sus ojos algo profundo, serio, singular, y... ¿cómo diré?... algo que viene de lejos.

A su vista se me vinieron á la memoria aquellos versos en que el poeta dice: «Una sobre todo, una española joven, de blancas manos y cuyo pecho se hinchaba con suspiros inocentes; unos ojos negros en los que brillaban las miradas de una criolla, y ese encanto desconocido, esta fresca aureola que corona una frente de quince años.»

Y me preguntaba á mí mismo si esta española era Magdalena ó una amiga de la casa: cuando de pronto me dijo con el más puro acento francés:

– Al fin ha llegado usted: sírvase tomar asiento, Sr. Larache; voy á buscará mamá.

Y Magdalena hizo ademán de correr, deslizándose sobre el suelo, pero en aquel instante llegaba la condesa.

La señora de Nessey era siempre la misma; no había cambiado en nada, ni en lo físico ni en lo moral; acudía risueña, alargando la mano; y como nos viese á Magdalena y á mí, un poco lejos uno de otro, confusos como personas que no se han visto hace largo tiempo y que esperan una presentación, exclamó:

–¡Cómo! ¿No os reconocéis ya?

Después, cual si hubiera evocado un antiguo recuerdo, nos acercó uno á otro y dijo con una sonrisa:

–¡Magdalena, da un beso á tu salvador!

Entonces Magdalena, remedando cómicamente á una niña, hizo una torpe reverencia y presentóme su frente, que yo apenas rocé con mis labios, sonrojándome de una manera ridícula. Pero con esto desapareció la cortedad, y la conversación, versando sobre trivialidades, hízose muy pronto amena, familiar y sumamente cordial.

Semejante acogida me dejó muy complacido: yo era siempre Pedro, el señorito Pedro, el amigo simpático, el compañero de Luis, algo como el gran perro de Terranova con que jugábamos en otro tiempo.

Naturalmente, hablamos mucho de Luis. ¡Qué lástima que hubiese marchado hacía pocos meses, y que no hubiéramos obtenido licencia al mismo tiempo para reunirnos! En fin, yo trataría de sustituirle en las excursiones proyectadas. En septiembre y aun en octubre todavía hace buen tiempo; visitaremos los alrededores de Versailles, que todos los extranjeros admiran y que nosotros no conocemos, precisamente por haber nacido allí. Después llegarán los días cortos, el invierno, la lluvia, y por la noche habrá reunión de confianza, como en otro tiempo. En fin, la sociedad de Versailles se propone dar muchas recepciones este año, según nos dijo la señora de Nessey, y háblase ya de magníficos bailes en los que se estrenarán varios cotillones inéditos. Naturalmente, seré invitado á ellos si quiero, pues como los bailarines comienzan á escasear, son muy buscados; Magdalena irá también, pues acaba de cumplir los diez y siete años, y se ha resuelto que haga su entrada en el mundo á esta edad.

–Un primer baile, dije á Magdalena, debe ser para una joven algo así como para nosotros el primer combate. Apuesto á que sueña usted ya con esa fiesta.

–¡Yo!, exclamó Magdalena riendo á carcajadas, nada de eso. Ciertas jóvenes que en su primer baile ven tal vez una especie de emancipación, podrán soñar con él; pero usted olvida que mamá es americana, y que desde muy niña me acostumbró á todas las libertades... No, á decir verdad; creo que no me agradarán mucho á pesar de sus cotillones inéditos esos grandes bailes, en los que siempre reina la etiqueta. Prefiero nuestras pequeñas reuniones íntimas, en las que puedo hacer lo que se me antoja, y mucho más me agradarán aún nuestras proyectadas excursiones por el campo.

... He vuelto á ver también al Sr. de Nessey, quien con sus clásicas patillas, que se empeña en llevar largas, me ha recordado á nuestros almirantes. El conde está algo envejecido y quebrantado; pero conserva su buen aspecto, y sigue siendo tan amable, á pesar de cierto pliegue desdeñoso de su labio. Ha sabido cuál fué mi conducta en Nueva Caledonia, y espera que seré nombrado teniente de navío antes de diez y ocho meses. Como tiene muchos amigos en el ministerio, irá á verlos uno de estos días para hablarles de mí. No puede darse mayor amabilidad y me han conmovido mucho sus ofrecimientos, hechos con la mayor sencillez y sin que yo me tomara la molestia de provocarlos.

–Es muy natural, me ha dicho. Luis, como usted sabe, no me necesita en mucho tiempo, pues acaba de ser promovido al grado de teniente de navío; de modo que por nadie podría interesarme tanto como por su mejor amigo.

En resumen, el día ha sido muy bueno para mí. El programa de las tranquilas diversiones, detallado por la señorita Magdalena, me ha seducido mucho, y este año nadie se aburrirá. ¡Si yo consiguiese tan sólo desvanecer las prevenciones de mis padres! ¡Ellos son los orgullosos, y no los Nessey! ¡Si al menos pudiera acompañarnos Juana! Pero desde aquí me parece oir decir á mi madre, siempre con su rigorismo y santa economía:

–¡Todo eso produce gastos: los vestidos, el calzado, las joyas, los coches! Tú no piensas en ello. Y después todas esas locuras, esos contactos, esos jóvenes, esa sociedad descabellada... ¡No, no, jamás! Juana no ha sido educada así. ¿No es verdad, Juanita?

Mi hermana dirá que no, naturalmente.

En fin, probaré; pero me sorprendería mucho conseguir mi objeto, y me daría por muy contento con que no me censuraran á mí mismo.

***

5 y 6 octubre 1881

En mi cuaderno de los veinticinco años salto algunas páginas en que no se revela aún el amor, sino el placer de amar.

El amor es un sentimiento poderoso y arrebatado; los obstáculos le irritan sin detenerle; no se calma sino cuando vence, y aun á menudo la victoria no hace más que acrecentar su fuerza, porque no se ama realmente sino cuando se ha poseído.

El placer de amar es un sentimiento ligero, es el despertar del corazón ó de los sentidos, á veces una sorpresa, ó bien una ilusión engañosa. No es amor, ni apenas el preludio de él; es una especie de melodía que perturba, pero que más bien alegra.

Pronto reanudamos Magdalena y yo nuestras relaciones, y sin preguntarnos si era amor ó el placer de amar lo que nos guiaba, disfrutábamos de esas dulces alegrías que provienen de una mirada, de una sonrisa, de una preferencia manifestada, de esas mil bagatelas que constituyen tal vez toda la felicidad de la vida, porque no llevan consigo más que esperanzas, sueños realizables, pero no realizados.

En tal situación estábamos, cuando una noche tuve la idea de insistir para que mis padres permitieran á Juana tomar parte en nuestros pasatiempos. Ya había hablado de ello, sin conseguir que mi hermana se decidiese, aunque en el fondo no deseaba otra cosa. En primer lugar, objetáronme que jamás había sido invitada, á lo cual contesté yo que era culpa nuestra; pero que bastaba hacer una visita á los Nessey, que se alegrarían mucho de ello. La noche en que volví á tratar del asunto, mi madre contestó lo que yo había previsto: «todas aquellas fiestas, por sencillas que fuesen, ocasionaban gastos; las inclinaciones de ambas familias diferían demasiado; y Juana, un poco triste, prefería la soledad, sin desear que la arrancasen de ella.»

Mi madre añadió que yo mismo hacía mal en dejarme llevar, y que me mostraba demasiado solícito con Magdalena, como en otro tiempo el capitán de artillería con la señorita Luisa, tanto que ya se comenzaba á chismear en la ciudad.

–¡Dios mío!, dijo, hasta aquí no ha habido más que niñerías... porque Magdalena es muy joven; pero no importa; haces mal en ir así... En esa familia hay intrigas que tú no ves.

No pude menos de protestar contra esto.

—¡Intrigas!, exclamé. ¿Qué intrigas? Magdalena era, en efecto, una niña sencilla y natural. A su edad no hay disimulo, y ciertamente que tan poco pensaba ella en el matrimonio como yo. Si la gente se ocupaba de nosotros, tanto peor para ella. Por consideraciones al mundo no iba yo á romper neciamente con los que me acogían tan bien...

–¡Anda, anda, interrumpió mi padre, cómo te exaltas! No creíamos tocarte tan en lo vivo. Nadie te habla de romper; pero podrías mostrarte menos asiduo; y hasta es el deber de todo hombre que no quiere que se le supongan intenciones que no tiene,... pues supongo que tú no tienes ninguna. ¿No es así?

–¿Qué intención podría tener? Los que me la supongan se llevarán chasco.

–Pero tú ignoras, repuso mi padre, la fuerza de penetración que hay siempre



Después fuimos á sentarnos en la toldilla del buque

en la voz pública; pasa desde el aire al espíritu y al corazón, y acaba por regular nuestras acciones.

–Pues se hace mal en escucharla.

–Con frecuencia, sí, se hace mal; mas así y todo se la obedece. A fe mía siento que tu madre haya sacado este asunto á colación, pues los hechos no tienen nunca mayor gravedad de la que se les concede, é insistir en ellos es dársela. En cuanto á ti, soy de tu opinión; no hay nada grave... nada aún. Te diviertes sin segunda intención, de una manera correcta; estoy convencido de ello; pero reflexiona: si la joven tomara la cosa por lo serio, el asunto cambiaría de aspecto, pues tú mismo declaras que no tienes ninguna intención. Pues bien: que no haya jamás la menor ambigüedad en tu conducta. Interroga tu conciencia, si no lo has hecho ya; es un juez infalible, y si te acusa, será porque has cometido una falta; si está tranquila, no la cargues con ningún peso para que no te sea necesario después aliviarla de él.

–Tienes razón en hablarme así, padre mío, contesté; pero pierdes de vista que, si soy demasiado asiduo, mi salvaguardia y mi excusa se hallan en mi convicción de que ni la señorita Magdalena ni sus padres pueden ver en mí un futuro esposo. Por otra parte, mi conciencia está muda.

–Eso es lo importante; pues por lo demás, temo mucho que te engañes... Según te decía, si la joven se enamora, á pesar de todo, ¿qué harás al reconocerlo, aunque nada tenga que echarte en cara?

–Entonces huiría... á menos que...

–¿A menos qué?

–Que yo la amase también.

–Pues bien: la amarás si ella te ama, ó creerás amarla, lo cual es absolutamente lo mismo.

–Pues entonces me casaría.

–Y en este caso, lo sentirías mucho más tarde. He aquí por qué los consejos de tu madre son sabios, y por qué no se debe esperar á que una joven se enamore para huir de ella, porque entonces ya es demasiado tarde.

–Pues entonces sería necesario huir de todas las jóvenes.

–Sí, dijo mi madre, de todas aquellas con las que uno no quiere ó no debe casarse.

Y era cosa bien entendida que entre aquellas que no se deben tomar por esposas, figuraban en primer lugar las pobres hijas sin dote.

¡Qué cruelmente resuenan estas palabras en oídos jóvenes!

Yo las escuché sin rebelarme, porque mi amor no era muy profundo; mas no sin experimentar mucha tristeza, á la vez que me acosaban vagos temores. Había mucha verdad en todo esto, y además yo me preguntaba: «¿Soy amado? ¿Debo hacer sufrir á Magdalena?»

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

FERROCARRIL DE PLATAFORMAS

El sistema de ferrocarriles de estribos escalonados inventado por los hermanos Enrique y Guillermo Rettig, de Alemania, que describimos en el número



Ferrocarril de plataformas que funcionará durante la Exposición universal de Chicago

484 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha sido imitado en América, y en breve se inaugurará la primera línea según tal sistema construída en la Exposición universal de Chicago: de momento sólo tendrá una longitud de 270 metros; pero si los resultados son favorables, esta extensión se irá ampliando paulatinamente.

Este ferrocarril se compone de dos plataformas ó vagones sin fin que se mueven uno al lado de otro con distinta velocidad y no se detienen nunca: el que quiere utilizarlo empieza por subir á la primera plataforma, en la que como se ve en nuestro primer grabado hay unos postes que sirven de puntos de apoyo. El subir y bajar de la misma no ofrece dificultad alguna, porque la velocidad con que corre no excede á la del peatón, ó sea de 5 kilómetros por hora. La segunda plataforma, en la que van colocados los asientos, se mueve con doble rapidez, pero tampoco es difícil el acceso á la misma por la sencilla razón de que la primera, en donde está ya colocado el que ha de subir á la segunda, corre, según hemos dicho, con la mitad de esta velocidad, de modo que el subir á esta última cuesta tan poco como ha costado subir á la primera.

Como se ve por la fig. 2, que representa la sección transversal del conjunto del aparato, la primera plataforma descansa sobre pequeños ejes de ruedas, al paso que la segunda – y esto constituye una mejora introducida por los americanos en el sistema alemán – se apoya sobre rieles que á su vez corren sobre las ruedas. La diferencia de velocidad entre las dos plataformas se obtiene porque la llanta de la rueda recorre doble camino que la parte exterior de los ejes. El roce de los rieles sobre la rueda es tal, que la segunda plataforma se mueve aunque esté vacía. Las plataformas son movidas por la electricidad.

Los resultados de este experimento son esperados con gran curiosidad. El ferrocarril sistema Rettig sólo sirve para cortos trechos; por ejemplo, para recorrer el interior de una exposición, de una gran fábrica, etc.; en los trayectos largos aumentaría mucho el roce de tantas ruedas y de las plataformas.

(De la revista alemana *Prometheus*.)

***

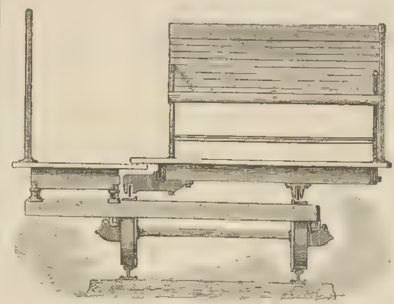
CURACION DE DIVERSAS ENFERMEDADES INCURABLES

En la sesión celebrada el día 23 de mayo en la Academia de Ciencias de París, M. Brown-Sequard ha dado á conocer una serie de curaciones verdaderamente notables, conseguidas por medio de inyecciones hipodérmicas de un líquido que prepara en su laboratorio y cuya composición ha revelado.

Comenzó el referido doctor por hacer constar la completa inocuidad de su método que en más de 20.000 aplicaciones no ha producido ningún accidente funesto; luego expuso una porción de casos patológicos en los cuales se ha conseguido la curación, entre ellos el de una ataxia locomotriz, enfermedad nerviosa muy frecuente y rebelde á toda medicación, y el de un enfermo atacado *in articulo mortis* de espasmos ocasionados por un reumatismo muscular de las costillas y del diafragma.

No es éste el único ejemplo de curación *in extremis* que citó el sabio profesor: un anciano de setenta y un años, minado por una fiebre perniciosa, á quien, según todas las apariencias, no quedaban veinticuatro horas de vida, fué igualmente salvado.

Y lo más particular en estas curas de enfermos próximos á la muerte es la rapidez con que se han realizado y que en otros tiempos habrían hecho creer en un milagro. En efecto, no sólo desaparece el mal,



Sección transversal del ferrocarril con plataformas

sino que con él desaparece también la debilidad engendrada por la enfermedad.

La acción del líquido inyectado, según M. Brown-Sequard, no es terapéutica, sino simplemente reconstituyente, regeneradora y aumenta la potencia cerebral; citando en apoyo de su opinión varios experimentos realizados en algunas personas ancianas, á las que se ha devuelto una fuerza de resistencia á la fatiga que habían perdido hacía más de treinta años y hasta un vigor muscular que medido en el dinamómetro iguala al de los mejores tiempos de su vida.

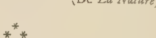
Mr. Brown-Sequard citó el caso de un viejo de ochenta y nueve años que merced á sus inyecciones ha podido reanudar su costumbre de montar á caballo; pero á pesar de este y otros ejemplos, protestó de que no ha pretendido nunca encontrar un remedio contra la vejez.

Añadió que en sus curaciones la sugestión no ha influído en lo más mínimo, y refirió en demostración de ello que algunos enfermos fueron engañados intencionadamente, y habiéndoles inyectado agua clara, el efecto conseguido fué nulo, al paso que el aumento de vitalidad se manifestó desde la primera inyección de su líquido. Este experimento, repetido muchas veces y en distintas formas, permite asegurar que la sugestión desempeña en estos fenómenos un papel negativo.

M. Brown Sequard, cuyos trabajos sobre este asunto duran desde hace trece años, cree que podrán ser de alguna utilidad para los médicos en el tratamiento de ciertas enfermedades, entre ellas la tuberculosis y la epilepsia.

De todos modos, los resultados obtenidos son en gran número.

(De *La Nature*)



EL CRIPTÓFONO

Según anunció hace poco la revista francesa *La lumière électrique*, el coronel de ingenieros del ejército francés M. H. Henry, inventor del criptófono que con sorprendente resultado se ensayó en el año 1883 en el monte Valeriano, en los alrededores de París, ha conseguido con ayuda del director de la Sociedad general de Teléfonos, M. Berthon, perfeccionar de tal manera, el aparato por él inventado, que su aplicación práctica no tardará seguramente mucho tiempo en ser un hecho.

El mecanismo del criptófono es en conjunto el siguiente: un vibrador en extremo sensible que recoge las menores vibraciones aéreas producidas por cualquier ruido que le comunican sus oscilaciones las transmite á un micrófono, el cual á su vez las hace llegar por medio de alambres conductores á un teléfono situado á gran distancia. En la estación receptora hay un timbre que al llegar aquellas vibraciones suena para llamar la atención del encargado de escuchar en el teléfono los sonidos transmitidos. El aparato que recibe estos sonidos es tan perfecto desde el punto de vista de su sensibilidad, que en él pudo oirse el ruido producido en el agua por la hélice de un vapor que navegaba á una distancia de dos ó tres kilómetros del sitio en que aquél estaba emplazado.

Colocado el aparato en una carretera, por ejemplo, de modo que no se distinga á la vista, pues se trata naturalmente de un acecho secreto, puede oirse desde muy lejos y muy clara y distintamente el ruido de peatones, caballos, carros, etc. De suerte que el criptófono como centinela de seguridad podrá aplicarse para fines policíacos contra los salteadores y para los fines de la guerra á fin de oir lo que pasa cerca de una fortaleza ó en el campo de batalla.

Pero aun cuando este ingenioso aparato sólo sirviera para uno de los varios objetos indicados por el inventor, algunos de ellos de éxito dudoso y poco útiles en la práctica, merecería incondicionales alabanzas: en efecto, M. Henry recomienda que se provea á los buques de tres criptófonos, de los cuales uno, encerrado en una caja impermeable de construcción especial, se colocaría á proa y los otros dos á babor y á estribor, en comunicación cada uno de ellos con un teléfono especial emplazado en la cámara de guardia. El oficial, situado en ésta, podría oir por medio de los teléfonos en qué dirección del buque navega cualquier vapor que se acercara, qué dirección sigue y con qué velocidad anda, deduciendo esto último aproximadamente por el número é intervalo de golpes de la hélice.

Lograda esta aplicación, no sería difícil encontrar la manera de evitar los choques que el criptófono permitiría prevenir. Si este aparato realmente sirve para este objeto que señala el inventor, esta sola ventaja haría á éste acreedor al agradecimiento de toda la humanidad, pues el invento constituiría un inapreciable beneficio para la navegación, ya que ofrecería el medio si no de evitar por completo por lo menos de aminorar considerablemente los abordajes que tan fácilmente ocurren de noche ó en días de niebla ó de cerrazón.

Las pruebas verificadas en los puertos de Brest y de Cherburgo en presencia del almirante Gervais para ensayar el criptófono aplicado á este último objeto parece que han dado resultados muy satisfactorios.

(Del *Prometheus*)

PUENTE DE HIERRO SOBRE EL BARRANCO DEL RÍO PECOS (TEXAS)

Este puente, todavía en construcción, está emplazado en la línea del Sud Pacífico, en el estado de Texas, y será el segundo en altura de todos los del mundo. El barranco del río Pecos sobre el cual se construye tiene una profundidad de 90 á 120 metros, lo que ha obligado á dar al viaducto una longitud de 654 metros y una elevación de 98 sobre la superficie del agua.

El único puente más alto que éste es el viaducto de Loa en el ferrocarril de Antofagasta (Bolivia). El viaducto de Pecos se compone de 48 arcos de distinta luz: el principal, construído por el sistema de modillones, tiene 55 metros de luz.

El puente es de una sola vía, á ambos lados de la cual hay caminos para peatones.

(Del *Prometheus*)



Puente de hierro sobre el barranco del río Pecos (Texas)

LA LLUVIA ARTIFICIAL

Los inventores siguen preocupados buscando el modo de producir la lluvia artificial: uno de los últimos procedimientos empleados para este objeto consiste en determinar la producción de un frío intenso en las regiones superiores de la atmósfera. El inventor de este sistema, M. H. W. Allen, consigue este resultado por medio de un cohete lleno de éter que impulsado por un mecanismo automático se pulveriza al través de una boca de regadera cuando el aparato alcanza su elevación máxima, que puede llegar hasta 1,600 metros. El cohete va provisto de un paracaídas que modera su velocidad al caer.

Son tantos ya y de tan deficientes resultados los aparatos empleados para suplir artificialmente la lluvia natural, que es de suponer que este ensayo será una decepción más.

EL CRONOGRAFO DE SCHMIDT

Este aparato ha sido expresamente construído para medir la velocidad inicial de los proyectiles, pudiendo apreciarse con él hasta una diezmilésima de segundo, y está basado sobre el siguiente principio: la regularidad y la rapidez del volante de escape aseguran las medidas de intervalos de tiempo cuya duración es inferior á una oscilación. Un mecanismo especial da una amplitud de 360 grados á este volante, en el cual va fijado el índice que ha de marcar las milésimas y diezmilésimas de segundo. Colocado este índice al cero de la graduación se arma el muelle á media vuelta, de modo que el volante en reposo de esta manera se encuentra en la misma situación que el volante libre al final de una oscilación. El volante anda y se para en virtud de la acción de una corriente eléctrica, interrumpida cuando la observación empieza y restablecida cuando termina.

El volante destinado á medir intervalos de tiempo inferiores á una oscilación es absolutamente independiente del muelle motor y del escape, y el índice se coloca á cero mediante un cerrojo especial. El volante, de hierro dulce, es mantenido en su situación de partida por la acción de electroimanes por los que pasa una corriente cuya intensidad se regula á voluntad y que permanecen inactivos y sueltan el volante al comenzar el experimento para volver á entrar en funciones y pararlo al final del mismo. Este dispositivo está combinado de manera que con él se evitan las pérdidas de tiempo que ofrecen muchos aparatos de este género al detenerse y al ponerse en movimiento.

Estos cronógrafos han sido aplicados á la medición de la velocidad inicial de un proyectil que, en el momento de salir del arma, corta la corriente atravesando un hilo tendido en un primer cuadro colocado delante del fusil: el cronógrafo empieza entonces á andar hasta que el proyectil atraviesa un segundo cuadro ó da en un blanco y marca la terminación del experimento.

La graduación del aparato en milésimas y diezmilésimas de segundo se facilita por el empleo de un disyuntor, consistente en un cuerpo pesado que cae y al caer interrumpe en distintos puntos fijados de antemano y en intervalos muy precisos la corriente de los electroimanes.

Los detalles del cronógrafo se ven en el primer plano del grabado. En el centro del aparato está el círculo graduado C con su aguja y á ambos lados del mismo hay los reostatos que regulan las dos corrientes, el primero de los cuales está en comunicación con el cuadro puesto delante del fusil. Al disparar, el proyectil interrumpe la primera corriente en A y el cronógrafo se pone en marcha hasta que el proyectil atraviesa el segundo cuadro ó da en el blanco B, de modo que puede leerse directamente el tiempo empleado por aquél para recorrer la distancia que media entre los dos cuadros.

El manejo de este cronógrafo es muy sencillo: una vez reguladas las dos corrientes por medio de los reostatos, basta oprimir un botón y colocar la aguja en el cero, con lo que aquél queda dispuesto para funcionar.

El cronógrafo Schmidt ofrece muchas ventajas sobre los empleados hasta ahora. Es muy portátil y no requiere ninguna instalación de fundación sólida; puede ser colocado muy cerca del fusil sin que la vibración de los disparos sea causa de error; no exige ningún conocimiento especial de parte del operador; la aguja del círculo se mueve y se detiene con gran precisión, y la lectura en este último es muy fácil, sobre todo con una lente especial montada en el aparato. Los resultados comparativos obtenidos en diversos polígonos han sido completamente favorables á este cronógrafo.

(De *La Nature*)



El cronógrafo de Schmidt para medir la velocidad de los proyectiles
1. Detalle del círculo graduado del aparato. – 2. Vista en conjunto del experimento

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 13 de junio de 1892 — Núm. 546

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SAN FRANCISCO DE ASÍS, escultura de D. Agustín Querol

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Comienzo hoy rectificando un *lapsus* que tuvo á bien escurrírseme al hablar de la venta del cuadro de Millet *El ángelus*. Dije que esta obra se había vendido en dos millones ¡de francos! ¡No, señores; no fueron de francos los millones, fueron de reales! (Aun así, no me parece moco de pavo la cifra.)

Y hecha la anterior rectificación, entro en materia volviendo á hablar de Rafet. *Encore Rafet.*

Pues sí; Rafet todavía; pero hago promesa formal de no volverme á ocupar del pintor francés en mucho tiempo. Esto no quiere decir que merezcan poca atención y estudio la obra y el artista. Por el contrario, creo en el valor de la primera, aun cuando sea bastante menor del que le adjudica la crítica francesa.

Decía en mi último artículo *Verdades y mentiras:* «Rafet pintó mucho, y su pintura se resiente de un modo grande de dos defectos capitalísimos: de *manera* y de falta de observación y sentimiento del natural.» Donde dice *natural* léase *verdad* (segunda rectificación); y hecho el cambio de las dos palabras, afirmo: tal es el juicio por mí tenido, como el que habrá de merecer – tiempo de por medio – *le peintre national*, según le adjetivan sus paisanos. Ni una migaja menos.

¡Dios me libre de poner en tela de juicio lo dicho! Nacional y muy nacional fué en efecto el pintor Rafet. Primeramente, por haber nacido en Francia; segundo, por haber pintado la epopeya napoleónica; tercero, por haber sido un admirador del arte japonés. Ya sabemos cómo deliran los franceses tocándoles á la marina, es decir, á sus grandes guerras de últimos del siglo pasado y de principios del actual, y también cómo se les va el santo al cielo así que se trata de originalismos ó de cosas exóticas. Rafet tuvo bastante con pintar batallas dirigidas por Murat y Dupont, Marceau ó Napoleón I para que la historia de la pintura francesa le diese plaza en sus páginas. Efectivamente, nadie regateará al artista ni su potencia imaginativa ni su entusiasmo por una epopeya que finalizó en los desolados peñascales de la isla de Santa Elena, habiendo comenzado con batallas como las de las Pirámides. Yo confieso que repasando el libro dedicado al pintor, en el cual se reproducen por medio del grabado las principales obras de éste, comprendí la razón de los entusiasmos sentidos por los buenos patriotas, y hasta cierto punto las alabanzas de la crítica artística. Así como así, no anda de sobra la cualidad saliente de Rafet, imaginación poderosa. Pero (¡pícaros *peros!*) ya llovió desde que caímos por primera vez en la cuenta de que á la imaginación debe acompañar el estudio como á cualquier otra cualidad natural, por muy grande, por muy soberana que sea. Sin salirnos de nuestra casa, podemos registrar algunos ejemplos de lo afirmado. Por París anda un pintor cuya paleta no desdeñaría Velázquez; y sin embargo, nadie ó poco menos se acuerda ya de él hoy, y cuando deje este mundo, nuestros hijos ni siquiera sabrán que tal colorista hemos tenido. ¿Por qué? Porque al célebre pintor español de quien hablo le falta educación de esa misma suprema cualidad, y carece asimismo del dominio de las otras condiciones precisas al cultivo del arte que ejerce.

A Rafet, ni como dibujante ni como colorista puede incluírsele entre los Delacroix, Ingres, Robert-Fleury, Constant, Meissonier, etc. Ni como razonador tampoco entre el viejo Vernet y el moderno Neuville, pintores de batallas y de la vida militar. Su imaginación volaba demasiado, muy á gusto suyo seguramente, pero rara vez hizo hincapié en la realidad. Así sus cuadros se miran como productos de una fantasía herida por ideas y cosas que agrandan y desfiguran la distancia y el tiempo, no como el resultado de la acordada marcha de la verdad y de la razón. No de otro modo pueden contemplarse seriamente episodios como aquel del tambor de los ejércitos napoleónicos, el cual, redoblando y marchando de frente al enemigo, habla con uno de los innumerables heridos que le rodean, y al mismo tiempo le pone un pie creo que sobre la barriga para no perder el paso.

Lo más grave de todo, es lo de la comparación de Rafet con Menzel. Esto sí que ya me parece poner el pie sobre el sentido común. El ilustrador de la vida é historia de Federico el Grande mide una talla que solamente alcanzan los gigantes. A la genialidad unía Menzel un estudio y conocimiento perfectos de cosas, personas y época; un dominio del dibujo enorme, una facilidad pasmosa para encontrar los efectos de luz, una severidad y sobriedad de trazo desesperantes. Ya vendrá, no lo duden los franceses, ya vendrá (como decimos por esta tierra del garbanzo) el tío Paco con la rebaja para Rafet. Menzel es Menzel; quiero decir con esto, que se le debe más respeto y menos comparaciones. Busquen (que lo tienen) otro artista para darles dentera á sus enemigos de allá del Rhin; advirtiendo que Meissonier no es el más á propósito para el objeto.

Y por cierto, Mirbeau no le sacude mal tajo desde las columnas de *Le Figaro*. Es verdad que incidentalmente, al soslayo, pero no por eso deja de ser una arremetida algo mayor que mediana.

Realmente la leyenda siempre va rodeada de una cohorte de mentiras, si agradables no menos mentiras. Pero cátate que viene un Mirbeau (el *tío* de acá), y empuñando la podadera, corte por aquí, tajo por allá, amputación por el otro lado, deja mondo y lirondo, y en menos que un gallo canta, el frondoso verjel de la inventiva, poniendo de relieve lo sano y echando por el suelo la hojarasca. La hojarasca de Meissonier colorista, de Meissonier concienzudo hasta aquellos límites señalados por la fantasía galacuando del autor de *La retirada de Rusia* hablaban, la tumba Mirbeau. Vean los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de qué modo, y en francés lo estampo, porque no quiero ser responsable de un desacato el más mínimo á la sombra del gran pintor: «M. Meissonier qui, aprés tout, n'etait peut être qu'un paysagiste, bien qu'il construisit ses bonshommes *suivant une nonne* connue, M. Meissonier semant dans son jardin de Poissy, de la farine, pour figurer la neige ou, durant la retraite de Russie, pataugea l'épopée impériale, et peignant cette farine, avec la conscience et á travers la loupe que l'ont sait, se livrait á un métier quelconque, inferieur certes á celui du menuisier qui emboite exactement un tiroir sur ces coulisses. C'est pourquoi tous les admirables paysages de notre merveilleuse Ecole paysagiste, qui dérivent de cette farine historique, ne m'inspirent aucun intérêt.»



ENTREGA DEL CUERPO DE MARCEAU AL EJÉRCITO FRANCÉS, cuadro de G. Roussel. (Salón de París de 1892)

Me parece que no gasta muchos requilorios el sucesor de Wolf para decir lo que le parece; pues en este tono hace el crítico la revista de los Salones actualmente abiertos en París.

La pintura francesa, mejor dicho, los pintores franceses hállanse actualmente en el más lamentable de los períodos caóticos. ¿Por culpa de quién ó de qué? No tengo hoy espacio suficiente para razonar sobre esto: únicamente advertiré que el cetro del arte pasa de las naciones latinas á las del Norte, y atravesando el Océano otorga su gracia ó comienza á otorgarla, hablando con más rigorismo, á los Estados Unidos.

Mirbeau dice de los paisajistas sus compatriotas: «La mayor parte de los pintores se contentan con figuraciones aproximadas y generalmente discordantes. Sus observaciones atmosféricas no van más allá de estos tres grandes hechos: la salida del sol, mediodía, la caída de la tarde. Y todavía los confunden muy á menudo. No tienen en cuenta las horas intermedias ni sus matices y mudanzas infinitas, las cuales son de una importancia pictórica capital.» Así comienza el crítico la catilinaria que endilga á los artistas de la *nature*. La grave llaga que corroe la pintura francesa en general – salvas honrosas excepciones – es la ausencia completa de condiciones para el cultivo del arte. Es en vano buscar otras causas. Indudablemente que esta decadencia de la raza proviene de fenómenos á cuyo estudio, como indiqué

más arriba, es necesario dedicar examen detenido. Digo decadencia de la raza, porque comprendo á Italia y España en esa decadencia tan de relieve puesta al presente en las exposiciones de la capital de Francia. No es de ahora tal impresión y tal juicio míos. Cuando publiqué mis primeros artículos críticos en *El Liberal*, todavía abierta la Exposición de París de 1889, ya tenía como cierta la momentánea muerte de la primacía artística de la raza latina. La raza anglo-sajona, con su homogénea la norteamericana, llevaron la palma en aquel certamen internacional. Francia desplegó todo el lujo de sus magníficas colecciones. Desde David hasta Meissonier: lo más selecto lo expuso á la contemplación del admirado visitante; y sin embargo, con Hercomer, con Morris, con Alma-Tadema, con Lytton, vivos, lucharon los muertos Robert-Fleury, Bastien Lépage, Cabanel, Corot y algún otro; los vivos fueron arrollados por la gente de las escuelas de Escocia, Irlanda é Inglaterra. Seguidamente venían los colosos de Hungría y Austria. Frente á los autores de *Milton* y de *Cristo ante Pilatos* y de *Bien venido sea Jesús á ser nuestro huésped*, Puvis de Chavannes, Meissonier y aun el noble y severo Paul Laurents inclinaron la cabeza. Bélgica sostuvo muy alto el pabellón paisajista y los noruegos exhibieron paisajes y marinas ejecutadas con desesperante facilidad y fiel dibujo. Harborg tuvo como digno contrincante á Pelouse. Rusia misma hizo su presentación en el palenque del arte con una originalidad y un carácter tan hondamente serios, tan hondamente interesantes que llamó desde luego la atención de la crítica.

La marcha del arte del día no puede, no debe ser por aquel camino que los estragados paladares de un decadentismo como el nuestro, como el de nuestra raza, vienen trazándole. La moda no puede, no debe imponerse á la producción de la fantasía y del sentimiento. Italia, museo sin igual, que encierra las obras más portentosas que el hombre pudo concebir, al presente vive tan sólo á expensas de las riquezas legendarias, sin que acierte á salir de la órbita que le marcaron sus genios de otros siglos. Limítase á exhibir sus galas y sus bellezas y á imitarlas. Otras galas son las de los tiempos presentes, porque, aun dentro del concepto de lo bello, aun dentro de la marcha de las ideas indicadas ó columbradas por hombres excepcionales, las evoluciones son y han sido tantas, que media un abismo enorme entre unas y otras.

Podremos, sí, aprovechar y debemos en efecto aprovechar las enseñanzas legadas; pero limitarse á seguir las abdicando la propia inspiración, anulando el sentimiento propio, conduce á la anulación. Y en Francia sucede en la actualidad lo que en Italia; la nueva generación artística, sin rumbo fijo, ó quizás sin las condiciones que deben exigírsele al que cultiva el arte, sigue á ciegas maestros y escuelas que la moda impuso; y ya sabemos la suerte que corre el que imita: se anula y muere.

R. BALSA DE LA VEGA

1.° de Junio de 1892

SECCIÓN AMERICANA

I

EL PATIO CRIOLLO

Es el jardín del hogar americano tan parecido al patio andaluz, que puede fácilmente confundirse con él.

Cuanto se ha dicho de los hermosos patios de Sevilla, de Granada, de Córdoba y de Cádiz, puede aplicarse á los de las casas criollas.

El patio criollo es el desahogo del aire ambiente que se respira en las casas porteñas. En él se reunen las familias y los amigos íntimos para disfrutar de una temperatura más agradable, saturada de las esencias que se desprenden de las flores y los pequeños arbustos que llenan el patio.

Allí se constituye la tertulia al aire libre; se forma el salón que tiene por techumbre el rico cielo sudamericano, de un limpio y hermosísimo azul, dilatado, inmenso, formando un manto de lucientes estrellas que brillan con poder tropical, arrojando sobre la vivienda argentina la pálida y plateada luz de la luna que se encuentra á las veces con la intensa y brillante lumbre que arrojan de sus ojos las porteñas (1) que la contemplan.

El patio criollo tiene un encanto inexplicable que predispone el ánimo á sentir bien y la imaginación á ver cuadros y paisajes de fantasía, colores tenues, sensaciones suaves que parecen imperceptibles y llegan al alma.

El patio criollo es el nocturno de las auras del Plata, la nota más saliente de las armonías de la vida porteña, el paréntesis de bienestar y de reposo en acción más agradable que darse puede.

Como arte natural no hay nada más bello; cualquier grupo mirado en el patio criollo tiene su indiscutible interés, cualquier silueta parece hermosa, cualqu er figura resulta llena de encanto extraordinario, por el relieve que aquel sitio tan delicado le da sombreado por las luces del cielo y el verdor de las plantas.

Y tan positiva y real es la belleza verdaderamente admirable de aquel conjunto, tan dominante y atrayente, que sin darse uno cuenta, fijando en cualquier detalle la vista, la separamos de la persona que nos escucha y que nos mira y tenemos enfrente ó se halla á nuestro lado. La velada se pasa rápidamente, como por un verdadero encanto, entre cuatro frases animadas que se dicen allí siempre con más fruición y mayor efecto que en otra parte. Todo el mundo se encuentra en buena disposición de espíritu. No hay más que dejarse llevar por las impresiones que se reciben, saturadas de la poesía de la noche, que nos hace partícipes de sus mágicos y maravillosos efluvios.

Una hermosa noche es una pila de Volta inmensa que comunica su fuerza á la imaginación de los que se identifican con ella admirándola en sus grandezas.

Una noche hermosa electriza, ya se disfrute de ella en campo abierto, ya en un bote que surque un riachuelo, llenas ambas orillas de plantas cuyas hojas lleguen hasta los remos, ya en alta mar en medio de las olas majestuosas del Océano; y no se diga nada si el lugar de la escena es un patio criollo, sintiendo de cerca la respiración contenida de una mujer impresionada insensiblemente, sin apercibirse, por el espectáculo que presencia, y únase á esto, que bien frecuentemente sucede, que pueda estarlo al mismo tiempo por algún alerta que haya dado en su pecho cualquier Cupido. Como el andaluz, el patio criollo es oriental puro; como la guitarra que en los de las casas del pueblo se oye, acompañando algún *cielito*, alguna *milonga* ó cualquier otro canto del país, no menos árabe tampoco.

Es el patio del africano reformado, pero con algo de él en su esencia; como el hijo del país, conserva unido á la porción de sangre española, que corre por las venas de la mayor parte de ellos, el fuego, la viveza y el valor de los árabes que aman á la mujer y al caballo, y tan cumplidos caballeros son á pie los americanos, como diestros y bravos en la pelea sobre un caballo trotador que no pareciera sino que se moviese con alas.

En el patio criollo se refleja el meridionalismo con todas sus indolencias y sus seductoras molicies, con su atmósfera recargada de perfumes, de aroma de rosas desprendido de pechos ardientes, de espiritualismos de palabra y de acción, y ¿por qué no decirlo, si así pueden llamarse?, de espiritualismos de movimientos, de aires y donaires femeninos, que darían algo por sorprender los pinceles de los más inspirados artistas.

El patio criollo, con las hijas de Buenos Aires sentadas en él, buscando fresco en el verano, es la antesala del paraíso, con la única diferencia de que allí sólo había una Eva, sin la adorable coquetería de la mujer sud-americana.



LA ARQUITECTURA, pintura de Tony Robert-Fleury destinada á la Casa Consistorial de París. (Salón de París de 1892.)

II

PALERMO

Palermo es un paseo que da idea de los esplendores sud americanos, de la vegetación, permítasenos la expresión criolla.

La hermosa calle de palmeras que atraviesa tan agradable sitio público tiene mucho carácter.

El que fuera á Palermo sin haber visto nada más de Buenos Aires, tendría la certeza, al tender por allí la vista, de hallarse en el paseo de un país americano.

Pero como puede notarse mejor la belleza de aquellos campos y de aquellos jardines, es en una puesta de sol. ¡Qué paisaje más lleno de tintas simpáticas, de colores suaves y delicados!

La vista se embriaga con tanta ambrosía de panorama, con tanto perfil de delicadeza, con ambiente tan hermosísimo y horizonte tan ancho.

A un lado del paseo, en el que se levanta el cuartel de artillería, sobresalen por entre un rojizo que va cambiando de fuerza y de intensidad, que forman al reflejarse en el cielo que sirve de fondo al paisaje caprichosos dibujos, siluetas de una finura y de un sabor artístico indefinibles.

Más allá, enfrente, se escucha algo así como rumores imperceptibles; el aleteo de algún ave acuática que cruza los lagos en que los jardines abundan, el rugido de algún león confundido con el de un tigre, de la colección geológica, rica en varios y múltiples ejemplares de todas las faunas americanas.

No muy lejos de allí se ve el restaurant campestre hasta donde llegan, en la plazoleta semicircular en que tiene su asiento, los carruajes de los paseantes que van á tomar en tan bonito establecimiento en el verano un refresco ó un ponche en invierno. Algo más lejos y por entre empalizada, que en el mismo Palermo se alza, atraviesa de vez en cuando el tren que

(1) Así se llama la hija de Buenos Aires.

va á la estación central del ferrocarril y que completa el cuadro de movimiento y vida que el paseo presenta y que se multiplica en los días de fiesta y sobre todo en aquellos en que hay carreras de caballos en el Hipódromo Nacional, que muy cerca de allí se encuentra.

Palermo da idea de la positiva importancia que, á pesar de las crisis económicas por que en la actualidad atraviesa, adquirió Buenos Aires, conserva y conservará siempre, por la riqueza inagotable y extraordinaria de su suelo. Fíjese en este paseo la vista y se mirará reflejado en sus concurrentes, en su fastuoso lujo, con los refinamientos del gran mundo, el adelanto en la vida europea de las clases acomodadas.

Interminables filas de carruajes se ven á lo largo. En ellos, sentadas con todo el *chic* parisiense y la gracia hispano criolla de la porteña, ostentan sus ricas y elegantes *toilettes* las damas y su buen porte los *sportmens* que guían briosos caballos de raza en preciosos coches llegados de las fábricas más renombradas de París y de Londres, porque en Buenos Aires se trae todo de lo más superior que existe en el mundo, principalmente en los ramos de lujo. Nadie regatea el precio, y los mercados europeos se apresuran á enviar sus más perfeccionados artículos, seguros de una buena venta y una ganancia positiva.

Difícilmente se encuentra un paseo en donde más variedad se note de carruajes de todos los sistemas y marcas de fábrica. Pero si digno de contemplarse es el aspecto que presenta Palermo en un día animado de esos en que los coches apenas pueden transitar, formados en tres y cuatro filas cerradas, por entre la espaciosa avenida central de palmeras y sus adyacentes, es muy superior el desfile.

Entre el polvo que los caballos levantan en su rápida, y mejor dicho, vertiginosa carrera, se ven cruzar como ráfagas carruajes llenos de interesantes criollas que en el invierno se dirigen á sus casas para cambiar de trajes é irse á la ópera para oir los trinos de una afamada tiple ó los *doses* de pecho de un tenor notable de los que gozan de mayor fama en Europa.

Y atraviesan aquellos vehículos por una larga serie de anchas y hermosas calles, llenas de elegantísimos *chalets*, de palacios grandiosos embellecidos por jardines, en los que se admiran estatuas de mármoles traídos de Italia, caprichosos surtidores de agua, pabellones rústicos cubiertos de hojas, y una cantidad grande de flores que saturan aquel ambiente que se respira por la avenida Alvear, que compite con las mejores de las más populosas capitales de Europa.

Palermo es una de las más preciadas bellezas que la ciudad de Buenos Aires encierra; es dilatado, grandioso, inmenso, y por si algún encanto le faltase, le presta el suyo la marina que se destaca, al finalizar su última calle de árboles, y que la forma el Río de la Plata, que viene á besar las orillas que separan al mundo elegante de Buenos Aires del que su emporio comercial representa, en las naves que se divisan de continuo á lo lejos y van y llegan del viejo mundo diariamente.

P. SAÑUDO AUTRAN

EL CAMPAMENTO DE LOS ALIJARES

Son las ocho y media de la mañana del 5 de mayo, y se nota en las calles de Toledo, especialmente en las que afluyen á la histórica y descolorida plaza de Zocodover, desusada animación. La espaciosa vía del Alcázar, de prolongado declive y majestuoso aspecto, sombreada por el altísimo muro del severo palacio de Carlos V, cuya inteligente restauración avanza de día en día con regocijo de los amantes del arte y de las glorias patrias; la concurrida calle del Comercio, vulgo Ancha, arteria principal por donde circula la sangre comercial de la población, sangre no muy rica en glóbulos y necesitada de vigorosos reconstituyentes; la calle de la Sillería, con sus caprichosas revueltas y su sombría prolongación por la de Alfileritos, rica en amorosas leyendas; la calle de Barrio Rey, en fin, con sus alegres fruterías, todas lanzan á la plaza de Zocodover, en que desembocan, grupos de gentes más ó menos pintorescos y numerosos, que se desparraman en seguida por aquel irregular espacio, cruzados los unos por los portales que bordan las fachadas de la plaza, atravesando los otros por el centro para bajar por la empinada escalinata que sombrea el arco en plena cimbra del Cristo de la Sangre, y siguiendo otros la línea sin portales del Poniente, que prolonga la calle del Comercio y que, recibiendo al paso el nombre de calle de las Armas, sirve de ingreso á la ciudad por el lado del puente de Alcántara y de la Puerta de Visagra, ensanchándose hacia el Norte para dejar espacio al reducido pero precioso paseo del Miradero. ¡Qué hermoso punto de vista el que ofrece este paseo! Desde su elegante antepecho de considerable altura se descubre, al frente, la dilatada vega del undoso Tajo, con el paseo y molino de Safont á lo lejos, y los pintorescos barrios de morisco aspecto de las Covachuelas y la Antequeruela, separados por la cintura de las murallas, entre cuyos típicos torreones se destaca el de Albarrana con las puertas Nueva y Almofala; á la espalda, el arenado paseo con sus tres potentes focos eléctricos, el convento de Santa Fe, de Comendadoras de Santiago y la calle de las Armas, sobre los tejados de cuyas casas asoma su calado coronamiento el nuevo elegante hotel del marqués del Castrillo, con cuya recientísima erección dejarán de echar de menos los numerosos extranjeros que á Toledo visitan la existencia de un hospedaje en armonía con las exigencias del moderno *confort;* á la derecha, al otro lado del río, el ruinoso castillo de San Servando y el camino del ferrocarril, y entre el verde de las tierras y las huertas los restos del renombrado palacio de Galiana, y á la izquierda, en fin, ocultando la incolora puerta de Valmardón y el preciosísimo baluarte de la almenada puerta del Sol con sus graciosos arcos mudéjares, la insípida puerta de Alarcones, la fuerte y pintoresca puerta nueva de Visagra con sus escamadas y verdes torrecillas y sus almenados y modernos cubos, el moderno paseo de Merchan con sus floridos jardincillos sirviendo de antesala á la severa mole del magnífico hospital del cardenal Tavera y la vega izquierda del Tajo cruzada de carreteras y paseos, con las desparramadas ruinas del Circo Máximo romano y la azulada techumbre de la famosa fábrica de armas blancas.

¡Cuántos recuerdos evocan todos estos nombres, todas estas ruinas! ¡Zocodover y Visagra, Alfonso IV y Carlos V, Garcilaso y Rojas, Tavera y Berruguete, D. Rodrigo y la Cava, los godos y los árabes, los Concilios y las Cortes, la Catedral primada y el Alcázar imperial, la Sinagoga y San Juan de los Reyes, Padilla y los Comuneros; la historia entera de España, surgiendo por entre las piedras de esta vetustísima ciudad! ¡Cómo se comprende aquí la vida de recelo y de lucha de la Edad media! ¡Cómo se explica, al ver esta ciudad asentada sobre elevados riscos, rodeada por el Tajo y ceñida por triples y cuádruples líneas de murallas, la predilección de que fué objeto en aquellos siglos de inacabables contiendas, en que las relaciones sociales sólo se regían por el principio incontrastable de la fuerza! Toledo era entonces la ciudad ideal, un sueño de rey ó de gran señor feudal convertido en realidad tangible; por eso fué Toledo lo que fué. ¡Y cómo se comprende también, al recorrer sus angostas y retorcidas callejuelas (anchas y rectas para lo que fueron), llenas de sombríos repliegues; que brincan y trepan por empinados cerros y se lanzan en rápida pendiente hacia profundos valles; que se enroscan las unas en las otras en enmarañados haces de planos inverosímiles; que presentan á cada instante rinconadas y revueltas de miedoso aspecto; que parecen hechas á propósito para emboscadas y asesinatos; que se componen de caserones destartalados ó de casucas inhabitables, con habitaciones en unos y otras de tan confusos é inverosímiles planos como los de las calles mismas, y embutidas las de unas casas en las de otras, con subidas y bajadas á cada paso, con techos aplastantes, con salas liliputienses, con escaleras imposibles por lo estrechas y lo empinadas;... cómo se comprende, decimos, al tocar de cerca todo esto y las insuperables dificultades de desarrollar la población en ninguna dirección, que el antiguo favor gozado por Toledo en otras épocas, se haya trocado en la nuestra en inevitable abandono y en irremediable decadencia! Lo que antes le dió importancia y nombradía, haciéndole asiento de la corte y centro de la vida nacional, su situación privilegiada para el aislamiento, que casi le hacía inexpugnable, es lo que precisamente hoy le precipita en el abismo en que se hunde! Por mucho que lo lamentemos, fuerza es bajar la cabeza y resignarse: en la eterna evolución de la historia, cada nación y cada pueblo tienen su hora de esplendor y su hora de abatimiento, su apoteosis y su humillación.

Pero no nos entristezcamos con recuerdos tan gloriosos como tristes: Toledo, despojada de su manto de púrpura, relegada á la condición de capital de provincia de segundo orden, soporta con resignación su desgracia. Ved esa multitud que venida de todos los puntos de la población toma posiciones en Zocodover, en la calle de las Armas y en el Miradero: la animación se pinta en sus rostros, y ninguno parece acordarse de que tiene en las venas sangre de Padilla, ni de que aquel Alcázar, que asienta su soberbia mole en elevada cumbre dominando con sus cuatros torres toda la ciudad, fué residencia imperial de Carlos V en los tiempos en que el nombre de España era reverenciado en todo el mundo conocido. Todos parecen preocupados con algo más positivo y que les toca más de cerca que un recuerdo histórico, y en sus rostros de pacientes burgueses se pinta únicamente la curiosidad de algo esperado.

Si nos asomamos al arco de la Sangre de Cristo, descubriremos sin necesidad de preguntar á nadie cuál es la causa de tan inusitado movimiento; desde allí, en efecto, un poco más abajo de la antigua posada de la Sangre, ilustrada por la estancia de Cervantes, que en ella compuso, cuando se titulaba mesón del Sevillano, una de sus más amenas novelas, *La ilustre fregona*, se ven compactas masas militares en traje de campaña y como preparadas á marchar: es la Academia general militar, que sale en este día para el campamento de los Alijares, cuyas blancas tiendas no es difícil descubrir desde la explanada del Alcázar, á la derecha del castillo de San Servando.

Esta salida para el campamento, lo mismo que la vuelta, son para Toledo importantes acontecimientos á que toda la población quiere asistir, para dar una prueba más de simpatía á la brillante juventud que de todas las regiones españolas peninsulares y ultramarinas viene durante tres años, después de sufrir para su admisión rigurosísimas pruebas de aptitud intelectual, á recibir en la Academia, bajo la dirección de inteligente profesorado, la instrucción necesaria para el noble ejercicio del mando militar.

Nada más natural que esta simpatía: debe despertarla siempre y dondequiera todo joven laborioso que dirige sus laudables esfuerzos al ennoblecimiento de la madre patria; la despierta muy especialmente el alumno militar, por la seducción del uniforme y por el encanto indefinible que va unido á lo misterioso de sus destinos, que se apartan del derrotero común para seguir un rumbo desconocido que lo mismo puede conducir á la gloria y á los esplendores del triunfo y de la popularidad, que verse cortado de repente por mortal balazo que siega una vida ó conduce al hospital y al martirio, á la obscuridad y á la miseria; pero en Toledo esta simpatía se halla acrecentada hasta el extremo, porque en el estado de decadencia á que la imperial ciudad ha llegado, puede decirse que su existencia misma se halla ligada á la vida de la Academia y que en la Academia encuentra la savia que le vivifica, sin la cual Toledo, anémico y lleno de achaques, caería exánime del rango que aún ocupa para convertirse en insignificante villorrio.

Toledo lo comprende así, y se aferra á la Academia, y hace cuantos sacrificios puede por conservarla, y tiembla al solo anuncio de perderla, y ajusta su vida á la vida de la Academia, que sostiene sus tiendas y comercios, sus colegios preparatorios y sus espectáculos, sus confiterías y la animación de sus calles y paseos. Porque la existencia de la Academia en Toledo es la que mantiene una población flotante considerable, compuesta, aparte de los alumnos, del numeroso personal de profesores con sus familias respectivas, de multitud de aspirantes á ingreso que pueblan las muchas academias preparatorias que en Toledo existen, de no pocas familias de alumnos y aspirantes que se fijan en la ex corte visigoda para velar por la educación y la salud de los mismos, y del incontable personal de proveedores de todo género que el sostenimiento de toda esta población flotante atrae y mantiene, y que reobra á su vez para contribuir al sostenimiento de sus congéneres.

No es posible vivir en Toledo una semana sin penetrarse de esta identificación de la vida de la ciudad con la vida de la Academia: las horas de salida de los alumnos son las horas de animación de los paseos; los días que los alumnos pueden ir al teatro (los sábados) son los días que el teatro cuenta con llenos seguros; los sitios á que los alumnos se dirigen son los sitios á que se dirige la multitud; las fiestas que los alumnos celebran son las fiestas que enloquecen á Toledo; los alumnos son los niños mimados de la población, cometiendo á veces como tales algunas travesuras que no tardan en olvidarse con paternal indulgencia: la Academia general militar es como el corazón de la ciudad de los Concilios, adonde afluye la sangre toda de la población, y de donde vuelve á salir para derramarse por todas las arterias vigorizando todos sus miembros.

Harto se comprenderá, después de esto, lo que son en Toledo los días de la salida y de la vuelta de la Academia, y que juntas estas causas con el atractivo que siempre tienen para el pueblo los espectáculos militares, la carrera que siguen las fuerzas de la Academia al marchar para el campamento se halle cubierta de bote en bote por apiñada multitud, y que los balcones de la misma sean solícitamente buscados para asistir al desfile.



ABRIL, cuadro de A. Artigue, grabado por Baudo

Dos batallones de infantería, una sección de artillería de batalla, otra de montaña, otra de zapadores minadores y otra de caballería constituyen el efectivo de la Academia conforme á la organización adoptada para la instrucción, táctica y marchas; los alumnos de tercer año desempeñan las funciones de guías, oficiales de sección y comandantes de compañía, y los de segundo las de artillería y minadores, todos ellos á las órdenes de distinguidos oficiales y jefes profesores, bajo la dirección del general La Cerda. Media hora hace que se hallan formadas las fuerzas de infantería en la explanada Este del Alcázar y las unidades montadas en la del Picadero, cuando se oye la orden de marcha. A los alegres acordes de la brillante banda, las filas se balancean con rítmicos movimientos, desembocando por la calle de Santa Fe en lo alto de la calle de las Armas y ángulo septentrional de Zocodover; bajan después, entre compactas filas de curiosos que aplauden la corrección de su porte y lo gallardo de su paso, la carretera del Miradero; cruzan el puente de Alcántara, pasando bajo el almenado torreón exagonal que defiende su ingreso, y en cuyos muros se ostenta el imperial escudo que en Toledo campea por doquier, y siguiendo el camino de la estación, desaparecen al fin por la carretera de Ciudad Real, de donde arrancan los caminos de los pozos, que conducen al campamento. La marcialidad de aquella juventud, esperanza de la patria, y la precisión de sus movimientos, son objeto de unánimes y merecidos elogios; todos reconocen, profanos é inteligentes, que no evolucionarían mejor los más aguerridos veteranos.

La posición de los Alijares ha sido elegida con mucho acierto para las prácticas de campamento á que se destina: su proximidad á Toledo, del que sólo dista cinco kilómetros y medio por la carretera de Ciudad Real y el camino militar, y menos aún por el camino de la fuente de la Teja (cinco kilómetros escasos) y del Batán (cuatro kilómetros), facilita su aprovisionamiento y sus comunicaciones; su situación en una pequeña depresión de las primeras estribaciones de la sierra de Layos, desde donde se domina perfectamente Toledo, el Tajo y la carretera de Burguillos, no deja de tener estimables condiciones estratégicas; sus alrededores, llenos de accidentes de terreno de todas clases, río, arroyos, barrancos, alturas, hondonadas, casas, ermitas, rocas, caminos y arboledas, se prestan admirablemente á todo linaje de estudios y experimentos; y sus obras de fortificación, que cada año reciben nuevos perfeccionamientos, y entre las que se destaca al NE. el fuerte reducto en que ondea la bandera nacional, constituyen excelente base para cuantas prácticas de instrucción pueden juzgarse necesarias.

Penetrando en el reducto por el puente levadizo y asomándonos, ya al parapeto del frente de gala coronado por sacos terreros formando aspilleras, ya á las cañoneras de la batería acasamatada del frente de cabeza, se descubre perfectamente todo el campamento, con las 56 tiendas de alumnos en el centro, la del general director y jefes con los barracones de topografía y telefonografía al Poniente; los almacenes, cocinas, caballerizas, tiendas de la tropa y comedores al Naciente; los aljibes, parque y algunas tiendas de oficiales al Norte, y la enfermería con los jardines, tabernas, buñolería y demás barracas particulares al Mediodía, fuera del recinto atrincherado; á la derecha se descubre la plateada faja del Tajo con multitud de pueblecillos, caseríos y cigarrales á uno y otro lado, á la izquierda las ondulaciones del pedregoso terreno con la pintoresca ermita de la Guía, sentada en un peñasco, y enfrente la ciudad entera de Toledo, dominada por la imponente mole del Alcázar y recortando en el horizonte el manto azul del cielo con la caprichosa silueta de sus cúpulas y torres.

Todo se halla mudo todavía en el atrincherado campo; algunos centinelas que de trecho en trecho vigilan para que ninguna persona extraña, no provista de autorización, penetre en el recinto; grupos no muy nutridos de curiosos que pretenden invadir por diversos lados el campamento para presenciar la entrada de la Academia, y que se ven rechazados de puesto en puesto, resignándose por fin á tomar posiciones en las alturas inmediatas; eso es, junto con el movimiento que en las cocinas se adivina, más bien que se nota, todo lo que á las once de la mañana vive y se mueve en el campamento.

Los marciales ecos de la banda de cornetas, alternando con los regocijados de la charanga, rompen aquel silencio y vienen á sorprendernos en nuestra contemplación, advirtiéndonos que las tropas destinadas á poblar aquellas blancas tiendas, que esperan impacientes con sus puertas de lona levantadas á que lleguen sus alegres huéspedes, se acercan por momentos. Descendemos del reducto para asistir más de cerca á la solemne fiesta militar, nos situamos al extremo oriental del frente de banderas, junto al espacioso comedor de los alumnos, capaz para 800 cubiertos, y no tardamos en ver aparecer la cabeza de la columna con la banda militar al frente; las compañías de infantería pasan arrogantes y ocupan toda la longitud del frente de banderas, desde los comedores hasta la marquesina del general La Cerda; la artillería sube al galope la cuestecita de los Aljibes y se sitúa más allá del parque, y la caballería atraviesa en correcta formación por delante de la infantería, ganando las alturas del Olimpo, junto á la tienda del general, el Júpiter de aquella marcial familia. La *tenue* de infantes y jinetes es perfecta, y el estado mayor de aquel ejército en miniatura así lo reconoce rebosando de satisfacción.

Los acordes de la macha real resuenan de pronto: la banda de música abandona la sombra del comedor de alumnos, y seguida de una guardia de honor que se agrupa en torno de la primorosa bandera de la Academia, bordada por las augustas manos de la virtuosa reina regente y obra maestra de repujado y damasquinado de la fábrica de armas blancas de Toledo, cruza por delante de las formadas tropas, que presentan respetuosamente las armas ante el sagrado símbolo de la patria, se inclina á la izquierda, atraviesa la línea, asiste al depósito de la bandera y vuelve á ocupar su primitivo puesto. Suena un clarín, las filas se rompen y los recién llegados toman posesión de sus tiendas.

Así empieza la vida del campamento. Las madrugadas á las cuatro de la mañana, las descubiertas, los reconocimientos, los trabajos de fortificación, las formaciones, las expediciones por los alrededores, las batallas, el levantamiento de planos, las sorpresas nocturnas, las comidas al aire libre, las horas de siesta y sueño en aquellas tiendas cónicas con doce camas, las misas de campaña, las visitas de los toledanos y toledanas, los días de fiesta con los animados corrillos del frente de banderas y del comedor grande, el escribir á la luz de una bujía metida en una patata, la furtiva y arriesgada escapatoria á Toledo para ver la novia, el guitarreo y los cantos que preceden á la retreta, los comentarios sabrosísimos de los hechos y ocurrencias del día, las altas y bajas de los botijos de agua fresca en las tiendas, todo deja en la memoria del alumno indeleble impresión de aquellos inolvidables días, tan llenos de atractivos como de trabajos, en los que el cuerpo y el alma ad quieren nuevo y vigoroso temple.

FERNANDO ARAUJO

AGUJA, DEDAL, AMOR Y COMPAÑÍA

En el invierno de ocho á ocho y en el verano de siete á siete, salvo una horita al mediodía para comer; total: once horas dale que te le darás á la señora Singer ó á madame Aguja... ¿Y qué gana usted?... ¡Psh! De oficiala un par de pesetillas y algún otro gaje que cae, poca cosa, dos realetes, ¿sabe usted?... que hoy las señoras son de suyo económicas y los maridos puñoenrostro... Así está el oficio: entre los talleres de París y sus modistos (¡mala bomba en ellos!), la escacez de cuartos y lo mañosas que ahora nos van resultando las mamás, vense las hechuras á tres menos cuartillo y nosotras á la cuarta pregunta... Y gracias que en el año no sean más que tres las cuaresmas que hemos de pasar por mor de haber crucificado el dedal la falta de trabajo... ¡Modista!... Un oficio muy finústico, en el que no se admiten zarrapastrosas, ¿estamos?... Aquí en el obrador todas parecemos señoritas de muy buenas casas, aunque en las nuestras nos acostemos en jergones más tísicos que los don Juanes que nos hacen la rosca y comamos á diario cocido á la una, á las nueve cenemos bacalao con patatas y patatas con bacalao; pero... ¡anda!, véanos usted en la calle, y ¡ay, pollo, qué miedo!, mismamente como las señoringas de esas encanutadas que tocan sópera al piano y bailan en las reuniones cursilantas, con mucho de la fisnura y haciendo la mar de dengues.

* * *

– Anda, hija mía, que son las siete y media, levántate.

– Ya voy mamá. (Mire usted, es cosa de llorar de rabia esto de tener que levantarse de la cama cuando uno se encuentra tan calentita y á gusto, soñando con...)

– ¡Arriba, niña!

– ¡Ea! Ya voy, mamá; no seas cargante... (¿Por qué no iría ayer *ese* al obrador?... ¿Estará enfermo?... Pero qué suerte tiene la Lola... Le ha *salido* un hijo de un título que le va á dar el oro y el moro... Y es simpático)... Mamá, ¿me cosiste el manto?... (¿Quién encontrara un novio así?... ¿Y por qué no?... Pues hija, de tan buena pasta como yo es la Lola... ¡A ver, tan modista!... Es más guapa, psh, pero yo no soy ningún esperpento...) ¿Mamá, cociste ya la cascarilla para el desayuno?... ¿Que sí?... Bueno; ponlo en seguida, que luego doña Bernarda se pone como un demonio si vamos tarde...

– Adiós, mamá, hasta luego... ¿Que sea juiciosa?... Si no me meto con nadie...

* * *

– Pero ¡qué animales son algunos!... Vaya unas barbaridades que me dicen los albañiles y la gente de oficio... ¡Uf, qué asco!... ¡Si lo oyese mi novio!... ¡Vaya usted al cuerno, só... indecente!... Se marcha... Ya estamos cerca del lugar del suplicio... ¡Hasta la una!... ¡Ah, ahí va la Paca!... Pssss, ¡chica!

– Adiós, Paca.

– Adiós.

– ¡Qué frío hace!

– Ya lo creo.. y sin toquilla hasta que cobremos el sábado.

– Oye...

– ¿Qué?

– ¿Viste á *ese*?

– ¡Hija, no! ¿Y tú?

– Yo sí; nos fuimos á dar una vuelta.

– ¡Qué buena sombra tienes!

– ¡Vaya!... Le verás luego.

– ¡Quiá!... Se irá con alguna... ¡Bonitos están los hombres!...

– Mujer, no seas tan mal pensada.. Estará estudiando... Di, ¿por qué armó anoche aquella trifulca doña Singustos, la maestra?...

– Hija, ¿por qué había de ser?... ¡Por nada! Como es una tía tan agarraa y puse demás un *golpe* de azabache en la sobrefalda de raso azul... por eso. ¡Ya ves tú qué cosa!...

– ¡Bah, no te importe! Como tiene el genio así tan furioso... De seguro que habrá tirado los tiestos al calzonazos de su marido...

– Apañao está el hombre con los celos de esa tía. . ¡Jesús! ¡Yo no sé cómo la resiste!...

– A mí me da no sé qué el verle cuando la pide para tabaco...

– ¡Ya, ya; ni que fuera una limosna!

– Mira, allí viene la Concha... ¡Eche usted lujos... y es una pobre modista como nosotras!...

– Cállate, que nos puede oir... ¡Como es tan orgullosa!...

– No todas pueden serlo .. mayormente teniendo un novio general.

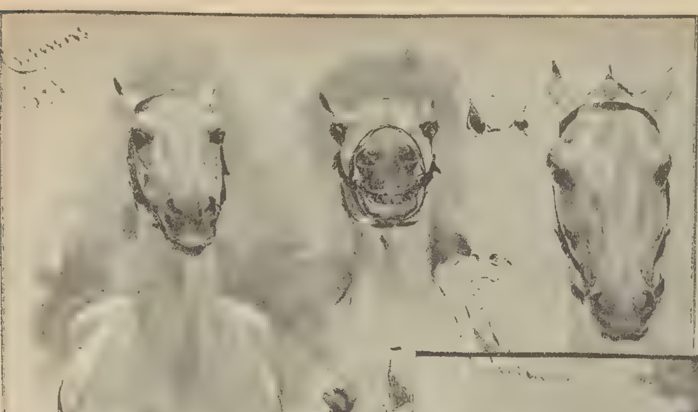
– ¡Ja! ¡ja! Eso quisiera él, que es un cadetillo de mala muerte.

– ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

* * *

Creo, lector de mis afanes, que si tú, como yo, analizas por un segundo la impresión que causa la vista de un taller de costura en horas laborables, sentirás algo muy triste que te hará reflexionar y sentir lástima por las «esclavas de la aguja.» ¡Pobres mujeres! Agostan su juventud entre cuatro paredes y son víctimas en su mayoría de la avaricia de una maestra gruñona; consumen su belleza inclinadas sobre la mortífera máquina de coser, que ahoga los cantos de los pájaros del trabajo con el monótono é incesante *rag rag* de su mecanismo.

El espíritu de estas pobres muchachas necesariamente ha de sufrir una radical metamorfosis; se puede ser flor y hermosa, pero no la ocultéis, no la pongáis en contacto con otras que ya han perdido su lozanía, no la privéis de la libertad, de respirar oxígeno, mucho oxígeno, y de verse constantemente acariciadas por el sol... ¡Es planta tan débil y enfermiza la mujer!... De no, la flor necesariamente ha de perder su perfume virginal, sus pistilos han de ser viciosos, su cáliz recogerá el aire infecto y lo ha de transformar en aroma acre, y la hermosura irá marchitándose y la clorosis empalidecerá los matices rosáceos de las mejillas... ¡Por Dios, tal les sucede á tantas y tantas jóvenes que, bien por egoísmo de los padres, esto las menos, ó bien empujadas por la necesidad, acuden á los talleres... ¡Si los padres sorprendiesen por un momento que arrojan su fruto más querido á un foco vicioso, malsano, creo imposible que tal hicieran!... Hermoso es el trabajo, sí, pero también es hermoso el pájaro en una jaula, y sin embargo... está cautivo... En los albores de la adolescencia, cuando la virgen aún no conoce más caricias ni más satisfacciones que las que le prodigan en su hogar, vése lanzada en un medio para ella totalmente



ofrece la modista madrileña cuando sale del taller: es una figura interesante que cubre la graciosa curvatura de sus perfiles con el mantón de color ceniza y la falda de lanilla, á la cabeza el velo, en la mano el manguito ó el abanico (según la estación), en los pies zapatos de *roussel* ó becerro mate que encarcelan unos piececitos revoltosos... Cautiva en la modistilla su charla alegre, saturada de sales áticas y mordaces, rellena de modismos y fraseología extraña, verdadero amasijo de conceptos señoriles y resuellos truhanescos, la cual fraseología la emplea igual para echar por tierra ó levantar el amor callejero que la brinda el primer estudiante que topa al paso: pasma su desenvoltura cuando da una contestación irónica á la charla chocha de un viejo rijoso ó aquella otra de algún zascandil, empleaducho ó solterón á caza de gangas.

Y como una reina marcha por entre la multitud que á tales horas obstruye las aceras... Su andar es recio y menudito... de no tener novio; si por el contrario, tened seguro que en la bocacalle más próxima al



ESTUDIOS DE CABALLOS, de D. José Cusachs

desconocido: la holganza trocada por un trabajo superior á sus fuerzas, los mimos maternales cambiados por las asperezas y refunfuños de la maestra: los juegos infantiles traducidos en señas y guiños, que así tienen tanto de moral como yo de obispo... Y luego, que las compañeras, á modo de libélulas hambrientas, extraen gota á gota el caudal de candor de la «novata,» que va descubriendo y asimilándose con verdadera fruición aquellas ideas colectadas sin escrúpulos en el arroyo, en el baile, en el pelotón de la huelga callejera, allí donde hay un borracho, un viejo libidinoso ó un joven estúpido que se las da de pillín: todas esas notas repercuten en el taller, y en él, á hurtadillas de la maestra, se comentan y celebran entre risotadas y apreciaciones licenciosas.

En buena hora lo diga, no me las echo de moralista ramplón, ni para ver las cosas me he calado jamás los antipáticos y negros anteojos del fatalismo; pero sí creo en conciencia que la mayoría de esas pobres mujeres que cambian sus encantos impulsadas por el lujo, la molicie ó la necesidad, son reclutadas en el taller.

A través de los cristales de su prisión voluntaria han de ver pasear en entera libertad á esas otras jóvenes que, colocadas en más alta esfera, salen rodeadas de comodidades, ostentando joyas y trajes lujosos y seguidas de sus aduladores criados; las esclavas de la aguja, repito, establecen una comparación, odiosa á la fuerza; ven su miserable estado, y en su impotencia han de entregarse en brazos del que, mintiéndolas, las brinde un porvenir brillante... La flor está perdida, el viento del desengaño arrancará sus hojas, y el escepticismo brutal, ante el que no pueden oponer una ilustración sólidamente cimentada, las hará conocer el gran juego que el oropel hace en el mundo y la eterna laceria á que están condenadas; todo esto determinará, según el carácter y el temperamento de la desdichada, ya el desenfreno, ya la malicia que se goza en hacer prevaricar á las novatas en el oficio de la costura, el que ofrece mayor contingente en las estadísticas de la tisis...

Y resultados tan funestos darán siempre los talleres, mucho más sensibles para esas infortunadas hijas de familia, que según la frase gráfica «han venido á menos.» Las tales son odiadas por sus otras compañeras, porque no pueden luchar con ellas en educación, en conocimientos ni en esa rara virtud de la candorosidad de que se hallan desprovistas en su mayoría las hijas de la clase democrática.

***

A poco más de las ocho de la noche desemboca por cada una de las calles que afluyen á la Puerta del Sol el primer pelotón de modistas. No puede darse espectáculo más hermoso ni risueño que el que

obrador, se unirá á su Manrique, y ambos irán por calles solitarias y travesías obscuras á paso de carreta, mintiéndose cariño, mucho cariño, interpolando el idilio mimoso con proyectos é ilusiones para lo porvenir, amén de no ser impedimento mayor hablar del baile último, de los trapicheos de la Fulanita, que «se trae» ó «deja de traerse» esto, lo otro y lo de más allá con Zutanito su novio, de *cortar un vestido* á la maestra, á mamá (por lo de la tiranía) y aún sobrará tela para algún otro mortal.

De seguro que mamá alborotará por la tardanza; pero ¡fuera apuros!: la maestra tiene las espaldas muy anchas, y ella pagará la media hora robada al amor: «Ya ve usted, mamá, como doña Gertrudis es así, nos ha hecho recoger á más de las ocho.» O bien: «Como no ha ido la aprendiza al taller, hemos tenido que recoger nosotras las oficialas.

¡Y tutti contenti!

***

Por las noches, ya es sabido: si no se sale con mamá ó la amiguita á dar un paseo; si *ese* (*ese* es el novio) no la lleva á ver una pieza á Eslava ó á la Zarzuela, ó bien á tomar café; si en casa no la dejan salir sola, ó la noche es lluviosa, se agarra el novelón por entregas (del cual es la modista gran devota) y se ve en qué para lo del conde, y si se casa Berta, ó se despeña el paje enamoradizo, ó se averigua quién pueda ser el misterioso embozado que todas las noches se pasea cerca del torreón del castillo diciendo: «Mi venganza será terrible, señor conde!»

Y á veces tan estúpidamente trágico se va poniendo el enredo novelesco, que la lectora llora como una Magdalena, y la hace dúo la mamá, y hasta el



ESTUDIOS DE CABALLOS, de D. José Cusachs



MARCHA DEL BAZTÁN, cuadro de D. José Cusachs (Salón Parés)



SITIO DE LA SEO DE URGEL, cuadro de D. José Cusachs (Salón Parés)

minino parece decir: «¡Fu! ¡Qué cosa más terrible!»

Si no hay lectura, se entretiene durante la velada en repasar los cuatro trapitos de su ajuar, sepultados en el fondo de un cofre saturado de olorcillo á alcanfor; se reforma el vestidito añadiéndole algún *cogido* con tela de lo ajeno, ó bien por cuenta propia y con escaso beneficio se hace alguna compostura de doña Fulana, la vecina ó amiga... Y *¡laus Deo*, á dormir!

Y mientras en invierno el ábrego empuja las vidrieras y en verano la luna se cuela hasta el lecho donde reposa la modista, ésta, antes de dormirse hace examen *in mente* de lo ocurrido en el taller, la broma de la compañera, el chiste de tal, la seriedad de *ese*, la escena de la novela: todo esto, el cansancio que la rinde y las mil ilusiones de bienestar y lujo, las emociones que saborea por anticipado del próximo baile y el sonsonete de la última canción popular aprendida en el organillo callejero, son las adormideras que la han de hacer caer en un sueño de rosa, del cual despertará cuando mamá zarandeándola la grite á las siete de la mañana:

«¡Niña, arriba, que van á dar las ocho!»

ALEJANDRO LARRUBIERA

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Se ha inaugurado en Bruselas un monumento erigido en honor de Rogier, el fundador de la independencia belga, que consagró á aquel pueblo su vida entera á pesar de ser de origen francés, pues nació en Saint-Quentin en 1800. Sobre un zócalo elevado y tendido en una losa de mármol está la estatua yacente de Rogier, envuelta en blanco sudario; una losa azul formando dosel descansa sobre cuatro columnas griegas, junto á una de las cuales se alza la estatua de bronce que representa á Bélgica, designando con ademán sublime á Rogier á la veneración del pueblo. Tal es el monumento debido al joven escultor belga M. Rudder, que ha merecido las más entusiastas alabanzas por la grandiosidad con que está concebido y la maestría con que ha sido ejecutado.

– En la Galería Goupil, de Londres, está llamando extraordinariamente la atención una colección de cuadros de la pintora belga Enriqueta Ronner, que se dedica casi exclusivamente á pintar escenas en las que son únicos actores los gatos, habiendo conseguido en esta especialidad gran renombre, no sólo por el modo como pinta á sus animales predilectos, sino por la gracia y á veces hasta por el sentimiento con que concibe los asuntos en que éstos actúan de protagonistas.

– En la Exposición internacional de Música y Teatros de Viena se ha celebrado un interesante concierto: comenzó por los corales gregorianos, siguieron luego los hermosos cantos religiosos alemanes de los siglos XII y XIII, y entrando después en el ulterior desenvolvimiento histórico de la música á varias voces, terminó con piezas de armonía, cantándose motetes de Joaquín de Pres, Pedro de la Rue, Arcadelt, Orlando di Lasso y Palestrina. – En el teatro de la propia Exposición, la compañía de la Comedia Francesa dió una representación del *Dialogue avec sa muse*, de Musset, y *Les femmes savantes*, de Moliere.

– Se ha inaugurado en Berlín la Exposición de Bellas Artes correspondiente al presente año: figuran en ella 2.137 obras artísticas, entre ellas 1.419 cuadros, y aumentan su interés una porción de exposiciones parciales de obras de pintores alemanes contemporáneos célebres, como Menzel, Knaus, Schrader, Geselschap, Spangenberg, Becker, Skarbina, Uhde, Schonleber, Bartels, Passini y otros.

– El Tribunal de Apelación de París ha revocado el embargo decretado á instancia del gobierno italiano sobre los cuadros de la galería del príncipe Sciarra, que éste había enviado para su venta á aquella capital; de modo que nada impedirá ya que puedan ser vendidas en Francia las obras que tanta polvareda han movido en Italia y en todo el mundo artístico.

– La aldea de Altdorf (Suiza) va á construir un monumento dedicado á Guillermo Tell: el proyecto para el mismo aprobado es el del escultor Kisslinh, quien representa al héroe helvético llevando de la mano á su hijo y vestido, no con sombrero de pluma y traje convencional de teatro, sino con el antiguo traje nacional de los Alpes suizos, tal como se lo imagina el pueblo: los relieves del zócalo reproducen los principales episodios de la historia ó leyenda del libertador de Suiza.

Teatros. – En el Covent-Garden, de Londres, se ha estrenado con éxito completo *El amigo Fritz*, del maestro Mascagni, cuya música se ha considerado como muy superior, aunque de distinto género, á la de *Cavalleria rusticana*, del propio autor; llamando la atención por su originalidad, por su exuberancia de sentimiento, por sus bellezas melódicas y por el color característico de alguna de sus piezas, cualidades tanto más de admirar, cuanto que el argumento, puramente idílico, parece poco apropiado á la música moderna, tan dada á los asuntos dramáticos y apasionados.

– En la Ópera Cómica, de Londres, el estreno de *Thermidor*, de Sardou, no ha producido el efecto que algunos esperaban, después de los ruidosos incidentes á que este drama dió lugar en París: en cambio han sido con entusiasmo aplaudidos los actores franceses que la han representado, especialmente Coquelín, Mme. Malvase y Duquesne.

– En la Comedy, de Londres, ha alcanzado un éxito ruidoso una parodia que con el título de *The Poet and the Puppets* (El poeta y los títeres) ha escrito Mr. Carlos Brookfield para satirizar las tendencias y procedimientos de la dramática moderna.

– La ópera Cómica de Andrés Messager, *La Basoche*, traducida al alemán con el título de *Los dos reyes*, ha logrado gran éxito en el teatro de la Corte, de Munich, habiendo contribuído á ello, no sólo la música, que es graciosa y en extremo agradable, sino también el libreto, lleno de vis cómica.

– En la Opera cómica, de París, se estrenará en breve una ópera póstuma de Leo Delibes, titulada *Cassia*, que ha instrumentado Massenet por haber aquel notable compositor fallecido sin haber podido escribir la instrumentación.

Barcelona: La compañía que dirige el inteligente primer actor Sr. Mario ha comenzado sus tareas en el teatro de Novedades, mereciendo de nuestro público la excelente acogida que éste siempre ha dispensado al que tantas bellezas le ha hecho conocer en las varias temporadas en que ha actuado en nuestros principales coliseos. *La credencial*, primera obra nueva puesta en escena, ha obtenido un éxito por demás lisonjero, que ha venido á confirmar el que logró cuando fué estrenada el invierno pasado en la corte esta divertida comedia de D. Miguel Echegaray.

En el teatro Lírico cosecha abundantes aplausos la compañía á cuyo frente figura la Sra. Tubau de Palencia: la primera representación de *Tormento*, obra nueva en Barcelona, ha valido un triunfo á su autor, el conocido escritor D. Federico Urrecha, quien á los lauros conseguidos en el periódico y en el libro ha añadido con su drama los alcanzados justamente en la escena.

Continúa con excelente éxito en el teatro Calvo-Vico la campaña veraniega que comenzó en el Tívoli la compañía dirigida por D. Julián Romea: entre las obras puestas en escena han sido muy aplaudidas *La caza del oso*, comedia cuyo mejor elogio queda hecho consignando el nombre de su autor, D. Vital Aza, y *La mujer de papá, vaudeville* francés, arreglado por el reputado escritor Sr. Pina y Domínguez.

El diablo en el cuerpo, opereta de Blum y Taché, música de Hervé, arreglada á la escena española por los Sres. Colomé y Liern, ha sido muy bien acogida por el público que asiste al teatro del Tívoli, donde actúa una buena compañía de zarzuela, dirigida por el maestro Sr. Pérez Cabrero.

En el teatro Principal se han dado dos escogidos conciertos, organizados por el eminente barítono Sr. Napoleón Verger: en ellos ha tomado parte la niña Milagros Gorgé, llamada con razón la pequeña Patti. Estos conciertos han satisfecho por completo á los amantes de la música buena y bien cantada, así por lo bien que habían sido elegidas las piezas del programa como por la perfecta ejecución que á las mismas cupo.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Mr. Lumb Stocks, individuo de la *Royal Academy* de Londres, uno de los mejores grabadores ingleses y asiduo colaborador de la importante revista inglesa *Art Journal*.

M. Numa Baragnon, uno de los más ardientes defensores de la restauración monárquica en Francia, subsecretario de los ministerios del Interior y de Justicia durante el gobierno de 1873 y senador inamovible desde 1875.

El general Jorge Klapka, uno de los héroes de la revolución húngara de 1848, ministro de la Guerra con el gobierno provisional de 1849 y actualmente miembro de la Cámara de Diputados de Budapesth.

Julio Duprato, notable compositor francés, profesor de armonía del Conservatorio de París, autor de varias operetas muy aplaudidas, entre ellas *M'sieu Landry, La dèese et le berger, Le cerisier, Le sacripant*, y de una ópera, *La fiancée de Corinthe*.

María Schramm, reputada escritora alemana, más conocida por su seudónimo M. Corvus.

Alejo Bouvier, popular novelista francés, autor de *La femme du mort, Les pauvres, La grande Iza, Le fils d' Antony, La Rousse, L'armée du crime, Mlle. Olympe* y otras.

D. Carlos Marfori, ex diputado á cortes, ex ministro de Ultramar, ex gobernador de Madrid y actualmente senador vitalicio y presidente de sección del Consejo de Estado: fué uno de los ministros que más influencia ejercieron en el ánimo de D.ª Isabel II durante los últimos tiempos de su reinado; poseía entre otras condecoraciones el collar de Carlos III.

W. H. Noble, general inglés que hizo la guerra contra los afghanes: escribió muchos libros sobre asuntos militares é inventó varios instrumentos científicos, propios para manufacturas militares también.

M. Anatolio de la Forge, distinguido político y publicista francés, vicepresidente de la Cámara de Diputados: la defensa de San Quintín, que organizó durante la guerra franco-prusiana, siendo prefecto del departamento del Aisne, hará que su nombre no se borre fácilmente de la memoria de los patriotas franceses.

M. Madier de Montjau, uno de los más ardientes defensores de la idea republicana en Francia; fué miembro de la Asamblea legislativa durante la República de 1848, defendió á ésta en las barricadas del 2 de diciembre, fué desterrado por el Imperio: desde 1870 ha sido constantemente diputado, habiendo desempeñado en la Cámara el cargo de cuestor: era uno de los oradores más grandilocuentes de Francia.

Maximiliano Forckenbeck, primer burgomaestre de Berlín desde 1878, ex presidente de la Cámara de Diputados, miembro de la de Señores de Prusia, ex presidente del Reichstag y uno de los fundadores del partido progresista alemán.

Olof Backstrom, célebre historiador sueco, autor de varias obras notables, entre ellas la *Historia de los Estados europeos desde* 1815 *á* 1866.

Juan A. Weger, famoso grabador alemán.

NUESTROS GRABADOS

San Francisco de Asís, escultura de D. Agustín Querol. – Son tantas las veces que con motivo de la reproducción de alguna de sus obras nos hemos ocupado del ilustre escultor tortosino y tantos los elogios siempre merecidos que le hemos prodigado, que por no incurrir en repeticiones, por no escribir las mismas alabanzas, preferimos hoy limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores sobre el hermoso busto del seráfico fundador de la orden de los franciscanos que publicamos en el presente número. A bien que sin necesidad de nuestra excitación, desde luego habrán admirado las bellezas incomparables de la cabeza del santo, en la que por modo admirable se revela el alma toda del austero anacoreta de los Apeninos, en cuyo cuerpo aparecieron milagrosamente estampados los estigmas que reproducían las llagas de Jesucristo.

Entrega del cuerpo de Marceau al ejército francés, cuadro de G. Roussel. – Mucho espacio necesitaríamos si hubiésemos de decir algo de la vida del ilustre general de la revolución francesa cuya historia político-militar comenzó en el ataque contra la Bastilla y terminó en los campos de Prusia combatiendo contra los aliados. Mortalmente herido durante un reconocimiento que practicaba en los alrededores de Altenkirchen y conducido á esta población, de la que acababan de apoderarse los prusianos, fué asistido con toda suerte de atenciones por sus propios enemigos. Todos los cuidados fueron, sin embargo, inútiles, y Marceau falleció á poco rodeado de sus ayudantes y de los principales jefes del ejército aliado, entre ellos el archiduque Carlos. Su cadáver fué entregado al ejército francés, habiéndole tributado los honores militares amigos y adversarios, que unidos lloraron la muerte del noble y valeroso caudillo, por quien sentían entrañable cariño aquéllos y verdadera admiración unos y otros. Este episodio es el que con tanto talento ha reproducido G. Roussel, cuyo cuadro, perfectamente compuesto, está, por los tonos del paisaje por la actitud y expresión de las figuras, por el ambiente todo, en admirable armonía con la triste ceremonia representada.

La arquitectura, pintura de Tony Robert-Fleury. – Entre las pinturas decorativas que han de adornar la Casa Consistorial de París figura la que Robert Fleury, artista digno continuador de las glorias de su padre, ha expuesto en el Salón de los Campos Elíseos del presente año. Si la Arquitectura es, como dice D. Eduardo Saavedra en el *Diccionario Enciclopédico hispano americano*, á un tiempo arte bella y arte útil, y el ramo de la humana actividad que más se asemeja en su modo de ser á la naturaleza por la admirable armonía con que funde todos los elementos del saber para satisfacer á un tiempo á la razón y al sentimiento, fuerza es confesar que difícilmente puede darse mejor representación gráfica que la del pintor francés, de este arte que tan admirables creaciones ha producido en todos los países y en todas las edades. La figura pintada por Robert Fleury tiene la majestuosa severidad de la ciencia y los plácidos encantos de la estética, una y otros diestramente fundidos en un conjunto eminentemente artístico, que ha sido muy admirado por el público y aplaudido por la crítica.

Abril, cuadro de A. Artigue. – El mes cuyas bellezas tan hermosos conceptos han inspirado á los poetas, es también objeto de predilección especial de parte de los pintores. Los artistas que buscan en la naturaleza asuntos para sus composiciones, tienen en los encantos de abril ancho campo para expresar su sentimiento y demostrar su dominio del colorido, lo primero reproduciendo un espectáculo que llena de inefable ventura el alma, lo segundo combinando la gama de colores de su paleta para copiar en el lienzo los mil matices de las flores, de las hierbas y de los árboles con que el paisaje se engalana, y ese azul límpido y transparente con que el cielo se embellece en los claros días primaverales. El notable pintor francés A. Artigue nos demuestra con su delicado cuadro que sabe sentir esas bellezas y esos encantos, y que cuando se trata de exteriorizar este sentimiento, encuentra en los recursos del arte la nota justa para causar la impresión que al concebirlo se propusiera producir, contribuyendo no poco á ello la elegante figura que, como la naturaleza que la rodea, se halla en la primavera de su vida.

Estudios de caballos, de D. José Cusachs. – Marcha del Baztán. – Sitio de la Seo de Urgel, cuadros de D. José Cusachs (Salón Parés.) – Ocupa la pintura militar señalado lugar en el arte contemporáneo, y raro es el país en donde no se cultive con asiduidad y verdadero éxito. Aquellos en que mayores progresos se realizan, mayor es también el número de los artistas que se dedican á este género especial. Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y Rusia cuentan con artistas de valía, cuyo nombre representa una gloria para su país. Los artistas españoles hanse distinguido también en esta especialidad, pues aparte del glorioso precedente que significa la obra del insigne Velázquez, representando *La rendición de Breda*, Fortuny, Unceta y el malogrado Balaca, así como J. L. Pellicer, representan un período importantísimo para la pintura militar, que poco á poco ha ido aumentando el número de sus prosélitos, de tal manera, que son ya varios los que en distintas provincias han logrado significarse. Como indiscutible maestro, hemos de citar á D. Marcelino Unceta, y como su distinguido sucesor á D. José Cusachs, en el que concurren circunstancias especialísimas, puesto que además de las recomendables cualidades artísticas que posee, reune una suma de conocimientos de la vida y arte militares que no pueden adquirir los demás pintores, ya que Cusachs ha pertenecido á nuestro ejército, habiéndose distinguido como capitán de artillería en la última guerra civil. Recuerdo de aquel calamitoso período son los dos grandes lienzos que reproducimos, pintados por encargo especial y con destino al general Martínez Campos. Ambos conmemoran dos episodios ó hechos de la vida militar de este caudillo. La atrevida y peligrosa marcha del cuerpo de ejército, cuyo mando le estaba confiado, á través del abrupto Baztán, y el sitio de la Seo de Urgel, cuya expugnación tan profundamente quebrantó á las huestes carlistas. Feliz ha estado el Sr. Cusachs en los dos lienzos, que deben considerarse como dos notables producciones de la pintura militar española.

Presentación de la compañía, aguada de don Mariano Barbasán. – Aunque nos pese decirlo, hay que confesar que en la generación actual existen restos de las aficiones de aquel pueblo que en el período de su decadencia pedía á gritos á los tiranos que le oprimían *panem et circenses*, ahogando en la barbarie de sus sangrientos espectáculos sus vicios y sus dolores.

Muchas veces nos hemos detenido para mirar con verdadera conmiseracion uno de esos carricoches tirado por un viejo y escuálido caballo, conduciendo objetos que constituyen la riqueza y patrimonio de una familia de modestos acróbatas que, cual bohemios, van de pueblo en pueblo haciendo gala de su habilidad y destreza y ejecutando ante los asombrados campesinos los más peligrosos ejercicios, ya que todas las suertes que ejecutan, aunque parezcan sencillos juegos para el espectador, no están exentas de peligro y aun pueden terminar trágicamente.

Nuestro estimado amigo y discreto artista D. Mariano Barbasán ha tratado de representar una familia de esos modestísimos acróbatas, que tuvo ocasión de examinar recientemente como mero espectador en Subiaco, pueblecillo inmediato á Roma. Los rasgos ó caracteres de los individuos de aquella familia podrán parecer un tanto acentuados; pero aun así, recuerdan el tipo por todos conocido, que tiene tan activa parte en todos los festejos celebrados por las poblaciones de cuarto ó quinto orden.

Lejano aún el día en que la humanidad proscriba esta clase de distracciones, que embrutecen en vez de deleitar, hacemos votos para que la suerte depare otros recursos y medios á aquellos que hoy se dedican á divertir á los demás á costa de su pudor y aun de su existencia.



Y cubiertas sus mejillas por el rubor, tendióme su mano sin mirarme

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Mi padre prosiguió, cual si contestase á mis reflexiones:

– Hay algo más triste que casarse, creyendo amarla, con una joven pobre que ha hecho creer en su amor; y es el reconocer que no nos ama, comprendiendo entonces el ridículo papel que se ha hecho.

– No comprendo.

– O no quieres comprender; pero voy á explicarme. Las jóvenes casaderas pueden clasificarse en dos categorías: las que son de fácil colocación y las que no lo son. A las primeras, los pretendientes acuden solícitos por sí mismos; las segundas se ven obligadas por lo regular á ir en su busca. Te digo esto lisa y llanamente, pero es la pura verdad. Hay jóvenes, como Juana, que no quieren ir á buscarlos; pero hacen mal, pues si quieres que Dios te ayude, ayúdate á ti mismo. Por otra parte, es necesario que una joven, aunque tenga fortuna, se presente y se dé á conocer para que puedan apreciarla. Esta misma necesidad, más aún que la de agitarse sin ton ni son, según creo, es la que condujo á inventar los bailes y ciertas reuniones. Tu madre no ha querido jamás llevar á ellos á Juana, porque tu madre tiene un dios tiránico: la santa economía. Todo cuanto se quita á su ídolo, es á sus ojos un robo abominable y hasta un crimen...

Mi madre dejó escapar un prolongado suspiro, encogióse ligeramente de hombros y se limitó á decir:

– Bien sabes que Juana tampoco quiere.

Sin contestarle directamente, mi padre prosiguió:

– Sobre este punto no estamos de acuerdo, pero no insistiré más, porque chocaría con la fuerza inerte, y de ello tengo experiencia hace largo tiempo. Ya ves, por lo tanto, hijo mío, que yo no censuro ciertos manejos; pero hay otros de que seguramente habrás oído hablar, si es que no los has visto en práctica, y que aparentas ignorar.

– ¿El casamiento forzoso?

– Sí, el casamiento forzoso, pero tal vez no como tú le entiendes; la opinión pública es la que obliga más bien, alguna cosa como un hábil reclamo, preparado muy anteriormente y largo tiempo repetido. Anunciar como hecho consumado cualquier acontecimiento que se desea es un modo mejor aún de conseguir que se realice, y esto se ve diariamente tratándose de posiciones ambicionadas. En cuanto al matrimonio, el procedimiento es el mismo: los padres son los que comienzan á preparar el reclamo, presentando en los salones y después en la calle, bien á la vista, á los jóvenes á quienes se trata de casar. Muy pronto

interviene la voz pública, que con razón puede suponer que M. X... y la señorita Z... van á contraer matrimonio probablemente; se pregunta á los padres, y éstos sonríen sin contestar sí ni no. Entonces la voz pública se dice: «es cosa hecha.» Después llegan los amigos que felicitan al joven;... éste protesta, mas no se atreve á negar con mucha insistencia... Luego le acosan más vivamente los padres y la joven... y la voz pública persiste en sus clamores. Según confesión de todos, el joven es novio, y aunque es el único que no asiente á ello, como sería mal visto si no confesara, lo hace al fin. Por otra parte, ha comprometido... y debe reparar. Hijo mío, á pesar de que sólo te hablo vagamente, demasiado me comprendes; por eso me he limitado á indicarte las fases de esa comedia, absteniéndome de insistir sobre el papel de la joven, que es el más importante, puesto que de él depende el éxito de aquélla. En cuanto al dèl «buen joven,» este adjetivo le califica suficientemente. Tú no desempeñarás ese papel, no quiero que lo desempeñes, ¿me entiendes?

Yo tenía muchas cosas que contestar á mi padre; decirle, por ejemplo, que se equivocaba, que el casamiento forzoso, célebre en los países levantinos, en las colonias y en otros muchos puntos, no tenía nada que ver en la cuestión, y que calumniaba gratuitamente á personas á quienes no conocía.

Pero como su voz había tomado cierto tono de severidad al terminar aquella homilía, Juana, temiendo que mi respuesta enconase la discusión, dijo de pronto, mirando el reloj:

– ¡Qué tarde es! ¿No vas á tu cuarto, Pedro? Creí que tenías algunas cartas que escribir...

– Sí, hermana mía, contesté abrazándola, ya voy.

Bien mirado, ¿qué podía yo decir á mis padres en vista de sus prevenciones? No me hubieran creído y todo habría sido inútil.

Me levanté de la silla algo nervioso, con la sangre enardecida por el tono de autoridad que había tomado mi padre, y después de dar dos ó tres vueltas por la sala, muy resuelto á callar, dí las buenas noches.

Poco faltó para que una palabra de mi madre lo echase á perder todo.

– ¡Oh!, exclamó, Pedro no nos ocasionará nunca ningún pesar.

Al oir esto me costó mucho contenerme y no contestar:

– ¡Cómo! ¿Sería un pesar casarme con Magdalena? Quizás no haría tan mal... si me quisieran. ¿Pensamos por ventura el uno en el otro? ¿No eran las palabras que me dirigían el mejor medio para despertar en mí ideas que no tenía?... Y después, esas frases retumbantes á propósito de las cosas más nimias, y ese freno con que se trataba de sujetarme de continuo...

Una mirada suplicante de Juana me indujo á guardar silencio.

Dí las buenas noches á mis padres y á mi hermana, y tomando una bujía me dirigí al piso bajo, que mi padre me había cedido desde que yo era ya mozo...

Era muy original mi habitación, con sus panoplias de armas salvajes, sus vasos del Japón, sus colgaduras de diversos colores, sus muebles y todos esos objetos raros de adorno, recogidos en distintos puntos del globo, y hábilmente mezclados con los elegantes productos de París. Todo evocaba en mí un recuerdo de los amigos, de mi familia; todo, desde la colcha de mi lecho, bordada en otro tiempo por los hábiles dedos de mi hermana, hasta la corona de paja seca que Tiavaho había trenzado para mí en Taiti, y que me entregó llorando el día de mi marcha... En un cajón y solamente visibles para mí había multitud de recuerdos de Magdalena, ramitos con que había adornado su pecho y que después de besados deslizó furtivamente en mi mano, trozos de cinta, bolsitas bordadas, santas reliquias de amor conservadas piadosamente y ocultas con discreción á todas las miradas.

Agradábame mucho mi habitación, y estaba muy contento en ella, porque me veía libre y entusiasta en medio de aquel mundo nuevo en que mi carrera me había lanzado. Al entrar en la estancia, aliviábame de la vaga opresión que me producía la gravedad de mis padres; mi horizonte se ensanchaba, dejándome entrever todos los países que había visitado; y si la alegría de mi edad se había obscurecido un momento, muy pronto brillaba de nuevo. Sin embargo, aquella noche no me fué posible desvanecer las nubes que habían quedado en mi espíritu, y echándome en mi lecho, comencé á reflexionar.

¡Oh, qué tristes palabras había oído! ¿Y á esto se llama la razón?, pensaba yo entonces. La razón es algo como un nihilismo de los sentimientos: la supresión del entusiasmo, de la alegría; la muerte de las ilusiones que sonríen, la condenación de las locuras generosas. Sí, es la etiqueta de nuestra sociedad, su programa, y todos sus individuos deben observarlo. Los que se desvían son revolucionarios ó cándidos, buenos jóvenes, soñadores... Según lo proclaman los escépticos, el mundo está dividido en dos clases: la primera, los que engañan; la segunda, los que son engañados. Pero no; hay una tercera clase, y esto sigo creyéndolo todavía, la más numerosa, la que comprende los que no engañan ni son engañados. Ciertamente que algunas veces se engaña á sí misma; pero ¿qué importa, si su error constituye su alegría? Imaginarse que uno es feliz, ¿no es serlo? ¿No es la verdad, en la mayoría de casos, lo más feo y doloroso que se pueda reconocer? ¿Por qué no me habían dejado gozarme en mi tranquilidad? ¿Por qué obligarme á escudriñar mi conciencia?

Seguramente yo no pensaba en el matrimonio. Tenía veinticuatro años, y bromeaba con Magdalena, como bromeé en América, en China, en Hong-Kong, y como lo hubiese hecho en otra parte si hubiese tenido ocasión para ello; el mal no era grande; pero mi padre había dicho que los hechos no suelen tener más gravedad de la que se les concede, y he aquí que se agravaban, en efecto, con la atención que en ellos se había fijado.

El amor de una joven es de una esencia muy delicada y variable, y hubiera sido preciso que yo fuese mujer para comprender la sutilidad de los sentimientos de Magdalena; pero yo creía que ella me amaba como la amaba yo, es decir, momentáneamente, por necesidad de ocupar su pensamiento, aunque tal vez algo más, pues su corazón no podía declararse como el mío.

En cuanto al casamiento, sin duda pensaba en él un poco, pero de una manera muy vaga: de fijo que su madre pensaba en tal cosa mucho más que ella misma, no porque le pareciese que era un brillante partido, sino por su afán de arreglar matrimonios entre aquellos que al parecer se agradaban. En cuanto al Sr. de Nessey, estaba yo bien seguro de que no hubiera querido oir hablar de mí para nada que á matrimonio con su hija se refiriera. A pesar de lo que se decía en Versailles, habíale disgustado mucho que Luisa se hubiese casado con un simple Sr. Pourrain, y en cuanto á Magdalena, quería para ella un marido con título. Por esto pensaba hablar sobre el asunto á su hermana, la señora de Branges, que residía en Provenza con su hijo único, y por un arreglo de familia casar á los primos. Yo, Pedro Larache, hijo de un humilde escribano, ¿cómo había de esperar ser yerno del conde de Nessey?

Me apreciaba mucho porque era marino, lo cual constituía casi á sus ojos un título de nobleza; pero entre esto y tomarme por yerno mediaba un abismo. Por otra parte, no se le ocultaba la sorda hostilidad de mi familia contra la suya, semejante á la repulsión de la hormiga por la cigarra.

Así analicé la situación en una noche en que me fué imposible conciliar el sueño, la del 5 de marzo de 1876, y el que analiza da pruebas de no estar aún muy enamorado, mas sí en peligro de llegar á estarlo, pues el amor que se ignora, semejante al fuego oculto, conviértese en ardiente apenas se le toca.

En efecto, lo que deduje con más claridad en medio de mis reflexiones era que amaba á Magdalena y que me lisonjeaba de ser correspondido; que mis padres se engañaban con su idea fija sobre las «intrigas» de los Nessey, pero que lo que yo había considerado hasta entonces como una niñada no podía durar; la idea de matrimonio ó de fuga iba á imponerse forzosamente.

En el casamiento no había que pensar... En cuanto á la fuga no tardaría en presentarse ocasión para ella, dadas las exigencias de mi carrera.

Mas de repente, al pensar en la marcha, que yo había olvidado y que me pareció de improviso tan próxima, sobrecogióme una tristeza profunda.

* * *

Rada de Túnez, 7, 8 *y* 9 *octubre* 1881.

¿Y qué hacer hasta el día de la marcha, ahora que había sondeado mi corazón? Antes me conducía con naturalidad, sin ninguna intención preconcebida; en lo sucesivo al hablar con Magdalena tendría que violentarme ó aparecer como desleal.

En su consecuencia, durante quince días me abstuve de toda visita á mis vecinos, torpeza la más propia para enardecer mi naciente pasión. Al décimoquinto día, un jueves, mis pasos me condujeron al parque á la hora en que Magdalena solía ir. Traté de verla ocultándome; mas como no la encontrara, la busqué por todas partes... No vi ni á ella ni á su madre ni á ninguna de sus hermanas, y entonces asaltáronme grandes inquietudes. Para que ellas faltasen, siendo tan asiduas concurrentes, algo debía ocurrir. ¿Estarían de viaje? ¿Habría llegado la señora de Branges con su hijo? Tal vez estuvieran enfermas Berta ó María ó acaso la misma Magdalena...

¡Qué extraña enfermedad es el amor y qué inesperadas y diversas son las causas que la agravan! Las exhortaciones constantes de mi familia, la reserva que yo me había impuesto, la espera enervante, mis reflexiones, todos esos obstáculos interpuestos á través de un capricho convertíanlo en pasión, del mismo modo que las rocas transforman en torrente el pacífico arroyo.

Al otro día, olvidando todas mis resoluciones, me dirigí, medio vencido, á casa de los Nessey.

Un criado me abrió la puerta y anuncióme que la señora iba á salir, aunque era aquel su día de recibo; pero que á pesar de ello, si bien era día de salida, me recibiría.

La encontré, en efecto, en el salón, con el sombrero puesto y los guantes en la mano.

– ¡Hola! Buenos días, caballero, dijo al verme. ¿Llega usted de viaje?

– ¿Yo? No, señora; no he salido de Versailles, ni siquiera de mi habitación.

– ¿Ha estado usted enfermo?

– Indispuesto más bien; un poco de fiebre, una reminiscencia de las Colonias...

– Sin duda por eso no se le ha visto á usted en casa de los Trevoix el sábado último. Ha hecho usted perfectamente en no ir, porque aquello era morirse de fastidio... ¿Quiere usted ayudarme á abotonarme el guante?... Ya recordará que se trataba de un baile; pues bien, figúrese usted que llegado el momento se optó por la música de salón. ¡Y qué música! Piezas alemanas, nebulosas é irritantes. Le aseguro á usted que aquello era morirse, tanto que Magdalena debió guardar cama al día siguiente... ¡Cuidado, que me pellizca usted con el botón!

– ¡Oh! Mil perdones, señora... Pero ¿habla usted formalmente? ¿Produce la música alemana tales efectos en Magdalena? ¿Está indispuesta en realidad?

– Sí, señor; pero yo no sé si será por efecto de la música, ó del aburrimiento, ó de las corrientes de aire que había en aquel salón poco caldeado, ó bien á causa de una epidemia; lo cierto es que al día siguiente se sintió aquejada de un poco de fiebre... como usted... y que el lunes le fué preciso guardar cama...

– Pero al menos, no será nada grave... ¿No es así?

– Ya puede comprenderlo por mi fisonomía; pero si quiere usted verla... Estoy segura de que su visita la complacerá.

Y como yo me limitase á inclinar la cabeza en señal de asentimiento, la condesa añadió, dirigiéndose á la niña que daba vueltas á nuestro alrededor:

– Berta, hija mía, vé á ver si tu hermana duerme, y si no, pregúntale si puede recibir al Sr. Larache.

Berta, que tenía un año menos que Magdalena, salió corriendo, y volvió muy pronto á decir que la enferma nos esperaba.

Yo conocía ya el aposento de la joven, aquel aposento blanco y color de rosa que tan bien armonizaba con la belleza de Magdalena; habíale visto á menudo á través de la puerta entornada; pero nunca penetré en el mismo.

Esta vez, acompañado de la señora de Nessey, entré en la habitación con igual respeto con que hubiera entrado en una capilla, y mis miradas ansiosas fijáronse al punto en el lecho, donde vi destacarse sobre la blancura de las sábanas y de la almohada la cabeza de Magdalena, y su rostro pálido, cuyos labios, que no habían perdido su carmín á pesar de la fiebre, se entreabrían con encantadora sonrisa. Más casta que en un baile, cubiertos los hombros con una espesa manteleta de blonda, incorporóse ligeramente, apoyándose en un codo, y cubiertas sus mejillas por el rubor, tendióme su mano sin mirarme, mientras decía á su madre:

– ¿Vienes de hacer alguna visita?

– No, contestó la condesa; voy á hacerla. Mi amiga la señora de Trevoix tiene el mal gusto de recibir sus visitas el mismo día que yo, y por eso la descuido un poco; pero hoy será preciso cumplir con ella... á causa de su música de cámara... ¡Vamos, me escapo; hasta muy pronto; en seguida vuelvo! Berta os hará compañía entretanto.

– ¡Cómo!, exclamó Magdalena, ¿te vas?

Pero la señora de Nessey había desaparecido ya.

Entonces recordé las conversaciones de mis padres, y el asombro y la confusión me hicieron enmudecer ante Magdalena, sin observar que ella estaba más turbada que yo... Sí, pensé, contemplando la pequeña mano que se retiraba de la mía y aquellos ojos expresivos en los que se leían tantas cosas... ¿Será posible que se prepare esta comedia, convenida tal vez, y que me halle ante una de esas hechiceras como las que he conocido en América, que se apoderan de uno á la vez por los sentidos y por el espíritu, por su ciencia del amor, adquirida no se sabe cómo, sin profesor; una de esas mujeres que perturban, que tienen algo de la cortesana y de la virgen por sus ingenuas ocurrencias, por el pensamiento impenetrable que se agita en su corazón y en su cabeza, haciéndolas tan pronto soñar como reir ó llorar?...

Y sintiéndome más fuerte después de estas reflexiones y resuelto á mantenerme alerta, cesó mi turbación.

– Vamos, miss Buggy, la dije, afectando tratarla como á una niña, ¿será cosa de que vaya usted á estar enferma en plena estación de bailes?

¿Adivinaba Magdalena lo que pasaba en mi interior? El rubor volvió á teñir sus mejillas, sus cejas se fruncieron, y tomando la expresión de altivez que á veces tenía, díjome con mucha gravedad:

– Me siento fatigada, y de buena gana le despediría á usted; debería usted marcharse.

Pero añadió casi al punto, soltando una carcajada nerviosa.

– ¿No es verdad que estoy muy mal educada? No, quédese usted... me ha sobrecogido de pronto un dolor, una punzada... como un alfilerazo... pero ya pasó... Siéntese usted allí, cerca de la chimenea... En aquella cajita encontrará usted bombones... Si quiere usted te, Berta se lo servirá, con ó sin leche... Si prefiere ron, irán á buscarlo... Comienza usted á ser tan avaro de sus visitas, que no se le podría obsequiar lo bastante cuando se le ve.

– Es usted por demás amable, repuse;... y á decir verdad, estoy confuso... Pero... ¿sufre usted de veras?

– No, ahora no; y tanto es así, que le acompañaré á Buc en cuando usted quiera.

– En ese caso, marchemos al punto, contesté riendo. ¡Es tan bonito Buc!

– ¡Así me gusta! Es usted hombre de resolución rápida. No lo hubiera creído... ¿Le agrada á usted Buc?

– Mucho.

– A mí también. ¿Se acuerda usted de aquel delicioso paseo que dimos una tarde del mes de octubre al ponerse el sol? Las hojas de los árboles estaban purpúreas ó amarillentas; las golondrinas se reunían para dirigirse al Sur; la corriente del Bievre parecía una cinta de plata; en el fondo del paisaje destacábanse las alturas de Verrieres, veladas por la bruma, y entre las altas piedras del acueducto veíanse aquellas florecitas azules como el cielo, de donde parecían procèder...

Como avergonzada de su entusiasmo, Magdalena se interrumpió, sonrojándose más que antes.

– Comienzo á ser idílica, dijo, riendo á carcajadas.

Ciertamente recordaba yo aquel paseo por Buc, durante el cual comprendí que era amado; y harto bien conocía las florecitas azules, algunas de las cuales, secas ya, pero conservando el perfume de la boca de Magdalena, reposaban en el cajón de mis recuerdos.. Ella fué la primera que las vió entre dos piedras del acueducto, y exclamó al punto:

– ¡Oh, qué bonitas flores!

– ¿Las quiere usted?, preguntéle.

Y sin esperar contestación, trepé hasta arriba, haciendo equilibrios sobre las rocas mientras Magdalena extendía la mano para detenerme.

Muy pronto volví con toda la mata de flores.

– ¡Qué loco es usted!, exclamó Magdalena, temblorosa aún por el peligro imaginario que yo acababa de correr; merecería usted ahora que no le diese ninguna.

Sin embargo, nos las repartimos, y Magdalena hizo con las suyas un ramo, que colocó sobre su corpiño; estaba loca de contento, corría por los caminos, divertíase con todo, y á cada momento besaba sus flores... Una vez en la ciudad, y cuando íbamos á separarnos, díjome Magdalena:

– ¿Quiere usted que cambiemos las flores? Yo he ajado las mías, y las de usted parecen más frescas.

¡Niñerías!, dirá el indiferente que por casualidad lea este diario íntimo. Ciertamente que son niñerías; pero ¡quién no guarda en su memoria el recuerdo de niñerías semejantes! y ¡quién no echa de menos los días en que sucedieron!

Allí, en el aposento de Magdalena, mientras pensaba en el paseo por Buc, silencioso junto á la joven, contemplándola y observando su turbación, sentí que mi corazón se dilataba suavemente y que todas mis inquietudes se desvanecían.

¡Qué hermosa estaba mi Magdalena, en medio de las blancuras del lecho, con aquella aureola de poesía de que la rodearon de improviso sus palabras!

El día había declinado rápidamente; la habitación comenzaba á llenarse de sombras misteriosas; una lamparilla, bajo un globo opaco, iluminaba con una claridad de iglesia el lecho, blanco como un altar, en el cual reposaba una virgen confiada. Berta había ido á buscar luces; yo estaba solo con Magdalena; hubiera podido hablar; pero siempre combatido entre mi deseo y la fría razón que me habían imbuído, escéptico y creyente, contemplaba á Magdalena con religioso respeto, sin echar de ver que mi muda admiración era mucho más elocuente que mis apasionadas palabras.

Magdalena fué quien, comprendiendo por instinto el peligro del silencio, tuvo valor para romperlo con una frase odiosa, que acude naturalmente á los labios en semejante caso.

– ¿En qué piensa usted?

Esta pregunta, hecha con naturalidad, disipó mi embriaguez y me hizo al punto volver en mí.

– En nada, contesté.

Y creí un deber añadir:

– ¿Es posible pensar en algo cuando se está junto á usted? La estaba contemplando.

– No, contestó Magdalena, entre nosotros no ha de haber trivialidades, pues ya sabe usted que aborrezco los cumplidos. Me gusta siempre la verdad, las cosas sinceras y espontáneas;... y sin reflexionar, sin estudiar la respuesta, dígame por qué ha dejado pasar tanto tiempo sin venir á vernos.

– Estaba enfermo, como usted, por simpatía tal vez, contesté sonriendo.

– ¿De veras?

– Sí, de veras.

– No sé por qué me cuesta creerlo... Veo en usted un embarazo que no le es habitual... No, debe haber otra cosa que usted no quiere manifestarme. ¿Le habré resentido involuntariamente?

– ¿Usted, señorita?

– ¡Es tan triste esperar! El que espera se forja ideas... y se pregunta muchas veces el porqué de cosas irritantes... No puede usted imaginarse cuán suspicaz y sentida soy en punto á la amistad. Dígame con franqueza por qué ha interrumpido de pronto sus visitas.

– Pues bien: he estado enfermo de veras... moralmente; penas, contrariedades..

– ¿Y esto le impedía á usted venir? Me parece que cuando se sufre es cuando más se deben buscar los amigos, cuya misión es consolar. Vamos, cuénteme usted sus penas.



Había multitud de recuerdos de Magdalena...

– A usted no puedo contárselas, se lo digo formalmente.

– ¡Ah! Será cuestión de faldas, como dice Luis.

– Precisamente. Ya ve usted que no puedo hablarle de eso.

– ¿Por qué no?

– Ese *por qué no* vale un imperio.

—¿No soy su amiguita? Soy muy juiciosa, aunque no lo aparente, créalo usted; soy por demás juiciosa, y tal vez podría darle un buen consejo. Vamos, dígamelo usted todo.

– Habría un medio, observó Berta, que entraba trayendo luces, y sería adivinar, puesto que él no quiere decir nada.

– ¿De veras? ¿Y cómo hija mía?, preguntó Magdalena.

– Ya lo sabes, contestó Berta; haciendo lo que aquel caballero que dió una representación en el hotel Continental. Decía á un espectador: «Piense usted alguna cosa, piense usted en ella fijamente y sin distraerse.» Después cogía las manos de la persona con quien hacía el experimento, la miraba con fijeza y leía su pensamiento.

– ¡Ya ve usted si es fácil cosa!, dije á Magdalena.

– No es mala idea; acérquese usted, y veamos si puedo adivinar; será divertido.

– Sí, pero usted no tiene, sin duda, el talento de ese industrial, ó no conoce la trampa del juego.

– ¡Industrial!, exclamó Berta, que decididamente admiraba mucho al americano de quien todo París se ocupaba entonces, industrial dice usted. Pues tenga entendido que es todo un caballero y que no hace ninguna trampa: tiene el don de adivinar y pretende que varias personas están dotadas de él, pero que lo ignoran. ¿Por qué no había de tenerle también Magdalena?

– Sí. ¿Por qué no?, añadí.

– Pues bien: venga usted, me dijo Magdalena, con esa volubilidad que le era peculiar; probaremos. Es singular esa idea de Berta, y tal vez conseguiré conocer sus penas y los profundos pesares que le afligen. Coja usted mis manos y míreme fijamente los ojos;... pero no se ría; es preciso estar serio para que den resultado mis observaciones.

– ¡Bueno! ¿Estoy bien así?

– Muy bien. ¿No es verdad, Berta?

– Perfectamente, contestó la hermana. Ahora es preciso que el señorito Pedro piense en alguna cosa, algo sencilla para comenzar, pero que piense fijamente.

– Por ejemplo, en el tiempo que hará mañana.

– Como usted quiera. Si este ensayo sale bien, después pensará usted en sus penas.

– Bien, ya estoy.

– No se mueva usted ahora.

– Como si me retratasen... ¡No estará mal esta fotografía!...

– ¡Chist! No se ría usted.

– Vamos, empiezo.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

SIFÓN ELEVADOR

Conocido es de todos el ariete hidráulico, que tan importantes servicios presta en el campo para la elevación de las aguas destinadas á la agricultura, á la



Fig. 1. Sifón elevador de M. Lemichel. Vista de la instalación en conjunto

jardinería, al servicio interior de las quintas de recreo, etc.

Parecía imposible fabricar un aparato más sencillo y más rústico, y sin embargo este problema ha sido resuelto por el sifón elevador de M. Lemichel, cuyo modelo pudieron ver funcionar cuantos asistieron al concurso agrícola recientemente celebrado en el Palacio de la Industria de París.

Tiene el sifón elevador sobre el ariete la ventaja de no necesitar en muchos casos una larga canalización embarazosa y de no ocupar más que una pequeña superficie, como puede verse en la fig. 1, que representa el aparato montado en el Palacio de la Industria; en cambio, la altura á que por medio de él puede elevarse el agua está prácticamente limitada por la presión atmosférica y no puede exceder de 9 á 10 metros. Este inconveniente, sin embargo, deja de serlo en la mayoría de los casos porque muy rara vez será necesario elevar el agua á mayor altura.

Este aparato, como su nombre lo indica, está basado en el mismo principio del sifón y podría ser definido como un sifón de escape superior: las figuras 2 y 3, que lo representan en conjunto y en sección, permiten hacerse fácilmente cargo de su modo de funcionar.

El sifón elevador se compone de dos tubos verticales ó columnas A y H (fig. 2), de una caja de distribución B y de un regulador G. En el interior de la caja B hay una válvula C que se mueve alrededor de un eje horizontal, y en la parte superior otra válvula D mantenida en su sitio por un muelle en espiral. Una palanca acciona sobre la primera válvula para llevarla hacia atrás y está sujeta en está sentido á la acción de un contrapeso.

Estos órganos muy sencillos no exigen casi vigilancia ni entretenimiento alguno para asegurar su funcionamiento continuo. Los demás, muy pocos en número, sólo sirven de reguladores. Antes de describir su modo de funcionar creemos útil dar algunas explicaciones acerca del papel que desempeña el regulador, al que se ha dado el nombre de *pulmón* por analogía de las funciones que desempeña: este órgano está formado por un tambor de hierro y por dos planchas metálicas onduladas, de unos dos milímetros de espesor, que con sus vibraciones mantienen el movimiento del agua é impiden que el sifón se vacíe.

Consideremos ahora el sifón debidamente preparado, para lo cual se le llena de agua por el orificio K (fig. 3), y cerrado este orificio por su tornillo de corcho: desde el momento en que las dos columnas están llenas, el sifón funciona como un sifón ordinario. El agua tomada de un pozo ó de un río y sometida á la acción de la presión atmosférica asciende por la columna A, atraviesa la caja B (fig. 2) y el regulador G y sale por la columna descendente H: durante este movimiento encuentra la válvula C (fig. 3), la arrastra consigo y la cierra, y entonces el agua, no encontrando salida, levanta la válvula D y sale por el orificio de ésta.

En el entretanto la columna H se ha vaciado parcialmente, á consecuencia de lo cual se produce una depresión en el pulmón G, cuyas membranas se aproximan una á otra; pero como á la vez ha disminuído la presión ejercida sobre la cara derecha de la válvula C, ésta, arrastrada hacia atrás por la palanca, se abre, y el agua, que encuentra ya paso en el regulador G, penetra en él nuevamente. Durante esta aspiración las membranas han recobrado su primera posición, volviendo á comenzar la misma serie de fenómenos de tal modo, que las pulsaciones, de una regularidad perfecta, cuya frecuencia varía entre 150 y 400 por minuto, según la altura, producen un chorro continuo y un desagüe constante.

Dos espitas, colocadas una sobre la columna ascendente y otra sobre la descendente, permiten parar el aparato y volverlo á hacer funcionar á voluntad. El sifón se llena una vez por todas por medio de un orificio dispuesto en K, que se cierra cuando está lleno aquél. El aparato representado en la figura 1 elevaba el agua á una altura de 4 metros con un desnivel de 1'80 metros en los tubos del sifón, y podía elevar 60 metros cúbicos de agua al día, siendo el volumen elevado igual á la tercera parte del que había circulado por el canal superior. Estas cifras demuestran que la producción del sifón elevador en agua elevada es de

$$\frac{4}{3 \cdot 1'8} \quad 0'74$$

ó sea setenta y cuatro por ciento, producción notable tratándose de un aparato de tan poca potencia (3 kilográmetros por segundo).

La sencillez del sifón elevador, que funciona de una manera continua, sin necesidad de cuidados ni vigilancia y casi sin gasto de entretenimiento, hará que sea muy aplicado en distintas necesidades de la agricultura y le conquistará el favor de los aficionados á vivir en el campo, que son cada día más numerosos.

X... *ingeniero.*

***

INTELIGENCIA DE LAS COTORRAS

Tengo hace veintitrés años una cotorra del Gabón, de plumaje gris ceniciento y cola encarnada, cuya edad vendrá á ser ahora de cuarenta y ocho años y cuyo retrato podrá ver el lector en el grabado de la página siguiente. Está dotada de una inteligencia tan notable, que he creído interesante consignar acerca de ella algunos datos.

Antes de llegar á mi poder, esta cotorra estaba en París en una casa donde había muchos inquilinos, é imitaba, hasta el punto de engañar al más avisado, el lenguaje de los gorriones.

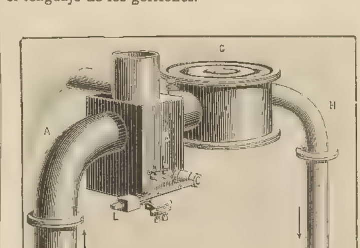


Fig. 2. Detalle del aparato

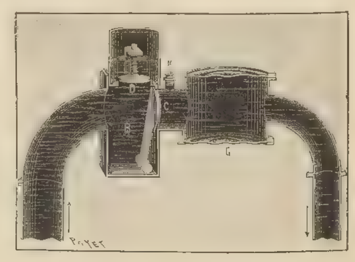


Fig. 3. Sección del mecanismo

Imitaba asimismo los gritos de los vendedores callejeros y especialmente el de un sastre ambulante, y más de una vez los vecinos de la casa se equivocaron al oir tan fielmente reproducida la voz de éste.

Cuando en 1870 mi cuñado me regaló esta cotorra, llevéla durante la guerra al campo, á casa de mi colono, mientras yo prestaba servicio en el ejército de París: entonces su repertorio se enriqueció con todos los sonidos de la naturaleza, con el canto de la codorniz, del mochuelo, de la urraca, de la gallina y del gallo en todas manifestaciones vocales, y desde aquella época sobresale en la reproducción fonética de la muerte del cerdo, que sin duda presenció.

Mi cotorra observa todos los movimientos preparatorios de una acción que irá acompañada de un ruido, y emite este ruido antes de que se produzca. Si ve, por ejemplo, que me acerco á una ventana abierta y me dispongo á cerrarla, deja oir en seguida el ruido ocasionado por toda ventana que se cierra antes de que yo la haya tocado, y lo mismo sucede si se trata de abrirla. Si ve que cojo mi pañuelo para sonarme, se suena; si ve que tomo mi levita ó mi sobretodo, hace anticipadamente con las alas el movimiento que he de hacer yo con los brazos para ponerme aquellas prendas.

Imita el ruido del agua corriente, y si tomo un vaso que contenga un líquido ó sólo me acerco adonde hay uno, inmediatamente imita el ruido de la deglución y del paso del líquido por la garganta. Si ve un gato ú oye llamar á uno de estos animales, imita en seguida las diversas formas de lenguaje de éstos y lo propio hace con los perros, caballos y asnos.

Mi cotorra pone en todas estas imitaciones, á menudo interrumpidas por estrepitosas carcajadas, una intención, una malicia y una voluntad realmente inteligentes; pero lo que más importa señalar en ella es la facultad de comprender lo que pasa á su alrededor, interviniendo en ello con su lenguaje y sus ademanes. Cuando se habla delante de ella, toma parte en la conversación con exclamaciones de asombro y de admiración (¡oh! ¡ah!) emitidas en el momento oportuno, y se ríe cuando se dice, con acento alegre, algo risible.

Cuando necesita algo llama á su dueña por su nombre, María, y si ésta tarda en acudir, su voz se hace poco á poco impaciente é imperiosa.

No le gustan los hombres: el que pretenda tocarla se expone á que le ataque con su pico y sus aceradas garras; en cambio sólo caricias tiene para las mujeres y las niñas: basta pertenecer al bello sexo para poder tocarla y acariciarla sin peligro alguno. Quiere con delirio á su dueña, y cuando ésta la reprende dándole unos golpecitos con los dedos en el pico ó en la cabeza, lame el dedo que le pega profiriendo ligeros gritos como si quisiera pedir perdón.

Cada vez que habiendo salido regreso á mi casa, me siente al través de la pared, y á pesar de no haberme visto anuncia á su ama mi regreso entonando dos notas, *do-do*, en octava, cosa que no hace por nadie más.

Me da de igual modo los buenos días cada vez que entro en el cuarto donde ella está, y si le doy algo me lo agradece con la voz y batiendo las alas.

Pero la especialidad de mi cotorra es la de ave melomana y compositora: si ve bailar una polca cantada, hace el acompañamiento con notas picadas y siguiendo el compás con la misma seguridad que un trombón ó un contrabajo. Además improvisa verdaderas piezas de música, que silba variándolas incesantemente sin repetir nunca sus improvisaciones, que dice con un gusto, un estilo y un brío que más de un alumno del Conservatorio le envidiaría, acabando siempre las piezas en el tono debido. Cuando su ama le dice que cante, improvisa delante de cualquiera; pero si canta en presencia de varias personas, á lo mejor suspende su improvisación para soltar la carcajada y proferir en exclamaciones que indican cuánto le gusta que la escuchen. Antes de improvisar, emite á menudo á modo de preludio escalas trinadas y vocalizaciones parecidas á las de las cantatrices antes de salir á escena. De cuando en cuando se detiene para deglutir la saliva que llena su boca, deglución que acompaña de un golpe seco de la lengua contra el paladar á fin de que el silbido salga más puro, produciendo un sonido igual al de la flauta mejor timbrada; especialmente las notas graves que de esta manera emite son notabilísimas.

Cuando mi cotorra canta imitando fielmente la voz humana, pasa á menudo del bajo profundo á la voz de soprano más pura, continuando la misma cantata.

Gústale abrir la jaula para pasearse por la casa y esconderse debajo de los muebles, cuyos pies destroza con su pico acerado, lo mismo si son de roble que si son de pino. Después de haber estudiado con cuidado y paciencia todos los sistemas empleados para cerrar la jaula, ha conseguido abrirlos. En vista de ello, se la cerramos con una anilla de muelle, que también abrió, después de estudiar su mecanismo, apoyando una pata en el resorte interior y abriendo la charnela con el pico. Desde hace algunos meses se le cierra la puerta con un candado con llave: al principio pasó muchas horas estudiando este nuevo aparato y dando vuelta á la llave en todos sentidos, pero todavía no ha conseguido abrirlo porque el muelle es algo duro.

No me hubiera atrevido á consignar tan extraordinarios fenómenos de inteligencia de este animal si centenares de personas no hubiesen sido testigos de ellos durante los veintitrés años que lo tengo en mi poder, y si aún en la actualidad no siguiese todavía maravillando con sus cantos á la multitud que se agrupa debajo de la ventana donde lo coloco para que tome el sol cuando el tiempo está bueno.


Mademoiselle Jacqot, la cotorra sabia, propiedad de M. Augusto Nicaise

Los niños vienen expresamente á jugar delante de esta ventana, y la cotorra toma parte en sus juegos corriendo rápidamente de un extremo á otro de la jaula y repitiendo entre gritos de alegría y carcajadas las mismas palabras que aquéllos pronuncian.

He pasado ratos muy interesantes estudiando á este animal, cuya inteligencia aporta un nuevo elemento para la solución de ese problema que mi sabio colega, el marqués de Nadaillac, en su notable estudio *Inteligencia é instinto*, ha definido en los siguientes términos:

«El lector podrá determinar si la inteligencia es realmente la característica del hombre, si abre entre él y el animal un abismo ó si entre los distintos seres es simplemente cuestión de grados: en otros términos, si la inteligencia humana difiere en esencia ó sólo en cantidad de la de otros animales.»

AUGUSTO NICAISE

Miembro de la Sociedad de Antropología,
Correspondiente del ministerio
de Instrucción Pública

(De *La Nature*)



PRESENTACIÓN DE LA COMPAÑÍA, aguada de D. Mariano Barbasán

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 20 DE JUNIO DE 1892 — NÚM. 547

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La muerte. – Los muertos. – Manuel Silvela. – Su complexión intelectual. – Anatolio de la Forge. – Diferencias entre Silvela y la Forge. – Aticismo francés de aquél y romanticismo español de éste. – La muerte y la religión. – El Pontificado. – Admirable pensar y proceder de León XIII. – Pío IX y León XIII. – Paralelo entre la república cristiana de Savonarola y la política del Papa. – Los grandes hombres. – Exposición hecha en Berlín para honrar el nombre de su excelso rey Federico el Grande. – Un historiador de este monarca nombrado académico en Francia. – Lavisse y Zola. – El Realismo. – Conclusión.

I

Por esa ley de contradicción, reinante sobre todo el universo, nada nos revela la vida como la muerte. Todo cadáver que devolvemos á la madre tierra y arrebatamos á la próvida luz lleva en su frío esqueleto reducida y compendiada una historia, mediante la cual podemos aprender muchísimo, para estímulo á las buenas obras, para escarmiento y dolor de las malas, para instruirnos é industriarnos en aquello que conduce á penetrar dentro de los obscuros misterios componentes de la profunda eternidad, quien todo lo envuelve y todo lo produce y todo lo devora, llena, como un mar inmenso, de muerte y de vida. Imaginémonos un hombre recién advenido por un milagro, en la madurez de su edad y en la plenitud de su entendimiento, á un día de la tierra. Desprovisto de toda experiencia, creería la luz eterna, pensando que, retirado y suspenso un minuto no más tal elemento, habría de suspenderse y de retirarse también la vida. ¿Cuál no sería el terror de semejante hombre á la noche, que con rapidez y en sucesión vertiginosa llega tras los días? ¿Cómo, al ver reemplazada la luz por las tinieblas, creeríase por completo en mundo inferior al que había encontrado? Y sin embargo, con sólo convertir á lo infinito sus ojos, descubriría soles de más luz que el sol extinto, y con sólo aguardar unas veinticuatro horas vería de nuevo renacer y rebrotar el vívido sol de nuestro sistema planetario. Pues lo mismo sucede con la muerte. Aguardemos el nuevo día que allende la tumba luce y nos encontraremos con la inmortalidad; miremos las almas que se han ido y todas habrán de aparecérsenos como estrellas vivificadas y esclarecidas en el éter de lo infinito. Yo tengo tal evidencia de todas estas verdades, que dirijo á los muertos una despedida transitoria y fugaz, como quien se prepara y apercibe á próximo re-



FROUFROU, cuadro de Jorge Clairin, agua fuerte de Koepping, editada por Jorge Petit

encuentro con ellos en mundo mejor. Comprendo inspiren tristezas las bodas por los mortales que va el amor á engendrar; no comprendo inspiren tristeza los entierros, cuando sabemos como la muerte acaba de generar un inmortal. Sin embargo, plañimos á los muertos con lágrimas amargas y voces de desconsuelo, por nosotros que aquí nos quedamos, no por ellos, que van á entrar venturosos, tras el combate de la vida, en su perenne inmortalidad. Muchos despide al abismo ese reloj de arena llamado tiempo, que destila sus granillos poco á poco sobre lo eterno; pero no se ha vaciado todavía, no; que á diario lo llena la fecundidad universal. Acerquémonos, pues, á los muertos que van despidiéndose de nosotros, con la seguridad completa de retornar á verlos y á encontrarlos en las opuestas riberas de nuestra humana vida. Durante este mes último nos han abandonado Manuel Silvela y Anatolio de la Forge. Ministro, embajador, literato, jurisconsulto, académico, gran parlamentario Silvela, perteneciente á una familia ilustre, hase distinguido con sumo lucimiento dondequiera que ha entrado, dejando recuerdos inextinguibles de sus múltiples facultades y muestras inapreciables de su agudo ingenio. Contemporáneo mío, aunque algo mayor que yo en edad, nunca dejó de ser mi amigo, y supo en los encuentros continuos á que nos condena el ministerio de la política y del parlamento con aquellos de quienes más afines solemos imaginarnos, contradecir mis ideas sin ofender mi persona. Silvela, nacido en Francia, tuvo siempre del terrón suyo nativo aquella sal ática del Sena, cuya saludable acerbidad sirve al condimento y conservación de la vida intelectual, necesitada muchas veces del ingenio para desengrasar un poco el exceso de pensamiento y de ciencia. Ligado con los Moratines por amistad atavista de familia, escribió como ellos en correcto castellano muy académico y, como ellos, nunca jamás comprendió las temeridades que en el pensar y las hipérboles que en el decir tuvieron los talentos más españoles de la historia patria: Lucano, Lope, Góngora, Calderón y Zorrilla. Quiero decir con esto que nunca fué romántico. Y así como en literatura pertenecía por atavismo y por inclinación á la escuela clásica, pertenecía en política por la propia complexión de su talento y por la vieja cultura correspondiente con su ser intelectual y moral á los partidos conservadores liberales y parlamentarios. Las facultades críticas predominaban entre todas sus facultades, y para examinar un proyecto político á la par con lógica y con gracia, como para disecar una obra literaria y para contender con sus contrarios en el Foro valía lo que pesaba. De otro temperamento y de otra complexión Anatolio de la Forge. Así como Silvela parecía un francés por la sobriedad en el estilo y por la penetración del ingenio y por la sal finísima del gracejo, parecía la Forge por una caballerosidad á toda prueba y un valor heroico en todo evento y un énfasis de lenguaje hispánico y un radical dogmatismo de pensamiento connaturales á su persona todo un español de capa y espada, romancesco, calderoniano, romántico. Yo lo traté mucho en la redacción del *Siglo de París*, en la Cámara de de aquellos diputados, en las reuniones del partido demócrata, en los ministerios desempeñados por muchos amigos republicanos comunes, que apreciándolo en cuanto valía, le daban puestos de mucha confianza. Todo lo contrario era de Silvela, crítico éste y él dogmatizante, diferenciándose como se diferencia en letras la escuela clásica de la romántica y en política la escuela conservadora de la escuela radical. Manuel Silvela y Anatolio de la Forge fueron muy amigos y han muerto en días muy próximos. Yo los quise y estimé siempre. Así espero en Dios que ambos hayan tenido más allá del sepulcro una felicidad digna de sus elevadas naturalezas y de sus grandes méritos.

II

La muerte tiene mucho de misteriosa, y mucho de religioso el misterio tiene. Siempre que habla uno de religión, vuelve los ojos involuntariamente á Roma, eterno manantial de la nuestra; y siempre que vuelve los ojos á Roma, se encuentra con el Papa, cabeza visible de la Iglesia en que todos hemos nacido y en que todos moriremos. No hay figura tan idolatrada hoy en Europa, como no hay voz tan oída. Con una perseverancia sólo en los genios posible; por una serie de gradaciones tan medidas como los minutos del tiempo y tan sistematizadas como los teoremas del álgebra; contando con la virtud y eficacia del esfuerzo diario y del trabajo perseverantísimo; innovador sin pecar de revolucionario, elocuente con medida, positivo sin daño de la idealidad teológica, verdaderamente razonador en medio de las exaltaciones demandadas por un ministerio tan místico y sobrehumano como el suyo, León XIII ha dicho una verdad que parecía oculta en profundo y triste olvido; á saber: cómo la religión católica lleva dentro del principio de libertad, así como dentro del principio de igualdad contenida en potencia, una democracia evangélica cercana, pero muy cercana de contenerse y encerrarse por incontrastable fuerza lógica en las leyes que rigen á las sociedades modernas. Cuando había dioses privativos de los déspotas, como pasaba en los santuarios asirios; dioses de ciertas gentes, como los dioses etruscos, por ejemplo; dioses de ciertas clases, como los dioses patricios romanos, con herir al déspota y al pueblo y al partido, en que tales dioses quedaban como vinculados, heríais su religión también; pero como el cristianismo parte de un solo Dios y se dirige á la humanidad, para suprimirlo tenéis que suprimir el universo, pues las leyes morales cristianas habrán de regir tanto tiempo el alma como las leyes físicas y mecánicas rigen la materia. He ahí el gran talento de León XIII: ascender á la religión desde la política sin que aparezca nunca el teólogo, y descender desde la religión á la política sin que aparezca nunca el teócrata. Ninguno de los dogmas religiosos quedan omitidos, ni siquiera olvidados; pero todos tienen una real aplicación á la política por su misma permanencia intrínseca y por la movilidad continua del elemento sobre quien ejercen sus acciones. León XIII no puede negar el origen divino de todo poder y autoridad; mas de Dios provienen, así las repúblicas como las monarquías, y sobre las leyes morales divinas habrán unas y otras de fundarse y establecerse. Por consecuencia el concubinato entre el trono y el altar ha concluído por impropio de una Iglesia como la Iglesia cristiana, que busca sobre todo la justicia y cree la justicia compatible con todas las especies de gobierno. Leyendo y releyendo las Encíclicas promulgadas por el Pontífice, tanto sobre la cuestión política en Francia como sobre la cuestión social en Europa, échase de ver la universalidad de sus conocimientos y de sus ideas, pues por un lado parece consumado escolástico en una cátedra de Dogmática, y por otro lado profundo economista en una cátedra de Sociología contemporánea. No he hallado por toda mi larga peregrinación en la historia un hombre comparable á León XIII más que Savonarola. Yo comprendo bien cuánto se diferencian el misticismo, la exaltación casi neurótica, las efusiones líricas, la elocuencia revolucionaria del monje de San Marcos y la mesurada prudencia y la profunda circunspección y la claridad intelectual y la sana lógica y el terso estilo de León XIII; pero se asemejan de seguro en una cualidad muy compleja de Savonarola, ó mejor dicho, en una sobresaliente aptitud: en que tan excepcional monje de la centuria décimaquinta dirigía las muchedumbres y trazaba las constituciones y disponía y organizaba los grandes cuerpos del Estado, sabiendo buscar en el fondo de las sociedades exhaustas recursos y contribuciones al modo de los sabios economistas de nuestro siglo, para luego, como un asceta, como un místico, en el éxtasis, en el arrobamiento, descubrir visiones esmaltadas en los celajes infinitos de lo sobrenatural y de lo eterno. Quizás fué prematura la idea de fundar una república cristiana en los afectos casi paganos del Renacimiento. Quizás por esta grande anticipación á su tiempo marró el sublime fraile dominico. Quizás quiso extraer éste del Evangelio consecuencias políticas y consecuencias sociales que sólo habían de sacarse cuatro siglos más tarde; quizás la síntesis de su pensamiento divirtió fuerzas que obtuvieran resultado mayor de dirigirse á un solo fin, ó bien el religioso, ó bien el político; pero de todas suertes, no siempre cosechan los que siembran, y no siempre comen las frutas aquellos que plantan los árboles. En el reducido espacio de su hermosa Florencia, Savonarola dejó una República gobernada por el verbo de sus labios, puesta en el espacio por la palanca de su idea, dirigida por las dos fuerzas de su caridad y sus pensamientos, bajo leyes morales más que coercitivas, con carácter espiritualista y religioso, cuyos cimientos se asentaban en la Ciudad del Hombre, pero cuyas cumbres se perdían en la Ciudad de Dios. La obra prematura está condenada por necesidad á desaparecer en el tiempo inoportuno en que aparece; pero como el tiempo es eterno, estas obras anticipadas, estas obras proféticas, engendros del presentimiento y de la adivinación, llegan á fructificar en los siglos que parecen de ellas más distantes y menos relacionados con ellas. Ninguna idea progresiva se pierde, ningún esfuerzo moral se frustra, ninguna grande alma surca los espacios de la historia como surca el aerolito las noches del planeta; todo lo grande, todo lo bello, todo lo bueno, todo es fecundo y todo es fecundante. Cuando los hombres libres se sientan aligerados del peso de las antiguas cadenas; cuando las conciencias emancipadas se dirijan á Dios sin la interposición del inquisidor y del verdugo; cuando las familias se acojan á la sombra de instituciones benéficas y los individuos prueben la virtud en ellos mismos de sabias leyes, no sabrán cuántos de estos beneficios deben al pobre monje de la virtud y de la penitencia, ni cuántas de las grandezas reales, que los circundan y los protegen, se regaron con las lágrimas y crecieron bajo las cenizas del redentor olvidado. Estos son los redentores de todas las edades; los redentores cuya estirpe no se ha acabado en la tierra y cuya voz no se ha extinguido en el aire; los redentores que tendrán siempre altar y templos, pues lloran para que los demás rían, padecen para que los demás gocen, combaten para que los demás triunfen, mueren para que los demás vivan. Pues bien: la idea sembrada en el siglo décimoquinto ha fructificado en el siglo décimonono. Pero aparecida bajo la forma revolucionaria en la persona de Pío IX, quien pronto cayó de espaldas en la reacción, asustado de su propia obra y rendido al primer esfuerzo, ha pasado aquélla por un período reaccionario como pasa la semilla echada en tierra el otoño por un período invernal; pero ha fructificado ahora, como una solución definitiva, en la gloriosísima persona de León XIII.

III

León XIII aparecerá en la historia como un grande hombre, amén de aparecer como un grande Papa. Y conforme vamos conociendo por la historia los servicios que á la humanidad prestan los grandes hombres, vámosles también consagrando con mayor y más fervoroso culto. Cualesquiera que sean vuestras ideas sobre la estimación prestable á Federico el Grande por antonomasia, no podéis dudar un minuto de que la Historia Universal ha confirmado el juicio de su tiempo y el calificativo juntado por todos los alemanes á su nombre. Para su conmemoración y loa, los prusianos, que tanto le deben, la grandeza de su patria entre otras muchas cosas, acaban de celebrar una Exposición, en cuyas salas han reunido cuantos objetos le pertenecieron y cuantas reliquias suyas tuvieron á mano. Imposible decir con qué piedad han ido guardando esos recuerdos de la vida que arrojáis descuidados al río de los tiempos y en cuál número se han juntado los retratos expresivos de la fisonomía del grande hombre desde los años más tiernos hasta su avanzadísima vejez. No podéis apreciar estos varones excelsos con el criterio propio á nuestro siglo. Puestos junto á las alturas de nuestros ideales resultan pequeños y aparecen disminuídos. Pero juzgados en sí resultan muy grandes. No puede, no, desconocerse que los reyes filósofos de la postrer centuria se parecen á los reyes santos del siglo décimotercio y á los reyes crueles del siglo décimocuarto. San Luis, San Fernando y todos los santos con corona coetáneos suyos, representan el fulgor último de la política verdaderamente ortodoxa; como Pedro el Cruel, Pedro el del Puñalet, Felipe Augusto y todos los asesinos con corona coetáneos suyos, representan la guerra con el feudalismo; como Fernando V, Luis IX, Enrique VII y todos los maquiavélicos adoradores de la Razón de Estado coetáneos suyos, representan la victoria del poder uno y del principio monárquico sobre las fuerzas feudales. Pues bien: Federico el Grande, Carlos III de España, José II de Austria, Leopoldo de Toscana y otros coetáneos suyos representan la Filosofía moderna en el trono, y son los precursores y los bautistas naturales de las revoluciones. Ese ministerio recibió de la providencia el Gran Federico, y á ese ministerio supo corresponder con fidelidad escrupulosa. Fué grande como todos los cumplidores del fin providencial para que fueron criados. Justo, pues, decir que, celebrando su memoria los alemanes, han cumplido un deber de conciencia, dimanado del amor que todos debemos y que todos guardamos á nuestras respectivas patrias. Por una especial coincidencia, mientras Prusia celebraba el nombre de Federico, Francia ceñía los lauros académicos á uno de sus más excelsos historiadores, al profesor Lavisse. Catedrático éste de los pies á la cabeza, é ilustre catedrático, no se ha dejado abstraer por las teorías y por las generalizaciones puramente científicas; antes bien ha pensado que la ciencia es también la vida, y ha ofrecido el vivificante calor de sus ideas á la juventud para el corazón después de haber esclarecido con luz de ideas sus inteligencias. Lavisse preside una sociedad numerosísima de estudiantes en la Sorbona, los cuales, bajo su direción y patronato, cultivan un afecto muy exaltado en los franceses tras sus recientes desgracias, el amor así al ideal del progreso como á la común madre patria. Yo he tratado á la junta directiva de tal asociación; yo he asistido á sus fiestas literarias; yo guardo en mi memoria, entre mis recuerdos más santos, las veladas en que, después de ha-

ber partido su pan en la mesa de unos verdaderos ágapes literarios conmigo, han hablado en diálogos dignos de las antiguas Academias del humano derecho, consultándome con una devoción extraordinaria lo más conducente y propio en juicio y sentir mío á la realización de una concordia estrecha entre los pueblos que tienen la misma sangre romana en las venas, el mismo verbo latino en los labios, el mismo espíritu de universalidad en el alma. Lavisse, además de consumado historiador que describe lo pasado, aparécese á mis ojos como profeta político que prepara lo porvenir. Ha procedido perfectamente, según mi juicio, el Instituto de Francia nombrándolo y prefiriendo la compañía de un verdadero sabio como Lavisse á la compañía de un famoso novelador como Zola. Comprendo los revolucionarios en las letras suscitados por la increíble aparición apocalíptica del desmesurado y sublime Víctor Hugo; mas no comprendo que se haya querido establecer un paralelo entre un tan titánico esfuerzo como el de Hugo y los esfuerzos de Zola. Existen una multitud de gentes que se pagan de toda innovación, y que creen deservir al progreso de no servir á la última novedad, ni más ni menos que si las letras fueran modas y los libros figurines á los cuales debiéramos ajustar nuestro gusto regido por el instinto simio de la imitación. He protestado contra Zola y su escuela cuando se hallaban en el cenit. Menos los combato ahora viéndolos declinar á su ocaso. Nunca hubiera hecho tal, respetando todos los pareceres, de no haberse presentado sus adeptos como defensores de las ideas progresivas que procuré prosperar con todas mis fuerzas. No es un progreso literario el realismo, como no es un progreso filosófico el positivismo, como no es un progreso político el socialismo; son retrogradaciones verdaderas en el ascenso de la Humanidad á la realización de los grandes ideales. Pero acabemos ¡oh! Me iba metiendo en harina y es hora ya de cerrar la difusa revista. Me despido hasta otro día próximo. Adiós.

Madrid, 9 de Junio de 1892.



BANQUETE OFRECIDO Á LAS SOCIEDADES CORALES CATALANAS EN EL GRAN SALÓN DE LA LONJA DE PALMA DE MALLORCA
(de fotografía directa de los Sres. Sellarés hermanos, de Palma)

SIN PALO NI PIEDRA

– ¿Te acuerdas de la catástrofe de Sogrub?, me preguntaba una noche, viajando por la línea del Mediodía de Francia, mi amigo Fortunato Vera.

– ¡Vaya si me acuerdo!, le respondí. ¿Quién puede olvidarla?

– Lo que es yo no, dijo Fortunato; yo no la olvidaré en mi vida. Cinco años han pasado ya y todavía me parece estar oyendo el martillazo colosal del choque y el tremendo estallido de los vagones al meterse unos por otros y levantarse en el aire para quedar deshechos, formando una pirámide de astillas.

Recuerdo perfectamente, como si fuera ahora, el desgarrador clamoreo de los heridos en los momentos que siguieron á la catástrofe, implorando unos la misericordia de Dios y otros el auxilio de los hombres.

Recuerdo al pobre Segundo Rías, á Paco Nansa y á M. Villeneuve que quedaron hechos una tortilla... ¡Ah! Pero á quien especialmente no puedo echar de la memoria es al pobre Jorge Azúa... ¿Sabes por qué?... Porque aquél no debió haber muerto, porque debió haberse hallado á diez leguas del sitio en que ocurrió la desgracia.

«¡Lo que es la mala suerte de las personas!» decían algunos, al enterarse de que Jorge había dejado un tren para coger otro.



EMBARQUE DE LOS CORISTAS CATALANES EN EL VAPOR «BELLVER» EN EL PUERTO DE PALMA DE MALLORCA (de fotografía directa de los Sres. Sellarés hermanos, de Palma)

Pero yo no decía eso. Yo, que conocía los antecedentes del caso, lo que decía era: «¡Qué terrible es la justicia de Dios! ¡Cuán funesta es la ceguedad de los hombres que se empeñan en apartarse de Dios y quebrantan su ley santa!»

Para que comprendas si tenía yo razón al pensar así, para que te convenzas de lo fundado de mis reflexiones y adores como yo los severos juicios del Altísimo, te voy á contar toda la historia.

Verás el dedo de Dios dirigiendo al hombre por el camino de la vida. Verás al hombre rebelándose contra Dios y corriendo derecho á la muerte, y verás otra vez la mano de Dios dando libertad á las fuerzas de la naturaleza para que destruyan al hombre rebelde y descaminado.

Suele decirse que «Dios no es viejo,» y es verdad. Dios no envejece nunca, nunca. El mismo es ahora que cuando apartó las aguas del mar Rojo para que pasara á pie enjuto su pueblo escogido y las dejó juntarse después para ahogar al injusto perseguidor Faraón con todo su ejército. El mismo que alborotó las olas del Mediterráneo para hacer naufragar á Jonás cuando huía en dirección contraria del mandato divino por no ir á predicar la destrucción de Nínive...

El pobre Jorge era un muchacho muy guapo, no sé si le conocías, alto, rubio, de finos modales... No tenía mucha inteligencia ni mucha instrucción; pero tenía un barniz de cultura general que hacía su conversación muy agradable.

Digo, siempre que no se tratara de asuntos religiosos; pues en éstos desbarraba lastimosamente.

Su madre, que era muy rica, le había enviado á Alemania á perfeccionar su educación, y volvió de allá con todas las condiciones más á propósito para hacer buen papel en el mundo; pero trajo muy amortiguada la fe, al par que muy vivas y muy desordenadas las pasiones. Tenía que ser su víctima.

Le predicaba su madre continuamente para que temiera á Dios y fuera hombre de bien, pero él no la hacía caso.

Le amonestaba para que se apartase de malas compañías, y él siempre andaba con los más malos de la ciudad, con los más perdidos.

Trataba con sus buenos consejos de hacerle aborrecer los vicios, y él cada día se encenagaba más en ellos.

Un año antes del suceso terrible que le costó la vida, había estado ya á punto de perderla. Se hallaba en una mina cuando se desprendió una masa enorme de tierra que aplastó á los tres operarios que estaban á su lado, dejándole á él completamente ileso. Su madre, cuando se enteró del caso por la relación que él mismo la hizo, puso grande empeño en hacerle comprender que aquello era un aviso del cielo, y que era preciso que reformara sus costumbres y empezara á vivir como cristiano. Todo fué inútil.

– Mira, hijo mío, le dijo todavía su madre el día antes de que emprendiera el viaje del que no había de volver, si vas á salir mañana para Sairutsa, vete primero á confesar, por lo que pueda ocurrir... Yo iré contigo. Vamos muy de mañana, nos confesamos, comulgamos, oímos misa, venimos, tomamos chocolate, haces la maleta, yo te ayudo, después á las once almorzamos y á las once y media marchas... Verás qué bien...

Pero Jorge amañó unas cuantas disculpas, pretextó muchas ocupaciones para la mañana siguiente y no quiso poner en práctica el plan cariñosamente detallado por su madre.

Salió de Obliba á las once y media de la mañana en el tren mixto para llegar á las seis de la tarde á coger el expreso en la estación de Adnarim.

El tren mixto llegó á su hora: pocos minutos después llegó el expreso en el que Jorge debía continuar su viaje; pero en vez de montar en él se quedó en tierra, y esperó á montar en otro expreso suplementario que pasó dos horas más tarde, y fué el que sufrió el choque más horroroso de que hay memoria.

¿Que por qué no marchó en el primero?...

Verás por qué, verás...

Como el día estaba muy hermoso, Jorge había hecho casi toda la primera parte de su viaje asomado á la ventanilla de su departamento de primera.

Desde allí vió cómo, al llegar el tren á la estación de Añudro, se bajaba de uno de los vagones de tercera clase una mujer vestida sin lujo, pero con cierta elegancia, y se volvía á subir al mismo vagón después de haber bebido en el andén un vaso de agua con azucarillo.

Jorge se fijó en ella y no la quitó los ojos desde que saltó en tierra hasta que volvió á entrar en el coche.

Era una mujer de regular estatura, más bien alta que baja, de pelo castaño y ojos muy vivos, con la nariz un poco regazada y las mejillas un si es no es demasiado llenas, pero que en conjunto resultaba hermosa, porque, aparte de no andar del todo mal de facciones, tenía esa hermosura seductora que los franceses llaman la *beauté du diable*, y que nosotros no llamamos así ni de otro modo, pero la reconocemos cuando decimos que «no hay dieciocho años feos;» aforismo expresivo y perfectamente aplicable á la linda viajera, pues si no estaba precisamente en los dieciocho, no pasaría mucho de veinte.

Vestía un sencillo traje de percal de color de hoja seca, con lunas blancas, y llevaba al cuello una toquilla azul celeste, sobre la que caía una finísima cadena de oro con dos ó tres medallas muy pequeñas. A la cintura llevaba un sencillo ceñidor de cuero y en todo su atavío resplandecía el buen gusto. Era costurera, aprendiz de modista, y con las de este gremio no suele rezar el refrán que dice: «En casa del herrero, cuchillo de palo.»

En cuanto Jorge la vió en el andén, discurrió como discurren todos los libertinos: «Es guapa... Me gusta mucho... ¿por qué no ha de ser para mí?...»

Dando vueltas á su mal pensamiento, llegó á la estación de Adnarim, y antes de que el tren acabara de parar, se apeó y se fué hacia el coche de tercera en que venía la modista. Llegó cuando ella se disponía á bajarse, la cogió con una mano la cestita de mimbres negros donde traía la vianda, y la dió la otra para que se apoyara al saltar al andén, al mismo tiempo que, notando su extrañeza y queriendo disipársela, la decía con serenidad imperturbable:

– ¿No me conoce usted?...

– No tengo ese gusto, le contestaba ella con tono de duda y como tratando de hacer memoria; por lo menos no recuerdo...

– Pues yo la conozco á usted mucho, decía él con aire de seguridad para desconcertarla.

– Es posible, replicaba ella tímidamente, me habrá visto usted en Obliba...

– Muchísimas veces. Usted se llama...

– Rosa Urdaniz, para servir á usted.

– ¡Es claro! Rosa... Yo la he conocido á usted en casa de mi tía...

– ¿La condesa de Ipiña?...

– ¡Justo... La condesa de Ipiña, hermana de mi madre...

– Allí he ido yo muchas veces á probar trajes á la señorita... que será hermana de usted...

– Sí, mi hermana... ¡Parece mentira que no se acuerde usted de verme allí!...

– Ahora parece que recuerdo algo...

– No puede menos...

Y ni Jorge era sobrino de la condesa de Ipiña ni en su vida había visto á Rosa en ninguna parte. Pero se valió de ese ardid para entrar en conversación con ella y siguió preguntándola:

– ¿Adónde va usted?

– A Valdeolivos.

– Pues podemos ir juntos hasta la estación de Ñobas, donde yo tengo que tomar el tren de Sairutsa. Dentro de un rato vendrá el expreso, montaremos en él y continuaremos nuestro viaje... Siempre iremos mejor juntos que solos... Por lo menos yo, entre ir solo ó ir en compañía de una muchacha bonita...

– Muchas gracias... Pero sabe usted que yo no puedo ir en el expreso porque traigo billete de tercera clase, y el expreso creo que no lleva más que primera... Según me han dicho, tengo que esperar aquí á que pare otro tren mixto á las once de la noche...

– Bueno; ya trataremos de eso... Por de pronto vamos á comer y...

– Muchas gracias: yo ya he comido... Traía merienda en la cesta...

– Eso no es comida formal... Pero, de todos modos, tomará usted café.

Rosa se resistió un poco á entrar en la fonda, pero entró al cabo y ocupó la silla que Jorge la puso al lado de la suya.

Una vez sentada á la mesa, ya le fué fácil al galán convencerla de que, habiendo comido fiambre, no la vendría mal un poco de caldo, y la hizo tomar sopa. Después, un plato porque era muy bueno, otro porque de aquél no había comido ella en el camino... el resultado fué que comió de todo.

Cuando concluían de comer, y fueron los últimos, porque Jorge perdió mucho tiempo hablando con Rosa, entró en el comedor un empleado de la estación á decir que sólo faltaban para la salida del tren cinco minutos.

Rosa se levantó de la silla diciendo á Jorge:

– Usted tiene prisa.

Jorge hizo ademán de levantarse, vaciló un instante, y luego se volvió á sentar diciendo:

– No... Me ha ocurrido otra idea: verá usted...

Y llamando á un camarero, le dijo:

– En el coche de primera número 27, departamento central, hay una maleta de lona de color de pasa y una manta de listas encarnadas y negras liada en unas correas: hágame usted el favor de traerlo aquí, y después nos trae usted dos cafés y dos copas de *chartreusse* verde... Me quedo para el tren siguiente – añadió dirigiéndose á Rosa, – á ver si así podemos ir juntos.

La pasión había vencido á la razón en el ánimo de Jorge, sin luchar apenas.

Dos horas después llegaba á la estación de Adnarim el expreso suplementario, en el cual iba yo, ¿sabes?...

Por cierto que allí, huyendo de dos recién casados muy empalagosos que se hacían mimos, cambié de coche, y, sin duda por inspiración del ángel de mi guarda, me metí en el que estaba pegado al furgón de cola. A eso debo la vida.

En tanto el pobre Jorge... ¡Cómo me acuerdo de verle paseándose por el andén con la costurera, luciendo ella su trajecito verdoso con lunares blancos, y él un terno de lanilla de color de café con leche, surcado de listas negras casi imperceptibles!... El pobre Jorge, que debió haberse ido en el primer expreso, después de dar unos cuantos paseos por el andén, se dirigió á uno de los coches más próximos á la máquina, abrió un departamento desocupado, hizo subir á Rosa (por quien había abonado ya la diferencia de tercera á primera), y subiendo él detrás, cerró la portezuela con aire de triunfo...

¡Qué poco se figuraba él que estaba á dos dedos de la muerte!

El tren se puso en marcha.

A las dos horas llegaba á Sogrub, de donde cinco minutos más tarde le daban salida, sin recordar que de la estación inmediata había salido hacía un cuarto de hora en dirección contraria un tren mixto.

El choque fué terrible.

No siendo los tres últimos vagones, en uno de los cuales iba yo, todos se deshicieron.

Los pocos viajeros que salimos incólumes acudimos inmediatamente en auxilio de los que le reclamaban; y recuerdo que, entre los múltiples lamentos de los lesionados, se distinguía la voz de una mujer que pedía confesión á gritos.

Era Rosa, que estaba sepultada bajo un montón informe de ruedas, almohadones y tablas de coches destrozados. La sacamos y vimos que tenía los dos brazos rotos, uno de ellos por dos partes.

Jorge estaba muerto.

Dios castiga sin palo ni piedra.

Antonio de Valbuena

ISIDORO EL CORDONERO

(por mal nombre, «voz de cántaro»)

I

Doce ó catorce años cuenta ya, y apenas si sabe *la Jesús*. Aquellas *A*, *a*; las grandes, meditabundas, despatarradas y semejantes á burros de aserrador vistos de frente, y las pequeñas, con su cuello de pato y su pancita inflada; las *B*, *b*, las del corderito, como les decía su madre, cuando se empeñaba en metérselas á él en la cabeza y en que las pronunciase imitando al animalito sagrado de la Pascua; los ganchos de las *l*, *l*; los quevedillos de las *g*, *g*, asemejadas á los adornos que él hacía con cordones de estambre, como aprendiz de pasamanero que era, y todo aquello de las tres patitas de la *m*, del ojito á veces tuerto de la *e*; la horca de la *F* que, al igual de su padre, le amenazaba con colgarle, si con el estudio no se le ablandaba el occipucio; las dos vigas de la *H* unidas por el centro, que, de no valer nada, ignoraba él para qué querían introducírselas por los dos ojos, á no ser que fuese para que allá, dentro de la sesera, sirviesen de puntales, y así no se vendrían abajo todas aquellas cosazas y *barbaridades de cencia* que de cierto dirían los librotes que su señor padre le quería mercar, como si ello tuviese que ver nada con torcer un cordón y dejarlo bien lindo con su borlita más mona que el mundo; y en fin, toda aquella solfa de la cartilla era una gaita para él.

¡Vaya unos garabatos de letras! Sobre todo la *X* con sus palitroques en cruz, la letra que hacen los chicos cuando juegan *al hinque*, se le atravesaba en el gaznate y no salía. – ¡Burro, *prenuncia c s* y verás cómo sale! – ¡Sí; diga usted dos letras á un tiempo, no estando alguna con otra de esas en que se abre toda la boca! Porque abrir la boca es bien fácil, y más si por delante se presenta un corrusco bien rico ó una buena tajada. Pero ¡cualquier cristiano que no sea *franchútele*, sino de la *mesma* Cartagena, dice *c s!*

Pues ¿y la *Y* griega, que se había empeñado en cogerle la lengua con el horquillo y en pegársela por



1. VIUDA, cuadro de D. Juan Llimona. – 2. VUELTA DEL MERCADO, cuadro de D. Joaquín Pallarés. 3. NO HAY DE QUÉ, cuadro de D. Germán Gómez.
4. EN LA PLAYA, cuadro de D. Joaquín Pallarés. – 5. LA PASTORCITA, cuadro de D. Alejandro de Riquer.

los lados á las muelas? Conseguíalo á veces; pero en cuanto se presentaba la *ll* y quería hacer subir á *la sin hueso* hasta el cielo de la boca, ensartaba la *Y* con su bieldo los ganchos y lazadas de la entremetida, deshacíalos, y ¿quién decía entonces *calle* ni *caballo*, sino *cabayo* y *caye*? ¡Bah! ¿Y qué mas daba?

¿Y aquel demontre de la *Z* que no se podía *pre-nunciar* sin poner los morros *mu* feos? Cuánto mejor era decirlo todo con la *s* en cuanto viniera la *z* á ponernos gordos los hocicos?

En fin, lo dicho: aquello era una gaita.

II

¡Y mire usted que emperrarse su padre en que él no fuera cómico, pero también en que tenía que ayudarle á estudiar los papeles sirviéndole de apuntador en casa! *Pos* aquello era más negro que el abecedario, porque el copista de la compañía sería bueno para beber copas, pero hacía unas le tras como rabos de pasas y patas de mosquito. ¿Quién *reconcho* entendería aquello?

Y aún, aún; ¡si le permitiesen entrar en el escenario, ó siquiera ver las funciones en el agujero del apuntador, ó los *ahuecadores* le dejasen en la *cazuela*, dándoles á escondidas dos cuartos! Con un ochavo más habíalos puesto una vez en la ventanilla, sacando por encima de mucha gente la cabeza y ganando la pared á codazo limpio para pagar la media entrada; pero, á pesar de aquel barullo, pronto le reconoció el que recibía las tarjas, y... *Oye tú, paja-larga, voz de cántaro*, le dijo, *¿conque siendo un hombre como un trinquete quieres entrar por cinco ochavos? ¡Anda, anda, y teje sedas y haz borlas y aprende la cartilla, so zanganote, y no asomes el melón por aquí; que ya sabes lo que me tiene dicho tu padre!*

Lo de menos era pagar entrada de hombre, porque ya le sacaría los cuartos á su buena madre ó á los chicos que jugaban con él á representar la *trigedia*; y haríales en cambio una borlita para el traje de moro y el de torero, y les enseñaría cómo habían de mover la mano derecha y poner la zurda en la espada de palo y lanzar el verso para que se oyera bien de gana.

Es claro que, aun así, tendría que hacerse el giboso ó el cojitranco y chafarrinarse las narices, meterse bien la gorra y torcer el morro, ó aprovechando su aventajada estatura y su gentil presencia, pintarse un buen bigote con corcho, embozarse en la capa de grana con que su padre representaba capitanes y reyes, y adelantando dentro del embozo el codo derecho delante de la cara, y estirando bien la zurda por las espaldas, fingiendo el estoque, tendría que colarse de rondón sonando los tacones y meneando la cabeza para que la pluma del sombrero llevara buen aire; todo esto para que no le reconociese el cobrador, porque así que olieran que él era el hijo de su padre, ¡valiente tunda le esperaba en llegando á casa!

III

¡Su padre! ¡Bueno estaba su padre! Más le valía desempeñar mejor los papeles y hablar en escena menos gordo, y no llevar el compás de los versos con manoteos y desplantes, y no reventar con los golpazos de las palabras que caían bien y al final sonaban lo mismo, y no contar al público cosas que no importaban sino á los del escenario, donde tenía que ser todo como si pasara de veras; porque si parecía *de borlitas*, ¡valientes zánganos eran los que inventaban y representaban todo aquello! Más le valía hablar en las tablas y moverse y vestirse como hablan y se mueven y visten los hombres en el mundo; y entonces sí que su señor padre sería buen cómico, y ganaría lo menos una pelucona todos los meses, y no tendría él, Isidoro, que estar meneando las tabas para hacer cordones, que algunos eran más largos que un papel de primer galán; y ya le tenía frito *¡recóncholis!* tanto torcer por este lado y vuelta á torcer por el otro, y envuelva usted la bellotita de la borla, y hágale usted el fleco que no se deshile, y figure usted aquí unos anteojos y ondas y festones y grecas... y allá un demontre que se lleve el oficio; y después de tanto *dale que dale* ¡coma usted sopazas y bazofia... y no entre usted á ver la *trigedia!* ¡Recónchols! ¡Maldito sea el!...

IV

Por supuesto, que ya se había colado dentro varias veces, ambulando como demandadero sillas para los palcos, ¡y bien que le gustaba aquello! Y eso que los comediantes que trabajaban con padre debían de ser unos grandísimos bestias, porque, hicieran el papel que hiciesen, no salían de la misma tonada, y en cuanto á vestirse... ¡ya estaban frescos! ¡Bárbaros!

Pero ¡por Dios y por la Virgen!, ¿por qué había de sacar siempre el *barba* aquel vozarrón, y había de mirar torcido el que representaba los traidores y hablar como si hablase el aguardiente, y el *galán* había de darse á cada verso golpazos en el estómago, y salir la primera *dama* siempre de paletina y de tontillo, lloriqueando todos los papeles, aunque todavía no le hubiesen dado el disgusto de decirle que su padre era su hermano y el hijo de su marido y de su abuela; y por qué la *dama joven*, con raso de percal y galones de caja de muerto, sacaba siemlos ojos de pimiento molido y el pañuelo en la boca y el hipo en el verso; y por qué el gracioso equivocaba el oficio, ya que en vez de estar de comediante estaría mejor de payaso y de *morcillero*?

Y luego... ¡buen modo de hacer creer al público que aquello no era cosa *de borlitas* y de comedias, sino *de verdad!*

El cómico que acababa de decir algo (con su música, por supuesto), quedábase mirando á las bambalinas ó á la *cazuela*, por si de las unas descendía el *maná* en forma de hogaza y por si la otra, la cazuela, dejaba un día de admitir mujeres y se llenaba de garbanzos; y así, papando moscas, no escuchaba á su compañero; y el gran alcornoque *iba cogía* y contestábale después: ¿y cómo podía contestar acorde, vamos á ver? Otros entraban por el foro sin decir jota, venían á pararse delante de la concha... ¡y á decir lo suyo!, ¡qué *decir!*, á entonar y á monotear lo que les tocaba. En cuanto aparecía la dama colocábanla en medio; y como empezaran á venir personajes, hacían todos una media luna; y ¡cuidadito con ponerse de costado ni con volver la espalda al público ni dividirse en grupos, aquí dos y allí tres; y mucho ojo con andar y contarse las cosas como Dios manda y como hacen los hombres en la calle ó en visita ó en su habitación!

¡Pues mire usted que eso de que aquel tal Julio César, que había sido general ó rey ó una cosa muy gorda, saliese con peluca blanca peinada *á la rinoceronte*, corona de malvas y papel dorado, sombrero de tres candiles, medias *á la virulé*, y espadín de concha y zapatos con hebillas de hoja de lata! ¿Para qué servían entonces las estampas que en un libro viejo tenía padre en el cofre de las comedias, y que representaban reyes antiguos, de allá de no sé dónde, antes de que Cristo hiciera el mundo? Pues una de ellas era el retrato de aquel Sr. D. Julio (padre se lo dijo), y ni tenía peluca ni espadín, sino una gran corona de laurel en las sienes, la cabeza calva, manto de pliegues flojos y anchos, recogidos al hombro y el brazo desnudo. ¡Aquello, aquello sí que era cosa como de *emperaor!* Saliendo á las tablas disfrazado de petimetre, ¿qué de extraño tenía que uno le diese de puñaladas? Ni sabía él, Isidoro, por qué los cómicos llamaban *Bruto* al asesino, aun antes de sacar el *pincho*. ¿Qué había de ser bruto? Lo mismo haría el hijo de su madre con todos aquellos estúpidos de comediantes y con el bestia del autor, que no les enseñaba á hacer las cosas como era debido.

V

¡Qué bueno sería tener dentro de la mollera mucho,



LA MUERTE DE UN SANTO, cuadro de D. Fernando Cabrera
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

mucho, mucho talento, y poder inventar él mismo las funciones, para que se acabaran de una vez todas aquellas burradas que escribía Calvo el sastre, *vergüenza de las tablas y de la aguja de coser*, que ni sabía dar pespuntes ni hilvanar mangas ni hacer versos! – ¡Animal! – Por supuesto que no le iban en zaga Laviano, Zavala, Valladares, D. Vicente Rodríguez y qué sé yo cuántos copleros más de los que padre (que si no era buen cómico, tenía siquiera un candil en el seso) solía decir, cuando estudiaba sus comedias, que debían estar en la *dula* ó en el dornajo, comiendo, como quien dice, su buen pienso y no el pan de Dios, que no se amasa para burros... ni tampoco *¡recóncholis!* para los cordoneros ni tejedores que con catorce añazos en las espaldas no saben el *Catón!* – ¿Y qué me dice usted de aquel hambrón de Comella, que como si el olmo diese peros, pretendía el gran alcornoque (también lo dice padre) tener más fama y *cencia* que aquel cura, muerto ya hacía un siglo, que había dicho que *la vida es un sueño*, componiendo con esta cosa tan gorda, que es verdad y parece mentira, una gran comedia que era lo que había que ver? Leíala padre alguna vez en casa, pegando muchas voces, y luego la escondía diciendo que aquello no se podía representar, y que andaba en el índice *purgatorio*, sin duda por que no había cómico en el orbe que se metiese en la cabeza aquel príncipe Segismundo que tan compuesto de fiera y hombre, como todos *semos*, había salido de la frentaza de aquel curita. *¡Recóncholis* de cura! ¡Vaya un talentazo!

Pero no pedía Isidorito tal gollería, y bien se contentara con tener el que Dios había concedido, de balde, á un chico madrileño que ganaba la *manducatoria* haciendo sortijas y zarcillos y sacando rayos de sol á las piedras finas (¡si tendría talento, ¿eh?), y que luego para descansar había compuesto unas coplas á Granada que ganaron medalla no sé dónde. Leandro Fernández le decían, y apenas contaba cinco ó seis años más que él: ¡qué buen mozo y qué guapo debía ser el joyerito!

¡Qué gustazo llegar á conocerle para que le compusiera una comedia que pareciese cosa de verdad, hacerse cómico de un golpe y dirigir á una docena de chicos aficionados, como aquel Ponce y aquel Prieto, sus compañeros, que no tenían nada de burros, y otros así, que no supiesen nada de lo que hacían en el tablado los comediantes, y conseguir que lo hicieran todo como Dios manda, ¡vamos! como si fuese cierto, igual que de verdad!



CARLOS DICKENS Y «LITTLE NELL,» grupo en bronce de Edwin Elwell

¿Por qué no había de ser él cómico y no pasamanero, así rabiara padre lo que quisiera y el cobrador de la ventanilla le llamase *voz de cántaro roto* y *paja larga*?

VI

Pero para ello era preciso saber leer, *¡recontracóncholis!*, y leer bien en el papel de la comedia, en los ojos de los hombres que quieren á su novia ó á su mujer y son celosos, en el pensamiento de los que tienen mucho orgullo y mucha *fantasía* y después agachan el pescuezo, en la cara de los que están flacuchos porque se los va chupando la envidia, en el corazón de los que se pelean con el mundo entero por su madrecita del alma y por esas cosas tan grandes que, según decían los que saben, se llaman *la patria*, *la libertad* y *la religión*; era preciso leer bien en las manos del zapatero, llenas de pez; en el pecho del *melitar*, lleno de heridas y de cruces; en fin, leer en todas partes hasta meterse en el cogote los rabos de pasas del copista de la compañía; y allá hiciese cordones y borlitas el que no sirviera para otra cosa que para que le diesen en *el francés* ó en *el pajarero* con ellos!

Nada, nada, *¡recontra!*: á introducirse la cartilla en el cuerpo; que bien se lo estaba suplicando á Dios la *Y* griega con los brazos al cielo, y bien que le amenazaban la *X* crucificarle como á San Andrés y la *Z* con darle un puntapié y un puñetazo.

VII

¡Cinco años hace de esto! Llevóse al fin el diablo borlas y cordones. Comedia que cayó en su poder grabóse indeleblemente en su prodigiosa memoria. Aún se le enredan en la lengua las letras rebeldes, pero ellas han de salir claras y limpias ó ver para qué están puestas en la cartilla; y convenci-



APROVECHANDO EL TIEMPO, cuadro de D. Luis Graner (Salón Parés), de fotografía de D. Juan Martí



EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA... cuadro de Dessar, grabado por Baude



EL MINUÉ, cuadro de L. Schmutzler

do al cabo el viejo, apadrina su vocación, ensáyale el papel, y esta noche... ¡á soñar con una cosa muy grande que le da escalofríos y que hace latir sus sienes y su corazón! ¡Y mañana á las tablas, á las tablas por fin! ¡Y ya verán quellos animales cómo deben hacerse las comedias!

¡Ay, pobre tejedor, qué desencanto! Sale al público, tiembla de miedo, se le traba la lengua, siente un nudo en la garganta, no sabe dónde tiene los brazos, quédase clavado en un sitio, y un murmullo de desaprobación y de lástima, que acaba por una silba estrepitosa, le *mete dentro*. Búrlansele los cómicos, derrama en la soledad lágrimas acerbas, enójase su padre; pero el águila del *genio*, que para anidar en su pecho ya le pega aletazos en el corazón, le impulsa hacia adelante.

Pues á recibir otro *meneo* y otra burla, y á pasar el *cerote*, aguantando socarronerías del consueta, zumbas de bastidores y enojos de padre, que es lo que más le apesadumbra. ¡Pero mire usted que es mucho cuento hallarse él cobarde ante aquellos abencerrajes que no salían de la rutina de *pisar las tablas y cortar el verso!* ¿No era él acaso *parte de por medio*? ¡Pues entonces á partir á todos por la mitad, y asunto concluído.

Las influencias paternales le elevan á *sobresaliente*, y gracias á Dios que cae en manos del *racionista* un papelón de traidorazo. ¡Este sí que va á salir bien de gana! Mas ¡ay! que como no tuerce el gesto y el bigote, ni se hace el estrabón, ni pone la cara de renegado pintado de corcho, ni habla como el tinto de Valdepeñas, ¡silba otra vez!

Y otra vez el *cerote* que no le deja dar pie con bola, y siempre la idea que él tiene de ese arte sublimemente naturalista le ata las manos y le traba la lengua.

Y siguen la *X* amenazándole con el aspa, la *Y* clamando al firmamento y la *Z* prometiendo el pescozón y la puntera.

¡Tartajear él, y no decir á veces ni Jesús! Pues vamos á ver si renegando del cristianismo y haciéndose moro una tarde cambiaban las cosas.

¡Que si quieres! Vestido de Tarfe, y sobre un alazán de buena raza, éntrase por el patio de las sillas en el teatro de Toledo; y así que comienza á decir las octavas de *El Triunfo del Ave María*, estalla la tormenta, llueven sobre el infiel corruscos y tomates, espántase la jaca, vuelve grupas, y largando coces y rompiendo bancos emprende la carrera camino de Madrid, acordándose del pesebre y queriendo que en él dé con la cabeza el comediante malaventurado que, vestido de sarraceno, lleva sobre los relucientes lomos.

Entonces Isidoro el cordonero, *cómico de nieve* y *voz de cántaro* piensa en el suicidio. Hasta un torero, *Costillares*, se burla de él, diciéndole cuando trastea el toro: *Oiga osté, zeñó Miquis: le paese á* VÚ DE MERENGUE que aquí *nos murimos de mentirijiyas como en la trigedia?*

VIII

¡Ah! En su cuarto, sin temor al público, á solas con al alma de los personajes, ¡cómo siente todas las pasiones, todos los movimientos del espíritu! ¡Qué bien modula su ingrata voz, y cómo acierta á demudar frente al espejo, no sólo su semblante, sino su faz entera con el resorte mágico de la *acción!* ¡Y qué convencido está de que ha de representarse para que *los morenos* se estremezcan olvidando que están en la comedia!

Pero todo aquello para ser aplaudido, debe venir de allende el Pirineo.

Y pidiendo limosna se va á París. Y al escuchar á Talma, coloso de la escena, encuentra el Nuevo Mundo que, cual nuevo Colón, adivinaba, y lo conquista como Hernán Cortés. Y se levanta con aquel orgullo que es igual á su *genio;* y viendo ante sí la imagen de la Inmortalidad que en el abierto libro de la Historia le señala una página, firma en ella arrogante, como si suscribiese la escritura de primer trágico español para el teatro de la Gloria.

¡Y es fama que al prepararse á escribir su apellido con *i* latina y *s* al final, según lo pronunciaba el tejedor cartagenero, saltaron del *Catón* enfurecidas y envidiosas la *z* y la *y;* dióle aquélla un puntapié á la *s* por usurpadora; hizo la griega saltar á la liliputiense del puntito, y el parte de por medio de la *voz de cántaro*, el moro corrido en Toledo, después del *Isidoro* escribió Mayquez!

La *X* saltó también de la cartilla para acompañarle en su triunfal carrera; ¡pero tropezó con la envidia, cayó á las tablas y recogiéronla los compañeros del sublime artista para poder crucificarle!

Enrique Funes

NUESTROS GRABADOS

Froufrou, cuadro de Jorge Clairin. – La carrera de este artista francés ha sido sencillísima y por todo extremo afortunada. A poco de entrar en la Escuela de Bellas Artes, enviaba al Salón (1864) su primer cuadro *Carro de heridos*, que llamó extraordinariamente la atención de la crítica; viajó luego por España, Portugal y Marruecos, siendo fruto de su excursión pintorescos lienzos que los aficionados se disputaron; á su regreso á París colaboró con Pils en el decorado de la Opera, y á partir de entonces dedicóse á la pintura decorativa, transformándola, rejuveneciéndola, reemplazando audazmente la mitología y las antiguas alegorías con motivos tomados de la vida moderna. Así pintó los plafones del Edén, gallarda muestra de fantasía, de imaginación y de gracia encantadora. Pero Clairin no sólo cultiva esta rama de la pintura, sino que pinta también cuadros de historia, retratos, caprichos, figurando entre estos últimos *Froufrou* que reproducimos y cuyas infinitas y exquisitas bellezas, superiores á toda ponderación por lo delicadas, por lo difíciles de conseguir y por lo bien dispuestas, aparecen con todo su realce en la magnífica agua fuerte de Koepping. Clairin, joven todavía, se halla en la plenitud de su talento y goza de la estimación de sus colegas y del cariño de cuantos le tratan, pues á su inteligencia privilegiada une un corazón generoso, abierto y una sencillez y modestia poco comunes.

Banquete ofrecido á las sociedades corales catalanas en el gran salón de la Lonja de Palma de Mallorca. – Embarque de los coristas catalanes en el vapor «Bellver,» en el puerto de Palma (de fotografía directa de los Sres. Sellarés hermanos, de Palma). – La colosal obra emprendida por el más genial y popular de nuestros compositores, Anselmo Clavé, ni se desmorona ni decrece. Parece como si al desaparecer el maestro hubiese transmitido á sus compañeros y discípulos la potente savia de su vida, el entusiasmo y el amor á la tierra catalana. Las masas corales que tan perfectamente supo instruir y organizar, han ido cobrando mayor vida y desarrollo, ya que en todas las poblaciones importantes de Cataluña existen sociedades que responden á la idea organizadora de Clavé. Varias de ellas acaban de dar muestra de su pujanza. Formando un total de novecientos coristas, trasladáronse á Palma de Mallorca para tomar activa parte en una fiesta de beneficencia. El más ligero desorden no ha empañado la brillantez de los festejos, ya que los coristas de Clavé, como hijos de una de las regiones más cultas de España, no pueden nunca ser contrarios á las honrosas tradiciones de su país y á las que informan la institución á que pertenecen. Difícil sería describir las muestras de consideración que merecieron de los palmesanos; bastará consignar que aquéllos vieron en los coristas á los descendientes de los que formaron reunidos una misma nacionalidad y hoy cobijan los pliegues de la misma bandera.

Grato recuerdo conservarán las sociedades corales de la obsequiosa galantería de los palmesanos, haciendo por nuestra parte fervientes votos para que igual corriente de simpatía se establezca entre todas las regiones peninsulares.

A la galantería de los inteligentes fotógrafos y grabadores de Palma Sres. Sellarés hermanos debemos las dos vistas que reproducimos, representando el desembarque de los novecientos coristas y el gran salón de la antigua Lonja, en donde se celebró el banquete con que fueron obsequiados.

Salón Parés. – Viuda, cuadro de D. Juan Llimona. – No hay de qué, cuadro de D. Germán Gómez. – La pastorcita, cuadro de D. Alejandro de Riquer. – Vuelta del mercado, En la playa, cuadros de D. Joaquín Pallarés. – Llimona, que había logrado notoriedad en el género especial que cultivaba, rebosando sus lienzos poesía sencilla, modesta, pero genuinamente regional, hase convertido paulatinamente en místico, pero místico inspirado, puesto que sus últimas composiciones deben considerarse como las obras de un maestro. El bonito y sentido lienzo que reproducimos, si bien pertenece á la segunda fase artística de Llimona, recuerda su primera época, en cuyo período distinguíanse sus producciones á modo de olorosas flores en un conjunto de creencias y aspiraciones, en una unión de afectos y sentimientos que constituían su modo de ser y la nota distintiva de su carácter, en el que aun hoy se halla comprendido, amalgamado con su fe de creyente, el amor que consagra á Cataluña, la tierra que le vió nacer, y á los más santos afectos. *Viuda* lleva impreso el sentimiento que rebosa en el corazón de este distinguido pintor, que concibe inspirado por los ideales que más enaltecen al hombre.

Germán Gómez es uno de los pintores que honran á España y á Valencia, confundiendo en una sola las simpatías que siente por el arte y por su ciudad natal. Tan entendido coleccionista como hábil pintor dedica á la arqueología y al arte toda su actividad y el esfuerzo de su inteligencia. Su bonito lienzo *No hay de qué* es un cuadro de costumbres valencianas, que denota, desde luego, aparte de su atinada composición, cualidades de buen colorista en el Sr. Gómez. Cierto es que la brillantez de tonos de los típicos trajes valencianos préstase á formar bellas combinaciones; mas para que el conjunto no resulte inarmónico, precisa acierto y aptitudes para fijar en el lienzo sus vivos colores, y estos escollos, ya que tales son para el artista, los ha vencido el pintor valenciano.

Riquer, que tanto habíase distinguido por sus composiciones decorativas, por sus bellísimos motivos aplicables á las artes suntuarias y por sus notables cuadros de pájaros y flores, puso igual empeño que Graner en demostrar que poseía cualidades y aptitudes para cultivar el género en que otros han adquirido notoriedad. Y preciso es confesar que si tal fué su propósito, realizólo cumplidamente, puesto que todos los lienzos que expuso ha poco revelan hasta dónde alcanza el mérito y la inteligencia de este artista, que aun en esta manifestación logró imprimir algo de su carácter, de su modo de ser, de ese género al que debía su merecido renombre.

Vuelta del mercado y *En la playa* son igualmente dos bellas producciones del pintor Joaquín Pallarés, inteligente profesor de la Escuela de Bellas Artes de Zaragoza y uno de los artistas más discretos de la capital aragonesa. Ha sido merecidamente premiado en varias Exposiciones, siendo una de las últimas recompensas alcanzadas la que obtuvo en la general de Bellas Artes.

La muerte de un santo, cuadro de D. Fernando Cabrera. – La Exposición nacional de 1890 fué el primer palenque artístico á que concurrió Cabrera, y presentóse en él tan pertrechado, que vivo está todavía el recuerdo de su triunfo y la grata impresión que produjo su sentida composición *Los huérfanos*. En ella no podía adivinarse al dibujante correcto ni al hábil colorista, pero sí al hombre que discurre y siente y al artista que traduce su pensamiento de una manera honrada. El pintor no se cuidó del socorrido medio de rebuscar efectos para amontonar falsedades, sino por el contrario, de representar la verdad de manera asombrosa, tanto más, cuando se trata de un artista de pocos años que concurre por primera vez á una Exposición.

Otros dos lienzos remitió á la Exposición de Bellas Artes de Barcelona, el que reproducimos y el titulado *En el coro*, premiado también y adquirido por el Ayuntamiento para figurar en el Museo municipal. En uno y otro no se nota el menor decaimiento, admírase igual seguridad, la misma pastosidad y fijeza y análogo sentimiento que revela el primer lienzo del joven cuanto distinguido discípulo del inolvidable Plasencia.

Tal es hoy Cabrera, y aun cuando se halla al principio de la senda que debe recorrer, nos ha de ser lícito esperar que en lo porvenir han de avalorarse sus excepcionales aptitudes, que le conducirán á la meta adonde llegan únicamente los escogidos.

Carlos Dickens y «Little Nell.» grupo en bronce de Edwin Elwell. – Figura esta obra escultórica como adorno en la Exposición de Horticultura que actualmente se celebra en Londres, y cuantos allí la han visto no han podido menos que admirar y aplaudir, no sólo el acierto con que está reproducida la figura del ilustre y popular novelista inglés, sino también el sentimiento delicado que inspiró al notable escultor norte americano la idea de colocar junto á aquélla á la *pequeña Nell*, la protagonista de una de sus más interesantes novelas. Tan bella como la composición es la ejecución del grupo, en el que aparecen en hermoso contraste la majestad del genio de Dickens y la humilde actitud de la niña que parece contemplar con admiración y agradecimiento al que le dió vida.

Aprovechando el tiempo, cuadro de D. Luis Graner (Salón Parés), de fotografía de D. Juan Martí. – *Aprovechando el tiempo*, notable estudio de D. Luis Graner, forma parte de la que pudiéramos llamar colección que recientemente expuso este discreto artista en el Salón Parés. Y decimos colección porque todos ellos pertenecen á un mismo género, por cierto completamente distinto del hasta ahora cultivado por Graner. Parece como si hubiese tenido empeño en demostrar que sus aptitudes le permiten reproducir á la naturaleza dentro del mismo concepto y con la gama transpirenaica que distingue á las manifestaciones de la llamada moderna escuela catalana.

Todos los cuadros son acabados estudios, de extraordinaria exactitud, tan perfectamente ajustados, que patentizan la verdad del natural.

Tratándose de Graner, pueden aceptarse como un alarde verdaderamente artístico, puesto que, por fortuna, no precisa demostrar su valía quien posee en su paleta esas admirables notas esencialmente castizas, que recuerdan la buena escuela española.

Los lisonjeros y reputados triunfos que acaba de alcanzar en Berlín, París y Munich demuestran ó justifican la exactitud de nuestras apreciaciones.

El pan nuestro de cada día, cuadro de Dessar. – Las poblaciones de la costa tienen por regla general muy arraigado el sentimiento religioso, sea porque la inmensidad del océano que constantemente se ofrece á su vista les haga pensar en un Creador de tan sublime maravilla, sea porque los peligros á que constantemente se ve expuesto el que ha de ganar su subsistencia dedicándose á la navegación ó á la pesca, le obligan á invocar á menudo el auxilio del cielo para que le ampare en terribles trances. Este sentimiento lo vemos bellamente expresado en el cuadro de Dessar que reproducimos: los habitantes de un pueblecillo marítimo se aperciben para salir á la pesca, y mientras unos dan la última mano á los preparativos y otros se despiden hasta la noche de sus familias, un grupo arrodillado junto al *Calvario* eleva sus oraciones al Señor pidiéndole *El pan nuestro de cada día* é implorando su protección para poder regresar sanos y salvos al lado de los suyos. Es ésta una escena admirablemente sentida, compuesta y ejecutada con gran maestría.

El minué, cuadro de L. Schmutzler. – El baile que de tanto favor gozó entre nuestros abuelos y que con buen acuerdo han tratado de resucitar en distintas ocasiones los salones aristocráticos de nuestros días, ha inspirado multitud de cuadros, algunos de los cuales hemos reproducido en La Ilustración Artística. Y, cosa extraña: casi todos los pintores que este asunto han tratado, nos presentan las figuras de sus lienzos animadas por una expresión de regocijo que parece opuesta á la idea de gravedad que del minué tenemos formada. Esta corriente ha seguido también el pintor alemán L. Schmutzler, y por ello debemos felicitarle, ya que merced á esta nota alegre, su pintura, irreprochable desde el punto de vista técnico, produce en el ánimo una impresión dulce y en extremo agradable, tanto que casi nos hace envidiar á nuestros antepasados que hallaban motivo de placer en las más inocentes diversiones, sin perjuicio de buscarlo también en otras menos inofensivas.

Dr. D. Luis Sáenz Peña. – Entre los varios candidatos á la presidencia de la República de Buenos Aires, figura el distinguido patricio cuyo retrato publicamos. Abogado desde 1845, diputado varias veces, presidente de la Suprema Corte de Justicia, vivía retirado de la política desde el año 1880 y ha sido preciso para que abandonara su retraimiento que sus amigos le convencieran de que su nombre podría ser emblema de paz y prosperidad y lazo de unión entre los dos partidos políticos más numerosos. Dentro de pocos días se verificarán las elecciones en aquella república platense, y si el sufragio de sus compatriotas eleva al cargo de primer magistrado al señor Sáenz Peña, recompensarán con ello no sólo su reconocido talento, sino también su ingénita modestia y su acrisolada honradez. En el primer escrutinio hace pocos días verificado, los electores de primer grado le designaron por gran mayoría para la presidencia, de modo que su triunfo puede darse por seguro, y el comercio ha dado ya muestras de la gran confianza que le inspira una candidatura que es prenda cierta de moralidad, mejorando notablemente los cambios.



En Niza dimos un baile en el *Impetuoso*, el buque almirante

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Al principio, con la ligereza propia de mi edad, é impulsado por el deseo más de lo que yo pensaba mientras me reía, me presté con gusto á tomar parte en aquel juego; pero poco á poco, al contemplar el rostro de Magdalena, al ver la seriedad con que tomaba el asunto, comencé á ponerme serio también. Muy pronto me sentí impresionado por el silencio que reinaba á nuestro alrededor, por el fluido que se exhalaba de aquellas lindas manos, suaves y ardorosas, y por aquellos aterciopelados ojos de mirada penetrante. Yo no quería pensar en nada, y sin embargo, parecíame oir distintamente una frase melodiosa en mi cerebro.

Las mejillas pálidas de Magdalena se habían animado gradualmente: unas veces, por efecto de la tensión de los nervios, entreabría los dedos como para abandonar mis manos, y otras las oprimía con más fuerza. En sus labios vagaba una sonrisa tímida y alegre á la vez, y sus largas pestañas se inclinaban á intervalos con un movimiento púdico, como si sus ojos no pudieran resistir mis penetrantes miradas. A través del pañuelo de encaje de Magdalena veía palpitar su seno... y en mi mente se grababa la frase melódica que antes había oído. Temí que pudiera leer en mis ojos, y como para cortar la corriente, tomé de pronto una expresión burlona.

Entonces Magdalena, dando otro giro á la cosa y para no confesar, sin duda, que había adivinado, me dijo:

– No, cambiemos; ahora seré yo quien piense y usted quien tratará de comprender.

¿Habría adivinado verdaderamente, á pesar de mis esfuerzos para que mi fisonomía no hiciera traición á mis pensamientos?

¿No se escapa de la mirada amorosa un fluido que es imposible neutralizar?

Yo hubiera debido abandonar aquellas pequeñas manos tan frágiles y tan fuertes; pero no podía. Hay un instante en que el hierro, demasiado cerca del imán, es atraído por éste.

Contentéme con mostrarme conforme con lo que me proponía, y contemplé más detenidamente aquellos ojos brillantes, cuya limpidez parecía aumentar bajo sus miradas.

Sí, yo hubiera querido conocer también á mi vez el pensamiento impenetrable que se ocultaba tras de la frente de Magdalena, no el pensamiento fugitivo y pasajero, sino aquel que preocupa, que se conserva siempre...

A veces creía sorprenderle; pero de pronto se me escapaba como un fuego fatuo.

En los ojos leía: «Le amo á usted,» y en una sonrisa burlona: «Me divierto y me burlo.»

Muy pronto no me preocupé ya en adivinar, y seguí pensando tenazmente.

– No piense usted, me dijo Magdalena; busque, trate de adivinar lo que pienso yo.

Como antes, aquel juego encantador y peligroso comenzaba á tener para mí algo de serio, de místico y sobrenatural, y otra vez, por más que no quisiera pensar, repetíase en mi mente la misma frase...

Ante aquella niña parecíame estar junto á una pitonisa, ó alguna de esas divinidades egipcias, erótica y religiosa á la vez, que devoraba al curioso cuando trataba de sorprender su secreto.

Las manos de Magdalena permanecían abiertas entre las mías, y sin embargo, teníame en su poder.

Y era que – preciso es confesarlo en estas páginas escritas por mí, en las que descubro mis sentimientos – en mí se despertaba no sé qué de brutal que dormita en el fondo del corazón del hombre, que espantaría á la virgen menos cándida si lo comprendiese, que nosotros mismos tratamos de colorear con la radiación de nuestras palabras y que me hubiera infundido horror si hubiese analizado entonces mis sentimientos como lo hago hoy.

Pero sin duda mis ojos revelaban la turbación de mis pensamientos, pues Magdalena abandonó bruscamente mis manos; ocultó sus hombros, apenas descubiertos, con un movimiento instintivo, y miróme con expresión de asombro, como sorprendida y desconcertada por la expresión de mi semblante.

Entonces, no sabiendo ya lo que hacía y obedeciendo á un impulso irresistible, me incliné, y besándola en la frente, murmuré con tierno acento:

– ¡Magdalena!... ¡Amo á usted!...

Al decir estas palabras me consideraba dichoso: una necesidad del corazón las hizo salir de mis labios; mas apenas pronunciadas, sentí haberlas dejado escapar...

¿Tenía yo derecho de hablar así? ¿No nos separaba todo, nuestras familias y mi próxima marcha?

Magdalena profirió un ligero grito, y ocultando la cabeza en la almohada, comenzó á llorar.

Pero aquel momento de debilidad fué muy pasajero: Magdalena se incorporó casi al punto, apoyándose en un codo, enjugó sus lágrimas, sonrió, y dijo lentamente, como si buscase sus palabras:

– Siento mucho que me haya usted dicho esas palabras hoy, pues no sé por qué, no es así como hubiera querido oirlas; y sin embargo, ahora soy feliz. Yo también le amo, y temo que mucho más formalmente que usted á mí... Berta lo sabe, porque es mi pequeña confidenta y se lo he dicho todo... He jurado que usted ha de ser mi esposo... pero es necesario que tengamos los dos una conversación muy seria... El lunes habrá aquí reunión de confianza; venga usted y hablaremos... Hoy no puedo, porque estoy demasiado conmovida y soy demasiado sentida, aunque apelo á toda mi energía... Por causa de usted me hallo indispuesta, á consecuencia de una conversación en que mi padre me instaba á casarme con mi primo de Branges; mas yo no he pronunciado el nombre de usted. Es preciso que nadie sepa nada, ni los padres de usted, ni el mío, sobre todo, ni tampoco Luis... De mi padre provendrían los mayores obstáculos... Nadie absolutamente, entiéndalo usted bien, ha de saber nada hasta que hayamos hablado... Por otra parte, dudo de usted; necesito una prueba, y quiero también que usted no dude nunca de mí. Tal vez crea que en este momento soy presa de la fiebre, y sin duda no me comprende, porque no me conoce... Ya verá usted el lunes... Yo adivino muchas cosas sin que me sea necesario leer en los ojos. Desde el casamiento de Luisa mi espíritu ha tenido multitud de penosas revelaciones... He oído hablar y he escuchado mucho... Yo quiero ser amada como amo, sin segunda intención;... quiero que aquel á quien yo consagre mi cariño no pueda dudar de él, y que á su vez nada me haga dudar del suyo... ¡En esto, en esto debe consistir la felicidad!... Pero, cuán difícil es conseguirla... ¡Oh! No hablo de los obstáculos que se nos opondrán... Con una voluntad enérgica, y á mí no me falta, se vencen todos; pero hay cosas que no dependen de uno mismo. Así, por ejemplo, yo podría decirme: «¿Quién sabe? Tal vez me ama únicamente porque yo le amo, por un sentimiento que raya en compasión;» ó bien: «Tal vez crea que yo le amo así...» y otras muchas ideas por este estilo. Quizá me crea usted exagerada con exceso, demasiado sentimental... Pues no es así; muy lejos de ello, soy una niña crecida muy formal y muy juiciosa... No sé si debo considerarlo como altivez... altivez en el amor... Pero sé muy bien que se pueden tener estas ideas, sobre todo en mi posición, puesto que yo las tengo, y también que se puede sufrir, toda vez que yo sufro.

Cogí las manos de Magdalena, y besándolas varias veces, repetí:

– Amo á usted, Magdalena, la amo con toda mi alma;... pero tal vez hago mal en decirlo. ¿No nos separan por desgracia mi escasa fortuna y los proyectos de su familia de usted?...

– No, amigo mío, nada nos separa, si usted es dueño de mi voluntad; muy por el contrario, todo nos aproxima; pero le ruego á usted que esté tranquilo... como yo. Vea cuánta es mi calma en este instante... Es que pienso en nuestra felicidad.

Hace un momento, cuando me ha dicho usted por primera vez que me amaba, no he podido menos de llorar... porque estaba casi segura de que yo era quien había provocado esta declaración .. No me interrumpa, pues mi madre llegará de un momento á otro... Permítame decirle lo que me falta... No, segura no, si usted quiere .. lo temía... Sin embargo, más tarde lo sabré. Me había parecido, no obstante que, dadas mis ideas, solamente con usted hubiera podido tener todas las seguridades, porque los dos tendríamos que darnos una gran prueba de amor, desarmando usted á su familia y yo á mi padre. Ya le dije antes que he sabido muchas cosas.

Al escuchar á Magdalena, todo me parecía fácil, y la interrumpí apresuradamente:

– ¡Oh! Lucharé.

– No pronuncie usted esa palabra. Luchar contra los padres sería impío: desarmarlos es ya una crueldad; pero se puede hacer esto último, excitando la compasión; que en nuestro caso no me infunde temor alguno desarmarlos por la constancia, la ternura y la voluntad.

– Los pensamientos de usted, contesté, son los míos, y al escucharla me parece que soy yo quien habla... Pinta usted la felicidad tal como yo la soñé.

– En sociedad, continuó Magdalena, en nuestras reuniones, he debido parecer á usted frívola, indiferente, irrespetuosa para las convenciones establecidas y sin ninguna idea profunda. Ahora imaginará tal vez que soy extraña y apasionada;... extraña, quizás; apasionada, no, porque le amo con reflexión, y esto desde que era niña... Después volví á verle; parecióme que me amaba, y le amé más aún; pero no comencé á creer realmente que era correspondida hasta que las visitas de usted cesaron. Y he comprendido cuán intensa era mi pasión cuando mi padre me habló de casarme con mi primo de Branges.

– Lo mismo me ha pasado á mí, Magdalena... El otro día, después de una conversación con mis padres, fué cuando comprendí que era de usted para siempre.

– ¿Para siempre?... ¿Quién sabe?... Tal vez hagamos mal en contrariar los deseos de nuestros padres... Solamente el tiempo podrá decirnos la verdad, y yo nada haré hasta que tenga una seguridad completa.

– ¿Qué quiere usted decir?

– Ya lo sabrá el lunes, no el próximo, sino el otro. Hasta dicho día, y por más que esto sea muy cruel, no venga usted... Tengo mis razones para ello... No debemos despertar ninguna sospecha... Alguien sube, sin duda mi madre;... ella lo sabe todo y aprueba mi conducta, pero no quiero que en su presencia se diga una palabra... Si usted me ama, tenga confianza en mí y déjese guiar.

Por toda contestación cogí las manos de Magdalena y se las besé repetidas veces. La señora de Nessey llegaba; con ella hablé algún tiempo de la enferma, de teatros, de la futura exposición y de mi próxima marcha, y después me retiré. Dirigíme á mi casa poco menos que corriendo, porque me urgía llegar y estar solo á fin de coordinar mis ideas...

Ya era cosa hecha... Aquel amor latente que yo me había esforzado tanto para ocultarme á mí mismo por un culpable horror á la lucha, habíase declarado al fin, y era preciso aceptar el combate, que deseaba llegase cuanto antes y que al propio tiempo me daba miedo... Aquellas palabras de mi madre: «¡Oh! Pedro no nos causará nunca ningún pesar; no nos hará derramar una lágrima!;» todas mis promesas tácitas, toda mi educación, hacíanme cobarde anticipadamente, como el esclavo que ha sufrido un prolongado yugo.

¿Por qué no habría podido yo callarme algunos días más? Pronto iba á partir y tal vez hubiera olvidado... Sobre todo ella sin duda me habría olvidado á mí... Algunas veces, la maledicencia, las palabras sobre intrigas y comedias despertaban un eco en mi espíritu; pero pronto le adormecía repitiéndome las dulces frases de Magdalena. ¡Qué bien había pintado las dudas que podían acosarme en nuestra situación y las que á ella misma asaltaban! En un alma tan joven, solamente el amor era capaz de semejantes revelaciones...

Por otra parte, ¿no conocía yo los proyectos del Sr. de Nessey con su hermana la señora de Branges? ¿Desde los primeros días después de mi llegada se había hablado de ellos sin ambages ni rodeos delante de mí; y por otra parte, ¿podía yo hacerme ilusiones, dada mi modesta posición? ¡Oh! No; yo era amado, y de ello tenía la mejor prueba en todos estos detalles. Sobre todo, yo amaba, y siendo feliz, importábame poco lo demás. ¡Cuánta era mi alegría! Parecíame que el corazón se me deshacía en el pecho, que el aire era más ligero y que todo se embellecía á mi alrededor.

A bordo sentíame con toda la energía que la profesión del marino impone; mas en tierra era débil, pues faltábame la experiencia del mundo. Magdalena poseía la voluntad que á mí me faltaba, y ella sabría sostenerme y realzarme por ese afecto cuando fuera mi esposa, mostrándose fuerte contra los pesares de la ausencia: era la verdadera mujer del marino, la Penélope valerosa y resignada, guardiana del honor del hogar.

Por un momento, la idea de luchar contra mis padres adormeció mi corazón, pues ellos también me amaban tiernamente. ¿De qué acusaban á Magdalena? ¿De su escasa fortuna? Sin embargo, moderando nuestras inclinaciones, tendríamos lo suficiente para vivir en cualquier puerto de provincia, pues á ella algo le darían en dote en una ú otra forma. Mis padres se harían cargo de ello, y cuando la conociesen mejor, cuando vieran hasta qué punto era firme nuestra resolución y qué razonables y honrosos eran nuestros proyectos, no podrían oponerse á ellos. Se convencerían, y al unirnos nos dirían seguramente: «¡Sed felices!»

¡Vamos, era una locura no haber tenido antes confianza y no dejar que hablase mi corazón! Pero, ¿qué hacer ahora, cuando tan próxima estaba mi marcha? ¿Confesarlo todo á mi padre? Magdalena me lo había prohibido, diciéndome: «Venga usted el lunes, y hasta entonces, por lo menos, ni una sola palabra á nadie.» ¿Cual era su proyecto? Lo ignoraba, pero como tenía confianza en ella, en su firmeza, en su rectitud y en su resolución la obedecería.

Y en adelante, no pensando ya más que en mi amor, tan vago hasta entonces, tan fugitivo, tan lejano, y que poco á poco tomaba cuerpo, parecíame que la felicidad venía á buscarme: tenía las facciones de Magdalena, su sonrisa, sus grandes ojos aterciopelados, que leía en los míos los mismos pensamientos que yo leía en los suyos; labios que sobre los míos aspiraban mi alma, como yo la suya, y que se unían en un prolongado beso de amor.

* * *

Rada de la Goleta (Túnez), octubre de 1881

Las reuniones del lunes, de carácter puramente íntimo, no son tan alegres como en otro tiempo las del viernes, antes de casarse Luisa; pero tienen más encanto para mí. Hay dos mesas de *whist* para las personas mayores; juego de treinta y una para los jóvenes, cuando los había; á las diez y media servíase el te; después teníamos un poco de música ó de canto, y á media noche todo el mundo se retiraba. Rara vez asistían los jóvenes á estas tertulias, prefiriendo sin duda distracciones más ruidosas, y yo me felicitaba de ello.

El lunes en que Magdalena se proponía hablarme, solamente acudieron dos matrimonios entrados en años: el general Songraix con su esposa, y el señor de Trevoix con la suya; los jóvenes se habían abstenido bajo el pretexto de que comenzaba la cuaresma. Los cuatro visitantes y los Sres. de Nessey formaban el número necesario para ocupar las dos mesas de *whist;* y en cuanto á mí, te-

miendo que se me invitara á ser de la partida, me apresuré á proponer á Magdalena que jugásemos al ajedrez. Aunque mi amiga no era muy fuerte en este juego, pues sólo llevaba tres ó cuatro meses de lecciones de su padre, á mí me agradaba jugar con ella cuando había escasa concurrencia, como aquella noche. Nos colocamos ante una mesita que tenía las dimensiones del tablero, uno frente á otro, lejos de los jugadores de *whist*. Ninguna de las sonrisas de Magdalena ni la expresión de su lindo rostro podían pasar inadvertidas para mí. Sobre todo podía hablar libremente con ella, ó por el contrario, cuando demasiado emocionado temía decir mucho, conservar ese silencio grave que el juego autoriza, contentándome con mirarla, mientras ella meditaba largo tiempo sus jugadas.

Pero ahora ya no había misterio ni reserva entre nosotros desde que se nos habían escapado nuestros secretos.

Magdalena echó alegremente las piezas sobre el tablero, y para saber á quién tocaba la salida, presentóme cerradas sus dos manos, en cada una de las cuales tenía un peón de distinto color. Tan graciosa estaba así, con los labios entreabiertos por una sonrisa, los ojos brillantes y tendidos los dos brazos, que hacían resaltar el contorno de su garganta y subir las mangas más arriba de las muñecas, que tardé algún tiempo en elegir, como si vacilara.

– ¡Vamos, decídase usted!, exclamó, golpeando el suelo con su pie con una gracia infantil. ¡Siempre vacilante!...

Por única respuesta dirigí una mirada á los jugadores de *whist*, que me parecían muy absortos, y cogiendo la mano derecha de Magdalena, estampé en ella un rápido beso.

– ¿Me ama usted siempre?, preguntó á media voz.

– ¡Siempre!

– Pedro me dijo algo conmovida, cuando la partida hubo comenzado, se trata de hablar seriamente... ¿Ha reflexionado usted bien nuestra conversación del otro día?

– ¿En qué podía pensar sino en mi felicidad, en la nuestra?

– Dentro de un mes se marcha usted. ¡Oh, qué cruel separación! Mas no tema: tendré valor, y solamente pensaré en nuestra reunión... Además, esta separación es necesaria...

– ¡Ay de mí, harto lo sé!

– No quiero decir necesaria para la carrera de usted, sino para que nos conozcamos, para que haya mutua confianza... Usted me ha dicho que me amaba... El día de su partida quiero olvidar esta palabra... entiéndalo bien... quiero olvidarla, es decir, que se la devuelvo... Es preciso que no se crea usted comprometido; quiero que nada diga á su familia antes de partir, ni tampoco durante su ausencia, que será de diez y ocho meses. ¿No es así?

– Tal vez un poco menos. Me embarco en la escuadra como alférez de navío, y apenas se me promueva á teniente, lo cual será de aquí á catorce ó quince meses, según espero, desembarcaré. Pero ¿por qué no hablar antes de mi marcha, usted á su padre y yo al mío?

– ¡Qué quiere usted! Es un capricho... Quiero ante todo que usted reflexione bien... y yo igualmente quiero reflexionar.

– Sin embargo, poner manos á la obra desde luego es mucho mejor bajo todos conceptos. Mis padres... dispénseme lo que voy á decir, porque ahora no debo tener para usted el menor pensamiento oculto...

– Tiene usted razón: así debe ser siempre, pues me parece que la felicidad no puede existir si uno presiente un secreto en el corazón del otro. Esto es lo que le dije el otro día.

– Pues bien: mis padres... ya lo sabe usted por sí misma, puesto que felizmente los dos estamos en el mismo caso... dispénseme la palabra egoísta *felizmente*...

– ¡Ya lo creo que se la perdono! Y con tanta más razón, cuanto que en la semejanza de nuestras posiciones he basado yo toda nuestra felicidad.

– Pues bien: mis padres...

Magdalena adivinaba seguramente el pensamiento que tanto me costaba expresar, pero que yo insistía en dar á conocer; y ella también deseaba oirle, porque así tendría más confianza aún en mi lealtad. Por eso esperaba ansiosa mi revelación, y al ver que yo vacilaba, exclamó:

– ¡Dígamelo usted, dígamelo todo!

– Mis padres, repuse, como los de usted y como todos, me han imbuído ideas de ambición demasiado orgullosas... Ya comprenderá que abordo aquí una cuestión muy delicada; pero debo hacerlo á fin de no ocultarle cosa alguna... Por ambiciones orgullosas entiendo la riqueza, pues por lo que hace á nacimiento y posición social, ellos no podrían soñar elección mejor que la mía; pero en el matrimonio, lo que desean para mí sobre todo es la fortuna, imaginándose, á pesar del proverbio, que con ella se obtiene la dicha...

– No, la felicidad no se alcanza con la riqueza, pero ésta sirve para allanar muchas dificultades. La prueba es que no habría ninguna para nosotros si los dos fuésemos ricos.

– Pero tal vez nos amaríamos menos; y las grandes alegrías, las únicas que merecen contarse como tales, provienen del amor.

– Lo creo, lo reconozco, y hasta estoy segura de ello, repuso Magdalena muy conmovida.

Yo creí haber ganado mi causa; pero Magdalena, siempre inflexible, observó al punto:

– A condición de que el amor sea verdadero y profundo... Pues bien, añadió, le ruego que me dé una prueba completa obedeciéndome: no diga usted nada antes de marcharse, y después no me escriba... Usted será libre, y yo también. Yo no le haré ninguna promesa, ni la exigiré de usted tampoco... Si nuestro amor resiste, esto demostrará que era razonable, profundo y verdadero, pues habremos tenido tiempo de reflexionar durante ese largo año. Nuestra primera entrevista, á la vuelta, nos permitirá ver lo que de él queda. Entonces tendremos toda la fuerza necesaria para obrar; obraremos, y venceremos...

Cierto que amaba á Magdalena; y por lo mismo juzgué que sus palabras no eran naturales, pues no podía explicarme sus sentimientos demasiado razonables y quintaesenciados á la vez... Parecíame todo esto bien calculado, y obedeciendo á mi impulso iba á decírselo; pero casi en el mismo instante una chispa de esa sabiduría convencional enseñada por la sociedad iluminó mi espíritu y mostróme á mis padres tristes, con sus proyectos burlados; y me regocijé, aunque enajenándome contra mí mismo, por aquel aplazamiento de la lucha que yo temía. ¡Tan verdad es que se hace muy difícil escapar de los efectos de una larga educación!

Además, tal vez por uno de esos compromisos de conciencia que acostumbramos á tener, admiraba la energía de Magdalena y convencíame de que tenía razón. Entonces aprecié más aún su carácter; comprendía hasta qué punto sería una esposa enérgica y leal, y la amé más.

Hoy no recuerdo ya lo que le contesté; pero quise todo cuanto ella quiso, y estaba seguro de mí y de ella. Para conquistarla, ninguna prueba ni sacrificio alguno me detendrían; sentía que nuestro amor era uno de esos que ni la ausencia ni el tiempo pueden extinguir, y que necesitaba aquella doble sanción para fortificarnos en la lucha que debía comenzar. Yo no exageraba entonces, como lo hace la juventud, que lo ve todo con cristales de aumento...



Rada de la Goleta, octubre de 1891

...Pasé diez y ocho meses á bordo del *Impetuoso*, en la escuadra de evoluciones. A pesar de la ausencia, de ese tiempo no me quedan sino agradables recuerdos, pues con él aumentaba mi amor; pero un amor tan seguro de sí mismo, tan confiado, tan cierto de ser correspondido, que no sentía impaciencias, porque presagiaba largos años de felicidad. Parecíame realmente que Magdalena era ya mi esposa; que debía resignarme á la separación obligada á que mi carrera me sometería otra vez más tarde; y que encontraría á Magdalena esperándome, siempre buena, cariñosa y fiel. Como no se puede luchar contra lo que se reconoce como imposible, tenía la resignación del deber, y me consolaba de su crueldad, pensando solamente en las alegrías del regreso.

Magdalena me había declarado – y yo lo comprendía bien así – que jamás sería mi esposa sino con pleno consentimiento de sus padres y de los míos. Su energía me inspiraba confianza, y además de esto, tenía ella un auxiliar en su madre y en la debilidad de su padre, que nunca había sabido rehusar nada á las



... presentóme cerradas sus dos manos, en cada una de las cuales tenía un peón de cada color

lágrimas. Pero ¿conseguiría yo vencer la resistencia de mi familia? Lo deseaba tanto, y me parecía tan fácil desde lejos, que llegué casi á no dudar de ello. He aquí por qué, confiando en el porvenir y en mi amor, moral y físicamente ocupado, tranquilo y satisfecho mi amor propio, más bien estaba alegre que triste, y se me figuraba que las horas corrían más veloces que en otro tiempo. ¡Qué hermosa y breve parece la vida cuando el corazón rebosa contento! ¡Cómo sabe el amor iluminar y decorar toda la naturaleza!

Por otra parte, ¡qué diferencia entre embarcarse en la escuadra, ó hacerlo en uno de los buques que van á mostrar el pabellón en lejanas tierras y que permanecen dos años en países semibárbaros ó malsanos, donde el carácter se agría y la salud se quebranta! Cierto que en la escuadra hacíamos numerosos ejercicios, interesantes, útiles y fatigosos también; pero tan pronto anclábamos en Tolón como en Hyeres, ó en el golfo Juan, en Villafranca, á lo largo de ese litoral del Mediterráneo, donde reina una primavera eterna y donde las distracciones venían á buscarnos. En Niza, á cuyas aguas llegamos el invierno siguiente, durante el carnaval dimos un baile en el *Impetuoso*, el buque almirante, y esto nos abrió las puertas de todos los salones. No había fiesta ni partida de campo ni la menor excursión á que no se nos invitase. ¡Cuántas mujeres jóvenes y hermosas vi entonces, todas ansiosas de placeres y galanteos, en el Círculo Massena, en casa de la duquesa de Dauffremont y en las amables colonias rusas y americanas! Al ver el ardimiento con que me entregaba al baile y mi amabilidad con todas las damas, ninguna habría sospechado que se encerraba en mí un amor tan poderoso. Sí, poderoso, pues pensaba algunas veces que lo mejor sería olvidar, que Magdalena había sido muy razonable al dejarme mi libertad, que ningún lazo nos ligaba, que ella se casaría con su primo de Branges y yo... quién sabe con quién; que nuestros padres quedarían satisfechos, y que las cosas de este mundo no dejarían por eso de seguir la misma marcha. Pero por más que me hiciera estas reflexiones, siempre era Magdalena la que yo buscaba en medio de aquella multitud; y por la noche, rendido y pensando un poco en los demás, siempre ella era la que se aparecía en mis ensueños.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS CONTADORES HORO-KILOMÉTRICOS PARA COCHES DE PUNTO

En vista de las dificultades que suscitaba la industria de los coches de punto, el Consejo municipal de París se ha ocupado recientemente de la reforma de las tarifas y de la aplicación de los contadores, y una comisión técnica de contadores nombrada por la Prefectura de policía del Sena aprobó el reglamento correspondiente, cuyas disposiciones están justificadas por las consideraciones generales consignadas en el dictamen de la subcomisión, y tienden á defender los intereses del viajero, del cochero y del dueño de los carruajes, que, á juicio de la misma, sólo puede satisfacer el contador horario y kilométrico con registrador, pues aun cuando también se preste á las astucias del cochero para alargar indebidamente una carrera y por ende para hacer pagar más de lo justo, como el trabajo realizado por el coche quedará debidamente registrado, será mucho más fácil atender á las reclamaciones que se formulen.

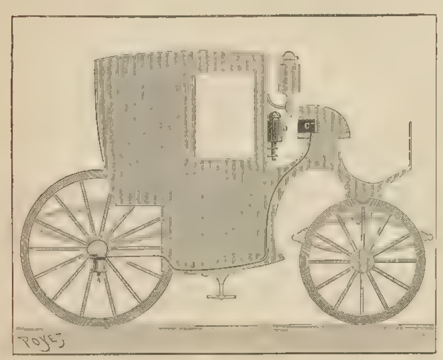


Fig. 1. - Disposición del contador en un coche de punto. - C. Contador. - A. Sistema de transmisión del movimiento de la rueda al contador. - B. Transmisión. - D. Farol que ilumina el contador.

He aquí en resumen las condiciones que habrán de reunir los contadores:

Deberán indicar á cada momento al viajero de una manera clara y uniforme el número de kilómetros recorridos, la hora de París y el precio á pagar, según las tarifas aprobadas. El precio progresará durante la carrera según la distancia, no según la velocidad; en los altos correrá como si el coche anduviese á razón de 8 kilómetros por hora, lo propio que en la marcha lenta exigida por el viajero; el precio aumentará por fracciones iguales, y comenzada una de éstas deberá ser pagado por entero.

Los contadores habrán de presentar un aspecto exterior uniforme para que el público no tenga que acostumbrarse á leer en distintos aparatos, y estarán colocados en el asiento del cochero de cara al viajero y alumbrados por un farol. Las indicaciones para el viajero serán muy visibles para que puedan ser leídas, así de día como de noche, y se destacarán perfectamente en cifras de un centímetro por lo menos de altura en casillas con inscripciones muy claras, escritas con letras de igual tamaño que los números.

A fin de evitar toda disputa, las indicaciones cambiarán por movimiento de salto desde que comience una nueva fracción de longitud ó de precio. La cara del contador que mire al viajero no dará más que las siguientes indicaciones: 1.ª, la hora de París; 2.ª, en una primera casilla la suma que haya de pagarse en francos y céntimos, progresando por fracciones iguales al precio del kilómetro; 3.ª, en una segunda casilla el número de kilómetros y fracciones de kilómetro realmente recorridos desde que se alquiló el coche; 4.ª, en una casilla especial el estado del contador, *Alquilado*, *Libre*, *Al paso*. Un timbre señalará á la atención del viajero la aparición de estas señales.

Una palanca á la disposición del cochero indicará por medio de un cartel muy visible que el coche está desalquilado y pondrá en marcha el contador en una segunda posición, haciendo desaparecer la señal *Libre*. En la posición *Libre* esta palanca pondrá y mantendrá, al precio del primer kilómetro, el que haya de pagar el viajero y colocará y conservará en o el número de kilómetros y fracciones de kilómetro recorridos y al propio tiempo hará completar en el sistema de ruedas los períodos empezados y pagados que corresponden al dueño del carruaje y que no ha de pagar el nuevo viajero.

Antes de poner el aparato á o y de que se borre el precio que ha de pagar el viajero, la palanca se detendrá en una muesca para evitar que siga corriendo el precio mientras se verifica el pago, hecho el cual el cochero pondrá el aparato á o y colocará la indicación de *Libre*.

Fuera de estas maniobras y de la que habrá de efectuar el mismo cochero cuando le exijan que marche al paso, el aparato habrá de funcionar automáticamente.

El contador deberá registrar de una manera perfectamente distinta en un disco, tira ó cilindro horario que se cambiará cada día: 1.°, los kilómetros realmente recorridos y las maniobras sucesivas de la palanca movida por el cochero; 2.° los períodos en que el coche ha estado ocupado; 3.°, los períodos de marcha del carruaje. Estas dos últimas indicaciones se producirán sin ninguna intervención del cochero, la primera por la sola presencia del viajero y la segunda por el movimiento de un estilete.

El contador deberá indicar en una casilla especial para el dueño del carruaje el total del ingreso diario que arroje el contador, además de los productos especiales por equipajes, viajeros suplementarios, indemnizaciones por retorno, sobretasas de noche y de extrarradio y por otra parte el total de los kilómetros recorridos antes de retirarse á la cuadra.

En apoyo de estos datos que presentan la cuestión desde el punto de vista general, reproducimos el aspecto de un coche cerrado, de dos asientos (fig. 1), provisto de todos los órganos adicionales necesarios para la instalación del contador horo-kilométrico: sistema de transmisión A, indicación del *Libre* ó *Alquilado*, contador propiamente dicho C, instalado debajo del asiento, y farol D, que ilumina el aparato durante la noche.

La fig. 2 representa á un viajero consultando el contador antes de pagar al cochero.

En el próximo número examinaremos una de las primeras soluciones aplicada en algunos coches de la compañía parisiense *L' esperance*, debida á monsieur Santenard con el hábil concurso de M. Lepante.

X., *ingeniero*

(Continuará)

(De *La Nature*)

***

TELEGRAFÍA ELÉCTRICA SIN ALAMBRE

Aunque el alambre conductor parece ser elemento indispensable en la fotografía eléctrica, sábese desde hace mucho tiempo que las corrientes pueden transmitirse de un alambre á otro al través de medios dioléctricos. Así por ejemplo si se toman dos planchas metálicas colocadas una enfrente de otra y se carga con electricidad una de ellas dejando á la otra en comunicación con la tierra, ésta absorbe inmediatamente de la tierra la electricidad contraria y en el momento en que la primera experimenta un cambio en su estado eléctrico prodúcese una corriente en el alambre conductor que une la segunda con el suelo. A este fenómeno se le llama influencia.

Este hecho es indudablemente el principio fundamental de un nuevo invento de Tomás Alba Edisson. La memoria en que ha solicitado la patente por su «telégrafo sin alambre» es algo confusa; pero el principio en que se funda aparece bastante claro para que, con los respectivos grabados, podamos dar una idea de él á nuestros lectores.

Las dos estaciones que quieren comunicarse están provistas de dos sencillos aparatos (fig. 1): una batería *b* se cierra por medio de un alambre y del carrete primario de un transformador ó aparato de inducción; en ese alambre hay una tecla H, que al ser oprimida interrumpe la conducción, y en cuanto esto ocurre, la corriente se ve obligada á pasar por otro conductor en el cual hay dispuesto un interruptor de corriente G, que puede funcionar independientemente ó por medio de un motor mecánico.

Mientras la tecla permanece inmóvil, una corriente regular circula por la espiral primaria del transformador, no produciéndose, por ende, corriente alguna en el carrete secundario F; pero si se oprime dicha tecla, circula por el carrete primario una corriente alternativa que produce las correspondientes corrientes de inducción en el carrete secundario. Los extremos del alambre de éste no están unidos, sino que el uno termina en una lámina en comunicación con la tierra E y el otro en una plancha de metal C de mayor superficie colocada en la estación. En un punto cualquiera entre aquella lámina y esta plancha hay el teléfono receptor D. En cuanto en la estación transmisora se oprime la tecla, en la plancha C se producen estados eléctricos alternos que rápidamente se suceden, porque á cada interrupción de corriente en la corriente principal dicha plancha recibe cargas alternativamente contrarias. Estos estados influyen en la plancha metálica de la estación receptora por cuyo carrete secundario circulan, á consecuencia de ello, corrientes alternativas cuyos golpes se dejan oir en el teléfono con un ruido continuo que dura mientras permanece oprimida la tecla en la estación transmirora. De este modo se hace posible una inteligencia entre ambas estaciones, á condición de que la plancha aérea de la estación transmisora pueda dejar sentir su influencia sobre la plancha igual de la otra estación.

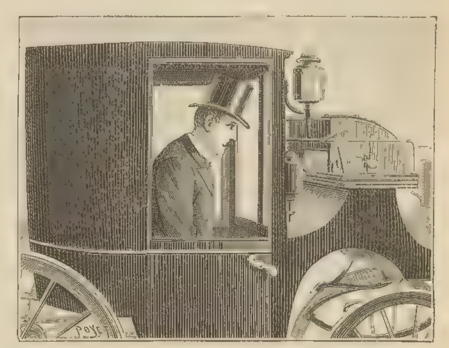


Fig. 2. Lectura en el contador por el viajero

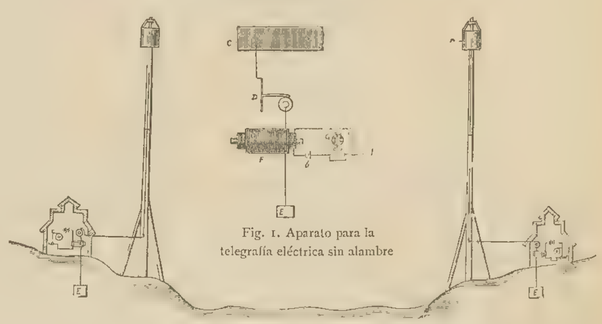


Fig. 1. Aparato para la telegrafía eléctrica sin alambre

Fig. 2. Representación esquemática de dos estaciones de telegrafía eléctrica sin alambre

A pesar de que esta telegrafía sólo sea aplicable para ciertas distancias, Edisson habla de comunicaciones sin cables entre tierras separadas por lagos y aun por el mismo mar. La figura 2 representa las instalaciones á este efecto proyectadas: las dos esta-

ciones están representadas por las casas, junto á las cuales se alzan los mástiles que sostienen las planchas C, que aquí tienen la forma de campana. La figura 3 representa la comunicación entre dos buques: en ésta las planchas en comunicación con la tierra son sustituídas por planchas metálicas colocadas en el suelo de los buques y las planchas colectoras están tendidas entre los mástiles y consisten en una tira de tela de algodón cubierta de una delgada lámina metálica.

Fig. 3. Representación esquemática de comunicación telegráfica sin alambre entre dos buques

La ventaja que esta telegrafía tiene sobre la óptica, hoy caída en desuso, es que puede utilizarse de noche y en tiempo de niebla, y precisamente por esto puede tener gran importancia para la navegación, pues cuando hay niebla no se distinguen los faros, y en cuanto á las sirenas y á los cañonazos muchas veces el ruido de las embravecidas olas impiden oirlos. Para estos casos sería de gran importancia la aplicación de este invento, pues las ondas eléctricas atraviesan la tempestad, la niebla y la obscuridad, y el teléfono, colocado en un sitio del buque adonde no llegue el menor ruido del exterior, deja oir sonidos acompasados, pudiendo el capitán saber el punto de la costa frente al cual se encuentra por la duración de las pausas y la intensidad de los sonidos, que corresponde exactamente al número de interupciones de la corriente primaria en la estación transmisora. Para conseguir esto no se necesita en el barco más que un conductor de alambre en el cual haya un teléfono y de cuyos extremos el uno va á parar á una cesta metálica y el otro á las placas metálicas aisladas.

(Del *Prometheus*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

CAPULLOS Y BESOS, poesías originales de *Francisco Gras y Elías*. – El largo catálogo de las obras de este distinguido poeta se ha aumentado con la colección de bellísimas poesías que ha poco dió á la estampa con el título de *Capullos y besos*, que se vende al precio de una peseta en las principales librerías.

LA ALCALDESA, *por B. Morales San Martín*. – En castizo estilo desarrolla el distinguido publicista Sr. San Martín en esta novela una narración dramática, casi mejor diríamos trágica, que se lee con verdadero interés.

Véndese al precio de una peseta en las principales librerías.

D. FRANCISCO JOSÉ ORELLANA, LITERATO Y ECONOMISTA. – Con este título se han publicado formando un elegante tomo los dos discursos que se leyeron en la sesión necrológica que el Fomento del Trabajo Nacional dedicó á la memoria de tan esclarecido patricio, que á sus brillantes dotes de escritor y de poeta unió excepcionales condiciones de pensador profundo y sabio economista. Tanto el discurso de D. Federico Rahola (Francisco José Orellana: su vida y obras literarias) como el de D. Pedro Estasén (Bosquejo biográfico del esclarecido economista Francisco José Orellana) son dignos del hombre á quien están consagrados: abundantes en datos de verdadero interés, nutridos de doctrina, exuberantes de sentimiento, están escritos ambos trabajos con elevado espíritu crítico y en estilo castizo y elegante. El señor Rahola estudia más al literato, el Sr. Estasén al economista, cada uno siguiendo las predilecciones de su propio talento, y de esta suerte, completándose el uno al otro, muestran estos dos discursos en todo su relieve la noble figura del ardiente defensor de la producción nacional é ilustrado adalid de las aspiraciones proteccionistas de Cataluña.



DR. D. LUIS SÁENZ PEÑA, candidato á la presidencia de la República de Buenos Aires

CARLOTA PALMIERI, *por Félix Puig y Cárdenas*. – Constituye esta novela el segundo episodio de la obra *Amores en la Habana*, de la que nos ocupamos en esta misma sección cuando apareció el primero, titulado *Angela*. Las mismas relevantes cualidades que entonces reconocimos en el Sr. Puig y Cárdenas aparecen confirmadas en *Carlota Palmieri*, narración de gran interés, que apartándose de las corrientes hoy en día imperantes, concede importancia capital á la trama, sin desdeñar por ello el elemento psicológico, que suele prevalecer en la novela contemporánea.

Esta obra, que forma parte de la «Biblioteca selecta habanera,» véndese en la casa editorial de D. Manuel de Armas y Sánchez, Calzada del Monte, número 366, Habana.

POESÍAS CATALANAS, *de don Víctor Balaguer*. - El distinguido vate catalán Excmo. Sr. don Víctor Balaguer acaba de publicar, reunidas en dos volumenes, sus composiciones poéticas, acompañadas de sus traducciones en francés, castellano é italiano. Al cultivo de la poesía debe Balaguer el merecido renombre que disfruta. De ahí que consideramos esta última obra como la más rica é importante entre las suyas tan numerosas.

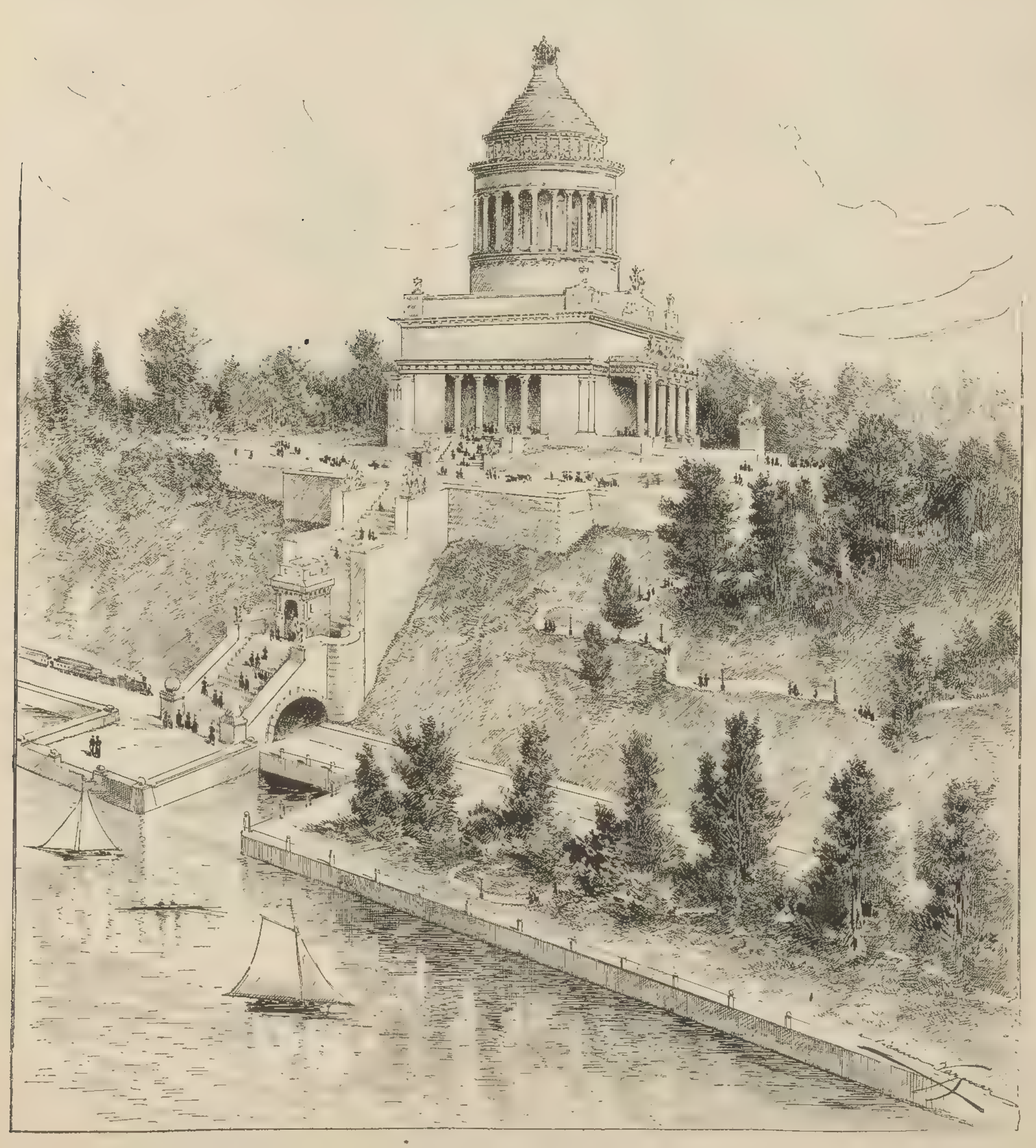
Como poeta sentido y enérgico, ninguno ha llegado, en el cuadro que nos ofrece la moderna literatura catalana, al grado que ha alcanzado Balaguer. Por eso sus obras están destinadas á pasar á la posteridad.

El producto de la venta de estos volúmenes, al igual de el de todas las demás obras del Sr Balaguer, se destina íntegro al fomento del Museo Biblioteca de su nombre, tan generosamente donado á Villanueva y Geltrú.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

AÑO XI — BARCELONA 27 DE JUNIO DE 1892 — NÚM. 548



Monumento en honor del general Grant que actualmente se está levantando en «Riverside Park,» de Nueva York

CRÓNICA DE ARTE

Se acerca la época en que debe abrirse la Exposición nacional de Bellas Artes, y con la proximidad de tal acontecimiento, coincide la aplicación de los artistas que se disponen á luchar en el certamen.

Nada se puede aventurar respecto de la importancia artística del certamen, á realizarse; pero si no son equivocados mis cálculos, presumo que el género histórico, el místico y el de paisaje (incluída la marina) serán los que mayor contingente aportarán, y en los cuales (géneros) habrán de hacer sus primeras armas bastantes pintores desconocidos hasta ahora.

Por el presente, sé que los discípulos del malogrado Plasencia, Sres. Sampedro (laureado en la última Exposición); Peña, también premiado y conocido de los lectores de la Ilustración Artística; Cabrera, que tan grande éxito obtuvo con su lienzo *Huérfanos*, reproducido en estas páginas; Bertodano Romea, Torre, Moral, Arregui, etc., preparan todos grandes lienzos, en su mayoría de costumbres y con tendencia mística. Místicos también son los cuadros del malagueño Nogales *(Santa Casilda)*; Lizcano, *Extasis de Santa Teresa*; Ruiz Guerrero, *La sopa*, y otros tantos más, que con sólo enumerarlos ocuparía el espacio que necesito para esta crónica.

Los paisajistas y marinistas siguen la corriente mística, ó por lo menos la romántica. De Asturias, de la semita Andalucía, de Castilla, vienen paisajes y marinas en las cuales domina la nota melancólica. Aquí mismo, en plena corte, varios pintores cultivadores de este género, haciendo una concesión á la nueva corriente (no trato ahora de aquilatar el valor de la concesión dicha), se preocupan grandemente de imprimir á sus obras algo de ese carácter sentimental, mitad religioso. No sé si este movimiento hacia un idealismo á todas luces incontrastable, después de la racha naturalista y de *bibelots* que tan bajo puso el nivel del arte, obedece exclusivamente á impulso personal, á imitación, ó á explotación de una nota de color relativamente fácil. Antójaseme que entra de por mucho esto último. Allá veremos.

Sin embargo, creo firmemente en la buena fe de bastantes pintores. Creo también que esta fase mística, que tan enérgicamente se inicia, llega hasta nuestros artistas á impulsos de una corriente de simpática atracción, ejercida sobre ellos por un algo del espíritu romántico y caballeresco que inspiró á nuestros Coellos, Grecos y Carreños. Indudablemente no podrá nunca confundirse ese algo á que me refiero, ese algo espiritual, exclusivo de las razas que alientan en la península ibérica, con el espíritu de la ortodoxia teológica de ninguna religión positiva. La historia de nuestra pintura niega de un modo rotundo la existencia de esa influencia exceptuando á dos ó tres personalidades. Hoy, como en los tiempos de Ribera y de Zurbarán, el idealismo tiene un aspecto inconcreto, de abstracción, de ensueño, si melancólico, no por eso falto de un realismo perfecta y claramente determinado por lo que al medio de expresión se refiere. Lizcano pinta el *Extasis de Santa Teresa*, dando, bien científicamente, bien intuitivamente - y para el caso es lo mismo - á la figura de la doctora de Avila el valor y la verdad fisiológicas con que la ciencia nos analiza y describe esos fenómenos; y sin embargo, la unción de la exaltada mística por el pincel de Lizcano impresa en el rostro de la figura, alcanzará, á juzgar por lo hasta ahora juzgable, el grado máximo de expresión.

En otro orden de ideas también figurarán en nuestro certamen cuadros místicos, dándose el caso curiosísimo de que la gente joven es la que más empeño tiene en mostrar sus aficiones por la tendencia apuntada. El sol, los cielos rientes, las escenas cómicas ó simplemente risueñas, vendrán de allá, de las orillas del Guadalquivir. Goya, Alenza, Zamacois, no cuentan seguidores de sus humorismos jocosos y epigramáticos entre los pintores que figuran y entre los que pronto figurarán en la nueva generación artística. *El día de ánimas*, *Huérfanos*, *La cuna vacía*, *El desahucio* y otros tantos cuadros por el estilo acusan una preocupación, un estado especial del espíritu, un deseo de protestar, no formulado quizá, pero que existe en el fondo del corazón de esos artistas, contra la frivolidad é insubstancialidad del arte del día, consagrado en cuerpo y alma á producir tan sólo la emoción sensual, dejando al corazón en el olvido.

He aquí por qué tiemblo ante la idea de tener que estudiar los cientos de cuadros de paisaje, de marina y de historia que inundarán las salas del palacio del Hipódromo. Voy á ver - mejor dicho - vamos á ver marinas grandes y paisajes grandes (de cuatro y cinco metros) y Colones y Compromisos de Caspe y batallas de moros y cristianos, todo hecho con escasez de *todo*. Sé de marina y de paisaje, ambos muy melancólicos, ambos lienzos muy *bretonianos*, que se fabrican aquí á doscientas leguas de las montañas y de la costa que pretenden representar en ellos los artistas. Por gran retentiva, por gran genio, por muchos apuntes que tengan esos pintores, la verdad, ese algo que delata la verdad, que la caracteriza, no podrán realizarlo en sus obras. Podrán, sí, ser muy melodramáticas, muy tristes, muy grises, muy á *la moda*, pero jamás causarán la emoción de lo sentido y vivido, de lo sincero. La triquiñuela, el toque, la veladura, el raspado, todos esos recursos que se inventaron para la pintura llamada de *caballete*, pintura que tiene de verdad el trazo únicamente, pues desde los trajes de las figuras hasta la colocación de los trastos y la disposición de la luz todo es convencional; esos recursos, digo, llevados al paisaje ó á la marina, si en los demás géneros son nocivos, en éste anulan por completo lo más hermoso y lo positivo de él, que es la emoción de la verdad. Resultarán tales marinas y paisajes, con sus nieblas y con sus umbrías y con sus rocas imponentes y con sus carcomidos robles, melancólicamente contrahechos.

Lo más grave de cuanto vengo diciendo es, que no se confirma la noticia de que envíen los grandes maestros españoles obra alguna. Digo que es lo más grave, porque entiendo como mucho más práctico para el estudio y enseñanza del arte la obra producida por el talento madurado, que cuantas esperanzas pueda darnos la gente nueva. Bien quisiera ver desmentidas las noticias que hasta mí llegan respecto del particular; para bien de todos, inclusos esos maestros, de quienes si habla tan alto la prensa tudesca, no así la inglesa y la francesa. Tócame ahora calificarles, como alguno me calificó en cierta ocasión, llamándome antipatriota. Y conste que con ellos no reza lo de *nemo est profeta in patria sua*, por cuanto se les admira y reverencia.

***

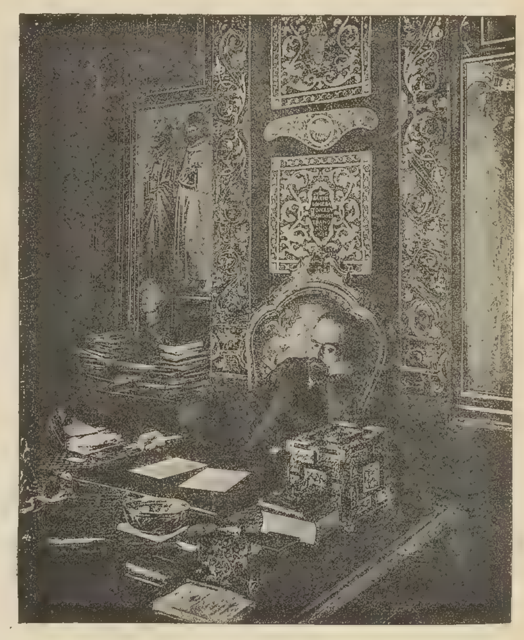
En lo que resta de año se descubrirán al público, solamente en Madrid, trece estatuas. No creo que los escultores estén quejosos de la protección que se dispensa al arte de Fidias. Fuera de Madrid también la escultura tiene devotos. Ahora va á alzarse en Salamanca una estatua al descubridor de América, y de la que es autor el Sr. Barrón. En esta villa y corte, las de Pontejos, Piquer, Cassola, María Cristina, Bravo Murillo, con diferencia de meses en las fechas de sus inauguraciones, compartirán la admiración de las gentes, con las de San Isidoro, Alfonso el Sabio, Berruguete, Lope de Vega, Velázquez, Cervantes, Nebrija y Luis Vives. Y no cuento las representativas del *Genio*, el *Estudio* y *España*.

Por cierto que el Sr. Querol ha comenzado ya á modelar, á todo su tamaño, la última de las citadas estatuas, teniendo casi concluído el grupo central del frontón para la Biblioteca; grupo que lo componen la *Paz*, la *Guerra* y la *Filosofía*. Estas figuras miden cuatro metros de alto, y muy pronto serán vaciadas en yeso y trasladadas al lugar que han de ocupar en el edificio á que se destinan.

He visto en el estudio de este artista dos bustos retratos que le honran y que recuerdan al autor de *La Tradición*. Bien puede afirmar el alcalde de Barcelona (uno de los retratados) que tiene desde hoy un *alter ego*... del cual nadie hablará mal. El otro busto es el del notable pianista Sr. Tragó. No son éstos los únicos trabajos que en sus *ratos perdidos* (¡para perder tiempo está Querol!) realiza el distinguido escultor catalán, pues tengo por cierto que varias damas de la aristocracia madrileña le traen á mal traer con la pretensión de que las retrate.

***

La cuestión magna de la *Cibeles*, como la del derribo de la Torre Nueva de la capital de Aragón, tienen el privelegio de seguir preocupando á cuantos les importan estas cosas... y á bastantes que no pensaron jamás que existieran motivos tales de preocupación. Respecto de la famosa fuente, puede decirse que hemos entrado en el período agudo del conflicto por su causa originado. Este presenta dos aspectos: el puramente artístico; y el otro, el consabido, el financiero. Ambos son, para algunos, uno solo; y todo hace creer que, en efecto, el único nudo á desatar, es el que cierra la boca del talego de los ochavos que habrán de emplearse en la traslación de la buena diosa de piedra.



Emilio Zola entregado al trabajo

Naturalmente, los lectores de La Ilustración Artística habrán creído - como yo se lo conté en la crónica anterior - lo de la traslación de la fuente. ¡Buen chasco! Según parece, no hay tales carneros. El ayuntamiento, especialmente el alcalde, respetuosísimos con todas las prerrogativas, autoridades, etc. (aun cuando esas autoridades y prerrogativas no tengan para qué ni por qué mezclarse en asuntos concejiles), en vista de cómo la Academia de San Fernando

tomó en serio lo del traslado de la joya berroqueña, dando dictamen en contra del acuerdo municipal, á estas fechas, según tengo entendido, se habrán cruzado órdenes y contraórdenes, á fin de dar cumplimiento y satisfacción á los deseos académicos, por considerarse tales deseos altamente sabios, artísticos, estéticos, etc., etc., etc. Mi buena madre Cibeles irá para atrás, es decir, se le arrimará más todavía á los jardines de Recoletos, por que *haga mejor* sobre el verde, como hablaba ayer tarde un académico de la mía, de la de San Fernando.

Naturalmente, todo esto es *jonjana y guasa verde*, con perdón de mi buen amigo Cavia; porque si no mintió la deidad mitológica en una conversación que *ambos á dos* sostuvimos á la luz de la luna no hace muchas noches, el Sr. Bosch y los señores concejales tenían barruntos de la protesta de los inquilinos vitalicios de la casa de la calle de Alcalá núm. 11 bastante antes de comenzar el desmonte del pilón y el desmantelamiento de todo aquello, hace dos meses encanto académico. «Pero como no se trataba de otra cosa (habla Cibeles) que de levantar una algarada á mi costa (contando con la sonata de *cornamusa* que entonaría la gente inmortal de oficio y vosotros los *chicos de la prensa*, á quienes tuve por linces y que ahora me parecisteis vistas de Aduana) con el fin de sacar á relucir un proyecto de monumento para colocarlo en el centro de la plaza, proyecto embotellado hace bastante tiempo...»

Mi compañero y amigo Mariano de Cavia (ahora hablo yo) está verdaderamente emocionado con lo del derribo de la Torre Nueva. No es él solo; muchos creen ver en la resquebrajada obra mudéjar-gótica un monumento de mérito excepcional, condenado por la prepotencia de varios de sus influyentes convecinos á morir después de haber vivido cinco siglos prestando servicios impagables á la heroica ciudad.

No conozco la *Torre Nueva* más que por reproducciones fotográficas. En efecto, es un monumento, si no único por su traza y amalgama de dos arquitecturas, por lo menos una obra de mérito suficiente para que la Academia de San Fernando, ya que el Estado paga cuerpos consultivos como el citado, hubiese hecho un estudio concienzudo de la causa que produjo la grieta é inclinación de la citada Torre que, ó mucho mienten las magníficas fotografías que tengo á la vista, ó no consiste la tal grieta en descenso alguno del terreno, y sí en un defecto de los materiales de resistencia, menos consistentes por la cara de la abertura. Pero, por lo que he podido enterarme, del dictamen académico se saca en limpio que no sabe la sección técnica á punto fijo en qué consiste la grieta de la Torre Nueva, ni qué remedio puede aplicársele, aparte de derribarla, y que para no calentarse los sesos ó quizá de acuerdo con alguien, aconseja el desmonte de la fábrica famosa.

Durmióse un magistrado al final de la vista de un pleito referente á un prado. Cuando despertó, el presidente de la Sala ponía á votación la sentencia de una causa por homicidio, volvióse á nuestro durmiente que bostezaba con gran seriedad y le preguntó:

– ¿Vuestro voto para qué es?

– Para que lo sieguen.

– Si no hablamos del prado; ahora se trata de un hombre que mató á otro.

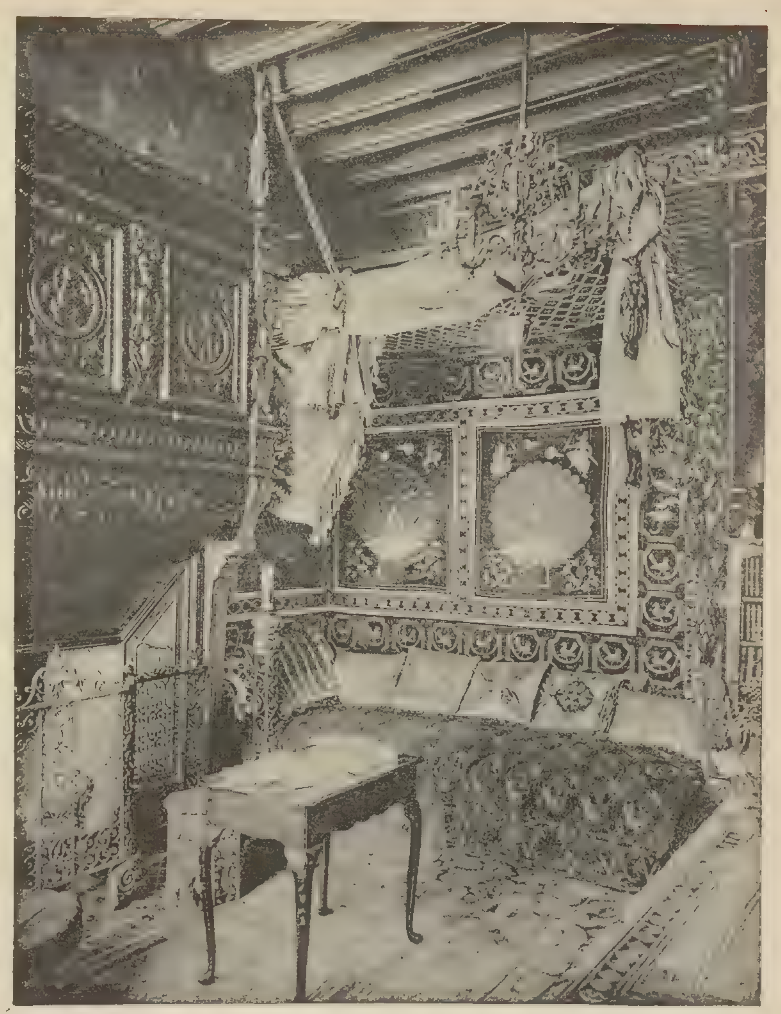
– Pues que lo ahorquen.

Y sin averiguar más, firmó.

Tiene muchos imitadores el magistrado.

R. BALSA DE LA VEGA

15 de Junio de 1892.



El despacho de Emilio Zola

UNA HORA EN CASA DE EMILIO ZOLA

En resumidas cuentas, Emilio Zola ha tenido novecientas noventa y nueve *interviews* hasta el día; y he creído interesante reservarme el décimo centenario de ese *sport* á que he consagrado ya algunos años de mi existencia. A la originalidad de ese aniversario agregábase para mí el placer de volver á debutar como *reporter*, pues todos saben que M. Zola comparte con M. Renán el fatigoso monopolio de bautizar á los neófitos de la *interview*, ó dicho más claro, de tener que aguantar los primeros ensayos de todo al que á esa especialidad periodística quiere dedicarse.

Me he puesto, pues, el traje de domingo del *reporter*, llevando conmigo al fotógrafo de la *Revista*, á que va destinado este artículo, y he ido á llamar al número 21 *bis* de la calle de Bruselas, conservando el recuerdo de la ligera angustia de mi primera visita.

La nueva morada del maestro no ha sido descrita aún, al menos que yo sepa; pero aunque lo hubiese sido, ¡qué importa! Hoy es día de fiesta, y quiero rehacer esa descripción.

Desde el vestíbulo del hotel obsérvase ya una mezcolanza fabulosa de formas y de colores, un cúmulo inusitado de chucherías: á la izquierda un Buda, hipnotizado por su ombligo, está sentado en medio del sol de oro de su nicho de hojas del loto, á la sombra de dos palmeras plantadas en jarros de China; enfrente se ve una triple silla de coro de encina vieja esculpida, y unas vidrieras conservan una atmósfera concentrada en aquel rincón reservado para los visitantes que esperan. La gran escalera del hotel, que recibe la luz por un vano con cristales, elévase dando vueltas sobre sí misma, y presenta en el centro un espacioso tramo para descansar. Apoyado en la pared de la escalera, á la izquierda, hay un bajo relieve de madera pintada, que representa media docena de personajes de tamaño natural, y una extraordinaria dalmática con enormes adornos de plata antigua, que se destacan sobre un fondo de perlas azules: diríase que es el caparazón de una quimera apocalíptica. A cada lado de la vidriera hay dos grandes santos con mitra, completamente negros, con un dedo levantado en ademán de bendecir; en plena luz destácase una reducción en mármol de la Venus de Milo; y detrás osténtase un magnífico retrato del maestro, pintado por Manet. Vense también una hermosa tapicería de tonos viejos, una *verdura* amarillenta, cuadros llenos de esmaltes, de croquis y de estampas iluminadas, y debajo de otra antigua dalmática de seda bordada, de color extraño, una antigua Madona de madera ennegrecida medio se oculta en un lecho de sedas amarillas y azules. La mirada, atraída por todas partes, no encuentra ya un rincón donde fijarse.

Semejante decorado parece convenir con la agitación que hay en el fondo del temperamento de Emilio Zola. Esa reunión en un mismo punto de tantas formas y colores tan diversamente sugestivos, esa complicación de adornos, es propia para complacer al autor de tantas descripciones sinfónicas á grande orquesta, al novelista pintor que ha bosquejado vigorosamente los grandes frescos de la vida moderna, y en cuyo arte hay sobre todo un intenso hormigueo y omnipotente brutalidad.

Pero hele aquí á él mismo, muy flaco, muy vivo, y siempre admirable hablista.

– Todas estas chucherías, me dice, no merecen admirarse; eso es viejo, ocupa mucho sitio, estorba y

no siempre es hermoso. En cambio tampoco cuesta caro, pues yo, como usted sabe, no compro curiosidades para enriquecerme, ni tengo nada raro; pero paréceme que no hay sino eso para comunicar un poco de carácter y frescura á un decorado.

– ¿De la Edad media, seguramente, mi querido maestro?

– ¡Ah, sí! ¿Qué quiere usted? Esta contradicción existe en mí: alimentado por Hugo y Musset, por más que procuro combatir en mí el romanticismo, mis gustos siguen siendo siempre los de un romántico empedernido. Balzac ha dicho una palabra muy justa, que se aplica perfectamente á mi caso: «Cuando un hombre *llega*, siempre realiza el lujo que soñaba en su juventud.» Ahora bien: cuando yo tenía quince años, la edad media de Hugo me acosaba, me llenaba por completo; en ella fué en donde tomé gusto al baratillo, y apenas pude, compré más y más chucherías, visité á los prenderos para examinar cuanto tenían, y fuí con frecuencia al hotel Drouot; la fiebre, la borrachera de las subastas satisfacían mi afición á la lucha. ¡Sí, esto me ha proporcionado muy buenos ratos! Y además, créalo usted, el decorado me seduce. Si no hubiese sido novelista, hubiera deseado pasar mi vida decorando las casas de los demás, haciendo combinaciones con las telas y adornos. ¿Sabe usted cómo edifiqué mi casa de Medán? Pedazo á pedazo; y á medida que mis libros producían, la iba agrandando. Ha de saber usted que nunca me he servido de un arquitecto; yo mismo me subía á los andamios, hacía planos, manejaba los ladrillos y dirigía los obreros. En el fondo, esto es una necedad; pero ¿qué quiere usted?; á mí me gustaba mucho. Por lo demás, ya pasó; ahora esto ya no me divierte...

Hemos llegado al salón, aposento espacioso que recibe la luz por tres ventanas con cortinas de seda amarilla con flecos de felpa color azul pálido; el suelo está cubierto por una antigua alfombra, festoneada también de felpa azul, y en la monumental chimenea se ve el busto en yeso de Zola cuando era joven. Varios divanes y sillones de tonos azules, amarillos y rosa viejo, con brazos dorados; un piano de cola de palo de rosa y palisandro, un velador dorado y varias jardineras completan el conjunto.

En el silencio de la vasta habitación, cómoda y espléndida, mis labios pronunciaron la palabra «fortuna.»

– ¡Mi fortuna, mi fortuna!, exclama Zola. ¡Pero si no tengo un cuarto! ¡Eso de Zola millonario es una leyenda! ¡Cómo! ¿No lo sabía usted?

– Pero... ¿y las grandes tiradas?...

– ¡Las grandes tiradas, las grandes tiradas!... Por término medio no son más que ochenta mil ejemplares vendidos al año. Pues bien, cuente usted: me dan sesenta céntimos por ejemplar, lo cual apenas representa la suma de cincuenta mil francos; agregue á esto los derechos de traducción y las reproducciones, y llego á ganar cien mil francos el año que más. En París, con el género de vida que llevamos, esto no es una fortuna, porque el dinero se gasta muy pronto. ¿Sabe usted los millones que hoy se necesitan para tener verdadero lujo? La más insignificante mesa moderna, verdaderamente artística, vale diez mil francos, y lo demás á proporción. ¡Sí, ponga usted tres millones nada más que para los muebles! Y no hablo de la construcción de un palacio á gusto del dueño. Por lo que á mí hace, mi mayor locura ha sido la compra de antiguallas que verá usted en mi despacho, cuatro tableros por cuatro mil francos. Tengo fama de ser hombre de dinero, preocupado sólo por grandes tiradas y millones de ejemplares... ¡Imbéciles! Deseo que de mis novelas se hagan muchas ediciones, es evidente, y ambiciono un público muy numeroso, lo cual no me parece menos lógico. Es un hecho histórico, curioso de conocer, que M. Georges Ohnet haya tenido cien mil lectores en el siglo XIX. En cuanto á mí, le diré que siempre fué mi teoría influir en las grandes masas; y me complace decir que hasta la hora presente se han vendido un millón doscientos mil ejemplares de los *Rougon-Macquart*. Por lo que hace á pretender que cuanto más se vende un libro más mérito tiene su autor, es tan absurdo, que ni siquiera quiero hablar de ello.

Zola se hundía teniendo las piernas cruzadas en un ángulo del gran sillón, y con la mirada meditabunda detrás de los lentes, añadió encogiéndose de hombros:

– ¡El lujo, el lujo me importa un pito! ¿Ve usted todo eso? – y con su mano describió un movimiento circular. – ¡Qué me importa á mí todo eso! No lo necesito ni me interesa, se lo repito. ¡Ah! Si yo pudiese comenzar de nuevo á vivir... Una buhardilla, sí, una buhardilla y mucha tranquilidad...

– ¡Ah! A propósito de buhardilla... si pasáramos á su dormitorio...

– Venga usted, voy á enseñárselo, contestó con resignación.

Entramos en un aposento bastante espacioso, dividido en dos partes por una verja de hierro de la altura de un hombre, maravilloso trabajo del siglo XIII; detrás se ve la cama de columnas con su colcha y sus cortinajes de color rojo y oro; los tintes rojizos y violáceos de los antiguos cristales fulguran en una poderosa armonía de colores; los muebles ataraceados; los armarios á la italiana, dorados y brillantes; el Buda, de oro también y cubierto de abalorios, y la chimenea, revestida de terciopelo bermellón con adornos de color verde rana. Esta sinfonía vibrante se dulcifica por el fondo obscuro de las paredes enteramente cubiertas de tapices que representan personajes que se elevan desde el suelo hasta la cornisa de encima, llegando hasta el techo. Todo esto da calor á la vista, como un horno lleno de ascuas ardientes.

– ¿Ve usted?, dijo Zola: esa impresión de calor es precisamente lo que he tratado de obtener y lo que más me complace. No se consigue esto sino con esos antiguos tejidos, que fueron de colores muy chillones, borrados por el tiempo. ¿No parece esto un cuadro de Delacroix, ó un viejo lienzo holandés esfumado en las pecas de las pátinas?

Ya estamos en el despacho: aquí hay menos rojo; es una armonía de oro viejo. Los cuadros antiguos que datan del siglo XV, el diván dominado en el fondo por una gran pieza de terciopelo negro con bordados que representan pavos reales de plata y de seda verde, la mesa escritorio llena de libros y de chucherías, el gran sillón de cuero de Córdoba, detrás del cual se eleva un cortinón de terciopelo carmesí, y antiguo estandarte cubierto de ramajes de oro pálido, y en la mesa de trabajo varias cuartillas empezadas...

– ¿Sin duda serán cuartillas de *La Débacle*?, pregunté.

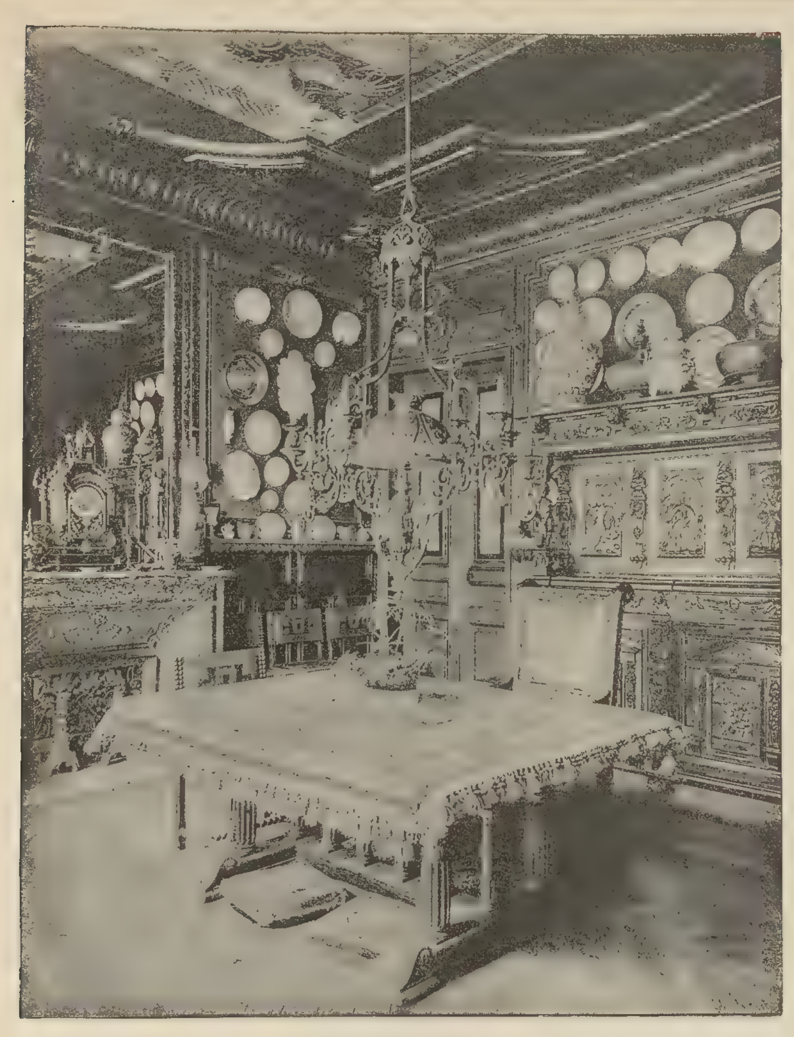
– Precisamente son las últimas. ¡Oh! Esos dos capítulos, que concluyo en este momento, me han costado lo indecible. Figúrese usted que me proponía trazar los á grandes rasgos para terminar el tomo con la apoteósis del sitio de París y las llamas de la *Commune;* parecíame esto un final grandioso y bastante fácil de hacer; me pongo, pues, á estudiar mis documentos sobre 1870 y 1871, y ¿cómo creerá usted que no sabía de qué manera desenmarañarlos? ¡Hay allí todo un mundo! ¡Se necesitaría otro volumen! Pero de todos modos ha sido preciso poner tasa. *La vie populaire* me seguía muy de cerca, y debía estar preparado; pero ¡qué trabajo tan infernal!

– ¿Y da usted sus novelas á los diarios antes de haberlas concluído del todo?

– ¡No me hable usted de eso! Dí mi primer folletín sin haberlo terminado, y desde entonces no he podido darme alcance. Es la historia del propietario que jamás consigue comer una manzana en sazón: no se da prisa en cogerlas, se pasea por su jardín. «He aquí, dice, una manzana que está á punto de picarse; es preciso comerla!» Al día siguiente repite la misma función, hasta que ve la última, y al fin las come todas medio podridas... Y á propósito, ¿cree usted que si yo fuese millonario querría que se publicasen mis novelas en folletines? ¿Cree usted que no me parece absurda esa necesidad de cortar capítulos, á veces en medio de una descripción? Pero esto pro-



El cuarto dormitorio de Emilio Zola



El comedor de Emilio Zola

duce dinero, y yo le necesito para equilibrar mi presupuesto. Es como las traducciones; trato yo mismo con los editores extranjeros, y generalmente demuestro ser muy poco entendido en los negocios. Había propuesto á Charpentier que se encargase de ello, pero se parece á mí. En el fondo le importa poco el dinero... Sí, mi novela *La Debacle* se publicará en nueve idiomas al mismo tiempo, en alemán, en inglés con una segunda traducción para América, en español con otra para la República Argentina, en portugués, en italiano, en lengua tcheque, en húngaro, en danés y en ruso. ¿Y sabe usted lo que me producirá todo esto? Pues solamente un total de veintisiete mil francos cuando más: Alemania seis mil, América ocho mil... ¡Son tan agarrados esos tunantes!

Iba á marcharme y me detuve, recordando que Zola no había tenido nunca oportunidad de explicar la contradicción, al menos aparente, de su vida de batallador y revoltoso con su candidatura actual para la Academia.

– Y bien, pregunté, ¿y la Academia?

– ¡Ah! No me quiere todavía, contestó con acento picaresco imposible de reproducir.

Los dos soltamos la carcajada.

– ¿Y continuará presentándose?

– Escuche usted: en mí se reunen el político y el soñador... ¡Sin duda la sangre italiana! Cierto que en mi vida hay actos que no son de política, y si tengo empeño en pertenecer á la Academia no es por una simple gloria, sino porque esto se aviene con mis teorías de existencia y de sociabilidad; lo que yo quiero socialmente es ver mi triunfo con mis propios ojos. ¡Se vive, se trabaja, se lucha y se muere! ¿Qué llega á ser uno después? ¡Jamás sabe uno si tuvo talento!...

El semblante del maestro toma una indefinible expresión de melancolía al pronunciar estas palabras, y continúa lentamente.

– Tal vez no me queden más que veinte años de vida, ó quizás solamente quince, pues ahora cuento cincuenta y dos, y no quiero irme sin haber realizado todo mi programa de hombre social. Otros vienen detrás, jóvenes muy encopetados, que os rodean y os dicen: «¡Su torre es de marfil, sea usted altivo!» Y entretanto se apoderan de las condecoraciones, de los sitios y de los honores, y acaban por dejarle á uno en un rincón completamente solo.

– ¿De manera que usted persiste?

– Absolutamente. ¿Cree usted que un descalabro en la Academia disminuya en algo el valor que un artista pueda tener? Eso carece de importancia, y me parece que la persistencia de mi candidatura prueba, por el contrario, que no tengo vanidad. No soy de la opinión de aquellos que piensan que la elección por la Academia de un artista que es inferior á ellos constituye una derrota personal. A fe mía que eso más bien me divierte. La elección de Loti permitió reconocer corrientes de opinión bastante curiosas... En cuanto á la oposición que se me hace personalmente, siempre es la misma historia: el *Jesucristo* de la *Tierra* y mi pretendida pornografía. Siempre tenemos la *Revista de Ambos Mundos* y ese excelente Brunetieres... y además personas que se figuran que el público distinguido no me admite todavía. Esto es lo que yo llamo la leyenda del antiguo suscriptor. ¡Vea usted á Arturo Meyer!... á mí me divierte mucho...

Jamás habla de mí el *Gaulois* sin restricciones: es preciso que todo aquel que escribe un artículo sobre mi persona haga esta observación: «¡Es verdaderamente sensible que un hombre como Zola, que tanto talento tiene, haga tan mal uso de él!» Esto es muy cómico, y Arturo Meyer se figura de la mejor buena fe que no he sido aceptado aún por lo que él llama *su clientela*.

Y además, otros pretenden que en el extranjero se admirarían de verme admitido por la Academia. Estoy seguro que es otro error. Recibo montones de artículos publicados en las principales revistas alemanas y rusas, los cuales prueban que se me aprecia por allá por lo menos tanto como en Francia.

– ¿Y los partidarios de usted?

– ¿Mis partidarios en la Academia? ¡Oh! Es muy sencillo. Por el pronto tengo nueve, que me han dado su voto, y que se llaman, si los informes recibidos son exactos, Coppée, Dumas, Claretie, Sardou, Halévy, Meilhac, Hervé, Doucet y John Lemoine.

– ¡Ya irán haciendo prosélitos, mi querido maestro!...

JULIO HURET

EL LORO DEL PRINCIPE

DE ASTURIAS

I

Hacía ya algunos años que el rey don Felipe V de Borbón gozaba de la posesión del trono de España, á tanta costa conquistado. En la guerra de Sucesión contra el archiduque de Austria y sus aliados había demostrado el príncipe francés sus eximias cualidades de hábil, enérgico y valeroso capitán. Sentábase en el trono por derecho legal de herencia y por la voluntad de la mayoría del pueblo español, que desde un principio estuvo á su lado. Era simpático á todas las cortes de Europa, que admiraban su prudencia y generosos alientos. Apoyábase en la amistad de la poderosa nación francesa, á cuya familia real pertenecía. Había labrado una dinastía con la punta de la espada. Merced á un largo período de paz, el pueblo español íbase reponiendo de sus pasadas convulsiones. La corte de España era una de las más espléndidas de Europa. El rey, para su solaz y grandeza, había transformado los desiertos de la Granja en un *sitio Real* competidor del de Versalles. El suntuoso palacio Real, mandado construir en el mismo lugar en que estaba el antiguo Alcázar, hallábase en su mayor parte terminado. El hogar del soberano de España no podía ser más tranquilo ni más dichoso, puesto que la reina era una princesa seria y virtuosa, y el príncipe de Asturias, D. Luis, había dado pruebas de una mesura superior á su edad y gozaba de buena salud: todo, pues, parecía halagarle en el presente y en lo porvenir, y sin embargo los perspicaces observadores palaciegos percibían como una nube de tristeza que se cernía continuamente sobre la regia morada de Madrid.

Si la natural reserva no lo hubiera vedado, no hubiera sido difícil oir diálogos parecidos al siguiente:

– ¿Qué tiene el rey?

– Diga usted más bien: ¿qué tiene la familia real?

– Es verdad: no obstante, la reina es la que parece menos preocupada.

– Porque como usted y como yo ignora el misterio.

– ¿Supone usted que le hay?

– Eso salta á la vista: prueba que usted mismo lo ha observado. El *intríngulis* debe estar entre el rey y el príncipe.

– ¿Se susurra alguna cosa... incorrecta de éste?

—Absolutamente nada, y en esto consiste el misterio. El príncipe tiene *demasiado* juicio para su edad...

II

Pues bien: los cortesanos, al ver al rey algunas veces retraído y cabizbajo, y no pudiendo achacarlo á negocios de Estado, que cada día iban mejor, preguntábanse:

«¿Qué tiene el rey?»

Y el rey á su vez, en sus frecuentes monólogos mentales se preguntaba:

«¿Qué tendrá mi hijo?»

Porque el príncipe de Asturias debía tener algo que escapaba á la solícita observación de un padre. El heredero de la corona no era un joven ni un príncipe como los demás. Estaba en la edad de las expansiones y era reservado. Su buena salud, alta posición y juveniles alientos disculpaban en él ciertas incorrecciones, y sin embargo parecía indiferente á todo: á mujeres, á distracciones, á anhelos de triunfos de amor propio; á todo absolutamente. Representaba un papel de príncipe con corrección, pero sin gusto y sin estímulo, tratando de ocultar el despego que le producían las fiestas y ceremonias palatinas. Su única diversión era la caza, que más que diversión parecía en él deseo de retraimiento. Pasábase la mayor parte de los días cazando en la Casa de Campo ó en la Moncloa, en compañía del marqués de Cogolludo, primogénito de la casa de Medinaceli, hacia el cual demostraba alguna predilección. Mostrábase con sus padres respetuoso y cortés, pero nunca expansivo, y en resolución presentaba un aspecto desusado en un joven de su edad y de su rango.

El rey no podía achacar esta indiferencia y retraimiento de su hijo á falta de capacidad. El príncipe daba continuamente pruebas de clara inteligencia y de rara comprensión. Conocía al dedillo la Historia Universal, y á veces entreteníase en poner notas á las obras de Suetonio y de Plutarco. Existe un autógrafo suyo en la biblioteca de Palacio, que copio á guisa de curiosidad.

Dice así:

«A los personajes que intervienen en los acontecimientos de la Historia, debe considerárseles ni más ni menos como á figuras cómicas que trabajan en el escenario de un coliseo. No debe salirse del tablado para apreciarlos, pues el hombre cuanto más encumbrado suele tener más debilidades privadas. No se debe parar mientes en los secretos de la vida, así como no es conveniente penetrar en los camarines de los cómicos, donde éstos se visten, desnudan y danse afeites y coloretes.»

El príncipe de Asturias era además un buen naturalista, especialmente en lo que se refiere á la parte ornitológica. Tenía una soberbia colección de aves de todos los países, vivas ó disecadas, consignando acerca de ellas datos científicos y curiosos.

Por todas estas causas debe suponerse que el heredero del trono de España no era ni frívolo ni escaso de inteligencia como otros congéneres suyos.

El rey apreciaba las cualidades del príncipe, y por lo tanto era mayor su contrariedad por la excentricidad de carácter de éste. Adoraba á su hijo como padre y como monarca que veía en aquél un sucesor, y por esto heríale doblemente la falta de expansión filial de su heredero y los desabridos desplantes de su genio, y por eso se preguntaba:

«¿Qué tendrá mi hijo?»

En una ocasión, á consecuencia de sus cavilaciones, tuvo una entrevista con éste.

—¿Quieres que pensemos en casarte?, le preguntó de manos á boca.

El príncipe hizo un movimiento de sorpresa y contestó:

—¿Por qué me haces esa pregunta?

El rey, gran etiquetero en público, trataba y era tratado por su familia con gran intimidad en la vida privada.

—Por nada, respondió á su hijo. Por si echabas de menos esa nueva expansión de cariño.

—No he pensado en tal cosa. Soy muy joven todavía.

—Un príncipe nunca lo es.

—Pues bien, padre, no me agrada la idea.

—¿Tienes bastante con tu pensión de ciento veinte mil ducados?

—Me sobra.

—¿Desearías viajar para ver países é instruirte?

—Detesto los viajes. Además para ser un buen rey, si es que yo llego á serlo, sólo hace falta buena voluntad.

—Es que yo no te conozco ninguna.

—¿Qué dices? ¿Por qué me haces estas preguntas que parécenme extemporáneas?

—Porque observo en ti algo que no es propio de tu edad y que no acierto á explicarme.

—Padre...

—Excusemos palabras ociosas. ¿Tienes algún pesar, deseas algo? Habla. Puede haber hijos ingratos y bruscos, pero no hay padre que no desee la completa felicidad de sus hijos.

—¿Y qué me falta á mí para ser feliz?

Hubo una pausa. El rey dió algunos pasos por la estancia, se detuvo bruscamente, y encarándose con el príncipe, dijo:

—¿De modo que nada tienes que decirme?

—Pero yo ¿qué he de decir?...

—Ni yo tampoco, repuso el rey, y dejó solo á su hijo, alzando una cortina y murmurando: «Es impenetrable como una roca.»

En otra ocasión, el preocupado monarca llamó al marqués de Cogolludo, se espontaneó con él y le preguntó si conocía algún secreto, alguna aspiración del príncipe.

El joven amigo de éste nada sabía.

—Pero ¿habrás notado como yo, dijo el rey, que mi hijo no está en estado normal?

—Señor, yo he observado, como otras varias personas, que el príncipe de Asturias no piensa ni hace lo que yo, por ejemplo, haría en su lugar. Pero si el príncipe tiene secretos y aspiraciones no se ha dignado confiármelos, no obstante la predilección con que me trata. Lo que yo puedo asegurar á V. M. es, que nuestras conversaciones no son propias de jóvenes de nuestra edad.

Con estos antecedentes se comprenderá el malestar del rey respecto á su hijo. Hallábase triste y además irritado, pues él, que todo lo podía y á quien casi constantemente había sonreído la fortuna, hallaba perennemente á su lado un esfinge que no podía aclarar.

III

La obra del nuevo palacio Real comenzó á construirse, como era natural, por la parte del *Campo del Moro*, que es la que ofrecía mayor desnivel; y no sólo antes de que estuviera terminado el edificio (que aún no lo está en la actualidad), sino que mucho antes de acabarse la fachada principal y la que da á la plaza de Oriente, apresuróse á habitarle la familia real, pésimamente alojada hasta entonces en el malamente llamado palacio del Buen Retiro. En la fachada que da frente á las cocheras construyóse una galería de cristales, amplia, prolongada y provisional, según parece, puesto que no existe hace ya muchos años. Con esta galería comunicaban el departamento de camaristas de la reina y las habitaciones del príncipe de Asturias D. Luis, y ambos aposentos estaban separados por una alta verja de hierro que cortaba la galería. El príncipe había instalado en ésta una parte de su colección ornitológica viva ó disecada, porque el sol la bañaba de lleno, cuando comenzaba á declinar, alegrando no poco á los pájaros vivos, que eran la mayor parte. A uno y otro lado de la puerta que desde las habitaciones del príncipe daba acceso á la galería, veíanse clavados al muro por las alas extendidas un ejemplar de un alcotán armenio y otro de una gigantesca águila de los Andes. Excepto estos dos *difuntos*, las demás aves, animadas por el sol, bullían, piaban y revoloteaban en jaulas extensas y primorosas. Había además una larga pihuela, á la que se agarraban diez ó doce loros procedentes de varios países, gritando y *charlando* á más y mejor. Uno de ellos era fenomenal, y para mí hubiera sido inverosímil, á no haber conocido otro semejante en Llerena en casa de un amigo mío. El loro del príncipe de Asturias, originario de Valparaíso, muy viejo y muy grande, tenía, como el que yo vi, cualidades excepcionales. Todas las aves parlantes alcanzan poco más ó menos las mismas aptitudes: hablan con relativa claridad, aprenden y cantan lo que se les enseña y repite, pero sin conexión y á tontas y á locas, como vulgarmente se dice. Pues bien: el loro del príncipe tenía lo que el loro de Llerena, que oí yo con admiración: tenía *retentiva*, *memoria*, y especialmente don de imitación. Un día el loro de Llerena comenzó á charlar un diálogo, imitando dos voces mujeriles que disputaban. La familia y yo le oíamos sorprendidos, y la señora de la casa aumentó nuestra sorpresa diciendo:

—¡No lo creería á no oirlo! El loro está imitando una riña que tuvieron hace tres ó cuatro días dos vecinas del callejón de al lado Pero lo maravilloso es lo bien que remeda las voces y detalla los dicharachos.

Al loro del príncipe D. Luis llamábanle en su país *Bocón*, probablemente aludiendo á lo mucho que hablaba; pero el príncipe le varió el nombre, poniéndole, según su costumbre, uno histórico ó novelesco. Llamóle, pues, *Ferragús*, quizá por su extraordinaria alzada y en recuerdo del gigante que figura en la *Historia de los doce Pares de Francia*, del arzobispo Turpín. La pihuela de los loros estaba en un extremo de la galería, próxima á la verja que separaba el departamento del heredero de la corona del de las camaristas de la reina.

Han sido precisos estos detalles para comprender los hechos subsiguientes, que prueban una vez más lo mucho que en repetidas ocasiones influyen pequeñas causas en acontecimientos importantes.

IV

En los días fríos de invierno, especialmente cuando estaba ausente su hijo, el rey gustaba de pasear por la galería de cristales á la hora en que el sol la bañaba de lleno. Al propio tiempo examinaba los libros, armas y pájaros raros reunidos por aquél, pareciéndole que en aquel departamento respiraba algo de efluvio filial.

Una tarde el rey estaba allí como de costumbre. El príncipe corría liebres en el terreno que hoy se llama *Venta de la Rubia*, y el preocupado monarca, siempre pensando en su heredero, registró primeramente las habitaciones, buscando por el indicio de un objeto cualquiera la clave de las excentricidades de aquél.

Cansado de explorar inútilmente los aposentos, salióse á la galería á tomar el sol y ver los pájaros.

Casi todos éstos bullían y gritaban: sólo *Ferragús*, el loro fenomenal, parecía dormir asido á su pihuela. Pero á poco rato, molestado quizá por los pasos del rey, se despertó, desperezóse, alargó la cabeza, abrió á medias las alas y comenzó á charlar.

El rey, como toda la gente de palacio, se fijaba mucho en *Ferragús*, pues ciertamente eran extraordinarias la claridad y facilidad con que imitaba la voz humana.

Aquella tarde el loro del príncipe, bien así como el loro de Llerena antes mencionado, dialogaba. Unas veces su acento era varonil y algo gutural, y otras pretendía imitar el habla suave de una mujer.

El rey, que paseaba por la galería, detúvose á escuchar á *Ferragús*.

—¡Basta, señor!, decía el loro en voz de falsete; esta noche es la última que salgo á la galería. Por no desairar á V. A. comprometo mi honra, que es lo único que poseo.

—No, Irene, proseguía diciendo el loro con acento varonil; posees mi amor, ¡qué digo!, mi adoración. Eres árbitra de mi buena ó mala suerte y tal vez de la del pueblo que estoy llamado á gobernar.

—Señor...

No marco las variantes de inflexión de voz, pues sería agraviar la penetración del lector.

—Sí, Irene, proseguía diciendo *Ferragús*. En ti consiste que yo sea un buen rey ó un mal hombre. No concibo ni vida ni porvenir sin tu amor; por tanto, es inútil que te resistas: has de ser mía, y pronto, porque no puedo sufrir más.

—Pero, señor, reflexione V. A. Legítimamente, yo jamás puedo llegar hasta V. A.; y aunque pobre, no soy tan obscura para poder ocultar mi falta. Mi falta produciría un escándalo y el desabrimiento de algunas familias respetables.

—El amor lo disculpa todo.

—Yo no puedo amar á V. A. á tanta costa.

—Mira, Irene (aquí el acento del loro se hacía más gutural), he pensado mucho en los obstáculos que me presentas, pero todo en balde. Estoy condenado á la contrariedad eternamente y á reprimir mis aspiraciones. Esto me irrita: el príncipe de Asturias es impotente para todo. Siento dos pasiones absorbentes invencibles: una, tal vez pudiera distraerme de la otra, y ambas se me resisten redoblando mi desesperación.

—¿Dos pasiones, señor?

—Sí, las dos más violentas que existen quizá: el amor y la ambición.

—¡Ah! Pero ¿qué puede ambicionar el príncipe de Asturias?

—El trono. A ti sola he dicho esto. Nadie en el mundo creo que ni siquiera lo ha sospechado. Hallarán natural que aspire al poder supremo para el que he nacido, pero sin prisa, cuando me llegue la hora, y... no es así.

—¡Ah, señor!

—Cuento el tiempo que me separa de esa hora, año, día, minuto por minuto. Yo no quiero ser el segundo, sino el primero: no me resigno á ser satélite, sino astro. ¿Comprendes, Irene?

—Difícilmente. ¡Con un padre tan cariñoso y un rey tan bueno!...

—Pues bien, Irene: te vi, y yo, que no soy tierno ni vicioso, sentí en mí algo desconocido, algo suave

y halagador porque está exento de todo remordimiento. Para ser rey tengo que desear la muerte de mi padre, y esto es odioso; para ser feliz contigo, sólo necesito amarte y que tú me ames. Mi corazón agitado por estas dos aspiraciones, se secaba por no poder dilatarse y el día menos pensado va á estallar con ruidoso estrépito.

– ¡Oh, señor!...

– Sí, Irene; no estamos ya en los tiempos en que los príncipes mataban á sus padres para heredarles; pero el amor, que es eterno, exasperado en mí por tu caprichosa frialdad, será causa de que el mejor día rompa esta maldita reja que nos separa, y te haga mía á pesar tuyo y del escándalo y de todo el mundo...

El rey oía al loro con asombro y avidez. De repente *Ferragús* interrumpió su charla y se puso á cantar. El rey quiso excitarle repitiendo las frases que le había oído; pero el loro se dedicó á cantar con gran precisión, primero la marcha valona, la de infantes, la real, sin hacer caso del rey, que comprendiendo que ya no podría saber más ó que sabía bastante, se dirigió á su aposento, consternado y meditabundo.

Dejóse caer en el sillón de su mesa de despacho, y apoyándose en ésta, comenzó á pensar en lo que acababa de oir á *Ferragús*. Era la charla de un loro; pero aquella charla no podía menos de tener un fundamento. Era indudable que el loro repitió lo que había oído á dos interlocutores situados á uno y otro lado de la verja que separaba la galería, y era indudable también que uno de ellos era el príncipe. ¡Irene! El rey al principio no se daba cuenta; pero luego recordó que la reina tenía una camarista de este nombre, de quien se hablaba mucho por causa de su delicada belleza y mucha discreción, dada su edad.

De suerte que estaba aclarado el enigma por modo inaudito y providencial. El príncipe de Asturias, tan reservado y al parecer tan frío, se abrasaba en dos pasiones subyugadoras. Amaba á una mujer relativamente humilde que se le resistía, y ambicionaba un trono que consideraba lejano. No cometería un crimen para obtenerle, pero harto se traslucía que deseaba la muerte de su padre.

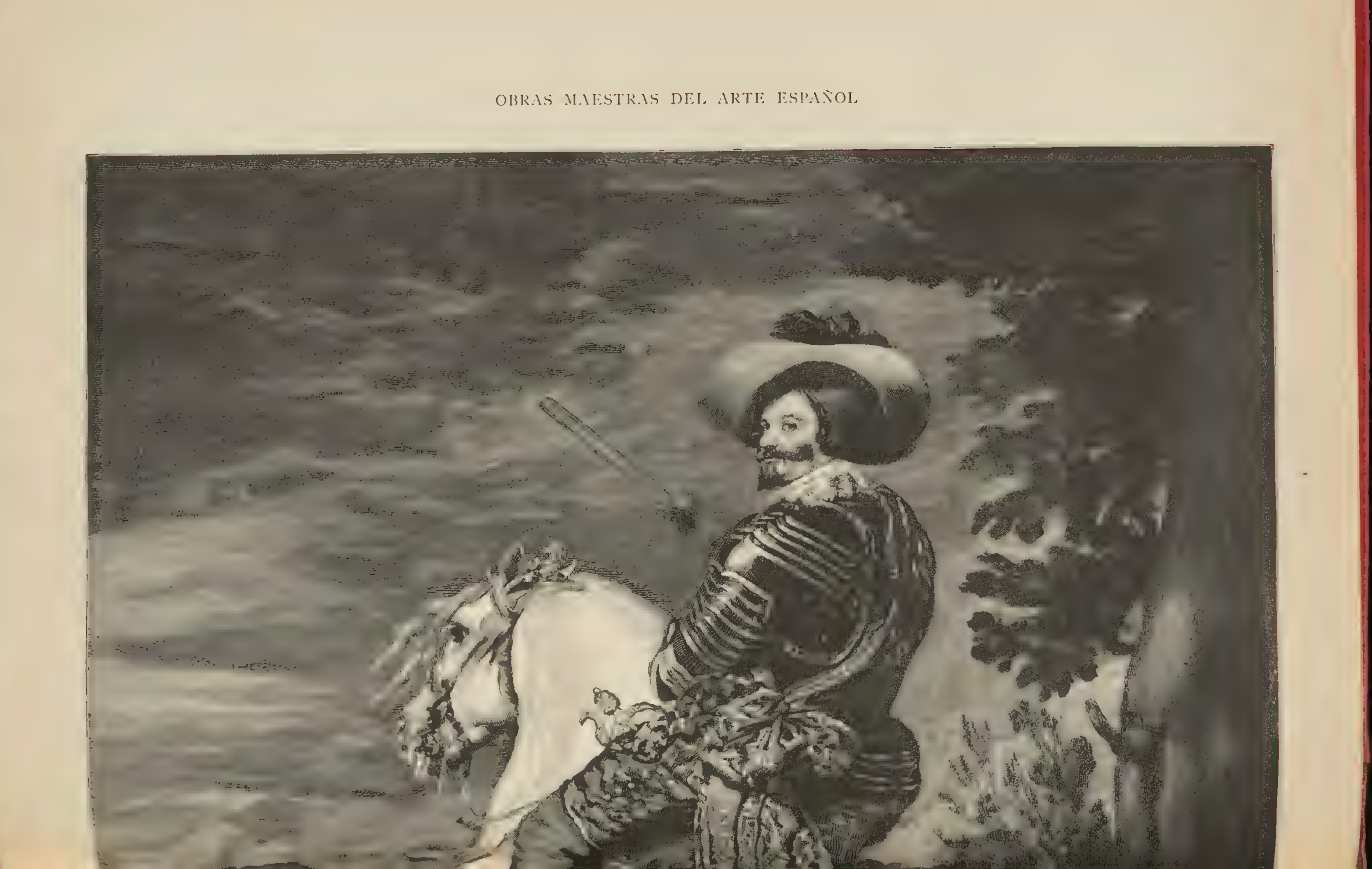
¡Pobre padre y pobre rey!

V

La servidumbre femenina de la reina de España componíase de damas de honor, que pertenecían en su mayor parte á la grandeza y que no tenían domicilio en palacio. Luego había otra clase llamada de camaristas, de inferior rango, compuesta de jóvenes de familias pobres, aunque linajudas y algunas ilustres. Las camaristas habitaban en palacio, servían á la reina en oficios algo más elevados que los de las azafatas, y en alguna ocasión tomaban parte en las fiestas palatinas. Entre las camaristas de la reina había una joven de diez y ocho años de edad, llamada doña Irene Bohorques de las Asturias, entroncada con las familias de Belgida y de Maceda. Fué desde muy niña huérfana de padre y madre, y habíase educado en Santiago de Galicia, al amparo de una anciana condesa de aquel segundo título. Sólo hacía seis meses que Irene servía en palacio, más que por su belleza, que no era deslumbrante, por su inteligencia, juicio y compostura. Irene era más que hermosa: era bonita, expresiva y delicada. Blanca, rubia, delgada, de ojos azu-



LA LETRA CON SANGRE ENTRA, cuadro de Tomás W. Couldery





EL CONDE DUQUE DE OLIVARES, cuadro de D. Diego Velázquez

les y halagüeños, ofrecía un notable conjunto de delicadeza y de nativa elegancia.

El rey tomó informes minuciosos respecto á ella, y como no cabía duda de que el loro *Ferragús* aludía á ella en su charla, puesto que no había otra Irene en Palacio, mandóla llamar á su presencia con el mayor sigilo posible.

Presentóse la joven camarista al monarca; éste encerróse en su despacho con ella, y después de examinarla con atención, le dijo:

– ¿Supones por qué te he mandado llamar?

– Sí, señor, contestó Irene con acento tranquilo; V. M. se adelanta á mis deseos. Hace días que pensaba hablar, no á V. M., sino á la reina, mi señora.

– ¿Se trata del príncipe de Asturias?

– Sí, señor, contestó la camarista bajando los ojos.

– Creo estar bien enterado, repuso el rey.

– Tanto mejor, señor. Así me evitará V. M. una explicación enojosa. Veo que mis previsiones se han cumplido y que en palacio se sabe lo que parecía tan reservado.

– Pues tanto mejor para ti y... para todos. Tú debiste ser la primera en evitar un conflicto.

– Por evitarle he callado, señor. El carácter arrebatado del príncipe me da miedo. Pero á tal extremo han llegado las cosas, que vale más acabar de una vez.

Irene entonces, alentada por la bondad del rey, enteróle de la incesante obsesión del príncipe respecto á ella, de las citas en la galería, á las que había tenido que acceder por evitar mayores males, y solicitó la intervención del monarca para salvar su honra comprometida. La camarista no habló al rey de las ambiciosas revelaciones del príncipe, pero aquél ya las sabía, dando entera fe á las charlatanerías del loro *Farragús*. Esta parte de la aspiración de su hijo era lo que más preocupaba y entristecía al monarca: por lo demás, poco hubiérale importado una intriga amorosa del príncipe, después de todo tan propia de la edad de éste. Es más: como el rey, aunque era un hombre honrado procedía de un país y de una corte disoluta, y suponiendo que un capricho ó pasión colmados distraerían al príncipe de sus ambiciosos pensamientos, insinuó á Irene la conveniencia de acceder á las pretensiones de éste, aunque valiéndose de perífrasis y reticencias.

Pero la camarista era un carácter. Educada en un medio piadoso y tranquilo, tenía alta idea de los deberes morales. Escuchó al monarca pálida de indignación á veces, y á veces roja de verguenza, y sólo el respeto que en aquellos tiempos inspiraba la realeza contuvo la explosión de su pudor ofendido.

Hizo un esfuerzo para reprimirse y contestó tranquilamente al rey.

– Señor, le dijo: no obstante los rectos principios en que siempre me inspirado, si fuese yo una mujer enteramente obscura y desconocida, tal vez haría el sacrificio de mi conciencia; pero llevo un nombre que es el de algunas familias ilustres, y debo conservarle limpio de toda mancha; es más: no sé si lo creerá V. M., si lo que es imposible, el príncipe me ofreciera su mano, no la aceptaría.

– ¡Bah!, interrumpió el rey con acento incrédulo.

– ¡Como lo oye V. M., prosiguió Irene cada vez con más firmeza. Aunque joven, tengo experiencia de la vida y comprendo la suerte que me estaba reservada. Sería despreciada de todo el mundo, incluso el príncipe, no bien se calmaran los primeros transportes amorosos. ¿No tengo razón, señor?

El rey no contestó.

– Así, pues, señor, prosiguió diciendo la camarista; en cualquiera condición el príncipe es imposible para mí y yo más imposible para el príncipe...

– Porque no eres ambiciosa ni le amas.

Inmutóse Irene, aproximóse con arranque al rey y dijo:

– ¡Le adoro!

El rey la miró asombrado.

– Daría la mitad de mi vida porque el príncipe sólo fuese un caballero: aún menos, un hombre obscuro, un menestral, para poder elevarle hasta mí.

– Pues no sé por qué mi hijo no se hace querer.

– Eso me digo yo también. Es más: sé que las pasiones del príncipe son fugaces; pero no puedo remediarlo, le adoro con todo mi corazón. No importa que V. M. sepa esta debilidad mía, puesto que todo va á concluir.

El rey hizo aún algunas insinuaciones, pero todas se estrellaron en la inquebrantable decisión de la camarista.

VI

Poco hiciéronse esperar las consecuencias de la entrevista del rey con Irene.

Dos días después era domingo: la joven salió de palacio á las nueve de la mañana para, según su costumbre, oir misa en el templo de las Descalzas Reales. Acompañábala como siempre una anciana azafata, y ninguna de las dos volvió á presentarse en el regio alcázar.

Esta desaparición dió mucho que hablar. Nadie sabía á qué atribuirla, aunque los perspicaces la relacionaron con el aspecto poco natural del rey y del príncipe de Asturias.

Cuando á las familias de Belgida ó de Maceda preguntábanlas por Irene, su deuda, contestaban con evasivas ó indicando á lo más qué se hallaba en un convento. Y así debía ser: la pobre joven fué sin duda una de tantas víctimas sacrificadas á las conveniencias sociales.

El príncipe pareció no ocuparse del *eclipse* de Irene, pero el rey supo que hacíala buscar con ahinco. Poco á poco el carácter de aquél fué agriándose cada vez más. Estaba la mayor parte de los días ausente de palacio, y sus cacerías no eran ya de horas, sino de semanas enteras que pasaba en el valle del Lozoya, en el Guadarrama, en la Albufera de Valencia y en la Sierra de Córdoba. Apenas veía á sus padres, y habíase hecho insoportable á su servidumbre. El rey, que conocía la causa de su desabrimiento, sufría lo indecible; pues cuanto más ingrato era aquel hijo, más le adoraba, como suele suceder.

Un día se supo con asombro en España y luego en las cancillerías extranjeras que S. M. C. el rey D. Felipe V de Borbón abdicaba la corona en su hijo el príncipe D. Luis, y he dicho con asombro, porque causábale en efecto el que un monarca tan querido, aún en buena edad y salud, tomase tan inexplicable determinación. Hiciéronse muchos comentarios; pero ¿quién había de fijarse en la verdadera causa, en esa causa por la que en el *gran todo* universal, las cosas pequeñas se concatenan á las cosas grandes?

Proclamado rey de España D. Luis I, pareció salir de su apatía. Dedicóse á organizar el ejército, del que antes no se había ocupado. Amplió la guardia real y creó diez y nueve regimientos de línea; lo cual hacía suponer que tenía ideas belicosas. Pero fué en balde su actividad.

De resultas de un enfriamiento en la Casa de Campo, el novel monarca contrajo unas intermitentes que no pudieron ser atajadas, y murió á los pocos meses de haber subido á aquel trono tan codiciado.

El rey D. Felipe V volvió á empuñar con gran contentamiento del pueblo español el cetro que había abdicado, lo cual sin duda hizo decir al P. Isla en su poético *Compendio de la Historia de España:*

Relámpago ugaz Luis se huye
Y el sol que nos quitó nos restituye.

F. MORENO GODINO

MISCELANEA

Bellas Artes. – La Asociación de Artistas alemanes de Roma está haciendo grandes trabajos para que el gobierno prusiano ó el del Imperio construya en la capital de Italia un edificio para los alemanes que allí se dedican al cultivo de las bellas artes: en él habrá talleres para los pensionados y para los transeuntes, salones para exposiciones y jardines y azoteas para los estudios al aire libre: el costo de las obras, según el plano presentado al ministro, será de 400 á 600.000 pesetas.

– El ilustre compositor Saint-Saens está completando la ópera *Brunequilda* que el maestro Guiraud, recientemente fallecido, dejó sin terminar. La ópera, cuya acción tiene lugar en la época merovingia, tendrá cinco actos, de los cuales hay terminados tres.

– En la sala del Casino de Colonia se celebra actualmente una exposición de dibujos, acuarelas, croquis y fotografías de obras del arquitecto de aquella catedral, Federico Schmidt, recientemente fallecido: el producto de la exposición se destina á un monumento que la citada ciudad alemana piensa dedicar al ilustre artista, que con gran éxito se dedicó al cultivo del arte gótico.

– Se ha inaugurado en el Palacio de Cristal de Munich la sexta Exposición internacional de Bellas Artes: contiene 2.900 obras, en general muy buenas. Entre las secciones extranjeras, las que mayor número de obras contienen son la holandesa, la belga, la americana, la italiana, la húngara, la danesa, la sueca y la francesa; en cambio Inglaterra, España y Polonia han enviado muy pocas.

Teatros. – En el Nuevo Teatro de la Opera, de Londres, ha debutado Sarah Bernhardt con la *Cleopatra*, de Sardou, obra que no ha logrado entusiasmar al público inglés, el cual en cambio no ha escaseado sus aplausos á la famosa actriz francesa. El éxito de *La Tosca*, del propio autor, ha sido mucho más satisfactorio.

– La Sociedad de grandes audiciones musicales en Francia, que tiene por objeto dar á conocer obras maestras inéditas de músicos franceses y crear un nuevo centro artístico para las obras musicales contemporáneas, ha dado en la Opera Cómica de París una audición de *Los troyanos*, de Berlioz, que ha sido aplaudida con entusiasmo.

– En Londres se están cantando actualmente las óperas de Wagner en el Covent Garden y en la Opera Italiana, habiéndose puesto en escena hasta ahora *Lohengrin*, *El buque fantasma* y *Siegfried*, y estando en preparación todas las demás que componen el ciclo musical del gran maestro de Beyrouth.

– En el Teatro de la Corte, de Dresde, ha sido recibida con gran aplauso la ópera de Mascagni *El amigo Fritz*.

Barcelona. – La compañía que dirige con tanto acierto el señor Mario ha estrenado en el teatro de Novedades *El obstáculo*, de Daudet, arreglado á la escena española por el Sr. Mario (hijo). El éxito alcanzado fué bueno, lo cual se debió más al acierto con que el traductor ha vertido al castellano la obra y á la perfecta ejecución que á ésta cupo, que al mérito de la misma, que en muchos pasajes resulta muy inferior á lo que era de esperar del autor de *Tartarin*, *L'Inmortel*, *Nouma Roumestán* y tantas otras joyas de la novela francesa contemporánea.

– En el Teatro Lírico, la compañía de la Sra. Tubau de Palencia ha puesto en escena el drama del Sr. Sellés *Las Vengadoras:* el público, sin dejar de reconocer las muchas bellezas de forma que encierra esta obra, se ha mostrado un tanto reservado por la crudeza del argumento y de algunos conceptos que, sin embargo, ha tolerado en otras ocasiones cuando se ha tratado de obras del teatro francés. También ha estrenado con éxito excelente *María Egipciaca*, hermosa comedia en tres actos de fondo y forma intachables, original del Sr. García Santisteban, que tantas y tan buenas producciones ha dado á la escena española.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Juan Bonassieux, célebre escultor francés que obtuvo en 1836 el primer gran premio de Roma, una medalla de 1.ª clase en el Salón de 1845 y la cruz de la Legión de Honor cuando la Exposición Universal de 1855.

Teodoro Menke, ilustre historiador y geógrafo alemán.

Teodoro Meynert, uno de los primeros psicólogos y frenópatas de Alemania, profesor de Psiquiatría y jefe de la primera clínica psiquiática de la Universidad de Viena: sus estudios sobre la estructura y funciones del cerebro le conquistaron fama universal.

Pío Fedi, famoso escultor italiano, apasionado cultivador del arte clásico, autor de los monumentos del general Fanti y de G. B. Nicolini, existentes en Florencia, y del grupo *Rapto de Polisena*, que es sin disputa su mejor obra.

NUESTROS GRABADOS

Monumento al general Grant. – El día 27 de abril último el presidente de la república de los Estados Unidos de América puso la primera piedra del grandioso monumento que pronto se alzará en el hermoso *Riverside Park* de Nueva York y cuyo proyecto es debido á Mr. John H. Duncan. Frente á la entrada se verá una colosal estatua ecuestre del general y sobre aquélla se extenderá un pórtico con los escudos de los distintos Estados de la Unión y encima una cornisa con armas y estandartes. En el espacio interior abierto y en el centro de una gran sala se elevará el sarcófago de granito donde descansarán las cenizas de Grant, y en un costado habrá una escalera que conducirá á una galería situada á 122 pies sobre el nivel del suelo. Cuatro estatuas ecuestres de generales que acompañaron el héroe de la Unión en la guerra del Sur se asentarán sobre las cuatro columnas dóricas de la entrada, y en los paños del Este y del Oeste se fijarán bajos relieves con los retratos de otros jefes que pelearon á las órdenes del gran caudillo. Un grupo alegórico rematará el monumento, de cuya grandiosidad y magnificencia pueden formarse perfecta idea nuestros lectores por el grabado que reproducimos, por el cual se ve que la gran nación americana paga de una manera digna la deuda de gratitud contraída con el que así en los campos de batalla como en su gestión gubernativa tantos días de gloria dió á su patria.

La letra con sangre entra, cuadro de Tomás W. Coulderly. – ¡Cuánto ha cambiado el sistema pedagógico de algunos años á esta parte! Desde la lóbrega escuela donde el niño aprendía llorando, hasta los modernos jardines de la infancia donde el párvulo se instruye jugando y riendo, la distancia recorrida es inmensa, tanto cuanto inmensa es la diferencia entre los resultados obtenidos por uno y otro procedimiento. Antes se estudiaba por evitar un castigo; y casi siempre pasado el peligro, olvidada la enseñanza: hoy se aprende por convencimiento, por proporcionarse un gusto; y lo aprendido, difícilmente se borra del entendimiento. Sugiérenos estas reflexiones el sentido cuadro del pintor inglés Coulderly, y al ver aquella colección de criaturitas con el miedo pintado en el semblante y haciendo esfuerzos por dar con una contestación á la pregunta, quizás ininteligible, del severo dómine, mentira nos parece que con tal sistema haya podido alguien instruirse, y más imposible se nos antoja todavía que aún se practique en algunos puntos el procedimiento absurdo y bárbaro que se basa en el aforismo necio de *La letra con sangre entra*.

El conde duque de Olivares, cuadro de D. Diego Velázquez. – Por uno de los mejores lienzos salidos del pincel de Velázquez se reputa el cuadro que reproducimos, y aun se cree que á él fué debido el nombramiento de pintor de cámara que otorgó Felipe IV al que más tarde había de contribuir con sus maravillosos retratos á inmortalizar al monarca amigo de artistas y poetas. Con decir que como uno de los mejores se le conceptúa, queda dicho cuánta es su valía, acerca de la cual no hemos de llamar la atención de nuestros suscriptores, porque relatar las bellezas de una obra de Velázquez en presencia de la misma ó de su reproducción nos parece petulancia tan ridícula como ponderar las del *Quijote* á quien lo esté leyendo: si el que ve la una ó lee el otro las siente, la explicación no hace falta; y si no las siente, la explicación... sobra.

Medalla conmemorativa del 4.° centenario del descubrimiento de América, premiada por la Academia de San Fernando, proyecto de don Francisco de Asís López. – La bonita medalla que reproducimos, destinada á conmemorar el más grande de los acontecimientos de la Edad moderna, cual es el descubrimiento de América, fué premiada con *accésit* en el concurso abierto en Madrid por la Academia de Bellas Artes de San Fernando, en el que tomaron parte artistas de varias naciones, ya que el certamen tuvo carácter internacional.

El autor del proyecto, D. Francisco de Asís López, distinguido acuarelista y profesor de la Escuela de artes y oficios de Logroño, ha dado muestra de sus aptitudes y cualidades artísticas, produciendo una obra de verdadero mérito. La recompensa alcanzada significa un triunfo, dadas las condiciones y fin del concurso.



¡Qué placer volver á encontrar á un buen amigo, sobre todo cuando en su compañía se han recorrido los mismos países!

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Una leyenda rusa, según me explicó la señorita Vathkounine, la niña más graciosa y traviesa que he conocido, pretende que tenemos en el corazón, al nacer, una colección de huevecillos del color de la aurora, cada uno de los cuales contiene un amor que solamente espera una mirada de mujer para abrirse. Las de Magdalena habían sido tantas y tan ardientes, que en tal caso, toda mi serie debía de haberse abierto á la vez. Sin embargo, nada alimentaba nuestro amor; fieles al convenio que hicimos, no nos habíamos escrito nunca; mis padres no me daban noticias de Magdalena; hallábame tan lejos de ella como si estuviese en los antípodas, y he aquí por qué, á pesar de mi gran confianza, apoderábase de mí la inquietud algunas veces. ¿Qué hacía Magdalena? ¿Pensaba en el ausente? Tal vez habría ido á Aix-en-Provenza para ver á su tía la señora de Branges.

Hacia fines de la primavera, en mayo, tuve una gran alegría. Luis llegaba de Numea, á bordo de la goleta *La Caprichosa*, cuyo mando se le había confiado, y fué á desarmar su buque en el puerto de Tolón, donde se reparaban algunas averías en el casco del *Impetuoso*. ¡Qué placer volver á encontrar á un buen amigo, sobre todo cuando en su compañía se han recorrido los mismos países! ¿Estaban tranquilos los canacas? ¿Era el paso del Bulari tan ancho como antes? ¿Y las mujeres? ¿Qué había sido de la tabernera de Conneau? ¿Ibas con frecuencia á Sidney? ¿Daba á menudo recepciones el gobernador? A estas y otras

muchas preguntas que yo repetía con insistencia debió contestarme Luis para satisfacer mi curiosidad.

Ahora que yo amaba á Magdalena, causábame mucha más alegría ver de nuevo á Luis, pues parecíame que era una parte de ella misma. ¿No corría por sus venas la misma sangre? Además, podíamos hablar de su familia; Magdalena le escribiría seguramente, y tal vez en su amistoso abandono, Luis me enseñaría la carta.

Grandes deseos tenía yo de elegirle por confidente, pues al menos habría tenido alguno con quien hablar de ella; pero Magdalena me lo había prohibido, y por otra parte, yo no me atrevía. ¿Quién sabe cómo hubiera acogido mi confesión? Su carácter leal le inducía siempre á ir directamente al objeto. ¿Has hablado á tus padres y á los míos?, me hubiera preguntado al punto. ¿No? Pues bien: es preciso hacerlo, y después veremos. Estaba convencido de que le habría disgustado saber que comencé por dirigirme á su hermana.

Apenas recibió noticias de Versailles, comunicómelas como era natural. La misma Magdalena le escribía, diciéndole entre otras cosas que le esperaba con impaciencia; referíale los incidentes ocurridos en la ciudad, el casamiento de Clara Trevoix, la enfermedad del perro y otros hechos de poca importancia; hablaba un poco de todo, de las confituras que acababan de hacer, del reumatismo del general Songraix, de su mamá, siempre hermosa y buena, y de los preparativos que se hacían para recibir al querido hermano. La carta terminaba con algunas palabras sobre el amigo Pedro, que debía hallarse en Tolón y al que enviaba sus afectos. A esto se reducía todo.

Luis me pedía también á menudo noticias de mi familia; preguntábame si Juana había cantado mucho durante su ausencia, y me dijo que traía para ella varias composiciones de Australia muy originales y algunos dijes que sin duda le agradarían. Por último, el 13 de marzo, estando ya desarmado su buque, vino á despedirse y á recibir mis encargos, y á las cuatro de la tarde marchó en el tren expreso, en el que yo hubiera querido acompañarle y que le conduciría hacia París.

Después de su llegada me escribió á menudo, y comprendí que Magdalena no le había dicho nada de nuestras relaciones. Apenas me decía algunas palabras sobre ella, pero sí lo suficiente para tranquilizar mis celos. En cambio, procedía con tanta delicadeza y conocía tan bien el afecto que yo profesaba á mi hermana, que no dejó nunca de darme noticias de mi familia y sobre todo de aquélla. ¡Si yo hubiera podido sospechar entonces!...

Un día, cuando yo esperaba de un momento á otro mi nombramiento, recibí una carta que me causó el mayor placer: era de Luis, y no me hablaba más que de mi familia, de Juana y de nuestros compañeros de Tolón; pero sin duda se la había dado á Magdalena para que la leyese, y ella fué quien escribió las señas y cerró el sobre. Entre las hojas del papel encontré un pedacito de cinta que parecía haber sido arrancado apresuradamente, y sobre la escritura de Luis, trazadas con lápiz rojo, estas dos palabras, puestas á manera de pregunta y respuesta:

«¿Siempre?»

«¡Siempre!»

¡Querida Magdalena! ¡Cuántas veces besé estas dos palabras! ¿Y por qué me sonrío ahora tan tristemente al evocar esos recuerdos de la primavera del corazón, cuando á ellos he debido tantos días de felicidad? No era, sin embargo, más que un sueño de amor; pero aún me pregunto, como Jocelyn: ¿Qué será el amor cuando tan dulce es soñar con él?

He estrechado muchas mujeres entre mis brazos; he dicho todas las palabras que la pasión amorosa sugiere, y tal vez haya inventado otras; pero jamás experimenté una dicha tan perfecta como junto á ti, Magdalena, teniendo tu mano en la mía, clavados en los tuyos mis ojos y sumidos ambos en silenciosa contemplación.

Hay mujeres que esclavizan por la carne, por la costumbre de la posesión, por sus vicios; pero ¿por qué nos somete una joven pura? ¿Por el deseo? No, porque el deseo no se siente en la ausencia. Debe haber algo mejor que esto, algo como una especie de afinidad intelectual, misteriosa, inexplicable.

Tal vez, como dice Sully Prudhomme, los ojos conservan la imagen de las primeras facciones amadas que los hicieron llorar...

***

Rada de la Goleta, octubre de 1881

Mi nombramiento se hizo esperar un poco más de lo que yo pensaba, pues no obtuve mi nuevo grado hasta el 1.° de septiembre de 1878. En la mañana del 3 llegué á Versailles, y fué un día de gran regocijo para todos: para Magdalena, á quien pude ver un momento, pretextando que iba á estrechar la mano á Luis; para mis padres, que cifraban en mí todo su orgullo, consagrándome su afectuoso cariño, siendo tal vez desgraciadamente mayor el primero que el segundo; y por último, para mí, que me veía tan tiernamente amado. Tal vez en demasía, pues pensé al punto en las lágrimas que haría correr, fuera cual fuese la resolución que adoptara, sin contar los padecimientos que yo mismo iba á sufrir. En efecto, muy pronto comprendí que mi familia alimentaba la misma mala voluntad contra los Nessey, considerándolos siempre como enemigos que trataban de arrebatarle lo que ella más quería: yo, el hijo, el orgullo de la casa.

Tambien eché de ver muy pronto que el tiempo había traído nuevos elementos de tristeza y de acritud. Mi padre había envejecido; una caída que sufrió, y de la que nada habían querido decirme para no ponerme en cuidado, había disminuído en mucho su enérgica actividad; la influencia del carácter melancólico de mi madre hizo más sombrío el suyo, y raras veces tenía arrebatos como antes. Estaba vencido y desanimado al ver que llegaba al término de su carrera sin haber conseguido realizar sus deseos. En mí solamente cifraba todas sus esperanzas y su ambición.

Juana se mostraba admirable, casi heroica en aquella casa, donde se respiraba la tristeza y el fastidio; apareciendo siempre bondadosa y risueña, sufriéndolo todo con resignación, prodigando una caricia ó una palabra de consuelo, atendiendo solícita á los achaques de sus ancianos padres, sin quejarse nunca, haciéndolo todo sin que se sintiese su mano y sin descuidar por eso la música ni la poesía. Yo la llamaba algunas veces «Picciola,» porque me recordaba á la heroína de la novela de Saintines, la pequeña flor nacida en la prisión.

Sin embargo, á pesar de la austeridad de su vida, Juana estaba más alegre que en otro tiempo y parecía más feliz. ¿Sería por efecto de su resignación, ó hallaba la dicha en la misión aceptada y en el deber cumplido?

Si mi amor, egoísta como lo son todos, no me hubiera hecho indiferente á cuanto pasaba á mi alrededor, tal vez habría observado que su contento coincidía con la presencia de Luis, quien nos visitaba á menudo. Seguramente la pobre muchacha no soñaba en ver un esposo en mi amigo, pues había resuelto valerosamente no casarse nunca, y el principal origen de su sacrificio partía de su propio corazón; pero había un pequeño arroyo alegre, deliciosamente murmurador, que brotaba de una simpatía, más bien adivinada que marcada, y que era suficiente para reanimar el valor de la joven. Mis padres eran tan ciegos como yo, si no más, porque atribuían á intrigas de la señora de Nessey las asiduas visitas de Luis á nuestra casa. No ignoraban que yo amaba á Magdalena, ó más bien – así lo decían ellos – que yo creía amarla, pues avergonzado de ocultarme, se lo había confesado á los pocos días de mi llegada; pero como no era cuestión de casamiento inmediato, contentáronse con escucharme sonriendo, pues alimentaban la secreta esperanza de que el tiempo me iluminaría. Todo lo esperaban del tiempo y suplicábanme que siguiese reflexionando.

Les dije que había reflexionado lo bastante; que la prueba de mi ausencia era segura garantía de la intensidad y duración de nuestros sentimientos, y que habíamos pensado en todo, hasta en lo más odioso, por necesario que fuese, es decir, el dinero. Cierto que Magdalena no tendría dote, pero su padre le pasaría una pensión que...

– Mientras conserve el destino que desempeña, interrumpió mi madre, y aun gracias. Ya sabemos cómo se cumplen las promesas hechas antes del matrimonio.

Repliqué que más tarde Magdalena heredaría una parte de los bienes de su madrina; pero esta esperanza fué acogida con la misma sonrisa escéptica que lo que dije acerca de la pensión. Entonces añadí que nuestros gustos eran modestos; elogié el orden y la economía de Magdalena, su habilidad en todos esos quehaceres femeniles que embellecen el hogar más sencillo, y la comparé con Juana, cuya actividad reconocían todos. En fin, expuse cuantos argumentos consideré capaces de conmover á los míos, pero solamente obtuve estas palabras de mi padre:

– Reflexiona un poco más, hijo mío, reflexiona bien, y dentro de un mes ó dos háblanos otra vez del asunto.

Mi madre dijo con más energía, á pesar de su carácter débil:

– No, jamás consentiré; ¡estás loco, mi pobre Pedro, y nos contristas!

En resumen, la resistencia había sido menos tenaz de lo que yo esperaba y parecióme no haber hecho mal en hablar de mis proyectos apenas llegado. Confiaba en permanecer largo tiempo en tierra esta vez, y á fuerza de insistencia acabaría indudablemente por arrancar el consentimiento que me era necesario, puesto que sin él Magdalena no entraría jamás en nuestra casa, aunque debiera sacrificar su corazón y el mío. Todos los días, todos los días bajo una forma ú otra renovaba mi paciente ataque, sin conseguir nunca vencer la fuerza inerte que se me oponía.

– Nos has prometido esperar dos meses, decía siempre mi padre con tristeza; reflexiona y vuelve otra vez apenas haya transcurrido este tiempo.

Cuando dí cuenta á Magdalena de mis infructuosos esfuerzos, su orgullo se resintió un poco; pero anteponiéndose á todo su amor, me decía:

– ¡Valor! Persista usted y espere; tal vez ocurra algún incidente feliz que ponga término á esta situación.

– ¿Cómo, qué espera usted?

– Nada y todo, contestábame sonriendo. Nuestra causa es buena y la ganaremos; tengo confianza en nuestro amor y la fe más absoluta en la voluntad. Por otra parte, se lo pido á Dios con gran fervor;... ¡pero necesito tanta misericordia para que se me perdone!

– ¿Y usted y su padre y la señora de Branges?

– ¡Oh! Yo conseguiré mi objeto: Querer es poder, y yo quiero; solamente se necesita saber esperar y no precipitarse.

– ¡Esperar, siempre esperar! También usted me contesta con esta palabra que desespera. ¿No podríamos encontrar algo mejor?

Pero Magdalena, no queriendo comprender mis insinuaciones, consolábame al punto, añadiendo:

– ¿No es fácil esperar cuando uno sabe que es amado?

Y nos abandonábamos uno á otro cada vez más, y de día en día estrechábanse más los lazos que nos unían.

Labán había esperado á su prometida durante siete años, y bien podía yo tener paciencia dos meses; pero ¿qué resultado obtendría al cabo de este tiempo á juzgar por lo poco que había adelantado?

Por fin terminaron los dos meses: yo estaba aburrido ya de tanto esperar y resuelto á dar un golpe decisivo. El amor había exaltado mi cerebro hasta el punto de rebelarme; si no obtenía el consentimiento prescindiría de él; y tal vez pudiera inducir á Magdalena, que no había querido escucharme nunca, á imitar mi ejemplo De lo contrario, llegaría hasta tender un lazo á su ternura y producir el escándalo, y sería forzoso que nuestra unión, consentida ó no, se efectuase...

Firme en mis resoluciones, cierta mañana, apenas me desperté, fuí á buscar á mi madre; con mucha gravedad le rogué que me acompañase al despacho de mi padre, y una vez allí me expliqué claramente.

– Padres míos, les dije, de rodillas ante ustedes, voy á suplicarles que no opongan más obstáculo á mi felicidad. Mi corazón no ha cambiado, y amo siempre á la señorita de Nessey, como ya saben... Es digna de todo mi cariño y les ruego que la admitan en su casa; entonces seremos dos á bendecir á ustedes...

Mi padre me cogió las manos sin sorpresa ni cólera, y con evidente emoción y aire compasivo me contestó:

– ¡Pobre hijo mío, qué desgraciado me haces!

Mi madre me abrazó y rompió á llorar, mientras que mi padre proseguía:

– Hijo mío, tampoco ha cambiado mi corazón; está siempre lleno de amor para ti, y éste me comunica el valor necesario para hacerte sufrir un momento, convencido de que obro por tu bien. No, yo no podría darte jamás el consentimiento que deseas. Tú obrarás á tu antojo, pero yo no tendré nunca nada que echarme en cara... Te ruego que abras los ojos y deseches tu ensueño, pues por hermoso que te parezca no es más que ensueño... En el matrimonio la pasión no es necesaria para la felicidad; más bien es perjudicial, y sobre todo antes de la unión, porque ciega.

– Padre mío, repuse, la pasión es extraña á mi afecto, pues hace ya más de dos años que amo á la señorita de Nessey.

– La duración importa poco, replicó mi padre; la pasión existe siempre, mientras que no se satisface el deseo. A la edad que tenéis la señorita Magdalena y tú, no se considera el matrimonio desde su verdadero punto de vista; no se comprende sino cuando ya es demasiado tarde. Yo no te aconsejaré que te cases sin amor, no; pero créeme, no se ha de tomar siempre por esposa á la mujer amada... En este caso te hallas tú. Estoy convencido de que la señorita de Nessey es digna del mayor respeto, aunque no me agrada su manera... americana de proceder. No debías haberle hablado nunca de tu amor antes de estar seguro del consentimiento de su familia... y del nuestro. A ella le correspondía callar, más aún que á ti... Todo esto no es regular; todo es pura novela... novela de jóvenes, cuyo desenlace no debe ser el matrimonio. En interés de ambos, detente. No has querido seguir mis consejos, pero aún estás á tiempo.

– ¡Es imposible! Siempre te diré lo mismo y no puedo encontrar nada para convencerte; pero te juro que nuestro amor es reflexivo y no se extinguirá nunca.

– Ya cambiarás de opinión, y por otra parte añadiré que si amaras realmente á la señorita de Nessey con reflexión, sin el menor egoísmo, tan sólo por abnegación deberías renunciar á su mano.

En medio de mi tristeza no pude reprimir una sonrisa, y al observarla mi padre añadió al punto:

– Escucha; yo estaba en el mismo caso cuando conocí á tu madre; ni uno ni otro teníamos fortuna, pero nos amábamos locamente; y no queriendo escuchar á nuestros padres nos casamos. ¿Sabes tú lo que resultó?

– ¡Oh, padre mío! ¿qué vas á decir?

– Tú puedes oirlo y tu madre también. Continuamos amándonos con delirio... durante cerca de un año... ¡Oh! Un año muy dulce. Después viniste tú al mundo, luego Juana, y más tarde Enrique, que murió. Con los hijos comenzó la escasez en casa; siguióse la tristeza con las enfermedades, y entonces...

– Pero eso son cosas de la vida... ¿No erais felices?

Mi padre vaciló, y después moviendo la cabeza, repuso:

– No, no éramos felices ni uno ni otro...

– ¡Padre!...

– No, porque cada uno de nosotros temía que el otro sufriese y se arrepintiera un poco en el fondo del corazón. ¿No es verdad, Marta?

– Es cierto, contestó mi madre. ¡Cuántas veces he padecido al ver á tu padre privarse de lo que más quería, no solamente de los placeres, sino hasta de lo necesario. ¡Cuántas veces me dije al verle entrar en casa grave y taciturno: «¡Quién sabe si se arrepiente!»

– No, querida, replicó mi padre, no me arrepiento de nada...

– ¿Qué más?, pregunté con ansiedad.

– No me arrepiento; pero no se puede evitar que el ánimo se atribule... Y cuando después de haber visto en otros salones, ó en la calle, mujeres elegantes, risueñas y engalanadas, encontraba aquí á tu madre rendida de cansancio, cosiendo vuestras ropas ó remendando medias... ¡ah! vuelves la cabeza... cuando la veía, repito, privada de todos esos adornos que embellecen á las mujeres, cuyo amor necesita algo más que pan para alimentarse, yo también, no pudiendo proporcionárselos, pensaba...

– Pero esas son pruebas de amor..., interrumpí yo.

– Sí, pruebas de amor... que no podemos darnos, que se guardan en el corazón y que le laceran.

– Pero hay otras que los más desgraciados pueden darse, pues vosotros os amabais, según dices, ¿no es así?

Sin contestar directamente á la pregunta, mi padre prosiguió:

– Con los años llegaron las pruebas, que nos hacían más positivos; de modo que solamente hablábamos de nuestras inquietudes, de los plazos que vencían y de graves preocupaciones. Nuestra tarea estaba bien marcada: para tu madre los trabajos manuales, poco poéticos y á veces penosos; para mí las carreras fatigosas y á menudo sin resultado para la educación de los hijos... Por la noche, rendidos de fatiga, nos dormíamos preocupados, siempre por el mismo pensamiento tenaz, ¡el dinero! En nuestro espíritu no quedaba ya lugar para el ensueño y la novela; estábamos unidos en una misma lucha...

– Lo que más apesadumbra, dijo mi madre, es ver esos niños tan graciosos é indiferentes y pensar que ellos también pasarán más tarde por las mismas pruebas... ¡Con qué solicitud se quisiera evitarlo! Y después, cuando son mayores, se tiene el triste valor de martirizarlos, haciéndoles ver las feas realidades de la vida. Dispénsame, hijo mío, querido Pedro, tú á quien me parece ver siempre pequeño;... pero es preciso que deseches tu ensueño, porque le considero irrealizable. No te faltarán otros más tranquilos y no menos felices.

– ¡Que te dispense, madre mía!, contesté abrazándola. Comprendo bien que tu cariño es lo que te inspira; pero en tu orgullosa ambición te exageras los escollos. La señorita de Nessey y yo no estaremos en el mismo caso.

– El mismo, amigo mío, y más penoso aún, dijo mi padre, pues todo es relativo. Gracias á nuestra educación, teníamos aficiones más modestas que las vuestras; mientras que tú, por la posición y el nombre de tu mujer, deberías alternar con una sociedad más rica, más ociosa y más malévola, por lo cual sufriríais más, puesto que padecerían vuestro cariño y vuestro amor propio.

– ¡Y los niños!, añadió mi madre; de ellos debo hablar sobre todo. Piensa en la triste herencia que te hemos legado, y que tú también te verás en la precisión de legarles á tu vez. Piensa en tus hijas, que crecerán y envejecerán sin encontrar marido, y que tendrás siempre delante de ti como una censura viviente... Te has reído con frecuencia de mi economía, que á veces llega hasta la avaricia, no lo negaré, y es posible que ese continuo pensar en el dinero y los cuidados materiales hayan empequeñecido mi cerebro, como dice tu padre; pero mi corazón es siempre el mismo. En ti pienso, y sobre todo en Juana. ¿Qué será de ella después de nosotros si no se casa, como la mayor parte de las jóvenes?

– Pero madre, ¿no estoy yo aquí?

– ¿Tú?, dijo mi padre. Tú eres bueno y generoso, amas á tu hermana, y tu grito parte del corazón; pero voy á molestarte una vez más, preguntándote: ¿pensarás siempre así?

– ¿Puedes dudarlo?

– Cierta noche que hallábamos de matrimonio, debes recordarlo, tu madre te dijo: «¿Y si Juana no se casa?» «Pues no me casaré tampoco, contestaste tú, y viviremos juntos.» Hoy vienes á pedirme la mano de Magdalena... ¡Oh! No es la idea del matrimonio lo que censuro, porque es natural y merece mi aprobación; mas te ruego que no elijas por esposa á la señorita de Nessey.

– ¿No podría mi hermana vivir con nosotros en la triste eventualidad á que habéis aludido?

– Sí, pero sería una carga, y así se lo haríais comprender... No te indignes... Por buena que sea Magdalena, en ciertos momentos se lo haría sentir, porque una madre piensa ante todo en sus hijos. Sería un padecimiento más para ti, sin contar el de Juana.

Al oir estas advertencias, los sollozos se agolpaban á mi pecho, y no pude retener más tiempo una lágrima, pues no esperaba semejantes revelaciones, aquellas cosas tan sencillas, ante las cuales todo impulso se paralizaba.

– Llora, dijo mi madre mezclando sus lágrimas con las mías; llora, porque ese llanto es saludable.

– Pero Juana se casará, dije yo, tratando de aferrarme á esta esperanza.

– Tal vez, repuso mi padre. No quiero que esta duda te detenga, porque así podría disminuir el amor que profesas á tu hermana. Yo soy ya un viejo cascado, pero gracias á la santa economía de tu madre hemos acabado por realizar prodigios. Si Dios me concede algunos años de vida, Juana estará al abrigo de la necesidad, ya que no sea rica, pues todo será para ella. ¿No es así?

– ¡Oh, padre mío!

– Pero te ruego que renuncies á tu ilusión; después vendrá la calma, y más tarde la alegría.

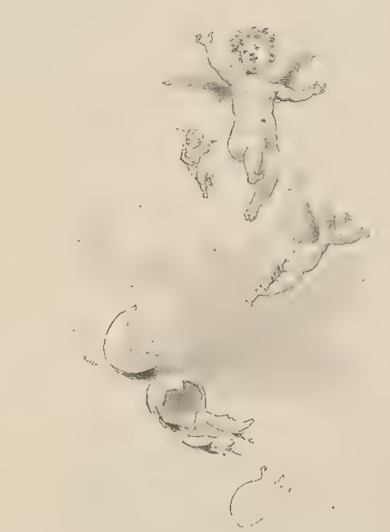
– Ya es demasiado tarde; amo á Magdalena, y se lo he dicho.

– Por su mismo interés debes renunciar; es la mayor prueba de amor que puedes darle. Tú, que tienes más edad, eres quien debe aconsejarla...

– Pero es imposible... no sé cómo decírtelo... ¡La amo tanto! Y ella me corresponde... Si yo estuviera menos seguro de su amor, tal vez tendría fuerza suficiente para sacrificar mi corazón,... pero no el suyo...

– Pues se hace necesario. Vuestro dolor será profundo al principio, pero pasará muy pronto. No contraríes los proyectos del Sr. de Nessey, y ten fe en mi experiencia y mi cariño. Abogo por tu felicidad y la suya... Abrázame, hijo mío, y cree que hubiera querido evitarte este padecimiento. Si yo hubiese sido rico no te le habría causado. Tú nos juzgaste siempre con severidad á tu madre y á mí,... y sin duda nos consideras crueles, sin comprender que nuestro amor nos comunica la fuerza necesaria para martirizarte á ti... y para martirizarnos á nosotros mismos... Piensa que si te casaras con la señorita de Nessey, de aquí á veinticinco años serías tú quien estaría tal vez en mi lugar, allí en aquel sillón, delante de tu hijo; y piensa también lo que tú sufrirías al hablar como yo lo hago, porque seguramente dirías lo mismo... Y ahora, reflexiona de nuevo; juzga con el corazón del esposo, que deseas ser, del padre de familia, que serás, y no del enamorado, que ya eres... ¡Que Dios te aconseje! Y ahora déjanos, reflexiona, y tu decisión será la nuestra.

Mi padre había vuelto la cabeza al hablarme, y observé que él también lloraba. Era la primera vez que veía lágrimas en sus ojos; no pude hacer más que estrecharle la mano sin contestar, y corrí á encerrarme en mi habitación.



Una leyenda rusa pretende que tenemos en el corazón, al nacer, una colección de huevecillos, cada uno de los cuales contiene un amor...

– ¡Oh! ¡Cuántas emociones me agitaban y cuánto sufría en aquel momento!... Tanto que ni siquiera podía pensar. Permanecí abismado en mi dolor, sin poder resolverme á tomar partido alguno... ¡Ay! Mi ensueño, sí, lo había sido, debía desvanecerse bruscamente, desgarrado por las tristes realidades de la vida. Había querido dar el primer paso con resolución para asestar un golpe decisivo, y ¿qué encontraba ante mí? Dos corazones débiles, que se habían abierto lacerándose para desarmar mi brazo. ¡Y el nombre de Juana que habían evocado!... Todas esas ideas de sacrificio y de abnegación que desesperan y que mis padres habían desencadenado contra mí...

A la hora de almorzar no me senté á la mesa más que un instante. La comida fué breve: la tristeza nos embargaba. Ni mi padre ni mi madre ni yo teníamos ganas de hablar, y en vano trató Juana de entablar conversación y de dirigirme algunas palabras de consuelo. Me levanté de la mesa antes que los demás, y mi padre, alargándome otra vez la mano, me dijo:

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CONTADORES HORO-KILOMÉTRICOS PARA COCHES DE PUNTO

(Conclusión)

El contador Santenard se compone de un reloj ordinario que indica la hora exacta y mueve á la vez los mecanismos del contador, de un tambor que mar-

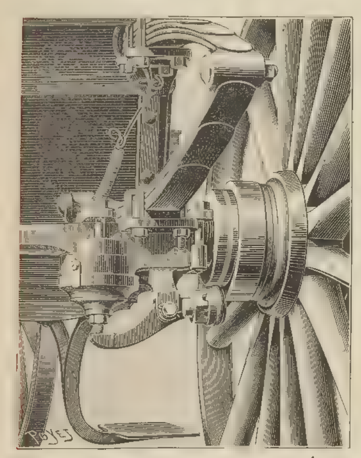


Fig. 1. Contador Santenard. Excéntrico y bomba de glicerina que transmite el movimiento de la rueda al contador propiamente dicho.

ca lo que se ha de pagar, de un sistema indicador del trecho recorrido en kilómetros y hectómetros, de una casilla con las indicaciones *Libre*, *Alquilado*, *Al paso*, de un cilindro registrador que gira con movimiento uniforme y sobre el cual se coloca una hoja de papel en donde se imprime un trazado que indica el camino recorrido, las diferentes velocidades y las sucesivas maniobras del *libre*, *alquilado* y *al paso*, y de un sistema de discos graduados que indican el producto total de la jornada, según el trabajo realizado por el coche. Todos estos órganos son movidos, ora por el reloj del contador, ora por la rueda del carruaje, por medio de transmisiones y de engranajes apropiados á las múltiples funciones que han de desempeñar.

He aquí una descripción sucinta de estos diversos órganos:

Transmisión del camino recorrido por el coche. – El movimiento del coche (fig. 1) se transmite al contador por medio de un excéntrico montado en una rueda que obra sobre una palanca cuyo movimiento se transmite á un pistón compresor de líquido, dispuesto en el contador (fig. 2) para mover las ruedas del precio y del camino recorrido: para evitar la congelación se emplea como líquido la glicerina. Cada vuelta de

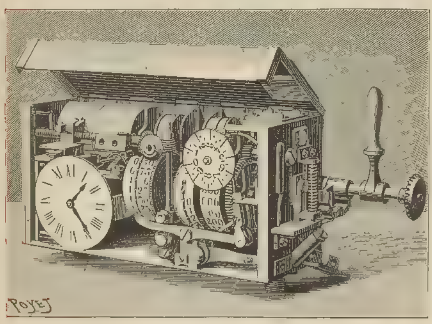


Fig. 2. Vista interior del contador Santenard que presenta el conjunto del mecanismo.

rueda produce un golpe de pistón. La fig. 2 da una idea del conjunto de los mecanismos detallados en las figs. 3, 4, 5 y 6.

Reloj. – No ofrece nada de particular: es un aparato sólido que puede funcionar veinticuatro horas sin pararse y al que se da cuerda cuando el coche vuelve á la cochera después de terminada su jornada.

Llegada y transformación del movimiento del coche en el contador. – El golpe de pistón, antes citado, se transmite á un segundo pistón P² (fig. 3, n.° 2) por medio de un tubo y de un cilindro en el cual se mueve el pistón receptor, y acciona un cuadro metálico O¹ (fig. 5) á cuyos lados verticales hay dos cremalleras *t* y *t'* cuyos dientes obran en sentido inverso y sucesivamente, una en el ascenso y otra en el descenso del pistón, sobre una rueda T á la que imprimen una rotación por intermitencias cuya frecuencia varía según la velocidad del coche. Se tiene, pues, gracias al reloj y á la transmisión del coche dos ejes que giran el uno con velocidad angular uniforme y el otro con velocidad media proporcional á la del coche, siendo el número de vueltas efectuado por éste en un tiempo dado proporcional al camino recorrido en el mismo tiempo.

Tambores indicadores. – Dos tambores cilíndricos con veinticuatro dientes cada uno pueden girar alrededor de un eje horizontal en el que van montados:

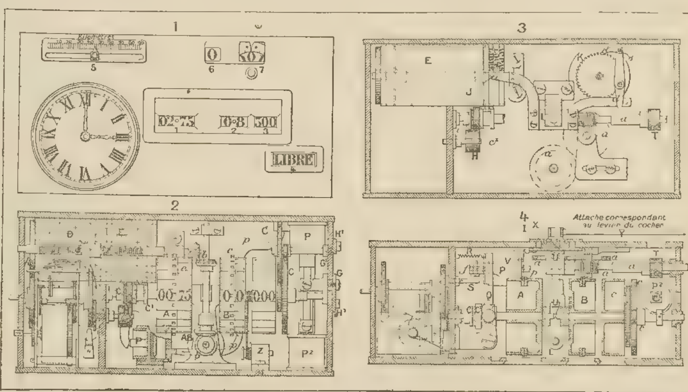


Fig. 3. Detalles del contador horo kilométrico. Parte colocada debajo del asiento del cochero. – Núm. 1. El aparato visto de frente con las diversas indicaciones que el contador da al viajero (1, suma á pagar; 2, camino recorrido en kilómetros; 3, fracción de kilómetro; 4, casilla de la marcha del coche: *libre, al paso, alquilado;* 5, número total de kilómetros recorridos en la jornada; 6, total de sumas percibidas, cifras de las decenas de francos; 7, total de sumas percibidas, francos y cuartos de franco). – Núm. 2. Vista interior del contador: A B. Rueda con tornillo sin fin que recibe su movimiento de la rueda del coche. – A. Tambor de los francos. – P. Pistón de aire que recibe la presión de la bomba P' cuando el coche funciona (marcha al kilómetro). – P² Bomba receptora á glicerina. – B. Tambor de los kilómetros. – D. Cursor que indica el camino recorrido. – H. Engranaje con el reloj. — Núm. 3. Vista del mecanismo registrador: I. Conductor de corredera. – J. Lápiz fijado en *l*. – E. Cilindro registrador. – a, a, a. Engranajes para gobernar los tambores graduados. – Núm. 4. Sección horizontal. Posición del contador en el alquilado, coche en trabajo y marcha al kilómetro: P. Pistón de aire que obra por la palanca *f* sobre la palanca Q de la conmutación C, C'; la rueda C' gira arrastrada por el reloj; la rueda C fijada en el tambor de los francos A gira con el sistema kilométrico. — V vástago cónico rechazado por el plano inclinado X y que separa completamente los tambores del mecanismo de ruedas kilométrico. – V. Válvula abierta en la marcha lenta al paso, que anula el efecto de la bomba de aire, lo cual deja á los tambores engranados con el reloj, sea cual fuere la velocidad del coche, y hace avanzar los tambores A y B á razón de 8 kilómetros por hora. – Y Palanca de maniobra que gobierna la corredera I. – *Dimensiones del contador:* longitud, 30 centímetros; altura, 15; espesor, 12'5.

uno de ellos es para indicar lo que ha de pagar el viajero, y el otro el camino recorrido. A este efecto, cada uno de ellos alza (fig. 6) por medio de dientes practicados en su periferie un ventanillo que se levanta con el diente *e* durante cierto tiempo y vuelve á caer bruscamente cuando el diente lo suelta para ser cogido un instante después por el diente que sigue. Como el tambor arrastra con su propia velocidad las indicaciones de precio y camino recorrido, el ventanillo sólo deja ver á cada momento una sola indicación de precio ó de recorrido kilométrico: con la caída brusca del ventanillo una de las indicaciones deja paso á la siguiente, con lo cual se evitan las discusiones que podrían surgir si en el momento del pago dos indicaciones sucesivas se encontraban *á caballo* en el ventanillo. En la posición de marcha *al paso* el tambor del camino recorrido y el de la suma que ha de pagarse progresan simultáneamente, este último por la acción del reloj con una velocidad tal que pasa ocho dientes por hora correspondiente á la velocidad de ocho kilómetros por hora. Lo mismo sucede con las paradas del coche cuando no hay la señal de *libre*.

Cuando el coche se pone en marcha para una carrera y su velocidad aumenta, los golpes de pistón que corresponden á cada vuelta de rueda se hacen más frecuentes, pero esos golpes accionan para comprimir aire en un cilindro que encierra un pistón cuyo vástago gobierna un sistema especial de engranaje de los tambores con el eje del contador accionado por la rueda del coche. Cuando la velocidad ha llegado á algunos hectómetros por hora, la frecuencia de los golpes de pistón es suficiente para mantener en el cilindro de engranaje una presión tal que pueda engranar con los tambores. Al pararse el coche, el aire comprimido se escapa por un agujerito practicado en la canalización, y el péndulo, engranando con el tambor de las sumas á pagar, lo hace progresar á razón de 2 francos por hora. Al ponerse en marcha el coche el tambor del camino recorrido y el de la suma á pagar avanzan juntos bajo la acción de la rueda del coche y con una velocidad tanto mayor cuanto más de prisa anda el vehículo, al paso que el reloj, independiente ya de los tambores, no mueve más que sus agujas y el cilindro registrador E.

Es de notar que en cuanto se pone la señal de *alquilado*, el tambor de la suma á pagar se pone en movimiento, y que si la marcha efectiva se retrasa por una causa cualquiera, la indicación de la misma progresa por sí sola, mientras que el del camino recorrido continúa en cero hasta el momento en que el coche echa á andar.

Queda, pues, entonces destruída la concordancia de las indicaciones de los dos tambores y la discordancia se acentúa tanto más cuanto más intermitente es la marcha.

Para poner á cero los tambores por la maniobra de la palanca á la posición libre hay un mecanismo cuyo detalle nos obligaría á extendernos demasiado y que está representado en la fig. 6.

Las explicaciones que acompañan las figs. 3, 4, 5 y 6 dan perfecta idea de las funciones de estos diferentes órganos.

Hasta aquí lo que se refiere á los intereses del viajero: en cuanto á los del dueño del carruaje, el contador Santenard los atiende por medio del totalizador de las sumas cobradas durante el día (fig. 4), del totalizador del camino recorrido (fig. 3, núms. 1 y 2) y de las indicaciones de *alquilado*, *libre* y *al paso*. Estas últimas se obtienen mediante un estilete colocado al extremo de la palanca de maniobra de estas tres indicaciones, que se apoya en el cilindro E (fig. 3, n.° 3), trazando en él una línea continua que se inscribe en una de las tres fajas de papel graduado correspondientes á una de las tres posiciones definidas.

Una simple inspección de esta línea en ziszás permite leer fácilmente todas las posiciones tomadas por el estilete y la duración de cada una de ellas, las horas en que se han verificado los cambios y el

tiempo durante el cual ha funcionado el vehículo en cada una de las tres posiciones.

El papel en que todas estas indicaciones quedan registradas, cuidadosamente fechado y conservado, constituye una comprobación auténtica de gran utilidad, que permite atender en justicia á las reclamaciones ulteriores que pudieran formularse y comprobar hasta qué punto son ó no fundadas.

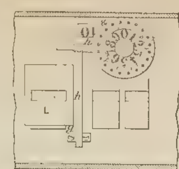
Por una sencilla comparación entre las sumas totales pagadas, el camino total recorrido, las diversas marchas del vehículo á cada instante y las posiciones de la palanca podrá un dueño de carruajes inteligente conocer la historia completa de la jornada de su vehículo. Sabrá, por ejemplo, gracias á la mayor ó menor inclinación de la curva trazada en el cilindro por el totalizador del camino recorrido, si el cochero, halagado por una buena propina, ha llevado el caballo á un paso excesivo; sabrá si el cochero ha abusado inútilmente de la marcha de vacío, marcha favorita de los cocheros en los días de lluvia ó de alguna fiesta cuando quieren escoger á su gusto el viajero ó la carrera que se les propone, etc., etc.

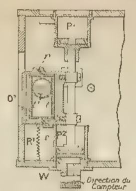
El contador Santenard, según se ve por esas ligeras explicaciones y por los grabados, es un aparato bastante complicado, habiéndose necesitado mucho ingenio y mucha actividad para montar en un espacio tan pequeño tan gran número de órganos distintos, cada uno con funciones propias.

El inventor y los constructores, MM. Lepante, creen sin embargo que será posible simplificarlo reduciendo el número de órganos sin reducir en igual proporción el de las funciones. Tal cual es, el contador horo-kilométrico que hemos descrito ofrece gran interés por ser la primera solución completa del problema planteado por el ayuntamiento de París y el primer aparato que ha recibido una sanción experimental por un funcionamiento continuo desde hace cerca de tres meses en una porción de coches de punto de aquella capital.

X., *ingeniero.*

(De *La Nature*)





Figs. 4 y 5. – Fig. 4. Totalizador de los ingresos del día: L Ventanillo del tambor de los francos que cae sobre el estribo *g* y obra sobre el trinquete *h* por medio de la palanca *h*. – Fig. 5. Gobierno del eje de arrastre de las ruedas A y B por la bomba de glicerina: P^2 Bomba de glicerina. – P^1 Bomba de aire. – *t*, *t'* Cremalleras que atacan sucesivamente la rueda T. – R^1 Muelle de atracción. – W Tapón de rosca en el que se atornilla el tubo procedente de la bomba de glicerina montada en el eje de la rueda.

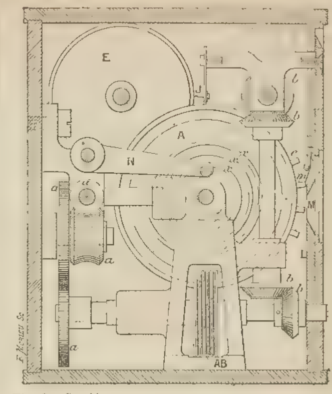


Fig. 6. – Sección transversal del contador que representa el cilindro registrador E, el estilete J y sus engranajes de gobierno *b*; los dientes *e* que accionan sobre la ventana móvil M por el dedo *m* hacen avanzar las indicaciones por fracciones indivisibles de 25 centímetros. – *x* Ranura en espiral donde se mueve el extremo de la palanca N. – G. Palanca que retiene los tambores en su sitio cuando el coche está en *libre* y las indicaciones en cero, á fin de poder totalizar las carreras del día.



LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

Estudios jurídicos, *por Lord Macaulay.* – La reputación universal de que goza esta importantísima obra del gran pensador inglés hace innecesario todo elogio que á la misma pudiéramos dedicar: indispensable para cuantos siguen el progreso de la ciencia del derecho, interesante aun para aquellos que sólo por afición gustan de enterarse de ciertos problemas jurídicos de general aplicación, no dudamos habrá de merecer el favor del público la elegante edición que de ella ha hecho *La España Moderna* para la *Biblioteca de libros escogidos* y que va precedida de un hermoso prólogo escrito por W. E. Gladstone. En este prólogo está trazada de un modo admirable la biografía de Lord Macaulay, estudio tan extenso como concienzudo de la vida y obras del ilustre jurisconsulto inglés. Los dos tomos de que consta la edición que nos ocupa se venden al precio de tres pesetas cada uno en las principales librerías.

Album biográfico dertosense. – La ciudad de Tortosa, que con razón se envanece de contar entre sus hijos ilustres personalidades que han adquirido justa fama en los diferentes ramos del saber humano, ha querido consagrarles un monumento literario que al par que sea tributo de admiración y de cariño perpetúe su recuerdo y sea para las edades futuras archivo valioso de datos interesantes. A este nobilísimo objeto responde el *Album biográfico dertosense*, que edita en aquella ciudad el distinguido publicista D. Obdulio González de los Ríos y cuyo primer tomo acaba de ponerse á la venta.

La publicación constará de tres ó cuatro tomos, vendiéndose el primero á 4 pesetas en la librería de D. Francisco Mestre (calle de la Rosa, número 11, Tortosa) y en Barcelona en la de D. Francisco Puig y Alonso, plaza Nueva, n.° 5.



MEDALLA CONMEMORATIVA DEL 4.° CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA
premiada con accésit por la Academia de San Fernando, proyecto de D. Francisco de Asís López

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 4 de julio de 1892 — Núm. 549

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con uno de los próximos números repartiremos el tomo II de la obra NERÓN, de D. Emilio Castelar

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Zola.—Sus escritos recientes.—*La Débacle*.—Traducción de tal palabra.—Momentos tristísimos en que aparece tal extraordinario libro.—Fúnebres augurios.—Profecías de otro tiempo cumplidas en su sazón correspondiente.—Reproducción de un diálogo sostenido el 12 de septiembre de 1868 en las cercanías de París con una familia imperialista y publicado en los diarios americanos por octubre.—Mis recomendaciones de ahora.—Conclusión.

I

Tengo sobre la mesa el reciente libro de Zola y no hago más que hojearlo. Muy apreciador del relieve puesto por la grande plástica de su estilo á todo cuanto Zola escribe, no puedo conformarme con su doctrina y su manera empeñadas en poner aquellos términos de ascensión sobre la realidad, que se llaman el arte y las letras, por bajo de la realidad misma. Estoy tan de malas con la escuela realista en literatura, como con la escuela positivista en filosofía, como con la escuela utilitaria en moral, como con la escuela socialista en política. Reconozco el mérito de un escritor dotado con tal plasticismo, que pone de bulto á vuestros ojos cuanto quiere describir con pluma semejante á cincel; pero abomino de una escuela que gusta de lo vulgar y de lo bajo. Yo no rechazo el realismo por sus pecados eróticos: los cometen las letras clásicas y se leen todas ellas con placer espiritual y psíquico, los comete Tirso y no chocan; yo rechazo el realismo por sucio. ¿Volveríais á una casa, en la cual os llevaran los dueños en vuestras visitas, no á la biblioteca, no al estrado, al número ciento? Yo creo haber definido los defectos capitales de semejante doctrina literaria, diciendo cuán bien me parece un árbol que convierte los estiércoles de sus raíces en resinas y en aromas y en flores y en mieles, y cuán mal me parecería un árbol que convirtiera las resinas y los aromas y las flores y las mieles de sus ramas en estiércol. Creo al arte tan obligado con la verdad en todo lo real como á la ciencia. Los jardines de Armida, con sus alamedas formadas, no por troncos, por cuerpos, me disgustan: las alamedas deben ser alamedas, y creo esa mentira tan fea como tonta, cual todo aquello que pugna con lo eternamente verdadero. Pero me disgusta la carencia de ideal en la escuela realista semejante á perdurable noche sin estrellas. Conozco yo á maestros en la doctrina, iniciados por su naturaleza ge-



EL BAUTIZO.—LABRADORES DE LA HUERTA DE VALENCIA, cuadro de D. Joaquín Agrasot

nial propia en la escuela, que merecen título de verdaderos escritores, pues rayan donde Zola en materia de frase gráfica. Y con todo este talento, el cual campea en sus obras, al acordarse de que son realistas, pónense á describiros una dulcera llena de moscas en vez de confitura y unos bañistas eructando en sus paseos el carbono de las aguas que toman en sus curas. Cierto día llegué yo á ciudad tan interesante como Vergara, y me fuí á visita de obligación en todo rendido amador, cual yo, de las bellas artes, á ver el *Cristo* de Montañés. Examinad aquel portento de humano cuerpo. En todo cuanto tenemos nosotros de animales, en el esqueleto, la verdad está reproducida con una exactitud implacable; pero en cuanto ha de habérselas con lo espiritual, con la expresión, con el alma, con todo aquello que parte del cerebro, pero que es como superior al cerebro mismo, con el pensamiento, estalla la fulguración de un ideal supremo, al que bien podemos calificar de sobrehumano por divino. Hasta los sistemas, que no encuentran punto fijo ninguno en el universo, arrastrado por el curso de un perdurable movimiento, especie de río sin fondo y sin ribera y sin fuente y sin desagüe, admitiendo, como no pueden menos de admitir, la evolución universal y encadenando los términos de esta evolución unos con otros, llaman al arte y á la ciencia fases hiperorgánicas del gran todo cósmico. No debemos admitir, pues, la estética de Zola por contraria en su idolatría de la verdad á la verdad misma, y sí admirar cuantas obras suyas sean admirables; como no debemos admitir los principios materialistas y ateos del gran poeta romano Lucrecio, sin dejar por ello de poner sobre nuestras cabezas en culto y veneración sin tasa ninguna su maravillosísimo poema.

II

La novela reciente tiene por objeto la última guerra europea, y se llama *la Débacle*, intraducible palabra. En la grande afición de nuestros editores á traducir los libros franceses más mediocres y publicarlos en versiones vulgares é incorrectas, no me sorprende que un gran maestro como Zola vaya *emprentado* ya en lengua castellana por esos mundos de Dios; y me sorprende mucho menos todavía que nadie haya podido dar con el título español correspondiente al título francés. Así, huyendo yo de los calores hoy reinantes y anheloso por el airecillo que mueve la carrera de un tranvía, subí este anochecer al vehículo abierto que corre á cada dos por tres ante mi puerta, y vi sobre un banco el volumen de Zola, editado en Bilbao. Tomélo con el ciego impulso que me arrastra en mis devociones literarias á coger los libros, y vi como habían dejado el título en francés. Aunque la Real Academia Española no admite ni registra el *boulevard*, estamos en la obligación de usarlo todos cuantos creemos imposible ahora escribir sin ciertas palabras desconocidas de nuestros padres, como es imposible comprar y vender sin ciertos valores convencionales antes ignorados; y debemos así observar, en virtud y por obra de tales motivos, como en este nuestro boulevard Serrano aparecía el célebre libro con el mismo nombre de pila que lleva en el boulevard Montmartre. Y han hecho bien los traductores, pues nada muestra cómo se nutren las lenguas del medio circunstante, y se corresponden con la naturaleza y las condiciones del clima y del suelo donde por hábito resuenan, cual esta falta en el Mediodía de una palabra correlativa y correspondiente con la palabra francesa *Débacle*. Deshielo es la primer acepción. Pero ese deshielo español, tan dulce y melodioso en los versos de Garcilaso y de Meléndez, producido por el suave Favonio de una primavera encantadora sobre las manchas de nieves desparramadas por las cumbres de nuestros montes parecidos á celestiales pirámides compuestas por peñas de lapislázuli ó de coral rosa ó de violáceas amatistas, no puede compararse con el deshielo alpestre de Suiza y de Francia, en que montañas titánicas de hielos perdurables, envueltas en espesísimas negras boiras, un día siniestro se desgajan en aludes tonantes con fragoroso estruendo parecido al desquicio de la tierra, y rodando en moles enormes, que todo lo devastan con sus asoladoras caídas bajo la propia pesadumbre abrumadora, esparcen por todas partes la desolación y la muerte. *Débacle* no puede traducirse por los deshielos melodiosos y suaves de la granadina Sierra Nevada ó del puerto erguido en las líneas nortes de nuestro caluroso Madrid. Y me detengo en la palabra del título tanto, y con ella me regodeo, por una razón muy sencilla, por no encontrar argumento más fuerte que oponer á la escuela prosaica y realista que tal metáfora zolesca, cuando la veo tronar contra las imágenes románticas y vejar con el apodo de falacias las maravillosas traslaciones de sentido usadas por Víctor Hugo y por José Zorrilla en sus sublimes versos componentes de una epopeya ciclópea. Quien para darnos idea de la irrupción extraña con todos sus estragos y desastres; para decirnos como han quedado yermos los campos, y ardido las aldeas, y bajado los buitres, y caído millares de cadávares sin sepulturas posibles sobre la tierra fecunda, y epidemiádose los aires con miasmas exterminadores y contrarios á sus combustiones de vida, y roto las playas por doquier en torbellinos de miserias y en diluvios de lágrimas y sangre, atormentando más á los supervivientes vulnerados en sus familias extintas que á los moribundos redimidos con el último espasmo y el último estertor de su agonía; quien para darnos idea de todo esto tiene que apelar á un deshielo en los Alpes, á un derrumbamiento asolador, á un alud terrible, á un huracán henchido por la nieve tempestuosa y á un terremoto causado por los desplomes titánicos, bien puede asegurarse que ha desmentido toda su doctrina y se ha entrado como Pedro por su casa en los más dispares y más violentos y más románticos tropos. La realidad sirve para mucho, para desmentir con su lógica el arbitrario sofisteo de las supersticiones convencionales.

III

Pero dejémonos de letras, y vamos al fondo mismo de la celebrada historia. ¡En cuál momento aparece! Nunca se ha obscurecido en los tres lustros últimos como ahora el cielo europeo. La visita del gran duque Constantino á Nancy, el viaje de los reyes italianos á Potsdam, los siniestros presentimientos expresados por la consumada ciencia de Bismarck, el empeño tenaz en Italia de guardar las carteras á los dos ministros de Guerra y Marina que han aumentado los armamentos y contribuído á la ruina del tesoro; esas maniobras de Rusia, y Austria en los Balkanes, así como de Rusia é Inglaterra en el Afghanistán; la embajada del cónsul británico en Marruecos á Fez, donde pisa regueros de pólvora y amenaza con irreparables catástrofes; la inspección ejercida por Freycinet en todas las fronteras orientales y los discursos dichos por Guillermo II á roso y velloso en toda coyuntura favorable ó no, promueven tal cúmulo de fundadas sospechas y extienden tales sartas de torpedos cargadísimos que á cada minuto Europa ve la máquina celeste desplomándose sobre la cabeza y huyéndosele bajo los pies la tierra en una erupción espantosa de combates gigantescos que nos traigan un radical exterminio y lleguen á extirpar del europeo continente la libertad moderna y hasta la civilización cristiana. Por eso, en trances tan dolorosos como el trance por que ahora pasamos, bajo las amenazas de una catástrofe tan inminente; cuando ninguna clase de conjuros debemos escatimar en el descargo de la nube tonante, cuyos estampidos nos aturden y nos apenan á un mismo tiempo, no basta con describir una guerra en cuadros maravillosos, parecidos á las aguas fuertes de Goya, por lo mucho que se adivina bajo sus difusos y difuminados esbozos; precisa erguirse ante la nación francesa, hipnotizada por la neurosis de su desquite, y detenerla con fuerza en el borde obscuro de un abismo tan sin fondo y tan sin entrañas como ese á cuyas espirales vorágines se acerca la infeliz como empujada por una propensión incontrastable al suicidio. Cuando la escuela realista, en el período en que la guerra última se generaba, en el período extendido entre las fatalidades terribles del año sesenta y seis y las fatalidades terribles del año setenta, iba en la persona de los Goncourts desde los palacios de la emperatriz y de la princesa Matilde á los cafés donde se condensaba entre taza y taza la oposición formidable de Gambetta y de Ferry, pero iba indiferente á todo, buscando emociones que verter á su gráfica lengua y figuras que copiar en sus cartones impresionistas, los llamados retóricos levantábamos la voz y decíamos como necesitaba para salvarse Francia de aquel juicio final, provocado por el cesarismo, recoger en elecciones y en parlamentos soberanos el gobierno de sí misma y pesar por sí las causas de paz y de guerra para no dejarse dirigir por la piedra de una vejiga destrozada ó por la inconsciencia y el capricho de una señora histérica.

IV

La espada de Francia, decía yo el 12 de septiembre, año 1868, á célebre familia imperialista, una fuerza material, no sirve de nada contra tantas fuerzas materiales. Imposible que reproduzcáis la epopeya guerrera del primer imperio, al cabo rematada por una catástrofe, por Waterloo. La precisión y la fuerza de las máquinas de guerra han imposibilitado las inspiraciones del genio. Tantos contra uno pueden aniquilarlo. Pero aún os queda un recurso, la fuerza moral: romped la espada é invocad el derecho. Entonces volveréis á ser la nación iniciadora del progreso, el pueblo redentor, el genio de la filosofía; y con el viento que vuestra bandera agite se caerán las coronas de vuestros enemigos, y cada paso que dé Francia resonará como un golpe mortal en la base de los tronos. Entonces veréis cómo los reyes no pueden declararos la guerra. Pero todo eso á costa, me decían ellos, de proclamar la República, ¡jamás!; la República que nos desarmaría, ¡jamás, jamás! Venga la guerra contra todos y contra todo: que tenemos fe viva en los destinos del imperio. ¡Sonad, sonad la trompa guerrera!, les decía yo. El mundo político europeo, amenazado por la guerra, me parece como aquel gigantesco sueño de Byron, en que el sol se ha ido, las estrellas se han apagado, el día ha muerto, el planeta rueda como un yerto cadáver en los espacios, cosido dentro de un saco de tinieblas; y los hombres queman sus bosques, sus pueblos, sus riquezas para iluminarse, hasta que todo consumido, todo devorado por el frío, dos eternos enemigos, palpando en la obscuridad, encuentran las cenizas medio apagadas de un altar, soplando su rescoldo lo avivan, y al mortecino resplandor se ven, y expiran de rabia, leyendo cada cual mutuamente y en su pálida y demacrada cara esta siniestra palabra: ¡Maldito, maldito! Como entonces gritábamos: ¡República!; y cuando nos oyeron, á los dos años, el cuatro de septiembre, ya era tarde; gritemos con clamor intensísimo en este momento: ¡Paz, paz, siempre paz!

29 de junio de 1892

JOAQUIN AGRASOT

Y LA ESCUELA PICTÓRICA MODERNA

España, la patria en donde han visto la luz los más grandes pintores del mundo, la que con Italia compartió un día el reinado del arte serio y noble, ha debido apurar la amargura de la decepción y del desengaño ante las brillantes manifestaciones artísticas de otros Estados, antes obscurecidos, en el gran concurso universal celebrado por la antigua Lutecia para conmemorar el triunfo de los ideales que han cambiado la forma constitutiva de las naciones y señalado las aspiraciones de los pueblos modernos.

Y téngase en cuenta que en España no estamos faltos, por fortuna, de artistas de clarísimo ingenio, dotados de especialísimas cualidades que les colocan en condiciones favorables para sentir é interpretar el verdadero arte; es que por desgracia, los más han dirigido con incierto rumbo sus frágiles naves, hallando sólo escollos, dudas y vacilaciones. Cada época reclama de todas las manifestaciones del hombre su genuina y gráfica representación, y preciso es convenir que durante un largo período que pudiéramos llamar de transición, los pintores no han parado mientes en ello y han dejado que los pinceles mancharan el lienzo, cual si obraran impulsados por un mecanismo, faltos de la poderosa fuerza interpretativa de la inspiración. Nuestros artistas no recordaron que ellos, como todos los que emplean las fuerzas activas de su inteligencia en la producción de obras destinadas á la posteridad y á servir de medio para manifestar la cultura y el adelanto de su época, debían pintar para la historia, y que el fútil empeño de lucir dotes de dibujante y colorista, dando muestras de habilidosa labor, no podía servir para cifrar el concepto y las aspiraciones del arte moderno.

La incierta corriente ha arrastrado durante algunos años á privilegiadas inteligencias, y es tan innegable esta afirmación, que basta recordar los extremos que se han tocado, ya que hemos visto desvirtuada la verdad histórica por el completo desconocimiento de las épocas ó vulgarizándose con el pataleo de las flamencas, reuniéndose con las crudezas del más duro naturalismo, ó bien produciéndose cuadros con fondos grises y abetunados, con tipos reales, pero antipáticos.

Con esto no queremos significar que seamos enemigos de la pintura histórica ó religiosa, por más que creamos que la de género y costumbres sean las que se hallan más en armonía con las aspiraciones y corrientes que distinguen á la presente época. La humanidad tiene, hoy como ayer, vicios y virtudes, días de gloria y períodos de prueba, rasgos de sublime abnegación y de repugnante egoísmo, sin que para representarlos el artista deba acudir á las nebulosas páginas de la historia de los tiempos medios, puesto que si el señor feudal, la castellana, el trovador y el siervo interesan su fantasía y cautivan su imaginación, el hombre de hoy tiene ante la historia, ante la religión y la familia, ante la sociedad y la vida común de los pueblos más derechos quizá á sus simpatías, puesto que sus triunfos se basan en

más nobles elementos y los resultados de los esfuerzos de la inteligencia y del trabajo, logran de las ciencias y de las artes indiscutibles beneficios que disfrutan sus semejantes.

La pintura moderna apóyase sólidamente en la filosofía y psicología sociales, que facilitan el práctico conocimiento de la vida y cultivan el espíritu, conduciéndole á la concepción de grandes y nobles empresas, llenando el artista la interesante misión de analizar el espíritu social y los dramas íntimos, nuevos y complicadísimos, que conmueven hoy á la sociedad.

El resultado que el arte pictórico español logró en la última Exposición Universal de París patentiza la exactitud de nuestras apreciaciones. Y si bien es cierto que la evolución estaba ya iniciada y que el renacimiento artístico había ya producido brillantes manifestaciones, preciso es que algunos tengan en cuenta que el magnate, el monarca, el pontífice, el guerrero ó el diplomático nada significan en su personalidad analizados en el crisol de la crítica, y que el objeto del arte moderno exige el estudio psicológico y filosófico para conocer la importancia de los hechos y de los acontecimientos.

Verdad es que para cultivar con provecho esta clase de pintura, debe poseerse sólida educación estética é histórica, y saber distinguir, tanto lo que afecta al temperamento como lo que hiere al espíritu, y apreciar asimismo la distancia que media entre lo que se ve y lo que sólo se adivina. La escuela, aunque moderna, no es nueva, ya que ha tenido en otras épocas espléndidas manifestaciones y entusiastas prosélitos. Por el medio plástico y la palabra escrita hanse reproducido obras tan admirables, que al sintetizar cada época nos dan á conocer sus vicios y virtudes, revelándonos las sociedades que fueron. Y lo mismo Horacio que Cicerón, Rafael que el Ticiano, Dante y Bocaccio, Rubens y Teniers, Calderón y Tirso, Velázquez y Goya, es decir, todos los que figuran como astros de primera magnitud en el purísimo cielo de la inteligencia, pintaron ó describieron su tiempo por medio de brillantes cuadros saturados del espíritu de su época.

El camino estaba ya trazado cuando Goya produjo sus inimitables obras, genuinamente españolas, y la escuela se halla bien determinada, cuando entre sus entusiastas é inteligentes adeptos figuran nombres tan distinguidos como los de Becquer, Ruy-Pérez, Fortuny, Zamacois, Rico, Jiménez, Ribera, Galofre, Mas, Llimona, Ramos y otros más, que desechando la morralla flamenca, han producido obras dignas de encomio por su espíritu, por su belleza y la verdad de la forma.

FLORISTA VALENCIANA, cuadro de D. Joaquín Agrasot

A este grupo pertenece Joaquín Agrasot y este género de pintura es el que ha cultivado desde que dió sus primeros pasos en el camino del arte. A sus bellísimas composiciones, á sus sencillas notas de color que tan visible sello tienen de modernismo, debe la justa reputación de que goza entre los inteligentes y *amateurs*. Aun en Roma, en donde permaneció algunos años, precisamente los mismos que Fortuny, de quien fué predilecto y cariñoso amigo, supo evitar el contagio del amaneramiento y emprendió la forma agradable y simpática que marcara el carácter de esta época, y que otros pintores distinguidos en Francia, Bélgica, etc., han cultivado después con tanto aprovechamiento. De nada servían entonces los esfuerzos de Rosales para conseguir conmover é interesar dando formas á las elevadas ideas que bullían en su mente, ni los de Fortuny logrando realizar maravillas en la reproducción de la naturaleza y en las combinaciones de luz y colores, hasta el extremo de fascinar con sus creaciones, ya que la mayor parte de los que constituían entonces la colonia artística romana, reñidos con la verdadera pintura histórica y con el verdadero misticismo religioso, y no presintiendo la laboriosa evolución que había de producir el modernismo y con él la pintura de género, derrochaban lastimosamente su ingenio y malograban sus aptitudes pintando flamencas y toreros estudiados en *modelos*, convertidos en desgarbadas comparsas por su teatral atrezo y falta de carácter. Ya hemos dicho que Agrasot supo sustraerse de tan pernicioso contagio, y después de haber recogido en Roma las enseñanzas que podían prestarle, en el



UNA OBRA DE MISERICORDIA, cuadro de D. Joaquín Agrasot

ocaso de su vida, los que fueron astros de primera magnitud en el mundo del arte, trasladóse á París, en donde pudo impregnar su espíritu del puro ambiente de los modernos conceptos del arte, que presentía y anhelaba manifestar.

Aunque suponemos en Agrasot, ya desde sus primeros años, especiales condiciones para el arte, creemos justo consignar que éstas se han solidado por efecto del continuo estudio. Exigente consigo



EL PINTOR D. JOAQUÍN AGRASOT

mismo, no ha permitido la exposición de una de sus obras sin haber vencido todas las dificultades que le hayan opuesto la línea ó el colorido. La mayoría de sus cuadros representan luchas, investigaciones; porque aparte de la concepción y desarrollo del asunto, plácese, ajustándose á las reglas artísticas de la estética y el arte, en vencer los escollos que los tonos, al combinarlos, pueden ofrecerle. Agréguese á esta, que pudiéramos llamar cualidad, la de observar en todas, absolutamente todas sus composiciones, la mayor corrección en el dibujo; circunstancia que no poseen la mayoría de los pintores, aun los que se distinguen como coloristas, y se comprenderá el buen concepto de que goza y la estima en que se tienen sus cuadros.

Si Agrasot no se hubiera ya dado á conocer en Roma como artista modernísimo y cultivador de la pintura de género, podríamos decir que es un alicantino extranjerizado. Pero el pintor nos pertenece, es español, aun en los cuadros en que representa escenas y tipos no vulgarizados todavía en nuestra patria, porque sobre las filigranas del color y la elegancia de la factura, que armoniza con la fidelidad de la reproducción, se destaca la viveza, el calor, el sentimiento que sólo se halla en la tierra española, en donde el cielo brilla más, el sol ilumina con más fuerza y la naturaleza toda sonríe.

Discípulo de la Escuela de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, en la que ingresó en 1857, dióse pronto á conocer, siendo pensionado en Roma por la Diputación de Alicante, su provincia. En la ciudad Eterna pintó la *Lavandera napolitana* y la *Escuela de aldea*, que fueron premiados en la Exposición de 1864 y adquiridos por el Estado, figurando el primero en el Museo del Prado y el segundo en la Academia de Bellas Artes de Barcelona. A este triunfo siguió el que obtuvo en el concurso de 1867 por su bellísimo lienzo, titulado *Las dos amigas*, adquirido asimismo por el Estado. De esta época datan los cuadros de caballete y las bonitas acuarelas que figuran en las colecciones de París, Berlín, Londres y Nueva York. El fallecimiento de su cariñoso amigo Fortuny determinó su regreso á España, en donde debía recoger nuevos lauros por su cuadro *Muerte del marqués del Duero*, premiado en la Exposición de 1884 y adquirido por el Senado. Otra recompensa alcanzó por su *Entrada del emperador Carlos V en Yuste*, que también fué adquirido para el Museo Nacional.

Historias de taller, *Montañesa de León* y *El bautizo* son sus últimas producciones, premiadas también en las Exposiciones Nacional y en la de Bellas Artes de Barcelona.

Tal es este campeón del arte moderno español, y tales las manifestaciones de su ingenio. Si logra hallar imitadores, podrá caberle la gloria, á pesar de su modestia, de haber ejercido un influjo en el arte pictórico español y marcado segura senda por donde enderezar sus pasos á los que no pueden todavía orientarse. Mas sea cual fuere el resultado de sus laudables esfuerzos, el nombre de Joaquín Agrasot figurará siempre entre el de los artistas distinguidos, honra de las artes patrias.

A. GARCÍA LLANSÓ

ESO DE LOS MOLDES

(Correspondencia particular.)

Sr. D. G. Bó y Singla

Barcelona

Queridísimo amigo y compañero mío (no agrego *y correligionario*, porque se ha convenido en que las *Ilustraciones* no tienen carácter político): Por si usted conoce y trata, como creo, al articulista que firma sus escritos con el seudónimo *Agni*, escribo esta carta, la cual, aunque remitida á usted, va destinada á él, para contestar á varias preguntas que en un artículo, titulado *De mi cartera* é inserto en el número 22 del periódico *El Viajero*, el ya mencionado *Agni* me ha dirigido.

Sería yo muy desagradecido y cometería delito de lesa buena crianza si no comenzara esta réplica, ó lo que fuere, dando gracias á mi compañero en la prensa *Agni* por la benevolencia con que me trata; benevolencia tan excesiva que realmente me abruma y que me deja, de todo en todo, imposibilitado para corresponder á ella como ella merece; conste que le quedo obligado y reconocido, y que no le digo más sobre esto, porque no encuentro frases que expresen completamente mi agradecimiento.

Y orillada (que no saldada, pues me declaro insolvente para pagarla), orillada previamente, digo, esa deuda de gratitud, procuraré desvanecer algunas dudas que *Agni* expone en la segunda parte del artículo, en que el colaborador de *El Viajero* analiza otro que publiqué no ha mucho tiempo en *El Imparcial.*

Quiero, sin embargo, advertir á mi indulgentísimo comentarista que no soy enemigo de ninguna escuela literaria, absolutamente de ninguna; todas me parecen aceptables, todas me parecen buenas, si bien algunas no me parecen escuelas; pero el que yo las niegue ese carácter no significa que sea enemigo suyo, ni que sus aspiraciones me disgusten ó sus tendencias me desagraden.

Decía yo, en el artículo á que *Agni* se refiere: que el *Teatro Español* no se halla en decadencia; que no había necesidad de romper sus antiguos moldes, ¿para qué romper nada?, y que con los antiguos bastaba, porque en ellos cabían perfectamente obras de autores tan diversos en sus trabajos como Echegaray y Vital Aza, Sellés y Ramos Carrión, Cano y Burgos, Tamayo y Luceño, etc., y á esto, que *Agni* acepta como principio general, pone mi buen amigo (y le llamo amigo porque como amigo y muy amigo me trata) el siguiente reparo:

«¿No puede formar nueva escuela una producción que engalanada en buenas formas literarias, establezca, por ejemplo, el principio de que los hijos todos son legítimos y sólo los padres pueden ser ilegales? ¿Una obra que sea una sátira contra los vicios de la moderna sociedad, hasta ahora respetados y consentidos? Las obras que tienen su tesis social ó política (según los casos), ¿son confundibles con cualquiera que trate de costumbres ó de amor? O más claro: cuando el progreso moderno establece en el teatro, *púlpito de la verdad*, según Moratín, cátedra de nuevos principios, ¿no forma eso escuela modernista, realista, naturalista, ó como se llame, apartada de la vulgaridad de las otras?»

A mi modo de ver, el dramaturgo que pretendiese demostrar (ó el que lo ha pretendido, porque eso ya se ha hecho) que todos los hijos son legítimos y solamente pueden ser ilegítimos los padres, no crearía una escuela nueva, ni fabricaría moldes nuevos, ni descubriría novísimos horizontes... Haría un drama bueno, ó mediano, ó malo, dentro de los moldes antiguos; esos moldes que sirvieron á Shakespeare para dar forma á su *Hámlet* y á su *Rey Lear* y se lo pudieron dar á D. Eleuterio Crispín de Andorra para sacar á luz *El gran cerco de Viena.* Una obra que sea una sátira contra los vicios de la moderna sociedad hasta ahora respetados y consentidos, como dice *Agni*, no vendría á revelarnos nada nuevo, sino á darnos un drama bueno, si era bueno; malo, si era malo, y en que el autor haría exactamente lo mismo que otros muchos antes que él habían hecho. Ni tampoco es exacto que los vicios de la actual sociedad estén respetados y consentidos; sátiras contra las costumbres de la actual sociedad son casi todas las comedias de nuestros autores contemporáneos.

¿Qué es si no *El tanto por ciento*, de Adelardo Ayala? ¿Qué son *Las circunstancias*, *La levita*, *La lengua*, *Las personas decentes*, de Gaspar? ¿Qué son *La moderna idolatría* y *La opinión pública* y *La trata de blancos*, de Cano? ¿Qué *El nudo gordiano*, *Las esculturas de carne*, *Las Vengadoras*, *La vida pública*, de Sellés? ¿Qué son *El archimillonario* y *El pródigo*, de Novo? ¿Qué son *Vivir en grande* y *Sin familia*, de Miguel Echegaray? ¿Y qué son *Los ídolos de barro*, de Jacobo Salas; *De carne y hueso*, de Colorado, y *La Carmañola*, de Nocedal?

Pues son sátiras contra las costumbres actuales; sátiras que han dado por resultado trabajos mejores ó peores, como obras dramáticas; pero ningún molde nuevo, ninguna aspiración desconocida; *El sí de las niñas*, de Moratín, era ya una sátira contra las costumbres *contemporáneas* (contemporáneas del autor); *El café*, no digamos; y ¿á qué detenernos en época tan cercana? ¿Qué fué el teatro de Aristófanes sino eso precisamente?; lo que hacen ahora, *mutatis mutandis*, los autores de revistillas políticas, que de tanta y tan justificada aceptación gozan.

Pero dice mi querido compañero *Agni:*

«Ya sé que, según algunos, eso son cosas secundarias; pero si agitamos las pasiones humanas, si discutimos problemas y presentamos soluciones, justo es que el sentido, no ya de los críticos y escritores todos, sino el del público, evolucione hacia este sentimiento que anhelamos sea común. Opino que es hora que al lado de la belleza se busque la verdad, y eso si no es una realidad viviente, sea al menos aspiración de autores dramáticos y críticos.»

Vamos por partes: mi opinión es que el *arte* y la *ciencia* deben marchar por caminos diferentes, pero que conserven entre sí constante paralelismo. El arte aspira á la belleza y hacia ella va; la ciencia tiende á la verdad y en esa dirección marcha; la moral busca el bien y en su persecución camina; los senderos por



RETIRADA FORZOSA, cuadro de D. Joaquín Agrasot



HISTORIAS DE TALLER, dibujo al carbón de D. Joaquín Agrasot

donde la ciencia, el arte y la moral andan, adelantando siempre, en pos de sus ideales respectivos, son, como he dicho, distintos, pero paralelos; podrán encontrarse donde las líneas paralelas se encuentren, allá en el infinito, donde se hallan realizados el sumo bien, la verdad absoluta, la suprema belleza; pero no pueden encontrarse antes. Acaso el arte va con más prisa que sus compañeros de viaje y anticipa ideas vagas á la ciencia, pero no es la ciencia. Claro que el arte no puede, si ha de ser arte humano, contrariar la tendencia al bien ni la aspiración á la verdad; pero su dominio, su jurisdicción, es la belleza.

Pensando así, está dicho que no me parece sitio adecuado aquel marco de bastidores y de bambalinas para resolver arduos problemas, ni para controvertir filosóficas tesis. La índole especialísima de los públicos á quienes van dirigidas las obras teatrales no permitiría tampoco esas literaturas *docentes*.

Pero dentro de los límites del arte, ¿qué hay de nuevo en que el autor dramático se inspire en lo moderno, en lo que tiene á su alrededor, en el medio en que vive? ¡Pues si eso han hecho todos los dramaturgos que en el mundo han sido! Los autores de nuestro teatro clásico pintaron la sociedad de su tiempo; los de ahora pintan la suya, y cuando se apartan de ese camino, suelen presentar personajes históricos que se parecen mucho á los socios de nuestros casinos ó á los oradores de nuestros Ateneos.

El teatro, más que otra manifestación del arte, vive de la actualidad, del medio en que se mueve, de la sociedad que en él ha de verse retratada; pero eso, eso no es invención de ahora, ni puede serlo; eso es lo que ha sido el teatro desde que nació, lo que será hasta que desaparezca.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

SECCIÓN AMERICANA

TIPOS PORTORRIQUEÑOS

EL ADIVINO

Apenas quedan ya en el país ejemplares auténticos de este curioso tipo, y puede ser que los portorriqueños de la nueva era no le conozcan ni acaso le hayan oído nombrar; pero tiene su fe de vida en la tradición y en la memoria de las gentes ya maduras, y no carece de rasgos característicos que le dan derecho á figurar en mi galería de cuadros de costumbres.

Tuvo el tal sus ascendientes, como todo hijo de vecino, y á su vez se ha ido transformando poco á poco, siguiendo las eternas leyes de la evolución y cediendo á las exigencias progresivas del medio social. Procede en línea más ó menos recta del gitano y del truhán andaluz, y acaso no esté muy exento del espíritu fantaseador y sibilítico de la raza india. Vino más tarde la superstición africana á facilitar el desarrollo de este tipo, fomentando la creencia en brujos y hechicerías, y no necesitó más el adivino para crecer, multiplicarse y adquirir fama en los pueblos del interior.

En el primer tercio del presente siglo estaban todavía muy en boga los adivinadores en varias comarcas portorriqueñas.

Cangrejos y Loiza llegaron á gozar de mucha nombradía por el número y calidad de sus oráculos vivientes. Hoy sólo quedan dos ó tres en estas últimas poblaciones, y aun con ellos hay de sobra para las escasas consultas que les dirigen la ignorancia y la estupidez.

Derivaciones y variantes progresivas de tales brujos son el *santiguador*, el *curandero*, el *tesorero* ó buscador de tesoros enterrados, el *billetero profeta*, el *ojeador*, que hace ó cura mal de ojos, y otros tipos de la misma índole, que también van muy cuesta abajo entre nosotros desde que el periódico circula hasta por los distritos montañosos menos frecuentados y va ejerciendo su influjo incontrastable la enseñanza popular.



RECUERDO DE VENECIA, dibujo al lápiz de D. Joaquín Agrasot

El adivino á que me refiero tenía ciertas afinidades con el brujo y con toda su parentela, pero no llegó nunca á confundirse con él. Conservaba rasgos distintivos, originales, y vivía en una sociedad más *elevada* geográficamente; se le hallaba por lo general en los barrios y pueblecillos de la altura.

Era casi siempre *jíbaro* puro, de tez clara entre amarillosa y cetrina, flaco y ágil de cuerpo, ingenioso y agudo por naturaleza, observador sagacísimo y disimulado, muy dúctil de carácter y bastante vivo de imaginación.

Tenía en todo esto grandes ventajas sobre el brujo de la costa (generalmente de raza etíope), y era también más zalamero y astuto.

Afectaba en sus actos una modestia y humildad casi rayanas en la abyección.

Se hacía el bobo para que resultara más admirable y sobrenatural el don que le atribuían de adivinador. Lo veía todo sin que al parecer se fijase en nada; se introducía en todas partes y atisbaba por todas las rendijas, aparentando siempre la mayor indiferencia, y se le hallaba á todas horas y por todas partes, mirando hacia el suelo ó hacia arriba, como un sonámbulo abstraído é indiferente al mundo que le rodea.

A veces movía los labios como si hablase con algún ser invisible, para mejor embaucar á sus clientes ó convecinos.

Con tales disposiciones y medios de acción, no podía menos de adquirir bien pronto entre ellos fama de adivinador. Casi *todo se sabe* en las poblaciones pequeñas, por causa de su propia pequeñez y de la falta de novedades que reclamen y distraigan constantemente la atención de sus habitantes. Pero si en uno de esos mismos vecinos se reunen la curiosidad viva y persistente de la mujer, la libertad del hombre, la ligereza del niño y la ociosidad é independencia del vago, podrá llegar á saberlo todo, sin *casi*, ó por lo menos llevará gran ventaja á los mejor enterados.

Añádase á esto que el adivino tiene además vocación decidida y mucho empeño en aumentar una fama que se traduce á lo mejor en moneda contante, y que su posición humildísima le permite observar con ventaja, observar sin que vean que observa, sin que se recaten de él, así como el que mira impunemente, desde la obscuridad ó la penumbra, á los que se agitan descuidados en plena luz.

Estaba, por consiguiente, muy al cabo de todo lo que acontecía en el pueblo, y en condiciones de contestar á todo lo que le preguntasen acerca de la vida íntima y secreta, de los actos, de las palabras y hasta de los pensamientos de la vecindad.

Las mujeres sabían por él todos los devaneos de sus novios ó maridos; á éstos les informaba sobre la fidelidad de sus prometidas ó consortes, y daba explicaciones y vaticinios acerca de los misterios locales, unas veces con aplomo y á ciencia cierta, otras con ambiguedades de pitonisa, pero siempre en tono profético y como quien ignora todo lo que pasa en torno suyo y recibe de lo alto la inspiración de lo que dice.

Nunca citaba nombres propios para no comprometerse y para que así resaltara más lo extraño y maravilloso de su poder. Cuando tenía que referirse á una tercera persona en sus consultas, solía emplear perífrasis ó medios muy adecuados al ejercicio de la nigromancia.

– Revélame ahora mismo, le decía un amante celoso, el nombre de ese que tú dices que ronda mi calle y manda papelitos á Brígida.

– Yo no sé su gracia, *don*. No tengo *traquilidá* con la gente grande. Nunca le vi, no *arreparo* en *na* de la tierra... ¡Un rayo me *jundal*... Pero usted lo va á ver ahorita.

Y llenaba de agua un *coco* negro, de ancha boca, y lo ponía delante de los ojos de su cliente.

– Míralo ahí.

– No veo nada.

– Pues yo lo veo clarito, como en un espejo.

– ¿A quién ves?

– A ese hombre... Ahí en el coco. Tiene la barba *asina*, *separá* en dos *filachas*, una aquí y otra acá, salvo la parte (señalando los lados de la cara); las narices grandes, los *lesos* un poco gordos; en la frente, á mano derecha, un bultito *colorao*, como un grano de *achote;* el *panamá* fino y *virao*, el *jumaso prendío*, el *tricual*...

– ¡Ya sé quién es!...

– *Cudiao* con un *diquivoque*, señor.

– No, no; es el mismo.

– Yo no conozco á *naide*, ni sé *na*. Digo lo que está en el coco. Espérese un poquito... Los ojos *acarapachaos* y saltones; el paraguas de cuadritos...

– ¡Basta, hombre, no digas más! Toma (dándole dinero) y que nadie sepa...

– Gracias, *don*. Yo no sé *na*, ni digo, ni *dentro*, ni salgo... ¡Allá el coco! Si usted quiere *bebelse* el agua...

– ¡Vete al diablo!

– Él lo acompañe.

***

Y por este mismo tenor eran siempre sus informaciones. Nunca denunciaba á nadie nominalmente; fingía ver en el coco lleno de agua la figura de la persona á quien quería designar, y la iba describiendo punto por punto hasta que no quedara duda en el ánimo de su interlocutor, protestando siempre no saber nada, no conocer á nadie, no haber visto cosa alguna. De este modo hacía más admirable y patente cada día su facultad de adivino; en todo caso quedaba exento de responsabilidad. No sabía nada, no había visto á *naide*, no conocía á la gente más que *pa servirla*, no *dentraba* ni salía... ¡Allá el coco! El agua en donde él veía todo aquello estaba limpia, cualquiera podía beberla; él mismo la había traído de la *crebá*..

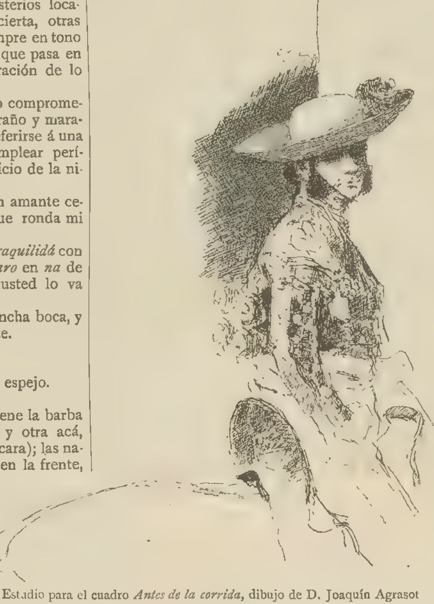
Cuando se le interrogaba sobre algo que él no sabía, pero que le era fácil averiguar, daba largas á la contestación con especiosos pretextos y estudiadas reticencias que avivaban la curiosidad y la admiración del cliente, mientras él, el adivino, husmeaba y adquiría la certeza más ó menos relativa de lo que deseaba saber.

Contaba con auxiliares eficacísimos, mujercillas chismosas principalmente, que le ayudadan sin saberlo, con su murmuración, á descubrir los secretos domiciliarios de la vecindad.

Pero estas adivinaciones de carácter doméstico y personal sólo constituían una de las diversas fases de su oficio. El más pingüe negocio del adivino consistía en *adivinar* en dónde estaban los cerdos, caballos, reses vacunas, alhajas y hasta niños pequeños que se desaparecían. ¡En esto solía ser infalible su gracia profética!

Muy rara vez se cuidaban ya en el pueblo de buscar el ganado ni las demás cosas que desaparecían. Aquello era una especie de contribución á la que estaban sujetos los vecinos del contorno; unos porque creían verdaderamente en el poder sobrenatural del adivino, y los más escépticos por evitarse la molestia de andar buscando lo que á muy poca costa podían obtener por medio del adivino.

Era éste muy moderado en el cobro de consultas, y con frecuencia se conformaba con uno ó dos pesos por cada caballo ó res vacuna cuyo paradero adivinaba. Por las joyas ú objetos importantes cobraba en proporción al precio, pero modestamente. Por dar noticias de niños que se perdían no cobraba nada, pero los padres le demostraban su reconocimiento con regalos que superaban casi siempre el precio de la adivinación. ¡A bien que muy raras veces desaparecía un niño que no fuese hijo de padres poseedores de algún caudal!



Estudio para el cuadro *Antes de la corrida*, dibujo de D. Joaquín Agrasot

Pero no se recordaba nunca el caso de que niños, reses ni objetos preciosos que desaparecían por intervención de nuestro tipo, sufriesen daño ó perjuicio de ninguna clase, ni que dejaran de aparecer al fin y al cabo, en una ú otra forma. No era, pues, un malvado el adivino; era más bien un vividor alegre, un bohemio de la nigromancia cuca, una deliciosa mezcla de indio, de gitano y de truhán andaluz.

En clase de parásito era de lo más original y llevadero que podía darse.

¡Cuánto más pesados, insaciables y *sangrigordos* son los parásitos de ahora!

Pero no nos metamos en honduras.

***

Uno de los últimos ejemplares de este tipo ejercía sus funciones en Cayey allá por el año 1848.

Gobernaba entonces á esta isla el general Prim, que más tarde influyó poderosamente en la transformación política de España, y había empezado á visitar los pueblos con el propósito de oir sus quejas y estudiar sus necesidades. Estas visitas eran entonces mucho más penosas que hoy en aquella parte de la isla, porque no se había construído aún la carretera central. Los viajes no podían hacerse en coche, como ahora, y el general Prim llevaba siempre en sus expediciones un hermoso caballo de su propiedad, probablemente su caballo de combate, que pocos años después le auxilió tanto en la jornada inmortal de los Castillejos.

Llegó Prim á Cayey cuando ya estaba próxima la noche, y después de los repiques de campana, el *Te-Deum*, la formación de las milicias y demás ceremonias del rito colonial, todavía vigente, cambió algunas palabras, muy pocas, con las autoridades y comisiones que acudieron á cumplimentarle, comió con regular apetito, asistió con aire displicente á un bailecillo que habían organizado para festejarle, y cerca de las once dió por conocido el pueblo y sus necesidades, disponiéndose á continuar el viaje al amanecer del día siguiente.

Apenas los pitirres y demás pajarillos de la campiña habían empezado á silbar, como si se mofasen de aquel sistema de visitas (que no ha variado gran cosa desde la época del general Prim), cuando se despertó Su Excelencia y dió inmediatamente las órdenes para emprender la marcha.

Poco después llegó el alcalde muy azorado.

– ¡Mi general!...

– ¿Qué ocurre?

– Que no parece el caballo de vuecencia.

– ¡Cómo! ¿Qué es lo que dice?... gritó el general con voz algo alterada por la sorpresa y el mal humor.

– Le andan buscando, añadió tímidamente el alcalde, y creo que darán con él. El secretario y dos guardias salieron con sogas hacia el río. La junta municipal anda por el cerro.

El general, ya impaciente, dió un violento manoplazo sobre la mesa en donde acababan de servirle el café; lanzó un terno de caballería, que hizo ruborizar á la alcaldesa, y se dirigió nuevamente á la autoridad local con voz más desentonada:

– Pero usted ¿no dijo anoche que el caballo estaba seguro?

– Sí... mi general... lo estaba... con perdón de vuecencia, tartamudeó el alcalde. Yo mismo lo amarré en el pasto, que tiene la cerca de *espeques*, *maya* y *cundiamor*. No podía salirse. El portillo amaneció cerrado... Allí está la estaca limpia y fuerte...

– Pues pronto hará falta aquí, si no parece el caballo en seguida, rugió el general trémulo de ira, buscando algo contundente y duro que apretar entre sus crispadas manos. Llegó en este momento el síndico, un anciano regordete, de estatura corta y de mirada perspicaz; le dijo el alcalde algunas palabras á media voz; se dió éste una palmada en la frente; hizo llamar á un urbano, con el que habló breves instantes, y quedóse después un poco más tranquilo, aunque observando con cierta inquietud el rostro y los movimientos del general.

Tenía Prim uno de esos temperamentos irritables, impetuosos, casi explosivos, que son propios de los grandes héroes. La menor contrariedad le hacía perder los estribos, y había que temerle cuando la ola sanguínea le inundaba el rostro, dándole la siniestra aunque brillante animación de la llamarada.

En aquel instante se hallaba el general en uno de sus accesos de exasperación y de impaciencia muy cercanos á la ira, y en los que bastaba una palabra, un gesto, un solo punto de resistencia ó de oposición para determinar la crisis. Respiraba de un modo irregular y agitado, golpeaba maquinalmente con el látigo los objetos que estaban á su alrededor; á intervalos paseaba de prisa y sin rumbo, haciendo resonar bajo sus pies el mal ensamblado pavimento á compás del rumor metálico de las espuelas; se detenía de pronto, pronunciaba tal cual palabra confusa y mezclada con enérgicas interjecciones y destrozaba á mordiscos el cigarro puro que acababa de encender.

Prolongábase demasiado aquella situación insostenible, y no debía de estar ya la ola roja muy distante del cerebro de Su Excelencia, á juzgar por la visible alteración de sus facciones, lo encendido de sus párpados y el matiz encarnado de sus mejillas, á favor del cual adquiría más visible relieve la cicatriz que las acentuaba. Crecían también por momentos la ansiedad y la zozobra del alcalde, cuando llegó el guardia jadeante con la noticia de que había parecido el caballo.

– ¿En dónde estaba?, preguntó el general frunciendo el ceño.

– Donde dijo el adivino, contestó el guardia con ingenua candidez...

– ¿Y quién es ese adivino?, insistió Prim.

– Mi general, dijo el alcalde, es un vecino de aquí, un infeliz que suele adivinar y da noticias de lo que se pierde.

– ¡Que venga en seguida!

Poco después llegaba el adivino casi á empujones, y se acurrucaba en un rincón, lo más lejos posible del general.

– ¿Eres tú el adivino?

– ¡Jeh, jeh!... *Asina disen*, mi general.

– ¿Y adivinaste en dónde estaba mi caballo?

– Sí, señor.

– ¿Lo habías visto?

– Ni *pol* pienso, mi general.

– ¿En qué parte estaba?

– *Onde mesmo* le dije al *ulbano;* ahí alantito, en la barranca, entre el mango viejo y la *palisá*...

El general sentíase á la vez indignado y absorto ante aquel originalísimo personaje, que á pesar de tanta simpleza le parecía un pícaro redomado, y era de fijo el causante de aquella detención.

– ¿Conque adivinas, eh?... dijo el general mirándole con ojos de fuego.

– Dicen que tengo esa gracia... pero yo no sé *na*, respondió con voz melosa y humilde el adivino.

– Pues adivina lo que voy á hacer contigo ahora,



SALIDA DE LA PROCESIÓN, cuadro de D. Joaquín Agrasot

gritó Prim, apretando convulsivamente la empuñadura del látigo entre su diestra.

El adivino se puso todavía más pálido de lo que estaba, y se apretó contra la pared como si tratara de incrustarse en ella; pero tuvo, sin embargo, el aplomo suficiente para contestar.

– Pues... por lo pronto... *güesensia* me va á *dal*...

– ¡Acaba con mil rayos!, añadió el general con rostro encendido y blandiendo el látigo con movimiento febril.

– Me va á *dal*... media *onsa*, por la *jayá* del *cabayo*.

– ¡Mientes!, tronó el bravo militar, echando mano al bolsillo del chaleco y lanzando una onza de oro al asustado interlocutor como quien dispara un tiro. ¡Mientes, que ni siquiera traje monedas chicas!

Hizo en seguida una seña á sus acompañantes para que se pusieran en marcha, y ordenó al adivino que se largase inmediatamente de allí, porque le estaban dando tentaciones de hacer un escarmiento.

Cuando ya el adivino bajaba de tres en tres los peldaños de la escalera, le gritó de nuevo el general:

– Si se te ocurre otra vez tocar siquiera mi caballo.. ó cualquier otro que no sea tuyo, ¿adónde adivinas que te mandaré?

Detúvose algo confuso nuestro tipo, sin saber lo que había de decir; pero en vista de la terrible impaciencia del general, contestóle con voz débil é insegura:

– Me mandará *güesencia* á la cárcel.

– ¡Mientes también! No es ahí á donde tengo pensado mandarte. ¡Ya te conformarías con ir á Ceuta, bribón!

La noticia de este suceso corrió bien pronto de boca en boca; el oficio de adivino fué decayendo desde entonces, y es fama que en todo el curso de la visita no volvió á desaparecer el caballo de batalla del general Prim.

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

DIÁLOGOS MATRITENSES

EL CAFÉ DE FORNOS

– ¡Vamos, monina, decidamos lo que hemos de tomar, que el mozo ha venido ya dos veces!

– Ya te he dicho que lo que tú quieras.

– Tomaremos, pues, un arlequín de fresa y mantecado...

– No, no me gustan esas mezcolanzas.

– Otras veces bien te han gustado; pero... lo que quieras. Pueden traer un licor finito.

– Eso es, para que luego mamá diga que olemos á taberna. ¡Quita, quita!

– ¿Y un refresco de jarabe de grosella?

– No me choca.

– Pues en clase de refrescos es muy bueno, y aquí lo hay superior.

– Lo que hayamos de tomar que lo traigan pronto; porque en este café, con tanto hombre fumando, está esto que apenas se puede respirar.

– Por eso quería yo llevarte á Levante, que á estas horas está casi vacío.

– Sí, pero allí no hay pasteles tan ricos como los de aquí.

– ¡Pasteles! Pues si tú has dicho: «Leopoldito, yo quisiera refrescar,» y me parece que pasteles para apagar la sed...

– En efecto, no quería pasteles; pero aquella señora los ha pedido, y yo...

– ¡Vamos, acabáramos! Mozo, pasteles para la señora y para mí un curasao.

– Yo quisiera otro cura, Leopoldito.

– Traiga usted dos... (¡Quiera Dios que nadie pida por ahí la luna; pues si no, habrá que traerle otra á mi costilla!)

***

– Ven ustedes esta línea recta: pues bien, por aquí pasa el río. ¿Están ustedes?

– ¿En el río?

– ¡No, hombre, en el negocio!

– No he entendido ni una palabra de todos esos garabatos, y á los señores creo que les sucede lo mismo.

– Pues es muy claro; fíjense ustedes: aquí esta raya es el agua; estos puntos indican las tierras, y estos círculos son...

– El fuego y el aire, y ya tiene usted los cuatro elementos.

– ¡Vaya usted á paseo! Todo lo toman ustedes á guasa. ¡Una empresa tan seria como convertir seis leguas cuadradas de tierras pantanosas en un verjel y con tan poco desembolso!.. Diga usted que en España no se protege el genio industrial; que si no, ya verían ustedes qué pronto tenía yo coche.

– ¿Coche celular?

– Eso usted que anda por ahí embaucando á las gentes con las minas de la Isla de los Caracoles, que nadie sabe dónde está.

– ¡Vamos, paz, caballeros; paz... que todos somos unos!

– Si yo no me incomodo por tan poco. Tengo mucha correa.

– Más vale así; pero yo no puedo menos de reirme al ver á Pérez haciendo rayas y más rayas sobre el mármol, cuando todo eso no conduce más que á un resultado práctico.

– ¿Cuál?

– Poner de mal humor al mozo, que ha de fregar la mesa.

***

– ¡Caramba, vizconde, qué palido vienes! ¿Estás enfermo?

– ¡No tengo yo mala enfermedad! Juan, chico, tráete cerveza y limón helado, pero mucho limón, así como un par de vasos grandes.

– ¿Para qué quieres tanto hielo? ¿Es que quieres acostumbrarte para cuando vayas de embajador á San Petersburgo?



EL BRINDIS, cuadro de D. Joaquín Agrasot



EL CHARLATÁN, cuadro de D. Joaquín Agrasot



LOS PERROS SABIOS, cuadro de D. Joaquín Agrasot

– Déjate de bromas, Manolo. Acabo de tomar el disgusto hache.

– Cuéntanos, hombre; que parece imposible que tú te disgustes por nada.

– ¡Demonio! ¡Todo el plan desbaratado! ¡Estúpida! ¡Ah! Si algún día la pillo la tengo que matar.

– Chico, estás representando admirablemente un papel á lo Echegaray. Cualquiera que no te conociera tanto como nosotros, supondría que eres un alma sensible, lo cual es falso de todo punto. En fin, tómate ese brebaje y entre sorbo y sorbo cuenta lo que te sucede, que ya sabes que tus cosas las miramos como propias.

– Pues bien: figuraos que el papá de Mercedes acaba de negarme la mano de la chiquilla.

– ¡Bah! ¿Y de eso te apuras? ¡Mejor! La sacas de casa, das un escándalo y por fin papá se enternece ante la trágica posición de su hija y te envía el dote, que es lo que te hace más falta.

– Sí, pero tú no cuentas con la huéspeda.

– ¿Qué huéspeda?

– Que Mercedes, á quien he recurrido en alzada, me ha dicho que su papá tenía razón y que no se casaría conmigo mientras yo no tuviese una carrera y me recogiese á buen vivir.

– ¡Qué atrocidad! ¿Eso ha dicho esa marisabidilla?

– Eso y otras cosas que me callo.

– ¡Pero esa mujer está loca! ¡Buena figura harías tú con el libro bajo del brazo á tus años! Harías reir á todo Madrid.

– Como si fuese posible que yo dejase el Casino, la Peña y me retirase á hacer vida de ermitaño.

– No has perdido nada.

– No digas eso, que he perdido en un momento un par de millones de dote.

– Sí que es lástima, pero qué remedio.

– Y más estando de ingleses hasta la coronilla.

– ¡Ay! De ese color creo que todos tenemos un traje completo.

– ¡Calla! ¿Ese que ha entrado es D. Epifanio?

– El mismo.

– Voy á ver si quiere adelantarme, prestarme, dejarme ó regalarme cien duros.

– ¡Ca! Está muy escamado.

– Veremos: le ofreceré la *charrette* en hipoteca. Adiós, hasta luego; pagad uno de vosotros eso, que yo no tengo suelto.

– Lo que es lástima es que no estés atado codo con codo.

***

– ¡Quién lo había de decir! ¡Nueve negros seguidos! ¡Y yo dale que dale apuntando al rojo! ¡Maldita sea mi suerte! Y para fin de fiesta, mañana los exámenes... ¡Bonita figura haré yo delante de los señores de San Carlos! ¡Bah! ¡Un suspenso, más qué importa al mundo! ¡Perezca la raza humana! ¡Exterminio! ¡Maldición!, como decía no sé qué personaje, no me acuerdo si en Eslava ó en el Español. ¡Cuidado que si apunto al negro!... A estas horas tendría: dos que hacen cuatro; cuatro que hacen ocho; ocho que hacen dieciséis; dieciséis que hacen... la mar. ¡Qué juerga, gran Dios, qué juerga! Y así... me he quedado más limpio que una patena. ¡Malditos negros!... Pero cuánto tardan esos diablos; y el caso es que hasta que vengan no puedo tomar nada, ni un mísero café... ¿Adónde habrán ido?... Si han ganado estarán en algún colmado, y mientras tanto yo aquí convertido en la estatua del Comendador. ¡Paciencia y barajar! La verdad es que este mundo está muy mal arreglado; hay desigualdades irritantes, por ejemplo: ¿por qué aquel tío gordo acertó nueve negros y yo ni un color siquiera? ¡Misterios incomprensibles! Esto la verdad es que está muy aburrido. Así con disimulo, voy á ver si echo una cabezadita... Haré como que medito... ¡Digo, y que no tengo sueño atrasado!... ¡Nueve negros seguidos... seguidos!... ¡Ah!...

***

– El discurso del marqués de Villa-Cacerola ha sido infernal, con aquella voz y aquellos gestos de chimpancé; cada párrafo era un torpedo que reventaba á todo el mundo. El ministro de Fomento le hacía muecas para que se callara, pero él dale que le darás. Gracias á que la presidencia tendió la capa y cortó por lo sano con la votación; que si no... el niño ese nos hace salir los cabellos verdes.

– A pesar de eso que usted dice, la votación no ha podido ser más favorable al ministro.

– Sí, pero eso no le hace; está herido de muerte: créame usted á mí, que llevo veinte años de diputado y casi otros tantos de senador.

– Lo creo; pero como hace tanto tiempo que está usted augurando catástrofes que no llegan jamás...

– Bueno, pero la opinión pública no ha estado nunca como ahora.

– ¿Y ahora qué le sucede á esa señora?

– Ahora está indignada y no puede tragar por más tiempo á los hombres que nos gobiernan, y usted no sabe lo que es la opinión pública cuando dice «¡allá voy!» usted no lo sabe.

– Sí, señor, sí que lo sé; que este invierno pasado la vi en París en *Folies Bergeres* cancaneando de un modo admirable.

– ¡Cancaneando! ¿La opinión pública?

– Sí, señor; en *Orphé aux enfers*. Por cierto que era una buena moza... de primera... En fin, que el teatro se venía abajo, y yo no hubiera tenido inconveniente, á pesar de que me precio de consecuente, en cambiar mi opinión particular por aquélla.

– Lo creo, y más conociendo las tendencias de usted.

– Pues mire usted, amigo mío, lo mismo que me pasó á mí en *Folies Bergeres* les sucede á muchos en política, con la diferencia de que la opinión pública está representada por una credencial.

***

– Hemos venido muy pronto, aún no son más que las doce. Mas valía que hubiéramos ido á la última de Apolo.

– ¿A qué? ¿A ver *El monaguillo* por centésima vez?

– ¡Pero qué tonteras dice esta Blanca! Como si nosotras fuéramos al teatro por la función. ¿Oye usted, doña Cleofé?

– ¡Qué ha de oir si está ya dormida! Yo también quisiera estar ya en la cama.

– Sí, tú ibas para duquesa y te has quedado en el camino. Bebe cerveza y calla.

– ¡Huy, qué cerveza! ¡No sé cómo hay á quien le guste!

– Blanquita, decididamente eres una infeliz y tendrás mal fin.

– ¡Mira, mira; allí entra el estúpido de García con su amigote del peluquín!... ¡Valiente par de mamarrachos! Salúdales, mujer, cariñosamente... Así... Otra vez. A ver si se sientan aquí y nos convidan... ¡Malo! Se conoce que no están en fondos, porque se van.

– ¡Mira, Carmen, qué muchacho tan simpático aquel rubio de allí enfrente!

– A ver: sí, no es mal parecido; pero su aspecto es muy modesto; no te conviene. Tú no quieres hacerle caso al barón, y es para ti un gran partido.

– ¡Pero si es un vejete lleno de alifafes!

– ¿Y qué? ¡Buen coche tiene y buenos caballos, que de fijo no tendrá ese mono! En fin, tú harás lo que quieras; pero una muchacha como tú, con ese palmito, debe aspirar á todo. Mira á María, que parece una grulla y tiene unos brillantes como avellanas... No los tendrás tú si te empeñas en ser heroína de novela.

– ¡Jesús, Carmen, qué cosas dices tan!... De oirte hablar así me dan ganas de llorar.

– Eso faltaba: otra noche no salgo contigo.

– ¿Por qué?

– Porque para venir aquí conmigo te sobran muchas cosas y te faltan otras.

***

– ¡Manos á la obra! ¡Qué pluma más infernal! ¡Vamos allá! «Mi querido y respetable señor: Escribo á usted en el lecho del dolor y en la más infecta de las buhardillas, adonde me ha conducido mi desgracia. Mi señora (¿quién será mi señora?) está de cuerpo presente y no tengo con qué pagar al mozo (ya he metido la pata; á ver cómo se puede arreglar) al mozo de... de la Funeraria (¡al pelo!). Si usted, á quien tanto debo (esto sí que es verdad), se apiadara una vez más de este infeliz, que no puede trabajar por falta de humor, (digo) por falta de recursos, y me hiciera el favor de prestarme cinco duros, se lo agradecería de verdad. Esto no es más que un préstamo reintegrable (el día del Juicio), y Dios le dará los intereses del ciento por uno. Si no le conviene dejarme esa cantidad como préstamo, puede mandármela en el concepto de donativo, seguro del agradecimiento de su desventurado amigo y viudo cesante *Juan Sable*.» No me ha salido del todo mal, cada día me parece que escribo con más sentimiento y elegancia. Ahora las señas: «Tribulete, 140, sotabanco.» Le pondré una posdata diciendo que aun cuando me dé los cien reales en papel no importa. Eso es: que vea que no soy un pedigüeño vúlgar... ¡Pss! ¡Eh, Juan, ven acá; dame un *perro grande* para un sello del interior y... pónmelo en la cuenta, ¿sabes? No gruñas, hombre; que soy parroquiano antiguo de este y otros *cafeses* de Madrid.

A. DANVILA JALDERO

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En Dusseldorf se ha constituído un comité de artistas y aficionados para organizar una exposición de cuadros modernos que son de propiedad particular, que se celebrará durante el presente verano. Este proyecto ha sido acogido con gran aplauso, y muchos son ya los propietarios de cuadros y colecciones notables que han ofrecido facilitarlos para ese objeto.

– En Landau (Palatinado) se ha inaugurado una fuente monumental dedicada al príncipe regente Leopoldo: la estatua ecuestre de éste, en traje de la orden de San Huberto, se alza sobre un zócalo de piedra arenisca gris, y ha sido modelada por Rumann y fundida en bronce por Millér. En el proyecto y ejecución del monumento ha sido colaborador de Rumann el arquitecto Thiersch.

– En Baden-Baden se ha inaugurado la Exposición internacional Artística instalada en el Casino, con asistencia de los grandes duques: figuran en el certamen obras de Munkaczy, Achenbach, Kaulbach, Keller, Meyer, Ritter, Gabriel Max, Lehnbach, Pilghein, Grutzner, Díez, Baisch, Schonleben, Zugel, Seitz, Zimmermann, Hotger, Wenglein, Till, Kallmorgen, Yetel y otros, además de una brillante representación de artistas jóvenes.

– El premio de 10.000 francos Juan Reynaud ha sido adjudicado en París al pintor José Blanc por su cuadro *La batalla de Tolviac*, existente en el Panteón.

– En la catedral de Peruggia se ha colocado una magnífica estatua de León XIII, obra del célebre escultor italiano José Luchetti.

– En la Exposición de Viena, el Sr. Pradilla ha obtenido el único gran diploma de honor, por su *Misa al aire libre en Nuestra Señora de la Guía*, del cual dice un periódico de la capital austriaca que vale por seis Messonier y la *Gaceta de Bellas Artes de París* que es uno de los cuadros más importantes de nuestra época.

Teatros. – En la Opera Nacional de Budapesth se representará durante la próxima temporada el ciclo completo de las óperas de Wagner, que se cantarán en húngaro.

– En el Covent Garden se ha puesto en escena la nueva ópera *Luz del Asia*, de Isidoro Lara, que se cantó en italiano. Esta obra, que dirigió admirablemente el maestro Mancinelli, obtuvo buen éxito, aunque no dejaron de notarse en ella varios defectos, el principal de los cuales es el que resulta de haber sido ajustada á las exigencias de una ópera una partitura que fué escrita para oratorio y que cuando se cantó como tal fué muy aplaudida.

– En el Empire, de Londres, se está representando un baile, *Versailles*, puesto con un lujo inusitado y con todos los recursos artísticos á que tan admirablemente se presta la elegancia de trajes y decorado de aquella época y de aquellos lugares en que Watteau impuso sus delicadas creaciones.

– En el teatro de Menus-Plaisirs, de París, se ha estrenado con muy buen éxito una opereta titulada *Toto*, letra de Bilhaud, música de Barnés.

– En el Teatro Libre, de París, ha sido muy bien acogida una comedia en tres actos de Pablo Anthelm, *La fin du vieux temps*, estudio interesante de costumbres rurales, arreglado á la escena de una novela del mismo autor, que ha obtenido en Francia éxito extraordinario.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Teodoro Caneel, director de la Academia de Bellas Artes de Gante.

Pedro Gruzinsky, pintor ruso de género y de batallas.

Guillermo Langhaus, músico, crítico, director del Conservatorio Scharwenka, de Berlín, y continuador de la *Historia de la Música*, de Ambross.

Carlos Eduardo Biermann, uno de los primeros maestros de la escuela paisajista de Berlín, profesor y miembro de la Academia de Bellas Artes de la citada capital.

Rodolfo Cruel, notable escritor alemán, cuya extensa *Historia de la predicación en Alemania durante la Edad media* ha sido considerada por la crítica como una obra maestra.

El doctor Pravaz, inventor de la jeringuilla para inyecciones hipodérmicas que lleva su nombre.

Guillermo Richter, distinguido pintor vienés de animales y batallas.

Víctor Tesch, exministro de Justicia belga, recientemente elegido diputado como candidato liberal.

Emilia Vogt, reputada escultora dinamarquesa.

Eduardo Erdmann, uno de los más famosos filósofos hegelianos de Alemania, autor de importantísimas obras, entre las que sobresalen su *Historia de la filosofía*, sus *Cartas psicológicas* y su *Lógica*.

Emilio Mario Vacano, célebre novelista alemán que antes de dedicarse á la literatura hizo sus estudios para profesar en la orden de los capuchinos, formó parte luego de una compañía de saltimbancos y trabajó después durante muchos años como artista ecuestre en los principales circos del mundo.

Varia. – Para asistir á la Exposición de Chicago saldrá de Cristianía un buque, copia exacta de la nave de los wikingos, que en 1880 fué encontrada en el fiord de arena de Seebade y que desde entonces se guarda en el jardín de la universidad de la capital noruega: tiene 70 pies de eslora y 17 de manga, y para ponerla en movimiento se necesitarán probablemente 36 remeros; el mástil, conservado en su mayor parte, debió tener por lo menos 20 pies de altura. En esta clase de barcos verificaban hace mil años aquellos poderosos reyes del Océano sus rapaces correrías por los mares del Norte.

NUESTROS GRABADOS

Habana. Teatro de Yrijoa. – La capital de la isla de Cuba cuenta desde hace poco tiempo con un nuevo coliseo, el teatro de Yrijoa, cuya vista reproducimos en la última página del presente número. Situado en uno de los puntos más céntricos de la Habana, cerca de la hermosa Plaza de Armas, no se ha omitido ni en su construcción ni en su decorado medio alguno para que llene las exigencias cada día crecientes del arte escénico y de la comodidad del público: grande, bien ventilado, elegante, adornado con lujo y dotado de todos los adelantos que en esta clase de edificios se han realizado hasta el día, constituye hoy uno de los sitios predilectos de la alta sociedad habanera, rivalizando dignamente con el tan conocido y favorecido teatro Tacón.

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX.—ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

—¡Vamos, valor, hijo mío, valor; piensa que es por tu bien, y también por el suyo!.. Dispénsame el mal que te hago: mi experiencia me obliga á ello; pero estoy dispuesto á obedecerte.

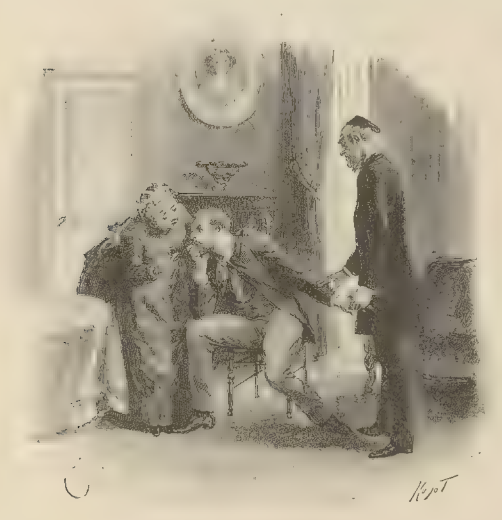
«¡Estoy dispuesto á obedecerte!» ¡Mi padre, él que tan poco acostumbrado me tenía á discutir mis voluntades, pronunciar tales palabras!... Salí corriendo del comedor y me encerré en mi aposento para ocultar las lágrimas.

¡Pobre habitación, que había sido testigo de tantas alegrías, si ella pudiese revelar todos los pensamientos dolorosos que llenaron su atmósfera y reflejar las miradas de desesperación que fijé en las armas pendientes de sus paredes!

* * *

Rada de la Goleta, octubre de 1881

Por más que se sufra, el tiempo no deja de proseguir su curso, impeliéndoos, después de los acontecimientos imprevistos, hacia un objeto desconocido. Las horas lentas y tristes se siguieron unas á otras, y la noche llegó con su insomnio lleno de reflexiones y de proyectos combatidos; después rayó la aurora, sin



¡Qué Dios te aconseje!

que yo hubiese tomado resolución alguna; pero estaba convencido de que era impotente para sacudir el yugo de mi educación. Tal vez, y temía mucho que así fuese, me había espantado el realismo que me pintó mi padre... ó quizás, y yo lo hubiera preferido, Magdalena no me quería tanto como yo imaginaba.

¡El deber, me habían dicho, el deber!...

¿Cumpliría con el mío respetando la voluntad de mi padre? ¿No sería faltar á él el abandonar á la que amaba?...

Ya no sabía qué creer; dudaba de todo sin dudar bastante, y hubiera querido dudar más aún, para tener una excusa, fuera cual fuese mi resolución...

En este punto estaba en mis reflexiones cuando oí llamar á mi puerta.

Mi primer impulso fué no contestar; pero después, desesperado como estaba, díjeme que no podía esperar mayor infortunio y que tal vez me llegaba un socorro, acaso Luis, á quien lo confesaría todo como á un hermano. Abrí al punto, y el Sr. de Nessey entró.

¡Su padre en mi habitación!... A fin de darme tiempo para que me recobrase de mi sorpresa, comenzó á mirar las paredes, diciendo con mucha calma:

—¡Vamos, tiene usted una habitación muy bonita! Siento no haber venido antes. ¿No son esas armas de las islas Marquesas?

Después, deteniéndose delante de mí me miró sonriendo.

—¿No es verdad, preguntó, que mi visita le causa á usted extrañeza?

—En efecto, contesté, no me tiene usted acostumbrado... Pero si me sorprende le aseguro que es agradablemente. De todos modos, sírvase tomar asiento.

—Con mucho gusto, y para poner pronto término á su sorpresa voy derecho al objeto. Vengo á pedirle un favor.

—¿Un favor?... ¿Usted... á mí?

—Más que eso; una gran prueba de afecto.

—¿Cómo?, murmuré algo inquieto, no sabiendo qué esperar.

—¡Ah, bah!, exclamó el Sr. de Nessey con el acento de frivolidad que le caracterizaba; entre hombres, entre soldados, más vale decir las cosas claramente, sin perífrasis... Un pinchazo de busturí se da y se recibe muy pronto... y luego se olvida... Vengo á pedir á usted simplemente que renuncie á Magdalena.

Y como yo hiciese un movimiento, sin poder contestar, añadió, cogiéndome las manos:

—¡Vamos, ya está dado el golpe!... ¿Conque tanto la ama usted?

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Ella?

—Ciertamente, ella, pues si yo hubiera podido sospechar... ¡Ah, joven, joven, no ha sido usted franco!

—¿Sabe la señorita de Nessey que usted da este paso respecto á mí? ¿Es ella, quizás, quien le ruega?...

—Debería contestar á usted afirmativamente, á fin de curarle más pronto, contestó el Sr. de Nessey; pero no quiero mentir. No solamente Magdalena lo ignora, sino que deseo que lo ignore siempre.

—Entonces será usted quien... ¿Por qué? No lo comprendo...

—Sí, harto sé que no es costumbre rechazar una demanda antes de que se haya hecho; pero á mí me importa poco la costumbre, y usted lo comprenderá muy pronto. Desde hace largo tiempo, y bien debe saberlo, puesto que ha visitado nuestra casa con toda intimidad, había tenido el proyecto de unir á mi hija con de Branges, y tan fijo estaba este proyecto en mi ánimo, que no hablaba de ello á menudo, por lo cual mi esposa pudo creer que había renunciado á él. Por otra parte, Magdalena era joven, y nos sobraba tiempo. Cierto que de Branges tiene mucha más edad que Magdalena y que su vida ha sido un tanto alegre;... pero mi hermana asegura que será un excelente esposo, y quisiera verle casado cuanto antes... Magdalena no le desagrada... mi esposa se conformará... y en resumen, ese matrimonio nos halaga á todos, excepto á mi hija. Sin embargo, se hubiera avenido si no le hubiese encontrado á usted. Ayer, cuando yo más la instaba, me declaró al fin lisa y llanamente... á fe mía, muy llanamente, que le amaba á usted, que era correspondida, y que de no ser su esposa se conservaría siempre soltera... Ahora bien: yo conozco el carácter de Magdalena; es testaruda, muy testaruda;... y aunque yo podría arrastrarla ante el alcalde, sé muy bien que jamás pronunciará el *sí* que yo deseo... Además, hacer de padre bárbaro no es cosa de mi cuerda, y he aquí por qué he aparentado ceder, contestando que esperaría la petición de usted. Pero el caso es que no quiero esperarla, aunque, añadió el Sr. de Nessey con marcada intención, tal vez hubiera podido aguardar largo tiempo... porque usted es un hijo obediente, y si sus padres (esto no es más que una suposición) no aprobaban el matrimonio por usted proyectado, me parece que habría sido capaz, y le felicito por ello, de haber renunciado á su propósito.

¿Por qué dirigirme aquellas palabras irónicas? ¿Era verdad la historia del matrimonio con el primo de Branges, á quien yo no había visto nunca y del cual oía hablar vagamente? ¿No venía el Sr. de Nessey, por el contrario, á excitar mi amor propio, provocando una demanda y tratándome de ridículo?

—Me agradan las soluciones prontas, prosiguió, mientras yo sentía que el rubor coloreaba mi róstro, y he venido á buscar á usted al punto, amigo mío, para decirle que deseo que escriba á Magdalena, si le es demasiado penoso volver á verla, para despedirse de ella con motivo de su marcha. Es preciso partir, amigo mío; esto es fácil en su carrera y yo le ayudaré. El almirante Boisgelin, que debe ir á las Antillas, le admitirá como segundo si yo lo pido y usted lo solicita; con ello me complacerá en extremo y creo que á su familia no le desagradará.

—Caballero, repuse, usted es cruel, mucho más cruel de lo que imagina. Le ruego tenga la bondad de explicar lo que supone y lo que teme.

—Dispense usted, amigo mío, replicó el Sr. de Nessey, y advierta que le profeso mucho afecto y que mis palabras no ocultan ninguna segunda intención. Si enveneno su herida, bastante dolorosa ya según creo, lo hago inconscientemente, por el enojo que me produjo ver el giro que habían tomado los acontecimientos sin sospechar yo nada. Decididamente los padres son muy ciegos, y si yo hubiera podido prever antes lo que sucede, todos nos habríamos ahorrado disgustos. Solamente censuro en usted una cosa, y es el haberse ocultado de mí tanto tiempo; mas ahora no puedo permitir que se prolongue esta situación tan violenta... No me interrumpa... Ya sé que en usted concurren circunstancias atenuantes... Magdalena me lo ha dicho; pero ese matrimonio es imposible. He pensado que con la ayuda de usted se evitaría, y la necesito absolutamente.

—¿No basta ya que usted me rechace?, repuse. ¿En qué puedo ayudarle? ¿Qué exige usted de mí?... Me acusa de haber ocultado mis intenciones; pero si yo vacilé en declararme (no debía decirle esto, mas usted lo ha adivinado), fué porque no era usted el único obstáculo á mis proyectos... Precisamente halla usted en un instante en que estoy perturbado, abatido por una discusión que sostuve ayer con mi padre y conmigo mismo; abatido sí, vacilante, pero no vencido... Mi padre cedía por fin, á pesar suyo, es verdad; y sin duda, como última concesión hubiera yo dilatado mi proyecto; pero la verdad es que cedía y quedábame la esperanza... En la situación en que me hallo, como usted ve, el tiempo era mi único auxiliar, y por lo tanto le ruego que no me prive de él. Convengo en que vacilar por más tiempo se hace imposible; obedeciendo á su deseo, me marcharé; pero no case usted á la señorita de Nessey contra su voluntad...

—Usted no me ha comprendido, dijo el conde con energía; no es solamente la marcha lo que pido, sino una renuncia completa...

Había previsto yo aquellas palabras de «renuncia completa,» que acababan de resonar en el silencio de mi habitación; las esperaba y las temía, pero con la vaga esperanza de que no se pronunciasen.

Y como al oirlas hiciese un movimiento de sobresalto, el Sr. de Nessey prosiguió con más dulzura:

– Veamos, amigo mío: es preciso adoptar una resolución enérgica, como usted comprenderá, y no separarse de ella. Deseche toda exaltación novelesca que yo concibo en el cerebro de Magdalena, porque es una niña; pero no en el de usted... Usted es todo un hombre, joven y fuerte, conoce la vida, olvidará á mi hija y amará de nuevo. Dicen que la mujer no ama verdaderamente más que una vez; yo lo dudo; mas estoy convencido de que al hombre le es dado amar varias, porque tiene muchas más ocasiones y porque reflexiona... Tratándose de matrimonio, no me es posible creer en la pasión que enloquece más que en el corazón de la mujer joven... digo en el corazón y debería decir en la cabeza. El hombre al amar lo hace de una manera más reflexiva, por violenta que sea su pasión; y si de otro modo siente, tanto peor para él, pues quedará desengañado. Debe buscar la dicha, la felicidad duradera; y el amor solo no la proporciona, porque al fin pasa ó se transforma como todo lo de este mundo. Ignoro lo que le habrán dicho sus padres, pero lo adivino. ¿Por qué hemos de ser nosotros los que nos equivocamos? ¿Por qué seríamos menos previsores que usted, nosotros que conocemos mejor lo que es una pasión?... Sin duda le han hablado de los hijos que puedan nacer... ¿No adivina lo que sufriría más tarde al encontrarse con ellos en la misma situación en que nosotros nos vemos hoy respecto á usted? En cuanto á sus padecimientos, por los que ahora le aquejan podrá comprender los que usted puede prepararles...

– ¡Basta, caballero, basta, repuse; le ruego que no prosiga! Rechazado por usted, ¿qué puedo hacer? ¿Qué teme de mí y qué viene á exigirme sin ningún derecho?

– Todo lo temo de cabezas exaltadas, y sobre todo de mi hija, aunque no puedo precisar nada. Su insubordinación, como la de usted, no se calmará sino ante lo imposible. Lo que yo exijo, quiero decir, lo que yo le suplico que haga, se reduce á escribir una carta, como dictada por su propio pensamiento, renunciando á su mano. No le hable usted de mi negativa, pues así su altivez cicatrizará más pronto la herida que se inferirá á su orgullo. En cuanto á usted, le aseguro que olvidará; y para ayudarle á ello tendrá el continuo movimiento, las distracciones y la vida aventurera. Por otra parte, poco á poco adquirirá la convicción de que ha cumplido con un deber, y no solamente le tranquilizará esto, sino que le hará feliz.

Como yo no contestase, el Sr. de Nessey me cogió de las manos y añadió:

– Pensaba encontrarle á usted más fuerte, y quería proponer que escribiésemos los dos la carta; pero le veo perturbado... Prométame únicamente hacerlo usted solo; yo se lo ruego por la felicidad de Magdalena y por la de usted. Quedamos convenidos, ¿no es así?

¡Por su felicidad y por la mía! ¡Las mismas palabras de mi padre!

– No he concluído, se apresuró á decir el Sr. de Nessey, sin darme tiempo para contestar, pero me falta poco. Es una noticia que le agradará, convencido estoy de ello, y si no he comenzado por dársela es porque hubiera parecido que le proponía un negocio, disminuyendo con esto todo el mérito de su renuncia. Ahora que lo veo vacilante me apresuro á poner en su conocimiento que mi hijo Luis ama á la señorita Juana. ¿Lo sospechaba usted?

– Ciertamente que no.

– Ni yo tampoco, y veo que no soy el único ciego. La semana última me hizo Luis esta confidencia; y si le dijese á usted que me agradó lo que me dijo, usted, que conoce ahora demasiado á los padres, no lo creería. La señorita Juana posee ciertamente todas las cualidades que un hombre debe apetecer y que son las más propias para hacerle feliz;... pero tiene el defecto que sin duda los padres de usted notan en Magdalena: la falta de dote.

– Se engaña usted; Juana le tiene, aunque reducido, y es hija única, porque yo no pediré nada á mis padres: la posición que les debo me basta.

– Eso se dice.

– Y se hace, sin gran mérito.

– Está muy bien; pero yo no le pido ese sacrificio.

– La palabra sacrificio es demasiado fuerte en el caso presente.

– Luis, por su parte, posee una escasa fortuna personal que heredó de su abuelo; creo que unos ochenta mil francos.

– Me parece que Juana tendrá poco más ó menos esa suma, contando la parte que pudiera corresponderme.

– De ese modo, la situación no será para ellos la misma que hubiera sido para Magdalena y usted, aunque no debo ocultar que hubiera deseado un casamiento más brillante para mi hijo. No debo, sin embargo, desesperar á la vez á Luis y á Magdalena; me falta valor para ello, y si cedo en favor de mi hijo es porque la señorita Juana me inspira la mayor admiración...

– Sí, interrumpí yo; pero á usted le parece que un solo matrimonio en esas condiciones es ya muy suficiente. Por otra parte, el esposo conserva siempre su nombre; Luis no dejará de ser por eso vizconde; mientras que la señorita Magdalena sería la señora Larache.

– Ya lo he dicho, y usted no lo ignora; yo tenía proyectos anteriores, que de ningún modo pueden resentir su amor propio.

– Y de ningún modo puedo condenarlos, puesto que mis padres, con menos razones que usted respecto á la señorita Magdalena, han formado para mí proyectos demasiado ambiciosos, que no se realizarán nunca. Sin embargo, el dolor no me hace egoísta, y la noticia que usted me trae colma en parte mis deseos; pero es triste pensar que hubiera podido colmarlos todos, pues los lazos que van á unir nuestras dos familias habrían ayudado seguramente á la realización de mis deseos. ¿He de perder toda esperanza en el momento preciso en que un acontecimiento inesperado me acercará á la que amo?... Ahora no puedo vacilar ya; lo que usted viene á proponerme es una especie de negocio; y se quiere que yo mismo desgarre mi corazón y el de Magdalena, haciéndome despreciable á sus ojos...

– Despreciable, no; el dolor le trastorna. Usted ha sido leal, y jamás ocultó á mi hija las dificultades que á sus proyectos pudieran oponerse.

– Para que en cambio consintiera usted en la unión de Luis con Juana. ¿No es así?

El Sr. de Nessey bajó la cabeza.

– Ya estaba usted dispuesto á partir, dijo después de una pausa, antes de que le hablase de Luis; de modo que no hay nada de negocio.

– Tiene usted razón: estaba decidido á huir, y se lo había prometido ya. Por otra parte, no queriendo que se me atribuyera más mérito del que tengo, debo confesar que, tímido por educación, había optado por la fuga, tal vez aunque usted no hubiese venido á verme. Rechazado así por usted y por mi familia, ¿qué hubiera podido hacer? La marcha no me arrebataba toda esperanza, pero querer obligarme á que le preste mi auxilio para entregar á Magdalena á otro hombre... ¡Vamos, usted no sabe lo que me propone!

– Le aseguro á usted que sí; porque tengo la convicción, la completa certidumbre de que olvidará, lo mismo que Luis olvidaría si le rehusase un consentimiento del cual no sabría prescindir, gracias á lo que me respeta. He aquí por qué aunque yo no vacilase en rehusárselo, no adelantaría usted nada... A decir verdad, esta especie de negociación me repugna más que á usted, porque de nosotros dos no soy quien hace el mejor papel. Y no insistiré más, porque ya he manifestado mis razones y estoy bien resuelto. Decida usted como le parezca.

– Como usted es el más fuerte, cedo; y en realidad siento una amarga satisfacción en medio de mi pesar: esto que yo llamaba una deserción se trueca en un deber... Le obedeceré, escribiré y me marcharé; pero le hago responsable de todo cuanto suceda... y ¡ojalá no deba arrepentirse algún día!

– ¡Vamos, no se exalte usted!, repuso el Sr. de Nessey, disimulando con dificultad su alegría. ¡Qué hermosa es la juventud; no duda de nada y en todo cree!... Pero de todos modos, gracias; acepto su sacrificio, porque estoy seguro de que tendrá su recompensa. Merece usted ser feliz, y lo será, pues por otra parte yo me ocuparé de su bienestar. ¿No va usted á ser también mi hijo, después de todo, desde el momento en que será hermano de Luis?

– Escribiré. ¿Cómo debo enviar la carta?

– Por el correo. Nosotros no abrimos nunca la correspondencia de Magdalena.

– Después de esto, quisiera marchar lo antes posible.

– Para que Magdalena no sospechase nada, le he dicho que iba á París, y allí voy ahora mismo. Venga usted á buscarme mañana temprano, y haremos juntos una visita al almirante Boisgelin en el ministerio á eso de las diez. Merced á mi recomendación, estoy seguro de que será usted admitido. Haré de modo que se extienda el nombramiento acto continuo, y podrá ponerse en marcha pasado mañana. Irá usted á Tolón, donde el *Vulcano* está ya equipándose... Queda entendido que nadie sabrá nunca la conversación que entre nosotros ha mediado, ni Magdalena, ni los padres de usted, ni Juana... ¡sobre todo Juana!... También debe usted aparentar que ignora los proyectos de Luis.

– ¿Cuándo se efectuará el matrimonio?

– La petición se hará apenas el *Vulcano* abandone las costas de Francia, es decir, dentro de un mes, poco más ó menos, tal vez dos. Y ahora, ¡valor, amigo mío! ¡Bah! Nadie se muere de amor... Por otra parte, aquí todos le queremos á usted, y crea que no deseamos más que su felicidad. Adiós, Pedro; hasta la vista, amigo mío. No me guarde usted rencor... Más adelante comprenderá... y aprobará mi conducta.

– ¡Adiós!...

***

Rada de la Goleta, octubre de 1881

Por la noche, medio loco de dolor, con lágrimas en los ojos, escribí varias cartas, demasiado largas, en las cuales, á pesar mío, revelábase mi amor con demasiada violencia. Las rasgué una tras otra, y por fin limitéme á unas cuantas líneas cobardes, insubstanciales, en las que me declaraba vencido y con poco valor para continuar una lucha en la cual veíame derrotado de antemano, y desistía de todos mis proyectos con la más completa sumisión. Anunciaba mi marcha, y apenas me atrevía á solicitar un perdón que no merecía.

Al día siguiente á las diez llegué al ministerio. Un telegrama de Versailles me había precedido y contenía estas palabras:

– «Si me ama usted, no se marche. – *Magdalena.*»

Mi humillación no era bastante completa; todo se conjuraba para que mi conducta fuese más despreciable y más profundo mi dolor. ¿Podía yo contestar? Mostré el telegrama al Sr. de Nessey, que se sonrió con su expresión escéptica.

– Tanto mejor, dijo. Evidentemente nada tiene usted que contestar, y su silencio será el mejor medio para llegar á nuestro objeto.

– Sí, pero ¿cómo apreciará mi conducta? ¡Su desprecio ahora, después de perder su amor!

– ¡Bah! Las apreciaciones cambian con el tiempo. ¿No está usted resuelto? Retroceder ahora sería una cosa menos digna y á nada le conduciría, sin contar que me ha dado usted palabra. Boisgelin nos espera, vamos á verle.

El almirante nos recibió muy favorablemente; fuí admitido, y mi orden de marcha se firmó en el acto, según me lo había anunciado el Sr. de Nessey, quien se excedía á sí mismo para allanarme todos los obstáculos.

Hasta las cinco de la tarde no volví á tomar el tren de Versailles, para ir á pasar la última noche junto á mis padres y anunciarles mi marcha, que debía efectuarse á la noche siguiente...

Los acontecimientos se habían sucedido con tal rapidez, que vivía como en un sueño, como si asistiera á un espectáculo en que el héroe – el paciente más bien – no hubiera sido yo mismo. Supongo que el condenado á muerte debe experimentar una cosa semejante: su cuerpo es el que anda, su rostro el que siente la impresión del sol ó del viento; pero su pensamiento está ausente, su alma en otra parte. No tenía más que un deseo, que todo hubiese concluído ya; ansiaba hallarme lejos, muy lejos de todo cuanto amaba, y que me martirizaba tanto.

Pero ¡ay! mis padecimientos no habían concluído; el más inesperado, el más cruel y el más dulce á la vez acechábame y no tardaría en alcanzarme. A las diez de la noche, después de una larga y penosa velada en la que solamente hubo pesares secretos, un silencio enojoso y tristezas mal disimuladas, abracé á mis padres, tan afligidos como yo, y me retiré á mi habitación...

¡Pobres padres, cuántos pensamientos tristes oprimieron también sus corazones! ¡Cómo les contristaba verme marchar así! ¡Cómo sentían ahora haber influído – así lo creían ellos – en mi pronta resolución!

– ¡No, quédate, habíame dicho mi padre, quédate; tu dolor me hace demasiado daño; quédate, cásate con ella, y que Dios os bendiga, hijos míos!

– Quédate, decía mi madre con tono de súplica. ¿Por qué has de abandonarnos tan pronto? ¿No podías romper tus relaciones sin marcharte? No hay que precipitar las cosas. ¡Si al menos te hubieras contentado con volver á tu puerto, á Tolón, donde habrías podido servir en tierra! ¿Por qué ir al mar, cuando nada te obligaba á ello, y tan lejos, tan lejos!

Moví la cabeza tristemente para indicar que ya era demasiado tarde; el señor

de Nessey tenía mi palabra, y ya estaba comprometido con el almirante Boisgelin. Mi resolución era irrevocable; todo estaba ya concertado y convenido, y nada se podía combatir. Faltábame pasar allí una noche; después me conduciría el tren, más tarde el buque, y luego vendría lo desconocido, un pesar eterno tal vez, quizás el olvido. ¿Quién lo sabía?

Habían dado ya las doce de la noche, y sentado en un sillón cerca del fuego, entregábame aún á mis pensamientos, si tal podía llamarse el caos que se agitaba en mi cabeza.

De repente me pareció que unos dedos golpeaban los vidrios de mi ventana. Levantéme, separé las cortinas de muselina, y en la obscuridad de la noche vi apoyada en las barras de hierro una forma de mujer, con la cabeza y el rostro ocultos entre blondas y los hombros cubiertos con un largo manto.

¡Magdalena á semejante hora de la noche! ¿Era posible?

¿Sería un recuerdo que me perseguía como una pesadilla?

¿Sería que su imagen se me aparecía siempre por doquiera?

– ¡Abra usted, abra usted la puerta!, dijo una voz dulce; es preciso que le hable

Obedecí al punto. ¡Sí, efectivamente era Magdalena! ¡Ella á media noche y sola! Llevaba el traje de comida, ligeramente escotado, la cabeza descubierta y un ramo de rosas naturales en su corsé. Fría y serena al parecer, de pie en el umbral de la puerta, fijaba en mí una mirada profunda é investigadora, mientras maquinalmente se quitaba los guantes.

– Magdalena, dije con la voz alterada, señorita Magdalena, ¿usted aquí á semejante hora?

La señorita de Nessey se encogió de hombros, como para indicar que las conveniencias á que yo aludía le eran muy indiferentes, y sentándose en una silla con ademán majestuoso, me invitó á imitarla. Yo permanecí en pie á cierta distancia. Su mirada estaba siempre fija en mí.

– Conteste usted, Magdalena, le dije, conteste usted, yo se lo suplico.

Pero no pudo hacerlo; tenía la garganta oprimida, su dolor era demasiado profundo, á pesar de la aparente calma que afectaba.

Quiso hablar; su boca se contrajo violentamente, mas no pudo pronunciar ni una palabra, y las lágrimas se agolparon á sus ojos.

Mil pensamientos me agitaban. En mi primer impulso hubiera querido arrojarme á sus pies, pedirle perdón, enjugar sus lágrimas con mis labios; pero mi promesa me retenía. Luego una duda dolorosa y consoladora á la vez, una duda de todo, me oprimió el corazón... De carácter reflexivo, muy escrupuloso respecto á la opinión pública y descontento del papel que desempeñaba, sentíame inquieto, torturado y sorprendido...

¿Por qué iba Magdalena á mi casa, sola y de noche?

Y ese escepticismo que me había comunicado la triste experiencia de mis padres, trataba de contestar por su boca que el paso de aquella joven era resultado de un cálculo.

Quería comprometerse, á pesar de cuanto me había hecho comprender otras veces.

¿Y no estaba ya realmente comprometida? Estaba en mi casa. ¿Cómo había venido? ¿No la habían visto entrar los criados ó los vecinos? ¡Qué importa ahora que permaneciese más ó menos tiempo en ella!...

Además de esto, su madre debía de haber intervenido también en aquella intriga. Tal vez estaría allí, detrás de la puerta, para presentarse cuando fuera necesario...

Pero no, verdaderamente yo estaba loco... Y su padre, el Sr. de Nessey... ¿Le engañarían á él también, ó qué papel desempeñaba? El paso que habíamos dado la víspera, el compromiso con el almirante Boisgelin, contraído en la mañana de aquel mismo día... ¿No sabía yo que á Magdalena no le faltaría esposo? Y si era cierto que Luis debía casarse con Juana, ¿no estaban allanados todos los obstáculos?...

No, á decir verdad, yo no comprendía ya nada, y perdía la cabeza; mas á pesar de todo, Magdalena al visitarme á semejante hora, despojábase de la radiante aureola de que yo me complacía en rodearla; mis remordimientos se desvanecían, y no me arrepentía tanto de mi conducta, á pesar de mi padecimiento.

Al fin me adelanté más sereno y cogí su mano.

Un rayo de luna, filtrándose á través de las cortinas de la ventana, reflejábase en su negro cabello, comunicándole un brillo singular. Magdalena no lloraba ya; había recobrado aquella expresión altanera que á veces tomaba, y esforzábase al parecer en sondear mi pensamiento con su mirada penetrante. ¡Qué hermosa estaba así!

– Magdalena, díjele con voz dulce, apelando á todo mi valor, no sabe usted qué alegría y tormento me ocasiona á la vez con su visita; es una crueldad querer presenciar mi humillación, agravando mi dolor en el momento en que debo marchar...

– ¿Por qué se va usted?, interrumpió.

– Es preciso ahora, balbuceé, como quien repite su lección; todo nos separa... Nuestros proyectos eran sueños irrealizables.

– Si habla usted así, es porque ya no me ama, ó porque jamás me amó de veras.

– En nuestra situación, repuse, toda conversación es muy difícil, casi imposible;... pero crea usted que la necesidad debe ser muy poderosa para conducirme á una decisión irrevocable como la que he tomado: le he dicho á usted adiós para siempre; es preciso, y no manifiesto mi dolor á sus ojos porque es demasiado profundo...

– No puedo creerlo. ¿Qué ha cambiado desde ayer?... ¿Se trata de su madre? ¿De qué me puede censurar? ¿De mi pobreza, pobreza relativa? Usted me ha referido su vida; ella también era pobre, pero ¿no ha sido feliz? Si no lo fué, era porque no amaba bastante. ¿No me ha dicho usted cien veces que los dolores y las penas que sufren juntos dos seres que se aman, cimentan las uniones más aún que las alegrías y los placeres?... Pero ¿qué estoy diciendo?... Creeríase que me defiendo... Tranquilícese usted, no es compasión lo que vengo á pedir. Si soy pobre, tengo altivez, como todas las criollas; pero mi corazón debe haber cambiado mucho para que yo me haya resuelto á venir aquí... Usted no comprende que vengo como una hermana y hasta como amiga;... y es porque me parecía imposible separarnos sin despedirnos... No he reflexionado sobre la extrañeza del paso que acabo de dar; y hasta que estuve en el umbral de su puerta no me ha sido posible, por la mirada que me ha dirigido usted, leer sus pensamientos, más dolorosos para mí que todo... Oiga usted: hemos ido á comer á casa de los Trevoix;... estuve alegre toda la noche, y nadie pudo sospechar mi dolor... Al volver á casa entré la última y dejé la verja abierta... después, cuando ya no percibí ruido alguno y apenas se acostaron los criados, salí... Nadie me ha visto... ni en la calle tampoco; gracias á que nuestras casas se hallan tan próximas... No puedo, por tanto, estar comprometida, y si lo estuviese, ya sabría sincerarme... Nuestra unión es ya imposible, más de lo que usted piensa, y por lo mismo me ve aquí...

– ¡Magdalena, Magdalena!, mumuré confuso y dispuesto á revelarlo todo, si usted supiera, si usted supiera...

– ¿Qué, qué puedo saber más? ¿Qué cambio habrá ocurrido en estos dos días? Sus padres rehusaban: ya lo sabía, pues me lo advirtió usted lealmente, y sobre este punto no tengo queja alguna, así como tampoco en lo demás. Mi padre hubiera podido persistir también en su negativa; pero ¿cree usted que yo habría variado? Cierto que no hubiera prescindido de su consentimiento, fuera cual fuese mi edad; pero en cambio, él no podía obligarme á contraer matrimonio contra mi voluntad; de modo que al fin habría cedido... Los padres ceden siempre ante una voluntad bien reflexiva y resuelta... La de usted no lo era, puesto que renuncia; y vale más saberlo ahora que más tarde, porque hubiéramos sido demasiado infelices... Tal vez tenga yo la culpa de todo esto... ¡Oh!... ¡Esa mirada que usted me dirigió cuando entré!... ¿Recuerda usted mi conversación antes de marchar la última vez á incorporarse con la escuadra y lo que le dije sobre las dudas?... Aquí mismo, delante de mí, después de oir mis palabras, aún las tiene usted... En cuanto á mí, las conservaré también, y esto, más que todos los demás obstáculos, imposibilita nuestra unión.

¡Ay de mí! ¿Cómo decir á Magdalena que si su visita me había sorprendido un momento, entonces menos que nunca podría conservar dudas sobre la franqueza y la intensidad de su amor?... ¡Cómo decirle que lo sabía todo, su proyectada unión con de Branges, la repugnancia de su padre en aceptarme y la especie de transacción en que había consentido!... ¿No debía, por el contrario, retener en el pecho mi amor y renunciar al suyo para siempre?...

¡Qué inefable alegría experimentaba, sin embargo, al oirla hablar así; pero también qué dolor y qué vergüenza!

¿Qué contestar?...

Con el rubor en la frente, las sienes ardorosas y poseído de la mayor agitación, no supe hacer otra cosa que inclinar la cabeza.

Magdalena se compadeció sin duda, y levantándose me tendió la mano.

– Dispénseme usted, dijo; ya sabe usted que yo no hago nada como la demás gente. No había venido para hacerle cargos ni para provocar una explicación. Cedí á un impulso espontáneo, sin detenerme á reflexionar sobre su inconveniencia. A mí misma me decía: «Se marcha; es desgraciado, tal vez por tener demasiado juicio y previsión, pero desgraciado al fin, porque no es posible que me haya olvidado tan de repente, y no quiero que nos separemos así:



¡Vamos, es preciso adoptar una resolución enérgica!

quiero estrechar su mano, y desearle una felicidad que no hubiéramos encontrado juntos, lo comprendo.»

Yo tenía entre mis manos la de Magdalena, sin poder decidirme á dejarla; mas era preciso pronunciar alguna palabra, cualquiera que fuese, para prolongar aquella despedida, aunque era tan triste.

Entonces, dueño aún de mí, á pesar de la turbación profunda que me agitaba, recordé un momento el papel que debía desempeñar; pensé que sería más digno y más generoso esforzarme para que se me olvidara rápidamente, y hallé suficiente fuerza para decir en voz alta:

– Gracias, Magdalena; no puede usted imaginarse cuánto me consuela este apretón de manos, porque soy más culpable que lo que cree, y ni aun merezco su simpatía. Sin embargo, de todo corazón le juro que le deseo á mi vez toda la felicidad que se merece y que mi alma, demasiado débil, no hubiera podido proporcionarle... En mi indignidad temía el desprecio de usted; le doy gracias por haber sido caritativa.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

NUEVO MULTIPLICADOR AUTOMÁTICO

Aunque los pequeños aparatos destinados á facilitar la multiplicación y las operaciones que de ella se derivan son de formas muy distintas, difieren muy poco en cuanto al principio en que se fundan, así es que casi en todos ellos encontramos las varitas de Napier ligeramente modificadas y dispuestas de manera que pueda componerse el multiplicando lo más rápidamente posible.

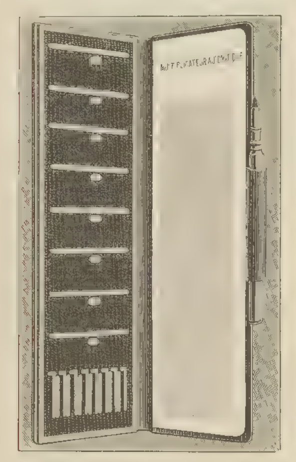


Fig. 1ª Multiplicador automático de M. Eggis

M. Eggis ha tenido la feliz idea de colocar los multiplicandos tocándose punta con punta y de inscribir uno á continuación de otro en una larga tira de cartón (fig. 1) todos los múltiplos de los números 0 á 9: en la parte alta de la tira hay los productos por 9, después los por 8 y así sucesivamente; los números leídos de arriba abajo son de esta suerte: 0, 9, 18, 27... 81; 0, 8, 16... 72, etc.

La tira está dividida de arriba abajo por una línea negra: á la derecha está inscrita la cifra de las unidades, á la izquierda la de las decenas; puestas una al lado de otra hay ocho tirillas colocadas debajo de una plancha de hierro que les permite deslizarse en el sentido de su longitud; á cada tirilla corresponde, en la parte inferior de la plancha, una ventanilla longitudinal al través de la que aquélla presenta un talón perforado con nueve agujeritos. Si, después de haber introducido un alfiler en uno de éstos, se empuja de abajo arriba, se hace deslizar la tirilla, que sube hasta la plancha (fig. 2). Los agujeros están numerados de 1 á 9 por cifras marcadas en la plancha.

Supongamos que hemos puesto el alfiler en el quinto agujero; empujando hasta tocar la plancha, saldrá la cifra 5 en la ventana inferior, mientras que en las ocho ventanas practicadas transversalmente en dicha plancha irán apareciendo los productos por 2, 3, etc. Si se quiere conocer, por ejemplo, un múltiplo de la cifra 537, se introducirá el alfiler sucesivamente en los agujeros marcados con los números 5, 3 y 7 en las tres tirillas de la derecha, que se empujarán hasta el punto de parada: entonces en las ventanas transversales se leerán los productos parciales. En la cifra citada, el producto por 2 es 10, 6, 14; fácilmente se comprende que el 6 se ha de añadir al 1 de 14, con lo que se obtendrá 1074. Esta sencilla operación sería causa de muchos errores si M. Eggis no hubiese tenido la precaución de pintar de encarnado alternativamente la mitad derecha é izquierda de las tiras, de manera que los números que han de sumarse aparecen en las partes del mismo color.

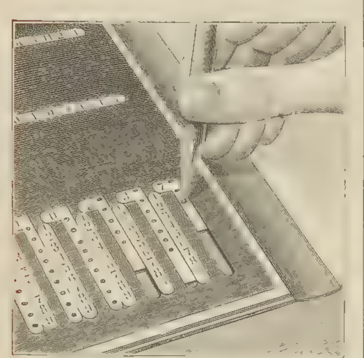


Fig. 2. Modo de emplear el multiplicador

Creemos que con esta ligera explicación podrán formarse nuestros lectores una idea clara de lo que es el multiplicador que nos ocupa: sólo añadiremos que la combinación de las tirillas estrechas y de la disposición en longitud ha permitido reducir considerablemente las dimensiones de este aparato de cálculo que puede llevarse fácilmente en el bolsillo.

El multiplicador de M. Eggis constituye un aparato práctico, susceptible de prestar muy buenos servicios á cuantos han de hacer cálculos. Los aparatos de este género van extendiéndose mucho, y á fuerza de práctica con sólo un poco de cuidado se logran resultados excelentes.

***

FÍSICA RECREATIVA

LA PRESTIDIGITACIÓN DESCUBIERTA. — MAGIA NEGRA

A pesar de su título un tanto sombrío, el sortilegio que vamos á descubrir no tiene de tenebroso más que el teatro del prestidigitador, que no está iluminado, ni otras negruras que el color del paño que cubre completamente el fondo, los lados, el techo y el suelo del escenario.

Por el contrario, todos los objetos que aparecerán en este experimento son blancos ó por lo menos de color claro, y el mismo prestidigitador, también vestido de blanco, no dejará de decir que si se practica la magia blanca en traje negro es necesario para la magia negra el traje blanco.

Empieza la representación: la sala está sumida en una semi-obscuridad; dos lámparas colocadas de espaldas al escenario proyectan sobre los espectadores, por medio de reflectores metálicos una débil luz, atenuada además por cristales ligeramente encarnados.

Se levanta el telón dejando ver las más completas tinieblas, en medio de las cuales, á los pocos minutos de espera, aparece de repente el prestidigitador, á quien no se ha visto llegar por los lados, que no ha salido de debajo de tierra ni ha caído tampoco del techo, el cual prestidigitador, después de haber saludado á los espectadores, llama á su varita mágica que, en el instante mismo, se encuentra en su mano sin que pueda sospecharse por qué camino ha llegado hasta ella. Esta varita, extendida hacia la derecha, hace aparecer un velador, y hacia la izquierda una silla y luego otra silla y otro velador.

Una ligera seña, y sobre cada uno de estos veladores se encuentra un jarro de porcelana; un pañuelo facilitado por un espectador y depositado en uno de esos jarros es inmediatamente retirado del otro; los huevos, los sombreros blancos, todo cuanto es de este color desempeña un papel en esta escena y sirve para los más variados escamoteos.

Después avanza lentamente desde el fondo del escenario una calavera que se aproxima al prestidigitador, el cual finge asustarse, le besa y va á posarse en una mesa desde donde contesta á las preguntas que se le dirigen. Pronto se reunen con la calavera huesos de todas clases y procedentes de todos lados, formándose de esta suerte un esqueleto entero que se pone á bailar, y mientras baila se disloca de nuevo danzando cada pieza por su lado, y finalmente todos esos huesos emprenden una carrera desenfrenada por todo el escenario.

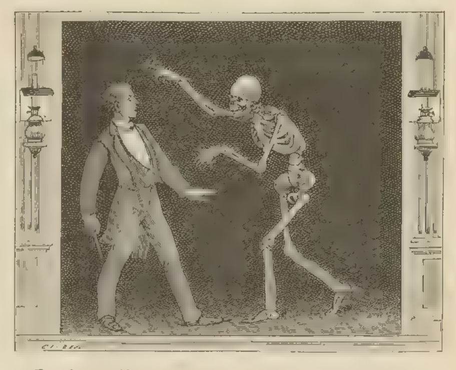
Entonces aparece un violín blanco, del que una mano blanca, armada de un arco blanco también, arranca horribles sonidos.

Por último, el prestidigitador se escamotea á sí mismo delante de los espectadores; de pie en el centro de la escena se envuelve en una sábana blanca, se agita un poco, la sábana cae y el prestidigitador á quien se acaba de ver en el escenario entra en la sala por una puerta del fondo.

Este espectáculo es en verdad uno de los más sorprendentes que pueden ejecutarse en materia de física recreativa, y en punto á efecto sobrepuja al de los mismos espectros. La ilusión producida es tal, que muchos espectadores llegan á asustarse, y sin embargo, la explicación, como se verá, no puede ser más sencilla.

Ya hemos dicho que toda la iluminación se reducía á dos lámparas colocadas de cara á los espectadores; esta luz poco intensa es en gran parte absorbida por la sala y apenas si llegan al escenario algunos débiles rayos luminosos reflejados por las paredes, por los objetos de color claro, tales como los trajes de algunos espectadores, ó por la atmósfera vaporosa del teatro. Pues bien: esta débil cantidad de luz reflejada de este modo es casi completamente absorbida por el paño negro mate de que está cubierto el escenario, merced á lo cual el espectador no puede darse cuenta de las distancias que existen en una obscuridad tan completa, y un fondo de paño negro no impresionará ni más ni menos su retina porque esté colocado á 2 ó á 10 metros de profundidad en la escena. Supongamos ésta llena de objetos tapados con paños negros; los ojos de los espectadores, cuya sensibilidad para la obscuridad se halla aún disminuída por el brillo relativo de las lámparas y de los reflectores metálicos que los hieren más ó menos, no podrán en modo alguno distinguir estos paquetes negros que no se destacan del fondo general, negro y obscuro.

En cambio, los objetos muy blancos, colocados en estas condiciones, reflejarán la luz difundida por la sala lo bastante para destacar perfectamente sobre el fondo negro que los rodea y ser percibidos distintamente por los espectadores.



Esqueleto moviéndose sin hilos visibles delante de un prestidigitador

De este modo, al levantarse el telón, el prestidigitador, los veladores y los demás objetos previamente colocados en la escena serán invisibles, pero aparecerán de repente en el momento de ser destapados, lo cual debe hacerse rápidamente y sin vacilaciones.

La calavera está fija al extremo de un bastón cubierto de paño negro y es puesta en movimiento por una persona que permanece entre bastidores y que completamente envuelta en paño negro cruza el escenario en los momentos en que es necesaria su intervención para hacer aparecer y desaparecer los objetos ó para transportarlos de un sitio á otro. Su presencia es completamente invisible.

Para escamotearse á sí mismo, el prestidigitador se retira sencillamente detrás de una cortina negra después de haber cedido su puesto debajo de la sábana blanca al personaje negro que permanecía invisible á su lado y que sostiene el lienzo y lo agita durante el tiempo necesario para que su compañero pueda dar la vuelta al teatro y llegar hasta la puerta del fondo de la sala.

Magus

(De *La Nature*)

***

COCHE ELÉCTRICO PARA CARRETERAS

El taller mecánico de la casa Carli y Compañía, de Castel Nuovo di Garfagnana (Toscana), ha construído un coche eléctrico para carreteras que, según parece, puede rodar con una velocidad considerable, durante muchas leguas, según el estado de los caminos.

El carruaje tiene dos asientos, es muy ligero y está

sólidamente construído por medio de tubos de acero barnizados, montados sobre el eje de dos ruedas muy elegantes.

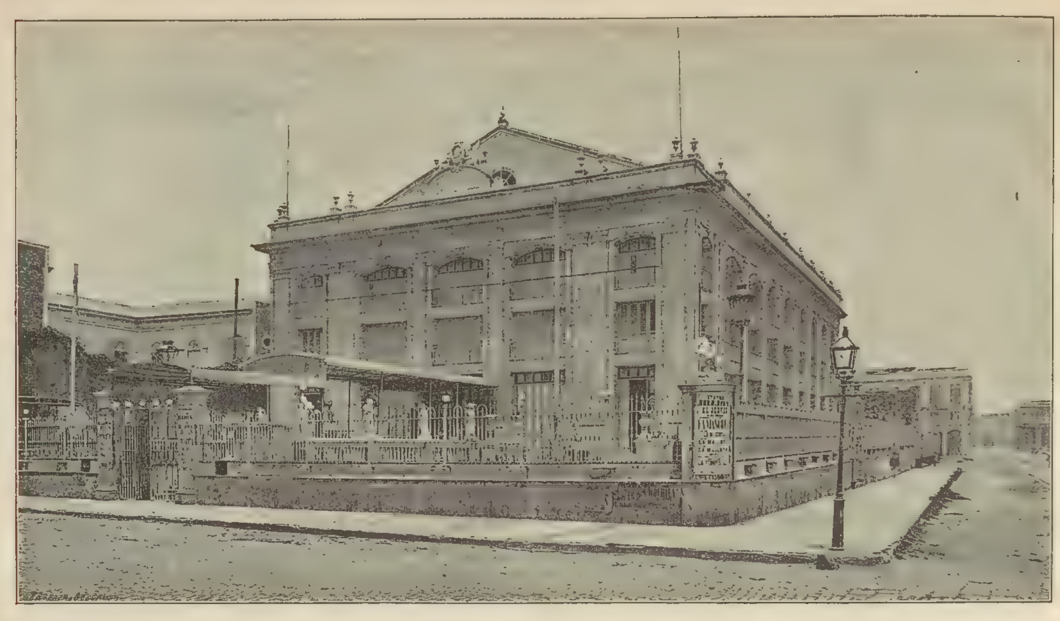
La fuerza motriz la proporciona una batería de 10 acumuladores de una capacidad de 20 amperes-hora por kilogramo de plancha, herméticamente encerrados en cajas de ebonita: su peso es de 70 kilogramos. La energía es distribuída á un pequeño motor por un conmutador regulador de 8, 12, 16 y 20 volts; andando á razón de 12 wats por término medio, la carga puede durar unas diez horas.

En las bajadas y en las paradas no se consume ninguna energía. El motor es de la potencia de un caballo de vapor, absorbe 942 wats y restituye 736: da 3.000 vueltas por minuto, y por razón de la gran ligereza del inducido puede llegar, sin peligro, hasta 15.000 vueltas con un rendimiento de 80 por 100: su peso es de 20 kilogramos.

El coche va, además, provisto de lámparas eléctricas, timbre de alarma, freno, válvulas de seguridad fusibles, etc., etc.

Tiene 7'80 metros de longitud, 1 metro de anchura y 1'20 metros de altura y pesa en conjunto 140 kilogramos.

Tenemos, pues, un nuevo aparato ingenioso y bien dispuesto, si hemos de creer lo que nos dice el periódico italiano *Industria*, de donde tomamos la noticia.



TEATRO DE YRIJOA, recientemente construído en la Habana (según fotografía remitida por D. Luis Artiaga)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 11 DE JULIO DE 1892 — NÚM. 550

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el correspondiente tomo de la Biblioteca Universal. Será éste el segundo de NERÓN, por D. Emilio Castelar, ilustrado con profusión de grabados.

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Por esta vez – tan sólo por esta vez – han de perdonarme mis benévolos lectores si dejo correr la pluma sobre las cuartillas, no sujetándome á la tarea que me impuse de definir – según mi leal sabiduría y entendimiento – las verdades y mentiras lanzadas á guisa de proyectiles de novísimo sistema al campo donde contienden las nuevas y las viejas teorías artísticas. Y no porque la lucha se haya enfriado en lo más mínimo, ni por falta de combatientes, ni mucho menos por escasez de municiones, sino porque siento hoy esa displicencia y tristeza características de los estados hepáticos, y temo no poder aquilatar tan fríamente como deben aquilatarse estas cuestiones de importancia total para el arte. Ofrezco, pues, ocuparme en el próximo artículo de las doctrinas y conclusiones emitidas recientemente en la Academia de San Fernando por los Sres. Hernández Amores y Vera, en el acto de ingresar como individuos de número de la corporación citada.

***

Son las doce y media de la noche, víspera de los apóstoles Pedro y Pablo. Al ruido ensordecedor de mil voces que cantan, que pregonan periódicos, que ríen á carcajadas – carcajadas de alcohólicos, – que requiebran á gritos á las muchachas del barrio, que charlan de un modo epiléptico, se unen las orquestas de bandurrias y guitarras, violines y flautas, los horribles trompetazos de las murgas, que de modo tan criminal felicitan á Pablo y Pedro. Desde el balcón de mi gabinete veo el hormiguero humano que bulle, se retuerce y agita en convulsas oscilaciones, impulsado por el vino y el aguardiente con que ayu-



NEGOCIO REDONDO, cuadro de D. Antonio Fabrés, grabado por Sadurní

da la digestión de buñuelos chorreando aceite, de las eternas, duras y pringosas rosquillas *de los Santos*, de todos esos comestibles que se ofrecen á la voracidad de los delirantes aficionados á estas verbenas, con carácter de saturnal.

Los santos apóstoles me lo perdonen, pero creo firmemente que por su causa, es decir, por la ruidosa devoción que inspiran á este pueblo tan escaso de creencias (con más propiedad diciendo), tan indiferente, tan falto de ideales, este artículo, nacido casi sin cabeza, va á morir sin pies. ¡Adelante!

Lo cierto es que, mirando así tan de cerca al hombre, en actos y ocasiones como los presentes, los idealistas del arte, los que como mi querido amigo y maestro el ilustradísimo pintor D. Germán Hernández Amores, lamentan que el *realismo y el naturalismo estén de moda* (1), parecen los guardadores de las únicas y verdaderas doctrinas. Ofrécese la materia en estas orgías al aire libre, con todos los caracteres distintivos de la bestialidad, desquiciada la línea, borrada la belleza psíquica, el color turbio y sucio; la *bête humaine*, en fin, pintada por Zola. Es cosa de renegar del naturalismo y del realismo, como reniega en efecto mi citado profesor y amigo cuando dice (2): «Merced á ellas (habla de las teorías de independencia que sustentan las escuelas en cuestión) crece la indisciplina que da por resultado deserciones continuas de jóvenes artistas, que buscando el éxito, ensayan con frecuencia procedimientos nuevos, nuevos géneros: el óleo mate, el encausto, la acuarela, la *guache*, el pastel, y como asuntos las faenas del campo, de la marina, observaciones clínicas, escenas de anfiteatro, chulos, gitanos, etc., y este es un bosquejo de las manifestaciones y tendencias actuales del arte.» Se le olvidó á mi querido Mentor el género urbano, el que retrata orgías de calle, taberna y salón.

Pero seamos justos. Esas pobres gentes que ahí, al pie de mis balcones, chillan y se retuercen como poseídos, no fueron escogidos por aquellos encargados de arrojar al mar los niños que nacían enclenques ó deformes, allá en Grecia, cuando Solón y Licurgo estaban en todo el auge de su poder legislativo. Esas pobres gentes que ahí en la calle celebran con risotadas, algazara, baile flamenco, aguardiente y buñuelos la víspera de los santos apóstoles, no viven en casas anchas, ni corren en el *Circo*, ni hacen juegos pírricos, ni se bañan en termas suntuosas (gracias que se atrevan á lavarse la cara). Esas pobres gentes son armazones de huesos envueltos por espesa red de nervios sin vigor y de venas y arterias sin sangre apenas, sin calor vital, sin más energía muscular que la que les presta el alcohol, cuya fuerza calórica no se localiza en el estómago para ayudar la digestión de suculenta comida, sino que sube al cerebro á insensibilizar las potencias intelectivas, á debilitarles psíquicamente, á anularles en cuanto tienen de moral, tal y como preconizan la moral las leyes de la sociedad moderna.

Claro está que entre una danza de bacantes, á quienes la flauta del anciano de Theos y el zumo de las uvas de Corinto ó de Farsalia hacían caer rendidas entre pámpanos y hojas de rosas, desligadas de toda vestidura, suelto el cabello, redondos los hombros, exuberante el seno, firme la línea de caderas y piernas y besadas por los rayos solares desde el pelo hasta los pies, con más frecuencia que los rostros pálidos y alongados de las jóvenes de las ciudades de hoy, y un baile de muchachas en la Pradera del Canal ó en el campillo de Manuela, ajustadas por el corsé, calzando botas de tacón alto, embutido el cuerpo en estrecha cárcel de paño, pálidas y enfermizas, como criadas á la sombra de muros y casas que cobijan – una sola – tantas personas como habitantes tuvo Pompeya, no hay duda que sin ser idealistas y clásicos, todos admirarían las bacantes – desde el punto de vista estético, por supuesto – y yo el primero de todos. Pero aquí lo grave (y hay que convencerse de ello) es que la belleza plástica ahora ya no es la que en un tiempo hicieron la selección legal, la higiene pagana, los ejercicios corporales, la indumentaria, etc., etc. La belleza física, el prototipo de la belleza física de nuestros días, especialmente de la belleza femenina, tiene dos caracteres: uno perfectamente espiritual, hierático pudiera decirse; otro material y resultado inmediato de la naturaleza. Friné, vestida á la moda parisiense, sería la más ridícula figura del mundo; en cambio, la más hermosa y distinguida de nuestras Julias, con palla y túnica parecería un muñeco desgoznado. ¿He de detenerme en el análisis de una y otra belleza? Tanto sería hacer el de la sociedad pagana y el de la actual.

(1) Discurso leído en la Academia de San Fernando el día 29 de mayo último por el Ilmo. Sr. D. G. Hernández Amores.
(2) Artículo citado.

Existe, sí, una equivocación de monta, además de la de pretender idealizar la forma humana con arreglo al canon clásico; y esa equivocación ofusca inteligencias tan claras como la de Germán Hernández, haciéndole excomulgar el cuadro que representa escenas campesinas ó marítimas, de la vida urbana ó de la rural. ¡Qué diablo! Así como así, las fiestas en honor de Pan, de Baco, de Venus Afrodita y de otras divinidades de ese fuste, no se llevaban muchas líneas con una *juerga* de las monumentales celebrada á puerta cerrada en cualquier *Maison Dorée*. Las *juerguecitas* paganas tenían lugar á campo abierto, en el medio de la plaza pública, como si dijéramos, ahí, al pie de mis balcones, con la diferencia de que ahora se lleva á la prevención al ciudadano que pretenda tomarle la barbilla á cualquiera de las *bacantes* que se atiborran de *muñuelos* á su costa; y entonces, los bosques sagrados servían precisamente para tomarse mutuamente la barba. ¿No les parece á los idealistas clásicos que la pintura de esas costumbres de las gentes paganas es la más naturalista que puede soñarse? O por ventura, ¿la borrachera, la prostitución, la orgía entonces no consistían en concupiscencia, en vino bebido hasta la saciedad, en canciones libidinosas, en bailes lascivos?...

No, si no es eso. No tienen la culpa ni el realismo ni el pícaro naturalismo de que el vicio sea vicio siempre; lo grosero, siempre grosero; lo bello, bello eternamente. No tienen la culpa (3): «que pintores dados al mercantilismo ó de escasa educación social se complazcan en la representación de escenas que nada quieren decir, que no elevan el espíritu, sino al contrario, reflejan casi siempre la vida material.» Y aun voy bastante más allá del maestro Vera, de quien copio las acotadas líneas, porque entiendo que esas escenas de la vida material pueden ser representadas plásticamente de modo maravilloso, y causar la emoción estética – único y elevado fin del arte; – por ejemplo: una *bacanal*, el *Jardín del amor*, *Dánae recibiendo á Júpiter convertido en lluvia de oro*, *Júpiter y Leda*, *Bacante y Sátiro* (grupo en mármol existente en el museo de Florencia) y tantas otras obras maestras del Ticiano, de Rubens, de Julio Romano, de Rafael; Doña María de Zayas, Bocaccio, Quevedo, debieran ser relegados por algunas de sus obras al más profundo de los olvidos, y con ellos Voltaire y Rabelais.

No, no es eso, repito. Aquí sucede que clásicos é idealistas tienen metida en la mollera la preocupación de la nobleza y majestad de la línea de la estatuaria griega, hasta el punto de que las escenas más *naturalistas* de los tiempos paganos, dejan de ser *groseras* si el artista echa mano del canon clásico. Yo no veo la razón para que esas mismas escenas tan naturalistas á que me refiero sean abominadas, tildándolas de rebajamiento del gusto, de abortos del realismo ó del naturalismo, por quienes las pintan ó esculpen, en griego ó en romano, puesto que, como indico al comienzo de este artículo, la variante plástica no hace al caso, en cuanto á la moral se refiere.

Pero descartemos eso de la moral, ya que hoy nadie podrá negar la existencia de la obra de arte, represente lo que represente, siempre y cuando tenga efectivamente las condiciones precisas para considerarle tal obra de arte, y vengamos á la cuestión batallona, al ideal de la belleza.

Nuestros sentidos, como nuestra inteligencia, se educan en un medio ambiente totalmente distinto del que informó las obras de Parrhassio, Zeuxis y Apeles. La corrección de la línea, el ideal de la belleza de la forma humana, debiéronla aquellos artistas, como ya queda dicho, á la selección, á la vida de gimnasio, circo y baños. El hombre, en Grecia como en Roma, tenía en primer término el cuidado de su perfección física; el Estado concurría á facilitarle los medios. Veamos hoy dónde están esas termas, esos gimnasios, esos juegos circences, ni cómo el hijo del siglo puede dedicarse principalmente á la tarea de su perfección muscular. Un historiador griego nos cuenta que los jóvenes (de ambos sexos) iban al circo á jugar, desnudos completamente y cayéndoles la nieve encima en abundancia. ¿Dónde están hoy los émulos de esa juventud para hacer otro tanto? Reparemos en las proporciones de aquellos discípulos de Sócrates; cuello de toro, pectorales desarrollados en grado máximo, esófago dibujado enérgicamente, biceps y deltoides prominentes, jemelos ídem. Reparemos en la estructura de la mujer de entonces: cara redondeada, hombros anchos y redondos, seno pequeño y turgente, esófago acusado, cintura ancha, pies y manos largos. Reparemos la mujer de nuestra época, principalmente la urbana, la que vive en estos grandes centros de cultura; caras ovales, cuello fino, talle estrecho y largo, la curva de las caderas que se acentúa de un modo grande hacia su inserción con la que desciende dibujando suave arco hasta la cintura, pie pequeño, mano nerviosa, casi flaca.

(3) Discurso leído por D. Alejo Vera el día 26 de junio último ante la Academia de San Fernando.

Ahora pregunto yo: ¿cuál es la razón para rechazar este tipo de belleza y considerarle como indigno de ser copiado por el artista? ¿Cuál es la razón, ni de qué orden ni género, que trastorna de tal modo la lógica y el criterio estético de ciertas gentes, empeñadas en hacernos creer que pueda existir un tipo de belleza único é insustituíble, siendo así que ni conocieron el pueblo que produjo ese tipo, que ellos tienen por insustituíble, siendo como son clásicos é idealistas fervientes defensores de las doctrinas de Cristo?...

Concluyo como me lo temía, entrándome por campos donde los frutos están todavía por cosechar.

Verdaderamente la cuestión que he tocado inadvertidamente en las últimas líneas, merece varios capítulos.

Es la cuestión grande, la mayor de todas las puestas sobre el tapete en la actualidad.

Hablaremos de ella.

R. Balsa de la Vega

1.° de julio de 1892

SECCIÓN AMERICANA

LA CIUDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)

Ocupados se hallaban Francisco Pizarro y Diego de Almagro en la conquista del Perú, cuando surgieron entre ambos graves disensiones, motivadas por los nombramientos y honores que el emperador Carlos V concediera á uno y á otro, como muestra de agradecimiento y regocijo por los tesoros que de aquellos países trajera á España D. Fernando Pizarro.

Almagro, nombrado gobernador independiente del territorio de Chile, que estaba aún por conquistar, partió hacia aquellos desconocidos países, creyendo encontrar en ellos riquezas sin cuento de no difícil adquisición, dada la superioridad de sus medios de lucha sobre los de que disponían los incas, á quienes se proponía dominar. Armó á este efecto un ejército, compuesto de 570 españoles, con 200 caballos y 15.000 peruanos en calidad de tropas auxiliares, y con él emprendió la marcha por el lago Titicaca, llegó á Topisa, capital de los chichas, tributarios de los Incas, y prosiguiendo su camino escaló los Andes y penetró en las provincias de Coquimbo y Aconcagua.

Desastrosos fueron los resultados de la expedición de Almagro, tanto que á consecuencia de ella ganó Chile fama de país el más pobre é inhospitalario de toda la América; y sin embargo de ello, no faltó un oficial ganoso de aventuras y de provecho que se brindara á acometer la empresa en que aquél había fracasado. Era éste D. Pedro de Valdivia, que con solos 150 españoles y 1.000 peruanos, no sin grandes esfuerzos reunidos, salió de Cuzco á principios de 1540, y después de cruzar el desierto de Atacania y los territorios de Copiapó, Coquimbo, Quillota y Melipilla, llegó á Mapure, y encantado por la fertilidad de aquel suelo y por la natural defensa que allí se le ofrecía, fundó á orillas del Mapocho la primera colonia española en territorio chileno que, dado el carácter de conquista de la expedición, hubo de ser forzosamente una fortaleza, á la cual se dió el nombre de Santiago de la Nueva Extremadura, capital actualmente de la república de Chile.

Desde allí y auxiliado con los refuerzos que le llegaron del Perú, en donde sus comisionados lograron fácilmente destruir la impresión que en el ánimo de aquellos conquistadores dejara la desdichada campaña de Almagro, pudo Valdivia avanzar hacia el Sur y fundar en 1544 en la provincia de Coquimbo una segunda ciudad, que fué denominada La Serena, sin duda en recuerdo de la región del mismo nombre de su patria, Extremadura. El descubrimiento de nuevos tesoros mejoró el estado de la colonia y facilitó la prosecución de la obra de conquista, contra la cual comenzaban á oponer los araucanos aquella desesperada resistencia que con todas las sublimidades de la epopeya prolongóse por espacio de tres siglos.

En los comienzos de esta lucha púsose Valdivia en marcha hacia el Sur, llegó hasta las orillas del Bíobío y sobre la bahía de Talcahuano fundó en 3 de marzo de 1550 la ciudad de Concepción.

Tres años después moría de trágica muerte Valdivia, una de las figuras más grandes de la conquista por su pericia militar y temerario valor.

La ciudad de Concepción ha sido asolada distintas veces, unas por los araucanos, otras por el mar y otras por los terremotos.



CHILE. - VISTA DE BÍO-BÍO DESDE LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL

En 1553 los araucanos la destruyeron, repoblándola en 1557 D. García Hurtado de Mendoza, sucesor del infortunado Valdivia en el gobierno de Chile; y estos hechos de construcción y reconstrucción reprodujéronse con frecuencia durante aquella larga y sangrienta lucha, y modernamente, en 1832, las propias tribus, todavía no sojuzgadas, aprovechándose de las revueltas de Chile, penetraron en la ciudad y saquearon muchos de sus más importantes barrios.

El miércoles de Ceniza de 1570, á las nueve de la mañana, dejóse sentir un espantoso terremoto que arruinó todos los edificios de la naciente ciudad de Concepción, situada entonces á orilla del mar, donde ahora existe Penco. El Océano salió de su seno, inundó el territorio ocupado por la ciudad y acabó de completar la ruina de ésta. Los temblores se repitieron con menor intensidad por espacio de cinco meses, sin que afortunadamente pereciese persona alguna durante esta catástrofe.

El 15 de marzo de 1657 ocurrió otro terremoto con salida del mar, que arruinó también por completo la ciudad, ocasionando además algunas muertes.

El 2 de julio de 1730, nuevo terremoto que otra vez cubrió de ruinas á Concepción, causando en ésta y en Santiago los mayores estragos. El mar, como en otros cataclismos semejantes había ocurrido, se retiró de la costa, y replegándose sobre sí mismo invadió Valparaíso y Concepción y acabó la ruina comenzada por el estremecimiento de la tierra.

En 25 de mayo de 1571 se dejó sentir otro terremoto de tierra que arruinó una gran parte de Santiago, pero que causó males incomparablemente mayores en el Sur. En Concepción el mar volvió á destruir la población que acababa de levantarse sobre sus ruinas, y á consecuencia de este nuevo desastre, cuando cuatro años más tarde tratóse de reedificar la ciudad, emplazóse la nueva en el sitio en que ahora se halla, á 14 kilómetros del que antes ocupara.

Finalmente, en 30 de febrero de 1835, las ciudades de Concepción, Talcahuano, Chillán, Canquenes y otros pueblos del Sur fueron casi enteramente arruinados.

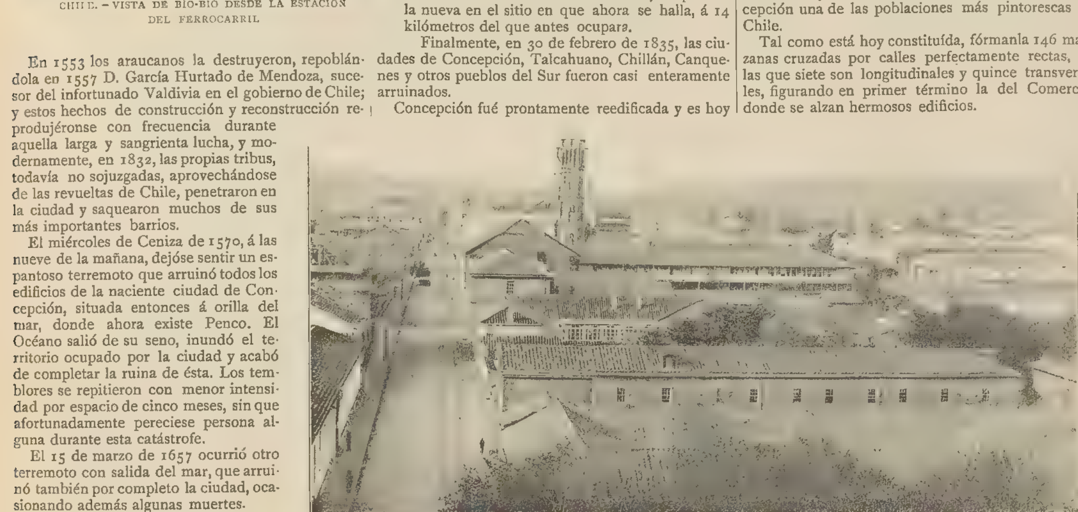
Concepción fué prontamente reedificada y es hoy una importante y hermosa capital. Esta importancia le ha sido reconocida desde los comienzos de su historia, pues ya durante la conquista fué casi siempre asiento de los gobernadores y centro estratégico de las operaciones militares, y en ella residió desde 1567 á 1574 la Audiencia Real.

Concepción, en la actualidad, es capital de provincia, tiene corte de apelaciones, dos juzgados de letras, obispados, diez iglesias, varias capillas, un liceo, crecido número de colegios y escuelas públicas y particulares, un teatro, cárcel, cuarteles, plaza de abastos, mercados públicos, hospitales de hombres y de mujeres, hospicio, casa de huérfanos, dispensaria, lazareto, casa de la Providencia, casa de sanidad, Sociedad de María, seminario, cementerios de católicos y disidentes y otra porción de establecimientos que sería prolijo enumerar.

La pequeña población de Talcahuano, situada á 15 kilómetros al Norte en la orilla meridional de una hermosa bahía que guarda la isla de Quiriquina y que una larga península separa del estuario de Bíobío, sirve de puerto á Concepción y es considerado como uno de los mejores de las costas de aquella república.

La situación de la ciudad sobre la ribera derecha del Bíobío y á corta distancia del mar, hace de Concepción una de las poblaciones más pintorescas de Chile.

Tal como está hoy constituída, fórmanla 146 manzanas cruzadas por calles perfectamente rectas, de las que siete son longitudinales y quince transversales, figurando en primer término la del Comercio, donde se alzan hermosos edificios.



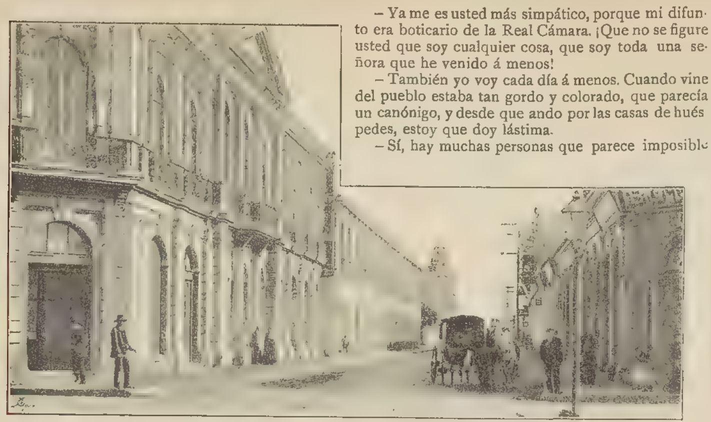
CHILE. - CONCEPCIÓN. - VISTA DE LA CIUDAD

Como en la mayor parte de ciudades americanas su plaza principal se denomina Plaza de Armas: situada á 11 metros sobre el nivel del Bíobío, está plantada de frondosos árboles y rodeada de edificios públicos y particulares de bella arquitectura; en su centro existe un precioso jardín dividido en cuarteles, de cuya conservación y progreso cuidan las damas chilenas, que rivalizan en esfuerzos y trabajos para obtener los más vistosos ejemplares de la flora americana. En medio del jardín elévase una gran pila, cuya majestuosa columna de mármol de 40 pies de altura soporta la estatua de la diosa Ceres.

Uno de los edificios que hace honor á la población es la estación ferroviaria. El ferrocarril que conduce á Concepción corre en una extensión de muchos kilómetros por la margen del Bíobío, y la vía se halla sombreada por gigantescos árboles que materialmente forman toldo sobre ella. Es un viaje delicioso, y cuando después de él se llega á la capital y se admiran la vida, la animación y los atractivos que ofrece al viajero; cuando se ha conocido el cariñoso trato de sus habitantes exento de afectadas



CHILE. - CONCEPCIÓN. - PLAZA DE ARMAS


CHILE. - CONCEPCIÓN. - VISTA DE LA CALLE DEL COMERCIO

etiquetas, su exquisita cortesía libre de todo servilismo, su franca cordialidad nunca desvirtuada por el menor asomo de rudeza, no puede menos que reconocerse con cuánta justicia se ha dado á Concepción el dictado de reina del Sur de Chile.

A. C.

DIALOGOS MATRITENSES

HUÉSPEDES Á SEIS REALES CON PRINCIPIO

– Voy buscando cuarto y vengo á ver...

– Pase usted, caballero, y verá...

– Dificililo es que vea, porque está esto tan obscuro...

– ¡Bah! Eso le parece á usted, porque viene de la calle; pero *aluego* que uno se hace... Venga usted por aquí... y usted dispense. ¿Es usted solo?

– Sí, señora; digo, no; no soy solo, porque tengo un baúl y una sombrerera.

– ¡Bueno!, y será usted persona de decencia, porque aquí no se admite á cualquiera.

– Mire usted, eso de la decencia usted dispondrá, porque no consta en la cédula.

– Quiero decir que persona decente es la que paga adelantado.

– No adelante usted los sucesos, señora doña...

– Sinforosa, para servir á usted.

– ¿Este es el cuarto?

– Sí, señor; el único que queda, porque los demás están atestados.

– ¡Pero si esto parece una despensa!, y lo será. Aquí no cabe un catre.

– ¡Vaya si cabe! Mire usted, aquí ha estado alojado un matrimonio gallego, y estaban como unos reyes.

– ¿Cómo unos reyes en la tumba?

– No, señor, que estaban muy ricamente. Y eso que él era altote y le salían los pies por la puerta; pero como de noche no se ve, nadie se fijaba.

– Pero en fin, admitiendo que quepa el catre en ese camarote, ¿dónde se viste uno?

– ¡Toma! Pues en cualquier parte. En este rinconcito se peinaba la señora gallega; y cuando tenía que mudarse, se encerraba en la cocina, que es muy desahogada.

– ¡Claro!; y si no, en la escalera también se podrá uno lavar y peinar.

– Pues hijo, por seis reales ¿quería usted el palacio de Medinaceli?

– ¡Qué he de querer yo, doña Sinforosa! Yo lo que quisiera es morirme para tener casa propia.

– ¡Jesús, hijo, qué cosas tiene usted! Si aquí estará usted como un embajador; ¡y á fe que el trato es malejo! Por la mañana, chocolate; almuerzo con plato fuerte, y á la noche sopa, cocido, su plato fuerte, postres y pan, sin vino, por supuesto.

– ¿Y esos platos fuertes son de hierro ó de estaño?

– Son de patatas con cualquier cosa ó de algo sólido con...

– Con patatas. Siga usted, señora, siga usted, que me va gustando el *menú*.

– ¿El qué?

– No haga usted caso, son palabras sueltas que sólo entienden los que como yo estudian toxicología, porque ha de saber usted que soy estudiante perpetuo de Farmacia.

– Ya me es usted más simpático, porque mi difunto era boticario de la Real Cámara. ¡Que no se figure usted que soy cualquier cosa, que soy toda una señora que he venido á menos!

– También yo voy cada día á menos. Cuando vine del pueblo estaba tan gordo y colorado, que parecía un canónigo, y desde que ando por las casas de huéspedes, estoy que doy lástima.

– Sí, hay muchas personas que parece imposible que sean cristianos. Aquí tengo yo dieciséis huéspedes y los trato á todos como hijos.

– En fin, doña Sinforosa, voy á hacer que traigan mis trastos, porque en estas cosas no hay que elegir; pues como dijo el otro, todo es peor. Ahí tiene usted noventa reales de la primera quincena. No quiero saber más detalles. Hasta luego.

– Caballero, vaya usted con Dios. Parece buen chico.

– Tomasa, pon una docena más de garbanzos en el cocido, que tenemos un huésped más; mira, añade también agua, que si no, andará escaso el caldo.

***

– ¡Doña Sinforosa! ¡Doña Sinforosaaaa!

– Ya voy. ¿Pero hombre, qué gritos son esos? ¡Si parece que le estén crucificando los judíos!

– Los judíos no, pero todos los demonios del infierno sí que se me han comido esta noche. Esta cama es el Arca de Noé. Lo menos hay siete millones de pulgas y otros bichos por el estilo, que no quiero nombrar.

– ¡Jesús, hijo, pues es usted poco exagerador!

– ¡Exagerador, sí, sí! Usted como duerme en la buhardilla no oye el coro de lamentos que aquí se arma por las noches. Si esto más que una casa de pupilos parece un hospital de sangre después de una gran batalla. El pobre cura de la alcoba daba esta madrugada unos aullidos que parecía que tenía el cólera, y era que los bichos le habían roído la nariz.

– ¡Bueno!; ¿y yo qué le voy á hacer?

– Nada. Usted, como buena musulmana, dejarlo todo en manos de Allah; porque si está escrito que hemos de perecer todos devorados por las sabandijas, ¿á qué conduce la limpieza? Absolutamente á nada.

– Tiene usted razón, Carlitos. Nadie puede escapar á su *sino*.

***

– ¿Dónde estarán mis botas? Pues yo las dejé anoche aquí... Nada, no están... A ver si la maritornes las ha cogido. ¡Tomasa, ven acá!

– ¿Dice el *señoritu*?

– Digo que ¿dónde están mis botas?

– ¿Qué botas?

– ¿Qué botas han de ser?, las mías, las mías.

– Yo *non* las *tengu*.

– Pues ¿quién las tiene?

– Alguien puede que las tenga.

– ¡Claro, eso es indudable! Si sigues discurriendo así, pronto vas á ir á la casa de fieras á un lugar distinguido.

– Yo *non queiro* dejar á doña Sinforosa, á *non* ser que en esa casa que usted dice me den más *salariu*.

– Allí no dan más que carne de burro; pero en fin, eso no hace al caso. Busca las botas, unas botas con caña de paño color canela.

– ¡Huy, canela, je, je!

– ¿De qué te ríes, animal?

– Ríome porque esas botas ya *non* están en Madrid.

– Pues ¿dónde están?

– Esta mañana salió el teniente para Carabanchel y *vide* que las puso en los *pieses*.

– Y tú ¿dejaste que se las llevara?

– Yo *non* sabía nada, *tampocu* hubiera *habladu* si lo hubiera *sabidu;* que la semana pasada dióme un puntapié por haberme *sentadu* encima del *sombreru*.

– ¡Gran Dios! Esto es Sierra Morena. Anda, Tomasa, vé al cuarto del teniente y tráeme las primeras botas que haya por allí.

– *Non* tiene más que unas blancas.

– Tráelas, tráelas, que hoy es día de cobrar la nómina, y siempre estará mejor ir á la oficina con esas botas que con estas zapatillas morunas. ¡Quién sabe, después de todo! El Ministerio está en crisis y bien pudiera ser que estas botas sean las de marcha... hacia la cesantía.

***

– Compañero, usted que estudia Farmacia podrá analizar esto que doña Sinforosa titula principio y decirnos lo que es.

– Hombre, intrincada es la cuestión, pero hay un punto luminoso.

– ¿Cuál?

– Pues este hueso, que igual puede ser de elefante que de burro.

– Bien, pero... lo demás ¿qué es?

– A ver..., por el tufillo parece marisco.

– ¿Serán calamares?

– No diré tanto, porque el calamar es duro y esto se deshace con el tenedor.

– Entonces será merluza.

– Merluza negra no la he visto en toda mi vida.

– Ya sé lo que es; butifarra catalana.

– Puede ser, pero en medio de este purísimo aceite andaluz sobrenada una espina, y hasta la fecha las butifarras no han tenido espinas.



CHILE. – CONCEPCIÓN. – ESTACIÓN DEL FERROCARRIL



LAS PRIMERAS ROSAS cuadro de Herberto Schmalz

– No cavilen ustedes, señores; esto es una nueva composición culinaria de doña Sinforosa, que en este ramo se deja atrás á Angel Muro. Ahora saldremos de dudas. ¡Doña Sinforosa! ¿Qué es esto?

– Hijo mío, yo qué sé; buena tengo yo la cabeza para fijarme en esas pequeñeces. Coman ustedes, que todo es bueno y sano. ¡Jesús, qué gentes tan averiguadoras!

– Hemos quedado enterados.

***

– ¿Dónde va usted tan temprano, padre Bartolo?

– Al Retiro á tomar el fresco, porque ese cuarto mío es el purgatorio. Después que el sol lo caldea á su sabor durante el día, ponga usted cuatro personas por la noche en un cuchitril como el puño y comprenderá usted que es imposible dormir. Hay ocasiones en que me figuro ser uno de los jóvenes que Baltasar metió en el horno en Babilonia. Si hoy no me despachan en la vicaría, tomo el camino de mi pueblo y que hagan lo que quieran, porque ya no puedo con mi alma.

– ¡Ay, padre Bartolo! ¡Qué feliz es usted que puede irse; yo ya he perdido las esperanzas de salir de esta pocilga!

– Paciencia, amigo, y barajar, que Dios no abandona á nadie.

– Pero ya vendrán los míos; y entonces, ¡ay de los explotadores del pueblo!

– ¡Hombre, no diga usted disparates! ¡Jesús, Jesús!

– ¡Calle usted, padre Bartolo! ¡Sólo con dinamita y petróleo, pero mucho petróleo, podrán destruirse estas infectas madrigueras que se llaman casas de huéspedes! ¡Exterminio, degüello, guerra sin cuartel!

– *Miserere mei, Domine!* ¡Pobre señor!... La verdad es que yo, si no fuera por mi carácter sacerdotal, en más de cuatro ocasiones hubiera estrangulado á la patrona.

***

– D. Felipe, esto no puede seguir así, usted me debe la mar y... ó me paga usted, ó se marcha en seguidita.

– Doña Sinforosa, tenga usted paciencia, que yo también la tengo.

– Lo que ha de tener usted es dinero.

– ¡Ojalá! Lo que es ganas no me faltan.

– Déjese usted de filosofías; deme usted los veinte duros y pico que me debe, ó lárguese.

– ¡Doña Sinforosa de mi alma! Sea usted caritativa y benévola y concédame un plazo prudencial para buscar esos cuartos.

– No puedo dar plazos, porque en la plaza no quieren razones, sino céntimos. Todo cuesta un ojo de la cara: la carne anda por las nubes; ayer subió el pan, y con la merluza no se puede uno atrever; conque si los huéspedes no andan corrientes, figúrese usted cómo andaré yo.

– Pero si de aquí á dos ó tres días tendrá usted todo lo atrasado y un año adelantado.

– ¡Sí, sí! A otro perro con ese hueso;... también la semana pasada me dijo usted lo mismo, y después recibió dinero de su casa y se lo ha gastado usted con cuatro desgreñadas.

– ¡Señora, cómo desgreñadas! ¡Por los clavos de Cristo! Cualquiera que la oyera á usted me tomaría por un perdido. Sepa usted que esas desgreñadas son personas muy decentes.

– Sí lo serán; pero lo que es aquella que vino á buscarle á usted aquí y armó tanto escándalo, no lo parecía. Por último, ¿me paga usted en seguida? ¿sí, ó no?

– No, no y no.

– ¡Pues al arroyo inmediatamente!

– ¡Bien, me iré! Después de todo, para comer basuras venenosas, dormir en una ratonera y respirar miasmas pútridos, en cualquier parte estaré mejor. Voy á buscar un mozo de cordel que se lleve el baúl y la sombrerera.

– ¡Qué se ha de llevar, hombre, si eso es mío!

– ¿Cómo de usted?

– Sí, señor; pues ¿qué quería usted, que yo perdiera los atrasos? ¡Ca, hijo! ¡Si me han salido los colmillos con los pupilos!...

– Lo que había de salirle á usted era un flemón tamaño como el puño.

– ¡Qué más flemón que usted!

– El baúl es mío y me lo llevaré.

– Eso será cuando usted pague; entretanto, no le dé usted vueltas, no hay baúl.

– ¡Me lo llevaré á la fuerza, patrona de Satanás!

– Tomasa, llama á los de orden y verá este caballero si se puede insultar impunemente á una señora.

– No, Tomasa, no vayas, que el que se va soy yo. Al fin y al cabo, para dormir en un banco del Botánico no hace falta baúl ni sombrerera. Adiós, doña Sinforosa; ya volveré á rescatar esa arca santa del poder de los infieles.

– Vaya usted con Dios, Felipín, y esté usted descansado, que no le faltará á usted nada.

– No es fácil, todo lo que hay dentro no vale una peseta, ¡que si valiera!...

A. DANVILA JALDERO

DEL GUADALHORCE AL GUADALMEDINA

La serranía. – Los túneles y el viaducto Omar ben-Hafzum. – La vega de Alora. – El valle de Cártama. – Málaga.

La locomotora que arrastraba nuestro tren se aproximaba rápidamente á Gobantes. Entre los viajeros se notaba el natural movimiento que al llegar á cada estación se produce; quien se disponía á trasladarse en incómoda diligencia á Ronda ó Carratraca; quien había de apearse para continuar después en caballería á los pueblos inmediatos; quien, por último, se disponía simplemente á cambiar de posición y sitio, aprovechando la salida de los que fueron compañeros de coche. Por mi parte, libre de cuidados de todo género, instalado con tal cual comodidad y dispuesto á no detenerme hasta la vecina costa, me entregué de lleno á la vida del pensamiento, y, reconcentrado en ella, dejé á la memoria y á la imaginación derramar belleza y encanto en los lugares que atravesaba.

Málaga, me decía yo, es por muchos títulos ciudad de privilegio entre las más privilegiadas; rica por su comercio y por su industria; gloriosa y preclara por su historia; bella por su situación, por sus mares, por su cielo y por su clima; estimada y enaltecida por el talento de sus hijos y la belleza de sus mujeres, aún puede permitirse el lujo de que el camino que á ella conduce presente maravillas de la naturaleza, maravillas de la ciencia y maravillas de la historia. Preparando todo ánimo para gozar de sus grandezas, ofrece impresiones al corazón, recuerdos á la memoria, efectos sorprendentes del trabajo humano á la inteligencia.

Lejos estamos aún de la ciudad populosa y, aquí mismo, en este tétrico rincón que se llama Gobantes, han de abrirse las misteriosas puertas que nos conducirán á tales resultados. ¡Cuántos ojos indiferentes posaron un momento su mirada en estas sierras por tantos títulos célebres! ¡Cuántos y cuántos os verán de lejos, rica vega de Antequera, dehesa del Adelantado, llanuras de Campillos, sin sentir brotar una sola idea en su mente! ¡Cuántos se contentarán con medir con torpe vista ese paso de los Gaitanes, ese castillo y mesa de Ardales donde quedó en cifra el último convulsivo movimiento de los aherrojados y vencidos muzárabes! ¡Ah! Por desgracia nuestra somos pródigos en todo, y lo mismo arrojamos á la calle en un momento el puñado de oro que hemos reunido con trabajo, como damos al olvido las no menos preciadas riquezas de nuestra historia y bellezas de nuestro suelo. Fuéramos un pueblo al estilo moderno, y cada palmo de nuestra querida patria sería la admiración de los propios y el asombro de los extraños.

***

Nos encontramos en uno de los contrafuertes del sistema bético de montañas, en la serranía de Ronda y Málaga, en la *Regio montana* que decían los romanos, en los montañosos repliegues que partieron lindes entre los obispados malacitano y astigitano, en los célebres Gaitanes de tan rudas como bellas perspectivas. Ora tranquilo, ora espumoso y precipitado seguimos al Guadalhorce en su tortuoso curso, sondeamos las profundidades de esos terroríficos abismos donde se desploma, admiramos los enormes flancos cortados á pico, la medrosa y enorme peña que se inclina á grande altura sobre nuestras cabezas, los enhiestos picos que quieren escapar á los espacios por no mirar el hondo y renegrido valle que los solicita. Aquí la estrecha rasgadura de dos sierras y en medio bloques en ruinas, vestigios de fuerzas titánicas, rastros inmensos del poderoso rayo; más lejos el ancho boquerón festoneado de verdura por donde en remotos días saliera caudaloso torrente hoy convertido en menudos hilos de brillantes gotas; en esotro lado la rumorosa cascada que hiende, hiende siempre la resistente roca; allí los estratos horizontales permitiendo que sobre ellos se asienten bancales de verdes olivos, de cargadas vides, de fructíferos granados. Tras un paisaje poéticamente aterrador, otro más dulce y tranquilo que un idilio; al pie de la agreste y salvaje peña, el encantador oasis de verdura; en los empinados riscos, la saltadora cabra; en la espesura de la enana palma, el medroso conejo y la clamorosa perdiz; en la cima, más alto aún, el águila potente que traza sus eternos círculos, símbolo de lo infinito; en el regajo, el rudo pastor que cuida su *pitarra*, acecha la torcaz paloma y mira asombrado cómo se desliza entre precipicios este invento moderno que se llama *el tren*.

***

Para que el tren atraviese esta región montuosa y salvaje, donde con tan grandiosa esplendidez se muestra la naturaleza, han sido necesarios esos milagros de la ciencia á que antes aludimos. No se trata en verdad del canal de Suez, ni de la perforación del Mont-Cenis, ni de otras gigantescas obras modernas que han venido á sobrepujar la anticuada leyenda de las ocho maravillas; pero se trata de una serie de obras y construcciones á cual más atrevidas, en la que los negros y prolongados túneles quedan enlazados por ligeros puentes echados á una altura prodigiosa sobre espantables grietas de las rocas; se trata de una construcción casi increíble por las dificultades vencidas; se trata de una lucha que aún dura, después de muchos años, entre las fuerzas materiales de la naturaleza y la fuerza intelectual del hombre para vencer ese paso del Chorro, cuya nombradía llegará á ser en todas partes tanta y tan grande como lo es entre los naturales del país. El ingeniero traza y construye la vía, y la naturaleza, arrastrando los terrenos del monte al llano, arrastra y destruye la obra del ingeniero. Un costosísimo y magnífico viaducto, asentado sobre profundísimos cimientos, sintió falsear y deslizarse sus bases, cuyas ruinas pueden verse con asombro: al viaducto sucedió la provisional desviación que el público llamaba la C; ahora tenemos un nuevo túnel que Dios y la naturaleza conserven fallando este pleito á favor de la inteligencia humana y de la ciencia moderna.

Antes de entrar en el túnel, á mano derecha, como se va á Málaga, se observa entre dos montañas un inmenso depósito de tierra de color plomizo, cuyo cristalizado polvo no se liga, traba, ni sujeta, antes parece dispuesto siempre á la separación y disgregación; á la izquierda el depósito se continúa y extiende su ancha base hasta tocar la margen del Guadalhorce: la superficie que presenta es mucha; su profundidad dicen que es casi insondable. Los estratos de la parte más alta gravitan sobre los inferiores, y como el terreno es suelto y resbaladizo, se produce un lento pero irresistible movimiento de alto á abajo. Así se troncharon aquellos fuertes muros del viaducto que se ven hoy recostados en la parte más honda del valle, y así fué arrastrada una de las obras más admirables de este excepcional camino. Bien puede concederse un poco de admiración á lo que fué y otro poco al magnífico túnel que ahora resiste la temible prueba.

Visto de lejos el camino, su grandeza cede y se eclipsa ante la grandeza del paisaje: desde cualquiera de los altos picos que lo dominan parece en la parte descubierta un profundo arañazo dado en la roca por algún titán de los que sobreponían unas á otras las montañas; sus túneles son la redondeada madriguera de algún monstruo de las primeras edades del mundo; sus puentes, labrado encaje de alguna legendaria araña; el tren mismo, una anillada serpiente que persigue veloz á su tímida presa. ¡Cuánto, sin embargo, no hay de admirable en ese espectáculo!

***

Antes de alejarnos mucho volvamos á nuestra idea primera, y ya que hemos dedicado un momento á la naturaleza y otro á la ciencia, saludemos sombrero en mano la historia de esta parte de Andalucía. Nos hemos dejado atrás, antes de llegar á Gobantes, á la izquierda del camino, esa aislada Peña de los enamorados que se hizo célebre con un poético sacrificio; nos hemos dejado atrás, muy cerca de la Peña, esa ilustre Antequera, asentada sobre las ruinas de tanta célebre ciudad antigua, y orgullosa de los valientes árabes que la poblaron y de los caballerescos cristianos que la cercaron y rindieron obedientes á la seña de aquel infante D. Fernando, que en sus muros se ciñó la corona de Aragón; nos dejamos atrás, á la derecha de la vía, la rica vega del Adelantado, las llanuras que rodean á Campillos, un día fortificadas y atrincheradas por céltica gente; el castillo roquero de Teba, que tremoló orgullosa el pendón vencedor de los Guzmanes; el fuerte castillo de Cañete, la Sábora antigua, feudo un día de los Beni-



CAZADOR DE CABALLERÍA, cuadro de D. José Cusachs

al khalí, florón preciado más tarde de Córdoba la sultana, y lugár por último donde con la espada escribió hazañas Fernán Arias de Saavedra; nos dejamos atrás los fuertes castillos, hoy rendidos por el tiempo, de Hortíjecar y Priego, y las Cuevas, en los que el reinado de D. Juan II escribió timbres para su crónica; nos alejamos ahora mismo de estas mesas de Villaverde, Castillón, peña de Djandares, Hoyas de Solimán, lugares unos á otros inmediatos que á voces nos están diciendo los nombres inmortales de la fortaleza de Bobastro y de su castellano Omar, el héroe de los muzárabes.

Para muchos de nuestros lectores, principalmente aquellos que conocen las producciones de Dory, Simonet, Fernández-Guerra, Lafuente y otros historiadores ó arabistas, son familiares los nombres que acabamos de citar, y en ellos, como en clarísima cifra, saben leer un período de los más brillantes y de mayor interés en nuestra historia patria; para aquellos que por sensible acaso no hayan saboreado las deliciosas páginas que trazaron los sabios ya nombrados, nos permitiremos aquí un ligero extracto, una somera indicación que explicar pueda el período histórico á que venimos aludiendo.

La invasión de los árabes encuentra en España una sociedad gastada y corrompida, en la que al lujo y molicie de las clases privilegiadas se sacrificaba el resto ne la nación sumida en la miseria y en la más abyecta servidumbre. Los árabes se presentan animados de espíritu de tolerancia, permiten los cultos diferentes al suyo, dejan la mayor parte del suelo para que lo labren los regnícolas, les conservan sus leyes y sus jueces, fomentan la prosperidad y la ilustración y suavizan las cadenas del esclavo; los árabes conservan así bajo la bandera del conquistador una numerosa población indígena que ha mejorado de suerte al cambiar de dueño. Pero el tiempo pasa; los nuevos señores afirman y aseguran su conquista; no tienen ya necesidad de la política de transacción y tolerancia que la sabiduría les aconsejó al establecerse, se tocan, antagonismo de religión; la intolerancia crece; la tiranía aumenta; los cristianos sufren hasta el martirio, y los renegados, con quienes tan rígida es la ley mahometana, se ven, entre la desconfianza de los unos y el desprecio de los otros, lanzados en una rebelión en la que pretenden alzar el estandarte de la patria española, bajo el cual un momento se cobijaron los mismos cristianos. La lucha es larga y variada, dificilísima de seguir en su curso, pero durante una época encuentra su unidad bajo la jefatura de Samuel ú Omar-ben-Hafzum.

Era descendiente Omar de una ilustre familia goda que se había convertido á la religión de los vencedores y vivía con su padre Hafzum en el lugar de Hinz-Ante (Iznate) por los años de 879. Arrogante, valeroso y altivo no domeñaba á nadie su cerviz ni toleraba contradicción á sus aspiraciones y deseos; había nacido para mandar y sentía en su alma ese espíritu superior que hace á los héroes mirar como pequeño cuanto les rodea. Con semejantes condiciones de carácter, no es extraño que un día viera su mano enrojecida con la sangre de un homicidio; la ley le persiguió, y su padre y él vinieron á refugiarse al pie de esta montaña de Bobastro, salvaje y escondido retiro, donde con facilidad escaparían á la persecución. El genio inquieto de nuestro héroe no podía acomodarse á la paz y sosiego de una vida vulgar y ordinaria; nuevas aventuras le atrajeron cuentas nuevas con la justicia, y perseguido por ésta, buscó más lejano refugio en la vecina Africa. Llegado á Tahor, se dedica al aprendizaje de un oficio, pero llegan hasta él las noticias de la patria, oye decir el lastimoso extremo á que los renegados se ven reducidos, hieren su corazón las quejas de la gente española, y como obedeciendo á sobrenatural impulso, se decide á levantar contra los Omeyas el estandarte de la rebelión. Con su primera partida (880 á 881) se establece en Bobastro, realiza atrevidas correrías, ataca luego á las ciudades, vence al gobernador de Regio y obliga á otro segundo enviado contra él á pactar una tregua. El comienzo del rebelde Omar no podía ser más brillante.



CAZADOR DE INFANTERÍA, cuadro de D. José Cusachs

A la victoria suceden, sin embargo, bien presto los reveses, como á éstos volverá á suceder la victoria, y así en asombrosa alternativa por espacio de mucho tiempo. Las derrotas de los gobernadores de Regio hacen que el sultán le mande sitiar en Bobastro: matiénese dos años en su fortaleza, y al cabo de ellos se rinde al primer ministro Hadzim, siendo conducido con los suyos á Córdoba. Ingresa con su tropa en el ejército, se distingue contra los Benicasí, llama la atención en la acción de Pancorbo; pero disgustado por el poco aprecio en que se le tiene, vuelve á Bobastro en 884, ríndelo por fuerza y se erige en jefe de la raza española del Mediodía. Muchos señores le aclaman por soberano después que se levantó el sitio de Alhama.

El sultán Moudhir (888) lo persigue en su fortísima Bobastro, asuela los alrededores, le pone sitio, y lejos de vencer es vencido por industriosas artes de Omar, que fió á la astucia un triunfo superior al de las armas. Abdallah sucede á Moudhir, y comprendiendo cuánto es el valor y poderío de Omar acude á medios políticos para captársele; le ofrece el gobierno de Regio á condición de que le rinda pleitesía, y aceptadas las proposiciones queda convertido en un feudatario de los sultanes. Poco dura, sin embargo, el forzado acomodamiento: Omar vuelve á Bobastro y permite que sus soldados entren á saco aldeas y lugares hasta las puertas mismas de Osuna, Écija y hasta de la misma Córdoba.

Después de la desastrosa *batalla de la ciudad*, es reconocida por los españoles su soberanía, y lucha con varia fortuna con los jeques Sanwar y Said. Favorece (889) la insurrección de Sevilla y su provincia y resiste en su fortaleza de Bobastro un asedio del sultán, que hubo de retirarse sin conseguir su objeto.



OFICIAL DE DRAGONES DEL EJÉRCITO FRANCÉS, cuadro de D. José Cusachs

Se apodera incontinenti de Osuna y Estepa y es reconocido soberano por Écija, en cuyo punto, y sabiendo que le persigue un poderoso ejército, acepta la paz que le ofrecen á condición de que se le deje el gobierno del territorio que posee.

Su organismo no estaba hecho para la paz; misión



PARTIDA DE CARTAS, cuadro de D. José Miralles Darmanin



MUERTE DE MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA. – COQUETERÍA. – UN CORPUS DE SANGRE. – VANIDAD

Esculturas de D. Rafael Atché

ó aspiración, es lo cierto que no durmió nunca sobre los laureles y que apenas reposado de una campaña rompía tratos y compromisos y daba comienzo á otra nueva, siempre, sin duda, con sobrado motivo cuando defendía aquella oprimida raza que yacía expirante bajo el férreo yugo de los sultanes. Al rebelarse nuevamente, se apodera de Baena, se hace obedecer en toda Andalucía y pretende del califa de Bagelad el título de gobernador de España, que sin duda hubiera conseguido sin la desgraciada rota de Poley, en abril de 891. Después de ella pierde gran parte de sus conquistas y se ve acosado en su fortaleza de Bobastro; pero no tarda en reponerse, se apodera de Archidona y Elvira, toma á Jaén y recupera (892) todas sus anteriores conquistas, menos Ecija y Poley. Su influencia y poderío duraron aún cinco años más; perdió después á Jaén, fué derrotado en la batalla de Guadalbollón, el entusiasmo que inspiraba en la Serranía se fué extinguiendo, y al fragor de las armas sucedió en Bobastro el eco de los místicos cantos de Argentea, la hija de nuestro héroe, canonizada por la Iglesia. Omar murió en Bobastro en 917, su dinastía no pudo sostenerse (1), su memoria cayó en profundísimo olvido, del que ahora comienza á resucitar, su fortaleza está hoy humillada y confundida con el polvo, su agreste situación se ve turbada por el áspero silbido de la locomotora; sólo el Guadalhorce permanece el mismo arrullando siempre aquellas rocas que fueron segunda Covadonga y que hubieran igualado el brillo y nombradía de la primera á permitirlo el éxito y las leyes de la Providencia. Medio siglo de dinastía española dentro del territorio mismo de los sultanes, medio siglo de cruento batallar por una patria tan suspirada como perdida, es una epopeya que merece un recuerdo y un saludo cuando se atraviesan estos lugares.

***

En tales pensamientos é imaginaciones andaba yo detenido cuando me encontré en la pintoresca y bellísima estación de Alora. ¡Qué contraste tan especial puede notarse en ella! Arriba, en la cumbre del monte, la ciudad empinada y tortuosa de la Edad media, el castillo roquero, los recintos y murallas; abajo, la simétrica calle de los modernos *chalets*, la población confiada del siglo XIX, el lujo y los goces de la vida al alcance de fortunas mediocres, el ruido de la industria moderna que anuncia la buena nueva de una civilización que casi toca ya el supremo límite á que llegará; allí, en lo más alto, nos muestra la imaginación el ruido y choque de las armas, el rechinar de las cadenas, la enhiesta enseña de la torre del homenaje, el arcabuz ó la ballesta del centinela, el pueblo miserable que anida al abrigo de las murallas, el campo inculto en que á lo sumo pastan algunas piaras de ganado, el enemigo que acude y sitia, las máquinas de guerra que se emplazan, las escalas lanzadas al muro sobre las haces que llenaron el foso, el crujir de armaduras que se chocan, el chocar de blasfemias que se cruzan y la sangre que todo lo llena y cubre con su horrendo manto de púrpura; aquí, en el valle, la lucha de la imaginación y de la inteligencia, la razón esforzándose por desatar ligaduras de antigua servidumbre, la ley borrando añejas desigualdades de clase, la moral abrazando en un solo amor de hermanos á los que fueron esclavos y señores, la ciencia conquistando para el hombre la emancipación posible de sus dolores y necesidades físicas, rodeándolo del posible bienestar, la agricultura haciendo que la naturaleza pródiga derrame sus frutos más exquisitos, la civilización entera conspirando á la obra del progreso y de la perfección moral y material; arriba, el pasado, la tradición, lo que fué, la ruina arrogante y curiosa, la impresión para el corazón y el sentimiento, el estudio para el arqueólogo, la enseñanza para el historiador; abajo, el presente, la vida, la construcción graciosa y esmerada, la impresión para la inteligencia, la enseñanza para el político; arriba, la adorada leyenda, abajo la valiosa realidad, dos eslabones de nuestra vida nacional cuya reunión es luz intensa é inextinguible para todo cerebro pensador.

¡En marcha! Ha sonado el silbato del tren, y las ruedas al rozar con los rieles repercuten el cadencioso movimiento del cilindro de vapor. La vega nos descubre todos sus esplendores; los altos cipreses recortan con sus alineadas plantaciones esos cuadros indescriptibles de naranjos y limoneros cargados de azahar y fruto, en que se combinan con arte mágica las verdes y aterciopeladas hojas, las blancas y olorosas flores y el dorado ó amarillo fruto que agobia las potentes ramas; el aire que se respira es aroma delicioso, perfume en que mil olores se confunden; las blancas casillas de las huertas están hundidas en canastillos de brillantes flores; las corrientes de agua matizan y animan el paisaje dándole vida y movimiento; el río cruza rumoroso por el centro de este oasis; la palmera, siempre graciosa, eleva aquí y acullá su labrado tronco y su abovedada copa; los flancos del valle están sembrados de preciada oliva, los altos cerros limitan un horizonte que se confunde con el mar azul y transparente de los cielos, el viajero se aleja triste como si el corazón quedara preso en el amor de tantos encantos.

Otros nuevos ofrece el valle de la Pizarra y Cártama, que juntos con el de Alora constituyen la celebrada Hoya de Málaga; pero atentos á no cansar á nuestros lectores, omitimos la descripción de estos nuevos sitios que atraviesa la locomotora y donde como novedad se nos presentan extensas plantaciones de la preciada caña de azúcar. A la derecha dejamos á Cártama, que apenas ha cambiado algo de su nombre romano y que conserva mucho, en notables ruinas é inscripciones, de lo que fuera en remotas edades; enfrente tenemos á Málaga, la de origen púnico y notable historia, la ciudad más comercial de Andalucía y la que más crece y se desarrolla en estos tiempos modernos.

Al aproximarse á ella los viajeros se ponen en movimiento, los naturales del país se preparan á evacuar los asuntos que á la capital les llevan; los curiosos se disponen á recoger impresiones, los extranjeros esperan ver lo que leyeron en su país en libros que pintan una España que no existe. El ruido del tren es dominado por otro ruido; en un coche de tercera baten palmas, suena una guitarra, llevan las cadencias con monótonos golpes y se oye cantar esta copla:

Marinero, sube al palo:
Pregunta á la mare mía
Que si se acuerda de un hijo
Que en la marina tenía...

Antonio Aguilar y Cano
De la Real Academia de la Historia

(1) A Omar sucedió su hijo Diafar, á éste su hermano Solimán y á éste Hafz.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El Consejo federal suizo ha adquirido en la Exposición suiza de Bellas Artes 22 cuadros al óleo, siete acuarelas y pasteles, dos colecciones de grabados y dos trabajos plásticos por la suma total de 54.000 pesetas.

– El ministro de Cultos de Prusia ha presentado á la Asociación de Artistas un programa para reorganizar las exposiciones artísticas de Berlín, en el que se propone la creación de una Asociación general prusiana para Exposiciones, la aplicación de los ingresos sobrantes á la compra de obras para el Estado, el nombramiento de un comisario del Gobierno permanente y también – á lo menos para los primeros años – el del presidente de la exposición, que sería de incumbencia del ministro. Estas proposiciones han sido por unanimidad declaradas inaceptables, y los individuos de aquella Asociación y la Académica han nombrado una comisión mixta para formular un contraprograma, que será presentado al ministro como expresión de la voluntad de todos los artistas berlineses, que rechazan enérgicamente toda intervención del Estado en cuanto se relaciona con las exposiciones de bellas artes.

Teatros. – Continuando las representaciones de operas de Wagner, se ha puesto en escena últimamente en el Covent-Garden, de Londres, *Das Reingold* (El oro del Rhin) con brillante éxito. El empresario de este coliseo está preparando ya los espectáculos de la próxima temporada: en agosto se dará una serie de conciertos clásicos bajo la dirección del maestro Bevignani; en otoño una serie de óperas de Wagner en alemán ó en inglés, y en la Nochebuena el coliseo será convertido en una Feria colosal de la antigua Nuremberga, para lo cual se construirán dentro de la sala edificios *ad hoc*, se encargarán á Alemania hermosos juguetes y se organizarán multitud de diversiones y entretenimientos propios de la época.

– En el teatro Moderno, de París, se ha estrenado con éxito una tragedia en tres actos en verso libre, de E. Dujardin, titulada *Le Chevalier du passé*, que es la segunda parte de una trilogía, *La legende d' Antonia*, cuya primera con el título de *Antonia* se representó hace poco tiempo. La obra pertenece á la escuela místico-simbolista de la que su autor es uno de los principales jefes.

Barcelona: Se han estrenado con buen éxito en el teatro de Novedades, por la compañía que dirige el Sr. Mario, *Sic vos non vobis, ó La última limosna*, delicada comedia en tres actos de D. José Echegaray; *Lo que no muere*, comedia interesante del Sr. Martínez Barrionuevo, y *Realidad*, el tan discutido drama del Sr. Pérez Galdós; en el teatro Lírico, por la compañía de la Sra. Tubau de Palencia, el drama de Sardou *Thermidor*; en el teatro del Tívoli la opereta en tres actos *Surcouf*, letra de Chivot y Duru, arreglada á la escena española por D. Rafael M.ª de Liern y música del maestro Planquete, y en el Eldorado *Las campanadas*, letra de los Sres. Arniches y Cantó, música de Chapí.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Don Emilio Pi y Molist, médico de número del Hospital de Santa Cruz de esta ciudad, presidente de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona; fué uno de los más eminentes frenópatas de España y uno de los más entusiastas cultivadores de la buena literatura: sus especialísimas dotes de alienista y literato aparecen en bellísimo consorcio en su hermoso libro *Los primores del Quijote*, en el que con lenguaje castizo, elegante, clásico, se examinan puntos de vista completamente nuevos de la obra inmortal de Cervantes.

Yates Carrington, célebre pintor de animales inglés.

L. H. Boyle, contraalmirante de la marina inglesa: hizo toda la campaña de Crimea y asistió al bombardeo de Sebastopol, habiendo sido premiados sus servicios con las medallas de Crimea y Turquía.

NUESTROS GRABADOS

Negocio redondo, cuadro de D. Antonio Fabrés. – La explicación de este cuadro queda hecha con sólo mirarlo, y bien se comprende que si los dos ladrones no se ven sorprendidos en su faena, el negocio habrá sido redondo para ellos. En cuanto al robado es de suponer que, á pesar del fatalismo musulmán, difícilmente ha de resignarse á esta desgracia, porque, la verdad sea dicha, el tesoro de que le despojan es capaz de hacerle olvidar el consolador «¡estaba escrito!»

De la maestría con que Fabrés ha pintado la escena es ocioso hablar, porque harto conocida es la habilidad con que su pincel reproduce en el lienzo las maravillas de color de los tipos, muebles, tapices, joyas, adornos y toda clase de detalles de ornamentación de los países de Oriente.

Las primeras rosas, cuadro de Herberto Schmalz. – La emoción estética puede producirse en pintura de muy diversos modos: quién apela para lograrla á grandes efectos, quién recurre á los medios sencillos: desde la epoyeya hasta el idilio, desde el cuadro de historia al de costumbres, desde la combinación complicada de figuras hasta la reproducción del más insignificante paisaje, en todos los géneros y por todos los procedimientos puede conseguirse, cuando el alma del artista ve en lo que tiene delante algo más que un conjunto de líneas y colores. El autor de *Las primeras rosas* ha producido una obra sentida sin más que pintar la figura de una hermosa joven todavía ataviada con las galas de invierno y recreándose en la contemplación de las primicias primaverales. La parte técnica del cuadro ofrece, además, no menos primores que la psicológica, y así ha podido Herberto Schmalz producir una obra bellísima que le acredita de maestro consumado en el arte pictórico.

Cazador de caballería. – Cazador de infantería. – Oficial de dragones, cuadros de D. José Cusachs. – Tres acabados y felices estudios de tipos militares nos ha ofrecido el pintor D. José Cesachs, que aun en la imitación de su especialidad halla siempre variación en los asuntos. En ellos demuestra á cuánto llega como pintor, y el profundo conocimiento que tiene de cuanto constituye la vida y el modo de ser de la gran familia militar. Cada estudio es un cuadro y cada lienzo significa un concienzudo estudio. *El cazador de caballería* y el *cazador de infantería* son tipos genuinamente españoles, pertenecen á nuestro ejército y evocan el recuerdo del animoso cabo Mun ó de esos sufridos, sobrios y ágiles infantes que tanto interés despiertan á los generales extranjeros. Cuanto al oficial de dragones francés, parece obra de uno de esos famosos pintores militares de la vecina nación, que á tan alto puesto han sabido colocar el género especial que con tanto aprovechamiento cultiva José Cusachs.

Partida de cartas, cuadro de D. José Miralles Darmanin. – *Partida de cartas* parece un cuadro de escuela alemana contemporánea, dado el asunto en él desarrollado, y sin embargo, es obra de un distinguido pintor español, que ha logrado fama, viviendo en la vecina nación, de excelente colorista.

El Sr. Miralles ha sabido demostrar en esta nueva producción á cuánto llega como correcto dibujante y la facilidad que posee para agrupar las figuras, de donde resulta la belleza de la composición á pesar de la sencillez del asunto.

La escena representada desarróllase en el interior de una taberna, en una de esas infinitas *Weinstubes* de cualquiera ciudad alemana en la que alrededor de una mesa pasan algunos soldados alegremente el tiempo jugando y bebiendo, servidos por algunas muchachas, á quienes distraen asimismo los azares del juego.

Hay que advertir que si bien los tiempos han pasado las costumbres son idénticas, y que el soldado, ora vista el coleto de nuestros tercios de Flandes ó la cerrada levita prusiana, busca en las tabernas los grandes jarros de cerveza y la alegre sonrisa de las *kelnerins*, siempre complacientes y dispuestas á agradar á los parroquianos para obtener algunos *pfenigs* de propina.

El lienzo que reproducimos llamó justamente la atención de los inteligentes en la última Exposición Nacional de Bellas Arte, en donde fué adquirido para formar parte de la colección de un distinguido *amateur* marsellés.

Muerte de Marco Antonio y Cleopatra. – Coquetería. – Un Corpus de sangre. – Vanidad, esculturas de D. Rafael Atché. – En distintas ocasiones nos hemos ocupado de las obras de este distinguido artista, y nos hemos complacido en rendirle un tributo de admiración por su constante labor y portentosa genialidad. Esta no decae, se acrecienta, si cabe, á medida que las ideas que concibe cobran forma, y el barro se anima, por así decirlo, entre sus dedos. El feliz autor de la estatua que corona el monumento de Colón, ha logrado en un período de tiempo relativamente corto figurar á la cabeza de nuestros escultores. Joven, sencillo, franco, pocos adivinarían en Atché, por su exterioridad, á un artista llamado á producir obras de excepcional importancia.

La muerte de Marco Antonio y Cleopatra y *el Corpus de sangre* recuerdan al autor de *El mal ladrón* y *La muerte de don Juan II*. En estas obras como en aquéllas revélase el vigoroso ingenio de Atché, la febril rapidez de su labor, tardía para desarrollar sus concepciones. De ahí que se observen en todas sus obras esas violencias, que acusan la espontaneidad, tan distante siempre del cansancio de la detenida ejecución.

Rafael Atché, aunque en lo sucesivo no produjese nuevas obras, tiene ya sobrados méritos para lograr el respeto y la consideración que infunde el genio.

León, escultura de L. Vidal. – He aquí una obra cuyas hermosas cualidades sorprenden tanto más al observador cuanto que es debida á un artista afectado por terrible dolencia que no le impidió, sin embargo, ser uno de los más famosos escultores franceses: Vidal, el que modeló el soberbio león que reproduce nuestro grabado, era ciego y ha fallecido recientemente, según dijimos en la sección necrológica de nuestras últimas *Misceláneas*. Sus obras se encuentran actualmente en los principales museos de Francia y del extranjero. Había sido premiado varias veces en salones y exposiciones y estaba fuera de concurso en el Salón de los Artistas franceses.



Aún me amaba, á pesar de lo que había dicho, pues por su propio impulso rodeó mi cuello con sus brazos.

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

– Desprecio, no, repuso Magdalena; usted no puede inspirármele, pues su decisión... aunque me haya hecho sufrir un momento, es propia de un corazón elevado, pero que tal vez se exagera su deber. Además, no sé si por altivez ó por reflexión me sorprendió haber leído su carta con tanta calma, y sentí que mi amor se transformaba de repente: quedaba la admiración, sí, la admiración por su carrera y por los peligros que había corrido, y que á mis ojos le hacen muy superior á los demás; pero también me compadecí, y no le resienta á usted esta palabra, pues la compasión se puede sentir por un hermano cuando se adivina que no es feliz. Volví á experimentar un sentimiento semejante al que sentí cuando era niña; de este amor no debía sonrojarme ya, y él, según he dicho, es el que me ha traído aquí. ¡Adiós, Pedro; que Dios le proteja!

Así diciendo, abandonó mi mano y dirigióse lentamente hacia la puerta, con la cabeza vuelta hacia mí...

¡Ah! Pude comprender que decía verdad y mentía á la vez, engañándose á sí misma. En mi espíritu se producían claridades límpidas, intermitentes, como las de una lámpara que está á punto de apagarse. Mientras Magdalena hablaba, yo había penetrado todos los misterios de aquel corazón de joven; adivinaba la belleza del amor que de él rebosaba siempre, su esencia verdaderamente pura, que el amor del hombre no tendrá jamás, y que éste no comprenderá apenas, como tampoco apreciará sus infinitas delicadezas. Admiraba el carácter recto á la vez que firme de Magdalena, que no se había desviado jamás, á pesar de todo, de la línea que se trazó desde su infancia.

Entonces sentí que se despertaba la cólera contra mi destino, y á mis labios llegaron palabras de amor...

No sé por qué esfuerzo conseguí callarme, por qué fuerza logré devorar las lágrimas que abrasaban mis ojos... ¡Ella, Magdalena, mi adorada, á quien tal vez amaba ahora más que nunca, al verla perdida para mí! ¡Ella, ahora tan cerca de mí, dentro de un minuto, de pocos segundos, desaparecería para siempre como un sueño!

¡Y verla tan hermosa y tan amada, escuchar su dulce voz, aspirar el perfume que se exhalaba de sus primaveras!...

Con la mano sobre la llave de la puerta, con los labios entreabiertos por una

sonrisa que iluminaba su rostro surcado por las lágrimas, como preciosa flor cubierta de rocío, ofrecíame su frente en el postrer adiós... Pero como si sus labios hubieran sido imanes, atrajeron los míos.

Magdalena iba á salir de la estancia... Entonces adelantéme bruscamente, la cogí por el talle, apliqué mi boca á la suya, y dejé que se exhalara todo el amor que había jurado ocultar.

Magdalena palideció primero, por efecto de la sorpresa, luego se sintió embriagada por aquellas caricias desconocidas. Vino á sentarse ó yo la atraje, no lo sé á punto fijo, junto á mí... Por un breve instante sus ojos lánguidos se cerraron... Aún me amaba, á pesar de lo que había dicho, pues por su propio impulso rodeó mi cuello con sus brazos...

¡Oh! ¡Qué sensación me produjeron aquellos brazos desnudos, sensación de frescura y abrasadora á la vez!

—¡Me ama usted, dijo, y sin embargo se va!

Por toda contestación cubrí de besos sus mejillas, su boca y su cabello; y como comprendiese que deseaba hablar, la estreché con más fuerza. Entonces su resistencia redobló; con sus pequeñas manos apoyadas en mis hombros, desvió mi cabeza, y sus ojos, muy abiertos ahora, sondearon los míos con penetrante mirada: los suyos tomaron una expresión de tristeza y de terror: la vi sonrojarse y palidecer sucesivamente; pero sin darme cuenta de las impresiones dolorosas que podían agitarla y sin sentir otra cosa que su boca brutalmente apretada contra la mía y sobre mi pecho su purísimo cuello de virgen...

¡Estaba verdaderamente loco! Parecíame que el amor y la felicidad habían tomado una forma palpable, encarnándose uno en otra, y que los tenía entre mis brazos á punto de escapárseme. Por eso no me cansaba en culpables esfuerzos para conservarlos, sin echar de ver que los mancillaba, que los destruía para siempre...

Después ya no pensé más... El delirio de mi fiebre, aumentada por el contacto de aquel cuerpo perfumado, toda la bestialidad que dormita en nuestros pobres corazones se había despertado en mí con una violencia que me impedía reflexionar: el respeto debido á la joven pura, á la prometida; mis juramentos;... todo lo olvidé. ¡Qué despreciable era!

Sí, estuve á punto de ser un infame, y lo hubiera sido sin duda si Magdalena no hubiese logrado, merced á un poderoso esfuerzo, desasirse de mis brazos... Se levantó de un salto, mientras que yo, de rodillas á sus pies, besábaselos avergonzado y confuso.

Cuando alcé la cabeza para mirar á Magdalena, me asombró esta vez la expresión de duda y de dolor que se manifestaba en su semblante. Jamás olvidaré la mirada de desprecio, á la vez cándida y desilusionada, que fijó en mí y que súbitamente desvaneció mi embriaguez.

No viendo en mi brutal acometida sino un vago peligro, un triste desengaño, y herida en su orgullo más aún que en su amor, por una súbita revelación manteníase erguida y altanera, con un látigo en la mano, cogido al azar durante la lucha.

Dejóle caer, y mirando el Cristo que adornaba la pared al pie de mi lecho, me dijo:

—Escuche usted: ¡ante esa imagen sagrada, delante de ese Cristo, juro, entiéndame bien, que jamás seré su esposa!...

Después, fijando nuevamente la mirada en mí, como si no pudiese desechar del todo la compasión, añadió:

—...¡A menos de que se realice un milagro!

Me levanté, pero Magdalena había desaparecido ya... Abrí la puerta para ir en su seguimiento... corrí sin saber lo que hacía, lo que esperaba ó lo que deseaba, y faltábame poco para alcanzarla cuando llegó á su casa. Entonces oí cerrar bruscamente la verja, y el ruido del hierro resonó en mi pecho como un martillazo, como el golpe descargado sobre un ataúd cuando se encierra el cadáver...

***

Octubre, 1881

A los dos días estaba yo en Tolón, y pocos después el *Vulcano* se hizo á la vela para las Antillas.

Desde aquellos remotos países comencé dos ó tres cartas para Magdalena, tratando de explicar mi conducta, sin denunciar la promesa arrancada por el señor de Nessey, aquella promesa que por sí sola hubiera bastado para excusarme... Pero no tenía derecho para hacerlo, puesto que había prometido callar. Por otra parte, prescindiendo de mi juramento, mi conciencia misma me imponía silencio, porque no podía contestarme categóricamente cuando le preguntaba si me habría casado yo con Magdalena en el caso de que su padre no hubiese ido á verme. ¿No hubiera retrocedido ante el dolor ocasionado á mis padres, yo, tan débil ante las lágrimas? ¿Y no habría encontrado por lo menos una satisfacción en la resolución adoptada, exaltando en mi cerebro ideas de sacrificio?

¡Ah! ¡Cuán bien sabemos poetizar cuando queremos, aun los seres más prosaicos! ¡Qué talento tenemos para dar colorido á nuestras frases, hilvanarlas, y escudarnos con ellas como con un brillante manto, para encubrir nuestros actos más sencillos y á veces hasta los que son culpables! ¡Sacrificio! Palabra prostituída por tantos labios indignos, con frecuencia más llena de orgullo que de verdadero deber cuando la pronuncia uno mismo, y que yo no quiero volver á oir...

Hoy, más reflexivo, menos apasionado, viendo que la mejor parte de mi corazón pertenece aún á Magdalena y al recordar la ternura de mis padres y lo mucho que me exageraba el rigor de sus ambiciones, pienso que me habría casado con mi compañera de la infancia al cabo de algún tiempo, muy poco, si nada hubiera prometido al Sr. de Nessey, y sobre todo, si por un olvido censurable, cuyo recuerdo me avergüenza, no hubiese sido causa de que se remontase al cielo, de donde procedía, el casto amor de mi adorada Magdalena.

Las cartas comenzadas no se concluyeron jamás...

¿Para qué, puesto que nada podía decir, ni acusarme ni excusarme?

¿De qué servían, si estaba atado de pies y manos?

Generalmente experimentamos la necesidad de ser amados ó compadecidos; pero yo no podía esperar lo uno ni lo otro, y si contaba con el aprecio de mis padres y acaso también el del Sr. de Nessey, faltábame el de Magdalena y hasta el mío.

Por otra parte, el tiempo pasa, la vida sigue su curso arrastrándonos consigo... Yo recibía á menudo cartas de Juana, que estaba contenta porque iba á unirse con el hombre á quien amaba; reflejábase en mí su dicha, y hasta yo mismo era feliz. Cuando pensaba en Magdalena, sentía pesar, mas no era muy vivo ni angustioso; nada se conocía en mi exterior, y aceptaba plenamente el hecho consumado, considerándole irremediable...

«¡A menos de un milagro!» había dicho ella cuando creyó comprender que el amor del hombre no se componía más que de un elemento material y frágil. Y el suyo había muerto.

«¡A menos de un milagro!»

En otro tiempo, Dios resucitó á Lázaro; pero ya no hay milagros hoy...

Allá, en las Antillas, en el Senegal, en las dos Américas, dondequiera que mi buque me condujo, tuve goces y fastidios, tristezas y alegrías; esta es la vida; pero ninguna pena verdadera: esto era todo cuanto podía pedir.

Y el tiempo transcurría.

De Magdalena no quedaba ya en mi corazón más que una especie de remordimiento ligero y delicioso..

Con motivo de su casamiento, Luis, tan perezoso siempre, me escribió siete páginas para decirme tan sólo que era feliz. Magdalena, para manifestar su indiferencia y acaso su perdón, llenó la octava con su escritura fina y compacta, sin hacer la menor alusión al pasado: era una página fraternal, como hubiera podido escribirla Juana; una página muy tranquila, bien estudiada, sin duda, en la que se revelaba el acostumbrado afecto, pero no el amor, adivinándose al mismo tiempo un punto de compasión, tal vez de indulgente desprecio.

Aconsejábame que me casara á mi regreso, pues ella pensaba hacerlo con su primo de Branges, cuya constancia le inspiraba compasión; pero no pensaba darse prisa.

Y tan poca se dió, que cuando volví, al cabo de dos años, de Branges seguía esperando.

***

Volví á ver á Magdalena dos veces, tan sólo dos, en Niza, donde su padre había sido nombrado tesorero general. Por la acogida que me hizo la señorita de Nessey comprendí que todo había concluído irremediablemente: nada de turbación ya, ni emoción alguna; mucha tranquilidad de ánimo, una gracia trivial, un poco de compasión en el fondo, y nada más. Traté de hacer algunas alusiones al pasado, y pude admirar entonces el talento en el disimulo, la facilidad de las mujeres para olvidar, y su poco embarazo en las conversaciones más difíciles. Magdalena aparentó no comprender, y hubiérase dicho que jamás había mediado nada entre nosotros, por lo cual resolví evitar en adelante su presencia, no sintiéndome con valor para dominarme tanto.

Mis padres continuaban viviendo en Versailles, donde fuí á pasar algunos meses en su compañía. Eran felices como no lo habían sido nunca; Juana estaba casada con el hombre de su elección, que satisfacía por demás sus ambiciones; yo acababa de obtener una condecoración, parecía alegre é indiferente y lo estaba en realidad. Sin embargo, los primeros días experimentaron cierto malestar en mi presencia; quedábales la duda sobre si yo conservaba algún rencor, y mi padre, con su rectitud habitual, resolvió explicarse con toda franqueza.

—Escucha, Pedro, me dijo: hace dos años te dí los consejos que mi experiencia me dictaba. Después he reflexionado, y pudiera ser que hubiese cometido un error; pero de todos modos me harás la justicia de reconocer que me había resignado á dejarte obrar á tu antojo. No fué una oposición propiamente dicha lo que yo te hice; me limité á hacerte reflexiones, pero no quisiera que un recuerdo te hiciese desgraciado.

—No lo soy de ningún modo, padre mío, contesté; ya no pienso en el pasado, y supongo que la señorita Magdalena menos aún que yo.

—¿Es la pura verdad eso que me dices? Reflexiona. Yo soy quien ahora quiere hablarte de ella, porque he podido apreciarla desde que pertenece á la familia. Es una joven dotada de una voluntad de hierro, sin dejar por eso de ser una mujer buena, religiosa y económica. Tenías razón: bajo sus modales libres y una aparente indiferencia por la opinión pública, oculta las más bellas cualidades y los más elevados sentimientos. Mi principal objeción, ó mejor dicho, la única, era la dote; á nosotros los padres convenía tratar esta cuestión, y yo entonces cumplí con mi deber.

—¡Padre mío, tranquilízate! ¿Qué puedo echarte en cara á ti que eres tan bueno y tan leal? No te conocía cuando era más joven; pero á medida que avanzo en la vida, mayor es el cariño que te profeso.

—Gracias, hijo mío, pero déjame concluir y sé sincero. Si piensas aún en Magdalena, advierte que lo mejor sería decirlo y unirte á ella.. si es que ella sigue pensando lo mismo, pues las mujeres son volubles, y me ha sorprendido su indiferencia siempre que se trata de ti delante de ella... ¿No te causa esto pesar por lo menos?

—A mí ninguno, contesté.

—Todo cambia, prosiguió mi padre, y hasta la cuestión de la dote ha cambiado también. Sabrás que Magdalena ha adquirido una pequeña herencia. Aquella madrina de quien se hablaba, y en cuyas promesas no creí nunca, existía en efecto, y lo que ofrecía era una verdad. Ha muerto durante tu ausencia. Tú mismo no eres ya el desheredado de otro tiempo, porque Luis, al unirse con Juana, no ha querido ni siquiera oir hablar de tu sacrificio...

—¿Sacrificio? No pronuncies esa palabra.

—Ha sido su voluntad, continuó mi padre, que la repartición se hiciese por igual entre Juana y tú, y en vista de esto entregué á tu hermana como dote la mitad de todo cuanto poseía. Luis rehusaba; pero yo me empeñé. Dos viejos como tu madre y yo no necesitamos gran cosa; las rentas de la mitad de nuestra fortuna nos bastan con creces, y hasta economizamos algo... por costumbre, añadió sonriendo. Esa mitad será para ti, y solamente los ahorros se repartirán con tu hermana, porque es de justicia. Cierto que no recibirás eso hasta después de nuestra muerte, pero ya comprenderás que no puede tardar mucho...

—¡Padre mío, repuse, te ruego que hablemos de otra cosa! Me conmueve más de lo que pudieras imaginar todo cuanto me dices; pero te aseguro que no pienso en casarme, ni con la señorita de Nessey ni con ninguna otra.

—¡Tanto peor, tanto peor!; sería preciso pensar en eso; pero de todos modos, me alegro mucho que no eches nada de menos. Y si así fuese, tal vez nosotros podríamos arreglar el asunto.

—No, padre mío, nada echo de menos, nada absolutamente, contesté sonriendo para terminar la conversación,

Nada se podía arreglar ya; todo estaba concluído, y había suplicado al señor de Nessey que me devolviese mi palabra; pero el testarudo anciano, siempre irónico y escéptico bajo su fondo de bondad, no había querido escuchar nada.

¿Qué milagro podría probar á Magdalena la realidad de mi amor, más puro y más profundo de lo que ella imaginaba? ¿Qué milagro me daría el derecho de revelar la promesa que me fué arrancada? ¿Y no se decidiría Magdalena antes de esto á unirse con el Sr. de Branges?

Fiel á mis resoluciones, no volví más á Niza, ni á Versailles cuando la señorita de Nessey estuvo allí; y evité toda ocasión de encontrarme con ella, sin conseguir jamás olvidarla.

Mi pobre padre murió pocos meses después de aquella conversación, y entonces experimenté el más intenso dolor de mi vida, porque había ignorado siempre el sufrimiento completo: la pérdida definitiva de un ser amado es, en efecto, el único dolor que debía conmover á un corazón viril. La muerte es lo irremediable, el eterno adiós... ¡Cuánto daría por creer firmemente que nos volveremos á encontrar allá arriba!... ¡Pero ¡ay! si en algunos momentos pienso que es así, en otros no puedo menos de dudar, sí, de dudar profundamente!

***

Rada de la Goleta, 2 noviembre 1881

Ayer llovía á torrentes cuando ya terminaba las últimas páginas de la novela de mi juventud... Diríase hoy que toda esa agua caída ha lavado las impurezas de la atmósfera; el aire es más ligero y transparente, y la vida se aspira mejor. El sol calienta todavía, aunque estamos á 2 de noviembre, pero ya no quema; su luz es menos deslumbradora y los colores que distribuye tienen un tono más suave. El mar está terso como un espejo; ni la más ligera brisa viene á rizar su líquida superficie, y en el horizonte se ve la cálida bruma elevándose en remolino como un silfo travieso...

En el fondo de la vasta bahía ostentánse las casas de la Goleta, deslumbrantes de blancura; detrás, las pequeñas colinas de color azulado que las hierbas abrasadas siembran de manchas amarillentas, van á morir á los pies de la derrumbada Cartago. Entre esta última y la Goleta, acá y allá algunas casitas surgen de un grupo de plátanos ó de acacias: aquí un palacio del bey; más lejos el castillo de Keredine, pequeño caserío muy blanco; un harén, otro castillo, y por último la colina, de un tinte rojizo, sobre la cual se eleva la tumba de San Luis. ¡Después Cartago! .. ¡Pobre Cartago... algunas piedras, un montón de polvo, nada; pero que llena todo el país con su recuerdo!

A la izquierda desde la Goleta al cabo Bon, una serie de montañas, á cuyo pie se ven dos ó tres pueblecillos, siempre blancos, de una blancura que fatiga la vista...

Tal es el espectáculo que tenemos sin cesar ante nuestros ojos. Según los días, el cielo está más ó menos azul, y hasta algunas veces, cosa rara, vemos alguna nube; el mar está tranquilo ó agitado, con más frecuencia esto último; pero el fondo del cuadro siempre es igual, tan lúgubre, tan desierto y tan triste.

Cuando se está en campaña es indispensable cambiar de sitio, porque si no, llega pronto el aburrimiento, ó bien se sueña demasiado, y la meditación es nociva, porque puede adormecer la voluntad. Los días transcurren aquí monótonos, completamente semejantes unos á otros; y en nuestro buque, en la rada de Túnez, estamos tan lejos del mundo y de sus agitaciones como si nos halláramos en un islote perdido en medio del Océano.

No obstante, cerca de nosotros tenemos una nueva Francia, demasiado cerca, porque no es Francia y en cambio ha dejado de ser Túnez: de día en día esta regencia se despoja de toda su originalidad para hacerse más trivial; las plazas se llenan de mezquinos monumentos de arquitectura comercial, de hoteles y de casas de cambio; cada vapor desembarca oleadas de marselleses en los muelles; las judías abandonan sus trajes bíblicos, sus brillantes chales, para adoptar las telas obscuras, y tocan en el piano la «Plegaria de la Virgen.» Túnez será muy pronto una segunda Marsella... naturalmente cuando tenga una Canebiere. A decir verdad, mi corazón de patriota se rogocija de aquella rápida asimilación; pero tengo la «nostalgia del cocotero.»

Quisiera ir más lejos, más lejos aún, ver de nuevo esos países del Ecuador cubiertos de flores, de bejucos y de verdura, de árboles y de plantas desconocidos, poblados de habitantes negros, extraños, tan diferentes de nosotros y más naturales... Mi deseo se realizará, porque al fin hemos recibido órdenes terminantes: el 15, á mediodía, marcharemos en dirección al Océano Indico, y no será demasiado pronto para nosotros, jóvenes oficiales, que lo mismo que la tripulación, comenzábamos á aburrirnos ya mortalmente. Por otra parte, mi *Galatea* me parece ya muerta á fuerza de no moverse; está muy limpia y conserva su gracioso aspecto; todo se halla en ella en el mejor orden, pero no ha vivido, no tiene historia: es Galatea antes de Pigmalión.

Mi oficio es mantener en todo el orden, y le cumplo hasta en mí mismo. El tiempo, por otra parte, había terminado casi su obra devolviéndome la calma, y confieso que no he tenido mucho que hacer para tranquilizarme. Los microbios que más resistían eran los del amor propio y los del remordimiento, sobre todo el primero, que es el más feo. El anuncio del casamiento de Magdalena le excitó un instante; pero pronto quedó adormecido, y me aproveché de su sueño para cogerle y aplastarle. El pasado no existe ya; he cogido el cuaderno de los veinticinco años, le he rasgado en pedacitos, que he arrojado para que el viento se los lleve. Habrán ido á reposar en Cartago, para reducirse á polvo, confundiéndose con el otro. Entro en una nueva fase de la vida, y lo hago casi en completa posesión de mi mismo; tengo la alegría del autor que escribe «fin» al pie de su primera novela, después de haberse preguntado largo tiempo si saldría bien ó mal;... no es porque esté del todo satisfecho, pero cuando menos, es una solución, y una vez casada Magdalena, no podía haberla mejor para sofocar el microbio más vivo, el remordimiento. Yo temía que ella no quisiese ó que no pudiera: lo primero me probaba hasta qué punto era yo joven aun á pesar de todo; lo segundo me desconsolaba. Parecíame que existía entre nosotros un lazo extraño y cruel, una cuerda rígida como el acero, algo frío y persistente que nos reunía separándonos, sin esperanza de unirnos. Ahora nada queda ya...

¿Nada absolutamente?

Pues sí, algo queda. Magdalena decía que todo se transforma, y yo añadiré que nada se pierde. Entre nosotros dos – ahora lo veo, después de haberme analizado en estas páginas – siempre existirán lazos, pero tan dulces, que siempre los conservaré con amor, sin sentirlos casi.

Ese análisis á que me he sometido desde que la *Galatea* está en Túnez no habrá sido, pues, del todo inútil, porque me ha consolado y tranquilizado, mostrándome exactamente lo que mi alma era en otro tiempo y lo que es hoy. Veo que sigo amando á Magdalena, pero con calma, tranquilamente, feliz porque este amor es puro, raya en lo ridículo por su persistencia, y no creería en él si no le experimentase. En fin, es amor de poeta, amor casi religioso, semejante al del mago que adoraba una estrella. No ha impedido que haya otros, ni tampoco impedirá que se produzcan más, pero el antiguo es el que ejerce su parte de autoridad en toda mi vida, el que me iluminará ó cegará, mostrándome abismos ó precipitándome en ellos.

***

20 julio 1882. – Rada de Puerto Luis (Isla Mauricio)

Hace ya ocho meses que hemos salido de Túnez, ocho meses que navegamos de puerto en puerto, en el Océano Indico, y durante este tiempo he descuidado mucho mi pobre diario. Tenía demasiado que hacer para poder soñar, y lo sentía, á fe, porque el ensueño tiene algo bueno cuando no se abusa de él.

Hoy se me concede un poco de reposo en este tranquilo puerto de la isla de Francia: medito, reflexiono, veo cuánto tiempo ha transcurrido desde mi partida, sigo la estela fosforescente de la *Galatea* en las aguas, y sobre ella me remonto al pasado.

En Puerto Said he recibido una carta de mi madre y otra de Juana: me desean feliz viaje y un pronto regreso, haciendo votos por mi salud. Juana acababa de despedirse de su esposo, que debía hacerse á la vela en Burdeos en un buque mercante de tres palos, á fin de volver á Nueva Caledonia, para donde había sido nombrado comandante de marina. Muy afligida, pero resuelta, proponíase ir á reunirse con su esposo más tarde, después del parto. Magdalena se conservaba soltera; la señora de Branges había muerto, y el primo estaba gravemente enfermo; mas el matrimonio era siempre cosa decidida en principio...

Puerto Said es una gran estación, donde ningún buque se detiene más que el tiempo necesario para renovar las provisiones: muy pronto penetramos en el canal de Suez, y luego en el mar Rojo, por donde no se va del todo mal á fines de noviembre. En Aden tuvimos la primera aparición real de negros, de los negros verdaderos, naturales; pero ¡qué triste y desgraciado país! ¡Tierra, piedras, sin una flor, ni una brizna de hierba, ni una gota de agua, y en cambio un sol que bastaría para cocer un huevo de avestruz en la arena!

Con gran sentimiento nos hemos visto obligados á permanecer bastante tiempo en estos parajes: esperábamos partes, y además el comandante Duhamel, que padecía una enfermedad del hígado, ha empeorado de repente. El doctor, muy inquieto, opinaba que el comandante debía volver á Francia lo más pronto posible; pero éste no podía resolverse á dejar su buque. Vencido al fin por el mal, y reconociéndose impotente para desempeñar sus funciones, dió cuenta de su estado al ministro por telegrama, y aquella misma noche se recibió la contestación, autorizándole para volver por el primer vapor. Al mismo tiempo se me nombraba comandante de la *Galatea*. Yo estaba muy lejos de esperar semejante decisión, nada conforme con los usos marítimos; pensaba que se designaría otro comandante, el cual se reuniría con nosotros en Aden, en aquella triste rada, donde estaríamos condenados á permanecer largos días, como en otro tiempo en Túnez; y confieso que el pesar de separarme de nuestro querido comandante Duhamel se atenuó un poco por el orgullo de sustituirle. Es preciso haber sido comandante en aquellas lejanas regiones, en el extranjero, para comprender bien la importancia de este cargo, la responsabilidad que lleva consigo, sus emociones, sus prerrogativas y sus deberes.

(Continuará)



Ante esa imagen, delante de ese Cristo, juro que jamás seré su esposa

SECCIÓN CIENTÍFICA

APARATO REGISTRADOR DE LA VELOCIDAD DE LOS TRENES DE LA COMPAÑÍA DE ORLEANS

La comprobación de la velocidad de la marcha de los trenes ofrece gran interés en la explotación de los ferrocarriles: importa, por ejemplo, asegurarse de que el maquinista en algunos puntos determinados, como bifurcaciones, etc., cumple con lo que prescriben los reglamentos respecto de la diminución de velocidad. Asimismo conviene poder darse cuenta de que en los descensos por pendientes no lanza el tren con rapidez excesiva para recuperar un anterior retraso. Estas comprobaciones se verifican por medio de aparatos en los cuales se registran automáticamente los resultados, á fin de que quede de ellos una señal permanente.

Los primeros registradores inventados para este objeto iban instalados en la misma locomotora; pero ofrecen el inconveniente de que facilitando un registro continuo en un recorrido á menudo muy largo, no pueden indicar exactamente los puntos precisos en donde las diminuciones ó aceleraciones de la velocidad se han producido. Para comprobar la velocidad en un sitio determinado es preferible tener colocado en éste un aparato fijado en la vía, pudiendo instalarlo para siempre, si es menester, ó utilizando también aparatos movibles que pueden fácilmente ser trasladados de un punto á otro. De este modo puede dejarse uno de ellos, por algunos días, en un punto cualquiera sin que lo sepa el maquinista

El registrador de que vamos á ocuparnos pertenece á esta categoría de aparatos y ha sido construído por los Sres. Richard hermanos por indicación de la Compañía de Orleans, que lo ha adoptado: va provisto de órganos registradores tan ingeniosos, que aquellos hábiles constructores han podido aplicarlos á la inscripción de los más diversos fenómenos.

La siguiente descripción está tomada de una interesante nota publicada por M. Sabouret, ingeniero de la Compañía en la *Revue générale des chemins de fer*.

El principio en que se funda el aparato es sencillísimo: dos pedales fijos colocados sobre la vía á una distancia arbitraria, para la cual se ha adoptado la cifra de 100 milímetros, están en comunicación eléctrica con el aparato registrador situado á cierta distancia: el paso de la primera rueda del tren sobre el pedal de arriba determina la emisión de una corriente que pone en movimiento un estilete inscriptor, y la línea así obtenida se interrumpe bruscamente cuando la primera rueda llega al segundo pedal, pues su paso determina la ruptura de la corriente que se acaba de establecer y detiene al propio tiempo el estilete. La longitud de la línea está, por consiguiente, en proporción inversa de la velocidad de marcha del tren cuya medida de este modo determina. El papel registrador va arrollado á un tambor que, por medio de un movimiento de relojería, describe una revolución cada veinticuatro horas. Gracias á este movimiento de rotación puede dejarse el aparato colocado en un sitio todo un día, sin que las inscripciones sucesivas resultantes del paso de distintos trenes se confundan unas con otras, siendo fácil saber á cuál tren corresponde cada inscripción por la hora en que se verificó el paso del mismo.

El número 1 del grabado que reproducimos nos da la vista detallada de este aparato de registro.

El papel empleado está cuadriculado, correspondiendo las líneas verticales á las horas é indicando las horizontales la altura de la línea trazada correspondiente á una velocidad determinada.

El estilete inscriptor va puesto en una larga aguja, la cual á su vez está fijada en un eje libre montado en el de una rueda dentada.

En el estado normal la aguja permanece inclinada por la acción de su propio peso y el estilete está en la parte inferior del cilindro, como acontece en nuestro grabado.

La rueda de la derecha, cuyo reborde está dentado, es arrastrada de una manera permanente por un movimiento de relojería y efectúa una vuelta completa cada dos minutos y medio. Al producirse una emisión de corriente, el electro-imán que se ve delante atrae su armadura y ésta al moverse rechaza el eje movible de la aguja, aplicando de este modo sobre la rueda el travesaño en que termina, de manera que el eje y la aguja participen del movimiento de la rueda: entonces se produce inmediatamente la inscripción, que queda en suspenso con la interrupción de la corriente cuando el electro-imán abandona su armadura.

En estas condiciones, el aparato se reduce en principio al registro de una emisión de corriente dada por el pedal de entrada y de una interrupción motivada por el pedal de salida. En realidad la instalación resulta algo más complicada por razón de las diferencias resultantes de la organización de los pedales de que puede disponerse, pues hasta el presente no se conoce todavía un buen pedal que tome una posición determinada bajo la acción del paso de la primera rueda del tren, sin quedar afectado por las ruedas siguientes y volviendo á su posición natural después del paso de aquél.

Los dos electro-imanes que se ven á la derecha del grabado tienen por objeto permitir el funcionamiento del aparato con un pedal cualquiera. Uno de ellos está en relación con el pedal de entrada, y en cuanto es atravesado por la corriente que de este pedal procede, atrae su armadura, y ésta, al cambiar de sitio, obra sobre el conmutador abriendo el circuito local que acciona el tercer electro-imán, el cual gobierna el eje de la aguja. La corriente del circuito local permanece abierta hasta que la emisión de la corriente procedente del segundo pedal atrae la armadura del electro-imán de salida, y ésta, al moverse, acciona á su vez sobre el conmutador para cerrar la corriente, lo cual determina, como hemos dicho, la caída del estilete.

Como se ve, si el tren tiene una longitud superior al intervalo de los pedales, se producirán nuevas emisiones de corriente después que la primera rueda habrá llegado al pedal de salida; pero la interrupción se producirá inmediatamente, dando á la aguja sobresaltos insignificantes.

Para el caso de que el estilete alcanzase la parte superior del papel, lo cual sucedería con una velocidad muy pequeña ó cuando estuviese estropeado el pedal de salida, un resorte eléctrico lo hace caer automáticamente á la parte inferior del cilindro.

Este aparato registrador va montado en una caja de metal cuyo peso no excede de siete kilogramos, y constituye un aparato perfectamente portátil que se completa, según hemos dicho, con un pedal portátil como la tembladora de M. Couard ó la de M. Chaperón.

La Compañía de Orleans emplea, sin embargo, preferentemente con este registrador, el pedal fijo de Baillehaché que representamos en los números 2 y 3 del grabado, porque ha dado resultados satisfactorios.

Este pedal comprende una plancha de acero aislada M, de 0'66 por 0'316 metros y 5 milímetros de espesor, fijada en una traviesa de madera B puesta paralelamente al riel en el exterior de la vía. Esta plancha tiene su borde levantado puesto á algunos milímetros del riel y un poco más alto que éste para que la rueda lo alcance y le haga inclinarse. Por otra parte, está en relación con el circuito de una pila cuya corriente interrumpida en el estado normal se restablece en el momento del paso del tren por la intermediación de la abrazadera móvil y del riel que la sostiene.

El punto esencial estriba en asegurar el aislamiento de la plancha al propio tiempo que en darle suficiente elasticidad. A este efecto se interponen dos placas de caucho debajo de la plancha y otras dos encima ó sostenidas por dos escuadras de longitud superior fijadas por sus extremos en la traviesa por medio de anillos. Una tapadera de hierro galvanizado (núm. 3) protege las placas de caucho y el borne de contacto del hilo contra la acción de la lluvia y del sol.

L. B.

(De *La Nature*)

Registrador de la velocidad de los trenes de la Compañía de Orleans (Francia)

***

CAJA TELEFÓNICA AUTOMÁTICA

A propósito de la noticia y grabados que con el título de «Teléfono automático» y tomándolos del periódico alemán *Prometheus* publicamos en el número 533 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos escribe desde México D. Eloy Noriega la carta siguiente:

«Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

»*México 11 de junio de* 1892

»Muy Sr. mío: Hace unos días recibí un número del periódico de su dirección, del que soy suscriptor desde su fundación, y con sorpresa he visto el artículo que en él se dedica al teléfono automático, que dice el periódico alemán *Prometheus* es invención de los Sres. Mix y Genst, de Berlín. La caja telefónica en cuestión y muy poco variada por dichos señores, la tengo patentada desde el año 1890 en varios países, como verá usted por varias copias que debidamente certificadas remito hoy por correo.

»De la imparcialidad de usted y en obsequio de un compatriota que por la distancia á que se halla no puede hacer valer sus derechos tan pronto como desearía, creo, es más, le suplico, insertará los dibujos y la memoria relativa, con lo cual quedará desmentida la noticia referente á dicho invento, publicada por el periódico mencionado.

»Anticipándole las más expresivas gracias, quedo de usted atento y S. S. Q. B. S. M.

»ELOY NORIEGA, *ingeniero*.»

No siéndonos posible publicar los dibujos y memoria á que alude el Sr. Noriega, creemos que ha de bastar á éste para su satisfacción que publiquemos su carta, y que en prueba de imparcialidad consignemos que leída dicha memoria y examinados dichos dibujos resulta casi completa semejanza, así en el principio fundamental como en sus detalles, entre el invento que pretenden ser suyo y que recientemente han registrado los Sres. Mix y Genst, de Berlín, y el que con el nombre de *Caja telefónica automática* mereció al Sr. Noriega la recompensa de un diploma de honor y medalla de oro que le adjudicó la Academia de Inventores de París y por el cual obtuvo patente de invención en 1890 en los Estados Unidos de América, México, España, Francia, Bélgica, Luxemburgo é Inglaterra.

En efecto, en la caja telefónica del Sr. Noriega, la introducción de una moneda determinada establece el circuito telefónico y produce la llamada, y si el hilo del llamador no está libre, el que llama recibe la misma moneda que introdujo. La moneda se introduce como en los aparatos comunes para venta automática á través de una hendidura practicada en

la caja, y pasa á una guía de prueba, en donde se comprueba automáticamente el diámetro y el peso de aquélla, siendo expulsada ó admitida, según que resulte mala ó buena. Admitida la moneda y establecido el circuito para llamada, puede efectuarse ésta oprimiendo una tecla Morse, y si de la oficina central viniere la respuesta *línea ocupada*, se obtiene la restitución de la moneda oprimiendo un botón. Si la línea está desocupada, esto es, si está establecida la comunicación, la oficina central envía una corriente hacia el que llama y da por respuesta *llamad* y entonces la coriente de la oficina cierra el circuito local, cuya corriente activa un electro-magneto, atrayendo un áncora y con ella un primer picaporte que retenía la moneda, la cual cae por un canal hasta un segundo y un tercer picaportes. Terminada la conversación, el llamador da la señal y produce temporalmente por medio de la corriente la atracción de otra áncora que al ser atraída imprime un movimiento de rotación al último picaporte, con lo cual la moneda puede continuar su descenso y caer al fondo de la caja. Para que el aparato sea en todo caso conducido á tiempo á su posición de reposo para una próxima conversación, detrás de la abertura por donde se introduce la moneda hay colocado lateralmente un rodillo que la moneda hace rodar y que por medio de una transmisión de palancas hace cambiar de lugar el áncora que establece la comunicación entre el electro-imán y los picaportes. De este modo es cobrada la primera moneda y se produce la interrupción mientras la segunda pasa á la guía de prueba.

Con estas ligeras explicaciones creemos que queda demostrada la semejanza antes indicada entre el aparato alemán y el que el Sr. Noriega registró debidamente dos años antes que el de los Sres. Mix y Genst, de Berlín.

LA DIRECCIÓN



LEÓN, escultura de L. Vidal, escultor ciego recientemente fallecido

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

AÑO XI — BARCELONA 18 DE JULIO DE 1892 — NÚM. 551

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con este número se reparte el tomo segundo de la obra **NERÓN**, escrita por D. E. Castelar, correspondiente á nuestra Biblioteca Universal. El suscriptor á cuyas manos no llegue deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor.



SITUACIÓN COMPROMETIDA, grupo en bronce de D. Emilio Benlliure (Salón Parés)

SUMARIO

CASUISTICA

POR DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

Ni los años ni los corrimientos habían ofendido mucho la hermosura de doña Petra Regalado Sanz, á quien conocía por *Regaladita* la buena sociedad de Marineda. De un cabello negro como la pez, aún quedaban abundantes residuos entrecanos, peinados con arte en sortijillas; de un buen talle y unas lozanas carnes trigueñas, una persona ajamonada y repolluda, pero muy tratable, como dicen los clásicos; de unos ojuelos vivos y flechadores, *algo* que aún podía llamarse fuego y lumbre; de unas manitas cucas, otras amorcilladas, pero hoyosas, y tersas como rasolís. Con tales gracias y prendas no cabe duda que *Regaladita* estaba todavía capaz de dar un buen rato al diablo y muchísimos desazones al angel custodio: por fortuna (apresurémonos á declararlo, no se le ocurra al lector sospechar de la honestidad de nuestra heroína) *Regaladita* no pensaba en tal cosa, sino muy al contrario, como veremos.

Era viuda, de marido que por vivir poco no molestó en extremo, aunque sí lo bastante para que *Regaladita* le tomase cierto asquillo á la santa coyunda y se propusiese no reincidir. Gozaba una rentita modesta en papel del Estado, suficiente para el desahogo de una señora «pelada,» como decir ella solía. Cortaba el cupón santamente, y ni la apuraban malas cosechas, ni emigraciones, ni desalquilos, ni impuestos, ni litigios, ni otros inconvenientes muy temidos por los propietarios de fincas rústicas y urbanas. En cambio las alteraciones del orden público y de la paz europea solían causarle jaquecas y flato. Cuando sus amigas veían á *Regaladita* con ruedas de patata en las sienes, ya se sabe, echaban la culpa á Ruiz Zorrilla ó al emperador de Alemania.

Mas no se crea que la vida de *Regaladita* se deslizaba así, como manso arroyuelo, exenta de cuidados y de aspiraciones y de nostalgias poéticas. ¡Ah, eso no! *Regaladita*, no contenta con su *pasar* decoroso, su vivienda abrigada como un nido, sus buenas relaciones y sus frecuentes goces de vanidad al verse más conservada que manzana en frutero, quería llegar nada menos que á santa.. ¡Santa, á estas alturas!

Penitente asidua del Padre Incienso, todos los sábados, al arrodillarse al pie de la reja, manifestaba *Regaladita* á su confesor firmes y ardientes propósitos de avanzar por el camino de la perfección espiritual, y de tratar rigurosamente al asnillo, ó sea al cuerpo antojadizo y goloso. Entiendan, señores, por Dios, que los antojos del asnillo de *Regaladita* no eran antojos de esos que abochornan. La idea de ciertos feísimos pecados no cruzaba por su mente. Las tentaciones de sensualidad que *Regaladita* combatía con amazónico denuedo tenían por fin y objeto algún plato sabroso, algún sorbo de rancio Jerez, paladeado con morosa delectación, algún abrigo «pintado» que su dueña miraba empleando dos espejos con pueril coquetería, algún par de guantes superfluo, cuyo importe estaría mejor empleado en bonos de la sociedad de San Vicente, alguna butaca en que se arrellanaba con sobrado bienestar para que no fuese inocente la complacencia.

El Padre Incienso, jesuíta avisado y perito en escrúpulos y conatos de santidad, sonreía con indulgencia, allá para su sotana, siempre que *Regaladita* con harto sobrealiento por lo incómodo de la postura le confiaba sus anhelos de «padecer ó morir.»

«Muy fondona y acolchada estás tú para echarla de ascética,» pensaba el discreto confesor, calmando por medio de exhortaciones llenas de profunda sensatez aquel místico afán. – Vamos á ver, ¿por qué se me aflige usted tanto? ¿Porque en casa de Veniales repitió de la perdiz estofada y se chupó los dedos? ¡Valiente pecado, hija!... Le voy á poner á usted de penitencia que se coma una patita más para otra vez... ¿Pero cómo le he de decir á usted que la acción de comer es de suyo indiferente y hasta loable cuando tiende á reparar las fuerzas y á conservar la salud?..

No se daba por convencida la pecadora, y escarbando más y más en la conciencia, sacaba otras faltillas que, á fuerza de argucia, disfrazaba de gravísimas infracciones á la ley de Dios.

– No diga usted, Padre; es usted demasiado bueno; yo soy terrible, porque no hago sino disparates. El vestido que compré ayer cuesta á cinco pesetas la vara, y en la tienda había telas que aparentaban lo mismo y sólo costaban á tres y media. Pude ahorrarme eso... para los pobres. ¡Ya ve usted si hice mal!

– No, hija, contestaba el Padre Incienso sin alterarse. No hizo usted mal; la tela que ha comprado será de más duración y más conforme á su categoría de usted en el mundo. Son motivos atendibles.

– Padre, murmuraba otras veces la devota, ha de saber que anteanoche, en casa de la marquesa de Veniales se bailó vals, y el Secretario del gobierno civil resbaló y fué á dar de narices contra el biombo. Las muchachas se rieron, pero yo me reí más que todas...

– ¿De manera que el interesado lo oyese?

– Yo no sé si lo oiría...

– No me parece caritativo, y bueno será que usted se contenga para no ofender á nadie; sin embargo, no veo ahí tampoco motivo para desconsolarse é hipar ahora...

– Sí, señor, que lo hay... Porque ya sabe usted que quiero ser mejor todos los días, y que no viviré tranquila hasta que llegue á conseguir...

– ¿A conseguir... qué?

– Lo que han conseguido otras, contestaba *Regaladita* bajando los ojos ante la mirada perspicaz y un poquitillo irónica del Padre.

– Hija mía, advertía éste sin descomponerse y en tono melifluo, ya le he dicho á usted que eso es... ambicionar demasiado y cosas ociosas, dispénseme usted la expresión. Conténtese con ser lo que ya está siendo, una buena señora, que vive cristianamente, sin ofender á Dios en cuestiones de esas que... que le ofenden muchísimo, aunque las pueda absolver este tribunal, como usted sabe. Yo no la considero á usted perfecta, y sin embargo sólo le pido que se vaya sosteniendo como hasta aquí, ó un poquito más, pero sin esos sueñecillos de santidades. Créame usted á mí, que yo la conozco. Recuerde usted, hija mía, lo que se cuenta de las santas, y cómo vivieron y lo que tuvieron que hacer para alcanzar la santidad. Ayunos, cilicios, mortificaciones de todas clases, penitencias durísimas. Si usted se impusiese un día nada más lo que ellas se imponían á diario, enfermaría usted de peligro: no lo dude. Represéntese usted lo que es llevar á raíz de la carne un cinturón con púas de hierro; piense en un mendrugo de pan añejo aderezado con ceniza; imagínese una noche en oración, de rodillas y con los brazos en cruz; supónga por toda cama una tarima, y por cabezal un guijarro..

Regaladita se estremecía al escuchar tan terrorífica pintura; parecíale sentir en las costillas y en los ijares mordeduras de férreos garfios, y en el paladar sabor á ceniza y á berzas sin sal ni otro condimento más gustoso. Una voz burlona susurraba á su oído: «¡Atrévete, cobarde, comodona, golosa; atrévete con esos pinchos y esas camas de piedra!» Y compungida y casi con ganas de hacer pucheros, balbució:

– ¡Quién sabe, Padre? Tal vez sirviese yo para todo eso y mucho más... Usted no me permite nunca que ensaye... No quiere usted que gane coronas en el cielo...

– ¡No, hija, por Dios! Si yo no se lo prohibo á usted, dijo el Padre con socarronería dulcísima. Puesto que siente usted tales fervores, no ha de ser su confesor quien la desaliente: nada de eso. Le recomiendo sí la prudencia... pero no me opongo; ¡qué me había de oponer! ¿Desea usted imitar á los santos? Pues enhorabuena, hija; yo la aprobaré, yo me complaceré en sus glorias y merecimientos. No desoiga más la voz de lo alto: empiece, hija, empiece esa tanda de maceraciones que han de igualarla con Santa Catalina, Santa Clara y la Venerable Emmerich... ¡Ea! Desde mañana libertad para obrar como guste. ¿Que hábito de estameña? Pues hábito de estameña. ¿Que ayuno? Pues al traspaso. ¿Que cilicio? Un rallador debajo del corsé. ¿Que disciplinas? Yo le puedo prestar unas de alambre: las usó mi maestro, el Padre Celis, que según opinión piadosa estará en la gloria pidiendo por nosotros...

No supo *Regaladita* discernir si era chunga ó hablaba formalmente el confesor: sólo que la sospecha de que fuesen delicada burla las palabras del Padre le acrecentó las ganas de santificarse y asombrarle el sábado próximo con alguna estupenda muestra de santidad. Lo primero, determinó *Regaladita* desbaratar su gracioso peinado y sustituirlo por una castaña y dos cortinillas. Llamó á la costurera, y quitando los faralaes á un vestido negro de lana, lo dejó liso y propio para la nueva vida devota. Se lo puso, y como aún sintiese tentaciones de mirarse al espejo, se pegó un suave pellizco para acostumbrarse á prescindir del profano mueble. En la comida suprimió el vino, y como le trajesen croquetas muy doradas, su plato predilecto, entornó los ojos, y con una constricción del paladar que le llenó la boca de saliva, las rechazó con la mano. Sólo comió del cocido y un poco de queso. «Esto del queso lo suprimiré mañana. Hay que ir poco á poco,» pensó. De noche, al retirarse, tenía determinado rezar de rodillas una hora ú hora y media lo menos. Arrodillóse al pie de la cama, que la criada dejara entreabierta, y emprendió la tarea con buen ánimo. Los tres primeros dieces del rosario iban como sobre ruedas; al cuarto, la blancura de las sábanas distrajo á *Regaladita*; al quinto, el hueco que esperaba por su humanidad la atrajo como el remolino al náufrago; se levantó, se desabrochó la ropa, la dejó resbalar al suelo... y se tendió á la larga, subiendo hasta la barbilla la colcha y el edredón... Aquella noche hacía un frío siberiano.

A la mañana siguiente se despertó soñolienta, calentita, avergonzada y más ansiosa que nunca de realizar grandes y heroicas mortificaciones del asnillo. Un incidente casual le sugirió una idea singular y nunca leída en la historia de ninguna santa. Sucedió que la costurera, mujer parlanchina y sencillota, hubo de referir como una hermana que tenía, cigarrera por más señas, se había ofrecido por la salud de un hijo á visitar á pie el santuario de La Guardia, calzando zapatos llenos de arena... El santuario de La Guardia dista de Marineda dos leguas de áspero camino.

«¡Yo haré más, mucho más!, pensó *Regaladita*. Perfeccionaré ese rasgo de devoción.»

En efecto, el sábado, al postrarse en el conocido rincón de la iglesia de San Efrén, la señora manifestó á su director que, aparte de varias privaciones y méritos conseguidos en la semana, tenía resuelto oir misa en el santuario, llegando á él por su pie y habiendo metido en las botas un puñado de garbanzos, con lo cual iría en un potro y castigaría bien sus instintos de molicie y deleite.

– Pues hija, respondió el confesor, me parece un disparate. ¡No dará usted un paso llevando los pies así; se caerá usted redonda!

– Dios me ayudará, respondió intrépidamente la futura santa.

– Es que se caerá usted sin remedio.

– Y ¿no puede Dios sostenerme?

– Claro que puede: lo que yo dudo es que quiera.

– Padre, me quita usted la esperanza.

– No, hija, no... Le represento á usted los inconvenientes y le aconsejo desista de su empresa, que me parece un delirio.

– ¿Me lo prohibe usted?

– Tanto como prohibir... no. Si ha hecho usted oferta expresa.

– Oferta hice... y á la Virgen y con toda formalidad.

– Pues entonces no hay más que decir. Ya me contará usted el sábado cómo llegó usted á La Guardia... si no está usted coja, patitiesa y asistida de médicos.

. . . .

No estaba coja, sino más lista que nunca, el sábado siguiente la confesada del Padre Incienso. Al verla tan ágil, que se arrodillaba viva y pizpereta, el jesuíta, lleno de curiosidad, se inclinó, prescindiendo de las acostumbradas fórmulas y preguntando aprisa:

– ¿Qué tal? ¿Qué tal? ¿Fuimos á La Guardia?

– ¡Ya lo creo que fuí!, contestó la santa futura.

– Y... ¿esos pies?

– Bien... sin novedad.

– Y... ¿cumplió usted toda la oferta? ¿Metió los garbanzos?

– ¡Sí por cierto!... ¿No había de meterlos, cuando la oferta consistía en eso precisamente?

– ¡Hija, parece milagro!, exclamó el Padre.

– Padre, milagro no... Porque verá usted... Como los garbanzos crudos me lastimaban tan horriblemente... que no podía... dar un paso... se me ocurrió cocerlos... y después de cocidos... ya marchó todo... como una seda.



MATERNIDAD, cuadro de E. Carriere (Salón del Campo de Marte, de París, 1892)

DIÁLOGOS MATRITENSES

EL PRADO

– Lolita, estoy muy incomodado contigo.

– Yo sí que estoy furiosa.

– Ayer pasé cien veces por tu calle y no quisiste salir al balcón ni un minuto siquiera. Tanto, que el zapatero remendón de la esquina le dijo al hortera de la tienda de ultramarinos: «Debe haber revolución, porque hay retén en la calle.» Tú tienes la culpa de que yo me ponga en ridículo.

– No hables tan alto, que mamá lo oye todo.

– ¡Eres una ingrata, una pérfida, que acabarás por matarme!

– Eso es, ríñeme... después que eres tú quien tiene la culpa; tú que anteayer estuviste haciéndole el amor á las de López...

– ¡Eso es falso!...

– Es verdad, que me lo ha dicho la planchadora; como que delante de ella le dijiste á Elvira: «Es usted una perla.» ¡Mire usted llamar perla á un espantajo que está con la piel y los huesos, que parece un arenque; si al menos hubiese sido una chica guapa;... pero hacerme traición con un mamarracho!...

– No es tan mamarracho como tú quieres suponer.

– Ahora la defiendes, y tienes la poca vergüenza de decírmelo á mí que soy tu novia... ¡Márchate, márchate incontinenti de mi lado; que si no, me voy á poner á llorar. ¡Infame! ¡Tratar así á una niña que le ama tanto!...

– ¡Pero Lolita!...

– No me hable usted, no quiero oir nada. Váyase usted á echar flores á la de López, á la hermosísima Elvirita.

– ¡Lola mía!

– ¡Yo no soy de usted ni ahora ni nunca; todo ha concluído entre nosotros! Pero la culpa de todo la tengo yo, que le quiero tanto...

– También te quiero yo mucho, angel mío.

– Si eso fuese verdad...

– Es tan cierto como estamos en el Prado.

– ¡Júralo!

– Lo juro.

– ¿No me engañas?

– ¡Yo engañarte, vida mía! ¡Jamás, jamás y jamás!

– También Prim dijo eso, y luego...

– Pero yo no soy Prim.

– En fin, te perdono por esta vez; pero como vuelvas á ver á Elvira no me hables nunca.

– Si sabes que...

– No mientas, no quiero oir hablar de esa mujer.

– Pero si...

– ¿Ya volvemos á las andadas?

– Pero Lola, si lo que iba á decir es que os convidaba á ti y á mamá á tomar un helado en Fornos.

– Acepto porque soy generosa y tengo buen corazón, que si no...

– Muchas gracias, Lola, Dios te lo pague.

***

– Generala, yo la creía á usted en Cauterets...

Sí, ya debíamos haber salido; pero Toribio ha tenido que ir en comisión á Barcelona, y aquí estamos toda la familia aburridos y fastidiados, porque Madrid en este tiempo está hecho una abominación. Pero siéntese usted.

– No veo silla...

– ¡Jesús, hija, qué encogida es usted! Ahora verá cómo tiene usted silla: ¡Eh, caballerito! ¿quiere usted quitar los pies de la silla y dársela á esta señora? ¡Vaya, ya tiene usted dónde sentarse! Sí aquí, hija mía, á la que se calla la albardan.

– Yo no me hubiera atrevido...

– Usted no, porque pertenece al ramo civil, pero yo... aunque hubiera sido un cosaco con lanza y todo.

– Hay tanta grosería en algunas personas...

– Pues palo con ellos, es lo único. Yo nunca me acobardo. Mire usted, cuando Toribio era capitán, en Fluixa del Ebro, íbamos de columna y nos sorprendieron los facciosos. Otra se hubiera metido en un rincón á llorar; pero yo... con estas mismas manos que se ha de comer la tierra, cogí una tercerola, y con dos soldados que había alojados en casa estuve haciendo fuego como un hombre hasta que los carlistas se fueron. ¡Vaya! Como que el general que mandaba la columna le dijo á Toribio: «Esa nena tiene más alma que un coracero.»

– Pues ayer le oí decir á Manolo que á su esposo de usted le van á dar otro entorchado.

– Sí, como no nos den mulé... lo que es entorchados... tampoco; y no se figure usted, que nos hace mucha falta, porque está todo tan caro que apenas puede una comer, y eso que yo tengo dos asistentes que valen por cien. Mire usted, uno, el que me sirve de doncella, es una alhaja: igual lleva á paseo á los chicos, que remienda unos calzonzillos, ó me pone el corsé. Si no fuese por eso, ¿dónde iba una á parar?...

– Pues nosotros, con el descuento ¡también estamos bien!

– Todo eso sucede porque nuestros maridos son unos calzonazos; más de cuatro veces le digo yo á Toribio: «Si tú tuvieras mi genio, cada quince días habría un pronunciamento.»

– Tiene usted razón, generala; de cada día está todo peor.

– En fin, cómo ha de ser: los hombres lo quieren y nosotras tenemos que callar, que al fin y al cabo para eso somos el sexo débil.

***

– Mi Sr. D. Paco, ¿usted por aquí?

– Sí, hombre, he venido á tomar un poco el aire, porque en ese Congreso se asfixia uno. Es una barbaridad el tener sesiones en este tiempo, ya debían habernos enviado á todos á casa hace un sigle.

– Pero esa discusión, ¿hasta cuándo durará?

– Y durará la mar, porque las oposiciones se han empeñado en apurarnos la paciencia á todos. Ayer



CELTA, estatua de D. Cipriano Folgueras, de fotografía de D. R. del Fresno, de Oviedo

ya vió usted qué monstruosidad. Pepe estuvo hablando tres horas seguidas.

– ¿Y qué tal estuvo?

– ¡Calle usted, por Dios, hombre! ¡Dijo más desatinos!...

– Pues es un chico listo.

– Sí, como usted es de los que se resellaron con él le parece á usted un Séneca, y á mí me parece que en vez de cartera lo que le hace falta es una cartilla para ir á la escuela.

– No tanto, D. Emilio, no tanto.

– ¿Que no? Pues si hubiera usted estado luego en el salón de conferencias, hubiera usted visto el efecto que hizo su perorata entre los ministeriales. El marqués de Sacatrapos me dijo que no sería difícil que hubiera crisis por culpa de ese saltimbanqui, y hasta se susurra quién podrá ser el sucesor.

– ¿Quién?

– ¡Hombre, no era más que un rumor!; pero...

– Vamos, ya caigo. Sea enhorabuena, D. Emilio.

– ¡Calle usted, por Dios!...

– Vaya, que otros con menos méritos se sientan en el banco azul.

– Gracias, gracias, querido. ¿Quiere usted venir á comer conmigo?

– Con mil amores.

– Pues en marcha, que esta tarde hay aquí una polvareda que no se puede respirar.

– Claro, como que el alcalde es un melón; pero en fin, si usted logra la cartera, no le faltará á usted quien desempeñe la alcaldía á las mil maravillas.

– Comprendido; todo se arreglará.

***

– Ramón, yo quiero barquillos.

– Señorito, la mamá de V. S. no me ha dado cuartos.

– ¡Pues yo quiero barquillos, barquilloooos!..

– No tenemos dinero y no lo hemos de robar.

– Tú sí que tienes dinero, que mamá te ha dado delante de mí.

– Pero era para comprar pasteles para postres en el Suizo.

– Yo no quiero pasteles, quiero barquillos.

– Y luego la mamá de V. S. me echará á la calle por gastar los cuartos sin permiso.

– Pues si no me compras barquillos, cuando yo sea mayor te pegaré con el látigo grande que tiene Perico.

– Entonces ya estaré yo lejos de aquí. (¡Calle, allí viene mi paisana Manolita! Tenía que convidarla á merengues, *lo cual que* vale real y medio; le compraré otro medio real de barquillos al rapaz y le cuento á la señora los dos reales. Eso es: ¡si no se ingeniara uno, no llegaría nunca á ser rico!

***

– Vamos, Casildita, siéntate aquí en este sillón y ahuécate el vestido de modo que luzcan los lazos.

– Mamá, mejor estaríamos allí delante.

– No, hija, que allí así que anochece no se ve gota y aquí estamos bajo de un farol que nos dará de lleno; porque si no se nos ve, ¿á qué santo vestirse y venir al Prado? ¡Dios quiera que pronto encuentres un marido, porque!...

– Mamá, ahí viene Augustito; pero va tan distraído... Ahora se para á hablar con aquella señora del vestido verde. ¿Será su novia?

– No, hija; si es la de Pamplina, que es casada hace más de diez años. Ya viene hacia aquí: ¡jem! ¡jem!... Nada, no ha querido volver la cabeza.

– No nos habrá visto.

– Sí, ha mirado con el rabillo del ojo.

– Pues mira, me hubiéra alegrado de que se sentara con nosotras á ver si nos pagaba las sillas.



LA TRAGEDIA, escultura de D. Cipriano Folgueras, de fotografía de D. R. del Fresno, de Oviedo

– Pues justamente por eso se habrá distraído.

– ¡Qué tiempos! Están los hombres más huídos que un demonio, y eso que tú no eres fea y llevas cuatro trapitos; que si no, ¡ya, ya!

– Si Marianito no hubiese hecho lo que hizo.. ¡Qué buen chico era!

– Muy bueno, pero no tenía más sueldo que 5.000 reales con descuento y expuesto siempre á que una cesantía le partiera por el eje.

– Pero era muy finito y en la *Trompa Lírica* publicaba unos versos muy monos.

– Mira, ¿sabes lo que estoy pensando en este instante? Que la gente está saliendo de la primera de Felipe. Tomaremos dos butaquitas y nos exhibiremos un poco. Vamos en seguida, que como aún no ha venido el cobrador podemos ahorrarnos esos céntimos. Luego volveremos á dar una vuelta.

– Yo no tengo ganas de ir al teatro; ahora no hay más que paletos.

– Mira, justamente esos paletos suelen tener muchas tierras y muchas peluconas.

– Sí, pero no son tipos para inspirar una pasión espiritual.

– Déjate de espíritus y atiende al refrán que dice: «El amor pasa y el dinero se queda en casa »

***

– Diga usted, joven, ¿es usted la doncella de Juanita?

– Sí, señor.

– Yo quisiera que usted me hiciera un favor.

– ¿Un favor? Usted dirá.

– Yo estoy enamorado de Juanita.

– ¡Demontre! ¡Tan jovencito y ya está usted así!

– No soy tan joven como á usted le parece, que ya tengo trece años.

– ¿Sí? Pues no los representa.

– Digo trece, porque no me faltan más que dos meses y medio, y eso no es nada.

– Claro, á la edad de usted no es nada.

– ¿Y usted querrá darle esta cartita?

– Mire usted, yo no quiero meterme en líos, porque la mamá tiene cien ojos, y si luego se sabe me costará á mí el ir á la calle.

– Es que yo se lo agradecería á usted muchísimo.

– Sí lo creo, pero...

– Pero qué...

– Que lo mejor será que se la dé usted en persona; allá bajo está jugando al corro. Va usted, le habla, y se las componen ustedes como puedan.

– Bien, voy, adiós.

– ¡Anda con Dios, renacuajo! Pues señor, de cada día les entra más pronto la enfermedad á los hombres. A este paso algún día el rorro de casa le hace el amor á la nodriza: ¡Jesús, qué mundo este!

***

– ¡Eh, aguadora!, á ver si se quita usted del medio y no estorba el paso con los cacharros.

– ¿Y en dónde me he de poner, señor municipal?

– Donde usted quiera, menos ahí entre las sillas; sobre todo no pararse, andar, andar por ahí.

– ¡Si este botijo pesa más que el alma de Judas!

– Eso es señal de que está lleno.

– Casi; y no se figure usted, que estoy ya ronca de andar por ahí gritando: «¡agua, y aguardiente, azucarillos, agua!» Pero *na*, la gente no tiene sed. No he hecho más que dos *perros* en *centímetros*. Y pague usted el *albitrio*. Este ayuntamiento...

– ¡Aguadora, ojo con hablar mal del gobierno!

– No, si yo no digo nada malo; lo que digo es que los industriales estamos á las últimas.

– ¡Pues mujer, con tanto señorío que viene al Prado!...

– Sí, pero los puestos nos hacen mal tercio á las *ambulantas*, sobre todo á las viejas como yo. Esas chulapas que hay ahí junto al paseo de los Burros nos pierden; créalo usted, señor municipal.



LA COMEDIA, estatua de D. Cipriano Folgueras, de fotografía de D. R. del Fresno, de Oviedo



LA PRIMAVERA, pintura decorativa de Hendrik Siemiradzki

– Sí, lo creo, porque eso es una escandalera; pero en fin, las señoras de los coches...

– Esas no beben agua ni aguardiente.

– Pues hacen mal, porque el aguardiente, sobre todo anisado, es muy sano.

– En fin, me voy á dejar de venir al Prado, porque no se gana ni para zapatos.

– ¡Vaya usted con Dios, aguadora, y sobre todo no pararse, y andar al negocio, que es lo que hacen todos los que vienen por aquí!

– ¡Agua y aguardiente!

A. Danvila Jaldero

BOCETOS MARÍTIMOS

UN ARSENAL

«Quien no ha visto Sevilla no ha visto maravilla,» dice la sabiduría de las naciones, en un refrán que podrá no ser la pura expresión de la verdad, pero que es, sin duda, el Evangelio, como suele decirse entre nosotros de las cosas indubitables, para todos los sevillanos y para la inmensa mayoría de los españoles de pura sangre; aun de aquellos cuyas mentes no se hallan «atormentadas,» como la de *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, al exclamar con acento melodramático:

Sevilla... Guadalquivir... etc....

Y este artículo, que pudiera resultar maravilloso *per se*, como ciertas síntesis, á poco que nos soplara la musa, ¡esa ingrata, que no nos soplará!, va á tratar de las verdaderas maravillas del siglo XIX, para el cual son tortas y pan pintado, no sólo los siete sabios de Grecia, desde Tales hasta Periandro inclusive, sino hasta las mismísimas siete maravillas del mundo, desde las pirámides de Egipto hasta el faro de Alejandría, pasando por los jardines y las murallas de Babilonia; el sepulcro de Mausoleo, levantado por la eufónica Artemisa; el templo de Diana en Efeso; la estatua de Fidias, representando á Júpiter Olímpico, y el coloso de Rodas, al que otros llaman el *goloso* del mismo punto.

Este sí, el presente; este sí que es el siglo de las maravillas. Lo mismo que aquel poeta famoso que juraba *en verso* no componer más versos en su vida, ó que aquel tenor, famoso también, á quien se le *iban* los *do* de pecho, como á otros se les van los *gallos*, este siglo nono crea maravillas sin *se douter* de ello, sin advertirlo; como quien lava, según otros autores.

El túnel de Mont-Cenis; los puentes de Brooklyn, en América, y del Forth, en Europa; la colonización de Australia y la divisibilidad de la luz eléctrica; la torre Eiffel y la estación de Francfort; el positivismo como sistema de investigación científica y el análisis espectral como procedimiento de prueba; la abolición de la esclavitud y la emancipación de los siervos; la cremación *científica* de los cadáveres, erigida en principio social de garantía; los Congresos y las Exposiciones internacionales, como filones riquísimos de comodidades y de prosperidad para los pueblos...

Todo esto y muchísimo más que pudiéramos citar sin extraordinario esfuerzo, ha nacido ó se ha perfeccionado notablemente en este mágico siglo XIX que, ya en la agonía, luce como ninguno de sus antecesores en el tiempo; pero si quisiéramos citar algo que presentara reunidas y en conjunto, bajo un nombre genérico, diversidad de maravillas en extraordinario número, citaríamos un arsenal, y como sí queremos, démoslo por citado y vamos á intentar dar una idea de él. Falta que podamos hacerlo: veremos.

En el arsenal moderno figura y tiene amplia carta de naturaleza todo lo que sirve y se emplea en la construcción de un buque; así la grúa que levanta cien toneladas, como la lima sutil hecha con un muelle de reloj; así el taladro que perfora una gruesa plancha de acero, como la lezna finísima que se embotaría atravesando un cartón; así la báscula que da sus unidades por toneladas, como la balanza de presión que acusa el peso de los átomos de polvo y de las esferillas de vapor de agua.

Coged un hombre de cerebro privilegiado, nutrido por la lectura personal ú oída en los conocimientos teóricos de todas las ciencias y de las artes todas, pero privado del sentido de la vista, si no es que, poseyéndolo, habéis sabido aislarlo por completo, reduciéndolo á sus razonamientos y á los libros; llevadlo á un Arsenal, y allí, por conjuros que si en la realidad no existen puede concebir la imaginación más torpe, dadle vista ó permitidle que vea, y notaréis entonces la revelación poderosa, un portento casi, que se opera en aquel cerebro lleno de ideas: todas las artes y las ciencias todas se hallan repre sentadas á su alrededor.

¡Oh, qué tiempos aquellos en los que un barco era un poco de espacio, circunscrito entre tablas mal unidas, impulsado por velas inseguras ó por frágiles remos, y guiado por hombres rudos, semisuicidas que para no perder el *semi* iban pegados siempre á las más cercanas costas!

Entonces un barco se hacía en cualquier parte y de cualquier manera. Troncos de árbol recién abatidos por el hacha en el bosque, fuego y clavos; una cuestecilla insignificante en la playa misma; la tripulación futura empujando el armatoste hasta verlo flotar; adentro en este instante, y listos: un barco más surcaba ya impertérrito las olas procelosas del Océano. ¡Pobres olas aquéllas y pobres barcos!

Después las cosas estas se formalizaron algo más y los barcos, sus hijos, también; nació el arsenal con caracteres propios, capaces de diferenciarle de todos los demás establecimientos industriales y consagrados solamente á la construcción y armamento de buques, para lo cual hubo que dotarlos de aparatos y medios especiales, poniéndose á su frente hombres, especialistas también, entre los que nació el estímulo y de éste la perfección creciente é incesante, hasta que adquirió autonomía el arsenal por sus propias exigencias, y la «fábrica de naos» pasó á ser «arquitectura naval,» convirtiéndose en ciencia con sus leyes lo que fué en un principio arte y nada más con reglas sencillísimas.

Hoy, ya lo hemos dicho, un arsenal es una maravilla.

El entonces, el después y el hoy con que encabezamos respectivamente los tres párrafos anteriores, representan en la vida de la humanidad años y siglos; pero puede seguirse paso á paso á través de las edades todos los que ha dado la industria naval desde que, mísera y errante, levantaba una cabaña en los bosques próximos al mar, hasta que, ya más atendida, tuvo casa propia, y hasta que, elevada á señora y casi diosa, habitó los palacios que hoy levanta con el nombre de arsenales.

Terrenos inmensos, capitales cuantiosos, obreros innumerables é inteligencias poderosas se encierran dentro de una cerca, abierta por un lado sobre el mar y en cuya puerta de entrada dice ARSENAL; y de todos aquellos elementos, fundidos y amalgamados con otros materiales en el crisol sagrado de la ciencia, surge en breve tiempo, pero gallardo y prepotente, el formidable acorazado de combate, el airoso crucero protegido, el veloz torpedero ó el espacioso transporte que, garantizando la paz, siguiendo el prudente lema latino, dejen ancho campo para que navegue y triunfe á su hermano predilecto, al magnífico trasatlántico henchido de pasajeros y riquezas.

En el arsenal perfecto y completo, de los cuales naturalmente no hay muchos todavía, y el tipo precisa buscarle en Inglaterra, cuna de todo lo bueno en náutica, y en los Estados Unidos, patria predilecta de todo lo grandioso; en ese arsenal ha de germinar el buque en la grada para salir provisto de cuanto necesita: de sus cañones y torpedos, si es de guerra; de sus muebles, pinturas y todos los detalles del más exquisito *confort*, si es mercante y ha de conducir pasajeros á su bordo.

Por esto se comprende bien, sin necesidad de mayores esfuerzos por parte nuestra, lo que decíamos al principio; sólo con ver un buque moderno basta para calcular aproximadamente lo que será el claustro materno, que así podemos llamar al arsenal, de aquella serie interminable de prodigios que constituye la criatura, ya se llame ésta *Pelayo*, ya se llame *Reina Regente*, ya lleve por nombre *Destructor*, ya ostente el de *Buenos Aires*.

Y como que no se puede perder el tiempo, que es oro, ni el oro, que es muy caro, en probaturas inútiles, algunos arsenales ingleses llevan la previsión hasta el extremo de probar en modelos reducidos y en un estanque experimental, un mar en pequeño, todos los buques que construyen, antes de emprender en firme la construcción definitiva, y es de ver, navegando por un mar agitado ó tranquilo, según convenga, pero de exiguas proporciones, un acorazado ó un gran vapor perfecto, pero sólo propios, por el tamaño, el primero para echar á pique barquitos de papel y el segundo para conducir bombones con muñecas por pasajeros y tripulantes. La realización de un cuento de Gulliver, en la cual el hombre desempeña el papel que allí está encomendado á los gigantes.

Pero ahora, cuando ya es un poquito tarde para «retirar mis palabras,» observo que no he dicho bastantes para describir un arsenal y que, en cambio, he dicho demasiadas para poder continuar escribiendo mucho tiempo, á no ser que me hubiera propuesto «dar á luz» un tomo, lo cual está muy lejos de mi imaginación y más lejos aún de mis intenciones. Lo que sí puedo hacer, es dar un buen consejo á los lectores que hayan llegado hasta aquí en la lectura del artículo y sigan completamente á obscuras acerca de lo que es un arsenal: si el deseo de conocerlo bien les acosa todavía y les «pilla con dinero,» como decía el cura aquel de Rota, lo que les conviene es marcharse á Inglaterra, y en Dumbarton (Escocia) visitar detenidamente el establecimiento que allí dirigen los señores Denny, ó mejor aún, no perder la ocasión de ir á Chicago y, ya en los Estados Unidos, detenerse unos días en Filadelfia y recorrer el magnífico arsenal que allí existe.

Un arsenal moderno, bueno, entra en la categoría de lo indescriptible: gracias que, sin grabados y sin números, pueda darse una ligera idea de lo que es. Y cuenta que he procurado no ser como aquel señor que regresó á España después de una prolongada estancia en Venecia, la misteriosa reina del Adriático; el cual señor estaba verdaderamente encantado con lo que allí había visto, y en cuanto cualquiera le pedía la menor noticia, el dato más insignificante acerca del objeto de su admiración y de su entusiasmo, que hablando en general no se le caía de la boca, entornaba los ojos, prolongada los labios cuanto podía y luego, con acento sibilítico, exclamaba como única respuesta.

– ¡Oh!... Venecia... ¡Aquello es menester verlo!...

Y no había manera de sacarlo de ahí.

Federico Montaldo

SECCIÓN AMERICANA

UTSPA LLACTA (TIERRA DE CENIZAS)

Arequipa, la ciudad de los terremotos célebres, la hija del gigantesco Misti, cuyo apagado cráter se eleva á los seis mil ciento noventa metros sobre el grande Océano, es una de las más sanas y bellas de la república peruana.

Asiéntase al pie del volcán famoso á los 73° 31′ de longitud O. y 16° 30′ de latitud S., y sepárala del mar un desierto de arena, de cien kilómetros de extensión.

Desde hace algunos años tiene una tan atrevida como sorprendente vía carrilera que la une con el puertecito de Mollendo, y nadie en la vida y movimiento de la nueva ciudad podría encontrar restos de aquella fundada por Pizarro y destruída diez veces por horribles traumatismos de la tierra.

Son sus casas abovedadas para mayor consistencia y recuerdan las construcciones ciclópeas de los corintios; sus alrededores bellísimos y su comercio rico en quinina, lana, metales, tejidos de oro y plata, etcétera, hacen de esta población la primera después de Lima y Callao.

Es además paso obligado para el departamento de Puno, con el cual la une el ferrocarril, así como para la región fronteriza de Bolivia. Tiene importancia militar, política y comercial, y tiene sobre todo unas mujeres que quitan el sentido á cualquier cristiano bien bautizado, cuanto más á *gringos* de todas castas, vale decir sajones y teutones, que pierden la chabeta en cuanto por los arcos de la plaza divisan una de aquellas criaturas llenas de sandunga y gracia criolla. Son las arequipeñas de tipo muy parecido á las limeñas, y diferéncianse únicamente en que á éstas pudiéramos llamarlas más *breves*, si pasa la expresión. Sin que ninguna de las dos (hablo del tipo genuinamente peruano) sean delgadas, es más carnosita la arequipeña; pero aquellos ojos, aquellos andares, aquella boca chiquita de labios rojos, aquel cutis trigueño claro con sombritas vellosas y sobre todo aquellos diminutos *pedestales* que cabrían en las babuchas de una mandarina confuciana y que parecen quebrarse con el cimbreo de la hermosa estatua, son tan apetecibles y tan enloquecedores como el de la más perfecta hija del Rimac.

Pues si así son las de *clase*, no son menos hermosas las *cholitas:* este tipo medio entre el indio y el blanco, es seductor en demasía, y como por regla general no está en la sangre *chola* ser modelo de castidad, ni se cuentan muchos castillos irreductibles, de ahí que sean los hombres unos diablos mal comparados, y que casados, solteros y viudos anden siempre de jaraneo por donde puedan tropezar con *cholitas* sandungueras.

Y no se crea que son los hijos del país los peores en semejantes campañas: tan lejos de eso; danles quince y raya los europeos, que se divierten bailando *cachuas* y *mozamala*, amén de otros *bailecitos de tierra* que vuelven agua la *sesamienta* de hamburgueses y londinenses, dando al traste con la poca formalidad de los españoles y soliviantando más si cabe á los cascabeleros *franchutes*.



Llegó de Europa el *niño* Julio, primogénito de una atristocrática familia arequipeña: era un señor abogado, formal, tan formal como podía convenir á los rancios pergaminos que cuidadosamente guardaba el señor Lezcano, su padre, en primorosa caja de plata.

Había estudiado con formalidad, cosa rara en peruano rico que se ve en París dueño de su voluntad y con muchos miles de pesos asignados anualmente.

El nombre de su familia, su posición, su talento y sobre todo su hermosa figura, unida á la distinción

¡Hermosísimas las que le rodeaban la noche que sus padres daban un baile de etiqueta!

Estaba trastornado. Oleadas de tul y gasa envolviendo mujeres divinas, de cabello negro, ojazos rasgados, brillantes y fosforescentes; cinturas redondas y hombros anchos como las caderas, con seno levantado y turgente, pasaban y repasaban por su lado, cegándole y estremeciéndole el sentido.

Todas le miraban; era el blanco de cien disparos oblicuos y tímidos y de otros ciento rectos, francos y atrevidillos: tenía Julio muchos atractivos; era una

á impulsos del amor: se la tenía por fría, por muy fría: tal vez lo era: aquella mujer que parecía de fuego, bajo cuya piel un poco tostada debía circular lava en vez de sangre, no había tenido novio y había desdeñado á sus pretendientes: contaba veintidós años y representaba más; parecía una mujer en el apogeo de las pasiones: cualquiera por su aplomo, por la seriedad de su continente altivo y por la firmeza con que sostenía la mirada le podía calcular treinta veranos; por viuda la tuviera el que no la conociese, y nadie la juzgaba soltera á primera vista.



TIPOS ESPAÑOLES. CHESA, MUJER DEL VALLE DE ANSÓ, dibujo de D. Baldomero Galofre

y galantería innatas en el peruano, habíanle abierto muchos salones y franqueado gran número de ventanas y puertas de escape, con todo el misterio y poesía necesarios para enloquecer á las que se morían por sus encantos sin lograr interesarle el costado izquierdo.

Llegó, pues, á Arequipa, incólume de pasiones y hastiado de placeres, cosa que no se podía escapar á la penetración de sus padres, que conocían las seducciones que rodean en los grandes centros al joven rico y de bellas prendas personales.

¡Qué de fiestas y banquetes se sucedieron en el palacio de los Lezcano para celebrar la llegada de Julio! ¡Cuántas hermosas mujeres cruzaron por los salones severa y ricamente alhajados!

El joven letrado no volvía de su asombro: había creído que sólo en París pudieran encontrarse mujeres hermosas. ¡En valiente obscuridad había vivido!

proporción excelente: joven, guapo mozo, rico y formal. ¡Vaya un partido!

El ojeo de las mamás no le iba en zaga al de las hijitas.

Julio bailó con todas; repartió por igual sus galanterías y no pudo singularizarse con ninguna: eran tan hermosas que no se las podía ofender con preferencia.

Sin embargo, una, una sobre todas, era terriblemente bella: miraba con descaro, subyugaba con burlona sonrisa y despreciaba con un fruncimiento de labios y cejas que pinchaba el amor propio. Sabía que era hermosa y estaba cansada de ver rendidos á sus pies á tantos hombres como le habían declarado su amor, que eran cuantos la conocieran: se llamaba Juana Rosa y pertenecía también á una familia noble, aunque no tan adinerada como la de Lezcano.

Nadie sabía si alguna vez sintiera latir su corazón

—No has bailado todavía con Juana Rosa Güaqui, hijo mío, dijo la señora de Lezcano á Julio.

—Nadie me la ha presentado, mamá.

—Tienes razón. Ha llegado esta tarde de su hacienda de Utspa-Llacta y no he caído en que no la conocías: voy á presentártela y te advierto que tu padre y yo veríamos con gusto *que la encontrases muy bella.*

La señora de Lezcano subrayó las últimas palabras para dar á entender á su hijo que casi era cosa convenida su matrimonio con Juana Rosa.

No hizo á Julio muy buen efecto lo que tenía carácter de imposición: ofreció el brazo á su madre, sin embargo, y se encaminó hacia la joven, que coqueteaba discretamente con tres ó cuatro caballeros: reñíanla éstos cariñosamente por su manía de pasar en Utspa-Llacta la mitad del tiempo, privándoles de su presencia en Arequipa, y defendíase ella con habilidad,



ANTES DEL BAILE, cuadro de D. Román Ribera



LA VIRGEN DEL ROSARIO, estatua en mármol de D. José Llimona (Salón Parés)

asegurándoles que le gustaba extraordinariamente la vida del campo.

La señora de Lezcano y su hijo interrumpieron la conversación.

– Juana Rosa, dispensa, hija, dijo la madre de Julio, no había caído en la cuenta de que no conocías á mi hijito hasta que me lo ha recordado él. Me parece que entre vosotros huelga la presentación: no os vengáis ahora con ustedes ni con cumplidos ¿eh? Cuando tú eras una muñequita divina y él un caballerito de catorce años, le saltabas encima con mucha franqueza y Julio te solía dar algunas azotainas suavecitas: conque...

– ¡Jesús, mamita, no querrá usted que Julio me trate de igual manera!

– Eres el diablo, muchacha, replicó la señora de Lezcano, dando á Juana Rosa unas palmaditas en sus redondos hombros.

Todos rieron de la *lisura* de la joven, y ésta, tendiendo á Julio la mano, le dijo:

– Vamos, Julio, será necesario complacer á mamita, aunque no en todo; ya peso mucho para saltar sobre tus rodillas.

– Pero no para dejarte llevar en este vals.

– Desde luego: el vals es mi danza favorita.

EVA CANEL

(Continuará)

MISCELANEA

Bellas Artes. – En el concurso para la ornamentación de la Galería de Industrias Artísticas de Stuttgart han obtenido el primer premio el pintor F. Keller, de Karlsruhe, y los escultores Eberlein y Hundriefer, de Berlín.

– La asamblea general de la Asociación para el fomento del arte histórico, que recientemente se ha reunido en Munich acordó la compra de los siguientes cuadros: *¡Viva el rey!*, episodio de la batalla de Vionville, de Rocholl, de Dusseldorf; *Asalto de Bazeilles*, de Putz; *Llegada de la abadesa Irmingarda al convento, de Fraueworth*, de Raup, *y Auxilium christianorum*, de Hempel, artistas estos tres últimos de Munich.

– En la Galería Barbizon, de Londres, se celebra actualmente una exposición de pinturas que se refieren al gran actor francés Coquelín, y entre las cuales figuran obras de Meissonier, Detaille, Millet, Bastieu, Le Page, Corot, Daubigny, Díaz, Madrazo, Pissaro, Monet, Sisley, Charlemont, Dagnan, Duvent, Duez, Jacquet, Leloir y Friand. Esta exposición es, según dicen los periódicos ingleses, una de las más interesantes que se han organizado en la capital de Inglaterra.

– En Leipzig se ha inaugurado un monumento dedicado á Mendelssohn, hermosa obra del escultor de la misma ciudad Werner Stein. Sobre un elevado pedestal, colocado encima de una escalinata, álzase la estatua del gran maestro, envuelto en luenga capa, apoyado el brazo derecho en el facistol y teniendo en una mano la batuta y en otra un rollo de papeles de música. Al pie del zócalo está sentada la noble figura de la Musa, cuyo brazo derecho se apoya en la lira; á los lados del postamento se ven dos elegantes grupos de amorcillos tocando y cantando, y en la parte posterior se lee la inscripción «El lenguaje de las notas, sólo ideas nobles expresa.»

– El monumento recientemente inaugurado en Reutlingen en honor del emperador Guillermo I, obra del escultor berlinés Federico Dietrich, se compone de un zócalo sobre el cual se alza el busto del soberano, de doble tamaño que el natural, esculpido en mármol de Carrara. En la cara principal del pedestal está el retrato del emperador Federico, en la de la derecha el de Moltke y en la de la izquierda el de Bismarck, los tres en relieve y de mármol blanco.

– Durante los años de 1890 y 1891 el Museo Municipal de Leipzig se ha enriquecido con las siguientes adquisiciones: *Vista de un puerto á la salida de la luna*, de Douzet, por 2.060 pesetas, *Otoño en el Mosa alto-bávaro*, de Wenglein, por 3.750; *La recolección en la Alta Baviera* de Lier, por 3.125; *Teatro anatómico de Bolonia* y *Bendición de los Alpes*, de Riefstahl, por 28.750, y *En la iglesia de la aldea*, de Frithjof Smith-Hald, por 15.000. Los tres primeros han sido adquiridos con recursos procedentes de la Asociación de Artistas, y los otros con los del municipio y de la fundación Peschke. Además ha adquirido 28 cuadros regalados por los pintores Koch, Pohle, Lutteroth, Graff y otros, y 15 cuadros al óleo y varias acuarelas de un legado.

– En Tuttlingen se ha inaugurado el monumento erigido en honor de Schneckenburger, autor del tan popular canto patriótico alemán *Wacht am Rhein*: la parte arquitectónica es debida al arquitecto Leins, de Stuttgart, y la plástica al escultor Jahn, de Berlín. El monumento se compone de un alto pedestal, en una de cuyas caras hay un medallón con el retrato de Schneckenburger, coronado por la estatua de Germania en ademán de sacar la espada como respondiendo al llamamiento de la canción patriótica.

– El emperador de Alemania ha adquirido el cuadro *Herederos alegres*, de C. Becker, y otros de Warthmuller, J. Ehrentrant, A. Hertel, Muller-Kurzwelly, R. Friese y F. Ulrich, que figuran en la actual Exposición internacional de Bellas Artes de Berlín. Además en la Exposición de la Asociación de Artistas alemanas que se celebra en la propia ciudad ha comprado: *Clovelly en Devonshire*, de María Keudell; *Rosas amarillas*, de Catalina Klein; *Anémonas*, de Lina Krause; *Mohn*, de Margarita Ludolff, y *Al través del Africa*, de Mina Stocks.

– Los periódicos de Valencia se ocupan, prodigándole los más entusiastas elogios, del que con razón llaman artista en miniatura: se trata de un niño de nueve años, Juan Manén Planas, discípulo de Ibarguren, que hace verdaderas maravillas con el violín tocando con perfección de consumado artista las más difíciles piezas de los grandes compositores. El público valenciano le ha tributado calurosas ovaciones en el teatro Pizarro y en cuantos sitios ha organizado sus conciertos.

Teatros. – En el teatro de la Exposición de Viena ha conseguido un triunfo la compañía hamburguesa de Pollini con la representación del drama en verso de Madach *La tragedia del hombre*, que se puso en escena con inusitado lujo.

– Prosiguiendo la serie de representaciones de las obras de Wagner, cantadas en alemán en el teatro Covent Garden, de Londres, se ha puesto en escena con el mismo buen éxito que las anteriores *La Walkyria*.

– En la Opera de París se ha ejecutado una hermosa composición sinfónica de M. Charpentier, premio de Roma, titulada *La vie du poete* en tres actos y cuatro cuadros. De las cuatro partes de que consta la obra, Entusiasmo, Duda, Impotencia, Embriaguez, esta última es sin disputa la mejor, revelándose el maestro como un *colorista* (perdónese la palabra) de primera fuerza; en las otras, aunque bastante inspiradas y bien compuestas, se deja sentir demasiado la influencia de Massenet.

– El teatro de la Corte, de Berlín, ha adquirido, para representarla próximamente, la ópera en un acto del malogrado Bizet, *Djamile*, que es muy poco conocida.

– En el Teatro Popular de Viena se ha estrenado una traducción alemana del drama de Sardou *Thermidor*, que ya conocía aquel público por haberlo representado, hace poco, en francés Coquelin: el éxito, según parece, ha sido muy mediano.

– El día 19 de junio último han comenzado en Bayreut los ensayos para la temporada que se inaugurará el 21 del actual y terminará en 21 de agosto: las óperas que se representen serán dirigidas por los maestros Levy, de Munich; Mons, de Karlsruhe; Richter, de Viena, y Strauss, de Weimar.

– En el Vaudeville de París se ha estrenado con éxito una comedia en tres actos de Enrique Lavedan, *El príncipe de Aurec*, acerba censura contra los aristócratas que, olvidando las glorias de sus mayores, sólo piensan en divertirse y en arruinarse, comprometiendo su honor y su dignidad.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Demetrio Bratiano, jefe del partido liberal rumano, ministro de Instrucción pública en 1867, embajador en Constantinopla y presidente del Consejo de ministros en 1881.

Eduardo Herbst, jefe durante muchos años del partido constitucional en la Cámara de Diputados de Austria, notable hacendista, profesor de la facultad de derecho de las universidades de Lemberg y Praga, ministro de Justicia desde 1867 á 1870, autor de importantes obras jurídicas.

Alberto Wolff, célebre escultor alemán y profesor de la Academia de Bellas Artes de Berlín.

El duque Escipión Borghese Salviati, uno de los nobles romanos más adictos á la corte pontificia, á la que prestó grandes servicios con su espada, con su pluma y con sus fundaciones católicas.

El cardenal Augusto Theodoli, miembro de la nobleza romana.

Guillermo Stitken, profesor de la Escuela de Medicina militar de Netley (Inglaterra); prestó voluntariamente sus servicios en los hospitales turcos durante la guerra turco-rusa; redactó por encargo de su gobierno una memoria sobre la naturaleza de las enfermedades que diezmaban al ejército inglés en Scutari, que mereció la más entusiasta aprobación del Parlamento, y escribió importantes obras de anatomía y patología.

El general servio Kosta Protich; se distinguió mucho en la última guerra turco-rusa, fué ministro de la guerra en 1878 y al dimitir al rey Milano fué designado por éste para formar parte de la regencia.

Ossián Bonet, sabio matemático francés, miembro de la Academia de Ciencias, oficial de la Legión de Honor y autor de importantes obras de análisis, geometría y mecánica.

El almirante Ernesto B. Mouchez, director del Observatorio de París; desempeñó importantes comisiones oficiales, como la de poner el puerto del Havre en estado de defensa cuando la guerra de 1870 y la de estudiar en la isla de San Pablo el paso de Venus de 1874; llevó á cabo notabilísimos trabajos de hidrografía, y fué quien concibió la idea de trazar el mapa del cielo, que será una de las obras más grandes del presente siglo.

Don Luis de Martos y Potestad, conde de Heredia Spínola, teniente coronel retirado del ejército español; fué diputado á Cortes, alcalde y gobernador de Madrid, consejero de Estado, gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre de D. Alfonso XII y senador vitalicio.

Varia. – La idea de celebrar una exposición en Berlín ha sido acogida con gran satisfacción en Alemania, pero falta todavía que el gobierno la acepte. En cambio el gobierno francés ha resuelto ya celebrar una en París el año 1900.

NUESTROS GRABADOS

Situación comprometida, grupo en bronce de D. Emilio Benlliure (Salón Parés). – Como si el apellido Benlliure fuese sintético de arte, cada uno de los individuos de esta ya numerosa familia apórtanle nuevos timbres por medio de la valía de sus obras. Mariano, José y Blas han logrado distinguirse de tal manera, que ocupan preferente lugar entre los artistas que más honran el arte patrio. Emilio, el más joven de los Benlliure y por lo tanto el último que ha abrazado la carrera artística, dióse pronto á conocer. Los aficionados barceloneses recuerdan con gusto las bonitas cabezas de estudio que ejecutaba Emilio Benlliure antes de trasladarse á la Ciudad Eterna. Allí, recibiendo las enseñanzas de su primo y maestro Mariano, han podido avalorarse sus aptitudes y cualidades, significando ya el joven escultor una grata esperanza para la escultura patria.

Maternidad, cuadro de E. Carriere. – El género de pintura á que este cuadro pertenece, ese género de los tonos agrisados, bituminosos, que hace que los lienzos aparezcan como vistos al través de espesas gasas, puede aceptarse cuando lo tratan artistas del fuste de Carriere, porque entonces no dejan de ofrecer cierto atractivo las gradaciones insensibles merced á las cuales las figuras pasan de una manera delicada de la luz á la sombra y aun esos mismos tintes borrosos imprimen cierto misterio, cierta vaguedad, cierto carácter místico que no encajan mal en asuntos como el que ha servido de tema en *Maternidad*. En cambio resulta altamente peligroso para los jóvenes que quieren seguir las huellas de tales maestros, y de su perniciosa influencia tenemos más de un ejemplo en nuestros pintores, algunos de los cuales, seducidos por esa escuela y sus procedimientos, han torcido sus inclinaciones y hecho violencia á su inspiración y á su talento para someterse á una moda, sin duda pasajera, que nunca llegará á producir lo que á la posteridad ha legado la escuela genuinamente española.

Celta. – La Tragedia. – La Comedia, estatuas de D. Cipriano Folgueras (de fotografías de D. R. del Fresno, hijo, de Oviedo). – Es Cipriano Folgueras uno de los artistas que más honran á Asturias y especialmente á Oviedo, su ciudad natal, puesto que ya desde los primeros años de su carrera artística supo dar muestra de sus aptitudes y justificar, por medio de honrosas calificaciones, la pensión otorgada por la Diputación asturiana. Las enseñanzas que recibiera en la Escuela especial de Pintura de Madrid y muy particularmente las de nuestro paisano el distinguido escultor Sr. Suñol sirviéronle para realizar rápidos progresos, á los que debió ser pensionado en Roma. Allí ejecutó la bien entendida estatua de *El Celta*, premiada en la Exposición nacional de 1884, y la de *Orestes perseguido por las furias*. En la del año 1891 alcanzó nueva recompensa por el celebrado grupo *Los primeros pendientes*.

Actualmente, además de las dos estatuas que acaba de terminar para el gran teatro de Campoamor, hállase ocupado en varios trabajos para el palacio del Marqués de la Vega de Anzo y en el monumento de D. José Parres que ha de erigirse en el concejo de Llanes.

La primavera, pintura decorativa de H. Siemiradzki. – Pocas pinturas alegóricas pueden darse más acertadas que la del famoso pintor ruso que reproducimos: difícil, si no imposible, representar en una composición más sencilla el cúmulo de atributos de la primavera que nos ofrece el hermoso cuadro de Siemiradzki: flores, pájaros, amorcillos, cuanto simboliza el despertar de la naturaleza en la más bella de las estaciones del año, todo aparece en él artísticamente dispuesto, combinado con tanta originalidad como elegancia y ejecutado con el vigor, la precisión y la maestría característicos de ese autor, algunas de cuyas principales obras han tenido ocasión de admirar los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Tipos españoles. – Chesa. Mujer del Valle de Ansó, dibujo al carbón de D. Baldomero Galofre. – Galofre es un verdadero artista, porque á las especialísimas condiciones que posee para ejecutar, reune la cualidad inapreciable de avaluar todas sus obras con el sentimiento y la poesía. Siente el arte, y cuando con el pincel trata de transportar al lienzo el tropel de ideas y conjunto de impresiones que rebosan en su corazón, canta estrofas tan sentidas como la de su notable cuadro *El ave María*, gallarda representación de las aptitudes del artista y de la inspiración del poeta.

Bajo el concepto de hojas sueltas de su cartera y como una de las páginas de la obra monumental que hace años ha emprendido, reproducimos el dibujo al carbón, copia de uno de los tipos más interesantes de las regiones peninsulares. Este trabajo, al igual de todos los que constituyen la colección – que asciende á algunos centenares de dibujos, acuarelas, pasteles, etc., – son verdaderas fotografías animadas, puesto que el artista no se ha limitado á copiar el modelo, sino que le ha sorprendido siempre en acción, lleno de vida y movimiento y con los rasgos que le distinguen y caracterizan.

Antes del baile, cuadro de D. Román Ribera. – Si Román Ribera no se hubiera dado á conocer como artista modernísimo y cultivador de la pintura de género, podríamos decir de él que es un catalán injerto de parisiense. París, con sus tipos, su carácter y especial modo de ser, pueden haber influído para que se desarrollaran y avaloraran sus aptitudes artísticas; pero el pintor nos pertenece, es español, aun en los cuadros en que representa escenas y tipos no vulgarizados todavía en nuestra patria, porque sobre las filigranas del color y la elegancia de la pintura, que armoniza con la fidelidad de la representación, se destaca la viveza, el sabor, el sentimiento, que sólo se halla en la tierra española, en donde el cielo brilla más, el sol ilumina con más fuerza y la naturaleza toda sonríe.

Los amantes del verdadero arte recuerdan como acontecimiento artístico las producciones á que debe Ribera su celebridad. *L' art dans le marasme*, *El accidente*, *El café concierto*, *El desayuno de los obreros*, *Viajeros al coche*, *La salida de baile*, *Coup d' œil* y tantas otras obras determinan para Ribera el honroso título de campeón del arte moderno español, en el que ha ejercido tan poderoso influjo, que á él se debe, en gran parte, la evolución que se observa, puesto que ha marcado la segura senda por donde deben enderezar sus pasos aquellos que no podían orientarse.

La Virgen del Rosario, estatua en mármol de D. José Llimona. – Hermano del pintor, ha logrado también, como él, merecida fama por las varias obras notables que ha producido. Aunque joven, ha sabido José Llimona, en un período de tiempo relativamente corto, dar fehacientes muestras de su talento y de las cualidades artísticas que posee. Llimona siente el arte, y por ende todas sus obras, ya se inspiren en los cuadros que determinan los afectos más puros, ó los ideales más elevados, revelan ingenio, sentimiento, delicadeza y precisa ejecución.

La escultura que reproducimos es una donosa prueba de sus aptitudes. Precioso es el grupo que forman la Virgen y el Niño, admirándose la elegancia de la línea y la delicadeza de la ejecución, que aparte de la acertada disposición de los pliegues de las telas y la natural actitud de las figuras, dan á la obra un carácter simpático y agradable, sin que se oculten con ello las cualidades de su autor, que son las que dan á la escultura de que nos ocupamos el sello de ese algo, siempre grande y noble, que sólo puede informar las verdaderas manifestaciones del arte.

Vendedor de estampas, cuadro de D. Mariano Barbasán. – Lejos de la tierra española, en Roma, en la ciudad que fué centro y emporio de las artes todas, existen aventajados artistas que, como Mariano Barbasán, honran á nuestra patria y representan una grata esperanza para el arte pictórico. Pensionado por la Diputación provincial de Zaragoza, ha logrado aquél demostrar en un breve período de tiempo cuán merecida es la distinción de que fué objeto y cuánto puede esperarse de quien como él comprende y siente el verdadero arte.

El *Vendedor de estampas*, tipo popular y conocido en nuestras provincias castellanas, demuestra las condiciones de buen colorista que posee Barbasán, no contagiado por las extravagancias y tonos terrosos que ensucia la gama brillante de la mayoría de los pintores españoles que residen durante algún tiempo en la antigua ciudad de los césares y de los papas.



Si una de ellas os agrada, podéis decírselo muy naturalmente, tal como lo pensáis...

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Como todo lo que dura, todo se embota, y no se disfruta realmente de un mando más que cuando se ejerce por primera vez; pero ¡qué poderosas y profundas son las emociones que produce, y cómo llenan la vida! El mar es un amigo débil y pujante á la vez; pacífico y terrible, y no se le pueden profesar sentimientos tibios: ó se le idolatra ó se le detesta. Nosotros los marinos, á quienes meció desde nuestra infancia; que fuimos batidos por él y que le vencimos también; que hemos sufrido por causa de la existencia normal y monótona que nos impuso; que hemos disfrutado de goces infinitos con todos los espectáculos soberbios ó aterradores que nos presentó, con todos los países nuevos á que nos condujo fácilmente, le amamos con dulzura, nos atrae y nos retiene.

Mas cuando llegamos á ser comandantes, la posesión es más completa; antes el mar parecía pertenecer á todos; ahora comienza una lucha entre él y el capitán del buque, á quien servirá ó devorará.

Cuando se recibió el telegrama del ministro, el comandante Duhamel, entre las aclamaciones de la tripulación toda, que le adoraba, fué conducido á un vapor de las Mensajerías Marítimas, que se disponía á levar anclas. ¡Bravo marino! Una vez instalado en su camarote del vapor, solo conmigo, no pudo menos de manifestar la emoción que había ocultado orgullosamente.

– Se la confío á usted, me dijo, mostrándome la *Galatea*, que veíamos por la ventana; cuando llegue el momento oportuno, condúzcala intacta á Francia, á menos, añadió, que sea necesario entrar en fuego: en este caso, que su pabellón flote siempre en la popa ó que se sumerja con el buque y con usted...

El comandante me habló después largo tiempo sobre mis deberes, y su sen-

timiento de no poder continuar la misión que le había sido confiada; no se cuidaba de su mal; solamente pensaba en Francia y en su buque.

Le vi marchar con tristeza; pero más dolor me hubiera ocasionado su permanencia entre nosotros, pues las enfermedades del hígado no perdonan en los países que íbamos á recorrer, mientras que estaba casi seguro de que recobraría la salud en Francia.

Al día siguiente se recibieron nuevos partes de París: en uno trazábanse las grandes líneas de la misión que se me encomendaba; los otros eran para Madagascar, adonde debía dirigirme sin tardanza, por lo cual partí inmediatamente. Desde aquella época, ¡cuántas excursiones por el Océano Indico! ¡Cuántas noches inquietas en medio de la obscuridad, de los arrecifes y las tempestades! ¡Cuántas veces, á lo largo de aquellas siniestras costas de Madagascar, que ningún faro ilumina, y que las nubes bajas y negras ocultan aun al titileo de las estrellas; cuántas veces la muerte acechó mi corbeta, la muerte bajo la forma brutal, aplastante, de montañas de gotas de agua que corren y se precipitan hacia las rocas vecinas, uniéndose con el viento para arrastrar á los buques en sus mortíferos remolinos! En estos momentos ¡con qué atención reclinado sobre la banda de la *Galatea* y tratando de penetrar con mi vista las sombras, dirigía los pasos del buque! Franqueadas, al fin, las rocas peligrosas, echaba de ver á veces que estaba hablando á mi embarcación en voz baja, que la felicitaba y que parecía entenderme. Un jinete podría comprender esto, aunque no tanto como un marino, porque éste se encariña más con el buque confiado á su mando, según imagino, que el jinete con su caballo. Este último tiene su instinto de animal, que le hace evitar el peligro, y por otra parte lo más que podría hacer sería matar al que lo monta, mientras que al buque es preciso dirigirle sin cesar, vigilar de continuo sus movimientos; la menor ignorancia, una osadía, la más ligera falta, un olvido, una imprevisión, podría ser, no sólo la muerte del capitán, lo cual importaría poco, sino la de todos los marinos que se le confiaron y que, indiferentes en el instante del peligro, esperaban de su jefe la salvación...



Quisiera ir más lejos, más lejos aún...

Ahora echo de ver que me extiendo demasiado, diario mío, antiguo confidente; pero tendrás indulgencia, comprendiendo que aún estoy en el entusiasmo que produce el primer mando. Tú me dispensas y te regocijas de no tener ya que oir, como en otro tiempo, eternas quejas. Sin embargo, escucha, pues quiero confiártelo todo en voz baja: por tiránico que sea mi amor al mar, no me hará olvidar nunca mis recuerdos de la infancia. Muy á menudo, por la tarde, en el silencio amoroso de las noches calurosas y estrelladas, en alta mar, con la vista fija en el lejano horizonte, franjeado por una ligera bruma, ¿sabes tú qué veo en esas nubes ligeras que toman todas las formas al antojo de la imaginación?...



Santa María de Madagascar, noviembre de 1882.

Decididamente es muy difícil esperar algún reposo en campaña; cuando se cree llegado el momento de disfrutarle, se escapa.

Los hovas estaban tranquilos hacía algún tiempo; los pequeños sultanes de las Comores, siempre en guerra entre sí, parecían también haber renunciado á sus luchas, y habíaseme permitido aprovechar esta tregua para conceder algún reposo á mis tripulantes en la isla Borbón. La misma *Galatea* necesitaba también algún descanso y ciertos cuidados: era preciso examinar su máquina, limpiar su carena, cambiar la mayor parte de sus jarcias, pintarla, adornarla y sacarle brillo. Todos los marineros, bajo la dirección del teniente, habían puesto ya manos á la obra con el mayor ardimiento, porque estos trabajos les agradaban en extremo. Es una manera de reposar, pues cuando están ociosos se aburren. En cuanto á nosotros, los oficiales, nos seducía la permanencia en Borbón, verdadero paraíso terrestre, sobre todo cuando se le compara con Madagascar.

¡Qué bonita ciudad la de San Dionisio, y qué delicioso ir por la tarde, cuando el sol calentaba menos, al Barachois, aquel ancho y sólido puente que avanza sobre las olas al encuentro de los viajeros! No sé por qué el recuerdo de Borbón evoca al punto en mi mente el del Barachois, sin duda porque aquí reside toda el alma de la isla. ¡De cuántas caricias tristes y alegres ha sido testigo, cuántas sonrisas le han iluminado, cuántas lágrimas le bañaron! Por allí es por donde se penetra en la isla, por allí se sale, por allí se fueron los parientes á quienes se va á esperar más tarde y también los amigos á quienes no se vuelve á ver nunca.

También se han cambiado allí otros besos más furtivos que los que se dan á la despedida ó á la llegada, y aún se cambian por la noche en la sombra amiga, bajo los ojos opacos de la luna, que todo lo mira y nada ve; crúzanse dulces miradas y juramentos de amor que no se cumplen siempre. El Barachois, en efecto, no es tan sólo un lugar de paso que se atraviesa apresuradamente para embarcarse ó desembarcar; es también un paseo querido adonde se va á soñar, á recibir noticias ó darlas, ver á los amigos, y sobre todo dejarse ver. Es una especie de avenida de los Campos Elíseos, una avenida marítima, que recuerda el puente de un vapor gigantesco, con su entarimado, las escalas de cuerda y de madera, las embarcaciones suspendidas exteriormente y los bancos interiores que guarnecen sus dos lados.

Allí va la gente todas las tardes, de cinco y media á siete, á menos que haga muy mal tiempo, siendo preciso que éste sea realmente detestable para que dejen de ir ciertos asiduos concurrentes. Se vuelve después de comer, pero sólo cuando luce la luna, que hace allí las veces de faro eléctrico. No se puede circular en coche, porque el espacio es muy reducido, y por otra parte harto tiene que luchar el viejo puente contra la eterna marejada que bate, sacude y muerde sus pesados cimientos; pero ello no es óbice para que sea de rigor presentarse elegantemente vestido. Nada tiene esto de extraño: ¿acaso los que allí van tratan de otra cosa que de lucirse?... Aquello es una especie de salón grandioso al aire libre, bajo un cielo clemente, con el mar ante los ojos como perspectiva, mar profundo, siempre el mismo, siempre cambiante y agitado, y que no parece tranquilo más que allá á lo lejos, en el horizonte luminoso, por su contacto con el cielo.

Nada, ni un trozo de tierra intercepta la vista de la inmensidad; á derecha é izquierda la playa se extiende, casi sin cabos, sin sinuosidades, y describe en las aguas la curva elíptica de la isla, donde las olas se estrellan. Solamente el cabo Bernard, roquizo y bronceado, se prolonga desde el interior como un esfinge agachado sobre el mar desierto. Delante del Barachois, á sus pies, se ve la rada sin abrigo, con algunos pobres barcos veleros, cada vez en menor número, que se retuercen y se balancean, esperando, para hacerse á la vela, que terminen sus mezquinos cargamentos de azúcar. Detrás, y formando pisos, elévase la ciudad de San Dionisio, rodeada de sus jardines llenos de brillantes bejucos, y más allá destácanse las altas montañas, que surgiendo del centro de la isla volcánica, parecen perforar las nubes con sus agudos picos...

Habíamos proyectado visitar aquellas pintorescas montañas, que nos atraían, como todo lo que es lejano, y que estaba de Dios que no habíamos de conocer más que por haberlas visto desde el Barachois. Además nos habían trazado todo un plan de otras excursiones encantadoras: la llanura de los Cafres, el Volcán y la cascada del Bernica. Yo únicamente conocía esta última, y aun porque la *Galatea* había anclado á poca distancia de ella, en la rada de San Pablo, más tranquila que la de San Dionisio. Por la tarde, hablando con las lindas criollas que van al Barachois, nuestros jóvenes oficiales habían formado otros proyectos; todos los habitantes nos conocían ya, y no éramos para ellos gente extraña. En casa del gobernador se habían dado bailes, verdaderos bailes como en Francia, con mujeres encantadoras, muy escotadas, y era un encanto para nosotros ver de nuevo hombres blancos después de contemplar tantas desnudeces negras. De repente se recibió una orden formal por conducto de un vapor: era preciso abandonar inmediatamente aquel paraíso apenas entrevisto y volver á Madagascar. Por fortuna no debíamos ir á Madagascar mismo, sino á Santa María de Madagascar, cuyo mapa debíamos trazar.

Por lo que á mí toca, no me desagrada haber vuelto aquí, pues tengo cariño á esa pequeña y graciosa isla, más graciosa aún cuando se la compara con la extensa tierra desnuda y lúgubre que cerca de ella se extiende. Cubierta de verdura, florida, al nivel del agua, parece un ramo de flores junto á una tumba; por el lado del mar, su árida playa está batida por las olas; mas en el opuesto, entre ella y Madagascar, hay un canal, pacífico como un lago, surcado por ligeras piraguas, cuyos tripulantes negros son la gente más buena que he conocido. Cuando se llega por esta parte ante el pueblecillo de Amboutifouth, compuesto de una veintena de casetas cubiertas de rastrojo, maravíllase el viajero al ver de repente aquellas avenidas de mangos, de cocoteros, de palmeras de todas especies, y al contemplar el brillo de aquellos bejucos enredados y ligeros, que trepan hasta las copas de los árboles para volver á caer en el suelo como una lluvia de flores. Si se salta á tierra no se ven más que caminos cubiertos y bien trazados, matorrales, espesuras de helechos cerca de los arroyos, verdes musgos, insectos brillantes y flores perfumadas.

Animan este paisaje numerosas mujeres – á los hombres les agrada mucho el mar, y casi todos navegan en los buques mercantes y del Estado, – mujeres no muy lindas, es verdad, pero de carácter dulce, graciosas y pacíficas, con cuerpos de estatua cuando son jóvenes, bonitos animales con ojos de gacela.

Es un placer pasearsé por aquellas avenidas de altos árboles, donde el sol no consigue penetrar á pesar de sus ardores, y cruzarse con aquellos grupos de mujeres jóvenes, que llevan los hombros descubiertos y el vestido flotante, y cuya cintura, apenas abrochada, parece siempre dispuesta á entreabrirse: unas llegan de los campos, de los que traen los sabrosos frutos, mangos, bananas y ananas, para venderlos en el pueblo; otras, casi desnudas, se dirigen al río para lavar su ropa; éstas, cual otras Rebecas negras, regresan á su casa sosteniendo en equilibrio sobre la cabeza toscas ánforas; aquéllas van á la pesca, y llevando entre las manos un pedazo de finísimo lienzo penetran en el mar, forman un semicírculo y persiguen y cercan á los peces, dejando escapar alegres carcajadas; y todas saludan cortésmente al extranjero, ya en francés ó ya en su armoniosa lengua, diciendo: *Velouma, sarabé.* Si una de ellas os agrada, podéis decírselo tal como lo pensáis, y si pedís que os deje reposar en su caseta, creería faltar á los más simples deberes de la hospitalidad negándose á recibiros.

Ya, dirá en voz baja, bajando la vista y ruborizándose mucho, porque presiente lo que quizás han de decirle; lo espera todo, y no se incomodará por nada, porque ama demasiado á los blancos, á los *vasas*, esos seres extraordinarios, esos hechiceros que saben tantas cosas; solamente está un poco conmovida, y por eso apresura su marcha, de ordinario indolente. «¿Es esa tu caseta? – Sí, señor.» Y orgullosa por haber dado á conocer que sabe hablar francés, se ríe, como niña que es de un pueblo niño. La menor cosa excita su hilaridad, y lo más trivial le servirá de asunto para interminables conversaciones.

Su caseta está muy aseada; una cerca de cañas y de juncos la separa del camino; los tamarindos y los mangos le prodigan su sombra; detrás hay algunos bananos y ananas, y entre ellos un pequeño cuadro de legumbres; y en el centro de todo esto se ven gallinas y pollitos, patos y ocas. Para su alimento solamente le falta el arroz, la parte más esencial, que los hombres cultivan más lejos, en las llanuras inundadas, y que la mujer obtendrá por cambios, si su industria no le ha producido algunos cuartos para comprarle. Su industria, industria efímera, consiste en ser lavandera algunas veces, cuando llegan buques: gústale con delirio vivir en el agua, aunque esté acostumbrada á la temperatura abrasadora de su país, y rara vez se ve una gota de sudor en su frente. ¡Se está tan bien en aquellas aguas tibias en todas las estaciones! Esas mujeres poseen un arte también: prescindiendo de las toscas y frescas esterillas que trenzan para su casa, tejen con la mayor finura pequeños objetos de paja para uso de los extranjeros, alfombras, cortinas, cestas y petacas.

Al fin, cierto día y por un simple consentimiento místico, la mujer se casará con uno de los jóvenes del país, alguno de esos marinos que navegan por la costa en los barcos del Estado, y que vuelven á la tierra natal al cabo de un año ó dos con algún dinero en el pañuelo, que es para ellos una verdadera fortuna. Entonces entrará el hijo en la caseta; se comprarán en el almacén europeo algunos de esos objetos de primera necesidad, de los que antes se prescindía sustituyéndolos con productos de la industria negra; habrá vasos, cuchillos, hachas, platos; bonitos percales de vivos colores para hacer vestidos á la dueña de la casa y brazaletes de plata para los pies y las muñecas. El lecho, que era ya tan aseado y blanco, con sus colchones de hojas, cubiertos de tela de algodón bien estirada, se adornará con cortinajes bordados y se le rodeará de un mosquitero; el jardín se ensanchará, y se agregarán á las ocas, patos, gallinas y pollos uno ó dos pares de cerdos. Entonces ya no se necesitará nada más durante el resto de la vida. Ya no importará que los niños sean numerosos, y aun se les esperará con impaciencia en vez de temerlos, como nos sucede á nosotros, los pueblos civilizados. ¿Acaso cuesta algo un niño que va desnudo hasta que llega á la edad adulta y á quien se viste después con un metro de tela? Y en cambio ¡es tanta la alegría que produce en el corazón y á los ojos! Siempre habrá en la escudilla bastante alimento para él; y si no, allí tiene el árbol del pan, á la orilla del camino, el mango y todas esas hermosas frutas que la naturaleza tropical prodiga en abundancia.

Más tarde, con rafia y buena madera de paletuvio, el padre ó los hermanos harán una casita para cada una de las niñas; todas recibirán algunas esteras, varios efectos, pollos y patos, y sin afligirlas con el menor discurso, se las besará y se les dejará que emprendan por sí solas el vuelo. Y las pequeñas, que contarán apenas de trece á catorce años, dueños en adelante de su casa, se escaparan del nido, trinando como las avecillas, embriagadas de luz y de libertad. Vivirán en la naturaleza sin necesidades, sin envidia, felices ó desgraciadas solamente por el amor.

Lo que ha dicho un poeta sobre el amor se podría aplicar, con una variante, á la civilización: «No se puede ya salir de él cuando se está dentro.» En la evolución de los pueblos, efectivamente, todo movimiento retrógrado es imposible; y á pesar de mi marcada afición á la naturaleza, no me siento inclinado al género de vida del malgache de Santa María; pero he lamentado muchas veces no haber nacido como él en ese medio sencillo, más cercano de la dicha que nuestra complicada sociedad. «La dicha está en la naturaleza, dice Bernardino de Saint Pierre; todo lo que nos desvía de ésta nos aleja de aquélla.»

En esos países es donde se reconoce toda la verdad de este pensamiento.

Mañana, domingo, día de reposo, quiero consagrarme á la naturaleza: iré á Sandreh, punto situado en la extremidad de la isla, á casa de los amigos malgaches que allí tengo; tomaré parte en sus juegos y escucharé sus cantos, tristes y voluptuosos, como todos los de los pueblos primitivos. Veré á la pequeña Kaluvassa, siempre risueña, y durante la tarde, echados sobre la fresca esterilla, con la puerta abierta, permaneceremos inmóviles, con la vista fija en el mar tranquilo, escuchando lejanos cánticos y aspirando el perfume de las flores; mientras que mucho más allá de los mares, en París, hombres y mujeres se agitarán en febril carrera, buscando cruces, empleos, placeres enojosos, dinero, y hasta ¡ay de mí! un pedazo de pan. Kaluvassa se dormirá muy pronto, seguro estoy de ello, feliz porque no piensa en nada; yo en cambio meditaré, pues la civilización me domina...

Pero hay goces complicados que experimentaré por efecto reflejo y que Kaluvassa no conocerá jamás: son los que produce el recuerdo, y otros muchos más aún.

Uno de estos días aspiraba yo con placer una rosa que había cogido, y como dijese á mi negra amiga que aquella flor me recordaba mi país, contestó:

– ¡Qué extraños son ustedes los blancos! Dan importancia á una porción de cosas en que nosotros no fijamos la atención. ¿Qué puede decir una rosa? La flor no habla.

Pequeña Kaluvassa, creo decididamente que soy más feliz que tú, porque hay muchas cosas que hablan sin que se las oiga, y que pronuncian palabras muy dulces que los blancos saben comprender. Así, por ejemplo, junto á ti tu silencio es lo que me interesa sobre todo; todas esas cosas extrañas, exóticas, á las cuales presto una voz; todas esas armonías de la naturaleza que escucho, que tú tienes el buen tacto de no interrumpir, pero cuya existencia desconoces.

* * *

Santa María de Madagascar, 12 de noviembre de 1882

¡Qué acontecimiento tan inesperado! ¿Hubiera yo podido creer que dentro de pocos días, en aquellos parajes, vería á Magdalena y á Juana?... ¡A Magdalena, al cabo de tantos años!... ¡Y por qué concurso de circunstancias sorprendentes y dolorosas! Desde ayer, día en que recibí la noticia, me pregunto á veces si todo esto es verdad, y necesito leer de nuevo la carta de mi madre y las órdenes enviadas por el ministro.

Es necesario haber vivido lejos de Francia, en países tan diferentes de los nuestros, para saber con qué febril impaciencia, con qué alegría é inquietud, nosotros, los hombres civilizados, esperamos el vapor correo, único lazo que nos une con nuestro país.

Ayer, á las ocho de la mañana, el pequeño fuerte de Santa María, situado en la más alta colina de la isla, disparaba un cañonazo, lo cual quería decir que se había divisado un barco en alta mar. Y un momento después, la exclamación ¡el vapor, el vapor! circulaba en mi buque desde popa á proa. Al cabo de una hora, bien seguros ya los del fortín, disparaban dos cañonazos, izando luego el pabellón francés. Ya no había duda; era el correo, y por otra parte, veíasele ya desde el puente de la *Galatea*. Rápido, fatal, deslizábase sobre las tranquilas aguas, avanzando en medio de una nube de humo.

¿Qué ocurría allá en nuestra hermosa y codiciada Francia? ¿Qué nos traía aquel buque? ¿Alegría ó dolor? Probablemente nada, y esto quizás sería lo mejor, porque hay motivo para temerlo todo cuando se está tan lejos. Por último, á eso de las diez, el saco de nuestra correspondencia estaba á bordo, en mi camarote; y con ayuda del teniente y de otro auxiliar vacié su contenido, poniendo en la mesa lo que era para mí, en el canapé las cartas dirigidas á los oficiales y en el suelo las de la tripulación.

Busqué presuroso las cartas á mi nombre, y las recorrí rápidamente, comenzando por las de mi familia; pero no encontré ninguna de Juana, y sí tan sólo una de mi madre. Al principio no comprendí bien lo que me decía, y experimenté una vaga angustia, como si leyese algún relato doloroso. «Luis náufrago; Juana y Magdalena en camino para la isla Borbón, donde las vería; se contaba conmigo; no debíamos desesperar... Dios no podía abandonarnos después de manifestarse de una manera tan providencial, enviando aquel albatros... Juana tenía confianza... Mi madre, cuya salud era buena, hacía votos por mi peligrosa misión en esas islas heladas, y oraba tanto que de seguro Dios la escucharía...»

Al fin, terminada la repartición de las cartas y habiéndose retirado el teniente y su auxiliar para hacer las distribuciones personales entre la oficialidad y la tripulación, mi vista, que no había podido separarse de la carta de mi madre, después de leerla de nuevo y comprenderla, se fijó al fin en mi correspondencia oficial: un sobre amarillo de grandes dimensiones, con el sello del Ministerio de Marina, debía contener la confirmación y explicación de lo que se me anunciaba; le rasgué rápidamente y leí lo que sigue:

«*París*, 16 *octubre* 1882. – El ministro de Marina y de las colonias al señor comandante de la *Galatea* en Madagascar. – Señor comandante: – Tengo el honor de manifestar á usted que por conducto del embajador de Inglaterra he recibido del gobernador de la Australia del Sud traslado del telegrama siguiente:

»*Freemantle (Australia del Sud)*, 22 *setiembre* 1882. – Se ha encontrado en la playa de Freemantle un *albatros* muerto que tenía pendiente del cuello un pedazo de metal blanco, en el que se leían estas palabras francesas grabadas con la punta da un cuchillo:

«Trece náufragos se han refugiado en las islas Crozet el 4 de agosto de 1882.»

Apenas recibí esta noticia, pedí informes en todos nuestros puertos comerciales á los diversos funcionarios, para averiguar si había algún indicio de que unos náufragos franceses pudieran hallarse abandonados en las islas Crozet.



Se la confío á usted, me dijo, mostrándome la *Galatea*, que veíamos por la ventana

Burdeos me contestó con este telegrama:

«Los trece náufragos podrían pertenecer al buque de tres palos *Tamaris*, que se hizo á la vela en Burdeos el 28 de noviembre de 1881 para Numea, y del cual no se ha recibido noticia alguna desde aquella época. A bordo iban doce tripulantes y un oficial pasajero, el Sr. de Nessey. Según la fecha de la marcha, el *Tamaris* podría haber naufragado en las islas Crozet el mes de febrero próximo anterior.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

UTILIZACIÓN MECÁNICA DEL CALOR SOLAR

Antemio, matemático y arquitecto griego que floreció á fines del siglo v y en el primer tercio del vi, autor de los planos de la iglesia de Santa Sofía, de Constantinopla, cuya construcción le encomendara el emperador Justiniano, hizo ya una aplicación de la fuerza expansiva del vapor de agua. Herón de Alejandría había inventado, además del eolipylo, una porción de aparatos fundados en la vaporización del agua. Durante el Renacimiento, un sabio italiano, el célebre Porta, á imitación del ingeniero griego, había concebido también la idea de utilizar la fuerza del vapor, inventando un aparato que Juan Escribano, en una edición italiana *(I tre libri spiritali*, Nápoles, 1608) del libro de los Pneumáticos *(Pneumaticorum libri tres*, Nápoles, 1601) del físico italiano (edición en la que incluyó muchos conceptos nuevos que había oído de labios del mismo autor) describe en los siguientes términos:

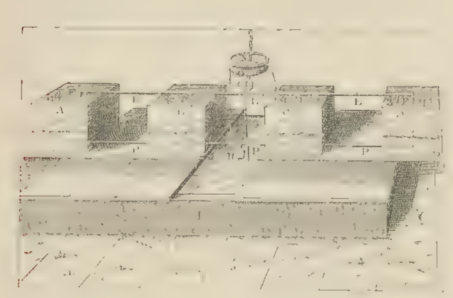


Fig. 1. Máquina en extremo sutil por medio de la cual podrá elevarse el agua estancada (según Salomón de Caus, 1624)

«Constrúyase una caja de cristal ó de estaño cuyo fondo esté atravesado por un agujero por donde pase el cuello de una botella de destilación que contenga una ó dos onzas de agua, debiendo soldarse el cuello al fondo de la caja de modo que nada pueda escaparse por allí. De este mismo fondo partirá un canal, cuya abertura casi le toque, no dejando más intervalo que el necesario para que por él pueda circular el agua. Este canal pasará por un orificio de la tapadera de la caja y se extenderá por fuera á poca distancia de la superficie. Llénese la caja de agua por medio de un embudo que inmediatamente se tapará á fin de que no deje escapar el aire; colóquese la botella en el fuego y caliéntesela poco á poco: entonces el agua transformada en vapor hará presión sobre el agua de la caja, ejercerá violencia sobre ella y la obligará á salir al exterior por el canal.

»Así se continuará calentando el agua hasta que se consuma por completo; mientras el agua humeará, el aire hará presión sobre el agua de la caja y ésta saldrá al exterior. Terminada la evaporación se medirá el agua, se medirá la que ha salido de la caja, y en ésta habrá quedado la que salió de la botella, deduciéndose de la cantidad de agua salida la cantidad de agua en que aquélla se ha transformado.»

Salomón de Caus *(Las razones de las fuerzas motrices*, París, 1624, lib. 1, problema xiii) da una aplicación análoga al movimiento del agua por el *calor del sol* y hace la siguiente descripción de su máquina, á la que denomina *Fuente continua* (fig. 1):

«Esta máquina será de gran efecto en los países cálidos, como España é Italia, donde el sol sale casi todos los días produciendo gran calor y especialmente en verano. La máquina se construirá de este modo: es preciso disponer de cuatro receptáculos de cobre, A, B, C, D (fig. 1), bien soldados en todo su alrededor, que tendrán aproximadamente un pie cuadrado y ocho ó nueve pulgadas de alto cada uno. Sobre esos receptáculos se pondrá un tubo E, al cual irán soldadas cuatro ramas marcadas cada una con la letra F, que á su vez se soldarán en la parte superior de los receptáculos y descenderán casi hasta el fondo de cada uno de éstos. En el centro del tubo se soldará una válvula G, construída y colocada de manera que cuando el agua salga de los receptáculos pueda abrirse y se cierre cuando aquélla haya salido. Debajo de esos receptáculos se pondrá otro tubo P, también con cuatro ramas soldadas al fondo de los mismos, y otra válvula H, en cuyo extremo habrá un tubo que bajará hasta el fondo del agua que estará en una cisterna ó en un depósito cualquiera I. En uno de los receptáculos habrá un agujero M.

Colocada esta máquina en un sitio que reciba el sol de arriba, se echará agua en los receptáculos por el orificio M, la cual agua comunicará por medio de los tubos con los demás receptáculos, debiendo procurarse que éstos estén llenos en una tercera parte: el aire que con esta agua se expulsa saldrá por las aberturas 3, 4, 5 y 6, las cuales se cerrarán en seguida herméticamente de modo que no pueda salir ya más agua de los receptáculos. Cuando el sol dé sobre esa máquina se formará á causa del calor una expresión (como hemos visto en el anterior problema) que obligará al agua de todos los receptáculos á elevarse por el tubo E y á salir por la válvula G y por el tubo N, cayendo en el pilón O y de allí á la cisterna I, y como habrá salido una cantidad de agua por efecto de la violencia del calor del sol, la válvula G se cerrará, y cuando haya pasado el calor del día y venga la noche, los receptáculos para evitar la vacuidad atraerán el agua de la cisterna por medio de la válvula H y se llenarán como estaban antes. Este movimiento continuará mientras haya agua en la cisterna y mientras el sol dé sobre los receptáculos; debiendo notarse que las válvulas han de ser muy ligeras y muy precisas, sin que el agua pueda descender por ellas una vez que haya subido.»

Salomón de Caus, en su notable obra, describe otro aparato del mismo género, que representa nuestro grabado fig. 2. El bastidor A B debe estar construído de tal suerte que puedan «montarse en él varias lentes, colocadas de modo que las puntas de los conos de luz que produzcan puedan ir á parar sobre los receptáculos, los cuales, calentados por el intenso calor producido por dichas lentes, harán subir el agua en gran cantidad.»

Salomón de Caus recomienda que se haga pasar un tubo C D al través de una pared á fin de conducir el agua á un pequeño surtidor.

Alberto Rochas

(De *La Nature*)

***

PRODUCCIÓN Y NUEVAS APLICACIONES DEL NÍQUEL

El níquel, que hace quince años era un metal escaso y caro, ha visto multiplicar de una manera prodigiosa y aun más rápidamente que el aluminio el número de aplicaciones, al mismo tiempo que disminuía su precio en proporciones considerables, progreso debido al descubrimiento de grandes yacimientos de estos minerales en Nueva Caledonia y en el Canadá. En 1879 la producción del níquel en todo el mundo era de unas 400 toneladas y su precio de 18 pesetas el kilogramo: actualmente aquélla es de unas 10.000 toneladas y éste oscila entre 5 y 6 francos el kilogramo.

El níquel, como es sabido, se emplea puro y aleado con cobre y hierro: en la primera forma fabrícanse con él planchas adheridas que se utilizan en la fabricación de reflectores, de objetos para carruajes, de utensilios de cocina y de hilos que prestan grandes servicios en la pasamanería. Los galones dorados y plateados forrados de níquel no se empañan como los forrados de metal blanco ó de latón. También hay que citar la operación tan generalizada del niquelado electrolítico que presta á los objetos tan bella apariencia y los pone al abrigo del orín.

Las aleaciones del níquel, sobre todo las que forma con el cobre, tienen aplicaciones más importantes. Añadiéndole algunos metales, forma el níquel en primer lugar una serie de metales blancos, tales como el maillechort, la silverina y el argentán, que imitan y sustituyen la plata. Pero la aleación que ha sido mejor estudiada y que mayores servicios presta por la facilidad con que se vuelve más densa y elástica batiéndola en frío y haciéndola pasar por los distintos agujeros de la hilera, es la famosa aleación del 20 por 80 (20 de níquel por 80 de cobre), que se emplea para cubrir las balas de las nuevas armas de guerra de pequeño calibre y gran velocidad inicial y para la fabricación de planchas tubulares de hogares de locomotoras.

Finalmente, la aplicación del níquel que más ha contribuído á la vulgarización de este metal es la moneda de baja ley de metal blanco que ha sido adoptada en muchos países de América en sustitución de la de bronce. En Europa esta moneda no ha sido hasta ahora aceptada más que por Alemania Bélgica y Suiza. Las fracciones son de 5, 10 y 20 céntimos: para esta última, Suiza y Alemania han acuñado piezas de níquel puro más difíciles de imitar. En Francia la cuestión del reemplazo de la moneda de cobre por la de níquel está á la orden del día: para la emisión total francesa destinada á reemplazar los 75 millones de francos (valor nominal) de moneda de cobre actualmente en circulación bastarían 600 toneladas de níquel puro.

Merecen también ser citadas las aleaciones del níquel con el hierro y con el acero que han producido el hierro-níquel y el acero níquel, tan resistentes que la marina americana ha adoptado las corazas de acero-níquel para proteger á sus buques de guerra.

***

LA PURIFICACIÓN DEL AIRE POR LAS TEMPESTADES

Es una observación vulgar la de que después de las tempestades la atmósfera antes brumosa, y gris á causa del polvo, se encuentra libre de las partículas que tenía en suspensión y adquiere notable transparencia. Un sabio meteorólogo inglés, Mr. Aitken, ha hecho un curioso cálculo y encontrado que el número de partículas sólidas en suspensión en la atmósfera podía en estas condiciones descender desde 15 ó 25.000 á 500 por centímetro cúbico: por esto después de una tempestad pueden verse montañas á 100 kilómetros de distancia, al paso que antes de aquélla la vision está limitada á unos pocos kilómetros. Según Mr. Aitken, el enfriamiento que sigue á una tempestad es efecto de la radiación, que se deja sentir tanto más cuanto más transparente es la atmósfera.

***

UN NUEVO BUQUE SUBMARINO

Los submarinos hasta ahora inventados no han correspondido á las esperanzas que hicieron concebir, y por esto ninguna nación, que se sepa, ha hecho tentativa alguna seria para introducirlos en su marina de guerra. Este fracaso débese en parte á que se ha querido construir los submarinos para fines de guerra en vez de emplearlos solamente como medios auxiliares para los trabajos que dentro del agua se practican. Teniendo esto en cuenta, un ingeniero italiano llamado Migliardi ha construído, según dice la *Electrical Review*, un submarino de 8'50 metros de longitud, movido por la electricidad, que puede sumergirse á 100 pies de profundidad y está dispuesto de tal manera que una parte de la tripulación puede salir del buque, y en traje de buzo buscar en el fondo del mar y subir al barco los objetos sumergidos.

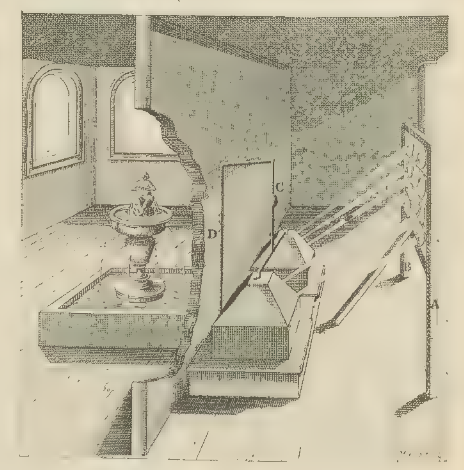


Fig. 2. Otra máquina de Salomón de Caus para elevar el agua por la acción del calor solar

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE ECIJA, *por D. Manuel Varela y D. Antonio T. Martel*. - De dos partes consta este libro, además de la notable introducción que le encabeza: en la primera hay reunidas todas las noticias referentes á la antigua *Astigi*, de las cuales se deduce la grandeza á que llegó esta ciudad; la segunda es una descripción de Ecija durante el presente siglo, exponiéndose, además, en ella los medios que pueden emplearse para el mejoramiento moral y material de la misma. Abundante en curiosos é interesantes datos, escrita en correcto y elegante estilo, es una obra que merece leerse. Véndese al precio de 3 pesetas en Ecija en casa de sus autores y en la imprenta de Reyes, San Francisco, 12, y en las principales librerías del resto de España.

EL EVANGELIO DEL HOMBRE, *por D. Ubaldo Romero Quiñones*. - El distinguido escritor y sociólogo Sr. Romero Quiñones ha condensado en este libro una porción de doctrinas y preceptos que tienden al perfeccionamiento del individuo para lograr el perfeccionamiento social, fundándose para ello en los preceptos de Jesús sin mezcla de culto ni rito alguno, con los cuales combate el racionalismo, el comunismo y el ateismo. Véndese esta obra al precio de 2 pesetas en la administración de la Biblioteca de la Nueva España, Espíritu Santo, núm. 41, Madrid.

TRATADO COMPLETO DEL NARANJO CON UN APÉNDICE SOBRE EL LIMONERO, CIDRO, BERGAMOTO Y LIMETERO, *por don Bernardo Giner Aliñó*. - El conocido editor de Valencia señor Aguilar ha comenzado la publicación de una obra de gran interés para la agricultura española, en la que tan importante papel desempeña el naranjo, debida á la pluma del distinguido agrónomo Sr. Giner Aliñó. De la importancia de la obra podrá juzgarse por el siguiente enunciado de las materias que abarcarán las cuatro partes en que se halla dividida, á saber: Historia del naranjo, Aurancigrafía, Auranicultura, Patología del naranjo y Aplicaciones del naranjo. La obra, que formará un volumen de 400 á 500 páginas con profusión de grabados intercalados en el texto y cuatro láminas cromo-litografiadas, se repartirá en cuadernos de 64 páginas al precio de una peseta uno, de los que se han repartido ya los dos primeros. - Suscríbese en casa del editor, calle de Caballeros, 1, Valencia, y en las principales librerías de España y América.

LA PATRIA DE COLÓN, SEGÚN LOS DOCUMENTOS DE LAS ÓRDENES MILITARES, *por D. Francisco R. Uhagón*. - La cuestión tan debatida acerca de cuál sea la patria del inmortal descubridor del Nuevo Mundo puede decirse que queda definitivamente resuelta con la obra que acaba de publicar el señor Uhagón. Miembro del Tribunal y Consejo de las Ordenes y caballero profeso de la de Calatrava, ha podido el autor consultar documentos preciosos, de los cuales se desprende de una manera terminante que Cristóbal Colón *era genovés, nacido en la villa de Saona*. Esta obra de gran interés histórico, lleva en apéndice las genealogías de todos los Colón que han vestido el hábito de las Ordenes: elegantemente editada por D. Fernando Fe, de Madrid, se vende en las principales librerías al precio de 2 pesetas.

CARICATURAS, *por Luis Taboada; dibujos de Angel Pons*. - Si un artículo del incomparable Taboada produce siempre regocijo en el público, ¿qué será cuando se ofrece á éste una colección de los más escogidos trabajos salidos de su pluma? Y si á ello se añade que todos están profusamente ilustrados por el lápiz de Pons con esa gracia que sólo puede compararse con la del texto á que sirven de complemento esas ilustraciones, ¿quién ha de extrañar el éxito extraordinario que ha conseguido el nuevo tomo editado por D. Manuel Fernández y Lasanta, de Madrid, con la elegancia que á la publicación de que forma parte caracteriza? Apresúrense á comprar el tomo los que quieran reirse de veras, pues el libro lleva trazas de correr la misma suerte que otros del propio autor cuya edición se ha agotado á poco de ponerse á la venta. - Véndese en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.

PROSA LIGERA, *por José de Laserna; dibujos de Angel Pons*. - Formando parte de la misma colección que el anterior, se ha puesto á la venta *Prosa ligera*, colección de los más celebrados artículos del conocido redactor de *El Imparcial* don José de Laserna. Los defectos y vicios sociales, las costumbres políticas, los usos populares, la vida literaria y artística; en suma, todo cuanto ofrece un punto vulnerable á la crítica, bien sea por ridículo, bien por seriamente censurable, está tratado en este libro de mano maestra, con gracia y elegancia inimitables. Laserna satiriza finamente, pero no por eso son menos certeros y agudos sus pinchazos. De las ilustraciones... Son de Angel Pons, y con esto queda dicho todo. - El libro que, como indicamos, ha sido editado en Madrid por D. Manuel Fernández Lasanta, se vende en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.



VENDEDOR DE ESTAMPAS, cuadro de D. Mariano Barbasán





IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 25 de julio de 1892 — Núm. 552

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CELOS, acuarela de Eduardo Forti

CRÓNICA DE ARTE

En grande apuro me veo para cumplir hoy el cometido que me impuse de tener al corriente á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de cuanto se pinta y esculpe en esta dos veces villa coronada. Los terribles calores que venimos sufriendo han podido más que los buenos deseos de los artistas, empeñados en la tarea de animar lienzos y mármoles con destino á la próxima Exposición internacional de Bellas Artes. No podía suceder otra cosa: taller existe donde á las diez de la mañana la temperatura se eleva á cerca de cuarenta grados centígrados.

Estoy presenciando una lucha titánica. El modelo no puede soportar las ropas que el pintor le viste, y á los pocos instantes de estar en posición se deja caer rendido, sudoroso, desfallecido, sobre la dura tarima donde aquél le colocó. Figúraos al pintor, casi desnudo, jadeante, sufriendo con estoicismo espartano la horrible temperatura ya dicha, olvidándolo todo, calor inclusive, preocupado únicamente con el estudio del *partido de pliegues*, que la túnica ó el hábito del modelo le ofrece; *partido* de elegantes líneas, hermoso, de clarobscuro *picante*: «¡No te muevas! ¡Así! ¡Quieto!» El sudor corre abundante por su frente. ¡Quién piensa en enjugarlo! No es cosa de perder tiempo. Un solo respingo del maniquí de carne y hueso, y ¡adiós mi hermoso partido de pliegues!

Ya está cargada la paleta. Los colores salen frescos, aceitosos, de sus cárceles de plomo, y relucen tonos brillantísimos en adorable confusa armonía y dispuestos en larga curva sobre la bruñida superficie de madera. Es una delicia tocarlos con el pincel y extenderlos sobre el limpio lienzo, combinando tintas, dibujando el famoso partido de pliegues. Cada pincelada es un triunfo. Ya comienza á verse claramente la disposición general de los paños. Ya se acierta con la nota de color. El sol caldea la habitación elevando la temperatura á qué sé yo qué grados. ¡No importa; adelante! Pero aquellos colores antes tan frescos comienzan á ponerse pastosos; el pincel no los extiende ya con tanta rapidez. ¡Demonio de calor! Es menester recurrir al aceite ó al aguarrás; la pasta es menos sólida; pero ¿qué se le ha de hacer? ¡Adelante siempre! Ni por un imperio dejaría el artista de trabajar con empeño creciente, para que los pliegues, los elegantes pliegues de la túnica ó del hábito, que le han de proporcionar un triunfo, ó por lo menos ayudar á conseguirlo, se deshagan como la sal en el agua porque el modelo se rinda.

¡Cataplum! «¡No puedo más!,» exclama desfallecido el maniquí humano, dejándose caer medio muerto. El pintor arroja al suelo pinceles y paleta, poniendo de oro y azul al modelo y á todos sus ascendientes. ¡Tan bonito como *hacía* el partido!

Bajemos del sexto piso, donde el pintor queda entregado á su desesperación. En el piso bajo, en un patio cubierto de cristales, sobre los cuales Febo (me parece que así le llaman los *pentacrostiqueros* de buhardilla), lanza sus rayos con saña sin igual, un escultor, en mangas de camisa y en calzoncillos, modela febrilmente una estatua de Ariadna. Por allá arriba, de cuando en cuando, ligero y abrasador vientecillo orea las abrasadas frentes del pintor y de su modelo; es verdad que parece hálito del desierto, pero por lo menos causa la ilusión de refrescar. Por acá, bajo los cristales del patio, no se mueve ni el hilo de una telaraña. Cada cuarto de hora es menester remojar bien el barro, porque el palillo no puede seguir trabajando. Con todo esto, sin embargo, Ariadna va surgiendo bellísima, en actitud verdaderamente inspirada. Aquel barro diestramente modelado semeja carne fina, palpitante, llena de vida. ¡Qué encanto hay en los suavísimos contornos de la deidad abandonada! Aquella testa de correctas facciones expresa el dolor épico. Los desnudos hombros son dos curvas imposibles de apreciar por la finura y morbidez de su traza. Sobre todo, el brazo izquierdo que en piadosa actitud se adelanta, rematando en finísima mano, es un asombro. ¿Cuánto tiempo tengo disponible para terminar esta estatua y vaciarla? Treinta días. Necesito trabajar cuatro horas más de las que ordinariamente dedico á mi obra.

El sol entretanto convierte en horno el taller; el escultor no se cuida más que de humedecer continuamente el barro de la parte donde, con los palillos pulsados con energía, con vibrante entusiasmo, contornea una pierna medio cubierta por un paño. De pronto, ¡trac!, la mitad de la hermosa cabeza se raja, se desprende, tropieza en el brazo y ambos extremos se estrellan sobre el suelo, dividiéndose en múltiples fracmentos. En aquel instante una ligera nubecilla oculta el sol, autor del atentado de leso arte.

* * *

Pero un gran número de pintores abandonaron sus estudios de Madrid y se trasladaron á las provincias del Cantábrico y á lugares donde el calor les deja trabajar, mejor dicho, terminar sus cuadros. ¿Cómo se las arreglarán aquellos que no pintan escenas al aire libre? No lo sé. Lo que sí sé es, que algunos desistieron de sus cuadros históricos para pintar cuadros del género ahora en boga. Tienen que apretar mucho las clavijas para que las sonatas no resulten en bemol, debiendo estar tocadas en *do* mayor. La época de entrega de obras no se prorroga, según me dijo el Sr. ministro de Fomento no hace cuatro días, más que por diez; es decir, se amplía el tiempo de admisión, que comienza el 18 del próximo agosto y terminará el 8 ó el 10 de septiembre.

De Asturias vienen doce ó catorce cuadros, de los que se hacen lenguas cuantos los han visto. Todos esos cuadros, ó casi todos, pintados al aire libre. La escuela asturiana, pues, debe considerarse ya formada. Solamente nos falta aquilatar su valor. De Andalucía, ya he dicho en anteriores crónicas los lienzos que figurarán en nuestro certamen. Bilbao, García y Ramos, Moreno Carbonero, Nogales y otros pintores de esta talla son los que habrán de sostener á digna altura la tradicional y justa gloria de que goza la escuela de aquella región. De Valencia, Sorolla, Muñoz Degrain (aun cuando este artista reside en Málaga, yo le sigo considerando como pintor valenciano siempre), Juste, etc., enviarán también obras. De Cataluña no sé que vengan más lienzos que los de Soler, Llimona, Galofre Oller...

A propósito del cuadro de este pintor, debo declarar que aquí se siente verdadera impaciencia por conocerlo. Se ha leído con gran entusiasmo cuanto de *Boria avall* ha dicho la prensa barcelonesa; y dada la gran competencia que en materias astísticas existe en la capital del antiguo condado, nadie duda de que obtendrá aquí un éxito tan ruidoso como el obtenido en Barcelona. Precisamente Madrid tiene la gran condición de admirar sin distingos ni preocupaciones de ningún género, y venga de donde viniere, cuanto merezca la pena de ser admirado. Responda por mí Guimerá. Respondan por mí los escultores catalanes, que se han llevado la palma en los últimos concursos para decorar el nuevo edificio destinado á Biblioteca y Museos. Responda por mí Querol, en cuyo favor se ha sostenido una campaña violentísima, y en la cual yo (y dispénsenme mis lectores la inmodestia de sacarme á colación) tomé parte activa, poniéndome enfrente de la Academia de San Fernando, porque creía justa la causa que defendía. Bien venga el cuadro *Pena de azotes*, y venga también su autor, seguro de que se le hará el honor que de derecho le corresponda.

* * *

Las noticias que de Munich llegan hasta nosotros, respecto del número y valor de las obras de los pintores españoles que en el Palacio de Cristal de aquella ciudad figuran, no acusan un éxito. Los periódicos alemanes, á vueltas de grandes alabanzas á la escuela española en general, dicen que por esta vez nuestros artistas se limitan á la presentación de simples cuadros de comercio. De París tampoco las noticias son muy halagadoras. Los premios de alguna importancia los acapararon otros, que no los nuestros. Verdaderamente, á juzgar por las reproducciones que tengo á la vista, y en particular de los cuadros de dos artistas españoles ya laureados otras veces en la capital de la vecina República, nuestra escuela estuvo muy medianamente representada. No siempre está el horno para bollos. Y hago tal reflexión, porque quiero desechar ciertas apreciaciones que me ponen bastante mohino, y que por haberlas comenzado á formular en voz alta hace algún tiempo, se revolvieron contra mí muchas gentes. (Pido de nuevo perdón por haber sacado á relucir por segunda vez mi persona.)

La Exposición próxima habrá de confirmar ó destruir por completo estas mis opiniones. La variedad de géneros pictóricos que figurarán en ella; la complejidad de los asuntos elegidos por los que intentan seguir las huellas de los grandes pintores de historia; la interpretación del asunto religioso; las tendencias del bucolismo en el lienzo de costumbres rurales; en fin, un mundo de cosas, de aspectos, de sentimientos, de ideas novísimas, de tesis más nuevas y casi heterodoxas, apenas presentadas unas, otras vistas á través de la lente fotográfica, rebuscadas éstas, la mayor parte de aquéllas no sentidas ni comprendidas.

* * *

Muy en breve se resolverá el celebérrimo y último concurso de escultura, abierto para presentar los modelos de las estatuas de San Isidoro y de Cervantes, destinadas á la Biblioteca. Dije celebérrimo, porque desde la publicación de aquella real orden (de la cual tienen conocimiento nuestros lectores) por virtud de la que se prohibía á la Academia de San Fernando juzgar en concursos donde tomase parte algún individuo de su seno ó correspondiente, viénese sosteniendo una guerra ruda por parte de la docta corporación contra el Sr. Linares Rivas, influyendo, si de un modo indirecto, no por eso menos eficaz, en los individuos del Jurado libre, para que éstos renuncien sus cargos, como en efecto lo hizo alguno, sin tener en cuenta la honra y la obediencia que le dispensaba y le debía al ministro de Fomento, jefe suyo.

Yo, que creo conocer algo al Sr. Linares Rivas, desde luego me atrevo á afirmar que resolverá de plano lo del concurso, importándole muy poco las protestas académicas y cuantas otras pueda suscitar su resolución.

* * *

Dentro de quince ó veinte días comenzarán á colocarse las figuras en yeso del modelo definitivo del frontón de la Biblioteca en el tímpano. Actualmente hállanse casi terminadas diez ó doce figuras de las veintitantas que forman la composición total.

Probablemente dará lugar á discusiones acaloradas, más que acaloradas apasionadas, esta obra, la más importante por su tamaño y dificultades de las realizadas por el arte escultórico español en el presente siglo. Y dejando á un lado el mayor ó menor mérito de la escultura de Querol, tengo por sabido que habrán de dividirse las opiniones en el seno de la Academia en el momento de juzgar el modelo definitivo. Estoy viendo cómo sale á relucir Fidias, la Venus de Milo, el Narciso, etc. Paréceme escuchar la defensa del arte clásico hecha en verso heroico. Pero no lo puedo remediar: yo me río hasta no poder más cuando considero que esos mismos señores académicos, tan enterados del arte de los Alcamenes y Fidias; que esos mismísimos señores académicos, tan familiarizados con las obras, con las grandes, las excelsas obras artísticas de los días de Pericles, ponían como defecto terrible, como desacato á las tradiciones clásicas, al proyecto de frontón del señor Querol lo de que algunas de las cabezas de las figuras formaban parte de la cornisa del tímpano.

Y, en efecto, en el frontón que Fidias esculpió en el Parthenón, solamente dos figuras de las centrales tenían las cabezas dentro de la moldura ó cornisamento; las demás figuras sobresalían...

En fin, que algunas veces, hasta el mismo Fidias se ríe, como yo, de los académicos sus admiradores.

R. BALSA DE LA VEGA

15 de julio de 1892

SECCIÓN AMERICANA

UTSPA-LLACTA (TIERRA DE CENIZAS)

(*Continuación*)

Juana Rosa tomó el brazo que le ofrecía Julio al propio tiempo que la madre de éste se colgaba del de un general muy buen mozo que se encontraba entre los adoradores de Juana Rosa.

– Hacen bonita pareja, ¿verdad, general?
– Sí por cierto.
– Parece que lo dice usted con envidieja.
– No tanto, no tanto, *mi* señora.

Julio valsaba muy bien y Juana Rosa había dicho que era el vals su danza favorita: sin embargo, ninguno de los dos hacía proezas aquella noche; puede asegurarse que perdían el compás frecuentemente á pesar de no hablarse ni dirigirse la palabra.

Julio sentía desasosiego estrechando la cintura de aquella mujer que se le abandonaba con indolencia, y Juana Rosa procuraba interesar al indiferente parisiense que no daba señales de rendirse á sus encantos.

Cesó la música, y la señorita de Guaqui continuó paseando con su pareja: ninguno de los dos hablaba. Rompió ella por fin el silencio.

– ¿No te ha hecho gracia que tengan que presentarnos para que nos hablemos?
– Realmente; pero como desde mi regreso de Europa no te había visto...
– ¿Ni te has acordado de mí tampoco?
– Estos días han hablado de ti mis padres con frecuencia.
– ¡Si no, no me hubieras recordado!
– No te sorprenda...
– No, si no me sorprende; yo sí recuerdo que me hacías rabiar diciéndome que tenía que casarme contigo.

Julio sonrió violentamente. Juana Rosa era hermosísima, pero sabía tanto como la más redomada europea.

– ¿Conque te gusta la vida del campo?
– Mucho.
– ¿De modo que vives en Utspa Llacta?
– La mayor parte del año. He venido esta tarde porque tu madre y la mía se han empeñado.
– ¿Y dónde está tu madre?
– Mamá no puede salir apenas de casa: ha quedado en la hacienda.
– ¿Y cuándo te vuelves?
– Esta noche.
– ¿Esta noche?
– Sí ¿De qué te asombras? ¿No recuerdas ya que las *serranas* montamos á caballo igualmente de noche que de día?
– Sí, lo recuerdo; pero... ¿quién te acompaña?

Juana Rosa contestó doblándose como si la hubieran pisado la cola y volviendo la cabeza á la derecha:

– El mayordomo.
– ¿Es de confianza?
– Ha nacido en casa.
– Entonces lo conozco yo.
– Sí, contestó la de Guaqui, haciéndose la distraída.
– ¿Quién es?
– ¿Te acuerdas de aquel indio, hijo de otro, que fué asistente de papá y á quién éste hizo educar como si fuese de la familia?
– ¡Ya lo creo que me acuerdo! *Tristura* que le llamábamos por su carácter melancólico. Era un muchacho de talento. ¿Siguió estudiando?, preguntó Julio con interés y muy contento de haber encontrado conversación que les desviase de la primitiva.
– Sí, estaba á punto de terminar la carrera de leyes en Lima, cuando tomó parte en una revolución y tuvo que escapar. Se vino á casa, y papá se puso furioso por tal calaverada; pero en fin, como le quería tanto y á papá le gustaban los arranques bélicos, aunque le contrariasen, tuvo á bien perdonarle. Por este tiempo murió el pobrecito y dejó encargado á Joaquín de administrar las haciendas. Ya ves, no podíamos encontrar un administrador que más se interesase por nuestras mermadas rentas.
– Ciertamente. ¡Vaya con *Tristura!* Le volveré á ver con mucho gusto; somos de la misma edad. ¡Será un caballero!...
– Un caballero indio.
– Indio sí, pero prometía ser buen mozo.
– Un buen mozo indio, ya te digo.
– ¿Pero es posible que todavía tengáis esas vejeces arraigadas? Veo que los europeos con ser autócratas viejos adelantan más que vosotros que blasonáis de demócratas jóvenes.
– Yo no blasono de eso, *cholito* (frase de confianza y cariño); estoy en punto á orgullo como estaban mis bisabuelos. ¡Qué tiranuela! ¿Verdad?, dijo Juana Rosa apoyándose con más indolencia en el brazo de Julio. ¿Quieres que salgamos un rato al jardín? ¡Jesús, hace aquí un calor!...
– Vamos adonde quieras.



UNA BODA EN SEVILLA, cuadro de D. José García Ramos

***

A las cuatro de la mañana salía Juana Rosa del baile acompañada del Sr. Lezcano, que la dejó en la puerta de su casa. Entró precipitadamente en el tocador, seguida de la doncella india que la estaba esperando.

– Anda, Chucha, ayúdame pronto y dame el traje de montar; no tardará en venir Joaquín á buscarme.
– Joaquín ha venido, *niña*.
– ¡Ya! ¿Y dónde está?
– En la biblioteca.
– ¿Está listo mi caballo?
– Hace una hora.
– ¿Qué ha dicho Joaquín?
– Está triste.
– ¿Por qué?
– Recela del *niño* Julio.
– Me lo temía.
– ¿Te ha parecido bien, *niñita?*
– Sí, es muy guapo... pero es un *sosaina*.
– ¿Querrás creer, Chucha, que no me ha llamado linda una sola vez, y eso que hemos estado solos en el jardín?
– Tiene razón la *niña*, de veras que es soso y cándido.
– Si se descuida se lo llamo en su cara.
– *Niñita*, ¡por Dios!, ten mucho cuidado. Joaquín es celoso como no hay otro, y si llega á saber algo es capaz de prender fuego á Utspa-Llacta.
– Mira, con eso justificaría su nombre la hacienda: *Lugar ó tierra de cenizas*.
– No te rías, *niña*, y ten cuidado.
– ¿Que tenga cuidado? Pues algún día ha de saber que mi madre y los padres de Julio piensan casarnos.
– ¡Jesús! Se vuelve loco el pobre Joaquín.
– ¿Y qué le haré yo? Lo siento, porque la verdad es que le quiero; pero ya comprenderás que no puedo casarme con él. ¡Jesús, Dios nos libre! ¿Qué diría la gente? Julio es riquísimo, ya lo sabes, el más rico de Arequipa. Iremos á Europa.
– Ten cuidado, *niñita*; no sé por qué me dice el corazón que vas á ser muy desgraciada.
– No lo creas; muy feliz. ¡Ea!, dame una bufanda de vicuña y avisa á Joaquín. Vete temprano á Utspa-Llacta, después que recojas todo con mucho cuidado, ¿eh? Que no se te olviden las llaves de los armarios. Te necesito allí antes de las doce; por la tarde irá Julio con unos amigos. Adiós, Chuchita, pide á Dios por los corazones de simples que he desgarrado esta noche en el baile. No sabes cuántas necedades me han dicho; hay quien quiere suicidarse porque no le amo. ¡Ja!, ¡ja! ¡Qué graciosísimos!

Recogióse la joven el *ropón*, envolvióse en la bufanda, y se disponía á salir cuando llamaron á la puerta: se estremeció.

– Es Joaquín, dijo. ¡Adelante! Baja, Chucha, y que saquen los caballos al patio; no subas hasta que bajemos nosotros.

La india obedeció sin rechistar.

– ¿De qué te reías cuando he llegado?, preguntó el que acababa de entrar.
– De los tontos que me han fastidiado en el baile.
– ¿De todos?
– De todos.
– ¿No me engañas?
– No te engaño. Te aseguro que no había ninguno que pudiera tenerte el estribo.

No le faltaba razón á Juana Rosa. El indio Joaquín ó *Tristura*, como le había llamado Julio, era un buen mozo de veras; alto, elegante, airoso con su pintoresco traje de montar y su sombrero de anchas alas que se había quitado al entrar en el tocador de la señorita de Guaqui; era el verdadero tipo de la belleza varonil, sin afeminamientos ni endebleces.

Contaría veintiocho años, pero representaba menos á causa del poco vello de su rostro quichua y de su bigotillo menguado, aunque perfilado y correcto. Más que por la hermosura cautivaba por la expresión de su fisonomía franca y abierta, sin que en ella quedase un asomo de la melancolía que en otro tiempo diera motivo á su fúnebre apodo.

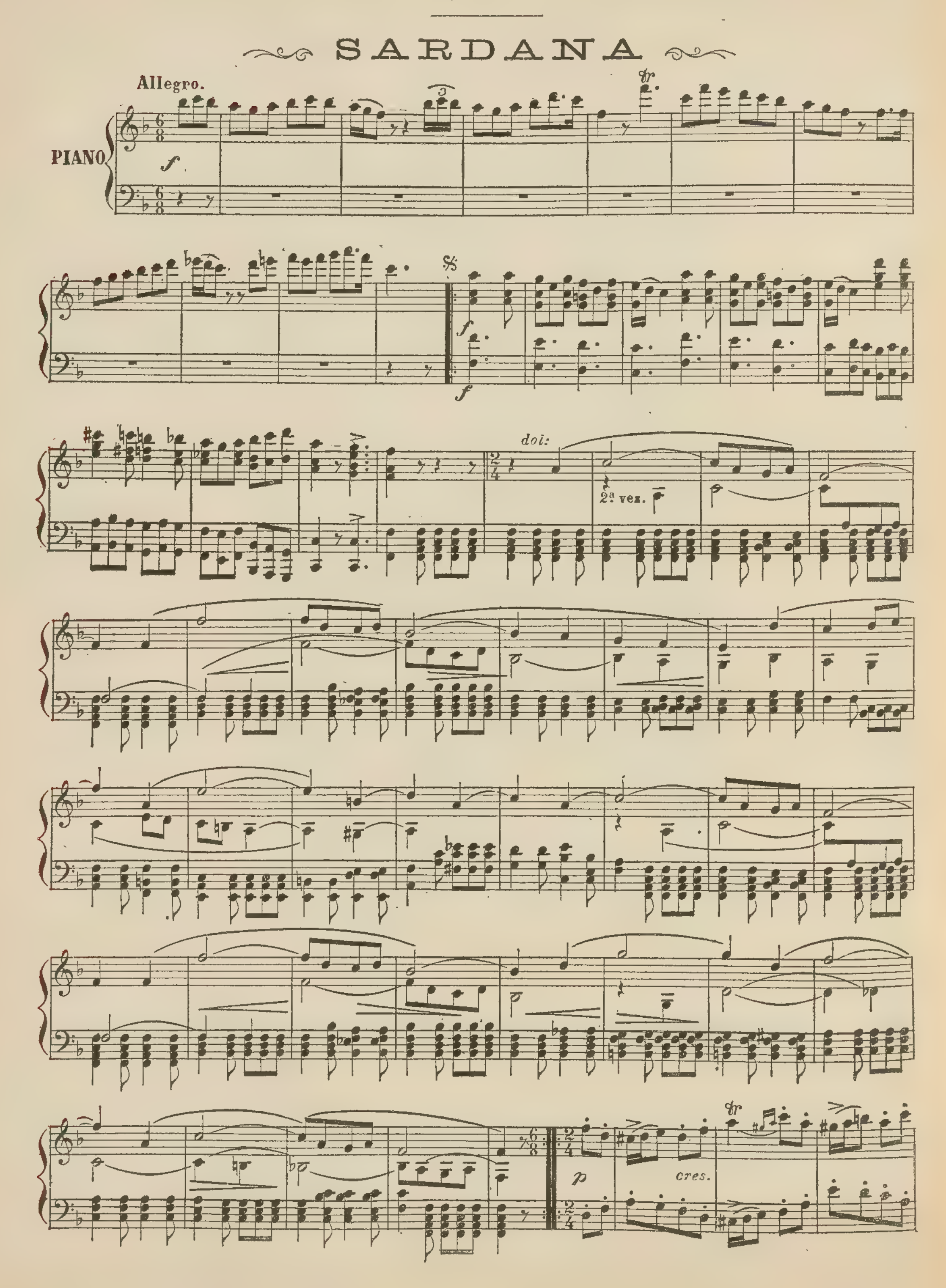
EVA CANEL

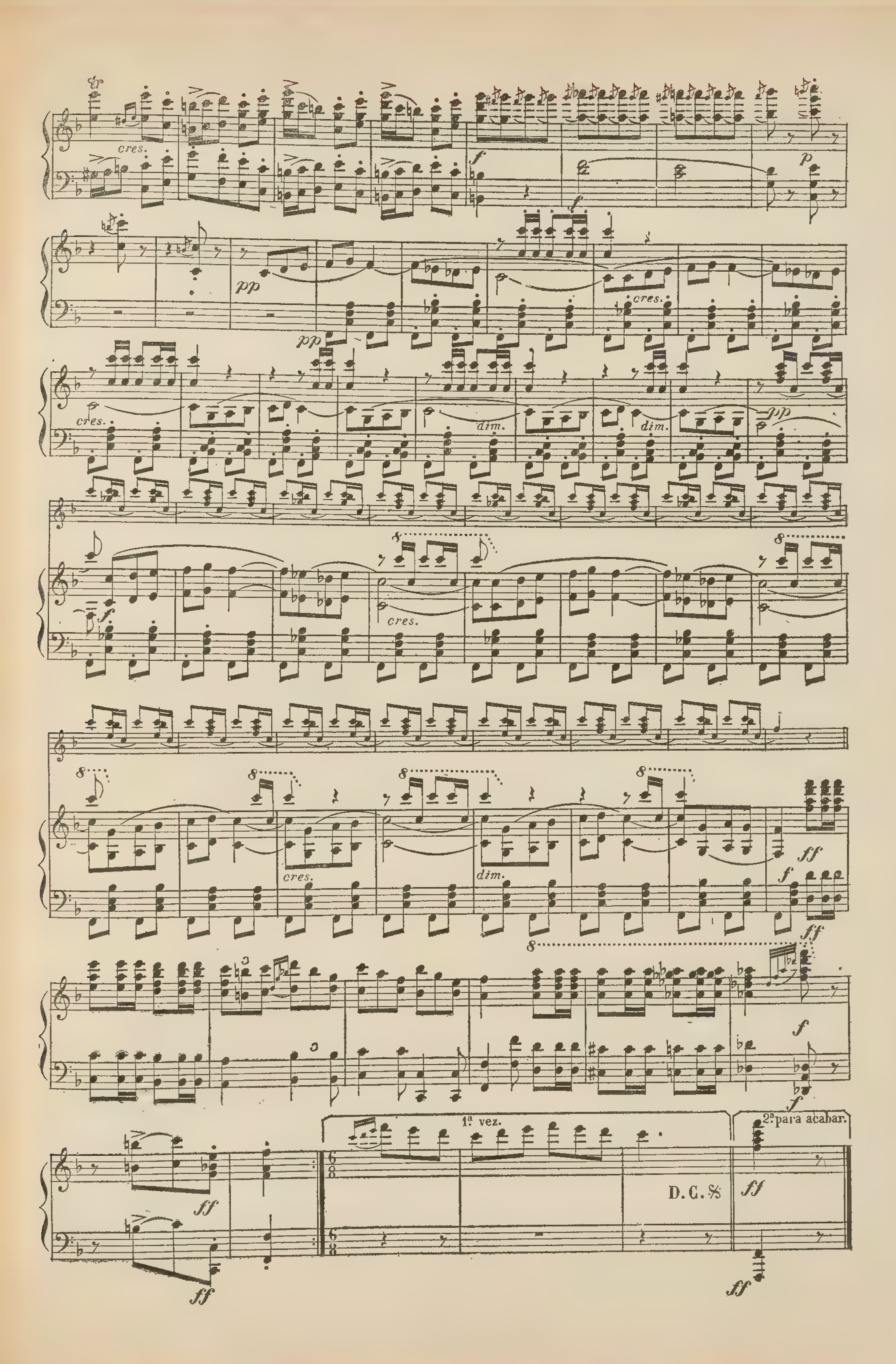
(Continuará)

GARÍN

ÓPERA EN CUATRO ACTOS DEL MAESTRO TOMÁS BRETÓN

SARDANA




cres.
cres.
dim.
dim.
cres.
cres.
dim.
1ª vez.
2ª para acabar.
D. C. 𝄋



VISTA DE MÓNACO

LA CORNISA

Una de las vías que conducen á Italia, la seguida por mayor número de personas, es la llamada de la Cornisa. Cómoda, fácil y pintoresca en grado sumo, ofrece muchas ventajas que el viajero no desprecia; para los españoles es la única que directamente nos lleva á la península hermana.

El atractivo de esta vía consiste en el número considerable de estaciones de invierno que existen á lo largo de su trazado, desde Marsella hasta Génova. A corta distancia de la primera de estas dos ciudades bajan los Alpes formando seguida cordillera paralela á la mar: en Savona se unen los Apeninos á los Alpes en igual orden de formación de sus montañas, y así se elevan esos contrafuertes de la Europa central, como inmensas murallas destinadas á proteger contra los vientos fríos del Norte la estrecha lengua de tierra de la Cornisa, que las olas bañan y el sol fecunda continuamente.

Y la naturaleza es allí bella como en pocas regiones europeas. Entonan los colores generales de su vegetación el verde claro de los pinos y el obscuro de los olivares: la viña crece ufana en las vertientes de roca de las colinas, y hacia el llano se cimbrea al aire la palmera trasplantada de las tierras africanas. Pocos árboles y arbustos deben despojarse de sus galas al empezar la estación fría: las flores viven con más color y lozanía; todo, en fin, respira y late allá donde parece que la primavera se ha establecido en permanencia.

No es maravilla que los hombres hayan utilizado aquella costa para buscar abrigo contra los rigores del invierno, construyendo en las ciudades y pueblos, y aun en medio de los bosques y junto á las arenas de la playa, numerosas habitaciones para cómodo albergue de los viajeros. Todo se encuentra: hoteles y fondas de imponentes dimensiones, en cada uno de los cuales pueden fácilmente alojarse trescientas personas; cuartos y pisos amueblados que durante dos ó tres meses se alquilan á familias extranjeras; *chalets* caprichosos, rodeados por diminutos parques; extensas quintas que circundan bosques de pinos y naranjos. Todas las arquitecturas han sido puestas á contribución para erigir y decorar estos edificios, y aun fueron combinadas de singular manera en busca de efectos que no siempre resultan. Abunda el género de construcciones suizas; vese en muchas partes la extraña cúpula rusa; la casa gótica, parecida á un templo, confunde sus límites con las torcidas columnas de algún edificio italiano; castillos feudales, pintados de color de chocolate, elevan al aire las almenas y torreones que tanto encantan á los enriquecidos tenderos de nuestra época. Entre Cannes y Niza vese una torre pintada por mitad de verde y azul, para que asemeje la mar y el cielo, y en su tejado se ostenta un buque, pero un buque verdadero, con su borda, su cubierta, sus escotillas, sus mástiles y su jarcia; creación inverosímil de algún marino que hoy disfruta en la paz del hogar las riquezas acumuladas en los azares de su pasada vida.

El límite de las estaciones invernales, lo he dicho ya, se halla entre Marsella y Génova; pero en rigor los puntos elegidos ó más frecuentados por los extranjeros son Cannes, Niza, Mónaco y Mentón en Francia; Bordighera, Ospedaletti, San Remo y Alassio, en Italia. En ellos se han reunido cuantas comodidades puede apetecer el hombre: teatros, paseos, casinos, nada falta. Además, la costa que limita la Cornisa por el mar ofrece espléndidos panoramas con sus golfos, sus rocas, sus islas, sus peñascos que salen erizados de las aguas como para velar su sueño plácido que ningún viento turba. El espectáculo que en día sereno muestra el ancho golfo Juan, desde Cannes hasta Antibes, no desaparece fácilmente de la memoria cuando una sola vez se ha contemplado.

Es verdad que la vida es allí cara. Mas ¿para qué decirlo? ¿Para qué añadir la nota prosaica del precio al cuadro tan rico en alegres tintas? Natural es creer que á la Cornisa sólo acuden los felices de la tierra, los dotados por la fortuna, que no necesitan hacer cuentas para atar los cabos sueltos de la vida. Y bien se ve quiénes son, al contemplarlos en los trenes ó en las alamedas de las ciudades. Prédomina entre ellos el tipo inglés; si es hombre, eternamente visible durante el día con traje de cuadros, ó con frac y camisa de color de noche; y si es mujer, con un vestido mejor ó peor combinado, pero que mal puede cubrir unas formas que no existen. También abunda el americano, pues los ricos negociantes de cerdos de Chicago, ó de algodón de la Luisiana, ó de habichuela del Connecticut, no se avienen á concluir sus días sin haber hecho el viaje de ritual al Sur de Europa. En la región italiana vense además muchos alemanes; pero aquello es más mezquino y raquítico, pues el teutón lleva en general la ventaja de contar en todas partes, aun que sufra el inconveniente de no disfrutar en ninguna donde gasta.

Entre esa turba de viajeros se encuentran muchos enfermos, gentes de constitución delicada y de pulmones débiles que no podrían resistir en otra parte los rigores del invierno. Así, las ciudades de la Cornisa han visto extinguirse muchos personajes de nombre harto conocido. En Niza murió hace pocos años un miembro de la casa real de Inglaterra, el príncipe Leopoldo, hijo de la reina Victoria. Algún tiempo antes, fallecía en Cannes otro príncipe más célebre, porque lo fué entre los escritores fanceses, Prosper Merimée, el espiritual autor de *Colomba*. Una de las veces que pasé por aquella vía, en mis correrías hacia Italia, vi agonizar en San Remo al heredero del trono de Alemania, que días antes de ceñir en sus enfermas sienes la corona del imperio, presenciaba en la villa de Zirio el doble espectáculo de sus chambelanes riñendo como lavanderas y sus doctores disputando sobre el carácter de un mal que no acertaron á curar.



MÓNACO.—EL CAMINO DE LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL

Los curiosos se detienen principalmente en Niza, obligado punto de escala para ir á Mónaco y visitar el famoso casino de jugadores de Monte Carlo. Me sedujo la idea de hacer una excursión al histórico principado, cuyas fronteras no exceden los límites de la hacienda de un buen propietario, y una mañana á las nueve me dirigí tranquilamente á la estación del ferrocarril, donde hallé al comisionista de mi hotel.

– ¿El señor va á Mónaco?, me preguntó.

– Sí.

– Entonces le tomaré billete de ida y vuelta.

– No es necesario.

– ¡Oh! Sí, absolutamente indispensable. El señor no querrá encontrarse en Monte Carlo sin dinero para el billete.

– Tengo el suficiente para pagar la vuelta.

– Podrá no tenerlo antes de dos horas.

Callé ante tanta insistencia y pagué los billetes en la forma propuesta. Aquel criado idiota ya sabía que iba á perder mi último real en la mesa de la ruleta, y que para volver á Niza necesitaría, ¡qué sé yo!, empeñar la palabra, ó el reloj, ó la vergüenza, para conseguir de algún desconocido las dos pesetas que cuesta un billete de tercera clase.

Entré en el salón de descanso de la estación y hubo de sorprenderme la vista de un enorme cartel que en cinco ó seis idiomas diversos contenía el siguiente aviso: *Cuidado con los ladrones.* Evidentemente no había errado el camino, ni la casa de juego podía estar muy lejos.

Es encantadora la vista de la ciudad de Mónaco. Está situada en la cima de alto peñón cuyos flancos el mar baña; la acarician continuamente las brisas del Mediterráneo y se halla á cubierto de los vientos de tierra por las primeras estribaciones de los Alpes. Muestra todavía sus almenados muros de la Edad media; sus torres con los pesados matacanes que avanzan sobre la roca, y en la masa de sus construcciones ennegrecidas por el tiempo, destácase orgulloso el palacio de los modernos príncipes, entre el reducido bosque que no puede rebasar los límites de la antigua fortaleza.

En Mónaco se conserva muy vivo el recuerdo de la visita que en 1529 hizo á la ciudad el emperador Carlos V. El monarca castellano acababa de firmar en Cambrai la llamada *paz de las damas*, y orgulloso por las victorias de sus generales que terminaban la conquista de casi toda la Italia, quiso visitarla y ceñir sus sienes con la doble corona del imperio y de Lombardía, á cuyo efecto citó al Papa Clemente VII para que acudiera á Bolonia á efectuar la consagración. Las doce galeras de Andrés Doria levaron ancla del puerto de Barcelona, después de recibir su almiranta al poderoso rey de media Europa.

Algunos días después, los habitantes de Mónaco veían asombrados á la flota española que á fuerza de remos ganaba la entrada del puerto de Hércules. Nadie esperaba que Carlos V honrara con su augusta persona el pequeño país de los Grimaldi, ni tales eran de seguro los propósitos del emperador, que debieron sin embargo realizarse, porque nuestro monarca sufrió un terrible mareo que creyó iba á poner término á su vida. Cuando desembarcó en Mónaco, hubieron de llevarle en silla de manos al castillo.

El príncipe Agustín Grimaldi recibió espléndidamente al emperador, alojándole en su palacio los tres días que permaneció en su territorio. Y registran las crónicas dos hechos curiosos ocurridos en este breve intervalo de tiempo. Es el primero que, repuesto de su pasajera dolencia y sin duda avivado su apetito, el emperador comió tal cantidad de naranjas, nísperos, higos y otras frutas, que tuvo una fuerte indigestión, de la cual hubo de ser curado por el procedimiento puesto en práctica por el Dr. Purgón con su enfermo imaginario. Y agradecido el monarca á las pruebas de cariño que le dieron los habitantes de Mónaco, cuéntase que antes de su partida mandó reunirlos en la plaza de su palacio, y presentándose en la plataforma de la famosa gradería de mármol, dijo, tendiendo sus manos á la multitud:

¡Señores, todos sois nobles!

Esta leyenda no es única en Italia, pues en iguales términos la cuentan los habitantes del Alguer en Cerdeña y también la atribuyen á Carlos V cuando pasó por la ciudad al hacer su expedición al Africa.

Pocos minutos de tren separan Mónaco de Monte Carlo. En este último punto se encuentra la estación al pie mismo del casino, al cual se sube por suaves cuestas y escalinatas de mármol bordadas por jardines, sombreadas por espesas acacias, con fuentes que murmuran á su lado y estatuas que embellecen el camino. Y en el fondo de un país riente y encantador se extiende la villa de Monte Carlo, cuyos edificios consisten casi exclusivamente en fondas, casas de dormir, lugares de recreo, cafés, restauranes y casas de préstamo, es decir, accesorios todos de la gran casa de juego. Exteriormente no puede adornarse al vicio con mejores galas.



VISTA DEL CASINO Y PASEO DE MONTE CARLO

Casi sentía fiebre por ver el famoso casino, por lo cual dirigí mis pasos hacia su entrada. Un ugier vestido de gran librea me detuvo en la puerta, y me pidió el billete de introducción. No lo tenía. Dirigióme entonces á las oficinas de la administración, en las cuales un señor me pidió con frase breve mi tarjeta de visita, me miró de la cabeza á los pies, y satisfecho sin duda de mi porte, que aquella mañana debía ser de persona bastante decente para no ser extrañada en el sitio, me registró en un libro y me favoreció con un tarjetón verde que me abría de par en par las puertas del santuario.

Entré por ancho vestíbulo decorado con profusión de columnas y espejos. A la derecha hay un guardarropa, y á su lado un pequeño salón de lectura de periódicos. Otras habitaciones, un salón teatro donde se dan conciertos nocturnos y la gran sala del juego forman el conjunto del afamado *Cercle des étrangers* de Monte Carlo.

Pero no esperéis hallar en aquel recinto nada parecido á lo que con frase usual se designa con los nombres de lujo asiático: al contrario, un espíritu de economía y mezquindad parece haber presidido á la instalación de aquella casa. Los criados son poco numerosos y van mal vestidos: los muebles y las alfombras piden á voces una sustitución que no se efectúa: por todas partes se ve la mano del usurero que explota á sus visitantes, que sólo busca su negocio y que ni procura decorar con moldura más ó menos rica el fondo de un cuadro lleno de sombras y de vicios.

El salón principal tiene tres cuerpos, ó por mejor decir, está formado por un pequeño vestíbulo, una gran sala y una saleta final. Su arquitectura es árabe: su mueblaje consiste... en ocho ruletas distribuídas á iguales distancias. Las ovaladas mesas están cubiertas por el tradicional tapete verde lleno de líneas y cifras negras y encarnadas, y en su centro brilla el aparato redondo de metal, por cuyo encasillado salta la bolita de marfil lanzada con fuerza vertiginosa por la mano del *croupier* ó empleado que *hace el juego*. Frente á éste se halla otro empleado, y dos más, uno á cada extremo de la mesa, sirven para colocar el dinero donde indican los jugadores, recoger las apuestas perdidas y pagar las que ganan en la proporción del juego á que se han arriesgado.

El viajero que no va á aquella casa para jugar puede emplear agradablemente una hora estudiando á las figuras que animan los salones, al público que allí se confunde y codea junto á las mesas de juego. Empezaremos por los curiosos, que todos los días afluyen al casino en número considerable. Se comprende que sea raro el extranjero que al pasar por la Cornisa no se detenga un día para visitar el *tripot* de Monte Carlo, uno de los espectáculos más curiosos, sin duda alguna, que el viaje ofrece. No extraña á nadie por lo tanto hallar en el casino gente conocida, familias distinguidas, hasta muchachas de alta posición social que alegremente rodean una ruleta, preguntan de qué modo se juega y se marchan á la hora de haber invariablemente perdido una suma de dinero, á veces considerable. Y es curioso observar cómo esas jóvenes que nunca vieron jugar antes, y que no han de volver á jugar cuando salgan de aquella casa, se animan con las combinaciones de números y colores de la mesa y se lanzan al juego con toda la pasión de su alma, hasta que deben obedecer la orden de salir repetidas veces dada por sus familias. Los hombres son más prudentes: generalmente temen excederse si empiezan á jugar, y guardan gran circunspección, sólo aventurando alguna pequeña suma fijada de antemano y muy pronto perdida.

Veamos á los jugadores. Entre los muchos que vi sentados cabe las mesas, ó en pie detrás de las sillas, no hallé una sola cara que disfrazase la profesión del individuo á que pertenecía. Hay oficios que imprimen carácter en lo físico como en lo moral; y las líneas de la cara que acusan al hombre viciado por



MÓNACO. - LA SALA DE LA RULETA, cu



...O DE JUAN BERAUD, GRABADO POR BAUDE

noches de insomnio y días de lucha junto al tapete verde, se marcan en Monte Carlo como estigma indeleble en la frente de tantos y tantos desgraciados que corren tras de un número en busca de la fortuna y sólo hallan la ruina y la miseria. Nada extraordinario ofrecen los jugadores del casino: son la misma gente que puebla las *bancas* de todos los países, más atenta al interés que á la educación, que se obstina en hacer dinero y por la diferencia de un duro arma un escándalo y se descompone hasta el límite más bajo de todas las inconveniencias.

¿Quién jamás averigua el origen de aquellos jugadores? Títulos dudosos, apellidos honorables, nombres supuestos, todos pasan y se confunden medidos por el mismo rasero del juego. Unos llegan con grandes fortunas que pronto pierden: otros sólo corren detrás de un sistema que les permita aumentar poco á poco el pequeño capital de que disponen: otros sin dinero y sin crédito, viven á fuerza de expedientes. A veces un jugador aprovecha un día de vena para embolsar grandes beneficios, y tiene la previsión de desaparecer al día siguiente; pero generalmente los jugadores empedernidos siguen el juego hasta que su ruina es completa, y cuando la fortuna les ha vuelto la espalda viven en la degradación más abyecta, ó emplean el último duro en comprar una pistola para saltarse el poco seso que les quedaba.

También se ven mujeres entre los jugadores de profesión. ¿Qué he de decir de aquellas amables sacerdotisas del vicio? Todas llegaron allí por el mismo camino, todas siguen la existencia ligera que en la pendiente de la corrupción resbala hasta el abismo sin fondo de la desgracia. Unas, viejas ó envejecidas á la sombra impura de aquella casa, con su rostro anguloso medio oculto por el sombrero guarnecido con violetas, se sientan junto á las mesas picando en cartoncillos los números salientes, cuando ya no tienen una peseta que jugar. Otras, jóvenes de cara simpática, elegante figura y modales desenvueltos, van á perder alegremente en una mañana de emoción lo que quizás ganaron en una noche de orgía. Hay una relativa felicidad en la existencia de esas fáciles mundanas, siempre contentas y alegres, sin sentimientos en el corazón ni ideas en el cerebro, y para las cuales viene á ser la vida como página de hermoso libro leído en una mala traducción.

Salid á la calle, después de haber dado la vuelta por los salones del casino de Monte Carlo. Y no es que deba alejaros de allí la idea de escapar á la tentación del juego, que sólo domina á caracteres mujeriles: idos, porque cuando se viaja por la Cornisa, otros sitios hay que convidan á recreos más deliciosos, á distracciones y placeres por los cuales no nos sube al rostro el rubor cuando salimos á la calle.

Eduardo Toda

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En Francia se han inaugurado en pocos días tres monumentos: uno en Anzin á la memoria del minero Fontaine, inventor del paracaídas de minas que tantos accidentes ha evitado y que valió á su autor las más altas recompensas; otro en Cahors en honor de Clemente Marot, y el tercero en Rouen dedicado á Juana de Arco. El primero, obra de MM. Moyaux, arquitecto, y Thernnissen, escultor, consiste en el busto de Fontaine puesto sobre alto pedestal en el que un minero escribe el nombre del famoso inventor. El segundo, ejecutado por MM. Roddosse, arquitecto, y por los escultores Turcan y Puech, es una especie de pórtico con un nicho adornado de esmaltes y mosaicos en el que se destaca el busto en bronce de Marot. El tercero, levantado según el proyecto del arquitecto M. Lisch, es verdaderamente grandioso: consta de un edificio de estilo del Renacimiento flanqueado por dos edículos unidos á él por una elegante plataforma; en el centro y debajo de una cúpula dorada cuyos arcos están sostenidos por columnas ricamente esculpidas, álzase la estatua de Juana de Arco, de M. Barrias, que estuvo expuesta en el último Salón y que representa á la heroína de pie, mirando á Rouen y con las manos atadas sobre la armadura. Sobre la cúpula elévase una linterna coronada por un grupo de San Miguel aplastando al dragón. La altura total de este monumento, de una riqueza de detalles extraordinaria, es de 20 metros.

– El célebre pintor Gabriel Max está trabajando actualmente en Munich en un cuadro hermoso, como todos los suyos, que representa *La novia de Corinto*, de Goethe.

– Cuarenta y seis artistas de Dusseldorf, de nombres muy conocidos los más de ellos, se han separado de la Asociación de Bellas Artes; como se ve, cada día es más profunda la disensión entre los representantes de las antiguas y de las nuevas tendencias de la pintura alemana.

– El escultor Kretschmar, de Chicago, modela actualmente para la próxima Exposición universal una estatua de Colón que tendrá nueve metros de altura y se alzará sobre un pedestal de granito de nueve metros y medio: la estatua se fundirá en bronce, y para la ejecución del monumento hay destinada la suma de 250.000 pesetas.

– Se ha inaugurado en Salzburgo la acostumbrada Exposición anual de Bellas Artes, á la que han concurrido con notables obras Angeli, Defregger, F. A. Kaulbach, Lenbach, Gabriel Max, Haug, Schonleber, Baisch, Zugel, Benlliure, Vinea y otros conocidos maestros

– En la actualidad se halla expuesto en Munich un cuadro de Alberto Durero que hasta ahora había permanecido ignorado: es un *Ecce Homo* y constituye una obra magistralmente concebida y admirablemente ejecutada, cuya legitimidad ha conseguido probar plenamente su propietario.

– El maestro Ricardo Strauss, de Weimar, está trabajando en una gran ópera titulada *Guntram*.

– El notable pianista Eugenio Adalbert ha terminado una ópera con el título de *El rubí*.

Teatros. – En el teatro Real de la Opera, de Berlín, se representará el próximo invierno la gran ópera de Berlioz *Los troyanos*.

– El duque de Edimburgo está escribiendo la música para una opereta cuya letra ha escrito la regia poetisa Carmen Silva y que probablemente se estrenará en Coburgo.

– En la próxima temporada, la dirección de la Gran Opera, de París, se propone estrenar *Sansón y Dalila*, de Saint-Saens; *Herodiada*, de Massenet; *Los maestros cantores*, de Wagner; *Deidamie*, de Marechal, y *Maladetta*, de Gailhard y Vidal. La Opera Cómica tiene dispuesto el estreno de *Cassia*, de Leo Delibes; *Werther*, de Massenet, y *Beacoup de bruit pour rien*, de Salvayre.

– En el teatro de Covent Garden, de Londres, se ha estrenado la ópera *Elaine*, letra de Paul Ferrier y música de Bemberg. El libreto está tomado de un poema de Tennyson; la música es genuinamente francesa, y aunque contiene varios *leitmotiven*, como las óperas de Wagner, en la manera de desarrollarlos el autor se ha apartado por completo de la escuela alemana. La música del primer acto es eminentemente lírica, sobresaliendo en ella un hermoso dúo de amor, pieza culminante de la ópera, una balada coreada y una romanza de tiple. En el segundo cambia el carácter de la música, que tiene un sello más dramático, y en él sobresale la fiesta del torneo, que casi lo llena por entero y que ha sido puesta en escena con inusitado aparato é irreprochable propiedad. Las piezas culminantes del tercero son una plegaria y un dúo, y las del cuarto una romanza de tiple, un dúo de tenor y contralto, un baile coreado y una romanza de tenor, con que termina la ópera, cuyo éxito ha sido por todo extremo satisfactorio.

– En octubre próximo cumplirán 50 años que en el teatro de la Corte, de Dresde, se estrenó la ópera de Wagner *Rienzi*, y con este motivo se representarán en aquel coliseo todas las obras del gran maestro alemán, excepto el *Parsifal*.

– Verdi ha firmado con la dirección del teatro de la Scala de Milán un convenio en virtud del cual se estrenará allí en el próximo invierno su nueva ópera *Falstaff*.

Madrid: Se han estrenado en el teatro de Recoletos un juguete cómico-lírico, titulado *Los extranjeros*, letra de los señores Sánchez Seña y Larra, música del maestro Caballero, y la revista *Madrid puerto de mar*, letra de los señores Navarro y Gonzalvo y música del maestro Rubio, y en el Príncipe Alfonso la maniobra cómico-militar *La espada de honor*, letra del Sr. Jackson y música del maestro Cereceda. El éxito de esas tres obras ha sido bueno, especialmente el de la última que, aunque pobre de argumento, está escrita con gracia, tiene bonita música y es de gran aparato escénico.

Barcelona: En el teatro Eldorado ha sido bien acogida por el público la gacetilla cómico-lírica *Luces y sombras*, letra de los Sres. Prieto, Ruesga y Lastra, música de los maestros Chueca y Valverde. En el de Novedades ha obtenido excelente éxito la comedia en tres actos y en prosa original de don José Feliu y Codina, titulada *Un libro viejo*, que se estrenó en Madrid durante el pasado invierno. La obra del señor Feliu, de argumento interesante y perfectamente escrita, entusiasma en el primer acto, conmueve en el segundo, y aunque en el tercero decae algo, al final vuelve á colocarse á gran altura.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Enrique Bruckner, famoso pintor escenógrafo alemán.

V. L. Finsen, catedrático de Historia del derecho de la Universidad de Copenhague; de sus muchos trabajos el más importante fué la publicación del *Graagaas*, código de Islandia cuando ésta era país independiente.

Luis Mayer, profesor y presidente del Museo nacional de monumentos artísticos y antiguos de Wurtemberg é inspector de los museos de monedas y medallas.

Rodolfo Demme, profesor de la facultad de Medicina de la Universidad de Berna y notable especialista de enfermedades de niños.

Enrique Francisco Seymour Moore, marqués de Drogheda, individuo de la Cámara de los Lores y uno de los más populares nobles irlandeses.

Salomón Corrodi, notable acuarelista paisajista italiano.

Cárlos Schorlemer, profesor de química orgánica en la Escuela superior de Manchester, célebre químico que se distinguió por sus notables descubrimientos sobre la parafina, individuo de la Royal Society y doctor honorario de la Universidad de Glasgow.

Francisco Bataglini, cardenal arzobispo, tomista ilustre y muy estimado por su espíritu de conciliación.

Alejandro Mantovani, profesor honorario de pintura de la Academia de San Lucas de Roma: bajo su dirección se hicieron durante treinta años las restauraciones de las logias del Vaticano.

D. Juan Angoloti, presidente de la Cámara de Comercio de Madrid, consejero de la Compañía Arrendataria de Tabacos y de otras importantes sociedades de crédito: había sido diputado, senador, director general de Hacienda en el ministerio de Ultramar y presidido algún tiempo el comité de España en la última Exposición Universal de París.

Varia. – Para conservar á la próxima Exposición Universal de Chicago su carácter conmemorativo del descubrimiento de América, existe, según parece, el proyecto de hacer que el día 1.° de mayo de 1893, día de la inauguración de aquel certamen, toda la maquinaria de la Exposición sea puesta en movimiento por el duque de Veragua, el descendiente de Cristóbal Colón. Para ello se establecerá una comunicación por medio de alambres eléctricos entre aquélla y el palacio que tiene el duque en Madrid, y de esta suerte bastará que en un momento dado nuestro ilustre compatriota oprima un botón para que la corriente eléctrica haga funcionar las potentes máquinas motrices que moverán los innumerables aparatos instalados en Jackson-Park.

– Se ha inaugurado en Génova la Exposición Italo-Americana organizada para conmemorar el centenario del descubrimiento de América. Una de las secciones más notables es la de las Misiones católicas, en donde se ven muestras de cabañas de la Tierra del Fuego y del Canadá, figuras de salvajes de todas las regiones americanas, canoas, utensilios de pesca, trajes de pieles y tejidos primitivos, armas, trofeos, objetos prehistóricos, huesos de gigantescos animales, pájaros disecados y una sección prehistórica ligurina notabilísima: en ella se está terminando la construcción de una aldea patagona que habitará una tribu de aquel país que á fines de este mes llegará á Génova. Interesantes son también la Galería del Trabajo, donde funcionan máquinas de todas clases; el Palacio de Bellas Artes, donde llama especialmente la atención la sección retrospectiva, y la Sección de Marina y Guerra, en la que figuran curiosos ejemplares de embarcaciones de los siglos XVI y XVII.

– En París se están haciendo bajo la dirección de M. Gailhard grandes preparativos para una exposición teatral que se celebrará en 1893, y en la cual se admirarán todas las combinaciones escénicas que han estado y están en boga en las cinco partes del mundo desde los más antiguos á los más modernos tiempos.

PENSAMIENTOS

Más papel sellado malgasta el amor propio que *la razón*. Recuerda que el juez, todo lo más, puede ordenar que tu contrario pague, pero no puede condenarle á tener dinero.

* * *

¿No entra el sol por tus balcones?
Entrará el médico por tus doblones.

* * *

– ¿Qué es la amistad?
– El amor desinteresado.
– ¿Qué es el amor?
– La amistad con su cuenta y razón.

* * *

El talento, si recibe trigo, todo lo más devuelve harina; el genio, sin recibir nada, mana constantemente panecillos largos, libretas, roscones, mojicones... todo lo que se quiera.

* * *

Si Dios hubiera mandado al mundo hombres de talento solamente, andaríamos aún desnudos y viajaríamos á pie. Los hombres de talento han servido solamente para aplaudir á los hombres de genio: ha sido la *claque* que les ha alentado.

* * *

Los hombres de genio, como tienen sus ocupaciones fuera del mundo, apenas *viven en casa*. Por esta razón no tienen en ella lo que necesitan y por esta razón son desgraciados.

Alberto Llanas

NUESTROS GRABADOS

Celos, acuarela de Eduardo Forti. – Eduardo Forti pertenece á la pléyade de jóvenes acuarelistas romanos que siguen las huellas de los ilustres Corelli y Pagliei. En su cuadro ha agrupado en un ambiente pompeyano dos modelos de aquella época, produciendo un conjunto armónico y elegante: con sus dos figuras ha encontrado un asunto lleno de gracia y buen sentido, representado por el despecho que se apodera de un papagayo al ver las caricias que su dueña prodiga á una tórtola. La ejecución de los detalles de la obra es esmeradísima y el efecto del conjunto resulta completo.

* * *

Una boda en Sevilla, cuadro de D. José García Ramos. – Es José García Ramos tan buen dibujante como colorista. Pocos como él han sabido pintar una Andalucía con tanta verdad y con tanta gracia. De ahí el atractivo que tienen los cuadros en que retrata las costumbres de su país.

Si no se hubiera creado una reputación con *El rosario de la aurora*, *La boda*, *El contrabandista* y los preciosos dibujos que sirvieron para ilustrar la última obra del infortunado Más y Prat, el cuadro que reproducimos bastaría para acreditar á García Ramos como uno de los más discretos pintores de género y costumbres.

* * *

Sardana de la ópera «Garín,» de D. Tomás Bretón. – Gracias á la amabilidad del autor de la ópera y del editor Sr. Romero, de Madrid, podemos ofrecer hoy á nuestros suscriptores una transcripción para piano de esta bellísima pieza que tanto entusiasmo despertó cuando se estrenó *Garín* en nuestro Gran Teatro del Liceo, y que ha conseguido una popularidad que ningún otro número de ópera alguna ha podido de seguro conquistar.

Creemos que la publicación de la sardana de *Garín* complacerá á los lectores y sobre todo á las lectoras de La Ilustración Artística, desde cuyas columnas enviamos la expresión de nuestro agradecimiento á D. Tomás Bretón y al Sr. Romero por la galantería que con nosotros han tenido.

* * *

Mónaco. Salón de la ruleta, cuadro de Juan Beraud. – El bellísimo artículo de nuestro querido colaborador D. Eduardo de Toda nos releva del trabajo de hacer una descripción del interesante y por todos conceptos notable cuadro de Beraud, y evita á nuestros lectores la molestia de leer lo que dicho por nosotros resultaría pálido, comparado con lo que acerca de la sala de juego de Monte Carlo podrán ver en *La Cornisa*, y que parece escrito expresamente con presencia de la obra del célebre pintor francés. Esta coincidencia entre lo que el Sr. Toda escribe y lo que Beraud pinta, es la prueba más elocuente de cuán acertados han estado uno y otro en la expresión de la verdad.



Después recibí en mis brazos á mi querida Juana

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

»Comparando el telegrama de Freemantle con el de Burdeos, se ve que los náufragos del *Tamaris*, si de ellos se trata, debieron sobrevivir todos al desastre de su buque, y que aún se hallaban en aquellas islas desiertas el 4 de agosto, unos seis meses después de su naufragio.

»En su consecuencia, señor comandante, invito á usted á dirigirse sin tardanza hacia ese archipiélago, abasteciéndose desde luego de una gran cantidad de carbón y de víveres, porque debe esperar que encontrará en esos parajes el mal tiempo de costumbre, lo cual pudiera prolongar la travesía.

»Dará usted cuidadosamente la vuelta por cada uno de esos islotes para asegurarse de si hay ó no náufragos refugiados allí; é inútil me parece recomendarle la prudencia con que debe practicar sus movimientos en esos mares, cuya hidrografía no se ha podido hacer hasta ahora sino imperfectamente.

»Según el informe que hemos obtenido, hace unos diez años que el buque de guerra inglés *Comus* constituyó en tres islas del Archipiélago depósito de víveres destinados á las tripulaciones de los buques náufragos. Verá usted la situación de esos depósitos, y los completará, si fuere necesario, en la medida que juzgue conveniente.

»En fin, durante su permanencia, que limitará al tiempo estrictamente preciso para su humanitaria misión, recoja usted todos los datos posibles y haga cuantas observaciones puedan ser útiles á la ciencia. Me anunciará usted por telégrafo su regreso á la primera oportunidad; y le autorizo para que al marchar se detenga algunas horas en la isla Borbón, que está en su ruta, á fin de que el gobernador de esa colonia pueda indicarme la fecha precisa en que emprenda el viaje (1).»

* * *

Tal era el contenido de aquel pliego ministerial, que leí ayer en Santa María de Madagascar, sufriendo un calor sofocante en un mar tranquilo, donde reflejaban como en un espejo los rayos del sol. En tierra no se oía ruido alguno; los caminos estaban desiertos, y bajo las copas de frondosos árboles divisábanse algunas casetas, con las puertas entornadas, que formaban como agujeros negros entre el follaje. Adivinábase la presencia en ellas de las pequeñas malgaches, completamente desnudas, echadas sobre las frescas esterillas y dejando pasar el calor del mediodía, y hasta nosotros llegaban los perfumes de las flores. El verano austral comenzaba, pesado, enervante, lánguido...

Con el pensamiento franqueé el espacio que me separaba de las islas Crozet, y vi hacia el Sud, muy lejos, más abajo del cabo de Buena Esperanza, en el

(1) Esta historia es absolutamente auténtica, y todos los detalles, excepto la presencia del pasajero Sr. de Nessey, son veraces. Los hechos ocurrieron en las mismas fechas, pero en 1887 en vez de 1882.

mar borrascoso y glacial, escarpadas rocas, sin un árbol, sin una florecilla, como aquellas que había divisado en otro tiempo en Islandia, al Norte de Europa. En sus cimas todo nieve; alrededor, hasta perderse de vista, el mar infinito y solitario; en las áridas rocas, algunos seres desesperados, cogidos á ellas por el instinto de la conservación y presa de los mayores padecimientos físicos y morales. ¡Entre ellos estaba Luis, mi pobre Luis, mi amado hermano; y yo era la persona designada para salvarle tal vez, ó acaso, ¡ay de mí!, para confirmar su muerte!

Juana y Magdalena se habían embarcado animosamente para ir á la isla Borbón, á fin de estar más cerca de nuestro querido mártir. Sin duda confiaban en tomar pasaje á bordo de la *Galatea*, é ir á explorar conmigo el misterioso archipiélago; mas esto era imposible, y yo no podía admitirlas en mi peligrosa misión. Hubiera necesitado una orden formal del ministro, y éste no la daba. Volví á leer la carta de mi madre, y entonces supe que las pobres mujeres habían solicitado inútilmente aquel permiso, que con justa razón les fué rehusado inexorablemente. A pesar de esto, marcharon por el primer vapor, y ya debían estar en la isla Borbón, la escala más próxima á las desgraciadas islas Crozet, adonde no va nadie: me verían un instante al paso y serían las primeras en saber mi regreso.

Sin detenerme á reflexionar más, pues era preciso obrar y no entregarse á la meditación, en cuanto he acabado de leer el pliego ministerial he dado conocimiento de él á mis oficiales, he avisado también al Residente en tierra y dado las órdenes oportunas para el embarque inmediato de los víveres y del carbón. Se han reforzado los mástiles, renovado las velas y adaptádose todas las disposiciones más propias para resistir las tempestades que pudieran sorprendernos. Dentro de dos días, cuando más, estaremos preparados, y sólo me detendré en la isla Borbón el tiempo estrictamente preciso para hablar con el gobernador, es decir, una hora ó dos apenas. De paso abrazaré á Juana y volveré á ver á Magdalena... ¿Será posible que no tiemble mi mano al estrechar la suya?... Pero en Luis es en quien debo pensar, en Luis y en sus compañeros... ¡Dios mío, si yo pudiese encontrarlos!... ¡Si el cielo me concediera esta dicha!...

***

Santa María de Madagascar, 17 de noviembre de 1882.

Esta noche estará todo dispuesto; tendremos todo el carbón necesario, los víveres y los seis bueyes vivos que se han ido á buscar á Madagascar. Cuando todo esté en el buque, cualquiera que sea la hora aparejaré; y en el camino, de aquí á Borbón, acabaré de tomar las disposiciones interiores.

En este instante, alrededor de mí y á pesar del calor excesivo, todos trabajan con ardimiento. Entre los tripulantes se ha propagado como un reguero de pólvora la noticia sobre la misión que estamos llamados á desempeñar, y ha sido suficiente para que se despierte el entusiasmo en todos los corazones. No se oye hablar más que de la las islas Crozet, de los náufragos y del albatros. Muchos tienen confianza y están convencidos de que nuestras pesquisas serán coronadas del más feliz éxito; pero otros dudan y llegan hasta preguntarse si esa historia del albatros no será un invento australiano de esos que los ingleses llaman *humbug* y los franceses *canard*.

En cuanto á mí, he pasado una parte del día consultando la carta geográfica y los diversos documentos que poseo, á fin de estudiar la mejor ruta que puede seguirse y la dirección que deberé dar á mis investigaciones.

Aunque marino, ignoraba casi la existencia de ese archipiélago, cuyo nombre apenas había oído pronunciar en otro tiempo á varios amigos que divisaron aquellos territorios desde lejos cierto día excepcionalmente claro; pues debe advertirse que están por lo regular rodeados de brumas, y los pocos buques que pasan por tan bajas latitudes, desvíanse cuidadosamente de las peligrosas rocas que forman esas islas. Solamente llega hasta ellas de vez en cuando algún atrevido ballenero.

Con relación á Santa María, adonde ahora estoy, ese archipiélago está situado al Sud, más bajo que la gran isla de Madagascar, y más aún que el cabo de Buena Esperanza; está muy lejos, á la derecha de éste, en medio del verdadero Océano á que nada se resiste, aquel que arrastra eternamente sus olas alrededor del globo sin encontrar nunca más continente que la América Austral, cuya punta contornea.

En la carta he trazado la línea curva que debemos seguir para que nos sean favorables las fuertes brisas de aquellos mares. ¡Qué larga me parece, en mi impaciencia por franquearla! ¡Setecientas leguas marinas, es decir, unos cuatro mil kilómetros!

Setecientas leguas representan de diez á doce días para la *Galatea*;... más aún, si nos sorprende alguna de las tempestades tan comunes en aquellas regiones, pero afortunadamente más raras durante el verano.

Otros peligros deben preverse también; la bruma, los hielos flotantes, las rocas desconocidas... Todos los venceremos; estoy bien seguro. Pero ¿qué importan los peligros, con tal que encontremos vivos aún á nuestros infelices compatriotas y á mi querido hermano Luis?

¿Se podría imaginar una escena más conmovedora que la de nuestro encuentro allá abajo, al cabo de tan larga ruta?... ¿Será posible disfrutar en la vida de una alegría tan dulce y completa?...

¡Con tal que no lleguemos demasiado tarde, Dios mío!

En Burdeos se supone que el *Tamaris* naufragó en febrero, y noviembre terminará muy pronto. ¡Diez meses, diez largos meses en aquellas rocas heladas, que mi carta geográfica representa como puntos! Al cabo de tantos días de espantoso destierro, de desesperación y de privaciones, ¿habrían tenido los náufragos suficiente vigor, energía y lucidez de espíritu para resistir á los padecimientos sufridos y no ceder á la desmoralización?

Y por lo pronto, ¿en qué parte de aquel archipiélago, tan extensamente diseminado en las aguas, habrían podido refugiarse?

Reflexionando sobre este punto, muy pronto formé mi opinión.

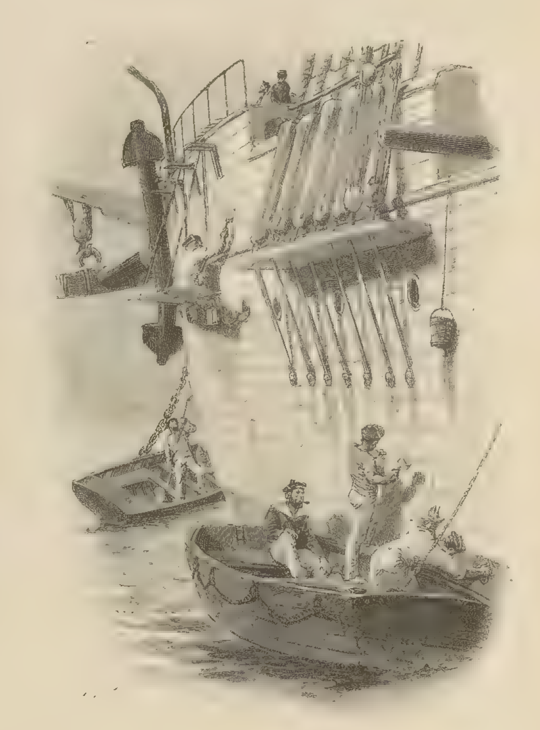
Hay cinco islas: una de ellas, la de los Apóstoles, situada al Norte, no es más que un grupo de rocas inaccesibles, y casi podría decirse lo mismo de la del Sud, que es la isla de los Pingüinos.

Las otras tres, que se extienden en el mismo paralelo, me parecen las únicas propiamente habitables con tal que sea posible llevar víveres y ropas y encender fuego; de Oeste á Este se designan con los nombres de isla Hog, isla de la Posesión é isla del Este.

Como el *Tamaris* llegaba del Oeste, sin duda abordaría á la primera, la de Hog, y á ésta me propuse dirigirme desde luego.

El pliego ministerial y las instrucciones marítimas que tengo á la vista me dicen que el buque de guerra inglés *Comus* depositó hace unos diez años víveres y ropas en cada una de estas tres últimas islas. Esas provisiones se encerraron cuidadosamente en cabañas de madera protegidas con lona alquitranada, y apoyadas en colinas al abrigo del viento. Los náufragos debieron encontrarlas seguramente, y gracias á esto, si han sido previsores, habrán podido vivir hasta ahora. De todos modos, aún existían los trece en 4 de agosto, seis meses después de su naufragio.

Por otra parte, aunque las islas no ofrecen grandes recursos, habrán podido



Todos los marineros, bajo la dirección del teniente, habían puesto ya manos á la obra.

economizar sus víveres, tratando de pescar ó contentándose con los innumerables huevos de las aves marinas y hasta la carne de foca y de albatros.

Lo que más me inquieta es saber cómo podrían obtener fuego y con qué elementos conseguirían alimentarle en aquellas espantosas tierras desoladas, donde no se encuentra un árbol; pero Luis está allí, por desgracia para nosotros y felizmente para nuestros compatriotas, pues su inventiva, su previsión y firmeza habrán sabido vencer todas las dificultades. Trece hombres asociados, á quienes la necesidad acosa, y dirigidos por un jefe que no se arredra por nada, son fuertes ante una lucha, sea ésta cual fuere. Gracias á Luis, espero que todos se habrán salvado, y que Dios, que nos ha favorecido visiblemente hasta aquí, no nos abandonará en el camino.

Tengo confianza y tendré también la inmensa alegría de dar por segunda vez á Juana un esposo querido; pero ahora sabrá que le recibe de mí. Magdalena, cuya tibia amistad es una especie de limosna, una concesión á los vínculos que unen nuestras familias, Magdalena experimentará tal vez un sentimiento más vivo, no de amor, porque éste ha muerto, y no me atrevo á esperarle ya, pero sí un afecto profundo, que sirviéndome de consuelo, me permitirá llevar la cabeza más alta y recobrar acaso la estimación que me profesaba y que por mi desgracia perdí.

La Rochefoucauld ha escrito esta máxima egoísta: «Hasta la desgracia que hiere á nuestro mejor amigo nos causa alegría.»

En cuanto á mí, tal es mi confianza, que no puedo menos de manifestar algo semejante: sentiría que el accidente que tanto aflige á Juana y á Magdalena no hubiese ocurrido, porque le creo remediable, y espero ser yo quien lo remedie.

Además, la llegada de Magdalena á Borbón ha despertado otras ideas en mi mente: por lo pronto, no debe haberse casado, pues me parece que su esposo no la hubiera permitido marchar; en las últimas noticias que recibí se me dijo que esperaba á que terminase el luto del Sr. de Branges, y después no me hablaron ya del asunto.

¿Se verificará al fin ese enlace tantas veces diferido?

¿Conservaría Magdalena, á pesar de todo, el recuerdo del pasado?

¿Y el Sr. de Nessey, si yo le devolviese á su hijo?...

—¡Ah, pobre corazón, no me atrevo á escudriñarte!... ¿Qué esperas ó qué temes?

***

Galatea, en el mar, 18 de noviembre de 1882

Según había resuelto, en la noche de ayer emprendí la marcha... Una hermosa luna nos iluminaba, poblando la obscuridad de risueñas blancuras, en las que los marsuinos, esos payasos del mar, se agitaban y saltaban como acróbatas bajo un rayo de luz eléctrica... A veces, alguna ave pescadora, silenciosa y negra, con las alas replegadas, parecía desprendida del cielo: tal era la rapidez con que bajaba para apoderarse de la presa que había divisado en las olas. Y mientras la *Galatea*, acelerando su marcha, levantaba diamantes bajo su proa, de la tierra que desaparecía llegaba hasta nosotros un rumor, como una voz triste cortada por risas burlonas, el rumor producido por el tam tam en honor de la luna, por el cántico de los negros, sencillo y plañidero, por los gritos de los malgaches que pescaban á la luz de las antorchas y por todo el murmullo de la vida salvaje en una tierra cálida y voluptuosa...

Largo tiempo tuvimos la vista fija en el horizonte, que parecía alejarse detrás de nosotros... Después se levantó el viento, empujándonos con más rapidez; las hachas de los pescadores desaparecieron como estrellas que se ocultan, los rumores humanos se extinguieron y el mar quedó desierto... Entonces fijé instintivamente mis miradas en el cielo, donde se veían innumerables claridades y de donde llegaba la voz del viento, que había ahogado las voces de la tierra.

Largo tiempo pensé en todos aquellos á quienes amo, en aquellos á quienes se puede ver otra vez, en aquellos á quienes no se vuelve á ver nunca, en los amores jóvenes y vivos y en los que se extinguieron para siempre...

Mañana se poblará el mar de nuevo, cuando aparezca ante nuestra vista la isla Borbón: á punto de llegar allí, vienen á agitar todos mis recuerdos los temores y esperanzas de que la imagen de Luis desaparece.

* * *

Galatea, en el mar, 21 y 22 de noviembre de 1882

El 19 de noviembre, á eso de las dos, llegué á Borbón; dispuse que se anclara en San Dionisio, cerca del Barachois, y después de dar orden para que se adoptasen todas las disposiciones necesarias á fin de hacernos á la vela á las seis de la tarde, me dirigí á tierra poseído de profunda emoción.

Nada se puede ocultar á bordo de un buque: el patrón de mi ballenera, el bravo contramaestre Rigault, sabía que mi hermana había ido á Borbón, que mi cuñado estaba entre los náufragos; y adivinando la impaciencia que yo hacía lo posible por ocultar, remaba con todo su vigor, dando ejemplo á sus compañeros. En medio de mis reflexiones, siempre las mismas, que daban vueltas en mi cerebro como un caballo en el circo, oía vagamente sus palabras de estímulo, repetidas á intervalos regulares: «¡Animo, muchachos, ánimo!»

Muy pronto se acercó la embarcación, y vi en la balaustrada del Barachois á Juana y Magdalena que me esperaban...

Subí la escalera rápidamente; Magdalena me salió al encuentro la primera, y ofrecióme la mano con más viveza que otras veces; después recibí en mis brazos á mi querida Juana.

¡Pobre hermana! Con la cabeza apoyada sobre mi pecho comenzó á llorar silenciosamente, sin que yo osase turbar con una sola palabra esa explosión de alegría y dolor al mismo tiempo.

Algunos negros perezosos, echados en el Barachois, por donde nadie paseaba en aquella hora, habían levantado un momento la cabeza para volver inmediatamente á amodorrarse.

El cielo estaba muy azul, de un azul obscuro; los bejucos floridos escalaban los árboles, deslumbrando la vista; las montañas se perfilaban en la atmósfera pura, inmóviles é indiferentes; toda la ciudad parecía entregada á la siesta habitual en los países cálidos, como si nada hubiese pasado, como si el dolor de Juana no fuera todo... Sólo á nuestros pies, causa de las augustias que nos acosaban, el mar rugía con furor; y todos aquellos detalles, todas aquellas cosas exteriores que no se observan en el momento, aunque se sienten, toda aquella inmovilidad de la naturaleza aumentaba nuestro dolor, haciendo más profunda la triste alegría de nuestro encuentro en el Barachois bajo aquel cielo tan distinto del de Francia.

Rigault estaba detrás de mí, con su sombrero en la mano, esperando mis órdenes; aquel pobre hombre, de facciones enérgicas, también lloraba, y de pronto recordé su presencia.

– Vaya usted á bordo, le dije, y vuelva á buscarme á las cuatro en punto.

Después vi á la señora Rochaux, esposa del gobernador, que habiendo acompañado á mi hermana y á Magdalena, se mantenía discretamente á cierta distancia. Como nuestras miradas se encontrasen, acercóse y nos dijo sin preámbulos:

– Vamos, ¿vienen ustedes? No es bueno tomar así el sol; ahí tengo mi coche, y mejor estaremos en el Gobierno.

Y ofreciéndome la mano, añadió con una sonrisa:

– ¿Sigue usted bien? ¿No le parece que los encontrará?

Recobrando al punto la calma, ofrecí el brazo á Mme. Rochaux y le contesté con naturalidad:

– ¡Pues no he de encontrarlos!

Juana me miró con mucha fijeza.

– ¿Lo dices de veras?, preguntóme.

– ¡Y tan de veras, querida hermana!

– ¿Pues por qué estabas tan conmovido?

– No comprendes que todos mis recuerdos se despertaron... al encontrarte aquí... con... Magdalena... Nuestro pobre padre... nuestra madre tan lejos;... pero en cuanto á Luis, no abrigo la menor inquietud desde que sé que está en tierra firme.

Llegados al Gobierno, expliqué detenidamente á Juana y Magdalena cuanto sabía de las islas Crozet, y las razones en que se apoyaba mi convencimiento de encontrarlos, á saber: la cabaña de los víveres; el término de la mala estación en 4 de agosto, poco más ó menos, fecha en que los náufragos vivían aún, y la esperanza que tenían de ser recogidos en el verano por algún barco ballenero.

Cuando hube concluído, Juana me contestó sencillamente:

– Entonces será preciso marchar cuanto antes, y vas á llevarnos contigo.

– No pienses en ello, hermana mía; esta expedición no es para mujeres, y por otra parte, solamente en virtud de una orden del ministro os hubiera concedido pasaje á bordo, aunque bien á pesar mío. Ahora bien, añadí sonriendo, en las instrucciones que me da no me habla de esto, y ya sé que fuisteis á ver al ministro antes de marchar, pues mi madre me lo dice en su carta.

– Es cierto, replicó Magdalena; fuimos con mi padre, que le conoce un poco, pero no conseguimos nada. Por lo pronto, mi padre, antiguo marino, no quería dar este paso, diciendo que era absurdo, imposible; y él, á quien afectó la cruel noticia hasta el punto de caer enfermo, que desespera de verle jamás, no osó solicitar autorización para reunirse con usted, según lo deseaba en un principio. Por otra parte, no hubiera podido hacerlo, porque está demasiado débil y muy quebrantado á causa de su edad. ¡Pobre padre mío, bastante nos ha costado impedirle que nos acompañe hasta aquí!

– Pensando que no había sabido defender nuestra causa, dijo Juana, volvimos solas Magdalena y yo á ver al ministro; mas á pesar de mis lágrimas y súplicas, nada pude obtener.

– Entonces fué, añadió Magdalena, cuando Juana manifestó la firme voluntad de venir á Borbón, y yo no quise abandonarla á pesar de la oposición de nuestros padres Esperábamos que aquí se atrevería usted á infringir las órdenes del ministro, aceptándonos á bordo.

– Advierte, añadió mi hermana, que no las infringes desde el momento en que sus órdenes no contienen ninguna prohibición. Comprendo, á la verdad, que esto es contrario á los reglamentos y que no podía concedernos la autorización solicitada; pero tú eres dueño en tu buque, y sin duda el ministro haría la vista gorda.

– Mi esposo, dijo Mme. Rochaux, interviniendo, tiene alguna autoridad sobre el buque de usted, según creo, y podría tal vez normalizar esta situación entregándole una orden de embarque para estas señoras. Si ellas quieren y usted también, señor comandante, le hablaré sobre el asunto, y no dudo que me atenderá.

– No puede usted rehusar esta tentativa, dijo débilmente Magdalena.

– No, no puedes negarte á esto, añadió Juana. No te molestaremos mucho, pues ya comprendemos todas las exigencias del servicio, y necesitamos tan poco lugar á bordo, que no echarás de ver nuestra presencia. Piensa en la dicha que me proporcionarás permitiéndome ver á Luis algunos días antes, pues tú me has inspirado confianza. Pero respóndeme con toda sinceridad: estás seguro de encontrarle, muy seguro?

– Completamente, querida hermana. Una de las islas Crozet, añadí, aparentando una tranquilidad que á pesar de todo no lograba adquirir, y hasta todo el archipiélago, se puede registrar muy pronto, pues aquello no es como el Africa, donde Stanley buscó á Livingstone. Los naufragos estaban aún en aquellas islas el 4 de agosto; y su mismo telegrama del albatros no es terrorífico, pues anuncia simplemente su presencia en aquellos parajes, sin añadir una palabra.

«Trece náufragos se han refugiado en las islas Crozet. – 4 de agosto.»

Esto es todo; y puesto que se hallaban allí el 4 de agosto, allí deben estar todavía. ¿Dónde habían de ir?... Y es una suerte que no puedan marchar á ningún otro punto, pues así estoy seguro de encontrarlos antes, tanto más, cuanto que adivino en cuál de las islas se hallan.

– Entonces, déjanos ir también.

– No, hija mía; te ruego que no insistas; sé más razonable, ahora que estás segura de que ya es sólo cuestión de tiempo y de muy poco tiempo. Supongo que ya estarás del todo tranquila. ¿No es así?

– Sí, mientras te oigo hablar; mas apenas te hayas marchado, mis inquietudes renacerán, y he aquí por qué quisiera seguirte y también para disfrutar de la inmensa satisfacción de verle antes.

La señora Rochaux iba á tomar de nuevo la palabra, sin duda para insistir en su ofrecimiento, pero le hice una señal de inteligencia y se contuvo. Entonces me apresuré á decir levantándome:

– No, hermana mía, no puede ser, y te suplico que no insistas en tus ruegos porque me desconsuela, como ya comprenderás,... rehusarte lo que pides... Luis vive, de ello te doy todas las seguridades, y muy pronto estaré de vuelta con él; es preciso armarte de paciencia y esperar sin temor alguno. En cuanto á mí, con el mayor sentimiento debo abreviar los instantes, ya tan cortos, que paso junto á vosotras. Me es preciso ir á presentar mis respetos al gobernador; después vendré á buscaros para que me acompañéis al Barachois. Por el camino hablaremos un poco de mi madre, de los Sres. de Nessey, de sus hermanitas de usted, Magdalena, y de todos aquellos en quienes he pensado tan a menudo y de los cuales no hemos podido ocuparnos aún.

(Continuará)



Se ha encontrado en la playa de Freemantle un albatros muerto que tenía pendiente del cuello un pedazo de metal blanco...

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL TEATRÓFONO

Desde el momento en que el teléfono nos permitió oir á gran distancia la palabra articulada, no era difícil realizar lo que hace algunos años hubiera sido considerado como un sueño imposible, es decir, las audiciones teatrales á domicilio. Estas son actualmente un hecho, y lo que se canta en la Gran Opera de París, por ejemplo, óyese no sólo en las poblaciones francesas sino que también en Londres. Cuando la Exposición de Electricidad que en 1881 se celebró en la capital de Francia, las audiciones telefónicas de diversos teatros tuvieron un éxito completo: dada la perfección que esos aparatos habían ya entonces alcanzado, la cosa era muy sencilla, pues un hilo especial ponía en comunicación dos distintos puntos. La dificultad surgió cuando se quiso poner una serie de teatros á la disposición de toda la red telefónica y aun del público no abonado: para ello era preciso llegar á una inteligencia con los directores de aquéllos, tender las líneas, establecer la oficina central, etcétera, cosas todas que exigían cierta diplomacia y sobre todo grandes capitales. Todas estas dificultades han sido vencidas, y al fin se constituyó hace poco en París una sociedad para la instalación de un servicio regular hoy en plena explotación, debida á la iniciativa de MM. Marinovitch y Szarvady.

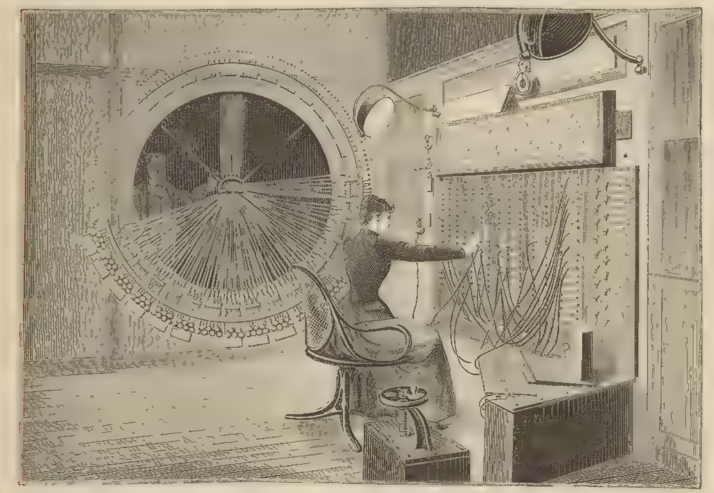


Fig. 1. Oficina central del teatrófono en París

La oficina central (fig. 1) está situada cerca de los grandes bulevares, en la calle Louis le Grand, y á ella van á parar todos los hilos por medio de los cuales se establecen las comunicaciones: una sola persona, una joven, pasa toda la noche en ese puesto y basta para ese trabajo.

Hay tres líneas distintas: 1.°, las que comunican la oficina central con los micrófonos colocados en los teatros; 2.°, las que unen aquel centro con la oficina central del Estado, desde donde puede establecerse la comunicación con todos los abonados de la red en Francia ó en el extranjero; 3.°, las líneas especiales para los aparatos situados en los sitios públicos (cafés, casinos, fondas), y que permiten una audición de cinco ó diez minutos mediante una moneda de medio franco ó de un franco.

En los teatros, los micrófonos están colocados en el escenario y reciben la corriente de seis ú ocho elementos Leclanché ó Lalande y Chaperon: desde allí, según la importancia del teatro y el número probable de peticiones de audición, parten cierto número de líneas que van á parar á la rosácea y luego al cuadro conmutador (fig. 1) de la oficina central, al cual van á parar también todos los hilos que van á la central del Estado, ó que sirven á los establecimientos provistos de los aparatos automáticos, llamados teatrófonos De modo que el empleado no tiene más que colocar en los agujeros del conmutador alambres delgados provistos de fichas en sus extremos para establecer las comunicaciones que le piden los abonados.

Para los aparatos automáticos no ha de esperar á que le pidan comunicación, sino que han de estar dispuestos á funcionar desde que comienzan las funciones de los teatros. El que quiera utilizarlos ha de saber si el aparato está dispuesto y con qué teatro comunica; á este efecto un pequeño cuadrante provisto de una aguja indica todos los teatros con los cuales puede ponerse en comunicación y luego la palabra *entreacto*; otro cuadrante con las mismas indicaciones, pero más grande, está generalmente colocado en sitio muy visible en el local donde están los teatrófonos (café, casino, etc.). La aguja de estos cuadrantes obedece á las atracciones de un electro imán, al cual se envía la corriente por medio de un manipulador, colocado al alcance de la mano de la joven empleada en la oficina central, y que, como se ve en la fig. 1, es un pequeño volante provisto de un manubrio, al que basta hacer girar para obtener pasos ó interrupciones de corrientes; es, en resumen, un verdadero telégrafo de cuadrante Breguet, pero está construído de una manera especial que asegura un funcionamiento irreprochable. A este telégrafo está afecta una línea especial, tomándose la corriente en la canalización de la fábrica de distribución para el alumbrado público. Al llegar á la central la empleada, después de averiguar qué teatros hay abiertos, escoge uno de ellos y lo une con todas las líneas de teatrófonos públicos, maniobrando luego en el telégrafo hasta que la aguja indique el teatro escogido: cuando llega el entreacto pone el hilo móvil en otro teatro y con un movimiento del manubrio cambia el nombre en todos los cuadrantes.

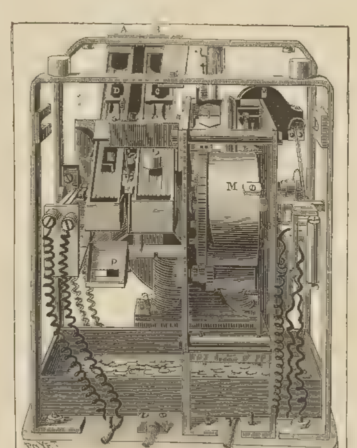


Fig. 2. Aparato automático para las audiciones teatrales, visto de frente

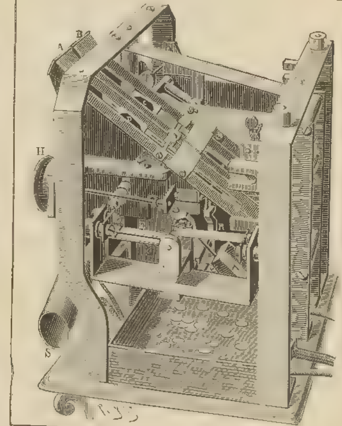


Fig. 3. Aparato automático para las audiciones teatrales, visto de lado

Aunque todos los teatrófonos de una misma línea reciben la audición de un mismo teatro, cada línea puede ser independiente mediante un conmutador especial y comunicarse una con un teatro y otra con otro. Encima del conmutador de la central (fig. 1) hay unos cuantos cuadrantes pequeños, cada uno de los cuales corresponde á una de estas líneas y cuyas agujas se mueven sincrónicamente con las de los receptores, de modo que la empleada puede á cada momento ver lo que ha telegrafiado á una línea cualquiera y cambiar la indicación en el instante oportuno.

El teatrófono, es decir, el aparato que mediante una moneda permite la audición, es una maravilla mecánica cuyos detalles no describiremos, limitándonos á consignar el principio en virtud del cual funciona.

En la parte superior del aparato hay dos aberturas rectangulares A y B (figs. 2 y 3) calculadas exactamente de modo que no puedan pasar por ellas más que monedas de medio franco y de un franco respectivamente: la de medio franco, por ejemplo, que entra por A, llega á un plano inclinado que la conduce á una pequeña pala P (fig. 2) montada en una palanca y que el peso de la moneda hace caer; esta caída produce el movimiento de un áncora que suelta por cinco minutos un aparato de relojería A, é inmediatamente un pequeño cilindro colocado debajo de los muelles E y R (fig. 3) establece las comunicaciones. Una aguja que se mueve en un cuadrante exterior H permite á la persona que escucha conocer á cada momento el número de minutos transcurridos. Después la moneda cae al fondo de la caja y la pala P se levanta de nuevo dispuesta á recibir otra. Con las monedas de un franco la marcha del aparato es la misma, sólo que el áncora está calculada para diez minutos. En el teatrófono están tomadas todas las medidas para evitar los fraudes.

Si el aparato no puede dejar oir nada, devuelve la moneda, que sale por el tubo S, resultado que se obtiene por medio de pequeñas trampas D y C que se levantan para dejar caer la moneda en dicho tubo si el aparato no está en estado de funcionar.

Como se ve, todo ha sido previsto en este ingenioso aparato que actualmente se encuentra muy generalizado en los cafés, casinos, fondas, restaurantes y otros sitios públicos de la capital de Francia y que pone el teatro al alcance de todo el mundo sin necesidad de que el que desee oir una función sufra la menor molestia.

En cuanto á los abonados de la red telefónica, aún disfrutan de mayor comodidad, puesto que en su misma casa, sin salir de su cuarto, ni siquiera de la cama, pueden creerse transportados á su teatro favorito. Cuando se trata de una función que ya se ha visto, puede reconstruirse mentalmente la escena y el trabajo de los actores, pues se reconoce la voz de éstos y no se pierde ni una nota, ni una sílaba de lo que en el teatro se representa.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LA TESTAMENTIFICACIÓN, SEGÚN EL CÓDIGO CIVIL CHILENO, por *Robustiano Vera*. – Conocida es de nuestros lectores la personalidad del notable jurisconsulto y escritor chileno Sr. Vera, cuyo retrato junto con algunos datos biográficos publicamos en el número 525 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El largo catálogo de sus obras jurídicas, que gozan de verdadera autoridad en Chile, justifica la fama de que en aquella república disfruta su autor. La últimamente publicada, que es la que motiva estas líneas, es un estudio acabado del derecho de testar y de sus efectos según el código de aquel país, y en ella hay dos capítulos de general interés, que son un estudio concienzudo de la testamentificación romana. – Véndese la obra al precio de 3 pesos, y los pedidos han de dirigirse á su autor, calle de Arturo Prat, 53, Santiago de Chile.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA. – Se han repartido los cuadernos 13 y 14 de la edición de esta obra que publica en esta ciudad D. Ceferino Gorchs.

TABLA DEL INDICADOR GRÁFICO (Núm. 1) DE LAS PRINCIPALES DIFICULTADES MECÁNICAS DEL PIANO, ÓRGANO, ARMONIUM, etc., COMPUESTA DE LETRAS, SIGNOS Y CIFRAS, inventado por *Ramiro de Inchaurre*. – El inteligente profesor de Bilbao Sr. Inchaurre ha condensado el fruto de sus estudios y práctica en el arte de tocar el piano en este notable trabaio, en el cual por un procedimiento sencillo é ingenioso adquiere el discípulo fácilmente un mecanismo correcto y seguro y aprende de una manera indeleble los atinados consejos del maestro. El *Indicador gráfico* ha sido publicado por el conocido editor de Bilbao Sr. Dotesio.

CÓDIGO CIVIL DE ESPAÑA. – El conocido editor de Valencia D. Pascual Aguilar ha publicado una elegante edición de bolsillo del Código Civil, autorizada por el ministro de Gracia y Justicia, ajustada á la última edición oficial reformada y seguida de un apéndice que contiene la Instrucción aprobada por Real orden de 26 de abril para la ejecución de los artículos 77, 78, 79 y 82 sobre inscripción de los matrimonios canónicos en el Registro civil y sentencias de nulidad ó divorcio de los mismos. – Véndese en las principales librerías al precio de 2 pesetas.



MÉXICO. — CENTRO DE PUBLICACIONES DE JUAN DE LA PUENTE PARRES. — INTERIOR DEL ALMACÉN. — VISTA TOMADA DEL FONDO

CASA EDITORIAL

DE D. JUAN DE LA PUENTE PARRES EN MÉXICO

Más de veinte años hace que nuestro inteligente y estimado corresponsal D. Juan de la Puente Parres estableció en la capital de México un Centro de publicaciones, con el propósito de dar á conocer en aquella república cuanto de notable produjera la industria editorial.

Modesto en un principio, poco á poco y merced á inteligentes esfuerzos y á una actividad infatigable del Sr. Parres, fué ganando en importancia el establecimiento y vió su fundador prosperar el negocio por él montado, corriendo parejas con el provecho del negociante la honra que en aquellas tierras, hermanas nuestras, iba ganando la literatura patria.

Andando el tiempo, la insuficiencia del local donde primitivamente instalara su establecimiento el señor Parres, hizo concebir á éste el proyecto de construir otro que por su capacidad respondiera á las necesidades crecientes de su Centro editorial; y poniendo en obra su idea, levantó un magnífico edificio, en cuya construcción invirtió el fruto de tantos años de trabajo y en el cual ha instalado de una manera suntuosa el despacho, las oficinas y los almacenes.

El grabado que publicamos representa el interior del almacén y permite formarse exacto concepto de su importancia y grandiosidad: los dos pisos en que está dividido aparecen ocupados por grandes estanterías donde hay colocadas las existencias y en el centro se ven las mesas destinadas al trabajo personal.

Desde nuestras columnas enviamos un cariñoso aplauso al Sr. Parres, á quien señalamos como ejemplo digno de imitación.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 1.° de agosto de 1892 — Núm. 553

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Estudios para el cuadro BORIA AVALL, de D. Francisco Galofre Oller, que publicamos en la página 488

SUMARIO

Texto. – *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. – *Diálogos matritenses. Casa de préstamos*, por A. Danvila Jaldero. – *Boria avall, cuadro de D. Francisco Galofre Oller*, por A. – SECCIÓN AMERICANA: *Utspa-Llacta (Tierra de cenizas)* (continuación), por Eva Canel. – *Miscelánea.* – *Nuestros grabados.* – *El fondo de un corazón* (continuación), por M. de Chandplaix, con ilustraciones de E. Bayard. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Los pájaros cantores mecánicos*, por Alber. – *Creación de estaciones meteorológicas oceánicas.* – *La flora europea.* – Libros recibidos.

Grabados. – Estudios para el cuadro *Boria avall*, de don Francisco Galofre Oller. – *La hija del colono*, cuadro de don Román Ribera. – *Desafiando el sol*, cuadro de C. Girón, grabado por Baude (Salón de París). – *Primavera de la vida*, cuadro de V. Corcos. – *Boria avall (Pena de azotes)*, cuadro de D. Francisco Galofre Oller (Salón Parés). – *Exposición de Agricultura, Industria y Bellas Artes, en Santa Cruz de Tenerife (Canarias).* Grupo de ocho grabados (de fotografías). – Figuras 1 á 4. Pájaros cantores mecánicos. – Fig. 5. Mecanismo de un pájaro cantor. – *Descanso de una caravana en las puertas del Cairo*, cuadro de Adolfo Meckel.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Ravachol. – Sus contradicciones. – Sus pensamientos. – Tristezas del nihilismo. – Ravachol y Marat. – Medios ambientes respectivos de ambos. – Los últimos instantes de Ravachol. – El cielo. – La luna. – Telescopio proyectado para verla de cerca. – Estado del satélite según las observaciones recogidas por el saber contemporáneo. – Reacción religiosa. – El antisemitismo. – La Biblia y el Evangelio. – La fraternidad universal. – Conclusión.

I

No hay medio de sustraerse á la obsesión impuesta por el patíbulo, donde ha muerto Ravachol guillotinado. Las incidencias del proceso, en cuyas sirtes no ha querido que nadie le acompañara, callándose los cómplices como un muerto; las brusquedades violentas de sus múltiples saltos desde ternuras femeniles á cínicas brutalidades; el empeño en cohonestar los mayores crímenes con los mayores entusiasmos; la ostentación de ideas tan opuestas al sentido común, que sublevan la conciencia y el estómago, junto con cuidados y desvelos por la dolorida humanidad en una especie de hipnotismo cosmopolita; las atrocidades perpetradas como criminal y las efusiones sentidas como apóstol hanle tan extraordinario aspecto dado, que aparece por las largas interrupciones de todo instinto moral y por los encallecimientos de toda interna conciencia, unidos á cierto arte y á cierta metafísica, un monstruo aquejado de contradicciones absurdas y propio para con sus violencias en la complexión y carácter convertirse de asesino en mártir. Lo más curioso de los últimos instantes suyos ha sido la muestra dada en todas las conversaciones de que han generado en él tantos crímenes indecibles sus ideas erróneas. Ravachol se ha declarado en los diálogos con su confesor pura y simplemente darwinista. No comprendiendo cómo Darwin aplicaba el sistema suyo tan sólo al origen de las especies, sin querer extenderlo ni á la teología ni á la moral, hase con insistencia empeñado en que sobre la estrella Sirio como sobre la humilde luciérnaga reina el combate á muerte por la vida, sin más ley que una ley de guerra cruentísima y continua, por lo cual precisa remover todos los obstáculos y superarlos, aun á costa de sacrificar á nuestros semejantes y destruirlos. La inmolación de tantas gentes perpetrada por él no ha tenido más móvil y tampoco más objeto, no ha tenido más principio ni tampoco más finalidad que satisfacer un apetito cual pueda satisfacerlo en los desiertos el tigre ó en las alturas el milano. Así como éstos cuando ven un cordero ó un palomo á su alcance lo despedazan y se lo comen, ejerciendo sus más rudimentarios instintos sin que nadie les pida ninguna responsabilidad, Ravachol ha entre sus garras asido, ahora un ermitaño, ahora una mujer, ahora un pequeñuelo, y los ha exterminado, como puede engullirse cualquier alimaña feroz su requerida presa. ¿Qué hará la figura mecánica, tallada en la materia bruta, con el instinto por todo impulso y el apetito por todo aguijón, desheredada de idealidad y adscrita de continuo á la perpetua cárcel de un planeta, obscuro y nefasto como el nuestro, sino matar las más gente posible para morir lo menos pronto que se pueda en su combate cruentísimo por la duración de su vida? Cuando á todas las preguntas nuestras responde tan sólo el silencio eterno; cuando en la inmensidad reina el vacío únicamente; cuando no existe inteligencia superior que nos ilumine, ni hay compasiva misericordia que se apiade y compadezca de nuestras miserias; cuando venimos del ayuntamiento de las fieras y vamos á la nada perdurable, no puede uno vivir sino combatiendo y no se puede combatir sino matando. Religión venida de lo infinito como luz al sol superior; moral reguladora de nuestros actos; alma eterna, conciencia inextinguible, razón pura, Dios vivo; todo esto no es más que un eco sordo de nuestras palabras y de nuestras ideas, repetido como una repercusión del alma en los inmensos y solitarios espacios. Y lo maravilloso en este caso particular es la reaparición de un tipo como el tipo de Marat, dispuesto á matar los individuos uno á uno con el fin de redimir luego la especie humana toda entera. Pero el tipo de Marat surgía del medio ambiente que suele crear á un tiempo los grandes redentores con los grandes revolucionarios. Para mí el carácter excepcional en este anarquista dimana de que ha surgido sobre la calma de un gobierno libre, al amor de todos los derechos, bajo el cielo de un espíritu público sin tempestades, sobre una República serena y entre las huestes de nuestra democracia, la cual sabe cómo todos los individuos en ella disponen de sus propias facultades y el pueblo todo de la soberanía nacional. Creeríasele, al verlo tan desatentado en medio de una sociedad regularizada, león del Africa ó chacal de las Indias, que hubiera de pronto aparecido en nuestros climas dulces y sobre nuestras tierras cultivadas. Así las blasfemias que ha querido escupir al cielo en su agonía, como los consejos que ha querido dar á sus conciudadanos sobre las tablas del patíbulo, presentándose cual un ejemplar y modelo perfecto, únicamente han servido para despojarle hasta de la caridad natural que acompaña en este mundo á los más protervos seres, cuando han satisfecho á la justicia con una expiación verdadera y pagado con el castigo sus culpas. Muchas cosas habíanse dicho respecto de lo que sucedería en su ejecución. Como hay quien cree á los anarquistas muy capaces de llegar á brujas y en sombras convertirse y volar por los aires sobre una escoba y hender los espesos muros de una fortaleza, entrando en los calabozos cual pudieran almas en pena venidas del otro mundo á errar por éste, aguardaban muchos la suelta de Ravachol por los suyos, como si pudiese cualquier asociación inorgánica, mero aglomerado mecánico de fuerzas, combatir y asaltar así á la organización por excelencia de la sociedad, al Estado, inexpugnable por completo siempre que quiera defenderse. Los últimos instantes del anarquista no han ofrecido ningún otro particular interés que la perdurable disputa de éste con el confesor, en la cual ha dicho el condenado cuantas vulgaridades nihilistas y cuantas blasfemias groseras corren, como nauseabundos miasmas que hieden, por todos los sitios de infección y de peste. Dormía profundamente cuando han ido á buscarlo para conducirlo á la guillotina; y desde su calabozo á su patíbulo únicamente le ha embargado un pensamiento y un propósito: hablar al pueblo para decirle todo lo hecho por él en holocausto á su redención, cual si pudiera él el redentor llamarse Barrabás y no Cristo. La fuerza, en cuyo imperio absoluto había creído siempre, le asió con violencia y le cortó la palabra, no sin que lograse lanzar, mezclado con el último resuello, como una especie de siniestro estertor, viva estentóreo á la terrible anarquía. ¡Parece imposible!: muchas gentes han respirado, pues lo creían verdadero núcleo de revolución mientras tuviese vida, y el sentimiento general ha manifestado su menosprecio por tal víctima, dejándolo caer en el olvido así que no podía ofrecer pasto á la insana curiosidad pública de nuestro tiempo, ni ser núcleo de las utopias y de los utopistas que sueñan en este período sereno de la geología social con imposibles catástrofes.

II

Dejemos estas miserias del bajo suelo nuestro y convirtamos los ojos á la inmensidad. En ella encontraremos, por esas serenas noches de verano, sobre nuestras frentes la blanca luna enviándonos melancólicos rayos suyos, semejantes á las tristezas de un amor sin esperanza y sin satisfacción. Nada tan poético en el mundo y por consecuencia nada tan explotado por la inspiración de los vates como esa gasa tenue de resplandor lunar que ciñe, á manera de sudario virginal, nuestra tierra y sugiere misteriosos ensueños á la fantasía, envolviéndola entre los tenues pliegues de sus opaladas vaguedades, parecidas á incierta penumbra y á blanquecino crepúsculo. Así aspiramos desde la niñez á subir hasta la luna y á tocar la luna. El profundo psicólogo Shakespeare, inmortal por haber en sus prototipos personificado el alma nuestra, une con el bello idilio del amor, que representan en el balcón de su palacio de Verona Julieta y Romeo, un rayo de luna y un arpegio de ruiseñor. Ir á la luna es el deseo y la ilusión de los niños. Pues bien: vamos á ir. No podrá nuestro cuerpo entrar en ella; pero la verán de muy cerca nuestros ojos. Hoy, ayudada por los telescopios de mayor alcance, la vista del hombre llega en sus escudriñamientos astronómicos á catorce leguas de la luna. Pues bien: dentro de ocho años, en la próxima Exposición de Francia, nos pondremos á un metro. El reflector ideado por sabio astrónomo francés y sometido en planos y en cálculos al Instituto de París en la seccion científica, promete fabricar una lente por tal manera poderosa en su alcance y tersísima en su superficie, que pueda llegar cerca, muy cerca del astro de la noche. Todos pueden verlo hasta con los instrumentos más ordinarios y vulgares. Todos pueden ver hoy mismo aquellas montañas parecidas á masas enormes de yeso, aisladas entre sí, conos truncados de volcanes fríos, proyectando junto á su nívea blancura sombras espesísimas de una noche verdadera y profunda. Pero nada más puede verse. Gran desgracia la desgracia de los terrícolas en sus relaciones con los otros astros hallarse desposados en la inmensidad á un cadáver, como se halla desposada también á la muerte la vida. Inútilmente nos devanamos los sesos para investigar si hay seres análogos á la especie humana en el seno de los planetas que acompañan dentro del sistema solar al planeta por nosotros habitado, inútilmente tal afán: esa luna es un vasto cementerio, sin agua, sin aire, sin flora, sin fauna, sin calor central, sin vida; un trozo de yeso arrojado sobre la cerradura por cuyos agujeros podríamos contemplar los mundos semejantes á éste y deducir algo de las misteriosas analogías que pudiera nuestra observación suministrarnos para sobre su serie lógica levantar alguna fundada y legítima deducción científica. Podrá llegar á un metro de la luna el reflector proyectado; pero cuando la veamos de más cerca, yo pregunto: ¿qué habremos aprendido en aquella terrible soledad y en aquel siniestro vacío?

III

Cuando notamos con qué lentitud camina la humanidad, no podemos desechar un tinte pesimista de nuestro espíritu atribulado. Creíamos el derecho humano de tal suerte ingerido en la sociedad, que ningún esfuerzo de reacción podría desvanecerlo, después que la conciencia del mundo cristiano lo proclama como axiomático y lo formulan en cánones indelebles las constituciones modernas. Creíamos que así las leyes como las costumbres dejarían al individuo entenderse con su Dios como le pluguiera y explicar los enigmas de su origen y de su destino por la filosofía ó por la religión más adaptables á las inteligencias y á los sentimientos respectivos de cada cual. Pero nos hemos equivocado. Las cenizas apagadas de los antiguos braseros se reaniman y las sombras nefastas de los inquisidores desaparecidos vuelven. Y si lo dudáis, dígalo el antisemitismo. No han bastado las calumnias de tanto periódico vociferador como sopla sobre los rescoldos del antiguo espíritu tolerante con el fin de ir poco á poco devorando la más preciosa libertad, la libertad de conciencia; no han bastado los duelos á muerte que se han sostenido en París últimamente, análogos al juicio de Dios en la Edad media; no han bastado los éxodos redivivos de los tiempos bíblicos y el espectáculo siniestro de un pueblo entero errante y disperso cual hemos visto en este nuestro tiempo á los judíos de Rusia; no ha bastado que surjan todas las supersticiones y resuciten todos los odios extintos: un tribunal de Tréveris acusa hoy al semitismo en uno de sus fieles por comedor de carne humana, cual espantoso caníbal, pues ha el reo asesinado un pequeñuelo para devorarlo, por lo menos, para con su sangre amasar el pan de los holocaustos hebreos. Parece imposible tal delación; pero es verdad. ¡Por los clavos de Cristo! Magistrados germánicos, esta triste acusación de comerse los niños crudos, ¿no la dirige toda secta vencedora en todos los tiempos á toda la secta vencida? Lo mismo, exactamente lo mismo decía la historia clásica de los primeros cristianos. El paganismo tomaba nuestra espiritual comunión como un acto de abominable antropofagía. Leed el diálogo de Luciano que se titula *Peregrino*, y veréis imputadas á los mártires de las Catacumbas cuantas abominaciones hoy se imputan á los judíos de las Sinagogas. Esa idea de que piden la muerte de un muchacho los ritos hebreos corría validísima en los tiempos evangélicos primeros con respecto á los ritos cristianos. En ella se arraigaron los odios medioevales y á su conjuro se acometieron aquellas matanzas que han ensangrentado la historia universal y obscurecido la conciencia humana. Todavía por los frescos y tablas de las iglesias románicas se notan figuras de judíos acechando, astutos como zorras y crueles como tigres, los niños que pasan para echarles la zarpa en guisa de ogros, y lle-



LA HIJA DEL COLONO, cuadro de D. Román Ribera

várselos á sus zahurdas, y ya en las zahurdas, engullírselos con fiereza. Pero esta es una leyenda de odio que debía en los ánimos desvanecerse como se han desvanecido en el mundo la esclavitud, la picota, la Inquisición, tantos y tantos horrores. ¡Parece imposible!: á la religión, que acaso más contribuyera en los remotos siglos al destronamiento de los sacrificios humanos, se le imputa hoy su continuación en medio de la cultura universal. Hemos los hombres sido, ha sido nuestra especie toda, tan tardós en allegar y establecer el derecho, que los sacrificios humanos hubieron de perdurar por siglos incalculables y entre generaciones indecibles. La sumisión de Abraham cogiendo una cuchilla para inmolar bajo las ramas del sacro árbol y sobre las aras de cruento altar á su hijo Isaac, significa la continuidad del sacrificio humano en aquel tiempo de los nómadas, como la sustitución de un cabrito al muchacho significa el comienzo de holocaustos á Dios menos crueles y cruentos así que los nómadas se fijan en tribu patriarcal; como nuestro sacrificio de la misa, en que representa una hostia de harina y un cáliz de vino el cuerpo y la sangre de víctima cual Cristo, sólo quiere significar una cosa, cuánto se ha espiritualizado el holocausto en este nuestro dogma, llamado con fundamento la conjunción del humano espíritu con el espíritu divino. Mucho hemos progresado por la virtud y por la obra del Cristianismo; pero no desconozcamos, cuando el demonio de la intolerancia nos tiente, que ha precedido al Evangelio la Biblia y que ha resultado el mayor servicio hecho por Cristo y su sacrificio al hombre la reconciliación entre todos los pueblos y la fraternidad universal.

San Sebastián, 17 de julio de 1892

DIÁLOGOS MATRITENSES

CASA DE PRÉSTAMOS

– Amigo Matatías, aquí estoy yo.

– ¡Hola, Blasito! ¡Ya me extrañaba no verle por esta casa!

– Ese recuerdo me anonada y aniquila.

– Pues si yo decía ayer mirando el calendario: «estamos á 15 y aquel barbián aún no ha venido á empeñar nada. Qué, ¿le habrá salido la lotería?»

– No, señor; la lotería no me ha salido, lo que me ha salido es un flemón que me puso la cara que parecía un buniato.

– Eso será de alguna borrachera.

– ¡Hombre, cualquiera que le oiga á usted creerá que yo soy el dios Baco!

– El dios Baco no; pero el dios mosquito.

– ¡No hable usted de mosquitos, D. Matatías, que otro chupóptero mayor que usted es difícil que se encuentre en el globo!

– En fin, usted venía...

– ¡Toma, pues á lo de siempre, por dinero!

– Y qué trae de prenda.

– Lo que usted quiera.

– ¿Lo que yo quiera?

– Sí, porque todo lo que poseo lo llevo encima.

– ¿Y quiere usted mucho *parné*?

– Unos diez duros.

– ¡Caramba, diez duros!

– ¡No haga usted tantos aspavientos, que algo más vale mi persona! Cuando la quinta de Castelar, mi papá (que en paz descanse) pagó por mí quinien tos duros.

– ¡Qué lástima!

– ¡Cómo lástima! ¡Pues me gusta la sin vergüenza!

– He querido decir que es lástima que esos pesos se los zampara el gobierno.

– ¡Ya! En síntesis, ¿quiere usted prestarme los doscientos reales sobre la capa?

– Es poco.

– ¡Pues si está nueva; me la hize el año pasado!

– Sí, pero tiene ahí delante una mancha que parece una plaza de toros.

– ¡Hombre, no exagere usted; cuatro gotas de café! Vamos, le daré á usted además esta sortija que me regaló hace unos días una hembra de pistón.

– Esos pistones son los que le traen á usted tan aperreado.

– ¿Qué hace?

– El brillantito no es gran cosa; pero en fin, por ser usted, que si no...

– ¡Judío, y gana usted el mil por uno!

– Ahí van los diez duros y la papeleta.

– ¡Corriente! Hasta fin de mes que volveré á desempeñar la capa, si hay dinero y... si hace frío, que si no, tampoco... ¡Abur!

– ¡Adiós, flamenco! (¡Ojalá no vuelvas nunca, que la sortija sólo ya vale doce duros lo menos!)

* * *

– ¿Es usted el dueño del establecimiento?

– Servidor de usted. ¿En qué puedo servirle?

– Yo soy Juan de Mena.

– No tengo el gusto de conocerle.

– ¡Hombre, pues es raro!; todos los periódicos hablaron de mí el mes pasado.

– Yo no leo periódicos, porque eso no deja ninguna utilidad.

– Pues bien: yo soy el poeta que se llevó el primer premio en el certamen floral de Sigüenza con la oda titulada *El vil metal*.

– ¡Por muchos años! ¿Y que el premio sería bueno?

– Mírelo usted: una lira de plata con una dedicatoria.

– ¡Huy, qué pequeño! ¡Si eso apenas pesará cuatro onzas!

– Estas cosas no se valúan al peso, señor mío, sino por la significación moral.

– ¡Bah! ¡Eso de la significación moral es una estafa!... Vaya usted á la plaza y verá...

– Para los espíritus mezquinos y materializados, esta lira no vale más...

– Lo más que se pueden dar dos duros.

– ¡Pero hombre! ¿Y la dedicatoria?

– Mire usted, señor poeta, eso es lo peor que tiene, porque sin ella se podría hacer un pesa-papeles, mientras así no sé quién ha de querer una lira de esa clase.

– ¡De modo que si yo quisiera empeñarla usted me daría sólo dos duros!

– Eso en el caso de que sea plata de ley.

– Pues qué, ¿había de ser plata Meneses?

– No lo tome usted á mal, pero en estas cosas de premios al talento ¡se da cada petardo!...

– Tiene usted mucha razón. Déme usted la papeleta y tome mi lira, que ya no me hace falta. Al paso que lleva el arte poético, es lo más prudente cambiar la lira por una guitarra.

—¡Una guitarra! ¿Y para qué?

– ¡Para pedir limosna!

* * *

– Muy buenos días tenga usted. ¿Es usted D. Matatías Buitre?

– El mismo.

– *Güeno*. Vengo de parte del *Chato*.

– ¡Ah, ya!

– Pues me envía...

– Aguarda un poco, que voy á cerrar la puerta, no entre alguien á estorbar.

– Traigo algunos chismes *pa* usted.

– Y ¿por qué no ha venido el *Chato* á traerlos?

– Eso quisiera él; pero... anda un poco huído.

– ¿Algún pinchazo?

– ¡Ca! No, señor; una mala voluntad; pero... todo se arreglará; *invidias* de cuatro *ranclas*.

– Y ¿qué es lo que traes?

– Un reloj de oro y unas albajillas.

– Veamos.

– *¡Cuidiao*, que tiene usted aquí un capote que vale un Potosí!

– ¿Sí, eh?

—¡Bien me lo podía usted regalar, que ando por ahí con esta capita que de puro vieja parece un cedazo!

– Y ¿qué te ha dicho el *Chato* que quiere por esto?

– Me ha dicho que lo último son cuarenta duros.

– ¡Cuarenta duros! ¡Qué atrocidad!

– Oiga usted, D. Matatías, ¿qué se figura usted que eso nos lo regalan á nosotros?

– No, hombre; ya sé que os cuesta vuestro trabajo.

– Sólo el reloj pesa diez y ocho adarmes de oro; conque saque usted la cuenta, y *aluego*, estas perlas á treinta reales cada una se pueden tomar, y estos rubíes también valen, y la pulsera...

– Sí, pero todo eso pierde mucho al deshacerse. En fin, ¿quieres treinta duros?

– No *pue* ser, D. Matatías, ¡si se pierde!

– Nada, nada, si no te conviene te vas con la música á otra parte.

– ¡Qué le hemos de hacer! Venga ese *jandé* y tome estas chilindrinas, pero con una condición.

– ¿Cuál?

– Que me dé usted el capote ese.

– ¡Pues hijo, hacía yo buen negocio! El capote ha estado empeñado en una onza.

– Ni tampoco en media.

– No te lo llevarás por diez duros.

– Porque usted se incomodará y armará una bronca, que si no, ya vería usted si me lo llevaba y... barato.

– Puede.

– En fin, déme usted veinticinco duros y el capote, que yo ya me arreglaré con el *Chato*.

– Toma y que os haga buen provecho.

– Estimando, D. Matatías, y mandar, que ya sabe usted que se le servirá si los del Orden no lo impiden.

***

– Pase usted adelante, señora, por aquí, por aquí.

– ¡Jesús, hijo, está esto tan obscuro que por poco me tira á pique ese caballero que salía!

– Y ¿usted venía á empeñar algo?

– No, señor; vengo á comprar si usted tiene lo que á mí me hace falta.

– Y ¿qué es ello, señora?

– Quisiera ver si tenía usted un abrigo de señora en buen uso.

– Aquí tiene usted uno de lo más superior, ha pertenecido á la marquesa de Casa-Chancleta, que sólo lo llevó una noche al baile de la embajada china y luego lo regaló á su doncella, que lo empeñó y se murió á los dos días.

– Pero ¿qué piel tan rara es esta que tiene en el cuello?

– Creo que es de ganso de la Australia.

– ¡Ay!, aquí tiene un zurcido.

– Eso no tiene nada de particular, porque muchas telas buenas salen de la fábrica con algún zurcido.

– Pues este es de padre y señor mío, y le quita valor á la prenda. Con permiso de usted voy á ponérmelo.

– Como usted guste.

– Un poco largo me está.

– Según para lo que sea, si es para ir en coche, aunque arrastre no importa.

– ¡Hijo, pues ni que fuera una la princesa *Micomicona* con la cola arrastrando! No pico tan alto, por más que mucha gente de la aristocracia me busca á todas horas, porque soy matrona para servir á usted.

– Muchas gracias; yo soy viudo hace muchos años.

– Y ¿qué vale este *carranclán*?

– Doce duros.

– ¡Mal fin tenga usted! ¡Doce duros! ¿Quiere usted tres?

– ¡Señora, pues ni que lo hubiera adquirido yo en Sierra-Morena con un trabuco en la mano!

– En Sierra-Morena no gastan estas cosas. ¿Quiere usted cuatro?

– Ni cinco.

– Pues buenas tardes; que después de todo, quién sabe esa marquesa lo que sería...

– Pues no era nada más que una señora como usted, pongo por caso. ¿Lo quiere usted en seis duros?

– No, señor; cuatro y una peseta.

– No se pondrá usted este abrigo.

– ¡No, señor, no me lo pondré; pero póngaselo usted, que estará muy guapo con él!

– ¡Señora!

– ¡Vaya, salud y expresiones!...

– ¿A quién?

– A la marquesa de Casa-Chancleta.

***

– A ver, usted, vengan todas estas prendas, que tengo prisa.

– ¡Hola, morenilla; estamos en fondos, según parece!

– Puede que sí.

– Ahora en seguida tendrá usted todos sus avíos. Pañuelo de crespón, colcha de punto, pulsera de plata, toquilla negra, pendientes de oro.

– ¿Cuánto me va usted á poner de réditos?

– Lo de costumbre, cinco por ciento mensual, no se puede menos.

– Bueno; pero me rebajará usted un par de meses.

– Si no se puede.

– ¡Y dale con el puede! ¡A que me voy y no desempeño nada!

– No sea usted tan súbita, rebajaré un mes.

– ¡Pues andandito, que me esperan abajo!

– ¿El cajero?

– ¿Y á usted qué le importa, viejo zorro?

– Aquí lo tiene usted todo: son cuatrocientos ochenta reales.

– Cambie usted estos billetes.

– ¡Caracoles con la niña, qué buen portamonedas!

– Así va el mundo, quien puede lo gasta.

– ¡Y viva el rumbo, salerosa, bonita!

– ¡Ay que sin vergüenza; si le oyera á usted el que está en la calle, menudo garrotazo se llevaba usted!

– ¡Caramba!

– ¡Y sin intereses, que es lo que usted no ha visto en toda su vida!

***

– ¿Por esta sábana no me da usted más que una peseta? ¡Si está nueva!

– Como usted no la va á sacar.

– ¿Usted qué sabe?

– Vaya si lo sé; eso se conoce en seguida.

– ¡Por el amor de Dios, que tengo mi marido enfermo y no tenemos ni luz siquiera!

– ¡He dicho que no y no! ¡Qué pesada es usted! Si quiere usted la deja, y si no, se va usted con la música á otra parte.

– Voy á ver si en otro sitio tienen mejores entrañas que usted, ¡mal hombre, usurero!

– ¡Vaya usted con mil demonios, vieja bruja! (¡Esto es lo que saca uno después de estar años y años haciendo favores al sesenta por ciento anual!)

A. DANVILA JALDERO

BORIA AVALL

CUADRO DE DON FRANCISCO GALOFRE Y OLLER

Hace algún tiempo, en los centros artísticos de esta capital se hablaba del cuadro que con destino á la Exposición internacional de Bellas Artes que próximamente ha de celebrarse en Madrid pintaba nuestro paisano el Sr. Galofre y Oller y el público aficionado sentía gran curiosidad por juzgar con sus propios ojos hasta qué punto quedarían justificados los elogios de los que lo conocían y el interés de los que ansiaban conocerlo.

La expectación era grande; el éxito fué tan grande, mayor si cabe, que la expectación. El Salón Parés fué el sitio escogido para la exposición de *Boria avall*, y justo es consignar que las condiciones en que el cuadro se expuso no podían ser mejores para que resaltaran todos los efectos de dibujo, colorido y perspectiva del grandioso lienzo.

Los periódicos dedicaron á éste alabanzas entusiastas, absolutas unos, con distingos otros, y el público comenzó á invadir el local, donde sólo por tandas era admitido; tanta fué la afluencia de gente que acudía á contemplar el cuadro, delante del cual desfilaron más de sesenta mil personas en los quince días en que estuvo expuesto.

La bondad de la obra parecía reconocida por la crítica y por el público, cuando un artista de gran talento y poeta de verdadero genio, el Sr. D. Apeles Mestres, publicó en el periódico de esta ciudad *La Vanguardia* tres artículos, de los cuales sólo el primero se refería directamente al asunto tratado en *Boria avall*, siendo los otros dos, según su propio título rezaba, una recopilación de interesantes datos sobre la manera de ejecutarse la justicia en Barcelona á principios del presente siglo: en aquél, que comenzaba calificando de notabilísimo el cuadro del Sr. Galofre y Oller, señalaba los defectos de bulto que desde el punto de vista histórico pudo observar en la pintura, valiéndose para ello de un medio indirecto, cual era el de describir cómo se aplicaba en Barcelona la pena de azotes ó se *passaba Boria avall*, frase con que vulgarmente se conocía tal castigo por ser la de la Boria una de las calles que necesariamente había de recorrer la triste comitiva. De esta descripción del Sr. Mestres resulta: que nunca se azotaba en la misma ocasión á hombres y á mujeres; que cuando se pasaba *Boria avall* á alguna de éstas no se la azotaba, se la sacaba á la vergüenza, «disfrazada de una manera ridícula con un ropón lleno de plumas y cintajos de todos los colores y cubierta la cabeza con la pintarrajeada coroza;» que no era el alguacil, sino el *estiracordetas* (ayudante del verdugo), quien en cada esquina leía la sentencia; que «ningún burrero se inmiscuía jamás en la comitiva; que jamás vióse fraile alguno pararse en la calle para verla pasar; que las calles se animaban como en día de fiesta, y que las tiendas y balcones se llenaban de gente, amiga de los que en tales calles vivían, lo mismo que para ver pasar alguna de las alegres procesiones de la octava de Corpus.»

Leyendo el resumen que dejamos hecho del artículo del Sr. Mestres y comparando con el cuadro de Galofre y Oller lo que de allí resulta, se observan desde luego los defectos capitales que en éste, á juicio de aquél, existen.

Aunque dados en forma suave, los azotes que el Sr. Mestres aplica al Sr. Galofre y Oller son bastante duros y no faltó quien los hallara injustificados. D. J. P. y F. (iniciales que harto claramente permiten adivinar el nombre de un distinguido abogado, escritor é historiógrafo catalán) salió en seguida á la defensa, también indirectamente, del pintor, demostrando con citas legales que en el siglo XVII se aplicaba á las mujeres la pena de azotes, que era muy distinta, por cierto, de la pena de *mitra* ó de *sacar á la vergüenza*, defensa que fué notablemente ampliada en la *Paráfrasis*, de D. J. M.ª Serraclara, quien después de afirmar que el «magistral» cuadro del Sr. Galofre y Oller reproduce una escena de los tiempos de Felipe IV (1621 á 1665) y no del primer tercio del siglo presente, como suponía el Sr. Mestres, rebate, con textos del derecho catalán á la vista, uno por uno los cargos por éste formulados.

Así había quedado la discusión, cuando desde las páginas del *Diario de Barcelona* dejó oir su autorizada voz en la polémica el ilustre escritor Sr. Mañé y Flaquer, el cual, tomando principalmente pie de los dos últimos artículos del Sr. Mestres, es decir, de aquellos en que se clamaba contra antiguas leyes, escribió un interesante trabajo, en forma de tres cartas dirigidas á D. José Yxart, excitando á éste á que interviniera en la discusión y lamentando que «talentos privilegiados, inteligencias cultivadas y espíritus que alardean de despreocupados,» como algunos de los que tomaron parte en la polémica producida por *Boria avall*, apelen «á los *clichés* que pretenden dar »solución definitiva y sencilla á un punto de cultura »social de los más complicados...»

No hemos de seguir al Sr. Mañé en este punto de vista de la cuestión, como no hemos seguido al señor Mestres en el de sus dos últimos artículos, porque uno y otro son completamente ajenos al cuadro de Galofre y Oller, y únicamente por lo que á éste se refiere consignaremos que en nuestro sentir está en lo justo cuando censurando todos los exclusivismos de escuela y aun aceptando las razones históricas con que el Sr. Mestres arremetió contra *Boria avall*, dice: «A mi juicio, el pintor no se propuso »pintar la pena de azotes del tiempo de Felipe IV, ni »la de ninguna otra época determinada: escogió el »asunto por suponer con buena intuición que se »prestaba á un cuadro de efecto, y después de representar los principales elementos comunes á todas »las épocas, dió realce é interés á la pintura echando »mano de accesorios que le aconsejaba su ingenio »de artista.» Y añade luego: «En no tratándose de »alteraciones que cambien el carácter de la escena ó »de la época que se desea representar, que desnaturalicen un tipo, un carácter, una situación, se está »en el caso de acogerse al precepto de Horacio, por »el cual se permite á los pintores y á los poetas el »libre, aunque discreto uso de su inventiva.»

El eminente crítico D. José Yxart no podía permanecer sordo á la excitación que el Sr. Mañé le dirigía, y en efecto, ha publicado ya el primero de los artículos que se propone dedicar á este asunto (1); mas como en él sólo plantea la cuestión que se propone tratar, y cuya resolución ha de venir en otro, no publicado todavía, nada podemos decir, por más que ya se presiente cuál ha de ser, acerca del juicio que la obra tan traída y llevada le merece.

Tal es á grandes rasgos trazada la discusión de que ha sido objeto *Boria avall*, y en la cual, en nuestro sentir, se ha llegado tan lejos, que al final de ella apenas se vislumbra la relación que existe entre lo escrito y lo pintado.

No queremos deducir consecuencias de cuanto en pro ó en contra de la obra se ha dicho; y como este artículo está compuesto de retazos, le pondremos término con uno más, que tomamos de una de las crónicas semanales que en *La Vanguardia* publica el distinguido escritor Sr. Roca y Roca y que á nuestro modo de ver resume la cuestión tan debatida. Dice así:

«Galofre Oller puede envanecerse del triunfo »alcanzado. Podrá discutirse su cuadro en punto á »sus condiciones pictóricas y á su mayor ó menor »exactitud histórica, buscándole pelos y reparos más »ó menos fundados; lo que no podrá negarse por »nadie es el éxito que ha tenido, un éxito popular »cual no lo haya alcanzado hasta ahora ni lo alcance »quizás en mucho tiempo otro cuadro alguno.» – A.

(1) LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ofreció sus columnas al Sr. Yxart para que desde ellas contestara al Sr. Mañé y Flaquer; pero nuestro querido y distinguido colaborador creyó, por razones justísimas que respetamos y apreciamos en lo que valen, que debía terciar en la polémica desde las del periódico *La Vanguardia*, que la inició.



DESAFIANDO EL SOL, cuadro de C. G[illegible], grabado por Baude [illegible]

SECCIÓN AMERICANA

UTSPA-LLACTA (TIERRA DE CENIZAS)

(Continuación)

Brillaba el talento en aquella mirada penetrante y escudriñadora, la dulzura en la serenidad de su frente sin pliegues y el respeto amoroso en sus correctos modales, que respiraban toda la elegancia y distinción del hombre culto y apasionado.

– Rosa mía, ¿has recordado entre aquellas nubes de incienso al pobre *cholo* que te miraba con los ojos del alma?

– ¡Pues no había de recordarte! ¡No te digo que ninguno de los que me rodeaban servía para tenerte el estribo! Marchémonos cuanto antes.

– ¡Rosa!

– ¿Qué? ¡Tonto!, dijo la joven echándole los brazos al cuello y juntando su cara con la de él.

– Mira qué bonito grupo, añadió fijándose en la luna del armario: siento que no hayas venido antes para ver el efecto de tu poncho con mi traje de baile; ¡qué bonito! ¿No? Seguramente que te hubiera inspirado una de tus mejores poesías. Pero no me quedo sin ella. Te prometo llamarte para que abrazados nos contemplemos en el espejo cuando vuelva á vestirme de baile. ¿Quieres?

– ¡Hermosa! ¡Idolo de mi alma! He sufrido mucho esta noche, ¿sabes?, mucho. Creí que me olvidabas. Si alguna vez lo piensas, mátame primero; que yo no lo sepa.

– ¡Ay, *cholito*, cuánto disparate! Vámonos, vámonos; tengo deseos de galopar. Y dió unos cuantos besos á Joaquín, que la estrechó entre sus brazos con frenesí.

– Si me vieran ahora los necios que me juzgan de hielo, ¿qué dirían?

– Que eras la más hermosa, la más enamorada de las hijas del Misti.

– ¡Ves! Estas cosas lindas no las dicen esos *tontainas* de frac estirado. ¡Vamos, vamos!

***

Julio Lezcano fué al siguiente día, como había prometido, á visitar á la señora de Guaqui. Apenas llegado preguntó por *Tristura*; cuando se presentó éste dirigióse á él con los brazos abiertos: el indio los aceptó con dignidad y respeto, pero sin efusión. Julio quedó sorprendido. *Tristura* no era el indio que había conocido; era el caballero de tez trigueña, con el trigueño tostado de los quichuas, y no pudo menos de pensar que era demasiado buen mozo y elegante para mayordomo de una joven hermosa. Mas era indio, indio de pura raza,... y claro estaba que ni él osaría levantar los ojos hasta su ama ni ésta se denigraría bajándolos...

Joaquín miraba á Julio con prevención, pero le era simpático. No se parecía á sus padres ni á otros jóvenes de su clase; lo trataba de igual á igual, se cogía de su brazo, le hablaba de Europa, le ofrecía cigarros como á un camarada y había llegado á suplicarle que le concediese el favor de acompañarlo en varias excursiones campestres para departir amigablemente de lo que en el Perú ocurriera durante su ausencia. Quería enterarse de todo; la política, el movimiento literario, cuanto le era desconocido de su patria le importaba, y nadie como Joaquín para ponerlo al corriente. Era medio poeta, medio político, medio escritor... Decididamente lo embargaría muchas tardes.

Las visitas de Julio á Utspa Llacta menudeaban, llenando á sus padres y á la señora de Guaqui de contento.

Juana Rosa no estaba tan satisfecha; Julio daba señales de ir á visitarla más por el indio Joaquín que por ella, y decidió poner término á las visitas. Habló de trasladarse á su casa de Arequipa.

La tarde que lo insinuó tuvo que arrimarse el pobre mayordomo á la pared para no caer desplomado. Se marcharían y ya no podría tener con ella horas de íntima dulzura; ya no sería suya, sería de la sociedad en la cual no tenía entrada, por su color, por su condición, por su pobreza. Aquella noche le dijo Chucha que la *niña* tenía dolor de cabeza y que tomaría el te en su cuarto. A Joaquín le pareció un desierto el comedor. Sorbió el te contestando melancólicamente á las preguntas que le hacía la *patrona*.

– ¿Qué te parece el *niño* de Lezcano, Joaquín?, dijo la señora de Guaqui, llevando á los labios la taza.

– Bien, señora.

– Es un *mozo* que vale, ¿verdad?

– Sí, señora, vale mucho.

– Me alegro que te guste y no me alegro menos de que él te distinga con tantas deferencias; sabes que te quiero como si fueras mi hijo, y toda persona que deje de mirarte con el cariño que yo te miro me es antipática.

– El *niño* Julio me hace el favor de llamarme su amigo; jamás olvidaré sus bondades.

– ¡Que alegría me das hablando así, Joaquinito! Tenía yo mis recelos, y la verdad, daba mil vueltas á la cabeza para conciliarlo todo, porque eso no, separarme de ti no quiero entretanto viva.

– ¿Quién habla de separarnos?

– Me parecía que si venía á casa un amo que no te gustase, acaso no quisieses...

Un rayo que hubiera caído á los pies del indio no le habría hecho peor efecto. Lo comprendió todo: se trataba de casar á Juana Rosa, de casarla con Julio; y él, pobre infeliz paria, no era quién para impedirlo; no era nadie, menos que nadie; era de la raza esclava, tan distante de las aristocráticas ínfulas de los Guaquis y Lezcanos, como de una reina inglesa podía estar el último de sus súbditos. Sintió ganas de llorar; la rabia le ahogaba.

– ¿Qué dices, hijo? ¿No me has comprendido?

– No, señora.

– Pues quería hablarte del matrimonio de Juana Rosa con Julio: sus padres y yo lo tenemos proyectado hace mucho tiempo; antes que él viniese, ¡ya lo creo!; por eso me alegraba tanto cuando mi hija despachaba con viento fresco á sus innumerables pretendientes. Ha sido una suerte que no le entre ninguno por el ojito derecho. ¿Verdad, Joaquín?

– Sí, señora.

El indio sentía unas ganas furiosas de preguntar si Juana Rosa sabía algo de aquel plan, si lo aceptaba. ¡Aceptarlo! ¡Quia! ¡Imposible! ¡Si lo amaba á él! ¿No se lo había probado mil veces? ¿No era suya? ¿No los había despreciado á todos? ¿No vivía en Utspa-Llacta por tenerle más cerca, por estar á su lado siempre?... Se atormentaba sin motivo. Juana Rosa no aceptaría aquel matrimonio; ya encontraría medios para disculparse.

– ¿Conque te parecerá bien un amo tan bueno como el *niño* Julio?

– Sí, señora; lo que usted diga me parecerá bien siempre.

– ¡Vaya, pues me alegro mucho, muchísimo! Andadame el brazo, hijo; me voy á la cama. Cuando no está esa diabla de Juana Rosa, parece que estamos en un cementerio. ¿Qué idea le ha dado ahora de volverse á Arequipa? No me gusta mucho; pero en fin, no es de mal augurio: me parece que quiere estar cerca de Julito.

Joaquín se mordió los labios.

– ¿Y crees tú que él está enamorado?

– No puedo creerlo: yo no he notado cosa alguna.

– Yo tampoco: parece un poco frío; pero su madre me ha dicho que está conforme en ser mi yerno; lo demás ya lo hará Juana Rosa: sería el primero que no se volviese loco por ella, ¿no es cierto?

– Sí, señora.

– Buenas noches, hijo; ya está aquí Manuela, ya no te necesito; hasta mañana. Mira, dile á Chucha que se acueste en el cuarto de la *niña* por si la ocurre algo.

– Buenas noches, señora; se lo diré ahora mismo.

Salió Joaquín á escape: necesitaba ver á la camarera de Juana Rosa; quería hablar á ésta antes de la hora acostumbrada; se volvía loco, loco sin remedio ¡Casarse su amada! No podía ser: ella no lo consentiría: lo amaba á él, sí, estaba seguro. ¿Cómo podía dudarlo?

Buscó á Chucha.

– Dile á la *niña* que necesito hablarle pronto, muy pronto, que me estoy muriendo de ansiedad y de pena. La señora ya se ha retirado.

– La *niña* no está buena y me ha dicho que no vengas esta noche.

– ¡Por Dios, Chucha, díselo: ella no sabe cuánto sufro: quiero verla!

– Me ha dicho que no.

– Pero yo digo que sí.

Y Joaquín se dirigió con rabia á las habitaciones de su amada, sin cuidarse del sigilo, ni de que no lo advirtiesen los demás criados.

Empujó la puerta del dormitorio y entró creyendo encontrar á Juana Rosa en el lecho, pero estaba recostada en un sofá y tenía la taza del te cerca de sí sobre un velador chino.

– ¿Qué es esto?, preguntó incorporándose malhumorada. ¿Por qué mueves semejante *escandalera*? ¿No te han dicho que me duele la cabeza?

– ¡Rosa, Rosa de mi alma!, dijo el indio sin contestar á las preguntas, arrodillándose á su lado y cubriéndola de besos, ¿no es cierto? ¿Verdad que no es cierto? ¿Verdad que me amas á mí, á mí solo y que no te casarás ni ahora ni nunca?

– ¡Ja! ¡ja! Vaya, ¿te han traído ya la nocicia? Tranquilízate *cholito*. ¡Vamos!, te perdono el susto que me has dado y me alegro que no hayas obedecido mis órdenes. ¿Has tomado el te? ¿Quieres que te traigan otra taza? ¿No? Pues bebe un sorbito de la mía; me sabrá mejor.

– ¡Rosa! ¡Mi alma! Mátame, pero no dejes de amarme.

– ¡Tonto! ¡Cándido! ¿Quién ha dicho que deje de amarte?

– ¿Te resistirás á casarte con Julio?

– ¡Resistirme! ¡Qué sé yo!... Tal vez no pueda; maliciarían, y entonces...

– ¿Qué dices? ¿Dudas? ¿Encuentras posible ser de otro viviendo yo? ¿Supones que podré soportar semejantes torturas?

– Vamos, *cholito*, no seas tonto. ¿Crees tú que podremos estar así mucho tiempo? Alguna vez había de ser; hace cuatro años que te quiero, que te adoro, que me has enloquecido... ¿Te acuerdas cómo fué? Yo sí que me acuerdo.

– ¡Te he adorado siempre, Rosa mía!

– Pues yo á ti no; te iba queriendo poco á poco: me gustaba pasear á caballo contigo, te miraba con el rabillo del ojo y te encontraba muy buen mozo; cuando haces caracolear al caballo estás seductor. ¡Dame un beso! ¿Ves cómo te quiero? ¡Me decías versos! Creo que me has leído cuantos renglones desiguales se han publicado en castellano y en francés: otras veces los componías para mí: me acuerdo de unos, ¡qué bonitos! Estaba yo en la hamaca, Te sentaste á mi lado; tenías un papel en la mano y yo una rosa blanca en la cabeza; hacía que cerraba los ojos, pero te veía; te encontraba interesante con aquel aire melancólico... eras *Tristura* de veras; siempre macilento, siempre serio, no te reías nunca.

– ¡Te adoraba!

– Creíste que dormía y me mirabas con tus ojos fijos en los míos; yo me estremecí; de buena gana te hubiera comido á besos. Hice que me despertaba y que me sorprendía de verte. «¿Qué tienes ahí?, te pregunté. – Unos versos, me contestaste. – Leémelos. ¿De quién son? – De autor anónimo. – ¿Y á quién los dedica? – A una mujer amada. – ¡A ver, á ver!» Comenzaste á leerlos: te los sabías de memoria, porque me mirabas y leías: «Quisiera ser el aura que agita tus cabellos – y acariciar las crenchas que arrancan de tu sien; – quisiera ser la rosa que está prendida en ellos...» No te dejé continuar. «¿Son para mí?, te pregunté. – Lo parecen, me contestaste. – Vamos á pasear á caballo, dije, acabarás de leérmelos en el campo.» Y salimos; ¿te acuerdas?

– ¡Oh, Rosa! Sí, sí; te veo todavía clavada en la silla; hacías caracolear al arrogante bruto, con el largo ropón y tus negras trenzas á merced del viento, que caprichosamente jugaba con ellas; cabalgabas, mujer idolatrada, á mi derecha, mostrando como nunca sonrisas alegres y despidiendo rayos de tus ojos traidores: pusimos los caballos emparejados y al paso; te acercaste mucho, mucho; cogiste mi mano derecha con la izquierda tuya, y así caminamos unidos sabe Dios cuánto tiempo, acariciándome tú con la mirada y besándote yo con la mía: me pareció que te electrizaba, porque abandonándote á un dominio dulce, acercaste más tu caballo, que se pegó al mío como si obedeciese á la sugestión de nuestros deseos. Llevabas el sombrerito echado atrás y por tu hermosa frente caían dos mechoncitos de cabellos ensortijados; te inclinaste hacia mí y los besé sin tocarlos; sentiste el ruido del beso y levantaste los párpados. «Joaquín, me dijiste, ¿son para mí los versos? – Sí, te contesté. – ¿Quién me los ha escrito? – Un hombre que te adora.» Te inclinaste más hasta apoyar tu cabeza en mi hombro: yo creí morir. Se me nubló la vista; no veía sino albores color de rosa en la atmósfera: estaba en el cielo; no, en el cielo no deben ser tan felices los ángeles. Rodeé tu cintura atrayéndote más y te estremeciste: «¡Rosa!, ¡Rosa!,» te dije con amor infinito. «¿Quién es el poeta que me adora? ¿Lo conoces?,» me preguntaste.

– ¿Y qué me contestaste? ¡Nada! Por toda respuesta me diste un millón de besos traidores que yo no pude esquivar porque tampoco estaba en el mundo: volaba por otros espacios llenos de luz brillantísima y cerraba los ojos deslumbrada. De pronto se juntaron nuestros labios: ¿lo recuerdas, Joaquín? Así: ¿ves?, así... y no sé más.

– Yo sí lo sé: te separaste bruscamente de mí, sacudiste un latigazo al caballo y saliste á galope sin querer detenerte. Cuando llegué á la hacienda ya estabas en tu cuarto. También yo me fuí al mío: necesitaba estar solo y saborear la dicha de haber tocado tus labios con los míos. La reacción no se hizo esperar: caí del cielo á la tierra. ¿Quién era yo? Un desgraciado, un indio: maldije mil veces la educación que me dieron. ¿Por qué habían despertado mi corazón y mi mente si no habían podido borrar las huellas

de mi origen? Lloré, lloré muchísimo. Creí que me amabas, pero sabía que no querrías ser mi esposa y que yo no te lo propondría jamás... No pude ir al comedor, estaba enfermo; tenía fiebre: tu madre fué á verme, tú no. ¡Qué pena tan horrible, qué insomnios!: yo estaba vestido sobre la cama: á las doce llegó Chucha: «Ven, me dijo, la *niña* te llama» Dí un salto, espantado; me parecía mentira. ¿Estaría soñando? Me llamabas, sí; era verdad.

—Tampoco yo podía dormir: me acosté pensando en ti: me dabas lástima; estabas enfermo... y viendo que no conciliaba el sueño me levanté á llamar á Chucha para que fuese á buscarte. Me parecía que hablando un rato contigo, podría dormir después. Vamos, dime ahora lo que sentiste al entrar en mi cuarto.

—¿Lo que sentí? ¡No sé! Lo que al día siguiente y al otro y al otro y ahora mismo que te estrecho entre mis brazos: que te adoro, que me muero por ti y que me vuelvo loco pensando que puedas dejar de amarme.

—¡No digas tonterías, Joaquín! Yo no quiero á nadie más que á ti; pero nosotros no podemos casarnos.

El indio escondió la cara en el pecho de Juana Rosa y comenzó á sollozar.

—Eso es, aflígeme ahora. Pues si esto ya lo sabes: ¿no lo acabas de decir tú mismo? ¿Hemos hablado alguna vez de semejante cosa? No, porque los absurdos deben descartarse hasta del amor. ¿Te amo yo menos porque no seas igual mío? Tú me enamoras, tú me seduces, á tu lado siento lo que ningún hombre me inspira, y es porque los otros no son apasionados como tú lo eres, no se me entregan como tú te me entregas, ni me enloquecen como me enloqueces; en una palabra, no saben amar; no tienen como tú tienes fuego en las venas y fuego en el alma y lava en el cerebro. No has oído que me llaman la *niña de nieve*. ¿Y crees tú que lo soy?

—¡Oh, no! Eres la criatura más hermosa y apasionada que existe.

—Para ti, para los demás soy de hielo; tienen razón.

—¡Para Julio, sin embargo!...

—Julio es un buen muchacho; vale más que los otros; pero esto no quiere decir que me interese.

—No te casarás, ¿verdad?, no te casarás.

—¡Vuelta con la tontería! ¿Y qué si me casara? Mira, si me caso qué importa: la fruta prohibida dicen que es la mejor: no te acuerdas de aquellos versos que me recitabas... ¿de quién?, ¿de quién?... aquellos que dicen: —«Flérida para mí dulce y sabrosa —más que la fruta del cercado ajeno...» Tenía razón, mucha razón el poeta; ya sabía lo que se pescaba. Si fuéramos marido y mujer no nos amaríamos así; tenlo por seguro.

—No es necesario que lo seamos si no quieres; vivamos como hoy; amémonos en silencio, pero que no te vea yo en brazos de otro. ¡Rosa, Rosa mía!, me vuelvo loco y no respondo del porvenir.



PRIMAVERA DE LA VIDA, cuadro de V. Corcos

—Bueno: quiere decir que no estás conforme con que yo te entregue mi amor todo entero; quieres que te sacrifique mi nombre, mi posición social, la obediencia que debo á mi madre... mi reputación, que andaría por las callejuelas si yo me negase á lo que tienen pactado Guaquis y Lezcanos. Eres demasiado egoísta, Joaquín. ¿Qué me ofreces tú en cambio?

El indio quedó anonadado. ¡Horrible verdad! ¿Qué podía ofrecer él á la señorita, á la niña mimada, á la hija de sus padres adoptivos? La vergüenza, la deshonra, el desprecio del mundo.

—¿Comprendes que tengo razón?

—No comprendo nada sino que quiero morir. ¿Por qué me has engañado, mujer perjura? ¿Por qué me has hecho entrever el cielo para lanzarme inhumana y cruelmente á los más profundos abismos? Soy tu igual para adorarte, para enloquecerte en la sombra, y te avergüenzas de mí á la luz del sol? Bien: sea, tú lo quieres. ¡Cúmplase nuestro destino!

—Joaquín, no seas tonto: te querré lo mismo: te querré más. Mira, después de un baile, de un banquete ó de un viaje durante los cuales me fastidie con la sociedad que me rodee, correré á refugiarme aquí, en tus brazos, entregándote las sonrisas y los amores que á todos, incluso á mi marido, habré negado. ¡Verás qué placer mil veces nuevo y renovado entre zozobras y temores! Esta vida ya se iba haciendo tonta... ¿Qué? ¿Te marchas?

—Sí: por última vez, Rosa, ¿te casarás?

—Ya que tomas ese tono dramático;... por última vez, Joaquín, me casaré.

—¿Y no te aterra la idea de engañar á un hombre como Julio?

—Tampoco yo le preguntaré una palabra sobre su pasado: el uno por el otro.

—¿Y si descubre el tuyo?

—Si tú no se lo dices, no lo descubrirá: además que no parece enamorado de mí; nos pagamos en la misma moneda.

—¿Es decir, que mañana te marchas á Arequipa?

—Mañana.

—¿Ya no volverás á Utspa-Llacta?

—Sí, á pasar contigo los primeros días de mi luna de miel.

—¡Infame!, dijo el indio levantándose violentamente y saliendo del dormitorio sin escuchar á Juana Rosa, que pretendía detenerlo.

«Bien, pensó ésta cuando hubo quedado sola. Me dejará en paz hasta que me case, después ya le consolaré y volverá á ser mío; me adora; es imposible que resista mucho tiempo su enojo. ¡Valiente necedad hubiera sido desperdiciar esta ocasión! ¿Vivir siempre en Arequipa, y con escasas rentas? Merecería que me azotasen por tonta. Estoy enamorada de Joaquín; me seduce cuando me habla; tiene un no sé qué;... pero si fuese mi marido le aborrecería; para marido no sirve.»

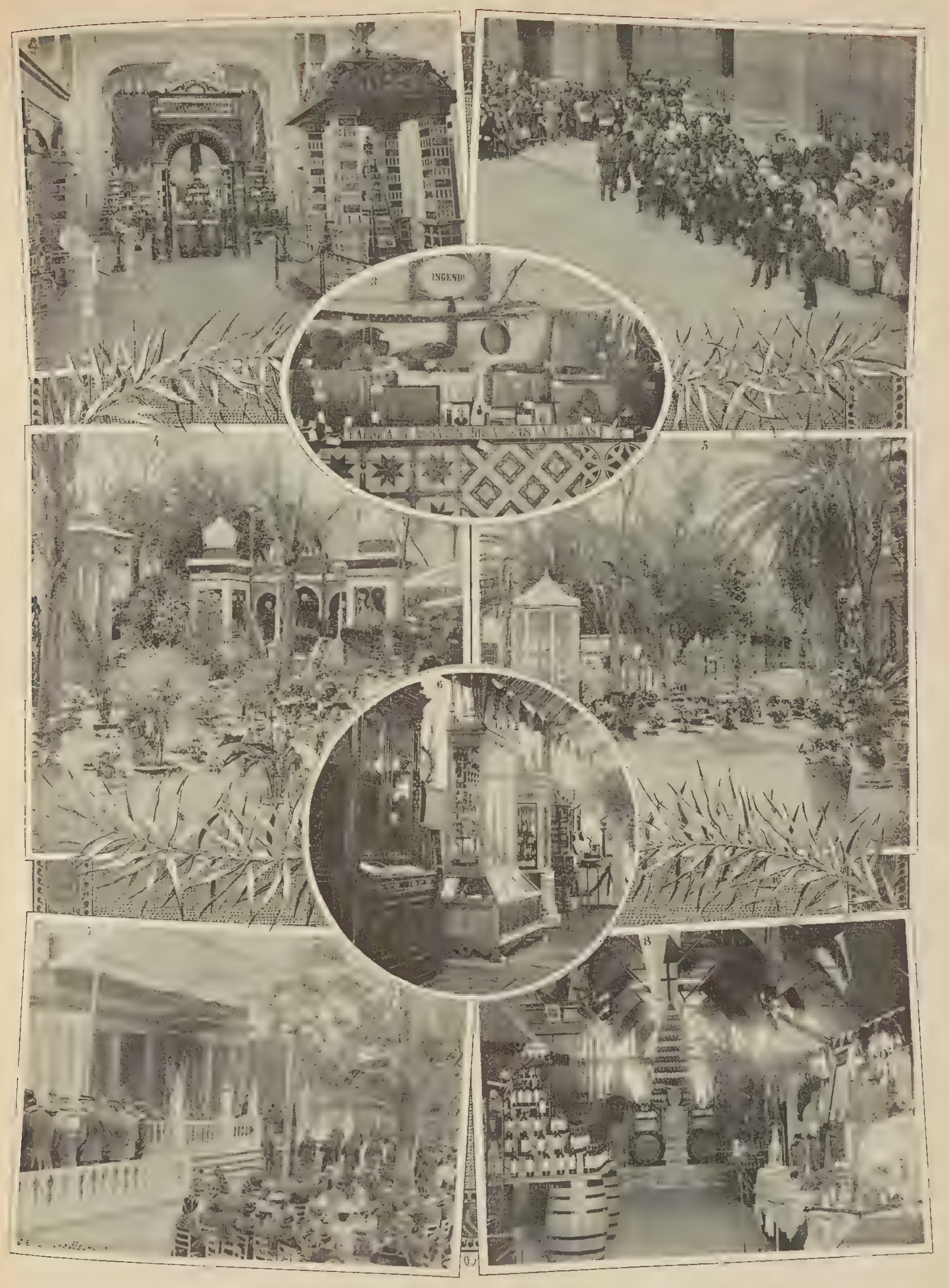
Cuando al siguiente día se disponían á marchar, no parecía el mayordomo por ninguna parte: los criados dijeron que había salido á recorrer la hacienda. La señora extrañó mucho su conducta y le dejó recado de que le esperaba en la ciudad á la siguiente mañana.

En el momento de marchar y cuando ya estaban

SALÓN PARÉS, BARCELONA



BORIA AVALL (PENA DE AZOTES), cuadro de D. Francisco Galofre Oller



EXPOSICIÓN DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y BELLAS ARTES, EN SANTA CRUZ DE TENERIFE (CANARIAS)

1. Vinos y tabacos del país. – 2. Acto de presentar al pueblo el pendón de la conquista. – 3. Varias industrias. – 4. Kiosco de Anucas. Instalación de Anucas. – 5. Parque. Instalación de Historia Natural. – 6. Instalación de minerales y aguas. – 7. Ceremonia de la inauguración. – 8. Instalación de vinos y varias labores

(De fotografías remitidas por los Sres. D. Luis Ojeda Pérez y D. A. Delgado Yumar)

á caballo, se acercó un indio á Juana Rosa y le entregó un papel. Púsose lívida la joven al tomarlo; desdoblólo y leyó no sin sobresalto: «Utspa-Llacta, quiere decir *tierra de cenizas*. ¿Sabes por qué tu hacienda lleva este nombre?»

– Este Joaquín es el romántico más tonto que he conocido: ¿qué tendrán que ver ahora las cenizas ni la tierra con su majadería de escaparse para dar qué pensar á mamá?

Se pusieron en marcha.

La *niña de nieve* iba preocupada; antes de llegar á la población preguntó á su madre:

– ¿Por qué se llama *tierra de cenizas* el lugar de nuestra hacienda?

– Hija, no estoy muy enterada, porque la verdad es que la cosa no es muy honrosa que digamos; pero mi abuela decía que la suya había perecido achicharrada dentro de la primitiva casa.

– ¡Jesús! ¿Y por qué?

– ¡Cosas del diablo, hija! Un amante celoso,... no sé, el demonio que anda suelto la mayor parte del tiempo y se ocupa en echar borrones sobre las familias. ¡Vale Dios que eso ya pertenece á la tradición! No ha faltado un *chanfaina* de escritor que la ponga en solfa, no creas: por supuesto, ¡que si hubiera podido yo sacarle los ojos!..

Juana Rosa no dijo nada: pero sintió un desasosiego grandísimo. Felizmente á la noche ya se le había pasado, y bromeó de lo lindo con los muchos amigos y amigas que fueron á darle la bienvenida.

* * *

Hacía quince días que estaban en Arequipa y Joaquín no había hecho nada por hablar á Juana Rosa: dos veces estuviera á ver á la señora, pero no se quería quedar á comer ni menos pasar á las habitaciones de la *niña:* estará ocupada, decía, no quiero molestarla. La señora de Guaqui se asombró de su aspecto la primera vez que lo vió.

– ¿Pero qué tienes, hijo, estás malo? ¿Te pasa algo?

– Poca cosa: unas calenturas; no es nada; ya se pasarán.

– ¿Quieres venirte aquí para curarte?

– No, señora. El viento que las trajo se las llevará.

Juana Rosa preguntaba á Chucha por Joaquín.

– Parece un ánima en pena, *niña*, le contestó un día, aquel precisamente en que se celebraba un banquete seguido de la recepción en casa de la joven para firmar la escritura de esponsales.

– ¡Jesús, Chucha, no me asustes!

– Te digo la verdad, *niña;* está viejo y acabado, que no parece el mismo; á mí me causa miedo.

– Tengo deseos de verle, pero hasta que no me case no iré á Utspa-Llacta.

– ¿Pero irás?

– ¡Ya lo creo! Le he sacado á Julio la promesa de llevarme á Europa; y entretanto no marchemos, estaré en la hacienda.

– ¿Pero con el *niño?*

– Es claro: irá y vendrá...

– ¡Qué hermosa estás, *niña:* el traje *rizado* te sienta como ninguno: si ahora te viese Joaquín, sí que se volvería *pucuna* (loco).

– ¡Pobre Joaquín! Déjalo en paz; ya lo consolaré.

– Dime la verdad, *junguito* (corazoncito), ¿á cuál quieres más, al *niño* Julio ó al indio *Tristura?*

– A *Tristura* lo he querido mucho, y debo quererlo todavía porque me acuerdo de él; pero no quisiera verlo ahora. Julio es un gran partido; es el esposo que me conviene: ¿y querrás creer que tengo empeño en enamorarlo? No me ha dicho una palabra de amor, hablamos de nuestro matrimonio como de la cosa más natural del mundo; pero hace unos días que me mira de otro modo. Parece que le voy gustando. La misma indiferencia de él me intriga, y no sé si lo quiero ó es que tengo empeño en que me ame. Que me gusta no lo dudes; mal gusto tendría si no me gustara; pero lo encuentro frío... despegado... Veremos luego. ¡Como hace poco tiempo que nos tratamos!..

Eva Canel

(Concluirá)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El químico alemán Dr. Teodoro Wagener ha dejado á su muerte á la Galería Nacional de Berlín 1324 acuarelas y dibujos de artistas alemanes y extranjeros.

– En el último Salón de París han obtenido: Maignan la medalla de honor por su cuadro *Carpeaux*, Deully y Lynch medallas de primera clase por un *Orfeo* y una pintura decorativa respectivamente, y los escultores Barau, Soulis é Icard otras tantas medallas de primera clase.

– Bajo la dirección de los profesores Werner, Herter, Brausewetter, Scheurenburg, Friedrich, Thumann y Meyer, los alumnos de la Academia de Bellas Artes de Berlín han verificado un viaje de estudio á Copenhague, habiendo sido muy agasajados por los artistas y aficionados daneses y hecho interesantes excursiones á Frederiksborg, Fredensborg, Kronborg y al Sand.

– Un generoso donador anónimo ha regalado al Estado francés el cuadro de Detaille *Salida de la guarnición de Huningen*, que es indudablemente una de las mejores obras que se han expuesto en el último salón de los Campos Elíseos de París. El documento de cesión exige terminantemente que el cuadro no salga del Museo del Luxemburgo, al cual está destinado, como no sea para pasar al del Louvre, sin que en ningún caso la Administración de Bellas Artes pueda sacarlo de uno de estos dos museos y quedando únicamente Detaille facultado para reproducirlo. Según ha manifestado Detaille, el mismo personaje anónimo quiso comprarle el año pasado, para el mismo objeto, su conocido cuadro *Carga del cuarto regimiento de húsares;* pero el pintor, no del todo satisfecho de esta obra, expresó el deseo de que en vez de ella le comprase la *Salida de la guarnición de Huningen*, en la cual estaba ya trabajando, deseo á que accedió el misterioso comprador.

– La ciudad de Saint-Brieuc (Francia) ha inaugurado recientemente un monumento dedicado á los bretones que murieron durante la guerra de 1870-1871: consiste en un monolito de granito azul, de cinco metros y medio de alto, delante del que está colocada sobre un pedestal la estatua en bronce de un guardia móvil herido: éste se lleva la mano derecha á la herida y con la izquierda sostiene aún vigorosamente la bandera nacional. El monumento es obra del arquitecto M. Rischmann, y la estatua, noble figura cuya actitud, ademán y expresión son dignos de todo elogio, es debida al escultor M. Pedro Ogé.

– En la sección egipcia del Museo de Berlín se han instalado los hallazgos y compras que de su último viaje á Egipto ha traído el profesor Brugsch. Hay entre estos objetos muchísimos que además del arqueológico tienen grande valor artístico, mereciendo citarse la cabeza de una estatua de un rey, la estatua de un príncipe del Faijum con un papiro arrollado y dos estatuas de funcionarios romanos ejecutadas en estilo greco-egipcio, dos momias con inscripciones griegas, dos retratos pintados en el sudario de los cadáveres, dos cabezas, una de hombre y otra de mujer, del período greco-romano, modeladas en arcilla, y algunos sudarios pintados con las figuras de los muertos entre divinidades egipcias.

– En la sección de Bellas Artes de la Exposición Italo Americana recientemente inaugurada en Génova, sobresalen entre todas las demás obras expuestas tres cuadros del difunto Barabino, uno de los pintores más ilustres de la moderna escuela italiana. Son *La muerte de Carlos Manuel I*, *Las vísperas sicilianas* y *El triunfo de la ciencia:* el primero, el mejor de todos ellos y que no está terminado, representa al duque moribundo lujosamente vestido y con el collar de la Anunziata, sentado en un sillón donde acaban de administrarle los últimos sacramentos y rodeado de su familia, de su corte y de los sacerdotes. Este cuadro lo pintaba Barabino por encargo del rey Humberto. *Las vísperas sicilianas* es una composición tumultuosa, obra maestra de energía y de color: los combatientes forman un grupo agitadísimo, y en el fondo, tras una ligera niebla, extiéndese Palermo. En el tercero se ve á Dante, Maquiavelo, Flavio Gioja, Colón, Galileo, Volta y Watt iluminados por la luz de la Ciencia y sumidos en profundas meditaciones delante de libros ó aparatos científicos mientras la Igno rancia yace en tierra vencida por el Progreso.

Teatros. – La ópera *Melusine*, del príncipe Trubetzkoi, se estrenará en el teatro de la Gran Opera de París.

– Con ocasión del 500.º aniversario de la reunión de la Grande y Pequeña Basilea, la ciudad suiza de este nombre ha celebrado una serie de interesantes fiestas entre las cuales ha llamado la atención un espectáculo lírico, *Festspiel*, cuya representación se ha verificado al aire libre en un recinto que ha permitido á diez mil espectadores ver la función y abarcar con la vista el inmenso teatro donde se agrupaban mil doscientos actores y comparsas y maniobraban cómodamente sus caballos cuarenta jinetes. El argumento de este poema lírico, letra de M. Wackernagel y música de Hans Huber, está basado en una serie de hechos de la historia de aquella antigua ciudad, tales como la fundación de Basilea por el emperador Valentiniano en 374, la construcción del puente viejo del Rhin en 1225, la entrada de Rodolfo de Habsburgo en la Pequeña Basilea en 1285, y finalmente la batalla de Sempach, seguida de la unión en 1386 de las dos ciudades separadas por aquel río. «El momento más patético del espectáculo – dice un corresponsal de un periódico francés – fué el final del acto cuarto cuando, después de un coro cantado por mil personas, Suiza toma bajo su égida á Basilea, unida á la Pequeña Basilea, y cuando á los acordes de la orquesta, que ejecutaba el himno nacional suizo, se levantó el público en masa y veinte mil voces acompañaron este canto grave y melancólico que los ingleses han adoptado para el *God save the Queen*. En el mismo instante sonaron las salvas de artillería, y la muchedumbre continuó su himno patriótico.»

– Madame Rejane ha obtenido gran éxito en la Exposición internacional de Música y Teatros de Viena, donde recientemente ha representado *Froufrou*, *Ma Cousine*, *Decoré* y *Amoureuse*.

– Con la representación de *El crepúsculo de los dioses* ha terminado en el teatro Covent Garden, de Londres, la serie de representaciones en alemán de las óperas de Wagner.

Barcelona: En el teatro del Tívoli ha alcanzado extraordinario éxito la opereta *Miss Helyett*, arreglada á la escena española por D. Salvador M.ª Granés. La música, del maestro Audran, es bellísima, digna del autor de *La Mascota* y justifica la acogida entusiasta que le dispensó el público de París, en donde se ha representado dos años seguidos sin un solo día de interrupción: el argumento es tan interesante que aun sin la música se escucharía con gusto; el arreglo del Sr. Granés está escrito en buenos versos y contiene gran abundancia de chistes. – En el Eldorado se ha estrenado también con excelente éxito la zarzuela *La Revista*, letra de D. Miguel Echegaray y música del maestro Caballero.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Cyrus Field, ingeniero norteamericano, célebre por haber sido el primero que tendió un cable telegráfico entre Europa y América.

El P. Luis Previti, de la Compañía de Jesús, predicador notabilísimo y autor de *Giordano Bruno y su tiempo*, *Decadencia del pensamiento italiano* y otras obras.

El cardenal D' Annibale; fué profesor de teología moral y escribió el *Commentarium in Constitutione Apostolicæ Sedis* y la *Summula Theologiæ Moralis*, que le conquistaron gran fama.

NUESTROS GRABADOS

Boria avall (la pena de azotes), cuadro de D. Francisco Galofre Oller (Salón Parés). – La última producción del joven pintor Sr. Galofre Oller ha tenido el privilegio de interesar, no sólo á los aficionados á las obras pictóricas, sino también á aquellos que entre el polvo de los archivos buscan las tradiciones y la historia de nuestro país. A los primeros ha sorprendido la inesperada obra del novel pintor; los segundos han hallado pretexto para contender y dar muestras de su erudición, prescindiendo de las cualidades que ha revelado el artista, fijándose únicamente en si era el alguacil ó el ayudante del verdugo el que leía las sentencias que dictaban los tribunales encargados de administrar justicia en nombre del cuarto de los Felipes.

Como primer empeño de un artista, la obra resulta altamente interesante y recomendable. Cierto es que tiene puntos vulnerables; pero el conjunto cautiva é interesa, por cuanto tiene, á pesar de retrotraerse á hechos de ya lejanas épocas, de sabor local El público numeroso que acudió durante algunos días al Salón Parés, vió en el fondo de la que pudiéramos llamar decoración, uno de los rincones más típicos de nuestra ciudad, y en la representación de la pena de azotes, el origen de una locución catalana, único recuerdo que por fortuna nos queda de aquellas flagelaciones y de aquellos tiempos.

* * *

La hija del colono, cuadro de D. Román Ribera. – Quien haya visto las *demi-mondaines*, las *salidas de baile*, los *borrachos* y los *lansquenetes* y *flamencos*, que cobran forma en los lienzos de Ribera, las admirables y delicadísimas tonalidades de los tapices y ricas estofas, no adivinará ciertamente que *La hija del colono* sea obra del mismo artista y sea la misma la paleta que haya combinado las tintas del zagalejo de la joven campesina. Esta diferencia demuestra á cuánto llega la genialidad de este artista, el campeón de la pintura de género. Román Ribera, olvidándose por un momento de los primores que brotan de su brillante paleta, dando al olvido los tipos y recuerdos parisienses, que con tanto afán dispútanse los aficionados, tomó como modelo un tipo de nuestro país, una sencilla campesina. Y cuenta que si cada producción de Ribera señala un triunfo, las que ejecutara en este género especial podrían figurar dignamente á continuación de las obras á que debe su justa y celebrada nombradía.

* * *

Desafiando el sol, cuadro de C. Girón. – Todo el valor de los pocos años se necesita para exponerse en pleno verano á los rayos del sol en medio de un campo sin árbol alguno que temple los ardores de un mediodía canicular: los cuatro personajes del cuadro que reproducimos no llegan á juntar entre todos un cuarto de siglo, y esto explica la impavidez con que aguantan el fuego que sobre ellos cae. El notable pintor francés M. Girón ha sacado gran partido de esta escena, que cien veces hemos presenciado todos, consiguiendo en el lienzo un efecto de luz intensa y uniforme, cuyas dificultades sólo al verdadero talento es dado vencer, y presentándonos cuatro tipos infantiles deliciosos, bien sentidos y con gran maestría ejecutados.

* * *

Primavera de la vida, cuadro de V. Corcos. En el número 478 de La Ilustración Artística publicamos otro cuadro de Corcos, *Mensaje de amor*, y á propósito del mismo dijimos cuánto se afana este pintor por apoderarse de los contornos y de los mórbidos relieves de las bellas formas femeninas. *Primavera de la vida* es una nueva prueba de lo que entonces consignamos: en medio de la sencillez que en la figura de la hermosa joven domina, adviértese una corrección, una pureza, una finura que exceden á toda ponderación y que sin salirse de la vida real imprimen en la pintura cierto sello de idealismo que nunca está de más en la obra de arte cuando por él no se altera la esencia de la verdad de la cosa representada.

* * *

Exposición de Bellas Artes, Agricultura é Industria en Santa Cruz de Tenerife. – Con motivo de los festejos celebrados durante el mes de mayo último en Santa Cruz de Tenerife y por iniciativa de la Sociedad de Amigos del País de esa ciudad, organizóse una notable Exposición que se celebró en los salones del edificio de la Academia de Música de Santa Cecilia. Muchas y muy notables fueron las instalaciones que la componían, figurando en ellas únicamente obras de hijos del país y productos de aquel suelo. El acto de la inauguración fué solemnísimo y brillante, y á él asistieron las autoridades superiores civiles y militares, las locales, los cónsules, representantes de todas las corporaciones y sociedades, de la prensa, del ejército y la marina, del comercio y de la industria. Nuestro grabado reproduce las ceremonias de la presentación del pendón de la conquista y de la inauguración y algunas de las más notables instalaciones que en la Exposión figuraron.

* * *

Descanso de una caravana en las puertas del Cairo, cuadro de Adolfo Meckel. – Sea para mejor defenderse de las agresiones nómadas que sólo de la rapiña viven, sea por cumplir con ello un precepto del Profeta, es lo cierto que los mahometanos rara vez viajan solos y por el contrario se juntan en numerosas comitivas ó caravanas. Una de éstas descansando en las puertas del Cairo está representada en el cuadro de Meckel, que por más de un concepto merece ser alabado; en él vemos admirablemente reproducidos los tipos árabes de las figuras, los animales, la llanura árida que se extiende alrededor de la ciudad egipcia y algunos edificios de ésta que sobresalen por encima de las murallas y entre los cuales destaca la mezquita de Kait-bey, obra construída en el siglo XV y recientemente restaurada, que es acaso el monumento más perfecto de la arquitectura árabe en Egipto. La composición es acertadísima y la pintura se ofrece á nuestros ojos llena de luz, de vida, de aire y de perspectiva y con primores de ejecución en sus detalles y en su armonioso conjunto.

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX.—ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Magdalena, con mucha viveza, según me pareció, se acercó á mi hermana, y besándola repetidas veces le dijo:

—No insistamos más, querida Juanita, pues véo que todo sería inútil; hija de marino, comprendo mejor que tú la negativa de tu hermano; y sus palabras, por otra parte, me tranquilizan. Esperaremos aquí en compañía de la señora Rochaux, puesto que tiene á bien ofrecernos hospitalidad, rogaremos á Dios por nuestros pobres ausentes, por Luis, que te será devuelto, segura estoy de



Rigault el contramaestre, inclinado sobre el bauprés, no separaba la vista del horizonte

ello, y por Pedro también, que debe correr tantos peligros... Seremos las primeras en recibir á los dos... Y cree que nuestros padres son más dignos de compasión que nosotras.

—Vamos, vaya usted, añadió, dirigiéndose á mí, y vuelva pronto; nos encontrará en el jardín, dispuestas á seguirle; únicamente pediremos que se nos permita acompañarle hasta el buque en la canoa del gobernador. No puede usted rehusarnos esto, porque con ello no se atrasará usted en lo más mínimo, y así hablaremos un poco más.

Me sorprendió que Magdalena, tan tenaz en sus resoluciones, se diese por vencida tan pronto.

¿Habría sorprendido al paso la señal de inteligencia que yo hice á la señora Rochaux, ó temía, en el fondo, embarcarse en la *Galatea* y hablar diariamente conmigo?

Yo también hubiera querido conversar largamente con Magdalena en aquella circunstancia, casi solemne, que nos reunía; me hubiera complacido saber si estaba casada ó no, y mientras estuvo hablando busqué inútilmente en su traje y en sus modales algún indicio que pudiera revelarme lo que tanto me interesaba. Nada pude deducir de la conversación, pues no se pronunció el nombre de Branges; y en cuanto al traje de luto era muy sencillo; los guantes ocultaban los dedos, que al parecer no llevaban ningún anillo.

La circunstancia de verla enlutada parecíame indicar que permanecía soltera; pero después reflexioné que aquello no significaba nada, y esforcéme por fijar el pensamiento en nuestros infelices náufragos, censurando mi olvido.

Sin embargo, la señora Rochaux, á quien había rogado en voz baja que no insistiese más, acababa de llamar á un criado, que se presentó muy pronto.

—Casambo, dijo al joven negro, conduce al señor comandante á la habitación del gobernador.

Mi conversación con el Sr. de Rochaux no fué de larga duración; le expliqué rápidamente lo que pensaba hacer, y le dí algunas indicaciones relativas á mi viaje para que le sirvieran de guía en la carta que debía escribir al ministro sobre este asunto. Después de esto despedíme de él muy pronto.

El gobernador se excusó en acompañarme hasta el Barachois, alegando que temía perturbarnos en nuestra intimidad y me estrechó las manos con el mayor afecto.

Me encaminé al jardín apresuradamente y allí encontré á Juana y á Magdalena preparadas para seguirme.

—Vamos, díjeles con verdadera alegría, porque deseaba llegar cuanto antes al desenlace, que, á pesar de todo, presentía que sería feliz; vamos, ya no falta más que ponerse en camino para llevar á cabo esta misión que proporcionará á todos tan viva alegría,... sobre todo á mí, añadí, mirando á Magdalena.

—Vamos, repitió tristemente mi hermana, luchando entre el deseo de verme marchar pronto y el de conservarme á su lado aún; pero vamos á pie.

—¿Me permitirán ustedes acompañarles?, preguntó la señora de Rochaux.

—Sí, contestó Juana; es usted demasiado amable; venga con nosotros y así no estaremos tan solas á la vuelta.

En la primera parte del camino nada nos dijimos, como sucede siempre cuando se tiene demasiado que decir; pero muy pronto mi hermana y la señora de Rochaux acortaron el paso, y halléme solo con Magdalena.

—¿Va usted á correr grandes peligros?, preguntóme rápidamente.

—No, contesté; el buque es sólido, la tripulación numerosa y se vencerán todos los obstáculos. En cuanto á Luis, se lo repito á usted sinceramente, está salvado, en mi concepto. Lo importante era saber en dónde se hallaba; averiguado esto, no falta más que ir á buscarle, y es muy sencillo...

Transcurrió una pausa y añadí:

—Lo que me admira es la conducta de mi hermana, y sobre todo la de usted. ¡Venir hasta aquí dos mujeres solas! Juana por lo menos, tiene por disculpa el naufragio de su esposo; pero usted... ha debido separarse del suyo...

—¡Oh! No es más que prometido.

—¿No se ha casado usted aún?, pregunté con tanta naturalidad como pude.

—No; esperaba á que terminase el luto por mi tía, y de pronto recibimos esta espantosa noticia.

Con bastante torpeza y sin darme cuenta de mis palabras á causa de la emoción que experimentaba, exclamé:

—El Sr. de Branges debe estar muy afligido.

Magdalena me miró un instante, y contestóme sencillamente estas dos palabras: «Yo también,» las cuales se podían interpretar en diversos sentidos.

Siguióse un breve silencio, que Magdalena interrumpió muy pronto dándome dos cartas.

—Son de mi padre, me dijo; una es para usted y la otra para Luis, si le encuentra; de lo contrario, me la devolverá.

En el mismo instante, ocurrióme una idea que picó vivamente mi curiosidad. La carta destinada á mí quemábame los dedos; no pude contenerme, y abríla.

—Si usted me lo permite,... dije á Magdalena.

La señorita de Nessey se inclinó.

Leí la carta rápidamente, y al punto experimenté indecible alegría, tal como no la había conocido hacía cuatro años. Mi primer impulso fué entregar la carta á Magdalena; pero la vi tan serena, tan fría, mirando con tal fijeza al mar, á cuya orilla nos acercábamos, comprendí tan bien que todos sus pensamientos eran para Luis y que su corazón había muerto para el amor, que me contuve... No, aquel no era el momento oportuno... Más tarde veríamos... tal vez...

Pero Juana y la señora de Rochaux nos alcanzaban; la canoa del gobernador y mi chalupa estaban dispuestas y en la rada balanceábase la *Galatea* cual si estuviera impaciente por marchar. Despedí á la ballenera y con Juana y Magdalena me embarqué en la canoa, pues la señora de Rochaux dijo que la esperaría en el Barachois, á fin de no importunar con su presencia nuestra despedida. La saludé, vivamente agradecido á su delicadeza, que había tenido ocasión de apreciar, y sabiendo que podía contar con ella mientras estuviese ausente para consolar y tranquilizar á mis bien amadas.

Juana y Magdalena no permanecieron largo tiempo á bordo. El buque estaba en pleno movimiento para la marcha, y á cada momento el segundo comandante, M. Pleber, me daba cuenta de las diversas fases de los preparativos.

—Comandante, la máquina está ya á punto de funcionar. El teniente pregunta si se pueden cerrar los portalones y sujetar la cadena al cabrestante.

A todo respondía yo: «¡Bien, que lo hagan y que despachen pronto!»

Deseaba abreviar aquellos últimos momentos, siempre tan penosos, y más aún en las tristes circunstancias que entonces nos reunían.

Habíamos hablado de nuestra madre, de los Sres. de Nessey y de Versailles; de Luis no se dijo una sola palabra, pero comprendíase que estaba en el fondo de nuestros pensamientos.

Juana quiso ver una carta marina, y en ella le indiqué con el dedo las islas adonde yo iba y en que su esposo se hallaba: eran como un punto perdido en el mapa... Juana permaneció largo tiempo inclinada, midiendo el espacio, con



En la rada balanceábase la *Galatea*

los ojos llenos de lágrimas y la vista fija en aquel pequeño punto, en una muda y dolorosa contemplación, que no quise perturbar. Magdalena miró con cierta curiosidad al principio y luego con indiferencia mi habitación, mi salita y todas mis dependencias, y sonrojóse al ver su fotografía, regalada en otro tiempo furtivamente, en un magnífico marco y en lugar preferente. Después fijó su

atención en mi diario, abierto aún sobre mi pupitre, y en la última página escrita, 18 de noviembre; sin duda cogió al paso alguna frase; pero aquellas líneas no decían nada de ella.

– ¿Qué cuaderno es ese?, preguntó. Parece una novela.

– Lo es, en efecto, contesté; y es histórica, se lo aseguro.

– ¿Cómo se titula?

– No tiene título..., pero si yo se le diera, la titularía *El fondo de un corazón.*

Magdalena sonrió, y con una expresión tristemente burlona, repuso:

– ¡Ah! El fondo de un corazón, el fondo de un corazón de un hombre... ¿no es verdad? Ya sé lo que es...

No pude menos de contestar con alguna viveza:

– Magdalena, ruego á usted que no hable así... Usted no sabe ni puede saber, se lo juro...

La señorita de Nessey fijó en mí una larga mirada; y después, como si su pensamiento distraído un instante se fijara de nuevo en su hermano, encogióse de hombros imperceptiblemente.

– ¡Bah!, repuso. No hay sentimiento formal más que la amistad, ni nada tan duradero como el afecto que profeso á mi pobre Luis, á Juana, á mi primo... y á usted.

– A todo el mundo, en fin, exclamé algo tranquilo y un poco jovial...

Después, sorprendido yo mismo de las palabras que acababa de pronunciar, mientras Magdalena me miraba de nuevo, añadí:

– Escuche usted, Magdalena; me había prometido callarme, porque el momento no es oportuno para una explicación, que en otro tiempo supo usted evitar y que yo no habría podido darle completa; pero ahora debo decir que su amistad es demasiado pesada para mí: cuando dos personas se han amado como nosotros, la indulgencia no es más que desdén, si no algo peor: ó se aborrece ó se ama siempre... ¡Usted me detesta!...

– ¿Yo?, exclamó Magdalena con un acento que hizo latir mi corazón deliciosamente.

Pero recobrando al punto su calma, la señorita de Nessey replicó:

– Cuando dos personas se han amado, es posible;... cuando han creído amarse, es diferente... Y este es el caso de usted... el nuestro... Ahora me ve al cabo de largos años, y se cree obligado á una declaración, que su conducta pasada desmiente;... porque eso es una declaración, ¿no es verdad?... Pero no, ni usted me ama á mí, ni yo le detesto... No se engañe otra vez... y no insista, yo se lo ruego: es inútil y no estaría bien, porque se podría perder lo mejor que aún queda en nuestros corazones de los recuerdos de otro tiempo: la amistad de la infancia, que por mi parte, yo se lo juro, es muy sincera...

– ¡En otro tiempo!... Si usted conociese la alternativa en que me hallaba, comprendería tal vez el extravío de nuestra última despedida... Yo estaba loco, Magdalena, y si fuí culpable, fué de haberla amado en demasía...

– El amor excesivo no hace culpable á nadie... Por eso mismo...

Y sonrojándose al evocar este recuerdo, interrumpióse para contestar al punto con más firmeza:

– Le ruego á usted que pongamos término á semejante conversación, sobre todo en este momento, ante ese mar, esa tumba tal vez, donde todos nuestros pensamientos reconcentrados deberían volar hacia Luis... Sin embargo, añadió después de una breve pausa y bajando la voz, una palabra más, la última, y que tenía empeño en decirle para que desapareciese toda nube entre nosotros... Puesto que la ocasión se presenta... Sí, es verdad, le he aborrecido;... pero después de su visita á Niza, sobre todo, me ha parecido ver en su conducta alguna cosa que no podía adivinar y que le excusaba á mis ojos... El hombre no ama como la mujer... y además, yo había sido muy culpable también y debí mostrarme menos severa... Por otra parte, basta avanzar un poco en la vida para echar de ver que muy pronto se pueden crear relaciones, contraer nuevos conocimientos; pero que las amistades de la infancia son las únicas verdaderas y durables... Entonces le perdoné, esto es lo que tenía empeño en decirle, y todo lo dí al olvido para no recordar sino el tiempo lejano en que me consideraba como una hermana y en que yo le amaba... como un hermano... ¿Me cree usted ahora? ¿No habrá producido el tiempo en usted el mismo efecto?... Vamos, déme la mano, porque esto me complacerá; pero le suplico que no pronuncie ni una sola palabra de amor, porque ya no creo en él...

Estuve á punto de exclamar: «¡Magdalena, usted me ama!»

Pero no, me hacía ilusiones; la señorita de Nessey era de aquellas que hubieran declarado altivamente su amor si hubiesen experimentado un sentimiento más vivo que aquel de que hablaba...

Todo en su actitud, serena y tranquila otra vez, decíame que era sincera, y mis ensueños de otro tiempo habían muerto ya.

Temí no encontrar más que cenizas al remover aquel pasado que yo amaba, y en el que tal vez quedaba aún, sin embargo, alguna chispa... Por lo demás, Magdalena tenía razón; todo debía borrarse ante el recuerdo de Luis, y no debíamos pensar entonces en nosotros.

Estreché la mano que me ofrecía, y repuse:

– Gracias, Magdalena. Si me ha perdonado, conservo una esperanza, á pesar de usted, pues tal vez conseguiré hacerle creer en la sinceridad de mi amor ahora, cuando Luis, á quien traeré aquí, se lo asegure él mismo.

– ¿Luis? ¿Qué quiere usted decir?

– Me ha recordado usted mi deber y mi deseo: es preciso marchar cuanto antes, pues un solo minuto es precioso, y no conviene perder ninguno. Vamos á buscar á Juana, y llévesela usted; yo se la confío porque usted es la más fuerte.

La señorita de Nessey pareció vacilar un instante; su boca se entreabrió como para pronunciar una palabra; pero después me siguió con resolución para reunirse con Juana, que parecía rezar en voz baja, con la vista fija en el lejano horizonte.

– El buque está á punto de marchar, dije á mi hermana con dulzura, besándola en la frente... Es preciso que vuelvas á tierra y me dejes partir, para que nos reunamos antes y esta vez todos.

Juana se irguió al punto sin verter una lágrima, pero con una sonrisa dolorosa que hacía temblar su labio; observó un instante mi rostro, al que yo trataba de comunicar una expresión tranquila, y después me estrechó largo tiempo entre sus brazos.

Magdalena me ofrecía por segunda vez su mano, y en ella deposité un respetuoso y tímido beso, que recibió sin emoción aparente.

– ¡Adiós, hasta muy pronto! He rogado tanto á Dios, que me escuchará, dignándose hacer un milagro en favor nuestro. ¡Que el Señor te proteja y también á todos!...

Después, dándome una fotografía, no sin besarla antes, añadió:

– ¡Su hijo!... ¡Para él!

Al separarse de mí, en el último minuto, me ha parecido que Magdalena estaba conmovida á pesar de todo: dos lágrimas se han deslizado de sus párpados, corriendo por sus mejillas, y ha vuelto la cabeza rápidamente.

A decir verdad, natural era que le hiciese llorar el recuerdo de su hermano. Pero ¿por qué ocultar sus lágrimas?...

«Un milagro,» ha dicho Juana: esa palabra que tantas veces he repetido hace cuatro años, me chocó. ¿No es ya milagro esa inesperada revelación del lugar donde se hallan nuestros queridos náufragos? ¿Habrá milagros aún?

***

A bordo de la Galatea, en el mar, 25 de noviembre de 1882

Hace ya cinco días que hemos salido de la isla de la Reunión; pienso que dentro de otros cinco habremos llegado...

Hasta aquí el mar ha sido clemente para nosotros, y he podido tomar una posición tal, que estoy seguro de alcanzar las islas Crozet sin mucha tardanza.

Hasta el 24 no sufrimos la primera tempestad; pero no fué muy fuerte ni de larga duración, pues pasó á las pocas horas.

Lo que la caracterizaba era la agitación de las olas, más bien que la fuerza de los vientos, y reconocíase bien que habíamos llegado á los vastos espacios que ninguna tierra protege... En efecto, estábamos más bajos que la punta Sud de Madagascar, habiendo pasado del paralelo del cabo de Buena Esperanza: á derecha é izquierda de nosotros, la misma inmensidad de agua que en la punta meridional de la América del Sud.

Por efecto de una repentina ráfaga del Sudoeste, muy pronto comenzamos á tener mar gruesa; la marejada abría anchos valles, que la altura de las espumosas olas preservaba del viento.

En aquellos valles líquidos veíanse petreles de plumaje pardusco y alciones que revoloteaban tranquilamente, como mariposas en una pradera, bañando en las olas con un movimiento oblicuo la extremidad de sus alas.

Con su hélice tremolante y produciendo resoplidos con su máquina, la *Galatea* franqueaba penosamente las cimas de las grandes olas, precipitándose después en las hondonadas en medio de espumosas blancuras.

En seguida formábanse otras olas más cortas, que avanzando con mayor rapidez contra la eterna marejada del Oeste, en líneas más compactas, chocaban contra ella, dividíanla y la obligaban á seguir otras direcciones, y después otras y otras.

Muy pronto el mar, de una transparencia verde en aquellos parajes, pareció coronado en todo el espacio que nuestra vista alcanzaba de innumerables crestas blancas que corrían, chocaban y confundíanse... Hubiérase creído que aquello era una ebullición submarina espantosa, cuyos glóbulos monstruosos se abrían como cráteres, estrellándose á lo largo del buque, saltando sobre sus costados y extendiéndose sobre el puente cual anchas sábanas líquidas, que se corrían de un lado á otro por los movimientos del buque.

A veces pasaban ráfagas más pesadas, que diseminando las crestas, elevábanlas y las dejaban caer de nuevo tamizadas, cual gotas de lluvia. Las jarcias vibrantes emitían sonidos lúgubres, como silbidos siniestros; y detrás, en la estela, los petreles parduscos y los alciones bañaban la extremidad de sus alas, contemplando con sus ojos redondos cómo el mar batía al gran coloso.

Las nubes de alisios, vaporosas, que atraviesan en pequeños grupos el cielo de los trópicos, demasiado monótono sin ellas, habían desaparecido desde la víspera; en el horizonte y alrededor de nosotros habíanse formado vapores más espesos, más toscos, más amarillentos, con aristas muy marcadas, como si hubiesen sido la tierra ó acaso ya montañas de nieve...

Pero muy pronto se ha moderado el viento, saltando al Oeste bruscamente.

Entonces se ha restablecido la calma en el mar, y las olas, largas y flojas, desviadas un instante, han proseguido su curso eterno. Algunas nubes de alisios han aparecido en el cielo como para darnos el último adiós, y después nos abandonaron definitivamente. En el horizonte nos rodea ese muro blanco, de color lechoso y formas recortadas, que es la bruma especial de aquellos parajes: parecen nubes rígidas é inmóviles por efecto del frío. En el cenit, de un color azul agrisado, el sol palidece.

Ya comienza á sentirse una impresión de soledad, de frío, de desolación, como si estuviéramos en un mundo expirante.

He mandado desplegar todas las velas, y á favor de éstas y del vapor penetramos cada vez más en el Sud, donde el frío es cada día más riguroso.

Los albatros han aparecido al primer golpe de viento; el primero que se presentó, de enormes dimensiones, me recordó el *rock*, el ave fantástica de las *Mil y una noches;* es la que los marineros llaman *Almirante*, porque en su plumaje de color agrisado tiene cerca de la espaldilla como dos estrellas blancas.

Ha venido á dar vueltas alrededor de nuestros mástiles, permaneciendo luego casi inmóvil por un aleteo imperceptible y mirándonos con curiosidad; después, orientando como velas sus alas articuladas, se ha dejado llevar por la brisa y le hemos perdido de vista muy pronto.

Ayer llegaron otros individuos de la misma especie en gran número, advertidos sin duda por el explorador que primero nos vió; siguen la estela del buque, dando la vuelta al mismo sin apresurarse, mezclados con los pequeños alciones y los petreles; otras aves casi tan grandes como los albatros, los *malamocs*, han venido á reunirse con este cortejo animando nuestra soledad.

Impelida por una fuerte brisa, deslízase la *Galatea* con rapidez y hiende las aguas furiosamente... Cogidos á las vergas, contemplamos con una alegría jamás satisfecha el agua que retrocede ante el buque con sordo rumor; quisiéramos apresurar nuestra marcha más aún, y á medida que nos acercamos al término tememos no conseguir el objeto.

***

Isla Hog, 1.° *de diciembre de* 1892 *(archipiélago Marion y Crozet)*

No debería desesperar en el momento en que apenas comienzan nuestras pesquisas, y sin embargo, no puedo desechar tristes presentimientos...

¿Será por la impresión que produce esa lúgubre isla, ó porque no veo realizadas mis previsiones? Yo hubiera jurado que si estaban en cualquier punto de ese archipiélago, en la isla de Hog es donde los encontraría; mas ahora estoy seguro de que no se hallan en ella... al menos vivos.

Esta mañana, después de sufrir un nuevo golpe de viento, evitando providencialmente los hielos que encontramos, hemos divisado al fin la tierra. ¡La tierra, en aquel océano que habíamos visto desierto durante tantos días! ¡Con qué emoción saludamos aquella tierra de las Crozet!

Se ha revelado á nosotros misteriosamente, como por fuerza, velada hasta el último instante.

La víspera, el sol, oculto obstinadamente hacía dos días por una espesa bruma, había brillado un momento; por la noche, el cielo se llenó de estrellas, y éstas nos permitieron determinar nuestra posición, calculando que á la mañana siguiente á eso de las ocho tocaríamos al fin en la isla de Hog. Aunque el cielo se mantenía claro delante de nosotros, por el Este elevábase de continuo el «muro blanco,» que parecía alejarse á medida que nos acercábamos.

Al fin pasó la noche; á las tres de la madrugada rayó el día, y á las cuatro hallábame ya sobre cubierta. Había enviado á los mástiles varios marineros de vista penetrante, á los que siguieron otros por su propia voluntad; y Rigault el contramaestre, inclinado sobre el bauprés, no separaba la vista del horizonte. Todos los oficiales se hallaban en la toldilla con sus anteojos en la mano... La *Galatea*, impelida por el oleaje y el viento, corría á toda vela inclinándose hasta rasar el agua.

Yo sabía que la isla Hog, que apenas cuenta doce kilómetros de longitud, tenía una altura de 600 metros: en tiempo claro como el que teníamos, debíamos divisarla cuatro ó cinco horas antes de llegar á ella; pero á las seis no habíamos visto nada aún.

Junto al buque se deslizaban espesas masas de fucos gigantescos arrancados sin duda de las islas del Príncipe Eduardo, que estaban detrás de nosotros; pero delante, nada; siempre el mar desierto y aquel mismo muro lejano...

Dieron las siete; nada todavía...

Algo inquieto, disminuí la celeridad, dando orden de recoger sucesivamente todas las velas á fin de navegar sólo con vapor. Poco á poco se produjo la calma, una calma relativa y rara en aquellos parajes: el mar se aplanó, y el muro blanco hacia la derecha parecía acercarse, mientras que en el cielo el sol palidecía...

A las ocho vimos pasar masas de fucos más compactas que antes, y aves extrañas, nada tímidas, especies de patos incapaces de volar lejos, y pájaros bobos que surgieron de repente.

Estas aves me pusieron en guardia, pues no debía estar lejos la tierra, por lo cual disminuí más aún la celeridad; el muro blanco se había alejado de nuevo ante nosotros, impelido por una ligera brisa, excepto á nuestra derecha, donde parecía tocarnos casi. Y mirándole bien desde la altura, levantando la cabeza, vimos como una montera negra, algo rugoso y sólido, sobre lo cual se cernían las nubes.

–¡Tierra á la vista por través, tierra muy alta!, gritó un gaviero desde el mástil.

En efecto, era la tierra; su cima se marcaba cada vez más; estaba muy cerca...

Entonces seguí avanzando con mucha lentitud hacia el Este, sondeando el fondo del mar; las profundidades eran considerables, y no me inspiraban la menor inquietud.

De repente surgieron bruscamente á nuestra izquierda doce grandes rocas, derechas las unas, inclinadas las otras, de formas extravagantes y plantadas en el mar á la manera de las piedras druídicas en Karnac.

Sobre su base, el mar detenido en su carrera, estrellábase furiosamente contra aquel obstáculo, produciendo sordos mugidos y cubriéndolas de espuma hasta la mitad de su altura. Aquellas rocas eran la isla de los Apóstoles: nos hallábamos en el canal que separa este grupo de la isla Hog. Muy pronto divisamos también esta última, pues solamente en su cara occidental hallábase velada por la bruma que el viento ahuyentaba y que se detenía en sus montañas. Por el Oriente, despejada ya, mostrábase entera en su horrible desnudez: pelada, rugosa, llena de asperezas, sin un árbol, sin verdura...

La emoción era profunda á bordo: algunos oficiales, ahuyentados de la toldilla por el frío de la mañana, habían vuelto á ella muy pronto; ni un solo marinero quedaba abajo; agrupados todos en el puente del buque, inclinábanse para mirar fijamente, siguiendo con ojo atento los menores detalles de aquella isla que parecía desfilar con lentitud ante nosotros.

En el lado á que llegábamos, preservado del viento por la tierra, teníamos mar serena, que sorprendida sin duda de ser tan pacífica, descargaba toda su furia contenida corriendo furiosamente por la playa, donde iba á morir en una triple serie de espumosas olas. Parecíame que por ninguna parte hubiera podido abordar allí una embarcación pequeña... Apenas quedaba libre un reducido espacio de playa, cubierto de gruesa arena negruzca, producto del desmoronamiento de los escarpados ribazos que parecían surgir de repente. En el interior, un cúmulo de conos, picos dentellados por las nieves, cráteres medio hundidos; colinas sombrías, de color rojo pardusco en su base, blancas en la cima y en sus vertientes; unos pocos valles encajonados, por donde se filtran arroyos, que vuelven á caer en el mar en forma de cascadas por encima de los ribazos; ni un solo árbol, ni arbusto, ni matorral; un poco de musgo, cuando más, y á veces alguna hierba en los espacios donde más toca el sol. En las orillas, una bahía donde se pueda resguardar un buque; solamente varias escotaduras formadas por las puntas que las aguas del mar han corroído y que muy pronto destruirán completamente.

Seguimos la ribera tan de cerca como es posible, es decir, á la distancia de quinientos ó seiscientos metros. En la popa de la *Galatea* se ha enarbolado la gran bandera de las ceremonias para que se pueda ver desde lejos.

Con la mayor atención escuchamos los más leves rumores...

Pero no se oye un solo grito ni llamamiento alguno.

En la playa se agitan pesadas moles: grandes focas y elefantes marinos nos miran con sorpresa, pero sin terror; levantan la cabeza un momento y vuelven á dormitar muy pronto, confundidos con las hembras, porque es el período del celo para estos animales.

En todas las pendientes se ven puntos grandes blancos, que á veces nos parecen hombres... Entonces detengo la marcha de la *Galatea;* miramos con ansiedad, y creemos ver brazos que se agitan y personas que corren...

¡Ay de mí! No son sino albatros, que toman impulso para hinchar sus alas y vienen á volar después sobre nuestras cabezas.

Comenzamos á desesperar; la isla es pequeña y hace ya dos horas que exploramos su contorno; si hubiese habitantes ya hubieran dado señales de vida...

Llegamos ahora ante un cabo redondeado por una doble protuberancia, cubierto de hierba muy corta, pero agradable á la vista: le bautizamos al punto, poniéndole por nombre «Cabo Verdoso,» y al doblarle vemos detrás, junto á un arroyo, una cabaña herméticamente cerrada. Es la «Casa de los víveres,» construída hace diez años por los marinos ingleses del buque *Comus.*

¡Ni en la playa ni en el umbral de la caseta se veía un alma!...

Entonces acosáronme negros presentimientos...

Si se hallaban los náufragos en aquel archipiélago, aquí debería encontrarlos; no me es posible desechar esta idea.

Voy á proseguir la exploración y después anclaré delante de esta cabaña, tan cerca como me sea posible, sin exponer mi buque á grandes riesgos... Después iré á tierra, buscaré... y no estaré seguro hasta que haya abierto la puerta de esa cabaña... ¿Quién sabe qué espectáculo me espera?...

Había llegado á la punta Sud, que una roca desprendida prolonga á manera de centinela avanzado, cuando de repente sobrevino la bruma. Llegaba por el Oeste, después de franquear las gargantas de las colinas, en forma de largos filamentos desgarrados, que uniéndose rápidamente descendían hasta la orilla del mar como velos de gasa, que otros iban á cubrir de continuo... Muy pronto la obscuridad sería profunda y tan sólo tuve tiempo para acercarme otra vez á la «Casa de los víveres,» mientras la distinguía aún, y anclar apresuradamente en plena costa, casi en plena mar...

Las gasas se espesaban, cubríanse unas á otras, y bajando de las alturas acumulábanse en los valles, en la playa, en el mar, hasta que al fin nos rodearon. Entonces los curiosos abandonaron el puente de la *Galatea*, y reinó el más absoluto silencio, así en el buque como á su alrededor; silencio lúgubre, turbado tan sólo por el rumor monótono de las olas al estrellarse contra las rocas...

Ha llegado la noche sin que fuera posible enviar una embarcación á tierra. En el momento en que el sol iba á ponerse, se desencadenó bruscamente el viento, y rasgando la niebla, arrastróla consigo... Entonces todas las islas del archipiélago se nos aparecieron á la vez, bajo la radiación del sol poniente; los Apóstoles al Norte, los Pingüinos al Sud; por el Este, muy lejos, las cimas de la gran isla de la Posesión, confundidas con las de la isla del Este, sobre la cual se proyectaba, y muy cerca de nosotros la isla Hog, cuyos menores detalles distinguíamos.

El espectáculo no ha sido de larga duración; las otras islas han quedado ocultas muy pronto, continuando visible tan sólo la que tenemos próxima, la de Hog, como si renunciara á ocultarse ahora que la tenemos bajo nuestro dominio.

Mañana á primera hora apenas raye el día, si es posible abordar iré á tierra...

Confieso que apenas pienso ya en Juana y Magdalena, ni en esa carta del Sr. de Nessey que tanta alegría me causó, ni en mi madre, ni en nada, ni aun en Luis particularmente. Le confundo con los otros náufragos;... hay trece hombres que ocupan igualmente todos mis pensamientos, y no habrá verdadera alegría para mí hasta que los haya encontrado.

***

Isla Hog (archipiélago Marion y Crozet), 2 de diciembre de 1882

Durante la noche y esta mañana ha soplado un viento tempestuoso; de modo que hubiera sido una locura empeñarse en desembarcar... Bastante hemos tenido que hacer para asegurar nuestro buque... No pudiendo ponerme en comunicación con tierra, he mandado disparar un cañonazo de cuarto en cuarto de hora, por si acaso los náufragos han emprendido una excursión al interior.

A mediodía ha mejorado el tiempo; y en una lancha tripulada por mis mejores marineros me he dirigido hacia la playa, acompañado de dos oficiales, los Sres. Blanc y Coignet. Allí hemos descubierto un ángulo donde el mar, detenido por las rocas y las masas de fucos, permitía abordar sin gran riesgo. Algunos elefantes marinos, impotentes en tierra, nos han enseñado los dientes, gruñendo á nuestro paso; pero sin hacer caso de ellos nos hemos precipitado hacia la caseta, situada en una pequeña altura... La puerta estaba en la parte de atrás, abierta, destrozada; . en el interior vimos cajas rotas, todas vacías; pieles



Con Juana y Magdalena me embarqué en la canoa

de foca colgadas de clavos; en un rincón, plumones de albatros esparcidos por el suelo; en medio del recinto, dos piedras ennegrecidas por el fuego, y alrededor una especie de escudillas formadas por una concha sujeta á un hueso de ave...

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS PÁJAROS CANTORES MECÁNICOS

En nuestros anteriores artículos sobre los autómatas (1) hemos citado ya aquellos que representan pájaros y que imitan, no sólo los movimientos, sino



Fig. 1. Pájaros cantores mecánicos del siglo XVIII

que también el canto peculiar de cada uno de estos animalitos. Hoy vamos á describirlos, debiendo empezar por consignar que una gran parte de las explicaciones que daremos las debemos á la amabilidad de M. Bontems, hijo y continuador de M. Blas Bontems, inventor de casi todos los perfeccionamientos que sucesivamente se han ido introduciendo en esos ingeniosos mecanismos.

Los primeros pájaros automáticos datan de muy antiguo, y de ellos existe un notable ejemplar en el Conservatorio de Artes y Oficios de París; la fig. 1 representa dos de estos pájaros cantores del siglo pasado, que están encerrados en una jaula, en cuya base está contenido el mecanismo.

Hoy la construcción de pájaros cantores automáticos ha alcanzado un alto grado de perfección.

Hablemos primero del aspecto externo de esos pequeños autómatas y del modo como se presentan. A primera vista, el pájaro que luego nos dejará oir sus hermosos trinos se parece exactamente al pájaro verdadero, de cuyas plumas se cubre, ora represente un sencillo ruiseñor, ora se adorne con el brillante plumaje del ave del paraíso. En punto á modelado y á naturalidad, no puede pedirse más al arte del naturalista preparador: las actitudes de cada especie han sido cuidadosamente estudiadas y nada dejan que desear aun á los ojos del ornitólogo más meticuloso. Algunos de estos pájaros van encerrados en una jaula ó están colocados sobre una rama; otros, puestos en un árbol, saltan de rama en rama, sin que pueda verse la pequeña varilla, montada sobre un vástago y oculta entre las hojas, que los hace mover de un lado á otro; otros pueden ser colocados encima de un mueble (fig. 2) ó en el centro de un cesto de flores. Los hay también (en este caso han de ser pájaros moscas) que van ocultos en una caja para rapé (fig. 4) y que al abrirse la tapa de ésta aparecen de repente y se ponen á cantar, desapareciendo y cerrándose la caja por sí misma en cuanto el canto ha terminado. Las cajas de rapé en que están encerrados tienen todos los adornos que se quiera, nieles, dibujos japoneses en plata ó en oro, cincelados, repujados, incrustaciones, pinturas, etc. Todos los estilos de ornamentación han sido utilizados en ellas, pero muy especialmente el Luis XV y Luis XVI en plata dorada.

Otro modelo muy ingenioso es el que presentamos en forma de pistola (fig. 3); apuntando el arma y oprimiendo el gatillo, el pájaro que permanecía dentro del cañón sale, canta y vuelve á meterse en él.

Los primeros pájaros cantores que se fabricaron sólo movían el pico y fingían cantar ó dejaban oir una pieza cualquiera, merced á un organillo ó caja de música, y como no los había más perfeccionados, la gente se contentaba con ellos, aunque á la verdad no producían ilusión alguna. De la época de Luis XV existen varios ejemplares de este género.

El invento de los verdaderos pájaros cantores y los perfeccionamientos que en ellos ha ido introduciendo M. Bontems han consistido en reemplazar la caja de música por el verdadero canto de los pájaros y en dar á éstos una apariencia completa de vida, habiéndose llegado á reproducir el canto de todos los pájaros, lo cual nos ha permitido oir á todos los artistas alados con el repertorio propio de cada uno de ellos: el ruiseñor, el mirlo, el pinzón, el canario, la curuja, la alondra, el jilguero, el bubrelo, y los exóticos como el tangara, el septicolor, el guit-guit, el ignicolor y otros.

Vamos á explicar el principio del mecanismo con que se ha logrado reproducir las modulaciones del canto de los pájaros, debiendo observar que para todos estos el mecanismo es siempre igual.

La fig. 5 representa el conjunto del aparato en sus partes principales. El motor ó movimiento de relojería, que consiste especialmente en un muelle encerrado en un tambor, está colocado en M y es el mismo motor que sirve para los autómatas en general: pone en movimiento un eje A que tiene, como en los otros autómatas, una estrella ó excéntrico B que comunica por medio de las palancas D y las varitas HH el movimiento al pájaro. Estas varitas hacen girar la cabeza, abrir el pico, mover la cola, batir las alas, movimientos todos que no se producen al azar durante el canto, sino que están combinados con los trinos que en el mismo instante emite el pájaro. Estos trinos se obtienen del modo siguiente: la misma varita ó eje que mueve la estrella hace al propio tiempo rodar dos ruedas acopladas C que irregularmente dentadas accionan con sus dientes, cuyas longitudes están debidamente calculadas, el pistón ó silbato núm. 3 por medio de la varita G y el regulador del fuelle F por medio de la varita E, de modo que cuanto más largos son los dientes que pasan más tiempo permanece abierta la válvula ó en acción el fuelle núm. 2: el movimiento de los dientes se transmite á las varitas G y E detrás del sustentáculo S.



Fig. 2. Pájaro cantor mecánico, de construcción moderna

Ya se comprenderá por lo dicho que el canto del pájaro puede variar mientras las dos ruedas C no han dado la vuelta completa, y que una vez realizada ésta, vuelve á empezar. En estos aparatos se ha introducido un perfeccionamiento, que consiste en colocar en el mismo eje en vez de un par de ruedas tres pares, puestas de modo que cuando un par ha terminado su cometido, ocupa su lugar el par siguiente por la acción de una rueda de disparador.

Para completar esta explicación, diremos que la intermitencia en el canto se produce por medio de la palanca P que obra sobre el fuelle.

El aparato que dejamos descrito es el mismo para todos los pájaros: más ó menos grande, más ó menos fuerte, colocado en un sentido ó en otro, según el espacio que queda libre en la pieza mecánica: el principio en que el mecanismo descansa no varía nunca. En cada pájaro, sobre todo cuando se trata de crear un nuevo canto, el punto delicado del ajuste es el silbato, ayudado por el fuelle y por el pistón que imprimirá al canto su verdadero carácter y lo modulará para que resulte rápido, lento, agudo ó grave: el silbato, como se comprenderá, puede ser de distintas dimensiones y tener un escape de aire más ó menos rápido, causas todas que modificarán sus efectos.

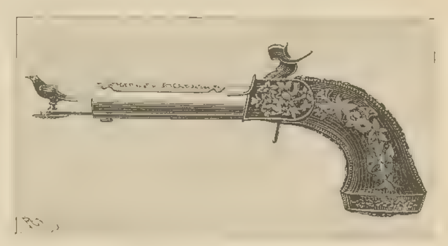


Fig. 3. Pájaro cantor mecánico que sale de una pistola

Hemos dicho que en las cajas para rapé, pistolas y otros pequeños objetos, en los cuales se ha conseguido encerrar un pajarillo cantor con su mecanismo, la salida del pájaro y el canto del mismo se consiguen con sólo abrir aquéllos, porque en tales casos no se trata de producir ilusión, sino más bien asombro. En los demás pájaros, siempre visibles, basta oprimir un gatillo colocado detrás de la caja M para que la máquina se ponga en movimiento ó se pare.

Ya se comprenderá que este gatillo no produce su efecto sino después de haberse dado cuerda al aparato.

El pequeño cantor mecánico, cuyo plumaje nada deja que desear, colocado en su jaula ó en una cesta de flores, produce la ilusión completa de la realidad.

EL PRESTIDIGITADOR ALBER

***

CREACIÓN DE ESTACIONES METEOROLÓGICAS OCEÁNICAS

El príncipe de Mónaco ha manifestado á la Academia de Ciencias de París su intención de promover la reunión de un congreso meteorológico, compuesto de delegados de las naciones más interesadas en las cuestiones marítimas, con el objeto de determinar la marcha de las observaciones meteorológicas que han de hacerse en diversas estaciones meteorológicas que se crearán en las Azores, en las islas de Cabo Verde, en las Bermudas y aun en las Canarias y en Madera. Estas observaciones permitirían de fijo fundar la predicción de las tempestades en documentos bastante extensos, y dar así á este importante servicio una exactitud que hasta ahora no ha tenido. Las Azores no están aún en comunicación con ningún continente, pero esta laguna habrá desaparecido el año que viene, siendo desde enton-

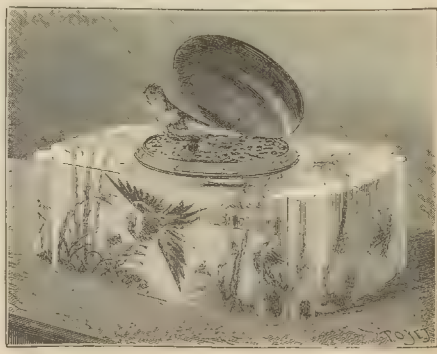


Fig. 4 Pájaro cantor mecánico en una caja para rapé

(1) Véanse los números 505 y 517.

ces posible conocer en cualquier momento la marcha de las perturbaciones atmosféricas que se desarrollen en el Atlántico por medio de telegramas expedidos de Cabo Verde, de las Antillas, de las Bermudas y de las Azores. En efecto, las islas de Cabo Verde están situadas no lejos de la región donde nacen la mayor parte de los grandes ciclones que pasan por la América del Norte y que desviándose luego hacia el Este llegan á las costas de Europa. Las islas Bermudas se encuentran igualmente en situación muy ventajosa, desde el punto de vista de nuestro continente, porque puede afirmarse que la mayor parte de las perturbaciones cuyo centro ha pasado por las cercanías de dichas islas afectan á Europa. Finalmente, las Azores, que por su posición están casi en el centro de las curvas trazadas por el movimiento de las giraciones atmosféricas del Atlántico, se imponen como tercer centro. El príncipe de Mónaco propone utilizar el monte Pico, cuya altura sobre el nivel del mar es de 2.222 metros, para instalar en él una estación que proporcionaría indicaciones preciosas sobre la circulación de las capas superiores de la atmósfera. El Observatorio de Mónaco se encargaría, bajo la dirección de M. Gueirard, de centralizar todas estas observaciones oceánicas y de deducir de ellas las predicciones oportunas, aunque todo hace suponer que no se limitaría á esto solo el concurso de aquel principado.

(De *La Nature*)

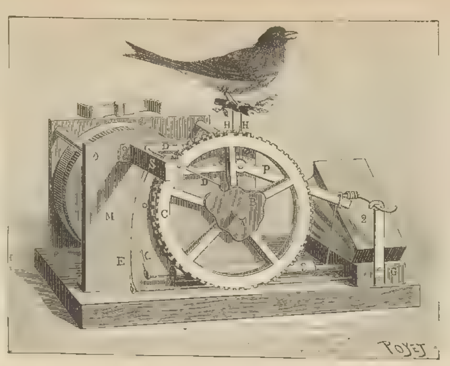


Fig. 5. Mecanismo de un pájaro cantor

LA FLORA EUROPEA

El número de especies de flores cultivadas en Europa es de 4.200: de éstas 400 despiden un perfume agradable; en cambio muchísimas más desprenden mal olor cuando se frotan las flores ó las hojas. Desde el punto de vista del color 1.124 especies producen flores blancas, 828 flores encarnadas, 594 flores azules, 308 flores moradas y 230 flores multicolores. De modo que el color blanco es el que predomina en las flores de nuestros cultivos.

LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

Los cuatro soles, poema por *Cecilio A. Robelo.* La cosmogonía nahoa, de los primitivos habitantes de México, ha inspirado al reputado escritor mexicano un bellísimo poema, escrito en armoniosos versos libres, lleno de poesía, como todo lo que los pueblos naturales concibieron para explicarse la formación del universo, y completado con notas interesantes que facilitan la inteligencia del argumento y amplían los conceptos que las exigencias poéticas impiden detallar en el cuerpo de la composición. Este poema, dedicado al Congreso de Americanistas que ha de celebrarse en España en 1892, ha sido publicado por el impresor Luis G. Miranda, de Cuernavaca (México).

Un viaje por Levante, conferencia política por *D. Rafael María Labra.* - Infatigable propagandista de las ideas democráticas, elocuente orador, ilustre jurisconsulto, sabio y concienzudo escritor, cuanto pronuncian los labios ó escribe la pluma del Sr. Labra tiene gran interés para los que atentos siguen el movimiento político y literario de nuestra patria. Tiénelo por consiguiente, y no escaso, el discurso que hace poco pronunció en el Círculo republicano centralista de Madrid, y en el cual, al par que da cuenta de su última excursión por las provincias de Levante, expone con su elocuencia y profundidad de ideas acostumbradas consideraciones muy meditadas sobre los más importantes problemas políticos y sociales contemporáneos.

Cuatro tiros, por *Eugenio Sedano y González.* – Este episodio á vuela pluma, como le califica su autor, es una interesante y sentida narración corta que constituye una justa censura contra ciertas leyes terribles del código militar. De él se ha hecho una tirada de sólo 200 ejemplares, que han sido publicados en Sevilla.



DESCANSO DE UNA CARAVANA EN LAS PUERTAS DEL CAIRO, cuadro de Adolfo Meckel

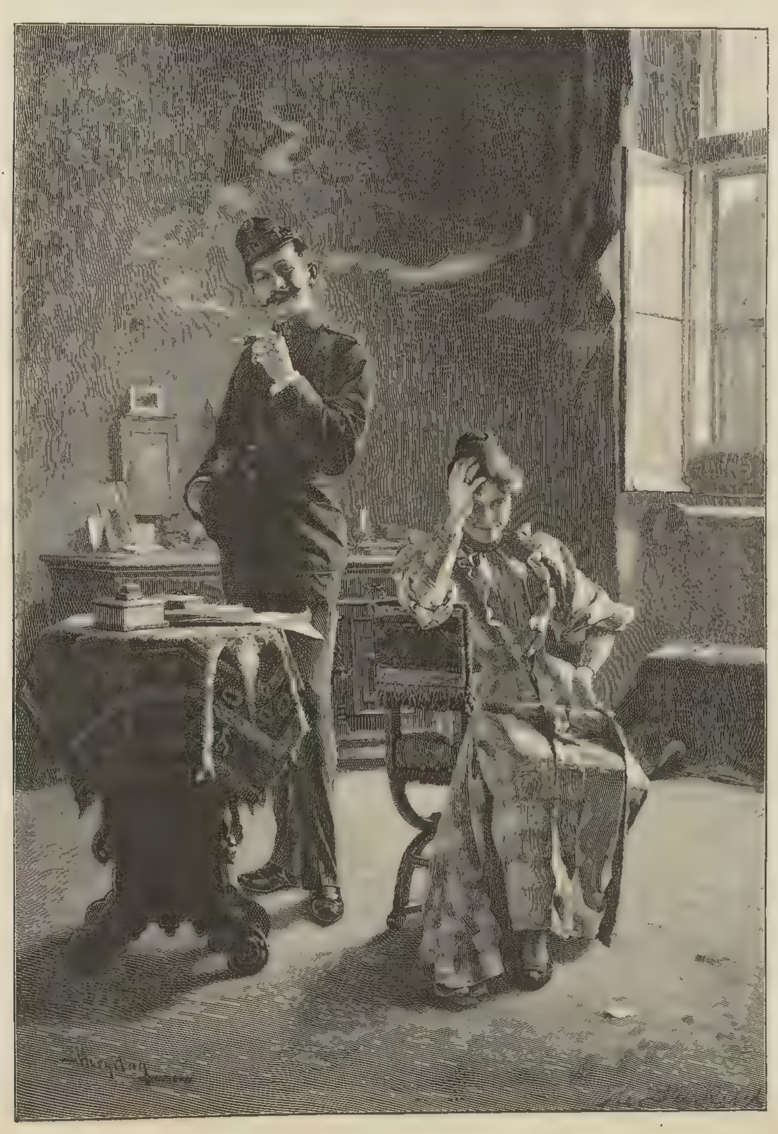
Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 8 de agosto de 1892 — Núm. 554

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS MAESTRAS DEL PINTOR HÚNGARO TIHAMER DE MARGITAY



LUNA DE MIEL, cuadro de Tihamer de Margitay

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Un artista á quien yo estimo y reverencio por las grandes cualidades que como tal artista y amigo posee, me escribe rogándome que amplíe una idea por mí apuntada en el anterior artículo de esta sección, referente al nuevo ideal de la belleza femenina. Decía yo allí hablando de la mujer griega y de la de nuestros días: «Reparemos en la estructura de la mujer de entonces: cara redondeada, hombros anchos y redondos, seno pequeño y turgente, esófago acusado, cintura ancha, pies y manos largos. Reparemos la mujer de nuestra época, principalmente la urbana, la que vive en estos grandes centros de cultura: cara oval, cuello fino, talle estrecho y largo, la curva de las caderas que se acentúa de un modo grande hacia su inserción con la que desciende dibujando suave arco hasta la cintura, pie pequeño, mano nerviosa, casi flaca.

»Ahora pregunto yo: ¿cuál es la razón para rechazar este tipo de belleza y considerarle como indigno de ser copiado por el artista? ¿Cuál es la razón, ni de qué orden ni género, que trastorna de tal modo la lógica y el criterio estético de ciertas gentes, empeñadas en hacernos creer que pueda existir un tipo de belleza único é insustituíble, siendo así que ni conocieron el pueblo que produjo ese tipo, que ellos tienen por insustituíble, siendo como son clásicos é idealistas fervientes defensores de las doctrinas de Cristo?...» La idea queda reducida á lo siguiente: ¿Es ó no aceptable para la reproducción plástica (pintura, escultura) la mujer del día?

Muy lejos estoy de creer que pueda negar nadie, absolutamente nadie, la evolución del sentido estético, ora sea avanzando, ora estacionándose, ora retrocediendo como en los siglos medios, y que esas evoluciones se verifican, no tan sólo por la influencia de la cultura de las ideas, sino por la modificación de la especie humana. Suponer que el prócer del hoy, descendiente del altivo y terrible castellano del ayer, que así humillaba la cerviz ante el *Ermitaño*, como de un revés de su mandoble segaba la cabeza de un toro, puede servir al artista para trazar la figura del cruzado, del ascendiente que con el francés Luis y con el fornido y casto Godofredo y con el atlético Corazón de León combatió frente á San Juan de Acre y aplastó con su maza los cráneos á cien turcos en el asalto de Jerusalén, paréceme cosa tan imposible como leer en noche sin luna estas líneas.

Cuando Grecia toda, y especialmente Atenas, veía surgir del mármol sus héroes y dioses; cuando Roma poblaba calles y plazas de estatuas de bailarinas y gladiadores, la forma, el ideal de la belleza de la forma humana, estaba en perfecta concordancia con la educación física y moral de ambos pueblos, con su organismo social, con su cultura, con su religión en fin. La vida intelectual, con haber alcanzado altura grande, sin embargo, limitábase á un número relativamente pequeño de conocimientos y no trascendía tampoco de cierta clase; no tenía expansión apenas, y por lo tanto, no ejercía esa influencia enervante que la multiplicidad de los conocimientos modernos ejerce en el hombre del día, llevándole al neurosismo, al desequilibrio, no solamente de las fuerzas físicas con respecto á las psíquicas, sino de unas partes del cuerpo con relación á las otras. Erale menester al ciudadano como al liberto y al esclavo cuidarse más de nutrir y desarrollar sus músculos, sus fuerzas, que de nutrir su inteligencia. Comparemos el arte de la guerra de entonces con el arte de la guerra de hoy: nuestros soldados caerían rendidos, extenuados, así bajo los rayos del sol asiático, abrasándoles la cabeza recubierta por el pesado broncíneo casco, como yertos por la glacial temperatura del Norte de Europa; no resistirían tampoco las penosas jornadas que necesitaban hacer, para saliendo de Roma ir á domeñar los terribles hijos de la nublosa Britannia. El más brioso de nuestros *sportmans*, sería incapaz de regir una cuadriga en la carrera de carros ó habría de morir estrellado y pisoteado. Los más fornidos de nuestros jóvenes á duras penas resistirían cinco minutos cualquiera de los juegos atléticos, de aquellos juegos pírricos donde la carrera vertiginosa era el más sencillo de todos. Y estos hombres eran los engendradores de otros que se educaban bajo el mismo régimen social; y la matrona, como la jovencilla, madre é hija y hermana de ese hombre fuerte y arrogante, plásticamente, si en menor escala, también cuidaba de su desarrollo físico en el gimnasio, como en la terma y aun en el circo.

Háblanme de la serenidad y majestad de la belleza clásica, é incluyo la del arte romano, como de cosa que desapareció para siempre con la intrusión del arte moderno realista; pero ó no han meditado bien los que tal dicen, ó no quieren meditar acerca de la causa que produjo esa majestad de la estatuaria pagana. Esa majestad, esa serenidad existen hoy en la obra artística (hablo de la plástica), si bien no son debidas al mismo sentido estético. El hombre, como la mujer, en los tiempos de Sócrates, como en los de Cicerón, amaban la belleza de la forma, y la fuerza y la resistencia físicas. Precisamente el origen de la sociedad greca y casi pudiera decirse de la romana, pero sobre todo de la primera, arranca del arte que canta á héroes, convertidos en dioses y semidioses por los poetas. Y estos héroes, hombres de hercúleas fuerzas, de estentórea voz, de pasiones violentas, pero humanas, son los vencedores en la contienda entablada entre el libre albedrío y la dignidad del hombre y los hieratismos del misterioso fatalismo de las religiones asiáticas. El telurismo con sus negruras filosóficas y religiosas, representadas por monstruos y horrendos mitos, por crueles leyes que esclavizaban anulándola la voluntad del humano, queda vencido en la batalla que inmortaliza el célebre relieve *La gigantomaquia*. El antropomorfismo es el concepto más alto de la sociedad helena. La línea majestuosa y perfecta de la estatuaria griega representó desde el punto de vista religioso, como del artístico, la regeneración de la humanidad, que rompe las cadenas á que le tenía sujeta *La fatalidad*, lo insondable, y recaba para el espíritu eminentemente artístico del griego el goce estético de la supremacía de la forma humana sobre la teológica y convencional de los mitos de los pueblos del Asia y del Africa.

Paulatinamente y por modo natural perfectamente lógico, leyes y costumbres inspiráronse en ese sentimiento de amor á la naturaleza y á los goces con que brinda al hombre. Por otro lado, era preciso sostener las luchas inherentes al desenvolvimiento y crecimiento de un pueblo tan distinto de los del resto del mundo entonces conocido, y la resistencia física se imponía doblemente. Licurgo en Esparta cuida de que la reproducción de la especie se efectúe dentro de las mejores condiciones físicas, y prohibe al hombre la unión sexual hasta transcurridos los veinticinco años; manda arrojar al mar al feto deforme, enclenque ó imperfecto. Solón en Atenas, si no dicta leyes tan extremas, propone, sin embargo, medidas que hoy un médico podría llamar código del desarrollo de la especie humana. La higiene y la gimnasia ocupan al ciudadano ateniense la mitad del día. Los premios al hombre ó á la mujer mejor formados, como á los más resistentes en los juegos corporales, son disputados con empeño. La apoteosis de la belleza física tuvo lugar en aquel pueblo donde la dictadura de Pericles, como la de los célebres tiranos que formaron por espacio no ciertamente pequeño de tiempo el gobierno de la república, se olvidaba con la sola contemplación y goce de la belleza. La sensualidad hizo de los griegos atenienses primero y de los espartanos más tarde ardientes defensores de la belleza física. Con Platón y Aristóteles vivos no dejaron, sin embargo, de acudir á las cátedras que mujeres como Aspasia tenían en sus moradas, donde con el bien decir, la oratoria y la poesía se enseñaba á amar, á cuidar de la conservación de la forma, á procurar el goce de la materia.

Trasladémonos de un salto á la Edad media, á la sociedad cristiana por excelencia. Baños, juegos circenses, policía del cuerpo, todo desaparece arrollado por el hombre místico, por el hombre que tan sólo piensa en combatir noche y día al enemigo de la religión, y con arreglo á los mandatos de la doctrina de la iglesia católica mira y considera la carne como á enemigo terrible, del cual debía guardarse más que de la cimitarra. La teología católica le enseña á despreciar la tierra para no pensar más que en la vida eterna. La naturaleza no inspira al poeta ni al artista. La forma humana desaparece bajo amplias talares vestiduras ó recubierta de mallas de hierro y cuero. De aquí surge con la concentración del pensamiento el hombre que podríamos llamar psíquico, espiritual. La especulación de la filosofía cristiana va abarcando poco á poco extremos desconocidos para las sociedades paganas y descubriendo fuerzas nuevas en el espíritu que poner al servicio de una sociedad formada para la expansión intelectual; expansión que había de llegar á revelarse pujante en el Renacimiento, echando mano de todas las fuerzas acumuladas por el hombre de todos los tiempos, puesto que ha de cumplirse eternamente la ley de la solidaridad.

Echemos una mirada á la belleza plástica de los días de Rafael y Miguel Angel, los genios que pretenden resucitar el amor á la forma, como, en efecto, en parte lo logran. Comparemos la estatuaria del renacimiento italiano, la más bella, desde el punto de vista que lo miran cuantos suspiran por la línea de los clásicos. Veamos si con la *Noche*, la *Justicia*, el *Dolor* ó con el mismo *Perseo* de Celini ó el *David* del Buonarrotta podemos alcanzar á formar una estatua de tan justas proporciones y del tipo que la *Venus de Milo* ó del mismo del *Gladiador* de Rávena. No. En vano no habían pasado siglos y siglos, y leyes y sociedades, cuyo espíritu modificara costumbres y usos. Generaciones tras generaciones vinieron sufriendo influencia diametralmente opuesta á la que informara la sociedad pagana. Ésta si atendía á la vida intelectual, era siempre desde un punto de vista perfectamente en armonía con el principio constitutivo, esencialmente material, humano, y por lo tanto la naturaleza en primer término era atendida y sus leyes acatadas; así lo exigía también la vida social de entonces. Pero la sociedad cristiana, formada precisamente para la vida eterna del espíritu, por compensación extrema abandonó, mejor dicho, repudió el cuerpo y la naturaleza toda para dedicarse exclusivamente á la formación del hombre espiritual; y comenzando tan sólo por estudiar el modo de alcanzar la soñada perfección cristiana, concluye por la investigación científica y filosófica, cimentando así la verdadera y absoluta libertad del ser humano, cuyo pensamiento vuela en todas direcciones, explorando lo hasta entonces obscuro ó desconocido, haciéndole comprender que reside en él otra personalidad cuya belleza en nada cede á la física, antes por el contrario, le presta fulgores y contornos no entrevistos por el arte pagano.

Claro está que con el desarrollo moral, el material fué paulatinamente modificándose en el sentido de una delicadeza y blandura de contornos, de una cierta laxitud en los movimientos y de un desarrollo del cráneo, que contrasta notablemente con el tipo que hasta nosotros llegó estereotipado en pinturas y esculturas del hombre de Grecia y Roma paganas. Y vengamos á nuestros días. Si la labor intelectual era grande ya cuando el Renacimiento, y merced á esa labor la sociedad entonces adquiría una fisonomía tan distinta de la medioeval y el individuo se modificaba psíquica y físicamente, obedeciendo á esa evolución y transformación, el gusto estético, acorde con el valor que en la obra plástica adquiriera el hombre moral, le encontró perfectamente armónico con la metamorfosis física realizada por los usos y costumbres que la cultura había realizado.

Esto así, escuetamente expuesto, quizá parezca sofístico. En verdad que no hay nada más fundado ni efectivo. Dentro del atildamiento y exquisitismo á que nos condujo la civilización, no cabe suponer un hombre culto, un sabio, un artista con las manos anchas, callosas, los brazos, las piernas y el torso rudos é inflexibles á cualquiera de los múltiples movimientos á que le sujeta el estudio, el trato de gentes, la sociedad en fin. Veamos si no el deplorable efecto estético que causa ver algún actor en la escena con maneras y ademanes de patán (que no otra cosa eran los héroes griegos) y haciendo por acaso el papel de galán joven ó de hombre de mundo. Pues hagámonos la misma cuenta si viésemos una de las más robustas y jóvenes labradoras ó pescaderas de nuestras costas, no vistiendo el traje de la dama, sino marchando por entre la multitud por calles y paseos, rebelde á toda flexibilidad y á todo acto que necesitara de la flexibilidad de sus músculos de hierro. Podría y podrá el artista admirar allí una belleza desde aquel extremo que al conjunto de la belleza material (por supuesto con deformidades de los extremos) atañe, pero tengo por seguro que no le serviría para representar en el mármol ó en el lienzo el más pequeño de los conceptos psíquicos que hoy tenemos formado, no ya de las ciencias ó de las artes, sino de la dignidad humana, que se revela clara y terminante, así en el rostro como en el resto de la persona.

R. Balsa de la Vega

1.° de agosto de 1892



TIHAMER DE MARGITAY

TIHAMER DE MARGITAY

CÉLEBRE PINTOR HÚNGARO

Las alabanzas que se prodigaron á la magnífica colección de cuadros húngaros presentados en la Exposición de Bellas Artes del Jubileo de Berlín en 1891, correspondían por igual á los más diversos géneros: retrato, historia, paisaje y costumbres contemporáneas. Los lienzos que tenían por asunto estas últimas sorprendieron especialmente por la gracia y finura con que los temas eran tratados y por la ausencia absoluta de chocarrerías y de recursos de mal gusto. Podrá haber en Hungría materia para tales pinturas, pero lo cierto es que los artistas que á aquel certamen acudieron hicieron caso omiso de ella y se presentaron ante el público alemán y extranjero con una serie de excelentes trabajos que deleitaron, así á los inteligentes como á los profanos, á los primeros por la seriedad artística de las obras, á los segundos por los asuntos de éstas, ora alegres, ora sentidos y siempre encantadores.

Entre los pintores que mayor interés despertaron figura Tihamer de Margitay: su nombre no era desconocido, conocíanse algunos trabajos suyos, y las reproduciones de sus obras por medio de la fotografía y del grabado habíanle conquistado gran popularidad en Alemania. Pero puestos sus cuadros entre los de sus compatriotas, produjeron mejor efecto que confundidos en el galimatías de otras exposiciones, como hasta entonces habían estado, y el público hizo de ellos grande y merecido aprecio y vió en su autor un artista ingenioso y ocurrente, un observador profundo, un carácter alegre, que resueltamente entraba en los asuntos de la vida moderna, estudiábalos atentamente y retenía cuanto en ellos pudiera ser materia aprovechable para el artista.

Margitay, en efecto, ha demostrado con un gran número de cuadros que sólo en el espíritu moderno halla verdadera satisfacción á sus gustos y tendencias y casi siempre ha sabido evitar con fortuna los escollos de la exageración: y quizás el único reproche que pueda dirigírsele es el de que en la disposición de sus composiciones aparece á veces demasiado visible la ordenada mano del artista, poco en armonía con la libertad propia de las escenas, lugares y tipos que le han servido de modelo. En sus cuadros no permite que el espectador pueda interpretar á su gusto la escena representada, sino que quiere producir con todo el vigor posible en el público la impresión que de antemano él ha concebido.

El mundo que reproduce Margitay es en extremo limitado: circunscríbese principalmente á la clase media acomodada, con todas sus virtudes, debilidades y preocupaciones, y á los que se encuentran en la línea divisoria del salón y de la bohemia. En las variaciones sobre estos caracteres y en la hábil combinación de las distintas figuras típicas estriba la verdadera potencia artística de Margitay.

Mientras fué alumno de las Academias de Budapesth y de Munich, es decir, en los comienzos de su carrera, cultivó el genero histórico; pero después de un viaje de estudio que emprendió por Italia, fué el Margitay que desde hace algunos años conocemos.

Su primera obra fué el cuadro titulado *Irresistible*, que le valió renombre universal y en el cual está admirablemente pintado el tipo de conquistador que cree que ninguna mujer podrá resistir á sus atractivos. Siguieron á éste otros cuadros en todos los cuales está magistralmente retratada la clase media: citaremos entre ellos *Un buen partido*, *Calabazas*, *Luna de miel*, *Una boda interrumpida*, *Los dos hermanos* y otros muchos que en gracia á la brevedad no mencionamos.

Margitay desciende de una familia de la antigua nobleza húngara y es hijo de un rico propietario del comitado de Szabolsc: después de terminados sus estudios en los gimnasios de Debreczin y Budapesth, quiso su padre que abrazase una carrera, pero pudo más en él su amor al arte que el deseo de obedecer paternales consejos. Tres años pasó en Budapesth dedicado á sus estudios artísticos, transcurridos los cuales se fué á Munich, donde estudió bajo la dirección del profesor Seitz: las muchas distinciones de que fué objeto durante este período atestiguan que su talento artístico fué muy pronto reconocido. Posteriormente ha alcanzado envidiables honores; pero el mejor premio conquistado por él es indudablemente la gran popularidad que sus cuadros le han valido.

Margitay reside en Budapesth y su hermoso taller es una de las curiosidades más notables que pueden visitarse en la capital de Hungría.

(De la revista alemana *Moderne Kunst*)



Estudio, de Tihamer de Margitay

DIÁLOGOS MATRITENSES

LAS OFICINAS

– ¿Está ya puesto el oficio para el gobernador?
– Sí, señor, aquí está.
– Veamos... ¡Hombre! Habana se escribe con hache.
– Diré á usted, hay casos...
– ¡Qué casos ni qué ocho cuartos! Habana siempre con hache.
– Dispense usted, abanico se escribe también sin hache.
– ¿Y eso qué tiene que ver? ¿Usted no ha leído en la ortografía que las haches se ponen?..
– En donde uno quiere.
– ¡Ca, hombre!.. Se ponen donde se deben poner.
– Enterado, Sr. D. Tomás.
– ¡Jesús, hijo! ¡Zaragoza con ese! Miguelito, tiene usted poco cuidado; escribe usted como...
– ¡Como un meritorio sin sueldo!
– Así no lo alcanzará usted nunca.
– Ni escribiendo bien tampoco.
– ¡Ja! ¡ja! ¡En esto es en lo único que tiene usted razón!

***

– Diga usted, Alfredo, aquel expediente que recomendó D. Bruno, ¿dónde está?



Estudio, de Tihamer de Margitay

– ¡Riquitrum y riquitrum! ¡Riqui, riquitrum!
– ¡Eh, Alfredito! ¿Adónde ha ido á parar el expediente de D. Bruno?
– ¿Adónde ha ido? ¡No lo sé, porque no se despidió de mí antes de irse!
– Pero, hombre... por Dios... ¡si yo se lo entregué á usted anteayer para que hiciera el extracto!
– Si yo fuera el Dr. Liebig ya vería usted qué extracto haría más famoso.
– Vamos, es que no ha hecho usted nada. Tendré que hacerlo yo.
– Como usted guste, Sr. D. Dimas.
– (¡Ya te arreglaría yo si no fuese porque te protege quien puede mucho!) ¡Démelo usted! ¡Démelo, que es usted capaz de hacer perder la paciencia á un santo!
– Pues usted tiene poco de santo... Si fuese de santón moruno...
– ¡Santón! ¿Y por qué?
– Porque sí. ¿Se figura usted que no le vi ayer en el merendero de Fray Liberto, allá en las Ventas del Espíritu Santo?
– ¡Calle usted, condenado, que es usted capaz de desacreditar al lucero del alba!
– Me gusta la morena aquella que usted...
– ¡Hombre, por los clavos de Cristo, quiere usted hablar bajo!
– (¡Vuelve, vuelve á preguntar por los expedientes! ¡Ya te daré yo expedientes!)

***

– Sr. D. Gervasio, venía á consultar con usted este dictamen.
– ¿A consultar, eh? Pues siéntese y fume.
– ¿Son de á cuarenta?
– No, éstos me los proporciona Casimiro, el por-

tero; son de unas libritas que salen á veinte reales; pero es de lo bueno; igual que éste lo fuma el ministro.

– En efecto, tiene buen aroma.

– Ya sabía yo que le gustaría ¿Y el papel, qué tal?

– Debe ser de arroz porque sabe á *paella*.

– No, señor; es de esparto medicinal, excelente para la garganta, y nosotros los empleados, que gastamos tanta saliva, necesitamos papeles pectorales.

– Pues, amigo D. Gervasio, es el caso que el señor Director, el mamarracho ese que tenemos ahora, que sabe tanto de expedientes como yo de decir misa...

– Sí, así anda ello. Pero amigo, es el ojo derecho de la duquesa del Rabanaque, y...

– ¡Basta! ¡Ay qué tiempos, querido D. Gervasio! ¡Yo que el año 33, en que aún no había nacido ese zascandil, era oficial 9.° de la clase de cuartos, me encuentro hoy de oficial 8.° de la clase de quintos! ¡Y ese mozalbete... á los ventinueve años, de golpe y porrazo Director general! ¡Señor!.. ¡Y luego dicen que hay justicia!

– ¡Justicia, sí justicia!.. ¡Un cuerno!

– Eso digo yo. ¿De qué me ha servido á mí haberme batido en Chiva? Porque ha de saber usted que yo he sido miliciano de caballería, y he estado en Chiva.

– Aquello debió ser un lance de mil diablos.

– ¡Vaya! A mí de un balazo me rompieron una fiambrera que llevaba con comestibles!.. Pero en fin, volviendo á mi dictamen, el Director le ha dicho al jefe de mi negociado, otro camello que no sabe ni firmar, que estudiara el asunto, y el jefe me lo endosó á mí. ¡Claro, como que él no veía ni gota!

– ¿Y usted?

– ¡Yo! ¡Busca por aquí, busca por allá, Alcubilla arriba, Alcubilla abajo; en fin, puse una nota que ya, ya, proponiendo que informase la Junta de Agricultura!

– Luego es cosa rural.

– Este es el quid. La Junta lo ha devuelto poniéndonos de vuelta y media, diciendo que no sabemos lo que nos pescamos, y que en lo sucesivo no se remitan allí cosas que no son de su incumbencia.

– ¡Bah! Todo eso es que no quieren trabajar; son unos vagos.

– ¡Decir que no corresponde á la Junta de Agricultura informar sobre los uniformes del cuerpo de policía! ¡Figúrese usted!

– ¡Vaya con la Juntita!

– Cuando la policía detiene á los que hurtan substancias alimenticias, granos, semillas, etc...

– En fin, esto no es administración ni nada.

– ¿Y qué hago yo ahora?

– Mándelo usted á informe á otra parte.

– Sí, ¿pero adónde? Había pensado pasarlo á Guerra; pero esos militarotes son tan *ferósticos*...

– ¿Quiere usted tomar un consejo?

– ¡Pues no he de querer!

– Páselo usted á Sanidad. Eso de los uniformes es cosa de higiene; pues si un uniforme resulta insalubre, ¡ay de los que lo lleven! ¡Ay del país donde tal suceda! ¡Pueden peligrar hasta las instituciones!

– Conforme, conforme de todo punto; allá lo mando, y salga el sol por Antequera.

* * *

– ¡Miguel!

– ¡Señor!

– ¡Todos los porteros de esta dependencia están dejados de la mano de Dios! ¡Esto es insufrible! Ayer se olvidó usted de comprar el *Imparcial;* hoy tampoco ha cumplido usted con su obligación.

– Pero Sr. D. Manuel, si todo está á punto: el café, los periódicos...

– No, señor; no está todo á punto; el servicio se hace de un modo deplorable. ¿No sabe usted que hoy es lunes?

– Sí, señor.

– ¿Y se queda usted tan fresco?

– No sé.

– ¿Y el *Tábano* con la corrida de ayer y la cogida del *Pichichi*?

– Tiene usted razón. Dispénseme usted. Voy corriendo á comprarlo á la Puerta del Sol.

– Vaya usted á escape y que sea la última vez, á la otra daré parte al Mayor. ¡Qué servicio, Dios mío, qué servicio!

* * *

– Escriba usted, D. Tomás, escriba usted, que corre mucha prisa.

– Ya estoy á punto.

– Dictamen.

– Dictamen.

– Ilustrísimo Señor.

– Señor.

– El oficial que suscribe...

– Ibe...

– No va saliendo mal, ¿eh, D. Tomás?

– Sí, señor; hasta ahora todo va bien.

– Fumemos, pues.

– Fumemos.

– Diga usted, D. Tomás, ¿en la calle de usted vive una rubia así delgadita con ojos azules, que lleva un mantón de cuadritos blancos y negros?

– ¿Es una que tiene un lunarcito junto á la nariz?



Estudio de Tihamer de Margitay

– La misma.

– ¡Ja! ¡ja! ¡Buena pieza! ¿Y dónde la ha conocido usted?

– En la Alhambra estuvimos anoche D. Alberto y yo, y me dijo esa joven que vivía en la calle de San Bernabé, y por eso he sido la pregunta.

– Pues sí, es corbatera y muy alegrita; se llama Pura.

– ¡Demonio! ¡Qué nombre tan seductor!

– Hace tiempo tenía un novio que era primer galán de una compañía ambulante; ¡pero el pobre murió de repente en Getafe, representando un drama de Echegaray!

– Sí, eso es natural. Cuando salgamos me iré con usted y me enseñará la casa de esa joven.

– Como usted guste; mi deber es obedecer al jefe. ¿Proseguimos? Ya sabe usted que el Director quiere este dictamen para la firma de hoy.

– Estos trabajos hechos así á escape me revientan, no tiene uno tiempo para coordinar las ideas ni para nada... ¿Decíamos?

– El oficial que suscribe...

– Siga usted... Ha examinado este expediente y opina.

– Opina.

– Que.

– Que.

– ¡Qué demonios opinaré yo!... Estas prisas aturrullan al más experto... Ponga usted... opina que procede... punto y coma...

– Mire usted, mi Sr. D. Salvador, á mí me parece que la coma puede pasar; pero el punto... el punto no, señor... á no ser que sea punto final.

– ¡Hombre!, pues el verbo proceder lleva siempre punto y coma.

– Yo no he visto eso en ninguna ortografía.

– ¡Usted qué ha de ver, si es miope!

– Pues buena vista he tenido, Sr. D. Salvador; pero desde la noche de San Daniel, en que un guardia civil me dió dos sablazos de plano en la calle de Preciados, se me subió la sangre á los ojos y me quedé miope para toda la vida.

– Sí, eso saca uno de la política, algún garrotazo.

– Pues usted no se puede quejar, que cuando la gloriosa dió usted un salto que... (era estanquero y le hicieron oficial letrado).

– Usted no sabe de la misa la media, ni mis servicios por la libertad. Usted ignora que yo he estado desterrado en Canarias comiendo el negro pan de la emigración...

– Sr. D. Salvador, van á dar las tres y el Sr. Director va á pedir el dictamen. ¿Qué es lo que usted opina que procede?

– ¡Yo! Y usted ¿qué opina?

– Yo ni entro ni salgo, además no he estudiado el asunto.

– Pero usted, como hombre práctico en la Administración, tendrá buen ojo...

– Ya he dicho á usted cien veces que soy miope.

– ¡Diantre! ¡Pues estamos aviados!

– ¿Oye usted? Los tres cuartos suenan en el reloj.

– No veo más salida que ponerme malo, y así tendré tiempo de estudiar el negocio. Pero ahora que me acuerdo... el Director mandó ayer un volante diciendo que quería se despachara el asunto á favor del Ayuntamiento.

– Sí, señor; aquí está.

– Pues nada, copie usted el volante en el dictamen y asunto concluído. Es lo mejor.

– ¡Claro! Después de todo, de nada serviría que el negociado opinase de otro modo que el Sr. Director.

* * *

– ¿Conque usted no ha sido nunca empleado?

– No, señor; si el venir yo aquí ha sido una casualidad. Diga usted que si no fuera porque en la Presidencia se han empeñado y yo soy muy condescendiente, jamás hubiera pasado los umbrales de un ministerio con el carácter de empleado. ¿Y sabe usted por qué? Pues lisa y llanamente porque no tengo ganas de echar los hígados trabajando por doce mil reales de sueldo y seis mil de gratificación. Eso es una miseria.

– ¡Una miseria! Pues hombre á mí me costó diez y ocho años el pasar de escribiente con cuatro á auxiliar con cinco.

– ¡Pshe! Usted no tendrá como yo un cuñado consejero, un suegro subsecretario, una prima azafata, un hermano gobernador y un tío en la Rota.

– No, señor; en mi familia no había tanto empleado; sólo tengo un primo lejano que está en Matanzas de sargento de carabineros. Así que desde que la reina Cristina me dió el nombramiento de meritorio sin sueldo, hasta de ahora, no he hecho más carrera que la que usted ve y... gracias.

– Y ¿qué sueldo tiene usted?

– Mil quinientas pesetas... pero tengo seis hijos.

– Vamos, ya; lo uno compensa lo otro.

– Si usted quisiera recomendarme.

– Bueno, veremos. Ahora lo que ha de hacer usted es encargarse del despacho de los expedientes, porque yo ni sé, ni quiero. Todo esto de la Administración me revienta. Mi porvenir no está en las oficinas.

– ¿Pues en dónde está?

– En el Parlamento. A las primeras elecciones que haya, mi tío me sacará diputado, y para ese cargo no se necesita saber estas farándulas.

– Tiene usted razón: para hacer carrera hoy en España, lo único que hace falta es tener las condiciones de usted y nada más.

A. DANVILA JALDERO

SECCIÓN AMERICANA

UTSPA-LLACTA (TIERRA DE CENIZAS)

(Conclusión)

Apenas había salido Juana Rosa del tocador, cuando apareció Joaquín, cuya presencia asustó á Chucha.

– ¡Ay, *Tristura*, qué susto me has dado!

– *Tristura*, sí, tienes razón.

– ¿A qué vienes á estas horas, Joaquín? ¡Vete, por Dios! La *niña* te quiere, acaba de decírmelo.



LOS DOS HERMANOS, cuadro de Tihamer de Margitay

– He oído lo que te ha dicho: no me quiere, Chucha, no me quiere, y yo no puedo vivir sin su amor.

– ¡Vete, por Dios, Joaquín!

– No: he de hablarla esta noche.

– Ya no es tiempo; se firma hoy el contrato.

– Después que lo firme.

– ¿Pero qué adelantarás?

– Nada: verla. ¡Quiero verla! ¡Quiero hablarla! ¡Cuidado como le digas que estoy aquí! ¡Si se lo dices te ahogo! Deseo leer en su cara el efecto que mi presencia le causa.

Seis horas mortales pasó el infeliz indio oculto en el tocador de su amada: á las doce se retiraron los invitados. La señora de Guaqui no prolongaba más las reuniones; estaba delicada y todo el mundo respetaba sus dolencias. Cuando su hija la hubo dejado en el dormitorio, se retiró al tocador.

– Enciende, Chucha, que voy á desnudarme, dijo la *niña de nieve*, entrando muy contenta. ¿No sabes, Chucha? ¡Lo que yo decía! Julio se ha declarado por fin: me ha dicho que lo enloquezco... ¿Pero no entiendes?

– Sí, *niña*, dijo la india aplicando un fósforo á las velas del armario de luna.

Juana Rosa dió un grito y retrocedió espantada: á su lado con la cara muy cerca de la suya, vió retratada en el espejo la persona de *Tristura*, del propio *Tristura*, aviejado, flaco, macilento y con los ojos hundidos.

– ¡Joaquín! ¿A qué has venido?

– A exigirte el cumplimiento de una promesa. Me has dicho, no hace mucho tiempo, que la primera vez que vistieses traje de baile me llamarías para ver el efecto de mi poncho junto á tus gasas; y como te has olvidado de llamarme...

– Has cometido una tontería, *cholito;* pero en fin... ya que has venido...

Y Rosa abrazó al indio como la noche que estaba en traje de montar.

– ¿Ves qué lindo grupo? ¡Pero qué cara tienes! Segurita estoy que habrás andado llorando por los rincones de Utspa-Llacta. ¡Tonto! ¿No te he dicho que te quiero mucho, muchísimo?...

– ¡Pero te casas!

– ¡Qué gracia! ¿Y eso qué tiene que ver?

– ¡Rosa!, Rosa! ¡No me amas, no me has amado jamás!

– ¡Bien dicho! No te amo y estoy aquí abrazándote como una boba, mientras tú me miras en el espejo con esa cara de indiferencia. .

– ¡Indiferencia!...

– Indiferencia, sí: todavía no me has hecho una caricia: parece que nos hubiéramos visto hace una hora, y sin embargo hace más de un mes que estamos aquí.

– ¿Un mes? ¿Un mes nada más?

– ¿Te parece poco? Siéntate: voy á desnudarme y á ponerme una bata: no te irás tan pronto ¿eh? Si no cambias de aspecto no te querré, *cholito*. ¿Abandonarás la cara de *Tristura* para recuperar la de mi Joaquín?

– Si me concedes lo que vengo á pedirte, sí.

– Pide.

– Que me acompañes esta noche á Utspa-Llacta

– ¿Estás loco?

– No.

– Mi caballo está en la hacienda.

– Te llevaré en mis brazos.

– ¿Y cuándo he de regresar?

– Cuando quieras; antes de amanecer si lo deseas

– Pero ya estás aquí: ¿no estamos juntos?

– ¡Rosa!, es la última súplica del hombre que te adora.

– ¿La última? *¡Tontaina!*

Y la *niña* abrazó al indio con frenesí.

– ¡La última, sí! ¿No has firmado ya tu contrato de boda? Ni me perteneces, ni te perteneces á ti misma.

– ¡Pues tienes razón! Hoy ya debo ser para ti la fruta sabrosa del cercado ajeno. Vámonos á Utspa Llacta: me traerás antes de que amanezca. Voy á ponerme otro traje.

– No; te lo suplico: abrígate con un rebozo: ven así: jamás te has vestido de baile para mí solo.

– Tienes razón: quiero darte gusto.

– ¡Chucha!

– *Niña*.

– Dame un *rebozo* grande y el manto. Voy á Utspa-Llacta.

– ¡Qué locura, *niña!*

– Vuelvo antes de amanecer: que me espere el indio *Quinchi* detrás de la puerta para que abra en cuanto sienta el caballo, ¿oyes?

– ¿Y si llamara la señora?

– ¿Por qué ha de llamar esta noche? Pero en fin, si no hubiese otro remedio le dices que tenía gana de pasear y que me fuí con Joaquín á la hacienda.

A los pocos momentos salía de la población el indio *Tristura* llevando escrechamente unida á su pecho á la mujer que era vida de su vida y alma de su alma. Los pocos trasnochadores que los vieron no pararon mientes: algún hacendado que llevaba á su esposa, á su hermana ó á su amada; todo menos figurarse que la descendiente de los nobles Guaquis, la que acababa de firmar su contrato matrimonial con un riquísimo heredero, la *niña de nieve*, en fin, volaba en alas del amor ó del capricho, abrazada al hombre que tal influencia ejercía sobre sus nervios, contenta por la novedad de la aventura y enloqueciéndolo con promesas y caricias.

Joaquín se había transformado: no era el *Tristura* de la cara macilenta; era el enamorado feliz, de chispeante mirada, que con deleite sin fin saturaba su alma de los efluvios enloquecedores que exhalaba el aliento de su amada.

El caballo volaba más que corría, sin moverse apenas, con el sobrepaso suavísimo que distingue á los caballos peruanos. Joaquín no le guiaba: ¿para qué? ¡Demasiado que sabía el camino!; y como iba para casa, apresurábase por cuenta propia, sin necesidad de insinuaciones picantes.

Cuando llegaron á Utspa Llacta, los dos dijeron á la vez: «¿Ya?»

Echaron pie á tierra. Un indio que aguardaba el regreso del mayordomo se adelantó, inclinó una rodilla ante la *niña* para saludarla, recibió órdenes, tomó las riendas y desapareció con el caballo.

El indio no se asombra jamás de lo que hacen sus amos, ni se permite mostrarse sorprendido. La *niña* iba á tales horas, sola, con el mayordomo... Pues ella sabría por qué. Si los indios murmuran, entre ellos se queda la murmuración; jamás trascienden los cuentos, si los hay, que lo dudo, fuera de los *yanacunas* (criados). El amor y el respeto que á los amos tienen, les pone una venda en los ojos. Si el amo es malo, varía; entonces el indio se queja y acusa; pero si es bueno siente por él veneración y culto idólatra.

Joaquín y Rosa entraron en el dormitorio de ésta.

– ¡Qué gusto, *cholito!* Has tenido la mejor ocurrencia del mundo: nunca me ha parecido tan delicioso el camino. ¡Ya verás! De estas excursiones haremos muchas.

– No haremos más si te casas.

– ¡Si me caso! ¡No digas tonterías! Ya sabes que estoy medio casada...

– Puedes volverte atrás.

– No pienses tal cosa. ¡Vaya un escándalo!

– Tú amas á Julio, Rosa.

– ¡Cuando digo que eres un tonto!...

– ¿Acaso no recuerdo el placer con que decías á Chucha que te había declarado su amor?

– Pero no le dije que yo le amase.

– Es igual.

– ¿Me has traído aquí para discutir majaderías?

– ¡No! Te he traído para arrodillarme á tus pies, para suplicarte, para pedirte que no me abandones; que no pertenezcas á otro hombre, porque á la sola idea de que eso pueda suceder, parece mi corazón un infierno. ¡Rosa! ¡Rosa de mi vida! ¿Por qué no me amas como aquella primera noche que fuiste mía, aquí, aquí mismo? ¿Te acuerdas? ¿Nada te dice este aposento, santuario de nuestros amores y testigo de nuestros delirios? *¡Niña* de mi alma!, creí que podía sacrificarme por ti, que podía morir de pena sin hablar, ni quejarme, sin exigir; pero no puedo, no puedo: los celos me torturan el alma, me atenacean el corazón, me enloquecen, me exasperan... ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Yo no quiero que seas de otro hombre! ¡Viva ó muerta, mía, mía, sólo mía!

– ¡Joaquín! ¡Cálmate, por Dios!, suplicó Juana Rosa muy asustada. ¡Estás loco! ¡No sabes lo que dices! Vámonos; ahora comprendo que ha sido una imprudencia venir aquí, á este sitio que había de influir en nuestro ánimo y en nuestras sensaciones...

– ¡Tus sensaciones! ¡Tú no sientes, mujer de hielo!, ¡tú no sientes!

– ¿Ahora dices eso? ¡Cuántas veces me has asegurado que tenía yo en el corazón toda la lava que oculta el Misti en sus entrañas!

– No; era el mío, que le comunicaba su fuego. ¡Cuánto calor había en mi pecho, Rosa, que á su contacto ha convertido en ascuas toda la nieve del tuyo! ¡Para que tu corazón lata, para que tu alma se agite, es preciso un amor como el mío, grande, imponente, avasallador. No amarás á Julio porque él no sentirá por ti lo que yo siento; ni hombre alguno logrará conmoverte, porque para fundir el bronce se necesita mucho calor, mucho fuego, mucho, muchísimo,.. tanto como hay aquí... ¿Sientes? ¿Sientes?

– ¡Joaquín, me ahogas!

– ¡Te ahogo! Sí, yo también me ahogo. «¡Mátame de amor!,» me dijiste un día: de amor morirás; de amor moriremos ambos.

– ¡Socorro! ¡Asesi...

– ¡No acabes! ¡Asesino yo! *Tierra de cenizas*, Rosa, ¿entiendes? Aquí pagó una de tus abuelas sus veleidades: aquí pagarás los perjurios. ¡Los dos, sí, los dos juntos! ¡Así, así!

El indio apretaba cada vez más el cuello de Juana Rosa y cortaba las frases con besos que parecían mordiscos, asfixiándola con sus hidrópicos amores.

Cuando hubo saciado aquella rabiosa sed de los sentidos, y aquel *delirium tremens* de un espíritu infernal, arrojó el cuerpo inanimado de su amada sobre el lecho y con furia espantosa prendió fuego á las colgaduras. Una sonrisa platónica separó sus labios. Estaba horrible, con el pelo áspero y lacio cubriéndole la frente, las facciones contraídas por sardónica mueca, la pupila dilatada, los párpados sumidos debajo de las cejas y el cuello erguido como gladiador que se apresta á la lucha.

Le consumía la fiebre; la terciana estaba en su período álgido: no había sentido el frío precursor, ni se daba cuenta de que su piel ardía.

Las cortinas eran de damasco y se quemaban lentamente; era mucho esperar; la furia tenía prisa: prendió fuego á la cama por tres ó cuatro sitios; sacó del bolsillo del pecho un puñal, y blandiéndolo se arrojó sobre el cuerpo inanimado de su víctima.

– ¡Te espantaba mi raza! ¡Despreciabas mi sangre! Ahora van á mezclarse, á correr juntas. ¡Aquí, aquí late aún la víscera traidora! ¡No más!, ¡no más!...

Y el indio clavó su puñal en el corazón de la hermosa hija del Misti, que expiró lanzando el postrer suspiro después de balbucear el nombre de Chucha.

Joaquín levantó de nuevo el puñal para contemplar la sangre que tenía la hoja larga y afilada.

– ¡Como la mía, sí, como la mía!; roja también; ¡iguales!, ¡iguales! Somos iguales; y después que yo lo introduzca en mi pecho, que venga el mundo entero á distinguir cuál es la de los Incas y cuál la de los Guaquis.

En aquel instante no era *Tristura*, era toda su raza la que hundía el puñal en el corazón de uno de sus hijos.

– ¡Maldita, maldita Utspa Llacta!, gimió el indio al exhalar el último aliento.

EVA CANEL

FERROCARRIL DE CREMALLERA

DE MONISTROL Á MONTSERRAT

Terminada ya y próxima á inaugurarse esta línea férrea, la primera en su género que funcionará en España y que tanto ha de contribuir á aumentar el número de los que visitan el más venerado de nuestros santuarios en la más pintoresca de nuestras montañas, creemos que interesará á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA conocer algunos datos explicativos del grabado que en la página 504 publicamos.

El ingeniero D. Joaquín Carrera y Sayrol, hombre de inteligencia clarísima, de ilustración vasta, de actividad á toda prueba y de alientos de verdadero genio, fué el iniciador de la idea y el autor del proyecto del ferrocarril de Monistrol á Montserrat, idea que concibió cuando en un viaje á Suiza pudo contemplar la línea que desde Vitznau conduce á Righi-Kulm y proyecto que comenzó inmediatamente á su regreso y que fué aprobado por el Gobierno, el cual le otorgó la concesión en 1881.

No contando con medios propios para llevar á cima su empresa, constituyóse en esta ciudad la *Sociedad de ferrocarriles de montaña á grandes pendientes*. El capital necesario para la construcción del ferrocarril de Montserrat había sido suscrito y se estaban verificando los trabajos preliminares, cuando la terrible crisis de 1882 creó una situación dificilísima á aquella Sociedad, pues pocos de sus accionistas efectuaron el pago de los desembolsos parciales de sus respectivas acciones.

Años y años transcurrieron sin que la Sociedad lograra impulsar las obras empezadas, y el malogrado D. Joaquín Carrera bajó al sepulcro en 4 de junio de 1890 sin haber podido ver recompensados sus afanes, premiados sus sacrificios y satisfechas sus nobilísimas aspiraciones. El autor del atrevido cuanto laudable proyecto murió sin el consuelo de tener asegurada la realización de su obra, sin sospechar que dos años más tarde su hermoso pensamiento había de convertirse en más hermosa realidad.

Muerto también otro de los directores de la Sociedad, D. José Carbonell, quedó únicamente al frente de ésta D. Román Macaya, distinguido y acaudala-



MONTSERRAT.—VISTA GENERAL DEL MONASTERIO

do comerciante barcelonés, á cuyos esfuerzos, á cuyos sacrificios, á cuyo olvido del interés propio para no pensar más que en el de la colectividad de sus consocios se ha debido indudablemente el favorable éxito definitivo de la empresa. El Sr. Macaya encontró al fin capitales para terminar la construcción de la línea; ¿en dónde? ¡Pena nos da el consignarlo! En vano solicitó en Cataluña los recursos que se necesitaban y que poco después ponían á su disposición banqueros de Suiza: á los catalanes que por su posición podían acometer la empresa ni les halagó la idea patriótica, ni se dejaron persuadir por los cálculos mercantiles; á los extranjeros, estos últimos bastaron á seducirles y á convencerles. De esta suerte pasó á manos extrañas lo que pudo y debió ser obra esencialmente de nuestra tierra.

Inmediatamente reorganizóse la Sociedad y se dió gran impulso á los trabajos, que reanudados definitivamente en 2 de junio de 1891 han quedado concluídos en poco más de un año. Al frente del Consejo de Administración de la Compañía figura como presidente honorario el Excmo. Sr. D Víctor Balaguer, el inspirado poeta que en sus armoniosas trovas ha tenido siempre apasionados y dulcísimos acentos para cantar las glorias de Cataluña y las bellezas de Montserrat; el eminente político que en los más elevados puestos del Estado no se ha olvidado un momento de la *patria chica*, por la cual ha hecho sacrificios tanto más meritorios cuanto menos comunes en los que logran llegar á las alturas; el más catalán de los catalanes cuando de amor al antiguo principado se trata; el varón magnánimo y desinteresado que se despojó de toda su fortuna, de su rica biblioteca, de cuantos preciosos objetos de arte y curiosidades poseía para fundar con todo ello el notabilísimo Museo Biblioteca que hoy es orgullo de Villanueva y Geltrú. Balaguer en la presidencia de la empresa es la encarnación del espíritu y del carácter catalán de esa obra, y por haberle colocado en ella merecen bien de Cataluña los catalanes y suizos que del Consejo de la Sociedad forman parte.

Digamos ahora algo de la línea férrea.

Proyectada en un principio según el sistema de Riggenbach, único que para esta clase de ferrocarriles se conocía, fué éste posteriormente desechado y sustituído por el de Abt, de doble cremallera, que exigiendo menos anchura de vía permitía adoptar curvas de menos radio, seguir mejor la estructura del terreno y suprimir dos de los túneles que en el primitivo proyecto figuraban.

En la cremallera doble con división cruzada de M. Abt, la vía, los rieles y cremalleras propiamente dichas descansan sobre traviesas de hierro, á las que están sujetas por tornillos tirafondos. En medio de cada traviesa hay un soporte, en cuyas paredes laterales se fijan verticalmente las dos cremalleras colocadas en sentido opuesto de tal modo que los dientes de la una corresponden exactamente á otros tantos vacíos de la otra. Las dos ruedas dentadas de la locomotora funcionan en distinta cremallera y están relacionadas entre sí de forma que cuando un diente de la rueda delantera engrana en su cremallera por completo, la rueda posterior engrana en la suya por mitad; merced á esta disposición aquellas dos ruedas tienen engranados cinco dientes á la vez en la cremallera. Las traviesas son de hierro laminado; los rieles, soportes y cremalleras, de acero; y los tornillos tirafondos y demás, de hierro forjado.

El ancho de la explanación es de 4'20 metros y el del balasto en su totalidad de 3'20; la colocación de éste se ha verificado construyendo sobre la explanación, á ambos lados y á distancia de 1'60 metros del eje de la misma, un muro corrido de piedra de 0'45 metros de altura y otros tantos de espesor, rellenándose el espacio que queda entre dichos muros con piedra de 0'20 metros en el fondo y con grava de 0'06 en la parte superior.

La longitud total de la línea es de 7.850 metros. Esta tiene tres estaciones: la de partida, inmediata á la de Monistrol, en la línea de Barcelona á Zaragoza; otra emplazada en la parte Norte de la población de Monistrol, y la de llegada, que se alza en la plaza del Monasterio de Montserrat, llamada de la Fuente. Cada una de ellas tiene sus anexos, siendo los más importantes el edificio para talleres, almacenes, oficinas y depósitos de locomotoras y carruajes que hay en la segunda y que ocupa una superficie de 1.240 metros, y los que existen en la estación de llegada.

Las obras principales de esa línea, cuya pendiente máxima es de 16 por 100, son el puente de piedra sobre la riera de Mará, cuya sección circular es de 10 metros de radio; el gran puente de hierro sobre el río Llobregat, compuesto de dos estribos y dos pilas intermedias, de 14 metros de altura y 130 de longitud, y el túnel abierto debajo de la capilla de los Apóstoles, de 204 metros de longitud por 4'20 de ancho y 5'40 de alto, que si no es notable por su extensión lo es por la dureza de la roca, por estar en la mayor pendiente y describir una curva de 150 metros de radio.

Con este ferrocarril no perderá nada de lo pintoresco que hoy tiene la excursión á Montserrat, y en cambio ganará en comodidades, pues en una hora é instalado en lujosos vagones podrá llegar al Monasterio el viajero que ahora emplea tres horas y media de coche, yendo por Monistrol, y cinco y media de carruaje y caballería pasando por Martorell y Collbató.

La seguridad de las líneas de cremallera es completa, como lo prueban las del Righi, el Pilatus y otras de Suiza, en las que á pesar de los muchos años que hace que funcionan (la del Righi más de 20) no ha ocurrido el menor contratiempo. La pequeña velocidad de la marcha de los trenes, la instantaneidad de las paradas merced á las cremalleras y á los poderosos frenos que llevan todos los coches y la locomotora (ésta, además, tiene freno de aire comprimido) y el perfecto y completo engranaje de las ruedas con las cremalleras hacen punto menos que imposible todo accidente desgraciado. Las personas facultativas están bien convencidas de esta seguridad; las que no lo son lo estarán en cuanto hagan ó siquiera presencien una ascensión por el ferrocarril.



APUNTES TOMADOS DE FOTOGRAFÍAS POR LOS SRES. PASSOS Y P. MONSENY



GERONA EN 1809, grupo de D. Antonio Parera

No terminaremos estos ligeros apuntes sin felicitar con entusiasmo á la *Sociedad de ferrocarriles de montaña á grandes pendientes* por haber realizado una obra simpática á cuantos sienten cariño hacia los tradicionales picos del Montserrat y ferviente veneración por la milagrosa Imagen ante la cual se prosternan llenos de fe y de esperanza los afligidos y de inefable gratitud é inquebrantable amor los venturosos; por la *Virgen Morena*, cuyo nombre invocan los catalanes en sus tristezas y bendicen en sus alegrías; por la Excelsa Patrona de Cataluña, que tiene esplendente trono en aquellos riscos y cuyo recuerdo acompaña á los hijos de esta noble tierra que, adondequiera que los lleve la suerte, levantan altares bajo su advocación y unen su memoria á la de la patria entonando en la misma lengua en que de sus madres lo aprendieron el sublime *Deu vos salve Reina y Mare de misericordia*. – A.

EL CORSÉ NUPCIAL

I

¡Pobre Amalia! Padecía mal de amores... Ya no resonaba en el obrador el alegre gorjeo traducido en copla popular que salía de su garganta, ni su risa argentina como el rebotar de perlas sobre finísimos cristales dejaba entrever sus hileras de dientes menudos piñones engarzados en elipses de grana. Estaba triste y en la tarde de aquel sábado sus ojos aguanosos permanecían fijos en el magnífico corsé en que trabajaba... Un corsé nupcial de gran mérito, con labor finísima, flores y encajes de nívea blancura que competía con la del raso que servía de forro al armatoste de ballenas y alambres.

La maestra, una mujercita vivaracha, con gesto de displicencia y frase dura encomiaba á su oficiala predilecta la pronta terminación de la labor.

– Corre mucha prisa... lo necesitan para esta noche.

Y ¡hala que hala! iba la corsetera finalizando aquel corsé que era una maravilla. Los ojos de la oficiala se anublaban más y más. Llegó un momento en que las nubes de tristeza chocaron entre sí en el hermoso horizonte de sus pupilas y dos indiscretas lágrimas fueron á caer sobre el raso... Nadie notó el desprendimiento de aquellas gotas de agua salada...

II

Aquel corsé era el gran culpable del llanto de su confeccionadora.

La historia os la explicaré, así, de prisa, porque hay historias que basan sus cimientos en la sensibilidad y no tienen más resumen que una lágrima ó un suspiro.

Yo no sé aproximadamente la fecha, ello es que Amalia tuvo un novio... Un chico que prometía ser una notabilidad en eso de zurcir comedias é inventar episodios novelescos, pero que en tales calendas era un pobre diablo que sólo era rico en afectos é ilusiones. Juró formalmente unir su suerte á la de la entonces aprendiza de corsetera. Ya ve usted, lector, juramentos de esos que son palabras dichas en serio y que graba en la arena la primera pasión... Luego el viento de la realidad barre la promesa para *in æternum*.

Amalia era muy feliz, muchísimo, con aquel su D. Juan que la servía de escudero al salir de su obrador, la llevaba los domingos de paseo, la convidaba (de Pascuas á Ramos, dicho sea en honor á la verdad) al teatro ó bien á saborear una taza del problemático moka que sirven en esos cafés que son muy obscuros y en los cuales cafés los mozos se duermen recostados en una columna...

Y tenía Juanito Pérez, que así se llamaba el Abelardo, tal torrente de poesía para su Eloísa de pañuelo á la cabeza, que ¡vive Dios! no es de extrañar que la corsetera, allá en su lecho á las altas horas de la noche soñase con ser la esposa de un futuro gran autor y que *ella* era la hada, mejor dicho la ninfa, la musa riente que con sus besos inoculaba las quintaesenciadas sublimidades del genio.

Una aprendiza se lo había dicho, así, de sopetón, como suelen anunciarse por las gentes desprovistas de sensibilidad las malas nuevas.

– Chica, ¿sabes á quién me he encontrado? A tu novio Juanito. Por cierto que parecía un príncipe, con levita, chistera y toda la pesca... Le pregunté por qué no venía á verte, y me ha dicho, dice: «Dile á esa tontuela que todos los tiempos no son iguales y que nuestras relaciones eran cosas de niños.» ¡Ah!, también me dijo que ha estrenado una comedia en el Español... En fin, la mar... Al pronto parecía que le daba vergüenza el hablar conmigo... ¡Si te digo que se ha puesto más tonto y orgullosote!

Amalia adoraba á su Juanito, creía en él, todo lo esperaba de él, y así de golpe, cobardemente, él la había despreciado: de un soplo había deshecho un palacio de ventura, construído Dios sabe á fuerza de qué promesas y bienandanzas para lo porvenir... Y todo por un cambio de fortuna... ¡Grandísimo fatuo!... ¿Qué diría el mundo, qué la historia, si el celebérrimo autor dramático D. Juanito López se hubiese casado con una mísera corsetera que le idolatraba?... Era lógico lo que le ocurría á Amalia... Y ante felonía tan grande la joven sintió, como dice Espronceda,

«... quererse del pecho
Saltar á pedazos roto el corazón;
Crecer su delirio, crecer su despecho;
Al cuello cien nudos echarle el dolor.»

III

Parecía habérsele cicatrizado la herida que le causó el desenlace de aquella historia vulgar tan pródiga en esperanzas y dichas. Amalia se creía ya feliz porque el recuerdo del «ingrato» se esfumaba rápidamente; pero hay historias que hacen retardar el epílogo, y ésta era una de ellas... En la mañana de aquel sábado penetraron en el obrador unas señoras, madre é hija, antiguas parroquianas de la maestra. Traían el encargo de que hicieran un magnífico corsé de boda.

– Ya ve usted maestra, se nos casa Amparito pasado mañana, y quisiéramos, indicó la mamá, que estuviese para esta noche sin falta.

Siguió la charla á propósito de las condiciones del famoso corsé que sirve sólo para un día y luego se archiva como un recuerdo entre otros de nupcias.

La mamá, llena de orgullo, hubo de anunciar que el héroe de la fiesta, es decir, el futuro lo era el afamado autor dramático D. Juanito López.

Marcháronse las señoras; las chicas del obrador pusieron á la señorita de oro y azul por lo estúpida y presumidota que se les había antojado ser... ¡Envidiosas!...

Amalia... ¿pero á qué molestaros pintándoos su estado moral... Vosotros lo comprenderéis desde luego.

. . . .

En un momento de rabia ó de dolor, la corsetera se pinchó con la aguja, y allí, cerca del pecho del corsé, fué á caer una gotita de sangre roja, que parecía como un rubí sobre el rasò... Amalia quiso hacer desaparecer la huella, pero hubo de dejarla... Permanecía siempre igual, y luego... ¿quién se fijaría en tan nimio detalle?...

IV

– Ello cuesta carito, pero el corsé es preciosísimo, y...

– ¡Mamá, mamá, mira, una gotita de sangre!... ¿Cómo habrá caído?

– Vaya usted á saber; algún descuido de la oficiala... ¡Son tan atropelladas esas chicas de oficio!...

Terminó el incidente; ¡y por las barbas de Mahoma, que no fuera tan tranquilo el desenlace al saber la mamá y la presumida de su hija que la motita de sangre encerraba toda una historia amorosa en la que el principal protagonista era su queridísimo y talentado Juanito López!...

ALEJANDRO LARRUBIERA

MISCELANEA

Bellas Artes. – El Museo del Louvre ha adquirido para la sección del Renacimiento un notable bajo relieve de bronce de labor italiana, que representa el busto en perfil del famoso y temido cardenal Francisco Alidosi d'Imola, debajo del cual hay un cartón sostenido por dos águilas delicadamente cinceladas que lleva esta inscripción *F. car. Papien Bon. Legat.* Atribúyese esta obra al platero medallista Francia, que dirigía la Moneda de Bolonia y que luego fué un célebre pintor.

– En el hospital de Munich ha sido inaugurado el busto en mármol del profesor Nussmann, recientemente fallecido.

– Por cuenta del Estado alemán han sido adquiridos los cuadros *El emperador en la caza del oso*, de Julián Falat, y *La muerte y la novia*, del difunto Spangenberg, que han figurado en la última Exposición de Berlín.

– Gabriel Max está trabajando en Munich en una *Anunciación*, en la que se ve á la Virgen arrodillada y orando en éxtasis, y al ángel que envuelto en un nimbo de luz le anuncia que será madre del Redentor.

– Desde hace tiempo, y muy especialmente desde la subasta Dudley ha poco verificada en Londres, la dirección del Museo del Louvre, de París, se lamenta de la escasa dotación de que éste dispone para la adquisición de obras: algunos notables coleccionistas franceses, presididos por el ex ministro de Bellas Artes M. Antonino Proust, han constituído una asociación para organizar exposiciones periódicas de obras pertenecientes á particulares, con cuyos productos de entrada se formará un fondo de reserva para verificar compras artísticas con destino al citado museo.

– Sir Guillermo Gregory ha legado á la Galería Nacional de Londres cuatro cuadros de gran valor artístico: el más importante de ellos es una *Adoración de los pastores*, de Jerónimo Savoldo, insigne maestro de la escuela de Brescia. Siguen luego dos cuadros de Velázquez, que sin ser de la mejor época del gran pintor español, tienen, además de su indiscutible valía, gran interés para el mejor conocimiento de dos períodos de su carrera: son *Cristo en casa de Marta*, pintado probablemente en los primeros tiempos del artista, antes de que alcanzara la fama universal que más tarde conquistó, y *Un desafío en el Prado*, que es un boceto sin acabar, en donde se deja sentir algo la influencia de Rubens. El otro cuadro legado por sir Gregory es un *Interior con figuras*, de Jan Steten.

Teatros. – El teatro de la Corte, de Dresde, conmemorará en octubre próximo el cuarto centenario del descubrimiento de América poniendo en escena una obra de Carlos Kosting, titulada *El nuevo mundo*, tragedia de Colón.

– En el Brighton Theatre, de Londres, se ha estrenado con buen éxito una opereta titulada *El recluta*, letra de Stephenson y Harris y música de Wenzel y Crook.

– En el nuevo teatro de Leipzig se ha puesto en escena con gran éxito la tragedia de Sófocles *El rey Edipo*, arreglada al alemán por Adolfo Wilbrandt.

– Con la ópera *Nydia*, de Jorge Fox, que hace poco se estrenó en el Crystal Palace, han terminado las representaciones de ópera alemana é italiana que desde marzo se han venido dando en los teatros Covent Garden y Drury Lane, de Londres, por la empresa de sir Augusto Harris. Estas representaciones han sido en número de noventa y dos, habiéndose cantado: *Cavalleria rusticana* veintidós veces, *Filemón* doce, *El amigo Fritz* siete, *Faust* y *Lohengrín* cinco, *Elaine*, *Romeo y Julieta*, *Siegfried* y *Tristán é Isolda* cuatro, *La luz del Asia*, *Don Giovanni* y *Carmen* tres, *El Trompetero de Sakkingen* *Fígaro*, *Orfeo*, *Tanhauser*, *El oro del Rhin*, *La Walkiria*, *El crepúsculo de los dioses*, *El buque fantasma*, *Fidelio* dos, y *Manon*, *Nydia*, *El profeta*, *Los hugonotes* y *Aida* una. El éxito obtenido por Mr. Harris en su empresa ha sido en extremo satisfactorio y no menos merecido, porque era casi una temeridad sostener en Londres en este tiempo tres compañías de ópera de primer orden, una italiana, otra francesa y otra compuesta de artistas, coros y orquesta alemanes, expresamente llevados á la capital inglesa desde Alemania. Las óperas representadas por primera vez en Londres durante esta corta temporada de diez semanas han sido: *El oro del Rhin*, *Siegfried*, *La Walkiria*, *El crepúsculo de los dioses*, *Cavalleria rusticana*, *El amigo Fritz*, *La luz del Asia*, *Elaine* y *El Trompetero de Sakkingen*.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

León Cladel, notable escritor francés: la mayor parte de sus obras han sido reunidas bajo el título genérico *Les Va nu pieds*, y entre las sueltas citaremos *Une Maudite*, *Le Bouscassié*, *La Fete Votive de Saint Bartholomée*, *Porte-Glaive*. *Le Tombeau des lutteurs*, etc.

Federico Cristián Benedicto Avé-Lallemant, el más notable especialista en materia de policía en Alemania, autor de una interesante obra sobre el modo de ser de los ladrones alemanes y de muchas novelas judiciales.

Gustavo Guillermo J., barón de Duben, antiguo profesor de anatomía en el Instituto de Estokolmo y conocido como escritor por su notable obra *Laponia y los lapones*.

Eduardo Dubsky de Wittenau, escritor alemán, autor de numerosos libretos de ópera.

Ernestina Friedrichsen, notable pintora de género alemán, cuyos cuadros reproducen escenas de la vida de los masures, polacos y judíos.

Conrado Reinherz, célebre paisajista de Munich.

Antonio Treseniers, notable cincelador belga.

Varia. – En Francfort en el Main se ha inaugurado una Exposición Werther que permanecerá abierta hasta octubre y en la que figuran todos los documentos y reliquias referentes á esa historia amorosa de Goethe, como autógrafos, retratos y croquis de cuantos personajes intervienen en la obra, vistas de Wetzlar y de sus alrededores, y las antiguas ediciones y traducciones, etc., etc.

NUESTROS GRABADOS

Gerona en 1809, grupo de D. Antonio Parera. —Cada nueva obra del joven escultor catalán Sr. Parera revela un adelanto, significa un progreso. Ha poco aplaudimos su sentida composición *La recompensa del trabajo*, hoy hemos de felicitarle por su nueva obra. Ayer el artista inspiróse en un cuadro de la vida real, encontrando medio para ensalzar al honrado obrero que halla la recompensa de sus cotidianos afanes en el amor de sus hijos y en los tranquilos goces del hogar; hoy la inspiración del escultor se ha fijado en una de las grandes epopeyas de nuestra historia, representando ó simbolizando en la ya legendaria y simpática figura del heroico defensor de Gerona D. Mariano Alvarez de Castro el amor á la patria.

Preciso es convenir que esta clase de obras son las que puede y debe producir el gran arte. La elevación de conceptos hállase en armonía con los ideales que el arte simboliza. Por eso afirmamos que el artista que en ellos se inspira, cual lo hace el Sr. Parera, se enaltece

Reciba el escultor catalán nuestros sinceros plácemes y el testimonio que gustosos le tributamos de nuestra consideración.

***

Las dos hermanas, cuadro de Kaufmann. – Sentada la mayor en banco señorial y apoyada la menor en su regazo, lloran la ausencia del padre querido que como caballero debió abandonar á sus tiernas hijas y las tranquilas dichas del hogar por azares de las guerreras empresas. Solas, sin madre que las cuide, avívase su ternura al recibir nuevas de su padre ausente, y entregadas á sus recuerdos rezan y lloran, hallando el consuelo que necesitan en la grata esperanza que les presta la religión.

Simpática es la composición, una de las mejor interpretadas y sentidas de Kaufmann, artista ventajosamente conocido en el mundo del arte.



Hemos llenado de víveres y ropas cuidadosamente embalados casi toda la casita

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Era indudable que allí había vivido gente...

¿Dónde están? No deben haber muerto, pues veríamos sus cadáveres ó por lo menos sus osamentas...

¡Pues entonces viven!...

Sin duda han tomado los víveres que había aquí para ir á refugiarse en otra parte, en una gruta mejor protegida, en un valle más preservado del viento...

El oficial Coignet ha encontrado un pedazo de pizarra: me lo presenta, y leemos estas palabras:

«Marius, nacido en 1877.»

Sin duda era el grumete. ¡Pobre muchacho!

Kervella, jefe de la tripulación, acaba de levantar una caja que algún animal, foca ó albatros, habría hecho caer sin duda, y al punto me llama muy conmovido:

—¡Comandante, comandante, exclama, vea usted!...

Me acerco con los oficiales y leemos en grandes caracteres estas palabras, escritas en francés y en inglés:

«¡Regardez dans la boite!» (Mirad dentro de la caja.)

«¡Look in the box!»

En un instante queda abierta la caja; dentro de ella encontramos una lata de conservas, de la que sale un papel amarillento: este papel,

que ha reanimado de pronto nuestra esperanza, se halla sobre mi mesa ahora, y tantas veces le he leído que ya sé su contenido de memoria.

Hele aquí en su dolorosa sencillez:

«El *Tamaris*, buque de tres palos de hierro, de Burdeos, con rumbo á Nu mea, abordó la isla de los Pingüinos el 9 de marzo de 1882, á las dos de la ma drugada, en medio de una espesa bruma.

»Pudo aligerarse inmediatamente, pero como se había abierto se fué á pique á unas tres millas al SSO. de la isla, tres cuartos de hora escasamente después del choque. Toda la tripulación se salvó en las embarcaciones, que se dirigieron hacia la isla Hog, juzgando que la de los Pingüinos no ofrecería ningún recurso.

»No pudimos abordarla hasta el 11 de marzo, sin haber tenido tiempo de sacar del buque más que un poco de agua y 300 libras de galleta.

»Hemos tenido la suerte de encontrar en la isla Hog una caseta que contenía víveres y ropas, lo cual ha sido providencial para nosotros, porque el frío era glacial y todavía lo fué más después.

»Al ver que los víveres disminuían, mis desgraciados compañeros han supuesto que en la isla de la Posesión, en la «Bahía del Buque,» hallarían un depósito análogo al que encontraron aquí, lo cual les permitiría llegar hasta el verano, pues tienen la esperanza de que algún buque vendrá á recogerlos.

»Nuestro pasajero, el Sr. de Nessey, que quiso encargarse del mando, rehusa dejarnos marchar... dice que es una locura; pero nada puede hacer, porque la tripulación está resuelta.. Amenaza con no acompañarnos; pero ya vendrá... Por doloroso que me sea dejarle solo aquí, seguiré á mi gente... Nuestra tentativa es audaz, pero no temeraria. Seguramente habrá víveres en la isla de la Po sesión, en la «Bahía del Buque,» y abordaremos si Dios quiere...

»Se ruega encarecidamente á los que lean estas líneas que vayan á buscarnos á la isla de la Posesión, si existimos aún, y que en caso contrario den conoci miento de este escrito al cónsul francés del puerto adonde vayan...

»Marcharemos mañana ó pasado, si hace buen tiempo.

»*Isla Hog*, 30 *de septiembre de* 1882.

»Firmado: Rajou, capitán del *Tamaris*»

Así, pues, Luis los había seguido, puesto que no estaba allí... Todos se hallaban en la Posesión, la gran isla que yo había visto una vez desde nuestro anclaje en el momento de ponerse el sol.

No ignoraba yo que en la Posesión había una regular cantidad de víveres, los depositados por el *Comus* en otro tiempo: desde el 30 de septiembre al 3 de diciembre apenas habían transcurrido dos meses; de modo que aún no se les habrían acabado las provisiones.

Habiendo hecho yo esta reflexión en voz alta, Kervella, que contemplaba el mar, borrascoso y alborotado á lo lejos, dijo:

– No, los víveres no deben haber faltado, si es que los tripulantes han podido ir tan lejos en sus cáscaras de nuez: los botes de un buque de tres palos y de 400 toneladas no son ciertamente gran cosa, y .. ¡mire usted ese mar!

A decir verdad, el mar es muy peligroso en estos parajes, y el viento suma mente variable; mas no pierdo la esperanza, ahora que tengo una indicación cierta para dirigir mis pesquisas. Deben haber elegido buen tiempo para efec tuar la travesía; y por otra parte, como los vientos soplan casi siempre del Oeste, navegarían viento en popa, impelidos por la brisa y por la marejada hacia la tierra que deseaban alcanzar. Me parece, pues, que conseguirían su objeto.

De todos modos, reflexionando mejor, siento que hayan abandonado la isla de Hog, donde su seguridad era completa, y comprendo que Luis haya intentado lo imposible para retenerlos en ella. Cierto que sus víveres se agotaban; pero en rigor hubieran podido alimentarse con los huevos que se encuentran en casi todas las rocas, con ciertas partes del albatros y de la foca y con peces y conchas.

¡Cuando pienso que hubieran podido estar allí en aquel instante junto á nosotros; que habrían olvidado ya todas sus privaciones y disgustos y que yo hubiera podido hacerme á la vela inmediatamente con ellos y llegar á Borbón á los ocho ó diez días!... ¡Qué alegría no hubiese sido la nuestra, la de Juana y de Magdalena! ¿Y no renacería al calor de tantos rayos el amor de mi prometi da de otro tiempo, aquel amor que no puede extinguirse completamente?...

Esta mañana estaba muy contento... Esta noche cuanto más reflexiono más temo, tal vez porque deseo demasiado.

Todo el día he estado impaciente; hubiera querido marchar al punto á la Posesión; mas era demasiado tarde para que pudiese llegar á esa isla mal conocida antes de la noche, y he debido esperar la mañana.

Además, faltábame cumplir un deber, y era reemplazar los víveres consumidos por mis compatriotas. El tiempo ha sido muy bueno toda la tarde, y hemos consagrado ésta á ese trabajo, con gran contento de mis tripulantes. Hemos llenado de víveres y ropas cuidadosamente embalados casi toda la caseta, en la que hemos dejado también algunas picas, hachas y varios útiles... La noche ha llegado ya: réstame ahora tan sólo transportar algunas frioleras á primera hora de la mañana, y hecho esto, marcharé á la isla de la Posesión, que no he podido entrever sino una vez, pero cuya situación anoté cuidadosamente.

* * *

En el mar, 8 *de diciembre de* 1882

Toca á su término el quinto día desde que hemos salido de la isla de Hog y no hemos de esperar abordar á la Posesión antes de mañana á primera hora... Las dificultades que he hallado para dirigirme á esta tierra prometida, así como la rapidez con que se producen las borrascas, me han hecho pensar muchas veces, desde que se emprendió el viaje, en los peligros que debieron correr nuestros compatriotas en sus frágiles embarcaciones. Con frecuencia he recordado las palabras pronunciadas por Kervella en el umbral de la «Casa de los víveres:» «Si es que los tripulantes han podido ir tan lejos en sus cáscaras de nuez: los botes de un buque de tres palos y de 400 toneladas no son ciertamente gran cosa, comparados con nuestra robusta *Galatea*; y sin embargo, no parecíamos nosotros muy grandes en la madrugada del 4 de diciembre en medio de las mon tañas de agua levantadas de improviso, ni nos faltó mucho para desaparecer del todo...»

En la mañana del 3, mientras que la chalupa efectuaba su último viaje á la isla de Hog, el sol había salido radiante, y durante un momento, por segunda vez, se nos apareció todo el archipiélago. Soplaba una ligera brisa del Oeste, y el barómetro se mantenía á buena altura, indicándonos todo un hermoso día.

Dispuse que se hicieran los preparativos necesarios para la marcha, y esperé tan sólo el regreso de la chalupa, cuya llegada retardaban unas violentas corrientes más de lo que yo podía suponer.

Una distancia de 70 millas cuando más (130 kilómetros) separaba la isla de Hog de la Posesión; si era mucho para las pequeñas embarcaciones del *Tamaris* era poco para nosotros, y en siete horas la franquearíamos. Sin embargo, una vez en las inmediaciones de la gran isla, apenas conocida, sería necesario maniobrar con la mayor prudencia, detenerse á menudo, sondear de continuo; y perderíamos muchas horas buscando un anclaje conveniente para pasar la noche, si llegase á ser esto necesario.

Ya sabía yo dónde encontrar la «Bahía del Buque» á que los náufragos se referían, pues era la única indicada en una carta marina del archipiélago bastante defectuosa; mas no era allí donde yo esperaba encontrar á nuestros queridos compatriotas.

En mi biblioteca tenía el relato del viaje verificado por el *Comus* y recordaba haber leído que este buque había depositado víveres en otra bahía mejor preservada, cuyo elogio hacía, describiéndola lo mejor que era posible, y á la cual daba el nombre de «Bahía Americana.» En mi pequeña carta no se hacía mención de ella; pero yo estaba seguro de descubrirla después de algunas rápidas pesquisas, bien convencido de que los náufragos, habiéndola encontrado también, se instalarían en ella. Por lo pronto, visitaríamos desde luego la «Bahía del Buque,» puesto que era el punto de encuentro designado por el capitán Rajou, y esto me pareció una razón más para marchar cuanto antes, debiendo contar con las dilaciones que no se podían prever.

Al fin, un poco antes de las ocho Kervella volvió á bordo con la chalupa, y sin perder tiempo mandé levar anclas. Todos los marineros maniobraron con tal entusiasmo, que á los pocos minutos seguíamos nuestra ruta hacia el punto donde se había visto dos veces la isla de la Posesión, ahora oculta de nuevo. La brisa era fresca, por más que hubiese vuelto la bruma, y la *Galatea*, cargada de velas, deslizábase rápidamente, como si ella misma estuviese impaciente...

Aquella bruma me inquietaba y me extrañaba, dada la dirección del viento. ¿Sería indicio de que brisas contrarias, procediendo del Este, soplaban más allá, rechazando hacia nosotros aquella obstinada niebla?

Kervella, que en su calidad de jefe de tripulación había dirigido la maniobra de poner el velamen, vino á verme cuando hubo concluído, para darme cuenta de su misión en la isla Hog. La cabaña, me dijo, quedaba repleta de víveres, ropas y diversos útiles; se habían reforzado el tejadillo y las puertas, y todo se hallaba en las mejores condiciones. Los marineros que iban con él habían querido plantar allí la bandera francesa, á lo cual creyó no deber oponerse. Además, me llevaba más pruebas de la innegable permanencia de nuestros compatriotas en la isla; en una gruta inmediata á la «Casa de los víveres,» muy espaciosa y más cómoda, se habían encontrado útiles de cocina y de pesca, paquetes de cápsulas para hacer fuego, prendas de vestir de piel de foca, cosidas con hilo de vela, lechos de plumas de albatros y una *Imitación de Cristo*, que me presentó.

Cogíla vivamente, y en la primera página leí esta firma: *Juana de Nessey*...

Al observar Kervella mi emoción mientras contemplaba aquel librito, regalado á Luis por mi hermana en otro tiempo, hizo ademán de retirarse discretamente; mas por la manera con que daba vueltas á su sombrero entre las manos, adiviné que tenía algo que decirme.

– ¿Qué más hay?, le pregunté.

– Comandante, contestó, dispénseme usted; pero debo decirle que tal vez llevamos demasiado velamen. El mal tiempo se presenta pronto en estos mares, como sucede en parajes análogos, en Kerguelen, que yo frecuenté en otro tiempo, y esta mañana he observado algo que «marca mal,» como nosotros decimos. Las focas no suelen gritar mucho, y ha poco hacían allí un ruido infernal; hubiérase dicho que eran voces humanas, como de personas que se quejasen... y á decir verdad, habríamos jurado que algún hombre se hallaba entre aquellos animales... Además de esto, las aves no se han alejado hoy á gran distancia por mar.

– Tiene usted razón, amigo mío, repuse; el barómetro, que es más seguro que las focas y los albatros, ha comenzado á descender de pronto rápidamente; y por otra parte, esa bruma que persiste á pesar del viento Oeste... Vamos, todo esto es de mal agüero; pero es preciso marchar; y además, si sobreviene la tormenta, más vale sufrirla en alta mar que en esta costa. En cuanto á las velas, son sólidas; y como la tripulación está bien dispuesta á maniobrar, muy pronto quedarán recogidas cuando sea necesario.

– Eso sí, señor comandante, dijo Kervella; la tripulación es buena y puede usted contar con nosotros.

– Ya lo sé, amigo mío, contesté; pero vigile usted bien siempre.

Hacía ya cinco horas que navegábamos, cuando la brisa en vez de aumentar cesó casi del todo. La bruma comenzaba á ser más densa, y entonces, algo inquieto, dí orden de recoger las velas pequeñas con gran asombro de algunos marineros aún novicios. Al mismo tiempo mandé avivar el fuego de la máquina, que podía ser un gran auxilio y que en todo caso nos ayudaría á proseguir nuestra marcha ahora que nos faltaba el viento.

Hemos penetrado en el fondo de la bruma, y temiendo caer bruscamente sobre las rocas de la Posesión, he inclinado un poco á la izquierda á fin de pasar cerca de ellas dejándolas á estribor... Pero ¿hasta dónde se extiende esa isla, que jamás ha sido bien medida?

Al cabo de otras dos horas he desviado un poco más á la izquierda, disminuyendo después la celeridad y deteniéndome al fin por completo.

Hace ya siete horas que navegamos; deberíamos haber llegado, y aún no se ve nada, absolutamente nada... Desde la popa del buque apenas distingo la silueta de nuestros marineros...

Escucho con el oído atento, porque el ruido de las olas sobre las rocas podría distraernos; pero no se percibe rumor alguno, ni siquiera el grito de un ave. Y sin embargo, la calma es cada vez más profunda; en la superficie de las aguas no sopla la más ligera ráfaga, y por arriba, sobre nuestras cabezas, en medio de la blanquecina niebla, se ven correr enormes manchas negras que parecen siluetas proyectadas.

Son las tres, y examino de nuevo el barómetro: en una hora ha descendido bruscamente cuatro milímetros, y veo que la tempestad es inevitable. La presagio por esta calma anormal, por el súbito calor que se siente, por el misterioso

silencio, y en fin, por el instinto que nos advierte, semejante al de las aves. Los marineros más novicios la adivinan también.

Avanzo aún hacia el Este por espacio de una hora sin que nada cambie á nuestro alrededor. Después, temeroso de haber pasado de la isla y deseando mantenerme al viento á toda costa, doy orden de retroceder.

Son las seis; no hay más remedio que aplazar hasta mañana el reconocimiento de la tierra, y por lo tanto pasaremos la noche en el mar sin alejarnos... Tal vez se serene un momento el cielo permitiéndonos ver á qué distancia de la isla nos hallamos. Por prudencia me desvío de su dirección probable.

A eso de las seis y media el tiempo se aclara bruscamente como la metralla que abre ancha brecha en un batallón... La isla, de la cual huíamos hace dos horas, aparece detrás de nosotros destacándose su cabeza como de una túnica de gasa. Hemos debido pasar muy cerca de ella. La bruma ahuyentada primeramente del cielo se extiende cada vez más cerca del agua como aplanándose, después remonta en rápida aspiración, se disemina, dilátase y se pierde en la inmensidad del espacio. Ya nos alcanzan las primeras ráfagas del Este.

En los parajes donde nos hallamos, los vientos que siguen esa dirección son excesivamente raros y siempre indicio de una tempestad revuelta: en efecto, ya nos azotan ráfagas húmedas del Norte que vuelven á traer consigo la eterna bruma.

No es posible pensar de ningún modo en llegar á un sitio propio para el anclaje; muy por el contrario, es preciso huir de él, y mientras la dirección de la brisa lo permite desciendo al Sud, más abajo que la isla de la Posesión. Una vez hecho esto, me pongo á la capa, es decir que, sin vela casi, permanezco tan estacionario como es posible, derivando lentamente, doblando la cabeza bajo la tempestad...

Confío en que los vientos, si continúan su giro acostumbrado, saltarán al Oeste y después al Sud, para volver al Sudoeste y al Oeste, perdiendo poco á poco su fuerza. Cuando soplen del Sudoeste volverá á quedar límpida la atmósfera. La isla de Posesión, de la que me habré alejado poco, aparecerá entonces é iré á refugiarme detrás de ella: la tempestad habrá terminado ya.

Desde las ocho, la noche ha cerrado con una obscuridad profunda; ya no es la niebla lo que nos rodea, sino nubes bajas y negras que solamente dejan visible un estrecho círculo donde parece hervir la espuma...

La *Galatea*, cuya armazón cruje, se inclina y se estremece...

Agarrado al puente, junto al oficial de guardia, no abandono aquel puesto sino un momento, de hora en hora, para ir á consultar el barómetro en mi camarote y calentar mis miembros entorpecidos por la inmovilidad, el granizo y la lluvia. En mi diario de marino escribo rápidamente algunas notas que en este momento completo para conservar más tarde el recuerdo del imponente espectáculo á que asistimos.

«Media noche. – Barómetro, 733. Termómetro, + 5°. Viento persistente del Norte. La *Galatea* se inclina mucho en las ráfagas, pero conserva admirablemente su equilibrio. Gracias á la previsión de Kervella se han tendido cuerdas para que los marineros se cojan durante los movimientos de vaivén.

»A las tres. – Barómetro, 730. Termómetro, 0°. Tempestad del Nordeste. Las ráfagas son en extremo violentas y hay momentos en que la *Galatea* queda casi tumbada... pero vuelve á enderezarse...»

Comienza á rayar el día, vago resplandor que comunica á los objetos una forma indecisa sin contornos determinados; el granizo y la nieve nos ciegan; pasan con rapidez y dejan tras sí una claridad mayor, pero sin intensidad, que no puede atravesar las nubes negras confundidas con las olas que limitan y reducen nuestro horizonte. Alrededor de nosotros la superficie del mar está verde y rizada, y las olas no tienen fuerza para elevarse por lo mucho que las aplana el viento.

Espero con impaciencia el salto al Sudoeste, que me permitirá distinguir la tierra, cuyas corrientes, producidas por las tempestades, pueden habernos acercado.

«A las 3 y 55 minutos. – Barómetro, 729. Termómetro, 1°. Tempestad del Oeste. Espero que terminará pronto.»

Bajo el impulso de una furiosa ráfaga, la vela de trinquete es arrastrada por el viento; las cuerdas que la retenían azotan y se rompen, y nuestra posición de equilibrio no es tan buena. Ya está preparada otra vela para reemplazar la de trinquete; se procura desplegarla, pero también se la lleva el viento; las ráfagas se suceden con rapidez, y arrancan ligeras tablas de madera de nuestro buque, haciéndolas volar por los aires. Algunas aves marinas, alcanzadas por el torbellino, caen á bordo aturdidas y medio asfixiadas. El mar está espantoso... El buque se inclina de repente y se tumba hasta las jarcias, permaneciendo en esta posición terrible en que el equilibrio se pierde casi y en que la menor cosa basta para sumergirle del todo. Se ejecutan diversas maniobras para levantarle, todas inútiles, y es preciso intentar la última, aquella á que no quisiera apelar, porque nos alejará largo tiempo tal vez de nuestros náufragos. Se reduce á huir ante el temporal; me resuelvo al fin, porque es preciso, y gracias á la hélice, puesta en movimiento oportunamente, conseguimos nuestro objeto después de algunos minutos de angustia. La *Galatea*, obligada á girar, halla un punto de apoyo sobre la presión de las aguas á su derecha; levántase, y cogida entonces á popa por la tempestad, salta, se precipita y huye rápidamente... Corre sin vela ni vapor, en línea recta, al acaso, perseguida por la ola, enorme ahora porque el viento no es tan fuerte; corre, avanza siempre, porque se perdería si se detuviera... y como aquélla le da alcance, á veces choca contra su casco violentamente y la cubre; yo la ayudo en su fuga, haciendo desplegar una vela y después otra. De este modo la carrera continúa cada vez más vertiginosa en medio de los choques, de los vaivenes y de las sacudidas, que estremecen á la *Galatea* como si fuera un animal enloquecido.

Sin embargo, queda alejado todo peligro, y solamente pienso con dolor en la distancia que aumenta siempre entre los náufragos y nosotros y en el tiempo que emplearemos en recorrer en sentido inverso el trayecto que hoy tan rápidamente franqueamos.

Nuestra carrera duró hasta la tarde.

Llegada la noche, el mar, rendido y quebrantado, se apaciguó, calmóse el viento, y al punto comencé á tomar una serie de rutas oblicuas que debían conducirnos poco á poco á la isla que se nos había escapado.

La hélice no podía servirnos aún, porque teníamos todavía mar demasiado gruesa; pero con el auxilio de las velas conseguimos ponernos á la altura del viento. Después, las circunstancias nos han favorecido más de lo que yo podía esperar: esta tarde, gracias al buen tiempo, hemos podido alcanzar en el Norte el meridiano de la isla de la Posesión, y sirviéndonos ahora del vapor, descendemos hacia ella lentamente á fin de no alcanzarla antes de que haya amanecido...

Si no hubiese sufrido esta tempestad en una travesía tan corta, habría dicho: «Mañana á primera hora, Luis estará en mis brazos.»

Pero no osaré asegurar nada...

Temo por mis amigos... y también por mis esperanzas...

***

Isla de la Posesión, 9 de diciembre de 1882.

Las tristes previsiones de Kervella se han realizado.

«¡Si han podido llegar!»

¡Ay de mí, no han podido! La prueba irrefutable la tenemos aquí, junto á nosotros.

Ninguna esperanza puede quedar ya... Una sola tal vez, y yo trato de aferrarme á ella; pero ¡es tan débil!...

Esta mañana á las seis hemos dado vista á la isla de la Posesión, pero en medio de la bruma, como de ordinario.

La costeábamos hacía una hora sin verla, y nos habíamos acercado de tal modo á ella, que hemos distinguido de improviso, en medio de la niebla, el brillo argentado de las rompientes sobre las rocas...

Distaban pocos metros de la proa del buque... algunos minutos más, y estábamos perdidos... He mandado dar contravapor á toda prisa y poner una vela para virar, habiendo tenido la suerte de pasar sin choque alguno.

Una vez fuera de peligro, hemos esperado en alta mar en aguas tranquilas, que habíamos perdido la costumbre de ver, hasta que la bruma desapareciese.

Alrededor de nosotros, innumerables aves retozan alegremente; bandadas de albatros se perfilan bajo el cielo, claro ya en el cenit, y todo indica un hermoso día, un día del verano austral, semejante al fin del invierno en nuestros países.

A eso de las ocho y como por arte de magia la espesa cortina de bruma desaparece de improviso, y vemos entre dos tierras altas, pedregosas, desnudas, erizadas, lúgubres, pero pintorescas, con sus picos dentados, sus brillantes glaciares y sus volcanes extinguidos: eran las islas de la Posesión y del Este, muy próximas entre sí.. Cerca de nosotros, en la Posesión, las rompientes en que estuvimos á punto de perdernos protegían la entrada de una pequeña bahía circular bien preservada, pero desgraciadamente demasiado pequeña para un buque de tan alto bordo como la *Galatea*.



Y en una lancha tripulada por mis mejores marineros me he dirigido hacia la playa

Según la carta marina, reconocimos muy pronto que estábamos viendo la «Bahía del Buque,» precisamente el punto á que el capitán del *Tamaris* nos suplicaba que nos dirigiéramos...

En aquel día de calma, la marejada era demasiado furiosa para que pudiera intentarse enviar una embarcación á tierra; pero nos hallábamos á tan corta distancia, que desde la cubierta del buque éranos fácil distinguir todos los detalles del terreno, y una simple ojeada bastaba para asegurarse de que hacía largo tiempo nadie había habitado allí. Cerca de nosotros, tan próximos que se hubiera creído tocarlos alargando la mano, veíanse grandes ribazos cortados á pico, con varias grutas, donde las aguas del mar penetraban rugiendo; entre ellos ábrese la bahía, desarrollándose en un radio de cien metros escasos y presentando una ancha playa cubierta de arena gris; pero ni en esta playa ni en el valle que le sigue y que se eleva bruscamente en el fondo vimos ninguna choza ni vestigio alguno de campamento ni restos de ninguna especie: siempre focas, siempre albatros y elefantes marinos.

Mando enarbolar el pabellón y disparar un cañonazo, y al cabo de media hora de espera remonto á lo largo de la isla para descubrir la «Bahía Americana,» donde el *Comus* depositó víveres.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PASATIEMPOS CIENTÍFICOS. — LAS POMPAS DE JABÓN

Las pompas de jabón, además de los experimentos científicos á que se prestan (tensión superficial de los líquidos, presión capilar, etc.), pueden ser objeto de varios pasatiempos, de los cuales describiremos tres que nuestros lectores podrán ejecutar modificándolos á su gusto.

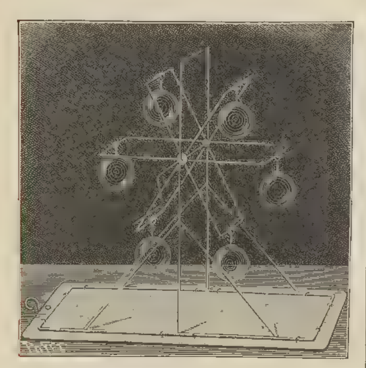


Fig. 1. Molinete construído con briznas de paja y pompas de jabón

El líquido que empleamos, con una tercera parte de glicerina, es una solución de oleato sódico que permite obtener pompas monstruosas, que contienen hasta 30 litros de aire, y que en dimensiones más reducidas pueden tener una duración de media hora y hasta de una hora, ó más si se las tiene al abrigo de las corrientes de aire. El agua de jabón común daba resultados muy imperfectos.

Como el primer pasatiempo que nos proponemos describir exige previamente la construcción del pequeño molinete de paja representado en la figura 1, indicaremos el procedimiento que debe seguirse para fabricarlo.

Tómese una brizna de paja de centeno de 45 centímetros de longitud, recta y sin nudos, y dóblesela cuatro veces en ángulo recto, de modo que se forme con ella un rectángulo de 5 centímetros de ancho por 16 de largo, y como el perímetro resultante es de $2 \times 16 + 2 \times 5 = 42$, queda en el extremo más delgado de la paja un trozo sobrante de 3 centímetros, que se introducirá en el otro extremo más ancho de manera que se obtenga un rectángulo perfectamente cerrado. Constrúyase del mismo modo un segundo rectángulo de 16 centímetros de longitud cuya anchura sea dos veces el grueso de la paja, es decir, unos 5 milímetros mayor que el precedente, ó sea en total 55 milímetros, y finalmente un tercero que tenga también 16 centímetros de largo por 45 milímetros de ancho. Colóquese el rectángulo más estrecho dentro del primero y el más ancho en el exterior y dispónganse sobre la mesa de manera que formen entre sí seis ángulos de 60 grados cada uno, como los radios de un hexágono regular inscrito en una circunferencia: los tres rectángulos así dispuestos constituyen lo que llamamos rueda del molinete.

Un rectángulo de 16 centímetros de longitud por 8 de anchura nos proporcionará el sustentáculo: en el centro de los lados más largos de éste péguense con lacre los pies de dos montantes verticales, de 25 centímetros de altura, unidos en su parte superior por un travesaño horizontal de 75 milímetros de longitud, y asegúrese este armazón de montantes y del sustentáculo por medio de cuatro puntales, dos á cada lado, de 10 centímetros de largo, cuyos extremos se fijarán en otros tantos cortes practicados en las pajas con un cortaplumas.

Con un alambre delgado y enrojecido al fuego, agujeréense los montantes á una distancia de 15 centímetros de la base y por el centro también los lados largos de los rectángulos de la rueda y atraviésense los montantes y el eje de ésta con un alambre acodillado en uno de sus extremos en forma de manubrio. Los radios del molinete se pegarán entre sí cerca del eje con lacre, lo cual impedirá que el aparato pierda su forma, y asimismo se fijarán con lacre al árbol de alambre.

Para aumentar la solidez del aparato puede clavarse el sustentáculo en una hoja de cartón por medio de ligaduras hechas con alambre muy fino. Un garfio adaptado á uno de los extremos del cartón permitirá suspender el sustentáculo verticalmente en la pared, en vez de colocarlo sobre una mesa.

Terminado el trabajo que ha de hacerse con la paja, fáltanos ocuparnos de las rodajas que deben servir para suspender las pompas de jabón: estas rodajas recortadas en una tarjeta tendrán el tamaño de media peseta aproximadamente, y cada una de ellas estará suspendida por su centro á uno de los travesaños de la rueda por medio de un alambre muy delgado que rodeando dicha traviesa como una anilla y retorcido luego de modo que forme una barrita de suspensión pase por el agujero practicado en el centro de la rodaja, en la que se clava con un poco de lacre. Nuestro grabado indica claramente que á fin de mantener la anilla y por consiguiente la rodaja en el centro de anchura de la rueda, la paja de cada travesaño está atravesada á ambos lados de la anilla por dos pedacitos de alambre muy delgado de un centímetro de longitud que impiden que la rodaja se incline hacia un lado. Como el diámetro de las anillas es mayor que el de la paja, el peso de las rodajas basta para mantener verticales las barritas de suspensión durante la rotación de la rueda.



Fig. 2. Imitación de lámparas incandescentes



Fig. 3. La fumigación

Con esto queda construído el juguete y no hay más que soplar pequeñas pompas de 3 á 4 centímetros de diámetro y suspenderlas en la cara inferior de las rodajas previamente humedecidas con el mismo líquido. Estas pompas quedarán allí suspendidas, y cuando se haga dar vueltas á la rueda las bonitas esferas de colores irisados las seguirán en su movimiento de rotación.

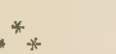
Nada más elegante que este pequeño aparato, cuya construcción recomendamos á los aficionados á trabajos delicados: á los que deseen algo más sencillo vamos á indicarles la manera de imitar una lámpara incandescente, en la que el globo de cristal está sustituído por una pompa de jabón (fig. 2).

Tómese una de esas flores de porcelana que hoy se encuentran en muchas partes, una campanilla, por ejemplo, y péguese en el interior de la flor con lacre un alambre delgado y encorvado de modo que imite el filamento de una lámpara incandescente y humedézcase en el líquido este hilo metálico y el borde de la campanilla. Sóplese luego una pompa de jabón de 6 centímetros de diámetro, en la que penetrará el alambre y que irá á adherirse en los contornos de la flor, y se tendrá de esta suerte la reproducción de una lámpara incandescente: suspendida en la pared, será una lámpara de salón; puesta en un candelero, será la lámpara invertida que se emplea en los escritorios.

Finalmente, he aquí para terminar un juego que gusta mucho y que puede titularse la fumigación ó el baño de vapor (fig. 3).

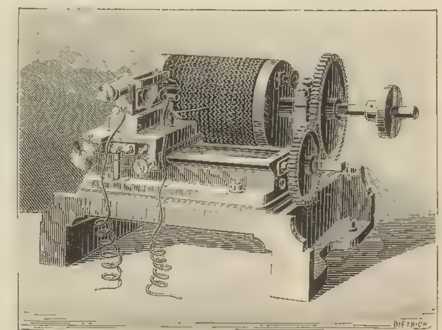
En una copa plana de cristal de unos 6 centímetros de diámetro colóquese de pie una figurita que previamente se bañará en el líquido jabonoso: mójense también los bordes de la copa y sóplese una pompa grande que descendiendo á lo largo de la figurita se fijará en el contorno de la copa envolviendo la figura, que quedará encerrada como en un globo de cristal. Con estos sencillos preparativos se podrá entretener á la gente menuda simulando una escena de baño de vapor, para lo cual se mojará el extremo de la paja que ha servido para soplar la pompa y se la aplicará á ésta para inyectar en su interior humo de tabaco. Si luego se aspira suavemente por la paja una parte del aire que contiene la pompa hasta que ésta haya disminuído suficientemente de volumen, la cabeza de la figurita quedará al descubierto, mientras el resto del cuerpo continuará expuesto á la fumigación bienhechora.

ARTURO GOOD



UN INDICADOR DE VELOCIDAD

Una de las indicaciones más importantes en la mayor parte de los experimentos de mecánica es la de la velocidad angular. Los ingenieros que han de hacer pruebas con máquinas de vapor ó eléctricas y los que tienen que vigilar estas máquinas en su funcionamento ordinario han de conocer su velocidad angular, que es indudablemente uno de los principales factores de su acción. Las más de las veces se considera bastante conocer por medio de un contador particular el número de vueltas efectuado en un tiempo dado, en un minuto, por ejemplo, y estas observaciones se repiten con la mayor frecuencia posible; pero con esto no se tienen, ni mucho menos, indicaciones exactas sobre la velocidad angular continua de la máquina experimentada. Para obtenerlas tales, conviene saber la velocidad en cada instante, conservando de ello una prueba escrita que se puede unir á los estados de los diagramas de la máquina de vapor ó de las máquinas eléctricas. Muchos sistemas de este género se han construído; el que damos á conocer y representa nuestro grabado es nuevo y está muy bien concebido. Nos referimos al indicador de velocidad de los Sres. Manlove, Alliot y Compañía, de París, que permite determinar á 1/5000 de segundo aproximadamente el tiempo durante el cual gira un árbol y que deja una huella escrita de la velocidad que registra.



Indicador de velocidad

El aparato consta de un cilindro puesto en movimiento por el árbol cuya velocidad angular se trata de medir. Un engranaje especial mueve un aparato

que lleva un diapasón determinado y colocado delante del cilindro, el cual tiene en uno de sus extremos un estilete que se apoya en el cilindro y traza en él ciertos caracteres. El diapasón puesto en movimiento efectúa un número de vibraciones que es siempre el mismo por segundo ó que sólo varía dentro de límites poco apartados. En el caso actual el número de vibraciones es de 512 por segundo. El diapasón se mueve merced á un electro-imán alimentado por una pila. Para hacer el experimento se empieza por poner en el cilindro una hoja de papel bastante fuerte, pasando á este objeto sus dos extremos por una estrecha hendidura practicada en toda la longitud del cilindro y sacando las puntas por medio de cilindros especiales colocados en el interior del tambor. Algunos tornillos permiten asegurar la presión necesaria para apretar el papel. Después es preciso ennegrecer éste por medio de una lámpara de aceite de torcida larga y plana, que se coloca debajo del cilindro en donde está la hoja de papel, al cual se hace girar paulatinamente hasta haber obtenido un depósito suficiente y regular de materia negra.

Cuando el cilindro está preparado de esta manera, se coloca el diapasón y se da vueltas al cilindro cuidando de anotar el punto de partida. El pequeño estilete del diapasón, al moverse, va registrando las vibraciones sucesivas, cada una de las cuales representa un valor de segundo (1/512) bien determinado, de modo que será muy fácil contar el tiempo empleado para efectuar una revolución completa.

Con este aparato se pueden obtener en algunos casos observaciones sumamente exactas y de gran importancia. Tomemos, por ejemplo, una instalación de máquinas dinamos, en la que es muy conveniente que la velocidad angular sea constante dentro de límites muy aproximados: el indicador de velocidad nos permitirá registrar las más pequeñas variaciones de velocidad á 1/5000 aproximadamente.

Según el resultado obtenido de varias pruebas comparativas en muchos motores, la variación de velocidad ha sido de 5 por 100 con la máquina de vapor y de 6'25 por 100 con el motor de gas.

El aparato de los Sres. Manlove, Alliot y Compañía nos permitirá conservar testimonios escritos de varios experimentos con sólo dar una capa de barniz de goma laca á la hoja de papel ennegrecido.

Este aparato da á cada instante y muy exactamente la indicación de la velocidad. Si ésta es normal las vibraciones registradas tienen el mismo trazado, pero si el número de vueltas aumenta ó disminuye las vibraciones aparecen en el papel más anchas ó más apretadas.

J. LAFARGUE

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

DON QUIJOTE DE LA MANCHA. – Hemos recibido los cuadernos 14 á 20 de la edición que publica en esta ciudad D. Ceferino Gorchs.

***

LA IGLESIA Y EL ESTADO, por *Enrique Oliver Rodríguez*. – Es un folleto de interesante lectura en que con gran copia de datos y razonamientos se estudian desde el punto de vista del derecho abstracto las relaciones que deben existir entre la potestad civil y la eclesiástica.

Ha sido impreso en esta ciudad por D. Ramón Riera (Ancha, 15).

***

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, por *don León Bonel y Sánchez*. – La entrega tercera de esta importante publicación contiene trabajos interesantes sobre la razón del Código civil, la organización de la familia navarra y el Código de Tortosa; la memoria que sobre el apéndice de derecho catalán al libro III del Código civil leyó D. Jaime Carner en la Academia de derecho de esta ciudad; el proyecto de ley de hipoteca naval, varias decisiones de la Dirección de Registros, sentencias del Tribunal Supremo, etc., etc. Suscríbese en la calle de Fontanella, 44, pral. primera, al precio de 9 pesetas por doce entregas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar. Entrega suelta, una peseta.

***

POESÍAS, por *D. Juan Alcover*. – AYGO-FORTS, por *Gabriel Maura*. – Con el título de *Biblioteca Balear* ha comenzado el editor de Palma D. J. Tous una publicación cuyos dos primeros tomos son los que motivan estas líneas. Es el primero una colección de poesías del conocido poeta Sr. Alcover, en las cuales campean una inspiración y una espontaneidad que justifican los incondicionales elogios que al publicarse por vez primera les prodigaron los más sabios y exigentes críticos españoles, entre ellos D. Antonio Valbuena, de quien es bien sabido cuán poco pródigo es en alabanzas. El segundo tomo se compone de ocho artículos de costumbres populares mallorquinas, escritos en mallorquín por D. Gabriel Maura: en todos ellos se advierte un espíritu de observación y de análisis tan justo, que los tipos y las escenas aparecen arrancados de la realidad; son cuadros llenos de color y de vida; tal gracia rebosan, atesoran tantas bellezas de lenguaje, chistes tan espontáneos, que su lectura nos ha traído á la memoria el recuerdo del primero de los costumbristas catalanes. El mejor elogio que podemos hacer del Sr. Maura es decir que, en nuestro concepto, puede ser considerado como el Vilanova balear.

Los tomos de la *Biblioteca Balear*, de cerca de 200 páginas cada uno, elegantemente impresos y encuadernados y con el retrato del respectivo autor, véndense al precio de 1 peseta 25 céntimos en Mallorca y 1,50 en el resto de España.



LAS DOS HERMANAS, cuadro de Kaufmann

***

EL SITIO DE SEBASTOPOL, por el *conde León Tolstoy*. – HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, escrita en alemán por *Joaquín Enrique Campe*. – La «Biblioteca de libros escogidos» que se publica en Madrid ha puesto á la venta estas dos obras. De la bondad de la primera es garantía el nombre del célebre conde ruso, que nos releva de elogiar como se merece la manera magistral con que está descrito este suceso, uno de los más importantes de las modernas guerras europeas. El otro libro es el primer tomo de la *Historia del descubrimiento de América* y abarca desde el nacimiento de Colón hasta el descubrimiento de la Florida. – Véndese cada tomo al precio de 3 pesetas.

***

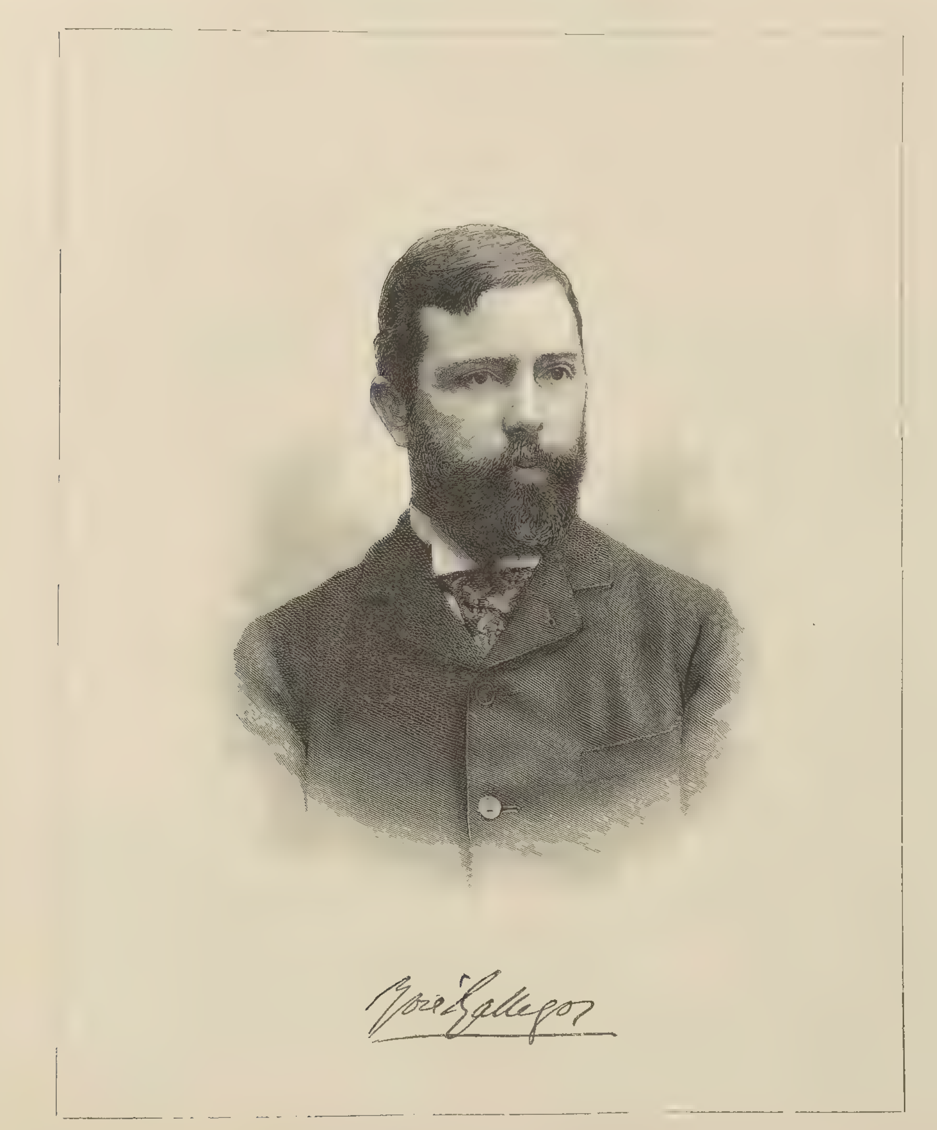
LA ESPAÑA MODERNA. – LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA. – Hemos recibido los números de estas importantes revistas que publica en Madrid don José Lázaro, correspondientes á los meses de mayo y junio últimos, que contienen interesantes trabajos literarios la primera y jurídicos la segunda.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 15 de agosto de 1892 — Núm. 555

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



El celebrado pintor español D. José Gallegos

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Catástrofes del mes de julio. — Cólera en Oriente, aludes en Saboya, inmersión de islas en el Pacífico, erupciones en el Etna. — Libros publicados en julio. — Traducción de Angleria y Memoria sobre Alonso Sánchez. — Apuntes y memorias por la duquesa de la Torre. — Anécdotas respecto del duque. — La noche de su muerte. — Las fiestas del centenario colombino. — Conclusión.

I

¿Qué demonio de *Jetatura* tuvo el mes de julio?, pregunta todo el mundo. Los cuatro patriotas, más ó menos entusiastas, ahorcados como perros en Sofía; los médicos de Astrakán, por no haber puesto entre sus artes la difícil de conjurar el cólera, arrastrados después de estrangulados bárbaramente, y los tristes hospitales, donde centenares de moribundos expiraban, incendiados allí por terribles y devastadoras teas populares; numerosos viajeros, de los que suelen holgarse con plácidas navegaciones por los lagos de la infeliz Helvecia, cocidos en agua hirviente á una explosión de la caldera del vapor *Mont Blanc*, parecida en este caso á las temibles calderas del infierno; titánico alud aplastando bajo sus moles de cantos rodados y de hielos eternos todo un pueblo de bañistas; uno de los islotes que se alzaba entre las posesiones holandesas de Asia y nuestras Filipinas, sumergido con sus habitantes, como pudiera sumergirse cualquier barco náufrago con su carga y su lastre y su tripulación en deshecha tempestad; el terremoto sacudiendo á cada paso las más bellas comarcas, y el Etna en una erupción tal, que parece por las noches serenas estivales, desde la mar celeste, un sol que se forma entre tonantes irradiaciones eléctricas, siendo un volcán que amenaza repetir en los pueblos esparcidos á su falda la suerte de Pompeya y Herculano, sorprendidos por una erupción semejante y enterrados hoy bajo un sudario de piedra pómez y cenizas, entonces ardientes, ahora mudas como la eternidad que evocan y yertas como la muerte que recuerdan; tantas y tan enormes catástrofes dicen cómo, compuesto el universo de fuerzas que crean y fuerzas que aniquilan en combates titánicos perpetuos, pasa con una indiferencia enorme sobre las cabezas de cuantos se hallan condenados á muerte, pena capital promulgada sobre todas las especies y de la que ninguna podrá eximirse, hallándose todas á una colocadas en el espantoso laminador, que rueda y rueda continuamente, de la transformación universal.

II

Quitemos los ojos de la naturaleza para convertirlos al espíritu. Y en el espíritu veamos una de sus mayores y más luminosas manifestaciones, veamos los libros. No hay que preguntar si son buenos ó malos; basta con que sean libros para con gratitud verlos y agasajarlos con calor. ¡Se lee tan poco en España y sus Indias! Un periódico diario tendrá suscripción; un drama cualquiera, público; un discurso más ó menos elocuente, auditorio: con dificultad un libro tendrá lectores. Yo he podido experimentar en mí la diferencia entre la fama de un discurso y la fama de un libro en esta nuestra patria. Con la brutal memoria que Dios me ha dado, yo sé de coro mis escritos, y los declamo cuando me place, cual un actor su papel. Párrafos míos, guardados en volúmenes de los cuales nadie se acuerda, helos dicho yo en cualquier discurso, y han corrido sin término por todo el planeta y han quedado en la memoria universal. ¿Quién sabe dónde se hallan en mis libros, cuando tantos los han oído y hasta tomado de memoria en mis discursos? Por héroe tengo á quien escribe un libro en España. Si después resulta que sólo alcanza de su publicación idea ó noticia cualquier malhumorado Zoilo, y lo pone como no digan dueñas, bien servido va el autor y puede dar gracias al cielo por el oficio que le tocara en suerte. ¡Ah! El mes de julio se inscribirá con piedra blanca en los anales literarios por sendos libros notables, debidos á dos sabios españoles, ambos eclesiásticos. Es uno cuidada versión de las cartas y décadas escritas por el célebre Angleria, capellán de los Reyes Católicos, maestro de letras en aquella corte gloriosísima, gran de autoridad, con Las Casas, Oviedo, Fernando Colón, Bernal Díaz del Castillo y otros rarísimos en materia de historia colombina. Cosa fácil en los siglos XVI y XVII verter del alto latín al vulgar castellano las obras, cuando escribían en una y otra lengua indistintamente historiadores insignes como Mariana y se correspondían ellas entre sí como hija y madre. Pero desde que nuestra lengua se afrancesó en el siglo anterior y se olvidaron de sus latines hasta los clérigos, una traducción de las magistrales obras latinas del Renacimiento á nuestro estilo reinante, sin aposiciones y sin hipérbaton, resulta por todo extremo difícil. Pues el señor canónigo de Madrid Torres Asensio ha vencido la dificultad, y dádonos una versión de Angleria correctísima, lo cual deben agradecerle de consuno las ciencias y las letras. Meritoria también obra tan erudita como la publicada por presbítero tan competente y maestro en Historia como el Sr. Lorenzo Leal, relativa en gran parte al influjo ejercido por el piloto Alonso Sánchez, náufrago en el mar tenebroso por la segunda mitad del siglo XV, sobre Colón y su descubrimiento, con datos y noticias de la cosecha de aquél por haber abordado á una de las Antillas. El autor no ha comprendido que su trabajo, sin aumentar una probabilidad al influjo de Alonso Sánchez, rebaja y disminuye la obra del descubrimiento sin provecho para nadie. Si Colón sabía la existencia de los archipiélagos descubiertos á ciencia cierta y por noticias experimentales y exactas, adiós adivinación, adiós presentimiento, adiós dudas, adiós audacias, adiós todo cuanto constituye la gloria de aquel épico hecho deslustrada en la revelación de un moribundo, sólo conocido por la incierta revelación oral y de oídas. Que se habían visto en aguas nuestras occidentales bastones tallados, flores extrañas, juncos enormes, hasta cadáveres de un tipo humano diverso de los notados por la experiencia, es evidentísimo. Hay probabilidad de que le diese alguna noticia el buen Alonso Sánchez á Colón para confirmarlo en sus conjeturas, como se las dieron por confesión propia el almirante Pedro de Velasco, descubridor de la isla de Flores en el grupo de las Terceras, y un marino tuerto de la gaditana bahía, y un piloto de Murcia, robusteciéndolo todos en su confianza, de la existencia de tierras hacia el Poniente. Pero el hecho de Alonso Sánchez no tiene mención en otro historiador contemporáneo que no sea Oviedo; y este mismo lo da por inventada novela é ignora el nombre y apellido del fantaseado y romancesco protagonista en su curioso relato. Con los dichos de gentes posteriores á Colón en siglos puede acreditarse una tradición poética, no una verdad exacta. Guardémonos de disminuir las glorias humanas por el afán de acrecentar las glorias patrias. ¡Hartos nombres gloriosos en el cielo de Huelva y su región esplenden con esplendor inmortal, para que pierda cosa con que se quite uno bien obscuro é incierto como el de Alonso Sánchez!

III

Pero el volumen que más ha llamado la general atención ha sido indudablemente uno muy notable, y merecidamente, á causa de su impresión y de su estilo, publicado en París y en francés por mi amiga y señora (c. p. b.) la duquesa de la Torre. Bellísima é inteligente, de amena conversación y perfecto trato social, no había menester la duquesa un libro para brillar en Europa y seguir obteniendo los homenajes de todos cuantos adoran en el mundo la inteligencia y la belleza. Lamentémonos de que haya emigrado aquella vivaz alma de un salón madrileño á París, donde sentirán los dardos despedidos de sus ojos, pero no entenderán los dardos despedidos de sus labios; y como escritora, como escritora excelente, que se nos revela en su libro, lamentémonos de verla escribir en una lengua cuyas finezas y galas han de ocultarse por necesidad á cuantos escribimos y hablamos la única lengua que puede uno escribir y hablar con propiedad y con soltura, la mamada en los pechos de nuestras madres. Pero aparte tal patriótico reparo, no puede negarse que hay en el precioso libro elegancia semejante á la incontestable de su autora cuando se viste y se prende. Junto á esto nótase mucha delicadeza de sentimiento y hasta mucha copia de poesía en los sucedidos que relata como apólogos el libro y en todo aquello que se refiere á la vida femenil y á la sociedad madrileña. Donde anduvo más parca la duquesa y donde más retraída se muestra es allí donde más interés hubiera despertado su libro, en política. ¡Cuántas veces habrá recordado en su destierro, siempre triste, tan triste cuando voluntario como cuando forzoso, que le anunciaba yo la imposibilidad de verse perdonada nunca por la Restauración, la cual no podía mirarla con buenos ojos por haber ocupado su trono vacío y haber hecho papel de reina en el período más dramático de nuestra historia contemporánea! El tiempo gradualmente ha ido persuadiéndola con sus enseñanzas á creer tal verdad, y bajo su impulsión soberana se ha partido de la modesta, pero alegre y regocijadísima calle del general Serrano, á la grandiosa y titánica, pero desierta y triste del Arco de la Estrella. En cuanto manden Sagasta y López Domínguez véngase por Madrid, pues aquí puede tener un salón, como el de Conferencias, en oposición abierta con todos los gobiernos, y muchos medios de escribir y publicar otros libros en buen castellano. Así lo deseamos todos sus amigos. La Restauración sólo existe de nombre, y ha triunfado Alcolea para siempre.

IV

Lo más curioso de libro escrito por quien ha representado papel tan importante de suyo en la política española, hubiera sido alguna de las anécdotas, no privadas, pues pecan éstas de vulgar monotonía y se parecen unas á otras, no; públicas, y referentes á los públicos nacionales destinos. En cuanto yo tenga tiempo, habré de consagrar algunos volúmenes míos á estas historias de las incertidumbres y de las dudas y de las ideas y de las resoluciones personales en los hombres mayores de nuestro tiempo á quienes he tratado y de los móviles psicológicos é internos que les han determinado á proceder, enseñando cómo se diferencia uno entre bastidores y tras el telón corrido, de uno sobre las tablas y ante las candilejas, levantado el telón, puesto al habla ya con todo el mundo. Entonces y sólo entonces diré las personas que salvaron el 24 de abril en 73 al duque de la Torre la vida y ocurrieron á su marcha, imposible casi, hacia la frontera. Y puesto que han recordado estos días varias medidas ministeriales hechos históricos inolvidables, voy á referir uno relacionado con el duque de la Torre y no salido del tintero de la duquesa. Como el 23 de abril los republicanos hirieron por igual á los progresistas y á los conservadores de la Revolución, todos éstos á una se creyeron vengados el 3 de enero siguiente y se frotaron de gusto las manos al placer de los dioses, al placer de su desquite. Bien sabe Dios que yo prefiriera darles el poder á darles caza en abril; como en enero hubiera preferido el triunfo de la legalidad misma, que se había resuelto en monstruosa ingratitud contra mí. Pero no lo quiso Dios. Y así como los republicanos de la Revolución se holgaban en abril sin ver cómo su victoria les traía enero, los monárquicos de la Revolución se holgaban en enero sin presentir el arribo de un cercano diciembre. Pero yo, que había presentido en abril enero, presentí en enero diciembre; y cansado de lo mucho hecho para que aquél no viniera, encontréme con no poder impedir éste y recluíme dentro de una imprescindible abstención, reduciéndome á preparar para la vuelta próxima de D. Alfonso XII mi voluntaria expatriación. Llamóme Serrano pocos días antes de la catástrofe y me reconvino amistosamente por no haberme yo puesto al frente del golpe de Estado, reconvención á la cual yo le contesté: «Recibí del Congreso constituyente mi poder, y por nada en el mundo hubiera yo vuelto ese poder contra quien me lo había dado. Nacido para el Parlamento, criado en el Parlamento, lo mismo el 18 de brumario que el 2 de diciembre, lo mismo aquel julio del 56 como el cercano abril del 73 y el más cercano aún enero del 74, me han sido siempre odiosos y los abominaré de corazón en tanto que lata una conciencia en mi cerebro. Yo he creído y sigo creyendo que la ruptura de nuestra legalidad revolucionaria trae la Restauración aparejada, y por eso me opuse á ella en todas las ocasiones varias. Además, hablemos en plata: el ejército me hubiera echado á los dos ó tres meses del golpe, atribuyendo un sacrificio, como el de mi historia y de mi honor, á desapoderadas ambiciones mías imperdonables. A usted le ha tolerado, por general, más tiempo que me hubiese tolerado á mí. Usted apenas tiene ya dos meses de poder; porque acostumbrada la fuerza pública una vez á echar con los gorros colorados la Comisión permanente y otra vez á echar con los reclutas militares la Asamblea soberana, no le puede tolerar á usted un año, y antes de acabarse por desgracia el que ahora corre, la Restauración estará hecha.» Treinta días después tenía

que dejar Serrano el gobierno y atravesar la frontera. «Yo estoy contentísimo, le dije, de que me haya echado el Congreso, á cuyos pies deposité mi dimisión en cuanto me mostró su desagrado; nunca me podría consolar si me hubiera echado el ejército. Me gustaba mandarlo, no obedecerlo.» Y aquí terminó nuestra conversación. El duque no volvió al gobierno.

V

Un recuerdo capital evoca la duquesa en las postreras páginas de su libro, la muerte de Serrano. Toda la vida me atrajo este misterio de la muerte. Mi alma revolotea en torno de la llama ideal que ilumina la eternidad con el aturdimiento y el empeño de una mariposa. Por eso no pongo en duda la noticia de que vió el general Serrano morir al rey Alfonso en una especie de visión magnética desde su lecho en la postrimer agonía. Sí, murieron al mismo tiempo dos reyes, el electivo y amovible de la Revolución, Serrano; el vitalicio y hereditario de la Restauración, Alfonso. Con el uno y con el otro acabaron sendos contradictorios principios, muertos antes de sus mismas personificaciones. Con Serrano moría el período violento y revolucionario del progreso, y moría con Alfonso el período resistente y reaccionario del gobierno. Morían á un tiempo y á una misma hora la revolución y la reacción. Así debió saber Alfonso que Serrano se moría con él, como debió saber Serrano que se moría con él Alfonso. Implacable la sociedad, lo mismo que la naturaleza, devora cuanto no necesita, joven ó viejo. Ya el progreso y el derecho no necesitaban de la Revolución, y murió el gran revolucionario; ya el gobierno y el Estado no necesitaban de la resistencia y de las reacciones, y murió el gran reaccionario. Ese relato de la duquesa respecto de la visión del duque paréceme verídico de toda veracidad. Mi admirada y admirable amiga Emilia Pardo Bazán, con su excepcional talento de pensadora, que tiende al positivismo y al realismo, se burla en áticos párrafos del relato y lo califica de conseja. Pero no me burlaré yo. Cuando tan cerca de nosotros hemos visto á los iluminados, ¿podremos dudar de intuiciones parecidas á una iluminación celeste? Yo voy á contar algo extraordinario que me pasó la noche aquella en que á un tiempo estaban el duque y el rey de cuerpo presente. Nunca fuí nada en compañía ni bajo la presidencia del duque de la Torre. Impidiólo nuestro dispar origen respectivo. Pero le profesé un afecto amistoso, que nunca se desmintió, muy recíproco por cierto, pues también el duque me apreciaba mucho y oía con una paciencia de santo mis argumentaciones algo dimanadas del hábito que yo tengo de sermonear y aun reñir á todos nuestros repúblicos. Unase á esto que, demócrata y liberal impenitente yo, profeso un culto religioso al recuerdo casi litúrgico de la obra capitalísima del duque, la obra de Alcolea. Allí, bajo sus espuelas, murió la intolerancia religiosa, la trata negra, la esclavitud abominable, el mercado de carne humana, indecibles protervias. Yo rezo. Yo no tengo ningún otro medio de comunicarme con mis muertos. Y rezo las mismas oraciones que mis muertos rezaban en vida para comunicarse con sus muertos. Como había oído yo en la niñez hablar á mi madre viuda con mi padre muerto, poniendo sus hijos ante sí con las rodillas en tierra y las manos plegadas, hablo yo ahora con mi madre y mi hermana. Fuíme á San Jerónimo la víspera del entierro; arrodilléme al pie del ataúd en que dormía Serrano, y recé largo espacio. Entré al caer el sol en la iglesia y salí muy avanzada ya la noche. Era ésta muy clara. Solo y á pie



Estudio, de D. José Gallegos



CANCIÓN AMOROSA, cuadro de D. José Gallegos

recorrí el espacio largo entre San Jerónimo y mi casa. Pocas veces he visto el cielo de Madrid tan esplendido. Parecía un horizonte de Caldea, en que se cuentan las estrellas á simple vista. Toda hermosura me atrae; y á esta invencible atracción convertí la vista, como por instinto, al infinito luminoso. ¡Cuál no sería mi asombro, cuando noté numerosísimos grupos de aerolitos diversos, cruzando el cielo y parecidos á enjambres de abejas áureas ó bandadas de viajeras aves! Diríase que nuevos cielos se tendían sobre mi cabeza y que por todas partes brotaban astros nuevos. Parecía, no una lluvia, sino un diluvio de estrellas. Así dejaban sus surcos en la inmensidad estelas parecidas á las que se dibujan en obscura noche por la superficie del Océano electrizado. Correspondíanse las ideas que sobre la inmortalidad habían cruzado el espíritu con las estrellas que por excepción cruzaban el espacio. Crecía tanto su número conforme iba entrando la noche, que, ya en mi casa, me salí al balcón de mi biblioteca y me puse á contemplar deslumbrado el horizonte aquel henchido de astros. «Una función de fuegos artificiales dada por los ángeles,» me dijo cierto amigo muy chusco, que me aguardaba en el escritorio, burlándose de la hipnotización producida en mí por los cirios del catafalco parecidos á espíritus y por los chisporroteos del empíreo parecidos á soles. Lluvia extraordinaria de estrellas, dije yo; consultemos el Diccionario de Astronomía para que nos explique tal fenómeno. Descolgamos de las alacenas el poco leído libro y pedimos á sus páginas noticias respecto del asombroso hecho. Imaginaos cuál sería la maravilla de mi burlón amigo y la extrañeza mía, cuando, lanzados sobre la casilla de la lluvia de aerolitos, nos encontramos con esta línea: «Fenómeno astronómico extraordinario que los antiguos creían se verificaba en las noches siguientes á la muerte de los grandes personajes históricos.» El burlón se puso muy serio y no pude yo menos que recordarle como hay el enigma de lo inexplicado en todo lo explicable. Con efecto, un Diccionario publicado quince años antes del suceso, indicaba la realización de fenómenos astronómicos anunciada por los antiguos en casos análogos á este nuestro, en que de cuerpo presente se hallaban los dos mayores personajes de nuestra España, el primer monarca de la Restauración y el último presidente de la República. Me dió aquello carne de gallina. Y me dije: ¡cuán bien hacían los trágicos antiguos extrayendo sus tragedias de la Historia! Ningún hecho inventado interesa como el hecho sucedido. La historia en aquel momento componía con los dos personajes tendidos sobre sus sendos túmulos algo así como el *Edipo* de Sófocles. En estos días, de la historia vamos á sacar un poema vivo, el poema relacionado con el centenario de la invención del Nuevo Mundo. ¡Cuántas grandezas y cuántas miserias en aquel hecho! Así es la humanidad; los pies en el barro, en lo infinito la frente. Hablaremos del centenario en la cercana revista.

San Sebastián, 4 de agosto de 1892.

JOSÉ GALLEGOS

NOTABLE PINTOR ESPAÑOL, RESIDENTE EN ROMA

Entre los artistas españoles que han sabido sustraerse á las influencias de esa escuela, exótica en nuestra tierra, que busca, bien en un realismo á veces repugnante y casi siempre antiestético, bien en las líneas indeterminadas y en los tonos borrosos, nuevos horizontes para el arte pictórico; entre los que aún se impresionan ante un espectáculo de la naturaleza ó una escena de costumbres de esos que hablan más al alma que á los ojos, cuando el alma es de un artista de verdad; entre los que rindiendo culto á nuestras tradiciones saben hallar en su paleta esa riqueza de colores que siempre fué timbre de gloria para la hispana escuela y en las costumbres de los nuestros y de no muy lejanos días esos asuntos que siempre interesan y cautivan; entre tales artistas, decimos, figura en lugar muy principal D. José Gallegos, algunos de cuyos cuadros conocen ya nuestros lectores por haberlos reproducido La Ilustracion Artística.

José Gallegos es digno de ser calificado de uno de los talentos más brillantes entre los pintores españoles modernos: es un *virtuoso* irreprochable en su dibujo, en su característica y en la magnificencia de sus colores; no hay detalle por insignificante que sea que no aparezca tratado por él con perfecta seguridad; no se descubre en sus cuadros el más pequeño rincón que no ostente una belleza. En la reproducción de las magnificencias del culto católico da pruebas de una maestría fascinadora: los ricos bordados de las casullas, la ornamentación de los objetos del ceremonial religioso, las tintas obscuras de la decoración, todo lo ejecuta primorosamente, todo lo presenta lleno de atractivos. Así como muchos pintores alemanes de trajes – gremio que por fortuna se va extinguiendo – se veían agobiados por el material inanimado de suerte que sus cuadros producían un efecto confuso y molesto á la vista, Gallegos sabe conservar la armonía y dar á cada parte su valor propio, subordinándola como elemento parcial al conjunto compuesto de todas ellas. La práctica de muchos años durante la mayor parte de los cuales ocupóse el pintor en trabajos de un mismo género ha contribuído indudablemente á que adquiriera el dominio de la técnica que le caracteriza y que constituye el fundamento de la fama de que justamente gozan los trabajos de Gallegos.

Gallegos vive en Roma, como tantos otros notables pintores españoles, y tiene su taller en la original casa de artistas de la Vía Margutta, 33, en el pequeño edificio construído en el patio de la misma que tan notable contraste forma con la prosaica fachada de la elevada ala lateral. La disposición de su taller demuestra el gusto y la buena posición del artista; los preciosos objetos y ropajes que vemos en sus cuadros sirven de adorno á aquella hermosa estancia. Gallegos no habita, sin embargo, en la Vía Margutta: cuando después de un asiduo trabajo siente fatigados su cuerpo y su espíritu, un elegante cupé le conduce á la encantadora colonia artística de Porta del Popolo, donde tienen también su residencia los dos Villegas y Viniegra.

Gallegos cuenta ahora 33 años; de modo que en la edad en que muchos artistas apenas empiezan á ser algo, él se ha ganado en honrosa lid el título de maestro. Nació en Jerez de la Frontera el día 3 de mayo de 1859. Su padre, rico propietario, oponíase á la vocación del niño, que ya en sus más tiernos años se sentía atraído por el arte, y quiso hacer un arquitecto del que sólo ambicionaba ser pintor; pero los resultados de su sistema le demostraron que sus deseos no eran acertados y al fin consintió en que su hijo siguiera las propias inclinaciones. A los 16 años entró Gallegos en la Academia de San Fernando de Madrid, obteniendo en todas las clases las más altas recompensas. Su principal profesor fué Madrazo, el célebre retratista, que hizo estudiar á su discípulo concienzudamente las obras de Murillo y de Velázquez. En 1880 trasladóse Gallegos á Roma, en donde debutó con un cuadro de grandes dimensiones titulado *Botín de guerra;* pero esta tentativa de pintar un lienzo colosal fué la primera y la última, pues desde entonces todas sus obras son cuadros de caballete. En este género cuenta el número de sus triunfos por el de sus producciones, que no son pocas, pues á su gran talento une Gallegos una infatigable laboriosidad.

La Ilustracion Artística se complace hoy en rendir un tributo de admiración á tan justamente celebrado artista reproduciendo su retrato y algunos de sus más renombrados lienzos. – A.

EL BOTÓN DE ORO

No era posible que la condesa se acostumbrase á aquella vida: mujer de hábitos aristocráticos, de gustos delicados, de nervioso temperamento que se excitaba á la menor contrariedad, no se avenía á aquella existencia tranquila, monótona, con las mil privaciones que la vida de aldea impone, y mayormente á las personas acostumbradas al *confort*, imposible de hallar en el campo por muchas precauciones que se tomen y muchos medios de que se disponga.

Sólo la salud de su hijo, único afecto poderoso para ella, podía obligar á la condesa á permanecer en el poblacho, sufriendo continuas crispaciones de nervios al tener que tratar constantemente á aquellas buenas gentes, si atentas, humildes y obsequiosas – tal vez en demasía, – zafias y torpes en sus maneras.

Pero el doctor había dicho que Adolfo necesitaba *vida campestre*, aires puros, ejercicio constante, alimentos no adulterados, y era preciso obedecer; tanto más, cuanto que aquellos sesenta días que le parecían un inacabable tormento, una eternidad, habían devuelto al quebrantado organismo de su hijo fuerza y vigor: el joven estaba ágil, tenía buen apetito y sus mejillas habían trocado el color mate, que revela los estragos de la vida ociosa, por el grato sonrosado, demostración de excelente salud.

En cuanto á Adolfo, en contraposición con su madre, si alguna vez recordaba con cierto afán las veladas del casino, los bastidores de los teatros, las emociones de la agitada vida madrileña, esta nostalgia no era duradera: las expediciones á los pueblos inmediatos, las cacerías, las excursiones por el río á echar *la barredera* á las truchas, tenían para él los encantos de lo no gustado. Además de esto, las buenas mozas de los alrededores no recibían mal los obsequios del señorito, que en la sencillez de unas y la natural picardía de otras y en la frescura de todas podía saborear la impresión de atractivos nuevos y para él extraños, los que nunca encontrar pudiera en los amoríos de la vida cortesana.

Claro es que el joven tomaba todo aquello como pasatiempo, sin interesarse en manera alguna por aquellas conquistas que le parecía tener al alcance de la mano: charla, pura charla y algún que otro *incidentillo* que duraba cuarenta y ocho horas y pasaba sin apenas dejar huella en la memoria.

Solamente alguna vez recordaba una conversación con Rosa, la criada rubia de la casa, destinada al servicio de su habitación. Hacía ya muchos días que Adolfo había conversado brevemente con ella: era fiesta en el pueblo y la muchacha se echara encima el fondo del arca: ceñía su redonda cadera el *mantelo* guarnecido de ancho terciopelo negro y franja de abalorios; sobre el rojo dengue, igualmente adornado, caían las trenzas de oro, y limpia y planchada hoja de encaje cubría su cabeza: con aquellos arreglos estaba Rosa linda y atractiva.

El joven entró en conversación con ella, comenzando por esos lugares comunes alusivos al novio, cuya existencia negó la rapaza.

– Vaya, replicóle él; que alguno rondará la puerta de la casa.

– ¡Ay, señor!, dijo ella; no sé para qué. ¿Quién ha de pensar en mí habiéndolas tan guapas en el pueblo?

– Sí que las hay; pero ninguna como tú.

– Gana de broma que tiene el señorito.

– ¿Broma? No por cierto. Contento estaría yo si chica tan guapa como tú me quisiera.

– Y ¿por qué no le había de querer?, exclamó Rosa.

– ¿Me querrías tú?, interrogó él acercándose.

A pregunta tan directa, sintió la joven calor en las mejillas y turbación en el ánimo: vaciló un poco antes de contestar, y por último dijo con inseguro acento:

– Y á mí ¿me había de querer? Una criada...

Aprovechó el mancebo esta indecisión para aumentar un tanto su atrevimiento; dijo cuanto en estas ocasiones dice cualquier hombre, y la conversación terminó con la súplica de una cita y la concesión del favor pedido. Y cuando aquí llegaba el asunto, apareció en el umbral la condesa, que no ocultó su sorpresa y su disgusto por ver á su hijo en tales intimidades con una criada.

Retiróse ésta confusa y avergonzada, y Adolfo oyó por milésima vez la maternal filípica en la que la respetable señora agotó su elocuencia para demostrar á su hijo cuán impropio y degradante era para un joven de su clase y condición tal proceder, concluyendo con el consabido:

– ¡Cuándo saldremos de entre tales gentes!

Desde aquel día, Adolfo y Rosa habíanse encontrado muchas veces, pero brevísimos momentos: alguna palabra suelta, tal cual pellizco dado al paso, fué todo cuanto el joven hizo durante muchos días, recordando algunas veces las vacilaciones de ella en la conversación primera, pero sin decidirse nunca á adelantar en el camino.

La rapaza, por su parte, aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían para presentarse á él: mirábale de soslayo, con la cabeza baja, y salía á verle á la ventana cuando marchaba á alguna de las expediciones con que frecuentemente sacudía el aburrimiento de aquella vida harto tranquila para un joven cortesano. Nadie advertía estos pormenores: en alguna ocasión no dejaba la condesa de notar cierto interés en la muchacha; pero conociendo la sumisión con que su hijo la obedecía y no observando en él nada de particular, estaba tranquila.

Sin embargo, llegó un momento en que las cosas cambiaron de aspecto: vinieron unos días de temporal que hicieron imposible salir de casa y, por consecuencia de esto, fueron más frecuentes las ocasiones de encontrarse ambos jóvenes y más las que tuvo ella para demostrar al señorito sus simpatías, y la condesa se puso en cuidado, constituyéndose en vigilante de su hijo para evitar *un conflicto;* que al fin y al cabo, aun cuando consideraba despreciables á aquellas gentes – ó quizá por lo mismo – no quería que su vástago tuviera con ellas deslices ni confianzas de ninguna clase.

Y para evitarse las molestias de aquel espionaje, que le parecía humillante y que la rebajaba hasta el nivel de aquella humilde y rústica muchacha, escribió al doctor para que levantase á ella y al joven *su destierro*, como ella decía, á lo que accedió el galeno.

La noticia del regreso á la corte no dejó de satisfacer á Adolfo, ya deseoso de cambiar de vida; pero en cambio, no agradó á los amos de la casa, que con la residencia de tales huéspedes *hacían su agosto*, y



Estudio, de D. José Gallegos

sumió en desconsuelo á la pobre Rosa, cuya afición al joven había echado profundas raíces en su corazón; pero no había remedio, y la muchacha se consolaba á su manera, aunque siempre resultaba inconsolable.

Acercábase el día de la marcha, y la condesa lo esperaba con impaciencia, con tanta impaciencia como inquietud sentía Rosa, que pasó la noche víspera de la partida en un puro llanto. Llegó la mañana y no mucho después de amanecer llegó también el coche que había de llevarse las últimas esperanzas de la muchacha. Buscó ésta ocasión de ver á solas al mancebo y no pudo conseguirlo, aun cuando sin que nadie la llamara atrevióse á entrar en su habitación... ¡y no había nadie! Sobre la mesa veíanse diferentes objetos de la propiedad del joven: Rosa contemplólos un momento, sintió vehemente deseo de conservar uno, como recuerdo de aquella amarga dicha de amar sin objeto, y echando mano á uno de ellos, el más pequeño, guardólo irreflexivamente en su bolsillo.

–¡Al coche, al coche!, gritó el mayoral.

Descendieron los criados con los bultos, dióse la condesa la última mano en sus preparativos, y viendo que su hijo tardaba, fuése á su habitación á buscarle.

–¿Qué haces?, preguntó con impaciencia.

–Busco un botón que me falta.

–¿De cuáles?

–De los que tú me regalaste el día de mi santo. Sobre la mesa estaban hace poco y no encuentro uno.

–Y ¿has salido de la habitación?

–Sí; un momento.

–Entonces, exclamó la condesa sin vacilar, alguien ha entrado aquí y lo robó...

–¡Mamá!

–¡Nada, nada, lo han robado!... Y dirigiéndose á la puerta llamó: ¡Juan!

Compareció el dueño de la casa, al que la aristocrática dama enteró de lo que sucedía: asombróse de ello el buen viejo y tomó el cielo con las manos: nunca en su casa, y hacía cuarenta años que daba hospedaje á personas principales, había ocurrido tal; pero en fin, llamaría á los criados, preguntaría...

La señora aprovechaba la ocasión para decir cuanto acerca de la vida en el pueblo se le ocurriera en su aburrimiento, y mientras ella decía y repetía: «Esto no puede quedar así,» todas las gentes de la casa fueron examinadas y todos negaron haber puesto pies en la habitación del señorito. Rosa faltaba, y Rosa llegó también, sin sospechar qué ocurría, aunque un tanto alarmada por el ruido: tenía la pobrecilla los ojos llorosos, circunstancia en la que sólo Adolfo paró atención en tales momentos.

Al oir la pregunta del Sr. Juan: si había estado en el cuarto, si había cogido algo de sobre la mesa, á la muchacha se la anudó la voz en la garganta, perdió el color, sintió que á los escaldados ojos acudían más lágrimas y rompió en continuados sollozos. Esta fué la confesión de su delito.

–¡Ah, bribona!, exclamó el señor Juan sacudiéndola por un brazo.

–¡Ya me lo parecía á mí!, dijo con agresivo acento la condesa.

Adolfo, al ver la aflicción de la pobre joven, sintióse conmovido é intercedió por ella.

–Bueno, dijo la madre; que entregue lo que ha robado, y por mí...

Y Rosa, sin cesar en su amargo llanto, sacó del bolsillo el maldito botón.

Poco después arrancaba el coche entre las voces, gritos é interjecciones del mayoral, los estallidos del látigo y el cascabeleo de los collares del ganado; aún el carruaje no se perdiera en la no lejana revuelta del camino, cuando el Sr. Juan, llevando á empellones hasta la puerta á Rosa y arrojando á la carretera un lío de ropa, daba un último empellón á la muchacha, que oía sonar, como una maldición tremenda, el airado y sentencioso acento del viejo repitiendo:

–¡Fuera, ladrona!

AURELIANO J. PEREIRA

EL ARMAMENTO MODERNO

Aunque sea una vulgaridad, por lo sabido, hay que hacer notar que la perfección de las armas tiende á humanizar las guerras ó por lo menos á quitar les algo de su antigua ferocidad. Por esta causa, los inventores de los fusiles que sucesivamente van apareciendo en la escena militar no deben ser mirados con horror ni hay que santiguarse al pronunciar su nombre, como cuando se tropieza con el del diablo en los cuentos de viejas, sino que debe mirárseles con respeto, como ilustres obreros que en su esfera trabajan para satisfacer la constante aspiración del progreso, hacia el que penosamente marcha, y á veces por bien extraños caminos, la humanidad.

La historia demuestra tan beneficiosa acción de las sucesivas mejoras del armamento. Es verdad que las demostraciones basadas en la historia tienen demasiada elasticidad, y que cada cual las suele aprovechar á su modo; pero cuando se recuerdan aquellas hecatombes acaecidas en la época en que César andaba á la greña con los partidarios de Pompeyo, ó también la famosa batalla de Covadonga, en la que murieron más moros que hay en el Moghreb, puede uno darse con un canto en los pechos por haber nacido en la época de los Winchester, Lebel y Männlicher, pues gracias á ellos ó á haberse desarrollado en más alto grado la virtud de la prudencia, el caso es que modernamente no tienen lugar tan sangrientos combates.

Fúndase este hecho, al parecer anómalo, en una causa muy lógica. Cuando las armas portátiles eran arrojadizas, el único motor del que pudiéramos llamar proyectil lo constituía el brazo del soldado, y por vigorosos que fueran, forzosamente habían de ser pequeños los alcances y también las distancias de combate. De estar á tiro de ballesta, por ejemplo, á llegarse á las manos, no había más que un paso, que podía recorrerlo el vencedor en breves momentos; la lucha pasaba entonces á la categoría de degüello, en el que á la víctima, no pudiendo pensar en el *sálvese quien pueda*, había de ocurrírsele por lo menos lo de *morir matando*, que son reflexiones de muy distintos resultados prácticos.

Con el empleo de las armas de fuego, las distancias de combate se fueron alargando; y el progreso, que todo lo invade, ha hecho recorrer con trabajo la escala de 200, 400 y 600 metros con el esfuerzo de varios siglos, hasta tropezar con el presente, esencialmente industrial, en que cualquier Julio Verne se siente con alientos para lanzar proyectiles á la luna, cuanto más á humildes distancias terrestres. De todo ello ha nacido en el arte militar el principio llamado del «tiro á grandes distancias,» frase de valor puramente relativo, con la que se quiere indicar la conveniencia de disparar contra el enemigo tan pronto como se sospeche que se le puede hacer alguna baja. En el reglamento táctico actualmente vigente en nuestro ejército se da este nombre al fuego que se ejecuta, en la defensiva, sobre un enemigo que está entre 600 y 1.200 metros, aunque evidentemente se quedó muy corto el reglamento.

No se crea, por lo que se ha dicho anteriormente, que con el armamento moderno los combates son entretenidos asaltos de salón ó representaciones de las comedias preparadas entre bastidores por la diplomacia. Cervantes, en el tan justamente ponderado discurso sobre las armas y las letras, parece dar á



Taller de D. José Gallegos

entender que desde que los ejércitos disponen de «la espantable furia de los endemoniados instrumentos de la artillería» el valor personal quede relegado á segundo término, puesto que concibe «que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero» al alcanzarle «una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina.» Es verdad que esta hipótesis puede ser cierta; pero no lo es menos que en los combates modernos, como en los antiguos, sólo el desprecio de la vida y el culto á la patria, elevado á un grado apenas concebible en las dulzuras de la paz, pueden explicar la violencia en el ataque y la obstinación en la defensa en que, como dice el mismo escritor citado, acuden los soldados al sacrificio, en reemplazo de los que ya no existen, «sin dar tiempo al tiempo de sus muertes» En el período preparatorio de las batallas, cuando juega la artillería, y la infantería en orden disperso está algo resguardada por los obstáculos del terreno ó los que el arte le ha procurado, por mucha que sea la precisión del armamento, la distancia grande á que se encuentran los combatientes dificulta el aprovechamiento de los proyectiles. Pero hay que tener en cuenta que esta es únicamente una fase del combate; que así no se decide ninguna victoria, y que para hacer ésta efectiva hay que tomar grandes masas de infantería contra las posiciones enemigas para decidir su retirada con todos sus inconvenientes y peligros. El atacante atraviesa para ello todo el campo de batalla recibiendo al descubierto el fuego del que se defiende; el resultado no se obtiene á la primera vez; el ejército batido se rehace para recobrar sus posiciones, y en estos momentos es cuando la lucha reviste los más horribles caracteres. Para citar sólo un dato bastará decir que, según el coronel Estorff, en la guerra de 1870-71, la guardia prusiana, al atacar la posición francesa de Saint-Privat, perdió 8.000 hombres en el breve espacio de veinte minutos.

Mas digamos algo de los últimos adelantos realizados en el armamento de la infantería, ya que es esta una cuestión de actualidad en nuestro país á causa de que si un detalle no lo impide – el pequeño detalle de siempre, el dinero, – va nuestro ejército á poseer un fusil de última moda, como lo tienen las demás potencias grandes y chicas de Europa.

Varias son las cuestiones debatidas y las ventajas que se buscan con las modificaciones últimamente realizadas en las armas de fuego. La primera es el alcance, cuya importancia no hay que mentar. Hemos hablado de fuegos á 1.200 metros; otros autores aconsejaban aprovechar nuestro armamento hasta 1,800 metros y más. Ahora todo esto son bagatelas; hacer fuego á un enemigo que se ve es una candidez. Lo práctico está en hacer fuego contra tropas poco menos que imaginarias, y esto se consigue procurando que los proyectiles alcancen más que la vista; y en efecto, parece que en algunos ensayos han ocurrido accidentes desgraciados por haber algún proyectil herido á personas distantes tres ó más kilómetros del blanco establecido para efectuar el tiro. Es decir, que estamos abocados á que, paralelamente á cada fusil, tenga que colocarse un anteojo para efectuar la puntería; así como en las baterías de costa en que se instale el cañón Canet, de 21 kilómetros de alcance máximo, habrá que poner, no un anteojo, un telescopio por el estilo del de Lick, so pena de tomar, á esta distancia, por *moro de guerra* á un desgraciado barco mercante, ó de largarle una granada al primer nublado que tenga el valor de asomarse por encima del horizonte.

La rapidez del tiro ha sido otro de los temas que han merecido los honores de la más amplia discusión. Cuantos más disparos mayores probabilidades de derrotar al enemigo, predican unos; y contestan los otros que el tirador, ante esa facilidad del tiro, llega á creer que su única misión es hacer mucho fuego, cuando de lo que se trata es de hacerlo bien. Dicen más aún; pues consideran que el derroche de municiones que se hace con el armamento moderno complica el aprovisionamiento, y puede darse con relativa facilidad el caso de que se agoten los cartuchos cuando más falta hagan, amén de lo recargado que ha de ir el soldado con tantas municiones. Pero estas discusiones, como otras muchas, son puramente platónicas; los gobiernos, disparados por la vía del progreso en este punto, quieren armas que permitan gran rapidez en el tiro, y únicamente las naciones que no pueden adquirirlas han llegado á creer que las antiguas son mejores; como aquellos aficionados á la música, escasos de dinero, que han conseguido hacer creer al público que la ópera se oye mejor desde el paraíso, entre apretones y sudores, que acomodado en un buen asiento. ¡Como si tan frecuentemente fuera lo mejor lo más barato!

He aquí, por lo tanto, el origen de los fusiles de repetición, que son los que hoy privan. En ellos se colocan de una vez unos cinco cartuchos, y el tirador puede dispararlos en un período brevísimo de tiempo, sin perjuicio de que, si le conviene, puede hacer uso de su arma en la forma ordinaria. Algunos van más lejos, y quieren que una vez cargada el arma y hecho el primer disparo, siga haciendo fuego por sí sola hasta agotar el depósito de municiones, aprovechando para ello el esfuerzo de retroceso del fusil. A este paso, ya poco faltará para que en vez de mandar un ejército á la frontera se envíe un cargamento de fusiles automáticos, lo que conduciría á la solución deseada de acabar las guerras por el perfeccionamiento de las armas. En orden á progresos, el mañana siempre parece un absurdo, y á este propósito puede recordarse que hace ya muchos años un americano presentó al gobierno inglés un fusil de repetición que fué rechazado por los siguientes *defectos*: 1.° Era demasiado rápido. 2.° *Necesitaba* cartuchos metálicos. Y 3.° Estos tenían el inconveniente de llevar en sí mismos el fulminato. Es decir, que lo que ayer era absurdo es hoy lo corriente, lo imprescindible.

La última de las modificaciones trascendentales introducidas en las armas de fuego portátiles es la reducción del calibre, ó sea el diámetro del cañón de los fusiles. Hasta hace poco se había creído y se demostraba con consideraciones mecánicas que el calibre de 11 milímetros era el más conveniente, y por lo tanto este era el tipo adoptado en todas partes y es el de nuestros diversos modelos del Remington. Pero aquellas demostraciones han pasado á la historia: la introducción de la pólvora llamada sin humo permite y el gran consumo de municiones exige que éstas sean poco pesadas, único medio de que el soldado no quede aplastado bajo los pesos con que todos los días se le va cargando. Pues el procedimiento más expedito para realizar la deseada reducción en el peso del arma y de los proyectiles ha sido disminuir el calibre del fusil, que de los 11 milímetros ha descendido á 8 ó menos, según los diversos tipos. En los primeros el proyectil pesaba de 25 á 30 gramos y la carga de pólvora 5 gramos. La velocidad inicial resultaba poco diferente de 450 metros por segundo. Pues en el fusil Lebel, que posee el ejército francés, el proyectil no pesa más que 15 gramos, la carga de pólvora 2,80 gramos y en cambio la velocidad inicial se asegura que llega á 632 metros.

Con la reducción del calibre los proyectiles han tenido que alargarse, y como en esta forma, siendo de plomo, hubieran estado en malas condiciones para los efectos de penetración, se han construído total ó parcialmente de acero.

En resumen, el armamento moderno de la infantería está caracterizado por las siguientes condiciones: tiro rápido, calibre pequeño, fusil y municiones relativamente ligeros, empleo de la pólvora sin humo. En lo que se refiere á sus efectos se distingue por la gran velocidad inicial del proyectil; el camino que éste recorre es casi recto, con lo que resultan grandes espacios batidos para una posición del arma determinada; la penetración tan grande que á 100 metros penetra 65 centímetros en la madera de pino; á 500 metros, 26 centímetros; á 1.000, 13 centímetros; á 2.000, 5 centímetros; á 3.000 aún tiene fuerza suficiente para atravesar á un hombre, cuando la bala hace más de 15 segundos que ha salido del arma.

Los efectos de la penetración en el organismo humano parece que no son tan malos como con el fusil de 11 milímetros. Existe el ejemplo de un individuo herido casualmente, curado después y fallecido más tarde de una enfermedad común, en el que se ha podido comprobar que la curación de la herida fué perfecta.

El fusil adoptado recientemente por el gobierno español es el Mauser, cuyo calibre no llega á 8 milímetros. Sus condiciones balísticas serán, aproximadamente, las indicadas. ¿Qué novedades presentará el que haya de sustituirlo dentro de algunos años?

MARIANO RUBIÓ Y BELLVÉ

LAS AVISPAS

I

El buen Sr. Vicente estaba loco con su hija: la sentaba sobre sus rodillas como si fuera una niña de cuatro años y no se cansaba de mirarla. Su mujer, la señora Josefa, cuando estaban solos le decía:

– Mira, hombre, das demasiado mimo á la muchacha gracias á que ella es buena de por sí...

– Pues entonces tú misma te dices y te contradices, replicaba él. ¿Has visto tú una chica más lista y trabajadora? Podía hacer la señorita, pues para eso he ganado yo el dinero para ella, y sin embargo desde que amanece Dios no cesa un instante. Desde el arrozal á las moreras, desde las moreras al naranjal. ¡Cuánto se mueven aquellas manos y aquellos piececitos!

– Lo que debemos pensar es en casarla. Ya tiene cerca de diez y ocho años y no falta quien anda haciéndola la rueda. Cuando va á misa los mozos se la comen con los ojos.

– Ya lo creo; ¡sí, que habrán visto muchas como ella! Pero que se limpien,... que lo que es por aquí no hay quien se la coma.

– ¿Por qué?

– Porque todos son unos pelagatos.

– Pero hombre, Basilio, el hijo del Sr. Torrente, la hace cucamonas, y su padre es el labrador más fuerte del país.

– Tan fuerte como el hijo bruto. En quitándole de aechar trigo, no sabe ni hablar.

– ¿Y el hijo de Doña Anastasia, la viuda, que ha traído de América mas pesos que menea un temblor de tierra? No dirás que ese no es listo.

– ¿Para qué, para repicar las castañuelas de granadillo? Además, es más feo que Picio. ¿Quieres tú que aquella bocaza con aquellos dientes que parecen de corcho quemado se pose en la boquita de claveles de nuestra hija?

– ¡Vaya! Va á ser preciso para casarla que venga un jerife, que sea conde de Cervellón por añadidura.

– Eso déjalo de mi cuenta, mujer. Ya tengo yo echado el ojo á un guapo muchacho, y que no está desnudo por cierto. Si se arreglan las cosas, ¡ya verás tú qué pareja para la chiquilla y qué indiano de verdad nos metemos en casa!

II

El indiano á quien el Sr. Vicente *el rico*, como le llamaban en Carcagente, había echado el ojo, era hijo de un compadre suyo, recién llegado á Valencia, procedente de la América del Sur. D. Jaime Ortí, natural de Carcagente, se fué muy joven al Paraguay á probar fortuna, y dióse tan buena maña en el comercio de pieles, que al regresar después de veinticinco años á su país natal nadie hubiera reconocido en él á Jaimito *el Pelagatos*, según le apodaban cuando mozo.

Por lo que de él se decía volvía podrido de dinero, viudo y con un hijo que era guapo, fachendoso, decidor y con ribetes de abogado, puesto que había empezado á cursar la carrera de leyes, que trocó por la de la holganza no bien se enteró de que su padre era millonario.

El Sr. Vicente y el tal Jaimito (ahora D. Jaime Ortí) de mozos habían sido amigotes y cazadores furtivos en la Albufera de Valencia, así es que cuando volvieron á verse después de luengos años reanudaron su compadrazgo, con tanto más gusto, por cuanto que eran ricos y no se necesitaban mutuamente.

D. Jaime, á su vuelta de América, se estableció en Valencia para dar gusto á su hijo, el crisálida de abogado que sólo podía habitar en ciudades; pero no bien llegó hizo una excursión á Carcagente para ostentar los tres botones de brillantes de su pechera y la cadena de su reloj cuajada de pedrería, dando así en los hocicos á sus contemporáneos supervivientes que *in illo tempore* le llamaban *Pelagatos*.

Cuando el Sr. Vicente le llevó á su casa, llena de cuanto Dios crió y rica y reluciente desde el estrado á la espetera, y después le enseñó sus moreras, sus arrozales y dos leguas de terreno plantado de naranjales y limoneros, y por último le presentó á su hija Anita, que volvía de ver á una amiga suya, el buen indiano no pudo menos de exclamar:

– ¡Mala landre (era su expresión favorita), Vicente, y qué bien has aprovechado el tiempo! ¡Vaya una muchacha! ¡Si da el opio! No, si yo tuviese veinticinco años menos, ese cogollito no era para nadie más que para *mangue*, como dicen en una comedia que vi anoche en el teatro de la Princesa.

Al Sr. Vicente se le caía la baba, á consecuencia del buen efecto causado por su hija en su compadre.

Y cuando éste se despidió de aquél para volver á Valencia, le dijo:

– Mira, Vicente, he pensado que si ambos á dos se gustan mutuamente, debemos casar á nuestros hijos. Será un matrimonio pintiparado, y yo por lo menos tendré el gusto de oler de cerca lo que ya no tengo dientes para mascar.

III

Cecilio, el conato de abogado, y Anita, la gloria de Carcagente (como la llamaba su padre), se hallaron recíprocamente agradables, quizá por la ley de los contrastes; pues todo lo que él tenía de fatuo y pretencioso, era ella natural y sencilla. Aunque en extremo delgado y de piernas demasiado largas, no era feo ni desagradable el heredero de D. Jaime Ortí, y además deslumbraba con su charla petulante, salpicada de terminachos forenses y locuciones ultramarinas: él puso en moda en Carcagente la palabra *chinito*. Tocaba algo el violín y vestía una innumerable variedad de ternos claros, acompañados de calzados de charol, sortijas, cadenas, leontinas y otras zarandajas.

Anita, el Sr. Vicente, la señora Josefa, en fin, todos, hasta los perros y los gatos estaban deslumbrados.

Que Cecilio encontró apetitosa á la muchacha, no hay para qué decirlo. Anita era un terroncito de azúcar de color de arroz, con un cutis que me río yo del raso más fino, y unos ojos valencianos que parecían las estrellas Sirio y Venus, y un talle cimbreante como las palmas de Elche, y una boquita que atraía el beso como el tomillo á las abejas.

Así fué que todo caminó á paso de carga y sólo faltaba que se señalase día para la boda. Reinaba en casa del Sr. Vicente inusitada animación, y todo hacía presentir el *gran día*, con su correspondiente noche.

Sólo el pobre Ramón, el guarda de las moreras, andaba muy mustio, cabizbajo y amarillo como un alma en pena. ¡Pobre Ramón, que se pasaba todo el día contemplando desde la colina en donde estaba su cabaña de vigilante la ventana á la que Anita se sentaba á hacer labor! El había consagrado á su joven ama las tres potencias de su alma, y se desvivía por traerla del campo esa variedad de insectos de caparazón brillante y cuernecillos de oro, ó bien los primeros nidos de pitirrojos y los primeros nardos y violetas. Pero era un pobre, un rústico, un criado y nada podía decirla.

Y ahora todo iba á terminar. Ya no volvería ella á mirarle con aquellos ojazos de cielo, ni á ponerle en el ojal de la chaqueta el clavel que antes había tenido en los labios.

¡Pobre Ramón!

IV

Una mañana salió Anita temprano de su casa y tomó el sendero que conduce directamente á la masía de los Manzanos. Iba á ver á su amiguita Rosario que la había prometido una primicia de manzanas. Llevaba la muchacha una cesta de mimbres de colores, tejida primorosamente en la Torre de Cuarte de Valencia, y tal vez iba pensando en Ramón, que al pasar bajo las moreras habíala mirado con ojos de carnero moribundo.

Rosario estaba sola: su madre había ido al pueblo á ver á una comadre enferma, y sus hermanos al campo.

Las dos muchachas, que eran á cual más alegres, charlaron de lo lindo.

—¿Conque te casas, Anita?

—Parece que sí.

—¿Con ese valenciano tan peripuesto?

—No es valenciano, es de donde Cristo dió las tres voces. ¿Qué te parece mi novio?

—¡Pbs!, así, así; tiene aire de saltamontes... ¡Ah!, repuso Rosario, se me olvidaba lo mejor: vas á probar la gloria desleída.

Y sacó de una alacena una botella y dos copas.

—¿Qué es eso?, preguntó Anita.

—Un vino que mi padrino nos ha mandado de Jerez. ¡Ya verás!

Llenó dos copas. Anita probó de la que Rosario le ofrecía, y luego la apuró en un sorbo.

—¡Caramba! ¡Qué cosa más rica! A ver, dame otro poquito.

—No te decía yo...

Y á aquellas dos cabecitas valencianas se les fué el santo al cielo, y entre dicharachos y hasta bailoteos vaciaron la botella de Jerez y la mitad de otra que Rosario sacó de la alacena.

Ya se ve, Anita tenía diez y ocho años y Rosario quince. Ambas se pusieron algo *penecas*, y cuando la primera salió de la masía para volver á su casa, con su cesta al brazo llena de manzanas, hacíanla los ojos chiribitas, deslumbrados por el radiante sol de junio y alumbrados por la *chispa*.

Había bebido agua al salir, y sin embargo, á poco de seguir el sendero volvió á sentir sed, acompañada de tirantez en las corvas, que obligábala á acortar el paso. Había á la derecha del camino un grupo de árboles compuesto de unos cuantos olmos y dos ó tres castaños de Indias, á lo que llamaban en el país *la fuente de la Cajiga*, porque fenomenalmente había allí una, siendo arbusto que sólo florece en climas húmedos y no muy calurosos. Junto á la cajiga brotaba un manantial hecho fuente por medio de un poste de mampostería y un caño. Anita se entró en el bosquecillo, bebió agua, y viendo al pie de un olmo una gran piedra á guisa de asiento, sentóse allí, recostó la espalda en el tronco del árbol, colocó en la falda la cesta de manzanas y quedóse dormida.



MONAGUILLO, cuadro de D. José Gallegos

V

Iba bajando la nube, la nube de abejas atraídas por el goloso olor de las manzanas. Formaban un tropel confuso, cuyos grupos se compenetraban en revuelos y regates aéreos. Al principio anduvieron desorientadas, pero la proximidad á la fruta las guió, y casi de repente cayeron todas sobre las manzanas, y ciegas de gula se desparramaron también sobre la cara, cuello y brazos descubiertos de la pobre Anita que dormía el sueño de la inocencia... peneca.

Casi todas picaron al mismo tiempo, unas en la fruta y otras en la carne, que sin duda hubo de parecerles igualmente sabrosa. Anita se estremeció luchando con el dolor y la pesadez del sueño, escurrióse de su asiento y cayó á tierra. Se vació la cesta y la mayor parte de las manzanas fueron á caer junto á la cara de la muchacha... No paró en esto: apareció en el aire otra nube, una nube compacta, amarillenta, entre la que se destacaban algunos puntos negros, que zumbaba furiosamente como queriendo decir: «¿Qué es esto, atrevidas abejas? ¿Cómo osáis invadir nuestro terreno? ¡Vosotras, las chupadoras de plantas y flores, merodeáis también en las frutas que son de nuestra exclusiva propiedad! *¡O tempora, o mores!*»

Y zumbando así, las avispas y los moscardones cayeron como una avalancha sobre las abejas y manzanas, y lo que fué peor, sobre la pobre Anita, que se agitaba como en las convulsiones de una pesadilla.

No describiré esta batalla de las manzanas que tuvo por campo las antes frescas carnes de la muchacha, y sólo sí diré que atraídos por los gemidos de ésta acudieron algunos chicuelos que jugueteaban y luego el Sr. Vicente y la señora Josefa y Ramón el guarda, y todos se quedaron estupefactos de sorpresa y dolor al encontrar en tal estado á la que tanto amaban.

Porque el rostro de Anita parecía una careta monstruosa, una masa informe de llagas y pústulas. La acumulación de aguijones venenosos había consumado su obra en poco tiempo. Y ¡gracias á que, por tenerlos cerrados, no se habían eclipsado para siempre los luceros de sus ojos!

La pobre niña, desmayada de dolor, fué trasladada á su casa. Vino el médico y declaró que estaba medio intoxicada, que se repondría, aunque lentamente, pero que las señales de las terribles picaduras no se borrarían jamás por completo.

No es posible expresar la pena del señor Vicente que era el primer enamorado de la ex hermosura de su hija.

La primera vez que después del incidente vió Cecilio, el elegante retoño de D. Jaime Ortí, á su prometida, quedóse asustado. Volvió á Valencia, declaró á su padre que jamás se casaría con semejante monstruosidad, y obtenido, aunque con trabajo, el permiso de éste, partió para Barcelona en busca de una catalanita que había conocido á bordo del buque que le había traído de América.

Dejemos á este personaje lucir sus ternos claros y sus largas piernas en la ciudad de las Ramblas y ocupémonos de la pobre Anita.

VI

Se restableció. Los aguijonazos recibidos en la cara, cuello, brazos y manos se cerraron y costrificaron. Luego desapareció también la costra, pero dejando manchas indelebles, rosetones amarillentos semejantes á los que se pintan en la epidermis los salvajes de Oceanía. Desvanecióse la suave tersura del cutis y el delicado arrebol que le coloreaba.

Aquello era una desolación: el Sr. Vicente y la señora Josefa estaban consternados. Anita no hacía más que mirarse al espejo y llorar. ¡Qué muchacha de diez y ocho años no estima más que todo su belleza! Estaba como avergonzada. No salía nunca de casa y se pasaba las horas muertas sentada á la ventana de su cuarto, que daba al campo, haciendo como que hacía labor, pero en realidad entregada á sus tristes pensamientos y mirando al cielo como si quisiera volar á él, puesto que en la tierra había terminado su reinado de hermosura.

Y entretanto, Ramón, el guarda de las moreras, la miraba á ella desde lo alto de la colina en donde estaba su cabaña. El guapo y fino mozo sentía una conmiseración profunda al contemplar á aquella reina destronada, y si cabe, habíase aumentado la generosa pasión que sentía por ella. Como eran los últimos días de junio y el campo hormigueaba en insectos y flores, Ramón cazaba los más bellos ejemplares de aquéllos y formaba con éstas ramilletes de combinaciones sorprendentes para ofrecérselos á su amada.

Recibíalos ella con la triste sonrisa con que agradecen los enfermos desahuciados los cuidados que se les prodigan, y le daba las gracias mirándole con sus hermosos ojos, que se destacaban más brillantes entre el amarillo matiz que teñía su rostro. A veces, el guarda, que era aficionado á la lectura, se proporcionaba en el pueblo periódicos y semanarios ilustrados, y bajando de su colina, se situaba en la parte exterior de la ventana de Anita (que era muy baja) y entretenía á ésta con lecturas interesantes.

Un día dijo Anita, dirigiéndose á Ramón, pero como hablando consigo misma:

—¡Qué diferencia entre ahora y antes cuando voy á misa! Antes por verme no me dejaban pasar, ahora parece que todo el mundo huye de mí!

—Aprensiones, Anita. ¿Quién puede huir de usted ni ahora ni nunca?

Estas palabras fueron dichas con tal vehemencia y con tal acento de pasión que conmovieron á aquélla.



LA FIRMA DEL CONTRATO DE BODA, cuadro de D. José Gallegos



EN EL CORO, cuadro de D. José Gallegos

Alargó la mano al guarda, diciendo:

– ¡Ah, Ramón, sólo usted no ha variado!

El por primera vez estrechó aquella mano entre la suya temblorosa.

VII

Una mañana el guarda buscó un muchacho que le sustituyera en la vigilancia de las moreras, se guardó un periódico en el bolsillo y tomó el tren de Valencia.

A la caída de la tarde estaba de regreso. Presentóse en casa del Sr. Vicente, á quien encontró con su mujer é hija esperando el momento de sentarse á la mesa para comer.

Llevaba en la mano un bote grande envuelto en un papel blanco.

– ¡Hola! ¿Qué te trae por aquí?, preguntó el señor Vicente.

– Va usted á saberlo, contestó Ramón, desenvolviendo el bote y desdoblando un pliegue cillo de papel azul. Oigan ustedes.

Y leyó:

«*Restaurador del cutis.* — *Biroteau.*

»Una mañana Fhaleusta, la encantadora reina de Dheli, la *mujer láctea*, como la llamaban sus vasallos por la tersura nívea de su tez, después de una cacería de tigres sentóse á descansar en la ribera del Meirán, y con el fresco efluvio del agua quedóse dormida. Sus servidores, cansados también y distraídos, no notaron que una bandada de *hatjes* se cernía sobre ella, y los venenosos y pequeños animales pudieron cebarse en aquel hermosísimo cutis, transformándole en la monstruosa cariátide que yace vencida á los pies de la diosa Dhera.

»La reina iba á morir de dolor por haber perdido su belleza, pues nadie acertó á borrar las indelebles cicatrices dejadas en su tez por los ponzoñosos anfisbenas, hasta que se presentó un humilde paria, gran sabio y herborista, que devolvió á la epidermis de la soberana su pristina belleza.

»Merced á la munificencia regia el paria naturalista ha podido dejar su país, donde vivía tan vilipendiado, y piensa establecerse en Europa.

»A su paso por París, mediante una respetable cantidad, nos ha revelado el secreto de su maravillosa panacea, y por lo tanto, la casa Biroteau puede, después de numerosas pruebas, ofrecer á los desfigurados de la tez el *restaurador del cutis*. Esta pasta, única y sin rival, borra en corto espacio de tiempo las huellas y señales marcadas por las afecciones cutáneas, quemaduras, picaduras de insectos, ántrax, diviesos, pecas y viruelas, exceptuando la negra. Pudiéramos exhibir numerosos certificados de curación, pero dejamos al empirismo estos recursos, no siempre verdaderos. Hemos tenido que elevar el precio de la *pasta Biroteau* á consecuencia de los grandes dispendios que ocasiona su confección, puesto que entran en ella hierbas cogidas en las vertientes del Himalaya, etc., etc.»

– ¡Mandangas, sacadineros!, dijo el Sr. Vicente apenas el guarda concluyó de leer. ¿Y tú, muchacho, te has mamado esas franchutadas?

– ¿Quién sabe, Sr. Vicente?, replicó Ramón. No todos los anuncios son mentira. Nada se pierde con probar...

– Déme usted, interrumpió Anita. Yo probaré.

– Ahí está la explicación de lo que hay que hacer, dijo Ramón, entregando el bote á la muchacha.

VIII

Pues bien; contra todas las espezanzas y probabilidades, el *restaurador del cutis* fué una verdad. Aunque lentamente, supuesto que transcurrieron tres meses, y después de consumir dos botes más, las carnes de Anita fueron recobrando la fina tersura que constituía su principal atractivo. La sangre, que parecía huída, volvió á colorar y animar su expresivo rostro, que se embelleció con un tinte brillante de que antes carecía. El color mate de la tez hízose cristalino, dando luminosa expresión á la fisonomía.

Anita lloraba de gozo, sus padres no se hartaban de besarla. En cuanto á Ramón... ¡Oh! ¿Quién pudiera expresar lo que sentía Ramón? Era una amalgama de generosa alegría al ver la regeneración de su amada, unida al punzante dolor de haber perdido su postrera esperanza. Desfigurada y casi repugnante era posible que algún día cayera en sus brazos; pero hermosa otra vez y deseada, se la llevaría otro mequetrefe como el que ya habíala solicitado.

La Providencia se encargó de sacarle de penas.

Una mañana entró Anita en el cuarto de su padre con el ademán resuelto de niña mimada. Hízole sentarse en un sillón, y sentándose ella en sus rodillas, le dijo, echándole los brazos al cuello:

– Padrecito, quiero casarme con un joven bueno, guapo y que se muere por mí.

– ¡Vaya! ¿Y dónde has encontrado ese novio?

– Muy cerca de aquí: en la cabaña de las moreras.

– ¿Ramón el guarda?

– Pues ¿quién ha de ser? ¿Ha hecho nadie lo que él por mí? Me ha querido hermosa y fea y me ha devuelto la alegría devolviéndome la belleza...

El Sr. Vicente iba á hablar, pero su hija le tapó la boca con su suave manecita, diciendo:

– Te advierto, padrecito, que no admito contradicciones. Deseo una cosa justa y lo lograré.

El Sr. Vicente se rascó detrás de la oreja derecha, señal en él de preocupación; reflexionó unos instantes, y después, apartando la mano de Anita, que aún le tapaba la boca, dijo lentamente:

– Pues si tú lo deseas, hágase tu voluntad, como se dice en el *Padre nuestro*.

Ramón y Anita se casaron.

Un día fueron á hacer compras á Valencia, acompañados del Sr. Vicente, y á éste se le ocurrió una idea. Llevarlos á casa de D. Jaime Ortí, á quien encontraron en compañía de su hijo. El joven de los ternos claros había regresado de Barcelona muy alicaído porque encontró á la catalanita que motivó su viaje en relaciones amorosas con un catalanazo tremendo, que propinó dos bofetadas fulminantes al ultramarino.

El Sr. Vicente participó á su antiguo compadre el efectuado enlace de su hija y Ramón, allí presentes. El cuarterón de abogado admiraba de reojo la espléndida hermosura de Anita, realzada por la felicidad.

El Sr. Vicente consiguió su idea de pasar á su hija *por los hocicos* de aquel desconsiderado novio que la había dejado plantada por fea.

Cuando D. Jaime y su hijo se quedaron solos, éste no pudo menos de exclamar en tono de despecho:

– ¡Qué muchacha más preciosa!

– ¡Ya lo creo!, dijo D. Jaime. Y además de preciosa, rica y buena. A pesar de tus pujos de abogado has perdido un buen pleito.

F. MORENO GODINO

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En el Instituto católico de San Luis de Moll (provincia de Amberes) y entre trastos viejos y arrinconados se ha encontrado un magnífico cuadro del maestro flamenco Jacobo Jordaens (1593-1678) que representa una escena de la Odisea, el regreso de la caza del jabalí. Si el Estado belga no lo adquiere, será subastado tan precioso hallazgo á beneficio de la Casa de Expósitos de la citada población.

– El Real Museo de Pinturas de Berlín ha comprado por 175.000 pesetas un cuadro de Carlos Crivelli, procedente de la colección de Dudley House, de Londres: es un lienzo de grandes dimensiones, pintado al temple sobre fondo de oro, que representa á la Virgen sentada en un trono y con el niño Jesús en brazos rodeada de obispos y monjes.

– En una sepultura de la catedral de Glogau se ha descubierto una estatua de piedra de 1'82 metros de largo de la duquesa Mechthilda de Glogau, obra del siglo XIII.

En Magdeburgo se ha abierto al público la colección de grabados y retratos que en 1889 legó á la ciudad el superintendente Frantz: la colección de grabados comprende 2.600 números, formando unas 10.000 hojas de todas las escuelas, y en ella están representados casi todos los más famosos grabadores; la de retratos, ejecutados por todos los procedimientos artísticos, abunda especialmente en efigies de Lutero.

– Se ha inaugurado en Dresde la tercera Exposición internacional de acuarelas, pasteles, dibujos y aguas fuertes, siendo muchas y muy interesantes las obras que á ella han remitido los artistas de las principales ciudades de Alemania, especialmente de Dusseldorf, así como los de Italia, Holanda, Bélgica y Escocia.

– Se ha abierto al público en la Galería de Bellas Artes de Dusseldorf la colección de pinturas notables que son de propiedad de particulares, teniendo en ella rica representación los grandes maestros alemanes y sobre todo los de aquella ciudad, tales como los dos Achenbach, Lessing, Knaus, Vantier, Schirmer, Weber, etc. Esa exposición es altamente interesante porque permite pasar revista á las mejores producciones de la famosa escuela de Dusseldorf.

– El maestro Massenet ha terminado la música de un nuevo baile titulado *El talismán*.

– Hace pocos días la Asociación Ricardo Wagner ha celebrado en Baireuth su acostumbrada asamblea general, en la que han tomado parte 26 delegados. El número de individuos de la asociación ha aumentado durante el último año en 1.110, contando al presente un total de 6.529 asociados que se distribuyen en 53 asociaciones secundarias y en 135 representaciones locales. La asamblea acordó apoyar moralmente la adquisición por una corporación alemana del Museo de Wagner que existe en Viena. El burgon aestre Muncker encareció la necesidad de suspender por algún tiempo las representaciones que cada año se dan en Baireuth, fundándose en que como van desapareciendo poco á poco los antiguos artistas wagnerianos, es preciso allegar fuerzas nuevas que podrán obtenerse educando durante el tiempo de la suspensión nuevos artistas que, subvencionados con fondos de la Asociación, podrán estudiar en Baireuth y adquirir allí una educación musical exclusivamente wagneriana. En su consecuencia se acordó que el año próximo no se den aquellas representaciones á fin de preparar con tiempo y de una manera digna el ciclo de los Niebelungos

– En Constantinopla se va á fundar un Conservatorio de Música: débese este acuerdo al sultán, que es un gran aficionado á este arte bella y además un consumado pianista, el cual ha elegido para director de la institución á Derlet Effendi, artista que ha hecho sus estudios musicales en París á costa del soberano turco.

– A fines de este mes se inaugurará en Gante la Exposición anual de Bellas Artes de Bélgica.

– En Schweinfurt se ha celebrado la octava fiesta de la Asociación de orfeones franconios, á la que concurrieron 4.000 asociados, con varios banquetes y un concierto monstruo que produjo delirante entusiasmo, y terminado el cual verificóse la ceremonia de entregar al orfeón de Schweinfurt la bandera de la Asociación que custodiaba el de Koburgo, y de colocar los lazos conmemorativos en los estandartes de los orfeones presentes á las fiestas. Terminaron éstas con un desfile delante del monumento de Ruckert. La Asociación consta actualmente de 174 orfeones con 5.172 cantores.

– El eminente pintor español Sr. Pradilla, que como dijimos á nuestros lectores fué premiado recientemente con el gran diploma de honor en la Exposición de Viena, acaba de obtener también en la de Berlín la más alta recompensa, ó sea una de las tres grandes medallas de oro para el arte que el emperador de Alemania ha creado para recompensar el mérito de artistas de reputación europea y reconocida. Las otras dos han sido otorgadas al pintor Falat y al escultor Schilling.

Teatros. – En el Chateau d' Eau se ha estrenado con buen éxito una comedia en cinco actos, *L' heritage de Jean Gommier*, de A. Lemonnier y L. Pericaud, de argumento interesante en que se suceden bien enlazadas escenas alegres y otras de carácter eminentemente dramático.

– En Baireuth han comenzado las representaciones wagnerianas con la ópera *Parsifal* cantada por Van Dych (Parsifal), Grengg (Gurnemanz), Plank (Klingsor), Kaschmann (Amfortas) y la señorita Meilhac (Kundry): todos fueron aplaudidos con entusiasmo, lo propio que los coros y la orquesta, admirablemente dirigidos por el maestro Levi. A esta ópera siguió *Tristán é Isolda*, que obtuvo también gran éxito y cuyos protagonistas estuvieron á cargo de la señora Sucher y de Enrique Vogl: dirigió la orquesta el maestro Mottl.

Posteriormente se ha verificado la primera representación, durante esta temporada, de *Tanhauser*, produciendo gran efecto: en la ejecución se distinguieron especialmente Gruning y Scheidemantel en los papeles de protagonista y de Wolframo. El primer ciclo de la fiesta de este año terminó dignamente con la representación de *Los maestros cantores de Nuremberga*, en la que fueron muy aplaudidos los cantantes Gura, Nebe y señora Staudigl en sus respectivos papeles de Hans Sachs, Beckmesser y Hofmüller. Los coros y la orquesta estuvieron admirables.

– El teatro Francés ha tenido durante los seis primeros meses de este año ingresos por 1.170.377 francos, que es la mayor suma recaudada en ese coliseo desde que existe, incluso durante el período de la última Exposición universal.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

A. Grissemann, notable escultor tirolés, uno de los primeros tallistas de madera, que ejecutó también en mármol y en bronce sus obras más importantes.

José Alejandro, conde de Hubner, ilustre diplomático austriaco, que entre otros cargos desempeñó el de embajador en París y cerca de la Santa Sede: en 1868 abandonó la carrera diplomática y emprendió grandes viajes cuyos resultados relató en la obra *Un paseo alrededor del mundo*.

Julio Huth, distinguido pintor de marinas alemán.

Francisco Schneeberger, famoso novelista austriaco conocido con el seudónimo de Arturo Storch y fundador del primer asilo para niños abandonados que hubo en Austria.

A. Lavalley, notable ingeniero francés, ex presidente de la Sociedad de Ingenieros civiles, senador y oficial de la Legión de honor: emprendió grandes obras públicas especialmente en la isla de la Reunión.

P. Teisserenc de Bort, senador francés, ex ministro de Agricultura y de Comercio y ex embajador: se ocupó en estudios técnicos de ferrocarriles, preocupóse siempre del fomento de los intereses agrícolas, industriales y comerciales y contribuyó poderosamente al éxito de las Exposiciones Universales de París.

El Excmo. Sr. D. Rafael Rodríguez Arias, vicealmirante de la Armada española, ex ministro varias veces de Marina, senador vitalicio, vicepresidente del Consejo Superior de la Armada, gran cruz de Isabel la Católica, de San Hermenegildo, del Mérito naval, de Villaviciosa, de San Mauricio y de San Lázaro.

Francisco Komlossy, notable pintor austriaco.

Conrado Reinherz, célebre paisajista alemán.

Varia. – En el próximo mes de septiembre se verificará en Merán la representación popular que dirige el conocido poeta tirolés Carlos Wolf y para la cual se ha construído un teatro ex profeso. La obra que se pondrá en escena se titula *El Tirol en* 1809 y en ella tomarán parte más de 300 actores, casi todos ellos descendientes de los héroes de 1809: los trajes y armas antiguos son legítimos de aquella época y constituyen verdaderos ejemplares de museo.

NUESTROS GRABADOS

Ruinas del Teatro Principal de Granada recientemente destruído por un incendio. – A las doce de la noche del 17 de julio último los vecinos de la calle de San Fernando, de Granada, notaron que salía humo por una ventana del Teatro Principal correspondiente á la guardarropía. Dada la voz de alarma, acudióse á sofocar el incendio; pero cuantos esfuerzos se hicieron para ello fueron inútiles, pues á las pocas horas el coliseo quedaba completamente destruído, en el estado que podrán ver nuestros lectores por el grabado que reproducimos de una fotografía que ha tenido la galantería de remitirnos desde aquella ciudad D. Romualdo de Castro. El teatro era propiedad de D. Manuel García Lovera, y aunque pequeño, pues sólo cabían en el 1.300 personas, era de aspecto elegante y tenía un buen telón de boca. Se cree que el incendio fué debido á un descuido de alguno de los empleados ó actores de la compañía que actúa en el teatro de verano de la calle del Gran Capitán, propiedad también del Sr. García Lovera, que de día ensayaban en el Teatro Principal.



La *Galatea* se detuvo, botóse una chalupa al mar...

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE E. BAYARD

(CONTINUACIÓN)

A nuestra izquierda desarróllase una serie de ribazos batidos por las olas, de color pardusco y aspecto lúgubre, cráteres medio hundidos... En lontananza surgen del centro de la isla conos, picos, altas montañas cubiertas de hielo, que van aplanándose en forma de gradas horizontales, terminando en suaves pendientes, las cuales presentan un conjunto más alegre por las hierbas y musgos que allí crecen, aunque muy escasos, en la presente estación; también vemos algunos pequeños valles, con montecillos, en cuyo fondo deslízanse arroyuelos que caen como cascadas por encima de los ribazos.

Avanzamos lentamente, explorando el camino, examinando todas las caletas y disparando á intervalos un cañonazo, que hace remontar el vuelo á nubes de pájaros bobos, de cercetas y algunas otras aves. Nos urge, sin embargo, llegar á la «Bahía Americana,» donde encontraremos á nuestros compatriotas, si han podido realizar su proyeto. No debemos estar lejos, y ya nos parece que han debido alejarse de la orilla en sus embarcaciones para salir al encuentro de los que tanto ruido hacen desde esta mañana.

A nuestros ojos se presenta un cabo de bastante elevación, aplanado en forma de meseta en su cima; detrás de él vemos una vasta bahía, dividida en caletas más pequeñas; miro atentamente el paisaje y veo que se asemeja al descrito por el *Comus:* cerca de una de las caletas hállase el ribazo rojo, único de este color que hay en la costa; en su base hay tierras

desprendidas y matas de fucos gigantescos, cuyas ramas se prolongan sobre el agua, y á su derecha, dejando adivinar un paso entre él y la costa brava, destácase una gran roca en forma de mitra de obispo, de la cual parten igualmente á manera de tentáculos largas ramas de fucos. Hasta que llegamos delante del paso no vemos al fin la pequeña bahía adonde conduce: tan bien resguardada está por todas partes. En su inmediación, en el fondo, hay una caseta completamente igual á la de la isla Hog, pero solitaria también, según todas las apariencias: volvemos á encontrar pájaros bobos, albatros y focas, pero ni un solo habitante, ni un hombre... No lejos de la casa vemos, como en un cementerio, varias cruces clavadas en tierra, y en la playa barriles, cadenas y tablones...

Doy orden de botar al mar una pequeña embarcación, que nos precede para guiarnos, y hago penetrar á la *Galatea* entre las ramas de fucos que, partiendo unos del ribazo y otros de la roca mitrada, sepáranse y dejan entre sí un canal sinuoso que procuro seguir por el centro. Llegados á la bahía, dejamos caer el ancla, me lanzo rápidamente á la embarcación y salto á tierra acompañado de varios oficiales.



Desde la *Galatea* veíamos á nuestros marineros hablar con los náufragos sin saltar á tierra

Para dirigirnos desde el punto de nuestro desembarco á la «Casa de los víveres» es preciso atravesar un río de límpida corriente, cerca del cual duermen los elefantes marinos. Nos abrimos paso en medio de ellos, y franqueado el río todos echamos á correr... Muy pronto franqueamos los restos de un antiguo campamento de balleneros, donde se ven chozas hundidas, grandes recipientes de hierro para filtrar el aceite y muchos toneles vacíos. Todo esto no parece haber servido hace largos años; varias tablas están sepultadas bajo el musgo y algunos instrumentos de hierro están profundamente corroídos por el orín. En otro tiempo, efectivamente, algunos balleneros se detenían aquí; pero rara vez vienen ahora, á causa de los grandes peligros á que están expuestos en estos parajes.

Ahora estamos muy cerca de la casa y vamos á llegar á ella. Si hubiese habitantes, ¿no se hallarían ya en nuestros brazos?

Mis oficiales se apresuran, y no sé por qué yo acorto el paso. El cementerio vecino me atrae; doy un rodeo y me aproximo con el corazón palpitante. Sí, es un cementerio y hay tres tumbas, con toscas cruces, en las que se leen los nombres de los difuntos... No son franceses y hace ya largo tiempo que los enterraron, pues leo la fecha 1866: son dos ingleses y un prusiano: este último se suicidó, según dice la inscripción. No aparece por ninguna parte el nombre del buque que debieron tripular.

¿Quién sabe qué doloroso drama ha ocurrido en esta tierra?

Sin embargo, mis dos oficiales, M. Blanc y M Coignet, han llegado ya y me esperan; una mirada de ellos me basta para comprender la verdad. . Llego, y me muestran con triste ademán la puerta, sólidamente cerrada y cubierta de musgo... Seguramente nadie la abrió jamás desde que los marineros del *Comus* dejaron allí sus víveres... A una señal, el carpintero que nos acompaña la hace saltar; pero las provisiones llenan de tal modo la cabaña, que no podemos penetrar en su interior...

Quisiera dudar y esperar aún hasta el fin, por lo cual mando abrir algunas cajas: todas están llenas; nadie las ha tocado; estas contienen zapatos, prendas de vestir, chaquetones; otras, conservas alimenticias de toda especie, carne de salazón, galleta, te; un barril está lleno de cápsulas especiales, que por la percusión sobre una roca producen una larga llama suficiente para encender una hoguera. Todo lo habían previsto aquellos bravos marineros del *Comus*. ¡Cómo se hubieran alegrado nuestros compatriotas al encontrar semejante depósito!

La isla de Posesión es más grande y más abrigada que la de Hog, y la vegetación, aunque achaparrada, es más vigorosa; allí abunda la col de Kerguelen y también dos especies de berros. Agotados los víveres en aquella isla, aún les quedaba á los náufragos el recurso de trasladarse á la del Este, á la cual habrían llegado sin dificultad, porque apenas dista de diez y seis á diez y ocho kilómetros; pero no habrían necesitado apelar á este último recurso, puesto que nos hubieran visto llegar, después de dos meses apenas de su salida de la isla Hog.

¡Ah! ¡Por qué no permanecían allí, según les aconsejaba mi pobre Luis, á pesar de las privaciones que hubiesen debido sufrir! ¡Cómo debió luchar para retenerlos! Y después, al verlos tan decididos, los seguiría...

No era difícil adivinar qué había sido de ellos; todos lo pensábamos sin decirlo; y muy contristados, volvimos á bordo de la *Galatea*, adonde ansiaba llegar cuanto antes para estar solo...

Mi tripulación necesita descanso y he resuelto permanecer un día ó dos al ancla en estas aguas, conservando los fuegos encendidos á fin de estar dispuestos á marchar en cuanto haya indicios de mal tiempo. Apenas llegado á bordo, he concedido permiso á los oficiales y á varios marineros para que vayan á tierra á cazar, á pescar, ó distraerse, si pueden, mientras yo me he encerrado en mi camarote para entregarme á dolorosas reflexiones... Mi espíritu, sobrexcitado hace un mes, está abatido en este momento; mis nervios, rígidos antes, se han aflojado; y ahora ¡lloro, sí, lloro como un niño al contemplar el retrato de Luis, los de Juana y Magdalena y ese mar cruel, tranquilo hoy, impasible, misterioso, donde acaban de hundirse, con mi hermano querido, todas mis alegrías, todos mis ensueños, toda mi felicidad!

***

Isla de la Posesión, 10 de diciembre de 1882

Ayer tarde regresaron los oficiales y marineros después de hacer una larga excursión por los alrededores sin ver vestigio alguno de hombres. Me alegré de su vuelta, porque el barómetro bajaba de una manera alarmante. Ya estaba preparado para aparejar. Es indudable que ha reinado por fuera un huracán, pero aquí no hemos sentido apenas sus efectos. Preservados por las altas montañas oímos pasar sobre nuestras cabezas las ráfagas que silban; pero en la bahía, alrededor de nosotros, la superficie está tranquila como la de un lago, observándose tan sólo largas ondulaciones regulares, en las cuales se mece muellemente la *Galatea*.

Hoy, aunque diciembre corresponde aquí al mes de junio, la nieve cae fría, triste y silenciosa. Las colinas y hasta la playa están cubiertas de una blanca alfombra. Algunas bandadas de aves revolotean sin gritar á lo largo de la orilla. Alrededor de nosotros todo es melancolía y soledad.

En alta mar sopla la brisa todavía, la superficie de las aguas está salpicada de crestas blancas que corren en todos sentidos, como después de una tormenta. Quiero dejarle tiempo para que se apacigüe, concediendo una noche más de reposo á la tripulación: mañana marcharé para ir á matar mi última esperanza...

Podría ser, en efecto, y algunos lo creen á bordo, que los náufragos hubieran sido arrastrados, en su aventurado viaje, más allá de la Posesión, tan á menudo velada por la bruma. La isla del Este se halla casi siempre visible porque está á más altura y sobre todo porque su proximidad á la Posesión la preserva de la bruma que ésta retiene.

¿Se hallarán allí?

¡Sí, tal vez, tal vez!

He esperado tanto, que ya no espero más...

Esta noche el tiempo es verdaderamente magnífico; el cielo está sereno y la temperatura es suave. Agrupados en la proa, nuestros marineros entonan melancólicas y sencillas canciones á que son tan aficionados los marinos de todos los países; y sus voces en estos parajes, á la pálida luz de la luna, que ilumina tres cruces plantadas en la nieve, son más tristes aún que el profundo silencio que nos rodea...

***

Isla de la Posesión, 12 de diciembre de 1882

Hay en estos mares una goleta misteriosa que yo hubiera querido encontrar...

Ayer dí la vuelta completa á la isla del Este: es una agrupación de rocas, un cúmulo de picos, de lavas, de volcanes, un laberinto de montañas cuyas cimas se confunden con las nubes, y todo esto flanqueado de altos ribazos, desde los cuales se precipitan los arroyos en forma de cascadas.

Eran las seis de la tarde, y ya había llegado por el Norte á las inmediaciones de una pequeña playa arenosa que terminaba en un valle, única que parecía permitir la entrada en esta tierra fantástica, cuando de improviso divisamos la «Casa de los víveres »

Un oficial que miraba con su anteojo me dijo de pronto:

– Comandante, en la casa debe haber gente, pues veo una embarcación en seco en la playa.

– ¿Será posible? ¿No le engaña la vista?

– Véalo usted mismo, añadió alargándome el anteojo.

Nos habían engañado tan á menudo las ilusiones de formas, que no osaba dar crédito á mis ojos... pero no, no me engañaba, era una embarcación, una sólida ballenera pintada de color gris... Como para confirmarlo, en el mismo instante el gaviero de vigía gritó alegremente desde el mástil:

– ¡Hombres en tierra á la vista cerca de la casa!

¡Hombres! ¡*Ellos* al fin! ¿Sería posible?

Yo miraba, pero turbábase mi vista y no distinguía más que masas confusas. . Entonces acerqué la *Galatea* á la orilla...

En efecto, eran hombres; no cabía ninguna duda; uno de ellos llevaba chaquetón de color rojo, todos habían avanzado hasta la orilla de la playa y nos llamaban agitando los brazos.

– ¡Pronto una embarcación al mar, grité al oficial de guardia, y de prisa! Kervella irá á buscar á los náufragos.

La *Galatea* se detuvo, botóse una chalupa al mar y se presentaron veinte marineros para embarcarse. Kervella eligió seis de los más robustos, trasladóse

con ellos á la chalupa, y muy pronto vimos cómo ésta, á pesar del viento contrario, avanzaba hacia tierra con rapidez.

En el puente del buque agrupábanse todos los marineros siguiendo con la vista nuestra chalupa que se alejaba; algunos hombres habían trepado á las jarcias, otros estaban en los mástiles; oíanse cuchicheos y ruidosas carcajadas, y hubo un momento de confusión, á la que puso término una orden cariñosa del oficial de guardia.

– ¡Vamos, muchachos, gritó, un poco de silencio en el puente!

La conversación continuó en voz baja entre los marineros que seguían haciendo suposiciones.

No habíamos visto en tierra más que siete hombres; tal vez los otros estarían recorriendo el interior de la isla, ó acaso enfermos en la casa, ó quizás muertos...

Sobre la arena de la playa veíase solamente una embarcación, y el capitán del *Tamaris* hablaba de dos. ¿Habría naufragado la otra en el camino?

Pero inútilmente trataba yo de reconocer á Luis entre aquellos hombres barbudos y mal vestidos, que se asemejaban todos bajo sus pieles de foca.

Estábamos demasiado lejos, y por desgracia la *Galatea* no podía aproximarse más á causa de las rocas...

El teniente se acercó para hablarme.

– Acabo de dar órdenes, dijo, para que se sirva una buena comida á los náufragos apenas lleguen.

– ¡Bien, amigo mío, contesté, muy bien!

Y mis ojos siguieron buscando ansiosamente.

Uno de los hombres que estaban en tierra me parecía de la talla de Luis, y se me figuró que se agitaba más alegremente que los demás; pero no, era imposible ver bien á tal distancia, y sin duda ignoraba que nuestro buque fuese la *Galatea*...

A pesar de todo, sentíame poseído de una de esas alegrías profundas y tranquilas en que el corazón se enternece, en que se revelan nuestros sentimientos más elevados y en que las lágrimas acuden á los ojos del hombre más fuerte.

Nuestra chalupa había abordado ya, y desde la *Galatea* veíamos á nuestros marineros hablar con los náufragos sin saltar á tierra... había mar gruesa por todas partes, y sin duda esta circunstancia impedía llegar hasta la playa.

Trascurrieron algunos minutos, y después la chalupa volvió hacia nosotros sin nuestros compatriotas, que la miraron un instante mientras se alejaba y se dirigieron luego á la casa.

No, en el momento á ninguno se le ocurrió que aquellos hombres podrían no ser náufragos, pensamos que sin duda iban á venir en su embarcación, y que habrían ido á la casa para recoger sus mástiles y remos y cuanto quisieran llevarse...

Pero yo comencé á reflexionar mientras la chalupa se acercaba. «De todos modos, decíame, parece que no se dan mucha prisa... Kervella ha debido decir que nuestro buque es la *Galatea*, y que el comandante era Pedro Larache... Creo que yo, en el lugar de Luis, me habría arrojado desde luego al agua... ¿No estaría allí?»

Por fin llega la chalupa, y cuando está bastante cerca para que podamos hablar, poseído de impaciencia, me inclino sobre las jarcias y pregunto:

– ¿Qué hay, Kervella? ¿No ha podido usted abordar?... ¡Cuándo vendrán, vive Dios!

– ¡Bah!, exclamó Kervella con expresión desanimada, ¡no son ellos! Son americanos y no náufragos. Dicen que quieren quedarse allí...

– ¿Cómo que no eran ellos?.., ¿Americanos?...

No, á nadie le había ocurrido tal cosa El golpe era tan brusco, tan inesperado, que al pronto no lo sentí... Me pasé la mano por la frente inundada de sudor, y al retirarme del puente dije al oficial de guardia:

– Que izen la chalupa, después prosígase la marcha desviándose de tierra durante veinte minutos, y hecho esto le daré órdenes. Usted, Kervella, acompáñeme á mi camarote y hablaremos.

Kervella me ha dicho que los hombres de la isla del Este eran pescadores de focas. Habían llegado hacía dos meses en una gran goleta, que los dejó en la isla con víveres, y que volvería á buscarlos dentro de otros dos...

– ¡Cómo dos meses!, exclamé. ¿Hace dos meses que están ahí? Pues entonces la goleta, que venía del cabo de Buena Esperanza, ha pasado cerca de la isla Hog poco más ó menos en la época en que nuestros compatriotas la abandonaban. ¿Están seguros de hallarse allí hace dos meses?

– Poco más ó menos; no lo saben á punto fijo, pues han perdido casi la noción del tiempo. Hay seis hombres jóvenes, de veintidós á veinticinco años, y un viejo contramaestre, de barba blanca, á quien he dicho lo que allí nos llevaba. Como habla mal el francés, ha sonreído con aire indiferente, haciendo un ademán para indicarme que era preciso buscar á nuestros compañeros en el fondo del agua. «Hoy les toca á ellos, añadió; mañana tal vez á nosotros. Por lo demás, ni hemos visto á esos náufragos ni oído decir nada de ellos, y estamos seguros de ser ahora los únicos habitantes de la isla.»

– Pero ¿adónde ha ido la goleta después de haberlos dejado aquí?, pregunté.

– A la pesca de la ballena; pero no saben dónde, ni se cuidan mucho de ello. El viejo me señaló con la mano hacia el Este.

– A Kerguelen... ¿Habrán ido tan lejos?

– Lo ignoro. Yo deseaba que aquel jefe viniera para hablar con usted, y he procurado inducirle á ello, diciendo que se le darían provisiones y ron; pero no ha querido embarcarse, y me contestó que no necesitaban nada.

– ¿Y no han tocado los víveres que hay en la casa?

– No, me han asegurado que tenían lo necesario, y que ninguno de ellos tocaría jamás á esas provisiones reservadas para los náufragos.

– Está bien, puede usted retirarse.

Apenas me quedé solo, una pena angustiosa me oprimió el corazón y experimenté un profundo desaliento.

¿Qué esperar ya? ¿Qué hacer ahora? Hubiera querido ir yo mismo á interrogar al viejo ballenero; pero ¿qué podría averiguar sobre lo que me había dicho Kervella? Y por otra parte, ¿qué importaban algunos detalles más, que solamente servirían para aumentar sin provecho alguno mi tristeza?

La noche se acercaba, y hubiera sido demasiado peligroso para la *Galatea* permanecer en aquella costa sembrada de escollos. En su consecuencia señalé la ruta de manera que diésemos vuelta á la isla desde lejos, para estar por la mañana al amanecer delante de la «Bahía del Buque» en la isla de la Posesión.

* * *

En el archipiélago, 13 de diciembre de 1882 (por la noche)

He querido ver de nuevo esa punta en donde la marejada me permitió desembarcar la primera vez. Después visitaré la isla de los Pingüinos, hacia la cual me dirijo ahora, y por último los islotes de los Apóstoles, aunque en todas esas rocas no se ha dejado ningún depósito de víveres. Hecho esto, quizás vuelva por última vez á la isla de Hog... No puedo resolverme á dejar este archipiélago, á pesar de la ansiedad con que deben esperarme la pobre Juana y Magdalena, en quienes no me atrevo á pensar.

En la «Bahía del Buque» sólo esta noche nos ha sido posible comunicar con la tierra. Mientras me detenía delante de la entrada, envié una chalupa al mando de un oficial.

No ha encontrado el menor vestigio de campamento, ni una tabla, ni resto alguno, pero sí una lata de sardinas mal cerrada, en la cual se había puesto un papel, húmedo ya, manchado, amarillento, en cuatro dobleces, y que se habría rasgado si se hubiese querido despegar sus fragmentos. Por eso me le entregaron sin leer el contenido.

¡Era de ver con qué precauciones le secamos y con qué cuidado se trató de unir los pedazos de papel!

Después de un largo trabajo hemos conseguido reconstituir por completo las dos ó tres frases que contenía; pero á causa de haberse roto un pedacito del papel no fué posible reconocer la preciosa fecha en que había sido escrito.

He aquí la traducción de esa nota, que estaba redactada en mal inglés, y que no tuvo importancia sino por las reflexiones que me sugirió:

«*Isla de la Posesión*, *J* (rasgado) 1882.

»A quien esto pueda interesar.

»La goleta *Francis Allyn* espera el *primer día bueno* para marchar.

»Iré á la isla del Este primero para recoger los hombres que he dejado allí; después iré á la de los Apóstoles, y luego marcharé directamente al cabo de Buena Esperanza. Llevamos 350 barriles de aceite y 400 pieles de foca.

»J. JOSÉ FULLER, *contramaestre*.»

Estas simples líneas me infundieron á la vez una esperanza y un pesar. De ellas resultaba que otra goleta, además de la de los pescadores de la isla del Este, había cruzado también por aquellos parajes durante el año 1882, recorriendo las tres islas de la Posesión, del Este y de los Apóstoles... Como no tenía más que las velas para ayudarse en su navegación, todas esas travesías debieron ser largas, y yo calculo por lo menos en tres semanas el tiempo de su permanencia en las islas.

La fecha J... 1882 no podía indicar sino uno de los tres meses siguientes: enero, junio, julio (1). El capitán Fuller había escrito su carta en la Posesión, donde esperaba, según decía, el primer día bueno para marchar, y por lo tanto no era probable que se refiriese á enero, pues este mes es el más hermoso y no escasean en él los días buenos. Junio corresponde á nuestro mes de diciembre; la estación habría estado muy adelantada y por eso hubiera querido aparejar, pero le retenía el mal tiempo. Por otra parte, en el papel amarillo, el intervalo entre la letra J y el embrión de la cifra 1 no permitía más que añadir las tres letras que completaban la palabra «junio» (en inglés *June*). Evidentemente era en este mes y en sus primeros días cuando, retardado por diversos incidentes, se hallaba al ancla en la «Bahía del Buque.» En esta misma época nuestros compatriotas se hallaban en la isla Hog, apenas distante siete millas (12 kilómetros) de la isla de los Apóstoles.

(Continuará)



Agarrado al puente, junto al oficial de guardia, no abandono aquel puesto sino un momento de hora en hora

(1) En francés, *janvier*, *juin*, *juillet*, y en inglés *january*, *june*, *july*. – N. del T.

SECCION CIENTIFICA

EMPLEO DE LA COMETA COMO APARATO DE SALVAMENTO

Cerca de Nueva York se han verificado recientemente interesantes experimentos con objeto de demostrar que las cometas pueden ser empleadas para enviar un cable de salvamento á un punto determinado del mar. El inventor del procedimiento es M. Woodbridge Davis, que ha estudiado las condiciones de construcción de una buena cometa, para la cual ha adoptado la forma de una estrella hexagonal, como puede verse en la fig. 1. La cometa es desmontable y puede doblarse, merced á lo cual se hace muy fácil su transporte. Su armazón está formado por tres varitas de unos dos metros de longitud que se cruzan en su centro y cuyos extremos forman las puntas de seis radios de estrella, y va cubierto por una tela empapada en aceite para que sea impermeable.

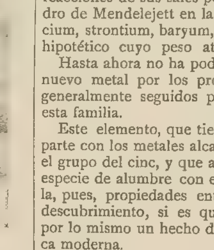



Fig. 1. Cometa destinada á remolcar en el mar un cable de salvamento

La cometa así dispuesta lleva tres sistemas de atadura: el del centro forma el sedal principal y los otros dos más ligeros constituyen los sedales de dirección, arrollados los tres en carretes maniobrados por una pequeña cabria de mano. Una vez elevada la cometa se le puede hacer desviar en 65 grados á la derecha ó á la izquierda de la línea del viento, y gracias á esta facilidad de orientación fué posible, cuando se hicieron los experimentos de que hemos hablado, lanzarla varias veces desde la playa y hacerla cernerse sobre un pequeño islote que no estaba situado á sotavento. Cuando la cometa se encontró en la dirección fijáronse los dos sedales que sirven de guías en el sedal principal, y éste fué clavado en una boya destinada á remolcar el cable de salvamento que se trataba de hacer llegar al islote. La boya arrastrada se dirigió con gran rapidez al punto deseado y se detuvo en medio de las rocas situadas en la parte Sur de la isla muy cerca del sitio designado.

El islote adonde tan felizmente llegó la boya estaba á 1.200 metros de distancia de la playa, y la boya arrastrada por la cometa operó la travesía á pesar de una fuerte corriente que hacía describir al cable de salvamento remolcado una curva muy pronunciada.

La cometa está construída de modo que pueda resistir á todos los vientos, y permite el transporte de un cable mucho más pesado que el que puede lanzarse con los aparatos ordinarios. Su superficie total es de dos metros cuadrados, de suerte que un viento de 20 metros por segundo ejercerá sobre ella una presión de 80 kilogramos si se admite que dicha superficie es vertical. El esfuerzo ejercido sobre las cuerdas de la cometa cuando ésta tiene una inclinación de 30 grados es de unos 59 kilogramos.

El experimento hecho á la inversa del que acabamos de describir, ó sea el que consiste en lanzar la cometa desde un buque en peligro para hacer llegar un cable hasta la costa, puede salir bien en las mismas condiciones en el caso de que el viento sople desde la embarcación á la playa: para ello bastará que la cometa esté montada á bordo de aquélla, como representa la fig. 2. Este experimento se ha verificado ya, según refiere el *Yacht* en la siguiente anécdota que de él copiamos:

«El agente de una sociedad inglesa de salvamento, dice, había llamado recientemente la atención de los marinos sobre las ventajas de la cometa á consecuencia del experimento que había tenido ocasión de hacer en las circunstancias siguientes: habiéndose visto un día sorprendido por el mal tiempo á bordo de un buque encallado entre rocas y á alguna distancia de la costa, y no pudiendo el remolcador que con sus hombres había llevado para verificar el salvamento acercarse adonde él se encontraba por el mal estado del mar, vióse obligado á permanecer muchos días á bordo esperando que la tempestad cediera. Para poder comunicar con los de tierra sirvióse de una cometa, confeccionada por el carpintero en la embarcación perdida con una duela de barril de salazón y varitas de madera: la cola se hizo con filástica y para el sedal se utilizó una pieza de merlín arrollada en un pedazo de madera de forma cilíndrica. Esta cometa fué construída en veinte minutos: cuando llegó á cierta altura fijóse en el sedal un trozo de madera y se fué soltando cuerda hasta que éste llegó á la playa y fué cogido por el agente de la sociedad que allí se encontraba y que pudo hacer descender la cometa hasta él y recoger las cartas que habían sido previamente metidas en un saquito de tela fijado en el dorso de aquélla. Después de haber recogido las cartas hizo con su pañuelo señales á los hombres de la embarcación para que tirasen de la cometa para volverla á bordo. Mientras duró el mal tiempo, la comunicación entre el barco y la costa se hizo de esta manera. Al séptimo, día viendo los de bordo que les faltaban patatas, confeccionaron una cometa de mayores dimensiones por medio de la cual se remolcó una pequeña embarcación que fué recogida por los de tierra, quienes colocaron en ella las provisiones pedidas, siendo luego atraída al barco junto con la cometa. Los servicios prestados por ésta decidieron al agente de aquella sociedad de salvamento á confeccionar otra que pudiese desmontarse y meterse en una caja de modo que se pudiera tener siempre á mano en caso necesario.»

Como se ve, el empleo de una cometa puede servir, no sólo para enviar un cable de salvamento, sino también para remolcar cartas y aun provisiones que podrían empaquetarse en un barril estanco.

Fácil sería citar numerosos ejemplos de catástrofes que hubieran podido evitarse por medio del procedimiento de salvamento que mencionamos. Una cometa desmontable, análoga á la que acabamos de describir, es un objeto de sencilla construcción para los marineros, cuya habilidad es proverbial, y debiera formar parte de los instrumentos que lleva todo buque. Parécenos que sería de gran interés hacer en nuestras costas experimentos como los indicados.

X., *ingeniero*

***

UN NUEVO METAL. - EL MASRIUM

La *Revue générale des sciences pures et appliquées* ha publicado un artículo de M. Held, profesor de la Escuela superior de Farmacia de Nancy, anunciando el descubrimiento de un nuevo elemento, hecho por los señores H. Droop Richmond y el doctor Hussein Off, químicos del laboratorio khedivial del Cairo. Este nuevo cuerpo procede de un alumbre fibroso recogido durante estos últimos años por Johnson Bajá en el lecho de una corriente del Alto Egipto. Analizando este mineral, los citados señores descubrieron en él la presencia del cobalto, del hierro, del alumbre, del manganeso y de otros óxidos cuyas propiedades son muy diferentes de las de los demás óxidos metálicos conocidos.

Este óxido es, al parecer, el de un nuevo metal al que se ha dado el nombre de *Masrium*, de la denominación árabe de Egipto Masr, y al mineral de donde ha sido extraído se le ha denominado masrita: el símbolo químico adoptado para representar este elemento es Ms.

Sin entrar en los detalles de las operaciones efectuadas para obtener los compuestos de este cuerpo, diremos únicamente que la determinación aproximada del peso atómico del masrium y el conjunto de reacciones de sus sales permiten incluirlo en el cuadro de Mendelejett en la familia del glucinium, calcium, strontium, baryum, en el sitio de un elemento hipotético cuyo peso atómico había de ser 225.

Hasta ahora no ha podido todavía ser aislado este nuevo metal por los procedimientos de reducción, generalmente seguidos para obtener los cuerpos de esta familia.

Este elemento, que tiene cierta conexión de una parte con los metales alcalino terrosos y de otra con el grupo del cinc, y que además puede producir una especie de alumbre con el sulfato de aluminio, revela, pues, propiedades enteramente individuales. Su descubrimiento, si es que se confirma, constituirá por lo mismo un hecho de importancia en la química moderna.

A. HEBERT

***

LA APYRITA, PÓLVORA SIN HUMO SUECA

Los sabios suecos acaban de comprobar, por medio de varios experimentos, que han conseguido componer una pólvora sin humo dotada de las más preciosas cualidades para las armas de precisión. Esta pólvora, en cuya composición no entran más que dos ingredientes principales (es un nitrato de celulosa), arde sin llama, no calienta la cámara del arma, puede ser manejada y transportada sin peligro y no se altera con la humedad ni con el calor.

Los experimentos recientemente verificados en Estockolmo con la *apyrita* han dado los siguientes resultados extraordinarios: una carabina de repetición de pequeño calibre disparó primero diez tiros con la polvora de nitroglicerina, luego quince con la pólvora ordinaria sueca y finalmente veinte con la *apyrita*: después de esta prueba se ha visto que el cañón se ha calentado menos con esta última pólvora que con las otras. Una carabina con la cual se hicieron 800 disparos con *apyrita* fué retirada sin haberla previamente limpiado, y cuando la examinaron ocho días después se vió que estaba tan limpia como un arma recién preparada para el tiro.

Con la nueva carabina que usa el ejército sueco, una carga de tres gramos y medio de *apyrita* dará una velocidad inicial de 640 metros por segundo con una presión de 2.260 gramos por centímetro cuadrado.



Fig. 2. Buque desmantelado puesto en comunicación con la costa por medio de una cometa

Otra ventaja que en el orden económico tiene es

ta pólvora es que su fabricación no exige herramientas nuevas ni edificios especiales.

***

NUEVO INCONVENIENTE DE LOS CORSÉS

Dado el incremento que van tomando las instalaciones eléctricas, el uso del corsé va á ser incompatible con la buena marcha de los relojes: de ello se ha dado un ejemplo recien te en Francia.

Una señora visitó no hace muchos días una fábrica de alumbrado eléctrico, y como la habían advertido del peligro á que están expuestos los relojes colocados en un campo magnético, había tenido la precaución de no llevarse el suyo; pero esta precaución resultó inútil, pues al día siguiente el reloj andaba rematadamente mal.

Hechas por el marido, que sin duda debía ser electricista, las debidas averiguaciones, descubrióse que durante la visita á la fábrica habíanse imanado los muelles de acero del corsé de la señora, los cuales al día siguiente habían comunicado su imanación á las piezas del reloj.

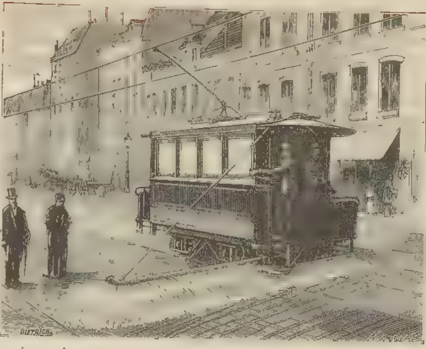
***

EL RIEGO DE LAS POBLACIONES POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD

La tracción eléctrica de los tranvías ha adquirido en América de algunos años á esta parte una importancia de la que no podemos formarnos idea en Europa, y se presiente para una época muy próxima la total desaparición de los caballos como medios de arrastre de estos vehículos esencialmente modernos.

La tracción por la electricidad ha dado origen á una porción de industrias absolutamente especiales: tal casa fabrica exclusivamente los rieles, tal otra los cruces, esta los desvíos, aquella el *trolley*, sistema de toma de corriente en la línea aérea, etc., etc.

Cada especialidad es naturalmente explotada por una ó varias compañías particulares, y un diario que se ocupa de estas materias publica mensualmente cien páginas de texto y doscientas de anuncios exclusivamente consagradas á la industria de tranvías. Uno de estos anuncios constituye una de las singulares especialidades á que haya podido dar lugar la tracción eléctrica de los tranvías de las grandes ciudades; el riego de las calles públicas por medio de un vehículo especial, sistema adoptado por la compañía denominada *United Tramway Sprinkler Company* de Luisville (Kentucky).

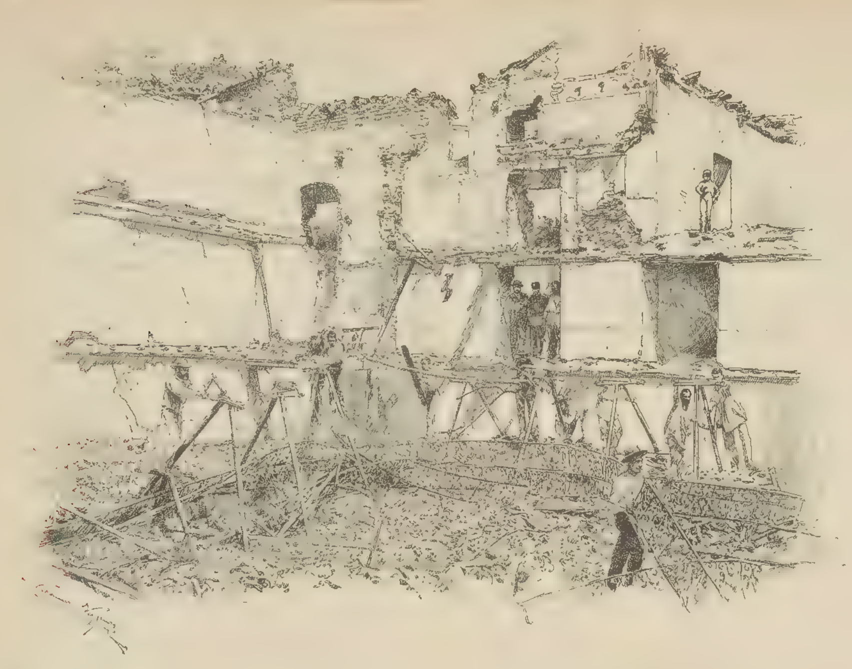


Tranvía americano para regar las calles, empleado en Luisville (Estados Unidos)

Este sistema, que nuestro grabado explica suficientemente, tiene en su exterior todo el aspecto de un coche de tranvía ordinario á fin de no espantar á los caballos, pero en realidad es un gran depósito de hierro lleno de agua para el riego, agua que se lanza sobre la vía y á los lados por medio de un tubo horizontal con muchos agujeros y articulado en un extremo próximo al coche, gracias á lo cual y por una sencilla maniobra puede replegarse sobre la caja del vehículo para dejar pasar los pocos coches ordinarios que circulan por las calles casi no frecuentadas durante las horas en que el riego se verifica. Dos hombres colocados en la delantera hacen funcionar el tranvía y el aparato de riego y replegar el tubo en el caso citado. Esta disposición ingeniosa y económica asegura un riego rápido y regular, así es que el tranvía eléctrico de riego constituye desde ahora el complemento natural y casi obligatorio de toda explotación de tranvías importante que quiera seguir convenientemente los más recientes progresos de la industria eléctrica en América.

(De *La Nature*)





RUINAS DEL TEATRO PRINCIPAL DE GRANADA RECIENTEMENTE DESTRUÍDO POR UN INCENDIO (de una fotografía)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

PRIMICIAS, por *D. Salvador Cabeza León*. — La BIBLIOTECA GALLEGA que publica en la Coruña el editor D. Andrés Martínez se ha aumentado con una colección de trabajos en prosa y verso debidos á nuestro antiguo y querido colaborador Sr. Cabeza León. En los artículos en prosa se aprecian notables cualidades de estilo, de concepto y de espíritu crítico; y en las poesías rebosan inspiración y sentimiento que se desbordan en los armoniosos versos en castellano unos y otros «en la dulce lengua inmortalizada por Macías, Alberto Camino y Rosalía Castro,» como dice el Sr. Cabeza en uno de sus artículos. Los asuntos que en éstos se tratan son tan varios como interesantes: en cuestiones de política, religión, arte y literatura halla el Sr. Cabeza ocasión de hacer gala de levantados pensamientos que revelan su claro talento y su corazón sano, abiertos á toda idea y sentimiento nobles. — Véndese el libro al precio de 2 pesetas para los suscriptores á la *Biblioteca Gallega* y de 3 para los que no lo son. Los pedidos deben dirigirse á D. Andrés Martínez, en la Coruña.

INDIANOS CACEREÑOS, por *don Publio Hurtado*. — Con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América el Sr. Hurtado ha publicado una colección de notas biográficas de los hijos de la alta Extremadura que sirvieron en América el primer siglo de su conquista. Es un libro que merece leerse, no sólo como documento histórico, sino como obra literaria. — Véndese en Cáceres, Centro de suscripciones de D. José del Pozo, al precio de una peseta.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 22 de Agosto de 1892 — Núm. 556



HORAS DE ANGUSTIA, cuadro de C. S. Reinhardt

SUMARIO

CRONICA DE ARTE

A más de novecientos kilómetros de distancia de la corte escribo esta crónica. Aquí he venido en busca de reposo, de un holgar momentáneo, en busca de algo equivalente al rápido cerrar de ojos que evita el caer á lo hondo de una sima cuando el vértigo acomete. Así como el estómago á las veces se siente mal con la vista de platos suculentos, de excitantes bebidas, así el espíritu también repugna al cabo el manjar siempre indigesto de la múltiple vida moderna. Indigesto, sí, pues la mayor parte del adobo de nuestra cultura se parece al adorno de perejil crudo con que visten cualquier congrio cocido con agua y sal.

Precisamente el arte se presta como ninguna otra manifestación de la inteligencia humana al engaño, á la ficción, de que tan necesitada se muestra la sociedad actual. Digo que se muestra necesitada de engaños y ficciones esta asendereada generación de *fin de siglo*, por cuanto ama y prefiere la vida que el artificio le ofrece, así para el espíritu como para la materia, en esos grandes centros formados por el cosmopolitismo, donde los Barnum de la ciencia, del arte, de la industria, de la política, contrahacen las leyes de la naturaleza, desfigurándola con gasas y lentejuelas. Entre el olor de tarrito de esencias y el de un puñado de flores de manzanilla, no hay duda alguna, el tarrito se llevará la preferencia; entre un paseo por las aceras de cualquier calle donde le empujan, le atropellan, le incomodan constantemente, á trueque de ver el *bibelot*, ese aborto del arte, el mueble de relumbrón ó un par de botas con tacones de una cuarta, y el paseo á la orilla del Océano ó del silencioso río, donde el pino y la flor silvestre templan y vigorizan alma y cuerpo, tampoco cabe dudar, la calle apestosa con los escaparates de las tiendas llenos de objetos que relucen se llevará la palma.

De mí sé decir que estoy hastiado de ver el arte puesto á contribución para calumniar á la verdad y á la naturaleza y halagar la moda. Que estoy harto de ver cómo el hacedor de cuadros ó de estatuas se preocupa grandemente del gusto dominante, así en la forma y procedimiento, como en la idea. Ayer fué la acuarela con sus efectos de luz y tonos brillantes, debidos muchas veces á la casualidad; hoy es la aguada *(güasch)* con sus tonalidades grises y sus durezas. Ayer fueron el casacón y el guardapiés únicos motivos dignos del pincel y del palillo; hoy están en gran predicamento las alpargatas y los zuecos. Ayer el paisaje y la marina todavía recordaban á *Tom y su cabaña* unas veces, otras la decoración final en el *Don Alvaro*, del duque de Rivas; hoy son idilios en el Adriático, nieblas alpinas ó campiñas con flores como casas y casas con los colores del arco iris. Ayer fueron únicamente los *abates* y las *Pompadour* de porcelana las muestras que del arte escultórico la moda puso en predicamento; hoy vinieron el mal gusto y el divorcio en que viven la industria, el artista mismo y toda clase de gente, criada á los pechos del convencional ambiente cosmopolita, á imponer el *bibelot*, la figurilla de barro pintada, groseramente hecha, el *soi dissant* bronce, que representa guerreros de *fantasía* y aldeanas más fantásticas todavía, Margaritas y Faustos vestidos caprichosamente, caballos y perros imposibles.

Días antes de salir de la corte tuve ocasión de ver algunos cuadros que figurarán en la próxima Exposición; son paisajes. Sus autores ignoran que los he visto: puedo por lo tanto sacar á colación esas obras maestras y decir (no en son de crítica) lo que me parezca; pues los susodichos paisajes, producciones singulares de paisajistas premiados, significan, dentro del género, tal y como el paisaje y la marina se traducen aquí, lo que significaron siempre obras de indiscutibles.

¡Qué bien hice huyendo de Madrid, siquiera sea por temporada cortísima! En este apartado rincón de la península no tengo necesidad de ver arte de mogollón, ni de enterarme de lo que se pinta ó esculpe; y por lo tanto, no me tienta el diablo hasta obligarme á decirles á esos *indiscutibles* de que hablo lo que Gautier le decía á Courbet (valiendo éste dos millones de veces más que estos otros caballeros): «Deje usted los pinceles, porque maltrata usted á la naturaleza.» ¡Oh! Courbet maltrataría la naturaleza, la *calumniaría*, como recalcó el gran Theo; pero mis indiscutibles ni á eso pueden alcanzar; les falta el brío del que calumnia, y sostiene su calumnia con lógica, y discute y hace ver con apariencias de verdad lo que él cree exacto, real, verdadero.

No es menester que sea conocido del espectador el lugar que el paisajista ó marinista haya trasladado á la tela, para juzgar de la verdad de la obra de arte; pero sucede que los cuadros de los cuales me ocupo pretenden representar una villa del Cantábrico y un paisaje del interior de cierta provincia del Noroeste, ambos lugares de mí conocidísimos. Yo bien quisiera olvidar estas pinturas; pero no puedo lograrlo, pensando que por ese camino de la mentira, de la inconsciencia estética, del escaso dominio de la técnica, se hicieron reputaciones, se educó una generación de desgraciados, se concluye de falsear el escaso buen sentido estético del público en general, del aficionado en particular. Espero á que llegue el día de la apertura de la Exposición, y sin embargo, no consigo dominar esta repugnancia que me causa la sola idea de que en aquellos salones – salvo excepción rara – volveré á gustar el manjar mismo, el eterno *picantito*, la eternamente falsa triquiñuela, las insustituíbles tonalidades grises ó rabiosamente inarmónicas, la monótona interpretación del árbol de la pradería, del mar; en fin, la *manera* impuesta por el mal gusto de los doctos y la estultez de la moda.

Esos dos cuadros, hechos con apuntes microscópicos, y además de microscópicos, hechos por quienes son incapaces, á pesar de las medallas que obtuvieron, de dibujar una cabeza ni de caracterizar un pino, irán á la Exposición por derecho propio. Quizás obtengan premio; será lógico después de todo: en Madrid no sabe nadie lo que es el natural, mejor dicho, no se preocupa nadie de cuanto signifique; verdad espiritual, compenetración de aquello que Blanc dice: «distinguir entre lo que ven los ojos del vulgo y lo que el artista adivina.» La frase terrible del poeta afirmando que al público, porque es necio y paga, debe en justicia hablársele en necio para darle gusto, llegó á ser ley en materias artísticas; pero lo grave, lo horrible es que tal vez se sancione por la crítica.

¡Qué bien hice en huir de Madrid – repito – para no verme obligado á tener que asentir, siquiera sea por el espacio de quince días, á los plácemes con que saluda la gente tanto arte convencional, perfectamente falso! Desde aquí, frente á frente de los más estupendos paisajes que la región gallega guarda, á solas con mi conciencia, hago la formal promesa, en cuanto mis fuerzas alcancen, de recabar para la naturaleza el respeto que se le debe. Es menester cortar por lo sano, no dejarnos engañar por falsas tradiciones y complacencias inicuas. Con excepción de cuatro ó cinco personalidades, el paisaje y la marina están en nuestra patria encomendados á la afición. Al inepto para trazar y colorar una figura se le considera apto para interpretar la compleja y sublime fisonomía de la gran madre.

Se necesitan nervios delicadamente templados, además de una saturación estética inmensa y de un dominio de la técnica grande, para sentir y comprender forma, expresión y lenguaje de esa eterna maestra y modelo, siempre joven, siempre nueva en sus aspectos, siempre superior á la ciencia y á la investigación, eterna desposada, cuyo velo de nieblas que no desgarra más que la brisa, la presenta de continuo á los ojos del verdadero artista como virgen cuyos encantos sólo es dado adivinar al elegido.

Hijo yo de esta región, dedicando todos los veranos una temporada al descanso y durante esta temporada, recorriendo las provincias del Noroeste, inclusa la asturiana, puedo afirmar que siempre encontré diferencia enorme entre el recuerdo del país, así este recuerdo sea gráfico, y la vista, la contemplación del natural. La variedad de las localidades, de la luz, de la orografía, de los tonos es tal, que bien puede asegurarse que cuantos paisajes y marinas de estas provincias se pinten en análogas condiciones á las de esos pintores de quienes vengo hablando en esta crónica, necesariamente habrán de adolecer de falsedad, de inexactitud y de falta de *carácter*.

Es verdad – y aquí entra lo que más repugno – que jurado, crítica y público, á una obsesionados por la factura, el colorismo, el respeto á esa falsedad tradicional que ha llegado á imponer lo bonito con detrimento de lo bello, reputarán como buenas obras tales, creyendo de buena fe, los más, que así debe ser la naturaleza en los aludidos lienzos copiada. En la mayoría del público no me extraña tal error, en una parte de la crítica tampoco; pero en el jurado y en la otra parte de la crítica, la sana, la que debe ser sana é inteligente, sí que no solamente me extraña y viene extrañándome hace tiempo, sino que me asombra. Mirbeau flagelaba no hace muchos meses sin piedad alguna á los paisistas franceses, precisamente porque huían de estudiar en todos sus aspectos la naturaleza, limitándose á ciertas y determinadas horas del día en lo tocante á la luz, y á ciertas regiones ó lugares para obtener motivos á *la mode*, llegando á formarse, merced á este procedimiento, una escuela de *tranquillistas*, no de paisajistas. Y cuenta que en Francia el paisaje viene siendo cultivado por maestros y pintores de verdadero mérito, no por simples aficionados, como acontece en España (siempre exceptuando cuatro ó cinco personalidades). ¿Qué diría Mirbeau si viese nuestros Corot, Pelouse, etc., pintando en Madrid paisajes asturianos ó andaluces ó bretones, que hasta la Bretaña va la imaginación de esos artistas? No lo sé; lo que yo diga cuando llegue la ocasión, por muy duro que sea, no será tanto como lo dicho por el crítico francés á los suyos.

No terminaré esta crónica sin dar cuenta de unos paisajes que estoy viendo. Luz, la de las ocho de una mañana del mes actual: cielo azul, del azul de la turquesa; primer término, un bosquete de magnolios cuyas flores parecen enormes mariposas blancas paradas entre las ramas, y estos magnolios rebasando en altura las acacias; por entre las claras de este bosquete, semejando un espejo, una porción de la ría de Ferrol y varias lanchas con sus agudas velas latinas desplegadas á la suave brisa; la fragata *Numancia* reflejando toda su arboladura en la salobre y tranquila superficie; por fondo de este paisaje marina, elevada montaña matizada con los verdes del prado, del maíz, de los pinos, del bosque de frutales, del tojo, salpicada de blancos caseríos, y allá, junto al cielo, tornándose gris, pero gris azulado, medio envuelto por la neblina del mar, la cumbre coronada de pinares.

El otro paisaje es de muy distinto carácter, aun dentro de la nota tranquila; es *bucólico* completamente. El mismo cielo; la hora, al caer de la tarde; fondo del cuadro, extenso valle cortado por varios caminos que sombrean álamos centenarios; último término, extensa cadena de montes cuajados de bosques y aldehuelas, y todo envuelto en ligerísimo tul violeta: primer término, una espaciosa meseta totalmente cubierta de flores de menta, de manzanilla, de la brizna, de rosas silvestres, de árnica, y metidas en este campo, hasta desaparecerles las patas, varias vacas que rumian tranquilamente, unos chiquillos que juegan y una aldeana que cruza el campo florido cargada de olorosa hierba.

He aquí dos paisajes cuya reproducción en la tela harían con amor y verdadero dominio de la plástica solamente media docena de paisajistas. En Cataluña conozco dos ó tres, en el resto de España otros cuatro, y de estos últimos el mejor está loco.

***

Termino preguntándome: ¿Serán de bizcocho las estatuas que el municipio madrileño, va á erigir para las fiestas del centenario en la plaza de la asendereada Cibeles? Porque de mármol, únicamente esculpiéndolas Mefistófeles, que erigía catedrales y acueductos y puentes en veinticuatro horas.

¡Cuando digo que se hace arte como quien amasa buñuelos!

R. Balsa de la Vega

Ferrol, 15 de agosto de 1892

LA LEYENDA DE LA ALHAMBRA

I

¡Grande y poderoso es Alá, y obra suya son las maravillas de la tierra! Porque su espíritu creador lleva como el viento por doquiera las semillas de la fecundidad, y en las arenas del desierto pone el perfumado oasis que brinda con su sombra al peregrino y la clara cisterna donde refresque sus labios, calcinados por los besos de fuego del simoun.

¡Grande es Alá, y obra suya son las maravillas de la tierra, y premio sus dádivas del fuerte que por él pelea y ensancha los dominios del Profeta!

II

Allá, donde el sol nace y las eternas nieves guardan, avaras, los rayos de la luz, y las palmeras ru-

morosas balancean sus cogollos cargados de racimos, y los naranjos y los limoneros embalsaman el aire con la esencia de sus azahares; donde las hadas tienen sus flotantes mansiones de nieblas, sus cavernosos escondrijos los gnomos, y sus palacios en los cálices de los lirios los silfos de los bosques de los hijos de Alá, brilló el imperio, y el nombre de Alá fué bendecido por las generaciones que vinieron.

III

¡Grande es Alá, y obra de su grandeza la maravilla de la tierra!, el templo de su poder y el alcázar de su gloria: la Alhambra divina, roja como las nubes que el sol enciende al ocultarse tras los mares, dulce y voluptuosa como las huríes del prometido paraíso.

Yo escuché su historia y palpitó mi corazón de gozo, y un rayo de sol bajó á mi alma y se extasiaron mis sentidos.

Oíd el relato, como en noche del abrasado estío lo cantaba á las puertas del aduar el árabe poeta.

IV

Triste era el sino de aquel rey de Granada. Porque los genios del mal presidían sus destinos, poblaban de visiones sus sueños y llenaban de dolores su corazón, dándole la derrota por remate en sus empresas guerreras.

Y Aben-Abuz vivía en la desgracia, y talaban sus enemigos sus tierras, y robábanle sus mieses y sus ganados, y las mujeres de su harén más de un día fueron presa del vencedor.

«¡Grande es Alá!, repetía el rey en sus infortunios, y escrito estaba que la espada de su justicia cayese sobre mi cabeza.»

V

Y vagaba por la ciudad un viejo moro, infatigable viajero, que como arista arrebatada por el viento del destino, había recorrido desde Samarcanda al mar Rojo y desde el Nilo al país de los edrisitas, y poseía la magia de los persas, de los caldeos y de los egipcios.

Y su poder era tal que leía el destino en los astros y cambiaba el curso de la suerte y penetraba con su mirada en los arcanos del porvenir.

VI

«Ibraim, díjole el rey, tuyos son mis tesoros y mis mujeres si torcieres el rumbo de mi estrella. La desgracia sigue mis pasos en la guerra y los enemigos invaden mi reino. Si sobre ellos me dieres la victoria, yo te haré rico y poderoso como ningún príncipe de mi estirpe.»

VII

Y en la parte más alta del Albaicín, en el recinto de la alcazaba, levantó el mago una torre (1) y púsole por remate un guerrero de hierro que por secretos artificios giraba mostrando con su lanza el paraje por donde el enemigo acercábase á la ciudad.

Y apenas éste enjaezaba su caballo y aprestaba sus armas al combate, Aben-Abuz salíale al encuentro y desbaratábalo, regresando victorioso á Granada.

«¡Grande es Alá!, repetía el rey en sus triunfos, y escrito estaba que fuese mía la victoria.»

VIII

Una tarde del mes de Radsjel (2) declinaba ya el sol y giró el guerrero de la torre, dando señal de acometida por la vega.

Montó el rey su potro, y seguido de los suyos encaminóse al sitio donde esperaba dar castigo á sus contrarios.

Entrábase la noche, y en vano Aben-Abuz buscaba á sus enemigos. La vega estaba llena de silencio y los rayos de la luna no alumbraban más hierros que el de su lanza.

Y apartóse el rey de los suyos y vagó á la ventura en silenciosa caravana con sus pensamientos, y comenzó á dudar del poder de Ibraim y ya aparejábale con iracundo deseo su terrible castigo.

IX

El lucero de la tarde corona como un brillante el más alto pico de la sierra; las sombras de la noche enredan sus negros tules en los frutales de la vega; el bosque de morales mece dulcemente sus copas cargadas de nidos, y Aben-Abuz apretando los ijares de su potro éntrase en la espesura.

Y un grito de sorpresa se escapa de su pecho, y la rienda de seda detiene el ímpetu del corcel y párase el rey y exclama lleno de deleite:

«¡Grande y poderoso es Alá!, porque cuando mi estrella maldecía, he aquí que pone en mi camino la divina hurí que guarda las mieles del amor para el creyente.»



EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, dibujo de Carlos Marr

X

Sobre el verde tapiz del césped que esmaltan breve rato las encendidas flores del heno; bajo la fronda perenne donde enredan los gusanos sus sedosos capullos; á orillas del claro manantial que lame los tallos de las adelfas y salpica de aljófares las hojas del terebinto, duerme la goda peregrina y vaga en sus labios, rojos como las hojas de la dalia, la inefable sonrisa del amor.

Por entre las aberturas de su túnica blanca muéstrase el rosado nácar de sus turgentes formas; sus ojos, negros como el destino adverso, ocúltanse tras las espesas celosías de sus largas pestañas, y un rayo de luna, cabrilleando en las ondas de su rubia guedeja, le ciñe la frente con un turbante de luz, mientras el ruiseñor y el *húbano*, moradores de la espesura, arrullan su sueño con las dulces endechas de su canto.

Y saltó á tierra Aben-Abuz, y arrebatando en sueños á la goda, montó de un salto en su corcel de guerra, y haciendo en él de espuelas el deseo, clavó las de su tunecino borceguí en los ijares del bruto y partió como un huracán hacia Granada.

XI

Siguieron los días y el rey gozó de su amor y, preso en los hechizos de la goda, pasábase su vida en los deleites del harén y adormecíanse sus sentidos con los cantos suaves de la hurí.

Ibraim, en tanto, ya no vagaba por la ciudad, y oculto en tenebroso subterráneo, que era su guarida, consumíase de amores por la goda y buscaba ansioso en las artes de su magia seguro medio de arrebatarla al rey.

XII

Llamó Aben-Abuz á Ibraim y díjole:

–Los cuidados del reino fatigan mi atención y roban al amor las horas de mi vida. Constrúyeme un palacio donde lejos del bullicio de la Corte pueda gozar de mi pasión con la mujer amada, y pide en recompensa lo que quieras.

Y brillaron los ojos del mago como luciérnagas en noche calurosa y dijo Ibraim al soberano:

–Al rayar el alba tendrás el más hermoso palacio que se levantará sobre la tierra, si me das en cambio la primera cabalgadura y carga que en él vieres entrar.

–Tuya es, contestóle Aben-Abuz, y yo la aumentaré con un tesoro.

XIII

Y llegó la noche obscura y tenebrosa y subió el mago á la montaña *roja* que domina la ciudad y asienta su base en el río de las arenas de oro.

Y cuando llegó á la cúspide extendió su vara metálica hacia los cuatro puntos del horizonte y gritó con voz potente y cavernosa, que subió hasta los senos de las nubes y bajó á los más recónditos antros de la tierra:

«¡Hadas que vagáis por las regiones de las nieblas! ¡gnomos que custodiáis los escondidos tesoros y os bañáis en las claras linfas de los ocultos manantiales! ¡silfos que descansáis á la sombra de los rosales del bosque! ¡genios todos de los cielos y de la tierra, venid á mí! ¡Venid, venid!

XIV

Replegáronse las nubes hacia las crestas de la montaña de las nieves, brillaron los rayos de la luna, y envueltas en sus túnicas de nieblas, bordadas con las gotas del rocío y coronadas de fúlgidas estrellas, surcaron las hadas el espacio y posaron su leve planta en la montaña.

Y se abrieron los senos de ésta y los diminutos gnomos brotaron alegres y ligeros, y los silfos del bosque y los genios todos que pueblan los espacios celestes y las profundidades de la tierra rodeáronle y aguardaron ansiosos su mandato.

XV

«¡Genios que me escucháis! ¡espíritus de luz,

(1) En la llamada hoy *Casa del Gallo*.
(2) Julio.

productores de toda vida! ¡fieles ejecutores de mis órdenes que obedecéis sumisos las leyes de mi ciencia!, llegada es la hora de que deis nueva prueba de vuestro omnímodo poder.

»Sobre la cumbre de esta montaña habrá de alumbrar el nuevo sol la más hermosa maravilla que alabarán las futuras generaciones.

»Quiero un palacio más bello que las encantadas mansiones del Oriente, vaporoso y ligero como un sueño, de columnas esbeltas y delgadas como los tallos de las flores del loto que bañan las aguas del *gran río* (1), hecho para el amor y para que en él se perpetúe el genio poderoso de una raza.

»¡Genios que me escucháis, traed vuestros tesoros! ¡Trabajad, trabajad!»

XVI

Y estremecióse la montaña con insólito rumor, cual si el terremoto agitara su centro. Y en confusa y desusada armonía oyóse el golpe del cincel despertando á la piedra de su sueño y dándole la vida de la forma, y vibraron los metales sacudidos sobre el férreo yunque, y crujieron los cedros del bosque, heridos por el hacha, y transcurrían las horas, pasaba la noche é Ibraim seguía presidiendo desde la cumbre del monte la obra creadora de los genios.

XVII

Pronto elevóse sobre la montaña un bosque de delgadas columnas: sobre ellas tendieron las hadas los aéreos cendales de la niebla; arrancaron al astro de la noche sus tembladoras agujas de plata, y bordaron y calaron con ellas las misteriosas galerías, sobre cuyo suelo proyectó la luz al filtrarse por las sutiles labores un enjambre de blancas mariposas.

Y alzáronse por poderoso encanto las macizas paredes de veteados mármoles, y los silfos colgaron de ellas las más hermosas guirnaldas del bosque, que al frío contacto de la piedra en piedra se tornaron; y sacudieron después sobre los muros el finísimo polvo de sus alas y los pintaron doquiera con los bellos colores del iris.



ANYORANSA, escultura de D. José Carcassó
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891)

Trajeron los gnomos sus tesoros de piedras preciosas y formaron con ellas en las aéreas bóvedas brillantes constelaciones; y dieron libertad á los aprisionados manantiales, y por patios y camarines brotaron los rumorosos saltadores, desgranando con suave música sus hilos de diamantes y ciñendo los bordes de las tazas con fúlgidos collares.

Y poco á poco el ruido cesaba y á su término llegaba la noche, é Ibraim, satisfecho de su obra, descendió á la ciudad.

Entre las brumas de la mañana se destacó el encantado palacio sobre la cumbre de la montaña: las africanas golondrinas refrenaron admiradas su vuelo para contemplarle; desde el bosque cercano cantaron los ruiseñores con sus más dulces trinos la estrofa de su alabanza, y el primer rayo del astro del día encendió con un beso los rojos minaretes de la mansión divina.

XVIII

«¡Grande y magnífico es Alá, y grande es, ¡oh Ibraim!, el poder de tu ciencia! Porque has satisfecho las ansias de mi deseo, y he aquí que sobre la cumbre de esta montaña, que sólo coronaban los apretados ramajes de los brezos, tú has puesto por corona la más bella mansión de la tierra. Yo premiaré tu lealtad con mis dádivas, y premio tuyo serán también las alabanzas que á tu maravilla tributarán los creyentes.»

Así dijo Aben-Abuz, y en los labios de Ibraim vagó sarcástica sonrisa.

Y una vez recorrida la encantadora mansión, aprestábanse ambos á volver á la ciudad, cuando oyóse el acompasado galopar de un caballo, que haciendo crujir bajo sus herraduras el espeso mataje del bosque encaminaba sus pasos al palacio de la montaña.

XIX

Y el rey y el mago paráronse y vieron de repente surgir por el fondo de un áspero sendero raudo corcel sin frenos ni rendajes, negro como la noche y dando al viento las flotantes guedejas de sus pobladas crines.

Y asida á ellas, destrenzada la rubia madeja de sus cabellos sobre la blanca túnica, que la violencia de la carrera desciñera casi del nacarino cuerpo, la goda peregrina volaba como fantástica visión sobre los lomos del bruto, que á cada momento redoblaba su empuje, y salvando á saltos escollos y malezas, pasó como un huracán por delante de Aben y de Ibraim, atravesó el macizo arco que daba entrada al palacio y cayó desplomado con su preciosa carga sobre el marmóreo pavimento del alcázar.

XX

—¡Aben-Abuz!, gritó el mago. Llegó la hora en que á tu vez cumplieras tu promesa. Contempla la primer cabalgadura y carga que has visto penetrar en este encantado palacio. Tú me la ofreciste y míos son ese negro corcel y esa mujer divina.

—¡Miserable!, gritó el rey al comprender la traición de Ibraim. Yo rasgaré con mi gumía tu garganta maldita. ¡Por Alá te juro que no te han de valer las artes de tu magia!

Y con la violencia del chacal que se lanza sobre su presa, desenvainando el damasquino acero, lanzóse Aben Abuz sobre Ibraim.

Mas vano fué su empeño, porque rápido como una saeta llegó el mago hasta la goda, que por la caída casi perdiera los sentidos, y levantándola como una pluma se internó por las intrincadas galerías del palacio.

XXI

Rugiendo de ira alcanzábale ya el rey; y el terrible zahorí con su mágica vara hirió el pavimento y lanzó una carcajada estridente que llenó de lúgubres ecos la mansión ideal.

Y al golpe de su vara y al estallido de su risa de muerte, crujieron los muros y las bóvedas del alcázar, abrióse la cúspide del monte como las fauces de un monstruo hambriento y tragóse el abismo á la goda, á Ibraim y al palacio, mientras sobre la cumbre de la montaña *roja* Aben-Abuz, poseído de espanto, exclamaba:

—¡Grande es tu poder, ¡oh Alá!, y yo acato tus designios!; pero sobre mi frente ha descendido en estos momentos el espíritu del mal, y mi corazón ha estallado de dolores, como estalla la semilla que caldean el sol y los vientos del desierto. ¡Oh mansión bendita y encantada! ¿cuándo volverán á deleitarse mis sentidos con tu divina hermosura, ni cómo podré con todos los años de mi vida ni con todos los tesoros de mi reino volverte á reedificar? ¡Hurí del cielo que me diste las mieles del amor! ¿cómo mi corazón podrá ya regocijarse en la dicha si de nuevo mi estrella torció su derecho rumbo, y lejos de ti amargará grandemente la desgracia los postrimeros años de mi desventurada vida?...

XXII

Y así fué, en efecto. Que es fama que aquel rey de Granada sólo vivió llorando sus pesares, y el recuerdo de la goda y del alcázar punzó en la ancianidad su corazón.

Y la historia del prodigio pasó de unas generaciones á otras, y Aben-Alahmar llamó á los más sabios artífices de Oriente y á los más diestros alarifes de su reino y comenzó la reconstrucción del palacio derruído sobre la cumbre de la montaña *roja*.

Y cuando llegaba la noche abríanse los senos de ésta y aparecía la goda peregrina, seguida de las huríes, de los gnomos, de los silfos y de todos los genios, que al compás de un cántico celeste trabajaban hasta la aurora é iban perfeccionando la obra de los artífices.

Y llamóse el nuevo palacio *Alhambra*, y el pueblo creyente pudo exclamar al contemplarle:

«¡Grande y poderoso es Alá!, y obra es de su grandeza la maravilla de la tierra, el templo de su poder y el alcázar de su gloria: la Alhambra divina, roja como las nubes que el sol enciende al ocultarse tras los mares, dulce y voluptuosa como las huríes del prometido paraíso.»

Tal es el relato, como en noche del abrasado estío lo cantaba á las puertas del aduar el árabe poeta.

CAYETANO DEL CASTILLO

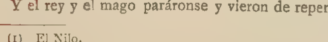
LA TENDENCIA IMPRESIONISTA

(PINTURA)

Antes de buscar en el arte pictórico nuevas tendencias, quizá convendría conocer bien á qué altura nos encontramos, si es preciso andar por otro camino, y sobre todo si las tendencias son nuevas y buenas ó necesarias; si son razonables, de qué punto se parte y adónde conducen los derroteros trazados como remedio á las deficiencias artísticas de mayor ó menor bulto; no empezando por el encomio, al igual de los charlatanes de plazuela.

Dice Elisée Reclús: *Antes de engolfarnos en investigaciones y suposiciones respecto á los otros planetas, conozcamos bien el nuestro.* Apliquemos al asunto estas palabras.

Ante las obras que llevan el sello de esa tendencia, á la vista de esos esbozos, en los que dicen que se ve todo... y algunos admiran como la novedad de un hallazgo, viene á la memoria el cuentecillo aquel, referido por Cervantes, de un padre que remitía á su hijo «unos calzones nuevos hechos de unos viejos.» Ni más ni menos: esa exageración, si algo tuviese de nuevo, podría mirarse como el intento en llamar la atención, sin cuidarse poco ni mucho de las condiciones, siempre esenciales al arte de la pintura, ó sean, dibujo, claroscuro y colorido... El dibujo es lo contrario de la incorrección de la traza: el claroscuro no es la carencia de contraste de luz y de sombra: el colorido es otra cosa que la materia coloreada, es la armonía y equilibrio de los colores: en un boceto, en una mancha, ó sea en una impresión, debe haber,



(1) El Nilo.



JUAN VAN LOOS, coronel de los arqueros de San Jorge, cuadro de Francisco Hals

como en las notas ó apuntaciones de las ideas, la claridad de la que se quiere retener; debe haber, pues, en la mancha la intención, fijando en claro el pensamiento: puede dejarse algo por hacer á fin de que se adivine, ciertamente que sí, pero no que se haya de adivinar todo.

Se me figura que entre algunos artistas impresionistas puede suceder algo de lo que sucedía en el orden de la credulidad de los pueblos fanáticos, entre los augures, los cuales al verse á solas no podían mirarse sin reirse.

No se comprende fácilmente cómo quien no tenga grandes alientos y poderosos bríos, sólo por imitación pueda de buena fe seguir esa tendencia, cambiando de repente su carácter y estilo, abandonando su sello especial y transformándose en imitador ó plagiario.

En sentido absoluto seguramente ninguna persona de buen criterio combatiría á los impresionistas de buena ley, porque esos al fin pueden ejercer una importante y conveniente influencia en el arte de la pintura, librándola del amaneramiento en lo débil y pálido, y obligar á sostenerse en lo firme y brillante: á quienes se ha de combatir siempre y en todos terrenos es á los imitadores y plagiarios, porque faltos éstos de las condiciones propias á los iniciadores y campeones de arduas empresas, echan á perder todo aquello á que su mano atrevida alcanza; para esos no debe haber consideración y hay que estar siempre con el látigo levantado, y dejándolo caer con alguna frecuencia.

Dando por conocidos y muy sabidos todos los puntos de controversia artística, concretémonos al que llevado al terreno de lo práctico se ofrece al público, como diciéndole: *¡Eso, eso es el arte!*

Andese más despacio: desde luego podría concederse tal vez que puede ser un modo de manifestación artística, un medio de exteriorización del sentimiento de lo bello, modo y medio discutibles, acertados quizás, tal vez ineficaces... pero, hoy por hoy, no más ni nada más que una tentativa. Calma; esperemos, veamos.

En todas las escuelas artísticas, desde los rasgos del genio por más que incorrectos, hasta las depuraciones eclécticas, hubo sus tendencias y tentativas, estilos y caracteres, de región y de localidad, transparentando y evidenciando el modo de interpretar y sentir durante aquel tiempo, y aun extendiéndose á infinidad de subdivisiones, hasta llegar al individualismo artístico... y nunca, ni escuela ni individualidad alguna se atrevieron á decir de su modo de sentir y de expresar «esto es el arte.»

Y si, como no puede negarse, la rigidez de la regla, la dureza del freno y el rigor del canon serían de grave perjuicio á la interpretación y manifestación de lo bello, por más que libres, ajustadas á las leyes del buen gusto... no es menos cierto que la emancipación á toda ley y precepto, positivo ó convenido, conduciría las Bellas Artes á lo monstruoso.

Al violentar el sentido de las palabras, torciendo el fundamento de las ideas; al interpretar equivocadamente el espíritu de los preceptos, se cae de lleno en la confusión y en el desorden.



PUERTA PRINCIPAL DE LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA, en Luxemburgo

Lamennais en su obra *De l' Art et du Beau*, con su conciso y firme lenguaje, con el que demuestra el sorprendente alcance de su vasta y profunda inteligencia, dice: «Toda violación de las leyes naturales y aun convencionales que regulan las cosas choca á la inteligencia, y según sea la gravedad de esta violación y de sus consecuencias con relación á nosotros ó á la sociedad, nos indignamos ó nos reímos, y el ridículo no es más que el desorden reducido á las proporciones de la tontería.» No se ha de olvidar nunca que en las Bellas Artes rigen principios y leyes de condición firmísima y de esencia inmutable, de todo punto ilegislables, porque en sí reside la poderosa fuerza de lo que es exclusivamente propio, y á torcer eso no alcanza fuerza humana alguna; y sin embargo, por los medios, modos y formas, en la exteriorización del sentimiento en circunstancias de época se puede caracterizar el arte, dándole en un sentido relativa perfección, ó en otro desviarlo y precipitarlo hacia una decadencia espantosa.

¡Cómo hacer comprender fácilmente que ambos extremos puedan caber dentro de esas leyes, condiciones y razón de ser del arte, ajustándose á esos principios de esencia, siendo lo mismo y á la vez tan distinto y divergente! ¡Cómo hacer comprender esto á esa multitud que no quiere tomarse el trabajo de pensar y analizar seriamente!

La falta de regla segura, la carencia de preceptos positivos para hacer bien en todos sentidos las obras en las que no puede faltar el sello del sentimiento de lo bello; el abstracto principio, aceptado y convenido, que, en arte, no debe preguntarse de dónde se procede, sino cómo y adónde se va; la imposibilidad de marcar el camino seguro y tomar ese código al cual debiera sujetarse el libre albedrío del artista, sería precisamente el canon negativo de toda espontánea exteriorización artística, un contrasentido que llevaría en su espíritu la destrucción de las Bellas Artes; y como eso no puede ser, no es; y como esa carencia de regla segura será, porque así debe ser, duradera cuanto dure el sentimiento de lo bello, es la causa fundamental para que cada individualidad se considere con bríos y facultades para formarse ese código con aplicación á su modo de sentir; y de ahí resultan esas aberraciones, y lo que es peor, esas tentativas de imposición de tales extravíos, por cuyas obscuras y enmarañadas sendas se precipitan artistas y público como mareados por un torbellino y empujados por el vértigo.

¿Qué cosa es esa tendencia impresionista? ¿Cuál su procedencia y dirección? Entre los *impresionistas realistas* y los *idealistas místicos* puede descubrirse, sin mucho esfuerzo, un gran punto de contacto: los modernos *impresionistas realistas* posponen la belleza de la forma á la idea de lo ajustado al *realismo*... así como se lo explican, y exagerándolo en perjuicio del *idealismo*... se limitan á una sola parte y condición del arte de la pintura: los antiguos *idealistas místicos* posponían la belleza de la forma y del color á la idea de la expresión del espíritu, ó sea la parte moral, exagerándola en perjuicio del *naturalismo*, concretándose á su vez á otra sola condición ó parte del arte de la pintura; y así unos y otros, por más que en dirección opuesta, se encuentran cometiendo una parecida exageración ó equivocación, guiados y movidos por una misma idea generadora, dígase así, que les impulsa nada menos que al *ideal* de la misma belleza. En esencia están idénticamente acordes, diferenciándose sólo en los medios ó esfuerzos para obtenerla. Unos y otros, no sólo patentizan, sino que repetidamente confirman, quieran ó no quieran, la verdad de esencia inmutable: que el arte de lo bello estriba en dos puntos firmes, de los cuales no puede prescindirse para que sean posibles las Bellas Artes, y son el *naturalismo* y el *idealismo*. No se dude de esto: el desequilibrio de su necesaria armonía constituye una herida mortal al arte.

Estos puntos firmes, esas condiciones en la pintura, le son tan esenciales como al acero la dureza y el aroma á la rosa. Faltar á eso es faltar al arte.

Intentar corregir los defectos del amaneramiento con otro amaneramiento puede dar un resultado muy negativo.

En último extremo debe suponerse que los artistas impresionistas sean hombres de talento y sentimiento, lo cual puede no estar reñido con una equivocación, antes bien es lo natural y regular, pues los hombres de gran talento son siempre los que cometen ó incurren en los extravíos de mayor trascendencia. Lo que no fácilmente se explica es que se lleve el empeño, por no decir osadía, de presentarlo, no como una tentativa, no como una tendencia, sino como un éxito... Y cuidado con eso, porque en arte los éxitos no se juzgan durante los tiempos de ensayo y de prueba... Los jueces han de nacer aún. *Ai posteri l' ardua sentenza.*

No faltan artistas de sólido saber y conocimiento delicado que aceptando con circunspección esa tendencia le dan importancia y valor; pero no la aceptan á ciegas, á sea lo que fuere, confundiendo cualquier plagio con obras de condiciones recomendables y de verdadero mérito.

Como la imparcialidad, el no juzgar á *parti pris*, da fuerza y previene favorablemente, el crítico artístico ha de saber desprenderse, lo cual no es fácil, de toda pasión y encariñamiento, y como el historiador frío, sin ofuscarse, analizar y deducir. Así, pues, reconózcase que todas las cosas obedecen á una causa, llenan una necesidad y desempeñan una función en la economía física ó moral: sentada esa sincera manifestación, dígase ó pregúntese: La tendencia artística impresionista en sí, ó *ut sic*, ¿es ó no es buena?, ¿es ó no es conveniente?, ¿son ó no son sus condiciones tan positivas que puedan considerarse ya suficientemente sólidas para contribuir al progreso y perfección del arte pictórico? ¿Les satisface acaso lo que producen?... ¿llena su aspiración? ¿Los artistas impresionistas se hallan ya en posesión segura de tal estilo, modo y medio para poder decir con el poeta florentino: *Non v' accorgete voi, che noi siam vermi, natti á formar l' angelica farfalla?* Por los ejemplares de la *pintura impresionista* que he visto, de que tengo noticia y por transmisión idea artística suficientemente clara, hasta incluyendo en el género las obras de relativo mérito culminante, se me figura que todas ellas han de producir el efecto de ciertos jaspes descascarados, troncos de árboles seculares retorcidos, peñas, nubes, etcétera, en cuyas líneas, contrastes y colores, la imaginación se figura ver caprichos, quimeras, vestigios, paisajes y hasta bien detalladas y combinadas composiciones; y no por lo que haya en aquellas casuales combinaciones, sino por lo que la imaginación se esfuerza en combinar y arreglar y añadir, efectivamente parece que hay allí todo lo que se quiere ver en ello.

Contestar á todas las preguntas antes formuladas podría dar á este artículo larga extensión; puede, sin embargo, aventurarse una respuesta: podrá ser bueno el *arte impresionista* siempre y cuando el uso de ese medio no se convierta en abuso, es decir, mientras ajustándose á las reglas y preceptos que rigen en el arte como condiciones esenciales, pueda contribuir á darle energía, firmeza y solidez, armonizando el *naturalismo* con el *idealismo*, ó sea la *materia* con el *espíritu*: la manifestación *impresionista*, el desarrollo de esa tendencia, ó si por vía de adelanto se quiere darle el título de escuela, podrá ser mala desde el punto en que, si posible fuere, la exageración se llevase al extremo de abandonar por completo el *idealismo* para entregarse á la sola guía del *realismo*. Naturalmente, como antes se indicó, la pintura *impresionista* dentro de los límites de una bien entendida interpretación por inteligencias superiores, puede quizá contribuir al perfeccionamiento del arte pictórico, por lo menos en caso de necesidad, llamándolo al orden, así como el organista cuando el coro baja de tono, le obliga á subir con un apretón de registro de trompetería; pero ese apretón ha de resonar muy á punto y muy ajustado en fuerza y vigor á la necesidad de él.

En la tendencia impresionista puede chocarse en un escollo, como se ha dicho ya, el cual debe evitarse, y es: el *realismo exagerado*, en perjuicio del *idealismo delicado;* pues el *idealismo*, hermano inseparable del *sentimiento*, lenguaje del espíritu, siempre será el *alma del arte*. Si yo me propusiese (cosa muy lejos de mi pensamiento) ridiculizar á los *artistas impresionistas*, como tales, *naturalistas* obcecados y consecuentemente encariñados con la sequedad del *realismo*, les recordaría lo del histrión romano, el cual imitaba perfectamente el graznar del ganso y el público le aplaudía con frenesí: otro payaso llevó oculto un ganso, lo hizo graznar y se le dió una silba es pantosa. Pues esto era lo *natural*, esto era el *el realismo*. Pero el público lo que aplaudía era el mérito de la imitación, la mentira con aparente verdad, y rechazaba la verdad, en la que no existía arte ó mérito imitativo, ni engaño ni mentira.



MONUMENTO ERIGIDO EN PALERMO EN HONOR DE GARIBALDI, obra de V. Ragussa

Si el arte de *impresión*, si puede así decirse, si la escuela *impresionista* hubiese de ser la genuina manifestación del sentimiento artístico, si eso hubiese de ser el arte de lo bello, en sustitución de todo lo realizado hasta hoy, estarían demás, no sólo los antiguos, sino los contemporáneos, como Meissonier, Alma Tadema, Munckassy, Morelli, VanBeer... y cuantos siguen y seguirán sus huellas y nobles ejemplos, porque no desaparecerán. Es bien sabido cuál y cuánto puede ser el valor de un esbozo, el mérito de una impresión, la espontaneidad de una mancha, como nota ó apunte de una idea... y que en muchos casos se juzga con más exactitud á un artista por sus bocetos que por sus obras acabadas; pero esto en su estudio, no presentados al público como un resultado.

Los *artistas impresionistas* y el público de su séquito se han visto en la necesidad de arreglarse un vocabulario especial, de cuya jerigonza y aplicación se ha de estar al corriente para entenderles, cuyas frases hechas pasan de boca en boca sin análisis de lo que valen y significan, como los rollos de calderilla pasan de mano en mano sin contarse. Pero esas frases de seguro no se aplicaron ni se pronunciaron jamás, arrancadas por el entusiasmo ó por la vibración del sentimiento de lo bello, ante una obra de Rafael, Tiziano, Buonarrotti, Corregio, Vinci, Rembrandt, Veronés, Velázquez, Van Dyck, Murillo, Ribera... Las obras de los grandes maestros se contemplan y admiran por su conjunto de aciertos, perfecciones y bellezas, como se admira lo grande y lo superior, sin descender á una sola de sus partes componentes. Si por justo se entiende lo ajustado al *naturalismo* en su mayor grado de exageración, se llegará pronto, como repetidamente se dijo, á la sequedad y aridez del *realismo*, y en este caso podrá sacar de apuros el resultado del aparato fotográfico; y el día que el bien combinado mecanismo reproduzca el color, según ese criterio, se habrá de considerar aquello como la perfección de la pintura. Pero ¿se tendrá con ello la perfección del arte? ¿Se dará por satisfecho el sentimiento de lo bello prescindiendo del *idealismo*? ¿Conduciría acaso á otra cosa la tendencia *impresionista*, vulgarizada y en manos de una muchedumbre de limitado discernimiento? A eso conduciría irremisiblemente.

Véase, pues, cuán importante ha de ser que no se precipiten los juicios ni los entusiasmos, las censuras ni las oposiciones. Espérese con calma: depúrese tranquilamente el esfuerzo de los *impresionistas;* porque quizá sintiendo y comprendiendo lo bello en aquel sentido y de aquel modo, pues *la boca habla de lo que está lleno el corazón*, quizá den con una perfección relativa desconocida, con una belleza por otros no comprendida; que en resumen, extraviado ó no su criterio, al fin persiguen con él un ideal; pero reparen y noten bien que con esto incurren en una contradicción con sus mismas ideas: creen ser *naturalistas*..., más todavía, *realistas*, y son *idealistas*, supuesto que siguiendo el impulso de una idea acarician un ideal; demostración palmaria, por ellos mismos ofrecida, de que el *idealismo* es condición esencialísima del arte de lo bello. Y también se equivocarían estando en la creencia de que ellos son los primeros *impresionistas*. Cítense ejemplos: Tiziano, Rembrandt, nuestro gran Velázquez (de quien otra vez dije que fué único en su género), hasta el mismo Buonarrotti, Murillo y algunos otros fueron artistas *naturalistas*, y dentro de las condiciones del arte de su tiempo pueden y deben ser considerados como *artistas impresionistas*, sentado el precedente de que el *naturalismo* es la base y punto de partida de tal escuela. Pero ¿fueron acaso manchas abocetadas, incoloras, sin claroscuro y desdibuja-



EL JARDINERO DEL CONVENTO, cuadro de D. Ramón Tusquets, grabado por Sadurní



LA MERIENDA EN EL CAMPO, cuadro de D. Luis Jiménez, grabado por Baude

das sus admirables obras? ¿Se dejaba en ellas todo por adivinar? ¿Separáronse acaso de las naturales, propias, razonadas y racionales leyes del arte... de los preceptos del buen gusto... del canon artístico formado en virtud de su misma razón de ser y no á capricho? ¿Rompieron y trituraron acaso esas leyes y condiciones de esencia del arte de lo bello? ¡De ningún modo! Realizaron ciertamente una cosa nueva; en cierto sentido atinaron, en virtud de especiales condiciones y circunstancias, por su talento, sentimiento y genio, con un medio de exteriorización, pero sin incurrir en la extravagancia ni en el desvarío.

Más todavía: sublevóse contra todos los vicios de las escuelas, separóse de todos los preceptos dictados por rutinarias obcecaciones, colocóse frente á frente del estilo llamado académico, entonces seguido rigurosamente en todas partes, enarbolando el estandarte del *naturalismo*, el intemperante genio del célebre aragonés Goya; su nuevo modo de sentir y comprender el arte le hizo descubrir un medio para expresar su sentimiento; y por vías completamente distintas y modo diverso, hasta chocante si se quiere, con todo lo de su tiempo, vislumbró un nuevo ideal, y en consecuencia hubo de ajustarse ó ceñirse á un nuevo modo de manifestación; y exagerando el *naturalismo* de las escuelas veneciana, holandesa y castellana y el estilo de todos los pintores naturalistas que le habían precedido, entró casi en el *realismo*, aunque sin precipitarse desatentado por tal senda y conservando siempre el freno de los ineludibles principios del arte. No rompió, no trituró, no se olvidó nunca el genial aragonés (ni aun en sus obras entonces más extravagantes) de los preceptos y leyes esenciales á la pintura, y sin lo cual, caso de ser posible que fuese algo, sería lo que se quisiere menos pintura verdadera y sólida, para cuya condición es preciso que aparezcan en armónico consorcio el *naturalismo* y el *idealismo*.

Si el *naturalismo* como base puede conducir al *realismo*, y éste á su vez á la *impresión*... sigan los modernos *artistas impresionistas* las huellas y el *naturalismo* de esos precipitados maestros; hagan no *lo que* hicieron, sino *como* hicieron, y entonces sin peligro alguno de extravío y despropósito se podrá estar de su parte y aplaudirles y seguirles.

Juan O-Neille

MISCELANEA

Bellas Artes. – En Viena está expuesto el lienzo de Julio Berger destinado á cubrir el techo de la llamada *Sala de oro* del Museo de aquella capital, y cuyo tema obligado era representar por medio de las más importantes personalidades históricas la influencia que en el fomento de las bellas artes han ejercido los príncipes de la casa de Habsburgo, desde Maximiliano I hasta Carlos VI. La escena pintada por Berger se desenvuelve en una galería descubierta de un jardín cuya arquitectura con sus columnas, estatuas y escalinata armoniza perfectamente con el estilo propio de los museos y con la suntuosidad de la *Sala de oro*. En el centro y en la parte más alta de la galería se ve sentado en el trono á Maximiliano I y encima de él hay un medallón con el busto del emperador Francisco José; á su izquierda está Alberto Durero y á su derecha Stabins, el escultor Collín, Sesselschreiber, el pintor Burgkmair, etc. Además de Maximiliano, vense en el cuadro á Carlos V con Tiziano, Benvenuto Cellini, León Leoni, Juan de Bolonia y Torreani; Rodolfo IV con Atemstatter y J. Strada; Alberto VII con Rubens, Van Dyck y Jordaens; el archiduque Leopoldo Guillermo con Teniers y Brouwer, y Carlos VI con Daniel Gran, Erlach, Donner y Prandana.

– El importe de las 140 obras vendidas en la última Exposición internacional de Bellas Artes de Berlín ha sido de 200 000 pesetas, cantidad exigua si se tiene en cuenta que figuraban en aquélla 1419 cuadros al óleo, 372 acuarelas y dibujos, 39 grabados y 239 esculturas, asegurados por 3.125.000 pesetas.

– En la Exposición internacional de Munich se han vendido hasta ahora obras por 500.000 pesetas. Esta Exposición ha quedado completa con los envíos de pintores franceses y japoneses; las 25 obras de estos últimos son casi todas decorativas, y aunque reproducen con preferencia, como es costumbre entre los artistas del japón, pájaros, peces, flores y arbustos, nótase en ellas la influencia de los europeos.

Entre los cuadros vendidos figuran *Abandonada*, de Vantier (adquirido para el Museo de Bellas Artes de Breslau). *En febrero*, de Kowalsky (adquirido para la Pinacoteca de Munich), y obras de Brack, Clays, Eerelmann, Grabbein, Kronberger, Lichtenfels, Milesi, Naujok, Palmié, Poetzelberger, Simoni, Viniegra y otros adquiridos por particulares.

– La Real Sociedad para el fomento de las Bellas Artes, de Amberes, ha inaugurado con éxito completo la primera Exposición internacional, en la que figuran 408 acuarelas, cuadros al pastel, grabados y estatuas, sobresaliendo las obras de los acuarelistas Hans Herrmann, de Berlín, Bontet de Monvel y Claude, de París. Los holandeses confirman en ese certamen su fama de maestros en la pintura de paisaje, mereciendo especial mención los cuadros de Roelof, van Bosse y Wysmuller.

– El célebre pintor húngaro Jozsi Koppay ha expuesto recientemente en Berlín un hermoso cuadro titulado *Satán*, que ha sido calificado como la mejor obra de su autor y como una de las más importantes pinturas que en estos últimos años se han producido en Alemania.

– El célebre compositor y director de orquesta belga Francisco Servais ha compuesto, con la colaboración literaria del académico francés Lecomte de Lisle, un drama musical titulado *Apolonida*, cuya música ha adquirido por 30.000 francos la casa Choudens, de París.

– En Dresde se está terminando el nuevo edificio de la Real Academia de Bellas Artes; ocupa éste una superficie de 10.000 metros cuadrados; contiene una sala de pintura de 200 metros cuadrados, una sala de exposiciones de 13 metros de altura por 120 de superficie, una sala del traje de 12 y 200 respectivamente; hay además sala del antiguo, salón de actos, sala de dibujo, auditorium, 6 talleres para profesores y 24 para alumnos, talleres para escultores y arquitectos, la gran sala de exposiciones, de 430 metros cuadrados de superficie, otras dos salas más pequeñas de exposiciones y el aula.

Teatros. – En Munich se ha estrenado con buen éxito una opereta en tres actos de Jacobson y Mannstadt, música de G. Steffens, titulada *El diablo de la danza*.

– En el teatro de la Opera, de Berlín, se pondrán en escena durante el próximo septiembre la ópera *Genesius*, de Weingartner, y el drama musical *Yvanhoe*, de Sullivan.

– El Teatro Real de la Opera inglesa, de Londres, se transformará en un gran Teatro de Variedades bajo la dirección de sir Augusto Harris: los bailes de espectáculo constituirán el elemento principal de la temporada.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

L. M. Rutherfurd, insigne astrónomo norte-americano, dueño de un magnífico observatorio edificado en el centro de Nueva York: á él se debe la primera aplicación de la fotografía á la astronomía.

Mariano Decourcelle, celebrado autor dramático, uno de los dos lectores del Teatro Francés: entre sus obras merecen citarse *Marinette*, *Les portraits*, *Fais ce que dois* y *Marcel*.

Federico, conde de Brandeburgo, general de caballería prusiano, ayudante que fué del emperador Guillermo I.

Gustavo Castán, uno de los mejores paisajistas suizos.

Gregorio Manolesco, primer trágico del teatro nacional rumano de Bukarest, discípulo de Rossi y de Salvini.

Leopoldo Muller, uno de los primeros pintores de género austriacos, director de la Academia de Artes plásticas de Viena, celebrado muy especialmente por sus cuadros de costumbres populares italianas y orientales.

Dr. Otomar Novak, profesor de paleontología y geología en la universidad checa de Praga.

Ernesto Rommel, bibliotecario, profesor de estética de la Escuela superior técnica de Hannover, poeta y autor dramático.

José Stevens, famoso pintor de animales belga.

NUESTROS GRABADOS

ERRATA IMPORTANTE. – En el epígrafe del grabado que publicamos en la última página del número 555, reproducción de una fotografía remitida por el fotógrafo de Córdoba D. Romualdo de Castro, y en la descripción correspondiente al mismo, dijimos por equivocación que el teatro incendiado era de Granada, debiendo decir de Córdoba.

Horas de angustia, cuadro de C. S. Reinhardt. – Ha pasado ya la hora en que los pescadores acostumbran á estar de vuelta en la playa y ni siquiera se divisan sus pequeñas embarcaciones en el horizonte. ¿Les habrá sorprendido en el mar alguna tormenta? Y en caso afirmativo, ¿habrán podido sortearla y el accidente no habrá tenido más consecuencia que un retardo en el regreso? Casi nos inclinamos á creer esto último, porque la expresión que en sus semblantes y en sus actitudes llevan impresa las interesantes figuras del cuadro de Reinhardt no revelan la desesperación ó el desaliento que produce una esperanza perdida, sino impaciencia, zozobra, angustia; y á buen seguro que, familiarizadas como están todas ellas con las cosas marinas, harto adivinarían la catástrofe si ésta hubiese realmente ocurrido. Además, la limpidez de la atmósfera en que está envuelta la escena y la calma que en la superficie del agua se observa mueven nuestro ánimo á creer que el crucifijo tan acertadamente puesto por el pintor en la rompiente de las olas ha de escuchar en breve, no las oraciones por las almas de los que fueron, sino las acciones de gracias por haber dispensado una vez más su protección á los que á él se encomiendan antes de comenzar su peligrosa diaria tarea.

El pan nuestro de cada día, dibujo de Carlos Marr. – La idea en que se ha inspirado el artista para trazar este dibujo no puede ser más sencilla, ni más sencillez puede pedirse tampoco en los elementos de que se ha valido para darle forma; y sin embargo, produce en el alma mayor impresión que otras muchas obras de esas que se llaman de efecto. Y es que en materias de arte entre el corazón del espectador y el del artista establécese misteriosa corriente en virtud de la cual lo sentido por éste repercute con igual fuerza en aquél. El dibujo de Carlos Marr es una nota bien sentida; y en arte el sentimiento puede tanto ó más que los rasgos brillantes, cuando éstos sirven de ropaje á un asunto sin vida: siempre será más airoso un vestido de percal llevado por un cuerpo que sienta, que se mueva, que rico traje de brocado sobre inanimado maniquí.

Anyoransa, escultura de D. José Carcassó. – Aunque no incluídas todavía en el Diccionario de la Academia las palabras *añoranza* (que es la que corresponde al título catalán de la escultura del Sr. Carcassó), *añoramiento* y *añorarse*, usadas en el lenguaje corriente de Castilla y empleadas desde hace tiempo por escritores tan ilustres como Castelar, Balaguer, D.ª Emilia Pardo Bazán y otros, parece que han sido discutidas y admitidas para la próxima edición de nuestro léxico oficial, con lo cual viene á llenarse un vacío que indudablemente existía en el idioma académico castellano, por la falta de voces propias para expresar la pena ó dolencia que siente el que está ausente de los seres ú objetos que le son queridos. La melancolía que este sentimiento causa hállase por modo admirable reproducida en la obra del Sr. Carcassó, que á la perfección plástica de la figura, á la sobriedad del modelado y á la intachable corrección de sus líneas y proporciones une la expresión de la verdad psicológica, de lo que constituye el alma, lo que da vida á la materia inanimada, lo que, por decirlo así, es la marca de fábrica del verdadero genio.

Juan van Loos, coronel de los arqueros de San Jorge, cuadro de Francisco Hals. – Malinas y Amberes dispútanse la gloria de haber visto nacer, en 1584, á Francisco Hals; pero según las pruebas hasta ahora reunidas la segunda de esas dos ciudades fué la cuna del ilustre pintor que con razón ha sido calificado de Velázquez de la escuela flamenca. Tuvo éste probablemente los mismos maestros que Rubens, y desde la edad de veintitrés años hasta su muerte, acaecida en 1666, residió en Haarlem, viéndose sumido en los últimos años de su vida en la mayor miseria, por lo que la ciudad le otorgó en 1664 una pensión anual de 200 florines. Francisco Hals introdujo en Holanda la hermosa escuela de Rubens y ejerció gran influencia en los artistas de su patria: las cualidades más salientes de sus pinturas son un admirable vigor en el colorido, frescura y viveza en la concepción é incomparable seguridad en el dibujo. De su maestría es buena muestra la obra que reproducimos y que justifica la afirmación de los que han dicho que sus mejores retratos son dignos de Van Dyck, gran amigo y admirador suyo.

Puerta principal de la iglesia de Nuestra Señora, en Luxemburgo. – Una de las más preciosas joyas artísticas de la capital del gran ducado de Luxemburgo es la puerta principal de la iglesia de Nuestra Señora, templo de los jesuítas, que la reina María Teresa cedió como parroquia á la ciudad. El interior de la iglesia no ofrece nada de notable; en cambio el portal exterior con sus bellas proporciones, sus cuerpos laterales salientes sostenidos por dos esbeltas columnas corintias cada uno y su escultura central constituyen una de las labores más perfectas y delicadas del arte belga. La ornamentación de las bases de las columnas es una imitación de la técnica metalúrgica, y los ricos adornos esculpidos en los cuerpos laterales con sus cabezas de ángeles y sus festones revelan la influencia del estilo churrigueresco.

Monumento erigido en Palermo en honor de Garibaldi, obra de V. Ragussa. – No hace mucho inauguróse en Palermo este monumento con asistencia del señor Crispi, de otros sobrevivientes de la expedición de los Mil, de muchas asociaciones, de una representación del ejército y de una inmensa muchedumbre, que prorrumpió en frenéticos aplausos cuando cayó la tela que cubría la estatua del héroe á quien se debe, por decirlo así, la unidad italiana.

El monumento es de bronce y representa á Garibaldi en el momento en que mirando desde la cumbre de Gibilrossa la ciudad que á sus pies se extendía, decía á Nino Bixio: «Nino, mañana en Palermo.» El héroe de Marsala viste la legendaria camiseta, cubre su cabeza el diminuto gorro y lleva anudado al cuello el tradicional pañuelo. La silla es copia de la de estilo hispano-árabe que los habitantes de Montevideo regalaron á Garibaldi y que éste usó durante la expedición de Sicilia. La estatua, llena de vida y de naturalidad, montada en un caballo que puede calificarse de maravilla desde los puntos de vista artístico y anatómico, es obra del escultor Vicente Ragussa, que después de haber residido en Milán y de haber sido profesor de la Academia imperial de Tokío, se halla actualmente establecido en Palermo.

El grupo descansa sobre un pedestal de mármol donde se admiran dos bajos relieves, obra de Mario Rutelli, artista palermitano y discípulo de la Academia de Roma, que representan el desembarco de los Mil en Marsala y la entrada de Garibaldi en Palermo el 27 de mayo de 1860.

El jardinero del convento, cuadro de D. Ramón Tusquets, grabado por Sadurní. – Es don Ramón Tusquets uno de los pintores que á más altura han puesto el nombre de nuestra patria en el mundo del arte. Artista de corazón, dotado de un criterio clarísimo para escoger los asuntos de sus cuadros y de sólida y amplia educación artística, erudito é ilustrado cual corresponde á los grandes maestros, fué de los primeros que impulsaron ese renacimiento que tantos días de gloria ha de dar á la pintura española moderna. Cultiva todos los géneros y en todos produce maravillas, en las que tanto son de admirar lo feliz de la composición como la corrección del dibujo y la brillantez y vigor del colorido. Los lectores de La Ilustración Artística conocen algunas de sus obras, que en las páginas de este periódico han sido reproducidas: *El jardinero del convento* puede competir con la mejor de ellas, pues en las figuras, en los detalles arquitectónicos, en los árboles, en los más insignificantes accesorios se descubre una inspiración lozana, una armonía perfecta entre los distintos elementos que forman el todo, un dominio completo de la técnica y todas esas cualidades que constituyen la característica del Sr. Tusquets y que le hán valido tantos, tan ruidosos y tan merecidos triunfos.

La merienda en el campo, cuadro de D. Luis Jiménez. – El celebrado artista que ha obtenido las más altas recompensas en reñidísimos certámenes, el que ha sido objeto de los mayores elogios de parte de la crítica, el que cuenta entre el público tantos partidarios entusiastas cuantos son los que han visto sus producciones, no se duerme sobre sus laureles ni entiende que los premios, las alabanzas y los aplausos hasta ahora cosechados le autorizan para olvidarse de que en el arte, como en todas las esferas de la actividad humana, el *plus ultra* es el aguijón incesante que obliga al genio á mirar menos lo que lleva hecho que lo que puede todavía hacer. Así se explica la fecundidad de D. Luis Jiménez, fecundidad que en nada perjudica á la bondad de sus obras, de las cuales la última parece siempre más bella que las anteriores. Tal nos acontece con *La merienda en el campo*, de un género completamente distinto del de los cuadros que hasta ahora conocíamos de su autor, que casi nos hace olvidar sus anteriores obras: tantas son las bellezas de esa delicadísima escena campestre, en la que no sabemos qué admirar más, si el hermoso grupo de la familia campesina que tendida sobre la verde pradera repara sus fuerzas con modesto refrigerio, ó la poesía del paisaje que hasta perderse de vista se extiende, ó la perfección técnica con que uno y otro están reproducidos en el lienzo y que justifica una vez más el renombre universal de que disfruta nuestro ilustre compatriota.

Guardiana de carneros en la campiña romana, cuadro de D. R. Senet. – Esta bonita figura, de Rafael Senet, es digna pareja de la pescadora napolitana debida al pincel del mismo artista y que publicamos en el número 541 de La Ilustración Artística, y una y otra acreditan el gusto y el talento de su autor, que con razón se ha encariñado con los tipos populares italianos, cuyas bellezas reproduce con sin igual acierto.



[illegible] en sentido vertical [illegible] bastante altura

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR M. DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE E. BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Para ir á ésta desde la Posesión, el *Francis Allyn* tenía que haber pasado forzosamente á la vista de los náufragos. ¡Con qué alternativas de alegría y de angustia debieron observar los movimientos de aquel buque! ¡Y qué dolor al verle alejarse!

Por otra parte, al escribir Fuller aquel aviso, debía suponer que otras goletas irían á aquella isla y que de este modo tendrían noticias de él. En efecto, también llegó allí la que condujo á la isla del Este á los hombres que habíamos visto en ella. Estas islas, pues, no se hallan tan abandonadas como pudiera creerse. ¡Quién sabe! Tal vez abordó un tercer buque en octubre ó en noviembre y recogió á nuestros amigos, ya en el mar ó ya en la Posesión, en esa «Bahía del Buque,» adonde se habían obstinado en ir, creyendo encontrar

provisiones. Acaso se hallen ya en camino del cabo de Buena Esperanza ó de Australia en un buque velero.

Pero no; todo esto no es muy probable, y por más que me esfuerzo en abrigar una esperanza, no lo consigo. En cambio, desde que he abandonado definitivamente la isla de la Posesión me acosa de continuo una idea, en la cual no me fijo sin experimentar cierto terror; y es que se podría venir á este archipiélago, pasar cerca de todas las islas, ser visto de los náufragos y no verlos á ellos.

¡Oh, si me hubiera sucedido así!

¿He buscado bien? ¿He hecho todo cuanto debía? ¿He explorado todas las bahías, todas las caletas? ¿No podrían estar nuestros compatriotas, moribundos ya, en algún rincón del interior, sin haber descubierto los víveres de la «Bahía Americana?»

Réstame visitar las islas de los Apóstoles y de los Pingüinos, pero no me infunden ninguna esperanza. Hecho esto, ¿deberé marchar, volver á Borbón?



Volé á tierra y muy pronto volvía con mi pobre Luis

¿Qué contestaré al Sr. de Nessey cuando me pregunte dónde está su hijo? ¿Estoy bien seguro de que ha muerto?

. . . .

Aquí está, ante mis ojos, la carta que ese pobre padre me ha escrito. La he buscado para leerla de nuevo y no he podido concluirla. Con un alfiler la he prendido á esta página, escrita bajo la impresión del más acerbo dolor.

«*Hotel Noailles, en Marsella*, 14 *de noviembre de* 1882.

»Querido hijo: He acompañado á mis queridas y valerosas hijas hasta aquí... El vapor se las llevará dentro de pocas horas; estoy quebrantado, y nunca me hubiera creído tan débil ante el dolor. La terrible noticia me ha herido en pleno corazón y me castiga en mi orgullo... ¡Ay de mí! ¡Hacemos tantos proyectos, violentando nuestros deseos! Y ¿por qué, Dios mío!... La juventud, en su inexperiencia, es con frecuencia más sabia que la edad madura, y el amor paternal es á veces tan ciego como los demás y más exigente. Tenía usted razón cuando me dijo un día: «La pérdida de un ser amado es el único dolor verdaderamente digno de este nombre» Si amaba á Magdalena con la fuerza que yo amo á mi pobre Luis, usted también ha debido sufrir mucho, y sin duda sufre aún... Pero no, el amor de un padre y el de un amante no se pueden comparar; el nuestro es más apasionado. Un hijo á quien se ha visto pequeño, que ha crecido á nuestros ojos y por cuya vida se ha temblado tan á menudo... no, usted no puede saber lo que es...

»Escuche usted, Pedro: en la marina las cosas más raras suceden con frecuencia; no descuide nada, ningún indicio; cuando lo haya hecho todo, pregúntese qué le resta hacer aún y busque siempre; haga el milagro si es preciso; pero tráigame usted á mi Luis, mi hijo querido, mi orgullo... Una secreta esperanza me dice que vive aún, que usted sólo, con su corazón, sabrá adivinar, en medio de esos países perdidos, el rincón ignorado donde se muere...

»Quería decirle esto al principio: vuelva usted ó no con Luis, yo debo, para mi propia tranquilidad, para mi paz interior, devolverle la palabra que en otro tiempo me dió.

»Imagino que aún ama usted á Magdalena. En cuanto á ella, ignoro si su corazón ha cambiado, porque desde la súbita marcha de usted se ha mostrado muy retraída en este punto; pero no lo creo, á juzgar por los pretextos que siempre encuentra para retardar su matrimonio. De todos modos, mi hija le amará, seguro estoy de ello, cuando sepa la verdad. Se lo digo á Luis en la carta que le habrán entregado á usted para él. Quiero que sea su abogado, si necesitase usted uno, y que nuestra reunión sea completa, una unión de todos nuestros corazones...

»Quisiera escribirle más extensamente; pero no puedo, porque mi mano tiembla y mis ojos se llenan de lágrimas...

»¡Animo, amigo mío!; no desespere nunca; en usted deposita toda su confianza y le abraza tiernamente

»LUIS GASTON DE NESSEY.»

. . . .

***

Noche del 13 *al* 14 *de diciembre*, 2 *de la madrugada (en el archipiélago)*

... He tratado de descansar, mas el sueño huye de mis párpados, y mi angustia es mayor á medida que se acerca el fin, porque ya no me queda esperanza.

Es muy bueno escribir cuando una idea nos acosa; se fijan las reflexiones fugitivas, se da cuerpo á los pensamientos que nos asaltan y se les hace palpables. Un razonamiento mental puede engañarnos; pero si se escribe, su exactitud ó su falsedad resaltan mejor.

Por lo pronto, he cogido la carta del Sr. de Nessey y la he leído varias veces desde el principio hasta el fin; después mis miradas se han fijado en ese librito de Juana, encontrado en la isla Hog, y del cual no conocía más que el título: *Imitación de Jesucristo.*

Le he hojeado á la casualidad, é invenciblemente mis ojos se han fijado en el siguiente pasaje: *Carece también de virtud y de sabiduría aquel que se desanima demasiado pronto en tiempo de adversidad ó por un pesar cualquiera, conciben do ideas que indican menos confianza en Dios de la que se debe tener.*

Entonces, cediendo á no sé qué fuerza, á una imperiosa necesidad de aliviar mi corazón, me he arrodillado como en otro tiempo, cuando era pequeño; abundantes lágrimas han desahogado mi pecho, y de mis labios, que no pronunciaban hace largo tiempo ninguna oración, se han escapado estas palabras en mi augustia: «¡Señor, en Vos deposito mi confianza; ayudadme, protegedme, inspiradme, Señor!»

Después me he levantado, avergonzándome en mi necio orgullo de hombre, de aquel testimonio de la debilidad humana que me había hecho inclinar la frente. Y sin embargo, ¡qué somos más que míseros granos de arena en ese vasto universo que entrevemos más de cerca en el mar! Y ese mismo universo, tierra, sol, astros sin número, nebulosas, ¿qué es todo esto, comparado con lo que no vemos?...

He reflexionado detenidamente, y el fin de mi meditación me consuela y fortifica.

Por otra parte, un pensamiento que apenas me atrevo á escribir, tan inverosímil me parece, ha cruzado por mi cerebro como un relámpago.

«El rincón donde se muere,» dice su padre.

¡Aquel libro encontrado en la isla Hog, que Luis debía apreciar en mucho, puesto que se lo llevó en sus viajes, sin olvidarle ni aun en el momento en que el *Tamaris* se hundía!...

... Aquellas palabras de Kervella en que yo no me había fijado antes y que me volvían de repente á la memoria: «Entre los gritos de las focas hubiérase creído oir una voz humana...»

¿Se habría resistido Luis á seguir á los náufragos, permaneciendo en la isla Hog con la esperanza de que su resolución retuviera á los demás? ¿Se moría, en efecto, en un rincón, allí bajo, detrás de un cabo que le ocultase á nuestra vista, en la montaña, ó qué sé yo dónde?... ¿Le impediría la debilidad llegar hasta la playa?...

¡Oh! ¡Será preciso volver á la isla Hog para buscar, registrarlo todo, interrogar á las piedras!...

***

Galatea, en el mar, 16 *de diciembre de* 1882

Al fin está á mi lado ese hermano querido, y no me canso de mirarle, de estrechar sus manos, de abrazarle... A veces, cuando estoy solo en mi camarote, paréceme que no es posible, y me sobrecoge el terror al pensar que he estado á punto de abandonar el archipiélago sin encontrar á mi hermano. Después, al reconocer la realidad, me siento poseído de una muda alegría, viva y profunda; pero ¡ay! incompleta como todas las de este mundo. Solamente está Luis; á sus compañeros nadie volverá á verlos jamás...

El 14 de diciembre, presa del mayor desvelo, acababa de escribir mis últimas líneas, cuando la luz del día iluminó mis ventanas. Entonces subí al puente para reunirme con el oficial de guardia.

Allí era mayor la realidad; la aurora blanqueaba rápidamente el cielo, ahuyentando las estrellas á su paso, y entre nosotros el mar parecía llenarse de rocas, que surgían bruscamente en diversos puntos del horizonte.

En el momento en que íbamos á salir de estos parajes, el tiempo parecía querer hacernos olvidar todas las molestias que nos había causado, soplaba una ligera brisa del Sud; la marejada eterna, casi dormida, prolongaba sus olas; ni una sola nube velaba el cielo sobre nosotros, ni el horizonte á lo lejos. Las islas de los Apóstoles, la de Hog y la de los Pingüinos, de más distinta esta última, se nos aparecieron juntas por primera vez; solamente las islas de que huíamos permanecían invisibles bajo las brumas que sus crestas retienen en la dirección del viento. Cerca de nosotros revoloteaban bandadas de aves, y en lontananza veíamos dos ballenas que retozaban, trazando un largo surco en las aguas.

El aire había refrescado mi cabeza, y sentíame más vigoroso, casi alegre, ahora que tenía una nueva esperanza..

Hemos costeado rápidamente la isla de los Pingüinos, que también llaman isla Inaccesible á causa de sus escarpados y altos ribazos que se elevan verticalmente como las murallas de una fortaleza con sus picos almenados. Allí hay algunos embriones de playas, demasiado pequeñas hasta para recibir á las focas... Solamente las aves se habían establecido en todas partes, y en las anfractuosidades de las rocas sus huevos moteaban de puntos blancos las paredes.

Después me he dirigido hacia los Apóstoles, cuando al pasar por delante de la isla Hog, á la cual pensaba volver más tarde, no pude resistir al deseo de anclar allí desde luego. Al acercarnos, desde muy lejos todavía hemos distinguido sobre el tejado de la «Casa de los víveres» á un hombre que agitaba el pabellón francés, plantado allí por nuestros marinos.

¡Ah! Esta vez no era posible ningún error... Dios me había iluminado y guiado...

Saltando al punto á una embarcación, volé á tierra, y muy pronto volvía con mi pobre Luis, enflaquecido, pálido, arrastrándose á duras penas, y que, incapaz de hablar después de las muchas emociones que le habían agitado, mirábame tristemente, mientras yo no podía contener mis lágrimas.

La primera palabra que pronunció no fué para su esposa ni para su madre ni para ninguno de los suyos. Apenas estuvo á bordo, comenzó por decirme:

– ¿Conque los otros no han llegado á la isla de la Posesión?

– No, contesté.

– Seguro estaba de ello, repuso; por desgracia no me engañé.

Y después añadió con expresión sombría:

– La verdad es que yo debí seguirlos, arrojarme á nado y reunirme con ellos. ¿Has visitado la isla de los Apóstoles?

– Es inútil; pero vamos allá.

Muy pronto dimos la vuelta á este grupo de rocas; después señalé la ruta para Borbón, punto hacia el cual nos dirigimos á vela y vapor con toda la celeridad posible.

Luis continuaba sombrío, tétrico, sin hablar apenas; su mirada me infundía inquietud; temí que tantas sacudidas hubiesen trastornado su cerebro y vacilaba en hablarle de sus compañeros de infortunio. Lo primero que hice fué tranquilizarle sobre la salud de su familia, y hasta el día siguiente no le dije que Magdalena y Juana le esperaban en la Reunión y que las pobres mujeres no habían vacilado en hacer aquel largo viaje. Después le entregué el retrato de su hijo, un *bebé* regordete y risueño, con su camiseta corta y el pie desnudo... y por último le dí la carta de su padre.

Al fin han brotado las lágrimas de sus ojos secos; ha llorado mucho, largo tiempo, silenciosamente, y después me ha dado la mano diciendo:

– ¡Pobre amigo mío, á ti deberé dos veces mi querida esposa! ¿Será cierto que yo pueda, á mi vez, hacer algo por tu felicidad?

Contestéle que no; y como su fisonomía tomara una expresión de tristeza, añadí:

– Más tarde te hablaré de todo eso.

– ¿No la amas ya?, me preguntó con cierta confusión.

– Tal vez, repuse. De todos modos, no digas nada á Magdalena hasta que yo te haya autorizado para ello. ¿Me lo prometes?

– Te lo prometo, me contestó Luis alegremente.

¡Ah, sí, yo la amaba siempre, puesto que al pronunciar su nombre mi voz temblaba!; pero ¿y ella?

Estreché á Luis en mis brazos, y si mis caricias fueron tan mudas, fué porque volaban hacia Magdalena, cuya imagen, un instante velada por mis preocupaciones, se me apareció de repente, como el cielo después de la tempestad.

* * *

En el mar, 19, 20 y 21 de diciembre de 1882

En estos días, Luis me ha hecho el siguiente relato, que reproduzco casi textualmente, aunque sin poderle comunicar la emoción ni el acento con que me lo refirió:

«Te explicaré más adelante, díjome, los padecimientos que sufrimos durante esos terribles meses de destierro que corresponden á las estaciones más frías del Norte de nuestra Europa, y paso rápidamente á los de agosto y septiembre, que fueron los más espantosos. Hasta entonces habíamos estado muy unidos; los víveres del *Comus* eran aún abundantes y quedábanos la esperanza de recibir auxilios.

»Aunque yo no fuese más que pasajero á bordo del *Tamaris*, mi título de oficial de marina me dió mucha influencia sobre el capitán Rajou, que casi había resignado en mí el mando; de modo que, á pesar de las pasajeras diferencias, conseguí que se respetaran mis órdenes, dictadas, como puedes comprenderlo, en interés de todos. Rajou era por demás sensible; tenía demasiado buen corazón, grave defecto en las circunstancias que nos reunían; no sabía resistir á los ruegos, y otorgaba á veces, sin decirme nada, lo que yo había rehusado.

»No habitábamos en la «Casa de los víveres,» demasiado pequeña, como has visto, para acomodarnos en el espacio que allí quedaba libre. Con algunas piedras, barro y algunas tablas que encontramos en el valle, construímos una vivienda más espaciosa, mejor dispuesta y sobre todo más abrigada, porque tuvimos la precaución de tapar todas las aberturas y el tejado con pieles de elefantes marinos, gruesas é impermeables. La construímos bastante cerca de la orilla para que fuese más visible desde alta mar y también para poder cortar la retirada á esos elefantes marinos que cada día más escasos y temerosos huían hacia el agua apenas nos acercábamos. En la «Casa de los víveres» nos hallábamos demasiado lejos de la playa, y aunque esos enormes anfibios se mueven lentamente en tierra, habíase dado á menudo el caso de que no los alcanzáramos hasta el momento de sumergirse en el agua y desaparecer.

»Como habíamos puesto á ración á los tripulantes, el capitán y yo vigilábamos por turno la «Casa de los víveres,» dormíamos en ella y nos habíamos comprometido á no acceder á ninguna demanda. Muy pronto reconocí, sin embargo, que cuando Rajou estaba de guardia no sabía resistir á los que iban á implorarle y cuyo apetito no podía aplacarse con la única comida impuesta por mí. Yo había resuelto, efectivamente, que se hiciera tan sólo una distribución por la mañana á las once; por la noche debíamos contentarnos con carne de albatros ó de foca; pero engolosinados con los víveres del *Comus*, algunos de los nuestros no pudieron acostumbrarse nunca á ese alimento detestable, que yo acabé de considerar bueno más tarde, cuando no tenía otra cosa que comer.

»Por otra parte, durante los meses de invierno los anfibios salen poco á la orilla y nos costaba mucho sorprender algunos; de modo que los víveres disminuían más rápidamente de lo que yo hubiera querido.

»Lo que nos apuró más cuando los elefantes comenzaron á ser raros, fué la falta de su grasa, único combustible que se puede encontrar en estas tierras desoladas. Por fortuna, al llegar nosotros, en marzo, ocupaban aún las playas, y había yo dispuesto que se hiciera una abundante provisión de pieles y de grasa, todo lo cual se guardó en dos grutas contiguas á nuestro albergue. No podrías imaginarte el rigor de la temperatura, tú que no has visto estos países sino en verano. Desde el día en que abordamos esta playa hasta 1.° de noviembre, la tierra estuvo cubierta siempre de una gruesa capa de hielo. Con frecuencia, en junio, julio y agosto, tremendos huracanes y espantosas tempestades de nieve nos obligaron á permanecer varios días en la casa sin poder salir y á mantener el fuego encendido durante toda la noche. En estos casos, ni el capitán ni yo dormíamos en el almacén; y hasta en los últimos días de julio, como los víveres que había comenzaban á escasear, la tripulación, molestada por las idas y venidas desde nuestro albergue á la casa, pidió que se trasladasen los últimos cajones que se hallaban en ésta. Rajou cedió; yo protesté contra esta medida, temiendo los abusos; pero se me opusieron objeciones, recordándome los días en que estábamos bloqueados y era imposible llegar hasta el almacén. Yo hubiera querido que en tales días, no teniendo que trabajar, se hubiesen contentado todos con carne de albatros, de la cual había provisión suficiente; mas no pude conseguir que se respetase mi voluntad, y con este motivo suscitóse una viva discusión en la cual debí ceder.

»Yo no preveía, por lo demás, que habríamos de arrepentirnos tan pronto de nuestra decisión.

»El 22 de Julio se transportaron los cuatro últimos cajones á nuestra vivienda; la situación no era aún demasiado mala: con las precauciones que se habían adoptado, un cajón debía bastarnos para un mes; de modo que teníamos provisiones hasta fin de noviembre. Por otra parte, sabíamos que desde 1.° de octubre el tiempo mejoraría, que los elefantes marinos volverían á la playa, que las aves pondrían, y con estos recursos tendríamos víveres para uno ó dos meses más. Fácilmente podíamos llegar así hasta el 15 de enero sin grandes privaciones, pues en esta época del año habrían llegado ya los pescadores de ballenas y los cazadores de focas, si es que realmente venían aquel año á estos parajes que á veces frecuentaban.

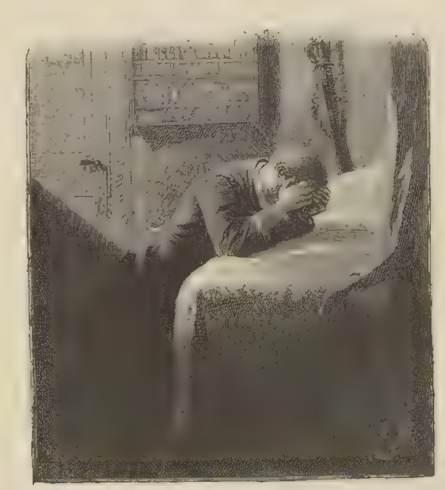
»Pero en una sola noche perdimos todas nuestras esperanzas: el 27 de julio dormíamos hacía algunas horas, cuando de pronto cayó sobre el tejado de la casa una masa de agua, una verdadera tromba, la hundió, derribó dos paredes y arrastró todo á su paso.

»En el primer momento creí que aquello sería un temblor de tierra, algún cataclismo espantoso que sumergía toda la isla; en un instante estuvimos en pie, y nos precipitamos hacia la colina, muy á tiempo, porque un momento después vióse avanzar una ola enorme, y luego otra y otra, que arrollándolo todo en sus repliegues, arrastraron al mar á nuestra vista las preciosas cajas, una de ellas apenas comenzada, algunos útiles, pieles de focas, gran cantidad de grasa y casi todo cuanto poseíamos...

»Muy pronto me expliqué que aquella inundación provenía de una marejada alta que nada había podido hacernos sospechar en aquella época del año. Tú has visto ya fenómenos semejantes en las islas Borbón y Mauricio, cuando invernaste allí; pero en esta región adquieren una intensidad más considerable bajo el soplo poderoso de las tempestades que reinan en el polo... El 5 de diciembre, cuando vi con desesperación que tu buque se alejaba, pasó por aquí un huracán, que tú sufriste sin duda en alta mar, y al que siguió al otro día un fenómeno análogo; pero esta vez ya no tenía nada que temer de él.

»En la noche del 27 de julio ya fué otra cosa, y al ver que la adversidad nos perseguía, no pudimos menos de experimentar la más profunda desesperación. El capitán Rajou, muy valeroso, se lanzó primero para arrancar á las olas los objetos que nos arrebataban; yo le seguí con los demás tripulantes, y durante la noche, tan negra que apenas veíamos la nieve, trabajamos con ardimiento, sufriendo un frío espantoso, para no salvar más que un cajón intacto y algunas latas que se habían salido del que estaba comenzado. Después, temblorosos y extenuados, poseídos de la mayor desesperación, pasamos el resto de la noche taciturnos en la «Casa de los víveres» completamente vacía...

»Al rayar el día, cuando pudimos apreciar en toda su extensión el desastre y vimos hasta qué punto eran escasos los recursos que nos quedaban, el valor abandonó á los más fuertes, é inútilmente tratamos Rajou y yo de reanimar á los que estaban más abatidos. Un cajón y medio de víveres, que era lo que teníamos, apenas alcanzaba para cuarenta y cinco días, ó dos meses á lo sumo, si se reducían mucho las raciones; y durante este tiempo ninguna esperanza de hallar huevos, ni aun elefantes marinos, que habían huído de la tierra á mediados de junio...



¡Señor, en Vos deposito mi confianza; ayudadme, protegedme, inspiradme, Señor!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CONSTRUCCIÓN DE UN RELOJ DE SOL

Durante el período de vacaciones de que actualmente disfrutan, nuestros lectores jóvenes tendrán sin duda sobradas horas de ocio. ¿Qué hacer en un

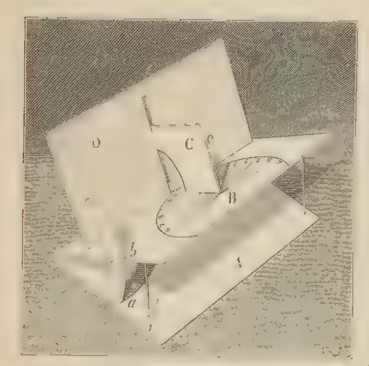


Fig. 1. Reloj de sol confeccionado con papel Bristol

día de lluvia?; porque no siempre se está de humor para leer, y fuerza es para no aburrirse buscar algo en que entretenerse. La construcción de un reloj de sol hará pensar en el astro oculto por las nubes, y aunque traerá á la memoria las lecciones, los estudios, las clases, en una palabra, la época del trabajo, será sólo incidentalmente y muy de lejos.

Se trata de colocar una línea recta material paralela al eje de la tierra y de medir por su sombra el camino recorrido por el sol. El plano que contiene la sombra describirá ángulos iguales, ó sea un ángulo igual á 1/24 de la circunferencia. De esto hablaremos luego; pero ante todo construyamos el armazón del instrumento.

Tomemos un pedazo de cartón blanco algo mayor que un naipe, y por medio de un corte de cuchillo á medio espesor obtengamos en él dos planos A y B (fig. 1) reunidos como por una charnela. Aplicando la punta de un compás en la línea de intersección, tracemos en el plano horizontal A un doble arco de círculo que cortaremos dejándolo unido al cartón por el punto *a*: una abertura *b* practicada en el plano B á la misma distancia del borde que la línea *a* servirá para introducir en este plano B el doble arco de círculo. Tracemos en el centro de este plano una recta perpendicular á la charnela, y á lo largo de esta recta peguemos un pedazo de cartón C que tenga un lado perpendicular á la línea que descansa en el plano B. Por último, un cuarto pedazo de cartón D con una abertura y pegado en la parte posterior del plano B servirá para mantener la pieza C perpendicular á éste. En el pequeño arco de círculo tracemos una división en grados. Si el cartón C ha sido orientado en sentido del meridiano y el plano B detenido en la división del arco de círculo que da el complemento de la latitud del lugar, este plano será paralelo al ecuador y la arista anterior *c* del cartón C paralela al eje de la tierra. Nuestro reloj de sol quedara, pues, construído; pero antes de pegar las tres piezas que lo constituyen habremos tenido buen cuidado de trazar en el plano B una circunferencia alrededor del punto que habrá de ocupar el pie de la arista *c* y dividirla en sectores de 15°: para ello empezaremos por aplicar el compás sobre la perpendicular á la intersección de los planos A y B, y señalaremos un radio á cada lado y luego dividiremos dos veces en dos partes los arcos así obtenidos.

Hecho esto, sólo nos faltará colocar nuestro instrumento en el meridiano, para lo cual podríamos valernos de un reloj, y poner, por decirlo así, nuestro reloj de sol á la hora; pero preferimos que no deba nada á nadie.

Sobre la superficie en donde hayamos de colocarlo clavemos bien verticalmente un alfiler grande y marquemos luego, de tiempo en tiempo, por ejemplo de hora en hora, la sombra que proyecta su cabeza. Reunamos por medio de una curva los puntos así obtenidos, y después de haber quitado el alfiler tracemos una circunferencia alrededor del punto en que éste estuvo clavado; unamos el centro C (fig. 2) con los puntos de intersección A y B, y nos bastará trazar una línea que divida en dos partes iguales el ángulo A C B para obtener el meridiano en la dirección SN: aplicaremos el borde del plano A sobre esta línea SN y lo fijaremos con dos alfileres colocados de manera que mantengan el plano B en la inclinación indicada por el arco de círculo.

Terminada la estancia en el campo, este reloj puede ser desmontado y guardado.

Nuestro aparato tiene un inconveniente: si llueve sin que hayamos tenido la precaución de resguardarlo de la lluvia se estropeará irremisiblemente; pero con la misma facilidad que hemos confeccionado este instrumento podemos construir otro que nada tenga que temer de los aguaceros. Los ángulos horarios del primero están inscritos en un plano, mas podemos también trazarlos en un cilindro sin que dejen de traducirse por rasgos equidistantes. Tomemos al efecto un vaso de cristal (fig. 3) ó un trozo de tubo de lámpara de gas si tenemos medio de igualar la fractura y pasarla por la piedra de afilar: en este caso tapemos los dos extremos con pedazos de corcho de un diámetro suficiente, ó bien, caso de que utilicemos el vaso, fijaremos en el fondo de éste un cartón grueso con un agujerito en el centro y taparemos la boca con un pedazo de corcho, pegando antes en el interior del vaso una tirilla de papel *b* en la que habremos marcado previamente las horas. Bastará para ello cortar la tira de suerte que dé una vuelta completa en el interior del vaso y dividirla en 24 partes iguales que se numerarán dos veces de 1 á 12 y cortar luego los extremos desde el número 1 al 5 por un lado y del 7 al 12 por el otro. Hecho esto, clavaremos una aguja de hacer calceta *c* en el eje del vaso, haciéndola pasar por los agujeros de antemano practicados en el cartón y en el corcho, y fijaremos con almáciga el vaso en una tabla F, haciendo que ésta sea atravesada por la aguja, con lo cual tendremos el instrumento de la figura 3, bastando entonces orientarlo del mismo modo que hemos hecho con el primeramente descrito.

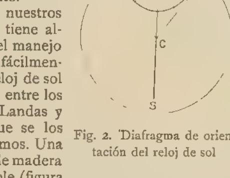


Fig. 2. Diafragma de orientación del reloj de sol

Si alguno de nuestros lectores jóvenes tiene alguna práctica en el manejo del torno, podrá fácilmente construir un reloj de sol muy generalizado entre los pastores de las Landas y de los Pirineos que se los fabrican ellos mismos. Una especie de bolo de madera con cabeza movible (figura 4) lleva trazados á su alrededor los nombres de los meses y diversas curvas que corresponden á las horas del día: una laminilla de hoja de lata que puede replegarse en el bolo está sostenida por un clavo que atraviesa la cabeza de éste. Si colocada la laminilla en la fecha del día se suspende el instrumento de manera que la sombra de ese estilete se proyecte verticalmente sobre el cilindro, su extremo marca en éste la hora. La forma de las curvas horarias puede obtenerse por medio de cálculos, pero nos parece que el aparato en cuestión tal como lo usan aquellos pastores está graduado empíricamente copiándolo de otros ó por observación directa. Claro es que este instrumento sólo puede servir para una latitud, pero de todos modos su rusticidad y su extrema sencillez hacen de él un objeto curioso.

C. E. Guillaume

(De *La Nature*)

***

LAS VIBRACIONES DE LOS GRANDES BUQUES DE VAPOR

Las incesantes é incómodas vibraciones que se producen en los grandes buques de vapor y que para muchas personas son casi insufribles, no se deben á los movimientos de la hélice, sino á los de la máquina de vapor, según lo acaba de demostrar en la *Institution of Naval Architects*, de Londres, el ingeniero Mr. Yarrow.

Para ello ha ideado un aparato registrador gráfico que ha denominado vibrómetro. Con hélice y sin hélice, un buque en el cual las máquinas de vapor funcionen produce las mismas trepidaciones. En el movimiento alternativo de los émbolos en los cuerpos de bomba, cuando el émbolo baja, por ejemplo, y se halla en la primera mitad de su descenso, la presión de abajo arriba ejercida sobre el fondo del cuerpo de bomba excede á la de arriba abajo sobre el émbolo en la cantidad de fuerza necesaria para arrastrar en dicha dirección á todas las piezas móviles de la máquina, tallo del émbolo, biela, etcétera. Este exceso de presión tiende á levantar el asiento de la máquina, y, por consecuencia, la parte del casco en que está fija. Durante la otra mitad del descenso y en la primera mitad del ascenso siguiente se produce un efecto inverso.

Es decir, que durante una media vuelta del árbol motor la máquina tiende á elevar el buque, y durante la otra media á sumergirlo más. Para equilibrar estos efectos en las diversas fases del movimiento, emplea Mr. Yarrow dos clases de contrapesos de algunos centenares de kilogramos, que restablecen perfectamente el equilibrio.

Se han hecho las experiencias en un torpedero, reduciéndose inmediatamente las trepidaciones en la relación de 4 á 10. Ya se ha ocupado de esta reforma la afamada revista técnica el *Engineering*, publicando curiosos dibujos y detalles y algunas fotografías instantáneas, en las que se demuestra la acción que la trepidación de un torpedero sin la reforma produce sobre la superficie de las aguas en que flota, y la escasa acción de otro ya reformado con arreglo á este sistema de Mr. Yarrow.

***

LA MAYOR REFRIGERADORA DEL MUNDO

Lo es indudablemente la que hace poco ha construído en Nueva York la casa *The De la Vergne Refrigerating Company* con destino á una cervecería de San Luis, que la empleará para refrescar cerveza.

Esta máquina tiene la capacidad de refrigerar que tienen 500 toneladas de hielo en 24 horas, condiciones que no reune aún ninguna otra máquina de su clase. No sólo es este aparato el más moderno y potente en su género, sino que es un magnífico modelo de ingeniería y ejecución mecánicas.

El agente que emplea es el amoníaco anhidro, que pasa por tres operaciones distintas.

Primera. *La compresión.* – En su forma gaseosa se le comprime con una presión que varía de 125 á 175 libras por pulgada cuadrada. Esta compresión desarrolla calor en proporción á la presión ó al volumen relativo á que se ha reducido el gas. Expresándonos en términos familiares, puede decirse que se le exprime el calor al gas para que se lo lleve el agua de condensar.

Segunda. *La condensación.* – El calor obtenido de la manera expuesta pasa á los serpentines que están en contacto con el agua fría que lo absorbe. Cuando se llega á este punto el gas está listo para pasar al estado líquido; y al hacerlo abandona otra cantidad de calor que toma el agua que rodea la tubería.

Tercera. *La expansión.* – Se deja pasar el líquido obtenido en la anterior operación á los tubos colocados de manera que lo que se desea enfriar, el aire, el agua, la cerveza, etc., esté en contacto con esa tubería, en cuyo interior se mantiene una presión inferior á la necesaria para mantener el cuerpo en su estado líquido.

El gas liquidado, al entrar en dicha tubería por su expansión, extrae de la tubería y la masa que la rodea la misma cantidad de calor que anteriormente dió el gas al agua que se empleó para la condensación y liquidación. Habiendo terminado el gas en esta última operación su trabajo de refrigerar, está

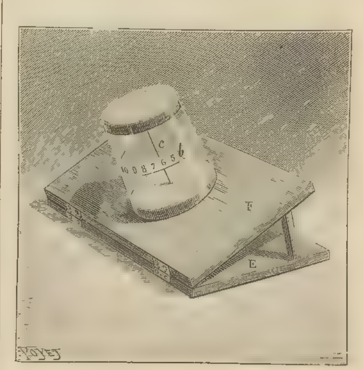


Fig. 3. Reloj de sol cilíndrico confeccionado con un vaso

listo para repetir las mismas operaciones ya descritas.

De lo dicho se desprende que una máquina de refrigerar se compone de tres series de partes, correspondiendo cada serie á una de las operaciones descritas.

Primera. La parte de la presión, en la que se comprime el gas mecánicamente ó de otro modo.

Segunda. La parte de condensación, que generalmente se compone de serpentines, en que circula el gas comprimido, se desprende de su calor y se liquida.

Y tercera. La parte de expansión, que también se compone de serpentines ó tubería, en que el gas licuado vuelve á tomar su expansión y hace su trabajo de refrigerar.

Para que las operaciones sean continuas, las tres partes de la máquina se enlazan ó comunican á fin de que por ellas pase el gas del modo expuesto.

Los cilindros de compresión tienen un diámetro de 24 pulgadas y un golpe de 48; la máquina de vapor que actúa los compresores es de 600 caballos de fuerza; el cilindro de alta presión tiene 32 pulgadas de diámetro y un golpe de 48; el diámetro del cilindro de baja presión es de 64 pulgadas; el árbol de cigüeña tiene un diámetro de 15 pulgadas y media, siendo su peso de 20.820 libras. Dicho árbol lleva dos volantes cuyo diámetro respectivo es de 14 pies y 8 pulgadas.

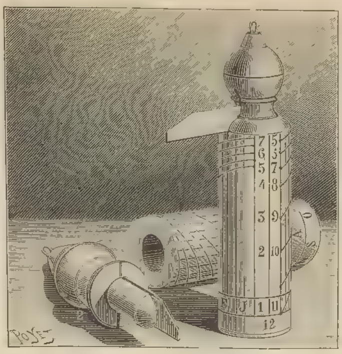


Fig. 4. Reloj de sol de los pastores de los Pirineos

Los vástagos de los compresores pesan 3 400 libras cada uno y los de vapor 3.800.

El peso total de la máquina refrigeradora es de 390.000 libras y pesa 175 toneladas aproximadamente.

* * *

UNA EXPEDICION Á LAS REGIONES POLARES

En los Estados Unidos trátase de organizar una expedición al polo magnético boreal descubierto en 1831 por el capitán Ross en la costa occidental de la península Boothia, y que nadie ha vuelto á visitar desde entonces. El proyecto de esta expedición se debe al coronel W. H. Gilder, conocido por haber acompañado á Schwatka á la isla del Rey Guillermo y por haber tomado parte en la empresa de buscar á la *Jeannette:* Mr. Gilder se propone partir de la costa occidental del estrecho de Davis y llegar al polo magnético por medio de trineos atravesando la tierra de Baffin, el país de Cockburn y el estrecho de Boothia.









LAS RUINAS DE MACHONALAND

Mucho tiempo hace que en todas las publicaciones geográficas se habla de las ruinas de Machonaland, acerca de las cuales Mr. Teodoro Bent ha presentado á la Sociedad Real de Geografía, de Londres, una memoria dando cuenta del resultado de un reciente viaje que hizo con el principal objeto de estudiar las ruinas de la gran Zimbabya, que es preciso distinguir de las otras zimbabyas que se encuentran en todo el país.

La gran Zimbabya está situada á unos 20° de latitud Sur y 29° de longitud Oeste á una altura de unos 1.100 metros sobre el nivel del mar. La palabra *Zimbabya* es de origen cafre y muy común en esa región: con él se designa el Kraal principal de un jefe; *zi*, en lengua abantúa, significa aldea; *umzi*, en zulú, es un conjunto de kraales; *zimbab*, tiene algunas veces el mismo significado, y más á menudo quiere decir «el gran Kraal;» *wie* ó *bye*, es una especie de sufijo exclamativo, de modo que Zimbabya significaría «¡He aquí el gran Kraal!»

Las ruinas de la gran Zimbabya son quizás las más importantes de todas las del mismo género.

Mr. Bent ha traído de su viaje una colección de planos y de croquis relativos á la gran Zimbabya y á las zimbabyas vecinas, algunos de los cuales ha reproducido la revista inglesa *Proceedings*. Casi todos ellos son recintos circulares formados con bloques de granito yuxtapuestos, sin cemento, con entradas más ó menos fortificadas y adornadas, que encierran un conjunto de construcciones varias. En el centro hay una especie de torreón sagrado, medio templo, medio fortaleza, al que se llega por un corredor estrecho, cuya entrada está dificultada por muchos obstáculos. Hay en la gran Zimbabya dos torres gemelas, una de ellas completamente arruinada, y la otra conservada todavía hasta unos 10 metros de altura, de la cual hace grandes elogios mister Bent: es una construcción regular, cónica y maciza. Para confirmar Mr. Bent la suposición de que esta torre era maciza, creyó necesario acabar de demoler la pequeña.

Algunos detalles de construcción hacen que se les atribuya un carácter religioso.

La destrucción de estos edificios y de las demás ruinas análogas no ha sido solamente obra del tiempo; Mr. Bent ve en ellas el resultado de un asalto y ha creído reconocer una brecha en el punto más vulnerable del recinto. La cuestión de su origen no es fácil de resolver. Las conclusiones del viajero inglés son que estas construcciones y los objetos de arte ó de culto que en ellas se encuentran no tienen relación alguna con lo que sabemos de los pueblos americanos conocidos, y que parecen haber sido puestos fortificados destinados á proteger, en antigüedad remota, á un pueblo que trabajaba el oro y que probablemente fué oriundo de Arabia.



GUARDIANA DE CARNEROS EN LA CAMPIÑA ROMANA, cuadro de D. R. Senet

UN MISIONERO EN NUEVA GUINEA

Hace algún tiempo un médico misionero inglés, el Dr. Montague, fué hecho prisionero por los *fugeres*, indígenas de Nueva Guinea, y más tarde recogido en la costa meridional de esta isla por un vapor holandés. Recientemente se ha publicado un relato muy detallado de su cautiverio, del cual tomamos los datos más interesantes.

Mr. Montague había remontado el riachuelo Morehead, que corre á poca distancia al Este de los 141° de longitud Este de Greenwich, fijando los límites entre el territorio británico y holandés, y fundando en la aldea de Bonpilonimka una estación de misiones que comenzaba á prosperar, cuando en 21 de abril de 1891 fué atacado por trescientos fugeres armados que se lo llevaron prisionero después de haber dado muerte ó puesto en fuga á algunos indígenas. Conducido á lo largo de la costa meridional, á veinte millas más allá de la frontera anglo-holandesa, permaneció nueve meses en la pequeña aldea ó *negoria* de Sileraka, é hizo un viaje de exploración á lo largo de la costa hasta el estrecho de la princesa Mariana. El Dr. Montague describe el país como territorio muy densamente poblado por tribus establecidas en grandes aldeas, y tan numerosas que en algunos puntos de la costa forman una serie de pueblos casi sin solución de continuidad. La tierra es allí en extremo fértil: cultívase en ella el tabaco, el ñame y la caña de azúcar, y los cocoteros crecen en el litoral en gran abundancia.

Los fugeres son superiores moral y físicamente á la mayor parte de las tribus de Nueva Guinea: son bien formados y robustos, y la altura de su frente denota una inteligencia notable; su piel es de un color amarillo claro.

Los hombres van enteramente desnudos, pero cuidan mucho de adornarse con objetos diversos: también los peinados tienen para ellos gran importancia. Las mujeres sólo llevan un cinturón muy estrecho.

Estos salvajes usan como armas el arco y la flecha y una clava de piedra: las flechas de que se sirven están envenenadas. Navegan en canoas de 30 á 40 metros de largo movidas por medio de pagayas.

Las tribus fugeres forman entre sí una especie de confederación y se comprometen á vivir en paz unas con otras. Sus instintos belicosos encuentran amplia satisfacción en las expediciones piratas que hacen á los territorios ingleses de Nueva Guinea y en las islas del estrecho: para defenderse de ellas han construído los ingleses un fortín en la isla de Saiba. En estas expediciones los fugeres se comen á veces á sus enemigos muertos, limitándose á esto su canibalismo.

En resumen, Mr. Montague cree que estas tribus son susceptibles de desarrollarse, y proyecta establecer entre ellas una estación misionera.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO XI — BARCELONA 29 DE AGOSTO DE 1892 — NÚM. 557

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LAS MÁSCARAS, cuadro de D. Román Ribera

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El centenario de la invención de América. - El principio de las fiestas. - Universalidad del glorioso recuerdo de Colón. - Gloria de éste. - Disputas respecto de sus merecimientos. - La escuela ultramontana. - La escuela racionalista. - El poema de los descubrimientos modernos encontrado en la fábula de los argonautas antiguos. - Reflexiones. - Conclusión.

I

Desconoceríamos la verdad si desconociésemos cómo la conmemoración del centenario de América ofusca todos los demás hechos en el mes de agosto. La humanidad entera se ha mostrado muy obligada y agradecida con aquel hombre sobrenatural que descorrió el velo de la Isis oceánica y con esta nación nuestra que supo adivinar al adivino y comprender al incomprensible. Pocos, muy pocos pueblos pueden ufanarse como el nuestro de tener una fecha en su calendario, interesante á todos los otros pueblos sin excepción alguna. Tan sólo acontece algo parecido con el recuerdo sacro de la revolución francesa, tan fecunda y creadora. Pero la revolución francesa todavía encuentra en los desposeídos por ella de sus privilegios alguno que otro anatema, en tanto que sólo encuentra la invención de América grandes agradecimientos. Hasta los terratenientes feudales de nuestra Europa, tan maltratados por la renovación del suelo planetario y por las dilataciones del mar Océano, únicamente conocieron todos los daños que infiriera el Nuevo Mundo á su poder y á sus riquezas cuando pasaron muchos años, por lo cual atribuyeron el origen de su mal á hechos más próximos. Así podemos invitar al mundo entero á nuestra fiesta en la seguridad certísima de que nos responderá el mundo entero con una cordial aceptación. Y lo hemos visto ya. Hemos visto en los festejos de Huelva buques italianos que llevan el nombre de gloria tan hispano itálica como *Lepanto;* buques argentinos, indudablemente penetrados de que ha entrado en el Plata la civilización cristiana y el espíritu moderno por el sacrificio de Solís; buques de México que juntan la vieja con la nueva España en el viento de sus lonas y en las estelas de sus quillas. ¿Qué habrán dicho todos cuantos han tenido el empeño insistente de menguar el portentoso hallazgo colombino y disminuir cosa tan puesta lejos de toda duda como la gloria del inmortal Colón? Pero hablemos un poco de esto, pues lo creo muy oportuno.

II

A pesar de que parece Colón la gloria más incontestable de los humanos anales, ha sido una de las más contestadas. Aquellos que las echan de innovadores en erudición, creen el mayor de los méritos asequibles á su oficio la disputa sobre lo indisputable. Así hay escritor que atribuye al primer islandés con quien topa en las tradiciones náuticas de la vieja Escandinavia el descubrimiento de Colón, y quién al acaso de un triste naufragio sucedido en aguas lusitanas, estando por aquellas sus islas Colón, y al relato de un pobre náufrago dicho á la oreja de nuestro marino en el punto y hora de las revelaciones supremas, en el punto y hora en que moría como consecuencia del naufragio y sus trances amarguísimos. Acontece con esto igual que acontece con ciertos filósofos de la historia, conjurados en su racionalismo cuasi matemático á demostrar que no hay nada en las doctrinas del Redentor de original y propio. El Verbo de San Juan pertenece á los alejandrinos, el Dios uno á los semitas, la escena de Ana y Joaquín á los libros de Sansón, las abluciones del Bautista y sus discípulos al esenio del desierto, las estancias del *Magnificat* á los cánticos nacionales judíos, el sermón de la Montaña y los apotegmas salvadores del mundo á las fajas etéreas de materia filosófica difusa por el cielo de la conciencia humana, merced á platónicos, estoicos, neoalejandrinos, talmudistas, ebionitas; y no hay más que arrancar á Cristo su corona de abrojos, el trono de su cruz, el cáliz de sus amarguras, las llagas de su costado, la muerte violenta en el ara de su Calvario, para menguarlo y reducirlo á la estatura mínima de cualquier profeta, muy santo, de una santidad vulgar en el desierto, donde sólo se pide aire para vivir, y muy copiador y muy plagiario, que iba repitiendo cuanto escuchaba, como ciertas aves de oído sumo, las cuales copian y repiten los gorjeos que á otras aves oyen.

III

En España, donde los refranes más vulgarizados resplandecen por una superior filosofía, para consolar á quien se ve perseguido por la difamación ó la calumnia exclaman: «De Dios dijeron.» Y como de Dios dijeron cosas malas, imposible á Colón salir exento de tamaña contribución impuesta por el hado á nuestras limitaciones y contingencias. Miles de concausas explican este juicio contradictorio sobre personalidad tan clara de suyo y tan ciertamente histórica. En primer lugar, á principios del siglo y muy entrado ya éste, predominaba en las ciencias históricas el criterio crítico, y se confundía la crítica, los juicios serenos y sanos, con el vejamen y la censura, cual si en las categorías judiciales se confundiera el juez con el verdugo. En segundo lugar, hale tocado á nuestra generación una triste multiplicidad horrible de reacciones, á cual más extravagante de suyo é inoportuna. Los ultrarreaccionarios de nuestra religión han querido hacer astillas de todos los palos y han habido menester de santos nuevos para renovar su viejo calendario. Y encontrando tan sólo algún que otro heroico mártir, destripado en el Japón por la misma intolerancia religiosa que predican ellos, santidad muy común en los almanaques, han bebido los vientos por un sabio dotado del don de los milagros y han abierto un informe para declarar la impecabilidad completa del genovés, elevado á la categoría de Purísima Concepción sin sombra de culpa original.

IV

Hay oficios que se prestan á la santidad mucho, el oficio de cura ó fraile, por ejemplo; mas los hay que se prestan poco, el oficio de marino, para que no pierdan los demás. Gente honrada y buena la gente de mar, muy religiosa de suyo, porque no hay templo donde lo infinito se revele como en la inmensidad, celestial casi, de los espacios oceánicos, acostumbran á soltar un poco las riendas al amor, y meterse á las olas de ciertas pasiones, disculpadas un tanto en las anchuras de manga, muy naturales entre los laicos, pero terribles cuando se aspira nada menos que á una canonización, la cual trae aparejados consigo altar y ara, efigie y simulacro de madera multicolor, dosel con andas, el nimbo litúrgico en la cabeza, y entre los dones, el reservado por completo á la santidad canónica y litúrgica, el don de los milagros. Para con viso de razón aquistar el título de santo á un piloto, como el buen genovés, no escaso de aventuras en sus viajes y á quien las cordobesas y algún que otro hijo natural dieran hasta en la madurez de su vida y en el cenit de su gloria bastantes dolores de cabeza, exageraban los ultramontanos las virtudes honoríficas de Colón, y sus enemigos los racionalistas echábanlo por los suelos en críticas despiadadas, no tanto con ánimo de rebajarlo á él, como de mostrar á los devotos cuáles tragaderas tienen los piadosos cuando tratan de beneficiar una santidad provechosa por popular y milagrera. De aquí, á una constante apoteosis interesada seguíase otra interesada denigración sistemática. Y resultaba del escandaloso litigio que Colón fué codicioso y ambiciosísimo, que gustó mucho del oro y del amor. ¡Vaya por Dios! No miraran á esto siquiera, de haber notado lo que por atavismo, por nacimiento, por vocación, por índole, por cultura, por toda su vida fuera el inmortal piloto. ¿Qué fuera? Parece imposible cuánto suelen estudiarse, con qué atención, ciertas vidas, y luego cómo suele ocultarse á esos estudios la principal característica del objeto y del sujeto estudiados. Colón era pura y simplemente un argonauta.

V

Los griegos, que lo supieran todo, y aquello que no lo sabían por sus escuelas y por sus ciencias lo adivinaban por su genio, dejaron una simbólica del descubridor y de los descubrimientos en la célebre leyenda, cristalizada según viejas tradiciones religiosas, luego al teatro por los grandes trágicos traducida, y puesta hoy mismo en escena por nuestros actores contemporáneos: la leyenda de Medea y Jasón. La fábula del vellocino de oro, por manera muy gráfica reproduce los tiempos á que podemos llamar tiempos descubridores en Grecia. Solícita la naturaleza por su finalidad, cuando quiere cumplir una obra colosal atrae ella los seres que necesita para su cumplimiento por medio de ilusiones y esperanzas. El navegante no podría desafiar las cóleras oceánicas de seguro sin un apetito de suyo tan bajo, pero tan espoleador como el deseo de lucro. Desde las primeras edades hasta nuestra edad, el descubridor ha buscado un vellocino de oro siempre como premio á sus fatigas y como excitante al trabajo de sus compañeros, metidos por él en tan arriesgadas empresas y por él empeñados en tan horrorosos trabajos. El argonauta no es más ni menos que nuestro descubridor anticipado. La Colquide, sita en mar tan vecino de Grecia como el mar Negro, recuerda un tanto nuestras Indias orientales y occidentales, á tanta costa buscadas é invenidas por los nuevos argonautas. El rey de la misteriosa región se asemeja, como á una gota de agua otra, de suyo al gran Mogol, buscado por los navegantes nuestros y erigido como un grande y fijo norte de más ó menos vigorosas esperanzas en todas las vías de los inesperados descubrimientos. Jasón anticipa en la Grecia fabulosa y prehistórica los marinos reales y verdaderos de nuestro Renacimiento. El vellocino de oro brillaba en edad tan incierta como en la edad cierta del siglo XV brillaban los palacios de plata, los templos de oro, las puertas incrustadas en zafiros pertenecientes al preste Juan de las Indias. El vellocino de oro evoca el riente lago de agua fresca extendido por las refracciones del sol en las arenas á los ojos del peregrino y del cruzado, á quien la sed abrasadora mata en las vías de Medina ó de Jerusalén. Si el hombre adivinase antes de cualquier apetecido logro los desengaños que le aguardan, renunciaría gustoso á la vida, y juntando cuna con sepulcro, apenas aparecido en la tierra volveríase á ella de nuevo, prefiriendo el silencio y el vacío y el sueño de la nada por completo al perdurable martirio de ser y de existir. El vellocino de oro, el viaje de Jasón, la magia de Medea representan la prehistoria, digámoslo así, el poema épico de los descubrimientos: el dolor en la incertidumbre, las ansias por el deseado puerto, las ilusiones al partirse, los combates en el esfuerzo, los engaños al arribo y llegada. El navío llamado *Argos* lleva en germen lo que más ilustrara en el mundo á Grecia, su maravillosa colonización. Ulises representa el explorador; Jasón representa mucho más, Jasón representa el descubridor. Su navío *Argos* es como la carabela indagadora y feliz que descubre con certeza y arriba con acierto al descubrimiento.

VI

Habíanse cortado las tablas del *Argos* en las vertientes del Pelión y los mástiles en las encinas de Dodona, por lo cual aquéllas destilaban mieles de poesía y éstas vibraban fórmulas de oráculos: audaces héroes y reflexivos sabios la tripulaban; unos, dioses, como Cástor y Pólux; otros, semidioses, como Hércules, otros, más que hombres, como Theseo; iba en ella Esculapio, á quien la medicina confiaba todos sus secretos, y Orfeo, á quien la religión abría todos sus misterios; y aquel su viaje pasó de los mares helénicos al mar Negro, á la desembocadura del Nilo, del Eufrates al estrecho de Gades, inviniendo la feliz región de los macrobios, donde los hombres vivían siglos; la tierra de los cimerios, envuelta en tinieblas eternales; el mar de hielo y el mar de fuego; los escollos de Scila y Caribdes, las islas de Circe y las Nereidas, hasta que por fin llegó á este jardín de nuestra España incomparable, á este jardín de las Hespérides, circunvalando así dos veces Europa, desde nuestros luminosos mares béticos hasta el mar tenebrosísimo escandinavo, para esbozar allá en las anticipaciones y profecías propias del numen griego la nave que condujo los lusitanos á resucitar el viejo mundo histórico; la nave que condujo los españoles á descubrir el Nuevo Mundo renovador; la nave que llevó los lusitanos y los españoles á circunvalar el planeta para que concluyese el viejo cielo de cristal que parecía una máquina neumática; la nave que condujo los peregrinos con su evangelio en la mano, para que rematasen tan grandiosa epopeya con esta sublime trilogia: Democracia, Libertad y

República. Cuando un suceso tiene toda esta importancia universal no hay más que inscribirlo en el templo de la gloria y que dejar á quien lo produjera y generara en su inextinguible inmortalidad.

MARIANO BENLLIURE

La precocidad de los niños no es indicio seguro para asegurar lo que serán cuando hombres. Podrían citarse muchos ejemplos de criaturas prodigiosas en sus tiernos años, que en la edad adulta repitieron no más lo que llamó exageradamente su atención á causa de la edad, sumándose luego con las medianías, muriendo sin haber hecho cosa digna de renombre, sin realizar nada que justificara las profecías aventuradas por deudos, amigos ó gentes impresionables. De la precocidad infantil hay que desconfiar, como del primer empuje en el acometimiento de una empresa; no son los destellos los que pueden hacer juzgar de la intensidad de una luz, sino la luz misma.

Esta regla tiene excepciones, y una de ellas segurísima, sin ningún género de dudas, es el artista de cuyas obras vamos á tratar. Lástima que al gusto con que lo hacemos no acompañen conocimientos necesarios para que el juicio resulte sólido; entonces sería digno de él, entonces los pocos que no hayan visto obras suyas podrían apreciar méritos de quien con pasos de gigante recorrió la inmensa distancia que separa el punto de partida de la meta, de la gloria, mas de la gloria legítima, la que se adquiere, no de la que se concede.

Al hablar de la precocidad infantil de Mariano Benlliure no nos creemos obligados á contar anécdotas, ni á referir detalles de vida íntima que la prueben. La revelación del genio del menor de estos hermanos que constituyen una familia de artistas, notables todos, fué espontánea, y que debió manifestarse en sus primeros años lo acreditan las numerosas obras que ha realizado, cuando apenas se halla en la mitad del camino de la vida, cuando puede decirse que está en el punto á propósito para divisar la línea de horizonte, que para su vista serena y penetrante se extiende á más allá del espacio que pueden recorrer otros, aun contando con gran talento.

Quien á los treinta años ha hecho lo que él, promete infinitamente más, aseveración que no damos como aventurada profecía, sino como deducción lógica en vista de sus trabajos: las esperanzas no se trocarán en desengaños; las que producen estos resultados son hijas de fantasías que engendra el sentimiento. La mente razonando en los momentos en que la pasión duerme, deja ver claro siempre, y esto nos ocurre al hablar de un artista cuyas obras despiertan entusiasmo, que se mantiene en la frialdad que necesariamente sigue á la impresión del primer momento.

Un artista, su padre, le abrió las puertas de la vida; otro artista, su hermano José, le abrió las del arte. Cuando llegó á Madrid en 1872, hacía un año que el ilustre pintor había dejado las rientes costas valencianas para establecerse en la corte; llevó allá toda su familia, por la que tuvo siempre culto, natural para los que vamos siendo viejos, extraordinario en estos tiempos que la sociedad flaquea por lo mucho que se han relajado tan sagrados vínculos. Educado en un ambiente artístico, manifestó su afición desde luego, no la afición que nace al ver que los otros pintan ó esculpen, sino la que se despierta con el sentimiento, la que prueba de una manera evidente que las facultades son aptas para aquello á que se inclinan. Viendo cómo los demás hacían hizo él; maestro de sí mismo, se fué creando poco á poco, sin frecuentar academias, sin tener maestros, propiamente hablando.



ESTATUA DEL EXCMO. SR. D. MANUEL CASSOLA, obra de D. Mariano Benlliure destinada al monumento erigido en Madrid á la memoria del ilustre general

En Valencia había dado pruebas de su capacidad y vocación: las hermanas de San Vicente, que estaban al cuidado de la escuela de párvulos, á que asistía, eran entusiastas del discípulo, no porque aventajara á los demás en la enseñanza rudimental que daban, sino porque frecuentemente las obsequiaba con figuritas de cera, representantes ora un Cristo yacente, ora una Dolorosa, ya un santo patrono, ya una mártir, y así pasaba el tiempo sin perderlo, pues lo que no ganaba en cultura, lo aprovechaba en el ejercicio de un arte que tanta gloria le debía proporcionar. Adoleciendo de un vicio de locución, podía hablar poco, y de aquí, á nuestro modo de ver, su desarrollo considerable de penetración, que es una de las primeras facultades de Mariano Benlliure. Cuando no había donde estudiar un asunto, se recogía, y con elementos que para otros no hubieran significado nada, construía primero en su imaginación, daba forma después y conseguía bellísimas producciones que todos admiraban.

El viaje á Madrid en compañía de los suyos lo hizo con medio billete, lo cual prueba la edad y estatura del futuro escultor, que fué hasta bien pasada la pubertad delicado de salud y débil de constitución. Una vez en la corte, sus padres, con objeto de que concluyera su educación, lo hicieron ir, en compañía de su hermano Juan Antonio, notable pintor ahora, á las escuelas pías; mas sus aficiones artísticas, superiores á todas las que pueden manifestarse en un niño, le hicieron descuidar los estudios por la escultura, y no pocas ganancias debió en aquel tiempo á las figuras de cera y barro que llamaron mucho la atención, pues revelaban claro talento, disposición admirable para el arte y espíritu observador. Dócil, amable, exento de pretenciones, franco, leal y cariñoso, supo captarse siempre las simpatías de todos; gracias á esto el marqués de Heredia lo tuvo algún tiempo junto á sí, dispensándole señaladísima consideración, favoreciéndolo más que con otra cosa con elementos que acrecentaron su primordial cultura, poniéndolo en el camino, que recorrido rápidamente, gracias á su talento, han hecho de él á más de un artista notable, un hombre distinguido, para quien desde hace mucho tiempo están abiertas de par en par las puertas de la buena sociedad.

Uno de los detalles más cómicos de su vida data de aquel tiempo: sus producciones, aunque de escaso valer artístico todavía, probaban ya vastos conocimientos y dominio absoluto de la técnica. Haciendo justicia á estas dotes, una elevada señora, la marquesa de Santa Cruz, lo llamó á su palacio para que le diera lecciones de modelado, y allí iba el joven Mariano á desempeñar cargo honrosísimo, blasonando una seriedad que no podía tener. Gozaba del respeto y consideración de todos; los

señores, ilustrados y cultos, no podían menos que admirar su talento; los criados, que, como es sabido, toman el tono de los amos para tratar á los extraños que frecuentan la casa, se descubrían á su paso; mas nadie ha dicho todavía que el olfato de los perros llegue á distinguir el genio de los humanos, como nadie ha negado que, leales á sus dueños, los defiendan hasta de peligros imaginarios. De aquí la cómica aventura: un día de aquellos en que el joven Mariano debía dar lección á su aristocrática discípula, llegó serio y estirado, pasó ante la portería y se dispuso á subir; mas no había contado con la huéspeda ó con el huésped, que del sexo no estamos seguros, y un perro, antiartístico sin duda, le acometió dispuesto á morderle en mala parte. Apelando á la estratagema de la fuga, pudo librarse de la dentellada; pero el miedo embargó su ánimo, y hay para reir pensando en sus carreras, gritos y lágrimas, que de todo hubo, y para desternillarse al pensar cómo aquel día la lección de modelado tuvo que suspenderse, dejando lugar á consuelos y palabras tranquilizadoras que exigía el ánimo sobresaltado del maestro.

Así entre lecciones poco importantes, figuras de capricho, de las que merecen especial mención la *Corrida de toros* que expuso en 1876, alguna acuarela con que probaba su aptitud para la pintura, pasó el tiempo en Madrid donde sólo realizó una obra de importancia: *El descendimiento de Nuestro Señor* para una iglesia de Zamora. Gracias á la recomendación de D Federico Cantero, los hermanos de una cofradía de aquella ciudad dieron encargo al joven escultor para la ejecución de una obra que cualquiera hubiera creído, con razón, superior á sus fuerzas: debía constar el grupo de ocho figuras, con la cruz asentada en ancha plataforma que figuraba la porción del Calvario en que se llevó á cabo el drama sacrosanto de nuestra redención. Falto de los medios que hoy posee, merced á los cuales su estudio es amplio taller en que tienen cabida las artes auxiliares del verdadero escultor, toda su familia, padre, hermanos, coadjuvaron á la obra, y en plazo relativamente breve quedó expuesta á la veneración de los fieles, que habrán suplido con exceso de devoción las faltas que necesariamente debe tener.

Por este tiempo, esto es hacia 1879, su hermano Pepe, deseoso de abrirse nuevos horizontes, cerrados en nuestra patria por las agitaciones políticas que hace años se suceden, y ansioso de completar su educación artística, vino á establecerse en Roma: apenas se hubo abierto campo, llamó á sus hermanos Mariano y Juan Antonio, y ambos jóvenes, llenos de entusiasmo, buenos deseos y esperanzas, vinieron á la Ciudad Eterna para continuar su carrera. Verdaderamente hicieron lo que debían: Roma, sueño de muchos artistas, es inmenso libro abierto en que puede estudiarse toda la vida; mas desgraciadamente son pocos los que aprovechan; los más vienen á la Ciudad Eterna por afán de lucro, algunos porque oyeron hablar de ambiente favorable para las artes, no pocos por el placer de contar que estuvieron aquí.

Es tema que más de una vez tratamos y en el que jamás nos cansaremos de insistir: venir á Roma para encerrarse en un estudio y seguir pintando ó modelando, es tirar el dinero en balde; para esto vale más quedarse en la patria, al amor del hogar, con el cariño de la familia, inspirándose allí, dado que, según cuentan. en ninguna parte faltan elementos de inspiración para el arte moderno. Los que vienen acá deben decidirse á producir poco en un principio, á estudiar mucho siempre, y si tienen las condiciones que real y verdaderamente debe poseer el artista de nacimiento, podrá tardar más ó menos, pero cogerá frutos sin cuento y se enriquecerá de inspiración para siempre.

El genio artístico romano fué pobre siempre en cuanto á la producción: cuando para el pueblo que fué señor del mundo realizar una conquista representaba solamente un viaje, aguijoneado por el afán de dominar no reposó nunca. Al cerrar Augusto las puertas del templo de Jano, las legiones se habían paseado por todas las comarcas de la tierra conocida, y Roma, la capital por excelencia, fué fondo en que vinieron á parar las riquezas de todos: ellas despertaron el amor á las artes y el afán de lujo; los Verres fueron tantos, que el gran orador romano hubiera podido pasar su vida acusándolos; las depredaciones fueron innumerables, los saqueos continuos; las maravillas artísticas de la antigua Grecia, las severas producciones del arte etrusco y egipcio, los bellísimos caprichos y cuidadas fantasías de las regiones italianas del Mediodía que se miran en los tranquilos espejos que forman los golfos de Tarento y Otran to vinieron á la *urbs* Aquí fueron encanto de todos, hasta que nuevas ideas inspiradas más en el cultivo del espíritu que en el acariciamiento de la forma, los hicieron caer en el olvido y durmieron mucho tiempo en absoluto reposo, bajo la pesada capa de tierra que los siglos aglomeraron sobre ellos. El sol de nuevos tiempos los iluminó otra vez; gracias á esto renacieron las artes, esto es, gracias al estudio que se pudo hacer de los mismos.

Hay tantas maneras de ver, siendo sólo una la acertada, que en gran número de casos los elementos de que aquí se dispone sirven para poco Esto se debe casi siempre á falta de condiciones naturales ó á falta de estudios; en no pocos casos á las dos cosas reunidas. No puede explicarse de otra manera la dificultad absoluta que manifestaron en sus obras ciertos artistas, incapaces de ocultar el modelo que se encuentra en la calle, incapaces de dar á la escena sabor local y de época: no basta venir á Roma, es necesario penetrarse de cuanto atesora, estudiarlo, retrotraerse en el tiempo, sentir como ha debido sentirse en cada siglo, y entonces, sólo entonces resultará la obra. No se verá, por ejemplo, una madre de los Gracos que no pasa de señorita moderna, enseñando la doctrina cristiana á dos pobrecitos areneros, ni una Tulia, que más que ambiciosa y perversa hija de reyes, parece desaforada vendedora de hortalizas que se dirige presurosa al mercado; no se verían cuadros inspirados en recuerdos clásicos que semejan escenas carnavalescas en que chocharos y trasteverinos se disfrazaron porque era tiempo de hacerlo.

Por fortuna suya y felizmente para el arte, Mariano Benlliure entendió lo que debía entender; verdad es que disponía de excepcionales facultades; recién llegado de Roma pintó no pocas acuarelas, que entonces se vendían bien; mas la mayor parte del tiempo la invertía en el estudio que tan opimos frutos le ha producido. Conociendo la técnica como la conocía, dibujando admirablemente, cosa poco común entre los escultores, por más que parezca extraño, la producción no podía embarazarle, le preocupaba el desenvolvimiento de la idea, á la que hay que dar forma á propósito, para que el público se apodere de ella, la haga suya, la comprenda desde el primer momento y pueda cada cual hacerse la ilusión de que fué quien la sugirió al artista. Este dificilísimo resultado lo consiguió Benlliure con el *Monaguillo*, primera escultura que hizo en Roma: la expresión del muchacho travieso que manejando el incensario con poco cuidado, se abrasa la mano, y contorciendo todo el cuerpo por el dolor, se la lleva á la boca, en tanto salta por la irritación nerviosa que le produce el chasco, no puede ser más propia. No hay en toda la obra un detalle ajeno á lo que debe sentirse en caso semejante: la contracción del rostro, las convulsiones de los demás miembros, sorprendidas por el artista en el momento más oportuno, todo en fin, hace recordar una escena que muchos habrán visto, que todos creerán ver real y verdaderamente.

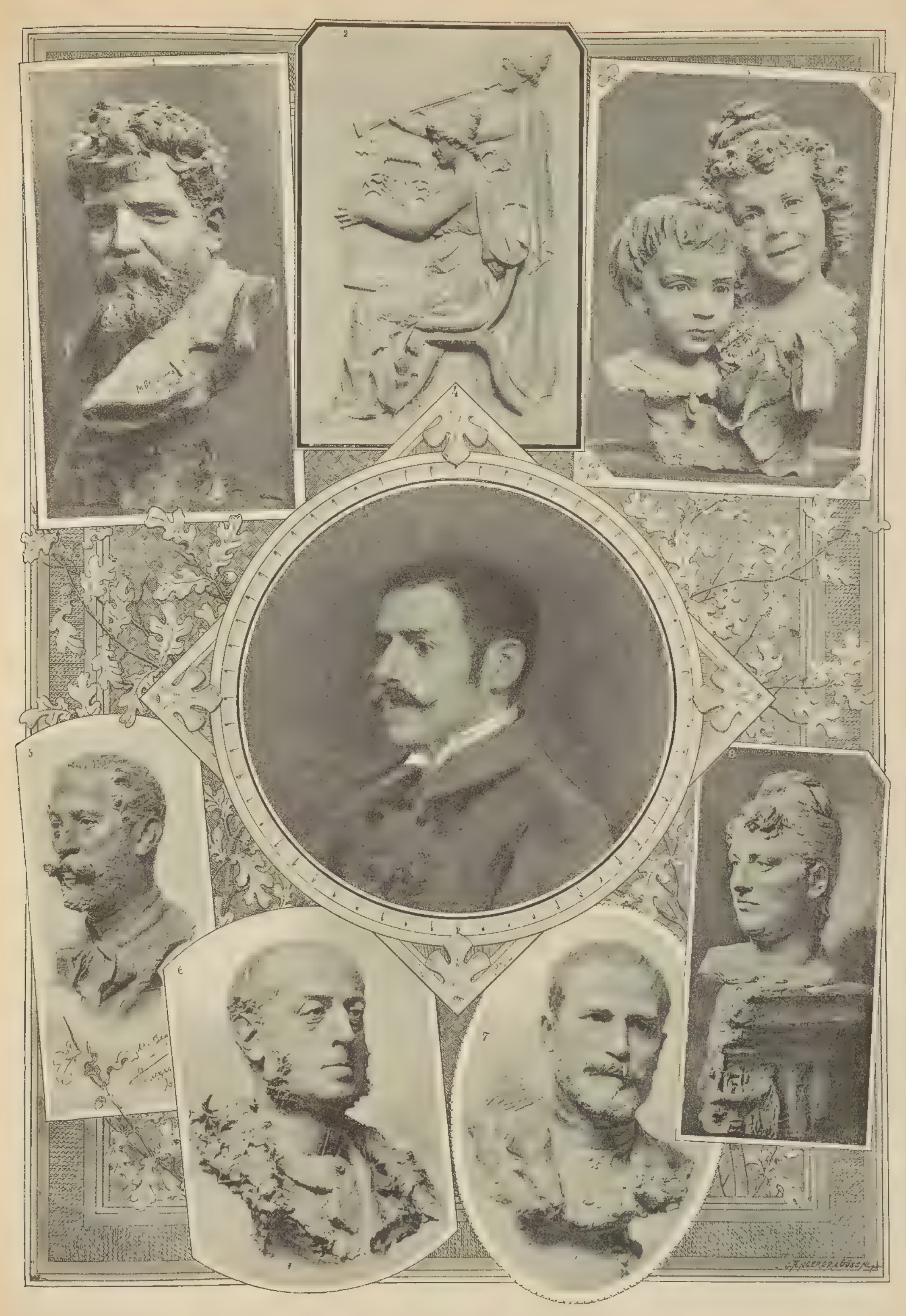
Ejecutada con sobria espontaneidad, que es una de las características de tan distinguido artista, llamó extraordinariamente la atención y fué premiada con medalla de segunda clase en la Exposición de Madrid el año 1884. En la carrera del joven artista representaba un progreso, pero cuantos lo conocían afirmaron que aquello le era fácil, que no había tenido que realizar grandes esfuerzos desde que salió de la corte para llegar á tal punto. Era menester ocasión propicia para que probara su genio y los beneficios conseguidos desde que llegó á Roma, y afortunadamente no tardó en presentarse. El riquísimo americano Marquardt, cuyos viajes á Europa esperan los artistas como los judíos la venida del Mesías, visitó su estudio, y en vista de los trabajos que admiró allí, no titubeó en encargarle tres bajos relieves de asuntos clásicos.

Dos de ellos debían decorar nichos de esquinas que rompen los ángulos del elegante saloncito de música del potentado americano; el tercero, largo y estrecho, debía correr como elegante friso sobre una chimenea. Determinados los asuntos, Mariano Benlliure acometió la empresa, probando que él había entrado en Roma y Roma en él. *La carrera de carros en el Circo Máximo* es una creación admirable: los divertimientos griegos sufrieron al pasar á Roma la corrupción impuesta á todo durante la época imperial; allá en la patria verdadera del arte, el circo, la palestra, el hipódromo, estaban reservados á jóvenes que debían acrecentar su fuerza, adquirir agilidad y prepararse á todo evento, y Píndaro halló motivos de inspiración para cantar la gracia varonil de los vencedores en unos juegos que según la tradición mítica habían sido la primera vez ejercicio de los dioses cuando Apolo otorgó la rama de laurel á Pólux, que venció en el pugilato, á Cástor en la carrera de caballos, á Hércules en el pancracio, á Calais en la carrera, á Zetes en el combate con armadura, á Talamón en la lucha y á Peleo en el disco. En Roma se adulteró todo; sacios de lo natural y admitido, cuando probaron ser dignos de dominar al mundo, comenzaron las extravagancias: los cocheros del circo, gente despreciable hasta entonces, fueron envidiados por hombres libres y patricios; los caballos finísimos de nuestra España, tan ponderados para los juegos aquellos, sustituídos por perros, tigres y elefantes; la púrpura imperial se empolvó más de una vez, tomando parte en aquellas carreras que embriagaban al pueblo romano, que cantaron sus poetas, que con tan vivos colores pintaron los apologistas Lactancio y Tertuliano.

Extendiéndose á más el bastardeamiento, no fueron sólo hombres los que se expusieron á las duras y descaradas invectivas del populacho. Las mujeres fueron también aurigas en el circo; la carrera representada por Mariano Benlliure es una de estas; el incidente uno de los más interesantes: una de las cuadrigas triunfantes desde el principio, *occupavit et vicit*, como decían en el *sport* de entonces, se halla próxima á la meta; uno de los caballos *jugales*, rendido ya, cae; los dos de la derecha lo arrastran, en tanto que espantado el *funalis* de la izquierda se alza sobre las patas traseras; la hermosa mujer que lo guiaba ha sido despedida del carro vuelto y es arrastrada necesariamente, dada la manera de llevar las riendas; su augustia es tanto mayor, cuanto que la muerte es cierta, pues á pesar de los esfuerzos de su conductora para cambiar la dirección, la cuadriga inmediata, que conseguirá el triunfo, se le viene encima.

En esta interesantísima escena, como en la expuesta en el otro bajo relieve semejante, que representa el momento en que un gladiador que ha vencido á su contrario mira orgulloso á la muchedumbre para ver la dirección de los pulgares, indicadora de si dejará la vida ó rematará al aterrado, probó Benlliure un adelanto considerable: aquel joven que hasta poco antes había hecho santos y toreros, que hacía meses había conseguido una medalla por la figura que no pasa de constituir detalle de la vida real, observable en cualquier momento, probó al par que progreso en la técnica, grande amor al estudio, que realizado en buenas condiciones, es siempre productor de frutos inmediatos. Por grande que sea el talento de un hombre, las cosas que existieron hay que reconocerlas, no se pueden inventar; para reconstruir una escena clásica no basta el estudio de los objetos que deben figurar en el cuadro, ni disfrazar los modelos con trajes de la época. En los mosaicos de Lyón y Barcelona, en piedras grabadas y medallas, hay figuradas carreras de carros en que puede estudiarse la indumentaria y los arreos; en el museo Vaticano se conservan bigas y arneses de época romana fáciles de copiar; entre los modelos que vienen de la provincia romana, entre los habitantes del Trastevere, hay mujeres musculosas, de elevada estatura, como debían ser las impúdicas que se prestaban á divertir al pueblo en el circo, pero con la suma de estos elementos no se obtendría jamás una escena romana si no la redondea el genio del artista ¿Qué importa el concienzudo estudio de armas, arreos é indumentos si falta el conocimiento exacto del espíritu que debe animar la creación artística? ¿Qué importa que amigos ó conocidos den al pintor ó escultor la traducción de un pasaje de Tito Livio ó de Tertuliano para que adquiera conocimiento del asunto que debe tratar, si falta inspiración con que iluminar lo referido por el historiador ó el apologista? La verdadera fortuna, la gran suerte que algunos decantan tanto como auxiliar de Mariano Benlliure, es esta: que una palabra lo inspira; que con los más sencillos elementos reconstruye un cuadro, presentando la escena como debió ser. Si aquellos antiguos romanos para quienes la vida estaba reducida á *panem et circenses* alzaran la cabeza ahora, si no morían de nuevo y repentinamente al ver el yermo que se extiende en lo que fué arena del Circo Máximo, parte de la que está ocupada por pobrísimo cementerio judío, podrían reconocer la escena reproducida, copia de una de aquellas tan frecuentes en los juegos. Estos bajos relieves, que no son grandes, tienen un ambiente inmenso; unos caballos se mueven jadeantes, otros saltan asustados; la auriga arrastrada expresa, al par que el dolor sufrido en la caída, el miedo que le causan las pisadas de los corceles que se le vienen encima; al par que la cólera por el fracaso, rabia del alma enconada al sentir las invectivas de quienes antes la admiraban y entonces la despreciaban.

En el tercero de los bajos relieves ejecutados para Mr. Marquardt probó Mariano Benlliure más atención, mayor gracia é igual suma de conocimientos. El asunto es una *Bacanal*, inspirada no en el concepto que llegaron á tener estas fiestas en la antigua Roma, sino en la alegre calma que fué encanto de las mismas en la Grecia clásica; representa no las



1. EL PINTOR D. FRANCISCO DOMINGO. – 2. LA ARMONÍA, bajo relieve. – 3. NINI Y MARIANOTE, hijos del artista. – 4. RETRATO DEL ESCULTOR D. MARIANO BENLLIURE, pintado por su hermano D. José – 5. EL PINTOR D. JOSÉ VILLEGAS. – 6. EXCMO. SR. D. MANUEL SILVELA. – 7. JULIÁN GAYARRE. – 8. LA ESPOSA DE BENLLIURE

fiestas establecidas en Etruria por aquel *Græcus ignobilis*, como llama Tito Livio al importador de tales fiestas, ni la orgía desenfrenada que denunció la sacerdotisa de Baco, Paculla Annia, sino el triunfo de Dionisios, la alegre procesión en que sátiros y bacantes, después de haber hecho sacrificios al más alegre de los dioses, desfilan cantando y bailando al son de los instrumentos gratos al hijo de Semele. Salen del templo cuya ancha gradería forma el fondo de tan admirable bajo relieve: á la izquierda, recostados en los escalones, se ven dos adoradores, sin duda de los más fervientes, que no se hallan ya en estado de seguir la comitiva que camina con la animación y el arranque que imprime la orgiástica fiesta: unos tañen los instrumentos que alegran, otros esgrimen tirsos, muchos entre sí enlazan los brazos y saltan al compás de la música bulliciosa; ménades con las cabezas ceñidas por verdes y frescos pámpanos van sobre leonas y panteras, guiadas por hábiles domadores, y abriendo el cortejo marchan pausadamente tres mujeres elegantísimas, cubiertas por amplio peplo, tocando tibias. El conjunto bellísimo no desmerece en nada si se analiza nimiamente; no hay un detalle descuidado y revela atentísimo estudio de los monumentos en que forzosamente tenía que inspirarse.

En la parte hecha del monumento que agradecidos paisanos pensaron elevar al marqués de Campos, que viviendo más tiempo hubiera tenido exageradamente la satisfacción que con justicia acordaron sus compatriotas á Wéllington, y de quien pocos se acuerdan ya, probó Benlliure que servía para hacer grande, según dicen los del arte. En dos de las figuras que habían de colocarse en los ángulos del pedestal, base de la estatua del ilustre banquero, representó la Agricultura y el Comercio. El contraste no podía ser más vistoso: la figura de mujer, representación de la primera, el hombre que representaba al segundo, son estatuas de pureza clásica tan grande, que atestiguan detenido estudio de los maestros cuya reputación será eterna. Puestos á contribución los tesoros de arte que encierran los museos romanos, habiendo visitado con el detenimiento que merece la capilla florentina de los Médicis, donde Miguel Angel dejó las más grandes pruebas de su genio colosal, Benlliure modernizando las representaciones, hizo la escultura más perfecta que tal vez hasta ahora ha salido de sus manos. Sin incurrir en exageraciones barrocas y de mal gusto, las hizo con la amplitud de formas que exigía el asunto y las proporciones del monumento en que debían figurar, conservando en el desnudo la castidad necesaria para que la mente se eleve y la materia permanezca muda, requisito que nunca deben olvidar los escultores y que desgraciadamente no recuerdan el mayor número, por no sacrificar otras condiciones. Estas figuras valieron á su autor medalla de oro y otra igual consiguió en la Exposición de 1887 por la estatua de Ribera, en que supo sorprender los dos sentimientos más grandes del pintor valenciano: el amor al arte y el carácter belicoso campean con grandísima fuerza en aquella figura, que á más de probar el valer de Benlliure como escultor, es en la plaza de su ciudad natal testimonio de afecto y cariñoso recuerdo hacia la población en que vió la luz y pasó los primeros años de su vida.

Conocido ventajosamente como no podía ser menos, Benlliure ha seguido trabajando y progresando siempre; verdad es que ha tenido el estrecho campo que se preparó con sus obras anteriores, gracias á las que en todas ocasiones lo han recordado para trabajos que exigían el valor real que posee. Su estatua á *Doña Bárbara de Braganza*, el monumento al *teniente Ruiz*, héroe de nuestra independencia injustamente olvidado por mucho tiempo, el elevado á la gloriosa memoria del primer *marqués de Santa Cruz* son producciones con cada una de las cuales cualquier escultor habría hecho su reputación. Dotado de sentimiento exquisito, estudiando profundamente la época del personaje que debe representar, inspirándose perfectamente en el concepto que han de manifestar, todas sus estatuas resultan páginas de historia. El carácter bondadoso de la virtuosa esposa de Fernando VI se advierte desde luego en la figura alzada ante el monumento de que fué fundadora, de la misma manera que resalta el valor sereno en la de D. Alvaro de Bazán, y en el héroe de nuestra independencia brilla la bravura entusiasta, el arranque impremeditado á que lleva el verdadero amor á la patria.

Afortunado en la ejecución de estas obras grandiosas, en que supo traducir al mármol y al bronce proezas guerreras, hechos heroicos y virtudes imperecederas, no lo podía ser menos en obras más ligeras al parecer, pero que para ser buenas es necesario que en ellas haya vencido el artista gran número de dificultades. Más de una vez, hablando con señoritas aficionadas al arte, nos ha sorprendido la declaración hecha con suma modestia de que no pintaban más que flores. Quien tuviera la desgracia de ignorar lo que son las más bellas galas de la naturaleza, podría creer, oyéndolas, eran cosas tan fáciles de retratar que con escasos conocimientos y poquísimo trabajo se conseguía; nada más lejos de la verdad. No podrán llevarse nunca á la paleta humana los tonos delicados que embellecen las corolas, la mano del hombre no será apta jamás para trasladar al lienzo la suavidad y morbidez de los pétalos que recrean la vista. En escultura hay una extravagancia semejante: un escultor incipiente acomete sin rodeos la ejecución de un busto, de un retrato, creyendo que la proporción y el dibujo bastan para conseguir el parecido y que esto es todo. El error no puede ser más grande; la mascarilla obtenida sobre un cadáver, no desfigurado por penosa agonía ó por convulsiones violentas, acusa una semejanza exacta, y sin embargo, una mascarilla no puede llamarse jamás retrato; falta en ella algo esencial, falta la vida, el movimiento en la expresión, que salva muchas veces la obra aunque carezca de otras condiciones. Las facultades de Benlliure son aptas como las de pocos para este género de trabajos que muchos consideran sin importancia: hace años lo probó así. Cuando volvía de Madrid premiado por el *Monaguillo* de que hablamos al comenzar, vió en París á su paisano y amigo el distinguido pintor *Domingo* é hizo el busto más bello y de expresión más grande que puede desearse: los que conozcan al autor de *Santa Clara* nos darán seguramente la razón: nada más parecido, nada más animado; los que no le conozcan concederán sin esfuerzo que es la imagen de un hombre de talento, de genio inquieto, de ánimo arriesgado. Este, que fué su primer trabajo en el género, le abrió la puerta, y desde entonces á guisa de distracción (que para él lo es ciertamente) ha hecho no pocos, y todos resultan acabadísimas obras de arte. La enumeración completa resultaría demasiado larga, por lo que sin esforzar la memoria mencionaremos únicamente el del distinguido hombre público *D. Manuel Silvela*, tipo severo, acusadísimo de líneas, que á cualquier otro hubiera resultado duro; el de nuestro querido *Pepe Villegas* respirando modestia encantadora, que es su condición sobresaliente, la bondad de su alma generosa que va hasta la exageración y que sin embargo resulta menor que su talento; el del malogrado *Plasencia* robado al arte cuando llegaba á realizar esperanzas que justamente había hecho concebir; el de su cuñada *María Benlliure*, madre amantísima en que sobresalen como condiciones la virtud de la cristiana, la belleza de las hijas del Turia y el grupo encantador en que alientan los hijos del ilustre artista. *Nini* y *Marianote*, como amistosamente llaman todos á las encantadoras criaturitas, han recibido nueva vida de quien les dió el ser: dichoso el padre que ve crecer á sus hijos, que los educa fundando en ellos esperanzas y alienta el consuelo de que habrá en el mundo quien lo acompañe y conforte en la achacosa vejez, que queda acá en la tierra quien cierre sus ojos cuando muera, quien llore su ausencia eterna; más feliz aún quien como el artista puede reproducir las imágenes queridas de estos pedazos del alma para tenerlas siempre delante; felicísimos los que para recordarlos ni deben cerrar los ojos á la vida ni descender á la eterna noche de pena que produce una pérdida irreparable, quienes para verlos no tienen que ensanchar las heridas del alma, donde viven eternamente cuando vuelan al cielo.

Oímos contar que compitiendo dos cantantes, una italiana, otra española, aquélla al finalizar un aria exclamó soberbia: *¡Cosi si canta in Italia!* Al acabar el suyo nuestra compatriota, la miró con faz satisfecha por haberla aventajado y le dijo: *¡Cosi si canta nell cielo!* No sabemos cómo cantaría; mas si le quedó absoluta seguridad de ser cierto lo dicho entonces, á buen seguro que se habría arrepentido oyendo al inmortal Gayarre. No es fácil olvidar al artista inimitable, muerto en la flor de los años, en la plenitud de la vida, en el apogeo de la gloria: aquel tenor en que encarnaban perfectamente los personajes de los grandes poemas musicales de todos los tiempos, digno de estatuas en vida, no alcanzó á tenerlas por la brevedad de la suya, mas tendrá monumento que perpetúe su fama, que dé á conocer sus gloriosos triunfos en la escena, obra debida á Mariano Benlliure, con la que dará nuevo testimonio de su genio. Sobre ancha gradería asienta amplio sarcófago, cuyos lados decoran grupos de angelitos sosteniendo fajas en que están inscritos los títulos de las óperas en que se distinguió nuestro compatriota: sobre este sarcófago que recuerda los más bellos de las tumbas famosas del Renacimiento, posan dos figuras semidesnudas, cuyos paños flotan en parte, en parte caen sobre el primer cuerpo, rompiendo el plano: sostienen el ataúd de riquísima ornamentación, sobre el cual, coronando todo el monumento, hay un ángel con las alas desplegadas, sin duda el de las más puras melodías, en actitud de escuchar. La idea de que aun muerto Gayarre cautiva con su voz á los ángeles, es poética en alto grado, y cuando en presencia de aquella obra se recuerda al hombre cuyo cadáver debe contener y vienen á la memoria los acentos desesperados de Roberto, los apasionados lamentos de Arturo, la satisfacción inmensa de Vasco de Gama, el amor purísimo de Fernando, se cierran los ojos á la realidad, la ilusión se hace completa y parece que efectivamente suena la voz incomparable de aquel tenor y que laten en el aire las dulces notas del *Spirto gentile*. Monumento en que no hay un detalle descuidado, llama justamente la atención por todos conceptos y desde luego se impone la figura de la Música, que llora sentada en las gradas, apoyando la cabeza en la lira. Es tan sentida, tan pura de líneas y tan perfecta, se halla tan bien colocada, respira tanto el justo sentimiento de que el autor la hizo rebosar, que será sin duda una de las más bellas creaciones de Benlliure.

Al par que en este monumento, trabaja febrilmente en otro cuya premura exigen las circunstancias. El año en que nos hallamos es centenario de dos fechas memorables, gloriosísimas para nuestra patria, de suma importancia para la historia universal. Hace cuatrocientos años, reinando en Castilla la más grande de las reinas, la virtuosísima Isabel I, nuestra patria, después de incalculables esfuerzos, pudo sacudir el yugo agareno: otra vez pasados siete siglos lució la cruz donde por flaquezas del último rey godo había campeado la media luna. Hace cuatrocientos años que después de cruelísima peregrinación por repúblicas y cortes, un obscuro navegante, que ofrecía un mundo y de quien todos reían, llegó al Real de Santa Fe y puso á los pies de nuestra reina todas sus esperanzas. Ella, que tanto había hecho por Dios, tuvo preciada recompensa en la inspiración sin duda venida de lo alto, y acogiendo con cariño á quien los demás reputaban loco, no sólo evitó que lo llegara á ser, viéndose despreciado, sino que lo alentó en sus esperanzas y le proporcionó medios para que llegaran á ser realidades. La celebración de ambos hechos se imponía al decoro nacional y España se apresta para que resulte apoteosis. Ninguna ciudad tan digna de contener el monumento conmemorativo de ambas empresas como Granada: allí, donde nuestros reyes pudieron decir que ceñían la corona de España, dieron medios para conquistar las de un nuevo mundo; y allí, en la oriental sultana que lloró el rey moro con justísima razón, se alzará el que por encargo del gobierno está ejecutando Mariano Benlliure. Los lados del extenso pedestal van decorados por bajos relieves inimitables: uno representa el episodio del sitio de Vélez Málaga, cuando Fernando el Católico, sorprendido por feroz algarada, montó á caballo sin más armas que el peto, sin más defensa que la lanza, y ciego de ira arremetió contra la morisma, poniendo en gran riesgo su vida, que salvaron valientes capitanes, probados en la guerra, á quienes el rey dió ejemplo en aquella memorable jornada. El de la parte opuesta representa la firma del tratado entre los Reyes Católicos y Colón, el momento en que se alza la reina y extendiendo la mano para firmar, levanta los ojos al cielo pidiendo feliz éxito para una empresa cuyos preliminares había defendido con todo el calor de su alma.

Maestro en la escultura, y superando á los mejores en el bajo relieve, Benlliure, en estos dos que resultan cuadros, se ha excedido á sí mismo, consiguiendo probar sus maravillosas facultades en el contraste que resulta de ambos. En uno ha expresado todo el ardor del combate; tiene todo el movimiento, toda la vida que requiere el asunto; es una escena de guerra con que se han identificado perfectamente sus ardores juveniles. El otro, escena de paz, está inspirado en la calma, en el recogimiento que presiden á todos los grandes sucesos.

Dos figuras alegóricas, Europa y América, situadas cada una en los extremos del frente, alzan un paño en que campea el escudo de España, descubriendo las dos fechas memorables, la de la rendición de Granada, la del descubrimiento del Nuevo Mundo.

La grandiosidad y perfección de los accesorios no distraerá la atención del grupo principal, digno de la más detenida. Lo forman la reina y el audaz navegante. Ella, cubierta con el pesado manto real, ceñida la cabeza con la corona que tan bien había ganado, escucha atenta, sentada en rica silla gótica, las demostraciones del creído aventurero que medio arrodillado en las gradas del trono le indica en el mapa la nueva ruta que le llevará á la inmortalidad. La expresión de la reina es tan noble, tan elevada, tan grande, que no hubiera sido posible confundirla aun sin los indumentos de su alta jerarquía; aquella



JARRÓN DE BRONCE, obra de D. Mariano Benlliure

es una reina, pero la buena, la magnánima, tal como se comprende al leer su vida. En el rostro de Colón luce el aire persuasivo de quien habla inspirado por la fe y el conocimiento más grandes: aquél, sin que pueda dudarse un momento, es el Colón de la historia, trabajado por las fatigas de sus infructuosos viajes anteriores, cansado de sufrir desvíos, desengaños y burlas, que halla al fin quien lo escuche bondadosamente, y siendo uno é indivisible, como no podía ser de otro modo, el momento escogido, la faz aquella parece que realmente se dilata y que se anima la mirada.

Lo repetido de un asunto en que desde hace tiempo se ensayan artistas de gran valer, la disparidad de las figuras, la necesidad de una acción determinada, eran escollos de gran importancia, y todos los ha vencido Benlliure magistralmente en el breve plazo de que podía disponer. Comenzado en los primeros días del año, se inaugurará en Octubre, y cuando se conozca la historia de un monumento grandioso que tantos méritos atesora, cuando se le vea tan bueno y tan bello, todos entonces, como nosotros ahora, concederán excepcionales facultades al artista, porque realmente las posee.

Este ligero estudio, si se atiende al escaso mérito que tiene, resultará largo; mas á juzgar del período de vida que abarca, y comprendiendo lo que Mariano Benlliure vale, no pasará mucho tiempo sin que resulte capítulo insignificante de la biografía que deberán hacerle.

A. FERNÁNDEZ MERINO

LA DUQUESA EN BERLINA

Ni sus facciones eran perfectas ni su figura escultural; pero bañaba su rostro una simpatía tan insinuante y conmovedora, que verla sin admirarla era imposible.

Su nombre y sus blasones resonaban fríos como un rosario de viejas rezadoras, pero su presencia y su verboso ingenio aparecían atractivos y ardientes.

Al nacer la pusieron bajo el patrimonio de santas respetabilísimas, como Agustina, Dorotea, Macaria, Escolástica, etc., etc., y á los diez y ocho años heredó entre otros títulos campanudos los de marquesa de Peña Dura, condesa de Roca Nieve y baronesa de Piedra Firme; pero sus amigos la llamaban solamente A-Tea, contrayendo sus dos primeros nombres en una sola palabra, cuyo significado, por feliz casualidad, era símbolo del carácter de Agustina, más que razonable y caviloso, incrédulo y descontentadizo.

Aunque A Tea nada creía, todo lo inspiraba; su poder, tanto como absoluto, era incomprensible. Violenta como el fiero huracán en sus arrebatos, penetrante como lluvia continuada en sus empeños, devastadora como la hoguera bien prendida en sus odios, cubría sus pasiones con una placidez incomparable, haciendo el daño sin esfuerzo, sin ruido, sin ardor. Su sociedad era un mundo encantado: nunca resonaban en su presencia los ayes dolorosos de los vencidos ni las blasfemias de los impotentes... Con una contracción de sus labios, que nunca fué sonrisa; con una mirada siempre ajena de ternura; con un gesto insignificante de absoluto desdén, sabía disfrazar dolores y penas infernales, que cediendo al deseo de A-Tea cubríanse con máscara de mentirosos placeres y dichas envidiadas.

Así no resonaba jamás cerca de Agustina el rumor sordo pero iracundo que se levanta siempre contra los abusivos tiranos, y ni á los poetas más admirados ocurrióseles una sola vez llamarla, no ya «Sirena irritante y fascinadora,» ni siquiera «Circe incomparable y malévola;» sólo un hombre, indiferente á las novelas amorosas que se desarrollaban alrededor de Agustina, tuvo el capricho de bautizarla nuevamente con una frase breve que sintetizaba la pretenciosa elegancia, la frivolidad y la indiferencia de A-Tea. Este hombre, más curtido en los lances de la caza que avezado á cortesanas aventuras, más dichoso con la satisfacción de fáciles deseos que con la esperanza de ruidosas conquistas, era D. Enrique Díaz de la Espuma, duque de Negra Sombra: nobleza de primera clase, caudal de primera fuerza y figura de primera magnitud; tres veces gigante y tres veces poderoso, por su alcurnia, por su hacienda y por su arrogante gallardía. Acaso también por su brusquedad sin ejemplo y su independencia semisalvaje.

Una tarde al entrar el duque de Negra Sombra en el casino, acercóse por casualidad, pues no tenía costumbre de hacerlo, al grupo que formaban los jóvenes más elegantes y *fin de siglo* ocupados en repetir el mismo tema de conversación, pues hablaban solamente de mujeres.

Un desesperado consumía un turno recordando con muchísimo respeto los desdenes y *espiègleries* de Agustina.

El duque interrumpió al orador para decir lo siguiente:

– Ocurren tales cosas porque son ustedes unos majaderos.

Hubo en el auditorio indescriptible sorpresa: el preopinante abre los ojos desmesuradamente como si quisiera librarse de una pesadilla.

– Analicemos, prosigue Negra Sombra. ¿Dónde ven ustedes los encantos arrebatadores de A-Tea? ¿En su cara que no es bonita? ¿En su cintura que no es airosa? ¿En su cuerpo exento de llamativas morbideces? ¿En su mirada que parece un reflejo sobre la nieve? ¿Acaso en su fácil sonrisa que ningún apetito despierta, ó en sus andares faltos del gracioso meneo que hace retemblar las expresivas curvas... cuando hay curvas? Allí faltan roces y calor humano, créanlo ustedes; anda con máquina; tiene dentro del pecho un mecanismo de relojería en vez de corazón, y así va ello; no es una mujer, es un *bebé de lujo*

¡El *bebé de lujo!*: buena cosa dijo el duque; sólo él podría permitirse tal audacia; pero ya puesta en juego, hubo algunos despechados que se revistieron de valor para repetir públicamente aquel agrio calificativo.

Y llegó muy pronto á oídos de Agustina, la cual escuchándolo no hizo ningún ademán que demostrara su disgusto; antes celebró el acierto de Negra Sombra con estas palabras:

– El *bebé*... cómo soy chiquita... me cuadra mejor que A-Tea... Esto era muy fuerte. A Tea... El *bebé de lujo*... Largo resulta, pero tiene gracia... muchísima gracia... ¿Desde cuándo se le habrá despertado el ingenio á ese animal?... *Bebé de lujo*... Bien... Yo creí que sólo era certero en la caza... pues ahora también hizo buena puntería.

Y no se habló más de aquello.

Al cabo de cinco meses dióse como cierta una sorprendente noticia.

El duque de Negra Sombra contraía matrimonio con la marquesa de Peña Dura.

El *bebé* mecánico había humillado al gigante forzudo y poderoso.

A-Tea estaba enamorada, Enrique loco de amor.

La boda fué un acontecimiento incomparable; verificóse á las ocho de la mañana en la capilla del hotel de la marquesa, y á las diez trasladáronse los novios al palacio del duque.



BAJO RELIEVE DEL PEDESTAL DEL MONUMENTO ERIGIDO EN MADRID Á LA MEMORIA DEL TENIENTE RUIZ, obra de D. Mariano Benlliure



Monumento erigido en la plaza del Rey (Madrid) en honor del teniente D. Jacinto Ruiz, obra de D. Mariano Benlliure



EN EL CIRCO, alto relieve de D. Mariano Benlliure

Al pie de la escalera Enrique se apeó del carruaje saltando con ligereza, y volvióse rápidamente para ofrecer apoyo á su esposa; ella, en lugar de darle la mano, arrojóse con abandono en los brazos del duque, que la oprimió dulcemente, y en vez de apoyarla en el primer escalón levantóla sobre su pecho, y corrió, sin darse cuenta de su arrebato, hasta la cámara nupcial.

A-Tea sonreía, Enrique deliraba.

– *Bebé*, mira tu *bebé*, que te ama, que te hace gozar, que morirá por ti si es preciso, murmuraba tiernamente Agustina.

– *¡Bebé* de mi alma! Para nosotros quedó atrás el mundo; estamos ya en el paraíso, donde no hay ventura mayor que la que tú me ofreces.

– Volveremos al mundo... Volveremos á sufrir...

– Nunca; este placer no tiene límite: será eterno.

– Para ti... Yo en cambio sufro. ¡Esto es horrible! ¡Sí, estoy celosa!

Y se puso á llorar con estrépito.

– ¿Celosa?, preguntó Enrique desconcertado. ¡Celosa!, repitió sin saber lo que decía. ¡Celosa! ¡Celosa!... ¿Cómo puede ser?

– Tú has conocido á tantas mujeres antes de conocerme;... tantas hubo que te brindaron caricias... A mi lado las recordarás á todas horas, porque yo desconozco el secreto de tus pasiones, carezco de atractivos materiales, no sabré hacer lo que hicieron ellas para refinar tus placeres... Tú lo dijiste un día y acertaste; soy un *bebé de lujo*, un juguete de porcelana insensible y frío... Quisiera ser un vaso de oro rebosando sensualidad...

– ¡Lo eres todo para mí!

– No unas el engaño al engaño. Me adoras y me compadeces; pero bien sabes que no soy lo que tú decías, lo que tú necesitas para tus goces.

– Necesito verte dichosa para ser dichoso.

– Y los recuerdos fascinadores de aquellas mujeres, ¿cómo se borran?

– Yo no he querido á nadie más que á ti.

– Pero has gozado mucho.

– Porque no te conocía.

– Yo soy otra cosa. *Ellas* me vencen; saben más que yo. Hicieron de las pasiones un oficio.

– Tú eres otra cosa. *Ellas* la imagen grosera que brilla con mentidos resplandores; tú el mismo Dios que baja de los cielos para redimirme y glorificarme. ¡Agustina! Tus dudas me descorazonan y tus sufrimientos me matan. Piensa en lo que te adoro y en lo que me quieres; aparta ideas tristes.

– Bien: para no turbar tus goces callaré, sufriendo y llorando cuando mis lágrimas no puedan molestarte...

Así amargó sus labios el fiero duque de Negra Sombra con la primera gota de hiel.

Y ¡desde aquel día tuvo que tragar tantas!

Los celos, que se habían levantado como una imagen borrosa y tenue, fueron creciendo hasta convertirse muy pronto en desencanto amenazador y terrible.

Ya no era el pasado alzándose como una visión fantástica, era el presente apareciendo como una realidad corpórea. Ya no eran recuerdos los imaginados enemigos, eran *ilusiones* recientes y *esperanzas* conmovedoras.

– Anoche, anoche... ¡cómo te miraba Teresa!, pensaréis que no lo noté, decía descomponiéndose Agustina. ¡Teresa! ¡La virtuosa! ¡No tiene mala virtud!... pero en cambio tiene buen descote... ¡Traidores! ¡Canallas!... ¡Quita! ¡Sucios!

A la tarde siguiente otros cantares:

– ¡Gracias á Dios que os pesqué! ¡Miren la melindrosa! ¡Y cuántos gestos hace delante de ti! ¡Carmen, Carmen! Sí, sí, Teresa también; pero Carmen aún más. Y me fastidia por lo que tú sabes... Aquellos ojos que parecen hogueras... ¡cómo te atraen!... Oye. Te prohibo que la mires... Ya me cuidaré de que no vuelva. Cualquier día sucederá un desastre aquí, porque me saca de tino.

Y así todos los días.

Enrique, sufriendo sin cesar tantas amarguras, amaba con delirio á su mujer, procurando por todos los medios imaginables mimarla y satisfacerla.

¡Empeño inútil!

Sus atenciones eran remordimientos y sus caricias disimulos, á juicio de Agustina.

¡Qué situación tan envidiable para un esposo enamorado!

A cada hora nuevos contratiempos: á cada minuto inverosímiles recriminaciones. Teresa, Carmen, Luisa, Borja, Trinidad, Amparo, Isabel, Casandra, Gloria... mil figuras, mil sombras; agotado el *Flos sanctorum*, el mundo entero convertido en harén y Enrique gozando y eligiendo como un solterón; ¡pobre sultán!

¡Cuánto le martirizaban las imaginaciones de A-Tea, las infundadas imaginaciones que, además de robarle sus dichosas alegrías, le abrumaron alguna vez con el ridículo! ¡Ah! ¡El ridículo! Esta idea estremeciendo violentamente su cerebro pudo matarle. ¡Ridículo! Antes renunciar á todo, buscando en el suicidio la calma. Ofreciósele un momento como extraña visión la sociedad entera riéndose á carcajadas de sus delirios. ¡Morir! No hubo causa para tanto. Su energico, su indomable carácter ¿no dominaría el caprichoso delirio de una mujer, de una mujer que le amaba?; porque A-Tea le amaba mucho, y con el tormento de que le hizo víctima, probábalo mil veces.

El duque de Negra Sombra sonrió satisfecho; sentíase fuerte y estaba seguro de alcanzar completa victoria. ¿Por qué no se decidió antes á dar la batalla?

Flaquezas incomprensibles...

La voz de A-Tea vino á interrumpir sus meditaciones, diciéndole:

– Tu *bebé* se aburre porque no está contigo.

Y riendo plácidamente se besaron.

Una hora después la berlina de los duques de Negra Sombra rodaba por el paseo de la Castellana, confundida entre la multitud variadísima de coches que se reunen allí todas las tardes.

A-Tea y Enrique no hablaban abstraídos, en amorosa contemplación... Pero muy cerca oyóse una voz dulcísima, vibrante, y A-Tea, revolviéndose como un tigre para mirar á través del cristal y con los ojos encandilados y la boca temblorosa, murmuró:

– ¡Marta! ¡En este instante yo era feliz! ¡Siempre una sombra!

El duque, sin pronunciar una sola palabra, tiró tres veces del cordón que le sirve de aviso al cochero, el cual, sin perder su estirada postura, puso en juego las riendas para tomar, ya de regreso, el camino del ducal palacio.

Después que hubo parado la berlina, Enrique levantóse con calma, puso en el estribo el pie izquierdo y el derecho en el primer escalón, corrió luego el izquierdo hacia la izquierda y tendió el brazo derecho inclinándose hacia la berlina. En esta posición, A-Tea pudo apoyarse bien en su mano; pero no arrojarse, como siempre hacía, en sus brazos.

– Apéate, Agustina, dijo el duque impasible.

– No, yo no bajo, respondió ella secamente.

– Apéate, Agustina.

– He dicho que no.

– Mira que yo no puedo estar así mucho rato.

– Vete si te molesta.

Mientras el duque subía pausadamente al piso principal, A-Tea se reclinaba impasible sobre los almohadones del coche.

Al cabo de diez minutos un lacayo entregó á la señora una carta donde se leía lo siguiente:

«Sube y no hagas tonterías. Ignoras el resultado que pueden tener tus inverosímiles celos. Estoy resuelto á todo; á todo, menos á consentir caprichos humillantes de quien tanto adoro y tan despiadadamente me trata... Comienza hoy á ser justa y prudente.»

A-Tea cortó la hoja en blanco, y después de trazar en ella con un lapicerillo estas palabras: «No salgo de la berlina,» la dejó en el azafate, ordenando que se la llevaran al duque.

A las ocho acercóse al coche una doncella y dijo:

– La señora está servida.

Y A-Tea contestó:

– Que coma el señor duque; yo no salgo de aquí.

A las nueve bajó un criado y dijo al cochero, que permanecía inmóvil con las riendas en la mano:

– El señor duque manda que desenganchen.

Los mozos desengancharon, pero el cochero siguió imperturbable y más tieso que un huso sin atreverse á bajar mientras la señora no se apeara.

Eran las diez en punto cuando apareció el mayordomo, pronunciando con tembloroso acento estas palabras:

– El señor duque manda que la berlina entre ahora mismo en la cochera y que yo le suba la llave.

Sólo con una orden como esta el cochero atrevió se á moverse del pescante. Bajó y empuñó la gruesa lanza, mientras el mayordomo hacía rodar con toda su fuerza y peso de su cuerpo la berlina empujándola. Al dejarla en su sitio cumplieron la orden rigurosa, cerrando con llave la puerta cochera.

Cuando el duque vió aparecer al mayordomo, el corazón se le hizo pedazos, palpitando con violencia.

– ¿Y la señora?, preguntó sin poder contenerse.

– La señora duquesa en la berlina, respondió el mayordomo asustado, como si hubiese cometido un crimen.

– ¿No dormía?

– No, señor duque; nos miraba inmóvil, pero con los ojos bien abiertos.

– ¿Qué os ha dicho?

– Nada, señor duque.

– Vete.

Y el mayordomo se fué.

– ¡Necio de mí!, reflexionaba luego el duque, oprimiendo la llave con sus dedos retorcidos. ¡Necio de mí! ¡Qué preguntas hago y qué cosas pienso! Ella... Estará muy tranquila... ó muy desesperada... Tendrá miedo acaso... Debo tranquilizarme, imponerme, recobrar mi tesón...

Dando vueltas por la casa, oyó al fin dar las doce de la noche.

Ya le fué imposible contenerse. Bajó en cuatro saltos la escalera, atravesó el patio en dos zancadas, abrió la cochera dando un portazo y se acercó á la berlina.

– ¡Tengo frío!, dijo A-Tea, estremeciéndose y volviendo á quedarse acurrucada entre los almohadones de blanco raso.

– ¡Pobre *bebé!* ¡Si estás yerta!, gritó Enrique oprimiendo á su mujer entre sus brazos.

Allí mismo la cubrió de besos, y ella reía, reía sin parar.

– ¡Estás helada! ¡Perdóname, amor mío! Estás helada; sufres...

– No, no sufro... Me siento bien... Así tus besos me parecen más ardientes.

Y el *feroz* duque de Negra Sombra subió una vez más la escalera de su casa llevando en brazos á su *bebé de lujo*.

Luis Ruiz y Contreras

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En las últimas excavaciones de Pompeya se ha descubierto una casa interesantísima desde el punto de vista arquitectónico: las columnas del peristilo son redondas en su mitad inferior y octagonales en la superior; las del atrio, en número de cuatro, son en parte redondas y en parte estriadas; el suelo es de hermoso mosaico y las paredes están cubiertas de frescos muy deteriorados, exceptuando uno que representa á Hércules conduciendo vivo el jabalí de Erimantho á Eurystheo.

– El difunto rey Carlos de Wurtemberg ha legado en testamento á la Galería de Bellas Artes de Stuttgart cinco magníficos cuadros al óleo, que son: *Muchachas italianas*, de Guffens; *Cabeza de estudio*, de Landelle; *Interior*, de van Howe, y *Campiña*, de Burkel, y además un cuadro de arquitectura árabe española de Bossuet.

Teatros. – En el teatro de la Exposición internacional de Teatros y Música de Viena se ha puesto en escena con gran éxito un baile del barón Otón Bouryoing, titulado *La ondina del Danubio*.

– El conocido explorador africano Teodoro Westmark se encuentra actualmente en Viena dando la última mano á una obra dramática que se representará el próximo invierno en aquella ciudad. Se titula *Entre los caníbales;* la escena pasa en el Congo y sus cuadros son: salida de los exploradores de Bruselas, en el Ecuador, una víctima de los hombres, á bordo del *Avant*, la estación de Leopoldsville, Tara Tara, en la residencia del rey Pohutabat, entre los caníbales. Entre los personajes figuran Stanley, Brazza y otros célebres exploradores.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Armand Gouzien, comisario del gobierno francés en los teatros subvencionados, cronista teatral de *Le Rappel* y autor de la música de una porción de canciones muy populares en Francia.

Amadeo de Bast, decano de la Sociedad de escritores de París, novelista que en sus buenos tiempos publicó cerca de 300 volúmenes.

Federico Bindseil, notable filólogo clásico alemán, muy conocido por su importante obra *Los antiguos sepulcros de Italia*.

Roberto Glassby, escultor inglés, ayudante que fué durante mucho tiempo del escultor sir Edgardo Bohm.

Federico J. Teodoro Kleinmichel, artista alemán, conocido como pintor de delicadas escenas de familia é infantiles, colaborador de la notabilísima publicación alemana *Fliegende Blatter* y autor de hermosas ilustraciones para libros de niños.

Miguel Kopatsch, pintor de historia húngaro.

Jacobo Emilio Schindler, celebrado paisajista austriaco, que el año pasado ganó el gran premio del Estado en la Exposición de Bellas Artes de Viena y en la última de Munich una medalla de primera clase.

NUESTROS GRABADOS

En las máscaras, cuadro de D. Román Ribera. – No hemos de esforzarnos en ponderar una vez más las bellezas de las obras que tan ilustre compatriota nuestro produce: ocasiones de sobra han tenido nuestros lectores para admirarlas, y bastante universal es la fama de que goza para que no sea necesario insistir en hablar de aquéllas ni en señalar la justicia con que ésta le ha sido otorgada. El Sr. Ribera es el pintor elegante, distinguido por excelencia; todo cuanto concibe lleva el sello de finura que revela su gusto exquisito, y al desarrollar en el lienzo lo que en su imaginación se trazara no perdona detalle alguno que pueda contribuir al buen efecto de su composición; es natural sin caer nunca en lo vulgar; la espontaneidad de su pincelada jamás se convierte en descuido; la gracia de sus figuras tiene un aire aristocrático que realza sus encantos; es minucioso sin exceso y los colores que en su paleta combina son hermosos, brillantes, justos, nunca chillones, inarmónicos ni exagerados. En fin, es el Sr. Ribera una verdadera gloria de nuestra patria, y hoy, al publicar su bellísimo cuadro *En las máscaras*, nos complacemos en reiterarle nuestra admiración y nuestro aplauso.



Allí divisé por un momento, como un punto, la *Galatea* inmóvil en su anclaje

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX.—ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONCLUSIÓN)

»Entonces fué cuando germinó en la mente de mis compañeros la idea de abandonar la isla cuando amaneciese un buen día, para ver si se podría llegar á la de la Posesión, donde esperaban encontrar víveres. Cierto es que allí debía haberlos, y que los ingleses no se habrían limitado á depositarlos en la isla Hog; pero yo hice presente á mis compañeros hasta qué punto era peligrosa semejante travesía con nuestras ligeras embarcaciones, muy deterioradas por los efectos de la tromba y por desgracia no destruídas del todo. Llegada la noche todos estábamos más tranquilos y repetí mis palabras de consuelo; dije que el verano se acercaba, que nuestros padecimientos tocaban á su fin, que las heladas nos habían impedido hasta entonces explorar la isla, pero que seguramente encontraríamos recursos naturales; que los elefantes y lobos marinos, así como las aves, no tardarían en presentarse en gran número, y sobre todo, que tendríamos huevos en abundancia hasta el mes de febrero. Podía darse por seguro que en todo este tiempo llegaría algún buque; de todos modos, en previsión de que hubiéramos de pasar otro invierno en aquellas rocas, nos abasteceríamos de considerables cantidades de grasa para calentarnos. También se procuraría domesticar á los pingüinos reales y á los pichones, que se familiarizan pronto, y que sin duda se refugiarían durante el invierno en el centro de la isla, en los valles que descubriríamos. ¡En fin, de una manera ó de otra se saldría del paso, y hallaríamos medio de no morirnos de hambre! Eramos trece, representábamos una fuerza y podíamos hacer mucho. Nuestros mayores enemigos eran el frío y las olas: el primero acabaría pronto y de las segundas habíamos escapado. Era preciso mantenerse fuera de sus ataques, y no intentar una lucha en la que estábamos seguros de sucumbir.

»Hablé largo tiempo en este sentido; pero se me escuchó como se escuchan los cumplidos de pésame, y comprendí que mis compañeros difícilmente renunciarían á sus funestos planes.

»Ante todo era preciso salir del mísero estado á que nos veíamos reducidos: arreglar la «Casa de los víveres» de modo que pudiera servirnos de refugio en adelante; y obtener á toda costa el combustible ordinario, porque casi toda nuestra provisión había sido arrastrada por las aguas y la que guardábamos en las grutas se había consumido por completo.

»Por diversas razones habíamos preferido alojarnos en esas grutas después de transportar lo que encerraban, bien poca cosa por cierto, á la «Casa de los víveres.» Rajou y seis hombres se acomodaron en una de ellas y la otra fué para mí con los demás tripulantes.

»Esta vez se resolvió terminantemente no hacer uso de nuestra única caja de conservas sino en los casos extremos, cuando alguno de nuestros compañeros enfermara ó en los días de carencia absoluta de otros víveres.

»Por desgracia, el mes de agosto fué terrible y hubo que apelar con frecuencia á este último recurso. Por otra parte, el dolor, la desesperación y las privaciones agriaron nuestro carácter de día en día.

»El 2 de agosto, el tiempo mejoró por fin, y nos apresuramos á salir para buscar elefantes marinos; la víspera había sido indispensable, por carecer de

grasa, quemar algunas cajas de madera, las cuales se consumieron muy pronto, y de consiguiente la noche se terminó sin fuego.

»Con inquietud veíamos acercarse otra sin haber encontrado nada, cuando cuatro de los nuestros, que habían ido á explorar una bahía inmediata, volvieron para anunciarnos que habían matado cinco elefantes, pero que necesitaban nuestro auxilio para arrastrar aquellos gigantescos anfibios hasta nuestra vivienda. Semejante trabajo era superior á nuestras fuerzas y debimos contentarnos con desollarlos donde estaban y transportar á las grutas las partes más útiles.

»En la mañana del 3, el carpintero Bertín, cinco marineros y yo emprendimos una excursión, hacía largo tiempo proyectada: de colina en colina, en medio de las nieves y de los hielos, conseguimos alcanzar una elevada montaña, y llegados á su cumbre, después de vencer mil dificultades, vimos que conducía por la otra vertiente al fondo de un largo valle, que terminaba á lo lejos en una playa. En esta última, algunos elefantes marinos, cuyo obscuro lomo sobresalía de la nieve, parecían desafiar las tempestades y los hielos con su inmovilidad. En el valle, lejos del mar, casi á nuestros pies, vimos un campo negruzco que parecía moverse: hubiérasele tomado por un hormiguero inmenso.

»Como se acercase la noche é importara encontrar un refugio antes de que cerrase del todo, nos dejamos resbalar por la pendiente helada de la montaña, sirviéndonos de nuestros bastones para guiarnos; mas á poco descendíamos con una rapidez tan vertiginosa, que fué forzoso soltar aquéllos y ponernos boca abajo para agarrarnos á las menores asperezas y disminuir así la espantosa celeridad con que caíamos. De repente la montaña se hundió en sentido vertical y fuimos lanzados desde bastante altura sobre un montón de nieve, por fortuna bastante blanda. Todos recibimos contusiones, pero sin ninguna herida grave, y nuestra temeridad quedó bien recompensada. El rumor que percibíamos arriba era producido por los pingüinos reales que incubaban sus huevos. Tal vez había allí un millón de estas aves entre machos y hembras en una especie de campamento formado con simetría. A bastonazos dispersamos algunas y recogimos una buena cosecha de sus huevos, más grandes que los de gallina y cuya yema tiene un color rojo brillante. Bien ó mal, pero más mal que bien, como ya comprenderás, pasamos la noche en una gruta, muy satisfechos de haber encontrado el punto de reunión de aquellas aves.

»Hasta el 5 de agosto no nos fué posible, avanzando en medio de la nieve que nos cegaba, por caminos imposibles, con los pies y las manos ensangrentados, el cuerpo transido de frío y llevando nuestra frágil carga de huevos de pingüino, reunirnos en la otra orilla con nuestros camaradas que ya comenzaban á estar inquietos.

»Grande fué su alborozo al vernos, pues temían que hubiéramos sucumbido en algún barranco; pero mayor fué aún su alegría cuando vieron los víveres que llevábamos. Aquella noche, nuestra comida, que se compuso de huevos fritos en grasa de elefante marino, nos pareció un verdadero banquete; pero esos huevos tenían el inconveniente de ser un purgante demasiado violento, aunque esto no fué perjudicial para nuestra salud, antes por el contrario, nuestro pequeño grumete, atacado de escorbuto, se restableció del todo y atribuyó á ese alimento su curación. Aquella noche Rajou me anunció que la víspera, durante nuestra ausencia, había descubierto en cierto sitio de la costa brava una tribu de albatros con sus hijuelos y que se le había ocurrido fijar en el cuello de varios unas chapas de metal blanco, en las cuales grabó con un cuchillo las palabras que ya conoces:

«Trece náufragos se han refugiado en las islas Crozet, 4 de agosto.»

»Rajou me dijo que los albatros jóvenes, al remontar el vuelo se dirigían siempre hacia el Norte y que era su costumbre seguir de cerca la estela de los buques, donde encontraban abundante alimento en los restos que los marineros arrojan al mar. Esperaba que aquellas aves, con su chapa en el cuello, llamarían la atención, y que algunos tripulantes, curiosos por saber qué significaba, se esforzarían para cogerlas con anzuelo ó matarlas á tiros. Tenía mucha esperanza en su idea, de la cual sólo yo debía beneficiarme y cuya eficacia únicamente yo puse en duda entonces. Sin embargo, me guardé muy bien de manifestárselo así, dándome por muy contento al ver que la esperanza renacía en todos los corazones y lisonjeándome de que se renunciaría á la idea de abandonar la isla Hog...

»Por desgracia, no fué así; y el carpintero Bertín, que era el autor de aquel proyecto, no descuidaba ninguna hora de buen tiempo para llevar á cabo las reparaciones que había resuelto hacer en los botes. Debo confesar que sus compañeros le secundaban, y en cuanto á Rajou, cada vez más seducido por aquellos planes, ayudábame muy débilmente á persuadirles á que se quedasen.

»Cierto día en que declaré formalmente que no les seguiría, Bertín comenzó á mofarse de mí con expresión insultante y murmuró por lo bajo: «¡Tiene miedo!»

»Hallé fuerza para dominarme, y con mucha calma repuse que la muerte no me infundía temor; pero que me consideraba como encargado de proteger las vidas de los demás. Bertín replicó que en la situación en que nos hallábamos cada cual era dueño de su persona y se arreglaría como le pareciese.

»Entonces volví á trazarles el cuadro tantas veces bosquejado de los peligros que iban á correr y de los recursos que muy pronto les ofrecería la isla Hog. Añadí que su temeridad no era más que ceguedad, y que para obligarles á quedarse no tenía otras armas que mis súplicas y mi actitud. Les había expuesto todos mis argumentos, todas mis esperanzas; en cuanto á mi conducta, sería siempre la misma, es decir, inflexible; y tal vez vacilarían en dejarme solo, pues les daba mi palabra de no marchar.

»Bertín repitió: «¡Tiene miedo!»

»No sé qué coraje se despertó entonces en mi corazón, pues me precipité sobre aquel hombre, derribéle en tierra y le hubiera dejado sin vida si no me lo hubiesen arrancado de las manos.

»¡Por qué no le maté! Los otros estarían sanos y salvos, porque él era quien los instigaba en su idea de marcharse.

»Sin embargo, hice mal en pegarle, porque mi brutalidad me enajenó algunas simpatías y varios de mis compañeros creyeron que yo, tan tranquilo de ordinario, me había enfurecido de aquel modo porque Bertín adivinaba lo que yo realmente sentía. Mi causa estaba perdida desde aquel momento.

»Durante algunos días no se habló de nada.

»Agosto fué espantoso: nieve, tempestades, lluvias y gran dificultad para alimentar nuestro fuego.

»En septiembre comenzaron á presentarse los elefantes en la playa; pero el 20 se agotaron los víveres del *Comus* y se decidió definitivamente la marcha. Bertín había conseguido poner puente á las embarcaciones con algunas ligeras tablas; en varios cajones, bien resguardados en la proa, se habían puesto los últimos pedazos de galleta y una reducida cantidad de agua; con pieles de foca reblandecidas se formaron velas; todo estaba preparado y solamente se esperaba un día bueno.

»La idea de abandonar aquella isla en que tanto habíamos sufrido, el atractivo de lo desconocido y la probabilidad de encontrar víveres llenaban de alegría el corazón de aquellos desgraciados, que no comprendían que iban á exponerse á una muerte segura, tan cierta, que á veces recordaba las palabras de Bertín y preguntábame si no era una cobardía abandonarlos así en el momento de peligro. Sin duda los hubiera seguido si no hubiese esperado hasta el último instante que renunciarían á su proyecto, del que yo procuraba siempre desviarlos.

»Septiembre fué tan malo como agosto; hasta el 29 no vimos el sol, que lució casi todo el día, y la nieve comenzó á derretirse en extensos espacios. El 30 Rajou escribió el billete que encontraste, y creía que al fin me decidiría á partir con ellos, mientras que yo esperaba á mi vez retenerle en la isla.

»El 1.° de octubre al rayar el alba, con un tiempo magnífico, mis compañeros me despertaron y dijéronme que el cielo estaba radiante y que era preciso hacerse al mar.

—»No, amigos míos, volví á decirles, os suplico que no os marchéis; esperad al menos hasta el 15 de diciembre; antes de esta fecha sería una locura, porque el tiempo no está nada seguro. Precisamente porque es bueno hace cuarenta y ocho horas no puede durar; es anormal; y si tuviéramos un barómetro, apostaría á que veríamos que la tempestad es inminente.

»Rajou vacilaba; las lágrimas acudían á sus ojos al pensar que iba á empeñarme en no seguirles y en quedarme solo; yo tampoco pude contener las mías y dí un largo abrazo al buen hombre.

»Pero Bertín y los otros, impacientes ya, aunque también conmovidos, se llevaron al capitán y embarcáronle casi á viva fuerza... Yo los seguí hasta la playa... Rajou, tan valeroso en el peligro, me dirigía miradas de consternación, incapaz de pronunciar una palabra...

»¿Qué debía hacer, á pesar de la palabra dada?

»Desgraciada ó afortunadamente, como quieras juzgarlo, Bertín, que se había quedado en la orilla con otro para poner á flote las embarcaciones, díjome con expresión irónica y colérica:

—»Vamos, ¿viene usted?

—»¡No!, repliqué.

—»¡Pues empuja!, exclamó, dirigiéndose á su compañero.

»Y después de impeler la embarcación, que contenía al capitán y cinco hombres, hizo resbalar rápidamente la segunda, en la cual se lanzó.

»La marejada era gruesa y fuerte, por lo que mis compañeros hubieron de pensar al punto en su seguridad y alejarse de la playa, donde hubieran sido destrozados. Después detuviéronse un instante mar adentro, á distancia que aún hubiera podido yo recorrer á nado; pero el viento, el mar y las corrientes, cogiéndoles de popa, los alejó con gran rapidez á pesar suyo, y entonces se decidieron á poner las velas...

»Al fin desaparecieron en la bruma...

»Cuando me vi solo, dejéme caer en tierra...

»Al poco tiempo, el frío y algunas ráfagas de aire me sacaron de mi entorpecimiento; púseme al punto en pie y dirigí una ansiosa mirada al mar: no había niebla, pero ya no vi á mis compañeros...

»Escalé los ribazos apresuradamente, y exploré el espacio; mi vista se fijó en dos puntos, dos velas grises, que las olas me ocultaban por momentos.

»Trepé más aún; pero la isla de la Posesión estaba velada y demasiado lejos; de modo que no sabría nunca si habían podido llegar á ella...

»Después observé que el mar subía por minutos; el frío comenzaba á ser más intenso; el viento que había soplado del Oeste hasta entonces, tenía tendencias á saltar al Sud... y el salto se efectuó bruscamente en una ráfaga furiosa, acompañada de nieve que cegaba...

»Permanecí en la montaña aterrado, sin sentir el frío, con el oído atento; parecíame, en mi imaginación febril, haber percibido gritos de terror, sollozos de angustia; y mi corazón latía con fuerza...

»Entonces abrí los ojos y traté de penetrar con mi vista en la inmensidad, donde las nubes se confundían con las olas; hubiera querido ver, ver... Decíame que yo debía estar cerca de ellos, que había sido un cobarde, que ellos eran los abandonados y no yo...

»El cielo se despejó, pero el viento seguía soplando con furia; el horizonte era visible á lo lejos, mas el mar estaba solitario: hasta los albatros habían vuelto á sus rocas...

»La brisa soplaba obstinadamente del Sud, y en esta dirección, si mis compañeros no estaban ya sumergidos, no podían arribar ahora á ninguna de las islas; su pérdida era segura...

»Vencido al fin por el sufrimiento, que me angustiaba, volví maquinalmente á mi gruta vacía, encendí un gran fuego y me eché á un lado, permaneciendo en el mismo sitio largo tiempo con los ojos abiertos, devorado por la fiebre, incapaz de fijarme en un pensamiento entre todos los que se cruzaban en mi cerebro que me quemaba.

»Después me aletargué.

»Al día siguiente, recobrada ya la razón, díjeme que no tenía nada de que acusarme; que muy por el contrario, había hecho cuanto estaba de mi parte para librar á mis amigos de la muerte; que mi tenacidad era la única arma de que podía disponer, y que yo también iba á sucumbir de una muerte más lenta y más espantosa que la suya...

»Entonces pensé en mi querida Juana, en mi madre, en todos vosotros; mis alegrías pasadas se me representaron una tras otra, como para hacerme sentir más cruelmente mi desesperada situación, y pareciéronme falsas las esperanzas que había tratado de infundir á mis pobres compañeros perdidos... Ellos no sufrían ya... ¿Para qué luchar? ¿No sería mejor abrir un hoyo bajo la nieve y sepultarme con mis propias manos?

»Ese librito, regalo de Juana, que has encontrado aquí, reanimó mis abatidas fuerzas. La religión es el consuelo de los padecimientos supremos... Abreviaré, amigo mío. Mi pensamiento concentrado se purificó, y amé la vida por la fe, por lo mismo que sufría, por un rayo de esperanza, por ese instinto que nos sostiene hasta en nuestro último aliento...

»Viví como hubieran podido vivir mis compañeros, alimentándome de la

carne de los albatros, de las focas y de los elefantes marinos, que me parecía buena no teniendo ya galleta, y de los innumerables huevos que cubrían todas las rocas, producto de una gran variedad de aves, entre las que sabía distinguir las mejores.

»Hice excursiones, y volví varias veces al valle descubierto por Bertín, lugar predilecto de una especie de pingüinos que ponen casi todo el año, por lo cual estaba seguro de encontrarlos durante los meses más rigurosos del invierno. Después resolví ensanchar la gruta donde había pasado con mis compañeros la noche del 3 de agosto, poner pavimento y prepararla para habitar en ella en caso de necesidad.

»En estos trabajos me ocupaba el 1.° de diciembre cuando, según me has dicho, tú anclabas al otro lado de la isla, único punto en que un buque puede hacerlo. Yo no te había visto pasar al anochecer, y hasta el día siguiente no percibí el estampido del cañón, cuando ya no podías verme.

»Apenas oí aquel cañonazo, que me indicaba la presencia de un buque de guerra, no puedo expresarte qué emoción me sobrecogió. Temí engañarme;... pero no, las detonaciones se repetían á intervalos regulares; no había duda, era un buque que hacía señales...

»Entonces, loco de alegría, sin reflexionar, sin proveerme más que de algunas lenguas de elefante, eché á correr por la llanura, llegué á la montaña central, y jadeante, comencé á escalarla, resbalando en medio de las nieves derretidas, queriendo apresurarme y tomando el camino más largo...

»Muy pronto me vi obligado á reposar; y al mismo tiempo que recobraba la sangre fría, acosábanme grandes terrores: se necesitaban veinticuatro horas para llegar al depósito del *Comus*... ¡Si el buque estuviera á punto de marchar!

»¡Ah! ¡Cómo lamenté mi falta de previsión! ¿Por qué en el billete que Rajou había dejado no escribí yo, como tuve intención de hacerlo varias veces, algunas líneas que indicaran mi presencia? ¿Por qué me había alejado un solo día?

»Llegó la noche, rápida y lóbrega, con un cielo cargado de nubarrones. Era una locura pensar en ponerme en camino en medio de semejante obscuridad, y sin embargo, así lo intenté; me extravié, y hube de buscar á tientas una gruta, rocas ó un refugio cualquiera, donde esperé que amaneciese sin poder dormir. Al día siguiente, quebrantado y rendido, continué mi marcha al despuntar la aurora. Serían las siete de la mañana, según creo, cuando llegué á la cima de la montaña... Allí divisé por un momento, como un punto, la *Galatea* inmóvil en su anclaje... Mis piernas flaquearon á pesar mío, y con lágrimas en los ojos dí gracias á Dios... La bruma que sobrevino formando una especie de corona alrededor de los picos, me impidió muy pronto poder distinguir nada, pero ya estaba tranquilo.

»Puesto que no han aprovechado las primeras claridades del día para partir, pensé yo, es señal de que no han encontrado aún la carta de Rajou, sin duda porque el tiempo era demasiado malo ayer para intentar un desembarque. No marcharán hasta la tarde, ya de noche, á fin de llegar mañana á primera hora á la isla de la Posesión.

»Por otra parte, no tenía que hacer más que bajar, y bastábanme dos horas para llegar á la playa; dentro de una, apenas hubiera alcanzado las colinas que flanquean el fondo de la bahía, ya estaría salvado, puesto que podían verme desde el buque. Esta última hora me pareció demasiado larga aún; resolví abreviarla; y temerariamente, sin reflexión, me dejé resbalar por un declive, como lo había hecho varias veces. Pero muy pronto observé que el hielo, duro aún en la cima, disminuía de espesor rápidamente y que se habían abierto grietas. Quise cogerme á los guijarros, mas éstos se desprendían, rodando conmigo; hice nuevos esfuerzos; pero al fin, comprendiendo que la lucha era inútil porque mi vigor se paralizaba por la fatiga y las emociones, me dejé caer y fuí precipitado al fondo de un barranco sobre la nieve, donde permanecí algunos minutos aturdido...

»Al volver de mi desmayo experimenté un dolor general en todo el cuerpo, particularmente en el pie izquierdo, y observé que tenía el rostro inundado de sangre. Sin hacer aprecio de estas sensaciones, cuya gravedad no reconocía aún, dirigí una mirada á mi alrededor y vi con alegría que me hallaba en una depresión del terreno, detrás de las colinas de la playa y muy cerca de ellas. Cuando hubiese franqueado una de éstas podría ser visto, es decir, estaría salvado.

»Quise levantarme, y á duras penas lo conseguí; pero cuando traté de andar, me fué imposible, porque tenía el pie dislocado... ¡Miseria de nuestro cuerpo!... ¡Grano de arena que me hacía fracasar cuando tan cerca estaba del término deseado!... ¡Qué grito de desesperación proferí entonces; qué blasfemia pronunciaron mis labios ante aquella naturaleza impasible, indiferente, que se encarnizaba contra mí!

»Sin duda habrás tenido alguno de esos malos sueños en que creemos vernos amenazados de un peligro terrible, como una conflagración ó el desprendimiento de una montaña, peligro del que sólo nos libraríamos por la fuga y del que no podemos huir porque estamos clavados en el suelo. Esto nos martiriza, mas al fin se despierta, respiramos con desahogo y nos reímos de aquel terror imaginario Para mí, la pesadilla era real y verdadera...

»Por un brusco esfuerzo, que me arrancó otro grito, retorcí el pie, tratando de poner el hueso en su lugar, mientras que la sangre y el sudor corrían por mi cara... Después apoyado en rodillas y manos, extenuado, jadeante y arrastrándome, franqueé aquella colina, aquel nuevo calvario...

»Y cuando estuve en la cima, divisé á lo lejos el buque huyendo á velas desplegadas...»

Al decir esto, Luis se interrumpió como si le oprimiese la garganta el recuerdo de sus pasadas angustias, mientras que yo me estremecía al pensar que podía haber dejado á mi querido Luis en aquella tumba...

Estrechando sus manos entre las mías, y para distraer sus pensamientos, seguro de que haría renacer la alegría en su corazón, le he hablado de su esposa, de su hijo, y de todos esos seres queridos á quienes tanto amo yo también.



En el mar, 21 de diciembre de 1882

Hay grandes alegrías, así como grandes dolores; pero en el primer momento nos dejan casi insensibles, y no las sentimos vivamente hasta más tarde. De tal modo penetran en nosotros que apenas se manifiesta su reflejo en nuestra fisonomía; diríase que necesitan tiempo para remontar á la superficie, hacerse visibles, y después... ¡ay!... desaparecer á menudo, sobre todo las alegrías.

Las nuestras duraron largo tiempo, como todo lo que cuesta muy caro. Luis se acordará siempre de los infelices compañeros que desaparecieron para siempre; pero ha olvidado sus propios padecimientos, disfrutando de antemano de las inefables alegrías que su inesperada vuelta ha producido. Ya experimenta goces que nosotros no apreciamos apenas: el mar azul que hemos vuelto á ver, el cielo de los alisios, el calor del trópico... todo le encanta. Solamente queda una nube en su horizonte: quisiera que yo amára á Magdalena y que ella me correspondiese.

Desde que ha leído la carta de su padre no deja de interrogarme sobre este asunto; comprende que yo oculto alguna cosa, y su amistad se inquieta por ello. Ayer me dijo alegremente:



¡Vamos!, díjole alegremente, abraza también á tu esposo que harto te ha merecido

– Escucha: no has querido confesarme jamás francamente si amabas á Magdalena; mas ya nos acercamos á Borbón, y es necesario que yo lo sepa. Ante tus contestaciones evasivas, por delicadeza y también por cierta cortedad, bien puedo decirlo, no he osado insistir; pero ahora es preciso. Quiero que seas feliz, ¿me entiendes?; y lo quiero tanto más, cuanto que yo soy la causa inconsciente de tus sufrimientos. No me atrevo á juzgar á mi padre: su excusa es que no creía en la intensidad de vuestro amor; pero si amas aún á Magdalena, la cuestión se simplifica mucho; bastará decirle la verdad para que ella te devuelva el afecto que no has dejado de merecer. ¡Oh! ¡Cuánto mayor fuera la felicidad de Juana y la mía al ver la vuestra, y cómo deberíamos quererte más que nunca para hacerte olvidar los malos días pasados! Para que acabaran mis remordimientos sería preciso que no amases ya á Magdalena, ó que, si la amas todavía, te cases con ella, y ya comprenderás que esto último es lo que yo preferiría. Contéstame francamente, ¿la amas?

– ¡Pues bien, sí, la amo!, repuse. Inútil fué que yo tratase de olvidarla y que algunas veces me hiciera la ilusión de haberlo conseguido; me tiene cogido por todas las fibras del corazón, y jamás podré amar á otra mujer tanto como á ella. Ya sabes que hay recuerdos de la niñez, reminiscencias que no se pierden nunca. Se puede dejar de ser creyente, de practicar los preceptos del culto, pero hay momentos en que una oración aprendida en la infancia vuelve á los labios. Pues bien: Magdalena es mi oración y también mi religión toda.

– ¡Oh, pobre y querido amigo, cómo reniego de mí y qué dichoso soy á la vez!...

– Pero tú no lo sabes todo, añadí, y es preciso que conozcas la verdad entera. Ni aun inconscientemente eres tan culpable como crees. Escucha...

Entonces, en un momento de expansión, á la sombra de la toldilla, se lo referí todo: mis vacilaciones, los consejos de mi familia, mi cobardía en tomar un partido, mis culpables pensamientos en la última entrevista con Magdalena en Versailles, su juramento y el temor de haber matado para siempre con mis propias manos el amor que tan largo tiempo me conservó.

Apenas terminé, muy sorprendido de haber descubierto así todos mis secretos, quedé como avergonzado de mi confesión, pero al mismo tiempo sentí un verdadero alivio, como si hubiera descargado mi conciencia de un gran peso.

– Acabas de revelarme muchas cosas, repuso Luis después de reflexionar un momento, que hubiera preferido ignorar; mas no puedo censurarte por tu sinceridad, porque es propia de un corazón leal y escrupuloso; pero trataré de ol-

vidar un momento que soy hermano de Magdalena para contestarte con la misma franqueza. Por lo pronto permíteme decirte que tus padres han obrado muy bien al indicarte peligros muy verdaderos, que después desaparecieron, cosa que ellos no podían prever. Sus consejos eran prudentes, y tú debiste haberlos seguido desde un principio, y tanto tú como Magdalena habéis sido culpables ocultando vuestro amor.

– Eres severo, amigo mío, y no tienes en cuenta todas las dificultades con que tropezábamos y que nuestra imaginación aumentaba más aún...

– Déjame continuar... De todos modos, tú debiste adoptar una línea de conducta y no desviarte de ella... Sí, ya sé que mi padre fué á verte en el momento en que estabas más perplejo, y que su deseo fué el peso definitivo que hizo inclinar la balanza en el sentido en que tal vez se hubiera inclinado sin él.

– Es verdad: seguramente yo no habría osado resistir á mis padres...

– No es mi ánimo disminuir el valor de tu sacrificio: sólo quería decirte que, puesto que todo te conducía á romper, una vez adoptado tu partido, ya no debías vacilar en nada... Al ir á darte su adiós, Magdalena obedecía á un amor demasiado puro y elevado, que tú no has comprendido... Tú vacilaste otra vez en aquel momento; estuviste á punto de olvidar todas tus promesas, y no dudes que esto fué principalmente lo que la ofendió... No insisto en las suposiciones que hiciste al verla entrar, en la revelación que tu fisonomía, tus palabras y tus asombros hicieron de pronto en su ánimo ni en el pensamiento culpable que pudo germinar un solo instante en tu cerebro...

– Estaba loco, amigo mío, verdaderamente loco...

– ¡Ah! Ya lo ves: por más que haga, el hermano de Magdalena, más bien que el tuyo, es quien te habla en este momento, y permíteme decirte que te has faltado á ti propio en tu dignidad. ¡Magdalena, mi pequeña Magdalena! Sí, estoy resentido. Considero á Magdalena moralmente deshonrada; es preciso que te cases con ella; y conociéndola mejor que tú, temo que ese recuerdo sea un eterno obstáculo para la realización de tus deseos y de los míos...

Luis, interrumpiéndose de pronto, comenzó á pasear de un lado á otro de la toldilla, sin que yo me atreviese á contestarle, pero dando por perdida dolorosamente mi última esperanza.

Un momento después dirigióse hacia mí con los ojos risueños, aunque grave la expresión del rostro, y alargóme su mano, que yo estreché afectuosamente.

– Dispénsame, me dijo; soy un exagerado. Vemos á cada persona según nuestra manera de amarla, y observo que estoy en mal lugar para hablar de Magdalena... Recuerda el cariño que profesas á tu hermana: para nosotros los hombres, la hermana es un ser especial; es la castidad, la pureza, y no una mujer; respecto de ella no podemos fijar el pensamiento en ciertas ideas, y si algún incidente á ello nos obliga, experimentamos enojo y tristeza... Si has cometido una falta, la has expiado cruelmente, reparándola también por una fidelidad en el recuerdo que no es nada común... No cabe duda de que el amor es comunicativo; Magdalena te ama de seguro todavía; tal vez su corazón esté adormecido, pero se despertará cuando sepa la verdad... Resta el juramento que hizo, más bien por un impulso de orgullo que sinceramente... Si hubiera seguido siendo pobre, indudablemente lo habría guardado, después de verse desdeñada por falta de dote. Si hubiese llegado á ser rica, tú hubieras hecho callar tu corazón, absteniéndote de hacerme ninguna confidencia. A Dios gracias, no hay dificultad por esta parte, porque no es rica ni pobre, y más bien esto último que lo otro... En cuanto á su juramento, no habrá sacerdote inteligente que no la releve de él, y la misma Magdalena se considerará libre ante su conciencia por el hecho milagroso que muy pronto nos reunirá. Mi padre quiere que sea tu abogado; puedes confiar en mí: este casamiento es necesario.

A medida que Luis hablaba, dilatábase mi corazón, oprimido antes; entreveía que llegaba fatalmente al término después de tan larga espera.

Me parece que Luis tiene razón al decir que este casamiento debe realizarse; es necesario para apaciguar las quejas que aún me dirigen mi madre y el señor de Nessey, Juana y Luis y por las que me doy á mí mismo, y es, sobre todo, indispensable para mi felicidad... Nada me separa ya de la que amo... con tal que aún quede en el fondo de su corazón una chispa de nuestra juventud: el orgullo no resiste al amor.

He manifestado á Luis cuánta era mi alegría; mas quiero que la felicidad á que aspiro sea por entero mi obra; que nadie, aun la persona más amada, intervenga en ella, y le he rogado que no revele nada á Magdalena antes de haberle yo autorizado. Deseo ser yo mismo mi abogado.

Mañana estaremos en Borbón. ¡Qué larga me parecerá esta última noche!

***

Rada de San Dionisio, 27 de diciembre de 1882

Los pueblos felices no tienen historia; la mía está á punto de terminarse.

Desde hace dos días estamos en Borbón... Renuncio á analizar mis sentimientos en medio de las alegrías que me rodean.

La entrevista de mi hermana y de Luis, que hubiera arrancado lágrimas á los corazones más escépticos, tuvo lugar á bordo de la *Galatea*, este navío que no abandonaré nunca sin dolor después de haber estado en él tanto tiempo.

Antes de que ancláramos, una pequeña barca cruzaba en el sitio hacia donde nos dirigíamos... Juana, de pie en ella, divisó á su esposo de repente en la toldilla;... abriendo los brazos, profirió un grito y dejóse caer sobre las rodillas de Magdalena... La subieron al puente del buque, desvanecida aún; mas el primer beso de Luis la reanimó... Mis oficiales Rigault, Kervella y toda la tripulación lloraban y reían...

Magdalena fué la primera que habló para preguntarme: «¿Y los otros?»

Agradecí este pensamiento é incliné la cabeza, murmurando como un vencido: «¡Ay de mí, los otros han desaparecido para siempre en el mar!»

Magdalena se estremeció y Juana abrazaba á su esposo más apasionadamente.

Sé de antemano que con frecuencia pensaré en los otros; el recuerdo de aquellas rocas lúgubres, el martirio de nuestros pobres hermanos de armas, nuestras celosas y desgraciadas pesquisas; todo esto volverá muy á menudo á mi memoria; pero el amor es un sentimiento tan poderoso, que se antepone á todos los demás. Después de lamentar la muerte de los náufragos, hemos hablado de nosotros, siempre de nosotros; y sin cuidarnos de los marinos que nos rodeaban estábamos allí en el puente del buque, sin que ninguno se atreviera á moverse, temiendo que el menor paso fuese el preludio de una nueva separación, y sin que nos cansásemos de mirarnos, de estrecharnos la mano y abrazarnos.

Sin embargo, daban las seis y mi criado se adelantó diciendo:

– ¡El comandante está servido!

¡Es verdad, la comida; ninguno de nosotros pensaba en ella!

– ¿Coméis aquí?, dije.

– ¡Vaya una pregunta!, contestó Juana risueña.

– ¿Se oponen acaso los reglamentos?, preguntó Magdalena con tono alegre.

Le contesté con una sonrisa, y ofreciéndole el brazo dejé pasar delante á Juana y á Luis. Después volví al puente á fin de dar algunas órdenes y enviar á tierra un oficial para informar al gobernador del resultado de nuestra misión.

Al entrar en la cámara, mis hermanas y Luis, que hablaban con viveza, se callaron de repente, como si mi presencia les estorbase, y hasta me pareció que Magdalena ocultaba algo en el bolsillo...

Nos sentamos á la mesa, pero no hicimos mucho aprecio de la comida, aunque como día de Navidad el cocinero se había valido de todos los recursos de su arte culinario para utilizar los escasos recursos que nos quedaban. Un plato monumental, preparado trabajosamente y sobrepuesto de un albatros de azúcar, apenas llamó nuestra atención. Mis hermanas no se cansaban de hacernos repetir el relato de nuestro viaje; las lágrimas brotaban de sus ojos sonrientes y corrían por sus mejillas; mas ¡eran tan dulces, y Luis sabía enjugarlas tan bien!.. Solamente yo estaba triste por no poder exhalar toda la ternura de mi corazón.

De repente al servirse los postres, después de brindar por nuestras familias, y á pesar de su promesa, Luis, que no había dejado de observarnos á Magdalena y á mí, cogió de la mano á su hermana y empujóla en mis brazos.

– ¡Vamos!, díjole alegremente, abraza también á tu esposo, que harto te ha merecido. Besaste á tu salvador cuando eras pequeña; besa ahora al mío.

Esperaba tan poco estas palabras, que permanecí mudo, como si me acabaran de notificar una terrible desgracia, y solamente tuve fuerza para estrechar en mis brazos á Magdalena, cuya linda cabeza se apoyaba en mi hombro. Después sus labios rozaron mis mejillas, y dos lágrimas me humedecieron el bigote.

– ¡Ah, traidor!, dije á Luis. Y en voz baja á Magdalena: «¡Cuánto te amo, adorada mía! ¡Siempre, siempre te he amado!»

Magdalena me contestó triunfalmente, enseñándome la carta de su padre, que Luis la entregó y que ella había ocultado.

– Ya lo sé, me dijo, y esta vez lo creo más que allí... en Versailles... Ahora estoy segura de tu amor.

– ¿Y tu juramento?, preguntó Luis maliciosamente.

– ¿Qué juramento?, dijo Juana.

– Ha jurado no casarse jamás con Pedro.

– Pues yo, repuso Juana, tengo hecha otra promesa: ir á Roma en peregrinación. Así seremos cuatro los que nos arrodillaremos á los pies de Su Santidad.

– Iremos á Roma, repuso Magdalena, mirándome, si mi esposo lo quiere así; pero hace mucho tiempo que confesé mis faltas y que estoy relevada de un juramento que dictó el orgullo, no el corazón. Fingí no rechazar á Branges, para dejar á Pedro toda su libertad; pero nunca me hubiera casado con mi primo ni con otro... No podía pertenecer más que á Pedro... ó á Dios...

***

Rada de San Dionisio (isla de la Reunión), 31 de diciembre de 1882

Ayer han marchado en el vapor... Dentro de dos meses iré á reunirme con ellos en Francia. Magdalena y yo hemos tenido largas conversaciones, tan dulces, tan tiernas, que temería borrar sus ligeros colores si tratara de trasladarlas á este papel. Me detengo, pues; nada tengo ya que descifrar en mí, ni tampoco en mi corazón...

En Túnez rasgué mi diario de los veinticinco años; lo mismo hice con otros apenas comenzados. Hoy termino éste, no sin emoción, porque me distrajo



y consoló, siendo testigo de mi felicidad. Le cierro, pero le guardo; Magdalena y yo leeremos sus páginas, y nos demostrará que aún hay milagros y que los habrá siempre: la perseverancia y el amor los producen.

Traducido por E. L. Verneuil

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

NOTAS SOBRE LA REFORMA ORTOGRÁFICA por *Carlos Cabezón*. – Los escritores de la América latina, de algún tiempo á esta parte, consagran gran atención á la ortografía castellana: no hace mucho dimos en esta sección cuenta de un libro del Sr. Jimeno Ajius sobre reforma de nuestra ortografía y ahora se ha publicado en elegante folleto el discurso que sobre este tema leyó D. Carlos Cabezón en el Ateneo de Valparaíso. Es un trabajo interesante que demuestra los sólidos conocimientos filológicos de su autor. El libro ha sido publicado en Santiago de Chile (Imprenta de Barcelona) y se vende al precio de cinco centavos.

***

LA DÉBACLE (EL DESASTRE), por *Emilio Zola*. – ¿Qué hemos de decir de la última obra del gran novelista francés que no digan el nombre del autor y el éxito que el libro ha tenido? Asunto grandioso é interesante, cual fué la calamitosa guerra de 1870 1871, prestábase en alto grado á esas descripciones llenas de vida y ricas de color; á la creación de esos personajes que se mueven y sienten como seres reales, no como entes imaginarios; al estudio de las pasiones, que hacen del hombre un héroe ó una bestia; descripciones, personajes y pasiones que constituyen una especialidad del genio que ha concebido y llevado á cima la extraordinaria empresa que se titula *Les Rougon Macquart*. Zola, en *El desastre*, ha puesto toda su inteligencia al servicio de una obra patriótica, y al señalar las causas y al maldecir á los autores de la horrible derrota, hace por Francia tanto como los que la han reorganizado militarmente, ya que si éstos han vigorizado los músculos del pueblo francés, el insigne novelista tiende á tonificar su espíritu, generador de las grandes victorias.

La edición española de *El desastre*, esmerada y fielmente traducida, forma tres elegantes tomos, el primero de los cuales lleva un bonito retrato de Zola, ha sido publicado por el periódico de Bilbao *El Nervión* y se vende al precio de 6 pesetas.

***

CONOCIMIENTOS ÚTILES Y PRÁCTICOS, por *D. Rafael Belda y Morales*. – La utilidad de este libro queda demostrada con sólo indicar las materias de que trata y que son, entre otras: fabricación de barnices, licores, jabones, elaboración de jarabes, falsificación de materias alimenticias, procedimientos para reconocerlas é infinidad de recetas y conocimientos útiles y un pequeño memorándum terapéutico sumamente práctico. Este libro, editado por D. Pascual Aguilar, de Valencia, véndese al precio de una peseta en las principales librerías.

***

AS PRIMEIRAS FLORES, poesía de *Germano Vendrell*. – Para hacer de estas poesías el elogio que se merecen creemos que lo mejor es traducir unos párrafos de la carta prólogo del distinguido literato portugués que las precede. Dice así el señor don Juan de Deus: «Admiro los progresos que ha hecho usted en la lengua de Camoens. Nunca creí que en tan pocos años de estudio y prática se pudiese llegar á escribir buenos versos en una lengua extranjera, especialmente en la portuguesa, tan culta, tan rica, tan caprichosa y tan difícil. Pero además de este mérito, que es extraordinario, además del estilo que nunca pudiera suponerse en un extranjero, encuentro á cada paso en sus poesías gracia, movimiento, observación, amor y á veces ese entusiasmo que se comunica al lector por medio de un lenguaje noble y vehemente.» Véndese este libro en las librerías de Lisboa y Oporto al precio de 600 reis.

***

SOR ANGELA, monólogo trágico original de *V. Ferrer B.* – Estrenado con gran éxito en San Andrés del Palomar. Véndese al precio de un real en los archivos lírico dramáticos, kioscos y principales librerías.

***

D. Antonio Nadal Lucena ha publicado una bonita oleografía de gran tamaño (96 × 65 centímetros) representando á Cristóbal Colón en el acto de ser recibido por los Reyes Católicos en la ciudad de Barcelona. El reputado pintor D. José María Tamburini, autor del cuadro que para el cromo ha servido, ha colocado en primer término las figuras y atributos que representan á América por ser una de las partes principales de este asunto. Creemos que esta oleografía ha de ser muy solicitada con ocasión de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América.



LA MÚSICA, detalle del monumento á Gayarre, obra de D. Mariano Benlliure

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 5 de septiembre de 1892 — Núm. 558

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Una escena del drama de Grillparzer «El sueño es una vida.»

Alto relieve de Rodolfo Meyr que figura en el monumento erigido en Viena en honor de Grillparzer

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el segundo tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos á los más modernos,» profusamente ilustrada.

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

«¡Tiempos felices aquellos en los cuales no había dimes ni diretes, ni respetos á las ciencias históricas, á las filosóficas, á la verdad, ni siquiera exposiciones; es decir, que un pintor tenía ganas de pintar, como podría tenerlas de comer, y se daba un hartazgo de emborronar lienzo, como podría dárselo de judías ó de patatas, sin tener que quebrarse la mollera en averiguar si Cristóbal Colón (es el primer nombre que se me vino á la memoria) había sido un santo ó un granuja, y si vestía gabán ó trusa, si era rubio ó moreno y si gastaba bigote ó *luchana!* ¡Felices y muy felices aquellos tiempos! Las sabias Academias de Bellas Artes se encargaban de todo, hasta de hacer los modelos que debía copiar el estudiante. Todo el mundo pintaba y esculpía y pensaba – si había alguien que quisiera tomarse tal molestia – con arreglo á las pautas establecidas por tan benéficas é ilustres corporaciones. El paisajista ó el marinista no tenían para qué molestarse en ir al campo, exponiéndose á coger un tabardillo por el verano, ó un dolor de costado, cuando no una pulmonía, por el invierno, amén de liquidarse los sesos aprendiendo á dibujar árboles como si se tratara de hacer retratos, y á interpretar el color de la campiña ó del mar como si se tratara de una cabeza ó de un torso. Entonces en aquellos felicísimos tiempos todos pintábamos ó esculpíamos como nos daba la gana, y el público se tragaba este arte como si fuera pan bendito. Pero ahora el artista no puede vivir. Tiene que aprender á pintar ó á modelar teniendo constantemente á la vista el natural, no abandonándolo ni un solo instante; y terminado el aprendizaje tampoco ha de hacer de memoria ni una mano, porque inmediatamente le dicen: «eso y aquello y lo de más allá está hecho de memoria,» como si por estar hecho de memoria fueran á hundirse las esferas.

»Y además de esto, como si se creyera que el artista tiene la obligación de saber, más que el manejo de los palillos ó el de los pinceles, las petulancias de los críticos y de otras gentes que se las dan de muy leídas, volviéndoles el juicio á los aficionados y al público en general, nos trajeron la moda de la ciencia psicológica, de la sociología, de la indumentaria, del realismo, del naturalismo, del misticismo, del arcaísmo, del clasicismo, y eche usted *ismos*, volviéndonos agua los sesos á todos los que pintamos ó manejamos el barro. ¿Quiere usted hacer el favor de decirme qué es lo que le importará á las gentes que compran cuadros ó estatuas eso del sentimiento místico que dicen ustedes que inspira la contemplación de la naturaleza, la exacta reproducción de un olmo ó de un acantilado y todas esas otras zarandajas psicológicas, étnicas, etc., etc., con que nos están aturdiendo los oídos cuantos tratan de estas cosas?»

Esto, poco más ó menos, era lo que decía ayer tarde un artista, después de haber leído lo que Zola manifestara á cierto corresponsal de un periódico parisiense á propósito del viaje que el autor de los *Rugon Macquart* hizo recientemente á Lourdes. Eso del misticismo artístico, sin frailes ni monjas y aun sin carácter religioso determinado, simplemente como vaga, como inconcreta aspiración á producir una suerte de emoción estética, perfectamente romántica, que reside, así en la forma humana, como en ciertos actos de la vida social, como en la muda y melancólica extensión del valle, como en la costa brava y rugiente, como en la umbrosa cañada; ese misticismo, repito, exento de todo cuanto se parezca á preocupaciones ó preceptismos teológicos de cualquier religión positiva, es lo que no entienden ni quieren entender muchas gentes.

Bien mirado, se comprende que muchas gentes no entiendan eso, por cuanto al mismo Zola le ha parecido hasta ahora que la ciencia con sus altruismos á propósito de la fraternidad universal, del atildamiento y exquisitismo del espíritu, fundados y razonados esos altruismos con y sobre sólidas bases, realizaría lo que no han realizado las religiones todas, esto es, elevar el nivel moral, llevando á la humanidad hacia aquel punto donde reside la perfección espiritual posible, compatible con las condiciones que informan nuestra naturaleza. Equivocación que parece reconocer ahora el célebre novelador francés, la cual ha tenido por causa querer realizar por medio del determinismo científico la obra de arte, desdeñando los agentes espirituales, que si obedecen en sus movimientos á leyes, éstas no son conocidas de la ciencia y aún tardarán en serlo, según todas las trazas.

Pero Zola, como cuantos siguen ó siguieron la escuela determinista, para pintar los grandes afectos, como los grandes fenómenos pasionales, es decir, para pintar el hombre psíquico, reconocían la existencia de ese sentimiento místico, grado altísimo del idealismo, en el artista; exquisitismo estético que produjo en otros siglos, aun dentro de los casuismos ortodoxos de las teologías, obras de valor incalculable; no así reconocen las gentes académicas en primer término, y en segundo la inmensa mayoría de los cultivadores de las Bellas Artes, ese sentimiento más que como resultante de un código, de unas leyes que tienen por oficio inculcarnos la idea más ó menos aproximada de un ser supremo, de una vida eterna, de un castigo eterno también, arrollando el sentimiento, si humano no por eso menos sublime, del amor á este planeta en que vivimos, dentro del cual nos producimos y en el cual residen los elementos todos para la vida de la materia y del espíritu.

Cuanto estampado queda de lo que al artista á quien las declaraciones de Zola le obligaron á descubrir su admiración por los tiempos en que regían el arte las pautas académicas, sin meterse en averiguaciones más ó menos hondas respecto de lo que fuese más allá de la línea ó del color, y aun así, según esas pautas ya mencionadas, significa tanto como desconocer el valor estético que á la misma plástica, á la traza, forma y color, imprime el conocimiento, estudio y sentimiento del hombre psíquico, como de la ingente naturaleza, como de todo cuanto en este orden palpita en el Cosmos. Que así como el griego concibió el hombre en todo su valor plástico – hablo solamente desde el punto de vista del arte, – así como el cristianismo hubo de columbrar dentro de un modo la grandeza de la verdad suprema, así hoy tocaba á nuestra generación definir y amar el arte en su parte plástica, y el concepto de lo bello con vista de esa otra belleza psíquica: el sentimiento de lo infinito, que se produce en el alma del artista, con la contemplación – y esto parece paradógico – de lo finito, del hombre, de la naturaleza.

Tras de esto va precisamente, entre varias, una de las escuelas que dividen (yo entiendo que tal división no existe en realidad) el arte. Me refiero á la impresionista.

Dura, y pongo un ejemplo, la impresión que por nuestra retina va directamente al alma á producir un sentimiento de melancolía cuando contemplamos el ocaso del sol en medio del campo ó á la orilla del Océano, rápidos instantes. Desaparecida la luz y sus efectos en las rocas, en los lejanos montes, en el espeso bosque, la emoción estética, como ese sentimiento melancólico, cambian con el cambio de tono y con la aparente metamorfosis de las líneas. A conservar esta impresión, á concretar ese algo misterioso, inexplicable que sentimos, ó que el artista de raza siente ante ese espectáculo, tiende la escuela impresionista, no limitándose á la naturaleza únicamente, sino que en el hombre mismo el impresionista aprecia y reproduce aquellos instantes de la vida en los cuales los afectos ó las pasiones ó los grandes hechos caracterizándole lo presentan ante el artista con un determinado valor estético, dentro de los campos plástico y psicológico.

Precisamente esta escuela es la que alcanza – por raro fenómeno – alta estima y preferencia entre la gente norteamericana. El impresionismo artístico, fórmula que solamente un refinamiento de educación puede apreciar y comprender; fórmula que se produjo en las naciones, cuyo abolengo artístico cuenta siglos y siglos, es en la gran república nacida ayer apreciado y con valor defendido. Para mí este es un síntoma que acusa una educación ficticia del gusto en aquel pueblo, si acepta solamente esa fórmula.

Verdad que obedece á la idiosincrasia de la raza, hoy modificada grandemente en la que reside en Europa.

La forma, principalmente la humana, no ha sido hasta ha poco del agrado del anglo-sajón. Recorramos uno á uno los museos y galerías existentes en el Reino Unido, y no veremos de paleta inglesa muchos desnudos. Hasta mediados de esta centuria, más bien, hasta los comienzos del último tercio no hubo Lythons, ni Alma-Tademas, ni Hercomer que dedicasen sus pinceles á la reproducción del desnudo. Este estudio obligó al inglés á conocer la importancia que en la obra pictórica y escultórica tiene el dibujo, siempre defectuosísimo si no se aprende directamente del modelo humano, y pudo asimismo apreciar cuán difícil es el desarrollo plástico de una idea, aun siendo ésta afectiva en grado superlativo, sin el dominio del medio de realización.

El pueblo norteamericano, al aceptar el impresionismo, lo hace únicamente á título de idealista, en el sentido que á esta denominación puede dársele desde el punto de vista de la emoción que produce un hecho aislado ó un motivo plástico donde el color relegue á término muy secundario la forma y el concepto; y por lo tanto, el verdadero y único valor del arte queda reducido á pasajero y deleznable, por faltarle precisamente dos de las condiciones primordiales, que son: forma, solidez de la plástica en general y concepto hondo y perenne.

Los franceses, según parece, pretenden hacerles salir de sus casillas á estos hijos de puritanos, remitiéndoles á Chicago gran número de pinturas y esculturas donde el desnudo tiene importancia capital.

A mi entender, creo que habrá de pasar mucho tiempo antes que el norteamericano se halle en actitud de comprender toda la importancia que para alcanzar aquel grado de cultura estética, necesaria para sentir las vibraciones todas que produce en nuestro espíritu la contemplación de una obra de arte, tiene el amor y el respeto que á la forma humana especialmente se le debe. Es un materialismo grosero rechazar el desnudo, como lo rechazaron en un tiempo ciertas sociedades y como todavía lo rechazan los compatriotas de Edisson.

Por cierto que nosotros, por un fenómeno de perfecta explicación, pero sin razón de ser, no mostramos mucho mayor afecto al cultivo de la forma, dejándonos llevar de la fluctuación en que respecto de arte nos ha metido hasta el cuello la escasa cultura de quienes están obligados á tenerla superior.

En la próxima Exposición no figurarán media docena de desnudos pintados.

R. BALSA DE LA VEGA

Madrid, 1.º de septiembre de 1892

BIBÍ

DETALLES ÍNTIMOS DE LA VIDA MADRILEÑA

– Diga usted á la señora marquesa que está aquí Bibiana, la comisionista en prendas, joyista, saldista, etc., etc.

– La señora está ocupada con el modisto: ahora saldrá; pase usted.

– Está bien: esperaré; pero hágame usted el favor de pasar aviso.

Bibiana entra en el *boudoir*, suelta un lío y pone la caja sobre un velador Luis XV, presentando su busto y figura achatados, de mujer de 35 años, típica en el corte, tosca en la facha, pero viva, locuaz y con ese barniz de cultura que se saca del roce con las damas del montón elegante.

Mirada Bibí de arriba abajo, descubre á través de su velo con castañuelas, peinado de aguas, el consabido moñete en la coronilla y un macizo de pelo enmarañado sobre la frente. Cubre sus prominencias pañolón gris flecoso de Manila y vestido de satén rameado; usa botitas de charol con cañas de color café con leche y mitones marrón. Sus mofletudos dedos parecen agarrotados por chispeantes y vetustas

sortijas; lleva imperdible de camafeo romano, larga cadena de oro del diámetro de un hilo y reloj nikelado. En las orejas dos brillantes, en comisión, de esos que dejan bizco

Media horita ha pasado Bibí recordando las lindezas de aquel gabinete que hacía meses no pisaba. La condesa del Bambolloso sale de su tocador en bata de cascadas de encajes, ostentando en su estudiada sencillez perfil y abandono propios de una arrogante americana.

– ¿Eres tú, Bibí? ¡Hola, hola! ¡Cuánto tiempo sin verte!

– ¡Claro; me han pasado tantas cosas... y ahora con eso del trancazo!...

– ¿Te han pegado?...

– ¡Quiá! ¡Jesús! Estuve resfriada.

– ¿Qué traes?

– Poco, pero bueno.

– A ver, á ver,... aunque te advierto que andamos mal de dinero.

– La señora paga cuando quiere y puede. Ya lo sabe la señora.

– Abre el joyero.

Bibí destapa la caja, extiende sobre el velador un retal de peluche verde Nilo y va presentando los objetos de su mercancía.

– Esto es verdadera *nuvoté.*

– ¿Será de la marquesa?...

– Claro; de los regalos que recibió el día de San Juan que cada año van siendo menos, porque como su esposo no está ya en el poder... y luego ya nadie tira como antes. Sólo se ha quedado con una pulsera ideal y un broche de zafiros que disloca. Lo demás, vea la señora...

Y Bibí observa la movilidad del rostro de la condesa.

– Botón para la cabeza: seis brillantitos y una perla de las gordas...

– No me gusta.

– Pues es regalo del señorito Ramiro, el *espórmen,* aquel que sigue á caballo el coche de la señora...

– Ya sé, ya sé.

– Dicen que ganó noches pasadas seis mil duros en tres golpes... Claro; sólo por ser de él debía adquirirlo la señora.

– ¿Cuánto pides?

– Trescientos cincuenta duros, que es de balde.

– Saca, saca otra cosa.

– Collar de perlas...

– ¡Parece que llueven perlitas! ¡Uf, me empalagan tanto como las que las llevan!... y luego si son falsas...

– Eso lo dirá el perito... Vea la señora, para el pecho Palma de chispas de brillantes y en la punta un granate negro, especie rara.

– Esto hará bien, si lo das barato...

– Setenta duros Es del duque del Pináculo. Ya sabe la señora, ese que le llaman el cupidón, gordo él, que se gasta cuanto tiene con las chicas y las grandes y que se ha empeñado en no ser viejo aunque va para los 70. Le timan las flores, claro. ¿A que ha obsequiado á la señora con alguna camelia?

– Tal vez.

– ¿Y este prendido?... No he visto nada de más *puss.* Un tridente de brillantes que se convierte en saetas y en una concha donde duerme una esmeralda. Parece imposible que se desprenda de esto la marquesa...

– ¡Es de gusto... original!

– Claro, deslumbrador.

– ¿Qué vale?

– Ya nos arreglaremos. Le aparto ¡Esta joya se ha hecho para una cabeza tan mona como la de la señora, para ese pelo de hebras de sol, para ese cuerpo que da tantas penitas!...

– ¿Qué más?

– Aquí, añade Bibí deshaciendo el lío, trajes, telas, trapitos de cristianar.

– Este vestido no es feo.

– Claro; como que es el que llevó al baile de la embajada de Austria la vizcondesita de Parraverde. Se comprende que se hizo esta *toilette* sin poder... no había de ir en cueros... y eso que fuera como fuera, haría *sucés;* porque lo que es como guapa, ¡hasta allí! Pero no tiene fortuna ella para vestirse... todo lo hace al fiado, y luego... claro, lo da por cualquier cosa aceptable; cien duros.

– ¿Y esto?

– Es una falda de encajes de Malinas, de un niño muerto.

– ¡Qué horror!

– La que le tuvo no ha de tener más, porque se ha separado de su esposo y se deshace de ella... Sirve para un matiné... claro.

– Blanco. No puede ser más claro.

– Estos son los vuelillos de un magistrado que se jubila porque dice que no le gusta que ande en lenguas la justicia. Este abanico clásico puede servir para una vitrina: la pintura representa una batalla entre chinos y turcos. La señora verá que todos gastan faldas. Del antiguo tengo mucho en casa: los lentes de la princesa de las Ursulinas, favorita de Carlos II; telas indias y pañuelos de Nipis, recuerdos de un cesante de Filipinas; un monetario magnífico, aunque no tiene nada de oro ni de plata; un cuadro que pintó el Griego después de muerto, digo, de volverse loco; la jícara en que tomó chocolate Espartero la noche del puente de Luchana, y la guitarra que tocaban Carlos IV y el príncipe de la Paz. ¡Claro; como ahora es moda vender hasta las uñas y la gente está por la economía, todo se vuelven saldistas, y el oficio de corredora de número está perdido!

– Y este estuche ¿qué es?

– Ah, sí, las insignias de Isabel la Católica, cruz y banda... todo fino, según me ha dicho la señora que acaba de entregármelo, una andaluza, una barbiana de buten, que se conoce que lo vende por encargo de un caballero amigo suyo .. particular (recalcando)... claro, que estará arrancado.

– ¿Quién es ese caballero?

– No sé. Me dijo que es un alto funcionario de la pasada situación.

– ¿Eh?

– Sí, de los caídos... que parece tiene una mujer muy gastosa, muy apestante y muy... y que el hombre no puede aguantar más, ni á la mujer ni la cesantía... claro.

La condesa, como queriendo recordar la alhaja, se fija en el dorso de la placa.

– Aquí hay, dice, una dedicatoria medio borrada, pero que puede leerse; y abre de par en par sus ojazos.

«Tributo de respeto al Excmo. Sr. Director de establecimientos penales, Conde de.. »

– De seguro le conoce la señora y á la andaluza también. ¡Claro!

– ¡Turbio, digo yo, turbio!; y levantando trágicamente la placa como para clavarse un puñal, añade: ¡Esta es la cruz del muy distinguido caballero Conde del Bambolloso, ex Director de establecimientos penales! ¿Le conoces, Bibí?

– No.

– ¡Mi marido!

(Sensación.)

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA



EL BEBEDOR, cuadro de A. Schroder

CERRAJERÍA ESPAÑOLA

De todas cuantas materias ofrece al hombre la naturaleza, es el hierro, quizás, la que le presta más importantes servicios y de la que obtiene los mayores medios de acción. Con su auxilio ha podido contar con recursos para su defensa, y ejecutar, ya esas obras que sorprenden por su grandeza, ó las que maravillan por su trascendental aplicación. De ahí el interés que en todos los tiempos ha despertado este utilísimo metal, cuya dureza y resistencia exige del hombre toda su energía muscular antes de prestarle sus beneficios. El artífice, el herrero, precisa hoy como ayer habilidad y destreza para la producción de esas admirables obras de cerrajería, puesto que un martillazo dado en falso puede inutilizar la labor inteligentemente comenzada.

Tan viva como justificada es la impresión que nos produce la vista del hierro candente golpeado sobre el yunque por grandes martillos manejados por hercúleos brazos, que evocan siempre en nosotros el recuerdo de los mitos de la antigüedad, de aquellos cíclopes cuyas obscuras siluetas debían destacarse de los vivos fulgores de la fragua, forjando el hierro destinado á los dioses.

Y preciso es convenir que la vista de esos admirables trabajos, obra de los maestros de los pasados siglos, nos sorprende agradablemente y ejerce en nosotros una impresión especial, que determina el deseo de conservar lo que representa el rudo combate incesante y continuo del hombre contra la rebelde materia. Lo mismo las gruesas barras, tan elegantemente curvadas que hacen olvidar su dureza y el esfuerzo que su forma representa, que los ligeros follajes en los que en vano se busca la huella que el martillo pudo dejar al modelar sus hojas, revelan desde luego el afán de domeñar la resistencia del metal, y ocultar, por la belleza de las líneas, la energía que el hombre ha debido desplegar para obtener un triunfo sobre la materia más dura de cuantas utiliza para sus creaciones. De ahí que de estas luchas en que cada primor se logra á costa de una violencia, en que cada finura de ejecución es el resultado del choque brutal del pesado martillo sobre la materia enrojecida, conserven todas las obras de cerrajería ciertos caracteres de grandeza que no llevan en sí las demás producciones de la humanidad. Energía, experiencia, fuerza y precisión ha necesitado el cerrajero de todos los tiempos para poder ejecutar sus obras, siendo por lo tanto justificada la respetuosa admiración que este arte especial ha despertado desde la antigüedad más remota hasta nuestros días, á pesar de los mayores medios de acción de que disponen los modernos artífices.

Hay que observar que la cerrajería no ha sido un arte estacionario, puesto que los cerrajeros se han amoldado siempre á las corrientes de su época. Basta para ello examinar los variados ejemplares que constituyen las colecciones existentes, ya en nuestra patria, ya en el extranjero, para observar desde luego la sucesión de estilos, la diversidad de conceptos artísticos, al igual de lo que acontece en el mobiliario y la arquitectura. Consérvase la disposición esencial de cada obra, puesto que la forma general tiende á perpetuarse; pero la decoración varía de tal manera, que puede afirmarse lleva en sí el sello característico de la época en que se produjo. Y tal es así, que si comparamos una llave romana con otra gala, merovingia, romano-bizantina ó gótica con otras del Renacimiento ó modernas, podremos determinar, no sólo las etapas por que ha debido pasar la cerrajería, sino también las transformaciones motivadas por la civilización. Mayor caudal de observaciones ofrecen los llamadores, ya que sus aldabones en forma de leones heráldicos, quimeras y dragones, alternando con las imágenes de santos, revelan las dos preocupaciones dominantes en los tiempos medios. A estos emblemas siguen los sátiros, los entrelazos, los ingeniosos monogramas ó bien las sirenas de delicadas formas, acentuándose de tal manera en el siglo XVI esta clase de representaciones, que puede decirse que el Olimpo pagano desterró al Paraíso cristiano.

Además de la belleza de la forma, preciso es tener en cuenta el ingenio que revelan el uso y aplicación de algunas obras, y que esta industria responde asimismo á una de las más íntimas é imperiosas necesidades que el hombre experimenta, cual es la de su personal seguridad, puesto que basta un sencillo cerrojo para asegurar la puerta de su hogar.

En España revistió la cerrajería grandísima importancia en el transcurso de varios siglos, ejecutándose obras, á juzgar por las que han llegado hasta nosotros, que sorprenden y admiran, dándose al hierro, ya forjado, limado, esculpido, repujado ó grabado, múltiples y variadas apreciaciones, especialmente en el período ojival, atestiguando las rejas, puertas y verjas de nuestras catedrales y señoriales mansiones, así como los herrajes que decoran algunos muebles, el gran desarrollo que alcanzó este arte durante los siglos XIII, XIV y XV.

La simplicidad de algunas obras de carpintería, cual las puertas que se construían de tableros lisos, exigía la aplicación de ciertas labores de hierro en forma de bisagras, aldabones y chatones, ya que hasta mucho tiempo después no las embellecieron los carpinteros con moldurajes y embutidos. De ahí que sean más importantes los progresos realizados por la cerrajería en la Edad media que los adelantos de las demás industrias, y que especialmente en la parte que se refiere á Cataluña, revistan mayor interés los diseños conservados en los libros de Pasantía del gremio de cerrajeros barceloneses, que aquellos que pudieran servir para atestiguar la pericia y maestría de los artífices de las demás agrupaciones.

Los herrajes de las centurias á que nos referimos al igual de las producciones de las demás industrias, afectan el mismo gusto que informa las obras arquitectónicas, sirviendo de motivos de decoración los pináculos, cresterías, macollas, tracerías, etc., ejecutadas con habilidad y obteniendo siempre todo el partido posible de las condiciones especiales de la materia empleada. Las verjas destinadas á servir de cerramiento en las capillas y coros de las catedrales son muestra de cuanto apuntamos, puesto que figuran en ellas como elementos decorativos los pináculos, tríboles, ojivas, etc., propios y exclusivos de aquella época. Las cerraduras están embellecidas con artísticas labores y primorosas tracerías, y las puertas hállanse cubiertas de planchas de hierro con delicados adornos, repujados ó grabados, y sujetas aquéllas por grandes clavos ó chatones, ostentando otras herrajes sobrepuestos forjados, limados ó cincelados. Las bisagras, aldabas y cerraduras contribuían al embellecimiento, ya que muchas de ellas pueden considerarse como verdaderas obras de arte.

Las rejas, verjas, chatones, llamadores, candelabros, llaves, cerraduras y luminarias demuestran hasta dónde llegaron los maestros rejeros de Toledo, Salamanca, Alcalá de Henares, Barcelona, Sevilla, Gerona, Granada, Tarragona, Segovia, etc., ya que en sus obras dejaron impresa la prueba de su buen gusto en el diseño y maestría en la ejecución. Las rejas de la capilla de la catedral de Granada y la del coro de la de Sevilla, obras del maestro Bartolomé; la de la de Toledo, ejecutada por Francisco Villalpando; la de la capilla del Condestable de la catedral de Burgos, de Cristóbal de Andino; la reja de la Colegiata de Alcalá de Henares, del maestro Francés, y tantas otras obras notabilísimas justifican la nombradía que desde el siglo XIII al XVI gozaron los maestros herreros españoles y el lisonjero estado de esta industria; cabiendo á Cataluña la gloria de que dos de sus más hábiles artífices, Blay y Suñol, fabricaran á instancia de la ciudad de París las admirables verjas de la iglesia de Notre Dame.

No menos importancia reviste la fabricación de armas y el repujado, cincelado y grabado, ya siguiendo el estilo oriental, ya ajustándose á las tradiciones patrias ó que imitando las obras de los célebres artífices milaneses y venecianos, patentizan la pericia y habilidad tradicional de los espaderos toledanos, la de los *ferrers de tall* barceloneses, la importancia de los talleres de Almería, Murcia y Sevilla y la pujanza de los gremios de *coraceros* y *espaderos*, que ya en 1257 y 1320 tenían su representación en los Consejos de nuestra ciudad.

Tuvo también gran aplicación la cerrajería entre los árabes en los tiempos medios, quienes produjeron obras verdaderamente notables, á juzgar por las escasísimas piezas que han llegado hasta nosotros. Al igual de los cristianos, decoraron las hojas de las puertas con bisagras y chatones delicadamente forjados ó cincelados y cuajados de leyendas alcoránicas, pudiendo citarse como modelo de cerrajería hispano-árabe, á pesar de su estilo ó carácter señaladamente mudéjar, el cerrojo de una de las puertas de la casa llamada de Pilatos en Sevilla, el aldabón de la puerta del Perdón de la catedral de Córdoba (1) y la magnífica lámpara de la Alhambra, conservada en el Museo Arqueológico Nacional. Estas obras bastan para formar exacto juicio del gran adelanto y perfección que alcanzó esta industria entre los árabes españoles.

No menos interés ofrecen las llaves, en cuyas guardas hallaban medio los cerrajeros moriscos para formar inscripciones en caracteres nesjis, siendo ejemplo de ello la que se conserva en el tesoro de la catedral de Sevilla, que se supone fué entregada á D. Fernando III el Santo por el príncipe almohade Axataf, y las de Segovia, que figuran en el Museo Arqueológico de aquella ciudad.

Antes de iniciarse el glorioso período del Renacimiento traducíanse las obras de cerrajería en forma de bisagras, rejas, verjas, cerrojos, candelabros, cerraduras, llaves, enseñas, etc., demostrándose en ellas el empeño del artífice para convertir por medio del fuego en dúctil y maleable el metal que por su dureza igualaba á su energía. Hasta esta época abrazan los anales de la cerrajería de arte, ó sea aquella que produjo sin el concurso de otras industrias.

A partir del siglo XVI, el cincelado y el repujado contribuyen al embellecimiento de las piezas de cerrajería, menguando la importancia de los forjadores á medida que aumenta la belleza de los adornos. El herrero desaparece ante el cincelador, el obrero ante el artista, y la cerrajería propiamente dicha queda relegada por la que pudiéramos llamar orfebrería de hierro, ya que de tal puede calificarse el arte que tiene por objeto esculpir el metal. Los artistas parece que se complacen en someter á sus ingeniosos caprichos la rebelde materia, ejecutando obras de extraordinario mérito, convirtiendo en joyas, en obras de arte, las que antes eran sólo producto de una industria. Abandonáronse por completo las ojivas, tracerías y macollas para adoptar formas sacadas de los elementos arquitectónicos de la época, exornándose las obras con admirables bajos relieves, repujados primorosamente y ejecutados con tal delicadeza, que parece como si el metal adquiriera entre las manos de aquellos artífices excepcional ductilidad. Las figuras, hojas, grupos de frutas, medallones, remates de forma pirámidal, terminados por elegantes pináculos de gusto diverso al empleado en la época enterior, son los principales elementos utilizados por la cerrajería que se observan en las grandes verjas que sirven de cierre á algunas capillas de nuestras catedrales.

Cuanto á las bisagras, chatones, llamadores, cerraduras, etc., convirtiéronse en otros tantos objetos que contribuían á decorar las puertas y muebles, combinados casi siempre con el oro y la plata, cuyas aplicaciones á los muebles, en forma de placas, transfórmalas en obra de arte, en cuadros esculpidos por sus preciosos bajos relieves. Los principales motivos de decoración de estas piezas consistían en grupos de sátiros ú otras caprichosas



SIN LABOR, cuadro de D. Francisco Maura

(1) En el Museo municipal de Reproducciones artísticas de Barcelona existe una copia exacta.



UNA JUERGA EN SEVILLA, cuadro de D. José García Ramos

figuras, ya fantásticas en su totalidad, ó compuestas de la forma humana, de cuya parte inferior arrancaban caprichosos follajes.

Entre las innumerables obras de este género que pudiéramos citar, haremos mención especial de algunas cerraduras del monasterio de San Lorenzo del Escorial, cuya sobriedad de adornos y severidad de líneas están en completa armonía con el carácter del monumento: los chatones que decoran la puerta principal de la Universidad de Salamanca, primorosamente repujados y grabados; la verja de la capilla del Condestable de la catedral de Burgos, exornada con dorados, y la reja de la casa llamada de Pilatos en Sevilla, en cuyo remate se hallan combinados ingeniosamente los elementos de ornamentación distintivos en las obras de hierro repujado.

Los muebles de hierro, ya en forma de camas, arquillas, cofrecillos, etc., tuviéronse en gran estima durante el Renacimiento, adoptándose la estructura antigua y embelleciéndolos con los elementos y estilo de la época. La notabilísima arquilla que se supone perteneció al emperador Carlos I y que se conserva en la Armería Real de Madrid, es un claro testimonio del adelanto y perfección que alcanzó la cerrajería. Aparte de la importancia que reviste como obra de indiscutible mérito, hállase avalorada por el recuerdo histórico que encierra. Afecta la forma rectangular dividida en recuadros por medio de una estrecha faja, ostentando profusión de grabados. Cada uno de los recuadros conviértese en un cajón en cuyo centro figura una roseta ricamente calada y dorada.

Hubo un período en que los artistas intentaron reemplazar el hierro por el acero; pero la dureza de este último metal fué causa para que pronto desistieran de su empeño, prefiriendo esculpir y cincelar aquel que menos resistencia oponía y que más se prestaba á los primores de ejecución. Esto no obstante, Benvenuto Cellini tuvo también en nuestra patria inteligentes imitadores que dejaron indiscutibles muestras de su valía y habilidad en las piezas que como los medallones, rodelas, guarniciones de espada, etc., se conservan en nuestros museos ó bien forman parte de interesantes colecciones.

En los siglos XVII y XVIII perdió esta industria el sello artístico que la caracterizaba, no siendo suficientes pruebas para ocultar su decadencia las obras que nos ofrecen los maestros cerrajeros, ya que en ellas se observa la degeneración del buen gusto. Entre los trabajos notables que se conservan en nuestra patria, citaremos las verjas de la capilla de Nuestra Señora del Sagrario de la catedral de Toledo, construída en 1607 por Bartolomé Rodríguez, la cruz de hierro que en 1692 ejecutó Sebastián Conde en Sevilla, la llave de la Sala del Patronazgo del Archivo de Simancas y la verja de las Salesas Reales de Madrid, construída á mediados de la pasada centuria.

El barroquismo, con todos sus desvaríos, perturbó á los artífices é industriales, ahogando los impulsos del genio y las tradiciones artísticas peninsulares. La cerrajería perdió por completo su carácter, y de ella sólo quedó en España el fehaciente testimonio de su antiguo y glorioso abolengo.

En el último tercio de la pasada centuria, Inglaterra planteó una nueva aplicación á los trabajos de cerrajería, construyendo preciosos aderezos de hierro cincelado y repujado, que constituían un bellísimo adorno para las damas. Pronto extendióse la innovación y Bélgica primero y Francia después imitaron el ejemplo de los industriales ingleses. En España construyéronse asimismo piezas admirables, y si bien fué breve el reinado de esta moda, consérvanse en las colecciones y museos notables ejemplares que parece llevan marcada la vigorosa genialidad de las creaciones del Renacimiento, unida á la trivialidad que distingue á todas las manifestaciones del siglo XVIII.

Aparte de las grandísimas aplicaciones que se da al hierro en nuestros tiempos, nos es grato consignar que la cerrajería hállase en un nuevo período de renacimiento, más importante si cabe que aquellos en que tanta gloria alcanzó para el arte patrio. Los mayores elementos de que disponen los artífices y la educación artística de nuestros obreros contribuyen á los lisonjeros resultados que diariamente pueden observarse. Su aplicación en los muebles suntuarios, como complemento de decoración á usanza de los tiempos medios, las preciosas lámparas, los artísticos ramos de hojas y flores y la ingeniosa y hábil combinación en los techos, con las maderas y el mármol, como se ejecuta en el palacio que para residencia de los monarcas construye el Ayuntamiento de Barcelona, demuestran el progreso realizado y el floreciente estado que ha logrado alcanzar en Barcelona la cerrajería.



SAN JUAN BAUTISTA, estatua de D. Antonio Parera

Aplauso merecen cuantos han contribuído á sacar del olvido las gloriosas tradiciones industriales de nuestra patria, dando á la cerrajería la importancia y el carácter artístico que le corresponde.

A. GARCÍA LLANSÓ

SECCIÓN AMERICANA

EL TESORO ESCONDIDO

POR NATANAEL HAWTHORNE

– Vamos, Perico, no seas majadero; ¿hacemos negocio?, decía un tal Juan Brown, abotonándose el gabán sobre su vientre voluminoso. ¿Te parece poco, añadió poniéndose los guantes, lo que te ofrezco por esta casucha y el corral de junto?

– Repito que no la vendo, ni por eso ni por tres veces más, contestó Perico, personaje acartonado, de pelo gris y mangas raídas. Busca tu avío por otra parte, que yo tengo resuelto construir en este sitio, para el verano que viene, una casa magnífica y de producto.

– ¡Bah!, le contestó Mr. Brown, y abrió al mismo tiempo la puerta de la cocina: tú siempre haciendo castillos en el aire. Al fin y al cabo, esa clase de obras cuesta menos que las que yo hago. Mira, Perico, déjate de niñerías: véndeme la casa en lo que te ofrezco, seguro de que nadie en ningún tiempo llegará á más. ¿En qué quedamos?

– En lo dicho, Juan; no doy la casa por todo el dinero del mundo, y en cuanto á los castillos en el aire, si es pulla, al tiempo me remito, y entonces veremos si es ó no una casa de cal y canto como la que tú quieres levantar.

– Pero, criatura, ¿y el dinero?, exclamó mister Brown, incómodo, ¿de dónde diablos vas á sacar el dinero para la obra?

Juan Brown y Pedro Goldthwaite se habían dado á conocer en el comercio, veinte ó treinta años antes, bajo la razón social de *Goldthwaite y Brown;* pero la sociedad se disolvió á poco de haberse formado, á causa de la heterogeneidad de las partes constituyentes. Desde que tuvo lugar este acontecimiento, y como quiera que Juan poseyese en alto grado las mismísimas cualidades de otros mil Juanes y pusiera en práctica las mismas teorías de laboriosidad, etc., etc., que ellos practicaban, había prosperado tan maravillosamente, que ya en la época de que hablo era, sin disputa, uno de los Juanes más acaudalados del universo.

Perico, por el contrario, después de haber acometido muchísimas empresas que, según él, debían hacer afluir á su caja toda la plata y oro y billetes de Banco de veinte leguas á la redonda, estaba tan pobre, que se había visto en la necesidad de remendarse los codos de la levita. Pocas palabras bastarán para señalar la diferencia, ó mejor dicho, el contraste que existía entre él y su antiguo socio: Brown no contaba nunca con la suerte, por más que la suerte le persiguiese, y Perico hacía de ella la condición primera de todos sus proyectos, aunque la pícara suerte, ¡al fin hembra!, siempre le volvía las espaldas. Mientras á Perico le duró el dinero fueron soberbias sus especulaciones; pero en los últimos años ya se habían limitado á negocios de corta entidad, tales como comprar... billetes de lotería. Una vez se fué á California á buscar oro, y tuvo el talento de vaciar los bolsillos donde otros se los llenaban hasta la boca de pepitas del precioso metal. Luego se gastó dos mil duros en comprar cierto papel mejicano que, según decía, le daba derecho de propiedad sobre una provincia entera, que, sin embargo, estaba situada, á lo que parece, en un sitio donde hubiera podido comprar todo un imperio por el mismo dinero, es decir, en los cuernos de la luna. Perico volvió de su viaje tan flaco y tan derrotado que, cuando pasó las fronteras de Nueva Inglaterra, hasta los espantapájaros que había en los sembrados le hacían señas, tomándolo por compañero.

En los días que tuvo lugar la escena referida entre Mr. Brown y Perico, todas las rentas conocidas de éste no hubieran sido suficientes para pagar la contribución del casucho que su interlocutor quería comprarle por más dinero del que valía. Era el tal casucho uno de esos vetustos edificios, donde todo se vuelve polilla, polvo y ruinas. Sin embargo, el cuco de Perico tenía sus razones para no desprenderse de la vejísima habitación de sus padres, por más que le hiciese gran falta el dinero para comer, y por más que, merced al sitio en que se hallaba situada, se la hubiesen pagado perfectamente.

No parece sino que su destino lo condenaba á vivir adherido, digámoslo así, á las paredes que lo vieron nacer; porque había estado muchas veces á dos dedos de arruinarse, lo estaba por entonces, y le era imposible decidirse á venderla. Vivía, pues, en compañía de su mala fortuna, esperando que mejorasen los tiempos.

En la cocina, única habitación en que un poco de fuego templaba el frío de una tarde de noviembre, fué donde el pobre Perico recibió la visita de su opulento ex socio. Así que se hubo marchado mister Brown, lanzó una lastimosa mirada á su vestido que, en parte, se remontaba á la época de *Goldthwaite y Brown.*

La levita estaba sin pelo, y lustrosa como si fuese

de hule; ítem más, remendada por los codos con paño casi nuevo; el sobretodo era gris, pero se le veía la trama, y tenía botones de diferentes clases; el pantalón también era gris, y había tomado en algunos sitios un colorcillo algo más obscuro, que llamaré chamuscado, porque Perico tenía la mala costumbre de acercar tanto las piernas al fuego, que se las ponía hechas *beefsteak*.

La entidad física de Perico era correspondiente á su equipaje. Con su pelo gris, sus ojos metidos en el cogote, su rostro macilento y su cuerpo amojamado, era el vivo retrato de un hombre que se ha mantenido de ilusiones, pero que ya ni puede vivir con esas drogas, ni tampoco digerir alimentos de más substancia. A pesar de esto, si Perico, por más insensato y testarudo que fuese á la sazón, hubiera dedicado cuando joven las fuerzas de su espíritu al estudio de la poesía, en vez de emplearlas en operaciones comerciales, puede muy bien asegurarse que habría hecho un papel lucido en la sociedad. Después de todo, no era malo: inofensivo como un niño, y destinado por la naturaleza á ser lo que se llama un caballero, era tan honrado y respetable como se puede ser con mala comida y circunstancias agravantes.

Mientras que nuestro pobre hombre, de pie delante del hogar, paseaba la vista por todos los rincones de su desolada cocina, empezaron á encandilársele los ojos, efecto, sin duda, de una especie de alucinación que sentía de tiempo atrás. Levantó la mano, descargó una terrible puñada sobre la ennegrecida tapa de la chimenea, y exclamó:

—¡Llegó la hora! ¡Con un tesoro semejante á mi disposición, buena locura sería pasar más tiempo en la pobreza! Mañana temprano empiezo por el sotabanco y no paro hasta que tire al suelo toda la casa.

Arrimada á una pilastra de la chimenea, como figurón esculpido en la piedra, y medio escondida en la sombra, se veía á una viejecita, ocupada en remendar las calcetas, á favor de las cuales se libraba Perico de sabañones. Era caso desesperado el remiendo, como lo prueba el hecho de haber recurrido á su añejo corpiño de franela para sacar dos plantillas y ponérselas. Tabitha Porter era una vieja muy chiquita, doncella, al parecer, y con sesenta y pico de años por añadidura.

Las once décimas partes de este tiempo las había pasado en aquel mismo sitio, porque, si no estoy trascordado, hacía cincuenta y cinco que el abuelo de Perico la sacó del hospicio: Perico era el único amigo de Tabitha, y Tabitha la única amiga de Perico; y así, mientras tuviese éste un pedazo de pan, la mitad sería para Tabitha, y el día en que por desgracia Perico se encontrase en la calle, Tabitha lo tomaría de la mano y lo llevaría á la casa donde ella nació, esto es, al hospicio; pero entretanto, Tabitha era capaz de quedarse en camisa por Perico. Y ¡cosa singular!, aunque participase de la monomanía de Perico, se había acostumbrado tanto á sus disparates y locuras que ya no se lo parecían. Por eso al oir á Perico aquello de tirar la casa al suelo, levantó tranquilamente los ojos y se contentó con decirle:

—Deje usted la cocina para lo último.

—Cuanto antes caiga todo rodando será mejor, contestó, porque francamente me desespero de vivir en esta casa tan fría, tan lúgubre y tan ahumada. Esto es un dormitorio de gallinas, Tabby. ¡Figúrate cuando estemos en la casa nueva, que será para el año que viene! La voy á hacer de ladrillo de abajo arriba, todo muy cómodo y muy desahogado. Ya verás: para ti un cuarto que dé al Mediodía, con los muebles á tu gusto; te doy carta blanca...

—Cuanto más se parezca á esta cocina, le interrumpió Tabitha, más me gustará. ¡Me recrea tanto ver la chimenea negra de humo!... ¿Y cuánto dinero va usted á gastar en la obra?

—¿Quién piensa en eso ahora?, exclamó Perico con altivez; ¿por ventura mi bisabuelo no dejó un tesoro bastante para construir dos docenas de casas iguales á ésta?

—Yo no digo que no, replicó Tabby, ensartando la aguja.

Tabitha ó Tabby sabía perfectamente que Pedro aludía con aquellas palabras á un inmenso tesoro de piedras preciosas que, según voz pública, estaba escondido en el sótano, ó en las paredes, ó debajo del tejado, ó... en alguna otra parte de la casa; pero en cuanto á que el tesoro existía no quedaba duda.

Según la tradición, el tal tesoro lo había formado un Pedro Goldthwaite, antepasado del de nuestra historia, cuyo carácter parece que ofrecía mucha semejanza con el de su descendiente. Como él, fué gran calculador, y se devanó los sesos por descubrir el modo de ganar el dinero á carretadas, en vez de ganarlo un duro tras otro; y, á semejanza de Perico II, naufragó casi siempre, pudiendo asegurarse que, á no ser por el pingüe resultado de la última empresa que acometió, se hubiera visto sin camisa que ponerse.

Muchos y muy diversos comentarios se hacían acerca de la naturaleza de tan feliz especulación; decían unos que Perico I había conseguido hacer oro por medio de la alquimia; otros, que había puesto á contribución la magia negra para sacar el dinero de los bolsillos de sus conciudadanos; y otros, en fin, ¡cosa más inexplicable todavía!, que el diablo le franqueó las cajas de la antigua tesorería provincial de Nueva Inglaterra. Se afirmaba, sin embargo, que un obstáculo secreto le había impedido el usufructo de sus riquezas, y lo que es

HAYDÉ, cuadro de Victorio Corcos



JUSTICIA MARROQUÍ, cuadro de D. Antonio Fabrés



UNA NUEVA MIGNÓN, cuadro de D. José M.ª Tamburini. – PASTORA, cuadro de D. José M.ª Marqués. – INVIERNO, cuadro de D. Juan Pinós. – VALENCIANA, cuadro de D. Eugenio Jimeno
CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de D. Nicolás Raurich. – PASATIEMPOS CONVENTUALES. – EL AVARO, cuadros de D. Luis Graner

peor, el revelarlas á sus herederos. Pero de lo que no quedaba ningún género de duda, es de que murió sin decir el sitio donde las tenía ocultas.

TRADUCIDO POR D. JUDERÍAS BÉNDER

(Continuará)

MISCELANEA

Bellas Artes. – En unas excavaciones practicadas en Roma para ensanchar el puente del Angel se han descubierto una antigua calle romana perfectamente conservada y algunos preciosos mosaicos.

– En Alemania se ha verificado con éxito la operación de trasladar á otro nuevo espacio los frescos de un edificio que había de ser derribado. El director de la Academia Roberto de Languer, el maestro de Riedel, pintó con ayuda de éste en un edificio de Munich una colección de frescos que representan en un gran ciclo el Parnaso, las hazañas de los héroes y los grandes maestros de la literatura. Esas pinturas murales son muy notables, y esto explica por qué los aficionados á las bellas artes se preocupaban de su conservación. El artista muniquense A. Keim, que había oído hablar de lo que Bardini había hecho en Roma con los frescos de la casa Bartoldi, intentó ejecutar una operacion análoga, y al efecto pegó sobre las paredes lienzos, y elevada la temperatura en el interior del local, fueron luego arrancados, quedando adheridas á ellos las pinturas. Hecha esta operación, lleváronse los lienzos al edificio de la Escuela de Comercio de la citada ciudad y se aplicaron sobre unos espacios de hierro previamente cubiertos de cemento: humedecidas luego por el vapor fueron arrancadas las telas con tan feliz éxito que sólo en muy contados puntos hubo de procederse á pequeñas restauraciones.

– En la galería de cuadros de los Reales Museos de Berlín hay expuesta una serie de nuevas é importantes adquisiciones. Además del cuadro de Crivelli adquirido en Londres, del cual hablamos en otra anterior *Miscelánea*, pueden admirarse *La noche santa*, de Alberto Altdorfer; una *Virgen con el Niño Jesús y seis ángeles*, de Lucas van Leyden; una *Predicación de San Juan Bautista*, boceto de Rembrandt; *Vida apacible*, de Abraham van Beijeren, y una *Joven encajera holandesa*, de Pedro van den Boos.

– En una de las salas de la Casa de la Ciudad de Berlín está pintando actualmente A. de Heyden un friso, compuesto de 20 cuadros representando la historia de los usos y costumbres de aquella capital desde la Edad media hasta nuestros días: de los cuatro lienzos de pared, tres ostentan ya las pinturas á ellos destinadas, que llegan hasta la época del barroquismo; el otro está consagrado al presente siglo.

– Un propietario de Dorog (Hungría), gran coleccionador de antigüedades, ha encontrado en unas excavaciones una hermosa colección de armas, sarcófagos y otros objetos, y á cierta profundidad y en una cueva un cofre que contenía monedas de oro y plata del tiempo de los reyes de la casa de Anjou, vasos, joyas y multitud de labores de orfebrería antigua.

– En la Exposición internacional de Bellas Artes de Munich han obtenido primeras medallas los pintores Bache, de Copenhague; Claus, de Astene (Bélgica); Gebhardt, de Dusseldorf; Gysis y Kowalski-Wierusz, de Munich; Liljefors, de Upsala; Moiot y Rochegrosse, de París; Pochwalski y Schindler (recientemente fallecido), de Viena; Segantini, de Milán; Stott Oldham y Neil Whistler, de Londres; Ter Meulen y Tholen, de La Haya, y Tyron, de Nueva York; y los escultores Antokolsky, de París; Mancel, de Charlotenburgo; Meunier, de Bruselas; Ruemann, de Munich, y Tilgner, de Viena. Además se han otorgado 63 medallas de segunda clase.

– El comité instituído para la erección en Budapesth de un monumento en honor de Julio Andrassy ha convocado un concurso internacional de proyectos para el mismo. La estatua del ilustre canciller debe ser ecuestre y llevar el uniforme húngaro de gala de la coronación, y para su ejecución se dispone de 500.000 pesetas. Los bocetos al $^1/_{10}$ del tamaño natural deben ser enviados al comité antes del 1.° de octubre de 1893 y pueden ir firmados ó ser anónimos. Los premios para los mejores bocetos son de 15.000, 10 000 y 7.500 pesetas, quedando el comité en libertad de adquirir los demás bocetos al precio de 3.750 pesetas cada uno. Después del fallo se expondrán al público por espacio de cuatro semanas todos los trabajos remitidos al concurso.

– El Museo gran-ducal de Darmstadt se ha enriquecido durante el pasado año económico con notables obras para todas las secciones que lo constituyen: entre las adquisiciones merecen consignarse cinco cuadros de Achenbach, Burger, Lenbach y Rottmann; 57 acuarelas, dibujos y grabados: multitud de monedas romanas procedentes de las excavaciones de Gernsheim, y 310 dineros de plata de Otón III hallados en el Pequeño-Anheim.

– Para la nueva Pinacoteca de Munich ha adquirido el Estado los siguientes cuadros que figuraron en la última Exposición internacional celebrada en la artística capital bávara: *Salida de sol*, de Innes (de Nueva York); *Tarde de octubre*, de Kallmorgen (de Karlsruhe); *Carnaval en Grecia*, *La conversion de San Huberto*, *Plegaria*, *En febrero*, *En el campo*, *En el estanque* y *Esperando*, de Gysis, Rauber, Holzel, Kowalski, Hartmann, Muller y Zugel respectivamente, todos ellos de Munich.

– Para el Museo silesio de Bellas Artes, de Breslau, han sido adquiridos el poético cuadro *Descanso en la huída*, de Hermán Prell, y dos hermosos paisajes de Schonleber, y para el Museo de Leipzig el *Christus Consolator*, de Zimmermann.

– En el sorteo celebrado este año por la Asociación para las Artes históricas han correspondido: *Hijos de Bunzlan*, de Marr, á la Asociación artística de Munich; *Muerte de Gustavo Adolfo en Lutzen*, de Rauber, á la Asociación artística de Karlsruhe; *Recepción de los refugiados franceses por el Gran Elector*, de Vogel, á la Asociación artística de Praga; *El gran elector consolando á los campesinos después de la guerra de Suecia*, de Rober, al emperador, y *Las bodas de Lutero y Catalina de Bora*, de Scheurenberg, al príncipe Enrique de Prusia.

– En la Asociación artística de Francfort en el Mein están expuestos los 47 cuadros al óleo y acuarelas que el Sr. Ehinger ha regalado á la Galería de Pinturas Municipal y que ostentan las firmas de los principales artistas de aquella ciudad, tales como Burger, Becker, Fresenius, Graf, Morgenstern, Rumpf y otros.

– Luis Braun está pintando actualmente en Nuremberga un panorama de la *batalla de Lutzen*: el lienzo tiene una superficie de 1.200 metros cuadrados.

– Enrique Ibsen, el famoso dramaturgo noruego, está terminando un nuevo drama que, según se dice, será de un género muy distinto del que hasta ahora ha cultivado.

– En Venecia se ha estrenado con gran éxito una ópera del maestro Mugnone, titulada *Birichino*.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Sofía Alberti, novelista alemana más generalmente conocida con el seudónimo de Sofía Verena.

Elisa Henle, notable autora dramática alemana, dos de cuyas comedias fueron premiadas en públicos certámenes.

Armando, barón Limnander de Nienwenhove, compositor belga, individuo de la Academia, fundador del orfeón *Reunion lyrique* de Mecheln: entre sus óperas han alcanzado gran éxito *Los montenegrinos* é *Ivonne*.

Ricardo Adalberto Lipsius, eminente teólogo austriaco, profesor que fué de la facultad de teología de las Universidades de Kiel, Viena y Jena, miembro del Comité Sinodal y de la Comisión de examen teológico de Weimar, escritor de nota, autor del *Manual de la dogmática evangélica-protestante* y de otras importantes obras.

Gustavo Olbricht, pintor alemán, muy celebrado como restaurador de pinturas antiguas, cargo que desempeñaba en la Academia de Bellas Artes de Breslau.

Teodoro Paur, célebre literato alemán que estudió especialmente las obras de Dante, publicó la colección completa de las obras del poeta Federico de Sallet y escribió una biografía de éste.

Eduardo Seibert, famoso escultor alemán establecido desde su juventud en América.

Ladislao Skroupaznicky, escritor checo, autor dramático, dramatugo del teatro Nacional Bohemio de Praga.

Sir Carlos Tomás de Straubenzer, general inglés, jefe de las tropas que en 1857 desembarcaron para poner sitio á Cantón y gobernador de Malta en 1870.

Solimán Bajá, general en jefe de las tropas turcas de Rumelia durante la última guerra turco-rusa, y más tarde del ejército del Danubio y del de los Balkanes, célebre por la defensa del disputado paso de Sckipka cuando el sitio de Plewna, víctima de una intriga palaciega á consecuencia de la cual fué destituído, condenado á muchos años de fortaleza y finalmente desterrado.

Celía Trebelli, famosa cantante que obtuvo grandes triunfos en los principales teatros de Europa y especialmente en la Opera Italiana de Londres.

NUESTROS GRABADOS

Escena del drama de Grillparzer «El sueño es una vida,» alto relieve de Rodolfo Meyr en el monumento erigido en Viena en honor de Grillparzer. – Rodolfo Meyr es actualmente uno de los más geniales representantes del arte plástico en la capital austriaca: el relieve formado por 44 composiciones que adorna el Museo de Bellas Artes de aquella ciudad; el Cortejo de Baco que se admira en el frontispicio del nuevo teatro de la misma y que es una de las más grandiosas obras en su género de los tiempos modernos; sus grandes altos relieves para el monumento levantado á Grillparzer; su hermoso proyecto de fuente monumental de la plaza de Schwarenberg, y su proyecto de monumento á Mozart, que obtuvo el segundo premio en el concurso hace pocos años celebrado, todas estas y otras obras con razón calificables de maestras, han conquistado á Meyr un puesto de honor en el mundo artístico alemán.

El grabado que publicamos reproduce uno de los seis que en el monumento de Grillparzer sintetizan las principales escenas de los más celebrados dramas y tragedias de tan ilustre poeta: representa el sueño del persa Rustán, protagonista de la obra; ante él está de hinojos el rey de Samarcanda, el cual creído de que él ha sido quien ha dado muerte á la serpiente que le perseguía, le colma de honores, satisfaciendo así la desmedida ambición que le impulsa hasta el crimen. El artista ha expresado por modo admirable la fantasía especial de este sueño, y las figuras que componen la escena tienen vida y están magistralmente modeladas.

El bebedor, cuadro de Schroder. – Las mujeres, el vino y el juego han sido en todo tiempo el flaco de los hombres de guerra, que en los cortos períodos de descanso ó de paz han buscado siempre en aquellos placeres el olvido de las fatigas y de los peligros pasados y nuevos ánimos para acometer los venideros. En estas flaquezas se han inspirado muy á menudo los pintores antiguos y modernos, produciendo obras en las cuales destaca por encima de las demás cualidades una gran dosis de buen humor que hace sumamente simpáticas las tales pinturas. Tal acontece con la figura de ese apuesto oficial tan admirablemente pintada por Schroder, artista ya conocido de nuestros lectores por el tan delicioso cuadro *A tu salud, papá*, que publicamos en el número 421 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. En *El bebedor*, al par de la gracia de su composición, encanta la perfección con que está ejecutada y que revela al pintor ganoso de no omitir detalle que pueda contribuir al buen efecto de su obra.

Sin labor, cuadro de D. Francisco Maura. – Dos cuadros expuso D. Francisco Maura en la última Exposición nacional de Bellas Artes, que justamente llamaron la atención de los inteligentes á pesar de la diversidad de su género. *La venganza de Fulvia* debe considerarse como resultado del obligado envío de pensionado, y por lo tanto sujeto á las prescripciones del reglamento. *Sin labor* es un cuadro moderno, cuyo asunto ha sido libremente escogido por el artista, quien se inspiró en un cuadro de la vida real, hallado sin esfuerzo en la sociedad que le rodea, entre la que vive y se agita. De ahí la diferencia que se nota entre las dos producciones, ya que en la primera, siendo esencialmente dramática, no se adivina el drama, en tanto que en la segunda se siente, interesa y conmueve.

El asunto es en extremo sencillo, pues el artista ha logrado representar uno de esos dramas íntimos que todos conocemos y que impresionan profundamente. Una delicada joven, de grandes y expresivos ojos, sentada junto á una máquina de coser, hállase entregada á profundas melancolías. En la modestísima estancia que constituye su vivienda no se ven trajes ni telas, todo manifiesta la falta de trabajo y hace presentir una serie de privaciones y estrecheces. ¿Qué será de ella?

Justa fué la recompensa acordada por el Jurado al distinguido pintor palmesano y no menos justificada la admiración que despertó en todos aquellos que visitaron la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, en la que también figuró tan notable lienzo.

Una juerga en Sevilla, cuadro de D. José García Ramos. – Además de las envidiables cualidades que posee el Sr. García Ramos como dibujante y colorista, distínguese por haber sabido pintar una Andalucía original, característica y verdadera, sin que nunca resulten sus obras amaneradas ni falsas. Su buen gusto inclínale á buscar modelos simpáticos para sus composiciones y fondos verdaderamente pictóricos, sin que á pesar de este trabajo de selección resulten falsas sus obras, ya que tienen todo el encanto de la realidad.

De ahí la justa consideración de que goza este distinguido pintor sevillano y la estima en que se tienen sus producciones, muchas de las cuales figuran en notables galerías del extranjero.

San Juan Bautista, estatua de D. Antonio Parera. – Si los pintores catalanes han logrado formar escuela, justo es confesar que mayor ha sido el esfuerzo de los escultores, puesto que es la única región de la península en donde existe un verdadero núcleo que, casi sin precedentes en nuestra historia artística, ha podido singularizarse. Cataluña, y especialmente Barcelona, puede envanecerse por contar escultores de tal valía que no se celebre exposición ó concurso sin que alguno de ellos obtenga premio ó recompensa. Basta recordar los nombres de los escultores que han logrado distinguirse en el último concurso de la Biblioteca Nacional, y no sólo figuran los artistas catalanes en crecido número, sino que sus obras revelan las aptitudes que poseen para el cultivo del gran arte.

Parera, de quien recientemente hemos publicado una obra notable, ha podido ya distinguirse por sus recomendables aptitudes, reconocidas en cuantas obras ha producido, entre las que figura la bonita estatua de *San Juan Bautista*, premiada por el Jurado de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona y propuesta para formar parte de la sección de escultura del Museo Municipal.

Haydé, cuadro de Victorio Corcos. – La belleza femenina tiene en el celebrado pintor italiano Victorio Corcos un adorador ferviente y en las figuras que de su pincel salen adviértese ese sello poético que tan bien cuadra á las reproducciones de la más bella mitad del género humano, fuente inagotable de inspiración de poetas y artistas de todas las edades, á pesar de cuanto sus detractores han dicho. *Haydé*, ese delicioso ejemplar de la mujer de Oriente, ese conjunto de líneas acentuadas é intachablemente correctas y de formas verdaderamente clásicas, es una nueva y hermosa página en el álbum de beldades creadas por Corcos, algunas de las cuales, como *Mensaje de amor* y *Primavera de la vida*, conocen ya nuestros lectores.

Justicia marroquí, cuadro de D. Antonio Fabrés. – En distintas ocasiones nos hemos ocupado de las producciones pictóricas del Sr. Fabrés, tributándole los elogios que á nuestro juicio merece, quien además de poseer cualidades no comunes para el arte que cultiva, consagra á él por completo toda su inteligencia y todos sus esfuerzos.

Fabrés, que logró ya distinguirse como escultor, conforme lo atestiguan sus notables estatuas *Abel muerto* y *La Tragedia*, ha podido alcanzar la misma notoriedad respecto á la pintura.

La justicia marroquí forma parte de la numerosa é interesante colección de cuadros de costumbres mauritanas, que tan inteligentemente interpreta Fabrés, y en las que puede el artista hacer gala de la riquísima gama de su paleta.

Una nueva Mignón, cuadro de D. José María Tamburini. - Pastora, cuadro de D. José María Marqués. – Invierno, cuadro de D. Juan Pinós. – Valenciana, cuadro de D. Eugenio Jimeno. – Cabeza de estudio, cuadro de D. Nicolás Raurich. – Pasatiempos conventuales. – El avaro, cuadros de D. Luis Graner (Salón Parés). – Si importancia revisten las exposiciones que periódicamente se celebran bajo la iniciativa oficial, preciso es convenir que no menor significación tiene la permanente exposición que la iniciativa particular nos ofrece por medio del Salón Parés, ya que en él podemos ver y estudiar de continuo á nuestros artistas por la no interrumpida exhibición de sus obras. Cierto es que ninguna otra ciudad española cuenta con un núcleo tan numeroso de artistas y que en pocas regiones dan muestra tan fehaciente de sus aptitudes y laboriosidad. De ahí el interés que para los inteligentes ofrece el Salón Parés.

Entre las obras últimamente expuestas merecen especial mención el precioso lienzo del Sr. Tamburini titulado *Una nueva Mignón*, delicadísima nota de color, que como en todas sus producciones revela esa conjunción admirable que es causa del encanto que inspiran todas sus obras: la *Pastora*, del Sr. Marqués, recuerda sus bonitos paisajes frescos, jugosos y simpáticos cual los tonos que brotan de su paleta: el *Invierno*, del Sr. Pinós, es un perfecto estudio del natural, copiado de las regiones pirenaicas y justo y exacto como todos los que produce este inteligente y laborioso artista: la *Valenciana*, del valenciano pintor Sr. Jimeno, hállase inspirada en uno de los tipos que constituyen el más preciado encanto de la ciudad del Turia: la *Cabeza de estudio*, del joven y discreto artista señor Raurich, revela las recomendables aptitudes que posee y lo que puede esperarse de su talento y entusiasmo por el arte que cultiva, y los *Pasatiempos conventuales* y *El avaro* son dos nuevos estudios concienzudos y acabados que nos ofrece el señor Graner, en quien nos complacemos en reconocer á uno de los más genuinos representantes de la verdadera escuela española.

Tales, aunque someras, son las apreciaciones que nos permitimos consignar respecto de los cuadros que reproducimos, escogidos entre los últimamente expuestos en la galería Parés.

La portera, dibujo de Augusto Lancon. – Cuanto puede el más exigente pedir á las obras con el lápiz producidas, hállase en el dibujo del ilustre artista francés: sobriedad en los efectos, vigor en los trazos, proporcionalidad en las formas, expresión y naturalidad en la figura, todo lo reune *La portera*, ejemplo elocuente de que en materias de arte, como repetidas veces hemos dicho, no hay asunto, por insignificante que sea, ni procedimiento, por sencillo que parezca, del cual no pueda sacar gran partido el artista de talento.



¡TIENE GRACIA!

POR GUSTAVO TOUDOUCE.—ILUSTRACIONES DE JEANNIOT

I

¡Bucaille,... Bucaille!, nombre que suena en mi memoria como un cascabel extraño, cascado, produciendo una música extravagante y particular.

En ese sonsonete tremolante, cuya breve y rápida nota metálica penetra á veces en mi cerebro, recordándome tan pronto el agudo titileo de la gorra de un loco como el tañido lúgubre de la campana en las horas sombrías, ó el toque de rebato en los días sangrientos, hay algo festivo, cual la ruidosa carcajada con la boca abierta hasta las orejas, pero también algo triste y siniestro.

En el sexto distrito, barios de San Sulpicio y San Germán de los Prados, y en lo que aún resta del sexto batallón de los movilizados del Sena, entre los del pompón verde, se deben acordar muy bien del tal Bucaille, de Jerónimo Bucaille.

¡Maligno grano de arena del empedrado de París, impelido por el diablo, empapado en el agua del arroyo, nutrido por todo lo que el viento de las calles sopla á través de la ciudad, maná del cielo ó ponzoña de la cloaca!

Un poco torpe, un poco lelo y con la cabeza algo mal sentada; pero chistoso y tan despechugado, tan grotescamente vestido... ¡He aquí uno á quien era desconocida la coquetería, que se burlaba de la moda, de la costumbre y del qué dirán! Por lo demás, ¡de qué no se mofaría aquel ganapán!... ¡Valiente ciudadano contaba el batallón en su seno!...

Cuando se le vió llegar á la compañía, á la cual se agregó en octubre de 1870, al ser llamada la clase de 1869, hubo una explosión de hilaridad, una risa loca, cual no se había visto nunca.

Llevaba el kepis completamente atravesado, con la visera sobre la oreja derecha, la cazadora mal abotonada, con un ojal más alto que otro, pantalón lleno de arrugas sobre unas canillas de jilguero, remangado en la extremidad de las perneras á causa de su longitud, y zapatones semejantes á barcazas, que jamás conocieron el betún.

En cuanto al interior del individuo, cuerpo de alfeñique, flacucho, pequeño, encogido; mísera armazón de huesos, con omoplatos salientes, que producían el efecto de afilados bordes de platillo bajo el paño del uniforme; cuello de embudo con la nuez muy saliente, sobrepuesta de un verdadero hocico de mono; ojos demasiado próximos entre sí, nariz puntiaguda, pómulos salpicados de manchas rojizas, y las mejillas, el labio superior y la barba cubiertos de una especie de pelusa de color rubio castaño, que parecía una barba postiza mal ajustada, una barba de carnaval.

El recién venido no *marcaba* bien seguramente, según el término de cuartel.

—¡Eh, mandria, á la orden!, gritó el sargento.

—¡Presente, compañero!, contestó el recluta sin desconcertarse y con voz agria como la manzana verde.

Al punto comprendieron todos con quién se las habían.

—¡Es un *guasón*, un bromista!, dijo uno de los camaradas.

Los demás hicieron coro, y el sargento el primero, sin enojarse por la contestación.

El breve interrogatorio del capitán, á la llamada del mediodía, no intimidó más al recluta.

—¿Cómo te llamas?

—Jerónimo Bucaille.

—¿Qué profesión?

—*¡Obrrrero ebanisssta*, mi capitán, y famoso, sin que esto sea elogiarme! ¡Conocido en el gremio!, añadió, recalcando mucho las sílabas y con el habla brozosa.

El oficial se mordió el bigote para no reirse.

—¡Bien, bien! Te creo.

—¡Oh! Yo no gasto guantes, mi capitán, no lo piense usted así... No tengo costumbre de usarlos. Con mi piel me basta, y no necesito la de los conejos. ¡Eso se queda para los *aristocráticos!*... Son apariencias.

—¡Ya lo veo, muchacho!, replicó el oficial, dirigiendo una elocuente mirada á los zapatos sucios y á las uñas de luto del recluta.

—Será preciso arreglarte un poco mejor, dijo el capitán acercándose; mira á tus compañeros.

Y le puso bien el kepis, indicándole que la cazadora estaba mal abotonada.

—¡Ya me la abrocharé bien; no tema usted, mi capitán; le aseguro que honraré el cuerpo!

Tal fué su entrada entre nosotros, y justo es añadir que ni las semanas ni los meses bastaron para desengrasarle ni para hacerle comprender tampoco que los botones se han de introducir en el ojal que les corresponde y que la visera del kepis no debe caer sobre la oreja. Cada vez que se trataba de inculcarle los principios de la buena policía militar, replicaba filosóficamente:

—¡No es posible remediarlo; era preciso haberme tomado más joven!

Y como en rigor el recluta no hacía su servicio peor que otro, acostumbráronse á dejarle en paz.

Fué de aquellos, muy numerosos, ó mejor dicho, la mayoría, que cumplieron su deber sin hacerse notar, pasivamente, en una especie de vida animal, como la del gran rebaño, que se conduce á derecha ó izquierda, que se hace adelantar ó retroceder y que va dócilmente donde se quiera.

Bucaille refunfuñaba y murmuraba de las minuciosidades del servicio, contestando siempre á sus jefes con grosería, en su *caló* parisiense, más indisciplinado en las palabras que en los actos, sin obedecer nunca desde luego, pero acabando al fin por hacer más de lo que se le mandaba y mejor.

Esto era la esencia misma de su naturaleza, esto y la petulancia, esa afección que á todos nos aqueja más ó menos y que se contamina con el aire de París.

Por eso tenía, en considerable dosis, esa extraordinaria manera de ser del verdadero parisiense, que considera primero las cosas con burlona socarronería, aunque se trate de los acontecimientos más dramáticos.

Para él, todo se resumía en esta exclamación típica:

—¡Tiene gracia!...

Con cualquier motivo, la frase salía á relucir, bien se tratara de un accidente que costase la vida á un hombre, ó ya de una simple farsa.

El día de la batalla de Champigny, hallándonos en la meseta de Avrón, observábamos desde las alturas los movimientos de los dos ejércitos, que se batían desde la montaña. El momento era crítico; veíase avanzar poco á poco la línea de artillería, subiendo por la pendiente, y tratábase de saber si se levantaría al fin el bloqueo de París y si el general Ducrot conseguiría reunirse con el ejército de Orleáns, en el cual se cifraban todas las esperanzas de salvación.

Desde la meseta, las piezas de marina, las de á siete y todos nuestros cañones, grandes y pequeños, bombardeaban á los prusianos.

De improviso viéronse unos vehículos que desfilaban lentamente por los picos inmediatos en dirección á Chelles, formando como una cortina continua: eran coches de la ambulancia.

Poco tiempo necesitó el Estado mayor, cuyos anteojos observaban la acción, para comprender el ardid alemán; detrás de aquella cortina flotante, de aquellas banderas blancas que ondulaban á merced del viento, ostentando la cruz roja de Ginebra, avanzaban masas de infantería en columna cerrada hacia el lugar del combate en auxilio de las tropas batidas por nuestros soldados.

Acto continuo, el almirante Saisset, que con todo su equipo de caballería, el paraguas debajo del brazo, la gorra alta y galoneada de oro y el capote ancho flotando como las alas de un ave, estudiaba el movimiento con ayuda de unos gemelos enormes, mandó dirigir el fuego sobre aquel punto.

Veíanse salir los tiros, y cuando la bala de un obús caía en plenas masas prusianas, el almirante gritaba lleno de júbilo:

–¡Un cuartillo de vino al que ha hecho ese disparo!

Nosotros participábamos de ese entusiasmo, gritando:

–¡Bravo por la flota!

Y todos redoblaron su celo.

En cuanto á Bucaille, contaminado por aquella alegría, pensando sin duda en el destrozo de hombres producido por la explosión del obús en el montón y tal vez con vagos recuerdos de la fiesta de Saint-Cloud, donde había jugado á los bolos y tirado al blanco á los monigotes, no se le ocurría más que una frase, su frase favorita:

–¡Tiene gracia!...

Más tarde, cuando nos tocó á nosotros ser bombardeados, destrozados; cuando el plomo y el hierro silbaron en nuestros campamentos, arrasando la meseta, desmenuzando los brazos y las piernas y demoliéndolo todo, Bucaille pronunció la favorita frase, sin variarla en nada.

En Buzenval sucedió lo mismo, y nada hubiera podido hacerle cambiar. Más tarde le comprendí bien.

¡Ah! ¡La sangre parisiense fermentaba en sus venas, con sus glóbulos hervorosos, que comunican incesantemente al individuo su carácter bromista, así como las burbujas del vino de Champaña le producen la risa y la locura!

II

El 18 de marzo de 1871, á eso de las seis de la tarde, volvía yo á mi casa muy conmovido por los acontecimientos del día, cuando en la plaza de San Germán de los Prados tropiezo con un hombrecillo, muy embozado en el largo capote de los guardias móviles, con la visera del kepis sobre la oreja, el peto manchado de barro, el pantalón mugriento y en bandolera la carabina, cuyo cañón golpeaba la espalda, chocando ruidosamente la culata contra el sable bayoneta.

–¡Bucaille!

–¡Toma! ¿Usted por aquí?

–¿De dónde vienes con ese equipo?

–¡De contribuir á una buena obra, la que corresponde al ciudadano!...

Retrocedí un paso, recordando las matanzas de la mañana.

–¡Desgraciado!... ¡Tú!... ¡Los generales!...

Bucaille protestó, encogiéndose de hombros.

–¡No como yo de ese pan, repuso; no, á fe de Bucaille! Esa es mala faena, trabajo de gandul, ganas de buscarse compromisos. ¡Oh, no, no!...

–¿Pues entonces en qué trabajo te has ocupado?

–¡Diantre! En levantar barricadas.

–¡Cómo! ¿No has entregado las armas con el batallón?, preguntó, señalando la carabina.

–¿Mi chassepot?... ¡Jamás!... ¡A fe mía que tendría demasiada gracia!... ¡No soy yo de los que capitulan; yo no me rindo!...

–No es necesario, puesto que ya no se baten.

–Eso no lo sabemos, pues á veces... En fin, buenas tardes; á sus órdenes...

Y se alejó silbando, siempre socarrón y hecho una lástima, con sus puntiagudos omoplatos como los de un gato de gotera, sus formas raquíticas y su grotesca silueta.

Yo no me había atrevido á interrogarle más, porque me causó el mayor asombro verle embarcado en semejante aventura.

Pero bien sabe Dios que el buen Bucaille no se ocupaba de política. Durante la guerra, cuando se promovía alguna discusión sobre este asunto en la tienda de campaña ó en otra parte, él era el primero en reirse, chanceándose con los unos y burlándose de los otros; y confesaba que nada comprendía de política. Si el 4 de septiembre se mezcló con la multitud, fué más bien por curiosidad que por diversión, porque le gustaba la charla, los paseos por grupos y porque en los bulevares le habían excitado al fin los gritos de entusiasmo de la *Marsellesa.*

Pero lo que en él fermentaba, sin que se diese cuenta de ello, era la antigua levadura revolucionaria y de insubordinación, levadura que enardecía insensiblemente su sangre de hombre del pueblo, que huele á pedernal, como ciertos vinos del Rhin; esa fermentación secreta que bulle en las venas del obrero y le produce una especie de ciega embriaguez.

Los consejos de los camaradas, algunas pomposas frases del club, el ejemplo de los otros, la falsa vergüenza de no ser él algo también, habíanle impelido hacia la *Commune*, seduciéndole en particular, como suprema extravagancia, esa murmuración general de todos y de todo.

Transcurrieron las semanas; á veces cuando le encontraba, cambiábamos el saludo y algunas frases; cierto día acercóse á mí y díjome á media voz:

–¿Decididamente no se afilia usted?

–No.

–Algunos que son más que usted lo hacen. ¡Vaya!...

–¿Quién?

–¡Diputados; verdaderos amigos del pueblo!

–¡Bah!

–¡El ciudadano Milliere, por ejemplo!... ¡Es célebre!... ¿Eh? ¿No le dice á usted algo esto?

Hice una señal negativa, y despidióse diciendo:

–No lo entiende usted. La verdad es que uno se divierte allí.

Dos días después habíase librado un combate por la parte de Issy, Mendón, en bosques y campos, pues los confederados intentaban apoderarse de Versailles; mas fueron completamente batidos. Por la calle de Rennes volvían los fugitivos en pelotones ó aisladamente.

Desde lejos reconozco á mi Bucaille, que me grita:

–¡Zambomba! ¡Qué granizada!... ¡Vaya si tenía gracia!...

–¿No estás herido, eh?

–¡Fortuna ha sido, á fe mía! ¡Pegaban fuerte, muy fuerte! ¡Esos pícaros de Versailles tiran mejor que nosotros, como hay Dios! ¡Cuántos compañeros caían á mi alrededor! ¡Vaya una marimorena! ¡Pim... pam... pum!... Ni siquiera nos han dado tiempo para recobrarnos; todos muertos ó heridos. He franqueado dos kilómetros corriendo á escape al través de los campos y heme aquí. Pero al menos he disparado muchos tiros, mientras que en la guerra no solté uno solo en seis meses. ¡Para esto no valía la pena llevar el chopo!...

¡Cuántos razonaban así! ¡Ah, si se pudieran detallar las mil mezquinas causas que lanzaron á los hombres en la gran mascarada trágica de la *Commune!* Los unos por los galones, los otros por los seis reales, estos por quemar cartuchos, aquellos para derribar al gobierno, otros... sería cuento de no acabar nunca.

–Supongo que por esta vez habrás tenido bastante, dije á Bucaille, y que ahora te retirarás. ¿No es así?

–¡Yo!... ¿Y Milliere, qué diría Milliere?...

–¡Milliere!... ¡Pues si ni siquiera te conoce!

–Tal vez; pero es todo un mozo, y de los valientes; y por él... en fin, basta, ya me entiendo yo.

Inútil era discutir ó insistir; estreché tristemente la mano á Bucaille, moviendo la cabeza, y alejéme con la idea de que aquello acabaría mal para él.

Cuanto más avanzaban los acontecimientos, menos dudoso se hacía el desenlace. La existencia de la *Commune* no era ya más que cuestión de días, tal vez de horas, y no pensé sin cierta melancolía en lo que podría sucederle al pobre Bucaille, pues la represión sería terrible; todos lo comprendían así.

III

Arrancada la bandera roja de la iglesia de San Germán de los Prados, tomadas todas las barricadas por la infantería de línea y la de marina y ocupado el barrio por el ejército de Versailles, al fin pude salir por primera vez desde hacía cuatro días.

El viernes, 26 de mayo, á eso de las once, dirigíme á la ventura por el barrio Latino, tomando las calles de Bonaparte, de San Sulpicio y del Odeón.

En las puertas de las tiendas aparecían los dueños, de cuyos labios salían observaciones como estas:

«¡Ah, ah, ya se ve la buena gente!»

«Hace una semana que permanecía oculta.»

«¡Diablo, no era prudente correr entonces por las calles!»

Por doquiera se veían señales de la lucha; paredes acribilladas á balazos ó agrietadas por los proyectiles de los obuses; restos de toda especie, toneles y muebles; en medio de la calle un montón de armas bajo la custodia de los centinelas, y acá y allá, al pie de una barricada, algunos cadáveres rígidos, con los pies descalzos y los morrales vacíos, pues los siniestros merodeadores seguían á los soldados como verdaderos cuervos de campo de batalla.

Junto á la pared de San Sulpicio, por el lado de la calle, veíase un charco de sangre espesa, coagulada, en la que se bañaban boca abajo tres guardias nacionales fusilados por la espalda: el espectáculo era siniestro á la vez que repugnante y fascinador.

Interiormente pensaba en Bucaille, y parecíame reconocerle en cada uno de aquellos cuerpos rígidos; estremeciéndome de horror, no osaba aproximarme para mirarlos de cerca, y permanecía inmóvil, con la mirada vaga y el corazón latiéndome apresuradamente. Ninguno de los muertos vestía el uniforme de la guardia móvil, y además eran más corpulentos y muy barbudos.

A la atmósfera pura y serena de los días precedentes habíanse sucedido señales de tempestad; las nubes tenían color de plomo y parecían muy espesas.

Cuando comenzaba á llover, refugiéme en las galerías del teatro del Odeón, mi paseo favorito en las épocas de calma; pero aquel día no estaba abierta ni una sola de las librerías que constituyen allí el atractivo principal. Todo se mantenía cerrado, lúgubre, silencioso.

En el momento de franquear los escalones contiguos á la fachada, un individuo pasó por delante de mí, perdióse en la sombra de los arcos, y después no volví á verle: sin duda había dado la vuelta al monumento.

Ya iba á llegar á la galería situada frente al jardín del Luxemburgo y á la calle de Médicis, cuando una mano me cogió por el brazo. Volvíme inquieto y hasta con cierto temor, pues no había oído á nadie.

–¡Buc...!, iba á gritar.

¿Sería él? De un ángulo tenebroso salía un brazo, y distinguí mal en la sombra un rostro en parte visible.

Los ojos se plegaban en una sonrisa familiar; los labios balbucearon:

–¡Chist!... ¡Más bajo! ¡Vaya un toque, eh?... ¡Tiene gracia.. eh?

No podía dudar, era el tunante; y á fe mía que hubiera podido pasar junto á él sin reconocerle.

Era mi Bucaille afeitado, que llevaba una levita amarillenta, pantalón de capricho, calzado casi decente y sombrero de hechura de melón. Con aquel equipo parecía más pequeño, más delgado, cual si se hubiese puesto una ropa que no le pertenecía ó el traje de algún hombre corpulento. ¡Pardiez! El pobre mozo no parecía estar muy satisfecho, y á pesar de su expresión habitual, una palidez lívida apagaba la ironía de su semblante, envejecido de repente.

–¡Se ha salido hasta aquí del paso!, murmuró. ¡Ni visto ni conocido!...

Su sonrisa me hacía daño, porque revelaba el miedo; el espanto producido por terribles visiones parecía indicarse aún en sus ojos y también el terror que causaban los fusilamientos sin formación de causa, las matanzas implacables.

¡Por qué transiciones tan horribles debía haber pasado durante aquella batalla en las calles! ¿Qué había llegado á ser? ¿Cómo le encontraba allí, en el Odeón, con aquel traje prestado sabe Dios por quién? ¿Qué había hecho del famoso chassepot, del que estaba tan engreído y del cual no quería separarse? ¿Dónde iba en el momento de encontrarle yo?

Bucaille leía tal vez estas preguntas en mis ojos, pues díjome al punto:

–Más tarde se lo contaré todo.

Tal vez había buscado, como yo, en aquel sitio un refugio para guarecerse de la lluvia.

De improviso retrocedió, inclinó todo su cuerpo y disimulóse detrás de mí, castañeteando los dientes de una manera extraña.

–¡Oh, oh, murmuró, todavía más!

¡Qué terror había en aquel movimiento! ¡Qué muda confesión de espantosas obsesiones!

Un destacamento de infantería de línea salía del Senado, conduciendo un prisionero; los soldados en dos filas ocupaban cada lado de la calle, como cuando la tropa sigue un cortejo fúnebre; y en el centro, en el espacio que se deja libre para el coche y el ataúd, veíase un hombre vestido de negro, con levita larga abotonada, sin sombrero y rodeado de un grupo de oficiales é individuos de tropa.

Espantosamente pálido, muy delgado y erguida la cabeza á pesar de la lluvia que le azotaba el rostro, avanzaba con paso firme, automático. Varios grupos de curiosos agolpábanse acá y allá sin cuidarse del mal tiempo, procurando ver y preguntándose qué ocurría.

Cuando el hombre llegó á la altura del Odeón, distinguiéronse mejor sus facciones; tenía verdadera cara de iluminado, de apóstol; largo cabello negro que llegaba hasta los hombros, bigote corto y la barba afeitada.

Parecíame haber visto ya aquella fisonomía en alguna parte, y uno dijo delante de nosotros:

– Es Milliere.

– ¿Milliere?

En efecto, entonces le reconocí por haber visto algunas veces su retrato en los escaparates de los expendedores de periódicos.

– ¡Hum!, murmuró Bucaille. ¿Quiere usted decir?...

– ¡Cómo!, repuse, ¿no conoces á Milliere, al diputado de París, tu Milliere, aquel en fin de quien siempre me hablabas?

– Jamás le he visto; esta es la primera vez.

– ¡La primera!... y... y... por él te... ¡Ah! ¡Esto sí que tiene gracia!...

Lleno de admiración miré á Bucaille como si contemplase un fenómeno: había dicho la verdad.

– Ahora van á fusilarle en el Panteón, dijo uno de los curiosos.

Algunas personas proferían injurias contra Milliere.

– ¡Es un vagabundo! ¡Bien empleado le está!

– Dicen que hizo fusilar á treinta guardias nacionales en la escalera del Panteón; pero ahora le toca á él.

– ¡Es un canalla!

Y los puños amenazaban al hombre vestido de negro, contra el cual se dirigían las imprecaciones y los insultos, todo ese cieno que la cobardía de las turbas arroja á la cabeza del vencido, del prisionero, ya sea culpable ó inocente. Aquello sublevaba el corazón.

Varios soldados, destacándose de la compañía, fueron á ocupar la calle de Médicis para cerrar el paso, impidiendo á la muchedumbre seguir al fúnebre cortejo.

El eco de los murmullos y el desacompasado movimiento de las gentes realzaban el tinte de tristeza que presentaba aquella lúgubre escena.

– Vente conmigo, dije á Bucaille, cogiéndole de un brazo.

Por las calles de Vaugirard, Monsieur-le-Prince y Cujas pudimos deslizarnos, sin que nos detuvieran, hasta la plaza del Panteón, y llegados al monumento nos apoyamos en la verja que le cierra, frente á la calle de Soufflot.

A los pocos instantes vimos avanzar los soldados con el reo.

Llovía bastante; pero había allí, pegados á la verja y esperando el sangriento espectáculo, un centenar de curiosos, los unos recibiendo estoicamente el agua que caía de un cielo gris, y los otros protegidos por sus paraguas. Por lo demás, allí reinaba silencio terrible, soledad absoluta; era como un rincón de la ciudad desolado y sombrío.

La puerta central de la verja se abrió para dar paso al pelotón ejecutor, á los oficiales y á la víctima; dos de ellos, colocándose junto á Milliere, obligáronle á franquear la escalinata, mientras que doce individuos tomaban posición entre la verja y la gradería, formando dos filas.

Allí se representó un drama tan breve como angustioso, una pantomima sangrienta de la que ningún espectador perdió ni un solo ademán ni la menor contracción de las facciones de la víctima.

Los dos oficiales quisieron obligar á Milliere á colocarse de cara á la iglesia para que se le fusilase por la espalda; mas pareció protestar con energía contra aquella agravación exorbitante, y haciendo un movimiento decidido plantóse frente á los fusiles.

En aquella actitud imponente y digna fué objeto de contemplación por breves instantes de cuantos presenciaban aquel triste prólogo del sangriento drama que muy pronto había de conmover vivamente todos los ánimos.

Nadie se atrevió á insistir.

Milliere registra entonces sus bolsillos, entrega á los oficiales todos los objetos que contienen, se desabrocha el chaleco, desvíale con ambas manos y presenta con arrogancia su pecho, ostentando la blanca pechera de su camisa, que semejante á una extensa mancha clara en el traje negro, ofrece un blanco viviente.

A una orden de los oficiales, dos hombres suben hasta donde está el condenado, le cogen por los hombros, se apoyan con fuerza y oblíganle á arrodillarse; el condenado, sin oponer resistencia, levanta la cabeza.

Una sonrisa crispada mueve los músculos de su rostro, y dos ó tres veces la lengua pasa rápidamente sobre los labios como si le faltase la saliva. Milliere abarca de una mirada la plaza, los soldados y los curiosos, y después grita con voz fuerte:

– ¡Viva la República! ¡Viva el pueblo! ¡Viva la humanid...!

En el mismo instante resuena el estrépito de la descarga; la blanca pechera se tiñe de rojo y Milliere cae del lado izquierdo. Un sargento franquea la gradería, apoya la boca del cañón de su carabina en la cabeza de la víctima y suelta el tiro á boca de jarro, destrozándole el cráneo.

Eran las doce menos cuarto de la mañana en San Esteban del Monte y en la alcaldía del quinto distrito.

Terminada la ejecución, los soldados se retiran, dejando tras sí la verja abierta y el cuerpo inanimado en lo alto del último escalón.

Los espectadores se precipitan para ir á ver más de cerca el cadáver; un cazador de infantería llega el primero, se inclina y arranca las botas al desgraciado.

Estábamos á la mitad de la escalinata cuando vimos bajar el cadáver, que pasó muy cerca de Bucaille y de mí, tocándonos casi. Todo el lado izquierdo de la cara estaba ennegrecido por la pólvora del tiro de gracia; un rictus espantoso dejaba descubiertos los blancos dientes.

Con la garganta oprimida contemplé aquel hombre tan vivo un momento antes, aquellas facciones desfiguradas en que hacía un minuto reflejábase un entusiasmo tan exaltado.

– ¡Cuando pienso que ese podía ser yo!, murmuró Bucaille á mi oído con expresión de espanto. ¡Y sin embargo, tiene gracia!...

¡Condenado parisiense!

Un momento después, el cuerpo del diputado de París reposaba en un carro de mudanzas, situado en la calle de Soufflot, junto á los edificios de la Escuela de Derecho: le habían arrojado junto al cadáver de un artillero de la *Commune*, fusilado por la mañana.

He aquí en qué circunstancias el amigo Jerónimo Bucaille trabó conocimiento con Milliere, su Milliere, aquel por quien se había agregado á la *Commune*, sin saber apenas por qué.

Si no le inquietaron después y consiguió librarse de todas las pesquisas y denuncias, debiólo en parte á mi concurso; y me ha conservado un vivo agradecimiento, como ya se comprenderá.

Hace poco tiempo volví á ver á Bucaille: se ha casado y tiene familia; pero ya no es *obrrrero*, sino maestro ebanista, y se ha calmado completamente.

Como le recordase el siniestro episodio del Panteón, exclamó:

– ¡Tenían gracia aquellos tiempos!...

¡Gracia!... ¡Bucaille persiste en su estribillo... y esto da qué pensar! ¡En esa frase, en esas palabras, se revela en cierto modo el carácter del parisiense!

TRADUCCIÓN DE E. L. DE VERNEUIL



SECCION CIENTIFICA

LOS COSACOS Y SU MANERA DE COMBATIR

Cuando se observa atentamente la vida de la población cosaca en una estanitsa, fácil es descubrir desde luego y distinguir de sus compatriotas á los futuros djighitas.

En primer lugar se les ve ir á caballo al abrevadero, siempre sin silla, sin brida y sin manta, y constantemente al trote y aun al galope de carga. Los ojos brillan y el observador puede advertir claramente que cuando montan en sus corceles se sienten en el colmo de su felicidad.

Fig. 1. Cosaco á caballo disparando hacia atrás



Fig. 2. Cosaco disparando protegido por un caballo

Si encontramos algún *tabún* (recua de caballos) que regresa á la estanitsa, veremos de seguro algunos jóvenes jinetes que tratan de cogerse unos á otros. Casi todos llevan atada á sus caballos una especie de lazada formada con una cuerda cualquiera y de la cual se cuelgan para coger algún objeto del suelo.

Pregúntese á uno de estos jóvenes cuál es el mejor caballo del *tabún* ó el más corredor, y sin vacilar lo designará, como designará también los caballos viciosos y aquellos en los cuales es imposible coger algo del suelo porque no son bastante fuertes y caerían.

Algún tiempo después encontraremos á esos mismos jóvenes que por pertenecer á la clase preparatoria, es decir, á la clase que se instruye para entrar en el servicio militar, que asisten á las primeras reuniones en el *voisko*, á caballo en potros de su propiedad, á los que conocen admirablemente, y montados los cuales no vacilan en agacharse hasta el suelo ó en galopar con la cabeza apoyada en la silla y los pies en alto y algunas veces de pie, saltando obstáculos y ejecutando los diversos ejercicios que constituyen la Djighitovka.

Del campo de instrucción regresan á sus casas con el título de djighita y algunas veces con un premio obtenido por la agilidad especial de que han dado pruebas.

En cuanto á los jóvenes menos atrevidos y menos enérgicos, el amor propio les obliga á no ir á la zaga de los demás. Y de esta suerte, durante toda su infancia y su juventud, todos los cosacos practican la Djighitovka, á la que se dedican con suficiente entusiasmo ó amor propio para sacar de ella excelentes frutos.

Cuando el cosaco ha hecho la Djighitovka en la estanitsa hasta los veintiún años, no ofrece ya peligro ni dificultad que continúe haciéndola durante los cuatro años de servicio activo que pasa en el regimiento.

Entre los ejercicios más útiles y más comúnmente obligatorios de la Djighitovka pueden citarse los saltos de obstáculos al galope manejando el jinete el sable ó el fusil y el tiro de éste en todas las posiciones, bien sea á caballo y en todas las clases de marcha, incluso en retirada, para la cual el jinete monta de espaldas á la cabeza del animal (fig. 1), bien sea desmontado y sirviéndose del caballo echado en el suelo como de parapeto (fig. 2).

En este último ejercicio los tiradores cosacos llegan al galope de carga, detiénense bruscamente y echan pie á tierra, mientras los caballos amaestrados se tienden en el suelo para formar con sus cuerpos muralla que proteja á sus jinetes.

Respecto de los ejercicios de la Djighitovka llamada *á voluntad*, pueden dar idea de ellos los siguientes: saltar á tierra y volver á montar yendo el caballo al galope, bajarse para coger un objeto cualquiera corriendo el caballo al mismo paso (fig. 7), saltar de un caballo sobre otro yendo ambos al galope, galopar de pie sobre la silla ayudándose con los estribos (fig. 3) que han sido previamente cruzados sobre la montura de modo que el de un lado venga á parar al lado opuesto y casi al mismo nivel que aquélla, así es que el jinete en realidad no está de pie sobre la silla, sino sobre los estribos.

Otro ejercicio consiste en galopar cabeza abajo (figura 4); pero en este también hay que notar que el jinete no se apoya absolutamente en la cabeza, sino sobre la silla por un hombro, y se aguanta fuertemente á los estribos, uno en cada mano. Otro ejercicio que puede en algunos casos tener una aplicación directa es el que representa la figura 5, en la cual se ve que dos cosacos á caballo sostienen entre ambos á otro cosaco que puede haber sido herido ó desmontado y que, en una retirada, no se quiere dejar abandonado al enemigo.

Finalmente, los cosacos ejecutan á caballo grupos más ó menos complicados, de los cuales puede dar idea la figura 6.

Al par que se consagra á los ejercicios más realmente útiles la mayor parte del tiempo que se emplea en la Djighitovka, no se descuidan los demás, pues el objetivo final de todos ellos ha de ser en definitiva desarrollar en el más alto grado posible en los cosacos el arte de manejar su caballo y sus armas y de sacar de uno y otras el mejor partido contra el enemigo.

Saber ejecutar á caballo un tiro seguro sosegado, y sostenido en todas direcciones y sobre todos los objetos que se distinguen; saber blandir el sable ó arremeter con la lanza con prontitud, vigor y precisión sobre maniquíes, etc., y finalmente saber hacer que su caballo se eche al suelo y romper, abrigado tras el cuerpo del animal, el fuego contra el enemigo, y luego, saltando de improviso sobre la silla, lanzarse contra él de repente sable en mano, tales son en suma los resultados que los cosacos se esfuerzan por conseguir con la práctica de la Djighitovka.

Fig. 3. Jinete cosaco de pie sobre la silla



Fig. 4. Jinete cosaco de cabeza sobre la silla

En los ejercicios de la Djighitovka regular es fácil evitar los accidentes; en cambio los de la Djighitovka llamada *á voluntad* ofrecen muchos riesgos y peligros, por lo cual su ejecución exige de parte del jinete tanta energía y audacia como agilidad. Es, pues, evidente que no cabe exigir estos últimos de todos los cosacos indistintamente, en primer lugar porque los hombres difieren mucho unos de otros por sus aptitudes, gracias á lo cual lo que para unos es posible resulta imposible para otros, y en segundo lugar porque los caballos que los cosacos llevan al servicio son de muy diversa naturaleza y la ejecución de los ejercicios más difíciles de la Djighitovka depende tanto ó más de las cualidades del caballo que de las del jinete.

A todos los cosacos no se les exige, pues, la ejecución de todos estos ejercicios, sino que se estimula á los jinetes más atrevidos y más vigorosos: el medio mejor de promover entre ellos la emulación necesaria es hacerles rivalizar en energía y agilidad, manteniendo de este modo la práctica de la Djighitovka, muy útil para desarrollar su valor como jinetes y como soldados.

Algunos accidentes aislados no constituyen en rigor motivo suficiente para renunciar á estos ejercicios, pues dice un proverbio ruso que «el que trabaja la madera hace saltar astillas.» Además, allí se recuerda la respuesta del famoso general de caballería Zeydlitz al rey que le preguntaba por qué en su regimiento se descalabraban los jinetes tan á menudo: «Vuestra Majestad no tiene más que mandar y esos accidentes no se reproducirán; pero no será mía la responsabilidad si luego el regimiento no cumple bien su deber delante del enemigo.»



Fig 5. Jinetes cosacos llevando un herido entre dos caballos



Fig. 6. Jinete cosaco llevando un tirador á cuestas

Este mismo general Zeydlitz contestó á la esposa del ministro Von Schlabendorf, la cual le manifestaba su temor de que le sucediera alguna desgracia á su hijo en los peligrosos ejercicios que dicho jefe superior prescribía á sus oficiales: «Señora, puede V. E. perder todo cuidado: los cornetas son como los gatos; aunque se les tire desde lo alto de una torre, siempre caen de pie.»

Antes de terminar estas noticias sobre la Djighitovka, creemos interesante mencionar una nueva variedad de este ejercicio, á que hace algún tiempo se entregan algunos regimientos de los cosacos del Cáucaso y que se denomina la *Djerita.* Este ejercicio consiste esencialmente en lanzar la azagaya desde el caballo: el jinete, que va al galope, sigue paralelamente á 15 ó 20 pasos de distancia una pista en la que hay dispuestas bolas ó aros de 71 centímetros de diámetro cubiertos de papel, y arroja uno ó dos dardos que deben romper el papel del aro ó clavarse en la bola, conseguido lo cual ha de volver grupas y alejarse á todo correr del blanco que acaba de tocar.



Fig. 7. Jinete cosaco recogiendo al galope un objeto del suelo

Este ejercicio no es nuevo, pues en algunos pueblos de Oriente se le conoce desde los tiempos más remotos y empieza á caer entre ellos en desuso.

El arte de la Djerita ha progresado de tal modo entre los cosacos del Cáucaso que el año pasado muchos de éstos tomaron parte en las carreras de este género organizadas en Tiflis, obteniendo 16 premios, mientras que los tártaros del país que luchaban con ellos sólo ganaron dos.

La Djerita, aunque no ofrece peligro alguno para el jinete, exige de éste mucha agilidad, fuerza y destreza para guiar su caballo.

(De *La Nature*)

LOS BEBEDORES DE ETER

Los alemanes beben cerveza á todo pasto, en lo cual les van imitando los franceses; éstos beben además vino, así como los españoles; los ingleses, ginebra y whisky, y los irlandeses se han dado con pasión á beber éter, sin duda por parecerles suaves para sus gargantas y estómagos blindados los demás licores.

Un médico inglés acaba de hacer un interesante estudio acerca de esta manía propia de la isla hermana y publicado un curioso trabajo relativo á ella, del cual tomamos los siguientes datos.

Los comienzos del eterismo parecen datar del año 1840, siendo lo particular que este vicio está más difundido entre los habitantes que profesan la religión católica que entre los de la comunión anglicana ó de otras sectas. Conócese la religión á que pertenece un campesino irlandés por el olor de su aliento; si huele á alcohol, puede asegurarse que es protestante; si á éter, que es católico. Los que no tienen opinión religiosa bien determinada beben éter y whisky mezclados.

Hay en el Norte de Irlanda tabernas de éter como en otras partes hay cafés y cervecerías: en aquéllas, por diez céntimos se despacha una dosis de éter, que viene á ser de 10 á 15 gramos. Hay aldea en que dos de dichas tabernas han despachado en un año la exorbitante cantidad de 1.200 galones del expresado líquido.

Todo el mundo lo bebe, hombres, mujeres y niños. Los días de mercado el aire está saturado de vapores etéreos en todos los caminos, y en todo el país los vagones de los ferrocarriles están impregnados de éter.

Se le bebe puro, en copitas que contienen de 10 á 15 gramos; los que no han contraído aún la costumbre de absorber este brebaje, que es sumamente acre, beben antes y después un trago de agua para atenuar la sensación abrasadora que produce en la garganta, esófago y estómago. Pero los bebedores antiguos pueden prescindir de esta precaución y llegan á beber hasta 150 gramos de una vez y hasta medio litro en tres ó cuatro.

Este líquido, tomado á corta dosis, produce una embriaguez bastante grata, una sensación de bienestar y contento. A dosis mayor, ocasiona violenta excitación, mucha salivación y eructos; la cara se congestiona y adquiere luego una palidez lívida; el bebedor siente un dolor agudo, urente, en la boca del estómago, y en seguida, á la excitación maníaca se sigue un estado de estupor que se disipa pronto.

Lo que distingue la embriaguez etérea de la alcohólica es la prontitud con que sobreviene y desaparece, lo cual permite al bebedor repetir varias veces al día la sensación que busca. Un bebedor de éter puede embriagarse doce veces diarias.

Con el tiempo, el eterismo ocasiona un estado bastante análogo al que produce el alcoholismo, siendo origen de gastritis crónicas, temblor continuo, perturbaciones cardíacas y postración nerviosa. Lo mismo que los alcohólicos, los etéricos manifiestan propensión á las disputas, á las violencias y á los crímenes.

Triste es pensar en los estragos que estos vicios funestos causan en los infelices que no tienen bastante fuerza de voluntad para dejarlos: confiemos, sin embargo, en que el eterismo quedará relegado á las comarcas del Norte de Irlanda.



LA PORTERA, dibujo de Augusto Lançon

***

FERROCARRIL ELECTRICO

M. Próspero van den Kerchove, constructor de máquinas establecido en Gante, que goza de notoriedad universal, ha presentado un proyecto de ferrocarril eléctrico entre Bruselas y Amberes. La velocidad de los trenes será de 110 kilómetros por hora y podría duplicarse fácilmente, de suerte que en diez minutos sería fácil ir de una ciudad á la otra. El autor de este proyecto cree que á su realización seguirá la construcción de una vía análoga entre París y Bruselas, cuya distancia se podría entonces recorrer en hora y media.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 12 de septiembre de 1892 — Núm. 559

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con este número repartimos á nuestros suscriptores el segundo tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos á los más modernos,» profusamente ilustrada



CANCIÓN PICARESCA, cuadro de Otón Lorch

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Las peregrinaciones. – En lo pasado. – Ahora en Francia. – La llamada peregrinación nacional. – El campo de Lourdes. – La iglesia. – Las prácticas. – Zola en Lourdes. – Juicios varios. – Fiestas á la Virgen. – Recuerdos de la infancia. – Las procesiones levantinas. – Poesía y piedad. – Conclusión.

I

Nada muestra tanto el carácter superior, intelectual y moral, de la especie humana sobre todas las especies animadas, sus semejantes, como esa necesidad universal de comunicación entre sí por los pueblos sentida, y como ese cambio de ideas y de productos, al cual se convierten los intereses y los pensamientos individuales ó particularísimos en pensamientos é intereses humanos. Mientras el hombre se queda en su tierra inmóvil, parécese algo al vegetal en su terrón; mientras se queda sólo en su hogar, parécese algo al bruto en su madriguera; pero en cuanto busca la comunicación estrecha con los demás individuos de su especie y por todos trabaja y para todos piensa, únicamente se parece á sí mismo, y como humano, como necesario factor de suma cual nuestra especie, merece de plenísimo derecho su inmanente soberanía en la Naturaleza. De aquí la solicitud en todos los reveladores por facilitar la comunicación estrecha ante todos los hombres. Mercados asirios, pascuas judías, juegos helenos, ferias romanas, Mecas y Zecas árabes tuvieron por fin y objeto primordiales esta comunicación entre los hombres, que no pueden juntarse nunca para obras de caridad y de paz y de amor, sin verse también reunidos en fundamental solidaridad de ideas y hasta de intereses. Tan conocedor el catolicismo de la naturaleza humana y tan dispuesto á una sabia congruencia con todas sus aspiraciones fundamentales, no podía desatender y descuidar estas inteligencias entre los hombres, exigidas por su natural aspiración á la universalidad. En virtud de disposiciones canónicas, ó en virtud de la sugestión colectiva y social sobre los fieles, tres grandes peregrinaciones se suscitaron en las edades cristianas: peregrinación á Oriente, ó sea peregrinación á Jerusalén; peregrinación á Occidente, ó sea peregrinación á Compostela; peregrinación al centro de nuestra Europa, ó sea peregrinación al Vaticano, las cuales unas veces produjeron las Cruzadas con todas sus saludables consecuencias políticas, otras veces juntaron al noble y al pechero en jubileos donde iban poco á poco estallando los gérmenes de nativa democracia encerrados en el seno de las ideas cristianas. Reconocida, pues, por nosotros la importancia de toda peregrinación y proclamado el carácter civilizador que tuvieron en los siglos medios, no habrán por modo alguno de maravillarnos las peregrinaciones contemporáneas, siquier hayan perdido, por nuestra gran facilidad en las comunicaciones, el interés é importancia de otros tiempos.

II

Pero tiene una índole tan especial hoy la peregrinación de Lourdes, que, á veces, ocupa y embarga todo el pensamiento europeo, como ha sucedido con la última celebrada, objeto de comentarios perdurables en la prensa continental durante la segunda mitad de agosto. Desconocería la verdad por completo de nuestro estado social quien desconociese que, al frustrarse la revolución democrática del 48, desvaneciéndose las esperanzas puestas por Pío IX en la democracia católica y en la resurrección italiana, sobrevino una serie de reacciones, las cuales, no solamente tocaban á la política, tocaban también á la religión y á la ciencia. De aquí nació una escuela ultramontana, exageradísima y radicalesca, como nunca lo fuera el mayor ultramontanismo, y hasta cierto límite artificiosa y fantaseadora. Llegóse por ella de retroceso en retroceso hasta suprimir la razón y la conciencia humanas por engañadoras, y á pedir el restablecimiento de las antiguas teocracias, más retrógradas que los reyes absolutos, como forma única de gobierno conveniente á las humanas sociedades. Pues la exageración en teología, la exageración en política, la exageración en moral, trajeron consigo aparejadas grandes exageraciones en prácticas y ejercicios devotos, que llegaron á cristalizarse, como por arte mágica, en el santuario de Lourdes, fundado para mantener el milagro perpetuo, como se había fundado la nueva teología para mantener el agnosticismo en metafísica y la nueva política para mantener el régimen teocrático. Lourdes no significa ni representa más que tal reacción abominable y abominada, de la cual se derivaron hechos tan terribles como el maldito golpe de Estado bonapartista, como la ocupación de Roma por los ejércitos imperiales, como el reinado semiabsoluto de doña Isabel II, como el descoyuntamiento y desmembración de Italia, como aquella infame campaña de Méjico, para la cual escogieron los reaccionarios de todos colores al infeliz Maximiliano, encargándole de impulsar hacia el retroceso al Nuevo Mundo, malherido por la guerra de Caines, que los patricios negreros declararan á la cristiana República de Wáshington. ¡Oh! Lourdes fué como el depósito donde se juntaba el caldo mágico de que se nutrían á una todos estos microbios.

III

Merced á tal trascendencia, el espacio donde se halla Lourdes atrae mucha gente, y la visita de un observador como Zola promueve innumerables cavilaciones y con ellas los consiguientes comentarios á tan curioso hecho. El gran realista carga con su máquina de fotografiar y corre al pie de los Pirineos para recoger copias del cavernón donde se apareció á Bernardita la Virgen María en persona, y copias de la Iglesia erigida sobre los espacios de la gruta por la escuela ultramontana en los días más tristes de la más álgida reacción. Seguramente tropezará con fenómenos curiosos. El primero es que aquello no se parece por ningún lado á los santuarios verdaderamente católicos, por las lágrimas y por las plegarias de cien generaciones ungidos; aquello es pura y simplemente un espacioso bazar. Cuando yo me acuerdo, en las reminiscencias naturales que acompañan mi vida entera, del Pilar de Zaragoza, que parece toda la historia del núcleo en torno de cuyas masas luminosas é ígneas se formó el centro de nuestra nacionalidad; la puerta del Paraíso y de la Gloria en Compostela, que tanto ilustrara los siglos medios y esparciera ideas de humanidad en el fraccionamiento feudal; aquella Virgen de Montserrat alzada sobre las aras del hermoso monte y ceñida con la preciosa crestería de rosáceas cumbres; cuando evoco la Virgen de Toledo cantada por Calderón y la Virgen de Sevilla puesta en su alicatado santuario por Fernando el Santo; cuando tiro una línea desde la capilla de Covadonga, tan sacra verdaderamente, hasta la capilla de los Desamparados, incensada por el azahar y bendecida por coros de ruiseñores y alondras, y luego paso mi pensamiento sobre la Rábida, cuyas oraciones han creado nuevos cielos y mares nuevos; todo esto me parece templo y revelación y estética y santidad, mientras Lourdes con sus botellas de agua milagrosa y sus tiendas de rosarios caros me parece bazar y mercado, todo, menos Iglesia verdadera y viva. Llegáis, y al encontraros frente á frente con la imagen reducida en bronce del San Pedro del Vaticano, en vez de ver sobre su cabeza la leyenda evangélica, veis un cartelón, puesto sobre su corona, que dice: «Mucho cuidado con vuestros portamonedas.» Después de tal caída desde las crestas del misticismo al estercolero de la realidad, convertido el templo de Dios en cajón de polizontes, no quiero decir lo que hallaréis, pues por todas partes os acosan á un tiempo las farsas de un repugnante milagro inverosímil y los alardes de una devoción mojigata. Yo cada día creo más en la virtud y eficacia del Cristianismo; pero cada día creo menos en los milagros falsísimos y en la devoción hipócrita. Y Dios me conserve así hasta la hora de mi muerte. Veremos lo que dirá Zola. Yo, en Lourdes, me acordaba del pueblo levantino, donde corriera la infancia mía, me acordaba de la hermosísima Elda.

IV

Por estos primeros días de septiembre celebrábamos allí las fiestas de María, tan diversas de las fiestas de Lourdes. Yo recuerdo cuanto sucedía en tales festejos como si estuviese ahora mismo presenciándolos. Todos los niños de la escuela contábamos con los dedos de las manos, desde los comienzos del estío, los días que faltaban al advenimiento de tan sublime fiesta. Conforme se acercaba, nos íbamos poniendo enfermos de impaciencia. Esperábamos á ver en nuestras calles la Virgen, todo el año recluída en su áureo camarín, y alguna que otra vez entrevista con amor tras el espeso incienso de las áureas gasas, muy lejos, en sitios inaccesibles, así á nuestros ojos y á nuestras manos. Comenzaba la festividad por la víspera en punto de las doce de su noche. A esta hora crítica le llamábamos albada. No puede concebir ni comprender un artesano cómo á un campesino le duele trasnochar hasta las doce, cuando suelen llevar por la costumbre de dos á tres horas del sueño bendito, consiguiente al trabajo forzoso y diario. Costábanos trabajo sumo estar de pie á hora tan tardía de suyo y tan ajena en último término á nuestros peculiares hábitos. Mas así que rompían las bandas varias de música en himnos, y tronaban los morteretes en salvas, y repicaban las campanas al vuelo, y henchían de voces regocijadas las gentes el aire, y una procesión de antorchas, parecida mucho á las retretas y pasacalles corrientes ahora en las ciudades europeas, interrumpía el silencio de la noche y lanzaba toda la población fuera y lejos de sus hogares, corríamos nosotros al festejo y gozábamos de todas sus incidencias y de todo su conjunto con una intensidad tal de goces, que no podrá luego reproducirse jamás en todo el curso de la vida, embotada por los años la sensibilidad y extinta por el cálculo y por la experiencia nuestra entonces viva y creadora fantasía. ¡Cómo volaban á la vista nuestra, fascinada en aquel hipnotismo producido por indescriptibles corrientes magnéticas, los cohetes de mil varias luces y colores en la serena inmensidad celestial, donde nos parecían inesperados cometas, como los anunciados por las epopeyas fantásticas para la edad en que llegase á entrar la creación dentro de armonías prometidas por pronósticos propicios y aguardadas en místicas esperanzas! Ya, desde aquel punto hasta dos ó tres días después, no teníamos espacio ni tiempo sino para los más exaltados regocijos, en que solían mezclarse, cual aconteciera por los tiempos y por los pueblos paganos, satisfacciones personales con una mística idealidad religiosa. Las calles, enramadas con salvia y romero, á gloria olientes; las fachadas, ceñidas todas con tarajes y adelfas, de las cuales pendían vistosísimos y aromados ramilletes; los balcones, vistosos con las colgaduras que pendían de cuantos huecos y puertas daban fuera; desde un tejado hasta el tejado frontero líneas de gallardetes multicolores; por las esquinas altares al aire libre, consagrados por efigies que tornaban en templo los más profanos sitios; todos estos objetos múltiples disponían el ánimo y el espíritu á la procesión admirable, donde nos embargaban, sacándonos de nosotros mismos, las enseñas y los guiones de brocados que recamaban brillantes bordaduras, las cruces de plata esmaltadas con primor y seguidas de magníficos candelabros, las gentes del pueblo llevando cirios que lucían con inusitado brillo en el arrebolado anochecer, el coro exhalando cánticos de sacra liturgia sostenido por concertadas orquestas, la Virgen conducida en áureas andas con los ángeles en legión á sus plantas, el manto de tisú en los hombros, la corona y el nimbo de pedrería en la cabeza, bajo un palio deslumbrador, entre un clero vestido de arrogantes dalmáticas, realzada por nubes de humo que despedían los incensarios y por cánticos que levantaban voces suavísimas, ante un pueblo hincado de hinojos y extático en una contemplación arrobada é interminable. Seríamos por aquella sazón inocentes en demasía y contentadizos y optimistas; pero debemos decir con toda sencillez que, desde Natividad á Natividad, nutríamos las incensantes aspiraciones estéticas de nuestro espíritu con el recuerdo que nos había dejado la Natividad anterior y con la esperanza de otra Natividad próxima; pues aunque en todas se repetían las mismas fiestas y ceremonias, con ellas también se repetían en todas nuestras almas las mismas emociones.

Madrid, 5 de septiembre de 1892.

MONUMENTO A COLÓN EN LA RÁBIDA

Entre los primeros acuerdos que la Junta magna de las fiestas del Centenario de Colón tomó en Madrid, figuró, hace por lo menos dos años, el de elevar frente al convento de la Rábida un colosal monumento que contribuya á recordar á las generaciones futuras el primer hecho positivo del descubrimiento de América, ó sea la partida de las tres naves españolas para su ignorado destino.

Y sin concursos, sin dilaciones, sin los mil y un tropiezos de la burocracia oficial que todo lo retarda, ni de la burocracia académica que todo lo contradice, se encargó la ejecución de la obra á un notable arquitecto de Madrid que pocos años antes pudo distinguirse por su actividad y su inteligencia, merced al generoso apoyo que sin tasa ni medida le prestó desde el Ministerio de Ultramar nuestro distinguido paisano D. Víctor Balaguer.

El arquitecto es D. Ricardo Velázquez y Bosco. Sus obras principales, en Madrid, son los edificios levantados en los jardines del Retiro que sirvieron para la última Exposición de Filipinas y que ahora se utilizan para el Museo y Biblioteca de Ultramar. Estas construcciones revelan el carácter de Velázquez, decidido como el de Doménech, aunque no tiene sus audacias, y particular como el de Gaudí, faltándole, sin embargo, su originalidad tan discutida. Verdad es que en Madrid se respira un ambiente muy distinto del de Barcelona, y que en la corte una salida del ritual canónico de la arquitectura no se perdonaría nunca y sería siempre criticada por los que en razón de su censorado oficial dicen la última palabra en todas las cuestiones que se relacionan con el arte.


MONUMENTO Á COLÓN EN LA RÁBIDA, proyecto del arquitecto Sr. Velázquez

Velázquez es un apasionado del arte árabe, pero su destino le ha tenido con frecuencia alejado de los grandes monumentos que legara á nuestra patria la civilización musulmana. En sus sueños de poeta ha esperado quizás poder dirigir la restauración de la catedral de Córdoba, librando su *bosque de columnas* de los altares churriguerescos y demás adefesios que lo desdoran: sueños verdaderos, que mal se avienen ni con la civilización tan atrasada de esta tierra ni con la cultura tan escasa de nuestra gente. El humo del incienso seguirá, ahora y durante muchos años, ennegreciendo los delicados arabescos y los anchos frisos con las cúficas inscripciones que enaltecieron al Dios clemente y único; en cambio, nuestras catedrales góticas, esos monumentos hechos por el arte cristiano para la religión que los inspirara, ó no se acabarán nunca como en Tarragona, ó el interés y la vanidad particular los destrozará como en Barcelona, ó se dejará que se hundan como en Sevilla, ó que como en León los parta un rayo por falta de las más elementales precauciones.


Detalle del primer tercio de la columna

Pero volvamos al asunto de nuestro artículo, y empecemos á ocuparnos del monumento conmemorativo de la Rábida. Hace exactamente un año, ó sea en el mes de agosto del año pasado, empezó la ejecución del proyecto del arquitecto Velázquez. Consiste éste en un basamento hexagonal de 22 metros de altura, liso y sencillo, sin ningún adorno ó motivo que altere la severidad de sus líneas. La puerta que se abre en su parte baja y que da acceso al interior del monumento tiene la inclinación especial de los pilones egipcios.

Sobre esta base corre un friso, del que se destacan las proas de la nao y las dos carabelas que fueron al descubrimiento de América, es decir, de la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*. En su torno corre un balcón que será la única parte del monumento á que se podrá tener acceso. Esta parte recuerda las columnas rostratas de los romanos.

Sobre el basamento se levanta una columna estriada, de estilo griego, con el pedestal decorado por alto nexo y un soberbio capitel en su parte superior. La altura total de esta columna es de 25 metros por dos y medio de ancho: en su nexo se esculpirán sobre ovaladas cartelas rodeadas por guirnaldas de flores los nombres de todos los tripulantes de los buques que acompañaron á Colón en su primer viaje y los de las personas que más directamente le favorecieron para la realización de sus proyectos.

El capitel está decorado por tres indios, figuras de tres metros de altura, que encorvadas sostienen la base en que se apoya la corona real de España del tiempo de los Reyes Católicos. A su vez esta corona sirve de asiento á un globo terráqueo de cuatro metros y medio de diámetro y sobrepuesta á éste hay una calada cruz de hierro.

Tal es el monumento, sumariamente descrito. Se le ha comparado ya con el de Barcelona, suponiéndose que lo supera con su *sublime sencillez*, hermosa frase á mi juicio de las más vacías de sentido. Cuando esté terminado, puesto que ahora sólo se eleva hasta la altura de las proas de las naves colombinas, veremos mejor que sobre el papel el efecto que produce y podremos juzgar la obra artística donde debe ser siempre censurada, es decir, dentro de su marco, en el lugar donde ha de perdurar y en vista del objeto que su realización ha perseguido. En tanto, es inútil divagar haciendo comparaciones que á pesar de la buena voluntad podrían resultar perjudiciales.

Digamos todavía cuatro palabras acerca la construcción y el estado actual del monumento. Ciento cincuenta operarios están ocupados en sus obras, que no han avanzado con la rapidez que sería de desear por causas enteramente ajenas á la buena voluntad del arquitecto director. Más de una vez he visto á éste en Madrid, desesperado ante la indolencia ó la imprevisión oficial que á lo mejor le dejaba sin fondos para seguir los trabajos. Otras dificultades de carácter oficinesco se han unido á la anterior, y el resultado ha sido que al inaugurarse el día 3 del corriente las llamadas fiestas de Huelva, y acudir todo el mundo oficial y las representaciones de Europa y de América á conmemorar en Palos el aniversario de la salida de Colón, en vez de un monumento acabado han podido ver sólo un andamiaje que rodea su tercera parte laboriosamente levantada. Un mes y medio falta para la terminación de las fiestas, y cuando de los días 7 al 12 de octubre próximo vuelvan á juntarse en Huelva las delegaciones nacionales y extranjeras para asistir al noveno Congreso de Americanistas que se reunirá en el mismo convento de Santa María de la Rábida, mucho dudo que puedan ver terminada la obra. Lo haría sin duda alguna el genio de Velázquez, pero se lo impedirán, si no se evita por quien debe y puede hacerlo, la incuria y la inercia de nuestras gentes, poco dadas, no ya á precipitaciones, sino á hacer las cosas en el debido tiempo.

Todo el monumento es de mármol blanco, extraído de la cantera de Fuente Heridos en la misma provincia de Huelva. Sólo la cruz, el globo, la corona, el capitel y algunos elementos decorativos de la columna serán de bronce dorado, y se fundirán con metal de las vecinas minas de Riotinto en los establecimientos que el Estado sostiene en Sevilla.

Impuesto por el gobierno el sitio donde se erige este monumento, se ha sacado de él el mejor partido posible. Aparte de su respetable altura de 62 metros y medio, se ha elevado el terreno sobre que descansa, situándolo en una plataforma de seis metros de altura, á la que dan acceso tres anchas escalinatas. En su contorno se formará un jardín con plantas y árboles tropicales, hace tiempo reclamados á América y al afamado jardín botánico del valle de la Orotava en Canarias. El lugar es hermoso, como es espléndido el panorama que se desarrolla á la vista, que por la mar alcanza toda la costa de Huelva con las rientes villas de Palos, Moguer, San Juan de Pie de Puerto, el faro de Chipiona y la misma Cádiz, mientras que por la espalda domina el horizonte hasta las sierras de Riotinto y Aracena.

A pesar de ello, una duda me asalta sobre la opor-


Detalle del capitel

tunidad del sitio para un monumento de esta clase, emplazado fuera de todo centro de población y en lugar destinado á quedar poco menos que desierto cuando acaben las actuales fiestas. ¿Por qué no haber lo construído en Huelva? ¿No es el monumento público como la lápida sepulcral ó el mausoleo, que parecen dedicados á cumplir un fin cerca de la persona en cuya memoria se erigen? ¿A quién servirá de recuerdo ni de enseñanza la colosal columna que pocas gentes han de ver y que escasos viajeros han de ir á visitar?

Eduardo Toda

ARTE, AMOR Y MISERIA

Madrecita mía
de mi corazón,
que se me va el alma
tras del batallón.
(*El sargento Federico*)

A altas horas de la noche recorre las calles de Madrid una infeliz mujercita que implora la caridad cantando trozos de zarzuelas del repertorio que hoy se llama antiguo y que debería llamar se *bueno*, para diferenciarlo de las del repertorio moderno.

Por necesidad y por hábito acostumbro á retirarme tarde. No hace muchas noches oí por vez primera la atiplada voz de la mendiga, que con paso lento caminaba por la calle del León, cantando un trozo de *Marina*.

La impresión que me produjo, lo confieso, no fué de lástima, sino de risa. La pobrecilla cantaba tan mal, desafinaba de tal manera, que apresuré el paso para que mis oídos se vieran libres lo más pronto posible de aquel atentado al arte divino.

Si el maestro Arrieta llega á oirte, pensé, quizás se duela de haber escrito su inspirada obra.

Transcurrieron algunas noches, y por segunda vez encontré á la artista callejera. En el momento en que pasaba junto á ella emitía las últimas notas de aquel trozo que dice:

Al ver que mi esposo
la quinta dejaba
un hondo suspiro
partió de mi alma,

que no estoy muy seguro, pero creo recordar que es de *El Juramento*. Terminada su canción, murmuró: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...» Calló, se detuvo, sin saber por qué me detuve yo también y me pareció oir que decía: «No, no: el Señor no puede estar contigo.»

Fuí á preguntarle por qué interrumpía la salutación á la Virgen con aquella herejía; pero no llegué á modular palabra alguna. La mendiga continuó su marcha interrumpida y comenzó á cantar: «Madrecita mía, de mi corazón...» Habré oído mal, me dije, y seguí mi camino sin dar á la pobre ni un perro chico, con el que cree mucha gente que compra su sitio de preferencia á la derecha del Altísimo.

Me alejé con paso rápido, y al ir á doblar la esquina de la calle en que nos hallábamos la mujercita y yo, oí: «Que se me va el alma tras del batallón.»

Un fuerte sacudimiento nervioso recorrió todo mi cuerpo.

Sentí angustia en el corazón.

Jamás cantante alguno despertó con su voz una parecida sensación.

¿Qué había en la voz de aquella mujer? ¿Un quejido, dolor agudísimo, lágrimas, recuerdos? ¡Qué se yo! No cantaba, aquello no era cantar. Su voz era, ¿y por qué digo era?, es estridente, desagradable; mis oídos protestaron, y sin embargo, llegó hasta el alma algo triste, muy triste y dulce á la vez, algo semejante á la emoción artística, pero más intenso, más profundo.

Yo he oído cantar á la Patti y he aplaudido y me he entusiasmado.

Oí cantar á Gayarre, y muchas veces hubiera querido darle un abrazo.

La cantante callejera no produjo estos entusiasmos, pero me hizo llorar con el llanto más verdadero de todos, el que deja secos los ojos.

Retrocedí en busca de la mendiga, puse en su mano una moneda y le pregunté:

– ¿Qué recuerdo despierta en usted eso que canta, señora?

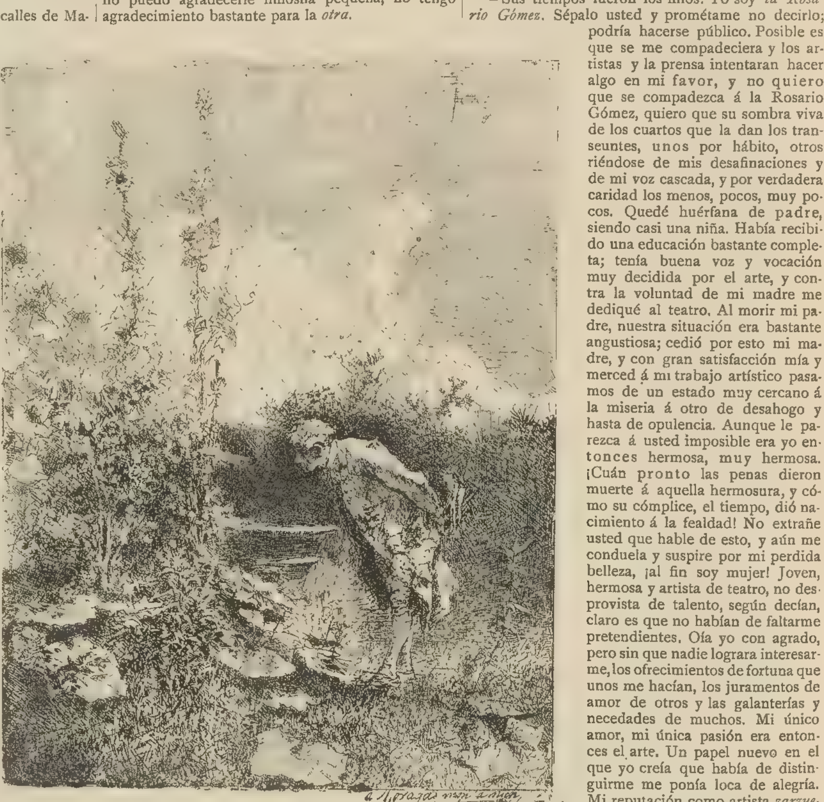
– ¿Por qué me hace usted esa pregunta? ¿Me ha reconocido usted acaso?, me contestó la mujercita.

– ¡Reconocerla! No, señora.

– Es verdad, no puede ser. Por la voz adivino que es usted joven. No es usted de mis tiempos.

– Si yo suplicara que me hiciera usted una merced, ¿accedería?

– Sí, señor; ¿cómo no ha de acceder la mendiga que recibe la mejor de las limosnas? Me trata usted con dulzura, me llama usted señora... Tome usted, añadió devolviéndome la moneda que antes le diera, no puedo agradecerle limosna pequeña, no tengo agradecimiento bastante para la *otra*.



EL NATURALISTA, dibujo de D. Mariano Fortuny

– Sus modales, su manera de expresarse, todo contribuye á aumentar mi curiosidad, dije.

– ¡Ah! ¡Es curiosidad!, repuso con acento de amargo dolor. Déjeme usted que siga pidiendo limosna.

Y se dispuso á continuar su camino.

La obligué á detenerse asiéndola dulcemente por un brazo.

– No me ha comprendido usted, señora, y lo siento por el daño que puedo haberla causado. No es mera y necia curiosidad, es el interés que inspira la desgracia y el sufrimiento, y mi súplica es porque adivino...

– Sí, interrumpió la pobre mujer, he sufrido mucho

– ¿Quiere usted consolarse contándome sus penas? El referirlas por lo menos las alivia.

– Cuando el que las oye es capaz de comprenderlas.

– Y no cree usted que yo...

– ¡Ay, no lo sé! Perdóneme usted si le ofendo. Me han hecho tanto daño... pero también yo lo hice; no fuí buena; pero el castigo ha sido muy cruel, mil veces mayor que mi pecado.

Guardó silencio durante largo rato. Recordaba, sin duda, su pasada vida; y respeté su silencio, que tenía cierta solemnidad.

De pronto tendió hacia mí una mano descarnada y fría que cogí entre las mías y pude ver que era fina y delicada, como de persona que nunca se ha dedicado á trabajos rudos ni á bajos menesteres.

Aquella mano pequeña y suave apretó las mías, al mismo tiempo que su dueña me dijo:

– Lléveme usted á algún sitio donde podamos hablar. Es usted joven y tal vez aproveche á alguien que conozca usted mi historia.

Cerca del sitio en que nos hallábamos había una buñolería.

Entramos en ella y la mujercita habló de esta esta manera:

– ¿Recuerda usted haber oído citar alguna vez á una tiple de zarzuela á quien llamaron *la Rosario Gómez*?

– Sí, señora; y sé que fué en sus tiempos la más aplaudida y celebrada.

– Sus tiempos fueron los míos. Yo soy *la Rosario Gómez*. Sépalo usted y prométame no decirlo; podría hacerse público. Posible es que se me compadeciera y los artistas y la prensa intentaran hacer algo en mi favor, y no quiero que se compadezca á la Rosario Gómez, quiero que su sombra viva de los cuartos que la dan los transeuntes, unos por hábito, otros riéndose de mis desafinaciones y de mi voz cascada, y por verdadera caridad los menos, pocos, muy pocos. Quedé huérfana de padre, siendo casi una niña. Había recibido una educación bastante completa; tenía buena voz y vocación muy decidida por el arte, y contra la voluntad de mi madre me dediqué al teatro. Al morir mi padre, nuestra situación era bastante angustiosa; cedió por esto mi madre, y con gran satisfacción mía y merced á mi trabajo artístico pasamos de un estado muy cercano á la miseria á otro de desahogo y hasta de opulencia. Aunque le parezca á usted imposible era yo entonces hermosa, muy hermosa. ¡Cuán pronto las penas dieron muerte á aquella hermosura, y cómo su cómplice, el tiempo, dió nacimiento á la fealdad! No extrañe usted que hable de esto, y aún me conduela y suspire por mi perdida belleza, ¡al fin soy mujer! Joven, hermosa y artista de teatro, no desprovista de talento, según decían, claro es que no habían de faltarme pretendientes. Oía yo con agrado, pero sin que nadie lograra interesarme, los ofrecimientos de fortuna que unos me hacían, los juramentos de amor de otros y las galanterías y necedades de muchos. Mi único amor, mi única pasión era entonces el arte. Un papel nuevo en el que yo creía que había de distinguirme me ponía loca de alegría. Mi reputación como artista *zarzuelera* llegó á su punto más alto cuando canté *El sargento Federico*. ¡Cuántos aplausos conquisté! ¡Con qué placer leía los diarios que me prodigaban elogios! Ninguna tiple había interpretado aquel papel con tanta gracia, con tanta maestría, con tanto talento como yo. Así lo decían los papeles de aquella época. Mi ambición no estaba satisfecha sin embargo. Ansiaba más, mucho más: quería dejar de ser *zarzuelera*, como á mí misma me llamaba con cierto desprecio. Pisar la escena del teatro Real. Cantar una noche el papel de la graciosa y picaresca Rosina de *El Barbero*, y al siguiente el de la desdichada Desdémona ó de la perversa Lucrecia. Y en todos los géneros había de brillar. ¡Ay, dulces sueños míos, cuán poco faltó para que dejaseis de serlo y llegarais á la realidad! La crítica y mi maestro de arte me alentaron; estudié con entusiasmo y sin descanso, y al fin me hicieron proposiciones que acepté para ir al teatro de la *Scala* de Milán. Ocurrió esto á fines del invierno del año cincuenta y tantos. Al siguiente iba ser mi estreno como cantante de ópera. Por entonces comenzó á enamorarme un joven, hijo de una familia aristocrática. Suponga usted que se llamaba Jaime. De todos mis pretendientes, Jaime fué el único que logró despertar en mí cierta simpatía. No se la manifesté, sin embargo, porque comprendí que la posición de su familia era tan alta que sus



UN MATÓN, cuadro de D. Manuel Correa



MAJA, escultura de D. José Campeny

propósitos respecto á mí no podían ser muy santos. A pesar de estar habituada á la ficción por mi carrera, no debí ser gran cómica en la vida real, y si pretendí fingir indiferencia, no lo logré, puesto que Jaime no desistió de sus pretensiones amorosas. Acortaré el relato de esta época de mi vida para no cansarle y porque su recuerdo aún me duele. El verano anterior del año en que debía debutar en Milán, no quise admitir contrata alguna y fuí á descansar á unos baños en Guipúzcoa. Allí encontré á Jaime. Mi estreno en Milán no pudo realizarse. En la lucha entre el amor y el arte venció el primero. Tenía yo 20 años, Jaime 27 y era muy guapo y muy ducho en lances de amor. Durante agún tiempo la alegría de ser amada y los inefables placeres de la maternidad relegaron al arte á los más escondidos parajes del olvido. No puedo asegurar si fué maldad de Jaime ú obediencia á su familia; pero sí aseguro que cuando se separó de mí por primera vez desde el comienzo de nuestros amores, creí morirme. María, mi hija, nuestra hija, tenía ya 3 años. Con una encantadora gracia infantil cantaba una infinidad de trozos de zarzuela que yo la había enseñado. Jaime, su padre, era capitán de caballería. Con él recorrí varias poblaciones de España, á las que fué destinado su regimiento. Nos hallábamos en Valladolid, fué trasladado su regimiento á Madrid, y como aquí se hallaba su familia no quiso traerme, pero me prometió que no tardaría en reunirse á nosotras. El día en que nos separamos, en el momento de la despedida, Jaime, dando muchos besos á su hija, le dijo: «Anda, niña, cántame algo para que te oiga por última vez.» ¡Por última vez dijo, sí; y fué la última! La niña cantó con esa media lengua tan dulce para las madres:

«*Madlecita* mía
de mi *colazón*
que se me va el alma
tlas del *escuadlón*.»

Modificaba María el último verso, porque así me lo había oído cantar á mí cuando, para agradar á *mi* Jaime, cantaba esta canción. ¡Se fué Jaime, y para siempre! ¡No le he vuelto á ver! Mi amor y mi orgullo eran demasiado grandes y no me permitían mendigar lo que de derecho se me debía. Entonces no quería mendigar amor, y hoy... Volví á pisar las tablas, pero mi voz había perdido mucho. El público de Madrid se había olvidado de mí. Fuí *zarzuelera* y de provincias. Trece años viví corriendo de teatro en teatro, pasando miserias, pero feliz porque tenía á mi lado á María, á la hija de mi Jaime. Un día, estando en Ciudad Real, se fugó María con un hombre viejo y casado, pero muy rico. ¡María, mi María! ¡Y yo la amaba tanto! ¡Cómo pudo ser tan infame! Mientras fué niña mi hija, rezaba yo con gran fervor la oración: «¡Dios te salve, María!,» y sin embargo, el Señor no quiso *salvar* á la mía. El Señor no está con ella, no. Después mi historia es la historia de la miseria. Llegué á cantar en el coro y también me echaron; decían que entristecía al público, que mi voz era lacrimosa. ¡Cómo querían que fuera! Ya sabe usted mi historia, ahora ¡adiós! No me dé usted nada, no me hable, no me consuele; sólo un favor le pido: sáqueme usted de aquí, lléveme á la calle, no veo.

—¿Se siente usted mal?, la pregunté.

—No, me siento bien.

—Como decía usted que no ve, creí que se habría mareado.

—¡Ah! Es que no ha notado usted que soy ciega.

. . . .

Lector amigo, la cieguecita de mi cuento existe y pide limosna á las altas horas de la noche cantando: «Madrecita mía,» etc.

La encontré una noche y me imaginé que una historia como la que acabo de referirte pudiera ser la suya.

Si no es esta, será otra, quizá más interesante.

Sea lo que sea, es la historia de la miseria.

Si con este artículo consigo que alguien al verla se compadezca y la ampare, no habré perdido el día.

RICARDO REVENGA

BOCETO

EL CONGRESO DE LAS PIEDRAS

En orden del general *concierto*, según unos, ó *desconcierto*, según otros, dejando la solución á gusto del consumidor, lo averiguado es que las piedras, llevadas del espíritu de imitación, quisieron constituirse en otro brazo del Estado, formando un nuevo poder, ó sea otra rueda de engranaje, con su correspondiente asamblea.

Cundió el pensamiento: entre lo más granado y caracterizado empezaron las rebuscadas y casuales entrevistas, se cambiaron impresiones, se celebraron conferencias... y sobre la ancha base de la atracción se llegó á ciertos acuerdos preliminares. Y ampliado el círculo concurrieron á la cita el diamante, el rubí, la esmeralda, el zafiro, el topacio, la amatista, el granate, el ópalo, la ágata, la malaquita, el pórfido... todas, desde las más finas y preciosas hasta las más comunes y bastas.

Presentáronse rebosando ilusiones, cargadas de proyectos, rellenas de esperanzas. Mas como era preciso proceder con algún orden, se nombró un presidente de edad, el pórfido, y una comisión nominadora compuesta de escogidos ejemplares, de basalto, de ónix y cornalina; la cual para ocupar la presidencia propuso á un magnífico diamante del tamaño de una castaña, y con tino y prudencia, para el desempeño del cargo de secretario indicó al pedernal, como piedra adecuada para recibir golpes y saltar chispas. La asamblea las aceptó con entusiasmo, y quedaron nombradas por aclamación.

Acto continuo y todas á la vez pretendían lucir sus oratorias predisposiciones, abriendo las válvulas á su facundia, improvisando discursos y peroratas.

La presidencia agitó la campanilla, refrenando aquel desborde parlamentario, llamando al orden, dirigiéndoles una arenga á la altura de las circunstancias, que los taquígrafos arreglaron después, presentándo la potable... «¡Señoras y señores! ¿De qué se trata... mejor dicho... á qué estamos aquí? ¡Por la dignidad del congreso no puedo permitir semejante algazara! Procedamos como es debido en asuntos graves y ventilando las trascendentales cuestiones de nuestro porvenir. La Europa civilizada tiene fijos aquí sus ojos; mucho espera de nosotros, no debemos defraudar sus esperanzas. A seguir de esa manera, esto será un mar levantisco. Se debe empezar por pedir la palabra, subdividirnos en comisiones, ponencias, turnos y orden del día. Además de eso, es esencialmente preciso un voto de confianza al presidente, para que, según su leal saber y entender, proceda en consecuencia, y en caso necesario corte por lo sano, como el caso requiera. ¿Se aprueba la proposición? Las que permanezcan sentadas la aprueban.—Aprobada por unanimidad.» Con frases de relumbrón, el presidente dió las gracias, quedando *tutti contenti* y á medio cerrar la válvula de aquella evaporación parlamentaria; algo encarrilada la discusión se trató de *hacer país*, porque ya se les había metido en el chirumen la fraseología especial del parlamentarismo.

El rubí, en uso de la palabra, con voz clara y vibrante como sus destellos, propuso trazar una marcha franca, derogar cuanto al nuevo orden de cosas se opusiera, elaborar una ley fundamental, jurando cumplirla, respetarla y defenderla con vidas y haciendas y obligando al juramento á todo bicho viviente: la igualdad ante la ley; el orden y la economía; la nivelación de los gastos con los ingresos, y un dique de acero á los despilfarros, y verdadera administración.

Con atronadores aplausos y entusiasmo inaudito se aprobó y acordó de conformidad; considerando al perorante como el primer orador del congreso, y que sabría ponerle el cascabel al gato.

Previas las formas y fórmulas que aquella maquinaria requería, se le dió impulso y se puso en juego.

Cada parte alícuota de aquel conjunto expuso sus méritos y su importancia, y la abnegación en servicio de la patria; pero al mismo tiempo, y con el buen deseo de prestar mayor utilidad, parecía tratasen de repartirse las tajadas como en merienda de negros.

Desde un rincón salió una voz débil y temerosa como la misma duda... era una modesta piedra de un pardo muy obscuro, casi negro... «Me parece deberíais hacer de mí mayor caso: á todas se os vende ó se os cambia por el oro, y sin mí se duda de su ley: yo soy la piedra de toque, en términos que sin mi *pase* no *pasa*.»

A salida tan extraña y al mismo tiempo ante una alegación de mérito fundado, se resolvió proceder en justicia, consignando en acta la pretensión y que se tendría presente.

Desde otro extremo de la sala, un objeto, á primera vista inconcebible, con destemplada voz, gritó: «¡Yo soy la piedra del siglo!; esa piedra en vano buscada por los alquimistas, en cuyo empeño, sin dar pie con bola, aquellos buenos varones se quemaban las cejas y se desesperaban; y hoy, sin un átomo de ciencia, cualesquiera cuatro amigotes saben producir. ¡Justicia, y caiga el que caiga!»

Con una explosión de risotadas se respondió á la reclamación de aquel compadre, que por intruso pensaron echarlo de la sala; mas antes se le preguntó con qué título tomaba vela en la procesión; contestando amostazado, que «¡con el de la piedra filosofal!»

Declarado por los peritos que el papelucho aquel era un legítimo billete de Banco, hubieron de reconocer que aquello no representaba allí un papel, sino una pasta ó piedra, oro en fin; y por lo tanto, era atendible su justa reclamación.

Apenas salidas de su estupor y sorpresa, deliberando con un papel que no era papel, y con un metal que no era metal, siendo y no siendo á la vez las dos cosas... resonó en el recinto un estentóreo chillido, un rumor imponente, entre grito y como amenaza, rodando hasta el centro de la sala un pedrusco, el cual sin pedir la palabra ni esperando turno rompió con semejante filípica: «¡Qué méritos, ni pretensiones pueden compararse ni prevalecer

á lo que yo valgo! ¡Qué piedras filosofales, ni todas esas zarandajas de requisitos, y formas, balumbas de peroratas y discursos, ni leyes fundamentales! ¡Yo poseo el gran secreto de lo del *alza* y la *baja!* ¡Al menor movimiento mío la Europa toda se alarma y estremece, como temblaba el Olimpo al arquear las cejas Júpiter! Vosotras sois las primeras que os escondéis asustadas... y lo mismo chorreo miserias que riquezas... dando al traste con congresos y congregados, con cámaras y camarillas! ¡Soy la indispensable!... ¡¡Soy el adoquín!!... ¡¡¡He dicho!!!»

El congreso, temiendo que su señoría adoquina, de lo cual era muy capaz, apelase al indicado y práctico argumento, se quedó con la boca abierta, gachas las orejas y aplastadas las narices como si se les hubiese dado en ellas con una *pavía* de á puño. Pasado el primer momento de estupor, recurriendo á triquiñuelas de forma y de fórmula, se protestó de la audacia con la que intentaba imponerse la fuerza bruta.

El adoquín erre que erre; que para él nada valía eso de formas y fórmulas... que la cuestión era ceñirse al fondo de las cosas, á lo práctico, á lo de resultados positivos y á nada más: ó á las buenas, ó á las malas, y fuera músicas... ó se le atendía, ó saltaba con todos los suyos.

En fin, ¡que se armó la gorda!

De la discusión aquella brotaron insultos y amenazas; á los primeros tirones el billete de Banco quedó hecho trizas; á cada codazo, cachete ó bofetada se estremecía el laboratorio de las leyes y temblaba la soberanía parlamentaria; hubo tremendos apretones en los pasillos, resbalones y tumbos en las salas, rodaron por el suelo los ugieres, el presidente y la campanilla... la que no daba pronto con la puerta saltaba por la ventana... y aquel congreso acabó, como no podía menos de suceder... ¡á pedradas!

JUAN O-NEILLE

SECCIÓN AMERICANA

EL TESORO ESCONDIDO

POR NATANAEL HAWTHORNE

(Continuación)

El padre del Pedro actual tuvo fe en la historia, y dispuso que se hiciesen excavaciones en el sótano. En cuanto á nuestro héroe, siempre consideró la leyenda como una verdad incontestable, y en medio de sus afanes y cuidados le halagó la dulce esperanza de que, á falta de otros recursos, podría rehacer su desmoronado caudal echando abajo la casa. A pesar de esto, no me explico por qué, si creía Perico á puño cerrado en el tesoro, no practicó antes todas las diligencias conducentes hasta dar con él.

Pero sea esto lo que quiera, había sonado la hora crítica de poner manos á la obra; porque si retardaba un poco el hacerlo, se exponía á quedarse sin la casa, y quedándose sin ella, ¡adiós tesoro!, que continuaría escondido ó pasaría á manos extrañas.

—¡Sí!, exclamó de nuevo; mañana empiezan los trabajos por el sotabanco.

Cuanto más profundizaba la materia, más se convencía de los felices resultados que iba á obtener. La próvida naturaleza lo había dotado de un humor tan elástico, que hasta en la vejez rivalizaba en ilusiones con el joven más visionario. Así fué que, animado por mil halagüeñas esperanzas, se puso á dar brincos y saltos como un diablillo por la cocina, y en el paroxismo de su entusiasmo, llegó al extremo de coger de las manos á Tabitha y de bailar con ella largo rato, hasta que los estrafalarios movimientos de la viejecita, dolorida de reumatismo, le hicieron lanzar una carcajada, que repitieron los ecos de todas las habitaciones de la casa.

—Mañana, al salir el sol, repitió cogiendo una bujía para ir á acostarse, veré si el tesoro está en las paredes del sotabanco.

—Y como estamos tan escasos de leña, dijo Tabitha respirando con dificultad de resultas de la gimnasia que había hecho, yo aprovecharé la madera para el fuego.

¡Qué sueños tan magníficos tuvo Pedro aquella noche! Soñó primero que abría una puerta parecida á la de un sepulcro, pero que una vez de par en par dejó ver una cueva donde estaba el oro amontonado como trigo en granero. Había también platos, soperas, cubiertos y campanillas de oro ó de plata cincelados, sin contar infinidad de cadenas y otras alhajas de valor incalculable, si bien estaban tomadas de humedad; porque Pedro, en aquel solo rinconcito, descubría cuantas cosas perdieron los hombres desde los principios del mundo hasta aquella hora.

Luego soñó que al volver á su casa, tan pobre y abatido como siempre, lo recibió en la puerta un hombre flaco y canoso, que hubiera podido tomar por su persona misma, á no ser por su vestido. Pero la casa, sin perder su antiguo aspecto exteriormente, se había transformado por lo interior en un palacio de metales preciosos: suelo, techo y paredes eran de plata bruñida; las puertas, ventanas, cornisas y peldaños de la escalera, de oro puro; las sillas, de plata con filetes de oro; las cómodas, de oro con tiradores de perlas y pies de plata mate; las camas, de oro con las colchas de tisú de lo mismo, y las sábanas, de hilo de plata. A no dudarlo, la casa debía de haber sido transformada de repente, pues conservaba todos los signos distintivos de la primitiva; sólo que la plata y el oro sustituían á la madera. Las iniciales P. G. campeaban de relieve por todas partes, pero siempre de oro. Perico hubiera sido perfectamente feliz aquella noche, á no ser por la circunstancia de que siempre que se volvía para mirar las habitaciones de la casa perdían su brillo y magnificencia, tornando á su primero lastimoso estado.

Perico lo hizo como lo dijo: á la mañana siguiente tomó un hacha, un martillo y una sierra, y subió las escaleras. Cuando subió al sotabanco un rayo de sol se abría paso á través de la claraboya que le servía de ventana, y por cierto que un filósofo hubiera tenido muchas y muy grandes cosas que decir y amplísimo campo para desplegar su sabiduría especulativa en aquel estrecho, bajo y empolvado zaquizamí, donde las telarañas, lagartijas y ratones habían establecido su cuartel general.

Un sotabanco es el limbo de las modas pasadas, de las bagatelas que sólo han vivido un día, de todo aquello que sólo tuvo mérito para una generación y que se relega allí apenas esa generación deja de existir, no para conservarlo, sino para que no estorbe en otra parte. Pedro encontró muchos libros de cuentas encuadernados en pergamino, en los cuales acreedores muertos y enterrados hacía largos años apuntaron los nombres de deudores muertos y enterrados también; descubrió casacones antiguos, pero tan maltratados de la polilla, que se quedaban entre los dedos (de no ser así, Pedro se los hubiera puesto); vió también una espada mohosa, no una espada militar, sino de vestir, una de esas espadas inocentes, esbeltas, vírgenes, que usaban nuestros abuelos y que no lucían la hoja con ningún motivo; más lejos bastones de veinte clases distintas, pero ninguno con puño de oro; zapatos de muchas hechuras, pero ninguno con hebilla de plata guarnecida de piedras preciosas; más allá un gran cajón lleno de ropa, enfrente, sobre una tabla, multitud de botellas y cacharros con restos de pócimas de botica, que se habían traído del allí del cuarto mortuorio después que la parte principal obró sus efectos en los antepasados de Perico, y finalmente, para no ser prolijos, se divisaba en un rincón un fragmento de espejo muy empolvado, que á causa de esto reproducía los objetos dichos de modo que los hacía parecer más viejos.

—¡Buenos días!, gritó Tabitha, que iba subiendo la escalera; ¿hay unas rajitas de leña para encender el fuego?

—Las habrá, que es lo mismo; aguarda.

No bien hubo dicho estas palabras emprendió su obra destructora, embistiendo á un tabique de tablas tan furiosamente que á pocos golpes dió con él en tierra, en medio de una nube de polvo y de un estrépito infernal.

—¡Qué bien vamos á calentarnos este invierno!, dijo Tabby llevándose lleno el delantal de pedazos de madera secos como la yesca.

Una vez inaugurados los trabajos, Pedro prosiguió derribando todo cuanto halló al paso, hendiendo y desbaratando tabiques, pilastras y cornisas, desmenuzando puertas, arrancando clavos, levantando pavimentos, y sobre todo haciendo mucho ruido de la mañana á la noche. Sin embargo, se abstuvo de tocar á los muros exteriores para que los vecinos de la calle no advirtiesen lo que ocurría.

Al concluir aquel día su afanosa tarea, exclamó:

—Luego que dé con el escondite, voy á dedicarme á la joven más bella de Boston y á ganar su corazón. ¿Qué mujer podrá resistirme?

Y Perico se frotó las manos.

Ya hacía mucho tiempo que Pedro no frecuentaba las oficinas de seguros, ni los gabinetes de lectura, ni los círculos, y como tampoco se le echaba de menos en las reuniones de familia, no salía de casa por las tardes y acompañaba en la cocina á Tabitha, al lado de la chimenea, que con los derribos del día chispeaba por la noche que era un primor.

Pedro se sonreía lleno de júbilo, y Tabitha era la personificación del contento en la vejez. Este conjunto ofrecía por lo tanto el emblema de las inmensas riquezas que había de proporcionar á sus habitantes la ruina de la casa.

Mientras que la madera iba quemándose con un ruido semejante al que producen los triquitraques, Pedro miraba el fuego; pero no bien cesaba el chis-



EN DESGRACIA, cuadro de Francisco Eisenhut



COMIDA DE CAZADORES, cuadro de G. B. Quadrone



LA BENDICIÓN DE LAS PALMAS EN OLOT, cuadro de D. Laureano Barrau, grabado por Sadurní

porroteo y le sucedía el silencioso arder de las brasas y el verdadero calor, sentía fuertes impulsos de hablar. Una noche, por centésima vez, instó á Tabby para que le contase alguna cosa de su bisabuelo.

–¡Cuántas cosas no sabrás tú, Tabitha, de mi bisabuelo al cabo de cincuenta y cinco años que vives en la casa! ¿No me dijiste una vez que el día de tu llegada aquí encontraste á una vieja sentada en ese rincón, y que esa vieja había sido ama de llaves del célebre Pedro Gothdwaite?

–Mucho que sí, y tendría por cierto muy cerca de cien años. Más de una vez me dijo que había pasado sabe Dios cuántas tardes al amor del fuego en compañía de su amo, sobre poco más ó menos como nosotros ahora.

TRADUCIDO POR D. JUDERÍAS BÉNDER

(Continuará)

MISCELANEA

Bellas artes. – El célebre historiógrafo alemán Gregorovius, hace poco fallecido, legó á su ciudad natal, Neidenburgo (Prusia oriental), además de la suma de 75.000 pesetas y de todos sus derechos de propiedad sobre sus obras, una numerosa colección de cuadros de gran valía.

–En Brunn (Austria) se ha inaugurado recientemente el monumento construído en honor del famoso poeta Grillparzer por iniciativa de la Asociación de periodistas y escritores de Moravia y Silesia: sobre un esbelto zócalo de piedras de distintos colores está colocado el busto en bronce del poeta, tomado del retrato que de éste hizo el pintor vienés Dafinger, aunque algo más envejecido, pues la pintura lo representa en su juventud. Los autores del monumento son los escultores Tourola y Brenck, de Brunn.

–Se ha inaugurado en Maguncia una Exposición del Arte cristiano. La primera sección (arquitectura) contiene proyectos de templos y altares que han merecido premios en concursos; la segunda (pintura) comprende hermosas obras del arte antiguo y moderno, figurando en ella notabilísimos lienzos de las antiguas escuelas española é italiana facilitados por la ciudad de Francfort. En la sección de orfebrería se admiran preciosos objetos de los siglos X, XIII y XV, y en la de ornamentos, tejidos y bordados hay expuestos los más ricos y raros ejemplares de las iglesias y conventos de Alemania. Comprende además la exposición labores de talla, en madera y marfil, pinturas sobre cristal, entre ellas ventanales de las célebres fábricas de Innsbruck, mosaicos, obras de cerrajería artística, bronces, libros, monedas, etc., etc.

–Durante el primer trimestre del presente año ha adquirido el Estado para el Museo nacional de Berlín el busto en mármol de Bismarck, de Begas, y una porción de estudios al óleo, pasteles, acuarelas y dibujos de Gentz, Wisnieski, Stauffer-Bern é Hildebrandt, todo por la suma de 21.781 pesetas.

–El Museo británico de Londres se ha enriquecido con una interesante colección de dibujos de maestros alemanes y holandeses, entre los cuales sobresalen muchos trabajos auténticos de Lucas Leyden.

–La Exposición de obras de propiedad de particulares que actualmente se celebra en Dusseldorff es tanto más interesante cuanto que su arreglo y disposición han corrido á cargo de artistas de tan buen gusto como los pintores Oeder, Volkhar y A. Metzenar. Algunos de los más célebres maestros de aquella escuela, como Knaus, Vautier y A. Weber están representados en esa exposición por tal número de obras que en ellas puede estudiarse perfectamente su completo desenvolvimiento artístico.

–Para adornar el gran salón de la Bolsa de Londres se proyecta colocar en él 24 grandes frescos que, según el plan de los pintores Leighton, Calderón y Poynter, reproducirán los principales hechos de la historia de la capital inglesa.

–En Chambery (Saboya) ha inaugurado el presidente de la República francesa el monumento conmemorativo de la anexión de la Saboya á Francia en 1792: el monumento, obra de los señores Pujol (arquitecto) y Falguiere (escultor), representa una robusta saboyana apretando contra su pecho la bandera de la primera república; en el pedestal se destaca la cruz de Saboya con la corona ducal y alrededor se ven los escudos de las siete principales ciudades saboyanas. La estatua y estos adornos son de bronce y el pedestal de granito. El monumento, cuya altura total es de diez metros, constituye una obra enérgica y sencilla que honra á sus autores, de los cuales M. Falguiere, premiado con la medalla de honor en el Salón de 1868, miembro del Instituto desde 1882 y comendador de la Legión de Honor desde 1889, se ha dedicado desde hace algunos años á la pintura, habiendo expuesto simultáneamente y con gran éxito cuadros y esculturas.

–Se ha inaugurado en Royán (Francia) un sencillo monumento erigido á la memoria del ilustre literato, periodista y orador político Eugenio Pelletán: la estatua (2'30 metros de altura), que se alza sobre un pedestal de 2'50 metros, es digna de hombre tan eminente y ha sido modelada por el célebre escultor M. Aubé, el cual ha representado al insigne pensador en la actitud meditabunda que le caracterizó en vida.

–En Valleraugues se ha celebrado recientemente la inauguración de un monumento levantado en honor del general Perrier, hijo de aquella población, que además de bizarro militar fué insigne hombre de ciencia que se distinguió por sus trabajos de geodesia y astronomía. La estatua, obra del reputado escultor M. Leopoldo Morice, representa al general en uniforme de mediana gala y tiene la mano izquierda apoyada sobre un círculo azimutal y en la derecha un compás: el pedestal, obra de M. Morice, hermano del escultor, contiene la inscripción: «Al general Francisco Perrier, individuo del Instituto y de la oficina de Longitudes, director del servicio geográfico del ejército, presidente del Consejo general del Gard. 1833-1888.»

–En la última Exposición internacional de Bellas Artes de Munich han obtenido medallas de segunda clase los pintores españoles D. Justo Ruiz Luna, de Cádiz, y D. Joaquín Sorolla, de Madrid.

Teatros. – En el teatro Real de la Comedia, de Berlín, se verificó el día 20 de agosto la 200.ª representación de la comedia de Moreto *Doña Diana*.

–La tragedia en cuatro actos que con el título de *Maese Manole* ha terminado recientemente Carmen Sylva, la reina de Rumanía, se pondrá próximamente en escena en el teatro de la Corte, de Coburgo.

–En el teatro Cluny, de París, se ha estrenado con muy lisonjero éxito un vaudeville en tres actos de M. Mauricio Hannequin, titulado *La esposa del comisario*.

–*Barcelona*. El eminente actor señor Noville ha comenzado con brillante éxito la corta serie de representaciones que se propone dar en el teatro El Dorado. En *Kearo, La morte civile, Le sorprese del divorgio, Otello* y cuantas obras ha puesto en escena ha demostrado una vez más ser el actor sin par, que lo mismo entusiasma en el género dramático que en el cómico y en el trágico. El distinguido público que todas las noches llena aquel coliseo no se cansa de prodigar ovación tras ovación al señor Novelli, con quien comparten justamente los aplausos el señor Leigheb y demás actores y actrices de su compañía.

En el teatro Principal comenzará en breve la temporada de otoño é invierno que inaugurará la compañía dirigida por don Ricardo Calvo y D. Donato Jiménez, quienes se proponen estrenar, entre otras, obras de D. José Echegaray y de D. Angel Guimerá.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Cornelio Guillermo Opzoomer, sabio filósofo, teólogo, jurisconsulto, historiador, literato y político holandés.

Francisco Skuhersky, compositor húngaro y director del Instituto para la enseñanza de la música religiosa de Praga.

Carlos Spruner de Mertz, general bávaro, individuo de la Academia de Ciencias de Munich: desempeñó los más elevados cargos militares en el reino de Baviera y se distinguió como historiógrafo-geógrafo, habiendo publicado entre otras obras un *Atlas manual histórico-geográfico*, un *Atlas histórico de Baviera* y un *Atlas histórico-geográfico para uso de las escuelas*.

Constantino Tarnowski, dramaturgo ruso.

Francisco Barzaghi, famoso escultor italiano, entre cuyas principales obras merecen citarse *Inocenza* (primer premio en la Exposición nacional de Turín), *Vanerella, Picolo fumatore, Psiche* y sobre todo la *Friné*, que es la mejor de todas ellas; de él son también las estatuas de Manzoni, Hayez, Pompeyo Litta y Verdi, que existen en Milán. Su principal obra es el monumento á Napoleón III, que por mezquindades políticas permanece arruinado en el patio de los Archivos, donde acuden á admirarlo cuantos extranjeros visitan aquella ciudad.

Varia. – En el monte Saleve (Ginebra) ha sido encontrada por los obreros que trabajan en la línea férrea una urna con gran cantidad de monedas rarísimas de los tiempos de Conrado el Salio y de la monarquía neo-borgoñona. Los que tal hallazgo hicieron, no sabiendo el valor de las monedas, las regalaron á los niños de una aldea vecina y vendieron algunas al precio de cinco céntimos. Ocho días después, los numismáticos ginebrinos tuvieron noticia del descubrimiento y consiguieron rescatar varias piezas pagándolas hasta á dos pesetas: los montañeses, que ahora empiezan á comprender lo que aquéllas valen piden por ellas precios exorbitantes y se dedican á excavar el terreno donde fué hallada la urna. Según parece, de las 4.000 monedas descubiertas sólo han podido los coleccionistas reunir 1.200, pues los niños á quienes sirvieron de juguetes las tiraron luego de haberse entretenido con ellas.

–En unas excavaciones verificadas en Pritoka (Bosnia) se han descubierto en pocos días 220 sepulturas con esqueletos y numerosos objetos de bronce, ámbar y vidrio, ánforas y urnas de barro, todos pertenecietes á una época prehistórica y muchos de los cuales han sido depositados en el Museo provincial de Serajewo.

–El profesor Wesselowski, individuo de la Comisión arqueológica imperial rusa, ha descubierto en Crimea una sepultura escita primitiva y en ella el esqueleto de un guerrero, junto al cual había carcaj de oro con flechas, una espada de hierro, una lanza, cinco grandes vasijas de barro y una coraza de hierro.

–La célebre Biblioteca Althorp de lord Spencer ha sido adquirida por la suma de 250.000 libras esterlinas (6.250.000 pesetas) por una señora de Manchester, mistres Rylands, quien se propone instalarla en dicha ciudad, donde falleció su esposo, y abrirla al público con el nombre de Biblioteca de Yohn Rylands, para lo cual ha adquirido una gran extensión de terreno en una de las principales calles de aquélla, donde se levantará el edificio. A esta biblioteca se unirán además algunos millares de notables volúmenes, entre ellos la *Biblia Pauperum* de la Biblioteca Borghesi de Roma, que mistres Rylands había adquirido sigilosamente.

NUESTROS GRABADOS

Canción picaresca, cuadro de Otón Lorch. – ¿Qué le cantará el viejo trovador á la agraciada muchacha, que la obliga á taparse un oído con la mano? No será cosa muy indigna de ser escuchada, porque amén de que el calificativo de *picaresca* que el título del cuadro consigna no es de los más duros, la inocente niña no sólo expresa en su semblante un sentimiento muy distinto del rubor ó de la vergüenza, sino que conserva libre el otro conducto auditivo por donde pueden colarse perfectamente los conceptos cantados por el músico, que no puede menos de sonreirse al ver el efecto causado por su canción. La obra del pintor alemán Lorch, además de las relevantes bellezas técnicas que contiene y que se revelan á primera vista en la naturalidad y expresión de las figuras, en los mismos enseres y demás objetos del humilde menaje y sobre todo en el efecto de luz admirablemente entendido, es en alto grado intencionada, aunque sin salirse de los más estrechos límites del buen gusto: es de una malicia inocente, si se nos permite juntar estos vocablos al parecer antitéticos.

El naturalista, dibujo de D. Mariano Fortuny. – Tantas, tan entusiastas y tan justas alabanzas se han prodigado al malogrado pintor catalán; tantas veces hemos tenido en este periódico ocasión de rendir el sabido tributo de admiración á sus obras, que por fuerza hemos de repetir conceptos y reproducir elogios á cada nuevo trabajo suyo que publicamos. Fortuny, el artista que supo combinar en su paleta los más hermosos y atrevidos colores, fué también el que con más corrección, vigor y elegancia manejó el lápiz para dejarnos esa rica colección de dibujos, apuntes y estudios que se aprecian en tanto como sus más celebradas pinturas. Quienquiera que se fije en *El naturalista* habrá de admirar en él esas cualidades que señalamos: en la figura vestida con el casacón que tanto se complacía Fortuny en reproducir, en cada una de las plantas que crecen en ese ameno rincón con tan exquisito gusto compuesto, en el paisaje todo adviértense la delicadeza, la seguridad, la perfección que han valido á su autor el dictado de maestro y uno de los más altos puestos en la historia del arte.

Un matón, cuadro de D. Manuel Correa. – En todos tiempos han existido estos seres envilecidos que, conocidos en Italia con el nombre de bravos y en nuestra patria con el de matones y más modernamente y en ciertos círculos truhanescos con el de barateros, no hay pasión baja que no alimenten, ni vicio por repugnante que sea que no tengan, ni crimen por atroz que parezca ante el cual retrocedan. El valor que les anima no es el que impulsa á nobles y heroicas hazañas, no el que se pone al servicio de una causa justa, no el que hace acometer el peligro frente á frente; es la explotación del desprecio de la vida propia y aún más de la ajena, que mueve á la comisión de los más horrendos delitos, que busca en el crimen la satisfacción de los goces más mezquinos, que acude á la felonía y á la traición para asegurar sus cobardes golpes, que vende su espada ó su navaja al que mejor le paga. Todas estas abominables cualidades se juntan en el matón, y esa perversidad de sentimientos por fuerza ha de traslucirse en los caracteres físicos del que tal profesion adopta: el autor del cuadro que reproducimos ha logrado imprimir en el tipo tan admirablemente pintado esa rudeza, esa ausencia de todo rasgo simpático, esa dureza de corazón reflejada en el semblante, produciendo una obra que revela un perfecto estudio psicológico y un notabilísimo talento artístico.

Maja, escultura en barro cocido de D. José Campeny. – Ya hemos dicho en otra ocasión, recordando el juicio emitido por nuestro malogrado amigo Luis Alfonso, que en la imaginación de Campeny halla albergue siempre lo vivaz, lo ingenioso y lo jovial cual si se hallaran en su propia casa. Basta para convencerse de ello fijarse en las obras de variadísimo género que ha producido. Estudios académicos, obras tan sentidas como inspiradas, donosos bustos femeninos, preciosos grupos de chiquillos en la animación de sus infantiles juegos, animales, etc., cobran forma, adquieren líneas, contornos y expresión entre los dedos y los palillos manejados por este discreto artista.

Campeny modela inspirándose en las corrientes modernas, y como forma parte de la nueva generación, produce desde la escultura correcta á la escultura fina y elegante, propia para embellecer el retrete de la dama aristocrática.

En desgracia, cuadro de Francisco Eisenhut. – La que ayer fué favorita del sultán y reinó como soberana en el harén de su señor, hoy ha caído en desgracia de éste, y atada de manos se ve custodiada y quizás escarnecida por los mismos soldados y esclavos que antes se prosternaran servilmente á su vista, en espera del castigo, seguramente terrible, por el grave delito de haber desagradado á su dueño ó víctima tal vez de alguna intriga de sus envidiosas compañeras de serrallo. Así lo quiere una mal llamada civilización que para vergüenza de Europa subiste todavía en una parte de nuestro continente. Una cosa, sin embargo, hemos de agradecer á esas bárbaras costumbres orientales, y es que, inspirados en ellas, han producido muchos pintores verdaderas obras maestras, como la que reproducimos y en la cual se advierten los mismos primores que en otras pinturas de igual género y del mismo autor hemos observado. Eisenhut es uno de los más ilustres orientalistas de la escuela pictórica alemana, y en las escenas de Oriente ha hallado ancho campo para desplegar su fantasía y demostrar su brillante talento artístico, que han podido ya admirar nuestros lectores en la *Muerte de Gul Baba* y en el *Titiritero árabe* que publicamos en los números 453 y 507 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Comida de cazadores, cuadro de G. B. Quadrone. – Un conejo, una perdiz, un ganso y un par de codornices que se ven colgados junto á la puerta son el producto de la caza del día, y aunque este resultado no puede calificarse de extraordinario, no deja de ser suficientemente satisfactorio para que, unido á los trofeos de piezas mayores que en lo alto de la pared están suspendidos, podamos dar el nombre de buenos cazadores á los que Quadrone nos presenta en su cuadro. Es éste una obra bajo todos conceptos notable, en la que el pintor italiano ha hecho gala de muchas y muy diversas aptitudes artísticas, que se patentizan en el acierto con que está dispuesta la composición, en la naturalidad con que están trazadas las figuras y los animales y en la verdad y perfección con que aparecen reproducidos hasta en sus menores detalles la multitud de variados objetos que llenan el aposento en donde la escena se desarrolla.

La bendición de las palmas en Olot, cuadro de D. Laureano Barrau. – Si el laborioso cuanto inteligente artista catalán Laureano Barrau se propuso, al pintar el cuadro que reproducimos, vencer escollos y dificultades de tonalidad, resolver un problema de dificilísima solución, es extremo que ignoramos. Sea cual fuere el propósito del discreto autor del cuadro *Gerona*, 1809, lo cierto, lo positivo es que su última producción revela cualidades no comunes, tenaz empeño y el deseo de adquirir y sostener el honroso título de pintor de escenas rurales de nuestro país, de nuestra región. Basta fijarse en el asunto, tan acertadamente representado en el lienzo, para convencerse que Barrau busca su inspiración en cuanto vive y se agita á su alrededor, en nuestra patria *chica*, que dice Pereda, el eximio novelador.

La bendición de las palmas en Olot es una bella composición que honra al joven pintor Sr. Barrau y al arte catalán.

La conversión del duque de Gandía, cuadro de D. José Moreno Carbonero. – No hemos de hacer ahora el elogio de esta magnífica composición pictórica. Desde que su autor la presentó por vez primera en la Exposición nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1884, en la que fué premiada con medalla de primera clase, el grabado, la fotografía y la cromolitografía la han dado á conocer en España y en el extranjero, mereciendo en todas partes el más caluroso encomio. Su asunto es también sobrado conocido, por lo cual nos limitamos á decir que no pudiendo LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA prescindir de insertar tan gallarda muestra de pintura histórica, cumple hoy este grato deber uniendo su aplauso á los muchos que por ella ha conseguido el eximio artista.

ARIA

LEYENDA BÍBLICA

POR MEURVILLE — ILUSTRACIÓN DE MAROLD



Cuando Noé hubo hecho entrar en el arca á su mujer, á sus hijos y á las mujeres de sus hijos, á los animales domésticos y salvajes, á los reptiles y las aves, con las provisiones de boca para él y los suyos, el forraje y el grano necesario para aquéllos y ovejas para los carnívoros, vió que todo estaba completo; y disponíase á subir el puente levadizo que debía cerrar el arca, cuando una joven rubia y maravillosamente hermosa llegó de pronto y se arrojó á sus pies, suplicándole que la salvara con él.

—¡Vete!, contestó Noé; eres de raza maldita, y nada puedo hacer por ti.

—Señor, repuso la joven, he corrido todo el día para llegar hasta vos; tened compasión de mí. Creo en las desgracias que habéis anunciado; no me rechacéis, os lo suplico de todo corazón.

—¡Vete!

—Señor, soy inocente de los crímenes de la tierra. Jamás causé daño á nadie. ¿Por qué se me ha de castigar?

—Tu raza ha prevaricado en las miras del Altísimo, y debe desaparecer de la faz del mundo. Nada puedo hacer por ti.

—Seré vuestra sirvienta.

—Las mujeres de mis hijos lo son.

—Pues serviré á los animales que salváis en el arca; daré su alimento á los leones y á las panteras, á las serpientes y á los buitres... ¡Salvadme!

—Ya no es tiempo. El sol desaparece detrás de las altas cumbres, y allá abajo, por Oriente, las nubes se acumulan. Ha llegado la hora del castigo; Dios llegará pronto. ¡Vete!

—¡Ah, corazón de roca, Dios será mejor que tú, y esperaré!

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, un poderoso estremecimiento recorrió la tierra; las aves se refugiaron aturdidas en el bosque; el rayo rasgó las nubes á lo lejos; hízose noche, y junto al arca levantóse una sombra gigantesca.

Noé quiso levantar precipitadamente la puerta, pero la mujer desconocida se agarró á las cuerdas de bejucos, y al verla Dios compadecióse de ella.

—Déjala entrar, dijo á Noé, y no se diga nunca que he rechazado á un ser que tenía fe en la misericordia divina. ¡Apresúrate!

La hermosa joven quiso prosternarse para dar gracias á Dios, mas no tuvo tiempo; cayó en el interior, impulsada por el puente que se levantaba, y hallóse perdida en la obscuridad.

Noé entró á tientas, sin hablar á la joven, en el departamento donde se había reunido su familia, y entonces la desconocida, adelantándose hasta la puerta entornada, miró curiosamente, sin atreverse á dar un paso más ni hacer el menor ruido. Vió una gran sala escasamente iluminada por una lámpara suspendida del techo, y á Noé en un sitial, inmóvil y taciturno, rodeado de sus hijos, que permanecían de pie: Sem, el del cabello negro y plano, con barba rizada, nariz aguileña y ojos de buitre; Cam, le del cutis bronceado, cabello crespo, mandíbula muy desarrollada y poderosas caderas; y Jafet, el del cabello castaño y caído en bucles, tez mate y ojos de gacela, azules, de dulce expresión.

La mujer de Noé, sentada también sobre una piel de oso con las piernas cruzadas, hallábase en el extremo del aposento; las mujeres de Sem, de Jafet y de Cam iban y venían, arreglando sus efectos en las pequeñas habitaciones que daban al departamento central. Todas tenían el cabello negro y trenzado y el cuerpo robusto; llevaban una larga túnica de pelo de camello ceñida al talle y sujeta en los hombros, de manera que permitía ver los brazos desnudos y ocultaba mal el cuello curtido por el sol.

Mientras la joven rubia miraba todo esto, la tempestad se había acercado: caía el rayo produciendo horrísono estrépito; una tromba de viento pasaba en aquel instante sobre el arca, y oíase resonar sobre el tejado un ruido sordo, agobiador, fatídico anuncio de que las cataratas del cielo acababan de abrirse. En las profundidades de la nave, sacudida de continuo, los rugidos de los tigres y de los leones y los mugidos de los toros contestaban al ronco fragor del trueno; mientras en el exterior, los gritos, las imprecaciones y los llamamientos desesperados iban á morir contra el muro de madera del edificio flotante. Era la hora de la venganza divina: Noé y sus hijos se prosternaron para adorar á Javeh.

Los del arca velaron durante toda aquella noche. Las mujeres, acurrucadas alrededor de la esposa de Noé, escuchaban aterradas el rumor de la tempestad; mientras los hombres, inclinados hacia la única ventana, protegida por un tejadillo en ángulo saliente, contemplaban cómo el mundo volvía al caos.

. . . .

El día siguiente amaneció con una luz dudosa, y todo estaba triste.

Los hijos de Noé salieron de la sala común para dar á los animales su alimento; llevaban cada cual una lámpara, y Jafet, que iba el primero, detúvose de repente y miró á sus pies. Entonces vió una mujer que dormía; sus graciosas formas se marcaban bajo la tela multicolor que la cubría desde las rodillas al seno, y una espesa y sedosa cabellera, semejante á un manto de oro, ocultaba sus hombros desnudos. Estaba echada en el suelo, había apoyado la cabeza en las manos, y en su dulce rostro vagaba una sonrisa.

—¿Qué animal es ese que está echado ahí?, dijo Cam. ¡Es una mujer! ¡Eh, perra, levántate!

Y ya iba á empujar con el pie á la joven dormida, cuado Jafet le detuvo.

—¡Es hermosa, dijo, déjala!

Sin embargo, la desconocida se había despertado, y poniéndose en pie de un brinco, irguióse altiva é indignada.

—¿Qué me queréis?, exclamó. ¿Cómo osáis?... Pero ¿dónde estoy?

—¿Qué haces aquí, perra maldita?, preguntó Cam. ¿Cómo has logrado entrar en este sitio?

—Ya recuerdo; el mismo Javeh me salvó.

—¡Mientes! Solamente nosotros debemos salvarnos.

—¿Quién sabe?, dijo Jafet.

—Es preciso echarla de aquí.

—Todo está cerrado.

—Pues bien: arrojémosla como pasto á las fieras, á fin de que muera como su raza.

—Eso no, replicó Jafet, colocándose delante de la desconocida. Solamente nuestro padre tiene derecho para mandar aquí. Vamos á consultarle.

Y condujeron á la joven de cabello de oro á presencia de Noé.

– Padre, dijo Cam, ¿quién es esa hija de la tierra, y cómo se halla aquí?

Las mujeres se habían acercado y miraban con malos ojos á la extranjera.

– Dejadla, contestó Noé. El Altísimo se compadeció de ella, para demostrar á nuestra raza que no sabe resistir á la súplica. Tened compasión como él, y satisfáganse las necesidades de esa joven hasta que la cólera del Señor se haya apaciguado.

– De ningún modo, dijeron las mujeres; es rubia y no pertenece á nuestra raza. ¿No teméis que el pecado se haya introducido con ella en el arca?

– ¡Silencio, mujeres!, dijo Noé. Respetad las órdenes de Javeh; sus designios son inescrutables.

– Hija de la tierra, ¿cuál es tu nombre y de dónde vienes?

– Me llaman Aria y soy hija de rey.

– ¡Hija de rey!, repitió Cam. Pues bien: tú fregarás nuestros pucheros.

– ¡Hija de rey!, exclamó Sem. ¿Has conservado por lo menos algunas alhajas?

– Es hermosa, dijo Jafet, y yo la protegeré.

. . . .

Transcurrieron los días, lúgubres y uniformes por el rumor que producía la lluvia al caer sobre el tejado y sobre el agua que cubría la tierra. La tempestad había cesado y ya no se oían fuera ni gritos ni lamentos ni blasfemias. En la tierra, la vida había muerto.

Al fin cesó la lluvia; el viento despejó las nubes, y de nuevo brilló el sol.

Aquel día hubo gran regocijo en el arca, y mientras todos miraban ávidamente por la única ventanilla aquel esplendor de la luz, Aria, manteniéndose á un lado con timidez, contemplaba á Jafet, y el amor penetró en su corazón.

Pasaron los días y las lunas, y el arca seguía flotando; pero el viento soplaba con fuerza y el arca se balanceaba lentamente.

Una mañana, al rayar la aurora, una sacudida hizo vacilar el edificio flotante y todos los que le habitaban despertaron sobresaltados. Hubo un momento de confusión; el arca, cogida por la proa, inclinábase á popa, arrastrando por la pendiente de las salas inferiores una infinidad de animales diversos que se agitaban haciendo mucho ruido.

El arca acababa de tocar tierra y encallaba en las rocas á medida que iba bajando el nivel del agua.

Fué necesario esperar aún varias lunas; pero al fin la paloma volvió con la rama de olivo, y Noé abrió la puerta del arca, de la cual salió él primero, seguido de su mujer, de sus hijos y de las mujeres de sus hijos; y al tocar el suelo con sus pies, experimentaron una alegría inmensa que se elevó hacia el cielo.

La tierra se extendía á lo lejos, cubierta de verdura é inundada de sol; y en el cielo azul, un arco inmenso se prolongaba desde uno á otro horizonte, como anillo recamado de piedras preciosas de todos colores. Jamás habían presenciado los hijos de Noé tan magnífico espectáculo; lo que tenían ante sí ó á su alrededor era la tierra virgen sin ningún dueño: ellos eran los reyes del mundo.

Sin embargo, Aria, que había sido la última en salir, se mantenía separada de los demás y estaba triste; sus hermosos ojos conservaban la sombra de las nubes desvanecidas y fijaban su mirada en Jafet, que acercándose á ella le dijo:

– ¿Por qué no te regocijas con nosotros?

– Estoy triste, señor, porque no soy de vuestra familia, y porque, salvada de las aguas, voy á morir de miseria.

– Te quedarás con nosotros, Aria; consuélate.

– ¡Ah! ¡Qué me importa la existencia, si debo vivir sin ser amada, sin tener el derecho de apoyar mi cabeza en el esposo amado y si no he de llevar nunca en mis brazos el fruto de un amor correspondido!

Jafet se alejó de Aria sin contestar, temiendo decir demasiado.

Al día siguiente se abrió el arca para los animales que estaban allí encerrados. Las aves remontaron el vuelo cual espesa humareda que se eleva hacia las nubes y se disipa; los cuadrúpedos salieron como tumulto de guerra; los reptiles se alejaron deslizándose á lo largo del arca en busca del cieno, y á veinte pasos de allí un león libre estranguló á un carnero.

Al tercer día, Noé hizo un sacrificio á Dios en un altar improvisado, y al cuarto empuñó su bastón y bajó de la montaña con su familia y los animales domésticos que conservaba.

Aria le seguía.

La pendiente estaba resbaladiza aún, y acá y allá encontrábanse varios objetos que habían sido depositados por las aguas; más lejos, en la llanura, vieron algunas ruinas de casas ó de templos y cadáveres de hombres y animales medio sepultados en el limo y la hierba nueva.

– ¡Huyamos!, dijo Noé.

– Padre, observó Cam, ¿no podríamos abandonar los cadáveres á las aves y aprovechar esas paredes que aún están en pie para buscar en ellas refugio?

– No, hijo mío, con nuestras propias manos debemos rehacerlo todo, según lo vayamos necesitando, á fin de que el pecado que habitó en esas moradas no vuelva á tentarnos jamás.

– Padre, dijo Jafet, no encontraremos nunca tan hermoso país como este.

– La tierra es grande, hijo mío, y aún hallarás algo mejor.

– Padre, dijo Sem, ¿no podríamos tomar los objetos útiles que encontramos en nuestro camino y las alhajas que llevan esos cadáveres?

– No toques nada de lo que es impuro, contestó Noé.

Caminaron durante tres lunas, franqueando los ríos en balsas improvisadas; y apenas llegada la noche, plantaban su tienda en las alturas.

Cierta mañana, al salir de aquélla, los hijos de Noé vieron hacia el poniente una línea azul que cortaba el horizonte.

– ¡El agua!, exclamaron poseídos de terror.

Noé, llamado por sus hijos, miró á su vez.

– Hemos llegado, dijo, al término de nuestro viaje, pues ahí está el mar. Aquí, en esta llanura inmensa y poblada de verdura, fijaremos nuestra primera residencia, porque el mar no saldrá ya nunca de sus límites, y esta tierra se conserva pura de toda mancha humana. Y ahora, hijos míos, ved la repartición del mundo según lo dispuesto por Javeh. Sem, que es el mayor, tomará este dominio cuando me suceda, y se extenderá hacia el Oriente hasta los límites de la tierra. Cam, que está acostumbrado á los más rudos trabajos al sol, irá al Sud; y tú Jafet, tendrás el Norte, y también el poniente, si hay alguna isla más allá de ese mar.

Bajando después á la llanura, plantaron su tienda en medio de ricos pastos, donde crecían algunas vides salvajes.

Pero en la tarde de aquel día inútilmente se buscó á la blonda Aria; ignorábase lo que había sido de ella.

Cam opinó que la pérdida no era grande, y las mujeres asintieron á ello. Sem sintió su falta porque trabajaba mucho, y sólo Jafet se ofreció á ir á buscarla.

– Jafet tiene razón, dijo Noé; seguid cada cual la dirección que os he designado esta mañana y traed á Aria, á quien Dios salvó y cuya custodia nos ha confiado. ¡Feliz aquel que la encuentre!

Al oir estas palabras, Sem y Cam se levantaron y siguieron á Jafet.

– Si he comprendido bien, dijo Cam, aquel de nosotros que encuentre á Aria la guardará como esclava.

– Tienes duro el corazón, repuso Jafet; entre nosotros no hay esclavos, y no es eso lo que nuestro padre ha dicho.

Sem guardaba silencio, según su costumbre, pero pensaba que el descubrimiento de aquella joven suponía una promesa. Como era el primogénito, tomó el carro de su madre, tirado por dos búfalos, y dirigióse hacia el Oriente; mientras Cam, montado en un camello, se encaminó en dirección al Sud.

Jafet, contristado el corazón, montó una fogosa yegua y lanzóse hacia el Norte, gritando sin cesar: «¡Aria, Aria!» Así anduvieron errantes hasta que rayó la aurora. En aquel momento Jafet se hallaba cerca del mar, y de tal modo le rendía el cansancio, que resolvió reposar un instante á la sombra de las rocas. Apeóse y avanzó triste y desanimado. Al dar la vuelta á un pequeño promontorio vió ante sí una gruta en que la arena dorada se extendía como una alfombra.

– ¡Aria!, gritó Jafet.

Allí estaba la hermosa joven dormida, con el cuerpo desnudo bajo una especie de túnica, que había deshecho para preservarse de la frescura de la noche.

Oyó el grito de Jafet y ruborizóse ante su mirada. Rápida como el ave sorprendida, levantóse y quiso huir; pero sus ligeros pies se enredaron en la tela con que se cubría, y Jafet la cogió en sus brazos exclamando:

– Hija de la tierra, ¿por qué te alejas de nosotros? ¿Por qué huyes de mí?

– Dejadme, Jafet, dejadme, contestó la joven; no soy nada de nadie. Me habéis salvado la vida; pero ésta es para mí peor que la muerte, porque debo vivir como si hubiese perdido la existencia. Dejadme, porque para mí es más penosa vuestra presencia que vuestra ausencia; dejadme morir cerca del infinito radiante. Javeh, á quien imploro toda la noche, vendrá á buscarme.

Jafet quiso hablar; mas al ver que Aria se dejaba caer como muerta, depositóla suavemente sobre la arena, y sosteniéndola aún entre sus brazos, buscaba la vida en aquel cuerpo desnudo, que parecía divino bajo los nacarados reflejos que las aguas proyectaban en la gruta.

– Yo te amo, Aria. ¿Me oyes? No quiero que mueras...

Aria no oía, pero su seno se dilataba lentamente, y comenzando á respirar con trabajo, murmuró:

– Tengo hambre.

Al oir esto, Jafet corrió á la playa, recogió algunas conchas que se abrían al sol y llevóselas á Aria. La joven le dió gracias con una sonrisa.

– He tenido un buen sueño, dijo; parecíame que el Altísimo venía á buscarme y me daba reinos inmensos en cambio del de mi padre. Tú eras... mas no quiero decirlo, porque esto no puede ser.

– Dilo, Aria, concluye... Yo era rey contigo, ¿no es verdad? Y así será, pues yo te tomo por esposa ante Dios y ante mi padre.

Aria miró á Jafet fijamente, sin comprenderle al parecer; parecía vivir en su sueño, y no encontraba palabras para expresarse; pero al fin una lágrima brilló en sus ojos, deslizóse por sus mejillas y cayó en la concha que Jafet tenía abierta.

– Esa lágrima es mía, dijo Jafet, y la beberé.

Y como acercase la concha á su boca, escapóse de ella una bolita, brillante como el nácar, y rodó por la arena.

Jafet la examinó con curiosidad y mostrósela á Aria.

– ¡Mira, exclamó, esta lágrima de amor que por mí has vertido se ha petrificado al punto! Así lo ha querido Javeh, sin duda para que fuese prenda de alianza entre tú y yo. Guardémosla cuidadosamente.

– Ya no lloraré, dijo Aria, porque te pertenezco.

Y Jafet, cogiendo entre las manos la cabeza de su amante, depositó un beso en sus ojos á fin de secar para siempre la fuente de sus lágrimas.

Era cerca de mediodía cuando Jafet volvió al campamento, llevando á grupas de su yegua á la blonda Aria, púdicamente cubierta con su túnica.

– ¡Al fin has llegado!, dijo Thabar á Jafet; ya te creíamos perdido. No valía la pena causarnos tanta inquietud por esa muchacha.

– Hace ya mucho tiempo, añadió Cam, que Sem y yo estamos de vuelta.

– ¡Silencio!, dijo Noé

Jafet se apeó, y cogiendo de la mano á su compañera presentóla á Noé.

– Padre, le dijo, la tierra es grande y somos poco numerosos. El Señor, que salvó á Aria, no ha querido, sin duda, que fuese inútil en nuestra familia. Padre, á presencia de Javeh y ante vos, tomo á Aria por mujer, suplicando á Thabar, mi esposa, que la acepte por compañera.

Aunque Thabar pareciese muy descontenta, Noé cogió la mano de Aria y púsola con la de Jafet.

Después preparó el holocausto á fin de implorar la bendición divina para aquella nueva unión, y volviéndose hacia sus hijos, díjoles:

– Se ha cumplido el plazo. Se os dió esa hija de la tierra para probar vuestros carazones, y os habéis revelado: Dios ha señalado á cada uno su lugar y su porvenir. Tú, Sem, no pensaste más que en los objetos preciosos, y tu corazón fué inaccesible á otros sentimientos. Por eso tus hijos serán los más ricos entre los hombres, y sus mujeres, las más engalanadas, serán esclavas en la riqueza; pero tus hijos tendrán por patrimonio la sabiduría, y con ella enseñarán al mundo. Tú, Cam, has sido brutal, y por eso tus descendientes serán fuertes y víctimas de la fuerza y conocerán la esclavitud. Tú, Jafet, has protegido á esa extranjera y tu corazón se abrió á la piedad y al amor. Por eso tus descendientes serán hermosos y desprendidos y sus obras las más bellas y grandiosas de la tierra. Mas por haber tomado dos mujeres, tus hijos serán esclavos de la mujer y amarán su esclavitud. Y tú, Aria, cuya dulzura y fe han vencido la cólera de Javeh, ¡bendita seas! Por ti se perpetuará la raza blanca en el mundo, aventajando á todas las demás; por ti triunfarán de la fuerza la belleza, la dulzura y la inteligencia; por ti se salvará un día el mundo de la esclavitud, porque tu nombre significa *libertad*. dijo, y en el improvisado altar el holocausto humeante llevóse aquella oración hasta los cielos.

Traducido por E. L. de Verneuil

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL PANORAMA «EL VENGADOR» Y SUS INSTALACIONES MECÁNICAS

El panorama de los Campos Elíseos de París, *El Vengador*, obra del pintor panoramista M. Poilpot, autor del célebre panorama los *Transatlánticos* que tanta admiración produjo durante la última Exposición universal verificada en la capital de Francia, ofrece, además del interés de una representación verdaderamente viva de un grandioso hecho de armas y la curiosa reconstrucción de buques de las antiguas armadas, algunas particularidades de instalación mecánica que creemos dignas de una descripción detallada.

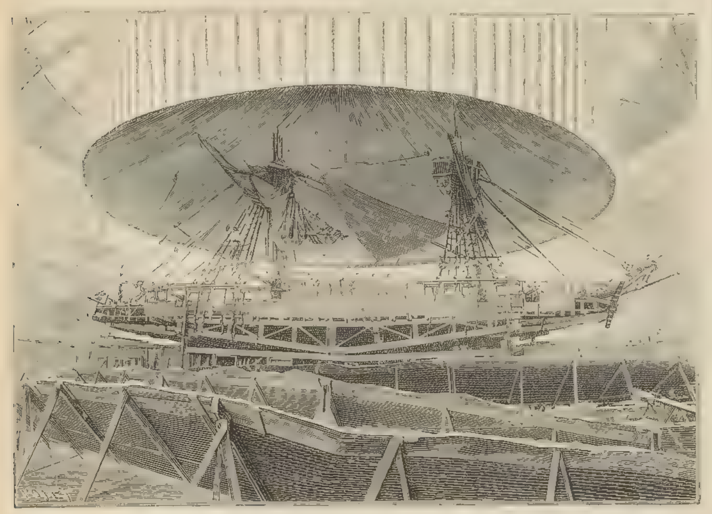


Fig. 1. Panorama *El Vengador* en los Campos Elíseos de París. Vista del buque desde abajo.

Sabido es que el sacrificio voluntario de la heroica tripulación del *Vengador* no es más que un episodio de los combates de pradial del año II (29, 30 de mayo y 1.° de junio de 1794) en los que la escuadra francesa, á las órdenes del almirante Villaret-Joyeuse y del miembro de la Convención Jean-Bon Saint-André, luchó cerca de Ouessant contra la escuadra inglesa mandada por el almirante Howe. El objetivo principal del combate era hacer levantar el bloqueo de Brest para permitir la entrada en este puerto de un gran convoy de trigo que traía de América el contraalmirante Vanstabel. Las dos primeras jornadas (29 y 30 de mayo) sólo dieron lugar á un cañoneo sin grandes consecuencias, distinguiéndose, empero, el *Vengador* por su audacia al oponerse á la tentativa del enemigo para cortar en dos la armada francesa. Los adversarios dedicaron el siguiente día á reparar sus averías, continuando la lucha el día 1.° de junio con un encarnizamiento heroico por ambas partes. A pesar del parecer de Villaret-Joyeuse, Jean-Bon Saint-André, temiendo exponerse á un desastre, ordenó la retirada, orden que en el fragor del combate no comprendieron algunos buques franceses, entre ellos el *Vengador*, cuyo capitán Renaudin, en lucha con dos buques ingleses, vióse amenazado por un tercero, el *Brunswick*, contra el cual se arrojó con propósito de tomarlo al abordaje. Desgraciadamente el *Vengador* fué agarrado por el áncora de un buque enemigo, de tal manera que se encontró expuesto al fuego de casi todas las piezas de éste sin poder contestarle más que con algunas de las suyas. El áncora, sin embargo, no tardó en romperse, recobrando los dos adversarios la libertad de sus movimientos; mas antes de que Renaudin hubiese podido aprovecharse de ella, su barco fué aplastado por las andanadas de un navío de tres puentes. Entonces el agua penetró por todas partes en el desgraciado buque y un gran número de sus defensores fueron sepultados por las olas al grito de «¡Viva la República!» mientras algunos de ellos clavaban su pabellón en los restos del palo mayor. De los 738 hombres que formaban la tripulación perecieron 475; los demás fueron recogidos por los ingleses. Esta heroica resistencia produjo gran efecto moral en el adversario, que no se atrevió á intentar la persecución de los buques franceses, pudiendo el convoy de Vanstabel entrar libremente en Francia.

El autor del panorama ha escogido para éste el momento en que el *Vengador* se hunde en el mar. Para mayor ilusión del espectador, éste se halla colocado delante del *Vengador* sobre el puente del brick *El Correo* que sirve de plataforma y que está dotado de un balanceo que parece reproducirse en la tela del fondo.

Conocidos son los procedimientos de ejecución de los panoramas y por lo mismo no hemos de ocuparnos de ellos; pero nos ha parecido interesante hacer que el lector penetre entre los bastidores, mejor dicho, en el subsuelo del panorama de M. Poilpot.

La figura 1 representa el aspecto del buque y de las olas que lo rodean, tomado desde abajo: las olas están formadas por gruesas telas extendidas sobre planchas sostenidas por puntales y se cruzan entre sí; en cuanto al barco compónese de un entarimado apoyado sobre cuatro vigas longitudinales que constituyen una armadura y están reunidas por medio de traviesas. El movimiento de balanceo de que hemos hablado se obtenía al principio por medio de dos cabrias movidas á mano y colocadas en el suelo, en el centro del puente, cuyos dos extremos podían levantarse alternativamente por medio de cables metálicos. Este sistema exigía demasiada resistencia en el maderamen: tomado de la maquinaria teatral ordinaria, cuyas maniobras tienen una duración muy limitada, no podía convenir á una maniobra que funciona durante nueve ó diez horas seguidas. Además, los dos obreros destinados á cada cabria habían de trabajar en condiciones muy desfavorables y tenían que ser, por consiguiente, reemplazados muy á menudo. Para remediar estos inconvenientes, M. Poilpot solicitó de M. Berthot, ingeniero de artes y manufacturas, que sustituyera con una transmisión de movimiento mecánica la de las cabrias movidas á mano. La disposición concebida por M. Berthot y realizada por él con el concurso de los Sres. Rouar hermanos, ingenieros constructores, está representada en la figura 2. Una máquina de gas de dos caballos de fuerza pone en movimiento una bomba de doble efecto que empuja el agua á una presión de 20 atmósferas debajo de un aflojador: éste está cargado de modo que produzca una presión de 8, 12, 16 ó 20 atmósferas debajo de los dos pistones de prensas hidráulicas G y E, cuyos émbolos D y F obran sobre los extremos del armazón del barco, y como los pistones tienen 250 centímetros cuadrados de superficie, estas presiones corresponden á esfuerzos de 2.000, 3.000, 4.000 y 5.000 kilogramos y se regulan según el número de visitantes, de manera que no se fatigue inútilmente el maderamen. El agua de evacuación de las prensas vuelve al depósito de alimentación: éste contiene también el tubo de alimentación de una pequeña máquina con columna de agua B que sirve de distribuidor entre las prensas: el curso de los pistones y por ende la amplitud de las oscilaciones del buque es de 50 centímetros durante cada oscilación completa de 35 á 40 segundos.

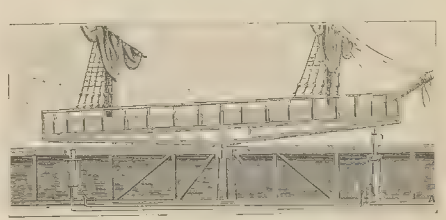


Fig. 2. Panorama *El Vengador*. El buque puesto en movimiento

El efecto conseguido es sobrado suficiente para producir la ilusión del movimiento de los buques representados en la tela panorámica: las olas que rodean al brick también parece que se levantan y el espectador cree ver hundirse ante sus ojos los gloriosos restos del *Vengador*.

Los Sres. Berthot y Rouart hermanos no han empleado más que diez días en proceder á la importante modificación que hemos mencionado y cuyo buen éxito es un hecho que verdaderamente les honra.

G. RICHON
Ingeniero de artes y manufacturas

***

EL TEATRO ÓPTICO DE M. REYNAUD

Muchos son los aparatos inventados por M. Reynaud con objeto de perfeccionar los métodos de proyecciones, aparatos que permiten obtener por determinados procedimientos ópticos la ilusión del movimiento y de la vida.

Los aparatos que producen la síntesis de las fases sucesivas de una acción, desde el fenakisticopio de Plateau hasta el praxinoscopio de M. Reynaud, estaban hasta el presente limitados por su misma naturaleza á la reproducción de un movimiento, ó á lo sumo, de una acción muy sencilla, puesto que cada rotación del aparato no podía evidentemente hacer otra cosa que repetir el efecto producido por la rotación anterior.

El teatro óptico tiene por objeto extender la ilusión á la reproducción de una serie considerable de acciones y realizar de este modo la reconstitución por síntesis óptica de una escena entera.

A este fin, la corona de los antiguos aparatos es reemplazada por una tira muy larga, en donde están dibujadas multitud de posiciones. Era preciso, además, presentar la ilusión escénica animada á un público numeroso, y para ello hacíase necesario dar á las figuras grandes dimensiones, lo que sólo puede conseguirse por medio de una pantalla.

Pero para conseguir esta ilusión en buenas condiciones para el observador es preciso que las posturas se sucedan en la pantalla sin solución de continuidad; en otros términos, que no haya en la pantalla ninguna extinción ó eclipse entre dos posturas sucesivas.

Esta continuidad de la imagen obtenida ya por el praxinoscopio de visión directa inventado en 1877 por M. Reynaud no había sido hasta ahora realizada por ningún aparato de proyección.

El teatro óptico por su construcción misma la realiza, de modo que la sucesión de posturas puede á cada momento quedar interrumpida sin que la imagen deje de estar iluminada y de ser visible en la pantalla. Esta propiedad permite en la representación de la escena animada descansos y repeticiones que aumentan la verdad del efecto al propio tiempo que la duración de la escena representada.

Gracias á estas condiciones el teatro óptico ofrece á los espectadores escenas completas (pantomimas, entremeses, etc.) que pueden durar 15 y 20 minutos con un número de posturas y una longitud de la tira que no salen de los límites de lo posible, proporcionando de esta manera un espectáculo á la vez interesante, entretenido y nuevo.

Además el teatro óptico parece constituir desde ahora el aparato tipo para la síntesis de las series fotográficas de posturas sucesivas, y en este sentido se empleará principalmente en lo porvenir cuando los perfeccionamientos de los aparatos instantáneos es-

peciales y la rebaja de precios de las películas fotogénicas permitirán obtener con facilidad y bastante economía series numerosas de esas posturas.

Nuestro grabado representa el dispositivo del Teatro óptico de M. Reynaud: la tira cristaloide en donde van pintadas las imágenes está representada en A, y el operador puede hacerla girar en un sentido ó en otro por medio de dos manubrios. Las imágenes reproducidas por un procedimiento especial de impresiones en colores, pasan por delante de una linterna B, y son proyectadas por medio de una lente C sobre un espejo inclinado M, que á su vez las proyecta sobre la pantalla transparente E. Otra linterna de proyección D hace aparecer en la pantalla la decoración invariable en la que se mueven los personajes de posturas cambiantes pintados en la tira A.

M. Reynaud ha compuesto escenas muy entretenidas, especialmente la de la pantomima de tres personajes, titulada «¡Pobre Pierrot!» En ella se ve á Arlequín, Colombina y Pierrot que representan escenas muy animadas y ejecutan movimientos rápidos de un efecto sorprendente. Los personajes de las proyecciones obtenidas por este procedimiento tienen realmente vida.

En este ingenioso dispositivo del Teatro óptico hay, á nuestro entender, recursos enteramente nuevos para esta clase de espectáculos.

G. T.

***

Dinamómetro registrador del capitán Leneveu

En las distintas aplicaciones mecánicas es de mucha importancia conocer la potencia transmitida por la máquina motriz, sea de vapor ó de otra clase, y la potencia recibida por la máquina receptriz (máquina-instrumento, máquina dinamo, etc.). Mediante estos elementos se pueden determinar las pérdidas en las transmisiones por correas y darse cuenta del rendimiento industrial y del funcionamiento práctico de las máquinas. Conocido es desde hace mucho tiempo el aparato que permite estos experimentos, que lleva el nombre de dinamómetro de transmisión y del cual existen ya diferentes tipos y diversos modelos. A pesar de esto, creemos interesante señalar á nuestros lectores una disposición especial adoptada por el capitán francés monsieur Leneveu, cuya competencia es bien conocida en todo lo concerniente á los aparatos de precisión.

El dinamómetro de M. Leneveu se compone esencialmente de dos discos A y B, montados en dos árboles independientes sostenidos cada uno por dos montantes especiales. En cada árbol hay una polea C y D. El conjunto del aparato descansa en un zócalo que asegura su estabilidad. En la parte superior hay un segundo árbol E que sostiene otras poleas G, F, H, una de las cuales recibe el movimiento de transmisión y lo comunica al dinamómetro por medio de la polea D.

Esta transmisión sólo puede efectuarse cuando los dos discos A y B están unidos entre sí y son solidarios en un sentido determinado: esta unión se obtiene por medio de muelles de espiral de alambre convenientemente fijados en un disco y reunidos al otro por medio de cadenitas.

El dinamómetro se pone en movimiento mediante una polea y transmite este movimiento á una máquina de utilización cualquiera. Los esfuerzos ejercidos sobre los dos discos son diferentes, pues el esfuerzo sobre la polea de transmisión á la máquina receptriz es superior al otro. De ello resulta un cambio de sitio angular de los dos discos, con relación el uno al otro, y los muelles de unión de que hemos hablado se comprimen más ó menos según el esfuerzo. Basta entonces establecer previamente una graduación para conocer los esfuerzos ejercidos; esta graduación se hace fácilmente manteniendo un disco inmóvil, ejerciendo sobre el otro esfuerzos variables por medio de pesas suspendidas y anotando las distintas posiciones ocupadas por una marca colocada en el disco móvil: de este modo el movimiento de un disco da á conocer el esfuerzo ejercido.

Veamos ahora cómo, con ayuda de este aparato, se mide la potencia transmitida á una máquina cualquiera. La potencia P gastada tiene por expresión $P = F \pi d n$, en la que F es el esfuerzo en kilogramos, d el diámetro de la polea en metros, n el número de vueltas del sistema por segundo y π la relación de la circunferencia al diámetro. De este modo se obtiene la fuerza en kilogramos por segundo, bastando dividir este número por 100 para expresar la potencia en *poncelets* ó por 75 para tenerla en caballos. La unidad de *poncelet* adoptada por el Congreso de mecánicos de 1889 es preferible á la de caballo.

Conocida la expresión de la potencia gastada debemos examinar los medios prácticos para determinar cada uno de los factores que la componen.

El esfuerzo F se determina fácilmente por el valor del movimiento angular de los discos, pero esta lectura es imposible cuando el dinamómetro está en marcha. M. Leneveu ha recurrido á un dispositivo muy ingenioso que marca á cada instante el valor de este esfuerzo F. Entre los discos A y B se establece una trasmisión especial al través del interior del árbol de transmisión y el lapicero I. Resulta de ello que los movimientos angulares de los discos se traducen por movimientos rectilíneos ascendentes ó descendentes del lápiz J. Un esfuerzo de un kilogramo sobre las poleas corresponde á un movimiento de 2'83 milímetros del lápiz sobre el papel del cilindro registrador K. Este último está dotado de un movimiento continuo facilitado por un movimimiento de relojería parecido á los que se encuentran en todos los aparatos registradores de los Sres. Richard hermanos.



Vista en conjunto del Teatro óptico. – Una escena de la pantomima *¡Pobre Pierrot!*

El diámetro d de la polea de transmisión es conocido una vez por todas.

Fáltanos determinar el número de vueltas n por segundo. Esta indicación la proporciona el indicador de velocidad L y al propio tiempo el totalizador de vueltas M en un tiempo dado.

Por medio de este dinamómetro es muy fácil, como se ve, determinar exactamente la potencia absorbida por una máquina, así como la potencia necesaria para el funcionamiento de un instrumento ó de una dinamo cualquiera. Este aparato es, además, sumamente útil porque á cada instante facilita el registro de los factores principales de la potencia, y puede ser de grandísima conveniencia para ensayar aceites y grasas empleados para el engrasaje de las máquinas.

J. Lafargue.

(De *La Nature*)

***

NOTICIAS VARIAS

Microbios y billetes de Banco. – Partiendo del supuesto lógico de que los objetos destinados á circular de mano en mano deben recoger en sus incesantes peregrinaciones gran número de microbios, dos bacteriólogos de la Habana, los Sres. Acosta y Grande-Rossi, concibieron la idea de hacer algunas investigaciones sobre los microbios de los billetes del Banco Español de la capital de la isla de Cuba. A este efecto comenzaron por comprobar que el peso de tales billetes aumentaba en razón directa de su circulación á consecuencia de las materias extrañas que á ellos quedan adheridas, y en estas materias, que formaban sin duda un terreno de cultivo bien abonado, el número de microbios alcanza hasta la cifra de 19 000. Con ser el número muy considerable, no es éste el punto más grave de la cuestión, sino la calidad de esos microbios, pues se ha comprobado, según los citados señores, que entre ellos se encontraban los de la tuberculosis, de la difteria y de la erisipela, infección que se explican por el hecho de que son muchos, especialmente los muchachos, que tienen la costumbre de ponerse los billetes en la boca.

Nuevo indicador de incendios. – Un periódico de París dice que los Sres. Almeida y Silva han construído un nuevo instrumento de este género, que designan con el nombre de *incendioscopio*. El aparato consiste esencialmente en dos depósitos de aire reunidos por un tubo en U de pequeño diámetro: uno de ellos está descubierto y el otro rodeado de un cilindro de cristal. El tubo en U contiene una cantidad de ácido azótico y encima del nivel de este ácido hay un pedazo de cinc soldado al extremo de un hilo de platino y rodeado, sin contacto, por las espirales de otro hilo: los dos hillos están pegados á la pared del tubo y forman los conductores de un timbre eléctrico. Finalmente la superficie del ácido azótico va cubierta de una capa de carburo de hidrógeno que protege los hilos y el cinc contra los vapores de este ácido.

Si el medio en que se encuentra este aparato se calienta bruscamente, como el aire contenido en el depósito descubierto aumenta de volumen más de prisa que el contenido en el depósito cubierto con el cilindro de cristal, empuja al ácido azótico contenido en el tubo de comunicación y lo pone en contacto con el cinc, del que estaba antes separado, formándose de este modo una pila, en la que se establece la corriente y que hace sonar el timbre de alarma.

Fotografías de cometas. – M. M. Wolf, que tan buenos resultados ha conseguido con la fotografía de los pequeños planetas, no circunscribe á esto sus experimentos: en tres clisés obtenidos en 19 y 20 de marzo último ha podido observar la presencia de una nebulosa prolongada que cambiaba lentamente de sitio desde el primero al tercer clisé y que no se veía en otro clisé tomado el día 22. Es de suponer que se trataba de un débil cometa, tanto más, cuanto que el rápido observador tiene la certeza de poseer las imágenes de algunos otros, cuyas posiciones podrán medirse en esos clisés con gran precisión relacionándolas con las de las estrellas vecinas.

Además, en uno de estos clisés y en la región del Cisne se encuentra la imagen de una nebulosa no catalogada todavía, y en otros varios algunas trayectorias de bólidos ó estrellas fugaces claramente dibujadas. Como en las fotografías falta el relieve, estas trayectorias son rectilíneas en vez de ser en forma de arco sobre la bóveda celeste, tal como aparecen á nuestra vista; pero sus imágenes revelan un dato nuevo: los rastros en vez de ser uniformes aparecen hinchados de un sitio á otro, demostrando que la combustión de estos cuerpos que se inflaman en nuestra atmósfera está sometida á variaciones de intensidad muy frecuentes que hasta ahora no habían sido observadas.

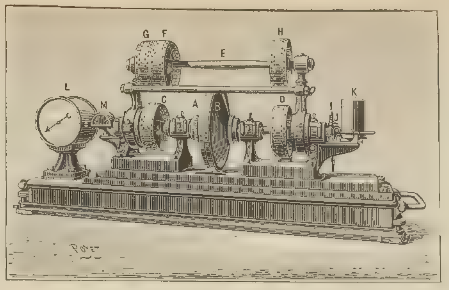
El hambre en la India. – De cuantos males afligen á la humanidad, no hay quizás otro más terrible que el hambre, porque abruma de pronto á un

pueblo, diezmándolo rápidamente después de hacerle sufrir los tormentos más horrorosos. Es raro, por más que lo asegure un escritor de nota, que «la naturaleza proporcione víveres y los hombres ocasionen el hambre,» pues las más de las veces tiene ésta por origen una causa imprevista que destruye las cosechas y reduce á los hombres á la carestía y á la muerte. Es indudable que puede decirse con razón que el riesgo de presentarse semejante plaga está en razón inversa del grado de civilización de un pueblo; pero también es cierto que la previsión tiene sus límites, como lo prueba el hambre que aun hoy está causando tantos estragos en Rusia, llamando la compasiva atención del mundo entero.

Pruébalo también la que en la actualidad reina en las Indias y de la que muchas personas ni siquiera tienen noticia, aun cuando es una de las más terribles que allí se han sufrido. Lo más curioso en este país es que dicho azote parece presentarse en períodos fijos, cada quince años; por lo cual sería interesante averiguar si esta fecha está en relación con algún fenómeno meteorológico ó astronómico, lo que no parece imposible.

La última hambre sobrevino en 1876, y se calculan en cinco millones las personas que murieron á causa de ella ó de sus resultas. El año pasado llovió allí muy poco, no siendo de extrañar que los pueblos indios temieran la escasez de las próximas cosechas. Por fortuna, con lo que se recogió se pudo alimentar bien ó mal la gente, pero no hacer provisiones. Este año casi no ha llovido nada, de suerte que el hambre impera con todos sus horrores.

No es posible formarse una idea de la desolación que esta plaga produce en un país. No hay lluvias; la sequía quema las mieses; las charcas, estanques y ríos se quedan en seco á los ardores de un sol abrasador; miseria en todas partes. El gobierno inglés ha mandado establecer cierto número de campamentos, por desgracia poco abastecidos, donde se refugian los habitantes, muertos de hambre, con los ojos hundidos, las facciones descompuestas, las costillas salientes y una demacración que causa espanto. Las consecuencias de esta hambre amenazan durar muchos años, porque no tardarán en faltar cereales y ganados. En muchos puntos los habitantes han matado casi todos sus rebaños por no tener con qué alimentarlos; en otros han arrancado la paja que servía de techumbre á las casas para darla de comer á los animales hambrientos.



Dinamómetro registrador del capitán Leneveu

El gobierno hace lo posible por socorrer á cierto número de habitantes, pero sus auxilios no pueden alcanzar á todos; así es que los muertos se cuentan por millones. Y no mueren por falta de alimento tanto como por la de agua, cuestión más difícil de resolver materialmente, porque tropieza con preocupaciones religiosas sumamente arraigadas en la población. Por ejemplo, un hombre perteneciente á una casta elevada no consentirá jamás en beber agua de un pozo en donde otro de casta inferior haya metido un cubo para sacarla, pues en este caso considera mancillada, impura el agua; preocupación especialmente terrible para las personas de ínfima clase, á las que no se permite acercar en absoluto á ningún pozo. Como los pozos de estas gentes son los menos profundos, se han secado rápidamente, y para remediar este inconveniente, el gobierno inglés ha establecido préstamos por 30 años al 3 por 100 de interés, gracias á los cuales el pueblo podrá abrir pozos. Actualmente se están abriendo 19.000.

Y no sólo mueren de hambre y de sed estos famélicos; cuando después de un prolongado ayuno quieren tomar un poco de alimento, les ataca una disentería que los hace perecer en poco tiempo.

Pero el mal más grave es el de la fiebre que acompaña al hambre, y que se presenta cuando la debilidad es ya extraordinaria. Los cadáveres yacen en gran número en medio de las calles, en los caminos; algunas personas se arrastran penosamente hasta los bosques pantanosos para buscar un poco de agua con que apagar su sed, pero entonces no tardan en ser devoradas por otra plaga: las fieras.

El gobierno hace cuanto puede por aliviar los padecimientos de aquel desgraciado país y todos los empleados están en sus puestos.

LIBROS RECIBIDOS

en esta redacción

TRATADO COMPLETO DEL NARANJO, por *Bernardo Giner Aliño*. – Se ha publicado el cuaderno 3.º de esta importante obra que comprenderá además un apéndice sobre el limonero, cidro, bergamoto y limetero. Editada por D. Pascual Aguilar, suscríbese á esta obra, al precio de una peseta el cuaderno, en casa del editor (calle de Caballeros, núm. 1, Valencia) y en las principales librerías.

VIAJES DE UN CRONISTA, por *don José Ortega Munilla*, dibujos de *Angel Pons*. – El último tomo de la colección que publica en Madrid D. Manuel Fernández Lasanta, lleva dos firmas que por sí solas se recomiendan: la del distinguido director de *Los lunes de El Imparcial* y la del hábil dibujante que tantas pruebas tiene dadas de la intención con que concibe y de la maestría con que maneja el lápiz. *Viajes de un cronista* es una colección de artículos en donde se condensan las impresiones que en el ánimo de su autor, observador perspicaz, crítico ilustrado y escritor elegante, produjeron Tánger, Berlín, Málaga, Cádiz, Roma y la Exposición de París de 1889. Multitud de observaciones fidelísimas, de gratos recuerdos evocados con oportunidad suma, de descripciones belísimas: tal es la síntesis del libro que nos ocupa. En sus ilustraciones Angel Pons ha estado feliz, como siempre, y los tipos, paisajes y costumbres aparecen en las páginas del tomo reproducidos con tanta exactitud como gracia. Véndese el libro al precio de 3'50 pesetas en las principales librerías.



LA CONVERSIÓN DEL DUQUE DE GANDÍA, cuadro de D José Moreno Carbonero

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

AÑO XI — BARCELONA 19 DE SEPTIEMBRE DE 1892 — NÚM. 560



Monumento á Guillermo Tell, según el proyecto de Ricardo Kissling

CRÓNICA DE ARTE

«Las cosas de Palacio van despacio:» el reglamento fijaba la fecha de la inauguración de la Exposición de Bellas Artes del 10 al 15 de septiembre actual, y para recibir las obras, así de artistas extranjeros como nacionales, del 15 al 25 de agosto.

– Disparate se llama ese acuerdo, hubo de decirle alguien al actual ministro de Fomento. Disparate doble. Ni en diez días están entregadas las obras de nuestros artistas, ni una sola de los extranjeros. Ni á mediados de septiembre está la regente en Madrid para inaugurar el certamen, ni hay en la corte más allá de cuatro personas y media para esa época.

– De todo cuanto usted me dice estoy al cabo hace rato, contesta el Sr. Linares Rivas. Mi antecesor lo dejó así dispuesto, y yo no quisiera deshacer su obra. Sin embargo, puede usted asegurar que el plazo de admisión se prorrogará hasta el 10 de septiembre: es decir, medio mes.

En efecto, se dió la noticia. Pero cátate que *El Círculo de Bellas Artes*, que viene hace algunos días con tanto afán velando por los intereses de los artistas, á pesar de que la noticia llevaba la coleta de *así nos lo manifestó el Sr. Linares Rivas*, se apresura á lanzar la confusión en los talleres, poniendo un papelito pegado á la puerta de su domicilio (del domicilio de la sociedad), en el cual se negaba la veracidad de la noticia.

De nuevo el interlocutor del ministro, acosado por docenas de cartas de pintores y escultores que no sabían á qué atenerse, y que le demandaban algo cierto para poder terminar más ó menos rápidamente sus cuadros y esculturas, según cuando finalizase el plazo famoso, vuelve á decir desde la prensa diaria que hasta el citado 10 de septiembre se recibirían las obras. *El Círculo de Bellas Artes*, poseído de su justa y legítima importancia, como tal *Círculo*, se dirige al ministro, y éste *oficialmente* le contesta que el plazo terminaba el día marcado en el reglamento. El noticiero interlocutor del Sr. Linares Rivas queda como un pobre diablo, pues el *Círculo* se apresura (eso sí, se apresuró un poco) á hacer saber á todo el mundo como *él*, el verdadero *Tío Javier*, tenía las de Fuenlabrada legítimas. Ya no hubo dudas: el día 25 de agosto deberían ser entregados mármoles, yesos, planos y pinturas.

Cuentan, sin embargo, que desde Galicia, donde á la sazón se encontraba el apabullado noticiero, escribía á varios amigos pintores diciéndoles que trabajasen más en sus respectivas obras, por cuanto el plazo no concluía, á pesar de la contestación *oficial* del ministro, hasta el respectivo día 10. En efecto, tres ó cuatro *giorni* andados, aparece una real orden en la *Gaceta* prorrogando hasta la fecha indicada por el noticiero la admisión de obras.

Los aficionados á definir pintorescamente esta clase de chascos, dijeron que el respetable *Círculo* había hecho una *plancha;* yo me apresuro á reconocer que no fué el Círculo, fueron algunas de las personalidades que lo componen. La mayoría de los socios de este centro cultísimo son personalidades que merecen toda clase de respetos y admiraciones, y tengo por seguro como se habrán dolido de la caída de latiguillo que hicieron dar á la colectividad cuatro ó seis de sus compañeros que ignoran de la marcha de las cosas oficiales todo, absolutamente todo.

Como digo al comienzo de esta crónica «las cosas de Palacio van despacio.» *Palacio*, en efecto (no me refiero al poeta ni á mi compañero *Sentimientos)*, vino también á última hora á prorrogar más todavía los plazos de admisión y apertura al ser acordado lo de que la regente no abandone San Sebastián hasta el día 4 de octubre, ni abra la Exposición de Bellas Artes antes del regreso de su viaje á las provincias andaluzas. En virtud de este acuerdo el plazo de admisión vuelve á prorrogarse hasta el 15 (escribo esto hoy 12) para los artistas españoles y hasta el 30 para los extranjeros. La Exposición, pues, se abrirá próximamente el 25 de octubre.

Querol está terminando el frontón. Los últimos toques del palillo los da el escultor con más brío, con más coraje que los primeros. Asombra contemplar aquella enorme composición que pesa toneladas, con figuras de cuatro metros, y considerar al mismo tiempo como en solos seis ó siete meses pudo llevar á cabo su compromiso, modelar diez ó doce bustos retratos, y comenzar las estatuas que el alcalde de Madrid le encargó para decorar la plaza de Cibeles.

Del frontón no se ve ya más que un masa informe de yeso. Están vaciándose las dos terceras partes del frontón, y dentro de seis ú ocho días comenzarán á colocarse las figuras en el tímpano de la Biblioteca.

Verdaderamente la operación es de una dificultad terrible. Al enorme peso de las piezas, á la dificultad que ofrece elevarlas hasta el lugar que habrán de ocupar en el tímpano, á la fragilidad del material únese la solución del problema de sujetar á la pared figuras colosales hechas de ligera cáscara de yeso.

Nunca como ahora se echan de ver los dislates, los desconocimientos y la inopia artística de los confeccionadores de la convocatoria para decorar el edificio de la Biblioteca. Dando de lado á la obligada composición de la alegoría que ha de llenar el tímpano, verdadera ñoñez, pues que á nadie se le ocurre, si ahonda un poco en la filosofía de los hechos consumados, de los cuales la historia se compone, que bajo la *Paz* únicamente florezcan las artes y las ciencias, paréceme absurdo exigir que en un plazo de meses el artista pueda llegar á grado de especulación suficiente para traer á su obra alguna originalidad y alguna verdad en todos y cada uno de los conceptos, que desde el punto de vista de la alegoría tienen al presente con arreglo á los nuevos ideales ciencias y artes é industria. Como es absurdo exigir que en ese mismo mezquino plazo pueda desarrollarse de un modo perfecto una composición cuyas figuras miden cuatro metros, cuando solamente dibujar y modelar con encaje discreto una sola estatua para ser vista á la altura de diez ó doce pies precisa el escultor dos meses. Como es un absurdo exigir que el escultor entienda de arquitectura, mejor dicho, de ingeniería, para colocar provisionalmente la complicada colección de piezas gigantescas de yeso que forman el total del alto relieve, sin que haya peligro alguno de rotura ó de desprendimiento.

La proximidad de la apertura de la Exposición de Bellas Artes, aun cuando como indico al comienzo de esta crónica se ha diferido algo, trae revueltos á los artistas que ya están en la corte. Dieron comienzo los cálculos y los cabildeos, especialmente para la elección del Jurado calificador. Nadie se resigna con la idea de un tercer premio; cuando menos es de justicia una segunda medalla.

Pero sobre todo de provincias es de donde vienen los más optimistas. La prensa provinciana fuerza el bombo de un modo que hasta ahora no tuvo precedente. A creer cuanto diariamente leo en las columnas de los periódicos, esta Exposición debe contar el número más grande de obras maestras que pudo reunirse jamás. A la vista tengo una carta en la cual se me envía, hecho ya, para evitarme la molestia, el suelto encomiástico. No resisto á la tentación de copiarlo, pues lo creo un modelo en su género; únicamente suprimo el nombre del artista y del periodista que me dirige la misiva-bombo en cuestión. Dice así: «Pinceladas y Brochazos. – ¡Hermosa creación! fué mi primera y espontánea exclamación ante aquel cuadro cuyas figuras se destacaban y cuyo trágico asunto conmovía. Le contemplé extático durante largo espacio de tiempo; aquí hubo inspiración, repetí; esta es la verdadera (suprimo también el título del cuadro, no haga el diablo que por el hilo vaya á sacarse el ovillo) de Eurípides en el acto de sacrificar... Duermen. Su respiración se percibe. La descripción de esta gigante obra y su crítica quedan para un talento más claro é inteligente que el mío (muchas gracias). Leí al pie (Fulanito de Tal) y apuntando apellido y fecha en mi cartera, me retiré bendiciendo al arte y sus hijos.»

He aquí poco más ó menos lo que diariamente repiten los amigos de los artistas que tienen á su alcance las columnas de los periódicos. Verdad es que tampoco son mancos para manejar el bombo mis compañeros que actúan en los papeles madrileños. No hace muchas semanas leí en un diario de la noche de esta corte un artículo donde el crítico afirmaba muy serio que cierto cuadro (en mancha por entonces) era merecedor de una medalla de oro – y aun dudo si decía de honor – y que no concedérsele tal premio sería una de las más grandes injusticias cometidas desde que hay Exposiciones. Después de todo – terminaba el articulista, – la opinión pública otorgó ya al Sr. X. el lauro merecido.

En efecto, no han visto el cuadro hasta ahora más de media docena de pintores y amigos del autor.

Lo que sí puede asegurarse es que algunas reputaciones van á deshacerse y algunas decepciones van á sufrirse. La avalancha de cuadros grandes, según tengo entendido, es terrible. Casi todos cuantos presentan lienzos de tanto vuelo, vuelan muy alto, demasiado alto, para desgracia suya y del arte. He visto cuadrazos históricos que son verdaderas equivocaciones; los he visto de género y costumbres rurales, que causan verdadero dolor y traen de la mano la conmiseración hacia sus autores. La más horrible de las dudas se percibe en toda la obra que yo he podido ver. Desde la Biblia hasta Germinal, desde los místicos hasta Bourget, desde Colón hasta Cristo, desde la escuela murillesca hasta la fría y mojada de París, desde el colorinismo oriental hasta la negra y terrosa paleta de Roma, todo tendrá su representación en este certamen. Felizmente no hay noticias de que vengan artistas extranjeros que valgan y signifiquen algo en el mundo del arte.

También el Círculo de Bellas Artes se apresta á la lucha. Actualmente se ocupa en organizar una Exposición donde solamente habrán de exhibirse cabezas femeninas. Será curioso estudiar el concepto plástico que de la belleza de la mujer tienen los socios pintores del Círculo. Pero para mí tengo que donde se lucirá esta sociedad ha de ser en la confección del periódico dedicado á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América. A juzgar por las firmas de escritores, poetas, etc., encargados de la parte literaria, puede esperarse fundadamente que resultará gallarda muestra del ingenio español.

Otra muestra también de lo que en pasados siglos valió esta patria, así en el campo de las artes como en el de la industria, será la Exposición histórica hispano-americana, cuya instalación se está llevando á cabo en el palacio de la nueva Biblioteca. En orfebrería especialmente, como en estofas, he visto, muy á la ligera por supuesto – dada la dificultad de poder examinar hasta ahora, los objetos que se están recibiendo así de provincias como de América, – verdaderas maravillas.

Bien merecía la pena de gastarse unos cuantos miles de pesetas en coleccionar en un libro, donde se hiciese profundo estudio de las Exposiciones con que se pretende celebrar el acontecimiento estupendo que realizó Colón, las fotografías de todos aquellos objetos artísticos antiguos y de todas aquellas obras de arte contemporáneas, que por su valor histórico y artístico pudieran servir para trazar una verdadera historia del arte nacional.

Entre dedicar sesenta mil pesetas á confeccionar carteles que anuncien las fiestas ó dedicarlas á una obra de esta índole, no creo que haya duda en escoger.

R. BALSA DE LA VEGA

12 de septiembre de 1892

EL CONDE LEON TOLSTOI

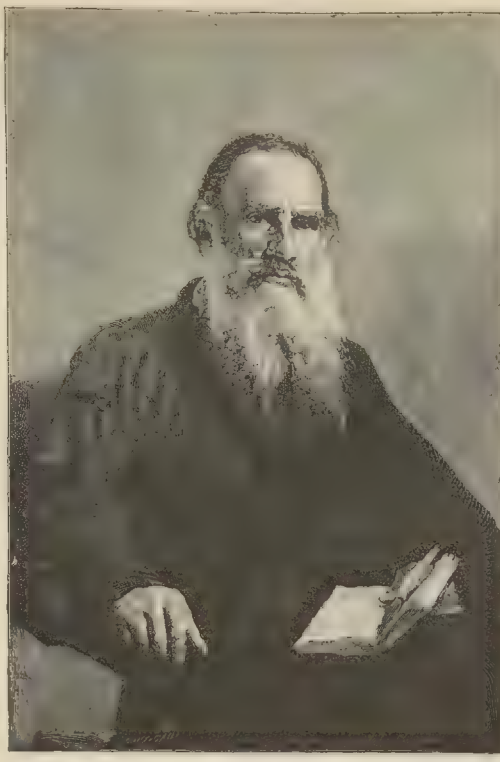
Este ilustre escritor ruso cuenta en la actualidad sesenta y cinco años y hace más de veinte que en torno suyo brilla una aureola de celebridad universal. Superior á toda crítica insolente y á toda calumnia, el pedestal que á su nombre ha levantado la pública admiración está tan alto que á él no pueden llegar los golpes que ha pretendido asestarle una crítica tendenciosa. Cuando habrán muerto y caído en el olvido todos sus críticos, el nombre de Tolstoi se recordará todavía con respeto y veneración y sus obras serán leídas con entusiasmo. Los trece volúmenes de sus escritos, en su mayor parte traducidos á casi todos los idiomas europeos, hoy figuran en la biblioteca de todos los hombres cultos dotados de sentimiento artístico, y forman parte, por decirlo así, del patrimonio intelectual de la humanidad.

En Tolstoi existen dos individualidades completamente distintas con caracteres y actitudes psíquicas especiales: el artista y el pensador, el literato y el filósofo, el novelista y apóstol de un catecismo social. Como artista, como literato y como novelista, además de una serie de bocetos militares que publicó en 1855, á raíz de la guerra de Crimea, y que fueron acogidos por la crítica europea como una hermosa promesa para la moderna literatura rusa, ha escrito multitud de narraciones y novelas, cada una de las cuales, desde *La felicidad de la familia* hasta *Guerra y paz* y *Ana Karanine*, fué un ruidoso triunfo para su autor. Tolstoi posee en este terreno el secreto de conmover las fibras más sensibles del corazón de sus lectores y de arrastrar su pensamiento con la violencia del huracán: con su potencia intuitiva, por nadie superada, presenta cuadros imponentes, típicos, acabadísimos, en los cuales se siente vivir á la humanidad con todas sus alegrías, sus miserias, sus afanes y sus sempiternas luchas.

Como filósofo, como pensador, como apóstol, por más que protesta de que nunca ha querido predicar la revolución ni ha sido adepto del socialismo ni de la anarquía, el conde Tolstoi es en sus escritos y en sus actos socialista, anarquista y revolucionario. Hace poco toda la ciudad rusa se conmovió leyendo un artículo suyo que se publicó en el *Daily Telegraph:* impulsóle á escribirlo el hambre que tantas víctimas causó en el imperio moscovita, y en él se sentaban, entre otros, los cuatro siguientes aforismos que no desdeñaría de suscribir el más exaltado anarquista: «Las clases superiores desde el momento en que nada producen no son sino parásitos de las generaciones en que viven. Nosotros arrebatamos al pueblo aquello que no nos pertenece. El pueblo tiene hambre porque nosotros estamos sobradamente hartos. Es preciso que conservemos siempre al pueblo algo hambriento á fin de poderlo inducir á que trabaje para nosotros.»

Uno de los principios fundamentales de la filosofía social del conde Tolstoi es la *impunidad del delito.* «No te opongas al mal:» he aquí uno de los dogmas de Tolstoi tan fuertemente arraigado en su conciencia de hombre y de escritor, que no sólo se revela en sus obras literarias transformándose á menudo en un sentimiento incondicional de conmiseración por todas las desventuras humanas, sino que también determina é ilustra muchos actos de su vida práctica.

Cierto día en que el conde Tolstoi se paseaba por sus bosques de Jasnaia Poliana, vió á un hombre que penosamente arrastraba un corpulento árbol. «¿Dónde vas con esto?,» preguntóle. El campesino, que había robado el árbol en los dominios del conde, circunstancia que éste sabía perfectamente porque conocía los malos antecedentes del tal sujeto, sintióse turbado y se disponía á arrojarse á los pies de aquél y á pedirle perdón, cuando Tolstoi le dijo con acento cariñoso: «¿Pero ves, desgraciado, que este árbol es demasiado grande y que tú solo no lograrás llevarle hasta tu casa?» Y en vez de reprenderle y de hacerle ver que había cometido una acción punible, cogió el tronco por un extremo y ayudó al ladrón á transportar hasta su choza el árbol robado.



EL CÉLEBRE ESCRITOR RUSO CONDE LEÓN TOLSTOI, cuadro de Repin

En otra ocasión presentósele un aldeano, y después de referirle sus desventuras le pidió que le hiciera la limosna de cuatro árboles, á lo que el conde accedió en seguida. Fuése aquel hombre al bosque, y no sólo escogió los árboles más corpulentos, sino que en vez de cuatro cortó cinco, sabedora de lo cual la condesa dió indignada á su marido cuenta del abuso. «¿Por qué no había de tomar cinco y escogerlos entre los mejores? Cuando ha cortado cinco es señal de que los necesitaba.» Tal fué la única respuesta de Tolstoi.

Una cuadrilla de ladrones devastó una considerable extensión de un magnífico bosque del conde: la familia de éste se mostró desesperada por el daño material sufrido, y los propietarios de las cercanías, considerando el hecho como indicio alarmante, reclamaron de las autoridades medidas enérgicas y ejemplar castigo. Sólo Tolstoi permaneció impasible, y cuando supo que habían sido arrestados veinte de los ladrones y que se les formaba causa criminal, desesperóse, protestó de que se quisiera castigar un hecho que únicamente á él afectaba y contra el cual no había reclamado, y no descansó hasta que, merced á sus influencias, logró que los criminales fueran puestos en libertad.

Después de este suceso, el distrito de Krapivenski, donde radican los bienes del conde, llegó á un estado tal que un propietario del mismo exclamaba:

«La vida en nuestras fincas se hace imposible, pues el conde Tolstoi con sus visiones filosófico-sociales ha transformado el distrito en una cueva de malhechores.» – G. M.



LEÓN TOLSTOI EN SU GABINETE DE TRABAJO, cuadro de Repin

EL MORO DE LOS DÁTILES

I

Hace días, uno de esos periódicos humorísticos que sirven de solaz á los habitantes de Madrid y para perversión de la literatura, publicaba el siguiente suelto:

«El famoso moro de los dátiles, á quien no hemos conocido, ni ustedes probablemente tampoco, á pesar de haber vivido rodeado de víboras, ha muerto á la avanzada edad de ochenta y dos años en el pueblo de Valdelaguna. ¡Descanse en paz en el paraíso del Profeta!»

No sé si estas líneas serán humorísticas por ser enigmáticas para la flamante generación: su gracia debe consistir en que nadie se fijará en ellas, puesto que se trata de un tipo antiguo que, como tantos otros, desapareció de repente y de quien sólo pueden acordarse los *talluditos* como yo.

Y con efecto, yo me acuerdo de él, ó mejor dicho, le he recordado al leer el mencionado suelto. Una frase de éste chocóme sobre manera, porque la desaparición (que yo creía muerte) del moro de los dátiles fué indudablemente motivada por unas víboras.

Pero ¿por qué y cómo el moro ha vivido entre víboras?

Mi curiosidad estaba excitada. Ocurrióseme una idea para satisfacerla.

Tengo un primo, tan *talludito* como yo, que cansado de la borrascosa vida de Madrid, se retiró hace más de quince años á Morata de Tajuña, pueblo en donde tiene una buena hacienda, á cuyo cultivo se ha dedicado. Allí se casó y enviudó, y allí está tan satisfecho, según parece, que una sola vez le he visto en la corte con motivo de las primeras bodas reales de D. Alfonso XII.

Fué en Madrid compañero mío de glorias y fatigas. En los primeros tiempos de su ausencia nos carteábamos; pero poco á poco cesó nuestra correspondencia.

Sabía que vivía, y que vivía contento, por alguno que otro morateño que á veces me encontraba y solía traerme recuerdos de aquél.

Ahora bien: Morata de Tajuña sólo dista una legua del pueblo de Valdelaguna, en donde, según el suelto del periódico, ha muerto el moro de los dátiles, á quien mi primo conoció como todo Madrid; y ocurrióseme la idea de pedirle informes, pues un tipo de la talla del moro debía ser conocido en todos los pueblos de la redonda. Escribí á mi primo con este motivo, incluyéndole el suelto del periódico, y no tardé en recibir contestación que más tarde conocerá el lector, pues creo que en todas las cosas lo primero es lo primero.

Y lo primero es que sepamos quién era el moro de los dátiles.

II

Por los años de 185..., época de su exhibición en la villa y corte de Madrid, era el susodicho musulmán un hombre como de cuarenta años de edad, aventajado de estatura, recio de carnes, no feo, moreno de color y de ojos pardos tirando á negros. Decía llamarse Abén-Sellán y ser natural de la propia ciudad de Mequinez, en Marruecos. Hablaba el español como un guripa del barrio de Maravillas; esto es, claro aunque no correcto, pero ceceando, lo cual no era de extrañar atendiendo á su africano origen.

Vestía poco más ó menos como todos los moros que de vez en cuando se presentan en Madrid; pero no tan fargallonamente (véase el Diccionario), y no llevaba las piernas desnudas, sino cubiertas con sendas medias azules ó amarillas. Tenía, á guisa de moro, una poblada barba negra, y su fisonomía rebosaba picardía, pero simpática.

En una puerta tienda, que no recuerdo si era de comestibles, colocaba el moro una mesita y sobre ésta un capacho siempre lleno de dátiles berberiscos frescos y apetitosos, de lo cual doy fe porque entonces me hallaba yo en la edad de la *golosinería*.

Su simpática persona, su carácter jovial, la escasez de moros que entonces había en Madrid y lo céntrico de su despacho de dátiles, que estaba situado en el primer trozo de la calle de Alcalá, eran causas de que el marroquí fuese conocido y célebre en la capital de España.

Es más: en las locuciones populares había sustituído á San Bruno. Voy á explicar esta frase.

Sobre la puerta de una posada de la calle de Alcalá hubo durante muchos años una estatua de San Bruno, metida en una hornacina y protegida ésta de los excesos de los muchachos por medio de una red de alambre. Resultó la susodicha estatua obra de gran mérito escultural, y según se dice (que en ello no estoy seguro) compráronla los ingleses y en la actualidad se halla en uno de los museos de Londres.

Lo que sí es cierto es que la estatua desapareció de la noche á la mañana y que no se encuentra en Madrid.

Pues bien: cuando á los madrileños les contaban mentiras, majaderías, impertinencias y cosas de este jaez, solían decir con tono despreciativo:

«¡Se lo cuentas á San Bruno!»

Y cuando la estatua del Santo se eclipsó, y Abén-Sellán estableció su comercio:

«¡Se lo cuentas al moro de los dátiles, que está en la calle de Alcalá!»

Todo el mundo creía que el vendedor del fruto de la palmera era un moro auténtico, pero los acasos de la vida hicieron descubrir lo erróneo de esta suposición.

Abén-Sellán era lo que vulgarmente se llama un moro manchego, y á él mejor que á ningún otro le cuadraba perfectamente este dictado, puesto que era natural de Manzanares y primo hermano de la célebre ciega improvisadora de aquella localidad.

He aquí la historia del supuesto islamita, tal como él la ha contado á muy contadas personas, omitiendo detalles por modestia:

Llamábase Juan Rengifo, y era, como ya se ha dicho, natural del pueblo manchego de Manzanares. *Cayó soldado* ó sentó plaza, que de esto no me acuerdo, y como era despabilado obtuvo pronto el grado de subteniente. En el año de 1841 formaba parte de la guarnición de la plaza de Melilla (no sé si por suerte ó por condena), y á consecuencia de haber faltado de palabra y obra á un superior, fué juzgado por Consejo de Guerra y condenado á ser pasado por las armas. La víspera de la ejecución, protegido por algunos compañeros logró evadirse descolgándose de noche por una muralla, y se refugió en el campo moro.

Aquí entra lo pintoresco de esta historia, que yo creo á pie juntillas por aquello de que *nada hay más inverosímil que la verdad*.

El fugitivo ex alférez fué hecho prisionero por un morazo de una de las kabilas cercanas á la plaza española, y el desgraciado Juan Rengifo tuvo que ejercer bajo el poder de aquel bárbaro los oficios más viles y penosos, hasta el punto de que uncido de pareja á un burro, servía de yunta de arado á su dueño. Hizo la providencia que se presentaran en la kabila unos cuantos escuadrones de moros de Rey para cobrar la *derrama*, ó séase contribución imperial, pues sabido es que el sultán de Marruecos emplea estos suaves procedimientos de apremio, y el prisionero manchego dióse tan buena mana que consiguió irse con ellos á Mequinez. Por aquel entonces el monarca africano formaba una legión europea, compuesta de perdidos de todos los países, y el bueno de Rengifo ingresó en ella con el mismo grado que tuvo en el ejército español.

Desde este punto se hace obscura la historia del futuro moro de los dátiles.

Acaramelóse en Mequinez con una judía que tenía algunos ahorros y algunas alhajas. Sintió la nostalgia de España conforme iba entrando en años, y en fin, no sé cómo pudo hacer la procesión del niño perdido, y se presentó en Madrid, escudado con su nueva personalidad de comerciante africano.

III

Abén-Sellán, el moro de los dátiles, ejercía en la capital otras industrias ocultas, de que probablemente me ocuparé en otra ocasión. Vivía en amigable consorcio con una tal Doña Amparo Plasencia, á la que había inspirado una loca pasión. Era la susodicha, mujer de cuarenta y tantos años confesados, y en clase de jamona avanzada estaba de buen ver todavía. Ejercía el oficio de prendera ambulante, y con este motivo (y otros) se rozaba con señoras encopetadas de esas que creen que el desechar una prenda de vestir no es razón para regalársela á sus doncellas y servidoras. Doña Amparo era lista, vividora, avara, y se encontró con la horma de su zapato al enamorarse del moro de los dátiles, que tenía idénticas cualidades. Parecían ambos nacidos el uno para el otro, y seguramente entre los dos hubieran hecho fortuna, á no mediar el diablo, que todo lo enreda y destruye.

La paz octaviana, es decir, la paz de la mutua conveniencia, reinaba en el hogar y en los corazones del moro y de la prendera; pero no se sabe cómo ni cuándo ni en qué ocasión conoció el fingido marroquí á Lola la peinadora y se *chifló* por ella; lo cual nada tiene de particular, puesto que él se hallaba en la edad de las grandes pasiones y ella era apetitosa bajo todos conceptos.

Me río yo de los ojos andaluces y africanos y hasta de los ojos de las huríes del paraíso musulmán, de los que dice el Korán *que si un ojo de una hurí cayese á la tierra, bastaría para abrasarla*, comparados con los de Lolila la peinadora, que era conocida también por *Lola la de los ojos*. Tenían éstos llama y caricia á la vez, y cuando los entornaba con un guiño gachón, no había más que morir. Afortunadamente para mí y para todos los pollos de aquella hornada, tenía Lola carácter chulesco, es decir, desabrido y despreciador, que nos despegaba de ella; que si no, la mayor parte de los que la conocíamos hubiéramos hecho locuras por causa suya.

Porque además de los ojos, que eran lo culminante, tenía la peinadora en toda su personita tanta gracia y flexibilidad chulesca, y tal modo de andar ondulando, y tales pies y manos, y en fin tantas cosas que no son para dichas, que traía revueltos á todos los círculos del chuleo. Mi primo, el retirado ahora en Morata, era amigo íntimo de una hermana de Lola, y á esta circunstancia debo yo el estar tan enterado de la historia del moro manchego.

La peinadora, bien fuera porque la gustase ó porque le oliera dinerillo ó por desazonar á Doña Amparo, con la cual tenía pique por causa de un pañuelo de Manila que no había querido fiarla, empeñóse en catequizar al célebre Abén-Sellán, y lo consiguió de tal manera, que le puso más blando que los dátiles que vendía. Enteróse la provecta prendera de la infidelidad de su adorado musulmán, y desde entonces hubo entre ambos la marimorena. Celos, quejas, escenas trágico-cómicas con todo el acompañamiento que tales cosas requieren. Aflojábase el nudo de mutuo interés que unía á aquella pareja, y el moro, fatigado de guerra doméstica, murmuró la palabra *separación*.

Esta fatídica palabra pareció aplacar á Doña Amparo. Varió de carácter, reprimió ó ahogó sus celos, y ¡pásmense ustedes! hasta se hizo amiga de su rival, nombróla su peinadora de cámara y la mayor parte de los días festivos la sentaba en su mesa. Parecía no poder pasarse sin ella.

El moro estaba encantado é inflado de amor propio.

«¡Válgame Dios!, decía para sus adentros, lo que es un buen querer! He conseguido poner á esa pantera de Amparo más blanda que un guante!»

Y en efecto, parecía que aquel grupo del marroquí, prendera y peinadora, eran una sola alma encerrada en tres cuerpos. Faltaba sólo que los tres habitaran bajo el mismo techo, lo cual no desesperaba de conseguir el bueno de Abén-Rengifo, á pesar de que Lolilla tenía madre y hermana.

A veces Doña Amparo quedábase absorta contemplando á aquélla y exclamaba murmurando:

«¡Qué ojos!»

Y la pícara peinadora volvía los suyos hacia el feliz islamita, que se relamía de satisfacción.

¡Y eche usted rumbo por parte de Lola! ¡Qué peinetas de concha, que por entonces se estilaban; qué mantón de Manila para los días clásicos; qué medias de seda de la propia Valencia; qué botitas y zapatitos del mismísimo Reinaldo!

Cada dátil del moro parecía tener dentro una mina de oro.

Y ya se ve, con tan buen palmito y tantos pelendengues, Lolilla tenía que lucirlos. Así es que no era raro que mi primo y yo encontrásemos á aquélla y á su hermana en el baile de Capellanes y otros lugares distinguidos. Yo la preguntaba por el moro, haciendo como que me extrañaba de no verle á su lado, y ella me contestaba siempre:

«Déjele usted que sude en su casa, que está *costipao*.»

Y estábalo en efecto Abén-Sellán, acatarrado de un amor invencible que hacíale cerrar los ojos á los extravíos de su adorado tormento.

En cuanto á la prendera, no podía ser más correcta. Parecía, respecto á Lola, una madre que trata de tapar los pecadillos de su hija.

Desde el mes de febrero anunció Doña Amparo que estaba deseando que mejorara el tiempo para tener una comida de campo, á cuyas jiras era muy aficionada; pero aquel año el tiempo estuvo fatal. Nieves á últimos de febrero, ciclones en marzo, diluvios en Abril; parecía que todo se conjuraba contra el deseo de la campestre señora; pero por fin llegó el mes de mayo.

Comenzaron á revolotear las mariposas blancas de la primavera, los portales de Santa Cruz se perfumaron con el olor de la rica y retrasada fresa de Aranjuez. Los madrileños que durante el invierno sólo saben hablar de la mala gobernación del país y del *déficit* de la Hacienda, hablaban ya de cosas más agradables, como por ejemplo, de los encorvamientos de *Lagartijo* y los desplantes de *Frascue-*



CARLOTA, cuadro de H Schmieche

lo, que comenzaban ya á piñonear, y sobre todo de la próxima romería de San Isidro, que en aquellos tiempos de relativo atraso era el acontecimiento del año.

En la actualidad, San Isidro está de capa ó más bien de aguijada caída. La plebe aún acude á su pradera; pero nadie habla de él hasta que llega.

Llegó el día del patrón de Madrid con gran contentamiento de Doña Amparo, que había prometido una gran *juerga* á sus amigos y allegados, una *juerga* que había de durar todo el día y parte de la noche.

Días antes la prendera estuvo muy ocupada y hasta ausente de Madrid, sin duda por causa de los preparativos de la gran comilona que proyectaba: los convidados esperábamos grandes sorpresas, y como entre éstos nos contábamos mi primo y yo, mi primo, que es erudito, me decía:

– Ya verás, vamos á comer lampreas del lago Fúsaro y ensalada de colibríes, remojada con vino de Tokay de la bodega de Tekelí.

IV

El día del santo amaneció espléndido.

Ni una nube en el cielo, lo cual prometía un día superior para los grillos y cigarras.

Desde el amanecer todos estábamos apercibidos y vestidos de campo.

Doña Amparo se presentó hecha un brazo de mar, con cuerpo de color de alga, falda verde y verde sombrilla.

Abén-Sellán, por exigencias de sus dos amadas, abandonó por primera vez su traje marroquí; porque, lo que ellas decían: «Si vienes con tu facha habitual, vamos á llamar la atención y no van *á dejarnos de vivir*.» Vistióse, pues, un terno á cuadros y un sombrero hongo que le sentaba de perlas.

A propósito he dejado á Lola para lo último.

¿Qué he decir de ella sino que estaba feroz de bonita? Todos la contemplábamos atónitos; y á Doña Amparo, ¡lo creerán ustedes!, se le caía la baba al mirarla

Dos faetones nos condujeron á San Isidro. Rebosábamos alegría, no nos quisimos reservar, íbamos cantando, y Lola arreaba á las mulas con voces y dicharachos graciosos.

El criado del moro, la criada de la prendera y dos mozos, no de cordel, sino de carne, se habían hecho cargo de la comida.

Cuando nos apeamos en el Santo, hubo discusión respecto al sitio en donde habíamos de sentar nuestros reales. Unos opinaban que bajo los árboles de la pradera, otros que *cabe* las tapias del campo santo, que ofrecían más garantía de sombra; pero Doña Amparo dirimió los pareceres, diciendo que ella conocía un bosquecillo más allá de los cerros, en donde estaríamos á las mil maravillas y alejados de la *furriela*.

Fuimos allá, y con efecto nos instalamos con relativa tranquilidad, porque no había mucha gente.

Omito detalles de aquel memorable día. Hicimos todo lo que es clásico hacer. Entramos á empujones en la capilla del Santo, bebimos agua de la fuente milagrosa, visitamos el cementerio, compramos, bebimos y rompimos frasquetes, silbamos en O-Donell y Olózaga, en boga entonces, y finalmente fuimos perfectos madrileños.

Lola estaba radiante: todo el mundo se la comía con los ojos.

Almorzamos sobre un musgo parecido á césped; y á consecuencia del cansancio, de las libaciones y del calor entró tal modorra á la linda peinadora, que nos suplicó que la dejásemos dormir un ratito hasta que el sol aplacara sus furores. La misma Doña Amparo arreglóla una cama y una cabecera, el celoso moro la cubrió de medio cuerpo abajo con un pañuelo grande para que no se la viesen los tentadores piececitos, y todos nos retiramos á alguna distancia para dejarla dormir en paz.

Como á toda jira campestre se lleva una baraja, organizamos una partida de *burro*, y estábamos embelesados en nuestro juego, cuando de súbito Lola, que hacía rato que dormía, dió un grito terrible, luego otro, despertándose é incorporándose sobresaltada.

Acudimos todos. La peinadora llevábase la mano al pecho, quejándose lastimosamente y diciendo «¡Aquí y aquí!,» al propio tiempo que señalaba también á la parte posterior del muslo.

Supusimos que la habría picado algún bicho, y así era, pero no era así, porque los bichos eran dos. Doña Amparo y las mujeres reconocieron á Lola y vieron con espanto que el lado derecho del pecho y el muslo izquierdo de aquélla se hinchaban, presentando un color amoratado.

Entretanto los hombres buscábamos en el sitio en que había estado echada Lola. Mi primo exclamó de repente:

«¡Una culebra!»

Y poco después uno de los presentes gritó á su vez:

«¡Pues aquí hay otra!»

«¡Sí, sí, culebras!, dijo uno de los mozos de cuerda examinando los bichos. Son dos víboras y de las más finas que he visto.»

Entonces sucedió una cosa extraordinaria: el moro de los dátiles, que estaba pálido como un vampiro, lanzó á doña Amparo una mirada indefinible, púsose en silencio el chaleco y americana que habíase quitado por causa del calor, encasquetóse el sombrero, y sin mirar á Lola ni á nadie alejóse de aquel sitio.

Supusimos que iba á buscar un médico, pero lo cierto es que nadie volvió á verle más.

Doña Amparo á los pocos días desapareció también.

En cuanto á la peinadora, tuvo que desaparecer por fuerza. La doble picadura de las víboras envenenáronla de tal suerte que no hubo remedio para ella.

En el suprimido cementerio de San Nicolás hubo un nicho casi rasando el suelo, cuyo epitafio era un poema.

Decía:

DOLORES ABRIL

Muerta á los 18 años de edad

1855

Díjose por entonces que la prendera habíase retirado á un convento de monjas en Loeches; pero los que la conocíamos á fondo no lo creíamos. El hogar del moro cerróse á piedra y lodo y poco después quedó desalquilado. La hermana de Lola, que, como ya he dicho, era íntima de mi primo, se casó con un granadino que se la llevó á su tierra. La madre de las dos muchachas era una septuagenaria mema; de suerte que todo pareció conjurarse para envolver entre sombras el paradero de los personajes de esta historia.

Hablóse durante un poco de tiempo del supuesto marroquí, de la caída de ojos de Lola, del impetuoso carácter de la prendera, de las víboras que ocasionaron la muerte de la linda peinadora, que algunos compararon posteriormente á una víbora de una novela de Montepín; y pasadas estas habladurías, nadie volvió á acordarse de aquella desaparecida trinidad amorosa.

¡Sí, buenos estábamos los españoles para acordarnos de nada, con cinco pronunciamientos, una revolución, un boceto de república y una restauración!

Además aquella generación ha pasado; sólo quedamos algunos veteranos.

V

Dije al principio de este relato, que á consecuencia del suelto del periódico humorístico que anunciaba el fallecimiento del moro de los dátiles en el pueblo de Valdelaguna, pedí informes á mi primo, residente en el contiguo de Morata de Tajuña.

He aquí su contestación:

«Querido primo: ¿Cómo querrás creer que habiendo sido casi vecinos, sólo he sabido por ti del moro de los dátiles? Verdad es que ¿quién se atreve á visitar las fragosidades de Valdelaguna?

»Pero recibí tu carta, leí el suelto del periódico que me incluías, chocóme un párrafo referente á víboras, monté á caballo y por vía de paseo me trasladé á aquel pueblo.

Ningún sitio más á propósito para residencia de un hombre desesperado.

No diré que Valdelaguna es la última palabra del credo, pues sería profanar esta santa oración; pero sí afirmo que es digno émulo de Porra, pueblo de los Pirineos catalanes, adonde nos enviamos los españoles cuando estamos incomodados.

Tomé informes respecto á Abén-Sellán, ó sea el moro de los dátiles: nadie le conocía por este nombre ni apodo. Dijéronme que recientemente había fallecido allí un anciano de ochenta y tantos años de edad, llamado Juan Rengifo, y me llevaron á casa de una prima suya, en cuya compañía había vivido. Esta era también muy vieja, pero lista y vivaracha. Me habló de su primo llorando. Díjome que habían vivido en compañía cerca de cuarenta años, que Rengifo, mientras pudo, fué vendedor ambulante de telas y baratijas por los pueblos del contorno, que luego enfermó y que siempre había tenido una manía rayana en locura.

– ¿Cuál fué?, le pregunté yo.

– Una extravagancia incomprensible, me contestó ella. Tenía la manía de matar víboras.

– ¡Vaya!

– Sí, señor. Siempre que podía íbase á la cañada que está debajo del pueblo, en la que abundan esos dañinos animales, y mataba cuantos podía.

– Y ¿cómo se arreglaba para hacerlo impunemente?

– Iba precabido. Llevaba zapatos gruesos y botines, que es lo que aquí encargamos á los forasteros; porque las víboras están entre el barro de la cañada. Cuando hace sol esos maldecidos bichos se cuelgan de los zarzales, y por eso es preciso andar separado de los vallados. Mi primo sabía estas cosas, y á toda víbora que veía columpiarse en las ramas dábala un golpe con una varita que llevaba en la mano y *la partía por el eje*. ¡Ay, señor! ¿De qué provendría esa manía?, repuso aquella mujer cruzando las manos.

Quedéme yo pensativo y pude habérsela explicaco, como ahora nos la explicamos tú y yo.

El pobre Rengifo trataba de vengar en la especie la fechoría de las dos víboras que en San Isidro picaron á la peinadora más linda que ha existido...

F. Moreno Godino

SECCIÓN AMERICANA

EL TESORO ESCONDIDO

POR NATANAEL HAWTHORNE

(Continuación)

– El buen señor debía de tener más de un punto de semejanza conmigo, dijo Pedro; de no ser así nunca hubiera llegado á la opulencia. También creo que habría podido colocar su dinero de una manera más ventajosa. Como está hoy, maldito si reditúa un céntimo. Es cierto que no corre ningún riesgo, y que no hay que temer quiebras; pero no lo es menos que no produce nada, y que será preciso echar abajo la casa para encontrarlo. ¿Por qué lo escondería tanto?

– Porque no podía gastarlo, respondió Tabby, pues siempre que iba á abrir la caja venía el enemigo malo por detrás y le sujetaba el brazo. Decían que el diablo le había dado aquel dinero de su trapillo, pero á condición de que le otorgase una escritura cediéndole la casa y el corral inmediato, y que el amo nunca quiso hacerlo.

– Lo mismo he hecho yo con Mr. Juan Brown. ¡Pero todo eso es un disparate, Tabby, y no creo una palabra de tu historia!

– ¡Ay!, suspiró Tabby; ¡tal vez no sea esto verdad!; pero no faltan personas que dicen que el difunto la cedió al diablo, y que por eso han sido siempre tan desgraciados los que han habitado en ella. Yo he oído decir á uno que no bien se firmó la escritura se abrió por sí solo el cofre, y el amo tomó un puñado de oro, pero que en seguida se le convirtió en papeles viejos.

– ¡Tente, lengua infernal!, gritó Perico encolerizado; monedas de oro de muy buena ley, y no papeles viejos, fué lo que halló. Si me parece que lo estoy viendo todavía, cuando yo (ó mi abuelo ó quien fuese) metí... ó metió la mano en el cofre y la saqué... ó la sacó llena de oro que daba gloria verlo!...

Pero no se desanimaba Perico por tan poca cosa.

Pasó toda la noche recreándose con los más agradables ensueños, y se despertó al despuntar del alba con el corazón dando brincos, como suele suceder á los chiquillos cuando se disponen á emprender alguna de las suyas.

II

Y pasaban días y más días y Perico no cedía un ápice en su obra destructora, como no fuese los ratos de almorzar y comer. Entonces lo llamaba Tabby y le servía una ración, no muy cumplida, de carne de cerdo ó cosa parecida, con la añadidura de algunos guisantes, todo mal condimentado y reunido sabe Dios á costa de cuantos trabajos. Pero Pedro, siempre á fuer de hombre devoto, se acordaba al sentarse á la mesa de implorar la bendición del cielo, con tanto más fervor cuanto más escasa estaba la comida, porque entonces era más necesaria. Y si como sucedía las más veces todo se componía de legumbres, no por eso dejaba de dar gracias á Dios, al menos por el buen apetito con que pensaba comerlas. Hecho lo cual proseguía sus trabajos, y ya no se volvía á oir en la desvencijada casa sino el ruido de sus herramientas que destruían cuanto encontraban por delante.

¡Qué cosa tan buena es tener el convencimiento de estar ocupado en algo útil! Por eso nada turbaba el ánimo de Perico, á no ser esos fantasmas de la imaginación que vienen y se van como vagos recuerdos y que tienen todas las trazas de presenti-

mientos. Sucedíale no pocas veces quedarse parado con el hacha en el aire para preguntarse: «Perico, ¿para qué vas á tirar al suelo toda la casa? Reflexiona, y te acordarás del sitio en que está escondido el tesoro que con tanto afán vienes buscando.»

Pero pasaban días y días sin descubrir nada que fuese digno de mención. Sin embargo, más de una vez acontecía que un ratoncillo asomaba la cabeza por la entrada de su madriguera, y se ponía á mirar de hito en hito al perturbador de su tranquilidad, cual si quisiera preguntarle qué diablos ocurría en la hasta entonces silenciosa casa.

A pesar de todo, Perico, tan resuelto como el destino y tan diligente como el tiempo, había demolido los pisos superiores y ya se hallaba en el primero, muy atareado, por cierto, en una vivienda que daba á la calle En su día hubo de ser ésta la mejor de la casa, pues según tradición de la vecindad, el gobernador Dudley y otros muchos personajes de gran categoría se habían alojado en ella. Los muebles, por supuesto, habían desaparecido, y en las paredes sólo quedaban girones de tapices; pero en cambio no faltaban figuras grotescas dibujadas con carbón, particularmente perfiles de cabezas humanas; y como daba la casualidad de que eran otras tantas muestras de la inclinación que tuvo Perico á las artes en su infancia, le daba más lástima destruirlas que si hubiesen sido los frescos que pintó Rafael en los muros del Vaticano.



INDÍGENAS DE LA BAHÍA DE DELAGOA (de una fotografía)

No obstante, un croquis, tal vez el mejor de la colección, produjo en él distinto efecto: representaba un hombre harapiento, apoyado en un azadón, é inclinándose como para coger algo de un hoyo que tenía á sus pies; pero ¡oh circunstancia horrible!, detrás del infeliz, riéndose de una manera infernal, estaba un personaje misterioso, armada de cuernos la cabeza, las uñas de los pies largas y encorvadas y con un rabo escandaloso que remataba en borla.

–¡Atrás!, gritó Perico. ¡El tesoro es de ese hombre!

Y enarbolando el hacha descargó en la cabeza del de los cuernos un golpe tan furioso y desatentado que no sólo desbarató su imagen, sino también la del hombre del azadón. Las figuras desaparecieron como por encanto, y penetró la herramienta al través del muro en un hueco.

–¡Válgame Dios! ¿Está usted de pelea con el enemigo malo?, dijo entonces Tabitha, que venía en busca de leña para guisar.

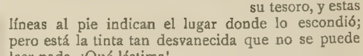
Pedro no contestó, porque trémulo y palpitándole con violencia descompasada el corazón, proseguía dando golpes en la pared. Al fin descubrió al lado de la chimenea un cofrecillo, lo sacó, lo abrió, miró dentro con chispeantes ojos, vió dos cosas, metió la mano y sacó primero un candil de cobre cubierto de verdín y después un empolvado pergamino; Tabitha se apoderó del candil y lo limpió con su delantal.

–Es inútil, dijo Perico á Tabitha, que lo restriegues, porque no es la lámpara de Aladino, si bien lo tengo por feliy presagio. ¡Pasa la vista por aquí, Tabby!

Tabitha tomó el pergamino y se lo acercó á las narices, en las que tenía montados unos enormes anteojos. Pero no bien hubo pasado la vista por lo escrito, soltó una carcajada y contestó:

–¡Vaya! ¡Que se quiere usted divertir con la vieja! ¡Si ésta es la letra de usted! Pues, igualita á la carta que mandó usted de Méjico.

–Mucha es la semejanza, dijo Perico, examinando de nuevo el pergamino; pero ya te harás cargo de que este cofre lleva más tiempo de estar aquí metido que tú en la casa y yo en el mundo... Esta es letra de mi antepasado Pedro Goldthwaite; estos números son los suyos y dan el pormenor de su tesoro, y estas líneas al pie indican el lugar donde lo escondió; pero está la tinta tan desvanecida que no se puede leer nada. ¡Qué lástima!



–¡Pues á fe mía que el candil es bueno y nuevo!, exclamó Tabby; siempre es un consuelo.

–¡Un candil!, murmuró Pedro: eso significa luz en mis investigaciones.

Sentíase en aquel momento más dispuesto á meditar sobre su hallazgo que á proseguir los trabajos; así que no bien Tabitha se hubo marchado, clavó de nuevo los ojos en el pergamino, delante de una ventana que daba á la calle y que tenía los cristales



CALLE PRINCIPAL DE DON LUIS EN LORENZO MARQUÉS (de una fotografía)

tan sucios de polvo, que al sol le costaba trabajo abrirse paso por ellos. Pedro, para ver mejor, abrió la ventana y se asomó á mirar á la calle, mientras el sol penetraba en la habitación.

Comenzaba el deshielo; y aunque el aire que co-



DESPUÉS DEL BAILE, cuadro de D. J. Barbudo



LEVANTAMIENTO DE LOS ALDEANOS DE HESSE EN 1809, copia del celebrado cuadro de T Matthei

rría más bien era tibio ó caliente que no frío, Pedro tiritó como si le hubiesen echado á la cara un jarro de agua fría. Una gruesa capa de nieve cubría todos los tejados; pero iba derritiéndose rápidamente en millones de gotas que brillaban como diamantes con el sol y producían tanto ruido al caer como un aguacero, mientras en la calle, apisonada con el tránsito de las gentes, se mantenía tan dura como una losa de mármol. Cuando Perico se asomó á la ventana vió que los habitantes de Boston aprovechaban aquel hermoso día para desquitarse de las dos ó tres semanas de frío intenso que habían sufrido, y no pudo menos de suspirar al ver una porción de señoras muy frescas, de color de rosa, envueltas y forradas en capas y esclavinas de pieles, que andaban con gran cuidado para no resbalar. Las campanillas de los trineos se oían por todas partes; ya era un trineo de Vermont cargado de cuerpos de cerdos, carneros y ciervos helados; ya el de un recovero provisto de pollos, gallinas y pavos; ya el de un campesino que iba con su mujer á la ciudad para hacer sus compras, pasear y al propio tiempo vender manteca y huevos; ya por el contrario un lujoso trineo conduciendo una pareja elegantísima; ya uno de las mensajerías con las cortinas levantadas para dejar libre paso al sol, y abriéndose camino rápidamente por entre la multitud de vehículos que atestaba la calle; ya un trineo inmenso, imagen del arca de Noé, con asientos para cincuenta personas y arrastrado por una docena de caballos, que iba lleno de muchachas y muchachos, de viejos y chiquillos, todos alegres, riéndose y cantando que daba gusto verlos, y á quienes el público aplaudía, mientras una caterva de pilluelos les arrojaba bolas de nieve.

En su vida vió Perico escena más animada que aquella: el sol radiante, las gotas de agua como perlas, la nieve deslumbradora y los trineos que iban y venían haciendo con sus campanillas un ruido tan alegre que el corazón palpitaba de contento. Sólo una cosa había desagradable: la vejísima casa de Perico, á la cual por otra parte no le faltaban razones de estar triste á causa de la consunción que la devoraba.

—¿Qué tal va eso, Perico?, gritó un individuo al otro lado de la calle en ocasión que nuestro hombre se iba á retirar de la ventana.

Miró Pedro, en efecto, y vió á su ex socio mister Brown plantado en la acera de enfrente tan guapo como siempre. Las voces de Mr. Brown hicieron que todos los que pasaban en aquel momento por su lado fijasen la vista en la ventana.

—¡Pedro!, gritó de nuevo Mr. Brown. ¿Qué diablos haces ahí dentro que siempre oigo tanto ruido? ¿Estás componiendo la casa, eh?

—Tal vez sea tarde para eso, replicó Pedro; pero si la obra se hace será radical: desde los cimientos hasta el tejado.

—¿Y no sería mejor que lo dejases á mi cuidado?, dijo Mr. Brown de una manera significativa.

—Veremos, respondió aquél, y cerró precipitadamente la ventana, pues desde que había empezado á buscar el tesoro no podía sufrir que la gente lo mirase.

Al retirarse, avergonzado de la pobreza aparente en que vivía, pero lleno, sin embargo, de orgullo por las escondidas riquezas que le esperaban, iluminó su rostro una sonrisa de satisfacción, produciendo el mismo efecto que los pálidos rayos del sol en la sucia vivienda donde tenían lugar estos acontecimientos. Más aún: quiso pavonearse como Perico I cuando se daba cuenta de la casa que había construído para qué sé yo cuantas generaciones; pero la habitación le pareció sombría y triste, comparada con la claridad y animación de la calle, para entregarse á tal exceso.

(Concluirá)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — Se ha inaugurado en Dresde un monumento erigido en honor del célebre arquitecto Godofredo Semper. Sobre un zócalo de elegantes líneas y sin más adorno que el nombre de Semper, álzase la estatua de éste en actitud de desenvolver un plano que entre sus manos sostiene y con una pierna apoyada en un artístico capitel. Este monumento, construído en uno de los mejores puntos de Dresde, es obra del eminente profesor Juan Schilling.

—El día 11 de este mes se habrá celebrado en Metz la inauguración del monumento dedicado al emperador Guillermo: consiste en un pedestal de seis metros y medio de alto sobre el cual se levanta la estatua ecuestre del emperador, de cuatro metros y medio, con el brazo derecho extendido en ademán de señalar el campo de batalla de Gravelotte. En el pedestal hay dos relieves de bronce que representan la entrada del príncipe heredero y del gran duque de Baden en Metz y al príncipe Federico Carlos en Gravelotte. Este monumento es obra del escultor Fernando de Miller, de Munich.

—En Planen y en Burg se han inaugurado en el mismo día dos monumentos al emperador Guillermo: el primero, cuyo proyecto es del inspector de construcciones Brunig, es un grupo de rocas de 6 metros de alto sobre el cual se eleva un monolito con el busto del emperador en relieve de bronce; el segundo, obra del escultor Ernesto Habs, de Berlín, es la estatua en bronce del augusto monarca.

—El monumento que los empleados de la fábrica Krupp han dedicado al fundador de ésta, Alfredo Krupp, inauguróse solemnemente el día 28 de agosto último: en él se ve la estatua en bronce del famoso fabricante y en dos postamentes laterales un grupo formado por una mujer y un niño y un robusto forjador, simbolizando la humanidad y el trabajo. Este monumento es obra de los escultores Mayer y Menges, de Berlín.

—Al tercer concurso celebrado por la casa Sonzogno, de Milán, han acudido 60 compositores: de las doce obras escogidas después de un riguroso examen, seis han sido calificadas por el Jurado de obras maestras. Sus títulos y autores son: *Don Paez*, de Ernesto Boezi (de Roma); *El violín de Cremona*, de Carrara (de Cherburgo); *Escenas medioevales*, de Cerquetelli (de Terni); *Trenzas negras*, de Gianferrari (de Reggio Emilia); *Una fiesta de marineros*, de Benvenuto Coronaro (de Vicenza), y *Traición*, de Cusinati (de Milán). Los premios han sido concedidos á las obras de Coronaro y Boezi.

Teatros. — En Pesaro se ha estrenado una ópera en dos actos titulada *La bella d' Alghero*, primera producción del joven compositor Juan Fara Musio: aunque no exenta de defectos propios de la inexperiencia de su autor, la partitura revela feliz inspiración, excelente educación musical y originalidad dentro del género genuinamente italiano.

—En Cremona se anuncian doce representaciones del *Figlinol pródigo*, del maestro Ponchielli, hijo de aquella ciudad, que coincidirán con la inauguración de un monumento erigido en honor del insigne autor de *Gioconda*. La ópera será cantada por los mismos conocidos artistas que la cantaron últimamente en la Scala de Milán y dirigida por el maestro Mascheroni.

—En el teatro Francés, de París, se ha reproducido con gran éxito la comedia en tres actos del famoso Favart, *Trois Sultanes*, que no se había representado desde hacía más de setenta años.

—En el teatro Nuevo, de Leipzig, se ha estrenado con excelente éxito la nueva ópera de J. Brull, titulada *Gringoire*.

—En el teatro de Viena se estrenará durante la próxima temporada una nueva opereta del celebrado compositor Juan Strauss, titulada *La princesa Ninetta*.

—La primera obra que se estrenará en el teatro de la Corte, de Viena, será una ópera cómica titulada *Signor Formica*, letra de F. Keppler y música de E. Schutt, cuyo argumento está tomado del cuento de Hoffmán del mismo título.

—El producto de las representaciones dadas durante este verano en el teatro de Baireuth asciende á la cifra de 750.000 pesetas: han asistido á aquéllas 26 000 espectadores, de ellos 7.000 ingleses y americanos, 4.000 franceses y el resto alemanes, rusos, belgas y españoles.

—En Trafalgar Square (Londres) se inaugurará en breve un nuevo teatro que se denominará de Saint Martin' s Lane, obra del arquitecto Mr. Walter Emden. La fachada del edificio es de estilo italiano, y el decorado general del interior, del Renacimiento francés. El nuevo coliseo es suntuoso y sus propietarios le han dotado de todos los adelantos científicos en punto á luz, ventilación, comodidad y conveniencia: consta de cuatro pisos, es capaz para 1.250 espectadores y posee infinidad de puertas de salidas que se abren automáticamente permitiendo desalojar el teatro en breves momentos. El Saint Martin' s Lane inaugurará uno de estos días sus funciones con la nueva ópera cómica *La noche de boda*.

Necrología. — Han fallecido recientemente:

Enrique Cialdini, duque de Gaeta, que sirvió en un regimiento organizado en Reggio (Italia), luego en el ejército portugués y más tarde en el español, combatiendo á los carlistas durante la primera guerra civil; en 1848 regresó á Italia, entrando en el ejército que mandaba el general Ferrari y en el de Piamonte, llegando á obtener el grado de capitán general: fué diputado, jefe de estado mayor, embajador en España durante el reinado de D. Amadeo y en París.

Víctor Wilder, eminente crítico musical francés, admirador de Wagner, cuyas obras tradujo, y colaborador de los periódicos de París *Gil Blas*, *Menestrel*, *Evenement*, *Opinion Nationale*, *Parlement* y *Gazette Musicale*.

El vicealmirante francés Ribell: se distinguió en el bombardeo de Sebastopol, en el Senegal y en la guerra de 1870; fué en 1883 nombrado comandante de la escuadra de Argel, en 1886 jefe de la división naval del Atlántico-Sur y en 1890 prefecto del cuarto distrito marítimo. Era comendador de la Legión de Honor.

Fernando Barth, pintor de historia y de género, escultor, profesor de la Academia y de la Escuela de Industrias artísticas de Munich.

Jorge Guillermo Curtis, reputado publicista neoyorkino, redactor político del *Harper's Weekly* y uno de los fundadores del partido republicano.

José Standthartner, presidente de la primera sección médica del Hospital general de Viena y uno de los médicos más famosos de aquella capital.

Juan Greenleaf Whittier, renombrado poeta cuáquero, entre cuyas principales obras pueden citarse especialmente: *Leyendas de Nueva Inglaterra*, *Sobrenaturalismo en Nueva Inglaterra* y *Voces de Independencia*.

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Guillermo Tell, según el proyecto de Ricardo Kissling. — Deseando el gobierno federal suizo erigir un merecido monumento en honor del legendario héroe helvético en la aldea misma donde nació éste y donde ocurrieron los más interesantes episodios de su vida, abrió hace poco un concurso en el que fué premiado el proyecto que reproducimos. ¿Qué diremos de la hermosa figura de Tell que no se digan cuantos contemplen el magnífico grupo modelado por Kissling? ¿Quién no adivina á primera vista en aquella arrogante figura, en aquel noble semblante, en aquella resuelta actitud al hombre indomable á cuyo nombre ha asociado la nación suiza las ideas de patria, libertad é independencia? ¿Quién no ve en su ademán la fiereza del que se negó á prestar acatamiento al tirano, al que no se dejó dominar ni aun al sentirse atormentado en su corazón de padre amantísimo, al que unió á todos los suizos como un solo hombre consiguiendo vencer al déspota extranjero? Al expresarnos así dejamos á un lado las discusiones históricas para atenernos á la tradición, que es la que ha inspirado á Kissling su bellísima obra. Esta se alzará en la plaza de Altdorf, adosada á uno de los costados de la torre que allí se levanta y en la que estará pintada la comarca de Burglen, de donde figura venir Tell llevando á su hijo de la mano. En el pedestal habrá cuatro bajos relieves que representarán el episodio de la manzana, el momento en que Guillermo salta de la lancha en que le llevaban prisionero, la muerte de Gessler y la muerte de Tell.

El autor de este proyecto nació en 1848 en Wolfwyl, en el cantón de Solothurn, y figura entre los más notables escultores suizos y goza de fama universal en el mundo del arte por sus muchas é importantes obras, entre las cuales merecen citarse *Corredor*, *Galla*, varios bustos retratos de Cullmann, Semper, Keller, etc., su monumento á Alfredo Echer (Zurich) y su *Sibila guardadora del secreto de la tumba*.

Carlota, cuadro de H. Schmieche. — En distintas ocasiones hemos señalado las dificultades que ofrece la pintura del género á que pertenece *Carlota*, deduciendo de ellas el talento artístico del pintor que acomete y lleva á feliz cima un cuadro de esta clase: no hemos, pues, de repetir lo que hasta la saciedad tenemos consignado, y nos limitaremos por consiguiente á llamar la atención de nuestros lectores sobre las bellezas de concepción y de ejecución del hermoso busto de Schmieche, que bien puede colocarse al lado de los más notables ejemplares de la galería de beldades á que dedican sus excepcionales dotes algunos ilustres artistas alemanes.

Indígenas de la bahía de Delagoa. Calle principal de Don Luis en Lorenzo Marqués. — La ciudad de Lorenzo Marqués es actualmente capital de las posesiones que en el Este de Africa tiene y que con tanto empeño disputó Inglaterra á esta nación hace poco tiempo: está situada en la orilla izquierda del río de su nombre y no carece de atractivos, gracias principalmente á lo pintoresco de sus alrededores. Uno de nuestros grabados representa la calle de Don Luis I, una de las mejores de la población, en donde está situado el palacio del gobierno, que forma esquina con la plaza del Paseo. Los indígenas, llamados cafres landines, son gente muy sobria y de sencillas costumbres: sujetos á pocas necesidades, bástales para su alimento un poco de maíz y algunas patatas y legumbres, habitan en pequeñas chozas de caña y barro y su traje consiste en una piel para los hombres y en un ancho pañuelo para las mujeres, siendo ambos sexos muy aficionados á los adornos, tales como pendientes, collares, brazaletes, ajorcas, etc. Sus armas son: lanza corta, el escudo, el palo en forma de clava y el hacha: algunos usan armas de fuego; en cambio pocos manejan el arco y la flecha. Los indígenas reproducidos en el otro grabado son landines dispuestos á servir de escolta á una expedición.

Después del baile, cuadro de D. J. Barbudo. — El autor de este lindísimo y admirado cuadro, conocido ya de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por serlo también de una bellísima *Cabeza de estudio* que publicamos en el número 391, es de los que han logrado poner en el extranjero á muy alto nivel el nombre español en materias de arte. Observador atento, estudia á fondo el asunto que trata de trasladar al lienzo y lo ejecuta con una verdad y una riqueza de detalles dignas del mayor elogio. Ejemplo de ello puede ser *Después del baile*, obra en la que todo respira vida, naturalidad y distinción, desde la decoración del fondo, en que se ven artísticos grupos de plantas combinados con luces y tapices, hasta los más insignificantes detalles decorativos de los términos más cercanos al espectador; desde las elegantes parejas que descienden por la amplia escalinata llevando en sus manos los objetos que sirvieron para el cotillón, hasta los lacayos que puestos en fila esperan á sus respectivos señores, unos impasibles, otros impacientes y alguno dando cabezadas rindiéndose al sueño y á la fatiga, que son los compañeros inseparables de las aristocráticas fiestas.

Levantamiento de los aldeanos de Hesse en 1809, cuadro de T. Matthei. — Perdidos sus dominios que por virtud de la paz de Tilsitt fueron agregados al reino de Westfalia, vivía retirado en Praga el elector Federico Guillermo I cuando sus leales súbditos, capitaneados por el juez de paz de la aldea de Frielendorf y por el padre de éste, sacerdote de Homberg, se levantaron en armas para reconquistar el trono para su soberano y la independencia para su territorio. El coronel Dornberg tenía á su cargo atraer al movimiento al ejército de Kassel, pero un descuido de los jefes que debían secundarlo fué causa de que se descubriera la sublevación que fué prontamente sofocada por el rey intruso, el sabio y bondadoso Jerónimo Bonaparte. En efecto, llegados los sublevados á las cercanías de Kassel encontráronse frente á frente de las tropas westfalias que contra ellos habían sido enviadas: trabóse el combate, y apenas empezó á funcionar la artillería los leales hessenses hubieron de emprender precipitada fuga, en la que muchos fueron hechos prisioneros. Una escena de este levantamiento de los campesinos hessenses es la que reproduce el cuadro de Matthei, hermosa composición en la que está admirablemente sintetizado por un grupo de patriotas pintados con vigor y sentimiento el carácter de aquella corta lucha emprendida con escasos elementos de fuerza, pero con un patriotismo digno de mejor suerte.

Estudio, escultura de D. Baldomero Cabré. — Forma parte Baldomero Cabré de esa pléyade de jóvenes escultores que, verdaderos representantes de la nueva generación de artistas, constituyen una grata esperanza para el arte patrio. Con el resultado de los esfuerzos de aquellos que, como Samsó, Suñol y los hermanos Vallmitjana, iniciaron el renacimiento de la escultura en nuestra región, y las producciones de los que fueron sus discípulos, han podido recoger la savia artística y sujetarse á los precedentes marcados. De ahí que aquellos que poseen cualidades para el cultivo del gran arte, cual acontece á Cabré, puedan dar tempranos frutos de su genialidad. Discípulo de la Academia de Bellas Artes de Barcelona, ha podido recoger enseñanzas de aquellos á quienes consideramos como indiscutibles maestros, demostrando las recompensas, premios y pensiones alcanzadas su laboriosidad y especialísimas aptitudes.

La estatua que reproducimos, á la que modestamente titula *Estudio*, lo es ciertamente; puesto que revela serlo fidelísimo del natural. La producción de Cabré no debe considerarse como la obra de un aprovechado discípulo, puesto que es, indiscutiblemente, la de un verdadero artista.



–¡Papá, qué miedo hemos tenido!

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

I

Estamos en una quinta deliciosa, situada en un otero junto al lago de Como, entre Argegno y Tremezzina. Por detrás tiene un bosquecillo de abetos; por delante la prestan grata sombra muchas y variadas plantas exóticas que forman como un valladar y le comunican un aspecto novelesco y misterioso; la casita blanca con sus persianas verdes y sus ventanas de estilo morisco parece adecuada á aquellas plantas; cerca de la entrada un estanque; á los lados frondosos cuadros de flores: un verdadero nido que excita el deseo de pasar la vida y morir tranquilamente en él.

Por dentro esta quinta es tan hermosa y agradable como por fuera; no tiene ese lujo que deslumbra y preocupa, mas por doquiera hay blandas alfombras, mullidos sillones, ricos tapices, flores, objetos de arte diseminados por todas las habitaciones; en una palabra, ese buen gusto y esa profusión de comodidades que nos deja satisfechos y contentos, hace que tomemos cariño á los sitios y á los objetos que nos rodean y produce en nosotros ese bienestar que se siente en un medio ambiente armonioso y cómodo.

Penetremos en una estancia situada en un ángulo de la casa, que es por cierto de las más preciosas de ella. Es un gabinete de estudio espacioso y sumamente claro. Ocupa toda la pared fronteriza á las ventanas que dan al lago una biblioteca de madera negra con grandes vidrieras, á través de las cuales se ven colocados en perfecto orden abultados volúmenes encuadernados en pergamino á la antigua usanza, así como muchos tomos con encuadernación moderna, llenos de adornos y dorados; en el ángulo más apartado hay una columnita de ébano y en ella un busto de mujer, soberbiamente esculpido en mármol de Carrara; delante un diván forrado de terciopelo azul, una mesita negra, y revueltos en ella libros y periódicos ilustrados. En las paredes cuadritos al óleo y pequeñas ménsulas con estatuitas, y por último en el ángulo más iluminado, el que se halla entre las dos ventanas que dan al lago, una mesa de escribir de madera también negra, puesta casi en una hornacina. En esta mesa papeles, un tintero de bronce, dos retratos de fotografía, uno de mujer y el otro de niña, dos bustos de bronce, los de Schiller y Goethe, y un jarro de flores; finalmente, una carta abierta, en cuyo encabezamiento se lee: «Señor barón Federico Sterne.»

Sentado á este escritorio y con los pies descansando en una piel de tigre hay un hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, de patillas rubias, tez rubicunda y llevando gafas de armadura de oro. Tiene la vista fija hacia el lago, en el sitio donde el sol próximo á su ocaso matiza los montes con una variedad de tintas que en pocos minutos pasan del sonrosado al azul, del morado al color de fuego, ofreciendo un espectáculo verdaderamente magnífico; pero aquel hombre no lo ve: inmóvil y melancólico, parece sumido en graves pensamientos, y sin embargo, no piensa en nada determinado, deja vagar su mente sin una idea fija; quizás sueña en la patria lejana ó en un amigo perdido, ó fantasea sobre la última página que ha escrito ó en la carta que acaba de recibir y que ha dejado en el escritorio.

Un leve rumor le saca de aquella abstracción, vuelve la cabeza para mirar hacia la puerta, y una niña de 9 años, esbelta y flexible como una caña, de blanca tez, cabellos blondos y ojos azules, constituyendo un tipo de esos que los poetas califican de ideal, entra precipitadamente en la estancia, jadeante, con las mejillas teñidas de un leve color de rosa, y se refugia en brazos del caballero, exclamando:

–¡Papá, papá, qué miedo hemos tenido!

Detrás de la niña ha entrado una mujer alta, joven, hermosa, á la cual podría tomarse por su madre, si su tipo no fuese tan distinto que claramente se echa de ver que pertenece, no sólo á otra familia, sino á diferente país. Sus ojos son negros, grandes, profundos; su cabellera negrísima, su color pálido, pero con esa palidez lánguida que hace tan interesantes á las bellas andaluzas; hija de una española y de un italiano, ha reunido en sí la armonía de las formas y el marcado vigor de los tintes propios de los países meridionales.

A pesar de haber entrado en la casa como institutriz, todos la llaman *la señora*

Había seguido á la niña y hecho lo posible por detenerla; pero aquélla, ágil y ligera como un corzo, en un momento había subido la escalinata que iba á parar á la puerta de la quinta y se había echado en los brazos de su padre cual atemorizada avecilla.

Este dirigió una mirada interrogadora á la señora.

–No ha sido nada, le dijo ésta; pero no pudo seguir por faltarle el aliento á causa de la rápida carrera que había dado, y por lo cual hacía señas á la niña de que se callara.

Pero ésta ó no vió las señas ó no las comprendió, lo cierto fué que dijo:

–Papá, nos ha seguido un hombre por todo el camino, y hemos echado á correr hasta que ya no podíamos respirar: ¡nos ha dado un miedo!... pero ahora ya ha pasado.

Y al decir esto exhaló un hondo suspiro.

–Quizás sea un malhechor, dijo el Sr. Federico.

–No, papá; iba vestido como tú; parecía un caballero.

–Estaría loco, dijo la señora con voz temblorosa; pero ahora ya ha pasado y es mejor no pensar en ello.

El Sr. Federico la miró, y luego dijo como hablando consigo:

–El loco soy yo, que entregado siempre á mis libros, á mi ciencia, pretendo mejorar la sociedad y entretanto descuido las cosas que me son más queridas y dejo salir solas á dos mujeres á esta hora, al anochecer, por el campo. ¡Ea! Ahora necesitáis tranquilidad para recobraros del susto. No tengas cuidado, Sofía, dijo á la niña dándole un beso, que ya cuidaré yo de que no vuelva á suceder otra cosa parecida.

Volviéndose en seguida á la señora, añadió:

–Vaya usted también á descansar un poco, pero cuando Sofía esté acostada haga usted el favor de bajar al salón, pues la tengo que hablar.

La señora y la niña subieron al piso alto donde tenían sus cuartos; del rostro de la segunda se había disipado ya toda nube, pero el de la primera estaba más grave y preocupado que antes.

Cuando estuvo en su cuarto, dijo á Sofía:

–Anda, querida, ve á jugar; esta noche no daremos nuestra acostumbrada lección; estoy muy cansada y necesito reposo.

Y Sofía, contentísima con aquella huelga inesperada, corrió á coger su muñeca y se la llevó á la camarera para que la hiciese un vestido nuevo. Con la ligereza propia de su edad, ya no se acordaba del hombre que tanto la había asustado durante su paseo, y cifró todos sus pensamientos en la muñeca, á la que quería como una hija.

Elvira, que así se llamaba la señora, estaba, por el contrario, verdaderamente angustiada; echó el abrigo y el sombrero sobre la cama, sentóse en una butaca y apoyó la cabeza en las manos.

Su cuarto caía precisamente encima del gabinete de estudio del barón; donde éste tenía su librería ella tenía su lecho, y sobre el escritorio del barón se hallaba su mesa de costura y un sillón, el sillón en que se sentó tan luego como se quedó sola.

Un tropel de pensamientos chocaban, se aglomeraban y se confundían en su cabeza, hasta el punto de parecerle que iba á perder el juicio; á veces creía que estaba en el deber de marcharse para siempre de aquella casa tan querida para ella, casa á la cual tenía tanto apego como si fuese suya; de alejarse de aquel bellísimo lago en cuya contemplación se recreaba continuamente. En aquel instante la vida tranquila y sosegada que hacía tres años disfrutaba se le aparecía como un sueño halagador que debía desaparecer de un momento á otro.

¿Qué iría á decirle el barón? Le había rogado que bajara con un aire tan solemne que sin duda se proponía decirle cosas muy graves, y había momentos en que estaba impaciente por que el tiempo pasara para salir de aquella incertidumbre, y otros hubiera preferido que las horas no transcurriesen para no tener que encontrarse frente á frente con el barón, que debía hablarle de cosas serias.

En tanto el sol se ocultaba, las montañas se iban convirtiendo en masas negras y el lago se ponía obs-

curo, tenebroso; todos los objetos perdían su color propio y solamente se veía alguna que otra luz brillando entre aquellos montes como luciérnagas en los campos.

La camarera entró y preguntó á la señora si quería luz.

– No, gracias, fué la única respuesta que obtuvo en pago de su solicitud.

– Amenaza borrasca, dijo la camarera al reunirse con los demás criados.

– ¿Cómo, si está estrellado el cielo?, le contestaron.

– No me refiero á lo que sucede fuera, sino aquí dentro, en casa. La señorita Sofía, en lugar de estudiar está en mi cuarto jugando con la muñeca; el amo ha mandado que á cualquiera que venga se le diga que esta noche no recibe; la señora está sola y á obscuras y no quiere que le encienda la lámpara; os digo que la atmósfera está cargada. Con tal que después no lo paguemos nosotros... yo me lavo las manos, y allá se las avengan.

– Con tal que no lo pague la institutriz, dijo un criado; porque esa es de las buenas, cuida mucho á la señorita y jamás se mete en lo que hacemos. Yo he estado en casas donde había institutrices bachilleras, vanidosas, exigentes, peores que los amos; pero la señora Elvira es toda una señora, todos lo dicen, y si se marchase, Dios sabe cómo andaría la casa; á mí no me gusta lo nuevo.

– Ni á mí, añadió la camarera; mientras todo siga así, vamos bien; pero si hubiese cambios y no me conviniesen, por la puerta se va á la calle.

La señora Elvira, cosa rara en una institutriz, se hacía querer de los criados, aun cuando á ruegos del barón había tomado la dirección de la casa; pero era una de esas mujeres que inspiran respeto y á las que se sirve con gusto; sus modales, su modo de obrar, sus palabras eran las de una persona de verdadera superioridad, y todos en la casa reconocieron y aceptaron desde luego su autoridad como la cosa más natural del mundo. Y eso que era muy exigente para el servicio de la casa; pero no quería nada para sí, no reprendía sin razón; era justa y siempre que podía hacía favores, auxiliaba á las personas que tenía á sus órdenes y jamás les negaba sus consejos; indulgente respecto de las pequeñas faltas, procuraba ocultarlas, pero se mostraba inexorable con los culpables y malvados. Asumía todas las incomodidades domésticas, y jamás molestaba al barón con chismes y cuentos de mujerzuelas, por lo cual éste se congratulaba siempre de tener en su casa una mujer como ella, que lo hacía marchar todo con el más perfecto orden, y seguro de contar con quien cuidara admirablemente de su casa y de su hija, podía entregarse en absoluto á sus estudios predilectos.

Hacía ya más de una hora que Elvira estaba sentada en su butaca con la cabeza oculta entre las manos, y tenía su imaginación tan cansada que ya no pensaba en nada; en la habitación inmediata oía á Sofía que charlaba con su muñeca, y en la de debajo al barón que se paseaba con paso mesurado é igual por su gabinete como si no pudiese encontrar reposo; á veces oía que estos pasos se detenían delante de la ventana, levantaba la cabeza y veía proyectarse una negra sombra en el jardín desde el vano de la ventana iluminada.

– Si yo estoy febril, él no parece más tranquilo que yo, pensaba Elvira: ¿qué tendrá que decirme? Cuando Sofía se haya acostado, cobraré ánimo y bajaré; de todos modos, lo mejor es salir de esta incertidumbre.

A los pocos minutos entró la niña á darle las buenas noches, y la joven se levantó resuelta, cogió una labor de ganchito, como pretexto para hacer algo, y bajó á la sala de conversación que estaba contigua al gabinete de estudio del barón.

Era una sala muy bien alumbrada por una lámpara pendiente del techo; los divanes, las butacas, los veladores estaban diseminados en un desorden algo estudiado, pero agradable á la vista; en las paredes había cuadros al óleo que representaban las mejores vistas del lago, y en los veladores jarrones de flores y periódicos.

El barón se levantó de pronto como si hubiera estallado una bomba...

Cuando Elvira entró, el barón estaba sentado junto á un velador, y leía, mejor dicho, fingía leer un periódico; la joven se acercó de puntillas á sentarse en una butaca cerca de la chimenea, en la que ardía un alegre fuego: cualquiera hubiera dicho que le urgía terminar una labor de importancia, porque en seguida se puso á trabajar sin decir una palabra.

Al poco rato el barón dejó el periódico en el velador, se acercó á la chimenea y se sentó enfrente de Elvira.

– Elvira, le dijo, ya sabe usted que no gusto de inútiles circunloquios y que voy derecho al asunto. Lo ocurrido esta tarde me ha abierto los ojos y persuadido de que es usted demasiado joven y hermosa para dejar de necesitar una persona que la proteja, que la defienda y que tenga el derecho de hacerlo.

El barón había pronunciado estas palabras lentamente y casi recalcándolas.

Elvira sintió el fuego del rubor en el rostro, y con voz temblorosa contestó:

– Era un loco.

– Convengo en que se lo haya hecho usted creer á Sofía; pero á mí no; no soy un niño, y además esa agitación la vende á usted.

– Es verdad, sí; ese encuentro me ha agitado hoy; pero, por favor, señor barón, no hablemos más de ello.

– Al contrario, ya que estamos solos esta noche, deseo terminar lo que tengo que decir á usted. Seré breve; tenga usted un poco de paciencia. Sabe usted que salí de Alemania y de mi ciudad natal, acompañado de mi hija, con la salud muy quebrantada y con el espíritu todavía más á consecuencia de muchos disgustos. En este sitio he recobrado la calma y esta atmósfera templada me ha devuelto la vida; gracias á los cuidados de usted he visto casi renacer á mi hija, y habiéndose tomado usted toda clase de molestias para el gobierno de mi casa, he podido dedicarme tranquilamente á mis estudios, abandonados hacía mucho tiempo. Yo le debo á usted mucho; es usted más que una madre para mi Sofía, ha sido usted la Providencia para mí, y sin embargo, estoy inquieto; me parece que de un momento á otro puede ocurrir cualquier cosa que la separe á usted de mí, y esto no debe suceder; lo sentiría en el alma, porque me he acostumbrado de tal modo á verla á usted todos los días, la aprecio tanto, que desearía ver á usted unida á mi familia por otros vínculos más estrechos que los de simple institutriz; en una palabra, ruego á usted que acceda á casarse conmigo; los dos somos libres, nos conocemos bastante y somos dueños de nuestras acciones; no me niegue usted esta petición, ó al menos piénselo usted y déjeme con un poco de esperanza.

Durante este discurso Elvira había cambiado muchas veces de color, y estaba tan agitada que había tenido que dejar la labor sobre el velador y puéstose á atizar el fuego con las tenazas; unas veces quiso interrumpir al barón; otras sus palabras le producían el efecto de una música suave, y hubiera deseado que continuase sin parar nunca.

Cuando hubo terminado, le miró con los ojos llenos de lágrimas, y le dijo:

– Gracias; es usted sobrado generoso; esas palabras me han hecho mucho bien porque veo que me aprecia usted, y me hacen mucho mal porque me causan un gran remordimiento por no haber tenido en usted entera confianza, por haber mentido á un hombre de corazón tan noble como el de usted. Necesito referirle toda la historia de mi vida; después, quizá salga de esta casa, y acaso no volverá usted á oir hablar de mí.

– No, no; prefiero que no me diga usted nada, si lo que tiene usted que decirme es tan terrible; continuemos siendo lo que hemos sido hasta ahora, dos buenos amigos; pero conteste usted á lo que le he preguntado; sólo le pido un sí ó un no.

– Es imposible, debo decírselo á usted todo; el solo hecho de dar oídos á su proposición me parece un delito, porque el hombre que me ha seguido esta tarde, ese hombre,... y se calló, como si le apretasen la garganta con unas tenazas.

– Pero ¿quién es?, preguntó el barón ya impaciente.

– Ese hombre, repuso Elvira con voz ahogada, es mi marido.

Al oir esto, el barón se levantó de pronto como si una bomba hubiera estallado en la sala, y miró sorprendido á Elvira, con la mirada del que no ha comprendido bien.

– Suplico á usted que me escuche: debo decírselo todo, y luego júzgueme, añadió la joven. Confieso que he hecho mal en engañar á usted tanto tiempo. Cuando mi buena amiga, la condesa de la Somasca, me recomendó á usted, le dijo que yo estaba sola en el mundo con una hija; usted creyó que yo era viuda, y yo le dejé en el error; he hecho mal, ahora lo conozco; debí decir á usted sencillamente que estaba separada de mi marido; pero confiaba en no saber

más de él y pasar el resto de mi vida, ya que no feliz, al menos tranquila.

Pronunció estas palabras temblorosa y con las facciones alteradas, y estaba tan pálida que daba compasión.

El barón tuvo lástima de ella, y acercándose le dijo:

–¡Pobre mujer! Debe usted ser muy infeliz. Cuéntemelo usted todo, quizás pueda serle útil; de todos modos creo que le haga á usted bien el confiar sus penas á un amigo.

–Gracias, mil gracias por la bondad que me demuestra usted al escucharme; hablaré con el corazón en la mano como si hablase á un confesor, por más que me cueste mucho el evocar dolorosos recuerdos.

El barón volvió á sentarse y le dijo:

–Estoy pronto á escucharla; pero sosiéguese usted, coordine sus ideas; entretanto leeré.

Cogió un periódico, mas aunque quería parecer tranquilo, no lo consiguió; á cada momento levantaba la cabeza y dirigía una mirada á aquella mujer que tenía la cabeza entre las manos como una culpable; luego cogía las tenazas y avivaba el fuego; estaba nervioso é inquieto como no lo había estado hacía mucho tiempo.

II

Siguiéronse algunos minutos de silencio, solamente interrumpido por el tic tac del reloj que había en la chimenea.

Por último Elvira levantó la cabeza, despejóse la frente de los cabellos que sobre ella habían caído, y dijo:

–Sí, será mejor hablar, decírselo á usted todo; luego me sentiré más aliviada, como si se me quitara un grave peso del corazón.

–Pues hable usted, contestó el barón dejando su lectura.

Elvira se llevó la mano á la frente como para concentrar sus ideas, miró el fuego cual si buscase en él una inspiración, y dió principio á su relato.

–«No he conocido á mi madre, que murió al darme á luz; mi padre, el general del Colle, de quien sin duda habrá usted oído hablar...»

–Sí, era un hombre íntegro y valiente á quien quise mucho, dijo el barón interrumpiendo á la joven.

–«Pues bien: mi padre, el general del Colle, no pudiendo llevarme consigo en sus frecuentes viajes, me confió siendo muy niña á una anciana pariente, y luego me puso en un colegio. Poco tengo que decir de mi vida en él, pues fué poco más ó menos la de todas las niñas que se hallan en mi caso; todos los días hacía lo mismo, se pasaba de una cosa á otra con tan mecánica regularidad que á veces se me hacía enojosa; pero no estaba á disgusto; sin embargo, recuerdo que todo el año pensaba en el mes de vacaciones que solía pasar en el campo con mi padre. Era una temporada deliciosa; él, tan severo con sus soldados, se mostraba dulce y cariñoso conmigo y satisfacía todos mis deseos, y yo aprendía más en aquel mes, en compañía de mi padre, que en todo el resto del año; él me enseñaba á tener ánimo y firmeza, á ir por el camino del honor y de la virtud, me contaba las vicisitudes de su vida y me hablaba de mi madre; lo cierto es que aquel mes se me pasaba como un relámpago; que salía de entre las paredes del colegio alegre como un pajarillo y volvía á él con los ojos llenos de lágrimas: en una palabra, puedo decir que pasaba una parte del año recordando hasta los incidentes más insignificantes ocurridos durante mi mes de vacaciones, y la otra parte saboreando mentalmente los que me esperaban pocos meses después.

»Un día, que jamás olvidaré aunque viviese cien años, la directora me mandó llamar á su despacho; yo, que no tenía nada de qué acusarme, acudí corriendo y alegre, con la presteza de mis quince años.



Lo que me extrañó fué el modo como me abrazó...

»La directora tenía el aspecto serio, solemne; pero como jamás la veía risueña, no hice caso; lo que me extrañó fué el modo como me abrazó y el beso que me dió en la mejilla, porque su carácter no era muy expansivo y creo que en todos aquellos años ni una sola vez me besó; tan insólitas caricias hicieron que me palpitara con fuerza el corazón, pero no dije nada. Ella fué la primera en romper el silencio.

–»Hija mía, me dijo, has de tener valor y debes estar preparada á todo; en este mundo no vivimos más que para padecer y Dios pone á prueba á los que ama.

»Yo no entendía una palabra y la miraba con los ojos muy abiertos.

–»He de darte una mala noticia, añadió.

–»¿Está enfermo mi papá? Quiero verlo, quiero marchar en seguida, dije creyendo deducir algo malo de sus insólitas demostraciones de afecto y de sus reticencias.

–»Es inútil, me contestó; tu padre no está ya en la tierra; está allí, y señaló el cielo.

–»¡Ha muerto!, exclamé. No, no es verdad; es imposible; me habría llamado al conocer que iba á morir.

–»No ha tenido tiempo; apenas ha podido mandarte algunos de sus objetos más queridos y su última voluntad.

»Y al decir esto, me entregó una cajita y una carta.

»Yo estaba inmóvil; creí que perdía el juicio, no entendía nada y ni siquiera podía llorar.

–»Vamos, ten buen ánimo, dijo la directora: con esa carita y el dinero que te ha dejado tu padre, no has quedado tan mal.

»No puede usted figurarse cuál fué mi indignación al oir esto. Cuando más necesidad tenía de alguien que llorase conmigo, aquellas palabras penetraron en mi corazón como un agudo puñal.

»Necesitaba estar sola, ó al menos apartada de una persona tan indiferente como la directora, para leer la carta en que mi padre había escrito su última voluntad y abrir la cajita que contenía los únicos recuerdos que de él me quedaban.

»Cogí la carta y la caja y me fuí á mi cuarto, adonde entró á poco rato la única amiga que yo tenía en el colegio, la Bice, que hoy es condesa de la Somasca y á quien usted conoce tanto. Sabía ya la triste noticia y corrió á abrazarme con los ojos llenos de lágrimas. Al ver á aquella niña de sensible corazón llorando por mí, me conmoví de tal modo, que al fin pude romper en deshecho llanto, el cual me hizo mucho bien; desde aquel momento fuimos tan amigas como no es fácil encontrar otras dos en este mundo; aquellas lágrimas sellaron nuestra amistad. Cuando me tranquilicé un poco, leí la carta de mi padre, la cual me la había enviado un amigo que le ofreció cumplir sus últimas disposiciones.

»Decíame en ella que deseaba que permaneciese un año más en el colegio y que luego fuese á vivir algún tiempo con la familia de un pariente lejano á quien yo no conocía y al que había nombrado tutor mío; me aconsejaba que viviese con él hasta encontrar una buena colocación; añadía que me convenía casarme, porque una huérfana no puede encontrarse bien sino bajo el amparo de un marido; que sentía en extremo no vivir hasta verme bien casada, pero que tenía confianza en mi buen juicio y en la ayuda de mis parientes.

»En la caja me enviaba los objetos de su mayor predilección, encargándome que los conservase en memoria suya: eran sus armas, sus condecoraciones y algunas alhajas que habían pertenecido á mi madre.

»El año que pasé en el colegio después de su muerte fué muy triste; mis únicos consuelos eran contemplar los recuerdos que me había enviado y el cariño de la Bice, la única persona á quien quería en la tierra. La idea de ir á vivir con personas á quienes no conocía me aterraba mucho más, y de buen grado hubiera permanecido toda la vida en el colegio; pero mi padre había dispuesto lo contrario y por nada en el mundo dejaría yo de cumplir su última voluntad.

»La familia de mi pariente se componía de marido, mujer y tres hijas; dos de éstas tenían mi edad, poco más ó menos, y la otra era más pequeña. Mi tutor no era hombre malo, pero carecía de carácter y se dejaba dominar por completo por su esposa, mujer frívola y vana; las dos hijas mayores eran seres insignificantes, ni bonitas ni feas, y se resentían de la educación dada por una madre como la suya y por un padre sin energía; con quien me avine mejor fué con la pequeña.

(Continuará)

SECCION CIENTIFICA

EL COLOSO DE RAMSÉS II EN BEDRESHEIN

Ramsés II Sesostris, después que hubo reconstruído las partes del gran templo de Pthah en Menfis que bordeaban el lago sagrado por los lados Oeste y Sur, hizo erigir delante de las puertas algunos colosos destinados á perpetuar su memoria y los rasgos de su fisonomía en el recuerdo de todos los que «vinieran después de él á la tierra, sacerdotes, magos y escribas,» y que quisieran elevar á los dioses una plegaria á su intención. Los sacristanes encargados de conducir á los profanos y los dragomanes que enseñaban á los extranjeros las maravillas de Egipto no dejaban, en efecto, de llamar sobre estas estatuas la atención de las personas á quienes acompañaban, y aprovechaban la ocasión para referir alguna fábula divertida por el estilo de las que Herodoto recogió y nos transmitió como si fueran historia.



Fig. 1. El coloso de Ramsés II derribado, en Bedreshein, Egipto (de una fotografía)

Darío I quiso un día hacer levantar su estatua cerca de la de Ramsés, pero el gran sacerdote se opuso á ello diciéndole: «Sesostris venció á todas las naciones que os obedecen y además á los escitas, á quienes vos no habéis causado graves daños; no hay, pues, razón alguna para que vuestro monumento sea colocado al lado del de un Faraón á quien no habéis superado ni siquiera igualado.» Cuando Menfis perdió su esplendor y se hizo cristiana, desvanecióse la fama de los colosos; cuando pereció y su templo fué destruído piedra á piedra para servir á la construcción del Cairo, la mayoría de los colosos fueron derribados y convertidos en piedras de molino ó pasaron á los hornos de cal. Uno de ellos, sin embargo, derribado de su pedestal y tendido de cara al suelo se cubrió de escombros, feliz casualidad que le evitó ser objeto de la destrucción general. Descubierto por M. Caviglia á principios de este siglo, tuvo la buena suerte de gustar á los viajeros y á ello debió el escapar á la manía de destrucción de que están poseídos los felahs.

Todos los europeos que han visitado Egipto han admirado el coloso que estaba tendido al borde de un sendero, debajo de las palmeras de Bedreshein, en el fondo de un foso famoso (fig. 1). Cuando ocurrían las inundaciones periódicas del Nilo, el agua cubría la granja durante algunas semanas, retirándose luego poco á poco y dejando al descubierto primero el hombro y la pierna, luego el busto y el rostro, hasta que al fin el coloso aparecía en seco en su hoyo. Su Faraón estaba representado de pie y en actitud de andar con los brazos pegados á las caderas: el cartucho grabado en la hebilla del cinturón contiene el nombre de Ramsés II. El nitro ha corroído todo un lado de la cara y del cuerpo, pero lo que resta basta para demostrar la excelencia de la obra. El perfil es el de Ramsés joven, frente estrecha, nariz aguileña, boca algo ancha y expresión altanera. La base de la estatua se encuentra á cierta distancia, y más hacia el Sur, en pleno bosque, un coloso más pequeño, restos de muros y fragmentos de estatuas indican el emplazamiento de antiguas cámaras. El bosque de palmeras que cubre las ruinas dificulta las excavaciones é impide que se pueda levantar el plano de aquéllas. El edificio ó grupo de edificios á los que servía de adorno el coloso de que nos ocupamos, levantábase á lo largo de la orilla meridional del lago donde en los días canónicos celebrábanse los misterios solemnes de Phtah y de los dioses de Menfis. Mas á pesar de los siglos transcurridos, no han logrado los aluviones llenar por completo el lago: una depresión bastante grande del terreno indica el sitio por el mismo ocupado y las tierras que en parte lo cubren están dedicadas al cultivo de cereales, en vez de estar plantadas de árboles: es como un lebrillo cuadrado cuyos bordes están en dirección de alto á bajo respecto de los inmediatos terrenos que á su alrededor se extienden; la inundación lo llena y en parte devuelve á aquellos lugares su aspecto primitivo. El lago se dibuja en el suelo como en otro tiempo, pero el cuadro de pilones y pórticos que lo rodeaba ha desaparecido, habiendo sido reemplazado por los grupos de grandes árboles á la sombra de los cuales álzase la aldea de Tell el Khanzir.

De cinco años á esta parte el aspecto de aquellos sitios se ha modificado sensiblemente. Parece que Mohamed-Alí había en otro tiempo regalado la estatua de Ramsés II á Inglaterra: este hecho, empero, no está muy probado, y cuando menos para admitir la certeza del mismo se necesitaría una autoridad más seria que la de uno ó de varios *Guías del viajero en Egipto*. De todas suertes, los ingleses no se han aprovechado de esta tradición dudosa para apoderarse del coloso, habiéndose limitado á levantarlo, cosa que no lograron desde el primer momento. En efecto, dos tentativas hechas por MM. Garwood y Anderson fracasaron lamentablemente. El general Stephenson, que durante mucho tiempo estuvo al frente del ejército de ocupación, fué más afortunado: en un principio acarició el proyecto de colocar la estatua de pie; pero como la suscripción que á este fin abrió no produjo lo bastante, hubo de contentarse con levantarla hasta más arriba del nivel de la inundación. Las operaciones, dirigidas por el mayor de ingenieros, Arturo Bagnold, comenzaron en 20 de enero de 1877 (1): después de haber agotado el agua que todavía llenaba la cavidad hizo aplicar al coloso ocho gatos de distinta fuerza y procedió al levantamiento del mismo. El esfuerzo se dirigía alternativamente sobre los pies y sobre la cabeza, y cuando la masa total había sido alzada 60 centímetros se colocaban debajo de la misma enormes vigas (fig. 2), y se rellenaba el hueco con casquijo recogido en las ruinas de la antigua ciudad, reducido á pequeños fragmentos y apisonados de modo que formase un lecho compacto. El día 16 de abril del citado año quedó concluído el trabajo, y hoy el coloso se encuentra provisionalmente fuera del alcance de las aguas, descansando sobre la espalda y con la cara hacia arriba: un sobradillo resguarda su cabeza y una espesa pared de ladrillos le rodea y le protege contra las miradas de los curiosos. Su guardián habita al lado de él en una casita con dos habitaciones, en donde el mayor Bagnold le instaló, y no lo enseña á los viajeros sino mediante el pago de dos piastras egipcias, costando unos cincuenta céntimos verlo en el fondo del embudo en donde está hundido; el guardián emplea una buena parte de las cantidades recaudadas en mantenerlo en buen estado. Otro coloso de granito de Ramsés II y una estela de Apries que se encontraban cerca de allí fueron transportadas al lado del otro coloso y completan este pequeño museo al aire libre.

(1) La relación de estos trabajos ha sido publicada por el mayor Arturo Bagnold con tres dibujos de Mr. Wallis y algunos croquis, *Account of the manner in wich two colossal statues of Rameses II at Memphis were raised* en los *Proceedings of the Society of Biblical Archaeology*, tomo X, pág. 452.

Los árabes lo denominan *Abú l' Hol*, el padre del espanto, como al gran esfinge. Ignoro lo que acerca de él piensan hoy que está guardado bajo llave, pero cuando estaba al aire libre les inspiraba verdadero miedo. Los antiguos egipcios creían que las estatuas, humanas y divinas, estaban animadas por un espíritu, por un *doble* desprendido del alma del personaje que representaban: este *doble*, que comía, bebía, hablaba en caso de necesidad y pronunciaba oráculos, ha sobrevivido á la religión y á la civilización del antiguo pueblo, pero los cambios que á su alrededor han ocurrido parece que le han agriado el carácter, pues le gusta dar algunos disgustos á los que se le acercan, á quienes vuelve locos y á veces mata. Los escritores árabes conocen mil historias de gentes á quienes costó cara la imprudencia de aproximarse á un monumento y al espíritu que lo guarda: el medio de hacer impotente á ese *afrite* es romper la estatua, si no entera, por lo menos el rostro de la misma; por esta razón hay tantos Faraones con las narices rotas ó los semblantes estropeados hasta el punto de no parecer figuras humanas. El espíritu de Ramsés II se paseaba en el bosque de palmeras durante la noche, y no era prudente aventurarse en sus dominios después de la hora del crepúsculo, así es que cada vez que yo tenía necesidad de pasar por allí al ponerse el sol, mi burrero murmuraba oraciones y arreaba á su asno. Una noche en que le pregunté si tenía miedo de algún *afrite* me suplicó que me callara, asegurándome que era malo hablar de estas cosas y que me sucedería alguna desgracia si seguía la conversación comenzada, y en efecto, mi asno tropezó en medio del bosque y me arrojó contra un tronco de palmera con tal fuerza, que si el burrero no me hubiese aguantado y contenido el golpe, hubiera sido fácil que me hubiese roto la cabeza. Desde entonces, cuando se hablaba del peligro que entrañaba el hablar con poco respeto del espíritu que vivía dentro de la estatua, se citaba siempre lo que me había acontecido.



Fig. 2. El coloso desenterrado

Todo el Egipto está lleno de análogas supersticiones, derivadas las más de ellas de las antiguas creencias transmitidas de generación en generación desde el tiempo de los Faraones constructores de pirámides.

G. MASPERO,
del Instituto

(De *La Nature*)



Fig. 1. Prestidigitador presentando la jaula

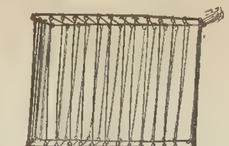


Fig. 2. Jaula articulada de alambre de latón

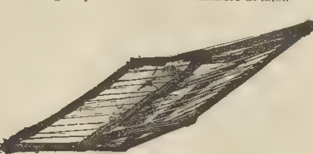


Fig. 3. Aspecto de la jaula en el momento en que el prestidigitador la introduce en su manga



Fig. 4. Demostración del escamoteo de la jaula

ESCAMOTEO DE UNA JAULA Y DE UN PÁJARO

Se enseña á los espectadores una jaulita conteniendo un pájaro vivo y se les dice que se va á escamotear. En efecto, á la voz de *una, dos, tres*, la jaula y el pájaro desaparecen con tal rapidez que la vista más perspicaz no puede notar la desaparición.

Para hacer este juego de manos, el prestidigitador se ata una cuerda al brazo izquierdo: se la hace subir por la manga del frac ó levita, se pasa en seguida por la espalda entre la levita y el chaleco y se la baja por la manga hasta la mano derecha Para calcular su longitud se apoyan los codos contra el cuerpo (á la altura de la cintura), y estirando la cuerda hasta el extremo de la mano derecha, se le hace en la punta una lazada al nivel del borde de esta manga. A esta lazada se adapta el gancho que hay en uno de los ángulos de la jaula. Esta, hecha enteramente de alambre de latón y parecida á una jaula ordinaria, es sumamente flexible y se dobla sobre sí misma aplanándose por completo.

Si se alargan de pronto los brazos hacia delante el desarrollo producido por el cambio de posición de los brazos hará entrar bruscamente la jaula, que se doblará por sí misma, en la manga derecha. Queda entendido que se mete un pájaro vivo en esta jaula, cuyos ángulos se habrán guarnecido de una tela flexible, para disimular los empalmes de los alambres de latón. Si la jaula está bien construída el pájaro no corre riesgo alguno. El prestigitador Dicksonn, autor de este juego, asegura que lo ha hecho centenares de veces con el mismo pájaro.

NOTICIAS VARIAS

DESTRUCCIÓN DE LA ISLA DE SANGUIR

Hace poco tiempo ha ocurrido en Oceanía un cataclismo espantoso. En la isla de Sanguir, situada entre Mindanao, que como nadie ignora, es la más meridional de las Filipinas y el punto más septentrional de la isla de Célebes, ha tenido lugar una erupción del volcán de Abu el 7 de junio último. Una copiosa lluvia de cenizas ha caído sobre un vapor holandés que navegaba por aquellas aguas y compactas nubes de polvo negruzco ocultaban el horizonte. Cuando el viento despejó la atmósfera, la parte Noroeste de la isla Sanguir había desaparecido; la erupción de cuyos estragos pudo escapar aquel vapor, sepultó 2.000 habitantes, y todas las cosechas se han perdido.

La atmósfera estaba saturada de vapores sulfurosos; las costas de la isla de Célebes sembradas de restos de toda clase. Es de notar que á principios de este año sufrió bastante la isla de Luzón á causa de las erupciones volcánicas, y que la Malasia es la región de los terremotos.

La isla de Sanguir ó Sangi está situada á los 3° 43' lat. N. y 129°, long. E. de Madrid. Tenía 35 kilómetros de largo por 13 de ancho; su principal población, llamada Tarum, ofrece buenos fondeaderos. El interior, muy fértil, está atravesado por una cadena de montañas que termina al N. en un elevado volcán. Esta isla había sido ya asolada en 1856 por un terremoto.

La Malasia ha sido con frecuencia teatro de espantosos cataclismos plutónicos; en 1772 desaparecieron 40 pueblos de la isla de Java; en 1815 perecieron 12.000 personas en Sumbava, y en 1883 la erupción de Krakatoa (isla situada entre Sumatra y Java) sepultó muchas islas, destruyó gran parte de la costa de Bantam en Java y fué causa de la muerte de 40.000 personas.

***

LÍMITES ENTRE COLOMBIA Y VENEZUELA

Cuando en 1831 Colombia y Venezuela, que antes formaban parte de la misma confederación, se separaron, los territorios situados en el ángulo formado por la confluencia del Meta y del Orinoco fueron reclamados por los dos Estados como dependientes en tiempo del coloniaje español, ya del virreinato de Bogotá (teoría de Colombia), ó ya de la capitanía general de Caracas (teoría de Venezuela); mientras se arreglaba el litigio, Venezuela continuó ocupando el territorio disputado. El 14 de septiembre de 1881 fué designado como árbitro el rey de España Alfonso XII, el cual nombró en 19 de noviembre de 1883 una comisión con el encargo de examinar los derechos de ambas partes: después de la prematura muerte de dicho monarca, se decidió (15 de febrero de 1886) que su sucesor continuaría ejerciendo las funciones de árbitro. El 16 de marzo de 1891 se dió la sentencia arbitral concediendo la razón á Colombia, y este año se ha puesto en ejecución. La nueva frontera sigue el curso del Orinoco más allá de la confluencia del Meta hasta el Atabapo y luego la corriente de este río; en seguida pasa á la población de Guzmán Blanco y sigue la corriente del río Negro hasta la frontera brasileña. Colombia obtiene también el territorio comprendido entre Aranca y el Meta y en la costa la región situada al Norte de la punta Peret. De todo el territorio en litigio, Venezuela sólo conserva el país comprendido entre el Atabapo, el Orinoco, el Casiquiare y el Negro.

***



ESTUDIO, escultura de D. Baldomero Cabré

LA PESCA DEL BACALAO EN LAS ISLAS LOFFODEN

La pesca del bacalao, una de las más importantes de Noruega, ha durado desde el 16 de enero hasta el 19 de abril. Durante este período se han pescado 21 millones de bacalos, de los cuales se han salado 18.900.000 y secado los restantes. La cantidad de aceite que de los hígados se ha extraído ha ascendido á 22.700 hectolitros. Sesenta y una fábricas de aceite, de ellas 46 en tierra firme y 15 flotantes, han producido 18.200 hectolitros de aceite medicinal. Para utilizarlas como abono de las tierras se han apartado 16.800.000 cabezas de peces. El valor total de estos productos ha llegado á 6.700 000 coronas (cada corona vale una peseta 39 céntimos) Además se ha consumido en el sitio mismo de la pesca un millón de bacalaos.

La escuadrilla de pesca de las islas Loffoden se componía de 7.281 barcos tripulados por 30.378 hombres.

Si en una sola región y en un solo año son estas cifras tan importantes, calcúlese á cuantos millones ascenderán los bacalaos que anualmente se pescan en Islandia, Terranova, Escocia y sus islas, las Feroe y otros puntos, así como lo asombroso de la fecundidad de esa utilísima especie de pez.

***

FABRICACIÓN DE LAS MÁQUINAS DE COSER

No hay que remontarse muy atrás en la historia de la industria moderna para ver aparecer en ella las primeras máquinas de coser; y sin embargo, esta fabricación ha adquirido hoy un desarrollo verdaderamente extraordinario Para dar una idea de ella, citaremos una cifra relativa á la fabricación diaria de un taller especial de esta clase, instalado en Elisabeth, Nueva Jersey, Estados Unidos; este taller entrega diariamente á la venta 1.500 máquinas enteramente terminadas, lo que equivale á decir que se construyen dos máquinas y media por minuto, siendo diez las horas de trabajo. Suponiendo que se trabaje trescientos días al año, resultará que esta fábrica produce 450 000 máquinas de coser, siendo de advertir que la compañía á la cual pertenece posee otros muchos establecimientos.

***

INFLUENCIA DE LA LUZ EN LAS HOJAS

La influencia de la luz ó de la obscuridad en la estructura de las hojas es muy perceptible; así es que en un mismo árbol se advierten diferencias apreciables entre las hojas de la periferia expuestas á la luz, y las del interior de la masa foliácea, sometida, por el contrario, á una obscuridad relativa. De igual modo, las hojas de una misma especie de planta cultivada á la sombra ó al sol presentan diferencias muy marcadas. Sufre asimismo cierta modificación la función fisiológica de las hojas que reciben luz directa ó no. La clorofila no descompone el ácido carbónico con la misma actividad en las unas que en las otras: las hojas sometidas á la influencia directa de la luz ejercen una acción más intensa.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 26 de septiembre de 1892 — Núm. 561



Huelva. - Misa de campaña celebrada el 1.º de agosto último en la plaza de San Pedro
(De fotografía de D. Diego Pérez Romero, de Huelva)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

El cólera se trueca poco á poco en una enfermedad endémica. Venía otro tiempo descargándose, como terrible azote, sobre nuestras espaldas, por excepción; y ahora, sin perder la intensidad propia de su carácter destructor, cuando en cualquiera población se arraiga y ceba, no corre con el contagio de otros días ni con aquella gradual regularidad. Indudablemente certificado ya por la ciencia europea que no provienen del aire los contagios coléricos, sino que provienen del agua, con este líquido, y solamente con este líquido, precisa relacionar, así el estudio de su existencia, como el estudio de su medicación. En lo infinitamente pequeño, en lo imperceptible, allá donde no puede penetrar la humana vista con sus fuerzas naturales propias, hállanse los gérmenes de mal tan terrible como el que cien veces atribuló á la mísera humanidad y pudrió nuestro misérrimo mundo. Lo hemos visto extenderse por el mar Caspio; difundirse por las corrientes del Volga; entrar en los océanos del Norte con estas corrientes, y por los océanos del Norte pegarse á las ciudades, como Hamburgo, Amberes, el Habre, y á desembocaduras de ríos, como las desembocaduras del Escalda y de ese turbio Sena, muy alabado por el Emperador Apóstata un día, y emponzoñadísimo ahora, ¡parece imposible!, por el exceso de vida que traen á una consigo los excesos de la industria. El microscopio nos ha revelado los medios en que tal calamidad se origina y alimenta. Lo que antaño se llamó miasma, llámase ogaño microbio. Los Colones de tal mundo invisible han sido en Alemania Kock, en Francia Pasteur, en España Ferrán, descubriendo las animadas partículillas cuyas animaciones súbitas y cuyos movimientos vertiginosos nos matan. El bacilo vírgula se mueve dentro de una gota como pudiera moverse la ballena dentro del Océano. Y encontrada esta causa del mal, hay quien cree que puede contrastarse con medios análogos á los empleados contra la viruela, que nos aseguren la completa indemnidad. Así el virus anti-rábico presentado á la medicina por un sabio como Pasteur; así el virus anti-colérico presentado por un sabio como Ferrán; así el virus anti-tubercoloso presentado por un sabio como Kock y marrado desde sus primeros ensayos. Bien es verdad que toda esta ciencia se halla en sus comienzos, y por ende sujeta de suyo á las imperfecciones y á los engaños connaturales á todas las tentativas. Por esto causa risa general y se atribuye al amor de los yankees por el reclamo la infusión de microbios vírgulas que acaba de recibir un corresponsal del *New-York Herald*, contada con el misterioso viaje de los animalillos por todo su cuerpo, y especialmente por los intestinos, con un realismo tan asqueroso, que levanta el estómago y promueve náuseas. La verdad es que al descuido crecen los microbios, como los hemos visto crecer en Hamburgo al abandono de sus autoridades, en el temor de los primeros días á una perturbación del comercio; pero si se los persigue con actividad desde su aparición en los viveros respectivos y se los extermina por una sabia higiene y por medio de unos eficaces desinfectantes, mueren, como han muerto en germen doquier han encontrado un sabio ataque de la experiencia y de la ciencia.

II

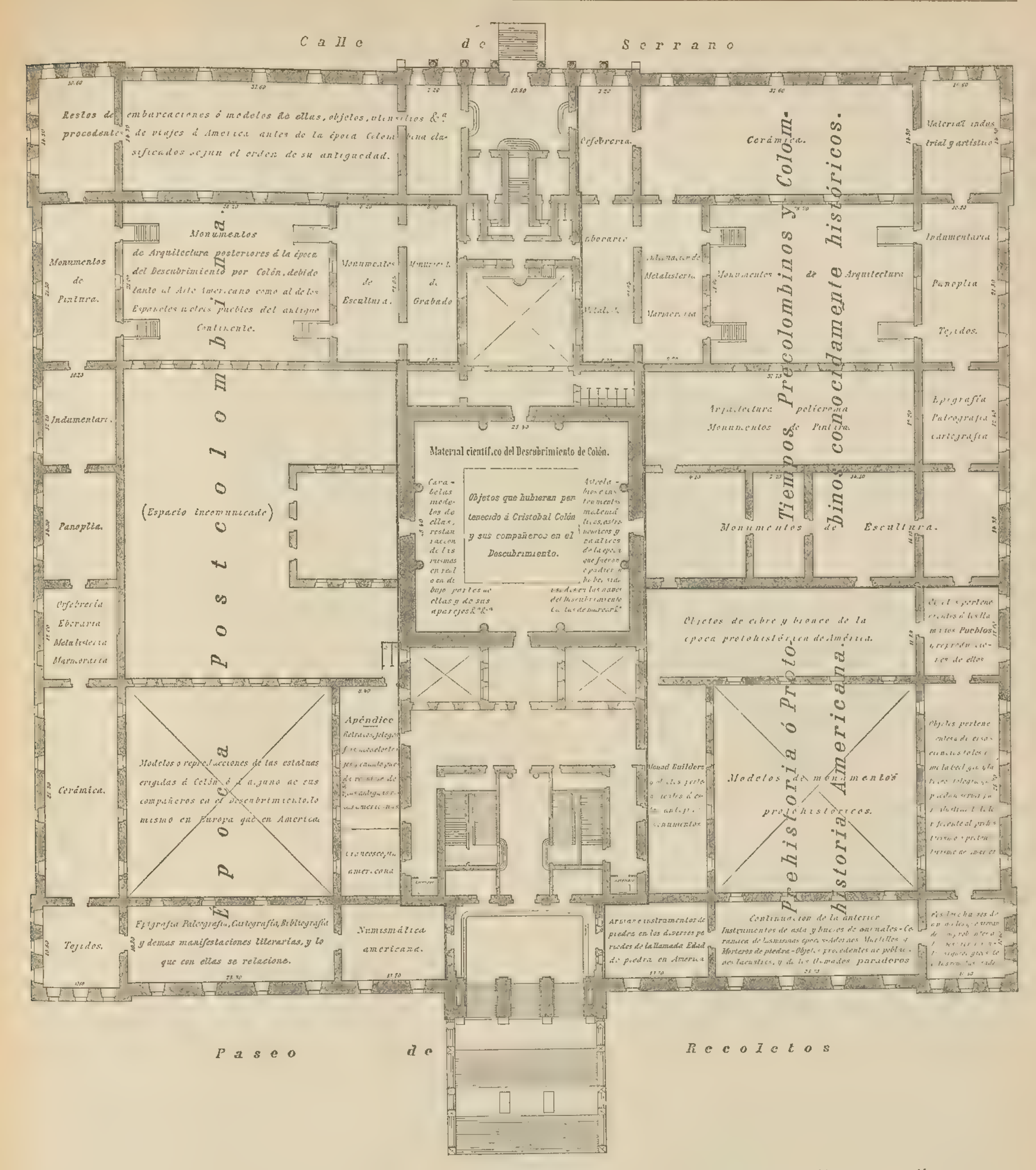
Nadie nos gana en querer los derechos de la razón y de la ciencia; pero siempre nos opondremos á que la ciencia se convierta en una religión aspirando á culto intolerante y ciego. Así no puedo comprender que haya el gobierno francés pretendido quitar el signo de la cruz en el panteón de París, por amor á la ciencia y á la libertad, como si pudiese haber símbolo de la emancipación humana superior al patíbulo del esclavo coronando las cumbres del espíritu y del mundo moderno por haberlo santificado la divina sangre de un redentor como Cristo. Ciego declaro, pues, á quien desconozca las relaciones y correspondencias existentes entre la filosofía y los Evangelios, entre los Evangelios y la revolución. Ya podéis buscar en la Historia Universal un signo de idealidad democrático: no encontraréis ninguno ni en holocaustos como el de Catón, tan estoico, ni en puñales como los de Bruto y Casio, tan republicanos, comparable al sublime altar de nuestra redención. La cruz recuerda siempre á Cristo y á Espartaco. Imposible parece, dados los antecedentes reaccionarios de la Compañía jesuítica, que tuviera mayor acierto ésta en expresar el vínculo entre la religión y la ciencia que todo un Estado tan ilustre y sabio como el Estado francés. Paseábame yo en julio último por los valles de Azcoitia y Azpeita, donde campea el rico monumento levantado por la compañía en torno de la solariega casa donde naciera Loyola, el fundador de su orden. Sobre la rotonda, no tan esbelta como la hermosísima del panteón parisiense, pues parece aquélla una tinaja del Toboso, han puesto los Padres el pararrayos de Franklin junto á la cruz de Cristo. Sabedores de física, y muy sabedores, aunque no tanto como de política y economía, los buenos jesuitas colocan la punta del platino un poco más alta que la cruz del Salvador, lo cual prueba su mayor confianza en los milagros perpetuos de la ciencia que en los milagros accidentales de la religión; pero hanlo hecho con disimulo tal, que para conocer esta prueba de su culto á la razón, por lo menos para echarla de ver y advertirla, se piden ojos tan sumamente anti-jesuítas y tan acostumbrados á mirar las finezas diplomáticas del batallón de Jesús cual estos ojos pecadores míos. ¿Por qué no habrá puesto el gobierno francés en alturas idénticas la ciencia y la religión como han hecho los jesuítas de Loyola nada menos? Imposible comprender tanta ceguera. En todas las cosas lo inoportuno es malo; pero en ninguna cosa daña tanto lo inoportuno como en política. Y los republicanos franceses, mis correligionarios y amigos, alardean de tamañas puerilidades impías al momento mismo en que las Encíclicas del Papa les robustecen la República, llevándole por lastre los elementos conservadores indispensables á todo gobierno en esta época de bandas y sofisterías comunistas. Hallárame yo en el pellejo de los republicanos franceses, y todo me parecería poco para demostrar que si el cristianismo es de suyo democrático, la democracia es de suyo cristiana, pues no hay sino ver cómo los monárquicos impenitentes, cual Casagnac, proceden ahora con los monárquicos á la República conversos por obra de León XIII, para convencerse del paso dado por las instituciones republicanas tan preferidas por nosotros y del sólido inconmovible cimiento donde acaban de asentarse, no sólo designadas por la voluntad, esclarecidas por la conciencia nacional. Pocas veces os hablo en estas Revistas de los viajes del presidente de la República, si carecen de importancia; pero habiendo ido ultimamente Carnot, con ocasión de unas maniobras militares á Poitiers, y habiéndole dicho en elocuente arenga el obispo de la diócesis cómo el cristianismo lleva en sus dogmas celestiales todos los gérmenes más puros de la democracia universal, no he podido menos que decir: he ahí un aprovechado viaje.

III

Todos habrían de asociarse al recuerdo cuyo primer centenario ahora celebra París, al recuerdo del establecimiento de la República; siendo así esta festividad, no de secta ó cofradía para nosotros los republicanos viejos y de la víspera, de todos los pueblos redimidos, de toda la humanidad prosperada por este día solemne. En efecto, el 21 de septiembre, año mil setecientos noventa y dos, la Convención se reunió en París y declaró abolida la Monarquía; el veintidós reemplazó á la Monarquía la República. El hecho pasó á derecho. La clave de todos los privilegios quedó rota, y cayeron sus pedazos carcomidos á los pies de la nación soberana. Desde aquel entonces las monarquías se trocaron en nacionalidades; y las nacionalidades trajeron á una consigo el gobierno de cada ciudadano por sus derechos personalísimos y el gobierno de todos por una soberanía colectiva é inmanente, llamada soberanía nacional, complemento y corona de la independencia nacional. Así no debe maravillarnos el esfuerzo empleado por los representantes del privilegio, de la casta, del principio hereditario, que convertía los Estados en predio y los hombres en rebaños, contra esta increíble aparición de los pueblos transfigurados en sus sacrosantos derechos. Corrieron los machuchos ejércitos de las viejas monarquías á las fronteras y fueron vencidos en Yemmampes y en Valmi por los voluntarios franceses, legión y coro al mismo tiempo; pues si con las manos esgrimían la bayoneta contra los siervos que peleaban por los reyes, con los labios entonaron la Marsellesa, el *Te-deum* de la democracia y de la libertad, que acabó con la servidumbre y aterró al despotismo. Tales combates reprodujeron las glorias de Grecia y evocaron los épicos recuerdos de Marathon, de Platea, de las Termópilas, pues en unos y otros encuentros luchaban la libertad y la tiranía. Entre los helenos la honra y entre los asiáticos la fusta. ¡Oh! Aquella puntiaguda lanza griega clavábase con furor en la esclava carne, cual si tuviese animación y fuerza, como las de un organismo defensor de sus héroes. Al aliento moral de los libres petrificábanse bajo sus cadenas los siervos. Parecían los pocos, muchos por la superioridad intelectual y moral; mientras los muchos, pocos por la escasez de sus fuerzas materiales, paralizadas bajo la mecánica del despotismo. Al ver á los griegos, como atletas de los juegos ístmicos y olímpicos, con sus lanzas de oro en el puño, sus escudos reverberando la clara luz del cielo al brazo, sobre la cabeza su corona de verdaderos héroes ó sea su multicolor cimera, en actitudes artísticas, mejor dicho, escultóricas, creeríaislos dioses que hubiera tallado el cincel de Fidias, reunidos en falanges armoniosas por una especie de animación á ellos comunicada desde las cumbres ideales de una poesía inmortal. Pues así como los helenos de Platea y Salamina combatieron á los reyes asiáticos, los franceses, tanto de Yemmampes como de Valmi, combatieron á los reyes de Europa, y han dejado el mismo rastro de luz en la inmensidad de los tiempos y los mismos afectos de gratitud en el corazón de la Humanidad. Así no me maravilla ni extraña que se haya engalanado el Panteón y reunídose un cuerpo gigantesco de coros para bajo las bóvedas del templo de la gloria entonar el coral sublime, á cuyos acentos cayeron de sus altares amasados con humana sangre y sostenidos sobre las espaldas de los siervos aquellos ídolos que habían bajo su peso abrumado la tierra y obscurecido el cielo con sus diademas de tinieblas. ¡Francia, Francia, por estos grandes días creadores, brillas como un sol espiritual en el foco á cuyo alrededor forman sus eclipses todas las ideas progresivas, y esclareces todas las conciencias, siendo el ideal de la Humanidad, quien jamás consentirá la extinción de tu luz vivificante y de tu verbo creador, pues equivaldría con seguridad á un demente suicidio!

IV

Lástima grande que no pudiéramos llevar el calor y la luz del principio revolucionario hasta los últimos extremos de la Humanidad y hasta los últimos confines de la tierra. Con él, con su aliento de vida y con su numen de progreso, así como hemos abolido la esclavitud, aboliríamos la guerra. Pero ¡ay! existen regiones múltiples, á cuyos entenebrados senos jamás descienden los rayos del espíritu moderno, como existen abismos terráqueos, donde no penetran los rayos del diurno sol. Ahí tenéis el Oriente por ejemplo. Todavía se levanta en pueblos recién emancipados, como Bulgaria, la horca política, y todavía se demuestra en célebres procesos como hay asesinos pagados que aperciben y asestan sus puñales al pecho de los primeros ministros y de los altos reyes. Así todo esto expide los miasmas generadores de la guerra universal y esta guerra universal podría detener el camino de la humanidad por todo un siglo y frustrar el centenario de la República conmemorado en estos días críticos. Y no solamente Bulgaria, en la Europa oriental, relampaguea guerra; la relampaguea por el centro de Asia también una región de suyo tan misteriosa como el altísimo Pamir. Al continente asiático se le denomina por todos los geógrafos el continente de las altas planicies y de las grandes mesetas. Entre todas ellas no hay ninguna que pueda exceder en altitud material y en importancia militar á la meseta conocida con el nombre de Pamir, la cual, formando un verdadero ángulo con el Tibet, compone aquel territorio llamado en geografía el techo de la tierra, que, desde tiempo inmemorial, ha despertado grandísimo interés y puesto á muchas gentes ganosas de recorrerlo y dominarlo en bélicos trances. El poema fabuloso tejido en torno de Semíramis, al Pamir se refiere, llamado Bactriana por otros tiempos, á lo menos una de sus vertientes. Por el Oxo, río de sus afluencias, penetró Alejandro en la India, cuando sus excursiones maravillosas, y en sus senos intentó la fusión de todos los pueblos. Durante la Edad media lo recorrió Marco Polo, y las descripciones hechas por aquella fecundísima musa del viajero, tan hechicera y seductora, siglos más tarde por completo deslumbraron á Colón y le impelieron en los mares nunca explorados hacia el encuentro con una creación virgen y nueva. Dada esta importancia, tocándose las dos cordilleras más altas de Asia en su seno, con el Turquestán á un lado y con el Afghanistán al otro; tendiendo sus vertientes al mar interior que se llama Caspio y al golfo exterior que se llama Pérsico; presidiendo de un lado al Tibet y del otro lado al Himalaya; fuente de aquel río llamado desde tiempo inmemorial Osco, por cuyas riberas iban los comerciantes italianos y griegos



Planta de la Exposición Histórico-Americana próxima á inaugurarse en el edificio destinado á Biblioteca y Museos nacionales de Madrid, en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América

en pos del país sérico, productor de la seda, indispensable á las primeras ostentaciones del moderno lujo, excusamos decir cómo requerirían territorio semejante por un lado los sultanes de Teherán y de Cabril, por otro lado los emperadores de China y los régulos de India, teniendo cada cual tras sus respectivos requerimientos las dos potencias formidables, una de ellas la primera en tierras, otra la primera en mares y costas del planeta, Rusia é Inglaterra, las cuales han de chocar tarde ó temprano en el espacio incendiándolo y ensangrentándolo, por esa fría y desnuda Tartaria. Lo cierto es que un capitán ruso, conocido con el nombre de Yanoff, anda por sus espacios, y estas andadas traen á muy mal traer desde Londres hasta Pekín á las gentes que se creen revestidas de algún derecho sobre Mogolia y los mogoles. Aprovechan los únicos cuatro meses en que permite la Naturaleza una exploración por aquellos desiertos de nieve, trocados en praderas estivales ahora, los rusos, y gritan á más gritar con este motivo desde los emperadores celestes hasta los reyes indios y desde los monarcas pérsicos hasta los sultanes afghanos, á pesar de que Rusia cohonesta su acaparación lenta y gradual de tales territorios con el eterno pretexto de sabias exploraciones científicas. Y como le digan sus competidores al czar que les asombra una expedición sabia tan provista de armas y tan compuesta por soldados, el requerido se defiende tras la imposibilidad completa de hacerlos volver sin quebrantar su autocrático prestigio y su autoridad sobre aquellas indómitas y pendencieras tribus. Además, dueños los rusos del Kokhán, de aquellas montañas por cuya posesión definitiva tanto lucharan en las riberas del Caspio y en los desfiladeros del Cáucaso, créense con derecho al Pamir y sus mesetas, siquier protesten todas las tropas inglesas esparcidas desde los montes cachemiros hasta las bocas del Ganges. ¡Dios quiera que todo esto no desencadene una terrible guerra entre rusos é ingleses, ahora que celebramos el primer centenario de la república francesa y el cuarto de la invención americana, cuando por la mercantil y artística Génova se han reunido las escuadras del mundo en honor á Colón, y sobre la boca de los cañones únicamente se veían guirnaldas de olivo y mirto, mientras por las noches en lo alto, confinando con las estrellas, un letrero en luces eléctricas que decía: Paz!

Madrid, 21 de septiembre de 1892

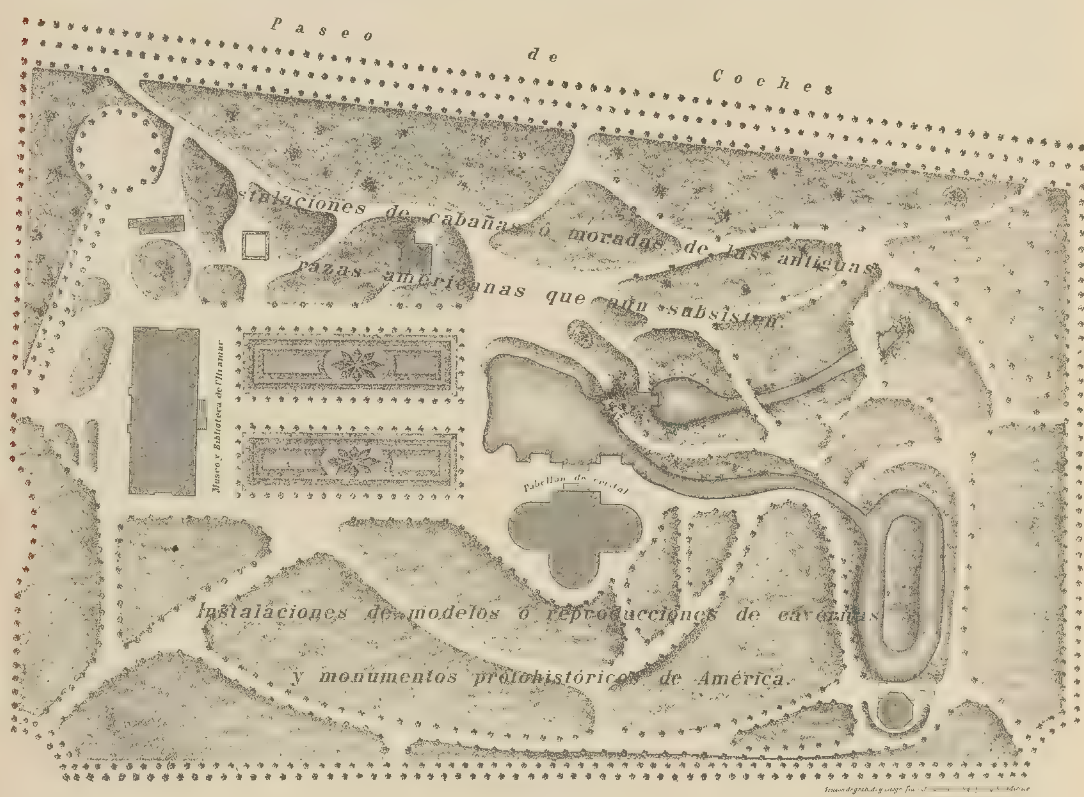
LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA

Una de las ideas primeramente emitidas para contribuir á la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, y uno de los primeros proyectos más pronto llevados al camino de su realización, ha sido el de reunir en grande Exposición histórica los documentos más importantes que pudieran relacionarse con el continente americano y con sus principales descubridores.

Y á decir verdad, nada inventó el que presentó el proyecto, pues trátase sólo de una repetición de otra muestra parecida, efectuada hace exactamente once años, ó sea por el mes de septiembre de 1881. Entonces se reunió en Madrid el cuarto Congreso de Americanistas, y con tal motivo el Gobierno español se creyó en el deber de ofrecer al examen y estudio de los de la Historia; esta docta corporación y varios otros centros oficiales. El rey D. Alfonso XII, que había inaugurado el Congreso de Americanistas en el Paraninfo de la Universidad Central, envió á la muestra americana algunos objetos del real patrimonio, y además aportaron á ella importantes y numerosas contribuciones varios particulares españoles, entre los cuales merecen ser citados los Sres. duques de Veragua, Moctezuma y Osuna, el conde de Guaqui, Rodríguez-Ferrer, González Velasco, Herreros de Tejada, Jiménez de la Espada, Fita, Rico, Fernández Duro, Tró y Moxó, Samper, etc.; agregándose á éstos los nombres de los coleccionistas extranjeros señores Barber de Filadelfia, Bamps de Bruselas, Cerveaux de Alsacia, Pacheco Segarra del Perú y Astur de Berlín. Sin embargo, debe consignarse que á pesar de existir en varias localidades de España numerosas colec- tación de la vida de muchas razas y pueblos de aquel vasto continente.

La sección histórica de la Exposición fué, por el contrario, riquísima en recuerdos de los descubridores y conquistadores. En ella figuró la numerosa colección de cartas y documentos de Cristóbal Colón que posee el duque de Veragua; el retrato del gran navegante que acababa de descubrirse en la Biblioteca Nacional y que desde entonces es tenido por el más auténtico de cuantos existen; las reales cédulas originales que se expidieron para el descubrimiento, y algunos libros, que como el de la *Cosmografía* de Ptolomeo, impreso en Roma en 1478, tiene en su primera hoja un versículo de los Salmos de David, escrito de mano del almirante y suscrito con su original signatura.

De los demás descubridores y conquistadores, Pi-



Planta de la Exposición Histórico-Americana, próxima á inaugurarse en el Parque de Madrid para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América

sabios extranjeros los recuerdos más interesantes que conservamos de Colón, de sus compañeros, de sus sucesores y de las tierras por todos ellos recorridas por vez primera en los últimos años del siglo XV y en los que marcaron las mejores revelaciones y conquistas del subsiguiente siglo XVI.

Utilizóse entonces para el objeto los anchos patios y las hermosas galerías superiores del palacio que en la plaza de Santa Cruz ocupa el Ministerio de Ultramar, en el local que fué antes Audiencia y Chancillería de la corte: y aprisa, como siempre solemos hacer aquí las cosas, con instalaciones tan rápidamente improvisadas que apenas pudo meditarse su mejor colocación, con grandes lagunas que hubieran podido fácilmente salvarse y con no pocos apuros de los que se salió como se pudo, abrióse la Exposición que entonces constaba de dos secciones: una prehistórica ó protohistórica, como ahora se dice, y otra sencillamente histórica; tomando como punto de partida para la división de estas dos secciones la fecha del descubrimiento de América.

Contribuyeron á aquella Exposición principalmente los Museos Arqueológico, Naval, de Ciencias y de Artillería, de Madrid; el Archivo Histórico-Nacional, instalado en la planta baja de la Academia ciones de objetos americanos, sólo se presentaron en la Exposición algunas de las que radicaban en Madrid.

La primera sección, ó sea la prehistórica ó precolombina, era sumamente incompleta. En ella figuraron los seiscientos hermosos vasos peruanos que posee el Museo Arqueológico Nacional, la colección de antigüedades cubanas del Sr. Rodríguez Ferrer, las colleras y figuras monstruosas de la isla de Puerto Rico que presentó el Sr. D. Cecilio de Lora, los dos fragmentos del Códice Maya, entonces pertenecientes á distintos propietarios y ahora reunidos por el Gobierno en el Museo de la calle de Embajadores, y los varios objetos recogidos por la expedición enviada al mar Pacífico, tales como momias de indios peruanos, cabezas reducidas de guaranis, cráneos artificialmente deformados de otras razas, tejidos, adornos, armas, efectos de mobiliario, ídolos, instrumentos de agricultura, de cirugía, de música, piedras labradas y esculpidas del palacio de Uxmal y otros antiguos edificios, y algunos otros elementos de estudio, que sin embargo no pudieron dar en su conjunto una idea perfecta de las diversas civilizaciones precolombinas que existieron en América, porque fueron deficientes hasta el extremo de faltar por completo la represen- zarro, Cortés, Magallanes, Cano, Mendoza, etc., figuraron armas, banderas, broqueles; autógrafos y retratos también, que en galería iban presididos por los de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, patrocinadores del navegante genovés.

Una de las secciones más importantes de esta Exposición fué la de cartas de marear, mapas y planos diseñados sobre pergaminos con vivísimos colores, oro, plata, y bizarras figuras de bajeles, ciudades, banderas y monstruos marinos, que tan poderosa influencia ejercían en los amantes de las ciencias geográficas de hace tres y cuatro siglos. Allí figuraban las colecciones que posee la Real Academia de la Historia, las de la Sociedad Geográfica y las de don Manuel Rico, dedicado hace muchos años á reunir estos elementos tan importantes para la historia de la navegación. Allí se veía, y él solo habría bastado para dar importancia á la sección, el famoso mapa donde el piloto de Colón Juan de la Cosa trazó en el año 1500 por vez primera y en forma rudimentaria el contorno de la tierra nueva, formando un verdadero monumento geográfico.

Mucho vale esta joya; pero quizá, como mi buen amigo Jiménez de la Espada indica en su introducción al libro oficial titulado *Relaciones geográficas de*



COQUETERÍA, cuadro de R. Epp

Indias, no compensa las muchas que hemos perdido y que enumera en parte. «¿Qué ha sido, dice, de las cartas de Cristóbal Colón, de las pinturas de tierras que habían de acompañarlas y del libro que confió á los Reyes Católicos? ¿Qué de los diseños de Ojeda, Pinzón, Américo, Guerra, Bastidas, Solís, Cabot, Velázquez, Cortés y Grijalba? ¿Dónde paran el mismo Padrón Real; el mapa de Antonio de Morales; la pintura y dibujo de la Española por Ovando; el bosquejo hidrográfico de la Vitoria Garayana y bocas del Mississipí con sus cuarenta pueblos, trazado por los pilotos de Garay en 1519 y presentado al emperador; la figura de los descubrimientos del Mar Dulce, ofrecida por Andrés Cereceda á dicho monarca en 1524; la ofrecida al mismo por Luis de Cárdenas en 1527, representando la Nueva España dividida en cuatro partidas de cuatro grandes señores que la gobernaban, una desde Champotón á Chinantla, otra de Chinantla á la raya de la Tuspa, otra de la raya de la Tuspa al río de las Palmas y otra desde aquí á Poniente?» Es en esta sección donde la ciencia americanista ha debido sufrir mayores pérdidas por causa de los efectos del tiempo y de la incuria de los hombres.

Finalmente, la sección de obras raras y curiosas y la de manuscritos eran tan abundantes como ricas; y la sección de lingüística comprendía obras desconocidas sobre las lenguas aymara, brasileña, caraibe, cumana, mexicana, moxa, quichua, othoni, pame, tupi y otras, perdidas enteramente unas y apenas conservadas otras por los restos de las antiguas tribus que la civilización ha estrechado entre los riscos de los Andes.

El *fiat* creador del hombre quiere resucitar nuevamente estas razas americanas, con sus ciencias, sus artes, sus industrias y las demás manifestaciones de su vida nacional, exhibiéndolas en el edificio empezado hace más de treinta años en el paseo de Recoletos con destino á Museo y Biblioteca nacionales, y ahora apenas terminado tras interrupciones de muchos años y prisas de algunos meses. Allí, en la extensa planta baja de la casa aceleradamente habilitada, se realizará el programa que la Junta directiva del Centenario aprobó en su sesión del día 31 de enero de 1891, repitiendo con escasas variantes el plan de la Exposición inaugurada en 1881 en la Real Chancillería de Madrid.

Sólo que esta vez la preparación ha sido mucho mayor y los elementos allegados resultarán más numerosos é importantes. Juntas locales se han constituído en todas las poblaciones de España, aunque hasta la hora presente no se conoce el resultado de sus esfuerzos; pero en el extranjero se ha encomendado la misión de propaganda á nuestros agentes diplomáticos, y éstos han conseguido interesar en el éxito del certamen colombino, no sólo á las Repúblicas americanas, cosa por demás natural y corriente, sino que en la misma Europa han logrado que vengan tesoros hasta ahora ocultos en el fondo de archivos que se tenían casi por impenetrables.

La clasificación de los objetos que deben formar parte de la nueva Exposición ha sido ordenada bajo el mismo plan antiguo, estableciéndose la gradación que marque la vida de los pueblos americanos desde los obscuros períodos en que alborea la historia hasta los monumentos y objetos de civilizaciones adelantadas en los tiempos conocidamente históricos. Siguiéndose este criterio se ha dividido su contenido en tres grandes series: una en que se comprendan todos los monumentos y objetos de la protohistoria americana: otra que comprenda los tiempos históricos hasta el trascendental descubrimiento de América por Colón y los españoles, y otra la del descubrimiento y de las conquistas, y por lo tanto de las influencias españolas y europeas hasta mediados del siglo XVII. Y como punto de enlace entre el período anterior al descubrimiento y el posterior, se ha creído deber formar un grupo especial con todo lo relativo á los viajes anteriores á Colón, y en particular al del descubrimiento por éste y los españoles, que fué el que produjo el suceso histórico cuya importancia hoy se conmemora.

La nave y parte central de la Exposición contendrá este grupo coetáneo del descubrimiento de que acabamos de hablar, mientras que en las dos secciones laterales se agruparán los objetos anteriores y posteriores á dicho descubrimiento. Una sección mostrará las dos series primeras, es decir, la protohistoria americana y la de los tiempos conocidamente históricos, empezando con todo lo concerniente á los primeros indicios y huellas del hombre, en las cavernas, en los monumentos megalíticos, en las poblaciones lacustres, en los utensilios y armas de aquella época primitiva, así en la llamada edad de piedra, como en la del cobre y bronce, y seguirá hasta el período de los adelantos de los pueblos americanos en el arte y en la industria cuando se vieron sorprendidos por las naves de los marinos de Occidente. Pocos son los objetos que España posee de esas épocas, ya conocidos por anteriores exhibiciones y muestras en los Museos; sin embargo, es de creer que las naciones de América enviarán crecida contribución que sirva de estudio completo y acabado en lo posible del período que se quiere así ilustrar.

Más abundantes son los monumentos post-colombinos y mucho más fácil será su reunión en la otra sección del certamen madrileño. Hace meses que los delegados españoles recorren nuestros Archivos y Museos señalando los objetos que deben remitirse á Madrid: los particulares descendientes de los conquistadores de América ó aficionados americanistas aportarán el contingente de sus colecciones privadas; los Estados de allende el Atlántico han solemnemente ofrecido lo mejor y más selecto de sus Museos, y finalmente el Gobierno español ha enviado encarecida súplica á todos los Estados europeos para que por esta vez reunan en Madrid los tesoros que conservan relativos al gran descubrimiento.

Primero en acudir al llamamiento de España ha sido el venerable pontífice León XIII, quien por medio de su secretario de Estado el cardenal Rampolla ha anunciado á la Junta directiva de la sección tercera el envío para la Exposición colombina de los más célebres mapas geográficos existentes en el Museo Borgiano, contemporáneos del descubrimiento de América, con la cual están estrechamente enlazados; y también un álbum conteniendo la reproducción en fototipia de los documentos más importantes relativos al descubrimiento que posee la Santa Sede. En la carta que el cardenal Rampolla dirigió al Presidente del Consejo Sr. Cánovas para hacerle la anterior importante oferta, se leen las siguientes líneas:

«Con esta participación en el gran certamen madrileño, el Padre Santo entiende, no sólo rendir homenaje á la memoria de Colón, que en su ardua empresa atendió sobre todo á la propagación de la fe, sino demostrar también cuánto aprecia la parte y el mérito que en aquella empresa memorable tuvo España, la única entre los Estados de Europa que proporcionó al gran navegante compañeros y medios para llevar á cabo su religioso y magnánimo descubrimiento.»

No seguiremos la enumeración de las ofertas, porque en breve deberemos hacer la reseña de este gran certamen, y entonces puntualizaremos el esfuerzo de cada uno, el valor de la muestra y las enseñanzas que de ella se podrán derivar para la historia de los pueblos americanos.

Eduardo Toda

MI AMIGO PÉREZ

Le conocí como se conoce á mucha gente, pero no puedo saber por qué se llama amigo mío.

Una noche llegué al café y encontré una novedad: en el círculo de los habituales contertulios había una persona desconocida para mí: un señor de mediana edad, decentemente vestido, que hablaba mucho y se comía el azúcar que los demás dejaban sobrante.

– ¿Quién es ese?, pregunté.

– Pérez, me dijo uno.

– ¿Qué Pérez?

– Chico, no sé: aquí viene algunas noches y veo que trata con confianza á casi todos.

Pérez sostenía no recuerdo qué disparates á propósito de una cuestión política: nadie le daba la razón, y entonces se dirigió á mí diciendo:

– Apuesto á que este caballero participa de mi opinión.

– Perdone usted, repliqué; no soy político.

Y no pasó de aquí nuestra conversación.

Lo cual no impidió que encontrándome dos ó tres días después en la calle, me dijese con la mayor naturalidad:

– ¡Adiós! Hombre, ¿dónde se mete usted que no se le ve por ninguna parte? ¡Todas estas noches sin poner los pies en el café! Le hemos echado á usted mucho de menos. Conque ¿adónde bueno? De paseo ¿eh? Bien, bien; hacer ejercicio, eso es lo que conviene á una persona tan laboriosa y ocupada como usted. Eso mismo hacía yo cuando tenía mucho trabajo sobre mí. Después de comer un paseíto reposado, no muy largo, para desentumecer el cuerpo. Pero usted ¿hacia dónde iba? Por mí no interrumpa usted su camino. Le acompañaré á usted. Precisamente tengo la tarde libre, y nada me será más grato que la compañía de una persona tan ilustrada...

– ¡Gracias!, dije, ó pude decir aprovechando un momento en que respiraba aquel torbellino.

– ¡Qué gracias, ni qué niño muerto! ¿Acaso se le figura á usted que yo no sé lo que usted vale? Sí, hombre, sí: hace mucho tiempo que le vengo siguiendo la pista, y he dicho á todos nuestros amigos: ese chico vale mucho, tiene grandes condiciones y ha de hacer carrera. ¡Lástima que no se lance! Porque aquí nunca será gran cosa. Se necesita más ancho campo para brillar. No crea usted que le adulo, no: soy incapaz de adular á nadie. Pregunte usted á todos los de nuestra tertulia, que me habrán oído esto mismo cien veces. Créame, amigo mío, el que como usted es joven, tiene talento...

– ¡Gracias!

– Tiene talento, no hay por qué darlas, y es trabajador; nada, nada, á abrirse paso. Y ahora ¿en qué se trabaja? Alguna comedia ¿eh? Ese es el camino, amiguito: vea usted á Sellés, á Cano, al mismo Echegaray: ¿cómo se han hecho notables? Al teatro; sí, señor, al teatro; allí hay honra y provecho. Tenga usted por seguro que esto que le digo es el Evangelio. Con un buen drama se hace usted hombre en seguida. Y ahora que se escriben pocos dramas buenos... Láncese usted, láncese usted, y después me dará las gracias y dirá: ¡Cuánta razón tenía Pérez!

A todo esto mi *amigo* no respiraba ni escupía: era imposible decir dos palabras ni aun para despedirse. Habíamos andado dos kilómetros, y aquella máquina de palabras parecía incansable: yo sudaba la gota gorda, tenía jaqueca, no tanto de oirle como por el miedo á lo que me faltaba de oir. Además una ocupación urgente me llamaba á otra parte, y yo no encontraba modo de decírselo.

Por fin en un momento que descansó le dije:

– Señor Pérez...

– ¡Qué señor ni qué diablos!, me interrumpió casi enfadado: llámeme usted Pérez á secas.

– Pues bien: Pérez...

– Hombre, siguió diciendo, pues me gusta la ocurrencia; señor, señor... Pero, hombre de Dios, ¿usted con quién cree que está hablando? ¡Se le figura á usted que cuando yo ofrezco mi amistad á un hombre es para andar con esas etiquetas! ¡Estaría bueno!

En aquel momento quise decirle: Ni usted es mi amigo, ni me ha ofrecido su amistad, ni me hace falta. ¡Vaya usted con tres mil de á caballo, y déjeme usted libre de su molesta compañía, abejorro del infierno!

Todo esto le quise decir; pero no pude hacerlo, pues para ello tenía que haberle gritado con toda la fuerza de mis pulmones, y estábamos en la calle y ya la gente empezaba á fijarse en nosotros por consecuencia de las desentonadas exclamaciones de Pérez, del *amigo* Pérez.

Resignéme, pues, á sufrir aquel tremendo castigo, y media hora después me dejaba mi cruel atormentador á la puerta de mi casa diciéndome:

– ¡Hasta la noche en el café!

– ¡Permita Dios, exclamé con ira, que te nazca un grano en la punta de la lengua, á ver si revientas con el coraje!

Desde esta primera embestida de Pérez hasta el segundo encuentro pasaron algunos días. Una tarde, acompañando yo á una familia amiga mía, me encontré á mi tabardillo, que saludó con exagerada finura, mirándome con aire neciamente malicioso.

Por la noche entré en el café, y apenas me echó la vista encima comenzó á dar desaforadas voces.

– ¡Ahí lo tienen ustedes! Ya sé por qué se vende tan caro; he descubierto el misterio. ¡Ah, tunante! ¡Conque en esos pasos anda usted!

– ¡Hombre, le dije ya amostazado, déjeme usted en paz y no sea tan pesado!

– ¡Calla, se enfada usted! Motivo de más para afirmarme en mi creencia! ¡Oh amor, sublime amor! ¡Vamos y que la elección le acredita á usted! Figuraos, caballeros, una muchacha de unos veinte, con unos ojos como moras y unos labios como claveles! ¡Y que apenas mira la chica con *aquel!* ¡Amigo, tiene usted una suerte bestial! En fin, ¡que sea enhorabuena!

Y con estas y otras parecidas sandeces me estuvo entreteniendo desagradablemente hasta que, aburrido de su charla, me levanté y le dejé con la palabra en la boca.

Así me fastidia una porción de veces, pues siempre que me encuentra en la calle, sea cualquiera la hora, me acompaña so pretexto de que en aquel momento no tiene ninguna ocupación.

Un día le pregunté:

– ¿A qué hora tiene usted que hacer?

Y me contestó:

– Si usted me necesita, para cualquier cosa que sea, á ninguna.

Y me callé; porque mi pregunta tenía por objeto saber á qué horas podría yo salir á la calle sin tropezar con semejante moscardón.

No pudiendo soportar la pesada cadena de su *amistad*, quise varias veces reñir con él soltándole cuatro frescas; pero al día siguiente, apenas puesto el pie en la calle, aparecía el buen Pérez con su eterna sonrisa animando el semblante, venía hacia mí y, casi abrazándome, me decía con sorna:

–¿Qué tal esos nervios, amigo? ¿Se ha calmado usted? ¡Pues apenas estaba ayer excitado! Vamos, habría *monos* con la consabida,

Y comenzaba su charla.

En vista, pues, de que no hay medio, dentro del orden natural de las cosas, para dejar de ser *amigo* de Pérez, he determinado no ir á parte alguna, no salir poco ni mucho de casa, hasta el día en que en los periódicos lea: «El Sr. D. José Pérez ha fallecido,» ó «el Sr. D. José Pérez se ha *vuelto* mudo.»

Aunque en este segundo caso, recelo mucho que trate de explicarse por señas, ó de otro modo cualquiera; pues voy temiendo, estimado lector, que estoy condenado á Pérez perpetuo.

AURELIANO J. PEREIRA



AGRADABLE LECTURA, cuadro de Alberto Hynais

SECCIÓN AMERICANA

EL TESORO ESCONDIDO
POR NATANAEL HAWTHORNE

(Conclusión)

La ojeada que dirigió á la calle le hizo comprender que las gentes vivían contentas y felices merced á los encantos de la sociedad, mientras él, aislado en su retiro, perseguía un objeto quimérico probablemente y valiéndose de medios que cualquiera habría calificado de locuras. Porque una de las más grandes ventajas que proporciona el trato de gentes es la de que cada individuo rectifica sus ideas con las de los demás y amolda su conducta á la del vecino, evitando así caer en el ridículo que se llama *excentricidad*. En el solo hecho de haber asomado la cabeza á la ventana se había expuesto á esta influencia; tanto es así, que hubo un momento en el cual, rápida como una chispa eléctrica, pasó por su mente la duda de si habría ó no tesoro escondido, y en tal caso ¿era prudente y razonable echar abajo la casa para convencerse de ello?

Por supuesto, la duda duró lo que un relámpago, porque Perico, el destructor, puso de nuevo manos al trabajo y prosiguió la tarea que le tenía señalada el destino.

En el curso de sus investigaciones encontró muchas cosas de esas que se hallan generalmente en las ruinas de todas las casas viejas, y también otras que no es frecuente descubrir. Lo que le pareció más interesante fué una llave mohosa que estaba metida en la pared, y de la cual pendía una tablita de dos pulgadas con las iniciales P. G. Otro descubrimiento, también muy notable fué una botella de vino que habían sepultado en el horno antiguo de la cocina. Por tradiciones de familia se sabía entre los Goldthwaite que el abuelo de Perico, hombre de buen humor y oficial en la guerra contra los franceses, emparedó algunas docenas de botellas del precioso licor para que se regalasen con él bebedores que aún no existían, y aunque nuestro héroe no necesitaba de aquel cordial para sostener sus esperanzas, lo guardó para el día del triunfo. Encontró también algunas monedas de plata como penique y medios peniques, dos ó tres duros españoles y una medalla de las que se acuñaron con motivo de la coronación de Jorge III; pero en cuanto al tesoro de Perico I, ni halló siquiera rastro de él.

III

No seguiremos á Perico en su marcha triunfal: bástenos decir que trabajó como una máquina de vapor, y que llevó á cabo en un invierno lo que todos los antiguos habitantes de la casa, con el auxilio del tiempo y de los elementos, habían hecho á medias en el transcurso de cien años. A excepción de la cocina, todo lo demás estaba demolido; de suerte que la casa era un cascarón, un fantasma de casa, tan ficticia como esos edificios que se ven en el escenario de los teatros; era, para decirlo de una vez, como la corteza de un gran queso que sirviera de aposento á un ratón después de habérselo comido.

Todo cuanto Perico echó abajo, Tabby lo quemó, porque, pensando prudentemente, ¿qué necesidad había de calentar la casa cuando no existiese? La economía, pues, hubiera sido cosa por demás absurda. Por lo tanto, podía muy bien decirse que la casa de Pedro se había salido por el cañón de la chimenea, fenómeno tan maravilloso como el de aquel sujeto que se comió á sí mismo.

Cuando llegó la noche que separa el último día del invierno del primero de la primavera, ya no había en la casa títere con cabeza, ni agujero donde no hubiese metido Perico las narices. Aquella noche fatal era espantosa: torbellinos de nieve y ráfagas de viento, cada vez más fuertes, azotaban los muros de



FIRMA DEL CONTRATO DE MATRIMONIO Á PRINCIPIOS DE ESTE SIGLO, cuadro de D. Salvador Viniegra (propiedad de D. Juan Fastenrath, de Colonia)



LLEGUÉ, VI Y VENCÍ, cuadro de Andor de Duditz

la casa, y hubiérase dicho que el rey de los vientos en persona se disponía á dar la última mano á los trabajos de Perico, porque las trabazones estaban tan resentidas, y los postes interiores tan socavados, que parecía milagroso no se desplomasen paredes y tejado sobre la cabeza de su propietario. Pero maldito si entendía él nada de cuanto pasaba, cuando tan excitado é inquieto como la noche misma ó la llama que temblaba en el hogar á cada rujido de la tormenta, gritó:

– ¡El vino, Tabby, aquel famoso vino de mi abuelo! Tráelo, que nos lo vamos á beber.

Levantóse Tabitha de su escabel, ennegrecido por el humo, y puso la botella delante de Pedro, al lado del candil de cobre, descubierto también por él. Levantó Pedro la botella á la altura de los ojos, y mirando al través del líquido, vió la cocina de color de oro, y á Tabby también la vió dorada, y sus blancos cabellos y humildes vestidos trocados en galas de regia magnificencia. Y este color le trajo á la memoria sus sueños.

– ¿Pero vamos á bebernos el vino antes de hallar el dinero?

– Ya está descubierto el tesoro, respondió Pedro entusiasmado. Estoy muy cerca de él, casi tocándolo, y no dormiré mientras no abra con esta llave su cerradura. Pero bebamos, Tabitha.

Como no había sacacorcho en casa, Perico decapitó la botella con la llave del tesoro, y llenó en seguida dos tazas de porcelana que Tabby había sacado de la alacena.

– Bebe, Tabitha, gritó Pedro, y bendito sea mi abuelo que guardó este vino para nosotros. ¡A la memoria de Pedro Goldthwaite!

– Razón tenemos para acordarnos de él, dijo Tabitha bebiendo.

¡Por espacio de cuántos años y al cabo de cuántas vicisitudes había guardado aquella botella su tesoro de alegría, para regocijar á semejantes carcamales, recrearlos con una infinidad de amables visiones y distraerlos en medio de los azarosos y afligidos tiempos que atravesaban!

Pero dejemos á Perico y á Tabitha hasta que den fin de la botella, y hablemos de Mr. Brown.

Sucedió, pues, que aquella noche, medrosa y fría, Mr. John Brown no se halló á gusto en su butaca y al amor del fuego en su espléndido gabinete. Mister Brown era hombre de buena pasta, benévolo y compasivo por añadidura cuando las desgracias del prójimo le interesaban el corazón al través de las entretelas de la prosperidad; así fué que toda la tarde y parte de la noche las pasó pensando en su ex socio Pedro, en sus disparates, en su adversa fortuna, en la pobreza de su casa y en su mala traza el día que lo vió en la ventana.

– ¡Pobre hombre!, se dijo Mr. Brown. ¡Cabeza infeliz! Y por cierto que en memoria de nuestras antiguas relaciones hubiera debido cuidar de que nada le faltase en un invierno tan cruel.

Estos buenos sentimientos dominaron de tal modo á Mr. Brown, que á pesar del frío, de la nieve y del viento, determinó trasladarse acto continuo á casa de Pedro. Era un verdadero fenómeno: cada rugido de la tempestad parecía llamarlo, si admitimos que estuviese acostumbrado á oir en el viento los ecos de su imaginación. Sorprendido de tan activa benevolencia, tomó la capa, se puso pañuelos y tapabocas, se metió hasta las orejas el sombrero y salió á la calle desafiando los elementos. Pero las potencias del aire debían ganar la batalla: doblaba mister Brown la esquina de la casa de Pedro, cuando el huracán, haciéndole perder el equilibrio, lo tiró de cabeza sobre un montón de nieve y lo sepultó, al propio tiempo que le llevó el sombrero á regiones tan apartadas, que no ha vuelto á saberse de él. No era probable que pareciese Mr. Brown hasta el próximo deshielo; sin embargo, logró á fuerza de fuerzas abrirse paso por entre la nieve, y aunque descubierto, se dirigió á la puerta de Perico. Había en la casa un ruido tan extraordinario de puertas y ventanas que se abrían y cerraban, que Mr. Brown entró hasta la cocina sin que nadie lo advirtiese.

¿Ni cómo lo habían de ver tampoco Perico y Tabby, de espaldas á la puerta y arrodillados delante de un cofre que acababan de sacar de la pared, á la izquierda de la chimenea? A la luz del candil de la vieja, vió Mr. Brown que el cofre tenía flejes de hierro y clavos de bronce en todas direcciones y cantoneras de lo mismo en las cuatro esquinas, lo cual lo hacía digno de recibir los tesoros de un siglo para las necesidades de otro. Perico introdujo la llave en la cerradura.

– ¡Tabby!, exclamó, estremecido de placer, ¿cómo soportar el brillo de tanto oro? Porque es muy brillante, Tabby; me parece que lo estoy viendo; yo cerré el cofre con esta llave, y desde aquel momento, desde hace setenta años, Tabby, no ha cesado de relucir en secreto para este glorioso instante. ¡Verás salir de aquí torrentes de luz iguales á los del sol del mediodía!

– ¡Bueno! Pues tápese los ojos, mi amo, dijo Tabitha, impaciente ya; pero, por el amor de Dios, que se levante pronto esa tapa.

Y haciendo Perico un poderoso esfuerzo con las dos manos, dió vuelta á la llave.

Acercóse entonces Mr. Brown y adelantó la cabeza, con los ojos de par en par, en el momento de levantar la tapa; pero no salió el más mínimo destello, quedándose la cocina tan en tinieblas como antes.

– ¿Qué es esto?, exclamó Tabby acomodando á sus narices los anteojos y levantando el candil. ¡Los papelotes del abuelo!

– Tienes razón, Tabby, dijo Mr. Brown, metiendo la mano en el cofre.

¡Qué fantásticas riquezas había evocado el pobre de Perico para dar al traste con el poco juicio que le quedaba! Allí había, es cierto, una suma incalculable, bastante para comprar toda la ciudad y reedificarla; pero era tan grande como ficticia, y por ella no hubiese dado nadie un penique. Pues entonces, se me dirá, ¿en qué consistía el tesoro? ¿En qué? En bonos del gobierno, en billetes del Banco territorial, en papeles, en fin, de esta clase; pero con la añadidura de que los más antiguos contaban cerca de siglo y medio de fecha, y los más modernos se habían emitido antes de la revolución, y todos estaban caducados; de consiguiente, los billetes de mil libras valían tanto como los de una, es decir, nada.

– ¡He aquí el tesoro de tu abuelo!, dijo mister Brown. Pedro: tu homónimo se te parecía mucho: cuando los valores del Estado cayeron al cincuenta y más por ciento de su valor, los compró esperanzado de una subida. Oí contar á mi abuelo que el tuyo, para reunir la suma necesaria á su insensato proyecto, hipotecó á tu padre esta casa; pero el papel continuó bajando, hasta que nadie lo quiso por nada, y Perico I se vió como Perico II, con muchos millones en caja y sin camisa que ponerse, y al fin se volvió loco... Pero no te apures, que precisamente ese es el capital que se necesita para hacer castillos en el aire.

– ¡Que la casa se nos viene encima!, gritó Tabby en un momento en que el temporal arreciaba.

– ¡Amén!, dijo Pedro, cruzándose de brazos y sentándose en el cofre.

– No, replicó Mr. Brown; que hay en mi casa cama y mesa para ti y Tabitha, y un secreto para guardar tu tesoro. Mañana trataremos de la venta de estas ruinas, y yo te las pagaré á buen precio, porque el terreno está caro.

– Y yo, añadió Perico, que iba reanimándose, tengo un proyecto para multiplicar el dinero que tome por ella.

– En cuanto á eso, dijo para su capote mister Brown, bueno será que la justicia intervenga en el asunto, y que nombre un curador que se haga cargo de la parte sonante y contante; y si Perico se empeña en especular, que lo haga en buen hora con el tesoro de su abuelo.

Traducido por Juderías Bénder

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – He aquí algunos datos acerca de la campaña artística que para el presente otoño se prepara en Londres: en la Nueva Galería se dispone una exposición de pinturas, dibujos y esculturas, terminada la cual se expondrá una colección de las obras de Mr. Burne-Jones; en la Real Academia los Antiguos Maestros verificarán una exposición de cuadros de la difunta artista Lady Waterford que han sido objeto de los más encomiásticos conceptos por parte de la crítica, y en la Galería Grafton se celebrará una exposición de acuarelas.

Teatros. – En el teatro Lírico de Londres se ha estrenado con gran éxito una ópera titulada *Cigarette*, letra de Warham St. Leger y música del célebre compositor Mr. J. Haydn Parry, profesor de la Escuela de Música de Guildhall. La acción, en extremo interesante, se desarrolla en 1805, antes y después del sitio de Ratisbona, y en el Sur de Francia: entre las piezas culminantes de la música descuellan el final del acto segundo, dos coros de hombres, cinco arias de Cigarette, la protagonista, un aria de contralto y una gavota.

Necrología. – Han fallecido recientemente.

Renato Miguel Thibault, famoso actor cómico francés conocido con el nombre de Daubray: obtuvo sus principales triunfos en los Bufos Parisienses y en la Renaissance, y entre sus muchas creaciones merecen consignarse especialmente los personajes que representaba en *Divorçons* y *Ma Camarade*.

Arturo Algernon Capell, conde de Essex, jefe de una de las principales familias aristocráticas de Inglaterra.

Guillermo Stainton Moses, más conocido con el seudónimo de M. A. (Oxon), uno de los principales propagandistas del espiritualismo en Inglaterra, de cuyo órgano oficial *Light* (Luz) era editor.

Arturo Brand Winterbotham, uno de los individuos más populares del Parlamento inglés, en el que entró como adicto á Gladstone, de quien se separó en 1886 para entrar en el partido liberal unionista; pero esta separación fué muy corta, volviendo al poco tiempo á aceptar la política del *Home Rule*.

NUESTROS GRABADOS

Huelva. – Misa de campaña celebrada el 1.° de agosto último en la plaza de San Pedro, con motivo de la bendición del estandarte municipal (de fotografía de D. Diego Pérez Romero, de Huelva). – Ante la parroquial iglesia de San Pedro, que se supone se levanta sobre los restos de la mezquita erigida bajo el fugaz dominio de los Becríes, en el siglo XI, celebróse una misa solemne, á la que asistieron los marinos de los buques anclados en la ría y las tropas que guarnecen la ciudad que muy pronto ha de albergar á los representantes de todos los pueblos y de todos los Estados, que acuden á ella para tributar en un Congreso internacional honroso y entusiasta recuerdo al descubridor del Nuevo Continente.

Solemne fué la ceremonia religiosa y no menos el acto de bendecir el estandarte municipal que ha de ondear en primer término durante los festejos que en breve se celebrarán.

A la galantería de nuestro buen amigo el inteligente fotógrafo de Huelva D. Diego Pérez Romero debemos la fotografía que reproducimos. Ella representa la primera solemnidad en honor á Cristóbal Colón.

Coquetería, cuadro de R. Epp. – La coquetería tiene tantas y tan distintas manifestaciones, que es imposible clasificarlas todas. Entre la aristocrática dama que coquetea por el solo placer de verse requebrada por su corte de adoradores y la humilde aldeana que, como la del bello cuadro de Epp, busca en las flores campestres un modesto adorno con que agradar más al objeto único de su cariño, media un espacio inmenso: aquélla puede ser causa de perdición para más de un incauto; ésta asegura la felicidad del elegido de su corazón.

Agradable lectura, cuadro de Alberto Hynais. — En el número 489 de La Ilustración Artística publicamos varios trabajos del ilustre pintor húngaro Hynais, que tan admirados fueron durante la Exposición general de Bellas Artes celebrada en esta ciudad el año próximo pasado, y con tal motivo publicamos algunos datos biográficos de su autor. A ellos, pues, nos remitimos á fin de evitar inútiles repeticiones. El cuadro que hoy reproducimos, aunque de muy distinto género que aquellos trabajos, no ofrece menos bellezas que ellos y como ellos revela las cualidades más salientes del artista, cuales son la corrección del dibujo, la elegancia de la composición, la finura de líneas y la delicadeza del claroscuro que hacen de *Agradable lectura* una monada, una joya, una obra artística maestra.

Firma del contrato de matrimonio á principios de este siglo, cuadro de D. Salvador Viniegra (propiedad de D. Juan Fastenrath, de Colonia). – Es Salvador Viniegra uno de los artistas españoles residentes en el extranjero que más honran á España, tanto por el mérito de las obras que produce, como por representar siempre en ellas tipos ó costumbres de nuestro país. Como pintor andaluz distínguese por la rica y brillante tonalidad de su paleta, en la que halla siempre la simpática gama que tanto caracteriza las producciones pictóricas de los artistas genuinamente españoles.

Pensionado de mérito en la ciudad de los Césares y los Papas, ha hallado medio el pintor gaditano para patentizar cuán merecida fué la recompensa que alcanzó y cuánto puede esperarse de sus cualidades y aptitudes.

La firma del contrato de matrimonio es un precioso lienzo, lleno de bellezas de ejecución, en el que las figuras se destacan sobre el fondo de una sacristía, rica en detalles, que recuerda las de nuestras antiguas catedrales, en las que cada capilla, cada dependencia reune tesoros bastantes para constituir un museo. Este cuadro forma hoy parte de la galería que posee en Colonia nuestro excelente amigo y colaborador D. Juan Fastenrath, quien no satisfecho, sin duda, con dedicar á España las más sentidas é inspiradas composiciones, reune en su hogar las obras de los artistas que pueden recordarle nuestra patria.

Llegué, vi y vencí, cuadro de Andor de Duditz. – Convencido del poder de atracción de su uniforme, el apuesto soldado apenas llega al paseo público pasa revista de las niñeras que por allí entretienen á los chiquillos confiados á su cuidado, escoge las que le parecen más dignas de sus galanteos, y tomando las convenientes posiciones empieza á disparar sus proyectiles en forma de miradas ó de chicoleos sobre la plaza sitiada, que no tardará en rendirse y que le permitirá exclamar como César: *veni, vidi, vici*. De este tipo cosmopolita y de esta escena que en todas partes con ligeras variantes se reproduce, ha sacado el notable pintor aleman Duditz asunto para su cuadro, en el que tan dignas de elogio son las figuras como el paisaje que las rodea; las primeras por su naturalidad y expresión, el segundo por su verdad y poesía.

Monumento á Napoleón, obra de Rude. – Un militar francés, el capitán Noisot, hizo erigir en su finca de Fixin (Costa de Oro) en honor de Napoleón I el monumento que reproducimos: el emperador, tendido sobre el peñasco del destierro, levanta con una mano el sudario que le envuelve como si fuese á despertar. La cara, que conserva toda la rigidez de la muerte y una extraña expresión de sufrimiento, es indudablemente el fragmento mejor de esta obra. Hace tiempo que olvidada en los talleres de la Sorbona existía una reproducción en yeso de este monumento, á la que el transcurso de los años ha dado el tono gris de la piedra; actualmente, desde hace pocas semanas, esta reproducción se encuentra en el Museo del Louvre, de París, en donde ha sido colocada en la sección de escultura moderna, y precisamente en el fondo de la sala que lleva el nombre de su autor, el famoso Francisco Rude, el entusiasta imperialista, entre cuyas principales obras merecen especial mención sus esculturas del arco de la Estrella; su grupo *La marcha; El bautismo de Jesús por San Juan*, existente en la iglesia de la Magdalena, de París; *Joven pescador; Mercurio; Hebe;* el *Calvario*, que se conserva en la iglesia de San Vicente de Paúl, y las estatuas de Luis XIII, Juana de Arco, Monge y Napoleón.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

»Cuando entré en aquella casa, me consideré como una intrusa, á pesar de haberme recibido mi tutor con los brazos abiertos; hay cosas que se sienten sin poder explicárselas, y esto me sucedió entonces. Aquella familia tenía conversaciones de las que yo no entendía una palabra, hablaba de personas á quienes no conocía, y ó bien debía estar callada como una tonta ó fingir que me interesaba por cosas que me eran de todo punto indiferentes. Además yo estaba triste y mis primas no pensaban más que en divertirse, como era natural, y esto me ponía más melancólica. Ponía de mi parte todo cuanto podía por ser útil á todos y compensarles la hospitalidad que se me concedía; me mostraba resignada, pero en mi interior deseaba con ansia que se presentase una ocasión para salir de aquella casa con tanto mayor motivo cuanto que conocía que también lo deseaban todos.



El barón dió una vuelta con su hija por el jardín

»Mis primas no me miraban con buenos ojos, y si por casualidad la gente me alababa y festejaba, no parecía sino que les usurpase estas lisonjas y agasajos; la madre no me podía sufrir; de suerte que, á excepción de mi tutor y de la niña, que me quería porque tenía la paciencia de vestir sus muñecas, me parecía vivir con extraños; á mayor abundamiento, se me espiaba, se comentaban todas mis palabras; si me quedaba en casa y la familia iba á alguna reunión, se enojaba porque todos preguntaban por mí; si iba con ellos, era mucho peor porque sus amigos me encomiaban, de suerte que no sabía cómo arreglarme.

»Hacía más de un año que vivía en aquella casa, cuando un joven á quien conocí en una reunión pidió mi mano.

»Era un hombre vulgar, que no inspiraba gran interés; pero mi tutor y su mujer estaban impacientes por librarse de mí, y yo no lo estaba menos por tener casa propia y no ser gravosa á nadie.

»Aquel joven era de Florencia y se llamaba Ernesto Berletti. Mi tutor escribió á algunos conocidos de aquella ciudad pidiendo informes de él, y se los dieron satisfactorios; pero conviene saber que había ocurrido, por desgracia mía, una mala inteligencia. En Florencia vivía precisamente un primo del joven que había pedido mi mano, sujeto muy conocido, que tenía su mismo nombre y apellido, y los informes se referían á él.

»No se descubrió el error hasta mucho tiempo después, cuando ya no tenía remedio. Habiendo yo oído decir que los informes eran buenos, naturalmente acepté, aunque no sentía gran afición hacia él; me figuraba que conociéndolo y apreciándolo llegaría á amarle, y de todos modos lo hice por salir de una situación falsa y violenta.

»Pero á los pocos días de matrimonio comprendí que había dado con demasiada ligereza un paso muy grave.

»Mi marido no supo fingir ni siquiera en los comienzos de nuestro matrimonio, y desde luego comprendí que al casarse no le había guiado otro objeto sino el interés, el afán de apoderarse de mi dote; supo hacerse pasar por rico, pero había dilapidado su hacienda, y las pocas fincas que le quedaban estaban hipotecadas.

»Estaba yo tan sola en el mundo que me hubiera bastado un poco de cariño para ser feliz; pero no bien me casé con él, no se cuidó más de mí, y únicamente se mostraba amable cuando quería sacarme dinero para pagar sus deudas. Harto conocía yo que era muy joven para luchar con semejante hombre, y con tal que me dejase algún tiempo en paz contraía obligaciones, firmaba sus letras y así le entregué sin resistencia parte de mi dote.

»Pero cuando fuí madre, pensando en el porvenir de mi hija me sublevé é hice todo lo posible por salvar lo poco que me quedaba. Entonces dió principio una vida de luchas terribles, que me estremecen sólo al recordarlas. Mi marido no carecía de ingenio y á veces conseguía hacer buenos negocios; en tales ocasiones gastaba y triunfaba y en casa no faltaba nada; en cambio otras veces no sabíamos si tendríamos qué comer al día siguiente y salíamos adelante á fuerza de trampas y deudas.

»¡Qué vida tan horrible pasamos algún tiempo! Mi único consuelo era mi hija, pero también lo que más me preocupaba para el porvenir. Parecíame que si mi marido hubiera encontrado en qué ocuparse, nuestra situación habría sido muy otra, é insistí y le apremié tanto para que alcanzase un empleo, que por fin accedió á mi deseo y encontró una colocación en una de las más fuertes casas de banca de la ciudad.

»Ocupaba una buena posición, pero poco retribuída; sin embargo, con algún orden y menos vicios habríamos podido vivir sin lujo, pero tranquilamente. Yo hacía todo lo posible por ahorrar algo; pero él seguía jugando; todas las noches pasaba muchas horas junto al tapete verde, y la familia se resentía de las vicisitudes del juego. Cuando ganaba estaba de buen humor y nadábamos en la abundancia; pero cuando perdía no había quien le aguantase, se enfadaba por todo, llegaba hasta pegarme y en casa carecíamos de lo necesario. En una palabra, era una vida que no la desearía á mi mayor enemigo. Por más que predicaba, por más que le aconsejaba que dejase el juego y pensase una vez siquiera en su hija, ni ejercía influjo alguno en su ánimo ni me hacía caso.

»Por algún tiempo tuvimos un poco de quietud y salimos adelante del mejor modo posible y sin las anteriores alternativas; yo casi confiaba en que se había hecho más juicioso; pero no podía afirmarlo porque en casa siempre estaba taciturno, no le veía más que á las horas de comer y en seguida se marchaba para no volver hasta las altas horas de la noche y cuando yo estaba ya acostada.

»Un día terrible, que no olvidaré en mi vida, recibí un anónimo de una persona que decía apreciarme mucho é interesarse por mí; anunciábame en él que se había descubierto que mi marido, con una llave falsa, robaba diariamente alguna cantidad de dinero del que el director tenía sin contar en una caja, añadiendo que me lo avisaba porque al día siguiente iba á hacerse público el robo y á fin de que yo tuviera tiempo de adoptar mis precauciones.

»Juzgue usted cómo me quedaría al saber aquella noticia; quería persuadirme de que no se debe hacer caso de un anónimo, pero había en mi interior algo que me decía que, dado el carácter de mi marido, semejante delito no era imposible, y la verdad es que le creía muy capaz de cometerlo. Resolví salir de dudas, y cuando vino á casa le dije:

–»Lo sé todo.

»Y mirándole de hito en hito le conté lo que sabía, pero callando el modo cómo había llegado á mi noticia.

»Por su confusión, sus palabras entrecortadas y su palidez repentina comprendí que era demasiado cierto.

–»Y ¿no sabes que te han descubierto?, le dije.

–»Pero ¿qué he de hacer?, me contestó.

»¿Qué había de hacer? ¿Acaso lo sabía yo?

—»Procura devolver lo que has tomado y ruega al director que guarde silencio.

»En aquel momento no pensaba más que en salvar el honor del padre de mi Laura, y en mi ingenuidad creía que una sincera confesión y la restitución podrían salvarlo, y que después se iría lejos á comenzar nueva vida.

—»Sí, contestó; pero ¿cómo puedo hacerlo si no tengo un céntimo?

—»Poco es lo que me queda, le dije, pero puedes tomarlo, trabajaré; es preferible la miseria á la infamia.

»Y le entregué todo cuanto poseía, hasta mis joyas más queridas.

»Lo tomó todo, pero en lugar de ir á ver al banquero, quiso fugarse; mas como la autoridad estaba ya avisada y no le perdía de vista, cayó en su poder en el momento en que iba á partir para Suiza. Esta circunstancia agravó su situación, y como no faltaban testigos que le habían sorprendido en sus robos, hubo de confesarlo todo; su principal, queriendo dar un saludable ejemplo, fué inexorable, y después de seguírsele una causa criminal, después de ser el ludibrio de todo el país, se le condenó á tres años de prisión.

»Mi situación era desesperada; no poseía ya nada, y me veía despreciada ó compadecida por todos y sin esperanza para el porvenir. Aseguro á usted que llegué al extremo de cargar un revólver, que me había legado mi padre, para quitarme la vida, que me era insoportable; pero la idea de dejar sola, abandonada en el mundo á mi hija me contuvo, y su cariño me dió fuerzas á fin de hacer algo para ganarme la vida.

»Entonces acudió en mi auxilio mi amiga de la infancia, la condesa de la Somasca; aconsejada por ella y deseosa de no tener en adelante nada de común con el hombre que había sido mi marido, solicité legalmente mi separación con la condición de que se me dejase mi hija; á causa de la condena que aquél estaba sufriendo, lo conseguí con facilidad, y luego mi amiga me aconsejó que me buscara una posición para mí y para el porvenir de mi hija. Ella me ayudó á borrar todo recuerdo del pasado y me hizo ir á Milán; lejos del país donde me habían sucedido tantas calamidades, sentí renacer mi valor, puse en un colegio á mi Laura y volví á usar mi nombre de soltera, nombre sin mancha

»Lo demás ya lo sabe el señor barón. Cuando llegó usted á Italia y buscaba una institutriz para su hija, la condesa de la Somasca, amiga del señor barón, me recomendó, y usted me admitió sin pedirninguna noticia de mi pasado. Le aseguro que estos tres años que he estado en su casa, en los que he creído renacer á nueva vida, han sido los mejores de mi existencia. Más de una vez he soñado que lo pasado ni siquiera ha existido, y me decía: «Ahora ya no soy rica; cuando mi marido salga de la cárcel no se cuidará de mí, y tampoco podrá encontrarme.» Pero me he engañado, y hoy, cuando le he visto, cuando me ha seguido, no sé lo que ha pasado por mí; no he sabido hacer otra cosa sino echar á correr y refugiarme en esta casa. Usted mismo ha visto el estado en que me encontraba cuando hemos entrado.»

—¡Pobre mujer!, exclamó el barón, que había escuchado con atención este relato. Siempre he dicho que en este mundo hay muchas víctimas.

Y fijaba en Elvira una mirada llena de compasión. Luego añadió con acento indignado:

—No bastaban las injusticias que había en el mundo, era preciso que los hombres las agravaran con sus leyes aún más injustas. Yo quiero á esta Italia tan risueña, este ambiente que nos ha devuelto la salud á mí y á mi hija; mas en punto á leyes, estamos mucho mejor; si hubiera usted vivido en Alemania, á estas horas tendría usted ya el divorcio, y ese hombre no podría alegar ningún derecho sobre usted, mientras que...

—Vale más no pensar en ello, dijo Elvira; estoy unida indisolublemente á un hombre á quien ni aprecio ni amo; á un hombre que se ha deshonrado tan vilmente; porque si comprendo que uno, ciego de ira ó de pasión, se convierta en asesino, no me explico una bajeza semejante, que me repugna; es mi destino no tener jamás paz ni tranquilidad, y por mucho que me duela habré de salir de esta casa y andar errante por el mundo, esconderme si me es posible; pero no quiero ser causa de disgustos en esta pacífica quinta, donde he pasado los tres años más felices de mi vida, años que jamás olvidaré.

—Y ¿por qué quiere usted dejarnos? No lo permitiré; sería un infame si la dejara marcharse sola, sin protección, amenazándola un peligro. Como no conocía la verdadera posición de usted en la sociedad, creí que podría llegar á ser el único que tuviese derecho de protegerla y ampararla; suponga usted que no he dicho nada y permítame concederle la protección que todo hombre debe otorgar siempre á la mujer. Cuando llegué á Italia tenía el corazón lacerado por una desgracia reciente; la salud muy quebrantada, mi hija enferma también, mi casa en poder de criados infieles y exigentes; pero se presentó usted; devolvió el sosiego á mi hogar, á mí la tranquilidad, y gracias á sus asiduos cuidados he visto revivir á mi hija; así pues, si le ofrezco á usted mi protección, es lo menos que puedo hacer por una mujer que tanto ha hecho por mí. Sigamos por tanto viviendo como hasta aquí, como buenos amigos.

—Gracias, mil gracias por tanta bondad, contestó Elvira; pero mi marido me ha encontrado, me ha conocido, y si le causara á usted disgustos, no quisiera que por mi causa...

—No tenga usted cuidado; mientras permanezca usted aquí estará segura, no podrá hacerle nada. Y si tuviese la audacia de venir á molestar, apelaré á la ley, que será para mí más justa que para usted. Esté usted tranquila y no se sobresalte inútilmente; sosiéguese y no se preocupe por lo que pueda suceder. Entretanto vaya usted á descansar y procure calmar su espíritu, que yo procuraré hacer otro tanto; y sobre todo, ¡valor!



La tertulia saludó su aparición con exclamaciones de gozo

III

El barón de Sterne era un filósofo humanitario, y vivía retirado en su quinta precisamente con el objeto de escribir una gran obra que, en su concepto, debía producir inmensos beneficios á la humanidad. Necesitaba muchos años para terminarla; pero no le faltaba paciencia ni voluntad, y confiaba en vivir el tiempo suficiente para ver coronados de buen éxito sus esfuerzos.

Decían muchos que su afán de echarla de docto y erudito era pura afectación; otros lo calificaban de originalidad de ricacho; pero todos rehuían el hablarle de su obra, porque cuando empezaba á comentarla era cuento de nunca acabar y aburría mortalmente á las personas que en cierto modo se interesaban por sus teorías.

Pero en el país estaba muy bienquisto, y todas las tardes las personas más respetables, y en verano y otoño los que allí pasaban la temporada, iban á su quinta, seguros de encontrar halagüeña acogida, una exquisita taza de te y modo de pasar agradablemente un par de horas jugando á los naipes, hablando ó tocando el piano.

Aquella noche había querido quedarse solo con Elvira, diciendo que no recibía, y después de su conversación con la institutriz, se había retirado á su despacho y agregado á su obra un capítulo titulado: *De la injusticia y perversidad humanas.*

Elvira se había acostado y seguía pensando cómo había logrado su marido buscarla hasta allí. Aunque le tranquilizó la promesa de protegerla que acababa de hacerle el barón, le estremecía la idea de que su marido estuviese tan cerca, porque sabía que era capaz de cometer alguna villanía.

Pensaba luego en la proposición que le había hecho el barón ignorando que estuviese unida á otro hombre, y calculaba cuán feliz habría podido ser con un caballero tan respetable junto con las dos niñas que se habrían querido como hermanas en aquella casa tranquilla; en suma, le había hecho vislumbrar el paraíso, un sueño que le hacía parecer más triste la realidad.

El día siguiente pasó al parecer como todos los demás. Por la mañana almorzaron los tres reunidos; Sofía hablaba de su muñeca, el barón de su obra filosófica y Elvira del sol que aquella mañana brillaba de un modo esplendoroso y de los veraneantes que acudían en gran número al lago.

El barón dió luego una vuelta por el jardín con su hija, la que llevaba pan para los ratoncillos blancos y para los pajarillos de azulado plumaje que tenía en bonitas jaulas. A fuer de filósofo humanitario, el barón

protegía á todas las víctimas del universo, ya fuesen personas ó animales, por lo cual quería á los ratones y aborrecía á los gatos, no era capaz de matar una mosca y aplastaba á las arañas.

Había pertenecido mucho tiempo á una sociedad titulada *de los frugívoros*, que existe en Alemania y se compone de individuos que juran no comer más que vegetales por no matar inocentes animales. Consiguió vivir algunos años únicamente de verduras y lacticinios, pero los médicos le prohibieron luego en absoluto seguir semejante régimen, que no convenía á su estómago, acostumbrado desde la juventud á un alimento animal más substancioso.

Obedeció á los doctores, pero siempre que se llevaba á la boca un pedazo de carne pronunciaba un discurso sobre la barbarie de los hombres y sobre la necedad en no acostumbrar al cuerpo á un sustento exclusivamente vegetal.

Sofía, compasiva por naturaleza y con el ejemplo de su padre, era la protectora de todos los animales, se entretenía en echar granos de trigo en el balcón y en el patio para los pájaros vagabundos, en dar de comer por sí misma á los ratones, que se multiplicaban á ojos vistas en aquella jaula de hierro y que se habían domesticado hasta el punto de tomar el alimento de sus manos, sacando los hocicos por entre los alambres de la jaula.

Después de ir, como de costumbre, con su padre á dar una vuelta por el jardín, se encaminó al bosquecillo y fué con Elvira á un cenador para dar su lección; luego tocó un rato el piano, dedicó una hora á un bordado con el que quería sorprender á su padre el día de su santo, y en una palabra, hizo lo que los demás días; únicamente fué á pasear con María, la camarera, porque la señora no tuvo gana de salir.

–¿Tienes miedo del hombre de ayer?, le preguntó la niña.

–Quizá sí; pero de todos modos no tengo gana de pasear.

–Pues me quedaré en casa, porque me aburro cuando no salgo contigo.

–No, hija mía, debes salir porque á tu edad conviene pasear para la salud; pero yo necesito reposo.

Sofía se fué con la camarera, y cuando volvió le dijo que había visto al hombre del día anterior, pero que no las había seguido.

Elvira se inmutó al oir esto, pero no dijo nada y aun afectó una calma que no sentía por cierto en su interior.

Por la noche llegaron á la quinta los amigos de costumbre, á los cuales se había unido algún otro que veraneaba hacía pocos días en las inmediaciones. Aquéllos eran: el médico, viejo misántropo, que se había retirado allí por huir de la gente, pero que al llegar la noche tenía imprescindible necesidad de comunicar á alguien sus ideas, aunque fuese con el boticario del pueblo ó con el posadero; un coronel retirado, que jugaba al *whist* con el barón, y la maestra de primera enseñanza, que por lo común se sentaba con su labor en un rincón de la sala al lado de Elvira, á la cual contaba todo lo que en el pueblo se decía.

Aquella noche había además tres ó cuatro forasteros procedentes de Milán, entre ellos D. Carlos, hombre de buen carácter, que regocijaba á todos con su faz bonachona y rubicunda. Divertía con sus ocurrencias al barón, á quien le gustaba estar por la noche de buen humor, pues, según decía, esto es muy conveniente para la digestión.

Era la primera vez que D. Carlos asistía aquel año á la tertulia, que saludó su aparición con exclamaciones de gozo y de sorpresa.

Pasaron todos un rato en agradables pláticas; luego el barón se puso á jugar su partida con sus habituales compañeros, y mientras los demás contertulios hablaban de política, D. Carlos se acercó á las dos señoras que estaban haciendo labor sentadas en un diván.

–¿Sabe usted, Elvira, dijo, que estos días he hablado mucho de usted?

La joven había cifrado aquellos días todo su cuidado en dominarse y no se turbó.

–¿De veras?, contestó inclinándose como para dar las gracias.



Elvira dió un grito al ver al hombre á quien tanto temía

–¿Y no tiene usted curiosidad por saber quién se interesaba tanto por usted?

–No soy curiosa.

–Cosa rara en una hija de Eva, y por lo mismo quiero recompensarla diciéndole el nombre del amigo que se ha ocupado de usted.

–¡Ah! ¿Es un amigo de usted?

–Un caballero á quien he conocido yendo de viaje hace quince días.

–Vamos, amistad de reciente fecha.

–También á él le ha abandonado su mujer como á mí, y la desventura común nos ha reunido.

Elvira empezó á sobresaltarse, pero hizo lo posible por no darlo á conocer; así fué que echándolo á broma contestó riendo:

–Es una desventura que soporta usted con mucha filosofía.

–¿Me he de matar por eso? No estoy tan loco. ¿He de llorar toda mi vida, si mi mujer, que no encontró en mí su ideal, se decidió á escaparse? No diré que me haya gustado, pero tampoco me remuerde la conciencia, porque he sido un buen marido. Ha tenido por conveniente marcharse; vaya con Dios y buen viaje; me he resignado y punto concluído; sólo me ha quedado un sentimiento, el de haber sido tan necio que me he visto en este caso por una mujer.

La maestra, que hasta entonces no había tomado parte en la conversación, levantó la cabeza y echó á D. Carlos una mirada furiosa.

–Siempre se exceptúa á los presentes, añadió éste.

–Y también á los ausentes; si su mujer de usted no se ha portado como debía, las demás no tienen la culpa; una golondrina no hace verano.

–Es que he conocido muchos hombres en mi situación, entre ellos el amigo de quien hablaba.

–¿Sí, eh? ¿Sabe usted algo de ese amigo? ¡Quién sabe lo que le ha hecho creer á usted! ¿Es quizás el que paseaba esta mañana con usted, aquel caballero de patillas negras?

–Justamente.

–Pues tiene una cara poco recomendable; créame usted, soy buena fisonomista.

–No puedo decir nada, respondió D. Carlos; lo único que sé es que cuando sucede algo malo siempre tiene la culpa una mujer, y no soy el único que profesa esta opinión, pues por algo se dijo: *¿quién es ella?* Hoy mismo, cuando me ha visto usted con mi amigo, le estaba aconsejando que se marchase, precisamente porque me parecía que se interesaba demasiado por Elvira; si hubiera sido un marido posible, paciencia; pero, dada nuestra situación, perdone usted que diga que á las mujeres conviene tratarlas ligeramente, reir, bromear, pero no perder tras ellas la cabeza ni el corazón.

–Esos son los hombres, replicó la maestra: ¡qué bien hago yo en no querer ocuparme de ellos!

–¿Es usted en efecto la que no quiere ocuparse de ellos? Pues yo creo que no los rechazaría si se le presentase una ocasión...

La maestra le miró furiosa y contestó:

–Es que no me han faltado ocasiones, y así lo puede atestiguar Elvira, que es mi confidente y que profesa mi misma opinión con respecto á los señores hombres.

Elvira había procurado varias veces dar otro giro á la conversación, pero sin conseguirlo; observaba que el barón atendía más á lo que decía D. Carlos que á su partida, y su compañero de juego, el misántropo, tuvo que llamarle al orden más de una vez. Temía que continuase la conversación; estaba inquieta, nerviosa, y cuando vió entrar al criado con el te, exhaló un prolongado suspiro de satisfacción y se levantó en seguida para servir á los contertulios.

El te distrajo en efecto á todos, haciendo que la conversación se hiciera general, tratándose del *whist*, de asuntos de arte, y luego un caballero se sentó al piano y tocó una pieza de ópera muy en boga.

Cuando se despidieron, el barón acompañó á sus huéspedes hasta la verja del jardín, y acercándose á D. Carlos le dijo:

–Ande usted con cuidado con su nuevo amigo; creo que acaba de salir de la cárcel, donde ha estado preso por robo, y sobre todo, no le presente usted en mi casa ni le haga referencias ni le comunique detalle alguno acerca de ésta, porque su visita no me agradaría.

–¿Será posible? ¡Y yo que le he hecho tan inocentemente la descripción de esta quinta!... Vamos, me parece imposible lo que usted me dice.

–De todos modos, resérveselo usted; sólo le aconsejo que no se fíe mucho de él.

–Gracias, barón. Mañana iré á hacer una excursión por los lagos para quitármelo de encima, y en adelante me guardaré, no sólo de las mujeres, sino también de los compañeros de desgracia que en lo sucesivo pueda encontrar.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL PARACAÍDAS DE M. CAPAZZA

Un aeronauta conocido por sus muchas expediciones interesantes, M. Capazza, ha probado hace poco en París un sistema de paracaídas que constituye al

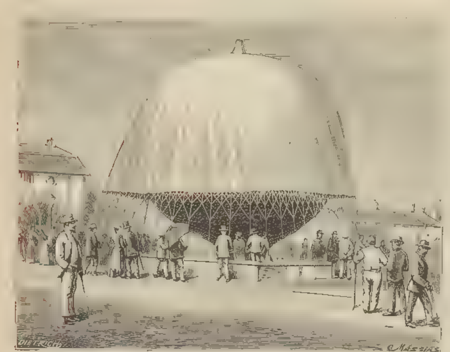


Fig. 1. Henchimiento del aerostato de M. Capazza por medio del paracaídas-red

mismo tiempo la red del globo, aparato que por su novedad merece que sobre él llamemos la atención de nuestros lectores. Hasta ahora los paracaídas usados por los aeronautas eran independientes del aerostato é iban colgados á los lados de éste ó suspendidos de la parte inferior de la barquilla. M. Capazza ha concebido la idea de envolver el hemisferio superior del globo con el mismo paracaídas que con las cuerdas que sostienen la barquilla hace las veces de red. La figura 1 representa la manera de hinchar el globo de M. Capazza.

El paracaídas construído para este experimento es de seda y mide 22 metros de diámetro, y en su parte superior la tela tiene un orificio para dejar paso al aire y asegurar con ello la estabilidad vertical del sistema. La barquilla está directamente unida al paracaídas por medio de cuerdecitas bastante resistentes que la mantienen á una distancia de 30 ó 35 metros de la parte más alta del aerostato (fig. 2, n.° 1).

Cuando el globo está en el aire, el aeronauta puede reventar su globo por medio de una cuerda de desgarro: entonces el globo se deshincha y cae encima del círculo de la barquilla y el paracaídas se abre y funciona (fig. 2, n.° 2).

El experimento á que nos referimos tuvo un éxito

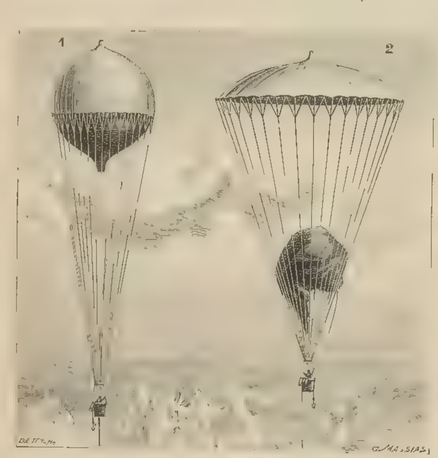


Fig. 2. El aerostato de M. Capazza con su paracaídas red: 1, El aerostato en el espacio; 2, El aerostato deshinchado y funcionamiento del paracaídas

completamente satisfactorio: M. Capazza se elevó en presencia de un gran número de espectadores, y cuando hubo llegado á la altura de 1.200 metros se vió, no sin emoción, que el aerostato reventaba y se deshinchaba en el espacio; entonces el paracaídas se abrió y condujo lentamente al experimentador á tierra.

El aerostato se elevó á las cinco de la tarde y emprendió la dirección Nordeste, y diez minutos después el globo reventó y se verificó el descenso del paracaídas.

M. Capazza determina el desgarro de su globo por medio de un cuchillo que coloca do en la parte superior de éste y retenido por un ojete, es puesto en movimiento merced á una cuerda: al tirar de ésta el aeronauta, el cuchillo abre una sección en la tela y la fuerza misma del gas que se escapa determina un desgarro longitudinal de arriba abajo, con lo que el aerostato se vacía con suma rapidez. La reparación de la avería es fácil y barata, pues basta una simple costura para que el globo vuelva á encontrarse en perfecto estado para funcionar.

No es esta la primera vez que se emplean cuerdas de desgarro de este género. Los aeronautas han provisto á menudo sus globos con un sistema de cuerda que les permite rasgarlos longitudinalmente en caso de que un viento huracanado arrastre el aerostato por el suelo, no debiendo entonces funcionar la cuerda sino cuando el globo toque al suelo. M. Capazza, por el contrario, puede, gracias á su paracaídas, romper sin inconveniente su globo estando en el aire.

M. Capazza, al construir el ingenioso aparato que hemos descrito ha creado un paracaídas en el que nadie antes que él había pensado; pero no hay que dar demasiada importancia al empleo de este órgano, pues los aeronautas no se sirven apenas de él. Cuando un globo está bien construído y confeccionado con una buena tela no es fácil que reviente, y por lo tanto no es necesario el paraídas. A esto contesta M. Capazza que ninguna precaución es bastante y que un exceso de prudencia siempre es conveniente en aeronáutica; que su paracaídas-red no es más pesado que una red ordinaria, y que si ocurre un accidente imprevisto el aeronauta evitará con él una caída espantosa.

Gastón Tissandier

***

FÍSICA RECREATIVA

LA PRESTIDIGITACIÓN DESCUBIERTA

EL CUCURUCHO DE FLORES

Las flores han desempeñado siempre gran papel en la prestidigitación porque dan á los juegos un carácter gracioso y elegante. Pero las flores naturales las más de las veces, especialmente cuando hay que disimular su presencia, son reemplazadas por flores de papel ó de pluma, cuyo volumen es más fácil de reducir: tal sucede con el experimento que vamos á explicar y que, preciso es decirlo, exige ser visto algo de lejos para que los espectadores puedan, sin gran esfuerzo de imaginación, hacerse la ilusión de que las flores que ven son naturales. Esto no obstante, aun visto de cerca el juego sorprende como todos los que consisten en hacer aparecer objetos más ó menos voluminosos allí donde pocos momentos antes no se veía nada.

El prestidigitador toma un periódico y á la vista del público confecciona con él un cucurucho: imposible es, en este caso, suponer la existencia de un doble fondo, á pesar de lo cual el cucurucho suavemente agitado se llena de flores, venidas no se sabe de dónde, y en número tan prodigioso que se desbordan de aquél y cubren el suelo (véase el grabado). La figura 2 representa, vistas de los dos lados, las flores empleadas, A y B, cada una de las cuales consta de cuatro hojas de varios colores recortadas con sacabocado en papel de flores muy fino. Fijándonos en la figura A vemos las hojas 1 y 2, 3 y 4 pegadas juntas por los extremos de sus lados anteriores, al paso que la fig. B nos presenta las hojas 2 y 3 pegadas de igual modo por el lado opuesto: un pequeño muelle D, muy ligero y delgado, formado por dos laminitas soldadas por su extremo inferior que se inclinan en sentido contrario, va fijado en las dos hojas exteriores 1 y 4 de la flor y está disimulado por una tira de papel de igual color; este resorte cuando puede abrirse libremente desenvuelve la flor en forma de abanico y le da su aspecto voluminoso. Cien ó más flores de estas reunidas y apretadas unas contra otras por medio de un hilo ó de una goma (C, fig. 2) forman un paquete bastante pequeño para que el operador pueda disimularlo en la palma de la mano mientras confecciona el cucurucho.

Magus

***

DETERMINACIÓN DE LA DENSIDAD DE LOS GASES

MÉTODO Y APARATO DE LOS SEÑORES ENRIQUE MOISSAN Y ENRIQUE GAUTIER

El punto de licuefacción y la densidad de una mezcla gaseosa pueden ser elementos utilizables en un laboratorio para hacer el análisis de esta mezcla; el punto de licuefacción se determina hoy en día fácilmente gracias al aparato de M. Cailletet, y la densidad del gas daría igualmente resultados importantes si pudiese determinarse con facilidad; pero los métodos á dicho fin empleados son generalmente demasiado largos y excesivamente delicados para la práctica del laboratorio, y exigen además volúmenes de gas sobradamente grandes.

Los Sres. Moissan y Gautier han presentado recientemente á la Academia de Ciencias de París un mé-



Física recreativa. – El cucurucho de flores

todo sencillo y rápido que tiene sobre todos los anteriores la ventaja de no exigir un volumen de gas superior á 100 centímetros cúbicos. El principio en que se basa este método, análogo al de Dumas, consiste en determinar por medio de una balanza que indique el medio milígramo la diferencia entre el peso de un volumen conocido del gas que se ha de examinar, medido en las condiciones de temperatura y de presión bien determinadas, y el peso de un volumen igual de aire en las mismas condiciones de temperatura y presión.

El aparato que reproduce nuestro grabado se compone de dos partes: un medidor de volumen B y un matraz móvil A en el que se pesa el gas.

El medidor B está formado por un cilindro de cristal de una capacidad de 95 centímetros cúbicos aproximadamente, cerrado en su parte superior por una espita de tres vías R y terminado en su parte inferior por un tubo más estrecho, el cual tiene divisiones que indican el volumen comprendido entre la espita R y cada una de ellas y hállase fijado en c á un tubo de caucho bastante largo que pone en comunicación al medidor con una ampolla terminada en un tubo y provista de una espita R'. Esta ampolla se llena de mercurio y permite someter el gas que ha de medirse á la presión atmosférica. En la parte superior del tubo a b hay una espita de tres vías R que la une á un tubo casi capilar K, por medio del cual se hace llegar el gas desde la probeta que lo contiene hasta la ampolla en donde está el mercurio. Finalmente una pieza m permite fijar el matraz A en la parte superior del medidor para hacer pasar el gas contenido en éste.

He aquí la manera de hacer el experimento: hecho el vacío en el matraz A, se deja luego que pene-

tre en él lentamente aire absolutamente seco, operación que se repite hasta diez veces, después de lo cual se cierra la espita R″. Llénase de mercurio seco y puro el medidor y el tubo K, levantando la ampolla C; colócase el extremo abierto del tubo en la probeta que contiene el gas que ha de estudiarse, sirviéndose de este aparato como de una pipeta de gas para hacer pasar 100 centímetros cúbicos aproximadamente de gas al tubo *a c*. Se da vuelta á la espita R de modo que el medidor quede aislado del resto del aparato, y se coloca de nuevo la ampolla C para que el mercurio tenga el mismo nivel en el tubo D y en el tubo *b c*. Se pone el aparato (medidor y matraz) en una pieza orientada al Norte y con una temperatura lo más constante posible; este equilibrio de temperatura se consigue á las seis ó siete horas, pero puede evitarse esta pérdida de tiempo rodeando al medidor con un cilindro lleno de agua. Se abre por un instante la espita R″ del matraz para que el aire que contiene se ponga á la presión atmosférica, y se hace luego la deducción de la tara de ese aire por medio de un pequeño matraz compensador de igual volumen. Entonces queda hecho el vacío en el matraz A y engrasando con cuidado la pieza *m* se la aplica al medidor: ábrense lentamente las espitas R y R″, y levantando, si es necesario, la ampolla C se hace pasar el gas al matraz.

Es fácil, gracias á la ampolla C, expulsar el gas del medidor y hacer subir el mercurio hasta el tubo del matraz, pero sin tocar la llave de la espita R″; una vez cerrada ésta basta bajar la ampolla C para que descienda el mercurio, y cuando éste es muy limpio no queda ni un glóbulo de él en el tubo.

Se cierra la espita R″, se separa el matraz, se seca con cuidado la pieza *m* y se pone á aquél en comunicación con un recipiente de ácido sulfúrico de modo que se introduzca en él aire seco hasta que la presión total sea algo inferior á la presión atmosférica, y luego se pone el matraz en una balanza.

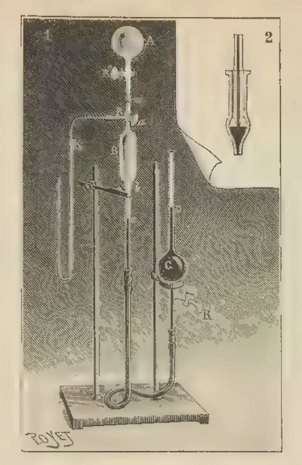


Fig. 1. Aparato de los Sres. Moissan y Gautier para determinar la densidad de los gases. – Fig. 2. Detalle de la disposición de la pieza *m* que impide que la grasa penetre en el globo A.

En virtud de la disposición dada á la pieza *m* (figura 2) para impedir que la grasa penetre en el matraz A, queda un espacio perjudicial lleno de gas del medidor que no puede penetrar en aquél: para evitar el inconveniente que de ello resulta se determina una vez por todas el volumen de ese espacio y se le resta del valor del volumen *v*. En el aparato utilizado por los Sres. Moissan y Gautier era de 1 centímetro cúbico.

Si llamamos p al peso (en gramos) que hay que añadir ó restar para obtener el equilibrio, v al volumen del gas y del aire, á la temperatura t y á la presión H, la densidad x se obtendrá por la proporción:

$$p = v.\,0'001293\,(x-1).\,\frac{H}{760}.\,\frac{1}{1+0'00367\,t}$$

Los Sres. Moissan y Gautier completan su comunicación citando algunas cifras obtenidas con la aplicación de su método respecto de gases cuidadosamente preparados: comparándolas con las densidades obtenidas por el cálculo ó por medio de los experimentos de Regnault, resulta que el error es de menos de un céntimo, aproximación suficiente para comprobar y seguir una reacción de laboratorio. El volumen gaseoso contenido en el matraz puede ser recogido, después de obtener la densidad, por medio de una trompa de mercurio y servir para estudiar la composición del gas estudiado.

X..., *ingeniero*

NOTICIAS VARIAS

COMPAÑÍA TELEGRÁFICA AMERICANA

En naciones como la nuestra, en donde los telégrafos están exclusivamente en manos del Estado, apenas podemos formarnos idea de esas poderosas compañías como algunas existentes en los Estados Unidos, que son dueñas de una extensa red y que explotan los servicios telegráficos como ramas de la industria privada.

Inglaterra cuenta también numerosas sociedades que establecen y explotan de su cuenta y riesgo una red ó un cable telegráfico submarino.

En los Estados Unidos podemos citar como ejemplo la *Western Union Telegraph*. De veinticuatro años á esta parte ha seguido esa progresión fantástica que todo sigue en aquella república, en donde las ciudades nacen y se desarrollan como por encanto. En 1868 poseía 52.099 millas de líneas, 104.584 millas de alambres y 3.607 estaciones; el número de telegramas cursados durante dicho año fué de 7.934.933 y los ingresos ascendieron á unos 36 millones de pesetas. En 1878 la longitud total de las líneas era de 82.987 millas y la de los hilos de 211.566, de modo que los alambres eran casi en todas partes triples, al paso que diez años antes apenas eran dobles: la longitud de las líneas se había también duplicado. El número de estaciones era de 8.534 y el de telegramas se elevó á 25.070.106, que produjeron una suma total de unos 60 millones de pesetas.

Posteriormente todas estas cifras se han multiplicado en proporciones enormes; así durante el ejercicio de 1888 á 1889 la compañía poseía una longitud de líneas de 178.754 millas, alcanzando la de los hilos la cifra de 647.697 y pasando de 18 000 el número de estaciones: el número de telegramas fué de 54.108.326 y los ingresos se elevaron á unos 100 millones.

Hay que observar que para estos servicios, como para los ferrocarriles en Inglaterra, la libre competencia, que es el principio admitido y puesto en práctica por la fuerza misma de las cosas, tiende á desaparecer: las compañías se fundan y se fusionan, lo cual es un bien, pues esa competencia que parece beneficiosa al público tiene el grave inconveniente de producir una pérdida á consecuencia de los dobles empleos y del considerable material que de esta suerte permanece inmovilizado, cuando un material mucho menor y por ende un capital de explotación más reducido podrían satisfacer todas las necesidades del público.



Monumento que el capitán Noisot erigió en honor de Napoleón I en su finca de Tixin (Costa de Oro), obra de Rude

EDIFICIOS DESMONTABLES DE CARTÓN COMPRIMIDO

La expedición al Dahomey ha atraído en Francia la atención de los poderes públicos sobre la necesidad de poner á la disposición del ejército edificios ligeros, cuyas partes desmontadas puedan ser llevadas fácilmente y cuyo montaje pueda efectuarse con facilidad y rapidez. En vista de que la madera se altera con la humedad, la marina ha preferido para el Dahomey el cartón comprimido: este sistema inventado en 1889 por el comandante de ingenieros M. Espitallier, que empleaba elementos tubulares, ha sido objeto posteriormente de varios perfeccionamientos debidos principalmente á M. Lefort, de Alfortville.

El *Cosmos* da la siguiente descripción de una de estas construcciones: «Las dos paredes que forman el muro son independientes y se embalan, sin huecos ni intervalos de los tableros del piso, y en el montaje se ajustan á las ranuras de montantes especiales muy aplastados y muy ligeros, á una distancia de 92 centímetros uno de otro y solidarios con los tableros de las paredes á las que sirven de marco por medio de tendedores con tornillos colocados entre las dos paredes en toda la longitud del muro. Los tableros de las paredes, de 2'40 metros de alto por 90 centímetros de ancho son interiormente de cartón orlado con un cuadro metálico en forma de U y exteriormente un aglomerado antiséptico especial puesto en capa muy delgada sobre una tela metálica. Construído de esta suerte el muro, los tableros de cartón del techo se colocan como un primer techado de dos aleros enchabetados en su arista superior y fijados por la inferior en la pared. Un ligero tirante de hierro completa el conjunto de este armazón, cuyo empuje equilibra. El techado propiamente dicho se compone igualmente de tableros de cartón barnizado con laca, colocados uno al lado de otro, enchabetados en el caballete y que por el otro extremo descansan sobre una delgada viga maestra que corre á lo largo de toda la pared. En los países cálidos se dispone alrededor de la vivienda una galería ó mirador, cuyo techado descansa igualmente en la viga debajo de los tableros del techado principal. Entre los dos planos del techo y del techado hay un espacio de 60 centímetros de alto en la parte de la pared en la que el hueco sólo está cerrado por una tela metálica, lo cual permite una ventilación abundante. El edificio descansa sobre un piso compuesto de tableros yuxtapuestos y sostenidos por muchas hileras de repisas que forman vigas. Este conjunto está á un metro sobre el nivel del suelo mediante algunas columnitas de hierro fundido: el espacio habitable tiene 16'10 metros de largo por 6'50 de ancho y puede contener 25 ó 30 camas.»

M. Lefort ha construído también cuadras desmontables con tableros de cartón, rasteles de hierro y pesebres de palastro.

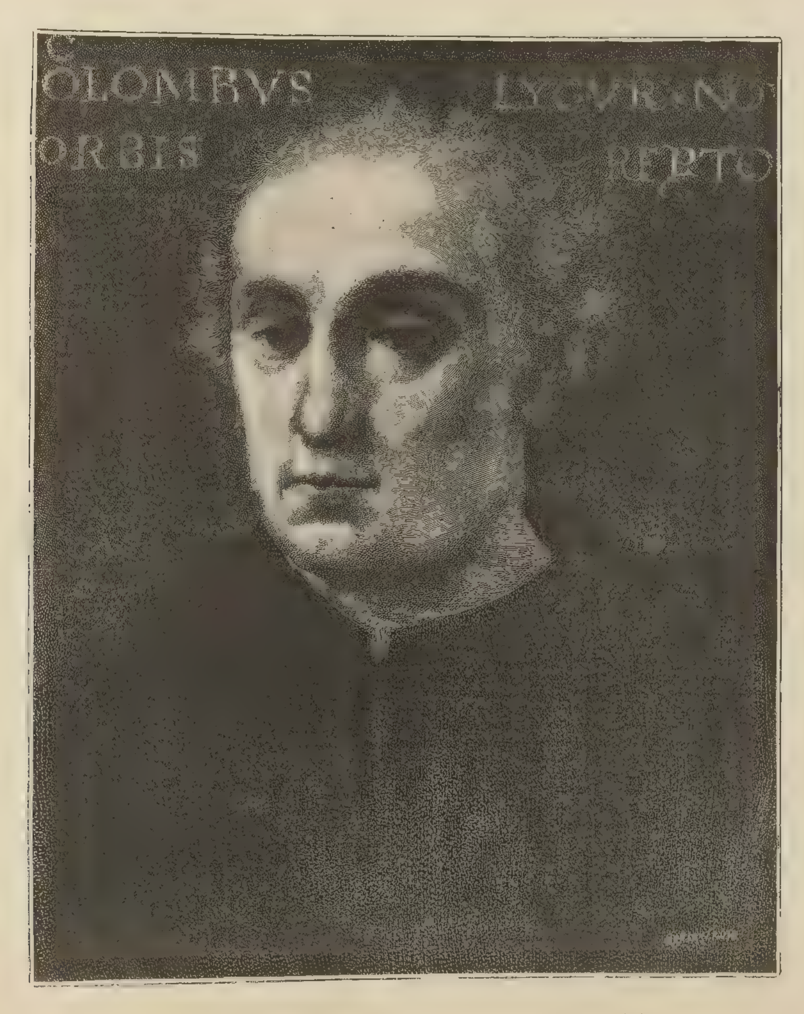
Imp. de Montaner y Simón



Año XI — Barcelona 3 de octubre de 1892 — Núm. 5[illegible]

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Número extraordinario dedicado á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América, con texto de eminentes publicistas y grabados que reproducen cuadros, monumentos, lugares y objetos relacionados con aquel acontecimiento



Retrato de Colón, que se conserva en Como (colección de Pablo Giovio)

SUMARIO

ADVERTENCIA

Deseando asociarnos al general entusiasmo que promueve la recordación de una de las fechas más gloriosas de nuestra historia y de las más trascendentales en la historia de la humanidad y cooperar en la medida de nuestras fuerzas á la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, publicamos el presente número extraordinario de La Ilustración Artística, dedicado exclusivamente á celebrar tan grandioso acontecimiento y á honrar la memoria del inmortal navegante que encontró en nuestra patria la protección necesaria para acometer aquella atrevida empresa que, llevada á feliz cima, permitióle corresponder á los favores recibidos entregando á España un nuevo mundo.



La Rábida. – Estatua de mármol de Ntra. Sra. de los Milagros

Tanto en el texto debido á eximios literatos y hombres de ciencia, cuyas solas firmas abonan la bondad de sus trabajos, como en las ilustraciones de indiscutible interés por sus bellezas artísticas unas, por su valor histórico otras, hemos procurado armonizar la unidad de la idea capital que á unos y otras informa con la mayor variedad posible en la manera de expresar los distintos puntos de vista desde los cuales es dado estudiarla y exponerla.

Al frente de los artículos con que nos han honrado ilustres colaboradores á quienes desde aquí enviamos el testimonio de nuestra gratitud más profunda, insertamos un fragmento de la *Introducción á la Edad moderna* que forma parte de la Historia de España de D. Modesto Lafuente, porque además de ser una hermosa síntesis del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo y una verdadera joya literaria, creeríamos faltar á un sagrado deber si al conmemorar un suceso tan grande de la historia de nuestra patria no consagrásemos un recuerdo al insigne historiógrafo que ha legado á la posteridad el monumento imperecedero en que aparece de un modo maravilloso reproducida la vida de la nación española.

Los Editores

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

DEL NUEVO MUNDO

«¡Cosa maravillosa! Apenas España ve coronada la obra de sus constantes afanes de ocho siglos, apenas logra expulsar de su territorio los últimos restos de los dominadores de Oriente y de Mediodía, apenas ha lanzado de su suelo á los tenaces enemigos de su libertad y de su fe, cuando la Providencia por medio de un hombre le depara, como en galardón de tanta perseverancia y de tanto heroísmo, la posesión de un mundo entero. Este acontecimiento, el mayor que han presenciado los siglos, merece algunas observaciones que en nuestra narración no hemos podido hacer.

»Una inmensa porción de la gran familia humana vivía separada de otra gran porción del género humano. La una no sabía la existencia de la otra, se ignoraban y desconocían mutuamente, y sin embargo estaban destinadas á conocerse, á comunicarse, á formar una asociación general de familia, porque una y otra eran la obra de Dios, y Dios es la unidad, porque la unidad es la perfección, y la humanidad tenía que ser una, porque uno es también el fin de la creación. Pues bien: el siglo XV fué el destinado por Dios para dar esta unidad á los hombres que vivían en apartados hemisferios del globo, no imaginándose unos y otros que hubiera más mundo que el que cada porción habitaba aisladamente. ¿Por qué estuvieron en esta ignorancia y en esta incomunicación tantos y tantos siglos? Misterio es este que se esconde á los humanos entendimientos; y no es extraño, porque menos difícil parecía averiguar cómo teniendo todos los hombres el mismo origen, se habían segregado, y en qué época y de qué manera, las razas pobladoras de los dos mundos, y sin embargo, á pesar de tantas y tan exquisitas investigaciones geológicas, históricas y filosóficas, aún no se ha logrado sacar este punto de la esfera de las verdades desconocidas, aún no se cuenta en el número de los hechos incuestionables.

»Es cierto que el siglo XV fué destinado para que se hiciera en él el descubrimiento de ese mundo que impropiamente se llamó nuevo, sólo porque hasta entonces no se había conocido. Los hombres de aquel siglo se hallaban preparados para este grande acontecimiento sin saberlo ellos mismos. Sentíase una general tendencia á descubrir nuevas regiones; un instinto secreto inclinaba á los hombres á inventar y extender las relaciones y los medios de comunicación; el espíritu público parecía como empujado por una fuerza misteriosa hacia los adelantos industriales y mercantiles; había hecho grandes progresos la náutica: se habían descubierto la brújula y la imprenta. ¿Para qué eran estos dos poderosos elementos, capaces por sí solos de transmitir los conocimientos humanos y derramarlos por los pueblos más apartados del globo? Los hombres de aquel tiempo no lo sabían. Lo sabía solamente el que prepara secreta é insensiblemente la humanidad cuando quiere obrar una gran transformación en el mundo por medio de los hombres mismos.

»Pero hubo uno entre ellos, ingenio privilegiado, que alcanzó más que todos, y que á través de las nieblas en que se envolvían los conocimientos geográficos, á favor de un destello de su claro entendimiento que se asemejaba á la luz de la revelación, comprendió la posibilidad de atravesar los mares del Occidente y de poner en comunicación el mundo conocido con el desconocido. Hombre de ciencia y de fe, de creencias y de convicciones, de religión y de cálculo, estudia á Dios en la naturaleza, levanta el pensamiento al cielo y penetra en los misterios de la tierra, medita en la obra de la creación, y trazando mapas con su mano descubre que falta conocer la mitad del globo terrestre. Convencido más cada día de la posibilidad del descubrimiento, fijo y constante años y años en esta idea, trató de realizarla; pero necesitaba de recursos y se encontró pobre, sacó su idea al mercado público, ofreciendo la posesión de inmensos reinos al que le diera algunas naves y le prestara algunos escudos; pero los ignorantes no le comprendieron y le despreciaron, los príncipes le tomaron por un engañador y le cerraron sus oídos y sus arcas, los llamados sabios dijeron que deliraba y se burlaron, y el hombre de genio no se desalentó, porque tenía fe en Dios y en su ciencia, aunque faltaran fe y ciencia á los demás hombres.

»Nada permite Dios sin algún fin; y fué necesario que Colón encontrara sordos á los soberanos á quienes propuso su pensamiento, para que una secreta inspiración le moviera á acudir á la única potestad de la tierra capaz de comprenderle, y fué conveniente que el mundo supiera que el cosmógrafo genovés había implorado en vano la protección de otros monarcas, para que resaltara más la acogida que había de encontrar en la reina de Castilla.

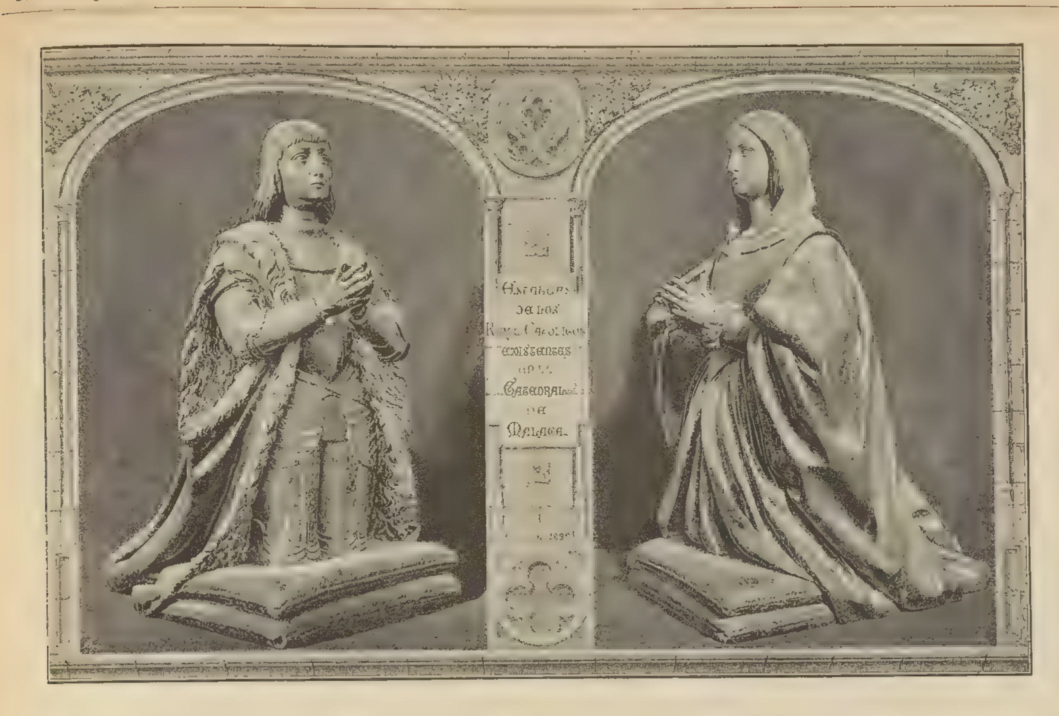
»Si el que había concebido una empresa al parecer temeraria por lo inmensa, é inverosímil por lo grandiosa, necesitaba de fe y de corazón, ¿quién podía creer y proteger al autor y aceptar y prohijar su designio sino quien tuviera tanta fe como él y tan gran alma como él? Cristóbal Colón necesitaba una Isabel de Castilla, y sólo Isabel de Castilla merecía un Cristóbal Colón. Los genios se necesitaron, se merecieron y se encontraron.

»Es imposible dejar de ver en la venida de Colón á Castilla algo más que el viaje de un aventurero.



Retrato supuesto de Cristóbal Colón
El original se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid

Un navegante de profesión caminando á pie por la tierra sin otro equipaje que las sandalias del apóstol y el báculo del peregrino, con unas cartas geográficas



debajo del brazo, seguramente debió parecer un mentecato ó un profeta. El que iba á hacer el presente de un mundo entero tuvo que pedir un pan de caridad para sí y para su hijo á la portería de una solitaria casa religiosa, porque quien había de enviar flotas de oro y plata de las regiones que pensaba descubrir no llevaba en su bolsa un solo escudo. Y sin embargo, pobre y extranjero como era, halló en aquella misma casa protectores generosos: la religión vino en auxilio del genio, y Colón, vencidas algunas dificultades, fué presentado á la reina Isabel... ¡Momento solemne aquel en que por primera vez se pusieron en contacto los dos genios!

»No era de esperar que Isabel comprendiera las razones científicas en que Colón apoyaba su teoría y con que desenvolvía su sistema; pero el talento y la penetración que se revelaba en la fisonomía del hombre, el fuego y la elocuencia con que se expresaba, la fe ardiente que se descubría en su corazón, la convicción de que se mostraba poseído y algo de simpático que hay siempre entre las grandes almas, todo cooperó á que la reina viera en el humilde extranjero al hombre inspirado y tal vez al instrumento de la Divinidad para la ejecución de una grande obra. Si entonces no adoptó todavía de lleno su proyecto, le acogió al menos con benevolencia. Isabel nunca tuvo á Colón por un extravagante ó un iluso, y el marino genovés había encontrado quien por lo menos no le menospreciara. ¿Extrañaremos que tuviera que ejercitar todavía su paciencia por espacio de ocho años, alternando entre dificultades, obstáculos, consultas, dilaciones, zozobras, negativas y esperanzas? Nunca una gran verdad ha triunfado en el mundo de repente, y además la ocasión en que Colón había llegado á Castilla no era la más oportuna para la realización de sus planes. ¿Pero fueron perdidos estos ocho años? En este intervalo Colón recibió consideraciones y favores de los reyes de España, entró á su servicio, contrajo relaciones y amistades útiles, halló á quien consagrar su corazón y sus más íntimas afecciones, su segundo hijo nació en Castilla, y al cabo de ocho años Colón había dejado de ser extranjero y el genovés se había hecho castellano.

»Este fué el momento en que Isabel prohijó de lleno la empresa de Colón; entonces fué cuando pronunció aquellas memorables palabras: «Yo tomaré esta empresa á cargo de mi »corona de Castilla, y cuando esto no alcanzare, empeñaré mis alhajas para ocurrir á sus gas»tos.» Palabras sublimes, que no hubiera podido pronunciar cuando tenía sus joyas empeñadas para los gastos de la guerra de los moros. Entonces fué cuando le dijo: «Anda y descubre esas regio»nes desconocidas y lleva el cristianismo civilizador »del otro lado de los mares y difunde la fe divi»na entre los desgraciados habitantes de esa par»te ignorada del universo.» Palabras grandiosas que Isabel no había podido proferir hasta asegurar el triunfo del cristianismo en España y hasta arrojar á los infieles de sus naturales y hereditarios dominios.

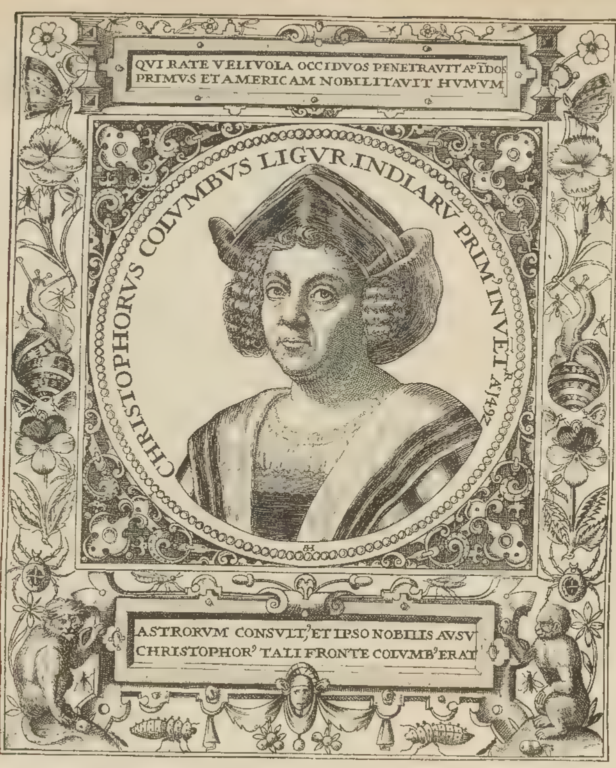


«El viejo parecía el genio del Atlántico, mas su gentil oyente era Colón» (de *L'Atlántida*, de J. Verdaguer). Boceto de D. Rosendo Nobas

»Adoptada y protegida la empresa por Isabel, pronto iba á saberse si el proyectista era en efecto un visionario digno de lástima ó si era el más sabio y el más calculista de los hombres. Seguido de un puñado de atrevidos aventureros, el náutico genovés se lanza en tres frágiles leños por los desconocidos mares de Occidente. «¡Pobre temerario!» quedaban diciendo España y Europa. Y Colón, lleno de fe en su Dios y en su ciencia, en sus mapas y en su brújula, no decía más que «¡Adelante!» España y Europa suponían, pero ignoraban sus peligros y trabajos, sus conflictos y penalidades. ¿Qué habrá sido del pobre aventurero?

»Transcurridos algunos meses volvió el aventurero á dar la respuesta. Nada necesitó decir. La respuesta la daban por él los habitantes y los objetos que consigo traía de las regiones transatlánticas en que nadie había creído. El testimonio no admitía duda. ¡El Nuevo Mundo había sido descubierto! El miserable visionario, el desdeñado de los doctos, el rechazado de los monarcas, el peregrino de la tierra, el mendigo del convento de la Rábida era el más insigne cosmógrafo, el gran almirante de los mares de Occidente, el virrey de Indias, el más envidiable y el más esclarecido de los mortales. España y Europa se quedaron absortas, y para que en este extraordinario acontecimiento todo fuese singular, asombró á los sabios aún más que á los ignorantes.

»La unidad del globo ha comenzado á realizarse, la humanidad entera ha empezado á entrar en comunicación. Ya se comprendió por qué habían sido inventadas la brújula y la imprenta; porque era menester hallar caminos seguros por entre las inmensidades del Océano para poner en relación á los moradores de remotísimas tierras; porque era necesario un medio rápido y fácil para transmitir y difundir los conocimientos humanos del mundo antiguo á los pobladores de las apartadísimas regiones del nuevo universo. Si más adelante el vapor acorta estas inmensas distancias; si andando el tiempo la electricidad las hace casi desaparecer, progresos serán del entendimiento humano, y en ello no hará sino cumplirse la ley providencial de la unidad, la ley del progresivo mejoramiento social. Mas no se olvide que á España se debió el que se pusieran por primera vez en contacto las razas humanas de los que entonces



Cristóbal Colón (copia de un grabado en acero del siglo XVI, hecho por De Bry)

se llamaron dos mundos y no eran sino uno solo. Si con el transcurso de los tiempos aquellas razas, entonces groseras é inciviles, se convierten en naciones cultas, y se emancipan, y progresan, y transmiten á su vez al viejo mundo nuevos gérmenes de civilización, no hará sino cumplirse la ley providencial que destina al género humano de todos los países á comunicarse recíprocamente sus adelantos, síntoma consolador y anuncio lisonjero de la fraternidad universal. Mas no por eso España pierde su derecho á que no se olvide que le pertenece la primacía de haber llevado el principio civilizador al Nuevo Mundo.

»Repite Colón sus viajes y multiplica los descubrimientos. En cada expedición se despliegan á sus ojos ricas y vastísimas islas, extensísimas y fértiles regiones, cuyos límites ni conoce entonces él mismo, ni será dado saber en largos años. Todas estas inmensas posesiones vienen á acrecentar los dominios de la corona de Castilla; y España y sus reyes en premio de su heroica perseverancia de ocho siglos, apenas ponen término á la obra de su emancipación y de su independencia se encuentran poseedores de multitud de provincias en otro hemisferio, cada una de las cuales es mayor que un gran reino. Nunca pueblo alguno llegó á merecer tanto, pero nunca pueblo alguno alcanzó galardón tan abundoso. Cuando se vuelve la vista á la monarquía encerrada en Covadonga y se la encuentra después dominando dos mundos, se siente estrecha la imaginación para abarcar tanto engrandecimiento. Ya no posee España aquellas vastas regiones: ¿qué importa? Los hijos que salen de la patria potestad, ¿dejarán por eso de ser la honra de los padres que les dieron el ser? Porque la codicia y la crueldad afearan después la obra de la conquista, ¿dejará de ser glorioso el hecho primitivo? Porque España no recogiera el fruto que debió de tan importantes adquisiciones, ¿habrá dejado de ser el suceso inmensamente provechoso á la humanidad?

»El descubrimiento de América hubiera bastado por sí solo para hacer entrar á la sociedad entera y señaladamente á España en un desarrollo y en un nuevo período de su vida. Por sí solo hubiera hecho la transición de la Edad media á la Edad moderna, aunque otros tantos sucesos no hubieran cooperado en el último tercio del siglo XV y en el primero del XVI á obrar una revolución radical en las ideas, en la política, en el comercio, en las artes, en la propiedad, en las necesidades y en las costumbres.»

MODESTO LAFUENTE.

LA AMÉRICA PREHISTÓRICA

Antigüedad de América. - Antigüedad del hombre americano. - No cabe afirmar ni negar que fuese autóctono. - Teorías sobre su origen. La Atlántida. El estrecho de Béhring. Los israelitas. - Los chinos. Los tártaros. Los mogoles. Los caras. - Los carios. Los fenicios. Los egipcios. - L escandinavos. - Los gaeles. - Si realmente pudieron arribar á las playas de América antes del descubrimiento hombres de Europa y de Asia. - Pudieron llegar, pero no colonizaron.

La América es tan vieja como nuestro continente. Allí como aquí han podido los geólogos estudiar era por era, período por período, época por época y capa por capa la historia de la tierra; allí como aquí los paleontólogos han encontrado ejemplares fósiles de *las floras* y *las faunas* propias de cada ciclo, y allí como aquí por esos fósiles se ha descubierto la existencia de especies extinguidas en edades remotas.

Había allí á no dudarlo en los principios de la era cuaternaria el elefante, el mastodonte, el caballo, el megaterio, el milodonte, el megalónice, el gliptodonte, el clamidoterio, el paquiterio y otros seres del mismo orden. Predominaban en todo el continente los animales herbívoros, y de éstos, en la parte meridional, los desdentados.

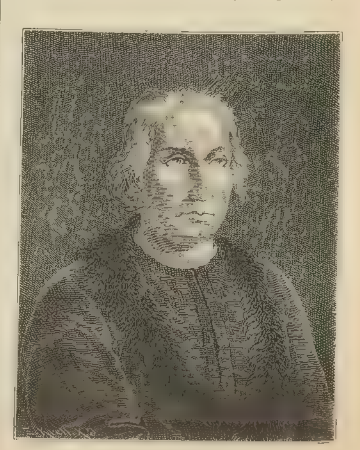
Desaparecieron todos al deshacerse los hielos polares que habían llegado á cubrir el Canadá y las tierras del Nordeste de la República de Wáshington ¿Coexistiría con ellos el hombre? Recientes descubrimientos han dado margen á sospechar si existía ya durante los períodos plioceno y mioceno de la era terciaria. Que vivieron en el primero de la cuaternaria parece fuera de duda. Lo acreditan, á mi entender, los numerosos utensilios é instrumentos de piedra encontrados junto con huesos fósiles de mastodonte y otros paquidermos en galerías de California abiertas á centenares de pies de profundidad bajo densos estratos de lava y también los muchos cráneos que vió Lund en cavernas del Brasil junto con huesos fósiles de caballo, de megaterio, de proto-pantera y aun de especies que subsisten. Abundan ya los hallazgos hechos en tierras cuaternarias de especies extinguidas mezclados con restos ú obras del hombre.

No por eso he de afirmar que fuesen autóctonos los primeros pobladores de América. Ni lo niego ni lo afirmo, que en pro y en contra hallo razones casi equivalentes. En realidad, no permiten hoy afirmarlo ni el génesis del cristianismo ni el de los darwinianos, que inútilmente han buscado allí á nuestros primates, los antropoides. Prevalece, quizá por este motivo, la opinión contraria, y se sigue con no menos afán que antes averiguando de qué parte del mundo pudieron proceder los americanos. Averiguación verdaderamente ociosa, á ser tan antiguos como parece por los indicados hechos.

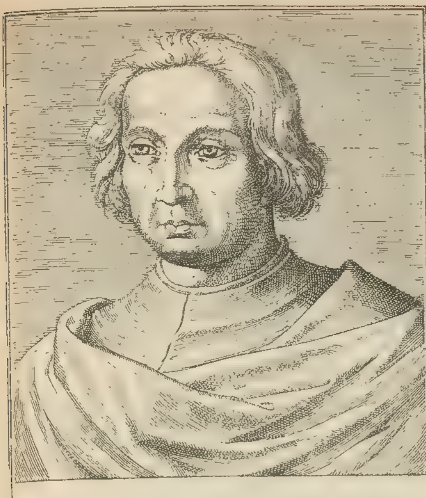
A raíz del Descubrimiento fijáronse algunos escritores en la *Atlántida*, y explicaron por la antigua unión ó proximidad de los dos continentes la presencia del hombre y de los demás seres animados en América. Túvose después la *Atlántida* por fabulosa y se la relegó al olvido; pero hoy vuelve á decirse que la hubo y desapareció realmente en una de las grandes revoluciones geológicas.

Impresiona á la verdad lo que sobre este punto refiere Platón en sus diálogos *Timeo* y *Critias*. Según él, había recogido Solón de boca de los sacerdotes de Sais las siguientes noticias, tomadas de las primeras tradiciones de Egipto: «Nueve mil años atrás - Solón vivió del 640 al 559 antes de Jesucristo - cabía atravesar el Océano Atlántico. Había enfrente del estrecho llamado las Columnas de Hércules una isla más grande que la Libia y el Asia juntas, desde la cual podían los navegantes pasar por otras islas á un continente que aquel mar lamía; mar digno de este nombre, ya que el de la parte de acá no parecía sino un puerto de angosta entrada. En aquella isla, por nombre Atlántida, habían creado los reyes un vasto y maravilloso imperio que se extendía allí hasta el desconocido continente y aquí por la Libia hasta el Egipto, por Europa hasta la Tirrenia. Habían aquellos poderosos monarcas reunido un día sus fuerzas é intentado someter de un golpe todos los pueblos del Mediterráneo; y los atenienses, primeramente á la cabeza de todos los griegos y después solos por la defección de sus aliados, los habían vencido arrojándolos así de Europa como de la Libia. Tiempos después ocurrieron inundaciones y terremotos: en un solo día, en una sola noche, tragó la tierra á los soldados de Atenas y desapareció la Atlántida. No era posible por esto cruzar aquel océano: lo impedía el mucho lodo que había dejado la isla al hundirse en el abismo.»

Se hace difícil considerar estas noticias mero parto de la fantasía; tanto más difícil viendo los numerosos pormenores á que se desciende. Se dice de la isla que levantaba mucho sobre el nivel del mar y tenía cortadas á pico las orillas, abundaba en todo lo necesario para la vida y para el ejercicio de las artes, contaba entre sus muchos minerales el auricalco, era rica en todo género de bestias mansas, especialmente en elefantes, y allá en su promedio, á corta distancia del Océano, contenía una vasta llanura recta y cuadrilonga con una colina en el centro rodeada de fuertes muros y de cinco muy anchos fosos, tres de agua y dos secos. Se añade que dominaba aquella colina un templo y un palacio y se



Retrato supuesto de Cristóbal Colón
El original se encuentra en Madrid en el ministerio de Marina



CHRISTOPHORO COLOMBO

Esta estampa es original, grabada por A. Capriolo, en Roma — 1596. — Se ha sacado de una colección de retratos de dicho autor

D. de Vergara

Madrid — 10 de Julio 1862

describe los materiales de que se componían. Determínase además por qué sistema político se regían los pueblos, y se los presenta distribuídos en diez naciones confederadas de que era jefe supremo el rey Atlante. Se explica, por fin, minuciosamente cómo y cuándo se reunían los príncipes de estas naciones, los asuntos de que trataban, los juicios que instruían contra los infractores de las leyes y las ceremonias de los fallos: el sacrificio, el juramento, el banquete, el cambio de traje.

A pesar de esto, no daría grande importancia á la cuestión si no viese reconocido por muchos geólogos que existió la Atlántida. Desde luego admiten todos que pudo muy bien, si existió, hundirse en el Océano, aserto no de extrañar cuando hace poco más de cinco años en las aguas de la Sonda desapareció la isla de Krakatoa, se dividió la de Sungpán en cinco islotes, se sumergió la costa de Bantam, aparecieron dies y seis volcanes y la alteración del mar se dejó sentir en las riberas de California; y en el pasado siglo, el año 1755, á consecuencia del terremoto que destruyó la ciudad de Lisboa y se extendió á la Noruega y la Islandia, creció el Atlántico seis metros en las Antillas y en Cádiz. Aunque por los trabajos de Lyell se atribuye hoy los cambios geológicos más á una lenta elaboración de la materia cósmica que á grandes cataclismos, forzoso es confesar que debió de haberlos en las antiguas eras, cuando aun en la presente y en no muy apartados tiempos registra la Historia los que acabo de referir y respecto á las eras anteriores y aun al período terciario decimos hoy consolidada y firme la tierra.

La existencia de la Atlántida la fundan algunos geólogos en que se ha de suponer pristinamente unidas las tierras hoy separadas, siempre que en sus estratos se observe identidad de floras ó faunas fósiles, y esa identidad es visible en los contrapuestos bordes del viejo y del nuevo mundo, gracias á las investigaciones de muchos sabios, á las cuales hay que añadir las del portugués Ribeiro, que asegura haber encontrado en los lignitos del cabo Mondego los vestigios de toda una flora americana. Partiendo de este dato y de las diversas profundidades del Atlántico, marcadas en los concienzudos mapas de Stieler, hasta se ha llegado á fijar los límites que hubo de tener la presunta isla, dándoselos en las Azores, las Canarias y las Antillas.

Prescindiendo de la exactitud ó inexactitud de estos límites, ha fortalecido un español la tesis llamando la atención sobre lo acantiladas y llenas de rías que desde Aveiro hasta Avilés se presentan las costas de nuestra península, allí compuestas de capas donde es fácil distinguir los terrenos de los períodos que van del primitivo al cretáceo, y sobre cuán imposible habría sido sin la Atlántida ú otra tierra contigua la flora y la fauna de los extensos lagos que durante el período mioceno ocupaban la mayor parte de nuestro territorio; lagos que juntos medían 127.344 kilómetros cuadrados y formaban las cuencas del Duero, el Tajo, el Guadiana y el Ebro. En los almarjales, los pantanos y las montañas de esos lagos había, se dice, una vegetación brillantísima, de cuyas especies correspondían 131 á la zona templada, 266 á la cálida y 85 á la tórrida. Acontecía otro tanto en la fauna; y es evidente, se añade, que sin tierras al Oeste que ejerciesen influencia sobre los vientos reinantes, ni habrían podido existir estas condiciones meteorológicas ni subsistir los mismos lagos.

Vienen también en apoyo de esta opinión muchos etnólogos, para quienes hay notable semejanza de costumbres entre los antiguos pueblos del Occidente de Europa y los del Oriente de América, sobre todo entre los de las Antillas y los de las Canarias.

Para mí, con todo, no es todavía la Atlántida sino una hipótesis. De los mismos geólogos la ponen pocos enfrente del estrecho de Gibraltar, donde Platón á paso. Él la dijo isla y muchos á creen prolongación de nuestro continente. Ni todos aceptan que subsistiese en la era cuaternaria, ó lo que es lo mismo, que coexistiese con el hombre. Sin esto, ¿qué gana la revelación de los sacerdotes de Egipto?

Más tarde otros escritores han querido explicar la aparición del hombre en América por la proximidad de América y Asia. América y Asia distan efectivamente muy poco una de otra en el estrecho de Béhring, hacia el Noroeste. Del cabo Oriental al del príncipe de Gales no hay allí, según Stieler, más que 70 kilómetros. Acércanse allí además los dos continentes por la corva cadena de las islas Aleutias, que arranca, no del estrecho, mas sí del mar de Béhring.

Que por allí hayan podido temprano penetrar en América gentes del Asia es innegable; tanto más, cuanto el estrecho se hiela algunos años á pesar de la corriente cálida que sube del Océano Pacífico al Glacial del Norte. Es por otra parte hecho inconcuso que de tiempo inmemorial se comunican los habitantes de las dos riberas. ¿No sería verdadera locura negar que se comunicasen allá en apartados siglos? Han reconocido no pocos viajeros el tipo mogólico en los aleutas y en muchos otros pueblos de la costa Noroeste de América.

Mas si en terrenos cuaternarios de América han parecido ya evidentes vestigios del hombre, preciso es poner en los períodos glaciales la llegada allí de los primeros asiáticos. Llegarían salvajes, tal vez sin idioma, y olvidarían hasta su origen. En parte alguna del nuevo continente se ha encontrado el menor recuerdo ni del Asia, ni de ninguna de sus regiones, ni de ninguno de sus pueblos.

Añádase á esto que la proximidad de los dos continentes no explica la presencia en el americano de los animales fieros que lo habitan, muchos por cierto bien distintos de sus congéneres del viejo mundo. No los habían de llevar consigo los emigrantes de Asia, cuando no resulta que llevasen los de carga y acarreo, tan útiles para el descanso y el progreso del hombre.

A mi modo de ver, es indispensable alterar los términos de la cuestión, preguntando no de dónde pudo allí proceder el hombre, sino si extrañas gentes fueron ó no á civilizarle antes del Descubrimiento. Prevalece aquí la afirmativa, pero surge la mar de opiniones. Pretenden muchos que le civilizaron los hebreos, á quienes se ha llegado á mirar como á los primeros pobladores de América. Sobre el tiempo en que tal sucediera están todos discordes. Ocurrió según unos en los mismos días de Noé, según otros en los de sus hijos ó sus nietos, según otros después de la destrucción de la torre de Babel, según otros al dispersarse las tribus israelitas y según otros á la muerte de Cristo.

Para la demostración de todas esas aserciones se ha derrochado caudales de erudición é ingenio. Se ha comparado creencias, tradiciones y costumbres americanas con creencias, tradiciones y costumbres judías, y violentando no pocas veces los hechos, falta común en esta índole de trabajos, se ha venido á la conclusión preconcebida. En dos cosas principalmente se ha buscado apoyo: en la idea que de un remoto diluvio tenían muchísimos pueblos de América y en la aparición por Méjico de un hombre llamado Quetzalcoatl, á quien se pinta blanco de cara, negro y lacio el cabello, espesa la barba, calzados de sandalias los pies y vestido el cuerpo de larga túnica. Nada menos que á Santo Tomás se ha querido ver en ese hombre extraordinario de que hicieron los americanos no sé si un dios ó la imagen de un dios de su nombre.

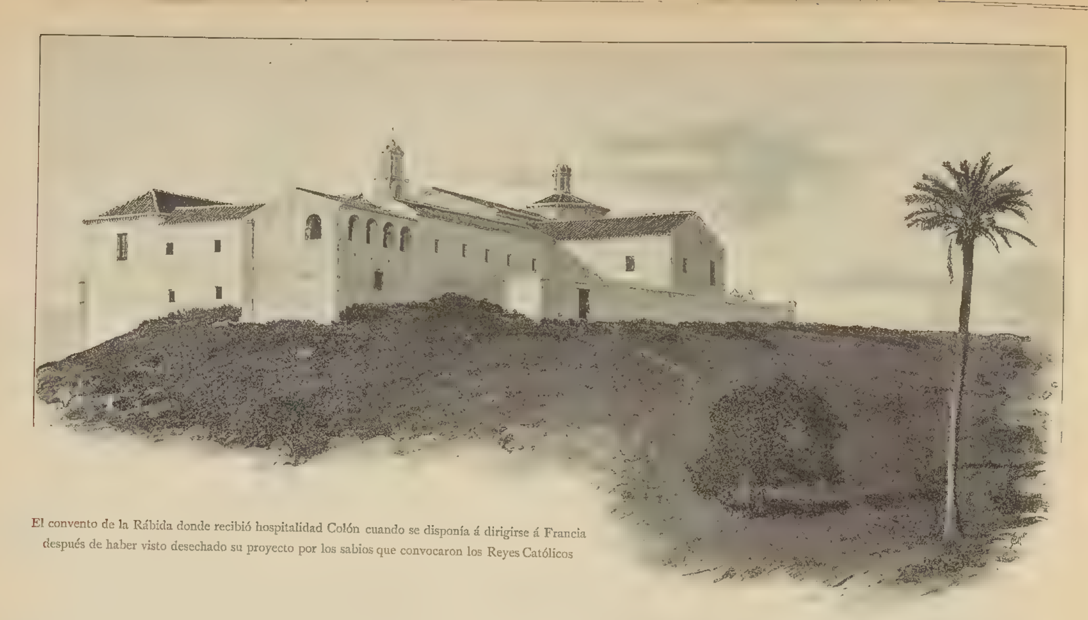
Perdone el lector si no aduzco en contra muchos argumentos. Sin haberlo oído de boca de los judíos, podían muy bien los americanos hablar del diluvio, ya que hubo un período diluvial, según la Geología, para toda la tierra. De ser Quetzalcoatl un apóstol, ¿habría dejado de hablarles de Cristo? Que el nombre de Cristo no sonó en América antes del descubrimiento, es, sin embargo, un hecho que no permite dudas.

Quetzalcoatl por las tradiciones mejicanas no era, además, un simple moralista; enseñaba, no sólo la oración y el sacrificio, sino también el cultivo de la tierra y la práctica de las artes. Ni hacía sus penitencias á usanza de los judíos ni de los cristianos: se taladraba con espinas de maguey la lengua y se bañaba á media noche en agua fría.

De varones de blanco rostro y austeras virtudes como Quetzalcoatl háblase además en muchas y muy distintas regiones de América: en algunas, como la de los mayas y los quichés, dándoles nombres de igual significación y sentido. En el Perú escribe Cieza que se hacía mención de dos: uno que allanaba los montes, convertía en cerros los valles y sacaba de las rocas fuentes de agua viva, y otro que sanaba los enfermos y daba vista á los ciegos; y en Colombia dice Humboldt que se recordaba á otro llamado Bochica, que abrió paso á las aguas del lago de Funhzé y dió origen al salto de Tequendama. De todos estos hombres se refería tan especiales y extraordinarios he-



Vista de la iglesia parroquial de Palos



El convento de la Rábida donde recibió hospitalidad Colón cuando se disponía á dirigirse á Francia después de haber visto desechado su proyecto por los sabios que convocaron los Reyes Católicos

chos, que sería hoy carencia de reflexión dejar de tenerlos por mitos indígenas.

Semejanzas entre los hombres del nuevo y los del antiguo continente ¿cómo no había de haberlas? El hombre es esencialmente el mismo en toda la haz del globo: está dotado de iguales instintos y de igual juicio. El desarrollo de su razón es desigual, pero obedece á los mismos impulsos y recorre las mismas etapas. ¿Hubo algún pueblo que llegara á la edad de bronce sin pasar por la de piedra? ¿Hubo alguno que llegara á la escritura fonética sin pasar por la jeroglífica?

Dejando ya estas hipótesis, debidas en gran parte á preocupaciones religiosas, y haciendo caso omiso de una tradición por la que, según Cogolludo, hacían los mayas venir de Occidente una de sus inmigraciones, paso á dar cuenta de asertos á que se atribuye fundamento histórico. Empiezo por los que se refieren á venidas del Oeste. Los chinos, se dice, conocieron temprano la América. Del siglo V al VI de la era de Cristo, bajo la dinastía de los Thsin, durante el reinado de Fi Ti, habían visitado ya las playas de California ó de Méjico. Un historiador que vivía en los comienzos del siglo VII, Li-yan Tcheou, refiere esta expedición por boca de Hoei Chin, sacerdote budista. Según este, á veinte mil *li* al Este de Tahán, como á diez mil kilómetros, había un país que llevaba el nombre de Fusang por el de cierta especie de árboles allí muy abundantes, de hojas parecidas á las del thoungh y de renuevos semejantes á los del bambú, que suministraba alimento, vestidos, papel y hasta materiales para la construcción de las casas. Se ha visto desde luego en Tahán la península de Kamtschatka, y se ha inferido que Fusang es América. Para demostrarlo no ha sido en verdad poco lo que se ha escrito.

Nada, no obstante, más inexacto. Contiene la relación de Hoei Chin muchos pormenores, y de éstos apenas los hay que puedan referirse á pueblo alguno de América. La descripción del árbol *fusang* trae de pronto á la memoria el *maguey*, planta abundantísima de que sacaban los mejicanos el *pulque*, el aguamiel, el *nequen*, las hojas de papel en que pintaban sus jeroglíficos y los palos de que se servían para la techumbre de sus casas; mas lo aleja en cuanto se lee que el fruto del fusang tiene forma de pera, y se sabe que el thoungh chino es uno de los arbustos bignoniáceos cuyas hojas en nada se parecen á las del agave.

En el país de Fusang, según Hoei Chin, no se conocía ni guerras ni tropas ni armas; había ganado de cuernos que podía llevar de peso hasta ciento veinticinco libras; tiraban de carros bueyes, caballos ó ciervos; se recogía la leche de las ciervas y se la hacía queso; abundaban las vides. En América, por el contrario, abundaban las guerras, y faltaban la vid, el queso, la leche, los caballos, los bueyes y los vehículos. Bestias de carga no las había sino en el Perú y no eran cornudas.

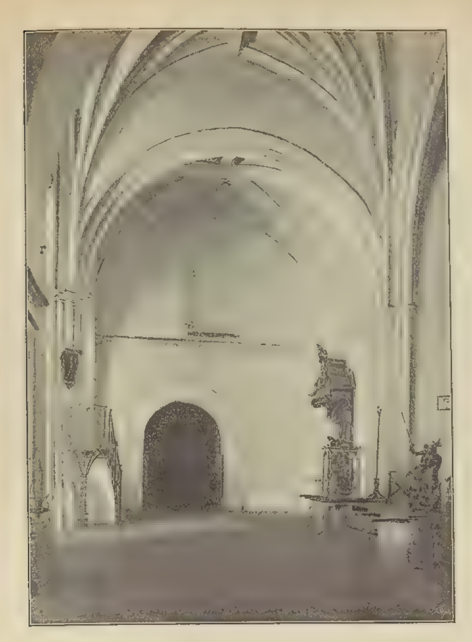
Aplicables á pueblos americanos menciona Hoei Chin sólo la falta del hierro, el uso del cobre, la manera de solicitar la mujer para el matrimonio y los duelos por los difuntos. A pueblos americanos, digo, no á todos los pueblos ni á los más siquiera, que á todos solamente convenía el desuso del hierro. Aun el modo de ganar novia era privativo de escasas tribus mucho más septentrionales que las de California.

Tiene aún menos base la presunción de que en más cercanos tiempos, sobre el año 1270, arrojados de su país los chinos por los tártaros, se dirigieran en número de cien mil á bordo de mil buques hacia Levante, y arribaran á las costas de Méjico y allí fundaran el imperio de los Motezumas. Sobre que hecho de tanto bulto, á ser cierto, no lo habrían dejado de escribir los historiadores chinos, que dan cumplida cuenta de la destrucción de su armada por esos mismos tártaros en 1278, queda esto completamente desmentido, así por la absoluta disparidad de las lenguas china y nahuatl, como por no haberse encontrado en Méjico vestigios ni memoria de los medios de navegación que los chinos conocían y sí tan sólo la balsa y la canoa.

Creo ahora excusado hablar de la aparición en Manta y el cabo de Santa Elena de ciertos hombres de extraordinaria estatura de que al parecer hablaban antiguas tradiciones del Perú y de Quito. Referíase que habían abordado aquellas costas, según Velasco en almadías, según Garcilaso en grandes barcas de juncos, y añadíase que habían desaparecido por la cólera que con sus crímenes habían despertado en cielo y tierra. Aun de esos pretendidos gigantes se ha



El convento de la Rábida. La cruz que se alza á la derecha es l[illegible] en que, según la tradición refi[illegible] sentó Colón antes de recibir hospitalidad en el monasterio



Vista del interior de la iglesia parroquial de Palos (de una fotografía)

sacado después argumento para otra inmigración asiática. Parecieron de tan desmesurada grandeza, no porque lo fueran, sino porque iban montados en elefantes. Eran mogoles.

En el siglo XIII, se dice, Kublai Khan, emperador del Mogol, envió una escuadra contra las islas japonesas. La dispersó la tempestad, y algunos buques, impelidos por los huracanes, fueron á dar en las riberas del Perú. Desembarcaron los mogoles que los tripulaban, y con tan buena suerte, que sometieron el país y fundaron el imperio de los Incas.

La dispersión de la escuadra resulta cierta, la posibilidad de que buques dispersos llegasen á lueñes y desconocidas playas es innegable; mas de aquí no cabe inferir ni aun que esto aconteciese. No hay ni en las tradiciones del Perú ni en los anales del Mogol memoria ni de la conquista ni del arrribo. No tuvieron jamás los peruanos por extranjeros á sus Incas, ni los Incas se dijeron oriundos de otras tierras. Ni jamás durante el imperio se hizo en el Perú barcos parecidos á los de los mogoles. En balsas y no en otras embarcaciones consta que fueron los Incas á castigar y domar la isla de la Puna.

Fúndase también esta opinión en meras analogías; en si mogoles y peruanos hacían del sol objeto especial de culto y le consagraban parecidas fiestas; en si los Incas llevaban casi el mismo tocado que los descendientes de Genghis Khan y removían anualmente la tierra por sus manos como los emperadores de China; en si los peruanos cazaban las reses arrollándolas como los pueblos de Genghis y ponían en las juntas de las piedras de sus edificios el mismo cuidado que los hijos del Celeste Imperio; en si chinos y peruanos usaban igualmente del *quippu* como medio estadístico y recordatorio; en si estaban por fin casi organizados de la misma manera el ejército de los Incas y el de los mogoles. Hallaron los españoles en el Cuzco una cruz de bruñido jaspe, y aun ésta se la atribuye á los nestorianos, que de seguro irían en la deshecha armada, según los muchos que ya entonces en el Mogol había.

Criterio más engañoso podría difícilmente darse. Por analogías cabe emparentar á los peruanos lo mismo con los pueblos de Asia que con los de Europa; por analogías cabe emparentar á los pueblos todos de la tierra. No por aisladas analogías se ha de inquirir su filiación, sino por el conjunto de su vida: sobre todo por su lengua, su numeración, su cronología, su cosmogonía, su religión, sus artes y el estado y los procedimientos de su industria.

El *quippu*, por ejemplo, lo había en Méjico; la cacería en corro, en Méjico y hasta en tribus salvajes; el culto del sol, en gran parte de América; el esmero en las juntas de las piedras, dondequiera que floreció la Arquitectura. Viendo por otro lado algunos monumentos del Perú, ¿quién no recuerda, ya los de Egipto, ya los que aquí llamamos ciclópeos, ya las antiguas acrópolis, ya los castillos de la Edad media?

Según Velasco, hubo otra inmigración por Occidente, la de los caras, de quienes dice que del siglo VII al VIII llegaron en balsas, subieron por el río de las Esmeraldas, transmontaron los Andes y fundaron en Quito el reino de los Scyris. De dónde salieron no se declara; no debía de ser de muy lejos cuando navegaban en almadías.

Doblo, no obstante, el cabo de Hornos; encuentro derramados por gran parte de la costa de Oriente á los tupíes, y leo en el Sr. vizconde de Porto Seguro que proceden de los carios, de aquellos terribles piratas del Mediterráneo que un día ocuparon las bocas del Nilo y hubieron de abandonarlas cuando Cambises II avasalló el Egipto. ¿Hablarían del mismo pueblo el Vizconde y Velasco? Opina el Vizconde que, pues los carios conocían las islas Canarias, como los fenicios, de quienes eran rivales, debieron en sus muchas vicisitudes salir al Atlántico y en una verse arrastrados á las tierras de América por los temporales ó las corrientes. Hubo de ocurrir esto á su entender del siglo VIII al VI antes de Cristo.

Fúndase también este autor en meras analogías: unas léxicas, otras de costumbres, otras de supersticiones y creencias. Fíjase por de pronto en que el tupí daba á buena parte de los suyos el nombre de *car-ibes*, á otros el de *car-ijos*, á sus hechiceros el de *car-ais* y á un manantial de Río Janeiro el de *Car-ivea*. Busca luego en la lengua tupí voces que suenen á las de idiomas antiguos de nuestro continente; y con rebuscar mucho y violentar no poco, halla sobre setenta. Respecto á las costumbres y la industria tiene por semejantes á las de Egipto las canoas, la materia de que frecuentemente se las hacía, las armas, los instrumentos músicos, los artículos de cestería y de cerámica, el respeto á los animales domésticos, el unto del cabello, las ofrendas á los difuntos y las venganzas ejercidas en los cadáveres de los enemigos; también el *tepití*, por el que se purgaba y se purga todavía la mandioca, y el *saumaqui* ó banco de conchas. Sobre creencias y supersticiones recuerda por fin á Egipto en Sumé y Tupay, el dios y el diablo de los tupíes; en los *payes*, á la vez sacerdotes y médicos; en la *mbaracá*, una especie de sistro; en el miedo á las aves nocturnas y en las incalificables prácticas de agujerearse el rostro para la inserción de adornos y prolongar el cráneo de los niños. Ve á los egipcios hasta en el tipo, hasta en el carácter moral de los tupíes.

¡Lástima de trabajo! Dentro de la misma América habría podido encontrar el Sr. Vizconde más numerosas, más visibles y sobre todo más fáciles analogías. Aun lo que parece más característico, el tepití, por ejemplo, existía en sus más rudas y primitivas formas entre los achaguas, que vivían no lejos de las orillas del Meta. No digamos de los saumaquis ó bancos de conchas, comunes en las costas occidentales de la América del Norte. El mandaje del sacerdocio y la medicina en una persona, las ofrendas á los difuntos, el unto de los cabellos, la inserción de adornos en la cara, las deformaciones del cráneo, el uso de la mbaracá y el cuerno marino, el supersticioso temor á la lechuza y al buho, generales eran en todo aquel vasto continente. La cestería y la cerámica ¡en cuántos pueblos no presentaban los colores y las formas que entre los tupíes! Hacían los tupíes canoas de una planta que es de la familia de las ciperáceas, y los columbios del Norte y muchos pueblos al Oriente de las Montañas Pedregosas, de corteza de abedul ó de pino.

Brasseur de Bourbourg habla también de los carios, pero como civilizadores, no sólo de los tupíes, sino también de toda América. Es más lógico que el Vizconde. Llegaron, según él, á las playas del que llamamos Nuevo Mundo antes de la destrucción de la Atlántida y dieron su nombre á multitud de lugares. Son realmente en América muchos los nombres geográficos que suenan á carios. No abundan al Norte, pero sí de Santo Domingo al río de la Plata. Cari, Cariaco, Cariay, Caribana, Carioco, Carangui, Carimú, Carapo, Caraguaitay, Caramativa, Carambaba, Carapo, Carapu, Carara, Carori, etc., etc.; los carios, los caribes, los carijos, los caripores, los carinis, los carinitos, los caracares, los carachis, etc. Mas ¿cabe fundar en tan frágil base tan aventurada teoría? Es de advertir que en la lengua tupí no hay voz alguna que empiece por *car* y encierre la idea de varón, de hombre; y en la quichua *ccari* significa varón, varonil, valeroso. Los *yuraj-ccari*, los yuracarés, son los blancos hombres. En tupí, hombre es *abá;* varón, *cuimbaé*.

Pretenden otros que estuvieron en América los fenicios. Se fundan principalmente en un pasaje de Diodoro de Sicilia. Refiere Diodoro en los párrafos 19.º y 20.º del libro V de su *Biblioteca Histórica* que los fenicios, después de haber establecido gran número de colonias en la Libia y en los países occidentales de Europa, como poseyesen grandes riquezas, intentaron navegar allende las Columnas de Hércules por el Océano, y mientras costeaban el Africa, arrojados por impetuosos huracanes mar adentro, después de muchos días de navegación al Oeste llegaron á una isla de considerable extensión y notable hermosura, surcada por ríos navegables y erizada de cerros. Describe luego la isla, y dice que era de suelo fértil, sana, rica en fuentes y manantiales, copiosa en caza y pesca, y de tal temperatura, que sus muchos árboles y otras plantas rendían lo más del año opimos frutos. Píntala con numerosos jardines, con huertas regadas por claros arroyos, con casas de campo suntuosamen-



Celda del Padre Juan Pérez, guardián de la Rábida y protector decidido de Cristóbal Colón, cuya empresa patrocinó desde el primer momento de conocer el proyecto del intrépido navegante



CRISTOBAL COLON ESCARNECIDO POR LOS DOCTORES DE SALAMANC

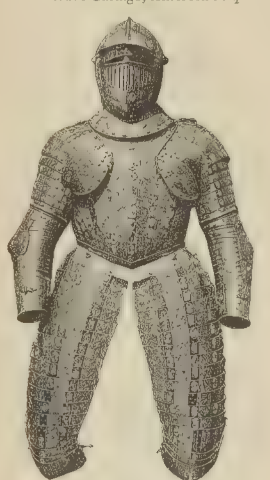


…di Nicola Barabino (esistente nella Sala Orsini di Genova)


Vista general de Palos, desde cuyo puerto partió Colón en busca de tierras desconocidas

te construídas cuyos patios están cubiertos de flores, y termina por afirmar que es tan bella, que más parece morada de dioses que de mortales.

Regresaron los fenicios á Europa, añade Diodoro, y divulgaron el descubrimiento. Codiciosos los tirrenos, trataron de ir á fundar una colonia en la nueva isla; mas los detuvo Cartago, temerosa de que la abandonaran muchos de sus hijos por tan fecunda tierra y deseosa de reservársela para el caso de futuros desastres.


Armadura de Cristóbal Colón existente en la Armería Real de Madrid

Lo ahora difícil es saber á qué isla arribaron esos fenicios. Pudo, se dijo, ser una de las Canarias, de que habló Plutarco en términos parecidos á los de Diodoro. No lo creo, ya que, según Plutarco mismo, en los tiempos de Sertorio, que eran los de Diodoro, se conocía ya dos de las Canarias con el nombre de Islas Atlánticas. Debió de ser otra la descubierta: mas considero inútil investigar la que fuese, puesto que por las mismas afirmaciones de Diodoro poca ó ninguna influencia hubieron de ejercer en ella navegantes que ni la colonizaron ni la hicieron motivo de otras expediciones. El hecho, de haber ocurrido, entiendo que no serviría sino para difundir por Asia y Europa el rumor que de tierras más allá del Océano quedó en los cantos de los antiguos poetas. Por eco de ese rumor y no por profecía tomo yo los conocidos versos de Séneca:

«Venient annis
Sæcula seris quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Thetysque novos
Detegat orbes; nec sit terris
Ultima Thule.»

Derivan de Egipto otros escritores la civilización de América. El más sólido argumento es el uso de la pirámide y el jeroglífico en las dos regiones. La pirámide era efectivamente en América forma general de arquitectura; el jeroglífico, medio gráfico bastante común, si lo extendemos desde lo que grababa el iroqués en las cortezas de los árboles ó pueblos más bárbaros en las duras peñas, hasta lo que aún podemos ver en los pintados códices de los nahuas y los mayas. Mas ¡qué diferencia de los jeroglíficos y las pirámides de Egipto á los jeroglíficos y las pirámides de América!

En América las pirámides son truncadas; en Egipto, agudas. En América sostienen otros edificios; en Egipto encierran el sepulcro de los que las fundaron. En América se componen ordinariamente de tres ó más cuerpos escalonados; en Egipto no hay escalonada sino la de Sakarah, que se dice ser la más antigua. En América tienen de sillería cuando más los paramentos; en Egipto, paramentos y fondo. A las de América se sube por una ó más graderías; á las de Egipto por ninguna. En los pisos de las de América acostumbran á ser, por fin, perpendiculares los muros; en los de la de Sakarah se inclinan todos hacia el común vértice.

Las pirámides de América, más que con las de Egipto, guardan analogía con las del Eufrates y el Tigris, de las que se puede tomar como ejemplo la tumba de Ciro. Más que con las de Egipto la guardan aún con las que vemos en las pagodas de Mahabalipur y otros templos de la India. No hablo de la de Boro-Budor, porque se la cree del siglo XIV de la era de Cristo.

Los jeroglíficos de América siguieron á no dudarlo el mismo curso que en Egipto. Fueron primeramente figurativos; después figurativos y simbólicos; más tarde, figurativos, simbólicos y fonéticos. Hiciéronse fonéticos tomando de la figura de cada objeto la primera sílaba ó letra del nombre que lo expresaba. De la escritura fonética hubo en América tres clases: la meramente jeroglífica, la hierática y la demótica, y es posible que en América sucediese lo mismo. Hieráticos parecen los *analtés* de los mayas y demóticos los signos que nos transmitió Landa como letras de un alfabeto y no han bastado aún para la inteligencia de inscripciones ni códices.

Mas esto no implica ni que Egipto recibiese de América los jeroglíficos, ni que América los tomase de Egipto. Por esos ensayos debió de pasar y pasó de seguro en todos los pueblos la expresión gráfica de las ideas. Que no los descubramos ni aun en las naciones á que se atribuye la invención del alfabeto, no significa que no existiesen. En mi opinión, se cree, no sin causa, que las letras de los primitivos abecedarios son abreviaturas de antiguos caracteres figurativos.

Cabe apreciar en la misma América lo que tardan los pueblos en recorrer esas etapas. Eran allí muchos los que no habían salido de la escritura figurativa. Los mismos nahuas apenas hacían uso de los signos fonéticos más que para la determinación de los nombres propios. Con ellos, por otra parte, distaban de haber conseguido la expresión de los sonidos simples. La consiguieron los egipcios, no los mejicanos ni tal vez los mayas.

Los egipcios estaban ya en el penúltimo término de evolución tan laboriosa; habrían llegado al último con sólo suprimir para los sonidos simples la multiplicidad de signos fonéticos, mal de que según Brasseur de Bourbourg adolecía también la escritura yucateca.

No hablemos de la forma de los jeroglíficos. Desde este punto de vista no cabe ni remotamente comparar los de Egipto y los de América. Refiérome principalmente á los que decoran los monumentos. Los de Egipto están grabados en hueco; los de América, en relieve. Los de Egipto son delicados y artísticos; los de América, borrosos y con tendencia á la caricatura. Los de Egipto se presentan desordenadamente distribuídos; los de América, por fajas.

No son comparables entre Egipto y América ni los jeroglíficos ni las esculturas. Podrán las de Palenque recordar las de Persia, no las de Egipto. Podrá verse en algunas tocados inconcebibles, no esa calántica de Isis, común á egipcios y griegos. Inútil buscar en las de América los contornos de las del Nilo; si unas y otras se parecen en la postura, aquéllas la deben más á la insuficiencia del arte que al sacerdocio; éstas, más á la religión que á la insuficiencia del arte.

Prescindamos ya de hipótesis. Entremos en los dominios de la Historia. Los europeos que realmente penetraron en América antes de Cristóbal Colón fueron los escandinavos. Tenían colonias en la Islan-


Santángel, escultura de Gamot que figura en el monumento de Colón en Barcelona



Ferrer de Blanes, escultura de Pagés
que figura en el monumento de Colón en Barcelona]

dia el año 874 de la era de Cristo. El año 986 pusieron el pie en la Groenlandia á las órdenes de Erico el Rojo, que iba acompañado de Heriulfo Bardson, y se establecieron en una bahía al Sudoeste, á la que dieron el nombre de Eríksfiord. Groenlandia, como no ignora el lector, es ya parte de América.

Navegaba por entonces en los mares de Noruega Biarne, hijo de Heriulfo. Dirigióse á Islandia; supo allí á su padre ausente, decidióse á buscarle y, empujado por los vientos del Norte, fué á dar en las riberas de Terranova. Terranova, como no desconoce tampoco el lector, es una isla de América, situada al Sur de la Groenlandia. Desde ella ganó Biarne en cuatro días la playa de Eríksfiord.

Diez y seis años después, el año 1000, compró Leif, hijo de Erico, el buque de Biarne, y salió al mar con rumbo á Mediodía. Halló primeramente la isla de Terranova, á la que dió el nombre de *Hélluland*, y después la Nueva Escocia, á la que dió el de *Márkland*. Dobló luego el cabo Cod, se metió tierra adentro por un río que derivaba de un lago y allí ancló y pasó el invierno. Porque halló en la tierra vides silvestres, la llamó *Vínland*.

Vínland fué objeto de nuevas expediciones. La visitó el año 1002 Thorwaldo con tan adversa fortuna, que el año 1004 en una excursión marítima al Este murió á manos de los indígenas. Quiso en vano vengarle el año 1005 su sobrino Thorstein, hijo tercero de Erico; anduvo todo el estío errando con su esposa Gudrida por el Océano sin que nunca acertase á conocer dónde estaba, y cuando menos quería dió con las costas occidentales de Groenlandia, donde á poco exhaló su postrer suspiro.

Gudrida fué luego la que promovió la empresa de mayor importancia. Salían el año 1007 de la bahía de Eríksfiord tres naves tripuladas por ciento setenta hombres y abundantemente provistas de víveres. Iba al frente de la escuadra Karlsefne, varón rico y noble, con quien Gudrida acababa de contraer segundo matrimonio, y la llevó directamente á Vínland, donde pensaba establecer y estableció una colonia. Algo más de tres años estuvo allí, unas veces comerciando, otras en lucha; al cuarto, no sin razón temeroso de que los indígenas le atacaran de día en día con mayores fuerzas y al fin le acabaran, alzó el campo y dió la vuelta á Groenlandia sin ánimo de correr más aventuras ni exponerse á más riesgos.

Hízose todavía otra expedición á Vínland. Concibióla el año 1011 otra mujer, por nombre Freydisa, que con su esposo Thorwaldo había asistido á la de Karlsefne y portádose bravamente en un combate, y llevóla al punto á cabo por medio de dos hermanos que vió navegar en buque propio y ganó á su pensamiento. Obligóse á guiarlos con su marido y aun á poner como ellos á bordo treinta hombres de guerra, amén de algunas mujeres, siempre que le concedieran igual parte en los beneficios; y ya que los tuvo en Vínland, indujo á Thorwaldo á que se deshiciera de los consocios y los varones que los acompañaban, reservándose hacer otro tanto con las hembras. Ejecutóse tan atroz delito, y sus autores, no bien asomó la primavera del año 1012, regresaron á Groenlandia.

Hubo posteriormente viajes aislados: en 1121 el del obispo groenlandés Eurico á la tierra de Vínland; en 1285 el de los sacerdotes islandeses Adalbrando y Thorwaldo á Terranova; en 1347 el de diez y siete hombres á Márkland. Permanecía la Groenlandia en poder de los escandinavos y mantenía vivo el recuerdo de las comarcas del Mediodía. Sus colonos, lejos de decrecer, aumentaban y se extendían por las costas de Occidente. No mostraron á la verdad mucha afición á continuar por el Océano las correrías y los descubrimientos; mas acaso fuese por el deseo de explorar su propio domicilio. Subieron hasta los grados 75 46′ de latitud Norte.

Otro hecho he de consignar aún de los escandinavos. Independientemente de las referidas expediciones, que se enlazan las unas con las otras, se sabe que el año 983 Ave Marson, jefe de los reykianes en Islandia, fué arrojado por una tempestad á muy inferiores costas; según algunos á las de la Florida, según otros, que no se atreven á determinar tanto, á las que median entre la bahía de Chesapeake y el golfo de Méjico. Allí se da también casi por cierto que fué á parar años después, el 999, Biorn Asbrándson, el apasionado amante de Thurida de Frodo, que perseguido por su adulterio, abandonó la Islandia sin decir adónde se dirigía. Empujado por vientos del Nordeste, fué allá el año 1027 Gudleif Gudlángson, que había salido de Dublín con rumbo al Norte, y refirió á su vuelta que, habiendo caído en poder de los indígenas, debió la vida á un hombre entre ellos de mucha autoridad, que se presentó con gran séquito, le preguntó al saberlo de Islandia por muchas personas de la isla, principalmente por Thurida de Frodo y, sin querer nunca decirle ni su patria ni su nombre, le dió una espada y un anillo con encargo de que entregase el anillo á Thurida y la espada á Kiartán, precisamente el hijo adulterino de Biorn Asbrándson.

Todas estas relaciones, en que pudo entrar por algo la poesía, tienen como principal fundamento las sagas contenidas en un códice que hoy guardan los archivos de Copenhague, el *Codex Flatoiensis*, concluído en el último tercio del siglo XIV. Recogió éste y otros documentos sobre el mismo asunto Carlos Cristiano Rafn, y con el título de *Antigüedades Americanas* los publicó la Sociedad Real de Anticuarios del Norte. Quieren algunos autores verlos confirmados por la célebre roca de Dighton, sita en territorio de Massachusetts, riberas del Taunton, donde se presume que se detuvieron desde Leif hasta Freydisa; mas, á mi juicio, sin fundamento, ya que los jeroglíficos en ella grabados, atribuídos por unos á los escandinavos, por otros á los fenicios y por otros á los atlantes, son del mismo género que los de innumerables rocas de las tres Américas. Lo que realmente confirma las sagas es la piedra con caracteres rúnicos que el año 1824 se encontró en la isla de Kingiktorsoac, cerca de las costas occidentales de Groenlandia. Se habla en la piedra de unas lindes puestas el año 1134 por Erlingo, Biarne y Tindridio, probablemente en señal de ocupación de la isla. En la misma Groenlandia hay otras lápidas en letras ya romanas, ya rúnicas, que acreditan el mucho tiempo que durante la Edad media permanecieron allí los escandinavos.

No descansa de mucho en tan sólidos fundamentos la opinión de haber ido los gaeles en la segunda mitad del siglo XII á las playas de América. Refieren viejos anales célticos que á la muerte de Owen Gwinedd, príncipe de Gales del Norte, se disputaron la sucesión los hijos, y Madoc, el más pacífico, resolvió ir á buscar en ignoradas tierras la perdida calma. Navegó, dicen, con rumbo al Oeste y dió con el Oriente de América. Después de haberse establecido allí con los que le acompañaban, volvió, añaden, al país en busca de gente y de recursos, y con diez buques bien tripulados y provistos emprendió el viaje de retorno. No se sabe si lo hizo con buena ó mala suerte, pero se presume que con buen éxito.

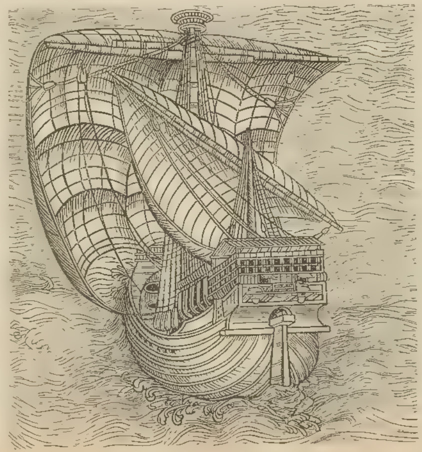
Parece á primera vista extraño que todo un príncipe saliese á la ventura buscando tierras que desconociese; mas en el siglo XII y en el Norte de Europa pudo muy bien Madoc haber tenido noticia de las descubiertas por los escandinavos. Es mucho más extraño que, habiendo vuelto Madoc á Gales, no hiciesen los gaeles más caso del acontecimiento. No se ha podido hasta aquí, por otra parte, determinar dónde se fundó la colonia. Lo fijan unos en Méjico, otros en la Florida, otros en la Carolina, otros en Virginia, otros entre los Asguaws, otros entre los Shawnis. Los motivos de incertidumbre y duda son muchos; los de seguridad muy pocos.

Pongo aquí término al examen de la cuestión objeto de este artículo. Es para mí, como llevo dicho, no sólo posible, sino también probable que antes del descubrimiento por Colón hayan arribado á las costas de América pueblos, así de Oriente como de Occidente. Lo posteriormente ocurrido me lo confirma. El año 1500 fué arrojado por una tormenta á las costas del Brasil Pedro Alvarez Cabral, que iba á doblar el cabo de Buena Esperanza; el año 1731 lo fué á la isla de la Trinidad un barco que iba de la de Tenerife á la de Gomera; el 1777 lo fué á la Guaira otro que estaba destinado á la travesía de Lanzarote á Tenerife; el 1797 lo fueron á la isla de Barbados unos pobres negros que se escaparon de un buque en las costas de Africa. Por Occidente se repitió el hecho con mayor frecuencia. Del año 1782 al 1875 registra

Nūc vō & hę partes ſunt latius luſtratæ/& alia quarta pars per Americū Veſputiū (vt in ſequenti bus audietur) inuenta eſt/quā non video cur quis iure vetet ab Americo inuentore ſagacis ingenij vi ro Amerigen quaſi Americi terrā / ſiue Americam dicendā: cū & Europa & Aſia a mulieribus ſua ſor tita ſint nomina. Eius ſitū & gentis mores ex bis bi nis Americi nauigationibus quæ ſequunt̄ liquide intelligi datur.

Ameri ca

Facsímile del párrafo de la *Cosmographiæ Introductio*, de *Hylacomylus*, en que se estampa por primera vez el nombre de América



Nave de fines del siglo XV



Cuadros existentes en la celda de Fray Juan Pérez, guardián del convento de la Rábida

Brooks cuarenta y un juncos del Japón arrastrados á las orillas de América por los vientos y las tempestades. Sólo del 1850 al 1875 hasta veintiocho. De los cuarenta y uno consigna que llegaron vacíos once; con mujeres, ninguno.

Lo que no considero probable es que antes de Colón fueran á colonizar á América extraños gobiernos ni á poblarla gentes cultas de Europa ni Asia. No permiten que lo crea ni el estado de salvajismo en que á la llegada de los españoles vivían los más de los pueblos, ni el de relativa barbarie de las más prósperas naciones, ni el aislamiento en que las unas de las otras las vimos, ni la inexistencia del arado, los utensilios de hierro, las máquinas, el carro, el buque de arboladura, la moneda, el alfabeto. Me lo permite creer aún menos el carácter especialísimo que allí presentaban las principales manifestaciones de la humana vida: la religión, el arte, la poesía, la industria, la guerra, las costumbres.



Cristóbal Colón en el convento de la Rábida, cuadro de D. E. Cano, existente en el Museo Nacional de Madrid

Pudieron los americanos proceder de Europa ó de Asia; pero es indudable que si de Europa ó de Asia procedieron, debió de ser coetánea ó casi coetánea la aparición del hombre en los dos continentes.

FRANCISCO PÍ Y MARGALL

LA CUNA DE CRISTÓBAL COLÓN

Carta dirigida al académico Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado

No, ciertamente, mi ilustre amigo y compañero, no estoy todavía convencido. Es realmente curioso, interesante y merece todo pláceme el libro recientemente publicado por el Sr. D. Francisco R. de Uhagón con el título de *La patria de Colón según los documentos de las Ordenes militares;* pero no ha llegado á convencerme hasta el punto de que pueda decir con su distinguido autor: «La materia está agotada, el problema histórico resuelto, y no debe discutirse más en este asunto.»

Creo, por el contrario, que aún se discutirá por largo tiempo y que todavía hay tela que cortar.

El Sr. Uhagón, con celo muy digno de aplauso y movido por la fe con que siguen y persiguen el estudio los que en él la tienen, quiso examinar los archivos de las *Ordenes militares*, para saber si allí existía por acaso algún documento que de manera terminante resolviese el enigma de la cuna de Cristóbal Colón hasta hoy incierta.

Y bien le avino en ello. Diéronle fruto sus pesquisas, y en el códice que es *Indice de los caballeros que han vestido el hábito de Santiago, con sus genealogías correspondientes*, encontró la de D. Diego de Colón, nieto del descubridor inmortal, con el proceso de información que hubo de abrirse para su toma de hábito.

De este proceso resultan tres declaraciones que el Sr. Uhagón traslada al pie de la letra.

De la prestada por Pedro de Arana es inútil hablar, pues sólo afirma haber *oido decir* que Cristóbal Colón era genovés, *pero que no sabe dondes natural.*

Más explícita la del licenciado Rodrigo Barreda, dice, pero también sólo por *haberlo oido decir,* que don Cristóbal Colón era de la *seniorìa de Génova de la cibdad de Saona.*

La de Diego Méndez, compañero que fué de navegación del gran almirante, es la única á que se puede dar cierta importancia. El testigo depone que D. Cristóbal Colón *era natural de la Saona ques una villa cerca de Génova.*

Pero esta afirmación, sin probanza alguna y sin más que la fe que pudiera darse á la palabra honrada del testigo, tiene la fuerza misma que puede merecer la de otros, también conocidos y compañeros de Colón, quienes, según cuenta y escribe Fernando Colón, el propio hijo del almirante, decían: «unos, que era de Nervi; otros, de Cugureo; otros, de Buggiasco; otros, que querían exaltarle más, decían que era de Saona; otros, genovés, y algunos también lo hacían natural de Plasencia.»

Hay que dar á éstos, por lo menos, el crédito mismo que pueda darse á Diego Méndez.

¿Y cómo, cómo puede darse más fe á la palabra de Diego Méndez que á la del mismísimo Cristóbal Colón, cuando dice de manera que debiera terminar todas las dudas: «Siendo yo nacido en Génova, vine á servir aquí en Castilla...» «De Génova, noble ciudad y poderosa por mar... de ella salí y en ella nací?»

La declaración no puede ser más terminante, ni puede ser más autorizado quien lo dice.

¿Cómo, pues, se ha de dar más crédito á la palabra de un simple marinero diciendo haber nacido Cristóbal Colón en Saona, que á la del mismo almirante consignando en un documento célebre que nació en la ciudad de Génova?



Isabel la Católica cede sus joyas para la empresa de Colón, cuadro de D. A. Muñoz Degrain

Y sin embargo, cuando se duda de lo dicho por el propio almirante, ¿se quiere dar más fe á lo que dice un simple marinero en cosa propia de aquél y no de éste?

Porque de lo dicho por el almirante, mi querido amigo D. Juan, bien sabe usted que se duda y que hasta el ánimo más sereno y convencido tiene motivos para dudar ante la balumba de pruebas y documentos que surgen de todos lados.

No es, pues, de extrañar que el libro del Sr. Uhagón y los testimonios en él aducidos nada vengan á resolver en definitiva. La cosa no está juzgada, ni mucho menos. Lo único que hasta hoy aparece más probable y resulta más evidente es que Cristóbal Colón fué de nacionalidad genovesa y nació en territorio perteneciente á la señoría de Génova; pero lo positivo es que todos cuantos esfuerzos se hicieron, y no son pocos, para fijar definitivamente la patria de Colón y el lugar de su cuna, resultaron inútiles ó poco menos.

Reina en este punto un misterio profundísimo, como si Dios quisiera que fuese un arcano y quedase para siempre oculto entre sombras eternas el pueblo donde por primera vez vió la luz el llamado á descubrir un nuevo mundo: misterio al que no ha contribuído poco ciertamente el mismo Fernando Colón, hijo del gran revelador, dejando en completa obscuridad los orígenes de su padre al escribir la vida de éste.

Paréceme, pues, que la publicación del libro que ha tenido usted la bondad de enviarme, y á que me estoy refiriendo, ofrece ocasión para que algo se diga de tanto como se viene hablando y discurriendo respecto á la patria de Colón.

Es posible, ó por mejor decir, es seguro que nada nuevo pueda yo comunicar á quien, como usted, tanto profundizó en estos y en otros estudios, demostrando en todos su competencia y maestría; pero creo que algo nuevo puede decirse, y decirse debe, por ser propio el lugar, en este número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA consagrado á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América.

Y decirse debe también desde el momento que con gran alteza de miras se ocupó de este asunto en las páginas del *Boletín* de nuestra Academia de la Historia el señor barón de Mora reclamando para Cristóbal Colón la nacionalidad española. Me parece que el señor barón de Mora es el primero, acaso el único hasta ahora, que ha llamado la atención sobre este punto concreto. Y por aventurada que sea la tesis, hay que hacerse cargo de ella.

Muchas son las poblaciones que reclaman el honor de ser cuna de Colón.

Es la primera, y marcha á la cabeza de todas, la ciudad de Génova, y tres son con ella las ciudades en Italia donde existen casas que ostentan en su fachada mármoles y bronces con inscripciones trazadas para decir al mundo que allí nació Cristóbal Colón.

Génova lo reclama, si no precisamente para su capital, para su territorio al menos, y hasta el presente, forzoso es confesarlo, se lleva la palma, habiendo conseguido imponerse y fundar escuela, ya que el mundo todo habla siempre del ilustre *genovés*, reconociéndolo como oriundo de Génova, fiado en lo que bajo los auspicios de esa ciudad y república se ha escrito con menor ó mayor documentación, y tomando por base siempre las mismas palabras de Cristóbal Colón en su testamento, cuando dice: *Siendo yo nacido en Génova...*

Pero aun esto, que parece terminante, y que yo me inclino á creer que así es, aun esto se ve combatido por tan firme y sólida argumentación á veces, que hace nacer la duda en el ánimo de convicción más arraigada.

Entre los historiadores que sostienen y afirman el nacimiento de Colón en Génova se hallan Giustiniani, Caffaro, Cassoni, Spotorno, Peragallo, Harrise, Barros, Muñoz, Lafuente, Asensio, Roselly de Lorgues y Fernández Duro; debiendo decir que son muchísimos, infinitos, los que le consideran como genovés, entendiendo ser nacido, si no en la ciudad, en algún punto del territorio ó señoría de Génova; y dan fuerza á esta opinión, no sólo las palabras citadas del propio almirante, sino las que se leen en una cláusula del testamento de D. Fernando Colón: *hijo de D. Cristóbal Colón, genovés.*

Génova, como ciudad, insiste en reclamar el privilegio de ser cuna de Colón. No ha conseguido dejar señalado el sitio y casa en que nació; pero su municipio compró en 1887, por la suma de 31.500 pesetas, una casa en la que se supone que el gran almirante pasó su infancia y juventud hasta la edad de catorce años.

En Cogoleto, que otros llaman Cugureo, existe una humilde casita sobre cuya puerta aparece el escudo de armas del primer virrey de las Indias, y á su pie se lee:

Hospes, siste gradum! Fuit hic lux prima Columbo.
Orbe viro majori hæc nimis arcta domus.

¡Extranjero, detente! Aquí vió Colón la luz primera.
El mayor varón del orbe vivió en la estrechez de esta casa.

Felice Isnarchi y Lorenzo Gambara son los dos escritores que sostienen, pero con poco éxito, el nacimiento de Colón en Cogoleto.

Ya son más los historiadores que mantienen ser Saona la patria del almirante, y á ellos vino hoy á unirse el Sr. Uhagón, antes citado, aduciendo el documento que encontró en el archivo de nuestras Ordenes militares.

Saona alega como principal argumento el de haber dado el almirante nombre de Saona á una de las islas por él descubiertas, lo cual se supone que hizo en recuerdo de su patria.

No es, pues, de extrañar que haya en Saona una casa encima de cuya puerta se lea:

Lunghi anni
Meditando
L'arditto concetto
In questa casa
Gia posseduta da Domenico Colombo
Abitò l'immortale scopritor dell'America
che
Fra i perigli della gloriosa impresa
A ricordo della Patria
Impose il nome di Saona
Ad un'isola dell'Atlantico

Largos años meditando – su atrevida concepción en esta casa - ya de antes poseída por Domingo Colombo habitó el inmortal descubridor de la América que en medio de los grandes peligros de su gloriosa empresa – en recuerdo de la Patria – dió el nombre de Saona – á una isla del Atlántico.

Otras muchas poblaciones, fundándose en mejores ó peores datos, reclaman también la misma gloria. Son Plasencia, que tiene en su apoyo Campi, Tiraboschi y César Cantú; Cúcaro, una de las que cuenta con más escritores en su abono, descollando entre ellos Carlos Denina, Hipólito Donesmondi, Malabaila, Donato y Cancellieri; y por fin las villas de Buggiasco ó Bogliasco, Nervi, Pradello, Oneglia, Finale, Quinto, Palestrella, Albizoli ó Albizola y Cosseria, todas las cuales alegan sus razones, citas y argumentos en demostración de su empeño.

No ha faltado tampoco quien haya sostenido que Cristóbal Colón fué griego y no italiano, y por fin últimamente se ha presentado Córcega á demandar para su ciudad de Calvi el timbre por tantas otras ambicionado, y esta vez, fuerza es decirlo, con gran copia de noticias, datos, referencias y documentos que, sin llevar total convicción al ánimo, lo ponen por lo menos en alarma y duda, especialmente si se recuerdan los dos primeros capítulos de la *Historia de Cristóbal Colón*, escrita por su hijo D. Fernando.

En estos capítulos Fernando Colón habla de la patria, del origen y del nombre del almirante y de sus padres, pero todo lo deja en tinieblas y misterio. Alguna vez parece que quiere levantar la punta del velo, y entonces casi viene á deducirse de su escrito que su padre *no fué genovés*, ó que no nació en territorio propiamente de Génova.

He aquí al pie de la letra el párrafo que da mucho que pensar por lo tocante á este punto:

«De modo que cuando fué su persona á propósito, y adornada de todo aquello que convenía para tan gran hecho, *tanto menos conocido y cierto quiso que fuese su origen y patria*, y casi algunos, *que en cierta manera quisieron obscurecer su fama*, dicen que fué de Nervi, otros de Cugureo, otros de Buggiasco, lugarcillos cerca de Génova y situados en su ribera; otros que quieren exaltarle más, dicen era de Saona, y *otros genovés*, y algunos también, saltando más sobre el viento, lo hacen natural de Plasencia.»

Fernando Colón termina sin declararnos en dónde nació su padre. Añade que *otros lo hacían genovés*, con lo cual hasta parece intentar decir que no lo era. De todos modos, por estas y otras palabras suyas, deja entre nubes el origen y la patria de su padre, como si no supiera de ello, ó como si, sabiéndolo, le pluguiese contribuir por su parte á mantener el misterio.

Calvi, en Córcega, es la que hoy se presenta con decisión, con bríos, con entusiasmo, resuelta, y no ciertamente sin documentación, á pedir el título honroso de cuna del gran navegante, y se dispone á celebrar solemnes y estruendosas fiestas con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, continuación de las que con grandiosidad y esplendidez celebró ya en 1886 al colocar *urbi et orbi* en su calle del Filo la lápida que así dice:

Ici est né en 1441
CHRISTOPHE COLOMB
Immortalisé par la découverte du Nouveau-Monde
Alors que Calvi était sous la domination Génoise.
Mort à Valladolid, le 20 *Mai* 1506.

Si llegase á tener razón esta lápida, y con ella los documentos que se van allegando, resultaría que España por un lado y Francia por otro podrían reclamar como suyo, hasta cierto punto, á Cristóbal Colón. España pudiera hacerlo con más motivo todavía por los derechos y posesión que entonces tenían en Córcega los Estados aragoneses, ya que allí tremolaba la bandera de las rojas barras cuando hubo de ocurrir el nacimiento de Colón; y Francia, por ser hoy aquellas tierras posesiones suyas; viniendo entonces á resultar que *el marino genovés* sería *el marino corso*, compatricio de Paoli y de Napoleón Bonaparte, quienes, por otro lado, como luego diré á usted, tenían la cosa como cierta y positiva, no abrigando duda alguna respecto al origen del gran almirante.

Córcega ha tenido nobles hijos, buenos patricios y defensores inteligentes é ilustres que se apiñaron en haz romana para demostrar, y pedir, y hasta para exigir que se reconozca á Calvi como patria de Colón.

El capellán Martín Casanova es quien tal vez más hizo y con más empeño trabajó en favor de esta idea, recogiendo cuanto, antes que él, se dijo sobre este asunto, y solicitando el patrocinio y el concurso de todos, desde la cabeza de la Iglesia hasta el más humilde ciudadano. De su celo y patriotismo, de su empeño en investigar é inquirir, de su porfía en la labor y de su constancia en la propagación de la idea, son testimonio vivo sus escritos, y singularmente, en sus varias ediciones, su libro *La verité sur la patrie et l'origine de Christophe Colomb*. El capellán Casanova se dirige á los periodistas, á los literatos, á los historiadores, á los príncipes de la Iglesia, á los ministros, á los embajadores, á los jefes de Estado, á las testas coronadas, al Sumo Pontífice, á cuanto primate existe, removiendo cielo y tierra, para que todos griten á una y de todas partes suene: *Columbus natus Calvi:* Colón es nacido en Calvi.

Los testimonios de tradición que invoca, las noticias que comunica, los datos que aporta, las razones que alega, las pesquisas á que se entrega, el talento y habilidad con que desarrolla su tesis y la sostiene, van allegándole poderosos partidarios.

El arzobispo de Burdeos, cardenal Donnet, dice que «pasados tantos años de pesquisas inútiles para descubrir la cuna del más cristiano de los navegantes, ningunas más decisivas que las verificadas por el capellán Casanova, por resultar de ellas que no es Génova, sino Calvi, la patria de Colón.»

El obispo de Ajaccio escribe:

«El tiempo ha consagrado la usurpación irreparable de Americo Vespucci dando su nombre al Nuevo Mundo, pero no es de esperar que consagre la de Génova arrebatando á Córcega la gloria de haber sido cuna de Cristóbal Colón, genovés si se quiere, pero nacido en Calvi.»

Manovel y Prida, profesor de teología en nuestra Salamanca, manifiesta en carta dirigida á Martín Casanova que con la lectura de su obra adquirió la convicción moral de que Colón tuvo su cuna en la ciudad de Calvi.

El mismo Sr. duque de Veragua, descendiente del revelador del Nuevo Mundo, habla del trabajo realizado por el capellán Casanova, y lo hace en estos términos, que demuestran su discreción y tacto, dada su personalidad y especial situación en este asunto:

«El Sr. Casanova merece sinceros elogios por el cuidado minucioso con que busca argumentos en favor de su tesis, y si no prueba con documentos irrefutables que el descubridor del Nuevo Mundo nació en Calvi, invoca testimonios de tradición verdaderamente importantes... El asunto es digno de ser estudiado con verdadera atención, y en el alma deseo estar al corriente de esas investigaciones que, no lo dudo, han de preocupar á los críticos y á los historiadores contemporáneos.»

El obispo de Niza, Mateo Víctor; el que fué embajador de Francia en Madrid M. Laboulaye; el canciller de la embajada francesa en Lisboa M. Peretti; S. la Nicollière Teijeiro, archivero de Nantes; el R. P. Mas, dominico; el académico M. P. P. Castelli; el profesor Hortensio Savelli, que dió sobre este tema una conferencia en París; M. Giubega en sus cartas históricas; el consejero M. de Figarelli; los poetas Alejandro Franceschi, Viggiano della Roca, Paroli de Calenzana, Geretti, Fioravanti, Acquaviva, Savini, Peloux, Tonelli, Bartoli, Briset y muchos otros han reconocido en sus obras que á Córcega, y



Salamanca. – Fachada de la iglesia de San Esteban, antiguo convento de dominicos

á Calvi en ella, pertenece la gloria de haber visto nacer á Cristóbal Colón.

En Francia son muchos los periódicos que aceptaron sin vacilar esta opinión, sostenida, sin admitir ningún género de duda, por la *Revista de París* y la *Enciclopedia del siglo* XIX.

También hay en España algún periódico que ha sostenido esta idea, y paréceme recordar que son partidarios de ella *El Suplemento*, de Barcelona, y *El Diario de Cádiz:* pero de quien debe hacerse en este punto mención especial es del patricio aragonés, senador del reino, Sr. D. Luis Franco y López, barón de Mora, que ha sido quizá entre nosotros el primero en admitir las conclusiones del capellán Casanova y en darlas á conocer, pero reclamando la gloria para la patria española, en la Memoria que el año 1886 dirigió á nuestra Real Academia de la Historia con el título de *Cristóbal Colón español, como nacido en territorio perteneciente al reino de Aragón,* y que por acuerdo de la Academia se publicó en su *Boletín,* número correspondiente á octubre del año citado.

Aun antes que Casanova, sin embargo, y antes que los escritores citados, otros sostuvieron con aplauso y con éxito la tesis de que Cristóbal Colón era corso. En ellos precisamente ha ido á buscar el capellán Casanova algunas de sus más interesantes noticias.

Existe una poesía latina, ciertamente notable, que no ha faltado quien atribuyera intencionadamente al propio Colón. Está escrita á usanza de aquellas célebres *Heroidas* de Ovidio, tan conocidas y estimadas entre los amadores de las letras clásicas. Se titula *Christophorus Columbus ad Corsicam:* Cristóbal Colón á Córcega.

Comienza así:

Corsica non solum, sed cor et sica vocaris,
Cum te membratim, Corsica, considero...

Es decir: «Oh Córcega, tu solo nombre no es Córsica, ya que dividiéndolo se encuentra en él *cor* y *sica,* corazón y puñal...»

El gran almirante del Océano se declara en esta composición hijo de Córcega, y por consiguiente de Calvi, lamentándose de ser víctima de Génova.

«¡Oh Córcega, exclama, por haberme visto tú nacer es por lo que Génova, mi fiera madrastra, origen de mis males, ha sido para mí un puñal! ¡Oh riberas de Cessia, oh Calvi, mi única delicia, cómo me entristece tu recuerdo en medio de mis amarguras!»

O littus Cæsiæ, Calvi, mea sola voluptas,
Nunc quia torquemur mæsta recordatio!

Refiere luego cómo fué á Génova, y cómo se dirigió entonces al Senado y á los sabios para proponerles su proyecto, y pedirles auxilios con que realizar el descubrimiento de un nuevo mundo. «En vano, dice, desarrollé mi plan ante los Padres conscriptos de Génova. De todos lados partieron voces desdeñosas murmurando: «¡Sería de ver que fuese de »Córcega de donde nos llegase »un profeta!»

La composición prosigue explicando cómo el autor pasó á Lisboa, donde fué rechazado lo mismo que en Génova, y luego á Madrid (?), donde reinaba Fernando, quien le otorgó cuanto pedía.

«¿Pero de qué sirvió, exclama, el haber ido á provocar los enojos y furores del Océano, exponiéndome á ser devorado por sus monstruos? ¿De qué el haber recibido en Barcelona el título de virrey y el de Gran Almirante de la Hesperia?»

Ad quid ego pro-rex sum Barcinoni creatus? Ad quid Amiralius magnus et Hesperiæ?

La poesía termina con estos versos:

Corsica, cor, sicam nostris oppone tyrannis: – Hanc mihi vindictam, si dabis, ultus ero!

A saber: «¡Oh Córcega, si opones tu corazón y tu puñal á nuestros tiranos, seré vengado!»

Bien se ve que esta composición poética no es ni puede ser de Cristóbal Colón, como se ha supuesto. Basta leerla para convencerse de que fué escrita mucho tiempo después de la muerte del almirante. Si no existiese otra razón para demostrarlo, y su simple lectura ofrece muchas, la cita de Madrid es suficiente. Los indicios son de que esta poesía debió ser escrita á últimos del siglo XVI por lo menos, y aun quizá con más probabilidad en el siglo XVII. El poeta anónimo que la compuso hubo de hacerlo para apoyar la tradición que supone natural de Córcega al almirante y también movido por odios á Génova.

De la misma época próximamente es el autor anónimo de otra poesía, que merece citarse. Dirígese el poeta á Córcega, llamada Cyrno por los griegos:

Madre, o Corsica, sei di grande Eroi;
Ma infelici fur sempre i figli tuoi,
Ecco quello ch'usci di Cesia, et l'ali
Ratto spiegó verso nascoste arene,
E non ebbe ne avrá quaggiuso eguali,
Ei ch'il mondo addoppiato in pugno tiene,
Aver per guiderdon tremendi mali,
E le braccia ravvolte in rie catene;
Ma l'alta gloria di quel Porta-Cristo
Ti resta, o Cyrno, pel mondiale acquisto.

«Madre eres, oh Córcega, de grandes héroes; pero siempre fueron desgraciados tus hijos. Mira al que salió de Cesia, y tendió sus alas hacia desconocidas arenas, aquel que no tendrá nunca quien le iguale, y que tiene en su puño el mundo descubierto, cómo solamente obtuvo por galardón grandes desventuras y vió sus brazos cargados de cadenas. Sin embargo, oh Cyrno, tuya será siempre la gloria de aquel Porta-Cristo descubridor de un mundo.»

Cesia es el antiguo nombre de Calvi, *littus Cæsiæ;* Cyrnos, ó mejor Cirno, el nombre poético que los heroicos descendientes de Temístocles dieron á la isla de Córcega; y Porta-Cristo es el de Cristóbal Colón, según él lo escribía, *Christum Ferens,* de Cristóbal, portador de Cristo.

Otro poeta del siglo XVII, Simón Fabiani, posterior al que de citar se acaba, tiene también una composición dirigida á Balagna, que así se apellida la comarca de que Calvi es cabeza, y dice en ella:

O fortunata terra
Della nostra Balagna,
Di monti coronata e che il mar bagna,
Quante memorie serra
Il tuo grembo gentil! Da te partia
L'intrepido nocchier che un mondo apria.

«¡Oh tierra afortunada de nuestra Balagna, coronada de montes y bañada por el mar, cuántas memorias guarda tu gentil seno! De ti partió el intrépido nauta que abrió las puertas de un mundo.»

No estará de más advertir que Simón Fabiani, autor de estos versos, debe ser aquel general que durante el primer tercio del siglo peleó contra Génova, sosteniendo la causa de la independencia de Córcega.

Alejandro Franceschi, poeta de últimos del siglo pasado, es autor de otros versos dirigidos á Colón:

Cerchiato tu di bronzo il forte petto,
Corresti ignoti mari, e coronato
Fu, contra ogni speranza, il gran progetto.
Cirno ti segue con il cor di madre,
E infiora di tua gloria il suo bel crine.

«Cercado el pecho por la coraza, fuiste á cruzar mares ignotos, y coronado fué por el éxito, contra lo que todos esperaban, tu gran proyecto. Cirno te si-



Conferencia de Cristóbal Colón y los dominicos en el convento de San Esteban de Salamanca, cuadro de D. V. Izquierdo

gue con su corazón de madre, y con los rayos de tu gloria ciñe su frente.»

Y por este estilo otros varios poetas de los siglos XVI, XVII y XVIII, sin contar algunos de este nuestro siglo, loan y ensalzan á Colón como hijo de Córcega. No puede negarse, ¿verdad, mi querido amigo y compañero?, no puede negarse, me parece, que estas poesías son, por lo menos, testimonio de que procede de lejos la tradición, llámesela también leyenda si se quiere, que señala la ciudad de Calvi como patria y como cuna del inmortal navegante.

Para algo, pues, sirven los poetas.

Y en pos de los poetas vienen los sabios.

He aquí un párrafo del alemán Fernando Gregorovius en su *Córsica:*

«Génova y Calvi están en desacuerdo. Los de Calvi sostienen que Cristóbal Colón nació en su seno, complacía en ametrallar á las tropas genovesas con el propio cañón que llevaba el nombre de aquel varón ilustre á quien Génova rechazó al verle en el infortunio, apresurándose á proclamarle su hijo cuando le vió ensalzado, y arrebatando así este honor á Calvi, si es que la filiación resultara cierta.

A mediados del siglo XVIII el cañón *Colombo* de Paoli llamaba á los corsos al combate y á la victoria contra Génova, y lo mismo hacía el clarín *Colombo.*

El historiador Arrighi escribe que los pastores de las montañas corsas usan un cuerno marino al que llaman *Colombo,* siendo el verdadero clarín de las milicias nacionales. Parece que este nombre es un bautizo patriótico. Se le dió en memoria del arriscado nauta, y recuerda la osadía del genio audaz y la firmeza en los peligros y más rudas pruebas de la vida. Por esto escogieron los montañeses corsos este propio afirman escritores del siglo XVIII, fundándose en documentos que debían existir en dicha población antes que sus archivos fuesen destruídos por el bombardeo de Calvi, sitiada por los ingleses á fines del pasado siglo.

El príncipe Pedro Bonaparte dice que en Santo Domingo se encontró una piedra con una inscripción en español, perteneciente á la época del descubrimiento de esta isla, cuando se apellidó *Isla Española,* y que en esta piedra se leía: *Maldito sea el corso que me trajo aquí.* Se supone que el autor de esta inscripción formaba parte de la escasa guarnición que el almirante dejó en el fuerte de la *Española* antes de su primer regreso á España. Esto revelaría que la nacionalidad del almirante no era ningún secreto para alguno ó algunos de los que fueron á sus órdenes en la primera expedición.



Colón embarcándose en Palos para el descubrimiento del Nuevo Mundo, cuadro de D. A. Gisbert

de una familia genovesa allí ha tiempo establecida, suscitándose con este motivo una viva contienda que recuerda el antiguo debate entre las siete villas de Grecia, atribuyéndose el honor de haber sido cuna de Homero. Se supone que Génova se apoderó del archivo de la familia Colón y que mudó el nombre de la *vía del Filo* de dicha ciudad por el de *vía Colombo.* Parece además que los calvenses fueron los primeros corsos que pasaron á América, y que todavía existen en Calvi varios que llevan el nombre de Colombo. Los escritores corsos consideran como su compatriota al gran navegante, y durante su permanencia en la isla de Elba el mismo Napoleón dió órdenes para que se hicieran investigaciones con este motivo... El mundo tendría motivos de estar celoso si la suerte hubiese hecho nacer también en ese pequeño país de Córcega al almirante del Océano, hombre extraordinario, más grande que Napoleón.»

Y en efecto, parece cierto que el emperador de los franceses hablaba del gran almirante como de su compatricio. No abrigaba duda alguna acerca de su origen corso, y parece positivo que durante su breve destierro en Porto Ferrajo mandó reunir documentos y noticias para hacer publicar un libro en que constase todo lo referente á este punto. Los acontecimientos posteriores y la batalla de Waterloo impidieron realizar la idea de Napoleón I.

El general Paoli, tan célebre en las crónicas, en los anales y también en las leyendas de Córcega, hablaba asimismo de Cristóbal Colón como de un compatriota. Cuando las grandes luchas con Génova, siempre que se veía obligado á citar á Calvi, ciudad y fortaleza donde se mantenían firmes los genoveses, Paoli decía frecuentemente: *La culla di Colombo è dirazzata.* La cuna de Colón ha degenerado.

Este ilustre caudillo, orgullo de Córcega, mandó una vez construir un cañón al que dió el nombre de *Colombo.* Lo llevaba siempre en sus campañas y se nombre como apellido de gloria y señal y grito de guerra para convocar gente.

Las pacientes investigaciones que hice, amigo Rada, para desentrañar todo lo referente al asunto que nos ocupa, siguiendo el derrotero trazado por el capellán Casanova, y acudiendo á verificar sus datos y documentos, pero aportando por mi parte otros nuevos á este acervo común, me facilitaron deleitable ocasión de estudio, y con él y por él la de sabrosa y amena lectura, que es, en mi sentir, uno de los mayores goces de la vida. Tuve así ocasión de ver que son muchos y muy importantes los fundamentos y recuerdos tradicionales que se juntan para afirmar la filiación de nuestro excelso marino como natural de Córcega.

No es que yo abrace esta opinión, mi querido amigo D. Juan, no por cierto. Hasta hoy todo induce á creer que el almirante fué genovés; pero me quedan mis escarabajeos de duda, y lo que me admira es que la moderna crítica histórica no haya profundizado más en este asunto de Calvi, que no debe ser tratado con desdén, ni mucho menos. Vale ciertamente la pena. Es de esperar, sin embargo, que así se haga ahora con motivo de los concursos y próximas fiestas del centenario.

Me falta tiempo para recoger todos los datos que me ofrecieron el estudio y la lectura, y voy sólo á determinar con la mayor sobriedad las referencias necesarias.

Genouille, Giacobbi, Denguevelle, Hausaire, Savelli, Lefranc, Walhl, Galletti, Denis de Corte, Peretti y otros muchos aseguran que Colón nació en Córcega.

De los *Anales franciscanos* del siglo XVI parece deducirse lo mismo, y con este motivo extiende sus observaciones el capellán Casanova en uno de los capítulos más interesantes de su libro. Esto asegura también Giubega, prefecto de Córcega, que en los registros de Calvi encontró pruebas de importancia, y lo

También el comandante de la fortaleza de Calvi á fines del siglo XVIII, que era suizo y se llamaba Simeón de Bouchberg, dejó un manuscrito en que se dan extensas noticias sobre Cristóbal Colón y su familia como nacidos en Calvi y habitantes en ella, lo cual prueba y demuestra con repetidos testimonios de tradición, viva efectivamente en Calvi, y refiriéndose á papeles que en aquella época existían aún en el archivo de la ciudad. Arrigo Arrighi, historiador y consejero del tribunal de Bastia, se ocupa largamente del asunto en su *Historia de Sampiero.* Tuvo este escritor á la vista los papeles del comandante Simeón, que fué miembro de su familia, y también los que dejó su abuelo Mateo Arrighi, y con referencia á ellos dice: «La partida de bautismo del gran navegante, cuya autenticidad es ya incontestable, prueba que nació en Calvi, de una familia corsa, cuando los presidios de esta ciudad estaban sometidos á la dominación genovesa.»

Esta partida de bautismo no parece existir hoy. Debió perderse en la ruina que sufrieron los archivos de Calvi, con motivo de la guerra con los ingleses: pero se ve, por las palabras antes citadas y por otras que pudieran citarse de varios historiadores, que el documento existió, al parecer, y hasta hay quien asegura haberlo tenido en sus manos.

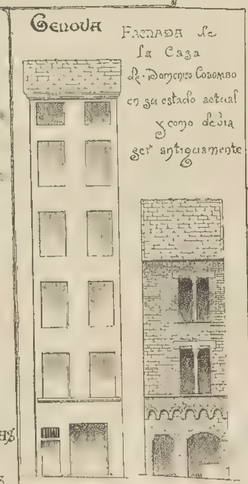
Son, pues, tantos y tales y de tal entidad los testimonios, que hacen vacilar y perturban.

Por de pronto es positivo que en Calvi existe una tradición constantemente sostenida entre el pueblo desde el siglo XVI. Y no hay que desdeñar la tradición ni tratarla con ligereza; que ella es al fin y al cabo uno de los principales elementos de la historia. Es positivo también que en Calvi hay una antiquísima calle que en sus principios, allá por el siglo XV, antes de existir Colón, se llamaba *caruggio del Filo.* Tenía este nombre por ser industriales, tejedores y cardadores de lana los que en ella habitaban. De







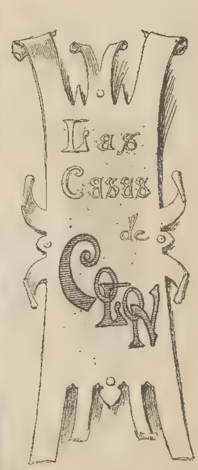




Valladolid. – Casa donde murió Colón



Santo Domingo. – Casa del Almirante en que habitó Colón.



aquí el nombre de *calle del Hilo*, y está perfectamente demostrado y probado que en ella hubo una casa perteneciente de padre á hijos á una familia llamada Colombo, como lo está también que desde principios del XVI, y algunos años después de la muerte de Colón, esta calle tomó el nombre de *caruggio Colombo*, que comenzó á darle el pueblo en memoria del descubrimiento de América, realizado por un Colombo, hijo del Domingo Colombo, dueño de aquella casa.

«Esto, dice el notario Colonna-Cecaldi en un acta levantada, está en la tradición, en los registros, en el plano de esta villa y en la carta de los ingenieros militares.»

En los antiguos registros de censo de Calvi se encuentran á cada paso nombres de Colombo, habitantes en dicha casa de la *calle del Filo*, como Domingo Colombo, Antonio Colombo, Felipe Colombo, Antonieta Colombo, etc. Lo atestigua el presidente del Tribunal M. Pedro Giubega.

Pues bien: esta casa, ó la ruina de ella, existe aún, y allí se ha colocado la lápida de que hablé al comienzo de esta carta.

Debió esta casa ser restaurada ó reconstruída, según parece, en el siglo XVII ó más tarde, y hoy está en gran parte desmantelada y casi en ruinas. El capellán Casanova dice que en octubre de 1882, con motivo de hacerse reparaciones en ella y quitarse la capa de cal que había sobre una puerta anteriormente tapiada, se encontraron unas esculturas representando una brújula sobre un eje, es decir, la brújula de Gioia en el siglo XIII. A la derecha había una torre, una esfera y la estrella polar. A la izquierda otra torre y sobre ella una paloma *(colombe)*, una cruz ornamentada y otra esfera.

Por espacio de más de año y medio estuvo todo ello á la vista del público; pero en julio de 1884, y en la noche del 13 al 14 de dicho mes, desapareció todo repentinamente. Durante aquella noche la escultura fué rota á martillazos, según se supone, por tres italianos, tres genoveses que habían aparecido en Calvi la víspera de aquel día y á quienes ya no se volvió á ver. La piedra mutilada, en la que aún se conservan vestigios de la escultura, se halla hoy en la casa municipal de Calvi.

También aseguran los de esta ciudad que antes existía la fe de bautismo de Cristóbal Colón, conforme he dicho antes, la cual fué destruída, según unos por las bombas de los ingleses á fines del siglo XVIII, y según otros por haberla hecho desaparecer los genoveses. El notario Octavio Colonna-Cecaldi dió fe de que muchos testigos se presentaron ante él para declarar y afirmar, bajo juramento, que sus padres y abuelos habían visto y leído la partida de bautismo de Cristóbal Colón.

Ahora bien: si todo esto llegara á ser cierto, vendría á resultar que Cristóbal Colón, antes que de nacionalidad francesa, como asegura el abate Juan Peretti en su obra *Cristóbal Colón francés, corso y nacido en Calvi* (refiriéndose á la circunstancia de ser hoy la Francia poseedora de la isla), sería de nacionalidad aragonesa, como demuestra el Sr. D. Luis Franco, barón de Mora, en su ya citada Memoria remitida á nuestra Real Academia.

«Cuando nació Colón, Córcega formaba parte de la corona de Aragón, dice Luis Franco. Por consiguiente, Cristóbal Colón era aragonés cuando nació. Con idénticas razones, con el mismo derecho que sostiene Francia que fué francés Napoleón I por haber nacido en un territorio que sólo desde pocos meses antes de su nacimiento pertenecía á aquella nación, con el mismo, y aun mayor si cabe, puede sostener España que fué español, como nacido dentro los estados de Aragón, el descubridor del Nuevo Mundo.

La argumentación del barón de Mora no deja de tener su fuerza y su lógica. Bien sostenida está su tesis, y si es cierto que la dominación eventual, nominal y hasta real por más ó menos tiempo, sea suficiente para determinar la nacionalidad, entonces no hay duda de que España, y Aragón especialmente, pudieran reclamar el honor que tantos hoy se disputan.

El que Colón se llamase genovés y así lo dijese en un documento, como aparece, nada importaría entonces para el caso, ya que en la época de su nacimiento Córcega no pertenecía toda ella de hecho, aun cuando sí de derecho, á la Corona de Aragón. Y digo que no toda ella de hecho, porque Calvi, por ejemplo, reconocía y defendía la dominación genovesa, sosteniendo luchas con los aragoneses y catalanes, que varias veces se apoderaron de ella para otras tantas perderla y recobrarla después. Calvi en aquella época era cordialmente del partido genovés, á quien estaba entregada por completo, enemiga capital de la dominación aragonesa.

Y aquí termino esta tal vez difusa y enojosa narración, esperando que usted y los lectores me la perdonen en gracia de la buena voluntad. Paréceme que algo de esta cuestión debía decirse. Otros podrán hallar medios y motivos de ilustrar la tesis, que es verdaderamente interesante, allegando más datos ó combatiendo los hasta hoy ofrecidos á la crítica en punto que es tan esencial para la historia del gran navegante. Para mí, compañero querido y amigo, continúa siendo un misterio, y no me pesaría que siguiera siéndolo siempre. Esto daría tal vez nuevo timbre de inmortal al mortal glorioso que nos reveló el Nuevo Mundo.

Siempre de usted, mi excelente amigo, su admirador y compañero

VÍCTOR BALAGUER

Casa Santa Teresa en Villanueva y Geltrú
30 de agosto de 1892

Carta geográfica de la isla de Santo Domingo, dibujada, según se cree, por Cristóbal Colón

HOMENAJE DEL ARTE GRIEGO MODERNO

Á CRISTÓBAL COLÓN

Es hermoso ver cómo las naciones de más glorioso pasado rivalizan con las que hoy son más poderosas, en el noble deseo de enaltecer la memoria del inspirado é intrépido navegante que dió á Castilla y Aragón un nuevo mundo, á la fe católica innumerables conquistas, y á la América, dormida en las tinieblas de la idolatría, un porvenir dichoso llevando á ella la luz de la civilización cristiana. En este fecundo certamen de arranques de entusiasmo por el acto de más trascendencia política, económica y científica que presenciaron las naciones al inaugurarse para Europa la Edad moderna, los Estados más cultos, sus corporaciones civiles y religiosas, los Prelados, los cabildos, las asociaciones científicas, literarias y artísticas, exhibirán sus tesoros de todo género como muestra del maravilloso espíritu de progreso que con la Cruz y la Ley llevó al nuevo mundo el mundo antiguo, y se presentarán en las Exposiciones retrospectivas de Madrid y de Chicago como en asamblea de magnates engalanados con sus más valiosas preseas. Se celebrarán además aquí, en Huelva, en Barcelona, en Génova y no sé dónde más, con toda la pompa posible las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América, y para que quede perdurable recuerdo de tan justo tributo al genio y á la suerte con que Dios favoreció al descubridor - que también la suerte como don del cielo merece el acatamiento de la humanidad, - se erigirán á Cristóbal Colón nuevas estatuas, nuevos monumentos, que no se desvanecerán como los ecos de las músicas y de los himnos de triunfo, ni morirán como las flores de las guirnaldas.

Pero no se tenía noticia de que la hermosa Grecia que iluminó el mundo antiguo con la antorcha de las letras y de las artes, de la filosofía y de la ciencia del Derecho, y que, aun en el gran naufragio de la cultura que ella prestó al romano Imperio, seguía piadosa desde su mismo ocaso alumbrando en Bizancio los inseguros pasos de las nuevas sociedades, para llegar á un renacimiento que disipase las sombras que envolvían al Occidente; no se sabía, repetimos, que esa Hélade siempre enamorada de lo grande y de lo bello aun entregada á extranjeros, pensara también en tomar en la grande apoteosis la parte que más cumplía verdaderamente á su providencial misión en la legión del arte. Y he aquí que la patria de los eximios artistas deja también oir su voz, y fiel á su secular consigna, con ser la más pequeña de las naciones que tributan su homenaje á Colón, proyecta para él el más grande de los monumentos.

Un arquitecto griego - Patroclo Kampanokis – residente en Constantinopla, la antigua Bizancio, estimulado por el anhelo de que no quede en ocasión tan solemne obscurecido el nombre heleno, y penetrado de un sentimiento, más humanitario que patriótico, de gratitud hacia el hombre que tuvo la fortuna de reanudar las rotas cadenas de las razas restableciendo la comunicación que existía en remotos tiempos entre el antiguo y el nuevo mundo, proyecta la construcción de una pirámide singular, inmensa, asombrosa, de 150 metros de altura, en la cual se hermanen, armonicen y fundan, digámoslo así, las arquitecturas típicas de ambos hemisferios, como por el descubrimiento de Colón se han hermanado y fundido las dos civilizaciones europea y americana, que habiendo sido una sola en sus orígenes, quedaron divididas desde el último cataclismo que experimentó la tierra hasta que vino al mundo ese hombre extraordinario, ignorante de su portentoso destino. Da razón de su pensamiento el mismo autor en los siguientes términos:

«Como tributo de mi admiración al ilustre Cristóbal Colón, cuyos descubrimientos me han sugerido la idea del presente estudio (de que luego hablaremos), he concebido en honra suya un monumento basado en las teorías que acabo de exponer, y en el cual entrarán los estilos arquitectónicos de las diversas naciones de ambos mundos. Una torre de 100 ó 150 metros de elevación expresa mi pensamiento. Esta torre será un monumento que podrá servir de Museo etnológico y arqueológico, y en sus diferentes miembros ó zonas se encontrará la genealogía y se manifestarán las revelaciones entre los diversos estilos de las naciones civilizadas desde los tiempos más remotos hasta nuestros días; representará en suma el desenvolvimiento gradual de la civilización de ambos mundos. Los estilos panatenaico y atlántico (de cuya combinación nacieron todos los demás estilos) figuran en la parte baja de la torre; siguen de abajo arriba, según sus épocas y formación, los siguientes estilos en esta gradación: el mejicano, el indio, el egipcio, el asirio-persa, el greco-romano, el bizantino, el árabe, el gótico y el del Renacimiento. La obra arquitectónica más colosal de nuestro siglo, la torre Eiffel, corona este monumento, y la cima de dicha torre sirve de pedestal á la estatua del intrépido navegante á quien debemos la comunicación entre ambos mundos, perdida en el olvido de las edades.»

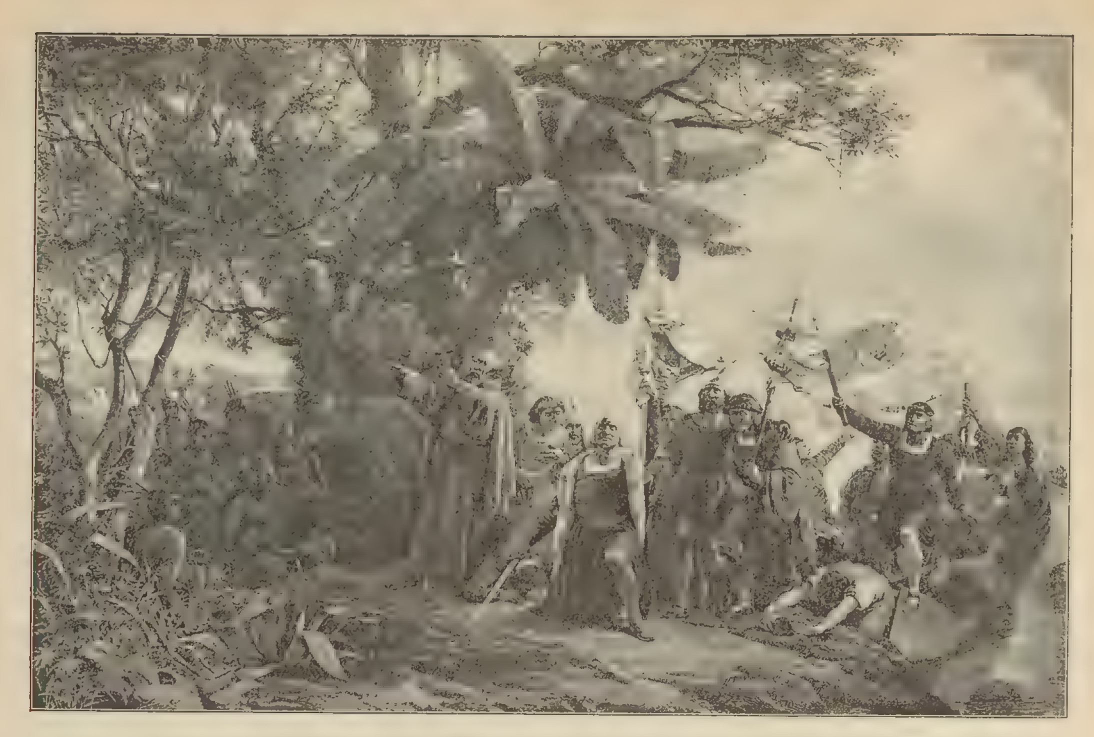
El autor de este grandioso proyecto funda su pensamiento artístico en una hipótesis cosmológica que al parecer nada tiene de inverosímil, y la desenvuelve en una extensa y erudita memoria que, con destino al próximo Congreso de Americanistas, acaba de dirigir, acompañada de fotografías de sus planos explicativos, á la Real Academia de la Historia. Supone que los dos continentes que llamamos viejo y nuevo, en remotísima época geológica estuvieron casi

unidos por medio de una inmensa isla-continente que surgía en los mares antediluvianos entre la costa occidental de Africa y las Antillas, y que esta grande isla, que no era otra que la legendaria Atlántida de Platón, mediante la cual los viajes entre Europa y América cuando los hombres poblaron la tierra podían hacerse en simples barcos de cabotaje, se sumergió en el Océano, quedando desde entonces interrumpida toda comunicación entre los dos continentes. Su explicación respecto del fenómeno cosmológico que produjo la sumersión de la Atlándida en los vastos dominios de Neptuno, es ingeniosa y merece ser tomada en consideración por los hombres de ciencia. «Los astrónomos contemporáneos, dice, están conformes en que las distancias á que se hallan unos de otros los diferentes planetas de nuestro sistema solar, guardan todas perfecta analogía, y sólo se advierte una gran desproporción entre los planetas Marte y Júpiter. Los asteroides cuyas órbitas caen dentro de la distancia que separa á estos dos planetas, vinieron á suplir en cierto modo la ausencia de un planeta intermedio, el cual, al despedazarse, produjo esos asteroides.»

Partiendo de esta hipótesis que establece la astronomía moderna, y haciendo aplicación de las leyes físicas y mecánicas y de las alegorías que encierra la mitología griega, establece á su vez Patroclo Kampanokis una teoría nueva con la cual da satisfactoria solución á las peliagudas cuestiones de la formación de los hielos polares y del diluvio, hasta hoy no resueltas. «Al despedazarse aquel planeta que ocupaba un lugar intermedio entre Marte y Júpiter, y cuyos fragmentos son los asteroides que sólo con el telescopio se divisan, prodújose en todo el sistema un desequilibrio que había forzosamente de restablecerse obrando las fuerzas de atracción que mantienen distantes unos de otros todos los cuerpos celestes. Antes de aquella destrucción, ó mejor dicho, fraccionamiento, todos los cuerpos que componen nuestro sistema solar recorrían órbitas mucho mayores que las que trazan hoy, por efecto de la atracción que aquel planeta innominado ejercía sobre ellos; pero faltando esta fuerza y alterado el equilibrio de todo el sistema, los demás planetas perdieron parte de la fuerza atractiva que contrabalanceaba la del sol, y fueron atraídos hacia éste durante cierto tiempo y hasta acabar de recorrer la distancia precisa para el restablecimiento del equilibrio perdido. La tierra, pues, roto el equilibrio se acercó al sol, cayó sobre él, dice Kampanokis, describiendo una curva parabólica, resultado de dos movimientos simultáneos y combinados, procedentes, uno de la atracción solar y otro de su propia rotación; y llegada al punto en que el equilibrio general quedaba restablecido, empezó á girar en el espacio, trazando en torno del sol una órbita elipsoidal mucho más reducida que la que hasta entonces había recorrido. Sucedió en aquella sazón que la tierra, próxima al sol, se inflamó, y su atmósfera dilatada tomó á causa de su rarefacción la forma elipsoidal, ocupando la tierra el centro de la elipse y estando los dos ejes de esta elipse, el mayor en la línea de la atracción que pasa por el ecuador, y el menor en la dirección del eje del planeta. Los polos de éste, expuestos á una temperatura de 100 grados bajo cero, experimentaron tal enfriamiento que todas las aguas evaporadas que los rodeaban se congelaron cayendo de repente sobre ellos, y así se formaron los hielos perpetuos de los polos, en que quedaron instantáneamente sepultadas tantas vidas de animales antediluvianos. En el ecuador aconteció otro fenómeno: las aguas evaporadas por el fuego de los rayos solares subieron á las más altas regiones atmosféricas, y allí repentinamente congeladas por el frío del éter á 100 grados bajo cero, cayeron en densa nevada sobre las capas más calientes de la atmósfera; verificóse el deshielo, y una lluvia torrencial se precipitó sobre la tierra. De esta gran lluvia y del levantamiento simultáneo del mar producido por la atracción del sol, provino el diluvio. He aquí, según las tradiciones recogidas por la mitología, la época en que Faetón tomó el carro de su padre el Sol, y recorrió en él los inmensurables espacios del cielo; he aquí que estalla la guerra de Tifón y los Titanes contra los dioses del Olimpo; he aquí que se cumple la primera parte de la Trilogia de Prometeo con la sumersión de la Atlántida. El poder de Saturno ha concluído: la naturaleza proclama la omnipotencia de Júpiter.»

Facsímile de la carta autógrafa de Cristóbal Colón dirigida al Banco de San Jorge, de Génova, que contiene la determinación tomada por aquél asegurando la décima parte de todas las rentas que le correspondían sobre las tierras descubiertas para rebajar las tasas que gravaban el vino, los granos y otras vituallas en la ciudad.

Sigue el artista cosmólogo aplicando las dos partes restantes de la Trilogía de Prometeo al estado en que quedó la tierra después del cataclismo que la devasta y transforma, aniquilando en ella, primero el fuego y luego los hielos y el diluvio, todo germen de vida, y recordando después la concordancia de la alegoría mitológica con el Génesis en lo referente al perdón que Prometeo, personificación de la Humanidad, obtiene de Júpiter, y á la profecía del mismo Prometeo á Io anunciándole que la ciencia humana se ha extinguido y sólo se perpetuará en un escaso número de hombres, pasa á demostrar que mediante la pro-



Llegada de Colón á América, cuadro de D. Dióscoro Teófilo de la Puebla, existente en el Museo Nacional de Madrid



Colón plantando la cruz al descubrir la América, pintura al resco ejecutada en la capilla ducal de Génova en 1655 por Juan Bautista Carlone

funda dislocación y trastorno de la corteza terrestre hubo mares que quedaron en seco y continentes que fueron convertidos en mares; y ya con esta preparación científica, proclama, no sólo como verosímil, sino como cierto y demostrado, que según la antigua forma de la tierra antes del cataclismo que designamos con el nombre de Diluvio, los dos continentes, europeo y africano, formaban uno solo, hallándose este inmenso continente y el americano casi unidos por medio de una grande isla semejante á otro continente; que esta enorme isla que antes del Diluvio ocupaba en lo que es hoy mar Atlántico casi todo el espacio que media entre Africa y América, era la famosa *Atlántida* de Platón, al tenor de lo que este filósofo expuso en sus célebres *Diálogos* el *Timeo* y el *Critias*, y que al sumergirse esta tierra en el seno del Atlántico dejó interrumpida toda comunicación entre los dos mundos viejo y nuevo.

Pero ¿será cierto que ocurrió esa sumersión? En las mismas profundidades del Atlántico tenemos la comprobación de esta verdad. Nos referimos á las aguas que llevan el nombre de mar de Algas ó mar de los Sargazos, piélago nunca surcado por los buques que en sus viajes ordinarios de ida y vuelta entre Europa y las Américas siguen siempre unos mismos derroteros ya establecidos por la costumbre, pero que existe con los mismos obstáculos y peligros que advirtieron los antiguos, aunque ya en menor escala. Ese mar de Algas *(mer de Sargasses)* mide, según Humboldt, una superficie equivalente á seis veces el territorio francés; pero si nos referimos á las esferas geográficas más escrupulosamente formadas y más exactas, hoy no alcanza su extensión al cuádruplo de la misma superficie, porque es sabido que la inmensa masa de légamo y cieno que le constituye va considerablemente disminuyendo. Tanto han decrecido sus límites, que según Herodoto el barro y la congerie de productos vegetales que sobrenadaban en aquel mar se hacía notar en cuanto se transponían las Columnas de Hércules, y ahora el sargazo de alta mar se encuentra circunscrito entre la corriente constante que lleva el nombre de *gulf-stream* al Oeste y al Norte, y la otra corriente, también perenne, que le separa de las Azores y las Canarias al Este; midiendo de latitud 800 leguas y 150 ó 200 de longitud. Adviértese en los sondajes cómo va gradualmente bajando el fondo de este mar. Este movimiento descendente parece haber sido casi imperceptible en los primeros siglos, más visible en los veinticinco siglos siguientes y mucho más rápido todavía de dos siglos á esta parte, por cuanto las cartas marítimas de los siglos XVI y XVII señalaban entre las Bermudas y las Azores una serie continua de rocas y escollos de que no han hallado rastro los modernos navegantes, ni han encontrado éstos tampoco los bancos de peñascos que en los antiguos mapas figuraban cerca de las islas Cabo Verde y de las Antillas. Nada queda ya de los bajos que circundaban ese mar de sargazo: sólo el *gulf-stream* en su curso contorna con exactitud la posición que ocupaban en otro tiempo aquellos escollos; pero del interior de ese mar nadie se da cuenta cabal, porque no hay quien voluntariamente arrostre las molestias que ocasiona el navegar en él. Los que por imprevistos accidentes ó averías se ven precisados á surcarlo, refieren que se experimentan en sus aguas inexplicables y poco gratas sensaciones: así que la parte central de aquellas llanuras submarinas cerca de las cuales le salieron al encuentro á Colón tantos y tan enmarañados témpanos de sargazo y juncos no es conocida sino de una manera muy imperfecta. En el atlas de Stieler hay una carta de marear que señala las diferentes profundidades del Océano Atlántico, y en ella puede verse que el mar de Algas sólo figura como un inmenso bajío, pero es constante que su extensión en los tiempos antiguos era infinitamente mayor y su entrada en él muy peligrosa. Eschilo y Píndaro en el sexto siglo antes de Cristo, Herodoto en el quinto, Platón en el cuarto, Dionisio de Halicarnaso y Strabón en el primero antes de nuestra era y Plinio un siglo después, todos concuerdan en que cuantos se arrojaban antiguamente á navegar por aquellas aguas, retrocedían espantados al encontrarse con una inmensurable superficie medio líquido y medio vegetal; que á cada paso veían obstruída su navegación por enormes capas de plantas marinas y ciénago así que se apartaban de las Columnas de Hércules, y que gigantescos témpanos de algas sembrados de escollos á flor de agua se adhe-

La lettera dellisole che ha trouato nuouamente il Re dispagna.

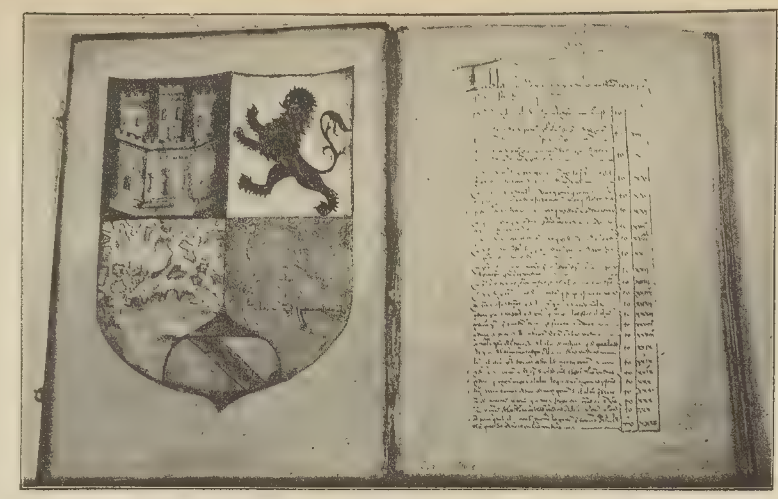


Facsímile de un grabado que figura en la portada de un folleto italiano impreso en Florencia en el año 1493. Representa el desembarco de Cristóbal Colón en América



Colón recibido en Barcelona por los Reyes Católicos al regresar de su primer viaje á América, cuadro de D. Ricardo Balaca

rían á las naves y las impedían avanzar. Aristóteles, Scylax de Caryanda, Teofrasto ponderan las praderas flotantes, los bancos de varechs que hacían impracticable la navegación al alejarse del Estrecho gaditano; y de todos estos testimonios se desprende que desde el sexto siglo antes de Cristo por lo menos, hasta después de comenzar nuestra era, se tenía por infranqueable aquel mar por el ciénago, los bajos, los escollos, las plantas, los varechs, los fucus, las algas y sargazo que lo cubrían, y que si de entonces acá esos entorpecimientos y peligros han ido disminuyendo, sólo es debido á la acción disolvente de las corrientes submarinas que arrastran la tierra reblandecida y al descenso progresivo del fondo de ese mar. La tierra sumergida desde hace miles de años, saturada aún de principios orgánicos acumulados en tantos siglos, seguirá produciendo sargazo hasta agotarse, ó hasta que su nivel descienda más abajo de los 500 metros de profundidad en que se calcula que termina toda vida vegetal. ¿Se quieren ahora pruebas de que esa tierra sumergida que ponía en comunicación á las gentes de Europa y Africa con las de América, era la famosa y hoy casi la fabulosa ó por lo menos legendaria Atlántida? Pues esto no lo han dudado jamás los antiguos escritores griegos. Platón en su *Timeo* refiere una tradición que recogió Solón de los sacerdotes de Sais, la cual dice: que en el mar Atlántico, que á la sazon era navegable, había frente á las Columnas de Hércules una isla tan grande como la Libia y el Asia; que en esa isla Atlántida, que Apolodoro denominó continente por su grandísima extensión, hubo reyes famosos por su poderío, el cual se dilataba á las islas adyacentes y parte del continente, porque habiendo sobrevenido terremotos é inundaciones, la Atlántida desapareció en veinticuatro horas, catástrofe que llevaba de fecha nueve mil años; y como las relaciones de Solón con los depositarios de los libros sagrados de Sais se remontan á seis siglos antes de nuestra era, es decir, á dos mil quinientos años, resulta que según esa tradición, la sumersión de la Atlántida ocurrió once mil quinientos años ha, quedando el mar de Algas en el Océano, que conserva su nombre como vestigio de aquel cataclismo.



El *Libro de los privilegios* otorgados por los Reyes Católicos á Cristóbal Colón con el blasón de éste

Entre los escritores antiguos que hablan de la Atlántida en el mismo sentido que Platón, podemos citar á Posidonio, filósofo estoico y astrónomo que florecía dos siglos antes de Cristo; á Philón, filósofo judío de Alejandría, del siglo I; á Tertuliano, del siglo II; á Arnobio, del III, y por último á Ammiano Marcelino, del siglo IV, el cual da á la Atlántida mayor extensión que á toda Europa. Hay leyendas africanas, caraibes, americanas del Norte y del Centro, que han pasado por tradición oral de padres á hijos, las cuales narran por modo muy característico, animado y verosímil la sumersión del territorio en que florecía una nación grande y poderosa, y todas ellas señalan el mar de Algas como fatídico teatro de aquella gran catástrofe.

Pero aunque nada probaran los textos de Homero, de Platón de Hesiodo y Apolodoro en favor de la teoría de Kampanokis, que supone en contacto las dos primitivas civilizaciones del antiguo y del nuevo mundo por el intermedio de la culta Atlántida, siempre tendríamos demostrada la identidad de origen de ambas por la comparación de los monumentos de las artes en uno y otro continente; y esta tarea la desempeña á maravilla el docto artista griego en el capítulo II de su Memoria. Presenta dibujos de las antiguas construcciones y objetos artísticos de ambos mundos, murallas, dólmenes, tumbas excavadas en las rocas, pirámides, arcos, templos, casas, utensilios, bajos relieves, cascos, escudos, sandalias, vasos, alhajas y demás productos de la industria ó del arte suntuario, descubiertos en varios puntos del globo, y los ilustra con textos de autores antiguos y modernos respecto de los procedimientos empleados en ellos; y de la comparación de unos con otros, que pone en evidencia las semejanzas y las disparidades, deduce estas luminosas conclusiones: que el arte mejicano forma dos grandes períodos, uno antiquísimo, quizá contemporáneo del diluvio, y otro menos antiguo, pero anterior de muchos siglos al descubrimiento de Colón; que la base del arte del primer período, como construcción monumental, es la pirámide, sin que se reconozcan más elementos de ornamentación en aquel tiempo que la doble serpiente y el meandro, derivación en todas sus formas del signo cruciforme llamado *svástika*, que se encuentra en todas las partes del mundo donde ha florecido una antigua civilización; que existe extraordinaria analogía entre los monumentos de los puntos más elevados de Méjico, como Teotihuacan, Tula, Mitla, Guatemala, etc., y los de Egipto, Frigia y Grecia, que están en el mismo paralelo del globo; que la forma de las construcciones en la capital de la Atlántida, según el texto



Interior del santuario de Nuestra Señora de la Cinta, patrona de Huelva, situado en las afueras de esa ciudad, cuya existencia data de cerca de cinco siglos y en donde Cristóbal Colón estuvo á orar con su hijo

del *Critias*, responde admirablemente á la de los edificios mejicanos del período arcaico ó más antiguo; que entre los caracteres de que se servían como escritura los mejicanos en aquel primitivo período de su cultura se encuentran con frecuencia los cuneiformes, los egipcios y los fenicios, y hasta cabezas de elefantes entre sus jeroglíficos, prueba evidente de su importación extranjera, ó lo que es lo mismo, de su procedencia africana ó asiática, dado que ni existe hoy el elefante en el Nuevo Mundo, ni conviene la forma de sus orejas con las del elefante antediluviano de la América septentrional, cuya raza se extinguió. Compara, por último, los emblemas de la suprema autoridad que usaban los reyes de la Atlántida, deducidos de la narración de Eliano, con los que presentan los ídolos mejicanos recientemente descubiertos, y deduce que los monarcas mejicanos tomaron sus insignias de los reyes de la Atlántida.

Considerado ahora el descubrimiento de Colón, que restableció la comunicación interrumpida por miles de años entre ambos continentes, desde el punto de vista del arte, nadie podrá arrebatarle la gloria de haber hecho posible la comprobación histórica del génesis de las dos grandes civilizaciones, pelásgica y atlántica, oculto en el brillante involucro mitológico de los tiempos prehistóricos, denominados por el escepticismo moderno fabulosos y heroicos á causa de haber hecho intervenir en los sucesos más importantes y trascendentales de la historia humana y de la geología nombres como los de Baco, Hércules y Perseo. Ni se podrá sin injusticia arrebatar á Kampanokis el lauro de haber sido el primero en demostrar que los dos artes ateniense y atlántico son dos grandes ramas de un solo tronco, una de las cuales, el arte de los atlantes y americanos, quedó atrofiada por la separación de los dos continentes, mientras la otra, el arte de los griegos de Oriente, la desarrolló con nueva pujanza llevando por retoños todas las civilizaciones y todas las artes que después han florecido en Oriente y Occidente.

PEDRO DE MADRAZO

Madrid, 14 septiembre 1892



Cristóbal Colón encadenado regresando á España, escultura de D. Venancio Vallmitjana

COLON

Cristóbal Colón, ese traedor ó llevador de Cristo á las orillas del Nuevo Mundo, que con oro atlántico quería salir para Tierra Santa, por libertar el Sagrado Sepulcro, y que en las soledades del Océano, donde no había resonado desde la creación ninguna voz humana, entonaba cada tarde en la carabela *Santa María* el himno en honor á la estrella del mar, es el explorador vate, el descubridor profeta que en aquel día tan glorioso para España y grande como ningún otro para la humanidad, vió aparecer en los confines de Occidente la tierra prometida á su elevada inteligencia, ó más bien á su inspiración casi divina, coronando el éxito más maravilloso su perseverancia y su fe.

En un viernes (el 3 de agosto de 1492) navegó de España á las Indias, y en otro viernes (el 12 de octubre) descubrió el Nuevo Mundo, viendo desde la *Pinta* el sevillano Juan Rodríguez Bermejo, á las dos de la noche, con absortos ojos, la ribera de Guanahani, iluminada por los rayos de la luna y gritando con júbilo inmenso: *¡Tierra! ¡Tierra!* Un cañonazo comunicaba á las otras dos carabelas la gran nueva, y cuando se presentaba la isla verde á la luz del alba, entonaba Colón un *Te-Deum* y en homenaje del Redentor del mundo bautizaba la primera isla que pisaba, y en cuyo suelo él y los suyos imprimieron sus besos, con el nombre de San Salvador.

Aquel primer viaje de descubrimiento lo llamó el cosmógrafo catalán Mosén Jaime Ferrer, natural de Blanes, próximo á Barcelona, «más divina que humana peregrinación» (Navarrete, colección, tomo II, págs. 101 á 104), y en su carta del 5 de agosto de 1495 escribió este mismo: «La divina é infalible Providencia mandó al gran Tomás de Occidente en Oriente por manifestar en India nuestra Sancta y Católica Ley; y á vos, Señor, mandó por esta oppósita parte de Oriente á Poniente.»

El mismo Colón, que sentía en su alma el anhelo de su siglo á traspasar los límites del mundo, y que había presenciado las últimas luchas de los españoles y de los árabes, teniendo el ardor bélico de los campeones de la Iglesia, dijo en su Libro de Profecías (Navarrete, II, 289): «Para mis empresas indias no me eran útiles matemáticas, ni mapas, ni inteligencia, sino que se cumplió lo que dijo Jesaías.» Alude á Jesaías, 60, 9 y 65, 17: «Creó un nuevo cielo y una nueva tierra.»

El Nuevo Mundo supone en el genio del insigne navegante una suma de esfuerzos, de trabajo, de constancia nunca suficientemente elogiados; su gran hazaña es un triunfo de su fe y de los clérigos que ayudaban al que, saliendo en nombre de la Trinidad, era, según decía Las Casas (lib. I, cap. 102), adicto á las doctrinas de San Francisco y amaba el color moreno de la orden franciscana. Firmábase Christoferens, y como traedor de Cristo le presentaba el ilustre piloto Juan de la Cosa, natural de Puerto de Santa María, próximo á Cádiz, en 1500 en su mapa de América, y el cartógrafo Diego Ribero dió en 1529 la forma simbólica de la cruz á la isla de San Salvador, rodeándola once islas, así como los apóstoles rodeaban al Redentor.

Nadie ha reflejado tanto las impresiones que hicie-



Muerte de Cristóbal Colón, cuadro de D. Francisco Ortego, premiado con mención honorífica en la Exposicion Nacional de 1864 y adquirido para el Museo Nacional de Madrid



CRISTOBAL CÓLON EN LA CORTE DE ISABEL L.



… CATOLICA, CUADRO DE BROZIK, GRABADO POR BAUDE

ron los descubrimientos de Colón como el milanés Pedro Mártir, que en su epístola del 1 de octubre de 1493 llamó á Colón «novi orbis repertor,» y que el 13 de septiembre del mismo año había denominado el descubrimiento «un acontecimiento maravilloso, una hazaña bendita.» Al saber la expedición de Occidente emprendida por Colón derramaba lágrimas de gozo Pomponio Laeto, amigo de la clásica literatura romana y de Pedro Mártir, y éste le escribió: «Después de estos descubrimientos, ¿quién admirará los de Saturno, Ceres y Triptolemos? Hasta los fenicios han de ceder el puesto á los españoles.» Y en sus *Décadas* escribió Pedro Mártir: «Ni Saturno ni Hércules ni algún otro de los antiguos que iban en busca de nuevas costas vencen á los españoles de nuestro tiempo.»



Medalla conmemorativa del IV centenario del descubrimiento de América, obra de un eminente artista lombardo que ha querido guardar el incógnito. – Anverso: representa la efigie de Cristóbal Colón entre la Europa y la América, que se dan la mano.

A mediados de abril de 1493 llegó el descubridor feliz á Barcelona, dando cuenta á los Reyes Católicos de su grandiosa empresa y celebrando con las palabras más entusiastas y poéticas el esplendor de los paisajes tropicales, la espaciosidad de puertos seguros, las selvas cubanas, la variedad de formas de las plantas en los países descubiertos, las especierías, las riquezas inmensas, los ríos arrastrando granos de oro, los bancos de perlas. Fué obsequiado sobre manera por los reyes en audiencia pública; pero es de extrañar que la Crónica de la Ciudad Condal que desde 1411 hasta la edad presente contiene todo lo que atañe á la ciudad, no mencione la estancia de Colón, ni su empresa sobrehumana, cuyo éxito brillante es debido á la piedad de una reina magnánima y á los heroísmos de un pueblo que después de haber visto brillar sobre las torres de la Alhambra la redentora enseña de Jesús, consideraba demasiado estrecho el territorio del viejo mundo, necesitaba mayor espacio donde desarrollar sus cualidades geniales, y arrancaba al mar nuevos continentes para desarrollar en ellos el genio sublime de su raza.

Así como la Crónica de Barcelona no habla de Colón cuando éste la visitaba de vuelta de su primer viaje, no habla de él, ni menciona su muerte, acaecida el día de la Ascensión, el 21 de mayo de 1506, el Cronicón de Valladolid, ni menciona su estancia en Valladolid su admirador de antes, el italiano Pedro Mártir, que estaba en la misma ciudad cuando Colón sentía ya la enfermedad que le llevó al sepulcro.

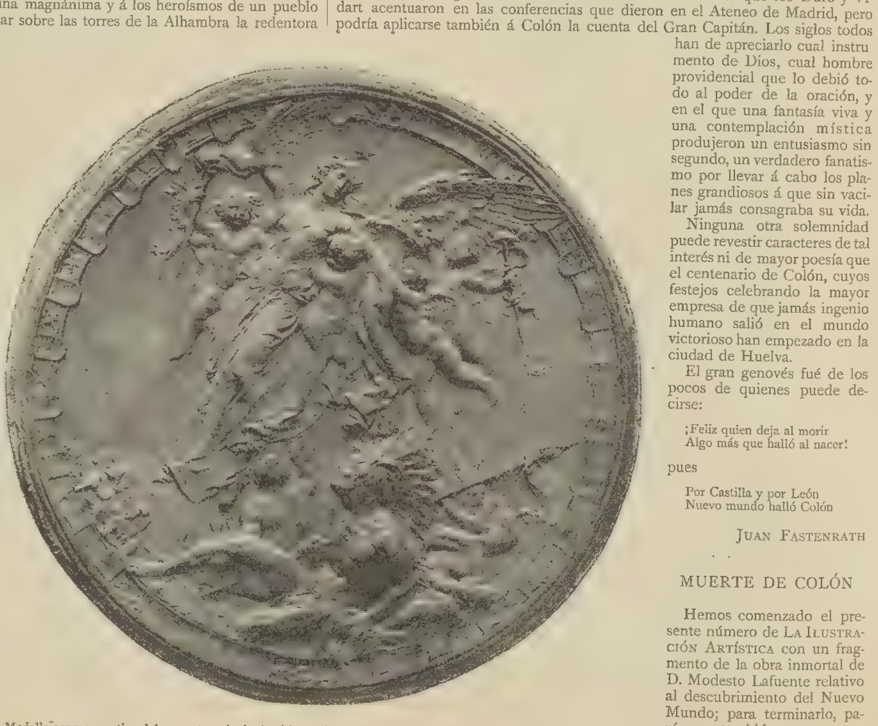
En una de sus últimas cartas escribió Colón al rey católico D. Fernando: «La gobernación y posesión en que yo estaba es el caudal de mi honra; injustamente fuí sacado de ella...»

Dice mi compatriota el señor Oscar Peschel *(La Historia de la edad de descubrimientos*, Stuttgart, 1877, segunda edición, pág. 312): «Por su muerte evitó un golpe de destino que hubiera soportado quizá más difícilmente que los grillos de Bobadilla. Llevóse al sepulcro la ilusión gloriosa de que Cuba fuese una provincia del imperio chino, y que Española fuese la isla de Cipanga. El descubridor de América que escribió de Jamaica el 7 de julio de 1503 «Digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo,» murió sin haber adivinado que había descubierto un Nuevo Mundo. Hubiera considerado humillada su hazaña cuando detrás del Océano domado hubiese visto otro Océano.»

Para que los grillos de Bobadilla no evocasen la indignación de los suyos, Colón se los llevó al sepulcro.

Dos hemisferios celebran su resurrección y renuevan su memoria. Creció su renombre poco tiempo después de su muerte, en el momento en que se conoció que había descubierto un Nuevo Mundo. El gran Humboldt le celebró por haber prestado servicios inmensos al género humano, y ensalzó la época de Colón, que fué también la de los Copérnico, Ariosto, Durero y Rafael. El americano Irving llamó al navegante ligur un modelo de la humanidad; el historiador Prescott le denominó un héroe inmaculado, y el francés Roselly de Lorgues le comparó á San Cristóbal. Pero Colón halló un *Advocatus diaboli* en el americano Justino Winsor, que publicó en 1891 en Boston la obra titulada *Christopher Columbus and how he received ond imparted the Spirit of Discovery*, llamando á Colón el devastador cruel del Nuevo Mundo, el autor de los nefastos repartimientos, un hombre cuya ambición era tan insaciable com su codicia. Y el último biógrafo del héroe del centenario, el alemán Sophus Ruge, dice: «Sólo un éxito casual le ha hecho tan grande.»

Quizás haya algunas manchas en la vida del Almirante que los Duro y Vidart acentuaron en las conferencias que dieron en el Ateneo de Madrid, pero podría aplicarse también á Colón la cuenta del Gran Capitán. Los siglos todos han de apreciarlo cual instrumento de Dios, cual hombre providencial que lo debió todo al poder de la oración, y en el que una fantasía viva y una contemplación mística produjeron un entusiasmo sin segundo, un verdadero fanatismo por llevar á cabo los planes grandiosos á que sin vacilar jamás consagraba su vida.



Medalla conmemorativa del IV centenario de América. – Reverso: representa el asombro de los americanos salvajes al ver el desarrollo conseguido por América en el transcurso de cuatro siglos. La prosperidad del Nuevo Mundo está representada por una figura rodeada de genios. En la orla se ven los escudos de todas las repúblicas americanas.

Ninguna otra solemnidad puede revestir caracteres de tal interés ni de mayor poesía que el centenario de Colón, cuyos festejos celebrando la mayor empresa de que jamás ingenio humano salió en el mundo victorioso han empezado en la ciudad de Huelva.

El gran genovés fué de los pocos de quienes puede decirse:

¡Feliz quien deja al morir
Algo más que halló al nacer!

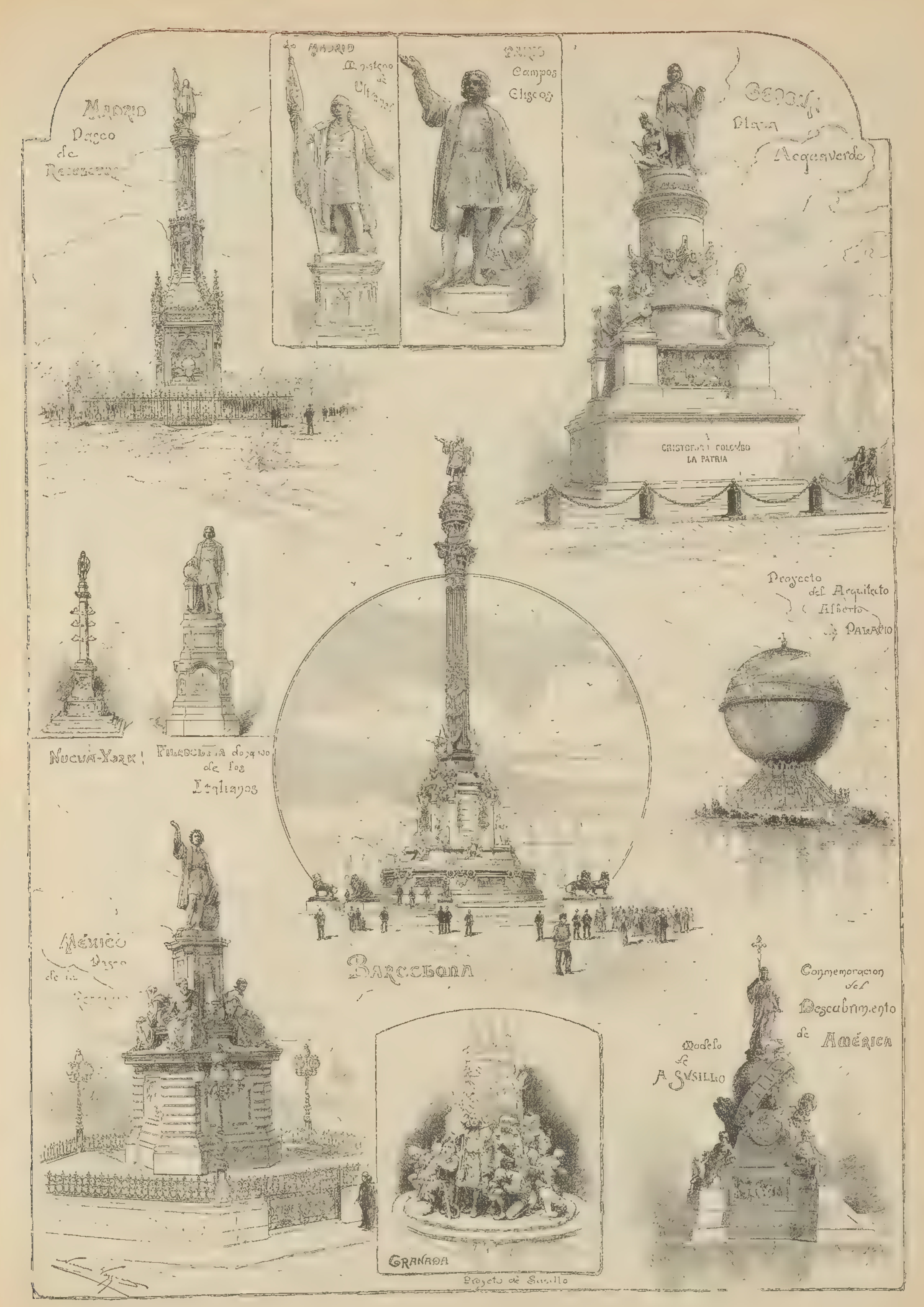
pues

Por Castilla y por León
Nuevo mundo halló Colón

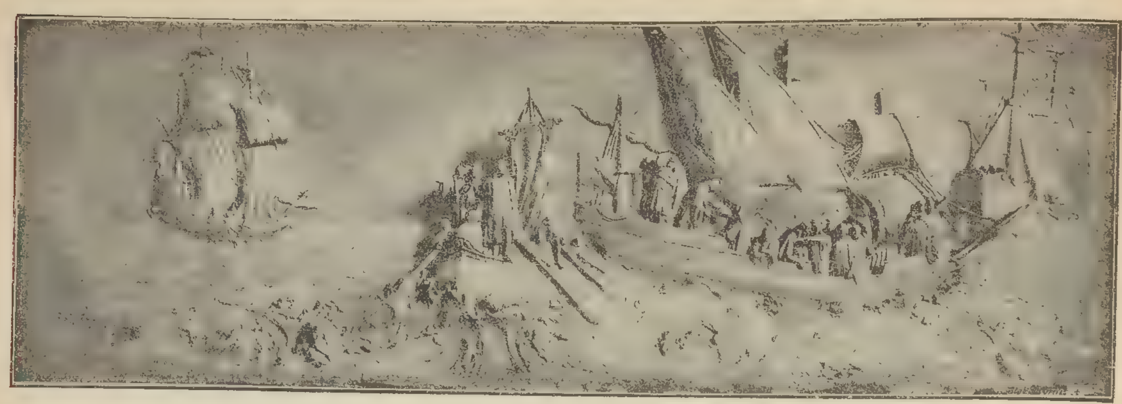
JUAN FASTENRATH

MUERTE DE COLÓN

Hemos comenzado el presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA con un fragmento de la obra inmortal de D. Modesto Lafuente relativo al descubrimiento del Nuevo Mundo; para terminarlo, parécenos también oportuno reproducir dos trabajos referentes á la muerte de Cristóbal Colón de dos antiguos histo-



Monumentos erigidos en honor de Cristóbal Colón



Partida de Cristóbal Colón, relieve del monumento de Nueva York

riadores que en nuestra literatura han merecido con razón el dictado de clásicos, Fray Bartolomé de las Casas y Francisco López Gómara.

He aquí los terminos en que se ocupa de aquel suceso el sabio obispo de Chiapa, el apóstol de los indios, como justamente se le ha llamado, en su famosa *Historia general de Indias:*

RASGO HISTÓRICO FILOSÓFICO SOBRE LA MUERTE DE CRISTÓBAL COLÓN

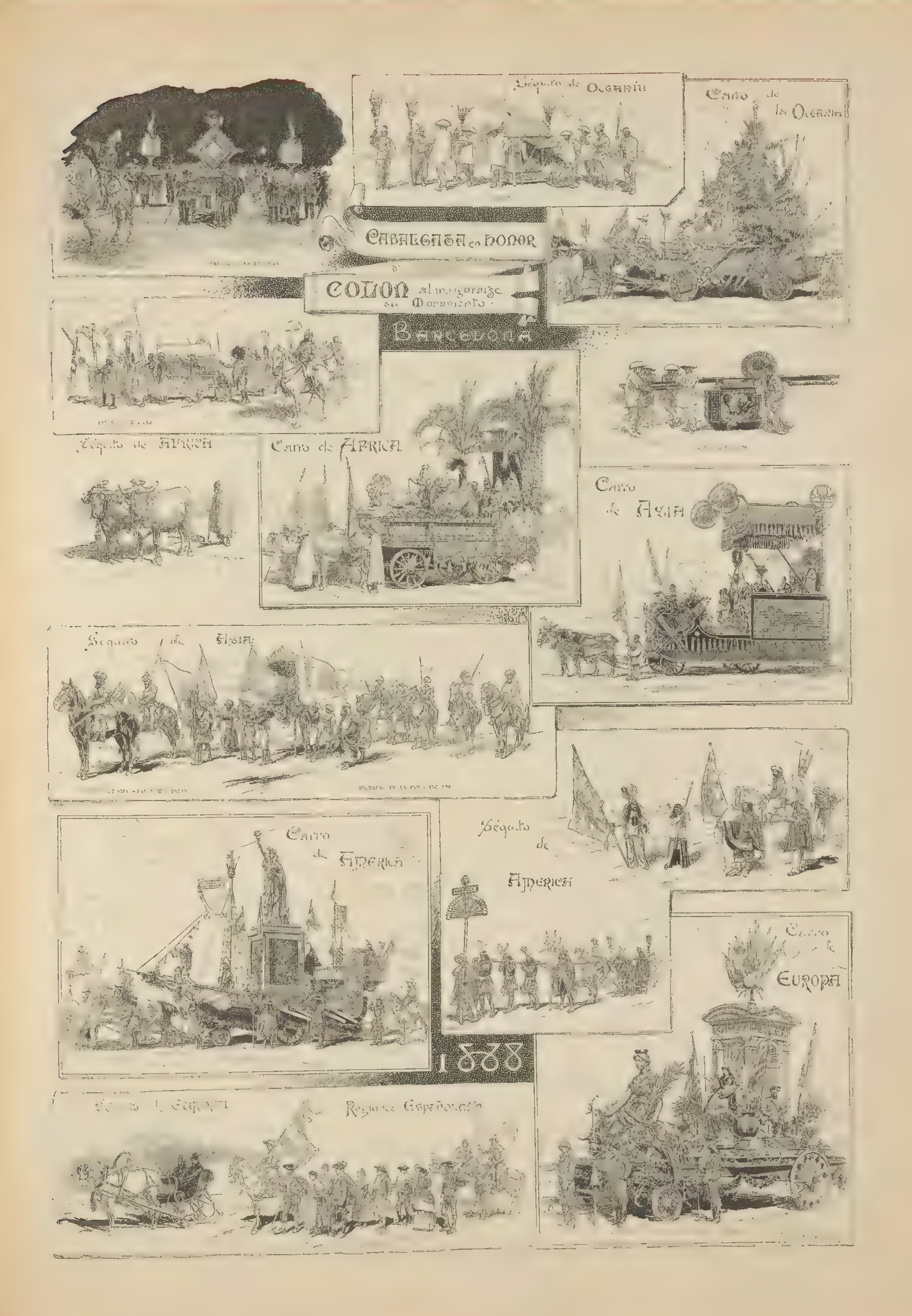
«Despachado su hermano el Adelantado para ir á besar las manos á los reyes nuevos, agravósele cada hora más al almirante su enfermedad de la gota por el aspereza del invierno, y más por las angustias de verse allí desconsolado, despojado y en tanto olvido sus servicios y en peligro su justicia, no embargante que las nuevas sonaban y crecían de las riquezas destas Indias yendo á Castilla mucho oro destas islas y prometiendo muchas más cada día; el cual, viéndose muy debilitado, como cristiano (cierto que lo era) recibió con mucha devoción todos los santos sacramentos, y llegada la hora de su tránsito desta vida para la otra dicen que las postreras palabras que dijo fué: *In manus tuas commendo spiritum meum.* Murió en Valladolid, día de la Ascensión, que cayó aquel año á 20 de mayo de 1506 años. Llevaron su cuerpo, ó sus huesos, á las Cuevas de Sevilla, monasterio de los cartujos; de allí los pasaron y trajeron á esta ciudad de Santo Domingo, y están en la capilla mayor de la iglesia catedral enterrados. Tenía su testamento hecho, en el cual instituyó por su universal heredero á don Diego, su hijo legítimo; si no tuviere hijos, á don Hernando, su hijo natural, y si aquél no los tuviere, á don Bartolomé Colón, Adelantado, su hermano; y si no tuviere su hermano hijos á otro su hermano; y en defecto de aquél al pariente más cercano y más allegado á su línea; y así para siempre. Mandó que habiendo varón, nunca le heredase mujer; pero no le habiendo, instituyó que heredase su estado mujer, siempre la más cercana á su línea. Mandó á cualquiera que heredase su estado que no pensase ni presumiese de menguar el mayorazgo, sino que antes trabajase de lo acrecentar, mandando á sus herederos que con sus personas y estado y rentas de él, sirviesen al rey y á la reina y al acrecentamiento de la religión cristiana. Dejóles también obligación de que de todas las rentas que de su mayorazgo procedieren, den y repartan la décima parte á los pobres en limosna. Entre otras cláusulas de su testamento se contiene esta: «Al rey y á la reina, nuestros señores, cuando yo los serví con las Indias; digo serví, que parece que yo por la voluntad de Dios, nuestro Señor, se las dí como cosa que era mía. Puédolo decir porque importuné á sus altezas por ellas, las cuales eran ignotas, y escondido el camino y cuanto se fabló de ellas. E para las ir á descubrir, allende de poner el aviso y mi persona sus altezas no gastaron ni quisieron gastar para ello, salvo un cuento de maravedís, é á mí fué necesario de gastar el resto. Después plugo á sus altezas que yo hobiese en mi parte de las dichas Indias, islas y tierra firme, que son al poniente de una raya que mandaron marcar sobre las islas de los Azores y aquellas del Cabo Verde cien leguas, la cual pasa de polo á polo; que yo hobiese en mi parte tercio y el ochavo de todo, y más el diezmo de lo que resta en ellos, como más largo se muestra por los dichos mis privilegios é cartas de merced.» Estas son



El genio de Cristóbal Colón, estatua del monumento de N[illegible]



Desembarco de Cristóbal Colón, relieve del monumento de Nueva York


Cabalgata en honor de Colon al inaugurarse su Monumento
Barcelona
Séquito de Oceania
Carro de la Oceania
Séquito de Africa
Carro de Africa
Carro de Asia
Séquito de Asia
Carro de America
Séquito de America
Carro de Europa
1888
Regiones Españolas

sus palabras en el dicho su testamento.

»Y así pasó de esta vida en estado de harta angustia y amargura y pobreza, y sin tener, como él dijo, «una teja debajo de que se metiese, para no se mojar ó reposar en el mundo,» el que había descubierto por su industria otro nuevo y mayor que el que de antes sabíamos felicísimo mundo. Murió desposeído y despojado de estado y honra, que con tan inmensos é increíbles peligros, sudores y trabajos había ganado; desposeído ignominiosamente, sin orden de justicia echado en grillos, encarcelado, sin oirlo ni convencerlo ni hacerle cargos ni recibir descargos, sino como si los que le juzgaban fueran gente sin razón, desordenada, estulta. Esto no fué sin juicio y beneplácito divino, el cual juzga y pondera las obras y los fines de los hombres, y así los méritos y deméritos de cada uno, por reglas muy delgadas, de donde nace que lo que nosotros loamos no es de loa, y lo que vituperamos alaba.

»Quien bien quisiere advertir lo que la historia hasta aquí ha contado de los agravios, guerras é injusticias, captiverios y opresiones, despojos de señoríos, estados y tierras y privación de propia y natural libertad, y de infinitas vidas que á reyes y señores naturales y á chicos y á grandes, en esta isla y también en Veragua, hizo y consintió hacer absurda y desordenadamente el Almirante, no teniendo jurisdicción alguna sobre ellas ni alguna justa causa; antes siendo él súbdito de ellos, por estar en su tierra, reinos y señoríos, donde tenían jurisdicción natural y la usaban y administraban, no con mucha dificultad ni aun con demasiada temeridad podía sentir que todos estos importunios y adversidades y angustias y penalidades fueron de aquellas culpas el pago y castigo; porque ¿quién puede pensar que cayese tan gran señal y obra de ingratitud en tan reales y cristianísimos ánimos como eran los de los Reyes Católicos, que á un tan nuevo y tan señalado y singular y único servicio, no tal otro hecho á rey alguno en el mundo, fuesen ingratos, y de las palabras y promesas reales, hechas y afirmadas muchas veces, por dicho y por escripto, falsos? No es, cierto, creíble que no cumplir sus privilegios y mercedes, por ellos debidamente prometidas y concedidas por sus tan señalados servicios, por falta de los reyes quedase, sino solamente por la divina voluntad, que determinó que de cosa dello en esta vida no gozase; y así no movía á los reyes á que lo galardonasen, antes los impidió, sin los reyes incurrir en mácula de ingratitud, y sin otro defecto que fuese pecado; de la manera que sin culpa de los mismos reyes, y sin su voluntad y mandado, el comendador Bobadilla, ó por ignorancia ó por malicia, violando la orden de derecho y justicia, permitió que lo prendiese, aprisionase, despojase de la dignidad, estado y hacienda que poseía, y al cabo desterrase á él y á sus hermanos. Y lo que más se debe notar, que no paró en él ni en ellos la penalidad, sino que ha comprehendido hasta la tercera generación en sus sucesores, en que está hoy, como, si place á Dios, por la historia será declarado. Estos son los juicios altísimos y secretísimos de Dios, de los nuestros muy distante, y en breve se descubrirá y será claro á todo hombre reservallo. A la bondad de Dios plega de contentarse, recibiendo por satisfacción de las culpas que en estas tierras que descubrió contrajo, las tribulaciones, angustias y amarguras, con los peligros, trabajos y sudores que toda su vida padeció, porque en la otra vida le haya concedido perpetuo descanso.

»Ninguno, cierto, de los que sus cosas supimos y supieron pudo negar que no tuviese buena y simple intención y á los reyes fidelidad; y ésta fué tan demasiada, que por servirlos, él mismo confesó con juramento, en una carta que les escribió de Cáliz (Cádiz), cuando estaba para se partir para el postrer viaje, «que había puesto más diligencia para los servir que para ganar el paraíso.» Y así parece que fué permisión de Dios que le dieron el pago. Y tengo yo por cierto que aqueste demasiado cuidado de querer servir los reyes y con oro y riquezas querer agradalles, y también la mucha ignorancia que tuvo fué la potísima causa de haber en todo lo que hizo contra estas gentes errado, aunque en los que aconsejaron por aquellos tiempos á los reyes, como ya queda dicho, fué mucho más culpable.»

En la primera parte de su *Historia general de las Indias*, dice así Francisco López de Gómara, capellán que fué de la casa y familia de Hernán Cortés, cuando éste, después de la conquista de México, regresó á la metrópoli:

«Tras de esta pelea se vino Cristóbal Colón á España, porque no le achacasen algo, como las otras veces, y á dar razón de lo que de nuevo había descubierto. Y como no halló estrecho, llegó á Valladolid y allí murió por mayo de 1506. Llevaron su cuerpo á depositar á las Cuevas de Sevilla, monasterio de cartujos. Era hombre de buena estatura y membrudo, cariluengo, bermejo, pecoso y enojadizo, y crudo y que sufría mucho los trabajos. Fué cuatro veces á las Indias y volvió otras tantas; descubrió mucha costa de Tierra-Firme, conquistó y pobló buena parte de la isla Española, que comúnmente dicen Santo Domingo. Halló las Indias, aunque á costa de los

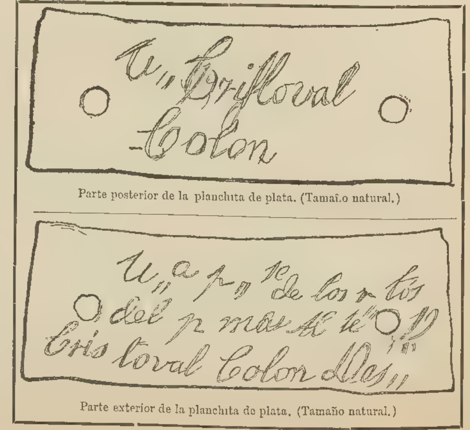
Tumba de Cristóbal Colón y altar mayor de la catedral de Santo Domingo
(Dibujo del natural por Rodolfo Cronau)

D. de la A. Per Ate

Inscripción de la tapa del ataúd de plomo. (Mitad del tamaño natural.)

Illtre y Es de Varon Dn. Criztoval Colon

Inscripción del interior de la tapa. (Mitad del tamaño natural.)



Parte posterior de la planchita de plata. (Tamaño natural.)

Parte exterior de la planchita de plata. (Tamaño natural.)

Inscripciones que se encuentran en el ataúd de plomo que contiene los restos de Cristóbal Colón y que se conserva en la catedral de Santo Doming-

Reyes Católicos; gastó muchos años en buscar con qué ir allá. Aventuróse á navegar en mares y tierras que no sabía, por dicho de un piloto, y si fué de su cabeza, como algunos quieren, meresce mucha más loa. Como quiera que á ello se movió, hizo cosa de grandísima gloria; y tal, que nunca se olvidará su nombre, ni España le dejará de dar siempre las gracias y alabanza que meresció, y los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, en cuya ventura, nombre y costa hizo el descubrimiento, le dieron título y oficio de Almirante perpetuo de las Indias, y la renta que convenía á tal estado y tal servicio como hecho les había, y á la honra que ganó. Tuvo Cristóbal Colón sus ciertas adversidades entre tan buena dicha, ca fué dos veces preso y la una con grillos. Fué malquisto de sus soldados y marineros; y así se le amotinaron Roldán Jiménez y los Porras y Martín Alonso Pinzón en el primer viaje que hizo; peleó con españoles sus propios soldados y mató algunos en la batalla que hubo con Francisco y Diego de Porras. Trujo pleito con el fiscal del rey, sobre que, si no fuera por los tres hermanos Pinzones, se tornara del camino sin ver tierra de Indias.»

A

3 D B C 2 1

Altar mayor

Plano del santuario de la catedral de Santo Domingo
A Plataforma inferior. B Plataforma superior. C y D Escaleras
1. Cripta de Cristóbal Colón (hallada el 10 de septiembre de 1877) 2. Cripta de su hijo Diego (vaciada el 20 de diciembre de 1795) 3. Cripta de Luis Colón



Ataúd de plomo de Cristóbal Colón
(Dibujo del natural por Rodolfo Cronau)

Mucho se ha discutido acerca del sitio en donde están guardados los restos de Colón. De España fueron trasladados á Santo Domingo, probablemente en 1541, y allí se guardaron en una cripta situada á la derecha del altar mayor de la catedral hasta 1795, fecha en que, habiendo sido cedida aquella isla á Francia, los españoles los desenterraron y los condujeron á la Habana, en cuya catedral fueron depositados. Pero en 1877 descubrióse en el templo dominicano una cripta, al lado de la que los españoles desocuparon, y en ella un ataúd con restos humanos que los dominicanos reconocieron como los verdaderos del inmortal navegante. Este descubrimiento dió ocasión á grandes polémicas, en las que tomaron parte el obispo Roque Cocchia, el canónigo Javier Bellini y el sabio Emiliano Tejera, que abogaban por la autenticidad de los restos hallados en Santo Domingo, y los españoles López Prieto y Manuel Colmeiro, que llegaron á afirmar que el tal hallazgo era una falsificación.

La cuestión no ha sido aún resuelta y hase emitido una opinión conciliadora que, basándose en la inscripción que lleva la planchita de plata encontrada en el ataúd y el número de huesos que éste contenía, pretende que una parte de los restos de Colón está en Santo Domingo y otra parte en la Habana. – X.

CARTA DE CRISTÓBAL COLÓN

AL MAGISTRADO DEL BANCO DE S. JORGE, GÉNOVA

La carta que reproduce nuestro grabado de la página 643 fué escrita por Cristóbal Colón en Sevilla en 2 de abril de 1502 y dirigida al magistrado del famoso Banco de San Jorge, de Génova, en cuyos archivos fué hallada en diciembre de 1829: actualmente se conserva en las Casas Consistoriales de aquella cuidad.

El amor patrio que respira desde las primeras hasta las últimas palabras es tal, que después de haber leído las manifestaciones en el documento contenidas y el interés que demuestran en favor de los genoveses, el ánimo parece inclinado á conceder la razón á éstos cuando pretenden que en su ciudad nació el inmortal descubridor del Nuevo Mundo: en efecto, casi no se concibe el rasgo de generosidad de Colón sino tratándose de sus conciudadanos.

No creemos que con esto pueda darse por resuelta la tan debatida cuestión de la patria del gran navegante; pero sí nos parece esa carta un dato interesante que viene á dar fuerza á los argumentos que en pro de su derecho aduce Génova.

He aquí ahora la traducción del documento, que va dirigido

«*A los muy nobles Señores del muy Magnífico Banco (Uffizio) de San Jorge, en Génova.*

»Muy nobles Señores:

»Aunque el cuerpo se encuentra aquí, ahí está de continuo mi corazón. Nuestro Señor me ha concedido la gracia mayor que desde los tiempos de David ha otorgado. Los asuntos de mi empresa resplandecen ya, y más resplandecerían si no les cubriese la obscuridad del gobierno. Vuelvo á las Indias en nombre de la Santísima Trinidad para regresar pronto; y como soy mortal, encargo á mi hijo D. Diego que de todas las rentas corresponda á vosotros la décima parte del total de las mismas cada año y para siempre en compensación del producto del grano y del vino y de otras vituallas comestibles. Si esta décima parte asciende á mucho, recibidla, y si no, recibid la voluntad que me anima. Os ruego encarecidamente que veléis por este hijo mío.

»Maese Nicolás Oderico sabe de mis cosas más que yo mismo, y á él he enviado la copia de mis privilegios y papeles para que los ponga en lugar seguro. Tendría sumo gusto en que los vierais. El rey y la reina, mis señores, quieren honrarme más que nunca. Que la Santísima Trinidad guarde á vuestras nobles personas y haga prosperar el muy magnífico Banco.

»El almirante del mar Océano y virrey y gobernador de las islas y de la tierra firme de Asia y de las Indias del rey y de la reina, mis señores, y su capitán general del mar y de su Consejo,

S.
S. A. S.
X. M. J.
Xpo ferens.»

La explicación de esta abreviatura es: *Suplex Servus Altissimi Salvatoris Xristi Mariæ Josephi.*



PLUS-ULTRA, grupo alegórico del descubrimiento del Nuevo Mundo, escultura de J. Gandarias

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XI — BARCELONA 10 DE OCTUBRE DE 1892 — NÚM. 563

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

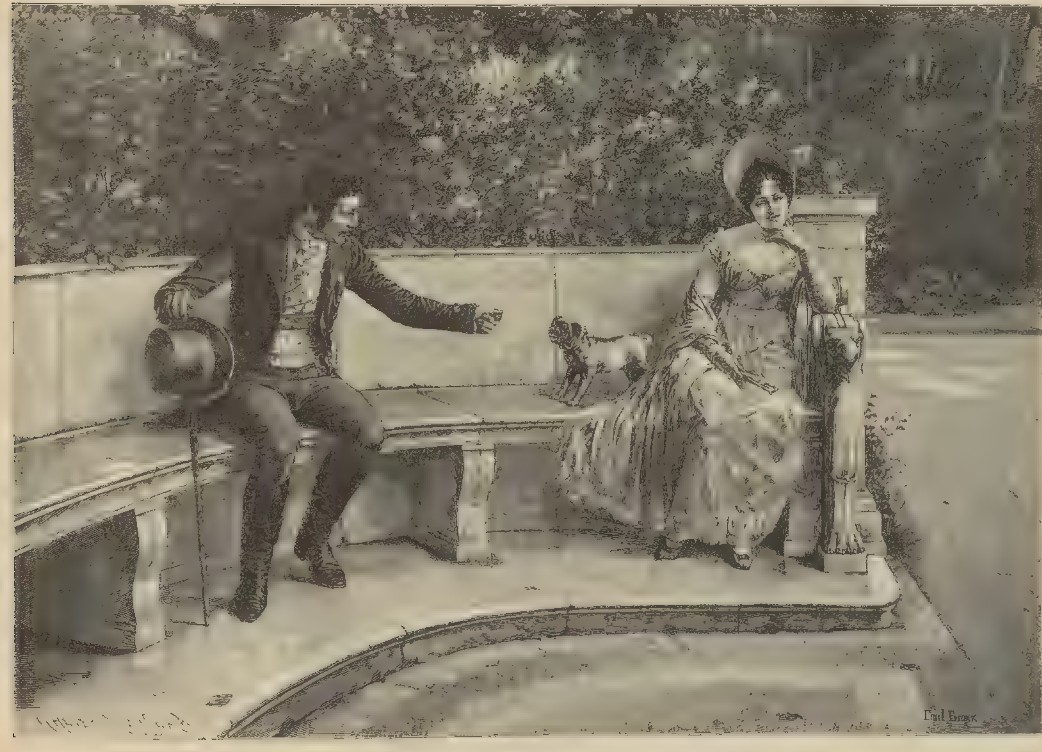
SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

¡Habitare in oculis! El filósofo, el orador, el senador cortesano que hace cerca de diez y nueve siglos concretaba en esa frase que subrayo el concepto de la vida del hombre excepcional, ó del que, por los azares de la suerte, hállase expuesto á las miradas de una generación entera, no pudo adivinar, aun siendo tan grande su talento, aun siendo tanto su conocimiento de la vida social, aun siendo un espíritu el suyo tan superior, que á duras penas si en el transcurso de mil ochocientos y pico de años pudieron contarse doce que le igualen, no logró – repito – adivinar cuán horrible, andando los siglos, se tornaría para muchos la gloria de *habitare in oculis.*

Dante, relatándonos con enérgica fiereza y épica grandiosidad y uno á uno los martirios cruentos del condenado, tampoco adivinó ni presintió el más grande de todos los martirios. Obligar al sabio, en nombre de una religión, á que reniegue de su sabiduría; cortar la lengua y la mano derecha al artista que roba un pan, después de haberle sido robadas sus obras y su dinero y de haber huído con el ladrón su propia esposa, y después ver cómo el pueblo lleva en triunfo al autor apócrifo de una de sus pinturas, cuando el artista mudo y manco, extendiendo el muñón de la mano mutilada y lanzando inarticulados gritos cae para no levantarse más á los pies de su verdugo; leer cómo el patricio noble y justo, pródigo de su sangre y de sus bienes, va desde el solio del magistrado hasta el destierro en desoladas playas africanas, y allí muere; todo esto, tanto horror, no es tanto, sin embargo, como el que causa el hecho de arrancar de la historia la página en que está escrito un nombre juntamente con el de borrar con girones de honra las huellas gloriosas que aquél imprimió con su genio.

A Galileo, á Chiggi, á Scévola no les negaron, ni sus mismos coetáneos, ni el saber ni el derecho á ser inscritos en el libro inmortal; no llegó en tiempo al-



ADORAR AL SANTO POR LA PEANA, cuadro de Emilio Brack
grabado por Hever y Xirmsex

guno á tanto la crueldad ni á tan hondo la infamia de los hombres que procurasen, si no para con las generaciones venideras, por lo menos para con la sociedad en que viven, arrojar la sal que esteriliza sobre una inteligencia y su obra. Restaba para hacer odioso el positivismo moderno desde el punto de vista de los intereses materiales, que al altruista se impusiera el *strugliferfor*, no aislado, sino formando colectividad, dispuesta á eliminar del Cosmos la obra de un hombre, porque este hombre con la pesadumbre de su importancia anula las mezquindades que sirven de pedestal á prestigios sin prestigio y á intereses personales. Restaba inventar el suplicio de la muerte moral, sin que viniese en ayuda de tal empeño el fenómeno fisiológico; y al siglo XIX en su último tercio, al siglo de las grandes conquistas en pro de la humanidad, al siglo de las grandes moralidades, tocóle la honra del invento: París fué el inventor.

Juan Luna, el autor del *Expoliarium*, acogiéndose á la ciudad que cruza el Sena, como á ciudad donde tienen asiento las grandes energías espirituales, donde es capaz la vida del arte con todas sus fases y todas sus tendencias, donde las ideas se atropellan y barajan, donde el cosmopolitismo con su encantadora sonrisa de indiferencia encubre los más de los males que hacen inaguantable la sociedad moderna; Juan Luna, repito, acogiéndose al abrigo de las calles parisienses, es el fascinado, es el obsesionado, es el hijo infeliz de un siglo que cree sinceramente en el cerebro de las culturas, y por tal dice á París. ¡Oh! La equivocación fué horrible. Luna, si al cabo el infortunio no le vuelve loco, al pasear sobre esta tierra tan culta, tan humanitaria como es la vieja Europa, recordará los tropicales bosques de su patria, habitada por gentes que no aprendieron todavía á matar más que con el acero, y medirá, hundido en la sima de la indiferencia, del olvido, que al olvido pretenden allegarle ahora las filantropías de estos tiempos, el alto concepto que tenemos de la justicia, los exquisitismos alcanzados por nosotros en lo de admirar y respetar al genio ó al saber en todas sus esferas; medirá, digo, desde lo hondo de la sima del olvido, cuán grande es la distancia que hay entre un cerebro humano vulgar y ese llamado París, que guardando los elevados conceptos del hombre moderno, destroza la honra, el cuerpo, aniquila el espíritu más fuerte, y por último pone su empeño en la busca del modo ó medio definitivo para, sin atravesar el corazón con un puñal ó una bala, eliminar del mundo y de la historia ese cuerpo, esa honra, ese espíritu fuerte, con su obra toda.

París, el vulgarísimo París, ya que como á cerebro de Europa le miran ciertas gentes, como á tal cerebro debe examinársele antes de ir á respirar el medio ambiente en que palpita. Como á Luna les acontece á otros artistas españoles residentes en la capital francesa; son muertos para el arte, y si no lo son para la historia, es porque no picaron tan alto. París no puede soportar inteligencias superiores que no sean parisienses; y – pese á quien pese – París hace muchos años que viene ofreciendo á los ojos del mundo civilizado el espectáculo de una esterilidad terrible. Dejando á un lado las letras, pues no pretendo probar ahora que tampoco las letras se producen allí, el arte vive á expensas de titánicos esfuerzos que cerebros ya cansados por la edad, el mercantilismo procaz, la frivolidad característica de las gentes amasadas con levadura de cien culturas y de cien razas, hacen para sostener en el concepto europeo lo de *París cerebro de Europa*.

No, París no puede soportar el peso de una inteligencia superior que no sea francesa por lo menos. Luna es un artista cuya talla arroja una silueta que recortándose sobre los muros del Louvre, sobre los del Luxemburgo, es suficiente á obscurecer la obra pictórica de docenas *des grands maîtres* de estos últimos años. *Le Temps*, como *Le Figaro*, como *Le Matin*, como veinte periódicos más pusieron de relieve inmediatamente cómo les preocupaba el artista filipino. Temblaban ante la idea de que Luna hiciese nueva oposición con un segundo *Expoliarium*, como temblaron cuando Fortuny, rebasando de los convencionalismos de Meissonier, se impuso, si bien momentáneamente, no tan sólo á la capital de Francia, sino al arte europeo; como Rosales obscureció el cielo de la pintura francesa, arrancando una exclamación de asombro al mundo artístico con el *Testamento de Isabel la Católica*.

La página de la historia de Roma, por Luna estereotipada en su lienzo, es la obra del coloso del genio con todos los desequilibrios y deformidades del genio mismo, no la sabia lección histórica de Gerome *Police verso*. La prensa parisiense, ve con angustia cómo aquellos sajones á quienes daban consejos en la exposición universal de 1867, hoy les arrebatan el cetro del arte. Frente al falso Meissonier, al incoloro Gerome, al gran Bastien Lepage, á Puvis de Chavanne, á Rochegrosse, á Breton, á Laurent, artistas unos ya fallecidos, otros vivos todavía, pero todos ensalzados y gran parte de ellos acatados con aplauso unánime, se alzaron los Alma-Tadema, Morris, Leython Hercomer y tantos más, dominando la plástica y ahondando en el concepto de tal modo, que el mundo todo ha vuelto hacia la vieja Inglaterra los ojos asombrado. La Europa del Norte, aquellos pueblos que la componen y que parecían relegados al olvido como incapaces para las artes, se muestran ante ese París, ante ese *cerebro* de la sociedad moderna, exhibiendo un arte joven, lleno de fuerza, repleto de originalismos, perfectamente acorde con la cultura de los últimos días del siglo XIX, como protestando de la tradicional influencia que por práctica consuetudinaria, hoy ilógica, pretende ejercer todavía la capital de la república vecina.

He aquí que del otro lado del mundo, en territorio español, el arte tiene la suerte de producir un hombre genial, y este hombre genial representa la gota de agua que hace desbordarse al vaso donde el orgullo francés fué acumulando los sudores producidos por la angustia de ver cómo poco á poco su preponderancia artística desaparece; y no hubo perdón, no hubo conmiseración, las ideas de respeto al saber, de humanidad, proclamadas en la ciudad culta, se olvidan para defender una preponderancia que se derrumba como edificio cuyas trabazones, fuertes un día, hoy yacen por tierra, faltas de apoyos poderosos. París, cerebro cuyas células grises se consumieron cuando debieron consumirse, apenas si halla recursos en la historia de su importancia para seguir caminando con la velocidad que exigen las múltiples evoluciones del concierto intelectual moderno, que tiende en materias artísticas á la variedad individual.

Luna, que no representa la colectividad poderosa, que tan solo, casi aislado, vivía allá en París, fué el *anima vili* escogida para, sin temor á las represalias, sacrificarla en aras del orgullo lastimado, de una escuela, que como las del resto de las naciones latinas, tócales hoy recibir leyes de las nuevas escuelas del Norte de Europa. Pero no basta á la intemperancia francesa que perezca la honra del hombre, es menester que se borre de la historia del arte moderno la obra de ese hombre, para que no pueda nadie en tiempo alguno establecer comparaciones que redunden en perjuicio del arte francés de estos años del siglo: arte arrollado ya por el de otros pueblos. Que venza un ejército al suyo, sopórtanlo filosóficamente nuestros vecinos; pero que un campeón luche y tienda maltrechos á varios campeones reunidos...; ¡eso, jamás!

La terrible lucha está comenzada. La prensa parisiense se adelantó hasta nuestra casa en son de guerra. Insultó á ciertos artistas españoles llamándole á alguno imitador de Meissonier. ¡Vera, imitador de Meissonier! Herejía, más que herejía, es tal afirmación. ¿Cuándo el microscópico pintor parisiense pudo pintar un lienzo como *El entierro de San Lorenzo*? Para tamaña empresa había menester el autor de *El traje rosa* haber nacido en España y pintado viendo de cerca á Manzano, á Mercadé, á Navarrete, á Rosales. Para tamaña empresa necesitaba Meissonier venir á Madrid con Regnault y Durand, y como estos ilustres pintores llevar en la paleta y en la mente los colores y el espíritu de la escuela de Velázquez y de Goya.

Me canso. Suspendo hoy esta tarea, para mí dolorosísima, de deslindar campos en honor de la verdad y de la justicia. Luna no ha menester mi defensa para que su nombre rebase más allá de los estrechos horizontes que la inquina francesa pretende señalarle. No ha menester, como Millet y Courbet, Puvis de Chavanne y Meissonier mismo, de la poderosa palanca del reclamo para que no mueran sus nombres con el siglo.

R. BALSA DE LA VEGA

2 de Octubre

LA FIESTA DE LAS MARÍAS

She sees it loom at last in distance dim,
She sees it groow on the horizon' s rim,
The saints' white tower, acros the billowy plain,
Like vessel homeward bound upon the main.

A mediados de mayo de 1890 veraneaba en Arles en vez de ir á Oberammergau, como tenía proyectado, y el día 23 de dicho mes tomé el camino de Saintes Maries (aldea de Provenza), donde iba á celebrarse la fiesta que tan sentidamente ha cantado Mistral en su *Mireyo*.

El camino que conduce á esa aldea atraviesa durante treinta millas la Camargue, que de árido y de solado desierto que era en tiempos remotos, se ha convertido en una de las más fértiles y ricas comarcas de Francia, donde en otoño la atmósfera se satura de las acres y penetrantes emanaciones del mosto.

Aquella mañana de mayo veíase por la polvorienta carretera una sucesión interrumpida de largas y pesadas carretas atestadas de alegres y bulliciosos arlesianos que iban cantando himnos al compás de la marcha, ó de tristes y silenciosos aldeanos. La mayor parte de aquella gente parecía fatigada, enferma ó valetudinaria; en algunas carretas iban ciegos, paralíticos y lisiados de toda suerte, gente en suma sin recursos de fortuna.

En tanto que adelantaba traqueteando en mi vehículo, advertí un grupo de monjes, otro de gitanos ambulantes, el arzobispo de Aix con su séquito y más y más carretas atestadas de peregrinos.



Devotos rezando fuera de la iglesia

Al llegar al término de aquella fértil región, y cuando aparecieron las extensas y desoladas salinas, advertí la aldea que emergía de la llanura y los dentados muros de su iglesia, que apareció á mi vista débilmente esfumada sobre el horizonte del mar, y la miré tal y como debió hacerlo Mireyo al divisarla después de su fatigoso viaje.

Los turistas que van á Saintes Maries describen aquel lugar como un grupo de raquíticas y miserables cabañas. Es, por lo contrario, un pueblo floreciente de pescadores, que cuenta con dos fondas regulares, la Casa de la villa y cuantas dependencias constituyen el núcleo de una población francesa del campo. Habitualmente cuesta la manutención en aquellos establecimientos unos cuatro francos diarios; pero el 23, 24 y 25 de mayo los dueños piden cien francos por una habitación á quien no se le haya ocurrido traerse una tienda de campaña ó carruaje ó no tiene allí amigos ó no es aficionado á acampar al raso.

Cuando entré en la iglesia vi que la habían transformado por completo desde que la visitara por última vez. En el interior se habían construído galerías; los altares laterales estaban entarimados; los mejores sitios, así como las escaleras del coro, estaban ocupados por cojines y almohadones que los fieles habían puesto allí para reservarse sitio durante los tres días de la fiesta. Un lego se ocupaba en sacar agua del pozo santo, que tiene la virtud de darla fresca y buena durante las fiestas, en tanto que la da salada el resto del año. A su alrededor un numeroso grupo de peregrinos bebía ó embotellaba aquella agua milagrosa para llevársela á su hogar. En aquella iglesia original en extremo hay tres capillas superpuestas con sus correspondientes altares. De vez en cuando veíase ascender á la más baja de ellas (que fué donde desembarcaron las Marías) un gitano luciendo el pintoresco traje de su tribu, que rascaba la roca para sacar polvo de ella y bajaba de nuevo hasta la cripta, donde otros atezados gitanos estaban de rodillas con profundo y respetuoso recogimiento ante la imagen de Santa Sara.

De aquel subterráneo surgía un canto extraño y monótono cuya letra decía así:

Dans un bateau sans cordage
Au naufrage
On vous expora soudain;
Mais de Dieu la providence
En Provence
Vous fit trouver un chemin (1).

(1) En un buque desarbolado se os abandonó para que naufragarais; pero la providencia de Dios hizo que hallarais un refugio en Provenza.

Entonces sonaban gritos de «¡Vivan las Santas Marías!», gritos que repercutían al través de las bajas y largas bóvedas parecidas á túneles, y la muchedumbre que estaba arrodillada alrededor del coro repetía aquel canto. Tan raras como aquella melodía eran



La procesión

las siluetas de algunos romeros venidos de distintos puntos, cubiertos de negras vestiduras y agrupados alrededor de la tumba de un santo. Se comprendía que muchas y muy negras debían ser sus culpas, ya que exigían tanta devoción para ser lavadas ó perdonadas.

Por la tarde continuaron llegando peregrinos que en torno de la iglesia levantaban barracas y más barracas, entre las cuales en abigarrada mezcolanza se veían desde los escaparates para la venta de exvotos que expendía un sacerdote, hasta la mesa de juego que dirigía una hermosa muchacha. Las gitanas que no rezaban mendigaban á la puerta del templo alargando anchas conchas para pedir la limosna tal y como cientos de años antes sus hermanos trashumantes debían haberla pedido á lo largo de aquel camino. Junto á la puerta principal había una chiquilla ciega que durante los tres días de la fiesta no cesó ni un momento de repetir: «Señoras y caballeros: no olvidéis á la pobre cieguecita y las Santas Marías no os olvidarán á vosotros.» Aquella muchacha no impetraba la intercesión de los santos como los demás mendigos; advirtiólo así el sacristán del templo, y comprendiendo que aquello era un mal ejemplo para los fieles, la expulsó del sitio que ocupaba, sin poder empero detener su eterna cantilena, así es que antes de que hubiese cesado de oirse su eco, la chiquilla había encontrado medio de eludir la persecución y volver al sitio que ocupaba. Cualquiera pensara que allí la había puesto Lucifer en persona para probar la religiosidad de los fieles, á los que parecía escarnecer con su mal ejemplo, pues ni por casualidad se le ocurría entrar un momento en la iglesia para implorar de los santos una curación milagrosa, así como imploraba de los peregrinos el alivio de su miseria.

La iglesia durante la noche

El cura del templo andaba de acá para allá obsequiando al arzobispo, saludando á los demás sacerdotes que llegaban; proporcionaba, *moyenant finances*, los mejores sitios de la iglesia para los dos días siguientes, y con tan buena voluntad cumplía su tarea, que aun cuando parecía derrengado y exánime á fuerza de fatiga, no se borraba de sus labios ni por un momento una beatífica sonrisa que parecía en ellos estereotipada.

Durante la noche el pueblo quedó rodeado por un verdadero campamento de gitanos, aldeanos y colonos. El sol pareció apagar su refulgente disco en las muertas aguas de los pantanos; flamearon los fuegos del campamento, y una nube de mosquitos se esparció por el aire, molestando á cuantos estaban al raso.

Volví de nuevo á la iglesia al anochecer: estaba atestada de gente; en el alto coro, en donde se halla el altar que encierra las reliquias santas, descansaban los enfermos, en tanto que los cirios votivos reflejaban una luz fúnebre sobre sus tristes y pálidos semblantes, que se destacaban blancos, lúgubres y fantásticos de entre las sombras que les envolvían. Aquellos infelices lanzaban gritos lastimeros y formulaban votos fervorosos. Los que podían entonaban himnos con voz temblorosa que en coro contestaban sus allegados; otros descansaban quietos y silenciosos; un niño estenuado y que parecía impotente para otra labor más ruda, marcaba con su manecita el compás del canto y de cuando en cuando abría sus grandes y cansados ojos y en su rostro marmóreo se veía algo así como una luz de deseo, como una ansiosa espera de algo milagroso, y con voz chillona que se elevaba por sobre las demás gritaba: «¡Vivan las Santas Marías!» Una tumba abriendo de repente su negra boca y surgiendo de ella la voz del cadáver que guardara, hubiera producido el mismo efecto.

Durante toda la noche aquellos desgraciados descansaban allí, guardando y esperando, y así pasaban también todo el día siguiente, hasta la hora suprema en que debían aparecer las santas reliquias, cuyo contacto iba á sanar sus cuerpos.

En tanto que la fe en los santos se mantenía tan viva y tan intensa, junto á las reliquias, la fe en Boulanger parecía igualmente grande entre los peregrinos y como si palpitase en el ámbito inmenso llevada por las alas de la noche; así se creyera por lo menos á juzgar por el entusiasmo con que se cantaba su marcha, entonada con voz tan potente y por tan largo espacio como los himnos á las Santas Marías. Aquellos dos himnos tan distintos traían á mi mente una vez más la imagen de la vida, tan llena de contrastes y en la cual se suceden sin punto de reposo la esperanza á la desesperación, el escepticismo á la fe, la alegría al dolor.

Toda la mañana del 24, el día por excelencia, hubo misa, sermones y ejercicios de coro dentro de la iglesia; mercados, juegos y pláticas fuera de ella. Y bajo los rayos cegadores del sol del mediodía, una corriente continua de peregrinos hormigueaba por aquella carretera que conduce al pueblo, en tanto que allá á lo lejos, junto á la embocadura de un brazo del Ródano, multitud de vapores que venían de Marsella, Arles y Saint-Gilles desembarcaban nuevos peregrinos que como Mireyo atravesaban errantes el salinoso pantano. A las tres la iglesia estaba casi llena y á las cuatro atestada. Alrededor de cada puerta había un hacinamiento de personas; en el interior no quedaba ni un solo palmo de terreno sin ocupar, y el ancho rayo de sol que se precipitaba dentro de la iglesia á través de los rotos cristales del rosetón central, se quebraba á veces sobre los racimos de gente que se habían encaramado por los altares. Todos los fieles tenían en la mano un cirio encendido que chispeaba y cuya llama ondulaba á impulsos del hálito que se escapaba de millares de pechos.

Al mirar aquella escena, aquel centellear de innúmeras lucecillas durante aquella fiesta del 24 de mayo, Gounod dijo: «Estamos en el cielo y tenemos las estrellas bajo nuestos pies.»

En el coro alto los enfermos continuaban aguardando, así como sus amigos y algunos sacerdotes rezaban y canturreaban sus oraciones. Aquella iglesia, según el rumor que llenaba su ámbito, semejaba un bosque barrido por la tempestad cuando ésta eleva su poderosa voz.

De repente hubo un grito general de «¡Ya bajan!» Y el pueblo que rodeaba el altar se postró de rodillas. Desde la alta capilla aérea colocada sobre el coro, una gran arca suspendida en el vacío empezó á moverse lentamente, descendiendo por modo pausado y casi imperceptible. Cuando hubo descendido bastante para llegar al alcance de los de abajo, los enfermos, paralíticos y lisiados se pusieron de pie. Aquellos que buenamente podían, se sostenían por sí mismos: los que no, pedían ayuda á sus deudos. Las mujeres, llevadas de fervoroso celo y de esperanza y fe en el poder de Dios, luchaban unas con otras para alcanzar el mejor sitio, y cada cual quería ser la primera en tocar con su mano las reliquias santas. Cuando éstas estuvieron á corta distancia del sitio donde debían descansar, salió de la sacristía una procesión de sacerdotes vestidos con albas, y uno de ellos se dirigió al altar y cogió y besó las reliquias. En el mismo instante la multitud de enfermos rodeó al ministro del Señor y luchó hasta tocar las reliquias. El



La puerta de la iglesia

sacerdote las tenía en sus manos y la gente se precipitó sobre ellas tocándolas con las manos, con los ojos y alargando hacia ellas sus miembros enfermos y paralíticos, abrazándolas apasionadamente y estrechándolas con verdadero frenesí. Parecía que las vestiduras del sacerdote iban á desgarrarse y las reliquias á quedar rotas, esparcidas y destrozadas en millares de fragmentos por el extremado fervor de los fieles. Pero finalmente estalló el último beso de adoración, se formuló la postrera súplica, el arca se colocó sobre el altar, los enfermos situáronse á su alrededor y los cantos se elevaron más potentes y más entusiastas que nunca y con fervor más vivo sonó el grito: *¡Viven les Saintes Maries!* ¿Se curó alguien? No. Ni los ciegos podían aún ver, ni los sordos oir, ni los paralíticos levantarse y andar. Mas todos los enfermos, sin excepción alguna, conservaban viva y ardiente la esperanza de recuperar la salud otro año y de que las milagrosas reliquias obrarían al cabo un prodigio á su favor.

Lo mismo que la noche anterior, los enfermos permanecieron dentro de la iglesia cuyas bóvedas vibraban á los acordes de un continuo canto. A un himno sucedía otro himno, y los gitanos piadosos que había en la capilla baja cantaban un verso que continuaban con el verso siguiente de la misma estrofa los peregrinos de la capilla superior. En torno del pueblo acampó, como la víspera, un verdadero ejército de romeros.

Al rayar el alba del 25 una larga procesión salió de la iglesia rompiendo la marcha una serie de pendones regalados por las ciudades de Provenza. Con pompa solemne, con todos los esplendores que la liturgia católica señala para tales ceremonias, el arzobispo de Aix, rodeado de gran número de sacerdotes y de acólitos, marchaba á través de las estrechas ca-

lles obscurecidas por las sombras de las casas, y salía luego al sol, al aire libre, encaminándose hacia la orilla del mar. Después de él venían los enfermos y paralíticos, algunos de ellos llevados sobre colchones, otros cojeando sostenidos por muletas y otros conducidos por sus amigos. Tras de la mancha brillante y esplendorosa del grupo de los sacerdotes, la mancha obscura y lastimosa de la miseria. Después seguía, cerrando la marcha, una muchedumbre inmensa de gitanos, llevando en andas las toscas figuras de las dos Marías colocadas en su barquichuela, y en torno de ésta un grupo de peregrinos más validos pugnaba por besar ó tocar siquiera con sus manos la madera del esquife.



¡Vivan las Santas Marías!

A través del arsenal se dirigieron hacia el mar junto al borde del agua, y después llegaron á penetrar dentro de ésta algunos gitanos, peregrinos y hasta varios sacerdotes. Durante un momento la barca se puso á flote sobre las olas, allá en donde, á la aurora del cristianismo, el viento había arrastrado á las santas desde Jerusalén. Y los gitanos levantaron de nuevo en andas la barca y se encaminaron á tierra. La procesión, con sus pendones ondulantes, sus cirios que chispeaban lúgubremente á los rayos del sol, al compás de los himnos cantados en alta voz, volvió, atravesando la playa y las calles sombrías, hacia la iglesia para depositar allí las reliquias sagradas.

Los enfermos se colocaron una vez más alrededor del altar, y gritos de *¡Viven les Saintes Maries!* resonaron bajo las bóvedas de la iglesia hasta que al anochecer el arca que encerraba las reliquias se elevó lentamente hasta su capilla aérea, en tanto que los fieles la contemplaban con ojos donde brillaban el amor y la veneración. Pero apenas había llegado á su relicario cuando la iglesia quedaba desierta; en menos de diez minutos cada cual había subido á su carro, coche, carromato ó diligencia y tomaba la vuelta de su casa.

A las dos horas ni rastro quebaba de gitanos ni de los demás fieles. Los peregrinos habían huído como de la peste ó habían entrado en Arles para presenciar una corrida. Así acabó la fiesta de las Marías.

En cuanto á los habitantes del pueblo, celebraron un gran baile y presenciaron el encierro y la corrida de toros; pero todos aquellos regocijos populares fueron menos importantes que los que se celebraron en Arles.

Esta es una de las últimas fiestas religiosas que no haya sido explotada, pero habrá perdido su carácter y sencillez dentro de un plazo relativamente corto, pues un amigo mío, ingeniero, está estudiando un trazado de ferrocarril que atravesando la Camargue conduce á aquel sitio pintoresco.

JOSEPH PENNELL

SECCIÓN AMERICANA

LA GARZA PORTEÑA

(EPISODIO BONAERENSE)

¡Pero qué hermosa era Lelia! Teníanla en Buenos Aires por la criatura más hechicera del Plata, y á fe que no les faltaba razón para ello. Su altivo continente, su cuello rígidamente erguido sosteniendo una cabecita bien peinada, su cintura cimbreadora, sus cadenciosos movimientos que imprimían á su andar pausado un ritmo cuyo compás marcaban las caderas, y aquella su altanera majestad de reina absoluta que revelaba un carácter poco dúctil y por demás voluntarioso, formaban conjunto absorbente de corazones masculinos, y pocos hombres pudieron tratarla sin caer de bruces enredados entre las endiabladas mallas de sus seducciones.

Su padre, un buen hombre que del Oriente de Asturias había salido para embarcarse en Santander, con el palo al hombro y en la punta del palo pendiente el atillo con dos camisas de estopa y unos borceguíes unidos aún por el gordo cáñamo del remendón de la villa, era el año 1875 un señor muy rico, muy gordo, muy orondo y casi tan orgulloso como altiva su heredera única.

Habíase casado con señora que de linajuda presumía allí donde no es el linaje el que marca los destinos del hombre, y en donde valen más unas miajas de talento y un título académico que todos los pergaminos, no siempre limpios de impurezas, prodigados por príncipes y reyes de otras edades.

Pero si los hombres (discurriendo piadosamente sobre la veracidad de sus democráticas ideas) sienten en realidad lo que dicen, no así las mujeres, á quienes marean los títulos nobiliarios, sean ó no sean postizos, por aquello de que en la tierra de los ciegos es rey el tuerto.

En Europa estamos ya tan familiarizados con marqueses, condes y duques, que no nos causa mella una tarjeta con corona; pero en América es del mejor efecto esa introducción, y ¡por Cristo que no me explico el por qué no han escarmentado!

Yo no rechazo los títulos. ¿Quién lo ha dicho? Cuando el que lo lleva lo lleva con honra, merece llevarlo, así en América como en Europa, y si el título es una donación civil como otra cualquiera ó una herencia legítimamente adquirida, lo mismo me cuesta llamar á un hombre conde, que general, que Fulano á secas, siempre que le llame con propiedad y no haga el tonto poniéndole un mote que no tiene.

La manía de encasquetarse un título ó plantificar se un *de*, preposición que maldito cuanto quiere decir ya, precediendo á los patronímicos, es moneda corriente entre aventureros y aventureras que cruzan el Océano, y cuéntese que yo no pretendo fustigar demasías aristocráticas cuando éstas son puras; lo que se me ocurre es dar el grito de alarma para que á fuer de muy amiga de los americanos exijan, antes de llamar marqués ó conde al primero que se presente, la legitimidad del título revisada por la cancillería respectiva.

Me dirán que con semejante necedad no hacen daño á nadie; pero como todavía hay espíritus apocados que se alucinan con el talco y las lentejuelas, resultan algunos chascos de tristísimas consecuencias.

Si en América supieran que todos los años se publican en Europa por sus respectivos negociados las listas de títulos, grandes cruces, encomiendas y de más honores, y si supieran además que las legaciones y consulados reciben el ejemplar que les corresponde, á buen seguro que no se reirían de su credulidad los vividores de mala ley; pero esto, después de todo, debía ser incumbencia de los representantes de las naciones europeas. Que se presenta un conde del *Macaroni*, un Marqués del Garbanzo ó un *Mr. Decoré*, pues á declarar *urbi et orbi* que el título no es legítimo porque no consta en la Guía oficial y á tomar las consiguientes medidas que para tales casos prescriben las leyes.

Los ministros de Relaciones exteriores debían comunicar á este respecto órdenes muy severas, y se evitarían compromisos, estafas, prevenciones de los engañados contra la nacionalidad de los engañadores, y se descubrirían á veces criminales ocultos, que cuando menos deshonran la clase á que dicen pertenecer.

Pero volvamos á los padres de Lelia después de este pequeño desahogo, que no deja de tener más importancia de la que parece.

Hemos dicho que había embarcado en Santander el padre de la *Garza*; mas como de esto hacía treinta y cinco años largos de talle, apenas se acordaba el Sr. Alonso de aquel viaje en un buque de vela, tirado poco menos que el lastre en la bodega, comiendo bacalao húmedo y judías renegridas, ni de aquellos veinte mortales días de calma chicha, bajo el astro abrasador de la línea ecuatorial, sin que las velas del viejo bergantín diesen señales de recoger la más tenue ráfaga de viento.

Llegó Juan Alonso á Buenos Aires cuando todavía se *vareaban* las onzas; comenzó de *changador* (mozo de cuerda), en cual oficio fué muy pronto una especialidad, gracias á sus robustos lomos y á sus anchas espaldas, que cargaban sin depresión del tórax ni detrimento de los pulmones tres quintales corridos, como si pesados fueran en romana del diablo.

Decir que Juan Alonso era tacaño, huelga, sabiendo que sólo buscando pan había salido de Asturias y dejado por todo capital á su madre un trozo de huerto que apenas producía berzas para ennegrecer cuatro meses del año el poco substancioso caldo que de alimento les servía.

Antes de dos años contaba el buen astur los primeros mil duros, cantidad la más difícil de lograr para el trabajador, y su primera empresa después de verse dueño de las cinco mil pesetas consistió en contratar el desembarco de buques con una fuerte casa importadora.

Compró una lancha primero, dos más tarde, adicionó por fin botes y lanchones y acabó por tener balanceándose sobre las aguas del Plata una flotilla que le producía quince ó veinte mil pesos anuales, libres de jornales, de carenaduras y de todo gasto.

El viento de la fortuna soplaba más fuerte á Juan Alonso que los de la línea le habían soplado para trasladarlo del uno al otro hemisferio, y á los diez años de República Argentina era el Sr. Juan Alonso un millonario, al que no faltaba sino una mujer que supiese dar aire á sus *patacones*.

Doña Cástula de la Riva era la más empingorotada pollancona de Buenos Aires, con más fachenda que dinero y más orgullos fundados en el pasado de sus bisabuelos, oidores, magistrados y prelados ilustres de la patria vieja, que en los relevantes servicios prestados por su padre, bizarro coronel de la patria nueva.

Ya era patriota Castulita, sí que lo era; pero aquella amalgama de clases y aquel desconocimiento de las grandezas pasadas no se avenían que digamos con sus ribetes de paño feudal y con los tufillos inquisitoriales de su intransigencia católica.

Hizo el demonio que Cástula llegase á los treinta sin casaca, cosa extraña por demás tratándose de mujer guapa hasta quitar el sentido; y como detrás se venían muchachas ricas que amenazaban eclipsar su mediana fortuna, con lujos y entontecimientos que no podía sostener un coronel no siempre en activo servicio, resolvió aceptar la mano que junto con sus millones el Sr. D. Juan Alonso le ofrecía.

Fué la boda un acontecimiento y la suntuosa morada del nuevo matrimonio el punto de reunión de aquella sociedad que no veía al antiguo *changador* en el esposo de la interesante Castulita.

—Gasta, hija, gasta, que más me queda, decía el Sr. Alonso á su compañera, y ésta obedecía el dulcísimo mandato, dando al marido más lustre con el lujo que desplegaba que todo el brillo que pudieran darle sus pingües negocios y su caja repleta de peluconas.

Hija única de este matrimonio era la hermosa Lelia, nacida en el fausto, criada en la opulencia y educada con arreglo á las prescripciones de la más etiquetera grandeza; era la hija del astur un acabado modelo de pedantería social y de hinchazón escolar.

Desde la edad de dos años había sido su educación encomendada á dos inteligentes señoritas, inglesa la una y francesa la otra, y ambas cumplieron su cometido con exceso enseñando á Lelia sus respectivos idiomas, que hablaba á la perfección y bastante mejor que el suyo propio.

Tocaba el piano y lo tocaba bien, dibujaba y no dibujaba mal, pintaba flores y pajaritos bajo los cuales no se hacía necesario poner el consabido letrero, y los bordados que salían de sus redondas manitas no hubieran hecho mal papel expuestos en un escaparate de confecciones en blanco.

No se diga si bailaba, porque era la misma Terpsícore en persona, y había llegado á refinar el gusto hasta tal punto en el arduo problema de valses y mazurcas, que no transigía con el que no fuese maestro. Si la madre había sido tiesa y entonada, entonada y tiesa era la hija, y aquel cuello un tantico largo que pocas veces giraba sin permiso del tronco, habíale dado el sobrenombre de *Garza Porteña*, mote que ni la molestaba ni le hacía arrugar el entrecejo pronunciadito y á veces inconveniente que debía al autor de sus días.

Más de una vez habían pensado los Sres. de Alonso en que su hija debía casarse; pero ¿cómo? ¿Con quién? ¿Era posible que se casase así, tan *sonsamente* como ellos se habían casado, gastando muchos miles de pesos, cierto, pero sin el brillo, sin la ostentación regia que doña Cástula soñaba para su hija, ya que para ella no la tuviera.

No, imposible: Lelia merecía un príncipe, un hombre de sangre real, un título cuando menos; ella tan majestuosa, tan cortesana en sus maneras... Decididamente harían un viaje á Europa.

El Sr. Alonso sabía que por el viejo mundo sobraban coronas ducales, á las que no vendrían mal los doce millones de pesos que guardaba para dotar á su hija preventivamente. Luego era tan hermosa que no



LA ORACION ANTES DEL COMBATE (cuadro de G. L. Seymour)

tendría más que presentarse para vencer y triunfar sobre cualquier nombre del almanaque de Gotta; cosas más extrañas se habían visto. Príncipes que se casaban con artistas, reyes con bailarinas, condes con vendedoras de flores, marqueses con gitanillas de feria... ¡Bah! Serían suegros de un duque; no podían dudarlo.

No estaban los Sres. de Alonso muy fuertes en categorías tituladas; por lo tanto, de príncipe para abajo igual les sonaba conde que barón y vizconde, que marqués ó duque: cuestión de nombre: el caso era no ser la señora de Tal á secas.

Algo se susurraba en Buenos Aires de las aristocráticas aspiraciones de los Alonso, en vista de los desdenes con que la *Garza* respondía á pretensiones honrosas de hombres llenos de merecimientos y buenas prendas, y más de uno le tenía predicho un porvenir poco lisonjero si tanto ella como sus padres persistían en sus pujos de sangre azul y corona en tarjeta.

Contábase entre los pretendientes de Lelia uno que había tenido la desgracia de enamorarse con toda la vehemencia de un corazón de treinta años en el albor de las pasiones y en el amanecer de la vida del alma.

Pepe Flores no sabía lo que era amar cuando se dió cuenta de que amaba á la *Garza*.

Su cariño había sido compartido entre su madre y los libros: era también hijo único y rico, de arrogante figura, de fisonomía franca y expresiva como la del niño más inocente y de un espíritu superior que sin dejar de rozarse con las humanas miserias no había recibido la más pequeña mancha de impureza.

La viuda de Flores era amiga de la señora de Alonso, y cuando su hijo le confesó que amaba á Lelia no pudo presumir que fuese rechazado un joven que otras mujeres codiciaban con envidia.

—¿Sabes si Lelia te quiere, hijo mío?, preguntó á Pepe su madre.

—No podré asegurarlo, pero me trata mejor que á los demás, y si no me llamases presuntuoso te diría que huye de los otros para refugiarse en mí cuando en los bailes se ve asediada con peticiones.

—Eso es mucho, pero no es bastante; háblale, declárale tu amor.

—Le tengo miedo, madre mía.

—¡Miedo! ¿De qué?

—De que me desprecie, de que no me corresponda, de que me quite la esperanza.

—¿Tanto la amas?

—Con delirio, mamá.

La señora de Flores se estremeció; no confiaba en que el carácter superficial de Lelia supiese apreciar la dicha de ser amada por un hombre como su hijo, y sin hacer á éste partícipe de sus temores decidió explorar el terreno hablando con su amiga Cástula.

Cuando la viuda de Flores se convenció de las aspiraciones de los Alonso, hizo un esfuerzo sobre su orgullo de señora que sabía cuanto á sí propia se debía y cuanto debía á las cualidades de su hijo, y habló la madre alarmada por la decepción que amenazaba destruir el porvenir del ser idolatrado.

—¡Cástula!, dijo emocionada y con las lágrimas titilando en sus pestañas: eres madre, y madre que ansía la felicidad de su hija; yo, que daría mi vida por obtener la de mi Pepe, no vacilo en suplicarte, en arrodillarme á tus plantas si es preciso. Mi hijo adora á Lelia, y será el más desgraciado de los hombres si le rechazas.

—Amiga mía, es esta una cosa muy grave y formal... No puedo imponer esposo á mi hija... Además, su padre tiene ciertos proyectos... Yo no sé, mas creo que piensa casarla con un sobrino suyo, en quien debió recaer un título de marqués, pero que por usurpaciones y trampas á causa de la decadencia de la familia Alonso pasó indebidamente á otra rama. Yo le digo que se deje de tonterías; pero él, que no puede olvidar que circula sangre noble por sus venas y recuerda las humillaciones por que ha pasado y las pérdidas de fortuna que sufrieron sus abuelos (todo este pasado eran mentiras puritas), está erre que erre en pleitear para devolver á su sobrino el título que de derecho le corresponde. Y como debes suponer, la idea de que Lelia sea marquesa es la causa principal de su terquedad. Sin embargo, le participaré tus pretensiones, se las daré á conocer también á mi hija, y por mi parte, querida, preferiría para yerno á tu hijo, que al fin es argentino y le conozco, á un *gallego* que sabe Dios los resabios que se nos traerá de por allá.

La viuda de Flores comprendió sin esfuerzo que Cástula mentía para dorarle la negativa, y su corazón de madre se oprimía hasta quedar reducido al tamaño de un huevo no muy grande: le ahogaban los sollozos, y antes que rebajar su dignidad á mendigar con llanto la mano de Lelia, por más que de la dicha de su hijo se tratase, salió de casa de Alonso dispuesta á desengañar á Pepe, sin dejar que el amor creciese con la esperanza.

La pobre madre no veía claro, suponiendo que pudiese ser pasajera la impresión que la *Garza* había hecho en el corazón de su hijo. Le habló, pues, con franqueza, sin sospechar que creyendo aliviarle de un amor que podía ser funesto, desgarraba un noble pecho con los envenenados garfios del imposible.



URNA CINERARIA, obra del arquitecto Guidini

Pepe Flores no podía admitir de grado que un desconocido, un nadie, un nieto, un primo que acaso no era sino burdo pretexto, fuese dueño de la mujer que lo tenía loco y sin la cual parecíale la existencia un suplicio peor mil veces que el de Tántalo.

Llegó el carnaval y con él las diversiones y locuras que en Buenos Aires como en ninguna parte convierten la ciudad en regocijado manicomio.

En el *Club de los Negros*, el más *blanco* que por aquel tiempo había en la capital argentina, celebrábase uno de aquellos bailes de trajes en que la mente, derrochando oleadas de fantasía para combinar la gasa, el raso, las flores y las piedras preciosas, contribuye al esplendor de la belleza en mujeres que unen la desdeñosa arrogancia de la inglesa á la picante hermosura de la española. Los europeos que de los países americanos hacen un *totum revolutum* sin orden ni concierto, juzgan á todas las americanas criollitas de Cuba, de tipo poco menos que amulatado, andar indolente, movimientos perezosos, pie chiquito de forma de empanada y modulaciones de negrito guarachero.

Nada más erróneo que semejante concepto: cada república americana tiene fisonomía propia, como su acento, sus costumbres, sus modismos y sus distintas razas, mezcla de la española y de las varias indígenas que allí encontraron los conquistadores; pero en el Plata ya no hay sellos característicos ni términos medios: las razas europeas, purísimas y sin mezcla, ó la raza africana, también sin mezcolanzas ni tocatintas.

Hay en las repúblicas argentina y uruguaya un término medio entre el blanco y el negro: el *gaucho*, que no es otro que nuestro aldeano del Noroeste, de cuero curtido por el sol y los vientos, por lo que sube de punto su moreno tostado.

Puede el *gaucho* tener en el indio su origen, aunque no lo creo, pues para más afianzarme en mis opiniones he reparado que los vascos, así franceses como españoles, no bien llegan á las pampas visten el *chiripá* (especie de zaragüelles), se dejan crecer la melena y la barba, se encasquetan el poncho y amarran al cuello el pañolito de seda *punzó* (encarnado), símbolo indispensable del *gaucho* neto; y que venga el diablo á distinguirlos de los auténticos; si no se dejasen la boina, *gauchos* puritos.

No es, pues, el *gaucho* un indio ni un mulato; es un campesino solamente, con sus vicios, sus virtudes y sus aficiones peculiares; y así como nosotros distinguimos al manchego, al castellano y al galaico por su traje, por su fisonomía, por su acento y por sus costumbres, así se diferencian allí los hombres del campo de los hombres de las ciudades, y el labrador es en todo desemejante del caballero.

El *gaucho* es poético por temperamento y rimador por naturaleza, y suele acontecer que un *payador* (improvisador que acompaña sus coplas con la vihuela) pase horas y más horas echando pullitas á éste y al otro cuando el otro y éste le pagan para que las eche.

Cuéntase de un caballero á quien una señora había movido injusto pleito, y como con injusticia ó no llevaba trazas la tal de salirse con la suya, no encontró venganza mejor el contrincante que pagar un *payador* para que á la vera de su puerta le cantase la historia del pleito con pelos y señales, su vida y milagros y el por qué la justicia había inclinado la balanza hacia las faldas en detrimento de los pantalones. La señora acabó por perder la paciencia y pedir misericordia.

Es aficionadísimo el *gaucho* á las carreras de caballos y ama á su *pingo* más que la propia vida, lo cual no impide que algún domingo regrese de un improvisado hipódromo sin caballo, sin montura y hasta sin poncho.

También se dan casos en que aparece mustio y cariacontecido, con la montura al hombro y el freno en la mano, ó derramando lagrimones por haber perdido el caballo que su ingénito vicio le llevó á jugar.

Nada más pintoresco ni gráfico para expresar el amor del *gaucho* por su cabalgadura que los siguientes versos cantados con música dulce y quejumbrosa, que partiría los corazones si no se tratase acaso de un matalón, al cual se pudieran contar uno por uno los huesos de los costillares.

«Mi caballo era mi vida,
mi bien, mi único tesoro,
al que me vuelva mi *Moro*
yo le daré mi querida,
que es más hermosa que el oro.»

Y después de nuestra pequeña excursión por la *campaña*, como allí se dice, volvamos al *Club de los Negros*, en donde nos aguardan rubias que al sol darían enojos, y blancas que obscurecer podrían la nieve con la proximidad de su cutis.

Era el *Club de los Negros*, allá por los años 1874 y 1875, la más aristocrática sociedad de Buenos Aires. Componíase de jóvenes elegantes, ricos y espléndidos, y cuando el Club abría sus dorados salones para recibir á las hermosas porteñas, derrochaban aquellos galantes Siones de la moda un caudal de buen gusto y de distinción, con algunos miles de pesos fuertes.

Los bailes de trajes especialmente hacían época por su brillantez y por el lujo de los disfraces; en España sólo podemos compararlos con los que en su palacio de Cervellón han dado en Madrid los fastuosos duques de Fernán-Núñez.

Los salones del *Club de los Negros* estaban radiantes de luz, de bellezas, de animación, de alegría y de

inusitadas grandezas. Las piedras preciosas despedían fulgores deslumbrantes y la retina, herida por el centelleo luminoso de tantas joyas, acababa por velarse y aturdirse.

Mujeres había que sin empacho llevaban sobre sí la carga de quinientos mil pesos empleados en piedras preciosas, y lo que es la de cien mil, podían contarse más de una docena que la llevasen.

Vista de Jumilla (Murcia) y de la parroquia de Santiago, donde existe el famoso retablo que en esta página reproducimos

Estaban llenos ya los salones cuando la *Garza* hizo su regia entrada; un aplauso cerrado, espontáneo, unánime, regocijado coronó la presencia de la señorita de Alonso. Vestía de Isabel la Católica, con manto real, corona, cetro y riquísimo traje de castillos y leones bordados, que era un primor como trabajo y que valía una fortuna por su coste.

Todos le dejaron franco el paso: recorrió los salones seguida de sus padres, y mientras pausadamente lucía su majestuosa figura, dispensando sonrisas acompañadas de inclinaciones de cabeza, los socios encargados de hacer los honores improvisaron un trono para que la gran reina se dignase ocuparlo.

Muchos eran los disfraces masculinos que llamaban la atención por su riqueza, pero ninguno estaba en consonancia con el de la *Garza*: nadie se atrevía á postrarse á sus plantas para suplicar un rigodón ni menos un vals, que no hubiera sido pretensión correcta tratándose de la sin par mujer que á España diera un nuevo mundo.

Los Sres. de Alonso estaban satisfechos del efecto causado por su hija; la *Garza* lo estaba asimismo; pero hacía una hora que ocupaba el trono y la concurrencia no se apiñaba ya para contemplarla: su reinado había sido fugaz, y cada cual dedicábase ya, libre de curiosidades y admiraciones, á otras cosas y otros objetos, dignos también de admiración y atenciones.

(Continuará)

LAS NAVES DE COLON

Se pensó, al iniciarse las fiestas del centenario del descubrimiento de América que estamos conmemorando, en reproducir lo más exactamente posible las tres naves que sirvieron á Cristóbal Colón para surcar por vez primera los mares de Occidente. Se quiso que con gran aparato de festejos aparecieran las tres carabelas fondeadas en el puerto de Palos y que de allí emprendieran la marcha á América, siguiendo en lo posible los tan discutidos derroteros del viaje que condujo á las Lucayas al primer Almirante del mar Océano y de las Indias.

Buscáronse antecedentes: se dió cita á los inteligentes en la materia: se puso á contribución á un distinguido restaurador del Museo naval de Madrid: hiciéronse planos y proyectos, y la obra con tan buenos auspicios empezada hubiérase visto concluída bien y pronto si nuestras estrecheces administrativas no opusieran su veto á los necesarios gastos que presuponía la resurreccion de las naves colombinas. A todos pareció exagerada la cifra que reclamaban los arsenales del Estado para poner los tres barcos con el carácter de su época y en situación de navegar con seguridad, y momentos hubo en que pareció abandonado el proyecto de su reproducción por cuenta del gobierno.

Fué preciso que un impulso exterior viniera á herirnos en la condición más desarrollada de nuestro carácter, el amor propio, para que volviéramos sobre el acuerdo de no hacer nada en el asunto, y adoptáramos un término medio conciliador del interés de los festejos con los intereses de la Hacienda. Díjose que el gobierno de los Estados Unidos mandaría reproducir las tres naves para dar mayor esplendor á las fiestas de Chicago en 1893, y naturalmente debíamos darnos por ofendidos con no ganar de mano á los *yankees* después de haber renunciado con bastante prioridad á la ejecución del gran proyecto. Por ello decidimos estudiarlo de nuevo, rehacer su presupuesto, reducir sus cifras y ejecutarlo por lo menos en la medida que permitieran las varias exigencias de un limitado presupuesto.

Y se acordó únicamente reproducir la *Santa María*, la nave capitana de la primera armada de Colón, que todos llamábamos *carabela* como á sus compañeras, hasta que muy recientemente personas técnicas han venido á enseñarnos que era una *nao* por su mayor capacidad y por las condiciones de su aparejo. Encargada la obra al arsenal de la Carraca, se procedió á ella con toda la actividad que reclamaban las circunstancias, y ello era bien necesario porque ninguno de los otros proyectos que debían verse realizados en las fiestas de Huelva á primeros del mes de agosto se hallaría entonces concluído. Púsose la quilla de la *Santa María* en dicho arsenal el día 23 de abril último, y se tomaron las disposiciones necesarias para que la obra no sufriera entorpecimiento alguno.

«Salvados los tropiezos que eran de presumir, escribe el Sr. Fernández Duro al describir la construcción de la nave, por el Sr. Cardona, que desde el comienzo de las obras representaba en el departamento de Cádiz á la Comisión ejecutiva con suma discreción, apoyado en la buena voluntad de las autoridades superiores, impulsó los trabajos con rapidez y acierto el Sr. Puente, identificándose con la idea, comprendiendo perfectamente la índole de la fábrica especial que se aparta de los estilos modernos. Con elevado criterio ha sabido armonizar las exigencias profesionales con la necesidad de dar á la construcción el carácter de las de tiempos remotos, poniendo al servicio de las prácticas añejas los adelantos novísimos de la ciencia. Tal ha sido su actividad, tales el entusiasmo y buen ánimo de los maestros y obreros á sus ordenes en los diferentes talleres del arsenal, que el 26 de junio, á los sesenta y tres días de funcionar las hachas, el casco de la nueva *Santa María* se deslizaba sobre las anguilas de la grada hundiendo la proa en las saladas ondas y flotando gallardamente, saludada por la concurrencia, con un calado medio de un metro y cuarenta y siete centímetros, que era justamente el calculado.»

La reproducción actual de la nave colombina mide 22,60 metros de eslora, 7,80 metros de manga, 4,10 metros de puntal en la maestra, 8,20 en la toldilla y 4,90 en el castillo. Su desplazamiento es de 127 toneladas y media, ofreciendo á la vista un casco ancho, corto y muy alto en comparación con las naves que actualmente surcan los mares.

Es inútil entrar aquí en la clasificación técnica de todos los departamentos de la nave, y demostrar que en lo posible se ha seguido el canon del arte náutico de fines del siglo XV. Es natural creer que así ha sucedido, y dada la capacidad reconocida de la Comisión nombrada para dirigir la obra, nos es lícito afirmar que se ha reproducido el antiguo bajel con toda la exactitud que lo han permitido los documentos hasta nuestros días conservados.

Tiene la *Santa María* una sola cubierta de popa á proa, aunque desde el centro del barco corre la tolda ó sea otro espacio cubierto, encima del cual se levanta la toldilla con la cámara del comandante. Su aparejo consiste en los tres palos ordinarios de los buques, el trinquete, el mayor y el mesana, con velas redondas ó de cruz los dos primeros y una latina en el último. Su armamento, también de estilo de la época, consiste en dos lombardas de recámara cerrada, colocadas debajo de la tolda, seis falconetes en los castillos y una colección de armas portátiles, como corazas, capacetes, espadas, lanzas, picas, hachas de armas y de abordaje, adargas, ballestas y espingardas colocadas en panoplias en la cámara y en la batería de la nave.

Distintivo especial de la *Santa María* es el fanal de capitana que lleva á popa, y que en las antiguas armadas sólo podían usar y encender los jefes de las escuadras. Se le procuraba siempre dar cierto carácter artístico, fabricándolo con hierro repujado y hojas de talco que más tarde fueron sustituídas por vidrios de colores.

La *Santa María* asistió á las fiestas celebradas en Huelva para conmemorar el cuarto aniversario de la salida de Cristóbal Colón para América: en rigor puede decirse que constituyó el principal número del programa oficial de los festejos. A las cuatro y media de la tarde del día 31 de julio entraba en Huelva, procedente de Cádiz, remolcada por el vapor de la Compañía Transatlántica *Joaquín Piélago* y escoltada por una escuadra verdadera de buques españo-



Retablo existente en el altar mayor de la parroquia de Santiago en la villa de Jumilla



LA NAO «SANTA MARÍA»

1. Lombarda. – 2. Entrada en la cámara del comandante. – 3. Popa sobre cubierta. – 4. La nao *Santa María* en la ría de Huelva. – 5. Interior de la cámara del comandante
6. Farol de popa. – 7. Proa sobre cubierta (de fotografía de D. Diego Pérez Romero, de Huelva)



LAS CARABELAS «PINTA» Y «NIÑA» Y PLANOS DE LAS MISMAS

Construídas en esta ciudad por D. Miguel Cardona, según los planos del restaurador del Museo Naval de Madrid D. Rafael Monleón

les y extranjeros, á cuyo frente iba el transporte de guerra *Legaspi* con el ministro de Marina.

Formaban esta escuadra, además del barco almirante, los cruceros *Isla de Luzón* é *Isla de Cuba*, la corbeta-escuela *Nautilus*, el crucero inglés *Scoutt*, el aviso francés *Hirondelle*, los cañoneros españoles *Temerario* y *Cocodrilo*, el yate *Mirror* y los torpederos ingleses números 47 y 48. Estos buques franquearon la barra de Huelva y entraron sucesivamente saludando á los que se hallaban en el puerto y que les devolvían las salvas: eran el crucero mexicano *Zaragoza*, la corbeta austriaca *Aurora*, el crucero holandés *Bonaire* y los cañoneros españoles *Arlanza* y *Cuervo*. La *Santa María* fondeó junto al muelle, siendo aclamada por la muchedumbre: luego fué visitada oficialmente por la oficialidad de los buques, por las comisiones que acudieron á la fiesta, y todos tuvieron palabras de elogio para la obra tan rápidamente emprendida y felizmente terminada.

El día 3 de agosto se efectuaba una manifestación naval que dejará imperecedero recuerdo en la memoria de cuantos tuvieron la fortuna de presenciarla. Fuera de la barra se habían reunido, formando un arco de círculo, treinta y un buques de guerra de los más formidables que hoy surcan los mares. Allí había, además de los que hemos nombrado anteriormente, las naves españolas *Pelayo*, *Reina Regente*, *Alfonso XII* y *Victoria*, el crucero norteamericano *Newark*, los ingleses *Amphion* y *Australia*, el acorazado francés *Duguesclin*, los cruceros argentinos *Almirante Brown* y *Veinticinco de Mayo*, el acorazado portugués *Vasco de Gama* y los italianos *Lepanto*, *Dogali*, *Bausan* y *Duilio*. Al emprender la marcha la *Santa María*, remolcada por el *Isla de Luzón*, rompió el fuego saludándola nuestro *Reina Regente* y siguiendo luego un formidable cañoneo en todas las escuadras. Entre los incesantes estampidos resonaban las músicas y las aclamaciones, distinguiéndose por las muestras de entusiasmo los acorazados italianos y los cruceros argentinos.

Pusiéronse en marcha todos los buques, siguiendo durante veinte minutos el rumbo hacia el Sudoeste que debió tomar Colón al emprender su primer viaje. Este era el objetivo de la fiesta, terminada luego por las comidas y recepciones de rúbrica, que se repetirán cuando el próximo día 12 de octubre vea reunido otra vez en Huelva á todo el elemento oficial del Centenario.

Dediquemos ahora algunas líneas á las dos carabelas que acompañaban la nave de Colón. Eran, como es bien sabido, la *Niña* y la *Pinta*, y su reproducción ha sido particularmente hecha en Barcelona. Ciñéndose un hábil constructor, D. Miguel Cardona, á los planos del restaurador del Museo Naval, D. Rafael Monleón, ha utilizado dos cascos ó barcazas ya probados en anteriores viajes á América, sobre los cuales ha edificado los castillos y aparejo de los dos buques.

Las dimensiones de la *Pinta* son: 20 metros de eslora en la línea de flotación, 18'65 en la quilla y 24 en cubierta; 8'33 de manga media y 4'65 de manga del yugo principal; 4'43 de puntal medio, 9'33 á popa y 6'33 á proa. Las de la *Niña* son: 18'33 metros de eslora en la línea de flotación, 19 en cubierta y 16 en quilla; 6'33 de manga media y 4'65 de manga del yugo principal; 3'85 de puntal.

Estas carabelas, como la *Santa María*, llevan para el servicio *bateles* ó embarcaciones menores y chalupas de pocas dimensiones.

La *Pinta* y la *Niña* abandonaron el puerto de Barcelona en la mañana del 30 del pasado septiembre, remolcadas por el vapor crucero norteamericano *Bennington*, enviado expresamente por el gobierno de los Estados Unidos para conducirlas á América después de terminados los festejos de Huelva.

Tales son las naves de Colón que á últimos del siglo XIX están destinadas á volver á América. Pero no irán, como en 1492, solas y libradas á destino incierto, sin rumbo fijo, sin aparatos é instrumentos que les permitan precisar la marcha y dirección de su ruta. A su lado, dándoles escolta, se hallarán los poderosos buques de vapor de nuestros días, esos monstruos de hierro más duros y más ligeros que el temporal, que juegan sobre las aguas más alborotadas y que ya casi no tienen más enemigos que las nieblas, las rocas y los escollos.

Eduardo Toda

MISCELANEA

Bellas Artes.—En la Exposición de pinturas alpinas que actualmente se celebra en Grenoble llaman la atención las obras de Achard, Curzon, Desbronner y Pointelin, franceses, y los paisajes del artista noruego Abelsteen Normann, así como un hermoso panorama de los Alpes Delfínicos expuesto en un edificio especial, que es obra del célebre pintor Hareur.

—Se ha encargado al escultor de Berlín Rodolfo Cauer la ejecución del proyecto premiado en el concurso para un monumento que ha de erigirse en Alzey á la memoria de los emperadores Guillermo y Federico, cuyas figuras en relieve irán colocadas en el pedestal del monumento, sobre el cual se alzará la estatua de Germania.

—El escultor italiano Zocchi ha comenzado el monumento á Dante que ha de levantarse en Trento y cuyo proyecto le fué premiado en público concurso: para la estatua del poeta, que ha de fundirse en Roma, y para el postamento se han concedido al artista 127.000 pesetas.

—En el Albertinum de Dresde se ha colocado las pinturas murales que representan Olimpia y Egina, obras del pintor F. Preller, autor de las que reproduciendo Atenas y Pérgamo figuran también en aquel museo.

—El Museo de Berna ha adquirido el cuadro de A. Bocklin titulado *Náyade*.

—La Dirección de Bellas Artes de la prefectura del Sena va á ocuparse de las restauraciones urgentes que necesitan ciertos edificios del París antiguo que por su valor artístico merecen ser conservados: se formará un estado de estos edificios y se presentará al Consejo municipal para obtener los créditos necesarios.

—El escultor francés Mercié expondrá en el próximo salón el monumento nacional que ha de erigirse en honor de Juana de Arco y que se inaugurará en septiembre de 1893.

—En el Museo de Montpellier se ha inaugurado una sala especialmente consagrada á los cartones y dibujos de Alejandro Cabanel que regaló á la ciudad la familia de éste: en el centro de la misma hay el busto del artista, obra de Pablo Dubois.

—El cabildo de San Pedro de Roma ha presentado al Papa los dibujos de un trono de oro que en unión de los cabildos de todas las catedrales de la cristiandad regalará al Sumo Pontífice el año que viene con motivo de su jubileo. Ese trono será de estilo gótico y costará 500.000 francos.

—Se asegura que en el palacio de la prefectura de Verona se han descubierto algunas pinturas de Giotto.

—El producto de las ventas de cuadros en la Exposición internacional de Munich ascendía á mediados de septiembre á 718 750 pesetas y el de entradas á 135.000.

—El maestro Javier Scharwenka ha terminado en Berlín una gran ópera titulada *Malaswintha*.

—Ignacio Brull, compositor alemán, ha escrito una ópera en tres actos, titulada *Jaque al rey*, cuyo libreto, de Víctor León, está tomado de la comedia de Schauffert del mismo nombre.

—Con motivo del centenario de la proclamación de la primera república francesa, se ha inaugurado en Valmy un monumento en honor de Kellermann, obra del escultor Teófilo Barrau. La estatua de Kellermann representa á este general con la boca entreabierta y el cuerpo echado hacia adelante, empuñando con la diestra el sable y agitando con la izquierda su monumental tricornio. El momento escogido por M. Barrau, cuya obra ha sido calificada de soberbia, es aquel en que Kellermann durante la batalla de Valmy, viéndose acosado por la infantería prusiana, se lanzó lleno de bélico ardor al frente de sus voluntarios gritándoles: «¡Adelante por la nación! ¡A vencer ó á morir!»

Teatros.—En Munich se ha estrenado con aplauso una opereta titulada *Edelweiss* (Pie de león), letra de J. F. Brakl y música de Carlos Komzak.

—En el teatro de la Corte de Stuttgart se ha estrenado con gran éxito un drama histórico del famoso poeta y novelista aleman Pablo Heyse, titulado *Las mujeres de Schorndorf*.

Londres: Se han estrenado con buen éxito:

En Drury Lane un interesante melodrama de gran espectáculo, de Enrique Pettit, titulado *The prodigal Daughter* (La hija pródiga): ha sido puesto en escena con mucho aparato, habiendo llamado extraordinariamente la atención una gran carrera de *steeplechase*, que produjo todo el efecto de la realidad.

En Haymarkel un drama de costumbres modernas, de la señora Langtry, titulado *The Queen of Manoa* (La reina de Manoa).

París: Se han estrenado con buen éxito:

En el Odeón una interesante comedia en cuatro actos del joven escritor M. Brieux, titulada *Monsieur de Reboval*, algunas de cuyas escenas han sido calificadas por la crítica parisiense como de primer orden.

En el Chatelet la comedia de gran espectáculo de los señores Blum y Toché, *Madame l' Amirale*, en la que la pobreza del argumento, plagado además de errores históricos y geográficos de gran bulto, se compensa con el inusitado aparato con que ha sido puesta en escena.

Madrid: Ha comenzado la campaña de otoño é invierno en los teatros de la corte, habiendo hasta ahora abierto sus puertas, además de los teatros en donde se dan funciones por horas, el de la Zarzuela, bajo la dirección del aplaudido tenor Sr. Berges, que hasta ahora no ha ofrecido al público ninguna novedad; el de la Comedia con la compañía que dirige el señor Mario, quien siguiendo su laudable costumbre inauguró la temporada con una obra del antiguo teatro clásico, la comedia de Tirso de Molina *Desde Madrid á Toledo*; y el del Príncipe Alfonso, donde se ha puesto en escena la obra *España*, de don Ceferino Palencia, que ha sido fríamente acogida, siendo sólo aplaudida con entusiasmo la bonita música del maestro Caballero. El Real abrirá pronto sus puertas; lo propio que el Español, cuya empresa ha sido adjudicada al eminente actor señor Vico.

Barcelona: Despidióse la compañía Novelli-Leigheb con gran sentimiento de los aficionados al verdadero arte: uno de sus mayores triunfos alcanzólo el sin par actor representando *Mare e cielo*, esa obra admirable del Sr. Guimerá, quien por cierto no tiene motivos para estar muy satisfecho del modo como la ha tratado el traductor italiano. En el Principal la compañía que dirigen los aplaudidos actores Sres. Calvo y Jiménez ha puesto en escena varias de las mejores obras del repertorio, entre ellas *Mar y cielo*. En Romea, adonde han vuelto casi todos los actores que últimamente se habían separado de la compañía, se ha estrenado con buen éxito el drama *L' esclau*, de D. José Got y Anguera, y se han reproducido algunas aplaudidas obras del repertorio catalán. En el Eldorado ha empezado á funcionar la compañía que dirige el Sr Bosch, reproduciendo *El rey que rabió*, zarzuela siempre oída con gusto. En el Tívoli siguen las representaciones de *Miss Hellyet*, y en Novedades continúa la compañía de ópera dirigida por el Sr. Goula (hijo) que, entre otras, ha cantado *Los Amantes de Teruel*, del maestro Bretón.

Necrología.—Han fallecido recientemente:

El barón de Corcelle, ex diputado francés, embajador cerca del Vaticano desde 1873 á 1876.

Carlos Petersen, grabador de la corte de Brunswick, famoso especialmente como grabador de medallas.

Walther Rogge, publicista alemán, autor de una excelente *Historia de la revolución de* 1848.

Guillermo Forbes Skene, célebre historiador escocés, cuya principal obra es *Escocia céltica: una historia de la antigua Albania*.

José Tamassy, uno de los mejores actores húngaros.

El cardenal inglés Howard: en su juventud fué guardia de corps; en 1855, cuando contaba veintiséis años, entró en el sacerdocio, habiendo sido obispo *in partibus* de Nueva Cesarea en 1872, cardenal en 1877, protector del Colegio inglés de Roma en 1878, arcipreste de San Pedro y prefecto de las Congregaciones en 1881.

Otón Brand, famoso pintor paisajista alemán.

Carlos Faust, compositor alemán, célebre especialmente por sus bailes y marchas.

Rodolfo de Ihering, profesor que fué de derecho romano en las universidades de Basilea, Rostock, Kiel, Gressen, Viena y últimamente en la de Gottingen, uno de los más famosos romanistas modernos y autor de varias obras traducidas á muchos idiomas.

Augusto Muller, famoso orientalista alemán y profesor de Lenguas orientales en la universidad de Halle.

Francisco Romeo Seligmann, profesor que fué de Historia de la Medicina en la universidad de Viena y gran orientalista.

NUESTROS GRABADOS

Adorar el santo por la peana, cuadro de Emilio Brack.—Bien se adivina que la intención del caballero al acariciar al perro no es otra que la de ganarse la voluntad de la joven dueña del animalito, y harto se ve también que ésta se ha hecho perfectamente cargo de la situación, y con una sonrisa expresiva y una mirada llena de promesas trata de infundir ánimo al galán para que dejándose de rodeos vaya directamente á su principal objeto. Esta escena ha sido perfectamente sentida y ejecutada por Brack, que en su cuadro se manifiesta poeta y pintor al mismo tiempo y demuestra palmariamente que con los recursos más sencillos sabe conseguir excelentes efectos.

Oración antes del combate, cuadro de G. L. Seymour.—Puesto de hinojos y arrojadas al suelo las armas que más tarde se teñirán de sangre enemiga, recita el soldado africano su plegaria á Alá, demandándole el triunfo de su ejército y el exterminio de los que él considera como infieles y contra los cuales se apercibe á combatir. Interpretando magistralmente esta situación, el célebre pintor inglés Seymour ha trazado una figura cuya belleza plástica excede á toda ponderación: hay en ella vigor, naturalidad y vida, y en punto á cualidades técnicas, la única que el grabado permite conocer, el dibujo, es de una corrección de líneas intachable y con efectos de claroboscuro que revelan al verdadero maestro. El resto del cuadro, el fondo agreste y sombrío, armoniza perfectamente con la figura que tan hermosa sobre él se destaca.

Urna cineraria, obra del arquitecto Guidini y del escultor Ripamonti.—Esta urna, que está depositada en el Cementerio monumental de Milán y que contiene las cenizas del egregio banquero, literato y sociólogo milanés recientemente fallecido, Cimón Weill-Schott, ha sido dibujada por el arquitecto Guidini y modelada por el escultor Ripamonti, es de bronce, de estilo romano y está inspirada en los modelos clásicos, formando, como pueden ver nuestros lectores, un conjunto elegante con detalles artísticos del mejor gusto.

Jumilla (Murcia). Retablo del altar mayor de la parroquia de Santiago.—Es Jumilla una de las villas más ricas de la provincia de Murcia y hállase situada al pie de una colina en los confines de las provincias de Albacete y Alicante: su origen es antiquísimo, á juzgar por los vestigios descubiertos en varias excavaciones. Entre los varios monumentos que en ella merecen ser visitados descuella la parroquia de Santiago, hermoso edificio de tres naves cuya arquitectura pertenece á los órdenes jónico y corintio y en la cual se conservan ricos artesonados, pinturas de Rubens y Ribalta, tallas de Sarcillo, una tabla de Juan de Juanes y dos frescos de Bayeu. Pero la obra de mayor valor artístico allí existente es, sin duda, el magnífico retablo del altar mayor ejecutado por los hermanos Diego y Francisco de Ayala, escultores de Murcia. Mide el retablo 42 pies castellanos de alto por 30 de ancho y se compone de tres cuerpos (jónico, corintio y compuesto) colocados sobre un zócalo de piedra negra. El primero, cuyo pedestal está adornado por ocho mancebos que sostienen ocho columnas, por las estatuas de los cuatro evangelistas y dos medio-relieves con la Cena y el Prendimiento de Cristo, consta de 16 columnas estriadas y de seis nichos con estatuas de santos y además dos medio-relieves representando la historia de Santiago. El segundo tiene en su pedestal de medio-relieve algunos apóstoles, consta de 16 columnas y en sus seis nichos hay estatuas de santos: en sus dos medio-relieves continúa la historia de Santiago y en el centro se ve la imagen de la Asunción. El tercero tiene tambien 16 columnas, cuatro nichos con estatuas de santos, dos medio-relieves continuación de la historia del apóstol y en el centro el paso del Calvario. Corona el retablo un frontispicio con una estatua del Padre Eterno, el escudo de Pío V y el del rey de España.

Esta hermosa obra de arte fué construída á fines del siglo décimosexto.

Estatua de Benjamín Franklin, obra de Carlos Rohl Smith, destinada al Palacio de la Electricidad de la Exposición Universal de Chicago.—Rindiendo el merecido tributo al inventor del pararrayos, el arquitecto autor del proyecto de Palacio de la Electricidad levantado para la Exposición de Chicago ha querido que en sitio preferente del edificio se alce la estatua de Franklin. Esta, obra del escultor norte-americano Rohl Smith, que ha representado al ilustre físico con el hilo y la cometa en las manos y en actitud de estudiar las nubes tempestuosas, tiene cinco metros de alto é irá colocada sobre hermoso pedestal, en nicho cubierto de ricos adornos en cuyo friso se escribirá la siguiente inscripción: *Eripuit cœlo fulmen sceptrumque tyrannis*, que enaltece á la vez al sabio y al patriota.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

IV

Elvira estuvo algunos días sin salir de casa, tanto por su gusto, cuanto por consejo del barón; mientras se supiera que rondaba por los alrededores el hombre de las patillas negras, no convenía mostrarse.

Para evitar los comentarios de los curiosos, dijo que tenía lastimado un pie, y Sofía daba sus paseos diarios acompañada de la camarera ó bien de la maestra los jueves y domingos, días de asueto.

Pero todo el resto del día lo pasaba la niña con su institutriz, que le daba sus lecciones con toda regularidad.

De día iban con este objeto, cuando hacía buen tiempo, á un cenador situado en el fondo del jardín ó á un kiosco contiguo á la casa, donde también solían tomar el café después de almorzar.

En aquel kiosco, de hechura redonda, con cuatro puertas que daban al jardín, había muelles divanes y blandas alfombras, y Sofía lo prefería al cenador porque se estaba con más comodidad.

Erase un hermoso día de otoño y se hallaban en aquel kiosco leyendo un cuento muy interesante de niños y de hadas.

Elvira, mientras oía leer á la niña, miraba las lejanas montañas y las barquitas que se mecían en el lago. A no haber sido por el desasosiego que la abrumaba, hubiera podido disfrutar agradablemente de la vista de aquel paisaje, de aquel ambiente tibio y perfumado y de aquel hermoso sol de septiembre; pero pensaba en sus sinsabores y no podía apartar de su mente la imagen del hombre que había labrado la infelicidad de toda su vida.

Aquel día lo tenía tan fijo en su imaginación que le parecía verlo surgir de pronto de cualquier planta, ó saltar de una barca y presentarse á ella como un espectro. Hubo un momento en que cerró los ojos para disipar aquella ilusión; pero cuando la creía ya enteramente desvanecida y los abrió, dió un grito al ver al hombre á quien tanto temía, derecho, plantado ante ella.



Y cogida de la mano de su madre, corría por el jardín

Sofía interrumpió la lectura al oir aquel grito, y viendo al hombre que tanto asustó á su institutriz, se acogió temblorosa al lado de ésta, casi escondiéndose entre su falda.

Elvira recobró pronto, al menos en la apariencia, su calma habitual, y dijo á la niña:

– Por hoy basta de lectura; anda á casa con tu libro, que en seguida voy yo.

La niña tenía muchos deseos de escapar, pero vacilaba en dejar sola á su institutriz.

– Vé, no tengas miedo, añadió ésta; iré pronto.

– Avisaré á papá, pensó la niña.

Y echó á correr como liebre seguida de perros.

Elvira se levantó con resolución, y mirando frente á frente á aquel hombre, le dijo:

– ¿Qué busca usted aquí?

– A ti, á mi mujer.

– ¿Qué quiere usted?

– Que vengas conmigo y que traigas nuestra hija.

– ¡Jamás!, contestó ella con mirada extraviada y temblorosa voz.

Conocía que aquel hombre se presentaba allí con ánimo resuelto, y por vez primera tuvo miedo.

Sonrió él ligeramente y contestó:

– ¿Jamás? Lo veremos. Sabes muy bien que puedo obligarte á seguirme, porque soy tu marido.

– Estamos separados legalmente, y no tiene usted ningún derecho sobre mí.

– Ven á las buenas ó me seguirás á la fuerza.

Y dió un paso para acercarse á su mujer.

– No me toque usted ó llamaré gente, dijo ella con voz vibrante. Hablemos con calma. ¿Qué pretende usted de mí? No tengo nada, y si estoy en esta casa es por ganarme la vida.

– No me parece mal, contestó aquel hombre con ironía; veo en efecto que debes sufrir mucho aquí, y que pasas la vida con trabajos y fatigas, en un jardín, en una hermosa quinta, con alfombras y divanes; eres verdaderamente muy digna de compasión.

– Acabemos de una vez, respondió Elvira con enojo; no es posible hablar con usted, é hizo ademán de marcharse.

Su marido la detuvo cogiéndola por un brazo.

– Quiero que vengas conmigo, ¿has entendido? Quiero que compartas mi suerte; no es justo que la mujer habite un palacio mientras el marido arrastra una vida miserable; que la mujer goce de una existencia tranquila, mientras el marido tiene que vivir luchando; no, no puedes separar tu suerte de la mía.

– La ley y los delitos de usted la han separado. Basta ya; suélteme usted y no se vuelva á poner en mi presencia: todo ha concluído entre nosotros.

Elvira procuraba salir, pero su marido la tenía sujeta por el brazo como con unas tenazas.

– ¡Por favor, suélteme usted! Si en lo sucesivo tiene más juicio haré lo que usted quiera.

– Te conozco demasiado y no saldrás de aquí sino del brazo de tu marido, para ir á su casa, como lo has jurado al pie del altar.

– ¡No, jamás; suélteme usted!, gritó Elvira, y en aquel momento un relámpago de alegría brilló en su rostro.

Acababa de ver al barón de Sterne que se acercaba al kiosco, y que al entrar en él se dirigió con semblante ceñudo al desconocido.

– ¿Quién es usted?, le preguntó. ¡Salga usted al punto de aquí!

Y le designó la verja del jardín que daba al camino.

– Quiero mi mujer, dijo aquel hombre furibundo.

– No le conozco á usted; estoy en mi casa; márchese usted al instante si no quiere que le arrojen mis criados.

– Me iré, pero no quiero que mi mujer permanezca un minuto más en esta casa para servir de institutriz á su hija de usted.

– Hará lo que tenga por conveniente; pero mientras esté en mi casa, se halla bajo mi protección, y ¡ay del que se atreva á tocarle un cabello!

– ¡Ja, ja!, exclamó aquel hombre riendo sarcásticamente. ¿Con qué derecho protege usted á mi mujer? Tenga usted entendido que podría pedirle cuenta.

– Sería tiempo perdido.

– Podría obligarle á batirse conmigo.

– No me batiré con un hombre que ha sido condenado á presidio por un delito común.

Aquel hombre, tan arrogante al principio, se mordió los labios despechado; él, tan osado con un ser débil, temblaba en presencia de aquel caballero respetable.

Hubo un momento de silencio.

– Salga usted á buenas de mi casa, dijo el barón, y procure usted que no se vuelva á repetir esta escena; se lo aconsejo por su bien. ¿Aún vacila usted? Pues bien: quédese usted. He avisado á los gendarmes y le mandaré prender como un malhechor que ha allanado mi morada.

– Para venir en busca de mi mujer... Es un delito que no se castiga.

— Pues quédese usted: veremos á quién dan más crédito, si á usted ó á mí. Nosotros volvamos á casa, señora, añadió dirigiéndose á la institutriz; no perdamos más tiempo aquí.

Dijo todo esto con perfecta calma; el hombre de las patillas negras estaba anonadado.

— Corriente, dijo; por esta vez cederé, porque me doy por vencido, pero me vengaré.

Pronunció estas palabras como una maldición y en alta voz para que su mujer pudiera oirlas, y salió presuroso del jardín.

V

Cuando estuvo sola, la pobre mujer se sintió abatida y se puso á pensar qué faltas habría cometido para ser tan desgraciada.

Parecíale estar viendo continuamente á su marido en actitud amenazadora, y aún resonaban en sus oídos las tremendas palabras: «¡Me vengaré!»

Sabía que era capaz de mantenerlas, y conocía que el temor de esta venganza misteriosa amargaría toda su vida.

En cambio el barón estaba satisfecho de haberse encontrado frente á frente con aquel hombre, y en ello veía una solución favorable para Elvira; pues desde el momento en que cometió la imprudencia de introducirse en la quinta, asistíale al barón el derecho de acusarlo y hacer que se le expulsara de aquellos sitios: proponíase hacerlo así, y de este modo vivirían todos tranquilos.

Había, pues, encontrado un medio de ocupar su tiempo y su espíritu en obsequio de una desdichada, y esto hacía que estuviese contento de sí mismo.

Hijo de una familia ilustre y rica, no necesitando trabajar para vivir, había pasado su juventud casi en el ocio, mas sintiendo una imperiosa necesidad de dedicarse á algo. Al principio se consagró á la música, que acabó por parecerle un arte inútil para la sociedad y solamente á propósito para distraerse; filántropo por naturaleza, renunció á ella para convertirse en apóstol de la humanidad; había publicado en los periódicos artículos en los que se constituía en defensor del débil contra el fuerte, del bueno contra el malvado; artículos que en su patria no le produjeron más que disgustos porque se los consideró como teorías socialistas, y por esto se los combatió rudamente. Entretanto había perdido la mujer á quien amaba como á sí mismo; cansado ya de luchas y de sinsabores, pasó á aquel tranquilo rincón de Italia á disfrutar algún reposo y había ideado escribir su gran obra filosófica, que debía en su concepto causar una revolución en el mundo, y daría á entender claramente que lejos de ser socialista, sólo se proponía hacer triunfar la virtud y la justicia.

Esta obra no le impedía demostrar con hechos su solicitud en favor de sus semejantes, y ninguno acudía á él en vano en demanda de auxilio; pero si socorría sin demora á los menesterosos que á él recurrían, no iba á buscarlos, porque amaba sobre todo su tranquilidad, y pasaba gran parte del año entre el sosiego y la inercia; á pesar de lo cual siempre que se le ofrecía defender una causa justa, se enardecía, la abrazaba con toda su buena voluntad y energía, y con tal de verla triunfar habría invertido en ella parte de su fortuna.

Ocurríale ahora tener que defender la causa de la justicia en su propia casa y en pro de una persona por la cual se interesaba mucho; y á no haber sido porque se condolía de verla padecer, habría tenido en ello la misma satisfacción que tiene un médico cuando se le encarga de una enfermedad de difícil curación, de una operación peligrosa.

Creyéndola libre le propuso casarse con él, pero no porque estuviera enamorado, pues no se encontraba ya en esa edad en que el corazón domina á la cabeza; procedía de un país septentrional donde los afectos son más tranquilos, los temperamentos menos ardientes que en los meridionales, aparte de que en su corazón ocupaba un puesto todavía muy importante la memoria de su difunta esposa, de la cual tenía un busto de mármol en su despacho y un retrato fotográfico en su gabinete; pero se habría casado con Elvira porque la conceptuaba digna de ocupar un puesto mejor en su casa, para protegerla con más derecho y para tener la seguridad de que no le abandonaría nunca. Estaba ya tan acostumbrado á verla diariamente, á saber que su hija no carecía de solícitos cuidados, á consultarla en todo cuanto emprendía, que vivir sin ella le habría parecido una privación insoportable.

Por esto, cuando Elvira, después de la primera presentación de su marido, le dijo que no consentía absolutamente que tuviese por ella disgustos ni molestias y quería marcharse, se enfadó tanto que ella no tuvo ánimo para insistir y se quedó.

El barón le aseguró luego que no tenía nada que temer; que su perseguidor, con el paso imprudente dado aquel día, se había cortado las alas, como se suele decir, y no lo volvería á ver más.

Elvira era tan desgraciada que creía más lo malo que lo bueno, y conocía que el asunto no terminaría tan satisfactoriamente; agradecía en extremo todo cuanto el barón hacía por ella, pero no podía borrar de su imaginación la mirada amenazadora ni olvidar las palabras de venganza que le dirigió al marcharse el que había sido su marido; y cuando pensaba en los años que había vivido con aquel hombre, no acertaba á comprender cómo pudo casarse con él, cómo había podido vivir tanto tiempo con un ser que no le inspiraba más que repugnancia y desdén.

Naturalmente comparaba con él al barón de Sterne, y las proporciones gigantescas que éste adquiría á sus ojos le hacían más sensible la abyección de aquél.

Si hubiera estado libre y podido compartir su vida con un hombre tan generoso, tan sublime como el barón, habría creído gozar de una felicidad paradisíaca, mientras que ahora...

Elvira no había amado nunca, y conocía cuánto y cuán grande hubiera podido ser su cariño por un hombre á quien apreciaba tanto; pero ya no era una niña y no le habría sido posible vivir en casa del barón si no hubiese sabido dominar sus sentimientos. Para sacar de sí misma tantas fuerzas necesitaba que su corazón estuviese lleno de un afecto verdadero, poderoso, que la tuviese absorbida hasta el punto de no quedarle tiempo para pensar en otra cosa, y este sentimiento lo encontró en el amor á su hija.

La triste madre la había querido siempre más que á todo lo de este mundo, cifrado en ella el amor que no pudo sentir por su marido; era el único vínculo que la ligaba á la vida; pero en aquellos momentos conocía que la quería cien veces más, porque en ella sola veía su salvación futura.

También quería entrañablemente á Sofía, que era tan dócil y buena que sabía hacerse querer de cuantos la conocían; y sin embargo, si la institutriz se desvelaba por el bienestar y la instrucción de esta niña, lo hacía pensando en su Laura.

Y decía siempre: «Yo debo hacer con Sofía lo que desearía hiciesen con Laura,» y por esto se mostraba tan atenta y cariñosa, y procuraba educar á la niña confiada á su cuidado del mejor modo posible, obteniendo la recompensa de su solicitud, porque Sofía la pagaba con un cariño sincero.

VI

Hacía algunos días que reinaba completa tranquilidad en la quinta del barón de Sterne.

Sabíase que se había prohibido al marido de Elvira, so pena de prisión, presentarse en diez años en las orillas del lago de Como, y la joven pudo volver á dar sus acostumbrados paseos con Sofía sin temor alguno.

El barón había vuelto á emprender con mayor ahinco sus estudios filosóficos, y todo prometía un poco de calma.

Pero Elvira seguía inquieta, tenía como presentimiento de una desgracia y no podía vivir con sosiego; á veces le pasaba por la imaginación que su hija estaba enferma, y entonces escribía y telegrafiaba al colegio pidiendo noticias suyas y le contestaban que no tenía novedad.

No podía persuadirse de que su marido hubiera desistido de volverla á ver, y cuando iba á paseo le parecía verlo desembocar por alguna parte; le atemorizaba cualquier sombra y el más leve rumor la estremecía; estaba desasosegada, nerviosa, y si cuando se encontraba entre la gente procuraba reanimarse, al hallarse sola se dejaba llevar de sus ideas tristes y pavorosas.

Cierto día determinó ir á ver á su hija: cada dos ó tres meses pasaba un día con ella, y estos eran los más felices; parecía que se le ensanchaba el corazón y que hacía provisión de contento para muchas semanas.

Esperaba que estando al lado de Laura se disiparían todos sus tristes pensamientos, y confiando aquel día Sofía á la maestra, se puso en viaje para ir á abrazar á su hija.

Este viaje no era largo, porque el colegio estaba cerca de Monza.

Era un establecimiento modesto, donde se daba una educación sencilla y casera, situado en un sitio ameno, con aire purísimo y hermoso jardín; no tenía gran lujo, pero se observaban todas las reglas de la higiene, precisamente lo que se requería para una mujer como Elvira, y á mayor abundamiento estando próximo al lago de Como.

Siempre que iba á ver á su hija, la directora y las profesoras la recibían como una amiga, y para Laura, á quien se concedía todo el día de asueto para pasarlo con su mamá, era una verdadera fiesta.

La niña estaba dando su lección de gramática cuando la avisaron que había llegado su mamá; lo soltó todo y en dos minutos estuvo en sus brazos.

— Querida mamá, me has dado una grata sorpresa, le dijo; pasaremos juntas todo el día, ¿no es verdad?

Laura era una linda muchacha, avispada, siempre en movimiento, como si tuviese azogue en las venas; tenía los ojos negros y brillantes, los cabellos negros, era el fiel trasunto de su madre, con la diferencia de tener las mejillas más redondas y encarnadas.

— Vamos, mamá, dijo la niña; ya que tenemos permiso divirtámonos; vamos á correr por el jardín, á coger flores y á ver las abejas; no pican si no se las molesta. Toma esta rosa; cuando estaba en capullo, pensaba yo: «¿quién sabe si vendrá mamá antes que esta rosa se abra del todo?» Ayer casi recelaba que no llegases á tiempo.

Y cogida de la mano de su madre corría por el jardín, le enseñaba las flores, las abejas, el estanque que había en medio, y Elvira se dejaba llevar de la niña y corría también como una chiquilla.

Al llegar á un emparrado se detuvieron debajo de él.

Elvira sentó en la falda á su hija y le preguntó si se había encontrado siempre bien y si estaba contenta en el colegio.

— Estoy bien, contestó la niña; pero me gustaría más estar siempre contigo.

— También á mí me gustaría, pero ya sabes que eso no puede ser.

— Y ¿por qué?

— Porque no somos ricos, y si quiero mantenerte y educarte, he de ganarlo.

— ¿Conque somos pobres?

— Sí, hija mía, sí.

— Pues no me gusta ser pobre.

— ¿Qué hemos de hacer? No es un delito ser pobre.

— ¡Bah! No es verdad, no somos pobres, dijo la niña; lo dices por engañarme; los pobres son los que piden limosna y nosotras no la pedimos.

— Pero he de ganar el sustento y vivir separada de ti, y esto no lo haría si fuese rica.

— Y ¿papá, ha vuelto?

— No, hija mía.

— ¿Está viajando todavía, lejos, muy lejos?

— Sí.

— ¿Acaso quiere descubrir también la América como Cristóbal Colón?

— La América está ya descubierta.

— Sí, ya lo sé; pero me refiero á algún otro país.

— Tal vez.

— Entonces puedo contestar á mis compañeras que me dicen, para darme envidia, que sus padres son ricos, que el mío es un genio como Cristóbal Colón.

— Esas no son conversaciones propias de niñas, hija mía, y si tus compañeras te dicen algo, debes contestarles que las niñas no deben ocuparse sino de sus estudios; nosotras también dejaremos esta conversación y hablaremos de otra cosa. ¿Conque tus amigas no te quieren, puesto que te hacen rabiar?

— Sí, pero cuando les regalo dulces, entonces me colman de caricias y me dicen muchas cosas bonitas; y á propósito, ¿me has traído dulces?

— Sí, los tengo en la bolsa; después te los daré

— No, no; vamos á buscarlos ahora.

Y echó á correr, llevando tras sí á su madre.

Cuando tuvo en sus manos un cartucho de dulces, se puso á saltar de alegría.

— ¡Qué fiesta haremos hoy con todos estos dulces! ¡Cuánto te quiero, mamá querida! Muchas gracias.

Y se suspendió de su cuello, llenándola de besos.

Luego quiso que su mamá le hablase de Sofía y le contase todo lo que hacía.

Laura y Sofía no se habían visto nunca, pero por mediación de Elvira, la una sabía cuanto hacía la otra, y sin conocerse se querían como amigas.

— ¿A quién quieres más, á Sofía ó á mí?, preguntó Laura.

— A las dos.

— No me gusta esa contestación.

— Pues quiero más á la que sea más buena

— Es que me desagrada que estés tanto tiempo todos los días con Sofía, y conmigo tan poco.

— En cambio siempre estoy pensando en ti.

— Sí, pero no me basta; quisiera verte todos los días.

– Pero ¿por qué? ¿No estás bien aquí?

– Sí, pero...

– Vamos, sé buena niña; de lo contrario, querré más á Sofía.

Estas palabras producían siempre su efecto, y Laura se volvía dócil como un corderillo.

En los pocos momentos que pasaban juntas madre é hija hacían mil locuras, corrían, saltaban, se adornaban con flores, echaban piedrecillas al estanque, salían del colegio y daban paseos por la campiña, luego se sentaban sobre la hierba, se besaban y acariciaban, formando proyectos para el porvenir; eran momentos felices que transcurrían sobradamente rápidos.

Pero cuando observaban que el sol se acercaba á su ocaso, se ponían tristes, porque llegaba la hora de la separación; sin embargo se despedían sonriendo. Elvira prometía volver pronto, y la niña después de besar una y cien veces á su madre entraba en el colegio y se consolaba repartiendo entre sus compañeras los dulces que le había llevado.

Elvira era amiga de la directora del colegio, la cual no ignoraba su situación; pero á la niña se le había hecho creer que su padre viajaba en busca de lejanas tierras y quizás no volvería nunca.

La cauta madre recomendaba siempre á la directora que no permitiese que viese á Laura nadie, por ningún pretexto que se pudiera alegar, y aquel día le rogó más que nunca que velase por su hija.

– Pierda usted cuidado, le contestó la directora; la niña no sale sino cuando salimos todas, los jueves y domingos, y sin mi permiso le aseguro que no se quedará sola ni un minuto.

VII

Después de ver á su hija, volvía Elvira á su casa más contenta y tranquila, y creía revivir aquel día pasado con Laura contando á Sofía hasta los menores detalles de lo que habían hecho.

La excelente niña se interesaba mucho por la hija de la institutriz, y le decía siempre:

– ¡Cuánto me gustaría que viviese con nosotros! Iríamos juntas á pasear, jugaríamos y la querría mucho. ¿No puedes hacerla venir?

– No, es imposible; si tuviese aquí á Laura, no podría ocuparme de ti y tu papá se disgustaría.

– ¿Quieres que se lo pida á papá?

– No, no, no puede ser; si él quisiese, yo no querría.

– ¿Y no se podría alternar pasando yo seis meses al año en el colegio para que Laura viniera á tu lado, y los otros seis meses quedándome yo aquí con papá y Laura en el colegio?

– Hija mía, eres un ángel, le decía abrazándola Elvira; pero no se puede hacer todo lo que quisieran los ángeles; además, cuando sé que Laura está bien, me doy por satisfecha, no deseo nada más; tenerla á mi lado sería demasiada felicidad, y en este mundo no podemos ser demasiado felices.

Sofía, aunque muy niña todavía, tenía ideas buenas y delicadas, inspiradas por su excelente y compasivo corazón; era tan sensible que lloraba al ver á un pajarillo herido, y aunque feliz y no faltándole nada, se preocupaba mucho de los padecimientos ajenos; era uno de esos seres tan buenos que los pesimistas creen que no pueden existir en el mundo; era un ángel, como decía su institutriz.

Quizás á causa de haber carecido desde muy niña de las caricias maternas, no tenía la ingenua alegría de Laura, ó influía en su carácter la circunstancia de estar siempre al lado de personas mayores, junto á su padre consagrado á sus estudios, ó á su institutriz siempre triste, y de no tener nunca niñas de su edad para poder jugar y divertirse con ellas. Aún no contaba diez años y parecía ya una mujercita seria, mesurada, que lloraba á menudo, sonreía pocas veces y nunca reía; era de las que viven más para los otros que para sí misma y que son vivo reflejo de los sentimientos de cuantos las rodean; de suerte que cuando Elvira hacía una visita á su hija, también ella sentía la alegría con que su institutriz volvía á la quinta.

Corrían los primeros días de otoño, época de movimiento y animación en el lago de Como; el barón había guardado sus libros y legajos para dedicarse enteramente á los huéspedes que iban á visitarle, y la institutriz y Sofía pensaban un poco más en las diversiones, aunque Elvira no tuviese gran gusto para ellas. Pero se celebraban regatas á las que no podían faltar; luego paseos en lanchas ó en el vapor, excursiones á las montañas, y era preciso enseñar á los huéspedes llegados de lejanos países las bellezas del lago.



La fiesta de las canastillas

El barón era siempre de las partidas y gozaba de aquel mes que dedicaba al descanso como si no hubiese disfrutado de nada en este mundo; paseaba de buen grado, se reía y se divertía con entusiasmo, de noche siempre tenía tertulia en su casa, y cuando había niños de la edad de Sofía improvisaba bailes y fiestas para que su hija pudiese divertirse.

Elvira se habría divertido también si no tuviese siempre aquella espina clavada en el corazón; por más que se proponía olvidar, surgía el pasado en su mente y amargaba todos sus placeres: era como el espectro de Banco que turba el banquete de Macbeth.

A veces el barón le decía al verla triste:

– Perdone usted si metemos tanto ruido, pero bien he de hacer los honores de mi casa á mis amigos.

Ella le miraba con los ojos llenos de lágrimas, pero aseguraba que todo aquel movimiento, aquella animación conseguía á veces distraerla, y especialmente después de haber visto á Laura, después de haberla dejado sana y contenta se sentía más tranquila y dispuesta á participar de la alegría común. Sin embargo, prefería siempre los pasatiempos al aire libre, y cuanto más sencillos y modestos mayor atractivo tenían para ella.

En cierta ocasión pasó un día muy alegre por haber llegado la condesa de la Somasca, su compañera de colegio y muy amiga del barón.

Era la fiesta de los canastillos una fiesta característica que en determinada época se celebra en todas las comarcas del lago de Como. Cada propietario da á la iglesia una canasta llena de dones, que consisten en producciones de la tierra, animales domésticos, frutas y dulces, y después de exponer al público estos dones, se venden en pública subasta delante del atrio de la iglesia á beneficio de los pobres y en presencia de una muchedumbre vestida con sus trajes de los días de fiesta.

Aquel día brillaba un sol esplendoroso, y desde las primeras horas del día los campesinos y veraneantes de los contornos se dirigían al pueblo de P., donde se celebraba la fiesta. Este pueblo, como todos los situados á orillas del lago, se extendía por la colina, por la que parecían encaramarse sus casas como una manada de ovejas; la iglesia se hallaba en una magnífica situación descollando sobre el pueblo y el lago. Delante de ella había una plaza, especie de explanada inmensa, que aquel día estaba inundada de sol. Junto á la iglesia se corría un largo banco en el que estaban expuestos los regalos: en un ángulo se veía un corderillo adornado con cintas y flores y al parecer asustado; en el banco, cestas llenas de racimos de uvas, miel, peras, nueces, tortas azucaradas, pajarillos muertos ensartados en ramitas de árboles, pollos y pavos coronados de trufas, gallinas vivas y conejos, todos muy engalanados con lazos y cintas de varios colores y flecos de oro y plata.

En torno á aquel banco había siempre una curiosa muchedumbre: los campesinos se quedaban atónitos al ver tanta abundancia de buenas cosas; miraban luego á otra parte y se envanecían al contemplar tantas señoras y señoritas como habían ido allí ex profeso á disfrutar de su fiesta, y se tocaban con los codos y se tiraban de la ropa para llamarse la atención hacia alguna joven que llevaba un traje claro ó un sombrero caprichoso.

Los veraneantes examinaban los regalos y prorrumpían en mil exclamaciones, y ora se apiadaban del corderito, ora de los pollos puestos entre flores, pero atados de modo que no podían moverse.

Aquel aire de fiesta, aquella multitud abigarrada formaban un espectáculo verdaderamente encantador; parecía un cuadro donde se hubieran buscado adrede los contrastes de los colores.

Los puñalitos de plata que á modo de aureola se ponen aquellas aldeanas en la parte posterior de la cabeza despedían brillantes destellos al herirlos el sol; las camisetas blancas y azules de los barqueros resaltaban entre las burdas chaquetas de los labriegos, y confundidas con ellos, señoras elegantes con sus sombrillas de color de rosa, amarillas, azules, chinas ó japonesas, con flores, bordados, que se destacaban entre aquellos grupos; jóvenes con trajes claros y sombreros de paja, y por doquiera un bullicio y una alegría que ponía de buen humor.

Cuando se presentó el barón, dando el brazo á la condesa de la Somasca, señora elegante, toda espíritu y viveza, y seguido del conde, de la bella institutriz y de la buena Sofía, prorrumpió la multitud en un murmullo y todos se volvieron á mirarlos.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS ADORNOS EN LOS JARDINES Y LA MOSAICO-CULTURA AMERICANA

Elogios merece el deseo de muchos aficionados y jardineros de adornar los alrededores de una vivienda con profusión de flores que constituyen un constante recreo á la vista. El decorado floral es una ciencia completamente de fantasía en la que la habilidad individual ha de suplir á las leyes que en otras materias rigen en el arte de la jardinería; pero es preciso que la imaginación modere sus ímpetus y se atenga á los efectos armoniosos sin lanzarse á lo extravagante por el afán de dar con lo inédito. De este modo se podrá componer cestas con cinco ó seis especies de plantas cuyo follaje y cuyas flores producen agradables efectos mezclándolos de manera que formen dibujos y curvas simétricos.



Fig. 1. Reloj de sol en el Parque Wáshington de Chicago (de una fotografía)

Los *Rosariums* son también plantas encantadoras para ornamentación: dispuestos en semicírculo en un talud ligeramente inclinado, las cañas surgirán del suelo desde las formas enanas á los altos tallos, produciendo durante la primavera y el verano el efecto de un inmenso ramo odorífero y florido.

Los árboles y los arbustos recortados no estarán en su lugar sino en los jardines llamados á la francesa, en los jardines regulares, y aun será preciso desterrar de éstos todas las formas excéntricas que tanto gustaron antiguamente en Francia y que el buen gusto, junto con un sentimiento más justo de la naturaleza, han relegado al olvido.

Entre nosotros, y en general en Europa, el gusto por las ornamentaciones extravagantes no se ha extendido mucho; las terrazas con mil entrecruzados arabescos, los arbustos recortados en forma de hombres, animales ó instrumentos apenas se encuentran más que en ciertos jardincillos de gusto más que dudoso. En cambio, en los Estados Unidos los adornos complicados y extravagantes constituyen una verdadera plaga en algunos jardines públicos y privados. Bastará decir que á veces tales ornamentaciones florales reproducen retratos de hombres célebres de un tamaño cuarenta veces mayor que el natural, pares de zapatos y de guantes colosales, gigantescas regaderas, y verdaderas colecciones de perros gatos y pájaros monstruosos, etc.

Aquellos de nuestros lectores que con motivo de la Exposición Universal Colombiana visiten el año que viene la ciudad de Chicago, no dejarán de recorrer uno de los paseos de esa ciudad, el Wáshington Park, donde abundan las muestras de esta ornamentación extraordinaria. El superintendente de este parque es un alemán que ha prodigado en él desde hace algunos años los recursos de su genio inventor, con más constancia y trabajo que buena fortuna, á juzgar por el efecto obtenido.

Entrase en la terraza, en donde están reunidas las novedades del año (porque el autor, de seis años á esta parte, cambia á cada primavera sus temas decotivos), por una puerta cuyas dos hojas están formadas por planchas entrecruzadas que constituyen una especie de caja con intersticios que se llena de tierra hasta la parte superior (fig. 2). Los pilares están construídos del mismo modo y coronados por dos bolas igualmente rellenas de tierra: en todos los bordes de este armazón ha plantado el artista una doble ó triple hilera de *Echeveria glauca*, mientras el centro está compuesto de siemprevivas muy apretadas unas contra otras; dos fajas diagonales, dos estrellas y dos medias lunas, igualmente de siemprevivas, completan el cuadro. Pero esto no es nada comparado con otras ornamentaciones del mismo parque.

Destaca entre éstas en primer término un reloj de sol dibujado sobre el césped de un prado inclinado en ángulo de 45° (fig. 1): este reloj semicircular mide 10 metros de diámetro, está formado por un arriate rodeado de un doble festón de *Echeveria* y de un metro de ancho: la circunferencia contiene las horas de 1 á 12 dibujadas en *Alternanthera* y en el diámetro hay la inscripción *Sol's Clock* (reloj de sol) sobre un fondo de *Sedum dasyphylum*. En el centro del reloj se alza la columna que marca las horas, formada por un tallo de hierro de dos metros de altura que durante la primavera se cubre con una especie de cilindro de 40 centímetros de diámetro. Este aparato, durante el invierno, es encerrado en un invernadero, donde se instalan y cultivan las plantas que han de adornarlo y en verano lo colocan en una sola pieza sobre su sustentáculo.

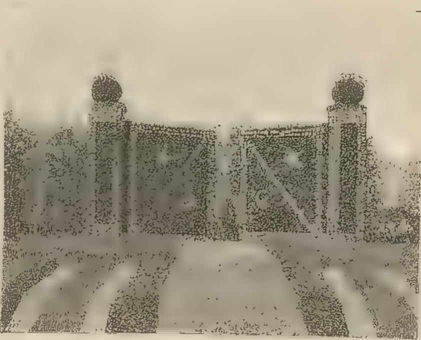


Fig. 2. Puerta en el Parque Wáshington de Chicago (de fotografía)

Continuando nuestro paseo, llegamos delante de una especie de avenida formada por pequeños pilares de *Echeveria* terminados por sendas bolas de *Sedum* y al extremo de la cual álzase majestuosamente un mapamundi, en el que los continentes, los mares, las islas, hasta los paralelos y los meridianos están figurados con plantas (fig. 3). La esfera está formada por un sólido armazón de madera dispuesto como los carpelos de una naranja y rodeado de un entrelazado en el cual se introduce tierra. Las partes que figuran tierras están dibujadas con *Echeveria glauca* y destacan en blanco sobre el color obscuro de los *Oxalis*, que representan el Océano.

Otra multitud de ornamentaciones del mismo género están diseminadas por el Wáshington Park, y es de presumir que estas extravagancias son del gusto de cierto público desde el momento en que el jardinero director varía cada año los efectos, trabajando durante todo el invierno en la composición de su cuadro y no escatimando labor ni dinero para el buen éxito de su proyecto.

En los años pasados hubo una terraza egipcia que hizo furor: dos esfinges de *Echeveria*, de 6 pies de alto, majestuosamente echados sobre un zócalo de *Sedum* y de *Othona*, parecían guardar un obelisco de 15 pies de altura construído de madera y hierro y completamente tapizado de *Echeveria*. Un cartel explicativo ponía en conocimiento del público que para confeccionar tal maravilla (?) se habían empleado 15.000 plantas.

Había además la terraza indostana representada por elefantes tendidos de 6 pies de alto por 10 de largo y compuesto cada uno de 3.000 *Echeveria*.

Finalmente veíase allí un calendario perpetuo de 28 pies de longitud por 23 de anchura: el día y la fecha eran de *Echeveria secunda glauca* sobre un fondo de *Sedum acre*, estaban rodeados de un festón de *Oxalis tropaeoloides* y se cambiaban todas las noches, servicio confiado á una cuadrilla de trabajadores que cada vez tenían que trasladar 3.000 plantas.

Pero el colmo en esta materia nos lo proporciona, en forma satírica, un grabado publicado por el diario *The American Florist* y reproducido por la *Revue horticole*. Es una escena entre tres personajes. Mister Childers, respetable comerciante, ha tenido que abandonar, para emprender un viaje de negocios, á su querida esposa y su jardín, que cuida él mismo cada día con sin igual solicitud. Durante su ausencia, Mrs. Childers, deseosa de proporcionar una agradable sorpresa á su marido, manda á buscar un jardinero paisajista que le ha sido recomendado como artista perfecto: éste, á quien da la buena señora facultades omnímodas para hacer y deshacer á su antojo, revuelve el jardín de

Fig. 3. Globo terráqueo en el Parque Wáshington de Chicago (de fotografía)

arriba abajo, corta, planta y trasplanta á su capricho, da á los árboles forma de guantes y de regaderas y dibuja en el césped un gendarme, un perro, un gato y un par de botas (fig. 4) y se dispone á dar la última mano á su obra cuando llega Mr. Childers, cuya sorpresa y cólera al ver de esta manera transformado su antes lindo jardín por el *artista* puede imaginarse el lector.

Dejando á un lado la parte de imaginación que puede haber en esta descripción caricaturesca, despréndese de ella que hay bastantes hombres dotados de tan poco sentimiento de la verdadera ornamentación artística, que se permiten semejantes indisculpables infracciones del buen gusto.

Y ahora preguntaremos á los que son aficionados á las plantas y á las flores: ¿no es verdad que es un sacrilegio hacerlas servir para tan miserables exhibiciones; desviándolas de su objeto natural, que no es otro que deleitarnos por su esbeltez, por la belleza de su follaje, por el colorido y el aroma? Debemos gustar de ellas, admirarlas y quererlas una á una, no amontonarlas en grandes masas para representar con ellas animales ó herramientas.



Fig. 4. Mrs. Childers enseña á su marido el trabajo del artista á quien ha encargado el arreglo de su jardín

Afortunadamente la afición á la mosaicocultura de que hablamos no es general en los Estados Unidos, en donde el verdadero arte de jardinería está representado por una escuela muy distinguida y en extremo activa, cuyo jefe indiscutible, Mr. Federico Law Olmstedt, ha sembrado el territorio de la Unión de creaciones magníficas, tales como el Central Park de Nueva York, el Prospect Park de Brooklyn y los paseos públicos de Búfalo y de Boston, y actualmente dirige los trabajos de la Exposición Universal que en 1893 se celebrará en Chicago.

De todos modos, bueno sería que, atendiendo únicamente á los sanos preceptos de esta escuela, las ciudades norteamericanas que aún les rinden culto hiciesen desaparecer de una vez los adefesios de que nos hemos ocupado.

RENATO E. ANDRE
Ingeniero de Artes y Manufacturas

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Documentos oficiales. – Hemos recibido el sexto folleto de los publicados por la Comisión del Centenario, que contiene el reglamento especial de la delegación de la Exposición Histórico-Europea que se celebrará en Madrid y el del Jurado internacional para dicha Exposición.

***

Instrucciones sanitarias contra el cólera, redactadas por los doctores *D. Ramón Félix Capdevila* y *D. Carlos María Cortezo*, consejeros de Sanidad del Reino. – Redactada esta cartilla sanitaria, por encargo del Excmo. Sr. Ministro de Gobernación, por los ilustrados doctores Sres. Capdevila y Cortezo, comprende, perfectamente sintetizados y resumidos en forma concisa y sencilla, los estudios que se estiman como más concluyentes respecto de la profilaxia del cólera. Contiene utilísimas instrucciones preventivas contra esta terrible enfermedad, indica los primeros cuidados que al enfermo deben prodigarse, lo que debe hacerse con los cadáveres y señala finalmente el formulario de desinfección.

***

Misiones guaraníticas (1607-1800). Pinceladas históricas, por *R. Monner y Sans*. – Interesante por todo extremo es el último libro que ha dado á la estampa el Sr. Monner y Sans, distinguido publicista español, desde hace algunos años residente en la República Argentina. Con gran copia de datos, con oportunas consideraciones, con observaciones justas y perfectamente meditadas y con estilo castizo y elegante explica el Sr. Monner la condición de los indios antes de que los jesuítas llegaran al Paraguay, su estado mientras los individuos de la Compañía de Jesús rigieron aquellas tierras siempre dependientes y tributarias de la Corona de Castilla, y la desorganización en que entraron desde que del país fueron expulsados los continuadores de la obra de San Ignacio de Loyola. El Sr. Monner, miembro del Congreso Internacional de Americanistas, ha escrito esta obra con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América: el libro merece ser leído, no sólo por el interés de la cuestión que en él se estudia, sino por las condiciones literarias que aumentan su valor histórico. – Véndese al precio de 4 pesetas en Buenos Aires en la Librería «La Argentina,» Victoria, 668-672, y en Madrid en la de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2.

***

Los Apéndices al Código Civil, *por D. León Bonel y Sánchez*. – Se ha publicado la entrega cuarta de esta importantísima revista que comprende: Memoria acerca del apéndice de Derecho catalán al libro III del Código Civil, por D. Jaime Carner (conclusión); Reglamento general para la ejecución de la Ley Hipotecaria (continuación); Decisiones de la Dirección de Registros; Sentencias del Tribunal Supremo; Fueros de Aragón (continuación); Indice alfabético comprensivo de las materias contenidas en el Código Civil español comentado por D. León Bonel y Sánchez (continuación). – Suscríbese en la calle de Fontanella, 44, principal, al precio de 9 pesetas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar por 12 entregas.



ESTATUA DE BENJAMÍN FRANKLIN, obra de Carlos Rohl Smith, destinada al palacio de la Electricidad de la Exposición Universal de Chicago

***

Zaragoza artística, monumental é histórica, por *A. y P. Gascón de Gotor*. – Se han repartido los cuadernos 31 á 36 de esta importante obra, que además del texto interesante contienen preciosas fototipias que representan: el exterior del salón de la Lonja, un retablo de la iglesia de San Pablo, un alero del palacio de los condes de Argillo, un retrato de Alfonso V de Aragón (acuarela de Pradilla), un retrato del duque de San Carlos (de Goya), un retablo de la iglesia de San Miguel de los Navarros, el patio del palacio de Zaporta (obra de Tudelilla 1551), un retablo de Alfonso I el Batallador (boceto á la acuarela de Pradilla), el sepulcro de D. Lope de Luna en La Seo, el interior del salón de la Lonja, el interior de la catedral de La Seo, un tríptico del siglo XVI de la parroquieta de La Seo y una alegoría del segundo congreso católico español celebrado en Zaragoza, pintado á blanco y negro por D. A. Gascón de Gotor, de quien son también varias bonitas viñetas intercaladas en el texto. Con estos cuadernos queda terminada la obra que con tanto entusiasmo acometieron sus autores, quienes se han captado con ella el aplauso de todas las personas amantes de las glorias y bellezas de nuestra patria. Forma dos tomos, con 500 páginas, 136 láminas fototípicas y profusión de grabados intercalados, cuyo precio es: por entregas sueltas 69 pesetas, encuadernados en rústica 75 y con tapas doradas hechas ex profeso 79. Los pedidos deben dirigirse á los autores, Contamina 26, 3.°, Zaragoza, á quienes sinceramente felicitamos por haber llevado á cima tan difícil como laudable empresa.

***

Cantos de la vendimia, por *D. Salvador Rueda*. - Formando el tomo 59 de su Biblioteca Selecta, ha publicado el activo editor valenciano D. Pascual Aguilar una colección de poesías de Salvador Rueda, el cantor de la naturaleza de su hermosa patria, el poeta andaluz por excelencia, de quien ha dicho Pereda que en «su pluma tiene matices hasta para el átomo y, lo que es mas raro aún, hasta para sus vibraciones.» Imposible enumerar los raudales de inspiración y las bellezas de forma y de pensamiento que tales poesías encierran: con decir que los *Cantos de la vendimia* son dignos del genio que ha producido, entre otras obras deleitosísimas, *La reja*, *El patio andaluz*, *Bajo la parra*, *El gusano de luz* y *El cielo alegre*, queda hecho su mejor elogio. – El libro, que va precedido de un interesante y bien escrito juicio de D. Gabriel Ruiz de Almodóvar, véndese al precio de dos reales en las principales librerías.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 17 de octubre de 1892 — Núm. 564

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

No seáis, por todos los santos del cielo, modestos lectores míos, no seáis jamás grandes hombres. Meteos antes á destripaterrones. Guiando un carro, cogiendo un azadón, encerrados junto á las dentaduras de cualquier máquina, escaparéis al mayor entre todos los males humanos, á la fama, ó renombre, ó notoriedad, ó como queráis llamar ese ruido, ya de aplauso, ya de silba, que os aturde y enloquece. Dios castiga sin palo. Como castigó en el rey Midas aquella su horrible avaricia, condenándolo á hacer oro de todo cuanto sus manos tocaban, hasta de los alimentos, con lo cual pasó el cuitado, en su riqueza y esplendor, hambres y miserias de todos los demonios, condenó varios conocidos míos á la gloria, y desde que les notificó la capital sentencia, carecen de lo más necesario al hombre, carecen ¡ay! de vida particular ó privada. Tal sucede hoy á uno de los mortales inmortales con que nos envanecemos los humanos, sol del tiempo, á manera que las estrellas son soles del espacio; tal sucede con Mr. Gladstone. Hallábase dentro de su hogar espacioso, en las sinuosidades y sendillas de su jardín particular, tras las espesas paredes que circuyen su vida privada, cuando una vaca rabiosa le sale al paso y le quiere coger y ensartar en sus cuernos como á cualquier toro provocador y combatiente. Ninguno de nuestros diestros toreó jamás á los ochenta y siete años. Pero Gladstone ha tenido que hacer su correspondiente



Retrato del capitán Andrews y vista del bote «Sapolio,» en el cual ha verificado el viaje desde los Estados Unidos á Huelva

(De fotografía remitida por D. Diego Pérez Romero, de Huelva)

quiebro y hurtar el cuerpo á la vaca rabiosa, soltada sin duda por los reaccionarios sobre un repúblico insigne, que tal copia de promesas ofrece, tras tal copia de servicios como los ya prestados al progreso y á la paz universal. Pero aquí encajan ahora mis lamentaciones. Un periódico ilustrado inglés, el *Pall Mall Bugdet*, ha escrito seis grandes columnas de letra muy menuda sobre la vaca perseguidora del primer ministro británico; sobre la figura y persona del ciudadano á quien pertenecía en propiedad el animalito; sobre las amenazas de topetazos con que amagaban á todos los encontrados en su camino el testuz y los cuernos de éste; sobre la increíble ligereza y habilidad con que supo burlarlo el orador, tan maestro también de antiguo en el arte y ciencia de burlar los argumentos conocidos con el nombre de cornudos ó dilemas; sobre la degollación y sacrificio de la res por los matarifes en la carnicería; sobre los descuartizamientos por la cuchilla en el cuerpo y la venta pública de sus pedazos en las tablas chorreantes de sangre roja; sobre un ternerito dado á luz horas antes de su inmolación y en camino de criarse bien y escarmentar en la cabeza de su madre: biografía como la consagrada en los libros caballerescos á Bucéfalo, Babieca ó Rocinante. Y tras esto envaneceos con vuestro renombre y vuestra gloria, renombrados y gloriosos. Mientras Gladstone quizás no ha tenido un historiador digno de su fama y de su renombre, halo tenido ya la rabiosa fiera que intentó matarlo.

II

Algo más interesante que la vaca gladstoncida paréceme la disputa entablada por los críticos franceses acerca del mérito de Baudelaire, autor de las *Flores del mal*, versos en los cuales un idealismo vago, cortado por crudezas realistas y prosaicas, contrasta con el sentido práctico francés; y un estilo exageradísimo, verdaderamente lleno de hipérboles y de antítesis, contrasta con la claridad y la corrección y la sencillez francesas. El crítico de la *Revista de Ambos Mundos*, mantenedor de la tradición literaria clásica, se revuelve airado contra los admiradores del extravagante, que han ido en su admiración al extremo de levantarle una estatua y colocarla en calle amplia y concurrida del nuevo París. Pero el crítico de un periódico tan universalmente consultado como *Le Temps* defiende al poeta malherido por la crítica tradicional y lo pone allá en el séptimo cielo del arte, loándolo con exaltación y con calor. Hay pensamientos expresados de modo muy audaz en esta poesía, como el pensamiento de que, aun estirando mucho los brazos el poeta, no podrá tocar nunca el ideal, ó como este otro, como el pensamiento de haber llegado, á su muerte, aquella mujer en quien pusiera él todos los éteres luminosos de sus ideales y todas las llamas ardientes de su pasión, á triste puñado de asqueroso estiércol. A la verdad, el gusto clásico de la nueva inmortal Atenas comprende de poco esas audacias titanescas del pensamiento filosófico y esos arranques desordenados del delirio, aunque toquen alguna vez en lo sublime. Claro, transparente, correcto, armoniosísimo, el desequilibrio de facultades mostrado por quien desea subir los grandes repechos del mundo á vuelo y se precipita en el abismo hiriéndose y destrozándose, no le gusta, porque no lo comprende, y no guarda ninguna semejanza con la solidez del fundamento y base buscados en la realidad firme y en la tierra segura, donde coloca él su centro de gravedad, sin vuelos y sin músicas.

III

Y cuenta que pasan cosas extraordinarias en el mundo. ¡Pobre Luna! ¿Cuál tragedia puede asemejarse á su tragedia? Abominaba del teatro romántico la gente tranquila, porque le parecía inverosímil tanta muerte como pulula en los últimos actos de sus dramas, terminados por verdaderas matanzas. Yo no quiero muertos en mis óperas, decía Rossini, criticando el romanticismo de Verdi: los muertos no cantan. Ahí tenéis una tragedia de la vida real, en que apenas hay cinco personajes, y mueren dos y quedan otros dos ó heridos mortalmente ó moralmente muertos. ¿Quién le puso al pintor filipino ese nombre de Luna, que indica en el habla vulgar siempre demencia? Parece una predestinación. Tiene lunas, decían los abuelos nuestros de todos aquellos por su temperamento sometidos y sujetos á los arrebatos furiosos que han arrastrado al pintor insigne á un parricidio fratricida. Cualquier psicólogo, si para mientes en la obra de Luna, verá de seguida la hipnosis ejercida sobre todo su ser y todo su pensamiento por la muerte. Yo tengo un cuadro bellísimo suyo, que representa joven pastor latino apoyado en la base de romana tumba; el Senado tiene un cuadro de guerra y de combate ofreciendo las aguas del Mediterráneo teñidas de sangre y pobladas de cadáveres flotantes; la Exposición tiene hoy mismo cuadro recordatorio de la furia con que violó el pueblo francés, recién emancipado, los panteones de sus reyes y esparció los restos profanados y maldecidos de sus fríos cadáveres por el suelo, que parece rechazarlos y no querer con cederles ni lo que concede al cadáver del reptil y del insecto, un asilo. Pero el cuadro expresivo de su predestinación es aquel á que debió su renombre y su posición, es un cuadro verdaderamente indicativo de la catástrofe suprema.

IV

La clásica Roma de los antiguos cometió un gran crimen, que debía purgar en la implacable justicia de la humanidad y de la historia. Su derecho había transformado las familias, dulcificado la omnipotente autoridad del padre, ennoblecido la mujer, y no pudo curar la llaga cancerosa del viejo mundo, no pudo curar la esclavitud. Mientras la Roma imperial se entrega bajo el despotismo á sus orgías y apura hasta las heces las copas de los festines y liba los besos de todos los goces juntos, envía sus soldados á que le cacen esclavos en las orillas del Rhin y del Danubio, en las montañas de Tracia y de Beocia; y estos soldados expedidos al horrible fin, los arrancan á la patria, á la libertad, al hogar, á los brazos queridos de la familia; los sepultan en aquellos abismos de las ergástulas, donde no penetran ni el aire, ni la luz, ni un sentimiento de humanidad y compasión; les arrojan los despojos de sus perros de caza para entretener su eterna hambre y los alancean y los clavan botones de hierro candente para enfurecerlos, hasta que los llevan al Circo, donde el amigo se ve obligado á herir al amigo, donde el hermano atraviesa el vientre á su hermano, donde caen heridos, escuchando, entre el estertor de la agonía y los acerbos dolores de sus últimos instantes, las carcajadas del pueblo y los ecos de las alegres sinfonías, hasta que, sin ver siquiera si han muerto, los arrojan al espoliario y forman un inmenso montón de carne humana, donde muchas veces el frío de la noche despierta á algunos infelices que se incorporan sobre los vientres deshechos, las tripas rotas, la sangre coagulada, los montones de cadáveres y entre los resuellos de perros y lobos hambrientos, idos allí á hartarse; y llevándose, como redivivos y aterrados de su resurrección, una mano á su pecho herido, maldicen á Roma y caen; maldiciones que se cumplen, que se condensan como una gran nube sobre la Ciudad Eterna; nube siniestra, la cual se abre un día, arrojando de su seno los bárbaros, congregados á cumplir la cruenta, pero justísima venganza de sus progenitores los esclavos. *El Espoliario*, el cuadro capital de Luna, explica esta continua obsesión imperante sobre su ánimo á la idea del eterno reposo y de la sublime igualdad que hay en el sepulcro. Viéndolo en el término de todos los caminos, en el revés de todas las cosas, al pie de todas las razas, viéndolo como el único lecho donde no hay posibilidad alguna de que nos falte la mujer amada, ni de que la desigualdad fisiológica exista, la desigualdad fisiológica que tanto le atormentara en este mundo y le afligiera el corazón, arroja todos los suyos, en rapto de histerismo inconsciente, para luego seguirlos. Inútil preguntar si la mujer inmolada le ha faltado. A Otelo jamás le faltó Desdémona; pero el infeliz no tiene más remedio que á la menor sospecha enfurecerse, cuando se considera negro é incapacitado por su color para tener bajo su imperio el corazón de una mujer tan blanca. Id rumiando tal sospecha y en poco tiempo llegaréis á la situación de aquel celoso evocado por nuestro gran poeta psicológico, por Calderón, de aquel celoso que sacrifica su mujer porque un hombre ha mirado con ojos de apetito el retrato de tan amada beldad. Tras cavilaciones así, la demencia se derrama por el cerebro, como en las aplopejías el exceso de sangre. Y demente, mata Luna, ¡cuán digno de lástima!, como una máquina triste á los suyos.

V

Y va de tristezas, de muchas, de muchísimas tristezas. Ha muerto Renán en toda la plenitud gloriosísima de su talento, cuando pensaba mejor y cuando mejor escribía. Para encontrarle un semejante por la perfección del estilo precisa en verdad subir á los tiempos de Pericles. En la oración por los muertos que Tucídides evoca, ó en los diálogos platónicos que comentan la palabra de Sócrates se hallan esos trozos de sabio estilo, trazados con pluma digna de estar en el juicio de los siglos junto al cincel de Fidias. El pensamiento y el arte, la conjunción de la forma con la idea por tal modo á Renán se compenetran, que parecen sus escritos como los bajos relieves clásicos, pues tienen un ritmo de bien equilibradas y concertadísimas armonías, análogo á las sabias y métricas combinaciones de una línea griega. ¡Lástima en verdad que aquel estilista de primer orden se haya pasado la vida engarzando conceptos multicolores, parecidos á piedras preciosas, en la diadema clásica de acabado estilo, sí, estilo sin disonancia ninguna y sin ninguna exageración, como una estrofa de Píndaro, como un monólogo de Sófocles, como un efebro de Praxiteles! Su bondad y su idealismo, revelados desde la niñez en su temperamento moral y en su inteligencia diáfana, condujéronle á la carrera eclesiástica, donde se vive como no puede vivirse de ningún modo en otras profesiones, donde se vive de la idea; pues puede asegurarse hay tanta cantidad de idealismo en los altos conceptos de la Teología, cual hay cantidad de oxígeno y aromas en las laderas de un monte saneado por los bosques y por las aguas, y por los aires purísimos oreado. Pero las ideas á que llamamos dogmas y las aserciones que llamamos dogmáticas piden la creencia, la devoción, la fe. Pues por ahí marraba Renán, por ahí; no creía. Si los ultramontanos en sus furiosas demencias contra él no lo hubieran metido tantas veces dentro del infierno, un historiador imparcial podía decir que así como Satanás está imposibilitado de amar, el excelso Renán estaba imposibilitado de creer. Las ideas se le aparecían en aquella facultad psicológica, tan admirablemente analizada por Kant, donde todas las cosas entran á una en estado de guerra y todas las nociones á una entran en estado de antinomia. Por consiguiente, no podía ser eclesiástico este pensador sublime, incapacitado como se hallaba por su particularísima idiosincrasia de afirmar cosa ninguna. Impelido, por ende, un día, de honradez, que los eclesiásticos no han estimado jamás, ni siquiera comprendido, Renán se dejó la carrera y dijo que no creía. Desde tal momento ha escrito perfectísimas obras. Pero entre todas, para mi pobre juicio, descuella la *Historia de las lenguas semíticas*, que no ha superado ningún otro escritor, á pesar de haberla combatido tantos. De igual perfección goza otro libro análogo: su *Historia del pueblo de Israel*. Y por lo que á su libro más famoso respecta, su *Vida de Jesús*, hay en él capítulos que nunca serán sobrepujados, ni por la disposición interna, ni por las proporciones armoniosas, ni por la sobriedad y sencillez del estilo, ni por la copia de ideas, ni por la ternura de sentimientos, ni por el bello lenguaje, ni por la sublime sencillez casi evangélica, como el episodio de la Samaritana que puede abrirle hasta las puertas del cielo católico, de donde voluntariamente se llamó desterrado.

VI

Y sigamos con los muertos. El aniversario de Boulanger ha suscitado muchas manifestaciones y sugerido muchas necrologías. Los excesos del congreso francés y la debilidad incurable de los gobiernos republicanos, juntamente con cierta propensión al cesarismo, nativa en quienes generaran al césar Bonaparte, dieron á Boulanger un aspecto simbólico, el cual no ha podido ni aun tras su muerte desvanecerse, pues mientras muchos recelan que tenga sucesores, otros lo desean, creciendo en el odio de los enemigos y en la tristeza de los amigos esta especie de Mesías gubernamental que ayer acabara por manera bien extraña en suicidio novelesco inspirado por el amor. Pero hay que renunciar al Mesianismo. Boulanger hubiera crecido y á emperador llegado, si vuelve de las fronteras con Estrasburgo y Mezt reconquistadas y la Prusia y el Austria vencidas. Mientras no presentó más que la derrota última y no aspiró más que á la guerra civil inmediata, su nombre y su persona podían pasar entre los espasmos de un ataque nervioso, frecuentísimo en los pueblos también; pero no podía prevalecer ni arraigar. Así el aniversario de su muerte ha mostrado cómo aún tiene idólatras, cosa no difícil de comprender si recordamos cómo todos los trágicamente muertos han tenido adoradores, cual también los tuvieron Catilina y hasta Nerón en Roma. Por cualquier ventana que nos asomemos, habrá de aparecérsenos la falalidad. Así nunca puede maravillarme lo leído en los periódicos franceses sobre la emoción despertada en el público aquel por una representación como la última del rey tebano Edipo en su escena clásica. Esa tragedia es el poema de una fatalidad invencible, y todos arrastramos el grillete de nuestras fatalidades fisiológicas y psíquicas, por lo que todos nos miramos en ese prototipo de una delincuencia inocente. Divulgó nuestro actor Vico que trataba de reponer

en escena tal tragedia del Teatro Español; y aquellos á quienes llamamos hoy por medio una palabra verdaderamente brutal modernistas, han gritado con desafuero locuaz oponiéndose y han dicho como en sentir suyo no puede ser el drama contemporáneo un museo arqueológico. ¡Vaya por Dios! Hay personajes, como el Hámlet, como el Fausto, como Prometeo, como el Segismundo, como el Edipo, que son eternos y que interesan eternamente. No están las letras modernísimas tan exentas de lacas que nos aparten por sus idealidades y por sus grandezas y por sus arquetipos del seno de las letras antiguas. Últimamente han dado los militares germánicos una lección que no debe en ningún saco roto echar el jefe de la escuela realista. Como haya éste pintado ciertos capitanes franceses capaces de cambiar su tienda por cualquier mancebía en la noche anterior á una batalla decisiva, los individuos del estado mayor general enemigo le dicen que muy conocedores del estado mayor francés, no sólo por su propia experiencia, por los informes continuos y secretados del gobierno alemán, declaran en Dios y conciencia no conocer ningún oficial capaz de semejante crimen contra la disciplina y contra la patria. Se concibe un escritor pintando la humanidad superior á lo que la humanidad es en sí misma, para elevar los ánimos y los espíritus al ideal; pero pintarla peor de lo que es, ¡ay! parece inconcebible. Todos los días debemos levantar á Dios el alma y pedirle parecernos á él en lo posible dentro de nuestra contingencia y pequeñez.

Madrid, 4 de octubre de 1892.

LA HIJA DEL SPAGNOLETTO

I

Largo espacio de tiempo había transcurrido desde que Filipo, el anciano servidor de Jusepe Ribera, franqueara la puerta del estudio del ilustre maestro setabense á la gitana Zannetta, indicándole aguardase tranquila y reposadamente la vuelta de su señor. La recomendación no estaba de más, pues si bien la bohemia era un modelo perfecto de mujer morena, vigorosa y de enérgica expresión, como Ribera ambicionaba para la mayoría de sus composiciones, en cambio tenía un espíritu inquieto y revoltoso, cuya viveza corría parejas con los penetrantes destellos que lanzaban sus ojos tan negros como su encrespada é inculta cabellera.

Zannetta comenzó por asomarse á las ventanas del estudio que daban frente á la iglesia de San Francisco Javier, contemplando con aire distraído á los transeuntes, hasta que cansada de tal tarea se puso á pasear por la anchurosa cámara, curioseando los cuadros que limitaban el espacio, sobre caballetes de varias dimensiones, entre los que sobresalía en sitio preferente un bastidor de buen tamaño, en cuyo lienzo se divisaba una hermosísima imagen de la *Concepción*, digna de competir con las del insigne Murillo, á las que tal vez aventajara por la solidez y brío de la ejecución.

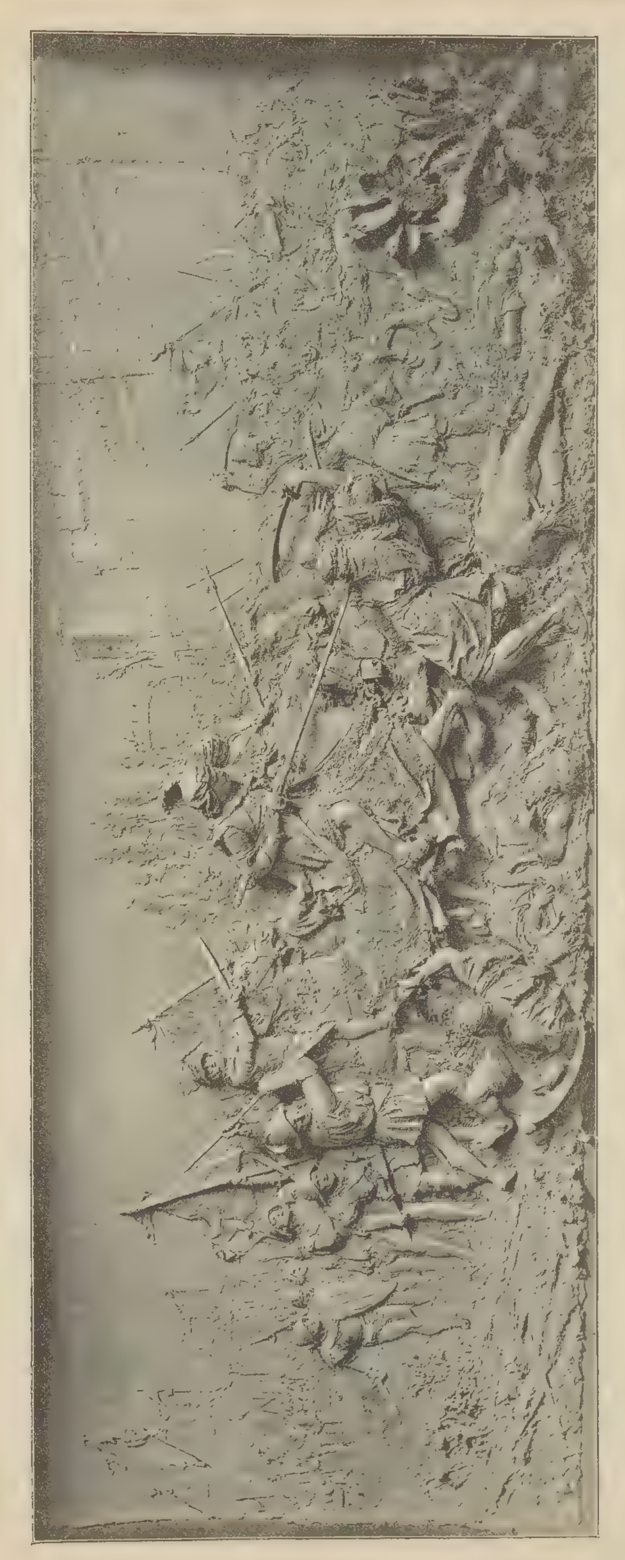
«¡Por San Jenaro, que es verdaderamente bella! No ha necesitado su padre favorecerla mucho,» murmuró la gitana.

Y tras un momento de muda contemplación alzó los hombros con desdeñoso gesto y dió principio á una detenida inspección de los bufetes, escritorios y arcas, que junto con varios tapices, algunos vaciados de estatuas greco-romanas é infinidad de dibujos y bocetos, formaban la decoración de un estudio de aquellos tiempos, en que aún no se había introducido la costumbre de convertir la cámara de trabajo de un artista en una especie de bazar arqueológico, repleto de curiosidades y baratijas de todo género.

Agotados cuantos objetos podían entretener la impaciencia de Zannetta, sentóse en un cómodo sillón de cuero con estrellados clavos de bronce, y tras de arreglar cuidadosamente los pliegues de su saya de vivos colores y el *cubrichel* que recuadraba su expresiva fisonomía, apoyó la cabeza sobre el brazo derecho y trató de conciliar el sueño, sin respeto alguno á los severos apóstoles, los harapientos filósofos y los ensangrentados mártires, que parecían contemplarla desde los cuadros sustentados por los caballetes.

Mas apenas los párpados de la gitana comenzaban á entornarse á impulsos de tranquila somnolencia, cuando leve rumor de voces femeninas la hizo incorporarse en el sillón y volver la cabeza hacia la entrada del estudio. El rico tapiz representando una escena bíblica, guarnecido de vistoso *frutaje*, que cubría la puerta, se plegó merced á una acción exterior, y dos señoras penetraron en la estancia.

Una de ellas, joven de arrogante apostura, indicaba con sus rasgados ojos negros, defendidos por se-



BATALLA DE VÉLEZ MÁLAGA LIBRADA POR D. FERNANDO EL CATÓLICO

Uno de los bajos relieves del monumento erigido en Granada en conmemoración de la conquista de esa ciudad y del descubrimiento de América

dosas pestañas, la delicada y pálida carnación de su rostro y la blandura de sus movimientos, el origen valenciano de su atractiva hermosura: la otra, respetable matrona de austera fisonomía, contrastaba por su reposado continente con la vivacidad de su joven compañera: tanto como difería en su traje y tocado, pues mientras que la primera vestía con desembarazo rica basquiña enfaldada de brocado, guarnecida por ancha cortapisa y airoso jubón un tanto degollado, con elegantes contramangas, la otra llevaba tan sólo un severo hábito monjil azul obscuro completado por blanca toca.

– Venid, madre Carmela, exclamó la joven, cogiendo una mano á la religiosa que, asombrada ante el aspecto, nuevo para ella, del estudio del pintor, se había detenido en el umbral de la puerta. Venid y veréis la última obra de mi señor padre: es un encargo de un convento de Madrid.

Así cogidas de la mano, avanzaron hacia el centro de la sala; mas antes de llegar al cuadro que representaba la *Concepción*, se interpuso Zannetta que, haciendo una humilde cortesía, dijo á ambas damas:

– San Jenaro bendito guarde á sus señorías.

– ¿Quién eres?, preguntó la joven.

– Zannetta, señora; Zannetta la gitana, que espera á vuestro buen padre el maestro Jusepe.

– ¿Me conoces, según parece?

– Ya lo creo. ¿Quién no conoce en Nápoles á la más bella de sus damas? ¿Quién aunque no sea más que por la pública fama no sabe que la señorita María Rosa es tan encantadora y que su rostro es tan divino que iguala al de la misma Madona?

– ¿Qué dices?, interrumpió la religiosa. ¡Ten la lengua gitana!

– La verdad, buena madre, y si no... mirad.

Y separándose levantó el brazo y señaló el cuadro de la Inmaculada.

La madre Carmela fijó sus ojos en la obra indicada por Zannetta y una exclamación de asombro se escapó de su pecho al contemplar la etérea y vaporosa imagen de la Reina de los Cielos, cuyo rostro reproducía exactamente los suaves y delicados rasgos de la bellísima faz de María Rosa, pero aún más dulces y atractivos, pues el pintor había sabido corregir la presunción un tanto altanera que en algunas ocasiones se dejaba percibir en la expresión de la joven.

– ¿Os gusta la obra, mi querida madre?, preguntó María Rosa esperando sin duda un caluroso cumplido de parte de la monja.

– No sé si debo alabar la elección de vuestro padre, tratándose de un cuadro de tal naturaleza, pero ciertamente podéis estar orgullosa de tan alta distinción.

– Mayores le aguardan aún á mi señora, si no mienten ciertos rasgos de su fisonomía, dijo Zannetta, colocándose con la osadía propia de las mujeres de su clase ante la hija del *Spagnoletto*.

– ¿A mí?, repuso ésta sin inmutarse ante la lisonja.

– Sí, á vos; y si no, dadme vuestra mano y veréis cuán pronto os predigo vuestro destino.

– ¡Jesús me valga!, exclamó la madre Carmela. No creáis tales embustes, hija mía.

– ¡Bah! No soy tan inocente; pero... esto me divierte mucho.

– Y al propio tiempo alargó su mano fina y delicada, cual la de una estatua de Praxiteles, á la gitana, que la tomó entre las suyas, bronceadas y callosas, contemplándola con atención algunos instantes.

– Me desagradan estas supercherías, murmuró la religiosa disgustada.

Zannetta la lanzó una ojeada desdeñosa, como muda protesta, y luego entornando los ojos, cual si su mirada se perdiese en los misteriosos arcanos de lo futuro, dijo:

– Corto será mi horóscopo, bella dama, pero cierto. Las rayas de vuestra mano indican claramente que seréis la esposa de un rey cual no hay otro en la tierra.

– ¡Bah!, respondió María Rosa dejando escapar una sonora carcajada. Bien se conoce que sabes tu oficio, aduladora. Toma por la profecía.

Y sacando de una escarcela que pendía de su cinturón una moneda de plata, la entregó á la gitana con harto escándalo de la madre Carmela, que movió la cabeza diciendo:

– Boberías, que no merecen tal pago.

– El tiempo hará buenas mis palabras, contestó Zannetta.

Iba á replicar sin duda agriamente la severa religiosa, mas se lo impidió la entrada de Filipo, que tras de saludar ceremoniosamente dijo:

– El señor me envía á prevenir á sus mercedes de que su alteza el infante D. Juan de Austria honrará con su presencia esta casa dentro de breves instantes.

II

«A la bella y gentil María Rosa:

»Señora y dueña de mis pensamientos. Aún resuenan en mis oídos los juramentos de eterno amor que vuestros hermosos labios pronunciaron anoche en el jardín de vuestra casa. A mucho os obligan las promesas que me hicisteis, y de cumplirlas ha llegado el momento. Poderosas razones de Estado me fuerzan á salir mañana de Nápoles, y si no he de perderos para siempre, necesario será que me sigáis doquier que vaya, segura de que no ha de tardar el momento en que el rey de España permita que se unan nuestros destinos para siempre.

»Así, pues, si verdaderamente estáis resuelta á todo, como dijisteis ayer, para salvar los obstáculos que se oponen á nuestra felicidad, yo también estoy decidido á arrostrar las contrariedades que pretendan impedir que ocupéis la alta posición que merecen vuestra hermosura y bizarría.

»Mañana á media noche, una litera y gente mía en quien podéis tener entera confianza os aguardarán á poca distancia de la puerta secreta de vuestra morada que abre á la calle de Nardo. No vaciléis; el porvenir más brillante que hayáis podido ambicionar os aguarda si tenéis fe ciega en la palabra de vuestro apasionado y leal amante, que rendido se humilla á vuestras plantas

»Juan de Austria.»

– La profecía de la gitana lleva trazas de cumplirse, murmuró María Rosa ocultando la carta en su escarcela. Iré. Amo á D. Juan, y además un infante de España no se encuentra á cada paso...

III

Poco más de un año después de escrita la carta anterior, ó sea á fines de 1646, el *Albergo del Bambino Jesú*, situado á una legua escasa de Palermo, en el camino que de esta ciudad conduce á Monreale, recibía en la más decente de sus destartaladas habitaciones á una misteriosa viajera, cuyo rostro no pudo descubrir el curioso posadero, á pesar de haberlo intentado varias veces, por impedírselo un amplio manto negro de los llamados entonces «dobles de Sevilla.»

Traslucíase, sin embargo, que la incógnita era dama de elevada posición, no sólo por el olorcillo á ámbar que dejó á su paso desde que bajó de la pesada carroza de camino, sino por el respeto con que le hablaban un viejo mayordomo y una robusta nodriza calabresa que amamantaba una lindísima niña de pocos meses.

Una vez instalados en la cámara donde debían pasar la noche y á la terminación de un ligero refrigerio, el mayordomo, cuyas apergaminadas facciones revelaban más astucia y malicia que bondad é inteligencia, llamó aparte al posadero y sostuvo con él un animado diálogo, que terminó con la entrega de algunas monedas de oro que el propietario del *albergo* guardó en su bolsillo diciendo:

—Estad tranquilo, señor, todo se hará según vuestras órdenes.

En tanto esto tenía lugar, la viajera tras de cerrar la puerta se despojó de su manto, y la esbelta figura de María Rosa aparecía con toda su gallardía. La hija del *Spagnoletto* no era ya la doncella de virginal belleza que su padre tomó como modelo insustituible para representar á la Inmaculada. Grandes ojeras circuían sus ojos negros y en sus facciones hermosas, aun á pesar de su intensa palidez, se percibían huellas de lágrimas y de profundos dolores. Sentóse en un viejo sitial situado junto á una mesa de roble, sobre la que descansaba una maletilla de cuero, y dijo dirigiéndose á la nodriza:

– Betina, en tanto preparas nuestros lechos, dame á mi hija.

Obedeció la calabresa, y María Rosa cogiendo con ternura á la niña comenzó á depositar besos apasionados en sus mejillas.

– ¡Pobre hija del alma!, murmuró la joven, abrigando en su regazo á la inocente criatura, que semejaba uno de esos niños encantadores que ha producido el dulce pincel del Correggio. ¿Cuál será tu suerte? ¿Será para tí buen padre quien fué para mí tan traidor amante?

Y al decir esto gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos rodando hasta la envoltura de la niña: luego profunda desesperación se pintó en su rostro; cubrió sus ojos con ambas manos y pareció dormida por un instante, aunque los amargos sollozos que de vez en cuando exhalaba su pecho eran clara manifestación de la tremenda pena que acongojaba su espíritu. Betina, acostumbrada sin duda á aquellas escenas y no atreviéndose á interrumpir sus dolorosos desahogos, tomó asiento en un extremo de la sala y pronto el sueño le hizo humillar la cabeza sobre el pecho.

Pasó largo rato sin que María Rosa pronunciara una palabra. En la posada no se oía ya más ruido que el intermitente son de algunas campanillas que vibraban en las cercanas cuadras. De pronto el rumor de pisadas de caballos y el rodar de un vehículo, que se detuvo indicaron la llegada de nuevos viajeros, á quienes aguardaba sin duda el posadaro, pues no tuvieron que llegar al aldabón para encontrar francas las puertas.

La hija del *Spagnoletto*, absorta en sus pensamientos, nada de esto advirtió, hasta que algunos golpes dados en la puerta del cuarto la hicieron salir de su ensimismamiento para escuchar la recia voz del mayordomo, que pedía permiso para entrar.

– ¿Qué queréis?, preguntó la joven con enojo.

– Señora, acaba de llegar un propio con un pliego para vos.

Levantóse María Rosa y sin dejar á su hija abrió la puerta al mayordomo, que se adelantó hacia ella con un sobre lacrado en la mano y se le entregó diciendo:

– De parte del virrey de S. M. Católica.

– ¡Brava hazaña la del señor virrey ocuparse en traer y llevar por Italia y como prisionera á una infeliz mujer cuyo delito es el ser desventurada!

El mayordomo permaneció mudo, y entonces María Rosa entregó su hija á la nodriza, que se había despertado, y abrió el sobre leyendo rápidamente el pliego que contenía. Desde los primeros momentos su rostro se contrajo, enarcáronse sus negras cejas y de su pecho se exhaló un gemido doloroso al propio tiempo que un ligero temblor estremeció su cuerpo. El mayordomo retrocedió un paso, y de soslayo dirigió una mirada inquieta hacia la puerta en la cual apareció la severa figura de la madre Carmela.

– Conque es decir, dijo María Rosa conteniendo á duras penas su cólera, que no contento D. Juan con mi deshonra y con el sinnúmero de males que ha traído sobre mi desventurada familia, después de abandonarme como una mujer despreciable, quiere coronar su indigna conducta arrebatándome á mi hija por no sé qué necias razones de Estado. Y vos que sois el representante oficial de ese mal caballero, ¿que haríais si me negara á obedecer órdenes tan inicuas?

– Señora, respondió el mayordomo con hipócrita mansedumbre, con harto dolor de mi corazón me vería obligado á reclamar el auxilio de gente armada que espera una indicación mía para haceros dar por la fuerza lo que os aconsejo entreguéis de buen grado.

– ¡Probad si os atrevéis, infame esbirro!, gritó la joven. Nada perderá la hija de D. Juan de Austria en morir sin conocer á tal padre.

– ¡Deteneos, por Dios, María Rosa!, dijo la madre Carmela avanzando al encuentro de la desventurada.

– ¿Vos aquí? ¡Auxiliadme, por la Madona! Quieren robarme á mi hija por orden del virrey.

– ¡Calma, hija mía! D. Juan no es tan criminal como pensáis, y sin las órdenes terminantes de su padre D. Felipe IV jamás os hubiera abandonado. Hoy en día es inmensa locura esperar que el rey de España permita que os volváis á ver. Perded, pues, toda esperanza para siempre.

– Nada me importa D. Juan. Tiempo ha, desde que me abandonó en Palermo, que en mi corazón desgarrado su imagen no figura ya más que como un horrible remordimiento: ¡pero dejarme arrebatar á mi hija del alma... jamás! ¡Antes la ahogaré con mis propias manos!

Y con un brusco movimiento separó á la religiosa, y cogiendo á la niña de los brazos de la nodriza la estrechó convulsivamente con tal fuerza que la inocente criatura comenzó á llorar desesperadamente.

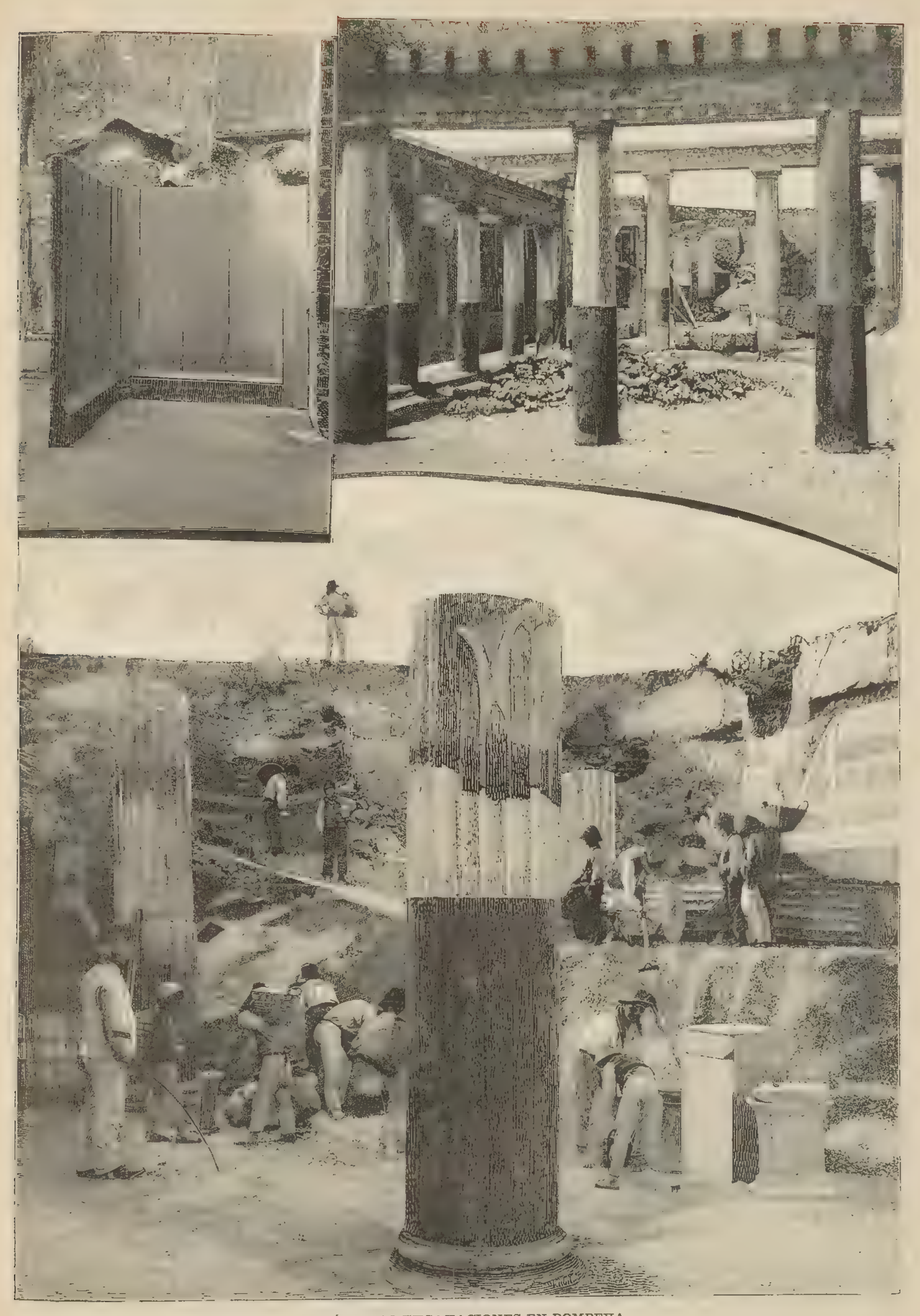
– ¡María, María, oídme un momento! Abrid vuestro pecho á la esperanza, exclamó la religiosa, apoyando una de sus manos en el hombro de la joven. ¿Nada os dice mi presencia en este sitio? Pues bien; sabed que por encargo expreso de D. Juan y de acuerdo con el virrey he dejado mi convento tan sólo para ofreceros una transacción que anula la orden entregada al mayordomo.

– Con tal de conservar conmigo á este pedazo de mis entrañas, aceptada.

– Se reduce á entregar al representante del virrey encargado de vuestra custodia cuantos papeles, cartas y recuerdos conservéis de D. Juan, y luego...

– ¿Qué más?, dijo María Rosa con extraordinaria serenidad.

– Que os retiréis por el resto de vuestros días á un convento. Con esta condición estoy autorizada por el virrey, en nombre de S. M. el rey de las Españas,



LAS ÚLTIMAS EXCAVACIONES EN POMPEYA

Parte inferior de la puerta que separaba el atrio del peristilo. – Casa recientemente descubierta en la región V, isla 2.ª – Peristilo de la casa. (Vistas tomadas de fotografías.)

para que en compañía de vuestra hija ingreséis en el monasterio del que soy indigna superiora. ¿Aceptáis?

– Sí, madre mía. No sabéis hasta qué punto ambiciona mi alma el retiro y el sosiego. En esta maleta, añadió dirigiéndose al mayordomo é indicando la que había sobre la mesa, hallaréis cuanto poseo referente á Su Alteza D. Juan de Austria. Ahora salid: deseo no volver á veros.

El viejo recogió la maleta y abandonó la estancia.

María Rosa cayó desplomada en el sillón dando rienda suelta á su llanto, mientras la madre Carmela la abrazaba cariñosamente diciendo:

– Resignación, hija querida, y aceptad este último sacrificio en expiación de vuestra falta.

– Madre Carmela, contestó la joven con profunda amargura, ¿recordáis la predicción de Zannetta? ¡Qué horrible desengaño!

– No tanto como pensáis. En el claustro os aguarda el amor de un esposo tal como os lo prometió la gitana: aquel que es rey de los reyes y por el cual los reyes reinan.

***

Algunos años después de estos sucesos las religiosas de Santa Isabel de Madrid, llevadas de un nimio escrúpulo verdaderamente monjil, hicieron repintar á Claudio Coello la cabeza de la *Inmaculada Concepción* de Ribera á que se refiere la presente leyenda (1).

De esta suerte desapareció hasta el retrato de la bellísima y desventurada hija del *Spagnoletto*, cuyo único delito consistió en olvidar que la hermosura sin la virtud nunca ha sido camino de felicidad duradera.

A. DANVILA JALDERO

SECCIÓN AMERICANA

LA GARZA PORTEÑA

(Continuación)

Misia (señora) Cástula comenzaba á impacientarse; algunos amigos la visitaban de vez en cuando; hacían á la Isabel I de Castilla reverencias y cortesías, pero se alejaban buscando acaso más flexibilidad y menos tiesura.

De pronto llegaron hasta Lelia y su madre oleadas de murmullos, sintióse movimiento que indicaba algo extraordinario y sonó otra salva de aplausos con aclamaciones de entusiasmo.

¿Qué pasaría? ¿Alguna nueva estrella vendría á eclipsar la suya? La *Garza* estaba en ascuas y su madre lo estaba también.

Los murmullos y los aplausos tardaron en acercarse, pero fueron al fin aproximándose para sacar á Lelia del envidioso suplicio en que estaba; aquel trono le parecía un potro; el áureo sillón tapizado de rojo terciopelo tenía menos atractivos para la *Garza* que el último taburete de madera en bruto. ¡Cuánto hubiera dado por no *ser reina* en aquellos momentos, y porque cualquiera de sus vasallos se hubiese apresurado á ofrecerla el brazo para correr á saciar su mortal curiosidad! No le quedaba tampoco el recurso de atropellar su majestad de ocasión para reclamar el apoyo de cualquiera de sus amigos: estaba sola, sola con su madre; el Sr. Alonso también se aburría con ellas, y pasados los primeros momentos abandonó el trono para buscar amigos y camaradas con quienes pasar la noche hablando de millones. La concurrencia se agolpaba hacia los primeros salones, y aquel en donde Isabel la Católica se encontraba estaba desierto.

Ni Lelia ni su madre podían tranquilizarse: ¿sería una rival de sus grandezas, de su poderío, ó de su hermosura?

Esto era imposible. *Misia* Cástula no podía ofender á su *soberana* presumiéndolo.

El ruido sonaba más próximo y á Lelia le latía el corazón con fuerza, con muchísima fuerza: jamás se le había desmandado la víscera con tal insolencia.

Ahogó una exclamación de alegría; era un hombre su rival, acababa de verle, ya no tenía que temer; por el contrario, sería suyo; el joven más ricamente disfrazado le correspondía por derecho inconcuso; se le acercaba rodeado de mucha gente, luego iba buscándola. ¡Oh! Su triunfo era completo.

¡Cuál no sería su asombro al reconocer á Pepe Flores vestido de Gonzalo de Córdova; pero á Pepe hermoso, como jamás soñó ver á ningún hombre!

El corazón de Lelia cesó rápidamente en sus acelerados latidos. Cualquiera diría que se había trasladado al estómago: tal era la debilidad y angustia que se le habían apoderado del diafracma. Flores se arrodilló á los pies de su reina y le besó la mano. Isabel la Católica se puso de pie, arrogante y soberbia; paseó una mirada por el salón, y tendiendo de nuevo la mano al Gran Capitán, «alza, le dijo, tu soberana se digna pedirte el brazo.»

Otro aplauso estruendoso acogió estas oportunísimas frases, y Pepe Flores ofreció lleno de amoroso orgullo el apoyo tan regiamente solicitado.

A los pocos minutos discurría sola la gentil pareja, excitando frases de admiración; pero cada cual había vuelto é engolfarse en aquello que más grato era á sus ilusiones.

Por supuesto, que así los maliciosos como los inocentes se decían bien seguros que Isabel y Gonzalo estaban de acuerdo.

No era cierto, sin embargo: sabía Pepe Flores el disfraz elegido por la dama de sus pensamientos, pero no presumía ésta que el galán enamorado idease cosa tan de su gusto.

– Pero ¿qué feliz ocurrencia ha tenido usted?, dijo Lelia á su acompañante.

– ¿La cree usted feliz?

– *¡Cómo no!*

– ¿Luego he logrado complacerla?

– Muchísimo.

– ¿Y á cambio de esa complacencia querría usted, Lelia, contestar á una pregunta?

– ¿Por qué no?

– ¿Es cierto que se marchan ustedes á Europa?

– Sí, antes de un mes.

– ¿Y es cierto que va usted á casarse?

– Esa ya es otra pregunta y van dos: el trato fué una.

– Se lo suplico, Lelia, contésteme.

– Pues no lo sé: mis padres piensan algo, pero no hay nada decidido.

– ¿Y se casará usted de grado?

– Van tres, amiguito, y á esto no puedo contestar porque todavía no sé quién es el novio que me destinan.

– Un primo de usted, según se cuenta.

– Un primo... sí... creo que sí... un marqués... Ahora no me conviene descender tanto: de reina á marquesa...

– Lelia, no se vaya usted.

– Mis padres lo han dispuesto.

– Pero sus padres harán lo que usted quiera.

– No quiero imponerme.

Flores quedó pensativo y con la cabeza baja: Lelia lo contemplaba furtivamente, y nunca le había parecido tan buen mozo: la seducía, sí, la seducía, y ella que jamás había sentido desasosiego al lado de ningún hombre, sentíalo muy grande sentada en aquel sofá retirado del bullicio y adonde sin darse de ello cuenta habíala conducido el galante Gonzalo.

– Lelia, dijo de repente Flores levantando resueltamente la cabeza, no se vaya usted; yo la amo con toda mi alma, y seré el más desgraciado de los hombres si usted se marcha. Si no me corresponde, Lelia, no quiero vivir. ¿Para qué? La vida me sería insoportable.

– ¿Y su madre?

– ¿Mi madre? ¡Pobre madre mía! Ya toca las consecuencias de mi amor: sabe que ha sido ella el amor único de mi vida hasta el día que me gritó el corazón que tenía en usted una rival temible: temible, sí, Lelia, porque ni el amor de mi madre ni consideración alguna pueden desvanecer de mi alma este amor que me avasalla y que me tortura: dígame usted, Lelia, que me ama; dígame siquiera que puede amarme, dígame que soy el primero en llegar al corazón de usted...

– El primero sí, respondió la *Garza* inclinando acaso por vez primera su rígido cuello.

– ¿Pero me amará usted?

– No iré á Europa por ahora: ¿tiene usted bastante?

– ¡Lelia, Lelia de mi alma!...

– Cuidado, D. Gonzalo.

– ¡Oh, mi reina, necesito algo más!

– ¿Algo más? ¡Basta, caballero, basta!

– No, no basta: es una cosa muy pequeña en apariencia, pero grandísima para mí: un *tu*, uno, uno solo que me autorice para hablar el lenguaje del amor, para descargar mi corazón de las frases amantísimas que le oprimen: ¡Lelia, Lelia, por Dios, un *tu* compasivo, un *tu* que me transporte al cielo!

– Vaya; pues que *tu estáis* muy *sonso* esta noche, y vamos á pasear, porque pronto si no acabarán por *picotearnos* los trajes.

– ¡Lelia mía, mujer divina, me haces el hombre más dichoso de la tierra; te debo la vida y la felicidad de mi pobre madre!

***

El viaje de los Sres. de Alonso ha sido aplazado por voluntad de Lelia: saborea por vez primera el néctar de los amores sublimes, se deja amar, y vive en una atmósfera deleitable que la embriaga, divinizándola á los ojos del hombre que en esclavo suyo se ha convertido.

No está *Misia* Cástula muy contenta con que su hija haya torcido el rumbo de sus aspiraciones; tampoco D. Juan ve con buenos ojos el cambio, pues ambos creían á pie juntillas tener un duque en la faltriquera; pero la *tirana*, la *Isabel de Inglaterra*, como Flores le llama cuando impone su voluntad y sus caprichos, había dicho que no quería embarcarse entonces: precisaba obedecer y obedecer sonriendo; de lo contrario, los enojos de la niña mimada podían explotar con furia.

Los Sres. de Alonso poseían en Belgrano una preciosa quinta, una *vera Villa* italiana, rodeada de precioso parque y alta verja enredada con trepadoras fraganciosas. La calle que á la quinta conducía estaba saturada del ambiente emanado de las acacias que la sombreaban: era aquel un delicioso nido que convidaba á gozar los caprichos dulces de una mujer neurótica.

Decidió la *Garza* porteña pasar en Belgrano una temporada: quería gustar el amor bajo los árboles, entre las flores, al aire libre, balanceándose en elegantes hamacas; embriagarse, en fin, con algo distinto, extraordinario, que la sacase de aquella monotonía de los salones asfixiantes.

El amor de Pepe era muy grande; por eso dentro de la ciudad estaba á punto de aburrirla: ya le pesaba haberle dicho que sí: había sido una alucinación de su triunfo carnavalesco: como Gran Capitán, encontráralo seductor; pero con su chaquet y su levita, era una desesperante vulgaridad. Si en Belgrano no se enamoraba más formalmente, estaba decidida á marchar á Europa; la *sonsera* de aquella sociedad siempre igual acababa con su paciencia.

¡Con cuánto placer recibió Pepe Flores la noticia de la ida al campo! Allí sería Lelia más suya; se vería menos asediada de pretendientes y de moscones, y él respiraría libre de aquellos celos que le mordían el alma cuando algún moscardón zumbaba galanterías en los oídos de su amada: iría diariamente á verla, pasaría á su lado la tarde y parte de la noche... Flores era feliz, por vez primera, desde que se consideraba novio oficial de la *Garza* porteña. «Quiero que nos dejen en paz por algunos días,» le había dicho su amada, y aquella delicada manera de complacerle fué para Pepe la compensación de sus pasadas inquietudes.

Pero á los dos días de haberse establecido los señores de Alonso en la quinta *Lelia*, ya se reunieron once personas á la mesa; al siguiente día tampoco estuvieron solos, y acabaron por estar más acompañados que en su casa de Buenos Aires. Pepe volvió á ser desgraciado: no podía gozar de las delicias que había soñado, discurriendo sólo con su amada bajo la fronda, ni hablarle de su amor á la luz de la luna, de aquella luna cuyos rayos pálidos son la poesía y el amor mismo.

Lelia parecía contenta de la nueva vida. Una tarde que llegó su novio antes que nadie, demostró su contento diciéndole:

– ¡Jesús, qué alegría! Hoy eres el primero: ven á moverme la hamaca, y de paso cuéntame muchas cosas que debes tener guardadas... ¿Verdad?

– ¿Te alegras que haya llegado más temprano que otras veces?

– Sí, hombre sí; estaba aburridísima y deseando que vinieses.

– ¡Oh, Lelia mía! ¡Cuánto bien me hacen tus palabras! ¿Me amas, verdad? ¿Me amas como yo te amo?

– ¡Y qué sé yo cómo me amas tú! ¿Estoy acaso dentro de tu corazón?

– Sí lo estás, toda entera, en cuerpo y alma; te tengo aquí, aquí; te veo sin mirarte, y cuando no estás á mi lado siento tu imagen dentro de mi pecho como si fueses una estatuita que estuvieras oprimiéndome los pulmones y fatigándome la respiración. Sufro mucho, Lelia, sufro mucho, porque creo que no me amas.

– ¿Te hago yo sufrir acaso?

– ¿Tú? No, soy yo mismo; yo, que tengo celos hasta de la brisa que te acaricia el rostro: ¿ves? ¿ves esa mariposita que revolotea y se posa sobre tus cabellos?; pues es un enemigo al que no me atrevo á exterminar porque me parece indigna de un hombre tamaña cobardía.

(1) Con motivo del Centenario de José Ribera en 1888, se trató por algunos admiradores del gran maestro valenciano de que se restaurase la imagen mencionada, devolviéndole su primitivo rostro. Ignoramos los obstáculos que impidieron llevar á cabo este proyecto, cuya realización hubiera sido aplaudida por todos cuantos profesan aficiones artísticas.

–¡Ja, ja! No seas *sonso*.

–Lelia, es necesario que esto concluya; fija la fecha de nuestro matrimonio.

–¿Pero qué prisa corre?... No me dijiste que querían enviarte á Europa con una misión diplomática?

–Sí; pero no hay distinción por honrosa que sea que pueda yo aceptarla si ha de separarme de ti.

–Pues acéptala, y de este modo nuestro viaje de novios será algo más que el viaje de un D. Juan particular.

–¿Es ese tu deseo? Yo hubiera preferido ir libre, y esclavo solamente de tu voluntad para viajar por donde quisieses y detenerme allí donde más te agradase.

–No, no; me gustará más la vida diplomática que la vida del *tourista* á secas. ¿Acaso no me crees digna de pisar regios salones?

–¡Mi reina, mi soberana, si no habrá mujer más hermosa que tú en el viejo mundo! ¡Si tendré celos, vida mía, porque te adorarán cuantos te conozcan!

–¿Y qué? Perderán el tiempo.

–¡Lelia de mi alma!

–*¡Sonso!* ¿Quién viene allí?... ¡Gracias á Dios!, dijo para sí la señorita de Alonso, ya comenzaba á fastidiarme de estar sola.

Una familia compuesta de mamá, dos hijas y un hijo acababan de llegar.

Después de los saludos de ordenanza anunciaron las niñas que su papá pensaba presentarles aquel día á un conde francés recién llegado, un buen mozo, soltero y que á la legua se le conocía el *condado*, como que entre mil se distinguiría por un no sé qué aristocrático..



El *Foudroyant*, uno de los antiguos navíos almirantes de Nelson

Había perdido todo su equipaje; estuviera á punto de naufragar, y gracias que en los momentos de angustia había pensado en salvar los papeles que acreditaban su personalidad.

Lelia se puso pálida primero y *encarnada después*, oyendo la relación hecha atropelladamente por las señoritas recién llegadas, quitándose la palabra de la boca como si la una lo supiera contar mejor que la otra.

Pepe Flores frunció la frente como si entre ceja y ceja le hubieran clavado un clavo.

–¡Vaya, está de Dios que yo sea condesa!, pensó Lelia, y se retiró rogando que la perdonasen un momento porque no era cosa de recibir á un conde como se recibía á los amigos de confianza.

El conde y el amigo que lo presentaba llegaron una hora después.

Alguien encontrará fuera de la etiqueta eso de colarse de rondón en una casa, comer en ella la primera vez que se la pisa y traspasar límites que han trazado gentes de pocos alcances. En América aun en las casas más *etiqueteras*, y cuenta que hay muchas, tiene el amigo derecho para sentarse á la mesa sin que lo inviten (dado que no se hacen invitaciones especiales sino para banquetes de carácter oficial), y lo tiene también para presentar un amigo nuevo que *ipso facto* queda asimismo convidado para siempre que lo desee.

No es fácil saber jamás en América el número de personas que tomarán asiento en la mesa, por lo cual el mozo de comedor coloca cuantos cubiertos caben en ella, que siempre son diez ó doce más de los ordinarios: si al sentarse no hay tantos comensales como cubiertos, se quitan los que sobran, y santas pascuas.

¡Benditas costumbres, y benditas gentes las que practican la hospitalidad! Eso de encerrarse en el comedor apiñaditos en familia á las horas de comer, podrá ser muy tranquilo y muy *estomacal*, pero no será jamás elegante ni sociable por mucho que de elegantes presuman los que tales vicios tienen, y no se me diga que precisa ser rico para sostener ciertos hábitos; no, señor; lo que precisa es ser menos murmuradores, más tolerantes y aprender á regimentar el interior del hogar según los posibles de cada uno, cierto, pero siempre con sello revelador de naturalidad cómoda y de buen gusto.

Volvamos al conde du Boi, que con tal título presentó el papá de las niñas habladoras á un francés



MEDITACIÓN, cuadro de Heilbuth, existente en el Museo del Louvre, París



EL BESO, grupo escultórico de Van der Straeten



RETRATOS DE SS. MM. LA REINA REGENTE Y D. ALFONSO XIII,

cuadro al óleo pintado por D. Francisco Masriera, por encargo del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona

que rayaría en los treinta y cinco, alto, bastante fornido, de artística cabeza (ya que hemos dado en llamar así á las que tienen el cabello ensortijado) de pelo castaño obscuro y barba de un rubio claro, ojos garzos de mirada dormida, á causa sin duda del uso de los lentes, pero penetrante, escudriñadora, hipnotizante y temible si se posaba sobre la de una mujer predispuesta en favor suyo.

Se presentó con la natural desenvoltura del hombre acostumbrado al trato social, y desde luego al ver su continente á nadie se le ocurrió dudar que tenían delante un miembro de la nobleza legitimista francesa, porque el conde du Boi era legitimista.

Eva Canel

(Continuará)

MISCELANEA

Bellas Artes. – Se ha inaugurado en Rennes un monumento elevado á la memoria de Juan Leperdit, alcalde que fué de aquella ciudad en 1793, época en que la gravedad de las circunstancias hacía en extremo difícil el desempeño del cargo que le confirieron unánimemente sus conciudadanos. La estatua que corona el monumento es de bronce y ha sido ejecutada por M. Dolivet: representa á Leperdit en el momento de rasgar la lista de proscripción que le había entregado el sanguinario Carrier, y es una obra sencilla, pero vigorosa, llena de expresión y exenta del carácter melodramático y enfático á que tanto se prestaba la situación escogida por el artista.

– En Givet se ha inaugurado la estatua del célebre músico francés Mehul, obra del escultor Croisy, muy elogiada en el Salón de 1890: para modelar la figura del autor de *Chant du Depart*, ha consultado el artista los documentos más auténticos, inspirándose especialmente en un pastel de Ducreux que representa á Mehul en los mejores tiempos de su gloria y de su juventud, es decir, en la época del Directorio. La estatua es bellísima, llamando la atención la nobleza de su actitud y la elegancia de sus líneas.

– Se ha inaugurado en Roma la estatua de Terenzio Mamiani, esculpida en mármol por Mauro Benini: el ilustre filósofo de Pésaro está sentado en amplio sillón en actitud meditabunda, teniendo en una mano una pluma y en la otra un libro.

– Entre los descubrimientos hechos recientemente en las tumbas egipcias por Mr Flonders Petrie, hay uno llamado, según parece, á resolver la cuestión tan debatida de la duración de las pinturas á la acuarela: consiste en una acuarela que representa á dos mujeres, data del año 1400 antes de Jesucristo y está en muy buen estado, á pesar de los treinta y tres siglos transcurridos desde que se pintó.

– En Carrara se ha inaugurado un monumento á José Mazzini, obra del escultor Alejandro Bizzi: la estatua del célebre agitador está en actitud pensativa y en ademán de abrir el libro *Joven Italia*, en donde encendió el espíritu de independencia del pueblo italiano.

– El Museo fundado en Alejandría por la administración del Estado está casi terminado y puede en parte visitarse: contiene riquísimas colecciones de los artes egipcio y griego, tan numerosas que parece resulta insuficiente el grandioso local que se les había destinado.

– En la Exposición de Génova el rey de Italia ha adquirido los siguientes cuadros: *Barrancos del valle de Masino*, de Aquiles Formis; *Cabeza de aldeana*, pastel de Vicente Caprile; *Pescadoras*, de Pedro Fragiacomo, y *La playa de Santa Catalina*, de Angel Costa.

– He aquí la lista de las adquisiciones hechas por los museos de Bellas Artes de Berlín durante el segundo trimestre del presente año: la Galería de Pinturas, una *Virgen con el Niño*, de Lucas van Leyden; el *Cristo en la cruz*, de uno de los mejores sucesores de Rogier van der Weyden, y una *Encajera holandesa*, de Pedro van Bos; además la Biblioteca Real le ha cedido dos retratos holandeses de individuos de la familia Ravenstein, del siglo quince. La Colección de Esculturas antiguas ha adquirido en Venecia una figura de mujer, de labor griega del siglo quinto. La sección de escultura del arte cristiano se ha enriquecido con varios donativos, entre los cuales descuellan un relieve en terracotta que representa una Madona del género de las de Quercia, una estatuita de barro de una Madona de la escuela del Donatello, y un relieve de marfil de estilo bizantino del año 900 con el retrato del emperador León X. Para el Museo de Industrias Artísticas se ha comprado, entre otras, el modelo original de las cariátides del joyero que la ciudad de París regaló á la reina María Antonieta en 1787. La Galería Nacional ha adquirido el modelo en yeso de una figura de A. Werner y los dibujos de P. Wohn y H. Lang, habiendo además recibido como regalos dos pequeños cuadros al óleo de Spitzweg.

Teatros. – En el Teatro Nacional Bohemio, de Praga, se ha estrenado con éxito entusiasta la ópera póstuma de Bizet *Djamileh*.

París: En el Gimnasio se ha estrenado *Un drama parisiense*, primera producción dramática de M. Ernesto Dandet, conocido desde hace tiempo como novelista y periodista y sobre todo por sus trabajos sobre la historia de la Revolución. La obra tiene un argumento interesante, abunda en situaciones de buen efecto dramático y ha sido bien acogida por el público.

Londres: En el teatro Savoy se ha estrenado con gran éxito una ópera cómica del reputado compositor sir Arturo Sullivan, titulada *Haddon Hall:* el libreto, de Mr. Grandy, es muy inferior á la música, cuyas innumerables bellezas han sido muy alabadas por la crítica londonense. En el Empire se ha puesto en escena un baile titulado *Round the Town* (Alrededor de la ciudad), en el que se ofrece al público una serie de cuadros de la vida de Londres, presentados con gran lujo y propiedad: la música, de Leopoldo Wenzel, es sumamente agradable.

Madrid: Se han estrenado con buen éxito: en el teatro de la Princesa, *La romántica*, obra del conocido escritor Sr. Pérez Nieva, que, aunque de argumento poco interesante, agradó por lo bien que está escrita y los bellos pensamientos que contiene; en Lara, *Matrimonio civil*, comedia en dos actos, arreglo de *Surprises du divorce*, hecho con mucha gracia por el Sr. Pina y Domínguez; en Apolo, *La czarina*, zarzuela del género antiguo, de los Sres. Estremera y Chapí, de fábula entretenida y música muy inspirada; en la Alhambra, la humorada cómico-lírica *Madrid-Colón*, letra de los Sres. Montesinos, Marín y Palomero, y música del maestro Mateos, que abunda en escenas graciosas y en números musicales muy agradables; y en Martín, el juguete de los Sres. Navarro Gonzalvo y Fiacro Irayzoz *Los impresionistas*, de argumento entretenido, bien versificada y abundante en chistes de gran efecto.

Barcelona: En el Principal la compañía de los Sres. Calvo y Jiménez ha estrenado *La verja cerrada*, drama de D. Ricardo Blanco Asenjo, de acción interesante, bien versificado y con situaciones de buen efecto dramático, que fué muy aplaudido. En el Eldorado se ha estrenado con buen éxito la zarzuela bufa en tres actos *Lo secret dels sabis*, letra de los Sres. Campmany y Molas y Casas, y música del maestro Manent, que fué escrita hace once años.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Francisco de P. Luis Manuel de Borbón, conde de Trapani, hijo del ex rey de Nápoles Francisco I: mandó el ejército napolitano en 1848; en la batalla de Capua (1870) luchó contra los garibaldinos al frente de la guardia real, y después de la toma de Roma fijó su residencia en Austria, luego en Bélgica y finalmente en París.

Pablo Fiordispini, médico director del manicomio de Roma, muy conocido en el mundo científico y célebre por sus estudios psiquiátricos; en 1866 el papa Pío IX le encomendó la delicada misión de acompañar al castillo de Miramar á la infeliz emperatriz Carlota, viuda del emperador de México Maximiliano.

Próspero Viani, literato y filósofo italiano, bibliotecario de la Riccardiana de Florencia, catedrático y director del liceo de Bolonia y autor de notables obras, entre ellas las *Cartas filológicas y críticas* y los estudios sobre Leopardi.

Emilio Behnke, sabio alemán que se dedicó á estudiar el canto desde el punto de vista de la investigación científica, y en unión del célebre laringólogo Lennor Browne escribió la notable obra inglesa *Voice, Song and Speech*

Isidoro, metropolitano de Novgorod, San Petersburgo y Finlandia y presidente del Santo Sínodo, ó sea de la más alta institución de la iglesia griega-ortodoxa.

Arturo Brensing, director de la Escuela de Náutica de Bremen, famoso náutico, autor de una porción de importantes obras relativas al arte de navegar

Edmundo Lepuie, notable paisajista francés.

Ernesto Renán, profesor de la lengua semítica en el Colegio de Francia, de París, miembro de la Academia, autor de la *Vida de Jesús*, *Historia de los orígenes del Cristianismo*, *Los Apóstoles*, *El Antecristo*, *Historia de Israel* y tantas otras obras que le han dado fama universal de pensador profundo y escritor elegante.

Héctor Cremieux, célebre autor dramático francés: fué quien inició el género bufo que tan en boga está todavía; siendo debida á su pluma la letra de las operetas *Orfeo en los infiernos*, *Canción de Fortunio*, *Aladino*, *Genoveva de Brabante*, *El pequeño Fausto*, *La bella perfumista*, etc.

NUESTROS GRABADOS

El capitán Guillermo Andrews. – Cuando hace mes y medio circuló la noticia de que el vapor transatlántico *Veracruz* había encontrado en alta mar un pequeño barco tripulado por un solo hombre que dijo haber salido del puerto de Atlantic City (Estados Unidos) en aquella embarcación y que en ella se proponía llegar hasta Huelva para concurrir á las fiestas del Centenario, no fueron pocos los que creyeron que se trataba de una filfa; sin embargo el hecho era cierto en todas sus partes, y en la tarde del 27 del próximo pasado septiembre el intrépido navegante capitán Andrews hacía su entrada triunfal en aquella ciudad andaluza, cuyos habitantes le dispensaron una acogida entusiasta sobre toda ponderación.

Imposible es detallar las peripecias de este viaje sin más precedentes que los verificados por el mismo navegante en otros botes llamados *Mermaid*, *Nautilus* y *Dark Secret*, análogos al *Sapolio*, que así se llama el que ahora tripula. Únicamente diremos que salió del citado puerto el día 20 de julio último, y que en el diario de su viaje aparecen consignados accidentes sin cuento que más de una vez pusieron á la embarcación en peligro de zozobrar. Durante la travesía encontró varios buques de distintas nacionalidades, de los cuales recibió algunas vituallas y por los cuales puede comprobarse la veracidad de todas sus anotaciones.

El capitán Andrews tiene cuarenta y nueve años, es hombre corpulento, de buena presencia, simpático, de barba entrecana, cabello rubio, ojos azules vivos y penetrantes. En su actual viaje es corresponsal del *Boston Herald* y del *New York World* y representa á la fábrica del jabón *Sapolio*, para la cual esa temeraria empresa constituye un monumental reclamo: es además experto marino, como lo acaba de probar del modo más elocuente, y valeroso soldado, según lo atestigua la cruz que adorna su pecho y que á costa de tres heridas conquistó durante la guerra de 1861 á 1865. Dice que ninguna idea de lucro le ha movido á venir á España, pues así como en los anteriores viajes explotó la exhibición de su pequeño bote, ahora está éste en el muelle de Huelva á la vista del público; no piensa regresar á América en el *Sapolio* porque el invierno no es estación favorable para navegar en él; pero está dispuesto á realizarlo si alguien hace alguna apuesta, y añade que la soledad en los mares no le es molesta, porque creyendo firmemente en Dios se encomendaba á él con frecuencia, no sólo en los momentos de peligro, sino también en los de completa calma. Ha llegado á Huelva, donde es objeto de toda suerte de distinciones, con la salud bastante quebrantada, hasta el punto de que al salir de América pesaba 210 libras y ahora sólo pesa 145.

El *Sapolio* es un bote de lona de algo más de 14 pies de eslora y pesa 100 kilogramos.

Batalla de Vélez-Málaga, bajo relieve de don Mariano Benlliure. – Si el genio de Benlliure no fuese de los que con igual maestría ejecutan todos los géneros escultóricos, pudiera decirse que su especialidad son los relieves: en éstos nadie aventaja y pocos igualan á nuestro ilustre compatriota, pues como pocos vence las grandísimas dificultades que el género entraña. En el que hoy reproducimos y que forma parte del monumento erigido en Granada para conmemorar la conquista de esa ciudad y el descubrimiento de América, parece haberse complacido en amontonar cuantas la imaginación puede concebir para darse el gusto de vencerlas, resultando de su labor una joya artística digna de los grandiosos sucesos que el monumento en que ha de ser colocado conmemora, y merecedora de la universal y justa fama alcanzada por el que tantas maravillas con su cincel ha creado.

Las últimas excavaciones en Pompeya. – El último descubrimiento notable hecho en las excavaciones de Pompeya, del cual dimos cuenta en la *Miscelánea* del número 557, es el de la casa que reproducimos, cuya arquitectura difiere del estilo pompeyano común, pues es una arquitectura mixta, más bien griega que romana. Las partes hasta ahora descubiertas son el peristilo, el atrio, las habitaciones laterales y detrás del peristilo el baño, la cocina y los cuartos del servicio. La entrada principal de la casa no ha sido todavía encontrada, suponiéndose que está á algunos metros de distancia, en el trozo de la calle de Mercurio, que se prolonga por debajo de la finca perteneciente á un particular, el Sr. Dell' Aguila, que cubre casi una tercera parte de la antigua Pompeya y que confina con la isla 2.ª de la región 5.ª, donde se ha verificado el hallazgo, finca que indudablemente adquirirá el Estado italiano á fin de poder emprender en grande escala nuevos trabajos. Las cuatro columnas del atrio son estriadas y están delicadamente esculpidas y estucadas: los capiteles que las coronaban y que hoy aparecen derribados, como algunos otros fragmentos de aquéllas, son de elegante estilo corintio. Entre el atrio y el peristilo había una puerta de madera, de la que sólo se ha encontrado la parte inferior. Los pavimentos están cubiertos de hermosos mosaicos y las habitaciones adornadas con pinturas al fresco, casi todas en mal estado, exceptuando dos que representan á Hércules y los Pigmeos.

El «Foudroyant,» uno de los antiguos buques almirantes de Nelson. – El Almirantazgo inglés acaba de vender á un mercader alemán por unos miles de pesetas este buque que tan alto puesto ocupa en la historia naval de Inglaterra. Construído expresamente para servir de buque almirante á Nelson, en él ganó el gran marino la batalla del Nilo, con él capturó en enero de 1800 al buque francés *Le Genereux* y en marzo del propio año al *Guillermo Tell*, y dirigió las más memorables campañas navales de los tiempos modernos. La venta del *Foudroyant* dice bien poco en favor del sentimiento patriótico de los ingleses, que bien pudieran haber adquirido por suscripción ese navío y conservarlo como preciosa reliquia antes de consentir que manos extranjeras lo convirtieran en astillas.

Meditación, cuadro de Fernando Heilbuth, existente en el Museo del Louvre. – El malogrado pintor Heilbuth estaba tan orgulloso de este cuadro que lo conservó en su taller hasta su muerte, acaecida en 1889, y en su testamento lo legó á los museos nacionales. Actualmente ocupa un puesto de honor en el Louvre, donde es contemplado, no sólo por el admirable modo como está pintado, sino por algo misteriosamente triste que encierra, por cierta tristeza, por decirlo así, tan moderna que su sola contemplación impulsa á la meditación y á la melancolía Heilbuth, nacido en Hamburgo en 1826, naturalizóse como súbdito de Francia durante la guerra de 1870 y 1871, habiendo sido nombrado oficial de la Legión de Honor en 1889. Nuestros suscriptores conocen ya algunas de sus obras, entre ellas *Watteau y su amada*, *Una excursión por el lago* y *En Bas Meudon*, que hemos publicado en los números 441, 454 y 540 de este periódico.

El beso, grupo escultórico de Van der Straeten. – Nadie iguala á este artista belga en la reproducción de esas figuras graciosas, elegantes, que nos recuerdan aquella época de la historia de Francia en que la frivolidad parecía ser la soberana que reinaba en las costumbres: hay en todas ellas vida, todas respiran alegría, el efecto que todas producen en quien las contempla es el de un plácido bienestar, y si no emocionan profundamente, hácese sentir con dulzura la belleza que atesoran. Varias de sus obras son conocidas de nuestros lectores por haberlas reproducido en sus páginas La Ilustración Artística: *El beso*, que hoy publicamos, es un grupo digno de figurar entre los mejores trabajos de su autor, cuyo talento artístico se revela en los menores detalles de la escultura.

Retrato de la Reina Regente D.ª María Cristina y de D. Alfonso XIII, cuadro al óleo pintado por D Francisco Masriera, por encargo del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona. – Francisco Masriera, en quien parece como si se hallaran reunidas armónicamente las dotes del artista y la habilidad del artífice, acaba de producir una nueva obra, que supera, por su mérito é importancia, á cuantas hasta ahora han brotado de su paleta. Nos referimos al gran lienzo en que de modo tan elegante como magistral hállanse representados el retrato de la Reina Regente D.ª María Cristina y de su augusto hijo D. Alfonso XIII, que encerrado en riquísimo marco de bronce ha sido colocado en el nuevo salón de sesiones del ayuntamiento de nuestra ciudad, que acaba de inaugurarse. Y preciso es convenir que el cuadro del Sr. Masriera es el verdadero complemento del suntuoso consistorio, en el que los artífices catalanes han podido dar muestra de su habilidad é inteligencia. Sobre el fondo granate de flordelisado tapiz, en cuyo tercio superior campea el real escudo de España ostentando el yelmo con lambrequines que caracteriza el blasón de Carlos V, destácase, severa, noble, simpática y distinguida la figura de la Reina Regente, que vistiendo elegante y riquísimo traje de delicados tonos, apoya su mano en el hombro del rey niño, que á su vez viste una marinera de terciopelo morado, sobre cuyo blanco cuello distínguense los áureos eslabones del collar del toisón de oro. Este, como todos los cuadros de Masriera, cautiva no sólo por la riqueza de sus pormenores y la belleza y elegancia de las líneas, sino que sorprende por su encantadora plasticidad y por la finura y morbidez de las carnes, que nadie como él sabe interpretar, ya que cada figura, como el todo que las atavía y embellece, revela un singular conocimiento de la técnica del arte, exquisito gusto y sentimiento de lo bello. Cierto es que algunas veces extrema un tanto la belleza; pero aun así, y dando como cierta esta propensión, este empeño del pintor, resulta siempre que descuella en sus obras por su maestría, tanto en el esbozo como en el colorido agradable, elegante en las líneas, de suavísimos y delicados tonos, y lo preferimos tal como es, más artista que asimilador, no convertido en máquina fotográfica para reproducir fielmente la naturaleza, sino al hombre que sintiendo el arte, embellece cuanto transporta al lienzo, dejando en él indelebles huellas de su inteligencia.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. — ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

El barón era muy conocido, los veraneantes se consideraban honrados con su trato y los campesinos con saludarlo.

Es verdad que, especialmente en las aldeas, se llega á la exageración por lo que respecta á los foras-



— Tomad, aprovechaos también vosotros, les dijo.

teros: ó se les rodea de cierta aureola poniéndolos muy por encima de las personas de la misma población y de condición igual, ó basta que sean desconocidos para tenerlos por aventureros, y nadie se ocupa de ellos, dejándolos aislados. No sucedía esto último con el barón; apenas se presentó, los aldeanos se quitaron el sombrero saludándolo respetuosamente, y muchas de las personas que allí veraneaban se acercaron solícitas á estrecharle la mano.

El barón y sus acompañantes se detuvieron un momento á ver los regalos expuestos, y Sofía dijo que quería comprar el cordero; la condesa de la Somasca optó por un hermoso cesto de uvas, y el conde, siempre galante, se mostró deseoso de comprar lo que apetecían las señoras.

Al poco rato llegó el subastador y comenzó la puja de los regalos.

— Aquí tienen ustedes un hermoso pavo, gritaba; cinco liras vale.

— Seis, gritó una voz.

— Siete, ocho, nueve.

— Nueve á la una, nueve á las dos.

— Diez, dijo una vocecita de mujer.

Y se le adjudicó el pavo.

Otros vendedores de buena voluntad se habían prestado á dar su ayuda para que la subasta no durase tanto, y recorrían la plaza llevando levantados los canastos de frutas y de dulces y gritando: «Cuatro á la una, cinco, seis; dos á la una, siete á las dos, ocho á las tres,» etc., resultando de aquí una algazara, una competencia á quién más ofrecía, un arrebatarse los cestos de las manos en medio de estrepitosas y alegres carcajadas.

Los campesinos aventuraban á veces tímidamente alguna modesta oferta, pero debían ceder á las bolsas mejor provistas.

Cuando llegó la vez á la subasta del cordero, entablóse por un momento una lucha encarnizada que llamó la atención de los espectadores; el barón, sabedor del deseo de su hija, no quiso ceder, y el cordero llegó á costarle veinte liras; pero tuvo su compensación en el apretado beso que le dió la niña y en contemplarla alegre y contenta.

Concluída la venta de los regalos, la escena cambió de aspecto; la gente se fué diseminando, formáronse corrillos y todos se pusieron á hablar de los incidentes del día. Sofía estaba embelesada con su corderillo y le colmaba de caricias y besos.

La condesa Bice de la Somasca se había sentado sobre la hierba al pie de un arbusto entre dos grandes cestos de uva, rodeada de muchas señoras y caballeros, á los cuales distribuía aquellos hermosos y dorados racimos, que todos comían con igual gusto, hablando placenteramente.

No paraba un momento para hacer los honores de los dos canastos de uva.

— Toma, decía á su marido; mira qué racimo tan hermoso, parece el de la Tierra prometida. Y tú, Elvira, ¿por qué no comes?, añadía dirigiéndose á la institutriz; ven, siéntate aquí, á mi lado; este racimo es magnífico y vamos á comerle juntas, como buenas amigas. Y usted, barón, se está usted ahí mano sobre mano: ¡qué vergüenza! Tome usted y coma sin compasión; la uva no es alimento animal. Sofía, ven acá, deja en paz el cordero y come; señores, vayan ustedes cogiendo: esta uva ha de desaparecer aquí mismo; no quiero llevarme ni un grano á casa.

Pero por más que exhortaba, por más que estimulaba á sus amigos, la uva iba disminuyendo, es cierto, mas siempre quedaba en gran cantidad.

Alrededor de aquel grupo había una muralla de chiquillos, mirando con la boca abierta lo que hacían los señores, y tan pronto echaban una ojeada al cordero de Sofía como contemplaban los esfuerzos de la condesa Bice por acabar la uva. Cuando ésta vió que la tarea se prolongaba demasiado, y tanto que por su parte estaba ya saciada, se le ocurrió la idea de echar á los aldeanitos los racimos que quedaban.

— Tomad, aprovechaos también vosotros, les dijo.

Y empezó á dispararles una granizada, primero de uvas sueltas y luego de racimos.

Los muchachos se apartaban al pronto para resguardarse de aquella lluvia, pero muy luego se lanzaron en persecución de los racimos, gritaban, se los arrebataban de las manos; era una verdadera batalla, y la condesa se reía con tal gusto como si no se hubiese divertido tanto en su vida.

La alegría es contagiosa; poco á poco se fué apoderando de toda aquella gente y de todos los grupos, y cuando regresaron á sus casas todos estaban contentos y satisfechos de tan hermoso día.

Elvira al volver á la quinta iba al lado de la condesa Bice y le decía:

— Con tu alegría has logrado disipar mis tristes pensamientos; si vinieses por aquí más á menudo, mi melancolía acabaría por desaparecer; pero te veo tan de tarde en tarde...

— Tengo tanto que hacer; y además, ¿qué diría el barón?

— Nada, porque tiene mucho gusto en verte; si vieras lo contento que se puso cuando supo tu llegada... Siempre está hablando de ti, y cuando sucede algo agradable, dice: «¡Si estuviese aquí la buena condesa Bice!»

— Y probablemente añadirá: «Esa mujer tan original,» ¿no es cierto?

— Sí, á veces.

— La verdad es que cuando estoy en el campo me siento más alegre, paréceme que soy otra y me convierto en una especie de bufón. ¡Pobre de mí si mi señor suegro me viese! Él, que quisiera que todos estuviéramos siempre tiesos, graves, por el decoro de la familia: creo que el descender de una familia ilustre no es inconveniente para que una se divierta honestamente siempre que pueda. Pero mira á Sofía, no deja el cordero un minuto como si temiera que se lo robasen, hasta el punto de rendirse por tirar de él por esa cuesta tan empinada.

— Cuando se encariña con una cosa, se entrega á ella en cuerpo y alma; no hay quien se lo pueda impedir. ¡Es tan buena!, contestó la institutriz.

Hablando de esta suerte llegaron á la quinta, á cuya puerta salió un criado para entregar una carta á Elvira.

— Ha llegado esta mañana, poco después de haber salido ustedes, dijo.

— Es de la directora del colegio donde tengo á Laura, dijo Elvira; sin duda me dará noticias suyas; sentémonos aquí.

Y sentándose en el primer asiento que encontró en el vestíbulo, abrió la carta.

La condesa se puso á pasear para no molestarla; pero mirando al poco rato casualmente á su amiga, se quedó estupefacta al ver cuán demudado tenía el semblante.

—¿Qué tienes, Elvira?, le dijo; ¿qué noticias has recibido? ¡Dios mío! ¿Te pones mala?

Elvira no podía hablar; estaba sin expresión en el rostro y con los ojos vidriosos; parecía una difunta.

La condesa se acercó á ella, y cogiéndole la carta le dijo:

—Dispénsame, pero quiero ver lo que es esto; no puedo estar con semejante incertidumbre.

En seguida leyó la carta, que decía así:

«Estas líneas la causarán á usted la mayor desesperación; pero puede usted creer que también nosotras estamos profundamente contristadas.

»El otro día, después de marcharse usted, se presentó un caballero preguntando por Laura, diciendo que era su padre y añadiendo que no teníamos derecho para negársela.

»Cumpliendo la recomendación que me había usted hecho, no permití que la viese.

»Ayer, cuando salieron todas las niñas para dar su acostumbrado paseo, aquel hombre apareció no sé por dónde, y amenazándonos con un revólver se lanzó entre nosotras, se apoderó de la niña y huyó llevándosela consigo.

»Confieso que, al verle armado, perdimos todas la cabeza; pero cualquiera habría hecho lo mismo en nuestro lugar; sin embargo, no hemos perdido un momento y he ido á dar parte de lo sucedido á la policía, y aunque aquel hombre haya partido en seguida, los agentes están sobre su pista.

»Aviso á usted lo ocurrido porque es mi deber; pero creo que conseguirán detenerlo y que todo acabará con un poco de zozobra. Esté usted persuadida de que haremos todo lo posible por recobrar á la niña; anímese usted y tengamos confianza.»

La condesa había terminado la lectura, y la institutriz seguía aún inmóvil en el mismo sitio, sin poder hablar todavía.

—Vamos, Elvira, le dijo la condesa abrazándola, ten valor y esperanza.

—¡Esto es ya demasiado!, dijo entre sollozos la infeliz mujer.

Y se echó en brazos de la condesa prorrumpiendo en deshecho llanto.

—Sí, llora, Elvira, eso te hará bien, le decía la condesa.

Al ver su rostro acongojado y las delicadas atenciones de que colmaba á su desgraciada amiga, nadie hubiera creído ver en ella á la que pocos momentos antes, sentada en la hierba, sabía infundir en todos tanta alegría.

Los sollozos de Elvira partían el corazón.

—¡No tenía más que á ella en el mundo, era mi único consuelo y me la han robado! ¿Qué daño he hecho, Dios mío, para que se me castigue tan cruelmente?, exclamaba.

—No te desesperes; ya verás qué pronto recobras á tu hija, le decía su amiga.

—Pero ¿cómo?, respondía aquella madre desconsolada. ¡Dímelo; no sé nada: yo pierdo la cabeza!

En tanto se habían acercado el barón y el conde y todos á porfía procuraban consolar á la pobre mujer; pero ella no podía sosegarse; parecía loca.

—Apostaría algo, dijo el barón, á que la ha robado para sacarla á usted dinero; de lo contrario, esa niña sería embarazosa para él. Créame usted; pronto tendremos noticias de ella. Ofrecerá devolvérsela á usted si le entrega alguna cantidad; los hombres como él no conocen más móvil en todos sus actos que el dinero.

—¡Ah! ¿Conque no cree usted que la haya matado?, preguntó Elvira queriéndose asir con todas sus fuerzas á aquella leve esperanza.

—Claro está que no lo creo; ¿qué conseguiría con ello? Que lo metieran en la cárcel y perdiera su libertad: esté usted segura de que esos hombres no cometen tales necedades; lo único que ve en ella es un manantial de lucro.

—Sí, pero conozco su carácter vengativo, y es capaz de hacerla padecer, de matarla por vengarse de mí.

—Si la venganza no le costase nada, puede ser que lo hiciera; pero tranquilícese usted; su hija vive; he dicho y repito que él se expondría mucho si le hiciese algún daño.

... se apoderó de la niña y huyó llevándosela consigo

Al ver la seguridad del barón y de los demás que confirmaban aquellas palabras, Elvira se tranquilizó un poco.

—Pero ¿qué se debe hacer?, preguntó.

—Por ahora nada más que confiar en la autoridad. Escribiré al gobernador, al jefe de policía, enviaremos todos los datos posibles para que puedan dar con él, y luego de un modo ó de otro obligaremos á ese hombre á devolver la niña.

—Pero entretanto ¿he de estar con los brazos cruzados? Es imposible; necesito moverme, ir, venir, hacer algo, volver á abrazar á mi hija: ¿saben ustedes que esto es horrible?

—Oiga usted, dijo el barón con tono de autoridad; es usted muy dueña de hacer lo que mejor le parezca; todo cuanto hace una madre cuando se trata de su hija es disculpable; pero le aconsejo que tenga un poco de paciencia; quizás mientras vaya usted de acá para allá buscándola, ella misma le escribirá ó quizás reciba usted noticias suyas: además, ¿adónde quiere usted ir? ¿Tiene usted algún indicio acerca del punto donde puedan habérsela llevado?

—No.

—Pues entonces, ¿qué puede usted hacer, pobre señora? El mundo es muy grande: ¿adónde irá usted?

—Adonde me dirija mi corazón.

—Déjese usted de romanticismos inútiles; lo que se requiere son medidas positivas, prácticas. Su corazón de usted podrá encaminarla á Poniente, mientras la niña viaja por Levante; créame usted; por el momento no debe usted hacer nada.

—Sí, tiene usted razón, me estaré quieta; pero al menos permítame usted ir al colegio para averiguar cómo ha ocurrido el lance con todos sus pormenores.

El barón, á fuer de conocedor profundo del corazón humano, comprendió que Elvira necesitaba dar en aquel momento el paso que considerase más á propósito para recobrar á su hija, de suerte que aplaudió la idea de que fuese al colegio.

—Sí, esas averiguaciones podrán sernos útiles; se informará usted de todo, el traje que llevaba Laura cuando la robaron, cómo iba vestido su padre; en una palabra, de muchos detalles que servirán para ponernos sobre su pista; esto me parece bien y lo apruebo; anímese usted y tenga usted la seguridad de que la secundaré en todo; pero considere al propio tiempo que es infructuoso obrar con demasiada precipitación; es preferible hacer las cosas con calma, y sobre todo descansar hoy. Esté usted cierta de que su hija no corre ningún peligro; es un rehén demasiado precioso para que él se atreva á maltratarla.

—Sí, pero la niña llorará, padecerá, sufrirá mucho.

—Es una criatura y no comprende aún ciertas cosas; él le habrá dicho que es su padre, que ha regresado de un largo viaje y quiere tenerla á su lado; y ella le creerá, porque á su edad se cree todo, y entretanto se distraerá viendo cosas nuevas, otras gentes... Estoy seguro de que es usted sola la que se lamenta, y que la niña se divierte convencida de que la verá á usted pronto.

—¡Ojalá!, exclamó la atribulada Elvira.

Pero por más que hacía para creer lo que le decía el barón, no podía desechar el inmenso temor que la abrumaba.

Había momentos en que se figuraba que su hija recorría la tierra acompañada del hombre que, aunque indigno, al fin era su padre, y le parecía imposible que éste la hiciese padecer al verla tan bonita y cariñosa, con aquella carita que pedía besos; pero otras veces, pensando en la crueldad de aquel hombre, no podía estar tranquila y casi deseaba que su hija se muriese antes que sufriera estando mucho tiempo en su poder.

Pasados aquellos primeros momentos, se retiró á su cuarto, y se quedó en él todo el día, alegando que no se encontraba bien para no bajar á la hora de comer.

Había en la quinta convidados algunos forasteros que residían accidentalmente en las cercanías, y así el barón como la condesa Bice, que aquel día hacía los honores de la casa, tuvieron que afectar una serenidad y una alegría que estaban muy lejos de sentir; pero no les estaba bien entristecer á los convidados contándoles la lamentable historia de la institutriz. Pusiéronse, pues, á hablar, á reir, á tocar el piano, como si no les preocupase otra cosa; sin embargo, Sofía, cuando acabó de comer, corrió al cuarto de Elvira, á la que dijo dándole un beso:

—Me han dicho que estás mala y he venido á hacerte compañía: abajo pueden divertirse sin mí. ¿Por qué lloras? Mira, también me haces llorar; y se enjugaba con la manecita una lágrima que le corría por la mejilla. ¿Te han dado algún disgusto? Dime quién ha sido, que quiero castigarle.

—Sí, Sofía, hoy he tenido un gran disgusto; pero tú no puedes hacer nada por mí; te agradezco mucho tu visita, y ahora vete á jugar.

—No tengo ganas, porque me has dicho que estás disgustada y prefiero quedarme contigo.

– ¿Y tu corderito?

– No necesita nada; le he dado ya de comer; me estaré á tu lado, así, con mi cara junto á la tuya; creerás que tienes aquí á Laura, como aquel día que fuiste á verla y volviste tan alegre.

Elvira exhaló un gran suspiro recordando aquel día.

– Apuesto á que Laura vendrá pronto; así podré verla. ¿Estarás contenta entonces?

– ¡Si estaré contenta, hija mía! Creo que me moriría de alegría.

– Vendrá, vendrá; ya lo verás; estoy segura.

Estas palabras, salidas de los inocentes labios de aquella niña, sonaron en el oído de Elvira como una profecía y quiso darles crédito: tanta es la necesidad que en ciertos momentos tenemos de creer algo, por más que nos parezca imposible.

– Pero ¿crees de veras que vendrá aquí?, preguntó á Sofía.

– Sí; he soñado muchas veces con Laura, y anoche mismo me parecía que estaba corriendo con ella por el jardín.

– ¡Si supieses cuánto bien me hacen esas palabras!

– Pues entonces siempre que sueñe con Laura te lo diré; temía que te desagradase, porque ella no está aquí con nosotros; pero si quieres, te hablaré siempre de ella.

– Sí, háblame, hija mía; me complace mucho.

Y pasaron gran rato abrazadas hablando de Laura, comentando lo que harían cuando viniese á la quinta, embebiéndose por tal extremo en aquella conversación que les parecía imposible que no pudiera realizarse en breve tiempo.

Era una ilusión; pero la pobre madre se aferraba á ella como si fuese una realidad, con la misma insistencia con que el náufrago se ase á una tabla que puede depararle la salvación de su vida.

Al día siguiente Elvira marchó al colegio y anduvo con el corazón destrozado el mismo camino que pocos días antes había recorrido llena de esperanza; pero había resuelto tener ánimo y estar tranquila para no comprometer su causa.

La directora del colegio la recibió con lágrimas en los ojos y le refirió varias veces todo lo sucedido aquel día fatal.

Elvira la escuchaba sin pestañear, sin derramar una lágrima; pero de vez en cuando exhalaba un suspiro tan lastimero, que revelaba toda la amargura que había en el fondo de su alma.

Lo escribió todo con minuciosa exactitud, sin olvidar la descripción del vestido que llevaba la niña y el de su padre; luego pasó á la oficina de policía para comunicar los detalles reunidos y rogar que le dijesen lo que supieran sin ocultarle nada.

El empleado encargado de las indagaciones referentes á la niña la recibió bien y le dijo que había despachado agentes en persecución de aquel hombre.

– Pero ¿hasta ahora no hay ninguna noticia?, preguntó Elvira.

– Ninguna precisa; alguna noticia vaga, hipotética, pero nada más.

– Dígame usted todo cuanto sepa; no me oculte usted nada, nada.

– Pues bien, contestó el empleado con la sangre fría del que está acostumbrado á experimentar las más fuertes emociones sin conmoverse, ante todo hemos telegrafiado á la frontera suiza, y nos han contestado diciendo que, en efecto, habían visto á un individuo cuyas señas corresponden con las de su marido de usted; pero iba solo.

Elvira perdió el color.

– ¡Dios mío!, exclamó, ¿y mi hija?

– No debe ser él; mi agente se habrá equivocado; hace poco he recibido un telegrama diciendo que un hombre de patillas negras, acompañado de una niña que llevaba un vestido gris, han entrado en Milán; tal vez sea nuestro hombre; pero se requiere tiempo para cerciorarse de ello: comprendo la impaciencia de usted; pero hay que proceder con tino, y la precipitación en estos casos lo frustra todo.



... vió pasar á su mujer llevando una niña de la mano

– Con tal que mi hija no corra ningún peligro y puedan ustedes encontrarla...

– Pierda usted cuidado: hay muchas personas que se interesan por usted y está usted muy bien recomendada; por mi parte haré cuanto pueda por serle útil, y si necesario fuese, yo mismo saldré en seguimiento del fugitivo y le aseguro que muy pronto podré decir á usted algo.

Así diciendo, despidió á Elvira, que represó á la quinta tan desanimada como antes, no sabiendo si debía confiar ó temer.

VIII

Ernesto Berletti era uno de esos seres que necesitan tener á su lado alguien á quien atormentar y en el que desahogar su mal humor. Egoísta, brutal, holgazán, había sido, cuando niño, la desesperación de sus padres, como más adelante lo fué de su mujer. Hombre sin dignidad ni carácter, no carecía de cierto ingenio, y según su modo de ver las cosas, bastaba no tener vergüenza para hacer fortuna en este mundo.

Mientras estuvo en la cárcel no pudo perdonarse el haberse dejado coger tan neciamente, y pensaba nuevas estratagemas y aguzaba el ingenio para volver á entrar en la sociedad cuando saliera de la cárcel y hacer olvidar su condena.

«El mundo es grande, pensaba, y si consigo adquirir alguna riqueza, todos se me quitarán el sombrero, y nadie sabrá que he estado unos años en la cárcel; la riqueza deslumbra y lo hace olvidar todo. Solamente me será preciso no caer otra vez en tales lazos, porque eso sería mi muerte: en adelante habré de procurar ganarme la vida honradamente ó al menos salvar las apariencias.»

Y en el sosiego de la prisión forjaba planes sobre planes á fin de poder realizar sus propósitos tan luego como saliese en libertad.

Necesitaba hacer nuevamente fortuna, pero esto no le preocupaba; considerábase ya formal; había adquirido experiencia; en la cárcel se había acostumbrado á prescindir de muchas cosas, y conocía que si lograba hacerse rico no tiraría el dinero por la ventana como en los pasados tiempos, sino que procuraría conservarlo y multiplicarlo; quería acabar bien su vida y sepultar las memorias del pasado; rico, podría hacerlo olvidar; pobre, lo despreciarían todos, y esto no le convenía.

Conforme se acercaba el tiempo de salir de la cárcel, hacía más castillos en el aire sobre el modo de poder ganar pronto el primer millar de liras; era lo más difícil, pero de lo que debía depender todo su porvenir.

Dada su posición, no le era muy fácil ir por el camino llano y honrado; pero era audaz, y para probar su suerte decidió jugar.

Cuando salió de la cárcel tenía unas cuantas liras en el bolsillo y fué á jugarlas á Montecarlo.

Sonrióle la fortuna, ganó una regular cantidad y tuvo la prudencia de no tentar más tiempo la suerte: recogió su dinero y se marchó sin volver la cabeza por temor de que le diesen tentaciones de volver al juego.

Con el dinero que había ganado podía emprender algún negocio y aumentarlo, pero antes de empezar su nueva vida pensó que su mujer debía estar en alguna parte.

Nunca la había querido, pero le complacía tenerla como víctima, y además le mortificaba la idea de que mientras él estaba preso, ella podía haber disfrutado libremente de la vida y quizás se considerase feliz por haberse separado de él, y tuvo curiosidad de saber al menos qué había sido de ella.

Era un capricho que deseaba satisfacer en seguida. Verdad es que desde que entró en la cárcel no supo nada de su mujer ni de su hija, pero poseía cierta clarividencia que lo guiaba á averiguar lo que quería saber sin hacer el más mínimo esfuerzo.

Sabía que su mujer era muy amiga de la condesa Bice; estaba convencido de que no se habría quedado en Florencia después de su proceso y presumió que se habría ido á Milán ó á sus cercanías y vuelto á usar su nombre de soltera. Partióse, pues, para aquella ciudad, seguro de que si su mujer había estado allí lo averiguaría, porque era una joven que por su belleza no podía pasar inadvertida.

Como se ve, no iba descaminado, y aun tuvo la suerte de trabar conocimiento en el viaje con don Carlos, el cual charlatán sempiterno le habló del lago de Como, adonde se dirigía, del barón de Sterne, de la quinta donde el barón vivía hacía unos tres años, y añadió que éste tenía una institutriz muy guapa.

Ernesto se interesó poco por el lago y mucho por la institutriz, tanto que rogó á su nuevo amigo que se la describiese minuciosamente.

Este se prestó de buen grado á hacer verbalmente el retrato de la joven.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA TERAPIA VIBRATORIA

Entre todos los métodos, más ó menos extravagantes en apariencia, aplicados al tratamiento de las enfermedades nerviosas, pocos habrá más originales



Fig. 1. Modo de usar el casco vibrante

que el empleado hace algún tiempo en la Salpetriere por el profesor Charcot: nos referimos al tratamiento por las vibraciones mecánicas.

Existe una enfermedad grave del sistema nervioso caracterizada por un incesante temblor de las manos, por la actitud inclinada del cuerpo y por un modo de andar extraño, en el que parece que el enfermo va á precipitare al suelo de cabeza. Esta enfermedad es la parálisis agitante, llamada también enfermedad de Parkinson, especie de neurosis dolorosa que priva de todo reposo y del sueño al infeliz que la padece. Hacía algún tiempo que M. Charcot sabía, por habérselo así manifestado algunas personas atacadas de esta dolencia, que experimentaban notable alivio en los largos viajes en ferrocarril ó en coche: cuantas más trepidaciones producía en los compartimientos el tren lanzado á toda velocidad, cuantos más saltos daba el coche al correr sobre un empedrado desigual, tanto mayor era el alivio que sentían. Después de un viaje de un día, encontrábanse mejor y experimentaban un inexplicable bienestar, y uno de estos enfermos había concebido la idea de hacerse conducir horas enteras en un pequeño y pesado carretón. Al revés de todos los viajeros, los paralíticos de Parkinson se encontraban al descender del vagón más ágiles y

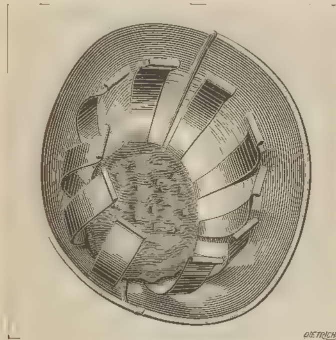


Fig. 2. Vista interior del casco vibrante

en mejor disposición que al comenzar el viaje, y cuanto más largo era éste y cuanto peor era el estado de la línea, más duradera era su mejoría.

Estas manifestaciones recogidas por diversos conductos no cayeron en saco roto, sino que fueron para M. Charcot el punto de partida de una de las más curiosas aplicaciones terapéuticas. No había que pensar en hacer que los enfermos estuvieran siempre viajando en ferrocarril ó pasasen el día metidos en los ómnibus; por esto M. Charcot mandó construir un sillón animado de un movimiento de vaivén por medio de una cabria eléctrica. Estos movimientos provocan una serie de trepidaciones muy fuertes y son análogos al de la tolva que sirve para tamizar las materias industriales. Para una persona sana, nada más insoportable que estas sacudidas que derrengan el cuerpo y revuelven las entrañas; así es que al medio minuto de experimentarlas hay que pedir gracia for zosamente; en cambio el enfermo puesto en el aparato se siente tan á gusto como nosotros en un mullido sofá, y mejor se encuentra cuanto más se le sacude, hasta el punto de que después de una sesión de un cuarto de hora ya es otro hombre: sus miembros han recobrado la tranquilidad, la fatiga ha desaparecido y la noche siguiente el sueño es perfecto.

El tratamiento por las vibraciones mecánicas no se limita á esta sola enfermedad, sino que es, al parecer, aplicable á un gran número de esas perturbaciones nerviosas más ó menos bien definidas que ofrecen su conjunto más completo en la neurastenia. Mucho antes del invento del sillón trepidante, el doctor Vigoroux había sometido á los histéricos á las vibraciones de un enorme diapasón, curando por este procedimiento las anestesias y las contracturas. Otros médicos, Boudet de París, Mortimer-Granville, aplicaron las cañas vibratorias al tratamiento de las neuralgias, especialmente de la facial, y de las jaquecas. Mortimer-Granville había inventado un pequeño percutidor eléctrico, análogo al martillito de los timbres eléctricos, que se aplicaba sobre el punto doloroso: bajo la influencia de ese choque repetido centenares de veces en un muy poco tiempo, el mal cedía.

Este método ha sido, desde hace algún tiempo, notablemente perfeccionado por un discípulo de M. Charcot, el doctor de la Tourette, quien, con la colaboración de dos colegas muy versados en asuntos de electroterapia, los Sres. Gautier y Larat, ha hecho construir un aparato para el tratamiento de las jaquecas y de las cefaleas nerviosas, el casco vibrante (fig. 1) de figura parecida al antiguo yelmo y de estructura análoga al instrumento con que toman la medida de la cabeza los sombrereros, pues está formado de planchas de acero que le permiten ajustarse perfectamente á la cabeza (fig. 2). Corona este casco, á modo de cimera, un pequeño motor de corrientes alternativas de construcción particular, que da unas 600 vueltas por minuto (fig. 3), á cada una de las cuales una vibración uniforme se propaga á las laminitas metálicas y se transmite al cráneo, que éstas oprimen De este modo las paredes craneales vibran en su conjunto y estas vibraciones se transmiten naturalmente á todo el aparato cerebral. La sensación que se experimenta no es desagradable, y según la tolerancia del enfermo puede variarse el número y la intensidad de las vibraciones. El aparato produce un runrún que contribuye ciertamente á la modorra: al cabo de algunos minutos de funcionar la máquina el enfermo experimenta una especie de cansancio general, de tendencia al sueño, que produce en los que padecen de desarreglos nerviosos, en los que sufren de insomnios, una calma muy saludable.

El casco vibrante ha sido aplicado á muchísimos enfermos neurasténicos con excelente éxito en la mayoría de los casos. El procedimiento es también de buenos resultados en la jaqueca, y como este es un mal muy generalizado y para el cual no se conoce remedio de segura eficacia, es de esperar que el casco de que nos hemos ocupado llegará á ser en breve un aparato de moda.

EL DOCTOR CARTAZ

***

EL FERROCARRIL TRANSANDINO

Según parece se ha pactado recientemente una alianza secreta entre el Perú, Bolivia y la República Argentina: el telegrama que tal noticia anunciaba añadía que Chile estaba en tratos con el Brasil para firmar un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Esta segunda parte explica la primera, como vamos á procurar demostrar.

Una de las principales preocupaciones de la República Argentina, mientras se desarrollaba hacia el Norte á fin de unirse estrechamente á Bolivia, ha sido siempre encontrar una salida cualquiera al Océano Pacífico, del que está separada por la cordillera de los Andes. Por el lado septentrional se ha esforzado para resolver el problema de la doble navegación del Paraná y del Pilcomayo, asociando á sus trabajos para la solución de este importante asunto á dos sabios franceses, el malogrado doctor Crevaux y M. Thouar. Por el lado del Océano Pacífico ha encontrado la salida más sencilla, más práctica y más cómoda, cual ha sido construir un ferrocarril destinado á poner en comunicación el Atlántico con aquel Océano, desde Buenos Aires á Valparaíso.

Este ferrocarril, llamado transandino, ha sido comenzado hace muchos años por los dos extremos á la vez, y sus líneas de aproximación funcionan en bien de los intereses de ambos países: por el lado argentino puede irse desde Buenos Aires á Mendoza, y por el chileno desde Valparaíso á Santa Rosa de los Andes. Entre esos dos extremos de las líneas hasta el presente terminadas y abiertas al tráfico, media una distancia de 240 kilómetros, en la que la vía férrea no ha pasado del estado de ejecución y que constituye la parte más difícil. Mendoza se encuentra situada á una altura de 800 metros sobre el nivel del mar y Santa Rosa de los Andes á la de 820; á la mitad del camino entre ambas ciudades la cordillera de los Andes que se denomina la Cumbre alcanza una altura de 3 200 metros. La principal dificultad que habrá que vencer es la multiplicidad de obras de fábrica á que dará lugar la ejecución de esta parte de la línea, pues habra 15.360 metros de túneles, de los cuales el más largo será de 5.065 metros. Cinco compañías que proporcionan trabajo principalmente á jornaleros chilenos, italianos y austriacos se han repartido esa labor gigantesca cuya solución permitirá ir desde Buenos Aires á Valparaíso en 48 horas: actualmente se va en 38 horas desde Buenos Aires á Mendoza, esperándose que á fines del presente año la línea Buenos Aires Mendoza quedará terminada hasta 32 kilómetros de la frontera chilena y que dentro de tres

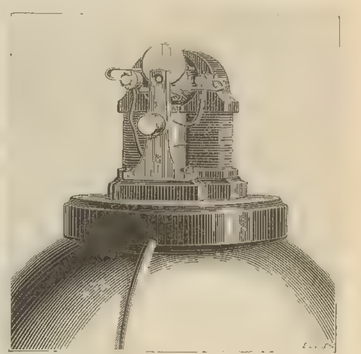


Fig. 3. Detalle del motor eléctrico del casco vibrante

años será un hecho la comunicación directa entre el Atlántico y el Pacífico.

Decir que esa vía férrea produce ya dividendos á sus accionistas sería una exageración: entre Buenos Aires y Mendoza el tráfico es aún tan insignificante que hace poco se ha suprimido uno de los tres trenes que circulaban cada semana. Créese que no será lo mismo cuando esté realizada la unión entre Buenos Aires y Valparaíso; siendo de presumir, en efecto, que las dos naciones sabrán comprender la ventaja de no tener que doblar el cabo de Hornos, ventaja de tiempo apreciable, sobre todo para los viajeros. Además el nuevo ferrocarril está llamado á prestar prandes servicios á Chile y á la República Argentina en lo que se refiere al transporte de ganados y de carbones, que son los principales elementos del comercio entre ambos países.

***

UN FAETÓN ELECTRICO

En Indianópolis se ha terminado un vehículo único en su género, un faetón construído para la Exposición de Chicago y destinado á pasear á los visitantes por los edificios y jardines de aquel grandioso certamen. Irá conducido por un guía que, colocado detrás de los dos viajeros, con una mano gobernará el sistema de dirección del vehículo y con otra cerrará ó abrirá el circuito de una pila situada debajo del asiento que hará funcionar un motor de medio caballo de fuerza: dicho guía dará, al mismo tiempo, todas las explicaciones necesarias á los viajeros del faetón, cuya velocidad máxima no excederá de 5 kilómetros por hora. El peso del vehículo con sus dos viajeros y el guía será de unos 450 kilogramos; la longitud máxima del faetón entre perpendiculares es de 1'80 metros y la anchura de 90 centímetros. El precio de locación del vehículo, guía inclusive, será de un dollar (5 pesetas) por hora.

VELOCIDAD EXTRAORDINARIA DE UN TREN

La mayor velocidad hasta ahora conseguida en los ferrocarriles ha sido la del tren inaugural de la *Philadelphia and Reading Road* que ha andado por espacio de seis minutos á razón de 144'81 kilómetros por hora. Esta velocidad enorme ha sido obtenida, como es natural, en las mejores condiciones, es decir, con un tren compuesto sólo de la locomotora y de algunos grandes vagones para viajeros, en una vía trazada en línea recta y horizontal y sobre rieles de 96 libras de peso por yarda, ó sea los de más peso usados hasta el día. La comprobación de esta velocidad la han hecho muchas personas especialistas y competentes, siendo por lo mismo su autenticidad de todo punto indiscutible. El día en que el movimiento alternativo de los pistones de la locomotora pueda ser sustituído por un movimiento de rotación continuo, podrá alcanzarse una velocidad de 200 kilómetros por hora. Según opinión de los sabios, este problema se resolverá antes de terminar el presente siglo.

MONUMENTO
Á ALFREDO KRUPP

Poco después de la muerte de Alfredo Krupp, acaecida en 18 de julio de 1887, surgió entre los empleados de sus talleres la idea de crear algo que al conmemorar su recuerdo fuese al mismo tiempo expresión del cariño, de la veneración, del respeto y de la gratitud que había sabido captarse aquél en vida, lo mismo en la esfera industrial que desde el punto de vista humanitario. Una asamblea de obreros, convocada inmediatamente después de su fallecimiento, acordó erigir por suscripción voluntaria un monumento á su difunto jefe, y antes de que transcurriera un año habíase recaudado la cantidad de 73.000 marcos (91.250 pesetas) que se consideraba necesaria, y pudo ser ya cuestión del sitio en que el monumento debía levantarse y convocarse un concurso, en el que tomaron parte 34 artistas, siendo en él vencedores los escultores Mayer y Menges, de Munich. El monumento, que fué inaugurado á las siete de la mañana del día 28 de agosto último, álzase en la calzada de Limbeck entre lindos jardincillos cerca del Bazar Krupp: conducen á él caminos para peatones que arrancan á derecha é izquierda de la calle principal y entre los cuales se extiende una escalinata de granito. Sobre un zócalo cuadrado de granito rojo, de 6 metros y medio de lado, álzase la base del monumento, que es de granito gris pulido y en forma de gradas y en cuyo centro se levanta el pedestal con dos estatuas sedentes, una á cada lado.

La estatua de Alfredo Krupp, puesta sobre el pedestal, ha sido modelada por Mayer: apóyase sobre un molde de yeso, medio cubierto por un sobretodo y en la mano izquierda, colocada en la cadera, tiene una gorra.

La figura sedente de la derecha, obra también de Mayer, es el símbolo de la Humanidad, representada por una madre con su hijo en brazos y sosteniendo en la mano derecha una rama de laurel y una hoja de pergamino, en la cual se hallan escritas estas palabras: «Que el hombre sea noble, caritativo y bueno.» La parte inferior de esta hoja descansa en el suelo y está cubierta por una rama de rosal. En el lado izquierdo y formando contraste con el anterior hay el símbolo del Trabajo, debido al escultor Menges: es la figura de un obrero de hercúleas formas, de la fábrica de Krupp, vestido, en traje de trabajo, con el martillo en una mano y la otra puesta sobre una rueda de ferrocarril y el pie izquierdo descansando sobre un cañón; junto á él hay un yunque, un compás y en un dibujo desarrollado el croquis de un cilindro de molinete.

En la cara delantera del pedestal y escrita en caracteres dorados léese esta inscripción: «Alfredo Krupp. 1812 á 1887» y debajo, en la base, «El fin del trabajo debe ser el bienestar general.» En la cara posterior se ve escrita la dedicatoria: «Dedicado por los empleados de sus talleres.»

Las figuras han sido fundidas, en tamaño de una vez y media el natural, en la fundición artística de Rupp, de Munich; los trabajos en granito han sido ejecutados en los talleres de Bentheim, según dibujos del profesor de Munich Thiersch.

Rodea el monumento una artística reja de hierro fundido, y el suelo, entre la verja y el zócalo, está pavimentado con pedacitos de mármoles de colores formando mosaico.

Tal es el monumento que los obreros y empleados de las fábricas Krupp han elevado para honrar la memoria del patrono que en vida no perdonó sacrificio alguno para proporcionarles todo el bienestar posible, creando cooperativas de consumos, construyendo viviendas y hospitales y estableciendo cajas de pensiones para los inválidos y para los que al llegar á la vejez se vieran imposibilitados de ganarse el sustento.



MONUMENTO Á ALFREDO KRUPP, obra de los escultores Mayer y Menges

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 24 de octubre de 1892 — Núm. 565

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA CUNA VACÍA, cuadro de T. G. Sampedro

CRÓNICA DE ARTE

Cuando los suscriptores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA lean esta crónica se habrán inaugurado la Exposición internacional de Bellas Artes, la Histórico-Europea, la Hispano Americana. Además se habrán descubierto las estatuas de Piquer, fundador del Monte de Piedad; la del marqués de Pontejos, de la Caja de ahorros de Madrid, ambas emplazadas en la plaza de las Descalzas, frente á los edificios de los citados Monte y Caja de ahorros; las de Ramírez de Madrid, Lope de Vega, Ventura Rodríguez y Fernández de Oviedo, que se elevan en la plaza de la Discordia, como llama mi compañero y amigo Cavia á la de Cibeles; y habrán desaparecido la andamiada que oculta el frontón de la Biblioteca y los cajones en que se hallan enchiquerados el Rey Sabio, Vives, Lope de Vega, Nebrija, Cervantes, Velázquez y Berruguete.

La estatua del marqués de Pontejos habíala visto en el estudio del malogrado escultor Medardo Samartí, cuando éste todavía la estaba concluyendo de modelar. La impresión que allí me causó no fué en verdad muy halagüeña. Del citado artista conocía yo obras de bastante más mérito.

La del P. Piquer no es tampoco obra que pueda colocar el Sr. Alcoverro al lado de sus estatuas de Berruguete y de San Isidoro. Peca un tanto de lamida la ejecución y de mezquina la totalidad. No pasa de ser una escultura discreta, no más que discreta. Otro tanto le acontece al bajo relieve que tiene empotrado en el frente el pedestal. Por cierto que éste es bastante mejor que el que sostiene la efigie del marqués de Pontejos.

Y ya que me ocupo de escultores y de esculturas, diré que el frontón de la nueva Biblioteca, cuyo emplazamiento está ya terminado, produce en conjunto el efecto decorativo que deben producir esta clase de obras, y que separadamente algunas de las figuras resultan muy bellas. De lamentar es que lleve acróteras y la estatua de España, pues le dan un aspecto semejante al de los tímpanos de las sepulturas de lujo que el mal gusto y la moda han impuesto. Claro está que ni en poco ni en mucho digo esto como censura al artista, por cuanto en las condiciones del concurso estaba la de las dichosas acróteras; pero quiero que conste mi disgusto, del cual participan personalidades dignas de todo respeto por su inteligencia en cuestiones de estética, por ejemplo el maestro Balart, á quien he oído censurar duramente el acuerdo de la Academia de San Fernando.

Nada puedo decir de las estatuas destinadas á la plaza de Cibeles, pues todavía no he podido ver ninguna; sin embargo, las noticias que de esas obras es cultóricas tengo son de que honran á los artistas Sres. Susillo, Querol y Alcoverro á quienes fueron encomendadas.

Hablemos ó murmuremos algo (como quieran mis lectores) de las cosas, casos, cuadros y estatuas de la próxima Exposición de Bellas Artes.

Principiando por el *principio*, esto es, por las cuestiones habidas en el seno del Jurado de admisión de obras, diré que ha sido agriamente fustigada la manera y modo con que llevó á cabo su cometido la mayoría de los dignos individuos de dicho Jurado. Y tan pesada fué la atmósfera que en contra (no sé si justa ó injustamente) de lo que aquel tribunal hacía se formó, que en *La Correspondencia* hubo de aparecer un suelto de carácter oficioso, en el cual se hacía constar cómo el Presidente del Consejo de Ministros entendía que deberían renunciar al honor de ser jueces de calificación todos los que componían el Jurado que entonces actuaba, pues no le parecía bien ni mucho menos lo que estaban haciendo. ¿Qué hacían, pues, de malo? He aquí la incógnita que el Sr. Cánovas y Vallejo, individuo del tribunal de expurgo, se encargó, si no de despejar por completo, por lo menos de indicar atenuando todo lo posible las crudezas de la verdad, según se desprendía de los comunicados que en la citada *Correspondencia de España* como en *El Liberal* publicó dicho señor.

Decía el Sr. Cánovas y Vallejo que no se examinaban bastantes obras, y que él no había podido ver un buen número de ellas. Replicó el secretario del Jurado asegurando que no era cierta la especie. Volvió el Sr. Cánovas á sostener su afirmación, y de nuevo el secretario trató de desmentir al comunicante, con la firma de algunos de los individuos del Jurado.

A todas estas, llegó el día de la elección del tribunal calificador y de colocación. El Sr. Cánovas y Vallejo fué elegido por la sección de Escultura, y varios de sus compañeros lo fueron también como suplentes de las de Arquitectura y Pintura; pero renunciaron. Se acercaba la hora en la cual había de despejarse la x que á tantos dimes y diretes daba lugar. En efecto, reunido el Jurado para proceder á la colocación de las obras, el desaliento se apoderó de todos á la vista de mil quinientos y pico de cuadros, de los cuales, según espontánea manifestación de uno de los individuos del Jurado, cuatrocientos no podían figurar en el certamen, si éste había de ofrecer un buen conjunto. La x, pues, se despejó, y no favoreciendo gran cosa á los firmantes de la comunicación en que se refutaban las afirmaciones del señor Cánovas y Vallejo.

El Jurado calificador tomó la resolución de evitar á todo trance que pudiera señalarse ninguna sala con el dictado de *Sala del infierno*, denominación que dan los artistas al local adonde se relegan las obras malas. Para lograr este objeto, los Sres. Moreno Carbonero, Muñoz Degrain, Martínez Cubells, Agrasot y Navarrete, que son los pintores que forman la mayoría del Jurado de la sección de Pintura, colocaron sus propias obras entre las peores, haciendo lo mismo con las de artistas de renombre. De este modo se ha salvado la dificultad de la colocación, pero se pierde gran parte del efecto estético que podría causar el golpe de vista que ofrecieran tres ó cuatro salas donde solamente hubiese arte serio.

Hoy se concluyó de instalar la sección española. En la bávara solamente faltan algunos detalles de escasísima importancia. Por lo que respecta á la francesa, no se sabe todavía cuando estará completamente instalada, pues faltan aún una porción de cajas que hace tres ó cuatro días salieron de Irún y Port-Bou con destino á este certamen. Un telegrama recibido esta tarde de París anuncia un nuevo envío (el último), consistente en dos retratos de Bonnat, uno de ellos el célebre del cardenal Lavigerie.

No voy á hacer crítica en este artículo, ni en las *crónicas* sucesivas tampoco habré de hacer más que mencionar aquellos cuadros que conceptúe dignos de ser mencionados, sea por el concepto que quiera. He decidido seguir esta línea de conducta que me tracé hace algunos días, y deseo que conste así.

Por de pronto diré que el cuadro de Simonet que representa á *Cristo predicando la destrucción de Jerusalén*, cuenta con la primera medalla, por unanimidad. Nada más justo. Aparte de las objeciones que por la elección del motivo puedan hacérsele al artista, objeciones que Alma-Tadema hace en un libro por él escrito y publicado, á propósito de lo que no puede expresarse por medio de la pintura, y que cuadra á este lienzo como anillo al dedo, aparte de eso, repito, la obra de Simonet es una maravilla de color, de ambiente y de sentimiento. Otros cuatro cuadros tienen grandes probabilidades de obtener las restantes medallas de oro, y si no me engaño son: el de Cutanda, *Una huelga de obreros en Vizcaya*, lienzo donde el pintor madrileño ha demostrado cómo se lucha y se vencen al cabo las dificultades que ofrece la paleta, y cómo la vida moderna tiene grandezas épicas, dignas de ser estudiadas por el artista. El de Sorolla, que representa el fondo de un vagón de tercera, donde va una joven vestida de negro, con esposas en la mano, y en el banco inmediato dos guardias civiles que la custodian. Es este un cuadro de un valor dramático inmenso, pintado con gran sobriedad, castizo de color, sencillísimo de composición; es, en fin, un lienzo que emociona hondamente. El de Nogales, que como el de Simonet pertenece al género místico-cristiano, pues el motivo en que se inspiró el pintor es el milagro de las rosas de Santa Casilda. Como pintado, recuerda la paleta de Muñoz Degrain, y con esto está hecho el elogio. El de Menéndez Pidal, *La cuna vacía*, que aun cuando el asunto no tiene gran novedad, la escena está muy bien dispuesta, y como nota de color y como factura tiene trozos que podría firmarlos Velázquez, á quien Pidal sorbió los sesos en fuerza de estudiarle. Otras dos medallas de oro creo yo que se darán además de éstas, pues asisten al certamen con grandes lienzos los maestros Ferrant y Amérigo. El primero pintó al *Cardenal Cisneros examinando las obras del hospital de Illescas*, de cuyo boceto me ocupé hace tiempo en estas mismas columnas; y el segundo recuerda una de las instituciones de la Edad media, *El derecho de asilo*.

Podré equivocarme en esta repartición de medallas de oro, pero presumo muy fundadamente que la equivocación no pasará de uno ó dos cuadros á lo sumo.

Nada he columbrado respecto de la adjudicación de las segundas medallas. Sin embargo, entre los cuadros que tienen probabilidades de obtener alguna pueden contarse *Boria avall* (del que me ocuparé en otra crónica) y *El entierro del piloto*.

Bilbao, el autor de *La vuelta al hato*, exhibe varios cuadros pequeños; varios de ellos son preciosidades. Uno tiene por principales figuras dos vacas atadas á los postes de un emparrado. García y Ramos envió un cuadro pequeño también en donde hay varios tipos de sevillanas estereotipadas en el lienzo con la gracia con que el autor de *El rosario de la aurora* sabe estereotipar la gente de su tierra. Mélida manda desde París cuatro ó cinco lienzos con figuras á lo Vatteau, y Luis Jiménez exhibe varios cuadros del género bucólico, alguno muy bello. Cabrera, ó *Cabrerita*, como le llamábamos sus condiscípulos del estudio del malogrado maestro Plasencia, trajo á la Exposición un cuadro grande y otro pequeño. El grande se titula *¡Tierra!*; representa el acto de dársela á un cadáver en un cementerio de aldea. ¡Ay! No está el autor de *Huérfanos* á la altura – ni con mucho – en que se colocó con el lienzo citado en la Exposición de 1890.

Quiero terminar estos ligerísimos apuntes de la Exposición, dejando para la crónica próxima mencionar un buen número de cuadros dignos de apuntarse en estas páginas; pero no terminaré sin decir algo del gran lienzo que el infortunado Luna tiene aquí. Titúlase y representa *La violación de los sepulcros de los reyes de Francia.*

Hay decadencias en los artistas que reconocen como causa el agotamiento prematuro de la potencia intelectual por exceso de actividad, y hay decadencias también que obedecen á un desequilibrio fisiológico que puede producirse en muchas ocasiones por efecto de una perturbación puramente psíquica. En el primer caso, cuanto el artista cree estará exento de toda condición apreciable que haga tolerable la obra; en el segundo, puede esperarse que en tal ó cual rasgo, con tal ó cual motivo, aparezca, siquiera sea momentáneamente, la genialidad. En el segundo caso entiendo que se halla Luna pintando el cuadro en que me ocupo.

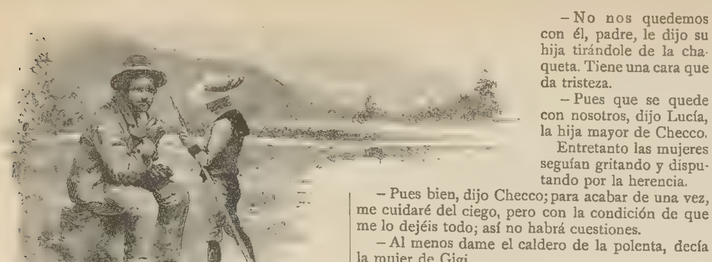
La entonación general del lienzo es azulada, quizá cambiando al violeta. Las carnes participan de esta tonalidad y lo mismo el ambiente – que lo tiene y muy grande. – El interior del templo donde la tremenda escena se desarrolla es gótico, y está iluminado por violenta luz que hiere de plano varias figuras, después de atravesar los cristales de colores de las vidrieras. Los actores de aquel repugnante espectáculo se agitan como impulsados por extraña locura. Con los pechos desnudos, los brazos en alto, desarropada y con un gorro rojo sobre la enmarañada cabellera, una mujer espantosa parece evocar las furias con sus ademanes de poseída. En primer término, varios hombres harapientos, pero membrudos hasta la brutalidad, tratan de levantar la tapa de un sepulcro de mármol, sobre el cual se ven dos estatuas yacentes. Más en segundo término mírase gentes del pueblo arramblando con las alhajas del templo, mientras otros pisotean restos de libros y vestiduras regias que en revuelto montón cubren el suelo de la profanada iglesia.

Este es, á grandes rasgos descrito, el cuadro de Luna.

Bien veo los grandes defectos de la obra. Bien veo cuán desentonado y extraño resulta el conjunto. Bien veo, en fin, la distancia que separa este lienzo del *Expoliarium;* pero adivínase al primer golpe de vista que el gigante puso allí la mano. Flota en toda la escena un no sé qué de imponente, de grande, de salvaje – permítaseme la palabra, – un espíritu trágico tan clara y terminantemente expresado, que impresiona de un modo cruel, dolorosamente, como si revelase el trastorno de la mente de un titán. Creo ver en este cuadro el postrer golpe de mandoble de Orlando moribundo.

R. BALSA DE LA VEGA

13 de Octubre de 1892



EL CIEGO DE MONTEAPERTO

I

Apenas acababa de recibir sepultura el viejo Antonio, cuando ya sus hijos empezaban á disputar para repartirse lo poco que había dejado, pues no querían seguir viviendo juntos.

En Monteaperto, donde vivían, habíanse sucedido varios años de malas cosechas; pero el viejo Antonio había ganado en el servicio militar una cruz pensionada, aunque con poca cantidad, y sus hijos continuaron unidos hasta aquel día porque en los años malos tenían siempre la ventaja de contar con la pensión, que era una renta segura; pero al morir el anciano había cesado ésta, y cada cual se proponía atender exclusivamente á sí propio.

Los dos más jóvenes eran solteros y tenían la intención de marchar á otra parte en busca de trabajo, aunque fuese á América, pues nada se lo estorbaba y podían disponer libremente de sus personas. Gigi y Checco estaban casados; el primero quería ir á reunirse con los parientes de su mujer, que vivían con cierta holgura y le habrían ayudado á buscar una colocación como colono en cualquier granja, pues no tenía la menor intención de vivir con Checco. Este se había casado con una mujer que no aportó al matrimonio más que la ropa que llevaba puesta, sin una pulsera de oro, ni una pieza de tela, y que por añadidura tenía tres hijas: de este enlace tuvo tres varones y una hembra, y todos estaban sanos y robustos y trabajaban por diez.

– Yo me quedaré solamente con la cocina y los dos cuartos de encima, y continuaré en casa, dijo Checco; y en tanto pensaba que de este modo lo mejor de la herencia lo disfrutaría él.

Pero los demás no eran de tal opinión, y si él se quedaba la mesa desvencijada, la artesa de amasar, las sillas cojas y las camas, los otros querían repartirse los objetos de metal que en junto eran tres cubos, dos calderos, un perol y media docena de cucharas.

La mujer de Gigi quería el caldero de la polenta, porque le tenía cierto cariño; su hija el cubo con el cual iba todos los días á buscar agua á la fuente, y por aquellas cuatro fruslerías gritaban, disputaban, se decían mil improperios y casi se tiraban de los pelos.

De pronto salió del rincón más obscuro de la cocina una voz que decía:

– Y yo ¿con quién me quedo?

Era el hermano mayor, el ciego de Monteaperto, como todos le llamaban, que había perdido la vista trabajando en las minas.

– ¡Ah! ¿Quién se queda con el ciego?, preguntó uno de los hermanos más jóvenes, y añadió: Como nosotros vamos á recorrer el mundo, no podemos llevar ese estorbo.

– Pues nosotros no queremos bocas inútiles, dijo la mujer de Gigi.

– ¿Deberé cargar con él yo que tengo tanta familia?, preguntó Checco. Que vaya á pedir limosna, puesto que no puede hacer otra cosa, y quizás le irá mejor que á nosotros.

Habían dicho todo esto en voz baja; pero como el ciego tenía el oído muy fino, no perdió una sílaba y de sus ojos apagados brotaron dos ardientes lágrimas.

– He trabajado mientras pude, dijo con voz que parecía un sollozo, y aun en más de una ocasión he ganado más que todos juntos; pero luego ocurrió aquel derrumbamiento que me privó de la vista y por mi desgracia no quedé muerto con mis demás compañeros.

– ¿Y qué culpa tenemos nosotros?, preguntó Gigi que empezaba á conmoverse.

– No nos quedemos con él, padre, le dijo su hija tirándole de la chaqueta. Tiene una cara que da tristeza.

– Pues que se quede con nosotros, dijo Lucía, la hija mayor de Checco.

Entretanto las mujeres seguían gritando y disputando por la herencia.

– Pues bien, dijo Checco; para acabar de una vez, me cuidaré del ciego, pero con la condición de que me lo dejéis todo; así no habrá cuestiones.

– Al menos dame el caldero de la polenta, decía la mujer de Gigi.

– ¡Mi perol!, exclamaba la hija.

– ¡Acabemos de una vez!, dijeron los jóvenes viendo que de todos modos á ellos no les tocaba nada; el que se quede con el ciego que se quede también con la herencia, y que los demás se contenten con repartirse la cosecha de este año.

Lo decidieron así, y después de ensacar un poco de maíz y algunas fanegas de castañas y de patatas, salieron de la casa paterna sin despedirse siquiera, aunque habían vivido juntos muchos años y era probable que no volvieran á verse.

II

El ciego no ocupaba mucho sitio en la casa: dormía en una cama, consistente en un jergón y una manta de lana, en la cocina, debajo de la escalera de las habitaciones superiores.

Contentábase con poca cosa para comer, porque, como no trabajaba, necesitaba poco alimento y además no quería ser gravoso á la familia; sin embargo, su cuñada decía de continuo á su marido que el ciego los arruinaba y que comía por diez, en términos que, para hacer callar á su mujer, Checco aconsejaba á veces á su hermano que pidiese limosna para ser útil de algún modo; pero el ciego, que tenía aún el orgullo del obrero que había ganado el pan con el sudor de su rostro, prefería morir de hambre á alargar la mano para mendigar. Si alguien, compadecido de su desventura, le ofrecía algún socorro, lo aceptaba de buen grado pensando en la pobreza de la familia, pero no quería pedir nada.

Mientras hubo niños en la casa había sido muy útil, porque en tanto que todos estaban trabajando en el campo, él mecía á los más pequeños, les cantaba canciones, los acariciaba, contaba cuentos á los otros; pero cuando crecieron y acompañaron al trabajo á sus padres, se consideró al ciego como un ser inútil y una carga para la familia.

Había oído á Lucía, que tenía mejor corazón que sus hermanas, hablar en su favor, y cuando la tenía cerca la cogía en brazos y no se cansaba de acariciarla pasando la descarnada mano por la rubicunda cara de la niña; pero ésta se le escapaba siempre que podía, pues aunque el pobre ciego le daba lástima, aquellas caricias, á que no estaba acostumbrada, le hacían poca gracia. Sin embargo, cuando vió que no se quejaba nunca y que pasaba el día entero en la obscuridad de su rincón, encogido por no molestar á nadie, le dijo:

– ¿Te gustaría salir al campo á tomar el aire?

– ¡Que si me gustaría! Muchísimo, contestó el ciego lanzando un suspiro.

Desde aquel día, Lucía, antes de ir á trabajar, le llevaba de la mano al aire libre, le sentaba á la sombra de un árbol y lo dejaba allí hasta la puesta del sol, cuando regresaba de sus faenas campestres.

De este modo comenzó una nueva vida para el ciego; ya no estaba solo y la naturaleza le hablaba un lenguaje nuevo y misterioso. Por las mañanas le extasiaban las aves con sus cantos, y decía que los entendía. «Ahora se están llamando, decía, charlan alegremente y están contentas porque presienten la primavera.» Decía luego que estaban muy ocupadas en la construcción de sus nidos, y para su mayor satisfacción hicieron precisamente uno en el árbol bajo el cual se cobijaba. Entonces fué conociendo las voces de los pequeñuelos, oía á los padres cuando iban á llevarles la comida, parecíale presenciar las lecciones de la madre cuando quería enseñarles á volar, y sentía las oscilaciones de las hojas bajo el peso de aquellos cuerpecillos que revoloteaban de rama en rama sobre su cabeza, y el día en que emprendieron el vuelo para no volver al nido, se creyó abandonado por sus queridísimos amigos.

Al mediodía se ponía á escuchar el zumbido de los insectos y quería entender también su lenguaje; luego se entretenía en adivinar la hora según que sentía más ó menos intenso el calor del sol, y por fin el sonido de las campanas y los cantos de los campesinos eran otras tantas alegrías para el pobre ciego.

Los transeuntes se detenían á hablar con él ó al menos le decían:

– Adiós, ciego; pide al Señor que nos dé buenas cosechas.

Y él por la voz conocía á la persona que le hablaba, y respondía á su saludo llamándola por su nombre.

Pero lo que constituía para él un verdadero consuelo era la visita de un niño que vivía en una quinta próxima, criatura débil y delicada á la que habían llevado á respirar el aire de Monteaperto por orden del médico.

Como pasara todos los días con la niñera por delante del ciego, empezó por preguntarle quién era, y muy pronto se hicieron buenos amigos. Divertían en gran manera al niño los cuentos que el ciego le contaba, y en recompensa le solía llevar buenos bocados y compartía con él los dulces que le regalaban. El ciego sentía el mayor gozo al acariciar la cabeza rubia y los rizados cabellos del niño, no cansándose nunca de tocarlo.



... y echó á correr como un loco siguiendo el rastro de aquel perfume

– ¿Qué haces?, le preguntaba el niño.

– Quiero verte para pensar en ti cuando te vayas.

– ¿Acaso tienes ojos en las manos?

– Casi, casi; no veo sino lo que toco.

Y el chicuelo hacía que el ciego le contara cómo había perdido la vista, y al oir su relato, que no era ya uno de los acostumbrados cuentos, le daban ganas de llorar.

Hermenegildo (así se llamaba el niño) tenía muy buen carácter; era de complexión endeble y enfermiza, y se compadecía de las enfermedades ajenas. Habíase encariñado mucho con aquel anciano que le contaba siempre historias maravillosas de príncipes y de hadas, y pensaba en él todo el día.

Las visitas de Hermenegildo habían llegado á ser un dulce consuelo para el pobre ciego, el cual contaba los minutos que tardaría en llegar la excelente criatura.

«Dentro de un rato estará aquí,» pensaba tan luego como oía dar las nueve en algún reloj lejano, y cuando escuchaba los pasos y la vocecita del niño le palpitaba con fuerza el corazón y una sonrisa iluminaba su rostro; al estrechar luego contra su seno aquel cuerpecito que casi se deslizaba entre sus manos, y al oir junto á sí aquella voz que le causaba el efecto de una música melodiosa, experimentaba tanta alegría que hasta olvidaba la desgracia que le había sumido en una noche eterna.

Aquel niño era para él el sol, la luz, el mundo entero.

Este consuelo le hacía oir con más resignación los vituperios y quejas de la familia.

A veces se guardaba los dulces que Hermenegildo le regalaba para dárselos á Lucía; pero cuando los demás lo notaron, no le dejaron tranquilo un momento.

– No es menester darle ya polenta; tiene quien le traiga buenos bocados, le decían; y se lo comían todo sin cuidarse de darle nada.

A veces decían también:

– Está mejor que nosotros; no trabaja y come lo que los señores.

La cuñada suspiraba y estaba aburrida de ver siempre aquella cara impasible, y cuando iba á verla su compadre le decía que con aquella desgracia en casa se moría de tristeza.

– Quisiera saber para qué está en el mundo ese infeliz, contestaba el compadre apoyando sus quejas.

– Dios lo deja para castigo de nuestros pecados, al paso que se lleva al padre de familia que trabaja y se afana para mantenerla.

El ciego, con su oído fino, oía siempre estas conversaciones, por más que se sostuvieran á cierta distancia; pero se consolaba pensando en Hermenegildo y decía:

– El me proporciona las rosas cuyas espinas encuentro aquí. ¡Paciencia! En esta vida ha de haber rosas y espinas á la vez y hay que tomar las cosas como se presentan.

Luego preguntaba al niño si le creía un ser inútil en el mundo.

– No, ciego mío, le contestaba; al contrario, eres muy útil porque me cuentas esos bonitos cuentos que tanto me gustan.

– Sí, pero no hago nada por mi familia y los demás trabajan.

El niño no comprendía bien lo que el ciego le quería decir, pero de sus suspiros deducía que en su casa no le querían.

– Cuando no te quieran en tu casa, le dijo, ven á vivir conmigo; así me contarás todo el día historias entretenidas.

El ciego, muy conmovido, le dió un beso.

Hay que agregar que, á pesar del descontento de la cuñada, la familia no carecía de lo necesario, antes bien lo pasaba mejor que otras muchas.

También es verdad que las tierras producían poco, pero las familias que allí acudían á veranear, y eran bastantes, dejaban al párroco antes de marcharse cantidades regulares de dinero para los pobres; además las señoritas más piadosas iban en persona á visitar los tugurios de los aldeanos, á quienes socorrían, y nunca se olvidaba á la familia del ciego.

– Saben que somos los más pobres de la parroquia y no nos abandonan, decía Checco.

– Sí, pero necesitaríamos más con tantos hijos y con ese ciego que nos comerá vivos, añadía la mujer que jamás estaba contenta.

– Si se te hiciera caso deberíamos abandonar á mi hermano en medio de un camino.

– ¿Y qué han hecho tus hermanos? Todos se han lavado las manos y nos han dejado ese estorbo á nosotros que somos los más pobres.

– Sí, pero también nos han dejado la herencia.

– ¡Brava cosa! Cuatro guiñapos que no valen veinte liras.

– ¡Basta ya!, respondía Checco, y se iba al campo por no oir las majaderías de su mujer que cuando empezaba no acababa nunca.

III

Hallábase el ciego un día en su sitio de costumbre pensando en el nuevo cuento que debía contar á Hermenegildo; pero dieron las nueve, las diez, las doce, y el niño no parecía.

El ciego empezó á alarmarse y preguntó por él á los transeuntes, pero nadie sabía nada. Supuso que habría marchado á la ciudad, pero le parecía imposible que lo hubiera hecho sin despedirse de él; esperó la acostumbrada visita de la tarde, se puso el sol, llegó la noche, y el niño no vino.

Al día siguiente esperó también en vano la llegada de Hermenegildo. Por último, al anochecer envió á Lucía á la quinta para saber algo, pues no podía vivir en semejante incertidumbre.

– El niño está enfermo, fué la respuesta que le trajo Lucía.

Al otro día el ciego no se cuidó del canto de los pájaros, ni del zumbido de los insectos, ni de los sonidos de las campanas, sino que arrodillado y con la cabeza levantada al cielo estuvo rezando por la salud de su amigo.

Pasaron muchos días sin que pudiera saber nada de él.

– Se curará, pensaba; no es posible que muera; es tan despejado y tan joven...; se curará sin duda.

Y entretanto, pensando siempre en el enfermito, apenas comía y tenía un nudo en la garganta.

Una mañana oyó insólito rumor de pasos que subían por la montaña.

– Parece una procesión, pensó.

Luego oyó una cantinela nada alegre y las campanas que tocaban de cierto modo, pareciéndole que cada campanada resonaba en sus entrañas.

– Es ilusión mía, decía; no es nadie; son los campesinos.

Pero los pasos se acercaban más y más y el canto llegaba más distinto á sus oídos.

No pudo ya contenerse y dió algunos pasos tropezando hacia el sitio de donde procedía aquel rumor.

– ¿Qué es eso?, gritaba alargando las manos.

– Mira el ciego de Monteaperto cómo da vueltas solo, dijeron algunos labriegos que acertaron á pasar.

– ¿Qué es?, volvió á preguntar el ciego. ¿Qué significa ese rumor, esa gente?

– Es un entierro, le contestaron.

– ¿Quién ha muerto?, preguntó el ciego con voz apagada.

– Un niño, repusieron con indiferencia los campesinos; el niño de esa señora que vive allá abajo en la quinta Rosa.

El ciego se puso lívido.

– No te apesadumbres tanto, porque ha subido al cielo y está mejor que nosotros, dijeron, y siguieron cantando su camino.

El ciego se quedó inmóvil al borde del camino, con la cabeza vuelta hacia donde oía los cantos.

Estuvo sin respirar hasta que la comitiva se acercó y pasó por delante de él. De pronto percibió un penetrante olor de flores frescas; comprendió que había pasado el féretro, se estremeció y echó á correr como un loco siguiendo el rastro de aquel perfume. No se acordaba de que estaba ciego, no pensaba que los senderos eran angostos y todos en las escarpaduras del monte flanqueado de precipicios; de nada se acordaba, y sí únicamente de su Hermenegildo, de su solo consuelo, que ya no estaba en este mundo; y andaba, corría, quería seguirlo, alcanzarlo para saber dónde lo enterrarían. En una revuelta del sendero le faltó pie, se agarró á la rama saliente de un árbol, la rama no pudo sostener su peso, se desgajó, y el pobre ciego cayó en el vacío rebotando en las peñas.

Algo más tarde algunos aldeanos llevaron su cadáver á su casa.

– Un infeliz menos, dijo la cuñada.

– Está mejor que nosotros, añadió el hermano.

Lucía no dijo nada, pero no se encontraba bien, seguía atizando el fuego que hacía humo, y descuidaba el preparar la cena porque no tenía hambre; pero sus hermanas le dijeron que la muerte del ciego no era una razón para ayunar, que se acordase de que era inútil en el mundo, y se sentaron á la mesa con el mejor apetito.

. . . .

Enterróse al ciego como un perro, porque su hermano no quiso gastar nada en funerales ni sepultura y lo olvidarían muy pronto.

Pero cuando llegó la estación en que estaban acostumbrados á recibir limosna del cura, no percibieron nada; reclamaron y el cura les contestó que les daba la limosna á causa del ciego, que ellos no la necesitaban porque podían trabajar; las piadosas señoritas que visitaban á los pobres pasaron también por delante de su casa sin entrar porque ya no estaba en ella el ciego; iban á ver á los enfermos y valetudinarios cuyas necesidades eran más apremiantes, de suerte que Checco y su familia llegaron á veces á padecer hambre y jamás se habían visto en tanta miseria.

Entonces hubieran querido resucitar al ciego, y empezaban á llorarlo de veras.

– Hay que confesar que nadie hay inútil en este mundo, decía Checco.

Y su mujer, llorando, hablaba con su compadre de los buenos años pasados cuando vivía el pobre ciego y en la casa no se carecía de nada.

Las hijas más jóvenes estaban siempre de mal humor porque tenían que trabajar más y comían peor que antes. En cambio Lucía estaba tranquila y sonriente porque no tenía remordimientos, y decía que veía siempre en sueños al ciego, el cual estaba contento de hallarse en compañía de Hermenegildo, la única persona que en este mundo le quiso con verdadero cariño.



Traducido por M. Aranda

SECCIÓN AMERICANA

LA GARZA PORTEÑA

(Continuación)

Respetaba las jóvenes democracias, las admiraba, hubiera querido ser hijo de una república, pero los compromisos de familia, las tradiciones y las ideas de su buen padre, que al morir le había hecho jurar por su honor y por sus blasones no aceptar jamás las nuevas leyes de la Francia, eran otras tantas ligaduras que al pasado rancio ó no rancio le tenían sujeto. Así lo decía.

El Sr. Alonso miraba embobado á su huésped; pues ¿y *Misia* Castulita? *Misia* Castulita estaba en sus glorias: ¡cómo se lucían, ante un hombre emparentado con reyes, sus sirvientes severos y tiesos, empaquetados en el frac y con las manos enfundadas en los guantes de algodón! El extranjero no decía nada: hubiera sido de mal gusto prodigar alabanzas, pero seguramente quedaría admirado del servicio ordinario de su casa: porque claro, bien sabía el conde que nada extraordinario se había preparado.

El pobre Pepe sufría horriblemente. Lelia no estaba á su lado en la mesa, estaba entre el conde y el papá de las niñas, y lo que era peor, en toda la comida no se había dignado mirarle. ¡Qué de buena gana hubiera pretextado una enfermedad para marcharse! Pero esto hubiera sido dejarlos en libertad, y prefería morir allí de rabia y de angustia antes que llevar la duda de lo que haría Lelia en su ausencia. Hablaba el conde muy poco en castellano, pero se servía de él para que el Sr. Alonso lo entendiese, pues era de los presentes el único que no conocía el francés.

Contó sus percances de viaje sin dar importancia á la pérdida de su equipaje, ya que había salvado los pasaportes y algunas cartas de familia.

¡Pero la poca precaución!.. En los momentos de apuro no había recordado cartas órdenes que traía para algunos banqueros, y le era forzoso girar sobre el suyo de Bruselas ó aguardar que le repitiesen las órdenes.

– No soy rico, añadió modestamente; no crean ustedes que puedo derrochar, ni siquiera satisfacer todos mis caprichos: en mi casa sobran papeles apolillados, pero faltan billetes de banco: la santa causa, como decía mi buen padre, ha sido para mi herencia una causa endiablada: en fin, si me había de gastar en Europa mi pequeña renta del año, prefiero gastar la de dos en el mismo tiempo, recorriendo el Nuevo Mundo por el cual tengo vivísimas simpatías.

El Sr. Alonso se ofreció para todo; ¡pues no faltaba



CONTRARIEDAD, cuadro de D. Francisco Masriera

más! Tenía él un corresponsal en Bruselas, y le descontaría cuanto le diese la gana: ¡oh! y le prohibía molestarse buscando otro banquero que hiciese la operación: era un deber de hospitalidad.

El conde habló largamente de su parentela, de sus antepasados, asegurando siempre que, aunque les rendía culto por lo que suponían en la historia de Francia, no estaba orgulloso de sus pergaminos, y de tal manera llevó la conversación, que todos, menos Flores, al cual fué repulsivo desde el primer instante, quedaron convencidos de que era un noble de abolengo, hastiado de la etiqueta palaciega, que ansiaba respirar por algún tiempo las auras refrigerantes de la democracia.

La velada se pasó en un soplo para Lelia y sus padres: la *Garza* había charlado mucho en francés con el conde, y éste le había dicho que lo hablaba como la más aristocrática señorita de *faubourg* Saint Germain.

Cuando los Sres. de Alonso se quedaron solos convinieron en que el conde era todo un conde; pero ninguno, aunque los tres pensaban lo mismo, aventuró la presunción de que Lelia fuese condesa.

Cuando Pepe Flores llegó á su casa no fué como de costumbre á dar un beso á su madre: se encerró en su despacho y se arrojó desesperado sobre un sillón. Aquel espíritu fuerte, aquel joven de valor probado, aquel padre de la patria, pues que era diputado con gran contentamiento de sus electores, lloró como un niño enfermo sin avergonzarse de su debilidad.

Un hombre que estaba en camino de alcanzar por merecimientos propios los más altos puestos de la República, el que había apostrofado en el Parlamento á ministros inmorales, y que con la espada mantuviera sus apóstrofes, el honrado, el probo, el generoso Pepe Flores, orgullo de la patria argentina y ornato de una generación que tan opimos frutos prometía, lloraba en silencio exprimiendo la hiel que en algunas horas de martirio se había extravasado por sus entrañas.

Amanecía cuando Pepe Flores se levantó del sillón: necesitaba reposo: aquel día era el señalado para una interpelación al ministro de Hacienda, tendría que pronunciar un discurso de tonos subidos; debía informar también ante la *Corte Suprema* en un pleito que suponía algunos millones para uno de sus clientes, y no se pertenecía; hablaría después al presidente de la República; le diría que aceptaba la misión diplomática en Europa, y el presidente se alegraría infinito para quitarle de encima: ¡como que era la pesadilla de los malos ministros!

Flores hizo, pues, un esfuerzo sobre sí: pasó á su cuarto, y se acostó.

A las nueve de la mañana acababa de bañarse cuando entró á saludar á su madre.

Algo había borrado el baño las huellas del insomnio, pero una madre adivina con la primera mirada los trastornos físicos ó morales de sus hijos.

Pepe no pudo negar lo que había pasado en Belgrano.

– Hijo mío, dijo la viuda de Flores, cúrate de esa pasión: Lelia no te quiere, y te sacrificará al primer hombre que ella crea que la puede elevar sobre las demás.

– La veré esta tarde; tendré con ella una explicación, y la obligaré á cumplirme su palabra: por mandato suyo aceptaré hoy mismo la misión diplomática que el gobierno deseaba confiarme, y si después de aceptada me pone Lelia en ridículo... ¡No, no, madre mía, no lo crea usted; Lelia me quiere!

Cuando Pepe Flores llegó aquella tarde á Belgrano estaban ya en la mesa los Sres. de Alonso. Antes de entrar en el comedor oyó carcajadas frescas y sonoras que repercutieron en su corazón como pudiera repercutir el ¡ay! de dolor lanzado por idolatrada criatura. ¿Estaría allí el odiado conde?

Pronto se convenció de que no había pensado mal. Al penetrar en la iluminada estancia su primera mirada fué para Lelia, y no se le ocultó la contrariedad que al verle experimentaba. Aquellas cejas casi unidas y poco arqueadas, que formaban una línea recta y hoscosa cuando un desabrimiento las plegaba, eran barómetro infalible que anunciaba interiores tempestades en aquel pecho provocador y altanero con sus turgencias incitantes.

Flores saludó á todos en general, sin particularizarse con nadie mas que con *Misia* Cástula, á la cual preguntó por su salud sin acercarse.

– Venga para acá, venga para acá, dijo el señor Alonso con su bonachonería; he sabido esta tarde en Buenos Aires que se ha lucido usted en la *Corte Suprema:* todo el mundo da por ganados los millones de Calvo, y á última hora, cuando ya me venía, dijéronme que acaba de armar usted una mayúscula escandalera en la cámara. ¡Muchachos diablos, hombre, muchachos diablos! Bien hecho, *mi hijito*, bien hecho; ese empréstito que proyecta el ministro de Hacienda será ruinoso para el *país*, y si los hombres de buena fe, si los diputados de corazón y de empuje no se oponen á su realización, acabará este gobierno por *fregarnos* (fastidiarnos). Conque hoy hemos tenido buen día, *¿no?* Estábamos de vena, como dicen en mi tierra.

– Sí, señor, de vena, respondió Pepe Flores sonriendo con amargura.

EVA CANEL

(Continuará)

LA ANTIGUA ESCULTURA POLÍCROMA. – Diosa arrojando un vaso
Fragmento de un relieve del altar mayor de Pérgamo (Véase el artículo)

RINCONES DE GRANADA

Los pueblos, como la historia, tienen sus *migajas* no menos interesantes que las de aquel estudio, pero más variadas, puesto que alcanzan en su aspecto y en sus investigaciones desde la línea que se destaca firme y acentuada con vigor, hasta la que parece esfuminarse en términos indecisos.

Del festín de las indagaciones científicas subsisten siempre numerosos restos en los que no paró mientes el filósofo, acaso por desdén injusto, ni merecieron ocupar el espíritu del erudito que mira con indiferencia lo que aparece ante los ojos de cualquiera y, merced á esta circunstancia, no reviste el mérito que imprimen las telarañas y el polvo de los archivos, donde el hombre paciente solicita insaciable, en unión de los ratones, datos á las veces fríos, que ni un ápice añaden á lo sabido y olvidado.

Las ciudades de recuerdos, de prestigio, de tradiciones; las que, como Granada, tienen fisonomía propia, no pierden en la búsqueda de documentos encaminados á reconstruir su vida de ayer. En pos de esa obra subsiste lo pintoresco, lo poético, lo que da tono; subsiste la fotografía de lo humilde; pero lo humilde es, en este caso, una sucesión de nonadas, de insignificancias, de detalles que, eslabonados, prestan mayor luz que todos los libros de alto vuelo.

Los siglos hacen su camino, cumplen su obra de destrucción, y si es un deber conservar en páginas impresas lo relativo á lo grande, del propio modo importa proceder con lo pequeño, porque ambos factores unidos dan un conjunto armónico y permiten conocer lo que el documento de valía no apunta ni reseña.

Granada tiene *rincones* que nunca lograron la honra de figurar en libros ó librotes y, sin embargo, prestan un servicio á quienes desean conocer lo que el convencionalismo llama *sabor local*, y si pudiéramos individualizar á Granada, diríamos: lo que figura en su *cédula personal* en concepto de *señas particulares.*

Calculad ahora si merece la pena la labor de dar á conocer esos *rincones*, ya sea un callejón solitario, una casa vetusta que se desmorona, un fragmento, de paisaje en escondida plazuela; mucho y poco; lo triste, lo regocijado, lo sombrío, lo luminoso.

***

La elección es dudosa en esto de hablar de *rincones*, y de seguro reclamaría mucho espacio la mención de todos ellos; mas dado el asunto, podemos, sin incurrir en yerros, escoger al azar algo de lo culminante, á saber: el Albaicín y la Carrera de Darro.

¡El Albaicín! Lo estimamos una petrificación de multitud de efemérides granadinas, que no ha logrado desgastar la acción de los siglos.

Casi lo rodea una muralla, en otros tiempos útil defensa y hoy sarcasmo en orden á bélicos alardes. Alterna con las casas y con los huertos y ocupa grandes superficies. Sigue en sus ondulaciones las vertientes de los cerros; es adusta y está ennegrecida y mutilada con dureza; pero el espesor de la fábrica y los torreones salientes que cortan de trecho en trecho la línea de las fortificaciones, manifiestan la solidez y la resistencia. De distancia la muralla desaparece; mas fijando la atención en el dibujo que debe afectar, es fácil encontrarla.

Forma parte de las modernas construcciones urbanas; sirve de base á humildes casas, de resguardo á risueños cármenes, y hasta permite que en su recinto se exhiban glorietas y galerías de flores y enredaderas.

El Albaicín es un pueblo diferente de la ciudad que se dilata á sus pies. Aquellos aljibes, aquellas encrucijadas, son privativos (en cierto modo) de ese barrio. Sus templos saturados de historia, impregnados en el gusto árabe, corresponden á otra época y otra raza.

En la portada de la iglesia de Santa Isabel la Real alternan con caprichosos dibujos del estilo gótico los azulejos que son ornamento de las mezquitas. En la iglesia de San Bartolomé sorprende el gracioso ajimez de la torre, y junto á una vivienda que trae á la memoria los patios de Generalife, encontramos una puerta almenada, y bajo ésta un lienzo representando la Virgen entre San Juan y San Antonio.

La plaza Larga tiene acceso, en un lado, por una notable puerta árabe; y una lápida colocada en la pared contigua dice en una inscripción que se hicieron la plaza, matadero, carnicería y lavadero en 1576, siendo corregidor de la ciudad y general de la Costa el comendador de Santiago Arévalo de Cuagor.

Sirve de coronación al Albaicín la ermita de San Miguel, y no hay duda que con relación á la idea mística y como expresión de la verdad, ningún otro signo se adapta mejor á un barrio que el retiro en el que el alma, á sus solas, se eleva á la contemplación, viendo abajo, hasta perderse en la llanura donde arranca la Vega, la ciudad con el bullicio y el oropel de las vanidades.

El pensamiento se aparta de la población, sube, sube y al cabo encuentra la ermita y á su lado un santuario de reciente construcción.

Por encima, nada material; ni arboleda, ni montañas. Las nubes y el cielo.

***

La Carrera de Darro pide, no menos que el Albaicín, la atención; y ciertamente con legítimo fundamento.



LA ANTIGUA ESCULTURA POLÍCROMA. – Estatua de Artemisa descubierta en Pompeya (Véase el artículo)

Muchos son los restos fehacientes del que pudiéramos llamar el espíritu de antaño subsistentes en España, y pocos, de seguro, los que como en esta porción de Granada se envuelven con la aureola de lo original y extraño.

El objetivo sobre el cual gira el conjunto es la *calle*, considerándola centro y unidad de donde arrancan, á la manera de radios de una circunferencia, impresiones múltiples destinadas á satisfacer un fin moral, la realización de lo bello.

La calle de configuración moderna, tirada á cordel, de edificios regulares, tiene mucho de rígido y matemático. Denuncia el cálculo, la fórmula numérica, la combinación geométrica, glacial y desprovista de poesía; la idea del negocio, con su resultante de utilidad, simbolizada en el tanto por ciento.

En la práctica de la vida, en el realismo que se impone á los actos de la humanidad, esa calle tiene una representación y ocupa un lugar de importancia para la estadística, para el padrón municipal, para los capitales de los ciudadanos.

Todo ello es perfectamente lógico; pero, en cambio, nada significa en presencia del sentimiento. La vía pública, en cuestión, no inspira, no conmueve, no eleva el pensamiento á esas deliciosas divagaciones que son la savia purísima del alma.

Por contra, la calle tortuosa, desigual, solitaria, de casas que pugnan con las prescripciones de la policía urbana, pródiga en hierba que brota impune entre las piedras del pavimento, esa calle es una expresión de la belleza, como lo serán siempre la mutilada Venus de Milo y los fragmentos arquitectónicos de la campiña romana.

***

El convento de monjas de la Concepción está erigido en la placeta de este nombre, y á su espalda se extiende la calle de San Juan de los Reyes, sinuosa y pendiente.

De vez en cuando, por los rompimientos que ocasionan las bocacalles, vese el frontero monte de la Alhambra, asiento firmísimo de todo aquel mundo filigranado de torres y murallas que emergen de los copudos almendros y de los altísimos álamos de la áspera vertiente bañada por el río Darro.

Desde la placeta de la Concepción el panorama es igual al que señalo; panorama que contrasta con la melancolía de aquel sitio, único donde la vista encuentra mayor horizonte, en contraposición con la callejuela abierta entre el sombrío muro del convento de Santa Inés y unos pocos edificios de remota fecha.

He dicho que la calle de San Juan de los Reyes se dilata á espaldas del convento de la Concepción, y añadiré que por encima de la placeta de este título hay un molino, fácil de reconocer siquiera porque sus piedras se apoyan en la fachada.

Más adelante, á uno y otro lado de la calle, cortan ésta muchas transversales, de modo que aquélla es el eje de todas. Las unas trepan hacia el Albaicín, y las otras bajan ó, más propiamente, se precipitan á la Carrera de Darro con ornamento de huertecillos, construcciones de muros pintarrajeados en medallones de pésimo gusto.

La iglesia de San Juan de los Reyes nada ofrece, en apariencia, que sea sorprendente. Una portada sencilla, con líneas góticas, y un interior de retablos que imitan aquel orden arquitectónico: he aquí todo.

Anchos portalones de labrada piedra y escudos heráldicos pregonan que en estas vías públicas habitaron personajes de elevada alcurnia. Hoy la modestia ocupa el puesto de los opulentos alardes.

Muchas viviendas son humildes marcos de obras artísticas, y esto advertimos al sorprender umbrales de madera tallada y zaguanes con techos de valiosos artesonados. Y es que en Granada las creaciones del genio, como las flores, abundan de tal suerte que se nos presentan dondequiera. Diríase que los restos de pasados siglos protestan del abandono y del olvido en que yacen, y con la elocuencia muda de su mérito solicitan una mirada de admiración, una frase de aplauso.

Sin embargo, los preceptistas escrupulosos que dan preferencia á lo convencional con lesión del libre vuelo imaginativo, calificarán acaso mis apreciaciones de contrarias al concepto del arte.

¡El concepto del arte! ¡Cuánto se ha hablado del asunto! Diríase que es un problema insoluble, pero á mi juicio es simplemente una *impresión*.

Depende de las aficiones, de la percepción intelectual, y á la manera que los gustos se divide y subdivide, afectando, sin repeler el esencial objetivo (el mencionado concepto), expresiones distintas, conforme á la mayor ó menor sensibilidad de cada persona.

Al fin de la calle de la Concepción (hemos retrocedido en nuestro paseo), y cerca del ángulo que forma con la de Zafra, hay una fachada y en ésta la leyenda: *Carmen de San Cayetano*.

El oasis en este desierto de la ciudad permanece recatado de las miradas. Ni un árbol ni una flor acusan al exterior la existencia del jardín, y hasta parece que por mutuo acuerdo los pájaros guardan silencio.

La fachada posterior del convento de Zafra (la principal da á la Carrera de Darro) corresponde á la calle de la Concepción y exhibe sobre el hueco tapiado de una puerta dos recuadros árabes de finísimo dibujo.

Desgraciadamente, la cal, pasando sobre la primorosa labor, ha borrado los colores y sólo se percibe en monotonía vulgar el blanco mate.

***

Respírase en estas calles de Zafra y de la Concepción algo de romanticismo, no impurificado por la visión prosaica del transeunte ni de la vecina asomada al balcón ó á la reja.

El dejo misterioso, inexplicable de lo antiguo percíbese allí de modo tenaz, y con él la remembranza del pasado, mitad histórico, mitad legendario; es decir, que sin esfuerzo y sin violencia rehacemos la crónica, la tradición, y á la postre desciframos la expresión de esas calles que de tal modo impresionan.

Son grandezas decaídas, y sus casucas destartaladas y las puertecillas de las sacristías de los conventos traen recuerdos de otros días, y con los recuerdos vienen súbito á las mientes comparaciones tristes...

Experimentamos el mismo respeto que inspira á toda conciencia honrada la desgracia.

El raudal del Darro, que al pie de la iglesia de San Pedro corre por entre pulimentados bloques, levanta constante rumor que de tiempo en tiempo se confunde con los ecos de los vecinos conventos antes nombrados, así como con los de los Angeles y San Bernardo.

Los tejados de color terroso con vetas ó manchas verdes coronan los grupos caprichosos de las casas, que se escalonan á semejanza de las que constituyen los *nacimientos* infantiles.

No se les concede significación, y sin embargo, son excelentes elementos de composición cuando la luna hace que se recorten sus siluetas, destacadas del fondo de la atmósfera límpida y serena.

***

Los contrastes no tardan en mostrarnos su verdad, y los encontramos en la orilla izquierda del río, frente á la Carrera de Darro.

Se trata de cármenes sin importancia, pero amenos, que tienen por linde la margen aludida y representan la prolongación de las calles encaramadas en ese lado; y aunque no prescindamos del pensamiento primordial de la excursión, es fuerza reconocer que los contrastes aludidos son una necesidad.

Impresionan de diverso modo y en muchas ocasiones evocan el dolor; pero esta última circunstancia no les quita su carácter preculiar.

La vida despojada de ese *clarobscuro* carecería de atractivos...

¡Lástima grande que éstos se conquisten á costa de la felicidad!

AUGUSTO JEREZ PERCHET

LA ANTIGUA ESCULTURA POLÍCROMA

Cuando en los albores del Renacimiento despertóse el gusto por el arte clásico, nació en los artistas el deseo de imitar á los antiguos así en sus principios como en sus procedimientos, y aquella pléyade de escultores que en aquella época florecieron, especialmente en Italia, y que llevaron el arte de la estatuaria á su apogeo, imaginando que los griegos y los romanos dejaban el mármol en su natural blancura, iniciaron esta práctica en sus propias obras y de este modo desapareció la costumbre de pintar las estatuas.

Los escultores de nuestros días siguen las huellas que aquéllos les trazaron, y si bien comienzan á notarse en algunos casos ciertas tendencias á abandonar el blanco convencional y se advierten ciertas tentativas que, como la de comunicar al mármol por medio de un baño la pátina del tiempo y la de sugerir mediante ciertos tintes pálidos y transparentes la idea del color, revelan algo así como la lucha entre el convencionalismo adoptado y el deseo del artista de apelar á todos los recursos para que su obra exprese su pensamiento completo y lo traduzca á la realidad con los matices y detalles necesarios, esas tendencias y esas tentativas no son sino hechos aislados que no han podido vencer á la tradición.

Pero ¿es cierto que los clásicos griegos y romanos no pintaron sus estatuas?

Cuestión es esta que ha sido largo tiempo debatida y á la que recientes descubrimientos permiten contestar en términos afirmativos absolutos.



Cabeza de Perithoos. Fragmento del frontón del templo de Ceo, en Olimpia

Que los escultores griegos anteriores al siglo de Pericles pintaban muchas de sus esculturas, es desde muy antiguo verdad por todos admitida; pero



DESPUÉS DEL TRABAJO, cuadro de D. Juan Brull



HACIA EL OCASO, cuadro de D. Luis Graner

hasta hace poco teníase como principio indiscutible que, á partir de los tiempos de Fidias, la pintura había quedado proscripta del taller del estatuario, el cual no necesitaba colorar sus estatuas para imprimir en ellas el sello de lo ideal, y á los que tal opinaban no bastaba á sacarles de su error la multitud de ejemplos que se les citaba de obras escultóricas en las cuales se advertían restos de la pintura que en su origen las adornara.

Fué necesario que las excavaciones practicadas en 1883 en el Partenón y en 1885 en los Propíleos pusieran al descubierto multitud de estatuas de aquella época, polícromas y labradas con el grandioso carácter de la *Artemisa* descubierta en Pompeya y hoy existente en el Museo de Nápoles, para que la verdad se abriera paso, quedando de esta suerte demostrada de una manera concluyente é incontrovertible la teoría de la estatuaria griega pintada.

Muchísimos son los descubrimientos posteriormente hechos que confirman esta demostración, entre ellos los dos que reproducimos, á saber, una cabeza del frontón occidental del templo de Ceo, en Olimpia, y el relieve del altar mayor del templo de Pérgamo que representa á una diosa arrojando un vaso: la cara de la primera conserva todavía cierto tinte rojizo y los labios un color más pronunciado; por otra parte, el cabello no está indicado ni siquiera por una línea como si el escultor reservara al pintor la tarea de marcar la cabellera. En cuanto al relieve, que actualmente se conserva en el Museo de Berlín, aunque no se descubren en él vestigios de color, circunstancia que no debe extrañarnos teniendo en cuenta que, como otras muchas, esta obra artística pudo ser utilizada en edades bárbaras posteriores para la construcción de murallas, hay en los ropajes de las figuras ciertas estrías que por su disposición no pueden ser tomadas como pliegues, pues ni están en los sitios que en tal caso debían ocupar ni siguen las líneas naturales de aquéllos, y que son sin duda las orlas ó bordados que con el color se representaban.

En una notable revista norte-americana, el sabio arqueólogo Eduardo Robinson ha estudiado recientemente de una manera muy profunda esta cuestión, y apoyándose en textos de antiguos autores griegos y latinos como Platón, Vitruvio, Plutarco y Plinio, en las opiniones de arqueólogos y artistas tan eminentes como Lanciani, Winkelmann, Quatremere de Quincy, Kugler, Treu, Russel Sturgis, Newton, Alma Tadema y Millet, y sobre todo en sus propias investigaciones en Grecia, en Italia y en los principales museos de Europa, afirma que está plenamente convencido:

1.° De que desde los comienzos y durante las épocas del desarrollo y apogeo de su arte escultórico, los griegos y después de ellos los romanos solían pintar sus estatuas y relieves de mármol;

2.° De que esta aplicación del color no se limitaba á ciertos detalles, sino que cubría toda la superficie del mármol, así los desnudos como las telas, exceptuando tal vez las partes en que el color natural del mármol servía para los efectos que se quería representar;

3.° De que los colores empleados eran no sólo las tintas, sino también los colores consistentes, pues el propósito del artista era imitar á la naturaleza en punto al color del mismo modo que la escultura la imitaba en la forma, es decir, con una idealización ó generalización convencionales por las que se evitaban las líneas y formas de realismo poco estético. – X.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Bruneau, el autor de la ópera *Le Reve*, está trabajando con Gallet y Zola en una nueva, cuyo argumento estará tomado de la novela del último, titulada *L'attaque au moulin*.

– Se ha inaugurado en el cementerio municipal de Bruselas un hermoso monumento dedicado al que fué ministro de Estado belga, Carlos Rogier. Debajo de un baldaquino de granito está la estatua yacente envuelta en un sudario, y junto al sepulcro una figura de bronce que representa á Bélgica llorando. Las facciones de Rogier están magistralmente idealizadas en la escultura y las líneas de su cuerpo son de clásica belleza. El monumento es obra del célebre escultor Rudder.

– En Roma se ha erigido una bellísima estatua de bronce al eminente político Quintino Sella, obra del famoso escultor Héctor Ferrari.

– En Budapest se ha abierto un concurso para el monumento que ha de erigirse á la memoria del conde de Andrassy.

– Un ingeniero de Zurich ofrece á la ciudad de Lucerna restaurar el célebre monumento del león y hacerlo para lo sucesivo indestructible a la acción de los fenómenos atmosféricos: el invento del citado ingeniero consiste en una especie de embalsamamiento de la piedra, procedimiento que se ha aplicado ya á una porción de monumentos existentes en algunas grandes capitales, como, por ejemplo, los obeliscos egipcios de París y Londres.

– La comisión artística encargada de la restauración de la catedral de Worms ha resuelto que los trabajos comiencen por el coro del lado occidental. Gracias á la energía del comité se efectuarán con suma rapidez las obras que han de evitar la ruina de esa perla del arte arquitectónico románico.

– En la fachada del nuevo Palacio Federal de Berna, hermoso edificio de estilo florentino cuya construcción ha costado dos millones y medio de pesetas y que es uno de los más importantes de Suiza, se han colocado tres bellísimos relieves en mármol de Carrara: uno de ellos, obra del escultor ginebrino Ignel, representa *La defensa de la patria*, y los otros dos, procedentes del taller del escultor suizo Lanz, simbolizan la Agricultura y la Industria.

– En Budapest se está instalando un panorama colosal del celebrado pintor húngaro Arpad Feszty que representa la entrada de los magiares en el valle de Munkacz y su primera lucha con el príncipe Laborcz. La longitud del lienzo es de 120 metros y la altura de 15, y la tela sola cuesta 17.500 pesetas. El panorama estará instalado de modo que el espectador situado en una galería giratoria verá desfilar ante sus ojos las figuras de tamaño natural, la extensa llanura, el valle y el río y en suma todo el espectáculo trazado por el artista y que constituye uno de los más trascendentales episodios de la historia de Hungría.

– El paisajista Eugenio Kampf, de Dusseldorf, ha recibido del príncipe heredero de Hohenzollern el encargo de pintar un gran cuadro que reproduzca el castillo de este nombre, para regalarlo como presente de boda al príncipe Fernando de Rumanía.

Teatros. – Con ocasión de las fiestas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento de América se ha puesto en escena en Génova una ópera en cinco actos, titulada *Cristóbal Colón*, del maestro Franchetti, designado hace tres años por Verdi como uno de los pocos dignos de componer la partitura para esta obra obligada en los festejos recientemente celebrados. Los actos primero, segundo y quinto, que representan respectivamente la marcha de Colón, el viaje en alta mar y la muerte del gran descubridor, han sido calificados de magistralmente compuestos, y el tercero y cuarto, que se desarrollan en las tierras descubiertas, contienen también números bellísimos, aunque en conjunto no ofrezcan tanto interés como los otros. La ópera ha sido puesta en escena con gran lujo y ha obtenido un éxito brillante.

– En el Teatro Antiguo de Leipzig se ha estrenado con mucho éxito una pieza en un acto de Guillermo Wolff, titulada *¡A Madrid!*

– Tres novedades pusiéronse hace poco en escena en una misma noche en el teatro de la Opera de Berlín: una ópera en un acto de Alejandro Ritter, titulada *¿A quién la corona?*, la ópera en un acto de Bizet *Djamileh*, y un baile titulado *Noviazgo eslavo*, compuesto por Emilio Graeb, con música de Hertel. Las tres obras fueron muy bien acogidas, especialmente la del malogrado maestro francés.

– En el teatro de la plaza de Alejandro, de Berlín, se ha estrenado una opereta titulada *El amor ante el tribunal*: la letra, de Gilbert, es muy graciosa, y la música, de Sullivan, en extremo agradable.

París. – Se han estrenado con buen éxito:

En el teatro Dujazet, una comedia en tres actos titulada *Instantanés*, de Maurens y Carlos Rousseau, obra alegre en que abundan las situaciones cómicas; en el Odeón, *Mariage d'hier*, comedia en cuatro actos y en prosa, primera producción dramática de M. Víctor Jannet, interesante por su argumento, que se basa en la tan discutida cuestión del divorcio, y con escenas de primer orden unas, y otras algo defectuosas que revelan la inexperiencia del autor; y en Nouveautés, el vaudeville *La bonne de chez Duval*, letra de MM. Raymond y Mars y música de Serpette.

Londres. – El Covent Garden ha inaugurado la temporada de invierno con las óperas *Orfeo*, de Gluck, y *Cavalleria rusticana*, de Mascagni, y se han estrenado: en el Lyric, la opereta de Lecocq *Le coeur et la main*, adaptada á la escena inglesa con el título de *Incognita*, en la cual se han introducido algunos números musicales del maestro inglés Bunning, siguiendo en ello un procedimiento censurable, pero bastante en boga en Inglaterra; y en el Royalty, la ópera cómica *The Baroness*, letra y música de Mr. Cotsford Dick. Ambas obras han sido recibidas con aplauso. En St. James Hall ha inaugurado sus conciertos el eminente violinista español señor Sarasate, que fué acogido con el entusiasmo de siempre por el público londinense, viéndose obligado á repetir casi todos los números del programa: la señora Berta Marx compartió con el Sr. Sarasate los merecidos triunfos, especialmente en el dúo para violín y piano *La fée d'Amour*, de Raff.

Madrid. – Han abierto sus puertas los teatros Español y Real. En el primero, la compañía que dirige el Sr. Vico ha puesto en escena la magnífica obra de Calderón de la Barca, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, habiendo sido muy aplaudidos el referido actor y la señorita Contreras. El Real ha inaugurado sus funciones con la hermosa ópera de Wagner *Tanhauser*, que valió muchos aplausos á la señora Tetrazzini, al maestro Mascheroni y al barítono Menotti. En los demás teatros ninguna novedad digna de mención.

Barcelona. – En el Principal se ha estrenado con buen éxito el drama en tres actos *La herencia*, original de D. Luis Calvo y Revilla, obra del género romántico, bien versificada, con situaciones dramáticas de buen efecto y hermosos pensamientos. En Novedades ha comenzado sus tareas la compañía que dirige D. Antonio Tutau, habiendo puesto en escena *Los Rantzau*, *La payesa del Monseny* y *Mar y Cel*. En el Lírico la Sociedad Catalana de Conciertos ha inaugurado la serie de los cuatro que se propone dar bajo la inteligente dirección del maestro Nicolau. *La gruta del Fingal*, de Mendelsshon, las melodías *Ayes del alma* y *Ultima primavera*, de Grieg, la *Marcha fúnebre para la última escena de Hamlet*, de Berlioz, *Lo cant de la montanya, escenas sinfónicas*, de Pedrell (obra premiada en el concurso abierto por la Sociedad), y la escena segunda del primer acto de *Parsifal*, de Wagner, piezas que componían el programa del primer concierto, fueron magistralmente dirigidas y ejecutadas y con entusiasmo aplaudidas.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Emilio Signol, célebre pintor francés, decano de la sección de pintura de la Academia de Bellas Artes, gran premio de Roma en 1830, algunas de cuyas obras figuran en el Luxemburgo y en las galerías de Versailles: había colaborado en la decoración de la Magdalena y otras iglesias de París, y era oficial de la Legión de Honor desde 1865 y miembro del Instituto desde 1860.

El doctor Villemin, vicepresidente de la Academia de Medicina de París, cuyo presidente había de ser en 1893; fué profesor de clínica médica en la escuela del Val-de-Grace y era oficial de la Legión de Honor.

Angel Marescotti, senador romano, ex catedrático de la Universidad de Bolonia y uno de los más ilustres economistas italianos: entre sus principales obras merecen citarse sus *Discursos sobre la economía social*, *Conferencias sobre economía estudiada por el método positivo*, *Los fenómenos económicos y sus causas*, etc.

Tomás Woolner, célebre escultor inglés: comenzó produciendo obras un tanto idealistas, género que pronto abandonó para dedicarse á los bustos retratos, pudiendo decirse que todos los grandes hombres que en Inglaterra ha habido de veinte años acá han sido perpetuados en el mármol por el cincel de este artista.

Javier Marmier, notable literato francés, miembro de la Academia Francesa, bibliotecario primero y conservador después de Santa Genoveva, ex profesor de Literatura de las princesas Clementina y María, hijas de Luis Felipe: entre sus obras, las más de ellas de viajes, merecen citarse *Gazida*, *Cartas de América*, *Los novios de Spitzberg*, *Cartas sobre Rusia*, *Polonia é Irlanda*, etc.

Van Borselen, reputado paisajista holandés.

Federico Schlogl, escritor austriaco que estudió y describió especialmente la vida popular en Viena.

Alfredo, lord Tennyson, uno de los principales poetas ingleses modernos, proclamado por la reina Victoria *poeta laureado* en 1850 y nombrado barón en 1884: entre sus obras, cuya enumeración completa resultaría interminable, descuellan sus *Poemas*, de los que publicó varias colecciones.

Patricio S. Gilmore, famoso compositor de origen irlandés, aunque residente desde hacía muchos años en los Estados Unidos, autor del himno *Columbia* que puede decirse es el himno nacional de los norte-americanos: cuando las fiestas de la paz, dirigió en Boston (1872) un coro de mil voces; en Nueva York organizó la banda del regimiento 22.°, compuesta de 100 músicos, con la que verificó en 1882 un viaje por todo el mundo, obteniendo en todas partes grandes ovaciones.

NUESTROS GRABADOS

La cuna vacía, cuadro de T. G. Sampedro. – Discípulo del celebrado Plasencia, el Sr. García Sampedro ha sabido demostrar en todas sus obras que no cayeron en tierra estéril las enseñanzas de tan insigne maestro. En *La cuna vacía* predomina la nota del sentimiento, admirablemente expresada en aquellas dos hermosas figuras transidas por el más cruento de los dolores; y con ser tan bella la concepción psíquica, no le va en zaga el elemento técnico, cuyos encantos revelan á simple vista la maestría del artista en utilizar los recursos del arte para dar mayor valor al pensamiento en que se inspirara, exteriorizándolo en una escena que al agradar á los ojos llena también el corazón.

Contrariedad, cuadro de D. Francisco Masriera. – Difícil empresa sería enumerar las obras que ha producido el elegante pintor D. Francisco Masriera, y mayores dificultades ofrecería, sin duda alguna, determinar cuál entre todas reune mejores condiciones, ya que tanto sus ideales cabezas, como sus preciosas majas y hermosas odaliscas, han brotado de su brillante paleta para servir de preciado adorno en reales cámaras ó en valiosas colecciones. En todos los lienzos de Masriera obsérvanse pormenores estudiados con recomendable prolijidad y efectos casi inimitables en las carnes, que adquieren morbidez y extraordinaria finura, gracias á la prodigiosa habilidad de este artista, cuyo ingenio es parejo de su maestría en la ejecución.

En la ejecutoria artística de Masriera figuran su especial conocimiento de la técnica del arte y exquisito gusto, conforme lo patentiza el bellísimo cuadro que reproducimos.

Después del trabajo, cuadro de D. Juan Brull. – *Después del trabajo* figura en el número de los lienzos que tuvieron el privilegio de llamar la atención del público en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, celebrada el año último. Es un lienzo de carácter puramente regional por el asunto, y una nueva obra de la llamada escuela catalana moderna. Brull preséntase como adepto de la pintura ruralista y admirador, como lo son otros discretos artistas, de las grisáceas tonalidades importadas de allende los Pirineos.

Sea cual fuere la tendencia del Sr. Brull, su obra denota recomendables cualidades, por cuyo motivo creemos tiene el derecho de alimentar nobles aspiraciones para obtener justa recompensa á sus afanes.

Hacia el ocaso, cuadro de D. Luis Graner. – Dotado de poderoso espíritu de observación, todas las obras de D. Luis Graner son trasunto fiel de tipos y costumbres de nuestro país. El pordiosero, el borracho, la comadre, el galante vejete, todos los que constituyen la nota característica que pulula por nuestras calles, que ofrece rasgos salientes, contrastes verdaderamente dignos de llamar la atención, cautivan á este distinguido pintor, quien los traslada al lienzo ya solos ó agrupándolos discretamente de manera que resultan interesantes composiciones, siempre avaloradas por la rica y brillante tonalidad de su paleta.

Medalla conmemorativa del cuarto centenario del descubrimiento de América, obra del escultor D. Eusebio Arnau, acuñada por encargo del Ayuntamiento de Barcelona. – A expensas del Ayuntamiento de Barcelona se ha acuñado en los talleres de los señores hijos de Castells la hermosa medalla que reproducimos, obra de relevante mérito del joven escultor catalán D. Eusebio Arnau.

Hay que advertir que el modelo de esta medalla, que tan acertada y justamente ha prohijado el municipio barcelonés, concurrió á un certamen abierto en Madrid, no habiéndosele otorgado el correspondiente premio por considerar el Jurado, compuesto de señores académicos, que los episodios de la vida de Colón, que circundan el busto del ilustre navegante, representarían otras tantas dificultades para la limpieza de la acuñación.

Si estuvieron en lo cierto los señores académicos, demuéstralo la obra, que no dudamos será admirada por los inteligentes.

Como verdadera reparación debe considerar el Sr. Arnau el acuerdo del Ayuntamiento de Barcelona, y como principal recompensa la que desde luego le ha otorgado la representación de la ciudad que le vió nacer.

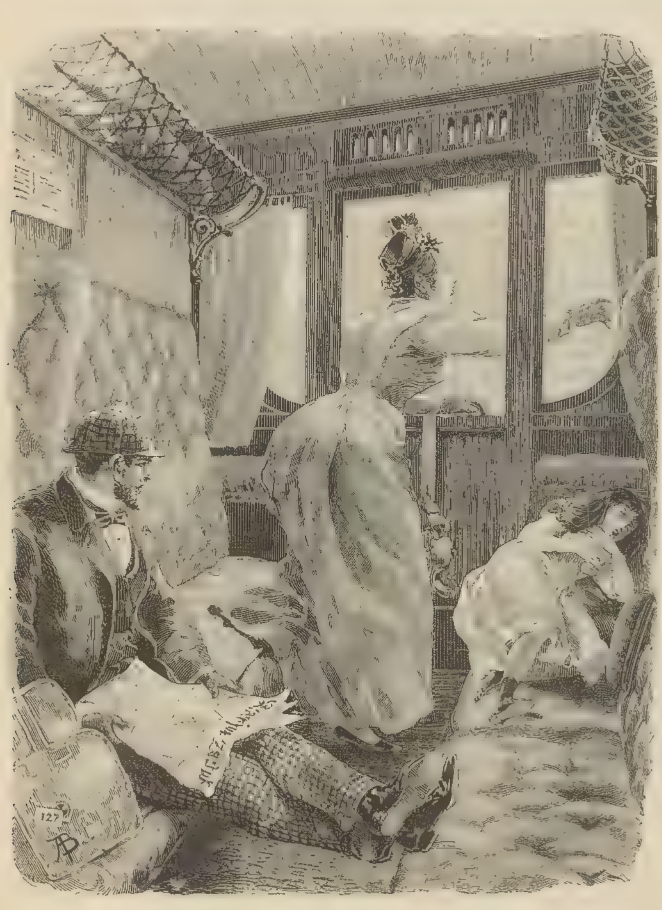
CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. — ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Ernesto, que no perdía una sílaba de lo que decía su compañero de viaje, iba repitiendo para sí: «Es ella, no cabe duda, es ella,» y se estremecía de júbilo y exclamaba como Arquímedes: *¡Eureka!* ¡La encontré!

Viendo que por el momento no podía hacer nada para perjudicar á su mujer, se le ocurrió recurrir á la hija y valerse de aquella criatura inocente para destrozar el corazón de la madre; era refinadamente cruel y maestro en el arte de matar á alfilerazos, como también capaz de aguardar con paciencia suma la ocasión propicia para caer sobre la víctima designada y derribarla en un momento asestándola un golpe formidable. Si hubiera sido un monarca, Nerón habría parecido niño de teta á su lado; pero era simple mortal, y tendía ocultamente sus redes para atrapar á sus víctimas.



... y asomándose á la ventanilla, se puso á gritar gesticulando

Resolvió, pues, hacer una excursión al lago de Como para cerciorarse de ello.

No dejaba de comprender que el empeño de encontrar á su mujer á toda costa podría ser su ruina; si hubiese sabido que estaba pobre, abandonada, en la miseria, la habría dejado en paz; pero la encontraba tranquila, en una posición desahogada, y se le había metido en la cabeza atormentarla; la odiaba, tenía necesidad de una víctima, y quería tomar venganza en ella de los tres años pasados expulsado de la sociedad, de sus humillaciones y de las dificultades que encontraría en lo sucesivo para abrirse paso en el mundo.

Ya sabemos lo que hizo tan luego como llegó al lago; el hecho de haber sido arrojado de la quinta debía pesar más en el balance de la venganza, y si antes se proponía atormentar á su mujer mientras no se le siguiese á él ningún perjuicio, después había decidido tomar venganza á toda costa, aunque hubiese de pagar el placer de esta venganza volviendo otra vez á la cárcel ó exponiéndose á morir.

Difícil le era encontrar el sitio donde estaba guardada su hija; pero no se apuraba por tan poco.

Viendo que en el Lago no podía hacer nada, volvió á Milán, donde había alquilado un cuarto amueblado, é instalado momentáneamente en él, se puso en seguida á consultar Guías y á hacer indagaciones con objeto de averiguar los colegios de niñas que había en las inmediaciones.

Porque tenía la certidumbre de que su hija debía estar en un colegio y no muy lejos del lago de Como, después de examinar todos los anuncios de los establecimientos de esta clase situados en las cercanías de Milán y de reflexionar detenidamente, dedujo que la niña debía estar á pensión ó cerca de Gallarate ó cerca de Monza, y resolvió ir allí al punto para cerciorarse.

No parecía sino que la suerte se proponía ayudarle en sus malévolos designios. Fijóse desde luego en el colegio inmediato á Monza, y estaba almorzando en una casa de comida cuando vió pasar á su mujer llevando de la mano á una niña, ambas muy enfrascadas en su conversación, alegres, andando de prisa y á veces á saltitos como si fuesen dos chiquillas, y tan entregadas á su contento que no echaron de ver la mirada de fuego que se fijó en ellas mientras se alejaban de la casa de comida.

Berletti sabía ya cuanto necesitaba.

– Eres feliz y ríes, dijo para sí; pero mañana llorarás, mujer orgullosa; así sabrás lo que significa despreciar á un hombre como yo.

Y se regocijaba saboreando de antemano el placer de su venganza

Al día siguiente, cuando estuvo seguro de que su mujer se había marchado, fué al colegio y solicitó ver á su hija, lo que se le negó. Esta negativa le puso más furioso, y resolvió valerse de la fuerza; al otro día su hija estaba en su poder.

Laura, al verse en los brazos del desconocido, se asustó y comenzó á gritar.

Los clamores de la niña no le cuadraban, y como podían echarlo todo á perder, lo cual no entraba en sus planes, quiso apelar á la bondad.

– ¿Por qué lloras?, le dijo; no te quiero hacer daño, soy tu padre y quiero llevarte conmigo; la maestra se empeñaba en no dejarte venir y yo te he cogido á la fuerza; eres mi hija y por consiguiente tengo derecho para ello.

La niña se enjugó las lágrimas y miró al desconocido.

Su cara no tenía nada de terrible, y además le había dado el nombre de Laura, la conocía, y por consiguiente debía ser su padre.

– ¿Has vuelto?, le preguntó: y dime, ¿has descubierto un nuevo mundo como Cristóbal Colón?

– No, no he descubierto nada.

– ¿Y por qué has ido tan lejos y nos has dejado solas?

– ¿Quién te ha dicho que yo había ido lejos?

– Mamá, y me ha dicho también que eres muy bueno, añadió la niña.

Ernesto no sintió agradecimiento alguno hacia su mujer que había ocultado la verdad á su hija y se lo había pintado con los mejores colores; creyó que sólo había cumplido con su deber, y se limitó á sonreir y á pronunciar un monosílabo que la niña no pudo comprender.

– ¿Y por qué no ha venido también mamá?, preguntó Laura.

– Porque quiero darle una sorpresa y llevarte adonde está.

– ¿Y cuándo me llevarás?

– Tiempo queda; antes haremos un viaje.

– ¿Me enseñarás países bonitos? ¿Me llevarás lejos en ferrocarril?

– Sí, pero con la condición de que has de ser buena niña.

Hablaban así en el carruaje que había esperado á Ernesto cerca del colegio y que los llevó á la estación de Monza, donde tomaron el tren para Milán.

Laura estaba muy contenta de viajar y miraba desde la ventanilla el campo, los árboles que corrían, los ganados que pastaban en los prados, los postes del telégrafo; todo la sorprendía y la alegraba, y pensando además que iría luego á buscar á su mamá, estaba muy contenta.

Cuando llegaron á Milán, á la casa donde vivía Berletti, la patrona se quedó asombrada de ver á su huésped acompañado de una niña.

– Es mi hija, le dijo, prepárela usted una camita en el cuarto contiguo al mío.

– Es que como no me había usted dicho nada, y viene ahora tan de pronto, y todos los cuartos están ocupados, no será cosa fácil colocarla, contestó la patrona mostrando algún embarazo.

– Vaya, le pagaré á usted bien, no tenga cuidado; pero le recomiendo que cuide usted á esta niña; he de salir á hacer algunas diligencias y volveré tarde. Arréglese usted de modo que cuando yo vuelva todo esté en orden y la niña acostada.

Era la hora del crepúsculo, y una densa niebla hacía más tristes aquellos momentos y daba escalofríos.

Cuando Laura se vió á aquella hora sola, sin tener á su lado una cara conocida, en una casa en la que no había estado nunca y frente á una patrona que no cesaba de refunfuñar, rompió en copioso llanto.

–¡No me faltaban más que esos lloriqueos!, dijo ésta. ¿Por qué lloras? ¿Qué quieres?

– Quiero ver á mi mamá.

–¡Pues ve á buscarla; yo no la tengo en el bolsillo!

– Papá me ha prometido que la iríamos á buscar.

–¿Y dónde has estado hasta ahora?

– En el colegio. Si mi mamá no está aquí, quiero ir al colegio, quiero dormir con mis amigas, y seguía llorando y nombrando al propio tiempo á sus compañeras.

– Vamos, sé buena niña, le dijo la patrona, que al fin y al cabo no era mala mujer; sé buena, al menos hasta que vuelva tu papá, que él te llevará al colegio ó á ver á tu mamá; ahora toma, y le dió algo de comer.

–¿Tardará mucho papá en venir?, preguntó la niña.

–¿Qué sé yo? Pero volverá, de seguro; entretanto sosiégate; toma, mira las láminas de este libro, me retiro un momento y volveré pronto.

Y mientras la niña se había calmado y se entretenía mirando las estampas, la patrona, charlatana como casi todas, fué á contar á los vecinos y á los huéspedes que estaban en casa á aquella hora que el Sr. Ernesto había llevado una niña. Interrumpía su conversación con exclamaciones de asombro y hacía toda suerte de comentarios, porque no había creído que tuviese una hija ni que estuviese casado, y luego añadía:

– Entretanto, yo que jamás he querido lidiar con chiquillos, tendré que cuidarme de esa mocosa que no me parece tranquila; lloraba y gritaba como un becerro y me ha costado todas las penas del mundo hacerla callar. ¡Dios me la depare buena!

Laura no había querido acostarse por esperar á su padre; y cuando éste llegó, se puso á llorar, un poco por el sueño y otro poco porque no se encontraba á gusto entre aquellas caras nuevas; la patrona empezó á gritar diciendo que no quería de ningún modo en su casa niños traviesos que no dejaban dormir á la gente; que si no había sosiego y silencio en su casa, nadie querría ir á vivir á ella.

Ernesto, entre su hija que lloraba y la patrona que gritaba, no sabía qué hacer y aun llegó á arrepentirse de haberse metido en aquel enredo sólo por el gusto de vengarse de su mujer.

Enfadóse tanto que empezó á pegar á la niña, lo cual sólo sirvió, como se comprenderá, para hacerla llorar más, hasta que viendo que á las malas no conseguía nada, la acalló á fuerza de dulces y prometer le que si dormía tranquila aquella noche, al día siguiente la llevaría á ver á su mamá.

Cuando Dios quiso la rindió el sueño; pero la patrona dijo terminantemente á su padre que al día siguiente podía sacar de su casa á la alborotadora chiquilla, pues á ningún precio la quería tener en ella.

Al otro día ocurrieron ciertos inconvenientes que hicieron cambiar de resolución á Ernesto.

Cuando salió de casa por la mañana notó que le observaba y seguía un hombre de no muy buenas trazas y que tenía todo el aspecto de un polizonte; después le dijo la patrona que se había presentado un sujeto preguntándole si paraba en su casa un caballero con una niña, acerca de los cuales le hizo tantas preguntas que parecía un inquisidor. Así dijo la patrona, y añadió que ella no quería tapujos en su casa, que siempre había sido muy honrada, por lo cual viese de buscar en el acto otro alojamiento.

La idea de que podía ser descubierto le causó un verdadero pavor, que le impulsaba á huir, á irse muy lejos; por triste experiencia sabía lo que era pasar meses en una cárcel y no quería volver á encerrarse en ella.

Probó á salir, y le pareció que le vigilaban; comprendió que no podía continuar así, y resolvió huir de Milán para despistar á la policía.

Al anochecer cogió á la niña y se encaminó á la estación del ferrocarril. No sabía adónde ir, pero estaba decidido á tomar el primer tren que saliese y á dirigirse lejos, á un rincón tranquilo, ignorado, donde nadie pudiese descubrirlo.

Estaba ya arrepentido de haber cargado con aquella criatura que gimoteaba todo el día; pero la idea de que la incertidumbre de lo que sucedía á Laura hacía padecer á su mujer, le llenaba de júbilo; también Elvira sufría; tal vez la llegara á ver postrada á sus pies, y el placer de la venganza le hacía olvidar su propio riesgo.

Cuando llegó á la estación iba á salir un tren para Módena, y tomó billetes para aquella ciudad.

Laura estaba cansada de viajar, tenía sueño, quería ver á su madre, lloraba y no le dejaba en paz.

Ernesto le decía que precisamente iban entonces á buscar á su mamá, pero la niña no le creía y seguía llorando; entonces él la pellizcaba, la pegaba, con lo cual sólo conseguía hacerla gritar más.

Por último, cansada de llorar y agitarse, se durmió.

Cuando Berletti llegó á Módena, fuese ilusión ó realidad, le pareció que le miraban de pies á cabeza y que dos agentes de policía le señalaban con el dedo y se hablaban al oído.

Pensó que Módena tampoco era ciudad á propósito para poder ocultarse; tomó, pues, otros billetes y partió para Bolonia. Cuando pudo coordinar sus ideas comprendió que había cometido una tontería; cierto es que podía decir que aquella niña era su hija y que tenía derechos sobre ella; pero siempre hubiera sido suya la sinrazón; habríale sido más conveniente esperar, rehabilitarse con el tiempo ó al menos hacer olvidar su prisión y su proceso; se vive ahora tan de prisa, que cualquier suceso envejece en pocos años y nadie piensa ya en él; si en breve plazo hubiera podido ganar una regular cantidad de dinero y rodearse de una aureola de respetabilidad, habría podido vengarse de su mujer con mejor resultado y aun mostrar que le asistía toda la razón que faltaba á los demás. En cambio, la precipitación con que había procedido lo echaba á perder todo; hubiera querido esconderse, huir, pero aquella niña era un grave estorbo para ello.

Hubo un momento en que cruzó por su mente la idea de librarse de ella matándola, y vengarse así de su mujer; pero se le ocurrió luego que un cadáver no es tan fácil de ocultar, y que tarde ó temprano se descubre al asesino; quizás le condenarían á muerte y entonces su mujer quedaría enteramente libre, lo cual no entraba en sus propósitos; debía vivir para vengarse de aquella mujer y de su hija y aguardar con paciencia para que su venganza fuese tanto más tremenda cuanto más aplazada.

Comprendía la falta que había cometido, y que si quería remediarla no le quedaba ya otro recurso sino librarse de la llorona de su hija.

En el vagón iba una señora gruesa y rubicunda que no hacía otra cosa más que comer, y un caballero que había entrado con la mano llena de periódicos, el cual se sentó en un rincón sin decir una palabra.

A Ernesto le pareció más de una vez que aquel caballero le miraba con mucha atención, y creyó que era un inspector de policía disfrazado: hasta tal punto le hacían desbarrar su imaginación y su intranquila conciencia.

Laura dormía con el sueño de la inocencia y sonreía durmiendo; quizás soñaba con su madre ó con sus amigas de colegio.

Cuando llegaron á Bolonia, Berletti, no pudiendo soportar la mirada del viajero, constantemente fija en él, bajó del vagón.

Reinaba gran movimiento en la estación, y procuró escabullirse entre la muchedumbre; pero su exaltada imaginación le hacía ver peligros en todas partes y en cada persona un espía ó un polizonte; por más que se volvía á un lado ó á otro, parecíale que todos le observaban. No podía soportar semejante vida; necesitaba ir lejos, muy lejos, solo, sin estorbos; tan luego como llegara á una ciudad cambiaría de traje y se pondría una barba postiza para que no le conocieran: era lo único que podía hacer.

Era muy natural que se le buscase en los trenes que salían de Milán y no en los que llegaban; en aquel momento partía un tren directo para la Alta Italia y resolvió marchar en él y dejar á su hija abandonada á su suerte. ¿Qué sería de la pobre niña perdida en el caos de aquella estación de ferrocarril? Tal vez moriría aplastada por algún tren; pero ¿á él qué le importaba? Sólo molestias le había causado, y en cambio era el consuelo de la mujer á quien odiaba.

Y si algún alma piadosa la acompañaba hasta entregarla á su madre, se vengaría más adelante con mayor reflexión y seguridad.

Tales ideas se amontonaban en su mente: vaciló un momento; creyó todavía ver miradas fijas en él, oir cuchicheos, y esto le decidió á subir á un tren que partía para la Alta Italia y abandonar á su hija, y así lo hizo.

En tanto había llegado el momento de que echara á andar también el tren en que estaba Laura, la cual seguía durmiendo tranquilamente.

El conductor iba ya á cerrar la portezuela, cuando la señora que no hacía más que comer por el camino le dijo mascando aún un pedazo de salchichón:

– Espere usted, que tiene que subir el padre de esta niña.

El conductor aguardó un minuto, echó una ojeada alrededor y contestó cerrando la portezuela:

– No queda nadie; todo el mundo se ha marchado.

La señora se levantó con ímpetu, dejando caer las servilletas llenas de jamón, embutidos y fruta que tenía en la falda, y asomándose á la ventanilla se puso á gritar gesticulando:

– Esperad, esperad, ha de subir todavía un caballero; un minuto no más, ¡abrid!

Y quería abrir la portezuela.

Otro conductor subió al estribo y miró al interior del vagón.

– Es el padre de esta niña el que ha bajado, un caballero que lleva un traje gris á cuadros.

– Le digo á usted que no hay nadie y estamos ya retrasándonos, dijo el conductor.

Y tocó el pito.

Resonó el agudo silbato de la locomotora, y el tren se puso en marcha.

La señora, que se había quedado en pie, se encontró sentada sin saber cómo al empuje que dió el tren al echar á andar, mientras la niña se despertaba por efecto del mismo empuje.

–¿Y ahora qué hacemos con esta niña?, preguntó la señora al compañero de viaje que había presenciado toda aquella escena sin decir una palabra.

–¡Qué sé yo! Su padre se habrá querido desembarazar de ella; dejarla abandonada en un tren es un medio como otro cualquiera, contestó aquel individuo con acento extranjero.

– Sí, pero nosotros ¿qué debemos hacer?

– Si le parece á usted, podemos adoptarla.

– No me faltaría otra cosa; tengo cinco hijos, y me parece que bastan; en caso necesario, adóptela usted.

El viajero se sonrió y no contestó.

Entretanto la niña miró en torno, y dijo llorando:

– Quiero ir con mamá, quiero ir con mamá.

–¿Y dónde está tu mamá, hija mía?, preguntóle la señora con cariño.

– Allá, junto al lago de Como.

–¡Santo Dios! ¡Pues no está poco lejos! Y lo que es peor, nos alejamos cada vez más. ¿Y cómo se llama tu mamá?

– Elvira. Quiero ir con ella en seguida, contestó la niña llorando otra vez.

– No faltaba más que esos lloriqueos, dijo la señora; sólo á mí me suceden estas cosas; ¡y decir que no he podido comer un bocado con sosiego!.. Toma, pequeña, añadió alargando á la niña un pedazo de salchichón; come y consuélate; dentro de poco verás á tu mamá. ¿Y quién era ese señor que iba contigo?

– Mi papá.

–¿Pues cómo ha bajado y te ha dejado sola?

– Papá es muy malo; quiero ir con mamá.

– Sí, queridita, sí; pronto iremos, entretanto sé buena niña y come.

–¡Vaya un estorbo!, repetía aquella mujer. Y volviéndose al viajero que estaba inalterable en su rincón, le dijo: Si al menos quisiera usted ayudarme.

–¿Y qué quiere usted que haga, señora? Nada podemos hacer. Una de dos; ó su padre la ha abandonado sin quererlo y la buscará, ó la haremos bajar en la primera estación, y la autoridad se encargará de ella; yo no tengo hijos y tampoco me cuido de los ajenos.

–¿Y habré de ocuparme de ella yo, que tengo cinco? No me parece muy justo. Si usted los oyese cuando están todos juntos, parece la casa un infierno. Ahora me estarán esperando, y quién sabe cuánto habrán hecho rabiar al bonachón de mi marido durante el tiempo que he estado ausente; tendría gracia que le regalase ahora otra chiquilla.

Y soltó una carcajada nerviosa.

La niña miraba tan pronto al uno como á la otra, casi atontada y sin entender nada; había sentido tantas emociones en aquellos pocos días que vivía como si estuviera soñando. Parecíale ya muy remoto el tiempo pasado en el colegio; la imagen de su madre se le presentaba ya como una hermosa visión; estaba cansada de llorar y se hallaba tranquila y resignada como una víctima que espera su sentencia.

En tanto el tren marchaba, corría por los campos, pasaba por obscuros túneles entre las gargantas de las montañas y subía y bajaba con vertiginosa rapidez.

La niña tenía miedo de aquellas alternativas de luz y tinieblas, y á cada túnel que pasaba se encogía arrimándose á la señora como para implorar su protección.

La idea de que tenía allí, bajo su amparo, á una niña abandonada, abrumaba de veras á la pobre señora; pero era madre y le daba lástima, tanto más, cuanto que la niña era muy mona y tenía unos ojos inteligentes.

El tren seguía su marcha; habíase detenido algunos segundos solamente en Vergato, sin dar tiempo á nadie para apearse, y luego llegó á Porretta, donde el itinerario marcaba diez minutos de parada.

–¡Gracias á Dios!, exclamó la señora: ahora podremos hacer algo; yo no puedo vivir en esta incertidumbre.

Llamó al jefe de estación que estaba en el andén examinando si todo se hallaba en regla.

Aquel empleado, acostumbrado á que le llamaran por fruslerías, se acercó de mal grado á la señora como diciendo: «Alguna otra majadería: ¡paciencia! Veamos qué se le ofrece á esa señora.»

Esta le refirió todo lo ocurrido y añadió:

–Y aquí está la niña: dígame usted qué debemos hacer de ella. Yo por mi parte le anuncio á usted que en cuanto llegue á Florencia bajo del tren y la dejo en el vagón; lo advierto porque no quisiera que le sucediese ninguna desgracia; cuídese de ella aquel á quien corresponda; yo tengo cinco hijos y bastante hago en ocuparme de ellos.

Mientras la buena mujer charlaba de este modo, el jefe de estación observaba á la niña y decía para sí:

–Vestido gris, sombrero de paja; debe ser ella; tales son sus señas; y volviéndose á la niña, le preguntó en alta voz:

–Dime, ¿cómo te llamas?

–Laura, contestó temblorosa.

–¡Ella es, ella es!, exclamó el jefe de estación contento. ¿No ibas con un caballero?

–Sí, contestó la señora que no podía callar nunca; pero en Bolonia ha bajado y no ha vuelto; ¿quién sabe adónde habrá ido?

–¿Es verdad lo que dice esta señora?, preguntó el jefe de la estación al viajero que iba en el mismo coche.

–Sí, es cierto, contestó el interpelado sin moverse.

–Pues entonces ruego á ustedes que me digan sus nombres para que pueda recurrir á ustedes en el caso de que necesitara testigos para mi justificación.

Los dos viajeros entregaron sus tarjetas.

El jefe de estación hizo que se apeara la niña, dió la señal de marcha, el tren continuó su viaje y Laura quedó por el momento al cargo de la mujer del guardaaguja que estaba cerca la estación.

–Tenga usted la bondad de encargarse de esta niña hasta la hora de salida del tren de esta noche, dijo á aquella mujer el jefe de estación.

–Con mucho gusto, contestó satisfecha de poder ser útil á su jefe; no tenga usted cuidado: jugará en el jardín con mis hijos.

Aquel empleado telegrafió en seguida á Milán diciendo que la niña á quien se buscaba había sido encontrada en un vagón; que su padre había huído y que él la conservaba mientras recibía nuevas órdenes.

Se le contestó que la enviase á Milán lo más pronto posible y con toda seguridad, y que apenas llegase á aquella ciudad se la condujese á la oficina de policía preguntando por el Sr. Bernardi.

El jefe de la estación se informó al punto de si había alguien en la población que tuviese que ir aquel día á Milán, y en efecto, encontró una señora amiga suya que debía partir por la noche para aquella ciudad; le contó lo ocurrido con la pobre niña y le rogó que tuviera á bien encargarse de ella durante el viaje.

No le gustaba mucho á aquella señora encargarse de una niña desconocida; pero moviéndola á compasión la idea de la zozobra que tendría su madre, y siendo buena y complaciente, accedió á lo que se le pedía.

Laura se dejó meter de nuevo en el tren; pero entonces estaba contenta, porque la señora que la llevaba consigo le prometió acompañarla de veras adonde se hallaba su mamá, y tenía el presentimiento de que una señora de fisonomía tan franca no mentiría.

IX

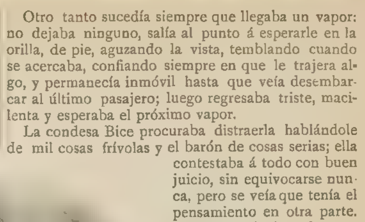
La condesa de la Somasca no había querido separarse de su amiga de la infancia, y mucho menos después de haber insistido el barón de Sterne en que se quedase en la quinta.

Elvira, después de desahogarse los primeros días hablando continuamente de su hija, de derramar muchas lágrimas y de agitarse inútilmente, parecía algo tranquila; no hablaba ya de su hija, pero se conocía que no se apartaba un momento de su imaginación; hallábase en ese estado de angustia y de incertidumbre del que espera sin cesar una noticia anhelada, pero que no llega nunca; siempre fija en su mente la misma idea, parecíanle los días eternos. Había vuelto á dedicarse á sus habituales tareas, pero lo hacía todo como una máquina, por costumbre, mientras que su pensamiento estaba muy lejos de lo que ejecutaba; cada vez que se abría una puerta recibía como una sacudida.

A la hora de costumbre salía á la verja del jardín á esperar al cartero, y aquellos minutos de expectativa le parecían interminables; cuando le divisaba á lo lejos con la cartera al hombro y la gorra galoneada de encarnado, le palpitaba con fuerza el corazón; no podía ya estar quieta, corría á su encuentro con el afán de la muchacha que espera noticias de su novio; pero generalmente el cartero meneaba la cabeza y decía entregando un paquete de cartas y de periódicos:

–Para el barón.

Elvira tomaba el paquete exhalando un suspiro, regresaba á la quinta con paso lento y al llegar se dejaba caer abatida en un sillón.



Otro tanto sucedía siempre que llegaba un vapor: no dejaba ninguno, salía al punto á esperarle en la orilla, de pie, aguzando la vista, temblando cuando se acercaba, confiando siempre en que le trajera algo, y permanecía inmóvil hasta que veía desembarcar al último pasajero; luego regresaba triste, macilenta y esperaba el próximo vapor.

La condesa Bice procuraba distraerla hablándole de mil cosas frívolas y el barón de cosas serias; ella contestaba á todo con buen juicio, sin equivocarse nunca, pero se veía que tenía el pensamiento en otra parte. Sofía no le decía nada, pero con frecuencia le echaba los brazos al cuello y le daba muchos besos, y luego procuraba ser muy buena y obediente para no disgustar á Elvira que tenía tantos sinsabores.

Tres días, interminables para la atribulada madre, habían pasado sin recibirse ninguna noticia; pero cuando menos lo pensaba vió llegar un ordenanza de telégrafos con un despacho á su dirección. Levantóse con ímpetu, se lo arrancó de las manos y lo abrió temblando.

Aquel despacho era del inspector de policía que se había encargado de su denuncia y en él le decía lo siguiente:

«Estamos sobre la pista de los fugitivos; confío en lograr buen éxito.»

Elvira esperaba algo más, le parecía que aquellas palabras no decían nada; pasó el día más intranquila que de costumbre, y no bastándole ir á cada momento á ver si llegaba algún vapor, marchó á Como y estuvo en la estación presenciando la llegada de todos los trenes, y por la noche volvió á la quinta más abatida y desalentada que nunca. Conocía que no podría vivir así mucho tiempo, sentíase indispuesta, pero quería tener ánimo para poder ir todos los días á la playa á la llegada del vapor.

Los barqueros, al verla acercarse, se preguntaban unos á otros qué esperaba con tanta ansiedad aquella pobre mujer, y luego decían en voz baja:

–Aguardará á su novio.

Al día siguiente de su ida á Como estaba en su puesto acostumbrado esperando el buque que debía llegar dentro de pocos minutos.

La condesa Bice, viéndola tan agitada, no tuvo valor para dejarla ir sola y la acompañó hasta la playa.

Procuraba distraerla llamándole la atención hacia aquel hermoso y tranquilo lago con sus barcas de velas blancas y los botes que se mecían en las ondas; pero Elvira sólo tenía la mirada fija en un punto, esto es, aquel por donde debía asomar el vapor, y en efecto, poco después señaló una nubecilla negra lejana que se destacaba sobre el azul del cielo; debía ser el humo del vapor.

–No creo que sea él, parece más bien una barca de pesca, dijo la condesa Bice.

–Es el vapor; nunca me equivoco, contestó Elvira; ¿todavía no lo ves?

–Sí, ahora también me parece que es él; pero está muy lejos; sentémonos; no, ahí no; me da miedo verte ahí y me dan vértigos.

Pero Elvira, sin hacer caso de las palabras de su amiga, permanecía derecha, inmóvil como una estatua, en el borde del desembarcadero que sostenido por estacas penetraba en el lago: habríale bastado dar un paso en falso para caer al agua. La condesa le rogaba con insistencia que se quitase de allí; pero ella no se movía hasta que un barquero le hizo retroceder diciéndole que necesitaba el paso libre para amarrar su embarcación á la orilla.

(Continuará)



El jefe de estación hizo que se apeara la niña..

SECCIÓN CIENTÍFICA

TRANSPORTE DE ENERGÍA ELÉCTRICA Á GRAN DISTANCIA TÍVOLI-ROMA

Una lucha en extremo curiosa é interesante tienen actualmente entablada las corrientes continuas, las alternativas sencillas y las alternativas polifases en lo que se refiere al transporte y á la distribución de grandes cantidades de energía á grandes distancias. Hace apenas diez años todos los electricistas hubieran dado la preferencia á las continuas, por ser éstas las que mejor se prestaban á las múltiples aplicaciones que puede tener una distribución de electricidad bien entendida; pero de algún tiempo á esta parte las ideas se han modificado á consecuencia de los progresos realizados en el empleo de las corrientes alternativas, gracias á los transformadores que permiten la utilización de altas tensiones para el transporte de la energía, y de tensiones bajas para la distribución de la misma.

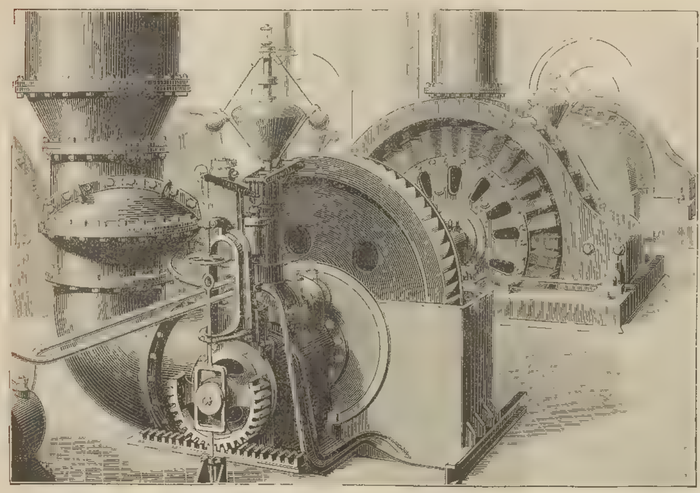


Fig. 1. Máquinas dinamos y turbinas en la fábrica eléctrica de Tívoli, Roma

Existen en la actualidad buenos motores de corrientes alternativas, lo cual ha hecho desaparecer la otra objeción relativa al empleo de dichas corrientes para poner en acción pequeños motores. Queda todavía la cuestión de la acumulación, hasta ahora no resuelta, pero que no tiene gran interés práctico cuando se trata de utilizar á larga distancia fuerzas motrices naturales: de todas suertes, estúdiase el problema cuya solución, según todas las probabilidades, no ha de hacerse esperar mucho. Cuando esto se consiga, nada podrá objetarse ya contra esas corrientes que tienen en su favor la gran facilidad con que se producen y transforman. En efecto, no ha de perderse de vista que una máquina dinamo es, por su misma naturaleza, un generador eléctrico de corrientes alternativas que se convierten en continuas merced al ingenioso artífice que se denomina conmutador ó colector. Puede, pues, haber interés — y la experiencia demuestra que á menudo efectivamente le hay — en transmitir las corrientes engendradas bajo su forma natural á reserva de transformarlas á la llegada, en todo ó en parte, según las necesidades de cada aplicación, en corrientes continuas.

Una de las ventajas de las corrientes alternativas ha sido la posibilidad de obtener tensiones eléctricas mucho más elevadas que las que pueden utilizarse con las continuas.

No hay, en efecto, ninguna instalación eléctrica de corriente continua en la que la tensión exceda de 3.000 volts, al paso que hoy se utilizan 4 y 5.000 volts con las alternativas. De una de estas instalaciones que funciona á 5.000 volts vamos á ocuparnos.

La ciudad de Roma poseía desde hacía muchos años una importante instalación de alumbrado eléctrico por corrientes alternativas y transformadores que funcionaba á 2.000 volts con máquinas de vapor: esta instalación á menudo ensanchada resultó muy pronto insuficiente para satisfacer los pedidos de corriente, cada vez más numerosos, y con objeto de aumentar la importancia de esta instalación se pensó en utilizar la potencia hidráulica de las cascadas de Tívoli, situadas á 28 kilómetros de Roma; pero como dada esta distancia el potencial de 2.000 volts habría sido á todas luces insuficiente para el transporte de la energía eléctrica necesaria, que excede de 1.000 kilovats, hubo de recurrirse á un potencial más elevado. La energía eléctrica producida en Tívoli es transportada á 5.000 volts á las puertas de Roma en una estación secundaria, en donde es sometida á una primera transformación á 2.000 volts, y desde allí es canalizada en la ciudad y llevada á 100 volts á los circuitos de utilización para una segunda transformación. La producción elevada de los transformadores, que hoy excede del 96 por 100 á carga llena, permite esta doble transformación que hace algunos años habría parecido imposible. En estas condiciones la distribución hállase unificada en toda la ciudad, gracias á lo cual podrá pararse completamente la máquina durante el día y durante las horas de escaso consumo, pues durante estos intervalos todo el servicio podrá hacerse por la instalación hidráulica de Tívoli.

He aquí las principales disposiciones de esta instalación.

Instalación hidráulica. — La estación generatriz está establecida en Tívoli, en la Villa Mecenate, antigua residencia de Mecenas, y alimentada por un salto de agua de 110 metros, de los cuales 10 se utilizan para otras aplicaciones industriales locales: el caudal de este salto es de 3 500 litros por segundo. Este verdadero río es conducido por un antiguo viaducto romano y en un canal de 150 metros de largo por 2'7 de ancho á la *Estación IV*, donde está establecida la fábrica hidráulica: el canal desemboca en lo alto de una torre en la que hay un tubo vertical de hierro de 1,6 metros de diámetro por 40 metros de altura, alrededor del cual, lo mismo que á lo largo del canal, hay aliviaderos para mantener un nivel constante. En la parte inferior de la torre un tubo horizontal de 1'6 metros de diámetro por 50 metros de longitud conduce al nivel del suelo el volumen de agua necesario. El edificio de máquinas, construído en la vertiente de una montaña, contiene, además de los anexos, una sala de máquinas de 25 metros de largo por 15 de ancho. El tubo horizontal que penetra en esta sala se subdivide en tres ramas horizontales, cada una con tres derivaciones que alimentan las nueve turbinas de que se compone la instalación, como indica el plano.

Un sistema muy completo de compuertas, maniobradas hidráulicamente desde la sala de máquinas, permite aislar en pocos segundos una derivación, de modo que en el caso de ruptura de un tubo el funcionamiento de la fábrica continúa asegurado. Las nueve turbinas forman tres grupos correspondientes á las tres derivaciones, componiéndose cada uno de dos turbinas de 330 caballos y de una de 50, todas ellas del sistema Girard, de eje horizontal y admisión parcial, con reguladores automáticos Ganz, y cuidadosamente encerradas para que el agua salga por debajo. La fig. 1 representa el conjunto de estas disposiciones y la 2 la distribución de turbinas y dinamos.

Alternadores. — Las dos turbinas de cada grupo mueven directamente un alternador que produce 42 amperes y 5.100 volts á la velocidad angular normal de 170 vueltas por minuto. El sistema inductor tiene 2'2 metros de diámetro y lleva 30 polos, lo que corresponde á una frecuencia de 42'5 períodos por segundo. La turbina pequeña que completa cada grupo mueve una excitatriz de 4 polos y produce, á la velocidad angular normal de 375 vueltas por minuto, 180 volts y 150 amperes (27 kilovats), potencia de sobras suficiente para la excitación de tres alternadores. Tres cabrias giratorias dispuestas en la sala de máquinas hacen muy fáciles el desmontaje, la inspección y el entretenimiento.

Regulación. — Todos los alternadores están apareados en derivación, lo propio que las excitatrices, lo cual simplifica considerablemente el servicio de regulación. En el circuito de excitación de cada alternador hay colocados reostatos á mano. La regulación propiamente dicha se efectúa por medio de dos reostatos automáticos, sistema Blathy, que obran sobre las corrientes de excitación de las excitatrices y regulan su producción de manera que la tensión de la corriente alternativa se mantenga constante en Roma, compensando las pérdidas de la línea por un igualador de tensión.

En el cuadro de distribución hay amperemetros y voltmetros correspondientes á cada máquina, y de esta suerte puede á cada instante abarcarse las condiciones de funcionamiento de cada una de ellas. Los interruptores son vasos cilíndricos de ebonita con mercurio en los que se sumergen las varillas de contacto.

Línea. — La línea se compone de cuatro cables de alambre de cobre, cada uno de ellos formado por una cuerda de 19 hilos de 2'6 milímetros de diámetro, lo que corresponde á una sección total de 100 milímetros cuadrados. Los cuatro cables pesan en junto unas 100 toneladas y pueden ser agrupados á la salida y á la llegada, circunstancia muy importante en caso de reparación necesaria en uno de ellos. Cuando funcionan á la vez cinco máquinas á toda carga, quedando la sexta de reserva, la pérdida en línea es de 1.020 volts, ó sea cerca de 20 por 100.

Para la construcción de esta línea que atraviesa un país desierto se han adoptado precauciones especiales colocándola sobre sólidos aisladores de aceite situados á 35 ó 40 metros uno de otro.

Estación secundaria. — La línea de alta tensión procedente de Tívoli detiénese, antes de llegar á Roma, en una estación secundaria situada cerca de la *Porta Pía*, en la que están instalados los transformadores y otros aparatos. Como la instalación eléctrica de Roma, de la que es suplementaria la de Tívoli, funciona á 2 000 volts, y como Tívoli proporciona la energía eléctrica á la estación secundaria á 4.000 volts, es preciso ante todo rebajar el potencial á 2.000 volts, para lo cual hay en dicha estación 32 transformadores de 25 kilovats cada uno: un primer grupo de 16 transmite los 2.000 volts alternativos á una

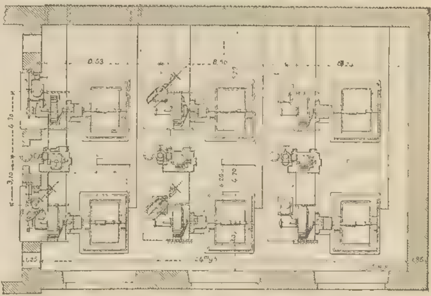


Fig. 2. Plano de la sala de máquinas de la fábrica eléctrica de Tívoli

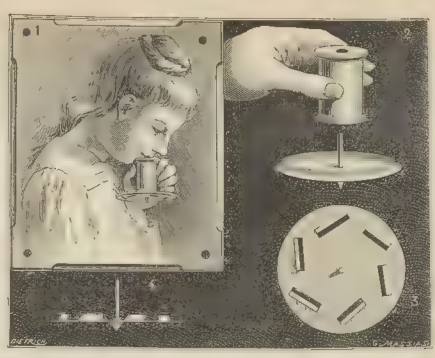
red subterránea de cables concéntricos que sirve para la distribución general de la corriente en Roma; otro grupo también de 16, de 25 kilovats uno, se utiliza para el servicio de las lámparas de arco, sirviendo cada uno de ellos 45 lámparas de 14 amperes.

E. Hospitalier

UN TROMPO DE FÁCIL CONSTRUCCIÓN

Aunque el trompo figura entre los juguetes que han sido objeto de mayor número de modificaciones, creemos interesante describir una nueva disposición que nos da á conocer el *Scientific American*. El trompo de que vamos á ocuparnos puede ser construído por los mismos niños de prisa y con poco gasto, y además tiene cierta originalidad en la manera como se le hace bailar.

El trompo propiamente dicho está formado por un disco de cartón de 8 á 10 centímetros de diámetro, del grueso de una tarjeta de visita, con una serie de aletas colocadas oblicuamente, que se obtienen cortando el cartón en tres lados de un rectángulo y doblándolo sobre el cuarto lado (núm. 3). Constituye el eje del trompo una aguja ordinaria ó un palito de madera fijado en el centro del disco por medio de una gota de lacre (núm. 2): el eje así formado sale 3 ó 4 centímetros en la parte superior y 5 ó 6 milímetros en la inferior para constituir la punta. Para lanzar el trompo se



Trompo de fácil construcción. – 1. Vista del trompo en conjunto. 2, 3 y 4 Detalles de la construcción

toma un carrete de madera de esos que se venden con hilo en todas las mercerías, se introduce en el agujero la aguja y se sopla ejerciendo con el dedo una ligera presión sobre la punta á fin de que no caiga el trompo: al poco rato de soplar puede retirarse el dedo, pues el trompo se pone á girar rápidamente bajo la acción del viento que azota sus aletas, y se mantiene en el aire, suspendido en el espacio gracias al vacío parcial ejercido por el movimiento centrípeto del aire entre la superficie interior del carrete y la superficie superior del disco y á la acción de la presión atmosférica exterior. De este modo el trompo se mantiene suspendido mientras se sopla: cuando se deja de soplar cae y continúa durante algún tiempo su movimiento de rotación si se ha colocado debajo de él una superficie dura y lisa, como por ejemplo, una plancha de cristal, un plato, un mármol, etc. Las figuras representadas en nuestro grabado son suficientemente claras para que haya necesidad de insistir sobre la manera de construir y usar ese juguete sencillo é ingenioso.



MEDALLA CONMEMORATIVA DEL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, obra del escultor D. Eusebio Arnau, acuñada por encargo del Ayuntamiento de Barcelona

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XI ← Barcelona 31 de octubre de 1892 → Núm. 566

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL SUEÑO DE LA INOCENCIA, grupo escultórico de Croisy

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La paz universal. – Festividades múltiples de la ciencia y del trabajo. – El armamento excesivo y los gobiernos europeos. Madrid. – Las Bellas Artes en Madrid. Su Museo de Pinturas. – Inauguración de la Pinacoteca del Museo. – Maravillas encerradas en este magnífico templo del Arte. – Promesa de describir la Exposición Histórica y la Exposición de Pinturas. – Conclusión.

I

Heme propuesto pasar el resto de mi vida, gastando toda la fuerza de mis pulmones y consumiendo toda la tinta de mi pluma, en la obra caritativa de predicar la paz, paz dentro de mi nación, paz entre todas las naciones del mundo. Así, dondequiera que se reunen cuatro criaturas humanas y en esta reunión se halla con ellas el verbo de los grandes ideales, yo pronuncio la palabra «paz» y la confío por completo al movimiento del aire y á la fecundación del agua de los cielos. Y, no obstante lo difícil del empeño, me alienta en él y me sostiene la observación de síntomas consoladores como las fiestas consagradas á los aniversarios gloriosísimos de la ciencia y del progreso. Las fiestas florentinas al Dante, las belgas á Rubens, las genovesas á Colón, las americanas y españolas al Descubrimiento del Nuevo Mundo enseñan cómo el hombre moderno va separándose poco á poco de la guerra que todo lo destruye y volviéndose al trabajo que todo lo produce. Y en la obra de pacificación me acompañan muchos ánimos generosos y muchos altísimos espíritus. Cuanto más examinamos el estado internacional europeo, con mayor claridad vemos la necesidad imprescindible de recurrir al desarme de tanto ejército conquistador inútil, si queremos conservar la solvencia de tanto tesoro nacional exhausto. Mirad los dos imperios de Oriente, así el mongol como el esclavón, así el ruso como el turco: éste no puede pagar al otro la indemnización de guerra hoy, mientras el otro no podrá satisfacer mañana los empréstitos que contrae con increíbles dificultades en el mercado francés. Respecto de Germania hemos dicho en otro lugar lo que pasa: el poder parlamentario y el poder imperial se desavienen, como en los tiempos viejos, por los setenta millones de crecida que traen aparejados los proyectos militares recientes. No hay más que dos grandes naciones desahogadas: Inglaterra y Francia. Pero el desahogo en Inglaterra proviene de su carácter militar y pacífico, que excluye los colosales armamentos y los numerosos ejércitos; mientras el desahogo en Francia proviene de que no perderá nunca esta nación las tres fuentes de su prosperidad eterna, el trabajo, el ahorro y la previsión administrativa. Así no puede su estado peculiarísimo compararse con el estado peculiarísimo de ningún otro pueblo. Y sin embargo, basta examinarlos con atención para comprender en seguida que traerá pronto males gravísimos á Inglaterra el exceso de sus barcos y á Francia el exceso de sus soldados. Así nunca he visto tan acreditada una idea como ésta del desarme universal á la que nadie podrá oponerse bien pronto. Con motivo del llamamiento á nuevas elecciones en Italia, los partidos dicen á una su pensamiento y el más prosperado y seguido aparece sin duda de ningún género el partido de Rudini por haber sustentado su antiguo ministro de Hacienda, el señor Colombo, tesis tan evidente como el ahorro y el desarme irremisibles. Algo parecido Kalnoky ha dicho en la reunión de los delegados del Austria, uniendo sus autorizadas quejas á las quejas de todo el mundo por la gravedad abrumadora con que pesan los soldados sobre los presupuestos y los presupuestos sobre los pueblos. El ejemplo mayor de cómo se sobrepone la política de sabias economías á todo vese patentísimo en el pueblo heleno. Pudo atreverse á un golpe de estado dirigido contra el primer ministro Deyalmis, á pesar de tener éste mayoría en la Cámara, el rey, porque su malherido consejero únicamente representaba el despilfarro y la imprevisión. Si en otro tiempo un monarca griego echa *proprio motu* á un ministerio contra el voto de las Cortes, echan los pueblos al rey como echaron por mucho menos á la dinastía bávara. Mas un ministro gastador corre peligro de que á las barbas se le suba todo el mundo, hasta los más inofensivos entre los seres, hasta los reyes constitucionales. Ha subido Tricoupis, el verdadero político y el verdadero patriota heleno, pero ha debido enterarse de que no hacía nada como no abrazase una política de sabias economías, y á una política de sabias economías ahora somete todos sus proyectos y todos sus propósitos. Nada de soñar con Macedonia, tenida por los griegos como parte integrante de Grecia, magüer darle todos los días en rostro servios y búlgaros con las palabras del gran Demóstenes, que llamaban al macedón extranjero; nada de romper abiertamente con todo el mundo para ir en socorro del pueblo cretense aherrojado á Turquía; nada de pedir gentes y dinero para una cruzada filo-helena contra los infieles: el ahorro se impone con imposición soberana y al ahorro hay que ir con insistente perseverancia y dar así de mano á todo proyecto, ya sea romántico, ya clásico, si trae aparejado mínimo dispendio. A fines del siglo pasado se impuso la libertad en una revolución violenta por causa del presupuesto, y á fines del siglo corriente por causa del presupuesto se impondrá en una evolución pacífica la paz universal.

II

Pero dejémonos de la política y vamos á las Bellas Artes. No puede negarse que Madrid está hermosísimo y que los tres centros de obras artísticas abiertos en la hermosa línea que corre desde la Estación de Alicante al Hipódromo de Chamartín compensarán un poco la inopia de nuestro Ayuntamiento y de nuestro Gobierno en la festividad marradísima del Centenario de Colón. ¡Qué villa esta de Madrid tan alegre! Y cuán difícil hacerles comprender á los extranjeros por qué la llamamos villa y no ciudad. Una población tan grande, con quinientas mil almas, no ha pasado de villa. En lengua española se llama ciudades á las poblaciones de primera importancia por su número y por su historia y por sus servicios á la patria común, y villas á las poblaciones de segunda importancia, y aldeas á las poblaciones mínimas. De aquí una tradición casi extravagante. La costumbre ha querido que á la cabeza Madrid, como capitalidad consagrada de la nación y residencia oficial del Gobierno, á la cabeza de todas nuestras poblaciones, conserve su nombre modesto y su categoría secundaria de antigua villa. Con efecto, levántanse á una en derredor suyo poblaciones artísticas é históricas, las cuales no solamente con Madrid emulan y compiten, la vencen hasta eclipsarla. No hablemos de Toledo, nuestra Roma, donde se aglomeran, á guisa de magnífico museo, desde los escombros romanos y románicos de singular valor que todo el mundo conoce, hasta las maravillas del Renacimiento, después de haber pasado allí el arte gótico por sus tres capitales fases de abizantinado, puro y florido, así como el arte árabe por las tres paralelas fases de sirio, cordobés y granadino, realzado todo por el gusto mudéjar y el gusto plateresco, sin ejemplos y sin modelos y sin rivales en nación alguna, privativos, merced á circunstancias extraordinarias, de nuestra poética y singular España. Pero, aun dejando á Toledo, Alcalá con su catedral gótica y su hermosísima Universidad plateresca y sus patios de ornamentos mudéjares; Avila con sus templos románicos y sus muros feudales; con su acueducto digno de la Ciudad Eterna Segovia, le llevan tales ventajas á nuestro Madrid, que parece la villa, no obstante ceñir corona en las sienes, una reina desvestida de toda presea por sus afortunadas rivales. En este país, donde las obras monumentales del tiempo en nuestras artes parécense, por lo grandes y por lo antiguas, á las obras geológicas del tiempo en nuestro suelo, dentro de Madrid no quedan otros restos bellos de viejas arquitecturas que una torre allá en San Pedro, cercano á las afueras; una capilla denominada del Obispo y célebre así por sus enterramientos como por sus tapices; la iglesia de San Jerónimo rehecha, como una vieja por afeites y adobos recompuesta; el modesto portal de la humilde Latina, indigno del tiempo glorioso que recuerda y del nombre ilustre que va unido á la Pascua del arte y al descubrimiento de América. A Madrid le tocaron dos desgracias: haber tenido tan poca importancia en la Edad media que no alcanzó un palacio semejante, por ejemplo, al del Infantado en Guadalajara, y haber subido á su grandeza cuando el arte arquitectónico, á diferencia de la pintura y escultura muy resplandecientes y muy gloriosas en aquel entonces, bajaba de golpe á su irremediable decadencia. Grande su regio alcázar, pero poco artístico; grande su iglesia de San Francisco, pero hinchada por el decaimiento arquitectónico; grande alguno que otro edificio como el Ministerio de Hacienda, pero aversallado y sin carácter alguno hispano: tan sólo en el Museo compiten la gracia con la mole y tan sólo en el Museo se reconoce por el gusto artístico un monumento digno de todo cuanto en sus paredes hay contenido y encerrado. Cuán otra en punto de Bellas Artes fuera nuestra capitalidad, si la Monarquía histórica española, en la centuria de su definitiva unidad, en la centuria décimasexta, escogiera, de preferir los extremos, Lisboa ó Barcelona ó Sevilla, muy ornadas por el Renacimiento y por la Edad media; ó de preferir el centro, Toledo, Valladolid, Burgos y León misma, tan dotadas de suyo con gloriosos recuerdos y tan maravillosas por sus hermosísimos edificios.

III

Pero el régimen liberal y parlamentario en tales términos ha sublimado nuestra capital y henchídola de una sociedad tan ilustrada y de un pueblo tan culto, que compite con las mejores capitales europeas y en muchos puntos las excede. Madrid sería una ciudad de primer orden, aunque sólo tuviera un monumento, aunque sólo tuviera el Museo. Maravilla denominamos á la fábrica de Felipe II, colocándola junto á las designadas con este nombre por los antiguos en el recuento de sus edificios mayores; y la verdadera maravilla está en el Prado, en esa Galería única de obras maestras sin par. Echad el Museo de Madrid en los patios inmensos del grandioso Louvre y no podrá por sus dimensiones y por su magnitud material comparársele, siendo el nuestro, aunque muy hermoso y bien proporcionado, relativamente diminuto, si puesto al frente de aquel gigantesco edificio. Imposible aquí hallar ni la variedad riquísima de objetos que ostenta el Museo Británico, ni la copia de cuadros reunidos en una especie de serie y sistematización histórica que guardan los Oficios de Florencia. Poco en su recinto de las esculturas admiradas en el Capitolio y en el Vaticano; poco también de los tesoros en pinturas arqueológicas allegadas por las galerías de Roma, de Siena, de Perusa. Gústanme como disposición más el Museo de Bruselas y de Amberes, y por el ornamento y lujo cualquiera de las Pinacotecas erigidas y arregladas en Munich, en Viena, en Berlín. Pero aquello en que nuestro Museo no encuentra su igual es en la felicísima y nunca bastante celebrada circunstancia de haber, como por milagro, reunido en sus salas aquel número de obras maestras, siendo imposible hallarlas juntas en otro espacio alguno, ni recorrerlas en tan corto tiempo y lugar por ninguna otra parte. Los pasillos, los desvanes, los sótanos del Museo nuestro guardan tablas y lienzos reservables para las tribunas de otros museos y para los salones de selección y de preferencia. Sesenta Ticianos, muy cerca de cien Theniers, Rubens y Van-Dicks de primera importancia, el Pasmo y la Perla y la Virgen del Pez y la Transfiguración del dios de los pintores, Pantojas y Riberas y Coellos á granel por todas las paredes, excelentes Zurbaranes y Canos, muchos Murillos de resplandores que ciegan y arroban, los Moros con sus redivivos personajes, los Dureros como si estuviéramos en Alemania, Juan de Juanes en su increíble martirio de San Esteban, Holbein mismo tan bien representado como en Basilea, lienzos del Sarto comparables á sus maravillas de Florencia, glorias de Flandes que nos envidia con razón Bélgica, tres Cranachs trayéndonos las escenas del período luterano á la vista, Veroneses y Tintorettos como si estuvierais en Venecia, gran parte de Goya, y todo Velázquez, forman tal suma de maravillas que parece una increíble hipérbole verificada por hechizos y encantamientos en una fiesta de magia. ¡Cuál número de viajes tenéis que emprender, amantes y cultivadores de las Bellas Artes, cuál suma de vueltas que dar, cuáles saltos y fatigas que sufrir, si habéis de ver creaciones pictóricas semejantes á las congregadas en Madrid por una serie de circunstancias felices, las cuales no se repetirán jamás en la historia universal! Sobre todo aquí está Velázquez, el pintor de la vida, el único, el sin sucesor y sin sucesión posibles, el que sabía realizar lo ideal en términos de ponerlo íntegro á vuestra vista y generalizar lo particular hasta subir los individuos á prototipos, transparentando las calidades fisiológicas y psíquicas de cada uno por medio de figuras, que respiran en el aire verdadero, que viven vida real, que andan por el espacio donde las ha lanzado el pintor, y que hablan á una con aquellas fisonomías animadas por el sentimiento y con aquellos ojos irradiadores de visibles y verdaderas ideas. Así, después de haber visto el Verbo increado y la Concepción Inmaculada en los éxtasis de Murillo, y ha-

ber por esa correspondencia entre la vista y la oreja, señalada en la fisiología contemporánea, sacado de un pentagrama de colores un iris de notas á la contemplación de tanto cuadro religioso, como pintan los conciertos celestiales de las esferas angélicas, entráis por los lienzos de Velázquez inundados de luz material, engrandecidos por horizontes celestiales, llenos de aire vital y de seres efectivos, como quien se despierta de un embustero sueño hipnótico y se baña en los efluvios, en los rocíos, en los aromas, en los resplandores y en los gorjeos de una mañana de mayo. Un ruso, con llevarse á Petersburgo la efigie de Felipe IV, caballero en aquel potro, cuyos ojos esplenden al cielo madrileño y cuyas narices aspiran el aire de Guadarrama, llevaríase la Moncloa y el Pardo con sus lejos azules, con sus montañas de lapislázuli, con sus transparencias húmedas y cálidas al mismo tiempo, que mezclan indecisiones de vapores violáceos y argénteos de nieve virgen y toques de metálicos tonos y verdes de hierbas frescas con una iluminación viva é intensa como si las reverberaciones del éter á un mismo tiempo rebotaran en mares y desiertos. Ha sorprendido el pintor la verdad en tales términos, que á la primer fragua del paso halláis sus herreros hoy aún, y sus hilanderas en la fábrica de tapices que se ha trasladado al Paseo de Atocha desde el antiguo Saladero, y en las tabernas sus viejos borrachos, y en las tablas su comediante, y en el taller su escultor, y en el campo sus soldados, y en la corte sus reyes, y en las monterías sus perros, todos los cuales os dan gana de mirar el cuadro por detrás para ver si al bien adobado y apercibido lienzo, por un milagro de óptica, se asoman los modelos antes de dejarse colocar, modelar, dibujar y pintar. Podéis ver á Rembrandt en Amsterdán y en Gante y en Bruselas y en París; podéis ver á Miguel Angel en Roma y en Florencia; podéis ver á Correggio en Parma y en Dresde; podéis ver á Rubens en Amberes y en Bruselas y en París y en Madrid y en San Petersburgo; podéis ver á Murillo en Sevilla y en Cádiz y en Madrid; podéis ver á Rafael en todos los grandes Museos: á Velázquez únicamente lo veréis aquí. Tal es la capital ventaja que por modo singularísimo caracteriza nuestra Galería: la suma de sus cuadros maestros y la colección de Velázquez increíbles entre los inmortales sumandos. Así con facilidad encuentra el espíritu inclinado á la Historia otro recreo allí superior á tanto recreo estético, cual procuran las inmortales obras, el recreo de poder conversar con tantos y tantos protagonistas del escenario de lo pasado como hay en aquel recinto, vivos hoy día. Con un poco de fantasía y de memoria que tengáis, asistís á una verdadera evocación. No puede llamársele valle de Josafat por tanto cintillo y tisú y pedrería y brocado y plumaje y blonda como brillan por allí; pero sí puede llamársele una Pascua de Resurrección que nos procuran los pinceles como aquella cuya santa influencia separó de los labios del doctor Fausto la copa, donde se hallaba disuelta su muerte, con repiques de campanas y cánticos de aleluyas y melodías de órganos. Aquí reza doña Isabel I, circuída de sus hijos, cuyas gracias la encantaban, creyéndolos, cuando habían de malograrse tan pronto, sanos y vívidos. Allí el Elector de Sajonia y los promovedores de la Liga de Smakalden van en requerimiento y busca de Lutero, para del Emperador y sus secuaces recatarlo, y subirlo al Patmos en que trazará contra todas las maquinaciones del diablo su nuevo Evangelio. El mozo gallardo aquel, con su espadón damasquinado al cinto y su ropilla de terciopelo azul bordada con brocado de oro, que acaricia un perro de lanas con su mano fina, y os interroga con sus ojos negros, es el cuarto marido de Lucrecia Borgia, inmortalizado por Hugo y Donizzetti, aquel duque Alfonso, cuya imagen, que vivificara Ticiano, inútilmente buscaréis por el feudal castillo de Ferrara. El príncipe D. Carlos, no obstante haber abogado por él Schiller y Quintana en sus obras eternas, no podrá salvarse de un severísimo juicio, porque lo acusa el retrato de Sánchez Coello, presentándolo con la tez lívida y los ojos extintos de quien jamás hubiera sentido en su cuerpo el calor de un alma. En cambio, si queréis ver la puesta del tempestuoso astro de nuestro poder, si queréis ver á Carlos V en desgracia, y acompañarlo desde la fuga de Inspruch hasta el monasterio de Yuste, rumiando la traición del pupilo Mauricio de Sajonia en quien se apoyó el día de su coronación para entrar en Bolonia y presintiendo la traición del otro pupilo Guillermo de Orange, ahí está con toda la hiel de su desengaño en la cara y con sus ojos reconcentrados sobre la eternidad y sobre la historia, despidiéndose del mundo entre los rojos centelleos de un crepúsculo parecido al anochecer del Universo en los siniestros versículos del aterrador Apocalipsis. Y no lejos de su persona está la persona de su hijo, pintada por el sombrío Pantoja; su hijo, su Felipe II, que hiede á muerto, como al agonizar en la tribuna del Escorial; su hijo de mirada tan desvanecida y tan callada como su alma doble, y de color tan amarillo como el fosforeo de un fuego fatuo, con traje negro en que aparece amortajado y con rosario escueto en sus dedos de araña. Y como si los siglos fueran una eterna tragedia, María la Sanguinaria de Inglaterra con cara de harpía y un clavel rojo en las manos, del color de la sangre; D. Sebastián, soñando con los arenales de Africa, donde habrá de tragárselo el desierto para siempre; la gobernadora de Castilla, doña Juana, su madre, que recibía con antifaz á los embajadores en Valladolid; aquel Carlos Estuardo, aterrado y resignadísimo, contemplando con tristeza las costas de Francia donde lo aguarda su esposa y huyendo en deseo y en espíritu á las costas de Inglaterra donde lo aguarda el verdugo; y por último, la gata impúdica María Luisa de Borbón, en vísperas de ceder, impulsada por sus liviandades y por su amor al favorito Godoy, en cambio de una coronilla en los Algarbes para éste, la patria de nuestros padres al conquistador, cubriendo así el suelo de cadáveres y el aire con torbellinos de incendio y con vapores de sangre. Pero si os apena todo eso, tenéis para divertiros y regocijaros las familias flamencas muy coloradas y perfectamente nutridas de Porbus; las risueñas Meninas rodeadas de bufones que juegan en las estancias del Buen Retiro y entretienen á retozona infantita; las Kermeses flamencas en que resuenan toda clase de instrumentos; el Jardín de Amor, donde baila Rubens, empujados por los rosáceos cupidillos, con la mujer predilecta; los alegres y sanos muchachuelos de Murillo que abrazan los borregos en el prado y escancían el agua de los arroyos en concha de madreperlas; el feliz y apuesto Van-Dick mirando á la Duquesa de Oxford con regocijo verdadero tras las espaldas del consentido Duque; los edificios y los bureos venecianos de Canaletto; los toros y las meriendas y las ventas y los calderos y las castañuelas y las guitarras y los chorizos y los majos y las manolas y las ferias y los festeos de Goya, que derraman por doquier el regocijo de un sainete de D. Ramón de la Cruz y la esperanza de un cántico de Quintana. He ido al Museo invitado para la inauguración de su Pinacoteca y en él me he quedado. La próxima revista os hablará de la Exposición de Pinturas y de la Exposición Histórica.

NOSTALGIA

Filomena estaba muy atareada yendo de la cocina al patio para colocar en el carro, que estaba parado á pocos pasos, todos sus enseres, mientras su marido Bartolo los iba atando de modo que no pudieran desprenderse por el camino. Nina, su hija, hermosa muchacha de diez y ocho años, miraba con ojos llenos de lágrimas, ora al padre, ora á la madre ó ya al carro, que estaba cada vez más cargado de objetos, y daba luego vueltas por uno y otro lado sin saber lo que hacía.

¿Qué haces ahí como una marmota?, le preguntó Filomena: ven á ayudarme á sacar el arca.

Nina obedeció, pero haciendo las cosas maquinalmente como si no pensase en ello.

– Pero, mujer, ¿no ves que no se puede pasar por ahí?, le dijo su madre. No sé qué diablos te sucede hoy: pareces dormida.

– Lo que me sucede es que no me gusta ir allá abajo, contestó la joven encogiéndose de hombros.

– ¡Qué tonta eres! Dices eso porque no has estado nunca; pero ya verás cómo se vive mejor: allí se come y aquí se muere uno de hambre.

- Sí, pero nuestra casa...

– ¡Nuestra casa, nuestra casa! Mírala ahí en el carro: en teniendo mi cama y mis colchones, no necesito más. En todas partes encontraremos un techo y cuatro paredes que son siempre iguales: cuando hayamos colocado la cama, colgado de la pared el cuadro de la Virgen, puesto la mesa en la cocina y limpiado las cacerolas hasta ponerlas tan relucientes como saben estas manos, ya verás cómo no notas ninguna diferencia.

En tanto iban llegando todas las vecinas á despedirse de Filomena y á felicitarla por su buena suerte en poder ir al llano á trabajar en una hermosa heredad.

– Fortunas como esta no se logran todos los días, le decían; allí se trabaja, pero al menos se recoge, mientras que aquí se siembra trigo y salen guijarros, trabajamos como acémilas y nos morimos de hambre.

– Pero aquí hay muy buenos aires, contestaba Filomena para consolarlas.

Si se viviese de aire solamente... pero se necesita algo más sólido. ¿Vendrás al menos á vernos de vez en cuando?

– ¿Pues no? Por Pascua á más tardar, y os traeré un par de capones que me propongo cebar para vosotras; y cuando queráis ir por allá, tened por seguro que



Nina iba con su rosal en una maceta y hablando sin cesar con Gigi

siempre habrá un poco de menestra para los amigos.

Y se regocijaba con la idea de llegar á ser tan rica que pudiese dar hospitalidad á las amigas.

– La verdad es, añadía, que ya somos viejos y podíamos continuar viviendo aquí; pero tenemos una hija y es preciso pensar en ir haciéndole un ajuar para cuando se case.

Nina, aburrida ya de oir charlar á su madre, se había marchado á un campo vecino para arrancar un rosal que quería llevarse á su nueva vivienda.

Por el camino la encontró Gigi, el hijo de Antonio el jardinero, á quien anunció que iba á arrancar el rosal que había plantado para ella la primavera anterior.

– Pues yo te ayudaré á trasplantarlo, le contestó el mancebo; así te acordarás de mí cuando estés allá.

Nina no contestó y suspirando miró la llanura á la que debía llegar antes de la puesta del sol.

– ¿En qué piensas, Nina, que no me contestas?, le preguntó el joven.

– Pienso que las colinas son muy hermosas y la llanura me parece un cementerio; todo es un campo verde con una casa blanca aquí, otra casa allá, ésta un poco más lejana que aquélla como las losas de los sepulcros; sólo al pensar en ello me da frío.

Gigi se echó á reir, y habiendo llegado al huertecillo detrás del cual había una cerca de rosales, se arrodillaron y se pusieron á arrancar uno poco á poco.

– Ten cuidado, que eso es mi mano y no la raíz; no me hagas daño, dijo Nina levantando la voz.

– Sí, yo siempre te hago daño, hasta cuando te echaba los racimos de uva por el monte abajo en los días de la vendimia.

– Lo digo por broma y porque oigas mi voz. ¿Te acuerdas cómo nos divertíamos? Hasta para esto son hermosas las colinas: aquí se ve uno de lejos: tú desde arriba me echabas las uvas, yo gritaba y la voz llegaba hasta ti, y luego, cuando nos alejábamos cantando, el eco nos traía nuestras voces. ¡Cuántos ratos hemos pasado hablando!

– ¿Te acuerdas que en las tardes de verano á la puesta del sol te encontraba siempre sentada en la cerca delante de la casa?

– ¡Y qué gusto daba ver cómo el sol iba bajando, bajando, tener hambre y pensar que nos esperaba la polenta!, dijo Nina. Tú podrás volver á la cerca; pero yo... yo no estaré ya en ella.

Y se echó á llorar.

– ¿Qué haces, Nina? ¿No ves que te ensucias de tierra toda la cara? ¿Y lloras cuando vas á estar mejor?

– ¿Y para qué quiero estar mejor si no veré ya á mis amigos?

– Pero los amigos irán á verte.

– ¿Lo dices de veras? ¿Irás también á vernos? ¿Hasta allí?

– ¿Por qué no? ¡Oh! Tengo buenas piernas y te doy mi palabra de que iré por Navidad á más tardar.

– ¿Cuánto falta para Navidad?

– ¿No lo sabes? Estamos en San Martín, conque poco más de un mes.

– ¡Cuánto tiempo!, exclamó Nina.

Pero se limpió los ojos y pareció más consolada.

– Pues yo vendré aquí con mi madre por Pascua; se lo hemos prometido á nuestro compadre.

– Además no os vais al cabo del mundo, ni tampoco á América.

– ¡Nina, Nina! ¿Qué haces?, gritó la voz de Filomena. Sólo esperamos por tí.

– Ya voy, contestó Nina; he querido llevarme mi rosal.

– Despacha y no seas pesada: ya sabes que hemos de llegar antes de anochecer.

– Hay tiempo; aún no son las ocho. Gigi, acuérdate; te aguardamos por Navidad, dijo Nina volviéndose al joven.

– Te acompañaré hasta la cisterna.

Y todos echaron á andar, el carro delante guiado por Bartolo, detrás Filomena con un lío en el cual llevaba el dinero y su vestido de boda, y Nina con su rosal en una maceta y hablando sin cesar con Gigi. A una revuelta del camino hubieron de hacer alto porque se encontraron con los labriegos que iban á ocupar la casa que dejaban. Era una familia compuesta de un anciano y dos hijos, un joven de veinte años y una muchacha de la misma edad que Nina.

– ¡Adiós, Checco, buena suerte!, dijo Bartolo. Te advierto que he dejado algunos arneses en la cuadra y vendré á buscarlos así que me haya instalado en la casa nueva.

– Como quieras, Bartolo.

– Nos veremos también cuando la cosecha; verás qué bien te encuentras; no engordarás mucho, pero tampoco te morirás de hambre.

– Confiemos en que todo irá bien. Hasta la vista y buen viaje.

Y continuaron su camino, pero Nina no podía apartar la vista de la joven que iba á ocupar su cuarto; le daba rabia ver que era guapa, y sentía cierta envidia. Gigi se despidió por fin de Nina, la cual prosiguió silenciosa su camino, sin dejar de mirar aquellos montes que parecían alejarse poco á poco; y cuanto más andaba mayor era el vacío que sentía en su corazón, y se consolaba apretando contra su pecho la maceta de flores que llevaba en los brazos, único recuerdo de su vida pasada.

II

Bartolo se encontraba muy satisfecho en el llano, cogía puñados de tierra y decía á su mujer:

– Mira, mira, qué hermosa tierra negra, da gusto verla, y además ni con un candil se encuentra en ella una piedra; aquí es un contento trabajar: ¡qué diferencia de los montes!

Filomena estaba orgullosa de su gallinero, donde tenía capones que engordaban á ojos vistas, y todas las mañanas encontraba huevos frescos con los cuales hacía tallarines amarillos como el oro y sabrosos hasta chuparse los dedos.

– Esta es otra vida, decía, otra vida.

También Nina creía que era otra vida, pero por muy diferente concepto. No pensaba en los capones de su madre ni en la fertilidad de la tierra como su padre, y los días le parecían largos, eternos, y aquella llanura inmensa, monótona, la aburría. Siempre estaba mirando las colinas que se divisaban en lontananza, y el día en que vió su cima cubierta de nieve se puso muy contenta porque pensaba que estaba muy cerca de Navidad y que Gigi iría á verlos.

Filomena también esperaba para entonces á su compadre, y decía que para entonces mataría al mejor de sus capones; y enseñaba á Nina el que tenía ya elegido para servirlo á la mesa en semejante fiesta.

Y cuando Nina lo veía correr soberbio por la era con sus plumas de colores tornasolados, pensaba en la alegría que debía reinar el día en que lo vería asado en la mesa, á la cual se sentaría también Gigi.

Pero llegó el día de Navidad, y por más que casi lo pasó en el camino esperando, perdió el tiempo y la paciencia, pues llegó Tito, el compadre, pero Gigi no.

Filomena estaba muy contenta y enseñó á su compadre el gallinero, el establo, la pocilga y hasta el granero, mientras él la decía:

– ¡Qué suerte habéis tenido! Veo que estáis muy bien, y que desde que no nos vemos habéis engordado: únicamente Nina me parece algo paliducha.

– ¿Qué se le ha de hacer, querido compadre? No le gusta vivir en el llano, pero ya se acostumbrará.

– ¿Y qué hay de nuevo por los montes?, preguntó Nina.

– Nada: allí llevamos la vida de costumbre: de noche hace un frío endemoniado y lo pasamos en los establos.

– ¿Y Gigi, el hijo de Antonio, que también debía venir á vernos, está acaso enfermo?

– No: le he visto esta mañana sano y ágil como un corzo.

– ¿Y cómo le va?

– Como siempre; sigue yendo á vuestro establo, y dice que va allí por costumbre, y casi sin querer se dirige por la tarde hacia aquella parte como si estuvieseis aún allí.

– ¿Se ha hecho amigo de los que nos han reemplazado?

– De seguro: ya sabéis que esas amistades se traban pronto.

Nina se puso tan pálida que parecía una muerta y se marchó con un pretexto cualquiera.

Le digo á usted que su hija no está buena, dijo Tito á Filomena; ha enflaquecido tanto que no parece la misma; diga usted al médico que la recete algo; me da pena verla así; cuando vivía allá arriba estaba blanca y colorada como una manzana.

Cuando Nina volvió, Filomena se quedó mirándola y pensó:

– Mi compadre tiene razón; mañana llamaré al médico.

Y al día siguiente fué el doctor; Nina le dijo que no tenía nada, pero mientras hablaba no apartaba la vista de las montañas.

En un principio el médico no entendía su mal, y por espacio de un mes siguió visitando de vez en cuando á Nina sin conseguirlo; pero llegó un día en que dijo á Filomena:

– Ya he dado con la enfermedad que padece su hija de usted.

– ¿Qué tiene?, preguntó la madre.

– Nostalgia, contestó el médico.

Y se marchó.

Filomena se quedó tan enterada como antes, mejor dicho, aquel nombre extraño la preocupó tanto que quiso saber en seguida qué debía hacerse para curar á la muchacha, y corrió á preguntárselo al médico.

– Sería preciso enviarla á la montaña, le contestó éste, y se curará en seguida.

– Si no es más que eso, pronto se hará, respondió Filomena. Mañana la llevaré á casa de mi compadre que la recibirá con los brazos abiertos, y se la dejaré hasta que esté curada.

Así lo hizo, porque al fin y al cabo Filomena no tenía más que una hija y la quería mucho.

Nina parecía respirar mejor mientras subía por la colina; pero cuando, ya en casa del compadre, supo que Gigi iba todas las tardes á casa de la Rosa, la hija de Checco que había ocupado la casa de su padre, se sintió peor que antes y siguió enflaqueciendo visiblemente.

Por más que hacía Tito para contentarla, no podía lograrlo.

Gigi no la había visto aún porque se avergonzaba de ir hacia la casa del compadre, y tanto más cuanto que estaba arrepentido de lo que había hecho, pues Rosa no le miraba ya con tan buena cara y en cambio sí á otro mozo más rico y más guapo que él. No sabiendo qué hacer, desahogaba su mal humor en la taberna y en la aldea todos hablaban mal de él.

Nina no dejaba de quererlo, y á no haber sido porque después de su abandono no quería demostrar demasiado interés por él, habría ido á buscarlo porque se moría de ganas de hablarle.

Pero un día que lo encontró al salir de la iglesia, lo detuvo mientras él fingía no haberla visto, y le dijo:

– Hola, Gigi, qué pronto te has olvidado de los amigos.

El se paró de pronto, se puso encarnado y contestó:

– Hola, Nina. ¿No estás enfadada conmigo?

– ¡Yo enfadada! De ningún modo: siempre me estoy acordando de nuestras conversaciones en la cerca y en el redil cuando nos sentábamos allí.

¿De veras? Y yo que creía que no volverías á mirarme á la cara...

No podría hacerlo aunque quisiera.

– ¡Ah! Antes podríamos haber sido felices, pero ahora es ya tarde.

– ¿Y por qué?, preguntó Nina.

– Porque todos dicen que soy un perdido, porque me he dado al vicio, y tus padres no me querrán ya por yerno. Rosa ha sido causa de todo mi mal; yo iba allá porque ya estaba acostumbrado, pero al principio me parecía que había allí un gran vacío sin ti; después Rosa con sus ojazos me embrujó, y ya ves lo que ha hecho: más ha valido así.

– ¡Pobrecillo! ¡Cuánto habrás padecido! Lo que es



yo nunca he podido sufrir á esa muchacha, dijo Nina. También yo lo sentía mucho porque siempre te he querido.

– ¡Si fuese cierto! ¡Si me quisieras todavía!

– ¡Pues no! Ya verás qué contentos volveremos á estar.

Y en efecto, Nina hizo tanto que por fin persuadió á sus padres que la casaran con Gigi y que fuera á vivir con ellos en el llano.

Al principio se opusieron á causa de las voces que corrían acerca de Gigi, pero pensando luego que no tenían más que aquella hija, la cual se moriría de tristeza, consintieron y se efectuó la boda.

. . . .

El día en que Nina volvió al llano con Gigi estuvo



LA CONSAGRACION DEL GRAAL, cuadro 2. del primer acto de la ópera de Wagner Parsifal,

muy alegre, y al poco tiempo se puso blanca y colorada como cuando niña.

El médico, cuando pasa por su casa, entra á preguntarla si se ha curado de su nostalgia.

Ella se echa á reir, y en lugar de mirar á la montaña como antes, mira á su marido que trabaja todo el día y ya no va á la taberna. También ella se entretiene en cuidar pollos, y piensa en los infelices que viven en los montes, que trabajan sin fruto, en un sitio donde los pollos no encuentran qué comer y crecen tan tísicos que da lástima verlos; añade que se halla tan contenta que también ella está en camino de engordar como un capón, por todo lo cual no quiere que Gigi le hable de ir á la montaña, pues la odia, porque allá arriba está Rosa, esa Rosa tan pícara que casi hizo perder la cabeza á su Gigi.

Traducido por M. Aranda

LOS AINOS VELLUDOS DEL JAPON

Cuando llegué á Hakodate no había trazado aún plan ninguno. Deseaba ver la raza de los aínos, y en particular sus más puros tipos, pero nadie pudo decirme con exactitud dónde los encontraría. Sabido era de todos, sin embargo, que había algunos en la bahía de Volcano; pero hallándome tan próximo á los pueblos japoneses, pensé que el tipo no podía ser allí muy puro, y en su consecuencia resolví dar la vuelta á la isla para enterarme sobre el particular. Provisto de mis útiles de pintor, pero sin provisiones ni mapa ni brújula, me puse en camino cierta mañana muy lluviosa, completamente solo, emprendiendo así el viaje que en mi concepto debía efectuar fácilmente en doce ó catorce días, y que realicé con gran dificultad en ciento cuarenta y seis.

No hablaré aquí de las muchas fatigas que hube de sufrir á causa del mal tiempo, de los míseros refugios que encontré, de la falta de caminos, de la escasez de alimento y de los disgustos que me ocasionaron los naturales por su tenacidad en no querer servir de modelos. Los aínos son supersticiosos. Una vez, en el momento de estar yo bosquejando un grupo de indígenas que se ocupaban en cortar un gran pescado, acometiéronme de pronto, rasgaron el lienzo que tenía preparado, destruyeron la caja de pinturas y los pinceles, y arrojáronlo todo al mar. En la lucha me infirieron una herida en el brazo con un cuchillo descomunal, é injuriáronme, pues los aínos se imaginan que aquel que se deja retratar enfermará sin remedio, si no muere en el acto. En la ocasión á que me refiero, aquellos salvajes gritaban á mi alrededor como condenados, agitando sus velludos brazos con amenazadora expresión.

—¿No sabes, mal hombre, díjome uno de ellos, que apenas hayas bosquejado la imagen de un aíno todos los salmones y arenques, todos los peces, en fin, desaparecerán del mar, y que entonces nosotros nos moriremos de hambre?

Como había supuesto yo antes de ver los hombres de esta raza, los aínos de la bahía de Volcano no son tan buenos tipos como los que encontré después en Saru bets (río Saru), en Tokachi-bets (río Tokachi), en Kutcharo-bets (río Kutcharo) y en Ishikari-bets (río Ishikari).

Los aínos viven generalmente en la inmediación del mar ó de algún gran río donde la pesca abunde; de los que habitan cerca del río Tokachi los de Yeso son los que ofrecen el tipo más puro de su raza, porque los japoneses no han llegado aún hasta el interior de aquella isla.

Sufrí mucho en mi expedición al Tokachi, pues durante dos largos días no hubo más remedio que buscar camino á través de traidores pantanos y de un espeso y alto cañaveral, donde abundaban los osos negros y de pelaje amarillento. Dura tarea fué para mis dos caballos atravesar aquellos sitios y más particularmente para mí, porque no encontraba por allí vivienda alguna y de consiguiente me faltó el alimento. Afortunadamente, á unas cincuenta millas de la costa, en un sitio donde el terreno comenzaba á inclinarse en pendiente, el cañaveral terminaba, y pronto llegué á un pueblo de los aínos, conocido con el nombre de Yama kubiro. Aquellos habitantes eran mucho más velludos que todos cuantos había visto hasta entonces; las mujeres, casi del todo desnudas, distinguíanse por su repugnante suciedad, y casi enloquecidas por los ataques del «abu», enorme insecto conocido allí con el nombre de «mosca caballo,» así como por las picaduras de la «mosca negra,» pareciéronme una gran familia de monos. En aquel punto oí hablar de un pueblo más grande, llamado Frishiko-bets, poco distante del en que me hallaba; púseme en camino, y llegué á él á la noche siguiente. También allí pude observar tipos sorprendentes; tenían el cuerpo cubierto de una espesa capa de pelo negro, y barba desmesuradamente larga y poblada, por lo regular muy negra.

A una jornada de Frishiko bets divisé la montaña de Otopke, con los Piri bets (manantiales cálidos) que se hallan en el lado Nordeste, y también las montañas de Shikaru-bets-Occirsh (río de la roca blanca).



Los aínos velludos del Japón. – BENRY, jefe aíno de Piratori, en el río Saru

Los aínos se distinguen por su repugnante suciedad; jamás se lavan, y en esto ofrecen singular contraste con sus vecinos los japoneses. Esos naturales viven exclusivamente de la caza y de la pesca, y según parece, no profesan ninguna idea religiosa; pero manifiestan predilección á ciertos animales, como por ejemplo el oso en tierra y el salmón en el mar; las montañas, el agua, la luna y el sol son para esos indígenas las cosas más admirables; y cuando se entregan á sus libaciones derraman vino en honor del astro del día.

Los verdaderos aínos se visten con pieles y algunas prendas que confeccionan con la corteza del olmo; pero durante el invierno solamente usan pieles de oso, y utilizan la piel del salmón para hacer una especie de albarcas y grandes botas. El jefe de un pueblo viste por lo regular un poco mejor que sus subordinados, y lleva como distintivo en la cabeza, en las ocasiones solemnes, una especie de corona hecha con algas marinas. No se exige del jefe más que un valor á toda prueba, y su grado es hereditario.

Las mujeres aínas hacen uso del *tatuage* para la boca, los brazos y á veces la frente; mas el procedimiento es muy tosco, pues en vez de servirse de agujas impregnadas en el jugo vegetal, emplean la punta de un cuchillo. Cuando la operación se hace en la boca, tiene por objeto formar como un bigote que llega hasta las orejas, donde termina en punta. Así hombres como mujeres usan grandes pendientes, y cuando no pueden obtenerlos los sustituyen con un pedazo de madera ó de paño rojo. Aprecian en mucho los abalorios. En la bahía de Volcano y en Piratori (Sarugawa) las mujeres usan con frecuencia collares japoneses ó de origen chino. Más allá del Tokachi no vi señales de esos artículos de importación, porque las indígenas de allí se adornan con pedazos de madera.

Los aínos del río y del lago Kutcharo difieren muy poco de los otros: sus chozas tienen el tejadillo redondo en vez de puntiagudo. Los del río Ishikari se asemejan á los de Piratori, exceptuando los de Karafte, que han emigrado desde Saghalien para establecerse en la desembocadura del río. En las Kuriles se encuentran aínos en Kunashiri y en Etorofu, parecidos á los de Yeso; mientras que el Shikotán está poblado por una especie distinta de indígenas. Se titulan aínos de Kurilski, pero difieren por muchos conceptos de los demás tipos; solamente quedan hoy día unos sesenta hombres, y como la muerte hace en ellos gran des estragos, es seguro que á la vuelta de diez años, si no antes, no quedará uno solo de ellos.

Las viviendas de los aínos tienen el tejadillo formado con hierba ó largas cañas; en el interior no se ve más mobiliario que algunos tablones, y rara vez se encuentra nada que parezca un lecho, ni tampoco una mísera esterilla; las únicas aberturas en las paredes se reducen á una puertecilla y una pequeña ventana al Este, y en el techo se abre un agujero que hace las veces de chimenea: en algunas viviendas se ve algo semejante á un pórtico. Sus depósitos de víveres están construídos con pértigas, á suficiente altura para que los perros y los animales salvajes no puedan llevarse el pescado fresco y otros comestibles que se guardan para la estación fría.

El vocabulario aíno es sumamente pobre; aquellos naturales no tienen la menor idea de literatura, de libros ni de escritura, y apenas saben contar hasta cinco; de modo que es imposible averiguar la edad de cada individuo.

No estará de más decir dos palabras acerca del país.

En el imperio japonés, solamente se encuentran los aínos en el Hokkaido, nombre con que los naturales designan el grupo de islas que comprenden Yeso y las Chischinas, llamadas por nosotros Kuriles: las islas más pequeñas que se hallan fuera de la costa de la isla principal, es decir de Yeso, hállanse comprendidas también en la provincia de Hokkaido. Yeso y las Kuriles son en gran parte de formación volcánica, y aún se encuentran muchos volcanes en actividad, tanto en esa isla como en Kunashiri y Etorofu, y en las Kuriles se observan señales características de cráteres extinguidos, cubiertos ya por las aguas.

El Hokkaido es rico en minerales; y en el lago Kushiri y en Kunashiri se encuentran grandes depósitos de azufre. En otras partes de la isla principal abundan mucho el lignito y el petróleo, habiéndose encontrado allí algunas veces arenas de oro.

La costa es generalmente muy escabrosa, y no podría decirse que en el país abundan los terrenos buenos para la agricultura; pero en la región de Tokachi, cortada por el río del mismo nombre, hay espacios considerables que se podrían destinar al cultivo, aunque ahora están completamente desiertos. Sensible es que tan magnífico valle no esté habitado ni se utilice, cuando tanto partido se podría sacar de aquella tierra: allí prosperarían el trigo, la cebada, las patatas y varias legumbres, que sin gran dificultad podrían ser transportadas por el río. El suelo es muy fértil, y el clima mucho más benigno que en otras regiones del Hokkaido, pues la gran mole montañosa que los aínos llaman «el Opotateishike» preserva esa parte del país de los fríos vientos del Norte.

Me sorprendió mucho que del Nipón, principal isla del Japón, no emigraran muchos más habitantes, pues Yeso cuenta con muy pocos. Los japoneses que se han establecido en esa isla ocúpanse principalmente en las pesquerías, porque allí abundan los salmones, arenques, sardinas y otras especies, que con las algas constituyen los principales artículos de exportación.

En cuanto á las Kuriles, las tres islas de Kunashiri, Etorofu y Shikotán son las únicas habitadas; la serie de isletas, rocas y arrecifes que se prolongan hasta el Kamschatka están pobladas solamente por miles de gaviotas y otras aves marinas, que hallan allí seguro refugio para sus crías. Las Kuriles pertenecieron en otro tiempo á Rusia, pero hace algunos años que las cambiaron por la mitad Sur de Saghalien, que entonces era propiedad del Japón. Inútil parece decir que este último país ganó muy poco en el cambio, aunque las islas más grandes del grupo son ricas en minerales y la pesca constituye un elemento suficiente para sostener á los que se dedican á esa industria.

El trayecto que yo recorrí en Yeso y las Kuriles fué de 4.200 millas, de las cuales 3.800 á caballo.

Enrique Savage Landor.



Los ainos velludos del Japón. Aino velludo de la costa Nordeste de Yeso preparando algas marinas para el invierno

SECCION AMERICANA

LA GARZA PORTEÑA

(Conclusión)

Misia Castulita preguntó á Pepe por qué no comía, y éste contestó que lo había hecho en Buenos Aires presumiendo llegar tarde á Belgrano.

No era esto cierto: sabía Pepe que siempre hubiera llegado á tiempo, pero al ver en la mesa al conde sentado entre Lelia y su madre, y después de oir que aquélla reía satisfecha á pesar de su ausencia, sintió un nudo en la garganta y otro nudo en el corazón y un vacío inmenso en el cerebro como si de él hubiese huído la sangre por un instante y le faltase la vida.

Merced á un esfuerzo valeroso, equilibróse de nuevo aquel organismo tan sensible como expuesto á graves accidentes y pudo contestar á D. Juan y hasta revelar una tranquilidad que no podía tener.

Mientras el Sr. Alonso felicitaba al orador por sus triunfos parlamentarios y forenses de aquel día, la *Garza* hablaba con el conde majestuosamente y como si la carcajada que á oídos de Pepe había llegado hubiera sido lanzada ex profeso por la joven, seria y grave de ordinario, para mayor mortificación del pobre celoso.

- Lelia no quiere enterarse de que he sido el héroe de la jornada bonaerense, dijo Flores con acento resentido.

– ¡Qué! ¿Qué hace Lelia?, preguntó ésta casi con indiferencia.

– Que no quieres enterarte de que Flores ha sido hoy el héroe de Buenos Aires, contestó el señor Alonso.

– ¡Si lo he oído!

- ¡Como no he recibido su felicitación!

– Si le hubiera de felicitar por triunfos de esa clase, ya me habían caído felicitaciones. Como que habla siempre y habla bien.

– Gracias.

Acabó la comida sin cosa de particular mención: Lelia y el conde hablando en inglés y no muy alto (Pepe creyó adivinar que habían arrinconado el francés por demasiado comprensible), los demás comensales tratando cosas indiferentes, y Flores acariciando su barba rizada y lustrosa, con los ojos clavados en su amada y el pensamiento batallando por penetrar el sentido de aquella conversación que al conde y á Lelia parecía interesar tanto.

Le hubiera sido fácil abandonar el comedor pasando al jardín ó al salón de fumar, pero el aplaudido tribuno era despiadado consigo mismo cuando se trataba de algo que tomarse pudiera por pobreza de espíritu.

Pasaron á la sala de juego á tomar el café. Lelia era la encargada de servirlo cuando estaban en el campo.

– ¿Y á mí?, le preguntó Pepe viéndola sentarse al lado del conde después de haber alcanzado á cada uno su taza.

– Supongo que lo habrá tomado usted en Buenos Aires.

– Pues supone usted mal: no lo he tomado.

– Como el café se toma en seguida de comer.

– Es que no he comido, replicó Flores bajando más la voz; ni he comido ni deseo comer, pero quisiera una taza de café servida por ti y quisiera que tomases el tuyo á mi lado.

– Me parece que no es cosa de faltar al conde.

– ¿En qué le faltas?

– Es nuestro huésped.

– Y asiduo; ha sido ayer presentado, y parece que le fué gratísima la estancia en esta casa.

– Debemos agradecérselo.

– Os dispensa mucha honra, ¿verdad?

– Al fin es un hombre perteneciente á la más alta nobleza de Francia...

– ¡Oh, sí!... Lelia, es necesario que hablemos.

– Ya estamos hablando.

– No, precisa que nos expliquemos: tú no querrás que yo me muera de celos y de rabia.

– ¿Quién te manda morirte? Toma tu café y déjame tomar el mío: el conde nos mira y seguramente que presume algo: estamos faltando á la etiqueta y á la educación.

– Yo no falto á nadie.

– Bueno: pues hasta luego.

Y la *Garza* dió algunos pasos para acercarse al conde.

Flores se puso de pie violentamente.

– O me das palabra de bajar al jardín conmigo después de tomar el café, ó no respondo de mí, dijo con ronco acento.

No admito imposiciones, contestó la *Garza* irguiendo la cabeza.

No te impongo nada; digo que no respondo de mí.

– ¿Qué harías?

– ¡Matarme!

– Bajaré, dijo secamente dejando á Pepe tembloroso y pálido con la taza del café en la mano.

Sentóse éste de nuevo y comenzó á revolver maquinalmente el líquido con la cucharilla sin quitar la vista del conde, que deshaciéndose en cumplidos recibía á Lelia, pareciéndole que la interrogaba sobre lo que pasado hubiera en la rápida escena que acabamos de transcribir.

Dos ó tres veces se acercó Pepe á Lelia para tomar la taza, si hubiese acabado; pero Lelia no tenía prisa y paladeaba el moka á pequeños sorbos.

Hubiera querido Flores que el conde le dijese: «No se moleste usted, yo estoy aquí;» pero el conde se limitaba á mirarle sin dirigirle la palabra; diríase que había adivinado las intenciones del que como á odiado rival lo miraba.

– ¡Y este hombre pertenece á una clase elevada!, pensó Flores; mentira: es un cobarde y los cobardes no pueden ser nobles en ningún concepto.

Ya no le fué á Lelia posible aumentar el líquido para prolongar los sorbos y se levantó: cuando Pepe y el conde á porfía pretendieron arrebatarle el platillo, habíalo ella dejado en la bandeja de que era portador un criado que por delante pasaba en aquel momento.

Dirigióse la *Garza* á las habitaciones interiores y dijo rápidamente al pasar junto á Flores: «Dentro de dos minutos estoy en el jardín.»

Poco más de uno habría transcurrido cuando Pepe abandonó el salón: no se le ocultó el juego al conde, que sonrió acercándose á *Misia* Cástula.

– Presumo, señora, que el padre de la patria no está muy satisfecho de mi presencia en esta casa: yo disculpo sus prevenciones porque en su caso hubiera sido celoso hasta de la luz; por lo tanto, escasearé mis visitas y...

– ¡Qué disparate! Si no hay nada formal, conde; no crea usted que la niña... Chiquilladas. Lelia no se ha comprometido porque tengo para mí que todavía no le ha llegado la hora de enamorarse... Pues no faltaba más que por delicadezas que honran á usted, pero que al fin son extremadas, nos privásemos del placer de verle diariamente... De ninguna manera. Harto corto será el tiempo que nos favorezca usted con su presencia... ¡Quién sabe si llegaremos algún día pidiendo hospitalidad al castillo de los condes du Boi!

– ¡Oh, señora! ¡Qué dicha para los viejos salones, tristes y desmantelados desde que murieron mis padres! Allí no había alegrías desde la caída del segundo imperio, con el cual mi padre transigía, y el pobre murió á los tres meses de república: no pudo sufrir este nuevo golpe después de las derrotas de la patria. Yo abandoné seguidamente aquellas soledades que me hablaban tan sólo de muertos y de grandezas pasadas: mandé cubrir con negros crespones los doscientos retratos que cuenta la galería del castillo, y había hecho propósito de no pisarle hasta que no encontrase una mujer amada que quisiese animar el cadáver de granito. Entonces lo hubiese restaurado dándole aspecto moderno y adecuado á las exigencias del amor y de la juventud. ¡Pero si ustedes fueran algún día! ¡Oh, si fueran ustedes!

La señora de Alonso no cabía en sí: ya se estaba viendo en el castillo du Boi compartiendo con la condesa su hija la tarea de dar hospitalidad á toda la nobleza *blanca* de Francia.

Entretanto Pepe Flores y Lelia se habían reunido en el jardín y sentádose en un banco de hierro bajo frondoso níspero del Japón.

– Y bien, dijo ella malhumorada. ¿Qué quieres? ¿Qué tienes que decirme?

– No debías preguntármelo.

– Pues te lo pregunto.

– Voy á contestarte; pero antes dime: ¿qué motivos he podido dar para merecer ese tono desabrido?

– ¿Motivos? ¿Te parece pequeño el de mostrarte celoso del conde y obligarme á salir del salón dando lugar á interpretaciones que no me sean favorables?

– Bien, Lelia; hay un medio de aplacar mis celos y de que la tranquilidad, que desde ayer he perdido,



Los ainos velludos del Japón. – Aino velludo de la costa Nordeste de Yeso



LA MUERTE DEL TORERO, cuadro de D. Salvador Viniegra



UNA BACANAL, cuadro de Siemiradzki

vuelva á renacer en mi espíritu: señala la fecha de nuestro matrimonio.

—Ya sabes que nunca he demostrado impaciencias: yo no tengo prisa para casarme.

—Será preciso que la tengas: ayer me dijiste que aceptase la misión diplomática que el gobierno quería confiarme, y esta tarde he visto al presidente para...

—¡Cuánta diligencia!

—No creo que haya nada que esperar.

—Ya he dicho que no tengo prisa.

—¡Lelia, por Dios!, deja ese tono que tanto daño me causa. Jamás se me ha ocultado que tu cariño no estaba á la altura del mío: pretenderlo sería necedad; yo te amo con idolátrica pasión, y un amor tan grande no puede albergarse más que en mi pecho, ni puede inspirarlo nadie más que tú, tú que eres muerte y vida, luz y tinieblas, huracán y brisa, infierno aterrador y gloria codiciada.

—¡Qué lindo mosaico!

—Pues eso eres tú para mí, Lelia; no me quejo: la dicha de poseer tu amor debe pagarse muy cara.

—Acabemos, Pepe; estamos haciendo falta en otra parte.

—La haces tú: yo maldita la que hago; pero acabemos. Quiero que decidas la fecha de nuestro matrimonio para fijar yo la de nuestra salida.

—Eso es imposible: una boda no se improvisa, y si he de decirte la verdad, todavía no estoy bastante decidida á casarme.

—¡Lelia!, gritó con desesperación Flores.

—No alborotes: van á creer que pasa algo.

—¡Lelia mía! ¡Lelia de mi alma! ¡Ten compasión de mí, ten compasión de mi madre!

—Pues no parece sino que yo le hago algo á tu madre.

—Sí le haces, Lelia: ¿acaso no se le hace nada á la madre cuyo hijo se asesina?

—No puedo consentir que profieras semejantes palabras: ni yo trato de asesinarte, ni debo continuar esta conversación por más tiempo.

¡Lelia, por Dios!, no te vayas: no me abandones; dime una palabra, una sola, dime que me quieres, ¡poco, ya lo sé!, pero siquiera como me querías ayer antes de conocer á ese maldito extranjero.

—Ya salió la *sonsera:* deja en paz al conde, que no tiene la culpa de nada.

—Pues dime que no has soñado con ser condesa, dime que persistes en ser mi esposa.

—Ya te he dicho antes que no estoy completamente decidida á casarme.

—Ayer lo estabas.

—Ayer no eras tan ridículo como eres hoy.

—Porque ayer, Lelia, era el más feliz de los hombres; me dejabas amarte, hablabas de nuestro viaje de novios, entreveía el cielo y no presumía que tan despiadadamente me hundieses en el peor infierno.

—¡Concluyamos, Pepe!, dijo la *Garza* levantándose altanera.

—No, Lelia, no te marches así; déjame una palabra de consuelo; señala la fecha de nuestro casamiento, ¡vuelvo á suplicártelo!, y verás como no tengo celos de ese hombre, y verás como le trato con afecto...

—Es inútil que me pidas eso: hoy no podría contestarte.

—Pues necesito ahora mismo la contestación.

—Pues como no puedo darla, ¡adiós!

—¡No!, dijo Flores con la voz ronca por el coraje, no te irás sin darme una respuesta categórica: antes que pasar otra noche como la de ayer, prefiero morir, añadió apretando las manos de su amada.

—¿Me desafías?, preguntó Lelia irguiendo su altanera cabeza.

—No te desafío; desafío á mi corazón. ¡Contéstame!

—Puedes hacer lo que gustes; hoy no quiero decidirme!

—Es decir que si te digo firmemente: hoy ó nunca, me contestarás...

—¡Nunca!

La *Garza* se encaminó serena hacia el salón sin volver una mirada compasiva al hombre infeliz que, abrumado por el más horrible de los dolores, se dejó caer en el banco, ocultó el rostro entre sus manos y lloró, lloró como en su despacho había llorado la noche antes.

Lelia entró en el salón sonriendo al conde, que al verla se puso de pie.

—¿Y Flores?, le preguntó su madre.

—Se fué: acabo de quitarle toda esperanza.

—¡Hija linda! Ya sabía yo que no era bastante para ti.

Entretanto Pepe Flores sollozaba en silencio bajo aquel níspero que tantas veces le había visto sonreir llamando hermosa á la mujer amada. El corazón, libre ya del peso de las lágrimas, latió con más regularidad, y las sensaciones, remontando las alturas, tomaron aposento en el cerebro.

Era aquel su momento de crisis: secó precipitadamente los párpados, ensanchó los pulmones con un suspiro hondo, muy hondo, y se puso de pie como si eléctricamente lo hubieran sacado de la postración en que yacía.

Era el orador fogoso del parlamento, era el letrado argumentando con fuerza de lógica, y relatando los contundentes artículos del código para convencer al tribunal cuyos miembros sin pestañear le escuchaban, pero no era el amante desdeñado por mujer venal, que torna los ojos á la desesperación cuando pierde la esperanza de que con amor vuelvan á mirarle los su amada.

Pepe Flores estiró correctamente su abrochada levita como si se dispusiese á comenzar un apóstrofe de los que le habían conquistado fama de polemista, y sin sombrero, como había salido de la quinta, se dirigió hacia la parte más obscura del jardín.

Vagaba errante, sin dirección fija, pero con la mente allí dentro, en aquel salón donde estaba ella, ella que hablaría con el conde, que le contaría tal vez lo que había pasado, y se reirían de él, de quien nadie se había reído, pero que en adelante serviría de mofa á la sociedad porteña...

¡Despreciado! Despreciado por causa de un desconocido, de un aventurero acaso... ¿Y por qué? Por un título que él no hubiera trocado por el suyo de abogado ilustre... Pero ¿qué haría sin el amor de Lelia? Nada: no quería vivir ni para su madre; su pena no cabía en el mundo; su talento para nada serviría; se volvería idiota; idiota, sí.

¡Pobre Pepe!

Cuando más negras eran las reflexiones que sus pesimismos hacían, hirió sus pupilas una luz; levantó los párpados y vió delante de sí, abierta, la puerta del pabellón destinado al jardinero: nadie aparecía por allí, ni rumor alguno llegaba á sus oídos.

Su mirada vagó por la reducida estancia y sintió un escalofrío mortal; acababa de ver una pistola pendiente de un cinto colgado á su vez de una escarpia.

Sin titubear, sin pararse á medir aquel exceso de cobardía impropia de su alma templada al fuego de las grandes ideas, y sin recordar á la madre amantísima cuyo desconsuelo debía ser mayor que la muerte misma, se lanzó dentro del pabellón, desenfundó el arma, levantó el gatillo, y loco, furioso, poseído de un vértigo cerebral que le presentaba la tierra confundida con el firmamento y los árboles del jardín bailando una espantosa danza macabra en rededor suyo, encaminóse á la escalinata que conducía al salón.

Subió los escalones y se disponía á entrar, pero quedó inmóvil en el dintel de la puerta. El conde se despedía y besaba cortesanamente la mano de la señorita de Alonso, que cual si á semejante costumbre estuviera habituada, se la abandonó como la soberana que con tal distinción honra á sus vasallos.

Pepe Flores vió la acción, y el recuerdo de la noche del baile abriéndose paso luminoso en el obscuro recinto donde sus recuerdos bullían sin orden ni concierto, vió á Isabel la Católica sentada en su improvisado trono y á Gonzalo de Córdoba arrodillado á sus plantas extasiado de amor. Pero el Gran Capitán no era él, era el conde du Boi, era su rival odiado á quien envidiaba todo Buenos Aires, mientras de él se reían, se reían sin piedad.

Con la cabeza echada atrás, el brazo izquierdo caído á lo largo del cuerpo, y la pistola empuñada con la mano derecha levantada á la altura de la sien, adelantó dos pasos; y antes que pudieran apercibirse de su presencia: «¡Viva la reina de las dos Castillas!,» gritó á tiempo que una detonación sembraba el espanto en los atónitos espectadores de tan horrible drama.

* * *

Han pasado tres meses.

Los señores de Alonso aguardan con impaciencia la primera carta que su hija, la condesa du Boi, debe escribirles dando detalles de su presentación á la nobleza de Francia.

La carta llega.

—¡Qué tonta es Lelia!, dice *Misia* Cástula á su esposo. ¿A quién se le ocurre escribir en papel corriente? Lo más natural era que pusiese sobre coronado. ¡Hasta que no se vaya acostumbrando!...

El Sr. Alonso no pudo leer en voz alta los cuatro renglones que su hija les escribía; lanzó un grito indefinible y quedó paralizado por el espanto.

Su esposa, espantada también, se abalanzó sobre él para arrebatarle la carta, que leyó precipitadamente.

«Me embarco sola, decía, en el vapor próximo; estoy enferma: procurad que nadie sepa ni regreso. *Aquel hombre* era un impostor: hizo efectivos los doce millones y ha desaparecido dejándome lo necesario para volver á Buenos Aires. Os recomienda el silencio, vuestra hija.»

A los quince días una mujer vestida con un traje gris muy obscuro, y encubierto el rostro con el tupido velo de su sombrero de viaje, desembarcaba sola en el muelle de Buenos Aires. Nadie había salido á recibirla porque nadie sabía cuándo llegaba. Era Lelia, pero Lelia abatida, encorvada por el peso de la vergüenza: no era ya la *Garza Porteña.*

EVA CANEL

NUESTROS GRABADOS

El sueño de la inocencia, grupo escultórico de Croisy. — La infancia se ofrece casi siempre á nuestros ojos bajo un aspecto encantador: en sus alegrías, en sus juegos, en sus mismas travesuras y aun en sus infantiles dolores abundan las actitudes y las expresiones realmente bellas que por fuerza han debido atraer y han atraído á los artistas. Pero de todos los momentos de la vida del niño, indudablemente el que tiene más atractivos es aquel en que, entregado al reposo, resplandece en su semblante esa angélica pureza que es patrimonio de la niñez, de esa edad en que el vicio no ha emponzoñado el alma, ni las pasiones gastado el corazón, ni los arduos afanes de la existencia quebrantado la lozanía física. En el hermoso grupo de Croisy están admirablemente expresadas todas estas bellezas, que el escultor ha sorprendido con fino espíritu de observación y ejecutado de un modo tan magistral que parece que en el duro y frío mármol ha penetrado un soplo de vida para animar las figuras de esos dos niños que acurrucados en amplia butaca duermen el sueño de la inocencia.

* * *

La consagración del Graal. — Gracias á la Sociedad Catalana de Conciertos ha podido conocer el público de Barcelona la pieza musical más grande de cuantas compuso Wagner, ese genio portentoso, ese revolucionario en el arte de los sonidos, que después de no pocas contrariedades ha acabado por vencer en toda la línea, imponiéndose aun á los que más reacios anduvieron en aceptarla. Esta pieza es la que constituye el cuadro segundo del primer acto de *Parsifal*, una de cuyas escenas, tal como se representa en Baireuth, reproduce nuestro grabado, es decir, la escena en que Anfortas consagra el cáliz con la preciosa sangre del Señor en presencia de los caballeros del Graal que prosternados adoran la divina reliquia.

* * *

La muerte del torero, cuadro de D. Salvador Viniegra. No hemos de decir quién es Viniegra ni cuán alto puesto ha logrado en el mundo artístico: de sobra conocen nuestros lectores al ilustre pintor español por algunas de sus obras que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido y por lo que á propósito de ellas hemos apuntado acerca de su autor que tan honroso lugar ocupa en la brillante colonia artística española de la Ciudad Eterna. *La muerte del torero* es un cuadro en el que se revelan las excepcionales dotes del señor Viniegra: hay en él estudio profundo de los tipos y de las costumbres, conocimiento acabado de los efectos dramáticos que con la paleta y el pincel pueden conseguirse y dominio completo de la técnica del arte pictórico. Las dos figuras son sentidísimas: aquel torero, compañero del muerto, dominado por la pena que no se traduce en lágrimas, pero que abate, y aquella mujer, esposa quizás, quizás amante del que yace cadáver en la estancia contigua, que estalla en una explosión de dolor y cuyo descompuesto semblante se adivina tras el pañuelo que lo oculta, son de conmovedora belleza. El resto del lienzo, triste, sombrío en todos sus detalles, hasta en las mismas flores que el altar adornan, armoniza perfectamente con la luctuosa escena y contribuye á acentuar la nota de sentimiento que en toda ella predomina.

* * *

Una bacanal, cuadro de Enrique Siemiradzky. — En distintas ocasiones nos hemos ocupado de este célebre pintor polaco y esto nos releva de señalar una vez más lo mucho que su nombre significa en la historia del arte contemporáneo. Ciñéndonos, pues, al cuadro que hoy reproducimos y en la imposibilidad de citar una por una las innumerables bellezas que contiene, sólo diremos que por la grandiosidad de su concepción, por la maestría con que están trazadas las figuras y los accidentes del paisaje, así los que claramente destacan en primer término como los que vagamente se distinguen en el fondo, por la vida que todo el lienzo rebosa y por el esmero con que aparecen tratados los más insignificantes detalles, *Una bacanal* es una obra digna del artista que concibió y por modo tan maravilloso trasladó al lienzo la *Cremación del cadáver de un jefe ruso en el siglo décimo*, cuya reproducción publicamos en el número 399 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

* * *

A la vejez, viruelas, cuadro de Renato Reinicke. — El autor de este cuadro figura con justicia en el número de los primeros dibujantes alemanes, y cuando trueca el lápiz por el pincel produce verdaderos primores en que la elegancia del colorido rivaliza con la intachable corrección y delicada finura de la línea. *A la vejez, viruelas*, en que tan deliciosamente están pintados los tipos del viejo verde y de las niñeras que se ríen del caduco Don Juan ó se entretienen en agradable charla mientras juegan los chiquillos á su custodia confiados, es una obra por todo extremo simpática por el asunto y admirable por su ejecución. En aquellas caras hay vida, en las figuras todas naturalidad, y en aquel jardín público en donde se desarrolla la escena aire y luz y notas admirables de perspectiva. El autor de *Petimetro* y *Petimetra*, que publicamos en el núm. 441 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, merece una vez más nuestros entusiastas elogios.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Retiróse pocos pasos, pero sin apartar la vista del vapor que avanzaba ruidosamente, seguido de multitud de lanchas, las cuales se lanzaban en la estela que iba dejando para balancearse en aquellas ondas espumosas que en ciertos momentos parecían las del mar.

Elvira permanecía inmóvil como una estatua en el borde del desembarcadero

La condesa no tenía paciencia para presenciar la maniobra que hacen los barqueros para amarrar, y se entretenía observando aquellas lanchas, llenas de alegres excursionistas que reían y bromeaban, meciéndose en el agua agitada.

Elvira en cambio miraba con afán toda aquella gente que se aglomeraba en el vapor para desembarcar más pronto; hubo un momento en que le pareció ver una cara conocida y dió un paso adelante, pero la multitud que bajaba no la dejó avanzar.

– Primero los que desembarcan, le dijo el guardián del desembarcadero haciéndola retroceder.

Pero ella había visto ya en el vapor al caballero de la cara conocida y detrás de él un sombrerito que tenía grabado en su mente; ya no oyó nada ni hubo fuerza humana capaz de contenerla; lanzóse al vapor, cogió entre sus brazos á la niña que llevaba aquel sombrero, y echó á correr como una loca por la carretera y luego por una vereda que iba á parar á la quinta.

La condesa y el caballero que había acompañado á la niña y que era el inspector de policía en persona, procuraron seguirla, mas viendo que les era imposible alcanzarla, acortaron el paso diciendo:

– ¡Pobre madre! Dejémosla entregada á su alegría.

No parecía sino que aquella madre infeliz hubiese perdido la cabeza; no veía ni oía nada. Tan luego como estuvo en la quinta sola con su hija se la sentó en la falda y empezó á tocarla y á mirarla como para cerciorarse de que efectivamente era ella; luego la abrazaba, la besaba, reía y dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas.

– Mamá, decía la niña; ¡gracias á Dios que te he encontrado! ¡Qué contenta estoy! Pero ¿sabes que he tenido que dar la vuelta al mundo antes de encontrarte?

– ¿Sí? Cuéntame dónde has estado.

– ¡Si lo supieses! Lejos, muy lejos; he ido muchos días en ferrocarril; como te digo, creo que he dado la vuelta al mundo.

– Y él ¿qué te decía?

– ¿Quién? ¿Papá? Decía que me quería traer á tu lado, pero no me traía nunca; no me gusta estar con papá; me gusta estar siempre con mi mamá.

Y así diciendo le echaba los bracitos al cuello y le daba muchos y sonoros besos.

La pobre mujer creía estar en el paraíso; parecíale mentira tener á su Laura sentada en sus rodillas, y para asegurarse de que aquella felicidad no era un sueño pasajero, necesitaba tocarla, acariciarla, oirla hablar.

– ¿Eres tú de veras, Laura?, le decía. Habla, habla; necesito oir tu voz: ¡me hace tanto bien!

– Pues ya te hablo, mamá; ¿qué quieres que te diga? ¿Por qué no crees que soy yo? ¿Acaso no me esperabas? ¿No has sido tú quien envió á papá á buscarme?

– Sí, hija mía, yo he sido; pero es que estoy demasiado contenta de verte aquí, no te esperaba tan pronto... es decir, sí, te esperaba día y noche; pero no, no te vayas, hija mía, no te asustes; no sé dónde tengo la cabeza, pero es de alegría, de felicidad.

– Y ahora viviré siempre contigo, ¿no es verdad?, preguntó la niña.

– Sí, siempre; no permitiré que te vayas; así tuviera que ir al cabo del mundo, no me separaré más de ti.

Entonces la niña se puso también á saltar de contento, y madre é hija reían y decían cosas tan incoherentes que las dos parecían chiquillas ó locas.

El inspector de policía había querido encargarse personalmente de llevar á Laura; la situación de la pobre madre le había conmovido; había querido proporcionarse la satisfacción de presenciar aquella alegría y esperaba que Elvira le expresara de mil modos su gratitud; pero había sufrido una decepción al ver que ni siquiera le hacía caso, entregada como estaba al placer de haber encontrado á su hija, y casi se arrepentía de su excesiva solicitud.

Verdad es que en parte le compensó la amabilidad de la condesa Bice, que sustituyendo á su amiga le mostraba su agradecimiento y encomiaba su habilidad en haber logrado coger tan pronto á los fugitivos.

– No merezco esos elogios, decía el Sr. Bernardi; cierto es que he encontrado á la hija; pero el padre se me ha escapado.

– ¿Qué importa?, dijo la condesa. Déjelo usted huir con tal que no venga por aquí á atormentar á esa pobre mujer. Pero ¿dónde se ha metido? Es preciso buscarla; no conviene dejarla entregada mucho tiempo á su contento, porque también mata la alegría.

Y al decir esto se pusieron á mirar todos los rincones del jardín, hasta los más remotos, para encontrar á aquella madre feliz.

El ruido de un beso les reveló dónde se había ocultado con su hija.

Al notar Elvira, por el rumor de las hojas, que se acercaba alguien, cogió en brazos á la niña y se preparó á huir.

- No te asustes, somos nosotros, le dijo la condesa Bice; venimos á disfrutar contigo de tu júbilo.

La institutriz contemplaba con mirada incierta y suspicaz al Sr. Bernardi, y aunque no le era desconocida su cara, no podía recordar dónde le había visto.

– El señor es el que te ha traído á tu hija, dijo la condesa.

– Sí, mamá, dijo Laura; el señor es muy bueno; somos amigos, ¿verdad?

Y así diciendo se acercó á estrecharle la mano.

– Gracias, dijo Elvira volviéndose al inspector de policía; perdóneme usted, pero estoy tan nerviosa... Todo me da miedo; siento mucho que todos se hayan molestado por mí, he revuelto la casa; pero no tenía la cabeza firme, ni siquiera sé lo que he hecho; aún me parece todo un sueño... Necesito estar junto á Laura para creer que todo es verdad, que la tengo aquí; no creía verla más: ¡he padecido tanto!...

Pasó algunas horas como si estuviese ebria; no quiso comer y no se cansaba de contemplar y acariciar á su hija. Toda su alma estaba concentrada en aquella niña; para ella no existía el mundo.

Cuando el barón la vió con el rostro encendido y los ojos coloreados por la sangre, comprendió que su exaltación era excesiva y que debía tener calentura y la aconsejó que se retirase á descansar.

Elvira no quería dejar á su hija; pensó que Laura, después de viajar tanto y de las emociones experimentadas, necesitaba también reposo, mas para resolverla á descansar hubo que hacerle una cama junto á la suya.

Madre é hija se acostaron y pasó mucho tiempo antes que pudiesen cerrar los ojos, hasta que por fin se durmieron ambas cogidas de la mano.

X

Los primeros días que se siguieron fueron para madre é hija una verdadera luna de miel; siempre esta-

ban juntas, contentas y alegres y no querían ver á nadie.

El barón de Sterne y sus huéspedes las dejaban solas porque comprendían perfectamente que después de tantas angustias, de tantos temores, aquella madre necesitaba tener su hija exclusivamente para sí por algún tiempo.

Y esto era tanto más fácil cuanto que corría la época dedicada á pasatiempos y diversiones, y así como el barón había dejado á un lado su obra filosófica, así también quedaron suspendidas las lecciones de Sofía, y cada cual era dueño de hacer lo que mejor le cuadraba. El barón era uno de esos hombres que lo hacen todo con la mejor voluntad, por lo cual ponía á disposición de sus huéspedes sus criados, su casa, su jardín, sus barcas y les dejaba en libertad de vivir completamente á su gusto.

Podía decirse que en aquella quinta se llevaba una vida como en una fonda; cada cual podía pedir el almuerzo á la hora que le convenía, podía salir, quedarse en su cuarto ó bajar al salón, donde á ciertas horas se reunían todos los habitantes de la quinta. La comida era la que debían hacer juntos, pero bastaba que un huésped dijese que estaba cansado ó que le dolía un poco la cabeza para que se le sirviese en su habitación.

Madre é hija vivieron aisladas los primeros días y comían en su cuarto y daban solas largos paseos. Laura quería darlos en lancha á menudo, á veces deseaba hacer excursiones en el vapor y su mamá se apresuraba á satisfacer todos sus caprichos con extraordinaria condescendencia.

Un día dijo Laura que aquella vida la cansaba y que deseaba jugar con alguna niña. Elvira dijo para sí suspirando: «No le basto yo,» y se le llenaron los ojos de lágrimas.

– ¿Te he disgustado, mamá?, le preguntó la niña. Es que me aburro de estar todo el día sin jugar.

– Tienes razón, le dijo su madre; soy una egoísta; á tu edad es preciso divertirse.

Y pensó que necesitaba bajar de las regiones ideales y reflexionar seriamente en el porvenir.

Mientras en la quinta hubiese forasteros podía continuar dedicada únicamente á su hija; después hablaría con el barón y adoptaría una resolución; pero jamás con sentiría en separarse de la niña, y en caso preciso se retiraría á vivir en un modesto piso, trabajaría, daría lecciones, con tal de estar siempre con su Laura; demasiado había ya sufrido por ella. Mas por el momento pensó hacer que jugara con Sofía.

Cuando las dos niñas se vieron por primera vez se quedaron confusas, sin atreverse á acercarse; luego, cuando se encontraban, se sonreían, tenían muchas ganas de hablarse, pero su timidez no se lo permitía.

Sofía, cuyo buen corazón lo adivinaba todo, había comprendido que era necesario dejar sola á Laura con su mamá, por lo cual, después de haber dado los buenos días á la institutriz, se iba á los prados con su corderillo, cogía flores en el jardín y luego iba á pasear con su papá y la condesa Bice.

– ¿Quieres jugar con Sofía?, preguntó un día Elvira á su hija.

– Sí, contestó la niña; pero antes hemos de ser amigas.

– Te he hablado tantas veces de ella, que es como si lo fuese.

– Me divertía más con mis amigas de colegio porque las conocía mejor, pero aquí forzoso será contentarme con Sofía.

– Pues vamos; pero ten presente que te permito jugar con Sofía en casa, en el jardín, en el bosquecillo y que no has de poner los pies sin mí fuera de la verja del jardín: ¿has oído?

Sí, mamá. ¡Ea, vamos!

Y fueron á buscar á Sofía á su cuarto, al jardín, y la encontraron muy ocupada en dar de comer á los ratoncitos encerrados en su jaula.

Si no me acordara yo de estos pobres animales..., dijo Sofía cuando vió á la institutriz; el papá tiene ahora mucho que hacer con los forasteros, tú no tienes tiempo, de modo que si yo no pensara en ellos... Mira cómo me conocen y cómo acuden todos á coger la comida; no, á aquel no quiero darle nada; es malo, es egoísta, todo lo quiere para sí; ven tú, que eres tan chiquitín, aquí, aquí; para aquél nada; ¡ajajá!

Laura estaba agarrada á la falda de su mamá, porque le daban miedo aquellos animalejos, por más que los veía en una jaula, y Sofía le decía:

– Ven, acércate, no hacen daño. ¿Quieres darles de comer? Prueba y verás cómo te diviertes.

– No, no, contestó Laura; tengo miedo, y quería irse.

Elvira atrajo á Sofía á su lado y le dijo:

– Aquí tienes á Laura que quiere jugar contigo; dale la mano y enséñale tus juguetes.

Sofía se quedó vacilando al ver á Laura tan tímida y remisa; luego se animó y tomándola de la mano le dijo:

– Vamos.

Y ambas se dirigieron á la casa: después de algunos instantes de silencio Laura empezó á preguntarle si su muñeca era grande y de qué color iba vestida. Estaba roto el hielo, y las dos niñas se pusieron á hablar como antiguas amigas mientras pasaban entre las plantas que rodeaban la quinta.

Elvira se quedó contemplando á las niñas; las siguió con la vista hasta que entraron en la casa y pudo oir el eco de sus voces argentinas; luego se sentó en un banquito cubierto de hiedra y se ocultó la cara entre las manos. Sentía que de ella se apoderaba cierta melancolía, y esto la disgustaba. Ahora que tenía á su hija á su lado, le parecía un delito estar triste; pero era desaliento, aprensión de verse sola, porque conocía que si ella concentraba todo su afecto y todas sus esperanzas en su hija, ésta, en cambio, necesitaba alegría, juegos, trato con otras niñas; luego tendría necesidad de otros afectos, y resonaba de continuo en su mente el eco de las palabras que Laura, en su infantil sinceridad, había pronunciado: «Mamá, me aburro,» era como una revelación de que su hija no sería enteramente para ella, y esto le hizo sentir un aislamiento, un vacío como no lo había sentido en su vida.



Sofía... se iba á los prados con su corderillo...

Pero fué cosa de un minuto; experimentó el dolor que se siente cuando se ve desvanecida una grata ilusión. Levantóse, dió un suspiro y pensó:

– Pues bien: si no le basto, en adelante no viviré sino para ella, y su felicidad será mi único objeto; quiero que sea tan dichosa como yo he sido desventurada.

Y con esta idea fija en su imaginación, fué á ver qué hacía su Laura.

La encontró con Sofía muy ocupada en jugar con una magnífica muñeca recibida de París; estaba muy contenta; las dos niñas eran ya verdaderas amigas. Sofía, que era complaciente por naturaleza y estaba acostumbrada á dejar sus juguetes á disposición de los huéspedes, dijo á Laura que podía jugar con ellos siempre que quisiese, y ésta, que jamás los había tenido tan bonitos, estaba muy alegre y se los enseñaba satisfecha á su mamá.

Desde aquel día observó Elvira su anterior género de vida: pasaba horas y horas con la condesa de Bice; por la noche se quedaba en el salón cuando las niñas se habían acostado, y si no estaba alegre, por lo menos se mostraba tranquila.

Entretanto, las hojas empezaban á secarse en los árboles, hacía ya fresco y muchos veraneadores se marchaban del lago; la condesa de Bice había anunciado también su próxima partida, y la quinta del barón iba á volver en breve á su acostumbrada quietud y silencio.

Elvira hacía mil proyectos para dar principio á una nueva vida; se aconsejó con su amiga, la cual le prometió proporcionarle una ocupación apenas estuviese de regreso en Milán; pero la idea de marchar de la quinta le oprimía el corazón, y aplazaba de día en día el momento de hablar al barón de su propósito.

Era sin embargo necesario adoptar una resolución; había determinado hablar tan luego como hubiese partido la condesa; pero había transcurrido ya una semana desde la marcha de ésta, y Elvira no había tenido valor para decir nada.

Por último, un día se encontró sola en el jardín con el barón, el cual, examinando una planta exótica que parecía estar marchita á causa del frío, decía que ya era tiempo de poner en el invernadero las plantas más delicadas.

– Habrá que pensar en tantas cosas ahora que viene el invierno..., dijo Elvira.

– Sí, habrá que encender las estufas, contestó el barón sonriendo.

– No me refiero á eso, repuso Elvira, sino á que no me quiero separar de mi hija, y naturalmente tendré que buscar una ocupación ó colocación en la que pueda vivir con ella...

No sabía cómo proseguir, y para no mirar al barón, se fingía muy entretenida en quitar las hojas secas de una mata.

El barón se quedó mirándola un rato como esperando que explanase toda su idea; pero la institutriz creía haber dicho lo bastante, y continuaba ocupándose en deshojar la planta.

– Sí, dijo por fin el barón, precisamente deseaba hablar á usted de ese asunto.

La institutriz levantó los ojos maravillada, pero no contestó.

– Quería rogar á usted, prosiguió el barón, no sólo que continuara usted aquí, porque de esto no hay que hablar, sino que viviera Laura con nosotros... No me lo agradezca usted; le aseguro que es un deseo egoísta, y no lo hago por usted, sino por mi hija. Desde que vino Laura, Sofía está más contenta, y aun me parece que mucho mejor de salud; he comprendido que nosotros no éramos una compañía bastante alegre y despreocupada para una niña tan joven: necesita alguien de su edad que corra, juegue y charle con ella. Nosotros somos demasiado graves, demasiado serios, y á fuerza de rozarse con nuestra formal gravedad, envejecería prematuramente. Tengo una verdadera satisfacción en que haya entrado aquí un elemento más jóven y más alegre; lo único que me pesa es que no se me ocurriese antes; hubiera sido mucho mejor para todos. Así, pues, no hablemos más de ello; haré cuenta de que tengo dos hijas y usted de que tiene dos discípulas en vez de una. Sofía creerá que tiene una hermana, y todos ganaremos... Conque estamos entendidos, y punto concluído.

Elvira hubiera querido interrumpir muchas veces al barón, habría deseado darle las gracias, expresarle todo su agradecimiento y rechazar tanta generosidad; pero él no le dió tiempo, y cortó resueltamente la conversación, entrando en la casa sin querer escuchar una palabra.

Elvira se había quedado, por otra parte, muda de sorpresa y comprendía que las palabras no bastaban para expresar la gratitud que sentía hacia aquel hombre; antes que decir demasiado poco, era preferible no decir nada.

– ¡Dios mío!, exclamaba comparando en su mente á aquellos dos hombres que ejercían tanto influjo en su existencia, ¡qué diferencia! El uno generoso hasta el exceso; el otro el colmo de la perversidad. Por una parte todo lo bueno; por la otra todo lo malo. ¿Por qué habrá en el mundo tantas injusticias? ¿Por qué ha hecho la fatalidad que encontrara antes al otro en mi camino?

Y cuando cruzaba este pensamiento por su imaginación, no le dejaba paz ni tregua, era como una monomanía.

Cuando pudo coordinar sus ideas, reflexionó si aceptaría la proposición del barón. Parecíale que si la aceptaba abusaría demasiado de la generosidad de aquel hombre sin igual; pero si se marchaba definitivamente de la hospitalaria quinta, temía que su hija padeciese sufriendo toda clase de privaciones. Ella estaba resignada á todo; pero ¿tenía derecho de hacer sufrir á su Laura, á la que tanto adoraba, cuando para labrar su felicidad le bastaba aceptar la oferta del barón? Además, ¿no era un bien para Sofía? El barón tenía razón. Laura era una compañera alegre y adecuada á su edad. Debía aceptar; era mejor para todos, y á fuerza de pensar en ello, le parecía que aquella combinación era la cosa más sencilla del mundo, y por espacio de algunos días estuvo casi contenta de no tener necesidad de preocuparse del porvenir.

Laura y Sofía se habían hecho muy amigas, se querían como hermanas, aunque á decir verdad á la hija del barón se debía, pues Laura tenía un carácter exigente y egoísta y que no hubiera podido avenirse sino con una niña dócil y buena que cediera á todos sus caprichos.

Tan luego como Laura vió los preciosos juguetes de Sofía, se los pidió para entretenerse con ellos, y ésta no se los negó.

– Como dice papá, pensó, es preciso ser amable con los huéspedes y sacrificarse por complacerlos.

Y cuando supo que Laura no era ya una extraña en la quinta, sino que la tendría allí siempre por compañera, siguió su sistema de cedérselo todo, porque decía: «Si juega con mis muñecas, yo puedo jugar con ella, que es mucho mejor, porque al fin y al cabo las muñecas no son más que pedazos de madera;» además de esto, se ponía tan contenta cuando podía complacer á alguien, que le gustaban más sus juguetes desde el momento en que tanto entretenían á Laura.

Así fué que ésta, entre las caricias de su madre, que no sabía negarle nada, y una amiga tan complaciente, que satisfacía todos sus deseos, crecía cada vez más exigente y egoísta, y le parecía que todo el mundo estaba obligado á ser condescendiente y amable con ella. Poco á poco llegó á ser un tiranuelo con faldas para Sofía, la cual no tenía más voluntad que la suya, la seguía á todas partes como un perrillo y bastaba que Laura le indicase el deseo de correr, jugar ó pasear para que al punto se doblegase á él.

A Elvira no le pasaban inadvertidas estas cosas; pero llena de indulgencia para con su hija, pensaba: «¡Pobrecilla! Es algo voluntariosa, mas tiene pocos años y ya se enmendará;» y si Sofía protestaba á veces y no quería prestarse al capricho de Laura, la institutriz apelaba al buen corazón de aquélla, diciéndole: «Vamos, contenta á Laura; es desgraciada, pobre y sin padre; no le acibares sus pocos momentos de alegría;» y Sofía cedía al punto.

Con motivo de las fiestas de Navidad, Laura demostró todo el egoísmo de su carácter. Por entonces el barón solía trasladar por un par de meses toda su familia á Milán, donde alquilaba un piso amueblado, algo distante del centro de la ciudad. Acostumbraba pasar aquella fiesta en familia, convidando á algunos amigos y dándole cierta solemnidad, según uso de su país.

Empleaba la semana que precedía á las fiestas en comprar regalos para Sofía y para todos los de casa sin olvidar á nadie, y estos regalos se destinaban á adornar un soberbio árbol de Navidad, que mandaba instalar en la mejor habitación, resplandeciente de luces y de objetos brillantes. Abríase aquella habitación la Nochebuena con gran júbilo de Sofía, que hablaba de aquella fiesta todo el año, y á menudo se le aparecía en sueños el árbol de Navidad cargado de dulces, juguetes y luces.

Laura y Sofía, cogidas del brazo, entraron en la sala donde estaba el árbol de Navidad

En aquella noche solemne, Laura y Sofía, cogidas del brazo, entraron de pronto en la sala donde estaba el árbol de Navidad seguidas del barón, de Elvira y de todos los criados. Quedáronse como fascinadas ante aquel espectáculo, y no bien hubo visto Laura su nombre en una esquina, acercóse con curiosidad y se puso muy contenta al ver un hermoso vestido, una bonita muñeca y otros juguetes que deseaba ardientemente; pero su alegría se convirtió en seguida en llanto cuando vió que Sofía tenía una preciosa muñeca vestida de seda, que andaba sola, mientras que la suya ni siquiera se tenía en pie.

No, la suya no le gustaba ya; quería una como la de Sofía.

Por más que su mamá le dijo que á Sofía se la había enviado una tía de Berlín y que en Milán no había muñecas como aquella, Laura pateaba, gritaba, lloraba y decía que quería absolutamente una como aquella.

Sofía estaba afligida al ver perturbado por su amiga el contento de tal fiesta, y con su bondad especial se acercaba á ella diciéndole:

– No llores, Laura; jugaremos las dos con esta muñeca.

Pero Laura contestaba que quería una para ella sola y seguía llorando.

Por último, cansada Sofía de verla llorar, le dijo:

– Tómala, tuya es; será mi regalo de Navidad, y se enjugaba una lágrima pensando en el sacrificio que hacía, porque la muñeca en cuestión era preciosa y sentía mucho privarse de ella.

– No quiero, dijo Laura secamente.

– Es para ti, y debes quedártela, insistió Sofía haciendo ademán de dársela.

– Eres un ángel, dijo á su vez el barón abrazando á su hija.

Pero Laura no quiso aceptar la muñeca, antes al contrario la humilló la generosidad de Sofía, y dijo:

– No quiero esa; quiero otra igual.

Su madre aquella vez no quiso ceder, y cogiéndola del brazo, se la llevó á su cuarto donde la encerró mientras siguiera llorando; pero Laura no se sosegó hasta que, ya muy avanzada la noche, cuando todos dormían en la casa, fué muy quedo al cuarto de Sofía, y cogiendo la muñeca, rompió el resorte que la hacía andar.

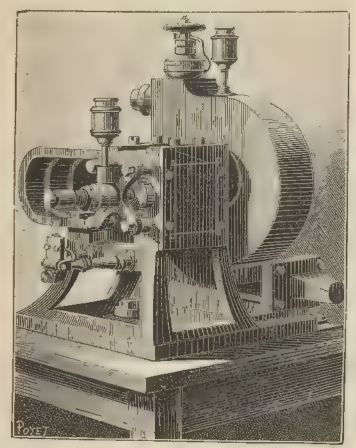
Cuando Sofía la encontró rota á la mañana siguiente, creyó que el percance fuese efecto de una caída y no sospechó de su amiga, como tampoco Elvira supuso á su hija capaz de semejante acción, y aunque le doliese ver á su Laura de índole tan diferente de la de Sofía, la disculpaba reflexionando en la diversidad de sus respectivas posiciones y decía: «El mundo es muy ingrato; todos nacen y mueren del mismo modo, pero ¡cuánta diferencia durante la vida!»

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

MOTORES HIDRÁULICOS

Además de los motores de gas de débil potencia, existen motores hidráulicos de igual género que pueden ser directamente utilizados con las distribuciones de agua establecidas en las poblaciones.



Máquina dinamo unida á un motor hidráulico Dulait

Hay entre otros una turbina llamada *Chicago Top*, de una potencia de dos kilográmetros por segundo, y los hay también que pueden dar una centésima parte de un caballo de fuerza, ó sea cerca de un kilográmetro por segundo, y que funcionan á débiles presiones, de tres y medio á cuatro kilogramos por centímetro cuadrado. Nos referimos á los motores hidráulicos de la conocida casa J. Dulait, de Charleroi (Bélgica). Estos motores son turbinas con cangilones de reacción. El agua llega con presión á un punto que denominaremos inyector y se transmite á una rueda movible alrededor de un eje que lleva los cangilones: esta última parte se denomina receptor. Estos motores son notables por sus pequeñas dimensiones, por su poco peso, por la facilidad de manejarlos y por su rendimiento que puede llegar á 70 por 100 en los motores de potencias más elevadas, y aun exceder de este valor. Cada motor lleva un regulador de consumo de agua que permite reducir el gasto en proporción á la potencia producida. Las aplicaciones son muy numerosas y variadas: aplicaciones á bombas centrífugas, á sierras circulares, á tornos, á máquinas de coser y de taladrar, etc. Dos de ellas, sobre todo, merecen especial mención. La casa Dulait ha montado directamente en el árbol de los pequeños motores de este género máquinas dinamos que producen un caudal de energía eléctrica de débiles dimensiones. El grabado que reproducimos representa un aparato de este sistema llamado *dinamo-hidromotriz*. Estas máquinas colocadas en la base de grandes pilares que sostengan lámparas de arco pueden proporcionar á éstas energía eléctrica.

Los pilares adoptados á este objeto se componen de un zócalo que presenta un espacio suficiente para instalar el aparato, de un mástil elevado y de una flecha de hierro que sostiene uno ó varios focos eléctricos. Cada pilar puede alimentar lámparas de arco ó incandescentes en número variable. Si el funcionamiento queda por cualquier causa interrumpido, un resorte cierra inmediatamente el paso del agua. En el caso del alumbrado eléctrico los motores hidráulicos van provistos de reguladores destinados á mantenerlos en una velocidad angular constante, sean cuales fueren las variaciones de la carga eléctrica y de la presión de agua.

Esta clase de instalaciones funcionan ya desde hace muchos años en Bélgica, especialmente en Lieja y Charleroi, con presiones de agua de 4 kilogramos por centímetro cuadrado. Haremos también mención de los hidro-ventiladores basados en el mismo principio, pero con la diferencia de que los motores son de dimensiones más reducidas y los dinamos están reemplazados por pequeños ventiladores. El funcionamiento de todos estos aparatos sería muy útil y ventajoso; pero por desgracia no es siempre posible, especialmente en las grandes poblaciones. En París, por ejemplo, la presión de las aguas de distribución no excede de dos y medio á tres kilogramos por centímetro cuadrado. Además, en ciertas instalaciones podría ser difícil establecer motores hidráulicos. Por esto, sin desconocer las cualidades de estos últimos, creemos que son muy preferibles bajo todos conceptos los motores eléctricos, que hoy se prestan á las mayores y á las más débiles potencias y cuyo gasto será muchas veces bastante menor, amén de ser menos complicada y molesta su explotación.

J. Lafargue.

* * *

LOS GEMELOS FOTOGRÁFICOS

Innumerables son los aparatos fotográficos que en la actualidad existen, y cada día surgen nuevas modificaciones, siendo difícil para el aficionado la elección, porque cada constructor ha procurado responder á un fin especial, no existiendo, que nosotros sepamos, ningún aparato que pueda llamarse universal.

Siempre tendremos tres grupos principales: el modelo antiguo de cámara de fuelle que reune las condiciones de largo tirado para el empleo de objetivos de foco diferente, postura á foco y decentración; el aparato almacén que bajo la forma de una caja rectangular contiene todo el material; y finalmente la cámara de bolsillo que puede ser cualquiera de las anteriores, pero de dimensiones reducidas. Todos estos sistemas tienen su razón de ser y su utilidad según los tiempos y los lugares en que deben ser empleados.

Otra de las preocupaciones de los constructores ha sido también algunas veces la de disimular el aparato de modo que pueda obtenerse con él un clisé sin que lo advierta la persona á quien se retrata, lo cual ofrece cierto interés sobre todo para los artistas que buscan la verdad en las actitudes de los personajes. Pero aparte de algunos aparatos que permiten lograr imágenes casi microscópicas, cabe afirmar que en este género no se encuentra un instrumento perfecto.

M. J. Carpentier, el hábil ingeniero electricista que en sus horas de vagar es también un distinguido fotógrafo aficionado, ha tratado de resolver este problema, y nos parece que ha conseguido su intento, apelando á un término medio que consiste en obtener un clisé de tamaño suficiente (4'5 × 6) y ampliarlo fácilmente á 13 × 18 por medio de un instrumento especial de muy fácil manejo. Su aparato fotográfico reviste la forma de unos gemelos de teatro (núm. 1 del grabado) que pueden llevarse en bandolera en un estuche provisto de una correa y hasta en el bolsillo, y contiene 12 cristales que se cambian automáticamente. Para operar se aplican los gemelos á los ojos (núm. 2), y para los que no estén prevenidos el operador más que sacar un clisé parece estar mirando el paisaje.

El aparato está provisto de dos objetivos: el uno, destinado á impresionar el cristal, reune todas las cualidades de un buen objetivo fotográfico; el otro, de igual foco, sirve para apuntar. La imagen que produce es recibida por un cristal opaco y puede verse por un agujero G (núm. 4) practicado en la parte posterior de los gemelos y provisto de un cristal encarnado que da una imagen monocroma; esta combinación permite que el operador pueda mejor darse cuenta del clisé definitivo. Cuando se mira en una cámara obscura ordinaria la imagen con todos sus colores, se está expuesto á equivocarse respecto del valor relativo de los distintos tonos que en el clisé fotográfico aparecerán de un solo color. Recomendamos el empleo de este procedimiento, aplicado ya á algunos ajustadores que pueden adaptarse á cámaras de cualquier clase.

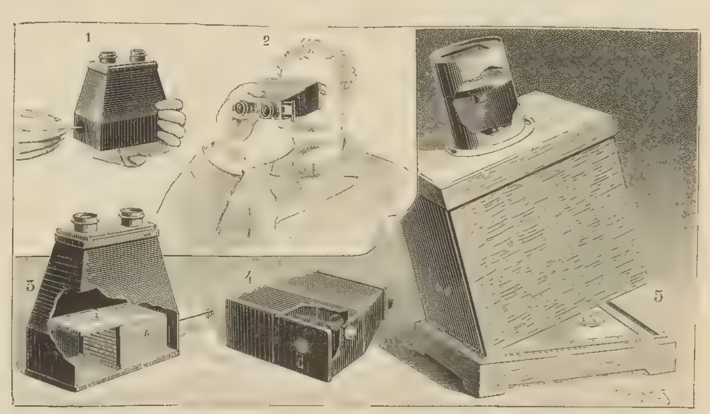
Pero volvamos á los gemelos. Detrás de los dos objetivos deslízase una plancha de metal con un agujero, que es el obturador de guillotina sencilla y está dispuesto de manera que pueda montarse sin descubrir la placa sensible, siendo por ende inútil cerrar el objetivo con un tapón: además, tan sólo estando montado permite ver la imagen en el apuntador, segunda precaución útil, pues de esta manera no puede el operador olvidarse de montarlo en el momento de operar.

Los cristales sensibles están encerrados en pequeños marcos de metal independientes que se colocan unos encima de otros detrás de los gemelos en un cajón A (fig. 3): la primera placa recibe la impresión en el momento en que se suelta el obturador oprimiendo un botón colocado entre los dos objetivos. Para reemplazar la placa impresionada por otra, se tira de un botón puesto en un lado de los gemelos, haciendo de esta suerte mover el cajón A (núms. 1 y 3): el primer cristal B permanece de pronto en su sitio, pero luego, cuando se tira del cajón completamente, cae al fondo y pasa á ser el último del paquete cuando aquél ha vuelto á su sitio normal, quedando entonces el de encima dispuesto á recibir la impresión.

Se observará que con este movimiento los cristales quedan colocados delante del objetivo del apuntador, pero esto no ofrece inconveniente alguno, pues como entonces el obturador no está montado, el apuntador encuéntrase cerrado, como hemos indicado antes. Además, como cada marco lleva al dorso su número de orden, con este movimiento el número aparece delante del cristal encarnado C (n.º 4) de modo que puede verse siempre cuántos marcos quedan utilizables todavía.

Como se ve, nada más sencillo que obtener con los gemelos y sin ser observado una serie de clisés que tirados en sus propias dimensiones constituirán ya documentos preciosos y que por medio del marco ampliador de M. Carpentier podrán dar fácilmente otros de 13 × 18. El aparato de ampliación (n.º 5) se compone de una caja cuadrada cuyo fondo se abre por sistema de charnelas y tiene un cuadro en donde puede colocarse una hoja de papel sensible al gelatinobromuro.

Esta operación se efectúa naturalmente en el laboratorio. La parte superior de esa caja va provista de un cilindro cuyo extremo presenta un sitio destinado á recibir el pequeño clisé. Un objetivo D fijado de un modo inmutable reproduce la imagen ampliada y positiva en el papel sensible, bastando para ello salir del laboratorio y exponer por un momento el aparato bien sea á la luz difusa, bien á la artificial, sin ocuparse de la colocación de la placa ni de la postura á foco, pues todo está previamente arreglado. De modo que pueden tirarse rápidamente varios clisés ó varias pruebas de un mismo clisé, procediendo luego á desarrollar y fijar por los procedimientos ordinarios.



Gemelos fotográficos de M. J. Carpentier (núms. 1, 2, 3 y 4) y aparato para ampliar las pruebas (n.º 5)

Hemos hablado de clisés instantáneos, pero pue-

de ser útil la postura y en este caso se emplea un dispositivo especial que ocupa muy poco sitio que permite fijar los gemelos sobre un pie operándose entonces con un tapón ó con un obturador de postigo que se coloca en el extremo del objetivo. El operador puede de esta suerte obtener excelentes resultados.

De lo expuesto se desprende que el material inventado por M. Carpentier es completo y responde al fin que se propuso el inventor, que no ha sido otro que tener aparatos que estorben poco y permitan obtener un clisé fotográfico sin llamar la atención y poseer una prueba positiva bastante grande para constituir un documento útil.

G. MARESCHAL.

CONSUMO DE CARBÓN EN EL MUNDO ENTERO

Un estadístico ha procurado determinar aproximadamente el consumo anual de carbón en el mundo entero. Para ello, lo divide del modo siguiente: *Vapor para motor.* Calculando que la potencia total de los motores de vapor es de diez millones de caballos y que la cantidad de carbón quemado es de 2 kg. por caballo y hora por término medio, el consumo total es de 12.000 toneladas por hora, pero esta cifra parece corta, porque ciertos autores aseguran que la potencia total de los motores del globo llega á veinte millones de caballos. – *Gas del alumbrado.* El consumo por hora de este gas se calcula en cinco millones de metros cúbicos, lo cual requiere la destilación de 10.000 toneladas de carbón. – *Gas de caldeo y fuerza motriz.* Puede admitirse que el consumo asciende á 4.500 toneladas por hora. – *Metalurgia y talleres.* Como agente de tratamiento de minerales, el consumo de carbón llega á 9.000 toneladas por hora y el de las fábricas y talleres á 5.000. – *Usos domésticos.* Este cálculo es más difícil, y el consumo mucho mayor; sin embargo, se estima en 1.320,000 toneladas diarias.

Por lo que respecta á la producción diaria de carbón en todas las naciones es de 1.500,000 toneladas; Inglaterra y Alemania producen por sí solas 600.000 toneladas anuales.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

LOS DE LA MUTUA DE ELOGIOS, por *José Ferrel (Angel Franco)*. – No hemos de juzgar este libro en lo que á su fondo se refiere: ni conocemos á los poetas y críticos objeto de sus sátiras, ni estimamos bastantes para juzgar sus obras los fragmentos que de ellas cita el Sr. Ferrel, por considerar imperfecto este procedimiento, ya que *aliquando bonus dormitat Homerus*. Conste, pues, que no aceptamos ni rechazamos la idea que preside en el libro que nos ocupa. Ahora, en cuanto á la forma, es decir, al modo como satiriza el Sr. Ferrel, su obra está escrita en elegante y castizo castellano, hay en toda ella una gran dosis de gracejo, atinadas observaciones y varapalos perfectamente dados, pues en realidad los defectos que señala los merecen. *Los de la Mutua de Elogios* nos recuerda en muchos puntos las obras análogas del incomparable don Antonio Valbuena, aunque Angel Franco pega con más dureza, y eso que no peca de suave Miguel Escalada. – El libro ha sido impreso en Mazatlán (México).

* * *

NOVELAS DEL LUNES, por *Alfonso Daudet*. - Este libro es de los que no se dejan de la mano sin leerlos de un tirón; pocas veces hemos sufrido tan gratas emociones como las producidas por su lectura. Se trata de una colección de novelas cortas, escritas con el arte supremo que todos reconocen en el famoso escritor francés. Forman un volumen elegante y grueso que se vende á tres pesetas en las principales librerías.

* * *



Á LA VEJEZ, VIRUELAS, cuadro de Renato Reinicke

ESTUDIOS DE PSIQUIATRÍA Y ANTROPOLOGÍA CRIMINAL, por *César Lombroso*. - Este es el primer libro que ve la luz en castellano del famoso antropólogo criminalista, y en verdad que, si hemos de juzgar por él, es digno del renombre universal que goza.

Obra indispensable á los médicos y abogados que quieran conocer el progreso del positivismo aplicado á la jurisprudencia, es también de gran interés para los profanos por las curiosidades que encierra. – Se venderá á tres pesetas en las principales librerías.

* * *

CASA DE MUÑECA, por *Enrique Ibsen, con un estudio preliminar por L. Passarge*. – Este libro, que acaba de ver la luz, es una verdadera novedad en España. El famoso Ibsen era entre nosotros popular por el nombre, pero desconocido por completo en cuanto á sus obras. El estudio del eminente crítico alemán Passarge que precede al libro da á conocer la vida y méritos del famoso autor que tanta influencia tiene sobre el teatro contemporáneo. Hay que leer *Casa de muñeca* para sentir emociones y conocer la evolución literaria que se está verificando.

Se vende esta obra, elegantemente impresa, á tres pesetas en las principales librerías.

* * *

APARIENCIAS, por *Federico Gamboa*. Cuantos elementos pueden contribuir á hacer agradable la lectura de una novela, reúnelos la que con este título ha publicado en Buenos Aires el Sr. Gamboa, correspondiente de la Real Academia Española. La acción se desarrolla naturalmente y con interés siempre creciente, los caracteres de los personajes están perfectamente trazados y bien sostenidos, la lucha de pasiones surge lógicamente y lógicamente camina al desenlace dando lugar á escenas de gran fuerza dramática, y por último el estilo es castizo, elegante, sobrio y exacto en las descripciones, justo en la pintura de los sentimientos y matizado de pensamientos bellísimos y de imágenes originales y de gran relieve. – *Apariencias*, que forma un tomo de 600 páginas, ha sido editado por D. Jacobo Peuser (Esquina San Martín y Cangallo, Buenos Aires).

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 7 DE NOVIEMBRE DE 1892 — NÚM. 567

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Dejemos para la *Crónica* la tarea de señalar obras y nombres. Para entonces, ya el jurado de la Exposición internacional de Bellas Artes habrá concedido su gracia á ciento y pico de amigos, colegas conocidos los más y desconocidos los menos, y yo no pecaré de irrespetuoso en mis críticas de cuadros y esculturas, de tendencias y escuelas, puesto que espero estar conforme con las decisiones del jurado, por más que malas lenguas comiencen ya á murmurar de tales decisiones y á dar desde la prensa sendos toques de atención, anunciando qué sé yo el cúmulo de injusticias.

Allá veremos.

Verdades y mentiras titulo esta sección, y no ha de ser en efecto más que un estudio de esta antinomia, tan acentuada hoy en el arte, así en la parte plástica como en la del concepto. La actual Exposición internacional de Bellas Artes aporta para la realización de mi trabajo materiales sin cuento. La sala de la pintura de este siglo, la sala francesa, donde se miran más de doscientas obras, la sala bávara con ciento y pico de cuadros y tres ó cuatro esculturas, y por último, las salas de la sección española con mil trescientos ó mil cuatrocientos lienzos, ciento y tantas esculturas y ocho proyectos arquitectónicos ofrecen, como he dicho, campo enorme á estudios de una importancia grandísima desde el punto de vista social, histórico, del gusto, de las costumbres, etc.

Pueden ser cuatro los principales puntos de vista, desde los cuales vengamos en averiguación de las fal-



CONSUELO, cuadro de D. Juan Llimona, grabado por Sadurní (Salón Parés)

sedades como de las realidades que en la pintura moderna existen, y sobre todo en el arte de estos últimos años del siglo: primero, valor de las ideas expresadas plásticamente; segundo, tendencias en la realización de la obra; tercero, las escuelas antiguas y las modernas; cuarto, los originalismos.

De nuestra sección podemos decir que solamente hay dos cuadros que tengan por generadoras ideas de verdadera importancia, y sin que por eso los autores hayan pretendido que esas ideas (en ambos cuadros perfectamente sociales) tengan el carácter de sermón de moral uno, de proclama socialista el otro. Titúlanse los lienzos citados *¡Otra Margarita!* y *Una huelga de mineros en Vizcaya*. Seguidamente en importancia de la idea, desde el punto de vista histórico, están *Pena de azotes, El derecho de asilo, Flevit super illam;* desde el de otros puntos de vista, los cuadros de Luis Jiménez *Una sala de hospital*, uno de Patermisa, cuyo título no recuerdo, pero que representa la visita de la madre á la hija enferma en el hospital, y el de Llimona, cuyo título tampoco recuerdo en este momento. Más adelante lo recordaré.

Los dos cuadros primeros tienen para mí el doble valor de la originalidad, indiscutible á todas luces, y de la importancia estética. Claro está que, como idea de alcance en lo que al orden de las evoluciones sociales afecta, la *Huelga* indudablemente es mucho más importante que la que inspiró *¡Otra Margarita!*; ¡pero yo entiendo que eso de la importancia, extraña por entero á la misión del arte, jamás tentó al artista de raza para obligarle á coger la paleta ni por espacio de cinco minutos; creo sí, que Cutanda, como Sorolla, obedecieron á la sugestión de una escena vista y hondamente sentida, en la cual encontraron todos los elementos estéticos, así plásticos como morales, para realizar lo que únicamente le es dable realizar al arte.

Otro cuadro se mira en este certamen, que yo considero superior en lo que afecta á la expresión moral y á la importancia filosófica del asunto á todos los cuadros históricos ahora exhibidos y aun á los premiados con primeras medallas en las dos últimas Exposiciones. Este cuadro, cuyo autor es Amérigo, lleva por título *El derecho de asilo*.

Dejo para más adelante ocuparme de lo que de verdad y de mentira pueda haber en la composición, en el dibujo y en el color. Estudio ahora las obras desde el primer punto de vista, y preciso es confesar que llegó el pintor al límite del acierto en las expresiones y actitudes de los personajes que figuran en aquella escena interesantísima. Para mí el Sr. Amérigo hubo de inspirarse en la célebre composición poética de Curros Enríquez: *A igresia fria*, y cuyas estrofas al caso pertinentes dicen así:

«Os pelos de punta
N' a man c'un coitelo
Co' a sangue lixado
D' os probes viaxeiros
Tempos houbo en q' aquí buscar viña
Seguro y achego
O ladron d' os caminos, q' os frades
Q' a Praga queimaban, en salvo puxeron.
. . . .
As virxes, forzadas,
Os probes, valeiros,
Pedían namentres
Secorro é remedio;
Y a xusticia, escudeiro mal pago
D' o crime sanguento,
D' o sagrado n' a porta quedaba
De rabia e de cólara, os dentes batendo.

Allí están los frailes, en bellísimo grupo, amparando al condenado, el cual, rota la soga con que el verdugo le trabara los brazos, cae de rodillas, y lleno de espanto mira con ojos extraviados hacia donde el ejecutor de la justicia, contenido en su carrera de persecución del fugitivo por un caballero que viste un ropón de últimos del siglo XIV y comienzos del XV, le señala, grabado en los muros del convento, el privilegio del derecho de asilo que tenía la sagrada casa; á la izquierda del verdugo, de rodillas, pidiendo misericordia, vese asimismo una mujer con un niño en brazos.

El asunto está, como digo, admirablemente comprendido é interpretado desde el punto de vista psíquico. La justicia, representada por el ejecutor de ella, quédase, como indican los dos últimos versos de Curros, *del sagrado á la puerta, batiendo los dientes de cólera y de rabia;* el fraile á cuyos pies, medio de rodillas y medio caído, está el criminal ó el inocente, ¡quién sabe!, extiende un brazo en ademán de amparo, mientras con el otro procura escudarlo; los demás religiosos, agolpados á la puerta del convento, expresan todos en sus actitudes como en los rostros la incertidumbre, la conmiseración, los sentimientos mil que en revuelto torbellino agitan al humano en un momento de esta naturaleza; la mujer, seguramente la esposa ó la amante del miserable, llega al paroxismo del dolor suplicante impetrando gracia.

De otro carácter, diametralmente opuesto al dramático Amérigo, es el lienzo *Flevit super illam*, de Simonet. En el primero, lo trágico lleno de ese aliento de fuego que conmueve nuestro espíritu y pone en tensión el sistema nervioso; el segundo, es una nota elegíaca obtenida á propósito de la profecía de Jesucristo respecto de la destrucción de Jerusalén y de su templo.

Verdaderamente poética es la creación del Sr. Simonet. Pero lo psíquico aquí, salvo dos ó tres de las cabezas, admirables de expresión, del grupo de los fariseos que escuchan á Jesús, reside más bien en el conjunto, en la delicadeza de la traza general, en la suave melancolía de la hora, la del crepúsculo vespertino.

Y aquí viene de molde recordar lo que en cierto libro un crítico español afirma, respecto de que el misticismo artístico, mejor dicho, el estético, reside, no en la idea dogmática, sí en la naturaleza.

Simonet prueba de un modo que no deja lugar á dudas este extremo. La figura de Cristo es en su cuadro la más desgraciada de todas; falta de originalidad, en tres cuartos de movimiento, apenas si se le ve el rostro de líneas afeminadas y sin carácter alguno. Unicamente hay dos cabezas de fariseos muy características y que expresan el asombro que les causa ver cómo Jesús llora y oirle cómo predica la ruina de la ciudad de Salomón: por lo demás, el valor psíquico de esta bellísima obra pictórica está entero en la armonía de la línea, en la delicadeza de la traza y sobre todo en el acierto de la tonalidad y en el exquisito sentimiento de la luz y del paisaje.

En cambio Cutanda, en su *Huelga de mineros en Vizcaya*, logró trasladar al lienzo una escena, la cual, aparte de su valor dentro de un orden perfectamente ajeno al especulativo del arte, el enorme de la verdad, buscada ésta y producida (en lo que á la parte psíquica se refiere) en un conjunto de actitudes, movimientos, energías físicas, manifestadas y desarrolladas por una multitud sobre la que impera un espíritu dramático inmenso, rebasó los límites de lo vulgar, puesto que no hubo de recurrir á resorte efectista alguno, como serían en este caso la lucha, el incendio, la disposición teatral de la escena, medio muy en auge todavía entre la mayoría de nuestros pintores para dar á su obra el valor psíquico que debía caracterizarla.

En el cuadro *Una huelga*, la nota dramática, quizá la más real, justa y encontrada de todas las de esta Exposición, no la debe el artista á otra cosa que á la sencillez con que está sentida, y también á la convicción profunda del pintor respecto de la grandeza épica que encierra, vista desde el punto de vista estético, la vida moderna del trabajo. Grandes fueron los tiempos de Grecia y Roma, pero inmensos son los del vapor y de la electricidad, que acumulan y utilizan todas las fuerzas vivas de la naturaleza, formando con ellas un conjunto no soñado en los tiempos paganos.

Más íntimo, más humano y por ser también más vulgar – y conste que no digo lo de vulgar en tono de censura, sino como ratificación de la afirmación primera – es el asunto del cuadro de Sorolla *¡Otra Margarita!* No necesito explicar el motivo; lo dicen el cuadro y el título. La joven engañada; la vergüenza de un estado que la impulsa á cometer un crimen, creyendo borrar así una mancha; la justicia humana en nombre de una sociedad que, si rechaza á la delincuente del amor, la castiga también si no sabe soportar con resignación aquel desvío, prendiendo inexorable á la madre desnaturalizada, esposándola con duros hierros y entre guardias civiles trasladándola á la cárcel. Allí va en un coche celular, sola, enlutada, caída sobre un hombro la cabeza, pálido el rostro, el estupor en la mirada, el dolor alcanzando el grado del embotamiento de todas las facultades morales y físicas.

Este es el drama; esto es lo que representa el cuadro de Sorolla. La impresión que causa es honda, amarga; el valor psíquico de la obra innegable.

He aquí, pues, las obras pictóricas que en esta Exposición tienen la importancia que la idea debe avalorarlas siempre.

Desde el punto de vista histórico, puede contarse el lienzo del catalán Galofre, titulado *Pena de azotes*, que si no de tanto interés dramático como *El derecho de asilo*, sin embargo, siempre será una página digna de ser tenida en cuenta en este registro que abro para sumar al final de mis estudios cuántos son los artistas que buscan el doble triunfo de la plástica y de la idea.

R. Balsa de la Vega

Madrid, 1.° de Noviembre de 1892

EL CONGRESO DE HUELVA

El noveno Congreso Internacional de Americanistas acaba de terminar sus sesiones en la ciudad de Huelva.

Allí se han congregado por espacio de ocho días varias eminencias de los países europeos y americanos, y muchos curiosos, más ó menos entusiastas por los estudios americanistas, pero partidarios decididos de las fiestas, banquetes y jolgorios que por algún tiempo han turbado la tranquila calma de la población onubense.

Cuando hace escasamente veinte años se reunían por vez primera en la Asamblea de Nancy los dispersos elementos del americanismo, muy lejos de la mente de sus promovedores debía hallarse la idea del éxito que tendría en el curso de los tiempos la institución entonces llevada á la vida de la ciencia. Modestamente concebida, sin apoyos oficiales, sin subvenciones considerables, sin otros recursos que los allegados con la reducida contribución de los propios miembros, los Congresos americanistas han desfilado sucesivamente por el Luxemburgo, Bruselas, Madrid, Turín, Berlín, Copenhague, París y otras cortes de Europa, viéndose presididos por soberanos y elevándose á la estimación y al respeto de los que creen provechoso y útil el estudio de la historia para la vida de los pueblos.

Y la mayor consagración de su importancia la acaban de recibir hace pocos días, cuando en el claustro mayor del convento de Santa María de la Rábida abría la sesión novena el señor presidente del Gobierno español.

Hace dos años, al acabar sus sesiones el Congreso de París, acordó que la reunión de este año se celebrara en España y en el lugar y fecha que nuestro Gobierno determinara. Consultadas las corporaciones competentes y tomando en consideración la importancia que quería darse á las fiestas del Centenario del descubrimiento de América en el lugar mismo que presenció sus primeras tentativas y donde hallaron su desarrollo sus primeras ideas, se resolvió señalar el modesto convento de franciscanos de la Rábida, entonces maltrecho, tanto por el abandono en que había yacido durante largo tiempo, como por las desgraciadas restauraciones de que había sido víctima.

Y tomado el acuerdo, se procedió en consecuencia á lo que en casos parecidos siempre ocurre. Nombróse una Comisión ejecutiva, compuesta de larga lista de presidentes y vicepresidentes de honor, de presidentes y vicepresidentes efectivos, de vocales y comisionados para recepciones, festejos y publicaciones, reuniéndose en apretada haz los mejores y más valiosos elementos que encierra la capital de la monarquía.

Verdad es que tales elementos no se han dado por entendidos, no se han reunido una vez siquiera, no han aportado esfuerzo alguno á la obra americanista, y quizás para alguno de los individuos de aquellas juntas es todavía noticia nueva é ignorada la de que el Congreso se ha reunido y aun ha terminado con éxito sus sesiones de este año.

La organización del noveno Congreso Americanista corresponde por entero al Sr. Cánovas del Castillo, que en estas fiestas del Centenario ha pospuesto siempre la política á los menores detalles de una conmemoración tan grandiosa: corresponde á mi queridísimo amigo D. Justo Zaragoza, que desde la secretaría general y durante dos largos años no ha dejado un solo día de atender á las múltiples consultas que le llegaban de todas partes, y con su celo ha procurado para este Congreso un número de adhesiones muy superior al de todos los anteriores; y corresponde finalmente á tres ó cuatro personas más, únicas que han mostrado algún empeño en que la reunión de la Rábida resultara el primero y principal de los festejos que en las rías del Odiel y el Tinto debían conmemorar el gran descubrimiento de las Indias Occidentales.

El programa del Congreso, más afortunado que otros de las actuales festividades, ha sido realizado en todas sus partes. Circulados con profusión por todo el orbe los temas que se sometían á discusión y examen, solicitado el apoyo de cuantos tuvieran interés en el desarrollo de la historia americana, especialmente en su período precolombino, al acercarse el día 7 de octubre, día señalado para la apertura de las sesiones, pudo garantizarse que un doble éxito coronaría el esfuerzo de los iniciadores del Congreso; es decir, que no faltarían miembros para acudir á sus sesiones, y que en la orden del día se inscribirían interesantes memorias venidas de Francia, de Alemania y de América.

Y en efecto, al cerrarse en 15 de septiembre último la lista provisional de socios adheridos al Congreso,



MANIOBRAS MILITARES, copia de fotografía

la mesa interina de Madrid podía contar las inscripciones siguientes:

España	410	Colombia	21
Francia	1 448	Costa Rica	4
Alemania	32	Chile	3
Austria	3	Ecuador	3
Bélgica	7	Estados Unidos	41
Dinamarca	3	Brasil	1
Holanda	3	Guatemala	3
Inglaterra	8	Guayana	1
Italia	4	Honduras	1
Noruega	2	México	7
Portugal	2	Perú	1
Rumanía	1	Salvador	1
Rusia	4	Uruguay	7
Suecia	2	Venezuela	5
Turquía	1	Isla de Cuba	5
República Argentina	8		

No todos los anteriores adheridos asistieron á las sesiones del Congreso Americanista; el número de concurrentes no bajó sin embargo de quinientas personas, y entre ellas había muchas que traían importantes representaciones de Gobiernos y de corporaciones científicas y literarias extranjeras.

Por vez primera en la historia de estos Congresos, muchos Gobiernos de naciones interesadas en el desarrollo de los estudios americanistas delegaron expresamente á comisionados que los representaran en las sesiones. Fueron los siguientes:

La República Argentina al Dr. D. Angel Justiniano Carranza, auditor de guerra de aquel ejército.

El Ministerio de Instrucción pública de Austria-Hungría al Dr. D. Albrech Penak, profesor de Geografía en la Universidad de Viena.

El Gobierno belga al Sr. Anatole Bamps, distinguido americanista que organizó el Congreso de Bruselas, y al Sr. Dognée, correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid.

La República de Colombia á la conocida escritora doña Soledad Acosta de Samper, á D. Ernesto Restrepo y Tirado, autor de varias obras de filología colombiana, y á D. Bendix Koppel, cónsul general honorario de aquella nación en Dinamarca.

Los Estados Unidos del Brasil confiaron su representación al Excmo. Sr. D. F. Xavier da Cunha, Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de la República en España.

El Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes de Francia delegó al Sr. Lucien Adam, presidente de Sala en el Tribunal de Rennes, y al Sr. G. Marcel, bibliotecario en la Nacional de París.

Grecia encargó su representación al Sr. Cánovas del Castillo, en su calidad de director de la Real Academia de la Historia.

La República de Honduras envió al Dr. D. Antonio Ramírez Fontecha, rector de su Universidad Central, Presidente del Consejo de Instrucción pública y de la Academia Científico-literaria de su país.

Italia delegó al Com. Guido Cora, catedrático de Geografía en la Universidad de Turín y organizador del Congreso Americanista que se reunió en esa ciudad italiana.

La República de Nicaragua designó al Sr. Désiré Pector, su cónsul general en París y secretario general que fué del último Congreso.

Los Reinos Unidos de Suecia y Noruega delegaron dos verdaderas eminencias científicas, el barón A. E. de Nordenskiold, famoso explorador del Polo Norte que hace algunos años cruzó á bordo del *Vega*, y el profesor G. Storm de la Universidad de Christianía.

Los Países Bajos comisionaron al Dr. Allard Pierson, profesor en la Universidad de Amsterdam.

La República del Perú designó al Dr. D. Ricardo Palma, director de la Biblioteca pública de Lima.

Y finalmente, la República del Salvador delegó al Excmo. Sr. D. Enrique Soto, su Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario cerca de la corte de España.

Las representaciones de corporaciones científicas y literarias extranjeras fueron tan numerosas como importantes. Ascienden á ciento doce las sociedades que enviaron delegados al Congreso de Huelva, contándose entre ellas el Instituto de Francia; las Sociedades Geográficas de Nueva York, Rouen, Lorient, Berna, Marsella, Neuchatel, París, Tolosa, Copenhague, Londres, San Petersburgo, Lille, Génova, Roma y San Francisco de California; la Academia de Ciencias de París, la Sociedad Literaria y Artística de Quebec, el Peabody Museum de Cambridge, la Real Academia de Ciencias y Letras de Amsterdam, las Sociedades de Antropología de Berlín y Roma, el Instituto Smithsoniano de Wáshington, la Sociedad de Estudios Indochinos de Saigón y la Universidad de Pensilvania en los Estados Unidos.

Tales eran los elementos constitutivos del noveno Congreso Internacional de Americanistas. El Presidente del Gobierno español apreció desde luego su importancia, dando las órdenes necesarias para que la reunión de la Rábida fuera debidamente preparada, á cuyo efecto dispuso con un mes de antelación la salida de la secretaría general para Huelva, y él mismo anticipó su marcha á las orillas del Odiel algunos días antes de la llegada de los primeros congresistas.

La buena voluntad de todos superó las dificultades inherentes á la reunión y permanencia de gran número de forasteros en un lugar pequeño y de limitados recursos. Huelva se aprestó á alojar á todo el mundo que entrara por sus puertas: habilitáronse fondas y casas de huéspedes, y tales fueron los arreglos y combinaciones de la industria particular, que nadie habría dormido una sola noche en la calle aunque doble número de extranjeros y curiosos hubiesen acudido á la ciudad.

Pero los bravos onubenses se equivocaron en sus cálculos de hasta qué punto es explotable la curiosidad humana, y si bien prodigaron las instalaciones por todas partes, fijaron para su alquiler precios ridículamente caros. Allí hay un hotel, llamado de Colón, construído por una sociedad inglesa y explotado por un súbdito alemán: esta fonda, que en efecto es buena, sin ser ni con mucho superior ni igual á muchas otras de Francia ó Italia, tomó la iniciativa de elevar sus precios á tipos exorbitantes: los demás fondistas siguieron á proporción, y el desengaño para todos ha sido completo porque han dejado de ir á Huelva muchos de los forasteros que acudieron á otras fiestas de Madrid, de Sevilla y de Granada.

Hubo, sin embargo, animación en la ciudad: no se faltó al ritual de los farolitos, las banderas y los cohetes; vistiéronse de fiesta los balcones, y se poblaron de elegantes damas y bellas señoritas para saludar á los extranjeros, y éstos recibieron el abrazo de bienvenida que les dieron sus huéspedes españoles.

Habíase convocado el Congreso en el monasterio de Santa María de la Rábida, y allí, en efecto, se celebró la sesión inaugural. Con muy buen acuerdo no se colgó decorado ni adorno alguno en las austeras paredes del cenobio franciscano: en las galerías del claustro antiguo, con el cielo por bóveda y por muros los arcos románicos de rojizo ladrillo, se congregaron los americanistas venidos de extrañas naciones y de lejanos continentes para escuchar la voz de uno de nuestros más elocuentes oradores, que no necesitó de gran esfuerzo para mover el ánimo de todos y elevarlo á la visión del antiguo ideal colombino, evocando las augustas sombras de Fray Juan Pérez, de Garci-Hernández y del gran navegante, que también debían hallarse allí aquel día, recordando, como nosotros recordamos, sus solitarios paseos por los mismos claustros, sus animados coloquios en busca de un mundo ignorado, sus arriscadas intuiciones de nuevos horizontes que ensancharan los límites de la tierra.

Fué momento solemne, que no olvidarán fácilmente en su vida cuantos tuvieron la fortuna de presenciarlo aquel de la inauguración del Congreso Americanista. La tradición y la historia, la ciencia y el arte, la poesía y la imaginación diéronse estrecho abrazo al atravesar los pórticos del convento. Difícil sería adivinar la fe que se abrigara en la conciencia de todos; sin embargo, en el solemne instante dominó á los que allí se congregaban un único sentimiento de respeto á cuanto les rodeaba, de admiración por el lugar tan pobre y tan mezquino y sin embargo de tanta trascendencia para el desarrollo de la civilización humana.

Eduardo Toda

¡FANATISMOS!

Si lee el verídico suceso que voy á relatar algún librepensador y político de ideas avanzadas (que casi siempre ambas cosas van unidas), probable es que exclame: «¡Qué tiempos, qué barbarie, sólo las creencias religiosas pueden engendrar semejantes fanatismos! Las ideas políticas nunca conducen á tales extremos de eclipse del sentido común y de perversión del sentido moral: ya no hay fanatismos, los ha barrido el viento de la libertad.»

He aquí dos ejemplos en contestación:

En tiempo del tercer imperio francés, había en Roma una guarnición francesa para proteger al papa, y unos revolucionarios prendieron fuego al cuartel donde aquélla se alojaba. Perecieron en el incendio más de cuarenta soldados, y ochenta ó noventa resultaron más ó menos gravemente heridos. Esta catástrofe no fué originada por el fanatismo, sino por el patriotismo más natural del mundo: allí no hubo barbarie; pues aunque aquellas víctimas eran inocentes y estaban allí por fuerza, estorbaban á la idea de la libertad. Por eso, cuando los incendiarios fueron habidos, juzgados y ejecutados, todos los refractarios al fanatismo levantaron gritos de protesta contra el papa y los verdugos de aquellos héroes mártires.

Garibaldi reune cuatro ó seis mil, no fanáticos, sino patriotas, y marcha sobre Roma para dar la libertad á Italia, derribando el trono pontificio. Aun suponiendo que el famoso caudillo no tuviera la alta intuición de los héroes, no hay razón para creer que carecía de sentido común para abrigar la esperanza de contrarrestar á la potencia militar más grande de aquella época, y debe deducirse que llevó á cabo aquella intentona y á aquellos infelices compatriotas y correligionarios políticos al matadero con el solo objeto de lucirse y aumentar el largo catálogo de los mártires de la libertad.

Pero, por supuesto, aquello no fué fanatismo, y sí patriotismo.

De estos dos ejemplos, que entre mil he citado, y del relato que voy á hacer, deduzco que todos los tiempos son iguales, poco más ó menos, y que las pasiones humanas siempre son y serán idénticas por más que tomen diversas formas para manifestarse.

Creo que el hecho que voy á narrar es curioso, y que además da una idea de la rápida transformación social. Como dice Prudhome: «hasta este siglo ha durado la locura del cielo; pronto comenzará la de la tierra.»

I

Allá por el año de 1823, en la noche víspera del día del Santo Patrón de España, se celebraba la tradicional verbena en los mismos sitios que ahora, aunque no con tanto bullicio porque la población de Madrid no era tan numerosa. Sin embargo, no carecía de animación; pues si bien es verdad que entonces había menos gente y dinero, eran más rigurosos los calores, mayor la fe, no menor el deseo de solazarse, y la corte de España carecía en absoluto de diversiones nocturnas de otro género. Reinaba la majestad de D. Fernando VII, restaurado en su trono merced á la lealtad de sus fieles vasallos y á las bayonetas francesas del duque de Angulema. Los negros ó séase los liberales no se atrevían á chistar aniquilados por sus propios excesos. Abundaban los herejes y librepensadores de aquel tiempo; pero se ocultaban bajo siete estados de tierra por miedo al santo tribunal de la Inquisición, que aún no había sido abolido. Milicias asalariadas extranjeras y el bizarro cuerpo de la Guardia Real aseguraban la tranquilidad pública; y con esto y con no haber prensa periódica que se entrometiese en procesos ni denunciara excesos de duquesas ó tripicalleras, en la corte de España se disfrutaba de una paz octaviana. Porque la prensa periódica será un sacerdocio y todo lo que se quiera, difundirá, la ilustración, servirá de poderoso agente al progreso, pero no puede negarse que tiene inconvenientes morrocotudos. La prensa pone en comunicación á toda la gran familia humana, y por ella sabemos que existe en el archipiélago filipino un datto llamado Caricogoleón y en Hamburgo un célebre quitamanchas conocido bajo el nombre de Livinus Bambutselí; pero también sabemos por su mediación todas las plagas, catástrofes, siniestros, crímenes y excesos que afligen á la humanidad: lo cual no es nada agradable. Antes, por ejemplo, había langosta en la Mancha, lepra en Murcia, *oidium* en Cariñena, terremotos en Málaga é incendios de pinares en Cuenca, y sólo trascendían estos infaustos sucesos á las regiones oficiales, en donde se tenía buen cuidado de ocultarlos para no entristecer á los leales habitantes de la villa y corte de Madrid. Las desgracias se sentían cuando se presentaban, no como ahora anticipadamente...

Pero creo que me he excedido en esta digresión, y prosigo mi relato.

Como iba diciendo, en la noche del día 24 de agosto de 1823 se celebraba la verbena de Santiago con no escasa animación. El sitio era á propósito para esta clase de holgorios nocturnos, pues había en él contrastes que en la actualidad han desaparecido. En la calle de Santiago y en algunas adyacentes había puestos de venta y por consiguiente alumbrado; pero la contigua plaza de Oriente, hoy día una de las más bonitas de Madrid, era entonces un inmenso descampado lleno de montecillos y de innumerables piedras para construcción de obras próximas al palacio real. Con este motivo era aquello un desierto al lado de una población, que de noche sólo estaba alumbrado por el pálido reflejo de los escasos faroles del regio alcázar y por la luz de la luna, si la había. Paréceme, pues, que el sitio era á propósito para una verbena.

En el cerrillo de Santiago había como en la actualidad varias buñolerías que saturaban la atmósfera de olor de aceite y además un tablado, desde donde la banda de música del regimiento de granaderos á caballo (pagada por el ayuntamiento) alegraba el aire con sus melodiosos acordes, á cuyo compás bailaba la alta sociedad de los barrios bajos y altos. El objeto era que si S. M. el rey D. Fernando VII y su augusta familia se dignaban asomarse á algún balcón de palacio, juzgaran de la felicidad del pueblo por la alegría á que se entregaba.

En otro sitio, no muy lejano, se celebraba también la verbena, aunque de distinto modo; y á él debo conducir al lector.

II

En el convento de religiosas del Sacramento, situado en la calle del mismo nombre, adonde posteriormente se trasladó la parroquia de la derribada iglesia de Santa María, había en la época á que me refiero la costumbre de celebrar la víspera de Santiago con fiesta y *gaudeamus* á puerta cerrada. El templo y demás dependencias estaban iluminadas, y elevábase en aquél un altar improvisado al Patrón de España. En tal noche nadie dormía en el convento: quiero decir que desde la priora hasta el último acólito todos velaban en él. Asistían á la fiesta nocturna los párrocos y adláteres de las iglesias cercanas, como eran Santa María, San Justo, el Salvador y Servitas, y allá á las once ú once y media de la noche se entregaban en compañía de la comunidad y capellanes á una colación ó *piscolabis*, compuesto de dulces, frutas, rico chocolate de soconusco elaborado á brazo, refrescos y panales ó azucarrillos, cuya confección, como diría Teófilo Gautier, es exclusivo secreto de los confiteros de Madrid. Con motivo de esta fiesta se alteraban las reglas de la comunidad. Por ejemplo, en noches normales nadie podía entrar ó salir del convento, no mediando caso extremo ó imprevisto, y la hermana portera tenía buen cuidado de tener cerradas las puertas interior y exterior que daban salida á la calle; pero en la noche de la susodicha verbena, como hubiesen de entrar los convidados, sólo se cerraba la puerta exterior con un sencillo cerrojo. Generalmente la hermana portera era siempre novicia, pero en la época á que me refiero desempeñaba las funciones porteriles una profesa, casi vieja y fea sin casi, que por añadidura ostentaba un respetable mostacho.

Sucedió, pues, que en aquella noche de fiesta hallábase esta digna persona en la portería, con oído atento por si llamaban á la puerta; pues aunque era ya la hora del refrigerio, faltaban aún algunos caracterizados invitados. Impacientábase la portera, porque experimentaba hormigueo de apetito, así es que cuando sintió en la puerta dos golpes suaves, acudió presurosa, exclamando satisfactoriamente para sus adentros: «¡Ya están ahí!» Después dijo en voz alta: «¿Quién es? – ¡Salvador,!» contestaron desde afuera: lo cual quería decir: el cura de San Salvador, y entonces la monja descorrió el cerrojo. Nunca lo hubiera hecho, pues aquel salvador fué su perdición completa. Abrióse la puerta empujada con violencia, tres hombres en traje eclesiástico penetraron en la portería y con rapidez de bandidos maniataron, amordazaron, cargaron con la portera asiéndola por debajo de los sobacos y por los pies, sacáronla del convento y la condujeron á un coche que esperaba en la entrada de la calle del Sacramento, más obscura que de costumbre, porque casual ó intencionadamente habíase apagado uno de los tres raquíticos faroles de aceite que la alumbraban.

Un rato después la hermana tornera, que pasaba por la portería, vió abierta la puerta del convento, y encontró en el suelo un pañuelo y un zapato pertenecientes á la portera hermana X. Me veo forzado á ocultar su verdadero nombre. Alarmóse el convento,



BARCELONA.-FIESTAS DEL CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

1 Batalla de flores en el Parque. 2. Misa de campaña ante el monumento de Colón. – 3. Fuegos artificiales en el Salón de San Juan. – 4. Una divinidad azteca, en el Paseo de Colón. 5. Adornos de este paseo. – 6. Adornos de las torres de la catedral. – 7. Iluminaciones y adornos de la misma. (Dibujo de D. Nicanor Vázquez.)

supuesto que no hallaron en parte alguna á la religiosa robada, fueron llegando los dos clérigos convidados que faltaban, y no sé si antes ó después de cenar (porque se cenó) hiciéronse un sinnúmero de comentarios y suposiciones referentes al suceso. No era posible admitir la fuga de la portera, profesa hacía diez años y ejemplar á carta cabal. Por aquella época habíanse efectuado amorosos raptos de novicias y aun de profesas en algunos conventos de Madrid; pero el de la hermana X era absurdo á todas luces. ¿Quién, que no estuviera loco ó desesperado, iba á robar á una monja de cincuenta años de edad, fea de todo punto y con un muy regular bigote? Y que habíanla robado era indudable por los objetos que de ella se encontraron, y robado á ella sola, pues nada se echó de menos en el convento. ¡Y qué noche fueron á escoger! Aquello era maravilloso.

Al cura de los Servitas, que fué uno de los últimos que llegaron, se le ocurrió una idea.

Al dirigirse al Sacramento por la calle del Factor, había visto en lo alto de ésta un coche sin faroles como los que usaba el tribunal de la Santa Inquisición. ¿Habría intervenido el Santo Oficio en la desaparición de la monja portera? Esta idea era también absurda por varias razones. En primer lugar el santo tribunal, con el progreso de los tiempos, había aflojado sus tornillos, y cada día eran más raros sus misteriosos secuestros. Además la hermana X era pobre de solemnidad, dentro y fuera del claustro, y no podía ser cuestión de intereses, y por último no podía suponerse en aquélla falta alguna de moral ó de ortodoxia cristiana. Admitióse, pues, á medias la idea del cura de los Servitas, no obstante el indicio del coche. El párroco de Santa María, que tenía amigos familiares en el tribunal de la fe, prometió informarse, y hasta tanto y por si acaso no se dió publicidad al rapto de la portera, porque... ¡con la Inquisición, chitón!

Pero ni en la Inquisición ni en parte alguna se supo nada de la monja desaparecida, y eso que practicáronse activas aunque sigilosas pesquisas. El coche que vió el cura de los Servitas llevaba la dirección del Cerrillo de Palacio, que en aquella época no tenía bajada para carruajes, y por si aquél había intervenido en el misterioso rapto, hiciéronse registros en las pocas casas contiguas, ninguna sospechosa, sin resultado alguno. La curia eclesiástica y la civil pusieron empeño en aclarar el inexplicable suceso; pero nada, ni investigaciones, ni exhortos á provincias, ni registros de iglesias y conventos, ni gestiones de la escasa policía de aquel tiempo proporcionaron ni el más mínimo rastro de la portera del Sacramento.

La hermana X había desaparecido como por un escotillón de comedia de magia. Un siglo más atrás hubiérase creído que se la habían llevado los ángeles ó los demonios, que ambas cosas podían ser.

III

Era una sala grande, cuadrada, alta de techo, cubiertas de paños amarillos las paredes y alumbrada por dos arañas de cristal llenas de bujías encendidas cuyo alegre aspecto contrastaba con el lúgubre del aposento. En uno de los lienzos de pared había clavado un crucifijo de talla de tamaño natural, cuya cruz arrancaba de una tarima elevada del suelo por dos gradas. En un ángulo de la sala veíase una gran mesa cubierta de clavos, martillos, esponjas y otros *chirimbolos*, y al lado una lanza cuya cuchilla sostenía como una corona de espinas. En el comedio de la pieza, y único mueblaje, había once sillones, diez puestos en hilera, cinco enfrente de los otros cinco, y uno separado, y todos, menos dos, estaban ocupados por ocho hombres y una mujer. Todos por su aspecto parecían pertenecer á clase acomodada, y aquélla y uno de ellos tenían marcado tipo extranjero. Su traje no ofrecía nada de particular, si se exceptúa el que todos llevaban pendiente del cuello una especie de escapulario amarillo en cuyo centro se destacaba en negro la figura de Lucifer, ó séase el diablo, llevando una antorcha sobre la cabeza.

Los hombres hablaban en voz baja; la mujer, que era vieja, fea y con cabellos rubios y blancos, fijaba en la imagen del Cristo miradas indefinibles.

De pronto abrióse una puerta, se alzó un tapiz y se presentó un hombre en traje eclesiástico.

Al verle se levantaron todos.

Representaba el recién llegado cincuenta años de edad. Sus facciones eran finas y habrían sido hermosas; sus ojos tenían el brillo de la fiebre ó de la locura.

– He cumplido lo que me tocaba cumplir, dijo dirigiéndose á los presentes y al mismo tiempo despojándose de su traje sacerdotal, del que hizo un rebujo que arrojó al suelo á un rincón. Ahí está la mujer con las condiciones que me exigisteis.

– ¿Religiosa?, preguntó uno de los allí reunidos.

– Del Sacramento, contestó el recién llegado.

– ¿Profesa?

– Hace años.

– Enhorabuena, estamos satisfechos. La esperamos.

Por lo mucho que arriesgo, repuso el que primero había hablado, comprenderéis la fe y la lealtad con que cumplo nuestros pactos. Soy rico, casi ilustre y familiar de la Inquisición, y sin embargo no he vacilado en robar á una monja de su convento, en noche como ésta en que la fiesta popular centuplica el peligro. No había otra ocasión oportuna y la he aprovechado.

– Repito, hermano, en nombre de todos, que estamos satisfechos de ti. Hazla entrar.

– Espera, dijo entonces uno de los presentes. Tengo que decir breves palabras.

El que así se expresó era por lo menos octogenario y se apoyaba en uno de los brazos del sillón en que había estado sentado. Tenía la cabeza blanca y una larga barba patriarcal, que hubiera infundido respeto y simpatía á no ser por la expresión acerada de sus ojillos grises.

Miráronle todos y él prosiguió diciendo:

– Nos hemos asociado contra el *infame*, secundando la voz lanzada al mundo desde el otro lado del Pirineo. ¿No es así?

– Así es, contestaron á coro los presentes.

– Hemos hecho, continuó el anciano, que varios seres racionales, desde una niña de ocho años hasta un tonsurado, renieguen del *infame* y le escarnezcan. Ahora toca la vez á una religiosa profesa, y ya la tenemos merced á la diligencia del hermano á quien tocó en suerte proporcionárnosla. ¿Por qué hemos hecho estas cosas?

– Porque odiamos al *infame*, exclamó con ímpetu la mujer. Porque nos ha dado en la tierra el dolor, la miseria, las enfermedades y la muerte. Porque nos ha infundido pasiones imposibles de vencer. Porque nos ha llamado hermanos y establecido categorías odiosas. Porque exigiéndonos una perfección sobrehumana nos ha arrebatado la esperanza del cielo.

– Un hombre, un impostor no hubiera podido tanto, no conseguiría llegar á los corazones perturbándolos. ¿No es así?

– Sí, contestó la mujer.

– ¿Luego es Dios?

– ¿Y quién lo duda?

– ¿Hay alguien que aquí lo niegue?, repuso el anciano mirando á los presentes.

Nadie contestó.

En buen hora, prosiguió diciendo el de la barba blanca. De otra suerte, lo que hacemos sería pueril. Nadie se ensaña con un hombre que ha muerto hace diez y nueve siglos.

– Seguramente, dijo entonces el que había llegado el último á la reunión. Nos ensañamos contra el *infame* porque creemos en él, porque suponemos que nos oye, porque protestamos en nombre de la humanidad que no le siente ó le teme. Porque si es impotente para hacer el bien por completo, le despreciamos y le execramos por habernos revelado el mal. Porque si es poderoso y puede castigarnos, arrostramos sus iras. Puede arrojarnos al fuego eterno, pero no arrebatarnos la satisfacción previa de nuestro sacrificio de protesta...

– Yo, por mí, interrumpió la mujer mirando con chispeantes ojos al crucifijo, por no deberle nada renuncio á su gloria aunque me la ofreciera.

– ¿Son estas vuestras ideas, estamos todos conformes?, volvió á preguntar el anciano.

– Sí, conformes, exclamaron todos los presentes.

– Pues no tengo más que decir.

Voy, pues, por la mujer, dijo el que la había traído.

Momentos después entraba en la sala la hermana X del Sacramento, que quedóse asombrada del espectáculo que ofrecían la estancia y la reunión. Al entrar, viendo la efigie del Cristo persignóse devotamente.

– ¿Adoras al Cristo?, preguntóla el anciano aproximándose trabajosamente.

– ¿Y cómo no, contestó la religiosa, cuando es mi Dios, mi redentor, mi bien y mi esperanza?

– Pues te han traído aquí para escarnecerle. Este es el único dios de verdadera bondad, supuesto que se opone á las infamias de aquél. Besa.

Y el hombre de la barba blanca presentó á la estupefacta monja el diabólico escapulario que llevaba al cuello. Miróle ella, y llena de miedoso asombro exclamó:

– ¡Pero esta es la imagen del demonio!

– Al que tú adorarás en lo sucesivo, siguiendo nuesto ejemplo.

– ¡Yo adorar al diablo! ¿Por qué?

– Porque es el ángel que cayendo se ha levantado. Y no sólo vas á adorarle, sino á renovar la pasión de aquél, y señalaba al Cristo.

Ahí tienes la corona de espinas, los clavos, la esponja y el vinagre, dijo la mujer que formaba parte de aquella extraña asociación, señalando á la mesa sobre la que estaban todas estas cosas.

La monja miró con ojos extraviados á las personas que la rodeaban y que habían vuelto á sentarse excepto la mujer y el anciano. Indudablemente se creía presa de una pesadilla. Había sufrido aquella noche tan inauditas é inesperadas emociones, que su pobre cerebro se turbó. La sangre afluyó á su rostro tiñéndole de un color amoratado. Giró sobre sí misma, dando una vuelta entera como el que recibe un balazo en la cabeza, y cayó al suelo desplomada...

Se conoce el final de esta escena con todos sus detalles, pero repugna al sentido moral el describirla, y la discreción me veda hablar de un suceso recientemente aclarado, en el que median personas que no pertenecen todavía á la posteridad.

IV

El misterioso rapto y la desaparición de la portera del convento del Sacramento, en los que para nada había intervenido el tribunal de la Inquisición, dieron mucho que hablar en los círculos oficiales y eclesiásticos; pero, con el transcurso del tiempo, fueron olvidados.

Después de pasados cerca de setenta años, una casualidad ha aclarado el enigma.

Hace dos años comenzóse el derribo de una antigua casa, que por cierto está todavía en solar. No diré el punto en donde estuvo situada, porque me lo vedan razones que antes someramente he apuntado. Derribado el edificio, y escueto ya el terreno que ocupó, dejó ver un sinnúmero de cuevas y pasadizos subterráneos que tenían comunicación con otras construcciones contiguas. Los albañiles lo husmean todo, quizá impulsados inconscientemente por la tradicional creencia de tesoros escondidos; en sus pesquisas ó trabajos llegaron á una cueva en la que había una trampa clavada. Levantáronla, y por una carcomida escalera de bastantes escalones bajaron á un chiribitil que más bien parecía un nicho. Llevaban una hacha de resina y á su luz vieron un objeto que dejólos asombrados. Vieron un cuerpo humano vestido con hábito de religiosa. El cuerpo estaba momificado y sólo le faltaban las manos, que á juzgar por la costrificación de los muñones de los brazos, habían sido cortadas. Todo lo demás que fué carne estaba intacto, así como el hábito. Tenía cerrados los ojos. Como es consiguiente, era un cuerpo de mujer. Las piernas, cubiertas con burdas medias de algodón azul, estaban enteras. Tenía un grueso zapato en el pie izquierdo y faltaba el del pie derecho. Aquella conservación era maravillosa, teniendo en cuenta los innumerables animales roedores que debería haber en aquel subsuelo.

Los albañiles que encontraron la momia avisaron á los que trabajaban arriba, acudieron todos, suspendiendo el trabajo; y gracias á que eran las siete y media de la mañana de una lluviosa y fría del mes de febrero, pues á ser más tarde hubiera acudido todo Madrid. Sin embargo, la noticia del extraño hallazgo llegó á algunos tenderos y porteros madrugadores del barrio (que no es muy populoso), y á consecuencia formóse corro frente á la obra del derribo á tiempo que pasaban por allí dos eclesiásticos. Ambos eran muy ancianos, pero uno de ellos estaba ágil y vigoroso todavía. Aproximáronse atraídos por la curiosidad y se informaron de lo acaecido. Sucedió entonces una cosa extraña é inexplicable en aquel momento. Al oir el menos viejo de los sacerdotes el relato del hallazgo del cuerpo de la monja perdió el color, y tambaleándose como un hombre ebrio, se alejó precipitadamente de aquel sitio, sin despedirse de nadie, ni de su compañero, cosa que sorprendió algún tanto á los que lo observaron.

El otro cura más anciano estaba también preocupado y mostró deseos de ver la momia encontrada; pero hiciéronle comprender que no era posible, pues habiéndola dejado en el sitio en que la hallaron hasta la llegada del juez de guardia á quien se había avisado, no era accesible la bajada al subterráneo chiribitil para un hombre de tanta edad. No insistió, atendiendo á este inconveniente, y pensativo y cabizbajo prosiguió su camino. Poco después entró en el convento del Sacramento, dirigióse al archivo, y se dedicó á examinar papeles y documentos antiguos.

El otro sacerdote, que se había alejado con tanto apresuramiento de la obra de la casa en derribo, hallábase ya en presencia del obispo, su prelado, á quien había pedido ver con urgencia.

– Señor obispo, le dijo con voz alterada, perdone S. I. si le molesto tan temprano. Hace un mo-



1. Estación de Duchak en el ferrocarril transcaspiano

mento me sentía morir y no quiero llevar á la eternidad el peso de mi culpa. Oigame en confesión y revelación.

- Sea, dijo el prelado.

– Hace cerca de setenta años, prosiguió diciendo el sacerdote, era yo casi niño, vivía con mi padre, y por descuido de éste y eterna desgracia mía, impulsado por infantil curiosidad, presencié oculto un suceso horroroso é inaudito.

El eclesiástico hizo entonces relato detallado de la sacrílega escena en que intervino la monja portera del convento del Sacramento, relato que el obispo oyó mudo de asombro.

– Aquel suceso, continuó diciendo el eclesiástico, quedó hondamente grabado en mi memoria y ha sido el torcedor de mi vida. Uno de aquellos impíos, quizá el principal, era mi padre. Afortunadamente desde los albores de la juventud yo no me eduqué con él y no pude ser contaminado por el veneno de su execrable locura. Mi abuela materna me inspiró el santo temor de Dios, y sea por vocación, ó como expiación inconsciente de la culpa de mi padre, abracé la carrera eclesiástica. Cuando murió mi padre, hace muchos años, yo que fuí su único heredero vendí la casa en que se perpetró aquel horrible atentado y cuanto poseía. Fundé un asilo benéfico y consumí mis bienes en socorrer á los pobres. Rico y con valiosas relaciones, no he querido avanzar en mi carrera, procurando con mi humildad redimir el pecado de la sangre que llevo en mis venas. He procurado ser bueno, pero una voz interior me grita incesantemente que no lo soy. Señor obispo, ¿se puede ser bueno, se puede ser sacerdote y encubridor de un sacrilegio no sabido en confesión?

– No, seguramente, contestó el prelado. Debió usted revelarle, por más que se lo impidieran altas consideraciones. El que todos los días eleva al Cristo en sus manos, debe ser puro de obra, de corazón, de pensamiento y de recuerdos.

- Señor, hace setenta años que sufro y lucho contra mí mismo. Postrado de rodillas, demando mi absolución. Estoy profunda y verdaderamente arrepentido.

– Puedo absolver á usted como hombre; como sacerdote sólo puede hacerlo el que todo lo ata y desata en la tierra.

***

Tan fanáticos han sido Torquemada como Garibaldi. Aquél sacrificaba víctimas á la idea del cielo, y éste las sacrificó también en no escaso número á la idea de la felicidad humana.

Ahora bien: ¿cuál de los dos fanatismos es preferible: el de un bien ideal infinito, aunque dudoso, ó el de un bien material, que probablemente nunca se realizará en la tierra?

F. MORENO GODINO.

LOS FERROCARRILES DE ASIA

Por lo general, no se tiene idea exacta de la extensión de las transformaciones llevadas á cabo de seis años á esta parte en el Asia Menor, Palestina, Japón, China, Siberia y hasta en los desiertos del Turkestán por lo que respecta á las vías de comunicación y más especialmente á las férreas. Apenas si la construcción de la transcaspiana ha llamado un momento la atención hacia la gran evolución que está á punto de realizarse.

Y eso que el ferrocarril transcaspiano será el prototipo de las líneas de construcción difícil. En los países cruzados por él no había material de ninguna clase, y era menester llevar la madera, el hierro y hasta el agua. Entonces se hizo un tren-cuartel llamado *Ukladka*, compuesto de enormes vagones de dos pisos que contenían el alojamiento de los trabajadores, carnicerías, cantinas, fraguas, etc.

Los esfuerzos del general Annenkof y de sus colaboradores han sido grandes. En muchos puntos tenían que allanar obstáculos que parecían insuperables; sobre todo, entre Merv y Tchardjoni hubo que establecer la línea sobre movedizas dunas de 60 metros de altura. El problema que para conseguirlo hubo que resolver era de los más arduos, y por espacio de mucho tiempo no fué posible enseñorearse de las arenas, hasta que por fin se obtuvo la solidez necesaria mediante una mezcla de arcilla y agua de mar.

La travesía del río Amu ó Amu-Daria que se efectúa por un puente de millares de tablones ha requerido no menor esfuerzo. En más de mil kilómetros á la redonda no había un solo árbol. Y sin embargo, la línea no ha costado más de 120.000 pesetas por kilómetro. El bajo precio de la mano de obra ha contribuído mucho á la economía de la construcción, pues los rusos han tenido el gran mérito de transformar rápidamente en braceros, albañiles y carpinteros á esos turcomanos que, en su mayoría, no habían tocado una herramienta en toda su vida.



2. Estación de Geok-Tepe en el ferrocarril transcaspiano

La explotación del ferrocarril transcaspiano es única en su género; casi exclusivamente militar, presenta particularidades que sorprenden á los que están acostumbrados á las explotaciones europeas. En esta línea no hay ninguna casilla de guarda, pero cada trece kilómetros se eleva una torre que sirve como de atalaya. Unos vigilantes á caballo recorren el trecho comprendido entre estas torres. La escasez de estaciones impone á los viajeros la obligación de llevar consigo cuanto necesiten. Los grabados 1 y 2 representan dos estaciones importantes esta línea.

Se invierten siete días en ir de San Petersburgo á Samarcanda y cuatro de Tiflis á Merv; pero andando el tiempo se podrán efectuar con mayor rapidez estos viajes, pues hoy los trenes no andan más que á razón de 16 á 20 kilómetros por hora. Este ferrocarril está llamado á tener gran tráfico: una parte considerable de las exportaciones de Persia, en especial las del Jorasán, tomará esta vía, y el general Annenkof cree que en la región por él recorrida se podrán cosechar tales cantidades de algodón y á tan bajo precio, que Rusia dejará de ser tributaria del extranjero respecto de este producto. Hasta ahora no había más que un camino para expedir á Rusia las mercancías de Khiva, Bokhara y Samarcanda: el que pasa por Kazalinsk y Orenburgo. Gracias al nuevo camino de hierro, las mercancías serán transportadas en un mes y los viajeros en diez días.



3. Vista general del ferrocarril transcaspiano cerca de los montes de Kopet-Dagh



ESTATUA DE SAN LUIS GONZAGA, escultura de J. Reynés (Salón Parés)



UNA VÍCTIMA DE MONTECARLO cuadro de J Garnelo

Apenas quedaba realizada esta importante empresa, y ya tenía Rusia otro proyecto más vasto y comenzaba la construcción de un ferrocarril que, atravesando toda el Asia, fuera á terminar en el Océano Pacífico, poniendo así en comunicación las líneas europeas con la red china.

El ferrocarril transiberiano, cuyo primer trayecto, el de Samara á Ufa, se abrió al servicio en 1888, tendrá más de 6.400 kilómetros de longitud, y por consiguiente la línea será más larga que ninguna de las grandes líneas transamericanas, y atravesará el Tobol por Tobolsk, el Irtich por Omsk y el Ienissei por Krasnojarsk. ¿Qué costará esta línea gigantesca? Difícil es calcularlo. Según presupuesto oficial, los gastos de construcción serán de 80.000 pesetas por kilómetro.

Témese que esa línea produzca más pérdidas que ganancias, porque la población de Siberia está tan diseminada, que una línea de más de 5.000 kilómetros no cubriría gastos. Las únicas personas que se aprovecharían de este ferrocarril serían los comerciantes que trafican con Siberia: así es que tiene contrarios, pero también partidarios decididos, entre los que figura en primera línea el Tsar, que ha ofrecido pagar gran parte del importe de su construcción y desea que quede terminada dentro de tres años.

Al contrario de su vecina la Rusia, China ha demostrado la mala voluntad más tenaz y decidida para la construcción de los ferrocarriles que se emprendían en aquel país, habiendo llegado el gobierno chino hasta el extremo de comprar una línea ya en explotación para destruirla. A pesar de todo, la sociedad minera de Kai-Ping trató de construir una vía férrea de 40 millas de longitud para enlazar sus minas de carbón de piedra con un río navegable. Desechada por dos veces su solicitud de autorización, al fin los hombres más liberales é ilustrados del imperio lograron convencer á las autoridades de que el medio más rápido del transporte del carbón era necesario á la potencia y eficacia de la escuadra del Norte, y se concedió con repugnancia el permiso para construir 7 millas de ferrocarril, pero con la condición de que había de ser un tranvía de tracción animal. La introducción del monstruo que despide humo y fuego, la locomotora, era lo que temían los hombres de Estado chinos. Añadíase á esto el temor de que una vez autorizado el ferrocarril en el país ya no habría resistencia á la invasión del genio occidental. Por espacio de algún tiempo se transportó la hulla en gran cantidad en trucs tirados por mulas.

Pero la compañía reunió clandestinamente las piezas que constituyen una locomotora: contrató á un maquinista inglés, el cual montó la máquina con el mayor secreto y la probó en las minas. Enganchóse la locomotora á un tren de trucs de carbón y partió por la línea á regular velocidad, habiéndola bautizado con el nombre de *Cohete del reino de las flores*.

Aunque el gobierno seguía negando su sanción oficial al uso de la locomotora, acabó al fin por mirarla con tolerancia ó indiferencia. La compañía pidió entonces á Inglaterra otras dos locomotoras, cierto número de trucs y tres ó cuatro coches de viajeros. Como el gobierno permaneciera callado, la compañía le pidió autorización para prolongar la línea hasta el río Peh-Tang, pues como el canal estaba helado muchos meses al año se hacía imposible el transporte del carbón á Tien-Tsin. Por un contraste singular el gobierno concedió al punto la autorización pedida, y á las siete millas ya construídas se añadieron otras veinte, y de este modo quedó establecida en China la primera vía férrea.

Posteriormente se han hecho allí nuevos esfuerzos, y hoy se prepara otra compañía á construir una línea de 127 millas entre Cantón y Kao-Lang, que se puede considerar como la primera sección de la gran vía que con el tiempo atravesará la China de Sur á Norte y unirá á Cantón con Pekín pasando por Han-Keu. Pero los progresos y la extensión de las líneas férreas serán siempre más lentos en el Celeste Imperio que en el resto de Asia á causa de las formalidades complicadas y de las condiciones que el gobierno impone á la formación de las compañías, y en efecto, únicamente los chinos pueden poseer acciones de ferrocarriles, cuya adquisición está vedada á los extranjeros.

En cambio en el Japón ha estimulado la construcción de estas vías y hoy cuenta con 1.445 millas, divididas entre el Estado, que tiene 540, y las compañías, que poseen 905.

Era natural que las Indias figurasen en primer término en esta lucha que los humoristas ingleses han dado en llamar «lucha por el riel.» Todo las favorecía: los capitales abundaban, las riquezas naturales de las regiones que las líneas debían atravesar eran considerables, las empresas secundadas por una administración inteligente; de suerte que la red india es la más completa y la que dispone de mejor material de todas las líneas asiáticas. Hoy esta red tiene 14.890 millas sin contar 2.000 en construcción.

Las posesiones francesas de la India están asimismo recorridas por vías férreas. En el reino de Siam, en la península de Malaca, los ingleses las han construído ya; pero donde más se hace sentir la influencia de Inglaterra es en Siria y en el Asia Menor, donde luchan los tres elementos, francés, inglés y alemán. A una compañía alemana ha concedido el sultán la construcción de la línea de Ismidt á Angora, y á otra la de Diarbekir á Bagdad. Los ingleses han obtenido la de San Juan de Acre á Damasco, la de Mersina á Adana, y toda la red de Jonia, es decir, tres vías principales que parten de Siria é irradian por toda el Asia Menor. Los franceses construyen las líneas férreas de Panderma á Konich, de Jafa á Jerusalén, muy beneficiosa para los peregrinos, y de Beyruth á Damasco y al Haurán.

Son muchas las concesiones que se piden, la mayor parte hechas por sindicatos alemanes, ingleses y aun orientales; pero estos ferrocarriles del Asia Menor dejan mucho que desear, y la regularidad del servicio, el material, la organización de las estaciones, todo anda á la «oriental,» y aun se ha dado el caso de que cuando las líneas están construídas, los trenes no salen, como ha sucedido con la de Mondania á Brusa, que existe hace diez y seis años y que jamás ha funcionado ¡por no encontrar el Tesoro el dinero suficiente para comprar una locomotora y vagones! – X.

NUESTROS GRABADOS

Consuelo, cuadro de D. Juan Llimona. – Llimona es pintor religioso por excelencia, pero no de los que conocemos con este calificativo por dedicarse con especialidad á pintar en sus lienzos sagradas imágenes, sino porque en los de dicho artista, aunque representen asuntos profanos, predomina siempre la idea mística y religiosa.

Su cuadro *Consuelo* es una nueva prueba de esta tendencia. La religión, personificada en un sacerdote, se lo presta al desconsolado viudo que acaba de recibir un golpe terrible perdiendo á la compañera de toda su vida, y que escucha postrado de hinojos, con dolorosa á la vez que cristiana resignación, las palabras que el ministro del Señor le dirige para mitigar su quebranto. No se ven los rostros de estas dos figuras, pero se adivina su respectiva expresión. En cambio las que aparecen en segundo término tienen el mérito de que en la misma impasibilidad de sus facciones revelan la compasión que aquel desdichado les inspira, pues no es una impasibilidad indiferente, sino la que resulta del recogimiento, de la piedad, de la fúnebre solemnidad del momento.

Este lienzo, realzado por su bellísimo efecto de luz solar que, contrastando con la negrura del ánimo de los circunstantes, penetra radiante al través de la vidriera, cual si el cielo quisiera confirmar por tal manera las consoladoras frases del sacerdote, constituye una obra de arte que impresiona, cautiva, produce en el ánimo cierta plácida melancolía y avalora una vez más las aptitudes pictóricas que tanto distinguen á nuestro estudioso compatriota.

Maniobras militares. - La prensa diaria, especialmente la barcelonesa, ha dado minuciosos detalles, en telegramas y correspondencias, de las maniobras ha pocos días efectuadas en los campos de Monzón y Binéfar por los ejércitos de Aragón y Cataluña. El escaso contingente de nuestras tropas, comparado con el de las grandes potencias europeas que en análogos ejercicios reunen muchos millares de soldados, no permite á los periódicos españoles de la índole del nuestro representar gráficamente esas grandes escenas que ofrecen considerables masas diseminadas en dilatadas extensiones de terreno; pero sí reproducir por medio del grabado la típica marcialidad de nuestras tropas, cualquiera que sea el arma á que pertenezcan, y alguno que otro episodio, fácilmente comprensible sin necesidad de detallada descripción, de los que se desarrollan en esos guerreros ensayos. La fotografía, tan exacto como indispensable auxiliar hoy de toda suerte de empresas, ha tomado su parte en ellos, y merced á su ayuda podemos incluir en nuestras columnas los curiosos cuadros que darán una idea al lector de algunas de las escenas de las citadas maniobras.

Fiestas del Centenario del descubrimiento de América en Barcelona. Muchas son las censuras que se han dirigido á la Comisión organizadora de las fiestas celebradas en nuestra ciudad con motivo de la citada conmemoración, y aunque estas censuras han sido en gran parte justas, principalmente por el desconcierto que se ha notado en la realización del programa, hay sin embargo que confesar que algunos de los proyectos llevados á cabo no han desmerecido de la fama de esplendidez y buen gusto de que goza Barcelona.

Varios de los diferentes cuadros que se representan en nuestro grabado dan una ligera idea de lo que estos festejos han sido. Prescindiendo de la batalla de flores, que no fué sino un ligero y lastimoso ensayo en el que, más que en otra cosa, se echó de ver la falta de organización y de práctica, otros festejos así como varias manifestaciones tuvieron el éxito apetecido.

Una de estas fué la misa de campaña celebrada en la base del magnífico monumento de Colón, y que oyeron, ó mejor dicho, presenciaron con admirable compostura millares de soldados y paisanos que se extendían por el paseo de aquel nombre y por la Rambla de Santa Mónica. El sitio, la inmensa y silenciosa muchedumbre, los ecos de las bandas militares tocando la marcha real en el momento de elevar el sacerdote celebrante la Sagrada Hostia en el altar improvisado á bastante altura en el mismo monumento, la gallarda estatua del insigne navegante dominando sobre todo y confundiéndose con el purísimo azul del cielo, los mástiles de los centenares de embarcaciones que formaban el fondo de tan hermoso cuadro, todo ello constituía un conjunto que llenaba el alma de consuelo, pues derivaba de un homenaje tributado al cielo y á la tierra, á la divinidad y á una de sus más grandes hechuras, á Dios y á Colón.

Digno complemento de esta solemnidad religiosa fué la función celebrada en nuestra catedral. El severo y espacioso templo era estrecho para contener bajo sus naves la multitud de fieles que á él acudió, tanto para asociarse á las preces y alabanzas al Eterno, cuanto para admirar el adorno é iluminación dirigidos por el conocido artista Sr. Pascó, tan competente en estos asuntos. Plácemes justos ha merecido tan esplendente ornamentación, que sin perjudicar á la majestad del sagrado recinto, ha realzado sus admirables líneas arquitectónicas y enaltecido con suntuosidad bien entendida el extraordinario acto que allí se verificaba.

Otro de los cuadros de nuestro grabado representa el disparo del castillo de fuegos artificiales enfrente del Arco de Triunfo erigido en el Salón de San Juan en conmemoración de la Exposición universal de 1888. Estos fuegos de artificio fueron bastante notables, tanto por la variedad de las piezas cuanto por la novedad de algunas de ellas.

De encontradas opiniones ha sido objeto el adorno del bello paseo de Colón; pero los que lo censuran no han tenido en cuenta que, si en rigor pecaba de monotonía, aun dentro de su variedad, se ha demostrado con él, según ya hemos dicho en otra parte, que Barcelona, cuando quiere y hay dirección, puede mucho; pues sólo una ciudad de tanto vigor, desprendimiento y entusiasmo artístico como la nuestra es capaz de ejecutar en un par de semanas el gran trabajo que dicho adorno representaba.

Y en efecto, sin ese entusiasmo, sin ese arranque poderoso que allana todas las dificultades no es posible improvisar en tan breve espacio de tiempo centenares de enormes bustos de todas las razas que poblaban la América desde el cabo de Hornos hasta el mar de Hudson; no pueden construirse tantas reproducciones de colosales esculturas americanas, como las cariátides toltecas, las estatuas de los dioses Teoyamici y Haloc, los ídolos de Copán y del país de los lacaudones, los bajos relieves de Palenque y de Chichén Itza, así como los múltiples mapas, trofeos, armas, y demás adornos que nos retrotraían á aquella apartada época, ni por fin, los numerosos flameros y demás adecuados accesorios que convertían el paseo de Colón en una especie de museo etnográfico y arqueológico de la historia del descubrimiento de América.

Lunares habrá habido en esta obra en cuanto á trabajo estético, pero aunque sólo sea por la idea que la ha inspirado y por la rapidez de ejecución, se ha hecho digno de aplauso su director el pintor D. Ramón Padró.

Típico también, de buen gusto y vistosísimo ha sido el adorno de las torres de la catedral, que aunque consistente sólo en banderas y flámulas, estaban éstas dispuestas con tal arte y sus colores tan bien combinados que han llamado con justicia la atención.

San Luis Gonzaga, escultura de D. José Reynés. – El que sólo conociera á Reynés por sus esculturas profanas y no hubiese sabido, ahondando en ellas, descubrir un soplo del genio, indicio claro de aptitud para las más difíciles empresas, pudo quedar sorprendido al contemplar hace pocos días en el Salón Parés la preciosa estatua que reproducimos: no así los que de antiguo saben cuánto vale y cuánto puede el ilustre escultor catalán, que harto convencidos estaban de que en Reynés se juntan las privilegiadas dotes necesarias para crear tal maravilla, pues no de otro modo puede calificarse la hermosa figura que tantas bellezas atesora desde cualquier punto de vista que se la considere. Si en el elemento psicológico nos fijamos, nada más bello, nada más real, dentro del idealismo en que la obra está inspirada, que aquel rostro en el cual más que los estragos de las materiales mortificaciones se admiran la huellas del amoroso fuego en que se consumió aquella alma pura, entregada al más sublime misticismo y alentada por los inefables goces de que es fuente inagotable el amor divino. Y si, dejando á un lado lo que al espíritu atañe, buscamos en la escultura de Reynés las bellezas plásticas, difícilmente hallaremos palabras con que expresar los primores de ejecución que su obra contiene, ya que es punto menos que imposible conseguir mayor verdad en el modelado de la cabeza y de las manos y sobre todo de los hábitos que el santo viste, y en los cuales hay tal riqueza de detalles, tales prodigios, que apenas se concibe cómo el artista pudo vencer la dureza del mármol hasta el punto de hacer con él lo que aun con materia más dúctil hubieran hecho pocos.

Con ser muchos los triunfos obtenidos por el Sr. Reynés durante su gloriosa carrera, creemos que uno de los más grandes es el que le ha proporcionado su San Luis Gonzaga y por el cual le enviamos nuestro más entusiasta y sincero aplauso.

Una víctima de Montecarlo, cuadro de J. Garnelo. – Hasta ahora la pluma había censurado el vicio del juego, que si en todas partes tiene su asiento, en ninguna tan ostensible y descaradamente como en ese bellísimo á la par que funesto rincón de Europa que se llama Montecarlo. Justo era que el pincel coadyuvara á esa censura, representando la desesperación de los ilusos que en las salas de juego de aquel suntuoso casino pierden su capital y á veces su honra, cuando ya no la vida, sumiendo al propio tiempo en la miseria y la desesperación á las personas que de ellos dependen.

Así lo ha hecho Garnelo en el hermoso cuadro del que es reproducción nuestro grabado. Tardío aunque sincero es el dolor del individuo que, mesándose los cabellos, lamenta el triste resultado á que le ha conducido un inmoderado afán de riquezas mal adquiridas; severas cuanto justas las recriminaciones del anciano caballero, su padre quizás, que le vitupera por su falta; dolorosa la actitud de la esposa, que no sólo perderá sus elegantes galas, sino la suspirada tranquilidad y holgura de su existencia. Estas tres figuras encierran todo un poema, que podía haber sido de más lamentable efecto si el pintor hubiese representado una familia en desnudez completa, hijos que pidieran pan y un padre suicida tal vez; pero Garnelo, huyendo del crudo naturalismo, se ha limitado con razón á presentar el hecho bajo su aspecto menos repugnante, con lo cual, á la par que lo anatematiza, demuestra poseer condiciones verdaderamente artísticas.

Andrómaca esclava, cuadro de sir Federico Leighton. – Conocida es la historia de la infeliz Andrómaca que han inmortalizado Homero en su *Iliada* y Eurípides y Racine en sus tragedias. Hija de Eción, rey de Tebas, y esposa de Héctor, vió perecer á su padre y á sus siete hermanos á manos de Aquiles, y más tarde á su madre, á su esposo Héctor y á su hijo. Pirro la hizo su esclava, y después de haber tenido de ella tres hijos, se la cedió á su esclavo Heleno. De su cautiverio en Epiro ha tomado asunto el famoso pintor inglés Leighton para el bellísimo cuadro que reproducimos y regalamos como *Suplemento* á nuestros suscriptores, composición grandiosa y con extraordinaria maestría ejecutada, en la que es de admirar, así la verdad histórica como las bellezas técnicas que tanto abundan en el lienzo.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Y le parecía doblemente pobre su hija que, no siendo rica, había ido á vivir por disposición del hado junto á la opulencia, y á veces le sobrevenían impulsos de marcharse de aquella casa é irse á vivir lejos con su hija; pero cuando ésta, muy aficionada á las comodidades, á la riqueza y hasta al lujo, le decía: «¡Qué infelices deben ser los pobres; yo, si fuese pobre, si no viviese en una casa hermosa, creo que me moriría,» aquella pobre madre sentía disminuir su ánimo y desvanecerse su resolución, proponiéndose ya solamente corregir á su hija de su excesivo amor á la opulencia, y la sermoneaba, diciéndole que el dinero no da la felicidad, y la aconsejaba que se contentara con poco y que moderara sus deseos; pero la niña, meneando la cabeza, solía contestarle:

– Todo eso está muy bien, mamá; pero no me gustaría esa vida.

Naturalmente, á medida que crecía, aunque continuase siempre deseando todo cuanto tenía Sofía, no tomaba ya rabietas; pero siempre que á su compañera se le regalaba alguna chuchería, se ponía triste, melancólica, exhalaba profundos suspiros y se le llenaban los ojos de lágrimas hasta que su madre, que sólo vivía por ella, la cogía en brazos y le preguntaba la causa de su tristeza; y cuando Laura le confesaba que era porque no tenía un vestido, un brazalete ó un alfiler como los de Sofía, la pobre madre se privaba de lo más necesario y hacía sacrificios por comprárselos, hasta que lograba que volviera la sonrisa á la contristada faz de su querida hija.

Salvo estas ligeras nubecillas, las dos niñas vivían en muy buena armonía; Sofía, siempre buena y complaciente, no tenía más voluntad que la de Laura, y después de haber pasado su infancia sin jugar con ninguna niña de su edad, le era doblemente grata la compañía de su amiga y la quería como á una hermana. Laura también la quería, pero á su modo, con tal que hiciese cuanto quería; y cuando la veía bondadosa, complaciente, dispuesta á satisfacer sus deseos, la abrazaba con impulso afectuoso, y la besaba, llamándola su buena amiga, su Sofía; pero si ésta no se sujetaba al punto á su voluntad, montaba en cólera, le hacía mala cara, no le hablaba, y Sofía, que se ponía triste cuando su amiga se enfadaba, sentía su corazón oprimido y se apresuraba á contentarla para hacer las paces.



– ¡Qué infelices deben ser los pobres!

Así crecían las dos niñas. Sofía siempre delicada y delgada como una caña; Laura fuerte, vigorosa, con las mejillas teñidas de ese carmín que revela salud; llevando una vida común, siempre juntas en el paseo, en el estudio y en la labor, dirigidas por Elvira, que era al mismo tiempo excelente madre y cuidadosa institutriz.

Conforme crecían las niñas, su cometido era más difícil y debía estudiar para seguir siendo su única institutriz. A menudo, cuando ellas andaban por la casa ó por el jardín, dando rienda suelta á las ingenuas confidencias de su edad, Elvira estudiaba ó procuraba vencer alguna dificultad en el piano para poder aleccionar á sus discípulas. Y cuando á veces las veía juntas, cogidas del brazo y charlando con toda la sinceridad y franqueza de sus pocos años, no podía menos de pensar cuál sería el porvenir de su hija, y este pensamiento la preocupaba desagradablemente; verdad es que Laura era más hermosa que Sofía, la cual seguía siendo tan poca cosa como cuando pequeña; pero era rica, llevaba un nombre sin mancha, mientras que Laura...

Cuando tal idea cruzaba por su mente, se presentaba ante sus ojos toda su vida pasada, y sus muchos días infelices adquirían proporciones gigantescas; parecíale ver á su marido dispuesto á vengarse de ella y de su hija, le daban terribles impulsos de arrojarse sobre él y, vituperándole por haber causado la pérdida de su bienestar, pedirle el porvenir de su hija.

Luego se sublevaba de tal modo contra la humanidad y sus injusticias, no sin sentir cierta envidia por la suerte de Sofía, que tenía que hacer grandes esfuerzos para no dar á conocer las pasiones que agitaban su alma, y al menos quería hacer todo cuanto le fuera posible para que Laura fuese en algo superior á su amiga.

La retenía á menudo consigo mientras Sofía dormía en la habitación contigua y procuraba explicarle las lecciones dadas durante el día para que aprendiese mejor; luego leían juntas libros difíciles que Sofía ni siquiera hubiera podido entender, y ponía cuanto estaba de su parte por que Laura la pudiese aventajar en inteligencia y conocimientos, del mismo modo que la superaba en belleza.

Y esto le era tanto más fácil cuanto que Sofía no podía dedicar muchas horas al estudio; estaba demasiado delicada, y su padre tampoco quería que se esforzase mucho, no tenía empeño en que fuese una mujer de ciencia.

Por esto, Sofía era la primera en reconocer por tal concepto la superioridad de Laura; pero no se la envidiaba; antes al contrario, cuando encontraba en un libro una frase difícil, acudía á su amiga para que se la explicara. En lo que Laura no podía excederla de ningún modo, por más que hacía su madre, era en la delicadeza de sentimientos; si había que dar un consuelo ó que aliviar una miseria, la hija del barón estaba siempre dispuesta, y en vano Elvira presentaba á Sofía ante su hija como un ejemplo digno de imitar; Laura no podía comprender ciertas cosas; la miseria, los dolores le hacían daño y procuraba ignorarlos ú olvidarlos.

– ¿Qué quieres?, decía; yo soy así; si acude á mí un pobre, le doy una limosna para quitármelo de delante, pero no me siento inclinada á ir á buscarlo como hace Sofía.

Elvira, pensando en la suerte que tal vez cupiera á su hija, le tenía lástima y decía:

– ¿Quién sabe lo que le tendrá reservado el destino? Más vale que ahora disfrute de la vida.

Al principio siempre tenía miedo de su marido, del cual no se volvió á saber nada á pesar de las pesquisas al efecto practicadas.

– Debe haber cambiado de nombre, le había dicho el inspector de policía; y mientras no se dé á conocer de algún modo, vale más dejarlo en paz.

Pero viendo que el tiempo pasaba sin que su marido diera señales de vida, se fué tranquilizando y continuaba su vida monótona, pero sosegada.

El barón había vuelto á dedicarse á su grande obra filosófica, que avanzaba á paso de tortuga. Reunía documentos humanos para coordinarlos después y citarlos como ejemplos. Revisaba diariamente gran número de periódicos, especialmente los que daban cuenta de procesos y delitos y crímenes, para añadir algún personaje más á las víctimas y verdugos y para dar mayor fuerza á los capítulos que debían tratar de las injusticias humanas, y de este modo, á fuerza de paciencia inaudita, como un obrero, escogía las piezas para hacer después su trabajo de incrustación, y cuando alguien le preguntaba por este trabajo, contestaba siempre:

– Si se quiere que una obra sea duradera, se ne-

cesita tiempo y paciencia; el tiempo no respeta sino lo que se ha hecho por su mediación.

Y trabajaba de continuo, en la convicción de que hacía una obra que había de durar siglos y de producir inmensos beneficios á la humanidad.

XI

Habían transcurrido algunos años y podía ya decirse que Elvira y su hija formaban parte de la familia del barón, hasta el punto de que cierto día se le ocurrió á Sofía dar el título de tía á la institutriz y el de prima á Laura, y desde aquel momento las presentó á todos en tal concepto.

– Era un fastidio, decía á su padre, decir siempre que Laura era la hija de mi institutriz, y además eso no estaba bien.

– Y ¿por qué no la llamas de una vez hermana?, le preguntó el barón; sería aún más grato.

– Porque entonces habría debido llamar mamá á Elvira, y este es un nombre que no me gusta darlo á nadie; me parece que mi pobre mamá se disgustaría.

Aparte de esto, aunque la llamase prima quería á Laura como hermana, y por más que sus caracteres fuesen tan diferentes, siempre estaban de acuerdo.

Toda la familia seguía, como siempre, pasando los dos meses más fríos del año en Milán y los restantes junto al lago, donde las niñas con su alegría juvenil alegraban la quinta. A veces se les ocurría introducir innovaciones en el jardín, y siendo posible, el barón procuraba satisfacer sus deseos. En estos casos era siempre Laura la que tomaba la iniciativa y Sofía la que hablaba del asunto á su padre.

– ¡Qué conveniente sería hacer una azotea que diese al lago!, decía Laura.

– Tienes razón, contestaba Sofía; se lo diré á papá.

Y de este modo se procedió á construir una azotea en la orilla misma del lago, un kiosco en lo más escabroso del bosque y se adornó el jardín con nuevas plantas y flores.

Transcurrían deliciosamente las veladas de verano y de otoño, especialmente cuando acudían á pasar la temporada muchos forasteros.

D. Carlos volvía todos los años, siempre con su acostumbrado buen humor, y divertía mucho á las niñas; éstas á veces tocaban el piano y cantaban, pero cuando había jóvenes preferían bailar.

En sociedad brillaba mucho más Laura, porque tenía más soltura, más conversación, cantaba y tocaba mejor que Sofía, y Elvira no cabía en sí de gozo al ver los triunfos de su hija.

Por más que se propusiera querer á las dos niñas con igual cariño, su corazón, como es natural, era más de su hija, y aun cuando no mediase esta circunstancia, la quería doblemente porque era más desgraciada, y temblaba viéndola crecer y hacerse una mocita. ¿Qué porvenir podía esperar una joven sin medios de fortuna y con un padre que había estado en la cárcel? Al pensar en ello se le helaba la sangre en las venas, pero luego se tranquilizaba jurando que la haría feliz á toda costa, y hasta le parecía justo que su hija pudiese gozar de la felicidad de que á ella le había privado.

Sin embargo, si se admiraba más á Laura, Sofía era más querida. Su mayor gusto consistía en correr allí donde se necesitaba algún socorro, donde había sucedido alguna desgracia. No había en toda la comarca nadie que tuviera más destreza para curar una herida que aquella delicada jovencita, para asistir á un enfermo ó animarlo con una palabra de consuelo.

Cuando el médico necesitaba un ayudante, enviaba á la quinta en busca de la señorita Sofía y ésta se apresuraba á acudir al llamamiento, prestaba su ayuda con sus manecitas expertas y delicadas, y luego daba las gracias al doctor por haberle proporcionado la satisfacción de ser útil para algo.

Los enfermos más rebeldes se sometían á su voluntad, los niños tomaban las medicinas más amargas cuando ella se las daba y la llamaban el hada de los cabellos de oro. Nadie como ella sabía mullir y colocar las almohadas bajo la cabeza de los enfermos, andar por la habitación del paciente y propinarle los medicamentos.



Le gustaba almorzar en una posada de aldea...

El médico se quedaba á veces contemplándola con admiración y exclamaba:

– ¡Parece imposible! Cualquiera diría que ha nacido para enfermera.

Luego, volviéndose á la joven, le decía:

– Pero ¿cómo se arregla usted? Si yo toco á un enfermo grita como un energúmeno, y á usted se lo consiente todo; debe usted tener una magia especial.

Y la joven sonreía y contestaba:

– Toda mi magia consiste en que lo hago de buen grado y que me gusta; habría nacido para hermana de la Caridad, y tanto que me gustaría que hubiese guerra para ir á curar á los heridos.

Su padre la dejaba hacer y aun se complacía en ello; no era un filósofo humanitario de nombre solamente; pero jamás habría confesado que su hija era mucho más útil á la humanidad que él que se contentaba con la teoría, mientras ella ponía en práctica sus consejos.

Laura jamás acompañaba á su amiga en sus excursiones humanitarias; le hacía daño entrar en la habitación de un enfermo; era de esas personas que para no molestarse alegan el cómodo pretexto de que no sirven para ello; había nacido para la animación, las fiestas y la alegría, y cuando Sofía le contaba que había curado las llagas de una pobre enferma ó calmado el dolor de un niño herido, ella sentía náuseas y encargaba á su amiga que le hablase de cosas más alegres.

Así como para Sofía era una necesidad el ser útil á sus semejantes, así también Laura la tenía de ser admirada y de vivir una vida cómoda y sin molestias; era innato en su corazón el instinto del lujo, del esplendor, como si hubiese vivido siempre en un palacio. Tenía pocos vestidos, pero de perfecta elegancia; habría preferido quedarse siempre en casa á salir con un sombrero de poco valor, y no llevaba guantes como no pudiera tenerlos de cinco ó seis botones. En varias ocasiones le habían regalado pulseras de plata, pero las tenía guardadas en una caja, y ostentaba constantemente un aro de oro con que el barón la había obsequiado un año el día de su santo.

– Se puede pasar sin alhajas, decía; pero cuando se llevan es preciso que sean buenas.

Sofía pensaba de muy distinto modo y llevaba alegre y contenta cualquier bagatela que se le regalase, aunque sólo fuera para demostrar su agradecimiento. Le gustaban mucho las partidas de campo y almorzar sin ceremonias en alguna posada de aldea, con cubiertos de metal ó de madera, servilletas de lienzo casero y sillas de enea, y hasta beber leche recién ordeñada en horteras, al paso que para Laura tales excursiones eran un suplicio; iba á ellas por no disgustar á su amiga, pero de mejor gana se habría quedado en casa. Para ella no tenía ningún atractivo el almorzar en una estancia ahumada y con servilletas y manteles ordinarios; le era indispensable un local elegante y lujosamente amueblado, y á un asiento de piedra en medio de los campos prefería un blando sillón forrado de seda ó terciopelo.

XII

Entre los muchos huéspedes que entraban en la quinta ó salían de ella, el barón vió llegar un día, procedente de Berlín, á Alberto Wolf, hijo de un íntimo amigo suyo, y lo recibió con sumo agrado, como representante en la quinta de su patria.

Era un joven melancólico, cosa rara en sus pocos años. Su padre escribió al barón recomendándole lo que más quería en el mundo, á su querido y único hijo, que habiendo herido gravemente á un amigo jugando con un arma, se dejó dominar de la tristeza hasta el punto de peligrar su salud y quizás su vida si no se lograba distraerlo de sus tétricos pensamientos. Tal era al menos el parecer de los médicos á quienes se había consultado, y la carta concluía así:

«Le envío bajo ese cielo risueño donde has encontrado un bálsamo para tus dolores; lo confío á tu amistad: haz por manera de devolvérmelo curado y alegre como antes, y te deberé eterno agradecimiento.»

El joven quería hospedarse en una posada próxima á la quinta para no causar tanta molestia al barón; pero éste se negó en absoluto á ello diciéndole:

– No puedo permitir que el hijo de mi mejor amigo no se albergue bajo mi hospitalario techo; mandaré preparar una habitación en mi propia quinta, y usted debe suponer que está en su casa. Cuanto más tiempo nos honre usted con su presencia, más agradecido y satisfecho quedaré.

– Pero debo advertir á usted que estoy muy triste y que mi compañía tiene poco de agradable, dijo el joven.

– Pues le alegraremos á usted; su padre le ha confiado á mi cuidado y no hay más que hablar.

El joven dió las gracias y tuvo forzosamente que aceptar.

Alberto Wolf era un joven de aspecto simpático, distinguidos modales y extraordinaria instrucción; pero en los primeros días habló poco, estaba casi siempre metido en su cuarto, saliendo únicamente á las horas de las comidas, y por la noche, atormentado por el recuerdo de una culpa involuntaria, no podía conciliar el sueño y bajaba al jardín, por el que paseaba como alma en pena.

Las muchachas se aburrían al ver á aquel joven triste y taciturno que parecía casi un intruso en la quinta y las tenía como cohibidas.

Y lo cierto era que, al contemplar su rostro afictivo y meditabundo, no tenían ánimo para entonar como antes sus alegres canciones y prorrumpir en sus sonoras carcajadas. Más adelante empezaron ya á reirse del joven, y Laura le llamaba Jacobo Ortiz, y Sofía, Werther, y en efecto, parecía un hombre que pensara en suicidarse.

—¿No sois capaces de infundirle un poco de alegría?, decía á las jóvenes el barón, que estaba preocupado al ver la constante tristeza de su huésped.

—¿Qué remedio nos queda? No podemos hacerle reir á la fuerza, contestaban ellas.

—Proyectad excursiones, paseos; procurad distraerle.

—¡Vaya un gusto!, decía Laura: hacer excursiones teniendo siempre delante esa cara tan fúnebre.

—¡Pobrecillo!, pensaba Sofía. Debe ser muy desgraciado: da pena verlo tan melancólico; mucho me alegraría de que estuviese más contento, pero no me siento capaz de sacarlo de su apatía.

Por complacer al barón proyectaron expediciones á los montes y por el lago, y aunque el joven no tenía ganas de divertirse, sin embargo, por no mostrarse descortés con tan amables señoritas, aceptaba sus proposiciones; conocíase claramente que las acompañaba por no faltar á las leyes de la buena crianza y á sus hábitos de finura, pero que de mejor grado se habría quedado en casa tranquilo, entregado á sus tristes pensamientos.

Pero conforme iba pasando el tiempo, deponía poco á poco su taciturnidad, y si al principio no decía una palabra de la causa de su tristeza y rehuía toda conversación referente á ella, después contó al barón y á las dos amigas cómo un día fatal, al limpiar y enseñar á un amigo queridísimo un revólver, que no creía cargado, salió de pronto el proyectil, hiriendo gravemente al amigo.

—Murió poco después, añadió suspirando; me dijeron que no había muerto á consecuencia de la herida, pero yo no lo creo; verdad es que me ha perdonado, pero hubiera preferido morir yo.

—Dios lo ha dispuesto así, decía Sofía conmovida, pero no hay que afligirse del mal que causamos involuntariamente.

El barón apelaba á su filosofía para persuadirle de que la vida no significa nada, que no debemos hacer gran caso de ella, y que su amigo, si hubiese vivido, quizás habría sido desgraciado.

Elvira y Laura procuraban dar un giro más alegre á la conversación, pero Alberto se encontraba en un estado en que se complacía hablando de su sinsabor, y este asunto amenazaba convertirse para él en una idea fija.

—Me fastidia, decía Laura á su amiga. No sabe hablar más que de cosas lúgubres; me parece que después de tanto tiempo su amigo podía dejarlo en paz.

—Deja que se desahogue, si eso le hace bien, contestaba Sofía; de todos modos le prefiero tal como está ahora, porque al menos habla y se le puede consolar; antes ni siquiera se sabía qué pensaba.

Poco á poco, quizás por efecto de las reflexiones que le hacían sus amigos, del apacible ambiente en que vivía, ó porque el tiempo es el mejor sanador de las heridas morales, pasaba ya horas enteras sin hablar de su sempiterna cuestión, lo cual sucedía más á menudo durante alguna excursión, cuando acompañando á las dos alegres jóvenes le distraían su variada conversación y los encantadores paisajes que á cada momento se ofrecían á su vista.



Bajaba al jardín por el que paseaba como alma en pena

Cuando tal sucedía, las dos amigas se ponían tan contentas como si hubiesen alcanzado un triunfo, y se dirigían una mirada de inteligencia como si quisiesen decir: «Todavía no ha nombrado á su amigo; tenemos mucha maña en curar almas enfermas.»

Y cuando regresaban á casa, se apresuraban á contar al barón lo sucedido, llenas de orgullo.

La institutriz las acompañaba siempre en aquellos paseos; mas apenas hablaba, porque sobrados cuidados la preocupaban para poder pensar en los ajenos.

Wolf se curó por fin hasta tal punto que, en lugar de ceder á las excitaciones de las jóvenes para divertirse, llegó á ser él el iniciador de muchas excursiones, y se recreaba tanto, y tanto se había encariñado con aquellos sitios deliciosos, que la idea de tener que alejarse de ellos algún día le ponía melancólico de nuevo; pero en aquel momento no quería pensar en ello.

El barón escribió al padre de Alberto, contándole la curación de su hijo, y le rogó que se lo dejara más tiempo; á lo cual le contestó aquél que no deseaba otra cosa, y puesto que tanta virtud tenían para alegrar á su hijo le tuviesen en la quinta todo el tiempo que quisieran, pues él no lo reclamaría, antes al contrario, prometía hacerles una visita en el próximo otoño, y entonces determinaría lo que más hiciera al caso.

Así pues, con pretexto de regocijar á Alberto, en la quinta nadie pensaba más que en divertirse. Ora se hacían excursiones á las montañas más elevadas, ora se daban paseos en lancha por el lago á la luz de la luna, y en los días lluviosos se tocaba el piano, se cantaba ó se jugaba al billar ó al ajedrez.

Apenas se vió libre el joven de los tristes pensamientos que por tanto tiempo le habían preocupado, cambió totalmente de humor, era un compañero alegre y comunicativo y las jóvenes descubrían diariamente en él nuevas y ventajosas cualidades; ya no le llamaban Werther ni Santiago Ortiz, antes al contrario, conocían que su marcha de la quinta dejaría en ella un gran vacío.

Aparte de esto, los paseos en su compañía eran muy instructivos, porque Alberto tenía verdadera pasión por las ciencias naturales y enseñaba á coger las diferentes plantas que nacían en aquellos montes y á formar con ellas un herbario; las jóvenes aprendían de memoria los nombres de estas plantas, se ingeniaban en clasificarlas con arreglo á sus especies, dejándose guiar por su amigo, y á cada descubrimiento de nueva planta palmoteaban de júbilo, y cuando lograban conocerla por su verdadero nombre ó recordar la familia á que pertenecía y obtenían elogios del profesor, como llamaban con frecuencia á su compañero, se ponían muy satisfechas.

Nunca se habían divertido tanto ni tenido tanto gusto en pasear por aquellas colinas; ahora sus expediciones tenían otro objeto, y este objeto era útil y agradable y se encontraban tan bien con su compañero, que si algún otro forastero se reunía con ellos, lo miraban como un intruso, y cuando comparaban á sus demás conocidos con Alberto, parecíales que éste los eclipsaba á todos.

Nadie tenía tanto ingenio ni tan felices ocurrencias como él; nadie como él estaba siempre dispuesto á complacer á los demás sin cuidarse de sí mismo.

A Sofía le parecía uno de aquellos caballeros de la Edad media que tan á menudo evocaba en su fantástica imaginación; en cambio, Laura decía que no podría compararlo con ningún personaje, verdadero ó ideal; era él y nada más.

Elvira, al ver la familiaridad con que se trataban los tres jóvenes y que de día en día aumentaba su intimidad, habló de ello al barón y le preguntó si sería ya conveniente dejar que Alberto se marchara al lado de su señor padre, puesto que estaba enteramente restablecido.

El barón, con su infantil ingenuidad y con su inexperiencia de las cosas del mundo, se echó á reir de los temores, á su juicio infundados, de la institutriz y le contestó:

—¿Qué puede suceder? ¿No ve usted que son todavía niñas y se divierten en revolotear como las mariposas en primavera? Además, con un hombre del carácter de Alberto no puede suceder nada malo, ó á lo sumo, que acabe esto como casi todas las comedias, en casamiento. Más vale dejar que se diviertan mientras puedan, y que nuestro pesimismo no perturbe sus alegrías. Por desgracia, no dejará de llegar para ellos la época de los sinsabores; lo que ahora disfrutan, eso tienen adelantado.

Elvira había manifestado su opinión y su recelo en descargo de su conciencia; pero no quiso insistir, y en último resultado, con tal que á su hija no le sucediese nada desagradable, poco le importaba que Alberto continuase en la quinta.

(Continuará.)

SECCIÓN CIENTÍFICA

UN BARCO DE ALUMINIO

La casa Escher y Wyss, de Zurich, acaba de construir para M. A. Nobel, de París, un gran barco de aluminio que circulará pronto por el Sena. Este yate presenta muchas disposiciones nuevas é ingeniosas, cuya descripción tomamos del *Engineering* de Londres.

El barco está puesto en movimiento por un motor de nafta, de tres cilindros simples. Toda la maquinaria es de aluminio, incluso el motor, excepto las manivelas y sus palancas. La caldera está formada de tubos de cobre espirales. La nafta está contenida en un gran depósito puesto á proa; este depósito comunica con la máquina por medio de tubos repartidos á un lado de la quilla. Sus principales dimensiones son: largo, 13^m,10; ancho, 1^m,82; alto, 0^m,889; calado, 0^m,66. Merced á unos compartimientos completamente cerrados y llenos de aire, el buque tiene gran estabilidad y es insumergible. Su peso total es de 1.525 kilogramos: la quilla, la proa y el timón son de aluminio forjado; los espesores de los mamparos varían de 2,54 centíms. á 0,158 íd., excepto en la cámara de las máquinas, en donde tienen 3,8 y 0,63 centímetros. Se ha dejado un espacio libre alrededor de los mamparos de 40,6 centíms.; las placas que cubren tienen espesores de 0,238 á 0,317 centíms. Unos 15.000 pernos de aluminio entran en esta moderna construcción.



Fig. 1. *Mignón*, barco de aluminio

Para hacer el barco más ligero, todo el aparejo es de aluminio, en cuanto cabe. La madera empleada es cedro del Líbano. A proa hay un camarote de 2^m,43 de longitud que se extiende por todo lo ancho: su peso es solamente de 39 kilogramos. El techo está cubierto de seda azul guarnecida de oro. Un receptáculo de níquel plateado va situado á proa y contiene una brújula. No se ha dado ninguna mano de pintura al casco de este barco, así es que conserva su color de plata. La fig. 1 da una vista del conjunto del *Mignón*.

La botadura de este curioso barco se efectuó el 1.° de junio de 1892 en el lago de Zurich; la velocidad alcanzada ha sido de 13 kilómetros por hora con un consumo de 7,957 kg. de nafta.

Examinemos ahora la parte mecánica de la nueva construcción.

Según hemos dicho, el motor es de tres cilindros de simple acción, y está enteramente encerrado. Las tres válvulas de admisión funcionan merced á un árbol motor puesto en movimiento por un aparato montado á su vez en el árbol de la hélice. Un volante de mano *k* (fig. 2) está colocado al exterior de modo que al hacerle girar á un lado ú otro, cambia la posición relativa de las válvulas y se obtiene así la inversión de la marcha.

La caldera está situada encima de la máquina; consiste en una espiral de cobre fuerte, sometida á una presión de 17 kilogramos por centímetro cuadrado. Esta espiral va metida en una cámara de cobre en cuyo fondo hay dos quemadores; uno grande de corona D, y otro, C, para encender la nafta (fig. 3). Esta va primero del fondo del depósito situado á proa del barco por medio de una bomba G (fig. 2). Para mantener siempre frío este depósito, hay dos aberturas por las que corre el agua cuando el barco está en movimiento. Desde la bomba, la nafta llega al extremo inferior de la espiral de cobre y se reduce á vapor. Al salir de *b*, la mayor parte de este vapor baja por el tubo central que conduce á la válvula de la máquina; pero al mismo tiempo una fracción pasa por el tubo *c* (fig. 2), atraviesa un inyector de aire *d*, donde aspira aire y pasa al quemador D. El vapor se condensa á su salida de los cilindros en depósitos especiales.

Las operaciones para poner el barco en marcha son las siguientes: se establece ante todo una presión en el depósito de nafta comprimiendo el aire con una bomba de mano; en seguida se abre el tubo que comunica con el pequeño quemador C y se enciende este último: pasa entonces la nafta á la espiral de cobre, donde se calienta y vaporiza. En breve se eleva la presión; se acciona la llave que conduce al inyector, y el vapor no tarda en salir por el quemador grande D, según hemos explicado antes. Se le inflama y el barco está pronto á marchar.

Esta aplicación del aluminio á los barcos de recreo, sobre todo con los últimos perfeccionamientos introducidos en los aparatos motores por los señores Escher y Wyss, es muy interesante, y desde luego se puede augurar que tendrá gran desarrollo.

***

ENVENENAMIENTOS EN LA INDIA

Por espacio de muchos años los ingleses han tenido que luchar con las sectas de los hindos fanáticos. Una de las más temibles era la de los thugs, de la que Mery nos ha dejado una descripción fiel y curiosa en su novela de la guerra del Nizam. Los thugs ó fanzigars tenían adeptos en todas las provincias; viajaban aislados ó en partidas, atraían á sus víctimas valiéndose de mil medios, las estrangulaban y hacían desaparecer el cadáver. Acosados por todas partes, entregados á las autoridades por sus mismos correligionarios, los thugs han desaparecido gracias á los esfuerzos del capitán Sleeman, y desde hace unos veinticinco años ya no se tiene noticia de crímenes de esta clase.

En cambio los envenenamientos se han multiplicado mucho y los thugs han reaparecido bajo otra encarnación, la de los *daturiahs* y *meetawalla;* los primeros, así llamados del nombre de uno de sus venenos favoritos, el datura; los otros, porque se valen para administrarlo de preparados azucarados, á los que tienen mucha afición los indígenas. El veneno no es siempre el mismo: entre las substancias vegetales, las más empleadas son el opio y sobre todo las variedades de datura. Este vegetal tiene tres especies muy tóxicas: la *datura fastuosa,* la *alba* y la más conocida en farmacología, la *datura stramonium.*

Los envenenadores hacen uso del polvo de simiente y de la esencia destilada, que ó mezclan con los alimentos ó echan en el te. Como se ha hecho observar en los procesos, no siempre se administra el veneno con el propósito deliberado de dar la muerte. Muchos de aquellos bandidos apelan á él tan sólo para facilitar sus robos, narcotizando á las víctimas y anulando toda defensa.

Con todo, sus intenciones no parecen tan pacíficas y muchos individuos de tan terrible secta cometen crímenes por venganza, por fanatismo irrreconciliable, pues en muchos casos envenenan los ganados. En diez años se han contado en la presidencia de Bombay hasta 750 animales exterminados por tal manera. En igual espacio de tiempo y en la misma región de Bombay ¡ha habido 1.095 casos de envenenamiento de personas, 500 de ellos seguidos de muerte.

En esta cifra, comunicada por el laboratorio químico-médico de Bombay, el datura figura en tercer término como agente de destrucción; el arsénico y el opio se han empleado con mayor frecuencia.

***

LA FUERZA DE LAS OLAS

Es sabido que el movimiento de las olas constituye una pujanza formidable siempre renaciente, que acaba por destruir las materias más resistentes, los obstáculos más enormes; casi no es posible hacer uso de un dinamómetro cualquiera para medir esta fuerza; pero se pueden reunir siquiera observaciones que permiten apreciarla con bastante exactitud.

En las islas Shetland se han hecho algunas muy curiosas acerca de este asunto; sábese que el mar es particularmente duro alrededor de estas islas. Allí se ha podido ver á menudo el mar, durante alguna noche de temporal, llevarse á cien metros del sitio donde estaban por la mañana enormes peñas de gneiss que pesaban más de tres toneladas. Otros ejemplos podrían citarse que patentizan la asombrosa fuerza que produce el movimiento de las olas.

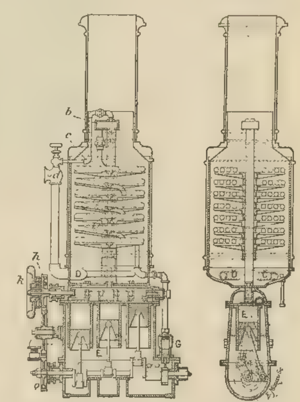
Nadie ignora que lo que más dificulta la construcción de los faros en el mar es la terrible violencia de las olas.

***

MEDIO SENCILLO DE FORMAR UN PÉNDULO DE FOUCAULT

La rotación de nuestro planeta se demuestra de una manera evidente y curiosa por medio del péndulo llamado de Foucault del nombre de su inventor.

Sabido es que un péndulo consiste esencialmente en un cuerpo pesado suspendido en el extremo inferior de un hilo fijo por el otro extremo, de suerte que puede separársele de la posición vertical que, como la plomada, ocupa en su estado de equilibrio, y moverlo en todos sentidos; si separamos la bola de la posición que tiene en reposo y la abandonamos libremente, empezará á oscilar en el plano vertical determinado por la dirección del hilo y la de nuestra mano. La posición de este plano es invariable, lo cual se demuestra experimentalmente, pues si durante las oscilaciones se transporta el aparato en el espacio, el plano vertical de las oscilaciones permanece siempre paralelo á sí mismo, ó lo que es igual, se dirige constantemente á los mismos puntos del cielo. Nótese bien que no decimos á los mismos puntos del suelo, porque en este caso hay variaciones que demuestran el movimiento de rotación de la Tierra.

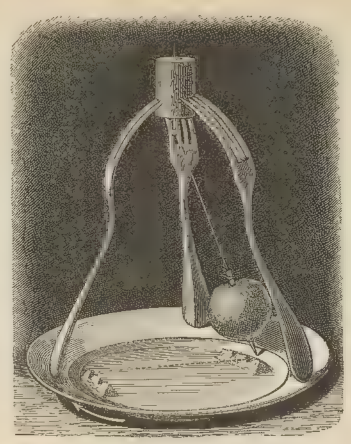


Figs. 2 y 3. Secciones de la caldera y de la máquina del vapor de aluminio

El físico francés Foucault, valiéndose del péndulo, demostró con toda evidencia la relación precisa y necesaria entre ambos movimientos, el de las variaciones del plano de oscilación y el de la Tierra.

Al efecto colgó su péndulo de la cúpula del Panteón en París; el aparato se componía de una placa metálica embutida en las piedras de la bóveda, que sustentaba un alambre de acero, de tal modo que no tuviera propensión para moverse ó girar en un plano mejor que en otro; en el extremo inferior llevaba una bola de plomo forrada de cobre, de mucho peso, con una punta de acero en la prolongación del hilo de suspensión. Debajo del péndulo colocó una mesa con un círculo dividido en grados ó una galería también dividida, en cuyo borde puso dos montoncitos de arena en los dos extremos de un diámetro. Era indispensable que al hacer oscilar el péndulo no se le comunicara ninguna velocidad inicial; para esto se apartaba la bola de la vertical, sujetándola en una desviación conveniente por medio de un hilo que se pasaba por el Ecuador y se afianzaba en un objeto fijo; después que la bola estaba en perfecto estado de reposo, se quemaba el hilo con la llama de una bujía, é inmediatamente comenzaba á oscilar el péndulo cuya punta inferior iba poco á poco mordiendo ó derribando los montoncillos de arena, de modo que se manifestaba á la vista la desviación que sufre el plano de las oscilaciones de Oriente á Occidente. El movimiento que se observa en este experimento es aparente, como hemos dicho, pues en realidad el plano de oscilación permanece inmóvil, siendo la Tierra la que gira debajo de Occidente á Oriente.

Sentados estos preliminares necesarios para que se comprendiera mejor el objeto de este aparato así como el modo fácil y sumario de construirlo según indica el grabado, pasemos á manifestar cómo puede construirse éste, muy diferente al instalado por Foucault en el Panteón.



Péndulo para demostrar la rotación de la tierra

En los bordes de un plato ó una fuente redonda se ponen de pie tres tenedores cuyas bases están equidistantes y sus púas clavadas en un cilindro ó tapón de corcho que les sirve de apoyo, sosteniéndolo á su vez. Atraviesa este tapón una larga aguja, á cuyo ojo, que sale por la parte inferior, va atado un hilo, en el extremo del cual va sujeta otra aguja larga que atraviesa de parte á parte una fruta redonda, manzana, naranja ú otra parecida. Dentro del plato y en los extremos de un diámetro se ponen dos montoncillos de harina ó azúcar. Dispuesto todo así, se empuja suavemente la fruta que empezará á ondular como un péndulo y cuyas oscilaciones durarán próximamente cinco minutos. La punta de la aguja que sale de la parte inferior de la manzana irá descoronando sucesivamente la harina ó azúcar, pero no siempre en el mismo sitio, sino haciendo una muesca cada vez más ancha, con lo cual quedará demostrado el movimiento de rotación de la Tierra, pues si ésta rotación no mediase, la punta de la aguja pasaría siempre por el mismo sitio de dichos montones.

Como se ve, es un experimento curioso y fácil de ejecutar.

M. A.

MOTOR DE GAS
DE PEQUEÑA POTENCIA

Siempre han sido solicitados los motores de gas de pequeña potencia por lo mismo que se prestan á muchas aplicaciones. El tornero puede servirse de él para hacer funcionar su torno, y la costurera para hacer mover su máquina de coser: en suma, en todos los oficios se encontraría un ejemplo al cual convendría un motor de este género. El mismo médico puede utilizarlo para poner en movimiento una máquina eléctrica estática, para hacer funcionar fuelles cuando se trata de producir la respiración artificial, para mover una pequeña dinamo que pueda proporcionar una corriente regular. Las aplicaciones son, pues, innumerables; pero hasta ahora ha sido muy difícil construir esta clase de motores en condiciones realmente prácticas.

M. Guenet, de París, ha construído un motor de una potencia de 5 kilográmetros por segundo, y aunque es de gas, con algunas ligeras modificaciones sería muy fácil convertirlo en un pequeño aparato para petróleo.

Pequeño motor de gas de una potencia de 5 kilográmetros por segundo, unido á una dinamo

En este pequeño motor encontramos un cilindro con aletas exteriores A cuyo enfriamiento se verifica al aire libre. Notemos ante todo que no hay necesidad de que el agua caiga alrededor de todo el cilindro para impedir que éste se caliente, pues la disposición de las aletas hace que la temperatura no pueda llegar nunca á ser superior á determinada temperatura normal.

El Dr. Daussy ha podido hacer funcionar el motor en el hospital Cochin, auxiliando al Dr. Dujardin-Beaumetz, por espacio de tres horas y media sin la menor interrupción.

En el interior se mueve un pistón con un émbolo B fijado en la excéntrica: en el árbol va fijo un volante C.

Las fases de funcionamiento del aparato son las cuatro fases ordinarias bien conocidas. Primera fase, el gas es aspirado y llena el cilindro; segunda fase, el gas está ligeramente comprimido; tercera fase, la mezcla se inflama por medio de una disposición especial y se produce el disparo; cuarta fase, los gases son expulsados al exterior y vuelven á comenzar las mismas fases.

Para la inflamación de la mezcla gaseosa hay dos pilas formando circuito sobre un carrete de inducción, no cerrándose el circuito sino á cada dos vueltas por medio de un contacto escurridizo que se encuentra en una rueda dentada E que engrana con la rueda dentada montada en el volante. El tubo T sirve para la introducción del gas; el tubo D para la aspiración del aire y los gases son expulsados por el tubo H.

El motor descansa sobre un pequeño zócalo y sus mayores dimensiones son: 20 centímetros de ancho, 27 de alto y 40 de longitud total desde un extremo del volante al extremo del pistón. El peso total es de 18 kilogramos.

Hasta ahora han dado buen resultado los experimentos hechos sobre la marcha del aparato, sobre su parada y sobre su acción respecto de una pequeña máquina dinamo que hacía funcionar dos lámparas incandescentes de unos 2 ó 3 volts y o'5 amperes.

La velocidad angular del volante es de 600 vueltas por minuto y la potencia desarrollada de 5 kilográmetros por segundo. El gasto de gas puede calcularse en unos 100 litros por hora.

Este nuevo pequeño motor puede prestar buenos servicios siempre que se trate de obtener una pequeña potencia motriz.

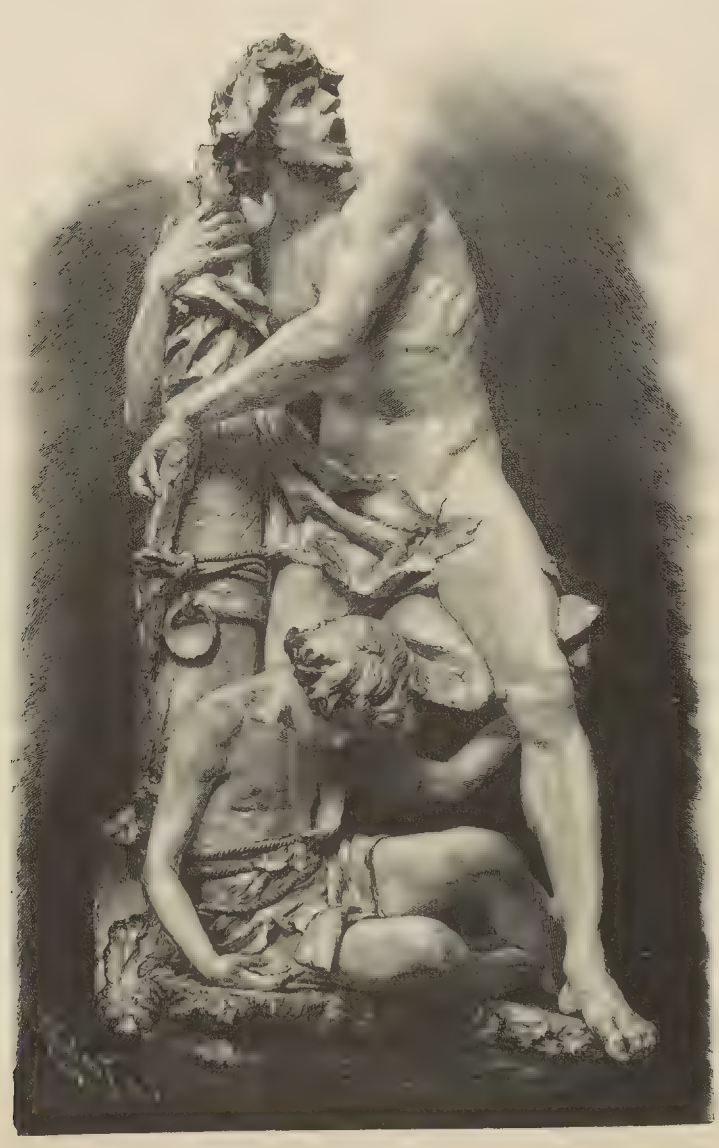
J. Lafargue

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 14 de noviembre de 1892 — Núm. 568

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LOS NÁUFRAGOS, grupo escultórico de Miguel Angel Trilles

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El Centenario de Colón. – Inopia de fiestas. – Responsabilidad patente de la opinión en tal deficiencia. – Bromas de la prensa. – Las dos Exposiciones. – La Exposición artística y la Exposición histórica. – Indudables revelaciones arqueológicas. – Paseos por el Madrid histórico. – Causas á que Madrid ha debido su fortuna. – Recuerdos del tiempo antiguo. – La cautividad de Francisco I y la prisión de Antonio Pérez. – Conclusión.

Hemos debido festejar el Centenario de Colón, y agradecerles á cuantos lo han festejado el tributo traído á una fiesta, no sólo española, de todo el planeta y de toda la humanidad. La invención de América ensanchó el mundo y ensanchó el alma. Se dilataron, merced á ella, los cielos y también los espíritus. La Tierra se completó con el nuevo hemisferio antípoda y la esfera celeste se iluminó con las nuevas constelaciones australes. Ningún jubileo merece mayor júbilo. Y sin embargo, ni el Gobierno de nuestra España ni el Ayuntamiento de nuestro Madrid han estado al nivel de los deberes contraídos con el sentimiento universal, ni del ministerio que les había designado la humana gratitud. El Gobierno ha querido celebrar á un tiempo la fiesta en Cádiz y en Sevilla y en Granada y en Huelva, por lo cual realmente no la ha celebrado en parte ninguna. Yo comprendo que fecha como la partida se celebrara en la Rábida por agosto de este año, y la primavera del año próximo se celebrara fiesta como el regreso de Colón y su encuentro con los Reyes Católicos en Barcelona. Y fuera de tales dos fechas, que realmente conciernen á los dos predichos sitios, las demás, como fiestas nacionales, han debido celebrarse con grande pompa en la capital de nuestra nación. Así el sentimiento público ha conmemorado la fiesta con religiosidad, y la expresión de tal sentimiento no ha correspondido á su íntima naturaleza. Sobre todo, el Ayuntamiento de Madrid ha estado infelicísimo. No puede darse una inopia tan manifiesta de ideas y de recursos. Nada se les ha ocurrido á nuestros regidores, y si algo se les ha ocurrido no han acertado á realizar cosa ninguna con formalidad. Bien es cierto que la opinión ha también descarrilado hasta caer en la sima donde se ha perdido y frustrado todo el Centenario. Pidiéronse fiestas al Ayuntamiento; y cuando éste presentó un programa con la indispensable coletilla de gastos, dijo la opinión que no quería gastar; y cuando á la merma de dispendios correspondió la merma de festejos, riéronse del mismo Ayuntamiento á quien ataran de manos y de pies. No pueden referirse las gracias dichas por los periódicos sobre la feliz ocurrencia de llamar á todo el mundo á los festejos, y una vez aquí todo el mundo, no festejarlo con cosa ninguna. Hoy, decían unos, podéis pasearos á vuestro sabor en el Prado, y esparciros, añadían otros, comentando los silenciosos días de fiestas en los placeres domésticos. Por fortuna tenemos la Exposición artística y la Exposición histórica que nos compensan con creces de la inopia municipal. Floja la Exposición de cuadros; no puede, no, decirse cuánto ha maravillado la Exposición histórica. En parte ninguna del planeta podéis, como en este museo único, tocar con vuestras manos lo que al tiempo del descubrimiento eran las regiones descubridoras y las regiones descubiertas. Yo discurro por estas galerías, y devotísimo de los cachivaches y de los trastos viejos, aprendo aquí un curso de arqueología verdadera. Estas piedras consagradas por tantos siglos parecen carbones apagados provenientes de soles ya extinguidos. Estos objetos, que han pertenecido á grandes seres históricos, guardan un magnetismo despertador de profundas emociones y son como las varas mágicas de un quiromanta invisible que tiene la virtud eficaz de una verdadera evocación. Las galerías arqueológicas españolas son de una riqueza que verdaderamente asombra y de una perfección en los objetos y ejemplares que prueba cómo nuestra ciencia y nuestra inspiración, las humanidades de un lado y de otro lado la increíble arquitectura, llegaron á nivel no conocido por ningún otro pueblo. Mas viendo la Exposición precolombina con sus ejemplares varios y sus innumerables fotografías, veis los fundamentos de aquellos edificios, que parecen penetrar por su profundidad allende la primer corteza del globo; las moles, como verdaderos montes en magnitud, por legiones de audaces encelados sobrepuestas en sus asedios al Olimpo; la copia de innúmeros bajos relieves abiertos sobre la piedra por buriles, en fuerza casi análogos con los que trazaran el remate de las cordilleras por lo alto y redondearán el cimborrio de las esféricas cumbres; el batallón de colosos destinados á sobrellevar las cornisas de una pesadumbre incalculable; las especies de monstruos, esculpidas como zoologías litúrgicas en los lugares hieráticos; aquellos estucos de líneas arabescas muy granadinos y de grotescos muy próximos á los clásicos encontrados por el Renacimiento moderno; la estatua tendida sobre amplia losa y que lleva puesto en su rostro un tan intenso recogimiento y absorción en ideas sobrenaturales como las que pueden mostrar en sus respectivas producciones los antiguos escultores egipcios; la suma de pirámides, por doquier esparcidas, con destino á sostener sacros santuarios; el obelisco tallado por sus cuatro fases que creeríais titanesca mazorca, en la cual ¡ah! los granos fuesen caras de diversos aspectos y expresiones; las gigantescas tortugas y las culebras aladas y los barros cocidos y los vasos lustrosos y las pinturas históricas y las calzadas inacabables y los diques y los acueductos reveladores de una ciencia hidráulica perfectísima; todo lo que nos demuestra cuánta razón tenían los antiguos historiadores hispanos de América cuando nos retrataban aquellos palacios en guisa de verdaderas ciudades, donde había patios como mesetas, intercolumnios como alamedas, terrados como plazas, unas salas revestidas de oro macizo y otras cuajadas de esmeraldas, cuarteles capaces no sólo de alojar ejércitos, hasta pueblos; adoratorios con los espacios indispensables para contener los infinitos ídolos de tantas religiones como nacían y se acababan en aquellas épocas de teúrgica feracidad y de diarios milagros bajo tan grandes imperios, á un tiempo teocráticos y militares, cuyas victorias encerraban las tribus y naciones, como gentes domésticas suyas, en los complicados recintos de sus alcázares inmensos. Mas en la Exposición americana lo que principalmente os cautiva es el aspecto arqueológico. Así os despiertan sus ricos y numerosos ejemplares la misma emoción que los monumentos y los simulacros asiáticos ó egipcios. El hombre no se reconoce á sí mismo en todas las civilizaciones anteriores á Grecia por lo mucho que predomina en ellas el universo material y la inferior animalidad. En la estatua griega, de todo aislada y á todo sobrepuesta, se reconoce la humanidad á sí misma. Y por eso el clasicismo estará entre las religiones perpetuas del humano linaje. Así es que tras un largo paseo por las galerías precolombinas os entran tentaciones de aproximaros á vosotros mismos recorriendo el mundo histórico español. Pero este mundo se halla mejor que en parte ninguna en el viejo Madrid histórico. Demos por él un paseo.

Madrid tuvo cierta supremacía en el siglo xv, con anterioridad á la declaración de corte y capital; supremacía debida, según el sentir de muchos, no solamente á su posición céntrica, sino también á su límpido cielo y á sus clarísimas aguas. Cuando adolecían de contagios los toledanos, enviaban en hileras inacabables de carros-vasijas á los ricos manantiales madrileños; y no residía en Segovia, en Valladolid, en Burgos, en Medina príncipe alguno enfermo á quien los médicos dejaran de expedir á estos alegres sotos para prosperar sus convalecencias. Todavía la ermita de San Isidro en los montecillos occidentales de la comarca recuerda un voto de la emperatriz Isabel, cumplido por la salud que hallara Felipe II, de niño, en aquellas copiosas fuentes, cuyos caudales corren por la pradera, donde se reune todos los quinces de mayo anualmente nuestro pueblo á holgar y divertirse. No hay más que abrir los cuadernos de Cortes y ver cuántas en Madrid se han celebrado, con especialidad al avecinarse la completa unidad y la definitiva organización de nuestra monarquía, para comprender todo el valor por este punto central de la península conseguido en la dirección y jefatura de las ciudades castellanas, antes de alzarse á cabeza de todo nuestro Estado. El cardenal Cisneros, consumadísimo estadista, nació al pie de Guadarrama; por mucho tiempo habitó Alcalá de Henares, que guarda testimonios del granito y piedra de su munificencia; profesó y episcopó en Toledo: sin embargo, durante su regencia y gobernación de los reinos castellanos á comienzos de la centuria décimasexta, escogió por sede preferente de su autoridad Madrid; y todavía podéis ver por la plaza del Cordón los balcones antiguos desde los cuales amenazaba con su artillería y con sus mosquetes á los nobles, emperrados en asaltar de nuevo el poder monárquico repuesto sobre la ruina de sus privilegios y en retroceder con ciego reaccionario empuje al roto y destrozado feudalismo. Así no debe maravillarnos que prefiriera Carlos V Madrid á todas las poblaciones castellanas para la residencia de su forzoso huésped Francisco I, y que desde Madrid preparara y dispusiera, cuando el prisionero se puso en cobro y continuó molestándolo, aquel desafío, antes de la creación del Quijote quijotesco, al cual querían librar los dos campeones, como en el siglo xiii hicieran los reyes de Francia y Aragón, en campo cerrado y á sol partido, sus mutuas cruentísimas querellas. Achaques propios del último crepúsculo de la feudalidad estos desafíos, tan al uso entonces, que, reunidos en conferencias amistosas el mismo Francisco I y Enrique VIII, aquél mudó á éste de camisa con sus manos, como si fuera su propio señor; y luego el así festejado se declaró prisionero del festejante y no aliado, tras lo cual cambiaron en mutuos donativos los collares de sus gargantas y las pulseras de sus brazos, llegando á justar juntos en torneos donde mostró su habilidad el rey de Francia y su pujanza el rey de Inglaterra, pues llevó su empeño Enrique VIII hasta de un fuerte golpe derribar y aturdir al enemigo de aparato y mentirijillas que le habían designado, mientras Francisco I llevó también su empeño hasta dar la zancadilla y derribar por tierra sin respeto y consideración de ningún género á su regio colega. No mucho, pues, que se retaran de veras Francisco I y Carlos V, cuando éste había soltado su cautivo sin pensar en que nunca perdonaría el recuerdo de semejante adversa temporada y siempre acariciaría el propósito natural de un ruidoso desquite del triste cautiverio en el alcázar madrileño, donde divertía sus ocios con las lecturas que le procuraba la reina Margarita y con la contemplación del alto Guadarrama y del inope Manzanares. No sé recorrer aquel viejo Madrid histórico, de cuya importancia nunca se podrá prescindir, sin tropezar con recuerdos, entre los cuales descuella el cautiverio de Francisco I, sufrido, no en la torre de los Lujanes, frente al palacio municipal, en el alcázar madrileño devorado por un incendio más tarde y sito en el espacio mismo en que ahora campea la colosal habitación de los reyes.

Pero no creo el cautiverio de Francisco I un hecho histórico tan dramático é interesante como la prisión de Antonio Pérez y de la princesa de Eboli, por todo extremo célebres, y registrada, no ya en las historias particulares de Castilla y Aragón y Francia y Roma ó Italia, en las historias universales, por trascendente á toda la humanidad y á toda la tierra tan capital tragedia, sucedida en el cenit de nuestro Imperio. Ha desaparecido ya el callejón que alumbraba mal un farolillo puesto en el ábside antiguo de Nuestra Señora de la Almudena, donde Antonio Pérez asesinó al embajador de D. Juan de Austria, Escobedo, por miedo á que delatase los amores suyos con la princesa de Eboli al enamoradizo Felipe II; y no hay medio de resucitar la trágica escena, como la resucitábamos nosotros de mozos y estudiantes por los nocturnos paseos artísticos é históricos á que convidaba, más entonces que ahora todavía, el viejo Madrid. Pero discurriendo aún hoy bajo los portales de la plaza Mayor; de allí bajando á Puerta Cerrada para ver su cruz, y desde Puerta Cerrada yéndose por la iglesia de San Justo y por la plaza del Cordón y por las monjas del Salvamento al sitio que llaman plaza de Armas entre la Real Armería y el Real Palacio, aún podéis ver todos aquellos actores del teatro de la vida, tales como los pinta la historia del siglo xvi en sus conmovedoras páginas. La princesa de Eboli se había quedado viuda muy joven del gran personaje cuyo nombre lucía en el mundo; y al verse abandonada de los mudables cortesanos y solitaria en sus casi regios alcázares, atribuyó su desgracia con desvaríos á enemiga del ministro Mateo Vázquez, viejo rival y émulo en la corte de su propio marido, y juró granjearse por cualquier medio el valimiento de un poderoso que á su vez le granjease á ella la venganza. Malas lenguas aseguran haber cogido en sus amorosas redes al rey; pero éste, si no casto, cauto, escondió su amor, muy recatado tras desobligaciones y disfavores públicos, encaminados á divertir la pública malicia y ocultar la general murmuración de sus goces y placeres secretos. Viéndose la Eboli detenida en los meditadísimos planes por el exceso mismo de su fortuna, tendió al valido del rey Antonio Pérez la tela de sus invencibles seducciones, y lo aprisionó en ella como á la mosca el arte y la industria de sus enemigas las arañas. Antonio Pérez era hombre de mu

chas letras, pero también de no pocos vicios. Su palco en los teatros aparecía el más vistoso por las colgaduras y tapices; su carroza en los paseos la de mayor lujo; su quinta en los campos el mayor vivero de fiestas; sus salidas por las calles el más entretenido espectáculo; trascendían los adobos y perfumes de su cuerpo al aire todo como si fuera trozo de alcanfor ó caña de canela ó pomo de almizcle; y al volverse por las noches á su retiro campestre le acompañaba tal número de pajes con tantas hachas encendidas, que las gentes se reían de sus regresos y los designaban con el burlesco nombre de viáticos. Cuando más enfrascados estaban Antonio Pérez y la princesa Eboli en sus mutuos amores, convergentes á la perdición de Mateo Vázquez, llegó Escobedo con la embajada de D. Juan para su hermano Felipe II, y se apercibe al proyecto de procurarle, ganando el ánimo de éste, un trono indispensable á las aficiones atavistas del bastardo de Carlos V. Imaginaos cuál sería la cólera del susceptible y caviloso Felipe contra Escobedo, á quien mandara como espía junto al bastardo y se le había vuelto valido del espiado. Pues tal cólera nutrieron la princesa y el ministro por motivos bien opuestos á los motivos que la determinaban en el rey. Visitó mucho Escobedo el palacio de la Eboli por culto á la memoria del príncipe su marido y por agradecimiento á los innumerables favores que á éste debió toda la vida. ¡Cuál sería la extrañeza del buen Escobedo, quien se figuraba encontrar la mansión de su llorado amigo envuelta en duelos y lutos, al encontrar, por lo contrario, allí la fiesta continua, la orgía nocturna, los juegos de perdición, las cenas de hartazgo y embriaguez, las ventas de oficios y destinos públicos, las conjuras maquiavélicas contra Mateo Vázquez y el príncipe muerto reemplazado por un calavera como Antonio Pérez metido en perpetuo adulterio. Indignado resolvió Escobedo delatarlos al rey como adúlteros escandalosos; y en cuanto resolvió él esto, resolvieron los amenazados mover el rey á que lo matase como conspirador en detrimento de su corona y á favor de una desmembración del Estado en pro del ambicioso y gloriosísimo bastardo.

Bajo tales obsesiones mandó Felipe II el asesinato de su fiel servidor Escobedo. Apelóse primero al envenenamiento. Una tisana, por sierva del propio Escobedo apercibida y dada, trájole al infeliz vómitos de muerte y ansias de agonía. Presa la esclava envenenadora, quien había cumplido superiores órdenes, á las cuales no podía hurtar el cuerpo, fué ahorcada en la plaza de Madrid públicamente, sin que Felipe se moviera bajo arranque ninguno de misericordia, ni salvase aquel dócil instrumento de su venganza. Hubo que apelar á otro medio. Posaba el enviado de don Juan tras el camarín, como hemos dicho, de la Virgen de la Almudena. Cuantos viéramos antaño el estrecho callejón, hoy destruído, que conducía del frente de los Consejos á la posada de Antonio Pérez, alcanzamos con facilidad lo silencioso y obscuro de la noche, lo mustio de las lámparas, lo sombrío y solitario del recodo, lo alto y espeso de las paredes, lo misterioso de templos y palacios á tales horas cerrados, el asesinato de un valeroso y descuidado caballero. Allí un esbirro de Felipe II, con una consigna dada por Antonio Pérez, asesinó al emisario de don Juan á traición y por la espalda. Pero se armó tal escándalo á consecuencia del crimen, que supo Felipe como su propia real mano había sido instrumento de castigo al revelador de los desacatos cometidos en su desdoro y desobediencia y mengua por Antonio Pérez y su impura manceba.

Corría la noche del 28 de julio de 1579, la por el tirano asignada en el misterio y en el silencio de sus adentros al castigo de los dos traidores, la princesa y el ministro. Este había visto en dicho día á su señor, y le había dejado varios papeles relativos á Italia, no sin hablarle al paso de sus asuntos propios, los cuales cada vez le traían más apenado y corrido. No pudo en la cara fría é impasible del monarca observar novedad ninguna. Pasó todo el día y toda la tarde sin que sucediese cosa de notarse, cuando á las diez de la noche recibió una carta de Felipe, devolviéndole sus papeles varios y anunciándole que resolvería bien pronto sus negocios personales. Con efecto, quien una hora más tarde, á las once casi en punto, pasara por la plaza del Cordón, viera gran golpe de alguaciles, que llamaban con estruendo á la puerta del palacio en que residía de antiguo el influyente ministro, y abierta sin vacilación á nombre del rey, notara cómo pasaba el alcalde mayor de Corte y requería en el salón principal de la casa, donde aún estaba Pérez levantado, para que la dejara inmediatamente y le siguiera sin observación alguna en calidad de preso. Turbóse mucho el valido al ver la justicia, como pudiera turbarse tímido delincuente. Quiso ponerse un traje de mezcla bizarrísimo, y no lo consintió el alcalde, conjurándole á que vistiese modestamente. Quiso llevar la espada propia de los caballeros en aquel tiempo, y le desarmaron. Sirvióle de prisión la casa del alcalde. Y mientras esto sucedía en el palacio ministerial, ó bien poco después de haber sucedido, encaminábanse dos tapadas con manto y rebozo á la plaza del Cordón. En el aire de la una veíase, á poco

Facsímile del primer folio de la información que D. Diego, nieto de Cristóbal Colón, hizo abrir para recibir el hábito de Santiago, documento existente en el Museo Histórico-Nacional de Madrid. (Véase el artículo *Exposición histórica de Madrid.*)

mirar, la dama resuelta y majestuosa; en el aire de la otra veíase, á poco mirar, la dueña quintañona y espeada. Paráronse ambas como dos sombras á la puerta requerida por su notoria impaciencia, guardando las distancias propias de la cortesía y del respeto y nunca olvidadas ni en los mayores trances de aquellas acompasadas vidas. En los movimientos, en los andares de ambas, en el avanzar y retroceder inciertamente, veíase que algo deseaban interrogar y algo temían saber. En efecto, á tal hora llegaron los contertulios de Antonio Pérez, últimos contertulios en verdad; y topando de manos á boca en tan grande trance con gentes perturbadas y llorosas en el triste hogar, supieron con dolor cuanto sucedía. Y al volverse despavoridos y asombrados dieron con las dos mujeres, las cuales no eran sombras, sino la princesa y su dueña, industriadas del caso é impacientes por saber su tristísima verdad. Ya la sabían, y nada les quedaba por hacer allí. Pero ¡cuál no fuera su asombro entrando, ignorantes de lo que á ellas se refería, y viéndose requeridas también para una prisión bastante más dura que la prisión de Antonio Pérez! Condujeron al valido á un palacio de importancia como el palacio de todo un alcalde; le trataron como á un huésped á quien sus ocupaciones múltiples no permiten salir de casa; pero á la princesa tratáronla como á un reo de Estado, no sin que se indignase y pasara del llanto á la risa y de las burlas á las amenazas, con la mezcla de rápidos afectos, propios del nervioso natural de su sexo. Pero la bajaron del palacio, sin dejarla vestirse y acondicionarse á su gusto, y la condujeron con rapidez á un torreón de Pinto más fácil de confundir con sepultura gigante que con vivienda cómoda. En la prisión murió esta infeliz, en el destierro Antonio Pérez; pero sus dos desgracias trajeron, así la ruina total de las libertades aragonesas, como el recrudecimiento de las dificultades múltiples entre Francia y España. ¿Creéis poco interesantes estos paseos por las calles históricas de nuestro viejo Madrid?.. Pero vagando y discurriendo á mi albedrío por Madrid, se acaban el tiempo y el papel. Pongamos punto aquí. Hasta otro día.

Madrid, 4 de noviembre de 1892

EXPOSICIÓN HISTÓRICA DE MADRID

LAS SALAS DE COLÓN

Empezamos con este artículo la descripción rápida, sumaria y ligerísima del gran certamen abierto en Madrid el día 30 del pasado mes de octubre para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América. Es uno de los pocos proyectos concebidos en la corte y realizados en el plazo que para su ejecución se impusiera, y en rigor constituye uno de los actos más importantes, que dejarán mejor recuerdo y mayores enseñanzas de cuantos se idearon para solemnizar una fiesta que no podía encerrarse en los desprestigiados términos de la percalina, los cohetes, las cabalgatas y las mojigangas.

Idea excelente fué la original de este proyecto, convertida á la realidad por el real decreto de fecha 9 de enero de 1891. Tratábase de exponer al mundo cuáles eran las civilizaciones española y americana en los tiempos inmediatamente anteriores y contemporáneos al descubrimiento de las Indias Occidentales, para naturalmente deducir de tal muestra la influencia ejercida por acto tan trascendental en la vida de ambos pueblos. Y al efecto se citó al concurso á todas las Repúblicas americanas y á todos los Estados europeos: se invocó el celo de los poseedores de colecciones históricas, y con una actividad hasta entonces nunca desplegada, se ordenó la terminación del palacio destinado á Museos y Bibliotecas que el Gobierno venía construyendo en el Paseo de Recoletos hacía la friolera de veintiséis años.

Malhadada historia la de este palacio, rematado por los yesos de Querol en espera de sus mármoles. La reina doña Isabel II ponía su primera piedra el día 21 de abril de 1866, y desde esta fecha hasta terminar el año 1884 sólo se había construído la verja de hierro que rodea su perímetro y la planta baja sentada sobre los cimientos. Interrumpíase la obra á cada paso por falta de fondos: alguna vez se pensó en dar nuevo destino al edificio alojando en sus salas al ministerio de Fomento, y finalmente se adjudicaron sus trabajos en 1887 consignando en los presupuestos nacionales diez millones de pesetas para que de una vez se terminara lo que en lugar de palacio era ya desdoro del aristocrático paseo de Recoletos.

Y la obra por fin ha concluído, faltando sólo ciertos detalles secundarios, pero permitiendo instalar en los vastos salones de sus tres pisos las tres secciones en que se ha dividido la Exposición, es decir, la militar en la planta baja, la americana en el entresuelo y la europea en el principal.

Consagraremos nuestro trabajo á la sección americana, que si no es la más importante por su valor intrínseco y artístico, en cambio es incomparablemente superior á las demás por su mérito histórico, por su adecuada significación en las actuales solemnidades y porque viene á ser la revelación genuina y verdadera de los pueblos americanos en los días de su descubrimiento y su conquista. Que de aquellas razas que lucharon contra nuestros primeros expedicionarios, de aquellas tribus que no pudieron ponerse en contacto con nosotros sin destruirse y perecer, de aquellas gentes adoradoras de otros cielos y otros dioses, pocos recuerdos quedarían en la tierra el día que desaparecieran los objetos que aquí se encierran, que son su historia, su vida, su fe, sus obras y sus productos, el vidente testimonio de existencias que de otra suerte pudieran muy bien ser desconocidas ó negadas.

Quería el plan oficial que en el salón central del espacioso entresuelo se hiciera la instalación primera y más importante de la serie histórico-americana, es decir, de los objetos que pertenecieron á Colón y á sus compañeros, de sus cartas, sus mapas, sus instrumentos, los recuerdos que se conservan de las aven turadas expediciones del primer almirante.

Y aunque se tomaron las disposiciones necesarias para realizar tal propósito, después se ha pensado de mejor ó peor manera, y ni se han reunido todos los recuerdos de Colón, ni se ha destinado á sus cartas y retratos la sala de honor que le concedía el primer proyecto. Más aun: momentos ha habido en que se ha visto amenazada su instalación para satisfacer bien inferiores exigencias, y finalmente se le ha destinado dos míseras salas obscuras, dando á patios cubiertos, separadas del resto de la Exposición y tan aisladas que pueden fácilmente pasar inadvertidas para el visitante que ignore su existencia.

Este error no es imputable á los que han tomado á su cargo la instalación de las dos salas cuando era ya imposible sustituirlas por otras más adecuadas. Con gran esfuerzo, desprovistos de todo presupuesto de ornato y multiplicándose para bien cumplir su cometido, allí han ido reuniendo las cartas del almirante, de sus compañeros, de los primeros conquistadores y de los más conspicuos misioneros que en los albores del descubrimiento visitaron las ignoradas regiones transatlánticas. Y si á pesar de todo el mezquino continente resulta tan inferior el contenido, no ha de ser ello razón para que nosotros sigamos el mal ejemplo y dejemos de tratar en primer término de las *Salas de Colón*.

Algunas vitrinas centrales, otras apoyadas en los muros que en su parte superior decoran tapices del real palacio, dos pedestales con cuadros giratorios, un emblema de las columnas de Hércules sosteniendo los retratos de los jefes de Estado americanos y cierta profusión de plantas y flores tropicales forman el conjunto de las dos salas, que se encuentran en el ala izquierda del edificio entrando por la calle de Serrano, al lado de las instalaciones de los Estados Unidos y al lado también de sitios mal olientes que hubiera convenido tener más reservados. Allí se han reunido los mejores documentos de la época colombina que poseen los Archivos de Indias de Sevilla, de Simancas, General Central de Alcalá de Henares é Histórico-Nacional de Madrid, las Bibliotecas Nacional de Madrid y Provincial de Toledo, y algunos particulares, como los de los Sres. Sancho Rayón y Herreros de Tejada.

Muchos serán los visitantes que pasen ante las rojas vitrinas llenas con amarillentos papeles de ininteligible escritura: no pocos no acertarán á comprender por qué se exhiben mal pergeñados renglones y garabatos, sin considerar que en ellos palpita aún el alma de los que los trazaron, que ante tan endebles hojas pusieron las manos y los ojos y vertieron sus ideas, sus propósitos, su espíritu entero aquellos esclarecidos varones de la antigua España, que empezando por Colón y acabando por Fr. Juan de Mansilla dieron nueva tierra al globo y nuevo mundo á nuestra patria.

Enumerar los documentos allí expuestos sería obra muy larga. Todos son importantes: todos se ofrecen ahora por vez primera á la contemplación pública: pocos han merecido los honores de la publicidad en los tomos de nuestros cronistas ó en las colecciones de nuestros cartularios. Y sin embargo, todos, absolutamente todos debieran hallarse reimpresos una y cien veces, para de este modo evitar por lo menos el mal irreparable de su pérdida y para que contribuyeran al perfecto conocimiento de la gran epopeya colombina. Que no se ha escrito aún la historia del descubrimiento de América, ni se escribirá jamás si tales testimonios vivos y fehacientes de aquel suceso siguen olvidados en los cajones de nuestros archivos nacionales.

Allí brilla Colón en primer término. Allí está su carta autógrafa, fechada en Granada el día 6 de febrero de 1502 y dirigida á los Reyes Católicos, haciendo profundas observaciones sobre el arte de navegar y la desviación de la aguja magnética; allí se ve otra carta suya, sin fecha, acerca de la población de la Española y de las otras islas descubiertas y por descubrir; allí se admira la Instrucción que en 9 de abril de 1494 dió el almirante á Mosén Pedro de Margarit para ir de la Isabela á descubrir la Tierra firme; allí se encuentra el testimonio de la Información hecha á bordo de la carabela *Niña* el 12 de junio de 1494 de cómo el Almirante y los que con él iban creyeron haber descubierto la tierra del continente americano; allí hay la relación del oro y joyas que recibió Colón después que el receptor Sebastián de Olano partió de la isla Española para Castilla en 10 de Marzo de 1495; allí también los privilegios concedidos al descubridor por los Reyes Católicos, desde las famosas capitulaciones de Santa Fe de 30 de abril de 1492 hasta sus confirmaciones de 1493 en Barcelona y de 1497 en Burgos.

Dejemos al almirante para ocuparnos de su familia y de sus compañeros. Del almirante D. Diego, su hijo, hay una carta del año 1520, dirigida al cardenal de Tortosa, participándole su llegada á Puerto Rico y Santo Domingo, y otra fechada en Sanlúcar el 5 de noviembre de 1523 y dirigida al rey, dándole cuenta de su regreso en cumplimiento del real despacho en que se le mandaba venir á España. Por cierto que en esta carta D. Diego da al emperador la noticia de «que dejó á su mujer en vísperas de parir,» debiendo, en efecto, nacerle al poco tiempo un hijo, llamado también D. Diego, que á los once años de edad hizo abrir una Información para recibir el hábito de Santiago.

Y véase cómo este detalle es invocado en los momentos actuales como argumento de gran fuerza para probar el punto tan debatido de la *patria* de Cristóbal Colón. La Información de referencia, que se conservaba en el Archivo de Uclés y pasó luego al Histórico-Nacional de Madrid, ha sido también expuesta en esta sala y merece ser reproducida: empieza con la declaración de Diego Méndez, cuyo facsímil del primer folio del original puede ver el lector en la página 739, y dice textualmente como sigue:

«† En Madrid á ocho de março de MDXXXV años.

»Diego méndez vezino de la çibdad de santo domingo ques la ysla española, estante aun presente en esta corte testigo, presentado para la dicha ynformacion, aviendo jurado en forma de derecho, é syendo preguntado por el tenor del ynterrogatorio dixo y depuso lo syguiente:

»A la primera pregunta, dixo que conosçe al dicho don diego de colon, é que es natural de la dicha çibdad de santo domingo; é que sabe que es hijo legítimo de don diego colon su padre ya difunto viRey é almirante é governador que fué de las yndias del mar oceano y de doña maria de toledo su muger viReyna de las dichas yndias; á los cuales este dicho testigo conosçió é conosçe de treynta años á esta parte poco más ó menos: é quel dicho viRey hera natural de la çibdad de lisboa, ques en el Reyno de Portogal, é que la dicha viReyna es natural de la villa de alva. Fué preguntado si conosçió ó conosçe al padre é la madre del dicho viRey don diego colón, padre del dicho don diego colon, que pide el ábito, y al padre y á la madre de la dicha viReyna doña maria de toledo su muger: dixo que sí los conosçió é que son ya fallesçidos, é que el padre del dicho viRey *se llamaba don christoval colon, ginovés, é que hera natural de la Sacna ques una villa çerca de genova,* é que la madre del dicho viRey muger del dicho don christoval se llamava doña felipa monyz perestrelo, é que era natural de la dicha cibdad de lisboa: é que el padre de la dicha viReyna doña maria de toledo se llamava don hernando de toledo, hermano del duque de alva, é que la madre de la dicha viReyna muger del dicho don hernando de toledo se llamada doña maria de Rojas hija de sancho de Rojas y hermana de diego de Rojas señor de Cavra é monçon y poza, é que heran naturales destos Reynos.»

Volvamos á la reseña de los documentos expuestos en las vitrinas de estas salas. De doña María de Toledo, madre del almirante D. Luis Colón, hay la Real Cédula por la cual en 2 de junio de 1537 se le concedió permiso para sacar los restos de D. Cristóbal Colón y de su hijo D. Diego, depositados en el monasterio de las Cuevas, extramuros de Sevilla, y trasladarlos á la capilla mayor de la catedral de Santo Domingo. Vese también la Cédula de 1539 que crea el ducado de Veragua á favor de D. Luis Colón, con cesión de 25 leguas de territorio y ejercicio de la ju-



EL MENDIGO, cuadro de E. Friant

risdicción civil y criminal. Y finalmente allí están las famosas piezas de los autos empezados en 1515 y no concluídos en 1564, que promovieran doña María de Toledo y D. Luis Colón contra los reyes de España para recabar la conservación y aumento de los privilegios y favores que los Reyes Católicos habían concedido al primer almirante.

Acerca de los Pinzón hay muy pocos documentos. Dos memoriales, sin fecha, de Juan de Vitoria hacen constar que desciende de los dos hermanos que acompañaron al primer almirante, y pide mercedes para la familia. Del año 1537 se ve una pieza de autos fiscales, seguidos con Martín García de Salazar, vecino de Burgos, sobre continuación de las gracias concedidas á Vicente Yáñez Pinzón, poblador de Puerto Rico, quien las había renunciado á favor de dicho García, y en ellos hay las firmas de Yáñez Pinzón y de Américo Vespucio. También hay un expediente de Ginés Pinzón, nieto de Martín Alonso, sobre concesión de licencia para saca de esclavos.

De Américo Vespucio hay una carta fechada en Sevilla el día 9 de diciembre de 1508, relativa al envío de mercancías á las islas Antillas.

Del contador Gil González Dávila hay tres relaciones sobre la población de la isla Española y cosas que en ella ocurrían al comienzo de la conquista. Y que ya en los albores de ésta se iniciaron los abusos de los gobernantes, queda probado al ver las cartas de Bernal Díaz del Castillo al emperador D. Carlos explicándole detalladamente la conducta de sus delegados en aquellas lejanas regiones.

Abundan en extremo las cartas de religiosos, frailes, misioneros y obispos. Allí se ven dos originales de fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, hablando de los asuntos de su diócesis y otros generales de Indias. Casi todas las cartas de religiosos tratan los mismos asuntos, es decir, denuncias de los abusos del poder civil, petición de gracias y privilegios, fundaciones de conventos y misiones. Sus firmas son respetables, pues figuran entre ellas las de fray Martín de Valencia, fray Jacobo de Tastera, fray Juan de la Puerta, fray Lorenzo de Bienvenida, fray Toribio Motolinia, fray Domingo de Santa María, fray Pedro de Gante, fray Angel de Valencia, fray Nicolás de Witte, fray Francisco de Bustamante, fray Andrés de Moguer, fray Domingo de Santa María, fray Andrés de Olmos, fray Francisco de Toral, fray Agustín de la Coruña, fray Juan de Mansilla, fray Miguel Navarro y otros cien varones que fueron los portaestandartes del Evangelio en la tierra americana.

A esta importantísima sección de autógrafos y manuscritos acompaña una pequeña instalación de libros hecha por la Biblioteca Nacional, en la cual figuran obras de mérito y rareza relativas á las lenguas, doctrina, gobierno é historia de las Indias Occidentales.

Y, ya para acabar esta larga y árida enumeración de objetos, diré que una señora norteamericana, empleada en el Museo Peadoby de Cambridge, estado de Massachusetts, ha expuesto un inmenso cuadro donde con singular paciencia ha podido reconstruir el antiguo calendario azteca, según datos encontrados en una biblioteca de Florencia.

Estas son las salas de honor, las primeras de la Exposición madrileña por su importancia, según antes he dicho y ahora puede ya juzgar el lector: las últimas por su situación, su pobreza y su abandono.

Eduardo Toda



SAN ISIDORO, estatua de D. José Alcoverro, existente en el Palacio destinado á Biblioteca y Museos, de Madrid

SECCIÓN AMERICANA

EL COLEADOR

I

Uno de los documentos más curiosos y característicos de nuestra legislación colonial (si así puede llamarse el conjunto de bandos, decretos, circulares y disposiciones con que los capitanes generales sustituían en esta colonia las leyes de la nación) es sin duda el Reglamento de galleras.

Dícese que fué hecho por una asamblea convocada y presidida por el general D. Miguel de la Torre, y compuesta de galleros veteranos, coleadores peritos, jugadores de los más famosos y apasionados y otras notabilidades gallísticas del país.

Es, por lo tanto, una obra eminentemente práctica, en la que se hallan previstos todos los accidentes de las riñas de gallos, y todas las triquiñuelas y astucias de un coleador bellaco, de un rematista venal y marrullero, ó de un mal intencionado jugador.

Verdad es que el idioma nacional aparece horriblemente *trasquilado* en esta obra de galleros legisladores, y en más de un capítulo queda *tuerta* la justicia y *erizado* (1) y maltrecho el sentido común; pero en cambio resalta en ella el espíritu que informaba hasta hace poco nuestra legislación local, y viene á ser un verdadero catecismo para despertar la afición al juego, para aprender el *caló* ó lenguaje técnico de la gallera y para adquirir los demás conocimientos indispensables á todo buen jugador.

Algunos fragmentos ó artículos copiados literalmente, con su ortografía y sintaxis especial, y seguidos de breves comentarios, darán una idea de la riqueza de detalles y del carácter *docente* de dicha obra, así como de la justicia colonial que se ha usado durante largo tiempo en Puerto Rico.

En el artículo primero se declara *útil* y *provechoso* el juego de gallos, por cuanto contribuye al aumento de la Real Hacienda.

En el capítulo 2.º, artículo 6.º, se califica además dicho juego de *honesta recreación.*

Siguen luego minuciosos detalles acerca de la capacidad, condiciones higiénicas, forma arquitectónica y distribución interior de las galleras, y á continuación el artículo 9.º dice así:

«Como es indispensable que durante las horas de diversión penetre el sol en el circo, en grave daño á los gallos combatientes, será de la imprescindible obligación del arrendatario poner sin ser necesario que se le pida unas cortinas de lienzo tupido, que *impidan la* INTRODUCCIÓN DE AQUEL ASTRO de soleras abajo, y de éstas arriba mantener cerradas las compuertas ó compuerta si por ellas entrare el sol ó lluvia, pues éstas deberán permanecer levantadas, etc.»

En este párrafo, notable como casi todos por su disparatada redacción, se muestra, sin embargo, bien claramente la tendencia obscurantista que predominaba en aquel tiempo, y de la que han quedado aún

(1) En el lenguaje de las galleras, se dice que está *erizado* el gallo que huye á las primeras acometidas del enemigo.

en el presente algunos resabios bastante difíciles de vencer.

Los esfuerzos que hoy mismo se hacen para impedir que la luz de la ciencia penetre libre y pura en nuestro *circo* social, sin que llegue poco á poco y filtrada á través del opaco manteo de un discípulo de Loyola, no parecen sino remedios coloniales del precepto que prohibe terminantemente *la introducción de aquel astro* mondo y lirondo, *de soleras abajo,* en el círculo galleril.

Sigue en el artículo 10 la descripción exacta y minuciosa de los incidentes, altercados, dichos y hechos á que dan lugar las riñas de gallos, y en el artículo 11 se dictan las medidas necesarias para impedir que los hombres (que en aquel lugar parecen más bien grandes gallos sin pluma y cacareando, como el de Morón) se acometan y dañen unos á otros, cediendo á los efectos perniciosos del contagio:

«Para evitar semejantes tropiezos (dice) se establece la pena de ocho días de cárcel *á los pobres* ó la multa de cuatro pesos *á los pudientes* que tengan la osadía de usar de algún género de violencia ó de ira, *aunque sea contra un gallo* de su propiedad.»

Nadie puede matar allí ni siquiera su propio gallo. Si el contraventor de este mandato es rico, todo se arreglará con el pago de algunas monedas; pero si por desgracia es pobre, nadie le librará de ir á la cárcel. La pobreza es en este y en otros muchos casos circunstancia agravante de delito, según el régimen colonial.

«ART. 12. – Con el propio designio de consultar á la mejor policía de la gallera, se ordena y manda que luego é inmediatamente que desde el pescante de la balanza quede concertada una riña, deba desalojarse absolutamente el círculo, de suerte que al sacar los gallos del saco, solamente deben existir dentro de él (¿del saco?) los dos sujetos que los conduzcan y hayan entendido en la operación, sin que por ningún motivo subsista una persona extraña dentro de la valla.»

Después de este divertido trozo de literatura gallística-oficial, sigue el artículo 13, que resume y sintetiza todo un sistema de injusticias, preocupaciones y privilegios sociales, sancionado por la ignorancia y la arbitrariedad del gobierno.

Dice así:

«Para que en este lugar resplandezca la urbanidad y subordinación que debe *versar* entre unas y otras clases y sirva de fundamento al hermoso edificio del orden social, se dispone, y lo hará observar *inviolablemente* el arrendatario, que los asientos de preferencia sean ocupados *únicamente* por *los que lo merezcan,* y los demás *antes por las personas blancas que por las de color,* á fin de que no continúe el *abuso* de estar aquéllos en pie y molestos y éstos perfectamente sentados; y en igualdad de circunstancias *antes por los apostadores* que por los que ningún interés *atraviesan* en las riñas, y durante éstas á nadie se le podrá desalojar del sitio que haya tomado, á pretexto de claridad.»

No es fácil pintar mejor en tan breves y desatinadas palabras la justicia y la moral *sui géneris* á que solían ajustarse las disposiciones y prácticas gubernativas del antiguo régimen. Los asientos de preferencia del circo de gallos deben reservarse *inviolablemente* para quien los merezca.



D. ALFONSO EL SABIO, estatua de D. José Alcoverro, existente en el Palacio destinado á Biblioteca y Museos, de Madrid

Por supuesto que tales distinciones no deben graduarse por la edad ni por la inteligencia. En este punto existe verdadera igualdad ante los gallos, y lo mismo puede merecer asiento de distinción un docto que un imbécil.

Otros son los signos por los cuales manda el Reglamento que se aprecie la dignidad de los concurrentes á la gallera; y así como los gallos se gradúan por su peso, por el tamaño de la espuela y hasta por los matices de su pluma, así también se aprecian los jugadores por el número y calidad de sus gallos, por el alcance de su fortuna y por el color de su tez.

En igualdad de circunstancias y de colores, el Reglamento inclina la balanza de la dignidad en favor de los más viciosos, ó sea de los que apuesten más y tengan por los gallos mayor pasión.

Me parece que esto no puede ser más *gallero* ni tampoco más colonial.

En el capítulo III se trata larga y detalladamente de los diversos modos que hay de convenir las apuestas, y de los diferentes fraudes, ardides y amaños que suelen poner en juego los tramposos, con perjuicio de los jugadores de buena fe.

Quince largos artículos contiene esta sola parte del Reglamento, y en ellos no se sabe qué admirar más entre el fecundo ingenio y maravillosa inventiva de los jugadores pícaros para imaginar tretas y artimañas y la suspicaz y extraordinaria previsión de los gallísticos legisladores.

Sirva de muestra uno solo de dichos artículos, ya que la índole y extensión de este trabajo no me permiten reproducir siquiera los más importantes:

«Para cortar fundamentalmente (dice) el *horrible fraude*, que de algunos años á esta parte ha introducido la malicia, de *convertir los gallos en pollos,* recortándoles las espuelas, ó denominar *pollos* los *gallos viejos* al favor de la cortedad natural de sus espuelas, de que se siguen dos inconvenientes intolerables, cuales son engañar los astutos á los incautos y el entorpecer la diversión por el deseo que *aplican* los maestros de esta artería de que salgan las espuelas exactísimamente iguales, de que resulta que de diez pares de pollos que se presentan iguales en la balanza apenas se juega uno, *se prohibe absolutamente cantar ningún gallo ó pollo al saco* con la segunda parte ó circunstancia de confrontar espuelas, y al contrario se previene y manda que todos los que resulten iguales en la balanza, hayan de jugarse precisamente, pues ya se sabe que antes de llegar á este extremo queda concertada la *posta* ó cantidad con que han de reñirse, á fin de evitar por este medio aquella *horrible traición* á la buena fe, de que se valen los que pretenden hacer una lucrativa y dolosa negociación de la *honesta diversión de los gallos,* que reclama la más juiciosa franqueza é inalterable sinceridad.»

Como se ve, ya algunos años antes del 1825, en que se promulgó este famoso Reglamento (aún vigente), se cometía la *horrible traición* de convertir los gallos viejos en pollos, recortándoles las espuelas ó abusando de la cortedad natural de estos miembros; bien así como algunos solterones machuchos ó viejos verdes quieren pasar por *pollos* en el círculo ó la gallera social, á favor de recortaduras análogas y de otros engaños fraudulentos, que tienen con los de la otra gallera una singular analogía.

Trata el capítulo IV acerca de las riñas *en sí* y de la teoría y práctica de los careos, y allí es de ver las condiciones y aptitudes que se necesitan para ser *coleador,* las rayas horizontales que se deben hacer en el circo al empezar una *pelea,* cómo se sueltan y se *colean* los gallos y cuándo y cómo es que deben hacerse los careos.

Porque según el precepto legal, no basta que dos gallos, después de haberse sacado los ojos y destrozado el cráneo mutuamente, desistan de su encarnizado combate obligados por el cansancio y el dolor. Cuando llega este caso, el Reglamento manda que cada *coleador* coja su gallo, le estire convenientemente los dedos, las alas y el pescuezo, le chupe y limpie las heridas, y le refresque y humedezca cierta parte del cuerpo, á fin de que ambos adalides recobren momentáneamente la fuerza que les falta para acabarse de matar; todo esto ejecutado con la necesaria precipitación «para no dar lugar, dice, á que los gallos se enfríen y se desmayen, si han recibido alguna puñalada de gravedad.»



UNA VARA ROTA, cuadro de D. Arturo Michelena



NAPOLEON EN EL SAQUEO DE LAS TULLERÍAS, 10 de agosto de 1792, cuadro de M. Realier Dumas

Si no quieren ó no pueden matarse por completo, hay que obligarles (la ley lo manda) á que consumen el sacrificio, por todos los medios y recursos de que dispone el arte de *colear*.

Manuel Fernández Juncos

(Continuará)

MISCELANEA

Bellas Artes. – En Roma se ha constituído un comité para erigir un monumento al gran compositor de música religiosa, el maestro Palestrina.

– El Museo Wallraf Richartz, de Colonia, se ha enriquecido recientemente con una porción de notables adquisiciones: figura en primer término entre ellas un paisaje pintado en 1666 por Claudio Lorrain para el condestable Colonna, que hasta ahora había pertenecido á un inglés y que representa á Eros impidiendo que Psyque se arroje al mar. Merecen también especial mención un hermoso retrato de un anciano, de W. van Mieris, el cuadro de Grutzner *En la biblioteca secreta*, y una acuarela de Fraser, reproducción de un paisaje de Irlanda.

– En Basilea se proyecta convertir en museo la antigua iglesia gótica de los carmelitas descalzos. En la nave principal se instalarán las secciones de arquitectura y escultura y la armería; en las naves laterales, las antigüedades que son propiedad del Estado, de la ciudad y de los gremios, las colecciones artístico-industriales y de historia de la civilización y los restos de la Danza macabra existente en la ciudad. El coste total de las obras que habrán de ejecutarse para esa transformación se calcula en 460.000 pesetas, de las que 300.000 las facilitará el Estado y las restantes se obtendrán de donativos particulares.

– El pintor alemán Ricardo Friese, cuya especialidad es la pintura de animales, y que por invitación del emperador acompañó á éste á las cacerías de Romint, ha regresado de su expedición con interesantes apuntes en su cartera.

– Hasta los primeros días de octubre el importe de las entradas despachadas para visitar la sexta Exposición internacional de Bellas Artes de Munich ascendía á 143.750 pesetas y el de las obras vendidas á 781.250.

– El maestro Mascagni está trabajando en dos nuevas óperas que se titularán *Vestilia* y *Zanetto* y tiene en proyecto una gran ópera, *Nerón*.

– El gobierno italiano ha adquirido recientemente para la Galería Nacional de Arte moderna, de Roma, tres bocetos y cuatro estudios de Barabino, varios cuadros de Delleani, Rossano y Fontanesi y dos grupos en bronce de Cifarriello y de Rutelli, adquisiciones que han costado 33.000 pesetas. Además ha encargado al grabador Lorenzo un grabado que reproduzca *La carga de carabineros en Pastrengo*, de De Albertis, trabajo por el cual paga 10.500 pesetas.

En la exposición Schulte, de Berlín, está expuesto actualmente el hermoso cuadro de Pradilla que valió á su autor la gran medalla de oro en la Exposición internacional recientemente celebrada en la capital de Alemania: la prensa berlinesa prodiga á ese lienzo del ilustre pintor español los más calurosos elogios, y afirma que es la mejor obra de cuantas figuran en el Salón Schulte, á pesar de haber allí cuadros de los mejores pintores alemanes.

– El famoso pianista Leonardo Emilio Bach ha compuesto una ópera titulada *Ismengarda* que probablemente se estrenará durante la próxima temporada en el Covent-Garden, de Londres.

Teatros. – En el teatro Wallner, de Berlín, se ha estrenado una comedia de Guillermo Schumann, titulada *El papá suegro*, que fué muy aplaudida por la gracia del argumento y el movimiento é interés de las escenas en que se desarrolla.

– En el teatro de la Corte ducal, de Brunswick, ha sido acogido con aplauso el drama histórico-romántico *Príncipe y ciudadano*, de Ricardo Weyland, que mereció ser recomendado en 1881 por los reputados escritores H. Laube y P. Heyse para el premio Schíller que se había de adjudicar entonces en Mannheim.

– En el teatro Carlos, de Viena, se ha estrenado con muy buen éxito una opereta de Carlos Weinberger titulada *Herederos alegres*.

– Con motivo de las fiestas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento de América púsose en escena en el teatro Real de la Comedia, de Berlín, el día 12 de octubre un grandioso drama de Carlos Werder, titulado *Colón*, que se representó por primera y única vez en la citada capital el año 1842, y que ha sido ahora representado con extraordinario lujo. Con igual motivo se ejecutaron en el teatro de la Corte, de Dresde, la tragedia de Carlos Kosting *Cristóbal Colón ó el Nuevo Mundo*, y en el teatro de la Ciudad, de Hamburgo, el drama *Colón*, de Emilio Wolff.

– La ópera de Mascagni *El amigo Frits* ha obtenido excelente éxito en el teatro Nuevo de Leipzig, donde recientemente se ha estrenado.

– La aplaudida tiple alemana Teresa Vogl, á la que se considera como la que mejor ha sabido personificar las heroínas de las óperas de Wagner, se ha retirado definitivamente de la escena, en la que tantas ovaciones ha obtenido en los 26 años de su carrera artística: para su despedida, que se verificó no hace muchas noches en el teatro de la Corte, de Munich, escogió el papel de Isolda en la preciosa ópera del citado maestro.

– En el teatro de la Corte, de Hamburgo, se ha estrenado con extraordinario éxito la tragedia *Maese Manole*, de Carmen Silva, la reina de Rumanía.

– En el teatro de la Corte, de Viena, ha comenzado la serie de representaciones clásicas con *Los bandidos*, de Schíller, obra á la que seguirán las demás del gran dramaturgo alemán y las de Goethe, Lessing y Grillparzer.

París. – En el teatro de la Porte-Saint-Martin, se ha estrenado un drama en cinco actos y nueve cuadros, de los señores Mary y Grisier, titulado *Le maitre d' armes*, cuyo argumento, sin ser muy nuevo, es sumamente interesante y abunda en escenas conmovedoras y de gran efecto que han asegurado un gran éxito á la obra. En el teatro Cluny lo ha obtenido también la comedia-vaudeville *La tournée d' Ernestin*, no tanto por el argumento, que el autor, M. León Gandillot, ha querido expresamente que fuese inverosímil, como por las innumerables situaciones en extremo cómicas y los chistes que de continuo hacen estallar al público en francas carcajadas.

Se han estrenado, además, con buen éxito: en la Renaissance, una graciosa opereta de Clairville y Beissier, con alegre é inspirada música de Varney, titulada *Le brillant Achile;* en Menus Plaisir, una opereta de Lecoq y Bertal, música de Hervé, *Bachanale;* en el Teatro Nuevo, *Rabelais*, pieza de gran espectáculo de Metenier y Laforest, con coros y bailes; en el Gimnasio, una comedia de Pedro Wolff, *Celles qu'on respecte;* en Variedades, *Premier París*, revista cómica de Alberto Millaud y de Clairville; y en el Ambigú, un drama histórico de Dornay, *Les cadets de la reina*, puesto en escena con extraordinario lujo y gran aparato.

Londres. – En el Olympic ha comenzado la temporada de ópera poniéndose en escena *Eugeny Onegin*, obra del famoso maestro ruso Tschaikowsky: el éxito que obtuvo esta ópera, tan celebrada y popular en Rusia, en donde se estrenó hace quince años, ha sido sólo mediano, pues el público de la capital inglesa ha encontrado la música anticuada y desprovista del carácter que los grandes maestros modernos dan á sus producciones. En Covent-Garden se han reproducido *Cavalleria rusticana* y *Faust*, esta última con la escena de la noche de Valpurgis que apenas se representa hoy en día.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa un interesante drama francés de Duvantin y Dumas, primorosamente arreglado á la escena castellana por el ilustrado periodista madrileño y reputado crítico D. Pedro Bofill, titulado *Luisa Paranquel*, y en Martín una pieza en un acto de los señores Mínguez y Bernet, *El álbum*, dialogada con facilidad y gracia. En Larra se ha reproducido el juguete en un acto que con tanto éxito se estrenó en la temporada anterior en la Comedia, *A caza de novios*, original de D. Eusebio Sierra. En el Real ha constituído un verdadero acontecimiento el estreno en aquel coliseo de la ópera del maestro Bretón, *Garín:* la ovación tributada al autor y los incondicionales elogios de la prensa madrileña corren parejas con la ovación que mereció de nuestro público y con las entusiásticas alabanzas que los periódicos barceloneses prodigaron á Bretón y á su última obra cuando ésta se estrenó, durante la última primavera, en nuestro Gran Teatro del Liceo. La señora Tetrazzini *(Vitilda)*, la Srta. Giudicci *(Aldo)* y el señor De Marchi *(Garín)* fueron muy aplaudidos, lo propio que los coros y la orquesta.

Además se han estrenado con excelente éxito: en la Zarzuela, la ópera española del maestro Llanos, *Cristóbal Colón*, cuyo primer acto es el cuadro lírico-dramático *¡Tierra!*, hace tiempo conocido del público y siempre acogido con aplauso; en Lara, un graciosísimo juguete cómico en un acto, *El cascabel al gato*, de D. Fiacro Yraizoz; y en Eslava, *La cencerrada*, zarzuela en un acto, letra de los Sres. Perrín y Palacios y música del maestro Jiménez.

Barcelona. – En Novedades se han extrenado: *L' hereu Jordi*, drama en tres actos de D. Pedro Antonio Torres, de interesante argumento, bien versificado y con escenas de gran efecto dramático; *La padrina*, pieza en un acto de D. Joaquín Riera y Bertrán, de acción sencilla y no sin interés, escrita con facilidad y abundante en chistes de la mejor ley; y *La Dolores*, drama castellano en tres actos, de D. José Feliu y Codina, interesante por su argumento y escrito en bellísimos versos y en el estilo elegante y castizo que caracteriza á su autor: el éxito de estas tres obras ha sido excelente. En Romea se ha verificado el estreno de *Qui compra... maduixas*, sainete en un acto de D. Emilio Vilanova, conjunto de escenas graciosísimas, copia fiel del natural, dialogadas con asombrosa facilidad y sembradas de chistes agudísimos, y *L' infern á casa*, comedia en tres actos en prosa de D. Federico Soler, muy bien escrita, abundante en peripecias é incidentes ingeniosamente tramados; el público acogió con entusiasmo el sainete y con aplausos la comedia. El Gran Teatro del Liceo ha inaugurado la temporada de ópera con muy buen pie: *Lohengrin* y *Mignon* han valido muchos aplausos á las señoras Arkel, Bendazzi, Paulicchi, Boronat y Juliá y á los Sres. Valero, Ughetto, Visconti, Colli y Fiorini y verdaderas ovaciones al maestro Mugnone.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Carlos Augusto Deinhard, vicealmirante de la armada alemana, jefe de la estación marítima del Báltico, uno de los marinos más distinguidos de Alemania y en los que más esperanzas cifraba la nación.

Enrique Ainmuller, pintor alemán, conocido especialmente por sus pinturas sobre cristal.

Pedro Nikolai Arbo, célebre pintor de historia noruego, director de la Escuela de Dibujo de Cristianía.

El P. Anselmo María Binniaux, general superior de la orden de los cartujos, que residía en la gran Cartuja de Grenoble.

Jorge Bleibtreu, célebre pintor de batallas que consagró su prodigiosa actividad á representar en el lienzo las victorias germano-prusianas y dió pruebas de consumado maestro en dicho género: era individuo de la Academia de Artes, de Berlín.

Guillermo Ising, notable poeta alemán, autor de las tragedias *Robespierre* y *Miguel Kohlhaas*, muy celebradas en Alemania.

Teresa Karacs, escritora húngara que adquirió gran fama especialmente como pedagoga.

D. Julián Castellanos, escritor distinguido y cronista de la Diputación provincial de Madrid.

Gustavo Olbricht, célebre paisajista alemán, restaurador de la galería de cuadros de Silesia.

Felipe M. Lindo, pintor de la escuela de Dusseldorf, de origen inglés, que ha residido durante estos últimos años en Holanda: sus cuadros históricos son verdaderas joyas de colorido.

Alberto Millaud, notable periodista francés y autor de muchas operetas y vaudevilles muy aplaudidos, entre los que merecen citarse *Madame l' Archiduc*, *La femme a papa*, *Niniche*, *La roussotte*, *Mamzelle Nitouche*, etc.

Camilo Rousset, miembro de la Academia francesa é historiador notable, que escribió, entre otras obras, *Los voluntarios de 1792*, *Historia de Louvois y de su administración política y literaria*, *La conquista de Argel*, *Historia de la guerra de Crimea*, etc.

Enrique Lavoix, subdirector de la Biblioteca nacional de Francia, lector de la Comedia francesa, autor de muchos y notables trabajos numismáticos, entre ellos el catálogo de las monedas musulmanas del monetario de la Biblioteca.

César Vigna, famoso alienista italiano, director del manicomio para mujeres, de San Clemente (Venecia), autor de un notabilísimo estudio sobre la influencia que en lo físico y en lo moral ejerce la música, de la que era verdaderamente apasionado.

El general de división del ejército español D. José Mirelis, gran cruz de San Hermenegildo, ex gobernador militar de Melilla, cargo en cuyo desempeño se distinguió notablemente cuando los recientes ataques de los riffeños contra aquella plaza.

Otón Baisch, redactor en jefe del periódico ilustrado alemán *Ueber Land und Meer*, director de las publicaciones *Biblioteca de Novelas alemanas* y de la *Biblioteca de Autores extranjeros*, y presidente de la Sociedad de escritores de Stuttgart.

Olga Nikolayewna, reina viuda de Wurtemberg, hija del emperador Nicolás de Rusia.

Felipe Grotjohan, pintor de historia alemán.

Carlota Leffler, notabilísima escritora noruega, tan admirada por sus novelas como por sus dramas.

NUESTROS GRABADOS

Los náufragos, grupo escultórico de D. Miguel Angel Trilles. – Gran talento artístico revela esta obra que en reducido espacio y por medio de una composición sobria consigue representar los horrores de un trágico suceso que no por lo mucho que se repite deja de ser siempre aterrador. Aquel hombre agarrado desesperadamente á un mástil, último resto del buque que las olas destruyeron, y esperando un socorro que no llega, y aquel niño, su hijo tal vez, que agotadas sus fuerzas yace abatido á sus pies, son dos figuras tan expresivas, con tanta corrección y valentía ejecutadas, que bastan para conquistar un alto puesto en el mundo del arte al que tan admirablemente ha sabido concebirlas y modelarlas.

El mendigo, cuadro de M. Friant. – El mendigo de M. Friant no es uno de esos vagabundos que inspiran miedo y que aprovechan cualquier descuido para pagar con un delito el beneficio que recibieran de las caritativas gentes; no, es realmente el pobre, un soldado de ese gran ejército de la miseria que se recluta entre los desgraciados más que entre los perdidos, y su aspecto honrado tranquilizará al noble obrero á quien demanda una limosna. Este, vencida su desconfianza del primer momento, no se contentará con prodigar frases de consuelo al huésped que el cielo le envía, sino que le hará descansar en su modesto albergue, en donde el infeliz mendigo reparará sus fuerzas para emprender de nuevo su camino. El notable pintor francés Friant, sin descuidar ni mucho menos la parte técnica, ha acentuado en el cuadro que reproducimos la nota del sentimiento que tan bien cuadra á la escena representada, dando á cada una de sus figuras la expresión justa y produciendo una obra cuyo conjunto cautiva y cuyos detalles revelan el talento del artista.

San Isidoro. – D. Alfonso el Sabio, estatuas de D. José Alcoverro (Palacio destinado á Biblioteca y Museos Nacionales). – No es el Sr. Alcoverro un artista novel, ya que son varias y discretas las obras que ha producido, algunas de las cuales sirven de artístico adorno á la coronada villa, como acontece con la del Padre Piquer, recientemente inaugurada, que se levanta frente al edificio fundado por aquel virtuoso sacerdote, el Monte de Piedad.

El nombre de Alcoverro va unido ya al de algunos ilustres escultores que honran á Cataluña. Las dos hermosas estatuas del Rey Sabio y del Santo Obispo sevillano deben estimarse á modo de títulos que exhibe el artista catalán. Ambas levántanse en la mitad de la suntuosa escalinata que da acceso al palacio destinado á Museos y Biblioteca, que encierra hoy las dos Exposiciones más interesantes que se han celebrado en España, la Histórica y la Americana. Ambas estatuas representan un señalado triunfo, puesto que fueron premiadas en el segundo concurso convocado por haberse declarado desierto el primero.

Una vara rota, cuadro de D. Arturo Michelena. – El llamado espectáculo nacional con las distintas suertes y accidentes de la lidia es fuente inagotable de asuntos para nuestros artistas y aun para los extranjeros; y en verdad que, dejando á un lado la tan debatida cuestión que pudiéramos llamar de fondo, pocas fiestas ofrecen, desde el punto de vista pintoresco y hasta bajo el concepto dramático, tantos elementos interesantes para el pintor que busque luz, color y animación para sus cuadros. No hemos de describir la escena que reproduce el cuadro de nuestro distinguido compatriota Sr. Michelena, porque á buen seguro la conocerán de vista ó de oídas todos nuestros lectores, y en cuanto al modo como el artista la ha tratado basta fijarse en aquel pedazo de tendido, conjunto abigarrado de los más variados trajes y tipos, en las actitudes de los toreros, de los mozos de plaza y del aguacil y en la figura del toro que se ceba en el inanimado cuerpo de su víctima, para comprender cuánta verdad hay en el lienzo y para apreciar las innumerables bellezas de ejecución que éste atesora.

Napoleón durante el saqueo de las Tullerías, 10 de agosto de 1792, cuadro de M. Realier Dumas. – El veto puesto por Luis XVI á los decretos de la Asamblea legislativa, la excitación que los más exaltados revolucionarios lograron producir en las masas populares y la atmósfera de tempestad que reinaba en la capital francesa y que se había manifestado ya en 20 de junio de 1792, ocasionaron el movimiento de 10 de agosto del propio año, movimiento que terminó con la toma y saqueo de las Tullerías, en donde perecieron como buenos los suizos que habían jurado fidelidad al monarca francés y en cuyo honor erigióse más tarde el sencillo y conmovedor monumento de Lucerna. Testigo de aquel suceso fué un joven oficial de artillería que un día había de sentarse gloriosamente en el trono que la revolución derribara: Napoleón Bonaparte. Tal es el asunto que representa el cuadro de M. Realier Dumas, cuyas excelencias no hemos de señalar, pues si las bellezas de ejecución saltan á la vista, no menos manifiestas son las que encierra la obra, considerada desde el punto de vista de la idea en que el autor se inspirara al sintetizar con bien escasos elementos el pasado, el presente y el porvenir de la Francia de aquellos días, representados por un manto y una corona arrojados al suelo, por una turba revolucionaria entregada á toda clase de excesos y por una figura en cuyas actitud y expresión se adivina al futuro dominador de Francia.

Placa de bronce regalada al Dr. Assis Brazil. – Con motivo de haber pronunciado el Dr. Assis Brazil, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de los Estados Unidos del Brasil en las repúblicas del Plata, un elocuente y enérgico discurso contestando al barón de Lucena y combatiendo la dictadura brasileña, varios amigos y admiradores suyos le han regalado recientemente la placa de bronce cincelado que reproducimos; este objeto de arte, salido de los talleres de los Sres. Gottuzzo y Terrarossa, de Buenos Aires, merece el calificativo de verdadera joya artística, así por su riqueza como por el buen gusto que preside en el conjunto y en sus menores detalles.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Sin embargo, tenía como un vago presentimiento de que había de ser causa de algún suceso triste y lo temía todo y á todos; cualquier cosa la hacía temblar;



Emprendían excursiones á elevadas montañas...

toda persona que llegaba á la quinta, el proyecto de una expedición y hasta el ver que su hija se iba haciendo mujer por días.

Cuando notó que perdía la afición á los juguetes, que tanto la divertían cuando era niña, se le oprimió el corazón; habría querido que no pasase de aquella edad venturosa en que la vida sólo tiene sonrisas, y viendo ya que atraía las miradas de todos por su belleza y que la consideraban como una joven casadera, aunque sólo contaba diez y seis años, tenía miedo hasta del aire que la rodeaba; recelaba mil peligros y estaba siempre inquieta y llena de suspicacia.

Alberto se encontraba muy á gusto en compañía de sus amiguitas, pero no hubiera sabido á cuál dar la preferencia; admiraba la belleza y el ingenio de Laura y le conmovía la delicadeza de pensamientos de Sofía; la conversación de ambas, alegre y exenta de preocupaciones, le hacía olvidar sus penas y poco á poco volvía á amar la vida; parecíale que casi se transformaba en otro hombre, y así como antes no pensaba más que en sí mismo, así también ahora hubiera querido consagrarse enteramente á aquellas jovencitas; sentía verdadera ansia de protegerlas y hubiera deseado que fuesen hermanas suyas para tener el derecho de hacerlo; se complacía en suponerlas solas, abandonadas en la tierra, para poder ofrecerse á ambas como protector desinteresado; no se le ocurría siquiera pensar en el riesgo de que algún día pudiera enamorarse de una de ellas, y precisamente el hecho de querer á las dos del mismo modo y con cariño puramente fraternal hacía que no pasara por su mente ninguna otra sospecha.

Cierto día fueron á dar un paseo por un bosque de abetos. Alberto iba al lado de Sofía, y á la sombra de aquellos árboles que les recordaban las selvas de su país, se pusieron á hablar de la lejana patria y se embebieron tanto en aquella conversación que se olvidaron de las demás personas que les acompañaban.

Laura intentó varias veces interrumpirla, pero no lo consiguió; la suspendían un momento para contestar y no parecer descorteses, pero en seguida la reanudaban y continuaban hablando sin cansarse.

Sofía se acordaba bastante de su patria, y á menudo la veía en sueños embellecida por la distancia y por su fantasía; gustábale hablar de ella y oir lo que decían acerca de ella los demás.

Alberto también se expresaba entusiastamente cuando trataba de Alemania, y decía que se encontraba bien en la quinta del barón, porque viviendo entre personas que le recordaban los primeros años de su niñez, le parecía haber encontrado un pedazo de su patria, hermoseada por un sol magnífico, por una vegetación admirable y por un clima primaveral.

Aquel día la recordaba con mayor placer que de costumbre, y ni durante el paseo, ni al regreso, ni después de comer se separó de Sofía.

– Tienen que tratar de cosas muy interesantes, pensaba Laura, y no apartaba la vista de los dos jóvenes, mirándolos despechada.

Sin saber por qué causa, aquel día se puso agitada y nerviosa; su madre, á la cual no se le escapaba nada de cuanto pasaba en el ánimo de su hija, le preguntó si se sentía indispuesta.

– Estoy muy bien, contestó encogiéndose de hombros.

Por la noche, para distraer la atención del joven, Laura cantó una pieza que sabía era de su agrado; la cantó con mucha expresión, pero Alberto tenía la imaginación en otra parte y la escuchó distraído; cuando concluyó, se limitó á dirigirla un cortés cumplimiento, pero Laura notó sobradamente que no había prestado atención. Entonces se sintió tan sobrexcitada que no pudiendo reprimirse salió con precipitación de la sala, se encerró en su cuarto y se puso á pasear aceleradamente de arriba á abajo como una loca.

Elvira, no menos inquieta, fué á buscar á su hija y le preguntó qué le pasaba.

Laura contestó que estaba muy bien y que la dejase en paz; pero su madre no se satisfizo con aquella respuesta, y sentándose á su hija en la falda como cuando era niña y abrazándola, le rogó que le abriese su corazón.

Laura no pudo resistir á aquellas caricias, y escondiendo la cabeza en el seno de su madre, le dijo que no sabía lo que tenía y prorrumpió en deshecho llanto.

Elvira presumió la verdad por las lágrimas de su hija.

– ¡Tú amas á Alberto!, le dijo.

Laura escondió aún más la cabeza en el pecho de su madre y contestó:

– No tengo yo la culpa; y luego no sé cómo ha sido, pero hoy no me ha dirigido la palabra, ha pasado todo el día con Sofía. ¡Qué desgraciada soy, mamá! ¡Quisiera morirme!

– Por Dios, no digas eso; no sabes el daño que me haces; tú debes vivir y ser feliz.

– ¡Imposible! Sólo le gusta hablar con Sofía y á mí no me hace caso.

Laura era siempre la misma: le había bastado ver que Sofía se complaciera en hablar con Alberto, para que al punto se sintiera enamorada de él; era el mismo sentimiento que cuando niña le hacía desear las muñecas y juguetes de su amiga.

Elvira se reconocía impotente ante el dolor de su hija; ella, que la habría querido ver siempre alegre y risueña, la tenía en sus brazos llorosa y con el corazón lacerado; recordaba que había tenido ya presentimiento de lo que estaba sucediendo y que no había visto gustosa la intimidad que las dos mocitas tenían con aquel joven; pero ya no se podía retroceder, y por más que buscaba una palabra de consuelo para su hija, no la encontraba.

Si Alberto y Sofía se amaban, era imposible separarlos; Sofía, aunque menos bella, tenía sobradas ventajas en comparación de su amiga; Elvira lo comprendía y temblaba por su hija.

– Quiero morir, repetía Laura sin cesar de llorar.

Y estas palabras eran otras tantas puñaladas para la pobre madre.

– No digas eso, hija mía; sosiégate; piensa en tu mamá que no podría vivir sin ti, y si Alberto te desdeña no pienses en él.

– Y ahora estará todavía hablando con Sofía. ¡Me

dan una rabia con sus conversaciones que no acaban nunca!...

– Vamos, no seas loca, dijo Elvira; Sofía es casi una niña y no habrá nada entre ellos; les gusta hablarse porque son del mismo país, y nada más; tu imaginación lo exagera todo; además, Alberto se ha mostrado siempre más amable contigo que con Sofía.

– ¿Es de veras eso, mamá? ¿Lo crees así? Sí, sí, debe ser eso; soy una loca, una majadera en pensar ciertas cosas.

Y al decir esto empezaba á sonreir, aunque todavía temblaban las lágrimas en sus párpados, y besaba y abrazaba á su mamá que tal consuelo le daba.

XIII

Las preocupaciones de Elvira entraban en una nueva fase; necesitaba reunir todas sus fuerzas para luchar.

Había llegado el momento tan temido; quería á toda costa que su hija fuese feliz.

Sus palabras habían podido calmar la agitación de Laura, la cual se durmió tranquila, sabiendo que su madre velaba por su ventura.

Preguntábase qué cosa mala había hecho en este mundo, qué delito horrible debía expiar para que la desgracia la persiguiese tan sañudamente.

¿Por qué había llegado aquel joven á la quinta para arrebatar la paz á su hija? ¿Por qué no se decidió ella á huir con Laura lejos de allí, cuando tuvo el presentimiento de lo que iba á suceder?

Conociendo á fondo el carácter de su hija comprendía que se moriría si Alberto no la amaba.

Y ¿por qué no había de amarla? ¿Quizás por causa de Sofía?

¡Sofía! En aquel momento sentía que la odiaba; aquella joven lo reunía todo, riqueza, un nombre ilustre y sin mancha, un padre que la adoraba; ¿tenía, pues, necesidad de un marido? En cambio Laura, no contando con más apoyo que el de una pobre mujer, sin medios de fortuna, necesitaba encontrar colocación, tener un hogar; verdad es que un marido la hubiera separado para siempre de su hija, pero entonces no pensaba más que en el bien de ésta, y se habría sacrificado á sí misma y también al mundo entero con tal de conseguir su objeto.

El día siguiente debía aprestarse á combatir, estaba resuelta á llegar á una solución y á provocarla; no podía vivir en aquella incertidumbre, y continuaba forjando planes; mas si al pronto todos le parecían de fácil ejecución, luego los desechaba por imposibles.

No quería aconsejarse del barón; conocía que en aquella ocasión no la auxiliaría: tampoco le parecía prudente hablar al joven; su dignidad y su firmeza se revelaban contra semejante paso. El único proyecto que mejor le pareció fué dirigirse á Sofía, hablarle al corazón y lograr convertirla en aliada en vez de enemiga; pero esta determinación no dejaba de tener sus peligros, pues si Sofía estaba enamorada del joven, la victoria no sería tan fácil.

De todos modos resolvió interrogar á su discípula y obrar en consecuencia.

Cuando hubo tomado esta resolución, empezaba á amanecer; se tendió vestida en el lecho para descansar un poco, pues se sentía rendida; á las dos horas abrió el balcón y salió á la azotea para tomar un poco el aire, pues aún le ardía la cabeza.

Hacía una mañana deliciosa; el lago estaba tan tranquilo que parecía un espejo; el sol doraba las cimas de los montes; las quintas situadas á orillas del lago estaban aún á la sombra, y en especial las que tenían jardines frondosos presentaban un aspecto misterioso que inducía á la meditación y llenaba de paz el alma. De vez en cuando se abría una ventana y aparecía algún criado que, escoba en mano, daba principio á sus tareas diarias, ó salía un jardinero con sus herramientas é iba á examinar con atención las plantas para ver los efectos del rocío nocturno.



Laura cantó una pieza que agradaba á Alberto

Elvira estuvo contemplando aquel lago, aquellas flores que destilaban gotas de rocío, y sentía gran alivio cuando percibía en su ardorosa cabeza el fresco soplo de la brisa matinal. Pasó allí gran rato, inmóvil, con la vista fija, observando el paisaje que ante ella se extendía, aunque sus pensamientos estuviesen en otra parte.

Poco después le llamó la atención un leve rumor; vió que se abría la puerta de la quinta que daba al jardín, que por ella salía Alberto con un libro en la mano y que se sentó en un banco, desde el que se puso á mirar la quinta. A la media hora abrióse la misma puertecilla y apareció Sofía llevando un largo manto gris y un sombrero de paja; estaba poniéndose los guantes, y dirigiéndose al joven le dijo:

– ¿Le he hecho á usted esperar?

– Señorita, contestó el joven levantándose y saludando con la cabeza, es que me he levantado demasiado temprano; pero hacía una mañana tan hermosa, que he querido disfrutar de ella, y ahora me tiene usted á su disposición.

Elvira no apartaba la vista de los dos jóvenes ni perdía una sola de sus palabras.

Cuando Sofía, levantando los ojos, la vió apoyada en la balaustrada de la azotea.

– Buenos días, tía, le dijo, mientras Alberto, que había observado su movimiento, saludaba también á la institutriz. ¿Levantada tan temprano? ¿Y Laura qué hace? ¿Adónde fué que no la hemos vuelto á ver? Le habría dicho que viniera esta mañana con nosotros.

– No se encuentra bien; pero ¿adónde vais á esta hora?

– A hacer visitas médicas; voy á ver á un pobre niño que cayó ayer debajo de un carro, y luego á preguntar á la vieja María si necesita más vino para recobrar las fuerzas; Alberto tiene la bondad de acompañarme, y así esta excursión nos sirve de paseo. Hasta luego.

Y así diciendo ambos transpusieron la verja del jardín.

Elvira se quedó inmóvil, siguiéndolos con la vista y pensando en lo mal que había hecho el barón en permitir á una señorita salir sola con un joven.

Recordaba que un día le hizo una observación acerca de ello, y que él le tapó la boca contestándole que en Alemania había esa costumbre que no tenía nada de particular; pero ella no permitió nunca á Laura salir sola con Alberto, y en aquel momento casi se arrepentía.

Tal vez aquella libertad de pasear juntos y solos había engendrado cierta simpatía entre los dos jóvenes, y esta idea la molestaba; pensaba luego que Sofía no se sobresaltó al verla en la azotea y que ella y Alberto se habían saludado sencillamente, sin inmutarse, como dos conocidos; conocía á Sofía, y sabía que si hubiese experimentado por el joven un sentimiento más intenso que el de la amistad, lo habría podido adivinar ó leer en su semblante ingenuo, en el cual se reflejaba cuanto pasaba en su alma inocente; pero de todos modos el saber que estaba sola con Alberto la desagradaba y tenía celos por su hija.

Laura se despertó llorando; había tenido horrorosas pesadillas y le dolía la cabeza. Su madre le aconsejó que no se levantara hasta más tarde. Laura habría deseado ver á Alberto; pero la idea de que tal vez encontrara á Sofía muy entretenida hablando con él, le hacía daño, y creyó lo mejor obedecer á su madre.

Cuando vió que se disponía á bajar al comedor á la hora del almuerzo, le dirigió una mirada tan expresiva y suplicante, que Elvira se acercó á ella y abrazándola, dijo:

– Confía en mí; tu causa no puede estar en mejores manos, hija mía. Si para hacerte feliz hubiese de cometer un delito, no vacilaría un momento: ya ves si te quiero.

– No digas eso, mamá, contestó Laura, ni me mires de ese modo, que me das miedo. Creo que seré feliz y lo seré por ti, que has padecido tanto; es imposible que no puedas verme dichosa y estar satisfecha siquiera una vez en tu vida; de lo contrario, el mundo sería demasiado injusto.

Sofía se afligió mucho al saber que su amiga estaba indispuesta y en seguida quiso ir á verla; pero la institutriz le dijo que no era cosa de cuidado y que bajaría á la hora de comer, y aun se mostró tan tranquila que después de almorzar, en vez de subir al cuarto de su hija, salió con Sofía á pasear por el jardín.

El barón, atareado con sus estudios, se retiró á su gabinete.

Alberto tenía que escribir algunas cartas, de suerte que Elvira pudo hablar á Sofía con toda libertad.

Pero entonces le pareció más difícil de lo que creía el hacer recaer la conversación sobre lo que en aquel momento le interesaba; sin embargo, se armó de valor, y después de cogerse del brazo de Sofía y de dar al-

gunas vueltas por una frondosa alameda, se decidió á hablar.

– Si supieses, le dijo, cuánto lo siento, pero quizás tenga que dejaros é irme lejos de aquí. Este pensamiento me tiene dolorosamente preocupada; sin embargo, comprendo que no hay otro remedio.

– Pero ¿por qué?, preguntó Sofía.

– Por la salud de Laura.

– Pero si está siempre buena. ¿Lo dices por broma?

– Lo digo muy de veras. Y puesto que eres ya una mujercita de juicio y no una niña, voy á decirte una cosa en confianza, pero no hables de ello á nadie; prométeme que quedará entre las dos.

– Lo prometo, contestó Sofía, á quien el aire solemne de la institutriz había despertado deseos de saber qué podía ser aquel misterio.

– Pues hace días, prosiguió Elvira, que Laura está de muy mal humor; llora, suspira, se enfada por la menor contrariedad; en una palabra, temo que Alberto tenga algo que ver con su tristeza, y naturalmente, ahora que estoy aún á tiempo, deberé alejarla de él.

Sofía, al oir estas palabras, cambió de color dos ó tres veces.

– ¿Y Alberto?, preguntó bajando los ojos.

– No sabe nada, contestó la institutriz, y por todo el oro del mundo no quisiera que lo supiese; pero puedes figurarte cuán agitada y vacilante estaré yo, que no vivo sino para mi hija y daría la vida por verla feliz. He tenido tantos disgustos, que todo me da miedo, y ahora que veo en peligro su felicidad, mi deber es partir.

– ¿Y si Alberto la amase?

– Es muy difícil que un joven como él se case con una pobre niña, abandonada por su padre, sin dote, y puede decirse sin familia; no, es imposible en este siglo en que no se piensa más que en el dinero.

– No es cierto, contestó con prontitud Sofía, si Alberto quiere á Laura, se casará por ella y no por la riqueza; es demasiado generoso para pensar de semejante modo.

Al decir esto se había puesto encarnada, y su corazón latía lleno de entusiasmo.

– ¿Y si amase á otra?, preguntó atrevidamente la institutriz.

- Lo sentiría por la pobre Laura, pero lo creo difícil; Laura es demasiado bella para temer rivales.

– ¡Si fuese cierto! Piensa qué fortuna sería para nosotras, para mi pobre hija, estando solas en el mundo y siendo tan desgraciadas; otras pueden esperar compensaciones, pero nosotras...

Sofía se conmovió al ver la faz llorosa de su institutriz y le dijo:

- Quedaos algunos días hasta ver si Alberto la ama.

– ¡Oh! ¡Cuánto desearía poder creerte, hija mía! Pero soy por demás desventurada y no puedo hacerme esa ilusión. Quizás se le hayan metido á Laura ciertas ideas en la cabeza, y Alberto ni siquiera piensa en ella.

– Pero ¿por qué no? De todos modos, conviene pensarlo y no precipitarse; Laura me parece razonable y no querrá que la amen á la fuerza. Me gustaría que se casasen, añadió Sofía suspirando; harían buena pareja.

– Eres un ángel, contestó Elvira estrechándola entre sus brazos. Por esta vez acepto tu consejo; dejaré pasar unos días antes de tomar una determinación. Ahora voy á ver á Laura.

Y con paso rápido se encaminó á la quinta, dejando sola á la joven.

A los pocos pasos dió un profundo suspiro de satisfacción y alegró su rostro una sonrisa. Ya no abrigaba temores por parte de Sofía, y con su astucia había convertido en amiga á una rival. Conocía demasiado la nobleza de ánimo de la joven y estaba segura de que no tendría nada que temer de ella.

Sofía, apenas se separó de la institutriz, se quedó pensativa. Por una parte, le satisfacía que Elvira la hubiese tomado por confidente; parecíale haber crecido en consideración, puesto que ya la veían como una mujer, y se sentía orgullosa; pero la revelación que le había hecho la contristaba.

Jamás se le había ocurido amar á Alberto; si alguien se lo hubiese dicho pocos momentos antes, se habría echado á reir, y sin embargo, la idea de que pudiese casarse con Laura, que se fuese lejos con ella, le hacía sentir cierta amargura, cierta pesadumbre que le hicieron acudir las lágrimas á los ojos.



Sumida en estos pensamientos, no echó de ver á Alberto

Pasó un rato titubeando.

– ¿Por qué habrá de causarme sentimiento el bien de Laura?, pensó. ¿Es posible que yo sea tan mala? ¿Acaso estaré también enamorada de Alberto? ¡Qué tonta soy! ¡Qué ideas se me ocurren! ¡Como si yo tuviese necesidad de casarme! ¿No tengo á mi papá, de quien no me separaría por nada del mundo? Además tengo mis enfermos, mis animalitos; no me falta qué hacer, no me queda tiempo para pensar en ciertas cosas; pero Laura, pobrecilla... ha sido tan infeliz; necesita crearse una posición; puede decirse que carece de apellido; el de la madre no es el suyo, y no quiere llevar el del padre, la pobrecita necesita un marido; en cambio á mí, ¿qué me falta?

Eran las palabras que le había dirigido poco antes la institutriz, que repercutían como un eco en su mente, y conforme iba pensando en ellas, le parecían más razonables y persuasivas; pero también consistía en que estaba más acostumbrada á dejarse dominar por los buenos sentimientos de su noble corazón que á guiarse por la serenidad de su raciocinio. Sentía más que pensaba.

Sumida en estos pensamientos, no echó de ver que Alberto se acercaba á ella con algunas cartas en la mano.

– ¿Por qué tan pensativa?, le preguntó.

Sofía se estremeció al oir aquella voz.

– No es nada, contestó; estaba fantaseando. Pero me había olvidado de que Laura me espera. Hasta luego.

Y se alejó presurosa.

El joven la siguió con la vista y pensó:

– Dice que no tiene nada; sin embargo, yo apostaría á que tiene en el corazón algo que la turba.

Por un momento pensó seguirla hasta descubrir lo que la preocupaba; pero no quiso ser indiscreto, y salió del jardín para ir á echar las cartas al correo.

Sofía se metió en su cuarto; tenía necesidad de soledad y recogimiento. La presencia de Alberto la había turbado; conocía que debía recobrarse y hacer de modo que pudiera volverlo á ver sin sentir la menor emoción. Habríalo conseguido con un pequeño esfuerzo, porque en aquel cuerpecito delicado latía un corazón de heroína.

No habría podido explicar lo que sentía en aquel momento; parecíale tener oprimido el corazón, y sin embargo, jamás había estado tan satisfecha de sí misma, y además experimentaba por Laura un cariño, una ternura como no la había sentido en todo aquel tiempo, y tanto que apenas recobró un poco de calma, corrió á ver á su amiga.

Laura ignoraba lo que su madre acababa de hacer por ella; lo único que aquélla le dijo fué que con su perspicacia había descubierto que Sofía no amaba á Alberto, y que por este lado no tenía nada que temer. Pero la aconsejó que no se hiciese ilusiones y que procurase disipar el afecto que sentía nacer en su corazón.

Laura no le prestó oídos; bastábale que Sofía no fuese su rival; todo lo demás le importaba poco, y después de las seguridades que le dió su madre, se sintió tan aliviada que quiso levantarse para bajar al jardín.

Cuando entró Sofía, le echó los brazos al cuello, y dijo que estaba alegre porque se sentía mejor, y quiso correr con la amiga por las sendas del bosquecillo porque tenía necesidad de aire y de movimiento, y decía que había en el mundo misterios que no se podían explicar.

– Mira, Sofía, decía; ayer era tan desgraciada que no hubiera dado un céntimo por mi vida, y ahora estoy contenta y quiero vivir eternamente. ¿Cómo explicas esto?

– También yo lo siento, pero no me lo explico, contestó Sofía; ayer estaba más alegre que ahora; quizás mañana estaré mejor. Creo que nosotras tenemos también, como el campo, días de lluvia y de sol, y tomo el tiempo como viene.

– Es que tú eres una filósofa, como tu papá, dijo Laura. Yo no; quiero tener siempre sol y alegría; de lo contrario, prefiero morir.

XIV

Alberto se sentía renacer en medio del aire perfumado del lago de Como; había olvidado ya sus disgustos, y disfrutaba con la conversación grave y formal del barón y de la institutriz, ó con la alegre é inocente de las dos jovencitas; pero de ningún modo se figuraba ser causa de un choque entre ellas; antes al contrario, tan remota de su imaginación estaba esta idea, que si alguien le hubiese dicho que los corazones de las dos amigas latían por él, se habría enorgullecido sobre manera, pero no lo habría creído fácilmente.

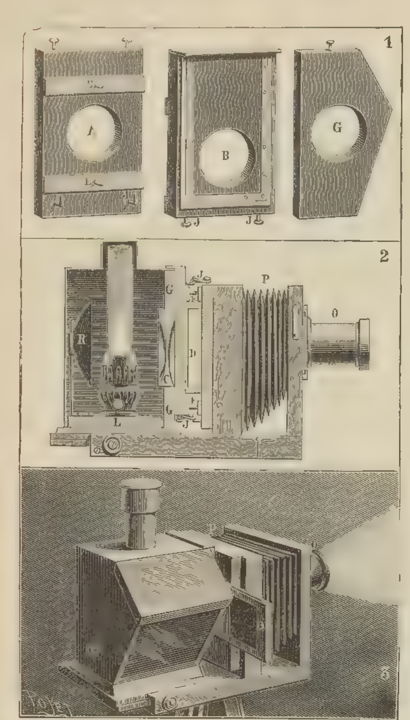
Sin embargo, un día notó en Sofía cierta frialdad que no se supo explicar. Hizo examen de conciencia para averiguar si había podido disgustarla en algo; pero aquélla no le remordía y acabó por decir: «Será un capricho.»

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

APARATO DE PROYECCIÓN

El sistema que vamos á describir y que permitirá á todos los aficionados á la fotografía confeccionarse



Figs. 1, 2 y 3. - Transformación de una linterna de laboratorio y de un aparato fotográfico en un aparato de proyección y ampliación. – Fig. 1. A. Falso marco negativo. – B. Cierro de la linterna. – G. Porta-condensador. – Fig. 2. El aparato visto de lado. A. Falso marco negativo. – B. Cierro de la linterna. – C. Condensador. – D. Marco con corredera para la proyección de dos clisés. – E. Barritas de hierro que mantienen A y B uno enfrente de otro de modo que entre sí coincidan los centros de las aberturas circulares. – G. Planchita sobre la cual se fija el anillo del condensador C. – J. Juntura elástica de A y B por medio de caucho ó de muelles. – L. Lámpara de petróleo modificada. – R. Reflector móvil para la lámpara. – Fig. 3. Vista del aparato funcionando.

un aparato de proyección y de ampliación se compone de los siguientes elementos:

1.° De una cámara obscura de 13 x 18, bien construída, que permita cierta decentración en altura. Para esta cámara se confecciona una plancha que tenga el espesor y la dimensión de uno de sus marcos negativos: esta plancha se coloca en el lugar de uno de estos últimos marcos, procurando que quede bien ajustada (fig. 1, A), y en ella se practica una abertura circular correspondiente al diámetro del condensador que se desea emplear: el centro de esta abertura deberá estar á la misma altura que el de la abertura anterior de la cámara cuando la parte delantera está decentrada hacia arriba. En la cara exterior de la plancha, es decir, la que estará en la parte de afuera cuando se colocará la plancha en la cámara obscura, se fijan dos pequeños listones de madera, de poco espesor, destinados á servir de guías á los marcos portapositivos. Como ese marco exige una construcción muy perfecta, cosa que no está al alcance de todos los aficionados, recomendamos la compra del marco portapositivos, que se encuentra en el comercio á un precio módico.

2.° De una linterna de laboratorio de cristales inclinados, de dimensión media y muy bien construída á fin de que la luz no pase por todos los lados. Esta linterna presenta en uno de sus costados laterales una abertura rectangular, cerrada por una pieza de hoja de lata que se desliza por una corredera. Se quita luego este cierro, se toma otra plancha que tenga casi las mismas dimensiones que la que reemplaza al marco negativo, y se fija encima, en los tres lados del rectángulo, una tira de cinc ú hoja de lata encorvada para poder colocar la planchita en el sitio de la primitiva tapadera (fig. 1, B). Después se pone la linterna en la parte posterior de la cámara, de modo que el lado en donde está la abertura tapada por la planchita se aplique sobre el falso marco negativo, y se señala el sitio en dónde haya de practicarse la abertura circular correspondiente, así como el punto donde hayan de fijarse los dos pequeños listones de madera enfrente de las del marco. Hecho esto, se toma una plancha á la que se da la dimensión de este lado interior de la linterna y se fija por medio de un clavo, que puede quitarse á voluntad; se indica el sitio de la abertura circular como las de las demás planchas, y se introduce en esta abertura el anillo que acompaña al condensador y que luego se fija sobre la plancha por medio de clavos ó tornillos (fig. 1, G).

El mechero de la lámpara de petróleo se sustituye por otro mayor ó, si la construcción de aquélla no lo permite, se hace soldar un mechero redondo (de 14 líneas) en una lata grande de sardinas, con lo que se obtiene una iluminación suficiente. Detrás de la llama se coloca un pequeño espejo cóncavo, pudiendo echar mano de los reflectores de los pequeños faroles de coche, que son de cobre sobreplateado y que cuestan pocos céntimos: debe cuidarse de que el centro del reflector coincida con el centro de la llama, del condensador y del objetivo.

Si se desea suprimir la luz roja que da la linterna, basta añadir un pedazo de cartón, de hoja de lata, de cinc, etc., del tamaño necesario, á manera de tercer cristal.

Por otra parte, la luz de la linterna puede ser oxihídrica, de gas, eléctrica, etc.

Realizados estos preparativos, es preciso reunir las dos planchitas colocadas en la parte exterior de los aparatos por medio de algunas rodajas de caucho, adheridas á las planchitas con escarpias, á fin de poderlas acercar, dejando la elasticidad necesaria para el cambio del marco.

De este modo queda formado el aparato de proyección. Puesta la linterna en la parte posterior de la cámara obscura, participará de los movimientos de traslación de la misma y se podrá poner en foco la imagen con uno de los objetivos de que se dispondrá, puesto que se tendrá á mano todo el tiraje de la cámara obscura.

M. Horn

***

LA PRESTIDIGITACIÓN DESCUBIERTA

EL NACIMIENTO DE LAS FLORES

Este juego es uno de los más graciosos que en prestidigitación se conocen. El prestidigitador se presenta ante el público llevando en la mano una cajita de cartón, en la cual, dice, hay semillas de flores de diversas clases.

«¡Nada de tierra, de humedad, ni de tiempo para hacer germinar la simiente, crecer la planta y abrir la flor: todo se logra instantáneamente! ¿No les parece á ustedes – añade dirigiéndose á los espectadores – que una rosa en mi ojal produciría el mejor efecto? Pues basta un golpe de varita sobre la semilla colocada en el sitio que se quiera, y aparece, como ustedes ven, la rosa. Coloquemos algunas semillas en esta cajita (A, fig. 1), que taparemos por un instante para que no se vea cómo nacen las flores... ¡Ya está! Destapemos la caja y ya tenemos violetas, miosotis y belloritas recién abiertas!

»Quizás alguno de ustedes desconfíe, y con razón, de la cajita de hoja de lata, y aún más de su tapadera. Pues bien; aquí tenemos una copa de cristal, perfectamente transparente, y un sombrero con el cual la cubro y que, por lo mismo que acaba de dármelo uno de ustedes, no puede haber sido objeto de ninguna preparación. Pero destapemos pronto la copa, porque las flores... Mas ¿qué es esto? ¡Cómo! ¿No hay flores? ¡Ah! Es que me había olvidado de sembrar las semillas. Volvamos, pues, á empezar. ¿Qué flores quieren ustedes? ¿Resedas, rosas, violetas? He aquí una semilla de cada clase que coloco en la copa. Ahora, que cada uno de ustedes me indique la flor que quiere. Tapo la copa, cuento tres segundos... y aquí tienen ustedes este magnífico ramillete (fig. 3).»

El juego terminará sacando del sombrero una porción de ramitos que el prestidigitador ofrece á las señoras.

La explicación es la siguiente:

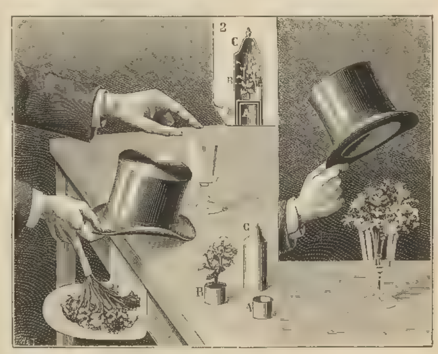
1.° *La rosa en el ojal.* Es una rosa artificial de muselina sin tallo y atravesada por un hilo fuerte de seda negra de 12 á 15 centímetros de largo, detenido por un nudo, y al que va unido otro hilo de caucho bastante fuerte, cuyo extremo libre, después de pasar por el ojal de la solapa izquierda del frac y otro ojal pequeño practicado debajo de aquél en el frac mismo, da la vuelta al pecho pasando por detrás de la espalda y termina en uno de los botones de la derecha de la pretina del pantalón, al cual se ata. Cuando el prestidigitador entra en escena, la rosa está colocada debajo de su espalda derecha, donde aquél la mantiene apretando un poco el brazo, en el momento preciso, levanta su varita hacia la derecha, fijando su mirada en la misma dirección á fin de desviar hacia ese lado la atención de los espectadores; pero al mismo tiempo separa un poco el brazo, y la rosa, atraída por el caucho en tensión, se coloca bruscamente en el ojal. El que no ha visto este juego, difícilmente podrá imaginarse el efecto mágico producido por la aparición instantánea de esta flor, venida no se sabe de dónde.

2.° *Las flores en la cajita.* Esta segunda aparición de flores, producida por medio del pequeño aparato que se ve en la figura 2, no tiene nada de misteriosa y sólo sirve para poner de relieve el experimento siguiente, en el cual, evidentemente, no cabe el doble fondo. Además, la diversidad de los medios empleados contribuye en alto grado á desorientar á los espectadores.

La figura 2 representa, cortadas en sección vertical, las tres piezas del pequeño aparato que aparecen sueltas en la mesa en la fig. 1: A es la caja cilíndrica de hoja de lata en la que se siembran las semillas; B otra caja de diámetro algo mayor y puesta boca abajo, con la cual se tapa la primera, á la que es en todo semejante. En el fondo de B hay un ramito de flores artificiales: apretando ligeramente por abajo la tapadera G, que es de latón delgado, se levanta la caja B con el ramo; si, por el contrario, se deja ésta sobre la mesa, los espectadores no advierten la sustitución operada y creen siempre ver la primera caja, de la que se figuran han salido las flores.

3.° *El ramillete en la copa.* Esta es la parte más interesante del experimento. Dejemos el discurso que muchos prestidigitadores reproducen invariablemente y en el cual se ensalzan las condiciones especiales de los sombreros cuyos dueños tienen la cabeza caliente y que son por esta circunstancia los más á propósito para servir de campanas con que tapar los melones, etc., etc.

Ya hemos dicho que se cubre una primera vez la copa con el sombrero y que el prestidigitador finge extrañeza al ver que las flores no han aparecido; pero en el instante mismo en que quita el sombrero y todas las miradas están fijas en la copa buscando el anunciado ramillete, el prestidigitador que tiene en la mano derecha el sombrero al parecer descuidadamente apoyado en el borde de la mesa, introduce rápidamente su dedo medio en un tubo de cartón adaptado al ramo previamente colocado en una mesita auxiliar (fig. 1), y levantando en seguida el dedo introduce las flores en el sombrero, teniendo cuidado – y este es un punto muy interesante – de no apartar la vista del vaso para fijarla furtivamente en el ramo,



El nacimiento de las flores

como instintivamente se siente uno impulsado á hacerlo. Esta introducción del ramo debe hacerse en menos de un segundo, después de lo cual se mantiene el sombrero en el aire, mientras que con la mano izquierda se finge escoger en la caja de cartón semillas imaginarias que se van depositando en el vaso.

4.° *Los ramitos en el sombrero.* No hay que perder un momento: mientras se admira el ramillete y dura todavía la sorpresa de su aparición, el prestidigitador, aprovechando estas circunstancias favorables, introduce por el mismo procedimiento antes explicado un paquete de ramitos atados por un hilo poco resistente, que aquél romperá dentro del sombrero. No hemos dibujado estos ramitos en el grabado en que se ve la mesa auxiliar á fin de no complicar el juego representado. Ya se comprenderá que un prestidigitador hábil no se dará prisa por mostrar los ramitos, sino que se adelantará hacia el público como si, terminado el experimento, quisiera entregar el sombrero que le habían prestado. Luego, aparentando responder á una pregunta, dirá: «¿Usted desea flores, señora? ¿Y usted también? ¿Y usted y usted?... Entonces voy á vaciar en el sombrero el resto de las semillas maravillosas y veremos el resultado que éstas dan.»

Entonces es cuando la atención de los espectadores se despierta y cuando éstos abren los ojos para ver llegar las flores; pero entonces la trampa ya está hecha. Con lo cual queda demostrado que tratándose de prestidigitadores, cuando se les quiere vigilar ya es tarde.

MAGUS

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL ARTE ESPAÑOL Y LA PRIMERA EXPOSICIÓN DE INDUSTRIAS ARTÍSTICAS, *por D. Antonio García Llansó.* – La circunstancia de tratarse de un querido compañero nuestro de redacción, no ha de ser óbice para que desde aquí recordemos los aplausos con que un público ilustrado y competentísimo, congregado en el *Círculo de Bellas Artes de Barcelona* el día 23 de enero del presente año, acogió la conferencia que, impresa hoy, forma el folleto que nos ocupa, y las alabanzas que la prensa de nuestra ciudad prodigó al Sr. García Llansó á raíz de la sesión en que fué dada dicha conferencia, aplausos y alabanzas bajo todos conceptos merecidos, porque en su trabajo demuestra una vez más el Sr. García Llansó su erudición y conocimientos artísticos, su buen espíritu crítico y su exquisito gusto en materia de bellas artes, cualidades avaloradas por el lenguaje elegante que campea en todo su discurso. – Este folleto véndese en las principales librerías al precio de 1 peseta.

UNA PORCIÓN DE COPLAS, *originales de Pablo Iñiguez.* – Colección de cantares sentidos, como todo lo que se inspira en la poesía popular de las hermosas regiones andaluzas. Forma un folleto impreso en Sevilla, imprenta de Resuche (conde de Benomar, 2), y que se vende al precio de 10 céntimos.

LOS COSACOS, *por el conde León Tolstoy.* – Hermosa novela: bien puede asegurarse que es una de las mejores producciones del autor de *La Sonata de Kreutzer.* ¡Qué páginas tan delicadas y tan sentidas! ¡Cómo ha estudiado el corazón humano el famoso novelista ruso! Los agradables ratos invertidos en la lectura de este libro los contaremos como los mejores que debemos á las literaturas extranjeras. – Precio, 3 pesetas.

ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA CRIMINAL, *por Enrique Ferri.* – El sabio publicista italiano nos ha dado en este nuevo libro gallarda muestra de su talento. ¿Quién podrá blasonar de conocer como Ferri la vida carcelaria? El estudio que le dedica es de primer orden. Sus consideraciones sobre el homicidio, sobre el asesinato y sobre el remordimiento son curiosísimas y abren nuevos horizontes á la ciencia penal. – Precio, 3 pesetas.

EL REY LEAR DE LA ESTEPA, *por Iván Turguenef.* – A semejanza de Shakespeare, ha pintado el maestro de los novelistas rusos en este libro el proceder de las hijas con el padre que, dejándose llevar por el cariño, les reparte su hacienda, confiando en que ellas no le serán ingratas cuando le vean pobre. El padre yerra; las hijas, enriquecidas, le olvidan, hasta tratarle como á un criado, peor que á un criado; pero llega un día fatal, y es de ver á la hija arrepentida gritando desconsolada: «¡Padre! ¡Padre!»

Esta obra, que como las tres anteriores forma parte de la Biblioteca de libros escogidos, véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.



Placa de bronce cincelado regalada al Sr. Dr. Assis Brazil, ejecutada en los talleres de los Sres. Gottuzzo y Terrarossa, de Buenos Aires

LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA. – Los dos últimos números de esta revista contienen importantes artículos como *Los criminalistas españoles en el extranjero,* por Jerónimo Vida; *El contrato de trabajo y la legislación civil española,* por Adolfo A. Buylla; *El remordimiento en los delincuentes,* por Enrique Ferry; *La pena de muerte en la filosofía científica,* por M. Carnevale; *Los caracteres positivos del Estado,* por Adolfo Posada; *Ciencia política,* por M. Torres Campos; *El positivismo y el Derecho civil,* por R. Altamira; *Influencia de la orografía en la estatura,* por Lombroso; *El cura Merino,* por Salillas, y otros varios de general interés.

Se suscribe á esta Revista, que sólo cuesta 12 pesetas al año, en la Administración, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

LAS INSTALACIONES DE ALUMBRADO ELÉCTRICO, *por G. Fournier y J. A. Montpellier, traducción de A. Hidalgo Mobellán.* – La importancia de esta obra queda demostrada con sólo decir que en el prólogo de D. José Echegaray, que encabeza la edición española, consigna el ilustre sabio español que es una de los mejores que se han publicado en lengua francesa. La traducción está esmeradamente hecha. El libro, en donde se trata minuciosamente y de una manera clara de todo cuanto con tan interesante materia se relaciona y que no vacilamos en recomendar á nuestros lectores, ha sido publicado por la casa editorial de D. Victoriano Suárez (Preciados, 48, Madrid), y se vende en las principales librerías al precio de 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias.

LA ESPAÑA MODERNA. - Los dos últimos números de esta revista contienen trabajos de los primeros publicistas españoles y extranjeros. Descuellan por su mucha importancia una novela de Cherbuliez, titulada *Eduardo el Guapo;* las *Memorias íntimas de Enrique Heine;* la biografía del famoso dramaturgo Ibsen; el drama del mismo *Casa de Muñeca;* una novela de Turguenef; otra de Tolstoy, titulada *Iván el Imbécil; El salón de la emperatriz Josefina,* y otra porción de trabajos de Lotti, Bourget, Castelar, Fernández Duro, Villegas, Caro, etc., etc.

Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 21 de noviembre de 1892 — Núm. 569

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN BUSCA DE UN CORAZÓN, escultura de Gustavo Eberlein (Exposición internacional de Munich, 1892)

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

Cuando esta *Crónica* la lean los suscriptores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, el encanto de lo desconocido, la esperanza de la incertidumbre, la fiebre de las discusiones apasionadas, todo se habrá encalmado para desvanecerse por completo antes de que termine el año. Dentro de muy pocos días los periódicos habrán publicado la lista oficial de recompensas de la sección española de pintura, escultura, arquitectura y grabado de la Exposición internacional de Bellas Artes, y dos días más tarde sabremos cuántas medallas y cruces se otorgan á Francia y Alemania.

La tarea del Jurado fué laboriosísima. A la mitad de los debates presentaron las renuncias de sus cargos los Sres. Muñoz Degrain y Moreno Carbonero, y el presidente de la sección de pintura Sr. Martínez Cubells se retiró enfermo con ánimos suficientes para prolongar la enfermedad todo el tiempo que la Exposición estuviese abierta. Vuelto á reunirse el Jurado de pintura, después de varios trabajos de conciliación, parece ser que las discusiones tomaron otro sesgo menos rudo y el espíritu de la transigencia y aun el de la benevolencia batieron sus alas sobre las cabezas de los individuos que forman tan alto tribunal. Así, me decía hace horas uno de los jurados: «Amigo Balsa de la Vega, hemos adoptado el hábito de los frailes menores, porque es el de manga más ancha. Medallas de segunda y tercera clase pasarán seguramente de setenta las que otorgaremos.»

* * *

Las medallas de oro concedidas son las siguientes (salvo variante ligerísima que podrá ser de aumento): *Flevit super illam* (Simonet), *¡Otra margarita!* (Sorolla), *Huelga de mineros en Vizcaya* (Cutanda), *El cardenal Cisneros examinando los planos del hospital de Illescas* (Ferrant), *El derecho de asilo* (Amérigo), *La cuna vacía* (Menéndez Pidal), *El milagro de Santa Casilda* (Nogales), aguas fuertes (de los Ríos), paisaje (Morera).

Escultura: *Los primeros fríos* (Blay), *Dos de mayo de* 1808 (Marinas). De arquitectura ignoro la propuesta hoy 14 de noviembre.

Segundas medallas sé que las obtienen entre otros los Sres. Santamaría por su cuadro *El triunfo de la santa Cruz;* Galofre Oller, por el lienzo *Pena de azotes;* Plá, por el que titula *Las doce;* Patermina, por la sentida escena que representa una madre visitando á su hija enferma en el hospital; Francés (D. Plácido), por *Un consejo del padre;* Bilbao, Llimona y creo que por sus dibujos de ornamentación el Sr. Xumetra.

Respecto de las segundas de la sección de escultura, tengo también noticias de que se las conceden á los Sres. Parera, Fuxá, Vallmitjana, Amutio; y de tercera, á Campeny, Rodrigo Alvarez y algunos otros que no recuerdo. Me apresuro á decir que de algunas de las medallas indicadas no puedo certificar de que sean ciertas, solamente hablo por referencia, y me consta que todavía sufrirán las propuestas nuevos exámenes y votaciones. Sin embargo, muy pronto será conocido el fallo del Jurado; quizá cuando este artículo entre en cajas, probablemente la prensa madrileña habrá publicado la lista oficial.

* * *

Ya que en *Verdades y mentiras* me ocupo de la sección de pintura, estudiando las tendencias que se dibujan en este arte, así como el valor ó la importancia psíquica de las obras, en estas *Crónicas* diré algo de la sección de escultura.

Por de pronto puedo afirmar como, con relación á la última exposición celebrada en Madrid, es muy deficiente en esta, así por el escaso número de obras, como por la poca importancia de casi todo lo que de escultura se exhibe. No es esto negar en absoluto que no guarde el Palacio del Hipódromo muestras interesantes del progreso que en el arte de Fidias viene realizándose en España desde hace algunos años; pero á pesar de lo dicho, y aun teniendo en cuenta la cantidad de escultura producida por nuestros escultores en el año que va á terminar, no por eso las tendencias de los estatuarios que al certamen concurren dejan de determinarse claramente en cuanto exhiben.

Dos tendencias son las dominantes y dos los ideales que la escultura española persigue. La llamada *clásica*, si poco representada, tiene todavía cultivadores; la *modernista* (aceptemos por ahora el galicismo) se muestra boyante. Respecto de los ideales, éstos concrétanse mucho más que en la pintura.

La escultura bucólica, con sus tipos genuinos, como son las estatuas *La Formiga*, de Campeny; *La trilladora*, de Vallmitjana; el grupo *Ya te lo devolveré*, de Carbonell; *Dafnis*, de Alvarez, y alguna otra obra que no recuerdo en este momento, pudiera decirse, por lo que al concepto atañe, que se inspira en la escuela pictórica malamente llamada de Barbizón - y digo malamente, por entender como dicha escuela no existió en realidad jamás. – La escultura mística tiene también relativa importancia, quizás mayor que la bucólica, no porque sea mayor el número de esculturas, sino por abarcar dentro del concepto variedad bastante. *Tota pulchra est Maria*, de M. Garnelo; *Consummatum est*, de Atché; *San Francisco de Asís*, de Fuxá, y *San Luis Gonzaga*, de Reynés; como *Ezequiel*, de González del Valle, como *Colón*, de Gandarias, como la *Alegoría de la Arquitectura*, como otras dos ó tres esculturas más, señalan los derroteros que inconscientemente sigue el arte de la estatuaria entre nosotros, dentro de ese campo del cual dijo un ilustre pensador español que ya no daría frutos al artista.

Para mí, los grupos de Marinas, Parera y Amutio, *Dos de Mayo de* 1808, *Gerona* 1809 y *Por la Patria*, están dentro del sentir místico del arte moderno. Si alguna idea, si algún sentimiento existe (por cien razones y por cien que no son razones, porque pertenecen al sentimiento, ilógico la mitad de las veces en sus afectos) capaz de llevar al hombre más cobarde hasta el heroísmo, al usurero á quemar su hacienda, á la mujer á hacer el sacrificio de sus hijos, á dos enemigos mortales á reconciliarse; esa idea, ese sentimiento, única religión que no tendrá jamás cismáticos ni ateos, es el amor á la patria. Cariño el más místico de todos, el más puro, el más espiritual, el que no compensa materialmente sacrificio de ningún género. Las religiones todas ofrecen dichas y bienandanzas eternas al final de la vida á sus creyentes; la patria ofrece cuando más, á escasos elegidos, un lugar en las páginas de la Historia. El emigrante que marcha á remotos lugares en busca de medios para subsistir, sueña con volver á pisar la tierra que lo vió nacer, sueña con el rincón donde corrieron los días de su infancia y donde ya hombre no pudo seguir viviendo. Y torna á la patria el desterrado, y tan sólo verla, respirar el aliento de sus brisas, pisar el estrecho sendero ó la calle solitaria, oir el rugir del mar ó el susurro de la fuente es la compensación de todas las angustias, de los esfuerzos, de las heroicidades, de la ruina quizá de la familia de ese devoto, de ese amante, de ese esclavo.

Dentro, pues, de la tendencia mística moderna del arte que, como ya he apuntado, no pertenece ni puede pertenecer á religión positiva alguna, los mencionados grupos de Marinas, Parera y Amutio dan la nota más alta, la épica. El profeta *Ezequiel*, de González del Valle, tiene asimismo la importancia que le presta ese amor de la patria, exaltándole hasta hacer de él uno de aquellos videntes que presienten la ruina y desaparición de su pueblo, y contra cuyo desastre tan sólo pudieron oponer la palabra. *Colón*, de Gandarias, recordando como recuerda el *Pensierosso*, está dentro de una tendencia. La actitud de meditación, el reposo, la quietud y recogimiento místico de la figura, la tristeza de un pensamiento hondo, de una idea que obsesiona el cerebro, no dándole reposo y aniquilando las fuerzas físicas, hacen de la obra de que me ocupo, analizada desde este punto de vista psíquico, una producción por completo mística también.

Yo creo adivinar una metamorfosis en el sentido idealista en nuestra escultura. La serenidad augusta de la estatuaria griega es imposible hoy. Las luchas del espíritu, los grandes problemas del día son demasiado grandes para que el arte, dejando á un lado lo que de casuístico haya en esas luchas y en esos problemas, no se sienta atraído por el valor psíquico y el plástico, dentro por completo de la órbita en que debe producirse el arte, de esas grandes evoluciones y revoluciones sociales, científicas, políticas y religiosas.

Entiendo, pues, con arreglo á este mi sentir, que *Dafnis*, de Alvarez, como el *Soldado de Marathón*, y alguna otra estatua y busto donde los artistas tuvieron constantemente la mirada fija en el seudo-clasicismo de los últimos años del pasado siglo y en los de la primera mitad del actual, están completamente alejados de la verdad. Porque la verdad y la belleza en el arte de hoy se presentan bajo tan distinto aspecto de la belleza y verdad que produjeron las figuras del Erectéon y del Parthenón, imitadas por nuestros abuelos y padres los Canova y Forwalsen, como distinto es el aspecto de las verdades políticas y sociales, religiosas y científicas de los tiempos de Pericles y de Nerón, de los de la Convención francesa ó de la Revolución de septiembre.

La inquietud del espíritu se refleja en el semblante y en toda la figura, aun cuando en la figura en mucho menor grado. Los grandes problemas sociales dan fisonomía distinta á las colectividades, y á su vez éstas al individuo. El obrero que Roma encerraba en las grandes galerías mineras del Asia, como de España é Italia mismo, no podría servir de tipo, no ya moral, ni siquiera físico, para pintar ó esculpir un obrero del siglo XIX. El hombre marcha erguido, con aplomo, compuestas naturalmente las líneas del rostro, acompasado el andar, si su espíritu se halla exento de dudas, de inquietudes, de preocupaciones de toda especie y allá en el fondo del cerebro no se agitan vertiginosas las células grises aniquilándose rápidamente al calor de ideas encontradas que las disuelven y consumen, como la llama la cera que rodea el pábilo y el oxigeno del lugar en que arde.

Cuando á Grecia los grandes dolores precursores de su ruina la agitaron, el arte dejó de ser tan sólo bello de forma para ser bello psíquicamente. La época de la decadencia que produjo la *Gigantomaquia* y poco después el *Laocoonte*, es para mí más humana que ninguna otra de las llamadas clásicas. La forma fué otra ya en aquélla. Se adivina Miguel Angel; al güelfo y al gibelino; la Reforma, la iniciación de cien problemas que habían de causar revoluciones que transformarían por completo la faz del mundo.

R. BALSA DE LA VEGA

Madrid, 14 de noviembre de 1892

MARINELA

En aquella ensenada de la costa que limitaban por un lado las últimas estribaciones de la sierra y por otro la playa de menudas arenas que en suave pendiente ascendía hasta los primeros cañares de la vega, hallábase enclavada la choza del *tío Gaspar*, el ágil grumete de otro tiempo, el rudo piloto de ojo seguro y mano fuerte que cien veces desafiara las furias del mar sobre el tosco armazón de su barca *Esperanza*, ligera como una gaviota, y á la que el viejo marino se encontraba unido, como el molusco á su concha, por esa fuerza del hábito que engendra irresistible simpatía y da vida á muchas cosas, haciendo de ellas como seres sensibles en quienes reconcentramos parte de nuestros más entrañables efectos.

Los años de luchas y fatigas apresuraron la vejez, y aunque fuerte aún y derecho como aquellos palos por los que tantas veces trepara sin temor al huracán que sacudía el cordaje y el velamen del buque, la cabeza del *tío Gaspar* estaba ya blanca como la cresta de una ola y sus anchas y cerdosas patillas parecían también salpicadas con la espuma salada de los mares.

Viejo é imposibilitado por aquel maldito *ahogo* que acabaría por *echarle á pique* en tierra firme, á él, á Gaspar, que tanta agua había tragado en días de prueba, sin que, como á los peces, le faltara nunca aire que respirar, vivía en aquella choza al amparo del *amo*, un viejo marino como él, dueño del cortijo de *allá arriba*, que daba frente al mar y se destacaba enjalbegado y airoso sobre el verde tapiz de las vides que corrían loma abajo, extendiendo sus pámpanos sobre los dorados racimos y enredando sus tiernos zarcillos en los troncos de algunos almendros, que de trecho en trecho interrumpían la monótona uniformidad del plantío.

Su mujer y sus hijos habían muerto, y para el *tío Gaspar* no existían en el mundo otras afecciones que la de la gratitud al *amo* y la de su cariño profundo á *Esperanza* y á Marinela: su barca y su *niña*.

La primera estaba siempre atracada junto á la cho-

za, y balanceándose dulcemente al compás del oleaje, parecía que dormitando descansaba de las rudas fatigas de muchos años de pesquera: la segunda corría y saltaba por la playa, trepaba por las vertientes de la sierra, subía sobre la barca, alargaba su cuerpo hasta las últimas salientes de las rocas que el mar batía, para coger cangrejos y mariscos, y cuando transpuesto el sol, volvía canturriando hacia la choza, el *tío Gaspar* adelantábase á recibir á su nieta, y Marinela llegaba hasta él saltando, colgábasele al cuello, le cubría la frente de besos ruidosos, le tiraba de las ásperas patillas y le restregaba en el curtido rostro su rubia cabellera prendida de caracolas y conchitas.

En aquellos momentos, el *tío Gaspar* olvidaba sus años, sus penas y su pobreza; olvidábase hasta de su *Esperanza,* que allí cerca era mudo y tal vez envidioso testigo de aquellos desbordamientos de cariño y... ¡pícara chicuela! con sus mimos y su charloteo y su risa, alegre como el trino de una golondrina, derretía de ternura al abuelo y hacía que la *marea* subiera muchas veces del corazón á los ojos, según decía el *tío Gaspar,* y que una gota de agua, también salada, cayera rodando por entre el espeso laberinto de sus canosas patillas.

Marinela contaba ocho años. Había nacido á orillas de aquel mar, siempre sereno, y tenía en todo su ser la inefable poesía de aquel agua que se balanceaba con cadencioso ritmo, murmuraba con sus lenguas de espuma frases que la muchacha no entendía, pero que le halagaban el oído más que todas sus canciones de niña, se teñía en la alborada del suave color del topacio y de noche relampagueaba, deslumbrante, al derramar la luna sobre ella la argentina cascada de sus rayos.

Como aquel mar y como aquel cielo, los ojos de Marinela eran grandes, azules y brillantes; sus cabellos del color de aquel agua cuando al despuntar el sol se pintaba de oro; ruidosa su risa como las olas que se deshacían contra las rocas de la playa; fresca y armoniosa su voz como la de aquellas lenguas de espuma que murmuraban frases que ella no comprendía.



ECCEHOMO, escultura de D. Rafael Atché

corrido muchas veces acompañando al *señorito Julio,* el hijo del *amo,* un querubín de cabellos blondos y de ojos azules como los de ella, de facciones correctas y aristocráticas, tímido y débil, bueno y generoso, y que cerca de la nieta del *tío Gaspar* personificaba con sus punteados zapatos de fina piel, su bombacho azul, su blusa marinera y su sombrero de paja con ancha cinta de raso, el atildado refinamiento de las grandes ciudades junto á la selvática sencillez de la muchacha de los campos.

Y sin embargo, y á pesar de este rudo contraste, aquellos dos niños de tan distinta condición social sentíanse atraídos el uno hacia el otro por una inexplicable simpatía. Y durante los meses del estío, que el *amo* acostumbraba á pasar en el campo, Marinela y el *señorito Julio* eran inseparables camaradas de juego, y veíaseles, como potrillos sin rienda, saltar y correr por la playa, trepar por las riscosas veredas y *jugar á las olas,* que salpicaban los finos zapatos del niño y envolvían en blondas de espuma los pies descalzos y sonrosados como capullos de la nieta del *tío Gaspar.*

Marinela, por un delicado instinto de su naturaleza inculta, había comprendido que en estos juegos y en estos escarceos infantiles, ella debía ser, junto al *señorito,* ángel de la guarda y generosa protectora, y era de ver cómo aquella rapaza, delicada y flexible como las cañaveras de la playa, ayudaba al niño á escalar las más enhiestas rocas; tiraba con violencia de él cuando una ola más grande amenazaba mojarle sus bombachos; con el agua á media pierna internábase por las estrechuras que la mar bañaba, en busca de caracolas y de lapas con que obsequiarle, y erre que erre con el abuelo, no le dejaba en paz un momento, pidiéndole redes de hilo y barcos de corcho que, apenas terminados, ofrecía con una angelical sonrisa al chico.

Y cuando á la caída de la tarde, rendidos de jugar, sentábanse ambos sobre una de las más altas rocas de la ensenada, y, cogidos de la cintura, permanecían allí largo trecho contemplando en el brumoso horizonte la sombra espumada de algún buque lejano y más cerca los barcos de la pesquera, con sus velas latinas semejantes á blancas alas que hinchaban suavemente las brisas rumorosas, silenciosos é inmóviles, abstraídos en la beatífica contemplación de aquel inmenso mar, reflejaban en sus pupilas azules la paz inefable de sus almas, serenas como el Mediterráneo y llenas como él de luz y de poesía.

El *señorito Julio* pagaba con un sincero cariño la adhesión de Marinela, y todos los años cuando llegaba al cortijo ofrecía á la niña algún precioso juguete, que ella contemplaba siempre con infantil regocijo y cierto asomo de asombro y de respeto, colocándolo después en sitio preferente sobre aquel bazarillo de la choza que le había fabricado el abuelo y en el cual Marinela tenía expuesto el preciado tesoro de sus conchas, de sus caracolillos y de sus chinas de colores, robados al mar en las horas de la baja marea.

Así pasaban años, y Marinela, desde la entrada



UNA BODA EN SEVILLA, cuadro de D. J. Rico

Llamábase Marina; pero los pescadores y campesinos del contorno la llamaban tan sólo Marinela.

Para ella no había más mundo que aquel limitado espacio de la costa, el cortijo y la vereda que desde él conducía á orillas del mar, y que la niña había re-

del *agosto*, aguardaba siempre con febril impaciencia la llegada del *señorito*.

El año último, cuando por vez primera se vieron, el niño le había regalado una cruz de oro, sujeta en una cadenilla del mismo metal, que la muchacha llevaba desde entonces siempre prendida al cuello, como la más preciada joya de su pequeño tesoro.

Pero pasó el año siguiente y el *señorito Julio* no vino. Marinela supo por su abuelo que se hallaba educándose en un colegio de una tierra *muy lejos*, que ella no había oído nombrar hasta entonces, y una ola de melancólica tristeza invadió el alma delicada de la pobre niña, á quien ya no se vió correr ni saltar por la playa, ni trepar por las vertientes de la sierra, ni alargar su cuerpo hasta las últimas salientes de las rocas para coger cangrejos y mariscos.

Pasábase las horas en la playa, quieta y silenciosa, contemplando con inmóviles ojos la azul inmensidad, como si con la mirada quisiera explorar desconocidos horizontes y encontrar en ellos un rayo de luz que disipara las sombras de su alma.

Mientras en su espíritu operábase aquella dolorosa transformación, la naturaleza iba realizando también en ella esa misteriosa metamorfosis que convierte el tierno botón en magnífica rosa y da á la crisálida alas de pintado tul con que levantarse de la tierra y revolotear alegre sobre los cálices de las flores. Marinela era mujer; mujer de formas esculturales y armoniosas, de cabellera rubia como las espigas de trigo en granazón, sobre la cual irradiaba como un nimbo celeste la inmaculada pureza de su alma de virgen.

Y transcurrían años y *el señorito* no llegaba. Marinela palidecía como el cielo á la caída de la tarde, y sus ojos brillaban cada vez más azules y el *tío Gaspar* consumíase de tristeza con la tristeza de su nieta, cuya causa sospechaba, á pesar del obstinado silencio de la niña, que impulsada por un exagerado instinto de pudor, jamás dejó escapar de sus labios una frase que pudiera revelar el doloroso secreto que llevaba en el alma.

Díjose un verano que el *el señorito Julio* había contraído matrimonio y que en breve llegaría al cortijo con la nueva señora. Marinela lo supo, y un frío de puñalada recorrió todo su cuerpo y, sola junto á las rocas de la playa, la postrera esperanza salió de su alma por sus ojos entre un torrente copioso de lágrimas.

Llegaron los *señores*. Los campesinos y pescadores del contorno acudieron al cortijo á saludarlos, y, ya de noche, bajo el verde y rumoroso palio de la frondosa parra dejáronse oir los sones alegres de la *juerga* andaluza, y las airosas *costeñas*, al compás de los sentidos cantares del país, se entregaron al baile, mientras las copas del dulce moscatel corrían de mano en mano, poniendo calor de sol en las venas y chispazos de luz en el diálogo.

Mientras tanto en la choza del *tío Gaspar* todo reposaba. La noche, tranquila y espléndida, estaba llena de inefable melancolía. El mar, sereno como un lago, murmuraba acentos de indefinible ternura, mientras los rayos de la luna, cabrilleando sobre la inmensa extensión, le arrancaban aquí y allá luminosos destellos de plata. Junto á la choza, la barca *Esperanza* cabeceaba, sujeta á la orilla, como si dormitando descansara de las rudas fatigas de muchos años de pesquera.

Giró pausadamente la puerta de la choza, y la luz de la luna iluminó la figura pálida y espiritual de Marinela, destacándose sobre el fondo sombrío de la pobre vivienda.

La muchacha adelantó un corto espacio con silencioso andar; después pareció que vacilaba; paróse, volvió sobre sus pasos, y apoyando la cara en la pared de juncos de la choza, la besó con un beso profundo, entrañable y prolongado, mientras del cielo azul de sus pupilas brotó un raudal de llanto.

Así permaneció breve rato. De pronto una ligera bocanada de aire llevó hasta sus oídos el confuso rumor de un lejano rasgueo de guitarra, y destacándose sobre él, los acentos cristalinos y frescos de una voz femenina que con honda ternura entonaba la copla siguiente:

Pechito sin esperanza,
sepultura de ilusiones,
aunque el sol brille por fuera,
siempre por dentro es de noche.

Marinela se estremeció, y sacudiendo su rubia cabeza, en cuyos rizos de oro se enredaban los rayos de la luna, irguióse con la enérgica decisión de una voluntad firme, y sin volver atrás la cara, corrió hacia el resbalaje, como si huyera de los últimos ecos de aquella copla, que cada vez más debilitados, aún la iban persiguiendo sobre las leves alas de la brisa marina. Cuando llegó á la orilla, desató el cabo que sujetaba la barca, subió en ella, y dando un vigoroso empuje á los remos entróse en el Mediterráneo, marcando su camino con fosfórica estela, á semejanza de esos cuerpos celestes que de un punto del espacio van á morir á otro dejando tras de sí un brillante reguero de luz.

Y luego que se vió ya lejos de la orilla, desató un pequeño envoltorio que llevaba consigo y sacó de él los objetos más preciados de aquel su tesoro que tanto tiempo guardara en el bazarillo de la choza: los juguetes recibidos del *señorito* y conservados con religioso cariño. Púsolos sobre el banco y los contempló largo rato á la luz de la luna que comenzaban á velar á trechos algunas nubes plomizas. Después se arrodilló; besó con indefinible ternura la cruz de oro que siempre llevaba en la garganta, y levantándose, contempló por un instante la azul inmensidad que halagaba su alma con suaves murmullos, como invitándola á un sueño de perdurable reposo, no turbado jamás por las penas amargas de la vida.

Ocultóse la luna tras las nubes; quedó el Mediterráneo envuelto en densas sombras; el agua pareció agitarse con un prolongado lamento, que de onda en onda fué rodando por la obscura extensión, y cuando brilló otra vez el pálido astro de la noche, la barca, la *Esperanza* del *tío Gaspar*, flotaba sola, lejos de la orilla, á merced de los vientos, mientras en el lejano horizonte dibujábase sobre un fondo de ingentes arreboles la aurora de un nuevo y espléndido día.

A la tarde siguiente un grupo de pescadores rodeaba, lleno de dolor, un cadáver que la mar había arrojado sobre el declive de la ensenada. Era el de Marinela, bella aún, como el cielo á la caída de la tarde y llevando todavía en el nacarino cuello la cruz de oro, regalo del *señorito*.

De pronto, un viejo de canosas patillas se dirigió al grupo con rápido aunque inseguro paso. Abriéndose camino con brutal energía, llegó el *tío Gaspar* hasta el cuerpo yerto de Marinela; contempló un instante á su *niña* con trágica expresión de horrible espanto; sintió luego que *la marea* subía, subía del corazón á la garganta en amargas y turbulentas oleadas que le ahogaban; lanzó un rugido fiero de indefinible angustia, y rodó, inerte, al resbalaje, hundiendo su cabeza en la espuma de una ola que se llevó el postrer suspiro del anciano.

CAYETANO DEL CASTILLO TEJADA

SECCION AMERICANA

EL COLEADOR

(Conclusión)

Cuando después de practicadas todas las diligencias del careo y puestos los gallos uno enfrente de otro no se acometieren, sin embargo de quedarles aún algún resto de vida, es señal de que están enteramente privados de la vista. Hay que recurrir entonces al auxilio de otro sentido, para que se encuentren, se reconozcan y se acaben de matar: este sentido es el tacto, y los gallos le tienen en el pico, según lo da á entender el artículo correspondiente del Reglamento, que dice:

«Hallándose los dos gallos *perfectamente* ciegos, deberán carearse *pico á pico*, tomados siempre y en todos los casos por la cola solamente, y nunca aplicada otra mano al pecho del gallo.»

Sobre todo, mucho cuidado con eso de no aplicarle al moribundo la otra mano, y de sujetarle únicamente por el montón de plumas largas que suelen tener los gallos por detrás.

Finalmente, el artículo 10.º de la sección ó capítulo de careos manda que se repitan hasta cinco veces, y el 12.º se halla concebido en la siguiente forma:

«Para la decisión de cualquier pelea debe darse siempre el último careo, sin que se declare la victoria antes, á menos que el rendido lo publique ó *con la muerte* ó *con los impudentes gritos de su infame cobardía;* bien entendido que con éstos no se han de equivocar los clamores que suelen dar muchos gallos valerosos y esforzados en el discurso de la pelea por efecto de los golpes que reciben *en cierta parte del cuerpo*, ni los que, con el conocido nombre de *tocar el clarín*, expresan otros las fatigas que les atormentan por ocasión del cansancio.»

Al llegar aquí parece que la asamblea gallística-oficial se hallaba en el más alto grado de inspiración y de entusiasmo épico, á juzgar por la energía de los epítetos y la belicosa elocuencia de la dicción. Nótese sobre todo el terminante precepto de que los *coleadores* sepan perfectamente el lenguaje de los gallos, para conocer cuándo se quejan de las fatigas de la lid, cuándo de los golpes recibidos en... salva sea la parte y cuándo proceden sus *impudentes* gritos de la *infame* cobardía.

. . . .

Habría materia para llenar un libro con los comentarios de este original y característico documento, en cuya redacción trabajó sin duda el gobierno con un ahinco y una minuciosidad que rara vez llegaron á merecer las disposiciones y decretos sobre enseñanza pública; pero en la imposibilidad de traspasar por hoy los cortos límites de un artículo de este género, heme concretado á señalar algunos pasajes, como útil preliminar de la descripción que ahora comienzo.

Para conocer y apreciar en todos sus detalles un tipo del tenor siguiente, bueno es tener con anticipación una idea de las circunstancias que le dieron vida y del *medio legal* en que se desarrolló.

II

Para ser buen *coleador* se necesitan ciertas aptitudes naturales que hacen de nuestro tipo una verdadera especialidad.

Es cosa averiguada que cualquiera sirve aquí, pongo por caso, para agente de policía, para concejal, para alcalde, para diputado, para intendente de Hacienda y hasta para gobernador con honores de reina madre.

El que se empeña en ser médico y tiene *posibles* para mantenerse en cualquiera universidad, tarde ó temprano *mata* con licencia, le corta cualquier cosa al prójimo ó harta de píldoras á toda una vecindad.

Si en vez de medicina estudia leyes, será también letrado por el título, aunque le cause el Digesto una verdadera *indigestión*.

Y lo mismo acontece con las demás carreras y profesiones.

Para militar, para cura, para empleado civil, para orador, para poeta, para cómico y para político todos tenemos aptitud.

En una palabra: todos servimos para todo (y así va ello), tal vez con la única excepción de la ciencia ó el arte de *colear*.

Por de contado el Reglamento de galleras exige que el coleador sea nada menos que *reconocido hombre de bien*, y esto es ya, en cierto modo, exigir una gollería. Por eso los *galliconsultos* y comentaristas de talanquera han convenido en dar á la interpretación de este y otros pasajes una *prudente* y cómoda latitud.

Es indispensable que el coleador posea una vista de lince y cierta suma de conocimientos galli-quirúrgicos, que le permitan observar, desde cierta distancia y en medio de la más ardorosa y sangrienta lid, las puñaladas que se dan los combatientes, el lugar en que cada uno las recibe, la profundidad de cada herida y la importancia del órgano ó miembro afectado, á fin de calcular instantáneamente y con gran exactitud la influencia de cada espolazo en el curso y decisión de la pelea.

De aquí la dificultad de encontrar muchos y buenos *coleadores* en esta época en que la miopía se va generalizando como una epidemia en casi todas las clases de la sociedad.

Asimismo es necesario que el *coleador* tenga lo que se llama *buen ojo*, para calcular á la simple vista el peso justo de un gallo, la edad que tiene, el vuelo que necesita en la pelea, si está ó no está en *condición*, si es *espuelero* y otros varios detalles de gran interés para el buen éxito de las apuestas.

También debe saber al dedillo todos los artículos del Reglamento, su interpretación más autorizada, las prácticas establecidas posteriormente, las reglas sancionadas por el uso y el tecnicismo ó lenguaje profesional.

Por último, el *coleador* debe poseer en alto grado el arte de la elocuencia para alegar su derecho en los frecuentes casos de disputa, para inclinar en favor de su defendido el ánimo de los oyentes ó mediadores, para convencer ó abrumar á fuerza de palabras á su contrincante, y á veces para suplir con la lengua lo que deje de hacer con el pico ó las espuelas el gallo encomendado á su dirección.

Un *coleador* en estos casos viene á ser como una especie de Castelar en cuclillas, observando por todo lo bajo el curso y los accidentes de la pelea, al mismo tiempo que rebate y contradice las argumentaciones de su contrario, haciendo frecuentes y deliciosos alardes de su gallística oratoria.

III

La gallera está enteramente llena de jugadores.

Los más ricos, entusiastas y apasionados ocupan (como es de ley) los asientos de preferencia, situados alrededor de la valla y casi al nivel del suelo.

Siguen después varias galerías escalonadas y circulares, completamente llenas de hombres y gallos que se mueven, se agitan, aletean, hablan, cantan y albo-



FIESTAS CONMEMORATIVAS DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA CELEBRADAS EN NUEVA YORK

rotan todos á un tiempo, produciendo un confuso y desagradable rumor.

Los galleros y jugadores que poco antes invadían el circo se van acomodando en los asientos de las diversas graderías, y sólo quedan en la ensangrentada arena dos hombres, cada uno de los cuales sujeta cuidadosamente un pequeño saco, dentro del cual se mueve y cacarea un gallo inquieto y deseoso de pelear.

Estos dos hombres son los coleadores, ó como si dijéramos los padrinos del desafío á muerte que se prepara.

Crúzanse en este instante las primeras apuestas por aquellos que están en el secreto de qué clase de gallo es el que tiene entre manos cada *coleador*.

Crece con tal motivo la bulla y la algazara entre los jugadores, que *casan* varias *postas*, en tanto que los dos hombres del circo rectifican en una balanza, á vista de todos, el peso igual y ya sabido de los dos gallos.

Visto que en este punto no lleva ventaja alguna un gallo sobre el otro, abren los sacos y descubren con precaución la cabeza de los futuros combatientes, para ver si son próximamente de una misma edad. Ya he dicho que el *coleador* debe saber leer en el fuego de los ojos y en las arrugas de la recortada cresta la fe de nacimiento de los gallos.

Si en esta segunda prueba se ve también la necesaria igualdad, sólo falta la comparación de los espolones, que se hace descubriendo cautelosamente una pata de cada gallo, sin que se vea una sola pluma que denuncie ó haga sospechar siquiera el color, y por consiguiente la historia y nombradía de cada plumífero adalid.

Ejecutada esta última prueba y resultando iguales en peso, armas, edad y *condición*, quedan las apuestas anteriores definitivamente *casadas*, y se cruzan algunas más al tiempo de descubrir los gallos, operación que hacen los *coleadores* con la habilidad y soltura que les son propias. El público saluda con una salva de aplausos á los dos campeones, que reconoce desde luego y cuya historia recuerda con entusiasmo:

–¡El *Cid Campeador!*, exclaman unos al ver descubierto el gallo que apadrina uno de los *coleadores*.

–¡El *Pechudo!*, gritan alborozados los demás al reconocer el otro.

Y aumenta la gritería y el murmullo, mientras los jugadores se cuentan unos á otros las principales hazañas de los gallos que acaban de pisar la arena.

Ambos son bellos, arrogantes y famosos en los anales de la gallera.

El primero es giro papelón, de largo cuello, acerado pico y vigorosas patas de color gris. Ha reñido ya siete veces, que fueron otros tantos triunfos. Por eso lleva el nombre invicto del *Cid Campeador*.

En Caguas venció al *Caribe* y á *Carlomagno*, en el Corozal á *Prim*, en Mayagüez á *San Pedro*, en Hatillo á *Rompenucas*, en Cabo Rojo al *Centella*, en Juncos al *Delegado* y, por último, en Arroyo al *Hijo del Sol*.

El otro es rubio tostado y patinegro. Tiene los ojos muy vivos y brillantes, la cabeza erguida y ancho el pecho, circunstancia esta última que le valió el nombre de *Pechudo* ó *Pechúo*, con que se le conoce desde que era *pollo de botón*.

No ha reñido tantas veces como el otro, pero tiene fama de impetuoso y de *apechador*, y se sabe que en las dos últimas peleas mató *redondamente* á sus contrarios á las primeras embestidas.

Los jugadores que le conocen le tienen por bien *castao*, y juran que es hijo natural del *Obispo* y de una gallina inglesa que vino de Caracas cuando la última emigración.

Cada uno de los coleadores coge su gallo, le sujeta entre las rodillas, le recorta las alas convenientemente, le aguza las espuelas, le rocía con agua y le dirige frases cariñosas, como para interesarle más en el éxito de la riña.

Después trazan en el suelo dos rayas á tres ó cuatro pasos de distancia una de otra, colocando en cada una de éstas un gallo, de manera que los dos queden frente á frente, no sin haberlos enardecido antes dejando que se dieran de mano á mano algunas picadas, y los sueltan por fin á un mismo tiempo, retirándose á uno y otro extremo del circo para dejar libre campo á los combatientes.

Estos cruzan entre sí una ardiente y rapidísima mirada, se afirman sobre los pies con gallardo ademán, bajan la cabeza, estiran y mueven convulsivamente el cuello, cuyas plumas se erizan en señal de terrible cólera, y se acometen con un rencor casi comparable al de dos políticos vulgares afiliados en opuestos bandos.

Aquí vuelve á sentirse de nuevo la agitación y aterradora gritería de los concurrentes, que se habían calmado un poco para observar con atención los preparativos de la pelea.

Durante algunos minutos los gallos se acometen sin cesar, chocando impetuosamente uno contra otro sin sujetarse con el pico. A estas primeras embestidas se les da el nombre de *tiros volados*.

En una de ellas el gallo *Pechudo*, que no en vano tenía fama de espuelero, hiere cerca de un ojo al *Cid Campeador*.

Este golpe, que ningún profano hubiera podido advertir en medio del aleteo y la rapidez de los ataques, lo notan á un mismo tiempo los dos coleadores y una gran parte de la concurrencia. El coleador del *Cid* se muerde los labios, y su fisonomía se contrae de una manera particular, como si él hubiera recibido el pinchazo. El otro salta de júbilo, agita los brazos para remedar el movimiento de su *coleado*, y dice estregándose las manos con manifiesta satisfacción:

–¡Métele ahí!

Al mismo tiempo se oye una espantosa algazara de gritos y exclamaciones, y todos los circunstantes se ponen en pie y accionan y vociferan como impulsados por un resorte común:

–¡Voy cuatro pesos al *Pechudo!* – ¡Lléveme dos reales! – ¡Dos onzas al patinegro! – ¡Doy tres á uno! –¡Retiro mi posta! - ¡Juego á mi gallo! – ¡Voy al rubio! – ¡Diez á cuatro poı el *Pechudo!* – ¡Págoselos!..

Este último grito lo da el coleador del *Cid*, que acaba de ver una espuela de éste introducirse hasta más de la mitad en la garganta de su contrario.

Nueva y más ruidosa gritería de apostadores, que esta vez ofrecen *gabelas* en favor del gallo que acababa de tomar la revancha.

Y así sucesivamente se van calmando y volviendo á gritar los jugadores, ya inclinándose al *Cid* ó ya al *Pechudo*, según los repentinos é inesperados golpes de la pelea.

Los coleadores *ñangotados* uno enfrente de otro y con la vista fija en las patas y en las espuelas de sus adalides, los van imitando maquinalmente en todas sus evoluciones, ya brincando hacia atrás ó hacia adelante, ya moviendo violentamente los brazos á guisa de alas, ya haciendo demostraciones de clavar algo con una mano ó con la otra, según la espuela con que haya herido su gallo, ya, en fin, retorciendo los dedos en señal de dolor, ó recatando, por un movimiento rápido é instintivo, las partes de su cuerpo que corresponden á aquellas en que el gallo va recibiendo las heridas.

Y estos movimientos van generalmente acompañados de gritos y exclamaciones que expresan precisa y lacónicamente la opinión que aquéllos van formando acerca del accidentado curso de la riña.

Oigamos por un instante lo que dicen uno y otro al compás de los golpes y picotazos:

–¡Métele *jierro!* – ¡Duro en el ojo sano! – ¡Ahí! – ¡Sácale el cuerpo! - ¡Pica! – ¡Dale! – *¡Ñámalo, indino!* – ¡Buen *puñalón!* – ¡Patea! – *¡Júndele* el casco! – ¡Sacude! – ¡Engrilla! – ¡Búscalo adentro! – ¡Toma *catey!* - ¡De afuerita! – ¡Canillera! – ¡Que vayan preparando el arroz!

La riña sigue empeñada, los gallos cubiertos de sangre, con las alas caídas, el pico abierto, jadeantes y fatigados, dan vueltas uno tras de otro por el circo, y al encontrarse luego se acometen con nuevo ardor.

Por último, el *Cid*, con un ojo vacío y con el otro cubierto por la sangre, pierde á su adversario y le busca á tientas por el redondel, dando evidentes pruebas de ceguedad.

–¡Careo!, gritan á la vez coleadores y concurrentes.

–¡Careo!, repite desde su asiento el juez de gallera, limpiando sus antiparras con un amplio pañuelo de Madrás.

Aquí los coleadores levantan sus respectivos gallos, les chupan las heridas del cuello y de la cabeza para despejarlos un poco, y los curan, los animan y los preparan en la forma que ya queda dicha al comentar el capítulo de los *careos*.

El *Cid*, que ha recobrado parte de la vista en tal operación, hace un esfuerzo supremo al encontrarse otra vez enfrente de su adversario, se abalanza á él, hace presa con el pico en uno de los girones de la piel destrozada en la parte superior del cuello, álzase y aletea con inesperado vigor, y le atraviesa la nuca de un espolazo.

El *Pechudo* cae exánime, como herido por un rayo, sobre la ensangrentada arena del circo.

La escandalosa gritería de los concurrentes llega con esta ocasión á un grado indescriptible, y como si la caída del gladiador fuera señal de desbordamiento y de desorden, agítase y bulle instantáneamente aquel prolongado espiral de cabezas humanas que sube desde la barrera hasta cerca del techo, y en un santiamén se desparraman los concurrentes, llenando el circo y apiñándose y revolviéndose como grandes hormigas por las inmediaciones del local.

El coleador del *Pechudo* se acerca abochornado y

MADRID. – FIESTAS DEL CENTENARIO. – ESTANDARTE DEL GREMIO DE ULTRAMARINOS
Premiado con medalla de plata y que figuró en la cabalgata del Comercio y de la Industria

lloroso hacia la pobre víctima, la levanta del suelo y se aleja con ella tristemente, en medio de las rechiflas más picantes y despiadadas.

En cuanto al *Cid,* recibe desde el circo los primeros honores de la victoria, y le conducen luego al hospital de sangre, en donde el coleador le examina y le declara tuerto, despicado, con *un sentido menos* y en pésimas condiciones para reñir.

Con tal motivo se le administran los primeros auxilios de la *ciencia,* y luego al punto se decide en junta de familia ascenderle á la respetable categoría de *padrón,* destinándole por primera vez, puesto que no sirve ya para otra cosa, á los tranquilos goces del gallinero.

Y aquí noto de nuevo la semejanza de lo que ocurre entre los gallos humanos y los *gallos de verdad.*

También á los primeros, como al *Cid,* suele costarles el amor un ojo, y se dan frecuentes casos en que llegan á decidirse por los tranquilos goces de la familia cuando ya están casi imposibilitados para la lid.

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

EL CREPÚSCULO

Al distinguido escritor D. J. Molas y Casas

Nada más admirable en Galicia que esa hora del crepúsculo vespertino, sublime en todas partes, pero más que en otra alguna en la septentrional región de los pinares y las rías, de las costas abruptas y los valles siempre verdes y húmedos. Yo de mí puedo asegurar que nunca he sabido sustraerme á la profundísima impresión que el caer de la tarde me produce. Es un espectáculo que halaga el alma y recrea los sentidos, haciendo remontar el pensamiento á las sublimes esferas de lo ideal.

Placidez, melancolía, quietud apetecible para los que envueltos vivimos en el tráfago mundanal: tal nos brindan en Galicia esas horas dulces y tranquilas como una oda de fray Luis de León, melancólicas y arrobadoras como una sonata de Mendelssohn.

Las colinas aparécense allá á lo lejos con esfumados perfiles, medio envueltas en azulada gasa de sutilísimos vapores, formando las suaves curvas de sus obscuras siluetas vivo contraste con los colores en que á esa hora se tiñe el cielo; el postrer rayo del sol inunda aquella porción del espacio en caprichosos matices, dorados en un principio, rosáceos luego, violáceos, verdes y azules, como si el iris se quebrara de repente y sus inmensos arcos se desplomasen en cascadas de colores sobre el lejano horizonte.



CAROLINA LAVINIE SCOTT,
esposa de Mr. Benjamín Harrisson, presidente de la República de los Estados Unidos. Falleció en 25 de octubre último

Van cayendo las sombras en el ancho y hondo valle, cuyo hermoso color de esmeralda se esconde bajo una nube plomiza, por entre la cual sube en espirales blancas y caprichosas el humo de las campesinas chimeneas; percibe el olfato el acre olor de los tojos y retamas que arden á aquella hora en todos los hogares bajo las anchas campanas del *lar;* suenan á lo lejos las esquilas del ganado y el cantar melodioso y triste de la zagala de obscuro *mantelo,* colorado *dengue* y primitivas *zuecas* de arremangada punta. Los colores más brillantes, los matices más deslumbradores vanse poco á poco ensombreciendo, mientras allá en lo alto, en el cielo poco antes de purísimo azul, ruedan las plomizas nubes de caprichosos perfiles, en los cuales la imaginación crée advertir siluetas de dragones de bombeado casco, extendido el brazo y rígidos los dedos, que semejan garras gigantescas; otras veces, las nubes aglomeradas fingen enjambre de menudas cabecitas, como si los ángeles de la gloria se asomaran al cielo, y la humana fantasía, en suma, sin dique ni freno, cree ver trazados en el gigantesco lienzo por una mano invisible y soberana aquello más en consonancia y armonía con su estado de placidez ó sobrexcitación, sucediendo así que en la nube en que uno cree distinguir los perfiles del ángel del Apocalipsis, ven otros la silueta de la mujer ambicionada y preferida.

Todo se va sumiendo poco á poco en la más profunda de las quietudes, en la más majestuosa calma; y sin embargo, cuando la noche se tiende sobre el mundo, cuando ya á lo lejos no se advierte otra luz que la rojiza que se escapa á través de las ventanas de las humildes chozas de pizarroso techo ó las miriades de azules fosforescencias que lanzan los gusanos de luz entre los espinos que flanquean á uno y otro lado la tortuosa y desigual *corredoira;* en esa hora, la primera de la noche, parece que todo brota armonías en los campos gallegos; parece que del suelo, del cielo, de la fuente, del pinar, de la colina escápanse las dulcísimas notas del cadencioso *alalála...*

En Galicia no puede sustraerse la contemplación del crepúsculo al recuerdo de aquella canción tan popular como sublime; de aquella canción entonada por los mozos al pie de la ventana de la mujer amada, cantada sentidamente por los romeros al regresar á sus hogares y por los campesinos que, en la diestra mano la hoz, regresan de sus faenas cotidianas, con la mano izquierda detrás de la oreja para mejor *oirse* aquella indefinible cantilena, que es como el himno de la noche y que despierta en nosotros el recuerdo de los druidas y de los héroes de *corpo lauzal* de que nos habla el Ossián de Puenteceso, el poeta de la tierra de Jallas.

El *alalála* gallego compite en melodía y dulzura con las baladas del Rhin, y no otra cosa es que una



MR. BENJAMIN HARRISSON Y SU FAMILIA JUNTO AL LECHO DE MUERTE DE SU ESPOSA



LOS FLAGELANTES, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE CAS...



...ler (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich)

balada. En el rosario de armonías que lo componen se revelan las tristezas de un alma herida, el hondo pesar del que abandona la *terriña* quizá para siempre, dejando detrás de sí y allá lejos, muy lejos, abajo, muy abajo, el campanario de la pequeña ermita, el *souto,* el pinar, la *corredoira,* la obscura techumbre de la choza, las aguas del regato, los perfumes del valle nativo... En todo el *alalá*... vese flotar el cansancio del alma atormentada por los mil recuerdos que de repente evoca la mente del desterrado, y al final, cuando la estrofa termina, desvanécese en una nota sostenida, tristona, lánguida, en la cual parece como que se sienten rodar las lágrimas.

Es entre toda la música gallega la preferida por mí, porque sus armonías están impregnadas del rocío de nuestros valles, de los perfumes de nuestros pinares, de los opacos colores de este país de las nieblas y de las rías.

La alegría gallega paréceme una alegría un tanto falsificada; en cambio sus tristezas, ¡cuán hondas, cuán grandes y cuán sentidas! Por eso mismo antójaseme la canción del crepúsculo la música más gallega entre toda la música de nuestra región. Por eso la hora del crepúsculo vespertino es la más grata para mi alma, con su majestuosa placidez, con su calma augusta y severa, con su tristeza melancólica. Es un crepúsculo que todos llevamos con nosotros en lo más hondo del alma, allá adentro, muy adentro, y se refleja en nuestros semblantes, en nuestros gestos, en nuestras miradas... Por sobre la frente de cada gallego dijérase que han rodado al nacer todas las nieblas y todas las opacidades de aquella región de las rías y las aldehuelas, la verde Erín española.

MANUEL AMOR MEILAN

MISCELANEA

Bellas Artes. – Se ha inaugurado la exposición organizada por la Real Sociedad de artistas ingleses, de Londres. Aunque no contiene ninguna obra de gran importancia, la mayoría de las expuestas (pinturas de género y paisajes) son de verdadero mérito, distinguiéndose entre ellas las de Pickering, Rousse, Glendening, Pike, Bundy, Sherwood-Hunter, Brangwyn, Olsson, Snell, Yeend King, Iglesias, Priestman y sobre todo las del presidente de la Sociedad, Mr. Wyke Bayliss.

– En la Galería Goupil, de Londres, hay actualmente expuesta una numerosa colección de cuadros y dibujos de Adolfo Hervier, el artista desigual, pero muchas veces admirable, cuyo arte era una mezcla rara de las escuelas romántica y realista francesas, en la que se veía la influencia de Rousseau, Dupré, Troyon y Decamps. El público y la crítica londinenses han colmado de elogios la obra del célebre pintor francés, muerto hace catorce años.

– En el palacio Bruhl, de Dresde, se ha inaugurado la exposición de pinturas de artistas sajonas, que contiene, entre otras notables, una obra de la reina, consistente en una pantalla de chimenea con acuarelas que reproducen escenas de las playas de Scheveningen.

– El monumento erigido en Nueva York en honor de Colón é inaugurado el día 12 de octubre último consiste en una columna rostral sobre la que se alza la estatua del gran navegante genovés y en cuya base hay una figura que contempla un globo. El pedestal, construído sobre amplia escalinata, ostenta varios bajos relieves que reproducen los principales episodios de la vida del descubridor de América. Este monumento, regalo hecho á los Estados Unidos por la colonia italiana de aquel país, ha sido ejecutado en Italia por el escultor Cayetano Russo.

– Lady Hamilton ha regalado á la Galería Nacional de Londres el cuadro de Joshua Reynolds que representa á Lady Cockburn y á sus hijos y que grabado por Wilkie es conocido con el título de *Cornelia y sus hijos.*

Teatros. – En el teatro de la Ciudad, de Francfort, se han estrenado con éxito un drama en tres actos ultra-realista, del género de los de Ibsen, titulado *¡Solo!,* de Alfhildo Agrell, y una comedia de gran espectáculo, de Wildenbruch, *La risa santa,* que ha sido puesta en escena con suntuoso aparato.

– En el teatro Nacional Bohemio, de Praga, se ha estrenado la ópera de Tchaiowsky *Pique-Dame,* que ha sido recibida con gran aplauso.

– En el teatro de la Scala de Milán se estrenará el día 26 de diciembre próximo la ópera cómica de Verdi, *Falstaff,* que después se pondrá en escena en Roma, Florencia y Venecia.

– En el teatro de la Pérgola, de Florencia, se ha estrenado la nueva ópera de Mascagni *I Rantzau:* el público la acogió con entusiasmo, pero la crítica no ha sido tan benévola con la última producción del autor de *Cavalleria rusticana,* tachándola unos de débil en la expresión melódica, censurando otros en el maestro el afán de seguir sin la preparación necesaria las nuevas doctrinas del drama musical abandonando la espontaneidad que le valió sus primeros triunfos. Todos convienen, sin embargo, en que *I Rantzau* tiene fragmentos muy buenos y que en ella está bien tratada la expresión dramática. Las piezas más aplaudidas han sido la introducción, el final del primer acto, una balada y el final del segundo, un coro de mujeres, una romanza para tenor y un intermedio instrumental en el tercero.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Fantasías-Parisienses una graciosa revista, *La lune à Paris,* de Oudot y Numés; en los Bufos Parisienses, *Sainte Freya,* opereta cómica en tres actos, de Máximo Bucheron y Edmundo Audrán (los mismos autores de *Miss Helyett)* con un argumento interesante y sencillo, que se desarrolla en escenas ingeniosas y abundantes en chistes sin la menor chocarrería, y una música deliciosa, que la crítica ha calificado de la mejor de cuantas su autor ha escrito; en Novedades, una graciosísima comedia en tres actos de Feydean y Desvallieres, titulada *Champignol malgré lui,* y en el Circo Nuevo una pantomima japonesa, *Papa Chrysantheme,* que ha sido puesta en escena con el lujo tradicional en aquella sala de espectáculos.

Londres. – En Garrick se ha estrenado con éxito un interesante drama de Luis N. Parker y Thornton Clark, titulado *David.* La empresa del Olympic, después de haber puesto en escena *Il flauto magico,* de Mozart, se ha visto obligada á dar por terminadas las funciones en dicho teatro, hecho que lamentan los que recuerdan lo mucho que por complacer al público londinense ha hecho en estos últimos años el empresario señor Lago. En Covent-Garden se ha representado *Tristán é Isolda.* En los conciertos de Albert-Hall y del Crystal-Palace han obtenido grandes aplausos el *Réquiem* del compositor húngaro Dvorak, y el *Mártir de Antioquía,* del maestro inglés Súllivan. En Saint-James-Hall ha obtenido un nuevo triunfo el eminente Sarasate.

Madrid. – Se han estrenado con éxito en el Príncipe Alfonso una graciosa parodia de *Don Juan Tenorio,* titulada *La herencia de Tenorio,* de la señorita doña Adelaida Muñoz, y en la Zarzuela el viaje cómico-patriótico *La fraternidad,* letra del señor Jacques y música del maestro Marqués.

Entre las obras que se preparan en varios teatros de la corte citaremos: en el Español, *Gerona,* drama del Sr. Pérez Galdós, quien además ha hecho los bocetos de las decoraciones y de los trajes, y otro drama, aún no bautizado, que para el Sr. Vico está escribiendo D. José de Echegaray; en el Real la ópera del maestro Leoncavallo *I Pagliacci,* que tan aplaudida ha sido en Italia, donde recientemente se estrenó y cuyo argumento está basado en *Un drama nuevo,* esa perla de nuestro teatro contemporáneo; en Apolo *Las ligas verdes,* de Jackson Veyán y Felipe Pérez; *El cofre misterioso,* de Pina y Domínguez; *Baños de ola,* del Sr. Segovia, y *Vla libre,* de Arniches y Celso Rubio, zarzuelas cuya música es respectivamente de los maestros Rubio, Chueca, Espino y Chapí; y en Eslava *Pobres forasteros,* boceto cómico-lírico de Navarro Gonzalvo, música de Brull, y *El gozo en un pozo,* de Granés, música de Rubio.

El ilustrado cuanto popular escritor Mariano de Cavia está escribiendo una comedia que se titulará *La pura verdad,* inspirada en el asunto y espíritu de la obra de Ibsen *Un enemigo del pueblo.*

Barcelona. – En el Principal se ha estrenado el drama de don José de Echegaray *El hijo de Don Juan,* que, á pesar de las crudezas de un género que difícilmente se aclimatará en nuestro público, fué aplaudido por las bellezas de estilo y la hermosura de los pensamientos que caracterizan á ésta como á todas las obras del gran dramaturgo.

Se preparan: en Romea una comedia en tres actos y en verso, de D. Ramón Bordas y Estragués, titulada *Lo moviment continuo,* y en Novedades una humorada en dos actos, de C. Gumá, *La llanterna mágica.*

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Samuel Brandram, famoso actor inglés, cuya especialidad era el teatro de Shakespeare, que empezó á recitar por afición y acabó por representar por necesidad, á consecuencia de grandes reveses de fortuna.

Federico de Hellwald, historiador y geógrafo alemán, autor de *Historia de la civilización en su desenvolvimiento natural hasta la actualidad, La tierra y sus pueblos, Historia natural del hombre* y otras.

El P. Mateo Liberatore, jesuita italiano, escritor filosófico y fundador de la revista *Civiltá Cattolica.*

José Wilms, notable pintor alemán, de la escuela de Dusseldorf.

Felipe Grot-Johann, pintor de historia alemán de la escuela de Dusseldorf y uno de los primeros dibujantes contemporáneos.

M. Massicault, residente general del gobierno francés en Túnez, fundador de varios periódicos políticos, ex prefecto de distintos departamentos y comendador de la Legión de Honor.

Florimundo Hervé, célebre compositor francés, autor de muchas y muy aplaudidas operetas, entre las cuales merecen citarse *Le petit Faust, L' oeil crevé, Chilperic, Le husard persecuté, Le compositeur toqué, Don Quichotte y Bachanale* recientemente estrenada en el teatro Menus-Plaisirs, de París: fué el verdadero creador en Francia de la opereta bufa.

D. Miguel de los Santos Alvarez, notable poeta en sus mocedades, escritor ingenioso, ex ministro de España en México y consejero de Estado.

NUESTROS GRABADOS

En busca de un corazón, escultura de Gustavo Eberlein. – La figura arrogante, esbelta, juvenil del arquero y la sonrisa que por entre sus labios asoma dan á comprender que el blanco de su flechazo será un corazón; pero indican también que la herida no manará sangre ni producirá en la víctima más dolores que los que pueda causar el amor. Tal es la idea en que está inspirada la escultura de Eberlein que reproducimos, y la forma de que aparece revestida satisface cumplidamente las exigencias de la más severa crítica, pues la corrección de líneas y la verdad plástica corren en ella parejas con la elegancia y finura del modelado. Por esta razón no es de extrañar que esta obra fuese de las que más llamaron la atención en la Exposición internacional de Bellas Artes celebrada durante este año en Munich.

Eccehomo, escultura de D. Rafael Atché. – Para apreciar en su justo valer la poderosa genialidad del escultor catalán Rafael Atché, preciso es recurrir al examen de los bocetos que con pasmosa facilidad brotan de entre sus dedos y de sus palillos. Ellos revelan sus excepcionales aptitudes para el gran arte, y si las incorrecciones de algunas de sus obras han sido causa para que los llamados á juzgarlas no les otorgaran siempre la que creemos merecida recompensa, los aficionados é inteligentes las aplauden, porque en ellas se adivina, se descubre el vigoroso esfuerzo y la genialidad de su autor.

En el más alto monumento de cuantos embellecen Barcelona descuella la estatua de Colón. Ella pregona la gloria del gran navegante; pero á la vez que testimonio de la cultura del pueblo barcelonés, pregonará las excepcionales aptitudes del más genial de nuestros modernos escultores.

Una boda en Sevilla, cuadro de D. J. Rico. – En la ya numerosa lista de artistas españoles que en la Ciudad Eterna honran á la madre patria por la valía é importancia de sus obras ó bien por los asuntos de carácter nacional que en ellas representan, preciso es continuar el nombre del joven pensionado por la Diputación provincial de Sevilla Sr. Rico, puesto que en cada una de sus producciones halla medio para tributar un cariñoso recuerdo á su ciudad natal y justificar la honrosa distinción que de ella mereció.

El bonito cuadro que reproducimos, de carácter y asunto genuinamente español, ha figurado dignamente en la última Exposición de Munich, en donde fué adquirido para formar parte de una de las mejores galerías particulares que existen en la capital de Baviera.

Fiestas conmemorativas del descubrimiento de América en Nueva York. – Suntuosos han sido los festejos que para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo se han celebrado en Nueva York. Ceremonias religiosas en todas las iglesias de todos los cultos; revista escolar en que tomaron parte 20.000 niños y adultos; festivales, certámenes literarios, fuegos artificiales, revista naval, retreta, revista militar y cabalgata, tales fueron los espectáculos de que disfrutó el pueblo neoyorkino durante una semana. Todos fueron grandiosos cual corresponde á la importancia de aquella ciudad norteamericana; pero entre ellos sobresalió la cabalgata que se organizó con el nombre de *El triunfo de América* que, como este título indica, fué una representación alegórica de los progresos del Nuevo Mundo desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días: dirigióla el capitán Thomson y tomaron parte en ella mil personas y trescientos caballos lujosamente y con gran propiedad vestidas aquéllas y enjaezados éstos. Figuraban en la cabalgata quince grandes carros con grupos alegóricos, entre los que había los de la Fama, de Electra, de Homenaje á Colón, de la Santa María, de la Libertad, del Capitolio de Wáshington, del Presente, de la Prensa, de la Edad prehistórica, etc., cuatro de los cuales, los que más llamaron la atención, están representados en nuestro grabado, cuya parte principal ocupa la vista de Madison Square en el momento de desfilar, en la gran revista militar, el segundo regimiento de la guardia nacional de Pensilvania en traje de gala.

Madrid. – Fiestas del Centenario. – Estandarte del gremio de Ultramarinos, premiado con medalla de plata. – La cabalgata del Comercio y de la Industria, que recorrió las vías más importantes de la capital de España el día 7 del actual, ha sido, sin ningún género de duda, una de las mejores fiestas de cuantas se han celebrado en Madrid para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América.

El espíritu gremial que tantas y tan grandes empresas realizó en otros tiempos, parece como si despertara de su letargo, manifestándose en una fiesta inspirada por el patriotismo, que honró en extremo á las clases laboriosas en ella representadas.

Aparte de las cuatro grandes carrozas alegóricas, figuraba el estandarte de cada gremio, del que era portador un heraldo montado en hermoso caballo cubierto de ricas gualdrapas. Entre todas las enseñas de los gremios, merece especial mención la del de ultramarinos, al que el Jurado adjudicó el segundo premio, que fué renunciado. De elegante forma, de peluche rojo, bordado en oro y sedas, atrajo las miradas del público que se apiñaba al paso de la comitiva y que le aplaudió calurosamente.

Carolina Lavinie Scott, esposa de Mr. Benjamin Harrison. – Mr. Harrison y su familia junto al lecho de muerte de su esposa. – El fallecimiento de la esposa del actual presidente de la República de los Estados Unidos, acaecido el día 25 de octubre último, ha producido profunda impresión en todas las clases de la sociedad norteamericana, pero muy especialmente en las populares. Mrs. Carolina Lavinie Scott era dama de gran talento, de excepcionales virtudes, sencilla, caritativa y sumamente ilustrada; en su vida privada era un modelo de esposas y de madres, y en todos los actos de su vida pública demostró un tacto y una habilidad que le habían granjeado universales simpatías y general cariño. El grabado que reproducimos al pie del retrato de Mrs. Carolina Laviniè representa al presidente y á su familia agrupados alrededor del lecho en que descansa el cadáver de la que en vida fué ángel del hogar de Mr. Harrisson y consuelo de cuantos afligidos acudieron á ella en demanda de algún socorro.

Los flagelantes, cuadro de Carlos Marr. – A mediados del siglo XIII, cuando imperaban por doquier la astucia y la violencia, cuando el derecho y la justicia eran hollados aun por los que más obligados venían á hacerlos respetar, constituyóse en Italia la hermandad llamada de los flagelantes sin más objeto que el de aplacar la cólera divina con mortificaciones, sacrificios y penitencias corporales. Tal era su entusiasmo y con tanta fe y abnegación propagaron sus doctrinas y se dieron en público como ejemplo de absoluta renuncia de cuanto significaba cuidado del cuerpo, que á pesar de lo rígido de su regla y de lo horrible de sus prácticas el número de los flagelantes creció con rapidez extraordinaria, entrando en la hermandad gentes de todas las clases sociales, desde las más humildes á las más elevadas. Pronto, empero, fué decreciendo aquella excitación fanática, los abusos aumentaron, las procesiones fueron prohibidas y la hermandad al fin quedó disuelta. El eminente pintor alemán Carlos Marr ha representado este movimiento histórico en el hermoso lienzo que reproducimos y que fué objeto de unánime admiración cuando estuvo expuesto en la Exposición internacional de Bellas Artes de Munich en 1889: pocas composiciones pueden darse más grandiosas que aquella procesión en que figuran penitentes de todos sexos, edades y condiciones, monjes, dignatarios, sacerdotes, portadores de cruces, pendones é insignias las más variadas, formando todo ello interminable cortejo que desfila por entre la multitud apiñada. Y si el conjunto resulta magnífico, en los detalles hay tal abundancia de bellezas que ni intentarse podría una ligera enumeración de las mismas.

Mr. Grover Cleveland, futuro presidente de la República de los Estados Unidos. – Por segunda vez ha sido elevado á la presidencia de la República norteamericana Mr. Cleveland, el representante genuino del partido democrático, el infatigable campeón de las ideas de libertad en materia de tarifas aduaneras. Los que recuerden sus actos cuando en 1887 ocupó el mismo cargo para el que hoy ha sido elegido, los que hayan podido apreciar los funestos resultados que desde el punto de vista internacional ha dado en los Estados Unidos la política ultra-proteccionista que tendía á aislar á aquella nación de las demás del viejo y del nuevo mundo, no podrán menos de sentirse regocijados al ver dentro de pocos meses ponerse al frente de aquella República al hombre ilustre, enemigo de los egoísmos, impropios de un pueblo rico, poderoso, educado en las ideas de libertad y progreso y partidario decidido de los procedimientos expansivos, atrayentes, dignos de un Estado que ha llegado al caso sin ejemplar de tener por conflicto gravísimo la plétora del tesoro, el colosal excedente de numerario como resultado de un presupuesto.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Pero echaba de menos aquellas expansiones de la jovencita que revelaban el candor de su alma, y además era la única que podía comprenderle cuando hablaba de su patria; esperaba, pues, que aquella frialdad fuese una cosa pasajera; pero Sofía, sin dejar de mostrarse amable con él, persistía en su reserva.

No parecía sino que mediase una fatalidad; siempre que intentaba entablar con ella una conversación interesante, la interrumpía la llegada de Laura ó de la institutriz que, celosa de la felicidad de su hija, desasosegada y suspicaz, le observaba continuamente y se atravesaba apenas le veía hablar con Sofía.



Se veía en los campos de batalla auxiliando á los heridos

De aquí resultó que Alberto se encontraba más á menudo con Laura, cuya belleza, espíritu é ingenio no podía menos de admirar.

Si con Sofía versaban sus conversaciones sobre su patria y los enfermos que la joven asistía con tanta solicitud, con Laura hablaba de literatura, de artes, de ciencias. Tenía ésta muy sano juicio, poseía bastante instrucción y su memoria era tan privilegiada que le bastaba leer una cosa para recordarla hasta en los menores detalles.

Alberto se quedaba á menudo maravillado al oir las profundas observaciones de la joven, que á veces se expresaba como un profesor, y otras veces olvidaba su ciencia y era una muchacha de diez y seis años, alegre y juguetona.

El la miraba y experimentaba la fascinación de aquella belleza apenas esbozada, pero quizás se hubiera dejado atraer más por la dulzura y la bondad de Sofía si ésta no hubiera sido tan poco expansiva.

Además, sin notarlo, giraba ya en un círculo en el que no oía pronunciar más nombre que el de Laura.

– Me gustaría ser tan animosa como Laura, decía Sofía.

– ¡Es tan sensible mi hija!.., decía Elvira, la cual no desperdiciaba ocasión para hacer resaltar los defectos de Sofía.

– Es tan buena, añadía, pero tan flaca, tan delicada, que inspira serios temores.

Eran como alfilerazos que poco á poco abrían una especie de herida en el corazón del joven, hasta que al fin resultó enamorado sin saberlo; pero aun cuando comprendió que su corazón y su admiración eran para Laura, sentía una ternura, cierta conmoción al ver á Sofía; de suerte que no podía explicarse á cuál de ambas amaba más, ó por lo menos á cuál amaba mejor.

– Sí, pensaba, me gustaría tener á Laura por amante y á Sofía por esposa.

Y luego se censuraba á sí mismo por acudirle á la imaginación tan extrañas ideas, y acababa por dar un paseo con Laura, ó por leer con ella un poema preferido.

Cuando Sofía los veía juntos, contentos y embelesados en sus conversaciones, se le oprimía el corazón y tenía ganas de llorar; luego se quería persuadir de que era una tonta, que se había propuesto quedarse soltera, consagrarse á los pobres, á los enfermos y ser algún día hermana de la Caridad.

Este era su sueño, y en su imaginación se veía en los campos de batalla auxiliando á los heridos y pronta á socorrer á la humanidad doliente. A falta de heridos, hubiera deseado fundar un asilo para niños enfermos, y se habría enorgullecido recibiéndolos enfermitos de manos de sus madres y devolviéndoselos sanos, contentos y robustos.

Eran ensueños que la desprendían de la tierra y la hacían vivir en regiones elevadas. Gracias á estas fantasías, no sufría mucho al ver crecer de día en día las simpatías entre Alberto y Laura.

Elvira estaba inquieta, nerviosa, agitada; jamás había sido mayor su incertidumbre. Leía en los ojos de su hija todo el amor que sentía por Alberto, y en cambio le parecía el joven frío, mesurado, de suerte que se arrepentía de haber fomentado aquel afecto en el corazón de su hija.

– Se conoce que Laura no le disgusta, pensaba; pero ¿y si no tuviese intención de casarse con ella?, ¿y si se portase así por pasar el tiempo y el día menos pensado se marchase á su país y no volviésemos á saber de él?

Era muy dueño de hacerlo, pero dejando destrozado el corazón de Laura. No, esto no era posible; ella debía defender á su hija, y quien la hubiese dado el menor disgusto, habría tenido que habérselas con una madre tan fiera como una tigre cuando la arrebatan sus hijuelos.

Un día, abrazando á Laura, le dijo:

– ¿Verdad que no amas mucho á Alberto, hija mía? Ya sabes que siempre te he dicho que no hay que fiarse de los hombres, y que si no se tiene completa seguridad en su cariño, se deben refrenar los impulsos del corazón. Tranquilízame, pues, diciéndome que le quieres como un hermano.

– Le amo con toda mi alma, contestó Laura.

Elvira se inmutó.

– Quieres hacerte desgraciada, le dijo; y ¿si él no te amase?

– Estoy segura de que me ama.

– Pero no te lo ha dicho.

– Me lo dirá; nunca es tarde.

– ¿Y si amase á otra?

– ¡Imposible!

Elvira se asomó á la ventana y vió á Alberto y Sofía hablando con animación.

– ¿Y si amase á Sofía?, añadió indicando á los dos jóvenes que se alejaban.

Laura se miró al espejo y contestó:

– Lo creí una vez; pero ahora ya no lo creo.

– Sofía es rica, añadió Elvira.

– Alberto es hombre de elevado criterio para cuidarse de semejantes cosas.

– ¿Y si se burlase de ti?

– No es capaz de ello.

– Eres una niña; no conoces á los hombres...

– Conozco á Alberto, y le creo incapaz de cometer una acción indigna de un caballero.

– ¡Dios mío! ¡Cuánto le amas!, exclamó Elvira y volviéndose á su hija le dijo: ten presente que si te sucede algo, ya te he avisado.

– Sí, mamá; pero no me sucederá nada malo.

¿Y si Alberto te dejase?

– Me moriría.

– ¿Y yo qué haría sola en el mundo?

– Preferirías llorarme muerta á verme desgraciada.

– ¡Hasta ese extremo le amas! ¡Cómo me arrepiento de haber sido demasiado débil, de no haberte sacado de aquí el día en que adiviné tu amor! Pero ¿qué tiene ese hombre para haberte dominado así?

– No digas eso, mamá, me apenas; ya verás cómo no sucede nada y tu Laura será dichosa.

Y al decir esto la besaba con ternura.

Aquella madre, que no podía resistir á los besos y á las lágrimas de la hjia, no quiso afligirla más con sus temores y se resignó á encerrarlos en su corazón.

Pero no estaba tranquila; le asustaba el porvenir. Parecíale que si Alberto hubiese amado á Laura con la intención de casarse con ella, la habría dado á entender algo y declarado su amor; pero se limitaba á ser amable y cortés y nada más.

Si veía á Laura algún tiempo en íntima conversación con él, abría su ánimo á la esperanza; creía que

le confesaba su amor; pero cuando preguntaba á su hija de qué habían hablado, ésta le contestaba:

– De muchas cosas: de la novela que acabé ayer de leer, del paseo que daremos mañana, del lago, de Alemania; ¿qué sé yo?

La madre se quedaba abatida al oir estas respuestas; en cambio Laura sonreía, la abrazaba y le decía que le habían pasado como un relámpago aquellas horas en compañía de Alberto, tan placenteras le habían parecido y tan feliz era á su lado.

Llegó por fin un día en que Laura, después de estar mucho rato hablando con Alberto, corrió á echarse en brazos de su madre y le dijo que él acababa de declararle que la quería, y reía y lloraba de contento.

Esta confesión arrancó á Elvira un peso del corazón y también confundió sus lágrimas de alegría con las de su hija.

Comprendía que Laura ya no era suya y que se separaría de ella; pero ¿qué le importaba si sabía que era feliz? Era una fortuna inesperada para una pobre joven sin padre, y ahora dependía de ella apelar á toda su diplomacia para no dejarla escapar.

El primer paso, el más difícil, estaba ya dado; el joven se había declarado.

Pero viendo que pasaban los días y que él no decía nada más, Elvira decidió hacer valer sus derechos de madre y le hizo comprender que era preciso que manifestara cuál era su intención.

Alberto le contestó que había escrito á su padre con objeto de obtener su consentimiento para pedir la mano de Laura, y que tan luego como recibiese contestación se acercaría á ella exponiéndole en debida forma su pretensión.

Elvira le hizo saber su posición y sus circunstancias, que no le permitían dar á su hija un dote digno de él.

Pero Alberto compitió con ella en generosidad, y contestó que Laura le gustaba y todo su deseo se reducía á hacerla feliz; si fuese rica sería demasiada fortuna para él, y por consiguiente más valía así.

Elvira quería contarle su historia, pero el barón se había anticipado, y el interés que en Alberto había despertado la triste suerte de las dos mujeres influyó mucho en hacerle amar á Laura, y desde aquel momento deseaba ser su protector, su amigo.

Elvira le rogó únicamente que hiciera feliz á su hija, con lo cual se daba por satisfecha.

A los pocos días se recibió carta del padre de Alberto, al cual había complacido mucho la determinación de su hijo y le daba su consentimiento, estando seguro de que la novia no podía menos de ser digna de él y deseando únicamente su felicidad.

Súpose en breve la noticia del concertado matrimonio y se daba á Laura el parabién por su fortuna.

El barón se puso también muy contento y dijo á Elvira:

– ¡Cuánto me alegraría de que mi hija tuviese la misma suerte!

Sofía gozaba sinceramente con la alegría de su amiga. En su interior se congratulaba de haber sido ella en parte la causa, pero al mismo tiempo tenía momentos tan tristes que á pesar suyo le daban ganas de llorar. Y en tales momentos, ¡pobre de ella si no hubiese tenido sus ocupaciones, los pobres, los enfermos, que eran para ella un consuelo y una distracción á la vez!

XV

Los dos jóvenes eran felices, vivían ocupados exclusivamente de sí mismos, sin cuidarse de los que les rodeaban, como verdaderos enamorados.

Laura, orgullosa por naturaleza, sentía crecer su orgullo por haber sabido conquistar el corazón de Alberto y hacía ostentación de su buena fortuna. Cuando estaba á solas con Sofía hablaba continuamente de él, repetía lo que le decía y afectaba cierto aire de superioridad sobre su amiga que lastimaba á ésta profundamente.

Un día en que las dos jóvenes paseaban por el jardín cogidas del brazo y, como de costumbre, Laura había hecho recaer la conversación sobre las cualidades de su novio, dijo de pronto á Sofía:

– ¿Cuánto darías por encontrar un novio como Alberto?

Sofía sintió como una herida en el corazón, algo que en su interior se rebelaba contra su paciencia y su bondad, é involuntariamente salieron de sus labios estas palabras:

– Si hubiese querido, Alberto hubiera sido mío.

Laura le lanzó una mirada furiosa y contestó:

– Mientes; es una invención tuya... no ama á nadie más que á mí, ni ha amado nunca á otra... di que me has gastado una broma.

«Si hubiese querido,» iba á repetir Sofía; mas al ver la cara descompuesta de su amiga, le pareció que sería demasiado mala y que se proporcionaría una satisfacción inútil, por lo cual contestó:

– Sí, ha sido una broma.

Pero lo dijo de cierto modo, con lentitud, en voz baja, como se suele decir una cosa que no es cierta.

Laura quiso creerlo, pero no estaba enteramente convencida; adivinaba la parte que había tenido su madre en aquel asunto, y se sentía humillada de deber su felicidad á su amiga.

– ¿Me puedo acaso comparar contigo?, le decía Sofía que quería remediar el daño hecho y le pesaba verla triste por su culpa; ha sido una broma; tienes razón.

Laura afectó que estaba convencida, de lo contrario habría padecido mucho; de todos modos conocía que su prometido la amaba, y no quería pensar en lo pasado, sino contemplar el porvenir que se le presentaba con los más bellos colores.

Elvira vivía también de la ventura de su hija y estaba tan contenta como no lo había estado en su vida. Solamente se ocupaba ya en activar la boda, porque siempre recelaba que surgiera algún incidente que la impidiese y comprendía que su hija no podría vivir sin Alberto. En tanto la preparaba un magnífico ajuar, digno del esposo que le había caído en suerte, y con tal objeto iba á menudo á Milán y regresaba con bellísimas cosas que causaban la admiración de todos.

Laura dejaba todas estas preocupaciones y cuidados para su madre, pudiendo decirse que no vivía sino de amor y poesía.

El barón estaba contento de tener en su casa á los novios; pero le parecía que Sofía estaba de algún tiempo á aquella parte algo más pálida, y se proponía hacer un viaje por Suiza con su hija en cuanto se celebrase el matrimonio; de este modo sentiría menos la partida de la amiga.

El padre de Alberto había hecho una visita al barón para conocer al propio tiempo á la novia de su hijo, de la cual había quedado prendado.

Laura tenía el arte de fascinar á todos y lo empleó en deslumbrar al padre de su Alberto; sin embargo, éste dijo en confianza á su hijo que hubiera preferido que su elección recayese en Sofía, la hija de su amigo.

– ¡Qué quieres, papá!, le contestó Alberto; hubo un momento en que casi estuve por escogerla, pero me subyugó la belleza de Laura.

– Pues sed felices, no deseo otra cosa.

El padre de Alberto se detuvo poco en Italia por tener muchas ocupaciones en su país, entre ellas la de preparar la casa en que habían de vivir los dos esposos.

Siguiendo los deseos de éstos, la boda debía celebrarse en el lago, en la mayor intimidad, y luego emprenderían un largo viaje antes de ir á Berlín, ciudad escogida para su residencia.

A medida que se acercaba la época del matrimonio, Elvira estaba más atareada porque debía ocuparse de todo, y no eran cosas de poca entidad para una mujer sola sin que nadie la ayudase.

Si Laura no hubiera sido menor de edad, no se habría tropezado con grandes dificultades; pero tenía muchos asuntos que resolver, y no estaba dispuesta á consentir en que la boda se aplazara cuatro ó cinco años.

«Laura podría morir mientras tanto, pensaba, y luego Dios sabe lo que puede suceder en tantos años.»

Era demasiado desgraciada para no temer alguna desdicha, é importaba que su hija tuviese quien la protegiera lo más pronto posible.

Pero tuvo que allanar gran número de obstáculos. En el momento de publicar las amonestaciones le pidieron el consentimiento del padre, pues de lo contrario no podría efectuarse el matrimonio.

Hacía diez años que Elvira no sabía nada de su marido, y aunque hubiera podido dar con él, estaba segura de que, sólo por vengarse, no habría dado su consentimiento; así fué que contestó sin vacilar:

– Mi marido ha muerto.

– En ese caso debe usted presentar la partida de defunción de su esposo y será valedero su consentimiento de usted.

Elvira se quedó confusa al oir aquellas palabras, porque, en su afán de casar á su hija, no se le había ocurrido semejante exigencia; además, su marido, del que no se tenían noticias hacía tantos años, debía haber muerto, pero ¿dónde? ¿cuándo? Esto es lo que más embarazaba á la pobre mujer.

Pero se acordó de que había visto anunciada la muerte de Ernesto Berletti, el primo de su marido, que precisamente por la igualdad de nombres fué causa, cuando se trató de casarla, de un error tan fatal para su felicidad. El anuncio procedía de Florencia, donde vivía aquel primo, y en el momento en que Elvira se encontraba ante el empleado que le reclamaba el certificado de defunción de su marido, la idea de que podía peligrar la dicha de su hija, después de haber dicho quizás una mentira, le hizo juzgar indispensable sostenerla. Por esto contestó:

– Volveré provista de los documentos necesarios; no sabía que para casar dos jóvenes que se quieren fuesen indispensables tantas formalidades.

– Así lo exige la ley; siento mucho molestar á usted tanto, respondió el empleado.

Y cuando salió de allí, aquella pobre mujer no sabía qué hacer.

No veía otra disyuntiva sino proporcionarse la partida de defunción de Ernesto Berletti, cualquiera que fuese, padre ó primo, poco le importaba, ó ver todas sus esperanzas disipadas como el humo y á su hija morir de sentimiento.

¡Ver morir á su hija..., hermosa como una imagen, en la flor de su juventud!.. No, no, era imposible; antes se consideraba capaz de cometer un delito. Además, el Berletti fallecido ¿no podía ser su marido? ¿Por qué no? Como también tenía parientes en Florencia, podía haberse retirado á aquella ciudad, y por último, si hubiese vivido, estaba segura de que no la habría dejado en paz; conque debía ser él.

Y á fuerza de acariciar semejante idea, quiso convencerse de que el muerto era su propio marido, y sin darse tiempo, sin decir nada á nadie, escribió á la quinta que sus asuntos la retenían un poco más en Milán y partió para Florencia.

Al llegar á aquella ciudad no interrogó á nadie, no adquirió informes; dió pasos para poder sacar la partida de defunción de Berletti; para obtenerla contó la primera fábula que se le ocurrió; además, también ella se llamaba Berletti y nada más natural que desease tener la prueba segura de la muerte de un pariente suyo; de suerte que con poco trabajo logró lo que deseaba. Llevó triunfante al municipio aquel certificado; el empleado lo halló en regla y ofreció que en toda la semana próxima se publicarían los edictos del matrimonio.

Elvira regresó á la quinta algo más tranquila, y al abrazar á su hija pensaba: «¡Si supiese cuántos afanes y fatigas me cuesta su felicidad!»

XVI

Desde que estaba prometida Laura, permanecían algo retirados en la quinta el barón y Sofía, pareciendo que la dueña fuese Elvira.

Todo el día era un ir y venir de líos, paquetes, sastres y modistas para Laura, y madre é hija estaban continuamente atareadas; no se podían ocupar de los demás.

En cambio el barón pasaba más horas encerrado en su despacho, y Sofía dedicaba el día á visitar á los pobres y á los enfermos. Por entonces le acometió un verdadero afán de pintar y siempre andaba con su álbum, su caballete y su silla de campaña copiando algún paisaje del natural.

Así era que quedaban dueñas del campo Elvira y Laura, y ellas eran las que animaban algo la quinta, con gran escándalo de los criados, que tenían al barón por un necio, y si antes soportaban con paciencia y respetaban á Elvira, que era justa y buena, no podían aguantar la soberbia de Laura, que parecía una princesa y que desde el día en que pudo tener un novio se creía señora del mundo, mandaba á todos á la baqueta y estaba insoportable.

El barón no podía menos de reparar en el predominio que madre é hija se habían asumido en su casa; pero le gustaba tanto su tranquilidad y además estaba tan acostumbrado á ver mandar en su casa á Elvira, que aquello le parecía la cosa más natural del mundo y la dejaba hacer.

Él, que al oirle habría querido trastornar el mundo, no había nacido para luchar; con tal que le dejasen en paz, soportaba que otra persona tuviese el mando de su casa, y mucho más si esta persona era una mujer juiciosa como Elvira, á la cual seguía teniendo gran aprecio y cierto cariño.

Además, quería á Laura como si fuera hija suya y estaba contento sabiendo que era feliz.

– ¡Pobrecillas!, pensaba. Han padecido tanto que es muy justo que tengan algún consuelo.

Para madre é hija los días que debían preceder al matrimonio eran felices.

Sus muchas ocupaciones les hacían olvidar los disgustos pasados; Elvira, atenta sólo á que su hija no careciese de nada, tenía demasiado que hacer yendo y viniendo de Milán para comprar cosas; era para ella un pasatiempo y una diversión recorrer tiendas, escoger, probar y adquirir objetos que hacían á Laura feliz.

Cuando ésta y su novio acompañaban á su madre en sus excursiones, pasaban días deliciosos.

En tales ocasiones, Alberto regalaba siempre algu-

na alhaja á su prometida, luego almorzaban en la fonda, donde Laura pedía los manjares más sabrosos ó más escogidos, y aquella madre y aquel novio estaban contentos y orgullosos de la joven que demostraba una alegría infantil al ver satisfechos todos sus caprichos y al comprender que era tan querida de aquellas dos personas que con su excesivo cariño la habrían viciado.

Laura era una pequeña egoísta, una tiranuela, y ellos lo sabían; pero á veces ¡es tan grato someterse á las voluntades de un encantador tirano de magníficos ojos negros, que da las gracias con una deliciosa sonrisa capaz de remover las fibras más recónditas del corazón!..

Así, los novios pasaban los días haciendo proyectos para el porvenir y entregados por completo á su felicidad.

Debían hacer un largo viaje de bodas y Elvira quería que su hija no careciese de nada; verdad era que luego se encontraría sola y sin tener nada que hacer, pero no quería pensar en tal momento y en el ínterin tenía tantas cosas en que ocuparse y tantas á que atender, que le parecía que le había de faltar tiempo para todo.

Pero un rayo caído de aquel cielo sereno la distrajo de sus tareas.

Apenas se insertaron en los periódicos las primeras publicaciones del matrimonio, su marido, el verdadero padre de Laura, el que había permanecido tantos años silencioso y de quien no se tenía noticia ninguna, surgió de pronto para impedir el matrimonio de su hija. Elvira recibió una citación para responder á la acusación de haber presentado un documento falso de la muerte de una persona que vivía aún.

Fué un golpe terrible para aquella pobre madre, á quien le pareció ver derrumbarse de pronto todo el edificio tan trabajosamente levantado.

Era forzoso suspender la boda, y carecía de valor para dar á su adorada hija semejante noticia.

No tenía la menor idea de lo que le convenía hacer, pero tampoco quería consultar á nadie y mucho menos al barón; sentía una angustia tan horrible como jamás la había experimentado, y sin ver ningún remedio para ella; se le iba la cabeza; estaba cansada de vivir, de luchar sin descanso, de verse atada siempre á aquella cadena que ya parecía no deber romperse sino con la vida, y habría deseado morir, perder aquella existencia llena de afanes y zozobras; pero se trataba de su hija y debía reunir aún todas sus fuerzas para salvarla, para hacerla dichosa; conseguido esto, vería llegar la muerte con la sonrisa en los labios, como su emancipación completa.

¿Qué le importaba que la acusasen de haber presentado un documento falso? Había creído que el muerto era su marido, y aduciría esta creencia en su defensa; por lo cual no temía nada; pero aunque la hubieran tenido por culpable, aunque la condenaran, ¿qué le importaba? Lo interesante para ella era salvar á su hija y casarla con el hombre que amaba; lo demás le tenía sin cuidado.

Procuró hacer un esfuerzo para mostrarse tranquila y dijo que debía ir á Milán para evacuar algunas diligencias; pero por más que hizo para disimular sus sentimientos, su hija hubo de notar algo.

– Mamá, le dijo cuando la vió á punto de marchar, tú me ocultas algo. ¿Qué ha sucedido?

– Nada, hija mía; no te preocupes; es que, como soy mujer, no entiendo bien ciertas cosas; faltaba llenar una formalidad indispensable para tus amonestaciones y ya verás cómo lo arreglo todo y no habrá nada que impida tu matrimonio.

– ¿Dices que es cosa que tiene que ver con mi matrimonio?

– Sí, pero no te alarmes, es cosa insignificante; ya ves que estoy tranquila y que río; además, ya sabes que yo me cuido de todo; tú no has de pensar más que en ser feliz.

– Pero te veo tan inquieta que me asustas.

– Nada, nada, no tengas cuidado; dame un beso, y hasta la vista.

Así partió para Milán, pero entonces con el ánimo acongojado y la cabeza confusa.

Durante el viaje iba pensando de dónde habría podido salir su marido en el preciso momento en que, creyéndole muerto, ya no se acordaba de él; comprendía que habría podido decir fácilmente que lo consideraba difunto, pero lo difícil era obtener su consentimiento para la boda de su hija.

Estaba decidida á intentarlo todo con tal de conseguirlo; se trataba del porvenir de su hija y nada le parecería difícil ó repugnante para lograrlo.

Apenas llegó á Milán fué á ver á su amiga la condesa de la Somasca, que la recomendó á su abogado, y á no haber sido por una y otro habría tenido que esperar en la cárcel la resolución de la causa que se le formó por presentar documentos falsos. No le bastaba asegurar que había creído realmente muerto á su marido; la causa debía seguir su curso hasta su vista por el jurado, y sólo obtuvo, mediante fianza entregada por su amiga, el permiso de defenderse estando en libertad.

Por el momento no pidió más. Le asustaba la idea de verse encerrada en una cárcel, sin poder auxiliar á su hija; estando libre, al menos podía hacer algo.

Lo que ante todo necesitaba para que se efectuase el matrimonio era el consentimiento de su marido; por esto deseaba ver al que la había hecho tanto daño á fin de procurar conmoverlo; sabía demasiado que era empresa muy difícil, pero necesitaba asirse á aquella leve espezanza, y por más que le costase mucho ir ella misma á presentarse á su marido, se resolvió á hacerlo.

Adquirió informes; supo que hacía bastantes años se había dedicado á los negocios, y que después de probar muchos, se hizo empresario de teatros y á la sazón lo era de uno de Milán.

Si no había oído hablar de él, consistía en que tenía un socio, ó mejor dicho, un testaferro, un pobre diablo que era quien daba el nombre en las empresas, pero dejándole carta blanca, de suerte que podía decirse que todos los negocios los hacía él. Había ganado bastante dinero, estaba en buena posición y hasta le apreciaban mucho las personas que le trataban.

Empezó su fortuna en Montecarlo, donde, por haber trabado conocimiento con algunos cantantes, se le ocurrió meterse á empresario; dió principio gloriosamente á su nuevo género de vida estrujando cuanto podía á los pobres artistas, presentó luego al público algunas celebridades, y en poco tiempo consiguió reunir una fortuna regular que, por haber adquirido ya más aplomo y formalidad, decidió no perder, y desde entonces varió de vida y de conducta.

Pero no perdía de vista á su mujer y á su hija, resuelto á cogerlas desprevenidas para tener el placer de vengarse de la mujer que le había despreciado; ya no le faltaba más que aquella venganza para estar contento y tenía empeño en no dejarla escapar.

Aparte de esto, en la profesión que había abrazado estaba en su elemento; la facilidad de rodearse de artistas teatrales, de ser una especie de rey en la escena, de llevar una vida alegre y sin cuidados, encontrando siempre compañeros dispuestos á secundarle, todo esto era lo que más cuadraba á su carácter.

Había establecido en Milán su cuartel general, ante todo porque era un centro artístico que le convenía, y luego, porque viviendo en Milán no perdía de vista á su mujer, pues aunque no había vuelto al lago de Como, enviaba allí espías que le contaban todo cuanto sucedía en la quinta del barón de Sterne.

Cuando supo que Laura iba á casarse se alegró; sabía que no podía hacerlo sin su consentimiento, y así ambas mujeres caerían en sus redes. Cuando tuvo después noticia de que su mujer había querido hacerle pasar por muerto se regocijó mucho más porque consideraba segura su venganza, y hubo días en que todos lo encontraron de buen humor; escrituró artistas á los cuales no quiso hacer caso antes; pagó á otros deudas antiguas que ya no esperaban cobrar; en suma, estaba contento, necesitaba expansión y procuraba tener satisfechos á cuantos lo rodeaban.

(Continuará)

El padre de Alberto quedó prendado de la novia de su hijo

SECCIÓN CIENTÍFICA

FÍSICA RECREATIVA

UNA CREMACIÓN FANTÁSTICA

El experimento que vamos á describir ha obtenido recientemente gran éxito en el Edén Museo de Nueva York, en donde lo ha presentado Powell, un ilusionista americano que goza en la actualidad de gran renombre.



Fig. 1. Presentación de la víctima

He aquí la manera como el espectáculo se presenta al público: al levantarse el telón una joven vestida de blanco, anunciada como futura víctima de una incineración instantánea, sube á una mesa dispuesta en el fondo de una especie de alcoba limitada por tres biombos, encima de la cual hay suspendido un gran saco plegado, como indica la figura 1.

La mesa á la cual sube la víctima parece tener cuatro pies y debajo de ella arden ó parecen arder cuatro bujías con objeto de indicar al público que el espacio que hay debajo de aquélla es abierto, completamente libre y nada á propósito para un escamoteo. El estuche cilíndrico en forma de saco que ha de cubrir á la incinerada puede ser mostrado al público, el cual verá que es entero, es decir, que no tiene agujero ni artificio alguno que permita una fuga lateral, siempre posible sin esta disposición. Hechas todas estas comprobaciones, se hace descender el saco sobre la víctima y se prende fuego á ésta por medio de un pistoletazo. El humo y las llamas (figura 2) indican muy pronto al espectador aterrorizado, ó por lo menos presa de viva curiosidad, que el fuego prosigue su obra destructora, y cuando la llama se ha extinguido se levanta el saco, que por ser de una tela incombustible ha quedado intacto, y sobre la mesa y entre restos todavía humeantes no se ve más que un montón de huesos coronado por una calavera (fig. 3).

Un examen de las condiciones en que se ha operado la desaparición no revela en manera alguna los procedimientos que han permitido realizarla tan rápidamente; pero no habrá de seguro quien no sospeche que el juego tiene una trampa. ¡Claro que la tiene! ¡Pues no faltaría sino que para dar gusto al público se sacrificase cada noche una víctima inocente! Esta trampa es la que vamos á explicar con ayuda de la figura 4.

El espectáculo ilusionista ideado por Mr. Powell es una ingeniosa combinación de escamoteo por debajo del escenario y de las propiedades bien conocidas de los espejos colocados en plano inclinado. La mesa á la que se sube la víctima de la incineración no tiene más que dos pies en vez de cuatro; los otros dos los ven los espectadores por reflexión de los dos primeros en dos espejos inclinados en ángulo de 90 grados entre sí y de 45 respecto de las dos paredes laterales del biombo dentro del cual se verifica la escena de la desaparición. Lo mismo sucede con las dos bujías, que también parecen ser cuatro, gracias á la reflexión de las dos en los espejos.

Merced á la combinación de espejos y paredes del biombo y á la adopción de una tela uniforme que cubre estas paredes, la reflexión de los dos lados en los dos espejos inferiores parece ser simplemente la continuación de la pared del fondo. La parte superior de la caja triangular formada por ésta y por los dos espejos consta de dos partes, una constituída por la tabla de la mesa y otra por fracciones de espejo que reflejan la pared inferior y de pedazos de tela del mismo color que ésta.

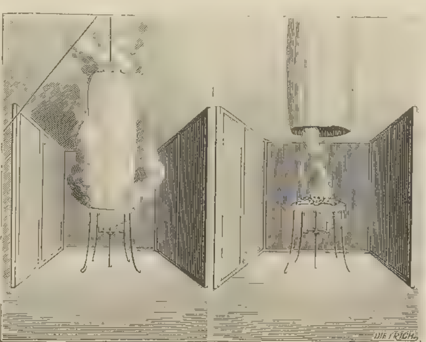
Con esta explicación es fácil comprender en pocas palabras el conjunto de operaciones más ó menos fantásticas á que el espectador asiste con interés. En cuanto la víctima queda oculta por el saco que la cubre, escápase por un escotillón disimulado en la mesa, como indica la figura 4, y rápidamente coloca en su lugar los huesos y la calavera y algunos fuegos de artificio que enciende en cuanto oye el pistoletazo, hecho lo cual se retira tranquilamente cerrando el escotillón y permaneciendo escondida en el espacio triangular constituído por la pared del fondo y los dos espejos hasta que ha bajado el telón.

DR. Z.

* * *

LOS GLOBOS DIRIGIBLES EN CHALAIS MEUDON

Sabido es que el comandante francés M. Renard, director del establecimiento central de aerostación militar de Chalais-Meudon, viene ensayando desde hace cinco años motores de gran potencia y de poco peso para proceder á nuevos experimentos de navegación aérea por medio de un globo de mayores dimensiones que el aerostato eléctrico *Francia*, ensayado en 1884 y 1885. Varios motores eléctricos y de vapor han sido sucesivamente construídos y probados sin éxito, pues en cuanto á los últimos la condensación del vapor de escape es casi imposible de conseguir á bordo de los barcos aéreos, y por lo que á los primeros respecta la duración del funcionamiento de los aparatos eléctricos es demasiado reducida para que pueda ser práctica. Pero parece que el problema acaba de ser resuelto merced á la invención de un nuevo dispositivo de motor, cuya construcción está ya muy adelantada, y se tiene la esperanza de que los experimentos que se verificarán en los primeros días buenos nos demostrarán que un globo puede estar dotado de una velocidad propia suficiente para luchar contra las corrientes atmosféricas medias y aun vencerlas cuando su velocidad no exceda de 12 metros por segundo, ó sea 45 kilómetros por hora.



Figs. 2 y 3. La combustión de la víctima y lo que queda de ésta

El globo, al cual se dará el nombre de *Capitán Meusnier*, tendrá una forma análoga aunque algo más prolongada que el aerostato dirigible *Francia*: mide 70 metros de punta á punta por un diámetro máximo de 13 metros en la cuaderna maestra, y su cubicación es de 3.400 metros. La envoltura va provista de un pequeño globo de aire compensador y cubierta de una funda cortada por piezas laterales y sostiene las cuerdas de suspensión y los cabos de la barquilla. Esta, que en un principio estaba formada por un armazón de hierros esquinados que se rompió en el primer ensayo, es ahora análoga á la barquilla del primer globo dirigible: su tablazón interior es de bambúes y de maderos de pino acanalados, reunidos por virotillos de acero huecos. El centro de esta especie de *perissoire*, que mide 40 metros de longitud, está ocupado por un camarote que contiene la máquina al lado de la cual están los aeronautas.

Respecto del motor, ya se comprenderá que, siendo la parte esencial del aparato aéreo, pocas son las noticias que puedan hacerse públicas: baste saber que funciona á la vez con la gasolina y el gas del globo y que podrá desarrollar normalmente, durante ocho ó diez horas, una potencia efectiva de 45 caballos sobre el árbol; potencia capaz de imprimir al buque una velocidad propia de 11 metros por segundo, ó sea 40 kilómetros por hora. El peso total de la maquinaria, con el carburador, la provisión de gasolina y los accesorios, no excederá de 1.200 á 1.400 kilogramos, ó sea 30 kilogramos por caballo. Hasta ahora lo más que se había podido conseguir para una producción de fuerza análoga había sido construir un motor de petróleo de 150 á 200 kilogramos para la misma proporción. Esta extraordinaria diminución de peso ha sido obtenida por el comandante Renard por medio de una combinación enteramente nueva, de un *ciclo* motor diferente.

La hélice va colocada en la proa de la barquilla, en cuya popa hay un gran timón; la longitud de las paletas de la hélice es de 4'50 metros, lo cual supone para aquélla un diámetro de 9 metros; su velocidad de rotación será de unas 200 vueltas por minuto.

Todo el material de este nuevo globo dirigible, lo propio que los parques de aerostación militar, ha sido construído en los talleres de Chalais por soldados de ingenieros destacados por sus regimientos para completar bajo la dirección del comandante Renard su instrucción especial de aerostación. Tómanse las mayores precauciones para evitar las indiscreciones de los extraños, especialmente en lo que concierne al motor y á sus anexos, y los primeros experimentos se verificarán á la callada en los primeros días buenos de la primavera de 1893.

H. GY

* * *

EL TRÁFICO POR EL CANAL DE SUEZ

El tráfico por el canal de Suez ha sufrido durante el presente año una suspensión momentánea en el aumento progresivo que hasta ahora había tenido y acerca del cual creemos interesantes los siguientes datos.

En once años, el número de buques que por él pasan ha duplicado: la estadística del año pasado revela un aumento anormal sobre el año anterior, puesto que es casi de un 24 por 100. En el mismo período de once años, el tonelaje bruto ha poco menos que triplicado, excediendo el de 1891 al de 1890 en cerca del 20 por 100, hecho que demuestra la tendencia al empleo de buques de mayores dimensiones.

El tonelaje medio de los buques hace diez años era de 2.000 toneladas; actualmente es de 3.000, y así como hace cinco años el calado del mayor buque era de 7'50 metros, hoy es de 7'80; durante el año próximo pasado han atravesado el canal de Suez 135 buques, cuyo calado está comprendido entre estas dos cifras.

Los productos del tránsito han aumentado, pues, en proporción mayor que el número de buques, pero no del todo en proporción del tonelaje bruto, pues su aumento es sólo de 110 por 100.

El número de buques que durante el año 1891 pasaron por el canal de Suez fué de 4.207 con un tonelaje en conjunto de más de 12 millones de toneladas que han pagado unos 83 millones y medio de francos. El aumento ha sido en todo el año; pero, como en los anteriores, el mayor número de buques ha pasado durante los meses de verano: en mayo pasaron 454 y en junio 424 con un tonelaje total igual al de mayo. La mayor duración de los días en

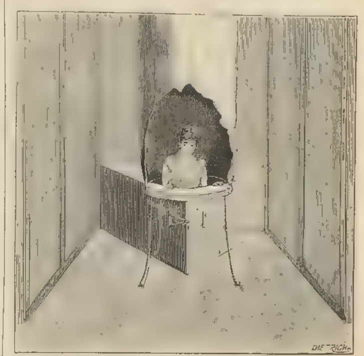


Fig. 4 Explicación del experimento

esta época no ejerce más que una influencia mínima, pues cada vez más navegan los buques de noche por el canal. En 1890 la proporción ha sido de 83'6 por 100 y en 1891 se ha elevado á 88'2 por 100 con un total de 3.711. Al mismo tiempo la duración media de la travesía ha disminuído, siendo actualmente de 23 horas 31 minutos; esta duración es mayor en abril y mayo y menor en diciembre. La duración media de la travesía para los buques que navegan de día y de noche es de 21 horas 58 minutos; para los que sólo navegan de noche es de 34 horas 54 minutos. Aunque el aumento total haya sido de 24 por 100 en el conjunto, el pabellón inglés en particular ha aumentado en 27'5 por 100, habiendo sido 3.217 el número de buques de esa nación que han pasado el canal en 1891. Aumenta también el número de buques alemanes; en cambio permanecen estacionarios los franceses, austriacos é italianos. Los buques de las demás naciones apenas alcanzan al 5'6 por 100 del total, en el que figuran: Inglaterra por 76'63 por 100, Alemania por 7'12, Francia por 6'05, Holanda por 3 é Italia por 2'26.

Del número total de buques 3.060 son mercantes con 6 millones de toneladas, en las que Inglaterra entra por 89 por 100 y Alemania por 6'25 por 100.

Inglaterra, como se ve, sostiene su primer puesto como potencia marítima.

(De *La Nature*)


Fuego de artificio en miniatura

PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

FUEGO DE ARTIFICIO EN MINIATURA

Para producir el fuego de artificio que vamos á describir no se necesita ser pirotécnico: basta tomar un soplete ó una pipa de tierra y algunas hojas del papel de estaño que se utiliza para envolver el chocolate, que se recortarán en tiras de dos ó tres centímetros de ancho, y exponer cada una de estas tiras á la llama del soplete. El metal se inflama y cae en glóbulos incandescentes que rebotan y corren por la mesa en que se opera, recorriendo una distancia considerable: algunas veces se dividen y dan origen á otros glóbulos que corren y saltan en todos sentidos.

Cuando la llama es intensa y se quema de prisa el papel de estaño, los glóbulos son muy abundantes y tienen el aspecto de un verdadero ramillete de fuegos artificiales en miniatura.

Este experimento no ofrece el menor peligro; los glóbulos rodeados de un óxido formado durante la combustión sólo dejan una pequeña huella blanquecina que desaparece pronto aun en el hule.

Esta combustión que produce un efecto curioso es al mismo tiempo una demostración de la combinación de un metal con el oxígeno del aire: el estaño se transforma, á consecuencia de esta combinación, en un óxido de color blanco.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

NOTAS ALEGRES, *por Angel Pons.* – Muchos son en España los que se titulan caricaturistas ó que de tales se las echan; pero pocos, poquísimos merecen este nombre: entre estos poquísimos y en lugar muy señalado figura Angel Pons, que ha sabido encontrar el verdadero sentido de la caricatura, tan distante de la candidez que nada dice como de la grosería que repugna. Trescientos dibujos contiene el tomo de que nos ocupamos, y todos rebosan gracia y cultura, todos son intencionados, todos tienen el punto de picantez necesario, sin que la sazón llegue nunca á molestar á los paladares más delicados. En *Notas alegres* Angel Pons ha acreditado una vez más las excepcionales cualidades artísticas que han hecho de su firma elemento indispensable en toda publicación satírica; pero además ha revelado otra menos conocida en él, la de escritor elegante, que bien merece este título el autor del bellísimo y bien pensado prólogo que encabeza el libro. *Notas alegres*, editado en Madrid por D. Manuel F. Lasanta, véndese en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.

¡ANDALUZA!, *por M. Martínez Barrionuevo.* – Original en extremo es la idea de este libro, á la vez novela interesante y guía detallado de Andalucía y principalmente de Sevilla: el fondo novelesco de la obra tiene por base una acción sencilla, sentida, atrayente, que se desarrolla, sin efectos de relumbrón, con gran naturalidad y escasos personajes, que desde el primer momento despiertan vivísima simpatía en el ánimo del lector. La parte que nosotros llamamos guía constitúyela una serie de bellísimas y exactas descripciones, con aquella acción enlazadas, que el autor hace de las ciudades, de sus monumentos, de sus habitantes, de sus costumbres, de sus tradiciones, de sus fiestas y, en suma, de todas las manifestaciones de la vida en aquella hermosa tierra, patria del Sr. Martínez Barrionuevo, que como pocos la conoce, la siente y la adora. *¡Andaluza!* está escrito en ese estilo brillante, conmovedor algunas veces, gracioso otras, lleno de pensamientos é imágenes oportunos y castizo siempre, que es característico de su autor. El libro, que forma un elegante tomo de más de 300 páginas, véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.



MR. GROVER CLEVELAND, elegido recientemente para la presidencia de la República de los Estados Unidos del Norte de América

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, *por D. León Bonel y Sánchez.* – Se ha publicado la entrega 5.ª de esta importante revista, que contiene notables trabajos en su sección doctrinal é interesantes disposiciones en sus secciones legal, de jurisprudencia (sentencias del Tribunal Supremo y decisiones de la Dirección de los Registros), de Cuestionarios y Fueros (continuación de los Fueros de Aragón) y adicional (continuación del índice alfabético comprensivo de las materias contenidas en el Código Civil Español comentado por D. León Bonel y Sánchez). Suscríbese á esta revista en la calle de Fontanella, 44, pral., 1.ª, al precio, por 12 entregas, de 8 pesetas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar. Por una entrega suelta, una peseta.

MÚSICA DEL PRESENTE, *por el Dr. D. R. Salvat.* – La música que un día se llamó del porvenir debe ser ya calificada de música del presente; Wagner se ha impuesto á todos; sus teorías en no lejana época rudamente combatidas por tradicionales preocupaciones imperan hoy en el mundo del arte musical, y sus óperas, que en un principio fueron ridiculizadas por la soberbia y por la ignorancia, recorren, ora íntegras, ora en fragmentos, las primeras escenas del mundo y excitan unánime entusiasmo en todos los públicos. De aquí el interés que merece la obra del Sr. Salvat, cuyo análisis nos veda hacer la índole de esta sección. Nos limitaremos, pues, á indicar las partes de que se compone el libro y á consignar que el autor al desarrollarlas demuestra gran competencia artística y depurado gusto. Dichas partes son: Esbozo histórico del drama musical; principales objeciones hechas al wagnerismo y su refutación; superioridad de la escuela de Wagner sobre las demás, por las excelencias de sus fundamentos; barreras de resistencia al wagnerismo en nuestros días; triunfo incipiente del drama musical. *Música del presente*, que se completa con una exposición razonada del argumento de la tetralogía *El anillo del Nibelungo*, véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 28 de noviembre de 1892 — Núm. 570

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CRISTÓBAL COLÓN, estatua de D. Jerónimo Suñol, destinada á la ciudad de Nueva York

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Biblioteca germano-británica. – Relaciones entre la literatura inglesa y la literatura española. – Los héroes de Carlyle. El humor. – Un humorista nuestro. – Miguel de los Santos Alvarez. Su angelical temperamento. – Su muerte beata y envidiable. – Una muerte moral. – Fernando Lesseps. – Cosas amargas y tristes. – Conclusión.

Uno de nuestros editores incipientes ha tenido felicísima idea proponiéndose publicar sabia biblioteca de traducciones del alemán y del inglés al español que modifiquen un poco los gustos nuestros, inclinadísimos por costumbre ya tradicional á las versiones del italiano y del francés. Por mucho que nos esquivemos á este concepto fundamental de la existencia de una raza latina, imposible negar sus efectos hasta en la esfera idealísima del arte y de la conciencia, por la patente relación armónica entre los idiomas de cada nacionalidad hermana. Pero hay naciones que suelen aproximarse á las razas extranjeras ó parecérseles por alguna manifestación de su espíritu interno y de su vida moral. Es indudable que la Iglesia galicana, sin dejar de ser católica, se acerca mucho más al protestantismo que la Iglesia española; y es indudable que la literatura española, sin dejar de ser latina, se acerca mucho más á la literatura británica que la literatura francesa. No se comprenden estas analogías, cuyas primeras afirmaciones parecen dispares ó disparatadas, sino después de haber meditado mucho sobre su existencia y de haber convertido con atención el pensamiento, y la vista con cuidado, á los dos términos capitales de tal comparación. Seguidme un breve momento y convendréis conmigo en la exactitud matemática de mi reflexión y en el evidente parecido entre unas y otras letras.

* * *

¡Lástima grande que algunas herencias históricas y un detentamiento injustísimo indispongan á la continua Inglaterra con España, pues insisto en que no conozco pueblos más relacionados y afines por ciertos caracteres de las sendas complexiones morales y por ciertas características de sus literaturas nacionales! Con decir que nuestro régimen parlamentario y municipal de la Edad media se parece al régimen británico de la misma época cual una gota de agua se parece á otra gota de agua, y con añadir que las dos literaturas tienen idéntica independencia de la tradición antigua; teatro análogo, por su contextura y por su genio, en el siglo XVI y en el XVII; caracteres románticos bien claros; un individualismo casi anárquico, muy diverso de las regularidades y de las proporciones y de la disciplina reinantes, lo mismo en Italia que en Francia; una mezcla y contraste brusco entre idealismos rayanos en teurgia y realismos rayanos en brutalidad, hase dicho bastante para probar estas consonancias, incomprensibles en los apartamientos, así etnológicos y geográficos que nos separan, como en las guerras seculares mantenidas sin descanso al calor de las porfías mútuas empeñadas por la dominación del Océano entero y por los acaparamientos del comercio universal.

* * *

La demostración de tal tesis resalta de suyo á los ojos en cuanto descendemos de semejantes consideraciones al recuerdo de los genios extraordinarios que han resplandecido en los anales gloriosísimos de unas y otras letras. Shakespeare y Calderón se parecen por más de una entre las brillantes facetas que descomponen esa luz de los cielos del espíritu, más viva que la luz del espacio infinito; luz á que llamamos ideal. Uno y otro prescinden de la liturgia clásica. Fuera de aquella unidad interior, sin la que sería imposible la creación espiritual, como la creación material sin la unidad de Dios, atentan á la unidad del tiempo y á la unidad de lugar, tan observadas por los clásicos. El mundo de la Edad media y el mundo de la antigüedad greco-romana resultan como dos canteras pentélicas, en cuyas moles tallan los dos á una sus templos inacabables y sus animadas estatuas. Calderón es más teólogo que Shakespeare. En cambio Shakespeare más psicólogo y más fisiólogo que Calderón. En el poeta español prevalece la metafísica; en el poeta inglés la moral. Para el uno es ante todo y sobre todo la idea, como se muestra en la *Devoción*, en el *Mágico*, en los *Autos;* para el otro es, ante todo y sobre todo, la pasión, como se muestra en *Otelo, Macbeth, Hámlet, Julieta.* Calderón es, después de Dante Alighieri, el más divino de los poetas cristianos; Shakespeare el más humano en la literatura universal; pero ambos á dos se asemejan mucho, por el desorden lírico, por los contrastes varios, por la mezcla del llanto con la risa, por una insondable profundidad filosófica, por cualidades análogas y parecidas á las analogías existentes entre nuestro espíritu y el espíritu británico.

* * *

Nuestro primer ingenio, Cervantes, muestra en la copia de sus increíbles aptitudes una ironía, la cual, si no fuera tan genuinamente castellana, parecería sajona. El sentido común suyo, el conocimiento de la realidad y de la vida, los contrapuestos caracteres de lo idealizado y de lo práctico, aquella filosofía de observación y experiencia, encajan de tal manera en el gusto inglés, que no alcanza en parte ninguna la obra magistral del espíritu español un número de admiradores y una constante asidua lectura comparables á los que alcanza en Inglaterra. El humor, concepto de difícil explicación en castellano, por referirse, de un lado, al carácter moral, y de otro lado, al carácter fisiológico; el humor, la ironía y la gracia tristes, acerbas, elegiacas, tal como Juan Pablo Richter lo explica, parece una característica del genio británico, reunida con las múltiples cualidades creadoras de aquel extraordinario escritor, en quien se reunen á las sugestiones de una inspiración y de una idealidad inagotables, el sentido de lo real y de lo verdadero, como no se han reunido en mortal ninguno hasta hoy. Comparad cualquiera de los satíricos extranjeros que brillaron en la época del Renacimiento: aquel Rabelais, apayasado frecuentemente; Pulci, tan enemigo de todo noble afecto; el genial, pero desordenadísimo Ariosto, con Cervantes, y veréis cómo ninguno tiene, ninguno entre todos ellos, sumado con el sentido vulgar, puesto en Sancho Panza de relieve, un reconcentrado genio psicológico é idealista como el que personifica D. Quijote, y que brota con fértil espontaneidad doquier el sentimiento de la individualidad puede abrirse y espaciarse á su antojo. Y como estas individualidades aisladas, diversas, concretas, quizás originales hasta la extravagancia, en parte ninguna se encuentran como en España é Inglaterra, precisa imputar y atribuir su florecimiento á una grande analogía de genio entre las dos almas de ambos esclarecidos pueblos.

* * *

Carlyle no se parece á ninguno de nosotros. No tienen los escritores nuestros, aun los más clásicos, el clasicismo de antigua cepa que los italianos, y tampoco tienen la proporción y la disciplina francesas; pero en cambio tienen una claridad y una genialidad sin igual. Fuera de algunas intrincadas obras gongorinas, la más esplendente luz penetra en todos los libros españoles y les da una etérea transparencia. Pero Carlyle de suyo es obscurísimo. Algunos de sus párrafos resultarían más claros de haberse trazado, por cualquier evento, en jeroglíficos orientales. Así no tienen ni parecido en la literatura nuestra; y no teniéndolo, merece muy singular atención su obra individual por originalísima. Sólo encuentro un escritor que pueda comparársele, por incomparable de suyo, sólo encuentro á Gracián, el alabado por Schopenahúer. También Gracián piensa profundamente; brilla por los contrastes bruscos; pasa de la elevación á la desvergüenza; rueda desde alturas vertiginosas á derrumbarse en abismos insondables; aunque jamás llega ni á los atrevimientos del filósofo inglés ni á la suma del teólogo con el bufón. Así pocos recreos superiores al producido por sus párrafos intrincados que concluyen dándonos mareos parecidos á los causados por aquellos caprichos de Goya, en que dentro de indecisa niebla flotan y vagan los cirios de una procesión junto á las contorsiones de un titiritero. Yo confieso mi pecado: sin creerlo nunca ejemplar literario propio para ser seguido, lo creo propio para ser meditado, y sobre todo para ser admiradísimo. En la infinidad del espíritu caben todos los genios, como en la infinidad del espacio caben todos los soles. Indudablemente las ideas del escritor insigne provienen del panteísmo alemán, que trasciende por todos sus escritos en las relaciones apuntadas á cada paso entre las más dispares ideas y las cosas más apartadas y los conceptos más incongruentes, por ser todo panteísmo una grande aplicación de las identidades que hallara el genio sintético de un hombre tan grande como Espinoza entre la extensión y el pensamiento. Pero una filosofía tan sistematizada, tan evolutiva, tan puesta en serie gradual y lógica como la filosofía hegeliana, se quiebra en cien fragmentos al penetrar en la inteligencia de Carlyle, que unas veces la formula en himnos de amor y entusiasmo, mientras otras veces en salida de pie de banco. Pero con esto y con todo se recogen á granel en sus libros los pensamientos profundos, escondidos como los diamantes entre las rocas, y difíciles de extraer si no con gigantes y maravillosos esfuerzos.

* * *

Carlyle fué un humorista y Miguel de los Santos Alvarez otro, no menos profundo, no menos original, no menos filósofo, no menos poeta que su genio análogo de Inglaterra. Mas por la pereza intelectual suya no escribía una palabra, y por la pereza intelectual de nuestro público nos holgábamos todos en oirlo más que en leerlo. La claridad deslumbradora del cielo español se opone á las negaciones; y así Miguel era tan creyente de suyo en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma como cualquier místico; y la confianza también del español en sus propias fuerzas le induce á sostener hasta la posibilidad de arrancar su mala estrella del cielo, borrando con su aliento los horóscopos del destino, y así Miguel, pesimista por muchos lados de su espíritu, resolvía su alma y su vida enteras en un encantador optimismo, al cual os atraía y en el cual os anegaba su naturaleza bondadosa y su sonrisa inalterable. Como esos buzos que dan en las profundidades oceánicas con las perlas siempre y nunca con el cieno, hundíanse los ojos de Miguel allende los errores y los pecados de aquellos con quienes hablaba, inquiriendo únicamente la parte de verdad y de bien escondidos hasta en los senos de las inteligencias equivocadas y de los ánimos perversos. Su filosofía no estaba escrita, ni sistematizada, pero vivía vida real y andaba con perdurable movimiento. Por regla general solía Miguel tener un arte intuitivo en templar así las alegrías como las tristezas del mundo. Cuando en un baile os veía demasiado alegre, recordaba los dolores humanos como para daros un tirón hacia la realidad; y cuando en un duelo y en una muerte os veía demasiado triste, dilataba con efusión ante vuestros ojos el cielo de la esperanza y lo teñía con deslumbradores iris. Yo recordaré toda mi vida la noche que velamos el cadáver de aquella nuestra común amiga, Rosa Gándara, que pasó por los senos de la tierra como un ángel de sobrenatural empíreo. Mantuvo él solo casi la conversación, apropiadísima de suyo á la solemnidad del caso y cortada por los sollozos de un esposo amante y de unos buenos hijos, todos desolados. Y no habló sino de la muerte, y no buscó para los tristes consuelo sino en la inmortalidad, pues á manos llenas se cogían los pensamientos religiosos y filosóficos en aquellas palabras, tan profundas por su oculto sentido como nuevas por su aérea forma, las cuales pasaban de sus labios á vuestro espíritu por los eléctricos efluvios de un sentimiento inagotable. Y lo mismo en la cabecera del enfermo sabía tanto darle medicinas y auxilios como encomendar su alma con intuitivos conceptos de un penetrante aroma religioso al Dios de su corazón, vivo siempre allá en las metafísicas cumbres de su idea. Y como sabía sostener á los moribundos en las agonías y á los desolados en los frecuentes duelos á que le condenaba su complicadísimo trato social, sabía decir cosas picarescas de suma gracia en los divertimientos y hasta se le ocurrían conceptos de altísimo valor en política, dispuesto siempre á departir con los filósofos y con los niños. Ligados por un afecto de cuarenta ó más años, nunca vino á mi casa él, ni yo á la suya. Nos encontrábamos todas las semanas en los hogares de comunes amigos. Y nunca departía con él sin traerme á casa en mi memoria la joya de una idea. Dos días tan sólo ha tenido de aguda enfermedad, y ha muerto como un niño que se duerme con dulce sonrisa en los labios y un ensueño feliz en la mente, seguro de que aquí merecería lágrimas y allá en otro mundo mejor la bienaventurada inmortalidad.

* * *

¡Cuántos hombres superiores quisieran morir, como murió Miguel, cuántos! Acordaos de Lesseps. ¡Cómo adivinó tal hombre superior que el Egipto, la tierra donde se transformó el genio oriental, la escuela de los antiguos helenos, el anillo que uniera Grecia con Asia, el santuario en que la semilla de todas las libertades, la idea de la personalidad humana, comenzó á brotar, y donde comenzó á erguirse la estatua que debía ser como la apoteosis y la consagración de nuestro organismo; el oráculo de los filósofos y el observatorio de los astrónomos; la encarnación sublime del genio de Alejandro y el extenso Zodíaco de los pensamientos neo-platónicos; aquella nación que, por Tebas y Memphis, recogía en su seno todo el Oriente y por Alejandría todo el Occidente; la síntesis científica de la antigua historia, como Roma había sido su síntesis política; la misteriosa pitonisa que llevaba al seno del cristianismo las inspiraciones del Verbo; la fundadora y la iniciadora de todos los sistemas que han arrancado á la naturaleza sus secretos y al cielo su lumbre, iba á ser todavía en el mundo moderno, merced á unos cuantos golpes de la industria y á unos cuantos esfuerzos del trabajo, como la cadena invisible de la atracción que une los astros, el lazo material y visible que une los continentes! Si esta su obra perteneciese á tiempos más heroicos y más poéticos que nuestros tiempos, esencialmente positivistas, ya tendría los arreboles de poesía que esmaltaron el viaje de los Argonautas ó los esfuerzos de los primeros navegantes homéricos, y las sirenas escondidas en las olas del Mediterráneo elevarían ya en su loor una odisea semejante á la antigua odisea repetida por los coros de aquellos armoniosísimos peñascos, de aquellos divinos promontorios, de aquellas serenas playas eternamente abiertas á las inspiraciones y á los milagros del arte. Yo á Lesseps en su gloria lo estudié y observé con la natural atención que debemos á todos los caracteres verdaderamente extraordinarios. Es oriundo de las costas mediterráneas, de esas costas que dieron á Marco Polo su atrevimiento y á Cristóbal Colón su genio. Tiene algo en su inteligencia de Marsella, colonia mercantil de los antiguos griegos, y también de Barcelona, de esa ciudad que llevó sus naves desde Mallorca á Sicilia, desde Sicilia á Atenas y Constantinopla, aumentando con la luz de su alma las espléndidas estelas del Mediterráneo. Marsellés por su padre, catalán por su madre, reune á la vivacidad de los marselleses la reflexión de los catalanes. A estos prestigios de su nacimiento se agregan los prestigios de su educación prodigiosa, en los palacios orientales comenzada y á la sombra de las Pirámides y á las orillas del Nilo, entre las ruinas de los templos, sobre las arenas de esos desiertos que han consumido tantos pueblos y han exhalado tantas ideas, donde parecen

EL ACOROZADO INGLÉS «HOWE» RECIENTEMENTE VARADO EN LAS AGUAS DEL FERROL



VARADA DEL ACORAZADO INGLÉS «HOWE» EN LOS BAJOS DE LOS PEREIROS, Á LA ENTRADA DEL FERROL

los milagros como los fenómenos de cada día, y como cosa natural, naturalísima, lo sobrenatural y lo maravilloso. Habla, además de su lengua nacional, el griego moderno y el árabe antiguo; el catalán como si aún estuviera en Barcelona; el castellano como si aún estuviera en Madrid, y esa jerga franca de nuestros marinos del Mediodía que oís en todos nuestros puertos y que parece como la base de un idioma internacional. Oyéndole creéis oir á un San Germán; sólo que, como aquél asistiera á todos los tiempos de nuestra historia, éste ha asistido á todos los espacios de nuestro planeta. Su edad es ya avanzada, pero su cuerpo todavía está erguido. En su frente resplandece la inteligencia y en su entrecejo la tenacidad y la porfía. El mirar es profundo, los ojos avizores y negros. Blanquea su cabeza, blanquea su bigote, y tiene su tez todavía la bronceada máscara que le ha puesto el sol de los desiertos. ¡Cómo ha trabajado ese hombre! Viajero incansable, escritor increíble, orador abundantísimo, poeta verdadero, se ha inclinado como los cortesanos y se ha erguido como los tribunos; ha disimulado en los consejos de los reyes como un florentino y ha gritado en las asambleas de los pueblos como un demagogo; ha arrastrado en pos de sí á los creyentes con sus transportes místicos y á los comerciantes con sus cálculos mercantiles, envolviéndolos á todos con los espejismos de su poesía. Así, y sólo así, ha roto el obstáculo geológico que separaba las aguas del mar Rojo de las aguas del mar Mediterráneo, y á la vista del Sinaí, sobre las tierras de las peregrinaciones israelitas, allí donde vencieron los esclavos y se ahogaron en los abismos los Faraones, le ha mantenido la virtud por excelencia creadora, la virtud de su fe viva en la grandeza de su obra, virtud que ha movido los montes y ablandado las piedras. ¿Y todo este poema concluye por una causa de estafa? ¡Oh despiadada muerte! ¿Por qué no lo acabaste quince años antes?

Sunt lacrimæ rerum.

Madrid, 23 de noviembre de 1892

SECCIÓN AMERICANA

LOS PIGMEOS

POR N. HAWTHORNE

I

En aquellos tiempos, cuando el mundo estaba lleno de portentos y maravillas, había un gigante llamado Anteo, y un pueblo, ó mejor dicho, Estado, de hasta un millón de ciudadanos chiquirritines, tamañitos de un palmo, que se llamaban pigmeos. Este gigante, pues, y estos pigmeos, hijos todos de la misma madre, nuestra abuela Tierra, vivían juntos y en santa paz como buenos hermanos, muy lejos, lejísimos de nosotros, allá en el centro tórrido del Africa. Y como los pigmeos eran tan diminutos, y había tan dilatados desiertos de arena y tan escarpadas y ásperas montañas entre ellos y el resto de la especie humana, y entonces no se conocían las carreteras ni los telégrafos, apenas si se sabía de ellos por la relación de algún que otro viajero que se aventuraba cada siglo hasta la comarca que habitaban. Por lo que hace al gigante, su estatura colosal podía divisarse á cinco leguas; distancia respetable que aconsejaban la perspectiva y la prudencia al propio tiempo.

En cambio, si la nación pigmea producía, pongo por caso, un ciudadano de seis ú ocho pulgadas, desde luego se le clasificaba entre los hombres más grandes que se hubieran conocido; y así, era cosa digna de ver y por extremo interesante sus pueblos, y las calles que los cruzaban, anchas de dos á tres palmos y formadas de edificios casi tan altos como sombrereras. Eso sí, el palacio real tendría las proporciones de mi mesa de escribir, y se alzaba orgulloso en una plaza que difícilmente habría podido entoldarse un día de procesión con la colgadura de mi cama. En cuanto á la catedral, obra maestra de un atrevido y famoso arquitecto, era casi de tanta elevación como un armario ropero y capaz como mi alcoba, habiendo acumulado en este espacio el arte, la piedad y la magnificencia de los pigmeos cuanto es posible imaginar para ornato de un templo. Los materiales empleados en todas las construcciones referidas no consistían, sin embargo, en piedra y madera, sino en una especie de argamasa muy parecida á la que fabrican ciertos pájaros, con fragmentos de paja, de pluma, de cáscara de huevo y otras cosas reunidas por medio de tierra arcillosa á guisa de mortero; y es lo cierto que, después de bien secas con el sol y el aire, se antojaban y eran, en efecto, tan elegantes, cómodas y sólidas cual pudiera desearlas un pigmeo.

La campiña estaba dividida en granjas, cortijos y prados, y allí sembraban aquellos pequeñuelos el trigo y otras semillas de que se sustentaban, y que, llegados á su crecimiento y madurez, bastaban á proteger de los rayos del sol, con su magnífica vegetación, á los pobladores de la comarca, del propio modo que las acacias, encinas y castaños nos resguardan en verano y cuando sesteamos en los bosques. En la época de recolección usaban de hachas en vez de hoces; que de esta suerte, cual si fueran árboles, derribaban las espigas, y cuando por desgracia caía una cargada de granos cuajados y fuertes sobre un pigmeo, ó allí mismo quedaba sin vida, ó por lo menos tan molido que ya tenía quebranto para toda la siega.

He hablado de la pequeñez de los padres; ¡imagínese el lector la de los niños! Bastará decir que una familia hubiera podido jugar al esconder entre los dedos de un guante viejo; ¡como que en un dedal de cualquiera de nuestras costureras entraría como centinela en garita un rapazuelo de doce meses!

II

Ahora bien: estas extrañas criaturas, según dije antes, tenían por vecino y hermano á un gigante, cuya enorme y prodigiosa estatura sorprendía más aún, si es posible, que la exigua pequeñez de los pigmeos; y necesario es que fuese muy grande aquel hombre para servirse de un bastón de encina de ocho pies de circunferencia. El pigmeo dotado de mejor vista apenas podía divisar la cabeza del coloso sin auxilio del telescopio; y á las veces, cuando estaba nublado, nadie alcanzaba á distinguir más allá de las rodillas de Anteo, quedando el resto de su persona envuelto en obscuridad. Pero si el día era despejado y sereno, y la atmósfera estaba transparente, ofrecía el coloso un espectáculo verdaderamente sublime. Nada es parte á describirlo; que era preciso ver cómo se alzaba hasta el cielo, en medio de sus hermanitos, aquella montaña de forma humana, contemplándolos risueño y lleno de fraternal complacencia con el ojo único que tenía, y para eso en mitad de la frente y tamaño como una rueda de carreta, merced á lo cual abarcaba de una mirada la nación pigmea extendida á sus pies.

Como gustaban mucho de su trato los pigmeos, á cada momento, alzando la voz cuanto podían y ahuecándosela con las manos, le gritaban:

–¡Hola, hermano Anteo! ¿Cómo te va por ahí arriba?

Y cuando, por casualidad, llegaban á él sus vocecitas, les contestaba:

–Vamos pasando, hermano; vamos pasando.

Inútil será decir que el estruendo que producían sus palabras era semejante al de la tempestad.

Afortunadamente para aquel pueblo tan débil, Anteo alimentaba respecto de él en su corazón la más tierna simpatía y benévola amistad; y digo por fortuna, porque de no ser así, como tenía el gigante en su dedo meñique más fuerza que toda la nación reunida, si hubiera sido para los pigmeos tan malo cual lo era para los demás, habría podido destruir de un puntapié su importante capital. ¿Y cómo no? ¡Si sólo con soplar un poco fuerte le hubiera bastado para destejar sus casas y arrastrar á enormes distancias sus pobladores del propio modo que si fuesen plumas! Supongamos por un momento que de propósito ó inadvertidamente hubiese puesto un día la planta de su pie tremendo y descomunal sobre un *meeting* de pigmeos, y ¡consideremos después el espectáculo lastimoso que habría ofrecido aquella inmensa tortilla de ciudadanos! Pero tratándose de nuestro héroe, no es ni aun lícita la suposición; que hijo como ellos de la Tierra, los amaba con cariño fraternal, y tan íntima y afectuosamente, que no era posible más tratándose de personas tan diminutas. Por su parte, le devolvían sus hermanos aquel amor con mejora de tercio y quinto, profesándoselo tan profundo, tan leal y tan intenso como lo permitía la capacidad de sus corazones. A su vez Anteo estaba siempre dispuesto á servir y complacer á sus aliados con todo su poder, los cuales si necesitaban, verbigracia, de un poco de aire que agitase las aspas de sus molinos, luego al punto comenzaban éstas á dar vueltas sin más esfuerzo que la respiración natural de los pulmones del gigante; ó si, por ejemplo, era caluroso el verano y abrasador el sol, y corrían peligro de morir de tabardillo los segadores, sentábase en alguna colina, y proyectaba sombra con su cuerpo de una á otra frontera mientras lo necesitaban.

Por lo que respecta á los asuntos interiores del reino, á fuer de hombre honrado y prudente, dejaba gobernarse á los pigmeos á su modo, sin ejercer sobre ellos presión en ningún sentido; ejemplo de cordura digno de ser imitado siempre por los grandes en sus relaciones con los pequeños.

Basta con lo dicho para demostrar que Anteo amaba á los pigmeos y éstos á aquél con verdad y sin reservas mentales ni restricciones.

La longevidad del coloso estaba en relación del volumen de su cuerpo, del propio modo que la de los pigmeos se medía por la de su pequeñez. Y como no se había interrumpido nunca la cordial inteligencia en que vivían ellos y Anteo de muchos siglos atrás, compulsando las crónicas, los códices y los anales de aquel pueblo feliz, no se hallaban sino pruebas irrecusables del mutuo afecto y de la reciprocidad de servicios que cada una de aquellas dos potencias se habían prestado siempre. Ni tampoco el más venerable y encanecido pigmeo había oído contar á sus abuelos la menor cosa que pudiera despertar la idea, en un espíritu investigador y curioso, de que la buena armonía de Anteo con ellos y de ellos con Anteo hubiera dejado de ser un solo día ejemplo de cristianos y nobles procederes. Sin embargo, cierta ocasión que no es lícito pasar en silencio por serlo de tristísimos recuerdos y hallarse además conmemorada en un obelisco de hasta tres palmos de altura, Anteo, sin mirar en dónde, se sentó sobre cinco mil individuos reunidos para una revista: acontecimiento desgraciado en el cual nadie tuvo la culpa sino el descuido del gigante; y así la nación no guardó rencor alguno al inocente exterminador de sus ejércitos.

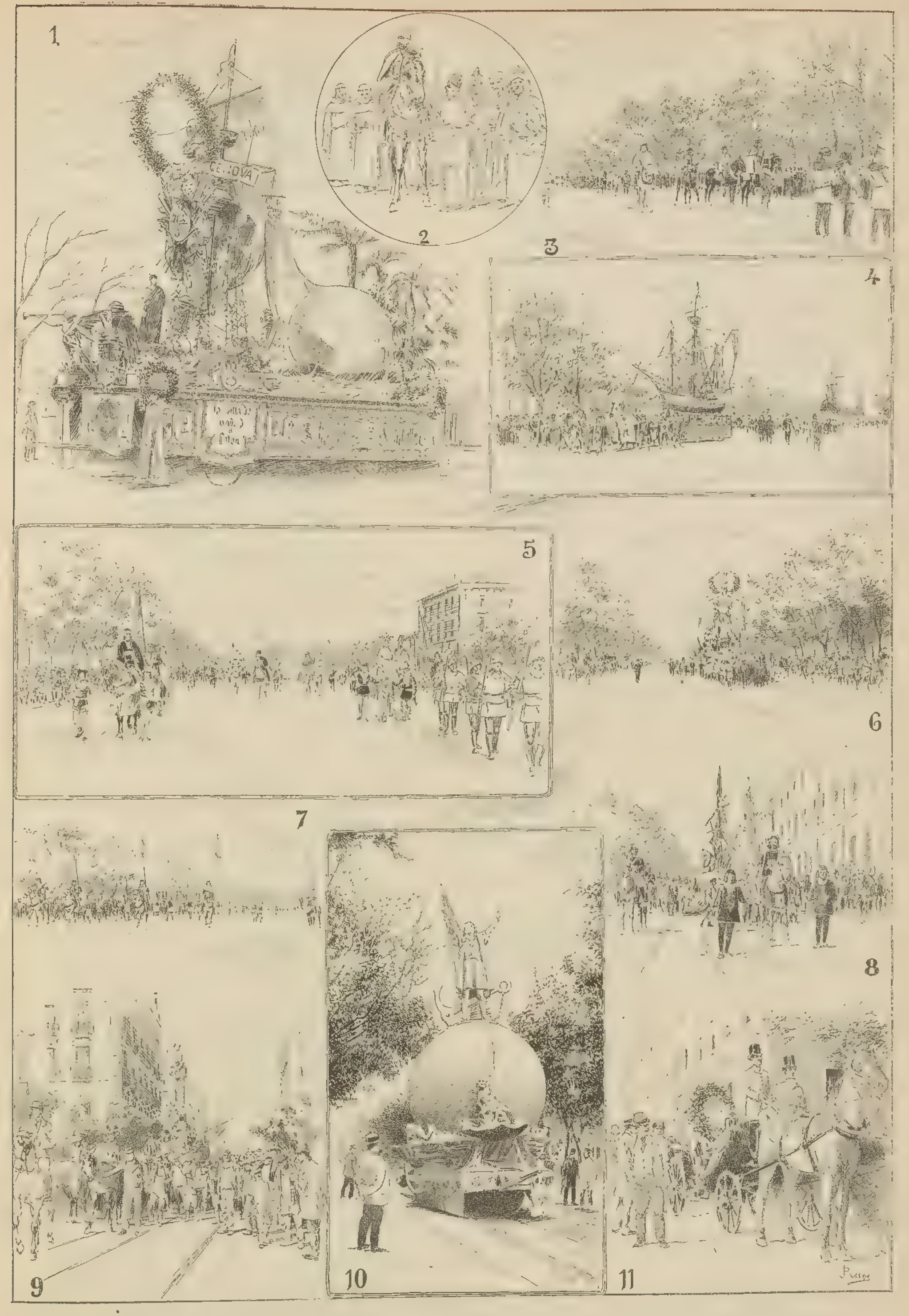
III

La verdad es que mueve á risa imaginarse á Anteo, tamaño como la torre más alta que se haya construído, entre aquellas hormigas con rostro humano, y pensar que seres de proporciones tan diferentes vivieran unidos con vínculos de amistad y simpatía recíproca! También es cierto que, á juzgar por las apariencias, mejor se hubieran pasado los pigmeos sin el gigante que no el gigante sin los pigmeos, y así era en efecto, porque sin aquellos benévolos vecinos, que á él se antojaban siempre figuras de ajedrez, no hubiera tenido un solo amigo en la tierra, viviendo en la mayor soledad. Unico en su especie, sin semejante de su tamaño, ¿con quién hablar?, ¿á quién comunicar sus impresiones? De aquí que cuando andaba, llevando la frente por las nubes, se creyera en medio de su inmensa grandeza y de su poder descomunal el más aislado, solitario y triste de los seres, á quien la memoria de los siglos pasados y la idea de los que aún pasaría de aquella suerte afligía y abrumaba de una manera insoportable, como esclavitud ó tormento que no deba redimirse nunca. Por otra parte, supongamos que hubiese tropezado con otro gigante; Anteo habría creído que el mundo no podía contener dos hombres de su talla, y en vez de aliarse con él lo hubiera provocado á duelo. Pero con los pigmeos era el chico más alegre, jovial, decidor y bonachón que hubiese bebido agua en el seno de las nubes.

Sus amiguitos, á semejanza de otros pueblos tan importantes como ellos, tenían de sí mismos la opinión más ventajosa y se creían poderosos al extremo de darse aires de protección con el coloso.

–¡Pobre muchacho, se decían, qué vida tan triste la suya!... Siempre solo... Preciso es que hagamos algo por él, sacrificándole siquiera un rato de nuestras ocupaciones de cada día. Verdad es que la Providencia no le ha dotado con tan pródiga mano como á nosotros de ciertas cualidades; pero esa es una razón más para que miremos por su bienestar y felicidad. Seamos, pues, indulgentes y buenos con él y compadezcamos su negra suerte, que después de todo, si nuestra madre la Tierra no hubiera tenido predilección por nosotros, gigantes seríamos como él.

En efecto, los días de fiesta más principalmente, porque los pigmeos eran personas muy hacendosas y no gustaban de perder el tiempo entre semana, iban en busca de Anteo para pasarlo en su compañía. Tendíase cuán largo era el coloso, y parecía entonces una cadena de montañas. Y como la gente menuda gustaba de pasear sobre él horas enteras, para facilitarles la subida ponía en el suelo una mano abierta, donde se embarcaban á centenares, y así los encaramaba á los sitios más prominentes de su cuerpo, sin las molestias que ocasiona siempre una ascensión. Una vez allí, corrían y jugaban los chicos hasta rendirse de fatiga. Muchos mozos en quienes comenzaba á revelarse cierto espíritu investigador, inclinado á los descubrimientos, hacían intrépidas exploraciones por entre los pliegues de su ropa; otros subían á lo más enriscado de su cabeza, y desde la frente, como si estuvieran en la plataforma de la gran pirámide, gozaban de horizontes inmensos; y otros, en fin, ó se divertían escondiéndose por entre los cabellos del gigante, cual pudieran hacerlo nuestros hijos en un sembrado de maíz, ó le anudaban las barbas para columpiarse, ó apostaban á quién daría primero la vuelta á la carrera y sin tropezar alrededor de su ojo in-



Madrid.–Fiestas del Centenario. Cabalgata Histórica organizada por el Ayuntamiento Cabalgata organizada por el Comercio y la Industria. (De fotografías de D. F. Prieto.)

CABALGATA HISTÓRICA. – 1. Carroza alegórica del descubrimiento de América. – 2. Boabdil, último rey moro de Granada, y su séquito. – 3. Timbalero y trompeteros que precedían á los Reyes Católicos. – 4. Las carabelas *Niña*, *Pinta* y *Santa María*. – 5. Los Reyes Católicos, los infantes D. Juan y D.ª Juana, el cardenal González de Mendoza, fray Hernando de Talavera, fray Diego de Deza, el Gran Capitán y séquito de caballeros y damas. – 6. Carroza alegórica. – 7. Heraldos que abrían la comitiva llevando los estandartes con el escudo de los Reyes Católicos. – CABALGATA DEL COMERCIO Y DE LA INDUSTRIA. – 8. Heraldo y carabela del gremio de confiteros. – 9. Carroza del gremio de taberneros. – 10. Carroza de Colón. – 11. Corona de suela del gremio de zapateros.

menso y único; ó saltaban, esto los habituados á ejercicios gimnásticos, desde la punta de su nariz al labio superior, operación peligrosa á causa de las columnas de aire que despedía por las ventanillas y que aturdían con harta frecuencia á los volatineros al pasar frente á ellas.

Si he de hablar con franqueza, los pigmeos eran tan enojosos á veces para el gigante como hubiera podido serlo una invasión de hormigas ó de pulgas, sobre todo cuando les ocurría clavarle en la piel sus lanzas y espadas para probar su dureza y espesor. Pero Anteo cedía bondadosamente á cuantas diabluras hacían, limitándose, si tenía ganas de dormir, á rogarles entre dientes que lo dejasen, súplica que no era siempre atendida, teniendo entonces que sufrir sus juegos con paciencia y acabando por reirse á carcajadas de su incansable, bulliciosa y alegre actividad. El estrépito que hacía en estas ocasiones el bueno de Anteo, semejante á un huracán, y las trepidaciones de su vientre, parecidas á las de un terremoto, daban fin á la fiesta, y los pigmeos, ensordecidos, amedrentados y sin poder guardar el equilibrio, unos rodando otros precipitándose por brazos y piernas como por montaña rusa, dejaban al gigante tranquilo hasta otro día. El, al verlos alejarse, reía más aún y decía para sí:

—¡Qué felicidad ser chico siempre! Si yo no fuese quien soy, quisiera ser pigmeo nada más que para disfrutar del mundo como ellos...

IV

La única preocupación constante de inquietud para los pigmeos era el estado de guerra en que vivían con las grullas hacía muchos siglos. Por incompatibilidad de caracteres, odios de raza ó antipatía nacional, es lo cierto que pigmeos y grullas habían estado siempre en perpetua hostilidad, sin tratados de comercio ni de extradición, sin relaciones diplomáticas ni mercantiles, sin reconocerse, en una palabra, como no fuera en las sangrientas batallas que se libraban ambos pueblos y en las cuales la suerte azarosa de las armas decidía indistintamente y sin criterio alguno en favor ó en contra de cualquier bando.

Si hemos de dar crédito á ciertos historiadores, los pigmeos iban á la guerra montados en cabras; otros, sin negar el hecho, añaden que, habiendo sido necesario modificar la táctica y el armamento para poner ambas cosas en relación con los adelantos del arte militar, cabalgaban en liebres, conejos y erizos, cuyas púas hacían de la nueva caballería uno de los elementos más eficaces y decisivos en las batallas.

TRADUCIDO POR JUDERÍAS BÉNDER

(Continuará)

LOS TRABAJOS

DEL CONGRESO AMERICANISTA

Hemos reseñado en otro artículo la reunión del noveno Congreso de Americanistas en el histórico cenobio franciscano de Santa María de la Rábida, explicando la significación de aquel acto, la importancia de los miembros que se reunían en asamblea puramente científica, y la solemne apertura de las sesiones, hecha por el presidente del Consejo de Ministros de España en el mismo claustro que hace cuatro siglos paseó Colón vertiendo la primera semilla fructificadora de un mundo nuevo para la tierra.

A tal solemnidad debía corresponder en buena lógica un mayor acerbo de buenos frutos para la obra americanista y un esfuerzo superior de todos aquellos que desde hace veinte años vienen laboriosamente trabajando en la cimentación de la historia de los pueblos occidentales. Hacían esperar ambas cosas la solemnidad de la conmemoración que se celebraba en las orillas del Odiel, la suprema importancia del Congreso reunido en la cuna del descubrimiento, el más numeroso contingente que esta vez se congregaba en los claustros del monasterio.

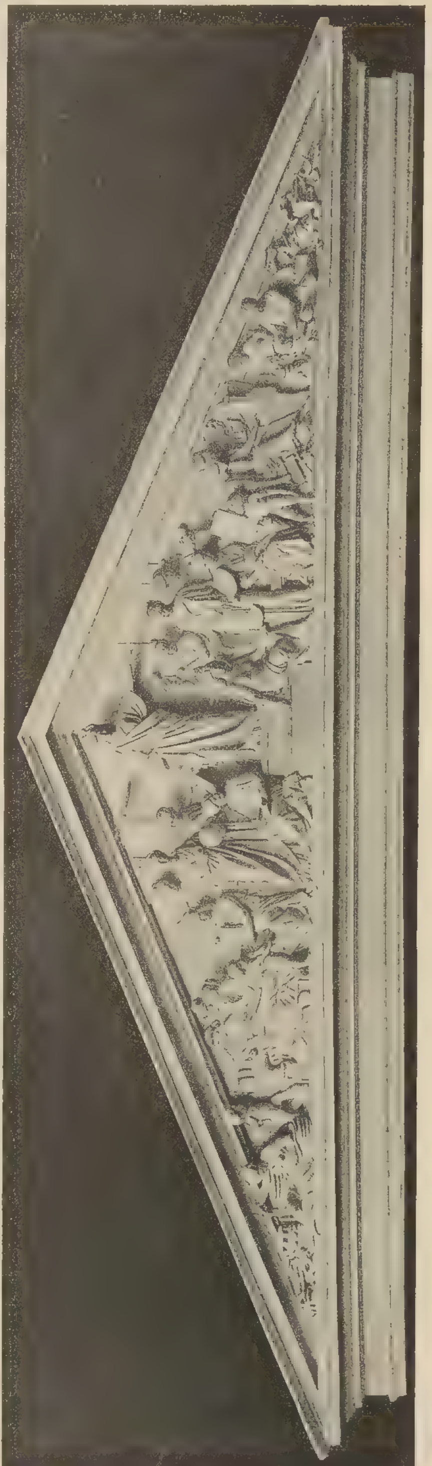
Y en efecto, no se vieron defraudadas tales esperanzas, porque la obra del Congreso Americanista ha sido tan grande como fecunda, y desde luego infinitamente superior á la de esos otros congresos celebrados en la corte, reunidos al parecer con el exclusivo objeto de que lucieran sus dotes oratorias dos docenas de maestros, jurisconsultos y literatos. La manía de hablar no invadió por fortuna á los de la Rábida: quizás por obra virtuosa de su carácter internacional, todos sus miembros comprendieron que allí iba sólo á darse cuenta por escrito de las últimas investigaciones ó de los más modernos juicios. Era aquella una torre de Babel por la confusión de lenguas, y no hubieran dado juego largos discursos que, pronunciados en cualquier idioma, hubieran dejado en ayunas á la mitad del auditorio. Por tal motivo se ganó en estudiar temas y leer memorias todo el tiempo que de otra suerte se hubiese perdido entre flores de lenguaje y nubes de retórica.

Aun no se leyeron, ni con mucho, todos los trabajos presentados, de los que la secretaría se limitaba á hacer muy sucintos resúmenes. Quedaban luego sobre la mesa á disposición de los que querían hojearlos, y sobre todo fueron cuidadosamente conservados y clasificados para su próxima publicación, que será con toda evidencia el mejor monumento elevado por las fiestas del Centenario á la memoria del primer Almirante de las islas del mar Océano.

En tres grandes secciones se dividían los temas que debían ser objeto de estudio en el Congreso: la de Historia y Geografía, la de Antropología y Etnografía y la de Lingüística y Paleografía. Todas ellas se vieron favorecidas con numerosos é importantes trabajos, cuya ligera exposición vamos á hacer en breves líneas.

Uno de los temas más controvertidos en los últimos años ha sido el de la etimología del nombre *América*. ¿Derívase éste del célebre navegante Amerigo Vespucci? ¿es el nombre de una tribu que habitaba las cordilleras del Centro América? ¿procede de una montaña del interior de Nicaragua? ¿ó es la corrupción de una palabra similar que se encuentra en la lengua *maya*? Todos estos supuestos han sido defendidos por conspicuos americanistas, y que el palenque sigue aún abierto lo prueban seis memorias presentadas sobre el asunto: una en español, por nuestro cónsul general en Nueva York D. Arturo Baldasano y Topete: tres en francés, por los señores Alejandro Poidebard, profesor de la facultad de Derecho de Lyón; el abate Justin Gary, director de la *Revue religieuse* de Cahors, y Jules Marcou, distinguido escritor francés domiciliado hace muchos años en la América del Norte: una en inglés, por el Sr. Eben Norton Horsford, y otra en alemán por el señor Guillermo Stellzig. Y sobre el mismo tema hizo una erudita disertación en el Congreso la señorita María Lecocq, profesora en las escuelas de París.

Las últimas investigaciones relativas á la historia y viajes de Cristóbal Colón y descubrimiento del Nuevo Mundo, fueron condensadas en varias Memorias. El Sr. D. Antonio María Fabié habló acerca el primer viaje de Colón á España, ilustrando una memoria del Sr. Delgado: el Sr. S. de la Nicollière, archivero de Nantes, presentó una serie de estudios acerca los restos de Colón, la Junta de Salamanca, el segundo matrimonio de Colón y su estancia en el convento de la Rábida. El Sr. Hellmann disertó sobre las observaciones hechas por Colón con la desviación de la aguja magnética. El Sr. Lucas de Mileto comunicó el fruto de personales investigaciones hechas para trazar con toda seguridad el derrotero de Colón por las Bahamas y costa de Cuba, habiendo el autor seguido los mismos rumbos que supone debió tomar el Almirante por aquellas latitudes. Finalmente, la idea de si Colón tuvo ó no precursores blancos en América, perseguida hace mucho tiempo por los investigadores de las ciencias náuticas en la Edad media, repercutió también en el Congreso con dos excelentes trabajos, uno del profesor Fabricus de Copenhague sobre las Sagas Flandesas acerca el descubrimiento de



FRONTÓN PROYECTADO PARA EL PALACIO DE BIBLIOTECA Y MUSEOS NACIONALES, obra de D. Jerónimo Suñol

América, y otro del capitán de navío francés Henri Jouan estudiando en general la tesis antes enunciada.

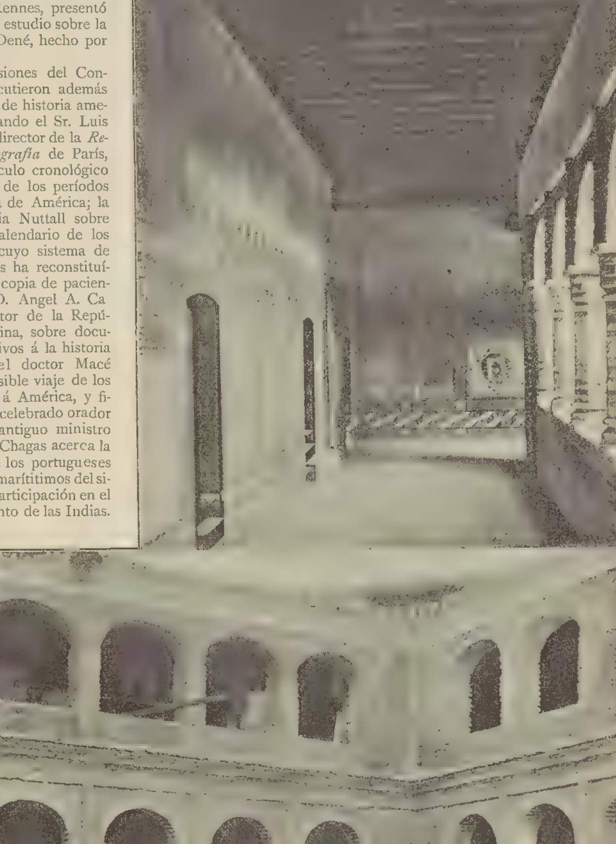
La influencia de la llegada de los europeos en América fué considerada por una muy distinguida escritora colombiana, cuyo nombre es ya familiar en España, doña Soledad Acosta de Samper. Esta estudiosa dama, que sigue con delectación el estudio de la historia de su país, presentó una Memoria resucitando las ideas que en el siglo XVII vertiera en famoso libro el judío Montesinos sobre la existencia en el interior del Continente americano de verdaderas y numerosas colonias de hebreos, y describe el establecimiento de una de éstas en el departamento de Antioquía, República de Colombia. Atrevida pareció la teoría, no resultando aún bien esclarecida entre las densas nieblas que todavía envuelven el origen de los primeros pueblos americanos. También aquella ilustre dama presentó otro trabajo acerca los aborígenes que poblaban los territorios que hoy forman la República de Colombia en la época del descubrimiento de América.

Estudiáronse con detención los documentos cartográficos relativos á los viajes de los primeros navegantes por el Océano Atlántico. El Sr. Stellzig presentó una Memoria sobre este interesante tema, ilustrado además por el presidente de la Sociedad de Geografía de Berlín Dr. Hellmann, que ofreció al Congreso en nombre de su Gobierno una magnífica edición de los mapas más famosos de los siglos XIV, XV y XVI, y por el docto profesor de Geografía en la Universidad de Viena Dr. Penck, quien disertó además sobre la necesidad de hacer el mapa general de América á la escala de una milésima.

Hay un personaje, en la segunda mitad del siglo XV, cuya misma existencia no está bien comprobada, y cuya carrera se ha determinado más bien por impresiones que por datos auténticos y documentos: es el piloto Alonso Sánchez de Huelva, que se supone embarcó en las expediciones portuguesas autorizadas por los reyes D. Alonso V y D. Juan II en los años 1473, 1475 y 1484. El Sr. Stellzig dió pruebas de su gran laboriosidad tratando de reconstituir los viajes del piloto onubense y discerniendo la influencia que pudieron tener sus descubrimientos y sus noticias en los planes y proyectos de Colón.

Finalmente, estudióse el tema de las comunicaciones sostenidas entre sí por las diversas nacionalidades americanes antes del descubrimiento, habiéndose recibido del Sr. D. Eustaquio Buelna, de México, una comunicación acerca la peregrinación de los aztecas y los nombres geográficos indígenas de Sinaloa. El Sr. Lucien Adam, presidente de la Audiencia de Rennes, presentó un magnífico estudio sobre la raza de los Dené, hecho por el P. Morice.

En las sesiones del Congreso se discutieron además otros puntos de historia americana, hablando el Sr. Luis Drapeyron, director de la *Revista de Geografía* de París, acerca el cálculo cronológico y geográfico de los períodos de la historia de América; la señorita Pelia Nuttall sobre el antiguo calendario de los mexicanos, cuyo sistema de meses y años ha reconstituído con gran copia de paciencia; el Sr. D. Angel A. Carranza, auditor de la República Argentina, sobre documentos relativos á la historia del Plata; el doctor Macé acerca el posible viaje de los cartagineses á América, y finalmente el celebrado orador portugués y antiguo ministro Sr. Pinheiro Chagas acerca la influencia de los portugueses en los viajes marítimos del siglo XV y su participación en el descubrimiento de las Indias.



1. Galería interior. 2. Angulo del patio. 3. Puerta de entrada al claustro. (De fotografías remitidas por D. Diego Pérez Romero.)

HUELVA. – CLAUSTRO RESTAURADO DEL MONASTERIO DE LA RÁBIDA, EN DONDE SE CELEBRÓ EL CONGRESO AMERICANISTA

En la sección de Antropología y Etnografía sólo se habían remitido al Congreso dos Memorias: una del profesor de la Universidad Central de Madrid don Juan Vilanova y Piera acerca la protohistoria de América en general; y otra del Sr. Guillermo Stellzig, que es un estudio antropológico de los habitantes de la Patagonia, comparándolos con las demás razas americanas. En el curso de las sesiones el Sr. Steward Culin disertó sobre las minas precolombinas en los Estados Unidos, presentando un trabajo del Sr. W. Holmes, ilustrado con fotografías, y el Sr. Restrepo y Tirado, delegado de la Colombia, disertó acerca los monumentos y antigüedades de la raza quimbaya.

En cambio fueron tan numerosos como importantes los trabajos de Lingüística y Paleografía presentados al Congreso; pudiendo casi asegurarse que no quedó olvidada casi ninguna de las lenguas que hablaban los antiguos pobladores del continente americano. En primer término el Sr. D. Juan Fernández Ferras, director de la Imprenta Nacional de San José de Costa Rica, disertó sobre una obra suya de gran valer que generosamente repartió entre todos los congresistas: se titula *Nahuatlismos de Costa Rica*, y es un estudio lexicográfico de las voces mexicanas que se hallan en el habla corriente de los costarricenses.

El Sr. Lucien Adam ofreció dos valiosos trabajos filológicos, á saber: unos textos en lengua itónoma, y un análisis gramatical de la lengua accawai.

El Sr. Seler se ocupó de la lengua y de la escritura maya, probando que había adelantado mucho en el estudio de los famosos jeroglíficos mexicanos, que sin embargo siguen aún siendo un misterio para los cultivadores de aquel idioma.

El Sr. Raoul de la Grasserie, juez en el Tribunal de Rennes, envió una Memoria conteniendo textos en lengua paquina y otra con textos en lengua tarasca y su traducción interlineal.



ÀNTES DEL BAILE cuadro de D. Manuel Cusí (Salón Parés)



GRUPO ALEGÓRICO REPRESENTANDO LA PINTURA, ESCULTURA Y ARQUITECTURA, obra de D. Jerónimo Suñol



CUEVAS DE GITANOS EN GRANADA, acuarela de D. Isidoro Marín

El Sr. Stellzig remitió un trabajo estudiando las afinidades gramaticales que los idiomas de la costa occidental de América presentan con las lenguas polinesias.

El Sr. Eustaquio Buelna envió una reimpresión del *Resumen de la introducción del arte de la lengua cahita*, obra escrita por autor anónimo, actualmente muy rara y avalorada con una introducción bibliográfico histórica y un pequeño diccionario de la citada lengua.

El Sr. Francisco Belmar remitió una importante disertación sobre las lenguas zapoteca, mixe y trique, y su comparación con el zoque y el mixteco.

El Sr. D. José Ramón Mélida envió al Congreso una breve disertación relativa á las escrituras jeroglíficas de la América central y de México.

El Abate Emilio Petitot, antiguo misionero en la América del Norte y actualmente párroco en Mareuil, envió un curioso trabajo sobre la morfología y fonética de la lengua de los Dané, en la América ártica.

El Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, actual director de la Escuela Diplomática y del Museo Arqueológico de Madrid, ofreció al Congreso un ejemplar, hermosamente hecho, de la reproducción del Códice Maya, denominado *Cortesiano*, que se conserva en aquel Museo. Esta reproducción fotocromolitográfica está ordenada en la misma forma que el original, y es de gran importancia para obtener su interpretación, cuya clave ya quiso transmitir á la posteridad el P. Landa.

No faltaron los temas generales de lingüística, representados por tres Memorias del Sr. Raoul de la Grasserie sobre la función concreta del pronombre en varias lenguas americanas, la fijación de las lenguas americanas y el inclusivo y el exclusivo en las mismas.

Otros fueron sometidos al estudio del Congreso. El Abate Petitot remitió una interesante Memoria sobre la música de los indios en el Noroeste del Canadá: el Sr. Stellzig probó el común uso del sistema decimal entre los americanos: el Sr. R. Monner Sans, de Buenos Aires, remitió las pruebas de un libro que titula *Pinceladas históricas* y se refiere á las misiones en el Guaraní; el Dr. Joubert disertó sobre la medicina vegetal de los indios; el príncipe Pablo Arsenievitch Poutjatine envió la nota de los antiguos manuscritos españoles existentes en la Biblioteca Imperial de San Petersburgo, y el Sr. Gustavo Saire, conservador de los archivos y bibliotecas del palacio de Mónaco, dió á conocer un recuerdo existente en aquel principado de un misionero monegasco que falleció en América en el año 1548.

Finalmente, no faltó la nota literaria, habiéndose remitido al Congreso varios poemas y sonetos, que si bien se declaró haberse recibido con aprecio, no fueron leídos ni serán publicados.

Tal es el resumen, premiosamente hecho, de la obra del noveno Congreso internacional de Americanistas. A ella han contribuído europeos y americanos, unidos en el común vínculo del estudio de la historia y de las razas que poblaron el nuevo Continente.

Eduardo Toda

MISCELANEA

Bellas Artes.—El célebre pintor Gabriel Max ha enviado al secretario de la Galería de Bellas Artes de Hamburgo su último cuadro, que es de grandes dimensiones y representa á una mujer arrodillada, para que su producto contribuya á aliviar la miseria que en aquella ciudad ha dejado el último cólera.

– El escultor C. Behrens ha comenzado el monumento que en honor del emperador Guillermo se erigirá en Breslau: la estatua ecuestre del emperador, con casco y capa militar y empuñando con la diestra el bastón de general, se alzará sobre un pedestal, en el que estarán representadas las figuras del Arte y de la Ciencia.

Teatros. – En el Real Teatro de la Comedia, de Berlín, se representará próximamente, por indicación del emperador, la segunda parte del *Colón* de Carlos Werder.

París. - Se han estrenado en el Vaudeville un drama en un acto de Martín Laya, titulado *La Felure*, y *Tel*, comedia en tres actos de Le Lorrain: el primero es un drama que produce esa emoción nerviosa que nace de la vista del sufrimiento físico: la segunda es una sátira contra algunas preocupaciones sociales, aunque el autor no logra conseguir el efecto que se propuso. El éxito de ambas obras ha sido no más que mediano. El Gran Teatro, rica y elegantemente decorado, se ha inaugurado con la *Safo* de Daudet.

Londres. – En Covent Garden no se ha representado durante la última semana más que *El amigo Fritz*, de Mascagni; prepáranse la reproducción de *Otelo*, de Verdi, y el estreno de *Ismengarda*, de Emilio Bach. En el Lyceum obtienen gran éxito las representaciones de la tragedia de Shakespeare *El rey Lear*, magistralmente interpretada por el eminente actor Enrique Irving. En el Albert Hall ha dado un concierto la eminente diva Adelina Patti: inútil es decir que obtuvo un triunfo.

Madrid. – En el Real han obtenido una verdadera ovación en *Rigoletto* el tenor Marconi y la tiple señora Brambilla. En la Comedia se ha estrenado *La estrella de los salones*, comedia en tres actos y en verso de D. Mariano de Vela, que pertenece á un género que algunos califican de pasado de moda, á pesar de lo cual fué muy aplaudida. En Eslava ha tenido un éxito mediano *¡Pobres forasteros!*, revista de los Sres. Navarro y Gonzalvo y Fiacro Yraizoz, música del maestro Brull, que quizás lo hubiera logrado mayor si se hubiese representado durante las fiestas cuyos principales incidentes reproduce. *Las ligas verdes*, juguete estrenado en Apolo, no ha sido del agrado del público.

Barcelona. – En el Liceo, *Il vascello fantasma* ha sido un nuevo triunfo para el director Sr. Mugnone: la señora Arkel y los Sres. Blanchart y David cantaron sus partes de una manera intachable; los coros bien, la orquesta admirable: para todos hubo aplausos entusiastas. En el Principal, la compañía que dirigen D. Ricardo Calvo y D. Donato Jiménez ha puesto en escena *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, hermosa producción del duque de Rivas, que siempre se oye con deleite: los citados actores y la señorita Cobeñas alcanzaron muchos aplausos. La obra ha sido presentada con propiedad y lujo, habiendo producido muy buen efecto las magníficas decoraciones del pintor escenógrafo de Madrid D. Amalio Fernández.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Héctor Bertolé-Viale, general italiano, senador, varias veces ministro de la Guerra y ayudante de Víctor Manuel.

Víctor Ottolini, notable escritor italiano, autor de una novela social *Después de la cárcel*, de una *Historia del teatro italiano*, de la *Historia de la revolución de los Cinco Días*, etc.

El duque de Malborough, príncipe de Mildenheim, en Suabia, consejero y director de importantes compañías inglesas, especialmente de las de electricidad, y notable colaborador en las principales revistas artísticas y literarias de Inglaterra.

El reverendo W. P. Austin, obispo de la Guayana Británica, primado de las Indias Occidentales y prelado de las órdenes de San Miguel y de San Jorge.

Moisés Loria, filántropo italiano que destinó toda su fortuna, quince millones de pesetas, á la fundación de unos talleres en donde pudieran tener ocupación los obreros sin trabajo.

Guillermo Maurenbrecher, director del Seminario Histórico de la Universidad de Leipzig, historiador profundo, gran conocedor de las Edades media y moderna y especialmente de la época de la Reforma, autor de muchas é importantes obras, la última de las cuales es *Historia de la fundación del Imperio alemán*.

NUESTROS GRABADOS

Cristóbal Colón. – Frontón proyectado para el Palacio destinado á Biblioteca y Museos. – Grupo alegórico representando la Pintura, Escultura y Arquitectura, obras de D. Jerónimo Suñol. – No es el Sr. Suñol un artista novel; tiene historia y sobrados merecimientos para que no sólo se le considere como maestro en el gran arte, sino también como ilustre hijo de nuestra región y uno de los escultores que más honran á España. Difícil es condensar en el limitado espacio de que podemos disponer la vida artística de este distinguido artista, quien debe todos sus triunfos y la general consideración á su solo esfuerzo, á su mérito y á su laboriosidad. Instalado en Roma, con escasos recursos, precisamente en la época en que Fortuny producía sus primeras obras, dióse también á conocer Suñol por medio de su notable estatua de Dante, que al popularizar su nombre, sentó los cimientos de su reputación artística. A ésta siguieron las de *Himeneo* y *Petrarca*, premiadas como la anterior, el sepulcro del duque de Tetuán en las Salesas Reales, la monumental escalera del palacio de los duques de Santoña, que es una verdadera joya de arte, el precioso grupo alegórico que corona el frontón del Museo Nacional de Madrid, las estatuas de dos grandes apóstoles que embellecen la preciosa rotonda de San Francisco el Grande, los retratos en busto y en relieve de su malogrado amigo Fortuny, que entre los que se conocen del célebre pintor reusense son los más populares y reproducidos, y la estatua de Colón que corona el monumento levantado al gran navegante en el paseo de la Castellana de Madrid, que tantos elogios ha valido á su autor, á quien ha reportado un nuevo triunfo, puesto que como tal debe considerarse el encargo que ha poco recibió de la ciudad de Nueva York para reproducirla en bronce, operación que está practicándose en los talleres de D. Federico Masriera.

Cuando las escuadras reunidas saluden con motivo de la próxima Exposición de Chicago á la joven América, se descorrerá el lienzo que cubra la estatua del gran navegante, y las salvas y los vítores confundirán los nombres de quien descubrió un mundo bajo la égida de la bandera española y de quien ha empleado su ingenio para glorificar, por medio de una obra maestra, al que España considera como uno de sus más ilustres varones.

El acorazado inglés «Howe» varado en los bajos de los Pereiros (Ferrol). – La escuadra inglesa, compuesta de siete buques, dirigíase el día 2 del actual al Ferrol, cuando el *Howe*, que navegaba detrás del buque almirante *Royal Sovereing*, varó por la popa en los bajos de los Pereiros, á la entrada del puerto del Ferrol. El comandante y la tripulación del buque hicieron desesperados esfuerzos para poner á flote el barco; pero todo fué inútil, á pesar de los auxilios que las autoridades marítimas ferrolanas enviaron inmediatamente. El almirante inglés puso en seguida el hecho en conocimiento del almirantazgo, el cual ha enviado el *Alexandra* para proceder al salvamento del *Howe*. Este es un magnífico buque de acero de dos hélices, que fué terminado en 1887 en el arsenal de Pembroke: sus dimensiones son 97'5 metros de eslora, 20'4 de manga y 8'17 de calado; desplaza 10.300 toneladas y su máquina, que desarrolla una fuerza de 11.500 caballos, imprime al buque una velocidad de 17 millas por hora. Su radio de acción es de 7.200 millas y su artillería se compone de 4 cañones de 67 toneladas, 6 de 15 centímetros, 19 de tiro rápido, 7 ametralladoras y 5 tubos lanzatorpedos. Este buque, considerado como uno de los mejores de la marina inglesa, costó 700.000 libras esterlinas (17.500.000 pesetas).

Nuestros grabados representan al *Howe* antes de sufrir el percance y tal como quedó al varar en los bajos de los Pereiros.

Madrid. – Fiestas del Centenario. Cabalgatas Histórica y del Comercio y de la Industria. – Si hubiésemos de reseñar con algún detenimiento estas dos cabalgatas, necesitaríamos espacio de que para esta sección no podemos disponer: nos limitaremos, pues, á describirlas á grandes rasgos, prescindiendo de detalles que nuestros lectores podrán ver en la lámina que publicamos. Dividíase la cabalgata histórica que se verificó el día 13 del corriente en las cinco partes siguientes: *Recuerdo de la rendición de Granada* (heraldos, ballesteros, arcabuceros, el rey Boabdil llevando en las manos las llaves de la ciudad, séquito de moros, y guardia de piqueros castellanos); *Los frailes de la Rábida* (treinta y ocho religiosos franciscanos presididos por fray Juan Pérez y el P. Marchena y entre estos dos Diego Colón); *Las Carabelas* (los tres hermanos Pinzón, Vicente Yánez, Francisco Martín, marineros, guerreros, aventureros y las tres carabelas *Pinta*, *Niña* y *Santa María*, de gran tamaño y construídas según los planos del restaurador del Museo Naval D. Rafael Monleón); *Los Reyes Católicos* (alabarderos, timbalero, trompeteros, maceros, D. Fernando y D.ª Isabel, dos portaguiones, los infantes D. Juan y D.ª Juana, damas, el cardenal Mendoza, fray Hernando de Talavera, fray Diego de Deza, el Gran Capitán, séquito de los reyes, dos priores de las Ordenes militares y jinetes); *Alegoría del descubrimiento y homenaje á Colón* (indios conduciendo ídolos, pájaros, oro, frutos, armas y otros objetos del Nuevo Mundo, y carroza monumental). La carroza merece descripción aparte: sobre las ruinas de un templo azteca ostentando trofeos de armas y atributos de marina y guerra, el busto de Colón en medio de una guirnalda de laurel y roble; sobre ésta la estrella del Genio y una cinta con el nombre de *Génova*, y á modo de dosel la vela de la *Santa María*: en la base del monumento, España recibiendo á América y señalándole las armas y escudos de Isabel la Católica, y á sus pies coronas y flores: una larga gasa con estrellas desciende de lo alto del palo mayor de la carabela y cae sobre el Mundo, que va en una gran concha conducida por caballos marinos cuyas bridas sujeta América: al frente de la carroza, la Fama anuncia al mundo el descubrimiento. Esta cabalgata, cuya dirección estuvo á cargo del pintor escenógrafo Sr. Bussato, del literato D. Javier de Burgos y del artífice Sr. París, fué presentada con gran propiedad y riqueza en todos sus detalles, siendo muchos personajes copia exacta del famoso cuadro de Pradilla *La Rendición de Granada*: el éxito de este festejo fué completo.

No menor lo obtuvo la cabalgata del Comercio y de la Industria que se efectuó el día 6 del actual: en ella figuraron todos los gremios con sus estandartes y muchos Centros, Sociedades y Cámaras de Comercio que no enumeramos porque la lista sería interminable; baste decir que en ella estaban todo el comercio y toda la industria de Madrid. Sobresalieron en ella: la carabela de los confiteros, desde la cual lanzaban éstos dulces, confites y caramelos; la carroza del gremio de taberneros, artístico grupo de toneles, pámpanos, racimos, mascarones, escudos, banderas, completado con hombres y mujeres que representaban las regiones vinícolas de España, y coronado por el dios Baco, puesto encima de esbelta columna; la carroza de Colón, con el globo terráqueo, que descansaba sobre una serie de conchas, en una de las cuales iba una ninfa y en otras los dos grupos de delfines despidiendo agua; sobre el mundo la estatua de Colón con el pendón de Castilla; la de la Industria, representando una fábrica con alegorías y atributos de varias industrias; y la del Comercio, que representaba un muelle de carga. También llamó la atención una artística corona de suela del gremio de zapateros.

Antes del baile, cuadro de D. Manuel Cusí (Salón Parés). - Hemos tenido ocasión de celebrar en distintas ocasiones las obras de D. Manuel Cusí, especialmente sus bellas cabecitas de mujer y las caprichosas figurillas, pintadas con gracia, donaire, de tonos simpáticos y agradables; pero el lienzo que reproducimos, que es una de sus últimas producciones, recomiéndase especialmente por los progresos y cualidades que denota en su autor, tanto en la composición como en la fidelísima interpretación de las telas y tapices. Bella es la figura de la joven, graciosa su actitud, que no da lugar á confundirla con la mujer descocada y vulgar, y admirable la ejecución del raso de su vestido, de los encajes y del tapiz que constituye el fondo, sobre el que se destaca elegante y simpática como el rosado tono de su vestido y los blancos encajes que lo enriquecen.

Cuevas de gitanos en Granada, acuarela de D. Isidoro Marín. – Durante el período de la Exposición Universal de Barcelona, sorprendió á los asiduos visitantes de la Galería Parés la numerosa cuanto variada colección de cuadros de pequeñas dimensiones, de sabor completamente andaluz, de frescos y vivos tonos, con derroches de luz, seguros trazos y valiente cuanto espontánea ejecución, firmados por un pintor completamente desconocido entre los artistas y *amateurs*. Las exposiciones fueron sucediéndose y el público continuó alentando al artista con la adquisición de sus obras. Todos los géneros pudieron verse representados, pero dominando en todos ellos el sello meridional, la jugosa y espléndida vegetación, la viveza de luz, la diafanidad de nuestro purísimo cielo, los contrastes vivísimos de colores que ofrecen los tipos y trajes, y la naturaleza siempre sonriente, próbida y halagadora, como es la de Andalucía, aquel rincón privilegiado de la tierra española en donde la Providencia reunió todas las armonías y todos los encantos, en donde se realizaron los más grandes y más interesantes hechos de nuestra historia. Aquellos cuadros fueron las primeras manifestaciones artísticas de Isidoro Marín, y al éxito que sus obras alzanzaron se debe que renunciara por completo á los *informes* y *alegatos* para dedicarse exclusivamente al cultivo del arte. Sus producciones no son ya meros ensayos, según lo demuestra el interés que despiertan y las recompensas que merecen en concursos y exposiciones. El joven pintor granadino forma parte de esa pléyade de artistas que han logrado continuar la merecida fama de la escuela de aquella región, de carácter genuinamente español.

Una huelga de obreros en Vizcaya, cuadro de D. Vicente Cutanda (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). – Con reconocido acierto ha dicho un crítico madrileño, al ocuparse de la obra del Sr. Cutanda, que tanto la composición como el asunto han sido un verdadero hallazgo. Feliz ha estado nuestro distinguido amigo, puesto que aparte de lo justo del colorido y de su especialísima tonalidad, ha logrado presentar un cuadro real, animado, en el que no huelga el menor detalle, constituyendo una bella y vigorosa producción, de género y concepto completamente modernos. En la agrupación de las figuras, en sus actitudes enérgicas, en sus trajes, en la atmósfera que rodea á los obreros, un tanto agrisada por el humo de los abandonados hornos, hállase impreso el sello de la verdad, que sólo puede interpretarla quien además de poseer un espíritu observador atesore verdadero temperamento artístico. Así lo han comprendido el público que visita el Palacio de Bellas Artes, en donde se celebra actualmente en Madrid la Exposición internacional, y el Jurado, que no ha titubeado en otorgar una de las primeras recompensas al Sr. Cutanda, al celebrado autor del notable lienzo titulado *A los pies del Salvador*, premiado asimismo en el Certamen nacional de 1887.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

XVII

La idea de presentarse al hombre que tanto la había hecho padecer y á quien odiaba con toda su alma, era un horroroso torcedor para Elvira; por nadie en el mundo, más que por su Laura, habría dado semejante paso; y «si al menos le sirviese de algo,» pensaba; pero lo peor era que no tenía confianza alguna y estaba persuadida de que iba á soportar una humillación inútil.

La animó, sin embargo, el recuerdo de su hija y salió de su casa para ir á la de su marido.

Habitaba éste en la Carrera de la Puerta de Venecia; pero Elvira no se encaminó en derechura allí, sino que dió un rodeo para coordinar sus ideas y para respirar el aire fresco y libre.

Al pasar por delante de una iglesia entró en ella y se arrodilló llorando y orando ante el altar de la Virgen.

Comprendía que ya no podía esperar nada de los hombres y acudía al cielo en demanda de auxilio; en aquel momento necesitaba creer en algo sobrenatural, en una potestad que pudiese dirigir los acontecimientos, que tocase el corazón del que fué en otro tiempo su marido.

No pedía al cielo más que la felicidad de su hija; para ella, nada.

Salió de la iglesia más animada; acababa de rezar con tanto fervor que le parecía imposible que Dios no escuchase sus oraciones. Se necesitaba un milagro para conmover á su marido pero creía que había de realizarse este milagro

– Bien mirado, pensaba, ¿con qué objeto querría impedir la ventura de Laura? ¿Qué le ha hecho esa pobre niña para que la aborrezca hasta tal punto? Si es por vengarse de mí, que se vengue, pero en mi persona no más; haga de mí lo que quiera, su sierva, su esclava; pero que respete á Laura.

Con estos pensamientos llegó á casa de Berletti y con mano temblorosa empujó el pulsador del timbre eléctrico.



Se arrodilló ante el altar de la Virgen

Salió á abrir una criada, moza rubicunda, de mirada insolente y con ese aire de ama de casa que suelen adquirir las que sirven á un hombre solo.

Miró á Elvira de arriba á abajo; y por su traje modesto, por su actitud reservada comprendió que no era una de tantas mujeres como frecuentaban la casa de su amo, en su mayoría cantantes con vestidos chillones, sombreros exagerados y llenas de afeites.

– ¿A quién busca usted?, le preguntó.

– Al Sr. Berletti.

- Tenga usted la bondad de decirme su nombre.

Elvira escribió con un lapicero: «Elvira Berletti Del Colle» en una hoja arrancada de su librito de memorias y la entregó á la criada.

Esta echó una ojeada á lo escrito y preguntó:

- ¿Es usted pariente del señor? Nunca me ha dicho que tuviera parientes.

– Entrégueselo usted á su amo, dijo Elvira de un modo que no admitía réplica.

– ¡Vaya un tono!, pensó la criada alejándose.

Entró en el despacho de su amo, el cual estaba hablando con su socio, y entregándole el papel le dijo:

– Una señora pregunta por usted; debe ser alguna pariente: ¿le digo que está usted ocupado?

Berletti, después de leer la hoja que le había entregado la criada, exclamó, dando un suspiro de complacencia:

– ¡Por fin! Di que entre.

Y volviéndose al socio añadió:

– Más tarde hablaremos de este asunto; ahora déjeme usted, pues tengo que despachar otro con esa señora.

La criada, ya más respetuosa, introdujo á la recién llegada.

Elvira se encontró en presencia de su marido, el cual estaba tan cambiado que no lo habría conocido.

En vez de patillas negras llevaba toda la barba ya entrecana; había engruesado, y sentado en un gran sillón delante de su escritorio, tenía un aspecto imponente, severo, que habría engañado á cualquiera; pero no á Elvira que, al través de aquellos ojillos brillantes é inquietos, leía los perversos sentimientos de su alma.

Apenas la vió entrar, le indicó que se sentara en un sillón junto á la mesa, y le dijo ceremoniosamente:

¿A qué debo el honor de ver á usted?

– Lo sabe usted tan bien ó mejor que yo, contestó Elvira; se trata de la felicidad de nuestra hija, y he venido á rogar á usted con lágrimas en los ojos que le dé su consentimiento para casarse.

¿Conque ahora comprende usted que tiene algo de común conmigo? Hasta este momento lo había usted olvidado y lo seguiría olvidando si en efecto no tuviera necesidad de mi auxilio. ¡Oh! Es muy cómodo olvidarse de las personas mientras no se las necesita y acordarse entonces de ellas; pero yo pienso de otro modo.

En esto se presentó la criada, que abrió la puerta con ímpetu y anunció á la célebre Rivani.

Al oir aquel nombre el empresario sonrió de satisfacción y dijo á Elvira:

– Como, según me parece, nuestra conversación será larga, permítame usted decir dos palabras á la señora Rivani, una *prima donna* que deseo ajustar, y en seguida soy con usted; si tiene la bondad de pasar á ese gabinete, en dos minutos despacharé.

Elvira hubo de ceder el puesto á la célebre cantante, la cual entró ufanándose, con la cabeza levantada como una reina.

Era bella, más de una belleza algo artificial; llevaba un elegante traje de seda lleno de flecos y agremanes, pero con tan poco vuelo en la falda, que le costaba trabajo andar; el corpiño era una coraza de terciopelo recamado de relucientes margaritas de azabache; cubría su cabeza un sombrero á lo Rembrandt, adornado de plumas de avestruz, tan largas que le llegaban á la cintura y ondulaban como serpientes siempre que movía la cabeza.

Berletti salió á su encuentro sonriendo, le tomó las manos y le dijo:

– Tengo un verdadero placer en ver á usted.

– ¿Sí? Pues mire usted, todos me solicitan, pero he venido á verle porque me gusta usted y quiero que hagamos negocio.

– Con mil amores, contestó el empresario. ¿Conque mi proposición le conviene á usted? Estamos entendidos.

- ¿Se burla usted? ¿Dos mil liras por función á una celebridad como yo?

- Sí; pero ¿quién la ha oído á usted en Italia? Ya comprenderá usted que se arriesga algo.

– ¡Cómo que se arriesga!, replicó ofendida la cantante. ¿Quiere usted ver lo que se dice de mí en las primeras capitales del mundo?

Así diciendo, corrió á la antesala dando saltitos por no poderse mover libremente en su estrecho vestido y volvió con un álbum voluminoso debajo del brazo.

– Lea usted lo que opinan de mí en las primeras capitales del mundo, añadió.

Y abrió el álbum, en el cual había pegado gran número de recortes de periódicos que contenían hiperbólicos elogios sobre su talento, su voz y su persona; todas las páginas del álbum estaban llenas de aquellos recortes escritos en varias lenguas, que formaban un verdadero mosaico, y en cada uno de ellos se veía escrito el título del periódico del que se había cortado y la fecha.

El empresario, después de hojearlo, dijo:

– ¡No ha tenido usted poca paciencia! Esto debe haberla costado á usted mucho dinero.

– ¡Cómo!, exclamó la cantante cerrando impetuosamente el álbum. Estoy convencida de que jamás apreciará usted mi talento. Voy á ver á Rovelli que me anda haciendo la corte de algún tiempo á esta parte.

– ¡Vamos, vamos, ha sido una broma!, dijo Berletti cogiéndola por un brazo y haciéndola sentar á su lado; sé que vale usted un tesoro y por eso desearía contar con usted en mis filas; pero piense también en que los pobres empresarios estamos expuestos á continuos riesgos; ya que usted es tan hermosa, sea también buena.

– Es que lo soy en demasía; pero también necesito vivir, y harto sabe usted que conmigo todo serán ganancias; las funciones en que yo cante podrá usted aumentar el precio de las localidades; será usted dueño del público.

– Conforme, pero me parece que dos mil liras por función forman una suma respetable.

– ¡Pero si Rovelli me ha ofrecido tres mil y las he rehusado!

– Pues ha hecho usted muy mal; pero no quiero perder el tiempo en dimes y diretes y también la ofrezco tres mil, y cuenta que se las doy á usted de veras, mientras que ya es sabido que Rovelli no pasa de promesas.

– Me las habría dado, se lo aseguro á usted, porque las quiero anticipadas; no soy tan tonta que me fíe de los empresarios.

– Muchas gracias, contestó Berletti; pero siquiera yo doy préstamos: ¿cómo podría precaverme de los caprichos de los artistas, de sus frecuentes indisposiciones? Tampoco soy yo tonto.

– Pues entonces aceptaré la proposición de Rovelli.

– Vamos, no sea usted así; se las daré la noche misma de la función, pero cuando haya concluído.

– No, porque después de haber cantado podría usted faltar á lo convenido; quiero al menos la mitad por adelantado.

– Vaya por la mitad, y ahora firmemos la escritura.

– Pero con una condición, dijo la cantante: que en la escritura ponga usted diez mil liras por función; me avergonzaría de que se supiese que canto por una miseria; lo hago sólo por tener el gusto de cantar en Italia. Por lo demás, ya es sabido que todos vosotros sois pobres y no pagaríais ciertos sueldos.

– Concedido: ¿está usted ya contenta? ¿Me quiere usted un poco?

– Sí, mi buen empresario; ahora me marcho y volveré más tarde por el contrato; estamos entendidos, la mitad antes y la mitad después, pero sin falta en la noche de la función. Hasta luego.

Y así diciendo, le tiró un beso, le hizo una reverencia como si diera las gracias al público desde la escena, luego volvió atrás y añadió:

– ¡Ah! Que se acuerde usted de mandar imprimir grandes carteles y hacer que todos los periódicos hablen de la célebre Rivani. He preparado un álbum para poner en él las opiniones del público italiano. No lo olvide usted. Adiós.

– Descuide usted; hasta la vista, contestó el empresario.

En seguida se levantó, llamó á Elvira y le dijo:

– Siento mucho haber hecho esperar á usted, pero los negocios son ante todo; reanudemos ahora nuestra conversación. ¡Conque desea usted hablarme de nuestra hija! Usted misma ha afirmado que es nuestra; pero la verdad es que hasta ahora no había echado yo de ver que tuviera una hija, y como he dicho antes, ha cometido usted la torpeza de no advertirlo hasta que me ha necesitado usted.

– Habré hecho mal, lo confieso, contestó la pobre mujer, que estaba como sobre ascuas; pero ella no tiene la culpa ni debe sufrir la pena de mi egoísmo.

Berletti fingió no haber oído esta interrupción y prosiguió:

– ¡Conque ha disfrutado usted hasta ahora de la compañía de la que llama usted nuestra hija! No me parece mal; he comprendido que una niña, hasta que llega á cierta edad, necesita una madre, y no he querido privarla de los tiernos y solícitos cuidados de usted; por eso he callado tanto tiempo; pero ahora se trata de su casamiento, y esto me demuestra que ha llegado á una edad en que puede prescindir de su madre y guiarse por sí misma, y yo me permito reclamar á usted nuestra hija. Hasta ahora la ha tenido usted; hoy reclamo ya mi parte; me asiste el derecho de tenerla á mi lado un poco antes de entregarla en manos de un esposo; es tan joven que no pierde por ello tiempo.



La cantante entró ufanándose

Elvira se sentía morir, pero tuvo fuerza para contestar:

– Es que ama mucho á su novio y no puede vivir sin él.

– ¡Bah! Niñerías, dijo Berletti encogiéndose de hombros; ya no existen esos amores ni siquiera en las novelas; lea usted á Zola y me lo dirá. Le aseguro que yo la curaré; tráigamela y verá usted cuán presto olvida á su novio.

– Pero ¿qué pretende usted hacer con esa pobre niña?

– ¿Quién sabe? Quizás una mujer célebre; sé que tiene buena voz, que canta bien; agradezco á usted que le haya dado tan buena educación y aprovecharé sus aptitudes para dedicarla al teatro.

Elvira recordó la escena que había presenciado momentos antes, y al pensar que su hija podía llegar á ser como la mujer á quien acababa de oir hablar en aquel mismo cuarto, sintió que se le helaba la sangre en las venas.

– Eso no es cierto; no puede usted querer la ruina de su hija, dijo con voz temblorosa.

– ¿La ruina? ¿Por qué? ¿Qué idea se ha formado usted del teatro? Si es la mejor carrera que puede escoger una mujer... Yo, si hubiese tenido voz, me habría dedicado á ella; no puede usted figurarse cuán feliz es una joven viéndose siempre festejada, colmada de elogios, cortejada de todos, llevada en triunfo, reverenciada como una reina, adorada como una santa; no, no lo sabe usted, viviendo allá en un rincón, vegetando como las plantas del jardín de ese barón; al menos en el teatro se siente que se vive, y si yo quiero que mi hija siga esa carrera, es por su bien; además, una *prima donna* puede aspirar á hacer fortuna, casarse con un duque, con un príncipe y no con un hombre insignificante como ese alemán: sí, sí, veremos princesa á nuestra hija, y entonces me dará usted las gracias por haberle proporcionado tan envidiable suerte.

– No prosiga usted, por Dios, dijo la pobre mujer, que había intentado muchas veces interrumpirle; eso no puede ser; preferiría ver á nuestra hija muerta á que saliese á la escena.

– Déjese usted de romanticismos; también usted se resignará, porque lo he dispuesto así.

– Es que yo no le entregaré á usted mi hija, dijo Elvira levantándose.

– Y yo haré que me la dé usted por fuerza; estoy en mi derecho y dispongo de buenas armas.

– ¡Me amenaza usted! Tenga, pues, muy en cuenta que desde el momento en que no me quiere usted por amiga, me tendrá por enemiga; diré á todos quién es usted y contaré su pasado.

– Esperaba esa amenaza y no me intimida; la que es capaz de presentar á la autoridad un documento falso, lo es también de levantar un falso testimonio y nadie la creerá.

– Yo estaba en la persuasión de que había usted fallecido.

– Debió usted informarse; esas noticias no se dan tan á la ligera: repito que no la creerán á usted. Conque ya lo sabe: jamás daré mi consentimiento para que Laura se case con ese joven; no es el partido que deseo para ella; y usted hágame el favor de enviarme á mi hija. Me parece que después de tantos años tengo el derecho de conocerla.

– Antes la muerte; y en cuanto al matrimonio, esperará á poder contraerlo sin necesidad del consentimiento de usted.

– Lo malo es que tardará mucho: ¡cinco años! Tiempo suficiente para recorrer todos los teatros del mundo cosechando aplausos y laureles. Por lo que á mí toca, gracias al aprecio y buena fama que he adquirido, puedo ya ir por todas partes, hasta al lago.

Elvira quiso apelar de nuevo á la dulzura.

– Haré lo que quiera usted, dijo, si salva á nuestra hija; vendré á vivir con usted; seré su víctima, su esclava, todo cuanto quiera.

– No me basta; ya ni para comprimaria serviría usted. Quiero á Laura.

– Pues no; juro que no la tendrá usted. Me la llevaré muy lejos, al fin del mundo, donde no pueda usted hacer nada.

– Tengo los brazos muy largos.

– No nos alcanzará usted; se lo aseguro.

Y al decir esto salió de la estancia, indignada, ciega de ira, con el infierno en el alma.

No podía más; si hubiera tenido un arma, se habría suicidado.

Salió de aquella casa como una loca; no veía lle-

gar el momento de encontrarse al lado de su hija; parecíale que aquel hombre se le adelantaría para robarla; le creía capaz de todo.

Su imaginación calenturienta no le permitía ya raciocinar.

Sin pérdida de tiempo subió á un coche que la condujo á la estación del ferrocarril; cuando llegó hubo de esperar el tren que salía para Como, y en tanto se puso á pasear por el andén con impaciencia febril; los viajeros la miraban con sorpresa creyéndola loca; un guardia municipal quiso meterla en un coche para llevarla al hospital, y un caballero se acercó á ella preguntándole si se encontraba indispuesta.

Todos la observaron; pero estaba tan fuera de sí que no echaba de ver nada.

Llegó por fin la hora de la marcha; el viaje le pareció eterno. Para desahogar su estado excesivamente nervioso, tenía que romper cuanto llevaba en la mano, é hizo pedazos el mango de la sombrilla y deshizo el fleco que guarnecía su abrigo.

No le era posible fijar su imaginación en un solo pensamiento; no sabía lo que haría al llegar á la quinta, pero sentía un gran peso en el corazón, sacudidas en todo su cuerpo, necesidad de desahogarse, de echarse en brazos de las personas amigas.

No le bastó que su hija, acompañada de Alberto, acudiera sonriente á su encuentro; nada veía, experimentaba solamente una precisión imperiosa de desahogarse; ni siquiera se le ocurría contenerse en presencia de Laura; le era forzoso decirlo todo, de lo contrario creía que iba á estallar.

Al entrar Elvira en la quinta aumentóse la sobrexcitación nerviosa de que se hallaba dominada, menudeaban más sus movimientos convulsivos y su mirada era cada vez más vaga sin dejar por esto de ser cada vez más intensa.

Cuando Laura vió á su madre en aquel estado helósele la sonrisa en sus labios.

– ¡Estamos perdidas!, exclamó la pobre mujer. Tu padre se niega á dar su consentimiento y no puede efectuarse tu matrimonio. No nos ha hecho su frir bastante; quiere atormentarnos hasta lo último. ¡Pobre hija mía, no llores..., ven á mis brazos!..

No pudo proseguir; los sollozos ahogaron su voz en la garganta, y presa de un ataque nervioso, cayó sin sentido en un sillón.

XVIII

Después de la entrevista tenida con su mujer, Berletti se quedó muy satisfecho por la victoria alcanzada y por haber visto á aquella mujer soberbia humillada ante él; pero no dejaba de estar pensativo. Quería mantener su palabra y recobrar á su hija, pero aún no había determinado cómo conseguiría su intento.

No le parecía muy prudente hacer valer sus derechos ante la ley; lo dejaba para el último caso, cuando ya no hubiera otro medio. Habría preferido robarla, cosa que, en su afición á las escenas melodramáticas, le parecía más fácil; acordóse del *Rigoletto*, ópera en la que roban á una doncella escalando su casa de noche, y decidió intentar algo parecido; y cuando Laura estuviese en su poder, se figuraba que bastaría prometerla que daría el consentimiento para su boda con Alberto para hacer de ella cuanto quisiera, y principalmente dedicarla al teatro, realizando sus sueños; luego vería lo que convenía hacer.

Pero también la experiencia le había hecho prudente y resolvió no precipitar las cosas y dar tiempo al tiempo; entretanto haría algunas exploraciones por el lago, y tenía confianza por hallarse en una época en que su buena estrella le allanaba toda clase de obstáculos y le sonreía la fortuna. La idea de que por fin podría vengarse de su mujer le hacía sonreir y se estregaba las manos de satisfacción.

Tan luego como Elvira pudo coordinar sus ideas, se acercó á su amigo el barón, arrepentida de no haberse aconsejado antes de él y de haberlo querido hacer todo por sí y ante sí. Le abrió su corazón como pudiera á un confesor; pero el barón no pudo aconsejarle otra cosa sino que tuviera paciencia, y le dijo que esperase hasta que Laura fuese mayor de edad.

– Antes se lo habría aconsejado á usted si hubiera sabido que en las leyes italianas se tropezaba con tantos obstáculos, le dijo.


Los viajeros la miraban creyéndola loca

Pero á Elvira no le satisfacía este consejo; no quería esperar; tenía miedo de las amenazas del marido y de que se resintiese la salud de su hija, y el barón veíase obligado á confesar que los disgustos habían agriado el carácter de aquella mujer, que no era ya el mismo de antes.

Laura estaba como atontada; haber llegado á la víspera de su casamiento y verlo desvanecerse como el humo, le parecía una cosa inverosímil; pero el dolor de su madre le hacía comprender que era sobrado cierta.

Alberto procuraba consolarla diciéndole:

– No te aflijas; esperaremos, y cuando llegues á la mayor edad serás dueña de tu albedrío y entonces nos casaremos.

Laura meneaba la cabeza y contestaba:

– ¡Cinco años son mucho tiempo! No viviré tanto después de este golpe.

Alberto le tapaba la boca, resistiéndose á oirla hablar de este modo; le decía que esperasen y que no por eso dejarían de ser felices; sentía que el tiempo no debilitaría su amor, y, si no contento, estaba por lo menos tranquilo.

Pero Laura, acostumbrada á no luchar nunca, á ver que su madre se lo allanaba todo, se había quedado terriblemente desconcertada, como árbol que no habiendo tenido nunca que resistir los embates del huracán se desgaja al primer soplo de un viento impetuoso.

Tener que pasar cinco años llena de incertidumbre, con la espada de Damocles suspendida sobre su cabeza por el odio de su padre que en aquel espacio de tiempo podría arbitrar algún medio para hacer imposible su enlace, eran contrariedades sobrado fuertes para un alma no templada en la escuela del dolor; sentíase cansada de la vida y deseaba la muerte como el mejor alivio de sus sinsabores.

Si Laura se daba por vencida, abatida por aquel primer quebranto, también su madre se reconocía cansada de sufrir y de luchar; de suerte que madre é hija, en lugar de consolarse mutuamente, no hacían más que lamentarse de su suerte y dar nuevo pábulo á su dolor, en el cual hasta llegaban á encontrar cierto deleite.

Sofía se dedicaba á animar á aquellas desdichadas con toda la bondad de su alma, pero no conseguía disipar sus penas, y ni aun Alberto podía hacer que volviera á asomar la sonrisa á los labios de su prometida.

El tiempo es el gran consolador, decía, y pronto pasarán estos cinco años.

Laura respondía con un suspiro.

A veces quería hacerla pasear por el lago en un bote como en los días venturosos, y ella se dejaba llevar como una niña, sin mostrar contento y sin hacer oposición alguna.

Alberto le dió un día la noticia de que su padre quería que pasara una temporada á su lado, pero que volvería pronto.

– Me lo figuraba, contestó Laura tranquilamente, sin mostrar ninguna emoción.

– Pero no dejaré de volver, y si me quieres debes procurar estar contenta.

– ¿Cuándo marcharás?

– Dentro de quince días, ó quizás un mes; mi padre no me ha fijado el día; día más, día menos, no importa; no me moveré de aquí hasta verte un poco tranquila. Bien sabes que permanecería á tu lado, pero ahora que es cuestión de esperar años enteros no puedo dejar tanto tiempo á mi anciano padre.

– Es muy justo, contestó Laura suspirando.

Y se quedó callada como acostumbraba ya á estarlo todo el día.

Había sobrevenido en ella una gran mudanza, y nadie la habría tenido por la jovencita alegre y locuaz de otro tiempo.

Ya no hacía caso de las cosas que antes la satisfacían; comía lo que le ponían delante, sin cuidarse de si los manjares eran buenos ó malos, y hasta en el vestir se mostraba indiferente; á veces pasaba todo el día con un sencillo traje de mañana.

– Ya es tiempo de ponerse ropa de más abrigo, le dijo un día su madre; hoy hace fresco.

No lo siento, contestó Laura; precisamente hoy tenía deseos de dar un paseo en barca.

– Ponte al menos un abrigo.

– Bien, lo haré por complacerte.

Entró en un bote con Sofía y Alberto, una y otro muy contentos de que Laura manifestase deseos de algo, aunque el día no era muy á propósito para pasear por el lago.

Cuando se hubieron alejado de la orilla, una racha de viento estuvo á punto de volcar el bote.

– Amenaza temporal, dijo el barquero.

– Sería conveniente regresar, observó Alberto.

– ¡Qué lástima! ¡Se está aquí tan bien!, dijo Laura. Pero si tenéis miedo remaré yo también, y así volveremos más pronto.

Y así diciendo se puso á remar.

¡Qué hermoso fresco!, exclamó.

Sofía en cambio decía que tenía frío y se arrebujaba en su manto.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ESPEJOS USTORIOS Y VIDRIOS ARDIENTES

¿Es cierto que Arquímedes incendió con espejos ustorios la escuadra romana que al mando de Marcelo sitiaba á Siracusa? ¿Es cierto que Proclo hizo otro tanto con la armada de Vitaliano durante el asedio de Bizancio?

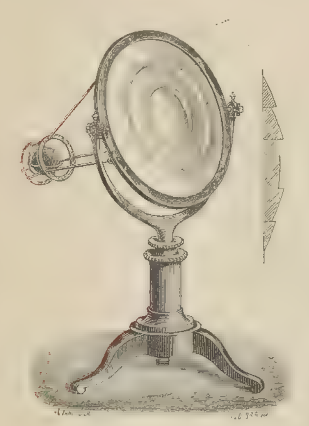


Fig. 1. Lente de escalones

Cuestión ha sido esta muy controvertida, negada por Descartes en su *Dióptrica* y resuelta por los eruditos en diferentes sentidos, pero que prueba cuando menos que los antiguos conocían la propiedad que tienen los espejos cóncavos de reflejar en su foco y de condensar en un espacio muy reducido los rayos emanados de un manantial de calor.

Asimismo conocían los efectos de la refracción al través de una masa de vidrio tallada en forma de bola ó de lenteja, según se desprende de un párrafo muy curioso de *Las Nubes,* de Aristófanes.

La discusión del punto histórico de que tratamos, interesante por cierto, ha tenido el mérito de suscitar experimentos que han patentizado la intensidad de los efectos caloríferos que se pueden producir en el foco de un espejo esférico ó parabólico, ó también en el de una ó muchas lentes. He aquí los principales resultados de algunos de ellos, tomados de la *Enciclopedia,* de d'Alembert y Diderot.

Los más célebres espejos ardientes modernos son los de Septala, de Villette y de Tschirnhausen. El espejo de Marcelo Septala, canónigo de Milán, era un espejo parabólico que, según Schot, prendía fuego á troncos de leña á 15 ó 16 pasos de distancia. El de Tschirnhausen iguala por lo menos al de Septala en cuanto á su tamaño y efecto. Véase lo que acerca de él se lee en las *Acta eruditorum,* de Leipzig:

«Este espejo enciende leña verde en un momento,

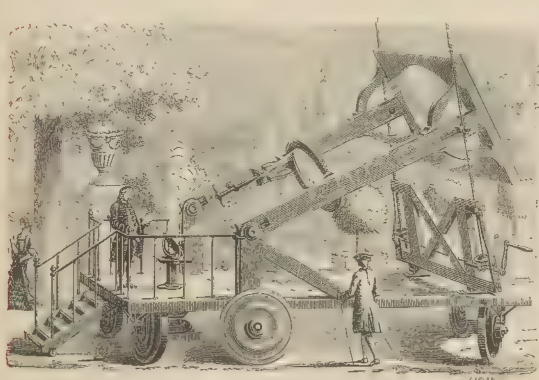


Fig. 2. Experimento del vidrio ardiente de Bernières

y de tal modo que no se puede apagar el fuego soplando con fuerza. Hace hervir el agua, de suerte que se pueden cocer huevos en ella en un momento, y si se deja esta agua un rato en el foco, se evapora. Derrite en un instante una mezcla de estaño y plomo de tres pulgadas de espesor; estos metales empiezan á fundirse gota á gota, en seguida corren de un modo continuo, y en dos ó tres minutos la masa queda enteramente deshecha. También calienta muy pronto al rojo trozos de hierro ó acero, en los que la fuerza del fuego forma después agujeros. El cobre, la plata, se liquidan también cuando se los acerca al foco. Asimismo enrojece las materias que no se pueden fundir, como la piedra, el ladrillo, etc.»

El espejo de Tschirnhausen tenía tres anas de Leipzig de ancho ($1^{m},69$); su foco estaba á dos anas de distancia ($1^{m},13$); era de cobre y de escaso espesor.

Un obrero francés de Lyón llamado Villette construyó muchos espejos grandes, uno de los cuales lo adquirió la Academia de Ciencias. Era un segmento de esfera de 76 pulgadas ($2^{m},06$) de radio, y por consiguiente de 38 ($1^{m},03$) de foco; tenía $1^{m},27$ de abertura, y era de una aleación de estaño, cobre y azogue. Sus efectos caloríficos fueron por el estilo de los del espejo ustorio antes descrito.

También hizo Buffon en el siglo pasado curiosos experimentos, valiéndose para concentrar los rayos solares, no de un espejo cóncavo, sino de una serie de espejos planos colocados de modo que enviaban á un solo punto los rayos del sol.

«Ha formado un espejo grande compuesto de muchos espejos planos (eran ciento) de medio pie cuadrado poco más ó menos; cada uno de estos espejos tiene detrás tres tornillos por medio de los cuales es fácil colocarlos todos, en menos de un cuarto de hora, de modo que reflejen en un solo punto la imagen del sol. Con este espejo compuesto, M. de Buffon ha encendido fuego á 200 pies de distancia.» *(Enciclopedia.)*

En efecto, á esta distancia encendió leña; á 140 pies derritió plomo, y á 100 plata.

El ilustre naturalista y físico había querido realizar así la hipótesis del poeta griego Tzetzés, quien creía que por tal medio se habían incendiado las naves romanas en Siracusa. El hecho en sí venía á demostrar la posibilidad del invento de Arquímedes y de la acción patriótica atribuída al geómetra más grande de la antiguedad. Pero á Buffon se le había anticipado el Padre Kircher, sin que él lo supiera, y en época más remota, Antemio, arquitecto de Santa Sofía, á quien se debe considerar como el verdadero inventor de los espejos planos articulados.

Bernières mandó construir en 1757 un espejo cóncavo de vidrio azogado, de $1^{m},16$ de abertura, y en cuyo foco la plata y hasta el hierro se fundían en pocos segundos; los guijarros se reblandecían y corrían como vidrio líquido. (Daguin, *Tratado de Física.)*

Véanse ahora algunos detalles sobre los efectos caloríficos producidos por la refracción al través de una lente convergente, es decir, por lo que se ha llamado *vidrio ardiente.* Los mismos físicos que hicieron experimentos con espejos los efectuaron también con lentes de grandes dimensiones.

«El mayor vidrio de esta clase, dice d'Alembert en la *Enciclopedia,* era el de Tschirnhausen; la anchura de la lente era de 3 á 4 pies, la distancia focal de 12, y tenía pulgada y media de diámetro; además, para hacer el foco más vivo, recogía los rayos por segunda vez otra lente paralela á la primera, colocada en el punto en que el diámetro del cono de los rayos formados por ésta era igual á la anchura de aquélla, de suerte que esta última los recibía todos.»

Los efectos fueron semejantes á los del espejo ardiente del primer experimentador.

Uno de los experimentos más curiosos de cuantos se han hecho sobre la refracción del calor es el de Mariotte, que hizo una una lente convexa con un pedazo de hielo formado por la congelación de agua bien pura y purgada de aire. Con este vidrio ardiente de nuevo género, Mariotte encendió pólvora fina.

Debemos hacer también mención del vidrio ardiente de Bernières, construído en 1774 á expensas de un individuo correspondiente de la Academia de Ciencias llamado Trudaine, y basado en el mismo principio que el de Tschirnhausen (fig. 2). El andamiaje que se ve representado en el grabado tenía por objeto el que una sola persona pudiera manejar el conjunto de las dos lentes, de modo que los rayos solares convergiesen siempre en el mismo punto.

Los vidrios ardientes tenían un inconveniente que los hacía inferiores á los espejos: el de que los rayos caloríficos, al atravesar lentes de cierto espesor, quedaban en parte absorbidos en ellas. Buffon trató de obviar este inconveniente discurriendo las lentes de escalones, que consisten en una reunión de coronas, cada una de las cuales forma parte de una lente de distancia focal constante, pero de menor espesor en las partes centrales (fig. 1).

Los vidrios y espejos ardientes se han aplicado á una cuestión interesante de astronomía física; la de averiguar si los rayos solares llegados hasta nosotros después de reflejarse en la superficie de la luna, conservan aún calor apreciable. Si muchos observadores, desde Lahire y Tschirnhausen hasta Forbes y Tyndall no han podido comprobar nada, en cambio Melloni en 1846, y luego Piazzi Smith, lord Rosse y Marié-Davy han observado cierto efecto calorífico.

* * *

LAMPARA DENOMINADA «FUENTE DE HERÓN»

Entre los distintos procedimientos de que se sirvieron los sabios de antiguas edades para fabricar lámparas portátiles en las que el aceite sube automáticamente hasta el receptáculo en donde se encuentra la mecha, el más ingenioso es indudablemente el que aún hoy día se conoce con el nombre de *Fuente de Herón,* que el ilustre sabio alejandrino describe en los siguientes términos:



Lámpara denominada *Fuente de Herón*

Construcción de un candelabro de tal naturaleza que, colocando encima de él una lámpara, el aceite se renueve en ésta sin necesidad de que llegue hasta la misma desde un depósito situado á más alto nivel.

Constrúyase un candelabro hueco con una base en forma de pirámide ΑΒΓΔ (véase el grabado) y en ella un tabique ó diafragma ΕΖ: sea ΗΘ el fuste del candelabro, que también ha de ser hueco, y encima de él póngase un vaso ΚΛ que pueda contener una gran cantidad de aceite. Del diafragma ΕΖ arranca el tubo ΜΝ que lo atraviesa y que llega casi hasta la tapadera del vaso ΚΛ sobre el cual está colocada la lámpara, de modo que sólo deje paso al aire. Otro tubo ΞΟ pasa al través de la tapadera ΚΛ y desciende por un lado hasta al fondo del vaso, aunque de modo que permita á un líquido manar, y de otra forma un ligero reborde sobre la tapadera: á este reborde se ajusta otro tubo Π tapado en su parte superior que atravesando el fondo de la lámpara forma cuerpo con ella y se encuentra completamente encerrado en el interior de la misma. Al tubo Π va soldado otro muy fino en comunicación con el que llega hasta el extremo del asa de la lámpara y termina en aquélla de manera que por él pueda caer el aceite al interior de ésta, que al efecto tiene un orificio de re

gular tamaño. Debajo del diafragma EZ se suelda una espita que comunica con el compartimiento ΓΔEZ, de modo que cuando está abierta penetra en éste el agua del compartimiento ABEZ, en cuya cara superior AB se practica un pequeño agujero por el cual este segundo compartimiento puede llenarse de agua, escapándose el aire interior por el orificio. Quitemos ahora la lámpara y llenemos de aceite el vaso por medio del tubo ΞO: el aire se escapará por el tubo MN y luego por una cajita colocada cerca del fondo ΓΔ cuando se habrá vaciado el agua del compartimiento ΓΔEZ. Montemos la lámpara ajustándola con el tubo Π: cuando habrá necesidad de echar aceite en ella, abriremos la espita que hay cerca del diafragma EZ, el agua del compartimiento ABEZ descenderá al compartimiento ΓΔEZ y el aire de éste subien do por el tubo MN hasta el vaso hará subir el aceite, que pasará á la lámpara por el tubo ΞO y el soldado á éste. Cuando se quiere que cese la introducción del aceite se cierra la espita y el agua del compartimiento superior no cae en el inferior.

Otras lámparas no menos ingeniosas inventó el ilustre matemático de Alejandría, cuya descripción se encuentra en sus *Pneumáticas* y entre las cuales merecen especial mención una lámpara que ardía automáticamente de modo que á medida que se consumía el aceite la mecha era empujada por un mecanismo especial, y otra en la cual, una vez llena de aceite, cuando la combustión ha consumido una parte de éste se eleva el nivel del mismo por medio del agua. Este último aparato es el origen de las lámparas hidrostáticas, en las que el aceite está equilibrado por una columna de líquido de gran densidad. – X.





UNA HUELGA DE OBREROS EN VIZCAYA, cuadro de D. Vicente Cutanda (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 5 DE DICIEMBRE DE 1892 — NÚM. 571



ANTE LA TUMBA DE CÁTULO, cuadro de Hermán Kaulbach, existente en la Galería de Munich

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

La ¿crítica? está á la altura de la Exposición. Apunté en mi anterior artículo cuáles eran aquellos cuadros que tenían el valor de una idea interesante, y ya recordarán mis lectores que no son más de una docena. Leí cuanto de esos cuadros las gentes que teniendo (y no teniéndola también) vela en este entierro dijeron desde las columnas de diarios y revistas, y tampoco saqué nada en limpio; las ideas brillan por su ausencia de las plumas de esos Aristarcos; en cambio su santa ignorancia la lucieron esplendorosa, y hasta hubo alguno que destrozó el castellano y se destrozó él mismo diciendo de su labor crítica que era un *trabajo pedestre*. Lo único en que estuvo acertado.

Pero sabido tenemos como toda regla tiene su excepción. Aquí la excepción la forman Madrazo (don Pedro) y Balart. El primero defiende teorías que concuerdan totalmente con las ideas estéticas del antiguo régimen, manifestadas en esta Exposición por varios pintores de mérito indudable; el segundo, si concede á las nuevas tendencias importancia en la plástica y en la idea, sin embargo, no por eso deja de lanzar los dardos de su agudo ingenio y clarísimo talento contra esa evolución novísima.

Madrazo no transige. Cree de buena fe que las ideas democráticas han venido á quitar el valor y la importancia á los hechos que la gente aristocrática realizó en otros siglos, para en su lugar dársela á los de las gentes del pueblo; y como ejemplo de este aserto, cita entre varios cuadros el lienzo *Una huelga*. No puede concebir el ilustre académico que se le den proporciones grandes á asuntos como el citado ó como al que titula su autor *Las sardineras*. En cambio encuentra muy justo que se destinen cinco ó seis metros de tela al episodio *El triunfo de la Santa Cruz* ó al que representa al cardenal Cisneros examinando los planos del hospital que fundó en Illescas.

Aquí surgen dos cuestiones: la de la importancia efectiva de unos y de otros asuntos y la puramente estética.

No hay duda que el primer caso apenas si tiene defensa posible, mirándolo desde el punto de vista en que se coloca el ilustre crítico de *La Ilustración Española y Americana*. Las ideas democráticas, como en otros días las teocráticas y autocráticas, tienen la importancia que les da la sociedad á la cual rigen. Prescindiendo de aquilatar si es mejor ó no la doctrina democrática que las demás doctrinas y escuelas políticas, el hecho es que esta escuela es la dominante, la que caracteriza á la sociedad moderna. Dentro, pues, de esta fórmula debemos tener en cuenta que el arte ha de buscar necesariamente ideas y emociones allí donde la humanidad busca el progreso. Con la democracia vinieron á la lucha por ideales más ó menos utópicos, más ó menos reales y justos, entre otros el socialismo. No creo que el Sr. Madrazo pretenda negar la gravedad é importancia de esa doctrina perfectamente humanitaria en el fondo; no negará tampoco que el socialismo alcanzó en estos últimos tiempos el derecho de ser admitido á tomar parte en las decisiones del poder parlamentario, y que por lo tanto ha comenzado á influir de un modo directo en la preparación de otra sociedad totalmente distinta de la actual. Negar, pues, importancia á cosa de tanto bulto, posponiéndola á la hazaña de Núñez de Lara ó al acto vulgarísimo de examinar unos planos, paréceme lo mismo que tener por cierto cómo la batalla de las Navas produjo una transformación total en el modo de ser de la humanidad, ó que del examen dicho de los planos de un hospital resultó el descubrimiento de una luz física ó de un nuevo agente de la Naturaleza que, como la electricidad ó el vapor, hubo de revolucionar por completo la vida industrial y mercantil.

Y descendiendo de ese alto punto de vista á otro mucho más bajo en el orden de las ideas, sigo creyendo á *Las sardineras* de Ugarte como dignas de ser pintadas, según su autor lo hizo, en un lienzo de cuatro metros y medio. Si el ejercicio de la guerra fué en algún tiempo la labor de los nobles, y no se puso en tela de juicio jamás que los hechos de armas de nuestros Laras, Girones y La Cerdas no fuesen dignos de ser representados en grandes cuadros, aun cuando tales hechos de armas no hayan significado nada, mirados aisladamente, no veo la razón para que hoy caracterizándonos el trabajo, como entonces nos caracterizó la guerra, no merezcan á su vez, sean quienesquieran las gentes, ser representadas en vastas telas las escenas de esta otra lucha por la existencia; escenas que tienen la importancia de una moralización social bastante mayor que la de los siglos de los Tenorios y Enriques de Castilla ó del VIII de Inglaterra. Dígame por su vida el Sr. Madrazo si será de más alto concepto filosófico el hermoso cuadro *¡Nunca más servir á señor que se me pueda morir!* ó *Las hilanderas*, de Velázquez.

Esto por lo que atañe á lo psíquico, que tocante á lo plástico, me permitirá mi querido y respetable amigo D. Federico Balart que le haga presente cuánto es mi sentimiento por no estar conforme con sus apreciaciones. Díceles á los Sres. Cutanda y Ugarte que sus cuadros están pintados con sordina y que las disonancias á media voz son menos escandalosas, aun cuando cree – y cree muy bien – que los días pardos de la costa cantábrica, muy bella de tonalidad para esfumar un paisaje, son endiablados para modelar á cielo abierto una figura humana.

Ciertamente, dificilísimo es modelar á cielo abierto y en países como los del Norte y Noroeste una figura; y si es verdad que las disonancias son menos escandalosas, en cambio se corre el terrible peligro de la monotonía dentro de una tinta, que es tan deplorable como la desarmonía misma. Vencer esta dificultad constituye un triunfo, á mi entender bastante mayor que el conseguido en un país donde el sol produzca violentos contrastes de color y de clarobscuro. Pero además de esto, hay otro punto en el que tampoco coincido con lo que indican mi ilustre amigo y el Sr. Madrazo. La disposición de las escenas – y ahora ya no señalo cuadros – con arreglo á un patrón, aun cuando ese patrón lo utilizasen nuestro incomparable Velázquez y el gran Rubens, á plaza sacados por el Sr. Balart, creo que es tanto como trabarles á los artistas la libre manera de dar forma á sus pensamientos. Hasta ahora viene aconteciendo con las composiciones lo que con los actores (no todos), los cuales si requieren de amores á la dama joven ó apostrofan al barba, lo hacen dirigiéndose al público, que resulta el requerido ó el apostrofado; ó bien como en los concertantes finales (y no finales) donde salen pajes, damas del acompañamiento, soldados y gente del pueblo, que le cuentan al espectador ó le gritan lo que deben contarle, gritarle, aplaudirle ó silbarle al *Duca d' Este* ó al moro Muza. De este modo y con arreglo á esta falsedad evidente disponen sus composiciones muchos artistas de los que el Sr. Madrazo señaló como buenos en su último trabajo crítico.

Tengo por cierto que hay asuntos en los cuales la emoción estética, especialmente cuando ésta la produce una escena dramática de la que es actora una colectividad, no reside en una figura ni en un rostro. Un soldado solo, por muy bien expresado que se halle en su rostro el ardor bélico que le acomete en la batalla, nunca causará tan honda impresión como indudablemente causaría ver un batallón ó un regimiento marchando á la bayoneta sobre el enemigo: claro está que si el artista logra imprimir en el rostro de algunos de esos soldados los rasgos característicos del valor, de la energía, de la locura sublime que se apodera de ellos en momento tan solemne, habrá logrado una síntesis; pero lo emocional (y dispénsenme lo británico de la voz), lo dramático reside en la totalidad de la escena.

Y viéneme ahora á las mientes que he ofrecido ocuparme de las tendencias dominantes en esta Exposición para realizar la obra pictórica. En efecto, por lo que se refiere á los asuntos, descartando aquellos cuadros que pueden llamarse de *certamen*, hechos *ad hoc*, en los cuales el artista se propone interesar al espectador con el doble motivo de la verdad plástica y del concepto emitido, en el resto de la sección española de pintura domina casi por completo el asunto del acaso, la nota más ó menos simpática de color, el apunte ampliado en el taller, y por lo mismo, falto de la espontaneidad que tiene la impresión directamente sentida y hecha del natural. Esto por lo que, como digo más arriba, se refiere al asunto; en cuanto á la disposición de él, justo es decir que en general la discreción domina en este sentido.

Sin embargo, cuadros hay del género rural y del de costumbres que son dignos de estudio por la buena tendencia estética que dentro de la plástica, como de la sencillez del motivo, se advierte en ellos. Pongo por ejemplo los lienzos de pequeñas dimensiones que exhibe Gonzalo Bilbao. Todos ellos son estudios de luz (la del sol), estudios hechos con gran habilidad y escogidos con exquisito gusto. Dentro de la escuela bucólica, la tendencia á impresionar con espectáculos de una sencillez grande, buscándolos en la vida del campo, sin caer en los ridículos lirismos de otros pintores que, *vis á vis* de los de Bilbao, nos muestran sus cuadros, en los cuales se ve el empeño de sacarle, como suele decirse, *consecuencias filosóficas* á lo que no puede ni debe mirarse sino desde el punto de vista de la belleza plástica y del sentimiento sano y dulce que emana de la Naturaleza; he aquí la tendencia, repito, que con el citado autor de *La vuelta al hato* advierto en algún otro artista, como Maximino Peña, premiado con medalla de 3.ª clase por su cuadro *Leñador montañés;* López Cabrera, también premiado por *El cuento del abuelo*, como Pérez del Camino y Barráu, pese á la tendencia de la paleta de este último. Y dentro de la pintura dicha de género, cuatro ó cinco personalidades, además de las que apunté en mi otro artículo *Verdades y mentiras*, pueden contarse como seguidoras de las tendencias al arte moderno señaladas por la estética.

Resumiendo, creo poder afirmar que, á excepción de un pequeño número de artistas, el resto de los que exponen en este certamen todavía se encuentran bajo el dominio de las rancidades técnicas que defienden enérgicamente pintores dignos de todo respeto, á pesar de ser *rancios*. La factura, la pasta, la composición disponiéndola de modo que no haya en ella figura alguna que cometa el desacato de volverle las espaldas al público; la trillada y manoseada vida burguesa en sus aspectos todos, menos en aquellos que es menester presentir más que ver, porque siempre lo extraordinario ó lo dramático es lo menos ostensible: he aquí la vulgaridad que sigue y seguirá por tiempo indeterminado dando fisonomía á nuestras Exposiciones. La sencillez, la inocencia del procedimiento, la espontaneidad del sentimiento estético: he aquí lo que á duras penas se columbra. Cataluña tiene artistas que presienten algo de esta tendencia eminentemente espiritual; pero esos artistas (no todos felizmente) la adulteran, bien empeñándose en sacarle, según el modismo vulgar ó barbarismo, *punta*, haciendo una cátedra política ó religiosa del taller, ó secundando en la plástica locuras de impotentes, que tales son hoy las escuelas francesas con rarísima excepción.

Y termino felicitando á los escultores Blay, Fuxá y Parera, que han conseguido primeras y segundas medallas, y á mi amigo Cutanda, cuyo cuadro *Una huelga* es la única medalla de oro concedida á la verdadera pintura *modernista* limpia de influencias francesas, y á Sorolla porque ha sabido encontrar en su *¡Otra Margarita!* una nota hondamente humana y hondamente conmovedora.

R. BALSA DE LA VEGA

Madrid, 1.º de diciembre de 1892

EL CANAL DE PANAMÁ

Francia está atravesando actualmente una de estas crisis graves que con cierta frecuencia se han reproducido allí de algunos años á esta parte. Un día, la campaña del Tonkín causa la ruina política del ilustre Ferry; á poco, el asunto Wilson obliga al bondadoso Grevy á abandonar la presidencia de la República; ayer el boulangerismo ponía en conmoción á toda la nación francesa, gastaba á un ministro de tanta valía como M. Constans é inutilizaba al general Boulanger, en quien tantas esperanzas pudo un día cifrar su patria, y hoy la cuestión del Panamá amenaza sobrepujar en escándalos á cuantos conflictos la han precedido. El negocio mercantil se ha convertido en asunto político, y á los cargos que sólo ante los tribunales debieran haberse formulado han sucedido las más injuriosas acusaciones y los más groseros insultos, lanzados desde la prensa y en el parlamento contra las más altas y hasta ahora más respetadas personalidades. El mismo M. Lesseps, el eminente sabio que tantos días de gloria ha dado á Francia y tantas fuentes de riqueza ha abierto al mundo entero, hállase en peligro de verse arrollado por esa ola de pasiones desencadenadas que nada respeta y

que más bien se complace en llegar hasta los más eminentes y los más inmaculados.

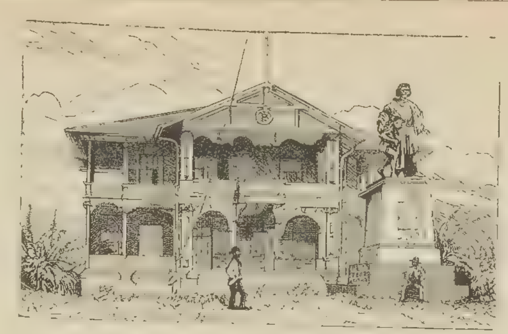
Sí, inmaculados, porque, fijándonos únicamente en M. Lesseps, nadie podrá poner en duda la honradez del que habiendo hecho la fortuna de tantos no ha logrado en sus ochenta y siete años sustraerse á la ley que obliga al hombre á ganarse el pan con el sudor de su rostro, ni crearse en tanto tiempo de labor continua sino una posición poco más que modesta.

Pero dejando á un lado este orden de consideraciones, digamos algo acerca de la empresa del canal de Panamá, causa de la agitación que actualmente reina en la nación vecina.

De muy antiguo data la idea de poner en comunicación el Atlántico y el Pacífico por medio de un paso marítimo al través del istmo de Panamá, y muchos han sido los proyectos que se presentaron para llevarla á cabo; pero el pensamiento no llegó á tener carácter práctico hasta que formada la *Sociedad internacional del canal interoceánico* organizáronse dos expediciones científicas, una de las cuales, mandada por el teniente de navío francés R. Reclus, hizo tanta luz sobre el asunto, que en 1879 el congreso internacional convocado en París por la Sociedad geográfica aprobó casi unánimemente el proyecto.

No pocos ingenieros, especialmente ingleses, declararon aquella empresa de imposible realización; pero como lo mismo se había dicho del canal de Suez, que tan pingües beneficios reportaba ya por aquel entonces á sus accionistas, los franceses aportaron sus capitales á la Compañía, y en 1.° de enero de 1880 pudo la hija de M. de Lesseps inaugurar los trabajos de perforación del istmo.

El canal, cuyo costo se calculó en 600 millones de francos, había de tener una profundidad de nueve metros en toda su extensión y una anchura variable entre 22 y 24 metros en el fondo y 50 y 28 en la superficie del agua, según se tratara respectivamente de la parte llana ó montuosa del istmo: su longitud total era de 73 kilómetros. El grabado segundo de esta página representa el trazado del canal tal como debía ser después de terminado.


Colón. – Residencia de M. Fernando Lesseps y estatua de Cristóbal Colón

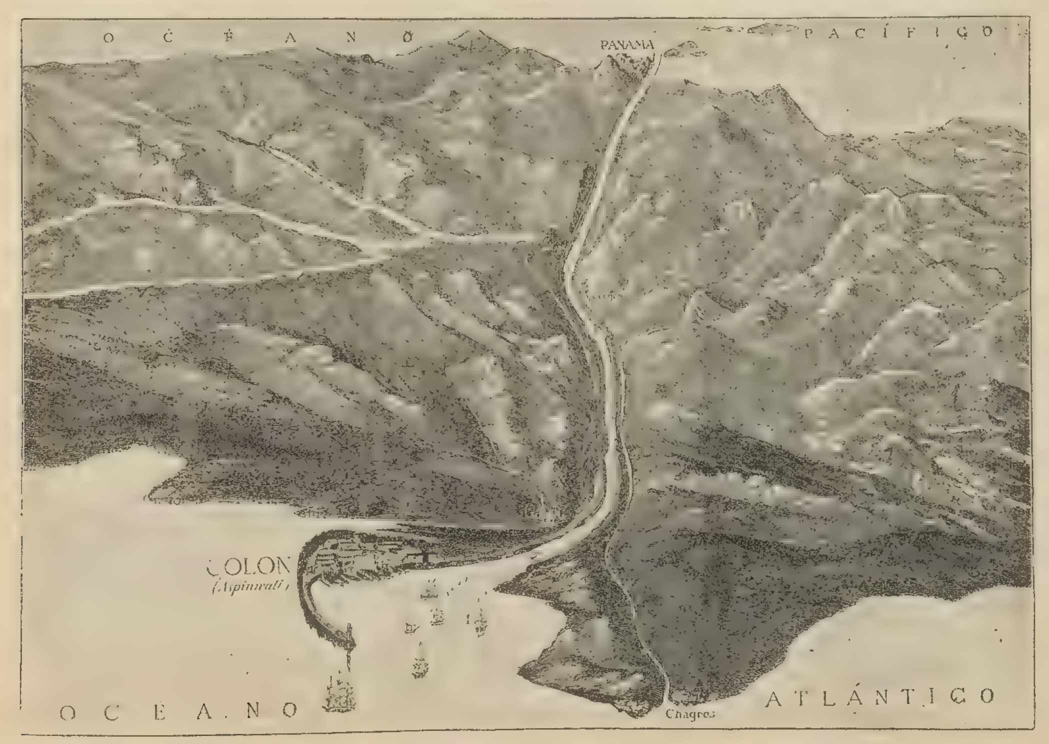
Comenzaron los trabajos desde luego con una actividad superior á toda ponderación. Verdaderos ejércitos de obreros atacaron la cordillera excavando junto á la zanja del canal, auxiliados por otros ejércitos de máquinas colosales, excavadores, dragas, locomotoras, vagones, con miles de pares de ruedas y centenares de kilómetros de rieles. Del aspecto que ofrecía el istmo en aquella época da perfecta idea el segundo grabado de los que publicamos en la página 788: en él se ven la multitud de talleres, almacenes, excavadores y dragas formando, por decirlo así, una línea sin solución de continuidad á lo largo del trazado del canal.

De estas poderosas máquinas sólo citaremos el excavador Osgood y la draga colosal que reproducen los grabados 1.° y 3.° de la página 788. El primero arranca las tierras por medio de un cucharón de palastro, de metro y medio cúbico de capacidad, suspendido de una flecha fija inclinada, á lo largo de la cual se deslizan cadenas movidas por vapor que hacen mover el cucharón de arriba abajo y horizontalmente; con este excavador pueden arrancarse mil metros cúbicos por día de diez horas. La segunda tiene 16 godets, de un metro cúbico de capacidad, que se vacían en un minuto en la galería, lo cual representa 1.000 metros cúbicos de trabajo útil por hora.

No hemos de detallar, pues ello nos llevaría demasiado lejos, las obras proyectadas para la apertura del canal, obras gigantescas casi todas y de las cuales al suspenderse los trabajos estaban unas muy adelantadas, otras concluídas y algunas sólo empezadas; nuestros lectores podrán comprender la magnitud de la empresa, sabiendo que entre ellas figuran un muelle de 850 kilómetros de largo en el puerto Colón, una esclusa gigantesca en la desembocadura del canal en el Pacífico para preservar á aquél de la acción de las mareas de éste, y el grandioso dique para el desvío y encauzamiento del río Chagres, dique formado por un muro de siete millones de metros cúbicos, que habría de ser una especie de cubeta destinada á contener las inundaciones de aquel río y á encerrar hasta mil millones de metros cúbicos, si fuese preciso, y cuyo nivel podría elevarse hasta 60 metros sobre el de las aguas del canal.

Con suerte varia prosiguieron los trabajos hasta que, agotados los cuantiosos recursos que al negocio se aportaron, hubo la Compañía de presentarse en liquidación ante el tribunal del Sena, enviándose entonces una comisión de ingenieros franceses y extranjeros á Panamá para que emitiese dictamen acerca del estado de las obras construídas ó en construcción y de las que faltaba realizar para terminar la empresa. El dictamen de esta comisión no parece destruir del todo las esperanzas de los que en el negocio tienen puestos sus capitales, y de él se desprende que mediante un nuevo sacrificio es posible acabar la construcción del canal, con lo que se salvarían en parte los intereses de los actuales accionistas y obligacionistas, hoy seriamente comprometidos.

El capital hasta ahora invertido en las obras del canal asciende á la suma de 1.369.711.186 francos, divididos en 600.000 acciones, en obligaciones de 5, 4 y 3 por 100, de 1.ª, 2.ª y 3.ª serie, y de lotes y en bonos de lotes: según cotización oficial de la Bolsa de París, de 19 de noviembre próximo pasado, el valor en plaza de todo este capital era únicamente de 169.516.903 francos. Para comprender hasta qué



TRAZADO DEL CANAL DE PANAMÁ



Trabajos de perforación del istmo de Panamá. – El excavador Osgood en la zanja grande La Culebra

punto han sufrido depreciación estos valores, bastará decir que las acciones emitidas á 500 francos se cotizaban en la citada fecha á poco más de 21 y medio.

En cuanto á la distribución de este capital, la memoria redactada por el liquidador M. Monchicourt consigna los siguientes datos: trabajos preparatorios y gastos generales en el istmo, 175 millones; gastos de concesión y generales en París, 64; gastos de emisión, publicidad é impuestos, 88; construcción y grandes materiales, inclusos los transportes, 166; trabajos pagados á los contratistas, 443; compra del ferrocarril de Panamá, 93; reembolso á los accionistas por intereses y entregas á la Sociedad civil para asegurar el pago de los lotes de los obligacionistas, 271.

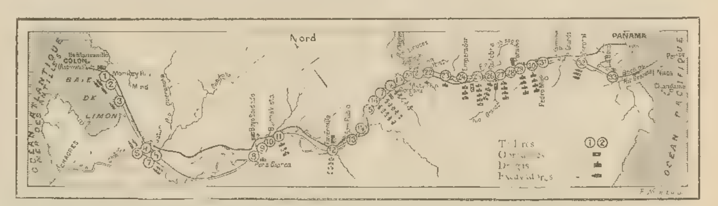
Sobre la procedencia y justificación de algunos de estos gastos, en los que muchos quieren ver delitos de malversación y estafa, versan las discusiones parlamentarias y periodísticas que con tanta pasión y aun ensañamiento se sostienen en la actualidad en Francia, con la particularidad de que mientras la gente política, haciendo de todo ello arma de partido, se revuelve airada contra los directores de la empresa para herir de rechazo al gobierno, y les insulta y escarnece para que el lodo contra ellos lanzado manche á la vez á los que militan en distinto bando que esos improvisados fiscales, la noble compañera del ilustre Lesseps está recibiendo de continuo millares de cartas de verdaderos accionistas y obligacionistas de la desgraciada empresa reiterando la mayor confianza en la honradez de su esposo, el antiguo presidente de la Compañía, hoy tan ruda é injustamente atacado.

«Lo que yo quisiera proclamar en alta voz, dice madame Lesseps en una sentida carta recientemente enviada al director de *Le Gaulois*, es el desprecio de todos los corazones honrados, la opinión de Europa entera, la de los verdaderos accionistas y obligacionistas de Panamá, los cuales, ajenos á toda idea de venganza, han comprendido que un mal éxito, sensible ciertamente, no podía ser causa de groseros insultos contra un genio bienhechor que dió á su país millares de millones á cambio de una gloria efímera, que sólo persigue un fin, trabajar y combatir sin descanso, y cuya honra é inmortalidad por nadie podrán ser destruídas.»

Es cierto: el honor de Lesseps está por encima de todas las acusaciones que contra la empresa se formulan, y en cuanto á la inmortalidad tiénela asegurada con sobrados méritos el ilustre anciano á quien su amantísima familia oculta cuanto ocurre á fin de evitarle el mayor de los sinsabores que pueden amargar los últimos días de un hombre honrado y de un gran patriota: el verse objeto de la ingratitud de aquellos por cuya gloria y prosperidad se ha desvelado.

De los datos antes expuestos resulta que el capital de la empresa del Panamá ha sufrido una pérdida de 1.200.194.283 francos; pérdida que se aminorará notablemente (si es que no se convierte en beneficio) en el caso de que pueda llevarse á cabo, por medio de la combinación ya proyectada, la completa perforación del istmo: en cambio los capitales impuestos en la del canal de Suez han ganado 1.154.667.265 francos, pues siendo el precio de emisión de los valores de 480.798.480, hoy se cotizan á 1.635.465.745. De suerte que M. Lesseps puede considerarse en paz con la entidad que podemos llamar capital invertido en especulaciones, pues lo que por un lado le ha perdido por otro se lo ha ganado.

Por lo que hace á su cuenta con su patria y con la humanidad, el *haber* de M. Lesseps es de tal cuantía, que por mucho que en el *debe* quieran poner aquéllas, siempre quedará á su favor un saldo enorme que sólo la posteridad podrá pagar honrando como se merece la memoria del que, pese á quien pese, ha sido, es y será para sus compatriotas el *gran francés* y para el mundo civilizado una gloria tan grande como legítima. – X.



Trabajos de perforación del istmo de Panamá. – Trazado del canal y de los trabajos en ejecución

1 y 2. Trabajos de draga en Puerto Colón. – 3, 4 y 5. Los mismos entre Colón y Gatún. – 6 y 7. Desviación del río Trinidad en Gatún. – 8. Talleres de Peña Blanca. – 9 y 10. Cerros de Bohío-Soldado. – 11. Buenavista. – 12. Tabernilla. – 13 y 14. San Pablo. – 15, 16 y 17. La Gorgona. – 18 y 19. Matachín. – 20. Cerro de Gamboa, el gran dique. – 21. La Corosita. 22. Altura del Obispo. – 23. El Obispo. – 24. Emperador. – 25. El Lirio. 26, 27 y 28. La Culebra. – 29 y 30. Paraíso. – 31. Pedro Miguel. – 32. Corosal. – 33. Boca Grande.

EL ASUNTO

Hay quienes afirman que el *asunto* es lo principal en la obra artística, y conozco autores dramáticos para los cuales toda la dificultad (ó la mayor dificultad) para escribir una comedia es la de encontrar asunto; no lo entiendo.

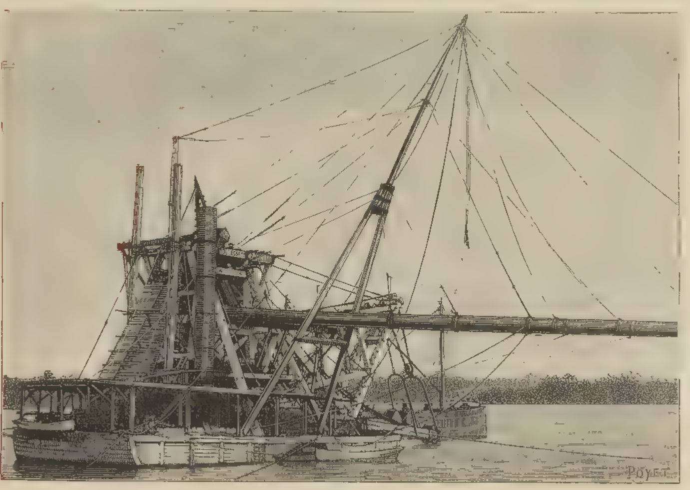
Asunto, si hemos de dar crédito á la Academia española, es: *Materia de que se trata*, ó bien *Tema ó argumento de una obra*, y también *Aquello que se representa en el cuadro ó en la escultura;* y si esto es así, si no es el *asunto* alguna otra cosa, que la Academia no define en su Diccionario, y que no se me alcanza lo que pueda ser, declaro sinceramente que ni veo la dificultad de hallar asunto, ni penetro la importancia que tenga el haberlo hallado.

Es posible que al hablar de esas dificultades quieran dar á entender algunos que no es cosa fácil encontrar *asuntos nuevos*, y en eso ya puede que estemos todos conformes. Opino también que idear un asunto nuevo para la creación artística es no solamente dificultoso, sino casi imposible; y no me costaría mucho quitar el casi.

¡Asunto nuevo! ¿Pero hay por ventura asuntos nuevos? ¿Crea el artista algo que no haya tenido existencia? Y no quiero fijarme ahora en que la idea de novedad es, como todas las ideas, puramente relativa; todo es nuevo para quien no lo conoce.

Pero creo que esa condición de la novedad es de muy escasa importancia para la obra del artista; si hubiese asuntos nuevos podría darse el caso de que un pintor con asunto completamente nuevo hiciese un cuadro completamente malo, y de que otro pintor con asunto viejo hiciese un cuadro admirable.

Quien tiene un asunto... no tiene absolutamente nada más que el pedazo de mármol en el cual, según la frase célebre, hay siempre una estatua. Del



Trabajos de perforación del istmo de Panamá. La draga grande en Gatún



UN BIBLIÓFILO, cuadro de Eduardo Grutzner

pedazo de mármol hay que sacar la estatua; del asunto es preciso sacar la obra. Es cierto que de la manera misma que sin piedra no habría escultura, sin asunto no habría comedia; pero es cierto también que los asuntos abundan tanto como las piedras, ó más que las piedras, y las comedias buenas escasean tanto como las buenas estatuas, ó más que éstas.

La obstinación en perseguir lo nuevo es verdadera puerilidad; ninguna de las obras maestras de Shakespeare eran de asunto nuevo cuando su autor las dió al teatro; las dos mejores comedias de Calderón, *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea,* carecen, como todos sabemos, de originalidad; de Moliere nadie podrá decir más de lo que él mismo decía de sí propio: *Tomo lo que me conviene donde lo hallo* (no lo decía así precisamente, pero eso quería dar á entender); y ¿ha perjudicado á la fama de Shakespeare, ni á la de Calderón, ni á la de Moliere esa falta de novedad? No.

Algún crítico (ahora no recuerdo quién) ha dicho que «en literatura es lícito el robo si va acompañado de asesinato,» dando á entender que puede perdonarse, que debe perdonarse, al autor que roba á otro su pensamiento, si al robárselo le da más bella forma, crea una obra más perfecta. El apotegma es ingenioso, pero me parece inexacto; en mi concepto lo que sucede es que los pensamientos no han sido ni serán nunca propiedad de nadie, porque no pueden serlo.

A mí, permítaseme servir de *verbi gratia,* á mí se me antoja llevar al teatro, ó plantear en la novela, ¿qué diré yo?, el socorrido problema del adulterio... ¿Y qué? ¿Porque he tenido ese antojo, porque he acometido esa empresa, que de seguro habré realizado muy mal, resulta acotado por mí y vedado para todos ese tema? ¡Qué desatino! ¿Por qué razón? ¿En virtud de qué ley? ¿Con arreglo á qué derecho?

¿El pensamiento es mío? ¡Qué ha de ser mío si yo no he inventado el adulterio, ni he discurrido siquiera la infinita variedad de castigos que los hombres, en la marcha de las civilizaciones, le han impuesto! Con el mismo derecho el primer artista á quien le ocurrió trasladar al lienzo un paisaje, una marina, una puesta de sol, un efecto de luna, pudo considerar propiedad exclusivamente suya y para su monopolio cada uno de esos asuntos.

Muy ridiculizada ha sido por los hombres de orden aquella repetidísima máxima de Proudhon: *La propriété c'est le vol;* y no obstante, nada más discutible ni más discutido que ese decantado derecho de propiedad, acerca del cual se ha legislado en todos tiempos y en todos los países, y siempre para ponerlo en tela de juicio y mermarlo y modificarlo y hasta desconocerlo. No he de entrar ahora en disquisiciones de esa índole, que serían acaso inoportunas en este sitio; pero séame lícito protestar contra ese prurito de constituir propiedades, no ya solamente con la tierra, sino hasta con los pensamientos. No, mil veces no; los pensamientos, las ideas, no son propiedad de nadie: difundidos andan, como la luz del sol, que brilla para todos y á todos pertenece; el primero que copió un árbol nada creó; el que dió forma á un pensamiento que la contemplación de la naturaleza le había sugerido nada nuevo hizo; el que tiene asunto para un trabajo artístico puede hacerse la cuenta de que no tiene absolutamente nada, y perdonen ustedes la insistencia.

¿Cómo se verifica la concepción del pensamiento en las obras de arte? ¿Cómo se realiza su concepción? Por procedimientos tan misteriosos cuanto inescrutables, como son inescrutables y desconocidos todos los fenómenos de la generación.

La fantasía humana, la imaginación del artista no conciben cuando quieren concebir; la concepción es, en absoluto y por completo, independiente de la voluntad. El asunto de la producción artística surge por generación espontánea. La idea fué adquirida. ¿Cómo? Nadie lo sabe. ¿Cuándo? Pocos lo recuerdan: en la cátedra, oyendo las explicaciones del profesor; en el comercio social, concurriendo á tertulias y á reuniones de café ó de casino; en el seno de la familia, departiendo cariñosamente con la esposa amante ó con la hija querida, al calor del hogar; en la biblioteca, estudiando obras científicas; en el paseo, oyendo, tal vez por casualidad, una frase suelta pronunciada por el transeunte que pasaba á nuestro lado: nada, dos miradas que se cruzan; una sonrisa que corresponde á otra sonrisa; una broma ingeniosa; una contestación oportuna; cualquier cosa, lo más insignificante puesto en contacto con la imaginación, en condiciones determinadas, puede ser el germen de un drama ó de una novela.

Germen que, en virtud de desenvolvimientos sucesivos, en los cuales irá necesariamente impresa, á modo de marca de fábrica, la personalidad del autor, se convertirá en obra de arte. ¿Qué habrá en ella del autor? ¿El pensamiento? ¿El asunto? ¿El tema? No; eso era de todos; eso pertenecía al primero que lo tomase y sigue á disposición del que pretenda utilizarlo de nuevo, una, dos, cien veces, porque los asuntos no envejecen nunca, si son asuntos humanos. Del autor hay *la hechura.*

Sin salir de nuestro teatro y de nuestra época: Echegaray, Sellés, Galdós han tomado por asunto para sendos dramas el adulterio: Echegaray escribió *Como empieza y como acaba;* Sellés, *El nudo gordiano;* Galdós, *Realidad.*

Absolutamente en nada se parece una de esas obras á ninguna de las otras dos; sin embargo, el asunto es el mismo: «La mujer casada que falta á sus deberes de esposa.» Cada uno de esos artistas ha dado al asunto desarrollo distinto; cada uno ha visto el pensamiento de diferente manera; ha puesto algo de su personalidad, algo de su alma, algo de su corazón, y han resultado, como no podía menos de suceder, tres obras (cuyo mérito no he de juzgar ahora; el público y la crítica han sentenciado ya) enteramente originales y perfectamente distintas.

Y el asunto no ha dejado de pertenecer á todo el mundo; ahí está el problema á disposición del que quiera plantearlo nuevamente en escena y darle solución ó no darle ninguna; porque en el teatro no es de precisión que los problemas planteados sean también resueltos. Mientras las sociedades humanas se hallen constituídas como hoy lo están; mientras exista ó pueda existir el adulterio; mientras subsista la actual organización de la familia, este asunto será constantemente asunto de interés y propio para ser llevado á la escena, en la seguridad de que ha de producir efecto, si el que acomete esa empresa es poeta de verdad y siente como artista y como artista sabe transmitir al público sus propios sentimientos.

Repito, para concluir, que el asunto de una producción artística no constituye propiedad; que cualquier tema, aun los más *manoseados* (que naturalmente son los más conmovedores y los más humanos), pertenece al que desee utilizarlo para sus creaciones; que teniendo asunto para una comedia ó para un drama no se tiene nada, como no tiene nada aquel á quien le dan *tema* para escribir una memoria ó un discurso, porque lo que hay de sobra son temas, lo mismo que hay más que de sobra asuntos, y lo que escasean son comedias buenas y dramas soberbios, y que eso de preconizar las dificultades que ofrece el hallar asuntos para las obras de arte es cosa que propalan algunos perezosos con el propósito de disimular su haraganería y para hacer que los profanos crean que el tropezar con un asunto es algún arco de iglesia...

Y aún me ocurren otra porción de cosas sobre el mismo tema; las dejo, no obstante, para no agotar la paciencia de mis lectores, que seguramente se agotaría antes que se agotase el *asunto.*

A. Sánchez Pérez

SECCIÓN AMERICANA

LOS PIGMEOS

POR N. HAWTHORNE

(Continuación)

Pero sea esto lo que quiera, es lo cierto, porque en ello convienen todos los historiadores, que ya fuesen montados en cabras ó ya en liebres, las legiones pigmeas ofrecían el aspecto más bélico y bizarro cuando se aprestaban al combate, por la militar apostura de los soldados, el brillo imponente de sus armas, el lujo y uniformidad de los trajes, el sonido de sus clarines y el entusiasmo de sus gritos de guerra; que, á fuer de bravos, estimulaban siempre su valor dando grandes voces y recordando en las arengas que el mundo los contemplaba con admiración y respeto. Diré de paso que las heroicidades de los pigmeos ni tenían ni tuvieron nunca otros testigos que su hermano Anteo, el cual asistía silencioso á las batallas, viéndolas reñir con la estúpida mirada de su ojo único abierto en medio de la frente.

Cuando los dos ejércitos se avistaban, las grullas eran las primeras en acometer, cayendo sobre los pigmeos, derribándolos á diestro y siniestro cubiertos de heridas, y haciéndoles no pocos prisioneros que se llevaban en el pico. Entonces era de ver el espectáculo verdaderamente desolador de aquellos esforzados veteranos, encanecidos en la guerra y que las grullas arrebataban por los aires, agitándose con horribles convulsiones, y desapareciendo al fin, vivos todavía, en las fauces de sus voraces enemigos. Es axiomático que los héroes deben hallarse aparejados y dispuestos en toda ocasión para morir con gloria, y tengo para mí que esta idea y la esperanza de que la fama ilustraría sus nombres transmitiéndolos á la posteridad más remota, rodeados de inmortal aureola, les serviría de mucho consuelo en el último trance; que, como ha dicho un poeta,

> A los que mueren dándonos ejemplo,
> No es sepulcro el sepulcro, sino templo...

aun cuando sea este sepulcro, pudo añadir, el buche de una grulla.

Anteo solía permanecer neutral durante los combates y mientras no veía que la suerte de las armas se mostraba favorable á los enemigos de los pigmeos, porque entonces, no sin reirse de unos y otros, se dirigía al lugar de la pelea, y de un manotazo decidía el suceso en pro de sus hermanos. Las grullas que libraban con vida, huían, y los valientes pigmeos volvían en triunfo á su capital, cargados de botín, atribuyéndose la victoria, poniendo por las nubes su esfuerzo, su táctica, la eficacia de sus máquinas de guerra y la pericia de sus generales. Y á fuerza de hacer los vivos mucho ruido con tambores, cornetas y vítores, de pasar grandes revistas, de regalarse con espléndidos banquetes, de poner colgaduras y luminarias y de reproducir en cera las facciones de los caudillos más principales, olvidaba la patria el duelo de los muertos.

Conviene advertir que si en un suceso de esta importancia lograba un pigmeo arrancar una pluma de la cola de cualquier grulla, la ponía orgullosamente en la parte más alta de su casco, y que varias veces elevó la opinión pública á la magistratura suprema de la nación á ciudadanos que no tenían otro mérito sino el de haber cogido en las batallas plumas de grulla.

Con lo dicho basta para que comprenda el lector la bizarría de aquel pueblo y la fraternal amistad que reinó siempre entre los pigmeos y el coloso. Sentado esto, prosigo la narración de mi verdadera historia.

V

Es el caso, pues, que una mañana dormía nuestro héroe á pierna suelta en medio de sus amigos. Descansaba la cabeza en parte del reino y los pies en un estado vecino. Y mientras se entregaba á las dulzuras del sueño, auxiliados los pigmeos de grandes escalas, comenzaron á subir á las alturas de su cuerpo, como soldados al asalto de una muralla, con objeto de reconocer el abismo aterrador de su boca entreabierta, semejante al cráter de un volcán. Uno de los viajeros entonces, ó más atrevido ó más curioso que los demás, continuó su ascensión y llegó á la cumbre de la frente, desde donde se descubría un horizonte dilatado y pintoresco en extremo. Una cosa extraordinaria llamó al punto su atención; se restregó los ojos para ver más claro, y le pareció que de la llanura surgía, como por arte de magia, un cerro. De allí á poco pudo observar que aquella masa se movía con lentitud, que á medida que se acercaba iba tomando gradualmente la forma de un ser humano, y que si bien no parecía un gigante de las proporciones descomunales de Anteo, resultaba siempre colosal, comparado con ellos. Verdad es que la estatura del viajero, no sólo era infinitamente superior á la de los pigmeos, sino que también á la de los hombres de nuestros días.

Apenas adquirió la certidumbre de sus observaciones, bajó corriendo de su atalaya, se fué á la oreja de Anteo, y asomado á la boca de aquella caverna, comenzó á gritar con toda su fuerza:

—¡Anteo, Anteo, levántate en seguida y coge la tranca! ¡Vamos, anda listo, que viene hacia nosotros un gigante!

El eco de la galería repitió las voces del enanillo antes de que el interpelado entreabriese los párpados.

—¡Déjame dormir, criatura!, le dijo. ¿No ves que tengo sueño?

Volvió á subir el pigmeo, miró de nuevo y distinguió claramente al que venía en dirección del perezoso y descuidado amigo. Ya no había lugar á dudas. No era un monte lo que andaba, sino un hombre de proporciones inmensas, pudiendo distinguirse perfectamente todas las prendas de su equipo: casco de oro, y tan limpio y bruñido que más parecía un nuevo sol al reflejar los rayos que recibía; al lado espada corta; á la espalda una piel de león, y al hombro una maza más grande, más pesada y más temible, al decir de los espectadores, que la de Anteo, hecha de un árbol entero.

En un instante pudo contemplar el pueblo la nueva maravilla y un millón de individuos acudió alrededor de Anteo gritándole á coro que se previniese á la defensa. El tumulto de las vocecitas reunidas produjo un ruido verdaderamente perceptible. Ignoro si llegó á oídos del gigante; pero ello es que no se movió.

Mientras, el forastero avanzaba siempre y los pigmeos pudieron ver que si la estatura no era tan gran-

de como la de su hermano, era más ancho de espaldas que él. ¡Ya lo creo! Figúrense ustedes si era el mozo ancho de espaldas, que en cierta ocasión sostuvo con ellas el firmamento.

Más activos los pigmeos que el estúpido durmiente é inquietos ya del peligro que le amenazaba, determinaron hacer el último esfuerzo para despertarlo y ponerlo en pie de guerra, y al efecto comenzaron á dar grandes voces y á clavarle sus espadas hasta la empuñadura.

– ¡Levántate bárbaro!, le decían, que viene un gigante forastero con mejores armas y más bravo que tú.

Estas últimas palabras hicieron salir á Anteo de su apatía porque le hirió más en lo vivo la ofensa de sus hermanos que las estocadas que le daban. Se incorporó entonces con muestras de muy mal humor, bostezó, se pasó la mano por la cara y después volvió su estúpida cabeza en la dirección que le indicaban con tanta persistencia los pigmeos.



COSTUMBRES CRIOLLAS. LA PRIMERA DECLARACIÓN, cuadro de D. Vicente Nicolau Cotanda

No bien hubo visto al desconocido se levantó apresuradamente, empuñó el bastón y se dirigió con paso rápido á su encuentro dando zancadas de un cuarto de legua.

– ¿Quién va?, le dijo con voz atronadora que hizo estremecer hasta los cimientos las ciudades pigmeas. ¿Quién eres?, volvió á decir. ¿Qué vienes á hacer á mis dominios?

VI

Ocurría con Anteo un fenómeno respecto del cual no he querido decir nada todavía por temor de acumular en la narración de esta peregrina historia tantas maravillas que la hicieran al cabo inverosímil. Este fenómeno consistía en que cada vez que nuestro temible gigante tocaba el suelo, ya fuera con las manos, ya con los pies, ya con cualquiera otra parte del cuerpo, aumentaba su pujanza de un modo extraordinario; gracia que le hizo su buena madre la Tierra en prenda del inmenso cariño que le tenía por ser el hijo de quien estaba más orgullosa á causa de su robusta constitución, y medio ingenioso de que se valía para mantenerlo siempre en la plenitud de su incontrastable fortaleza. Pretenden algunos que se hacía diez veces más fuerte cada una que tocaba el suelo; sostienen otros que sólo dos; y aun cuando no me siento inclinado á sustentar ninguna de las dos versiones en el hecho de hallarlas concretadas á una cifra, si se acepta la primera conjetura fácil será calcular la cantidad de fuerza que acumularía paseándose por espacio de dos horas y descansando luego en el regazo de su madre, como que ha de ser el total que resulte de su fuerza primitiva multiplicada por diez tantas veces como pasos diera y una más por el rato de descanso; guarismo prodigioso y aterrador que explicaría con la exactitud de un cálculo matemático el poder incontrastable, la casi omnipotencia de aquel hombre. Felizmente para la humanidad, era de índole apática y gustaba más del reposo que del movimiento de la vida activa y trabajadora, porque si hubiese andado tanto de una parte á otra como los pigmeos, poniéndose en contacto tan rápido y frecuente con la tierra como ellos, hacía ya por aquel tiempo muchos siglos que hubiera podido derribar el cielo sobre la cabeza de los mortales. Pero los seres de grandeza excesiva son de carácter inerte y semejantes á las montañas, no sólo en las proporciones, mas también en la tendencia que tienen á la inmovilidad.

VII

Cualquiera otro que no fuese aquel á cuyo encuen-



El primer ferrocarril del Transvaal (Africa del Sur). – Construcción de la línea que pone en comunicación Johannesburgo con la costa



HAMLET. ESCENA DEL TEATRO EN EL 2.º CUADRO DEL TERCER ACTO, cuadro de L. Vallés



SEPARACIÓN, cuadro de O. de Thoren

tro iba nuestro Anteo se habría espantado de su aspecto feroz y de su vocejón terrible; pero el extranjero no pareció preocuparse nada de su traza ni de sus gritos descompasados y no hizo más que levantar en alto con cierta negligencia su maza formidable, sosteniéndola en equilibrio sobre un dedo, sin dejar por eso de seguir su camino mirando con el rabo del ojo á su adversario cual si fuera del tamaño de sus hermanitos, quienes por cierto asistían al espectáculo con muestras evidentes de terror.

TRADUCCIÓN DE JUDERÍAS BÉNDER

(Continuará)

MISCELANEA

Bellas Artes. – La admirable colección que en Viena se conoce con el nombre de «Museo Ricardo Wagner» va á ser adquirida, según parece, por un norteamericano que se la llevará á los Estados Unidos. Los wagneristas alemanes están consternados, y la sociedad Wagner constituída con el expreso objeto de organizar las representaciones de Baireuth trata de evitar la venta promoviendo una suscripción, ya que sus estatutos no la facultan para invertir sus fondos en negocios de esta índole. Según se dice, la cantidad necesaria para salvar aquel tesoro artístico es de 112.500 pesetas.

– En el Palacio de Industrias Artísticas de Munich está expuesta actualmente una de las obras más admirables de la orfebrería alemana de la Edad media, la llamada arquilla de Alejandro. Es de plata y fué fabricada por el maestro Happberger de Meiningen en los años 1570 á 1579, y su valor se estima en 200.000 florines (500.000 pesetas). En una de sus caras longitudinales se ve el martirio de Santa Ursula y las once mil vírgenes; en otro la cremación de Santa Felicia y de sus siete hijos, y en las dos caras estrechas están representadas la Santísima Trinidad y la Adoración de los Reyes Magos: en los cuatro ángulos hay los Evangelistas con sus atributos. La infinidad de figuras que componen esa joya y cada una de las cuales tiene su expresión propia, son otros tantos admirables modelos de ejecución, y el conjunto revela el exquisito gusto y la habilidad sin igual de los artífices de aquella época.

– En el departamento de la antracita de la Exposición Universal de Chicago se expondrá un busto del futuro presidente de los Estados Unidos, único en su género indudablemente, puesto que será cincelado en un enorme bloque de carbón de piedra que mide 1'5 metros de lado y pesa 5 toneladas y que ha sido extraído de una de las minas de Plymout, desde donde lo han enviado á Nebraska para que se labre en él esa original obra de arte.

– El profesor berlinés Augusto de Heyden está pintando un friso que ha de adornar un gran salón de la nueva Casa Consistorial de Berlín, y en el cual hay representadas escenas de la vida popular desde la Edad media hasta nuestros días, separadas unas de otras por ligeras columnas rodeadas de ramas de laurel. Para otro salón del propio edificio pinta Muhlenbruch tres grandes cuadros murales que representan la constitución del actual imperio alemán, la proclamación de Berlín como capital del imperio y la entrada de las tropas en dicha ciudad en 1871.

– En el concurso celebrado para adornar el gran salón de la Casa Consistorial de Dusseldorf, el Jurado ha concedido el primer premio al pintor Alberto Baur; en cuanto al segundo y al tercero, por no haber podido llegar á un acuerdo los jurados apelóse á la suerte, que decidió en favor de Klein-Chevalier y Federico Neuhaus respectivamente. Cada uno de estos tres artistas pintará un grandioso lienzo de los tres que han de colocarse en el salón, siendo los asuntos escogidos: un episodio de la guerra de sucesión llamada de Julich-Cleve-Bergschen (Baur), un episodio del brillante período del elector Juan Guillermo (Klein-Chevalier), y un hecho del reinado del emperador Guillermo I (Neuhaus). El profesor Baur tiene que pintar además, para el mismo salón, cuatro cuadros oblongos que representarán el amor á la patria, á la industria, á la ciencia y al arte.

– Se ha encargado al profesor Wanderer, de Nuremberg, la restauración y ornamentación pictórica de la casa en donde falleció Lutero, en Eisleben.

– En uno de los salones artísticos de Berlín se ha inaugurado una Exposición de las obras maestras del célebre pintor Bocklin, algunas de ellas no conocidas, pudiendo admirarse allí entre otros cuadros notables *La fiesta de Baco*, *Las tres Gracias* y *El templo de Heracles*.

– Oportunamente dimos cuenta del concurso celebrado en Turín para el monumento ecuestre que ha de erigirse en aquella ciudad á la memoria del príncipe Amadeo, ex rey de España: de los bocetos entonces presentados la comisión escogió seis para que sus autores los presentasen de nuevo modificados. Estos seis proyectos con las modificaciones exigidas figuran en la Exposición abierta recientemente en Turín y llaman con justicia la atención de cuantos acuden á contemplarlos. El jurado ha elegido el de David Calandra.

– En la Galería Petit, de París, se ha inaugurado una curiosa exposición de dibujos, pinturas y grabados en la que figuran los originales de las ilustraciones que para la «Edición Nacional» de las obras de Víctor Hugo ejecutaron Duez, Delort, Bourgain, Fritel, Moreau de Tours, Metivet, Buland, Dupray, Merwart, Geoffroy, Gualdry y Schommer, las de Leloir para las obras de Moliere, las de Le Blant para la novela *El caballero de Casa Roja*, de Dumas, y las de Leandre para *La familia Cardinal*.

– El célebre dibujante español Urrabieta, más conocido en el mundo artístico con el nombre de Daniel Vierge, ha dado al público nueva muestra de su ingenio en la ilustración de la novela de Quevedo *Don Pablo de Segovia*, que acaba de publicarse en París y cuyos dibujos superan, si cabe, á los de *El gran tacaño*, que tanta fama han valido á nuestro ilustre compatriota.

Teatros – En el teatro de la Corte, de Dresde, se ha estrenado con gran éxito un drama en cinco actos, titulado *El comediante*, cuyo autor, que al principio quiso conservar el anónimo, resultó ser el reputado literato Pablo Lindau, á quien tanto reconocimiento debe la literatura española antigua y moderna, algunas de cuyas mejores obras han sido vertidas por él al alemán y por él dadas á conocer á los principales públicos del Imperio.

– Ha obtenido muchos aplausos en Francfort en el Mein una tragedia en un acto, *La muerte de César Borgia*, de Lothar.

– En Weimar se ha representado con éxito lisonjero, aunque no tan entusiasta como el que obtuvo cuando se estrenó en Viena, la ópera de Massenet *Werther*.

– La opereta de Maximiliano Gabriel *El uhlano* ha sido muy aplaudida en Magdeburgo.

– La escuela de artistas wagnerianos de Baireuth de que hablamos en una de nuestras anteriores misceláneas ha comenzado ya á funcionar bajo la dirección del maestro Kniese, encargado de la enseñanza del canto, y de la señorita Mariana Brandt, á quien se ha confiado la enseñanza dramática. Hasta ahora se han inscrito veintidós alumnos y alumnas.

– La censura austriaca ha prohibido la representación de la comedia *Preocupaciones*, de Conrado Alberti, que se puso en escena en el teatro Carlos.

– En el teatro Nuevo de Leipzig se ha representado por vez primera en aquel coliseo la ópera de Ponchielli *Gioconda*, que ha sido bien recibida por el público.

– Con gran éxito se ha estrenado en el teatro de la Residencia, de Dresde, la opereta *La lira de Fanchon*, del maestro francés Luis Varney.

– En el teatro de la Opera, de Berlín, se pondrán en escena un baile, *El pámpano*, y una opereta cómica, *Entre bandidos*, de Rubinstein. En el propio teatro se ha estrenado recientemente una ópera en tres actos, titulada *Genesius*, letra y música del maestro Weingartner. El argumento se basa en la contraposición del paganismo sensual y el concepto ascético del Cristianismo en sus primeros tiempos; la música abunda en grandes bellezas y la instrumentación es magistral.

– La ópera *Parsifal*, de Wagner, se representará en 1893 en Praga y en otros teatros importantes de Austria-Hungría; pues según la legislación austriaca, toda obra literaria ó artística es de dominio público á los diez años de muerto el autor. De modo que el día 13 de febrero de 1893 todas las creaciones del gran maestro alemán podrán ser libremente representadas en el imperio austro-húngaro. Las gestiones llevadas á cabo por la viuda de Wagner para que esa ley se modificara han sido estériles. En vista de esto, la casa real de Baviera y el intendente del teatro de la Corte, de Munich, gestionan cerca de los herederos del gran maestro para que consientan la representación de *Parsifal* en el citado coliseo de la capital de Baviera.

– Después de una campaña brillantísima en Roma, en donde el número de llenos y triunfos se ha contado por el de representaciones, la compañía Novelli-Leigheb se encuentra actualmente en Nápoles, en donde el éxito hasta ahora obtenido reviste, al decir de los críticos italianos, un carácter grandioso é imponente.

París. – En la Opera se ha representado por vez primera en aquel coliseo la ópera en tres actos *Sansón y Dalila*, de Saint Saens, que se estrenó en 1890 en Rouen y se puso á poco en escena en el teatro Lírico, de París. La representación de esta hermosa obra, que es sin disputa la mejor de cuantas su ilustre autor ha escrito, no produjo en la Opera el efecto que el público esperaba, á consecuencia de las deficiencias de ejecución y del poco acierto que así en punto á trajes como á decoraciones ha presidido en la *mise en scene*. En el Vaudeville se ha estrenado un drama en tres actos, primera producción escénica del conocido literato Pablo Hervieu, titulado *Les paroles restent*: tiene un argumento muy interesante, está muy bien escrito y constituye un bellísimo estudio de los efectos de la maledicencia. En el Gimnasio se ha puesto en escena con buen éxito la comedia en dos actos de Pedro Wolff *Leurs filles*, que el año pasado se estrenó en el teatro Libre. En la Comedia Francesa ha alcanzado un éxito no más que mediano una comedia en tres actos de Luis Legendre, titulada *Jean Dalot*.

En el teatro de la Gran Opera se estrenará en abril del año próximo la ópera de Wagner *La Walkiria*, segunda parte de la tetralogia de Wagner *El anillo del Nibelungo*.

Londres. – En Covent-Garden se ha cantado el *Otelo*, de Verdi, en cuya representación han obtenido grandes aplausos la tiple Melba, el tenor Giannini y el barítono Dufriche. La empresa de este teatro recibió aviso de la reina Victoria para que preparase una representación especial de *Carmen*, que ha debido verificarse el día 3 del presente mes en el palacio de Windsor, residencia de la soberana. En el Globo se ha puesto en escena con gran éxito la opereta del compositor francés Lacome *Ma mie Rosette*, que se estrenó en París en 1890: siguiendo la costumbre de los ingleses, algunas piezas de la partitura de Lacome han sido reemplazadas por otras de Mr. Carlyle, director de la orquesta del coliseo londinense. La obra ha sido presentada con mucho lujo. En Haymarket se prepara con gran actividad el estreno de una obra de Mr. Stuart Ogilvie, titulada *Hypatia*, para la cual ha dibujado las decoraciones, trajes y accesorios el ilustre pintor Alma Tadema.

Madrid. – En el Real se ha cantado la hermosa partitura de Meyerbeer *Gli Ugonotti*, habiendo obtenido en ella gran ovación el tenor Sr. Marconi y muchos aplausos las Sras. Litvinne y Brambilla: los coros y la orquesta, dirigida por Mancinelli, admirables. En el Español se ha estrenado el drama trágico en tres actos, de D. Florencio Moreno Godino, titulado *Nerón*, escrito en armoniosos versos, abundante en hermosos pensamientos y con un primer acto que por sí solo constituye un drama bellísimo: en el desempeño del papel de protagonista obtuvo muchos aplausos el Sr. Vico, y el autor, asiduo y distinguido colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, alcanzó ruidosas ovaciones, por las que de todo corazón le felicitamos. En la Comedia se preparan una obra de D. José Echegaray con el título de *Mariana*, otra del Sr. Pérez Galdós y otra de D. Enrique Gaspar. En el Circo de Parish se ha reproducido con buen éxito la opereta de Varney *Artagnán*. En Apolo, donde *El cofre misterioso* ha tenido un fracaso, se estrenará en breve un sainete, letra de D. Constantino Gil y música del señor Valverde, hijo, titulado *Las bodas de Serafín, alias el Zapaterín*. Con destino al teatro de la Zarzuela han terminado los Sres. Arniches, Lucio y Cantó el libro de la zarzuela *Los mostenses*, cuya música escribe el maestro Chapí.

Barcelona. – En el Liceo se ha puesto en escena la ópera de Gluck *Orfeo*, cuyo éxito fué sumamente lisonjero. En el Principal siguen las representaciones de *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. En Novedades se ha estrenado una graciosa humorada en dos actos de C. Gumá, *La llanterna mágica*, que ha sido muy bien acogida por el público. En el Tívoli la reproducción de la revista *Las reformas*, de los Sres. Pous y Gassó, refundida y con un cuadro nuevo, ha sido recibida con aplauso. En el Eldorado continúan con gran éxito las representaciones de *La czarina*, letra de Estremera y música de Chapí, y se preparan los estrenos de las zarzuelas *Retolondrón*, de los Sres. Pina y Domínguez y Valverde, padre, y *Guerra europea*.

Necrología. — Han fallecido recientemente:

El cardenal Lavigerie, de quien hablamos más extensamente en otro lugar de este número.

Gotthold Bruckner, famoso pintor escenógrafo alemán, el menor de los dos hermanos que á la muerte de su padre continuaron al frente de la conocida casa de su nombre existente en Coburgo, y entre cuyas producciones figuran todas las magníficas decoraciones del teatro de Baireuth.

El doctor Juan Jacobo Merian, profesor de filología clásica en la universidad de Basilea.

Tomás Adolfo Trollope, historiador y novelista inglés.

El doctor Carlos Petersen, burgomaestre de Hamburgo, en donde se distinguió especialmente durante la última epidemia colérica: era esta la duodécima vez que desempeñaba tal cargo. Fué además senador muy influyente y muy querido por sus conciudadanos.

El general inglés Enrique Dyott Abbott, que prestó á su patria grandes servicios en la India.

D. Manuel de Bofarull, decano de los historiadores catalanes, el individuo más antiguo del cuerpo de archiveros-bibliotecarios y jefe del archivo de la corona de Aragón.

NUESTROS GRABADOS

Ante la tumba de Cátulo, cuadro de Hermán Kaulbach. – Representa este cuadro la visita que á la tumba de Cátulo hace una joven romana, más enamorada sin duda del hombre que del poeta que tanta fama conquistó entre los latinos. Los romanos durante los últimos tiempos de la república quemaban los cadáveres, y las cenizas de éstos, cuidadosamente recogidas y rociadas con vino, leche y ricos perfumes, eran encerradas en una urna de mármol ó de metal que se depositaba en el llamado *Columbarium* y sobre la cual se ponía algunas veces el busto del difunto. Tal es el asunto y el lugar de la escena tan admirablemente pintada por Kaulbach.

Un bibliófilo, cuadro de Eduardo Grutzner. – Aquellos de nuestros lectores que hayan visto de cerca á uno de esos apasionados por los libros y podido apreciar la satisfacción que experimenta descifrando un códice raro ú hojeando un incunable de excepcional mérito, comprenderán el acierto con que el autor de *Un bibliófilo* ha sorprendido la actitud y la expresión de los tales sujetos, reproduciéndolas magistralmente en la figura de su lienzo. Todo en éste es hermoso: el fraile que tiene puestos sus cinco sentidos en el infolio, en cuya lectura se entretiene, es de una verdad maravillosa; el sillón de cuero en que se sienta, la mesa artísticamente labrada en que apoya el libro, el tapiz que adorna un trozo de pared, los volúmenes por doquiera esparcidos, los efectos de luz y otros detalles que sería prolijo enumerar, todo revela el genio de un artista de gran talla que domina la técnica y conoce sus más recónditos secretos, y de quien publicamos en el núm. 468 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA un cuadro del mismo género y no menos bello que el que hoy reproducimos.

La primera declaración, cuadro de D. Vicente Nicolau Cotanda. – El pintor español Sr. Cotanda ha conseguido labrarse en poco tiempo una sólida reputación en Buenos Aires. El cuadro que de él reproducimos ha sido adquirido por un acaudalado comerciante de aquella capital. En este lienzo todo es eminentemente criollo: el gaucho á caballo con su *chiripá* (pantalón), su sombrero de anchas alas, su *tirador* (cinturón), es un tipo bien estudiado, como es real la criollita con su vestido claro y jugando con su flor predilecta, el clavel. La empalizada, el rancho ó cabaña del fondo, el viejo tomando mate, todo es verdad. La prensa argentina ha tenido frases de gran elogio para el pintor Sr. Cotanda, bien conocido en España y sobre todo en Valencia.

El primer ferrocarril del Transvaal. – Johannesburgo ha sido al fin puesto en comunicación con la costa por una vía férrea, la primera que se ha construído en el Transvaal, que ha llevado la vida y la animación á aquellos antes solitarios territorios del Sur de Africa. La mayor parte de los trabajadores son indígenas, con la particularidad de que al entrar al servicio de la Compañía constructora cambian su nombre por otro tomado de poblaciones de Holanda ó de personajes de la Biblia. Es innegable el adelanto que representa esta importante reforma, y sus efectos se harán sentir en beneficio del comercio y de la industria. El grabado que reproducimos representa los trabajos para asentar la vía que une á Johannesburgo con la costa.

Hámlet, cuadro de D. Lorenzo Vallés. – Las obras del inmortal dramaturgo inglés han sido siempre fuente de inspiración para los artistas que han encontrado en ellas ese vigor, ese nervio, esa sublimidad de afectos y pasiones que tan bien sirven de elemento psíquico á la obra artística. El pintor español Sr. Vallés, laureado en varias exposiciones y autor de *La demencia de doña Juana de Castilla*, ese famoso lienzo que el Gobierno adquirió para nuestro Museo Nacional, dió pruebas de gran talento al escoger el tema del cuadro que reproducimos y en cuya ejecución se revelan las excepcionales dotes que adornan á nuestro ilustre compatriota. Hay en *Hámlet*, además de la belleza total como composición grandiosamente concebida, tal verdad psicológica en la manera de estar tratados los personajes, que nadie dejará de explicarse el sentimiento que en cada uno de ellos produce la representación á que asisten: la curiosidad de los cortesanos, el interés de la inocente Ofelia, la sorpresa del viejo Polonio y del paje conocedores del terrible secreto, el miedo de la reina adúltera y parricida y del fratricida Claudio, y el ansia con que el príncipe fingido loco quiere leer en los semblantes de su madre y de su tío el efecto que en ellos causa la reproducción de su crimen aparecen tan claros en el cuadro del Sr. Vallés, que aun ignorando el argumento podríamos sin dificultad alguna adivinarlo.

Separación, cuadro de O. de Thoren. — El asunto de este cuadro es eminentemente simpático, y constituye un hermoso idilio con una nota de sentimiento, la separación de la vaca y del tierno becerrillo, tan admirablemente tratada, que á pesar de ser un irracional la protagonista del cuadro, el dolor que revela produce no poca emoción en quien contempla el lienzo. O. de Thoren, aunque alemán de origen, reside desde hace mucho tiempo en París, y bien se conoce en la *factura* de su obra la influencia que en él han ejercido los mejores bucólicos franceses modernos.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. — ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

– Toma también el mío, dijo Laura echándoselo.
– ¿Y tú?
– Yo tengo calor; ¿no ves cómo sudo?
– Pues por eso debes abrigarte.
– No, no quiero mantos; estoy bien así.



Laura saltó á la lancha con Sofía y Alberto

Y remaba con más fuerza.

– Ya llueve, dijo Alberto; volvamos á casa.

– ¡Qué miedoso!, exclamó Laura. Te asustan dos gotas de agua.

– Amenaza temporal, repitió el barquero.

En efecto, el viento soplaba con ímpetu y el lago estaba borrascoso, levantando grandes olas; las dos orillas parecían desaparecer entre la niebla; Sofía y Alberto sentían calofríos.

– Volvamos pronto, dijeron.

Pero Laura se sonreía y contestaba:

– ¿No veis? Estamos en alta mar.

Al fin, compadeciéndose de sus dos compañeros de viaje, se puso á remar con toda su fuerza hacia la orilla.

– ¡Cómo te ha mojado la lluvia! Tápate, le decía Sofía.

– Yo soy fuerte. Eso no me molesta.

Pero el sudor se le helaba en las espaldas y la humedad le penetraba en los huesos.

Elvira y el barón estaban aguardándoles ansiosos en la orilla; sabían que sus hijas estaban en el lago y con aquel tiempo tan borrascoso temían una desgracia.

Cuando les vieron saltar á tierra sanos y salvos respiraron, y acercándose sonrientes á ellos les preguntaron:

– ¿Os habéis asustado?

– No nos asustamos por tan poca cosa, contestaron. Hemos pasado un ligero temporal; pero el barco y la tripulación han llegado á salvamento.

Estaban de buen humor; Laura, en especial, hacía mucho tiempo que no había estado tan alegre; el ejercicio de los remos le hizo salir los colores al rostro, tanto que Elvira abrigó la esperanza de que se hubiera ya resignado con su suerte.

Por la noche la joven sintió calofríos en todo el cuerpo y tuvo que meterse en cama con calentura.

– Todo por ese empeño de pasear por el lago con ese tiempo, le dijo su madre.

Pero no hizo gran caso del mal de la hija, creyendo que sería un simple enfriamiento.

A la mañana siguiente aumentó la calentura; Laura sentía un dolor agudo del pecho á la espalda, y aunque no se quejaba, conocíase que padecía mucho.

Llamaron al médico, el cual dijo que la joven tenía una pulmonía y no ocultó á Elvira la gravedad del mal; pero ésta no quiso creerlo, dijo que los médicos son unos ignorantes y que lo exageran todo por darse importancia; sin embargo, no se apartaba de su hija y pasaba día y noche observándola y espiando sus menores movimientos.

Se la veía agitada; si el termómetro indicaba algún grado más de fiebre, se la oprimía el corazón; quería ver continuamente al médico, pero si éste le hablaba de la gravedad de la enfermedad, disputaba con él diciendo que no entendía nada.

Sofía tampoco se apartaba de su amiga, y servía de mucho en el cuarto de la enferma, en términos que Laura, cuando deseaba algo, se lo pedía á ella más bien que á su madre.

Le arreglaba la cama y las almohadas con suavidad y presteza, lo hacía todo sin precipitarse, con calma, jamás derramaba las medicinas en la cama, y se las daba sin que la enferma se fatigase lo más mínimo, mientras que la madre siempre temblaba y estaba tan inquieta que daba lástima verla.

– Ve á descansar, le decía Laura; hazme este favor; me basta Sofía; tú estás cansada y abatida; vete á dormir.

Pero Elvira, aunque se escondía para hacerla callar, no quería salir de la habitación.

Entretanto el mal crecía y la fiebre abrasaba á la pobre joven, que se sofocaba y no podía respirar.

Jamás se quejaba ni nunca había mostrado tanta paciencia y conformidad.

Sólo un día insistió en que abriesen la ventana, pero no quisieron satisfacer su deseo porque el médico lo había prohibido, por lo cual Laura se agitó de tal modo que por la noche el doctor la encontró peor y la riñó por su capricho.

A pesar de esto, no cejó en su empeño, y aquella madrugada, en un momento en que creía que no la observaban, saltó de la cama y quiso abrir la ventana; pero su madre y Sofía corrieron á detenerla y la obligaron á volver á la cama, aunque no tan pronto que pudieran evitar que se enfriase.

– Pero ¿estás loca?, le dijo Elvira. ¿Te has empeñado en matarte?

– ¡Ojalá! Desde que estoy enferma he pensado muchas veces que la vida es bella para los que no padecen; pero que si se ha de sufrir, de tener pesadumbres, es preferible morir; al menos no se siente ya nada, se duerme, ¡y es tan agradable dormir cuando se tienen disgustos!.. No llores, mamá mía, ¡por Dios!, me haces daño; si muero, piensa en que estaré en un país lejano, contenta, y no te apures, porque tarde ó temprano irás á reunirte conmigo y tendrás ese consuelo.

Elvira se sentía morir; mas viendo al propio tiempo que su hija tenía bastante fuerza para hablar, abrigaba alguna confianza, pues pensaba que cuando la muerte está próxima no se tienen ganas de conversación.

En cambio Sofía abrigaba serios recelos por la vida de su amiga. Había visto morir muchas personas y sabía que la muerte engaña hasta los últimos momentos; además, en el rostro de Laura no leía nada bueno; tenía los ojos hundidos, rodeados de lívidas ojeras; las mejillas demacradas y de color apergaminado; parecía increíble que una enfermedad de tan pocos días la hubiese desfigurado tanto. Sólo su madre podía forjarse ilusiones, porque confiaba tanto en el vigor juvenil de su hija, que le parecía imposible que pudiese morir.

Alberto pasaba algunas horas en la habitación de la enferma, la cual le recibía con tristísima sonrisa y le alargaba su mano amarillenta y descarnada.

Un día que Sofía había salido le dijo:

– Alberto, si me muero, ¿me prometes casarte con Sofía?

– ¡Qué ocurrencias tienes! Ya verás cómo te curas y seremos felices.

La joven meneó la cabeza y añadió:

– No creo curarme, y además, ¿de qué me serviría? De empezar otra vez la lucha, los disgustos, los sufrimientos... Yo no he nacido para luchar, y más vale así: tú acuérdate de que te has de casar con Sofía; ella te ama, te ha amado siempre, y es tan buena que te hará dichoso; ¿me lo prometes, Alberto?

El joven no contestó, pero Laura sintió que le caía una lágrima en la mano.

– ¿Te casarás con ella, verdad?, volvió á preguntarle con voz apagada.

– Llevo conmigo la desgracia, contestó; más vale que me aleje de todos.

– Por Dios, no digas eso; yo soy la que te he hecho desgraciado; pero de todos modos, es preciso cumplir las últimas recomendaciones de los moribundos.

Cuando Sofía entró, le hizo prometer también que se casaría con Alberto y le haría feliz.

– Al menos no habrá impedimentos para vuestro matrimonio, dijo; ámale como yo le he amado, mientras yo ruego al cielo que os conceda la ventura que á mí me ha negado.

La enfermedad iba empeorando y el médico dijo que á Laura le quedaban pocos días de vida. Elvira no quería creerle y continuaba alimentándose de ilusiones.

Desde que cayó enferma, Laura había dejado de ser tan egoísta y era más dulce y buena. Hacía cuanto se le mandaba, tomaba todas las medicinas, mostrábase dócil y obediente, y en una palabra, parecía otra.

Cuando Sofía se acercaba á su lecho solía decirle:

– ¡Cuántas molestias te he causado! ¡Cuánto te he hecho sufrir! Pero ¿me perdonarás, no es verdad? ¿Te acordarás de mí cuando me haya muerto?

Sofía le daba un beso y le contestaba:

– No digas esas cosas; ya verás cómo te pones buena y volveremos á correr por el jardín.

Y volvía la cabeza para disimular su emoción.

Elvira veía con placer el cambio de carácter de su hija, y decía para sí: «Es perfecta; no le faltaba más que un poco de dulzura, de bondad, y ahora es un ángel.» Ni siquiera se le ocurría que pudiese morir; del mismo modo que había vivido el día anterior podía vivir el siguiente; ya es sabido que el mal acomete de pronto y desaparece muy despacio, y cada día que transcurría era un paso para la curación; en fin, no veía que se agravara la enfermedad de su hija; el médico exageraba; pero ella estaba en toda la fuerza de la juventud y ésta vence cualquier mal.

Tales eran las reflexiones de aquella madre desolada.

Pero Laura se sentía cada vez más débil y postrada; su respiración era más fatigosa, y tanto que parecía ya el estertor de un moribundo.

Llegó un momento en que llamó á su lado á su madre y á Sofía, y tomándoles las manos, las miró con ojos casi apagados.

Se ahogaba, y el gran número de almohadas en que apoyaba la cabeza no bastaba ya para que pudiera respirar con menos fatiga: pasó muchas horas silenciosa, sin aliento, y luego balbució estas palabras:

– Si muero..., no me lloréis...; no vale la pena.

El estertor fué creciendo; se envió á toda prisa en busca del médico, el cual tan luego como se presentó dijo que empezaba la agonía y que ya no podía hacerse nada.

Elvira continuaba con su sempiterna incredulidad.

De pronto Laura soltó las manos que tenía entre las suyas, se estremeció, se le pusieron rígidos los miembros, cesó el estertor y cayó inmóvil sobre las almohadas.

– Se ha desmayado, dijo Elvira.

«¡Ha muerto!,» quería decir Sofía, pero no se atrevió; arrodillóse junto al lecho y lloró por la amiga perdida.

– ¡Es imposible!, exclamaba la pobre madre.

Y quería sacudir aquel cuerpo inerte.

¡Es inútil!, decía Sofía sin ánimo para presenciar aquella terrible escena.



Tomándoles las manos, las miró con ojos casi apagados

– Se ha parado el corazón, decía Elvira aplicando el oído al pecho de su hija; pero quiero hacerlo andar como á mi reloj; cuando se para lo sacudo y anda todavía, y nosotros estamos hechos como los relojes.

Aplicó otra vez el oído al corazón de su hija y con acento desesperado añadió:

¡No anda!... ¡No quiere andar!... ¡Hay que sacudirlo más!

Y sacudía aquel cuerpo con mano convulsa.

Sofía, temiendo por la razón de la pobre madre, llamó gente é hizo que la sacaran de la habitación.

Más tarde quiso volver á entrar, prometiendo tener juicio y no hacer locuras, y en efecto, estuvo tranquila, y sin apartar un punto los ojos de la pobre difunta, se contentaba con besarla de vez en cuando.

No permitió que nadie la tocase; se empeñó en amortajarla ella misma, vistiéndola con sus propias manos como cuando era niña. La puso un vestido enteramente blanco, la peinó haciéndole dos trenzas que le bajaban por los lados, y la quiso meter por sí misma en el ataúd. Lo hizo todo en silencio, sin decir una palabra ni derramar una lágrima; luego bajó al jardín, cogió las flores más bonitas y más olorosas y las desparramó por el ataúd hasta cubrir casi el cadáver; en medio de aquellas flores asomaba solamente el hermoso rostro, blanco como la cera y de líneas tan perfectas que parecía la cabeza de una Virgen de Murillo.

La madre se quedó contemplándole, muda, inmóvil como una estatua.

Cuando fueron á cerrar el ataúd quiso impedirlo; pero la obligaron á estarse quieta, y se quedó contemplando á aquellos hombres con ojos feroces, hostiles, y si hubiese tenido un arma á su alcance, los habría matado: comprendíase así al fijarse en sus siniestras miradas y al ver la expresión de su rostro.

Sentóse luego junto al féretro y estuvo allí tranquila hasta que se lo llevaron; entonces, por más que se esforzaron en persuadirla que no se moviese de casa, no hubo medio; se empeñó en seguir á su hija.

XIX

La triste suerte de la pobre joven, muerta en la flor de su edad, había enternecido á cuantos habitaban en las cercanías de la quinta, y que acudieron á rendir el último tributo de simpatía á la pobre muerta.

Desde muy temprano se notaba inusitado movimiento alrededor de la casa, y acudían en grupos los aldeanos de las caserías y los señores de las quintas.

El féretro desaparecía entre coronas de flores, descollando una gigantesca de Sofía.

A la cabeza de la comitiva iba el cura con su roquete blanco y su bordada estola, seguido de otros sacerdotes; luego la banda de música del pueblo tocando una marcha fúnebre, algunos individuos de la sociedad de Socorros mutuos con la bandera enlutada, y detrás gran número de señoras vestidas de negro, de caballeros, de campesinos que llevaban cirios y de niños que, juntamente con los clérigos, entonaban un canto triste y monótono.

Sofía iba al lado de Elvira y de vez en cuando desahogaba con un sollozo su dolor.

En cambio Elvira estaba serena, con la mirada fija y seguía al cortejo maquinalmente, tiesa como una estatua. Se le acercaban muchos conocidos para decirle alguna frase de consuelo; pero contenidos y aun atemorizados por aquella faz inmóvil y aquella vista fija, no se atrevían á dirigirle la palabra.

– Da miedo esa pobre madre, dijo la maestra á una mujer que iba á su lado.

– Preferiría verla llorar y desesperarse, respondió ésta; tampoco me tranquiliza su actitud. ¡Pobre mujer!

– ¡Dios la ampare!, añadió la maestra. Había sido demasiado afortunada; estaba demasiado contenta, y en este mundo no se puede ser feliz.

Para ir á la iglesia había que subir por una angosta senda, formando escalones, que terminaba en el pueblo; en aquel punto la comitiva tuvo que estrecharse y la gente iba tan junta que avanzaba con dificultad.

Los curiosos salían de las casas, se asomaban á las ventanas; las mujeres se arrodillaban recitando las preces de los difuntos, y los hombres, santiguándose, se descubrían respetuosamente; por doquiera oíanse voces y exclamaciones de compasión, dirigidas no tanto á la difunta cuanto á la madre que á todos inspiraba profunda lástima.

Delante de la iglesia había una explanada, una especie de terraplén desde el cual se dominaba todo el lago.

Sentado en el pretil y casi escondido detrás de un árbol, estaba un hombre desconocido que, sin inmu-

tarse, tenía la vista fija en la dirección de donde llegaba el fúnebre cortejo.

Nadie había reparado en aquel hombre; atentos todos á la triste ceremonia, no hacían gran caso de lo que pudiera pasar alrededor.

Cuando Elvira, casi sin advertirlo, dirigió la vista hacia aquel sitio, pareció como si la hubiera estremecido un rayo: brilló su mirada con vengativo fulgor, cogió una piedra que vió á sus pies y la disparó impetuosamente contra aquel hombre; abrióse paso á puñetazos entre la muchedumbre, y echó á correr desatentada hacia él con los puños apretados y gritando:

– ¡Devuélveme mi hija!.. ¡Devuélveme la hija que me has matado!..

Parecía una furia, con los brazos extendidos y descompuesto el cabello: lo rápido de aquella acción sorprendió á la gente y nadie se atrevió á contenerla; al contrario, los unos asustados y los otros por espíritu de imitación echaron á correr por la explanada; los sacerdotes interrumpieron sus cantos, y todos huyeron, dejando el féretro abandonado.

La piedra arrojada por Elvira dió al desconocido en un brazo; si le hubiese alcanzado en la cabeza, lo habría dejado en el sitio.

Algunas personas acudieron á socorrerlo, mientras otras querían á toda costa detener á la pobre madre que seguía arrojando piedras, tierra, ramas, con una fuerza extraordinaria contra los que querían apoderarse de ella.

– ¡Cogedla! ¡Cogedla!, gritaban.

Pero nadie se atrevía á acercarse á aquella furia.

Sofía fué la única que tuvo valor para aproximarse á ella, procurando sosegarla con su dulzura.

La mirada bondadosa de la joven calmó la cólera de la madre, que rompió en deshecho llanto interrumpido por sollozos de niña mimada, y cogiendo entre sus manos la cabeza de Sofía le dijo:

– ¿Estás aquí, hija mía?.. ¿Quién había dicho que habías muerto? ¡Necios! No es verdad, no se puede morir tan joven... ¿Quién quiere llevársela? No quiero... no quiero... ¡Nadie se atreverá á arrancarla de mis brazos! ¡Qué susto tan grande he tenido! Pero ahora ya ha pasado, puesto que estás aquí...

Y seguía besándola y tocándola; prorrumpía después en una carcajada y en seguida en ruidoso llanto.

La noticia de lo sucedido circuló rápidamente por el pueblo y acudieron los agentes de la autoridad á prender á aquella mujer que apedreaba á los transeuntes.

El barón, que había presenciado la escena lleno de doloroso estupor, cuando vió á la fuerza armada guiada por el pueblo entre temeroso y curioso, no permitió que tocaran á la pobre mujer.

– ¿No veis que está loca?, dijo.

– Es que ha herido á un hombre.

– ¿Y quién es ese hombre?, preguntó el barón.

– Un tal Berletti: hemos venido aquí á cumplir con nuestro deber.

– Él ha sido quien le ha dado el golpe de gracia, contestó el barón.

Y volviéndose á los agentes les dijo:

– Está loca y por consiguiente no es responsable de sus acciones; yo me encargo de esa mujer y responderé de ella ante la autoridad. Por vuestra parte, cuidad de que se entierre á esa pobre niña.

Y señaló el féretro abandonado en la explanada de la iglesia.

El barón era bastante conocido; por esto los agentes de la autoridad no se atrevieron á insistir, tanto más, cuanto que el doctor, llamado apresuradamente al sitio de la ocurrencia, declaró que la pobre mujer había perdido en efecto la razón.

XX

Elvira se dejó llevar por Sofía á la quinta como una niña.

Habíase quedado sin fuerzas y apenas podía tenerse en pie. Pasó un rato sin hablar, con la vista fija en el suelo; y mirando luego á Sofía con sonrisa de idiota, le dijo:

– Por fin te casarás, ¿no es verdad, Laura? Ya no hay impedimentos; los he allanado todos y serás feliz. Pero ¿á quién hemos llevado á enterrar? ¿Has visto el funeral?

Luego, haciendo un ademán como el de quien recuerda una cosa que buscaba hacía tiempo, añadió:

– ¡Ah! Era el funeral de mi padre; ¡pobre papá! Estaba muy guapo, vestido de militar, con su espada al costado. ¡Cuánto me quería! Me sentaba en sus rodillas y me hablaba de mamá. ¡Cuánto se hubiera alegrado de asistir á tu boda! Pero el pobre ha muerto...

Y después de añadir otras frases incoherentes, se echó á llorar.

El médico aconsejó que la cerraran en un manicomio; pero el barón no tuvo valor para tomar en seguida semejante resolución; quería ver si aquella locura sería pasajera, mas el médico meneando la cabeza daba á entender que no lo suponía así.

En la quinta la encerraron en un cuarto y la propinaron algunos calmantes; parecía tranquila, pero seguía hablando, diciendo cosas sin sentido y llorando y riendo como una criatura.

Sofía quiso ser su enfermera y se instaló en el mismo cuarto para observarla; pero el barón y el doctor no juzgaron prudente dejar sola á la joven con la loca y se empeñaron en que la asistiese otra mujer.

Sofía era animosa, y cuando se trataba de cuidar enfermos no tenía miedo de nada, aparte de que la loca se mostraba con ella muy dócil y no hacía más que acariciarla y llamarla hija.

Alberto pasó también mucho tiempo en el cuarto de Elvira, la cual, tomando siempre á Sofía por su hija, quería que él la abrazara continuamente.

– Debéis casaros mañana, les decía; conque ya podéis estar juntos, daros las manos y abrazaros como dos esposos.

Y unía las manos de los dos jóvenes, los ponía juntos y entonces estaba satisfecha.

A Alberto le daba pena aquella mujer, y á una hora algo adelantada se marchó. Quedóse Sofía, pero durante la noche tuvo un gran susto.

Elvira sufrió un nuevo ataque de furor: tuvo como una alucinación; creyó ver la cara de Berletti, de su perseguidor, y como un toro furioso derribó y rompió los muebles y los cristales de la ventana queriendo arrojarse por ella: no había fuerza humana capaz de contenerla; Sofía y la enfermera quisieron sujetarla por los brazos; pero se desprendió con tal violencia que las dejó malparadas y tuvieron que llamar hombres para dominar á aquella furia.

Acudieron todos, el barón, Alberto, los criados, y la cogieron y sujetaron hasta que la pobre mujer, después de hacer esfuerzos sobrehumanos, se quedó rendida, postrada.

El barón se convenció de la razón que asistía al doctor, y por más que le doliese, determinó llevarla al otro día á un manicomio; comprendía que mientras la tuviese en casa no podía haber tranquilidad y aun peligraría la vida de su hija que seguía empeñada en quererla asistir.

Al día siguiente dijeron á la loca que iban á hacer una excursión de recreo; y se dejó conducir fácilmente al vapor por Alberto, Sofía y el médico.

El barón no tuvo valor para acompañarles; desde muy temprano se retiró á su despacho, y cuando no oyó rumor alguno en la casa, sintió como un gran vacío, una fuerte opresión, y estuvo abstraído algún tiempo con la cabeza entre las manos.

Al levantarse se miró al espejo y notó que tenía los ojos encarnados como si hubiese llorado, por lo cual se lavó la cara con agua fresca, diciendo para sí:

– ¡Qué vergüenza! A mi edad llorar como un niño... Si me viese Sofía...

Quiso distraerse; procuró continuar trabajando en su obra, en sus libros; pero no tenía la imaginación para ello; se confundían sus ideas, y hasta recelaba perder también la razón.

Entretanto Sofía, Alberto y el médico acompañando á la loca iban en carruaje por el camino de Mombello. Elvira no decía una palabra, era indiferente á todo: una sola vez preguntó á los dos jóvenes si iban á casarse y luego guardó silencio.

Cuando llegó el momento de separarse de Sofía, la abrazó, la llamó hija y la recomendó á Alberto.

– Hazla feliz... Es tu esposa; ahora debo separarme de ella, pero acordaos de mí alguna vez.

Sofía se afligió en extremo al oir estas palabras y sintió profunda lástima por la pobre mujer. Antes de partir la recomendó mucho al director del establecimiento haciendo que le prometiese que no carecería de nada, pues ella y su padre se cuidarían de todo lo demás; luego regresó á la quinta, desfallecida á causa de tantas emociones.

(Concluirá)



Cogió una piedra y la disparó contra aquel hombre

SECCIÓN CIENTÍFICA

HISTORIA DEL PARACAÍDAS

Atribúyese generalmente la invención del paracaídas á Garnerín, lo cual es un error: Sebastián Lenormand, en 1783, se arrojó desde la torre del observatorio de Montpellier por medio de un paracaídas inventado por él. Blanchard, conocido aeronauta, se sirvió de paracaídas para hacer descender de su globo carneros, perros, conejos ó gatos, y ya mucho antes que él algunos inventores propusieron la idea de tal aparato. Pero Garnerín fué el primero que construyó un paracaídas de grandes dimensiones capaz de caer desde gran altura y de sostener en el aire el peso de un hombre, teniendo el valor de confiarse él mismo á su aparato: discípulo del físico Charle, estaba afiliado desde su juventud á las ideas revolucionarias: enviado como comisario al ejército del Norte fué hecho prisionero y llevado durante muchos años por los austriacos de cárcel en cárcel, concibiendo entonces el proyecto de evadirse por medio de un paracaídas. «El amor á la libertad, dice el mismo Garnerín, tan natural en un prisionero, más de una vez me inspiró el deseo de evadirme. Sorprender la vigilancia de mis centinelas, romper enormes rejas de hierro, horadar muros de diez pies de espesor, precipitarme desde lo alto de una muralla, tales eran los proyectos que á veces acariciaba. La idea de Blanchard de presentar grandes superficies al aire para neutralizar con su resistencia la aceleración de movimiento en la caída de los cuerpos, parecióme que no necesitaba más que una buena teoría para ser utilizada con éxito, y en su consecuencia púseme á sentar las bases de la misma.»



Fig. 1. Experimento del paracaídas hecho en Inglaterra por Garnerín en 1802 (De un grabado de la época)



Fig. 2. Principio del paracaídas. (Facsímile de un dibujo de Leonardo de Vinci.)

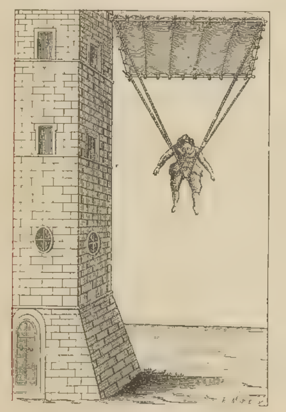


Fig. 3. El paracaídas de Venecia (1617) (De un grabado de la época)

Cuando le pusieron en libertad, Garnerín realizó la empresa que había concebido y por tanto tiempo meditado en la cárcel. El dia 1.° de brumario del año VI (22 de octubre de 1797) se elevó en el globo en el parque de Monceau ante un público silencioso presa de gran inquietud; cuando hubo alcanzado una altura de 700 metros cortó la cuerda que unía su paracaídas y su carro al aerostato, éste hizo explosión y el paracaídas descendió muy rápidamente, adquiriendo un movimiento de oscilación tan espantoso que todos los espectadores prorrumpieron en un grito de terror. Sin embargo, Garnerín descendió en la llanura de Monceau en medio de una multitud inmensa que demostró la admiración que le produjeron el talento y el valor de ese joven aeronauta. Garnerín, su hermano y sobre todo su sobrina Elisa repitieron con frecuencia el experimento.

La fig. 1, que representa un experimento ejecutado en 1802 en Inglaterra, reproduce la disposición que para su aparato adoptó Garnerín. El paracaídas estaba unido á la parte inferior del aerostato, del que podía desprenderlo el aeronauta por medio de una cuerda: en el momento de la separación, el aerostato, libre de un peso considerable, elevábase con rapidez suma y á veces estallaba en el aire, y el paracaídas, abandonado á sí mismo, se abría y descendía lentamente hasta la tierra, ofreciendo el espectáculo de un gran aparato cerniéndose en la atmósfera.

Al aparecer los globos en 1783, Sebastián Lenormand inventó un paracaídas cónico con el que pudo lanzarse desde la torre del observatorio de Montpellier; este experimento, que se realizó en 26 de diciembre, no fué repetido.

La idea del paracaídas, por otra parte, la encontramos también en más remoto pasado, pues se remonta á Leonardo de Vinci, el sabio ingeniero y célebre artista del Renacimiento, que se ocupó mucho de locomoción aérea y que dejó entre sus escritos un proyecto de helicóptero.

Consultando el capítulo *Leonardo letterato e scienziato* de la obra *Saggio delle opere di Leonardo de Vinci*, se comprueba que el artista había estudiado el medio para medir el esfuerzo que puede ejercerse golpeando el aire con paletas de determinadas dimensiones, y que había inventado el paracaídas, del cual hizo el dibujo que reproduce la fig. 2 y que describe diciendo: «Si un hombre tiene un pabellón (tienda) de tela almidonada cada una de cuyas caras tenga 12 brazas de ancho y 12 de alto, podrá tirarse de cualquier altura sin riesgo alguno.» Esta descripción ha sido posteriormente reproducida, mejorando la manera de representar el aparato en una colección de máquinas de Fausto Verancio, publicada en Venecia en 1617. La fig. 3 reproduce el paracaídas que el autor define en los términos inspirados en los de Leonardo de Vinci.

Algunos meses después del memorable experimento de la la ascensión de un aerostato de aire caliente, llevado á cabo en Annonay por los hermanos Montgolfier, Sebastián Lenormand hizo en 23 de diciembre de 1783 el curioso experimento de arrojarse desde lo alto de un olmo sosteniendo en sus manos dos parasoles de 30 pulgadas de radio. Poco tiempo después había construído un verdadero paracaídas cónico que describe así: «Con una cuerda gruesa formo un círculo de catorce pies de diámetro, y á su alrededor pego fuertemente un cono de tela de seis pies de altura que forro de papel encolándolo sobre la tela para que ésta sea impermeable al aire, y aun mejor que esto, empleo tafetán cubierto de goma elástica. Coloco alrededor del cono unas cuerdecitas unidas en su parte inferior á un pequeño armazón de mimbre, con el cual forman un cono invertido truncado y en el que yo me sitúo. De este modo evito las ballenas del parasol y el mango, que significarían un peso considerable. Tengo la seguridad de exponerme tan poco, que me ofrezco á hacer yo mismo el experimento después de haber ensayado el paracaídas con diversos pesos para asegurarme de su solidez.»

Después de los viajes aéreos realizados á fines de 1783 por Pilatre de Rozier y d'Arlandes en un globo de aire caliente, y por Charles y Robert en el primer aerostato de gas, Blanchard se lanzó á la aeronáutica y pensó en dotar al globo de un verdadero paracaídas, destinado á moderar su descenso. La barquilla llevaba además dos alas dobles destinadas á la dirección, que no dieron resultado alguno. La fig. 4, tomada de un grabado de la época, reproduce el aparato que Blanchard denominó *buque volante*. Más tarde elevó con sus globos paracaídas más completos, con los cuales hacía descender á la tierra varios animales: la fig. 5 representa el décimoctavo viaje aéreo de Blanchard, y por ella se ve que Blanchard se servía de un pequeño globo para tener levantado el paracaídas, y cuando quería que éste descendiera no tenía más que separarlo de aquél.

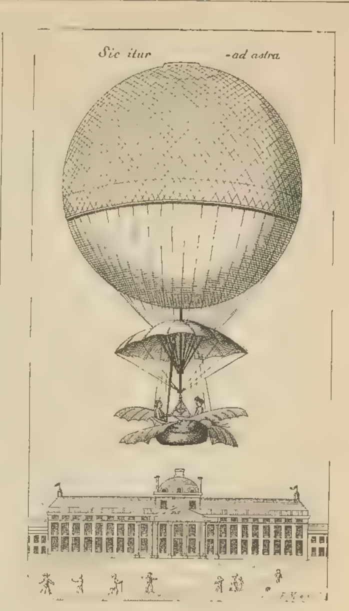


Fig. 4. El buque volante de Blanchard. Experimento de 2 de marzo de 1784 en el Campo de Marte

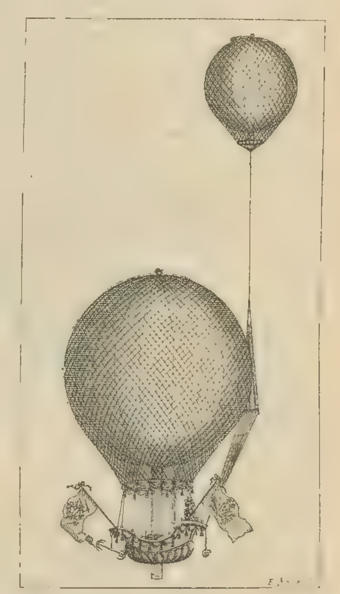


Fig. 5. El paracaídas de Blanchard con su globo anexo: el paracaídas sostiene un cordero

Las modificaciones introducidas en el paracaídas después de Garnerín, salvo las recientes de M. Capazza, no han tenido buen éxito. En 27 de septiembre de 1836 Cokin pereció haciendo la prueba de un paracaídas en forma de cono invertido; en 1853 Francisco Letur murió también queriendo ensayar un paracaídas provisto de dos alas de dirección, y en 1874 De Groof perdió la vida probando un paracaídas de su invención. – G. T.

(De *La Nature*)

EL CARDENAL LAVIGERIE

En la sección de Miscelánea del núm. 523 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA consignamos algunas anécdotas relativas al eminente cardenal Lavigerie, y al hablar del sepulcro que en vida se mandó construir en la ciudad de Cartago y del epitafio que para el mismo tenía ya esculpido, y en el cual sólo faltaba la fecha del fallecimiento, decíamos que el sabio prelado «por un exceso de previsión tiene reservada ya una cantidad para el obrero que en su día, ¡quiera Dios en bien de la civilización que sea lejano!, haya de esculpirla.»

Este día triste ha llegado: el cardenal Lavigerie ha fallecido en Argel en la madrugada del día 26 del próximo pasado noviembre.

Carlos Marcial Allemand Lavigerie nació en Bayona en 31 de octubre de 1825, y á poco de haber entrado en el sacerdocio fué nombrado profesor de Historia Eclesiástica en la facultad de Teología de París. Desempeñó varios cargos honoríficos en la corte pontificia, y en 1863 fué nombrado obispo de Nancy, siendo trasladado en 1867 á la silla de Argel, que acababa de ser erigida en arzobispado, y tomando el título de arzobispo de Cartago y Argel. En ese puesto dió pruebas de gran celo religioso fundando varios establecimientos benéficos. Sus tentativas para propagar el catolicismo entre los indígenas le enemistaron con el gobernador militar de Argelia, y provocaron entre él y el mariscal Mac Mahón disensiones que en 1868 produjeron sensación profunda.

Era oficial de la Legión de Honor desde 1866 y cardenal desde 1882.

De todos sus trabajos los que mayor fama le han valido han sido los que con actividad incansable ha realizado para combatir la esclavitud en Africa; á este fin fundó una sociedad antiesclavista internacional, y en 1891 una orden religiosa y guerrera, llamada de los *monjes del Sahara* ó de *hermanos de armas del Sahara* y dedicada á defender á los esclavos que los mercaderes conducen á través de este desierto, habiendo inaugurado en 5 de abril de dicho año, en Biskra, la primera casa de esa orden, cuyos miembros, entre los que se cuentan personas distinguidas y de elevada posición, están sometidos á estrecha y severísima regla.

Su campaña aconsejando á los católicos franceses que aceptaran el gobierno de la República, siguiendo los consejos del Sumo Pontífice, es demasiado reciente para que hayamos de hablar de la elevación de miras y mansedumbre cristiana de que durante ella dió elocuentes pruebas.



EL CARDENAL LAVIGERIE, fallecido en 26 de noviembre
Copia del retrato de L. Bonnat

Tampoco diremos nada de su obra antiesclavista: es tan grande y tan santo el pensamiento, y con energía y celo tales se consagró á su desarrollo el cardenal Lavigerie, que basta haberlo enunciado para que en la conciencia de todos se afirme el convencimiento de que quien supo concebirlo y realizarlo ha hecho en pro de la civilización mucho más que esos grandes conquistadores cuyos nombres están escritos con letras de oro en las páginas de la historia de la humanidad.

El cardenal Lavigerie era hombre de elevada estatura, de noble porte y de maneras elegantes: parecía pertenecer al siglo de los prelados guerreros, y hubiera llevado tan fácilmente la armadura de los cruzados como el purpúreo traje cardenalicio. Los principales rasgos de su carácter fueron la actividad intelectual para concebir grandes proyectos, la pasión con que los defendía y la tenacidad con que los llevaba á cabo y que le hacía acometer y dominar los mayores obstáculos. Su vida íntima ordinaria era de una sencillez extrema: levantábase lo mas tarde á las cinco y media, no hacía más que una comida al día y se acostaba antes de las nueve. El despacho de la correspondencia, la lectura de los periódicos y los asuntos de su diócesis y de su obra antiesclavista ocupaban por entero su existencia.

Era un escritor distinguido; algunas de sus cartas son un modelo de precisión, de claridad y de estilo castizo, y en sus discursos seducía ó arrebataba, ora apelando á una elocuencia insinuante y persuasiva, ora mostrándose orador fogoso, irresistible.

Fué muy popular entre los árabes, para quienes era el gran jefe religioso, el gran morabito de Francia, y á quien respetaban y estimaban tanto ó más que al gobernador general francés. Los colonos europeos fueron á veces más suspicaces y menos justos con el ilustre prelado, y algunos llegaban á suponerle codicioso en extremo y dueño de inmensa fortuna, representada por vastísimos territorios de cultivo. Y sin embargo, nada más inexacto: en efecto, todos los terrenos comprados, roturados ó mejorados merced al celo del cardenal eran por éste cedidos, en cuanto comenzaban á producir algo, á las misiones, á los asilos de huérfanos y á otras instituciones benéficas. M. Lavigerie nada guardó para sí de los cuantiosos bienes de que ha podido disponer y cuyo valor ha centuplicado en sus manos.

El retrato del cardenal que publicamos es obra del famoso pintor Bonnat, y después de haber sido admirado en la Exposición universal de París de 1889 figura actualmente en la internacional de Bellas Artes que se celebra en Madrid, y para la cual ha sido su autor elegido jurado por los artistas franceses que en ese certamen han tomado parte.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 12 de diciembre de 1892 — Núm. 572

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el tercer tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos á los más modernos,» profusamente ilustrada



LA PRUDENCIA, LA FORTALEZA Y LA JUSTICIA,
grupo colosal modelado por Juan Benk y destinado al ático del palacio imperial de Viena

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Lavigerie. – Su muerte. – Los dobles caracteres de su persona y de sus obras. – Africa. – Enorme influencia del Africa en la gente y en la historia nuestras. - Consagración del arzobispo á este continente. – El protectorado sobre Túnez y los Padres blancos del desierto. – San Agustín y Lavigerie. – Su iniciativa en la reconciliación entre los franceses y el Papa. – El Padre Jacinto en Madrid. – Su historia. – Sus ideas. – Conclusión.

¡Muerte santa la muerte del inmortal prelado Lavigerie! Una dulce agonía, sin estertores y sin aflicciones, acaba de convertir su paso desde nuestra vida mortal á otra vida mejor en verdadera transfiguración. Se ha dormido sobre su lecho episcopal con la solemnidad propia del sacerdocio, y se habrá despertado en el seno de Dios con la bienaventuranza merecida por los santos. Parece imposible que habiendo nacido en Vasconia, tan ibera y occidental de suyo, se hubiera esmaltado el genio de Lavigerie con tan extraña facilidad del toque metálico de las fantasías semíticas y del encendido carmín de los crepúsculos orientales. Y por tal modo se llegó á esmaltar que su obra histórica, su trabajo personal en la religión y en la política, se asemejará eternamente á esas iglesias mudéjares de nuestra patria, cuyas paredes juntan á las ventanas góticas y á los arcos bizantinos techos de alerce asiático cuajados de marfiles como las salas del Generalife, y alharacas multicolores como los patios de la grande aljama cordobesa, doradas celosías y marmóreos dentados ajimeces como la torre de Gomares en los edenes de Granada. Dos condiciones tenía de su familia vasca y de sus montes Pirineos el gran prelado: la independencia soberana de voluntad, proveniente de las cordilleras, donde truenan las cataratas por el estío y los aludes por el invierno, y la fuerza del genio militar, nativa en los tradicionales guerreros de quienes contrastaron así al emperador Augusto como al emperador Carlomagno. Cuando el inmortal pintor Bonnat, en lienzos dignos de Moro y de Velázquez, nos lo presenta sentado sobre su episcopal sede, á guisa de viejo patriarca bíblico; envuelto en los pliegues de su amplia sotana entre purpúrea y negra; el birrete cardenalicio en forma de turbante; sobre la blanca barba, que le toca en el estómago, aquel rostro imperiosísimo, animado por ojos resplandecientes de ideas que irradian por todas partes luz y calor, tomaríaislo por un verdadero santón semita, resuelto á ejercer el oficio de mahedí, en el cual después de haber orado por sí propio y bendecido á los demás, requiere la gumia cortante y enfila el rifle homicida en defensa del Dios de la verdad, Dios también de los ejércitos. En lo militar, en lo grandemente organizador, en lo arrestado á la pelea, en lo atrevidísimo de pensamiento, en lo audaz y en lo perseverante parécese mucho á otro genio superior, hijo de su Vasconia, parécese mucho á San Ignacio de Loyola. Y así como San Ignacio un día se propuso reconquistar él solo Jerusalén, se propuso Lavigerie otro día reconquistar él solo Africa. Todos estos hombres emprendedores desdeñan Europa, y dicen aquello que decían César y Napoleón en los mayores empeños y vértigos de sus combates: únicamente se puede trabajar en Asia. Y Lavigerie añadía: trabajemos en Africa. ¡Cuán mágico para nosotros, para los españoles, el nombre de Africa, cuán mágico! Yo nunca he comprendido por qué nos incomodamos cuando se dice que Africa comienza en los Pirineos. El grande hombre á quien se le ocurrió tal cosa, el famoso Alejandro Dumas, encantador de dos generaciones, nunca llegó á comprender la causa del horror sentido por nosotros á tal frase. Y lo hubiera comprendido menos de llegar á saber cómo un sumo escritor hispano añadía que comienza nuestra España aquí en el Pirineo y concluye allá en el Atlas. Dondequiera que volvemos los ojos encontramos recuerdos africanos, y dondequiera que vuelve á su vez los ojos Africa encuentra recuerdos españoles. La emoción, y vamos á un inventario, la emoción producida por las serenatas andaluzas, en que las guitarras plañen y las voces lloran tristezas y elegías del amor, de Africa proviene, como el tibio soplo que aroman los jazmines y azahares; la greca mudéjar, bordada por manos de las huríes en los alféizares de nuestros palacios y de nuestras iglesias, al Africa recuerda, como los aloes y los nopales extendidos por las costas de Denia y de Marbella; el toque semítico de nuestra lengua, sobrepuesto en el fondo latino, y que tanto se parece al reflejo de nuestras mayólicas, africano es; la elocuencia enfática, tertulianesca, cuyos rimbombeos no empecen á cierta naturalidad y sencillez helénicas, allí también suena en labios de nabíes y profetas; la poesía exuberante, no sólo en Zorrilla, oriental de suyo, no sólo en Góngora, criado y nacido á la sombra de los palmares y bajo los aleros de las aljamas, en la epopeyas de Lucano, en las tragedias de Séneca, bien que clásicas, al Magreb huele como los romances moriscos, resonantes por las torres del Albaicín y por las escaleras del Generalife; y no quiero hablar de nuestra historia, porque Africa vocea el Batallador Alonso, al asomarse por las cumbres de nuestras montañas béticas; Africa dice la canción de Gesta donde balbucea el primer vagido de nuestra lengua y donde constan los primeros esbozos de nuestras reconquistas; Africa cantan los reyes peninsulares postrados de hinojos en los altos de las Navas al entonar el *Tedéum* de su triunfo; Africa Isabel la Católica en su testamento; Africa Cisneros en Orán; Africa Carlos V en Túnez; Africa el infante D. Enrique de Portugal que nos ha legado Ceuta; Africa el infante D. Fernando de Portugal que ha inspirado á Calderón el más hermoso de sus dramas; y en este sueño ideal se une toda la península desde Lisboa á Cádiz, desde Cádiz á Barcelona, desde Barcelona á Oporto, como se juntan todos sus hijos bajo el cielo azul y luminoso que nos esclarece y vivifica. Pues bien: Lavigerie, criado en la Vasconia francesa, que apenas de la Vasconia nuestra se distingue, aspiró allí este nombre diluído por las brisas españolas y al Africa consagró toda su existencia.

* * *

Nombrado arzobispo de Argel tras una brillante carrera eclesiástica, propúsose agrandar su diócesis con amplias conquistas y redimir esclavos desde las cimas luminosas en que resplandecía su Iglesia dentro del continente negro. Para la consecución de ambos objetos de su vida contribuyó Lavigerie cuanto le fué dado á la fundación del protectorado francés sobre Túnez y al reclutamiento de un ejército llamado con el nombre de los Padres blancos y muy parecido á los antiguos templarios. Cuando en los oasis, rodeado de arenales, plantaba, bien por la orilla de un arroyo, bien á la vera de un aljibe, su nómada tienda, bajo los sicomoros ó las palmeras, y cuando después de predicar veía y revistaba sus ejércitos de monjes, cualquiera lo hubiese creído extraño profeta, que surgía del suelo de las revelaciones, para sumar en ambiciosa y extravagante síntesis el Corán al Evangelio. Lo más admirable y lo más admirado en él por todos ha sido la ecuación de unas dotes diplomáticas, en que la simulación cartaginesa resaltaba mucho, con unas dotes guerreras, en que resaltaba mucho el vigor africano. Cual discípulo de Maquiavelo condujo toda la parte de conspiración que á él tocaba en los asuntos de Túnez, y cual soldado de Aníbal toda la parte conquistadora y guerrera de sus empresas militares africanas. Parecíase mucho, por la energía varonil, á su predecesor en las sedes cartaginesas, al obispo de Hipona, el célebre San Agustín. Este gran padre de la Iglesia representa la unidad interior del dogma que remata y concluye la obra de los cuatro primeros siglos cristianos. Su doctrina es la doctrina que pedía el espíritu de la Edad media, la doctrina que obligaba á la humanidad á bajar la cabeza en presencia de Dios, la doctrina que domaba la salvaje individualidad germana, la doctrina que ahogaba el egoísmo de los bárbaros, la doctrina que teñía con una celestial esperanza el caos donde peleaban á una las razas entre sí mismas y entre sí mismas las ideas. Como todos los atletas del pensamiento, San Agustín vive gozoso en medio de los combates y á plenos pulmones respira el aire de la tempestad. Dos grandes herejías se levantaban á una contra el dogma de la Iglesia en tan extraña sazón. El genio de Oriente y el genio de Occidente renegaban del cristianismo. El genio de Oriente, místico por experiencia, renegaba de la libertad y del hombre. Positivo y humano el genio de Occidente renegaba de Dios y de la Providencia. Maniqueísmo se llamaba la herejía oriental y pelagianismo la herejía occidental. Con ambas Agustín cerró y de ambas resultó triunfante. Su doctrina de la providencia y de la gracia se acomodaba mucho al carácter y al temperamento del Africa y al período aquel en el movimiento evolutivo y graduado de la idea cristiana. De aquí su parecido con el inmortal prelado de Hipona. Cosa más meritoria cuanto menos parece posible: acomodar las doctrinas y las ideas del dogma cristiano con toda su inflexibilidad á las variedades del espíritu y á los movimientos del tiempo. Y bajo tal norma procedía lo mismo en Africa que en Europa. Y así como acomodaba los cánones y los rituales eclesiásticos al carácter africano en sus relaciones con el continente donde su eminentísimo religioso poder episcopaba, también sabía en sus relaciones con el estado francés acomodarse á la democracia y á la libertad y á la República. No puede medirse, y como no puede medirse tampoco encarecerse la extrañeza y asombro de las gentes cuando Lavigerie mandó á las músicas de sus templarios, de sus ejércitos religiosos, tocar la Marsellesa en obsequio á los marinos del Estado que comían en su palacio de Argel. Aquella medida, tomada tras una reflexión grande, se resolvió adrede, indicando un cambio tan radical en la orientación del cuerpo eclesiástico, que ni los favorecidos ni los lastimados por ella le daban crédito y asenso, creyéndola hecho aislado de un arzobispo combatiente hasta degenerar en pendenciero y originalísimo hasta degenerar en extravagante. La salida de tono, como llamaban los reaccionarios al súbito arranque, considerado como una desafinación personal y arbitraria, resultó el preludio sonoro de actos y pensamientos concebidos en la sede altísima de San Pedro por un Papa singularmente grandioso para unir y reconciliar por siempre al espíritu republicano moderno con el eternal espíritu católico. Cuanto los grandes oradores sagrados de Francia, en las escuelas democráticas adscritos, concibieran por la elevación de sus corazones y de sus ánimos como un ideal querido, pero también fantaseado, acaba de encarnarse ahora en el pacto tácito que de un modo indeliberado firmaran la Sede Pontificia y la República francesa para oponerse á todas las reacciones y compenetrar el espíritu progresivo con el espíritu cristiano en síntesis maravillosa. Aun cuando no tuviera otro título á la consideración universal el ilustre prelado recién muerto que inaugurar esta grande obra, su nombre quedaría entre los primeros luminares de nuestro tiempo y entre los primeros ornamentos de nuestra historia.

* * *

Y puesto que hablamos de personajes y asuntos religiosos, no estará de más deciros como ha pasado por Madrid el célebre Padre Jacinto, de tanto y tan universal renombre por su elevada elocuencia y por su conversión desde los claustros de un convento á cierto catolicismo personal, desligado por completo de la Iglesia católica. He visto pocos hombres que tanto en su físico recuerden á Ernesto Renán. Más bien conformado, más robusto de complexión y naturaleza, con un rostro muy sano y unos ojos muy vivos, dorado de cierta jovialidad proveniente de su buena salud y de su clara inteligencia y de su cándido corazón, el Padre Jacinto, después de haberse desavenido del catolicismo y organizado una especie de predicación perdurable sugerida por su propia idea y conciencia, parece hoy un catedrático de seminario, consagrado al dogma y al culto, exactamente lo que parecía Renán después de haber escrito sus escandalizadores libros de religión y de historia. Yo, cuando estaba en el claustro todavía y predicaba en una iglesia de París á los fieles, vestido con sus hopalandas de carmelita, oí al Padre Jacinto. El año 67 corría y estaba la elocuencia suya en toda su plenitud y la vida en todo su florecimiento. Todavía re-

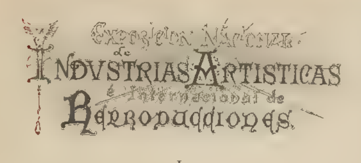
suena su voz de oro en mis oídos y está pintada en mi retina su figura de místico. Los hábitos blancos, destacándose desde un púlpito, al resplandor incierto de los cirios por una noche de Semana Santa, dan á los oradores el fantástico aspecto de marmóreas estatuas funerarias hablando. Como la oratoria tiene tanto de plástica y externa, la hermosa cabeza del Padre Jacinto atrás echada, los brazos envueltos en las mangas perdidas que se levantaban á los cielos, el pliegue de las manos puestas como las que los ángeles cruzan delante de la Custodia dábanle á los ojos de un hijo del siglo nuestro la forma y el aspecto de sobrenatural ser adscrito á otro mundo diverso del mundo que nosotros conocemos y habitamos. Hablaba de la Pasión, y en tema tan ortodoxo y eclesiástico desviábase por una efusión lírica y un racionalismo indeliberado é inconsciente de su Iglesia y de su credo. Yo dije á todos los diarios donde por aquella sazón escribía mis apreciaciones respecto de que trascendiera el óleo sacro de semejante carmelita elocuentísimo al aceite de laico nardo, en que todas las herejías se han untado antes de abrir sus dos alas y volar á los cielos novísimos. Cuando alguna vez le contara yo en posteriores tiempos al Padre la emoción sentida por mí aquella noche y el certero presentimiento, negaba en absoluto que hubiese dado margen alguno á tal sospecha, y sostenía la ortodoxia severa de su inteligencia y la conformidad absoluta de su ánimo con todo cuanto creen y confiesan el catolicismo y su Iglesia en aquel período. ¿Pero no rezaba con más fervor que nunca en su convento de Witemberg, y no se anonadaba con abnegación de sí mismo en las piedras del claustro y bajo las revelaciones del dogma Lutero la víspera misma de su trascendental herejía? Lo extraño en el prototipo singular del monje secularizado ahora y del creyente convertido de unas creencias universales á unas creencias personalísimas está en haber querido guardar dentro de su rebelión una ortodoxia superior á la del Papa y en haber tomado todas las apariencias del sacerdocio en la sociedad y en la vida. Muy afeitado, con la melena en guisa de canónigo catedral, ajustado el cuerpo á negro traje muy parecido de suyo á la sotana de los abates franceses é italianos, el Padre Jacinto ha soltado con mayor facilidad la fe viva de sus mayores que las costumbres y el traje. Cuando hace pocas semanas le preguntaban á Zola cuál preferiría entre los dones todos que pueden adornar un alma, y respondía que la elocuencia, mostraba prácticamente que no hay ningún otro influjo tan soberano y de poder tan grande sobre las almas. Imaginaos el efecto que produciría en la Iglesia el haber contado un día con tan luminoso verbo y perderlo al día siguiente. Nunca se lo perdonarán. Cuando Renán salió de San Sulpicio entraba el Padre Jacinto. Aquél salió para ir hasta el racionalismo, éste salió para quedarse dentro de una ortodoxia relativa. Huyó Renán por filósofo de la Iglesia, y por liberal huyó Jacinto. Pero mientras el uno llegó hasta el fin de su emancipación, el otro se quedó en una semi-fe, creyéndose á sí mismo mucho más religioso y mucho más católico que la Iglesia universal y el Pontífice supremo. En tiempos de Pío IX, escritores tan eximios como Doelinger, Montalabert y otros combatían el *Syllabus* y la infalibilidad, estando así más en su derecho al disentir en abierta disidencia del Pontificado. Desde que León XIII comenzara su reconciliación entre la Iglesia y la libertad, aquella razón antigua de ser en la doctrina del Padre Jacinto se ha encogido y ha menguado mucho. Sin embargo, no quiere dar su brazo á torcer. Hablándole yo de mi devoción á León XIII y á su obra, el ex carmelita me ha dicho que León XIII condenó á Rosmini, el primero entre los pensadores católicos de nuestra edad; resucitó el tomismo, bueno para la centuria décimatercia, pero inaplicable á la nuestra, y devolvió todos sus privilegios á los jesuítas. Habrá hecho cuanto haya querido, le respondo yo á mi elocuente interlocutor; nadie podrá negarme como ha ido aproximando á la democracia la Iglesia; con lo cual ha prestado un servicio tan grande que son inútiles disentimientos justificados en otras ocasiones, y así buscan hoy las razas latinas, sin advertirlo, el centro de sus almas en la religión de sus mayores, ungida por la tradición y por la historia.

Madrid, 7 de diciembre de 1892



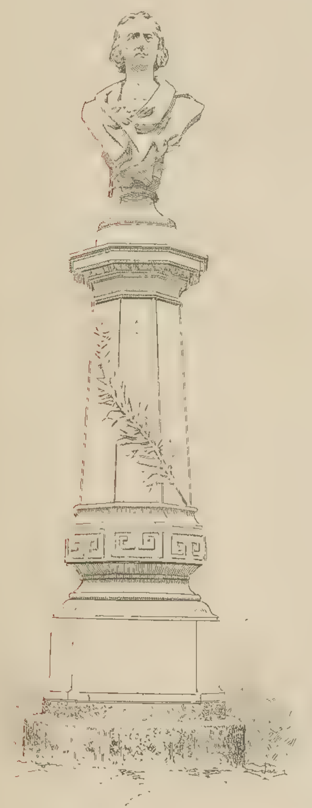
D. MANUEL DE BOFARULL, archivero jefe de la Corona de Aragón fallecido en 26 de noviembre de 1892

Bendición y colocación de la primera piedra del monumento que la prensa portorriqueña erige en honor de Cristóbal Colón en la plaza de Alfonso XII de San Juan de Puerto Rico
Ceremonia verificada en 12 de octubre último (de fotografía de D. Feliciano Alonso, remitida por D. Marcelino García)



I

Dudan algunos de los provechosos resultados que de sí puedan dar las Exposiciones, afirmando personas sensatas é ilustradas que ya pasó la época de ellas; que su repetición en nada influye en la cultura general, ni particularmente en el progreso de las determinadas manifestaciones de la inteligencia á que se dedican. Creen otros que su celebración debe distanciarse por plazos más ó menos considerables, mientras no falta quien en absoluto les niegue toda



Monumento erigido en Las Palmas (Gran Canaria) en honor de Cristóbal Colón (de fotografía remitida por los socios del «Club fotográfico de Las Palmas»)

utilidad y trascendencia. Signo característico de nuestros tiempos la variedad más confusa en materia de aspiraciones y de ideales, tienen todas esas opiniones sólo un valor relativo: suma de fuerzas disgregadas que poco supone ante la impulsión colectiva que realiza las manifestaciones del Arte y de la Ciencia, que todos contemplan y admiran, ora en Exposiciones universales, ora en tales ó cuales ramos especiales del saber.

Podrán las Exposiciones modificarse sensiblemente, como es indudable que se modifican, al obedecer á criterio más lógico y razonado, teniendo por objeto fines más claros y concretos, agrupando los múltiples productos de la actividad del hombre para encauzar el estudio de cada particularidad en beneficio de todos; pero cuando la ciencia reune y agrupa las observaciones, los hechos al parecer más insignificantes, no carecerá nunca de valor la reunión en un momento dado de cuanto el hombre produce, en un concepto cualquiera, para su conocimiento y estudio. Que esto es cierto lo prueban las distintas naciones del mundo civilizado multiplicando los certámenes de todos géneros; hasta el punto de poderse decir que ellos demuestran el estado de su cultura en general. Pocos ó ninguno combaten las Exposiciones de Bellas Artes que periódicamente y con toda regularidad se celebran en todas partes, hasta en nuestra patria; nadie ignora que la regeneración artística en Inglaterra, y su consecuencia, el mejoramiento de muchos productos industriales en beneficio del progreso y de la riqueza nacional, fué la primera Exposición de 1851; como nadie ignora tampoco la influencia ejercida y que ejercen en Francia los *Salones* de París y las repetidas Exposiciones que de algunos años acá viene organizando la «Sociedad de las Artes Decorativas,» por no citar otros ejemplos.

No es de este lugar inquirir la mayor ó menor trascendencia inmediata de las Exposiciones de Bellas Artes. Sean ó no útiles ó necesarias, son inevitables: el grado de la cultura artística las produce; es una vitalidad que se manifiesta, lozana ó enclenque, poderosa ó raquítica, como en el bosque se alza robusto y pujante el roble centenario y crece débil y delicado el naciente arbolillo. Así, pues, vemos solemnizar todos los años la marcha progresiva de las Artes Bellas en todas las capitales de Europa y América con repetidas Exposiciones, y así también entre nosotros, en nuestra ciudad, después del certamen general y universal de 1888, se realizó el año pasado la primera Exposición Artística, organizada por nuestro Ayuntamiento para alternar con las que cada dos años verifica el Estado en Madrid.

Gobiernos, corporaciones populares y asociaciones particulares fomentan las manifestaciones artísticas, y sin embargo es común hasta en esas entidades y en la masa del vulgo considerar á las Bellas Artes y á los artistas punto menos que como inútiles en la sociedad, al propio tiempo que este vulgo visita las Exposiciones, contempla las obras y hasta se da el caso de que las adquiera, suprema demostración de su valer en nuestros tiempos positivistas. Sea por lo que fuere, acéptanse por la generalidad los certámenes de Arte; ya por hábito, ya por rendir tributo en apariencia á lo que no se siente ni comprende y por no aparecer incultos, los más acuden á ellos, é inteligente ó inconscientemente los aplauden.

Pero si muchos ven sólo en el arte música celestial, como vulgarmente se dice, al considerarlo sin ninguna aplicación positiva en las necesidades materiales de la vida, ninguno de éstos se sustrae á su influjo al aplicarlo á las múltiples industrias, cuyos productos á todos son indispensables según sus recursos. El salvaje y el sibarita que goza de todos los refinamientos de la civilización pagan igualmente al Arte su tributo, ignorando su trascendencia real y verdadera, desconociendo teorías y principios de estética.

En un centro mercantil é industrial como el de nuestra ciudad nada de extraño tiene que no sea grande el número de los estetas que vivan en continuos deliquios y arrobamientos artísticos; pero es inconcebible que escasee el de aquellos que comprendiendo que los productos creados por la industria se obtienen hoy, como en los tiempos medios y como en la antigüedad, por el mayor atractivo que el arte les presta, no trabajen en pro de sus intereses, tratando de fomentar la aplicación de un sello artístico á la labor que producen. Nuestra Escuela de Artes y Oficios puede decirse que no existe; nuestros Museos están en mantillas, y nuestra primera Exposición nacional de Industrias Artísticas no corresponde á la importancia y significación que, sin pecar de optimistas, podía y debía tener.

Merecido aplauso ganóse nuestra corporación municipal al dar vida á la iniciativa del Círculo Artístico estatuyendo que bajo sus auspicios celebraríanse alternativamente todos los años Exposiciones de Bellas Artes y de éstas aplicadas á la Industria. Verificóse la primera con feliz éxito, superando todas las esperanzas; hase abierto la segunda defraudando muchas que había justo motivo para creer fundadas.

El descubrimiento de América que allá siglos atrás fué causa poderosa de nuestra decadencia, ha sido en su cuarto centenario coincidencia funesta para el primer certamen de nuestras artes decorativas. El deseo de solemnizar el extraordinario hecho realizado por el atrevido navegante, influyó para que la fecha de su apertura se fijara en 24 de septiembre, coincidiendo así con las Exposiciones de Madrid y al propio tiempo con los festejos populares al consignarla como uno de los números del programa; parte de éste que, con ser la más seria y de utilidad, quedó en sus primeros días ofuscada por la agitación y bullicio de espectáculos más animados y llamativos.

El período de los trabajos preparatorios coincidió con la época del año menos propicia á la actividad del trabajo, y el período de su duración, con la menos apropiada para tales manifestaciones por las inclemencias del tiempo, precursoras del invierno, y por la escasa duración de la luz solar. Además, fuerza es decirlo, entidades individuales y corporativas que de suyo debían ser poderosos estímulos, fuerzas potentes para contribuir al mejor éxito del actual concurso, en poco ó en nada han dejado sentir su influencia para el mejor resultado de una empresa tan íntimamente ligada, no ya con el prestigio y buen nombre de nuestra querida ciudad, sino con sus intereses reales y positivos.

Al modificar las bases para la celebración de Exposiciones y cambiar la fecha en que debía abrirse la presente con motivo del *bendito centenario*, se la perjudicó sensiblemente barajándola con los festejos, y se aminoró su importancia inaugurándola al propio tiempo que las de Madrid, como se retraía de hecho al público por las condiciones desapacibles propias de la estación: esto en resumen perjudicaba á la primera manifestación de nuestras artes aplicadas desde el punto de vista de espectáculo público, produciendo una diminución de ingresos en los fondos del Municipio; pero en buenas ó malas condiciones realizada la Exposición, lo más sensible, porque esto perjudica á intereses mucho más elevados, morales y materiales, es que ella no corresponda á lo que en justicia era de esperar.

Que la actual Exposición es deficiente en muchos conceptos, salta á la vista del menos observador. Aquellos grupos que, dadas las condiciones especiales de nuestra producción, debían presentarse con mayor cohesión y brillantez, resultan principalmente los más pobres y desmedrados; otros no se presentan ó no reunen la importancia que debieran; otros en cambio producen verdadera sorpresa en el espectador al exponer obras equivalentes á una resurrección que supone condiciones y aptitudes por luengos años no conocidas. Por entre multitud de trabajos medianos y adocenados surgen revelaciones que demuestran la existencia de artífices dotados de temperamento y de cualidades muy apreciables; y en general, si se nota la falta de obras que atestigüen la existencia de grandes factores industriales que del Arte necesitan para sus productos, no escasean las individualidades que en ellos colaboran bajo muchos conceptos.

Ha debido luchar la Comisión organizadora, sin vencerla, con la peor de las dificultades: la indiferencia de unos y otros. De provincias no ha sido muy numerosa la concurrencia; en algunas de ellas la primera autoridad civil ni siquiera llegó á constituir la junta de propaganda; en las más no han sido correspondidos los envíos á lo que bueno ó mediano se produce en diversos ramos del Arte decorativo. Barcelona, como es natural, representa la mayor suma de expositores, pero ni en valer ni en número expresan éstos la importancia que realmente en ella tienen las artes industriales. De muchos y muchos restos que por tradición, por rutina si se quiere, subsisten de otras industrias florecientes en tiempos lejanos, no hay en el Palacio de Bellas Artes ninguna muestra: alguno que otro objeto disperso significa solamente por su aislamiento, ó la indiferencia con que se ha mirado el primer paso emprendido en pro de nuestro arte propio, ó la carencia cuasi absoluta de sus productos.

La cooperación del Gobierno se ha reducido á recomendar á sus delegados en provincias la constitución de comisiones ó juntas de propaganda y á negar la franquicia postal y telegráfica á la organizadora del certamen, y en éste ninguna obra figura que tenga relación con alguna dependencia oficial, ni siquiera una de esas panoplias que de armas de la real fábrica de Toledo se ven en algunos escaparates de nuestras quincallerías.

Sin embargo, á pesar de tantas contrariedades reunidas con que han debido luchar la actividad y los buenos propósitos de la comisión organizadora de nuestra primera Exposición artístico-industrial, ella se ha realizado, y tal como es servirá de provechosa enseñanza para muchos y de justa recompensa á otros.

Con injusto desdén y con precipitada ligereza ha sido por algunos juzgada. Téngase en cuenta que es el primer intento con carácter general que se realiza en beneficio de las aplicaciones artísticas á los productos industriales: la carencia absoluta de nociones que por lo común hay entre nosotros respecto á este punto y el breve espacio de tiempo transcurrido desde que el arte decorativo se manifiesta aquí con importancia verdadera, pero sin haber llegado todavía á formar como en otros países, en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Alemania y en Rusia, á pesar del eclecticismo y de las imitaciones propios de nuestros días, un conjunto peculiar y característico, algo que responda á la raza, al temperamento y á la sensibilidad de cada pueblo.



EJERCICIOS ATLÉTICOS DE SANDOW EN EL TROCADERO

Atendiendo á esto, y que es de justicia atender, la actual Exposición es lo que debía ser, ni más ni menos. Se organizó y nació en medio de la más completa indiferencia oficial y particular; y en un país donde á voz en grito todos piden protección é iniciativa por parte de los poderes públicos en beneficio de los intereses morales y materiales, los directamente interesados en una manifestación cual la presente han permanecido retraídos y alejados de ella: la mayoría, se puede decir.

De manera que los propósitos en que se fundó el acuerdo de declarar nacional la Exposición, no se han realizado; la fe de vida que debían dar los elementos decorativos en nuestro país, no existe; la estadística, el recuento que debía resultar de las unidades que suman nuestro valor industrial y artístico, no resulta, y por consiguiente la importancia de nuestro Arte aplicado á embellecer los mil objetos que la vida moderna hace, como la de todos tiempos hizo, necesarios, no aparece.

Resultados mejores se hubiesen obtenido y enseñanza más provechosa á predominar el criterio, no ya de organizar un certamen internacional para favorecer la entrada de ciertos productos en perjuicio de los intereses nacionales, sino de facilitar la exposición de aquellos cuya vista y cuyo estudio hubieran sido para los artistas é industriales y aun para el público motivo, estímulo y ejemplo de beneficiosa instrucción, por más que hubiesen sido extranjeros. A costa de nuestro amor propio hubiéramos recibido una lección práctica y por lo tanto elocuente, y quizá la masa del público hubiera hallado á la vez espectáculo más atractivo que en la contemplación de lo que nuestra patria da de sí, en el maridaje del Arte y de la Industria.

Así y todo, importancia y sobrada tiene la primera Exposición nacional de Industrias artísticas é internacional de Reproducciones para que deje de hacerse, aunque sólo sea á grandes rasgos, un juicio y estudio de ella; que de no hacerlo, nos confundiríamos con la masa indiferente, y no puede quien, aunque escaso de inteligencia, se preocupa del porvenir del Arte y de sus aplicaciones industriales en nuestra patria con sobras de convicciones y de entusiasmo.

J. L. P.

SECCIÓN AMERICANA

LOS PIGMEOS

POR N. HAWTHORNE

(Conclusión)

¿Quién eres?, volvió á decirle Anteo ahuecando más la voz. ¡Habla pronto, vagabundo, ó te enseño á contestar!

– Tienes poca cortesía, le respondió el viajero, y si no cambias de tono me pondrás en el caso de darte una lección de buena crianza con este palo. Me llamo Hércules, para servirte, y voy por aquí porque es el camino más corto para ir adonde quiero, que es el jardín de las Hespérides, en el cual he de recoger tres manzanas de oro para el rey Euristeo.

– ¡Bribón! No irás más lejos de aquí, rugió Anteo poniéndose encendido de soberbia porque había oído hablar mucho del célebre aventurero y le tenía ojeriza á causa de su fama. Te aseguro, prosiguió, que no volverás tampoco al lugar de donde vienes.

– ¿De veras?

– Sí, señor, y va usted á verlo muy pronto, le replicó Anteo haciendo un gesto de cólera que lo puso feísimo. Soy cincuenta veces más fuerte que tú, y mira, añadió dando un golpe en el suelo con el pie, ya lo soy infinitamente más. Pero... yo no mato enanos como tú; te perdono la vida; serás mi esclavo y servirás á los pigmeos. Entrégame las armas y también esa piel que me haré con ella unas albarcas, todo, en fin, y pronto.

– Ven á buscarlo, contestó Hércules enarbolando su arma favorita.

Entonces el gigante, poseído de ira y rechinando los dientes, fué hacia el viajero y descargó sobre él su pesada encina con terrible violencia. Hércules paró el golpe con la maza, y más hábil ó más feliz que su contrario, le asestó en la cabeza otro tan terrible que Anteo cayó cuan largo era en el suelo, quedándose sin sentido y los pobrecitos pigmeos muertos de miedo porque nunca pudieron imaginar que hubiera en el mundo persona capaz de medirse con su hermano. Mas no bien hubo sido reconfortado el gigante con el contacto de la tierra, cuando de nuevo entró en combate, acrecentadas las fuerzas y con una expresión tal de furor que ponía espanto. Dirige otro golpe á su enemigo; pero, ciego de rabia, no lo alcanza y va á dar sobre su inocente y buena madre, que se estremece con aquel choque tan inesperado y violento. Quedóse el arma de Anteo profundamente clavada en el suelo; y mientras hacía inútiles esfuerzos para arrancarla de allí, Hércules dejó caer su maza con la rapidez del rayo en medio de sus anchas espaldas; siendo tal el poder de su brazo, que el dolor arrancó al gigante un alarido espantoso que llenó el espacio y cuya vibración pasó, rasgando el aire, por los valles y los montes á perderse á muy largas distancias; y aun más allá de los desiertos africanos es fama que resonó sordamente mucho tiempo después como tempestad lejana. En las ciudades de los pigmeos no quedó un cristal entero, y en cuanto á ellos, ensordecieron muchos y murió gran número de mujeres y de niños.

Sin embargo, Anteo, que había logrado al fin sacar del suelo la estaca, fué de nuevo sobre su digno contendiente; mas con tan mala fortuna, que rompió en mil pedazos su encina contra la maza del héroe. El cual, entonces, sin dar tiempo al gigante para rehacerse, redobló el ataque, derribándolo segunda vez. La cólera de Anteo era tal, que más parecía locura, y con sus ademanes y gritos descompasados demostraba ya, no sólo querer dar fin del viajero, sino destruir el mundo para sepultarse con él en sus ruinas.

– ¡Acércate, canalla, que voy á sacarte el corazón!, le dijo levantándose.

Hércules, como ya sabrán ustedes, había sostenido, cierta ocasión, á cuestas toda la máquina celeste; y aun cuando no le daba miedo del gigante, comenzaba á dudar del éxito de la batalla si seguían peleando á brazo partido y Anteo cayendo y levantando, porque así aumentaba su vigor y acabaría por aventajarle. No obstante, se desembarazó de las armas y esperó el asalto.

Cuando Anteo lo vió así, comenzó á dar saltos y brincos, esto es, á cobrar fuerzas que le permitieran luchar con ventaja; pero Hércules, que no tenía pelo de tonto y que sabía cuáles eran las intenciones de aquel grosero, monstruoso y brutal engendro de la naturaleza, discurrió un medio singularísimo de resistir y vencer en la demanda; y poniendo luego al punto en ejecución su pensamiento, asió al gigante por la cintura y lo levantó en alto, separándolo así de la tierra.

No es posible formarse idea de aquella escena. El coloso, antes tan bravo, tan esforzado y temible, ahora se agitaba en el espacio con los pies en el aire, retorciéndose convulsivamente y gritando como un desesperado. Hércules, por su parte, sin parar mientes en las amenazas ni en las sacudidas y contorsiones de Anteo, lo sostenía cada vez á mayor distancia de su madre con la misma facilidad que una niña maneja su muñeca. Y fué lo más extraño del caso que no bien Anteo dejó de hallarse en contacto con el suelo, comenzó á perder, una tras otra, todas sus cualidades, con tanta rapidez, que su enemigo lo advertía por instantes, siendo esto mismo parte á que las de éste aumentaran con la esperanza del triunfo; y como era la naturaleza del gigante de tal suerte que si permanecía cinco minutos no más sin comunicarse directamente con la tierra, no sólo la resistencia nerviosa de sus miembros, mas también el espíritu de vida, debían abandonarlo para siempre, descubierto ya su secreto por el vencedor de tantos monstruos, no podía esperar misericordia. Bueno será tomar nota del caso este para recordarlo si alguna vez nos hallamos en circunstancias parecidas; pues, como se ve, las criaturas por el estilo de Anteo, nacidas de la tierra, sólo son difíciles de vencer en su elemento, y fácilmente sucumben pudiendo transportarlas á regiones más elevadas y puras. Así le sucedió al pobre gigante, á quien, á pesar de sus bruscas maneras con los personajes distinguidos que iban á visitarlo y de su habitual grosería, compadezco sinceramente por el fin desastroso que tuvo.

Paralizadas las fuerzas de Anteo y extinguido su aliento, Hércules, que lo sostenía en alto con los pies hacia arriba, lo lanzó á media legua de distancia, cayendo el gigante como caen los cuerpos muertos. Su madre la Tierra ya no pudo hacer más por el hijo predilecto de sus entrañas, sino es recibirlo en sus brazos. No sería extraño que habiendo quedado Anteo insepulto, exista por esta causa todavía en aquel lugar un montón de huesos calcinados del sol africano, y que al descubrirlo algún intrépido viajero los crea pertenecientes á una familia de animales antediluvianos.

VIII

Pero ¿cómo expresar la desolación y los lamentos de aquellos desgraciados pigmeos al ver tratar de una manera tan cruel y bárbara á su gigantesco hermano? Ignoro si sus quejas llegaron á oídos del vencedor, porque no pareció entenderlas. ¡Quién sabe también si el rumor que producían no se le antojó de una bandada de pajarillos, asustados de la lucha que acababa de tener lugar! Además para que no creyera entonces que tales voces eran humanas, mediaba la circunstancia de que durante el combate no pudo atender á otra parte sino es á su enemigo, ignorando antes de trabarlo la existencia de una raza tan extraña. Hércules, pues, que había caminado mucho aquella mañana y luego combatido con el gigante la batalla que acaba de verse, cansado y rendido de fatiga, sólo se ocupó aquellos momentos en dar á su cuerpo el reposo necesario, y al efecto extendió en el suelo la piel de león y se acostó, quedando en seguida profundamente dormido...

Los pigmeos, que habían observado todos sus movimientos, apenas lo sintieron roncar se hicieron una seña de inteligencia. Sin ponerse de acuerdo, todos habían conspirado contra el extranjero. Era inminente una explosión terrible en aquel pueblo, herido por el invasor en sus fibras más delicadas: la sangre hervía en los corazones pigmeos desde mucho antes de sucumbir Anteo, el hermano querido, el amigo firme, el protector de la patria, el generoso aliado, con cuyo eficaz auxilio habían vencido en cien combates á las grullas. Sólo faltaba un jefe que dirigiera el movimiento. Entonces se oyó una voz que pedía la convocatoria de una asamblea general. Dada la gravedad de las circunstancias y la urgencia del caso, el remedio era eficaz. Se había salvado la patria. La nación acudió en masa al llamamiento, y en un barbecho vecino se celebró á seguida la reunión. Uno de los oradores más elocuentes del país, guerrero de mucha fama, si bien sólo era temible por la lengua, pidió la palabra, y desde un hongo, improvisado en tribuna, arengó á la multitud arrebatándola de entusiasmo. Después de hacer el elogio de Anteo y de recordar la obligación en que estaban con él, dijo estas palabras que nos ha transmitido la historia: «El tiempo apremia, señores, y esta consideración me pone en el caso de ser muy breve, concretando mi discurso á los puntos más esenciales. Además, hoy no es día de pronunciar discursos, sino de sentir y ejecutar. *(¡Bien! ¡Muy bien!)* Por eso os pregunto en nombre de la patria ultrajada, escarnecida, vilipendiada por un brutal extranjero, si consentiréis que salga de nuestro territorio impunemente para que pueda vanagloriarse después de habernos vencido en la persona de Anteo, siquiera sea valiéndose de medios reprobados y perversos. *(¡No! ¡No!)*

»Pues entonces, si tales son los propósitos de todos, ya no hay más que decir, sino es que unidos en la acción como lo estamos en el pensamiento y estrechamente abrazados á nuestra bandera sacrosanta, todos nos alcemos como un solo hombre y marchemos contra el enemigo común, contra el enemigo de nuestro generoso aliado, que lo es á la vez de nuestra libertad, de nuestro derecho, de la religión de nuestros padres y de las instituciones de la patria de nuestros hijos *(Aplausos estrepitosos)*; de esta patria, señores, tan querida, tan ilustre y tan grande, teatro de tantas glorias y cuna de tantos héroes. *(Estrepitosos aplausos.)*

»¡A las armas, pigmeos! Corramos, volemos al enemigo y exterminémoslo. Sólo así los restos de Anteo no serán monumento de infamia que nos afrente; sólo á este precio lo serán de nuestro dolor eterno y de nuestra venganza juntamente, porque verán las generaciones futuras que allí mismo, al lado de la víctima, hicimos justicia en el verdugo, dándole muerte; sólo por medio de actos semejantes alcanzan los pueblos en la historia renombre de magnánimos, esforzados y grandes. *(Grandes y prolongados aplausos.)*

»He aquí, señores, expresado sin ambages mi pensamiento. Voy á concluir. *(¡No! ¡No!)* Me siento muy fatigado, señores, y necesito descansar. Pero antes de sentarme debo deciros una cosa, y es esta: la patria espera de vosotros una respuesta digna, terminante, categórica, cual conviene á un pueblo libre; una respuesta, en fin, formulada en tan breves y enérgicas palabras que acreciente, si es posible, en honra de nuestros hijos la herencia gloriosa que recibimos de nuestros padres, de aquellos invencibles guerreros que pasaron la vida en los campos de batalla, en perpetua lucha con los griegos (1), y que hoy se estremecen de entusiasmo en los sepulcros, donde yacen cubiertos del polvo de los siglos, al contemplar el hermoso, el sublime espectáculo que ofrecen al mundo sus dignos descendientes.» *(Grandes, estrepitosos y prolongados aplausos.)*

En efecto, un entusiamo irresistible se apoderó de todos los corazones, prorrumpiendo cuantos allí estaban en protestas del más ardiente patriotismo y de

(1) Como se ve, el orador emplea un recurso muy parlamentario, confundiendo las *grullas* con los *griegos*, que era otra casta de pájaros, á fin de reanimar el espíritu público. N. del T.

sincera adhesión á las elocuentes frases del orador. El cual, después de inclinarse ligeramente, haciendo un ademán digno de Cicerón, impuso silencio á la multitud y prosiguió de esta manera:

«Réstanos solamente, señores, convenir en orden á un punto concreto, cual es saber si esta explosión del sentimiento nacional ha de manifestarse por medio de un levantamiento en masa ó diputando uno de nuestros generales de más prestigio y de más limpia historia militar para que desafíe al matador de Anteo en nombre de todos y se bata con él en campo abierto. *(Muestras de aprobación.)* Bien sé que hay entre vosotros muchos á quienes la fortuna dejó ilustrarse más que á mí; pero ya que estoy en el uso de la palabra y que es mi ejercicio la honrosa profesión de las armas, séame lícito el ofrecerme para cumplir este deber. *(Bien, muy bien.)* Y creedme, señores, ya sobreviva ó ya sucumba en la demanda, la honra de la patria y la gloria que nos han legado nuestros heroicos ascendientes siempre tendrán en mí un fiel mantenedor, y nunca, lo juro con la mano puesta sobre la cruz de mi espada, nunca, repito, aun cuando el brazo feroz que ha puesto término á la vida de Anteo me hiciera sufrir la misma suerte que á él, nunca seré traidor á la causa por la cual estoy dispuesto á verter hasta la última gota de mi sangre.»

Al pronunciar estas palabras sacó el pigmeo su espada, tamaña como la hoja de un cortaplumas, y arrojó la vaina sobre las cabezas de sus oyentes. Este ademán, su brillante improvisación y el heroísmo y la generosidad de que dió muestra en todo el discurso electrizaron á los pigmeos de tal suerte que por centésima vez volvieron á aplaudirle, ahora más que antes; y ocupados en obra tan agradable se hallarían aún si los ronquidos en *crescendo* del durmiente no les hubieran recordado la obligación en que estaban de hacer algo más positivo para la patria.

Abierta discusión sobre lo propuesto, y después de un amplio y luminoso debate, se acordó por último que, siendo una ofensa nacional la inferida por Hércules, y él, por lo tanto, enemigo público, si bien se consideraba suficiente un solo pigmeo para sacar incólume la honra de los pigmeos, todos los ciudadanos debían empuñar las armas. Y como á última hora surgiera una cuestión incidental sobre si exigía ó no el decoro del país enviar previamente á Hércules un heraldo con trompeta para notificarle la declaración de guerra, según uso y costumbre en casos tales, dos ó tres pigmeos venerables, de espíritu sagaz y muy versados en asuntos de política internacional, opinaron que pudiendo considerarse rotas las hostilidades desde el momento en que se había violado el territorio por el enemigo, el derecho y la justicia consentían atacarlo por sorpresa. Además añadieron que, una vez despierto y levantado Hércules, podía causarles pérdidas considerables antes de quedar vencido por las tropas. Estas y otras consideraciones de los notables vencieron los escrúpulos monjiles de aquellos ciudadanos, que determinaron al fin atacar al durmiente sin más preámbulos ni vacilaciones.

Las dos hermanas Josefa y Rosa unidas por las caderas, fenómeno que actualmente se exhibe en Viena (de una fotografía)

IX

Al efecto, cuantos hombres había de armas llevar en la nación pigmea se alistaron, poniéndose á seguida en marcha contra Hércules. Un cuerpo de veinte mil arqueros formaba la vanguardia con las flechas prevenidas. Otra división de igual fuerza tenía orden de subir al asalto, armada de lanzas y pertrechada de haces de heno seco, las lanzas para saltarle los ojos y los haces de heno para introducírselos bonitamente y sin que lo sintiera por boca y narices, prendiéndoles fuego después con objeto de asfixiarlo. Imposible fué á estos últimos ejecutar el movimiento proyectado porque, siendo muy violenta la respiración del enemigo, cada vez que los ingenieros se acercaban á las ventanillas de su nariz con las faginas, caían derribados del aire, resultando gran número de contusos. Se hizo necesario entonces cambiar de plan, cosa que contrarió por extremo á los generales, como es fácil comprender; pero, después de un largo consejo, se acordó quemar la cabeza de Hércules, poniendo bajo de ella y á su alrededor, hasta la altura



BUENOS BEBEDORES, cuadro de Gyula Stettka



COLOQUIO AMOROSO, cuadro de G. Muzzioli



EL CARDENAL, cuadro de D. José Villegas

conveniente, una cantidad considerable de materias combustibles.

Cincuenta mil hombres, dirigidos por oficiales conocedores del terreno, pusieron manos á la obra y lograron en pocos instantes reunir las hojas y ramitas secas necesarias para hacer una como almohada donde parecía descansar la inmensa cabeza del héroe, que proseguía durmiendo, esta vez á dos dedos de la muerte más horrible que puede imaginarse. Por entonces habían ocupado ya los arqueros posiciones ventajosas, y tenían orden de disparar sobre él apenas se moviera. Así las cosas, pusieron fuego á la hojarasca por varios puntos á un tiempo, y poco después se vió envuelto en torbellinos de humo y llamas la mitad superior del cuerpo enemigo. Aquel incendio era más que suficiente para quemar vivo á Hércules; que un pigmeo, aun siendo tan diminuto, es tan capaz de incendiar el mundo como el mayor gigante. Después de todo, el nuevo plan de campaña era el más eficaz y expeditivo para obtener el triunfo rápidamente, siempre que el enemigo continuase inmóvil en medio de la conflagración universal.

Mas no fué así, porque apenas hubo sentido Hércules el calor del fuego, se levantó sobresaltado, sacudiéndose con presteza el pelo y la barba que le ardían.

– ¿Qué es esto?, exclamó medio dormido aún y mirando á todas partes, porque creía sin duda habérselas con algún gigante.

En aquel momento le dispararon los veinte mil arqueros una nube de flechas que fué á dar en su rostro como bandada de mosquitos. Hércules no hizo alto en ello porque su piel era dura por extremo, lo cual no parecerá extraño si se advierte que los héroes por regla general tienen cara de vaqueta.

– ¡Infame!, le gritaron á coro los pigmeos. ¡Matador del gigante Anteo, nuestro poderoso amigo y aliado, te declaramos la guerra á sangre y fuego, y vas á morir aquí mismo! ¡Defiéndete, miserable!

El vencedor de Anteo, ó matador suyo, al decir de sus vengadores, después de apagar el incendio de su cabellera, se había quedado un tanto pensativo sin alcanzar á explicarse aquel suceso, y ya se inclinaba á suponerlo hechura de algún enemigo invisible, cuando llegó á sus oídos el concierto de vocecitas que hacían los pigmeos. Miró en torno suyo, y no sin dificultad divisó á sus pies una multitud innumerable de figuritas qué se movían en todas direcciones. Se inclinó, alargó el brazo, tomó cuidadosamente con dos dedos una de ellas, la puso en la palma de la mano izquierda, y no sin cierta admiración se la acercó á los ojos para examinarla mejor. En efecto, era un hombre lo que veía, y casualmente el mismo que acababa de pronunciar en la asamblea, subido en un hongo, aquel discurso tan bello y tan patriótico y en el cual se ofreció á sus conciudadanos para desafiar á Hércules.

– Pero, chico, exclamó el héroe, ¿quién eres?

– Tu enemigo, le contestó el esforzado pigmeo con todo el poder de su voz aguda y chillona. Has muerto al gran Anteo, nuestro hermano materno y aliado constante, generoso y fiel de nuestra patria, y por eso todos hemos jurado tu muerte. Heme aquí, pues, que te desafío para entrar conmigo en batalla sin más tardanza y con armas iguales.

Hizo á Hércules tanta gracia la bizarría de aquel paladín de nuevo cuño y se echó á reir tan descompasadamente, que á poco más lo deja caer desde la inconmensurable altura de su mano.

– Bajo palabra de honor, se dijo Hércules, que no tenía idea de semejante cosa. He visto verdaderas maravillas y portentos extraordinarios: hidras con nueve cabezas, perros con tres, corzos con cuernos de oro, gigantes con volcanes en el pecho, hombres con seis pies, y ¡qué sé yo cuántas cosas más!; pero nada es comparable á este prodigio, porque es un hombre perfecto del tamaño de un cigarro de papel. Dime, prosiguió dirigiéndose al pigmeo, ¿cómo será tu alma siendo tú tan chico?

– ¡Como la tuya siendo tú tan grande!, le replicó el tribuno.

En la intrepidez que demostraba el pigmeo, á juzgar por sus respuestas, no pudo Hércules menos de reconocer que un vínculo de fraternidad los unía el uno al otro, como un héroe á otro héroe. Y entonces, dirigiéndose á la nación entera le habló de esta suerte, después de saludarla cortésmente: «Amigos míos: por todo el oro del mundo no sería capaz de causar el menor daño á seres tan nobles y tan bravos como sois vosotros. Vuestros corazones se me antojan tan grandes que no alcanzo á explicarme cómo pueden contenerse en vuestros cuerpos. Quiero vivir en paz con vosotros para siempre, y os la pido. Saldré de vuestro territorio luego al punto, si así lo queréis, y saldré despacio y mirando dónde pongo los pies para no causaros daño alguno. Adiós, pues.» Dijo y se marchó riendo. Hércules se confesaba vencido.

X

Pretenden algunos historiadores que se llevó en un doblez de su capa á todos los pigmeos para que jugaran con ellos á los soldados los hijos del rey Euristeo, mas no es exacto, que allí los dejó en su tierra, donde continúan sus descendientes habitando, construyendo sus casas, labrando sus huertos, criando sus hijos, dando batallas á las grullas, despachando sus negocios y leyendo sus historias de los tiempos pasados. Es probable que en esas historias se halle consignado de una manera indubitable, entre otros hechos de autenticidad parecida, que los esforzados pigmeos vengaron, siglos atrás, la muerte del gigante Anteo, su amigo, derrotando al poderoso Hércules y poniéndolo en fuga vergonzosa, lo cual no tiene nada de particular.

¡Así se escribe la historia!

TRADUCCIÓN DE JUDERÍAS BÉNDER

NUESTROS GRABADOS

La Prudencia la Fortaleza y la Justicia, grupo colosal de Juan Benk. El burgo imperial de Viena, magnífico edificio cuyos planos trazaron J. B. Fischer de Erlach (1656-1723) y su hijo José Manuel (1695-1742) está siendo objeto de grandes reformas en su ornamentación exterior. El grupo que reproducimos y que ha de ir colocado en el ático de la puerta principal, á una altura de 30 metros, da idea de la magnificencia desplegada en estas obras: tiene cinco metros de elevación y está esculpido en asperón procedente de las canteras de Zogelsdorf de Krems, junto al Danubio; su autor se ha ceñido al caracter un tanto barroco del edificio.

D. Manuel de Bofarull y de Sartorio. – El día 26 de noviembre último falleció en esta ciudad D. Manuel de Bofarull y de Sartorio, que desempeñaba la jefatura del importantísimo archivo de la Corona de Aragón y el elevado cargo de inspector del Cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y anticuarios. Las ciencias históricas españolas han perdido una de las más distinguidas y laboriosas personalidades, y los que á su cultivo se dedican un bondadoso mentor. Era el Sr. Bofarull el decano de los historiadores catalanes, el individuo más antiguo del Cuerpo á que pertenecía, el archivero sin par – conforme dice atinadamente uno de sus biógrafos – cuya justa fama de erudito y amable han difundido por todos los ámbitos del mundo civilizado centenares de libros, periódicos y revistas.

Al lado de su sapientísimo padre y maestro, D. Próspero, á quien la antigua Corona de Aragón debe la formación y conservación de su notabilísimo archivo, aprendió la base de los conocimientos que atesoraba y el respetuoso cariño que le inspiraban los millares de documentos guardados en el archivo.

Difícil sería enumerar los señaladísimos servicios prestados por el Sr. Bofarull á las ciencias históricas, al Estado, á Cataluña y á todos aquellos que por la índole especial de sus estudios ó de sus trabajos debían acudir á la inagotable fuente representada por el archivo; bastará consignar que impuesto de la alteza de su misión consideraba el cargo que desempeñaba como un verdadero sacerdocio, ofreciendo, sin violencia, á los demás el fruto de sus investigaciones.

Nombrado en 1859 director de la *Colección de documentos inéditos del archivo de la Corona de Aragón*, se han publicado bajo su dirección 23 volúmenes, que comprenden el *Levantamiento y guerra de Cataluña en tiempo de D. Juan II:* los procesos formados al rey D. Jaime III de Mallorca, á Bernardo de Cabrera, al conde de Urgel y á los nobles de la Unión Aragonesa en 1301: Guerras entre Aragón y Castilla y Navarra: Rentas de la antigua Corona de Aragón: Gremios y cofradías y opúsculos inéditos del cronista Pedro Miguel Carbonell.

Bendición y colocación de la primera piedra del monumento que á Colón se erige en San Juan de Puerto Rico. – Uno de los festejos celebrados en San Juan de Puerto Rico para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América ha sido la ceremonia que representa nuestro grabado y que se verificó el día 12 de octubre último, al pasar la procesión cívica por delante de la plaza de Alfonso XII, sitio en que se ha de elevar el monumento á Colón que ha ideado y llevará á cabo la prensa portorriqueña. La fotografía de donde el grabado ha sido sacado es de D. Feliciano Alonso, fotógrafo de la Real Casa de San Juan de Puerto Rico, y remitida por D. Marcelino García, de aquella ciudad.

Monumento erigido en Las Palmas en honor de Colón. – Con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, y en honor del ilustre marino, se ha erigido en aquella culta población de la Gran Canaria el sencillo y elegante monumento que reproducimos. Esculpido en mármol de Carrara, ostenta en las caras del pedestal que sostiene artístico busto, además de la dedicatoria «A Colón,» las fechas 1492, 1493 y 1502, que recuerdan otros tantos pasos del intrépido navegante por aquella ciudad y otras tantas estancias de sus carabelas en el entonces solitario puerto de Las Isletas. El grabado que publicamos es reproducción de una fotografía que nos han remitido los socios del Club fotográfico de Las Palmas.

Ejercicios atléticos de Sandow en el Trocadero. – No creemos necesario explicar en qué consisten los ejercicios de este nuevo Hércules, pues claramente representa nuestro grabado lo que es capaz de hacer quien, como Sandow, levanta fácilmente con una mano dos bolas huecas de hierro unidas por una barra del mismo metal, en cada una de las cuales va metido un hombre, formando en junto un peso de 250 libras. Sandow cuenta veintiséis años, nació en Koenigsberg y sirvió en el ejército alemán: en lo que alcanza su memoria, recuerda haber tenido desde que era niño una fuerza extraordinaria, fuerza que ha ido desenvolviendo por medio de la gimnasia. Su pecho mide cincuenta y dos pulgadas, y su musculatura es verdaderamente hermosa; á pesar de ello, Sandow se diferencia de otros atletas de profesión en que su porte y su cara son los de un joven elegante de la alta sociedad.

Las dos hermanas Rosa y Josefa. – En Viena está llamando la atención, no sólo de los profanos sino de los hombres de ciencia, el curioso fenómeno que reproducimos. Rosa y Josefa nacieron en Bohemia en 1875 y fueron alquiladas por sus padres al empresario francés Forbé, que después de presentarlas al público de París, en el teatro de la Gaité, recorre actualmente con ellas las principales ciudades de Europa. Las dos hermanas son de baja estatura, sus rostros se parecen mucho, sus bustos se juntan en una pelvis común de la que arrancan cuatro piernas, y tienen un desarrollo tan normal que parece mentira que puedan pertenecer á un fenómeno de esta especie, y sus columnas vertebrales forman una sola al llegar al coxis.

Buenos bebedores, cuadro de Gyula Stettka. – Mírese como se quiera, analícese desde cualquier punto de vista, habrá que convenir en que el cuadro de Stettka es una obra maestra: si buscamos en él el elemento psicológico, el que da vida á las figuras, no podremos menos de admirar el talento del pintor que tanta expresión ha sabido comunicar á los personajes de su obra, así en el que, alegrado por los vapores de la cerveza, canta una canción, á no dudarlo, picaresca, como en sus dos compañeros que, más serenos, se ríen á su costa y le jalean para que siga divirtiéndoles; y si á los detalles de ejecución atendemos, fuerza será confesar que ni los más insignificantes ha descuidado el autor de *Buenos bebedores.*

Coloquio amoroso, cuadro de G. Muzzioli. – Es Muzzioli uno de los pintores italianos contemporáneos más fecundos y que mayor celebridad han alcanzado: cultiva los más variados géneros y en todos produce obras notables. Al reproducir hoy su *Coloquio amoroso*, en que están admirablemente representados los tipos, la escena y la decoración que constituyen un episodio de costumbres romanas, no creemos necesario repetir lo que tantas veces hemos dicho al ocuparnos de otros cuadros del mismo autor y cuyas bellezas han podido apreciar en distintas ocasiones los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

El cardenal, cuadro de D. José Villegas. Si nuestro ilustre compatriota no poseyera en alto grado, como posee, todas las cualidades que en un pintor de valía se requieren, diríamos que lo que más cautiva en sus cuadros es la maestría especialísima con que en ellos están agrupadas las figuras. Aquellos de nuestros suscriptores que lo son desde hace algunos años recordarán el lienzo de Villegas *Domingo de Ramos en Venecia*, que publicamos entero en el núm. 307 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y del cual reprodujimos en el 387 un fragmento: entonces hicimos notar, entre otras muchas bellezas, la cualidad mencionada, y *El cardenal*, que hoy publicamos, confirma nuestro aserto. Ya hemos dicho que con ser ésta una de las más salientes, no es ni con mucho la única cualidad del célebre pintor español: que domina el dibujo lo acredita, fijándonos solamente en el cuadro de este número, cada una de las figuras que lo constituyen; que le merecen especial atención los detalles lo demuestran las caras de aquéllas, las ropas que los personajes del cuadro visten y los accesorios que completan la escena, y que sabe dar con la nota justa de color se comprende hasta en el grabado por la armonía de los tonos de luz y de sombra bien combinados y con raro acierto distribuídos.

El Excmo. Sr. D. Carlos Ezeta, presidente de la República de El Salvador. – Nació D. Carlos Ezeta en la capital de aquel Estado en 4 de noviembre de 1854, de padres descendientes de nobles familias oriundas de España; hizo sus primeros estudios en la ciudad de Santa Ana, revelando ya en su infancia excepcionales disposiciones y decidida vocación por la carrera de las armas. Entró en 1868 en el colegio militar de la capital, y terminados en 1872 con gran aprovechamiento sus cursos académicos, militó á las órdenes del general Espinoza en la guerra que su patria sostuvo contra la República de Honduras, durante la cual hizo prodigios de valor y fué herido gravemente en la batalla de Santa Bárbara. En la segunda campaña de aquella guerra estuvo en el memorable sitio de Comayagua, en el que se conquistó la admiración de los suyos y de sus propios enemigos.

Hecha la paz, las luchas intestinas de su país, en las que se puso al lado del pueblo y enfrente de los tiranos, le llevaron al destierro. Hallándose en 1885 en Guatemala tomó parte como segundo del presidente de este Estado, el general Barrios, en la famosa guerra de la Unión. A poco invadía con el general Menéndez á El Salvador, y derribado el gobierno de Zaldívar, fué proclamado Menéndez presidente, y Ezeta, que rehusó el ministerio de la Guerra, nombrado Inspector general del ejército y Gobernador y comandante general del departamento de Santa Ana: la ciudad de este nombre reportó de este mando inmensos y duraderos beneficios materiales y morales. Al sublevarse contra Menéndez el general Rivas, D. Carlos Ezeta fué nombrado generalísimo del ejército destinado á combatir á los rebeldes, cargo que aceptó sólo por espíritu de disciplina, pues en el fondo comprendía los desaciertos del gobierno, y en el que dominó la rebelión en solos ocho días. Su conducta en la lucha y su generosidad en la victoria hiciéronle el ídolo del pueblo y del ejército, así es que cuando el general Menéndez, próximo á finir el tiempo de su presidencia, pretendió imponer á la nación como sucesor á un favorito suyo antipático á los salvadoreños y quiso apoyar su pretensión con actos de fuerza, el pueblo en masa se levantó proclamando al general Ezeta presidente interino. En vano Guatemala y Honduras combatieron su elección con las armas; en la lucha encarnizada que entonces estalló, salió vencedor D. Carlos Ezeta, habiendo en ella obtenido muchos lauros su hermano el general D. Antonio, quien tras sangrientos combates derrotó también á los traidores salvadoreños que aprovechándose de las azarosas circunstancias encendieron corta pero terrible guerra civil en El Salvador.

Vencidos los enemigos en el exterior y en el interior, firmóse la paz entre El Salvador, Guatemala y Honduras, y convocada la nación á elecciones, el pueblo entero le aclamó presidente constitucional de la República, habiendo tomado posesión de su cargo en 1.º de mayo de este año.

Hoy El Salvador, bajo el gobierno del general Ezeta, es una República floreciente.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONCLUSIÓN)

El barón no le preguntó ni quiso saber nada; pero aquel día fué sumamente triste para todos los habitantes de la quinta. En dos días habían faltado de ella dos personas dejando un gran vacío; al barón no le había parecido nunca el lago de Como tan melancólico, ni á Sofía tan triste su jardín, y para que el triste aislamiento en que padre é hija quedaban fuese mayor, Alberto dijo que saldría dos días después para su ciudad natal.

– ¿Te parece que nos vayamos también nosotros?, preguntó el barón á su hija deseando distraerla de tantas y tan desagradables emociones. He resuelto volver á ver mi patria.

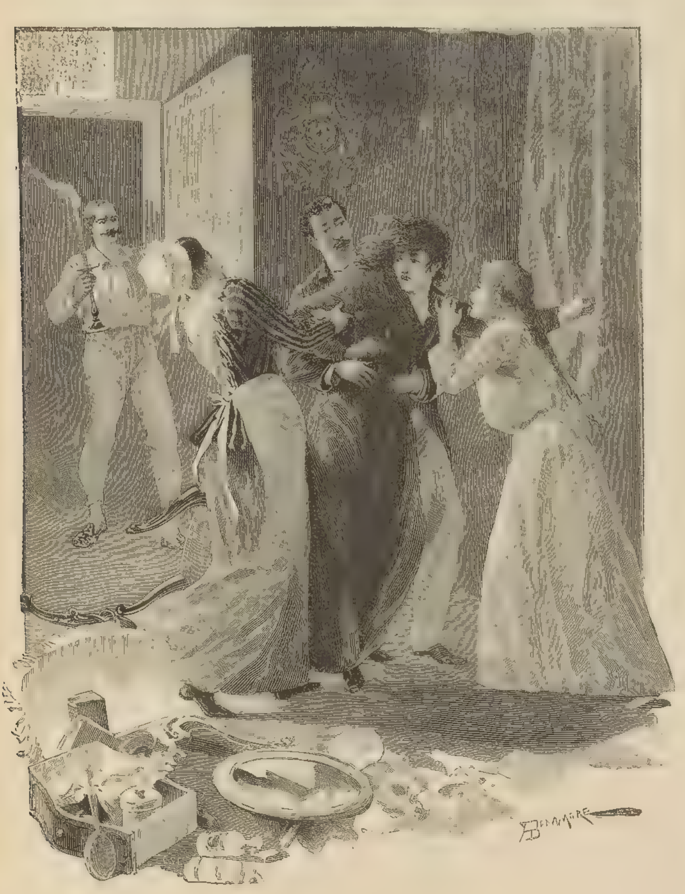
Una sonrisa de júbilo brilló en el rostro de Sofía, la cual contestó:

– ¡Cuánto me gustaría!

Hacía ya mucho tiempo que deseaba ver el país en que había nacido y orar ante la tumba de su madre.

– Pues marcharemos todos juntos, dijo el barón. Y se retiró á su cuarto.

Aun cuando tenía á su lado á su hija, no podía soportar el vacío que sentía en torno suyo, y sin embargo, debía confesar que en los últimos tiempos la institutriz se había ocupado exclusivamente de Laura y de él poco ó nada, porque Sofía atendía á todo lo que necesitaba. Comprendía que era una debilidad y que si Elvira había sido víctima de su marido, él y Sofía casi lo eran poco á poco de Elvira. Había adquirido ésta cierto predominio en la casa, se había impuesto á todos, y Laura llegó á eclipsar á Sofía hasta el punto que Alberto se enamoró de la primera y dejó como arrinconada á la segunda; á pesar de todo lo cual, estaba tan acostumbrado á ver á Elvira sentada á su mesa ó en su habitual sillón del gabinete con la labor en la mano, á oir de vez en cuando aquella voz melodiosa, que estaba desasosegado, y tenía que confesarse que la había amado siempre y seguía amándola, por más que su afecto hubiese sido siempre mudo y respetuoso. En esta situación hallábase el barón de Sterne en continua y tenaz lucha entre los gratos recuerdos de un tiempo no remoto, en que todo le convidaba á gozar con envidiable tranquilidad, y las tristezas del presente ocasionadas por irremediables desgracias que preocupaban su ánimo hasta el punto de no tener un momento de sosiego.


La loca tuvo otro ataque de furor...

– ¡Vaya, vaya, soy un loco!, decía. Ocurrírseme semejantes cosas á mi edad... es una debilidad; lo comprendo y lo lamento: me habría contentado con verla siempre aquí, mientras que ahora... ¡pobrecilla! ¡cuánto habrá padecido!.. ¡Ea! No hay que pensar más en ello... Es mejor partir, ir lejos de estos sitios, olvidar... ¡Qué hermoso es olvidar! Pero ¿y mi obra? ¡Bah! Ya no tengo ganas de proseguirla; se me ha hecho enojosa; no se me ocurre nada y se me confunden las ideas...

También parecía á veces demente; por fortuna las disposiciones que debía tomar para el viaje le distrajeron bastante, y aquellos días se habló con preferencia de la patria que iban á ver después de tanto tiempo, aunque á esta conversación se unía el sentimiento de alejarse del bellísimo lago donde habían vivido tantos años. De todos modos, siempre que se trata de visitar el país que nos vió nacer, parece que se agrandan nuestros deseos y aumenta la delicia de nuestras emociones á medida que es mayor el tiempo que de él hemos estado ausentes.

Al disponer todo lo necesario para verificar el viaje de regreso á su patria, el barón se entregaba por completo al recuerdo de escenas y personas de época lejana que se reflejaban en su mente cual si fuesen de actualidad. Después fijaba su pensamiento en la tranquila y larga residencia que había endulzado su vida durante los últimos años, y de este modo hacía que la conversación recayese nuevamente sobre las ventajas que ofrecía la vida en su quinta del lago de Como.

– Volveremos, dijeron en el momento de embarcarse en el vapor.

Y cuando perdieron de vista la quinta con las persianas cerradas, se les oprimió el corazón como si no la hubiesen de volver á ver.

XXI

Ha pasado un año desde que el barón de Sterne y su hija se marcharon de la quinta.

Aunque en su patria tenían muchos amigos, al principio no quisieron ver á nadie porque estaban demasiado tristes y apetecían la soledad; pero continuaron recibiendo á Alberto que, unido á Sofía por un dolor común, se sentía cada vez más atraído á ella por su bondad y dulzura, y estaba tentado á satisfacer la última voluntad de Laura y pedirla por esposa, pero temía hacerla desgraciada por su mala suerte.

En cambio el padre de Alberto estaba tan prendado de la hija de su amigo, que la colmaba continuamente de elogios.

– ¡Oh! Si fuese yo más joven, decía á su hijo, no dejaría escapar ese ángel.

– Sí, me gusta; pero tengo tan mala suerte en todo, que temo hacerla desgraciada.

– Eso son preocupaciones insensatas, le replicaba su padre, y además aquí no sucede lo que en Italia; aquí al menos si se es desgraciada siempre queda remedio, porque tenemos el divorcio, y el matrimonio no es un vínculo indisoluble.

Por fin Alberto se dejó convencer y solicitó el consentimiento de Sofía para casarse con ella, pero con la condición de divorciarse tan luego como se creyese desgraciada con él.

La joven consintió sonriendo al oir tan extraña idea, persuadida de que sería tan feliz que no habría necesidad de recurrir al divorcio. El conocimiento perfecto que Sofía había adquirido acerca de la bondad de carácter de Alberto y las bellas prendas morales que en su continuo trato había éste manifestado no le permitían dudar de que sería completamente dichosa á su lado.

La boda se celebró muy en breve, sin grandes preparativos; los jóvenes se amaban y esto bastaba, y ahora los volvemos á encontrar yendo de viaje hacia Italia.

—Este viaje es más bien una peregrinación, decía Sofía; pero no habría vivido satisfecha sin ver otra vez los sitios donde he pasado mi juventud y averiguar qué ha sido de las personas que tanto intervinieron en mi existencia.

Luego, dirigiéndose á su esposo, añadió con voz cariñosa:

—Perdóname si te hago emprender un viaje que nos ha de recordar cosas tristes.

—Tú mandas, y lo que hagas estará bien hecho, contestóle Alberto.

Sofía le dió las gracias con una mirada que iba derecha al corazón.

Ante todo fué á buscar en un pequeño cementerio de aldea una tumba, la de Laura, donde sobre una cruz se leían estas sencillas palabras: *Fallecida á la edad de diez y siete años:* y cubrió aquella cruz de flores.

¡Pobrecita!, exclamó con los ojos llenos de lágrimas. ¡Le gustaban tanto las flores!

Luego fué á ver su quinta desierta; estuvo en el jardín, en el kiosco, en su cuarto, en su saloncito; pero cuando lo vió todo descuidado, polvoriento, se apesadumbró en extremo.

El barón, que no quería volver á Italia y que se encontraba bien rodeado de tantos recuerdos de su juventud, había puesto en venta la quinta. Siempre que Sofía leía el anuncio en los periódicos, se ponía triste, no podía acostumbrarse á la idea de ver su querida casita en manos ajenas; y aquel día había deseado despedirse de ella.

—¡Quién sabe si la volveré á ver!, dijo al marcharse; me parece triste, abandonada, pero la quiero porque me recuerda tantas cosas...

Luego fué al manicomio de Mombello para adquirir noticias de la pobre loca.

Supo que, pasada la agitación de los primeros días, estaba siempre muy tranquila; se la permitía andar por donde se le antojaba y pasaba horas enteras con la familia del director, que se interesaba mucho por ella.

Por entonces se había celebrado la vista de la causa por la falsa declaración de la muerte del marido, y el abogado defensor ni siquiera tuvo que alegar en defensa de la culpada su estado de locura; los magistrados la absolvieron por unanimidad.

Por lo demás, se había formado en su imaginación un mundo exclusivamente suyo y estaba contenta y sosegada.

Sofía quiso verla; Elvira la acogió sonriendo y la llamó hija. Luego le dijo que estaba muy satisfecha, que se había divorciado de su primer marido y casádose con el barón.

—Por fin puedo morir tranquila, añadió; he visto cumplidos todos mis deseos; no he vuelto á saber nada de aquel perdido, me he casado con Federico, que es bueno como un ángel; lástima que siempre esté encerrado en su despacho ocupado en su obra filosófica y no pueda hacerme compañía; pero también me ocupo yo de ella, y ahora que ya estás casada y no necesito cuidarme de ti, escribo mi historia. Ahora estoy muy tranquila, jamás me he encontrado tan bien; vivo aquí, en mi quinta... ¡Mirad qué paraíso!

Y conducía á los esposos al jardín del manicomio, ni más ni menos que si hiciese los honores de su propia quinta.

—Sólo me disgusta que vengáis tan de tarde en tarde; pero ya es sabido que cuando las muchachas se casan no se acuerdan de sus padres.

Y seguía hablando alegremente y viviendo en un mundo creado por su fantasía, pero que habría podido ser real y efectivo.

El director les dijo que estaba efectivamente escribiendo todo el día una especie de autobiografía, repitiendo hoy lo que ya había escrito ayer; pero que consignaba en ella apreciaciones maravillosas para una demente, en términos que él se proponía entresacarlas y publicar en breve lo que Elvira redactaba en los días más tranquilos, y titular el libro *La novela de una loca.*

El director aseguraba que sería una obra muy interesante.

—¿Y no se enfurece nunca?, preguntó Sofía.

—No; pero se enfada y se pone muy agitada cuando oye pronunciar la palabra *muerta:* entonces grita: «¿Quién ha dicho que ha muerto? Son unos embusteros, unos imbéciles; mi hija vive, se ha casado, y está en Alemania, muy lejos, y ya es sabido que cuando las hijas se casan no nos pertenecen;» y continúa así algún tiempo. Ahora que lo sabemos, hacemos lo posible por no pronunciar esa palabra en su presencia.

—¡Infeliz!, exclamó Sofía.

—Todo lo contrario, dijo el director; ahora es feliz y no causa lástima.

—Es verdad, contestó Sofía; nunca la había visto tan contenta como ahora; vive en un mundo ideal y no tiene disgustos ni molestias. Ahora, añadió volviéndose á su marido, para terminar bien nuestra peregrinación, quisiera saber que Berletti había sido castigado por todo lo que ha hecho sufrir á esa pobre mujer.

—Lo siento mucho, pero no tendrás esa satisfacción, contestó Alberto. Precisamente he hablado de él con la condesa Bice, y me ha dicho que sus negocios van viento en popa y que disfruta de cierta consideración como empresario. Ha procurado aprovecharse de la desgracia de su mujer para desempeñar el papel de víctima ante las *primas donnas* más en candelero, que lo prefieren á los demás empresarios porque el pobrecillo tiene tanta necesidad de consuelo... es tan desgraciado por tener á su mujer en un manicomio... y, en igualdad de condiciones, se escrituran siempre con Berletti por compasión. De suerte que contando con muchas celebridades teatrales ha podido obtener las empresas de los principales teatros y vive feliz y contento.

—¡Cuántas injusticias hay en este mundo!, dijo Sofía malhumorada.

—Por eso sin duda llámasele con propiedad *valle de lágrimas,* pues cada injusticia es seguramente origen de continuos y amargos llantos, dijo Alberto con tono sentencioso y deseando poner fin á tan triste conversación.

Sofía quedóse pensativa durante algunos instantes, reflexionando detenidamente las palabras que acababa de dirigirle su esposo; y apoyando cuanto acababa de oirle, exclamó:

—¡Efectivamente! ¡Cuán corta se desliza la vida en medio del bienestar y de los placeres, y cuán largos son los días del dolor y de la desgracia! Pero si ante los eventuales contratiempos é imprevistas vicisitudes que amargan la vida cabe oponer el dulce lenitivo de una santa conformidad, no sucede así cuando las desgracias que sufren seres inocentes como Elvira y su hija son ocasionadas por seres tan malvados como Berletti. Subleva el ánimo más débil pensar que el culpable ha de vivir tranquilo en medio de una sociedad escogida, siendo objeto de atenciones y preferencias y gozando con impunidad irritante toda clase de placeres y comodidades, mientras sus inocentes víctimas no disfrutan por culpa suya la madre de libertad y la hija ni aun de la vida. No acierto á comprender, Alberto mío, que mi respetable institutriz Elvira y mi querida amiga Laura hayan sido sacrificadas tan villanamente por ese miserable Berletti sin que encuentre el condigno castigo. ¡Oh! Lo encontrará y tan tremendo como merecido.

Y al decir esto Sofía se irritaba demasiado, y Alberto creyó necesario interrumpir bruscamente los apasionados arranques de su esposa, hablándole de la quinta que había sido teatro donde se desarrollaran tan trágicas escenas á la vez que nido de sus primeros amores. Pero mayor fué aún la tristeza y desaliento de la virtuosa joven cuando supo que aquella quinta se había vendido.

—Hasta ahora confiaba en que no la compraría nadie, dijo saltándosele las lágrimas: ¿quién irá ahora á vivir en ella?

—¿Y si fuésemos nosotros?, le preguntó Alberto.

—¿Tienes ganas de bromas? ¿También tú me quieres enfadar?

—¿Y si te dijese que se la he comprado á tu padre para regalártela?

—¿De veras?, exclamó Sofía echándole los brazos al cuello.

Y para tomar posesión de ella, fueron á pasar su luna de miel á aquella quinta, prometiéndose volver todos los años en verano, siempre más felices y más enamorados uno de otro.

TRADUCIDO DEL ITALIANO POR M. ARANDA

¿De veras?, exclamó Sofía echándole los brazos al cuello

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS TRANVÍAS ELÉCTRICOS EN PARÍS

La *Compañía de tranvías de París y del departamento del Sena* ha adoptado los tranvías eléctricos que ya funcionan en la capital de Francia y acerca de los cuales vamos á exponer algunos datos.

El sistema escogido para los vehículos que hace algunos meses prestan servicio en la línea de la Magdalena á Saint-Denis, es el de acumuladores. Los coches son de 56 asientos, tienen imperial cubierto y poseen todas las comodidades de los tranvías ordinarios. La fig. 1 representa la delantera de un tranvía en la plaza de Clichy.

Fig. 1. Tranvía eléctrico en París. Vista tomada en la plaza de Clichy (de una fotografía instantánea)

Fig. 2. Diversos sistemas de acoplar los acumuladores y los motores según los regímenes de marcha

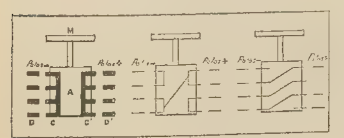


Fig. 3. Aparato para acoplar los acumuladores

Los tranvías eléctricos que funcionan por medio de canalizaciones subterráneas ó aéreas con las cuales están en comunicación durante todo el trayecto los coches en marcha habrían presentado en París grandes inconvenientes; por esto la citada compañía no ha vacilado en adoptar el sistema de acumuladores, que hace independiente al vehículo mientras anda.

La actual instalación puede dividirse desde el punto de vista eléctrico en tres partes: la estación central para la carga de los acumuladores, los motores que ponen en movimiento los vehículos y los aparatos que permiten el funcionamiento del sistema.

La estación central para la carga de acumuladores está establecida en Saint-Denis. Tres calderas que funcionan á la presión de 6 kilogramos por centímetro cuadrado surten de vapor á dos máquinas horizontales Lecouteux y Garnier, tipo Corliss, con condensador en tandem, que desarrollan una fuerza de 125 caballos á 75 vueltas por minuto. Estas máquinas obran sobre una transmisión intermediaria que pone en movimiento dos dinamos Desroziers de 60 kilowats (260 volts y 230 amperes) á la velocidad angular de 600 vueltas por minuto. Un apareamiento especial por medio de discos permite hacer funcionar una dinamo cualquiera por una de las dos máquinas motrices, quedando la otra en reposo. Al lado de estas dos máquinas horizontales hay una tercera del mismo tipo, pero que da 180 vueltas por minuto y que gobierna otra dinamo: esta máquina sirve de reserva en caso de accidente. Los cables de cada dinamo están reunidos en un mismo cuadro de distribución: cada circuito lleva un disyuntor, un interruptor, cortacircuitos fusibles y un amperémetro especial. De allí arrancan circuitos separados con amperémetros especiales para la carga de los acumuladores. Gracias á estas disposiciones puede conocerse á cada momento la potencia gastada para la carga de cada batería.

Los acumuladores empleados son del tipo Laurent-Cely, han sido construídos por la *Sociedad anónima para el trabajo eléctrico de los metales* en la fábrica de Saint-Ouen-les-Docks, y constan de once planchas de plomo de 200 milímetros por 200 milímetros, ó sea una superficie activa total de placas positivas de 40 centímetros cuadrados. Las dimensiones exteriores de cada acumulador son de 37 centímetros de altura por 37 de longitud y 23 de anchura. Al régimen normal la carga debe ser de 17'6 amperes y al régimen máximo de 35'2 amperes: en las mismas condiciones el régimen de descarga es de 26'4 y 52'8 amperes. La capacidad útil es de 264 amperes-hora al régimen normal y de 158 al régimen máximo. Los acumuladores están colocados en cajas de madera portátiles para facilitar la carga y descarga: cada caja contiene nueve acumuladores, y tres cajas forman una batería. Contactos exteriores permiten establecer la comunicación por simple presión. En cada coche hay cuatro baterías de tres cajas, ó sea $4 \times 3 \times 9 = 108$ elementos: estas baterías colocadas debajo de los asientos se introducen en el vehículo desde el exterior levantando las paredes de éste.

En cada tranvía hay adaptadas dos dinamos Manchester, bien de inducido Siemens, bien de inducido Gramme, excitadas en serie y que gobiernan por medio de engranajes las ruedas del vehículo. Los motores eléctricos toman 200 volts y 50 amperes á la velocidad angular de 130 vueltas por minuto: el engranaje reduce el nombre de vueltas á la dozava parte ó sea á 108 vueltas por minuto.

Veamos ahora cómo se efectúan las diversas marchas, lenta, rápida y media. En París los tranvías deben tener velocidades variables según el tránsito y además se les imponen máximos de 12 kilómetros por hora en París y de 16 fuera del recinto fortificado. Todas estas variaciones de velocidad se obtienen por medio de acoplamientos de acumuladores y de motores entre sí. Estos acoplamientos se efectúan lo más cómodamente posible por medio de conmutadores dispuestos á este efecto: el conductor no tiene más que darles vuelta en un sentido ú otro, indicando varios rótulos las maniobras que hay que hacer según los casos. Tres pares de acumuladores corresponden al desamarre, á la velocidad máxima y á la mínima. Para el desamarre, las cuatro baterías de 27 acumuladores están pareadas en cantidad como representa el esquema de la fig. 2, siendo entonces la diferencia de potencial útil de 25 volts; para la velocidad máxima hay dos baterías montadas en tensión y dos en cantidad, y finalmente, para la pequeña velocidad ó marcha ordinaria las cuatro baterías están pareadas en tensión. Para este último régimen los inductores y los inducidos de los motores están en tensión; los inducidos van pareados en intensidad y los inductores en tensión para los desamarres y para la velocidad máxima. También ha sido preciso prever el caso en que por una razón ú otra se inutilice, y para cuando esto sucede hay unos aparatos que permiten establecer circuitos cortos sobre el inductor y el inducido. Con el objeto de fijar completamente las ideas, damos en la fig. 3 el diagrama del aparato para acoplar los acumuladores: se compone de un tambor A movido por un manubrio exterior M y lleva contactos de cobre C y C' pareados, sea en cantidad, sea por 2 en tensión, 2 en cantidad, sea 4 en tensión, como representan los esquemas. Estos contactos de cobre se mueven delante de pilones D y D', á los cuales van á parar los extremos de los conductores de las diversas baterías de acumuladores: con una sencilla maniobra del manubrio se obtienen los acoplamientos necesarios.

Tales son las principales disposiciones adoptadas en los tranvías eléctricos de París. Añadamos únicamente que los vehículos van provistos de frenos Lemoine, que varios conmutadores permiten obtener la marcha hacia atrás y que se utilizan varios artificios para evitar que las rupturas de corrientes produzcan chispas demasiado fuertes.

J. LAFARGUE

FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA

POR MEDIO DEL OBTURADOR DE PLACA

Las fotografías de caballos que reproducimos han sido obtenidas por el vizconde Pontón d'Amecourt, que las ha remitido al periódico científico de donde las tomamos. Ese hábil fotógrafo aficionado tiene la suerte de contar con la cooperación de un jinete sin rival, el capitán J. B. Dumas, autor de *La equitación diagonal*, y si los instantáneos que ejecuta son intere-

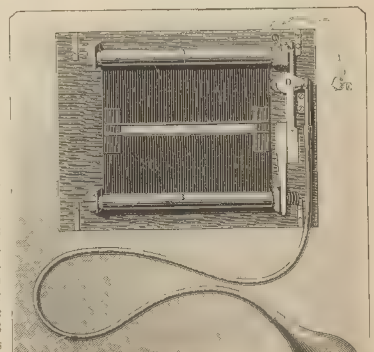


Fig. 1. Obturador de placa que sirve para obtener las fotografías reproducidas en la página siguiente

santes para el fotógrafo, quizás lo son más aún para el *sportsmen*, pues su perfección es tal, desde el punto de vista de los detalles, que se distingue el trabajo



Fig. 2. Salto de un caballo con su jinete á una altura de 1'45 metros (de una fotografía instantánea)

de los músculos en cada ejercicio que practica el caballo. La limpieza de las pruebas, que no han sido retocadas por el grabador y que reproducimos en su mismo tamaño, es poco menos que absoluta (figs. 2 y 3), á pesar de la velocidad del animal, que da un salto de 1'50 metros de altura, y del diminuto tamaño de la imagen. Las figuras 4 y 5 reproducen un ejercicio de alta escuela, ó sean los dos tiempos de la cabriola, ó salto y coz.

Para obtener estos resultados M. de Pontón d' Amecourt, después de haber ensayado otros muchos obturadores, ha escogido definitivamente el obturador de placa representado en la fig. 1: este aparato no se monta sobre el objetivo, sino que se coloca en la parte posterior de la cámara inmediatamente delante de la superficie sensible; desde hace algunos años ha sido aplicado á una cámara de mano de construcción alemana, y en Francia se presentó el año pasado á la *Sociedad de fotografía* un modelo análogo con el nombre de marco-obturador. El obturador de que se ha servido el autor de las pruebas que reproducimos se adapta á la parte posterior de la cámara y ha sido expresamente construído para él por M. Bellieni, de Nancy. Antes de discutir su valor creemos conveniente explicar la construcción de este aparato que, como puede verse en la fig. 1, se parece á una cortinilla de coche.

Consta de una cortina de tela delgada y que no deja paso á la luz, cuyos extremos van fijados en dos cilindros A y B: en su centro hay un corte F, de la misma longitud que la placa fotográfica y de una anchura variable según el tiempo de exposición que se desee. El cilindro B está movido por un resorte que se monta por medio de una llave y se suelta por medio de una palanca D, gobernada por un sistema neumático; una cuerdecita E, que se puede maniobrar desde el exterior, sirve para arrollar el cilindro A y tiene además por objeto detenerlo cuando llega al fin de su movimiento después que el corte F ha recorrido toda la longitud de la placa: la potencia del resorte es tal, que sin esta precaución la cortina resistiría muy poco tiempo y sería arrancado el cilindro en que está clavada. Con esta explicación se comprende fácilmente el funcionamiento del aparato; de aquí que no insistamos en dar más detalles.

Para obtener los resultados que ha conseguido M. Pontón se ha servido de un objetivo de 25 centímetros de foco, diafragmado al 1 6 ó al 1/8, es decir, que la abertura empleada era de unos 3 ó 4 centímetros. Dadas estas dimensiones, los obturadores montados en el objetivo resultan incómodos y sus efectos son siempre inferiores á los que produce el obturador de cortinilla de que nos ocupamos y gracias al cual para cada punto de la placa, en el momento en que pasa el corte F, el objetivo trabaja con toda su abertura: el producto es casi igual á la unidad y la duración de la acción total ó el tiempo de exposición depende de la longitud del corte y de la velocidad de la cortina. Si, por ejemplo, el referido corte tiene un milímetro de ancho y se mueve con una velocidad de un metro por segundo, la exposición será de 1/1000 de segundo; pero hay que tener en cuenta que esta exposición de una milésima de segundo se aplicará á cada milímetro longitudinal de placa, de modo que si ésta es de 10 centímetros de altura la exposición sólo habrá sido de una décima de segundo. Por este procedimiento se puede obtener cada punto de la imagen muy claro, pero no todos los puntos de ésta habrán sido impresionados en el mismo momento, es decir, que la imagen será deformada. Esto no ofrece inconveniente alguno en el caso que nos ocupa en que el movimiento de la hendidura del obturador se verifica con una gran velocidad con relación al tamaño de la imagen, velocidad que aún puede ser mayor según el resorte que se utilice; pero en la práctica, para los trabajos ordinarios de aficionados que exigen á menudo exposiciones menos rápidas, creemos que no sería conveniente utilizar este instrumento, pues entonces con pruebas muy limpias resultarían deformaciones de todo punto inadmisibles, como se demuestra por el siguiente ejemplo: supongamos que teniendo el obturador la velocidad que acabamos de indicar queremos fotografiar un buque con su mástil que pasa de través por delante del aparato y á una distancia tal que el mástil ocupa toda la altura de la placa, 9 × 12. Si la imagen



Fig. 3. Otro salto á una altura de 1'50 metros (de una fotografía instantánea)

se mueve en la placa fotográfica con una velocidad igual á la que emplea la hendidura del obturador para moverse desde abajo hasta arriba de la placa sensible, es decir, en el caso que hemos escogido, de una décima de segundo, la parte inferior del mástil quedará fotografiada en un lado de la placa y la punta en el rincón diagonalmente opuesto; lo cual si no perjudicará á la limpieza de la imagen, perjudicará sin duda á la verdad de la misma. Nuestra suposición es de un caso extremo: cierto que en la práctica la deformación será mucho menor y aun casi invisible en algunos casos, como los que nuestros grabados 2 á 5 reproducen, en los que el operador ha calculado hábilmente el tamaño de la imagen con relación á la velocidad de la cortinilla; pero de todos modos resulta, en sentir nuestro, que será preciso aplicar este aparato á casos especialísimos.

G. MARESCHAL

***

UNA ISLA QUE DESAPARECE

A los 43° 24' de latitud y 60° de longitud Oeste (de Greenwich), casi en la misma latitud en que está situado el gran banco de Terranova, y al Sur de Nueva Escocia, se encuentra la isla de Arena. Como esta isla constituye en aquellos parajes tan frecuentados un escollo temible, hace tiempo que hay en ella un faro. Al decir de la *Gaceta canadiense*, la isla de Arena está á punto de desaparecer y de pasar á la categoría de arrecife submarino, con lo cual aumentaría el peligro que para la navegación entraña. En efecto, no hace mucho tiempo tenía aún una longitud de 64 kilómetros y hoy apenas tiene la mitad. Desde 1880 se han construído allí tres faros: los dos primeros han sido destruídos por las olas y se han hundido en el mar; el tercero está en camino de sujrir la misma suerte pues se halla ya socavado.

(De *La Nature*)

***

UNA EXPLORACIÓN AÉREA DEL ÁFRICA

Los obstáculos sin cuento con que tropiezan los exploradores en el interior de Africa han dado lugar á muchos proyectos. Uno de los más curiosos y no de los menos interesantes es el que acaban de estudiar los viajeros franceses León Dex y Mauricio Dibos, quienes, reconociendo las dificultades que en un país ecuatorial ofrece el recorrerlo á pie por causa del clima y de los habitantes, preconizan la única vía abierta siempre, la vía aérea. Las grandes corrientes de aire que existen en la superficie del globo hacen realizable tan gran empresa á condición de construir un aerostato de estructura especial y de establecer y seguir un método de navegación basado en las épocas y en la regularidad de los alisios y contraalisios que existen en el litoral africano. A la investigación y demostración de estos problemas se consagran los señores Dex y Dibos.

Un aerostato puede recorrer 10.000 kilómetros: para que su viaje sea posible y práctico es preciso que las regiones que ha de atravesar tengan las condiciones siguientes: 1.°, vientos reinantes muy caracterizados que soplen durante uno ó dos meses; 2.°, una naturaleza del suelo ó de la vegetación que permita el fácil anclaje del aerostato; 3.°, condiciones climatológicas tales que el aerostato no esté expuesto á experimentar sobrecargas (de nieve, de escarcha, etcétera).



Fig. 4. La *pasada*, primer tiempo de la *cabriola* ó *salto* y *coz* (de una fotografía instantánea)

Las regiones tropicales presentan estas condiciones, y en el Africa septentrional un aerostato no tendría que atravesar más de 7.000 kilómetros.

Como los vientos que más á menudo soplan van desde las playas del Mediterráneo, del mar Rojo y



Fig. 5. Segundo tiempo de la *cabriola* (de una fotografía instantánea)

del Océano Indico hacia el interior, en estas direcciones deberían emprenderse preferentemente los viajes, aprovechando los aeronautas estas corrientes.

Entre los itinerarios trazados por los autores de este estudio, dos conciernen á las regiones sometidas á la influencia francesa; uno arrancaría del golfo de Gabés y utilizaría las corrientes que empujan hacia Ghadamés, el Ahaggar y el anillo del Niger para llegar á este río y remontarlo hasta el Senegal; el otro, partiendo del golfo de la Sirte, atravesaría el Tezán, el Air, la región del Tchad, llegaría al Niger el Say y terminaría en las costas del Marfil ó de Liberia. El primer viaje exigiría 20 días, el segundo 40.

Por muy quiméricos que parezcan á primera vista estos viajes, nada tienen de irrealizable, y es muy de desear que los Sres. Dex y Dibos puedan intentar el experimento.

(De la *Gazette Geographique*)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

LA ESPAÑA MODERNA. – Los dos últimos números de esta importante revista contienen notables artículos de Turguenef, Tolstoy, Ibsen, Verga, Daudet, Maupassant, Sully Prudhome, Caro, Sofía Gay, Laverde Amaya, Ricardo Palma, Flores, Barrantes, Fernández Duro, Castelar y Villegas. *La España Moderna* envía gratis un tomo de muestra á quien lo pida por escrito al administrador de la misma, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA. – El último número de esta importante revista contiene, entre otros notables estudios, *Los salvajes y el derecho político*, por Adolfo Posada; *El delito colectivo*, por doña Concepción Arenal; *El duelo*, por Tarde, y *La pena de muerte*, por Carnevale. Suscríbese á esta revista mensual, que cuesta 12 pesetas al año, en la Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

MANUAL DE GINECOLOGÍA OPERATORIA, por el *Dr. F. Vidal Solares*. – El justo renombre que ha adquirido en su larga práctica el Dr. Vidal Solares, y los títulos facultativos y honoríficos que posee son la mejor recomendación de este libro, en donde con claro y científico método se explican todas las operaciones quirúrgicas que con la ginecología se relacionan. La prensa profesional ha hecho grandes elogios de la obra del Sr. Vidal Solares, que consideramos indispensable á cuantos á aquella especialidad médica se dedican. El libro, ilustrado con profusión de grabados y elegantemente encuadernado, véndese en Barcelona en la librería de E. Puig, Plaza Nueva, 5, y en Madrid en la *Revista de Medicina y Cirugía práctica*, Pizarro, 13.

ODA EN HONOR DEL ILMO. Y RMO. FRAY ANTONIO ALCALDE. Oda escrita en latín por el Sr. Canónigo Doctoral de Guadalajara (México) Dr. D. Felipe de la Roca y traducida en verso castellano por el Lic. Agustín G. Navarro, en la que se ensalzan, con motivo del primer centenario de su muerte, los méritos y las virtudes de fray Antonio Alcalde, obispo que fué del Yucatán y benemérito de la patria y de la república. Ha sido impresa en Guadalajara en la imprenta y litografía de Ancira y hermano.

EL DERECHO DE VIUDEDAD ANTE EL CÓDIGO CIVIL Y LAS LEGISLACIONES FORALES EN SUS RELACIONES CON EL RÉGIMEN DOTAL Y LA COMUNIDAD DE BIENES FAMILIARES, por *D. León Bonel y Sánchez*. – Sobre este tema jurídico, tan interesante por muchos conceptos, pronunció el ilustrado magistrado de esta Audiencia D. León Bonel y Sánchez en la sesión inaugural que en 29 de octubre de este año celebró la Academia de Derecho de esta ciudad, de la que es dignísimo presidente, un hermoso discurso lleno de doctrina, profundamente pensado y gallardamente escrito, que ha sido impreso por la citada corporación y que no vacilamos en recomendar á los que por la ciencia jurídica se interesan.

HISTORIA NACIONAL, por *D. José Toribio Polo*. – En un folleto ha reunido el distinguido escritor peruano Sr. Polo los artículos que en *El Comercio*, de Lima, publicó haciendo la crítica del importante *Diccionario histórico biográfico del Perú*, por el general Mendiburu, al que tributa grandes elogios, y señalando algunas omisiones y errores del mismo. Es un trabajo de erudición concienzudamente hecho. El folleto ha sido impreso en Lima, en la imprenta de *El Comercio*, tercera cuadra de Ayacucho, núm. 44.

EL NATURALISMO EN EL TEATRO, por *Emilio Zola*. – Conocido el talento del famoso novelista francés y dado el interés de actualidad que tiene el tema de esta obra huelgan todos los elogios que pudiéramos hacer, así del asunto del libro, como del modo que lo desarrolla su autor; pudiendo asegurar que en nada desmerece el valioso mérito que encierra esta obra, comparada con cualquiera otra del mismo autor. Se vende en las principales librerías á tres pesetas.

WLANDINA LETZINSKA, por *D. Manuel Lorenzo d' Ayot*. – Interesante poema en prosa cuya acción se supone en España y en la Edad media. Forma el primer tomo de una biblioteca titulada *La reforma literaria*, fundada en esta ciudad por el autor de *Wlandina Letzinska*, y se vende al precio de dos reales.



EL GENERAL D. CARLOS EZETA, presidente de la República de El Salvador

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XI — BARCELONA 19 DE DICIEMBRE DE 1892 — Núm. 573

Con este número repartimos á nuestros suscriptores el tercero y último tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos á los más modernos,» profusamente ilustrada



MADONNA; cuadro de T. Grosse

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

Ya salió el Jurado de la Exposición internacional de Bellas Artes del gran apuro en que le pusieron las circunstancias. No entraré á detallar cuáles eran éstas; baste decir que hubo día en que el *senadoconsulto* artístico recibió cincuenta cartas de recomendación, algunas de altas personalidades. Ante tales acometidas se impuso la necesidad de conceder muchos premios, y ¡claro! á última hora la benevolencia batió sus alas sobre un ciento de individuos. *¡Tutti contenti!*

Por cierto que *La Vanguardia*, de Barcelona, al dar la lista de los artistas catalanes premiados, incluye á varios que no son hijos de la región que vió nacer á Fortuny y á Mercadé, como le sucede á mi amigo Ugarte, al cual le otorgaron una segunda medalla por su precioso lienzo *Las sardineras*. Ignacio Ugarte es natural de San Sebastián. No haría esta rectificación si no tuviera el pensamiento de llevar á cabo más adelante un estudio del medio artístico que se inicia en un buen número de localidades.

Realmente, Francia ha sido la nación más favorecida por la suerte. Obtuvo tres medallas de oro menos que España, habiendo presentado novecientas y pico de obras menos que nosotros y estando sesenta codos por debajo de Baviera en importancia artística. La proverbial galantería española se corrió un poco de la cuenta, y en cambio apenas si hizo algo más que justicia á la escuela de Munich. Pero, en fin, en *Verdades y mentiras* hablaremos un poco acerca de este particular, que tiene más interés de lo que aparece mirándolo á primera vista. Prosigo el estudio de la sección de escultura.

Cataluña, patria de la mayor parte de los escultores españoles, obtuvo una medalla de oro, dos de plata, tres de bronce y seis menciones honoríficas. No puede la región estar descontenta del éxito, aun cuando yo hubiera dado medallas á algunos que solamente obtuvieron menciones y éstas se las endosaría á ciertos que han conseguido medalla.

La obra escultórica premiada es tan heterogénea, que bien se adivina cómo el Jurado no se preocupó gran cosa – y hasta cierto punto hizo bien – de analizar la verdad que, dentro de lo psíquico, avalorarla pudiera; pues mientras á Fuxá, pongo por ejemplo, se le premia por una figura mística, á Alvarez (don Rodrigo) se le concede igual recompensa por su estatua seudo-clásica *Dafnis* y á Amutio por el grupo *Por la patria*. Es esta amplitud de criterio del Jurado un verdadero caso de eclecticismo, muy digno de ser tenido en cuenta para el estudio que del concepto del arte, en estos días dominante, pueda hacer alguien. Y yo, que he creído y sigo creyendo como necesario para la vida del arte en general el libre albedrío del sentimiento, expresado por el individuo, aplaudiría sin reservas ese eclecticismo, si resultara de un examen detenido, concienzudo, de la obra que claramente determinase una individualidad original y artística. Pero no ha sido así. Excepción hecha de uno ó dos escultores de los premiados, las recompensas se otorgaron al *modo de hacer*, con arreglo á las prácticas de las escuelas á que cada uno vive apegado como á la roca la lapa; pues descontando ahora lo del valor moral de esas obras, puedo afirmar que se vería en grave aprieto el más práctico para adjudicar á cada escultor su escultura, si éstas no llevasen al pie el nombre y el apellido de quien las hizo.

He aquí lo grave. La preocupación de la factura, de la regularidad y composición de los paños, de todo cuanto directamente atañe á la parte plástica, al tecnicismo del arte. Preocupación que alguna vez anula casi por entero los atrevimientos y energías de la idea. Y al debatirse la cuestión magna del realismo moderno y de la estática escuela seudo-clásica, veo cómo la preocupación constante es la de la forma y del medio técnico.

Cuanto sea producto, en el arte, de teorías de escuela, tendrá siempre el sello de la impersonalidad y de la falsedad. Dar vida á un sentimiento ó á una idea con arreglo á fórmulas establecidas, es mermar destellos á la inspiración, espontaneidad y frescura al pensamiento, verosimilitud á la obra. Esto le acontece al Sr. Alvarez en su *Dafnis*, estatua ejecutada con minuciosidad grande, dibujada con la vista fija en las obras escultóricas de un clasicismo más ó menos heleno. No es que yo rechace una estatua ó un cuadro porque estén inspirados en la contemplación de lo que Fidias y Alcamene hicieron; lo que rechazo, sí, es la imitación. Supongamos á un novelista del día escribiendo la prosa arcaica de Cervantes ó la afectada de Quevedo, y trazando el cuadro de las costumbres de los tiempos de Felipe III ó de Felipe IV; siempre estaría muy por debajo del autor de *Rinconete y Cortadillo* ó del de *El gran tacaño*, amén de abdicar de su personalidad. Y precisamente el arte lo que necesita son personalidades, y esas personalidades necesariamente tienen que ser hijas de su tiempo; no pueden serlo ni del pasado ni del futuro; cuando más, podrán adivinar ó presentir, como sucedió á Velázquez y á otros genios.

De este defecto adolecen, á mi ver, gran parte de los escultores españoles. Cuidan de un modo mortal de no separarse, bien de los cánones clásicos, bien de los exclusivismos del naturalismo francés; dándose aquí el raro fenómeno de que el naturalismo iniciado en nuestra escultura pertenece de hecho y de derecho al pictórico, al malaventurado pictórico de los *ruraliste* del otro lado de los Pirineos.

El retrato tiene representación grande en este certamen. El busto del pintor Domingo, obra de Mariano Benlliure, descuella entre todos los de la sección de escultura, como la obra genial descuella sobre la que es hija del estudio y de la meditación, de un modo avasallador, imponiéndose á la crítica y á cuantos distingos pueda establecer. Frente á este busto no cabe más que la admiración que causa la verdad sorprendida en su doble aspecto físico y moral. Domingo, el celebrado pintor de *Santa Clara* y de los *Titiriteros*, está de tal modo comprendido en este busto, que no dudo en afirmar cuán difícil sería intentar otro retrato del insigne artista, ni pictórico ni escultórico. Decíame *Fernanflor* una mañana que ambos contemplábamos la obra de Benlliure: «Éste no es el retrato de Domingo, Domingo es el retrato de este busto;» y como yo le mirase pidiéndole una explicación de tal juicio, que me parecía paradógico, prosiguió: «Digo eso, porque la expresión sorprendida en este busto es tan íntima y tan personal de Domingo, que solamente los que como yo le conocen de largo tiempo han logrado observarla alguna vez.»

De Trilles hay también un buen busto retrato en barro cocido, muy bien modelado, correcto de línea, hecho con facilidad suma y de carácter. Siguen á éste uno de Angel García, que representa al obispo de Oviedo; dos bustos en yeso (cabezas de niños) de González de la Pola; uno en barro de González del Valle, y cuatro en mármol, debidos al cincel de Marinas, muy bellos, especialmente el de la señorita R. C., delicadamente esculpido y digno del autor del grupo *Dos de mayo de* 1808. De Vidal hay también otro busto retrato, si frío de línea, de gran parecido, y de Gandarias dos, blandos y carnosos.

La escultura de *género*, propiamente dicha, alcanza importancia bastante en esta Exposición para dejarla de tener en cuenta. No sé si acusa decadencia este aspecto con el cual viene mostrándose el arte escultórico hace ya algunos años, como afirman varios críticos, ó si en realidad obedece á una evolución sin consecuencias. Las pequeñas estatuitas de Tanagra, como las de los mejores días del arte romano y griego, parecen indicarnos algo en favor de la afirmación primera. No entraré en disquisiciones de tal especie, á las cuales es ajeno el carácter de esta *Crónica;* no hago más que apuntar la idea y mencionar el número de esculturas que, del carácter apuntado, se muestran al examen en el palacio del Hipódromo.

De Alvarez Muñoz existe un grupo en yeso, *El barbero de aldea*, que recuerda bastante un cuadro del mismo género, conocido por el título de *El banco de la paciencia;* de Carbonell otro grupo en yeso, graciosamente dispuesto aun cuando un poco *manié ré*, que representa á una pastora que lleva en brazos un cabritillo, y á su lado, con la cabeza levantada y en actitud de balar, la madre; de la señorita Ginés dos grupos, uno en yeso y otro en barro cocido (este último mejor que el primero), que se titulan *Lucha por la existencia* (dos perros disputándose un hueso) y *Canto de victoria* (dos gallos, uno muerto y el otro puesto encima del vencido, lanzando al aire su «canto de victoria»), este grupo es el que yo califico de mejor; de González de la Pola un boceto, *Bromazo*, y de Marinas un grupo que su autor titula *Pescadores pescados*, dos niños de playa que se ven sujetos por los tentáculos de un pulpo. Viénese á la memoria al mirar este grupo, admirablemente modelado y muy movido, el recuerdo de otro, *¡Al agua!*, deliciosa obra del genial Benlliure. De Tavera vi la estatuita exhibida en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1891, *C' est mi;* acompáñanle dos cabecitas en bronce, una de niño riendo y otra de pescador viejo, ambas modeladas con proligidad suma, y muy bien caracterizadas. De Suggang y Cannelo una estatua que representa á un chicuelo mendigo en el acto de pedir una limosna. De Alcoverro el grupo *Un dúo*, que figuró en la mencionada Exposición de Barcelona, y una estatuita (barro cocido) que se titula *Camino del Pardo:* el motivo es un pintor apoyado contra un guardacantón, apurando una colilla y con la caja de los colores en la mano; está modelada graciosamente y bien movida. De Theus Asin otra estatua pequeña en yeso; un niño vestido de *pierrot*, que se asusta porque mira á sus pies una lagartija: la obra lleva por título *Un susto*. Además de estas esculturas de género, cuéntanse las ya apuntadas de Vallmitjana y de Campeny.

Con su poquito de *filosofía* exhiben también obras Pastor, Valsero y Clarassó. *Capullo tronchado*, del segundo, y *Revelación*, del primero, pueden ser el principio y el fin de una «historia vulgar,» que diría Castro y Serrano. Con un poco de buena voluntad, en estas dos estatuas se adivina todo un drama, cuyo factor primordial es el amor. Algunas obras inspiró este sentimiento tan humano á varios artistas que al actual certamen concurren; pero por una casualidad, por una de esas combinaciones del acaso, en las esculturas de Valsero y de Clarassó el amor se nos presenta con un aspecto verdaderamente dramático. *Revelación* significa la chispa pasional que hiere el corazón de la jovencilla, y de cuya emoción no se da cuenta hasta que observa el arrullo de dos palomas: en ese instante se hace la luz (como yo esta frasecita) en la razón de la doncella; la chispa se convierte en hoguera (creo que me paso al campo de los románticos cursis) y la hoguera transforma á la doncella en amante. *Capullo tronchado* es el final del incendio. Roto el encanto amoroso, apagada la hoguera susodicha, olvidada, yace la bella tendida en tierra, dolorida el alma, perdida la honra, negro el porvenir, señalada por el dedo de Galeoto.

No dejaré la pluma sin apuntar en este artículo otras dos obras de escultura que el amor inspiró. *Canto de amor* se titula un grupito en bronce de Amutio. Cuando miro esta obrita (que tiene detalles muy bellos) me figuro que por divina permisión veo cómo mis abuelos se arrullaban con las notas de cualquier romanza en tono de *ut*, debida á alguno de los maestros italianos más en boga, allá por los años de 1800. Mi abuela la representa Amutio con el talle debajo de los brazos, y dos deditos más arriba el descote; á mi abuelo, de casacón, luciendo su gran peluca y las estiradas medias. Benlliure, que es el otro escultor á quien la pasión amorosa inflamó hasta el punto de obligarle á empuñar el cincel para eternizarle en el mármol, exhibe un bajo relieve, admirable de factura y de exquisito buen gusto. Este bajo relieve se titula... *Canto de amor*. ¡Oh! Aquellas dos figuritas clásicas, una sentada y otra de pie (ambas femeninas), teniendo la sedente una lira, y la segunda tocando las *tibias*, la bucólica flauta de Pan, son un encanto, una maravilla; parecen arrancadas del taller de uno de aquellos escultores sublimes, los cuales borraron con su arte las negruras de la historia de la ciudad de los treinta tiranos ó las de la ciudad Eterna.

R. BALSA DE LA VEGA

Madrid, 14 de diciembre de 1892

EL TRÍPTICO

TRADICIÓN TOLEDANA

I

En los últimos años del reinado de Carlos III existía en la antigua corte imperial una estrecha y empinada callejuela inmediata al Alcázar, y en ella una tiendecilla conocida entre las gentes del barrio con el gráfico nombre de la *Cueva del judío*. Difícil hubiera sido el clasificar con certeza el género de comercio á que se dedicaba su dueño por la inspección de las mercaderías que en envuelta confusión se albergaban en los desportillados estantes ó se amontonaban en los obscuros rincones del mezquino zaquizamí destinado al público. Ropas usadas, hierros viejos, toneles de diversos líquidos, sacos de cereales, rollos de cuerdas, alpargatas, velas de sebo, zapatos, albardas y hasta un buen número de armas de diversas épocas; de todo se veía en la tienda en cuyo fondo y haciendo frente á los seis escalones que facilitaban la bajada desde la calle hallábase el mostrador, especie de fortísima mesa de nogal, y tras ella, sentado en viejo sitial de churrigueresca talla, despojo de alguna linajuda morada, encontraban los parroquianos al propietario de aquel extraño bazar. Era aquél

un vejecillo nervioso y apergaminado cuya mirada fisgona y sarcástica y aguileña nariz de regular tamaño parecían dar la razón al vulgo, que le designaba con el mote de *judío*, haciendo caso omiso de que su verdadero nombre era Zacarías González, natural y vecino de Toledo é hijo de padres cristianos ó al menos tenidos como tales.

Sin duda contribuía á la fama de israelita del viejo mercader la creencia que abrigaban todos los toledanos de que poseía una cantidad considerable de numerario, que estaba dispuesto á prestar á quienquier que con buenas prendas ó valiosas hipotecas se resignara á satisfacerle el módico interés del cinco por ciento mensual.

Cierta noche de fines del mes de enero encontrábase Zacarías ocupado, según costumbre, en hacer números y más números en un librote de tapas de pergamino. Pocos instantes faltaban ya para que las campanas de los templos cercanos anunciaran que era llegado el momento de orar por los difuntos, cuando acentuado rumor de pasos distrajo al anciano que, dejando la pluma y arrebujándose en el grueso capote pardo que le defendía del frío, fijó sus ojos grises en la puerta de la cueva, en donde se presentó la figura de un joven, vestido con una modesta chupa de paño negro tan viejo y deslustrado como el de los calzones y la holgada capa que pendía de sus hombros. El incógnito personaje bajó los seis escalones y cruzando la tienda se acercó al mostrador, permitiendo á Zacarías distinguir, á la luz del velón que iluminaba la estancia, un rostro juvenil de correctas facciones, recuadradas por una barba rubia que armonizaba con grandes ojos azules, dulces y expresivos. El mancebo saludó llevando la mano á su sombrero de anchas alas y dijo al tendero con mal seguro acento:

– Dios guarde á usted. ¿Le convendría comprar un objeto precioso?



Fernando de Lesseps

– Según y conforme, respondió Zacarías. ¿Qué es?

– Esto.

Y al propio tiempo el vendedor puso sobre la mesa una cajita de cartón, de la que el viejo extrajo un tríptico de primorosa orfebrería del siglo XIV. Calóse el mercader las antiparras y fijó su mirada de ave de rapiña en las escenas de la Pasión, que se albergaban bajo elegantes arquitos conopiales en el centro y en las portezuelas del diminuto tríptico; pero instantáneamente frunció el entrecejo, contrájose su boca y un relámpago fugaz brilló en sus ojos. Contúvose, sin embargo, y con aire indiferente preguntó:

– Y ¿cuánto quieren por esto?

– Pesa siete onzas. Es de oro y me parece que el trabajo bien vale otras tantas.

– Mucho dinero es, amigo mío... Las hechuras no tienen valor; pero en fin, yo por ser cosa antigua..., y aquí se detuvo el viejo zorro como si no advirtiera la ansiedad del desconocido pendiente de sus labios, daría, daría... si tiene el peso que se dice, siete onzas y media... y está muy bien pagado.

– Es poco, Sr. González. Si yo pudiera ir á Madrid estoy seguro de que me darían las catorce onzas; pero... no puedo, me encuentro en un gran apuro y necesito por lo menos doscientos pesos: es lo último, y si no conviene...

– Bueno, bueno, no hay que precipitarse, joven. Le daré á usted sus doscientos pesos, dijo el usurero cesando repentinamente en el regateo cual si una nueva idea brotara en su imaginación. Voy á mandar á mi criada para que venga en seguida el maestro Lorenzo el platero, y si reconoce que es oro de buena ley trato concluído.

Y levantándose penetró en la trastienda, de donde salió al poco rato una vieja de aspecto miserable, que lanzando al mozo una mirada aviesa salió á la calle, perdiéndose en la obscuridad.

Transcurrió un cuarto de hora durante el cual Zacarías parecía absorto en reconocer cuidadosamente el tríptico, en tanto que el joven, viendo que el viejo no le dirigía la palabra, sentóse sobre un cajón adoptando una actitud meditabunda, de la que no salió sino al ver aparecer en la puerta á la vieja que, bajando los escalones con cuanta rapidez le permitían sus años, dijo al mercader cambiando con él una rápida mirada de inteligencia:



MAXIMILIANO DE ALEMANIA PIDIENDO SU MANO DE ESPOSA Á LA PRINCESA MARÍA DE BORGOÑA, cuadro de León Reiffenstein

– Señor, ya viene el maestro Lorenzo.

Oyóse ruido de pisadas en la calle; el joven se puso en pie y Zacarías dejó el mostrador, avanzando hacia la puerta á tiempo que un grupo de corchetes vistiendo el característico traje de los alguaciles de la época apareció en la penumbra.

– Pasen sus mercedes, dijo Zacarías, y señalando al propietario del tríptico, sorprendido á la vista de los representantes del corregidor, añadió: Este es el ladrón que ha venido á proponerme la venta del tríptico que hace un mes robaron del Tesoro de la catedral.

– ¡Yo ladrón!, gritó el joven en cuya noble fisonomía se pintó la indignación. ¡Miserable, canalla! ¿Sabes lo que te dices? Y rápido como una exhalación se precipitó hacia Zacarías con los puños cerrados, pero éste esquivó el golpe saltando por encima del mostrador, dando así tiempo á que los corchetes, como una jauría furiosa, se arrojaran sobre el infeliz mancebo, que á pesar de sus rudas sacudidas concluyó por ser derribado y sujeto con varios cordeles.

– ¡Señores, por piedad, balbuceó el joven, les juro por Jesús Sacramentado que soy inocente!

– Bueno, bueno, dijo sarcásticamente el viejo; eso ya lo averiguará el señor corregidor.

II

A más de la fama de recto y justiciero que el pueblo de Toledo se complacía en tributar á su corregidor D. Francisco Collado, era éste el hombre más bondadoso y cortés que en muchos años había gobernado la ciudad imperial. Creyente sincero, procuraba ajustar todos sus actos á la más estricta moral cristiana, de tal suerte que sin escatimar el justo castigo al delincuente le consideraba al propio tiempo como un desgraciado digno de la mayor conmiseración. Tal era el personaje ante quien los corchetes condujeron al presunto ladrón del tríptico de la catedral.

D. Francisco hizo una seña á los alguaciles y éstos se retiraron dejando al reo en presencia del juez. Reinó un silencio de algunos instantes, durante el cual sólo el rasguear de una pluma sobre el papel hizo notar la presencia de un hombre de edad madura que escribía en un extremo de la gran mesa cubierta de bayeta negra, tras de la cual se hallaba sentado el corregidor en su antiguo sillón de guadamecil de Córdoba, semejante á otros varios diseminados por la cámara, adornada tan sólo con algunos lienzos religiosos y varias taquillas conteniendo papeles:

El joven alzó la vista, y á la luz que proyectaba un velón monumental de bronce miró con timidez á D. Francisco, que le dijo con reposado tono:

– Pocos años tenéis; pero, según parece, bien empleados en buscar vuestra perdición temporal y eterna.

– Señor, soy inocente de todo cuanto pueda infamar mi pobre pero honrado linaje. Se lo juro á su señoría por lo más sagrado.

El corregidor, acostumbrado á tales protestas, frunció la boca en ademán dubitativo, y haciendo seña de inteligencia al personaje que escribía preguntó:

– ¿Quién sois?

– Si vuestra señoría me lo permite, respondió el joven, yo le referiré de una vez todo cuanto puedo decir sobre este asunto desgraciado, en el que el primer sorprendido soy yo.

– Hablad cuanto gustéis.

– Pues bien: me llamo Agustín Romero, natural de esta ciudad, y era hasta hace un mes estudiante de filosofía en la Universidad de Alcalá; mi familia se reducía á mi hermana Fermina y á mi anciano padre, mercader ambulante de paños, con cuya industria se sostenía modestamente ahorrando además una pequeña suma, con la que atendía á mis estudios. Hará medio año, encontrándose mi progenitor en Valencia, decidió embarcarse para Alicante á fin de seguir su viaje hasta Alcoy y hacer allí algunas compras que requería su comercio. Durante cuatro meses nada supimos de la balandra que le conducía, y ya le llorábamos como víctima de un siniestro, cuando un Padre trinitario nos trajo una carta suya, fechada en Túnez, en la que manifestaba ser esclavo de un musulmán, ¡pobre padre mío!, á quien le habían vendido los piratas que apresaron su barca frente á las playas de Benidorm. La carta añadía que su rescate estaba fijado en catorce onzas de oro y que si podíamos reunir tal suma ó algo menos los trinitarios se encargarían de completarla y rescatarle, devolviéndole á su querida patria. Hace una semana recibí yo esta carta en Alcalá y en seguida me vine con ella á Toledo á comunicar tales nuevas á mi hermana, que reside en la plaza del Tránsito en compañía de Mariana, su ama de leche. Una vez reunidos deliberamos sobre el caso, y con dolor reconocimos que nuestra situación era tristísima, pues durante la ausencia de mi padre se habían agotado todos nuestros recursos y ni aun vendiendo todo el mobiliario podíamos reunir la suma indicada. Acudí al Superior de los trinitarios, y éste me dijo que la orden podía satisfacer algo de la cantidad á que asciende el rescate, pero que le era imposible hacerlo del total por cuanto eran muchos los cautivos, pocas las limosnas y antes que á mi antecesor había que redimir á infelices que llevaban largos años de esclavitud. Recomendóme la paciencia y la esperanza, pues tal vez más adelante podría hacer más en favor nuestro. Pero ¿cómo esperar, señor corregidor? ¿Cómo dejar transcurrir el tiempo cuando mi padre, infeliz con sus años y sus achaques, estará padeciendo horroroso martirio lejos de su patria y de sus hijos?

– Vamos, comprendo lo que sigue, interrumpió D. Francisco, que escuchaba atentamente el relato. Abusando de vuestro apuro, que ciertamente era grande, algún desalmado, que nunca falta en tales casos, os propuso tomar parte en el robo de la catedral...

– No, señor; mi honra está limpia de tal infamia.

– ¡Pues entonces, ese tríptico!..

– A eso voy. Viendo Mariana, el ama de mi hermana, nuestros apuros, nos dijo poseer un preciado recuerdo de su familia cuyo valor jamás había inquirido, pero que tal vez pudiera poporcionarnos parte de la cantidad que anhelábamos, y sacando de un viejo arcón el tríptico causa de mi desventura me lo entregó. A pesar de mi escasa inteligencia en la materia, comprendí que el objeto era pieza de valor, pues su peso sólo representaba una parte muy principal de la suma que necesitábamos. Sin embargo, Dios ha dispuesto en sus misteriosos acuerdos que toda la alegría que nos causó aquel auxilio inesperado, y le llamo así, pues Mariana jamás había hablado del tríptico, se trocara en desesperación y vergüenza, y heme aquí acusado de ser un miserable ladrón.

A pesar del acento de sinceridad del joven, resultaba tan inverosímil la procedencia del tríptico, robado poco antes del Tesoro de la catedral, que don Francisco, después de meditar un momento, dijo:

– Joven, todo eso que habéis relatado será preciso probarlo, y para esta y otras diligencias importantes habréis de quedar preso por ahora.

– Señor corregidor, juro á usted que soy inocente, exclamó Agustín, pero comprendo que las apariencias engañan.

– Si no sois un ladrón, hijo mío, medio habrá de probarlo; entretanto vais á ser conducido á la cárcel de la villa, en la que ordenaré se os atienda cuanto es posible en tan triste lugar.

El desgraciado bajó la cabeza, ocultando el rostro entre las manos, mientras dos alguaciles acudían diligentes al sonido de la campanilla de plata que agitó el corregidor, incautándose de Romero para conducirle á su encierro.

III

En vez de resplandecer la inocencia del protagonista de nuestra historia, las actuaciones sucesivas, encomendadas á un hábil escribano, demostraron de un modo casi indudable que Agustín, si no era el ladrón del tríptico, pues no se hallaba en Toledo en la época de la comisión del delito, por lo menos era cómplice y encubridor de los que tal fechoría habían llevado á cabo. Las declaraciones de Mariana, de importancia suma en el asunto, se limitaron á asegurar que la joya era un regalo de su abuelo, famoso artífice granadino, y que jamás había hablado del preciado objeto, temerosa de que un sobrino, sujeto de malos antecedentes, se apoderase de él, como había hecho con otras cosas de menos valía. Por desgracia, nada de esto fué comprobado, pues el donante había muerto muchos años antes en su patria sin dejar parientes, y cuando el corregidor apremió á la anciana buscando la verdad, la infeliz, turbada y confusa de verse en aquel trance, no hizo más que divagar y contradecirse en tales términos que dió lugar á dudas acerca del estado de sus facultades mentales. En cambio, el eclesiástico encargado de la custodia del Tesoro de la catedral y todos los clérigos y dependientes de la misma afirmaron unánimemente y sin vacilar que el tríptico era realmente el que había sido robado del sagrado depósito.

Con tales antecedentes no extrañarán nuestros lectores que Agustín, á pesar de sus enérgicas negativas y de la fama de honradez de que siempre había gozado, fuese considerado como reo del delito de robo sacrílego, y que siguiendo los procedimientos de aquellos tiempos se acordara darle tormento para obtener la confesión del crimen y descubrir los cómplices.

Antes, sin embargo, de recurrir á tan doloroso extremo, el corregidor, llevado de su bondadoso carácter, quiso intentar en una última entrevista el que el reo confesara buenamente lo que más tarde tendría que revelar en las angustias del terrible potro. Para este objeto fué de nuevo conducido Agustín á aquella misma cámara donde tuvo lugar la escena que hemos referido anteriormente.

– Vamos, Romero, le dijo D. Francisco Collado, no os empeñéis en ese relato inverosímil y tened presente que si de buen grado no reveláis cuanto deseamos saber, á la fuerza tendréis que decir la verdad. Sois joven, no parecéis de gran robustez y si tenemos que aplicaros el tormento tal vez quedéis inútil para el resto de vuestra vida.

Intensa palidez indicó la profunda emoción del desgraciado joven, que en vano trató de decir algunas palabras, que no acertó á pronunciar, dejando oir tan sólo un sonido ronco é inarticulado.

– Señor, no puedo decir lo que no sé.

Quedóse el corregidor como asombrado de la firmeza y disimulo del criminal, y extendiendo la mano tomó la campanilla de plata que campeaba en la escribanía y dijo:

– Oídme bien: al sonido de esta campanilla vuestra suerte será irremediable y vuestra desgracia cierta. ¿Persistís en negarlo todo?

– Por Dios, trino y uno y por la salvación de mi alma juro, señor corregidor, que soy inocente. Nada sé y sólo pido á la Virgen de las Angustias me conceda el favor de morir en el tormento para no vivir deshonrado por tan afrentoso castigo.

– Sea, puesto que así lo queréis, murmuró don Francisco, y el argentino sonido de la campanilla se hizo oir durante algunos segundos.

Al oirlo Agustín se puso trémulo, y angustiosos gemidos se escaparon de su pecho. Su situación no podía ser más desesperada: el tormento con toda su horrible crueldad le aguardaba para torturarle, y no cabía esperanza alguna de evitar el terrible trance.

Entraron dos hombres de siniestra catadura que se colocaron á ambos lados del joven por cuyas pálidas mejillas corrían abundantes lágrimas. El corregidor separó el rostro con disgusto é hizo una seña á los ayudantes del verdugo. Uno de ellos cogió de un brazo al reo diciéndole con aspereza:

– Vaya, en marcha.

Romero cerró los ojos y sus labios se agitaron convulsos como si de ellos se escapase ferviente plegaria, mientras los tétricos esbirros le empujaban hacia la puerta de la cámara.

En el mismo instante oyóse rumor de pasos, y la venerable figura de un capuchino, de blanca barba y enérgica mirada, se interpuso entre el reo y sus acompañantes.

– ¡Un momento en nombre de Dios!, exclamó el fraile alzando ambas manos como si quisiera detener á los que salían.

– Padre Salvador, ¿qué es esto?, dijo Collado poniéndose en pie con marcada extrañeza.

– Este hombre es inocente, el autor del robo sacrílego se halla ya ante el Supremo Juez que ha de juzgarnos á todos.

El asombro se pintó en todos los semblantes, y Agustín hubiera caído al suelo sin el apoyo que buscó en el hombro de uno de sus guardianes.

– Explicaos, Padre, dijo el corregidor.

– Un moribundo, cuyo nombre no hace al caso, aunque pudiera revelarlo, pues para ello me autorizó si necesario fuese, me ha entregado para el señor corregidor de Toledo este objeto. Y al propio tiempo el religioso sacó de su amplia manga un tríptico idéntico al que Agustín pretendió vender al viejo Zacarías.

– Ese tríptico es el mío, dijo Romero adelantándose hacia la mesa.

– No, hijo mío, replicó el Padre Salvador; el tuyo, que es indudablemente una copia, sólo tiene una fuerte capa de oro, según reconoció el ojo experto del autor de la sustracción del auténtico, construído con purísimo oro mejicano.

– Además que el vuestro se halla bien guardado en mi poder, añadió el corregidor.

– No entiendo entonces, balbuceó Agustín.

– Pues no es difícil, hijo mío, replicó el fraile. Por hoy no puedo decir sino que el ladrón, entre otras muchas restituciones y encargos, me ha encomendado el rescate del cautivo de Túnez, para lo cual dispongo de una cantidad más que suficiente.

– Hijo mío, dijo entonces el corregidor al joven que, mudo de asombro, no acertaba á decir una palabra; voy á apresurar el momento de vuestra libertad, y quiera Dios tras esta terrible prueba concederos la felicidad como justa recompensa á vuestra inocencia y á vuestra piedad filial.

Y luego, acercándose al Padre Salvador, añadió en tono ligeramente jocoso:

– ¡Buen pájaro de cuenta estaba el Sr. González!..

. . . .

Al día siguiente el cadáver del viejo usurero fué trasladado al campo santo. Tras la negra caja el Padre Salvador y Agustín caminaban con silencioso re-



Banda militar mexicana dirigida por el capitán Payán que concurrió á las fiestas celebradas en Madrid con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América
(Fotografía del Sr. Company)



Banda de Ingenieros dirigida por el Sr. Juarranz que obtuvo el primer premio del certamen de bandas militares celebrado con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América (Fotografía del Sr. Company)

cogimiento. La víctima de la última acción inicua de Zacarías González fué la única persona que respondió á las preces del fraile ante la abierta fosa, demostrando de esta suerte que sabía practicar una de las más sublimes máximas del Evangelio: *El perdón de los enemigos.*

A. Danvila Jaldero

SECCIÓN AMERICANA

EL BARÓN

POR EDGARDO POE

Pestes eram vivus,
moriens tua mors esse.
(Martín Lutero)

I

El odio y la mala voluntad que se tenían las familias de Berlifitzing y de Metzengestein contaba siglos de fecha y se había transmitido de padres á hijos con rigurosa puntualidad, sin sufrir ninguna interrupción en el transcurso de muchas generaciones; como que jamás se vió, antes ni después del suceso que voy á narrar, inquina más arraigada y profunda entre dos casas tan ilustres y poderosas. Ni tampoco faltaban las profecías á esta tradicional malevolencia; pues según rezaba una muy antigua, «caería de una manera terrible y desaparecería para siempre un nombre grande y famoso cuando, del propio modo que el jinete sobre su caballo, la mortalidad de Metzengestein triunfara de la inmortalidad de Berlifitzing.»

Bien es cierto que no resultaba claro ni mucho menos el sentido de la profecía; pero también lo es que de discursos más obscuros é ininteligibles se han sacado (y para demostrarlo no es menester remontarse mucho) consecuencias por todo extremo trascendentales, y acaso y sin acaso más graves y temerosas que las que, andando el tiempo, resultaron de las palabras del profeta húngaro; y ahora encaja decir que así los estados del uno como los del otro de ambos magnates rivales radicaban en Hungría, del propio modo que sus poseedores. Los cuales por haber ejercido largos años omnímoda influencia en los destinos de su patria; por haber sido siempre opuestos sus bandos é intereses; por haber vivido cerca unos de otros á causa de ser vecinos sus castillos y lindantes sus tierras, y estar en toda ocasión vigilándose mutuamente con los ojos fijos los Berlifitzing en los Metzengestein, y disputándose cada día por cuestiones de límites y fronteras que provocaban los vasallos y colonos respectivos, y finalmente porque la ostentación aparatosa y casi regia de los Metzengestein, más ricos y de más antiguo abolengo que los Berlifitzing, no podían ser ni eran tampoco muy ocasionadas á sosegar la irritabilidad extraordinaria de los Berlifitzing, se odiaban de muerte. Basta con estas explicaciones para que á pesar de la nebulosidad de la profecía no cause maravilla el ver que sus conceptos no se desmintieran nunca, desde el principio hasta el fin, sosteniendo encendida la discordia entre ambas familias y predispuestas siempre á todos los excesos; y como las palabras del profeta parecían implicar una señaladísima victoria final de la una sobre la otra casa, naturalmente habían de ser causa de mayores preocupaciones á los individuos de la familia menos rica y poderosa y cuya influencia fuese menor en el país, llenándolos de amargura y de odio contra los de la más fuerte y opulenta.

El conde de Berlifitzing, á pesar de hallarse en posesión de una de las ejecutorias más indescifrables al mejor paleógrafo por razón de su antigüedad, ó lo que es lo mismo, á pesar de su origen esclarecido, apenas si era otra cosa en el momento de comenzar nuestra relación sino un pobre viejo valetudinario, animado de la misma desatentada enemiga contra los Metzengestein que todos sus antepasados, y de una tan invencible pasión por los caballos y la caza, que ni los achaques, ni la flaqueza propia de los años, ni cosa ninguna de cuantas podían ser eficaces á contenerlo, ciertamente que no lo era para impedirle que aborreciese de muerte á sus contrarios ni á que dejara pasar un solo día sin ocuparse algunas horas en tan peligroso ejercicio.

En cambio, el barón Federico de Metzengestein apenas si era mayor de edad; y como sus padres murieron jóvenes aún, se halló á la de diez y ocho años en la plenitud del ejercicio de todos los derechos, inmunidades, prerrogativas y privilegios señoriales.

Cierto es que la edad de diez y ocho años no significa mucho en un mancebo de los que pueblan las ciudades; pero bien será convenir en que ese mismo período de tiempo vivido en la soledad, y en soledad tan espléndida y apacible como lo era la del castillo y estados de Metzengestein, donde hasta la péndola del reloj parecía moverse de una manera más solemne y majestuosa que allí donde todo ruido y agitación tiene su asiento, representa y es en realidad mucho más.

En posesión, pues, del patrimonio de sus mayores al fallecimiento de su padre, se halló ser el barón á tan temprana edad el magnate más poderoso acaso del reino de Hungría. Sus castillos eran innumerables y magníficos; pero el mejor de todos, el de Metzengestein; y aunque los límites de sus dilatados dominios no estaban deslindados con exactitud topográfica, podía muy bien asegurarse que la extensión del parque principal sería de hasta cincuenta kilómetros cuadrados.

El advenimiento de un propietario tan joven y de las condiciones de carácter del barón al ejercicio de la soberanía señorial y al usufructo de las pingües rentas anejas á ella en la casa de los Metzengestein, causó cierta inquietud en los habitantes de muchas leguas á la redonda; pero las inquietudes y recelos vagos de sus vecinos se tornaron en triste realidad cuando, á poco de haber heredado Federico, sus vergonzosas orgías, sus perfidias y sus inauditas maldades hicieron comprender á todos y más principalmente á sus tímidos y acongojados vasallos que nada sería eficaz, ni la sumisión servil de su parte, ni el temor de Dios de parte del barón, á protegerlos de los desmanes y perversidades de aquel Calígula incipiente.

II

Así las cosas, viéronse sorprendidos del fuego una noche los lacayos y palafreneros del castillo de Berlifitzing. El incendio comenzó en las caballerizas; pero con tanta violencia, que desde los primeros momentos comprendieron todos la imposibilidad en que se hallaban de dominar su estrago. En efecto, de allí á poco el castillo de Berlifitzing apareció iluminado de las llamas que le rodeaban por los cuatro ángulos, destacándose los detalles de su arquitectura sobre el fondo negro del cielo á la luz rojiza del incendio. Pero en el mismo punto que lo vieron arder, cuantos fueron testigos del suceso y después cuantos tuvieron noticia de él, franca ó embozadamente, lo atribuyeron á las artes del barón, añadiendo la opinión pública el crimen de incendiario al ya largo catálogo de los que le achacaba.

Entretanto y mientras el tumulto producido por el incendio del castillo de los Berlifitzing crecía y cundía por aquellos contornos poniendo en alarma también á la numerosa servidumbre del de Metzengestein, hallábase Federico aparentemente abismado en profundas meditaciones en una cámara solitaria del piso principal de su palacio. Apoyada la barba en una mano y el codo en una mesa cubierta de rico tapete y sentado en una silla de respaldo prominente, paseaba el barón la mirada distraída por las figuras de un enorme tapiz, descolorido del tiempo, que pendía del lienzo de pared frontero á su asiento. Había reunido el artista en aquella obra maestra las figuras bizarras, fantásticas ó majestuosas de los antepasados del barón. veíanse sacerdotes vestidos de armiño y dignatarios de la corte pontificia rodeando el solio de un Papa y oponiéndose acaso con su *veto* á los caprichos de un príncipe temporal ó con el *fiat* de la supremacía religiosa á las invasiones del Gran enemigo, príncipe de las tinieblas, y figuras tétricas y gigantescas de otros señores de Metzengestein, armados de punta en blanco, montados en sendos caballos, cubiertos también de hierro y marchando por sobre cadáveres de vencidos, y todo esto alternado de graciosos grupos de mujeres blancas como cisnes, hermosas y esbeltas, que parecían flotar en el ambiente, danzando asidas de las manos á los acordes de melodías imaginarias.

Y es el caso que mientras iba subiendo de punto el tumulto producido por el incendio del castillo de Berlifitzing, y que quizás meditaba el barón alguna nueva y más audaz iniquidad, se fijaron sus ojos en la figura de un caballo enorme de los que campeaban en el tapiz, de color desconocido en la naturaleza, que parecía pertenecer á uno de los antepasados sarracenos de la familia de su rival. Este caballo estaba en primer término entre las figuras principales del cuadro, y el artista lo había representado inmóvil, y un poco detrás de él á su jinete, caído en tierra y muriendo á manos de un Metzengestein.

Federico sonrió con diabólica malicia cuando cayó en la cuenta del objeto en que se fijaban sus ojos involuntariamente, y aunque mirando aquel caballo fantástico comenzó á sentir una manera de ansiedad terrible que difundía en todo su ser el frío de la muerte, no apartó la vista de él. Le parecía soñar; y como al propio tiempo tenía la evidencia de ser realidad lo que creía ver soñando, el choque de ambas contrarias sensaciones lo anonadaba, quitándole la facultad de arrancarse por sí mismo al arrobamiento que le producía la contemplación de aquel tapiz. Pero subió tanto de punto el tumulto exterior y fué tanta su violencia, que al fin hizo un esfuerzo, apartó la vista del cuadro y la fijó en el resplandor que arrojaba el incendio del castillo de Berlifitzing, y que al penetrar por las vidrieras de su cámara en ondas rojizas parecía comunicar vida y movimiento á las figuras del tejido. Poco duró su distracción, volviendo al cabo de algunos instantes á concentrarse y abstraerse de nuevo en el tapiz. Mas ¡cuán grande no fué su asombro entonces al advertir que la cabeza del caballo había cambiado de postura; como que el cuello del gigantesco animal que antes se veía vuelto en dirección del cuerpo de su amo, ahora estaba extendido hacia el barón; que sus ojos brillaban como carbunclos, expresando cuanta ira pueden expresar ojos humanos, y que sus labios desmesuradamente levantados, dejando al descubierto dos hileras de largos, amarillentos y asquerosos dientes, imprimían á su cabeza un sello de ferocidad medrosa y espantable.

Aterrado el barón se apartó de allí, y al dirigirse con paso vacilante hacia la puerta, la intensidad del incendio iluminaba la cámara con luz siniestra. Detúvose y se volvió para mirar de nuevo la tapicería, y en aquel punto, ¡cosa singular!, un reflejo rojizo bañó por completo é iluminó artísticamente todo el contorno del implacable asesino de Berlifitzing. Lo demás del cuadro, aunque visible al fulgor de las llamas, comparado con la luz que inundaba la figura del antepasado del barón, parecía envuelto en densa veladura.

Traducido por Juderías Bénder

(Continuará)

INDUSTRIALES

Hace algunos años, bajando una noche por la calle de la Visitación, en la villa y corte, salióme al paso, destacándose del umbral de una puerta, un hombre alto, de barba, vestido de levita, á pesar del frío que hacía, y cubierto con sombrero de copa.

Por la hora, por la actitud del individuo, comprendí que se trataba de *un desgraciado padre de familia,* efectivo ó supuesto; es decir, de un hombre verdaderamente necesitado ó de un *punto pesetero,* y aun se me ocurrió si el que así me abordaba sería un *amable caballero,* dispuesto á acompañarme á una de esas *casas de confianza* en la que, sobre mugrienta bayeta, de color indefinible, se tira el pego con una limpieza que para sí querría el famosísimo míster Hume.

Acercóseme, como digo, el hombre, y pude advertir que bajo del brazo tenía un paquete de regulares dimensiones.

– Caballero, me dijo, soy un padre, etc. Las necesidades y vicisitudes..., aquí el consabido discurso de cinco minutos de duración.

Como el frío molestaba bastante, cortéle la perorata diciéndole:

– Bueno; usted pide un socorro...

No quise ofender su levita y *chistera* usando la palabra limosna.

– No, señor, replicó interrumpiéndome, quería venderle á usted este diccionario ¡:..! de Valbuena, latino y castellano y viceversa, última edición, en pasta.

– ¡Hombre, la hora y el sitio me parecen oportunísimos!

– Ya ve usted, caballero, las vicisitudes... Yo no sirvo para pedir limosna...

– Pues yo no necesito *diccionario;* sin embargo, ahí tiene usted algo.

Y le dí una moneda, continuando mi camino; entretanto él murmuraba algunas frases de agradecimiento.

Unos ocho días después pasaba yo por la misma calle y á la misma hora, y... pero hago al lector gracia de una repetición.

Mi hombre, es decir, el de la levita y el sombrero de copa, me salió al paso... ofreciéndome su *diccionario.*

Y otros ocho días más tarde, en iguales circunstancias, otra vez me *atacó* con el *Valbuena, última edición, en pasta.*

De modo que, teniendo yo que pasar á menudo por la calle de la Visitación, en los días sucesivos cambié de itinerario porque estaba temiendo que concluía por comprar el libro á su ingenioso propietario.

* * *

Doña Rita era una viuda, relativamente joven, que vivía hace pocos años con una amiga suya de la mis-

ma edad. Para ayudarse á vivir, pues la pensión de que disfrutaba era corta, utilizaba las buenas relaciones que de su difunto esposo le habían quedado y solicitaba trabajo en costura. Porque, como ella decía, soportaba con mucha dignidad las estrecheces de su amarga viudez.

Yo, su amigo en otros tiempos, fuí uno de los que, á su instancia, recomendé á familias amigas mías que dispensaran á doña Rosa la protección de proporcionarle trabajo, y en una ocasión tuve que ir á avisarla para que se presentase en una casa á recoger obra.

Mi viuda, quiero decir, la viuda de su marido, mostróse muy agradecida á mis buenos servicios. ¡Quién se lo había de decir! ¡Trabajar para fuera! Pero eso no es deshonra. Y con tal motivo pasó de las lamentaciones á las historias antiguas, y por último, cuando quise despedirme doña Rosa me detuvo un momento.



El kanguro pugilista que actualmente se exhibe en el Westminster Aquarium, de Londres

– Aún tengo que molestarle á usted más, me dijo.

– Señora, usted nunca me molesta.

Y dirigiéndose al cajón de una cómoda sacó un papel, me lo puso delante y se explicó así:

– Mire usted, aún hay desgracias mayores que tener que trabajar para fuera.

- Ya lo creo.

– Nosotras, y al decir *nosotras* indicaba á su amiga, también presente, protegemos en lo que podemos á una pobre familia, una señora viuda con seis hijos, dos enfermos; pero como podemos poco, hemos abierto una suscripción entre nuestros amigos para socorrer esa miseria. Y usted será tan amable...

Miré la lista y vi en ella inscritos, y con regulares cantidades, en las primeras líneas, algunos nombres de personas distinguidas: saqué cinco pesetas, las entregué á doña Rosa y ésta me dió las gracias muy fina, muy agradecida.

No pasó mucho tiempo y supe por un amigo mío, conocido también de la viuda y contribuyente como yo á la suscripción, que ésta era una estratagema de doña Rosa para sacar unos cuantos duros á los que la visitaban alguna vez; que aquellos nombres distinguidos de la lista los ponía ella para engañar mejor, y que la familia necesitada se reducía á un par de puntos que vivían con ella y con la amiga.

Que así procuraba mi antigua conocida soportar las estrecheces de su amarga viudez.

* * *

El tercer caso que voy á referir es *histórico,* como los anteriores. Crean ustedes que nada pone mi imaginación en su relato en cuanto á lo sucedido.

Muchas noches solíamos reunirnos en el café del Siglo unos cuantos amigos, la mayoría conterráneos, y en el grupo figuraba un muchacho simpático, decidor, buen chico en toda la extensión de la palabra. Nosotros le habíamos puesto por mote *filántropo,* porque, en efecto, no podía ver una miseria ó una desgracia sin prestar socorro ó auxilio. Así se lo habíamos oído muchas veces, y así lo teníamos creído.

Apenas pasaba semana que al buen *filántropo* no le endosasen un par de docenas de rifas de un reloj, una máquina de coser ó una *Historia de España,* de Lafuente. Y ¡claro! llegaba á la tertulia del café, y allí, entre unos y otros, éste dos, aquél cuatro y uno el de más allá, le aliviábamos la carga y él se quedaba con un par de rifas.

Los objetos de éstas pertenecían ó á un pobre escribiente de su oficina, ó á un vecino de las alturas de su casa, ó cosa por el estilo. La verdad es que como el muchacho era simpático, le tomábamos las rifas con gusto, hasta cierto punto. Con el gusto con que se suelta dinero para esas cosas.

Y después de haber hecho esto muchas veces, llegamos á saber que no había tales rifas, ni éstas representaban otra cosa que un medio puesto en práctica por el *filántropo* para *tomarnos* unas pesetillas de vez en cuando.

* * *

No presumo de conocer todas las clases de *industriales* no agremiados ni matriculados, ni quiero incluir entre éstos los *espadistas,* ni siquiera aquellos que acometen al amigo diciendo: «Casualmente ¿llevas ahí tanto ó cuanto?,» ni los otros que le acompañan á uno al comercio á comprar una corbata ó unos guantes, por ejemplo, y dejan que *el uno* lo pague pues ya abonarán después.

Esos son *incidentes,* es decir, casos que ocurren en



BOCETO DEL MONUMENTO QUE HA DE ERIGIRSE EN TURÍN Á LA MEMORIA DEL PRÍNCIPE AMADEO, obra de David Calandra, premiada en el concurso



LA HUÍDA Á EGIPTO. DESCANSO EN EL CAMINO, cuadro de H. Prell



LA INSCRIPCIÓN EN EL REGISTRO BAUTISMAL, cuadro de D. Salvador Viniegra (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich, 1892)

cierto modo con espontaneidad. Los otros, los industriales á quienes me refiero, son los que estudian ó *planean* y luego ejercitan su proyecto durante mucho tiempo, durante todo el tiempo que hay *clientes*.

Y de tal clase hay varios de entre los que he querido ofrecer al lector tres *variedades*, cuya existencia garantizo por conocimiento directo.

Aureliano J. Pereira

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El pintor de historia Arturo Kampf está pintando por encargo de un entusiasta aficionado á las bellas artes y con destino al Museo de pinturas de Dusseldorf un cuadro de grandes dimensiones que representa á Federico el Grande postrado en el lecho por grave enfermedad dictando órdenes á sus generales. Este lienzo, próximo á terminarse, promete ser una de las mejores obras de su ilustre autor, por la manera como están tratados, así las figuras como el lugar de la escena.

– El escultor berlinés profesor L. Sussmann-Hellborn ha regalado recientemente á la ciudad de Berlín un grupo en mármol con figuras de tamaño natural, que representa la poesía lírica y el canto popular. Accediendo á los deseos del generoso artista, este grupo será colocado en los jardines de la plaza de Lutzow.

– El gobierno imperial de Alemania ha concedido una subvención de 125.000 pesetas para que el arte alemán pueda estar dignamente representado en la Exposición Universal de Chicago.

– En el Museo Wallraf-Richartz de Colonia está expuesto actualmente un hermoso cuadro de Cornelis de Vos que el señor Aldenhoven, director de aquel museo, encontró arrinconado y en un estado lamentable en un desván del mismo. El lienzo, que ha sido hábilmente restaurado por el pintor berlinés Hauser, representa sobre un fondo de rica arquitectura holandesa del Renacimiento un grupo de familia, compuesto de siete personas, cuyas figuras llaman la atención por su elegancia y por la belleza de los colores.

– En la iglesia de la aldea wurtemberguesa de Burgfelden se han descubierto varias pinturas murales en extremo interesantes: datan del siglo XI y representan en animadas escenas el Juicio final, la lucha de San Jorge con el dragón, un combate de caballería en un bosque, etc.

– Se ha inaugurado en Roma un hermoso monumento á Quintino Sella, el gran estadista italiano: la estatua se alza sobre un esbelto pedestal en el que un grupo simboliza la Ley y el genio de la Hacienda. Las estatuas son de bronce y el basamento de granito. El monumento es obra del célebre escultor Héctor Ferrari.

– El profesor Brandt, de Bruselas, ha descubierto un cuadro de Pedro Pourbus (1510-1583), el famoso retratista flamenco: representa al primer obispo de Brujas, Pedro Curtius (Pieter de Corte), y su autenticidad está fuera de toda duda, según se desprende por las largas investigaciones del conocido artista á quien se debe tan importante hallazgo.

– La Exposición de la Asociación de Artistas berlineses ha conseguido, en el poco tiempo que ha transcurrido desde su reapertura, llamar la atención creciente del público. Después de haber expuesto una porción de obras maestras del certamen acuarelista de Dresde, entre ellas las de Brown, Stevenson y Boutet de Monvel, hay en ella actualmente 55 cuadros y estudios del pintor noruego Eduardo Munch, que han sido muy admirados, pero también muy discutidos. Munch es uno de los más atrevidos impresionistas modernos, enemigos de toda tradición en materia de Bellas Artes, y de aquí la contradicción que en sus creaciones existe. En efecto, al lado de bocetos y estudios, en los cuales apenas se descubren las líneas y los tonos de los objetos, envueltos todos en una luz indecisa, tiene figuras, retratos, paisajes, perspectivas de calles y cuadros de género que revelan un vigor extraordinario en la línea y una rara maestría en el colorido. Esta Exposición ha recrudecido en Berlín la contienda entre los tradicionalistas y los adalides de la llamada pintura al aire libre, que ya se había manifestado allí como en Dusseldorf y en Munich y que tantas escisiones ha producido en la familia artística de todos los países.

Teatros. – El maestro berlinés Weingarter ha retirado su ópera *Genesius*, de la que nos ocupamos en una de nuestras anteriores misceláneas, para modificar algunas piezas de la misma.

– En el teatro de la Ciudad, de Gratz, se ha estrenado con gran éxito una ópera de Zois, titulada *Los venecianos*.

– En el teatro Lessing, de Berlín, ha inaugurado sus funciones de la temporada la compañía de Eleonora Duse con *La dama de las camelias*, en la que la eminente actriz obtuvo una ovación extraordinaria.

– En el teatro Constanzi, de Roma, se prepara una función de beneficencia, en la que se pondrá en escena *La muerte civil*, desempeñada por la Marini, Salvini, Novelli y Zacconi.

– Ermete Novelli sigue consiguiendo triunfo tras triunfo en el teatro Sannazzaro, de Nápoles: hace pocas noches, durante la representación de la tragedia de Shakespeare *Sylor*, recibió un telegrama anunciándole que el rey Humberto le había nombrado comendador de la orden de la Corona de Italia. Al enterarse de esta noticia, el público le tributó una ruidosa ovación y sus admiradores improvisaron en su honor una brillante serenata.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Libre un drama en cuatro actos y en prosa de F. Curel, titulado *Les Fossiles*, de argumento interesante y magistralmente desarrollado; en el Palais Royal una graciosísima comedia en tres actos de Jorge Feydeau y Mauricio Hennequin, *Le Systeme Ribadier;* en Chateau-d'-Eau una opereta en tres actos y cuatro cuadros, letra de M. Hugo, música de M. Fock, titulada *Madame Nicolet;* su argumento, casi histórico y muy gracioso, interesa, y la partitura contiene muchos y muy agradables números; en Menus Plaisirs, una opereta cómica en tres actos, de F. Oswal y M. Bucheron, música de E. Missa y Pietrapertosa, titulada *Mariage galant*.

Londres. – Con la representación de las óperas de Mascagni *El amigo Fritz* y *Cavalleria rusticana* ha terminado en Covent Garden la temporada de otoño que ha durado siete semanas, en las que se han puesto en escena las trece óperas siguientes: *Tristán é Isolda* (en alemán), *Aida*, *Lohengrin*, *Trovador*, *Faust*, *Carmen*, *El barbero de Sevilla*, *Don Giovanni*, *Filemón y Baucis*, *Rigoletto*, *Orfeo* y las dos citadas de Mascagni.

Madrid. – En el teatro Real se ha cantado con mediano éxito la ópera de Leoncavallo *I Pagliacii*: el argumento, basado en *Un drama nuevo*, es interesante y está bien desarrollado; entre los números musicales descuellan el prólogo, el coro de las campanas, dos dúos de tiple y barítono, una canción de tiple, el final del primer acto y la serenata y la escena de la comedia del segundo. Obtuvieron muchos aplausos la Tetrazzini, De Marchi, Menotti y Cioni y el maestro Campanini. En la Comedia se ha estrenado con grandísimo éxito una comedia en tres actos de D. José Echegaray, titulada *Mariana:* argumento interesantísimo y admirablemente desarrollado, caracteres perfectamente trazados, escenas de gran efecto, abundancia de pensamientos hermosos, tales son las cualidades salientes de la última obra, escrita en bellísima prosa, del gran dramaturgo. En Lara han sido muy aplaudidas las nuevas producciones *Los hijos de Elena*, graciosísima comedia en dos actos de D. Miguel Echegaray, y *La casa del duelo*, chistoso sainete en un acto del Sr. Monasterio. En Novedades ha tenido buen éxito un melodrama lírico-fantástico, en un prólogo y tres actos, de D. Palomino Guzmán, música de Mangiagalli, titulado *Los hijos de Haraldo*. En Eslava ha sido muy aplaudida la parodia en un acto de la ópera *Garín*, que con el título de *Guasín* ha escrito D. Salvador Granés adaptándole fragmentos de música de varias óperas y zarzuelas, entre ellas la misma parodiada.

Barcelona. En el Liceo se ha reproducido la bella partitura de Bretón *Gli amanti di Teruel*, en cuyas representaciones han conseguido ovaciones entusiastas la señora Arkel, el Sr. Valero y el maestro Mugnone y merecidos aplausos la señora Fabri y los Sres. Visconti y Ughetto. En el Principal se han verificado los beneficios de los Sres. Jiménez y Díaz, á quienes el público colmó de aplausos. En Romea se ha estrenado con regular éxito la comedia en tres actos del Sr. Bordas *Lo mohiment continuo*, de argumento sencillo, con algunas escenas graciosas y chistes de buena ley. En Novedades ha sido muy aplaudido el nuevo melodrama en siete actos, arreglo del francés, titulado *Jaime Durand*. En el Tívoli se ha estrenado con gran éxito *El testamento azul*, letra de D. Rafael M. Liern, música de los maestros Barbieri, Oudrid y Acebes. En el Eldorado han sido muy aplaudidas las zarzuelas en un acto *Retolondrón*, arreglo del francés por el Sr. Pina y Domínguez, música de Valverde (padre), y *Guerra europea*, revista de D. Angel Segovia, música de Mateos.

Necrología.—Han fallecido recientemente:

Federico Booch Arkossy, notable lexicógrafo alemán, autor de varias gramáticas y diccionarios de idiomas extranjeros.

Guillermo Guizot, hijo del famoso ministro de Luis Felipe, profesor de las Literaturas de origen germánico en el Colegio de Francia.

Rainer Henseler, profesor de la Real Academia de Música de Londres, de origen alemán.

Mr. Mathieu Williams, reputado escritor inglés, autor de varios trabajos y libros científicos y filosóficos, entre los cuales sobresale su obra *El combustible del sol*.

S. Pacoret di Saint-Bon, almirante de la armada italiana, ministro de Marina y distinguido literato.

El príncipe Cayetano Filangeri, fundador de un museo de su nombre en Nápoles, que cedió á su patria, notable erudito y artista.

Luis Amabile, célebre cirujano é historiador napolitano: sus obras más importantes son la *Vida del fraile Tomás Campanella* y una narración con muchos documentos inéditos sobre la Inquisición de Nápoles.

Alfonso Corradi, profesor de la universidad de Pavía, doctor honorario de la de Cambridge, literato, historiador y autor de importantes obras de historia de la Medicina en Italia.

Pedro Galland, notable pintor francés, autor de las hermosas pinturas del Hotel-de-Ville, de París, que representan la *Historia del trabajo*, y de centenares de pinturas decorativas de muchos edificios públicos y privados no sólo de París y de Europa sino que también de América.

NUESTROS GRABADOS

Madonna, cuadro de T. Grosse. - Muchos son los pintores que han reproducido en el lienzo la poética imagen de la Santísima Virgen, pero pocos relativamente han sabido infundir en la figura por ellos trazada esa belleza mística, dulce, celestial con que nuestra mente se imagina á la Divina Madre del Salvador. Entre esos pocos bien puede incluirse á Grosse cuya *Madonna* nos presenta á María tal como la fe nos la hace concebir, tal como la Salve nos la retrata al invocarla como Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

Fernando de Lesseps.– En el número 571 de La Ilustración Artística y á propósito de la agitación producida en Francia por la cuestión del Canal de Panamá, expusimos el concepto que nos merece este ilustre anciano, que después de haber dado tanta gloria y tantas riquezas á su patria se ve hoy envuelto en procesos é informaciones por el solo delito de haber visto fracasado el proyecto de apertura del istmo americano: sí, por este solo delito, porque si la empresa hubiese prosperado nadie se acordaría de los millones repartidos entre políticos y periodistas, como nadie se acordó de los que en comprar ó pagar á unos y á otros se emplearon para asegurar el éxito del Canal de Suez. Nada añadiremos á lo que dijimos, ni siquiera publicaremos dato biográfico alguno del sabio ingeniero: hay nombres que por sí solos valen una biografía, y el de Fernando de Lesseps es uno de ellos y de los más importantes.

Maximiliano de Alemania pidiendo su mano de esposa á la princesa María de Borgoña. cuadro de León Reiffenstein. – Diez y ocho años contaba el entonces príncipe Maximiliano cuando en 1747 casó con la hermosa hija de Carlos el Temerario, adquiriendo por este enlace para su casa los vastos dominios borgoñeses que no tardó en disputarle el rey de Francia Luis XI, produciéndose por esta causa larga y sangrienta guerra. El pintor austriaco Reiffenstein al reproducir el acto de demanda en matrimonio del joven príncipe lo ha hecho en una hermosa composición, cada una de cuyas figuras constituye por sí sola un cuadro: tanta es su expresión y tan bien han sido todas ejecutadas por el artista, que en su obra ha atendido no sólo al conjunto sino también á los menores detalles.

Las bandas militares mexicana y de ingenieros. – Entre las pruebas de afecto que con motivo de las recientes fiestas del Centenario ha recibido España de las Repúblicas americanas, que en un día fueron hijas suyas, no es el menos digno de agradecimiento el de haber enviado á la banda mexicana que tantas ovaciones ha obtenido en cuantos festejos ha tomado parte, que han sido casi todos los celebrados en la corte. Digna compañera de la americana es la banda de Ingenieros que goza en España de tradicional y merecida fama. Numerosas ambas, ambas compuestas de consumados músicos honran á los cuerpos de que forman parte, y de los continuos triunfos por ellas alcanzados pueden con razón enorgullecerse sus directores el capitán Payán y el maestro Juarranz respectivamente.

El kanguro pugilista.—Actualmente se exhibe en el Westminster Aquarium, de Londres, un kanguro adiestrado por el profesor Landermann, que boxea como el más consumado pugilista, aunque alguna vez mete la pata, como vulgarmente se dice. Es oriundo de Australia, tiene mucha fuerza, y lejos de disgustarle la exhibición muéstrase muy contento en cuanto ve que le ponen los guantes y otros adornos, que indican que va á comenzar el espectáculo: cuando se le excita se incomoda y suelta alguna manotada, pero por lo demás es un pugilista cumplido, y su profesor espera que con el tiempo perderá los pocos resabios que todavía le quedan de su vida salvaje.

Monumento al príncipe Amadeo de Saboya, boceto de David Calandra. – En nuestras *Misceláneas* hemos dado oportunamente cuenta del concurso abierto en Turín para el monumento que ha de erigirse en aquella ciudad á la memoria del noble y malogrado príncipe Amadeo de Saboya, ex rey de España. El proyecto definitivamente admitido es el del joven escultor turinés Calandra, que también obtuvo el premio en el concurso para el monumento de Garibaldi, en Parma: representa á Amadeo en el acto de desnudar la espada en Monte Croce; el caballo se lanza á galope, y alrededor del pedestal en cuyo frente se ve el águila de Saboya hay una fantástica cabalgata de los Sabaudios desde los condes de Mariani hasta Víctor Manuel. El efecto de este boceto es grandioso y coloca á su autor, muy conocido ya por otras obras de gran mérito, entre los primeros artistas de su patria.

La huída á Egipto, cuadro de H. Prell. – Huyendo de las persecuciones de Herodes, la Sagrada Familia encaminóse á Egipto, de donde había de salir al poco tiempo el Divino Jesús predicando á las gentes las hermosas y consoladoras doctrinas del Cristianismo. Durante el camino los santos esposos hubieron de experimentar zozobras sin cuento, temiendo á cada punto verse alcanzados por los perseguidores que, para evitar lo que por decreto de Dios era inevitable, degollaban á inocentes criaturas, por si entre ellas existía el Mesías por los profetas anunciado. El pintor Prell nos presenta un episodio de esa penosa peregrinación por medio de tres figuras de factura y expresión admirables, cuyas bellezas realza el paisaje y sobre todo el corpulento tronco del árbol añoso bajo el cual se cobijaron los santos caminantes.

La inscripción en el registro bautismal, cuadro de D. Salvador Viniegra. – Es Viniegra de los artistas españoles que mejor han conservado la tradición de nuestros grandes maestros, huyendo por completo de ese género que hoy algunos pretenden hacer prevalecer, y rindiendo culto á la forma y al color sin pujos efectistas, pero también sin nebulosas vaguedades. Aunque ha dado pruebas de grandísimo talento desarrollando asuntos en extremo variados, su especialidad son las costumbres españolas, sobre todo de principios de este siglo, produciendo en ella bellísimas obras por todos admiradas: muchas de ellas son ya conocidas de nuestros suscriptores, y la que hoy reproducimos, en la que se advierten las mismas relevantes cualidades que otras veces hemos ensalzado en el señor Viniegra y que llamó la atención en la última Exposición internacional de Bellas Artes de Munich, merece figurar entre las más notables que ha pintado el autor de *La bendición de los campos*.

Excmo. Sr. D. Cástulo Ferrer. – Pertenece D. Cástulo Ferrer á esa falange de catalanes que siempre han dado pruebas de la energía, laboriosidad y honradez distintivas de los hijos del Principado, y que buscando mayores horizontes á su actividad se han establecido en nuestras posesiones ultramarinas. Casi adolescente marchó á la isla de Cuba, y tras penoso aprendizaje y no pocas privaciones vió premiados sus esfuerzos y sus aptitudes mercantiles por sus superiores, que nombrándole regente de su casa le aseguraron una participación en los beneficios de la misma. En 1868 emprendió, por razones de salud, un viaje á Europa; pero sorprendióle en el camino la noticia de haber estallado la guerra separatista y regresó inmediatamente á Cuba y puso su persona y su hacienda al servicio de su patria, organizando la compañía de *Guías del general Latorre*, de la que fué capitán. A las órdenes de este general entró en campaña en 1869, figurando en muchas é importantes acciones de guerra. En 1870 su compañía ingresó en el batallón de *Voluntarios de Cuba*, del que fué el Sr. Ferrer comandante, luego teniente coronel y en 1878 coronel. Elegido diputado provincial en 1879, fué nombrado en 1881 vicepresidente de la Diputación de Santiago de Cuba, cargo en que ha sido reelegido tres veces: hoy es presidente de aquella corporación. Desde 1872 forma parte de la Junta de Instrucción pública y de la Junta del Puerto, de la que es presidente. En premio de sus servicios durante la guerra ha sido honrado con la cruz de don Amadeo, de Alfonso XII, de Carlos III, del Mérito militar blanca, gran cruz de Isabel la Católica y declarado tres veces benemérito de la patria por servicios prestados en la lucha separatista, en la expedición á México y en la guerra de Santo Domingo. Actualmente se halla en España para gestionar asuntos importantes de ferrocarriles, que han de dar gran impulso á la riqueza del departamento oriental de la isla, y á proponer las bases de la inmigración directa que tanto ha de servir para el fomento de la agricultura y de la industria minera, principal elemento del bienestar y grandeza de aquella región. El señor Ferrer está dotado de claro talento y voluntad de hierro, y ha demostrado ser valeroso militar, sagaz político y administrador celoso de los intereses de la provincia, cualidades que unidas á su gran patriotismo han hecho que todos los gobiernos de la metrópoli le consideraran como uno de los más valiosos y fieles guardadores de los intereses de España allende el Océano. Dueño y director de grandes y riquísimas minas de hierro, ha contribuído con su explotación al aumento y desarrollo de la riqueza pública en Santiago de Cuba, á la cual ha dotado además, como presidente de la Diputación, de vías de comunicación, hospitales y de todo cuanto puede redundar en bien del país.



Ana, inclinada sobre el hogar, soplaba..

EN ALTA MAR, POR CORDELIA

Al volver Luis á su casa, arrojó con enfado en un rincón del zaguán los aperos de labranza que llevaba á cuestas, se enjugó el sudor y entró en la ahumada cocina.

Ana, que inclinada sobre el hogar soplaba con toda la fuerza de sus pulmones para encender algunas virutas y sarmientos amontonados en él, apenas vió entrar á su marido se levantó, preguntándole:

– ¿Qué te ha dicho el amo?

Luis se encogió de hombros con ademán de impaciencia y contestó:

– Que no quiere hacer gastos, y nada más.

– ¿Y nosotros?

– Si esto sigue así nos moriremos de hambre. Yo sudo y me afano en el campo, pero las piedras no dan pan.

– ¿Ni siquiera quiere comprar un poco de estiércol?

– Nada, nada; dice que sus tierras no le producen nada, que paga la contribución y que aún debemos darle las gracias porque la renta es para nosotros.

Ana dió un gran suspiro y preguntó:

– ¿Le has hablado de la vieja?

– Sí, pero se ha encogido de hombros diciendo que si ha de venir al campo para oir siempre quejas, lamentos y desgracias, no volverá.

Al decir esto, se sentó junto á la mesa, mientras Ana seguía haciendo la polenta que con aquel fuego medio apagado tardaba en cocerse.

La pobre mujer tenía un nudo en la garganta pensando en el porvenir que la esperaba; habíase desvanecido su última esperanza de que el amo hiciese algún gasto para mejorar el terreno pobre y esterilizado que no producía nada; pensaba en sus hijos, Enrique de diez años y Elena de cinco, que crecían desmedrados porque se alimentaban mal, y en la anciana madre de Luis, víctima de la pelagra, siempre acurrucada en un rincón de la casa sufriendo agudos dolores porque nadie podía auxiliarla.

– Dadle alimentos sanos y nutritivos, había dicho el médico la última vez que la visitó.

– ¡Alimentos sanos y nutritivos!, pensaba Ana. Eso era muy bueno para dicho; pero ¿cómo podían hacerlo con la maldición que parecía haber caído sobre aquella casa? Los campos no producían nada, el maíz era escaso y malo, y la poca uva que no destruía la filoxera se perdía á causa de los temporales; era una verdadera desesperación.

Cuando se casaron, las cosas iban de muy distinto modo; de suerte que Ana jamás hubiera creído llegar á tanta miseria. Entonces la tierra daba al menos para vivir, no tenían hijos, y la anciana, que gozaba de salud, se ingeniaba para ganar algo.

Llegaron luego los años malos, y el amo, enfadado porque disminuían las rentas, se negaba en absoluto á hacer gastos.

Iban, pues, de mal en peor, viendo de día en día aumentar la miseria y no sabiendo cómo acabaría.

Pensando en todo esto, Ana echó la polenta en una sopera, llamó á sus hijos que estaban fuera de la casa cogiendo grillos y á la anciana que se se quejaba en un rincón.

– ¡Ea! Venid á comer, dijo, poniendo en la mesa una cazuela llena de verdura, aderezada con un poco de ajo y tocino.

Los niños no se lo hicieron repetir, corrieron á sentarse á la mesa, recibieron su parte de polenta y la mezclaron con la verdura, comiéndola con voraz apetito.

La anciana no se movió, y cuando todos hubieron comido, Ana la llevó su ración, que aquélla hizo desaparecer sin dejar de quejarse.

La infeliz vieja, que había sido una mujer fuerte y robusta, era á la sazón una momia, pues su mal no le dejaba un momento de tregua; á veces pasaba horas enteras con los ojos fijos y extraviados, lamentándose; otras veces, con el rostro desencajado, desvariaba, quería morirse, gritaba como una loca y amenazaba á los dos niños con los puños y los dientes apretados. Los niños tenían miedo de aquellos accesos y echaban á correr al campo.

En tales momentos, Ana y Luis la encerraban para dejar que se desahogara, pero aquella enfermedad era una maldición y una amenaza para todos. El médico les había dicho muchas veces que tenía por causa el alimento malo é insuficiente; pero la familia se veía obligada á comer de aquel modo y aun peor, y todos temían que les tocase, andando el tiempo, la misma suerte.

Luis, desanimado, abatido, decía que no podía pasar su vida sudando sobre una tierra estéril que ni siquiera producía lo bastante para mantener á la familia, y amenazaba con tomar el día menos pensado la resolución de marcharse tan lejos que nadie volviera á saber de él.

Ana temblaba al oir tales amenazas y procuraba infundirle un ánimo que ella misma no tenía ya. Por espacio de mucho tiempo alimentó alguna ilusión que le había sostenido; precisamente en aquellos momentos le habían regalado un poco de simiente de gusanos de seda, y en esta pequeña cosecha fundaba grandes esperanzas. Había conseguido que nacieran los gusanos y los cuidaba como hijos.

– Ya verás, decía á Luis, ya verás cómo ganamos algún dinero, y con él podremos tirar todavía este año; luego algún santo nos protegerá. Tengamos esperanza.

Los gusanos crecían bastante bien y ella deshojaba las pocas moreras que había en sus campos para alimentarlos, no perdonaba fatiga para cuidarlos, estaba en pie todo el día para tenerlos limpios y de noche se levantaba para darles de comer hojas frescas y ver si el cuarto estaba bien caldeado.

En tanto los gusanos crecían á ojos vistas y eran cada vez más voraces, tanto que llegó un día en que Ana se encontró sin hojas y sin dinero para darles el el necesario sustento.

Estaba desesperada. Los gusanos prometían tanto que no podía dejarlos morir de hambre, y pedía á los vecinos por limosna una rama de morera; pero éstos tenían también sus gusanos que mantener y no podían privarse de ella, evitando así que por la caridad les entrase la peste.

¿Qué hacer? La estación era buena y cálida, y por eso Ana vendió las mantas de la cama para comprar la hoja que necesitaba.

Los gusanos habían pasado ya por su tercer sueño y comían á más y mejor; las hojas desaparecían en sus bocas voraces.

Ana, pensando en que pronto tendría la compensación de sus afanes, estaba contenta de los sacrificios hechos, viendo que crecían perfectamente; y estaban á punto de terminar sus capullos, cuando una mañana notó que muchos de ellos se hallaban secos, rígidos, y los vió tendidos sin vida y convertidos en gusanos blancos como yeso que se deshacían en polvo al tocarlos.

La terrible enfermedad del gusano de seda había penetrado en su hogar y diezmado los que tenía.

Ante aquel espectáculo se le oprimió el corazón y la pareció que todo se derrumbaba á sus pies.

Aquella postrera esperanza se había desvanecido también. Poco á poco todos los gusanos se morirían del mismo modo; era por tanto inútil gastar más en mantenerlos ni cansarse en cuidarlos; y en un arrebato de ira y de desesperación cogió todas aquellas bestezuelas, las muertas junto con las vivas, y las arrojó al patio, y luego se dejó caer sin fuerzas en el lecho, llena también de desaliento, aniquilada por la serie de desventuras que parecía llover sobre su casa.

Y sin embargo, aún no habían terminado sus penas. El propietario, harto de no sacar nada de sus tierras y echando la culpa de ello á la familia demasiado numerosa de Luis, en la que había cinco bocas que mantener, pero sólo cuatro brazos para trabajar, le anunció el desahucio para el próximo día de San Martín.

Este fué el golpe de gracia para aquella pobre gente, que se vió perdida y sin remedio. Con los hijos pequeños y la anciana enferma no podían encontrar fácilmente otro amo; además los años eran malos para todos, de suerte que la pobre familia no sabía á qué santo encomendarse.

– Todo acabó, dijo Ana; ahora no nos queda otro remedio que pedir limosna.

– Ya es tiempo de que me marche muy lejos, pues peor que estoy no puedo ya estar, contestó Luis.

Ana se sintió desfallecer al oir estas palabras, porque la mayor desgracia que pudiera sucederle era la separacion y ausencia de su marido.

– Tu hermano ha encontrado modo de vivir allá, dijo Luis; ¿por qué no me he de abrir camino como él? Tengo buenos brazos y deseos de trabajar.

– ¿Y nosotros?, preguntó Ana.

– Algún santo os ayudará. Enrique aprenderá algún oficio y tú trabajarás para ganar el pan para ti y para Elena.

– ¿Y la madre?

– Procuraremos meterla en un hospital; con nosotros se moriría de hambre.

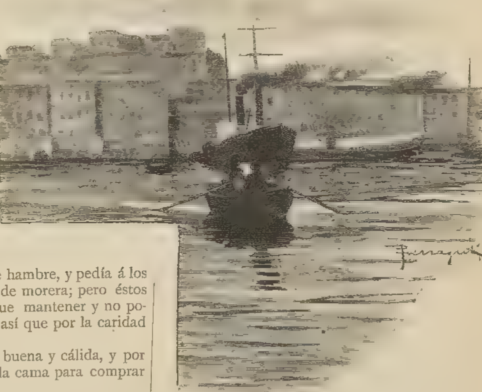
La vieja comprendía que se hablaba de ella, y echando una ojeada feroz á su hijo lanzó una especie de gruñido.

Ana sentía que se le oprimía el corazón, y le asustaba la idea de que su marido se marchase lejos, muy lejos, al otro lado del mar.

– Temo, decía, no tener valor para quedarme sin ti.

Y miraba á Luis con los ojos suplicantes como para pedirle que no la abandonase, y le señalaba llorando á sus hijos.

Pero Luis había tomado ya su resolución y ni siquiera hablaba de ella con Ana, recelando que su dolor le quitase el ánimo necesario para realizar su proyecto.



El desembarque en Montevideo

En tanto se informaba de los buques que partían para América, y combinaba el modo de embarcarse


Cuando vió á su marido hacer un lío con su ropa, rompió á llorar

con otros aldeanos que, como él, estaban resueltos á emigrar.

Ana comprendía que la marcha era inevitable, que se acercaba el momento de la separación; pensaba en ella continuamente, pero no se atrevía á hablar. Se había casado con Luis por amor y en el fondo de su corazón le conservaba gran cariño, y si en los últimos tiempos, preocupados con las exigencias materiales de la vida y de la miseria, que aumentaba diariamente, no pensaban en ternezas y halagos, ahora, sabiendo que debían separarse por mucho tiempo, se miraban con amor, se daban la mano, procuraban estar juntos como en los días que habían precedido á su matrimonio, y Ana tenía atenciones desacostumbradas con su marido, zalamerías que hasta aquel día no le hizo nunca.

Pusieron á su hijo Enrique, que era muchacho fuerte é inteligente, de aprendiz con un albañil conocido, el cual prometió tenerlo como hijo y enseñarle bien el oficio; por el momento lo mantendría solamente en cambio de sus servicios como peón, y más adelante le daría un jornal si era laborioso.

Lo más difícil era hallar dónde dejar á la anciana, con la que nadie quería cargar. A veces daba señales de locura; pero no las bastantes para que la admitieran en un manicomio; negáronse á recibirla en el hospital so pretexto de que no estaba bastante enferma para ocupar una cama con perjuicio de otro que la necesitase más, y que para curarla bastaba que la alimentasen bien. ¡Alimentarla bien! Los parientes, en su miseria, no sabían qué hacer de ella y la consideraban como un estorbo, tanto que la anciana, observando que se ocupaban de ella y teniendo la cabeza tan débil que padecía alucinaciones y veía enemigos en todas partes, temía que los suyos quisiesen envenenarla para deshacerse de ella, y se volvía á la nuera y á los nietos con los puños cerrados, los dientes apretados, en actitud amenazadora, y corría desatentada por los campos como si la persiguiera un enemigo invisible.

Cierto día llegó á tal extremo la manía de la persecución, que por huir de un peligro imaginario cayó en un barranco y se mató. Esta muerte fué una ventaja para la familia, y tan luego como la anciana recibió sepultura, Luis empezó á pensar formalmente en su partida. Antes del día de San Martín vendió todos los objetos caseros de que no tenía necesidad á fin de reunir algún dinero para el viaje.

Ana vió desaparecer sin conmoverse aquellos objetos que tanta parte tuvieron en su vida; había sufrido tanto, que le era ya indiferente desprenderse de ellos. Pero cuando vió á su marido hacer un lío con su ropa y prepararse á partir, no pudo avenirse á la idea de separarse de él y rompió á llorar.

A Luis le enojaban aquellas lágrimas que le quitaban el valor, y dijo gritando á la pobre mujer:

– Al fin y al cabo no voy á morir; de América se vuelve, y sin duda volveré con una buena provisión de pesos duros. Acuérdate de Nanni, el gordo, que se ha hecho una casa y comprado hermosas tierras con dinero que ha traído de allí.

– Sí, pero entretanto ¿qué haré yo sin ti?, preguntaba Ana llorando.

– Te cuidarás de los hijos: en la incertidumbre en que estoy no puedo llevaros á todos conmigo; pero si veo que allí se está mejor que aquí, podréis tener la seguridad de que os enviaré á buscar en seguida. Tampoco á mí me gusta vivir solo entre personas que no conozco. ¡Ea, basta ya, no quiero lloriqueos; anímate, que por poco bien que se esté allí, también irás tú!

A pesar de estas palabras, no dejaba él de estar conmovido y debía mirar á otra parte para ocultar su conmoción.

Partió al amanecer, tranquilamente, con el lío á cuestas, sin hacer ruido para no despertar á nadie; pero Ana, que no había pegado los ojos en toda la noche, se levantó y quiso acompañarle un buen trecho por la carretera.

Luis le decía que no se cansase inútilmente y la persuadía á que volviese á casa; pero ella no lo dejó hasta llegar al pueblo y verle subir en la diligencia en la que debía ir hasta el ferrocarril; y cuando subió al carruaje estuvo inmóvil sin apartar la vista de la cara de su marido, con el corazón tan oprimido como si no hubiese de volver á verle.

– Vete á casa, le decía Luis; te recomiendo á los niños, especialmente á Enrique; ese será nuestra suerte. ¿Has oído lo que ha dicho el maestro? Es el primero de la clase, sabe leer y contar mejor que todos, y aun cuando vaya al trabajo, procura que no pierda la escuela los domingos; te lo recomiendo mucho.

Una sacudida que dió la diligencia al arrancar interrumpió estas palabras; los caballos echaron á andar y arrastraron el pesado carruaje por el camino real.

Ana, en pie, con los ojos fijos y un nudo en la garganta, estuvo mirándolo hasta que lo vió reducido por la distancia á un punto negro; en seguida desandó lentamente el camino, sintiendo dentro de sí un vacío como si le hubiesen arrancado una entraña.

No sabía cómo vivir sin su marido, y sin embargo, debía pensar en sí misma y en su Elena y hacer toda clase de esfuerzos para trabajar y vivir para sus hijos.

Pudo encontrar ocupación en una granja, y el mismo día que partió su Luis dejó también su casa, que sin él no tenía ya ningún atractivo, y las tierras en que ambos habían derramado inútilmente su sudor, pero que, ingratas, no les daban ni siquiera lo necesario para vivir, y se marchó á dar principio á una nueva vida, siempre triste y lacerada su alma por el pensamiento de que su marido se iba solo, lejos, muy lejos, más allá del mar infinito.

Después de dos largos meses de ansia y zozobra, Ana recibió la primera carta de Luis; entonces le pareció estar ya menos apartada de él y poder soportar su suerte con mayor resignación.

Decíale su marido en pocas palabras, que después de muchas peripecias, tropiezos y desalientos, había logrado obtener, por mediación de su cuñado, un pedazo de tierra inculta para labrarla, la cual sería luego propiedad suya, y empezaba á abrigar esperanzas y á formar proyectos para el porvenir.

Añadía que cuantos sabían un oficio ganaban allí bastante, y recomendaba á Enrique que aprendiese pronto el suyo de albañil, y así podría hacer fortuna y construir una casa para toda la familia; entretanto se contentaba con una barraca de madera y un poco de paja para dormir.

El proyecto de hacerse una casa era ya el sueño dorado de toda la familia; Luis hablaba de él en todas sus cartas y Ana decía á Enrique:

– Aprende mucho; luego iremos allá con tu padre, tú nos harás la casa y ganaremos mucho dinero.

Y Enrique trabajaba de buena voluntad, procuraba adelantar en su oficio, dominado á su vez por la misma idea, enardecido con la esperanza de conseguir algún día construir la casa.

El diligente muchacho era vivo de imaginación, comprendía pronto las cosas, resistía el cansancio, y se mostraba tan laborioso é inteligente que su amo se hacía lenguas de él.

La mayor diversión para Ana en las horas de descanso era pasar por delante de la obra donde trabajaba Enrique, y admirar á su hijo que, con la artesa al hombro, se encaramaba por los andamios, listo como un gato, ó con el palustre en la mano revolver la cal y blanquear una pared.

Cuando lo veía á gran altura en un andamio ó en un tejado, sentía calofríos en todo su cuerpo, por miedo de que se cayese. El muchacho comprendía los temores de su madre y siempre procuraba tranquilizarla.

– No hay cuidado, le decía, ya estoy acostumbrado; esto es mucho menos peligroso que trepar á los árboles, como hacía en otro tiempo.

– No puedo estar tranquila viéndote allá arriba, y la idea de que has de hacer toda tu vida lo mismo es un tormento para mí.

– No hay que temer; déjame y verás qué pronto te haré una bonita casa.

Un día le enseñó un pedazo de pared que había probado á hacer por sí solo, como jugando.

– Es muy sólida, mamá. El amo dice que ha salido un poco torcida, pero otra vez la haré mejor.

Ana preguntaba á menudo al amo si estaba contento de su hijo.

– No va mal, contestaba con su voz obscura; es inteligente y tiene voluntad para trabajar. Pero ¡qué tragaderas! ¡Si viera usted cómo come!, añadía luego temeroso de que después de tantos elogios le pidiese Ana algún jornal para su hijo.

– Sí, pero lo que come se lo gana, porque trabaja muy bien, como veo siempre que paso por aquí; no pierde el tiempo jugando ni tomando el sol como los demás, respondía Ana.

– El trabajo es bueno para la salud: ¿no ve usted cómo ha engordado?

Ana no podía negarlo: aquella vida activa era muy favorable para su hijo, y quizás también entraba por algo en ello el alimento más sano y más abundante que le daba su amo. En aquellos pocos meses se había robustecido y crecido mucho, y como sabía leer y hablar como un hombre, Ana, después de la marcha de su marido, le consideraba como su apoyo, lo miraba con orgullo, tenía frecuentes conversaciones con él y le pedía consejo en sus asuntos.

Cuando llegaban cartas de la República Argentina era una fiesta para toda la familia, tanto más, cuanto


El capitán la obligó á separarse del cadáver

que eran portadoras de buenas noticias: la estación era favorable, los campos empezaban á producir algo, y Luis confiaba en hallarse muy pronto en disposición de llamar á toda la familia.

II

A los dos años se recibió la carta tan suspirada, conteniendo un millar de liras que debían servir para pagar los gastos de viaje.

Ana corrió á enseñársela á Enrique, que trabajaba en un pueblo cercano; y empezaron á formar planes para el porvenir, cuando estuvieran otra vez reunidos y Enrique pudiera ganar más en un país todavía nuevo, donde había más trabajo que brazos.

Luis hacía en su carta indicaciones sobre el viaje, diciéndoles que para mayor economía se unieran á otros emigrantes y que se embarcaran en uno de los muchos vapores que salen de Génova para Montevideo, adonde él iría á esperarlos para acompañarlos á su destino.

Después de recibir aquella carta, Ana, impaciente por reunirse con su marido, anhelaba febrilmente que pasaran cuanto antes los días, y la idea de que aún debía navegar mucho tiempo antes de conseguirlo, le causaba tal ansia, tal inquietud, que no podía estar un momento tranquila.

Hicieron con toda premura los preparativos para la marcha, y fueron á Génova para embarcarse en el *Perseo,* que partía para el Plata con gran número de emigrantes.

Ana jamás había visto el mar, pero se hallaba mentalmente al otro lado del Océano, y le parecía ver á su marido correr á su encuentro, contento y feliz, y gozaba de antemano de aquel momento tan deseado.

Enrique y Elena estaban muy alegres por la novedad de viajar, especialmente por mar, y contemplaban con curiosidad aquel gran barco, destinado á servirles de casa por espacio de tres semanas, y toda aquella gente que iba, venía, corría, se atareaba para cargar efectos, escoger un buen puesto ó pedir algunos informes.

Por último, hacia la puesta del sol, cuando quedaron embarcados todos los equipajes y á bordo los pasajeros, la gigantesca embarcación levó anclas; resonó el silbato del vapor, y el buque salió del puerto lentamente, dejando tras sí una huella de espuma, mientras muchos pasajeros desde la toldilla saludaban á los amigos y miraban tristemente la tierra que abandonaban, casi todos con lágrimas en los ojos y el corazón oprimido.

En cambio Ana no tenía el menor sentimiento por dejar su país, en el que no había experimentado más que pesadumbres. Llevaba consigo á sus hijos, que eran toda su riqueza, é iba á reunirse con su marido en un país extraño donde esperaba hallar el bienestar que no pudo conseguir en aquel en que había nacido. Verdad es que se veía rodeada de personas que lloraban porque iban en busca de lo desconocido, y oía decir á algunos que también allí se moría de hambre, como en Italia, y que el afán de emigrar era una verdadera locura; pero estaba sobrado alegre y confiada para pensar en cosas tan tristes.

Pasó los primeros días de su viaje relegada en un rincón con sus hijos, tímida al verse entre caras nuevas, mirando á todos con desconfianza; después empezó poco á poco á hablar con sus vecinos y á contarles su satisfacción por ir á reunirse con su marido.

Por lo que respecta á Enrique, se había captado las simpatías de todos por su gracia é inteligencia; les hablaba de la casa que iba á construir para su familia; se expresaba con entusiasmo al tratar de su oficio, y aunque sólo tenía catorce años, hasta los hombres de edad provecta le escuchaban y decían á Ana:

– Es usted muy afortunada en tener tal hijo.

Y el rostro de Ana brillaba de orgullo materno; la buena mujer contemplaba á su hijo complacida, y á veces en un arranque de cariño cogía entre sus manos su rizada cabeza y se lo comía á besos.

Elena era en cambio un poco ruda y adusta, y á causa de verse entre tanta gente en un sitio tan nuevo para ella estaba tan intimidada que apenas se apartaba de las faldas de su madre.

Por espacio de algunos días hubo mucha mar y casi todos los pasajeros estaban mareados, tanto que apenas salían de sus camarotes.

Ana también lo estaba, pero soportaba su mal con resignación, pensando en la alegría que la esperaba después de la travesía. Enrique, el más fuerte de todos, andaba de acá para allá tropezando y agarrándose á las cuerdas para no caer, comía con buen apetito y charlaba tan contento que daba gusto el oirlo.

Cuando volvió la bonanza, cada cual buscó alguna

Cierto día aquella señora se detuvo más tiempo á su lado

ocupación para pasar el tiempo; las mujeres repasaban su ropa y la de sus maridos y la quitaban las manchas; los hombres fumaban, jugaban y paseaban por la cubierta contemplando la extensa llanura del mar y la inmensidad del cielo.

A popa se divertían de otro modo; iba allí toda una compañía de ópera contratada para Buenos Aires, y organizaba conciertos, tocaba, cantaba, y aquellas armonías que se difundían por los aires en medio del silencio del mar ilimitado producían un efecto inolvidable.

A veces pasaba de popa á proa, por curiosidad, alguna señora bella y elegante que daba envidia á toda aquella pobre gente.

Los míseros emigrantes bajaban los ojos avergonzándose de sus vestidos y andrajos.

Una señora, en especial, pasaba con frecuencia á tercera, quizás por aislarse de sus compañeros y para buscar la soledad en medio de aquella muchedumbre enteramente desconocida.

Ana había fijado su atención en aquella señora tan elegante, sobre todo al notar que cuantas veces pasaba junto á ella no dejaba de hacer una caricia á Elena, suspirando y saltándosele las lágrimas.

– Es rica, pensaba admirando el traje elegante de aquella señora; pero me parece desgraciada; desearía saber lo que le causa pena.

Pero cuando pasaba la señora, ya no se acordaba más de ella, embebida como estaba en sus pensamientos de felicidad.

Cierto día la señora en cuestión se detuvo más tiempo á su lado y le preguntó cuántos años tenía Elena.

– Doce, contestó Ana.

Precisamente los de mi Elena, dijo la señora suspirando, y siguió adelante.

Otra vez Ana se atrevió á preguntarle cómo era que su hija no iba con ella.

– Está enferma, contestó la señora, y lo peor es que no sé nada de ella hace una semana, ni podré verla en muchos meses.

Y se alejó enjugando el llanto con su pañuelo.

Ana se compadeció de la pobre señora, y deseó saber por qué le había sido forzoso separarse de su hija estando enferma y siendo tan joven.

No hay cosa más fácil que adquirir informes acerca de las personas que forman la reducida sociedad que viaja en el mismo buque, de suerte que Ana averiguó pronto que aquella señora se llamaba Nora Romani, artista de la compañía que iba á Buenos Aires, y la cual se había visto obligada á dejar en Italia á su hija aquejada de pleuritis; había solicitado rescindir la contrata; pero el empresario no tuvo compasión, la estación estaba muy adelantada, los mejores artistas contratados en otros teatros y la Romani tuvo que partir sola, dejando á su madre al cuidado de su hija moribunda. La pobre señora lloraba continuamente y apenas comía pensando en su hija, y cuando pasaba junto á Elena se paraba á acariciarla, envidiando á la madre feliz que llevaba consigo á su hija, sana y robusta.

Ana estaba demasiado contenta para comprender aquel dolor oculto; y más de una vez, al ver llegar á la Romani, volvía la cabeza para no entristecerse. Pero un día se anubló también su alegría; Enrique tuvo calentura y hubo de guardar cama, y aquel día miró á la Romani con más simpatía y le dijo así que la vió:

– Mi hijo está enfermo.

– ¡Pobre mujer!, exclamó Nora. ¡Cuánto la compadezco á usted! Y ¿qué tiene?

– Calentura.

– ¿Qué ha dicho el médico?

– Cree que no será nada; pero yo estoy asustada, señora. Estaba tan contenta de ir á reunirme con mi marido, llevándole nuestros hijos sanos, mientras que ahora...

– No será nada; no se alarme usted... Al menos tiene usted el consuelo de llevar á Enrique á su lado; pero yo...

Y sin acabar la frase se alejó compadeciendo y envidiando al mismo tiempo á Ana y pensando con desesperación que tenía su hija lejos y enferma.

¡Cómo comprendía Ana en aquel momento la angustia de la pobre madre!

Entretanto Enrique no mejoraba, y al ver á aquel hijo predilecto, su esperanza, su orgullo, postrado en el lecho, presa de una fiebre que le hacía delirar, sentía una dolorosa pesadumbre que jamás había experimentado, como si tuviese la muerte en el corazón, y pensaba en las causas de aquel mal repentino con la esperanza de encontrar un remedio.

Cierta noche se despertó el enfermo sobresaltado, con escalofríos y rechinando los dientes; siguióse luego un fuerte acceso de calentura de más de cuarenta grados. Al principio el médico creyó que la enfermedad consistía en un enfriamiento á consecuencia de haber estado Enrique sobre cubierta hasta hora avanzada de la noche, ó que tenía por causa una indigestión; pero los remedios no producían efecto y la fiebre continuaba ardiente, sin cesar un momento.

Ana interrogaba al médico con afanosa mirada, esperando leer en su rostro algo que la tranquilizase y le devolviese la esperanza; pero sólo obtenía palabras vagas, débiles seguridades.

Animóse un día y preguntó al doctor qué enfermedad tenía su hijo.

– Una fiebre tifoidea, le contestó.

– Y se curará, ¿no es verdad?

– No hay que desanimarse; pero será enfermedad larga.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PATINACIÓN EN TODO TIEMPO. – EL «POLO NORTE» EN PARÍS

En el núm. 425 de La Ilustración Artística describimos con el título de *Palacio de hielo* una ins-

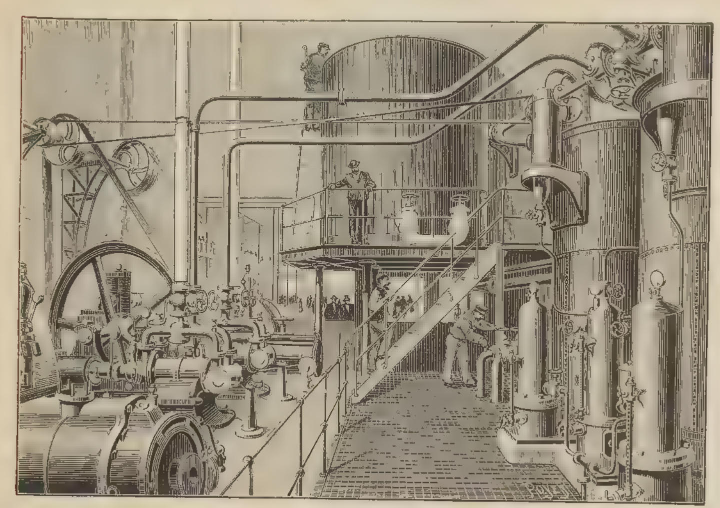


Fig. 1. Sala de máquinas frigoríficas del *Polo Norte*, en París

talación destinada á la patinación sobre verdadero hielo en todas las estaciones. La sociedad que había tomado á su cargo la realización de esta idea había alquilado el inmenso local de la plaza de toros de la calle Pergolese, cuya pista de 2.000 metros pudieron los parisienses por un instante ver convertida en un lago. Pero cuando hubo que congelar ésta, cuando las máquinas comenzaron á funcionar, vióse, aunque algo tarde, que la instalación adolecía de muchos defectos, y sólo pudo conseguirse que se formara hielo en los bordes y aun no de una manera uniforme. Entonces los directores de la empresa hicieron transportar en carretones hielo natural que colocaron en la pista, y algunos patinadores pudieron dedicarse á patinar sobre aquella superficie, pero á la mañana siguiente el hielo se había derretido y la empresa se dió por fracasada. Había sido en verdad una locura querer hacer en algunas semanas lo que exigía muchos meses de estudio y de trabajos; mas como la idea era buena no faltó quien la recogiera y la aprovechara, hasta el punto de que hoy en París, desde 1.º de octubre, se patina de día y de noche en el establecimiento denominado *Polo Norte*. Esta vez la instalación ha sido bien dirigida y todo en ella está perfectamente estudiado y cuidadosamente ejecutado. El principio es el mismo que antes se había empleado, y la fig. 1 representa la sala de máquinas hábilmente dispuesta por el ingeniero M. Stoppani.

A la izquierda hay dos motores de vapor de 50 caballos cada uno, sistema Corliss, con distribuidor Stoppani, que hacen funcionar dos máquinas frigoríficas Fixary de doble efecto. Estas máquinas son bombas destinadas á transformar el gas amoníaco en amoníaco líquido: á este efecto empiezan por empujar el gas en grandes depósitos ó *condensadores* representados á la derecha, en los cuales se enfría por medio de una circulación de agua tomada de la distribución de las de París, y se licúa en los pequeños cilindros colocados en primer término. Desde allí el amoníaco es conducido á los grandes depósitos ó *refrigeradores* que se ven en una galería y en ellos se distiende produciendo el frío. Vuelto al estado gaseoso es recogido de nuevo por las máquinas que otra vez lo empujan á los condensadores, y así sucesivamente, sirviendo siempre el mismo amoníaco. El descenso de la temperatura que produce la distensión del gas licuado es utilizado para enfriar un líquido incongelable (disolución de cloruro de calcio) que circula en los serpentines en medio de los refrigeradores y que una bomba envía á los tubos situados en la pista.

Existe, pues, en esta instalación una diferencia notable con la ensayada anteriormente, en la que se hacía distender directamente el amoníaco en los tubos de la pista, disposición evidentemente defectuosa á causa de los escapes inevitables en una canalización de algunos kilómetros de longitud.

La pista (fig. 2) tiene 40 metros de largo por 18 de ancho y está formada por una capa de cemento y corcho puesta sobre un fondo metálico completamente estanco y encima de la cual están dispuestos los serpentines, tubos de hierro de una longitud total de 5.000 metros. Cada sección está montada en derivación sobre dos conductos principales A y B (fig. 3), por los cuales circula constantemente el líquido incongelable enfriado á una temperatura que varía según la velocidad de circulación, que se puede regular á voluntad á medida de las necesidades. Cuando la temperatura exterior es poco elevada y se trata sólo de conservar el hielo, bastan algunos grados bajo cero; en cambio cuando es preciso renovar la capa superior ó toda la pista hay que bajar á 15 ó 20 grados. La superficie se renueva todas las noches: después de haber quitado toda la nieve producida por el roce de los patines se echa por medio de una bomba sobre el hielo que queda una capa de agua que circula mientras dura la congelación á fin de obtener una superficie completamente unida.

Para evitar que los serpentines (fig. 3) al contraerse por efecto de las diferencias de temperatura á que están sometidos produzcan desniveles, están formados por tubos enchufados que se introducen unos en otros con rozamiento á cierta longitud: de esta suerte constituyen una especie de correderas que permiten cierto juego. Además para que su temperatura sea lo más uniforme posible se procura cambiar frecuentemente el sentido de la corriente, merced á lo cual se asegura una temperatura media uniforme en toda la circulación.

Como se ve, en esta instalación todo ha sido previsto y estudiado en sus menores detalles; por esto desde que funciona no ha habido en ella ningún desperfecto, y los muchos aficionados á la patinación han podido entregarse sin interrupción á su ejercicio predilecto, como en los lagos del Bosque de Bologne en pleno invierno.

Una parte de la fuerza de los motores se utiliza para el alumbrado de la sala, que está perfectamente decorada con panoramas polares de verdadero color local; pero el realismo no pasa de aquí, pues hay en aquel vasto salón un calorífero que mantiene la temperatura entre 15 y 18 grados.

Un vasto paseo rodea la pista y varios palcos situados á la altura del primer piso permiten á los que no patinan admirar las proezas de aquellos para quienes las leyes del equilibrio no tienen ningún secreto.



G. Mareschal

* * *

LOS SISTEMAS TERMOMÉTRICOS

El gobierno prusiano ha declarado recientemente legal el sistema termométrico centígrado ó de Celsio, y á este propósito creemos interesantes algunos datos históricos que vamos á exponer.

Al célebre meteorólogo Dove se debe el resto de popularidad que el sistema de Reamur tiene en Alemania, pues aun reconociendo las ventajas del sistema centesimal, decía á sus discípulos: «Después de mi muerte hagan ustedes lo que mejor les parezca; pero, por Dios, no me obliguen ustedes á cambiar de costumbres, pues soy demasiado viejo para ello.» En su *Historia del termómetro,* M. Renou hace observar que los ingleses emplean el sistema de un dinamarqués, Fahrenheit; los franceses el de un sueco, Celsio, y los alemanes el de un francés, Reamur. Completaremos esa paradoja diciendo que el sistema de Fahrenheit ha sido definido por Hanow, el de Celsio quizás por Christín, y por último que en su origen los termómetros de Reamur marcaban un punto próximo á 100° y á veces superior á la temperatura de ebullición del agua. En efecto, Fahrenheit graduaba sus termómetros marcando 0° en la temperatura más baja de invierno y 24° exponiendo el instrumento al sol. Posteriormente sus grados fueron divididos en cuatro partes. En 1737 escribió Hanow: «Según los termómetros más importantes que M. Romer, de Danzig, ha hecho construir, y de los cuales el mejor fabricante es M. Fahrenheit, el agua hierve á 212° y se congela á 32°.

Celsio, á quien debe el termómetro grandes perfeccionamientos, publicó en 1742 los procedimientos de graduación de sus instrumentos: en aquella época



Fig. 2. Vista en conjunto del salón de patinar sobre hielo artificial en el *Polo Norte*, en París

señalaba la temperatura del agua hirviente por 0° y la del hielo derretido por 100°, escala que después trazó en sentido inverso. Por aquel mismo tiempo Ghristín, de la Academia de Bellas Artes de Lyón, publicaba una serie de notas sobre la graduación de los termómetros de mercurio, y en 1743 proponía públicamente la división en 100 partes. Lo que no se sabe á punto fijo es quién empleó primero esta graduación, si Celsio ó Christín.

Reaumur estableció su sistema del modo siguiente: habiendo experimentado que una determinada cantidad de alcohol hidratado que á 0° tenía un volumen de 1.000, alcanzaba, puesto en agua hervida, el de 1.080, definió como grado de temperatura la elevación necesaria para dilatar este alcohol en una milésima de su volumen, pensando haber así dividido en 80 partes el intervalo comprendido entre el punto de congelación del agua y su punto de ebullición. Esta definición fué conservada en el sistema Reaumur, aunque él mismo determinaba el punto superior de la escala por la temperatura de ebullición de cierto alcohol. En realidad, dividía en 80 partes un intervalo correspondiente casi á 80° centígrados; de suerte que siguiendo la práctica de Reaumur y no su definición, se habrían construído por casualidad termómetros graduados casi según el sistema centígrado. De lo que resulta que, uniendo un procedimiento defectuoso á una mala definición, se ha establecido un sistema que actualmente cuesta á los físicos gran trabajo desterrar.

C. E. G.

(De *La Nature*)

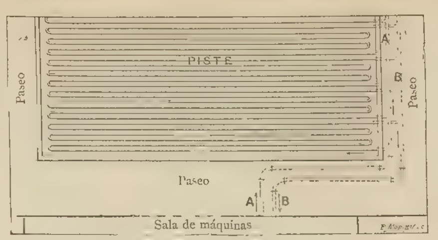


Fig. 3. Esquema de los tubos de congelación dispuestos en la pista de la sala de patinar en el *Polo Norte*, en Paris

A. Tubo de entrada del líquido frigorífico. – B. Tubo de salida







LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Historia recreativa. Cuentos, leyendas y tradiciones, *por Enrique Miranda y Tuya.* – Con esta colección de interesantes narraciones se ha propuesto su autor, profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Gijón, inculcar al pueblo las lecciones históricas valiéndose al mismo tiempo de la novela, y en verdad que ha conseguido cumplidamente tan noble propósito, pues hay en todos los capítulos de su libro provechosas enseñanzas revestidas de forma amenísima. El libro ha sido impreso en Gijón, imprenta del *Musel*, Rastro, 24.

* * *

Comidilla, *por Germán de la Pedrosa.* – El distinguido redactor del diario santanderino *La Publicidad* Sr. de la Pedrosa ha tenido el buen acierto de reunir en un pequeño libro una porción de artículos humorísticos en prosa y en verso en dicho periódico publicados. Aunque la mayoría de ellos se refiere á asuntos de interés puramente local, están escritos todos con tanta gracia que su lectura ha de regocijar aun á los que no conozcan minuciosamente los *faits divers* de la bella ciudad del Cantábrico.

* * *

Los héroes, *por Tomás Carlyle. Tradución por don Julián G. Orbón.* – El conocido editor madrileño Sr. Fernández Lasanta ha comenzado la publicación de una *Biblioteca selecta anglo-alemana*, con la cual se propone poner al alcance de toda clase de lectores obras notables de autores ilustres ingleses y alemanes, de verdadera importancia en la historia general de la literatura. A juzgar por el primer volumen, la publicación ha de merecer el favor del público. No hemos de encarecer lo que vale *Los héroes* de Carlyle; mejor que nosotros lo hacen en un hermoso prólogo D. Emilio Castelar y en una Introducción llena de primores de concepto y de lenguaje, como todos sus escritos, el reputado literato D. Leopoldo Alas *(Clarín).* ¿Qué mejor elogio de un libro que ver unidos en él con el nombre del gran filósofo inglés los del eminente orador y del ilustre crítico españoles? La traducción es una verdadera traducción literaria que honra al profesor de lenguas D. Julián G. Orbón. Véndese el libro al precio de 2 pesetas en las principales librerías.



EL EXCMO. SR. D. CÁSTULO FERRER

presidente de la Diputación provincial de Santiago de Cuba

* * *

Historia del descubrimiento y conquista de América, *por Enrique Campe.* – Se ha publicado el segundo y último tomo de esta importante obra, de la que nos ocupamos al aparecer el primero: trata de la conquista del continente americano y lleva curiosas anotaciones del sabio americanista Sr. Fernández Duro. Véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

* * *

Los aparecidos. Edda Gabbler, *por Enrique Ibsen.* – Estos dos dramas han sido universalmente reconocidos como los mejores del gran dramaturgo noruego, lo cual no es decir poco tratándose del famoso autor de *Casa de Muñeca*: en realidad son hermosos y su lectura conmueve y asombra por la profundidad del pensamiento que encierran. Los dos dramas juntos forman un elegante tomo que se vende á 3 pesetas.

* * *

Eugenia Grandet, *por H. Balzac.* – Es la más notable entre las muchas novelas de su autor. La avaricia del padre que por amor al dinero sacrifica á su hija, la elegancia de la sociedad acaudalada de París, los amores contrariados entre dos jóvenes que se adoran y otros episodios interesantes hacen de esta obra una de las maravillas de la novela naturalista. Este libro, que como los dos anteriores forma parte de la *Colección de libros escogidos* que publica en Madrid D. José Lázaro, véndese al precio de 3 pesetas.

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XI — BARCELONA 26 DE DICIEMBRE DE 1892 — NÚM. 574

En el próximo número comenzaremos la publicación de la interesante novela original de Jeanne Mairet, con preciosas ilustraciones de Adrien Moreau, titulada CARGO DE CONCIENCIA

SUMARIO

MANERAS DE DECIR

Carlos Frontaura, el inimitable autor de *Las tiendas* y de *Un caballero particular*, con esa gracia suya peculiarísima y que nunca envejece, ha caricaturizado á nuestros más distinguidos traductores del francés imaginando un trozo de folletín, cuya lectura hace reir á carcajadas al ciudadano más serio, al conservador peor humorado.

Pero ni Carlos Frontaura, ni otros escritores festivos que han inventado aquellas saladísimas frases de «dar un golpe de puño sobre la tabla» ó «ensayar un pequeño sonreir mirándose en el helado,» ó «leer el romance de un joven hombre,» ó «el cordón azul de la vieja señora,» han copiado *ad pedem litteræ* esos dislates; los han discurrido ellos, son de su invención, y como de invención suya tienen gracia, pero carecen de verdad.

Lo que no he inventado yo, puede creerme el lector bajo mi palabra, es un párrafo de cierto folletín (vertido al castellano, se sobreentiende), y que empieza así: «El doble suicidio del senador (Fulano) y de su criado,» etc.

Ni es mío tampoco otro párrafo del mismo folletín en que un personaje, dirigiéndose á otro, le dice: «Pido *á usted* perdón por el daño que consentí hacerle; pero ya está reparado, puesto que *os* veo libre.»

No voy á decir ahora, no hay para qué, cuándo ni dónde se ha publicado ese folletín; de que se ha publicado respondo, y que he copiado fielmente lo aseguro.

Puede explicarse como descuido, en que es muy fácil incurrir, eso de hablar de *usted* y de *vos* en una novela *vertida* del francés al castellano; el *vous* francés suele traducirse por *usted*, pero también corresponde al *vos*. Hay traductores que emplean siempre el *usted*; hay quienes aceptan resueltamente el *vos*; ambos procedimientos son admisibles, aunque me lo parece menos el segundo; pero no falta quien use indistintamente el uno y el otro, formando el más delicioso pisto gramatical que puede imaginarse.

Esto, lo repito, tiene explicación y aun excusa; el



DUDA, cuadro de D. José Garnelo

(Reproducción directa)

apresuramiento con que por regla general se llevan á cabo esas versiones; la escasa recompensa que suelen tener tales trabajos; la circunstancia, muy de tenerse en cuenta, de confiarse las traducciones del mismo folletín á distintas personas que no se ponen previamente de acuerdo para dar unidad á la tarea; la imposibilidad absoluta de poner esmero y corrección en cuartillas que pasan precipitadamente desde la mesa de la redacción á las cajas, y quizá de éstas á la estereotipia, y otras muchas concausas, dan por resultante ese pasto indigesto con que las empresas periodísticas alimentan la curiosidad insaciable de los aficionados á folletines.

Pero ya lo del *doble suicidio* no pertenece á la misma categoría; entra de lleno en el grupo de los desatinos originales. Casi todos los días hallamos en los diarios noticias de *dobles* asesinatos, de *triples* robos, de *dobles* crímenes, que luego resultan *dos* asesinatos, ó *tres* robos, ó *dos* crímenes, á los cuales, en su *manera de decir,* llaman algunos *dobles* y *triples* por el gusto de decirlo mal; como si yo dijera, por ejemplo, que *Consuelo* es una comedia de Ayala que tiene un *triple* acto, ó que en mi despacho hay un *doble* sillón, porque tengo en él dos sillones.

No es esta la primera vez que hablo de esto, ni será la última, porque en estas cosas conviene insistir y aun se necesita Dios y ayuda para ser oído, y no digo atendido, porque eso no se consigue nunca.

Cuando uno encarga á su zapatero que le haga dos pares de botas (decía yo hace ya muchos años), ¿le dice, por ventura, que le haga un *doble* par de botas? Si el sastre presenta al parroquiano las cuentas de dos levitas, no le dirá que va á cobrar la hechura de una *doble* levita.

El ciudadano español que, por excepcionalísimo privilegio, lleva en su cartera tres billetes de á cien pesetas, no pensará que posee un *triple* billete. ¿Entendería nadie al capitalista que hablase de haber comprado una *doble* yegua, para indicar la adquisición de un tronco para su berlina? ¿Ocurre á nadie decir alguna vez que el tiro de un ómnibus ó de una galera está formado por una *séxtuple* mula?

No puedo explicarme ese empeño en conservar una *manera de decir* que se halla indudablemente entre lo que no debe decirse, aunque pueda decirse; también podríamos decir, por ejemplo, que tal padre de familia tiene un *triple* hijo, para indicar que ha tenido tres retoños, y sin embargo, nadie dice eso; y si alguno lo dijese, nadie lo entendería. Como nadie entiende que el hombre tenga *doble* ojo, ni *doble* mano, ni *doble* pie, sino dos pies, dos manos y dos ojos; pues *dos* no es lo mismo que *doble,* ni lo ha sido nunca, ni lo será mientras los que hablamos en castellano no determinemos otra cosa.

Por estas razones y por muchas más que ahora no son del caso, ó que si lo son, á mí no me lo parecen, opino que deberíamos tomar por lo serio la empresa de concluir con esas *duplicidades.*

Y no vayan ustedes á imaginar que patrocino intransigencias ó que las doy de purista... Nada de eso; imaginarían ustedes un error. Soy ancho de manga en estas materias; he sido y soy (y creo que seré siempre) periodista, y es claro que disculpo esos errores, ó llamémosles gazapos, que cometemos todos, yo más que ninguno, y que no es posible evitar. No tengo por crimen imperdonable el galicismo, entonces seríamos todos criminales; no considero como pecado mortal, ni como venial, el barbarismo; no creo que incurre en falta grave, ni aun leve, el que emplea en sus trabajos voces extranjeras y nombra *meeting* á una reunión pública y *sauterie* á un baile privado. Ni siquiera me enojo cuando se dice en presencia mía *revancha* por desquite, ó *avalancha* por alud, ó *acaparamiento* por monopolio; ni me pongo nervioso porque desobedeciendo á la Academia española, que muchas veces no sabe lo que se manda, ni lo que se pesca, tomamos palabras y aun frases enteras á la francesa ó á la italiana, que también nos las toman á nosotros y se quedan tan frescas.

Por lo que no puedo pasar – y nadie pasa, por supuesto, – es por eso de que me hablen de tal modo que no sepa yo lo que quiere decirme el que me habla; eso es precisamente lo que ocurre cuando se da á los vocablos significado distinto del que tienen.

Y eso sucede justamente cuando para significar dos ó tres, dicen algunos traductores ó algún noticiero *doble* ó *triple.*

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL ANTIMONIO

SU HISTORIA Y SU ANTIGÜEDAD

Es una conseja tradicional que este cuerpo fué obtenido por aquel alquimista llamado Basilio Valentino en las postrimerías del siglo XV, y corre muy válida la especie de que debe su extraño nombre á haber causado víctimas y estragos en los monjes, que lo usaron á guisa de remedio en todos los males, cuando no de agente muy nutritivo y beneficioso.

Sea como quiera, haya existido ó no Basilio Valentino, cosa muy puesta en tela de juicio, es lo cierto que los alquimistas se dieron mucho al estudio de las combinaciones del antimonio. Buscaban unos el régulo, nombre que aun ahora se da al metal; otros inquirían la composición y cambios de color de la famosa estibina; los hubo entregados al kermes mineral y á la manteca de antimonio; muchos apuraban su ingenio en el tártaro emético; quién estudiaba las flores argentinas de antimonio y quién el nunca bastante ponderado azufre dorado. El carro triunfal del antimonio es uno de los monumentos de la alquimia. Y mientras se fraguaban las peregrinas historias de monjes envenenados y muertos, se formaban las leyendas de los remedios heroicos que del antimonio salían, naciendo con ellas sus magníficas aplicaciones á la medicina; en tanto se entretenían los alquimistas averiguando por qué cambiaba de color la estibina natural cuando se calentaba, á qué se debían las figuras de helecho que en la superficie del régulo se veían y qué adquiría ó perdía de cuerpo al convertirse en cal metálica, y las mujeres, sin hacer caso del anti-monje, empleaban la estibina para ennegrecer y aumentar los ojos, allá en Maguncia se forjaba uno de los más grandes inventos, una de las más civilizadoras invenciones, la imprenta, en cuyos caracteres se emplea la casi totalidad de antimonio que la industria produce.

Bien ajeno estaba el ingenioso fraile que redujo los óxidos de antimonio de que muchos siglos antes se le había adelantado un soberano artífice caldeo, quien no sólo supo obtener el régulo, sino que logró aplicarlo de manera bien feliz por cierto, ya solo, ya unido al cobre, constituyendo una de las más hermosas aleaciones conocidas; porque el uso industrial y artístico del metal de que me ocupo á aquella antigüedad se remonta, según luego veremos. No han de negarse, sin embargo, los merecimientos de los alquimistas, solícitos siempre, aunque errasen el camino, en buscar aplicaciones á los cuerpos que sin cesar descubrían y aislaban. Y en el caso del antimonio pudiera decirse que casi estaban tocando el famoso elixir de larga vida, término y fin de sus más sublimes teorías y coronamiento de sus más sutiles, arriesgadas y secretas operaciones. Era un metal susceptible de dar azufres, cales, mantecas y vidrios, y todas sus diversas apariencias no sólo se prestaban á metamorfosis indefinidas, sino que curaban las dolencias, prevenían los males y eran parte á criar carne y conservar la salud: tratábase de la famosísima panacea universal ó de algo que por lo menos se le parecía mucho. Su mineral, la estibina, tenía ya de viejo fama de engrandecer los ojos y ser útil á las mujeres: así lo decían Dioscórides y Plinio, y sus razones tendrían; además, había mucha estibina en la tierra y fué cosa sencilla transformarla de mil maneras. Su facilidad en producir humos por el calor, la prontitud con que daba cales diversas, su notable carácter de disolverse en el espíritu de sal, convirtiéndose en la humeante manteca de antimonio, y el no menos curioso de que el agua fuerte le convirtiese en polvo blanco, que el agua no disolvía, fueron parte á que el estudio del antimonio se considerase poco menos que obligado de todos los alquimismos y adeptos del arte prodigioso de la transmutación de los metales con todas sus consecuencias.

Es en verdad el antimonio de los cuerpos más abundantes y que en la naturaleza se presentan en mayor número de combinaciones. Se conoce el metal nativo, aunque escasea: el sulfuro, varios óxidos y hasta cincuenta y una especies mineralógicas bien estudiadas lo contienen. Esta variedad y la abundancia de la estibina, que es la verdadera mina de antimonio, fueron la principal causa de que los compuestos que pudiéramos llamar de laboratorio, en cuanto producidos mediante la influencia de los agentes químicos, se estudiasen desde lo antiguo y que algunos, como el kermes, ya conocido de Glaubero en 1658, pomposamente llamado *pulvis carthusianorum,* fuese hasta los comienzos del siglo presente objeto de teorías, discusiones, solícitos cuidados y continuados desvelos de alquimistas y químicos y aun de los gobiernos, merced á las excelentes propiedades y efectos terapéuticos de aquel notabilísimo compuesto.

Juzgando por los objetos que de él conocemos, más se ocuparon los artífices caldeos en las aplicaciones artísticas del antimonio que en las virtudes y raras cualidades de sus compuestos. No hace mucho tiempo que Berthelot, á quien tantos y tan valiosos estudios se deben referentes al origen de la química y á antecedentes y hechos de verdadera importancia que á nuestra ciencia aportó la alquimia, hizo notables y positivos descubrimientos respecto de los metales conocidos en las antiguas civilizaciones, que no usaron sólo el cobre, el oro, la plata y el plomo, sino sus aleaciones; pues además de los cuerpos metálicos consagrados á los siete planetas y que eran así como la piedra angular y fundamento de su ciencia, usaron en las artes, ya minerales pulimentados, ya mezclas metálicas y en no pocas ocasiones otros metales puros, de menos categoría, si así puede decirse, ya que no tenían planetas por patronos, ni estaban consagrados á aquellas divinidades que presidieran, serenas y augustas, su misteriosa formación en los senos mismos de la tierra.

La gloria del monje alquimista, astrólogro y nigromante, filósofo y artista en una pieza, que allá en los últimos años del siglo XV, después de afanes prolijos y operaciones infinitas, logró oxidar la estibina y reducir el óxido de antimonio, queda en cierta manera eclipsada por el sabio del siglo XIX, cuando descubre que un fragmento de vaso encontrado en las excavaciones de Tello por Sarzee es de antimonio puro, demostrándose así que los antiguos caldeos usaban el metal puro y no en aleaciones, como ahora se hace.

Considerando que es el antimonio metal de estructura cristalina, tipo de los llamados agrios y quebradizos, si de hermoso y brillante color, alterable al aire en la superficie, que ofrece entonces reflejos variados y poco ó nada susceptible de pulimento, se comprende que el vaso á que el fragmento encontrado ha pertenecido debió fundirse en molde á propósito y se explica bien que usaran tal cuerpo en la fabricación de objetos de cierto lujo y que entrase en las artes industriales, teniendo presente que el metal de que me ocupo, al enfriarse lentamente luego que ha sido fundido, presenta en la superficie hermosa cristalización en forma de helecho, que unida al brillo del cuerpo debía dar á los objetos magnífica y vistosa apariencia. El fragmento examinado por Berthelot tenía sencilla forma, y después de una ligera patina se descubría el metal negro, duro, frágil, que al romperse dejaba ver la masa formada de brillantes y voluminosos cristales. Su análisis demostró que eran antimonio metálico, y á la par que el metal pertenecía á la más antigua civilización caldea, porque el lugar donde fué encontrado está inhabitado desde el tiempo de los parthos. Pero no es este el único dato primitivo que en favor de la antigüedad del antimonio se debe invocar. En 1884 presentó á la Sociedad Antropológica de Berlín el eminente Virchow pequeños adornos de antimonio puro, que procedían de una necrópolis transcaucasiana y databan de los primeros tiempos del hierro.

De qué manera llegaron los antiguos á aislar el antimonio en condiciones de poder entregarlo á la industria y á las artes suntuarias de los más remotos tiempos, es cosa que puede conjeturarse acudiendo á testimonios de verdadero valor científico y á textos muy terminantes.

En primer término recordaré que el antimonio se encuentra nativo y no en arenas y pepitas, como el oro, ni mezclado con muchos metales, á ejemplo del platino, sino aislado y en masas y no raro, y de mí sé decir que he visto varios ejemplares de algunos kilogramos de peso. Debió parecerles una variedad de plomo, á causa de la semejanza del color, y acaso por verlo y observarlo menos alterable trataron de hacer de él vasijas fundidas en moldes de tierra.

Nótese además que la estibina ó sulfuro de antimonio, según ahora le llamamos, aquel mineral que agrandaba los ojos y era útil á las mujeres, es de los más abundantes de la Naturaleza, fácil de extraer y tan propicio á cambios que basta la llama de una bujía para hacerle dar humos blancos. La tostación de los minerales es práctica antiquísima y método usado á la continua cuando querían obtenerse aquellas cales metálicas que el carbón reducía más tarde en los primitivos y elementales hornos. Esta práctica había dado excelentes resultados con la galena ó sulfuro de plomo, de donde salieron el metal gris, de poco brillo, que á Saturno dedicaron, y parece natural que á la estibina, parecida á la galena, pero más blanda y deleznable, aplicaran también el fuego, que era prueba de todo lo corruptible, á la que sólo resistía el oro inalterable, origen primero de cuantos cuerpos fabricaba la Naturaleza, bajo la influencia de los siete planetas, en el interior del nuestro. Cita Berthelot dos textos de gran autoridad en la materia, los cuales no dejan duda alguna respecto de la antigüedad de la que pudiéramos llamar metalurgia del antimonio. El primero, que es del famoso Dioscórides, dice: «Se quema este mineral poniéndolo sobre carbones y soplando hasta la incandescencia; si se prolonga la tostación cámbiase en plomo;» y el segundo, que pertenece al insigne naturalista Plinio, se contiene en estas palabras: «Sobre todo, se necesita

tostarlo con precaución á fin de no convertirlo en plomo.» Ambos se refieren á la estibina, conocida y aplicada mucho antes de ellos en la medicina, y en los dos textos se comprende que se había establecido tal suerte de parentesco entre el antimonio y el plomo, que se creían reductibles uno á otro, y hasta llevando un poco lejos la analogía, conforme admitieron los más antiguos alquimistas que la Naturaleza procedía por tránsitos, y así de la falsa esmeralda natural (malaquita) había pasado á la verdadera, el antimonio representaba un trabajo anterior al plomo, pero tan próximo que en él podía convertirse tostándolo demasiado.

Como al descubrimiento del cobre, del estaño y del cinc siguieron al punto sus aleaciones de mayor uso, el bronce y el latón, era natural que mezclasen y fundiesen el antimonio con otros metales ya conocidos, buscando acaso manera de modificar sus caracteres, tornándolo menos agrio y más blando. Entre ellas son de notar dos principalmente: la que se obtiene fundiendo dos partes de antimonio y una de cobre, usada ya de larga data en objetos de lujo á causa de su hermoso tono violeta brillante y con magníficos reflejos, y las que se preparan uniendo el metal de que me ocupo con el plomo, empleadas ahora en los caracteres de imprenta.

Pueden verse en lo dicho las principales etapas de la historia del antimonio: conociéronlo los caldeos y lo emplearon en las artes; en manos de los médicos alquimistas fueron sus compuestos panacea universal, remedio y preventivo de todo linaje de males, y ahora cura las enfermedades del cuerpo y contribuye á calmar las ansias del espíritu, ansioso del saber y de la ciencia.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO



¿VENDRÁ?, cuadro de D. Enrique Mélida

DIÁLOGOS MATRITENSES

«EL INCENSARIO,» PERIÓDICO MINISTERIAL

– Señor director, ¿puede usted escuchar el preámbulo del artículo de fondo?

– Lea usted lo que guste.

– Allá va. Se titula «La Edad de oro.»

– No es malo el titulejo.

– Dice así: «Desde los tiempos prehistóricos no ha disfrutado esta hidalga nación de un gobierno tan patriarcal, tan magnánimo y tan generoso como el que hoy rige los destinos de la península...»

– ¡Bravo! Siga usted.

– «¿Y á quién se debe esto? A ese coro angélico que se oculta bajo el nombre de Consejo de ministros.»

– ¡Alto, alto, D. Pedro! Eso de coro angélico no me suena bien.

– ¿Por qué?

– Porque eso de comparar con los ángeles á unos señores panzudos y bigotudos, no me parece muy propio.

– Pero ¿somos ó no somos ministeriales?

– Sí, todo lo ministeriales que usted quiera, pero no por ello hemos de perder el sentido común.

– Distingo, señor director. Si el sentido común fuese de oposición, yo combatiría el sentido común.

– Pero D. Pedro de mis pecados, ¿no ve usted que si llamamos ángeles á los ministros nos exponemos á que algún periodiquillo oposicionista nos comente el artículo diciendo que son ángeles patudos, de cornisa ú otra desvergüenza por el estilo?, porque esos cesantes no se paran en barras. Nada, hay que variar ese párrafo.

– El caso es que yo luego comparaba á las oposiciones con Luzbel y demás ángeles caídos; es decir, con los cesantes de la corte celestial.

– Mucho lo siento, querido, pero no me gusta el tema.

– Pues me ha partido usted.

– Además, hay que tener presente que mañana se discute el proyecto de ley estableciendo los criaderos provinciales de ranas y que es muy de temer una crisis.

– ¡Una crisis! ¡Caracoles! Y ¿qué va á ser de *El Incensario*?

– Sosiéguese usted, que ya anoche hablé yo con quien usted sabe, y está conforme en que le incensemos á él. Para esto será necesario hacer una pequeña evolución, pero es preciso imponer este sacrificio á nuestras ideas.

– ¿Y la subvención?

– Hombre, no sea usted lila; pues si no hubiera subvención, ¿qué objeto tendría la evolución?

– Entonces se salvó la patria. Voy á retocar el artículo de modo que se acorten las distancias por lo que pueda tronar.

***

– Un portero de Gobernación ha traído esta carta.

– A ver. El sello es del gabinete particular... ¡Ah, sí! Es de García. «Señor director de *El Incensario*. Mi querido amigo y compañero: Por indicación especial de S. E. recomiendo á usted una vigorosa defensa del proyecto de Fomento sobre los criaderos provinciales de ranas. Fíjese usted en el suelto de *El Trabuco* de ayer y desmienta usted en absoluto lo que dice; pues aunque hay algo de lo que afirma esa gacetilla, no puede consentirse que se atrevan á dar lecciones al señor ministro. De usted como siempre, etc., J. J. García.»

Estos chicos de *El Trabuco* nos van á hacer salir los pelos verdes. Ya se lo decía yo al señor ministro: «Don Pancracio, déles usted una credencial, que si no cada día tendremos un lío,» y así ha sucedido... En fin, cómo ha de ser; pluma en ristre y á ellos. ¡Portero, traiga usted más cuartillas!

***

– A ver, Juanito, ¿qué ha escrito usted para la gacetilla?

– Aquí tengo cuartillas que harán columna y media.

– ¿Y de qué tratan?

– Pues de todo un poco y alegrito. El corte de hoy ha sido suculento. Mire usted: dos bodas aristocráticas; la exposición de flores y gatos; el entierro del obispo de Aranjuez; la cogida del *Palafustrán* y la novena de las Salesas. Me parece que no se quejará usted. Si después de la gacetilla está uno por exclamar como en *Robinsón*: «¡Oh qué buen país! ¡Oh qué buen país!»

– Por supuesto que no dirá usted nada del robo del correo de Extremadura ni de los asesinatos de Tarragona ni de las irregularidades de Cuenca.

– ¿Para qué? Eso ya lo contará *El Trabuco*, corregido y aumentado.

***

– ¿Es usted el redactor encargado de la sección política?

– Servidor de usted.

– Muy señor mío.

– Traigo una tarjeta de D. Justiniano el diputado, en la que me recomienda eficazmente á usted, como verá...

– Sí, en efecto; y... ¿en qué puedo servirle?

– Ahora verá usted. Yo soy el alcalde de Carraspera y allí los contrarios de D. Justiniano no hacen más que hacer el buey.

– ¡Hombre!

– Sí, señor; pues... un día dije yo «voy á cortaros las patas,» y una noche que estaban reunidos en el casino echando pestes de mí y del gobierno, porque son unos anarquistas descamisados, me presenté allí, los até á todos codo con codo... y á la cárcel.

—¡Caramba! Sabe usted que el procedimiento es ejecutivo.

—Si yo soy así. Pues bien: ¿creerá usted que porque los tuve una semana encerrados á pan y agua me han denunciado al juzgado y me han armado una causa criminal como un sol!

—¿Y qué le vamos á hacer nosotros?

—De la causa nada, porque D. Justiniano ya anda en el asunto; pero ustedes pueden ayudarme.

—Usted dirá...

—En *El Trabuco* han insertado mis enemigos un remitido diciendo de mí cien picardías y afirmando descaradamente que hago todo esto porque el jefe de bando me ha negado la mano de su hija, que yo quería casar con mi chico; por lo cual he escrito otro remitido que traigo aquí en el que digo que la chiquilla esa es una suripanta del peor género y que ella fué la que solicitó la mano de mi heredero.

—¡Pero hombre! Eso es *trop fort*. Usted quiere que le armen otra causa de peor índole que la anterior.

—¡Qué hombre! Déjese usted de causas, que todo eso son pamplinas.

—Y el remitido ¿está firmado por usted?

—No, señor; lo firma *un vecino honrado*. Si resultase algo, usted respondería.

—Pues me gusta la satisfacción. Aquí no respondemos de esas cosas, de modo que por mil y una razones no puede ser lo que usted quiere.

—¡Cómo que no! ¿Pues no ha leído usted lo que dice D. Justiniano?: «Sírvasele en todo y por todo.»

—Pero D. Justiniano no puede querer que yo vaya á presidio por usted y por cosas tan feas.

—Pues entonces, ¿de qué nos sirve ser accionistas de *El Incensario*?

—Eso es cuenta de usted; nosotros servimos al partido.

—¡Qué partido ni qué camueso! Ustedes están aquí para hacer lo que se les mande.

—Está usted en un crasísimo error y es lamentable...

—Lamentable, ¿eh? Ahora me voy al Congreso y verá usted lo que hace D. Justiniano. Ya se lamentará usted.

—Vaya usted enhoramala, so tío. Después de todo me tiene sin cuidado tu furor. Me han hecho proposiciones muy ventajosas para fundar un periódico en la República de El Salvador y me parece que me voy. Antonio, baje usted á la imprenta y que midan á ver cómo andamos de original.

***

—Con permiso... ¿Se puede?

—Adelante... adelante (¡Qué facha!)

—Vengo en representación de los maestros de instrucción primaria del partido de Carrascal del Rábano á ver si en su ilustrado periódico podía salir un *memorándum* que dirigimos al ministro del ramo, pidiendo...

—Ya, que les paguen ustedes.

—No, señor, no llega á tanto nuestro atrevimiento, aunque no estaría de más. Figúrese usted que á mí no me han abonado en veintiséis años que regento la escuela más que dos duros que me dió la Junta revolucionaria el año 69, acompañados de un oficio en que decía que habiendo terminado la época ominosa del obscurantismo tiránico, en nombre de la libertad habían acordado darme aquellos cuarenta reales para que festejara á *la gloriosa*. Por cierto que al dármelos el *tío Caifás*, que es el alguacil, me dijo: «Tome usted y reviente.» Pero ya no me he visto en otra.

—Y bien, Sr. D...

—Caralampio Pergaminete, para servir á usted.

—Pues Sr. de Pergaminete, deje usted ahí el original. Yo lo veré, y si se puede insertar... Por supuesto que no contendrá ideas subversivas ni cosa así; porque un periódico ministerial, ya comprende usted...

—¿Quiere callar? Puede usted estar tranquilo; es sólo un bombo al Excmo. señor ministro suplicándole nos autorice á formar una estudiantina á fin de pedir limosna los días de Carnaval.

—¡Hombre! Eso no se puede insertar...

—¿Que no?

—No, señor; eso es un insulto al partido al cual me honro en pertenecer, porque eso es tanto como decir que ustedes están...

—En la inopia, señor, en la inopia... y es la verdad.

—Bueno, pero eso no se puede poner en letras de molde.

—¡Ah! Nosotros creíamos que el comer no era cosa política.

—Pues sí, señor, lo es cuando el apetito es irrespetuoso.

—Vaya, todo sea por Dios.

—Nada, lo siento mucho; pero puede usted llevar el papelote á un periódico de otro color.

—¿De qué color?

—Del que usted quiera, porque lo mismo han de sacar ustedes.

—Y diga usted, ¿tendría usted por casualidad un par de reales sueltos?

—¡Hombre, me pilla usted en una ocasión!..

—Y ¿un realito? Aunque no fueran más que veinticinco céntimos de peseta.

—No llevo ni un perro chico.

—Y ¿un cigarrito? Un pitillo, simplemente un papelito...

—Sí, hombre, tome usted dos.

—Muchas gracias. Y ¿una cerillita?

—Vaya, ahí va la cerillita.

—Dios se lo premie. Voy á ver si en otra redacción soy más afortunado. Usted lo pase bien.

—Vaya usted con Dios, Sr. D. Caralampio. ¡Qué país, qué país! ¡Bonita preparación para manejar hoy *El Incensario* en honor del ministerio de Fomento.

A. Danvila Jaldero

SECCIÓN AMERICANA

EL BARÓN, POR EDGARDO POE

(Conclusión)

III

Alejóse de allí Federico buscando aire libre que respirar, porque se ahogaba; y como se dirigiese á la puerta principal del castillo con propósito de salir al parque, llegado que hubo á ella encontró á tres de sus escuderos que no sin gran dificultad y riesgo personal sujetaban un brioso y gigantesco caballo de color de fuego.

—¿De quién es ese caballo? ¿Dónde lo habéis encontrado?, preguntó el joven con voz ronca y convulsa, creyendo ver en el bruto vivo el mismo de la tapicería, porque, en efecto, así lo parecía.

—Es vuestro, señor, contestó uno de los interpelados, ó al menos no es de nadie. Lo hemos cogido cuando escapaba, envuelto en humo y cubierto de espuma, de las incendiadas caballerizas del castillo de Berlifitzing, y suponiendo que sería uno de los caballos extranjeros del señor conde, quisimos devolverlo á sus criados; pero éstos se negaron á recibirlo, diciéndonos que no era de la casa; lo cual nos sorprende, porque, como veis, tiene señales evidentes de haber librado del fuego á duras penas.

—Además lleva en la frente las iniciales del señor conde, interrumpió uno de los compañeros; pero los del castillo aseguran que no lo han visto nunca.

—¡Es muy extraño todo esto!, exclamó el barón preocupado y sin darse cuenta del alcance de sus palabras. ¡Vive Dios que es en verdad un prodigio este caballo, y que á pesar de su genio indómito, lo marco por mío! ¡Quién sabe, añadió, si el barón de Metzengestein no es jinete capaz de domar al mismo diablo que venga en forma de caballo de las cuadras de Berlifitzing!

—No tema tal cosa el señor barón, interrumpió uno de los escuderos, que bien ciertos estamos de que no viene de allí éste que tiene delante su señoría. De no ser así como decimos, á buen seguro que lo hubiésemos traído al castillo.

—¡Bien está!, dijo secamente Metzengestein.

En aquel punto llegó corriendo del Palacio un paje, se acercó al joven y le habló quedo y con misterio del desprendimiento repentino de una figura de la tapicería de cierta cámara del castillo, añadiendo muchos y prolijos detalles acerca del suceso, que no pudieron entender los escuderos por haber pasado la conversación en voz muy baja. En cambio advirtieron que durante la plática palideció el barón de una manera extraordinaria, pareciendo agitado de opuestos impulsos. Pero luego se repuso, recobró la calma, y con rostro moreno, en que se reflejaba la perversidad de su alma, dijo al paje que sin más tardanza cerrase la cámara del tapiz y le trajese la llave.

—¿Sabéis, señor barón, que ha muerto esta noche de una manera horrorosa el conde de Berlifitzing?, dijo uno de los escuderos del joven Metzengestein con mal disimulada complacencia, cuando se hubo retirado el paje y en ocasión que el caballo aparecido se lanzaba dando botes y llevando más que de paso al escudero que lo sujetaba del diestro por la prolongada y ancha avenida que se extendía desde el palacio-castillo hasta las caballerizas.

—¡No!, contestó el barón, volviéndose bruscamente al que le hablaba. ¿Muerto, dices?

—¡Muerto!, sí, señor; así es la verdad, y presumo que á su señoría no ha de ser desagradable la noticia.

Una sonrisa fugaz iluminó la fisonomía del barón.

—Pero ¿cómo ha muerto?

—Esforzándose, sin tener en cuenta sus años, en salvar algunos caballos de las llamas, pereció en ellas.

—¿Es cierto eso?, exclamó el barón lentamente y como si esperase la respuesta de sí mismo.

—Certísimo, señor, contestó el vasallo.

—¡Qué horror!, dijo con tranquilidad, y volvió á entrar en el castillo.

IV

A contar de aquella noche comenzó á notarse un cambio muy sensible y extraño en la conducta del barón; como que desbarataba con ella las esperanzas é intrigas de las madres, y que sus costumbres se apartaban más cada día de las aristocráticas de sus iguales. Nunca se le veía fuera de las lindes de sus propiedades, ni recibía en su castillo á nadie, ni tenía más compañero que su caballo predilecto, es á saber, aquel tan indómito y extraño que le trajeron sus escuderos la noche del temeroso incendio del palacio de Berlifitzing y que montaba continuamente; pero no obstante su retraimiento, y acaso por él, llegaban á sus manos con más frecuencia de lo que él quisiera mensajes de las castellanas vecinas, convidándolo á sus banquetes, monterías y saraos, cosas todas que desairaba siempre sin curarse mucho de la forma en que lo hacía. Unas en pos de otras fueron renunciando á él las madres de doncellas casaderas y los jóvenes de la clase aristocrática, quedándose Metzengestein solo con sus vasallos, colonos y criados y su favorito, el caballo de color de fuego.

Bien será decir, y lo consigno á título de narrador fiel, que en cierta ocasión, aludiendo al barón é inspirándose acaso en antiguos odios y rivalidades de familia, exclamó la viuda del desgraciado Berlifitzing:

—¡Plegue al cielo que Metzengestein, ya que desdeña el trato de sus iguales, no pueda salir de su casa cuando no quiera estar en ella, y que lo lleve su caballo adonde él no quiera, ya que los pospone á un bruto!

Palabras á mi parecer vacías de sentido y eficaces sólo á demostrar que, cuando queremos dar á nuestro lenguaje una forma por todo extremo enérgica, sólo conseguimos hacerlo singularmente absurdo.

Y como es fuerza que cada cual comente y discuta el modo de ser de su vecino, mientras las personas caritativas atribuían el cambio de costumbres del barón al pesar natural que causa en los hijos educados en buenos principios la pérdida de sus padres, olvidándose de la conducta desaforada que observó durante los días que siguieron más inmediatamente á su desgracia, las que no lo eran tanto le atribuían ideas exageradas en orden á la nobleza de su alcurnia y á la dignidad de su estado, y las que aún lo eran menos hablaban sin empacho de cierta melancolía mórbida y de achaques hereditarios, y hasta insinuaban otros defectos; no físicos por cierto, y que le hacían repulsivo y temible.

A decir verdad, el cariño singular, inexplicable y absurdo del barón hacia su caballo parecía cobrar más fuerzas cada día y con cada nueva muestra de sus instintos feroces y diabólicos, llegando á ser á los ojos de todas las personas sensatas un cariño espantable y contrario á la naturaleza. Porque lo mismo en mitad del día que en la obscuridad de la noche, con sol ó con lluvia ó con nieve, así estuviera el tiempo sereno y apacible como tempestuoso, y así fuese con salud como doliente, Metzengestein parecía siempre dispuesto, y lo estaba, en efecto, á pasar las horas enteras en compañía de aquel bruto, cuyo carácter se concertaba y avenía tan perfectamente con el suyo.

No contribuyeron poco también á imprimir cierto carácter sobrenatural y monstruoso á la manía del caballero y á las aptitudes del caballo algunas circunstancias de ambos, relacionadas con sucesos recientes. El caballo, por ejemplo, cuando saltaba lo hacía de suerte que más parecía volar, pues era tanta su pujanza que todos quedaban estupefactos considerando el espacio salvado por él de aquella suerte. A su vez el barón no le había puesto nombre, acaso para diferenciarlo así de los otros, ni tampoco lo alojó en la misma caballeriza de los demás, sino es en una particular y un tanto apartada de las cuadras y establos del castillo; y en cuanto á su limpieza y cuidado, nadie que no fuese Metzengestein en persona se hubiese atrevido en ningún caso á intentar una ú otra cosa, y menos aún á entreabrir siquiera por curiosidad la puerta de su retiro. Decíase también, á propósito del bruto, que aun cuando la noche del incendio del castillo de Berlifitzing se apoderaron de él los escuderos del barón y consiguieron sujetarle con auxilio de una fuerte cadena de nudo corredizo,



Centenario del descubrimiento de América.-Representación catalana en la procesión cívica

(Copia exacta de la lámina publicada en la Habana por la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña.)

ninguno de los tres pudo decir nunca con certeza que durante la brega, ni después tampoco, llegase á tocarlo con las manos. Y si á esto se agrega una muchedumbre de circunstancias y detalles singularísimos que concurrían en el caballo de color de fuego, que se decía, *nemine discrepante*, que á veces retrocedieron espantados los curiosos al ver la formidable y significativa grandeza de su marca, y que no pocas palideció el mismo Metzengestein y volvió el rostro al advertir la expresión extraordinaria de su mirada casi humana, se comprenderá mejor que si las mayores muestras de inteligencia que dé un caballo no son parte á excitar en alto grado el humano espíritu, en el aparecido la noche del incendio todo era ocasionado á impresionar é influir en determinado sentido la imaginación de las gentes, y que por lo tanto no es extraño que aun aquellos más incrédulos, flemáticos é inconmovibles, mirasen á éste con terror supersticioso y lúgubres presentimientos.

Sólo uno entre los criados del barón dudó siempre de la sinceridad del afecto que parecía tener su amo al caballo favorito, y fué cierto pajecillo, cuya fealdad se veía en todas partes y cuyas opiniones tenían escasísima importancia en la servidumbre. Esto no obstante, y haciendo uso de su derecho, cada vez que se trataba del asunto en las antecámaras y cocinas emitía su opinión contraria de todo en todo á la de sus compañeros, afirmando con el mayor descaro que su amo no había montado una sola vez el caballo de color de fuego sin sentir horripilaciones, imperceptibles á quien, como él, no lo hubiera observado, y que cuando volvía de sus largos y habituales paseos se dibujaba en su rostro una expresión apenas sensible de malicia triunfante.

V

Así departían los criados del barón al amor del fuego que ardía en una prominente chimenea cierta tempestuosa noche de invierno, cuando Metzengestein, no pudiendo conciliar el sueño, abandonó el lecho, y cruzando por una crujía de salones solitarios con una linterna en la mano bajó las anchas escaleras del castillo, abrió una puerta y se dirigió en busca de su caballo. Pocos minutos después se oyó galopar en la obscuridad, perdiéndose luego el ruido en dirección del bosque vecino.

Con ser el hecho tan usual y dadas las costumbres del barón, no muy ocasionado á causar preocupaciones en la servidumbre del castillo, ya fuese por efecto del discurso del paje, ya por lo tempestuoso de la noche, ya por cualquiera otra causa, es lo cierto que los criados vieron con inquietud la intempestiva salida del señor y que se propusieron esperar su vuelta. Dos horas habían transcurrido de esta suerte cuando se oyeron gritos de angustia y pasos precipitados en la escalera principal, que llenaron de alarma, y ¿por qué no decirlo?, de miedo á los soñolientos servidores de Metzengestein.

«¡Fuego! ¡Huyamos! ¡El castillo arde por los cuatro costados!,» voceaban los que subían para prevenir del peligro á sus compañeros. Y así era, en efecto; que no parecía sino que debajo de los sótanos se había entreabierto el cráter de un volcán y dejaba escapar por sus bordes calcinados llamas de una intensidad y violencia verdaderamente infernales. Pocos minutos después aquella maravilla del arte conocida con el nombre de castillo de Metzengestein, moblado por tan espléndido y suntuoso modo y donde el buen gusto, auxiliado de la riqueza, fué acumulando en el transcurso de algunas generaciones un tesoro incalculable, crujía y chispeaba desde los fosos á la torre del homenaje, á impulsos de un incendio formidable, voraz é inextinguible hasta el fin; como que todo él se veía en aquel punto y desde muy larga distancia envuelto en una veladura de fuego. Y como quiera que cuando se descubrió el incendio había ya hecho tales progresos que no era posible atajarlos, la población entera de la comarca, juntamente con la servidumbre del barón, se cruzó de brazos y quedó absorta contemplando en silencio aquel desastre. Pero he aquí que un objeto nuevo y terrible distrajo á los espectadores, llamándoles la atención hacia otra parte y probando con esto cuánto mayor es el interés que inspira siempre á las muchedumbres las agonías de un ser humano que no la destrucción de la materia inanimada por formidable que sea.

Era que por la dilatada y ancha calle de seculares encinas que comenzaba frente á la puerta principal del castillo y se perdía en la selva, venía desbocado un caballo, pero con tan impetuosa carrera, que hubiera podido desafiar y vencer en ella al mismo demonio de la tempestad. El jinete que lo montaba, destocado y con las ropas en desorden, hacía esfuerzos sobrehumanos para contenerlo; pero inútilmente, y de que así lo creía, daban testimonio la palidez y angustia de su rostro. Sin embargo, solo un grito escapó de sus labios contraídos de terror. Cuando llegó el caballo cerca del recinto resonaron sus herraduras en las piedras de una manera extraordinaria, y su estrépito sobrepujó al rugido de las llamas y del viento; detúvose un segundo frente á la puerta del castillo, y franqueándola de un salto, juntamente con el foso, trepó la escalera, desapareciendo con el barón en el torbellino de aquel fuego caótico.

La furia de la tempestad cedió á seguida, quedando en calma el aire. Un velo de fuego envolvió como en un sudario transparente todo el edificio, y su reflejo sobrenatural iluminó el espacio, viéndose entonces allá en lo alto, por sobre la torre del homenaje, una densa nube de humo en forma de caballo gigantesco al que servía de basamento el incendiado castillo de Metzengestein.

Traducido por Juderías Bénder

LOS MAIMONES

Cuando yo conocí á Juan *Galán* podía tener unos diez y ocho años, y era bajito de estatura, regordete y bastante feo; casi demasiado.

Le hacían mucha burla los otros mozalbetes, que sabían de memoria una especie de filiación ó reseña de Juan en aleluyas de varias dimensiones, por este estilo:

Sus señas particulares
son un papo y tres lunares;

El pelo ensortijado
de liendres empedrado;

Color de aceituna,
vergüenza ninguna, etc.

El mote de *Galán* creo que se le había puesto su madre, sin querer, naturalmente.

La pobre mujer, á quien como á todas las madres parecía su hijo hermoso como un sol, acostumbraba á llamarle *galán* á cada paso, cuando era niño.

– ¡Juan! Ven acá galán... Haz *esto*, galán... Haz *lo otro*, galán...

Y como precisamente al pobre Juan le sentaba muy mal el epíteto, á la gente del pueblo le hizo gracia y le confirmó con él para toda la vida.

Juan *Galán* salió con afición á la música, y aprendió á tocar una chifla del sistema primitivo, algo parecida á una dulzaina. Sólo que aprendió á tocarla mal, y siempre la tocó lo mismo. Aparte de que el sonido de la chifla era de suyo bastante desagradable.

Juan se empeñaba, sin embargo, en acompañar con ella á los mozos todas las noches que cantaban la ronda, no sin que protestara siempre Santiaguín, el mozo viejo que tocaba el tambor, quejándose de que Juan con la chifla le hacía perderse.

– En cuanto se pone á mi lado ese demonio de disonante, decía Santiaguín, y comienza á hacer el *fliu, fliu*, ya no sé por dónde ando.

Los demás mozos, fuera de Santiaguín, toleraban á Juan *Galán* porque les divertía mucho con sus cosas.

Cada noche inventaban un juego nuevo en el que Juan fuera el pagano, y al día siguiente contaban las inocentadas de Juan, ponderando lo mucho que se habían reído á su cuenta.

La dueña de las ovejas que guardaba Juan, que por entonces era pastor, le reconvenía de cuando en cuando compadecida de su simpleza.

– No vayas á cantar la ronda con los mozos, Juan, no vayas, le decía. ¿No ves que hacen diabluras contigo y siempre se ríen de ti?... ¡Cuánto mejor estás en casa!

– ¡Quia! No, señora, la contestaba Juan; déjeles usted que se rían... Ellos se ríen de mí y yo me río de ellos... Así se divierte la gente.

Nada. No había manera de sacarle de esta conformidad desastrosa.

Una noche de luna discurrieron los mozos, para divertirse con Juan, ponerse á jugar en medio de la plaza á *fierros*, que es un juego parecido al de la gallina ciega, donde la mayor dificultad no consiste para el vendado en coger á uno de los que andan alrededor y le dan cachetes y empujonès, sino en acertar á decir quién es el que tiene cogido.

– *Fierro* tengo, dice el vendado cuando ha logrado sujetar á uno de los que juegan.

– ¿Quién es?, le preguntan en seguida.

– Fulano, contesta él.

Si acierta á decir el nombre del preso, le responde el coro: «¡Que lo pague!,» y entonces se quita la venda para que se la ponga el cogido; pero si no acierta, le contestan: «*¡Cebada!*,» y tiene que seguir vendado.

Como Juan *Galán* llevaba zamarra, y era el único que la llevaba, en cuanto le palpaban la lana conocían que era él y tenía que vendarse. Él en cambio no podía distinguir entre los demás y no acertaba casi nunca á decir quién era el que había cogido, con lo cual seguían dándole *cebada* y hundiéndole á golpes.

Por fin acertando una vez á decir el nombre de un preso, tuvo sustituto en el corro, y habiendo llegado á entender que le conocían por la zamarra, discurrió quitársela.

Pero el infeliz se quedó en mangas de camisa, cuando los otros tenían chaqueta, y le conocían lo mismo...

Otra noche, estando en la hila, le propusieron á Juan los otros mozos si quería ir con ellos á *maimones*.

– ¿Qué son maimones?, preguntó Juan ingenuamente.

– ¡Ja, ja, ja, ja!..

– Pero ¿no sabes qué son maimones?

– Pero ¿nunca has visto los maimones?

– Pero ¿no has ido nunca á maimones?

– Pero ¿dónde te has criado que no conoces los maimones?

La carcajada general y la lluvia de preguntas que siguieron á la suya convencieron á Juan *Galán* de que los maimones debían de ser muy conocidos y de que, por consiguiente, no le convenía confesar su ignorancia, sino por el contrario, aparentar que estaba al tanto de todo y que sólo en broma había hecho la primera pregunta.

– ¿Pues no he de saber yo lo que son maimones?, repuso Juan. ¡Bueno, bueno!.. Lo sé de sobra...

– Entonces ¿para qué preguntabas lo que eran?

– ¡Toma!, porque en algo se ha de divertir uno.

– Bueno, y ¿te atreves á ir á ellos ó no?

– ¿Cuándo he dicho yo que no á nada?.. Por mí, ya estamos andando...

– No van á salir esta noche los maimones, dijo siguiendo la corriente uno de los ancianos de la hila, porque es ya muy tarde.

– Sí salen, sí, le contestó un mozo; todavía salen, y habiendo como hay un poco de nieve, mejor.

– Lo que hará será buen frío en el soto, añadió una hiladora, porque siempre á las orillas del río corre una bufina...

– El frío es lo que menos importa, dijo Juan *Galán*, siempre animoso para todo.

– Así es, añadió uno de los expedicionarios, y especialmente á ti, si vas decidido á traer uno, poco te puede importar el frío, porque ya entrarás en calor.

– Dénos usted dos ó tres costales, dijo otro, dirigiéndose al ama de la casa.

– Bastante será uno, replicó ella.

– No, no; dénos usted dos ó tres, insistió el que pedía; pues más vale que sobren que no que falten.

Con todas estas cosas, combinadas allá á su manera en su angosto caletre, Juan *Galán*, que nunca hasta entonces había oído hablar de maimones, se iba figurando que se trataba de caza ó de pesca; es decir, que los maimones debían de ser algunos animaluchos residentes en el río ó en sus orillas, y no se veía en horas de marchar para ver si lograba coger alguno.

En cuanto el ama de la casa trajo los costales, salió de la cocina la expedición, compuesta de siete ú ocho individuos.

– Hasta luego, dijeron los que se iban.

– ¡Que os pinte bien!, dijeron con aparente formalidad los que se quedaban.

Cuando los cazadores ó pescadores, pues Juan no sabía todavía lo que eran, llegaron al soto, el que dirigía la operación cogió á uno de sus compañeros y le dijo:

– Quédate aquí, que este es buen sitio, y no te muevas hasta que te llamen.

Veinte pasos más adelante cogió á otro compañero y le dijo lo mismo.

Y otros veinte pasos más allá, ya cerca de la orilla del río, cogió á Juan *Galán* y le dijo otro tanto...

Por supuesto, que los dos primeros destacados, como conocían perfectamente la broma, en cuanto se quedaron solos echaron á andar para casa tranquilamente, y poco después de haber vuelto á entrar en la hila, entró también el resto de la cuadrilla, menos Juan *Galán*, que era el único que se había quedado de centinela en medio del soto.

Después de muy reído el caso se pusieron á jugar á la brisca, y llevaban ya jugados tres ó cuatro partidos cuando el ama de la casa, compadecida del pobre Juan *Galán*, les dijo:

– ¡Vamos, vamos! Dejad ya eso y volved por aquel pobre muchacho que se estará helando de frío.

– ¡Ca! No lo crea usted, la contestó uno. Estará en sus glorias, esperando los maimones.

– ¡Andad, andad, insistió ella, que para broma ya es buena!

– Pues vamos allá, dijeron ellos.

Y encaminándose silenciosos á la orilla del río, te-

niendo cuidado de no pasar por donde estaba Juan *Galán,* metieron en uno de los costales una piedra enorme que lo menos pesaría siete arrobas, y después de bien atada la boca del costal, empezaron á gritar con alborozo:

– ¡Juan! ¡Juan! ¡Quico! ¡Pepe! ¡Acá, acá, que ya cayó uno!

Juan *Galán* llegó de cuatro saltos adonde oía las voces, y se encontró con sus compañeros que aparentaban grande regocijo.

– Tardaron en salir, decían, pero al cabo salió uno bueno... porque es muy grande.

Juan manifestó deseo de verle; pero le pusieron por delante el peligro de que se escapara si se abría el costal y no insistió.

– Lo que has de hacer es cargar con él cuanto antes, le dijo el director de la operación: ya que no le cogiste, llévale.



EL DESCANSO DEL MODELO, cuadro de C. Hartmann

Y el pobre Juan *Galán*, ayudándole los demás á echarle al hombro, cargó con el costal y llegó medio reventado á la cocina.

Entrar en ella y comenzar á llover multitud de preguntas zumbonas y burlescas sobre Juan, todo fué uno.

– ¿Qué tal, Juan?.. ¿Se te hacía el tiempo largo?, le decía una mujer con aparente benevolencia.

– ¿Pesa mucho?, le preguntaba otra.

– Pocos habrás visto más grandes, ¿eh?, le decía la de más allá.

Juan contestaba á todos complaciente y muy complacido, considerándose el héroe de la fiesta.

Mas, allá en su interior, le devoraba la curiosidad de ver el maimón y de saber qué clase de bicho podía ser aquel que siendo tan pequeño pesaba tanto.

– Vamos, ahora prepárate á matarle si te sientes con valor para ello, le dijo el mozo que había dirigido la cazata, entregándole al mismo tiempo una hacha de cota y añadiendo:

– No creas que está seguro todavía; pues al abrir el costal puede escaparse... Has de estar con mucho cuidado para darle un buen golpe en cuanto asome la cabeza... Pero no has de darle con el corte, porque tienen el pellejo muy duro y no les entra el hacha: dale con la cota á ver si le dejas atontecido, que después ya nos arreglaremos con él.

Juan *Galán* cogió el hacha, la levantó en actitud formidable y clavó los ojos en el costal con gran fijeza.

Un mozo cogió el costal por los cornijales y empezó á tirar de él poco á poco para que el maimón se fuese corriendo hacia la boca.

IGNORANCIA É IMPOSTURA, cuadro de C. J. Becker





CANCION DE PRIMAVERA, cuadro de Bouguereau, grabado por Baude

Cuando ya estaba cerca y mientras todos encargaban á Juan mucho cuidado de no dejar escapar la presa, el del costal tiró de pronto, y dejó al descubierto en medio de la cocina un descomunal canto realengo, sobre el cual descargó Juan con todas sus fuerzas un enorme martillazo con la cota del hacha, no sin que le lastimara los dedos el astil por la repercusión del golpe dado tan en duro.

La risa estrepitosa que soltaron todos al sonar el martillazo no fué bastante para sacar de su error á Juan *Galán*, que se disponía á secundar, y lo hubiera hecho con más fuerza si no le quitan de la mano el instrumento.

No le cabía á él en la cabeza que aquello que tanto trabajo le había costado traer desde la orilla del río no fuera en realidad un animalejo. Estaba viendo la piedra y todavía le parecía que iba á echar á correr y á escaparse.

– Pero, tonto, ¿no ves que es un canto?, le dijo por fin el ama de casa pudiendo con trabajo hacer oir su voz entre las carcajadas de los demás.

Entonces Juan se rió también como todos, y poco después repetía muy conforme:

– Así se divierte la gente.

ANTONIO DE VALBUENA

MISCELANEA

Bellas Artes. – En el coro de la iglesia de Ehingen (Wurtemberg) se han descubierto varios cuadros antiguos, probablemente del siglo XV, algunos de ellos en perfecto estado de conservación.

– La Galería Nacional de Berlín ha adquirido el cuadro del reputado pintor español D. Luis Alvarez *La silla de Felipe II*.

– Después de haberse puesto de acuerdo el gobierno inglés con el coleccionador Tate respecto de la concesión de un terreno para la construcción de un museo, el Estado ha aceptado el regalo que le había sido ofrecido por dicho Mr. Tate de una colección de obras del arte inglés moderno, que será la base de una galería análoga al Luxemburgo de París. Forman parte de la colección obras reputadas entre las más notables de Millais, Leighton, Orchardson, Fieldes, Boughton, Frank Holl, Landseer y otros.

– La Asociación Artística de Munich ha conseguido por fin que el Estado le cediera para la próxima Exposición el Palacio de Cristal. Los disidentes, que forman una agrupación importante por su número, su valía y sus tendencias, y que han rechazado toda mediación del gobierno para una reconciliación con aquélla, proyectan celebrar una Exposición particular en Dresde.

– En la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Berlín se han vendido obras por valor de 212.500 pesetas, se han recaudado 206.250 y se han gastado 192.500, resultando, por ende, un sobrante de 13.750.

– Dícese que el maestro Leoncavallo está componiendo la música para una gran trilogía que tendrá por asunto tres hechos importantes del Renacimiento italiano: la primera ópera se titulará *La conjuración de los Pazzi*, la segunda *Savonarola* y la tercera *César Borgia*.



M. RIBOT, presidente del Consejo de ministros de Francia (de fotografía de Pirou, París)

Teatros. – El teatro Real de la Opera, de Berlín, y el teatro de la Corte, de Viena, han adquirido el derecho de representación de la última ópera de Mascagni, *Los Rantzau*, que en breve se pondrá en escena en dichas capitales.

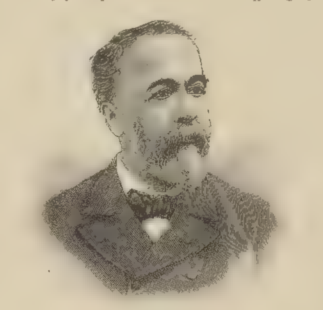
– En Hamburgo se han estrenado con buen éxito en el teatro de la Ciudad una ópera fantástica *La Willis*, de Giacomo Puccini, y en el teatro Carlos-Schultze la opereta de Aurelio Donndorf *Un noble arruinado*.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *Monsieur Coulisset*, vaudeville en tres actos de los conocidos escritores Blum y Toché, que pertenece al género de las comedias de enredo en que tanto sobresalen sus autores y que abunda en peripecias cómicas; en la Porte-Saint-Martin, un drama en cinco actos y diez cuadros, de F. Oswald, E. Gugenheim y G. Le Faure, titulado *En el Dahomey*, de argumento interesante y de actualidad y de gran espectáculo, y en el Gran Teatro la ópera en tres actos *Merowig*, letra de G. Montorgueil y música de S. Rousseau: esta partitura, premiada en el concurso de la ciudad de París del año pasado, sin ser una obra maestra, contiene algunos números de primer orden, como el sueño de la reina al comenzar el segundo acto y todo el segundo cuadro de éste, que es grandioso.

Londres. – El Covent-Garden ha comenzado la temporada de invierno estrenando la ópera *Irmengarda*, que ha obtenido un éxito extraordinario: el argumento está tomado de un episodio histórico ocurrido en 1140 en la ciudad suabia de Weinsberg, al final del largo sitio que puso á ella el rey de Franconia Carlos III; el libreto, de Beatty-Kingston, está traducido del italiano, de A. Zinardini, el cual á su vez lo había traducido del alemán, de P. Gisbert; la partitura, del maestro inglés Emilio Bach, es muy inspirada y revela gran originalidad y un perfecto conocimiento del carácter dramático que debe tener la ópera moderna y de la técnica instrumental.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Monseñor Dumont, ex obispo de Tournai (Bélgica), que representó un papel importante en la *Cultur-Kampf* belga, y fué destituído de su cargo por el Papa por haberse adherido al gobierno liberal.



M. BRISSON, presidente de la comisión parlamentaria de información sobre el ruidoso asunto del canal de Panamá (de fotografía de Ladvey, París)

Jay Gould, archimillonario norte-americano, dueño de una red de ferrocarriles de más de 12.000 millas de longitud.

C. F. Maurer, notable escritor alemán, autor de la interesante obra *Las batallas decisivas de la historia universal*.

Renato Gronland, notable pintor berlinés de frutas y flores y profesor muy reputado.

Federico, príncipe de Hohenloe Oehringen, general wurtembergués, ayudante del rey.

Ernesto Werner de Siemens, uno de los más célebres físicos é ingenieros contemporáneos, autor de notables inventos relacionados con la telegrafía y el alumbrado eléctricos, individuo de la Academia de Ciencias de Berlín.

Federico Torre, general italiano; tomó parte en las luchas de 1848 del Veneto, hubo de emigrar á Grecia después de la entrada de los franceses en Roma, escribiendo entonces sus *Memorias históricas* y un *Vocabulario latino é italiano*; en 1873 fué nombrado teniente general, más tarde diputado y en 1884 senador.

El príncipe Guillermo Bonaparte Wyse, el eminente poeta provenzal, fundador del *Felibrigio* y autor de inspiradísimas poesías.

D. Ildefonso Antonio Bermejo, antiguo y reputado literato y periodista español, autor de *La Estafeta de Palacio*, interesante colección de documentos históricos y de multitud de curiosos trabajos de historia de nuestra patria y colaborador en los principales periódicos y revistas de España.

D. Victoriano Suances y Campo, contraalmirante de la escuadra española.

NUESTROS GRABADOS

Duda, cuadro de D. José Garnelo. – El sentido cuadro que reproducimos, una de las mejores obras del laureado pintor D. José Garnelo, hállase inspirado por completo en el concepto moderno. En él revélase al pintor y al artista, que sin sujetarse á trabas, rinde á la época en que vive el tributo que se le debe, puesto que ha pintado una página de la historia contemporánea, representando un drama íntimo, oculto, que evidencia las luchas del espíritu, la batalla librada entre el deber impuesto y una pasión contrariada.

Un nuevo lauro acaba de alcanzar en la Exposición internacional de Bellas Artes, abierta actualmente en Madrid, en donde ha sido premiado con medalla de oro su gran cuadro titulado *Primeros homenajes en el Nuevo Mundo á Colón*.

¿Vendrá?, cuadro de D. Enrique Mélida. – El nombre de este notable pintor español no ha mucho fallecido en París, donde residía, es de los que ocupan lugar preferente en la historia artística de nuestra patria. Desde 1864 en que se presentó por primera vez en público, en la Exposición internacional de Bayona, obteniendo mención honorífica, hasta su muerte acaecida á mediados del presente año, su carrera fué una serie de triunfos y su vida una vida de trabajo constante: así se comprende el larguísimo catálogo de sus obras que figuran en museos y en las principales galerías particulares. El cuadro suyo que reproducimos es buena muestra para juzgar de su talento: aquel rincón de patio da perfecta idea de los encantos que en la hermosa Andalucía alegran el interior de las casas, y aquella maja, tipo genuino de la belleza andaluza, es una maravilla de expresión y un reflejo acabado del carácter de las mujeres de aquella raza; en su cara y en su actitud se ve la duda del que espera, pero se adivina la confianza de la que está segura de su mérito, y por ende de que no esperará en vano; esa muchacha ciertamente se pregunta: *¿Vendrá?*, pero á la vez se contesta en sus adentros: ¡Pues no ha de venir!

Centenario del descubrimiento de América en la Habana. – La representación catalana en la procesión cívica. – Brillante fué la representación que los catalanes tuvieron en la procesión cívica que para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América se verificó en la Habana el día 16 de octubre último. El carro de la época anterior al descubrimiento representa á Hércules entre las columnas donde acaba de grabar el *Non Plus Ultra* y en último término se ve á una india que simboliza el nuevo mundo. El carro del descubrimiento figura á Colón alzando el velo que ocultaba á América; sobre una columna rota un león representando á España; al otro lado la Historia registrando el grandioso acontecimiento; tiran del carro monstruos imaginarios. El carro alegórico de la influencia del descubrimiento en el progreso del mundo representa el globo terráqueo coronado por Mercurio, símbolo del comercio, y rodeado de las artes, las ciencias, la industria y la agricultura. En el carro alegórico de Cataluña, ésta está representada por una matrona que se apoya en el escudo del principado y dos niños vestidos con los trajes regionales: en la delantera se lee *Honor á Colón*. La dirección de estos carros ha corrido á cargo de la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña, á cuyo frente está D. Sebastián Figueras y Blat, presidente de la comisión organizadora de la representación catalana en la procesión cívica.

El descanso del modelo, cuadro de C. Hartmann. – Los asuntos predilectos de este famoso pintor alemán son los asuntos alegres, que sabe tratar con una gracia por pocos artistas superada y con verdadero dominio de la técnica del arte. Díganlo si no los varios cuadros que de él ha reproducido LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, todos los cuales respiran buen humor, que no falta tampoco en *El descanso del modelo*, lienzo lleno de intención y ejecutado con gran riqueza de detalles.

Ignorancia é impostura, cuadro de C. J. Becker. – A pesar de que está tocando casi á su término el llamado siglo de las luces, el poder del progreso que tan gran impulso durante él ha recibido no ha sido bastante para acabar con ciertas supersticiones que sólo se mantienen merced á la ignorancia de unos y á las malas artes de otros. Que aún hay quien cree en brujerías, es cosa de todos bien sabida, y las leyes penales no han conseguido extirpar de raíz la industria criminal que á costa de los cándidos explotan esas mujeres infames que pretenden adivinar el porvenir en las combinaciones de la baraja ó hacer concebir pasiones por medio de repugnantes filtros ó abominables prácticas. El cuadro de Becker que reproducimos nos hace presenciar una de esas escenas de embaucamiento, y fuerza es confesar que el artista ha dado con la nota justa para expresar la sencillez ignorante de las infelices muchachas, en cuyas caras tanto se adivina la fe que prestan á la impostura, y la refinada perfidia de ésta: contribuye no poco al efecto del lienzo la rara habilidad demostrada por el pintor en la disposición del lugar en que la escena acontece.

Canción de primavera, cuadro de Bouguereau. – El ilustre pintor francés á quien debe el arte tantas páginas encantadoras, algunas de las cuales ha reproducido LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha estado pocas veces tan inspirado como en este cuadro: todas las cualidades de delicadeza y de poesía de su pincel aparecen en ese grupo armonioso de la joven soñadora que da oídos á los dulces cantos primaverales que resuenan entre las perfumadas brisas y á la que parecen acariciar los dos amorcillos graciosos que á su lado revolotean. *Canción de primavera* figuró en la Exposición universal de París de 1889, siendo muy admirado por cuantos visitaron aquel certamen.

M. Ribot, presidente del Consejo de ministros de Francia. – La vecina república está atravesando una situación dificilísima, como quizás no se recuerde otra en la época contemporánea; y el solo hecho de estar al frente del gobierno en tales circunstancias demuestra cuánto ha de valer el hombre público á quien el jefe del Estado confió tan espinoso cargo. M. Ribot tiene acreditado su gran talento en su larga y brillante carrera política; ha sido ministro de Justicia y de Negocios Extranjeros, y en el desempeño de ambas carteras ha prestado importantes servicios á su patria. Pertenece á la izquierda moderada, y la opinión pública imparcial francesa espera de su prestigio y de su energía, de la que ha empezado ya á dar pruebas como presidente del Consejo, que ha de vencer el gravísimo conflicto que ha venido á turbar la paz y la prosperidad que Francia había alcanzado en estos últimos años.

M. Brisson, presidente de la comisión parlamentaria de información sobre el asunto del canal de Panamá. – Desde el año 1870, en que fué elegido por vez primera representante del pueblo, no ha dejado M. Brisson de sentarse en la Cámara francesa, de la que ha sido dos veces presidente. Goza de una reputación política intachable que le ha valido el dictado de Catón, y ha sido ministro de Justicia y Cultos y presidente del Consejo, habiendo obtenido bastantes votos para la presidencia de la República en las elecciones en que triunfaron M. Grevy y M. Carnot. Los sucesos que se están desarrollando con motivo del canal de Panamá impusieron, por decirlo así, para la formación de ministerio la personalidad de Brisson, presidente de la comisión investigadora; pero no pudo salir airoso de su cometido, no faltando quien crea que, teniendo puestas sus miras, para día cercano, en el cargo supremo del Estado, no ha querido desacreditarse como presidente del gabinete en las actuales dificilísimas circunstancias.

Monumento á Cristóbal Colón en Valparaíso. – La segunda capital de Chile y la primera en cuanto al comercio de aquella república cuenta entre sus monumentos el que reproducimos, dedicado al inmortal descubridor del Nuevo Mundo. Como pueden ver nuestros lectores, la figura del intrépido navegante, correcta de líneas, esbelta y de majestuosa apostura, álzase sobre sencillo y elegante pedestal, en cuya cara anterior se lee la inscripción enlazando los atributos del arte de navegar. El nombre y el recuerdo del gran genovés serán siempre fortísimo lazo de unión entre la madre patria y los pueblos americanos que un día fueron sus hijos, y hoy, emancipados de ella, aún le rinden cariñoso culto, como de ello han dado elocuente muestra en las solemnidades y festejos de la reciente conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento.

EN ALTA MAR, POR CORDELIA

(Conclusión)

El tiempo era lo de menos; lo que ella quería era estar segura de la curación, y se echaba á los pies del médico suplicándole que sanase á su hijo, su alegría, su esperanza: el muchacho era fuerte, robusto, jamás había estado enfermo; no era, pues, posible que no consiguiese curarlo.

El doctor se compadecía del dolor de aquella madre y procuraba consolarla con buenas palabras, á la vez que aplicaba todos los remedios indicados por la ciencia para combatir la enfermedad; pero la fiebre no cesaba, y si de vez en cuando disminuía, era para volver á las pocas horas con mayor violencia.

Ana no se apartaba un momento de la cabecera de la cama de su hijo, abandonada de todos. En ningún sitio se muestra el egoísmo humano en toda su brutalidad como á bordo de un buque. Todos se alejan cuanto pueden de los enfermos por temor del contagio; pero Ana estaba demasiado preocupada con la enfermedad de su hijo para echar de ver su soledad.

Nora Romani era la única que iba todos los días á consolarla, á ofrecerle su ayuda y á informarse del estado del enfermo.

Parecía que pensase menos en su hija desde que se preocupaba del niño que tenía tan cerca, y á menudo procuraba alejar del enfermo á Ana diciéndole:

– Vaya usted á descansar: ¿no ve usted que no puede tenerse en pie? Esté usted segura de que lo cuidaré como usted misma podría hacerlo: pensaré en mi hija y no me descuidaré.

Y si, á fuerza de instancias, Ana consentía en ir á descansar, á los pocos minutos volvía á su puesto.

Pasaban los días entre alternativas de esperanzas y temores. Había momentos en que Enrique hablaba con cordura y parecía tranquilo, y entonces su madre se congratulaba de su curación y pronta convalecencia.

– ¡Qué bueno sería que pudieras levantarte antes de llegar á Montevideo, y que tu padre no te viese en la cama!, decía con el rostro iluminado por la esperanza.

Pero sobrevenía un recargo: Enrique pasaba las noches delirando, sin que las fuertes dosis de antifibrina y antipirina lograsen disminuir la calentura.

Entonces Ana se desesperaba; no pensaba ya que pudiese curarse pronto; pero al menos esperaba que lograse llegar á tierra, donde quizás se podría asistir mejor al enfermo y asegurar su curación.

Una noche, después de un intensísimo ataque de fiebre, Enrique se puso frío como un muerto y men pareció que la vida le había abandonado de pronto. Acudió presuroso el doctor, y á fuerza de excitantes le fué posible devolver un poco de vida y de calor á aquel cuerpo aterido, pero á las preguntas de Ana bajó la cabeza; de suerte que ella no volvió á hacerle ninguna, no se atrevió ya á hablar, y fijando la vista en el enfermo, imploró del cielo su salvación. Si alguna vez veía brillar los ojos de su hijo y reanimarse su rostro por aumentar la fiebre, renacía en su corazón una ilusoria esperanza.



El vapor había fondeado..

Llegó una semana durante la cual la dolencia empeoró continuamente. Enrique deliraba sin cesar; hablaba de su casa, de sus compañeros, del país que había abandonado, y luego decía frases incoherentes y se quejaba de modo que partía el corazón.

Entretanto el buque proseguía su camino, acercándose rápidamente al puerto; á cada momento llegaban al camarote del enfermo voces y cantos que demostraban lo alegres que estaban los pasajeros, sin cuidarse de lo que ocurría á pocos pasos de distancia.

La Romani no había querido tomar parte nunca en aquellas diversiones, y pasaba muchas horas con Ana junto al lecho del enfermo.

Era un consuelo tan grande para la pobre mujer el ver á aquella señora hermosa y elegante tan cuidadosa de su hijo, que á menudo le decía:

– ¡Dios se lo pagará á usted!

Luego la interrogaba con la vista á cada movimiento de Enrique y le preguntaba:

– ¿Cree usted que curará?

III

Un día al salir el sol, después de una noche agitada y febril, el corazón del enfermo empezó á latir con menos fuerza y continuó latiendo cada vez más débil sin que nada sirviese para vigorizarlo, hasta que llegó un momento en que cesó enteramente de palpitar, y el cuerpo del niño quedó en el lecho inerte y sin vida.

Ana leyó en los ojos del doctor y de la Romani, que en aquel instante estaban junto á la cama, la fatal sentencia; pero no quiso creer en una desventura tan horrible, y exclamó:

– ¡No, no es verdad, no es posible!

Y se arrojó sobre su hijo, abrazándolo desesperadamente.

En esta postura pasó horas enteras, presa de un dolor inmenso, no queriendo persuadirse de que había muerto Enrique ni separarse de aquel cuerpo inanimado.

El médico, la Romani y los marineros hacían todos los esfuerzos posibles para retirarla de allí; pero ella continuaba agarrada á su hijo como una fiera á una presa apetecida.

Algún tiempo después acudió el capitán del vapor, y después de apelar con dulzura á todos los medios para llevársela, la ordenó con su voz de autoridad y acostumbrada al mando que saliera de aquel sitio, y cogiéndola por debajo del brazo la obligó á desprenderse del cadáver.

Ana había luchado tanto, la tenía el dolor tan postrada, que no tuvo fuerza para resistir y se dejó llevar; pero de pronto pasó una idea por su mente; hizo un esfuerzo supremo para librarse de los brazos que la sujetaban, y dando un paso hacia su hijo se puso delante de él como para escudarlo con su cuerpo, y gritó:

– ¡No quiero!

El capitán se apiadó de aquel dolor y la permitió quedarse algún tiempo junto al difunto; pero más tarde la hizo arrancar á la fuerza de allí, sin que le valieran á la pobre mujer sus gritos para impedirlo, y por un rato, aquellos gritos, aquellos alaridos fueron lo único que resonó en la vasta superficie del Océano.

La encerraron en un camarote; pero ella seguía gritando como una loca:

– ¡No quiero que os llevéis á mi hijo; es mío; quiero verlo todavía! ¡Es una infamia!

Y daba puñetazos en las paredes, pateaba, no estaba un momento quieta, gritando que quería ver á su hijo á toda costa.

Así continuó alborotando muchas horas, sin tener conciencia del sitio en que se encontraba ni del tiempo que transcurría inexorablemente, entregada por completo á su aflicción y sintiendo un dolor como si le hubiesen arrancado la parte más vital de su ser.

Y el buque seguía su marcha sin cuidarse de la desesperación de la infeliz mujer ni de la tragedia que se desarrollaba en su seno.

Reinaba obscuridad hacía algunas horas y la noche debía estar muy avanzada. Ana, rendida por los gritos y la agitación de todo el día, quebrantada, yacía sobre un colchón, gimiendo y sollozando. Sus ojos no tenían lágrimas, pero de su garganta salía un lamento, un sonido desgarrador que parecía el estertor de un moribundo.

Ni siquiera oía la voz de la Romani que se acercaba de vez en cuando á consolarla; parecía muerta para todo aquello que no fuese la idea de su hijo y no sentía otra cosa sino su inmenso dolor.

De pronto tuvo como la sensación de que el barco acortase su marcha y le pareció que se detenía; luego ya no le quedó duda; se había detenido de veras. Se estremeció, se levantó de pronto y gritó como una poseída:

– ¡Enrique! ¡Enrique! ¡Hijo mío!

Apartó bruscamente á la Nora y á algunos marineros que la vigilaban, empujó la puerta del camarote con tanta fuerza que la desencajó, y estaba á punto de caer á causa de tanto esfuerzo, cuando el capitán se presentó diciéndole:

– ¿Por qué esa agitación? ¿Qué quiere V.?

– ¡Mi hijo! ¡Fuera todos! ¡Quiero verlo!

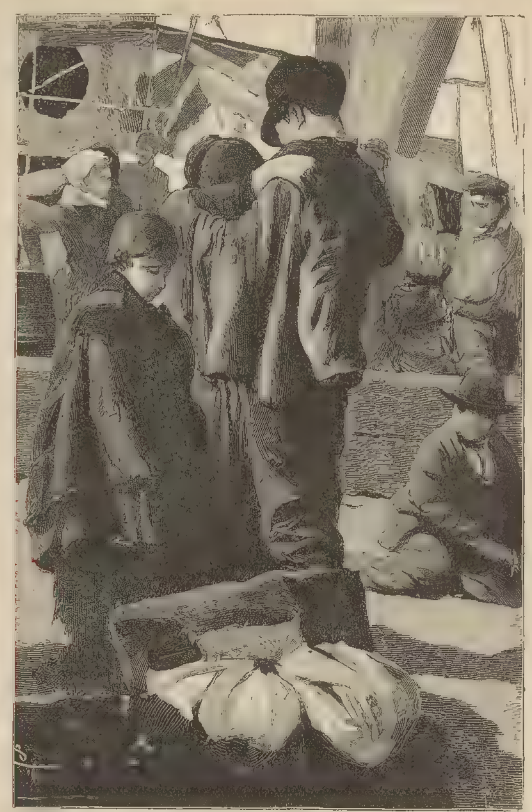
Y salió del camarote con tal rapidez que toda aquella gente apenas tuvo tiempo de seguirla.

El vapor había vuelto á marchar lentamente; pero ella no pensaba en nada y corrió al sitio donde había dejado á su hijo. No encontró el menor rastro de él: hasta el lecho había desaparecido.

– ¿Dónde está?, preguntó Ana al comandante con los puños cerrados y mirándole ferozmente.



Pasó toda la noche inmóvil



Abrazando á su marido, rompió á llorar

La cara severa del marino tenía en aquel momento una expresión dulce y compasiva. Miró tristemente á la pobre mujer, y tocándola en el hombro con ademán amistoso, le señaló el cielo.

Era una noche serena; las estrellas brillaban como diamantes, pero Ana meneó la cabeza con incredulidad. Bajó los ojos, y mirando el mar, dijo:

– ¡Ahí lo habéis arrojado, infames!

Luego no dijo nada; pero se quedó allí inmóvil como una estatua, contemplando fijamente el agua.

El capitán, los marineros, la Nora Romani, todos procuraron persuadirla á que se retirase, pero no hubo medio de conseguirlo. Sorda á todas las súplicas, repetía:

– ¡Quiero verlo, quiero verlo!

Tuvieron compasión de ella y la dejaron en paz. Le llevaron un colchón, y recomendaron á los marineros de guardia que no la perdiesen de vista por temor de que cometiese alguna locura.

Permaneció toda la noche insensible y como embobada con la mirada fija en las ondas; la vió mudar de color é ir poco á poco aclarándose á los primeros albores matutinos; no advirtió el movimiento que empezaba á reinar á bordo del vapor, ni los curiosos que acudían á observarla, ni las personas compasivas que procuraban sacarla de su estupor con alguna palabra de consuelo. Le llevaron á su hija Elena; pero fijó en ella la vista con una mirada sin expresión, la hizo retirar de su lado y volvió á contemplar el mar.

Quisieron hacerla comer algo, y se limitó á beber un poco de leche, casi siempre sin saber lo que hacía; pero no hubo forma de que quisiese moverse de allí, donde permaneció día y noche con la vista fija, procurando atravesar las ondas con la mirada, como fascinada por un espectáculo de ella sola visible.

Los pasajeros, después de observarla con curiosidad los primeros días, se acostumbraron á ver á aquella mujer que no hablaba nunca y parecía la imagen del dolor en su actitud inmóvil y la mirada perdida entre las ondas, y continuaron su vida alegre y despreocupada.

Entre aquella gente resonaban con frecuencia cantos, voces y risas; pero Ana continuaba inerte, registrando el mar con la vista.

– ¿Qué opina usted de ella?, preguntó un día la Romani al médico.

– Que si no sale de su marasmo, si no llora, pasará del vapor al manicomio.

La Romani, que movida á compasión por aquella mujer, la cual se encontraba en peores condiciones que ella, puesto que aún conservaba esperanza y había olvidado su propio dolor, á medida que se acercaba á tierra se ponía inquieta y desasosegada por el recelo de recibir malas noticias de su hija. Pasaba muchos ratos al lado de Ana, pues se encontraba mejor junto á aquel dolor inconsolable que con la demás gente, demasiado alegre y bulliciosa para la disposición de su ánimo.

Le hablaba de la tierra á la cual se acercaban, del esposo que iba á volver á ver; pero Ana no se movía ni hacía caso.

Una sola vez hizo referencia á su hija enferma y apartada de ella, sin tener el consuelo de verla y cuidarla, y la pobre mujer le contestó:

– Siempre la tendrá usted viva ó muerta; pero yo...

Hubo un momento en que hasta la Nora creyó que también iba á volverse loca; faltaban pocas horas para llegar á tierra, y daba vueltas por el barco, presa de la mayor agitación.

Debía encontrar un telegrama en Montevideo, y al impaciente deseo de recibirlo que había experimentado durante el viaje, siguió una gran inquietud, el temor de recibir una noticia fatal.

Habían renacido todos sus fatídicos recelos, no podía estar quieta y rogaba á Dios y á su Madre que la evitasen tan gran dolor.

– Concededme esta gracia, decía, y prometo socorrer á la pobre familia que ha perdido su hijo.

Luego juraba que si conseguía ver á su hija Elena no se separaría más de ellla.

Conforme se acercaba á tierra el vapor, los pasajeros estaban más excitados; por todas partes reinaba una agitación, un movimiento insólito, una inquietud que no parecía sino que todos habían perdido el juicio.

Hablaban á voces, se abrazaban, se estrechaban la mano y se dirigían la palabra hasta aquellos que no la cruzaron en toda la travesía.

Ana era la única que no tomaba parte en aquel movimiento y seguía con la mirada fija en el mar. Los que pasaban junto á ella movían la cabeza con compasión.

El buque fondeó y al punto lo rodearon muchas lanchas llenas de gente que iban á recibir á los parientes y amigos, agitando pañuelos y profiriendo exclamaciones de júbilo. En una de aquellas lanchas se adelantaba un grupo de personas que también hacía señas con las manos y los pañuelos, pero sin obtener ninguna respuesta. Aquellas personas consiguieron subir á bordo, é impacientes se pusieron á recorrer el buque por todas partes.

– Mamá, dijo Elena, aquí está papá.

– ¡Gracias á Dios que te veo!, exclamó Luis acercándose á su mujer. Pero ¿por qué me miras así? ¿Y Enrique?

Al oir estas palabras pronunciadas por una voz conocida, Ana se estremeció, levantóse y se abrazó á su marido, prorrumpiendo en amarguísimo llanto.

En aquel momento llegaba Nora Romani con un telegrama en la mano: reía, lloraba, parecía loca y gritaba:

– ¡Se ha curado! ¡Está ya buena!

Y se detuvo delante de Ana que lloraba y de Luis que seguía preguntando por Enrique.

Conmovida ante tal escena, se acercó á él y le dijo:

– Tenga usted valor; su hijo está en el cielo; pero Ana se ha salvado; le consolará á usted y podrán ustedes aún llevar una existencia tranquila y feliz, para lo cual yo les ayudaré.

Luis interrogó á su mujer, que le contestó sollozando; sentía que se le llenaban los ojos de lágrimas y miró á otra parte; volviéndose luego á Ana dijo:

– Dios no lo ha querido: hubiera sido demasiada dicha. Vámonos.

La Romani abrazó á Ana llorando y siguió con la vista á aquella familia que pasaba á tierra, pero que dejaba en el mar su esperanza, y vió á Ana inclinarse sobre las ondas y llenar de agua un frasco que se guardó cuidadosamente.

– ¡Pobre mujer!, pensó.

Acordóse luego del despacho que había recibido, de su hija que se había curado y la sobrecogió un gran temor.

Comparando su suerte con la de Ana, tuvo miedo de su felicidad.

Traducido por Manuel Aranda



Ana llenó un frasco de agua de mar...

SECCIÓN CIENTÍFICA

VELOCIPEDIA

EL APLOMO EN LOS BICICLOS

Sabido es que la única condición de equilibrio de un cuerpo entorpecido por puntos fijos es la siguiente: la resultante de las fuerzas que obran en un momento dado sobre él debe pasar por el interior del polígono de los puntos fijos. En la bicicleta este polígono está reducido á la línea recta que une los dos puntos de contacto; de modo que si por un falso movimiento, por el choque con una piedra, la resultante de las fuerzas (gravedad, esfuerzo motor y fuerzas de inercia) deja de cortar esta línea, el velocipedista tiene que volverla á hacer entrar en ella á tiempo, cuidando de pasar un poco de esta posición antes de fijarse en la misma, á fin de anular por un esfuerzo en sentido contrario la pequeña tendencia á caer que se había producido. De aquí esas curvas que describen los principiantes que no llegan á fijar la vertical del centro de gravedad sobre la línea de los dos puntos de contacto, lo cual les ocasiona frecuentes caídas.



Fig. 1. Posición de una bicicleta en el acto de virar (de una fotografía instantánea)

Cuando la bicicleta está bien equilibrada, el velocipedista que se mantiene perfectamente en la silla no tiene más que inclinarse ligeramente del lado adonde quiere ir para que el aparato se incline en la misma dirección, y la línea de puntos de contacto se modificará en este sentido tanto más rápidamente cuanto mayor sea la velocidad de la máquina. Si se modifica bastante de prisa para recobrar la vertical del centro de gravedad, podrá recobrarse el equilibrio, y si la posición de equilibrio es sobrepujada á consecuencia de la velocidad adquirida, la rueda, girando sobre sí misma en el sentido opuesto, restablecerá el equilibrio por una serie de oscilaciones cada vez menores. Para lograr esto no se necesita ser equilibrista; basta que las velocidades reunan ciertas condiciones. La velocidad mínima puede expresarse así: la traslación de lado (1) del centro de gravedad debe ejecutarse menos rápidamente que la traslación en el mismo sentido de la línea de los puntos de contacto; si estas dos traslaciones son iguales no se destruye el equilibrio.



Fig. 2. Otra fase del movimiento de virada (de una fotografía instantánea)

Siendo la primera independiente de la máquina y no dependiendo la otra, para una inclinación dada de la máquina, sino de la facilidad con que la dirección cambia, se explica que sea mucho más fácil caminar sin auxilio de las manos en una máquina con cubo de rodillos que en una de ejes. De ello resulta también que cuando se anda de prisa, como la componente de la velocidad de traslación que sigue el eje considerado es muy grande, las condiciones quedan cumplidas, y de aquí la facilidad con que se ejecuta cualquier ejercicio de destreza en una bicicleta de gran velocidad.

La demostración que antecede es buena para las bicicletas que el fabricante ha equilibrado de modo que giren del mismo lado á que se inclinen. Pero ¿y los biciclos que no reunen esta condición? En la demostración consignada no hemos hablado de la fuerza centrífuga y en general de ninguna de las de inercia del sistema, fuerzas que obran en el mismo sentido con una intensidad considerable y tanto mayor cuanto mayor es la velocidad.

Existe un principio que en mecánica se demuestra y que puede formularse en los siguientes términos: la reacción debida á la rotación permanente alrededor de un eje de revolución es proporcional al momento de inercia con relación al eje, proporcional á esta rotación y á la velocidad angular impresa en un punto del eje y es perpendicular á la dirección de la veloci dad impresa al punto del eje sobre el cual se acciona.

Aplicando este teorema á las dos ruedas de un biciclo, veremos que la rueda en movimiento opone una resistencia cuya dirección es perpendicular á la de la velocidad impresa, es decir, es horizontal. Además se dirige en un sentido tal que si colocáramos un obstáculo fijo de arriba abajo sobre el eje realizado prácticamente, este eje tendería á girar sobre el obstáculo, es decir, del lado adonde uno se inclina, de delante atrás. De modo que la rueda tiende á girar hacia el lado á que se inclina, y se inclina tanto más de prisa cuanto mayor es la tendencia á la destrucción del equilibrio y cuanto más rápidamente se mueve la rueda. Esto se aplica, por supuesto, á la rueda delantera del biciclo y á la del monociclo, que se levantan con tanta más facilidad cuanto más rápida es la rotación.

Nuestros grabados 1 y 2 representan las fotografías sucesivas de una bicicleta en el acto de virar. En la posición primitiva, que reproduce en esquema la figura 3, la rueda delantera está en la dirección del rayo visual de modo que presente claramente el ángulo EAN entre las trazas de las dos ruedas. Si la bicicleta estuviera inmóvil, el centro de gravedad de todo el sistema (bicicleta y jinete) se proyectaría en D sobre la línea de puntos de contacto AB. La línea vertical del aparato demuestra que el centro de gravedad se proyecta verticalmente en C, de modo que ha cambiado de DC. Para que el equilibrio se mantenga es, pues, preciso que el punto de contacto A cambie de sitio á cada instante en el sentido AP con velocidad bastante para que el punto D se acerque á C y le alcance. Si el punto A se moviera de modo que la distancia DC aumentara en vez de disminuir, el velocipedista caería forzosamente. Cuando la bicicleta vira de una manera continua, la fuerza centrífuga GS (que tiende á empujar el sistema apartando el centro de gravedad G del centro de virada) se compone con el peso GC cuya fuerza se dirige de arriba abajo y ha de dar la resultante GD: si ésta no encontrase en D la línea de los puntos de apoyo AB, el velocipedista al momento caería. Los más inexpertos buscan por medio de curvas una posición en que ambas líneas se encuentren: los velocipedistas expertos se valen de otro medio, y sabiendo que la fuerza centrífuga es proporcional al cuadrado de la velocidad, regulan ésta haciendo variar la fuerza GS y por consiguiente la dirección de la resultante GD. Cuando el jinete comprende que va á caer dentro del circulo de virada, no tiene que hacer más que acelerar la marcha para restablecer el equilibrio; y viceversa, si siente que cae fuera, basta para evitarlo retardar el movimiento. – C. CHATEAU.

(De *La Nature*)

(1) Por traslación de lado entendemos la componente de la velocidad siguiendo un eje perpendicular á la línea de los contactos de las ruedas con el suelo.

AVISADOR ELÉCTRICO SIMULTÁNEO

EVITACHOQUES DE TRENES EN LAS ESTACIONES

Uno de los accidentes que con más desgraciada frecuencia se suceden en los ferrocarriles es el choque de trenes en las estaciones, debidos á equivocaciones de los guardaagujas que dan entrada á un tren por la misma vía que ocupa otro que espera el cruzamiento. Estos y otros accidentes análogos, que tantas víctimas han producido, han dado lugar á que el espíritu público exija aparatos que tiendan á evitar ó por lo menos á disminuir el número de los mismos.

Muchos son los aparatos que á este fin se han inventado, y entre ellos merece lugar preferente, por lo sencillo y práctico, el que ha ideado D. Manuel García Tuñón, antiguo telegrafista y empleado de ferrocarrriles, hoy dedicado al comercio en Villallana, provincia de Oviedo. Por medio de este aparato el jefe de una estación está en comunicación constante con las agujas de su demarcación y los encargados de éstas con el jefe, de modo que éste sepa á cada momento la posición de aquéllas y cuantas maniobras ejecutan los guardaagujas y éstos adviertan cualquier error que cometan en el mismo instante en que lo cometan, y puedan, por lo tanto, corregirlo y evitar una catástrofe.

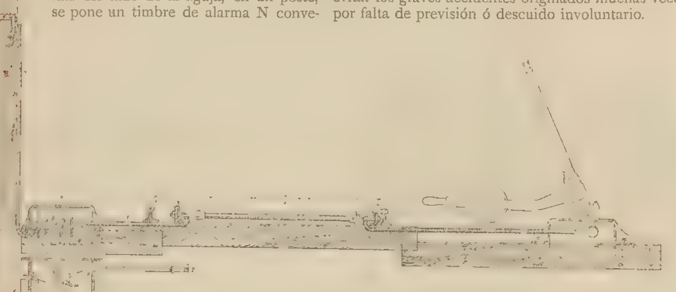
Consta el aparato de un cuadro indicador eléctrico A (fig. 2) con tantos discos como vías se deseen combinar con aquél, ó sea dos para cada aguja, pues cada aguja sirve á dos vías; de un timbre de alarma B, de tantos conmutadores C como agujas se combinen, y de una pila eléctrica, que podrá ser la que se utilice para el telégrafo de las estaciones. Los discos tienen por objeto indicar con toda claridad en qué vía está colocada la aguja que se desee examinar desde el despacho sin salir del mismo. Los conmutadores tienen por objeto establecer las corrientes eléctricas con las vías que no se quiere que tomen los trenes, para que en caso de error del guardaagujas funcionen los discos y timbres de alarma, y se componen del mecanismo siguiente: sobre una tablita de madera se colocará en su centro un eje donde girará una aguja en forma de flecha *b c* que indicará con toda claridad y precisión la vía que se quiera que tome el tren á la llegada, á la vez que cerrará el circuito eléctrico con la vía contraria, pisando por su parte inferior en dos lengüetas de acero ó metal flexible *e e*. Dicha flecha tendrá en su parte inferior un botón *d* para girar en el sentido que se quiera, ya cambiándola señalando otra vía, ya en sentido perpendicular, que indicará aislamiento del aparato, como así convendrá en algunos casos hallándose los trenes en maniobras en las estaciones.



Fig. 3. Esquema de una bicicleta en el acto de virar
Primera fase de las figs. 1 y 2

En las agujas que se desee poner en comunicación con el despacho del jefe se coloca sobre la traviesa D (fig. 1) el mecanismo siguiente: en el carril interior E de las agujas se pone unido convenientemente un tirante F de transmisión que llevará el movimiento simultáneamente con el de la aguja á una palanqueta G en forma de escuadra, en cuyo centro hay un tornillo H que sirve de eje y á cuyo extremo va una lengüeta metálica I, aislada de aquélla por medio de madera ú otra materia aisladora J, de modo que al efectuarse el cambio de vía dicha lengüeta se pone en contacto alternativamente con los tornillos K y L. Tanto á éstos como á un tercero LL se les unirá convenientemente un hilo telegráfico á cada uno, que irán de los dos primeros á los discos del cuadro indicador, interrumpidos por el conmutador, y

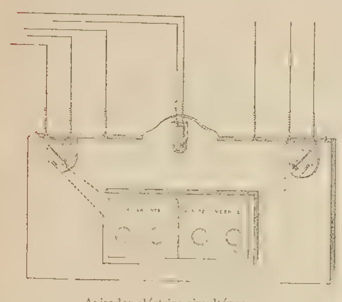
del tercero á la pila eléctrica. Este tornillo lleva en su parte superior una espiral metálica M que se pone en comunicación con la lengüeta de acero ó metálica que hay al extremo de la palanquita, que no tiene otro objeto que llevar la corriente á dicha lengüeta para que puesta ésta en contacto con los tornillos K ó L cierre el circuito y lleve la corriente al cuadro indicador y timbres de alarma. Al lado de la aguja, en un poste, se pone un timbre de alarma N convenientemente cubierto para librarle de la acción de la intemperie, combinado también con los aparatos colocados en el despacho del jefe, que será el que avisará al guardaagujas los errores que cometa. Todo el mecanismo de la aguja va resguardado por una caja de hierro O sin fondo, para librarle también de la oxidación y deterioro, en la cual hay dos entradas PP, una para el tirante de transmisión y otra para la salida de los cables, que por un tubo Q van al poste telegráfico R.



Avisador eléctrico simultáneo: evitachoques de trenes en las estaciones, inventado por D. M. García Tuñón.
Fig. 1. Vista del mecanismo unido á la aguja de cambios de vía

He aquí ahora la manera de funcionar el aparato.

Supongamos el cruce de dos trenes en una estación dada: el A espera el cruce con el tren B, que está próximo á llegar; el primero se halla en la primera vía y el segundo deberá tomar la segunda. El conmutador, según se ve en el grabado, nos indica esta vía y á la vez cierra el circuito con la primera: la aguja de entrada se halla en su verdadera posición para que se verifique el cruce de trenes según se desea; los aparatos no funcionan, pero en el momento en que el guardaagujas cambia de posición á la misma, caerá el disco de la vía número 1 en el cuadro indicador, á la vez que ambos timbres de alarma funcionarán y avisarán al jefe y al guardaagujas del error cometido por éste en el mismo instante que lo cometa. El encargado de la aguja corregirá su equivocación inmediatamente y evitará un choque por muy próximo que se halle el tren á la aguja. El jefe de estación podrá salir á deshacer el error si inmediatamente no dejan de funcionar los aparatos, es decir, el timbre que está en su despacho, que no cesará de tocar ínterin no vuelva á su verdadera posición la aguja de cambios de vía.



Avisador eléctrico simultáneo
Fig. 2. Vista del cuadro indicador en el despacho del jefe

Como se ve, el aparato no puede ser más sencillo y económico, pudiendo manejarlo un niño, y el importe de su instalación no excederá seguramente de 100 pesetas en cada estación, pues el verdadero coste del mismo casi es sólo el valor de los cables ó hilos telegráficos, porque por el resto de los aparatos casi es insignificante el gasto.

En cuanto á la bondad y utilidad del aparato responden las pruebas verificadas en 1.º de septiembre último en la estación de Gijón, ferrocarril de Langreo, ante numeroso público, del que formaban parte distinguidos ingenieros y altos empleados de ferrocarriles y funcionarios de obras públicas.

El señor ingeniero que por delegación del Gobierno examinó y vió funcionar el aparato, dice en su certificación que considera *esencial, indispensable y de gran utilidad práctica* la aplicación del mismo para evitar los graves accidentes originados muchas veces por falta de previsión ó descuido involuntario.

Dice mucho también en favor del aparato del señor García Tuñón el hecho de que la Academia de Inventores de París nombró *motu proprio* á dicho señor individuo de honor de la misma con opción al correspondiente diploma de medalla de oro. – X.

MEDICIÓN DE LA POTENCIA ELÉCTRICA DE LAS CORRIENTES ALTERNATIVAS

EL WÁTMETRO DE ZIPERNOWSKY

Cuando un aparato eléctrico de utilización está establecido sobre un generador de energía eléctrica de corriente continua, nada más fácil que determinar la potencia que absorbe: se mide la intensidad de la corriente que lo atraviesa con un amperémetro y la diferencia de potencial en las bornas con un vóltmetro; el producto de las indicaciones de los dos aparatos de medición da el valor de la potencia eléctrica en wats.

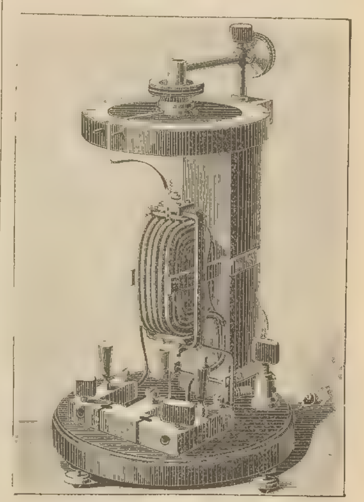
Mas no sucede siempre lo mismo con las corrientes alternativas. Cuando el aparato de utilización es una simple resistencia, una lámpara de incandescencia, por ejemplo, el mencionado método es aplicable. El producto de las indicaciones de un vóltmetro y de un amperémetro apropiados á estas corrientes es el valor de la potencia eléctrica facilitada; pero si se intercala un carrete, un electroimán, un transformador, un motor, etc., no acontece lo propio, sino que la potencia efectivamente proporcionada por el aparato es *siempre inferior* á la que se deduciría del producto de las indicaciones de los dos aparatos de medición, y aun puede ser *nula* en el caso de un condensador perfecto, obteniéndose entonces el resultado, en apariencia paradógico, de que un aparato al cual se facilita una corriente intensa y en cuyas bornas se registra una diferencia de potencial elevada, absorba una potencia eléctrica nula.

La medición de la potencia eléctrica en tales condiciones especiales es un problema interesante, y por esto vamos á sentar el principio en que se basa el aparato que permite efectuar esta medición con perfecta exactitud, cualquiera que sea la índole del aparato de utilización.

Supongamos un generador eléctrico que proporcione á sus bornas una diferencia de potencial periódica de forma sinusoidal y establezcamos entre estas bornas una simple resistencia. Esta resistencia será atravesada por una corriente que á cada instante tendrá una intensidad definida por la ley de Ohm. Esta intensidad pasará por cero ó por un máximo en los mismos momentos que la diferencia de potencial: entre la corriente y la diferencia de potencial no habrá ningún *decalage*, y el gasto se reducirá al recalentamiento del conductor, de conformidad con la ley de Joule.

Si sustituímos esta resistencia por un carrete de electroimán, un enrollamiento de transformador ó un motor de corrientes alternativas, las condiciones variarán: el núcleo de hierro se imana y se desimana periódicamente y el motor produce potencia útil. De ello resultará en todos los casos una fuerza contraelectromotriz y que tendrá por efecto reducir la intensidad á un valor menor que el que tendría si sólo se trataba de una simple resistencia, y retardar la corriente con relación á la diferencia de potencial de una fracción de período variable con la naturaleza del circuito. De este *decalage* resulta que la corriente y la fuerza motriz no pasan por cero en los mismos instantes. Los cambios de signo de la potencia hacen, pues, á ésta alternativamente positiva y negativa; es decir, que la energía eléctrica puesta en juego en el período es sucesivamente almacenada, durante cierta fracción del período, para crear la imanación del núcleo y restituída luego, durante otra fracción de período correspondiente á la desimanación. El gasto real no representa sino la *diferencia* entre la energía proporcionada y la restituída durante el período, y esta diferencia á menudo no es más que una fracción muy pequeña de la energía total puesta en juego durante dicho período. Para medir esta diferencia era, pues, preciso crear un aparato especial que tuviese en cuenta este *decalage*, y este aparato es el wátmetro que describiremos tomando por tipo uno de los más empleados en la industria de las corrientes alternativas, el de M. Zipernowsky (véase el grabado).

En principio, el wátmetro es una electrodinamo de torsión, uno de cuyos carretes, el fijo, está atravesado por la corriente total, y el movible, de alambre fino, montado en tensión con una gran resistencia, está establecido en derivación entre las dos bornas del aparato de utilización cuya potencia media absorbida se quiere medir. Este carrete movible gira alrededor de un eje vertical y va fijado á un muelle de torsión en espiral que permite volverlo á la misma posición á cada medición, retorciendo el resorte en sentido inverso de un ángulo que puede medirse en un limbo graduado colocado en la parte superior del aparato. El carrete fijo ejerce sobre el carrete suspendido móvil un par proporcional, á cada instante, al producto de las dos intensidades que atraviesan los carretes. Pero el carrete fijo está atravesado por la corriente, y el móvil, cuya resistencia es constante, en virtud de la ley de Ohm, por una corriente proporcional en cada instante á la diferencia de potencial existente entre las bornas del aparato de utilización; de modo que el par es, á cada momento, proporcional al producto de la intensidad por la diferencia de potencial, y es nulo cuando uno de estos dos factores se vuelve nulo, y tiene por valor medio la media de los valores que toma el producto durante un período completo. Retorciendo el resorte en un ángulo determinado, y con tal de que esta torsión no pase los límites de elasticidad de aquél y que el ángulo sea tal que el carrete móvil vuelva á su posición inicial de equilibrio antes del paso de la corriente, se leen en el limbo graduado los ángulos proporcionales á la potencia media absorbida por el aparato de utilización entre cuyas bornas está colocado.



Wátmetro de M. Zipernowky

La escala de las lecturas de un wátmetro dado puede variarse en grandes proporciones disponiendo dos carretes fijos, uno para las intensidades débiles y otro para las grandes, é intercalando una caja de resistencias variables en el circuito del carrete móvil, á fin de hacer variar esta resistencia según la diferen-

cia de potencial de que se dispone. Así por ejemplo, con un wátmetro como el que representa el grabado es fácil medir la potencia facilitada al circuito primario de un transformador colocando el carrete para intensidad débil en dicho circuito é intercalando todas las resistencias de la caja en derivación entre las bornas del primario. Para medir la potencia útil en el secundario se hace pasar la corriente al carrete de alambre grueso, y el de alambre fino se establece en derivación sobre las bornas del secundario é intercalando en él una resistencia débil. De este modo se puede medir en el mismo aparato 20.000 vats en forma de 2.000 volts y 10 amperes ó 100 volts y 200 amperes. E. H.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

AL PIE DE LA ENCINA (HISTORIAS, TRADICIONES Y LEYENDAS), *por D. Víctor Balaguer.* – Ni la continua labor ni los años amenguan la inagotable imaginación del galano y correcto cantor de Cataluña, del respetable vate de nuestra región. Así lo demuestra el nuevo libro que bajo el título de *Al pie de la Encina* acaba de publicar nuestro estimado amigo D. Víctor Balaguer, en el que se hallan reunidas «las historias, tradiciones y leyendas» que recogió durante el último verano en su temporal residencia de Arbucias, avalorado su interés por la fantasía del poeta y la galanura del lenguaje. Véndese en las principales librerías al precio de 5 pesetas.

* *

LOS BUCÓLICOS (LA PINTURA DE COSTUMBRES RURALES EN ESPAÑA), *por D. Rafael Balsa de la Vega.* – Interesante es el nuevo libro que acaba de publicar nuestro distinguido amigo y colaborador, puesto que en él ha hallado medio para hacer un detenido y concienzudo estudio de la pintura ruralista, especialmente en España, en donde, y sin necesidad de buscar antecedentes en otros países, tienen nuestros artistas sobrados ejemplos que imitar. – Véndese en las principales librerías al precio de 2 pesetas.

* *

VENTA DE HIJOS, *por M. Martínez Barrionuevo.* – Bien conocido es en el mundo literario el nombre del Sr. Martínez Barrionuevo para que al ocuparnos de su última obra hayamos de insistir en ensalzar sus dotes de novelista, ya por nosotros en distintas ocasiones justamente alabadas. Su última novela es, como todas las suyas, genuinamente española, de argumento interesante y de acción bien desarrollada y con caracteres perfectamente trazados y sostenidos, y está escrita en el elegante estilo que en todas sus obras campea. *Venta de hijos*, que lleva muchas y muy lindas ilustraciones de M. G. Simancas, forma un bonito tomo editado por D. Inocente López y se vende en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.

* *

ALMANACH DE LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. El correspondiente al año 1893, que acaba de ponerse á la venta, merece figurar entre los mejores publicados por el conocido editor de esta D. Inocente López. Forma un libro de unas 200 páginas y contiene notables artículos y poesías de nuestros mejores escritores, anécdotas, epigramas, etc. y profusión de excelentes grabados, reproducción de cuadros y dibujos de los primeros artistas españoles. Es un almanaque que leerán con gusto y regocijo los aficionados á la literatura catalana y los que deseen pasar algunos ratos de buen humor. Véndese al precio de una peseta en casa del editor, librería española, Rambla del Centro, 20.


MONUMENTO Á CRISTÓBAL COLÓN EN VALPARAÍSO

* *

TRES MUJERES, *por C. A. Sainte Beuve.* – En este libro, que constituye el tomo 49 de la *Colección de libros escogidos*, se refiere la historia de tres mujeres que tanto han contribuído á la cultura de su tiempo como Mdmes. de Stael, Sevigné y Krudner. Siempre interesa la historia de los personajes ilustres; pero cuando la escribe pluma tan docta como la del eminente académico francés, puede decirse que más que una biografía resulta una novela llena de curiosas enécdotas. Se vende á 3 pesetas en las principales librerías.

* *

EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTIÓN, *por don Eduardo Aragón Obejero.* – Fáltanos espacio para examinar detenidamente este interesante libro cuyo título indica bastante la importante materia de que en él se trata. En cuanto al modo como la trata el autor, distinguido médico de Astorga, creemos que lo mejor que podemos decir en su elogio es que la censura eclesiástica «no sólo no ha encontrado en él cosa alguna que se oponga á la pureza de la fe católica, sino que juzga que puede producir grandes bienes y evitar grandes daños á todos los que lo lean.» Impreso en Astorga en la imprenta y librería de la Viuda é hijo de López, véndese en Barcelona en las librerías de Casals (Pino, 5), Subirana (Puertaferrisa, 14) y Grabulosa (Buen Suceso, 13) al precio de 3 pesetas.

* *

LA ELISA, *por Edmundo de Goncourt.* – La mejor recomendación de esta novela es decir que la traducción española que nos ocupa se ha hecho de la 28.ª edición francesa, prueba de que con razón ha sido calificada entre las primeras de su célebre autor. Forma parte de la *Colección de libros escogidos* y se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

* *

LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA. – El número de esta importante revista correspondiente á noviembre contiene, entre otros hermosos artículos, los siguientes: *Et nunc erudimini*, por F. de Aramburo; *Los delitos de sangre y los delitos contra la propiedad*, por César Silió; *La pena de muerte*, por Carnevale; *El delito colectivo*, por Concepción Arenal. Suscríbese en la Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid, al precio de 12 pesetas al año para España y 15 para fuera de España.

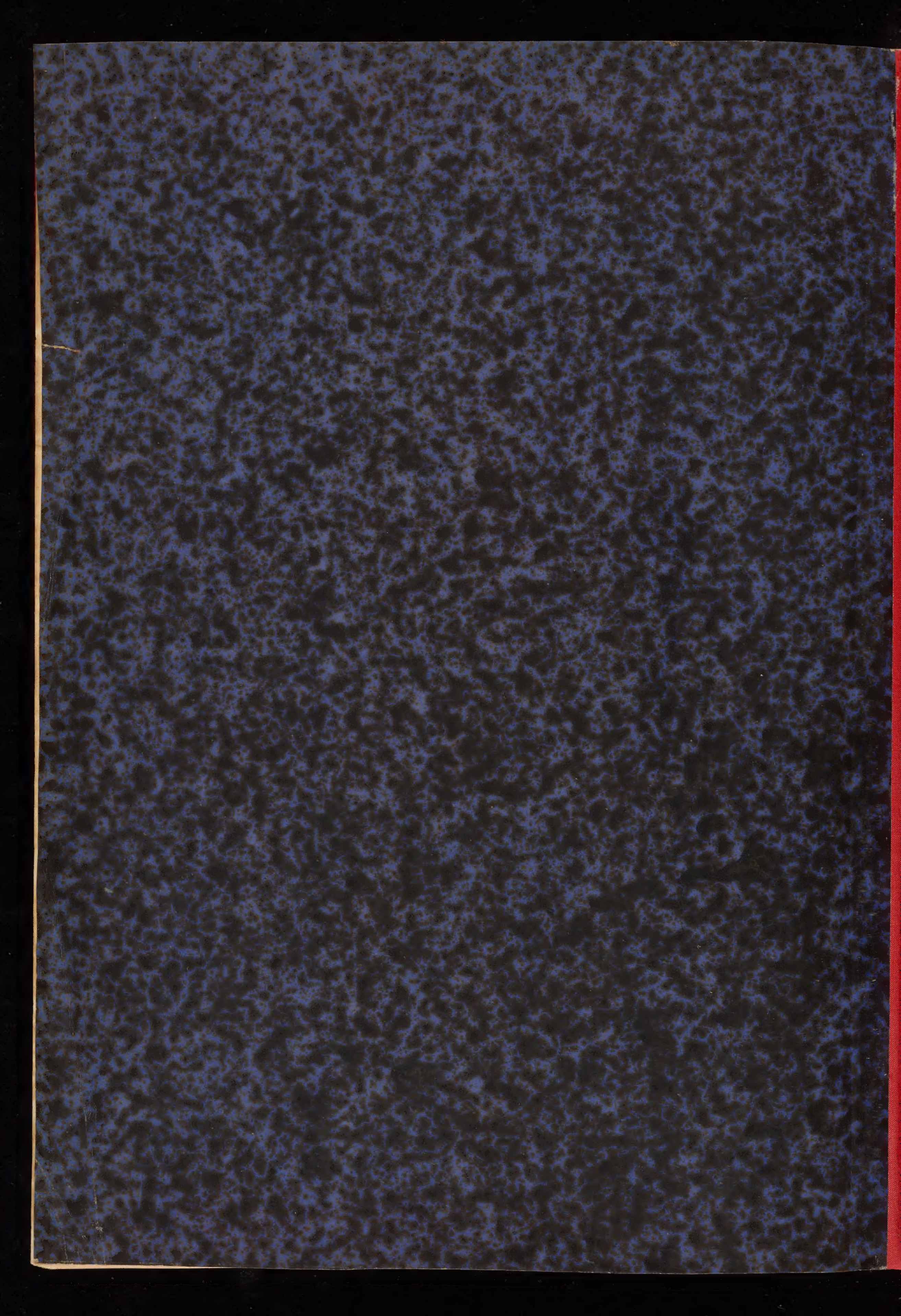
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

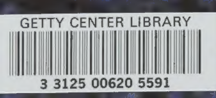
ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO XI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA




GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00620 5591

